



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

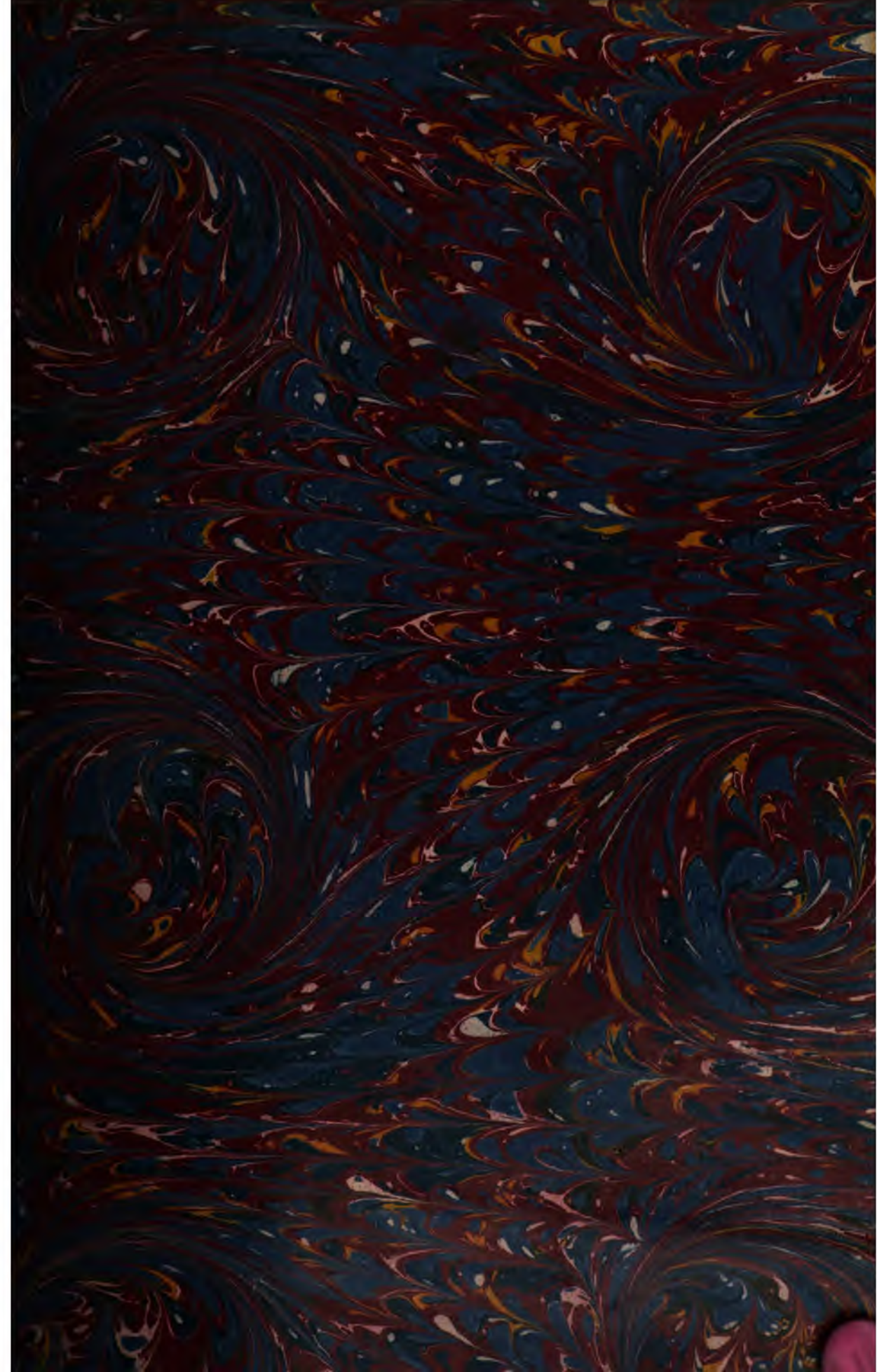
Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



141. g. 17.
466



Span. Ser. I/29



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

Tomo

XXIX.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS,

POEMAS ÉPICOS.

COLECCION DISPUESTA Y REVISADA, CON UN PRÓLOGO Y UN CATÁLOGO,

POR DON CAYETANO ROSELL.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
M. RIVADENEYRA —IMPRESOR— EDITOR,
CALLE DE LA MADERA, 8.

1864

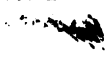


PRÓLOGO.

Con la misma brevedad, ó por mejor decir, con la misma priesa con que hemos reunido y dado á la estampa la coleccion que forma el presente tomo, daremos cuenta á nuestros lectores de algunas particularidades que puedan interesarles, ya respecto á las obras en él contenidas, ya acerca de sus autores, ya en cuanto á la formacion del volúmen mismo. En materia de *poemas épicos*, no faltará quien crea que una coleccion como la que publicamos ha mas de dos años en nuestra BIBLIOTECA es ya suficiente dósis, sobre todo si se pone en tela de juicio la cuestion de *épicos*, de que tambien entonces nos hicimos cargo; pero recordamos que con motivo de aquella publicacion, un conocido critico echó de menos cierto poema, que él preferia á otros muchos; y aunque para notar la falta era aun temprano, pues ignoraba lo que mas adelante haríamos, estimamos su buen consejo, siquiera porque con él podemos hoy escudarnos para proseguir y terminar, como lo hacemos, nuestro repertorio.

Ni este ha salido á medida de nuestro deseo, ni nos atrevemos á decir que aun aspirando á mayor empeño, hubiéramos conseguido realizarlo. El catálogo de poemas castellanos, que insertamos á continuacion, dará idea de lo que seria semejante empresa. ¿Quién no gastaria su vida en recorrer tan dilatado campo? Y cuando á costa de indecibles fatigas y de paciencia, hubiese uno llegado al término, ¿quién conservaria su razon sana para dar cuenta á los demás de peregrinacion verdaderamente tan heroica? Porque así como de la locura se dice que suele ser contagiosa, de los versos puede afirmarse que los buenos despiertan y alumbran el entendimiento de quien los oye; mas los malos, si son muchos, ofuscan y pervierten al mas despejado ingenio. De todas suertes, para clasificar y comparar entre sí las producciones de la épica castellana, y para deducir de su estudio lecciones provechosas, dada como primera la condicion de aptitud, de que creemos no estar dotados, seria menester mas tiempo del que suele concederse á esta especie de trabajos; que los que en España se llaman literarios, ó han de caminar con tanta lentitud, que rara vez llegan á colmo, ó con tal precipitacion, que son mas bien descrédito que alabanza para quien los emprende.

El tomo primero de *Poemas épicos*, xvii de nuestra BIBLIOTECA, comprende los que todos los criticos y coleccionistas han reputado hasta ahora como modelos de nuestra lengua, en este género de poesia; en el presente hemos recorrido la escala por completo, partiendo desde el último tercio del siglo xvi hasta la restauracion literaria, tan dichosamente promovida á fines de la centuria pasada y principios de la que corremos; descendiendo desde el poema de grandes proporciones, hasta el que concentra su clásica estructura en un solo canto; desde el de asunto mas heroico, hasta el puramente descriptivo é imaginario; desde el que atesora la propiedad y galas de nuestra locucion en su mejor época, hasta el que se pierde en el laberinto artificial del pedantesco culteranismo. Hemos procurado además ofrecer muestras de otra clasificacion no menos interesante, la de géneros ó escuelas, dando á conocer, ya á los que siguieron de léjos á los épicos de



la antigüedad, ya á los imitadores del Taso, degeneracion de aquellos, ya á los mal aprovechados discipulos del Ariosto, y con ellos á todos los que profesaban el arte de la andante caballería, mas frenéticos é insustanciales que sus héroes mismos, ya á los parafraseadores de los sagrados textos, ya, en fin, á los flébiles y amanerados amantes del idilio. Y es de ver con qué cándido eclecticismo se esfuerzan los mas en representar todos estos caractéres, invadiendo de vez en cuando ajenas jurisdicciones, pues ninguno habia tan superior al espíritu de su tiempo, que pudiese sobreponerse á él y tiranizarle. La épica, literatura completamente exótica para nosotros, no podia contar con Lopes ni Cervántes entre sus cultivadores. Esto en cuanto al repertorio, absolutamente considerado; que por lo que hace á la eleccion de las obras, quizá habrémos procedido mas temerariamente, no atinando á dar gusto á nadie, pues de los aciertos en este particular, puede decirse lo que el autor de la *Austriada* decia de

«Los concetos;
Que faltan cuando sobran los sugetos.»

Empecemos pues hablando de la *Austriada*, ya que involuntariamente se nos ha ocurrido citarla, y ya que es el poema con que encabezamos esta segunda parte; con cuyo motivo, y recordando lo que indicamos en la primera sobre el órden en que aquellos van impresos, confesamos tambien no haber seguido el cronológico en la presente, y la razon es la dificultad que hemos hallado en procurarnos oportunamente algunas de las ediciones de aquellas obras.

JUAN RUFO GUTIERREZ, natural y jurado de la ciudad de Córdoba, poeta muy aplaudido de sus contemporáneos, si hemos de contemplar sinceras las composiciones laudatorias que le dedicaron el altivo Góngora, el severo Lupercio de Argensola y el benévolo Cervántes (1), insertas entre los preliminares de la *Austriada*, fué cronista (2) del señor don Juan de Austria, y por lo tanto tes-

(1) Cervántes le alaba además en el escrutinio de la librería de don Quijote: «Aquí vienen tres todos juntos, dice el Barbero, la *Araucana*, de don Alonso de Ercilla; la *Austriada*, de JUAN RUFO, jurado de Córdoba, y el *Monserate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.—Todos esos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España.» Pero Cervántes no era hombre que escatimase á nadie los elogios.

(2) Enviado por la ciudad de Córdoba para dar el parabién al vencedor de los moriscos, segun parece, cuando este volvió á Madrid, despues de recorrer como capitán general de la mar los puertos del Mediterráneo, recibió del mismo Príncipe el cargo de cronista suyo, y le siguió á las jornadas de Levante, que juntamente con la guerra de Granada, forman el asunto de la primera parte de su poema. La segunda no llegó á escribirla, ya por la muerte de su Mecenas, ocurrida poco despues de haber regresado él á la corte, ya por los disgustos que al parecer le sobrevinieron. A esto sin duda alude en uno de sus apotegmas (*Las seisientas apotegmas*, de JUAN RUFO; Toledo, 1596, folio 94); pues refiere que soliendo un amigo reprenderle porque no componia la segunda parte de su *Austriada*, á tiempo que pasaban ambos por donde habia varios pajarrillos enjaulados, y entre ellos uno de estos que suben la comida y bebida con el pico, como todos estuviesen cantando menos este, «veis aquí, dijo, un retrato del silencio de mi pluma:

Para el hombre que no es rico,
Cadena es el matrimonio,
Y tormento del demonio
Sustentarse por su pico.»

Rufo asistió en calidad de prócer á las Cortes celebradas en su patria el año 1570, y aun dicese que habló discreta y elocuentemente delante de Felipe II; mas no le sucedió lo

mismo algun tiempo despues, que habiendo ido á besar la mano á su majestad (Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*) por la merced de quinientos ducados que le mandó dar en pago del trabajo empleado en la composicion de la *Austriada*, se vió tan suspenso y embarazado, que no acertó á proferir palabra. De estos quinientos ducados cuenta él mismo (*Apoteg.*, folio 99 vuelto) que fué gastando en el sustento de su casa hasta que no le quedaban sino cincuenta, los cuales se puso á jugar; y preguntado por qué hacia aquel exceso, respondió: «Para que las reliquias de mis soldados venzan ó mueran peleando antes que el largo cerco los acabe de consumir.»

Dejó JUAN RUFO dos hijos, uno llamado Juan, y otro Luis. Este se hizo célebre en el arte de la pintura, pues habiendo ido muy jóven todavia á Roma, venció en público certámen al famoso Miguel Angel. Desde Barcelona, donde, segun parece, se hallaba Rufo comisionado por el Rey para proveer de vestuario á algunos tercios del ejército, dedicó al mismo Luis una carta en redondillas, que por la ternura que toda ella respira y por contener una minuciosa descripción de los juegos y entretenimientos infantiles, merece reproducirse. Dice así:

Dulce hijo de mi vida,
Juro por lo que te quiero
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis daños.

.
Dos veces al justo son
Las que Febo ha declinado
Hasta el Capricornio helado
Desde el ardiente Leon;
Despues que, hijo querido,
Puse tanta tierra en medio,
Más por buscar tu remedio
Que mi decaeso cumplido.

tigo ocular de casi todo lo que ruiere. Tal vez por esta misma razón no se atrevió á traspasar en su obra los límites de una *historia verdadera*, como la llama en la Dedicatoria á la Emperatriz; pero ¿á qué imponerse entonces las trabas de la versificación, y entre todas las formas métricas, elegir una de las mas arduas? Ello no hay duda que debe ser su narración sumamente exacta, cuando tan conforme la hallamos con la *Guerra de Granada*, de don Diego Hurtado de Mendoza, y con la que de la *Guerra* también de *Chipre y suceso de la batalla naval* dejó escrita el divino Herrera; pero ¿cómo conciliar el designio de componer una *verdadera historia* con el anhelo que á cada paso se descubre en el escritor de arrancar sus mas sonoros acentos á la trompa épica? Abusando seguramente de la confesión de nuestro autor, y prescindiendo de la afectación que pueda haber en su modestia, dice el señor Munárriz en su traducción del *Blair* que Ruro «pronunció sin pensarlo el juicio que debe formarse de su obra, cuando aseguró en el prólogo que es

Esperame, que ya voy
Do te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás
Adonde quiera que estoy.
Mas al fin destas jornadas
Espero sin falta alguna,
A pesar de la fortuna,
Que serémos camaradas.
Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mía,
Y hacerte ha compañía.
Como si fueras anciano;
Y si algun camino luengo
Te cansa ó causa embarazos,
Llevaré de sobre mis brazos,
Como en el alma te tengo.
Darte he besos verdaderos,
Y transformándome en tí,
Parecerá bien en mí
Los ejercicios primeros.
Trompos, cañas, morterillos,
Saltar, brincar y correr
Y jugar al esconder;
Cazar avispas y grillos,
Andar á la coscogita
Con diferencias de trotes
Y tirar lisos virotes
Con arco y cuerda de gaita.
Chife en hueso de albarcoque,
Pelota blanca y liviana,
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodoque.
Hacer de una haba verde
Capillados frailecillos,
Y de las guindas rarellos,
Joyas en que no se pierde.
Zampofias del alcávil,
Y de cogollos de coñas
Reclamos, que á las arañas
Sacan á muerte cruel;
Y romper una amapola
Hoja por hoja en la frente,
Y escuchar á quien nos cuente
Las consejas de Bartola.
Llamarémos, si tú quieres,
Por excusarnos de hombres,
Tíos á todos los hombres
Y tías á las mujeres.
Columpio en que nos mezcamos,
Colchones en que trepemos,
Nueces para que juguemos
Y algunos que nos comamos.
Cuarto lucido en el zapato,
Mendrugos en saltriguera,
Con otra cosa cualquiera
Que saque de rato en rato.
Tener en un agujero
Alfileres y rodajas,
Y acechar por las sonajas
Cuándo pasa el melcochero.

Y porque mejor me admitas
De tus gustos á la parte,
Cien melcochas plenas darte
Y avellanas infinitas.
Masapanes y turrón,
Dátiles y confitura,
Y entre alcorzada blanca
El roado canelón.
Mas cuando sufra tu edad
Tratar de mayores cosas,
Con palabras amorosas
Te enseñaré la verdad.

Por su agudo ingenio y afable trato fué Ruro muy estimado y distinguido de los principales personajes de su tiempo; pero resuelto á volver á su patria después de diez años que faltaba de ella, salió de la corte *pobre y desfavorecido*, como él mismo dice, y al pasar por Toledo se detuvo ocho meses en aquella ciudad al arrimo del dean de su iglesia, don Pedro de Carvajal, á quien en agradecimiento dirigió el último soneto que se halla en sus poesías impresas, al fin de las *Apotegmas*. En la dedicatoria de esta obra se queja también al Príncipe del poco favor que había tenido, diciendo que espera de él, no las mercedes sin tasa que muchos, sino la que basta para emplear la vida en loables estudios, ya que por falta de arrimo ha perdido parte de lo mejor de su edad. Llegado á Córdoba, echó de menos á tantos amigos, que prorumpió en aquel dicho consignado después en su citada obra: «No hay batalla sangrienta que tanto aportille el escuadrón de los amigos como diez años de tiempo (*)».

De la *Austriada* se hicieron tres ediciones en tres años seguidos: la primera en Madrid, en 1584; la segunda en Toledo, el año siguiente, y la última en Alcalá, en 1586. De la primera se tiraron cinco mil ejemplares, por confesión del autor mismo, que refiriendo cómo se le quejaba un caballero, buen soldado, de que no hubiese hecho mención de él en la *Austriada*, le preguntó si la había leído; y contestándole el caballero que no había topado con ningún tomo de ella, replicó Ruro: «Pues si de cinco mil cuerpos que se han impreso no habeis topado con uno, ¿qué mucho que yo no haya topado con vos, que sois uno solo?» (*Apoteg.*, folio 128).

Hablándole dicho un poeta amigo suyo que quería hacerle un epitafio para cuando muriera, contestó que se lo haría él mismo, é improvisó este:

Aquí yace un pecador
Que al morir, nacer quisiera,
No por vivir como quiera,
Mas para vivir mejor.

(*) Debemos la mayor parte de estas noticias referentes á Juan Ruro á nuestro buen amigo el distinguido literato y erudito ilustrador de *Quemado*, don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, y á un artículo biográfico del mismo Ruro, que publicó en el *Semanario Pintoresco Español* el señor don Luis María Ramirez y de las Camas-Bela, curioso investigador de las antigüedades de Córdoba.

una curiosidad escrita en verso, de materias difusas, en que intervinieron diversas maneras de personas, lugares y sucesos». Diez años sabemos que empleó Ruvo en la composicion de su poema (si no es que quisiere competir hasta en esto con Virgilio); y ; consume un hombre diez años de su vida en una empresa de mera curiosidad!

Adolece, en verdad, la *Austriada* de los defectos comunes á todos nuestros poemas : de falta de interés en el conjunto por la multiplicidad de sus incidentes; de desigualdad en sus tonos; de languidez con frecuencia en sus narraciones, por el empeño de referir hasta los pormenores mas insignificantes, ó por ignorar el arte de referirlos sobriamente y con un rasgo brillante que los realce y vivifique; pero á pesar de todas estas imperfecciones y otras muchas en que pueda repararse, el libro es un monumento literario, que supone en su autor grandes dotes de poeta. ¿Qué de trozos pudiéramos elegir llenos de noble sencillez, de locuciones vigorosas, de octavas fáciles y precisas, de combates bien descritos, de caracteres diestramente bosquejados!

Véase cuán bien resume en una octava las primeras empresas del marqués de Mondéjar.

Pasa el Marqués á Lanjaron, y en ella
Rompe la furia al bárbaro enemigo ;
Ya en Órgiva le vence y atropella,
Ya en Pítris hace en él igual castigo ;

Entre Vélez con otro estrago y mella
Le hace de su mal parte y testigo ;
En Andarax le ofende y le maltrata ;
En Paterna le vence y desbarata. (Pág. 24, oct. 3.º)

Y con qué alusiones históricas tan oportunas prepara la narracion de las atrocidades de los moriscos (octavas 7.ª y 8.ª).

Ejemplo se vió nuevo y espantoso,
De toda crueldad aborrecible,
Por quien del pueblo al mundo mas famoso
El sexto emperador no es ya terrible;
Ni es de maravillar que el sanguinoso
Tirano de Sicilia irremisible
Holgase al son del lamentable lloro
Que Perilo entonó dentro del toro.

De hoy mas, fama parlara, callar puedes
Las muertes que vió el campo marciano,
Los caballos atroces que Diomédes
Sepulcros hizo del linaje humano ;
Olvida ya las aras y paredes
De Busiris y Anteo el africano,
Y la ferina gula del que ciego
Quedó por mano del astuto griego.

Don Juan de Austria está perfectamente representado en esta octava (pág. 26, 7.ª)

Así lo quiso, y fué tambien servido
De dar á don Juan de Austria (que tal era
Del príncipe fatal el apellido),
Los mayores aplausos de la esfera :

Gallarda agilidad, claro sentido,
Hermosa proporcion, beldad severa,
Ser á todos amable y apacible,
Humilde en paz, en armas invencible.

Y con no menos energía, parecida á la de nuestros célebres dramáticos, se pinta á sí propio Luis Paez de Castillejo, ofreciéndose á pelear por su rey y por su patria (pág. 34, 11.ª)

Yo, mis hijos, mis deudos y criados
Las armas tomarémos sin fatiga,
Y á servir nuestro rey como soldados
Irémos, por la fe que nos obliga,

Sin ser desta ciudad remunerados
Ni que yo lleve oficio en esta liga.
Para aquesto nacimos caballeros;
Para aquesto es la sangre y los dineros.

La muerte de Alonso Flores en el canto vi, la de *Céspedes el Fuerte*, *despreciador altivo de la muerte* en el x, y en este mismo, el combate singular de don Diego de Leiva con el turco Ismenio, manifiestan las felices disposiciones de Ruvo para la parte episódica, que sabia amenizar sin necesidad de recurrir á vanas declamaciones ni pensamientos peregrinos. Pero este es cabalmente uno de los lados por donde flaquea, pues cuando la ocasion lo requiere, aparece pobre de ornato, escaso de imágenes poéticas, falto de digresiones que interrumpan y animen la narracion; y así se hace cansada una lectura, en que no se halla mas variedad que la que naturalmente dan de sí los acontecimientos. Ruvo sabe trazar una figura, mas no bosquejar un cuadro ni revelar los secretos de la composicion y del colorido; sabe decir de don Fernando de Valor que iba

El título de rey tiranizando;

pero no siempre acierta á dar á la diction el temple acerado de las armas que maneja y viste;

sabe en el canto vin imitar la tempestad de la *Enéida*, y poner en boca del Comendador mayor estas palabras

¡Oh venturoso aquel, cuyo tormento
Fuece entre estas ondas fortunales, etc. (Pág. 41, oct. 20.)

que recuerda el *terque quaterque beati, quæis ante ora patrum...* de Virgilio; mas no llega nunca á crear un gran pensamiento, una grande escena, un conjunto armónico, siquiera parezca pequeño y aislado con relacion al todo. Este en breves palabras es el juicio que la *Austriada* nos merece; pero al cabo es una obra recomendable, útil para el estudio como documento histórico, mas extraña á la invencion que á la exactitud; como epopeya, insignificante; como poema, digno de estimacion, y como monumento de estilo y lengua, merecedora de figurar en nuestra Biblioteca de autores clásicos (1).

Pasemos á emitir tambien llanamente nuestra opinion sobre la *Vida y muerte del patriarca San Josef*, escrita por el maestro JOSÉ DE VALDIVIELSO (2). Seria muy injusta suposicion considerar esta obra como una epopeya, cuando su autor no la calificó de tal, y cuando al declarar él mismo en el prólogo la ocasion que le alentó á escribirla, la desconfianza con que la habia emprendido y las críticas prematuras que se habian hecho de ella, parece que previene las objeciones que en este sentido pudieran dirigirsele. El *San Josef* es una de tantas vidas de santos como entonces se escribian, y con que se alimentaba la devocion, digámoslo así, literaria de nuestros abuelos. Si la forma es ambiciosa y la versificacion rigurosamente épica, es porque al cabo se trataba de un asunto sagrado y sublime, y no se conocia, como tampoco hoy se conoce, otro molde mas ajustado á que acomodarlo. Son indudablemente los asuntos divinos, mas quizá que ningun otro, propios de la epopeya; pero los recursos á que debe apelarse difieren mucho de los que se emplean en los argumentos profanos, la ornamentacion es muy distinta, lo maravilloso del artificio necesariamente tiene que ser tambien de diversa índole; y VALDIVIELSO no se entregó de seguro, y así lo confiesa ingenuamente, á los profundos estudios que requiere tan atrevido intento. Escribió un libro en verso y le exornó como pudo, ó como lo creyó mas conveniente. Resta averiguar si en el modo de realizarlo procedió ó no con acierto.

Expuso desde su nacimiento hasta su feliz tránsito la vida del glorioso Patriarca, y aun le representó despues descendiendo al limbo para consolar con esperanzas de próxima libertad á las almas de los santos padres que gemian en aquel encierro. Ensalzó su ilustre origen, le alabó como esposo predestinado de María, le pintó íntegro amante de la mas pura de las mujeres, digno tutor del Hombre-Dios, dechado de humildad y de paciencia, modelo de sabiduria, cifra y colmo de todos los merecimientos y virtudes. Pero empañó un alma tan angelical con el aliento de pasiones demasiado humanas; profanó el santuario de aquel templo con el oropel de mundanas pompas, y no supo vestir la hermosa imágen de la religion cristiana sino con el grosero atavío de los ídolos del gentilismo.

¿Puede darse mas ridícula extravagancia que aquella alegoría de la casa de la Fama, con que llena una buena parte del segundo canto (3), ni impertinencia mas insensata que las discusiones

(1) Algo mas severo y preciso es el juicio que hace de la *Austriada* el señor don Manuel José Quintana; pero en descargo de nuestra conciencia, debemos decir que el profundo crítico considera á Rufo como poeta épico, y nosotros le recomendamos como hablista. El señor Quintana se expresa así: «No tan infeliz en *versificacion y lenguaje* es la *Austriada*, cuyo autor, algo mas instruido y mas culto, pudo dar á sus versos y octavas mejor estructura (que Zapata á su *Cárlo famoso*, y Semper á su *Carolea*), y tal cual regularidad y sentido á su diction. Mas no hay que buscar en él ni invencion en las cosas ni interés y fuerza en los pensamientos, ni nobleza y color en la expresion, ni música en los sonidos. El escritor arrastra penosamente su cuento sin artificio ni invencion poética ninguna, desde que los moriscos se rebelan en Granada, hasta que los turcos son vencidos en las aguas de Lepanto. Su objeto, al parecer, no es mas que referir en verso las cosas mismas que otros han contado en prosa, y sin comparacion mejor que él... El pobre Juan Rufo estaba muy ajeno de lo que

su argumento encerraba, ni, aunque lo comprendiese, tenia medios de desempeñarlo.»

(2) En vano hemos buscado una biografía de este poeta; si existe alguna, no ha llegado á nuestras manos. Contentémonos con saber que floreció á principios del siglo XVII; que escribió tambien las alabanzas de la Virgen de *El Sagrario de Toledo*, como puede verse en el Catálogo; y que fué natural de esta ciudad y capeñan muzárabe de su iglesia catedral.

(3) Comparémosla con la de Valbuena en su *Bernardo*, y advertiremos la inferioridad de aquella respecto á esta. Lo que se piensa mal se expresa del mismo modo, y este trivial axioma es tan evidente en el presente caso, que ni aun la diction de VALDIVIELSO puede compararse con la de su predecesor. De la interminable tirada de octavas de que consta aquel pasaje la mejor es la siguiente:

Aquí la general fama es señora,
Horrendo monstruo, voladora liera,

que entabla á lo mejor sobre puntos esencialmente dogmáticos, usando de toda la maquinaria silogística del escolasticismo? Los celos y congojas de san Josef degeneran en demencia; los ángeles, mensajeros del Altísimo, y cuantos personajes razonan en el poema parecen retóricos ó misioneros; rara es la descripción que no esté monstruosamente recargada con pormenores ociosos é inoportunos; las personificaciones, metáforas y alegorías son casi siempre mitológicas, y sobre mitológicas, vulgares y amaneradas. ¿Merece pues el *San Josef* el nombre de buen poema? A excepcion de algun canto, como el del nacimiento de Jesus, de algun cuadro graciosamente concluido, como el de los desposorios, y de algunos toques vigorosos y oportunos, nada hay en él que revele un plan bien concertado, ni una pluma ejercitada en composiciones de cierto empeño. Todo parecé allí fortuito y como improvisado. El canto de los pastores, que á veces deja entrever felices disposiciones para el género bucólico, se cae á lo mejor de las manos por el tono de chunga que toma el poeta, pintándolos comilones y beodos.

Cuál que en saberlas sazonar se extrema (las migas),
Llega con la cuchar, y vuelve luego
A gustarlas, y viendo que se quema,
Hacen dél los demás donaire y juego;

Él de las migas y el placer blasfema,
De la cuchar, de la sazon y el fuego:
La lengua por la boca mueve aprisa;
Hacen dél los demás donaire y risa (1).

Velazquez sabia pintar bufones y beodos, pero ciertamente no los colocó en su cuadro de la Adoracion de los pastores.

Hemos citado los defectos de mas bulto: seamos justos enumerando algunas de las principales perfecciones. En primer lugar, pocos poetas tenemos que hayan manejado con mas prodigalidad y riqueza de fantasia toda especie de amplificaciones. El que quiera aprender á contemplar un asunto ú objeto bajo todas sus fases y maneras, que lea y estudie á VALDIVIELSO, pues no dejándose uno contagiar de su falta de gusto y buen criterio, podrá sacar gran provecho de su erudicion y fecunda vena. Su estilo es por lo comun ameno y vario, su diction fácil, aunque peque á menudo de incorrecta, su versificacion fluida, si bien monótona y poco rítmica, grande su riqueza de imágenes, y sus metáforas naturales, pero frecuentemente expresadas con voces abyectas ó conceptuosas. De todo ello veremos ejemplos en algunas octavas.

La aurora del día de los desposorios (canto v).

Muestra gallarda cuanto puede y vale,
De oro sus ricas hebras esparciendo,
Que el mismo sol no quiere que la iguale
En la hermosura con que va saliendo;
Y mas que nunca bella y fresca sale,
Las puertas del Oriente enriqueciendo,
Haciendo abriles, derramando mayos
El resplandor de sus divinos rayos.

.....

Quisiera var los desposorios bellos,
En que al yugo de amor virtuoso y santo
Ofrecerán los venturosos cuellos,
Que el casto amor estima y tiene en tanto,
Sabe que el sol se ha de parar á vellos,
Tendiendo el resplandor del rojo manto,
Y porque llega, y ella no le trata,
Su partida importante no dilata.

.....

Tanto de la mentira afirmadora
Cuanto de las verdades mensajera;
Que en cuanto bala Tétis y el sol dora,
Hace cual rayo su veloz carrera,
Mirando, oyendo, hablando cuanto mira,
Mezclando la verdad con la mentira.

El sétimo verso es un enigma, y el octavo un ripio.

(1) Completamos, sin ocupar tanto espacio, esta descripción muy bella en otro lugar, pero muy inoportuna en este:

La tripala y la grita anda derrota,
Comen cual si comieran á destajo;
Anda la rueda la liberal bota
Tras el chismoso mal nacido ajo;
Por segundar ninguno se alborota;
Tras la pimienta suelta del tassa
Suenan las voces y la grita suena:
Ya es fuego el hielo y es placer la pena.
Cuál con el cucharón grosero ahonda
Para sacar las migas mas calientes;
Cuál, puesto al cinto de la roca honda,

Deja colar el vino entre los dientes;
Cuál el caldero trae á la redonda,
Siguiéndole los otros diligentes;
Cuál con la mano, de las migas llena,
Unta al que las cogió barba y melena.

Salen corriendo de la alegre choza

Unos tras otros por el blanco suelo,
Y como gente placentera y moza,
Gozosos velan al rigor del hielo;
Cuando el nuncio Gabriel se desemboza
De entre la nube de color de cielo:
Cérralos una luz hermosa y clara;
Destálbralos la lumbre de su cara.

Cuál con las migas por el suelo rueda,
Cuál ciego cae á la beldad que admira,
Cuál boca abajo, cuál de espaldas queda;
Y cuál apenas de temor respira;
Cuál por buir entre el *gabán* se enreda,
Cuál, hecho *matashin*, al sesgo mira,
Cuál con el cucharón se queda tieso,
Cuál deja el rostro entre la escarba impreso.

En esto de los cielos *se desuelgan*
Seráficos alados escuadrones,
De cuyas manos de jazmines cuelgan
Con cifras del amor blancos pendones;

Y dulcemente en su Criador se huelgan,
Viendo unidos tan castos corazones,
Cuyo amor pure y castidad adoran,
Y de sus almas bellas se enamoran.

La Esposa llega á las puertas del templo,

Presos en red de perlas los cabellos,
Mezclado el alhelí, jazmin y rosa,
Y el oro rico que se mira en ellos,
Enriqueciendo su color preciosa,

Las luces *graves* de los ojos bellos,
Haciendo su belleza mas hermosa,
Hechos divino albergue y casto nido
Del celestial castísimo Cupido.

Y de los dos esposos,

Cada cual dellos en su pecho escribe
La deuda de su amor mientras viviere,
Cada cual dellos con dos almas vive,
Y cada cual sin alma alegre muere;

Josef, que de su Esposa la recibe,
Corresponderla con la suya quiere;
Ella, cual cortesana agradecida,
Por pagarle en su Dios le da alma y vida.

El canto vii comienza desplegando la pompa y lozanía de la primavera.

El tronco seco alegre reverdece,
Y en fecunda preñez da muestra clara
Del fruto dulce que á su dueño ofrece
De miedo oculto entre la seca vara;
En tiernos ramos con belleza crece,
Con las hojas *abriéndose la cara*,
Que le hacen sombra los gallardos brazos
De los renuevos que se dan abrazos.

La fértil tierra con primor perfila
El prado verde de clavel y rosa,
Descubriendo á los cielos el tesoro
Que riega el alba con sus perlas de oro.

Con furia ingrata y sin piedad desquila
La rica oveja mano codiciosa,
Y la ubre gruesa con amor distila
Para su reñetal la leche hermosa;

Crece la sangre y su virtud remoja;
El viejo se renueva en su edad fria;
El joven tierno con prudencia moza
Sigue del niño ciego la porfía;
El que en la casa se regala y goza
Sale de verde con el pardo día;
Las murtas deja el rico y los arriños,
Los viejos el hogar, el sol los niños.

Entre la multitud de afectos con que en el canto xv saluda san Josef al Dios recién nacido, hay trozos de verdadera ternura y entusiasmo, felicisimas imitaciones de los libros sagrados:

Todo, Señor, tus alabanzas diga,
Todo te magnifique y engrandezca,
Todo te ensalce, todo te bendiga,
Y todo el bien de todos te agradezca;
La tierra al cielo en tu alabanza siga,
El cielo por la tierra te la ofrezca;
Todos te alaben por diversos modos,
Pues engrandece tu niñez á todos.

¿Sois vos el que asomado á las murallas
Labradas de los astros mas serenos,
Os jactais de ser Dios de las batallas,
Rayos flechando y disparando truenos?
Sois el gigante de las fuertes mallas,
Que de temor los hombres tiene llenos?
Sois el leon que el mundo se comia,
Y el Dios que de venganza se decia?

En conclusion, de vez en cuando se eleva á la altura de los grandes épicos. Pintando á la Envidia en el canto xviii, dice:

Son las monstruosas desgredadas hebras
Del mal peinado horrífico cabello,
Viboras ponzoñosas y culebras
Que ondean encima del arado cuello;

La frente hena de arrugadas quiebras
Produce un largo verdinegro vello,
Que hace sombra á los ojos denegridos
En dos cavernas húmidas hundidos.

Asalta el monstruo en su lecho al rey tirano:

Llegó la Envidia, y de sus tristes hebras
Un manojo arrancó, y emponzoñada
Al pecho le arrojó vivas culebras
Cebadas en su sangre requemada;

En él hicieron ponzoñosas quiebras
Para roerle el alma atribulada:
Esparció podre entre las hebras de oro;
Sembró dolor, veneno, rabia y lloro.

Hemos dicho antes que los asuntos divinos son quizá los mas propios de la epopeya, y corrobora este aserto la intervencion que Homero y Virgilio daban en sus cantos á las deidades. El

cristianismo no tiene que abandonar la tierra para buscar lo maravilloso : Jesucristo, al nacer entre nosotros y revestirse de la naturaleza humana, realizó lo que en los clásicos antiguos era solo una invencion, un artificio ó *maquina*, como ellos la llamaban; y de esta ventaja se aprovecharon Milton en su *Paraiso perdido*, Klopstock en su *Mestada*, Hojeda en su *Cristiada*, y otro autor menos conocido (1) en un asunto filosófico y atrevido como ninguno, á saber, la *Redencion del infierno*, sublime complemento de la del hombre. Y si todas las obras del supremo Hacedor son otros tantos portentosos dignos de las alabanzas de los poetas, ¿cuál mas interesante que la *Creacion del mundo*, cuál mas grandiosa que la primera aurora de este universo, en que del seno de la nada nacen la vida, el movimiento, la armonía, la luz y el esplendor de la naturaleza?

Espectáculo tan magnífico, de que se sintieron inspirados hasta los gentiles, no podia menos de exaltar á los poetas cristianos, admirados de la magnífica cuanto sencilla narracion del *Génesis*. Ya en el siglo iv floreció Draconcio, á quien se atribuia el *Hexaemeron* ó *Divina semana*, que no es sino el poema de *Deo*, impreso á fines del siglo pasado por don Faustino Arévalo, el cual únicamente trata de la *Creacion del mundo* como por via de introduccion á aquel estimable libro. Pero en 1615 apareció en Roma un poema castellano del doctor ALONSO DE ACEVEDO, gallardamente impreso por Juan Pablo Profilio, poema que en España pasó, al parecer, desapercibido, y de que en la actualidad solo tenia noticia algun curioso investigador de nuestras rarezas ó algun docto apasionado de nuestra antigua literatura. Afortunadamente logramos haberle á las manos, y después de leido, no supimos de qué admirarnos mas, si de la excelencia de una obra que puede figurar muy bien al lado de nuestras primeras producciones, ó de la vergonzosa oscuridad en que yacia. Su autor (2), bien por hallarse ausente de nuestro suelo y residir, segun parece, de tiempo atrás, en la ciudad reina de las artes y del buen gusto, no se muestra inficionado con los vicios que tan comunes eran en los escritos de aquella época. Es grandilocuente sin hinchazon, clásico sin amaneramiento, severo sin rigidez, hombre de vasta instruccion sin afan por aparentarla; su lenguaje es siempre noble, escogido y propio; su estilo acomodado á la grandeza de sus pensamientos; la versificacion robusta y numerosa, pues aunque disuelve con frecuencia los diptongos, y acentúa con alguna incorreccion, no altera la gallardía de la frase, ni perjudica jamás al brio de los conceptos. En pocos escritores se hallará eleccion de epítetos mas acertada ni acepciones de verbos mas significativas, dos propiedades que á primera vista indican al gran poeta, al que lo es por la naturaleza y por el estudio (3).

Su obra, sin embargo, no era completamente original. En el último tercio del siglo xvi floreció en Francia un poeta, M. Guillaume de Saluste, titulado señor de Bargas, á quien, si no miente la fama, apellidaron sus contemporáneos príncipe de la poesía francesa. Escribió este en verso la *Sepmaine ou Creation du monde* (4), con tan universal aplauso, que se hicieron de ella treinta

(1) A. SOUWET, *La Divine Epopee*; Paris, 1840, 2 volúmenes en 8.º

(2) ¿Quién era el doctor ALONSO DE ACEVEDO? ¿Cuáles sus obras? ¿Por qué causa se hallaba ausente de su patria? Nada sabemos de él. Por una expresion que suelta en una octava, que copiarémos después, averiguamos que era natural de la Vera de Plasencia. Cervantes le cita en su *Viaje del Parnaso*, y de un modo que excita mucho la curiosidad:

Y desde lejos me quitó el sombrero
El famoso ACEVEDO, y dijo: A Dio,
Voi siate il ben venuto, cavaliero;
Se parlar senocce, e fusco anch'io.
Y respondí: La vostra signoria
Sia la ben trovata, padron mia.

¿Qué abandono el de nuestra nacion! Y ¿qué síntoma tan poco favorable á su porvenir es esta indiferencia con que miramos el estudio de nuestra historia y la celebridad de nuestros grandes hombres! Si ACEVEDO hubiese sido extranjero ¿quién no le conoceria? Un escritor moderno ha dicho que si los franceses se ilustran con alguna hazaña, únicamente lo hacen por el gusto de referirla; pero el pueblo que olvida las de sus antepasados es porque ni sabe apreciarlas, ni tiene resolucion para acometerlas.

(3) En elogio de la *Aminata*, de Jáuregui, escribió en Roma este bellissimo soneto:

Nació junto al Eridano abundoso
Aminata en su ribera esclarecida,
Noble zagal, cuya niñez florida
Sintió de amor el arco riguroso.
Este con Tirsis, un pastor famoso,
Pasaba en amistad su triste vida,
Y en voz se lamentaba repetida
Con su toscano plectro numeroso.
Mas vino de la Bética ribera
Un jóven de gallardo ingenio y brio;
Y Aminata por el docto sevillano
Dejó su patria y amistad primera,
Y ya en el Bétis en estilo hispano
Canta, olvidado de su lengua y rio.

Don Luis José Velazquez, en sus *Orígenes de la poesía castellana*, compara el poema de ACEVEDO, el *Bernardo* de Valbuena y la *Cristiada* de Hojeda, en cuanto á la falta de carácter épico y de estilo, con la *Gigantomachia* de Gallejos, la *Mejicana* de Lasso de la Vega, la *Saguntina* de fray Lorenzo Zamora y otros de semejante traza. La obra de ACEVEDO nada tiene de extraño que la juzgara Velazquez sin conocerla; pero decir que el *Bernardo* no tiene de poema épico ni aun el estilo!

(4) La edicion que hemos tenido presente es de 1578, *pour la veufve de Jean Durant*, sin año. Juan Dessi hizo una traduccion castellana, que citamos en el catálogo.

ediciones seguidas, y se tradujo al latín y á todas las principales lenguas de Europa. Dícese que era uno de los poemas que mas admiraba Goethe; y en efecto, si se atiende á su invención, tal vez será el primero de su época; como libro de erudición, puede tenerse por una verdadera enciclopedia, mas como obra de estilo y formas, es cosa ridícula é infelicísima de todo punto. Por donde quiera que se abra se tropieza con metáforas extravagantes, con argumentaciones indigestas, antítesis, repeticiones, juegos de palabras, farrago de lo mas incongruente que puede darse. Así comienza el poema :

*Tuy, qui guides le cours du ciel porteflambeaux,
Qui vray Neptune, tiens le moite frein des eaux,
Qui fais trembler la terre, et de qui la parole
Serre et lasche la bride aux postillons d'Aeole...*

Para decir que Dios no habia aun separado los elementos, se expresa de esta suerte :

*Car l'Archer du tonnerre,
Grand mareschal de camp, n'avoit encor donné
Quartier à chacun d'eux.*

Si bien mas adelante emite este pensamiento tan poético :

*Des oyseaux les souspirs
N'estoyent encor portez sur l'aile des zephyrs.*

En suma, se ve que el buen Saluste era todo un Gracian, si se quiere con mas talento y fantasía, pero con la misma propensión á la verbosidad, porque quien llama á Dios *Mariscal de campo*, no está lejos de creer que las estrellas son *gallinas de los campos celestiales*.

Pues bien, guiado ACEVEDO por su instinto poético, por su saber y su buen gusto, se propuso refundir el poema de Saluste, aprovechando lo que á todas luces era excelente ó bello, mejorando lo que con alguna alteracion podia perfeccionarse, añadiendo lo que creyó oportuno, y suprimiendo toda aquella hojarasca que deslucía la obra; con lo cual consiguió regularizarla, reducirla á proporciones convenientes y crear realmente otra nueva, que bien merece el título y los honores de original. La índole de aquella composicion, esencialmente descriptiva, hacia preciso introducir algunos episodios que le diesen variedad é interrumpiesen la monotonía de una narracion constante, y con este objeto terminó el canto primero con la rebelion de Luzbel y el triunfo de los ángeles, y el segundo con una breve conmemoracion del combate de Lepanto. Mas para que se comprenda hasta qué punto redondeó nuestro autor la escabrosa produccion de su modelo, y si era verdadero poeta quien aquella empresa acometia, baste decir que mientras el señor de Bartas finalizaba su dia sétimo con una prolija disertacion moral, ACEVEDO coronó dignísimamente su obra con una breve pintura del juicio final, comprendiendo en su elevada penetracion que una obra cuyo asunto era la creacion del mundo, debia rematar con el tremendo vaticinio de su ruina y postrer anonadamiento.

Quisiéramos confrontar algunos pasajes que el poeta castellano tomó del original para que se viera de qué manera imitaba ó traducía; mas no nos es dado detenernos tanto. La embrollada y cacofónica pintura del caos en que ACEVEDO padeció un descuido, pues no vuelve á dejarse arastrar de tan funesto ejemplo, está copiada exactamente de M. Saluste; no es menester advertirlo.

Pero sobre esta estrofa del poema francés :

*Avant qu'Eure soufflast, que l'onde eust des poissons,
Des cornes le croissant, la terre des moissons,
Dieu, le Dieu souverain n'estoit sans exercice :
Sagloire il admiroit : sa puissance, justice,
Providence et bonté estoient à tous momens*

*Le sacré saint objet de ses hauts pensemens.
Et si tu veux encor, de ceste grande boule
Peut estre il contemploit l'archetype et le moule.
Il n'estoit solitaire, avecques lui vivoient
Son Fils et son Esprit, qui par tout le suivoient,*

ACEVEDO, teniendo presente la índole de nuestra lengua, construye esta rotunda octava :

*Antes que distinguiese el sol los dias,
Y al aire en torno el fuego rodease,
Y el Oceano con las ondas frias
De la tierra las faldas inundase;*

*Y antes que el tiempo por oblicuas vias
La carrera callada apresurase,
No estaba solo Dios, que en sí asistía
Gozándose en su trina compañía.*

El laborioso símil de Saluste que dice :

*En formant l'univers fit donc ainsi que l'ourse,
Qui dans l'obscur grotte au bout de trente jours
Une masse difforme enfante au lieu d'un ours :
Et puis en la lechant, ores elle façonne*

*Ses déchirantes mains, or' sa teste felonne,
Or ses pieds, or' son col : et d'un monceau si laid
Son industrie anime un animal parfait,*

Lo traduce así :

Mas como la osa ruda, que lamiendo
Del parto informe la cerdosa pasta,
Con la lengua formando va y puliendo
El cuerpo feo de su torpe casta,

Y con astucia natural va haciendo
De un peso tosco, de una carga vasta,
De un monton grueso, su animal perfecto,
Del natural instinto raro efecto...

Sospechamos, sin embargo, que ACEVEDO no tuvo presente el original francés, sino la version literal que hizo en italiano el signor Ferrante Guisone (Venetia, 1595); y nos induce á esta sospecha el bellissimo apóstrofe (pág. 248, octava 16) con que saluda á la luz, *Dios te salve, alma luz*, etc., que nos parece mas conforme á la traduccion citada, *Dio ti salvi, ó celeste et vivo lume*, que al *Clair brandon, Dieu te gard, Dieu te gard, torche sainte*, del original.

En todo lo que ACEVEDO pone de su propio ingenio es oportuno y grande, y muestra un sabor en extremo clásico que cede al torrente de su inspiracion. ¡Qué imitacion tan feliz del salmo *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annunciat firmamentum*, es aquella octava (novena de la pág. 247), que concluye diciendo :

Y el cielo con sus fuegos soberanos
Manifiestan las obras de sus manos!

Y ¡qué bien amplificada se ve esta idea en las dos octavas siguientes!

Si como muestra de estilo grandilocuente y numeroso, nos propusiésemos citar octavas ó trozos enteros de su obra, tendríamos que reproducir aqui la mayor parte de sus cantos. La rebellion de los ángeles es un cuadro digno de Milton :

De coro en coro por la ardiente esfera
Un confuso murmurio se levanta;
No hay sosiego ni paz, todo se altera;
Cada uno á tomar armas se adelanta;

Tal furor muestra la tempestad fiera
Con que á la tierra el mar turba y espanta,
Cuando se sueltan del eólico claustro
Del un lado Aquilon, del otro el Austro.

En el dia tercero describe la situacion y curso de los diferentes mares, las corrientes de los rios, las especies de árboles, flores y frutos, y unas veces majestuoso é imponente, otras tranquilo y risueño, ó finalmente rápido é impetuoso, nos lleva siempre tras la magia de sus acentos :

Como del ancho Nilo la profunda
Corriente en varios cuerpos se reparte,
Cuando los campos fértiles inunda,
Que aquí se junta y acullá se parte,
Allí corre derecho, allá asegun da
El natural triángulo á otra parte,
Y revolviendo por los valles, juega
Fertilizando la agostada vega.

O cuando el fiero grito, con que atruena
Las playas, en sonido alegre muda,
Y de la frente plácida y serena
Con manso movimiento espuma suda;
O cuando retozando en el arena,
Las márgenes parece que saluda :
¡Qué apacible ruido, qué suave
Saltar atrás, al son y compas grave!

¡Quiere pintar la trasformacion de la naturaleza, revistiéndose de pronto de céspedes y de flores? Pues hé aquí el ingenioso símil de que se vale :

Cual la viuda que con negro manto
Toda se cubre, y para mas enojos,
Con los suspiros del continuo llanto
Saca agua de las nubes de sus ojos;
Pero olvidada del funesto canto,
Vistiéndose despues ricos despojos,
Y compuesta de joyas con grande arte,
Risueña á las segundas bodas parte;

Deste modo la esfera seca y dura,
Que se mostró con pálidos colores,
Cubrió el cuerpo despues con vestidura
Recamada de yerbas y de flores;
Y á trechos esmaltando en la verdura
Diversas plantas grandes y menores,
Las madejas pintadas y frondosas
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Aquí recuerda la querida vega de su patria; allí se detiene á contemplar la mansion del Fénix; primero refiere los amores y raros instintos de los peces, luego la naturaleza de los cuadrúpedos, y sigue en su curso arrebatado al caballo, dando la preferencia sobre los de las demás naciones al que se apacienta orillas del Ebro, ó al que padece en los campos Eliseos, que *Guadalete con sus aguas baña*; el cual

Cuando en la guerra las escuadras mira,
Y oye el son de la bélica trompeta,
Por las narices vivo fuego espira,
Como cuando el gran Júpiter saeta;

Y ardiendo en llamas de coraje y ira,
Al son del instrumento, cual saeta
Parte, y en la trabada escaramuza
Las encontradas picas desmenuza.

¿A qué entretenerse en citar nuevos ejemplos, si en la admirable obra de ACEVEDO es mas difícil hallar un verdadero defecto, que una belleza de primer orden en las páginas del autor mas adocenado? No privemos tampoco á nuestros lectores del gusto de apreciar por sí mismos el mérito de un poeta, que para nosotros puede llamarse nuevo. Solo deseáramos que le diesen á conocer críticos mas autorizados, y que juzgándole detenida y profundamente, añadiesen este rico florón á la corona de nuestra musa épica (1).

De semejantes recomendaciones nos ahorra el poema de *Nápoles recuperada por el rey don Alonso*, que insertamos en seguida, escrito por el célebre PRÍNCIPE DE ESQUILACHE (2); y no porque creamos que todo el mundo esté convencido de su bondad material é intrínseca, sino, al contrario, porque estamos muy seguros de que serian en extremo injustas las alabanzas que le tributásemos. El primero que, jugando del vocablo, llamó al PRÍNCIPE DE ESQUILACHE príncipe de la lirica castellana, ó ganó el título de ignorante, ó quiso ganar las albricias de lisonjero. Mostró el PRÍNCIPE ciertamente aptitud é ingenio poco comun en las poesías ligeras, en la letrilla, el romance y otras composiciones por el estilo; pero de allí no podia pasar; su cabeza era un globo que, en fuerza de ir sin lastre, podia remontarse hasta cierta altura. En su *Nápoles recuperada* no hay defectos que ofendan al buen sentido, ni desvarios que exciten risa, pero en cambio no hay tampoco belleza alguna. Es un manjar insípido é inodoro. La accion camina desde que se anuncia, sin que se pueda averiguar por dónde; suceden allí muchas cosas, pero ninguna necesariamente; tan extraños son los episodios á la fábula primordial, como la fábula á la comprension de los lectores. El lenguaje, sin embargo, es fácil; la versificación corre con cierta fluidez, propia de una pluma experta en toda suerte de combinaciones métricas; y aunque el estilo es confuso, los periodos embrollados, y la forma favorita, ó por mejor decir exclusiva del autor, era la antístes, no llega uno á exasperarse con su lectura. Nos librarémos de la responsabilidad en que hemos incurrido al elegir esta obra para nuestra coleccion diciendo: que como desde luego nos propusimos dar muestras de todos los géneros que nuestros épicos cultivaron y de los periodos de que debe constar nuestra historia literaria, hemos preferido la *Nápoles recuperada*, por no ser de las mas difusas ni de las mas monstruosas é irregulares de aquellos tiempos, á otras obras que bajo todos aspectos ofrecian mayores inconvenientes.

(1) Sabemos que el señor marqués de Pidal, tan versado en los estudios hasta de nuestros mas desconocidos monumentos literarios, comenzó á escribir años atrás un juicio sobre el poema de ACEVEDO, que no llegó á terminar, porque le sorprendieron en tan loable ocupacion otros cuidados. Sabemos tambien que tiene formado muy alto concepto de nuestro poeta placentino, y es sensible que cuando reproducimos la obra de este, nos veamos privados de otra tan excelente como seria la de su panegirista.

(2) DON FRANCISCO DE BORJA Y ACEVEDO, príncipe de Esquilache, caballero del insigne orden del Toison de Oro, gentilhombre de cámara del rey Felipe IV y gobernador capitán general de las provincias del Perú, fué hijo de don Juan de Borja, conde de Mayalde y Ficallo, mayordomo mayor de la emperatriz doña Maria, y de doña Francisca de Aragon y Barreto, hija de Nuño Ruiz Barreto, señor de la Quarteira, en Portugal. Nació, al parecer, en 1580; fué discípulo de Bartolomé Leonardo de Argensola. Durante su gobierno en el Perú se hizo la conquista de las Maynas en

el Marañon, y en su nombre se fundó la ciudad de San Francisco de Borja, en aquellos reinos. Habiendo terminado los seis años de su virreinato, se embarcó para España en fines de 1631. Consta que vivió retirado algunos años en la ciudad de Valencia, y falleció el 26 de octubre de 1588, á la edad próximamente de ochenta años. Fué de elegante persona, de buena complexion y apacible natural.

Ademas de su *Nápoles recuperada*, cuyas ediciones citamos en el catálogo, obra que dice él haber escrito mucho antes que se imprimiese, dejó *Obras en verso*, Madrid, 1639, reimpreas magníficamente en Ambéres, en la imprenta Plantiniana, 1684; *Oraciones y meditaciones de la vida de Jesucristo*, por el B. Tomás de Kempis, con otros dos tratados de *Los tres tabernáculos* y *Soliloquios del alma*, obra póstuma, publicada en Bruselas por Francisco Foppens, 1661, 4.º Tambien se le atribuye: *Instruccion de Séneca á Neron*, *Plutarco á Trajano*, y *Sentencias filosóficas del doctor Juan de Olarte*, MS.

Sigue en el orden de sucesion el *Arauco domado*, de PEDRO DE OÑA (1), dado á luz en 1506; libro tan raro, segun los editores de una impresion moderna hecha en Valparaiso (de Chile), que el único ejemplar existente, seria quizás el que cita en su catálogo M. Ternaux-Compans, perteneciente á su biblioteca. Nosotros nos hemos servido de otro para nuestra edicion, y en vista de él hemos podido restablecer algunos pasajes viciados en las ediciones posteriores, viciados de intento, porque se referian á expresiones y frases arbitrariamente modificadas. La *Araucana*, de Ercilla, y el ruidoso éxito que obtuvo desde su aparicion, despertó en muchos ingenios el deseo de rivalizar con aquella obra; mas de cuantos concibieron tan mal designio, solo uno consiguió acercarse á la altura de su modelo, y este fué PEDRO DE OÑA en la produccion á que nos referimos. Aun cuando el mismo autor no confesase ingenuamente en su prólogo que seguia los pasos del cantor de Arauco, basta leer unas cuantas estrofas de su poema para adivinar la buena fuente en que habia bebido. La estructura de ambas composiciones es idéntica; lo son el cuadro y el colorido, y únicamente, no sabemos por qué capricho, introdujo una alteracion singular en la forma métrica, adoptando las octavas en cuanto al número de versos, pero variando el sistema de la consonancia, pues rimó entre sí los segundo, tercero y sexto, así como los primero, cuarto y quinto, y conservó pareados los dos postreros.

Todos los cantos terminan con su pausa expresa, y todos los siguientes principian con unas cuantas reflexiones mas ó menos oportunas; artificio, si tal nombre merece lo que es sistemático por esencia, muy usado por la mayor parte de los Homeros de aquella época. Abunda el *Arauco Domado* en galanas descripciones, en combates pintados con variedad, desenfado y valentía, en riquísimos cuadros de costumbres y en caracteres enérgicos y varoniles; pero acontece lo que en la epopeya de Ercilla, que los araucanos llevan la mejor parte, y los españoles, aunque figuran en el cuadro, es como en lontananza. Entre los bárbaros sobresalen Tucapel y su amada Gualeva; esta vehemente, apasionada, fiera; aquel altivo, soberbio, heróico y hasta temerario; resultando de esta semejanza de cualidades cierta uniformidad en el tono de los afectos, que hubiera desaparecido con solo degradar un tanto la vigorosa figura de la heroína. El canto v es un bellísimo idilio, y la escena de Caupolicán y Fresia, que templan la fiebre de su amor en las cristalinas aguas del estanque de Elicura, no la hubiera desdeñado Ovidio para sus *Metamorfosis*. Los sucesos de Talgueno y Quidora, que tienen mucho de novelescos y maravillosos, se leerian con gusto reducidos á menores proporciones, y el sueño y profecías de Quidora amortiguan mucho la accion y perjudican á su verosimilitud. Por último, el lenguaje es natural y no exento de animacion y brio, pero decae en algunos razonamientos por demás prolijos, y frecuentemente se rebaja con el uso de palabras y locuciones indignas de la poesia culta. El Galvarino de la *Araucana* se halla reproducido exactamente en su imitacion, la cual celebraron en dos canciones que se leen al frente de la edicion primitiva el doctor Francisco de Figueroa y el padre Hojeda.

El espacio que resta para completar las páginas de este tomo lo ocupamos con varios poemas de cortas dimensiones, acerca de los cuales no creemos necesario hacer advertencia alguna, porque en general son bastante conocidos. Los dos cantos del *Endimion*, de MARCELO DIAZ CALLEGERRADA, poeta que, segun afirma en su Dedicatoria, determinó *seguir el estilo claro y cierto de Castilla*, como Lope de Vega, á quien llamaba su maestro, pertenecen á la escuela conceptuosa y enigmática de los cultos; pero resumen en limitado trecho un género que tuvo muchos apasionados, el amatorio mitológico; y en este concepto y en el que dejamos dicho, no estamos arrepentidos de haberle dado la preferencia.

(1) El capitán Gregorio de Oña, criado y crecido en guerras, y muerto hecho pedazos en la de Chile, fué padre del licenciado PEDRO DE OÑA, nacido en la ciudad de los Confines, última de las que fundó Valdivia en el territorio araucano; y él mismo declaró su patria, diciéndose natural de los *Infantes de Engol*, nombre que el gobernador Hurtado de Mendoza ordenó se diese á la ciudad de los Confines. Cuando salió OÑA de su país, y pasó á Lima á estudiar en el colegio de San Felipe y San Marcos, era ya de edad bastante para comprender la *frásis, lengua y modo* de los indios araucanos. En Lima fué donde escribió el *Arauco Domado* (primera labor que salió de sus manos) y algunas otras obras que imprimió allí mismo, como la *Can-*

cion real á San Francisco Solano, publicada al frente de una vida de aquel santo, un *Soneto á la universidad de San Marcos de Lima*, impreso con las instituciones y ordenanzas de la misma corporacion en 1603, y el *Tembor de Lima*, en el año 1600, poema en octavas y en un solo canto. Propúsose escribir una obra del género pastoril, cuyo asunto debian ser los *venturosos lances de don Hurtado de Mendoza en la corte*, y prometió al terminar el *Arauco* escribir la segunda parte, que no llegó á salir á luz. Lope de Vega, en la silva II del *Laurel de Apolo*, atribuye á OÑA un *poema heróico armónico suave del patriarca Ignacio de Loyola*, que sin duda es el mismo que mencionamos en nuestro catálogo.

En el género puro del idilio, la *Fábula del Genil*, de PEDRO ESPINOSA (1), es un excelente ejemplo. «Puede asegurarse (dice Sedano en su *Parnaso Español*, tomo 1, pág. 28) que en su línea es pieza original, donde lucen á competencia el furor poético, el entusiasmo, la abundancia y propiedad de las imágenes, la valentía y hermosura de las pinturas ó descripciones, la imitación y el gusto de la antigüedad, y la dulzura y pureza del estilo. Sobre todo, sostiene y concluye la fábula con tal arte y primor, que por sola esta circunstancia merece esta excelente composición la preeminencia entre todas las semejantes que tiene la lengua española, y el paralelo con las de la griega y latina». Mas justo y exacto parecería este elogio hecho con mas llaneza.

El que el mismo colector dedica á la *Raquel*, de don LUIS DE ULLOA Y PEREIRA (2), está mas justificado. «No se puede adaptar á esta hermosa y elegante composición el título de poema épico por carecer de muchas de las circunstancias y requisitos que constituyen la epopeya, y por otros defectos, hijos del mal gusto del siglo de su autor; pero lo noble de los pensamientos, la elevación y majestad de las expresiones, el decoro de las personas, lo bien tejido de la fábula, el alto número y culto verso, y sobre todo, las muchas y graves sentencias de que está adornado, le hacen muy digno del aplauso que logra entre los eruditos.»

Con menos palabras recomienda el excelentísimo señor don Manuel José Quintana el *Deucalion*, del conde de Torrepalma, don ALONSO VERDUGO DE CASTILLA. «El conde de Torrepalma, dice, en su imitación ovidiana del *Deucalion* hizo prueba de un eminente talento para escribir y versificar.» (*Introducción histórica á su colección de poesías castellanas. Poesía castellana del siglo xviii.*) Basta, en efecto, este reducido poema para que su autor ocupe un lugar privilegiado en nuestro Parnaso.

La *Agresión británica*, del señor don JUAN MARÍA MAURY, que vió la luz pública el año 1806, es una obra cuyo mérito no necesitamos encarecer, y á que sabrán dar la estimación debida nuestros lectores.

Al insertar el canto de las *Naves de Cortés destruidas*, que don NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATIN escribió para el primer certámen abierto por la Academia Española en 1777, nos ha parecido conveniente incluir también el de don JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN, que fué el favorecido con el premio, para que, comparándolos, pueda juzgarse del mérito de cada uno. El de MORATIN, mas erudito (3), por decirlo así, aunque algo mas episódico que el de su competidor, se hallaba ya impreso en la Colección de sus obras, que con las de su hijo don Leandro forma el tomo II de nuestra BIBLIOTECA; mas con el fin de que no resulte aquí repetido, hemos copiado la edición del mismo canto, hecha en Barcelona en 1821, con numerosas variantes, que se atribuyen al mismo don Leandro.

Igual comparación podrán hacer nuestros lectores entre la *Inocencia perdida*, del señor don ALBERTO LISTA Y ARAGON, que hoy se imprime por la vez primera (4), y la del señor don FÉLIX JOSÉ REMOSO (5), que concurrieron también al certámen abierto por la Academia sevillana de Bue-

(1) Natural de Antequera, capellan del duque de Medinaceli, don Manuel Alonso Perez de Guzman, y rector del colegio de San Ildefonso de San Lúcar de Barrameda, segun don Nicolás Antonio. Fué el primero que reunió en colección algunas composiciones de los poetas de nuestro siglo de oro, y otras inéditas, y entre ellas algunas suyas, como la *Fábula del Genil*, formando de todas un libro, que tituló: *Primera parte de las flores de poetas ilustres castellanos*, impreso en Valladolid en 1608.

(2) Nació en Toro, de familia noble y conocida, oriunda de Galicia, á principios del siglo xvii. Fué muy dado al estudio, y conocedor de varias lenguas, corregidor de Leon y muy favorecido del conde de Olivares. Padeció algunos infortunios, y se retiró á Toro, donde murió hacia el año 1680. Compuso varias poesías, que dió á luz su hijo don Juan Antonio en 1674.

(3) Se conoce que Moratin estudió los cronistas y poetas de asuntos americanos, pues la noticia de aquellos versos que dicen:

Mas ¡ay! que ese adalid, el mismo día
Que nacer vimos al sajón Lutero,
Nació también para la afrenta mia,

PE-2.

parece estar tomada de estos otros dos infelicitísimos, que Saavedra de Guzman tiene en su *Peregrino indiano*.

Cuando nació Lutero en Alemania,
Nació Cortés el mismo día en España.

(4) Debemos manifestar aquí nuestra gratitud al amigo del señor LISTA, que nos facilitó la copia de esta obra inédita, el señor don Antonio Martín Villa, dignísimo secretario de la universidad de Sevilla, no menos conocido por su talento y saber, que por su modestia y retraimiento, de todos los discípulos de aquellas célebres escuelas. La vida del señor don ALBERTO LISTA todo el mundo la conoce. A él le son deudores de su educación literaria la mayor parte de los ingenios que honran hoy nuestra literatura.

(5) Fué ministro del tribunal supremo de la Rota. En 1793 fundó en Sevilla la *Academia de letras humanas*, que influyó mucho en la propagación del buen gusto literario. En 1801 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Cruz de aquella ciudad, fundando en su distrito la hospitalidad domiciliaria para socorro de todo género de necesidades, y proporcionando en su casa la vacunación pública y gratuita; y en el hambre que padeció Sevilla en 1812 formó dos hospitales de desfallecidos de ambos sexos. En 1827

nas Letras hácia el año de 1805, en que obtuvo el premio la segunda. Si hubiéramos podido adquirir la coleccion de números del *Correo de Sevilla*, y todas las demás noticias, relativas á la polémica literaria que con motivo de ambas composiciones se suscitó entre críticos muy aventajados, las hubiéramos asimismo reproducido. Los cantos del señor Remoso están dotados de mas animacion y brio; el del señor Lista es mas espontáneo y dulce; las octavas del señor Remoso, rotundas, rítmicas, llenas de la suave sublimidad de Herrera, debieron seducir á los jueces del certámen, mas que la clásica regularidad á que se sujetó el célebre autor de la oda á *la Muerte de Jesus*.

Estas son las ilustraciones que hemos juzgado conveniente añadir á nuestra coleccion. Deseábamos enriquecerla con alguna otra produccion inédita, y aun tuvimos esperanzas de publicar el *Puren indómito* de Fernando Alvarez de Toledo, que don Nicolás Antonio da como manuscrito. Lo está efectivamente, y hemos podido disponer de una buena copia que se nos facilitó con este objeto (1); pero sus desmedidas proporciones y el ser obra, mas bien inapreciable como monumento histórico, que útil como poema, nos obligaron por fin á desistir de nuestro propósito.

Para el catálogo que va adjunto hemos registrado algunos índices y bibliotecas (2): trabajo penosísimo y despues de todo imperfecto, porque ¡quién podrá lisonjearse, y menos en tan breve tiempo como son dos meses, de haber desenterrado del polvo de nuestras bibliotecas todos los tesoros que por espacio de uno y otro siglo ha producido en este solo ramo nuestra fecunda literatura? De la multitud de vidas de santos con que hemos tropezado, solo referimos las que nos han parecido mas importantes, ó las que, cuando menos, guardan la forma épica; porque anotar las escritas en décimas, romances y seguidillas, como jácaras de ciego, hubiera sido tarea interminable, y no sabemos hasta qué punto provechosa. Tampoco hemos incluido los poemas ascéticos y morales, pues la mayor parte nada tienen de heróico, sino la paciencia de los que los escribieron. De algunos manuscritos (3) hubiéramos podido dar cuenta; pero prescindiendo de los inconvenientes que pueda esto tener, eran al cabo tan pocos, que no debíamos atribuirles ni siquiera el mérito de la abundancia. Si el presente volúmen, ya que no ha sido ilustrado con tanta inteligencia y detenimiento como otros de la Biblioteca, tuviera la fortuna de agradar como estos á nuestros lectores, lograríamos la mas grata recompensa á que pueden aspirar los que se dedican á tan áridos trabajos.

fué nombrado primer redactor de la *Gaceta del Gobierno*, y despues presidente de una comision de estadística general. Desempeñó otros cargos no menos honoríficos, y en todos dió pruebas de su grande saber é ilustracion. Su *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria* se publicó por primera vez en 1816.

(1) El señor don Serafin Estébanez Calderon fué quien primero nos sugirió esta idea, y posteriormente debimos á la benevolencia del señor don Buenaventura Carlos Aribau la copia á que nos referimos. Es lástima que no se haya aprovechado hasta ahora en ninguna publicacion de historiadores de Indias un libro tan interesante.

(2) La Nacional de esta corte, aumentada con la que perteneció al señor Böhl de Faber, procedente del Puerto de Santa María; la del señor don Agustin Durán, dignísimo decano de la misma Biblioteca; la del señor don Pascual Gayangos, no menos generoso que el señor Durán de las preciosidades que posee, y la escogida de nuestro buen amigo el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe. También nos han auxiliado con sus noticias y advertencias los señores don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Tomás y don Indalecio Sancha, los dos oficiales de la Biblioteca Nacional

y bibliotecario el primero de ambos de la Real Academia de la Historia; y por último, el señor don Justo de Sancha, hermano del mismo don Tomás, que ha gastado su vida en atesorar preciosísimos documentos para nuestra bibliografía é historia literaria. Reune este caballero un copioso y bien razonado índice de poemas castellanos; otro de los libros de caballería citados en la librería de *Don Quijote*, con una genealogía de los héroes caballerescos, y dos de los autores mencionados por Cervantes en el *Viaje del Parnaso* y el *Canto de Caliope*, en que por incidencia se da cuenta de otros muchos. La amabilidad con que dicho señor accede á los ruegos de sus amigos, nos hace confiar en que muy pronto verán la luz pública sus trabajos, recibiendo en ello gran satisfaccion los amantes de nuestras letras.

(3) La reina doña María Josefa Amalia de Sajonia, esposa de Fernando VII, sabemos que dejó escrito un poema de la *Vida de San Fernando*; mas ignoramos dónde existe. Dentro de poco esperamos que vea la luz pública uno del señor don Manuel Breton de los Herreros, cuyo asunto es la *Desvergüenza*, digno de su incomparable fecundidad y asombrosa vena.

CAT.

x ALDANA (Parthenon y Uica)!!!
1596
Bavaria Leipzig
1586

DE POEMAS CASTELLANOS HE

FABULOSO

x Dn. Guherrez, Jua: 1585/86
no 8°

AVAN DE RIVERA ENRIQUETZ (Fernando). — *Fábula de Mirra*. Nápoles; Lázaro Scorig, 1631.

AGUIAR (Gaspar). — *Expulsion de los moros de España por la sacra católica real majestad del rey don Felipe IV*. Valencia; Pedro Patricio Mey, 1610, 8°.

AGUIRRE Y SANTA CRUZ (Don Iñigo). — *El heros sacro espagnol, santo Domingo de Guzman*. Madrid; 1641, 4°.

ALLON (Juan de). — *Fiestas de Lima por los veinte y tres mártires del Japon*.

ALANCON. — *Conquista de las islas Azores*.

ALDANA (Francisco de). — *Historia del Génesis. — Partenio y Nise*. — *Angélica y Medoro*. — Estas obras atribuye al autor don Nicolás Antonio, y Brunet las cita así: «*Todas las obras que hasta agora se han podido hallar del capitan Francisco de Aldana... agora nuevamente puestas en luz por Cosme de Aldana, su hermano*». P. Madrigal, 1591, dos tomos 8° — Confiesa el mismo Brunet que de este libro raro no ha visto mas que la primera parte, de 1593, y la segunda, de 1594; pero cree que debe existir de la primera parte una edición de 1589 ó 1590, porque la dedicatoria de la misma tiene la fecha de 21 de junio de 1589. En efecto, la primera edición se hizo en Milan por Pablo Gotardo Poncio, 1589, 8°.

ALOISO (Agustín). — *Hazañas de Bernardo del Carpio*. 1585, 4° — Don Nicolás Antonio no da mas noticias de este poema. Brunet, con referencia al catálogo de Crofts, añade que es muy raro y que se imprimió en Toledo por Pero Lopez de Haro en dicho año. Existe en la Biblioteca Nacional entre los libros que pertenecieron al señor Böhl de Faber.

ALVAREZ DE TOLEDO (Fernando). — *Puren indómito, guerras de Arauca*. — MS. citado por don Nicolás Antonio en el tomo I de su *Bibliotheca nova*, p. 367.

ALVAREZ DE TOLEDO PELLICER Y TOVAR (Gabriel). — *Obras póstumas poéticas con la Burromaquia*. Sácalas á luz el doctor don Diego de Torres Villarroel. Madrid; en la imprenta del convento de la Merced, 1744, 4°.

ANÓNIMO. — *Conquista de la Nueva Castilla*, poema heroico, publicado por la primera vez por don J. A. SPEZCHER DE BERKEG. Paris y Leon; Saint-Hilaire, Blanc y compañía, editores. — Es un libro en 8°, impreso en Leon de Francia el año 1848 por Rodanet y compañía, de cuya existencia no teníamos ni hemos visto noticia alguna. El editor participa su descubrimiento en un prefacio escrito en francés con la traducción al lado, cuyas palabras son las siguientes:

«Los amantes de la literatura española deben á una casualidad el descubrimiento de esta epopeya. Hé aquí cómo:

«Recorriendo yo un día el catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Real de... me llamó la atención el título de este poema; pedí el manuscrito, y grande fué mi sorpresa cuando vi que estaba escrito en verso.

piar impreso, que no he podido encontrar, ni aun hallar rastro alguno de la impresion de este poema en ningún tiempo.

»El estilo romancero (*sic*), á la par que sublime y enérgico, algun tanto impregnado del genio caballeresco, junto con la ortografía del prólogo, parece indicar haber sido compuesto hácia la mitad del siglo XVI, sin fecha ni nombre de autor.

».... Esta epopeya, no solo presenta un mérito raro y un valor real por su importancia poética, sino tambien por fidelidad y exactitud de la narracion de los hechos, que coincide perfectamente con los testimonios y aseveraciones de los mejores historiadores españoles del Nuevo-Mundo.»

La obra está dirigida al muy magnífico señor Juan Vazquez de Molina, secretario de la Emperatriz y Reina, nuestra señora, y de su Consejo.

Después tiene por título: *Relacion de la conquista y del descubrimiento que hizo el gobernador don Francisco Pizarro en demanda de las provincias y reinos que ahora llamamos Nueva Castilla*. — Hace principio desde la primera vez que partió de Panamá hasta todo lo que en la prision de Atabalipa sucedió, la cual está partida en dos partes: la primera comienza describiendo el tiempo en que se hizo á la vela en Panamá.

La segunda principia así: Aquí hace principio la segunda parte, que habla en la segunda vez que el magnífico señor gobernador don Francisco Pizarro partió de Panamá en demanda de la provincia de Túmbes hasta la prision de Atabalipa y conquista de la gran ciudad del Cuzco, la cual comienza así, hablando el Gobernador.

La primera parte tiene cinco cantos, la segunda tres, y el autor ha añadido porción de notas para explicar algunos pasajes ó hacer ver su conformidad con los historiadores. Todo el poema está en octavas, rimando entre sí los versos primero, cuarto, quinto y octavo; segundo con tercero, y sexto con sétimo; los cuales son de doce, once y diez sílabas mezclados indistintamente. La versificación pues, si no depende muchas veces de lo vicioso de la copia, es inarmónica y desabrida, el lenguaje no muy anticuado, la narración sumamente concisa y de vez en cuando expresiva y sentenciosa. Con estos datos puede ser que se averigüe el autor, la verdadera época y la procedencia de esta composicion, al parecer desconocida.

ANÓNIMO. — *El libro de Apolonio*, en verso alejandrino; el de *Santa María Egipcíaca*, en versos cortos, sin medida fija; *La adoracion de los Reyes*. — Publicados por el excelentísimo señor don Pedro José Pidal en la *Revista de Madrid*, tomo IV, 2.ª serie, 1840, 8°. mayor.

- ANÓNIMO (V. A. M.).—***Jesucristo, su vida, doctrina, pasión y muerte por la redención del género humano*, poema histórico en cinco cantos. Valencia; don Benito Monfort, 1844, 8.º
- ANÓNIMO.—***Eliezer y Nefthali*, poema.
- ANÓNIMO.—***La Ignorancia*, panegirico por un poeta de la Puerta del Sol. Madrid; don Benito Cano, 1796, 8.º
- ANÓNIMO (D***).—***La invasión inglesa en la América meridional*, canto épico. — Impreso en una obra titulada *Rimas en honor de la España*. Madrid; Imprenta Real, 1817, 8.º
- ANÓNIMO.—***Libro de la celestial jerarquía é infernal Laderinto*, metrificado en metro castellano en verso heroico.
- ANÓNIMO.—***Poemas del Cid*. — Impreso en el tomo I de la *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo xv*, publicadas por don Tomás Antonio Sanchez. Madrid; don Antonio de Sancha, 1779, 8.º
- APARICI Y GUJARRO (Don Antonio).—***La batalla de Bailen*, poema en silva, que obtuvo el accessit en el certamen abierto por la Real Academia Española en 1830. Madrid; Imprenta Nacional, 1831, 8.º
- ARBOLANCHE (Jerónimo de).—***Las Abidas*. Zaragoza; Juan Millan, 1568, 8.º
- AYROLO.—***La Lauretina*, poema heroico. Cádiz; 1624, 8.º
- AZCUTIA (Don Manuel).—***Salto de una pulga. La escalera del palacio real ó el besamanos*, poemas. — Impresos en la obra titulada *Sopla que quema!* Madrid; imprenta de don Francisco Sales de Fuentes, 1846, 8.º mayor. — *Muerte de Jesus*. Madrid; don M. Rivadeneyra, 1848, en 16.º marquilla.
- BACALLAR.—***Los Tobías*. Madrid.
- BALBI DE CONREGGIO (Francisco).—***Historia de los amores del valeroso moro Abinde-Araez y de la hermosa jarifa Aben-Cerases*, etc., vueltos en verso por... Milan; Pacifico Poncio, 1595, 4.º — *Vida del ilustrísimo señor Octavio Gonzaga*, recogida por el mismo. Barcelona; Hubert Gotard, 1581, 4.º — *Pasada del serenísimo señor don Vincenzo Gonzaga y Austria, duque de Mantua y Monferrat por el estado de Milan, para ir á tomar el poseso de su estado de Monferrato*, etc. Mantua; Giacomo Ruffinello, 1688, 4.º — Poema en seis cantos, con curiosas descripciones de fiestas.
- BARAHONA DE SOTO (Luis).—***Primera parte de La Angélica*. Granada; Hugo de Mena, 1586, 4.º — No se publicó la segunda parte.
- BARCO CENTENERA (Martín del).—***Argentina, Conquista del Rio de la Plata y Tucuman y otros sucesos del Pirú*. Lisboa; Pedro Craesbeck, 1602, 4.º — Se publicó en los *Historiadores primitivos de Indias*, de Barcia, considerándose como una crónica, pues realmente por tal debe reputarse. Es libro muy raro.
- BARRIOS (Don Miguel de).—***Panegirico á las Musas. Panegirico al excelentísimo señor don Luis de Benavides, marqués de Frómista y de Caracena*. — En la colección de poesías del autor, impresas por primera vez en Bruselas, 1685, con el título de *Flor de Apolo*; se repitió esta edición con el título de *Coro de las Musas*, en Bruselas; 1672, 12.º, y posteriormente en Amberes por Jerónimo y Juan B. Verdussen, 1694, 4.º
- BELMONTE BERNUDEZ (Luis de).—***La aurora de Cristo*. Sevilla; Francisco de Lyra, 1616, 8.º
- BERCEO (Gonzalo de).—***Vida de santo Domingo de Silos; de san Millán de la Cogolla; El sacrificio de la Misa; El martirio de san Lorenzo; Los loores de nuestra Señora; Signos que aparecerán ante del juicio; Milagros de nuestra Señora; Duelo de la Virgen el día de la Pasión de su hijo; la vida de santa Orna*. — Impresos en el tomo II de la colección de *Poesías castellanas anteriores al siglo xv*, por don Tomás Antonio Sanchez. — Madrid; don Antonio de Sancha, 1783, 8.º
- BERNUDEZ Y ALFARO (Licenciado Juan).—***El Narciso*, flor traducida del Ceiso al Bétis por el... — Lilio cultivado en cadencias rimas, si no tan oloroso como en sus paternas exámetros, imitación del dulce poeta latino en las transformaciones quinta y sexta de su tercero libro. Lisboa; Jorge Rodriguez, 1618, 8.º
- BOCANEGRA (Anónimo de).—***Triunfos de la fe*. Cuenca; 1634.
- BOCANGEL Y UNZUETA (Don Gabriel).—***Retrato panegirico del serenísimo señor Carlos de Austria, infante de España, príncipe de la mar*. Madrid; en la imprenta del Reino, 1633, 8.º — *La Lira de las Musas, de humanas y sagradas voces, junto con las demás obras poéticas antes divulgadas*. Madrid; Carlos Sanchez, 1637, 4.º
- BOLEA Y CASTRO (Martín de).—***Orlando enamorado*. Lérida; Miguel Ponto, 1578. — Esto dice don Nicolás Antonio, de cuya exactitud dudamos. — *Orlando determinado*. Lérida; Miguel Prats, 1578, 8.º Zaragoza; 1587, 8.º — A este autor llama equivocadamente don Nicolás Antonio Abarca de Bolea.
- BORJA (Francisco de).—***Príncipe de Esquilache. Nápoles recuperada por el rey don Alonso*. Zaragoza; Juan de Noort, 1631, 4.º Amberes; 1657, en la imprenta plantiniana de Baltasar Moreto, y en 4.º como la de Zaragoza. — *Canto de Jacob y Raquel*.
- BOSCAN (Juan).—***Fábula de Leandro y Hero*.
- BOTELLO DE CARVALLO (Miguel).—***La Filis*. Madrid; Juan Sanchez, 1641, 12.º — *Piramo y Tisbe*. Madrid; 1631, 4.º
- BOTELLO DE MORAES Y VASCONCELOS (Francisco).—***El Alfonso*. Paris; chez Etienne Michalliet, 1742, 12.º Salamanca; Antonio Josef Villagorda, 1732, 4.º — *El Nuevo Mundo*, poema heroico. Barcelona; Juan Pablo Martí, 1701, 4.º
- BONILLA (Alonso de).—***Nombres y atributos de la impecable siempre Virgen María*, etc., poema en octavas. Baeza; Pedro de la Cuesta, 1624, 4.º — En la aprobación que hizo de este libro Lope de Vega Carpio dice «que esta poesia de Bonilla bieue merece el superlativo de *bonísima* por su bondad, por su ejemplo y porque, después de deleitar y enseñar, imita el oficio de los ángeles, cantando siempre alabanzas á Dios glorioso en las excelencias de sus santos...»
- BRAONES (Alonso Martín).—***Triunfos de Jesus*. Sevilla; Lucas Martín de Hermosilla, 1686, 4.º
- BRAVO (Nicolás).—***Benedictina, en que se trata de la milagrosa vida del glorioso san Benito*, poema en diez y ocho cantos y en octavas. Salamanca; Artur Taberniel, 1604, 4.º
- BRAVO DE VELASCO (Don Manuel).—***Júpiter y Io*, poema. Salamanca; Diego Cosío, 1641, 8.º
- CANARGO (Hernando de).—***Muerte de Dios por vida del hombre*. Madrid; Juan de la Cuesta, 1619, 4.º
- CANPOAMOR (Don Ramon de).—***Colon*, poema en diez y seis cantos. Valencia; J. Ferrer de Orga, 1853, 8.º mayor.
- CANO (Juan).—***La Fénix*.
- CARAVAJAL Y ROBLES (Rodrigo de).—***Assalto y conquista de Antequera*. Lima; 1637. — Don Nicolás Antonio atribuye á este autor otro poema de *La batalla de Toro*. No lo conocemos.
- CARRILLO Y SOTOMAYOR (Don Luis).—***Fábula de Atis y Galatea*, impresa entre sus obras. Madrid; Juan de la Cuesta, 1611, 4.º
- CASTELLANOS (Juan de).—***Elegías de Varones ilustres de Indias*. Madrid; Viuda de Alonso Gomez, 1589, 4.º — Forma el tomo IV de nuestra BIBLIOTECA.
- CAUDIVILLA (El licenciado), criado del Rey nuestro señor y natural de la imperial ciudad de Toledo. —***La Historia de Tobías*. Barcelona; Sebastian Matesvad, 1613, 8.º — El ejemplar que hemos tenido á la vista, de la Biblioteca Nacional y procedente de la librería de don Nicolás Böhl de Faber, tiene algunas hojas manuscritas, y entra ellas la portada.
- CAYRASCO DE FIGUEROA (Don Bartolomé).—***Templo militante, flos sanciorum y triunfo de sus virtudes*. Lisboa y Madrid; 1609, 15 volúmenes folio.
- CENTENERA (Don Martín del Barco).—***Conquista del rio de la Plata, Argentina y Tucuman y otros sucesos del Pirú*. Lisboa; 1592, 4.º

- CERVINO (Don Joaquín José). — *La Virgen de los Dolores*, poema. Madrid; imprenta de la Publicidad, 1848, 8.º — *La victoria de Bailén*, canto épico. Madrid; Higinio Reneses, 1851, 8.º
- CÉSPEDES (Pablo de). — *Fragmentos del poema ó tratado de la pintura*, escrito por el licenciado Pablo de Céspedes. — Impresos en el tomo IV del *Parnaso español de Sedano*, p. 272. Madrid; don Joaquín de Ibarra, 1770, 8.º
- COLODRERO DE VILLALOBOS (Don Miguel). — *Fábula de Teseo y Ariadna*, impresa en su colección de *Varias rimas*. Córdoba; Salvador de Cea Tesa, 1829, 4.º — Con el mismo apellido hemos visto citado *El Alfeo*. Barcelona; 1630, 8.º
- COLONA (Don Juan), virrey, capitán general de Cerdeña. — *Década de la Pasión de Jesucristo con el cántico de su gloriosa resurrección*. Caler; Vicente Sembrino, 1578, 8.º Madrid; Querino Gerardo, 1586, 8.º
- COLLADO DEL HIERRO (Agustín). — *Apolo y Dafne*.
- CONTRERAS (Francisco de). — *Nave trágica de la judía de Portugal*, en tres cantos y en octavas. Madrid; Luis Sánchez, 1624, 8.º
- CORRAM (Don Fernando). — *El cerco de Zamora*, poema que obtuvo el *acesit* en el certamen de 1853. Madrid; imprenta Real, 1853, 4.º marquilla.
- CORRAL Y ROJAS (Antonio de). — *Relación del rebelión y expulsión de los moriscos del reino de Valencia*. Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba y Oviedo, sin año de impresión, 4.º
- CORTREAL (Hierónimo de). — *Felicísima victoria concedida del cielo al señor don Juan de Austria en el golfo de Lepanto de la poderosa armada otomana*. Lisboa; Antonio Ribeiro, 1578, 4.º — Un hermoso códice de este poema se conserva en la Biblioteca Nacional. Está escrito en verso suelto, y es una reproducción de la *Historia de la santa Liga*, de Fernando de Herrera, puesta en endecasílabos.
- CORTÉS DE ARANDA Y VILLALON (Don Alvaro). — *Poema hendecasilabo, que contiene el principio, origen y progreso de la alta y verdadera ciencia astronómica*. — Impreso al frente del tomo II de las *Tablas Alipicas de los movimientos celestes*, del doctor don Gonzalo Antonio Serrano. Córdoba; en la imprenta del autor, 1744, folio.
- CUEVA (Juan de la). — *Conquista de la Bética*. Sevilla; Francisco Perez, 1603, 8.º — *Lianto de Venus en la muerte de Adónis*. — Forma parte de las obras del autor, impresas en Sevilla por Andrea Pescioni, 1583, 8.º
- DAS POVOAS. — *Vita Christi*, en verso castellano. Lisboa; 1614, 4.º
- DÁVILA ó AVELA (Padre Juan Baptista de), jesuita madrileño. — *Pasión del Hombre Dios*, en décimas. Leon de Francia; 1661, 4.º
- DESSI (Joan), presbítero. — *La Divina Semana, ó Sieta días de la creación del mundo*. Barcelona; Sebastian Mathew y Lorenzo Deu, 1610, 8.º
- DÍAZ (Alonso). — *Poema castellano de la historia de nuestra Señora de Aguas santas*. Sevilla; 1611, 8.º
- DÍAZ (Eduardo ó Duarte), portugués. — *La conquista que hicieron los poderosos y católicos reyes don Fernando y doña Isabel en el reino de Granada*, compuesta en octava rima por... Madrid; Alonso Gomez, 1590, 8.º — Está aprobado por don Alonso de Ercilla, y hay sonetos en alabanza del autor de *Pedro de Padilla*, *Alonso Fernandez de Mesa*, *Pedro de Medina* y otros. Consta de veinte y un cantos.
- DÍAZ DE CALLECHERRADA (Marcelo). — *El Endimion*. Madrid; Luis Sánchez, 1637, 4.º — Reimpreso en el presente tomo.
- DÍAZ DE FREIXENAL (Vasco). — *Los veinte triunfos*, hechos por... Aunque no tiene lugar ni año de impresión, está en letra de tórtis y parece ser de mil quinientos treinta y tantos.
- DÍEZ Y FONCALDA (Don Alberto). — *Fábula de Júpiter y Dánae*. — Impresa entre las poesías varias de este autor. Zaragoza; Juan de Bar, 1653.
- DUEÑAS (El bachiller Alejo de). — *La orlanza mujeril al uso Danas*, fábula original satírico-jocosa, compuesta en octava rima. Pamplona; José Longas, 1786, 4.º — Mallorca; Felipe Guasp, 1814, 8.º
- DUQUE DE ESTRADA (Don Diego). — *Octavas rimas á la insignie victoria que la serenísima alteza del príncipe Filiberto ha tenido, conseguida por el excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, con tres galeones, del famoso cosario Ali Araez Rauazin*. Mezina; Pedro Brea, 1624, 4.º
- ENCINA (Juan de la). — *Viaje de Jerusalem de don Fadrique Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa, y otros caballeros*. Madrid; Francisco Martínez Abad, 1732, folio. — No hemos podido ver otra edición mas antigua.
- ENCISO Y MONZON (Don Juan Francisco de). — *La Christiada*, poema sacro. Cádiz; 1694, 4.º
- ENRIQUEZ DE NAVARRA (Don Luis). — *Laurel histórico y panegírico real de las gloriosas empresas del rey nuestro señor Felipe V, el Animoso*. Madrid; Francisco Laso, 1708, 4.º
- ERCILLA Y ZÚÑIGA (Don Alonso). — *La Araucana*. — La primera parte parece que se publicó por el año 1589; la primera y segunda en 1578, y la tercera en 1589. La mas antigua que hemos visto es la de las partes primera y segunda, hecha en 1578, en Madrid, por Pierrres Cosin, y la de las tres partes reunidas, de la misma casa, una y otra en 4.º. Hablamos de otras muchas ediciones en la nota puesta al principio de este poema, inserto en el tomo I de *Poemas épicas*, XVII de esta Biblioteca. Sobre la continuación á la *Araucana*, que escribió don Diego Santisteban y Osorio, véase el artículo SANTISTEBAN de este catálogo.
- ESCOBAN CABEZA DE VACA (Pedro de). — *Lucero de la Tierra Santa y grandezas de Egipto y monte Sinai*, etc. Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba y Oviedo, 1594, 8.º
- ESCOBAN Y MENDOZA (Antonio de). — *San Ignacio*, poema heroico, Valladolid; Francisco Fernandez de Córdoba, 1615, 8.º — *Nueva Jerusalem Maria*, poema heroico. Quinta impresión. Madrid; Manuel Martín, 1761, 8.º
- ESCOQUIZ (Don Juan). — *Méjico conquistado*. Madrid; imprenta Real, 1798, 3 volúmenes en 4.º
- ESPINOSA (Nicolás). — *Segunda parte del Orlando, con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, fin y muerte de los Doce Pares de Francia*. Zaragoza; Pedro Bernuz, 1535, 4.º. Améres; Martín Nacio, 1557, id. Alcalá de Henares; 1559, id.
- ESPINOSA (Pedro). — *Fábula del Genii*, impresa en la colección de *Flores de poetas ilustres castellanos*, publicada por el mismo Espinosa. Valladolid; 1605. — Posteriormente en el tomo I del *Parnaso Español*, de Sedano. Madrid; Joaquín Ibarra, 1768, 8.º — Forma tambien parte de este tomo II de nuestra COLECCIÓN DE POEMAS.
- ESPRONCEDA (Don José de). — *El Pelayo*, fragmentos de un poema titulado... Madrid; Yenes, 1840, 8.º marquilla.
- FABIA Y SOUSA (Manuel). — *Dafne y Apolo*. — *Narciso y Eco*. — *Pan y Apolo*. — *Tamiras y las Musas*. — *Venus y sus Gracias*. — *Retrato de Albania*. — *Coronación de Felipe IV*. — Impresos con otros poemas en la *Segunda parte de la Fuente de Aganipe ó Rimas varias del autor*. Madrid; Juan Sánchez, 1644, 8.º
- FERNANDEZ MORATIN (Don Nicolás). — *La Diana, ó arte de la caza*. Madrid; Miguel Escibano, 1763, 8.º — *Las Naves de Cortés destruidas*; canto épico, reimpresso en este segundo tomo de *Poemas*.
- FERNANDEZ Y GONZALEZ (Don Manuel). — *La batalla de Lepanto*, canto épico en octava rima. Granada; Zamora, 1850, 8.º
- FERREIRA DE LA CERDA (Doña Bernarda). — *España libertada*, primera parte. Lisboa; Pedro Craesbek, 1618, 4.º — La parte segunda se imprimió tambien en Lisboa, por Juan de la Costa, 1673, 4.º — En la portada se dice ser poema póstumo.
- FORNER (Don Juan Pablo). — *La Paz*. Madrid; Villalpando, 1796, 4.º

- FRANCIA Y ACOSTA (Don Francisco). — *El Peñasco de las lágrimas*, poema ó fábula que forma parte de la obra titulada *Jardín de Apolo*, impresa en Madrid por Juan Gonzalez, 1624, 8.º
- FRANCO FERNANDEZ (Blas). — *La Vara de Isé y su divino Fruto*. — *Vida de Jesus y Maria*, poema heroico, con discursos históricos, políticos y morales, en tres partes. Madrid; Julian de Paredes, año 1674, en 2 volúmenes en 4.º
- FUENTES (El magnifico caballero Alonso de). — *Libro de los cuarenta cantos peregrinos*, divididos en cuatro partes, la primera *Historias de la Sagrada Scriptura*, la segunda de *Hechos de Romanos*, la tercera de *Casos de diversas naciones*, la cuarta de *Historias de cristianos con las cosas que acaescieron en la conquista de Málaga y Granada*. Zaragoza; Juan Millan, letra de tórtis, 1564, 4.º — Son romances con comentarios ó declaraciones en prosa.
- GABARDA (Don Estéban). — *Dios, el Alma y la Religion*, poema en tres cantos. Valencia; José Rius, 1849, 8.º mayor.
- GALLEGOS (Manuel). — *La Gigantomaquia*. Lisboa; 1628.
- GARCÍA DE ALARCON. — *La victoriosa conquista que don Alvaro Bazan, marqués de Sancta Cruz, general de la armada y ejército de su majestad, hizo en las islas de los Azores el año de 1583*. Valencia; junto al Molino de la Rovella, 1583, 8.º
- GARCÍA (Gaspar). — *Primera parte de la Murgetana del Orlitano, guerras y conquista del reino de Murcia por el rey don Jaime I de Aragón, donde se ilustra casi toda la nobleza de España*. Valencia; Juan Vicente Franco, 1608, 8.º
- GARRIDO DE VILLENA (Francisco). — *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, con la muerte de los Doce Pares de Francia*. Toledo; Juan Rodriguez, 1583, 4.º — Tradujo además los tres libros de *Mateo Maria Boyardo, conde de Scandiano, llamados Orlando enamorado*. Alcalá de Henares, en casa de Hernan Ramirez, 1577, en 4.º — *El infelice robo de Elena, reina de Esparta, por Paris, infante troyano, del cual sucedió la sangrienta destruccion de Troya*. Toledo; 1583, 8.º
- GINER (Miguel). — *Sitio y toma de Anvers*. Milan; 1587, 8.º — Ambéres; en casa de Christóbal Plantino, 1588, 8.º — Es un poema en seis cantos en octavas.
- GIRON DE REDOLLEDO (Alfonso). — *La Pasion de Cristo*. Valencia; Juan Moy, 1563, 8.º
- GOMEZ DE LUQUE (Gonzalo), natural de Sevilla. — *Libro primero de los famosos hechos del principe Celidon de Iberia*. Alcalá de Henares; Juan Iñiguez de Lequerica, 1563, 4.º
- GÓNGORA (Don Luis de). — *El Polifemo*, comentado por Don García de Salcedo. Madrid; Juan Gonzalez, 1629, 4.º
- GONZALEZ DE CANEDO (Miguel). — *Alegoría de El monstruo español*, poema en octavas. — El ejemplar que hemos visto en la Biblioteca Nacional carece de portada.
- GONZALEZ TOMELO (Cristóbal). — *La vida y penitencia de santa Teodora de Alejandria*. Madrid; 1619, 4.º Córdoba; 1646, 4.º
- GRACIAN (Fray Jerónimo). — *La Josefina*. — Madrid; Don Antonio de Sancha, 1780, 8.º
- GRANÉS (Don Salvador María). — *El templo de la Fama*. — *Ensayo de un poema épico á la honrosa lucha que ha sostenido la nacion española contra el tirano usurpador de sus derechos*, etc. Madrid; Don Francisco Martínez Dávila, 1815, 8.º
- GUAL (Don Antonio). — *Marte en la paz, ó narracion de las justas celebradas en Palma por la pacificacion de los partidos que dividian la nobleza*. Palma; Gabriel Guasp, 1646, 4.º
- GUILLÉN DE ÁVILA (Diego). — *Panegricos en alabanza de la reina católica doña Isabel*.
- GUTIERREZ DE PAMANES (Pedro). — *Batalla de los Gigantes y los Dioses*. Málaga; Juan René, 1607, 8.º
- GUZMAN (Francisco de). — *Triunfos morales, dirigidos al*

- felicitísimo rey don Felipe II*. Alcalá de Henares; Andrés de Angulo, 1563, 4.º Sevilla; 1581, 8.º
- HENRIQUEZ BASURTO (Diego). — *El triunfo de la virtud y paciencia de Job*. Roan; imprenta de L. Maurry, 1649, 4.º
- HENRIQUEZ GOMEZ (Antonio). — *La culpa del primero peregrino*. Roan; por Laurent Maurry, 1644, 4.º Madrid; 1733. — *Sanson Nazareno*, poema heroico. Ruan; por Laurencio Maurry, 1631, folio. Ruan; en la emprenta de Laurencio Maurry, 1636, en folio menor, con láminas grabadas por Daquet. — *La Torre de Babilonia*, citada por don Nicolás Antonio. Quizá forme parte de sus *Academias morales de las Musas*, que son varios poemas y cuatro comedias, segun Brunet, el cual da las siguientes impresiones: Burdeos; Pedro de la Court, 1643, 4.º Madrid; Jos. Fern. de Buendia, 1688 y 1690 y 1734, 4.º
- HERNANDEZ (Alonso). — *Historia Partenopea (del Gran Capitan en Nápoles, en versos de arte mayor)*, dirigida al ilustrísimo y reverendísimo señor don Bernardino de Caravajal, cardenal de Sancta Cruz, compuesta por el muy elocuente varon Alonso Hernandez, clérigo hispalensis, protonotario de la Sancta Sede Apostólica, dedicada en loor del ilustrísimo señor don Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Terranova, gran capitan de los muy altos reyes de España. Roma; Stefano Guillen de Lorena, 1516, folio. — Así dice la portada de este curioso libro, que hemos tenido ocasion de examinar en la librería del señor don Pascual de Gayangos, y de consiguiente procedió equivocado don Nicolás Antonio, atribuyéndoselo á Luis de Gibráleon, no sabemos con qué fundamento.
- HERNANDEZ BLASCO (Francisco). — *Universal redempcion, pasion, muerte y resurreccion de nuestro Señor Jesucristo*. Alcalá de Henares; Juan Gratiano, 1584, segun Brunet, y 1621, 4.º Toledo; Pedro Rodriguez, 1596, 4.º Madrid; Imprenta Real, 1602. — No hemos visto mas edicion que la de 1602. Es un poema en octava rima, en cuatro libros: el primero contiene diez y seis cantos; el segundo otros diez y seis; el tercero trece, y el cuarto y último once. Este poema está continuado por Luis Hernandez Blasco, hermano del autor, como se ve en el artículo siguiente.
- HERNANDEZ BLASCO (Luis). — *Segunda parte de la universal redempcion, en la cual se contienen los hechos de los sagrados apóstoles, sus persecuciones y varios sucesos de la Iglesia Militante*. Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1613, 4.º
- HOJEDA (Padre fray Diego de). — *La Cristiada*. Sevilla; Diego Perez, 1611, 4.º — No existia mas edicion de este poema, que habia llegado á hacerse muy raro; y hoy está ya reimpresso en nuestra Coleccion, tomo I de *Poemas épicos*.
- HUERTA (Jerónimo de). — *Florando de Castilla, lauro de caballeros*. Alcalá de Henares; en casa de Juan Gracian, 1588, 4.º — Tiene la aprobacion de don Alonso de Ercilla. Huerta ó Güerta, natural de Escalona, fúe médico de Felipe IV. Publicó una traduccion de Plinio; (Madrid; 1624, 2 volúmenes, folio), de los *Problemas filosóficos* (Madrid; 1624, 4.º) y un tratado latino sobre la *Inmaculada Concepcion* (Madrid; 1630, 4.º) — *El Florando de Castilla* es un poema que, en cuanto á la invencion, no carece de regularidad y buen gusto.
- HURTADO (Luis). — *Historia de San Joseph*, en octavas. Toledo; Pedro Rodriguez, 1598, 8.º
- JÁUREGUI Y AGUILAR (Don Juan de). — *La Farsalia*, poema español, por... Madrid; Lorenzo García, sin año de impresion, 4.º — *El Orfeo*, idem idem. Madrid; Juan Gonzalez, 1624, 4.º — Ambos poemas se hallan en un volumen en 4.º, impreso por Lorenzo García, á costa de Sebastian de Aruendariz, en Madrid, año 1684.
- JIMENEZ AILLON (Diego). — *Hechos del Cid*. Alcalá de Henares; Juan Iñiguez de Lequerica, 1579, 4.º La edicion principe es de Ambéres, casa de la viuda de Juan Lacio, 1568. — Libro raro, de que hemos visto dos ejemplares, uno en la librería del señor Gayangos, y otro, perfectamente conservado, en la Biblioteca Nacional, entre los libros que pertenecieron al señor Böhl de Faber, y lleva este título: *Los famosos y heróicos hechos del invencible y esforzado caballero, honra y flor de las Españas, el*

Cid Ruiz Díaz de Vivar con los de otros varones ilustres de ellas, no menos dignos de fama y memorable recordación. Al citar este libro el catálogo de monsieur Ternaux-Compans, impreso en París el señor Ochoa, añade lo siguiente: «Se ve por el prefacio que el autor había seguido la carrera de las armas. En él refiere que compuso siete obras en prosa, dedicadas al duque de Saboya, al príncipe de Sulmona y al marqués de Vico. Don Nicolás Antonio, que le consagra un artículo, no las menciona. Este dato podría tal vez hacerle reconocer como autor de algunos libros de caballerías publicados bajo el velo del anónimo. Este poema, en octavas y en treinta y dos cantos, contiene toda la vida del Cid, desde su nacimiento hasta su muerte.»

JIMENEZ (Fernandez). — *Restauración del Hombre.*

JORGE (Luis). — *Fábulas náuticas.*

La infanta coronada por el rey don Pedro doña Inés de Castro. — El ejemplar del señor Gayangos no tiene portada.

LAMO Y PICHON (Don Bartolomé). — *La Anunciación de María*, poema heroico, en un canto. — S. L., 1643, 4.º

LARA (Fray Francisco de). — *El sol máximo de la Iglesia, san Jerónimo*, poema heroico en octavas rítmicas. Sevilla; Francisco Sanchez Reciente, 1736, 4.º

LASO DE LA VEGA (Gabriel), criado del Rey nuestro señor, natural de Madrid. — *Primera parte de Cortés valeroso ó la Mexicana*. Madrid; Pedro Madrigal, 1588, 4.º — *Idem, emendada y añadida por su autor, dirigida á don Fernando Cortés, tercero marqués del Valle*. Lleva esta segunda impresion trece cantos mas que la primera. Madrid; Luis Sanchez, 1594, 8.º — *Elogios en loor de los tres famosos varones don Jaime, rey de Aragón, don Fernando Cortés, marqués del Valle y don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz*. Zaragoza; Alonso Rodriguez, 1601, 8.º

LEON Y LUNA (Don Gabriel). — *Canto conciso á la triunfante fuga y glorioso destierro de María Santísima á Egipto*. — Sin lugar ni año de impresion.

LEON Y LUNA. — *Fuga de Egipto de María*. (S. l. et a.)

LISTA Y ARAGON (Don Alberto). — *La inocencia perdida*, canto épico, impreso por primera vez en el presente tomo, segundo de la Colección de Poemas épicos de nuestra Biblioteca.

LITALA Y CASTELVI (Don Joseph). — *Poema épico y sagrado á la vida de san Jerónimo*. — Forma parte de su *Cima del Monte Pernaso Espanol*, etc. Callier; Onofrio Martín, 1673, 4.º

LOPEZ (Alfonso) el Pinciano. — *El Pelayo*. Madrid; por Luis Sanchez, 1605, 8.º — Contiene este poema veinte libros ó cantos en octavas.

LOPEZ DE GURREA (Don Baltasar), conde del Villar. — *Fábula de las Belidas*, poema heroico. — Forma parte de sus *Clases poéticas*, impresas en Zaragoza, por Juan de Ibar, 1665, 4.º

LOPEZ DE VICUÑA (Juan). — *Obras en verso del Homero español*, que recogió... Madrid; viuda de Luis Sanchez, 1636, 4.º

LOPEZ DE ZÁRATE (Francisco). — *Fiestas en la traslación del Santísimo Sacramento á la iglesia colegial de Lerma*. — Forma parte de sus *Obras varias*, impresas en Alcalá por Maria Fernandez, 1651, 4.º

LOPEZ DE ZÁRATE (Francisco). — *Poema de la Invención de la Cruz*. Madrid; Francisco Garcia, 1648, 4.º

LOPEZ HENRIQUEZ DE CALATAYUD (Pedro). — *El nacimiento y primeras impresas del conde Orlando*. Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba, 1584, 4.º — Este poema es una imitación del italiano de Dolce; tiene veinte y cinco cantos y láminas grabadas en el texto.

LORENTE (Don Francisco). — *La Ciudad eterna ó los cristianos*, poema en diez cantos. Madrid; don Alejandro Gomez y Fuentenebro, 1848, 8.º mayor.

LOSA (Andrés de). — *Batalla y triunfo del hombre*. Sevilla; 1580, 8.º

MALLARA (Juan). — *El Hércules*. — *La Psyche*, que cita como manuscrito don Nicolás Antonio.

MANSINO DE QUEVEDO (Vasco). — *Triunfo del monarca Filipo III en la felicísima entrada de Lisboa*. Lisboa; Jorge Rodriguez, 1619, 8.º

MAÑEN (Salvador). — *Historia de la pasión de nuestro Señor Jesucristo*. Madrid; Marin, 1732, 4.º

MARTÍ (Luis). — *Primera parte de la historia del bienaventurado san Luis Beltrán*, compuesta en octava rima. Valencia; 1583, 4.º — La segunda parte no llegó á publicarse.

MARTINEZ (Don Diego), cura de la villa de Tacubaya. — *Piadosos recuerdos y consideraciones de los dolores que padeció la Madre de Dios y Señora nuestra en la pasión de su dulcísimo hijo Jesus, en sesenta y tres octavas*. Méjico; don Felipe de Zuñiga y Ontiveros, 1788, 4.º

MARTINEZ (Eugenio), natural de Toledo. — *Genealogía de la Toledana discreta*, primera parte. Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1604, 4.º — Este libro, inmenso repertorio de fábulas y aventuras caballerescas, es un verdadero laberinto, y como un compendio de todos los poemas italianos de su género. En el catálogo de monsieur Ternaux-Compans se explica su argumento, que no deja de ser curioso: Antidoro, rey de Inglaterra, da un torneo, y promete la mano de su hija y la corona al vencedor. Clarimonte, hijo de una maga, derriba á todos sus rivales. Interrumpe de repente el torneo la llegada de Sacridea, princesa de Toledo, que reclama la protección de todos los caballeros contra Lucinio, su primo, que intenta usurparle la corona. Clarimonte pelea contra él; sacan del palenque á ambos campeones sin sentido, y uno y otro, creyéndose vencidos, dejan la corte y van á buscar aventuras. Llega entre tanto el príncipe de Persia, bajo el nombre de caballero del Fénix, el cual, despues de haber vencido á todos los caballeros de la corte y ganado el amor de Sacridea, al ir á casarse con ella, le desafia un caballero desconocido, que resulta ser Roanisa, princesa de Oriente, que viene á vengarse del abandono en que la ha dejado. Despues de una multitud de aventuras se descubre que el príncipe de Persia es hermano de Sacridea, de modo que nada se opone á su casamiento con Roanisa. Clarimonte, que en estas idas y venidas ha hecho grandes proezas en el Peloponeso, se descuelga reclamando la mano de la princesa de Inglaterra, y aquí acaba la primera parte. — «A pesar de lo malo que es este poema, añade monsieur Ternaux-Compans, no se le puede negar al autor cierto talento para versificar, siendo notable sobre todo que las descripciones de combates, que á cada paso ocurren, nunca se repiten.» — Martinez fué monje cisterciense, y escribió un poema sobre la *vida y martirio de santa Inés*. Alcalá de Henares; Hernán Ramirez, 1592, 12.º

MARTINEZ GUINDAL (Licenciado Josef). — *Poema sagrado de Cristo paciente, primera vez introducido en el mundo en las sombras del Viejo Testamento, desde el Génesis hasta los Macabeos*. Madrid; Francisco Nieto y Salcedo, 1663, 8.º

MATA (Fray Gabriel de). — *El caballero Asisio; primera, segunda y tercera parte en el nacimiento, vida y muerte del seráfico padre san Francisco*. Bilhau; Matías Mares, 1587, 4.º — Segundo volumen del caballero Asisio en las gloriosas vidas de cinco famosos santos de la orden, santa Clara, san Antonio de Padua, san Buenaventura, san Luis, obispo de Tolosa, y san Bernardino. Logroño; por el mismo impresor Matías Mares, 1589, en 4.º — *Cantos morales sobre el discurso de la vida humana*. Valladolid; Herederos de Bernardino de Santo Domingo, 1594, 4.º

MAURY (Don Juan Maria). — *Espero y Almedora*, poema en doce cantos. Paris; 1840, 4.º — *La Agresión británica*, poema. Madrid; imprenta Real, 1806, 8.º — Impreso entre los de este tomo.

MEDINILLA (Baltasar Elisio). — *Limpia Concepción de Nuestra Señora*. Madrid; viuda de Antonio Martín, 1618, en 8.º

MELENDEZ (Juan). — *Historia de la apatoton y milagros de nuestra Señora de la Sierra, del lugar de Villarroya*. Zaragoza; 1637, 8.º

- MELLENDEZ VALDÉS (Don Juan).**—*La caída de Ixchel*, en un canto en octavas. Madrid; Imprenta Real, 1820, 4 volúmenes en 8.º—Reimpreso en el *Tesoro de los poemas españoles*, coleccionados en París, por Don Eugenio de Ochoa. París; Baudry, 1840, 8.º francés.
- MENCOS Y MANO DE ZÚÑIGA (Don Joaquín)**, barón de Bigüezal.—*El cerco de Zamora*, poema premiado por la Real Academia Española. Madrid; Imprenta Real, 1833, 4.º marquilla.
- MENDEZ DE VASCONCELOS (Juan)**—*Liga deshecha de los moriscos*, poema épico en diez y siete cantos. Madrid; Alonso Martín, 1612, 8.º de doscientas y siete páginas en diez y siete cantos.—*Liga deshecha por la expulsión de los moriscos de España*.
- MENDOZA (Don Antonio de)**, comendador de Zurita.—*Vida de nuestra Señora María Santísima*.—Obra póstuma. Nápoles; Juan Francisco Paz, 1673, 8.º
- MESA (Cristóbal de)**.—*El Patron de España*. Madrid; Alonso Martín, 1612, 8.º—En la biblioteca del señor don Pascual Gayangos existe un ejemplar que, además del *Patron de España*, comprende las *Rimas* del mismo autor, impresas en 1611, y es de presumir que la edición del poema sea del propio año.—*Navas de Tolosa*. Madrid; P. Madrigal, 1594 y 1598, 8.º—Está aprobado por don Alonso de Ercilla, y lleva al frente un soneto laudatorio de Torcuato Tasso.—*Restauración de España*. Madrid; Juan de la Cuesta, 1607, 8.º—*La Eneida de Virgilio*. Madrid; 1613, en 8.º—*Las églogas y geórgicas de Virgilio, y las rimas y tragedia El Pompeyo*. Madrid; por Juan de la Cuesta, 1618, en 8.º
- MICHEL (Francisco)**.—*Crónica rimada de las cosas de España desde la muerte del rey don Pelayo hasta don Fernando el Magno, y mas particularmente de las aventuras del Cid*, publicada por primera vez por don... Vienna de Austria; 1847, 8.º
- MIRÓ (Don Clemente)**.—*Polonia sacrificada*.
- MONCAYO Y GUERRA (Juan de)**, marqués de San Felices.—*Poema trágico de Atalanta y Hipomenes*. Zaragoza; Diego Dormer, 1636, 4.º—*Fábula de Venus y Adonis*.—*Idem de Júpiter y Calisto*, impresas ambas entresus *Rimas*. Zaragoza; Diego Dormer, 1632, 4.º
- MONTALVÁN (Juan Perez de)**.—*Orfeo en lengua castellana*. Madrid; 1624 y 1687, 4.º
- MONTMAYOR (Jorge de)**.—*Historia de Alcida y Silvano*.—*Historia de los muy constantes é infelices amores de Piramo y Tisbe*; publicadas ambas á continuación de la *Diana* del mismo Montemayor en Madrid; imprenta Real, 1602, 8.º
- MONTIANO Y LUYANDO (Don Agustín Gabriel de)**.—*El Robo de Diana*.—Madrid; Alonso Balvás, 1727, 4.º
- MORA (Don José Joaquín)**.—*Leyendas españolas*.—Entre ellas hay algunas que pueden reputarse como verdaderos poemas; por ejemplo, *El Primer conde de Castilla*, *Don Opas*, etc. Londres; Juan Wertheimer y compañía, 1840, 8.º marquilla.
- MOREIRA (Manuel)**.—*Poema africano; sucesos de don Fernando Mascareñas en el decurso de seis años*. Cádiz; Juan de Borja, 1633, 4.º—Poema muy curioso, históricamente considerado, y muy raro, del cual no tuvo noticia don Nicolás Antonio.
- MOSQUERA DE BARNUEVO (El licenciado don Francisco)**, natural de Soria.—*La Numantina, dirigida á la nobilísima ciudad de Soria*. Sevilla; Luis Estupiñán, 1612, 4.º—Poema en quince cantos en octavas con unas notas curiosísimas para la historia y hechos memorables de los numantinos.
- NIÉVA (El licenciado Sebastian de Nieva Calvo)**.—*La mejor mujer, madre y Virgen, sus excelencias, vida y grandezas, repartido por sus fiestas todas*. Madrid; Juan González, 1625, 4.º—Poema sacro en catorce cantos, que aprobó Lope de Vega, en Madrid á 18 de agosto de 1624.
- NORONA (Conde de)**.—*Omníada*, poema en verso libre. Madrid; imprenta Real, 1816, 2 volúmenes en 8.º—*La Quiosida*, poema heroico-cómico.—Impreso en el tomo de las poesías del autor. Madrid; Vega y compañía, 1779, 8.º
- OIZA (Vicente de)**.—*Epilogo en octava rima de la vida del bienaventurado Luis Gonzaga*. Milan; sin año; 8.º
- OLIVER Y FULLANA (Nicolás)**.—*Descripción de las Islas Baleares*, poema que se insertó en el tomo de España del Atlas Blaviano. Amsterdam; 1663.
- OÑA (El licenciado Pedro de)**, natural de Infantes de Engol en Chile.—*El Ignacio de Cantabria*; primera parte. Sevilla; Francisco de Lyra, 1639, 4.º—*Tumbler de Lima el año de 1609*. Lima; 1609.—*Arauco domado*. En la ciudad de los Reyes; por Antonio Ricardo de Turin, 1596, 4.º Madrid; 1599, 4.º; 1603, 4.º Valparaíso, imprenta Europea, 1849, 8.º—Va inserto en el presente tomo.
- ORTEGA (Fray Francisco)**.—*El Monserrate*, poema heroico.
- OSEGUERA (Diego de)**, continuo de la casa de su majestad, natural de la villa de Dueñas.—*Libro intitulado Estaciones del cristiano*. Trata de las mercedes que Dios ha hecho al hombre. Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba, 1580, 4.º
- OTUARTE (Don Cayetano María de)**.—*La Dulciada*, poema épico dividido en siete cantos. Madrid; don M. de Burgos, 1833, 8.º
- OVANDO SANTAREN (Don Juan de)**.—*Descripción panegrica de Malaga*, impresa en sus *Ocios de Castalia*. Málaga; Mateo Lopez Hidalgo, 1663, 4.º—*Orfeo militar*. Málaga; Mateo Lopez Hidalgo, 1668, 4.º
- OVIEDO Y HERRERA (Don Luis Antonio)**, conde de la Granja.—*Vida de santa Rosa de Santa María, natural de Lima y patrona del Perú*; poema heroico. Madrid; Juan García Infanzón, 1711, 4.º
- PADILLA (Juan de)**.—*Retablo de la vida de Cristo*. Sevilla; Juan Valva, 1530.—Esta impresion no tiene nombre de autor. Hemos tenido presente la hecha en Valladolid por Diego Fernandez de Córdoba en 1582, letra de tórtis, á dos columnas, folio.—*Los doce triunfos de los doce apóstoles, fechos por el Cartujano*; poema heroico cristiano del Homero y Vante español, dado á luz por don Miguel del Riego.—Va adjunto el *Retablo de la vida de Cristo y el aula de Dios*, de Mencos. Londres; Carlos Wood, 1841, folio.—*Grandezas y excelencias de la Virgen Señora nuestra*, compuestas en octava rima. Madrid; P. Madrigal, 1587, 8.º
- PADILLA (Fray Pedro de)**, natural de Linares, carmelita calzado en Madrid, á amigo íntimo de Cervantes y elogiado por este.—*Grandezas y excelencias de la Virgen nuestra Señora*. Madrid; Pedro Madrigal, 1587, 8.º Madrid; por Vega y compañía, 1806, 8.º—Tradujo además *El segundo cerco de Dio*, compuesto por Jerónimo de Corte Real. Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1597, 12.º
- PALAU (Bartolomé)**.—*Victoria de Cristo*. Valencia; por Juan Navarro, 1583, 8.º
- PAULO (Francisco Gregorio)**.—*La vida de san Ramon Nonato*, en octavas. Zaragoza; 1618, 4.º
- PELEGRIN CATALAN (Blasco)**.—*Trofeo del oro, donde el oro muestra su poder mayor que el del sol y la tierra, con allegaciones de todas las tres partes pretendientes, habiendo cada uno contado su valor*. Zaragoza; Domingo de Portonaris y Ursino, 1579, 4.º
- PELLICER DE TOBAR ABARZA (Josef)**.—*La Astrea sálica, panegrico al gran monarca de las Españas y Nuevo-Mundo, en que recopila los mayores sucesos de su felicísimo reinado hasta el año de 1633*. Zaragoza; Pedro Verges, 1641, 8.º
- PERALTA (P. de) Barnuevo**.—*Lima fundada*. Lima; 1732, 2 volúmenes, 4.º
- PEREZ DE CULLA (Vicente)**.—*Expulsion de los moriscos rebeldes de la Sierra y Muela de Cortes, por Simeon Zapata, valenciano*. Valencia; Juan Bautista Marzal, 1633, 4.º
- PINTO DELGADO (Joan)**.—*Poema de la reina Ester*, en sextinas.—Van añadidas las *Lamentaciones de Jeremías, la Historia de Rut* y varias poesías. A Roven; chez David du Petit Val, imprimeur ordinaire du Roy, 1637, 8.º
- PISON Y VARGAS (Don Juan)**.—*La Perromaquia*, invención poética en ocho cantos. Madrid; don Antonio de Sancha, 1786, 4.º

PIANO (Don Juan de). — *El Sano de Abraham*, poema en tres cantos, escrito en silvas. Madrid; García y compañía, 1803, 8.^o

PORTALEGRE (Fray Antonio de), franciscano portugués. — *A Peisao de Christo*, metrificada en lengua portuguesa y castellana. Coimbra; 1581.

PONTILLA DUQUE (Juan de la). — *España restaurada por la Cruz*. Madrid; 1681, 4.^o

PUJOL (Jaime). — *Relacion poética de las fiestas que hizo el marqués de la Cesta, virrey de Mallorca, por la ida á Madrid del serenísimo señor infante don Juan*. Mallorca; Francisco Oliver, 1677, 4.^o

QUERO (Don Manuel de). — *El Hombre*, ensayo épico en tres cantos. Sevilla; don Francisco Alvarez y compañía, 1848, 8.^o

QUINÓS (Juan de). — *Cristopatia*. Toledo; Juan Ferrer, 1553, 8.^o

RAMOS DEL MANZANO (Juan). — *Abides é el Pastor regio*.

REBOLLEDO DE PALAFOX (Don Bernabé de), marqués de Lazañ. — *Métrica historia, sagrada, profana y general del mundo; sus tres primeras edades sobre el libro de El Génesis*. Zaragoza; por Juan Malo, 1734, 4.^o

REINA CEVALLOS (Miguel de). — *La Elocuencia del silencio*, poema heroico. — *Vida y martirio de san Juan Nepomuceno*. Madrid; por Diego Miguel de Peralta, 1738, 4.^o

REINOSA (Fray Pedro de). — *Histórico-sacro poema*, en octavas reales. *La Prodigiosa fenix de la Gracia* (Santa Casilda), etc. Madrid; Lorenzo Francisco Mojados, 1727, 4.^o

REINOSO (Don Félix José). — *La inocencia perdida*, poema épico en dos cantos, impreso en 1804, y con posterioridad en el *Tesoro de poemas españoles* de la coleccion de Paris. Baudry; 1840, 8.^o francés.

REJON DE SILVA (Don Diego). — *La Pintura*, poema en tres cantos. Segovia; 1780.

REYES (Gaspar de los). — *Pasion de Cristo*. Sevilla; 1613, 8.^o

REYES (Fray Gaspar de los), del orden de San Agustín, músico y poeta de una memoria felicísima, que dice don Nicolás Antonio. — *Obra de la redencion y de la pasion de Cristo*, en octavas. Sevilla; 1613, en 8.^o

RIVERA (Antonio). — *Poema de la limpia concepcion de Nuestra Señora*. Sevilla, 1616, 4.^o

RIVERA (Fernando de). — *La guerra de Granada que hicieron los Reyes Católicos*. — Así lo afirma don Nicolás Antonio, y copiando á Estéban de Garibay en su compendio de *Historia de España*, libro 18, capítulo 1.^o, añade: *Fernando de Ribera, vecino de Baza, escribió en metro castellano la Guerra de Granada, con opinion de toda verdad y elocuencia poética. Cuya obra escriben haber adulterado don Enrique Henriquez, tio y mayordomo mayor del mismo rey don Fernando, porque el autor no le loaba cuanto él quisiera*.

RODRIGUEZ DE CASTRO (Estéban), portugués. — *Fábula de Arion*; impresa entre las *Rimas* del autor. Florencia; Zanobio Pinhoal, 1635, 8.^o

RODRIGUEZ DE VARGAS (Damian). — *La verdadera hermandad de los cinco mártires de Arabia*. Toledo; 1621, 4.^o

ROWERO DE CEPEDA (Joaquin). — *La Destruccion de Troya, Conserva espiritual*. Medina del Campo; por Francisco del Campo, 1588, 8.^o

ROYO GUTIERREZ (Juan). — *La Austríada*. Madrid; 1584. Toledo; Juan Rodriguez, 1585, 12.^o Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1588, 8.^o — Poema épico, aplaudido por el Cura en el donoso escrutinio de la librería del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Va reimpresso en este tomo.

RUÍZ DE FIGUEROA (Gonzalo). — *Psyches y Cupido*. — *Juicio de París*.

RUÍZ DE LA VEGA (Don Domingo). — *El Pelayo*, poema épico. Madrid, viuda de M. Calero, 1840, 3 vol. 8.^o mayor.

RUÍZ DE LEON (Don Francisco). — *Hernandia; triunfos de la fe y glorias de las armas españolas*, etc. Madrid; imprenta de la viuda de M. Fernandez, 1738, 4.^o

SAAVEDRA (Don Angel de), duque de Rivas. — *El paso honroso*, poema en cuatro cantos. — Impreso en el tomo II de su Coleccion de poesías. Madrid; Sancha, 1821, 8.^o — *El moro expósito ó Córdoba y Bárgos en el siglo X*; leyenda en doce romances endecasílabos. Paris; 1834. 2 volúmenes 12.^o mayor.

SAAVEDRA GUZMAN (Don Antonio de), natural de Méjico. — *El Peregrino indiano*. Madrid; en casa de Pedro Madrigal, 1590, 8.^o — Poema en veinte cantos en octava rima, que trata de la conquista de Méjico por Hernan Cortés.

SA DE MENESES (Francisco). — *Malaca conquistada por el grande Alburquerque*; poema heroico. Lisboa; 1634, en 8.^o

SALAS BARRABILLO (Alonso Jerónimo de). — *Recaredo y Rosimunda*; novela amorosa, escrita en octavas, inserta en la primera parte de *El subtil cordobés Pedro de Urdemalas*. — A don Fernando Pimentel y Requesens. — Con un tratado del *Caballero perfecto*. Madrid; Juan de la Cuesta, 1620, 8.^o — Este poema comienza en el folio 62 de la novela; se interrumpe en la octava LXVI, al folio 76 vuelto, y prosigue al folio 111 vuelto, repitiéndose dicha octava LXVI, y prosigue hasta el folio 126, en que termina. — *Patrona de Madrid restituida*. Madrid; 1609 y 1750, ambas en 8.^o — Poema épico en doce libros ó cantos, que fué aprobado en Madrid á 5 de enero de 1609 por el célebre poeta Vicente Espinel, y en 25 de los mismos mes y año por el no menos célebre predicador y escritor fray Cristóbal de Fonseca.

SALAZAR Y TORRES (Don Agustín). — *Fábula de Euridice y Orfeo*, impresa en su *Citare de Apolo*. Madrid; Francisco Sanz, 1681, 4.^o

SALCEDO CORONEL (Don García de). — *Ariadna*, canto en octavas. Madrid; Juan Delgado, 1624, 4.^o

SALDUEÑA (Don Alonso Solís), conde de Saldueña. — *El Pelayo*. Madrid; oficina de Antonio Marin, 1754, 4.^o — Es un poema en octavas en doce cantos.

SALGADO Y CAMARGO (Don Fernando). — *El santo milagroso agustiniano, san Nicolás de Tolentino*, poema heroico. Madrid; imprenta Real, 1628, 4.^o

SALINAS (Emmanuel de). — *La casta Susana*. Huesca; 1651.

SAN AGUSTIN (Fray Juan de). — *Triunfo panegirico, aplauso real y sagrado, celebracion festiva que al nuevo culto que á san Fernando III, rey de Castilla y Leon, concedió nuestro muy santo padre Clemente X, consagró la muy illustre iglesia de Sevilla*. Sevilla; Tomé de Dios Miranda, 1671, 4.^o

SANCHEZ (Don Angel), sacerdote de la extinguida compañía de Jesus, natural de Rioseco. — *La Titlada*, compuesta en doce libros y escrita en silva. Madrid, viuda de don Joaquin Ibarra, 1703, 2 volúmenes en 8.^o

SANCHEZ DE LA CÁMARA (Diego). — *Pasion de Cristo*. Madrid; Quirino Gerardo, 1589, 8.^o

SANCHEZ GALINDO (Benito). — *Victoria de Cristo*. Barcelona; Sanson Athut, 1576, 4.^o

SAN MARTIN (Gregorio de). — *El triunfo mas famoso que hizo Lisboa á la entrada del rey Felipe III de España y II de Portugal*. Lisboa; Pedro Graesbeeck, 1624, 4.^o

SAN PEDRO (Anónimo de). — *Caballería celestial*.

SANTISTEBAN Y OSORIO (Don Diego). — *Cuarta y quinta parte de la Aracana, dirigida á don Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos, Andrade y de Villalba*. — La cuarta parte en trece cantos y la quinta en veinte. Salamanca; Juan y Andrés Remaut, 1597, 12.^o — *Primera y segunda parte de las guerras de Malla y toma de Rodas*. Madrid, Suarez de Castro, 1599, 12.^o

SANZ (Hipólito). — *La Malta, en que se trata la famosa defensa de la religion de San Juan en la isla de Malta*. Valencia; Juan Navarro, 1582, 8.^o

SAVARRIEGO DE SANTANA (Gaspar). — *Iberíada, hechos de Scipion Africano en estas partes de España*. Valladolid; Luis Sanchez, 1603, 8.^o

SAZATORNIL (Don Juan Antonio). *Napoleon*.

SEGURA DE ASTORGA (Juan Lorenzo). — *Poema de Alejandro*

- MAGO.**—Se imprimió en el volumen tercero de la colección de *Poesías Castellanas anteriores al siglo xv*, publicada por don Tomás Antonio Sanchez. Madrid; don Antonio de Sancha, 1782, 8.º
- SEGUERA** (Fray Bartolomé).—*Amazona cristiana*.—*Vida de la beata madre Teresa de Jesus*. Valladolid; Francisco Fernandez de Córdoba, 1619, 12.º
- SEMPERE** (Hierónimo).—*La Carolea*, primera y segunda parte. Trata las victorias del máximo Carlos V, emperador invictísimo, rey de España. Valencia; Juan Arcos, 1560, 8.º
- SERRA** (Alfonso de).—*Misterios de la vida de Cristo y Virgen Santísima*.—1605.
- SILVA** (Helena de).—*Pasión de Cristo*.
- SILVEIRA** (Miguel de).—*El Macabeo*. Nápoles; Egidio Longo, 1638, 4.º Madrid; Francisco Martínez Abad, 1731, 8.º
- SILVESTRE** (José de), marqués de Cuellar, después duque de Alburquerque. — *El robo de Proserpina*, poema heroico-cómico. Madrid; 1731, 4.º
- SILVESTRE** (Pedro).—*La Proserpina*, poema heroico jocoserio. Madrid; Francisco del Hierro, 1721, 4.º
- SOLÍS FOLCH DE CARDONA**, etc. (Don Alonso), conde de Salduña. — *El Pelayo*, poema en doce cantos. Madrid; Antonio Marín, 1734, 4.º
- SOSA** (Gaspar de).—*Historia de los tumultos de Nápoles*.
- SOTO DE ROJAS** (Pedro). — *Los rayos de Faelon*. Granada; Baltasar Bolibar, 1632, 4.º — *Fragmentos de Adónis*. Idem, idem.
- SUAREZ DE ALARCON** (Juan). — *La infanta coronada doña Inés de Castro*. Lisboa; 1606, 4.º
- SUAREZ DE FIGUEROA** (Cristóbal). — *España defendida*, poema heroico. Madrid; Juan de la Cuesta, 1612, 4.º
- SUAREZ DE VARGAS** (Cristóbal). — *Descension de nuestra Señora á la santa iglesia de Toledo*. Toledo; 1636, 8.º
- TAFALLA NEGRETE** (Don Josef). — *Justas que celebró el reino de Aragon en la beatificación de san Pedro Arbúes*. — En la colección del autor titulada *Ramillete poético*. Zaragoza; Manuel Roman, 1706, 4.º
- TAMARIZ** (Cristóbal). — *Historia de los santos mártires de la Carrija, que padecieron en Londres*, en seis cantos y en octavas. Sevilla; A. de la Barrera, 1584, 4.º
- TAPIA** (Don Eugenio de).—*Sevilla restaurada*, fragmentos de un poema épico, intitulado...—Forma parte de la colección de poesías del autor. Imprenta Nacional, 1821, 8.º
- TARSIS** (Don Juan de), conde de Villamediana. — *Fábula de Faelon*. — *Fábula de Apolo y Dafne*. — Impresas en la colección de sus obras, recogidas por el licenciado Dionisio Hipólito de los Valles. Madrid; María de Quiñones, 1636, 4.º
- TORERO** (Conde de). — *La muerte de Abel*, poema. Madrid; 1779, 8.º
- TORRADO DE GUZMAN** (Don Pétro). — *Triunfos de Jesus*. — Sevilla; 1672, 4.º — *Triunfo inmaculado de la emperatriz del cielo y tierra, María*. Sevilla; Juan Francisco Blas, 1689, 4.º
- TORREPALMA** (Conde de). — *V. Verdugo de Castilla*.
- TOVAR** (Luis de). — *Poema mistico del glorioso santo Antonio de Padua*, en trece libros y en octavas. Lisboa; Pedro Craesbeck, 1616, 12.º
- TRIGUEROS** (Don Cándido María). — *La Riada*; describese la terrible inundación que molestó á Sevilla en los últimos dias del año 1783 y los primeros de 1784. Sevilla; Vazquez y compañía, 1784, 8.º
- TRILLO Y FIGUEROA** (Francisco de). — *La Neapolisea*, poema heroico del Gran Capitan. Granada; Baltasar de Bolívar y Francisco Sanchez, 1631, 4.º
- ULLOA PEREIRA** (Don Luis). — *Alfonso VIII, rey de Castilla, príncipe perfecto, detenido en Toledo por los amores de Hermosa ó Raquel, hebrea, muerta por el furor de los vasallos*. — En su colección de prosa y verso. Madrid; Imprenta Real, 1650, 4.º Madrid; Francisco Sams, 1674, en 4.º Forma parte de este segundo tomo.
- URREA** (Jerónimo de). — *El caballero determinado*. — *Cárlos vitoriosos*. MS. segun don Nicolás Antonio.
- UZIEL** (El doctor Jacobo). — *David*, poema heroico en doce cantos. Venecia; Barezzo Barezzi, 1624, 8.º
- VACA DE GUZMAN** (Don José María). — *Las Naves de Cortés destruidas*. Madrid; don Joaquín Ibarra, 1778. Joseph Ibarra, 1789, 8.º — Forma parte del presente tomo.
- VALBUENA** (El doctor don Bernardo de). — *El Bernardo ó la victoria de Roncesvalles*. Madrid; Diego Flamenca, 1624, 4.º Idem, don Antonio de Sancha, 1807, 3 tomos en 8.º — Va incluido además en el tomo I de nuestra Colección. Escribió tambien: — *La Grandeza mejicana*. Méjico; 1804. — *El siglo de oro en las selvas de Ériphe*. Madrid; 1808. — De estas dos obras hizo una edición la Real Academia Española en la imprenta de Ibarra en 1821.
- VALDIVIELSO** (El maestro José de). — *Sagrario de Toledo*, poema heroico. Madrid; Luis Sanchez, 1616. Barcelona; Estéban Liberos, 1618, las dos en 8.º — *Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo patriarca san José*. Toledo; 1607. Madrid; 1612, 8.º Madrid; oficina de Francisco del Hierro, 1727, en 5 volúmenes en 4.º — Comentada la obra por el doctor don Diego Suarez de Figueroa. La reimprimimos en este tomo de la Biblioteca.
- VALVERDE** (Reverendo padre maestro fray Fernando de). — *El santuario de nuestra Señora de Copacabana*, en diez y ocho silvas. Lima; Luis de Lira, 1641, 4.º
- VALVIDARES Y LONGO** (Fray Ramon). — *La Iberiada*. Cádiz; don Vicente Lema, 1813, 2 volúmenes en 4.º Madrid; E. Aguado, 1823, 2 volúmenes en 4.º
- VARGAS** (Baltasar de). — *Breve relacion en octava rima de la jornada que ha hecho el ilustrísimo y excelentísimo señor duque de Alba desde España hasta los Estados de Flandes*, poema en octavas. Auvers; Amato Tavernerio, 1598, 8.º
- VARGAS Y PONCE** (Don José). — *El Peso Duro*, poema épico. Madrid; imprenta que fué de Fuentenebro, 1813, 8.º
- VATRES** (Alfonso de). — *Fábula de Adónis y Venus*.
- VAYO** (Don Estanislao de Koska). — *El Cid*.
- VEGA** (Bernardo de la). — *La bella Cotalda y cerco de Paris*. Méjico; 1601, 8.º
- VEGA CARPIO** (Lope Félix de). — *La virgen de la Almudena*. — *La hermosura de Angélica y La Dragontea*. — Estos dos poemas se imprimieron juntamente con otras poesías en Madrid; por Pedro de Madrigal, 1602, 8.º — *La Circe y otros poemas*. — *La mañana de San Juan*. Madrid; 1623. — *Jerusalén conquistada*. Madrid; 1608. Barcelona; imprenta de Gabriel Graells y Giraldo Dotil, 1609, 8.º — *Fiestas en la traslación del santísimo Sacramento á la iglesia mayor de Lerma*. Valencia; Joseph Gasch; 1612, 8.º
- VEGA** (Gabriel de la). — *La Feliz campaña y los dichosos progresos que tuvieron las armas de su majestad católica el rey don Felipe IV en estos Países-Bajos el año de 1643*, etc. Sin lugar de impresion, 1643.
- VEGA** (Don Ventura de la). — *A la gloriosa entrada del rey nuestro señor en Madrid, después de pacificar la Cataluña*, canto épico. — Forma parte de la colección de composiciones escritas con tal motivo, impresas en Madrid; don Leon Amarita, 1828, 4.º
- VERA Y FIGUEROA** (Juan Antonio). — *El Fernando, ó Sevilla restaurada*, poema épico escrito con los versos de la *Gerusalemme liberata* del insigne Torquato Tasso. Sevilla; 1633. Milán; H. Estefano, 1632, 4.º — Esta edición con estampas, y las dos en 4.º
- VERA ORDOÑEZ DE VILLQUIRAN** (Diego de). — *Heroidas belicas y amorosas*. Barcelona; Lorenzo Deu, 1622, 4.º
- VERDUGO DE CASTILLA** (Don Alonso), conde de Torrepalma. — *El Deucalion*, poema en octavas; impreso en el tomo III del *Parnaso español* de SEDANO, p. 88. Madrid; don Joaquín de Ibarra, 1770, 8.º y en las *Poesías selectas castellanas*, por don Manuel José Quintana, al to-

mo m. p. 405. Madrid; Gomez Fuentenebro y compañía, 1807, en 8.º—También va incluido en el presente tomo.

VERGARA SALCEDO (Don Sebastian Ventura). — *Panegirico al duque de Nájera*. — Impreso en su coleccion de poesías titulada *Ideas de Apolo*, etc. Madrid; Andrés García, 1688, 4.º

VELILLA CASTELLANOS (Pedro de la). — *El Leon de España*, en versos, primera y segunda parte. — *Antigüedades de Leon, martirios de san Marcelo, sus doce hijos y otros asuntos*. Salamanca; Juan Fernandez, 1586, 8.º—Es uno de los libros condenados en el escrutinio de la librería de don Quijote.

VIANA (Antonio de). — *Antigüedades de las islas Fortunadas de la Gran Canaria, conquista de Tenerife y apareamiento de la imagen de Candelaria*. Sevilla; 1604, 8.º—Es libro rarísimo, que solo hemos visto citado.

VILLIGRA (El capitán Gaspar de). — *Historia de la Nueva Méjico*, del capitán Gaspar de Villagra. Alcalá; Luis Martínez Grande, 1610, 8.º—Poema en verso suelto en treinta y cuatro cantos. Aprobaron este libro los famosos poetas el maestro Espinel y el doctor Cetina, en Madrid, á 9 y 10 de diciembre de 1609.

VILLAVICIOSA (El doctor don José de). — *La Mosquera, poética inventiva*, en octava rima. Cuenca; Domingo de la Iglesia, 1615, 12.º Madrid; viuda de Francisco del Hierro, 1753, 8.º Id.; don Antonio de Sancha, 1777, 8.º—Comprendida en el tomo I de *Poemas épicas* de nuestra Colección.

VIRUÉS (Cristóbal de). — *Historia del Monserrate*. Ma-

drid; Querino Geraldo, 1586, y no 87, como afirman don Nicolás Antonio y don Vicente Jimeno. — Se repitió en 1601; en Milan por Gratiadio Ferrioli en 1602, y en Madrid por Alonso Martín en 1609, y por don Gabriel de Sancha en 1805. La edicion de Milan, hecha por el mismo autor, es una refundicion de la primitiva. Hemos incluido también este poema en el tomo I de nuestra Colección. Virués fué asimismo poeta lírico y dramático, autor de las tragedias *La gran Semiramis*, *La cruel Casandra*, *Atila Furioso*, *La infelice Marcella* y *Elisa Dido*.

VIRUÉS Y SPÍNOLA (Don José Jaquín). — *El cerco de Zamora*, poema en cinco cantos. Madrid; Burgos, 1832, 8.º

VIVAS DE CONTRERAS (Francisco). — *Grandezas divinas, vida y muerte de nuestro Salvador Jesucristo... ahora nuevamente reducidas al lenguaje y estilo comun de estos tiempos por el licenciado don Fernando Vivas de Contreras, su nieto*. Madrid; Diego Díaz de la Carrera, 1643, 4.º

YAGÜE DE SALAS (Juan). — *Los Amantes de Teruel, epopeya trágica con la restauracion de España por la parte de Sobrarbe y conquista del reino de Valencia*. Valencia; Pedro Patricio Mey, 1616, 8.º

ZAMORA (Lorenzo de). — *La Saguntina*. Alcalá; Juan Iñiguez de Lequerica, 1587, 8.º Madrid, Juan de la Cuesta, 1607, 8.º, con el título de *Primera parte de la Historia de Sagunto, Numancia y Cartago*. — Este autor es menos célebre como poeta que como teólogo.

ZAPATA (Luis). — *Cárlos famoso*. Valencia; Juan Mey, 1586, 4.º

LA AUSTRIADA,

DE JUAN RUFO,

JURADO DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA.

DIRIGIDA A LA SACRA, CESAREA REAL MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ DE ROMANOS,

REINA DE BOHEMIA Y HUNGRÍA, ETC.

SACRA, CESAREA REAL MAJESTAD,

Al deseo que toda mi vida he tenido de servir á vuestra majestad, acompañado de las heróicas virtudes que en su real persona resplandecen, se ha juntado la obligacion en que vuestra majestad pone á estos reinos con volver á ellos, sin ser parte para estorballo las caras prendas que deja en Alemania, ni los muchos años que en ella ha imperado; negocio digno de que España, ufana y agradecida, le celebre con eternas alabanzas, pues vuelve á sus entrañas quien nos honra con su autoridad y ser, quien nos edifica con su santa vida, quien nos alumbra con su divino entendimiento, y quien nos consuela con su piedad afable, y generosa largueza, en compañía del Rey nuestro señor, que con la de tal hermana aliviará mucha parte de los graves y continuos cuidados que le resultan del gran peso de su poder y monarquía. Guarde Dios á vuestra majestad muchos años con larga vida y entera salud por el bien y merced que nos ha hecho con su buena vida, á cuya memoria, procurando yo corresponder como puedo, ofrezco y consagro este tributo humilde de mi talento, para que siempre viva en la de los hombres la verdadera historia que en verso escribí, y el testimonio del amor y reverencia que tengo, tuve y tendré á tan gran princesa y señora. Vuestra majestad se sirva de aceptar este servicio, pequeño respeto de su grandeza, pero el mayor que yo pude hacerle, así por ser el fruto que cogí de mi tiempo, que, segun los filósofos, es la mas preciosa joya, como porque el sugeto es el señor don Juan de Austria, hermano menor de vuestra majestad, y obedientísimo siempre á su servicio. Su alteza me mandó ocupar en escribir su vida, que, con ser breve, dió larga materia en que volasen muchas plumas mejores que la mia; y si hizo eleccion della, siendo tan falta de lo que á otros sobra, debió ser porque sus hechos esclarecidos tenian poca necesidad del ornamento y primor de los elocuentes y graves escriptores. La soledad y falta que su vida hace ha despertado un general deseo de leer cosas suyas en muchas personas de autoridad, á cuya instancia determiné sacar á luz esta primera parte de mi escriptura. Vuestra majestad sea servida de amparar mi justo propósito de la malicia, que es implacable enemigo, y me argüirá de los yerros que han de ser causa para que la envidia me perdone, aunque tampoco me aseguro della por lo bien que empleé mi cuidado y estudio, y habello acertado á dedicar al merecimiento de vuestra majestad, que Dios nuestro Señor guarde y prospere, como puede, y todos deseamos. — Fecha en Madrid, 20 de marzo de 1582.

Humildísimo siervo de vuestra majestad,

JUAN RUFO.

AL LECTOR.

Si en este mi libro hallares algo bueno, agrádcelo á mi trabajo, y las faltas perdónalas á la rudeza de mi ingenio; acertarás en lo uno y en lo otro. Las materias de que trato son difusas, y en ellas intervinieron diversas maneras de personas, tiempos, lugares y sucesos. Si de algunos dignos de memoria te pareciere que no hago mencion, cree que no ha sido pasion ó negligencia, sino falta de relaciones; y aunque pudiera excusarme con decir que esta obra es una curiosidad escripta en verso, y que no está obligada á ser historia general, digo que quien con razon pudiero quejarse, sea á mí, y no de mí, que en otra impresion quedará sin queja, como yo sin culpa. En cuanto al hecho de la verdad de las cosas que trato, forzosamente habrá diferentes opiniones, como las hay en todos los casos de que muchos deponen; lo que yo pude hacer fué en las evidencias estar á lo cierto, y en las dudas atenerme á lo verisímil, porque si esta no fuera mi intencion, mas espacioso campo hallara para escribir, y mas oportunidad para explicarme, en otros sujetos de invencion, que en el de historia, y tan moderna. De dos cosas no se me podrá hacer cargo: la una, de que no tomé el consejo de Horacio, pues gasté diez años de perpetuo estudio en componer y limar este tratado; y la otra, de que antes de sacalle en público no consulté gravísimos tribunales, por cuyo aplauso y autoridad fui, no solo conhortado, pero casi compelido á manifestarlo, como constará por lo precedente. Los defetos que fueren enmendables me hallarán oyéndolos detrás de la tabla con el pincel en la mano, obediente á cualquiera que alegare verdad, por rústico que sea; mas si el contexto entero desta escriptura padece general detrimento, no faltará tiempo que la mate ni olvido que la sepulte, infelice y único remedio de malos escriptores.

SONETO

DE PEDRO GUTIERREZ RUFO, HERMANO DEL AUTOR.

Caro amigo, señor y hermano mio,
A quien de sus grandezas tanta parte
El cielo ha dado, que con ser yo parte,
Las oso celebrar sin desvario;
Por quien se ufana el Bétis, sacro río,
Viendo acordarse á vuestro ingenio y arte
La lira y el furor de Apolo y Marte,
Exaltando la Iglesia y bando pio.
Aunque tal gloria os da la patria amada,
Recebid, nuevo Homero, alegremente
Esta nueva primicia de mi mano,
Empresa para mi bien señalada;
Que si os alabo á vos incapazmente,
Basta alabarme á mí de vuestro hermano.

SONETO

DEL LICENCIADO MIGUEL DE BAEZA MONTROYA.

Sonora trompa, que el valor hispano
Con eternas memorias enriqueces,
Gallardo entendimiento, que engrandeces
La fama de don Juan el soberano;
El ingenio mas alto y mas galano,
En llegando á decir lo que mereces,
Enarcando las cejas, le enmudeces
Con digna admiracion de mas que humano;
Que tanta majestad, tanta grandeza,
Tan profundas sentencias, tan desnudas
Verdades en tus versos resplandecen,
Que en queriendo llegar á tanta alteza,
Las mas discretas lenguas quedan mudas,
Pagando con silencio lo que ofrecen.

ESTANCIAS

DE LUPERCIO LEONANDO DE ARGENSOLA.

Después que de clarísimos varones
Fué madre la gran Córdoba dichosa,
Hijos que cada cual por mil naciones
Mas rica la dejaron y famosa;
Para que no olvidase tantos dones
La mano del muy Alto poderosa,
En uno quiso darle todo cuanto
En muchos dividido valió tanto.

Es Rufo aquesta cifra, donde cahe
La ciencia que mil vasos tuvo llenos:
Lo que supieron todos solo sabe,
Y en duda está si todos fueron menos;
La doctrina de Séneca mas grave,
Camino tan sabido de los buenos,
Y resplandor de Córdoba y España,
En sus doctas sentencias le acompaña.

Ni el estilo le falta verdadero
Del que cantó tus guerras, bella Italia,
Y aquella sujecion y yugo fiero
Nacidos en los campos de Tesalia,
Pues si invidioso deste, mandó Nero,
Antes que diese fin á la Farsalia,
Privarle de la vida, ¿qué le diera
A Rufo, si en su tiempo floreciera?

Por eso quiso Dios, como tan justo,
Que, pues á todos estos les excede,
Y (con tu paz, Maron, y grato gusto,
Si no mayor, igual á ti ser puede)
En tiempo venga del felice Augusto,
Que Dios este renombre le conceda
Al gran Filipe, príncipe segundo
En nombre, y el mayor de todo el mundo.

SONETO

DE DON LUIS DE VÁRGAS.

Apolíneo jurado, á quien jurado
 Las musas han de dar favor continuo
 Y coronar con palma y lauro dino
 Las dignas sienes de mayor dictado;
 No fué el Maron, de todos tan nombrado,
 Ni Valerio, Propercio, Enio ó Licino,
 Ni el gran Homero, Emilio ó Afronino,
 Con mas justa razon de Apolo honrado;
 Porque, si ellos cantaron las hazañas
 De varones sin ley, que deseosos
 Anduvieron de fama y nombre raro,
 Tú cantaste victorias mas extrañas,
 Hechos mayores, casos mas famosos
 Del jóven de Austria, de la Iglesia amparo.

SONETO

DE DON DIEGO DE RÓJAS MANRIQUE.

Clarísimo don Juan, la fama inmensa
 Con que ocupaste tierra, mar y cielo,
 Si la cubriera olvido en este suelo,
 Sintiera con razon tan grave ofensa;
 Y así, no quiso mas estar suspensa
 La pluma á tí debida y á tu cielo;
 Antes con dulce canto dar consuelo
 Al mundo, y á tus hechos recompensa:
 A tal espada, Príncipe, tal pluma,
 Y á victorias tan altas tal historia
 Quiso el cielo aplicar con arte santa,
 Que sí, ilustre don Juan, en tí se suma
 Eterna fama con eterna gloria,
 Tú y ellas en tu Rufo, que las canta.

SONETO

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

Cantaste, Rufo, tan heroicamente
 De aquel César novel la augusta historia,
 Que está dudosa entre los dos la gloria,
 Y á cuál se deba dar ninguno siente;
 Y así, la fama (que hoy de gente en gente
 Quiere que de los dos la igual memoria

Del tiempo y del olvido haya victoria)
 Ciñe de lauro á cada cual la frente.
 Debeis con gran razon ser igualados,
 Pues fuistes cada cual único en su arte,
 Él solo en armas, vos en letras solo,
 Y al fin ambos igualmente ayudados,
 Él de la espada del sangriento Marte,
 Vos de la lira del sagrado Apolo.

SONETO

DE MIGUEL DE CERVANTES.

¡Oh venturosa, levantada pluma,
 Que en la empresa mas alta te ocupaste
 Que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
 Al recibo y al gasto igual la suma!
 Calle de hoy mas el escritor de Numa,
 Que nadie llegará donde llegaste,
 Pues en tan raros versos celebraste
 Tan raro capitán, virtud tan suma.
 ¡Dichoso el celebrado y quien celebra,
 Y no menos dichoso todo el suelo
 Que de tanto bien goza en esta historia!
 En quien envidia ó tiempo no harán quiebra;
 Antes hará con justo celo el cielo
 Eterna mas que el tiempo su memoria.

SONETO

DE FRANCISCO CABERO.

Tanto cortó, don Juan, tu aguda espada,
 Y tanto sujetó tu brazo osado.
 Que tuvo un tiempo tu felice hado
 La fama por mil causas admirada;
 Mas, como á celebrarte era obligada,
 Dió el cargo á Rufo, tu fiel criado,
 Cuyo cantar suave y levantado
 Al mundo vuelve aquella edad dorada.
 Tú pues, sabio lector, con grato oído
 Este heroico poema escucha y mira,
 Y en él verás las cosas mas perfetas;
 Oye del mayor príncipe nacido
 La dulce historia en la acordada lira
 Del príncipe jurado entre poetas.

Francia p. 4 (anti-194)

Trátase del c
se hallaba
Determina
para el eje

LAS
Y aqu
Que e
Triun
La sai
El oto
Por la
De cu:
Diri
La péi
Y sanj
Que ei
Casos
Cuya i

Esculpida con oro en mármol duro,
Para memoria eterna en lo futuro.

No invocaré las musas, ni son parte
Para darme socorro en tal historia,
Ni llegaré á pedir favor á Marte,
Ni á Apolo que enderece mi memoria;
No escribo de sugeto á quien el arte
Pueda industriosamente añadir gloria,
Ni me hará gastar tiempo perdido
La vana pompa del hablar fingido.

Dejando pues la bárbara doctrina,
Invoco de las causas la primera,
Eterna Majestad, que es una y trina,
En quien la vida vive que se espera,
Porque infunda en mi voz gracia divina,
Son vivo y eficacia verdadera;
Que no hay subir tan alto humano aliento
Sin quedar engañado y ser violento.

Y vos, primero rey de las Españas,
A quien el sumo Rey que rige el cielo
Del orbe cometió partes tamañas,
Que adoran su bondad con santo celo;
Pues tanta parte sois de las hazañas
Que celebrando en versos me desvelo,
Mostradme atento oído y pecho humano,
Que, si es mía la voz, vuestra es la mano.

En tanto pues; oh ejemplo sin segundo!
Que llega el tiempo en que la pluma mía
Ose hacer de vos historia al mundo,
Que á vuestro ceptro debe monarquía,
Oíd la justa causa en que me fundo,
Que ya mi pecho siente la armonía,
Y se esfuerza á cantar notables cosas
Al son terrible de armas espantosas.

Después que, por pecados de la gente,
Aquel legislador supersticioso
Que de la esclava Agar fué descendiente
Turbó tanto el católico reposo,
Y los enormes odios del Oriente
Llegaron hasta el fin prodigioso
De establecer imperio al otomano
La injusta saña de uno y otro hermano,

La presunción, el mando y la riqueza
Del Turco, poderoso en nuestros daños,
Crecieron á la par con su grandeza
En breve espacio de infelices años;
De cuyos fundamentos y firmeza
Resultaron después males tamaños,
Que se mostraron bien al descubierto
El remedio dudoso, el daño cierto.

ra madre santa, piadosa,
sa y reliquias celestiales,
clar, devota y religiosa;
nos que son occidentales;
a, insolente y belicosa,
el arma siempre á sus umbrales,
viles guerras, han causado
esquiva en su tranquilo estado.
variedad y la mudanza
a larga tempestad ha habido,
un fragio horrible de venganza
del aleva conde fementido.
el temor y la esperanza,
los efectos que han tenido,
lo lo digno de memoria
a lugar en cada historia.
la solución de aquesto sea
resultados y fatigas
la edad opone y acarrea
d de gentes enemigas.
baña el mar y el sol rodea

se aperturan espadas y lorigas
Contra la religion, y á Dios pluguiera
Que solo en esto el daño consistiera.

No viéramos á Francia, que solía
Resplandecer con fe tan poderosa,
Que á las otras naciones excedía,
Y en tierra y cielo se hacia gloriosa,
Andar agora por diversa vía,
De suerte que la vida licenciosa
Inficiona y corrompe con malicia
La importante salud de la justicia.

Las llagas penetrantes y mortales
Y el destemplado humor contagioso
Amancillan los miembros principales
Para hacer estrago mas dañoso;
Lujuria y gula dan los temporales
Que alimentan el cáncer venenoso,
Produciendo su fruto lastimero
Lo que sembró el maldito y vil Lutero.

De ti, ¿qué he de decir? ¡oh Inglaterra!
Después que la católica Maria
Depositó el réal cuerpo en la tierra,
Y el alma subió al reino de alegría,
¿Qué de calamidades, cuánta guerra,
Sectas, muertes, infamias, tiranía,
Pervierten la costumbre y modo honesto
En que su ejemplo y vida te habian puesto!

La feroz Alemania, que pudiera
Al Turco resistir osadamente,
Por ser la que en Europa mas se esmera
En gruesa artillería y brava gente,
Discorde entre sí vive en esta era,
Frenética del misero accidente,
Los ojos de la fe desalumbrados,
Envuelta en noche oscura de pecados.

Y aquellas que á los bárbaros hicieron
En otro tiempo menos denodados,
Y á los cristianos reyes acudieron
Con fuertes escuadrones bien armados,
Otras parecen ya, no las que fueron:
Solo tienen los títulos pasados;
Sus nombres son Hungría y Transilvania,
Y en todo lo demás son Alemania.

Flándes, que ya fué amigo sospechoso,
Agora es enemigo declarado;
Que el novelero vulgo, sedicioso,
En guerra injusta campo trae formado.
La rebeldía, el uso belicoso,
Y del septentrion el clima helado,
Apocan y consumen finalmente
Los tesoros del Rey, armas y gente.

No trato del afán cotidiano
Con largo sufrimiento padecido,
Ni de las guerras que el valor hispano
En tales asperezas ha vencido;
Que su virtud y esfuerzo sobrehumano,
En tantas pruebas visto y conocido,
Nueva historia requiere, nuevo canto,
Y no es posible aquí obligarme á tanto.

¡Oh reinos malamente pervertidos!
¡Por qué vuestra pasión así os engaña?
¡Oh! ¡cómo no os lastiman los gemidos
Que lanza con razón la madre España?
No el gran tropel de citas¹ descreídos,
Ni el de africanos es quien ya nos daña,
Pues vuestras diferencias obstinadas
Pretrechos suyos son y armas osadas.

¡Sois los dientes de Cadmo por ventura,
Terrible parto de la airada tierra,
Que con ferocidad inicua y dura
Se consumieron en esquivar guerra?
¡Oh gran vergüenza, grave desventura!
¡Oh engaño que á su costa tanto yerra,
Volver la espada contra sus entrañas,
Y darse por despojo á las extrañas!

Mas ¿dónde me transportan estos males,
Que á fuerza me sacaron del camino,
Por medio de asperezas desiguales
De horror sangriento y de furor malino?
No son para cantar miserias tales,
Aunque á otras dar la vuelta determino;
Mas si el tocallas causa algún disgusto,
Concédase el quejar á un dolor justo.

Dolerme debo yo, quejarme quiero
De un bado acerbo, de un suceso duro,
Y dar al mundo indicio verdadero
Porque sienta el dolor en que me apuro.
Dentro de España (¡oh caso lastimero!),
Piedra de Pedro y de la Iglesia muro,
Alteración diabólica y sangrienta
Al cielo hace ultraje, al orbe afrenta.

Vense en ella banderas arboladas,
Lanzas en cuja y flechas venenosas
De perdidas naciones rebeladas,
Que osaron emprender nefarias cosas;
También se ven iglesias abrasadas
Con abominaciones monstruosas,
Y un arrogante mozo que se halla
Rey desta dura y pertinaz canalla.

¿Es insolencia aquesta? ¿Caso es este
Para pasar callando entre renglones?
Razon permitirá que manifieste
El proceso de tantas divisiones;
Porque, volando el tiempo, no moleste
Con variedad, que engendra confusiones.
Comienzo pues la historia memorable,
No menos dolorosa que notable.

En la provincia fértil y abundosa
Por donde el Bétis baña el reino hispano
Y estampa en la ribera deleitosa
El nombre que le quita el Océano,
Granada se ve allí, ciudad famosa,
Así porque es cabeza á un reino ufano,
Como porque el benigno y cortés cielo
Le templea el aire y enriquece el suelo.

Llamóse Iberia, y tuvo antiguamente
Su asiento donde es hoy la sierra Elvira,
Humilde habitación de pobre gente,
Que solo en cultivar puso la mira,
Hasta que vino la agarena gente
Ejecutando el fuego de su ira,
Y, misera, dejó á los siglos todos
La infelice memoria de los godos.

Es fama que la dueña sin ventura,
Principio y ocasión de tantos males,
Reducida á la extrema desventura,
Sus desgracias allí gimió fatales;
Lloró su desastrada hermosura,
Haciendo aquellos ojos rios caudales,
De donde nació el fuego que á Rodrigo
Hizo de sus estados enemigo.

¹ Escitas.

La penosa afición del bien perdido
Y el gran remordimiento del pecado,
A Nata (que tal era su apellido)
Aborrecer hicieron lo poblado,
Que suele ser descanso al afligido
Estar de soledad acompañado;
Y así, esta dama por camino incierto
Se retrujo á una cueva en el desierto;

Adonde los iberos se pasaron
Poco después, ciudad fundando nueva,
La cual también de Nata intitularon,
Y Gar, que significa entre ellos cueva.
Los altos edificios se encumbraron,
Y la experiencia hizo clara prueba
De cuanto á la Vandalia quitaba
La máquina que allí se comenzaba.

Mejorando continuo, al fin, de suerte,
Con el propicio revolver del cielo,
A ser lugar acreditado y fuerte,
No solamente levantó su vuelo,
Mas cabeza de un reino tal, que advierte
Cualquier remoto habitador del cielo
Ser rico, inexpugnable y abundante
De cuanto al trato humano es importante.

Y así, aunque con ardid, esfuerzo y maña
Recuperó la baptizada gente
El resto todo de la insignie España
Mas gloriosa que difícilmente,
Solo este reino, con osada saña,
No solo no humilló la altiva frente,
Mas hizo al cristianismo fuertes daños
Continuos setecientos y mas años.

A cuya causa siempre se comía
Pan con dolor, bañado en triste llanto,
Y el sueño pocas veces carecía
De béticos rebatos y quebranto;
Y así, cualquiera rey que sucedía,
Con ira justa y con desdén santo
Procuraba librar desta mançilla
Al reino valeroso de Castilla.

Hasta que de Aragon vino Fernando
Para ser de Isabel esposo dino,
Y tener, como tuvo, de su bando
En sus acciones el favor divino;
Tanto, que á los antipodas domando,
Hizo, á gloria y honor del Uno y Trino,
Estar suspenso el orbe de la tierra
Con pura religion, justicia y guerra.

Y por tan justa ser la de Granada,
Movió sus justas armas invencibles
Contra la fuerza arábica obstinada
De enemigos osados y terribles.
La empresa fué sangrienta y porfiada,
Los casos della casi que imposibles,
Porque se requería que en sustancia
Igualase el trabajo á la importancia.

No contaré yo aquí el proceso largo
De aquella famosísima conquista,
Ni menos pensaré que esté á mi cargo
Hacer de aquellos héroes clara lista;
Mas digo en su alabanza y mi descargo
Que cada cual daría á un coronista
Noble materia de capaz sugeto
Para hacer su estilo mas perfecto.

Y que, después de tantas novedades,
Suertes, peligros, trances y proezas,
Ganadas villas, sitios y ciudades,
Altos castillos, bravas fortalezas,
Donde las generosas calidades
Llegaron á la cumbre sus finezas,
El Católico Rey domó á Granada,
Victoria mas que todas deseada.

Permite pues que un poco me dilate
(¡Oh curioso lector!), y que te diga
El dulce fin del áspero combate
Antes que el comenzado se prosiga.
Nunca la guerra hubiera tal remate,
Ni tal premio obtuviera su fatiga,
Si Isabel, mas que el fénix sola y rara,
Presente en el real no se hallara.

No cual la madre del cobarde Nino
Suplió esta falta en hábito indecente,
Si bien con el esfuerzo peregrino
Acaudilló en batallas tanta gente,
Sino como mujer de aquel divino
Fernando, y como reina tan prudente,
Que su valor y tocas delicadas
Prestaban el denuesto á las espadas.

No mené las armas con sus manos,
Como en Efeso un tiempo las mas dinas,
O la guerrera virgen que á troyanos
Entre las huestes persalguió latinas:
Que los triunfos de Marte soberanos
Son del femineo sexo obras indinas:
Mal parecen varones feminiles,
Y no bien las mujeres varoniles.

Así que esta honestísima señora,
Observando los límites de dama,
Fué de ejércitos firme protectora,
Echando nuevos cargos á la fama;
Leyes fundó que duran hasta ahora,
Y Astrea misma las abraza y ama,
Con las otras hermanas cardinales
Que tuvo juntas con las teologales.

El victorioso rey ya comenzaba
A entrar por la ciudad que se rendía,
Y muy de corazón la saludaba
De parte de la Iglesia sacra y pia.
«Aquí donde el error ciego reinaba,
Tu ley florecerá, mi Dios, decía,
Y donde ejercitaban torpes vicios,
Te ofreceré debidos sacrificios.»

Turbado vino luego el de Granada
A dar las llaves y pedir la mano;
Lo cual hecho, humillóse, y lastimada
Aizó la voz, diciendo, casi insano:
«Si en alguna manera consolada
Pudiera ser mi pena ¡oh rey cristiano!
No fuera poco alivio al bien perdido
Saber quién eres tú, que me has vencido.»

»Mas pues la grave causa de mi lloro
Excede á todo humano sufrimiento,
Perdido el reino, piérdase el decoro,
Descúbrase la fuerza del tormento;
Tuya es mi tierra, tuyo mi tesoro
Y la enojosa vida que sustento,
Que dura mas de aquello que debria,
Solo para mayor desdicha mia.

»Padrastro me fué en vida el padre mio,
Y por sello tambien, después de muerto,
El odio transfirió en mi cruel tio,
De mis tragedias instrumento cierto.
Mas no es en fin del vulgo el desvario
Todas las veces adivino incierto,
Pues grande siendo, poderoso y rico,
Por mal agüero me llamó el rey Chico.

»¿Qué provincia de trato hay tan ajena,
Que lo esté de entender mi desventura?
Pues los condes en Cabra, y en Lucena
Los señores me traen por orladura,
Ligado el cuello á misera cadena,
Apocado el semblante y la figura.
Nunca plega ya á Dios nazca persona
Que las prisiones mezcle á la corona.»

Aquesto Abenabdalla referia,
Sus desgraciados casos lamentando;
Mas el gran vencedor, que no podia
Estalle mas, de lástima, escuchando,
«No vencen los ejércitos, decía,
En el número y fuerza de su bando,
Sino en virtud de Dios, á quien la gloria
Se debe atribuir de la victoria.»

Tambien le aseguró que la clemencia
Divina le tendria de su mano,
Y que conoceria en la experiencia
Obras, no de enemigo, antes de hermano,
Si al Evangelio diese la obediencia
Como bueno y católico cristiano,
Para gozar después el premio eterno
Y escapar de las penas del infierno.

De un tal afecto y gracia acompañaba
Fernando la doctrina verdadera,
Que del pecho infiel desarraigaba
Aquella vana ceguedad primera;
Al rayo de la fe se calentaba,
Cual se suele ablandar tratable cera
A los del resplandor del rojo Apolo,
Cuando está en medio de uno y otro polo.

Indicios qué dió luego conocidos
De haber de convertirse, y los clamores,
Que mueven á piedad de los vencidos
El poder libre de los vencedores,
Con otras condiciones y partidos
Hechos por abrazar daños menores,
Segun el tiempo y ocasion presente,
Favorecieron la vencida gente.

Y así, quedó el rey Chico en Almería
Con un alruido honesto y limitado,
Conservando el renombre todavia
De rey para consuelo de su estado.
Tambien para pasar en Berbería
O quedar en España de su grado,
A todos los demás se dió licencia,
Las puertas ensanchando á la clemencia.

Unos se fueron, otros se quedaron,
Aquestos por su rey, aunque perdido,
Aquellos porque al punto abominaron
Las tierras habitar que habian perdido;
Mas no por eso en el partir dejaron
De saludar con llanto y alarido
El dulce gremio de su patria amada,
Que llevan en las almas estampada.

El Rey y Reina vuelven á Castilla,
Dejando de aquel reino la tenencia
Al conde valeroso de Tendilla,
En armas señalado y en prudencia;
Y así, nunca se tuvo á maravilla
Después la rectitud y suficiencia
De que usó en la república reciente,
Y en compartir la sospechosa gente.

Unos se empadronaron en Granada,
A cierto barrio grande reducidos,
Que fué una poblacion edificada
De ciertos venedizos y huidos
De aquella mortandad tan celebrada
Y memorable á cuantos nos nacidos
(Yo digo la batalla milagrosa
Que llaman de las Navas de Tolosa).

Y por ser de Baeza naturales
Los mas de los que el sitio edificaron,
Llamáronle Albaecin, y otros no tales
La e y la c en y y en z mudaron.
Aquí pues unos, otros en Casales,
De la vega y del valle se arraigaron,
Y muchos en las villas de la sierra
Que llaman Alpujarra en esta tierra.

Son deciseiete leguas de longura,
Que miran á levante y al poniente.
Y extiéndense con once por la anchura
Entre Granada y aguas del Tridente;
Fria montaña, peñascosa y dura,
En valles honda, en cerros eminente,
Dispuesta para engaños y celadas,
Motines, asechanzas, emboscadas.

Esta disposicion inexpugnable
Del sitio, y la terrible servidumbre,
Cuanto mas nueva, mas intolerable
A los que libertad tuvo en la cumbre,
Y aquella obstinacion abominable
Que de Dios los privaba y de su lumbre,
Al arma los volvió para venganza,
Con mas temeridad que confianza.

Mas no costó barato aquel motivo,
Aunque fué sin sazon ni fundamento;
Pues, sobre la matanza y hado esquivo
De algunos hombres fuertes que no cuento,
Tendrá Córdoba siempre el dolor vivo,
Igual con la razon y sentimiento
Que se debe á la muerte presurosa
De un hijo por quien ella es mas famosa.

¡Oh prenda cara ilustre! ¡Quién pudiera
Tu ingenio y tu valor mayor que humano
En voz cantar que perdurable fuera
En todo cuanto abraza el Océano!
Que si el acerbo fin no previniera
El largo paso de tu orgullo ufano,
Tú fueras, don Alonso, en todo el mundo
Mayor que fué tu hermano sin segundo.

Como pues fuese el de Aguilar ya muerto,
Que espejo fué de aviso y valentía,
Y la rebelion al descubierto
Corriese mas sin freno cada día,
A tantos desconciertos un concierto
Al Rey le pareció que convenia,
Que los presentes impetus templase
Y el tiempo venidero asegurase.

Fueron las condiciones del partido
Tales, que fácilmente redujeron
El pueblo sedicioso y atrevido,
Excepto algunos que á Marruecos fueron.
Parece que después atento oído
A la verdad del Evangello dieron,
Cuyos misterios altos y concetos
Obraron, aunque en vasos imperfectos.

Que ya á Dios uno y trino se volvian,
Y al cándido baptismo se llegaban
Tantos, que mal entre ellos parecian
Los que en su pertinacia se obstinaban;
Inconvenientes dello procedian,
Que bien por experiencia se notaban;
Y así, para el remedio conveniente,
Preciso se les dió el orden siguiente:

Que quien ser no quisiese fiel cristiano,
De la fiel España se partiese
Al reino de los moros mas cercano,
Adonde mas á cuenta le viniese.
Cumpliése aquesto, y fué un acuerdo sano,
Porque el abrojo al trigo lugar diese;
Y quedaron entonces divididos
Los pertinaces de los convertidos.

Mas, como lengua ni hábito mudaron
Y es mala de olvidar vieja costumbre,
Morabitos después les ofuscaron
Sin gran dificultad la nueva lumbre;
De Africa y de Asia, en la Alpujarra entraron
Moros y turcos bien sin pesadumbre,
Cubiertos, como Ulises el artero,
Dentro en la piel vellosa del carnero.

Especialmente aquellos que lanzados
Habian sido del edicto urgente,
Eran bien acogidos y hospedados
Del vecino ó amigo ó del pariente,
A quien con mil denuestos porfiados
Siempre decian: «¡Cuál razon consiente
Que un miserable género de vida
Como la misma muerte nos divida?

»No son tan poderosos nuestros daños
Cuanto nosotros flacos ser debemos,
Pues el fudo que dieron tantos años
De ley, sangre y amor desconocemos,
Y vamos á poblar reinos extraños,
Los unos porque el nuestro aborrecemos,
Los otros, por quedarnos en España,
Hacemos profesion de ley extraña.

¡Oh vergonzoso extremo de flaqueza!
Oh ciega confusion! Oh desventura!
¿Dónde está agora aquella fortaleza
De quien apenas la memoria dura?
¿Cómo se empobreció nuestra riqueza?
¿Cómo se hizo nuestra fama oscura?
Y lo que peor es, ¿cómo sufrimos
Vivir sin restaurar lo que perdimos?

Estas exclamaciones y despechos,
Y la canina sed de novedades
Que al vulgo escandaliza en sus provechos,
Mayormente atinando á libertades,
Bastaron á encender los tibios pechos
Y torcer las mudables voluntades;
Que el terno de las furias fabricaba
Negocio de que tanto interesaba.

Fué la conjuracion puesta en efeto,
Y así los hombres mozos como ancianos
Juraron á su modo que en secreto
Serian enemigos de cristianos,
Y que, llegado tiempo mas perfeto,
Con armas se alzarían en las manos,
Para hacer en nombre de Mahoma
La guerra desde España hasta Roma.

Por Africa la fama tendió el vuelo,
Y luego dió consigo en el Oriente,
La trompa resonando sin recelo
De ciudad en ciudad, de gente en gente;
Vuelta á mano derecha, pasó el hielo
Del norte frio, y revolvió al poniente
Con volar lento, y fué porque reporta
La nueva mas despacio á quien le importa.

Y aun luego que llegó no fué creida;
Que la noble virtud no comprende
La vil maldad, ni queda persuadida
A que otro erró, si claro no le entiende;
Mas la intencion dañosa y corrompida
Tan licenciosamente el paso tiende,
Que, causando de sí larga noticia,
Incita, mueve, irrita á la justicia.

Así que, del propósito estupendo
No pudo estar el fin disimulado;
Antes, al paso que iba el mal creciendo,
Era por toda España divulgado;
Mas no se castigaba el caso horrendo,
De condigno, por ser un caos turbado;
Que el delicto que á muchos pone culpa
La misma muchedumbre lo disculpa.

Aunque en tal caso mas seguro fuera
La furia del rigor anticiparse;
Que, siendo grave el mal, grave debiera
La medicina ser para curarse.
Era costumbre desta nacion fiera
En trabajos y afan ejercitarse
Sin pena, porque aun desde que maban,
Sus padres en dureza los criaban.

Al agua, al aire, al frio y al sereno
De industria algunas veces los ponian,
Cuando de Capricornio el gran terreno
Las noches largas en extremo enfrian;
Y cuando Febo en el ardiente seno
Del can rabioso está, tambien solian
Hacer el mismo ensayo, y desta suerte
Era su decendencia brava y fuerte:

Después la agilidad, la fuerza y mafia,
El ser muy alentados y ligeros
Les enseñaban, ora en la montaña,
Ora en los valles fértiles y oteros;
En vez de lanza, algun baston ó caña
Jugaban, y hacianse certeros
De aquellas armas que la tierra cria,
Tirando no sin premio y á porfia.

No de Lacedemonia aquel severo
Estilo que Licurgo introducía
A tal rigor llegó, ni el civil fuero
La educacion á tanto constreñía,
Ni del Septentrion el reino fiero
En tales experiencias se imponía,
Ni los atenienses se imaginan
Que usasen tan extraña disciplina.

Tanta solicitud, tanto aparato
Andaba entre esta gente endurecida,
¡Oh pueblo desleal, linaje ingrato,
Sacrilega nacion, falsa, homicida!
Bien pudiera salirnos mas barato
El daño que á lamentos os convida,
Si la misericordia en vos usada
No dilatara el golpe de la espada.

Tambien daba lugar á la clemencia
El pensar que las malas intenciones
Iban tras vanidad con insolencia;
Y léjos de llegar á ejecuciones,
España retribia en su potencia,
Temida en remotísimas naciones,
Y el rey Filipe, cuanto poderoso,
Tanto menos del caso receloso.

Como quien al francés había oprimido,
Y pasado de Italia sus banderas
Al norte helado, habiendo aquellas sido,
Después de las romanas, las primeras;
Había con valor restituido
Al duque de Saboya las fronteras
Y posesion de su perdido estado,
Negocio al parecer desafiado;

En Africa ganado mil trofeos,
Y parece que Dios siempre regia,
En la paz y en la guerra, sus deseos.
Y que, como tan justos, los cumplía;
Mas quien saber quisiera sin rodeos
La causa mas urgente que impedía
La prevencion que entonces importaba,
Y la razon á voces imploraba,

Sepa que de ministros discordancia,
Menudear de avisos diferentes.
Odio, ambicion, disignios, arrogancia,
De emulacion pesados accidentes,
Dieron lugar á que la exorbitancia
Llegase á mayor mal que inconvenientes,
Y abriese puerta á conocidos daños,
Que no se olvidarán en muchos años.

¡Oh eterna celestial Sabiduría,
Que ves las ignorancias de la tierra,
Y al hombre andar buscando cada día
La excusa, y no la enmienda, cuando yerra!
Infunde agora en la rudeza mia
Nueva facundia, con que desta guerra
Explique la graveza, y los pesares
Se vuelvan desengaños ejemplares.

No andaban los moriscos muy errados
Para atinar al blanco de su intento,
Ni en vanas esperanzas sustentados,
Ni fabricaban torres en el viento,
Pues eran españoles esforzados,
Y sus disignios iban en aumento;
Crecían sus haciendas y linajes,
Y nuestras guerras y peregrinajes:

Ellos gozando de sus largas vidas
En los fértiles senos de Vandalia,
Nosotros en batallas muy reñidas
Con toda la Asia, la Africa y la Galia;
Nosotros por las ondas homicidas
Desde el Indo remoto hasta Italia,
Ellos bien reservados destos daños,
Teniendo á cuatro hijos en tres años.

De los cuales ninguno profesaba
Religion, castidad, letras ni guerra,
Ni vagabundo, al viento velas daba
Por altos mares lejos de su tierra;
Una patria comun los albergaba,
Y un comun ejercicio en llano y sierra,
Por el cual la gran madre agradecida
Se mostraba al sustento de su vida.

Tanto, que en menos de una edad entera
Crecido habían ya y multiplicado
En número y riquezas, de manera
Que parecia caso no pensado.
Previstas estas cosas, ¿quién no viera
El peligro que estaba aparejado?
O ¿quién no procurara no pensallo,
Si el remedio estuviera en olvidallo?

Iban tan á lo cierto con su hecho,
Al paso que las cosas procedían,
Que, árbitros en el daño y el provecho,
Siempre en una balanza nos ponían;
Igualmente hacia en su derecho
El bueno ó mal estado en que nos vian,
Porque los victoriosos esparcidos
Menos pueden que juntos los vencidos.

Así miraban desde Talanquera
Las turbulencias del linaje humano,
Como en el alto robie el buitre espera
El fin de algun combate que inhumano
Trabaron entre sí una y otra fiera,
Y cuanto crece aquel furor insano,
Tanto se huelga mas la ave glotona,
Hasta que á los despojos no perdona.

El tiempo daba fuerzas al destino
De aquella mal nacida y torpe gente,
Hasta que permitió el favor divino
Que declinase miserablemente,
Y comenzó á impedirles el camino
Nuestro rey, severísimo y prudente,
Mudándoles el traje á la cristiana,
Y el árábigo en lengua castellana.

La voz deste precepto, á ellos tan duro
Como contrario objeto de su intento,
Hizo portillo al aparente muro
De su vergüenza, y vióse el sentimiento;
Porque, desconfiando en lo futuro,
Trataron de venir en rompimiento,
Cortando el hilo á muchas prevenciones;
Que donde hay fuerzas cesan elecciones.

La instancia misma con que se apelaba
De la nueva ordenanza, y la querella
Que de cada morisco se fundaba
Para excusar el cumplimiento della,
Era argumento en que se comprobaba
Cuán buen principio fué el establecilla,
Cuán importante medio confirmalla,
Cuán justo y santo fin ejecutalla.

El tiempo volador llegar queria
Al fin del plazo que les fué asignado,
De dos años; mas nadie en aljama
Hablaba, ni mudaba el traje usado.
Ninguno la premática temía,
Porque á mas entre sí estaba obligado,
Y todos de consuno se animaban
Para el levantamiento que tramaban.

Es la necesidad gran inventora,
Sutil maestra de artes no aprendidas;
Tiene de Argos la vista veladora,
Y del lince las señas conocidas.
Esta les enseñaba cada hora
Astucias y cautelas nunca oídas,
Y entre ellas una que les fué maestra
Para hacer reseña y tomar muestra.

Fingen que su hospital está sin renta,
Sin propios ni hacienda competente,
Y que para remedio desta afrenta
Importa hallar forma y expediente
Tal, que el público bien provecho sienta
Sin que el particular se descontente,
Porque á servir al alto Dios se atienda,
Y el prójimo en su nombre se defienda.

Después que un medio y otro fué apuntado,
Se resolvió, el acuerdo concluyendo,
En que todo morisco esté obligado,
Los viejos y mochosos eximiendo
A dar un estipendio señalado
Porque la devocion vaya creciendo.
Hecha pues la instruccion, los diputados
Salieron á los pueblos aliados,

Sembrando horror, soberbia y esperanza,
Escándalos, orgullo, traicion, guerra,
Y agramente acusando la tardanza,
Por quien su hecho dicen que se yerra;
Así que resultó de la cobranza
La brava alteracion de aquella tierra,
Y por padron abierto averiguarse
La gente que útil era para armarse,

Pasaron de cien mil, ¿quién tal creyera?
De edad robusta y juveniles años,
De los cuales ninguno la carrera
Rehusa de pasar á muerte y daños:
Todos confirman la intencion primera;
Y para renunciar los desengaños,
No de otra suerte cierran los oídos
Que sierpe á los encantos prohibidos.

Los de las Alpujarras y del valle
De Leclin, y tambien los de la vega
Donde el fresco Genil corre del talle
Que el torcido Meandro á Grecia riega,
Piden que el Albaicin inquiera y halle
El modo y tiempo de trabar refriega,
Y prometen de estar sin alegría
Hasta que el sol arribe á tan buen día.

Con esto se avivaron los conciertos
En el mismo hospital, donde ocurriendo,
So color de tratar remedios ciertos
Para obras pías, al contrario siendo,
Los mas entremetidos y despiertos,
Sobre el negocio torpe confiriendo,
Al rudo vulgo que escuchaba atento
Doblaban el malvado atrevimiento.

Estando pues así juntos un día,
Llegó á deshora un viejo tan anciano,
Que el tardo paso apenas sostenía
Con un bordon, temblándole la mano,
Porque la destemplanza seca y fría
Ningun sentido le dejaba sano;
Mas la sangrienta lengua inficionada
Así formó la voz grave y pesada:

«¿En qué andais vacilando, hijos míos,
Entre prolijas dudas ofuscados,
Que os hacen ser remisos y tardios,
Sin ver la priesa que nos dan los hados?
Ya la violencia de los grandes ríos
Rompió las puentes y cegó los vados,
Y pues el agua á la garganta vemos,
Forzoso es que nadando nos salvemos.

«Si el tiempo nos dejara mas licencia
Para la ejecucion desta aventura,
Bien fuera de propósito y prudencia
Tentáramos agora la ventura;
Mas ¿qué será de nuestra descendencia
Si obedecemos la ordenanza dura,
Siendo contraria en todo á nuestra gloria,
Y bastante á acabar nuestra memoria?

«Pudo con las reliquias destrozadas
De la rota cruel del rey Rodrigo,
Pelayo, desde cuevas olvidadas,
Volver pujante contra el enemigo;
De donde tantas cosas señaladas
Resultan, que aun ahora es buen testigo
La dura sujecion que nos ofende,
Pues es tragedia que de allí depende.

«Y vosotros, que sois sin duda alguna
Ejército mejor y de mas gente,
Y en tierra que no es menos oportuna
Para lidiar aventajadamente,
Aun no os osais fiar de la fortuna,
Que siempre ayuda mas al mas valiente,
Favorece la pronta confianza,
Desdeña los recelos y tardanza.

«Seréis de Africa y Asia socorridos
De gentes, vituallas, municiones,
Y podréis, si quisiéredes partidos,
Pedir aventajadas condiciones;
Que al cabo es imposible ser vencidos
Adonde con murallas y bastiones,
Baluartes, fosos, sitio y aspereza,
Os hace fuertes la naturaleza.

«Mas sobre todo, en todo caso os pido
Un rey alcéis, por evitar señores,
De cuya division han procedido
Perpetuamente invidias y rancores;
Y pues que de Granada está ofendido
Un noble descendiente de Almanzores,
No hallo para rey mas útil hombre
Que quien la sangre afronta con el nombre.

«Este por linea recta y masculina,
De sucesion legitima apurada,
Es Almanzor, y por la femenina
Es de los mismos reyes de Granada;
Tiene talento y gracia peregrina,
Con una presuncion tan elevada,
Que nunca pensó menos de que el hado
Le hubiese para rey predestinado.

«Acuérdaseme ya que me decía
Mi viejo padre: ¡Oh quien vivir pudiese
Sin ver la funeral postrimería
Hasta que la fatal mudanza viese;
Que si la memorable profecía
Durante esta mi vida se cumpliese,
Ninguno mas ufano ni jocundo
Jamás se partiría deste mundo.

«Yo, que del ciego enigma procurando
Saber la exposicion, era importuno,
Le oí decir: Sabrás que no sé el cuándo,
Mas claramente sé que en tiempo alguno
De regia estirpe nacerá Fernando,
Restaurador felice y oportuno
De nuestra libertad y patrio suelo,
Que así lo ordena el revolver del cielo.

«El linaje, el valor, el nombre veo
En este concurrir, y así no dudo
Que la real corona y su trofeo
Para nadie mejor guardarse pudo.
Aquesto me parece, aquesto creo,
Y no penseis ¡oh hijos! que soy rudo,
Pues me doctrinan tiempo y experiencia,
Que padre y madre son de la prudencia.»

Nunca se vió materia mas dispuesta
A recibir la forma competente,
Que el conclave maldito á la requesta
Del viejo pernicioso y elocuente;
Ni con celeridad prender mas presta
En la inflamable arista el fuego ardiente,
Que en los ya afistolados corazones
El tósigo conforme á sus pasiones.

Y en fin por general voto se ordena
Que con asalto crudo y mano armada
Entren la noche para el mundo buena
Los de las Alpujarras en Granada;
Y tomada la Alhambra, horrible pena
A fuego y sangre sea ejecutada,
Con tal rigor, que en todo el ancho suelo
Se borre el cuento del troyano dueño.

Apriesa por los pueblos comarcanos
Fué la resolucion del presupuesto,
Para que tomen armas en las manos
Cuando en el Albayzín se echare el resto.
Ya vuelan los discursos inhumanos
Encaminados al ardid funesto,
Reforzándose mas cada momento,
Como se altera el mar creciendo el viento.

Y así anduvieron con secreta mafia,
Insidias de hora en hora maquinando,
Con el veneno de infernal zizafia
Que las almas les iba inficionando.
Abre los ojos, venerable España,
Mira el trabajo que te está aguardando,
Llora los hijos que en tus mismos brazos,
Adulterinos, te harán pedazos.

No las terribles huestes otomanas,
Ni los soberbios pueblos alemanes,
Ni bárbaras banderas africanas,
Son las que te darán estos afanes;
Mas gentes tumultuosas y villanas,
Y apóstatas esclavos con desmanes;
Pero no los desprecies, que te digo
Que es malo dentro en casa el enemigo.

Y si, usada á mirar mayores cosas,
El presente fracaso no estimares,
Estima las naciones invidiosas
Que á la mira estarán de tus pesares;
Teme las amistades sospechosas,
Las mas comunes y particulares,
Y présaga al seguro puerto atiende,
Que una centella todo el monte enciende.

Mira que el bien con paso tardo crece,
Y el mal por el contrario apriesa vuela,
Y muchas veces do el poder fallece
Abunda la malicia y la cautela;
Rompe pues el peligro que se ofrece,
Que ya el rabioso monstruo se rebela,
No pierdas tiempo, escucha, está en alerta,
Que ya la furia Aleto está á la puerta.

CANTO II.

Coronan al reyecillo, y vense presagios y señales en el cielo y en la tierra que anuncian la rebelión. Los moriscos de la Alpujarra acuden la víspera de Pascua á alzarse con Granada; sobreviene tempestad que se lo impide hasta la siguiente noche; lo cual fué causa que los del Albayzín mudasen parecer.

Después que la primera inobediencia
Trujo el hombre á tan áspero destierro
Cual plugo á la eternal justa sentencia,
En pena digna de su grave yerro,
Nació la muerte esquiva y la dolencia,
La invidia, la codicia, el odio, el hiello,
Contrastes desta que llamamos vida,
Siendo guerra ordinaria y muy refida.

Y como el ángel desagracedido
A eterna punición fué condenado,
Sin que de excusa fuese guarecido,
Por ser tan de malicia su pecado;
Así el hombre cayó, mas fué inducido,
Mas ignorante y menos obstinado,
Y Dios Cristo en la vara de justicia
Ingirió el ramo de piedad propicia.

Y así, mudó el destierro en voluntario,
Abriendo llano paso para el cielo,
Si, resistido acá todo adversario,
La caridad alzase en alto el vuelo;
Mas quiso el hombre á Dios ser tan contrario,
Que puso su esperanza en este suelo,
Y procuró su bienaventuranza
Donde es todo miserias y mudanza;

Donde están de peligros y de males
Los caminos cubiertos y atajados,
Dellos por ser acaso, son mortales,
Dellos por ser temidos, son doblados;
Mas destes enemigos desiguales,
Contra el linaje humano conjurados,
El mas vil, abatido y detestable
Es mas perjudicial y formidable.

Este es aquel infame atroz delito
Que se llama traición ó alevosía
En quien se incluye un número infinito
De torpes vicios que el profundo cria,
Y en este confiaba aquel maldito
Vulgo que de su Dios escarnecía,
Queriendo violar la fe y tesoro
De la preciosa Iglesia y su decoro.

Dos veces el gran Delio había corrido
Sus doce habitaciones celestiales,
Y cuatro de hora en hora reducido
El día y noche á términos iguales,
Después que fué el edicto establecido
So pena de castigos capitales,
Cuyo desden parece que hacia
Crecer en los moriscos la osadía.

Y así, no habían dejado alguna cosa
Que no intentasen con igual cuidado
Para la sedición escandalosa,
Por quien pensaban mejorar de estado;
Habían con astucia monstruosa
Armas y otros pertrechos allegado,
Hecho embajadas y oradores vanos
Para diversos principes paganos.

Habían provocado al reyezuelo,
Y él aceptado el cargo, aunque terrible,
Cual ave sin razón que del señuelo
Creó el sonoro canto y apacible,
O como pece que el esquivo anzuelo
Sorbió, engastado en cebo conveniente,
O como el que, encharcando en agua fría,
Enfermó de incurable hidropea.

Si por notables, aunque injustos, hechos
La memoria de muchos se derrama,
Y á pesar de los efesos derechos
Erostrato alcanzó su torpe fama,
Razon es que dejemos satisfechos
A los que de entender desean los llama
Las partes deste osado foragido,
Y toda la ocasión de habello sido.

Don Fernando de Valor se decía,
Altivo mozo y de escabroso trato;
Mas nunca se entendió que subiría
Jamás á tal manera de contrato.
De los antiguos reyes descendía
Que en Córdoba tuvieron reino grato;
Hacienda tuvo y renta moderada;
También fué veinticuatro de Granada.

Usaba en paz política su oficio
Como cualquiera noble ciudadano,
Sin que de sus costumbres diese indicio
Que le enturbiasse el crédito cristiano;
Y acaso un día en el civil bullicio,
Queriendo motejarle de marrano,
Le fué el ponerse daga prohibido,
De que en extremo se mostró ofendido.

De aquí le resultó prisión dañosa,
Y sus émulos tanto le aquejaron,
Que por sentencia pública y odiosa
A no ceñir espada le obligaron;
Con áspera pasión y desdeñosa
Otras desaventuras le cercaron,
De suerte que la nueva del reinado
Infame le halló y encarcelado.

O fuese (como pudo ser) por esto,
Que sola ambición lo corrompiese,
El se determinó de estar opuesto
Al riesgo que por todo le viniese,
Y á cada cual mandó que al plazo puesto
A punto y de buen ánimo estuviese;
Que él esperaba con su esfuerzo y maña
Abuyentar las águilas de España.

Don Fernando el Zaguer, que era un su tío,
Astuto y curador de su persona,
Por confirmalle mas el señorío
Trató que se le diese la corona;
Fué la solemnidad del hecho impío
(Segun por fama cierta se pregona)
Bien digna de notar con maravilla,
Y no para dejar de referilla.

Siendo en una gran casa convocados
De una parte los viudos y solteros,
De otra, con sus mujeres, los casados,
Un alfaquí sacó un libro de agüeros,
Campidos por el tiempo, y aprobados
De su ley y Alcoran por verdaderos,
Dentro del cual leyó una profecía,
Cuyo tenor morisco así decía:

«Los árabes, clarísimos profetas,
Previstos cursos de constelaciones,
Puntos de estrellas, fuerza de planetas,
Que acá en el mundo hacen impresiones,
Hallamos que oprimidas y sujetas
De cristianos serán nuestras naciones
Allá en España; mas después, con guerra,
Serán señores libres de la tierra.

»El tiempo durará de su destierro
Hasta que todos, ya por sí volviendo,
Se levanten y enmienden de su yerro,
A dulce libertad camino abriendo.
La gran dificultad romperá el hiello,
Lo cual habrá de ser interviniendo
Un mancebo con ollo y crisma ungido,
Y de real progenie producido.

»Hereje de su ley será primero,
Y habido exteriormente por cristiano,
Mas en lo interior y verdadero
Será en linaje y fe mahometano.»
Esto pronosticó el portentoso fiero,
Y á voces aprobó el vulgo profano,
Visto que todo tanto conformaba
Y al término presente se ajustaba.

No quedó por decir cómo venía
Del firme tronco por la línea reta
De aquel que en los abismos gime hoy día
Y es adorado dellos por profeta.
;Oh soberano Hijo de María!
Del mundo arranca la malvada seta,
Y en el profundo infierno arda con ella
Aquel solo inventor perverso della.

Habiendo todos pues determinado
Dalle de rey el título y renombre,
Quisieron que también, con ley y estado,
Desde allí renunciase el primer nombre;
Y fué luego resuelto y acordado
Que Abenhumeya se apellide y nombre,
Por un nieto que tuvo su ascendiente
Mahoma, engañador de tanta gente.

Entonces con aplauso le pusieron
Al nuevo rey de púrpura un vestido,
Y á manera de beca le cubieron
Al cuello y hombros un cendal bruñido;
Cuatro banderas á sus piés tendieron,
Una hacia el levante esclarecido,
Otra á do el sol se cubre en negro velo,
Y otras dos á los polos dos del cielo.

Reclinóse sobre ellas, y prostrado
Hizo oración, y luego juramento
De morir por su ley, y por su estado
Poner aquella vida y otras ciento;
Juró de serles rey justificado,
Como á vasallos que eran instrumento
Para que el reino en él resuscitase,
Y el perdido poder se restaurase.

Habiendo así jurado el reyezuelo,
En pié se levantaba satisfecho,
Cuando por todos uno besó el suelo
De donde alzado había el pié derecho;
Alzanle en hombros y el clamor al cielo,
Alegres y contentos de lo hecho;
Hiere el aire el rumor y voz plebeya,
Diciendo: «¡Viva el rey Abenhumeya!»

«Celebra y muy festivo sea este día
Al sacro rey de Córdoba y Granada,
Y Mahoma, que en todo es nuestra guía,
Le dé ventura y vida prosperada;»
El vano sacerdote repetía
Tal bendición con voz mal entonada,
Y luego resonaba la plebeya,
Diciendo: «¡Viva el rey Abenhumeya!»

Tal forma de elegir reyes se usaba
Antiguamente entre ellos, y tal era
La presunción con que este mozo estaba,
Como si rey pacífico naciera;
Y las secretas órdenes que daba,
Eran obedecidas donde quiera,
Y guardado el secreto; causa espanto
Que, siendo tantos, le guardasen tanto.

«Oh mundo, en fin, sujeto á turbaciones!
¡Cuán bien de ti escarnece el que es prudente,
Y de tus variables condiciones
Prevenido, se guarda eternamente,
Pues la reina sin par de las naciones,
El espejo y señora de la gente,
Con su reputación y poderío
No pudo prevenir tal desvarío!

Materia larga es dada á todo el suelo
Con ejemplar y vivo documento,
Que el mas ufano vele con recelo,
Sospechoso del bien y del contento;
Claramente mostrado había el cielo
Indicios del extraño acaescimiento,
Si del velo mortal la niebla oscura
No perdiera de vista esta lectura.

Vióse en el orbe puro de la luna
Una extendida línea transparente,
Que se extendía á modo de columna
Del Alpujarra contra el occidente;
Sin forma ni color de nube alguna,
Representaba en sí confusamente
Riscos, árboles, monte, hombres armados,
Y en medio dellos otros enlutados.

Viéronse por el aire otras señales,
Aves no conocidas y disformes,
Y partos en la tierra de animales
Con quimerina proporcion inormes,
Y trabajos del sol, que á nuestros males
Los sarracenos dicen ser conformes,
Así como interpretan su fortuna
Según los accidentes de la luna.

Mas ¿quién de los planetas el aspecto
Busca, ni los prodigios celestiales,
Cuando el conocimiento mas perfecto
Está en demostraciones manuales,
Pues no saben jamás guardar secreto
A la maldad los ojos corporales,
Y en ellos, como en lumbré cristalina,
Se nota lo traspuesto y determina?

Así que, quien tuviera buen sentido,
Y algunas circunstancias nivelara,
Cuanto en su corazón tenía urdido,
Escripto á cada cual viera en la cara;
Mas Dios los privó dél; que fué servido
De que esta sedición se efetiñara
Para canterizarte ¡oh noble España!
Este maldito cáncer y zizaña.

Vivían todos en cuidado eterno,
Solo esperando para levantarse
La fría sazón del encogido invierno,
Cuando las noches suelen dilatarse,
Para con mas espacio y mas gobierno
Con las tinieblas en Granada entrarse,
Y si necesidad los compeliase,
Poderse antes volver que amaneciese.

Cuando yacen galeras repartidas
Y mal armadas en invernaledos,
Las buenas boyas dellas despedidas,
Faltas de vitualla y de dineros,
Y cuando de las ondas homicidas
No se deben fiar flacos maderos,
Si bien fuese posible estar á punto,
Si no es con arriscallo todo junto.

Querían, como tengo referido,
Que noche fuese, y la del Nacimiento,
Para hallar el pueblo mas unido,
Seguro en ejercicios de contento,
Y con la devoción embebecido,
Suspense, tibio, atado y soñoliento,
Las casas solas y los templos llenos,
Sin armas y las manos en los senos.

Ellos, por el contrario, en arma puestos,
Determinados, listos y animosos,
Ágiles y solícitos y prestos,
De presa y de venganza codiciosos,
Hallaban por indicios manifestos
Que habían de salir victoriosos,
Y sabe Dios si entonces lo salieran,
Si nuevas causas no contravinieran.

La noche era llegada milagrosa
Que el Hijo eterno de la inmensa Alteza
Al mundo hizo muestra gloriosa
Del bien que no alcanzó naturaleza,
Quedando inmaculada aquella Esposa,
Virgen y Madre llena de pureza,
Y hecho paraíso el pobre suelo
Con toda la riqueza y bien del cielo.

El sol del horizonte había partido,
Llevando á los antípodas el día,
Y la terrestre sombra oscurecido
El aire con tiniebla inerte y fría;
Las lumbres del octavo habían subido
A la mitad del curso que las guía;
Helaba á Europa el Capricornio duro,
Ayudado del triste y frío Arcturo;

Cuando una banda suelta y escogida
De aquella juventud vana, perjura,
Se acercaba á Granada de corrida
Con el secreto de la noche oscura;
Era soberbia gente y atrevida,
Pronta en el mal, y en el trabajo dura,
Cruel, rústica, torpe, cual se cria
Quien no obedece ley ni policía.

Estaba el Albayzín puesto en alerta,
Esperando de aquellos la llegada,
Entre firme temor y gloria incierta,
Mas la resolución siempre obstinada;
La antigua enemistad les da ancha puerta
Para el difícil fin desta jornada,
La nueva imposición, la justa pena,
La propia culpa y la virtud ajena.

Pocas eran las armas que tenían;
Mas no solo de aquellas confiaban,
Sino de berberiscas que atendían,
Y apriesa noche y día se forjaban;
Las grandes llamas salamandrias crian
En las ardientes fraguas que bufaban;
Los duros yunques ya, de fatigados,
Se rinden á los golpes porfiados.

Esto saben, y tienen entendido
Que el estrago cruel que en los cristianos
Harán, les dejará, sin mas partido,
Las vidas y las armas en las manos.
Ya el gallo con su canto y alarido
Denunciaba á los miseros humanos
El nuevo declinar del sol ausente
Hacia el ocaso bajo y nuestro oriente.

La hora se pasaba que elegida
Para el salto estaba y la matanza,
Mas los del Alpujarra en su venida
El Albayzin acusa de tardanza;
Ya con helada mano, endurecida,
El miedo les oprime la esperanza,
Y ya con nuevo ardor se la reunía
Cualquier rumor sutil que el viento mueva.

Bien cerca de los muros de Granada
Llegaba el escuadron osado y fiero,
Para dale á sentir con su llegada
Un confuso dolor y lastimero;
Mas quiso el cielo justo en la jornada
Obstáculo poner firme y entero,
Con que se refrenase aquel malino
Furor, que iba ya al fin de su camino;

O fuese que el Autor de la natura,
Segun la ley eterna que le ha dado,
La hoviese para aquella coyuntura
De tal forma dispuesto y ordenado;
O que la Virgen consagrada y pura
Con la divina gracia haya alcanzado
Nueva dispensacion, cual requeria
De su precioso Hijo el natal día.

Veis aquí que comienza tramontana
Fuertemente á soplar del norte frio;
Ofúscanse los rayos de Diana
Con globos llenos de húmido rocío;
Comienza el agua condensada y cana
A volver do partió con veloz brío,
Y sin mudar esencia en tiempo breve,
Cambiano forma, baja hecha nieve.

La furia horrible de los torbellinos
Cada momento mas se ve ir creciendo;
Cubre la blanca nieve los caminos;
Tambien los hombres luego va cubriendo,
Que van desalumbrados y mezuquinos,
Desatinando aquí, y allí cayendo,
Sin orden, sin aviso, sin consuelo,
Sin otra cosa ver que nieve y cielo.

Obras son de tus manos, Padre eterno,
Y mercedes que haces conocidas;
Que este oficio, Señor, no te es moderno,
Ni el celo de tu grey jamás olvidas;
Las aguas suspendiste con gobierno
Al rojo mar, y estando divididas,
Dieron camino por el hondo seno
Al pueblo tuyo, de aflicciones lleno.

Otras prerogativas y favores,
De que llenas están las escripturas,
Concediste en los tiempos que mayores
Del todo se temieron desventuras;
Por un justo un millon de pecadores
Esperas á piedad, y no apresuras
El golpe irrevocable del castigo
Sin procurar la paz con tu enemigo.

Ya la cándida aurora cristalina
Nuestro rico horizonte regalaba,
Y aunque bañada alzó la faz divina,
Las rosas en belleza atrás dejaba;
Su gallarda presencia alabastrina
Con un velo de niebla disfrazaba,
La cual fué causa que los foragidos
No fuesen descubiertos ni sentidos.

Habian caminado largo trecho,
Sin osarse parar un solo punto,
Porque si esto cesara en tal estrecho,
La pausa y el morir llegara junto:
Y alguno que la hizo en tal estrecho,
Entre el hielo quedó yerto y difunto;
Los demás, prosiguiendo el curso incierto,
Tanto corrieron, que tomaron puerto.

Entre unas fuertes rocas, cuya altura
Parece que confina con el cielo,
Las poderosas manos de natura
Tienen minado el peñascoso suelo
Con una cueva donde noche oscura
Tiende continuo el tenebroso velo.
Jamás rayo solar le halló entrada,
Ni de selvaje fiera fué habitada.

Llena estaba de horror, lento y sombrío,
El aire espeso, el suelo deleznable,
Con un polvo imperfecto que nació
Cubrió la superficie inhabitable.
Tal esparce la fama á su albedrío,
Que fué de Caco el techo abominable,
Y tales como Caco allí se entraron
Los que en costumbre y casa le imitaron.

Herido de los duros eslabones,
Escupió el pedernal vivas centellas,
Y sucesivamente los tizones
Luego sonaron inflamados dellas;
Cuando algunos, buscando provisiones,
Trujeron tantas cabras, que con ellas
Mataron la gran hambre que llevaban,
Y previnieron otra que esperaban.

Tomado ya el refresco, y guarecida
La comodidad de dentro y fuera,
La una con substancia de comida,
La otra con la llama placentera,
Comienza entre la gente descreída
Un razonar confuso, de manera
Que cada cual hablaba, y no se oía
El mismo las palabras que decía.

Cual estar suele en la solemne fiesta
Al público espectáculo la gente,
Alborozada, estrecha, descompuesta,
Y fuera del decoro que es decente;
Mas luego que á su vista es manifiesta
La figura que sale, atentamente
Oye el teatro, y con la voz de uno
Está puesto en silencio cada uno;

Así aquel vulgo infame allí se oía,
Y así tambien quedó suspenso y mudo,
A instancia de uno dellos, que pedia
Por señas atencion, y habella pudo.
«Oh compañeros míos, les decía,
Bien sé que no hay aquí ingenio tan rudo
Como este mio inútil y grosero,
Ingenio al fin de un pobre ganadero;

»Mas la razon, el tiempo y el deseo
Me obligan á deciros lo que siento,
Y el valor firme que en vosotros veo
Me da para hablar atrevimiento.
Esta fuera la hora, según creo,
Que, si no se opusiera á nuestro intento
El recio temporal, toda Granada
Tuvieran nuestros brazos asolada.

»Adviértos esto, no porque se entienda
Que la buena ocasion haya pasado,
Ni porque yo, señores, me pretenda
Eximir del negocio comenzado;
Antes porque se ofrezca mejor senda
Si remitimos el suceso y hado
Esta noche al arbitrio de fortuna,
Que no es malo acertar de dos la una.

»Si el hallar los contrarios la pasada
En sus iglesias buena suerte fuera,
¿Cuánto os parece mas aventajada
Esta que la que viene nos espera,
Pues dormirá la gente descansada,
Como quien ya veló la noche entera,
Sepultada en un sueño tan profundo,
Que no despierte hasta el otro mundo?

»No es la multitud, no, siempre en la guerra,
La mejor parte ni la mas segura:
Testigos dello son en mar y tierra
Jérjes y Dario, reyes sin ventura;
Esto sólo yo bien, porque en la sierra,
Aunque pastor, me di un tiempo á letura,
Y en medio de mi rústico ejercicio,
Imité de los sabios el oficio.

»La determinación, furia y denuedo,
La preminencia del anticiparse,
Causar al enemigo espanto y miedo
En la primera forma de mostrarse,
Prometen de victoria el premio ledo
A quien sabe del tiempo aprovecharse,
Y el que es acometido escapa tarde
De faltar de consejo ó de cobarde.

»Acometidos, ciegos, ignorantes
Estarán en aquel pueblo perdido,
Y pensarán algunos que gigantes
Somos que del infierno hemos salido;
Otros, que con ejércitos pujantes
Las lunas de Asia á España han descendido;
Y en fin, será al remate deste engaño,
Nuestro el atrevimiento y suyo el daño.

»Oh, cuántos reinos estarán atentos
A la hazaña ilustre que emprendemos,
Y á cuántos encubiertos pensamientos
Materia de disignio ofreceremos!
Cuán ricos, cuán ufanos y contentos
En dulce libertad nos hallaremos,
Si deste yugo y carga tan pesada
Cortamos las coyundas con la espada!»

No dijo mas, y todos repitieron
En alta voz las últimas razones,
Y con bárbaro aplauso señal dieron
De unánimes tener los corazones;
Mas entre tanto que estos compusieron
Aquellas licenciosas conclusiones,
El Albaizyn no fué en establecellas,
Antes en rehusallas y temellas.

Con saber que, demás de la potencia
Del Turco, tienen á Africa vecina,
Cierta el socorro y la correspondencia,
Pues la Alpujarra con el mar confina,
Y mas estando ciertos que en Valencia
Y Ronda hay multitud luciferina
Aliada con ellos en linaje,
Intento, profesion, deseo y lenguaje.

Causas eran aquestas suficientes,
Estando la maldad tan adelante,
Para romper cien mil inconvenientes
Un pueblo ciego en tiempo semejante;
El cual, segun el voto de prudentes,
Era sin duda número bastante
A poner la ciudad en tanto aprieto,
Que nunca se alabara del efecto.

Así que ya la trama estaba urdida,
Bien á costa del noble reino hispano,
Donde la fe católica se anida
Y el verdadero término cristiano,
Si no fuera su fuerza enflaquecida
Y disipado su furor insano
Solo por la mudanza no esperada
De aquellos que habitaban en Granada.

La noche toda habian esperado,
Puestos á punto para rebelarse,
Entre las asperezas del cuidado
Y determinación de aventurarse;
Mas luego que de aquel furor pasado
Tuvieron algun tiempo de enmendarse,
Mutando parecer, se maldecian,
Y al prosupuesto que tenido habian.

»Oh cuán sabia maestra es la experiencia,
De los avisos madre verdadera,
Y cómo, en fin, sin ella no habrá sciencia
Que pueda introducir noticia entera!
Notable suele ser la diferencia
Que traen las cosas vistas desde fuera
De aquello que después con el efecto
Mudan y alteran en cualquier sugeto.

Que habian estos con afecto extraño
Deseado gran tiempo el que tenían,
Sin que lugar tuviese desengaño
Contra la obstinación en que vivian;
Y de aquellos que un término tamaño
Con tal astucia procurado habian,
La dilación de un día los retire,
¿Quién puede haber que dello no se admire?

Tal su cara mujer y hijos llama,
Como si un año hubiera estado ausente,
Y con lágrimas tiernas que derrama
Los saluda y abraza estrechamente;
Otro con suspirar el aire inflama,
Doliéndole su yerro intensamente;
Y cada cual, en fin, se reconcilia
De nuevo con sus deudos y familia.

Así que, de diversas opiniones
Se ve esta gente, y la que ya venia,
La una, moderando sus pasiones,
Volver la rienda á mas segura via;
La otra, pertinaz en sus traiciones,
Buscar la sedición y tiranía,
Siguiendo del error la furia insana
Con la rabiosa sed de sangre humana.

Las horas vuelan, y el ligero paso
Del cielo con el curso cotidiano
Tras sí llevaba el sol, de luz escaso,
A bañarlo en las ondas de Oceano,
Donde sin dilación dejó en traspaso
A la tiniebla oscura el aire vano;
La noche desplegó sus negras alas,
Cubierta y manto de las obras malas.

Estaban los moriscos escondidos
En la cueva escurísima profunda
Mientras la prima pasa, y advertidos
De marchar comenzando la segunda;
Siendo pues ya del tiempo persuadidos,
Con hora á sus intentos mas jocunda,
Concitados de espíritu malino,
A Granada enderezan su camino.

«Silencio! espacio! todo el mundo alerta!»
Iban diciendo, y reparando á trechos,
Cual suelen ir á la parada cierta
Los cazadores, della satisfechos.
«Oh infelice de aquel que errando acierta,
Y halla para daño los provechos!»
Estima la hormiga á buena suerte
Las alas que la llevan á la muerte.

«¿Adónde vais, decid, gente perdida,
Solicitando vuestro agravio mismo?
¿Qué costumbre y maldad envejecida
Os precipita en el tartáreo abismo?
La gracia celestial, que concedida
Os fué en el agua santa del bautismo,
¿Qué fruto de virtud ha producido,
Pues la verdad habeis desconocido?»

Yo os digo pues que la debida pena
De vuestras insolencias y pecados
Os tiene de esparcir en tierra ajena,
A perpetuo destierro condenados;
Y metidos en áspera cadena,
En vano llorareis bienes pasados;
Que para mas dolor os serán tales
Los que llamais agora acerbos males.

Iréis por los desiertos solitarios
Desnudos, miserables y mendigos,
Mártires padeciendo extraordinarios,
Sin que alguno os admita por amigos;
El cielo justo os llamará contrarios,
Los hombres, fementidos y enemigos;
Seréis siempre vecinos sospechosos,
Hechos en todo á Dios y al mundo odiosos.

La muda noche en sueño á los mortales
Tenia envueltos, y el profundo olvido
Curaba los trabajos corporales
Y cuidados del ánimo affigido.
Cuando aquellos ministros infernales
Llegaron al lugar constituido,
Habiendo muerto algunas centinelas
Por dar mejor principio á sus cauteelas.

Con temerario orgullo y osadía
En el cuartel morisco se lanzaron,
Adonde á la sazón rumor no había
Ni seña de las que antes concertaron;
Tanto, que cada cual desconocía
El sitio mismo, y todos se turbaron
De aquella novedad, que no sabían
Quién fuese causa; y entre sí decían:

«¿Dormimos ó velamos, compañeros?
¿Qué tierra es esta á que hemos arribado?
Si no es el Albayzín, de muy groseros
Debemos el camino haber errado;
Si es él, ¿do están agora los guerreros
Que con tanta eficacia han procurado
De mucho tiempo atrás nuestra venida
Como total remedio de su vida?»

«¿Qué es del orgullo? Qué es de las banderas,
Los pertrechos y máquinas secretas?
Qué es del estruendo? ¿Adónde están las veras?
¿Dónde también las lanzas y escopetas?
¿Cómo para partirse delanteras
Las mujeres y edades imperfectas,
No cargan el bagaje á toda furia,
Teniendo la tardanza por injuria?»

Estas exclamaciones y otras tales
Sembraban con recelo y altiveza,
Escudriñando atentos los umbrales
Por inquirir el fin de la extrañeza,
Cuando sintieron voces, que formales
Estas fueron: «Dejáos desa simpleza;
No andéis en vano aquí haciendo alarde,
Hermanos, que venís pocos y tarde.»

Oída la respuesta desdeñosa,
Replican sin tardar desta manera:
«¡Oh gente infame, vil y mentirosa,
Canalla con razón perecedera!
No penseis que la vida vergonzosa,
Por quien huls la gloria verdadera,
Asegurais con vuestra cohardía;
Que antes la perderéis por esa vía.»

«¿Quién salta foso, y tarde se arrepiente,
Ni bien llegado tuvo pensamiento
Ni vuelve á do partió, y forzosamente
Halla el peligro en su arrepentimiento;
Así el pasado brio impertinente,
Y el presente fingir falso escarmiento,
Oshan de abandonar en el profundo
De todas las miserias deste mundo.»

Tras esto, comenzóse á echar un bando
En alta voz, y dijo el pregon liero:
«Abenhumeya, rey de nuestro bando
Natural y señor mas verdadero,
Os manda que no estéis disimulando
Con el temor servil de ajeno fuero,
Certificándoos que á su cargo toma
El defender la secta de Mahoma.»

«Y que ya el de Marruecos ha venido
A ligarse con él para esta guerra
Con ejército grande y corregido
Y absoluto poder en mar y tierra.»
Así acabó, y al punto un alarido
Hirió el aire, atronando llano y sierra,
Al son de gaitas y de tamborinos,
Que incitaban los ánimos malinos.

Sembrado aquel escándalo, se fueron
Con otros pocos que tras sí llevaron,
A los cuales, no solo persuadieron,
Pero á todos los mas que allí quedaron;
Mas con nuevo discurso que hicieron
Para estar á la mira se guardaron;
Aquellos van, en fin, al reyezuelo,
Y estos quedando esperan con recelo.

Ya del levantamiento escandaloso
Por toda la ciudad rumor se oía,
Y el novelero vulgo bullicioso
Sus lenguas sin compás desenvolvía,
Cuando el caudillo pronto y valeroso
Que dentro del Alhambra residía,
Viendo las cosas en confuso estado,
El camino eligió mas acertado.

Don Íñigo Hurtado entonces era
Sucesor y legítimo heredero
Del que por fama ilustre y verdadera
En aquel reino alcaide fue primero;
Su hijo don Luís le sucediera;
Así que, era don Íñigo el tercero,
No desigual al padre ni al abuelo
En ánimo, en prudencia, en justo colo.

Y la clemencia de sus buenos bados
Señal dió clara en ocasión tan ciega,
Porque los muchos pueblos conjurados
Que habitaban la fértil y ancha vega,
Estaban prevenidos y citados
Para mezclarse á un tiempo en la refriega
Al belicoso son de dos cañones,
Marchando apriesa con sus escuadrones.

Debe notarse que Íñigo el prudente
Había acaso dado para armarse
El mismo contraseño entre su gente
Si viesen los moriscos levantarse;
Mas, venido el tumulto y accidente,
No quiso hacer muestra de alterarse;
Así que, en los escándalos mayores
Mudó sus pareceres en mejores,

Mandando que soldado ni artillero
Tirase pieza ni hiciese estruendo;
Lo cual fué salvamento verdadero
Del naufragio que se iba pareciendo;
Porque luego con ímpetu guerrero
Los de la Vega, el contraseño oyendo,
Se vinieran cubriendo los caminos
Hasta los altos muros granadinos.

Ya los del Albayzín necesitaran
A declararse; y como descubiertos
Los unos y los otros asaltaran,
De morir ó vencer del todo ciertos,
Los que iban á la sierra se tornaran,
Abriendo puerta á nuevos desconciertos.
Mirad de cuán livianas ocasiones
Se viene á colmo de íntimas pasiones.

En esto el alba da con luz dudosa
Indicio de la cierta y verdadera,
Y el Marqués sin recelo subir osa
Al Albayzín, que rabia y desespera;
Mas él con elocuencia generosa
Comienza á conhortalle de manera,
Que fué reparo á su congoja extraña,
Y heroico beneficio para España.

Porque si el Albayzín se saqueara
Con disoluta militar licencia,
Como el voto comun con voz muy clara
Tenía pronunciada la sentencia,
De saña y de temor se rebelara
El Alpujarra toda en competencia,
Y no se refrenara fácilmente
El soberbio furor de tanta gente.

Por esto el de Mondéjar les obliga
Mostrando tener dellos buen conceto,
Y sus neutrales ánimos mitiga
Con artificio de orador perfeto;
«Desechad el temor y la fatiga,
Les dice, y cada cual esté quieto,
Amigos, que no habrá quien os ofenda:
Gozad en paz las vidas y hacienda.»

«Aquellos insolentes del rúido
Serán segun su culpa castigados,
Y vosotros, que habeis fieles sido,
Segun vuestra bondad remunerados;
Que yo tengo por cierto y entendido
Que hombres infames y desesperados,
Por mas que hagan, no podrán haceros
Buscar desasosiego en que perderos.»

Fué de aquel eficaz razonamiento
La persuasion y efeto poderoso,
Tal, que á todos sacó de pensamiento
Las dudas y el orgullo escandaloso;
Y así, con general contentamiento
Se encomendaban al Marqués piadoso;
Y ofreciendo obediencia verdadera,
Comiénzanle á hablar desta manera:

CANTO III.

«Oh, de Mendoza próspera coluna,
Por quien ya nuestra débil esperanza
Nos pudo prometer salud alguna
En esta peligrosa y mala andanza;
Refugio que de la áspera fortuna
Nos conduces á puerto de bonanza,
Con qué palabras te agradeceremos
El bien que con las obras no podemos?

»La casa de Mondéjar y Tendilla,
Esmaltada de títulos y honores,
Entre los nobles grandes de Castilla,
De ti vendrá á tus claros sucesores,
Pues en tenernos hoy justa mancilla
Haces al Rey servicio, á nos favores;
Que no hay tan flaco ó desvalido amigo
Que pueda ser mejor para enemigo.

»Aquí habemos de ser siervos leales
A todo trance y riesgo, en muerte y vida:
Suplicámoste pues que destos males
Nos libre tu prudencia esclarecida.»
El Marqués, cuando oyó razones tales,
La gracia les confirma concedida,
Y dejando seguro aquel portillo,
Baja á Granada, que pretende abrillo.

Cercado en torno de tropel de gente
A la plaza llegó, donde ya había
Congregación gallarda y eminente
De infantes listos y caballería,
A los cuales mandó precisamento
Retirar á sus casas sin porfía,
Y que se esté aprestado cada uno
Para tiempo mas útil y oportuno.

«Estad todos á punto y en alerta,
Les dice, para cuando se os mandare
Salir, y dárseos ha por señal cierta
Dos piezas que el Alhambra disparare;
Creed que la dolencia descubierta
Requiere cura tal, que cuando obrare,
En vez de resolver, no mueva humores
Que puedan engendrar daños mayores.»

Con esto, de la gente aquella parte
Que es de cualquier república ornamento,
Cuando Júpiter reina, y cuando Marte
Airado predomina y turbulento,
Obedeció al Marqués: mas los que el arte
Siguen vulgar con vano fundamento,
Sintieron luego mal del propuesto,
Abominando dél, y mas del resto.

En corrillos infames ayuntados,
Interpretaban varias opiniones,
Unos contentos, otros espantados,
Otros diciendo enigmas y baldones,
Metiéndose en negocios excusados,
Fuera de su talento y profesiones,
Dando con rigurosa ley esquivia
Espantosa y cruel difinitiva.

Tanto del torpe vulgo la arrogancia,
Tanto su confusión puede y se extiende
Contra todos los casos de importancia,
Que su curiosidad grosera ofende;
¡Oh malicia fundada en ignorancia,
Por quien tan mal se arguye y reprehende,
Solicito fiscal para lo bueno,
Enemigo mortal del bien ajeno!

Vuelve la gente que había salido á reconocer qué camino habían hecho los moriscos. El marqués de Mondéjar sale en su seguimiento, y no pudiendo alcanzarlos, se vuelve á Granada. El reyecillo se junta con su gente en Béznar, y entra en la Alpujarra haciendo grandes crueldades. Vuelve el Marqués á salir, y da batalla á Abenhumeya.

Grandes cosas descubre el pensamiento
Tan á perder de vista, que el sentido
Se turba, y no da fuerzas á mi aliento
Que basten á cumplir lo prometido;
¡Oh madre de la gracia, por quien siento
El corazón devoto y encendido,
Gobierna y rige tú mi débil mano,
Porque mi pluma exceda al vuelo humano!

No canto yo en sofisticada armonía
El fabuloso imperio de fortuna,
Ni afirmo con licencia de poesía
Que puede haber á caso cosa alguna;
Los cielos hizo quien los cielos guía,
Y cuanto está debajo de la luna
Al mismo Hacedor está sujeto,
Que es de todo la causa y el objeto.

Este Legislador de la natura
Dejó en el hombre libre el albedrío,
Con el mas noble ser de criatura
Del mundo, y dióle dél el señorío;
Mas, como es hijo de la tierra dura,
A tal dureza llega y desvarío,
Que olvida, embriagado en su miseria,
La inmortal forma por la vil materia.

Ríndese al apetito en torpe guerra,
Y quiere en el pecar salvoconduto;
Tanto, que, errando siempre, tanto yerra,
Que hace ley su gusto disoluto;
Como el profeta falso que en la tierra
Para el infierno impuso el gran tributo;
Que agora es causa aquí de mis querellas,
Pues de su fuego son estas centellas.

Granada ya en quebranto estaba puesta;
Y el Marqués, previniéndose á la guerra,
Esperaba por horas la respuesta
De hombres que fueron á correr la tierra
Para saber la vía manifiesta
Por donde se volvían á la sierra
Aquellos temerarios precursores
De todos los escándalos y errores.

Estando pues suspenso, aunque alterado,
El pueblo, lleno de rumor de gente,
Llegó la nueva que se había esperado,
Y relación del bando inobediente.
Febo, que en el austral solsticio helado
Mostraba entonces su dorada frente,
Tenía la brevísima jornada
En dos iguales partes nivelada.

La Alhambra hizo el son pesado y fiero,
Las vegas y los montes retumbaron,
Y muchas madres con temor sincero
Sus hijos á los pechos apretaron;
Las aves prestas el volar ligero
Al cerco de la luna levantaron,
Y en toda la ciudad se oyó ir creciendo
Un disonante y belicoso estruendo.

Como al orgullo y grito de monteros,
Los canes de que Irlanda mas se esmera,
Corriendo vienen bravos y ligeros
Cuando se halla la selvaje fiera,
Los altos riscos, ásperos y fieros,
No hacen tarda la veloz carrera,
Ni el monte espeso ni el zarzal esquivo
Refrenar pueden el feroz motivo;

Así, rompiendo priesas y embarazos,
Que trae consigo la primer jornada,
Algunos se escaparon de los brazos
Donde su fuerza amor tenía empleada;
Otros aun no esperaron los abrazos
De anciano padre ó madre lastimada;
Que cuando el templo januo abrir se siente;
Amar y obedecer es ser valiente.

De aquí uno, de allí dos, y de otra parte
Tres, cuatro, cinco ó mas, correr se vian,
Y siguiendo el católico estandarte,
En número y en ánimo crecían;
Al campo apriesa salen de aquel arte
Que el agua que las nubes nos envían
Se va juntando, hasta que se incluye
En conducto que al mar la restituye.

Mientras que marcha con la infantería
El de Mondejar, va mas adelante
Por general de la caballería
Un caballero á Marte semejante;
Su coraje, su punto y gallardía,
Su clara estirpe es justo que se cante:
Don Alonso de Cárdenas se llama,
Del tronco de la Puebla hercúlea rama.

Guiaba pues su gente, acelerando
El paso, por coger en descubierto
Los moriscos, que se iban acercando
A la falda de un monte áspero y yerto,
Que está la ardiente esfera amenazando,
Con helado cristal siempre cubierto,
Como parte de aquella que es llamada
Por larga perscripción Sierra-Nevada;

Mas de los nuestros fué el afán perdido,
Y no pudo el alcance efetuarse;
Que el tiempo que en salir habían perdido
No fué posible entonces restaurarse.
Ya del primero móvil compelido,
Bajaba el claro sol para abrazarse
Con Tétis grave, cuando el seguimiento
Reparó en el mayor impedimento,

Así porque era invierno y á tal hora,
Como porque ya estaban emboscados
Los peridos contrarios, que á deshora
Osaban hacer muestra de esforzados.
Razon será tratar un poco agora
De cuanto aquellos iban obstinados;
Y una sola maldad, según contemplo,
Podrá de las demás ser claro ejemplo.

Entre los que huyeron de Granada,
Arrebatados del molin primero,
Sin dilacion salió, y con mano armada,
Un hombre alborotado y novelero,
Llevando tras su furia acelerada
Dos hijas que tenía el monstruo fero,
La una zagaleja de quince años,
Y otra que estaba en los primeros paños.

Al cinto asida aquella le seguía
Atónita y con pasos desiguales;
Esta, que apenas con los plés había
Tocado de la vida los umbrales,
En los robustos brazos sostenía,
Que fueron los verdugos infernales,
Trangresores del orden de natura,
Del paternal amor excepcion dura.

Porque, como los nuestros ya sintiese
Que por momentos mas le van entrando,
Y el peso embarazoso le impidiese
Los suyos alcanzar, que iban volando,
Dejarle quiso, y porque no viniese
A dar en manos del piadoso bando,
Le puso en las crueles de la muerte:
¡Oh corazon terrible! Oh caso fuerte!

«No puedo ya, les dice, ¡oh hijas mías!
Sobre el cansado cuerpo comportaros,
Ni el alma en cuanto durarán mis dias
Podrá por mi dolor de sí apartaros;
Seréis luego primicia en las porfías,
Y para esclavas tengo de dejaros
De aquesta gente odiosa, mi enemiga,
Que hallará su premio en mi fatiga.

»No, no ha de ser así, ni mi paciencia
Podría tolerar injuria tanta.»
Aquesto dicho, la final sentencia
Mete en ejecucion, y al orbe espanta:
Un agudo puñal con violencia
Ensangrentó en los pechos y garganta
De la hija mayor, y en tiempo breve
La otra sepultó en la blanca nieve.

Negaba ya su luz serena y pura
A los mortales el señor de Delo,
Dando lugar á la tiniebla oscura
Y al ornamento del octavo cielo.
Era del sitio la aspereza dura,
Duro el peligro y el rigor del hielo;
Y así, volver los nuestros á Granada
Fué la resolucion mas acertada.

Hallaron la ciudad triste y llorosa,
A tanta incertidumbre reducida,
Que, siéndole su ausencia muy penosa,
No se pudo alegrar con su venida;
Vuela la fama, que jamás reposa,
Con duplicada carta y mas cumplida;
Y conversando con diversas gentes,
Hace tambien efectos diferentes.

Mas ya los rayos del siguiente dia
Por el hermoso oriente blanqueaban,
Y el velo obscuro de la sombra fria
Del hemisferio nuestro ahuyentaban
Cuando la única y dura compañía,
A quien mas cada hora se juntaban,
Hizo con temerario atrevimiento
A su elegido rey recibimiento.

Halláronle, según era el concierto
En un lugar que Béznar se apelida,
Y es en Valdeleclín, término cierto,
Que está de la Alpujarra á la salida;
Allí la desvergüenza al descubierto
Osaba andar mas suelta y conocida,
Y la soberbia que injuriaba al cielo
Se prostraba al maldito reyezuelo.

Uno le besa el pié y otro la mano,
Con lágrimas de amor ardiendo en saña,
Diciéndole: «¡Oh Rey, nuestro soberano,
Reparador del mal que así nos daña,
Por años puedas mil reinar ufano,
Y tal ventura tengas en España,
Que no hallen contraste tus deseos
De Cádiz á los montes Pirineos!

»Y desde allí á los Alpes encumbrados
Te acompaña de César la fortuna;
El reino de Saturno dé á tus hados
Obediencia apacible y oportuna;
Trinacria, sin debates porfiados,
Huele de ser contigo siempre á una;
Venecia se te dé, tambien Bretaña,
Las dos Panonias, Flandes y Alemaña.

»Entonces se verá un siglo dorado,
Y el mundo, á mejor suerte reducido,
Descansará con verse sojuzgado
De ti y del otomano esclarecido,
Cuya felicidad y firme estado
Harán perpetuo el parentesco unido
Que habrá de afinidad con lazo estrecho,
Comun en el honor y en el provecho.

»Sabemos por antigua profecía
Que tu real tronco por su línea reta
Un inclito varon produciría
Para ensalzar á nuestro gran profeta;
Por tí el divino oráculo decia:
No hay otro Abenhumeya á quien competa;
Tuya es la precedencia favorable
Por ley justa y sentencia irrevocable.

»Hacémoste solemne juramento
De agora y para siempre obedecerte,
Con todo aquel debido acatamiento
Que amor y temor pueden ofrecerte,
Sin que nos puedan ser impedimento
Las temidas insidias de la muerte;
Antes por tí al camino le saldremos,
Y su terrible nombre invocaremos.

»No será necesario que se escriba
Esto, ni que nosotros lo firmemos;
Que presto se verá en la furia esquivá
Con que á tus enemigos domaremos;
Con rojas letras de su sangre viva
Tus altos privilegios probaremos;
Las armas crían los emperadores.
Que no los elocuentes oradores.»

Signió á aquestas palabras el estruendo
De confuso gritar, y el gran ruido
El aire cerca y lejos fue hiriendo.
Que reiteraba el son estremecido;
Mas ¡qué hará Granada, que sintiendo
Está el acerbo ultraje y mal partido,
Si el remedio conviene darse luego
Y el caso es grave, peligroso y ciego?

¿Qué medio razonable habrá que pueda
Desórden componer tan intrincado?
¿Qué embajador que hable ni interceda
Con un furor rebelde y obstinado?
¿Quién al campo saldrá, si en casa queda
El enemigo cierto aposentado,
Si todo en fin estaba de tal arte,
Que había inconveniente á cada parte?

Andaban tan validos vnos oentes,
Que daban al mentir larga licencia,
Pasando la palabra por momentos,
Nacida de malicia ó de inocencia;
Al persuadirse los entendimientos
No consultaban mucho la prudencia,
Antes algunos si después oían
Lo que ellos inventaron, lo creían.

Y así, la nueva como mas lo fuese,
Era luego á las otras preferida,
Sin que á lo verisimil se atendiese,
Ni á la prueba de parte conocida;
Mas, aunque en esto confusion hobiese,
No dejaban pasar hora perdida
La fragua ardiente y el voraz cepillo.
La ronca lima, el sonador martillo.

Con las otras maneras de instrumentos
De armigeros maestros y oficiales,
A cuya industria y golpes violentos
Se disponen y rinden los metales,
Y aquella furia de los elementos,
Pestilencia rabiosa de mortales,
A toda prisa entonces se hacia
En inflamados hornos noche y día.

Era pues el orgullo de manera,
Que no exceptaba condición de gente,
Edad, oficio, cargo, ni pudiera
Alguno reservarse justamente;
La autoridad pacífica y severa
De aquellos que el saber resplandeciente
Sube al gobierno y mando de la tierra,
Las armas se vestía al son de guerra,

Reconociendo bien por experiencia
Aquel proemio de Justiniano,
Que dice ser las armas y la sciencia
El nervio y fuerza de la regia mano:
De digno varon es digna sentencia
Que el áspero camino vuelve llano,
La república adorna y aprovecha,
Y hace que se reine sin sospecha.

Estaba ya la guerra declarada,
Y el negocio venido en rompimiento,
La gente ruda andaba alborotada,
La discreta encubría el sentimiento;
Cuando España, devota y angustiada,
Al cielo alzó la voz con triste acento,
Diciendo á Dios: «¡Oh Padre piadoso!
Oye mi sentimiento doloroso.

»Si domé las antárticas regiones
Por tí, Dios mío, y vi otro nuevo día;
Si tu ley escribí en los corazones
De aquella gente que ídolos creía;
Si por trabajos y persecuciones
Prosigo esta demanda todavía;
Si procuro lanzar con guerra tanta
Al tarco inmundo de la casa santa,

»Toque el amargo son de mi gemido
Tus grandes puertas de misericordia,
Y responda al remedio que te pido
De los cristianos reyes la concordia;
Que los mortales golpes que he sentido
Y agudos filos de civil discordia
Avivan y encruelen mis dolores
Con el justo temor de otros mayores.

PE-II.

»Nave de Pedro soy, y en el mar fiero
Resisto al cierzo, al ábrego y solano;
Pío Quinto es mi santo marinero,
Y Filipe el timon lleva en la mano:
Al uno el corazon puro y sincero
Es aguja, y tú el norte soberano;
Al otro el claro ingenio que á tí ofrece
La vista informa y brazo fortalece.

»Mil Scilas, mil Caribdis peligrosas
Me niegan el seguro y dulce puerto;
Si aquesas manos tuyas poderosas
No me conceden salvamento cierto,
Duros peñascos, sirtes arenosas,
Soberbias ondas, nuevo desconcierto,
Me rompen, me detienen y me anegan
A vista de la tierra que me niegan.»

Como padre que al hijo llorar siente,
Y movido á piedad del blando ruego,
Le mira atento con severa frente,
Disimulando el amoroso fuego;
Y aunque ha condecendido interiormente
Con lo que el niño pide, no así luego
Manda que se le dé lo que desea,
Para que humilde y moderado sea;

El Padre celestial desta manera
Se hubo con su España tan querida,
Y por desarraigar la secta llera
Que estaba en la Alpujarra endurecida,
Permitió que la guerra procediera
Sangrienta de ambas partes y reñida,
A los suyos dejando amenazados,
Y á los rebeldes ímpios castigados.

En tanto que esto en la ciudad turbada,
Juntando armas y gente, sucedía,
La secta inobediente y obstinada
Inormes culpas contra Dios hacia.
Suene mi voz llorosa y lastimada;
Nueva justo dolor la lengua mia,
Y hiera el triste son, hiriendo el viento,
Las almas con debido sentimiento.

Entró en Granada un hombre destrozado,
Ensangrentado el rostro y el vestido,
Triste el semblante, el paso apresurado,
Corto el aliento, flaco y consumido;
Llegó de vulgo y juventud cercado
Al Albambra, y en ella recibido,
Al Marqués se humilló, y con voz penada
Dió principio á su misera embajada:

«Señor, le dijo, vengo á tu presencia,
El alma traspasada de dolores,
Con nuevas que no sufren elocuencia,
Cortesies circunloquios ni primores;
Tristeza, llanto, afán, pena, dolencia,
Serán aquí retóricos colores,
Pues tanto mal carece de consuelo,
Si no es de mano del que rige el cielo.

»Yo soy uno de aquellos sin ventura
Que por influjo de contrario siuo,
Naciendo en la Alpujarra mal segura,
Amalla como á patria nos convino,
Bien que la vecindad estrecha y dura
Del odioso linaje serracino,
Mostrando sus dañadas intenciones,
Présagos hizo nuestros corazones.

»Mas nunca pudo la fatal mudanza
Como debiera ser de nos temida;
Y así, con una débil esperanza
Nos era menos grave aquella vida;
Oye pues la miseria y mal andanza
De nuestra suerte ingrata dolorida,
Terrible en especial para conmigo,
Pues me quiso hacer parte y testigo.

»Fui á visitar en aciago día
Una majada pobre de ganado,
Y á la tarde á mi casa me volvía
A ver el bien que en ella había dejado;
Estos eran seis hijos que tenía,
Y una mujer que Dios me había dado,
Honrada, sabia, casta y amorosa,
Con razonables partes de hermosa.

2

»Para llegar al pueblo me faltaba
Distancia de dos tiros de ballesta,
Cuando un gran fuego vi que del alzaba
La llama al cielo clara y manifiesta;
Oí clamor de gente que gritaba
Con voz confusa y perdición funesta,
Cuyas quejas sentía interpoladas
De tiros de arcabuz y cuchilladas.

»La sangre me cuajó un helado miedo,
Sueño mortal traspuso mi sentido,
Los pies se me turbaron, y el denuedo
De los vecinos males fué vencido.
En este amargo trance estuve quedo
Un breve espacio; mas el gran ruido
De nuevo penetró mi sentimiento
Con ira ardiente, y me volvió el aliento.

»Y así, con presto paso y alma osada,
Proseguí el triste fin de mi viaje,
Para acabar con mi familia amada
La vida, ó defenderla sin ultraje;
Llegué al lugar, y luego vi la entrada,
El fiero estrago del cruel linaje,
Que no me dió lugar un solo instante
De llevar mi propósito adelante.

»No sé qué brazo ejercitado y fuerte
Me dió en los pechos con un canto duro,
Y dando en tierra, me hallé de suerte
Que el sol me pareció negro y oscuro;
¡Oh venturoso yo, si allí la muerte
Me diera, cual pensé, puerto seguro,
Y excusara con sola una herida
Las muchas que padece esta mi vida!

»Después de haber estado larga pieza,
Como, Señor, te he dicho, transportado,
En mí torné, y alzando la cabeza,
De verme vivo me quedé asombrado;
Mas, como de un dolor otro se empieza,
Y el mismo morir huye al desdichado,
Recuperé el sentido ¡ay triste! cuando
Era partido ya el morisco bando.

»La vista revolvi, y á cada parte
Hallé cuerpos difuntos que yacían,
Entre los cuales no sabría contarte
Las disformes heridas que tenían;
Solo diré que estaban de aquel arte
Que las furiosas ondas los envían,
Cuando, impelidos de tormenta fiera,
Causan horror y llanto en la ribera.

»Vi el templo santo puesto por el suelo,
Representando su cruel ruina,
Muertos los sacerdotes, y su duelo
Testificando su fiel doctrina;
El peraisnarse, en que con limpio celo
Habían impuesto aquella gente indina,
Tenían en los pechos y semblantes
Sellado con heridas penetrantes.

»En este atroz martirio y otros tales
Bien se pudiera al vivo figurado
Entender el proceso de mis males;
Mas quise dellos ser mas informado;
Habiendo pues los míseros umbrales
De mi infelice casa atrás dejado,
Temblando escudriñé los aposentos,
Y archivos los hallé de mis tormentos.

»Entre su sangre vi los inocentes,
De las manos sacrílegas deshechos,
Con llagas frescas y resplandecientes
Pasadas las cervices y los pechos;
Otras anotomías insolentes
Hallé en sus rostros para mis despechos;
Tanto, que apenas conocer podía
Los hijos á quien yo engendrado había.

»Mil veces los llamé por nombre en vano,
Interrumpiendo su mortal reposo,
Y tratando sus llagas con la mano,
Cruel me parecí, de muy piadoso;
Luego á la fuerza del dolor insano
Acometí con llanto caudaloso,
Y di recios bramidos sin concierto,
Como leona sobre el hijo muerto.

»Romeo ya de llorar, con voz doliente
Me quejaba á mi dulce compañera,
Contándole mi pena eficazmente,
Como si el cuerpo frío lo sintiera.
En esto el claro sol llegó á occidente,
Y la noche mostró su vista fiera;
Tiempo oportuno á la tristeza mía,
Como al que alegre está el sereno día.

»Cubierto pues del tenebroso manto,
Solté mejor la rienda á mis gemidos,
Y la justa ocasión del triste llanto
De nuevo hizo guerra á mis sentidos;
Las fieras de los montes entre tanto
Bajaron con horribos aullidos,
A dar á algunos muertos sin ventura
En sus golosos vientres sepultura.

»La luz, al mundo clara y agradable,
Asomaba ya entre uno y otro polo,
Trayendo á todo triste y miserable
Consuelo, sino fué para mí solo,
Que, viendo el espectáculo espantable,
Llamé enemigo al resplandor de Apolo,
Duro accidente de mis graves males,
A ejemplo de las penas infernales.

»En fin, por no alargar mi triste cuento,
Yo enterneci y rompí la dura tierra
Con lágrimas y hierro, y al momento
Le di despojos de la injusta guerra;
Obsequias canté al son de mi tormento,
Diciendo: ¡Oh cuerpos nobles, do se encierra
Mi ánima angustiada y afligida,
Que por las vuestras anda de partida!

»Pues el continuo afán de mi ejercicio
En adquiriros el sustento humano;
La horrible Parca, usando de su oficio,
Ha hecho ya con mi descanso vano,
Aqueste piadoso beneficio
Recebid á lo menos de mi mano,
Hasta que el alto Dios servido sea
Llevarme adonde para siempre os vea.

»Así del paso me partí aciago
Habrás dos días, que parecen años,
Sabiendo bien cuál es del mundo el pago
A tanta costa de mis propios daños;
Nunca por Roma padeció Cartago,
Ni Roma por los bárbaros extraños
Tanta persecución, que mi fatiga
Su mal no imite y su rigor no siga.»

Aquí dió fin á su mortal querella
Este que con razón se lamentaba,
Y el Marqués entendió del tenor della
Que la tardanza apriesa amenazaba;
Y así, para poner remedio en ella,
Con la gente que á punto se hallaba,
Ordena de salir á la campaña
Con santo celo y con honrosa saña.

Mas ya de la comarca concurría
Tropel de gente, que á la fama vino,
De la fértil y rica Andalucía
Y todo aquel distrito convecino:
Suelos jinetes, buena infantería,
Con mucha lanza, mucho arcabuz fino,
Llegaban á Granada de hora en hora,
Que esto agradece y sus desgracias llora.

Íbase el de Mondéjar acercando,
Con buen concierto, á la fragosa sierra,
Y las escuadras le iban alcanzando,
Puestas en orden con ardor de guerra;
Las súbitas insidias recelando
Por el áspero sitio de la tierra,
Que en la templada y apacible España
A los Alpes imita de Alemania.

Con el caudillo intrépido y severo
Va á punto con su gente de á caballo,
Aquel que de la Puebla es heredero,
Y yerno suyo, digno de estimallo;
Va también su retrato verdadero;
Perdona si tu ingenio y virtud callo,
¡Oh don Francisco de Mendoza raro!
Pues no saber loarte es lo mas claro.

Allí por donde Céforo respira
El alma Febo había tramontado,
Y nuestro campo, puesto ya á la mira
Del otro, en el Padul se había alojado;
La muda noche pasa, el sueño inspira
Reposo, solamente asegurado
De la advertida y diligente vela
Que hace la nocturna centinela.

Cuando en Dulcar, lugar que cerca estaba
Del Padul, algun tanto guarnecido,
Se tocó al arma porque en él se entraba
Grande parte del bando descreído.
El nuestro, que sintió lo que pasaba,
Acude, como suelen al bramido
De la inocente res fidos mastines
Contra lobos rapaces y malsines.

La alteracion, la priesa, el tiempo obscuro,
Y ser tan poco plática la gente,
Hizo ser aquel trance mal seguro,
Que fuera segurísimo otramente;
Porque, llegados al recuento duro,
Los nuestros se mezclaron ciegamente;
De suerte que el engaño en los amigos
Dañó como en los mismos enemigos.

La escaramuza peligrosa y fuerte
Con su mismo desórden se encruceca,
Hace la confusion comun la suerte,
Y enemigo el error quien le parece;
Este al que amaba causa esquivo muerte,
El otro da la vida al que aborrece;
¡Oh dura condicion, caso inhumano!
¡Oh género de guerra mas que insano!

Del castellano bando cuatrocientos
En la ciega revuelta muertos fueron,
Y del morisco mas de otros quinientos
Al tartáreo Agueronte descendieron;
Mas cuando los concordés elementos
La venida del sol agradecieron,
Sin detenerse mas la vil canalla,
Busca la sierra y huye la batalla.

La sierra buscan, que es la fortaleza
De que ellos mayormente se fiaban;
Mas los caballos nuestros con presteza
Los pasos y el vivir les acortaban;
La humana frágil misera corteza
Con las agudas lanzas destrozaban
A tantos, que los fértiles arados
De cuerpos parecia estar sembrados.

Aquí los dos cuñados generosos,
Como otros fuertes dos nuevos Atridas,
A muchos de los moros alevosos
Privaban de las almas y las vidas;
Hubo entre ellos algunos animosos
Que perdellas osaban bien vendidas,
Haciendo rostro con denuedo extraño,
No sin mezclar estorbo, ofensa y daño.

Tal hubo allí que, della atravesado,
Iba subiendo por el asta arriba,
Y por poco se viera antes vengado
Que muerto, aunque de forma tan esquivo;
Y así, no debe ser menospreciado
El mas flaco enemigo en cuanto viva;
Que el destroncado toro se levanta
En ocasion que mata, aunque no espanta.

Cesó el alcance bien entrado el día,
Y á recoger tocó la seña luego,
Porque el lugar y tiempo requería
Meterse en órden y tomar sosiego;
Mas, como aquella gente nunca habia
Ejercitado el belicoso juego,
Sintió sus duras leyes de manera
Que muchos rehusaban la carrera.

Y habiales el miedo en tanto grado
Envilecido en el furor primero,
Que, yéndose con paso apresurado,
Temía cada cual ser el postrero;
Que el arduo y noble oficio de soldado,
Crisol de la fineza verdadero,
Es un saber que nace de experiencia,
Y una cuerda osadía con paciencia.

Es constante virtud, que no se aprende
En los confines de la patria amada,
Do á cada paso al sufrimiento ofende
Memoria de la vida regalada,
Como claro de aquí se comprehende,
Sin mil ejemplos de la edad pasada;
Y así, es ardíd que importa dar la guerra
Al enemigo á vista de su tierra.

Mas el Marqués, que deshacerse mira
El hisoño escuadron cada momento,
Cual nieve al sol cuando al verano gira,
O fuego al agua, ó como polvo al viento,
Puso á su corazon instintos de ira,
Y espuelas al caballo, con intento
De poner freno á todos con vergüenza,
Y castigar quien della no se vengza.

Apriesa los asalta, y desta suerte
Los reta de la torpe cobardía:
«¡Oh adulterinos de la nacion fuerte
Que es hoy espejo de la valentía!
¿Adónde os lleva el miedo de la muerte,
Que espantar otro tiempo no solia
Aquellos que ganaron combatiendo
La misma tierra que pisais huyendo?»

«Teniendo aun ellos por competidores
Moros valientes en esfuerzo y maña,
No estos pocos descalzos labradores
Que desarmados van por la montaña,
¿Por qué desconoceis vuestros vigores?
¿Por qué arrastrais el crédito de España?
¿Por qué ese miedo infame así os arguye,
Que os obliga á huir de quien os huye?»

«Pero ya que teneis los piés gallardos,
¿De qué sirve ese peso impertinente
De espadas, arcabuces y de dardos,
Duras corazas, malla reluciente?
¿No veis que en el correr os hará tardos,
Y que no vais con hábito decente?
Al sordo ¿qué aprovechan blandos sonos,
Ni á liebres pieles fuertes de leones?»

«Mejor será que os despojeis temprano,
Como habeis de hacello mal y tarde;
Por tanto, quien quisiere irse liviano
Las armas deje aquí como cobarde.»
Así acabó, y la espada alzó en la mano,
Jurando por la vida (que Dios guarde)
Del Rey, que matará á quien se mudare
Si primero las armas no dejare.

Mas ellos, conociendo su delicto,
Que es escalon primero de la enmienda,
Con ojos bajos y semblante afficto
No esperan á que mas se reprehenda;
Antes apriesa vuelven al conflicto,
Y con deseo de que nadie entienda
Que jamás pretendieron retirarse,
En ocasiones piensan señalarse.

Así el campo se pudo ir recogiendo
Hasta cerca del puente de Tablate,
Porque es paso forzoso aunque estupendo,
Y cumple que se gane por combate.
Este es un puente el cual no está midiendo
Corriente río que sus piedras bate,
Mas un foso profundo, que se extiende
Por largo espacio, y el camino hiende.

De aquella banda mira al mediodía,
Desta al septentrion, y así del valle
Divide la Alpujarra, y es la via
Por donde nuestra gente debe entrarle.
Otra dificultad mayor habia
En el difícil paso que pasalle,
Porque hay á la otra parte un monte fiero
Que le tiene debajo á caballero.

Donde ya el reyezuelo habia sentado
Su ejército insolente y atrevido,
Después de roto el puente, aun no fiado
De estar solo en el sitio preferido.
En un caballo bien enjaesado
Andaba, de color verde vestido;
Y á la maldita y áspera canalla
Desta manera exhorta á la batalla:

«Ea, mis valerosos seguidores,
Ea, leones, ea, soldados míos,
Agora es tiempo de mostrar vigores,
Bravos corajes y encendidos bríos
Contra aquellos vestidos de colores,
Llenos de recamados atavíos,
Que nos vienen buscando por su antojo,
Pobres de esfuerzo, ricos de despojo.

»Gente es que suele andar toda su vida
Las manos en los guantes ó en el seno;
Usan pantuflos en la edad florida,
Siendo apacible el temple del terreno;
Desmáyanse si tarda la comida;
Huyen, como de peste, del sereno;
El aire los ofende cuando pasa,
Y si este no los hiela, el sol los asa.

»Agora el trabajar pisando hielo,
Bebiendo dél, y á veces de mañana,
Y por cama la tierra, y techo el cielo,
Amanecer la barba crespa y cana,
¿Cómo pensais, decid, que venga á pelo
A gente delicada y holgazana,
Sin desear la muerte aborrecida,
Por no sufrir tal género de vida?

»Mas ¿en qué me detengo, si á la clara
Los conoceis, cual yo, de luengo trato?»
Interrumpiéndole en esto la algarazara
Del arrogante vulgo y el rebato;
El cual, viendo los nuestros cara á cara,
Comenzó con villano desacato
A pregonar injurias fanfarronas,
Sin excepcion de cargos ni personas.

Al punto pues que de una y otra parte
Dieron de arma señal con fiero estruendo,
Los hondos valles con el son de Marte:
Se estaban reclamando estremeciendo;
Las armas que inventó la infernal arte,
Relámpagos y truenos despidiendo,
Lanzaban juntamente en competencia
Rayos sin piedad ni resistencia.

Vuelan en fin las balas contrapuestas,
Causando estrago y muerte acelerada,
Escupen flechas duras las ballestas,
Con la yerba mortífera aplicada.
Entre aquellas demandas y respuestas
Andaba entre la gente de Granada,
A la cual la vanguardia había tocado,
Solicito el Marqués y desarmado.

El de Mendoza claro conocía
El peligro á que estaba entonces puesto,
Y que á su cargo allí no competía
Tan mal seguro y arriscado puesto;
Y como de otra parte visto había
El temor de los suyos manifestado,
Entendió que el consejo mas prudente
Era dalles ejemplo de valiente.

Mas su animoso yerno en tal estrecho
Le dijo: «Pues del todo te aventuras,
Contra las observancias y derecho
Que se requieren en batallas duras,
¿Por qué á lo menos ese honroso pecho
Con defensivas armas no aseguras?
Mira, Señor, que no son estos días
Para tentar á Dios por muchas vías.»

Oída aquella inspiracion divina,
El Marqués la metió luego en efeto,
Poniéndose de pasta diamantina
Un milanés y bien forjado peto;
Apenas cuatro pasos mas camina,
Cuando el discurso del fatal secreto,
Llegado al fin y término, descubre
Aquello que al humano seso encubre.

Cortando el aire con veloz silbido
Llegó una bala, y en el peto fuerte
Hizo golpe y formó claro sonido
En lugar que lo diera presta muerte,
Si no fuera del temple resistido,
O por mejor decir, de buena suerte,
Que para el buen don Inigo guardaba
Dios, que destos peligros le salvaba.

Con este trance y otros mil de guerra,
Que el tiempo no me da lugar que diga,
Perdiendo gente se ganaba tierra,
Haciendo mayor daño á la enemiga,
Hasta que «España, dijo, cierra, cierra;
Y comenzó á pasar no sin fatiga
El roto puente por un paso estrecho
Que como lo demás no fué deshecho.

Abenhumeya desde la alta cumbre
Reconoce que pierde la batalla,
Y que los suyos andan sin mas lumbré,
Haciendo muestra ya de rehusalla.
«Si, como sois copiosa muchedumbre,
No fuérais, les dijo, vil canalla,
Para el puente romper manos sobbaran,
Y piés para huir no se hallaran.

»Mas, por ser esta culpa la primera,
Alcanzaréis perdon de mi clemencia,
Que andando el tiempo hallaréis severa,
Y aun rigurosa, si os tomáis licencia.»
Esto les dijo solo, y mas dijera,
Si no viera en estado la pendencia,
Que no podia ya della escaparse
Sin morir, ó ser preso ó retirarse.

Destas de guerra duras condiciones
La última escogió por menos daño;
Y así, llegaron nuestros escuadrones
A su real, temiendo algun engaño.
No fué el despojo ricos pabellones,
Tesoro ó joyas de artificio extraño,
Sino ciertas moriscas y criaturas
Que estaban entre grandes espesuras.

Reclinaba ya el sol sus hebras de oro
Tras las columnas del famoso Alcides,
Dando lugar al estrellado coro
Y fin preciso á semejantes lides;
Cuando emboscado el ambicioso moro,
Trazaba nuevas máquinas y ardides;
Nuestro campo alojado reposaba,
Y la guardia á sus horas se mudaba.

CANTO IV.

El campo de Abenhumeya va cada día en aumento, y hace atroci-
simos martirios en los cristianos que vivían en la Alpujarra. El
marqués de los Vélez forma ejército á su costa por la banda de
Murcia. El de Mondéjar, habiendo roto algunas veces los moros,
va sobre las Guájarras y las toma por combate.

Tiéndese en tanto la veloce fama
Por todo el mundo, y con la voz terrible
Monstruosamente afirma, jura y clama
Lo cierto, lo dudoso y lo imposible;
Ya silba aprieta, ya amenaza y brama
Cual sierpe cruda y cual leon terrible,
Haciéndose por horas mas verbosa
Con el aplauso vil de gente ociosa.

Suéñase que Selim baja en persona
Con gruesa armada al reino de Poniente,
Y que á Fernando trae hija y corona
Para hacerle yerno y rey potente,
Y que á los venecianos les perdona
El tributo ordinario y el presente;
Que tiene trato hecho con Italia,
Y paso prometido por la Galia.

Abridme agora ¡oh coros celestiales!
Vuestro helicon sagrado, en quien espero;
Mostradme los secretos esenciales
De aquel original mas verdadero,
Donde se ven las causas principales
Y los efectos, sin que falte un cero;
Donde está firmemente averiguado
Lo presente, futuro y lo pasado.

El délfico planeta trujo el día;
Mas antes que del todo pareciesen
Las pirámides de oro con que guía
Los años, como á Dios plugo que fuesen;
Abenhumeya marcha por la vía
Que menos embarazos le ocurriesen,
Y mas su atrocidad se efetuase
Para que su poder se acrecentase.

Signiéndole va el campo castellano,
Aunque las asperezas lo estorbaban,
Y así iba por los pueblos el tirano,
Levantando las gentes que faltaban;
Pero corrían tras su hado insano
Los que aun dudosos á la mira estaban,
Cual suele de madera alguna puente
Arrebatada ser de gran corriente.

De tierra de Almuñécar acudieron
A la rebelión muchos lugares,
Y del Valdeleclín luego vinieron
Con mano armada herejes á millares;
Del Alpujarra en arma se pusieron
Escuadrones fortísimos á pares;
Los de Guadix llegaron á porfía,
Los del Cenete y río de Almería.

Pasa el Marqués á Lanjarón, y en ella
Rompe la furia al bárbaro enemigo,
Ya en Órgiva le vence y atropella,
Ya en Pítris hace en él igual castigo;
Entre Vélez con otro estrago y mella
Le hace de su mal parte y testigo;
En Andarax le ofende y le maltrata;
En Paterna le vence y desbarata.

Más era el retirarse peleando
Continuamente en sitio aventajado;
Y así, le cuesta gente á nuestro bando
Cualquier paso de tierra que es ganado;
El moro, su furor ejecutando,
Pasaba como rayo acelerado,
Alzando tras de sí en aquel distrito
Un número de gentes infinito.

Y los fieles que pasaban antes
Entre estos elches sus honestas vidas,
Tan pocos cuantos son los navegantes
Respecto de las ondas homicidas,
No pudiendo á tal fuerza ser bastantes,
Las suyas eran luego sometidas
Al mas abominable uso de guerra
Que las furias trujeron á la tierra.

¿Quién pues de aquellos días aclagosa
Hará lamentación justa y debida?
Quién de inocente sangre tantos lagos
Podrá cantar con voz entristecida;
Las abominaciones, los estragos,
La castidad preciosa escarnecida
De doncellas á vista de sus padres,
Que ven lo mismo en las cuitadas madres?

Ejemplo se vió nuevo y espantoso
De toda crueldad aborrecible,
Por quien del pueblo al mundo mas famoso
El sexto emperador no es ya terrible;
Ni es de maravillar que el sanguinoso
Tirano de Sicilia irremisible
Holgase al son del lamentable lloro,
Que Perilo entonó dentro del toro.

De hoy mas, fama pariera, callar puedes
Las muertes que vió el campo marciiano,
Los caballos atroces que Diomedes
Sepulcros hizo del linaje humano;
Olvida ya las aras y paredes
De Busiris y Anteo el africano,
Y la ferina gula del que ciego
Quedó por mano del astuto griego.

Y si la piedad no te enmudece,
Destos rebeldes habla, destos cuenta;
Que en mí la voz de lástima fallece,
La mano se me turba y desalienta;
Pero si nuestra España se engrandece,
Liquidado el remate desta cuenta,
Pueda mas la razón que la ternera,
Y escribáse de todo la certeza.

Mártires hubo allí que sin recelo
O pena de morir, á Dios llamando,
Vieron sus piés y manos por el suelo
Con la caliente sangre palpitando;
Y sus lenguas después volverse hielo;
Y así los troncos juntos levantando,
Con humilde paciencia agradecían
Los ásperos martirios que sentían.

Otros en fuego lento eran ardidos,
Otros con pedernales desollados,
Otros de horca infame suspendidos,
Otros por entre breñas arrastrados;
Otros, á las mujeres cometidos,
Eran con alfileres lacerados,
Y así acababan las prolijas vidas
Llagados de millares de heridas.

Dos hermanos mancebos bien andantes,
Hijos de Arce el alcaide, fueron puestos
En sendas cruces, siendo mucho antes
Rogados con ofertas y protestos
Que apostatasen, y ellos, muy constantes,
No solo á padecer fueron dispuestos,
Mas con palabras llenas de consuelo
Se despidieron ambos hasta el cielo.

¿Qué diré de las madres lastimeras
Que, viendo suceder lo que bastara
A hacer de piedad llorar las fieras,
Murieron sin que el hierro les tocara?
Antes cuando las manos carniceras
De aquella multitud cruda y avara
Atrozmente sus hijos les herían,
Sus almas tras las dellos despedían.

Y aquellos cuerpos frios que, acogidos
Al mas seguro puerto de natura,
De la cruel invidia defendidos
Yacían en la triste sepultura,
Eran desenterrados y ofendidos
Con denuestos y fuego: ¡oh saña dura!
Pues no perdona tu inclemencia fuerte
Los despojos humildes de la muerte.

No faltaron allí viles sayones
Que con manos sacrílegas nocivas
Diesen de eclesiásticos varones
A perros á comer las carnes vivas
Miembro por miembro, y luego las faciones,
Y para dalles penas mas esquivas,
El último tormento era en los ojos,
Porque primero vieses sus enojos.

Mas pudo nuestra Iglesia y madre buena
Destos males sacar glorioso aumento,
Pues ni el temor, la muerte ni la pena,
Amenazas ni blando ofrecimiento,
Hambre ni sed, engaño ni cadena,
Ni el ángel malo, que era el instrumento,
Contra la fe pudieron, que es mas fuerte
Que el cielo, que el infierno y que la muerte.

Y así, abrazados de tan firme escudo,
Conhortándose en ricas esperanzas,
Les dió la caridad el fuerte fiado
Que no desatan tiempo ni mudanzas;
Conviértete á tu Dios, ¡oh pueblo rudo!
Pues él mismo te avisa en tus venganzas,
Y ves en los que afliges evidente
La gracia de su mano omnipotente.

Es caso de memoria eterna dino
Que en este siglo férreo y estragado,
Do el herético error y desatino
El mundo en tantas partes trae burlado,
Se viese al vivo imagen del divino
Colegio santo del apostolado,
Cuando con sangre justa cultivaba
La celestial semilla que sembraba.

Mas ¡cómo volveré á lo que trataba?
Que á mil armas se toca por la tierra,
Y en muchas dellas al cerrar se traba
A un tiempo mismo la sangrienta guerra;
Crecen las iras y contienda brava,
Su estruendo y confusión vence y atierra
El orden de escribir y los concetos,
Que faltan cuando sobran los sujetos.

Es fuerza pues agora, voz cansada,
Que del trabajo nacen galardones;
Y tú, lengua, no estés desconfiada,
Pues nunca á la razón faltan razones.
Mas ya de nuevo estímulo inflamada
El alma siento; ya hallo ocasiones
En la verdad, donde contemplo y leo
Escripto aquello que cantar deseo.

El Alpujarra se me representa
Hidra con mil cabezas pozozobosas,
Y cada cual de sangre se alimenta
De temerarias armas y enojosas;
Su furia noto aquí y allí violenta,
Y el vario proceder de nuestras cosas,
Sin que pueda de un golpe ser cortada
Cerviz en tantos nervios afirmada.

Otro caudillo veo que se muestra
De nuestra parte con semblante fiero,
En medio de un ejército que adiestra
A su mismo estipendio, orden y fuero;
En ardid y justicia hace muestra
Igual al mas osado y mas severo,
Y, á ser ciertos, venciera, de gallardo
Y fuerte, á Rodomonte y Mandricardo.

Si tal como este príncipe Argos fuera,
Nunca Mercurio astuto le engañara,
Por mas facundia que en decir tuviera,
Ni al blando son de cítara cantara;
Jamás peligro vió de que temiera,
Ni cosa deseó que obrar no osara;
Fué un istmo que impidió que la morisma
De Murcia se mezclase á esta cisma.

Este es el de los Vélez, que corona
Fué de Fajardos, y de España amparo,
Arriscando su estado y su persona
A todo el daño del peligro claro;
Fez, Marruecos, Argel y la Belona,
A la gran fama de su esfuerzo raro,
Estaban por entonces casi en duda
Si á la rebelion darian ayuda.

Y así, nuestro buen rey, agradecido,
Le confirmó de general el grado,
Reservándole gasto tan eredito
Como en aquella empresa habia tomado;
Mas en tanto que aquí me he detenido,
Al arma oígo tocar por otro lado,
Allá hácia la banda de poniente,
Donde está el de Mondéjar y su gente.

Un alto monte, lleno de aspereza,
De espadas y de lanzas coronado,
Ver me parece, en cuya fortaleza
El sobreestante vulgo está fiado;
Peñas volcando, que por su graveza
Son prestas al bajar por cada lado
Con tropel, y se llevan hasta el centro
Las cosas que les salen al encuentro.

Dos caballeros por la falda espesa
Veo anhelar á la sublime cumbre,
Contra aquel terremoto que no cesa
De dar incomportable pesadumbre;
Mas ni el peligro de la suerte aviesa,
El sitio alpestre, ni la muchedumbre
Les obliga á estancar en la subida,
Sin privarlos primero de la vida.

Y así, les pone fin un mismo día,
Y una misma ocasion, que honra se llama,
Rinde los cuerpos á la tierra fría,
Y al cielo encumbra la su noble fama;
Su epitafio escribir justo seria,
No en los cipreses de funesta rama,
Sino en laureles que representasen
Triunfo de bien morir, y así informasen:

«Yacen libres de afán, trabajo y vicio
Dos bienaventurados caballeros,
Que por la fe murieron en su oficio,
A Dios humildes, á las armas fieros;
La inmortal parte deste sacrificio
Subió á gozar los bienes verdaderos;
La tierra esconde en sí el despojo humano,
Mas hále de volver tarde ó temprano.

»El uno don Luis Ponce se llamaba
De Leon, que es dignísimo pariente
Del gran don Manúel, que refrenaba
De los leones el coraje ardiente;
Este pues, que sus hechos imitaba,
Siendo en belleza y años floreciente,
Dejó muriendo lleno de mancilla
El ameno contorno de Sevilla.

»El otro, que en la vida habia hecho
Mayor tardanza, y ser ya jubilado
Pudiera en guerra, pues con fuerte pecho
A Carlo invicto siempre anduvo al lado,
Don Juan de Villaroel fué, que el derecho
De senectud habiendo renunciado,
Sus altos pensamientos le acabaron,
Y en Úbeda las damas le lloraron.»

Tramonta en esto el sol por Océano,
La noche se levanta de la tierra,
Suspéndese el rigor de Marte insano,
Y la tiniebla es tregua de la guerra;
Las horas prestas con volar liviano
Siguen la ardiente luz que el año cierra,
La cual al igualar del horizonte
Bañó la cumbre al contrapuesto monte.

Renúvase en el campo aquel bullicio
Que para tal empresa se requiere;
La gente se dispone al ejercicio;
La mas honrada señalarse quiere;
El buen Marqués, cumpliendo con su oficio,
El menos peligroso medio inquiere
Para ganar el sitio inexpugnable
Con ejemplar industria memorable.

Manda que, repartida á todos lados,
Arremeta de Córdoba la gente,
Quedando en el ejército soldados
En número y en forma conveniente.
No deben en silencio ser pasados
Tus claros hijos patria preeminente,
Ni es justa cosa que recelos vanos
Tal ocasion me quiten de las manos.

Solo resta que, siendo yo tu prenda,
Mires por mí, pues á tí misma toca,
Y que tu dignidad turbe y suspenda
La invidia que tu ser mueve y provoca,
Porque el grosero vulgo no pretenda
Alegar que soy parte, pues tan poca
Soy de tí, que eres todo cuanto digo,
Y mas, de que es el mundo buen testigo.

¿Quién duda, esclarecida patria mia,
La reseña que tú hacer pudieras,
Así de valerosa infanteria
Como de bandas de á caballo fieras,
Tus ciudadanos, tu caballeria,
Tus armas, estandartes y banderas,
Pues claramente el número excedieron
De todas las ciudades que allí fueron?

¿Quién no sabe que tú, Córdoba, fuiste
Liberal, animosa y diligente
Desde el instante mismo que sentiste
De Granada el tumulto y accidente?
Quién niega la constancia que tuviste,
Manando como clara y viva fuente
Armas, hombres, caballos y tesoro,
Conservando á tu fama su decoro?

Bien hizo desto en tiempos ya pasados
Experiencia Jerez de la Frontera,
Cuando sus muros rotos y asolados
Turbaban la esperanza postrimera;
Y así, en trabajos, penas y tormentos
Los muy justos socorros que pidiera
A pueblos comarcanos poderosos
Con encarecimientos piadosos.

El sitio se estrechaba por momentos,
Crecían daños y sobranan muertes;
Faltaban dentro ya los bastimentos,
Que es falta que enflaquece á los mas fuertes;
Y así, en trabajos, penas y tormentos
Se vieran fenecer todas las suertes,
Si en tan estrecho punto no llegaras,
Y la ciudad amiga no libraras.

La cual, al beneficio agradecida,
Guarda con pacto eterno inviolable
La perfecta amistad y ley debida
A caso que es ya sido tan notable;
Y tan bien es de tí correspondida
Con reciproco amor y perdurable,
Que dura y durará de gente en gente,
Creciendo, si es posible que se aumente.

Ya el amenazador ronco instrumento
Y el pifano sonante denunciaban
El peligroso asalto y rompimiento
Contra los moros que en el fuerte estaban.
¿Quién dirá la virtud, fuerza y talento
Que en nuestros capitanes se mostraban,
Aumentando el valor de los soldados
En su patria nacidos y criados?

Tú, don Diego de Argote, noble argivo
Que de Argos traes insigne descendencia,
Y tú, don Pedro de Acevedo altivo,
De corazón y de gentil presencia,
Y tú, Cosme de Armenta, ejecutivo
En armas, adornadas de experiencia,
Y tú, buen don Francisco de Simancas,
Que, mozo, imitas los de sienes blancas,

Arremetistes con denuedo extraño
Con vuestras valerosas compañías
Contra el morisco esfuerzo, cuyo daño
Estaba reparado por mil vías;
Tanto, que tú, diabólico rebaño,
Seguro en aquel trance te sentías,
Sin pensar cuánto pueden los aceros
De justa causa y tales caballeros.

Difícil era y larga la subida,
Y la defensa recia la estorbaba;
De suerte que la furia descreída
A su salvo offendía y contrastaba;
Usando de la pólvora homicida
Y de la flechería que volaba,
Herían á los nuestros de mampuesto,
Con estrago y desorden manifiesto.

No se adelanta allí paso de tierra
Si á buen precio de sangre no es comprado.
Porque desde las cumbres hacen guerra
Toda edad, todo sexo, todo estado;
Los altos riscos de la antigua sierra
Sacados del lugar que habían durado
Por tantos siglos, caen desde su altura,
Buscando nuevo centro en la hondura.

Con horrisono estruendo y ligereza,
Nacida de aquel peso que los lleva,
Pasan causando muertes y tristeza,
Sin que celada valga ó peto á prueba;
Cual suele de algun carro la grava
Dejar la sierpe incauta que la prueba
El cuerpo roto y sin poder valerse,
Moviendo sus extremos sin moverse.

Tal se quedaba allí la flor de España:
Dichoso el que llamar á Dios podía.
Mas ya por toda la áspera montaña
La gente aventurera arremetía
Temblaba cerca y lejos la campaña
De los golpes, estruendo y vocería;
El moro invoca su deidad propicia,
Los nuestros al apóstol de Galicia.

Tanto perseveró el afán crecido,
Que á pura fuerza pudo ser ganada
Cierta eminente sitio que había sido
También por los contrarios ocupado;
Desde el cual pudo ser algo ofendido
El mas alto y mejor fortificado;
Y así, se combatió hasta que Apolo
Dejar quería nuestro mundo solo.

Los cuatro capitanes cordobeses,
Viendo acabarse el día, y no aquel hecho,
No se curan de petos milaneses,
Que honrosa saña les guarnece el pecho;
Y despreciando mantas y paveses,
Al recuesto arremeten mas derecho,
Diciendo: «¿A qué se espera la venganza?
Que ya parece culpa la tardanza.»

Y con dichos y hechos escogidos
Van exhortando apriesa los soldados;
Mas no pueden de muchos ir seguidos,
(Tanto los pasos eran intrincados):
Entre ciertos peñascos carcomidos,
Al mismo fuerte juntos y arrimados,
Hicieron alto, y fuera exorbitante
Temeridad, pasar mas adelante.

Porque fuera entregar al enemigo
Sin fruto alguno cada cual su vida,
Y poner en las manos el castigo
De cuya era la culpa conocida;
Mas ya la ausencia del planeta amigo
Dejaba á la tiniebla aborrecida
En el aire tender el manto oscuro,
Que no estaba de nubes limpio y puro.

Predominaba entonces aquel sino
Que está entre Capricornio y Picis puesto,
Y el ártico aguilon al sitio alpino
Helaba aquella noche en vuelo presto;
El fortísimo roble, el alto pino
Tocaban con la cima el suelo opuesto;
La nieve, sacudida en remolinos,
Vuela con procelosos torbellinos.

Mas no por esto nuestros caballeros
Volvieron á bajar con la otra gente;
Antes, su acuerdo habido, «los primeros,
Dicen hemos de ser el día siguiente;
Hoy merecimos ser los delanteros;
Volver un paso atrás no se consiente,
Pues no hay alojamiento mas honrado
Que este que nuestro esfuerzo nos ha dado.»

¡Oh cuánto es el efecto poderoso
Del honor en los altos corazones!
¡Qué orgullo ofrece al trance peligroso!
Qué tolerancia da en las aflicciones!
Allí no vitualla, no reposo,
No abrigo, antes dos mil tribulaciones,
Y una resolución vence, de buena,
Hambre, cansancio, frío, angustia y pena.

Ya la prolija noche por sus puntos
Solicitaba la tercera vela,
Puesto que el frío y el temor conjuntos
Hacían todo el campo centinela,
Cuando los sarracinos allí juntos,
A quien mas causa y mas horror desvela,
Trataron entre sí de algunos medios
Por no venir á fines sin remedios.

Unos dicen: «Hablemos de partido;»
Otros socorro dicen que se espere;
Otros, que á tiempo no será venido,
Mas que morir lidiando se requiere.
Estando pues confuso y dividido
Aquel comun que en vano unirse quiere,
Un viejo que ha por nombre Haladino
A todos los demás salió al camino,

Diciendo: «Aquel yo soy que os di consejo
Cuando en vuestro hospital, fuertes varones,
Todos me obedecistes como á viejo,
Movidos de mis canas y razones;
Si agora lo hacéis, un claro espejo
Podemos ser de todas las naciones;
Que muchos salvaréis las caras vidas,
Y otros las venderéis bien vendidas.

» Oid pues brevemente lo que siento,
Y sea testigo de mis voces puras
Aquel profeta en cuyo ensalzamiento
Padecemos tan graves desventuras:
Partido no le habrá sino sangriento;
Socorro vendrá tarde á estas alturas;
Y mañana sin duda los cristianos
Llegarán con nosotros á las manos.

» Mirada deste sitio la eminencia,
Para dañarles bien nos sobra gente,
Pero pensar hacerles resistencia
Muchos días, razón no lo consiente;
Prevenga pues al caso la prudencia,
Y los que sobran, del peligro urgente
Salgan con el despojo mas precioso,
Y resérvense á tiempo mas dichoso.

» A la banda del mar es la bajada
Tan agra, que se está sin guarda alguna;
Y así, no puede ser de hombre pasada
Si no es de edad gallarda y oportuna;
De viejos y mujeres no es jornada;
Descargue pues su golpe la fortuna
En los que edad ó sexo tal tenemos
Que aun escapar huyendo no podemos.

»Mas no será pequeña fortaleza
Quedar aquí sirviéndonos como escudo,
Y dar lugar á vuestra ligereza,
Hechos señuelo al enemigo crudo.
Bien sé que juzgarán por extrañeza
Esta resolución, yo no lo dudo,
Y mas los que tuvieren á sus lados
Sus mujeres y hijos tan amados.

»¡Oh, amigos! ¡Cuánto yerra el seso humano
Si la razón no vence las pasiones!
¿De qué sirve consuelo tan liviano
En tan extremas y arduas ocasiones,
Para hacer el otro campo ufano
Con vuestras muertes, armas y pendones,
Y el rico saco, siendo en poder vuestro
Llevar la mejor parte al del rey nuestro?

»¡Sus! presto, ¿qué tardais? El tiempo vuela,
Y cumple la partida ser tan presta?
Que quien por acertar mas se desvela
Debe la ejecución dar por respuesta.»
Tal era de aquel moro la cautela,
Que, no solo una empresa tan molesta,
Mas ser la noche día persuadiera,
Frio el planeta de la cuarta estera.

Y así, fué remitido á su albedrío
El recio disponer de aquel efeto,
Como si todo el bárbaro gentío
Fuera á su voluntad sola sujeto;
No bastará á explicar el verso mío
El doloroso exámen y el aprieto
Que en bajo son allí se celebraba
Y los pechos mas duros ablandaba.

El mismo que fué autor de la partida
Era árbitro y juez del nombramiento,
Y su sentencia al punto obedecida,
Sin réplica ni algun impedimento,
Bien que la rigurosa despedida,
El áspero y profundo sentimiento,
Causaba un sollozar triste y penoso,
Mas que la propia muerte trabajoso.

Nueva suerte de mal, extremo horrible,
Mortal conflicto, ajeno de consuelo;
Nunca se vió tragedia mas terrible
En cuanto abraza el miserable suelo;
Materia de clamores insufrible,
De quejas, de temores, de recelo,
Y que el gemir y sospirar se niegue,
No hay tormento que allí en el mundo llegue.

Ya la transmigración se efectuaba
De aquellos, de su Dios desamparados,
A quien de un yerro en otro transportaba
La grave enfermedad de sus pecados;
Mas algunos que el brazo aseguraba
Mas que los pies ligeros y alentados,
Quedaron sobre el fuerte diamantino,
Contra la opinion del Haladino.

Los demás á lo llano descendieron
Por la fragosidad de una ladera,
Tan yerla, que aun los mismos que lo vieron
Dudaron si pasó desta manera.
Nuestros jinetes solo los sintieron,
Y apresurando al punto la carrera,
Mas que la ciega noche permitia,
Hicieron una honrosa correría.

Los moros, aunque en arma resistieron
Con grande obstinación, á hierro puro
Los mas dellos las almas despidieron,
Batiendo ansiosamente el suelo duro;
Otros de la huida se valieron
Con la oportunidad del aire oscuro;
Los nuestros se recogen á la hora
A esperar la venida de la aurora.

La cual salió después de los celosos
Y antiguos brazos del marido anciano,
Presentando á los ojos codiciosos
Con su luz un objeto frio y capto;
Los miembros encogidos perezosos,
Del hielo y del reposo toledano,
Al resplandor de la primer vistumbre
Sacudieron de sí la pesadumbre.

Roto el silencio largo y el sosiego,
A un tiempo con mormolio y con bullicio,
El canto ronco hizo señal luego
De que se haga á Marte sacrificio.
Los sitiados se aprestan para el ciego
Y bravo asalto con siniestro auspicio,
Fabricando de su desconfianza
Mas determinación y mas venganza.

Unos desde reparos y trincheas
Disparan sin cesar tiros nocivos,
Que obligan á beber aguas letreas
A muchos cuerpos de ánimos altivos;
Otros aplican mañas uliseas
A fuerzas de gigante, y los esquivos
Y firmeas riscos hacen ser mudables,
Cuyos impetus son irreparables.

El furor crece y el rumor se escucha:
Mueren cristianos, mueren sarracinos;
La sierra es agria, la distancia es mucha,
Varios los trances, varios los destinos.
Tantas horas duró la horrenda lucha,
Que ya el gran huésped de los doce sinos
Bajar queria del meridiano
Volviendo con su carro al Océano.

No me atrevo á explicar uno por uno
Los clamores causados de aquel día,
Aunque para dolor tan importuno
Prolija relación se requiera;
Solo de ti no quiero en tiempo alguno
¡Oh ejemplo de la gala y polveía!
Callar cómo saliste mal herido,
Habiendo tu valor bien preferido.

A ti, buen don Jerónimo, á ti digo,
El de Padilla, cuya fortaleza
Hizo de sí al ejército testigo,
Y á todo el erbe parte tu largueza;
Dichoso tú, pues que vivió contigo
El orgullo, el valor, la realceza,
Y muerte puso término á tus días
En brazos de quien mas que á ti querías.

Que después de acabar esta jornada
El fin debido á tu firmeza y pesa,
Te dió como vitoria señalada
La belleza sin par de Magdalena,
Y tu alma, en su fe galardónada,
Partió ufana del cuerpo y su cadena,
Habiendo conquistado en buena guerra
Todo el bien que mas quiso acá en la tierra.

Los cuatro capitanes señalados
Que juntos con el fuerte amanecieron,
Después que entre peligros declarados
El lugar y la honra sostuvieron,
Les fueron acudiendo los soldados
Que mas aliento y ánimo tuvieron;
Y así, de las contiendas apartadas,
Se vino estrechamente á las espadas.

Allí el de Argote en la su illustre cara,
Que esta modestia en paz siempre mostrando,
De intrépido valor da prueba clara,
Heróicamente á muchos animando;
Diestro moro es aquel que se repara
De los golpes que tira redoblando,
Y aun mas de cuatro ruedan por el monte
Que su mano despacha al Aqueronte.

El inclito don Pedro de Acevedo
Con un tropel de moros se tenia,
Cubierto de su escudo, aunque el desnudo
De muro inexpugnable le servia;
En los contrarios pechos causa miedo
Su determinación y gallardía,
Y el ver su estoque fino y acerado
De mucha roja sangre matizado.

Don Francisco, aquel jóven producido
Para ornamento de su patrio suelo,
Hizo este día injurias al olvido,
Acreditando mas su fama y celo.
¡Oh sol por la mañana escurecido
Con grave eclipse de funebre velo!
¿Quién pasará callando tus loores,
Oh el mancebo mejor de los mejores?

No el rigor capital desta batalla
Al mundo te quitó violentamente,
Ni el de otras que con la áspera canalla
Tuviste por el mismo consiguiente;
Mas Atropos cruel, que la murala
Rompe de juventud con accidente,
Se opuso, poderosa en nuestros daños,
A la esperanza de tus verdes años.

Lloró tu acerbo fin el cristalino
Y sacro Bétis con profunda vena;
Y lloraron las damas tu destino,
Sin encubrir la causa de su pena;
Lloróle en la ciudad cada vecino,
Por ser á cada cual tu vida buena;
El senado y las casas teologales,
Las cárceles, las viudas y hospitales.

Mas, tornando á tratar del gran conflicto,
Nunca se vió guerrero mas lucido
Que otro que allí traía bien escrito
En la persona su valor crecido;
Robusto era su talle y exquisito,
Rojo como unas ascuas su vestido;
Rodela fuerte lleva y ancha espada,
Alto penacho blanco en la celada.

En este traje insignie y belicoso
Se aventajaba allí Comme de Armenta;
Tanto, que su caudille generoso
La vista tuvo en el gran pieza atenta,
Y confesó que «estaba receloso
De que no se perdiese en tal afrenta,
(Dijo, sin conocelle:) aquel soldado
En obras y vestido señalado.»

¿Qué mas diré, sino que la obstinada
Morisma fué en batalla tan reñida
Del bando filipino quebrantada,
Y al último trabajo reducida?
Ya la soberbia en tierra derrihada
A merced se entregaba de la vida;
Solo el perverso viejo Haladine
Atrozmente su fin allí previno.

Con rabioso despecho y mas presteza
De aquella que concede el ancianismo,
Se fué á precipitar desde la alteza
Mas levantada al mas profundo abismo.
Teniendo por esfuerzo y fortaleza
Ser el hombre homicida de sí mismo,
Siendo, como es, la mas vil cobardía
De cuantas un infame pecho cria.

Ganado el sitio fuerte, que no fuera
Entrado en muchos dias por ventura,
Si parte de la gente no se hubiera
Salido dél con la tiniebla oscura,
Mandó el Marqués que no se recibiera
A vida alguna humana criatura.
¡Oh guerra, á cuánto llega tu violencia,
Pues niegas á rendidos la clemencia!

Mas, como tu derecho se mantiene
Con armas, con rigor, sangre y engaño,
Tal ocasion se ofrece, que conviene
Usar de crueldad por menor daño;
Aunque el Marqués aquí otras causas tiene
Que justifican mas furor tamaño:
Venganza justa y culpas de enemigos,
Provocadoras de ásperezos castigos.

Ya el destroz sangriento comenzaba,
Y entre los golpes fieros atrevidos
Del hierro, un son funesto se escuchaba
Que causaba los últimos gemidos;
La justicia severa se mostraba,
Cerrando á los clamores los oídos,
El semblante feroz, el brazo fuerte,
Hecha ministro de la amarga muerte.

No perdona á los niños inocentes,
No al flaco sexo, no á la edad crecida;
Ved qué hará á robustos y valientes,
Por quien la piedad menos convida;
Solo pudo entre tales accidentes
Alguna hermosura esclarecida
La furia refrenar: tal fortaleza
Tiene entre los mortales la belleza.

La sangre, hecha arroyos, baña el suelo;
Los cuerpos miserables lo cubrían;
Rompe el aire el clamor, y hiere el cielo
El gemir de los tristes que morían.
Visto por el Marqués el grave duelo
De aquel linaje, y que bastar podían
Por ejemplar castigo los ya muertos,
Moderó con blandura los conciertos.

CANTO V.

Su majestad determina enviar á Granada al señor don Juan; trátese del nacimiento y crianza deste príncipe. Sale Alvaro Flores con una esplá á prender al reyezuelo, y lleva mil hombres en su compañía.

Como el benigno y apacible cielo
Con su templanza y buenos temporales
Sazona el aire y enriquece el suelo,
Y alivia en su destierro á los mortales;
Así el rey justo es paz, gloria y consuelo
De sus vasallos firmes y leales,
Siéndoles norte claro que los guía
A la felicidad y policia.

Que las virtudes son ministras puras
Del bien que á todo el pueblo mas conviene,
Y la comunidad á penas duras
En concordia y justicia se mantiene;
Porque es su confesion de mil mixturas,
De donde á cada paso le proviene
Revolucion, discordia, injuria, aprieto,
Como á quien de contrarios es sujeto.

Y así, el rey bueno es único instrumento
Que lo menos y mas juzga y modera,
Como sol de la tierra, á cuyo aliento
La rectitud se cria y persevera;
Mas si el del cielo sigue el movimiento
De otra mas alta y encumbrada esfera,
No menos, sino mas, debe el terrestre
Dejar que al buen camino Dios le adiestre.

De suerte que es el reino venturoso,
Y Dios inmenso dél no alza la mano,
Si el príncipe prudente y religioso
Obedece el decreto soberano.
¡Oh tres y cuatro y mas veces dichoso,
Católico invencible reino hispano,
Pues dignamente puedes gloriarte
De un rey cual tú pudieras desearte!

Estaba pues Europa entre rumores
Sospechosa, alterada y conmovida;
Africa atenta para dar favores
Al tirano que á voces la apellida;
Asia conoce estímulos mayores,
Y con ellos la saña envejecida
A rienda suelta va tras la esperanza
Que tiene de hacer cierta venganza.

El inclito monarca nuestro, viendo
Los ocurrentes casos desuados,
Sus graves pensamientos confiriendo,
Hallaba un mar profundo de cuidados;
Ya hácia el polo frío discurriendo,
De Flándes contemplaba los estados,
Ya en levante, poniente y mediodía
Las guerras y conquistas que tenía.

Mas, aunque el grande peso que sostiene
Es de momento y de fatiga extraña,
Ninguna novedad le sobreviene
Mayor que la servil guerra de España;
Y así, para el remedio que conviene
Poner con tiempo á sedicion tamaña,
Antes de consultar medios del suelo,
Así consulta y habla á Dios del cielo:

«¡Oh soberano Rey, que en las alturas
Comunicas tu bienaventuranza
Porque gocen de tí las almas puras
En siglos infinitos de holganza!
¡Hasta cuándo, Señor, las sectas duras,
Olvidando el castigo en la tardanza,
Seguras pensarán que su malicia
No ofende ni provoca tu justicia?

»Y hasta cuando, di, Redentor mío,
Por culpas de los tuyos concediste
A los extraños el lugar nato
Y patria venturosa que tuviste?
Los cuales el licor del santo río
Donde el bautismo sacro estableciste
Con las gargantas implias siempre beben
Sin el acatamiento que le deben.

»También las tierras en que tú solías
Andar sembrando celestial doctrina
Sujetas vemos hoy á tiranías
Cuyo rigor un punto no declina;
Y el glorioso sepulcro que tres días
La humanidad santísima divina
Tuvo dentro de sí, se incluye agora
En el vano poder que no te adora.

»Secretos tuyos son y providencia
Que con tu voluntad está sellada,
En quien lo porvenir de cierta ciencia
Se ve pasado ya en cosa juzgada;
Mas bien confío yo que tu clemencia
No debe de tener desamparada
Esta arca de Noé, que se defiende
Por tuya en el diluvio que la ofende.

»Por tí tus siervos, y ascendientes míos,
Han humillado las soberbias gentes,
Y refutado con preceptos pios
Ritos y ceremonias insolentes;
Por tí tengo en el mundo señorios,
Y á tí quiero tenellos obedientes;
Oye pues mi oración, Rey de la vida,
Y ajusta mi gobierno á tu medida.»

La devoción y fe del rey cristiano,
Eficazmente el cielo penetrando,
Halló en el consistorio soberano
La gracia y el favor que iba buscando.
Tenía nuestro rey un solo hermano
Que al nacer tuvo firme de su bando
El mas benigno aspecto de planetas,
Y con las impresiones mas perfectas.

Porque el mismo felice y santo día
Que á su padre en la vida fué el primero,
Le hizo semejante luz y guía
Como próspero anuncio y alto agüero;
Quiso el sagrado apóstol san Matia
Sernos patron propicio verdadero,
Pidiendo á Dios que por natal les diese
Su fiesta, y así quiso Dios que fuese.

Así lo quiso, y fué también servido
De dar á don Juan de Austria (que tal era
Del principe fatal el apellido)
Los mayores aplausos de la esfera:
Gallarda agilidad, claro sentido,
Hermosa proporcion, beldad severa,
Ser á todos amable y apacible,
Humilde en paz, en armas invencible.

Tal, en fin, le crió, tal le compuso,
Cual convenia al alto ministerio
De quien ceñir tenia sin abuso
La justa espada del cristiano imperio;
Y así, al fraterno corazón dispuso
Con la contemplación de aquel misterio,
A que el arduo negocio le encargase,
Y de sus buenas partes lo fiasse.

Había en la real alma concebido
Crédito singular del mozo hermano;
Mas ¿quién no le tuviera, habiendo sido
De su valor el fruto así temprano?
¡Oh humilde Leganés, pueblo escondido!
Ya no rústico, pobre ni aldeano
Te llamarán las gentes, pues fortuna
De otro nuevo Jason te hizo cuna.

Allí de su niñez la mayor parte
Disfrazado pasó en humildes paños,
Bien como cuando el que la luz reparte
Guardó de Admeto un tiempo los rebaños.
Suele en algunos principes el arte
Encubrir sus defectos con engaños,
Y por obligación hacer que quieran
Aquello que sin ella no quisieran.

Mas este infante, sin saber quién era
Ni vivir atento al cumplimiento,
Ni edad tener aun de que pudiera
Guarnecer su divino entendimiento,
Hizo prueba de sí tan verdadera,
Que solo con la fuerza del talento
Mostró, desconocido y en pobreza,
Cuanto se requería á su grandeza.

Limpio, modesto, grave, comedido,
Tratable, vergonzoso fué y sincero,
Obediente á un presbítero escogido,
A quien sirvió este grande caballero;
Mas nunca fué con él nadie atrevido,
Que no se lo pagase por entero;
Y así, también usó después decillo:
«Agravio, ni hacello ni sufrillo.»

Así entretuvo el cesarino Aquiles,
Sin mudar condición, vida ni estado,
Algunos de los años pueriles,
Pobre, desconocido y estimado,
Aunque de aquellos hombres pastoriles
No sin admiración era notado;
Tanto, que le decían sin recelo:
«Tú eres hijo de rey, ó ángel del cielo.»

Cuando ya se acercó la adolescencia,
Fué entregado al prudente Luis Quijada,
Caballero que en armas y prudencia
Tenia su intención muy bien probada;
Este lo gobernó con mas decencia,
Haciéndole cubrir, ceñirse espada,
Mas por manera de galantería,
Que no porque su edad lo requería.

Mas fué tan puntal en su decoro,
Que, estando cierto día en una fiesta,
Un denodado y poderoso toro
De cuerpo grande y de cerviz enbiesta,
Embiste su tablado, y con sonoro
Estruendo cae; la gente huye presta;
El se defiende con la espada aguda,
Y es la primera vez que la desnuda.

La gente que lo ve, de pavor llena,
Espera con temor el fin dudoso;
Las damas hacen muestras de gran pena
Por el peligro del zagal hermoso;
Mas el fiero animal el paso enfrena,
Escarba con los plés, y el polvoroso
Suelo en el aire mezcla, y la cabeza
Levanta apriesa, baja y endereza.

Cruda bestia, deten, deten la saña;
No cubras con la odiosa arremetida
De triste luto la nación de España,
Que por este ha de ser engrandecida;
Para tu fuerza horrible no es hazaña
Quitar al mundo su importante vida,
Y así redundara del atroz hecho
A muchos daño, á tí ningún provecho.

Mira que esa hermosa y tierna rama
Del gran tronco de Carlos se deriva,
Y dará nuevas lenguas á la fama
Si á la gallarda juventud arriba;
Déjalo siga el hado que lo llama,
Que muy justa razón será que viva
Quien ha de ser un muro diamantino
De la gente que adora al Uno y Trino.

Mas nunca bordarás aunque arremetas
Con su sangre real tus duros cuernos;
Que orden del cielo y fuerza de planetas
Defenderán de tí sus años tiernos;
Y antes historiadores y poetas
Harán sus claros hechos sempiternos,
Que Atropos corte de su vida el hilo,
Aunque mas apresure el cruel filo.

Como escapase pues de aquella afrenta
Salvo, cual su valor lo merecía,
Fuése haciendo de él siempre mas cuenta,
Hasta que ya de Carlo el alma pia,
Librándose del mundo y su tormenta,
Al puerto y religión se recogía,
Que á todos mostró y dijo al descubierto
Cómo era el buen don Juan su hijo cierto.

Es caso que no tiene semejante
Ver que tanto mudar de estado y suerte
No hiciese mudanza en su semblante
Ni impresion nueva en aquel pecho fuerte;
El mismo proceder tuvo adelante,
Habló y anduvo de la misma suerte;
No como otros, que á menos ocasiones,
En el mudarse son camaleones.

Creció en edad, creciendo juntamente
En gracia de su bueno y caro hermano,
El cual del vellocino prefulgente
La insignia le echó al cuello soberano,
Diciéndole : « Estimad este presente,
No tanto por ser dado de mi mano,
Cuanto será razon que os honre y cuadre
Porque ya fué de vuestro augusto padre.

Dióle tambien de general supremo
El título en el reino de Neptuno.
La corte se alegró dello en extremo,
La eleccion aprobando cada uno ;
La próspera fortuna á vela y remo
Le engrandecía sin contraste alguno;
Y aunque felice ser todos le vian,
Por capaz de mas bienes le tenian.

Al quinto lustro de su edad llegado
Le vimos quando á España movió guerra
El sarracino bando rebelado
En la áspera Alpujarra y fria sierra;
Y así, el buen Rey, de bien considerado,
Acordó dalle el cargo de la tierra,
Con ampla comision, y que á Granada
Hiciese desde luego la jornada.

Movióle á aquesto mas de un fundamento,
Y sobre todo inspiracion divina,
Para que el enemigo fraudulento
Bajase la cerviz luciferina.
Mandole pues llamar á su aposento,
Y con una elocuencia peregrina,
Heróica majestad que á virtud mueve,
Le dijo mucho en esta suma breve:

«Habiendo consultado atentamente,
Conforme al tiempo y á las ocasiones,
Así sobre remedios del presente,
Como sobre futuras prevenciones;
Y teniendo atencion especialmente
A las escandalosas rebeliones
Que en el reino andaluz se han descubierto
Con mano armada y con electo cierto,

«Acordamos, y habémoslo por bueno,
Que vos, don Juan, amado hermano nuestro,
Las vais á castigar y poner freno,
Como esperamos del esfuerzo vuestro;
Que, después de apurado aquel terreno,
Del arte militar seréis maestro,
Y daros hemos fuerzas poderosas
Para la ejecucion de grandes cosas.

«Comenzad á seguir vuestro destino,
Y abrazad con firmeza la fatiga;
Al trabajo haced fiel padrino
A quien es la virtud perfecta amiga;
Esta os enseñará el cierto camino
Por donde el claro premio se consiga,
Que es el inestimable don precioso
Que hace de sí misma al virtuoso.

«Mas porque vuestros altos pensamientos
Cargo puedan llevar que tanto pesa,
Y para que mejor vuestros intentos
Se justifiquen en cualquiera empresa,
Les damos como nobles alimentos
A nuestro muy leal duque de Sesa,
Para que coadjutor prudente os sea
Y con su acuerdo el vuestro se provea.»

Como el nobil lozano y animoso
Quando su dueño le apercebe al vuelo
Se alienta, alegra y vuelve mas hermoso,
Mirando eficazmente al claro cielo;
Así el nuevo caudillo generoso
Dió señas conocidas de alto ceño
A su hermano y señor, que ya leía
Escrito en ellas cuanto ver quería.

El grato responder y agradecido,
El modesto aceptar y la cordura,
La pronta discrecion y amor crecido
Que en el hablar mostró y en la figura,
Fueron para Filipe esclarecido
Rehenes de razon y de ventura,
Tales, que se halló bien satisfecho
De la eleccion prudente que habia hecho.

No le causaron punto de cuidado
Las ejemplares fábulas sabidas
De los mancebos cuyo osar sobrado
Fué desastrado fin para sus vidas:
Uno dentro del Po cayó abrasado;
Otro en el mar las alas derretidas,
Probando cuánto pueden causar daños
La mucha confianza y pocos años.

Ni menos dió recelo á su conceto
La del otro que amó la sombra vana ;
Tanto, que aborreció el mismo sugeto,
Y se obligó á pasar muerte inhumana ;
Que el sol de la razon claro y perfeto
Amaneció en don Juan tan de mañana,
Que le hacian mozo y hombre y viejo
La edad, la fortaleza y el consejo.

Y así, la fama, dando aquesta nueva,
Tiene por novedad y maravilla
El ver que de comun voto se aprueba
Desde los Alpes montes á Sevilla;
Y tanto quanto mas la esparce y lleva,
Le dan de albricias el placer de oílla,
Suspendiendo esta vez el vulgar uso
Su licencioso término y confuso.

Cualquiera estado y condicion de gente
Celebra el beneficio y mejoría
Que del vuelo del águila eminente
A nuestra religion resultaría;
Mas este grande bien mayor se siente
Entre soldados, porque les venia
Un principe á mandar tan señalado,
Y un duque tan señor y tan soldado ;

De quien podian ya por experiencia
Las virtudes contar una por una,
Que el linaje, el valor y la prudencia
Pueden tener debajo de la luna :
Suave gravedad, justa clemencia,
Segura discrecion, gala oportuna,
Y un corazon que en sí solo se encierra,
Mayor que todo el orbe de la tierra.

El cual, fortalecido en su grandeza,
Y alimentado de felice clima,
Desprecia el torpe amor de la riqueza,
Que el engañado mundo tanto estima ;
¡ Oh cuánto vale mas rica pobreza
Que la riqueza pobre que lastima !
Rico solo es aquel que está contento,
Y pobre solo el misero avariento.

Este, que rico y duque habia nacido
Por influencia de propicios hados,
Como no pobre rey habia vivido,
Sirviendo al suyo en trances señalados,
Y con obras heróicas adquirido
El título de padre de soldados,
El primor de la vida cortesana,
Y el de la culta lengua castellana.

Llegábase con esto aquella gloria
Del gran Gonzalo, su famoso abuelo,
De quien celebra el mundo la memoria,
Sus hechos levantando hasta el cielo ;
De quien tanto trofeo, tanta historia
Viven y vivirán en todo el suelo
Mientras el alma sol le rodeare
Y el bravo mar sus limites guardare.

En este medio estábanse á la mira
Los marqueses y ejércitos cristianos
Dentro de la Alpujarra, que no aspira
A llegar por entonces á las manos.
Ya el soberbio aquilon, envuelto en ira,
De llanos montes y de montes llanos,
Hace sembrando á copos blanca nieve,
Ya el austro oscuro mares de agua llueve

Mas el Abenhumeya no perdía
Tiempo en solicitar el alzamiento
Del arrabal de Ronda y Serranía,
Con otras poblaciones de momento;
De Málaga la Hoya y Axerquia,
De Ventomiz la sierra y fuerte asiento,
Los rios de Albolodui y de Almanzora,
Con la gente que en Baza y Huéscar mora.

La sierra de Filábres juntamente,
El Albayzin y barrios que en Granada
Moriscos habitaban, y la gente
De la Vega, hermosa y cultivada;
Aunque de aquestos voluntariamente,
Dando color á su intencion malvada,
Se rebelaban pueblos casi enteros,
Pretendiendo no ser de los postreros.

Mientras la regia mano poderosa
Previene de su hermano la venida,
Y vigilante atiende á cada cosa,
De muchas que requiere su partida,
Parte de la canalla sediciosa,
O fuese deste miedo compelda,
O por cautela nueva que fundaba,
De reducirse á Dios y al Rey trataba.

Mas ¿qué palabra ó crédito pudiera
Asegurarnos de su infame parte?
Pues dado que una vez se redujera,
Ciento volviera al peligroso Marte;
Y cuando presuncion desto no hubiera
(Caso imposible á toda fuerza y arte),
¿Qué forma de castigos y rigores
Purgara de condigno sus errores?

Y cuando en lo pasado corte bueno
Se pudiera hallar, ¿qué corazones
Conservaran las ascuas en el seno
Y dieran pan á tigres y leones?
¿Quién fuera á conquistar el reino ajeno,
Dejando en casa insidias y traiciones?
¿Quién diera, por usar misericordia,
Lugar á la malicia y la discordia?

Mas, visto que los moros declarados
Eran pequeño número á respeto
De los muchos que estaban conjurados
Secretamente para el mismo efeto,
Por tenerlos á todos refrenados
Mientras se inquiriere el medio mas perfeto,
No solo el de Mondéjar los oia,
Mas con humanidad los atraia.

Admitiendo debajo de seguro
Al que á merced las armas entregaba,
Y á todos prometiendo que si el duro
Y rebelde furor se apaciguaba,
Haber de selles abogado puro
En moderar la pena esquiva y brava
De que eran siervos por su grave culpa,
Y alegar con la enmienda en su disculpa.

¡Oh cuántas veces al electo moro
Procuró revocar del atroz hecho!
Y cuántas, visto que ningún decoro
Mover podia el obstinado pecho,
Mandó señalar premio de tesoro
Y de honor, que es mas alto satisfecho,
A quien con alma ilustre piadosa
Cortase la cabeza al cielo odiosa!

Es el premio en las cosas que se espera
Estímulo tan vivo y poderoso,
Que allana y facilita lo que fuera
Labirinto difícil y escabroso,
Y así nunca faltó quien se ofreciera
A dar muerte violenta al alevoso,
Y entre otros muchos, una doble espía
Que el interese á todo preferia.

Este vino al ejército cristiano
Diciendo cómo estaba de presente
Metido en Válór el cruel tirano,
Lugar nativo suyo y de su gente,
Y que sin duda le dará en la mano
Si con secreto parte al continente
Alguna compañía en busca suya
Que le captive ó mate antes que huya.

Gran duda sobre el caso se tuviera,
Si en todas las señales y razones
Aquel morisco no satisficiera
A las mas apuradas objeciones;
Dijo el órden, el tiempo y la manera,
Y las mas convenientes prevenciones;
Tanto, que al punto fué deliberada
La determinacion de la jornada.

Hubo para la empresa opositores:
Cualquiera capitán la pretendia
Con ruegos, diligencias y favores,
Segun á cada cual se le ofrecia;
Salió con ella en fin Alvaro Flores,
Por ser el que la tierra mas sabia,
Por lo cual en aquella coyuntura
De muchos fué envidiada su ventura.

Mas andan bien y mal tan disfrazados,
Que, siendo sus extremos diferentes,
Los unos por los otros son juzgados
En las primeras señas aparentes;
Tales vimos ayer ser envidiados,
Que hoy de mancilla lloraran las gentes,
Y á muchos les sucede lo contrario:
Tal es el proceder del mundo vario.

Por tanto, cada cual, de la prudencia
En sus acciones haga fuerte muro;
Mas ya del sol negaba la presencia
El denso cuerpo del terreno escuro,
La blanca luna, por suplir la ausencia
De su hermano, mostró el semblante puro;
Y las estrellas, por seguir su usanza,
Hicieron la reseña y ordenanza.

Era sazón y tiempo compatible
A la partida y fin que se pretende;
Porque Alvar Flores bien cuanto es posible
Todos los pasos de la sierra entiende;
Con número de gente conveniente
Por fuera de camino el suyo emprende,
Dadas las contraseñas y secreto
Que se requieren para el buen efeto.

A mayor paso del que se marchaba
Iba el incierto número creciendo,
Con gente que en los montes ya esperaba,
Y otra que atrás al rastro iba siguiendo;
Así que, la vanguardia se aumentaba,
También la retroguardia iba creciendo,
Como suelen hacer á un tiempo mismo
Las figuras capaces del guarismo.

El nocturno reposo interpolando
Con sordo estruendo á las silvestres fieras,
La palabra que importa iban pasando
Con bajo tono todas las hileras,
Hasta que por el Gánjes asomando
De la alborada nuevas placenteras,
Saludaron al sol las simples aves,
Cuál con agudos sonos, cuál con graves.

Entonees, hecho un alto, se emboscaron
En la fragosidad de la espesura,
Donde por experiencia averiguaron
Cuán fácilmente es rica la natura;
Los pocos bastimentos que llevaron,
El duro suelo y una fuente pura
Les dieron mas sabrosos alimentos
Que suelen dar la pompa y cumplimientos:

En este solaz último que digo
Se entretuvieron hasta que del día
La soberana luz llevó consigo
Aquel planeta que los años guia.
Tú, cielo, que de todo eres testigo,
Y viste lo que ver no te placia,
Dame favor aquí para que cuente
El mal que sonará de gente en gente.

Sobre la tierra estaba el aire escuro,
Diana roja y mustia se mostraba,
Marte, envuelto en color de fuego puro,
Con aspecto cruel amenazaba;
El buho, anunciador del mal futuro,
Con su endechoso canto se quejaba,
Y canes con aullido lastimero
Presagios daban de siniestro agüero;

Cuando se prosigüó, que no debiera,
Occultamente el áspero camino,
Que fué una circunstancia no ligera,
Antes grave accidente que nos vino.
Marchaba pues la union perecedera;
Mas las almas, presagas del destino,
Por ciencia casi infusa adivinando,
Los cuerpos iban ya como extrañando;

Y el natural calor enflaquecido
Entrada libre dió en los corazones,
Adonde el miedo vil hiciese nido
Con duro aprieto de imaginaciones;
Sentia cada cual en su sentido
Congojas sin saber por qué ocasiones,
Y unas sospechas bravas y crueles,
Cuanto eran verdaderas y fieles.

Tambien se les antoja ver abiertos
Los sepulcros de padres y parientes,
Y oír con viva voz los cuerpos muertos
Formar acentos tristes y dolientes;
Por solitarios bosques y desiertos
Resonar gritos de alteradas gentes:
Tal fué la turbacion, tal fué la plaga
De aquella noche triste y aciaga.

Ya la amorosa estrella en el oriente
Hacia escolta al hijo de Latona,
Que del carnero la vellosa frente
Con rayos de oro á la sazón corona;
Cuando una espia cauta y diligente
Que vió acercar la gente de Belona,
Al ya vecino Valor fué á decirlo,
Con priesa incomparable, al reyecillo.

El cual desamparó la blanca lana,
En alta voz diciendo: «¡Alerta, alerta!»
Al instante acudió su guardia insana,
Que del rumor sintió la causa cierta;
Acuerdan de escalar una ventana,
Desconfiados de tomar la puerta;
Y apenas se acabó de dar el salto,
Cuando á la casa yerma se dió asalto.

CANTO VI.

Huye Abenhumeya. Los soldados de Alvaro Flores saquean el lugar de Valor. Los Moriscos les salen al camino y los matan. El señor don Juan llega á Granada. El marqués de Mondéjar, acusado de sus émulos, va á Madrid, y habiéndole oído su majestad, le da por libre.

Los mares ara, siembra en el arena,
El aire en flaca red cerrar procura,
Entre el agua y el fuego paz ordena,
Atornos busca en la tiniebla oscura,
Y al tiempo, cuyo curso no se enfrena,
La frente quiere ver queda y segura
Quien piensa conservarse mal obrando.
Por mas y mas que siempre esté velando.

Y aun antes daré el mar largo tributo,
Desazonada mies, y la arenosa
Orilla será fértil en dar fruto,
Helado el fuego, el aire densa cosa,
Y de la noche el tenebroso luto
Hará la vista clara y poderosa,
Y el tiempo será tardo y perezoso,
Antes que el malhechor viva en reposo.

Por do quiera que va lleva consigo
Las vivas brasas del remordimiento;
Que la conciencia clama y es testigo
Delante el tribunal del sentimiento;
Y aunque la culpa huya del castigo
Anticipadamente dias sin cuento,
Nunca se aleja del que al fin el suelo
Es centro y punto al círculo del cielo.

Así, de su fortuna blasfemando,
Iba aquel mozo por su mal altivo
El título de rey tiranizando,
Siendo en efeto esclavo fugitivo,
Y receloso de su mismo bando,
Encubre el miedo con semblante esquivo.
Ya pues á mas andar por la montaña
Se mete con temor, congoja y saña.

Los nuestros, que conocen la huida,
Y que seguir el rastro no conviene,
Por ser incierto en tierra no sabida,
Y presumirse que celada viene,
Todos lamentan la ocasion perdida,
La pena su lugar ocupa y tiene,
Cuande del triste reino alguna furia
Con ira los enciende y los injuria.

Poniéndoles delante de los ojos
Cuán vergonzosos volverán sin presa,
Y el vano fruto que de sus enojos
Les viene á resultar en tal empresa,
La grande utilidad de los despojos
Les pondera, y con ella contrapesa
La honra de guardar justo el derecho,
De suerte que pesó mas el provecho.

Es á saber que Valor siempre habia
De paz estado, ó porque rico fuese,
Y amor de las riquezas le hacia
Que el odio capital no descubriese,
Ó por algun designio que tenia;
Pero al fin, como quiera que ello fuese,
Tenia del Marqués salvoconduto,
Y era quebrallo crimen disolutu.

Decian algunos: «¿Qué tardanza es esta
Con que la suerte nuestra diferimos?
Es á dicha este pueblo, es gente aquesta
Para volvernos como nos venimos?
Si la victoria clara y manifiesta
Agora rehusamos y huimos,
Sidejamos perder riquezas tales,
Contino pobláremos hospitales.

»Aquí tenemos ropa, aquí moneda,
Aquí joyas, aquí bellas captivas;
No es tiempo de tener la espada queda,
Ni arengas consultar contemplativas:
Viva quien vence, sálvese quien pueda;
Que con esfuerzo y armas ofensivas
Se adquieren muchas veces posesiones
Mejor que por antiguas prescripciones.

»Y cuando el premio no nos indujera
A semejante hecho, bien bastara
Saber que esta canalla lisonjera
No tiene el corazón por la cara;
De cruces se nos arman por de fuera,
Mas ya nos consta como cosa clara
Que, con desprecio del Pastor de Roma,
Adoran en las almas su Mahoma.»

Tantas causas en fin acumularon
Para satisfacer á su codicia,
Que libremente el arma comenzaron
Contra la proteccion de la justicia.
A Flores los moriscos se quejaron
De aquel agravio y sobra de malicia;
Al cual no le quedó por diligencia
El hacer mientras pudo resistencia.

Mas, visto que el furor y desvarío
Llegaba á mas andar en rompimiento,
Y que cualquier remedio era tardío
En tan acelerado perdimiento,
Hizo como patron de algun navío,
Que, viendo el mar hinchado, bravo el viento,
Roto el timon y entena, olvida el arte,
Y déjase llevar á cada parte.

O como el que con ansia y con fatiga
Se opuso á incendio, y ve la ardiente llama
Alzarse al cielo cuando la mitiga,
Con humo que oscurece y son que brama;
Y puesto que el deseo allí le obliga
A socorrer las cosas que mas ama,
Como no es ya en su mano, estáse quedo
Entre dolor, afán, congoja y miedo.

El clamor alto de los que morían,
Y el crudo orgullo de los que mataban,
Con impetu y rigor crecense oían,
Y unas injurias otras aumentaban;
Huyendo salen ya los que podían,
Que de hacienda ó hijos no curaban;
Mas luego que las armas se acabaron,
Los hurtos á gran furia comenzaron.

Vierades el goloso desatino
Desenfrenar su hambre insaciable
Tras la cendrada plata, el oro fino,
Y la seda, que en parte es estimable,
Sin perdonar á paño, cera ó lino,
O á cualquiera otra alhaja miserable;
Tanto, que aquel se juzga mas honrado
Que sale sin aliento y mas cargado.

Todas las mas moriscas de la villa
Llevan captivas, pero no ligadas,
Como ya se acostumbra de trailla,
O con duras esposas apretadas;
Antes ¡oh engaño indigno de mancilla!
Con armas de sus dueños van cargadas,
Los cuales se las daban porque el peso
Las fuerzas les quitaba, y aun el seso.

Quien el mundo al revés pintar procura
No trace cosas ya descomunales,
No finja peces en la tierra dura,
Ni en el undoso mar los animales;
Dibuje este desórden y locura,
Y hará que se admiren los mortales,
No menos del injusto error vengados,
Que de la novedad maravillosos.

Ya los que desta infame cabalgada
Escaparon, apriesa dan la seña
En la cumbre de un monte levantada
Con encender un gran hace de leña;
Hecha dos y tres veces la humada,
Que era su conocida contraseña,
De toda la comarca concurrieron
Los moriscos al punto que la vieron.

Como se van juntando cada instante,
Les es por indirectas referido
Cuanto ha pasado, y cómo va delante
El enemigo mal apercebido,
Con injurioso grito resonante
La fama dió por todos estallido,
Y vuelan por quitar á los cristianos
Las vidas y la presa de las manos.

Astutamente ciñen ambos lados
De una torcida y escabrosa senda,
Por donde aquellos miseros soldados
Iban á dar mal fin con su hacienda.
Está entre dos altísimos collados
Cierta hondura horrible y estopenda,
La cual parece que formó natura
Para que fuese á tantos sepultura.

Aquí llegaban pues los que del día
No habían de gozar la luz entera,
Cuando el latonio rey pasado había
Noventa grados con su cuarta esfera;
Mas ya la multitud sobrevenía
Cerrando los caminos por do quiera,
Y la esperanza de la triste gente,
Que vió su perdición notoriamente.

El sitio del lugar es tan extraño,
El cansancio y desórden son de suerte,
Que les muestran escrito el desengaño
En la espantosa imágen de la muerte;
El número contrario era tamaño
Seis veces como el suyo, y diez mas fuerte;
Así que, les tocaba, á buena cuenta,
Lidiar á cada uno con sesenta.

¡Pluguiera Dios que lícito me fuera
En silencio pasar esta batalla!
Aunque si nombre tal le compitiera
¿Qué disculpa mejor para contalla?
No fué batalla, no, ni sé, aunque quiera,
Proprio término usar para nombralla;
Mas sé que fué el efeto del suceso
Conforme con la causa del exceso.

Perdida la razón, perdido el tino,
Mudando pareceres y lugares,
Se mezclan en confuso remolino,
Cercados de tormentos y pesares.
Y así, no fué el esfuerzo peregrino
De algunos que hubo allí particulares
Parte para animar sus corazones
Con ejemplo, amenazas ni razones.

Las enemigas armas se movían
Con algazara atroz y desdénosa
Sobre los nuestros, que cercado habían
En aquella sazón fuerte y dañosa;
De mampuesto mataban y herían
El plomo esquivo, y hasta ponzoñosa
La dura piedra y el ligero dardo,
Sin que saliese tiro vano ó tardo.

Antes, por mas de un pecho penetrando,
Es uno fin de dos y de tres vidas,
Y otras veces en una ejecutando
Su fuerza, á un tiempo llegan dos heridas;
Entre su sangre están agonizando
Los cuerpos, que con voces doloridas
De las contritas almas se despiden,
Y á Dios perdon de sus delitos piden.

Esta creciente del sangriento río
Tal, que parece que la gente anega,
Y tal el implacable poderío
En los montones que matando allega,
Que no en la fuerza del ardiente estío
Las rústicas cuadrillas de la siega
Con mas presteza cortan los despojos
A las hazas que vuelven en rastrojos.

Álvaro Flores su valor mostraba,
Aunque su perdimiento conocía,
Y á la enemiga fuerza contrastaba
Con poca gente que el deber hacia;
Mas, viendo que la suya declinaba,
Y que la munición gastado había,
Hizo, volviendo á Dios todo su intento,
Este ordenado y breve testamento:

»Pues eres, dijo en fin, dello servido,
Yo muero en tu clemencia confiado,
En aquella fe misma que he vivido
Por la divina gracia que me has dado;
Y pues que mi destierro es hoy cumplido,
Mi alma te encomiendo, ¡oh Rey sagrado!
Y no permitas que por mí se pierda
Quien se ganó por tí, y de tí se acuerda.

»El cuerpo mando yo á la tierra dura,
Que es de los cuerpos única heredera,
Cual madre universal, que los procura
Volver al vientre y calidad primera.»
Estas palabras dijo, y por ventura
Segun las muestras daba, mas dijera
Si no estuvieran ya los enemigos
Tan cerca, que pudieran ser testigos.

Lo que faltó en la voz cumplió en el hecho,
Y fué que su arcabuz preciado y fino
A golpes destrozó, porque desbecho
Quedase inútil al poder malino;
Luego con presto paso y fuerte pecho
Metió mano al estoque diamantino,
Y hizo en la primera arremetida
Dos moros á sus piés dejar la vida.

Mas ya por las heridas que tenía
Larga vena de sangre derramaba;
La fuerza, aunque el esfuerzo la movía,
A mas andar al ánimo faltaba;
Creciendo iba con esto la osadía
Y tumulto feroz que le aquejaba,
Hasta que el mortal peso batió el suelo,
Y el alma, libre dél, alzó su vuelo.

¡Oh secreto profundo de los hados!
¿De qué sirve al humano entendimiento
Conjeturar los fines desastrosos
Por mal planeta y duro nacimiento;
Pues mil hombres nacidos y engendrados
Con tanta diferencia de talento,
De tiempo, sitio, signo, clima y suerte,
Aquí se conformaron en la muerte?

Solos catorce apenas escaparon,
De aquel conflicto á ser embajadores,
Aunque las malas nuevas caminaron
Mas que ellos, y haciéndose peores;
Las municiones y armas que sacaron
Del campo los injustos vencedores,
Les aumentaron desde el mismo día
La soberbia, el poder y la osadía.

El clamor de las vindas lastimadas
A los huérfanos hace compañía;
Los padres siembran lágrimas dobladas,
A la muerte retando de tardía;
A las escuadras impías rebeldas
Mas gente se llegaba cada día,
Por resistir al áspero cuchillo
Con que los amenaza el gran caudillo.

Abenhumeya, altivo y jactancioso
Por la infelice rota de Alvar Flores,
No era ya bandolero receloso,
Cabeza de rogados valedores,
Sino tirano, rico y poderoso,
Dispuesto á pretender cosas mayores,
Y mas, que via andar en sus reales
Moros de Fez y turcos orientales.

Tenia inteligencia y alianza
Con moriscos del reino de Valencia,
Aunque estos defraudaron su esperanza,
O porque no creyesen su potencia,
O que les pareciese confianza
Tentar segunda vez la competencia
Que en sierra de Espadan les costó cara,
Dándoles desengaños á la clara.

El mas claro planeta ya llegaba
A la rica cerviz del blanco toro,
Y los amenos prados matizaba
De esmeralda, rubí, de plata y oro;
Filomena cantando renovaba
La justa causa de su antiguo lloro,
Y entre los verdes árboles floridos
Formaba dulcemente sus quejidos.

Era venido el día venturoso
Que el Hijo eterno del Criador del cielo
Resucitó en cuanto hombre, y glorioso,
Trofeo rico para el pobre suelo,
Cuando de Carlo el hijo valeroso,
De España otra esperanza, otro consuelo,
Se acercaba á las puertas de Granada,
Casi por oriente asoma la alborada.

¿Qué lengua explicará, aunque Tullia sea,
El aplauso de aquel recibimiento,
Si no es que infundir sabe alguna idea
A medida del gusto y pensamiento?
Mostrábase la gente de pelea,
Usando del vulcánico instrumento,
A imitación de las batallas fieras,
Con tal denuedo que parece veras.

De todo sexo y calidad de gente
La multitud que ocurre es cosa extraña,
En el hábito y forma mas decante
Que se requiere en ocasion tamaña:
Tal iba al Campidolio antiguamente,
Romano capitán por gran hazaña,
Cual en el pueblo entraba agradecido
El que por bien del mundo fué nacido.

La gracia, gallardía, la belleza,
El donaire, con otras perfecciones
En que el alma dotada de grandeza
Hace al vivo de sí demostraciones;
Mueven las lenguas para dar certeza
De la verdad que está en los corazones;
Y así, resuena el aire por do quiera
Con voces que le dan desta manera:

«Vén, vén, restaurador del reino nuestro,
Unico fin de nuestros graves daños,
Y comienza á hacer tu brazo diestro
Al tiempo y á la muerte sus engaños;
De hoy mas no hay que temer hado siniestro;
Que el seguro proceso de tus años
Nos pronostica en tu real figura
Propicia y agradable la ventura.

»Bendito sea el día en que naciste,
Y benditos los pechos que mamaste,
Y bendito el acuerdo que tuviste
Cuando venir aquí determinaste;
Y pues el bien que en tí solo consiste
No hay lengua humana que á decirlo baste,
Tu misma perfección lo muestre y diga,
Y Dios omnipotente te bendiga.»

Sonaban entre aquestas bendiciones
Músicos instrumentos y cantares,
Enalzando con métricas razones
Los hechos de su padre singulares;
Cómo á los otomanos escuadrones
Y al reino altivo de los doce pares
Venció; y en fin, cómo por todo el mundo
Fué Carlos Quinto y Carlos sin segundo.

Un músico fundado y excelente
En un cóncavo león la armonía
De nervios acordados dulcemente
Con prontos dedos resonar hacia;
Y así á los golpes gime y se resiente,
Que alma y razón parece que tenía
El muerto palo, á cuyo son cantaba
Esto no menos bien quien le tocaba:

«Aquel monarca invicto, cuya mano
Poderosa sintió toda la tierra,
Y entronizando el crédito cristiano,
Hizo temblar al mundo en paz y guerra,
Como se viese ya del fin cercano
Que el plazo breve de la vida cierra,
Y no le contrastase otro enemigo,
Acordó de hacer guerra consigo.

»Los triunfos claros vió de sus victorias,
Que la fama cantaba en voz sonora,
Y la materia que á cien mil historias
Propuso con su diestra vencedora;
Sintió el aplauso que sin vanas glorias
En la noble fatiga se atesora;
Halló su voluntad toda cumplida,
Y la invidia á sus pies mansa y rendida.

»Mas, no parando allí su entendimiento,
De nuevo le previene y desafia
Con un cartel de buen conocimiento
A la mas dura y áspera porfía;
Que vencer uno á diez, vencer á ciento,
No procede de tanta valentía
Como vencerse á sí en el campo estrecho
Que cuerpo y alma traban en un pecho.

»Llegado del combate el plazo y punto,
El alma pareció con dos padrinos,
Que en su apostura y celestial trasunto
Mostraron ser dos ángeles divinos;
Con mas de mil el cuerpo entraba á punto
De aquellos obstinados y malinos,
Que por soberbia desde el alto cielo
Cayeron en el reino sin consuelo.

»Entre estos vino un viejo envanecido,
Galan, cerimonioso, lisonjero,
No menos engañoso que perdido,
Ni menos diligente que parlero;
Mas daba á sus criados tal partido
De vanagloria y summa de dinero,
Que pretender decir cuántos serian,
Las estrellas contarse antes podrian.

»Una hermosa dama bien dispuesta,
Entre olores, blanduras y regalo,
Allí vino laciva y deshonestá,
Cercada de un deleite torpe y malo;
Canina hambre siempre la molesta,
Es su vil capitán Sardanapalo,
Epicuro el que trae su infame seña,
Mas número no iguala á su reseña.

»Presente estaba á ver el desafío
Innumerable copia de escuadrones,
Parciales del terrestre desvario,
De injustas y dañadas intenciones;
Al alma heroica armó el franco albedrío,
Al cuerpo sus afectos y pasiones;
Jueces eran el eterno Padre
Y la sagrada Iglesia nuestra madre.

»Hizo señal la inspiración divina
Con la memoria que levanta al cielo,
Y comenzóse el arma diamantina
Con tan horrible y espantoso duelo
Como cuando del templo la ruina
Por mano de Sansón oprimió el suelo,
Quebrando las cervices enemigas
El grave peso de las altas vigas.

»Desta manera el valeroso y fuerte
Se hubo, con quedar mortificado,
Vencido y vencedor, que de otra suerte
Rendir tanto enemigo es excusado;
Vistióse luego insignias de la muerte,
Y humilde renunció las de su estado,
Queriendo mas ser pobre religioso
Que monarca del mundo poderoso.

»Valióse de los firmes desengaños,
Que tarde ó nunca son bien acogidos
En el veloce curso de los años,
Que nos lleva tras sí desvanecidos;
Y desmintiendo nuestros mismos daños,
Por mas que se nos muestren conocidos,
Nos dura la ambicion mas que la vida,
Y el alma no se escapa de perdida.

• »;Oh tú, retrato al vivo, que presente
Nos haces de tal padre la memoria,
Imita sus pisadas diestramente,
Sigue sus hechos, sigue su victoria;
Que ya tiembla de tí la odiosa gente
Que deste reino perturbó la gloria;
Ya vuelven al infierno las arpias
Que han hecho dolorosos estos dias.

»Ya las aves nocturnas desaparecen,
Ya sus endechas, de funesto agüero,
Nuestros entendimientos no enristrecen
Hiriendo el aire con aullido fiero;
Que el águila, á quien temen y aborrecen,
Las ahuyenta al triste Cancerbero;
Ya el águila caudal de Carlo asoma,
Y huyen las arpias de Mahoma.

»Ya la paloma blanca deseada,
Después del gran diluvio y muerte esquivada,
Viene con la dulcísima embajada
De paz, y el ramo trae de verde oliva;
Ya el arca de la iglesia consagrada
Espera tomar tierra donde viva,
Que ya viene la cándida paloma
Y huirán los cuervos de Mahoma.»

Estos versos cantaba el nuevo Orfeo,
Acomodando el son á los acentos,
Y causando de oír mayor deseo
A cuantos le estuvieron mas atentos;
Aunque estos fueron pocos, segun creo,
Porque ojos, lenguas, almas, pensamientos,
Iban siguiendo la real presencia,
Como la sombra suele á su existencia.

Llevado con tal pompa á su posada,
Retiróse á una cámara escondida
A descansar, que es cosa averiguada
Que aun los placeres cansan desta vida;
Y agradeciendo mucho que Granada
Le hiciese tan próspera acogida,
Al punto resurtió su pensamiento
De allí, y voló á negocios de momento.

A Luis Quijada, su maestro anciano,
Mandó llamar, el cual había traído
Gran comision del Rey y larga mano,
Con poder ampliado y extendido
En los negocios de su caro hermano,
Así los del doméstico partido,
Como en toda la suma de la guerra
Y pacificación de aquella tierra.

Premio de la virtud con que ya había
En las armas de Carlos jubilado,
Y del crédito y nombre que tenía
Por obras peregrinas alcanzado;
Y aun César, como aquel que bien sabía
El ser deste varon calificado,
Quiso que á don Juan de Austria administrase,
Y que en su noble escuela le criase.

De donde con decoro resultaba
Un puro amor reciproco entrañable,
Que al buen criado honor y gloria daba,
Y al buen señor delectacion loable;
Si al principe su ayo se mostraba
Con cierta reverencia amigo afable,
El le guardaba generosamente
Un respecto político y decente.

Con el cual le habló desta manera:
«;Oh padre! á quien el mio amado y caro
Tuvo hasta la hora postrimera
Por ejemplar espejo al mundo raro,
Y yo pienso tener hasta que muera
Por clara guia y valeroso amparo,
Estad por cortesía un poco atento,
Que os quiero declarar mi pensamiento.

»La salva y regocijo de escuadrones
Que en mi recibimiento se han mostrado,
Las fiestas, juegos, cantos, invenciones
Con que esta gran ciudad lo ha celebrado,
No han sido para mí demostraciones
Que me dejen contento y sosegado,
Antes unos estímulos agudos
Que dan en mis sentidos golpes crudos

»Una encendida y poderosa llama
Que acrecienta la fuerza del deseo,
Y me incita á ganar eterna fama
En la fe del gran Dios que adoro y creo,
El cual sabe muy bien que no me inflama
Deleite ni ambicion ni devaneo,
Mas una emulacion justa y honrosa,
Que está en mi pecho firme y no reposa.

»No pretendo dar puente al Helesponto,
Como el soberbio sucesor de Ciro,
Ni como el Taborian yo me remonto,
Ni al formidable nombre que él, aspiro;
A diferentes medios estoy pronto;
Diversos fines son á los que miro,
Pues nunca fuerza junta voluntades,
Ni esforzados se precian de crueldades.

»Lo que yo con mi sangre compraría
Sin rehusar jamás peligro honesto,
El último trofeo á que me guia
De mi alma y corazon el presupuesto,
Es que la tierra viva en policía,
Y reducida á término modesto,
Obedezca una ley y una costumbre,
Así como de un sol recibe lumbre.

»Y aunque es difícil este bien que quiero,
En cuanto fuere en mí no desconfío,
Antes en el favor divino espero,
Mientras viviere aqueste cuerpo mio,
De ser en los trabajos el primero,
Y en las escaramuzas no el tardío,
Siendo á rebeldes fuerte y riguroso,
Y á vencidos humano y piadoso.

»En conclusion, yo soy de un rey hechura,
Que mas defiende el crédito cristiano,
Y soldado de aquella esposa pura
Del Verbo Dios y hombre soberano;
Aquello que mi oficio mas procura
Es la concordia del linaje humano,
Y que supersticion, fraude y malicia
Serindan á la fe y á la justicia.

»Y así, pluguiese al Hacedor del cielo
Que esta profana gente rebelada
Apartase de sí el oscuro velo
Que la tiene contusa y engañada,
Como yo de rodillas por el suelo
Al vicario de Roma la sagrada,
Y á mi señor y hermano pediría
El perdon que en tal caso haber podría.

»Y luego, por Italia atravesando,
La Grecia exhortaría de camino
A que del torpe sueño despertando,
Sacudiese de sí el opprobrio indiano;
Después, el mar de Siria navegando,
Iria á aquel lugar sacro y divino
Que tuvo del Maestro soberano
Depositado en sí el despojo humano.

»Allí por entre mil persecuciones,
Aunque viniesen de los elementos,
Haria levantar altos blasones
A gloria de la fe y los sacramentos;
Que nunca en semejantes ocasiones
El cielo faltaría á mis intentos,
Ni faltó á los del santo Godofredo,
A quien sin devocion nombrar no puedo.

»Creedme, ¡oh padre! que si me siguiese,
Como presumo, la valía cristiana,
Que á mas duras empresas me opusiese,
A pesar de la máquina otomana;
No reparando en reinos ni interese,
Que todo es una escoria vil mundana;
Todo se acaba al fin, todo perece;
La virtud sola vive y permanece.»

Nunca nuevas de caro hijo audente
Que primero por muerto fué llorado,
Ni gracia de la vida al delincuente
Al áspero cuchillo condenado.
Ni cátedra á orgulloso pretendiente
Pudo alegrar jamás en mayor grado,
Que al ayo prudentísimo y sencillo
La generosa habla del caudillo.

«Felice, respondió, los venideros
Siglos me llamarán, príncipe mio,
Pues en tutela merecí teneros,
Y ser de vos llamado padre y tío;
Y mas por haber sido verdaderos
Los bienes que vuestra alma y albedrio
Prometieron de sí desde la cuna
En el disfraz humilde de fortuna.

»Prosperare el sumo Dios vuestro talento,
Y ordene allá en sus íntimos decretos
Que de vuestra virtud y entendimiento
Nazcan á gloria suya altos efectos;
Mas, por deciros todo lo que siento
De vuestro pecho ardiente y sus copetos,
Paréceme, Señor, aunque me pesa,
Que no teneis por ardua aquesta empresa;

»Siéndolo tanto, que ella no sería
Entre las vuestras la menor hazaña.
Cuando por vos del Táñais algun día
Bebiesen los ejércitos de España;
De toda Mauritania y de Turquía
La natural y vengadora saña
Compele y precipita gente armada,
Que aumenta la perversa rebelada.

»La cual es mucha, y tal el sitio extraño
Destas montañas ásperas y duras,
Que pueden á su salvo hacer daño,
Tomando de los montes las alturas,
No solo aquellos que habilita el año,
Mas los débiles viejos y criaturas,
Y aun las mujeres mismas infieles
Serán menos cobardes que crueles.

»Guerra será por fuerza extravagante,
Mas no indigna, Señor, de vuestra gloria;
Pues, sobre justa ser, es importante,
Y difícil el fin de la victoria;
La justicia en obrar siempre delante
Se tenga, y la razon en la memoria,
Y acompañe al cuidado y diligencia
El medido compás de la prudencia.»

Este y otros coloquios substanciales
Pasaron sobre el caso aquellos días,
Fuera de los consejos generales
Que se hicieron por diversas vias;
Y para que mas fuesen esenciales
Llegó, causando nuevas alegrías,
El varon mas bienquisto deste suelo,
Conforme en nombre y hechos á su abuelo.

El que con nuevo ejemplo y admirable
De liberalidad caritativa
Dió materia á la fama de que hable
Para que su memoria siempre viva,
Dando sepulcro ilustre y venerable
A Lutreque el francés, á quien la esquila
Atrociad de guerra única y dura
Gran tiempo denegó la sepultura.

Este es aquel de Sesa que, asistiendo
Por general caudillo en Lombardia,
Hazañas hizo que estarán viviendo
Sin que de olvido las empeza el día;
Este es quien, la virtud favoreciendo
Con magnanimidad heroica y pia,
Causaba en los soldados fortaleza
Al vivo resplandor de su grandeza.

PE-II.

Y con ser gente libre y desgarrada,
Y enemigos del trato cortesano,
Donde la cerimonia está arraigada,
Ostentacion y cumplimiento vano,
En ocasion estrecha y apretada
Le suplicaron todos á una mano
Del sueldo se sirviese que á su lado
Con sudores de sangre habian ganado.

¡Oh magnates, que errais por ser temidos!
No os precieis de profanas altivezas;
Mirad que odiosos ser y aborrecidos
No es premio del poder y las riquezas;
Daños experimenta conocidos
Quien busca autoridad con asperezas,
Y adquiere con honor felicidades,
Quien sabe ganar libres voluntades.

Ejemplo se ve claro y manifesto
En Gonzalo Fernandez Cordubense:
Míralo el pueblo con alegre gesto
Desde el menor al generoso austrense;
Que le saluda, y dice que en el resto
De aquella guerra y ocasion dispense,
Como capaz de ingenio y de experiencia,
Rico de amigos, puro de conciencia.

Habidos sus acuerdos provechosos,
Determinó el consejo que Granada
Refrene los contrarios sospechosos
Que dentro della están como en celada,
Y que á los declarados sediciosos
Que fuera traen la tierra alborotada,
El de los Vélez con ardid resista,
Mientras un grueso ejército se alista.

Debe notar el que tener procura
Experiencia de cosas desta vida,
Que la verdad al cabo está segura
Si bien por algun tiempo es oprimida:
Veráse al vivo desto la figura.
Como demostracion clara y valida,
En el caudillo grave Mendocino,
A quien desgracias tuercen el camino.

De puro recto vino á ser odioso
Y malquisto á los hombres en tal grado,
Que fué con testimonio riguroso
Delante de su rey calumniado,
Y ya el vulgo cruel y malicioso,
Viéndole algunos días desdeñado,
Endechas de su muerte le cantaba,
Y sin querelle oír le condenaba.

Mas no mucho después, favorecido
De su inocencia y partes excelentes,
Fué del monarca nuestro promovido
A cargos de gobierno preeminentes.
La fama pues ya alzaba su alarido,
Convocando de nuevo muchas gentes
De la cristiana parte y la enemiga,
Para que el hecho de armas se prosiga.

De las cuales entonces el oficio
Debidamente suspendido estaba,
En cuanto para el hélico ejercicio
El conveniente número llegaba;
Mas ya la utilidad y beneficio
Que del caudillo Austrino resultaba
Se dejaba entender por experiencia,
Como primero se alcanzó por ciencia.

Porque las competencias y porfias
De los demás ministros se acabaron;
Cesaron luego las filaterias,
La ambicion y designios amainaron;
Como con la venida del Mesías
Los ídolos y oráculos callaron,
Y así como los astros desaparecen
Cuando del sol los rayos aparecen.

No formará abusiones el prudente
De oír las competencias que refiero,
Pues es plaga comun entre igual gente
Reventar cada cual por ser primero.
¡Quién trujo al pueblo en armas prepotente
A sujecion y estado lastimero,
Sino aquel poderoso triunvirato,
Ruina de la gloria del Senado?

3

¡Faltó pleito sobre esto por ventura
En aquel apostólico rebaño
Hasta que el Redentor con gracia pura
Les mandó desistir del nuevo engaño?
Por tanto, aquella empresa es mas segura
Que el Rey hace, si evita aqueste daño
Con ir él mismo, ó cuando ser no pueda,
Envíe personaje que preceda.

Y que, hecha eleccion de tal sugeto,
La dignidad y cargo le amplifique,
Para que con la fuerza deste objeto
La invidia en los demás se mortifique;
Así que, fué consejo sano y reto,
Y es bien que por el mundo se publique,
Venir de Carlos el retrato vivo
A curar este daño, y mil que escribo.

Porque la guerra en casa y la milicia
De gente nunca usada á tal doctrina
Habian hecho premio la avaricia,
Los hurtos y desórden disciplina,
La inclemencia decian ser justicia,
Astucia el retirarse mas ahina,
La guerra imaginaban como trato,
Juzgando por vencer comprar barato.

Y así, se habian deshecho compañías,
Quedando casi solas las banderas,
Aunque ministros por diversas vias
Llegasen los castigos á las veras;
Mas ya, gloria y honor de nuestros dias,
Te vuelven á buscar do los esperas;
Que el amor y respeto los inflama
A seguir tu ventura, que los llama.

¡Qué no puede un ejemplo verdadero
En la dócil mejor naturaleza?
Pues aun aquellos mismos que primero
Rehusaban de Marte la aspereza,
Se vuelven á vestir de fuerte acero
Olvidando el regalo y la ternera;
Sin muchos que de nuevo se inclinaron
A las armas, que nunca profesaron.

Acudió de la Bética famosa,
Tambien de la extremada Extremadura.
Gente que en guerra es fuerte y animosa,
Y en el trabajo vigilante y dura;
Toledo insigne y Burgos generosa,
Cuya alta competencia siempre dura,
Parece que aun en esto la tuvieron,
Segun de bien aqui comparecieron.

Vinieron juntamente leoneses,
Catalanes tambien y valencianos,
Con los de Murcia y los aragoneses,
Los navarros, gallegos y asturianos;
Vinieron los robustos montañeses,
Vizcaínos, alaveses, guipuzcuanos,
Siguiéron invencibles y leales
Las pisadas antiguas naturales.

Desde allí donde al fin Fuenterrabia
Divide el franco reino del hispano,
Hasta do el Bétis su corriente fria
En las hondas sepulta de Océano,
Ciudad, villa ni aldea ni alcaría
Dejó de socorrer tarde ó temprano,
Pues aun tú, sayagués simple, olvidado
Tomas la espada y sueltas el arado.

Córboba en su leal ayuntamiento
Criar mas capitanes determina,
Que vayan á allanar el alzamiento
Con la planta real y prole austrina;
No callarán mis versos tu talento,
Ni tu virtud heroica y peregrina,
Magnánimo Luis Páez de Castillejo,
Pues que de caballeros fuiste espejo.

Antiguo regidor era aprobado,
Del bien de la república celoso,
Rico, grave, prudente, acreditado,
Puntual, verdadero y muy lustroso;
Pues, como capitan fuese nombrado
De aquel senado ilustre y generoso,
El cargo rehusó, y desta manera
Soltó la voz, conforme á quien él era:

«Yo, mis hijos, mis deudos y criados
Las armas tomaremos sin fatiga,
Y á servir nuestro rey como soldados
Irémos por la fe que nos obliga.
Sin ser desta ciudad remunerados
Ni que yo lleve oficio en esta liga:
Para aquesto nacemos caballeros;
Para aquesto es la sangre y los dineros.»

Oidas las palabras generosas,
Replica la ciudad que el cargo acete;
El con razones altas y honorosas
De servir bien en él jura y promete;
Mas aunque el interés en todas cosas,
Aunque graves, se mezcla y entremete,
Renunció y partió mano del salario
Que se da á capitanes ordinario.

Del progreso que tuvo aquí no digo,
Mas de que su persona fué estimada
Del inclito don Juan, y que consigo
Le trujo en la defensa de Granada;
Si alguno me imputare que no sigo
En estas alabanzas mi jornada,
Contra la fama singular se atreve
Que al valor extremado se le debe.

Y pues que la virtud comunicable
Conviene que en los siglos venideros
Suene de gente en gente y sea notable
A los amigos della verdaderos,
¡Quién callará tu nombre memorable,
Don Francisco Zapata y de Cisneros,
Tu ingenio, tu prudencia y tu gobierno,
Oh nuevo Ulises, oh Catón moderno?

Por bien de nuestra patria venturosa
Era gobernador entonces della
Este, que con industria milagrosa,
Al Rey sirviendo, se acredita en ella;
Mientras Febo su luz muestra hermosa
Ni mientras resplandece cada estrella,
Deja de estar atento á la milicia,
El ceptro administrando de justicia.

Es fama, es la verdad, es evidencia,
Que á la cruel morisca exorbitancia
Fué el que primero hizo resistencia,
Socorros enviando de importancia;
De suerte que venció con la prudencia
La turbacion, el tiempo y la distancia,
Pues fué el que por la mano dió á Granada
Favor en su afliccion con mano armada.

Nunca el pastor de la celosa Juno
Con sus cien ojos tuvo tal cuidado,
Ni Roma gloriar de hijo alguno
Se puede al bien comun mas inclinado;
Por tanto, el que ministro fué oportuno,
Al reino granadino rebelado
Abrió de preferirse larga senda
En oficios, estado y en hacienda.

Los edificios que fundó excelentes
En Córdoba le alaban cada dia,
Y alabaránle nuestros descendientes
Movidos de razon y cortesía;
Las cristalinas y hermosas fuentes
En su rúido dulce y armonía
Celebrarán su nombre, y como efeto
A su causa tendrán digno respeto.

Y tú, Sevilla, á quien el Océano
Tan rica hace ser y conocida,
Canta en estilo heroico y soberano
Deste varon la fama esclarecida,
Pues el sitio que en tí, por ser mal sano,
Era vivienda triste aborrecida,
Le cultivó y labró con tal aviso,
Que parece un terrestre paraíso;

Dando ejemplo á cualquiera á quien fortuna
Su faz le muestre favorable y leda,
Para que la ocasion goce oportuna,
Y haga mientras vive el bien que pueda.
Si el distrito que fué Estigia laguna,
Agora es prado diseo y alameda,
¡Por qué el avaro, de razon ajeno,
Nunca acierta á salir del torpe cieno?

CANTO VII.

Usando pues así, en las ocasiones
Del tiempo, del ingenio y del cuidado,
La fama divulgó en claros pregones
La virtud de aquel pecho señalado:
Ya el uno se le da de los bastones
Que en la casa real son cuatro un grado,
Y á título de conde de su villa,
Que llaman de Barajas en Castilla;

Ya atendiendo á sus partes y prudencia,
Usar le mandan el mayor oficio,
Para que goce de la precedencia
De los que fué colega en su ejercicio,
Con la importante y alta presidencia
Que es de limpias noblezas solo el quicio,
Estrecha puerta y religiosa llave,
Digna grandeza de varón tan grave.

Mas todo lo ya dicho no es un cero
Con lo que se dirá puesto en balanza,
Pues apenas se ha visto caballero
De quien hiciese rey tal confianza;
Porque regir el orbe todo entero
¿Qué tiene que hacer con la privanza
Destar debajo del cesáreo techo,
Custodia fidelísima del hecho?

Y haber desde el confin del lusitano
Nuestro monarca, gloria de la gente,
El mayor lauro da dote en la mano
Y el supremo lugar de confidente;
Dios al santo varón fiel y anciano
De la Virgen y el Hijo omnipotente
En guarda puso, y á ti el rey del suelo
De sus hijos, su bien y su consuelo.

Salen de madre los crecidos rios,
Y lleva su corriente caudalosa
Tras sí ganados y árboles sombríos,
Vuelto el cristal en agua cenagosa;
Solo el Nilo creciendo, oficios pios
Hace en la egipcia tierra calurosa,
Pues que todas las veces que la inunda
La hace ser mas fértil y fecunda.

Tales soberbios suelen y hinchados
Ser los mas favoritos poderosos,
A sus provechos solos inclinados,
Y á todo lo demás infrutuosos;
Mas deste gran varón los extremados
Eftos tales son de milagrosos,
Que muestran su poder por otro estilo,
A imitación del abundoso Nilo.

Al fin á su piedad y alma sencilla
La majestad católica propicia,
Le hizo presidente de Castilla
Y oráculo supremo en la justicia;
Desde donde gobierna la alta silla
De suerte, que la envidia y la malicia
No hallan qué oponelle, y espantadas,
Están junto á sus piés arrodilladas.

Alégrate, Madrid, y vive ufano,
Pues produjiste á España este tesoro,
Y tú, Córdoba, el premio soberano
Puedes solemnizar con buen decoro,
Que si fué mina el pueblo cortesano,
Tú crisol verdadero de su oro,
Piedra de toque donde el regio Acates
Dejó clara impresión de sus quilates.

Así que, si nació en su propia tierra,
En la nuestra le vimos renacido;
No haga pues el tiempo jamás guerra
Buen donde, á tus loores con olvido;
Que quien por obras gloria tal encierra
Como de buena guerra has adquirido,
Merece que su fama eternamente
Engendre admiración de gente en gente.

Visto que las cosas de la rebelion ofrecian cada dia nuevas dificultades, determina su majestad que el Comendador mayor se venga de Roma y traiga consigo el tercio de Nápoles. Abenhumeya hace un parlamento á los suyos. El señor don Juan entra en consejo de guerra y hace un sustancial razonamiento.

Ninguno en lo presente ó venidero
Pretenda con sobrado atrevimiento
Decir que guerra canto y exagero
Que en substancia no fué de gran momento;
Porque si el macedon terrible y fiero,
Después del oriental allanamiento,
De la empresa que trato se encargara,
Difícil y dudosa la hallara.

Y tú, famoso capitan romano,
Mas poderoso que tu madre Roma,
Que dejaste de tí al linaje humano
Ilustre envidia que lo esfuerza y doma;
Si aquí llegaras con armada mano,
Vieras que el descendiente de Mahoma
Te daba en qué entender mas que la Galia,
Y mas que la contienda de Tesalia.

Y tú, Fernán Cortés, cuya hazaña
Será en la tierra ejemplo sin segundo,
Precio y honor del crédito de España,
A quien rindió tu brazo un nuevo mundo;
Si con aquel ardid, esfuerzo y maña
Que al paganismo yerto, furibundo,
Pusiste yugo, en esta guerra entraras,
Ardua en las experiencias la juzgaras.

Vieras unas batallas no aplazadas
Con enemigos torpes, cautelosos,
Tus gentes divididas y sembradas
Entre amigos perversos, alevosos;
Vieras desde las cumbres elevadas
De los montes desiertos, peñascosos,
Armas llover, y los que así herian,
Desaparecer al punto que querian.

Vieras la confusion tan en su punto,
Que, á un tiempo las mentiras y verdades
Mezcladas, te mostrarán un trasunto
Compuesto de contrarias calidades;
Y el medio requerirse tan á punto,
Como en agudas suele enfermedades;
Y así, entre los escándalos terribles
Volar las ocasiones invisibles.

Que en otras guerras, donde abiertamente
Es el honor el premio de ambas partes,
Aunque es á todos lícito y decente
A sus tiempos usar mañosas artes,
Vase atinando, en fin, principalmente
A mostrarse los hombres nuevos Martes,
El número se entiende, el dónde y cuándo
Los campos hacen alto ó van marchando.

Mas aquí van las cosas de otra suerte,
Que gente hereje á Dios, al Rey traidora,
Ni fama busca, ni á fineza advierte,
Ni sus delitos graves sobredora;
Acometen, á imagen de la muerte,
Sin entenderse el día ni la hora,
Para causarnos daño entre sí unidos,
Y para recibillo divididos.

El socorro ordinario, el mar vecino,
Espías y asechanzas por momentos;
¡Oh buen don Juan, tu ingenio peregrino
En qué golfo se ve de pensamientos!
Tu sacundo decir, alto y divino,
Cuán bien se muestra en los razonamientos
Cuando tus ojos claros y hermosos
Lanzan del corazón rayos fogosos.

Tú remediabas con gentil crianza
De cada cual las quejas y fastidios,
Y moderabas con fiel balanza
Los excesivos gastos y subsidios;
En el alma sintiendo la ordenanza
De las varias escoltas y presidios,
Porque quisieras tú en un solo día
Por armas decidir esta porfia.

Pero tu ardiente pecho acomodando
Al órden que del Rey te viene expreso,
Los importantes medios vas guiando
Al deseado fin del buen suceso;
El de los Vélez, de su cargo usando,
También de los contrarios el exceso
Por otra parte con industria enfrena,
Siguiendo aquello que por tí se ordena.

Como desde el escándalo primero,
Esta guerra los trances anteviese
El rey nuestro, católico y severo,
Y las dificultades entendiése,
Había despachado mensajero
A Italia, que saber luego hiciese
Que venir á Granada convendría
Un tercio viejo de la infantería.

Y que de Roma al punto vuelva rienda,
Aunque ocupado está en cosas solenes,
Ese que es el mayor de la Encomienda,
Llamado don Lúis de Requesenes,
Para que al mismo allanamiento atienda,
Como varón dotado de mil bienes,
De lealtad y honra claro espejo,
Fuerte en las armas, sabio en el consejo.

El tirano entre tanto administraba
Con alta presunción torpe milicia,
Y su nueva república fundaba
En fueros violentos de malicia;
Mas cautelosamente así guardaba
En sus delictos sombra de justicia,
Que era de sus ejércitos querido
En aquel mismo grado que temido.

Los cuales convocó generalmente
Para plazo y lugar constituido;
El bando se esparció, y al continente
Se vió al pié de la letra obedecido;
En un valle capaz y conveniente,
De montes apacibles guarnecido,
Ordenó que esta junta se hiciese,
Porque el efeto della se cumpliese.

Era el sitio conforme á su deseo,
A forma circular tan semejante,
Que parecía un alto boliseo,
Obra soberbia de ciudad triunfante;
Unido pues allí el linaje reo
Con tumulto confuso y arrogante,
En medio se mostró el feroz caudillo;
Y así, callaron todos para oílo.

Alzóse en pié, y con voz grave y sonora
Se hizo oír, hablando desta guisa:
« Oh brava nacion mía, y defensora
De mi antigua y legítima divisa,
Por quien España vuelve desde agora
En triste llanto la pasada risa,
Y siendo á todo el orbe espada cruda,
Los golpes de las vuestras teme y duda!

« Despertad, como hijos de leones,
Al son de los bramidos maternales,
Y no desconozcaís las ocasiones
Que ofrecen medicina á vuestros males;
Rey soy, y rey me llaman mil naciones,
Merced de vuestros ánimos leales,
Que opuestos contra tiempo y su aspereza,
Me restituyen mi real grandeza.

« La cual he yo aceptado por libraros
De aquella vergonzosa servidumbre,
En que no fué posible conservaros
El hábito que causa la costumbre;
Que no es mi pretension avasallaros
Con gravedad fundada en pesadumbre,
Ni por cosa que importe á mi provecho
Defraudar al menor de su derecho.

« Solo aderando el hado que me llama
A la cumbre mas alta de ventura,
Quiero haber por vosotros gloria y fama,
Y que tengais por mi vida segura;
Seguid pues vuestro rey, que mucho os ama,
Y no penseis que un tiempo siempre dura;
Es la bonanza fin de la tempesta,
Y el de la guerra paz, descanso y fiesta.

« Ninguno pues su esfuerso desanime
Porque don Juan conmigo á lidiar viene;
Antes se alegre dello, antes lo estime
Cualquiera, pues que tanto me conviene;
El gran Selim, emperador sublime,
Los ojos puestos en nosotros tiene,
Y si á darnos ayuda no ha venido,
Es porque el poder nuestro no ha creído.

« Mas agora, sabiendo la venida
Del mozo austriaco, entenderá en la nueva
Que tengo á España en confusión metida,
Y mi valor verá sin otra prueba;
Verá mi razon clara y conocida
Y los principios prósperos que lleva,
Y querrá ser partícipe conmigo
En la demanda ilustre que prosigo.

« Pues de la tierra misma comarcana
No hay para qué, pues lo sabeis, yo diga,
Ni que las gentes de la Vega llana
Y Málaga conmigo quieren liga.
En la sierra de Ronda ¡quién no afana
Por darse en sacrificio á mi fatiga?
¡Qué morisco hay en Ronda ni en Valencia
Que no desee rendirme la obediencia!

« Y el Albayzín, que en levantarse tarda,
No penseis que por eso está durmiendo;
Velando vive, y ocasion aguarda
Para cumplir mejor cuanto pretendo;
Mas ¿de qué sirve, multitud gallarda,
Tardar sobre este caso discurriendo?
Pues, cuando otra esperanza no tuviera,
La vuestra victoriosa me hiciera.

« En especial habiéndolos reducido
A Dall, general que loar no quiero,
Pues que su valor raro y conocido
Le loo en todo el Artico hemisferio;
El órden bien nos consta que ha traído
Del rey de Argel, mi amigo verdadero;
Y así, es mi voluntad que se obedezca
En cualquiera ocurrencia que se ofrezca.

« Y vosotros, soldados extranjeros,
Que, tanto mar y tierra atravesando,
Mi nombre engrandecéis y altos agüeros,
Los vuestros para siempre eternizando,
Si digno galardón puedo ofreceros
A tanto beneficio, yo os le mando,
Y de que en mí tendréis perfecto amigo,
El tiempo solo os doy para testigo.

« Ventureros seréis, y venturosos
Os haga Alá, que yo os iré subiendo
De día en día á cargos muy honrosos,
A vuestras partes atencion teniendo;
Vosotros, capitanes valerosos,
Oid en suma aquello que pretendo
De Almojajar, y en público se lea,
Porque á todos tambien notorio sea.»

Entonces el astuto secretario
Una instruccion sacó del seno escrita,
Formados los renglones al contrario
Segun la usanza arábiga exquisita;
Leyóla en alta voz en su ordinario
Lenguaje, á tono de hombre que recita;
Mas, cuanto allí explicó en algarabía,
Sacado en castellano, así decia:

« Abenhumeya, rey esclarecido,
Del gran Profeta nieto y heredero;
Mando á mis capitanes que, sabido
Este decreto nuestro por entero,
Sea sin faltar punto obedecido,
Conforme como en él lo mando y quiero;
Que así es á mi corona conveniente;
El tenor de lo cual es lo siguiente:

« Por cuanto en esta guerra se porfia,
No por una mujer libidinosa,
Causa que á la greciana señoría
Hizo armar contra Frigia la famosa,
Ni por acrecentar la monarquía,
Como hacia Roma la ambiciosa,
Vertiendo sangre de sus claros hombres,
Solo por adquirirse vanos nombres;

»Ni por otras invidias ni rancores
Que suelen engendrar causas livianas,
Y alimentar de minimos rumores
Sañas terribles, iras inhumanas;
Antes por ocasiones las mayores
Que pueden ofrecer leyes humanas,
Con las divinas y las naturales,
Y por mas altos premios y esenciales,

»El reino que me toca pretendemos,
Con religion contraria batallamos,
A libertad pacifica atendemos,
Honor, riqueza y fama procuramos;
Convienne pues que todos los extremos
De la tierra incitemos y movamos
Con nuestro ejemplo, y cada cual entienda
Que va del mal al bien abriendo senda.

»Y aunque esto por sí toca á cada uno,
Obliga en especial los capitanes
A no perder jamás trance oportuno
En el rigor de Marte y sus afanes;
Sueño es pensar que bado hay importuno,
Ni que fortuna adversa sea desmanes:
El bado y la fortuna de la guerra
En la fuerza y ardid solo se encierra.

»Así que, pues las fuerzas se han doblado
De las gentes que siguen mi estandarte,
Quiero que con la industria y el cuidado
Crezca el poder, y con el uso el arte;
Para lo cual está determinado
Que deste gran ejército una parte
Se divida, y que siga desde hoy día
A cada capitan su compañía.

»Quedando pues mi campo guarnecido,
Con todos los demás que no reñero,
Nombraré desde aquí los que elegido
Tengo para el intento que profiero:
Abencerraje, el bravo y atrevido,
Y el valiente y sagaz Puertocarrero;
Del mar discurre aquel la playa fria,
Este defiende el río de Almería.

»Nacoz, mi capitan, que al africano
Anibal en el fecho de armas llega,
Corra todo el contorno y fértil llano
Del pueblo iberio y la espaciosa vega,
Y de Orgiva el presidio haga vano,
Tomando las escoltas por refriega;
Provechosas y fáciles empresas,
Y para los soldados ricas presas.

»Vaya el Barajali por donde bato
De Alcázar el torcido y fresco río;
El de Almuñecar corra el Arrendate;
Las Albuñuelas á Pocon le fio;
El Habaquí hará cruel combate
En el Cenete hasta que sea mio;
Jiron gane en Jayena clara fama,
Y el buen Jorge el Pelele en la de Alhama.

»Solicitos, astutos, atentados
Habeis de andar, y armados de cautela,
Dejando hombres á trechos señalados,
Que hagan de ordinario centinela
En sitios tan sublimes y elevados,
Que el veloz curso con que el tiempo vuela
No pueda adelantarse á la presteza
De vuestros contrasenos y destreza.

»Y, en fin, porque de todo es imposible
Daros expreso aviso de presente,
Pues el mas verdadero y conveniente
Está de los sucesos dependiente,
Solo os encargo mas cuanto es posible,
Y á todos como sois generalmente,
Os pido que atendais á mi servicio,
Pues es vuestra salud y beneficio.

»La cual, si por discordia ó desvario
Dejais de obedecerme, va perdida,
Pues no hay sin mí en la tierra poderio.
Que no os tiranizase honor y vida;
Y aqueste venerable cuerpo mio,
Con ignominia vuestra aborrecida,
Será condenado á mil afrentas,
A mil muertes esquivas y sangrientas.

»Por tanto, sin flaqueza ni mudanza,
Os conserrad á suerte mas dichosa,
Y cumpliendo el deber con mi esperanza,
Haced vuestra razon tan poderosa,
Que don Juan de Austria entienda en la pujanza
De vuestros brazos fuertes, que no es cosa
Segura competir con mi grandeza,
Fundada en vuestro bien y fortaleza.»

Oida la instruccion y parlamento,
Comenzó el vulgo, que suspenso estaba,
A murmurar, cual suelen con el viento
Las ondas que alza el mar con fuerza brava;
Y bien de aplauso fué claro argumento
Aquel alto clamor que se escuchaba;
Pero notemos otro que se entona
En el soberbio golfo de Narbona.

Llegó del Rey el órden duplicado
Al gran Comendador, que en Roma estaba,
Poniéndole delante aquel recado
Y priesa que á partirse le obligaba
Con el florido tercio que alojado
En el reino de Nápoles estaba,
Por ser de gente ejercitada y fina
En la armigera escuela y disciplina.

Y que haga sacar de Lombardia
Lucidos coseletes y morriones,
Arcabuces y gruesa artillería,
Maestros de tiralla y municiones,
Para que se arme bien la infantería,
Formando al menester sus escuadrones,
Y no pueda el contrario estar seguro
En fuerte roca ni fosado muro.

»Oh, cómo al español gallardo y fiero
Desplugo aquella nueva escandalosa!
Cómo se avergonzó de que el iberio
Reino tuviese guerra tan odiosa!
Y cómo de la Iglesia aquel sincero
Pastor lloró con alma piadosa!
Digo el vicario justo, Quinto Pío,
Siervo de quien le dió libre albedrío.

En devota oracion noches y días
Lamentó por España, su querida,
Como hizo otro tiempo Jeremías
Sobre Jerusalem entrastecida,
Administrando por honestas vias
Consuelo al Rey y aliento á la partida
De la española gente que de Italia
Había de pasar á la Vandalia.

No sin gran sentimiento y maravilla
De Nápoles gentil partia orgulloso
El tercio de don Pedro de Padilla,
Tenido por guerrero valeroso;
Del buen adelantado de Castilla
Traia origen claro y generoso,
Y aun se decia que de buen soldado
Tambien era don Pedro adelantado.

Salen con él valientes capitanes
Y gente diestra bien diciplinada,
Alféreces bizarros y galanes,
Aptos á toda empresa señalada;
Desde ventanas, puertas y desvanes
Los mira la ciudad maravillada;
Ellos, al son de caja procediendo,
Se van á la marina recogiendo.

Puestos ya todos sobre las galeras,
Lucidos con sus armas relumbraban,
Y al aire tremolando las banderas,
Las ondas parecian que imitaban;
Las cajas roncadas, aunque placenteras,
Con belicoso estruendo retumbaban;
Mas luego, al punto que el partir se aprueba,
Tocó la capitana: «Leva, leva.»

Dejada atrás la gran Partenopea,
Pasan sulcando el fértil seno Ausonio,
Del valle antiguo donde la Cuma
Daba de lo futuro testimonio;
Y ven de paso la region circea,
Costeando continuo por Favonio,
Hasta llegar á la ciudad que el ama
Del troyano dejó renombre y fama.

Las proas todavía al occidente,
La playa atravesando nuestra armada,
Llegó donde, entregándose al tridente,
El Tibre pone fin á su jornada;
Allí el Comendador, mas diligente,
Llegó, que en hora bien afortunada,
Y embarcado con salva y homenaje,
Se zarpó el ferro y prosiguió el viaje.

A vela y remo hienden noche y día
El mar de la Toscana con presteza;
Ya el Argentario atrás quedado había,
Plombin, Liorna y Elba fortaleza;
El golfo de la Especia parecía,
Y el puerto insigne, así por su grandeza
Como por segurísimo, á la diestra
Se deja, y la alta Génova se muestra.

Dióse allí fondo, y fueron embarcadas
Las milanesas armas que por tierra
Habían antes sido acarreadas
Para el efecto de la servil guerra;
Don Luís, prosiguiendo sus jornadas,
La vuelta ha de ir de España tierra á tierra;
Mas el de Santa Cruz por altos mares
Ha de correr las islas Baleares.

Y vaya por do fuere su camino;
Que ya mi verso es justo que lo siga,
Celebrando su hado peregrino,
Su heroico esfuerzo y su fortuna amiga;
Lepanto le dará, y aun Navarino,
Naval corona por feliz fatiga,
Sobre infinitas otras que su frente
Con digno aplauso ciñen dignamente.

Tranquilo pues estaba el mar profundo
Cuando en modo cortés se despidieron
Los dos caudillos á buscar del mundo
Las partes que por suerte les cupieron;
Sanos discursos con hablar facundo
En los coloquios últimos hicieron,
Útiles todos al real servicio
Y al público decoro y beneficio.

El Marqués, con su escuadra de galeras,
Comienza á navegar por mediodía;
Don Luís por las fértiles riberas
Que están entre el Tirreno y Lombardia;
Pasando luego á Niza y á Islasderas,
Continúa su derecha vía,
Y de Tolon de Francia, á vista della,
Fué á parar en las pomas de Marsella.

El de Bazan en tanto el mar sulcaba
La vuelta de Cerdeña la abundosa
A toda furia, porque amenazaba
El tiempo con tormenta procelosa;
Y así, el de la Encomienda surto estaba
Aunque cualquier tardanza le era odiosa;
Mas muy en breve borrascosos vientos
Serán causa de extraños movimientos.

No había falta dellos en España,
Ni estaban invernando sus galeras;
Antes corren la costa que el mar baña,
Mas que nunca alistadas y ligeras,
Usando aquel ardid, industria y maña
Que suele requerirse en muchas veras,
Para estorbar á nuestros adversarios
El refresco y socorros ordinarios,

Y vituallar también algunas plazas
Que están de aquel distrito á la marina,
Echar en tierra gente, y dar las trazas
Que la ocasión por buenas determina;
Por horas se ofrecía darse cazas,
Mas era la frecuencia tan continua
De los bajeles, que aunque se tomaba
Gran parte dellos, mucha se salvaba.

La novedad, la guerra, la codicia,
La invidia natural y odio nativo,
Y otros designios llenos de malicia
Mueven el reino de la Libia equivo;
De suerte que da el padre por primicia,
Para la ejecución deste motivo,
Al hijo, y queda lleno de consuelo,
Como si caminar le viese al cielo.

Tú, don Sancho de Leyva, aquí asistías
Por general, aunque con tu experiencia,
Valor y entendimiento bien podías
Tener de todo el mar la preeminencia;
Las canas blancas, que los largos días
Dan por honroso lustre á tu presencia,
Con el color primero que tuvieron,
Profesando la guerra te nacieron.

Mas ya que el ciego arbitrio de fortuna
No te ensalzó con bienes temporales,
Por ser tú á quien debajo de la luna
Nadie excedió en los bienes naturales,
No borrará á lo menos la importuna
Tus obras y blasones inmortales;
Jamás de tu renombre esclarecido
La fama oscurecer podrá el olvido.

Ni será la menor de tus hazañas
Esta en que al Rey sirviendo te ejercitas,
Pues con sangre y sudor de tus entrañas
El reparo de España solicitas.
Si entre proezas tantas y tamañas
Como del gran Pompeyo están escriptas,
Se pondera y alaba en sumo grado
El haber los cosarios disipado,

Sin duda tú eres digno de alabanza
Igual por semejante beneficio;
Mas ¡oh ramo de Leyvas y esperanza
Por quien del hado el disponer propicio
Tercera vez se afirma, y sin mudanza
Al orbe quiere dar notable indicio
Que desta insigne casa habrá contino
Varones de talento peregrino!

¿Quién del señor Antonio no ha sentido
Los títulos famosos de guerrero,
Tío paterno deste tan valido,
Y en todo generoso caballero?
El cual es á saber que ha producido
Un Alonso por hijo y heredero;
Que desde tierna edad da testimonio
Del inculto don Sancho y claro Antonio.

Sobre el tercero lustro de su vida
Había el delio rayo calentado
Solos tres veces la cerviz lucida
Del toro incorruptible plateado;
Con esta juventud verde y florida
Andaba del anciano padre al lado,
Haciendo injurias á la horrible muerte
Con alto corazon y brazo fuerte.

La viva luz del claro entendimiento,
La liberalidad, la cortesía,
La buena inclinacion, y otras sin cuento
Amables propiedades que tenía,
Hacían en los pechos tal asiento
De todos los soldados que allí había,
Que cada cual le sirve, alaba y quiere,
Y á dar por él la vida se profiere.

Negocio de importancia incomparable
Es á quien rige y acaudilla gente
El ser de condición blanda y amable,
Sin perder el decoro que es decente;
Y suerte desastrada y miserable
Sujeta á todo gran inconveniente,
Vispera del mayor, que es ser vencido
Por el contrario, es ser aborrecido.

Y así, de lo bienquisto que allí estaba
Y de su esfuerzo y ánimo brioso
Al jóven don Alonso redundaba
Principio en sus disignios milagroso;
Con armado escuadron desembarcaba
A combatir, y siempre victorioso
A su padre carísimo volvía,
Ufano con despojos que traía.

Mal se puede esconder la clara llama;
No puede la virtud estar secreta:
Ya al Rey en alta voz hace la fama
Del raro mozo relacion perfecta;
Ya el gran Monarca sus quilates ama,
Y su especial persona le es aceta;
Ya por el caso con la edad dispensa,
Y en cargos nobles preferille piensa.

Largo cuento parece que sería
Decir cómo le dió la precedencia
Sobre veinte galeras, donde había
Varones dignos de alta proeminencia,
Ni como al tiempo que la guerra ardía
Dentro de Flándes con mayor violencia,
Pasó, rompiendo por cien mil afanes,
Por capitán de ilustres capitanes.

Junta la compañía mas famosa
Que á bandera jamás se vió alistada,
Atravesó con maña generosa
Los Alpes frios en sazón helada,
Pagando de su mano valerosa
El gasto y provision de la jornada,
Como quien por un punto de honra diera
El mundo todo si él lo peseyera.

Mas el Abenhumeya, conñado
De día en día mas en sus intentos,
Vino con su real, determinado
A Orgiva prostrar por los cimientes,
Aunque don Juan en ella estaba armado,
El de Mendoza, cuyos pensamientos,
Talle y disposicion de gentilhombre
Le dieron de galán firme renombre.

Este la gente allí disciplinaba
En la milicia, no sin gran destreza,
Y aquel presidio mas fortificaba,
Que parecia posible á su flaqueza;
En lo cual el tirano se fundaba,
Especialmente que tenia certeza
De que faltaban dentro provisiones,
Sobrando enfermedades y aflicciones.

Sabido su disignio y el urgente
Peligro á que la villa estar debria,
Su alteza proveyó que prestamente
Del Padul se partiese el mismo día
Una escolta abastada y suficiente,
Asegurada con la compañía
Que rige Diego Chaves de Orellana,
Capitán de la gente trujillana.

Hallóle la instruccion tan mal dispuesta,
Que no pudo emprender aquel camino;
Y así, partió su alférez con el resto,
Conforme lo ordenaba su destino;
Nacoz, que tuvo al punto aviso desto,
Con setecientos hombres sobrevino,
Y puesto en asechanza y emboscada,
Quiso asaltar la gente descuidada.

La suya pues con diligencia apresta,
El sitio reconoce, el tiempo mide;
Parte pone de Tálora en la cuesta,
Junto á un arroyo que el lugar divide,
Parte en las casas dél deja traspuesta
Con el secreto que el negocio pide,
Los nuestros marchan sin cuidado alguno;
Solo el cansancio hallan importuno.

Habían pasado ya de los primeros
Que en la emlinencia estaban emboscados,
Cuando por el lugar los delanteros
Terriblemente fueron asaltados;
Dieron los de la cuesta en los postreros,
Dos mangas repartiendo á los dos lados,
Con un tropel tan grande y vocería,
Que toda la campaña ensordecía.

¿De qué sirve á los nuestros ser nacidos
En Trujillo, ciudad de Extremadura,
Productora de hombres escogidos
Para la condicion de Marte dura,
Si, con astucia siendo prevenidos,
Les hace guerra el sitio y coyuntura,
Y gana el juego el bárbaro inhumano,
Por cuatrocientos tiros y la mano?

El sobresalto al caso no esperado
Siguió, y al sobresalto el torpe miedo;
El desórden al miedo destruido,
Que turba la razon, fuerza y denuedo:
Tal fué el destrozo fiero y despiadado
Que vino á resultar de aquel enredo,
Que, de mas de docientos y cincuenta
Soldados, escaparon dos por cuenta.

Perdiéronse bagajes, bagajeros,
Municion, bastimento, armas, moneda,
Todo por no guardar los justos fueros
Con que el ardid prudente manda y veda:
Que si con pronta vista y piés ligeros
Echára cercos la atalaya leda,
El peligro inminente se mostrara
Al tiempo que el efecto se excusara.

Y no que fuesen causa los excesos
De un alférez altivo y orgulloso
Para dar á sentir tristes sucesos
Al de Austria insigne y bando religioso,
Vense hoy en día blanquear los huesos
En medio de aquel campo sanguinoso,
De trujillanos lúgubre memoria,
Del perdidó Nacoz clara victoria.

Con otra novedad exorbitante
Aquellos días se encendió la guerra,
Y fué que en Vélez-Málaga abundante
Se alzó de Ventomiz toda la sierra;
La fama con la trompa resonante
Al arma escandalosa dió en la tierra
Que es llave de la rica Andalucía,
Y el eco se escuchó en la Berbería.

El buen hijo de Carlos, entendida
La nueva sedicion, vió en la experiencia
Habelle del Rey sido cometida
Empresa grave mas que de apariencia;
Y aunque antes era dél bien conocida,
De Luis Quijada alaba la prudencia,
Que le pronosticó diversas vueltas,
De aquel gran labirinto las revueltas.

Cual arquitecto raro por su arte
Que reparando presa lo ejercita,
Y mientras con estudio en una parte
La fábrica importante solicita,
Por otra ve romperse el baluarte,
Y el agua que por él se precipita
A su despecho pasa murmurando,
La industria de su ingenio despreciando;

Tal del caso se ofende y se resiente,
Aunque en lugar remoto y apartado,
El bravo corazon de aquel valiente
Caudillo de Austria, en armas señalado;
Ayunta su consejo prestamente,
Y con su estilo fácil y limado,
Estando los demás todos atentos,
La grave voz saltó en tales acentos:

«Cosas ocurren al discurso humano,
A prima faz con frente tan oscura,
Que obligan á entender que será vano
Cuanto en comprehendellas se procura;
Mas cuando la razon toma la mano
De sufrimiento armada y de cordura,
Del piélago profundo sale al puerto,
Y de lo mas dudoso á lo mas cierto.

»Así que, no debemos! oh señores!
Dar nuestra inteligencia por vencida
Al no pensado golpe de rumores,
Ni á la cautela leve y escondida;
Que suelen los cuidados veladores
Hallar en la perfidia endurecida
Del enemigo astuto avisos tales,
Que sacan bienes de los mismos males.

»De haberse Ventomiz en arma puesto,
Sin ser á tal insulto compelido,
Resulta indicio claro y manifiesto
De que está todo el reino corrompido;
Y siendo aqueste firme presupuesto,
Debe ser el peligro prevenido,
Curando la raíz, que está en Granada,
Hasta el mas hondo abismo apoderada.

»Pedir á mi señor y hermano quiero,
Con vuestro parescer, que se trasplante
El Albayzin por todo el reino ibero
Que no confina con el mar de Atlante;
Y será beneficio verdadero
Quitarnos estos trasgos de delante,
Que llave falsa son de mis secretos,
Y causa de otros mil malos efectos.

»La venganza del bando de Trujillo
Y de Órgiva el estado sospechoso
Remito al sagacísimo caudillo
Duque de Sesa, fuerte y valeroso;
Que no es pequeña gloria al reyedillo
Dalle competidor tan poderoso,
Ni él debe desdeñarse de enemigo
Que emprende y osa contrastar conmigo.

»A la conjuración que se recrece,
Málaga y Vélez-Málaga, á quien toca,
Resistirán muy bien, pues que parece
Está el de Vélez á distancia poca,
Cuya prudencia militar florece,
Y mas, que en este caso le provoca
Amor y obligación de propio estado,
Que son velas y remos al cuidado.

»Al tercio que de Nápoles se espera,
Luego que á vista de Adra en tierra salte,
Le ordenaré que la facion primera
Sea que á Ventomiz furioso asalte
Con orden de milicia verdadera,
Como soldados que han de ser esmalte,
Ejemplo y forma de los menos diestros,
Pues el uso hacer puede maestros.

»Verdad es que me tiene ya impaciente
El ir con pié de plomo y paso lento;
Mas visto que conviene de presente,
Procuro quietar mi pensamiento;
La cura de los males vehementemente
No se hace al principio de su aumento;
Limpiar al crudo humor no es bien seguro,
Porque es cortar el fruto no maduro.

»Mas cuando la sagaz naturaleza,
Aunque del accidente reprimida,
Se esfuerza, y molifica la crudeza
Que por las venas anda repartida,
La casia y mana se usan con destreza;
La odiosa enfermedad queda vencida:
Tal es, sabios guerreros, la figura
De cuanto por nosotros se procura.

»Al Rey nuestro señor y á su consejo
Les parece llevar este camino,
Para que con mas fácil aparejo
Se cure el frenesí luciferino;
Después todos irán por un parejo,
Todo será rigor fiero y sanguino,
Hasta que la malicia desfallezca,
Y el reino granadino convalezca.

»Por una parte marchará el de Sesa,
El de Vélez por otra, y yo en campaña
También saldré, y en esta santa empresa
Seguir nos ha la flor de toda España;
Entonces, como el agua de represa
Rompe al salir con furia mas extraña,
La dilación pasada suplirémos,
Y á hierro, fuego y sangre lidiaremos.

»Entre tanto la buena diligencia,
El proceder segun las ocasiones
Bien se debe fiar de la prudencia
Que ilustra vuestro ser, claros varones;
Con los presidios gran correspondencia,
Gruesas escoltas, buenas municiones,
Caballos de ordinario por las playas,
Espías dobles, diestras atalayas.»

Suspense el alto tribunal estaba
Al proponer del príncipe sabroso,
El cual á las razones aplicaba
Tan á tiempo el afecto poderoso,
Que, no solo su intento comprobaba
Como orador grandilocco famoso,
Mas con gracia del cielo que tenia,
Amor con las palabras infundia.

Todos los valerosos circunstantes
Con alto aplauso en todo condecien-
den, Y dicen que en decretos semejantes
Testigos solamente ser entienden,
Pues los razonamientos elegantes
Del Austria tanto bueno comprenden;
Mas, como saben cierto que es modesto,
Sin darme parte tratan lo mas desto.

Mientras esto en la Bética se cuenta,
Volando atravesaba el Perineo,
Con un pliego del Rey á las cuarenta,
Cierta diligentísimo correo;
La Francia pasa hasta la opulenta
Marítima ciudad que por trofeo
Tiene la cueva donde Magdalena
Con lágrimas lavó su culpa y pena.

Allí al de Requesemes detenido
Halló con las galeras, no en el puerto
Por algunos recelos, mas metido
En las Pomas, abrigo áspero y yerto;
Abierto aquel despacho y entendido,
De su rey y señor, el orden cierto
Era que se aplicase fuerza y maña
Hasta poder tomar tierra en España.

CANTO VIII.

El Comendador mayor parte de las Pomas, corre tormenta, y perdida parte de su armada, llega la demás á Cerdeña. El de Santa Cruz la rehaca y va con ella á Barcelona, donde la entrega al Comendador mayor, el cual va á tomar tierra en Adra, y la primera cosa que emprende es romper la gente de Ventomiz.

»Oh mal presago entendimiento humano,
Del hado porvenir oscuro y fuerte!
»Por qué te has de elevar ligero y vano
En la inconstante favorable suerte,
Sin guardar modo ni consejo sano
Que después en el mal puedan valerte,
Ni pensar que á las breves alegrías
Suceden de pesar prolijos días?

Ni que del dulce peligroso engaño,
Cebado en lisonjera confianza,
Te viene á resultar inmenso daño,
Daño que vence el seso y la templanza.
»Quién hay pues, de sentido tan extraño,
Que extrañe de las cosas la mudanza?
Pues no le es menos propia á cada una
Que dar luz en el mundo á sol y luna.

A los cuales tampoco es permitido
Parar con sus esferas un momento;
Siguen las otras cinco este partido;
El mismo sigue el claro firmamento.
Todo sobre los polos impelido
Obedece la ley y movimiento
De aquel cerco veloz que determina
El curso de la máquina divina,

De quien diversas son las impresiones,
Diversos los efectos y porfías:
El año muda tiempos y sazones,
Varios y desiguales son los días;
Discordia, furor, guerra, alteraciones,
Traban los elementos por mil vías;
No vemos cosa, al fin, á quien no ofenda
Un especial linaje de contienda.

Mas la cruda ambición de los mortales,
No en límite medida ni acabada,
Halló con nueva industria nuevos males
Para una vida corta y limitada;
Casas labró de leños funerales
En region solitaria despoblada;
El agua es su mas firme fundamento,
Y llévalas do quiere el vago viento;

Cuya violencia y animosa saña
Los dos segundos cuartos de la luna
Tuvo al comendador mayor de España
En las Pomas cercado de fortuna.
Bien se lamenta que el tardar le daña;
Todo le aflige, todo le importuna,
Y con el pensamiento fatigado,
Está imitando el mismo mar turbado.

Nunca se vió piloto mas atento
A contemplar los astros, que él estaba;
Ya de Febo el ocaso y nacimiento,
Ya de su hermana el cuerno nivelaba.
Estando un día en este descontento,
Vió una escuadra de velas que pasaba
A Italia, y sabe ser de Juan Andrea,
Mas no es posible que con él se vea.

Royóle el corazón invidia honrosa,
Y dijo con despecho: «¿A cuándo aguardo?
¿Qué fin ha de tener mi estada ociosa?
Mi dilatar prolijo en vano tarde.
Navegan otros con sazón dichosa,
Llevando viento próspero y gallardo,
Y estoyme yo silogizando agüeros
De tímidos y rudos marineros!

»Oh rey de España venerable y pío!
¿Cómo imputar podrás mi negligencia,
Tratándome con áspero desvío
Cuando estuviere en tu real presencia?
Y sabe Dios que algún defecto mío
No sabe en este caso mi conciencia;
Sábelo mi salud, que manifiesta
La grave pena que el tardar me cuesta.

»Id, cómitre, y dad punto á esas galeras,
Encareciendo mucho mi deseo
A los de vuestro oficio, y cuán de veras
Conviene rehusar este rodeo;
Sabed sus intenciones verdaderas,
Que ya estarán conformes, según creo:
Páreceme que el tiempo se compone,
Y el mar á la partencia se dispone.»

¿A quién desea que no se le antoja
Conforme á la opinión de su accidente?
¿Qué parecer contrario no le enoja,
Por mas que le aconseje cuerda mente?
Parte el ministro, y á volver la hoja
Comienzan los demás ligeramente;
Responden no conforme á como entienden,
Mas piensan acertar si condecienden.

»Oh contrapeso grave mal seguro,
Recia pensión impuesta sobre el mando,
El tarde ó nunca oír lenguaje puro
De quien por su interés no esté adulando!
Nublado estaba el cielo, el aire oscuro,
Y el mar tempestuoso amenazando,
Cuando el partir se confirmó por justo
De muchos votos, solo por un gusto.

Y porque la partida desdichada
En aquel trance inevitable fuese,
No se esperó, como es costumbre usada,
Que la primera guardia se rindiese,
Ni que al dejar Diana su posada,
Señas del tiempo en el semblante diese,
Siendo de navegantes observancia
Aun en casos de menos importancia;

Ni siquiera, al tocar otro hemisferio,
Ver en qué aspecto Febo se ponía;
Antes con priesa de siniestro agüero
No esperan á que pase todo el día,
Diciendo que por esto el venidero
La catalana tierra se venía
En hora singular para tomalla,
Y que llegar de noche será erralla.

La seña con tristísimo lamento
Hirió el aire, formando un son doliente,
Cuando la chusma del profundo asiento
Con maña y fuerza arranca el corvo diente,
Las velas altas dando al fresco viento,
Y los remos al húmedo tridente;
Rechinaron las jarcias y ataduras,
Y gimieron apriesa las junturas.

A orza iban cortando el mar undoso,
No sin dificultad, las proas duras,
Y en medio del camino trabajoso
Formaban entre sí varias figuras;
Como al fin del otoño fructuoso
Vemos pasar hendiendo las alturas
Las aves de la Tracia vigilantes,
En este ardid al hombre semejantes.

Después que ya se fueron engolfando
Como ordenaba su cruel destino,
Al claro día el sol tras sí llevando,
La tenebrosa noche sobrevino;
En las certileas ondas estampando
Su rostro disformísimo y malino,
Las estrellas cubrió de un negro manto,
Y á los hombres de horror y de quebranto.

Ellos pasaban pues desta manera,
Cuidosos del peligro y del viaje,
Tanto, que cada cual por bien tuviera
Desistir por entonces del pasaje;
Cuando con furia repentina y fiera
Del crudo viento el áspero coraje
Las velas impelió precipitado,
Bramando en son terrible y desusado.

Un lánguido clamor de triste gente
Se levanta en el aire estremecido
Al mismo punto, y en el mar ferviente
Luchan las bravas ondas con rúido;
Truenan los polos espantosamente,
Abrese el cielo en llamas encendido,
Y en los ilustres pechos de varones
Tiemblan los invencibles corazones.

Resuenan voces roncadas y alteradas:
«Amaina, amaina, borda y haz el treo!»
Las velas tesas, desapoderadas,
Resisten á la industria y al deseo,
Y llevan las galeras quebrantadas
Por montes de agua, no sin gran rodeo;
Que ya la quilla toca el hondo suelo,
Ya el garcés se levanta hasta el cielo.

Un desmayo mortal, una agonía,
Un confuso gemir y triste llanto;
La negra escuridad y sombra fría,
Causas y efectos de terrible espanto,
No dejan discurrir la fantasía;
Que turba los sentidos dolor tanto,
Y suele un grave mal, siendo temido,
Mayor tormento dar que padecido.

El viento mas y mas se desenfrena
Con impetu soberbio y borrascoso,
Y hace tal violencia en una antena,
Que arroja el árbol roto al mar undoso;
Estanca la galera, y de agua llena,
La va sorviendo el lago fluctuoso,
Y á los della sepulta, ¡oh caso fuerte!
En el profundo sueño de la muerte.

Otra á par desta padeció al instante
El infortunio mismo y fin prescrito,
Aunque en vano al armada circunstante
Pidió favor en su final conflicto;
Que el agua inexorable resonante
Con eterno silencio selló el grito,
Y hizo de sus ondas homicidas
Un sepulcro común á tantas vidas.

Otras dos arrebató un torbellino
¡Oh despedida! á suerte compasiva,
Y embistelas en medio del camino
Con furia desigual y rabia esquivá;
En mil partes se rompe el frágil pino,
Y de ambas no escapando cosa viva,
El golpe enorme y último gemido
Causaron un estruendo nunca oído.

No aplacado con esto el viento crudo,
Antes de nuevas furias incitado,
Muchas velas rompió bravo y sañudo,
Mucha materia dió á mortal cuidado;
Una galera que sufrir no pudo
Gruesos golpes de mar por el costado,
Quedó hecha ataud oscuro y frío
De aquellos tristes á quien fué navío.

Con su fragata vió la Capitana
A diez y seis mezuquinos marineros
Sorbérselos del mar la furia insana,
Esparciendo alaridos lastimeros;
Mas, yerra mas allí quien mas se afana
En ayudar los tristes compañeros;
Y así, por galardón del buen servicio,
Murieron los cutidos en su oficio.

Viendo el Comendador su perdimiento,
Y encubrir no pudiendo tantos males,
Gimió profundamente, y en acento
Tristísimo sembró querellas tales:
«¡Oh venturoso aquel cuyo tormento
Fenece entre estas ondas fortunales,
Y pagando su deuda conocida,
Escapa libre de tan agra vida!

» ¡Felice el que consigo junto anega
Su nombre y fama en el eterno olvido,
Sin que mas hable dél la gente ciega
Ni quedar á sus lenguas sometido!
Y ¡deshchado aquel á quien se niega
Por su desgracia extrema este partido,
Y queda para siempre al vulgo hecho
Subgeto de ignominias y despecho!

» Ay de mí, que esta pérdida y estrago,
Este hado cruel, esta tormenta,
Harán mi nombre odioso y aciago,
Y el mal de muchos quedará á mi cuenta;
A quien mejor te sirve das tal pago,
¡Oh mundo injusto! en fin lleno de afrenta;
Así escarneces á quien mas te trata,
Aquesto de tus ferias se barata.

» Mas ¡oh Rey de lo humano y lo divino!
Como tú puedes, por los tuyos mira;
Alza, Señor, de mí, tu siervo indino,
El poderoso brazo de tu ira;
Templa los elementos, y el camino
Da fácil á la armada, que ya espira;
Conducenos á tierra deseada,
Pues es en tu servicio esta jornada. »

Oyóle Dios, y concedióle parte
De aquello que humildemente le pedía,
Y parte no; la causa ignora el arte
Humana, que juzgando desvaría;
Llegar con el católico estandarte
Al noble reino del Andalucía:
Esto le concedió, mas la bonanza
Tardó, y hubo peligro en la tardanza.

Iba la hueste pues agonizando
Por el bravoso mar, que no declina,
Antes de punto en punto amenazando,
Fiero presenta la total ruína;
El cómitre perplejo vacilando,
Aunque le pesa, en fin se determina
De volver el timón al agua y viento,
Y correr, si es posible, á salvamento.

El curso natural les trujo el día
(Si acaso día aquel debe llamarse,
Que mas por el reloj que le media
Pudo, que por su luz determinarse);
La miserable gente que pendía
De sola esta esperanza de salvarse,
Cayó de nuevo en tanto desconsuelo,
Que aun ya mirar no osaba al turbio cielo;

Y como enfermo ya desahuciado,
El cual, viéndose el pie en la sepultura,
Suele, de puro estar desconfiado,
Tentar cualquiera peligrosa cura;
Así de comun voto fué acordado
Probar últimamente la ventura
Con un remedio tal y tan extraño,
Que dél se juzgará el temor del daño.

Ropa á la mar, se dijo apenas, cuando
Se vió un ejemplo vivo de obediencia,
Que unos cayendo, y otros levantando,
Sin hacer de personas diferencia,
Ejecutaron el forzoso bando,
Y el miedo espoleó á la diligencia
De suerte, que valieron los metales.
En aquella sazón precios iguales.

Pues aun aquel por quien se pierde el mundo,
Como raíz fatal de la avaricia,
Lanzado fué en el piélago profundo
Por divina equidad de la justicia.
¡Oh estímulo de guerras furibundo,
Despertador de fraudes y malicia!
¡Cuán ricos y contentos nos dejaras
Si todo para siempre te anegaras!

Los bajeles, cascados y deshechos,
Algo mejor pudieron sostenerse,
Aunque ondas con mortíferos despechos
Les daban nuevas causas de perderse;
Cual suelen por el mar mostrarse á trechos,
Cuando los tiempos quieren revolverse,
Aquellos peces que en las frías aguas
Saben de amor sentir ardiéntes fraguas.

Tales á veces las galeras iban,
No sin contrastes de trabajo inmenso:
Unos la escasa luz abajo avivan,
Otros desaguan, otros por extenso
La brújula contemplan, y restríban
Sobre la carta; y el compás suspenso,
No pueden resolverse á qué paraje
Se hallan, por la priesa del viaje.

Uno dice á Menorca, otro á Cerdeña,
Cuál á Mallorca, y cuál á Berbería,
Por la playa ó el puerto que le enseña
El temor ó deseo que le guía,
Descubrir piensa; aunque la peor seña
Que en el dudoso trance se tenía,
Era que, siendo el viento solo uno,
Mostraba mas el reino de Neptuno.

Solo maestral feroz y vehemente
Iba en las bajas velas revesido,
Mas el salado humor confusamente
Se intricaba alterado y conmovido;
O fuese de otros golfos la corriente,
O exceso monstruoso no entendido,
Los acosados leños se tragaban
Mares que encima dellos se topaban.

Tres noches y tres días anduvieron
Errando acá y allá entre cien mil muertes,
Hasta que el sardo reino descubrieron
Por varias partes con diversas suertes;
Unos, sin poder mas, al través dicron
Entre arenales ó peñascos fuertes,
Y en fin, los acabó la naval guerra
En el regazo de la madre tierra.

Otros, mejores postas aferrando,
Salvaron los bajeles y las vidas,
Y de gozo y pesar juntos llorando,
Tomaron las riberas conocidas,
Donde al marqués de Santa Cruz hallando,
Le cuentan las desdichas sucedidas;
Mas un desastre nuevo se recrece,
Y es que la capitana no parece.

La cual, aunque en seguro y dulce puerto
Ya se hallaba, había milagro sido
Escapar del error y desconcierto
Que en el tomar la tierra había tenido.
El cómitre en Menorca creyó cierto
Poner la proa, y con afán crecido
Cuanto pudo orceó sobre la diestra;
Tanto, que la dejó á mano siniestra.

Que no la vió al pasar enfrente della,
Por la alteza del agua incomparable;
Y así, cuando acertó á reconocella,
Reconoció el peligro inevitable:
Allí fué la aflicción y la querella,
Allí fué do la gente miserable
Con lágrimas pidió que ya se diera
En Africa al través del galera.

Mas el caudillo generoso y fuerte
Antes dijo: « Amainad luego á la hora;
Que torpe vida por honrosa muerte
Un truco es por quien mucho se atesora;
Dejad á Dios el cargo de la suerte,
Y á la Virgen haced intercesora;
Pedid, pedid remedios soberanos,
Y no refugios viles africanos. »

Apenas se caló la grave entena,
Cuando el bajel comienza á resentirse
De popa á proa, y retumbando suena,
Como si todo ya quisiera abrirse;
El mar vuela por cima, dando pena;
Su furia no es posible resistirse;
Rinde el arte á la cruel discordia,
Y solo se oye á Dios misericordia.

Herido el viento de clamores tales,
Parece que aplacó su furia insana,
Y vuelto á los albergues naturales,
Dejó á otro hermano la carrera llana;
Barriendo pues los términos australes,
Abrego enderezó hácia Toscana,
Y de Africa saltando al mar Tirreno,
Le puso otras espuelas y otro freno.

Y con aliento que les dió la vida
Saludó los que se iban anegando;
Volviéoles la esperanza ya perdida,
Su duro afán en gloria commutando.
La mayor vela fué al garcés subida;
Y así, al eterno Padre gracias dando,
Se libraron del piélago profundo
En el puerto mejor que tiene el mundo.

Reservó gran despojo esta galera
Del importuno golfo de Narbosa;
Pues, demás del caudillo en quien perdiera
El Rey una dignísima persona;
Venía en ella aquel en quien se esmera
La generosa sangre de Colona,
Al cual su madre, Roma, testimonio
Dará del mas famoso Marco Antonio.

Porque no turbará en sazón alguna
Su paz tranquila con armada mano,
Ni el paso atajará de su fortuna
Con lazos del amor injusto y vano;
De la Iglesia será fuerte columna,
Y triunfar le verá el pueblo romano
Cuando potente vuelva á sus umbrales
Con los despojos ricos orientales.

También el de Padilla aquí venía,
Y don Miguel que llaman de Moncada,
No menos claro por su valentía
Que por estirpe ilustre y señalada;
Desté el valor, el punto y cortesía,
La fama, hasta el cielo levantada,
Eternamente irá solemnizando,
Su ingenio y su prudencia no olvidando.

No sabe el mundo dar placer cumplido,
Ni mal que bien se acabe sin la muerte.
De qué sirve á Menorca haber venido
Estos varones de tan alta suerte,
Si todo el resto juzgan por perdido
En la tormenta, que aun se muestra fuerte,
Si no ven rastro de galera alguna,
Y ven que permanece la fortuna?

Sintióse aquel furor de la natura
Desde los claros reinos nabateos
Hasta la rica Chile, y en su altura
Bañar vieron sus cumbres los rifeos;
Atlante retremió á la fuerza dura,
Y en fin, por cuantas vueltas y rodeos
Aguas del mar están sobre la tierra,
Se hizo conocer la esquivo guerra.

Mas, como la congoja es al reposo
Contrario objeto y pérdida enemiga,
No es posible que el bando generoso
No halle en el descanso mas fatiga;
Y así, con tiempo oscuro y borrascoso
Se ordena que el viaje se prosiga;
La chusma zarpa el ferro y hace vela,
El austro sopla y la galera vuela.

Vuelan también los tristes pensamientos,
Que impele la aspereza del cuidado,
El cual hace los ojos ir atentos,
El mar atalayando alborotado,
Por ver si la violencia de los vientos
Algun bajel trujese desmandado
Que de la armada rota acaso fuese,
Ó nueva alguna dalia les trujese.

Mas nunca aviso tal les sobrevino,
Ni al pasar por Mallorca belicosa,
Ni en todo lo restante del camino,
Que no fué causa poco sospechosa;
Mas ¡ay! del ancho reino cristalino
La region se descubre poderosa,
Que en letras, armas y virtud florece,
Y en religion cristiana resplandece.

Ya con templado viento favorable
Van á dar fondo al catalano suelo,
Renovando el desastre lamentable
Que anegó á Egeo en pena y desconsuelo.
En tanto allá en Cerdeña el memorable
Marqués de Santa Cruz con alto celo,
En reparar la armada hizo cosas
Bien dignas de sus obras valerosas;

Mudó de parecer primeramente,
Como aquella ocasión lo requería,
Y á su cargo tomó la armada y gente
Que del furioso mar sobrado había,
Y con favor de Dios omnipotente,
Con maña, con industria y con porfía,
Suplió, ordenó y sostuvo en aquel medio
Faltas que parecían sin remedio;

Tanto, que de los leños destrozados
Galeras hizo que servir pudiesen;
Proveyó de vestidos los soldados,
Y dióles armas para que lo fuesen;
De ropa los esclavos y forzados,
Mejor, ó porque así no pareciesen.
Ya manda recoger la virtualia,
Ya puesto á punto de partir se halla.

Hecha la seña, apriesa baten remos,
Y tópanse en el puerto con las palas,
Como al salir de cueva ver solemos
Palomas azotarse con las alas,
Y así como después volar las vemos
Plácidamente á las etéreas salas.
Nuestros hajeles en el mar abierto
Fueron entrando con mayor concierto.

De rosas y jazmines la mañana
Su corona mostró resplandeciente,
Y comenzó á ilustrar la vista humana
Que la noche confunde gravemente;
Cuando la isla en que la capitana
Había tomado tierra ven presente,
Y della toman lengua de qué estado
Tenía y qué derrota había tomado.

Lo cual sabido, siguen sus pisadas,
Atravesando hácia Barcelona,
Aunque hubo opiniones porfiadas
Sobre el caso de mas de una persona,
Diciéndole al Marqués que las pasadas
Desgracias del naufragio por sí ahona,
Si á Málaga derecho va, y empuña
La espada sin tocar en Cataluña.

Y que puesta en un fil la cortezia
Con toda otra cualquiera circunstancia,
De peso y de momento las vencia
Del hecho valeroso la importancia,
Y que la armada con la infanteria,
Traida por su industria y vigilancia
A puerto de salud, no era decente
Que otro en ella mandase libremente.

»No estoy, dijo el Marqués, necesitado
De cargos inquirir por los cabellos,
Ni me tiene tan mal desengañado
El derecho que tengo á pretendellos,
Que procurarlos deba de prestado,
Pues justamente suelo poseellos:
A mi rey serviré en los que me diere,
Y sin ellos, si dello le pluguiere.

»En especial que no es de caballeros,
Antes acto villano prohibido,
En los adversos casos lastimeros
Afligir al cuitado y afligido.»
Con esto los amigos lisonjeros
Se remitieron al mejor sentido,
Y la armada, siguiendo su camino,
Tanto pasó, que á Barcelona vino,

Donde el Comendador enfermo estaba,
O fuese del trabajo y descontento,
O por ser hombre, que esto le bastaba
Para ser de miserias aposento;
Mas bien es de creer que le aquejaba
Grave cuidado, pues con el aliento
Que recibió de ver llegar la gente
Conveleció del todo fácilmente.

Mas el de Santa Cruz con sus galeras
Vuelve hácia las islas Baleares,
Y de allí por las italias riberas
Discurre, asegurando aquellos mares
De los cosarios, que las primaveras
Salen de Argel, abismo de pesares,
Pues no pudo de Carlos la ira y saña
Librar de tal vestigio nuestra España.

Don Luís, acortando dilaciones,
Con traza que jamás se vió mas presta,
Hendió con los agudos espolones
El mar hácia el balcon do el sol se acuesta;
Marco Antonio por justas ocasiones
A la corte real el paso apresta,
Y los demás al reino granadino
Van á servir de Cárlo el hijo dino.

Las tierras dejan á la mano diestra,
Que el huido Sertorio anduvo errando,
Después que, desdeñado de siniestra
Invidia, á Lusitania fué invocando,
Y á la felice Málaga se muestra,
Que sola está en el mundo conservando
Con sencillez humana aquel decoro
Que tanto ennobleció la edad del oro.

Cubrió la sombra de tiniebla el suelo,
Y al cielo matizó de hermosura;
La armada navegaba en presto vuelo,
Apenas de las ondas bien segura,
Hasta que la deidad del sacro Delo,
Mostrando cada cosa en su figura,
Dió lugar á que en Adra la nombrada
La tierra se tomase deseada;

Mas bien de sus trabajos los soldados
Y pasado naufragio eran testigos,
Mostrando en los semblantes congojados
La pena y compasion de los amigos,
Con los afanes propios y cuidados
De verse dentro ya en los enemigos,
Los cuerpos fatigados y dolientes,
Si bien eran sus ánimos valientes.

Mas como el hijo de la dura tierra,
Tocando en ella el pié prevalecia
Cuando el vigor hercúleo mayor guerra
En la trabada lucha le hacia;
Así los nuestros, puestos en la sierra,
Donde mayor morisma concurría,
De esfuerzo fuerza y de virtud vitoria
Sacaron, mereciendo fama y gloria.

Pues, como Requesenes ya tenía
Nueva de Ventomix y su alzamiento,
Y de que por la hoya y la jarquia
De Málaga podia en un momento
Continuarse con la serranía
De Ronda, no sin grave detrimento,
Al punto despachó al fuerte Moncada
Que á su alteza hiciese una embajada.

Así á hacelle oferta y homenaje,
Como á pedirle fuese cometida
Aquella empresa por merced y gaje
Que resultase de la bienvenida.
Fuéle al señor don Juan grato el mensaje,
Así porque á su gusto era medida,
Como por el amor que verdadero
Tenia al elocuente mensajero.

Y así, después de habelle acariciado
Con benévolo y dulce acogimiento,
Y habelle muchas cosas preguntado
Del áspero y cruel acaescimiento,
Le concedió licencia, y el recado
Conforme á su deseo y pensamiento.
Volvióse, y el caudillo, que esperaba
Tal nueva, ya sus gentes aprestaba.

Holgó en extremo cuando supo cierto
Ser dueño de la suerte peligrosa,
Para aspirar por ella al dulce puerto
De la victoria, á nobles gloriosa;
Y mas, que en el rebelde desconcierto
Facion tan árdua ni dificultosa
Nunca se habia hasta allí ofrecido
En todo cuanto habia sucedido.

Gran multitud de moros se juntaron
En un monte que llaman Frigiliana,
Cuya alta cumbre mas fortificaron
Que parecia posible á gente vana;
Tres cabezas de nuevo levantaron
Para su amparo y sedicion tirana,
El Garral fuerte, el Melillú ambicioso,
Y ese Benaguacil presuntioso.

Fué sentencia comun y voto expreso
Que ni templo ni imagen se ultrajase,
Y que contra cristianos el exceso
De prender ó matar no se pensase;
Mas nunca se esperó mejor suceso
De ver que esta pasion se disfrazase,
Antes el proceder con artificio
Daba al recelo causa y mas indicio.

Rebelion, eletos, fortaleza,
Armas, pertrechos, vitallia á punto,
Con apariencias de legal firmeza;
¿Quién vió mas discordante contrapunto?
Sin duda la malicia y la destreza
Estuvieron aquí mas en su punto,
Y mas tiró el disignio aquí la barra
Que en la disolucion de la Alpujarra.

Pues que pretenden con igual dolencia
Ser mas capaces de favor y ayuda,
No solo de su torpe descendencia,
Mas de cualquiera remembranza cruda,
Y por tener propicia la clemencia
Cuando la suerte á su deseo no acuda,
Y acomodando el tiempo á su provecho,
Tener á guerra y paz mejor derecho.

Mas porque nada bien se les concierte,
Iban marchando ya nuestras banderas;
Ya estaba la avanguardia al pié del fuerte,
Mirando sus traveses y troneras.
Deste reconocer tocó la suerte
A un caballero plático en las veras;
Su nombre don Martin es de Padilla,
Su padre adelantado fué en Castilla.

Ninguno de los que hoy ciñen espada
Puede alabarse de mejor soldado,
Ni tiene su intencion mas bien probada
El que mas su persona ha señalado.
Ya la falda del monte rodeada
Estaba del ejército esforzado,
Que para arremeter órden traia
Del general prudente que le guia.

Don Pedro de Padilla por la frente
Que emprenda la subida se le manda,
Y al de Cárdenas, digno decendiente
De los ilustres condes de Miranda,
Acometer con parte de la gente
Le toca al mismo tiempo por la banda
Que el monte escabrosísimo confina
Con la ribera estéril y marina.

Por la otra parte don Martin habia
De gular su escuadron con fuerte brazo,
Y por la que mas agra parecia,
Arévalo que llaman de Suazo,
Noble en sangre y famoso desde el dia
Que en Ventomix la guerra dió embarazo,
Pues le vió en pelear bravo y robusto
Málaga, que en regir le halló justo.

La ronca trompa del sangriento Marte
Hizo horrible señal de arremetida,
Cuando se comenzó por cada parte
A caminar por la áspera subida.
¿Quién bastará á explicar la fuerza, el arte,
La viva priesa y cólera encendida
Con que nuestras escuadras se apresuran
Al asalto difícil que procuran?

Están los moros puestos á la mira
Sobre sus batuartes y muralla:
Cuál encara arcabuz, cuál pone vira
En el arco que apresta á la batalla.
Agora, Olimpo, tu favor me inspira
Para que recontar pueda sin falla
Deste conflicto el desigual progreso,
Las muertes, las hazañas y el suceso.

Ya comenzaba el plomo grave y frio,
Que el fuego hace ser veloz y ardiente,
A mostrar con violencia el pecho impio
De Cimosco inventor duro, inclemente;
Las flechas venenosas, el natio
Peñasco hacen daño juntamente;
Ya van rodando cuerpos por el suelo;
La grita turba el aire y hiere el cielo.

El sitio aventajado del contrario
Hace en los nuestros impresion terrible;
Mas su valor y brío extraordinario
Se extienden hasta todo lo posible.
Don Pedro, despreciando el adversario
Y el órden del caudillo conveñible,
Con su gente llegó al fuerte el primero,
Donde se renovó el combate fiero.

El órden había sido que, por cuanto
Don Pedro por camino mas derecho
Arremetia, y otros entre tanto
Subian por rodeo y mas estrecho,
Se entretuviese á trechos algun tanto
Para que mas seguro fuese el hecho,
Llegando á un mismo tiempo á los sitiados
El impetuoso asalto á todos lados.

O que este caballero no estimase
El contrario tumulto y aparato,
O que el pecho viril no le dejase
Flema para esperar ni un breve rato,
El, antes que otro alguno allá arribase,
Puso los enemigos en rebato,
Y peleóse tan sangrientamente,
Que la tierra cubrió roja corriente.

Cual suele de zarzal medio abrasado
La raposa sagaz salirse afuera,
Por medio del combate acelerado
Salió del fuerte un turco de galera,
Que á le reconocer había entrado
La noche antes que esto sucediera,
Fingiéndose con los moros ir huido,
Mas fué de premios grandes inducido.

Como el ventor enseña con destreza
La parte mas patente en la espesura,
Cuando en medio de espinas y maleza
Piensa el ave inocente estar segura,
Así el scita de aquella fortaleza
Mostró el lugar mas flaco, en coyuntura
Que importó á nuestras cosas aquel día,
Como al deluz privado, llevar guía.

Don Pedro al punto con discurso claro
Por la otra banda repartió su gente,
Y al prolongar se fué desde el reparo
Enemigo, herida gravemente;
Mas cumpliendo el intento, aunque algo caro,
Forzoso fué que el bando inobediente,
Su fuerza en ambas partes dividiere,
Y á un tiempo á dos peligros resistiere.

Tan cerca estaban ya nuestros piqueros,
Que con las puntas piedras desviaban,
Y por su parte los arcabuceros
Traveses importantes les quitaban;
En esto ya los otros caballeros
Los obstinados moros asallaban;
Y aunque cansados del camino largo,
No dieron la tardanza por descargo.

Aquí se vió de guerra un bravo encuentro,
Un sanguinoso afán, una lid fiera;
Los unos por vencer á los de dentro,
Los otros por vengarse en los de fuera,
Porfían entre sí con tal recuento,
Como si de aquel solo dependiera
La paz universal y el sumo imperio
Del Ártico y Antártico hemisferio.

El buen don Juan de Cárdenas, herido
De aguda flecha, no pretende cura;
Antes como leon embravecido
Su generosa saña tanto apura,
Que no halla aquel pueblo descreído
Para guardarse del parte segura;
Su espada parecia con fiera
Rayo en el ofender y en la presteza.

Estaba pues la gente ya tan junta,
Que á cuchilladas hay de sangre un Nilo;
Mas como el moro el no herir de punta
Por uso tiene, y ciñe solo un filo,
Por mas que entonces á la fuerza junta
La maña que caber puede en su estillo,
¿Qué tienen que ver tardas cuchilladas
Con prestas y mortales estocadas?

Así que en esta forma de pelea
Se les hace ventaja conocida;
Mas tal furia infernal los espolea,
Tal rabia los enciende endurecida,
Que con poca mas suerte se pelea
De nuestra parte en hrega tan rebida,
Y sucede entre aquellos desconciertos
Ser á un tiempo homicidas y ser muertos.

No callarán mis versos tus loores,
Oh don Martin famoso de Padilla,
Ni del tiempo las vueltas y rigores
Tu nombre bajarán de su alta silla,
Pues en la confusion destos rumores
Mostraste con fineza y maravilla,
Saber de capitán aventajado
Y aceros de bravísimo soldado.

Suazo anduvo allí buen caballero,
Buena tambien de Málaga la gente,
Y la de Vélez, pues entró primero
El fuerte con Arévalo prudente;
Don Pedro por su parte en blanco acero
Armado salta dentro y hace frente;
Don Juan y don Martin, calando el muro,
Ya su valor mostraban claro y puro.

Crece el herirse á diestro y á siniestro;
Saltan espadas hechas mil pedazos;
A cuál le vale en lucha ser maestro,
A cuál la fuerza de los fuertes brazos;
Ya los nuestros con hado algo mas diestro,
Iban rompiendo estorbos y embarazos,
Y la victoria, que neutral estaba,
A la causa mas justa se inclinaba;

Cuando, su perdicion reconociendo,
Los capitanes moros por la banda
Que mira el maestra, salen huyendo,
Como el peligro urgente se lo manda,
De los suyos dos mil les van siguiendo;
Y así, facilitada esta demanda,
Se concluyó la porfiada empresa,
Rica de prisioneros y de presa.

El número igualó de los captivos
Al mismo de la gente fugitiva;
La cual por los desiertos mas esquivos
Hacia el real de Abenhumeya se iba;
El los acoge bien, y los motivos
De su arrogante presuncion aviva;
Porque son los mil hombres apurados,
Si bien vencidos van y destrozados.

Es fama que porque estos se salvaran
Los viejos á la muerte se ofrecieron,
Y que para que della se escaparan
La guerra algun espacio sostuvieron;
Los nuestros al alcance se preparan,
Mas dejan de seguille cuando vieron
Que, si no era volar, no habia remedio,
Por la tierra que estaba puesta en medio.

Como al tirar la red los cazadores
Sobre la espesa banda, parte della,
Ratiendo los encuentros voladores,
Escapa por los aires hecha pella,
Ellos entonces siembran mas clamores
Por la que vuela, no pudiendo habella,
Que muestras de placer por la que alea
En los trasmallos, por mayor que sea;

Así, aunque vitoriosos los soldados,
Están por los que huyen desabridos,
Puesto que tambien quedan lastimados
Con gran copia de muertos no vencidos,
En cuyos monumentos levantados
Debiera haber blasones, y esculpidos
Epitafios, si en esta edad avara
La fama mas que el oro se estimara.

Y no que de sus nombres aun no hallo
Noticia para dalla en mis escritos.
Oh error mundano, oh misero vasallo
De bajos intereses y apetitos!
No puedo, ni es razon, disimullarlo,
Que por tan varios modos y exquisitos
Un prestado metal se inquiera y precie,
Y que la propia gloria se desprecie.

Avaro triste, que con mano escasa
Un Tántalo te haces desdichado,
¿Sabes de cuánto te valdrá la tasa
Con que vives ansioso y fatigado?
Lo que vale la lluvia cuando pasa
De una en otra á las tejas del tejado,
Hecha por sí conduto cada una
Para que desperdicie sola una.

Destá manera va de mano en mano
La inútil carga de los avarientos
Hasta algun heredero que de vano
Desipa cuanto tiene á todos vientos;
No ciegue pues el interés profano
El buen discurso á los entendimientos,
Ni por guardar, se hagan á sí ultrajes,
Quizá para el peor de sus linajes.

No alabo al que sin orden ni concierto
El rico patrimonio desperdicia,
Que el pródigo en su abuso y desconcierto
Léjos va de equidad y de justicia;
Mas tiene al menos un consuelo cierto,
Que no alcanza la misera avaricia,
Y es, que con ser extremo en sí vicioso,
Imita en algo al medio virtuoso.

CANTO IX.

El Comendador mayor hace obsequias por los muertos; despues se embarca con don Sancho de Leiva. Al de los Vélez se le des-hace el campo casi sin poderlo remediar. Su majestad manda llamar á cortes en la ciudad de Córdoba. Abenhumeya escribe á los del Albayzin, amonestándoles que se pasen con él.

Naturaleza, madre diligente,
Gobernada por manos celestiales,
Armó de la defensa conveniente
Los brutos y feroces animales;
Dióles la fuerza, el cuerno, la uña, el diente
Por armas de su vida principales,
Correspondiendo con sutil destreza
A la gran condicion de su fereza.

Mas al hombre cuya alma es conversable,
Acogida á razon, dócil, divina,
Voz y lengua le dió para que hable,
Juicio capaz de ciencia y de doctrina,
Para que, amando siempre, fuese amable,
Teniendo por defensa diamantina
La virtud, el saber y la prudencia,
Y la tranquila paz, sin violencia.

¡Ob infalible verdad mal entendida,
Y tan costosamente defraudada!
¡Ob furia del infierno introducida,
En la mejor simiente apoderada!
No solo de los cuerpos homicida,
Mas de las almas plaga desdichada,
Eres sin duda tú, insolente guerra,
Erimnis vengadora de la tierra.

Solas dos cosas tienes por objeto,
Con que tal vez tu infamia se disculpa:
Llevar por fin la paz, como alto efeto,
Que lave las mancillas de tu culpa,
Y ser justa la causa y el conceto
De aquello que pretenden que se esculpa
En los endurecidos corazones,
La fe entera de Dios, sin abusones,

Todo lo cual la pretension abona
Del Austria, y mas el crámen cometido
Contra la majestad y la corona
De nuestro rey católico y temido;
Mas el raro varon de Barcelona,
En premio del trabajo padecido,
Los ganados despojos repartía
Con toda la equidad que ser podia.

Y si á los vivos se mostraba humano,
No á los difuntos menos pladoso,
A los cuales con celo de cristiano
Obsequias hizo, y dió cabal reposo;
A cuál lloraba padre, á cuál hermano,
A cuál primo ó amigo virtuoso;
Mas toda la ciudad y el campo junto
En general lloraban un difunto.

Del apellido y sangre generosa
De Sandoval y Rójas emanaba;
Murió en la primavera deleitosa
Que de su edad florida resultaba;
Era su cara de color de rosa;
El sol en sus cabellos se mostraba;
Don Pedro se llamó, y con pecho fuerte
Muriendo, se libró de olvido y muerte.

Málaga de piadosa eternamente
Aquellos dias confirmó la fama:
Tanto con los heridos es clemente,
Tanto en ardiente caridad se inflama;
Los sutiles tocados de su frente,
Las sábanas delgadas de su cama,
Dueñas honradas iban repartiendo,
A sanidad las llagas reduciendo.

No se tiene vecino por contento,
Si no cura soldado en su posada;
Mas ya con el pasado vencimiento
Quedaba aquella tierra descansada;
Don Luís se partió luego al momento
Para tener la costa asegurada
Y bastecer en todas las marinas
Con don Sancho las plazas convecinas.

Así la guerra aqui se proseguía,
Mas el de Vélez, con su campo estando
En Terque, nuevas cosas cada dia
De gran dificultad iba probando;
Pero lo mas que en la ánima sentía
Era el irse su ejército apocando,
Sin bastar el castigo por mas que haya,
Para que mucha gente no se vaya.

Habiendo nuestro rey considerado
Que esta rebelion en la experiencia
Mostraba lo mejor sobresanado,
Y que era peligrosa la dolencia,
Recelando el furor acelerado
De Argel, y del Jarife la potencia,
Si con mayores fuerzas y esperanzas
Alimentasen mas estas mudanzas,

Mandó llamar á cortes declaradas
A Córdoba, que está del reino iberio
Distante solamente dos jornadas,
Y allí hará que tiemblen de su imperio;
Moverá voluntades descuidadas
A la importancia deste ministerio,
Y dará prontamente á cada cosa
Calor con su presencia poderosa.

Sabido por España el caso cierto,
Nació en diversos hombres nuevo brio;
Ya el jubilado milite y experto
Quiere volver al viejo desafío;
Pule y limpia el arnés de orin cubierto
Por larga paz, y adorna de atavío
El certero arcabuz y alta celada,
Renueva el tahell, dora la espada.

Abenhumeya en Válor se alojaba,
Donde sus fuerzas y poder crecian;
Allí la residencia examinaba
De los negocios que se recrecian,
Allí severamente castigaba
A todos los que en algo delinquian,
Sin que amistad ó deudo le obligase
A que un mínimo error disimulase.

Su alteza residía allí en Granada,
Y el de Sesa con él, porque la tierra
Andaba en varias partes alterada,
Y allí importaba el nervio de la guerra;
Corría su gente bien disciplinada
El ancho llano y la fragosa sierra,
Haciendo cabalgadas memorables,
Aunque tal vez las suertes son mudables.

Porque en el sitio alpestre confiados
Andaban á deshora inquietando
Los capitanes moros señalados,
Escoltas y presidios asaltando;
El tirano esperaba que sus hados
Irian por momentos mejorando
Con los efectos de las embajadas
Por él á muchos reyes enviadas.

Mas dentro en poco término le vino
De Argel y de Marruecos la respuesta,
Y de la gran ciudad que á Constantino
Fatalemente en su nombre hoy manifiesta:
Argel responde que estará contino
Pronto á favorecerle en su requesta;
Marruecos que hará conforme viere
El Turco, que sobre ello acuerdo quiere.

Del Gran Turco la excusa, con la oferta
Del rey de Argel, admite y agradece;
Pero del Marroquí la ayuda incierta
Blasfemando abomina, y escarnece
El rey sin reino, y dice que no acierta,
Antes de seso y de razon carece,
El hombre que se cree de ligero,
Pues no siempre el amigo es verdadero.

«Bandos en nombre deste se han echo,
Creyendo que jamás me faltaria,
Y agora al menester hame burlado:
Mal haya el hombre que en el hombre fia!
En esto se mostraba escarmentado
El vano mozo; mas por otra via,
Temiendo de los suyos la mudanza,
De nuevo acrecentaba su esperanza.

Diciendo que el monarca de levante,
Aunque entonces resuelto no se hubiese,
Era cosa imposible que adelante
Por mil causas socorro no le diese;
Y que si acaso, por estar distante,
Tan brevemente á España no viniese,
El Albayzin sin duda se alzaria,
Pues ya la Vega á bandas lo hacia.

Esto decia, y no sin fundamento,
Porque jamás aquel vulgo obstinado
De pérdida intencion estuvo exento,
Ni fuera de hacer trato doblado;
Aunque en la ejecucion del mal intento
No menos á tal hora resfriado
Se halla, que mortal y arrepentido
De habello al primer trance diferido.

Entendíanse todos con espías
Que andaban al réal yendo y viniendo,
Creciendo la cautela con los dias,
Mil máquinas haciendo y deshaciendo;
Abenhumeya, que por otras vias
Habia insistido, su tardanza viendo,
Les escribió una letra encarecida,
Y aquí por su tenor va referida:

«El rey de los moriscos, poderoso
Restaurador del reino de Granada,
Al Albayzin, su pueblo belicoso,
Salud desea y vida mas honrada.
Pudiera con razon estar quejoso
De vuestra negligencia reprobada,
Tanto, que por castigo os la sufierra,
Si ya de vuestro afan no me doliera.

«Mas siento tan de veras vuestros daños,
Que olvido mi rancor por su remedio;
Duéleme el veros en finales daños
Sin que abraceis con tiempo el sano medio,
Y que no os valgan ya por desengaños,
Pobreza, servidumbre, afrenta, asedio,
Para romper el torpe encogimiento
Que así os priva del bien y del contento.

«Si os detiene el amor de la hacienda,
Ya huéspedes crueles gozan della;
Si la casa y familia, ¿qué contienda
Mayor que al enemigo ver en ella,
Soberbio, disoluto y sin enmienda,
Armado de amenazas y querrela,
Y dándoos á sentir con tragos fuertes
Por una vida triste cien mil muertes?

«Vuestras posadas, que eran monasterios
De castidad y de costumbres sanas,
Agora cuevas son de vituperios,
De osadas desvergüenzas y profanas,
Acogida de estupro y adulterios,
De fuerzas alevosas inhumanas:
¡Oh confusion terrible y espantosa!
¡Oh pena del infierno trabajosa!

«¡Sacaréis fruto alguno por ventura
De padecer tamañas sinrazones?
¡Vendrá tiempo jamás ó coyuntura
Que os den por la paciencia galarones?
Primero ilustrarán la tierra dura
El norte con sus guardas y triones,
Y antes las plantas poblarán el cielo,
Que España de vosotros haya duelo.

«A mí os volved, á mí, vivid conmigo,
Que soy restauracion de vuestros males;
En mí solo consiste vuestro abrigo.
Vuestra paz, vuestro crédito y caudales;
En mí hallaréis rey, padre y amigo;
Dilaciones dejad perjudiciales;
Que ya vuestro acertar está en el hierro,
Y en la mayor tardanza el mayor yerro.

«Y por ser estas causas tan urgentes,
No alego otras, que son asaz bastantes,
No os pido las promesas de valientes,
Ni las palabras que me distes antes,
Ni aquellos juramentos vehementes
Que hicistes de serme tan constantes
En armas, lealtad y en obediencia,
Cuanto al revés lo muestra la experiencia.

«Pues no sé yo por qué, vasallos míos,
En caso me ofendeis que así os destruye,
Y al bien que os quiero y busco dais desvíos
Por seguir todavía el mal que os huye;
Resucitar debieran vuestros bríos,
Si muerte eterna ya no los concluye,
Con solamente ver mis escuadrones
Llenos de varias gentes y naciones.

«Aquí militan fuertes africanos,
Que saben qué es lidiar desde la cuna;
Aquí los levantiscos otomanos
Asisten con su próspera fortuna;
Armados vienen ricos y lozanos,
Y traen consigo la creciente luna;
Gobiérnaos un Juicio peregrino,
Que es Dall, de cualquiera cargo dino.

«Si es bien quebrar palabra y juramento,
Negar fama y honor, rey, patria y vida,
Y empresa rehusar, cuyo momento
Naciones remotísimas convida,
Vosotros lo juzgad mudando intento,
O habed la nuestra gracia por perdida,
Y esta amonestacion por la postrera
De quien os ama, y vuestra enmienda espera.»

Leida aquella letra y divulgada
Por todo el Albayzin ocultamente,
Con lágrimas ardientes fué besada
Y mas que obedecida interiormente;
Ordenan que se haga una embajada,
Y con ella un riquísimo presente;
A lo cual se ofrecieron, atrevidos,
Veinticuatro mancebos escogidos.

Ciertos de la instruccion de la respuesta
Y cargados del rico don, partieron
En una noche horrible y tan molesta,
Cual ellos para el caso la escogieron,
Cuando á los rayos de la diosa honesta
Menos los del hermano esclarecieron,
Y mas la exhalacion caliginosa
A los astros cubrió su luz fogosa.

No sin trabajo, riesgo y aventura
Llegaron al que rey ellos decian,
El cual de vellos huelga, y con blandura
Les pregunta quién son y á qué venian.
Uno, á quien por mayor desenvoltura
Los otros veintitres se remitian,
«Vasallos, dijo, somos de tu alteza;
Venimos á servirte con firmeza.

«El Albayzin tus piés y manos besa,
Prostrados de rodillas por el suelo,
Y ofrece á tu réal servicio y mesa
Este brocado, plata y terciopelo;
Haciéndote seguro que lo pesa
Mucho mas de que vivas con recelo
De su fidelidad, que de haber sido
Sujeto á la miseria á que ha venido.

»Confiesan el extremo que ponderas
De sus fatigas y persecuciones,
Mas tambien te suplican que no quieras
Por ello condenar sus intenciones;
Antes de su allicion penosa inferas
Cuáles deben estar sus corazones,
Y valgan á lo menos sus tormentos
Para testigos de sus pensamientos.

»Así que, tu favor y ayuda imploran
Los hombres por ganar claro renombre,
Las mujeres te alaban y te adoran,
Y entienden que tu idea es mas que de hombre;
Hasta los simples niños cuando lloran
Se aplacan al sonido de tu nombre:
Toda edad, todo sexo, todo estado
Te reconoce y quiere en sumo grado.

»De suerte que no hay género de duda
En hacer y cumplir tu mandamiento;
Mas quieren sea de forma tal, que acuda
El suceso al deseo y pensamiento;
Y así, piden que hagas guerra cruda
Al de los Vélez, cuyo rompimiento
Será para dejar el paso llano
A todos los que tienes de tu mano.

»Porque si el rebelarse precediese,
Mas difícil la empresa te sería,
Dada materia á que se previniese
Ese que agora en vano se confia,
Y á que con mano armada se opusiese
La mayor parte del Andalucía;
De manera que, en vez de aprovecharte,
Viniésemos nosotros á dañarte.

»Agora, aunque arduo, fácil te es el hecho
Si juntas tu poder á dalle cima,
Y seguirás del honor y provecho,
Poder, reputacion, aumento, estima,
Pues no tan presto se verá deshecho
El campo del Marqués, que á nadie estima,
Cuando de Murcia, Málaga y Valencia
Te vengan á servir en competencia.»

Holgóse de Mahoma el decendiente
De oír en tal sazón tal embajada;
Loo el esfuerzo y aceptó el presente
De aquella juventud confederada;
A los cuales, por ser gallarda gente,
Señalar les mandó paga doblada,
Y que el consejo fuese luego junto
Para deliberar sobre aquel punto.

En él entraban el Zaguer su tío,
Que Abenjaguar ya entonces se decía,
Dali, los dos Partales y Berrio,
El Melitú y Curcuz el de Dalia,
El Garra y Almojajar el Rendó,
Que ya de secretario le servía,
El Habaqui sagaz, y otra caterva
No menos ambiciosa que proterva.

Don Fernando el Zaguer tomó la mano,
Como el que en todo fué voto primero,
Y dijo: «Tarde hoy que fuese sano
Al hombre persuadirse de ligero;
Mas tal negocio ocurre, que temprano
Manifieste lo claro y verdadero,
Con la ocasion y tiempo tan á punto,
Que en breve espacio pasa todo junto.

»De suerte que la cuerda providencia
Debe en los casos tales sin tardanza
Determinarse, y mientras dan licencia
El peligro y ventura en la balanza,
Porque puede cualquiera inadvertencia
Del bien al mal hacer presta mudanza,
Y perderse el vencer una batalla
Por el menor descuido que se halla.

»Tal es ¡oh capitanes valerosos!
El trance que en las manos hoy tenemos,
En quien de nuestros hados pladosos
La imagen clara al descubierto vemos;
Medios cumple dejar embarazosos,
Porque la cierta caza no espantemos;
Sigamos la fortuna que nos llama
Desde el excelso templo de la fama.

»Tened por conclusion definitiva
Que, roto el de los Vélez, todo sana,
Y que, domada su cerviz altiva,
Cualquier dificultad se nos allana;
Porque si el Albayzin del mundo priva
Luego tras esto la persona ufana
De ese hermano del Rey que está delante,
¿Qué fuerza contra nos será bastante?

»¿Quién osará, sobrino poderoso,
De los nuestros negarte el homenaje?
¿Qué rey moro ni turco estará ocioso
Desde el punto que sepa este mensaje?
Tiempo es este ¡oh senado religioso!
Para vengarnos del pasado ultraje:
Los hados nos convidan á ir tras ellos;
Tomemos la ocasion por los cabellos.»

Por todos fué aprobado de consuno
El resolutivo acuerdo deste viejo,
Y Abenhumeya, visto que ninguno
Contradecía, confirmó el consejo;
Loo el secreto amable y oportuno,
Y dijo ser de sabios el espejo,
Sin el cual los avisos son engaños,
Y los ardidés mismos propios daños.

Desmintió, como dicen, las espías,
Y á los que reportaron esta nueva
Quiso dar á entender que en muchos días
No piensa con Fajardo estar á prueba;
Y al punto mismo, por ocultas vías,
Dió á Dali comision para que mueva
Los pueblos que del rio de Almería
Habitan la ribera umbrosa y fría.

Los que al de Alboloduy y al de Almanzora
Beben tambien, por ser gente bizarra,
Mandó llamar, y en esa misma hora
Las villas convocó de la Alpujarra;
La turbamulta concurrió á deshora
Con ballesta, arcabuz y cimitarra;
Cuál con arma enastada se presenta,
Cuál desarmado el número acrecienta.

Tambien fueron llamados juntamente
Todos los capitanes divididos,
Con su determinada y fiera gente,
Probada ya en peligros conocidos;
Habaqui solo estaba antes presente,
Por haber sido de los escogidos
Habría un mes, como hombre industrioso
Para consejo y obras provechosos.

Mientras se preparaba con cuidado
Cuanto á la grave empresa convenia,
No pudo por algunos ser dudado
El fin que Abenhumeya pretendia;
En especial de un moro, que llagado
De amores fuertemente se sentia
Por una bella esclava que captiva
Con las banderas del de Vélez iba.

Este comprendió por conjeturas
Que la jornada á Verja se guiaba,
Lugar donde el Marqués á penas duras
Su ejército deshecho conservaba;
Bien que para probar mil aventuras
El ánimo invencible le bastaba,
Mayormente que estaba asegurado
De ilustres héroes que tenia á su lado.

De Terque allí se había antes venido
A impedir los socorros ordinarios
Que el africano reino descreído
Hacia á nuestros nuevos adversarios.
Habiendo el moro pues ya padecido
De ausencia y celos accidentes varios,
No osó fiar su crédito amoroso
Del suceso comun dificultoso.

Antes quiso, probando su ventura,
La vida despreciar que aborrecia,
Y clara muestra dar de su fe pura
A la que el pecho y alma le encendia;
Y así, al silencio de la noche oscura
Con un amigo aparte se desvia,
Y con voz baja, de sollozos llena,
Así le da noticia de su pena:

»No puedo ya encubrirte, caro amigo,
Ni puede ser por mí disimulado
El trabaje mal que anda conmigo,
Y hace mi vivir triste y penado,
Con tales asperezas, que te digo
Que tiene mi sentido enajenado;
Porque, si bien sintiese el mal que siento,
Su fuerza acabaría al sentimiento.

»Mas, aunque me transporta y me suspende
La inica fuerza del dolor extraño,
El alma sabe el fuego que la enciende,
Y reconoce en él su grave daño;
Amor me hace guerra, amor me ofende,
Si amor se ha de llamar rigor tamaño;
Mas sin duda es amor, pues yo lo quiero
Y adoro aquella causa por que muero.

»Captivo he sido y soy de una captiva,
Que libre conocí en esta montaña,
Hermosa mas que el sol, y mas esquivo
Que el mismo desamor envuelto en saña;
Sorda á mis quejas, dura y fugitiva
A mi digna esperanza y fe tamaño,
Puesto que en sus desdenes se excusaba
Con decir y jurar que no la amaba,

»Prometile de amalla y de servilla
Con tal perseverancia, que tuviese
Algun tiempo de mi justa mancilla,
Si ya otro galardón no mereciese;
Mas la guerra, que á tantos amancilla,
La hizo de cristianos interesee,
Y á mi triste dejó en estos enojos,
Ajeno de la gloria de sus ojos.

»El gran planeta Delio ha discurrido
De grado en grado por un signo entero,
Y su querida hermana parecido
Entres formas al Artico hemisfero,
Después que, de mi bien desposeído,
Entre celos y ausencia desespero,
Y agora soy llegado á mas extremo,
Forzado del temor de lo que temo.

»Porque esta nueva máquina y genio,
Cuyo fin y disignio se nos calla,
El rey nuestro la ordena, yo lo fio,
Para dar á Fajardo la batalla;
La cual habrá de ser en daño mio,
Y debo en todo caso no esperalla,
Pues cuando fuese cierta la victoria,
Tambien lo es otra vez perder mi gloria.

»Piérdola si por varios accidentes
Fuese de allí mi diosa transportada,
O si, cual suele, en sangre de inocentes
En ella se manchase vil espada;
Sin estos, hay cien mil inconvenientes;
Y aunque de todos fuese reservada,
Si vivo no podré ya merecilla,
Si muero no dirá que fué por ella.

»Pues para que en hallarla mas se acierte,
O para que en perderla mas se gane,
Yo pienso ir á buscarla en vida ó muerte,
Porque mi fe con obras mas se ufane;
Que no será su condicion tan fuerte,
Que con tan clara prueba no se humane,
O para enriquecer la vida mia
O llorar mi fatal postrimeria.

»Dicen que un tracio rey, de amor doliente,
Osó bajar con endechoso canto
Al mundo oscuro de la triste gente,
Y visitar el reino del quebranto,
Donde la llama de su pecho ardiente
Los dioses del profundo movió tanto
A tierna compasion, que fué admitido
Su ruego, y aunque extraño, concedido.

»Tambien se cuenta que en la antigua Abido
Hubo un mancebo que, en amor ardiendo,
Osó pasar el mar embravecido,
Con piés y brazos el camino abriendo;
Y no fué su osadía afan perdido,
Ni poco el bien que allí ganó muriendo,
Pues en las aguas dió fin á su llama,
Y principios dichosos á su fama.»

PE-II.

El moro á decir mas se apercebia,
Si no le interrumpiera, respondiendo,
El otro que atentísimo le oía,
Y comenzó á hablarle, así diciendo:
«No pierdas tiempo en mas filosofia;
Tu mal conozco, tu intencion entiendo,
Y sé á mi costa bien por experiencia,
Cuán mal sufre consejo esta dolencia.

»Bien sé, amigo, que amor es un abismo
De que difícilmente el hombre sale;
Amor no quiere ley, porque es él mismo
La ley mas fuerte que en el reino vale;
Pensar hallarle cura es barbarismo,
Sin que del tiempo ó la ocasion resbale;
Veneno helado y fuego es juntamente.
¡Cuitada de la vida que lo siente!

»Mas ya que ajeno esté el franco albedrío
De hallar su remedio así temprano,
A lo menos corria el desvario,
Si templar el dolor no está en su mano;
No te pido yo agora ni porfio
Que duermas y descanses como sano,
Solo por lo que debo, te amonesto
Que mudes en mejor el prosupuesto.—

No estoy, le replicó, para escucharte,
Aunque agradezco tu piadoso celo,
Ni te he llamado aqui por preguntarte
La forma de aliviar mi desconuelo,
Mas solo á despedirme y á informarte
De que contra mi rey no me rebelo,
Ni huyo de su campo por cobarde
Cuando el bullicio de las armas ardo.

»Yo voy como lo ordena mi planeta,
No á rendir mi persona á los cristianos,
Que alfange llevo al lado y escopeta
Al hombro, y sé mandar entrambas manos;
A Verja llegaré cuando se meta
El sol en los confines oceános,
Y con la escuridad mas oportuna
Experiencia haré de mi fortuna.

»Lidiando cuerpo á cuerpo con alguno
Que salga codicioso ó desmandado,
Y si por suerte fuere mas que uno,
Si tres no son, haré como esforzado;
Si sobreviene número importuno,
Procuraré ponerme en escampado,
Hasta haber á las manos algun hombre
Que fuera de su grado me dé el nombre.

»Y así, entraré con riesgo y con fatiga,
Puesto que el castellano bien profiero,
Para que entienda claro mi enemiga
Con cuán ardiente amor la adoro y quiero,
Y porque sus pisadas mejor siga,
Valdréme de un amigo prisionero,
Que está allí padeciendo servidumbre,
Y me dará de todo entera lumbre.

»Haré, en fin, si la vida me durare,
Cómo comparecer en su presencia;
Guíeme el hado como me guiare,
Abra el camino ó haga resistencia;
Que yo parto sin duda en que repare
Al lugar que me obliga mi influencia;
Y no te admires tú, pues otras cosas
Se van con mas razon maravillosas.

»Aprémianse las sombras infernales
Con voces á conjuro reducidas,
Y vienen á los cercos y señales
Desde el buerco amarillo compelidas;
Entre las piedras, aves y animales
Cosas veras, que, á ser no mas que oidas,
Por imposibles todas se juzgaran,
Aunque graves autores las contarán.

»Al fuerte acero atrae la calamita,
Y en el aire escombrado lo suspende;
El ave celebrada y exquisita
Para darse la muerte el fuego enciendo;
La comadreja tiembla, salta y grita
Delante del vil sapo que la atiende
Con boca abierta, y ella con tristura
Se lanza por allí á la sepultura.

4

»¿Qué me dirás del que en el mar perece,
Si pudo en tierra estar rico y honrado;
Y qué del avariento que carece
Del bien que en su poder está sobrado;
Y qué del que en palacio se envejece,
Pudiendo vivir libre y descansado,
Que, adorando la cárcel y cadena,
Niega su voluntad por el ajena?

»Ejemplos infinitos te alegara
Si ya no me acusara la partida:
Todo al fin se concluye, todo para
En alguna extrañeza no entendida;
Siga pues cada cual por arte rara
Aquellos á que su gusto le convida,
O la secreta fuerza de su estrella,
Que Zaidé solo sigue á Haxa bella.»

Tan atónito el otro infiel se puso
Al segundo coloquio, que á mancilla,
No supo si moverse de confuso,
Como después contó por maravilla,
Y dijo que á su arenga así repuso:
«Pues vas á procurar tan gran rencilla,
Procurate valer de tales modos,
Que no pierdas á tí dañando á todos.»

En tanto al de los Vélez admiraba
Ver que del enemigo no tenía
Alguna nueva, aunque la procuraba
Con la eficacia que se requería;
Visto el silencio en que la tierra estaba,
«¿Qué calma será aquesta? dijo un día;
Si en el mar me hallara á estas sazones,
Dijera que criaban alcionés.»

Y así, mandó salir de á pié y caballo
Algunos que corriesen por la tierra,
Aunque solía siempre rehusallo
Por evitar desórdenes de guerra,
Y prometió de bien recompensallo,
Si le trujesen viva de la sierra
Persona, de quien lengua se tomase
Para saber aquello que importase.

Yendo pues apartados del camino
Que va á Almería cuatro compañeros,
Atalayando el campo con buen timo,
Como suelen solícitos moneros,
Vieron venir un hombre sarracino
Por entre dos altísimos oteros,
Y en ese mismo instante se abatieron,
Y á lo espeso del monte se metieron.

Cual suelen en sus conchas encogerse
Las tortugas, mas sanas que hermosas,
Y los erizos mustios envolverse
En las agrestes pieles espinosas,
Fueron aquellos prontos á embeberse;
Y tomando paradas provechosas,
Quedaron tan quietos y callados
Como si en piedras fueran transformados.

Por entre rama y rama uno acechaba
Al moro inadvertido que venía,
Aunque de trecho en trecho se paraba,
Y el sitio al derredor reconocía;
Mas la cuadrilla que encubierta estaba
El regocijo apenas encubría,
Porque con los alegres sobresaltos
Les dan los corazones recios saltos.

Cuando tanto se entró el incauto moro,
Que escaparse por piés ya no pudiera,
A él arremetieron como á toro
Lebreses bravos dentro en la barrera,
Diciendo: «Date, perro; date, loro,
Si no quieres sentir la muerte fiera.»
El respondió con denodado brío:
«Mal puedo darne yo no siendo mio.»

Y de un salto arrinándose á una roca,
El arcabuz fogoso armado encara;
La diestra osada el muelle blando toca;
La piedra enciende y el cañon dispara;
Y no se tuvo por ventura poca
Que el tiro alguna vida no costara:
Dos halas escupió, cuyo zumbido
A mas de dos allí habló al oído.

Los nuestros, despechados y corridos,
Estuvieron á pique de matalle;
Mas, del orden expreso compelidos,
No pretendieron mas que captivalle;
Y visto que con fieros atrevidos
Con la espada emprendió hacerse calle,
Tiráronle á los piés, y con sospiro
Arrodilló, herido al primer tiro.

El plomo le rompió por la juntura
De la pierna y el pié, lugar sensible;
Mas no quedó por eso la figura
Menos determinada ni terrible,
Y con mayor esfuerzo que cordura
Tentaba todavía lo imposible,
Mostrándose rebelde y obstinado
Hasta después que estuvo aprisionado.

Alegres de la presa los soldados,
Llevaron al Marqués el prisionero,
Que pareció ser Zaidé, á quien cuidados
De amor le sometieron á tal fuero,
Con pasos para él bien excusados;
Que á Haxa había traspuesto un caballero;
Mas útiles al fin que se previno
De tomar la noticia que convino.

Porque, después del agua y los cordeles,
Y haber negado siempre en la garrucha,
No pudo tolerar brasas crueles;
Y así quedó rendido desta lucha,
Confesando que el campo de infieles
Con grande prevencion y fuerza mucha
Para asaltar á Verja se aprestaba,
Puesto que Abenhumeya lo ocultaba.

Dijo tambien que los embajadores
Del Albayzin así lo habían pedido,
Y otros muchos indicios no menores,
Para poder en todo ser creído.
Nunca al bravo Marqués nuevas mejores
Ni tales le llegaron al oído;
Porque entendió, como después le avino,
Que el cielo por allí le abría el camino.

Llamó á consejo, al cual vino don Diego
De Leyva, hijo del que á los franceses
Domó el orgullo peligroso y ciego,
Los muros conservando milaneses;
Aquel que fué de Marte vivo fuego,
Sin ver de la fortuna los reveses;
Mas era en sus victorias poca parte,
Ganadas á poder de esfuerzo y arte.

Don Diego con don Juan, hijo y hermano
Del buen Marqués, tambien bravos soldados,
Vinieron llenos de un acuerdo sano,
Cuanto á fama ganar determinados;
Allí don Bernardino el cortesano,
De los Mendozas finos y apurados,
Mostraba con valor grave y entero
Que de los de Coruña era heredero.

Otros ni mas ni menos concurrieron;
Y juntos todos ante el viejo claro,
Sobre el propuesto caso confrieron
Con un discurso generoso y raro.
Los pareceres algo difirieron
En pocas circunstancias que no aclaró,
Mas en substancia todos concordaron,
Y al mismo blanco y fin se enderezaron.

»Entonces el caudillo valeroso
Les dijo aquesto en voz grave y severa:
«Hacedme; ¡oh caballeros! tan dichoso
Con vuestra virtud cierta y verdadera,
Que entiendo que ella capitan famoso
En infinitos siglos me hiciera,
Sin otras causas: tan conformes veo
Vuestra resolucion y mi deseo.

»En cuanto asegurais el vencimiento,
Yo, señores, tambien os le aseguro,
Pues de gloria cercáis mi pensamiento,
Y mi esperar de diamantino muro;
Mas, en cuanto al ardid y fundamento
De que se debe usar por mas seguro,
Aquello propondré que se me ofrece;
Y póngase en efeto, si os parece.

»Abenhumeya, en cuanto á lo primero,
Piensa venir secreto y encubierto,
De donde necesariamente inquiero
Que al despuntar del alba será cierto,
Por mas que con su ejército ligero
Quiera marchar apriesa y sin concierto,
Pues la disposicion y la distancia
Del sitio lo requiere y la importancia.

»Y pues que picas ni caballos tiene
Para oponerse á mi caballería,
Claro está que en el pueblo le conviene
Darnos asalto con su infantería;
Por tanto, pues el tiempo nos previene,
Contravengamos á su fantasía
Con el remedio que mejor responde,
Y conforme á este, cuándo, como y dónde.

»Halle libres y francas las entradas,
Y cerradas del todo las salidas;
Las calles que á las plazas van guiadas
Atájense con tapias bien fornidas,
Si no fueren las dos mas frecuentadas,
Mas anchas, mas derechas y seguídas,
Donde estarán á punto arcabuceros
Por las ventanas, puertas y agujeros.

»Y vos, don Diego, amado hijo mio,
Con la caballería ejercitada
Estaréis bien en orden, cual confío,
Al rededor aquí de mi posada;
No haya portillo del lugar vacío;
La guardia en cada uno esté doblada
En este medio, y tanto se desvelen,
Que aun del salir las aves se recelen.

»Haya custodia grande y vigilancia
Con todos los esclavos prisioneros,
Visitándolos siempre con instancia
Como en el mar se hace á los remeros:
Con estas prevenciones, en substancia
Me parece, valientes caballeros,
Que, no solo los moros esperemos,
Pero que su venida deseemos.»

Todo aquel escogido ayuntamiento,
Unánime, resuelto y persuadido,
Aprobó del sagaz razonamiento
El orden, las palabras y el sentido,
Las conjeturas, cuyo fundamento
Era cierto, infalible y definido;
Y así, todos tomaron el cuidado
De poner en efecto lo acordado.

CANTO X.

El recitillo pone en ejecucion el designio de Verja y vuelve des-
bratado. Don Diego de Leyva combate cuerpo á cuerpo con un
valiente tarco, y le vence y mata. El señor don Juan manda á
don Antonio de Luna que vaya á las Albuñuelas. Arrendáte mata
al capitan Céspedes el fuerte.

Piensen algunos poco sabiamente
Que está en la multitud de los soldados
De las armas el uso preeminente
Y los hechos en ella señalados,
Midiendo por el número de gente
El valor de los campos afrontados.
Temerario juzgar, falsa medida,
De la experiencia misma convencida.

A Grecia baja el otro rey persiano
Con sus copiosas huestes á millones;
El monte que pretende hace llano;
Agota rios, tala mil regiones,
Y venido á apurarse el fausto vano,
Una pequeña suma de varones
Le hace que cual humo se resuelva,
Y que vencido, con vergüenza vuelva.

Del reino estrecho sale el macedonio
Con su ejército pobre y moderado,
Dándole su virtud por testimonio
De que será después remunerado,
Y priva de su ceptro y patrimonio
Al rey del mundo mas ventajado,
Igualando con obras y trofeos
El sublime volar de sus deseos.

De ejemplos hay escripta larga suma,
Que autores fidedignos testifican;
Mas, si tal vez la fama y tal la pluma
Los casos memorables amplifican,
Estémos, para que esto se resuma,
A causas ciertas que lo verifican,
Y verás que acaso no sucede,
Sabida la razon de que procede.

El sitio, la ocasion y la destreza,
El orden, el ardid que se adelanta,
Y aquel orgullo ufano y altiveza
Que á no temer los ánimos levanta,
Eugendra confusion, causa tristeza,
Ofende, desanima, turba, espanta
Al número contrario que pelea
Desnudo desto, por mayor que sea.

Y como á tantos miembros y sentidos
De que un humano cuerpo está compuesto,
Tiene sus ministerios repartidos
Un alma, que es su forma y presupuesto;
Así da á los ejércitos unidos
Solo un caudillo el ser, y segun esto,
Aquel de Verja, de quien lo es Fajardo,
¿Cómo podrá dejar de ser gallardo?

Seis veces había el mundo el sol ceñido
Del indo Ganges á la hesperia arena,
Y seis el firmamento ha parecido
Sobre la noche oscura de horror llena,
Después que nuestro bando prevenido
Esperaba la furia sarracena,
Acrecentando mas con su tardanza
La fuerza del deseo y confianza.

Sétima vez el coro luminoso
Volaba con sus ruedas estrelladas,
Y ya Bobotes, aunque perezoso,
Tenia tres partes de su cerco andadas,
Cuando el tirano bravo y orgulloso
Se puso con sus gentes congregadas
A vista del lugar, que imaginaba
Tan descuidado cuanto deseaba.

El orden que traía de combate
Era que el pueblo en torno se ciñese,
Y que á Dali, Pocon y el Arrendate
Las mangas prolongar perteneciese,
Hasta que, juntas ambas al remate,
El círculo cabal se compusiese,
Y en él cuatro escuadrones en batalla
Que pareciesen torres y muralla.

La retaguardia, no como caudillo,
Mas como rey con su guion delante
Le plugo de guiar, sobre un morcillo
A dos especies algo semejante:
Sembrado á trechos de oro de martillo
Vestido trae de púrpura triunfante;
En su mano un baston por mas decoro,
De ébano liso con remates de oro.

La vanguardia, á Mojájar comitida,
Llevaba comision de entrar derecha
Hasta la casa del Marqués sabida,
Y comenzar allí la lid estrecha,
Para que la otra gente repartida
Se lance dentro, sin quedar deshecha
La retaguardia, que se guarda entera
Por cuerpo de batalla desde fuera.

Ya Mojájar á paso acelerado
Entra por el presidio que mas vela.
No deja el moro de ir maravillado
De no dar con alguna centinela;
Siente luego del cáñamo inflamado
Olor y humo, y cuando se recela,
Al punto se descubre el desengaño
Con la experiencia de notable daño.

A un tiempo comenzó á jugar apriesa
Por todos lados la arcabuceria;
Hiere de cerca, y de matar no cesa
La morisma, que mal se defendía,
Como suele caer la piedra espesa
Que cliezo arroja de la nube fría,
Quitando la esperanza á labradores
De las mieses, los pámpanos y flores.

Al estruendo y tropel que dentro suena
Corren los escuadrones circunstantes;
Mas luego su veloz carrera enfrena
La fuerza de las tapias importantes;
Los que vienen atrás con ansia y pena
Impelen recio á los que llegan antes;
Quieren volver atrás los delanteros,
Y también se lo vedan los postreros.

Y así, enfrascados en su desvarío,
Están cual suele en la fortuna insana
Entre las ondas el veloz navío
Que combaten lebeche y tramontana;
Mientras aquí con intricado brio
Para mayor necesidad se afana,
Mojájar se retira á la campaña,
Muerta toda la mas de su compañía.

Llegó á su rey perdido y destrozado;
Y los demás también, cuando pudieron
Salir del labirinto porfiado,
Al mismo batallón se recogieron.
«No es pueblo este dormido y descuidado,
No es plaza esta sin gente, le dijeron;
Armas en él y máquinas de guerra
Lluven del cielo y manan de la tierra.»

En esto el ronco son de la trompeta
«Al arma, al arma,» dijo clamoroso,
Cuando, pisando sangre mahometa,
Sale el cristiano bando tan furioso,
Que no lleva mas priesa la saeta
Impelida del brazo poderoso,
Ni los neblis con mas ligero vuelo
La garza siguen que se amonta al cielo.

Vestido va el Marqués de fino acero,
Al espantoso Marte semejante,
Porque es su corazón de león fiero,
Y su estatura de feroz gigante,
Su adarga parecia un muro entero,
Y el asta de su lanza era bastante,
Si no á ser mástil, á servir de entena,
Puesto que la blandia muy sin pena.

Armado en campo Abenhumeya atiende,
Rodeado de número infinito;
El sol parece que el negocio entiende
Y quiere ser testigo del conflicto:
Que ya el oriente azul de rojo enciende,
Ya alista el carro bello y exquisito,
Y del mar sus caballos alentados,
Los cuellos levantaban rociados.

Al primer resplandor de la luz nueva
Se trabó la encendida atroz batalla.
No es allí de momento el peto á prueba;
De poco sirve la acerina malla;
Porque apenas se ve quien no se atreva
A dar muerte al contrario, y esperalla,
Rompiendo las defensas y embarazos,
Si es menester, á fuerza de los brazos.

Resuenan los fogosos torbellinos
De la terrible pólvora inflamada,
Las cajas, las trompetas, los continos
Botes de lanza y golpes de la espada;
Retiembla el centro y montes convecinos,
Crece la ardiente furia, y la pesada
Noche del sueño lánguido y profundo
A muchos priva de la luz del mundo.

Nuestros jinetes pasan y atropellan,
Aquí y allí por medio de agarenos,
Y tanto la altiveza les domellan,
Que viene á mas andar su orgullo á menos;
Rompen, destrozan, despedazan, mellan,
Terribles y veloces como truenos,
Abriendo en el furor de la contienda
Por la enemiga sangre larga senda.

¿Quién bastará á contar, Marqués osado,
El ánimo y ardid con que este día
De digno general y de soldado
Mezclaste la prudencia y bizarría?
Muley Hamida, moro señalado,
Solo en ver que eras tú quien le hería,
Conhortado dió el alma, aunque en eterno
Estará arrepentido en el infierno.

¿Quién bastará á explicar cual se requiere
De tu valiente hijo y fuerte hermano
El precio del valor que los prefere
A cuanto encarecer puede mi mano?
Si mi estilo pudiera lo que quiere,
A ti subiera al cielo soberano,
Don Bernardino Juarez de Mendoza,
Por quien tanta morisma se destroza.

Cual deja el escuadrón aporillado
La furia del trabuco ó culebrina,
O cual pasa rompiendo el duro arado
Entre las yerbecillas que camina,
Tal en el bando ciego rebelado
Se mostraba la furia mendocina,
Haciendo con vigor fiero y terrible
Cuanto á la fuerza y ánimo es posible.

Con el heróico Leyva había salido,
Y solos ocho honrados escuderos,
Por un lado que estaba guarnecido
De mas de tres mil bárbaros guerreros;
Mas, como la fortuna ha prometido
Salvar de la osadía los aceros,
Previno al caso del peligro extraño
Cegando á los moriscos con engaño.

Y fué, que muchas lanzas que se van
A diferentes partes aplicadas
Cuyos dueños traspuestos encubrían
Ciertas paredes poco levantadas,
Contra sí imaginaron que venían
Y temen las que ven ensangrentadas,
Tan á su costa, que en el mismo punto
Piensan que los contrasta el mundo junto.

¿Qué mas diré sino que se adelanta
Así el valor de nuestra gente poca,
Que ya la multitud, aunque era tanta,
Conoce claro que el perder le toca;
Como el cuchillo siente á la garganta
El reyecillo, no á Mahoma invoca,
Antes lo acusa, arguye y lo blasfema
Con palabras de enojo y de postema.

La retirada ve ser tan odiosa,
Que el alma se le arranca de pensalla;
Por otra parte mira la espantosa
Ruina que le ofrece la batalla;
Así que, entre Caribdis peligrosa
Y Scila esquivo, á tal sazón se halla,
Maldiciendo su estrella ténica y dura,
Pobre de acuerdo y falto de ventura.

Llegó en esta sazón su anciano tío
En una yegua rucia y albeñada,
Envuelto en roja sangre y sudor frío,
Herido el pecho de mortal lanzada,
Y dijo: «No estés, sobrino mío,
Mas tiempo en esta lid desventurada.
Salvemos lo que resta del estrago
Deste infelice día y aciago.

»Hoy se nos muestra mal propicio el cielo
De nuestro antecesor; hoy se declara
Contra nosotros el rigor del cielo,
La frágil fe de la fortuna avara;
Gran copia de los tuyos cubre el suelo,
A quien la dulce vida desampara,
Y nuestros enemigos capitales
No parece que son hombres mortales.

»Por toda la batalla he discurrido
Haciendo oficio de mayor sargento,
Y he visto que Dalí, cual yo, herido,
Apenas goza del vital aliento.
Al valiente Arrendate vi caído;
Mas este á la verdad, aunque sangriento,
Pienso debiera estallo de la ajena,
Segun se levantó después sin pena.

»Vi los Partales fuertes y animosos
Su gente rota apellidar en vano,
Y vi que muchos della tan odiosos
Se rinden al rigor del hado insano,
Que siendo del morir que están medrosos
Remedio el pelear, templa la mano
En esta confusion de ser defensa
Al mismo pecho que recibe ofensa.»

Abenhumeya, lleno ya de enojos,
Al Zaguer le responde: «Estoy contigo,
Pues tan á mi pesar por vista de ojos
Soy desta mala andanza buen testigo;
Sigamos de fortuna los antojos,
Y el norte de mi estrella, que maldigo;
Pase la voz que á recoger mandamos:
Tocad; alto! sus! presto! ¿qué tardamos?»

Apenas llegó el son á los oídos,
Cuando el morisco bando se retira,
Sin mostrar por los muertos y heridos
Congoja, compasion, venganza ni ira;
Tales van como tordos esparcidos
Después que en banda el arcabuz les tira,
Y tales quedan otros como aquellos
Que el plomo entresacó de en medio dellos.

De los nuestros la parte menos buena
Al despojo se abate presurosa,
La otra sigue el bien que mejor suena,
Que es la victoria y su demanda honrosa.
Mas ya por el sagaz Marqués se ordena
Cese el alcance, y es muy justa cosa,
Porque á quien huye á veces mal se alcanza,
Y puede al mudar sitio haber mudanza.

Los moros pues vencidos van huyendo;
Vuelven á reposar los vencedores:
Solo don Diego un turco va siguiendo
Que en suerte le tocó de los mejores.
El de Leyva es aquel que estoy diciendo,
Señalado en las veras y primores;
Ismento Escandieria era el pagano,
Tenido por fortísimo otomano.

De solos quince ó veinte de caballo
Que el Rey traía por colaterales,
Este era el uno, y digno de alaballo
Entre los sarracinos principales;
Don Diego iba ya cerca de alcanzallo,
Diciendo en alta voz palabras tales:
«Espera, turco, espera, aguarda, aguarda;
Un hombre solo soy; ¿quién te acobarda?»

«Detente, que no es cosa permitida
Haber venido tú desde el Oriente,
A pensarte valer de la huida
Cuando mas te conviene ser valiente;
Y si tanto amor tienes á la vida,
Que pretendes salvalla infamemente,
Mejor la conservarás en tu tierra,
Que no pasando á España á buscar guerra.»

El turco, que era experto en aljamia
La cabeza volvió, y después la rienda,
Y visto que otro alguno no venia,
Aceptó cuerpo á cuerpo la contienda,
Diciendo: «¡Oh tú, cristiano, que este día
Me has perseguido por tan larga senda,
No me retes de infame y vil flaqueza,
Que ya alabado fui de fortaleza.»

«No vine yo á perder honor á España,
Ni salvarme huyendo es hoy mi intento;
No suelo yo temer de uno la saña,
Aunque tenga el valor que de ti siento,
Antes para contigo usar de maña
Te truje á este remoto apartamiento,
Donde de bueno á bueno en la pelea
Se entienda cuál mejor de los dos sea.»

Esto dicho, lanzadas se tiraron
Firmes y recogidos en las sillas;
Las astas en los petos se quebraron;
Saltaron por el aire las astillas;
Al punto las espadas desnudaron,
Mostrando de su esfuerzo maravillas;
Las adargas les sirven de rodela,
Y á cada cual su brio pone espuelas.

Tiranse golpes con violencia esquiva;
Suena el metal herido con presteza;
Bien como cuando vuelto en brasa viva
El hierro, y ablandada su dureza,
Resuena sobre el yunque en que restriba
Del duro martillar la fortaleza,
Y prosiguiendo el órden comenzado,
No cesa aquel batir continuado.

Estando pues así la lid trabada,
Un altibajo descargó don Diego;
El turco, la cabeza desarmada,
Atrás retira presto mas que el fuego;
Mas al bajar la fiera cuchillada,
Hizo al caballo del un ojo ciego;
Huye, con el dolor, de la contienda,
Sin mas obedecer mano ni rienda.

El gallardo español apriesa bate
Con herrado talon la blanda ijada
De su caballo, y «dátame á rescate,
Al turco dice, ó vuelve á la estacada.»
El respondiendo: «Desto no se trate,
Saltó en el suelo, y dijo: «Si te agrada,
Aquí do estoy me atrevo á sustentallo,
Que valgo mas á pié que tú á caballo.»

«Mientes, le replicó Leyva indignado,
Y yo haré que tú lo digas mismo,
Primero que tu espíritu dañado
Ese consuelo lleve al hondo abismo,
De que, en alguna cosa aventajado,
Sino fué en armas de mi fe y bapitismo,
Mi brazo te venció; y así, pronuncio
Mi intento, y mi caballo te renuncio.»

El turco no le acepta, y á una mata
De rienda atado al vencedor se aplica;
Ya pues de condiciones no se trata;
Nada se dice mas ni se replica;
La cólera sus pechos arrebató;
La contencion sus fuerzas multiplica;
El uno para el otro arremetieron,
Y el memorable duelo prosiguieron.

Era de cada cual el pecho fuerte,
Ágil y vigorosa la persona;
Mas el peligro de la instante muerte
Y la esperanza de triunfal corona
Sus corazones instigó de suerte,
Que están suspensos Marte con Belona
En juzgar sobre aquella diferencia;
Y así, dura neutral la gran pendencia.

Ya andaban por el suelo las adargas,
Hechas pedazos del cortar furioso,
Como si fueran delicadas sargas
O papel de secreto peligroso;
Las gruesas gotas de sudor y amargas,
El corto aliento y anhelar penoso
Eran indicios del trabajo horrible
De aquel par de guerreros invencible.

Demás desto, las piernas les temblaban,
Crujíanles apriesa las canillas,
Pero los fuertes brazos no cesaban
De alimentar las ásperas rencillas:
En tal estado aquel y aqueste estaban,
Cuando el turco se prostra de rodillas,
La izquierda digo, que hincó en la tierra,
Investigando nuevo ardid de guerra.

Don Diego á manteniendo un golpe tira
Sobre el corvado cuerpo del pagano;
El le repara, y un revés le gira
Por bajo con furor tan inhumano,
Que consiguiera el premio de su ira
Si la propicia suerte del cristiano
No prefiriera allí su ligereza
A la otomana rabia y su presteza.

Saltó en el aire el diestro caballero,
Pasó el contrario alfange sin efeto,
Mas al bajar á su lugar primero
Y al enbestarse el falso Mahometo,
Un tajo le alcanzó terrible y fiero
Que le hiciera visitar á Aleto,
Si los dobles del turban largo
El golpe no tomaran á su cargo.

Mas con todo quedó del aturrido,
Y dió algunos traspiés desconcertados.
En esto Leyva con valor crecido,
Atenta vista y pasos denodados,
Cerró con el contrario descreído,
De manera que en lucha ya trabados,
Se renovó la brava competencia
Con el último extremo de potencia.

Tales eran sus ímpetus violentos,
Tal la pujanza y voltear contino;
Cual suele al duro encuentro de los vientos
Revolverse el oscuro remolino;
Tuércese entre los soplos turbulentos
El seco polvo, y busca otro camino,
Suenan en la tierra su voluble centro,
La cima va á las nubes al encuentro.

Estando en esto la neutral porfía,
Al scita levantó el varón de España
Alto del suelo, y él se apercebía
Para caer de pies, de aviso y maña;
Las piernas cual compás tendido abría,
Los brazos apretando con mas saña;
Don Diego quiere dar con él al traste;
El turco resistir aquel contraste.

Sobre el siniestro acometió el cristiano
A dar la vuelta, el turco al pié derecho
Hace puntal, don Diego á la otra mano
Carga al instante con furioso pecho,
Y trabuca el fierísimo pagano;
De suerte que midió, aunque á su despecho,
Con su robusto cuerpo y estatura
Justo el tamaño de su sepultura.

Estremeciósse el suelo del gran peso
Y golpe desigual de la caída;
Don Diego, dice: «Dátame por preso,
Si quieres no perder aquí la vida.»
Ismenio le responde: «No de seso
Carezco, aunque Mahoma así me olvida,
Para que deba yo aceptar mendigo
La vida que me ofrece mi enemigo.

»Si vivo Alá por dicha me quisiera,
Nunca tu fuerza contra mí bastara;
No quiero vida pues tan lastimera,
No me contenta libertad tan cara.»
Mientras hablando así se desespera
El infiel, con ansia y trisca rara
Procura de salir de aquel estrecho,
Moviendo brazos, piernas, cuello y pecho.

Como suele la sierpe ponzoñosa
En las uñas del águila enclavada
Torcerse y retorcerse presurosa,
Del dolor y la ira atormentada,
Mas el ave real y generosa
Tiénela siempre firme y aferrada,
Y con el corvo pico la destruye,
La muerde, la apedaza y la concluye;

Así el protervo scita se revuelve,
Y así lo oprime el bravo caballero,
Hasta que ya en efeto se resuelve
De enviar la triste alma al Cancerbero;
En la enemiga sangre turca envuelve
De su luciente daga el terso acero;
La rebelde cerviz por la herida
Lanzó un gemir rabioso con la vida.

Muerto queda en el campo el animoso
Ismenio, y vencedor don Diego sale;
Cabalga en su caballo, y muy gozoso
A Verja torna, do el placer mas vale;
Al verse en buena guerra victorioso,
No hay en la tierra gloria que se iguale;
Y así, el Marqués y toda su compañía
Participaban de alegría extraña.

Sabido el felicísimo suceso,
Loó su alteza el hecho y los ardides,
Y trató de hacer el campo grueso
Del marqués de los Vélez, nuevo Alcides;
Puso con dos mil hombres al profuso
Soldado don Rodrigo Benavides,
En guarda de Guadix; y así, camina
A Órgiva Francisco de Molina.

A su órden llevó cinco banderas,
Y al Mendoza, dejado el cargo de antes,
Se le manda que lleve á las riberas
Do está el de Vélez cuatro mil infantes
Y tres condutas listas y ligeras
De caballos jineteros importantes;
Por otra parte trujo el de Castilla,
El tercio de don Pedro de Padilla.

En Adra aquella masa se hacía,
Donde el de Leyva echó también en tierra
La catalana gente que traía,
Acaudillada de antiquesa sierra;
Mil y quinientos hombres este guía
Que vienen á servir en esta guerra
Porque el Rey les perdone desafueros
De haber gran tiempo sido bandoleros.

Llegó Lorenzo Téllez, lusitano,
El de Silva, marqués de la Fabara,
Dejando de valor mayor que humano
Hecha prueba primero que llegara;
Por medio del poder mahometano
Atravesó con advertencia rara
Desde los granadinos fundamentos,
Los suyos no llegando á setecientos.

Mientras aquí el ejército se auna,
Abenhumeya su poder rebace;
Convalece Dalf de la importuna
Herida, y el Zaguer difunto yace;
De cuyo fin no muestra pena alguna,
Antes indicios da que dél le place
Aquel ingrato pecho del sobrino
Que tanto el viejo triste amó contino.

La causa deste desconocimiento
Dicen que fué heredalle la hacienda;
Mas quien con viva luz de entendimiento
Penetra deste mundo la vivienda,
Verá que de los hombres el talento
Corre á la ingratitud á suelta rienda,
Y que la paga del mayor servicio
Es odio, por negar el beneficio.

Ya volvian los moros capitanes
A correr el país como primero,
Causando desta suerte mas desmanes
Que cuando el campo todo estuvo entero;
Mas porque la cosecha de los panes
Les defendiese un alto caballero,
Ilustre en sangre, en armas escogido,
Su alteza de nombriallo fué servido.

Don Antonio de Luna fué al remate
Capaz sugeto destas condiciones;
La vuelta va del valle á do Arrendate
Andaba con armados escuadrones;
En el Padul, en Dúlcár y en Tablate
Cobraron nuestras flacas guarniciones
Con la venida suya nuevo brio,
Contra el abenhumeyo poderio.

Con mil de pié y docientos de caballo
Por el secreto de la noche oscura
Marchado habia, cuando sin pensallo
El sol manifestaba su luz pura;
Negocio que debiera rehusallo
Para mejor gozar la coyuntura,
Y dar á los contrarios el asalto
Con no esperado y recio sobresalto.

Estaban los perversos rebelados
Puestos en arma ya, y en cobro puestas
Familias y haciendas y ganados
Entre lo mas fragoso de las cuestras;
No embargante lo cual, nuestros soldados
Con piés ligeros y con manos prestas,
Segun les daba su coraje espuelas,
Llegaron á quemar las Albuñuelas.

Es lugar en tres barrios dividido,
Que á la gran falda están de la montaña,
En la entrada del valle abastecido,
Su gente es belicosa, y tan extraña,
Que no pudo domalla sin partido
El poderoso vencedor de España,
Después que con asedio tan contino
Sujetó el ancho reino granadino.

Los hombres son, demás de ser valientes,
Llegados á saber y policía,
Notablemente mas que esotras gentes
Que de aquella nación la tierra cria;
Estos pues se llegaron diligentes
A la demás caterva que traía
El soberbio Arrendate, su caudillo,
De la fiel union duro cuchillo.

Mientras con mas furor cada cristiano
En el incendio y saco se ocupaba,
Veis aquí la algazara del pagano
Tumulto, que embistiendo resonaba;
El valle abajo, por tomar lo llano,
Nuestra caballeria caminaba;
La infanteria es fuerza que la siga,
No sin algun desórden y fatiga.

Al bajar por la tierra barrancosa,
Resistiendo el furor luciferino,
Don García Manrique generosa
Virtud mostró y esfuerzo peregrino;
Del marqués de Aguilar la casa bourosa
Preciarse debe deste hijo dino,
Pues nunca el belicoso reino ibero
Produjo mas valiente caballero.

Tambien en este trance fué ayudado
El de Luna de Lázaro de Heredia,
Capitan por sus obras señalado,
Y por desgracias digno de tragedia;
En fin, el daño casi declarado
Con tal industria destos se remedia,
Que salvos y seguros del fracaso
Con los demás salieron á lo raso.

Entonces los contrarios, recelando
El impetu feroz de los caballos,
Con ira y rabia ardiente blasfemando,
Habieron, mal su grado, de dejallos;
Al tiempo pues que se iban retirando
De Mahoma los timidos vasallos,
Encontraron con Céspedes el fuerte,
Despreciador altivo de la muerte.

Habia salido con su compañía
Desde Tablate, donde estaba puesto
De guarnicion, fiando que seria
Conforme á su dennedo todo el resto;
Mas vista la morisma que subia
Por una y otra parte del recuesto,
Desconfiando de las fuertes manos,
Se valieron los mas de piés livianos.

Con voz alta y terrible los afrenta
El bravo capitan, así diciendo:
«Soldados viles, ¿quién os amedrenta,
Mi brazo de vosotros muro siendo?
Haced cara, y remitase á mi cuenta
La defensa de todos, que yo entiendo
Libraros del peligro de la vida
Y de la pusilánime huida.

El torpe miedo, de vergüenza ajeno,
La hora que del todo se apodera,
Ni acude á la razon ni admite freno,
Ni cosa que aproveche considera;
Y así, quedaba Céspedes el bueno
Esperando la lid dañosa y fiera,
Con pocos de los suyos, pero tales,
Que tarde se hallaran sus iguales.

La multitud arábiga arremete;
Ellos esperan juntos y apiñados;
Cuales estan con pica y coselete,
Sobre los piés derechos afirmados,
Y cuáles de arcabuz y pistolete,
Tiros acelerando frecuentados,
Con una priesa tan incomparable,
Que solo al pensamiento es imitable.

¿Quién vió eminente roca en la marina,
De innumerables ondas contrastada,
Cuando con violencia repentina
Los vientos traen el agua mas hinchada?
Mas la riscosa peña diamantina
En su nativo centro está arraigada;
Brama el turbado mar, y en su dureza
Quebran las altas olas su braveza.

Desta manera estaba aquel famoso
Y pequeño escuadron en aquel punto,
Y así tambien el bando numeroso
Perdia la esperanza y tiempo junto;
El capitan, valiente y animoso,
Saltó entre los moriscos tan á punto,
Que pareció que encima de aquel cerro
De los aires cayó nube de hierro.

El brazo poderoso encoge y tiende,
Dando á muchos allí la última pena;
Taja, pasa y abolla, rompe y hiende,
Corta, lastima, oprime, abre, cercena;
La muchedumbre bárbara le ofende,
Llamándose infelice á boca llena,
Porque un hombre mortal les dura tanto
Y mezcla en su victoria triste llanto.

En los muertos que habia derribado
El español hercúleo tropezaba,
Y su firme escuadron desordenado
Entre los enemigos se lanzaba,
Cuando Arrendate, á paso acelerado,
Llegó al lugar do Céspedes estaba;
Consigno trujo cuatro turcos fieros,
Robustos y afamados mosqueeros.

«Tirad, les dice, todos juntamente:
Quitad del mundo mónstruo tan horrible.»
La cuadrilla obedece en continente,
Disparando la máquina terrible;
Rompe el aire volando el plomo ardiente,
Y pasa un pecho (¡oh pérdida increíble!)
Donde tal corazon tuvo posada
Que jamás el temor le halló entrada.

Ya las vitales partes ofendidas
La llave y fortalezas entregaban
A la que tiraniza nuestras vidas,
Por quien la suerte y esperanza acaban;
Mas las últimas fuerzas recogidas,
Que en tal extremo apenas le quedaban,
Al capitan arremetió morisco,
Mas recio que trabuco ó basilisco.

El cauto moro con ardid rehusa
De estar á parangon en el encuentro;
El jayan español su miedo acusa,
Y vuelve á procurar nuevo recuento;
Cuando, llegado al fin que no se excusa,
El cuerpo gigantesco batió el centro,
Cual suele á la segur rendirse dura
El pino en la montaña de Segura.

Arrendate revuelve con presteza
A cumplir, aunque tarde, sus deseos.
«Oh vano moro! dime, ¿qué altiveza
Te puede redundar de esos trofeos?
No pienses que es alguna fortaleza
Heredar al cadáver sus arreos,
Pues la liebre sabemos por muy cierto
Que osa pelar la barba al leon muerto.

Perecen los demás, aunque vendiendo
A buen precio las vidas valerosas,
¡Ay mundo, cómo llevas revolviendo
Al paradero y fin todas las cosas!
Aquel monstruoso cuerpo y estupendo,
Cuyas hazañas fueron tan famosas,
Agora, como al cielo al fin le place,
Inútil tronco, frio, en tierra yace.

Aquel que á la reza se oponía
De las corrientes aguas y raudales,
Y las sonantes piedras detenía
Que muelen el sustento á los mortales;
El que en robustas fuerzas excedía,
Como en razon, los brutos animales,
Agora dando ejemplo á los humanos,
Miserable manjar es de gusanos.

Sintió, como era justo, la milicia
Deste varon la pérdida inhumana;
Ciudad-Réal lloró por la primicia
Que así le arrebató la guerra insana,
Y no dejó del vulgo la malicia
De dar á voces culpa no liviana
Al de Manrique, así como al de Luna,
Sin perdonalles objecion alguna.

Decian que era dellos mal querido
El muerto capitan, y que por esto
No fué, como pudiera, socorrido
En trance que debiera serlo presto;
Mas quien el sitio ha bien reconocido
Tiene por caso visto y manifiesto
Que cuando diligencia les sobrara,
La distancia el socorro defraudara.

CANTO XI.

Las armas y rebatos entre tanto
Por horas menudean en Granada;
Mas ya por un edito justo y santo
Del Albayzin quedaba despoblada;
No hay pluma que á explicar se atreva el llanto
Que en la transmigración desventurada
Aquella triste gente en sí mostraba,
Puesto que parte dél disimulaba.

Con guarda bien armada á todos lados
En larga procesión á paso lento
Al hospital real eran llevados
Para trazarse allí su apartamiento;
Mas de sus corazones obstinados,
En tal calamidad y encogimiento,
Aun no faltó señal tan evidente,
Que en silencio pasar no se consiente.

Yendo imitando pues desta manera
Un miserable ejemplo de vencidos,
Y tal, que á compasión mover pudiera
Los corazones mas endurecidos,
En uno dellos la cruel Megera
Debió infundir furores encendidos,
Pues con temeridad escandalosa
Un bizarro soldado herir osa.

El fin que tuvo aquel atroz efeto
No se pudo saber, porque al instante
Fué hecho piezas mil el mahometa,
Pena de su maldad exorbitante;
Para sospechas dió largo sugeto
De que el suceso fuese semejante
Al de Mucio el romano, cuya furia
Por poco erró á Porsena, rey de Etruria.

Otros, que movimiento de ira fuese
Testificaban el que al moro osado
Con vengadora rabia compeliase
En aquella sazon contra el soldado;
En fin, de cuál origen procediese,
No pudo ser del todo averiguado,
Y queda, por estar la cosa incierta,
A vario discurrir la entrada abierta.

O fué vana ambición de torpe fama,
O desesperación abominable,
O urdir con este insulto alguna trama
Que diese á los demás muerte espantable,
Antes que ir tras el hado, que los llama
A destierro preciso y perdurable,
Quien dijo especial ira me perdona,
Que efeto sin su causa presupone.

Nunca fué provocado el granadino
Por obra ni palabra al hecho odioso;
Motivo suyo fué de espanto dino,
Nacido de querer facinoroso;
Así que, por lo dicho determino
Haber sido un ejemplo prodigioso;
Que quien morir osó desta manera
Cualquier traición al precio acometiera.

Al hospital quedaron reducidos
Solos los hombres, porque las mujeres
Andaban, por seguir á sus maridos,
Previendo forzosos menesteres;
Muchos de los mancebos atrevidos,
Que adivinaron tales desplaceres,
Con tiempo se acogieron á la sierra,
El destierro trocando por la guerra.

Ya con armada gente y comisarios,
Religadas las manos á cordeles,
Eran llevados á lugares varios,
Padeciendo infortunios mas crueles;
Trasplantados de allí nuestros contrarios,
Quedaron en Granada los fieles
Con menores recelos de alzamientos,
Mas sin comodidad de alojamientos.

Andaba en toda España celebrado
De Verja el caso, que por fama vuela,
Y la fortuna del marqués nombrado
Iba por mar tranquilo á remo y vela;
Y así, al copioso campo que ayuntado
Estaba en Adra á su minción y escuela,
Tantos particulares se presentan,
Que en calidad y número lo aumentan.

Selim, emperador de los turcos, determina pedir á venecianos la isla de Chipre. El Comendador mayor se apunta en el consejo de guerra con el marqués de los Vélez. Salen los dos candillos con grueso ejército en busca de Abenhumeya, y despues de haberle desbaratado, se aloja el campo en dos lugares de la Alpujarra.

Tales eran de Hesperia los motines
Que alimentaban varias esperanzas,
Y del mundo los últimos confines
Atentos anunciaban las mudanzas;
Los hombres, cada cual segun sus fines,
Median de las cosas las balanzas;
Que es propio á todos, sea ó no bien justo,
Regular los sucesos por su gusto.

Bien como por atajos y rodeos
Atravesando van los rios caudales,
Ya hácia donde habitan los sabeos,
Ya hácia las naciones boreales,
Ya hácia la adustión de los guineos,
Ya dando vuelta á los occidentales;
Mas todo su correr, lento ó ligero,
Tiene el undoso mar por paradero:

Es mar y abismo á nuestros pensamientos
El fin que eficazmente deseamos;
Y así, unas veces ledos y contentos
A él nuestro discurso encaminamos,
Otras, descaminados y violentos,
Léjos de le alcanzar, errando vamos;
Mas siempre el alma va, aunque por rodeo,
Al piélago abundoso del deseo.

Quien mas se azora al bético fracaso
Es el tirano odioso de levante,
Que desde sus estados al ocase
En potestad no tiene semejante.
Si es verdad que hay hermanas en Parnaso,
Dénme favor aquí para que cante
La poderosa rabia del Oriente
Y el uso de las armas inclemente.

Que no es salir del órden comenzado
Tratar de las turquescas ocurrencias,
Ni es, cual dicen, meterse en lo excusado
Escribir sus asaltos y violencias;
Pues cuanto he de tratar y ya he tratado,
Tiene de aquí trabadas dependencias.
Dejando pues el reino granadino,
Hablaré del imperio bizantino.

Imperaba en la silla de otomanos
Sultan Selim, segundo deste nombre,
Natural sucesor de los tiranos
Que tanto han propagado su renombre;
Sediento era de sangre de cristianos,
Poco de su palabra y cruel hombre,
Y sobre poderosos fundamentos
Tenia levantados pensamientos.

La fuerza de ambición que lo impelia
A hambre de reinar lo transportaba;
Y así, ni á medios justos atendia
Ni en principios honestos reparaba;
Sus largos reinos ensanchar queria
Con la oportunidad que le llamaba;
Y lleno de infernal soberbia, espera
De mil trazas formar una quimera.

Cual suele el orgulloso caminante
Cuando al apresurarse erró la senda,
Ora volver atrás, ora ir delante,
Ora girar en torno mano y rienda;
Mudando parecer á cada instante,
Siente en su voluntad dura contienda;
Deseo y duda están de bueno á bueno,
Aquel poniendo espuelas y esta freno;

Así duda Selim, y así sentía
Un diverso ocurrir de pensamientos:
Ya al húngaro quitar la región fria,
Siguiendo de su padre los intentos,
Ya venir sobre Malta proponia
Con odios que se vuelven escarmientos,
Ya todo el resto echar con mano armada,
Y bajar hasta el reino de Granada.

Difícultaba el pérfido otomano
 Si, á Oran recuperando y á Melilla,
 Haría después guerra al africano
 Jarife hasta echallo de su silla,
 O si al dominio libre veneciano
 Pondría en sujeciones y mancilla,
 Afojando de paz la mano dada,
 Y alzándola al instante fiera armada.

Es de notar que Soliman había
 Hecho tregua en el año de cuarenta,
 Por diez trienios, cuyo fin traía
 El gran trance y remate desta cuenta,
 Bien que Venecia atiende todavía
 A prorogar la tregua violenta,
 Sin contemplar que juega con tirano,
 Y que se le ha de alzar siempre á su mano

Párecelle á Selim caso aciago
 El no recuperar el reino ardiente
 Donde ya floreció la gran Cartago,
 Cuchillo agudo de romana gente;
 De Cárlo invicto siente aquel estrago,
 Y mas que nunca agora se resiente
 De aquella retirada de Viena
 Con pérdida, desden, infamia y pena.

El mundo en el silencio acostumbrado
 Quieto estaba y fuera de bullicio,
 Y el pobre jornalero sin cuidado
 Descansaba del rústico ejercicio;
 Sobre algun duro césped recostado,
 Dejaba al sueño usar el blando oficio;
 Y tú, Selim, no puedes un momento
 Las velas amainar del pensamiento.

¡Oh gloria de mandar, dulce y amarga,
 Lisonja peligrosa de fortuna,
 Caro y liviano bien, pesada carga,
 Alterado descanso que importuna,
 Bonanza breve, persecucion larga,
 Con mas mudanzas que la errante luna,
 Que así nos enamoras y lastimas,
 Y en tus dificultades nos animas!

Sábese contentar naturaleza
 De fáciles regalos sin pasiones,
 Y no con todo el mundo la altiveza
 Que reina en los humanos corazones;
 La sed de oro se aumenta con riqueza;
 Crecen con el poder obligaciones;
 Y al fin, nadie se ve en felice estado,
 Que no despierte á voces del cuidado.

Andaba discurriendo el otomano
 Por el claro valor de sus mayores,
 Y en lugar de hallarse dello ufano,
 Engendraba de aquí furias y ardores;
 Párecelle que el tiempo de la mano
 Con impetus le huye voladores;
 Todo lo piensa y todo le ofendía,
 Y airado, entre sí mismo así decía:

«¡Será que de mis hados la influencia
 Con remision culpable yo refrene,
 Sin que haga mostrarse en la experiencia
 Cuál es mi brazo y el poder que tiene?
 Vaya lejos de mí tal insolencia,
 Que el orbe solo á mí toca y conviene,
 Y los que esta verdad niegan de hecho,
 Estén conmigo en armas á derecho.

«Cuando menores armas han tenido,
 Al revolver feliz de pocos años,
 A mis pasados fácil les ha sido
 Vencer y sujetar reinos extraños;
 Yo pues, que dignamente he sucedido
 En señorios tales y tamaños,
 ¿A qué aventuras no estaré obligado,
 O qué no ganaré con lo ganado?

«Tengo en la Europa tanta parte mia,
 Que, desde la Dalmacia comenzando,
 La Grecia y Tracia y parte de la Hungria
 Están siempre sujetas á mi mando;
 El Danubio parece que á porfía
 Su caudaloso curso va cansando
 Por tierras donde soy rey absoluto,
 Hasta que da al mar Negro su tributo.

«Y aun hasta la meótica laguna,
 Adonde el Tánais su cabeza inclina,
 Se extiende el gran poder de mi fortuna,
 Y á los tártaros campos se avecina;
 El rojo hermano de la blanca luna
 Sabe mi estado bien, pues lo camina;
 Que yo apenas podría tanteallo,
 Y es lo mejor que en esta cuenta hallo.

«Mas bien sé que por Asia discurriendo,
 Tengo á toda la fértil Natolia;
 Poco mas adelante se está viendo
 La gran provincia de Caramania;
 Mía es Jerusalem, la cual entiendo
 Que ocupó el medio de la geografía,
 Junto al monte Sion, tierra divina,
 Con toda la Fenicia y Palestina.

«Las tres Arabias mando, y la dichosa,
 Con la casa de Meca ennoblecida,
 Mas dulce á mi descanso y mas preciosa
 Que todas las riquezas desta vida;
 Los persas, gente dura y belicosa,
 Tiemblan cuando mi nombre se apellida,
 Porque mas de una vez los vencí en guerra.
 Selim, mi abuelo, dentro de su tierra.

«Si vuelvo la cabeza al mediodía,
 Llega mi reino hasta el Océano,
 Y allá en el Ganges, que tesoro cria,
 No está de mí seguro el lusitano;
 Riega de Eufrates la corriente fria
 La gran Mesopotamia, que á mi mano
 Tiene reconocida por señora,
 Y conoce que en esto se mejora.

«Hacia la tramontana y el poniente
 Seria proceder en infinito
 Quererme yo acordar á cuánta gente
 De mi ley mando, y aun de extraño rito:
 Por mí el claro Jordan correr se siente,
 Por mí el inmenso Nilo riega á Egipto;
 Por mí produce el bálsamo precioso,
 Y el Líbano por mí es verde y umbrroso.

«Y en fin, ¿qué monte santo ó qué terreno
 El sol calienta ni la noche enfria,
 Que no se incluya dentro de mi seno
 Y no amplifique la potencia mia?
 El Tabor, el Sinai y el Damasceno,
 Adonde la eternal Sabiduria
 De la tierra formó al padre primero,
 Tengo yo como el mas propio heredero.»

En esto imaginando satisfecho,
 Aunque alterado el gusto y el reposo,
 Pasó de aquella noche el largo trecho
 Este mahometano poderoso;
 Mas ya la aurora al estrellado techo
 Mostrando el bello rostro y amoroso,
 Con el color le iguala que se aplica
 A celos, y á Titan los multiplica.

Luego pues que la luz se fué esparciendo,
 Selim manda llamar sus consejeros,
 Y venidos ante él, su pecho horrendo
 Les descubre por términos severos;
 «Mis amigos, les dice, bien entiendo
 Que no me es necesario encareceros
 Lo mucho que en vosotros me confío,
 Pues sois las riendas del gobierno mio;

«Ni tampoco me importa por agora
 Recopilar los bechos y grandeza
 De nuestra excelsa casa, engendradora
 De felice y angusta fortaleza;
 La castigada gente que esto llora,
 Publica nuestra gloria en su tristeza,
 Y el temor en que el mundo puesto habemos
 Es cero sobre aquello que podemos.

«Costumbre antigua es ya á los sucesores
 Deste imperio emprender nuevas jornadas,
 De las cuales han vuelto vencedores,
 Con triunfos claros, presas señaladas;
 Tras esto otros estímulos mayores
 Tienen mis esperanzas levantadas,
 Seguras de temor y de recelo
 Por inviolable ley del alto cielo.

»Tengo gente dispuesta para guerra
De soberbias é indómitas naciones,
Que pondrán freno al mar, yugo á la tierra
Con huestes invencibles y escuadrones;
Y así, el sueño á mis ojos ya no cierra,
Porque oigo noche y día los pregones,
De donde infiero que sin duda alguna
Me llama á grandes voces la fortuna.

»Mas decidme vosotros ¿qué camino
Debo escoger en tantos diferentes?
¿Moveré contra el reino ponentino
Mis lunas, mas que el sol resplandescientes,
O romperé las fuerzas del latino,
Por donde Ticio vómitos ardientes
Lanza, ó poniendo á Malta duro freno,
Impediré á españoles el Tirreno?»

»Mas dijera Selim, si blandamente
El bajá Mahamed, con su licencia,
No le atajara el bélico torrente
Con resuelta facundia y elocuencia;
Este era mas que esotro preminente,
Primero voto y sabio de experiencia
En guerra y en político gobierno,
Del Gran Turco privado, y aun su yerno.

»Los asirios reinaron, le decia,
Mil y docientos años y cuarenta,
Hasta aquel aciago y triste día
Que Artábato mató al que el mundo afrenta,
Y dió á los medos gloria y nombradía
Por otro largo término sin cuenta;
Mas, aunque tanto tiempo conquistaron,
Aquellos ni estos de Asia no pasaron.

»Y aquel emperador de macedones,
Que grande es hoy llamado en toda parte,
Y quebrantó los muros babilones,
Fabricadura del terrible Marte,
Terror monstruoso fué de las naciones,
Con presteza de rayo cuando parte
Con furia acelerada, y en un punto
Cayendo mata y muere todo junto.

»Mas nuestro firme imperio en breves días,
Desde Asia la cabeza levantando
Por difíciles casos y arduas vías,
Se fué hácia ambos polos dilatando,
Ora venciendo en ásperas porfías,
Ora sin sangre con temor domando,
Sin faltar en alguna coyuntura
Quien herede el poder y la ventura.

»Y si quieres de mí saber cuál via
Mas clara se te ofrece por agora,
Si en algo estimas la sentencia mia,
Nacida de un buen celo que te adora,
El reino sitiarás donde solia
Ser Vénus adorada por señora;
Y si alargar mi voto; oh Rey! consientes,
Diré luego las causas evidentes.»

Selim dijo: «Prosigue, que el oído
Tendré á cuanto dijeres bien atento,
Y sabe cierto que en lo referido
Me diste un especial contentamiento.»
El Bajá, que se vió favorecido,
A la habla volvió con nuevo aliento,
El tono mejoró, quietó el semblante,
Y así con lo propuesto fué adelante:

«Antes que el gran Soldan vencido fuera
De tu abuelo Selim en lid furiosa,
Siempre esta isla conquistar quisiera,
Y la de Ródas, no menos famosa,
Diciendo que cabeza de ambas era
La gran Jerusalem, ciudad gloriosa;
Y así, por fuerza de armas pretendía
Adquirir el derecho que tenía.

»Fueron los mamelucos asolados;
Egipto y la Suria, que en la cumbre
Vieron la libertad de sus estados,
Tu abuelo los redujo á servidumbre;
Tu padre Soliman, el cual los hados
Del suyo iba imitando y la costumbre,
A Ródas conquistó, y á tí, su nieto,
Toca hacer en Chipre el mismo efeto.

»Es fértil, abundosa y rica tierra,
En los confines de Asia muy metida,
La gente della inhábil para guerra,
Que está por luenga paz enflaquecida;
No hay allí riscos ni escabrosa sierra,
Ni está de buenas plazas guarnecida;
Menos hay quien nos saiga á la campaña,
Y está léjos Italia, y mas España.»

El Turco respondió: «Yo bien quisiera
Desde luego poner en eso mano,
Si color á lo menos dar pudiera
Para ensañarme contra el veneciano.»
El Bajá replicó: «¡Mahoma quiera
Que entiendas lo que puedes, otomano!
¿Color quieres tú dar como si fueses
Quien mas satisfacer que á tí debieses?»

»Desvélese el señor necesitado,
Niegue por el ajeno su contento,
Proceda puntual y recatado
Por la áspera ficción del cumplimiento;
Mas el que está en grandeza entronizado,
Rico y poderosísimo, su intento,
Su gusto es viva ley establecida,
Sin fuerza ni razon que se lo impida.

»La posesion que tienen usurpada
Quitaras solamente á venecianos,
Porque la propiedad está juzgada
En favor de los duques saboyanos;
Deja á Sicilia, á Malta y á Granada,
Deja agora los pueblos africanos;
Que no cumple alejarte á hacer guerra,
Pues tienes que ganar dentro en tu tierra.

»Y para proceder mas satisfecho
En negar á Venecia tregua y liga,
Sabe que ha de aprobar ella este hecho
Con volverse después á serte amiga;
Ladrará como el can á su despecho
Cuando su dueño á palos le castiga;
Mas luego, si le llama blandamente,
Se viene humilde, manso y obediente.

»Por tanto, si hacerte determinas
Señor de Chipre, de tus fueros usa,
Y manda retener en tus marinas
Cualquiera vela suya sin excusa;
Pondrás luego en prisiones diamantinas
Este su embajador; porque, confusa
Y atónita Venecia, estos rehenes
Procure rescatar con muchos bienes.

»Esto hecho, una carta se le escriba
Pidiendo á Chipre, y no por modo blando,
Antes soberbio, y su intencion esquivando
Mandando ruegue y pida amenazando.»
Selim lo dicho aprueba, y con altiva
Muestra á los otros vuelve preguntando
Qué juzgan ó qué sienten del concierto,
Y unánimes dijeron: «Bien, por cierto.»

Luego que en esto cautelosamente
Resolucion se tuvo, el cumplimiento
Con aceleradísimo expediente
Descubrió la malicia del intento;
Clamaba en vano la mezquina gente,
Viendo su desastrado perdimiento;
Naves, hacienda y libertad perdidas,
El riesgo temen de las tristes vidas.

Presos los venecianos que en Turquía
A la sazón estaban, fué notada
La indigna carta, y en el mismo día
Orden se dió para juntar armada;
Porque la veneciana señoría,
Si no condescendiere á la embajada,
El relámpago viendo del ensayo,
Escuche el trueno á un tiempo, y sienta el rayo.

Partió el Chauz con una lengua asperta
A hacer el oficio que le toca;
Despierta, pues, si duermes; ea, despierta,
Venecia, si no estás del todo loca,
Y verás la celada descubierta
De aquel rabioso can que con la boca
Que te lame y adula ha de morderte,
Y ha de venir por tiempos á comerte.

Mientras esto en Bizancio se prepara,
Abenhumeya apríase se apercebe;
Usa Fajardo de su industria rara,
Callando las sospechas que concibe;
Mas padece su ejército á la clara,
Y es notable perjuicio el que recibe,
Por el poco remedio que se halla
Para le bastecer de vitualla.

La carestía del estéril año,
La falta de las recuas y viaderos,
Que suelen suplir parte deste daño
Con refresco, aunque á costa de dineros,
Eran las causas, pero el mas extraño
Azar estaba en los embarcaderos
Donde del crudo mar rescacas fieras
Impedían el uso á las galeras.

Todo el tiempo que allí se iba perdiendo,
El enemigo entonces le ganaba,
Su campo de hora en hora rehaciendo,
Que en número y pertrechos se aumentaba;
Don Luis de Requesenes, esto viendo,
Extraordinariamente procuraba
Juntar la provision que conviniese
Para que la victoria se siguiese.

Sonóse que, después de haber juntado
Mediana cantidad con diligencia,
Y haber mucho al Marqués solicitado
Contra la Almanzorina decendencia,
Viéndole que aun no está determinado,
En consejo arguyó su negligencia,
Diciéndole: «Oh Marqués, ¿quién nos detiene
Cuando la brevedad tanto conviene?»

«Quien tras la buena suerte no camina,
Quien no conoce y sigue la victoria,
Por donde no pensó después declina,
Y arrepentido cae de aquella gloria;
Agora, que esos hombres sin doctrina
Tienen presente y viva la memoria
De la de Verja, debes perseguillos
Y con su espanto mismo confundillos.

«Y no des tiempo á que se les olvide,
Y á rehacerse, como ya sucede;
Mira que la ocasion á voces pide
Que tu persona quiera lo que puede;
Con la del Magances tu fuerza mide,
Y verás claramente que le excede,
Con la misma ventaja y diferencia
Que vence á la malicia la prudencia.

«Las haces Anibal venció romanas,
Y pudiera, siguiendo su ventura,
Con la reputacion de la de Cánas
Poner á Roma en servidumbre dura;
Pudieran bien las huestes pompeyanas
Reducir á la extrema desventura
A las de César; mas á cada uno
Sobrevino después hado importuno.

«Pero, si no te mueven mis razones,
Ni los ejemplos ciertos alegados,
Muévate ver aquí tantas legiones
De fuertes y bravísimos soldados,
Que basta á les mudar las condiciones
El ocio, y mantenerse de pescados,
Y el esfogar del sol el rayo estivo
Todos los días con nadar livivo.

«Por tanto, yo te aviso y te requiero
No tardes en salir á la campaña;
Y donde no, yo solo me proliero,
Por vida del muy alto rey de España,
A ir acaudillando el campo entero,
Rompiendo dilacion que así nos daña,
Y de que lo haré como lo digo,
Este consejo ilustre sea testigo.»

El Marqués, que de suyo era impaciente,
Grave, determinado y animoso,
Sintió en el corazón terriblemente
Aquel razonamiento litigioso;
Mas supose vencer, como prudente,
En negocio tan arduo y peligroso,
Y al catalán bizarro así responde,
Que á su crédito y cargo corresponde :

«Aunque para respuesta dar pudiera
De mi intencion la prueba, y de mi vida,
La fe de mis servicios verdadera;
De mi señor el Rey agradecida,
No quiero permitir, ni Dios lo quiera,
Que una proposicion tan desabrida
Pueda escandalizar algun sentido
De los que solo juzgan por lo oído.

«Si entráramos aquí á negocio nuestro.
Llanamente pudiera resentirme
;Oh noble don Luís! del decir vuestro
Y á la venganza justa apercebirme;
Mas solo esto pensar sería siniestro,
Siendo el objeto verdadero y firme
Que nos ayunta aquí la grey romana
Y el bien de la república cristiana.

«Y así, renuncio aquello que á mí toca;
Y á lo que hace al caso respondiéndolo,
Digo que la paciencia se me apoca
Esta jornada un punto difiriendo;
Mas que del emprendella me revoca
Por algun día causa que yo entiendo,
Y no hay necesidad que á mí deseo
Espuelas se le añadan, según creo.

«Será bien que á lo menos conversemos
Con término pacífico y sincero,
Y en todo lo demás nos conformemos,
Pues pretendéis lo mismo que yo quiero;
Todos como aquí estamos, entendemos
Vuestro celo fiel, gran caballero;
Y pues dél procedió, yo os agradezco
Lo dicho, aunque fraternales no merezco.»

Aquí dió fin sabroso y concertado
Aquel facundo y generoso pecho;
El consejo de oílle edificado
Quedó, y de todo punto satisfecho;
El catalán sagaz y acreditado,
También celoso del común provecho,
Templó en el blando son de la respuesta
El áspero tenor de la propuesta.

La ocasion que al Marqués tardar hacia
Después, como primero, estava oculta,
Aunque sobre entendella se tenia
Entre contemplativos gran consulta.
Llegó en efeto la sazón y el día
De salir á buscar la turba multa;
Ya en Adra en alta voz se echaba el bando,
Ya las banderas se iban aprestando.

Marchando alertos van diez mil infantes,
Setecientos jinetes en la silla;
La vanguardia, de escuadras importantes,
Don Juan el de Mendoza la acaudilla;
La retaguardia, de otras semejantes,
Lleva á cargo don Pedro de Padilla,
Con orden que los dos por singulares,
Vayan trocando á días sus lugares.

El cuerpo de batalla iba tan junto
A la vanguardia y retaguardia fieras,
Que, alzando unos el pié, en el mismo punto
Le ponen otros puestos por hileras;
Por uno y otro lado iban á punto
De jinetes las bandas mas ligeras.
Con esta diligencia se marchaba,
Y ya de cerca Verja se mostraba.

Dejada luego á la siniestra mano,
Se prosiguió el viaje en hora buena,
Atravesando todo el ancho llano
Que se intitula allí de Lucayena;
Al fin del cual el pérfido tirano
Tenia puesta ya gente agarena.
Con quien los nuestros con ardiente gana
Traban escaramuza, aunque liviana;

Porque á la sierra luego al continente
A paso presuroso se acogieron,
Y al campo rebelado que al presente
Estaba cerca, todos á dar fueron;
Calando en esto el sol por occidente,
Los nuestros en lo llano se estuvieron,
Y al Marqués alojarse le convino
En Ujjar, que estaba allí vecino.

Otra vez pareció el señor de D
Y hizo en nuestro mundo su jor
Y otra segunda vez se vistió el c
De su luciente fábrica estrellada
Sin que el Marqués siguiese al r
Creando que su ira confiada
Bajar del monte al llano le haria,
Visto que tanto en él se detenía.

Mas en tanto que allí se detuvi
Los moros á la mira se quedaron,
Sus hijos y mujeres traspusieron,
Vitíalla escondieron y quemaron
De los nuestros algunos que ante
La verdad, el tardarse condenar
El Marqués está firme en su decre
Que á las veces se engaña el mas d

Ya cuando Febo en el siguiente
Los mares plateó, y doró la tierra,
Nuestro famoso ejército partía
En orden puesto y en ardid de guer
No dos millas cabales marcharía,
Cuando sobre un recuesto de la sie
De moros pareció gran muchedum
En ala, como tienen de costumbre.

Con grita y algazara resonante
Su engañador profeta apellidando,
La vanguardia acometen al instante,
Que no estaba otra cosa deseando;
Tocábale á don Pedro el ir delante
Con sus banderas, claro y fuerte bando;
Y así, se comenzó de aquella parte
Heróicamente el furibundo Marte.

El tirano los suyos animaba
Diferenciado en todo y conocido,
Así por el guion que ante él andaba,
Como por el color de su vestido;
De alcaides escuadron tras sí llevaba,
Y capitanes de su patrio nido,
Con los turcos y moros señalados
En cargos y valor por mas soldados.

Al mismo punto que con fuerza rara
Da la vanguardia en los contrarios fieros,
Los embiste el marqués de la Fabara
Con sus muy esforzados ventureros;
Aqui y alli se hiere y se repara;
Bien se muestran de todos los aceros;
Que ya nuestra batalla y retaguardia
Comenzaba á ayudar á la vanguardia.

De tal manera nuestros escuadrones
Representaron la cruel batalla,
Que eligieron las bárbaras naciones
El remedio mas vil para dejalla;
Y á los que al embestir fueron leones,
Al retirarse son triste canalla,
Y buscan, temerosos y esparcidos,
La aspereza y lugares escondidos.

Como si del azogue deleznable
Alguna cantidad fuese vertida,
Iria por tierra con rodar instable,
En partes infinitas dividida,
Así fué aquella gente abominable
Rota, desordenada y repartida:
Huyen su perdicion casi notoria,
Dejando en nuestras manos la victoria.

Mas el de la Fabara, no contento
Del refran que lea da puente de plata,
Hace apriesa anegar en rio sangriento
A muchos dellos que alcanzando mata;
Don Diego el de Fajardo, con aliento
Y furia de leon que se desata,
Sigue el odioso bando fugitivo,
Haciendo prueba de su esfuerzo altivo.

Abenhumeya, rotos sus vasallos,
Queriéndose escapar la sierra arriba,
Salió con solamente ocho caballos
Que la aspereza ya del curso priva;
Y así, tuvo por bien dejarretallos
Para huir á pié la saña esquivada
De los dos caballeros que en alcance
Le van á mas andar en aquel trance.

11: nohas 52
original de nohas 57,
58, 11
57, 11: escamondar
60, 4, 11: nohas (nohas)
61, 11

Y marchando otra vez, con él se mete
En Calahorra, casa y fortaleza
De los marqueses nobles de Cenete,
Patrimonio otros tiempos y riqueza
Del traidor Julian, por cuya saña
Ganaron los alárabes á España.

Allí vino el sustento necesario
Por Adra, que antes se llamaba Abdera;
Mas como ni el ejército contrario
Rindió con el huir la cerviz fiera,
Ni el nuestro á su valor extraordinario
Pudo satisfacer como quisiera,
El moro se rehizo en dos momentos,
Y los nuestros quedaron descontentos.

No osa el Marqués un punto desviarse,
Porque le llegan nuevas cada hora
De que la tierra quiere levantarse
De Guadix, Baza y rio de Almanzora;
Filabres tambien quiere rebelarse,
Y el Boloduy, alzado, ya empeora
Las sospechas temidas y fundadas
De plazas de cristianos mal armadas.

Pero la ociosidad y la tristeza,
La falta de no estar bien alojado,
Causó de enfermedades tal graveza,
Que en breve fué el ejército dezmadado.
No puede acá engendrar naturaleza
Cuerpo tan achacoso y delicado
Como es un campo junto, aunque se vea
Que del cada soldado un roble sea.

Oféndele del aire la mudanza;
A veces mudar agua mas le empece;
Causale el frio recia destemplanza;
Falta de sueño y camas le entorpece;
Y lo que aumenta mas su mala andanza,
Es que cualquiera mal de que adolece
Se arraiga luego y vuelve contagioso;
Y así, cualquiera es grave y peligroso.

Y como desto es fin y paradero
Motin escandaloso y desearchase,
Era caso afrentoso y lastimero
Ver cada día el campo aniquilarse;
Finalmente, al castigo, aunque severo,
Tanto vinieron á desvergonzarse,
Que juntos cuatrocientos se conjuran,
Y el paso, en orden puestos, apresuran.

Con desesperacion descomedida,
Puestas las mechas en las serpentinias.
Quien aventurar honor y vida
Por dejar las contiendas granadinias;
Mas don Diego Fajardo se convida
A impedir violencias tan indinas,
Y sale en escuadron de mano armada
A hacelles que dejen la jornada.

Requíerles que vuelvan, y protesta
Que donde no, los pasará á cuchillo;
Mas ellos no le dan otra respuesta
Sino un arcabuzazo y mal berillo;
La gente que con él iba dispuesta
Al mismo insulto, deja de seguillo,
Y pásase la mas con odio esquivo
Al bando amotinado y fugitivo.

Don Diego fué á volverse constreñido,
Y corrió de la vida riesgo extraño:
Quédole un brazo manco y encogido,
Injusto premio de valor tamaño.
Así vino el ejército temido
A reducirse casi al final daño,
Y á estar dentro en lugar bien trincheado,
Suspense, receloso y desvelado.

Del ser soldados viejos solamente
El nombre á los de Nápoles detuvo,
Y la particular ilustre gente
El ser del General en plé mantuvo;
Mas el Supremo, que esto cuida y siente,
A Baza con mil hombres por bien tuvo
Viniese el fuerte Luna á paso largo,
Dejando de la Vega en otro el cargo.

Sucedíole á este tiempo en el oficio
Que de ser general della tenía.
Aquel Marte en el bélico ejercicio,
Que Manrique se llama y don García;
El cual con hado á su virtud propicio
Con nuestros enemigos se vió un día,
Y como felicísimo caudillo,
Gran daño les causó sin recebillo.

Mas el Abenhumeya, envanecido,
Con siete mil infantes campeaba,
Y algunos de á caballo, á quien partido
Solo por vanagloria entonces daba;
Corría disoluto y atrevido
Desde allá donde el mar la tierra lava,
Casi hasta los muros granadinos,
Esparciendo de sangre los caminos.

Los moros del Padul se rebelaron,
Haciendo estrago duro y lastimero;
Tambien los de Jerjal armas tomaron
A persuasión del mal Puertocarrero;
Al cual después sus culpas entregaron
En manos del insigne caballero
Que de Tendilla dignamente es conde,
Por lo bien que á los suyos corresponde.

Estaba en el Alhambra de Granada,
Por el ausencia de su padre caro,
Con la tenencia que le dió ampliada
El rey Fernando al bisabuelo raro;
Fué al fin por su mandado ejecutada
La sentencia con voz de pregon claro,
Y las carnes del moro consumidas
Con tenazas crueles y encendidas.

Cerca del rio de Alboloduy, que es paso
Desde Guadix y Baza al mar de Atlante,
Se tuvo nueva cierta de un fracaso
Y que el remedio presto era importante,
Porque un poder y número no escaso
De moros se aumentaba cada instante,
Y tal, que si se unía al otro campo,
Señor pudiera ser de todo el campo.

Era del reino el daño tan crecido,
Y el mal tanto se habia apoderado,
Que parecia cuerpo corrompido
Del formidable morbo afrancesado;
El cual, mientras un miembro es guarecido,
Otro y otro descubre inlicionado,
Que el arraigado humor le contamina,
Haciendo inútil arte y medicina.

Tambien lo era en el pueblo granadino
Para fiebres curar pestilenciales;
Y así, estaban poblados de contino,
Mejor que las banderas, hospitales;
La corrupcion del aire á engendrar vino
Enfermedades y dolores tales,
Que mas cuerpos reducen á la tierra
Que la violenta furia de la guerra.

Partió de Calahorra una mañana
Fajardo, y por vanguardia el de Padilla.
Lleva su guarnicion napolitana,
Amparo valeroso de Castilla;
Marchando en órden llegan á Fifiñana.
Después que del zenit el sol se humilla,
De donde nueve leguas se contaban
Al pueblo en que los moros se alojaban.

La distancia y haber forzosamente
De pasarse el torcido y caudal rio,
Muchas veces causó otro inconveniente,
Aunque en marchar el campo no es tardío;
Y así, no fué posible humanamente
Llegar antes que el sol el aire umbrío
Venza; y así, la luz les fué importuna,
Como en las Albuñuelas al de Luna.

En este tiempo la francesa saña,
Que los antiguos odios nunca olvida,
Dicen que, recuestada de Breñaña,
Provincia que su Dios y fama olvida,
Trataba de asaltar la fiel España,
Que ser debiera della socorrida:
A tanta ingratitude y sinrazones
Transportan á los hombres sus pasiones.

Del flamenco distrito los soldados
Con mayor libertad y violencia
Andaban en sus tratos obstinados,
A Dios y al Rey negando la obediencia;
Mas ya los comisarios enviados
Al pueblo que á san Marcos reverencia,
A vista llegan dél, cortando á remo
El mar, entonces calmo por extremo.

La proa en tierra ya tocado habia,
Y en ella los ministros que el tirano
Enviaba saltaron sin porfia,
Mas que si de algun rey fueran cristiano;
Cuando la antigua y libre señoría,
Sujeta indignamente al otomano,
A oillos fué á juntarse en el Senado,
Temiendo algun mensaje no pensado.

CANTO XII.

Pone el turco en ejecucion el pedir á Chipre, y viene con gran ejército: á esta sazón se aventaja el reyezuelo en un recuento que tuvo con el de los Vélez, el cual da la vuelta á Baza. Don Fernandillo, habiendo intentado la empresa de Adra, hace estratagemas para ganar á Motril, y un morisco le ordena la muerte.

Socorre pues tu barca, que se anega,
Divino Pedro, y si al impíreo santo,
Como es verdad, jamás del mundo llega
Noticia que doler pueda algun tanto,
Al eterno Maestro aplaca y ruega,
Por el dolor y fuerza de aquel llanto
Que tu conciencia y fe purificaba
Mientras la redencion se celebraba,

Que se acuerde, pues nada se le olvida,
De la Iglesia, su cara y dulce esposa,
Por quien un tiempo, á costa de su vida,
Venció al pecado en guerra sanguinosa,
Y agora está penada y afligida,
Con voz trista y figura lagrimosa,
Quejándose en acentos piadosos,
Cercada de contrarios cautelosos.

Mas, oh vigilantísimo barquero,
Que ni á ti falta punto en suplicillo,
Ni al trino consistorio verdadero
Propicia voluntad de remediallo;
Y así, devotamente considero,
Antes por cierta fe investigo y hallo
Que la invidia cruel cierra la puerta
Al bien, que está de empar por Dios abierta.

Esta furia infernal, rabiosa, insana,
Que oprime los humanos corazones,
Sin duda de las tres es cuarta hermana,
Madre de agravios y de sinrazones;
Es injuria sacrilega, profana,
Arpia infausta de tribulaciones,
Que siempre contamina los manjares,
Por dar y recibir tristes pesares.

¿Quién, sino aquesta, fué en mover con ira
La despiadada y truculenta mano
Del nieto de la tierra, que se mira
En la inocente sangre del hermano?
¿Quién de la Iglesia en fin la paz retira?
¿Quién hace poderoso al otomano
Sino este monstruo pérfido, que al suelo
Hace infierno, apartándolo del cielo?

¡Oh católicos reyes y potencias
Cristianas! baste ya la exorbitancia;
Fenezcan las odiosas diferencias,
Mueran la emulacion y la arrogancia;
Que, si quereis reñidas competencias,
Sugelos se os ofrecen de importancia,
En que podais tenellas y mostrallas
En justas y legítimas batallas.

Aquella verdad cierta y poderosa
De la ley que enseñó el Verbo divino,
La rueda de los cielos presurosa
Hará parar, y al sol en su camino,
En favor vuestro, oh gente religiosa,
Si contra el obstinado desatino
De las erróneas sectas se moviere
Todo vuestro poder, cual Dios lo quiero.

Y las naciones bárbaras, vencidas,
Sentirán de su error la justa pena,
O con el santo ejemplo convertidas,
El mal conocerán que las condena,
Y con cervices blandas y rendidas
Humildes se vendrán á la melena
Y al fuego de la fe, en que Dios se mira;
Verán que lo demás todo es mentira.

Estaba aquel senado ilustre y pio
Junto por se informar del caso incierto,
Cuando un cartel de nuevo desafío
Así los amenaza al descubierta:
«De nuestra excelssitud el poderío,
Señores venecianos, ya os es cierto,
Pues no hay en todo el orbe de la tierra
A quien no admire en paz y espante en guerra.

»Por tanto, aunque probar fácil sería
Que Chipre es vuestro por derecho injusto,
Baste por prueba la sentencia mia,
Y por debida ley mi propio gusto,
Para que con decente cortesía
El reino me entregueis, segun es justo,
Y de mi saña así os guardéis en esto,
Que os valga mi clemencia en todo el resto.

»No se os antoje que es partido duro,
Ni el ánimo os engañe en lo presente,
Si pretendéis descanso en lo futuro,
Como hacello debe el que es prudente;
Pues cuando el vado corre mal seguro,
Sana cosa es buscar lejos la puente,
Y en dos peligros, medio es sin engaño
Abrazar cuerdamente el menor daño.

»Y del mayor ninguno se despidá
Si conmigo quisiéredes batalla;
Preciáos de que Selim á Chipre os pida,
Siéndole facilísimo tomalla,
La suma de oro que nos es debida
En esto nos agrada conmutalla:
Atesorad allá vuestro dinero,
Que no lo he menester; á Chipre quiero.

»Si mas de una ciudad bien torreada
Fué por contrato y amigable prenda
A mi padre carísimo entregada,
Porque él la quiso mas que otra hacienda,
No debe ni ha de ser diferenciada
Mi persona en negocio que pretenda:
No soy mas que mi padre codicioso,
Ni menos respetado y poderoso.»

Esta resolución luciferina
Atónitos dejó los circunstantes,
Como al romperse la profunda mina
Con llamas y tumultos resonantes,
Suelen quedar algunos que vecina
Su muerte y perdicion tuvieron antes,
Y con el espantoso desengaño
Nueva celada temen, nuevo daño.

Remítase á votar la causa odiosa
Con todo el órden que se requiera,
Habiendo de votarse, pues tal cosa
Aun solamente oírse no debía;
Abierta pues la suerte numerosa
Que los inclasos votos contenía,
Se averiguó que, excepto solo uno,
Se resolvieron todos de consuno.

Que si contra la fe y el juramento,
Contra la antigua paz y santo fuero,
Selim venir quisiere en rompimiento
Con quien amor le tiene verdadero,
Hacello puede, no de pena exento,
Pues Dios es poderoso y justiciero,
De los humildes padre, y tan amigo,
Cuanto de los soberbios enemigo.

Y que si el poder de Asia se moviere
Contra Chipre, hará Venecia cuanto
Sobre el arduo negocio se requiere,
Sin perdonar á gastos ni quebranto;
Así que, si por fuerza el reino quiere,
No piense conquistallo con espanto,
Sino con tiempo, hierro, sangre y fuego,
Y con peligro de perder el juego.

Apenas la respuesta resoluta
Llegaba á la ciudad de Constantino,
Cuando, sin otro acuerdo ni disputa,
Se concluyó lo que antes se previno;
Mas es la potestad tan absoluta
Del Turco, que podrá juntar con tino
Tan presto sus armados escuadrones
Como otro tiempo Roma sus legiones.

De Grecia, de Antioquia y Natolia,
Al momento acudió gente de guerra,
Con la de Egipto, y toda la Suria,
Y cuanto la felice Arabia encierra,
Y quedó prevenido en Tartaria
El áspero canton de aquella tierra,
Para salir si necesario fuese
Al tiempo que á Selim le pareciese.

No vinieron las bárbaras naciones
Con las rústicas armas que ya usaron,
Ni aplicando la brasa á los carbones,
En el tostar las astas se ocuparon,
Ni del curado lino los cordones
Para formar las hondas religaron;
Que ya nuestros pecados y el infierno
Soldados los han hecho á lo moderno.

Embarcan municion y artillería,
Fuegos para arrojar artificiales,
Y cuanto, en fin, la sed de tiranía
Ha sabido forjar de los metales;
Las ondas del Egeo ya hendia
La armada con dos turcos generales,
Piali de mar, y Mustafá de tierra,
Crudos ministros de la cruda guerra,

Ambos bajáes, ambos renegados,
Este charqués, y aquel panonio fiero,
Ambos de estrecha afinidad ligados
Con el mismo Selin bravo y severo.
Ya pues iban por alto mar sembrados.
Representando al vivo un bosque entero,
Los bajeles del Turco prepotente,
Y el viento les soplabá lentamente.

Pasado habiendo del famoso estrecho
Que puso fin al fuego y los amores
De aquel que con justísimo derecho
Merece el primer mirto entre amadores,
A Tenedos llegaron, que, á despecho
Del tiempo, los antiguos escritores
Celebran, porque allí el engaño griego
Urdió la trama del troyano fuego.

Después pasaron por la dulce Xio,
Hermoso nido de la hermosura,
Y de allí fueron por algun desvío
Al puerto de Sobraza, inculta y dura,
Donde hay un bosque altísimo sombrío
Y horrible con selvática espesura,
Que bien sintió el destrozo en pocas horas
De las turquescas hachas cortadoras.

Los árboles antiguos, vacilando,
A la importuna fuerza se rendían,
Y los turcos, el verde suelo arando,
Con ellos en la armada los metían;
Viendo muchas veces y tornando,
Trujeron tantos como convenían
Para hacer bastiones y trincheas,
Pertrechos para sitios y peleas.

Luego pues que, soplando cierzo frío,
Volvieron al viaje mas derecho,
De Samos se hallaron en el río,
Que ya es deshabitada y sin provecho;
Hicieron agua, y con remar tardío
Pasaron un canal que allí hay estrecho;
Llegan después á Longo, y luego á Ródas,
De aquellas islas la mejor de todas.

Llave de Europa fué en nuestra defensa,
Y aun lo pudiera ser cumplidos años,
Si las civiles guerras, con ofensa
De Dios, no abrieran puerta á tantos daños.
¡Oh España, oh Francia, cómo se dispensa!
A vuestra costa el bien de los extraños,
Habiendo dado á pérdidas naciones
Sangre á beber de vuestros corazones!

Si pudieron un tiempo las sabinas
Confederar sus padres y maridos,
Y de las armas crudas y sanguinas
Hicieron resultar bienes crecidos,
¿Cómo leyes humanas ni divinas
No os movieron entonces los sentidos
A procurar la gloria eterna y rara
Que de la paz bendita resultara?

Fuera ejemplo de fe, que memorable
En siglos por venir permaneciera,
Y confusion del bando abominable
Que en su obstinada secta persevera,
Remedio para el caso lamentable
De aquella religion noble y guerrera
Que seis meses sostuvo la increíble
Fuerza de Soliman, turco terrible.

Y en negocio que tanto se arriscaba
Vosotros dilatasteis la porfía,
Que al turco vuestra guerra aseguraba,
Y á Ródas la esperanza entretenía;
Mas ¡ay! que en ello el bárbaro acertaba,
Y vuestra parte engaño recibía
Con pena, con afán, con violencia,
Sufriendo asaltos, hambre y pestilencia.

¿Qué diré del partido fraudulento,
Oh injusto Soliman y descreído,
Despreciador infame y avariento
De lo por tí jurado y prometido?
Dime, scita cruel, ¿qué fundamento
Tu honor afirmará mal adquirido,
Si en el soberbio gófo de tu ira
A la verdad anega la mentira?

No hay, en fin, policía ó trato humano
Donde falta la fe cándida y pura,
Y mal podrá tener quien no es cristiano
De hidalguía claridad segura,
Que á su ley el Maestro soberano
La honra consignó por orladura;
Y así, de la virtud no hace ausencia,
Y síguela cual sombra á su existencia.

Sin ley paces, sin verdad y con engaño,
Ganó la isla el crudo bizantino,
Y la nobleza invicta sintió el daño
Cuando ya de salud no vió camino.
Ingrata paga por valor tamaño,
Por tanto bien servir martirio indino,
Oh caballeros santos y valientes,
Se os dió por mano de tan viles gentes.

Siendo vosotros religiosos puros
Del precursor de Cristo verdadero,
Y antigua fortaleza de tus muros,
Oh gran Jerusalem, sagrario entero,
Y siendo aquellos que á los golpes duros
De Mahometo rayo y terror fiero,
Intrepidos hicistes vituperio
Cuando temblaba el orbe de su imperio.

Mas no por eso con lamentos tristes
Merecen vuestras muertes ser lloradas,
Pues á la fama voz y aliento distes
Para que siempre fuesen celebradas,
Y á descansar ufanos os subistes
A las regiones bienaventuradas,
Donde no hay frío ni calor ni guerra,
Trabajos duros de la dura tierra.

En aquel tiempo Carlos victorioso,
Aunque por Ródas de congoja lleno,
Sus reliquias guardó como piadoso
Padre de religion, agosto y bueno,
Y allí las trasplantó, donde famoso
Por ellas hace Malta al mar Tirreno,
Y las armas del turco aborrecidas
Son poderosamente rebatidas.

Allí virtud, nobleza y obediencia
Hacen resplandecer la disciplina
De justas armas y alta competencia,
Por quien al claro templo se camina;
Y no se ofrece guerra ó diferencia
En campo yermo, golfo ni marina;
No hay fuerte sitio donde heroicamente
La blanca cruz su gloria no acrecienta.

Por cinco largos siglos vuelta ha dado
El tiempo, que consume grandes cosas,
Después que en Asia pareció fundado
Este edificio en horas venturosas,
Y eternamente dél han resultado
Católicas proezas y famosas,
Dignas de historia célebre y cumplida,
De poderoso rey favorecida.

¿Qué es esto, pluma mia licenciosa?
¿Por qué una digresion así ampliaste?
Mas ¡ay! que la civil y dolorosa
Guerra salió al camino que dejaste.
Volvamos pues á él la voz llorosa,
Que bien dará sugeto que nos baste
Para quejarnos de la suerte dura
Y de la selimnesca fe perjura.

Ya por el ancho mar de la Siria
Iba nadando la turquesca armada,
A vista de la isla que solía
De los gentiles ser tan celebrada;
Aquí, dice la antigua poesia
Que la madre de amor fué enamorada,
Y que nació la hija incestuosa,
Que fué al hermano madre, al padre esposa.

En este reino ya tambien es fama
Que sucedieron las desgracias duras
Al desdefiado amante y cruel dama,
Solo conformes en las desventuras.
¡Oh crudo, oh ciego amor! ¿A qué tu llama
No fuerza á las humanas criaturas?
Cuando en contrario della hielo infundes,
Y con extremos tales las confundes.

El uno se enlazaba la garganta
Por salir de la vida y la cadena,
La otra así le mira, y no quebranta
La saña, antes se alegra de su pena;
¿Qué ley sufrió jamás sin razon tanta
Que adore un corazon quien le condena,
Y sean la aficion y odio de suerte,
Que á entrambos los conduzgan á la muerte?

Mas dejando los casos que aplicados
Le han sido, fabulosa ó ciertamente,
Chipre está puesta á treinta y cinco grados,
Y hiérela con fuerza Apolo ardiente;
Es abundante en mieses y ganados,
En generoso vino y excelente,
Y Pomona le da con larga mano
Los muy sabrosos dones del verano.

Al norte dista la Caramania
Sesenta millas, y hácia el levante
Está poco mas lejos la Siria,
Que Siria se llamaba la pujante;
Egipto se ve estar á mediodia,
Al occidente Ródas la importante,
Y es bañada tambien por este lado
Del mar que de Panfilia es hoy llamado.

Docientas y diez millas de longura,
Y cinco que se añadan á sesenta,
Por ancho tiene, y toda en su figura
Viene á bojar quinientas y cincuenta.
Vivia pues en ocio y en blandura
Allí la gente rica y avarienta,
Dando á su modo desiguales leyes,
Como si de los pobres fueran reyes.

Y la pobreza triste y abatida
Era por diabólica costumbre
Tan rigurosamente constreñida,
Que era ya esclavitud la servidumbre;
Así que, en dos extremos dividida
Estaba toda aquella muchedumbre,
Y como entre ellos no se diese medio,
El pobre lo era siempre sin remedio.

Mas al uno, soberbio con su renta,
Y al otro, conhortado en sus afanes,
Les era estar en paz vida contenta
Sin nuevas aventuras ni desmanes;
Jamás les incitó guerra sangrienta,
Ni todo cuanto anduvo Magallanes,
A trocar el pacífico reposo
Por la fama del hombre mas famoso.

Y así, aunque de Venecia les habia
Con diligencia guarnicion venido,
Y la nueva que cierta se entendia,
Pudiera en parte habelles prevenido,
Erraron el negocio el primer día,
Y fué su perdimiento conocido,
Que son las armas recio contrapunto,
Donde se yerra todo errando un punto.

Viendo acercar las velas otomanas
Los cipriotas miseros turbados,
No salieron con salvas inhumanas
A resistir los turcos denodados;
Antes, dando entre sí causas livianas,
Perplejos se estuvieron encerrados,
Perdiendo el tiempo en parlamentos vanos
Cuando mas menester fueran las manos.

De suerte que llegar pudo la armada
A parte donde el mar lento batia,
Y con líneas de espuma plateada
En mas sesgos reflujos se encogia.
Los turcos, como en tierra conquistada,
Visto que nadie se lo defendia,
Dieron ligero salto en el arena
Con tumulto que en torno el aire atruena.

Piali queda en la armada presidiendo,
Y Mustafá á ordenar sus escuadrones
Ya comienza, ya marcha, ya cubriendo
El campo va de bárbaras naciones.
¡Ay de ti, Nicosia, que, sintiendo
De tu cercano mal las ocasiones,
Te lamentabas de tu esquivia suerte,
Cual blanco cisne al tiempo de su muerte!

El agareno campo descreido
Puso á la gran ciudad sitio espantoso
Por la banda que Febo esclarecido
Su rayo nos esconde luminoso;
Mas entre tanto, el hijo no vencido
De Carlos Quinto emperador famoso,
La multitud persigue rebelada
Del áspero contorno de Granada.

Notable espacio há ya que frente á frente
Traté que los dos campos se opusieron;
Y así, debo contar forzosamente
Del arte que las cosas sucedieron,
Aunque al valor de España preminente
Los sucesos allí no respondieron,
Y la vergüenza deste caso impide
Aquello que la fuerza á voces pide.

Luego que nuestro bando descubrió
Del enemigo fué desde unas bayas,
Segun estaban hechos de concierto,
Fueron dando señal las atalayas;
De mano en mano por el aire abierto
La llama señaló lucientes rayas,
Y pónese la gente apercebida,
Unos en arma y otros en huida.

Los que inútiles son para la guerra
Por sexo ó por edad, iban huyendo,
Y no á todos el miedo los destierra,
Que parte hace rostro en ira ardiendo;
El ínclito Marqués al punto cierra,
Con su caballería acometiendo,
Porque tardaban los demás soldados,
Sin ser mas en su mano, de cansados.

Los moros, hecha poca resistencia,
Fingen huir dejando gran despojo;
Nuestros jinetes, saltos de prudencia,
Y ciegos con tan rica presa al ojo,
Con menos discrecion que diligencia
Comienzan á cargar segun su antojo,
De niños, de mujeres, de bagajes,
De alhajas nuevas y moriscos trajes.

El sabio general pretende en vano
Que dejen al momento el embarazo;
Revuelve en esto el pérfido tirano
Con toda la pujanza de su brazo,
Y hiere de manera en el cristiano,
Que hace de sus cuerpos gran ribazo,
Y el que libra mejor de la contienda
Acuerda de volver presto la rienda.

Puesta en desórden la caballería,
Atrás á largo paso se tornaba
Para juntarse con la infantería,
Que hácia los contrarios caminaba;
Júntanse en breve, y la morisma impía
Traba con ellos competencia brava,
Y comenzando en ella á mejorarse,
A los nuestros conviene retirarse.

Retiranse á lo raso peleando
Con buen orden y parte de la presa;
Pero la multitud les va cargando
A trechos, de manera que les pesa;
En fin, algun decoro conservando,
Aunque perdido el premio de la empresa,
Se vino á recoger dentro en Fiñana
El campo de la gente castellana.

Agramante Fajardo reprehende
De la gente comun la vil codicia;
Y dice ser escándalo que ofende
La heroica presuncion de la milicia;
Mas da la vuelta á Baza, porque entiendo
Que allá el tirano orgullo y la malicia
Podia enderezarse fácilmente,
Por tener el de Luna poca gente.

Mas lo que resultó de su llegada
Fué el irse don Antonio en el momento
A servir sus oficios en Granada
(Dicen que no sin causa y fundamento);
Porque era cosa muy averiguada
Ser el de Vélez en el tratamiento
Para con las cabezas tan altivo,
Que muchos le juzgaban por esquivo.

Mas el Abenhumeya, libertado
Y sin contradiccion, sobre Adra viene,
Entendiendo hallar desamparado
El lugar; pero está como conviene.
Pasa después á Verja denodado;
Mas, como guarnicion bastante tiene,
Otra resolucion tomar le place,
Que mas á sus intentos satisface.

La tierra del Marqués corre, y maltrata
El lugar de las Cuevas deleitoso;
Los alegres estanques desbarata,
Y siembra en los jardines fuego odioso;
El agua pura, de color de plata,
Se esparce y vuelve de otro polvoroso;
Muere el pescado y arden las frescuras;
Crujen las llamas con el humo oscuros.

En fin, el sitio dulce y aplicado
A honesta recreacion gran tiempo habia,
Era traído á miserable estado,
Y tal, que á piedras ablandar podia;
Mas, de las bravas furias incitado,
Hartar su crueldad jamás podia;
Y así miraba el fuego Abenhumeya,
Cual Nero miró á Roma, de Tarpeya.

Nunca el termo cruel de las arpias
Amancilló las mesas de Fíneo,
Ni con gorgónea sangre las impías
Tierras de Libia emponzoñó Perseo
Tanto como el tirano aquellos días
Dabó la quietud, precio y arreo
De todas las personas y lugares
Por donde discurrió dando pesares.

Habiendo á Vélez pues acometido,
Dió la vuelta á Andarax, y allí de asiento,
Como de la fortuna favorito
Y asegurado, residió contento;
Visto que su poder se había extendido,
Osaba con mayor atrevimiento
Hacer á sus vasallos opresiones,
Conforme á sus perversas condiciones.

Palabras blandas, condicion severa,
Rigor disimulado hasta el hecho.
Queriendo por él gracias cual si hubiera
Algun notable beneficio hecho;
Los días y hacienda de cualquiera
Contaba, alimentando el hondo pecho
De una codicia ardiente insaciable.
En el mal firme y en el bien mudable.

Al que entendía destruir trataba
Con halago aparente y lisonjero;
Para negocios arduos le llamaba,
Haciéndole en consejos compañero
Tal era Abenhumeya, aunque no daba
Indicios desto en su vivir primero,
Ni mientras don Fernando fué su nombre;
Mas el cargo mostró cual fuese el hombre.

Con todo, no faltaba quien le diese
De veras á entender que era rey bueno,
Ni engaño para que él se lo creyese,
Aunque era de lo cierto tan ajeno;
Mas, como sin enmienda procediese,
Comenzó el vulgo á murmurar sin freno
De su mala intencion y peor gobierno,
Guardándose mas dél que del infierno.

Tomaron contra él atrevimiento
El Nacoz allá en tierra de Granada,
Maleque en la de Baza, y al momento
Jiron junto á Almuñécar cultivada;
En la de Vélez el Garral violento,
Mojajar en el río de la osada
Almería, y allá en el de Almanzora
Canun hace lo mismo en esa hora.

Farax se le torció, con haber sido
De sus mas principales valedores;
Ni solo vino á ser aborrecido
De los moriscos grandes y menores;
Mas aun de aquellos turcos que traído
Había por seguros defensores,
Y de los berberiscos: en tal grado
Fuerzas la indignacion había tomado.

Estas son causas por la mayor parte
Que preceden al fin y desventura
Del tirano que sube por mal arte,
Si en todo no le sobra la cordura;
Mas él en armas se juzgaba un Marte,
Y otro César Augusto en la ventura,
Tardando en remediar hasta su daño,
Su perdicion nacida deste engaño.

Y así, espaciosamente determina
De asolar á Motril, lugar armado,
Mas grande, llano y puesto á la marina,
Y no difícil para ser entrado;
Quiso engañar á la progenie austrina;
Y por hacelle estar mas sin cuidado,
Fingió, dando principio á sus cautelas,
Que iban los turcos á las Albuñuelas.

Fingió que á regalarle en la abundancia
Del valle de Leclin los enviaba,
Y á moderar la furia y arrogancia
Que en los mas declarados se mostraba;
Si alguno en su amistad tenía constancia,
Y del sencillamente se faba,
Era Abdalla Abenabo su pariente,
A quien dijo en secreto lo siguiente:

PE-II.

«Primo mío, hínaje esclarecido
De aquel profeta máximo agareno,
Que mi alcaide de alcaides habeis sido,
Y sois para mayores cargos bueno,
Mañana, cuando el sol haya salido,
Todos los turcos de mi campo ordeno
Que salgan fuera dél, y así pretendo
Que vayan solo á vos obedeciendo.

»Hacia Val de Leclin iréis con ellos;
Mas si ocasion me ofrece mi destino,
Con tiempo la tendré por los cabellos,
Y darse os ha otro aviso en el camino;
El cual siguiendo al punto vos y ellos,
Convocaréis del sitio convectivo
Toda la gente que posible fuere.
Y apriesa marcharéis donde os dijere,

»Trayendo vitualla prevenida
Para seis días abundantemente.»
Mas ya de la tiniebla aborrecida
Limpiaba el aire el sol resplandeciente,
Cuando Abenabo hizo su partida,
Acaudillando la turquesca genta;
A Cadiar van á punto y son de guerra,
Vestidos á la usanza de su tierra.

Apenas la nacion fiera y extraña
Llegó al lugar, y el claro ardor febeo
A bañar se bajó en el mar de España,
Cuando los alcanzó un falso correo,
Con órden que al alcaide desengaña
De que su primo y rey tiene deseo
Que á Micina, su patria, en el momento
Se vayan á hacer alojamiento.

Aquí se ofrece un caso hazafioso,
Y no se excusará el tratar de plano
El trágico remate y fin penoso
Del mando y de la vida del tirano;
Que, puesto que el haberse hecho odioso
Pronosticaba su morir temprano,
La causa que en materia tan dispuesta
Obró sus daños, fué en efecto aquésta.

Entre las viudas que la guerra esquivó
Había hecho, del morisco ultraje,
Una quedó gallarda, moza, altiva,
Igualmente hermosa y de linaje;
No fué la griega Elena mas laciva
En ojos, ademan, postura y traje;
Era en tañer, bailar y cantar diestra,
A su costumbre arábica y la nuestra.

El peligroso don de ser tan bella,
Junto con los donaires que tenía,
Un primo suyo hizo arder por ella,
El cual Diego Alguacil por nombre había;
Pues como el corazon que estaba en ella
No fuese roca ni de nieve fría,
Sin gran negocio prefirió la dama
Los tratos amorosos á la fama.

Era el Diego Alguacil de los llegados
Mas á su rey; y así, ocasion teniendo,
Le dijo: «Serlo yo de enamorados,
Como tú de nosotros, cierto entiendo,
Pues con la fe y razon de mis cuidados
El mas calificado pecho enciendo
De cuanto mira el sol acá alumbrando,
Y allá otro nuevo mundo visitando.

»Como el lucero excede á las estrellas
Cuando alegre anunciando la mañana,
Y como se aventaja dél y dellas
La casta y hermosísima Diana,
Como el lucido Apolo en partes bellas
Lleva la palma á su querida hermana,
Así tambien la lleva mi señora
A cuantas en la tierra están agora.

»Es una proporcion que hizo el cielo
De forma y elementos concordantes,
Una apurada imagen y modelo
De cuantas mas hermosas fueron antes
Si tal figura vieran en el suelo
Zeusis, Lisipo, Apéles y Timántes,
Solamente pudieran celebralla
Con no acertar jamás á retratalla.

12: 61, *juicio de la guerra* por 1:7

62, *conflicto: cati - muel.*
+ *ressemblance de troupe*

63, *Prima!*
honorables!
+ *disgracia por hoy!!*

de la presa de Chipre
oposición

de r fin du chand

Sacó á Diego Alguacil por verdadero,
Y hizo á Abenhumeya enamorado.
No de la piedra iman es el acero
Por oculta virtud así tirado,
Como del Rey allí los ciegos ojos,
Y con ellos el alma y sus despojos.

Cantó y bailó, tocando una vihuela,
Con tal dulzura, talie, gracia y brío,
Que no aplació danzando la mozueta
En tanto grado á su padrastro impío;
Y pareció que Vénus en su escuela
Le concertó el donaire y atavío;
Cúpido apríesa tira pasadores,
Muere Alguacil de celo, el Rey de amores.

El poder, que á los vicios da licencia,
Redujo á la posada del tirano
La viuda bella, mas por violencia
Que por precio ó concierto afable y llano;
Huye Alguacil sin seso ni paciencia,
Y Zara llora con dolor insano,
Amando mas al pobre amigo ausente
Que al rico poseedor nuevo y presente.

Blandas ofertas, dádilas crecidas,
Autorizado fausto y halagüeño,
Todo le da congojas desabridas,
Todo se le presenta un vano sueño;
Oh amor, y cómo son obedecidas
Tus leyes en el alma que eres dueño!
Qué absoluto poder es el que tienes
En repartir tus males y tus bienes!

Pueden las majestades y coronas,
Sin tí, con absolutas potestades,
Sujetar á su yugo las personas,
Mas no jamás las libres voluntades;
Porque estas solo tú las aficiones
Con nudos tan validos de amistades,
Que premio no permiten que se precie,
Ni paga equivalente en otra especie.

El mostrarse la mora descontenta,
Al desdeñado Rey mas indignaba
Contra el huido primo, cuya afrenta
Y muerte á todas horas procuraba;
Mas ella por terceros larga cuenta
De los secretos íntimos le daba,
Y él andaba con cien arcabuceros
Agravados tambien y bandoleros.

Tenido pues aviso que á una empresa
Los turcos iban, y por qué camino,
Les iba ya á buscar; mas otra preta
A las manos acaso se le vino,
Y fué un correo que, picando apríesa,
Llevaba escrito en liso pergamino
Un despacho real; y así, le plugo
Al rebelde Alguacil serie verdugo.

1 RUFO.

Es fácil de matar quien se confía;
Y así, fué el mensajero luego muerto
De aquel morisco, cuya compaña
Segura imaginó por el desierto.
Cometida la astuta alevosía,
Y el cerrado despacho al punto abierto,
Vióse que Abenhumeya lo enviaba
Con letra que á Abenabo así hablaba:

«Primo leal y amigo verdadero,
Es nuestra voluntad que al punto y hora
Que os alcance el presente mensajero
Marchéis mientras el sol con otros mora;
De tal manera, que antes que el lucero
Anuncie la venida de la aurora,
En Ferreira os halleis con vuestra gente,
Y allí se os mandará lo conveniente.»

Mas Alguacil, celoso y con afanes
De invidia y de temor de su enemigo,
Usó el ardor que con los capitanes
Del mal afortunado rey Rodrigo
En Ceuta tuvo, para mas desmanes,
El padre de la Cava, á quien maldigo.
Estáme pues, lector, un poco atento,
Y entenderás en suma todo el cuento.

Era el morisco rey mal escribano,
Y no bien en arábigo firmaba,
Por lo cual para ello daba mano
A un mozo si Mojájar se ausentaba;
El cual era pariente muy cercano
De Alguacil, y presente se hallaba,
No menos agraviado y ofendido
Que á traición y venganza apercebido.

Roto el despacho pues, este otro ordena
Que al Alcaide amonesta de tal suerte:
«Amado primo, que de la agarema
Nación el mas ilustre sois y fuerte,
Sabed que á mi corona y fama buena
Conviene que á esos turcos deis la muerte;
Seríos despues la causa manifesta,
Y sea la forma del efeto aquesta:

»Aunque la escuridad esté vecina
Cuando este mensajero os alcanzare,
Marchad hasta alojaros en Micina
Por el camino que se os anojare,
Donde con maña y fuerza repentina,
Cuando la noche á su mitad llegare,
Cada huésped dé muerte acelerada
Al turco que alojare en su posada.

»Irá Diego Alguacil con otros ciento
A daros en tal caso presta ayuda;
Mas el hecho acabado, en el momento
Pasad por su cerviz la espada aguda.»
Tomado aquel edito fraudulento,
Ligero otro correo el paso muda,
Y este fué aquel que, estando el dia al cabo,
Alcanzó junto á Cádiar á Abenabo.

Apenas el papel habia leído,
Cuando Alguacil delante se presenta
Con otra carta, que tambien fingido
Había de la plática sangrienta;
Solo de sí no trata el fementido,
Por hacer verisímil mas la cuenta.
El engañado Alcaide, ardiendo en ira,
Sobre cada renglon brama y sospira.

CANTO XIII.

Abenabo, dando crédito á Diego Alguacil, determina con los turcos de matar á su pariente el reyecillo. El turco combate á Nicosia en el reino de Chipre. Su cantidad y el Rey envían socorro, y no llega á tiempo por tenelle las galeras muy contrario; y así, da la vuelta sin efeto, sabida en el camino la triste nueva de Nicosia.

Llamamos flaco al sexo femenino,
Imperfecto, mudable y avariante,
Atribuyendo solo al masculino
Constancia, fortaleza y sufrimiento;
Mas ya diversas veces contravino
A la resolucion deste argumento
La experiencia, que es madre fidedina
De cuanto por verdad se determina.

Costosa y cara nos salió esta prueba
Cuando á la transgresion del santo fuero
Pudo inducir con sus razones Eva
Al marido que Dios formó primero;
De Dálida el ejemplo lo comprueba,
Pues entregó el consorte invicto y fiero
A que fuese ridiculos trofeos
De los acobardados filisteos.

¿Quién dió principio á la cruel zizafia
Que por injustos casos y violencia
Rindió á los moros el poder de España,
Sino fué una viril concupiscencia?
Y ¿quién de Bruto provocó la saña
Para lanzar de Roma la potencia
De los Tarquinos, sino solo aquella
Que fué en un mismo grado casta y bella?

Dejo, por evitar cuento tan largo,
Mil casos sucedidos desta guisa;
Y así, á contar agora no me alargo
La venganza de Dido la Fenisa,
Ni el hecho que dió fin triste y amargo
A Holofernes soberbio y su divisa;
Pues bien lo dicho hasta por consuelo
Para su perdicion al reyezuelo.

El amante de Zara, cauteloso,
Viendo al Alcaide atónito y confuso,
Usando en aquel trance de animoso,
El fin de su intencion así propuso:
«Cien hombres traigo aqui, Abdalá famoso,
Para el atroz insulto que rebuso,
Pues en ejecuciones insolentes
No deben ser los hombres obedientes.

»¿Qué crueldad se ha visto tan inmensa
De fieras sin razon embravecidas?
¿Cómo tratar de que se haga ofensa
A los que hoy mas defienden nuestras vidas?
Y el duro corazon que lo dispensa,
Haciendo sus maldades conocidas,
Sin duda alguna nuestra sangre vende:
Bien fuera de sí está quien no lo entiende.

«Este que nos busca displaceres.
Bueno en hablar, mas en obrar maldito;
No hay vidas, no hay haciendas, no hay mujeres
Para su crueldad, sed y apetito;
Y si pronosticar sobre tí quieres,
En los turcos verás tu daño escrito;
En los turcos, que, en vez de galardones,
Les va ordenando muertes y traiciones.

«Si con tiempo escarmientas en la ajena,
Salvarás la cabeza y salud tuya,
De aquella furia que jamás se enfrena,
Y tanto fia en la malicia suya;
No hay culpa cometida sin su pena,
No hay humar no poder á quien no arguya
El temor, la amenaza ó el castigo,
Sino á la prestuncion deste enemigo.»

Las quejas del morisco lastimado
Acrecentaron al airado pecho
De Abenabo un ardor mas inflamado
Con nuevas ansias y mayor despecho;
Cual suele el aire entre aros apremiado
Dar en la fragua por canal estrecho,
Haciendo que mas claro se parezca
El fuego, y que sonando se embrazexca.

Estaba á la verdad mas ofendido
Su cuerpo que quizá alguno pensaba;
Y así, con profundísimo gemido,
Mesándose las barbas, se quejaba:
«¡Oh Abenhumeya malo y fementido!
¿De tí cuál otro premio se esperaba?
Pues eres el tirano mas perverso
De cuantos ha sufrido el universo.

»¿Así traidor renuevas la esperanza
Que mi enojosa vida sostenia,
De tomar de mis daños la venganza,
Por quién soy otro ya del que solia?
Perdí cuando por tí tomé la lanza
La mujer y los hijos que tenia;
Y no parando aquí la mala suerte,
Después me dió á sentir trago mas fuerte.

»Cuando te fui á buscar desde Jubiles,
Y mis adversos hados me entregaron
A las crueles manos de hombres viles,
Que inútil para siempre me dejaron,
¿Qué mas diré sino que las viriles
Partes ferinamente me arrancaron;
Y dejándome eunuco y sin sosiego,
Se partieron de mí con burla y juego?»

Al ruido y clamor de las querellas
Que Abenabo sembraba blasfemando,
Huxen y Carhaji por entendellas
La causa se llegaron preguntando.
El moro no les niega cosa dellas,
Porque estos eran del turquesco bando
Capitanes en armas señalados,
Y en consejo por cuerdos reputados.

Sabido el caso, al térzanse agramente,
Y el autor del tratado cauteloso
Sacó una confeccion que es de simiente
De cáñamo con apio poderoso;
De la cual usar suele aquella gente
Para ir sin miedo al juego sanguinoso,
Y tomado de noche, no hay beleño
Ni opio que infunda mas profundo sueño.

Dijo que Abenhumeya se la diera
Para que sobre cena se la diese
A las cabezas, porque verdadera
Imágen de su muerte el sueño fuese.
Divúlgase el negocio, y cual si fuera
Verdad, nadie faltó que lo creyese;
Y conjúranse todos á una mano
En dar la muerte al pérfido tirano.

Así resueltos, marchan á la hora
La vuelta de Audarax; mas á otra banda
Conviene la atencion pasar agora,
Conforme la razon lo quiere y manda.
La furia de Selim, que á Chípre acora
Muy adelante en los asedios anda;
Atiende Nicosia á la defensa,
Si habella puede á fuerza tan inmensa.

Ya el crudo basilisco con bramido
El cañon reforzado y culebrina
En el muro fortísimo y lucido
Imprimian señales de ruina;
Bien que el peligro claro y conocido
Acrecentaba militar doctrina,
En todos los que en ella no eran diestros;
Que suelen los trabajos ser maestros.

Piezas sesenta y seis fuegos lanzando,
Baten apriesa la ciudad cultada,
De cuyas altas torres contrastando
Está la gente ilustre baptizada;
Los turcos artilleros, reforzando
Sus tiros con mas carga de la usada,
Hicieron reventar gruesos cañones
A costa de sus mismos escuadrones.

Mas no por eso del batir urgente
Desisten los crueles sola un hora,
Ni cuando el sol á nos está presenta,
Ni cuando otro hemisferio ciñe y dora;
Duerme el fiero animal, y la serpiente
Reclina su cabeza enconadora
En la callada noche y tiempo oscuro
Que aun á los brutos da alivio seguro.

Y en medio del silencio mas profundo
Resuena por el aire tenebroso
El salitrado azufre furibundo
Con horroso estruendo pavoroso;
Parece que la máquina del mundo
Se atierra y se reduce al fin penoso:
Tal es la furia inmensa y la porfia
De la mortal y brava artilleria.

Aunque dentro la tierra bien defiende
Nicolao, general del veneciano,
Y al mas helado pecho y alma enciende
A resistir con valerosa mano,
Es tanta la pujanza con que ofende
El que rige el ejército otomano,
Que recelar hiciera al mas constante,
Y vacilar murallas de diamante.

Y así, aquellas, que no de tal materia
Compuestas eran, ya se resentían,
Y conducidas á mayor miseria,
Rotas por una parte parecían;
Tardaban los socorros que de Hesperia
En vano los sitiados atendían;
Sus capitanes, pues, al punto llama
Mustafá, y al asalto los inflama.

Manda poner en órden la espantosa
Arremetida, con tropel y grita;
Levántase una nube polvorosa
Que del sol la luz pura debilita;
Como entre sierra yerta peñascosa
Se rompe el Bétis y se precipita,
Y el sordo murmurar de su ruidido
Tiene el contorno todo ensordecido.

Así resuena el campo, y el bullicio
Hace gemir y retremblar la tierra;
Cada cual se dispone al ejercicio;
Ya la sonora trompa incita á guerra;
Armas renuevan su terrible oficio,
El plazo á los partidos ya se cierra,
A las armas la causa se remite,
Y venza quien mejor las solicite.

No estaban los sitiados consultando
Los negocios perplejos y dudosos,
Ni sus mujeres caras abrazando,
Del cercano peligro temerosos;
Antes andan aquí y allí guardando
Los sitios que se ven mas peligrosos,
Cavando fosos, y por cualquier vía
Trazando lo que el tiempo requería.

Como sus enemigos venir vieron
Armados, se juntaron al instante,
Y á las mas flacas postas acudieron
Con plés ligeros y ánimo constante;
Heróicamente allí se defendieron
De la canalla dura circunstante,
Rompiendo su defensa y pavesadas
Con nubes de armas fuertes y pesadas.

Trabóse mas la brava competencia,
Creció el herirse, el daño, furia y saña;
De entrambas partes caen sin diferencia,
Retumba con los golpes la campaña;
Mas Nicolao con presta diligencia
De un escogido bando se acompaña;
Y acude porque el hecho se quite
A lo mas peligroso del combate.

Este dicen que origen verdadera
De la sangre de Dándalo traía,
Marco Julio Romano, que lo era
También en la virtud y valentía;
Sigue del General la agra carrera
Con toda la orgullosa compañía,
Y hacen en los turcos tal estrago,
Que el día vino á serles actago.

Dan la vuelta corriendo á cual mas puede,
A Mustafá con voces increpando
De que su temerario osar ecède
Al poder extendido de su bando;
Mas él, visto lo mal que le sucede,
La espada desnudó, la voz alzando,
Y contra aquellas huestes temerosas
En ira ardiendo, dijo tales cosas:

«No suele la genizara fineza
Defensas aceptar tan baladies,
Ni suele conocerse tal flaqueza
En los soldados viejos espabies;
Mas parece sin duda esta vileza
De banda delincuente de monfies,
Que tientan sin razon toda insolencia,
Y huyen de cualquiera resistencia.

»Decid cobarde union, oprobrio indino
Del monarca Selim, ¿por qué dais vuelta?
¿Adónde os lleva vuestro mal destino,
Corriendo tras la infamia á rienda suelta?
Volved, volved, que luego determino
Yo mismo comenzar nueva revuelta;
Sigame el que quisiere; que yo quiero
Arremeter de todos el primero.

»Y si desfalleceis de tal manera
Solo por conservar la vida amada;
Si vuestro mal principio persevera
Por no osar arriscalla esta jornada;
Yo tomaré venganza tan severa,
Que pueda ser la suerte envidiada
Del que por no enojarme acabó en guerra,
Y muriendo mordió una vez la tierra.»

Con tal instancia Mustafá bramaba,
Con tal castigo freno les ponía,
Y mas, que por sus nombres los llamaba,
Como quien los mas dellos conocía;
Que ya los fugitivos apremiaba
A revolver de nuevo á la porfía,
Cercados de temor y de vergüenza;
Y así, otro nuevo asalto se comienza.

Recibieronse golpes tan pesados,
Que ya los del primero, aunque temidos,
Con los presentes siendo comparados,
Pudieran fácilmente ser sufridos;
Mas ya desde los montes encumbrados,
De Febo por diámetro heridos,
Caían largas sombras, y la fria
Tierra de triste manto se cubría.

En fin, la sombra de la noche oscura
Fué tregua de la lid feroz, ardiente,
Si tregua ha de llamarse coyuntura
Que descanso ni alivio les consiente;
La gente de la tierra se procura
Apercebir cuidadosa y diligente
Para el peligro del siguiente día
Contra la fuerza odiosa de Turquía.

Los capitanes turcos y soldados
Que en el consejo entraban principales
Sobre el negocio estaban congregados,
A Nicosia urdiendo duros malés;
El sol dejó los indios apartados,
Y los rayos sacó piramidales
De la rosada estancia de la aurora,
Que allí en el horizonte rico mora.

Ya la trompeta del metal sonoro
Hería el aire, al arma, al arma dando;
Embiste Mustafá cual bravo toro,
Su lugar de caudillo renunciando;
Todos le siguen, y al profeta moro
Con voces mal discretas invocando,
Pretenden colocar sus estandartes
Encima de los altos baluartes.

A la defensa atienden venecianos,
Llamando su patron evangelista;
Parte ataja los pasos á otomanos,
Que procuran subir á escala vista;
Parte con ellos andan á las manos
Donde no hay muro ó foso que resista;
Suena la grita, el hierro y el estruendo,
Y las discordes iras van creciendo.

La honra, libertad, la vida y fama,
Inestimable precio, allí movían
Los fuertes brazos que con bierro y llama
Al enemigo bando resistían;
La tierra se estremece, el aire brama,
Y de turquesca sangre se cubrían
Aquellos campos verdes y floridos,
Estancias ya de muertos y heridos.

¡Oh cuánto los de Scitia procuraron
Entrar en la ciudad! Mas fué imposible,
Aunque notable espacio batallaron
Con industriosa maña y fuerza horrible.
¡Oh cuantas veces, por lo que probaron,
Aun el vencer les fuera aborrecible!
Pues un paso de tierra que ganaban
A precio de mil vidas lo compraban.

El bravo Mustafá, que ve mostrarse
Con tanta gallardía los de dentro,
Piensa que está el remedio en retirarse
A Bizancio, mas teme peor recuento;
Halla que es de Caribdis apartarse
Para hacer en Scila triste encuentro,
Querer, por evitar jornada incierta,
Provocar de Selim la saña cierta.

Discursos hace, lleno de sospecha;
Mil cosas piensa y nada determina;
El tiempo es breve, la ocasión estrecha,
Y sabe que el socorro se acerca;
Perplejo se maldice y se despecha,
Y por desbaratado se imagina,
Viendo que de sus varios pensamientos
Le resultan iguales descontentos.

Y lo que peor es, ve andar su gente
Sangrienta, fatigada y desvalida;
Y así, mandó tocar expresamente
Del recoger la seña conocida.
Roma la santa, España la eminente,
Columnas de la Iglesia esclarecida,
No se excusaron de meter las manos
En favor de los libres venecianos,

Tan á tiempo, que fueran ya surgidos
En Chipre de galeras once pares,
Al Colona y al Oria cometidos,
Varones en milicia singulares,
Y con ellos soldados escogidos,
Si la inclemencia de los altos mares
Forzosa no hiciera la tardanza,
Anegando el trabajo y la esperanza.

Y tras la rigurosa violencia
Con que Neptuno perturbó su imperio,
Les sobrevinó grave pestilencia,
Atropos presta al triste ministerio;
Los cuerpos sin alguna diferencia
Se entregaban al hondo cimiterio,
Archivo general, sepulcro ilustre
De personas que al orbe dieron lustre.

Con estos infortunios trabajosos
Tiempo, fatiga y gente se perdía;
Mas los dos generales valerosos
Constancia firme muestran todavía;
Porque el peligro en pechos generosos
No engendra ni produce cobardía;
Antes, como contrario menos firme,
Es causa que el esfuerzo se confirme.

También el ser tan justo el presupuesto,
Tan útil el socorro y necesario,
Y tanto el premio si libraban presto
El reino de las manos del contrario,
Era estímulo claro y manifiesto;
Mas entre tanto el pérfido adversario
Hizo sentir por guerra á Nicosia
De su calamidad el postrer día.

Y así, cuando del mar algo mas llano
El agua con las proas se cortaba,
Y Zane, general del veneciano,
Que otra banda marítima guiaba,
Iba con los demás tedo y ufano,
Un batel se mostró que navegaba
La vuelta de la gran Constantinopla,
Volando cual leveche que le sopla.

En popa lleva el viento bien gallardo,
Que apuja en su derrota á nuestra armada.
Servía á la sazón hecho el hastardo,
La entena á medio el árbol levantada;
Mas no tan presto salta el león pardo
Sobre la res que balla desmandada,
Como una capitana hizo presa
En el bajel, que fué pequeña empresa.

Solos dos turcos, muy á la ligera,
Iban con letras para aquel monarca,
Que la mas parte de la oblica esfera
Con recia usurpacion tiene y abarca;
La nueva pronunció á nuestra manera
El uno, que nacido había en la Marca,
Cuya substancia, en breve resumida,
Era ser Nicosia ya perdida.

Como á padre amoroso avenir suele
Que, yendo á ver el hijo enfermo ausente,
Encuentra con quien cierta le revele
La intempestiva muerte del doliente;
La cual nueva en el alma así le duele,
Que se para á gemir amargamente,
Cambiadas las sospechas en certezas,
Y en ansias los temores y tristezas;

Así al concorde y grave triunvirado
Lastimó el triste son de aquel mensaje;
Mas, como nace luego del cuidado
Deseo al hombre de entender su ultraje,
Al renegado turco fué mandado
Que refriese en italo lenguaje
De Nicosia el áspero suceso;
El cual dió así principio á su proceso:

»No es parte haber la libertad perdido
Y las albricias buenas que esperaba
Del turco emperador para que olvido
Ocupe la memoria que en mí estaba;
Ni el captiverio tanto me ha afligido,
Que por llorar el bien de que gozaba,
Deje, como es razon, de obedeceros,
Cristianos y prudentes caballeros.

»Después que Mustafá con larga guerra
Con ardidés, asaltos y asechanzas,
Procuró la ciudad poner por tierra
Que tanto dilató sus esperanzas,
El temor, que los ánimos atierra,
Junto con el recelo de mudanzas,
Le hizo estar dudoso y con fatiga
Por nuevas que tuvimos desta liga.

»Días há que la nueva al campo nuestro
Llegó de cómo el Papa y rey de España
Se juntaban á dar socorro diestro
A la ciudad que el mar en torno baña;
Por horas se esperaba el venir vuestro;
Y así, Piali-Bajá con arte y maña
Tenía sus galeras en concierto,
Y andaba todo el mundo el ojo alerta.

»Después de haber los dos bajases tenido
Acuerdo, no sin priesa y sobresalto,
Quedó de comun voto resumido
Se echase todo el resto en un asalto;
Tocóse al arma, y fué el aire rompido
De tal estruendo y de rumor tan alto,
Como en Troya se oyó el día postrero
Cuando el vientre se abrió al paladio fiero.

»Llovía de las torres y muralla
Gran cantidad de dardos y saetas,
Balas, piedras y cuanto mas se halla
Contra mantas, celadas y tarjetas;
Tanto viene á encenderse la batalla,
Que ya no hay quien de máquinas secretas
Quiera ser defendido ni encubierto,
Y cada cual pelea á campo abierto.

»En este trance de cuidados lleno,
Ciegos de enojo, y del suceso inciertos,
Hicimos el temor, del todo ajeno,
De puro ver peligros descubiertos;
Una parte del foso terrapleno
Volvímos á poder de cuerpos muertos;
Que cuando hay de enemigos muchedumbre,
Aun muertos á dar bastan pesadumbre.

»Por la parte del muro aportillada
Una sangrienta lid se vió reñida;
La sangre de ambas partes, ya mezclada,
Corría por el suelo toda unida;
Decir no sé por cosa averiguada
Cuál entonces de cuál fué el homicida:
Todo era confusion, todo clamores,
Humo, polvo, terror, muertes, dolores.

»No exceptó la ciudad sexo ó persona
Que á la defensa parte no ayudara;
Y así, mujeres hubo que corena
Les diera Roma por virtud preclara
En algun tiempo, y mas á una matroña
Que hizo de su ardid reseña rara,
Que el temor de vivir infamemente
Le hizo en todo extremo ser valiente.

»Armada andaba á voces convocando
El género medroso al nuevo oficio;
Una lanza blandía amenazando,
Aunque jamás usó tal ejercicio,
Y comenzó después á echar un bando,
Digno de immortal fama y beneficio,
Diciendo: — Las que sois amigas de honra,
Buscad la muerte honesta sin deshonra.

»No es grave mal el fin de aquesta vida,
Pues es remate y fin á tantos males,
Y cuando fuera gloria conocida
Estar en ella á todos los mortales,
Debiera ser de nos aborrecida,
Por no venir á manos desleales,
A bajos ministerios y serviles
Y á torpes apetitos de hombres viles.—

»Estas y otras heróicas persuasiones
Acompañó con obras de alma fuerte,
Haciendo daño á nuestros escuadrones,
Hasta que una escopeta le dió muerte.
¿Qué mas os contaré, claros varones,
Sino que se rindió á la misma suerte
Del General la vida, á cuyo lado
Cayó el bando mas diestro y apurado?

»Así afojó el orgullo y resistencia
De los sitiados luego; de manera
Que entramos la ciudad sin mas pendencia
Que si á partido llano se nos diera;
Cesó del hierro esquivo la inclemencia,
Y á Mustafá, que de nosotros era
Tenido por un tigre fiero hircano,
Ser vimos vencedor manso y humano.»

Aquí pensaba dar fin á su cuento
El preso turco, cuando cautamente
Se le mandó dijese con qué intento
A Mustafá dejaba en lo presente;
Si acaso publicaba estar de asiento,
Con qué aparato y número de gente;
Y si Piali-Bajá partir queria
A invernar, como el tiempo requeria.

Respondió: «La intencion no comprendo
Del victorioso turco por ventura,
Mas lo que todos vieron, vi y entiendo,
Y eso os diré hablando verdad pura:
El queda la ciudad fortaleciendo,
Y no con menos brío lo procura
Que procuró batilla y conquistalla;
Señal de que le mandan conservalla.

»Puesto que en los asaltos porfiados
Gente perdió, se halla en esta hora
Con veinte mil finisimos soldados,
Que saben pelear antes de agora;
Ricos, abastecidos, bien armados,
Como huasta en efeto vencedora;
De la armada tambien deciros quiero
Que se dice que irá al invernadero.

»A la rica ciudad de Constantino
Irá sin le faltar bajel ni fusta,
Para que, en calentando el táureo signo
El sol pujante, vuelva á Famagusta,
Si no se rinde agora de camino.
De miedo, y esto dicen que se ajusta
Al gusto de Selim; lo cual yo creo,
Pues verisimil es á cuanto veo.

»Esto es ¡oh caballeros! cuanto puede
Este captivo misero deciros,
Sin que en su pecho por malicia quede
Otra alguna verdad de que advertiros;
Suplicoos pues, que ya que el mundo rueda
Ejercitando contra mí sus tiros,
Ya que los hados no me sean amigos,
Me seais piadosos enemigos.»

Oido aquel suceso compatible,
Y de las cosas el presente estado,
A todos pareció ser conveniente
Tener consejo sano y acordado;
En el cual se hallaba el invencible
Marqués de Santa Cruz, porque enviado
Con los demás caudillos fué al efeto,
Como varon tenido en gran conceto.

El parecer del inclito romano
Y el del prudente sucesor de Andrea,
A quien la gran ciudad que fundó Jano
Debe la libertad de que hoy se arrea,
Están conformes en alzar la mano
De aquella empresa, por mejor que sea,
Pues que su comision no se extendia
A mas que socorrer á Nicosia.

De su facundo discurrir no trato,
Porque fuera hacer larga la historia;
Mas no quedó el ejemplo de Torcato
Severo de traerse á la memoria,
Y otros avisos de ejemplar recato,
Demás que el marinero insigne de Oria
Del tiempo con razon poco fiaba,
Porque ya el Orion amenazaba.

Y el bravo escorpión alzado habia
Su cabeza al ardor del gran planeta,
Y Vertuno á la forma se volvía
En que engañó á la simple joveneta;
Las nubes arrojaban cada día
Furiosas lluvias, no por línea reta,
Mostrando con rigor mas que importuno
Eolo su fuerza, y su poder Neptuno.

Mas no faltaban causas de otra parte
Al de la señoría veneciana,
Para alegar, clamando como parte,
Que no volviese atrás la union cristiana;
El de Bazan, en armas nuevo Marte,
Gloria y honor de la milicia hispana,
Oidos los demás razonamientos,
El suyo declaró en tales acentos.

«Bien me parece á mí, claros varones,
Las órdenes en todo ser cumplidas,
Mas si al mudar de tiempos y ocasiones
Se ofrecen á su intento otras salidas,
No deben siempre ser las comisiones
Tan al pié de la letra obedecidas,
Que por dejar los hombres de extendellas,
Se pierda el fruto que se espera dellas.

»Si el vicario de Cristo y el rey mio
Nos mandaron hacer esta jornada
Contra el mahometano poderío
A dar favor á Nicosia sitiada;
¿Quién quita que no esté á nuestro albedrío
Mirar si puede ser recuperada,
O meter guarnicion en Famagusta,
Pues no será demanda menos justa?

»Aquello es útil, esto se requiere,
Y lo uno y lo otro, en la sustancia,
De nuestras comisiones no difiere;
Y así, pido se haga con instancia,
Que si en fortuna el mar permaneciere,
Menor es de aquí á Chipre la distancia
Que la que habrá de aquí al reino latino,
Perdiendo la ocasion, tiempo y camino.

»Ni apruebo la gentílica altiveza
De la dura ambición de los romanos,
Que por fama dejar con aspereza
Seguían los extremos de profanos;
No mereció del hijo la fineza
Ensangrentar las paternales manos,
Si la hambre cruel de vanagloria
No quisiera triunfar de su victoria.

»Vamos á restaurar, que es lo mas cierto,
O á prevenir el daño venidero,
Que Chipre nos dará acogida y puerto
Para tener seguro invernadero;
Y si el suceso tiene algo de incierto,
En eso está el blason mas verdadero,
Que oficio es del esfuerzo poderoso
Tener buena esperanza en lo dudoso.»

Estas palabras casi concluyentes
Don Alvaro Bazan allí propuso;
Mas, bien mirados los inconvenientes,
Quedará un sabio con razon confuso.
¿Cuán bien esto sintió el que á sus oyentes
Cinco años de silencio dió por uso!
El cual dijo que puede la elocuencia
Por dos partes probar cualquier sententia.

En efeto, se estuvo á la primera,
Y dió la vuelta la cristiana armada,
Sin que se le ofreciese en la carrera
Cosa digna de ser aquí contada;
Ya Mustafá y Piali su fuerza entera
Apercebían para la jornada,
Porque por mar el uno, otro por tierra,
Piensan notificar la nueva guerra.

A un mismo tiempo el uno el agua hiende
Y el otro marcha, ajenos de recelo,
Hasta que Famagusta ve y entiende
Que el uno cubre el mar, el otro el suelo;
Ya la turquesca muchedumbre atiende
A levantar trincheas hacia el cielo,
Sentar real, plantar artillería,
Con algazara y muestras de osadía.

Está aquella ciudad puesta á levante,
Hermosa y opulenta á maravilla;
Es á forma de un arco semejante,
Cuya cuerda al mar hace de la orilla;
Y aunque su fuerza no era antes bastante
A poderse oponer á tal rencilla,
La prevención y claro desengaño,
La pudieron armar contra su daño,

Con armas, vitualla y con pertrechos,
Y la industria de un par de paladines,
Cuyos nombres después contaré y hechos,
Que abrazarán del orbe los confines;
Mas ya en esta sazón los viles pechos
Del Burgo y de la fuerza de Cerines,
Que del reino tenía el tercer grado,
Vinieron á rendirse de su grado.

Mustafá les mandó prestar bajeles,
Para pasarse á la famosa Creta;
Mal haya quien se fía de infieles,
Infames profesores de vil seta!
El mismo, usando términos crueles,
Les ordenó traición por vía secreta,
Echándoles galeras al camino,
De quien mortal estrago les provino.

Mas, visto por los turcos generales
Que el conseguir la empresa comenzada
Les tiene de salir por sus cabales,
Y que ha de ser sangrienta y porfiada,
Porque las asperezas invernales
No ofendiesen al campo ni á la armada,
El campo se alza y busca alojamiento;
La armada espera velas y buen viento.

Al tiempo que el despojo repartido
Fue conforme á su usanza entre la gente,
Con elección curiosa fué escogido
Para su emperador un gran presente;
De los mozos el bando mas lucido
Con el de las doncellas que al presente,
Por su desdicha grande, eran mas bellas,
Yulfas hermosísimas con ellas.

Juntas así las inocentes almas,
Que quinientas en número serían,
Con altos gritos y batir de palmas
Lloraban la miseria en que se vian;
Un galeon de mas de seis mil almas,
En que ya encarecidas las tenían,
Con la armada á pariencia se aprestaba,
Soberbio por la carga que llevaba.

Capaz era bien cuanto dos maonas;
Pues, demás de otros cargos sustanciales,
Dos millares y medio de personas
Iban en él, y mas dos mil quintales
De pólvora, á quien Martes ni Belonas
Los ímpetus resisten infernales,
Y llega la costumbre temeraria
A no temella casi por contraria.

El cañon reforzado de eruja,
Tras un vellon humoso, da un tronido;
Ya la gente de mar, al mar se avia
Al son de la trompeta conocido;
Ya el presuroso silbo desalla
Al misero escuadron al remo asido,
Ya el áncora mojada en proa estanca,
Ya dice el pito: «Aprieta boga, arranca.»

Cuando impelido del salado asiento
El grande galeon de las captivas,
Voló por el diáfano elemento,
Resuelto de improviso en llamas vivas.
Aquí tiembla la voz, falta el aliento,
Y sobran ocasiones compasivas,
Aunque si el contemplar se alza del suelo,
No faltan otras muchas de consuelo.

Mas, conolido en fin de tanta muerte,
O consolado de que el lástima griego
No llegase, viviendo, á peor suerte,
Puesto en la sujeción del turco ciego;
¿Quién me dará la voz de metal fuerte
Para exprimir el trance á que ahora llevo?
¿Quién me dará el decir con eficacia
Que al vivo represente tal desgracia?

Subió, rompiendo la áspera violencia,
Por los vacíos aires, de manera,
Que el fuego material llegó á su esencia,
Turbando el orden de la cuarta esfera;
Sintió el puro elemento tal licencia,
Porque esta sola vez fué la primera
Que las llamas tuvieron osadía
De penetrar su excelsa monarquía.

Cesó, aunque tarde, aquel subir violento
De las corpóreas cosas inflamadas,
Y el natural y propio movimiento
Las comenzó á bajar precipitadas;
Llovía horrible monstruo humor sangriento,
Brazos, piernas, cabezas destrozadas,
Cuerpos sin forma, espadas, coseletes,
Hierro, plomo, arcabuces, bronce, almetes.

Atónitos los turcos del extraño
Portento, en su principio á verlo estaban;
Mas ya con otro nuevo y mortal daño
De la inaudita lluvia se guardaban,
Y de otros dos bajeles del rebaño,
Que llamas bramadoras aquejaban,
Gime y grita la gente sarracena,
Algunos de dolor, otros de pena.

Resta inquirir ahora sagazmente
Qué causa tuvo aquel terrible efecto,
Qué descuido, cautela, ó qué accidente
Puso los turcos en tan grande aprieto;
Pues hasta agora el tiempo no consiente
Saberse la verdad deste secreto,
Ni es mucho que el incendio extraordinario
Se haga della eterno secretario.

Dice un poeta dulce lusitano
Que nació de amorosa competencia;
Oyólo así decir de mano en mano,
Y así el creollo estuvo á su advertencia;
Mas, puesto caso que de amor tirano
Tan absoluta sea la potencia,
De lo mas verisímil yo me aviso
Que ni pudo hacerlo ni lo quiso.

Si Mustafá y Piali por una esclava,
De celos invidiosos, padecieran,
¿Cuánto con mayor rabia al que quedaba
El corazón y el alma le partieran,
Que al otro que la armada gobernaba,
Cuyos deseos presto se cumplieran,
Y á no conseguir mas que el ir presente,
Su vida fuera, y muerte del ausente?

Y dado que pasión tal le forzara
A dar algun autor al grave dolor,
Astuto y elocuente le buscara,
Cual dicen que Mercurio fué y Apolo;
Que mal tan gran negocio efectuara
Quien mirar no supiera por sí solo,
Ni de hombre que pecara de ignorancia
Secreto se fiara de importancia.

Mas, pues que del origen verdadero
No se alcanza á tener cierta noticia,
Y el caso cuanto horrible y lastimero
Pone de lo entender mayor codicia,
Presúmase que acaso un marinero
O soldado mal plático en milicia
La lumbre puso en parte peligrosa,
De donde resultó la llama odiosa.

Y si la juventud y hermosura
Que allí iba al peligroso captiverio
Nos muestra por calórica lectura
Que no carece el punto de misterio;
Crea quien la verdad saber procura
Que el alto Criador del sumo imperio
Quiso librar así el bando cristiano,
Y castigar los citas de su mano.

Que lágrimas con fe y amor vertidas
Pueden hacer que el mismo mar se encienda,
Y quejas justas son de Dios oídas,
Y hallan hasta el cielo abierta senda;
¿Quién quita que las almas atrevidas
De aquellos que en pecar no tienen rienda,
Forzando no estuviesen las doncellas,
No parando la fuerza en solas ellas?

Y ¿quién duda que en son triste y lloroso
No llamasen á Dios, padre y abrigo,
Y que él, como tan justo y piadoso,
Socorro diese al bien, y al mal castigo?
Partió Piali del puerto temeroso,
Llevando las demás velas consigo;
Mustafá se quedó, que no debiera,
A esperar la siguiente primavera.

CANTO XIV.

Los turcos ponen en ejecución la muerte de Abenhumeya. Alzan á Abenabo por su rey. Huzen, capitán turco, se enamora de Zara, y es causa de la muerte del reyecillo. Diego Algusail, su primer enamorado, sale en campaña con su competidor. Abenabo cerca á Orgiva, y el de Sesa la socorre con dificultad.

Dije, digo y diré mientras viviere,
Que el alto cielo el bajo mundo mira,
Y que si, mal obrando, alguno fuere
Protervo en provocar su justa ira;
Si yerros sin emienda cometiere,
Vendrá á ver cierto que á su daño aspira;
Que si el castigo tarda de la ofensa,
La graveza es mayor y recompensa.

Los grados crecen de la justa pena
A la medida de la injusta culpa;
Estréchase la cárcel y cadena,
Y arráigase el error que agravia y culpa.
Si el malhechor con tiempo no refrena
Sus afectos, y atiende á la disculpa
Y penitencia, que es por ley divina
De los vicios reparo y medicina.

No permitiendo ya el Juez eterno
Que Abenhumeya, violador profano,
Concitado de furias del infierno,
Turbase mas el crédito cristiano,
Ordenó que su vida y mal gobierno
Acerbo fin tuviesen por la mano
Del escuadrón armado de Turquía,
Que mas estableció su tiranía.

Habían ya las ruedas estrelladas
A la mas alta sumidad subido
Del zenit, y las horas dedicadas
Del sueño á su mitad justa venido;
Las ansias veladoras, entregadas
Al reposo profundo y dulce olvido,
Daban lugar á miseros mortales
A mitigar sus quejas desiguales;

Cuando la gente de Abenabo entraba
En Andarax, armada de cautela,
Fingiéndolo todo aquello que importaba
Para engañar la simple centinela;
La casa entraron del tirano estaba,
Que de peligro tal no se recela;
Mas luego despertó al batir violento
Que en las puertas sonó de su aposento.

Rotas y puestas siendo por el suelo,
Saltaron dentro algunos principales.
Cuando así les vió entrar el reyecuelo
Reconoció el extremo de sus males;
Corrió por las venas mortal hielo,
Y turbado habló palabras tales:
«¿Qué ley consiente que con fuerza fiera
Mi casa quebranteis desta manera?

»De turcos no son estas obras dinas.»
Dijo; mas quedó luego enmudecido,
Porque una de dos torpes concubinas,
Con que vilmente estaba entretenido,
Prisionero le echó al cuello alabastrias,
Y á su competidor le dió rendido,
Que era Diego Alguazil, así como ella
La viuda deshonesta cuanto bella.

Después que le tuvieron maniatado,
Diciéndole palabras injuriosas,
Las cartas le mostraron del tratado
Los turcos y las partes cautelosas;
Él responde, quejoso y espantado,
Que está inocente y salvo en tales cosas,
Y que es dellas autor, parte y testigo
Diego Alguazil, su pérfido enemigo.

La letra conoció de su sobrino,
Clamando que también le era adversario;
Mas todos, obstinados, al mezquino
Trataban con rigor extraordinario.
Caso fué cierto de memoria dino,
Y grande ejemplo deste mundo vario,
Que nadie en su favor armas tomase
Ni sola una palabra pronunciase.

Verdad es que la gente conjurada
Notificó al ejército al momento
La causa contra el Rey averiguada,
Que al punto le movió á furor sangriento;
Estaba la materia preparada
Para moverse el vulgo á cualquier viento,
Por odio en especial contra una vida
Molesta en general y aborrecida.

Los capitanes citan en presencia
Del anciano Abenabo, su pariente,
Y de otros, ordenaron la sentencia
Sin admitir excusa al delincuente;
Condenándole á morir, y él, sin paciencia,
Dice que no es en juicio competente;
Que apela para el turco poderoso
De agravio tan cruel y escandaloso.

De parte de Mahoma les protesta
Que admitan sus excusas y defensas;
Mas, como no era dilación aquesta
De que esperar pudiesen recompensas,
Solo el callar le dieron por respuesta;
Y sin tener las cosas mas suspensas,
En sus bienes y casa saco dieron,
Y toda su hacienda repartieron.

Sus mujeres también, que eran cuarenta,
Partieron, y Alguazil sin lite ó suerte
La viuda pensó haber; mas otra cuenta
Hace el turco Huzen, amante fuerte;
El viejo amante de pesar revienta,
El nuevo de coraje siente muerte,
Y así, en las contenciones porfiadas
Quisieron meter mano á las espadas.

Templa Abenabo el fuego que se emprende,
Tomando en sí el depósito seguro,
Y la contienda de los dos suspende
Para tiempo y acuerdo mas maduro.
Ya el nuevo sol sus hebras de oro tiende
Y quita la tiniebla al aire puro.
Volviendo á cosas grandes y menores
Sus formas, sus matices y colores.

Este fué el triste y aciago día
Que los precisos hados señalaron
Por último á la vida y tiranía
De aquel que los moriscos coronaron;
Y porque mayor fuese su agonía
Al eunuco por rey ante él alzaron,
Aunque mostró de veras rehusallo,
Mas no dejó en efecto de acatallo.

Abenhumeya, viendo ya cercano
El remate infelice de su vida,
Al airado escuadrón mahometano
Así habló con voz entristecida:
«Pues mi destino quiere que temprano
Haga del mundo la última partida,
Y son mis enemigos capitales
Los vasallos que tuve mas leales,

»Yo ofrezco á mi desdicha mi paciencia,
Y pongo en vuestras manos descreídas
La injusta ejecución de la sentencia,
¡Oh infames y alevosos patricidas!
Mas si de la divina Providencia
Las justas quejas suelen ser oídas,
Ante Dios justo emplazo tu persona,
¡Oh Alguazil y fiscal de mi corona!

»Y pido con las ansias y pesares
En que por tí, cruel, morir me veo,
Que en semejante fin como yo pares
Primero que se cumpla tu deseo;
Y acabes, cuando menos lo pensares,
Por la misma ocasión que fuiste reo;
Que oficio es natural á la justicia
Los fines prevenir de la malicia.

Designios, ambición, vana esperanza
Que vivistes en mí, morid conmigo,
Y quede al mundo desta remembranza
En mil siglos la fama por testigo;
No pido de vosotros yo venganza,
¡Oh turcos! porque el cielo es mi enemigo,
Y sé bien, por mi mal, que del proviene
La grave indignación que así me tiene.

»Y pues con vergonzosa soga al cuello
Me tenéis, como á can rabioso esquivo,
Yo entiendo cierto, y no me engaño en ello,
Que no me ha puesto así vuestro motivo;
Ira es de Dios, así debo erecillo,
La que se venga de mi ardid nocivo,
Que á la soberbia y altiveza mía
Tal género de muerte se debía.

»Por tanto, mi intención descubrir quiero
En esta hora terrible postrimera,
Yes que en la fe de los cristianos muero
En la cual hasta aquí vivido bubiera,
Sin que aceptara el cetro lisonjero,
Ni contra España en armas me pusiera,
Si del rey don Felipe los jaeces
Verdugos no me fueran tantas veces.

»Rompiéndome los fueros y homena je
Que por derecho y ley pertenecía
A mí, que, siendo de real linaje,
Por ser cristiano no desmerecía;
Y no que se extendió el odioso ultraje
A tal extremo con deshonra mía,
Que el puñal de la cinta me quitaron
Y de uso de armas me inhabilitaron.

»También agravios á mi padre hechos
Me provocaron á tomar venganza;
Mas ¡qué daños me trae ni qué provechos
Callar ó referir mi mala andanza?
A tí me vuelvo en trances tan estrechos,
Oh Abenabo, y aun lleve confianza
Que, como me sucedes en la suerte,
Seguirás las pisadas de mi muerte.

»Y vosotros, fieros sayones,
Que ayudastes la soga á mi garganta,
No dobleis mis tormentos y aficciones
Tirando sin compás con furia tanta;
El fudo flojo aprieta mis pasiones;
Yo le apliqué mejor, ¡oh cómo espanta
De la implacable parca la figura!
Oh, cómo es triste y llena de amargura!»

Esto dicho, cubrió el lloroso gesto,
Y concertó la ropa al mismo punto,
Queriendo, según pienso, ser en esto
Del dictador romano fiel trasunto;
Los dos ministros del ramal funesto
Tiraron hasta tanto que, difunto
El cuerpo, entre sus plés atormentado,
Del alma y del calor quedó privado.

Tal fué de don Fernando el fin astroso,
El que se osó llamar rey en España,
El que le dió cuidado trabajoso
Sustentando con armas ley extraña;
Sin duda fué tirano mas famoso
Cuanto mayor tragedia le acompaña,
Y su misma caída miserable
Nos da ocasión mayor que del se hable.

Favorables pronósticos y agüeros,
Salud, edad y sangre generosa,
Correspondencias, armas y dineros,
Fragosas sierras, gente belicosa,
Autoridad, poder, rentas y fueros,
Todo paró en desdicha vergonzosa,
Pues de lo dicho solo ha resultado
Un misero cadáver aborcado.

Si el fin de Abenhumeya dió mancilla,
A lo menos guardóse buen secreto,
Bien que todo el réal se maravilla
De ver prostrado así su rey eleto;
El sucesor mandó á cierta cuadrilla
Que al cuerpo de su príncipe indiscreto
Sin pompa diese pobre sepultura
Con el silencio de la noche oscura.

El sol hizo en poniente su jornada;
Y así, se efectuó el enterramiento;
Abenab la guardia acostumbrada
Mandó se armase, y fué hecho al momento,
Porque antes había sido desarmada
Para mejor asegurar su intento,
Mientras la ejecución de la sentencia
Pudiera tropezar en resistencia.

Voló la noche y vino la mañana,
Levantóse del lecho el moro anciano,
Y hecha la zala mahometana,
Mandó unir su consejo bien temprano;
Concurrieron los dél con mayor gana
Porque es la novedad al vulgo vano
Un cebo natural y golosina,
De que padece hambre y sed canina.

Dieron al nuevo rey la norabuena,
Y él la aceptó, mostrando en el semblante
Una afabilidad grave y serena,
No sin alguna muestra de arrogante;
Después en alta voz el aire atruena,
Y atento el auditorio circunstante,
Claramente se oyó en algarabía,
Que, vuelto en castellano, así decía:

«Cuán lejos de ambición y de codicia
Haya subido al grado en que me veo,
Sobra sería grande de malicia
Dejallo de entender, según yo creo;
Y pues de Abenhumeya la avaricia,
La crueldad en obras y deseo,
Su instable condición y desconciertos,
Son causa de que yaza entre los muertos,

»Yo os admito debajo de mi amparo
Como vosotros me lo habeis pedido,
Aunque rehusa el alma, viendo claro
El mar de enojos en que soy metido;
Si no fuera de mí con amor claro
Vuestro glorioso aumento pretendido,
Si mas que al vivir propio no os quisiera,
Morir y no reinar por bien tuviera.

»Ya pues, que vuestra instancia y mi desti
Y el mas que paternal amor que os tengo,
Me obligan á emprender este camino,
Oíd de qué manera me prevengo:
En cuanto á lo primero, determino
Que á dar cuenta del cargo que sostengo,
Al rey de Argel embajador se haga
Que desta novedad le satisfaga.

»El es tan sabio y rico de prudencia,
Que verá la justicia que me abona,
Y ratificará vuestra sentencia,
Aprobando lo hecho y mi persona;
Venida de su parte esta licencia,
Solemnemente me daréis corona,
Con las demostraciones que requiere
El caso, y que mejor os pareciere.

»Entre tanto en Alá espero y confío
De seros tal, que la experiencia pruebe
Que el cetro engerto en este brazo mío
Con vientos de fortuna no se mueve;
Raíces de odio tan profundas erio
Contra aquella nación fiera y aleve
Dentro en mi alma, que la saña fuerte
En fuego ardiente de ira la convierte.

»Y así, no hallo términos humanos
Que á mis enojos puedan ser iguales,
Ni cura, sino es sangre de cristianos,
Que aplaque mis tormentos desiguales;
¡Alto! sas! todo el mundo apreste manos
Contra sus enemigos capitales,
Y háganse correos diligentes
Que vayan avisando nuestras gentes.

»Escribanse á los bravos capitanes
Que repartidos andan militando,
De mí indigno pariente los desmanes,
Y el mal que á todos iba fabricando;
Sepan que ya se acaban sus afanes,
Pues que Mahoma está tan de su bando,
Que él desde el cielo, y yo desde la tierra,
Quiere que mantengamos esta guerra.»

Así hablaba el bárbaro insolente;
Mas daba á su altiveza buen sonido
La firme opinión que de valiente
Había por sus hechos adquirido;
Un rumor entre el cóncavo se siente
De aplauso, semejante á aquel ruido
Que causan las corrientes caudalosas
De ríos entre sierras peñascosas.

Mas luego Carbaji desta manera
Puso fin al bullicio, respondiendo:
«Aunque otros hay delante á quien debiera
Reconocer ventaja en lo que emprendo,
No sufre, oh Rey, mi lengua verdadera
Callar mas cuanto dellos y mí entiendo;
Y así, respondo á tu razonamiento
Con tu licencia y su consentimiento.

»Tus manos todos con lealtad besamos
Como vasallos tuyos verdaderos,
Y tanto ya de sello nos preciamos
Como otros de ser reyes herederos;
Debémoste las vidas que gozamos:
Tú nos libraste de los desafueros
Del mal aconsejado primo tuyo,
Que tiene justamente el pago suyo.

»Mas no tú la ocasion de recelarte
De que haya quien se engatie imaginando
Que por negociacion, astucia ni arte,
Hayas de nos así alcanzado el mando;
El mismo reino debe á tí buscarte,
Huyendo de otros que le van buscando,
Como aquel invitisimo romano
En otro tiempo á Numa y á Trajano.

»Que si virtud á aquellos coronaba,
Á tí virtud y sangre juntamente
Hacello deben, sin que invidia brava
Ose poner en ello inconveniente;
Pero, pues tu modestia nos agrava
A esperar del de Argel firma patente,
Aquí nos obligamos á traella,
Pues no ha de costar mas que el ir por ella.

»Y yo fuera el autor de la embajada;
Mas quiero no partirme desta tierra
Hasta dejar tu causa asegurada
Y verte obedecido en llano y sierra;
Después yo me profiero, si te agrada,
A ir á levantar gente de guerra,
Moviendo en tu favor la África adusta,
Nacion feroz, armigera y robusta.

»Despáchese quien vaya de presente
A llevar tu eleccion, y demás desto,
No quede capitán ni pueblo ausente
Que, como ordenas, no se avise presto;
Tú envía á mandalles absolutamente,
Y déjanos el cargo en todo el resto;
Que escribiendo harémos el oficio
Que importa al bien comun y á tu servicio.»

Del grato responder del otomano
Abdalla y los demás fueron contentos,
Y luego desde allí se puso mano
En aviar correos en los vientos;
Danz al reino se partió africano,
Gran tramador de fraudes y alzamientos;
Oro llevó y captivos en presente;
Que dádivas atraen cualquiera gente.

Resultó de la dicha diligencia
Venir la aprobacion á las voladas,
Y dar al nuevo eieto la obediencia,
No solo las banderas rebeldadas,
Mas pueblos que habian hecho resistencia
A recuestas de otro porfiadas;
Y así, el eunuco yendo con bonanza,
Soltaba mas la rienda á su esperanza.

Mostraba el nuevo sol su faz lucida
Cuando los electores del tirano,
Con larga cerimonia y muy cumplida
Al pueblo le mostraron, mas que ufano,
Con mariota de púrpura vestida,
Roja bandera en la siniestra mano,
En la diestra una espada alta desnuda,
Ancha de filos, y de punta aguda.

Subido en hombros, el supersticioso
Linaje así cantando le decia:
«Ensalce Dios el rey claro y famoso
De Granada y de toda Andalucía;
Viva Abdalla Abenabo poderoso;
Prosperes Dios su estado y alegría,
Y su pariente santo, que es Mahoma,
Extienda sus victorias hasta Roma.»

Traido así en el campo larga pieza,
Dall y el Habaquí de oro luciente
Le pusieron corona en la cabeza
Con ademan humilde y reverente;
Carbaji en el momento se adereza
Para pasar en Africa por gente;
Huzen de acompañales se holgara
Si libre de pasiones se hallara.

Mas el amor, y mas la competencia,
En que Alguazil hacia grande instancia,
Hasta ver de Abenabo la sentencia
Le atajaban designios de importancia;
Quiso el Rey atajar la diferencia,
Las quejas, el orgullo, la arrogancia
De los dos, con hacer juez la dama,
Y della poseer al que mas ama.

O que ella en otra parte divertido
Hubiese su afición, ó que temiese
De su persona misma, ó del ruido
Que habria entre los dos si á uno se diese,
O que el Rey se lo hubiese persuadido,
Mas, ¿quién se persuadió que bien quisiese?
Ella se resumió al punto postrero
Con un seco decir: «Ninguno quiero.»

Oída la cruel difinitiva,
Quisieran apelar, mas no hay adónde;
No hay tribunal que juzgue ó ley que escriba
Sobre el odio ó amor que un pecho esconde;
La mesma voluntad tambien se priva
De alcanzar á saber cómo ó por dónde
A veces ama lo que aborrecia,
Y otras olvida lo que ama solia.

Pero los dos ternísimos amantes,
Aunque en el galardón fueron iguales,
Las competencias que tuvieron antes
En odios convirtieron capitales;
Mirábanse con ásperos semblantes,
Declanse en ausencia cien mil males;
Que cuando pereció la confianza
Resucitó el deseo de venganza.

Quejábese bramando el granadino
Que, siendo deudo y amador primero,
Se le opusiese el venedizo indino
Para causalle un mal terrible y fiero;
El turco capitán de su destino
Se lamentaba porque un vil grosero
Morisco se le hubiese declarado,
Por mas deudo que fuese y mas amado.

Cada cual, entre tanto, por su parte,
Por indirectas vias solicita
Que la viuda de sí el rigor aparte;
Mas ella de lo dicho no se quita,
Preciándose de ser otra Anaxarte,
Oh condicion de hembras exquisita,
Que seguir los extremos apetece
Cuando amas, y lo mismo si aborreces!

Subió el olvido y desamor de punto,
Y en ellos la discordia, de manera
Que no bastara todo el mundo junto
A poderles templar la saña fiera;
De una parte el angélico trasunto,
Y de otra atiza la cruel Meguera,
Hasta que, de agotado el sufrimiento,
En fin llegó el negocio á rompimiento.

Aplazan entre sí que cuando Apolo
De aquella parte esté del horizonte,
Secretamente, sin celada y dolo,
Juntos irán á un solitario monte,
Y allí combatirán de solo á solo,
No como Mandricardo y Rodomonte,
Pues que ninguno puede ser felice,
Ni venciendo quedar con Doralice.

La causa era el enojo vengativo,
Y la venganza el premio de aquel duelo.
Mas ya de Clície el rostro compasivo
Perdía de vista todo su consuelo,
Cuando á la ejecución del hecho esquivo
Salieron los amantes sin recelo;
Alfanges solos sacan al desierto,
Que estas fueron las armas del concierto.

Emboscáronse mas de una gran milla,
Cuidoso cada cual y recatado,
Hasta que se hallaron á la orilla
De un claro arroyo, junto á un verde prado,
Dispuesto sitio para la rencilla,
Y así al morisco dijo el turco osado:
«Detente, y pagarás tu devaneo;
No vayas á morir por mas rodeo.—

»Todas palabras son bien excusadas
Cuando el poder está tan en las manos,»
El andaluz responde, y con dobladas
Iras se embisten ambos inhumanos;
Nunca con las cervices erizadas
Llegaron ferocísimos alanos,
Tan bravos á llagarse con los dientes,
Como aquellos airados y valientes.

Tiranse apriesa tajos y reverses,
Mandobles y altibajos revolviendo;
Ya de almetes les sirven, ya de arneses,
Los prestos filos que andan esgrimiendo;
Como en las fraguas de los milaneses
Resuena de martillos el estruendo
Cuando el metal, ya vuelto en brasas vivas,
Armas se van formando defensivas;

Así de aquel combate violento
Resultaba un altísimo sonido
De fuertes golpes y penoso aliento
Para hacer mas fuerza detenido;
No era el herirse desta lid á tiento,
Aunque la luz del sol se había escondido,
Por ser la noche á la sazón serena,
Y estar Delia en creciente y casi llena.

Duraba por los dos neutral la suerte,
Hasta que declinó contra el de España,
Y el scita le alcanzó con brazo fuerte
Un golpe, que en su sangre el suelo baña;
El moro, aunque herido está de muerte,
De esfuerzo sus desdichas acompaña,
Y piensa de Huzen ser homicida,
Pues tras el bien le priva de la vida.

Mas ya vigor le falta para ello,
Aunque le sobra cólera pujante,
Que la herida grave es en el cuello,
Y no menos mortal que penetrante;
No bastan ya sus pies á sostenello.
El turco, que esto ve, cierra al instante,
Y quitale el alfange de la mano,
Haciéndole postrar en aquel llano.

El moro que se ve en el angustioso
Trance, de todo ardid desamparado,
Con débil voz y tono lamentoso
Así dice á Huzen el esforzado:
«Templa la furia, turco victorioso,
Por muerto te me doy, dame algun vado,
Que si vivir me dejas un momento,
Irás mas admirado que contento.»

Y prosiguió, diciéndo: «Sabe cierto
Que yo urdí con mi astucia todo el daño
Por falsos testimonios al rey muerto;
Yo fabriqué las letras y el engaño;
Zara cruel me dió camino abierto
Para el insulto del suceso extraño,
Mostrando que el amor que me tenia
Era el mas eficaz que ser podia.

»Mas su engañosa fe y pecho mudable
Me tienen cual me ves que estoy agora;
Guarte de Zara pues, la detestable,
Guarte de aquella Circe encantadora;
Hermosa es su figura y agradable
Entre cuantas profesan la ley mora;
Mas dentro vive un alma criminosa,
Como el áspide á sombra de la rosa.

»Ya el desangrado cuerpo siento frio;
El alma á la partida se apresura;
Ruégote pues, fatal verdugo mio
(Así me venzas siempre en la ventura),
Que seas vencedor en parte pio
Dando á mis huesos propia sepultura;
Serás propicio amigo al muerto triste,
Que vivo en tanto grado aborreciste.»

Apenas acabó de contar esto,
Cuando la noche del profundo olvido
Los ojos le selló con el funesto
Eclipsi del morir aborrecido.
El turco, entre alegría y pesar puesto
Por la victoria fresca y por lo oído,
Juzgó, contrapesando la balanza,
Cuán vano es el placer de la venganza.

Y tanto de mancilla lastimado
Cuanto de obligacion cortés movido,
No rehusó el trabajo, aunque cansado,
De sepultar el cuerpo fallecido;
Volvió al real cuidadoso y disfrazado
Después que su camino había partido
La fea hija de la madre tierra,
Que la visiva facultad destierra.

Luego que se alegró el rosado oriente
Con la prosperidad del sol lustroso,
Abenabo mandó que prestamente
Se junte su consejo belicoso,
Para dar buena traza y expediente
Al peso de negocios numeroso,
Que la sazón presente acumulaba
Y el labirinto nuevo en que el entraba.

Tratóse de hacer repartimiento
De gobiernos, condutas y alcaldías,
Reformaciones, acrecentamientos,
Por varias causas y diversas vías;
Tenia un hermano de altos pensamientos,
Siempre ambicioso, y mas aquellos dias,
Que se llamaba de su mismo nombre,
Juntó el de su profeta en el renombre.

A este de alguacil mayor dió oficio,
Que era entre ellos segundo magistrado;
Después del rey, Dalí en el ejercicio
De su cargo quedó como había estado;
Carcax, turco animoso, que al bullicio
Había entonces de Africa llegado,
Fué hecho capitán, y su privanza
Creciendo, fué continuo á gran pujanza.

Mas en quien hace Abdalla mas mejora,
A quien mas cree y de quien mas se fia,
Es Habaquí, y el rio de Almanzora
Le comete, y tambien el de Almería;
Tierra de Baza y de Filabrés mora,
Y de Guadix, su patria, del confía;
El marquesado todo del Cenete,
Y otros mayores cargos le promete.

Nombra á Noaybe, ya famoso hecho,
Por general en tierra de Granada;
Y en la de Vélez, con el largo trecho
Del valle fértil y Alpujarra osada,
De acaudillar le da el mismo derecho
La morisma que está en Sierra Nevada;
Lo cual hecho, despacha al moro Orcane
Para que del de Argel socorro gane.

Aunque de Carbají por cierto tiene
Que habrá llegado á despertar motivos,
Mas, como el caso tanto le conviene,
Añadir piensa estímulos mas vivos;
Y así, hace otra instancia muy solene
Con un presente grande de captivos,
No poco provechosa diligencia,
Como después se vió por experiencia.

Armas juntaba en presas, parte habidas,
 Parte de mercaderes berberiscos,
 Y mandaba que fuesen repartidas
 Por bajos precios entre los moriscos;
 Con estas prevenciones advertidas
 Juntó dellos y turcos levantiscos
 Y de moros ejército pujante,
 Que en número y poder iba delante.

Tenia ganada la benevolencia
 De toda la comun y especial gente,
 Con la afabilidad de la presencia
 Y la reputacion de ser valiente;
 El haber padecido con paciencia
 En la persona el grave inconveniente,
 En aquel poco espacio que fué esclavo,
 Hacia mas bienquisto al Abenabo.

Mas el hijo de César no ignoraba
 El gobierno y disignios del tirano,
 Ni como al sitio de Órgiva aprestaba
 Todo su cuerpo con armada mano;
 Pero el orgullo el paso que llevaba
 Dobló por un desastre no liviano
 Que sucedió al presidio aquellos dias
 En una de sus fuertes compañías.

Y fué que, habiendo de Órgiva salido
 Hacia el Chel, procurando bastimento,
 Gran multitud cruel de aquel partido
 Le dió terrible asalto y fin sangriento;
 Y así, el barranco de aspero sonido,
 Que llaman Tarascon, fué enterramiento
 De todos, salvo tres, que, entre los muertos,
 Por ser fingidos, no lo fueron ciertos.

De aquí tomó ocasion el moro Abdalla
 Para en Castil de Ferro meter gente,
 Armas, artillería y vitualla,
 Y al capitán Leandro diligente,
 Porque tenía nueva que sin falla
 Vendría con socorro prestamente
 Carbaji, y sustentando aquella plaza,
 Habría en recebillo mejor traza.

Y sin que mas un punto se dilate,
 El campo mueve con soberbia osada,
 Fiando cierto que dará remate
 A la conquista de Órgiva nombrada;
 Barbuz, Carcaz, Nacoz y el Arrendate
 Llevaban la vanguardia encomendada:
 Él iba en medio con tres mil de guardia;
 Dallí lleva dos mil de retarguardia.

Llegó á la villa en tal orden marchando;
 Y sentado el réal no lejos della,
 Se le fué con trincheas arimando
 Sin estimar la gente que está en ella;
 Francisco de Molina con su bando
 Muestra el posible esfuerzo en defendella,
 Aunque el lugar no es fuerte para Marte,
 Ni por naturaleza ni por arte.

Solo tenía entonces favorable
 El tener á Granada á poco trecho,
 Mas, por presto que el Príncipe admirable
 Trató de socorrerla en tal estrecho,
 No fué tanto, que el bando abominable
 Dejase de hacer que á su despecho
 Los sitiados se viesen de manera,
 Que nadie antes de vello lo creyera.

De todas partes eran aquejados,
 Y á tan estrecho sitio reducidos,
 Que en sus reparos ya sobrepujados,
 Eran por otros muertos y heridos;
 Los bastimentos casi rematados,
 El agua y los pertrechos consumidos,
 Mas no la lealtad y fortaleza,
 Que á españoles ensalza á tal alteza.

De Bohórques Juan Alvarez defiende
 Un flaco sitio con esfuerzo fuerte,
 Cual bravo capitán que obrando atiende
 A quebrantar los fueros de la muerte,
 ¡Oh fama, tú por quien el tiempo extiende
 La corta vida de la humana suerte;
 Del extremeño ilustre siempre canta
 La gloria que los ánimos levanta!

Estaba rodeado en un portillo
 De fiera turba y multitud pagana,
 Con poca gente, de quien es caudillo,
 Haciendo de sí muestra mas que humana;
 Carga en aquella parte el reyecillo,
 Persevera la lid fiera inhumana;
 Tanto, que ya les faltan municiones,
 Y sobran de morir las ocasiones.

Mas con ardid de extraña providencia,
 Rotos algunos vasos que tenía,
 Suplió dellos la plata en la pendencia
 La gran falta que el plomo les hacia;
 Con esta memorable resistencia
 Y otras tales la villa se tenía,
 Esperando el socorro, que tardaba,
 Puesto que ya en Granada se alistaba.

Determinó don Juan que contra Abdalla
 Saliese el nieto del que en mil naciones
 La historia de sus hechos, que no calla,
 De grande le da título y blasones;
 Fué empresa que debió de procuralla
 El Duque, pues, demás de otras razones,
 Era suyo el lugar asediado,
 Como ya en otra parte se ha contado,

De la ciudad de Nata, en orden puestos,
 Salen seis mil infantes en campaña,
 Y trescientos jinetes bien apuestos,
 Contra la fuerza de Abenabo extraña;
 No fueron en llegar á Órgiva prestos,
 Porque la enfermedad que á ricos daña
 Tocó, en llegando á Acequia fuertemente,
 Al de Sesa, que della era doliente.

La dilacion por esto era forzosa,
 Y urgente la ocasion de la jornada,
 A cuya causa el de Austria no reposa,
 Y quiere cometella á Luis Quijada;
 Pero, movido de vergüenza honrosa,
 El Duque prosiguió la comenzada
 Empresa, aunque el dolor que le aquejaba
 En todo su vigor y fuerza estaba.

A Vilches, hombre plático en la tierra,
 Con ochocientos hombres ir le manda
 Por lo mas escoudido de la sierra,
 Dejando á Lanjaron á la una banda,
 Hasta el barranco que el camino cierra
 De Órgiva, y que remate su demanda
 Con le reconocer, y dar abina
 Aviso al buen Francisco de Molina.

Y por asegurar el presupuesto
 Envio á sus espaldas otros tantos;
 El los siguió después con todo el resto
 Por medio de asperezas y quebrantos;
 Mas dió la vigilancia aviso presto
 Al enemigo, porque en todos cuantos
 Montes en el distrito largo habia,
 Atalaya continua se hacia.

Sabida ya del Duque la venida,
 Hecha dos partes la maldita gente,
 La una asiste al cerco embravecida,
 La otra sale al campo, y prestamente
 Dallí y Huzen la llevan repartida,
 Y válense del tiempo astutamente,
 Sin mostrarse á los nuestros, hasta quando
 El sol iba al ocaso declinando.

Dallí, furioso entonces, acomete
 Y traba encaramuza, y al instante
 Arrendate tras Vilches se entremete,
 Y embócase dejándole ir delante;
 Nacoz cerca del llano tambien mete
 Tres banderas con maña semejante,
 Y el camino de Acequia, que es llamado
 De las tres peñas, toma á cada lado.

Negocio raras veces sucedido
 Entre los capitanes mas famosos,
 Meterse combatiendo en escondido
 Lugar para sus fines cautelosos,
 Sin que fuese el ardid reconocido
 De tantos escuadrones presurosos,
 Como ya á la sazón cerca llegaban,
 Ni del que tras de sí dejar osaban.

Cayó la tarde mas, y reforzando
Deli la escaramuza sanguinosa,
Cerca del agua, y con rigor cargando
A la parte mas agria y barrancosa,
Hizo á los nuestros irse retirando
Con esperanza vana y engañosa
De llegar sin estorbo á do creía
Cada cual que el de Sesa ya estaria.

Pero hallando en medio la emboscada,
Y léjos el socorro necesario,
Una terrible carga les fué dada
Del que á Céspedes fué cruel contrario;
A punto ya de ser desbaratada,
La gente resistió al hado adversario,
Recogiéndose á un alto, hechos fuertes,
Adonde se excusaran muchas muertes,

Si cautamente el capitán Perea
Tuviera, viendo al Duque, sufrimiento
Para no anticiparse á la pelea,
Dejando el oportuno y fuerte asiento;
Piensa atajar así, pero rodea,
Haciendo en el camino fin sangriento,
Con parte de los suyos, que, animados
De su ejemplo, murieron bien vengados.

Los demás fueron luego socorridos
Del de Sesa, y la noche oscureciendo,
Los moros que Nacos tenia escondidos
Arremetieron con asalto horrendo;
Soberbias voces, altos alaridos
Iban todo el contorno ensordeciendo,
Que ya tambien llegaban al combate
Las gentes de Dalí y las de Arrendate.

La oscuridad, el caso no pensado,
Y el no saber la tierra, descompuso
Al fiel campo, que se vió atajado
Entre armas fieras y rumor confuso;
Morían sin cesar á cada lado.
Crecían la desórden y el abuso;
Los cuerpos, derribados por el suelo,
Expirando gemían sin consuelo.

La roja sangre destos, que corría
Por la fragosidad en larga vena,
La de algunos helaba, en quien podia
Mas que la honra el miedo de la pena;
Cuya flaqueza vil descomponia
La fuerza y órden de la gente buena;
Y así, los moros, con segura traza,
Muy á su salvo osaban dalles caza.

Y ejecutando su terrible saña,
Mataban y herían cruelmente,
Amancillando el crédito de España
De sus entrañas la peor simiente;
Faltaba ya en los nuestros fuerza y maña,
Tanto, que muchos vergonzosamente
A espaldas vueltas con oprobrio fuerte
Se entraban por las puertas de la muerte.

Mira el de Sesa el caso lastimero,
El error ciego y torpe retirada,
Y opónese con ánimo de acero
Al remedio de cosa tan errada;
Ya resuelto de morir, primero
Que olvidar su grandeza en todo usada,
Con facundia que al mundo leyes diera,
A los suyos habló desta manera:

«¿Adónde vais, decid, hombres perdidos,
Que tan sin rienda osalís desvergonzaros?
¿Qué fantasmas os turban los sentidos?
¿Quién dellos así puede enajenaros?
Acordaos que en España sois nacidos,
Que solo bastará para animaros,
Y que lo habeis con hombres delincuentes,
Sin ley y sin razon, y no valientes.

»¿Qué se dirá en el mundo cuando suene
Un yerro de flaqueza tan culpable?
Qué edad sucederá que no os condene,
Renovando la infamia perdurable?
Qué satírico habrá que no se estrene
En morderos con ira insaciable?
Y aun las pinturas mudas tendrán lenguas
Que digan y publiquen vuestras menguas.

»Por tanto, Dios no quiera que algun día
Pluma ó pincel me nombre ó me retrate
Por general de campo que hula,
Sin que me deje muerto en el combate.
Saltado en pié, furioso, en esto habia,
Dando con obras al decir remate;
La espada empuña y el escudo abraza,
Bravo cual toro cuando sale á plaza.»

La eficacia profunda de razones,
El vivo ejemplo y ánimo invencible
Del inclito varon, que en ocasiones
Mostró de valor siempre lo posible,
Fueron á los turbados escuadrones
Remedio tan á tiempo y conveniente,
Como lo suele ser el claro día
Para el que en noche oscura erró la via.

La vergüenza se opuso al miedo triste,
Y refrenando su desasosiego,
La gente se une, y al furor resiste
Con que la perseguía el vulgo ciego;
¡Oh Duque heroico, cuánto allí pudiste!
¿Qué romano caudillo ni qué griego
Hiciera mas que tú, pues lo incurable
Curaste con efecto memorable?

Sanaste la dolencia mas odiosa
Que puede en los ejércitos hallarse,
La mas nociva y mas contagiosa,
Y que de noche mas suele agravarse;
Mas no en aquella oscura y tenebrosa
En que esto sucedió ha de sepultarse,
Ni en las prolijas vueltas de los siglos,
Que de las cosas son crudos vestigios.

Tu piedad y valor y tu albedrio
Admirables serán eternamente,
Y de don Gabriel, tu digno tio,
La virtud con que allí estuvo presente,
Y la constancia y generoso brio
De otro par de soldados preeminente,
Don Luís y don Juan, que tu gran nombre
Por sangre les compete y por renombre.

¿Qué diré pues del duque, tu sobrino,
Don Luís, flor del tronco de Cardona,
En quien, como en espejo cristalino,
El retrato se vió de tu persona?
Y ¿qué del buen don Juan el Mendocino,
Que de galan le dan nombre y corona,
En cuyo ardid esfuerzo y fortaleza
Resplandeció el blasón de la nobleza?

Cada cual destos héroes, contrastando
Al impetu enemigo turbulento,
Y el ejército pío administrando
Segun les daba el Duque documento,
Fué causa que, marchando y peleando,
Volviése á Acequia puesto en salvamento;
Difícil y prolija retirada,
De infinitos peligros rodeada.

La media noche dicen que sería
Cuando se concluyó el dicho fracaso,
De cuyo gran momento dependia
Grave ponderacion de todo el caso;
El sol, que á otro hemisferio daba el día,
Le trujo al nuestro desde el otro ocase,
Y la importuna noche en esa hora
Huyó de la presencia de la aurora.

CANTO XV.

La guaricion de Órgiva se pasa á Motril. Galera, lugar muy fuerte, se rebela y fortifica. Los moriscos de Huéscar tratan de alzarle con la ciudad. El señor don Juan y el duque de Sesa salen de Granada á buscar los enemigos.

Quien con bonanza próspera navega
No hace mucho en ser buen marinero
Ni causa maravilla cuando llega
A puerto de salud con su madero;
Mas el que con fortuna oscura y ciega
Resiste al mar airado y viento fiero,
Merece, por su industria y buen gobierno,
Notable estimacion, loor eterno.

Así el que en favorables ocasiones
Acierta á obrar de sabio y de valiente,
No debe ser de mil aclamaciones
Entronizado de la humana gente;
Aquel, aquel merece los blasones
De varon invencible y de prudente,
Que el día del trabajo y apretura
Sabe tenerse á brazos con ventura.

La cual al que persigue es cosa cierta
Privalle del mejor entendimiento,
La luz del cual pudiera, á no estar muerta,
Evitar el adverso acaecimiento,
Y así, quien en peligro urgente acierta
A valerse del buen conocimiento,
Perficiona su fama y su decoro
Como en las llamas se conoce el oro.

Resultó pues el trance referido
De no partir á hora que bastase
Para llegar al pueblo reprimido
El Duque antes que Febo trasmontase;
Engaña el tiempo al mas claro sentido,
Por mas que á la distancia le compase,
En todo aquel distrito montñoso:
Tanto es agro, difícil y escabroso.

Es grande de los valles la hondura,
Impide en los caminos la estrechez,
Detiene de los bosques la espesura,
Y ocupa de la tierra la aspereza;
Por esto se perdió la coyuntura
De meter el socorro con presteza,
Aunque solo bastó haberse mostrado
Para que en fin el cerco fuese alzado.

Porque Abdalla, temiendo que en el valle
El Duque no hiciese alguna entrada,
A la mira se vino por vedalle
Cualquiera ejecucion acelerada;
No pretende el de Sesa contrastalle,
Porque se aloja en parte aventajada,
Donde no son de efecto los caballos
Y el moro trae gran copia de vasallos.

Dióse en Órgiva aviso del estado
En que el negocio á la sazón estaba,
Con órden de dejar desamparado
El lugar que tan caro les costaba;
Y porque el enemigo, pertrechado,
De Lanjaron los pasos ocupaba,
A Molina y su gente les convino
Para el llano Motril hacer camino.

Dejando algunas piezas enclavadas,
Que llevar adelante no pudieron,
Y otras, ni mas ni menos, enterradas,
Que á muchos enemigos muerte dieron,
Las hileras en arma concertadas,
En medio los enfermos recogieron,
Los demás embarazos y heridos;
Y así á Motril llegaron prevenidos.

Mientras el Duque el gran poder refrena
Del eunuco, por dar tiempo á Motina,
Para ponerse en salvo la agarena
Nacion, corre la tierra granadina
Por Guéjar y el Pantal, de furia llena
Baja á la Vega, y quema y arruina
A Amaracena, y lleva maniatados
Pastores tras gran suma de ganados.

Estaba el de Austria casi que impaciente
De hallarse sujeto á comisiones,
Porque desea, y no se le consiente,
Estar presente en estas ocasiones;
Y así, manda volver al Duque ausente
Para tratar de nuevas prevenciones,
Con órden que si encuentra al moro Abdalla
Trabe con él sin falta la batalla.

Teníase nueva, que el turquesco bando
Trataba de ponerse á remo y velas,
En guarnicion su osar manifestando
Dentro en un barrio de las Albuñuelas;
El Duque parte hácia allá marchando
Para contravenir á sus cautelas,
Y ver si por ventura en el camino
Encuentra al sucesor almanzorino.

Túvose por negocio averiguado
Que el enemigo campo todo el día,
Sin ver el nuestro, caminó al costado,
Ni dél ser visto por alguna vía;
Llegó temprano el Duque, y alojado
En el barrio mejor de los que habia,
Hizo meter el otro á sacomano
Y entregar á la furia de Vulcano.

Lo mismo hizo á Restábal, y luego
A Belajix, con otras poblaciones
Del valle, que, siguiendo el error ciego,
Daban á los contrarios provisiones;
Volvió á Granada, donde sin sosiego
Halló al candillo en mil reformaciones,
Habiendo á Pedro de Mendoza a puesto
De guarnicion con útil presupuesto.

Por ser un capitán de buena fama,
Plático en la milicia y bien nacido,
Quedó en el barrio que la ardiente llama
Dejó en las Albuñuelas no ofendido;
Seiscientos hombres que el honor inflama
Holgaron de aceptar aquel partido;
Mas entre tanto que esto aquí se traza,
Un monstruo apareció en tierra de Baza.

Porque se alzó un lugar dicho Galera,
Fuerte para ofender con violencia,
De Cartagena al paso, y por do quiera
Escabroso, y no léjos de Valencia;
Mas Huesca, ciudad rica y muy guerrera,
Sintiendo como debe esta licencia,
Por estar á una legua, en continente
De á pié y caballo puso en campo gente.

Situó el lugar con mil y mas docientos
Infantes, sin hacer algun efecto
Mas que librar de bárbaros sangrientos
Los cristianos que estaban en aprieto
Dentro en la iglesia, cuyos fundamentos
Fueron amparo á su valor perfeto;
Ya la tercera aurora era venida,
Y Galera se está ensoberbecida.

Malaquí, que era alcalde del partido,
Dentro estaba con cien arcabuceros,
Cuyo capitán era el atrevido
Caracajol, que entró de los primeros,
El cual viendo el ejército movido
Y que marchaba ya, dió en los postreros,
Haciéndoles, dejar mal de su grado,
Gran presa que hallaban de ganado.

No sin algun desórden se retira
El campo á Huesca, donde por venganza
En los moriscos, della ardiendo en ira,
Se comenzó á hacer cruel matanza;
Muchos, huyendo como les inspira
La desesperacion y mala andanza,
Se acogen á las casas del gobierno,
Mas hallan que después les son infierno.

Arde soberbiamente el edificio,
Arden otros tambien á cada lado,
Y aquel piensa que á Dios hace servicio
Que atiza el fuego ó mata al que ha escapado;
No valen preeminencias de alto oficio
Con furia popular en tiempo airado;
Y así, el gobernador de aquella tierra
Sube los hombros, y la boca cierra.

Es Huesca una ciudad calificada,
De Murcia á los confines tiene asiento,
Y suele ser á veces mal mandada
Con menos ocasion de la que cuento;
Y aunque á los duques de Alba les fué dada
Por hechos de inmortal merecimiento,
Como ya fué de reyes patrimonio,
Muestra de quejas claro testimonio.

Mas entre tanto que otra vez previene
Armas contra un lugar tan bien cercano,
Orche llamado, que se desaviene
De la obediencia y término cristiano;
La indignacion de los moriscos tiene
Tal fuerza por pagarse de su mano,
Que mostró con peligro la experiencia
Haber sido dañosa la clemencia.

Porque algunos á quien les fué la vida
Otorgada en los impetus pasados,
Dieron al Malaquí dentro acogida
Con trecentos y mas de sus soldados;
Dejando con astucia nunca oída
Dentro en los lavaderos embocados
Otros dos mil armados y escogidos,
Y para dar en Huesca apercebidos.

Ya que para partir la gente estaba,
El Padre poderoso ordenó y quiso
Que de la gran traición que se tramaba
A tiempo se tuviese entero aviso;
La hueste que por Orche se alistaba
Volvió la furia y armas de improvisó,
Y echó de la ciudad el bando extraño,
Haciéndole al salir notable daño.

Al mismo punto la emboscada gruesa
Fue asaltada con tanta gallardía,
Que no tiene la suerte por aviesa
Quien puede de salvarse hallar vía;
La gente albana de matar no cesa,
Y fuera la victoria de aquel día
Insigne, para cuanto el sol durara
Si como comenzó se efectuara.

Mas con los berberiscos hecho escudo,
El Malaquí se opuso á la pujanza
De los nuestros, y así retirár pudo
Los suyos con mas tiento y ordenanza;
Repartióse después el vulgo rudo
Entre la multitud de su alianza,
Y en Galera se entró la mejor parte
A resistir los impetus de Marte.

En este tiempo el que la secta mora
Como segundo electo reedifica,
Rebelar hace el río de Almanzora,
Que victoria en su lengua significa;
También Purchena, y cuanta gente mora
La sierra de Filábres, multiplica
Sus haces, y de Baza los lugares,
Con otros muchos pueblos y aduanares.

Solo Seron y Tijola faltaban,
Que son del marquesado de Villena,
Lugares fuertes que con guardia estaban
Contra la desvergüenza serracena;
Mas Abenabo Abdalla, á quien mostraban
El bado y la fortuna faz serena,
Los conquistó, y ganó sin gran porfía
Sus armas, municion y artillería.

Desta suerte quedaron levantados
Los pueblos todos de aquel reino ilbero,
Sino fueron aquellos que apartados
Estaban por distancia mas que fuero;
Los unos, en la hoya bien guardados
De Málaga, esperaban lo postrero;
Los otros en la fuerte Serranía
De Ronda, señal daban cada día.

Estos motivos, y la priesa ardiente
Que el buen rey nuestro tiene reforzando
El campo del de Vélez, que de gente
Se estaba en Baza entonces preparando,
Fueron espuelas para que el valiente
Fajardo, fuese cosas abreviando,
Hasta que tuvo término y manera
De ir á sentar real sobre Galera.

El Malaquí, de cauto, comprehende
Que no puede en la plaza mantenerse;
Llama á su hijo, y á escapar se atiende,
Dando honesta ocasion al acogerse;
Caracajol lo mismo ya pretende,
Pensando que el lugar querrá valerse
Del beneficio que la sierra ofrece;
Y así, les dice que esto le parece.

Respondió el vulgo que por mejor suerte
Tendrá, dentro en sus casas combatiendo,
Pasár á hierro y fuego cruel muerte
Que salir dellas á vivir muriendo.
Replica el capitán: «No es de hombre fuerte
Entregarse al rigor de muerte horrendo;
Antes flaqueza vil y aborrecida
El no osar reservarse á mejor vida.

«Tiempo teneis, sazón y coyuntura
Para libraros del presente estrecho,
Llevándoos de camino á la espesura
Cuanto os fuere de gusto y de provecho;
Que no es dejar la casa desventura,
Si las paredes yermas con el techo
Quedan al enemigo por despojo,
Pues no recibe dello mas que enojo.

»Salid pues del peligro manifestado;
Que otros en el lugar que dejaréis,
Por nosotros vendrán á morir presto,
Como por experiencia lo veremos.»
El turco así habló; mas no por esto
Dejaron de afirmarse en sus extremos
Los moriscos; y así, después que Apolo
Trasmontó, el scita se salvó, y no solo.

Tocada una arma falsa á la una banda,
Por otra con su gente y su dinero
Sin daño se escapó desta demanda,
Y fué á do estaba el Abenabo fiero;
El cual en Guéjar residir le manda,
Donde asiste otro número guerrero
De moriscos y turcos capitanes,
Haciéndonos injurias y desmañes.

Presidio estaba hecho y guarnecido
De cuatro mil corsarios de pelea,
Y por tenelle bien fortalecido
De piedra seca alzarón gran trinchea
De monte á monte, y tanto el atrevido
Denuded los anima y espolea,
Que, teniéndose allí contra Granada,
La tienen siempre desasosegada.

El marqués de los Vélez entre tanto
Bate á Galera con pequeño efeto,
Porque es lugar fortísimo, y á espanto
No mueve á los alitados el aprieto.
Cuando la noche cubre con su manto
El mundo, y su bullicio está quieto,
Saltaban fuera y con esfuerzo extraño
A su salvo hacían grave daño.

Ya de Cárlos el hijo no podía
Tolerar de Granada la asistencia,
Viendo crecer la guerra cada día
Y de los enemigos la insolencia;
Y así, aunque á su señor y hermano había
Enviado mil veces por licencia
De salir en persona á la campaña
A defender el crédito de España,

Esta vez con palabras lastimosas
Su intencion le mostró por un correo,
Relatando el estado de las cosas
Y la justa razon de su deseo.
«Hechura de tus manos poderosas,
Le escribe, soy, y aqueste es mi trofeo,
Oh católico Rey que á mil naciones
El yugo blando de la Iglesia pones!

»Aquí por te servir y obedecerte
Estoy en guarnición como en frontera;
Mas ya, buen Rey, los hechos van de suerte,
Que arguyen mi tardanza por do quiera;
Las gentes de Abenabo han hecho fuerte
En Guéjar, y los muros de Galera
Resisten á la fuerza castellana;
El río de Almanzora sangre mana.

»¿Qué diré del feroz atrevimiento
De la Alpujarra, donde el mismo Abdalla
Reside sin hallar impedimento,
Cuanto mas quien le pueda dar batalla?
Su campo de hora en hora va en aumento;
Toda morisca union se le avasalla,
Y sin contradición libre campea,
Presumiendo de sí cuanto desea.

»El mar de España está desprovisto,
Y no cesan los tratos africanos;
Castil de Ferro, dellos guarnecido,
Asegura la entrada á los paganos;
No trato del peligro conocido
Que en general se ofrece entre las manos
De que en esta provincia vencedora
Banderas haya de la secta mora.

»De cuyo sospechoso inconveniente,
Por ser en los principios despreciado,
Costosos gastos de dinero y gente
A tu real poder han resultado;
El mas cobarde moro es ya valiente,
Y el mas bisoño plático soldado,
Que el uso y los sucesos no siniestros
Los han hecho animosos y maestros.

»Bien sé que no está ociosa tu prudencia,
Y que saldrá de todo á claro puerto;
Mas yo ¿qué hago ya en esta asistencia,
Perdiendo de mi tiempo el premio cierto?
¿En qué pude ofender á tu clemencia?
¿Por cuál desvariado desconcierto
No es digna de emplearse mi persona
En cuanto mas tocara á tu corona?

»Hijo y hermano de monarcas tales
En cuya casa los divinos hados
De triunfos y victorias inmortales
Tienen tantos años ilustrados,
¿He de estar, de la guerra á los umbrales,
Yo solo ocioso, todos ocupados?
Tu sacra majestad no lo permita;
Que á diferente vida Dios me incita.»

Oídas las recuestas del hermano,
Y la disolución de los rumores,
Tuvo por bien el sabio Rey cristiano
De aplicar nuevas fuerzas y mayores,
Y que contra el poder mahometano
Dos ejércitos vayan guerreadores;
El uno con el nuevo austrino Marte;
Y otro con el de Sesa por su parte.

Ahora pues, deldad glorificada,
Infunde en mi sentido una luz nueva;
Da son y acentos á mi voz cansada,
Y por los siglos sin cesar la lleva;
Causa mucho mayor que la pasada
Se ofrece, sí, cual fénix, se renueva
Mi débil pluma en el ardor divino,
Que con mas alto vuelo ha de ir camino.

Cantaré de aquel inculto caudillo
Los casos y notables bienandanzas,
La fe constante y corazon sencillo
Con que á Roma cumplió sus esperanzas,
Y de los que acertaron á servillo
En estas ocasiones y mudanzas,
Comprando gloria con honradas muertes,
O mucha sangre de sus pechos fuertes.

Adquirió tanto nombre por España
Del famoso mancebo la salida,
Que no es creíble la frecuencia extraña
Que á sus felices hados va ofrecida;
Y así, fué necesario usar de maña
Para moderacion desta avenida,
Porque sin duda el número excediera
La justa proporcion que conviniere.

Pero mientras se unia el que bastaba
Para formar los campos señalados,
Salieron con el orden que importaba
El de Austria y el de Sesa, en campo armados.
Galera todavia contrastaba
La furia del Marqués y sus soldados;
Negocio á que quisiera bien su alteza
Acudir, si pudiera, con presteza.

Mas porque Guéjar antes que otra alguna
Empresa brevemente se allanase,
Trataron de llegar ambos á una
Cuando el sol otra vez su luz mostrase;
La noche, aunque de invierno, era oportuna
Para que sin contraste se marchase;
El de Austria se apartó á mano siniestra,
Y envió á su tiniente por la diestra.

Con orden de llegar á la mañana
Al plazo y al lugar constituido,
La via del de Sesa fué mas llana
Por camino mas corto y mas seguido;
Su alteza por los altos tierra gana,
Habiendo la vanguardia comelido
Al soldado eminente Luis Quijada,
A quien va amenazando muerte airada.

La retaguardia y la caballería
Lleva á su cargo don García Maunrique,
Famoso por su cuerda valentía
Y digno de que el mundo la publique.
El guion alto en medio parecia;
Delante el bello hermano de Filipe,
Cuya invencible y poderosa mano
Habia de rendir al otomano.

Marchaban los gallardos escuadrones
Sin prestalles su luz la casta dea,
Aunque al centellear constelaciones
Celestes, algo hacen que se vea;
Echaban de sí rayos los triones,
El Arturo y cornigera Amalteas,
Y la corona de Ariadna bella,
Con toda fija y toda errante estrella.

Mas al bajar de un monte á una quebrada,
Aunque va, por ser plático en la tierra,
Guiando el buen don Diego de Quesada,
La derecha derrota, tuerce y yerra;
El Duque por la via mas trillada
Camina, ya por llano, ya por sierra;
Mas en tanto que tienen aparejo,
En Guéjar se juntaron á consejo.

Y con la brevedad que les concede
El tiempo, se resuelven en alzarse,
Y que el lugar desamparado quede
Pues nada puede en él aventurarse.
Cárganse de su ropa á cual mas puede,
Y al momento comienzan á emboscarse;
El Duque amaneció con sus banderas
A vista del lugar por trabar veras.

Su alteza léjos por camino errado;
Y así, con ardentísimo deseo
Manda que marche el campo apresurado,
Maldiciendo mil veces el rodeo;
Invidia tiene al Duque, el cual cerrado
Piensa que habrá con el linaje reo.
Como sin duda ya hecho lo hubiera
Si la plaza por ellos se tuviera.

Solos halló, sus muertes esperando,
Los viejos que, de pura edad cargados,
No quisieron seguir al otro bando,
Y así, fueron del nuestro degollados;
Mas no en tan flaca presa reparando
El orgullo y valor de los soldados,
Corrieron sin parar la sierra arriba
Tras la que de su espacio se les iba.

Alcanzóse una parte del bagaje,
Que iba guardado con arcabuceros,
Á los cuales se hizo algun ultraje,
Sin vailles mostrar finos aceros;
Mas, metidos en medio del bosque
Otros que en el tirar eran certeros,
Quitaban atrozmente á los cristianos
La vida y la victoria de las manos.

Después que al fin se fueron alejando,
Y el alcance por esto fenecía,
Se apareció de léjos, blanqueando,
Un monton que de moras parecia,
Sus mujeriles tocas relumbrando;
Mas, quien á captivar mejor corría,
Hallaba que eran moros disfrazados,
Con largos arcabuces asestados.

Conocido pues ya el costoso engaño,
A recoger tocó la seña usada,
Quedando muerto en el señuelo extraño
Con otros ocho, el capitán Quijada;
Fué el aclago anuncio deste daño
Presagio de la muerte apresurada,
Que el terno de las parcas riguroso
Ordenaba al Quijada mas famoso.

Mas el hijo de César, que distante
Amaneció de Guéjar, á él camina,
Recogido su ejército pujante
Con militar industria y disciplina;
Tal era la postura y el semblante
De aquella proporcion de imperio dina,
Que cuantos á su padre conocieron
Resucitar parece que le vieron.

Vieron la prontitud y la entereza,
El fervor, el cuidado y la apostura,
El trato afable lleno de grandeza,
Y las veras mezcladas con dulzura,
Yaquel ánimo mismo y fortaleza
Con que supeditaba la ventura;
Y así, de admiración y de alegría
La hueste esfuerzo nuevo recibía

El sol estaba en el meridiano
Cuando al presidio entró lleno de amigos,
Y mostró, de hallarle ya en su mano,
De algun desabrimiento mil testigos;
Quedó su corazón, mayor que humano,
Por no hallar allí los enemigos,
Como el que aplica á golpe, fuerza y brio,
Y el brazo ofende cuando da en vacío;

O como el que, jugando recio juego,
Le vienen cartas con que se desquite,
Cuando el competidor se rinde luego,
Perdiendo el vale sin querer embite:
La retirada del linaje ciego
Abdalla malamente la permite,
Que, estando en Valor, ve llegar huyendo
Los que imagina en Guéjar ofendiendo.

El semblante pacífico y severo,
Con el mortal veneno de la ira
Vuelto en atroz, abominable y fiero;
A quien mas le conoce mas admira;
El tono de la voz blando y entero,
Alterado y feroz saetas tira
Contra los capitanes fugitivos,
Que á la sazón les pesa de ser vivos.

«Hombres, les dice, prevaricadores,
Ingratos al favor de la fortuna,
¿Quién ha hecho jamás tales errores
En cuanto mira la triforme luna?
Cuando iban vuestros hechos á mejores
¿Quisisteis declinar todos á una,
Mis hados venturosos olvidando,
Y mis enojos juntos provocando?

»Pudo un mancebo, de experiencia falto,
Que enemigos no vió en toda su vida,
Moveros á huir con sobresalto
Por el nombre no mas de su venida;
Y no os detuvo de mi poder alto
La fuerza, por España tan temida,
A no precipitar el buen estado,
Que tarde será ya recuperado?

»Puede tanto en los casos de la guerra
De la reputación el fundamento,
Que en ella sola el bien ó mal se encierra,
Como en poderosísimo instrumento;
Temblaba de vosotros ya la tierra,
Hecha por vuestros brazos mar sangriento,
Porque de vuestra parte guerresaba
La fama, que el poder os aumentaba.

»Y pues el de mi campo todo junto
Sabeis que estaba para socorreros
En cualquiera peligro puesto á punto,
No hubiera sido mucho entreteneros;
Y no, sin darme parte en solo un punto,
Sobre tan arduo caso resolveros,
Hechos todos, de puro pusilánimes,
Para mayor condenación, unánimes.

»No como los vecinos de Galera,
Que, de experiencia en armas careciendo,
Sus murallas defienden de manera,
Que el enemigo les está temiendo;
Cuando otro freno allí no os detuviera
Sino el ejemplo que os estoy diciendo,
Debiérais ser rocas inmovibles,
Aunque las ondas fueran mas terribles.

»De vosotros ¡oh turcos! mas me espanto,
Linaje en armas claro y preeminente,
Y de vos, ¡oh africanos! que en espanto
Soleis meter á España fácilmente,
¡Habed agora descuidados tanto
En cosa que descuido no constante!
¡Oh gran vergüenza de las canas mias,
Acábense mis quejas y mis días!

PE-II.

»Si he verme en poder de los cristianos,
Yo os pido por notable beneficio
Que luego ensangrentéis en mí las manos,
Haciendo de mi vida sacrificio;
Quiero morir á hierro de otomanos,
Pues que de rey me dieron el oficio,
Antes que verme sin estado y nombre,
Sujeto á quien me priva de ser hombre.»

Así acabó, dejando el auditorio,
Parte contento y parte entristecido,
Porque, de ajenos yerros es notorio
Hallarse el que no es parte envanecido.
Mas, antes que en el grande consistorio
Fuese el largo silencio interrumpido,
Noayte, alcaide turco, de esta suerte
Aplaca al fiero Abdalla la ira fuerte;

«Pues la disculpa de esta gente y mía
A tí, Abenabo, importa que sea buena,
Y á toda la presente compañía,
Que de pensallo está quizás ajena,
Presta á mi información audiencia pía,
Y atenta cada cual que nos condena,
Que si culpa de infamia nos manchase,
¿Quién duda que en común no redundase?

»Tú y los demás que son por tí regidos,
Un cuerpo somos de sus miembros hecho,
A una esperanza vamos ateniados,
Comun nos es el daño y el provecho;
Y así, Rey y soldados escogidos,
Holgáos que alegue yo de mí derecho
Por mí y los míos, pues no es parte poca
La que del caso á cada cual le toca.

»En cuanto al miedo que nos ha imputado
Tu dignidad real, estoy seguro
Que nos disculpará el tiempo pasado,
Cuando lidiar nos veas el futuro;
Nunca el vigor nos ha desamparado,
Por Mahoma y Selim invicto juro;
Cual siempre fuimos, somos y serémos,
Aunque la tierra mueva sus extremos.

»Las causas que á partirnos de aquel puesto
Y venir á tu campo nos movieron,
No de algun aparente presupuesto
Ni de flaqueza infame procedieron;
A todos nos fué claro y manifiesto,
Por tus espías, que nos lo dijeron,
Que de Guéjar salían á la empresa
Por dos partes el de Austria y el de Sesa.

»Y que tras sus banderas se movía
Con el último esfuerzo toda España,
Que voluntariamente se ofrecía
A salir á buscarnos en campaña;
Por tanto, á tu corona no cumpila
Tal impetu esperar sino en montaña,
Donde, inútiles siendo sus caballos,
Podamos, como siempre, contrastallos.

»Pareciéndonos también cosa acertada
Que en Guéjar no hiciere pié la guerra,
Por estar á las puertas de Granada,
Si bien puesta á las faldas de la sierra,
Porque la gente flaca y regalada,
Si tal comodidad no se les cierra,
Podrá tener la guerra por sufrible;
Lo cual de otra manera es imposible.

»Galera es muy mejor que se sustente,
Por ser, como es, en sitio inexpugnable,
De Murcia y de Valencia puesta en frente,
Que es circunstancia bien considerable;
Asalte el hijo de Austria vanamente
A Guéjar, lugar yermo, inhabitable,
Y obliguese á tenello guarnecido,
De su primer disignio divertido.

»Si dejaran su patria los tropanos,
Por no osarse oponer á los áridas,
Fueran con gran razón, de los humanos
Sus famas para siempre aborrecidas;
Lo mismo se entendiera en los romanos
Y en cualesquier ciudades, que, vencidas,
Fueran del vencedor clara victoria,
Divulgando en el mundo su memoria.

6

»Mas Gudar no es el fin que se pretende
Conseguir de tan ásperas cuestiones,
Ni patria generosa que se ofende
De recibir extraños escuadrones;
La sierra que entre riscos nos defiende,
Y ofrece aventajadas ocasiones,
Es madre de nosotros amorosa,
Madrasta de cristianos rigurosa.

»No dehe el peregrino caminante
Servirse del estar en las posadas
Mas que para poder ir adelante,
Prosiguiendo por orden sus jornadas;
Y sería un error exorbitante
Perder en ellas horas mal gastadas,
Mejorando la fábrica de asiento;
Cosa tan diferente de su intento.

»Así, nosotros caminar debemos,
Tras de una vida alegre y descansada;
Lugares de camino ocuparemos,
Segun parezca cosa acertada,
Sin que á los defender nos obliguemos
Ni tenillos en pie no nos agrada;
Nuestros brazos y fe, severo Abdalla,
Son tus mas firmes torres y muralla.

»Dellos pues, como siempre, te confía,
Y venga si quisiere toda Hesperia;
Que ya no tardará la Berbería,
Instrumento fatal de su miseria;
Tus hados buenos abrirán la vía
Para tener dispuesta la materia,
Y el príncipe de turcos poderoso
No entiendas que estará después ocioso.

»Demos tiempo al socorro que se espera,
Usando ardidés, maña y diversiones,
Pues, como dicen, tras tormenta fiera
Suelen sobrevenir calmas sazones;
Y si en el conservar tu fama entera
Tal eficacia de presente pones,
Almuñécar asalta y Salobreña,
Siguiendo el norte que fortuna enseña.»

Tal fué la conclusion del parlamento
Que en su disculpa hizo el otomano.
Abenabo, después de estarle atento,
Templó la furia del enojo insano,
Y hizo gran instancia y fundamento
En que otro día, cuando al Océano
Bajase el sol, su gente repartida
Hiciese á un mismo tiempo arremetida.

Con armas, con escalas y braveza,
Contra los dos lugares referidos,
Las horas terminando su presteza,
Volaron tras los siglos fenecidos.
Ya el aire estaba lleno de tristeza
Segunda vez, y el sueño los sentidos
De la gente que entonces paz gozaba,
Con olvido profundo recreaba.

Del breve cerco el tardo carro habia
Hecho la cuarta parte del camino,
Después que la tiniebla oscura y fria
Ciñó nuestro horizonte cristalino;
La noche del zemit ya poseia
Lo sumo con su manto alabastrino,
Cuando los escuadrones descreídos,
Marchando, al hecho van apercibidos.

A un mismo punto por diversos lados
Los dos fuertes lugares acometen;
Unos con tiros recios salitrados
Balas de ardiente plomo dentro meten,
Otros hasta los muros torreos
Con escalas fúdosas arremeten;
Todo con una prisa incomparable
Y vocería bárbara espantable.

Mas ni el pavor que el aire ciego ofrece,
Ni el horror del asalto no sabido,
Ni el número contrario que parece,
Aunque es grande, mayor en el ruido,
Los ánimos perturba ni enflaquece
Del un lugar ni el otro, guarnecido
De gente valerosa y escogida,
Que precia mas la honra que la vida.

Tal, en efecto, fué la resistencia
Y la virtud de los que dentro estaban,
Que la furia, el ardor y la insolencia
A los de fuera á mas andar faltaban,
Y ya de la difícil competencia,
Mudando parecer, se retiraban,
Dejando de su sangre junto al muro
Regado en largo trecho el suelo duro.

La fama con el buen suceso vuela,
Y no es admiracion tan grande oílla,
Porque don Lope está de Valenzuela
En Almuñécar puesto por caudillo,
Que de prudencia clara es viva escuela,
De vida justa y de ánimo sencillo;
Y así, Baeza, rica de soldados,
Le cuenta entre los hijos mas honrados.

En Salobreña pues alcalde fuerte
Es don Diego Ramirez, que famoso
Le hizo la razon, y no la suerte,
Pues fué en todos sus hechos valeroso;
Nadie temió jamás menos la muerte,
Ni tuvo mas en fil el punto honroso.
Por una espada y capa fué estimado,
Como si poseyera un grande estado.

Mas, declinando ya su edad anciana,
Y no menguando en su altiveza el brio,
Violó la paz tranquila cortesana,
Muriendo en aplazado desafío.
¡Oh poco cierta bienandanza humana,
Sujeta á otro mas alto poderío!
¡Quién funda en ti seguras esperanzas,
Siendo mar combatido de mudanzas?

CANTO XVI.

El señor don Juan llega con su ejército á Baza, y pone cerco sobre Galera, donde los enemigos estaban muy fuertes. Suceden en los asaltos extraños sucesimientos, hasta que al fin se entra á viva fuerza. Entre tanto el de Sesa corre con su ejército por toda la Alpujarra, provocando á batalla al Abenabo.

La agudeza del vulgo, mal discreta,
Los graves casos juzga desde fuera
Con una inteligencia no perfecta,
Segun es lo que teme ó lo que espera;
No admite la razon ni se sujeta
A la doctrina firme y verdadera;
Su furia y su desden es implacable,
Su rigor crudo, su odio inexorable.

Grande es su confusion y su barbaria,
Por ser compuesta en fin de muchedumbre;
Mudar su condicion extraordinaria
No puede el mismo tiempo y su costumbre;
Su esquivia indignacion mas es contraria
A los que ve subidos en la cumbre,
Como es mayor del viento la violencia
En la mayor altura y eminencia.

Y aunque dicen que el vulgo es adivino
Y que da muchas veces en lo cierto,
Mucho mas propio le es el desatino,
Siguiendo á rienda suelta el desconcierto;
En las cosas del reino granadino
Hallaba este enemigo campo abierto,
Y á sus lenguas materia, aunque infinitas,
De varias novedades esquisitas.

Mas Abenabo, en fin, de las rencillas
Perdido tiempo y gente sin provecho,
Marchó á la sorda mas de nueve millas,
Sin palabra hablar sobre lo hecho;
Ya la aurora sacaba sus mejillas
De las cortinas del hermoso lecho,
Y el moro campo, puesto en la agria sierra,
Se apercibía á la futura guerra.

No está el eunuco de ánimo perdido
Por haber sido los asaltos vanos,
A causa de no habellos emprendido
Con toda la potencia de sus manos,
Ni haberse ciertamente prometido
Ganar aquellos pueblos á cristianos;
Mas solo pretendió tentar el vado,
Y ver si estaba bien ó mal guardado.

Estáballo tan bien como el suceso
Claramente mostró por experiencia;
Mas ya de gente innumerable exceso,
Se unia á la agarena turbulencia,
Y hizose el ejército tan grueso
Que libre osó esperar la competencia
De quien la fama en público espacia
Nuevas que lo alteraban cada día.

Y no eran vanas, porque de hora en hora
Se iba reformando el campo Austriano,
El cual, para extirpar la secta mora
Marchaba á do se halla el Velezino;
Llegó á la que Guadix se llama agora,
Noble ciudad del reino granadino,
Cuyos antiguos hombres adoraron
Al sol, y como á dios le veneraron.

De allí á Baza pasó sin que se ofrezca
Negocio que contar, y finalmente
El caudillo arribó á la alhama Huesca,
Donde Fajardo estaba con su gente;
No hay lengua ni hay estilo que encarezca
La salva y regocijo que se siente,
Así entre los que asisten á la guerra,
Como los naturales de la tierra.

Solo el de Vélez sale mal contento
A recibir el príncipe escogido;
Tanto agota á cualquiera el sufrimiento
Venir á obedecer de obedecido;
Mas el de Austria con blando acogimiento,
Habiendo su disgusto presentado,
Saludó y abrazó al Marqués severo,
Diciéndole esto mismo que refiero:

«Marqués ilustre, vuestra fama suena
Atenta con razon á engrandeceros,
De modo que atribuyo á suerte buena
Ofrecerse ocasión de conoceros;
Mi autoridad la vuestra no cercena,
Y así podréis conmigo entreteneros;
Seréis obedecido de mi gente,
Y yo os seré también hijo obediente.

«Acatará el valor de vuestras canas
La sazón verde de mis pocos años,
Y hasta en las empresas mas livianas
Me prevaledré de vuestros desengaños.»
El de Vélez responde á las humanas
Ofertas por los términos extraños
Que usó continuo, pero su extrañeza
Llevó por norte siempre la grandeza.

«Yo soy, dice, quien mas he deseado
Conocer de mi rey un tal hermano,
Y soy quien mas ganara en ser soldado
De príncipe tan alto y soberano;
Mas si respondo como he profesado,
Por término sencillo, breve y liano,
Irme quiero á mi casa, pues no cuadra
A mi anciania el ser cabo de escuadra.»

Como si claramente le dijera:
Por mas señor que tú quieras alzarme,
Ya la absoluta autoridad primera
No puede en tu presencia acompañarme;
Y tanto della va á la que se espera
(Si acaso en tu real quisiere estarme),
Cuanto va de un caudillo de soldados
Al cabo de una escuadra de soldados.

Fué la respuesta para ser notada
De sentenciosa y grave cuanto aguda,
Y el Marqués hizo en breve su jornada;
Que tarde ó nunca de consejo muda;
Estábase Galera aun no ganada,
Y es fuerza que á sitialla el de Austria acuda;
Entra en consejo, y á reconocella
Envia, y fácilmente va sobre ella.

Entre tanto el de Sesa va marchando
A la Alpujarra en busca del tirano
Con un tan numeroso y fuerte bando
Cuanto jamás produjo el reino hispano;
Parte del cual tras sí en plazas dejando,
Iba para hacer el paso liano
A todas las escoltas que partiesen.
Desde Granada, y á su campo fuesen.

Dejó en Acequia y en las Albuñuelas
Bastante guarnición y ardid de guerra;
Las Guájaras armó por las cañuelas
De aquella esquivia y montiñosa tierra:
Mandó que siempre hubiese centinelas
En los peñones altos de la sierra,
De donde el de Mondéjar con victoria
Los moros expelió, ganando gloria.

Después pasa por Órgiva, su villa,
Y también la rehace y fortifica;
Mas no debe tenerse á maravilla
Si tiempo gasta y dilacion aplica;
Porque, entre tanto que á Galera humilla
El de Austria, ya á Seron desedifica;
Tarda para que se entre en una hora
En la Alpujarra y rio de Almanzera.

Mientras el Duque á posta se entretiene
Por la justa ocasión que he referido,
Sobre Galera el cerco puesto tiene
De Carlos Quinto el hijo esclarecido;
Mucha gente al réal de nuevo viene,
Siguiendo su estandarte y su apellido;
Y así, no están las tiendas menos llenas
Que en el florido Mayo las colmenas.

Seria largo cuento y gran fatiga
Hacer reseña expresa de los nombres
De la gente especial que en esta liga
Presentó España, madre ilustre de hombres,
Pues nadie el órden me dará que siga,
En colocar tal suma de renombres,
Que aun solo con nombrar á los primeros
Habria hecho agravio á los postreros.

Menos me detendré especificando
La de los esforzados defensores,
Entre los cuales del morisco bando
Y del turquesco estaban los mejores;
Veráse en que el de Vélez porfiando
Gran tiempo con asaltos y furor,
Con ser prudente y de ánimo constante,
No les hizo mas mella que á un diamante.

También el estar fuertes les comprueba
No haber desamparado el fuerte puesto,
Habiendo prevenidoles la nueva
Del ejército grande contrapuesto
Mas ya los hechos vienen á la prueba,
Ya se oye del salitre el son funesto,
Ya el hierro ardiente y plomo escalecido
Rompiendo el aire van con su bramido.

Imprimense los golpes violentos
En el peñoso sitio y eminente,
Cuyos profundos y anchos fundamentos
Natura fabricó, no humana gente;
Y así, los moros, de peligro exentos,
Oían el rúido que se siente,
Como desde ventanas y tabladros
Los bravos toros suelen ser mirados.

Habia en esta fuerza diamantina
Por la mas alta banda un buen castillo,
De donde el enemigo á la continua
Causaba detrimento no sencillo;
Visto lo cual, su alteza determina
Tratar de arruinarlo y confundirlo
Con la terrible industria que bizarro
Nombre de fama dió al conde Navarro.

Ya van los diligentes minadores
Por el profundo seno abriendo via,
No cesando en el campo los furores
De la profunda y brava batería;
Después que con afanes y sudores
Les enseñó la cierta geometría
Haber llegado al término prescrito,
Hicieron capaz fosa y círculo.

Y en lugar de la fria y seca tierra
Que del espacio cóncavo sacaron,
Azufrado carbon de muerte y guerra
En cerrados barriles aplicaron;
Un extremo de cuerda el uno encierra,
Y el otro los artifices tiraron
Hasta alguna distancia, donde fuego
Con sutil maña le pegaron luego.

El cual con eficacia penetrando
La materia dispuesta de aquel lino,
Se fué por él adentro alimentando
Hasta el remate, sin torcer camino.
Tocó la inclusa pólvora, y bramando
Ardió, y con terremoto repentino
Salió rompiendo, como si en el mundo
Una boca se abriera del profundo.

La grave tierra rota y compélida
Por los aires voló fuera de quicio;
Voló también la máquina crecida
Del sobrestante muro y edificio,
Y á vueltas dél la gente descreída
Que allí asistía al bélico ejercicio,
Cuyos cuerpos, las almas sin consuelo
Despiden antes de volver al suelo.

Están los nuestros á la mira atentos,
Esperando que el humo y polvo pase
Por ver si en los deshechos fundamentos
Habría por do el pueblo se asaltase;
Mas cuatro bagajeros avarientos,
Sin tiempo dar á que esto se apurase,
Arremetieron con siniestro hado
Al barrancoso sitio y asolado.

La causa fué haber visto entre los muertos
Dos ó tres turcos que escaparon vivos;
Y así, con prestos piés y brazos yertos
Los van á castigar por sus motivos;
Con el ejemplo destos desconciertos
La vanguardia perdió riendas y estribos,
Y siguiendo la bárbara canalla,
Se comenzó el asalto y la batalla.

Gritan los capitanes ó soldados;
«Tened, tened; que es ciega frenesía
Los muros embestir desordenados
Y sin reconocer la batería.»
Mas ellos de sus pasos mal guiados,
Piensan que desistir es cobardía,
Y al trance horrible van á dar consigo
Despreciando amenazas y castigo.

Insisten los guerreros oficiales
En estorbar con golpes y heridas
Los impetus dañosos y mortales
De aquellas compañías atrevidas;
Mas no con vientos erudos invernales
Las ondas del tridente embravecidas
Tan sordas son y tan inexorables
A los que entre ellas claman miserables,

Como el tumulto atroz inobediente
Contra el sano consejo se mostraba;
El cual, como con lluvias gran torrente,
De punto en punto mas se acrecentaba,
Porque toda la experta y mejor gente,
Visto el estado en que el negocio estaba,
Tiene por menor daño aventurarse,
Por ver si podrá el yerro así enmendarse.

No pasará yo aquí en silencio odioso
Lo que don Sancho obró de Avellaneda,
Pues mereció su esfuerzo poderoso
Que el mundo eterna vida le conceda;
Fierísimo león, ángel hermoso,
¿Qué fama habrá que á tu valor suceda,
Si no canta tus años juveniles
Aquel divino ensalzador de Aquiles?

Con el denuedo y libre confianza
Que á las aves embiste y perjudica,
Aquella que al sol mira en su pujanza,
Y al fulminante Júpiter se aplica;
Tal por entre las huestes se abalanza
Contra el fuerte, que tiros multiplica,
El capitán ilustre, y hace tanto,
Que es maravilla aquí, y allí epanto.

Su ejemplo los amigos incitaba
Al último peligro y valentía,
Y á la morisma pérdida obligaba
A sentir el destrozo que hacía;
Y así, hacia la parte que él estaba
Gran número en defensa se ponía;
Como á la que del cuerpo es ofendida,
Acude el rojo humor que nos da vida.

Gran parte del ejército apiñado
Sobre el destrozo que dejó la mina
Estaba, pero fué un peñón tajado
Por donde quien no es ave no camina;
Viase sobre el sitio aventajado
Puesta en arma la gente sarracina,
A su salvo haciendo en los cristianos
Ultrajes perniciosos inhumanos.

Sembraban espantosas ruciadas,
De balas y de flechas poderío,
Y sin poner las miras apuntadas
No pueden arma echar que dé en vacío;
Lanzan piedras, que vuelan, de pesadas,
Buscando el centro, y dan con fuerza y lrio
Sobre frágiles hombros y cabezas,
Que hace su violencia muchas piezas.

En tanta confusión ¿qué hacer debe
Aquel pecho real del hijo austriaco?
Pues no hay pasar palabra que no lleve
El viento en vano y fuera de camino,
No hay medio en tal extremo que no pruebe
Con su deliberar pronto y divino;
Mas la desórden, voces y el aprieto
Cierran el paso á todo buen efecto.

Ya que el Príncipe insigne ve á la clara
El trance esquivo, arrisca su persona,
Y por tener los suyos á la cara,
Trabajo ni peligro no perdona,
Entre ellos yendo; pero no repara
Por esto el furor ciego de Belona,
Porque los que ante sí pasar le vian,
Con denuedo mayor arremetían.

En fin se atribuló el conflicto tanto,
Que no se halla en él parte segura,
Pues una bala con horror y espanto
Cortando el aire, vuela y se apresura,
Y llega á parte que en eterno llanto
Pusiera á España, si de la armadura
El fuerte temple al invencible pecho
No reservara del cruel estrecho.

No hizo el de Austria dello sentimiento
Ni del peto miró la batería;
Solo en llegarse al muro lleva intento,
Lleno de confianza y gallardía;
Su buen ayo, que dél solo un momento
No hace ausencia, y mas en aquel día,
Con una alteración grave y modesta
Desta suerte le dice y amonesta:

«Dime, Señor, ¿por cuál siniestro hado
El lugar renunciaste de caudillo?
Por seguir el oficio de soldado
Sin la sazón ni el tiempo requerillo?
Refrena ya ese orgullo acelerado,
Pues Dios mismo te manda reprimillo,
Con esa bala que permitir quiso
Que saliese al camino á darte aviso.

»No es tan ardua la empresa de Galera,
Que sea digna del riesgo de tu vida;
Guarda el decoro, pues, detente afuera,
Conserva tu persona esclarecida;
Cumple al Rey, mi señor, la verdadera
Esperanza que tiene concebida
De tí, que has de templar como prudente
Tu bravo corazón y pecho ardiente.»

La grave habla del varón severo
En el ánimo fácil generoso
Hizo impresión; y así, al lugar primero
Asistió el nuevo Marte valeroso;
Y cerca de sí viendo un caballero,
Capitán conocido y belicoso,
No menos animoso que elocuente,
Ni menos cortésano que valiente,

Llamóle por su nombre, que de Ríos
Y de Sotomayor don Pedro era,
Diciéndole: «Hoy se muestren vuestros bríos
Con la fineza que de vos se espera;
Que no vendrán á ser pasos baldíos
Si de la batería de Galera,
Llegando allá hacéis que se dilate,
Por orden mío, el áspero combate.

Era don Pedro en Córdoba nacido,
Y uno de los mas nobles hijos della;
El cual, habiendo mucho agradecido
La difícil empresa, entiende en ella;
Armado va de un yelmo muy lucido,
Encrestado de pluma blanca y bella;
Desnuda lleva su temida espada,
Y su rodela firme y embrazada.

Con un denuedo y priesa no creible
Por medio de las huestes caminaba,
Mostrándose al pasar fiero y terrible
Con quien lugar abierto no le daba;
Cual jabalí sañudo, que insufrible
Por la espesura va con furia brava,
Haciendo senda en la mayor maleza
Con las navajas llenas de braveza.

Pero, reconociendo prontamente
En cuál escuadra mas primor se encierra,
Pide calle por término decente,
Y pasa dando orden de la guerra,
Como el agua sutil que blandamente
Penetra el cuerpo denso de la tierra;
Y así, camina con industria presta
De aquella suerte á veces, otras desta.

Entre tanto el lidiar de nuestro bando,
Aunque costosamente, se mejora,
Porque los muertos, mas lugar dejando
Y mas furia en la gente guerradora,
Podia, su valor ejercitando,
Mover las armas, y la turca y mora
Sentia dentro ya señales malas
Y el continuo herir de nuestras balas.

Y aun no les cumple estar tras los reparos,
Porque ya van subiendo con pujanza
A lo mas alto algunos hombres raros,
Que el esfuerzo les daba confianza:
Cuál en hombros está de amigos caros,
Cuál sube por el asta de una lanza;
Mas cuanto alli se afana y se pretende
La bárbara perfidia lo defiende.

No callarán mis versos tu destino,
¡Oh Don Gaspar de Sámamo y Quiñones!
Ni tu orgullo animoso y peregrino
Digno de celebrarse en mil naciones;
Bien eres de la patria convecino
Productora de inclitos varones,
De quien con sangre ilustre fué librada
De la infame traicion que fué retada.

Su juvenil semblante aun no tenia
Señal de barba, cuando en este asalto
Subió con grande esfuerzo y valentía
De los primeros al lugar mas alto;
Ya la una mano al borde asido habia
Del muro, y sustentaba para el salto
El cuerpo; mas con ásperos denuedos
Un turco á cércen le cortó los dedos.

Y no turbado del dolor insano,
Sostuvo la persona y el intento,
Aferrando en el muro la otra mano,
Sobre el cual subió presto como el viento;
Mas no le dió lugar el inhumano
Linaje á hacer mas, porque al momento
Le tiran piedras, balas, cuchilladas,
Y le hieren con armas enastadas.

Quisiera, de tal impetu asaltado,
Poder asir de algun fiero enemigo
El jóven, por hacelle mal su grado
Precipitar de alli junto consigo;
Mas fué con tanta furia rebotado,
Que no pudo el esfuerzo serle amigo;
Y así, cayó de en medio los extraños
Con muchas mas heridas que no años.

Estas, y el golpe con que batió el suelo,
Retrato le hicieron de la muerte,
Con no menor envidia que consuelo
De los que le miraban desta suerte;
De la cruz del Baptista el blanco velo,
Que era la insignia de su pecho fuerte,
Muestra el color de la de Santiago,
Y por la tierra va el sangriento lago.

Retirado de allí como difunto,
Volvió despues en sí y quedó con vida,
Habiendo merecido en aquel punto
Que de inmortal le fuese concedida;
Mas ya el bravo don Pedro estaba junto
Al muro, cuando de cruel herida
Fué atravesado, sin cesar por esto
De proseguir su firme propuesto.

Bien que, de sufrimiento casi faltar,
Si será bien mudar intento piensa,
Y ver por experiencia si el asalto
Será mas eficaz que la defensa;
Mas entre aquel enojo y sobresalto,
Por no hacer á su instruccion ofensa.
Se venció, y hizo mas que si venciera
Las obstinadas gentes de Galera.

Por medio del tropel pasa herido
Diciendo: «Afuera, retrad, soldados;
Que así lo manda el principe escogido
Por quien á morir somos obligados.»
Habia ya cesado el alarido
En parte, y los rumores alterados;
De suerte que tambien claro sonaba
El alto son que á recoger tocaba.

Así hubo fin aquel asalto fiero,
Nacido de una sola inadvertencia;
Mas, si en fortuna hay nombre verdadero,
Si en cosa alguna tiene preeminencia,
Es en las armas, donde el mas ligero
Inconveniente, la menor licencia,
La palabra de un mínimo soldado
Mudar puede de todos el estado.

Aquel que fué el postrero en retirarse,
Sangriento, denodado y mal herido,
Don Sancho fué que debe intitularse
De Avellaneda, Marte esclarecido;
Pasado un pié y atento á señalarse,
En la rodilla estaba sostenido,
Cual suele en medio del cerrado foro
Jarretado mostrarse el bravo toro.

Mas, de la mucha sangre que aquel dia
La gente derramó del hijo austriano,
No era consuelo poco la osadía
Y ardid con que la vió lidiar continuo,
Y la fineza con que todavia
Pide otro nuevo asalto repentino;
Con que sin duda á sujetar se obliga
La presuncion arábica enemiga.

Bien era al parecer cosa creible;
Mas puesto que infalible y cierto fuese,
No quiso el buen don Juan que su invencible
Ejército á mas riesgo se pusiese;
Y así, mandó que á toda la posible
Priesa otro par de minas se hiciese,
Entreteniendo el peso de la guerra
Mientras el hierro abriendo va la tierra.

La muda noche hizo el aire oscuro,
Agravando la vista á los mortales;
El recatado moro atiende al muro;
Que mal puede dormirse en tiempos tales.
Tampoco nuestro campo está seguro
De muchos enemigos capitales
Que al socorro se dice que ya vienen,
Y que tardando á posta, se previenen.

Mas, impacientes ya por la tardanza,
Y recelosos de mayor aprieto,
Un hombre de recaudo y confianza
Despachan los sitiados á su eleto,
Pidiendo que les cumpla la esperanza
Que tienen de favor, pues en efecto
En ser constantes han llegado al punto
De los famosos hombres de Sagunto.

Abenabo responde á su recuesta
Que no les faltará el socorro cierto;
Mas otra causa mas urgente que esta
Le hace estar en arma, el ojo alerta,
Por serle cosa clara y manifiesta
Que el Duque viene con su campo experto,
Y que de Lanjaron pasa marchando
A Ujijar su camino enderezando.

Las minas entre tanto, reducidas
Al punto de aplicalles cuerda y fuego,
Amenazaban las odiosas vidas
De aquel linaje sedicioso y ciego;
Mas su alteza con trazas advertidas
La una manda que se encienda luego,
Y la otra después mas de una hora,
Por mayor daño de la gente mora.

Rompió con son horrendo la primera,
Y abrió catorce brazas de muralla,
Con poco daño de la gente fiera,
Que prevenida á la sazón se halla;
Mas luego que la mina saltó fuera,
Acude cada cual á la batalla,
Y asisten sin temor de nueva ofensa
Puestos, como primero, á la defensa.

Unos cierran del muro la rotura
Con tierra, con maderos y fagina;
Otros, subidos en mayor altura,
Lanzan de tiros lluvia á la contina;
Cuando tembló á sus piés la tierra dura,
Y abierta con violencia repentina,
Después que el centro y superficie estraga,
Vuela sus cuerpos, y sus almas traga.

Tras esto, comenzó cada artillero
A sacudir sus piezas, dando grima
Al resto de aquel bando carnicero,
A quien no hay golpe que de allí no oprima.
No el soberbio Aquilon quita mas fiero
Las hojas á la no ya verde cima
Del árbol, cuando el fúcido planeta
Al bravo Escorpion doma y sujeta;

Que las ardientes balas destrozaban
Los enemigos de la Iglesia ciertos,
Los cuales en la fuerza no hallaban
Lugar donde poder estar cubiertos;
Algunos en el suelo se postraban
Entre una infinidad de cuerpos muertos;
Mas no eran de los tiros reservados
Cuando en sangre quedaban anegados.

Otros, visto aquel lance inevitable,
Con las últimas fuerzas recogidas
Entretienen la suerte miserable,
No sin hacer estrago en muchas vidas;
Pluma, si celebrar lo memorable
Ha de hacer tus obras conocidas,
Ocasión á las manos se te viene,
Por quien volar mas alto te conviene.

Aquel de Avellaneda, que yacía
Antes herido en la molesta cama,
Puesto que del caudillo órden tenía
De no acudir al caso que le llama,
Había al bravo estruendo y vocería
Venido, ardiendo en generosa llama,
Teniendo por infamia el excusallo,
Pudiendo vivo andar sobre un caballo.

Tal anda, y donde ve la mayor pella
De moros, con la espada va en la mano,
Y allí destroza, hiere y atropella,
Cual si fuera el combiezo de Vulcano;
Los moros, que le ven hacer tal mella,
Tiemblan ya dél, y dudan si es humano,
Que en la misma experiencia de su daño
Hallan la justa causa de su engaño.

Mas ¡ay! que la cruel parca tirana,
Enemiga del bien de los mortales,
Una flecha guió fiera otomana
Al hombro que de hercúleo dió señales;
Y al brazo de virtud tan soberana
Un balazo asestando, ¡oh duros males!
Sin tiempo ni sazón rompió una vida
Que tan amada fué como temida.

¡Oh casa ilustre antigua de Valverde,
A quien la valentía es propia herencia!
¡Cuán estimado fruto hoy se te pierde,
Sin poder apelar de la sentencia!
Y tú, lector, si acaso te remuerde
Deste suceso triste la inclemencia,
A la madre infeliz que perdió tanto
Consuela un poco en escuchar su llanto.

Luego que de la nueva dolorosa
Hirió su corazón el son terrible,
Quedó la casta viuda generosa
Cual si fuera de mármol insensible;
Y fuérale la suerte venturosa
Si nunca sentir mas fuera posible,
Pues para morir mas cobró el sentido,
Y al fin dijo, llorando el bien perdido:

« ¡Ay, hijo de mi alma y de mi vida!
¡Quién al mundo quitó tus tiernos años,
Tu hermosura grave esclarecida,
No vista en naturales ni extraños?
No mereció tu madre dolorida
Tus heridas ligar con blandos paños,
Ni tenerte al morir entre sus brazos
Para darte los últimos abrazos?

» Hijo, por mi dolor, tan animoso
Despreciador de la temida muerte,
Si yo os pariera en signo mas dichoso,
No os lamentara agora desta suerte;
Si el hado ejecutivo, riguroso,
No se opusiera á vuestro pecho fuerte,
Nunca mis enemigos desleales
Fueran la causa de mis grandes males.

» Mártir de Dios, que dél estáis gozando,
Pues vela mis penas y lamentos tristes,
Pedidle que de aquí do estoy penando
Me lleve luego á veros do subistes;
Si no, mis ojos verterán, llorando,
Las entrañas ¡oh hijo! en que anduvistes;
Traspasarónlas ya vuestras heridas,
Y ya las tiene el fuego derretidas.»

Tales eran las quejas que esparcía
Con el reciente y justo sentimiento
La madre ilustre, que ablandar podía
Las fieras sin razón ni entendimiento;
Y duróle del llanto la porfía
Tanto, que, derramando humor sangriento,
Vino á perder los ojos corporales;
¡Oh maternal amor, y cuánto vales!

No trato del lamento y de la pena
De otras madres y viudas, que á mancilla
Y soledad Galera las condena,
Que historia es larga para referir;
Mas ¡quién con voz de angustia y dolor llena
No llora por don Juan el de Castilla?
¡Pérdida general, caso aciago,
Desgracia universal, comun estrago!

Un caballero de real linaje,
De juvenil edad, de ánimo fuerte,
De noble condición y alto lenguaje,
De persona gentil y de gran suerte,
Por ti, fiera nación, cruel, salvaje,
Yace durmiendo en brazos de la muerte,
Cortado el hilo de sus esperanzas,
Claro ejemplo del mundo y sus mudanzas.

Ya que la furia insana de Galera
Del todo se rindió al valor de España,
Nuestros soldados entran por do quiera,
Sin haber en qué usar fuerza ni maña;
Solo les hace tarda la carrera,
Grande caterva y multitud extraña
De muertos, y no resta á que echar ojo
Sino es á la ganancia del despojo.

Mas, si algun moro ó turco se ofrecía
Entre tal mortandad acaso vivo,
Era cosa de ver cuánta alegría
Causaba con su muerte al bando altivo;
Cual suele la orgullosa montería
Cercando al jabali cerdosos esquivo,
Donde no hay apelar de entre sus hierros
Si no es para los dientes de los perros.

Después que con la luz del día siguiente
Se escudriñó el lugar parte por parte,
Y que la rica presa entre la gente
Se repartió, como es uso de Marte,
El vencedor magnánimo y prudente
Mandó que luego con industria y arte
En el rendido pueblo se pusiese
Tal fuego, que en ceniza le volviese,

Así por no dejar donde otro nido
De rebelados moros se juntase,
Como porque del número crecido
De muertos corrupción no resultase;
Lo cual en breve espacio concluido,
Ordenó que el ejército marchase
A Baza, donde fué con regocijo
Recibido de Carlos el gran hijo.

Pasa la fama con volantes alas
Esparciendo en el mundo la victoria;
Abenabo, que oyó las nuevas malas,
Muchas cosas redujo á la memoria;
Y viendo que sus hechos van á malas
En una mala andanza tan notoria,
Fundar sus esperanzas le conviene
Solo en la gente que consigo tiene.

Porque otras plazas fuertes que le quedan
Escosa vista ya no serlo tanto,
Que resistir como Galera puedan,
Y aun no escapó del último quebranto;
Mas ya nuevos discursos se le vedan,
Porque el Duque se le entra, y está á canto
De dalle á sangre y fuego la batalla,
O seguille si deja de aceptalla.

Del eunuco el ejército florido
Al católico en número excedía,
Y en cuanto estar armado y bien regido,
Inferior decir no se podía:
Eralo en el andar desproveído
De caballos y gruesa artillería;
Mas, escogido sitio conveniente,
Esta desigualdad no era terrible.

Con todo, quiere que sin violencia
Pase el Duque con todos sus soldados
Sin experimentar la contingencia
Del arbitrio dudoso de sus hados;
Porque es aviso y militar prudencia
De capitanes que hubo señalados,
No remitirse al juicio de fortuna
Sin que preceda de dos causas una;

O que peligro les compela urgente,
O les conviden grandes ocasiones,
Lo cual todo cesaba de presente
En el estado de sus pretensiones;
Y así, resuelve andarse finalmente
A la cola de nuestros escuadrones.
Y en oportunidad con su vanguardia
Dar de improviso en nuestra retaguardia,

Saltar las escoltas de ordinario,
Tocar rebato en los alojamientos
Para hacer con el ardor contrario
Andar nuestros soldados descontentos,
Cansados del trabajo extraordinario,
Sin ganancia, quejosos y hambrientos,
Y reducidos á tan grande aprieto,
Que al Duque desamparen en efeto.

Mas tuvo en este tiempo nueva cierta
Que tras el campo viene de Granada
Una escolta grosísima en alerta,
De cuatrocientos hombres aguardada;
Dali de su persona hace oferta
Para ponerse al paso de emboscada;
Y así, atajando por despeñaderos,
Se apresura con mil arcabuceros.

Lo mismo hace Abdalla diligente
Por donde va á Jubiles el camino,
Y tomadas las cumbres, hace frente
A las huestes del héroe cesarino;
El rumor de las cajas ya se siente,
Resuena del metal sonoro y fino
El bélico instrumento al arma dando,
El aire cerca y lejos atrozando.

No de los altos montes con ruido
Suelen así bajar raudas corrientes,
Cuando ya, por lo mucho que ha llovido,
Se extienden, como el Nilo, las crecientes;
Ni el fuego en secos montes emprendido
Con los soplos del ábrejo valientes
Pasa abrasando con la furia y saña
Que aquellos al bajar de la montaña.

Están en órden puestos los cristianos,
Y danles al llegar tal estampida
De arcabuzazos, que los inhumanos
Rebeldes hallan áspera acogida;
Venidos unos y otros á las manos,
El Duque reforzó la lid reñida
Con mandar que la brava artillería
Jugase por las partes que podía.

Y comenzó á romper con tal ventaja
Por entre aquellos hombres alevosos,
Que van dejando apriesa la baraja,
Alzándose, aunque estaban perdidosos;
Retirados, su rey no los ultraja,
Porque estos ademanes cautelosos
Los hace divirtiendo al Duque, Abdalla,
Mientras Dali el cruel la escolta halla.

Pero el de Sesa, ardiendo de deseo
De contristar las máquinas ribaldas,
A Poqueira marchó por el rodeo,
Cercando al monte las selvas faldas;
Y así, entendido por el pueblo reo
Que no tiene seguras las espaldas
Si á la otra banda nuestro campo gira,
El paso desocupa y se retira.

Esto pasaba aquí; mas entre tanto
Cerca de Lanjaron el otomano
La escolta acometió con furor tanto,
Que miembro en ella no dejara sano,
Si el capitán en quien no cupo espanto,
Mostrando su talento mas que humano,
Con órden, con ardid y fortaleza
No resistiera el impetu y fereza.

Este era el capitán Andrés de Mesa,
Viejo soldado y de fortuna buena,
Noble, hidalgo y natural empresa
De la opulenta villa de Lucena;
Fuéle muy favorable en forma expresa
La suerte amiga que su bien ordena,
En hallarse par del un caballero
Que ninguno en valor le fué primero.

Don Pedro de Velasco era el valiente
Deudo del generoso Condestable,
A quien el rey católico y prudente
Como á soldado envía tan notable,
Para que reconozca el campo y gente,
Y de secreto con el Duque entable
Los medios propios á las ocasiones
Con larga mano y amplias donaciones.

Viniendo pues entonces de camino,
Acaso en esta escolta allá pasaba,
Cuando Dali furioso sobrevino
Creyendo que la presa cierta estaba;
Mas el esfuerso raro y peregrino
Que en estas dos cabezas se hallaba,
Junto con la virtud de los soldados,
Se opuso á movimientos tan sobrados.

No hay viento tal que luego no revoque
Si en parte fuerte y condensada hiere,
Ni sol tan recio que allí mismo toque
Sin que retrocediendo reverbere:
Y así, ventaja no hay que si en el choque
Halla la integridad que se requiere,
El impetu y pujanza no resfríe,
Y en parte del vencer no desconfíe.

Y así, los moros menos impedidos,
Y en número y lugar superiores,
Con prevención astuta apercibidos
Y ventaja de osados agresores,
Visto que eran con nervio rebatidos,
Amainaron la vela á sus furores,
Negocio que antes del acaecimiento
No cupiera en humano entendimiento.

Grita Dali á los suyos: «oh leones,
Mostrad, mostrad aquí vuestra bravecta,
Que no se deben estas ocasiones
Perder por negligencia ni pereza;
Abdalla á los contrarios escuadrones
Está haciendo rostro en la aspereza,
Porque, seguros de otro inconveniente,
Podamos hacer ricia desta gente.»

El turco habla así; mas de otra parte
Dicen y hacen los de nuestro bando
Todo cuanto es posible á fuerza y arte,
El desigual partido sustentando;
A pié andaba don Pedro, hecho un Marte,
Que, su leal caballo en tierra dando,
Habla, de cansado y mal herido,
La vida y dueño á un punto despedido.

Entre tanto el de Sesa considera
Que haberse el enemigo así mostrado,
Y con escaramuza tan ligera
La lid que comenzó desamparado,
Alguna estratagema y doblez era;
Con ingenio sagaz y delicado,
Con prontas y discretas conjeturas
El caso penetró y verdades puras.

Mandó que á toda prisa y diligencia
Saliese la mejor caballería
Camino de Granada, y dió licencia
Para lo mismo á alguna infantería,
Y que juntos hiciesen resistencia
Con la escolta, la cual cierto creía
Que á la sazón estaba combatiendo
O en vispera de haber recuento horrendo.

Llegó el socorro á tiempo, y rebatidos
Los moros, hasta entonces resistidos,
Vinieron con la escolta los soldados
Al campo, donde son bien recibidos;
Luego, sus escuadrones ordenados,
El Duque marcha hácia los sabidos
Aljibes, porque lleva firme intento
De hacer alto allí y alojamiento.

Entre Ferreira va y el fresco río
De Cadiar el ejército famoso,
Por la ribera del torrente frío
De Jubiles, lugar facineroso;
El sol había dejado el aire umbrío,
Cuando, necesitados de reposo,
Y cansados los nuestros, se alojaron
En el sitio mas fuerte que hallaron.

Dejaré de contar que Noaybe crudo
Con cinco veces cien arcabuceros
De guardia estaba allí bravo y sañudo,
Haciendo siempre enormes desaforos;
No diré que, asaltando como pudo,
En el réal sembró rebatos fieros,
Ni cómo con ardid mas que molesto
Le tuvo desvelado, en arma puesto.

Mas á Baza volviendo, ya salía
Della el hijo de Carlos, cuando el cielo
De cristianas lumbres se esparcía,
Y el mundo se trocaba en negro velo;
La vuelta de Seron lleva la vía
Para prostrar su orgullo por el suelo,
Puesto que fuerte y guarnecido estaba
De altos pertrechos y de gente brava.

Ya que los cantos dulces y sutiles
De las aves saludan la mañana,
Se halla el campo á vista de Caniles,
Que tambien por la gente está pagana;
Tocando sus trompetas y añafiles,
Y haciendo de sí muestra profana,
Estaba el bando torpe abominable
La fuerza coronando inexpugnable.

No le parece al de Austria conveniente
Situar aquel lugar, porque el asiento
Es áspero, difícil y eminente,
Y no por eso empresa de momento;
Poco el despojo, y menos es la gente,
Y mucha la ocasion de impedimento,
En tiempo que pasaba coyuntura
De conquistarse la Alpujarra dura.

De donde tuvo letra encarecida
Del Duque, en que le hace gran instancia
Sobre la brevedad de su venida,
Pues della pende toda la importancia;
Porque la muchedumbre descreída
Se vale de la anchura y la distancia
Para tener su campo en la agria sierra,
Sin que jamás se dé fin á la guerra.

Para lo cual el último remedio
Es que dos campos anden al alcance,
Y cogido una vez Abdalla en medio,
Se ponga fin al riguroso trance;
Su alteza marcha, y tiene por buen medio
El susodicho, sin que se eche lance,
Si no fuere forzoso, en el camino;
Mas otra novedad le sobrevino.

CANTO XVII.

Su alteza toma por fuerza un lugar llamado Seron. Luis Quijada, mal herido de un balazo, da el alma á Dios. El duque de Sesa anda en la Alpujarra contrastando al Abenabo, el cual con estratagemas rehusa la batalla; los enemigos rompen y desbalian una escolta al marqués de la Fabara. La serranía de Ronda se rebela.

No debe prometerse el que es prudente
Certidumbre de caso que es futuro,
Pues fuera del vigor de lo presente,
Todo es condicional y no seguro;
Y así, es el que se rige sabiamente
Duro en creer, y en esperar mas duro,
Y es falto de talento y de doctrina
El que se da á creer cuanto imagina.

El orden cierto con que se gobierna
Naturaleza va por otra vía,
Segun la providencia sempiterna
Que le dió la razon por que se guía;
Sucede sin cesar con vez alterna
A la tiniebla luz, la noche al día,
Y nacen del girar la oblica esfera,
Estío, otoño, invierno y primavera.

Esto por un nivel tan compasado,
Que no discrepa, no, jamás un punto;
Mas deste mundo el variable estado
Otros compases lleva y contrapunto;
Aquello que es por bien sumo juzgado
Suele á veces estar al mal tan junto,
Que por do menos piensa el seso humano
Sus daños toma por su misma mano;

Y por ser voluntario en sus licencias
El tiempo las arguye y reprehende;
Suceden muchas veces las herencias
Muy al revés de aquello que se entiende;
Todo está, en fin, sujeto á contingencias,
Y de otra oculta voluntad depende;
No haga pues el hombre cuenta cierta
En peregrinacion de vida incierta.

¡Quien dijera que, yendo de camino,
Había de Seron, ignota villa,
De resultar al buen jóven austrino
Triste infortunio, lleno de mancilla?
Marchaba pues el campo, cuando vino
Una de la infernal cruel cuadrilla
A infundir de repente en los soldados
Estímulos de guerra acelerados.

«Nuestro caudillo vanamente piensa,
Dijeron, si pasar de aquí pretende
Sin primero hacer la última ofensa
A Seron, que exousarse della entiende;
Puestos están los moros en defensa,
¡Quien tal asalto tarda ni suspende?
Al arma, al arma; cierra, Santiago,
Hágase en ellos hoy sangriento estrago.»

Desta suerte sin orden embistieron,
Y dando en el lugar fuerte y armado,
Las obras al hablar correspondieron,
Y el efeto al denuesto anticipado;
De Tijola los moros acudieron
A dar socorro, pero fué excusado;
Que ya todo el lugar estaba llano,
Descompuesto y metido á saqueo mano.

Mas no salió barata la jornada
De aquel confuso y aciago día,
En el cual fué la lid tan intracada
Lo poco que duró aquella porfia,
Que, si no fuera fuerte la celada
Que el general clarísimo traía,
Se viera su cabeza de oro puro
Sangrienta y rota de un balazo duro.

Mas; ¡ay! que ni las armas son de efeto
Contra el preciso disponer del cielo,
Ni pudo á Luis Quijada el fuerte peto
Librar de muerte, ni al real de duelo.
¡Oh fido Acates, oh varon perfecto,
Insigne por tus obras y tu celo,
Con qué palabras explicar podría
La pena que por tí don Juan sentía!

Ya que en el trance estabas postrinero
Te dijo: «Pues os vais á mejor vida,
Bejadme, oh padre mio verdadero,
Algo mandado en esta despedida;
Que vuestra voluntad yo me proliero
A que será del todo obedecida
De mí, en cuanto la luz del sol mirare
Y este brazo la espada gobernare.

»Y pues el hado rigurosamente
Me quiere, en fin, privar de vuestro amparo,
Mi alma siempre en sí os verá presente
Como al tesoro que le fué mas caro;
Loaros he continuo dignamente,
Pues fuistes caballero al mundo raro,
Y será para mi descanso y gloria
Teneros en mi lengua y mi memoria.

»Y si prestando Marte sus favores
Llegare al tiempo que el deseo me llama,
Y cantando elegantes escritores,
Se mostraren celosos de mi fama,
A cargo les daré vuestros loores,
Para que en cuanto Febo se derrama
Resuenen las hazañas que hicistes
Y la ejemplar doctrina que me distes.»

Agradeció infinito el ayo anciano
Tales oficios, y en habiendo hecho
Las diligencias de fiel cristiano,
Fué á presentarse en el juicio estrecho.
Lloró su fin el campo castellano;
Mas; ¿quién podrá callar el gran despecho
De su mujer castísima, que acaso
Presente se hallaba al duro caso?

Y; ¿quién, á vueltas de su amarga pena,
Su virtud pasará en silencio odioso,
Pues junto al de Pompeyo también suena
El nombre de Cornelia, y es famoso?
Llamóse esta señora Madalena,
Del renombre de Ulloa generoso;
Sabia, humilde, modesta y cortés dama,
De santa vida y de inviolable fama.

Nunca el felice amor del himeneo
Mas unidos ligó dos corazones,
Nunca juntó en dos almas un deseo
Con mas bien acordadas proporciones,
Que en este par; y así, de todo arreo
Despojada, y vencida de aflicciones,
Con lágrimas que un risco enterneciera
Sobre el cuerpo lloró desta manera:

«¡Oh mi bien y mi gloria y mi esperanza,
Alivio celestial en vida humana,
Descanso mio y dulce bienandanza,
Por quien del mundo fué la mas ufana;
Y agora con tan áspera mudanza
Mi angustia, mi dolor, mi pena insana,
Por quien será mi vida sin consuelo
Un mar de llanto y un perpetuo duelo.

»¿Es posible que os vea ante mis ojos
Sin vida, y que la mía esté tan fuerte,
Que no se rinda luego á mis enojos,
Haciéndome con vos igual en suerte?
Juntara con los vuestros mis despojos
La cruda, inexorable y cruel muerte;
Mas; ¡ay triste de mí! que no lo fuera
Si tanto beneficio me hiciera.

»¿Es este aquel tranquilo y dulce estado
Que á vuestro servir largo se debía?
¿Así habeis en las armas jubilado
Para gozar en paz mi compañía?
Después de tanto haber peregrinado
Por Francia, Flándes, Alemania, Hungría.
Y moros mil y turcos muerto en guerra,
¿Yaceis difunto en la vandalia tierra?

»Volvistes de las guerras espantosas,
Donde sin mí os hallastes, salvo y sano,
Con palmas de victoria gloriosas,
Dignas de vuestro esfuerzo sobrehumano;
Y agora gentes viles y alevosas
Así os han puesto con afrada mano,
Porque, cansada ya de ausencia dura,
Os vino á acompañar la sin ventura!

»Mas, pues hicistes fin en vuestro oficio
De soldado cristiano y caballero,
Haciendo á Dios y á vuestro rey servicio,
Y á mi señor y hijo verdadero,
Reciba el alto cielo en sacrificio
Vuestra sangre y mi llanto lastimero,
Que durará en mis ojos hasta veros
Donde esté sin recelo de perderos.

Con ronca voz así se lamentaba
La viuda ilustre del dolor reciente,
Y de traspaso ya se desmayaba
Junto al cadáver frio que no siente;
Cuando á fuerza de allí la retiraba
De Pelayo el heroico descendiente,
Su acerbo sentimiento mitigando
Con tierna compasion y estilo blando.

Prometiendo de serle hijo cierto
En cualquiera negocio y ocurrencia,
Sin faltalle jamás por desconcierto
De la debida fe y pronta obediencia;
Mostróse esta verdad al descubierto
En la patente luz de la experiencia,
Pues nunca se vió madre mas amada,
Ni con mayor decoro respetada.

La pompa funeral se apercebía
Para dar al difunto sepultura;
De cajas destempladas ya se oía
El bajo son que mueve á gran ternura;
Los arcabuces trae la infantería
Al revés, denotando su tristura,
Los coseletes visten negro velo,
Las picas arrastrando por el suelo.

Ni mas ni menos llevan las banderas
Los alféreces llenos de despecho;
No hay voces ni querellas lastimeras
Que tanto enternecer puedan un pecho
Como estas ceremonias, cuyas veras
Tienen para mover mayor derecho,
Cuanto es á Marte airado cosa nueva
Mostrar de piedad alguna prueba.

Devoto á las obsequias y oblacones
Asiste el de Austria con afecto puro;
Resuenan las tristes lecciones
Del que fué de paciencia fuerte muro;
Humea el sacro incienso, y los blandones
Ardiendo anuncian el vivir futuro
Al cuerpo ilustre que de aquesta traza
Quedó durmiendo en la nombrada Baza.

Mas ya otra vez el tiempo al arma toca,
Porque en Seron mil moros se han metido,
Y así, con la ocasion que le provoca
Sobre ellos vuelve el mozo esclarecido;
El parecer primero no revoca,
Que es pasar contra el campo descreído
A la Alpujarra luego que por tierra
Haya puesto á Seron con cruda guerra.

En este medio el Duque pertrechado
Mas bien de gente que de bastimento,
Corre el distrito, y busca acelerado
Al enemigo eunuco fraudulento;
Llega á Ferreira y pasa apresurado
De Ujijar, al lugar que nacimiento
Fué de su antecesor, á Válor digo,
Patria de Abenhumeya, su enemigo.

El pérfido Abenabo, á Sesa viendo
Estar de la Alpujarra en las entrañas,
De vitallas falta padeciendo,
Cercado de desiertos y montañas,
Dijo á sus capitanes: «Ahora entiendo
Usar de Fabio Máximo las mañas,
Que venció entreteniéndolo y dilatando,
Sin riesgo suyo, al africano bando.

»El de Córdoba en término se ha puesto,
Que el retirarse ya no le conviene,
Porque ni á su disíulo será honesto,
Ni al nombre de su abuelo que mantiene;
Pues sustentarse es vano presupuesto,
Si provision por horas no le viene;
Así que, las escoltas impedidas,
Podeis haber sus huestes por vencidas.

»Para lo cual cometo á los Partales
Que entre Órgiva y do quiera que estuviere
El Duque, estén con mil soldados tales,
Como para el efeto se requiere;
Cualquiera escolta que de los umbrales
De Granada al ejército viniere,
En sitio y coyuntura se acometa,
Que no se escape della una estafeta.

»Con otro tanto número de gente
Mojájar corra, y haga cruel guerra
En torno de Andarax, y diligente
Discurrirá de Gádor por la sierra
Hasta Almería y Adra, y juntamente
De Ventomiz irá á correr la tierra
El Garra!, que por Vélez tendrá espías,
Y en su distrito cinco compañías.

»Arrendate saldrá á Sierra-Nevada
Con seis banderas, y el Puntal con siete
Llegue hasta las puertas de Granada,
Y todo su contorno desquite:
Estos medios harán que la obstinada
Altiyeza del Duque se sujete
A la hambre cruel consumidora,
De fieras y vestiglos domadora.

»Y esotro campo de apariencia vana,
Que el mozo hermano de Filipe guía,
Y el Duque aguarda de hoy para mañana,
Yo haré que jamás llegué este día;
Serón el fuerte armada gente mana,
Que se ha metido allí por órden mia,
Y del primero intento le divierte,
Para que nuestro hecho mas se acierte.

»Mas si con sangre haber allí vertido
Y pérdida de tiempo conquistare
Aquel lugar, habrémos prevenido
Otro y otro estropezo en que repare,
Hasta que tan cansado y consumido
Al Alpujarra llegue, si llegare,
Que no pueda el de Sesa, ya deshecho,
Valer ni ser valido en tal estrecho.»

Dalí y los otros, todos aprobando
Eficazmente el parecer de Abdalla,
Loaron su prudencia, efetiando
Lo propuesto por él, sin haber falla;
El Duque, todavía procurando
Provocar su contrario á la batalla,
No deja medio alguno que no intente,
De sabio, valeroso y de prudente.

Entre tanto su alteza solicita
De Serón crudo la final ruína,
Y sus soldados al efeto incita
Con tan guerrero ardid y disciplina,
Que las dificultades facilita,
Y en un asalto acaba y determina
La expugnacion que tarde fin tuviera,
Si tan rara virtud no interviniera.

Señalóse este día el memorable
Don Lope, que, á no ser por el de Acuña,
Fuera por excelencia el mas notable,
Sin decir Figueroa, que es su alcuña;
Porque en ingenio claro y admirable,
Desde Sevilla al fin de Cataluña,
Ninguno puede serle preferido,
Ni en ánimo en peligros conocido.

Un tercio á la sazón administraba,
Mas cuando de una sola compañía
Por capitán en Flándes militaba,
Eternizó su hado y valentía;
La gente del de Orange del temblaba,
Y así lo hizo en el Andalucía,
Junto á Guadix, su patria, la morisma
Que el Alcoran armó contra la crisma.

Pero al Duque teniendo por do quiera
Los pasos el contrario rodeados,
Su ejército pasaba hambre fiera,
Manteniéndose solo de pescados;
Tanto, que el otro Macedon no fuera,
Se le desavinieran los soldados;
Mas el ser liberal, piadoso y bueno,
Al ánimo mas libre ponía freno.

Estrechaba á su casa el ordinario,
Y á su persona misma del sustento
Privaba con valor extraordinario,
Por dallo al mas desnudo ó mas hambriento;
Estaba hecho siempre tributario,
Dando sus bienes con aquel aliento
Que el Pelicano, ufano y satisfecho,
Da á los hijos la sangre de su pecho.

Mas, como en infinito procediese
La descomodidad y suerte avara,
Mandó que con mil hombres se partiese
Y cien caballos el de la Favara,
Con gran bagaje, y que al real trujese
Desde la Calahorra, otra vez cara,
Y esta no menos, tantos bastimentos,
Que cesasen la hambre y descontentos.

Salió el valiente Silva su jornada,
Y siguióle la gente de Sevilla
En hora triste y mal afortunada,
Llena de confusion y de mancilla;
Porque, puesto en un monte de emboscada,
El Arabí trabó cruel rencilla,
Y daños causó allí poco menores
Que la infelice rota de Alvar Flores.

Dicen que la ocasion de aquel estrago
Fué el ir nuestra vanguardia tan delante,
Que entre ella y el escolta el turco mago
Metió de gente número pujante;
Y porque el día fuese mas aciago,
Habla abierto espacio semejante
La retaguardia, donde se entremeta
El Marzapel, llamado del Cenete.

El Pecini de Berja en el momento
Da en la escolta y enfermos que llevaba;
Mas ya la turbacion y desatiento
Las puertas del remedio así cerraba,
Que, andando por la tierra un mar sangriento,
Una voz por el aire no sonaba;
El horror, el silencio y el espanto
Pelean por los moros cuatro tanto.

Hirió, aunque tarde, el áspero sonido
Los oídos al bravo lusitano;
Mas ya ¡qué ha de hacer, si está rendido
A la desdicha el bando sevillano,
Y los pocos que vivos han salido,
Vienen corriendo con huir liviano?
Los moros los aquejan, y su miedo
Les da mas gallardía y mas denuedo.

Mas no por eso el portugués desmaya;
Antes, con la vanguardia revolviendo,
La virtud suma de su esfuerzo ensaya,
Tan impetuoso golpe sosteniendo,
Como á las naves hace estar á raya,
Aunque las lleve el aquilon horrendo,
En el airado mar cuando mas brama,
Aquel pece que rémora se llama.

El invicto Marqués no de otra suerte
Se opuso al gran tropel de la ruína
Con obras y palabras de alma fuerte,
Haciendo de sí muestra peregrina;
A cuatro por su mano dió la muerte,
De la orgullosa gente sarracina,
Y hizo reparar en coyuntura
La furia de la misma desventura.

Parte, en fin, de su gente recogida,
Y restaurada parte del bagaje,
Llegó á la Calahorra, conocida
Dos veces ya con español ultraje;
Quedó la tierra en sangre convertida,
Con mucha injuria del fiel linaje,
Y el puerto de la Ragua por testigo
Del poderoso ardid del enemigo.

El Duque, desta nueva lastimado,
Muestra del caso grave sentimiento;
No descompuesto, triste ni turbado,
Que no cupo el estallo en su talento;
Mas con semblante firme y pecho osado
Promete de hacer un escarmiento
En los rebeldes, tal, que eternamente
Se venga á publicar de gente en gente.

Era el tiempo que el sol domaba el Toro,
De Géminis distando pocos dias,
Y toda su cosecha el pueblo moro
Esperaba del campo de Dalías;
Y así, guardaba como gran tesoro
Las mieses con algunas compañías;
Mas dar el Duque el gasto determina
En ellas y acercarse á la marina.

Pasada Berja, y el efeto hecho,
Resueltos en ceniza ya los panes,
Pone á Castil de Ferro cerco estrecho,
Que era fuente y raíz de mil afanes;
Estaban dentro del contra derecho
Leandro y otros turcos capitanes,
Dando puerto en España, á quien venia
Del terreno cruel de Berbería;

Y juntamente siempre rebatiendo
A quien llegaba allí de nuestra parte.
Aquí pues, con su campo á punto siendo,
El nieto insigne del cordobés Marte,
Y las galeras por el mar batiendo
El alto sitio con industria y arte,
A un mismo tiempo se le dió la guerra
Por el undoso mar y la agria tierra.

Gimen las ondas con la furia borrenda
De la espantosa y brava artillería,
Tiembra la tierra y crece la contienda,
Sin menguar en los turcos la osadía;
Y piensan que vendrá quien los delienda,
Como en efeto Carbajá venia;
Mas, advertido del batir fogoso,
Clamando dió la vuelta presuroso.

Cual ave que, llevando al nido amado
A sus hijuelos caros el sustento,
Ve desde el aire al cazador taimado
Que los alcanza del nativo asiento,
Y se revuelve en vuelo apresurado,
Clamores esparciendo por el viento;
No pues de otra manera el sarracino
Se vuelve con su armada por do vino.

Tanto mas triste cuanto mas crecido
Era el socorro que traía el tirano,
Que era, cierto, el mayor que habia salido
Contra España del término africano;
Averiguóse que se habian unido
Catorce galeotas, en que ufano
Venia gran golpe de ismaelita gente,
Gallarda juventud, de orgullo ardiente,

Con armas, bastimentos y pertrechos,
Con que de nuevo guerra se fundara;
Así que el Duque con heróicos hechos
El peligro cruel venció á la clara,
No sin orden fatal, que por derechos
Naturales le nombra y le declara
Por defensor del granadino suelo,
Cuya conquista engrandeció á su abuelo.

Ganado el sitio fuerte de importancia,
Y el instante socorro ahuyentado,
Y para lo futuro la arrogancia
De los de Argel habiendo derribado,
El Duque persevera con instancia,
Dejando aquel castillo bien guardado,
De verse en ocasion con el Abdalla
Que acepte en campo abierto la batalla.

Mas él usaba á posta dilaciones,
Sin hacer experiencia en la ventura;
Entre tanto el austrino sus blasones
Extiende por los montes y llanura;
Sujeta á los de duros corazones,
Perdona al que se rinde con blandura,
Y así corre, señor de la campaña,
Reduciendo al contrario á pena extraña.

No contaré yo aquí cómo el de Luna
Salió por su mandado de Antequera
En defensa de Vélez, que importuna
Perturbacion de Frixiliana espera;
Donde moros dos mil, hechos á una,
Se fortifican cual la vez primera,
Ni de la cabalgada de Bacares,
Aunque hubo en ella casos singulares.

Solo diré que fué la mas notable
Y rica que se vió en aquella guerra;
Difícil, peligrosa y admirable,
Y en todo lo fragoso de la sierra;
De don Diego de Argote el memorable
Blason ocupe el orbe de la tierra,
Pues su virtud constante, esfuerzo y maña
Pudieron rematar esta hazaña.

No trato de diversas correrías,
Hechas con buen ardid y fortaleza,
Y dignas de que el curso de los dias
No deslustrara un punto su grandeza;
Mas hase de evitar por muchas vias
En el estilo de mayor alteza
El ser prolijo, que es lo que desdora
Cuanto en el decir breve se atesora.

Mayormente que, puesto que resuma
La varia historia todo lo posible,
Habrá sugeto en que tender la pluma,
Segun se ofrece novedad terrible.
Ya de Ronda en la sierra una gran suma
De la morisca sangre está insufrible;
Ya osadamente muestra la cautela,
Tanto, que la ciudad se guarda y vela.

Sierra difícil y áspera montaña,
De pasos ansterisimos y estrechos,
Rotos en muchas partes no sin maña,
Y atajados con árboles á trechos;
Tambien con piedras de grandeza extraña
Mampuestas, y sin esto, otros pertrechos
De gente resoluta y prevenida
Para trabar contienda tan reñida.

De medios se trató por buen acuerdo
Para evitar la pérdida violencia;
Mas perturbó el camino el desacuerdo
De la soberbia militar licencia.
Sin ser parte el de Luna, sabio y cuerdo,
Para quietar la ciega turbulencia;
Al cual, dejado en Vélez buen presidio,
Se le mandó venir á este fastidio.

Y puesto que orden y atencion tenia
A curar el insulto con blandura,
No dió lugar la gente que traía,
A quien codicia mueve y apresura;
Mas la morisma, que no fué tardía
En bajar de los montes y espesura,
Hizo cruel venganza en los soldados,
En el robo embebidos y ocupados.

Después que el aire, de sereno y claro,
Se habia vuelto ya tibio y oscuro,
Creció el peligro del principio avaro
Y la osadía del linaje duro;
El templo de Rubrique, do reparo
Una banda entendió hallar seguro,
Ya envuelto en humo y en pavesas anda
Con torpeza sacrilega y nefanda.

Luego que en la Alpujarra fué sabida
Esta rebelion, á las voladas
Gente envió robusta y escogida
A proseguir las culpas comenzadas;
Dos agras sierras toman por guarida,
La de Istan y Bermeja, tan nombradas,
Donde la multitud se multiplica,
Y con solicitud se fortifica.

Escogieron los puestos referidos,
Tomando á las espaldas la agua bonda,
Para ser fácilmente socorridos,
Aunque fortuna mal les corresponda;
Desde allí, pues, bajaban atrevidos
Hasta las puertas de la fértil Ronda,
Dejando la ciudad sin labradores
Y el campo sin ganado ni pastores.

De los duques de Cádiz memorables
Que se llamaron Ponce y Leones,
Conformando con hechos perdurables
Al nombre sus invictos corazones,
Los de Arcos se derivan, que mudables
Condiciones de tiempo y ocasiones
Les dieron en la yerta serrería,
Por Cádiz, pueblos de menor valía.

Mas fué estipulación con firme celo,
Jurídica bastante y aceptada
De la notable casa á quien el cielo
Tiene mil siglos há calificada;
Es su prosapia del romano suelo,
En la felice España trasplantada,
Con el nombre de Ponce que heredaron,
Y el de Leon porque á Leon ganaron.

Esta eminente casa señor era
A la sazón un alto caballero,
Que en su aspecto y virtud, de quien él era
Traia indicio claro y verdadero;
Si don Luis Ponce de Leon no fuera,
Le respetara el mundo todo entero
Por liberal, galán y por discreto,
Por esforzado y de valor perfecto.

Al militar oficio fué inclinado,
Y á las cosas de guerra siempre atento,
Servidor de su rey en aquel grado
Que debe un caballero de momento;
No contaré yo aquí la fe y cuidado
Con que de tierna edad probó su intento,
Ni cómo fué á servirle á los estados
De Flándes, sospechosos y alterados.

Ni cómo la razón y la ventura
Sus pasos de manera encaminaron,
Que vió el flamenco suelo en coyuntura
Que inconvenientes graves se atajaron;
No como los que en ocio y en blandura
De los que sus mayores heredaron
Se precian de gozar indignamente,
Cebados del aplauso de su gente.

Caduco bien, regalo transitorio,
Que al olvido mortal vuelve y declina,
No aspirar al famoso consistorio
Adonde el bien obrar nos encamina;
El que no hace su valor notorio
Por alguna hazaña peregrina,
Mucho pierde en morir, y esle tan cierto,
Que aun vivo le podrán contar por muerto.

Libre deste rigor fiero, inhumano,
El de Arcos en sus hechos procedía,
Cuando ocasion, que al fin tarde ó temprano
Se ofrece al que la busca con porfía,
Le vino, como dicen, á la mano,
De mostrar su prudencia y valentía,
Y el rey nuestro se tuvo por servido
De dalle poder largo y extendido.

Para que, quietándose el tumulto,
Usase de perdon, y así no siendo,
Véngase con las armas el insulto,
Al último rigor la puerta abriendo;
El Duque, cuyo lustre no era oculto,
A los moriscos pudo ir atrayendo
A tratar de partidos moderados,
Aunque estaban rebeldes y obstinados.

A una ermita que es cerca de Casares
Arabi y Atayfor bajaron luego,
Como cabezas y hombres singulares
De todo el vulgo revelado y ciego;
Y juntamente todos los lugares
Alzados en aquel desasosiego,
Sendos moriscos de gentil talento
Nombraron para el mismo avocamiento.

De poquísima gente acompañado,
Poniéndose de industria en tal balanza,
El Duque salió al puesto señalado,
Mostrando tener dellos confianza;
Y porque fuese el crédito doblado,
Llevó su verdadera semejanza,
Que fué el Marqués, su hijo, don Rodrigo,
Para que fuese allí parte y testigo.

Después que dadas son y recebidas
Las saludes que el vano cumplimiento
Tiene á lisonja clara reducidas,
Lejos de su primero fundamento,
El Duque con palabras comedidas,
En medio del morisco ayuntamiento,
Propuso el grave caso de manera
Que al mas protervo moro persuadiera.

Porque, demás de la eficaz esencia
De la razón y veras que trataba,
El modo de hablar y la presencia
En que un divino ser representaba,
Movian la agarena descendencia
A estar humilde, de feroz y brava;
De divertida, atenta, y de insolente,
Dispuesta á reducirse y obediente.

Si todos los que allí no se hallaron
Con los demás, presentes estuvieran,
La misma reduccion que ellos firmaron
Sin discrepar un punto establecieran,
Aunque las asperezas que probaron
Mayor desconfianza les pusieran;
Que crédito tan grande no agotara
Cruel deslealtad de gente avara.

El caso fué que vaciló el horrendo
Pueblo de los moriscos, disoluto,
Bien que notable causa precediendo
Contra un particular salvoconduto;
El Duque, cautamente procediendo,
Castigó los culpados, no sin fruto
En cuanto dar su punto á la justicia,
Mas no en desengañar á la malicia.

Habia entre los moros uno extraño
Que el Meliche por nombre era llamado,
Osado, escandaloso, y con su daño
Por hereje tenido y reprobado;
Este el pueblo juntó, que al nuevo engaño
Estaba ciegamente ya inclinado;
Y viendo la materia así dispuesta,
La plática que hizo en suma es esta:

«Oh compañeros y parientes míos,
Valientes y esforzados vanamente!
¿Quién ha domado vuestros altos bríos
Cuando ninguna excusa lo consiente?
Y ¿quién tanto os cegó los albedríos,
Que esperéis de cristianos fácilmente
Ser perdonados, siendo aborreídos,
Como ellos de nosotros mal queridos?»

»Mas ¿para qué es haciendo conjeturas
Perder el tiempo? No hay por qué me empache.
Sabed que estos papeles y escripturas
Que traen el Atayfor y el Arabache
Son canto de sirena con dulzuras
Para os adormecer, porque os despache
El Rey á penas muertes y despocho,
Atinando estos dos á su provecho.

»A su linaje y patria estos malvados
Han vendido, crueles y traidores,
Por precio vil de nueve mil ducados
Y ofertas de otras dádivas mayores;
Abrid, abrid los ojos, ¡oh cuitados!
Y mudad los consejos en mejores;
Conserváos á sazón mas oportuna,
Que á osados favorece la fortuna.

»Y si no os mueve orgullo ni esperanza
De alcanzar por las armas mejor suerte,
Muévao la desventura y mala andanza
Que os amenazan con tragedia fuerte;
Sentencia es de Filipe sin mudanza
Que cuantos sois cabezas paseis muerte,
Y los demás poner al triste remo,
Mas que el mismo morir cruel extremo.

«Esto espera la armada recogida
En Gibraltar, y a questo se pretende
Por la gente que armada y prevenida
La fraudulenta ejecución suspende;
Volved á renovar la ira encendida
Contra nación que á vuestro daño atiende,
Y á los que os venden, vuestros fuertes brazos
Hagan, como es razón, cien mil pedazos.»

Tuvieron las palabras y persona
Tal fuerza con el vulgo circunstante,
Que de otra cosa ya no se razona
Sino es de guerra cruda exorbitante;
Y como el fuego ardiente no perdona
A cosa que hallar pueda delante,
La furia popular, sin oír disculpa,
Trató los salvos de la impuesta culpa.

Verdad es que se tiene por muy cierto
Que el Atayfor, por tierra derribado,
Al natural fingió que estaba muerto,
Y así escapó del vulgo acelerado;
Como el raposo suele en el desierto
Tal vez al cazador dejar burlado
Haciéndole entender que está sin vida
Hasta que el tiempo ve de la huida.

Viendo el Meliche que sus desconciertos
Iban ya produciendo tales veras,
Mandó que por lugares encubiertos
La gente marche y siga sus banderas;
En tanto que estos van por los desiertos,
El Duque tuvo nuevas verdaderas
Del poco efeto de la conveniencia,
Y dió á las armas otra vez licencia.

Mientras aquesta masa se juntaba,
Y otra en sierra ya se apareja,
Al de Arcos gran deseo le inclinaba
De ir á reconocer Sierra-Bermeja,
Y Calaluz su fuerza, un tiempo brava,
Causa de la incurable llaga vieja;
Y así, partió á la sorda de Casares
Con la gente de aquel y otros lugares.

Y marchó asegurando y descubriendo
Los pasos de la altísima montaña;
Prevención cuerda, y que importante siendo,
El no hacella muchas veces dañá.
Ya los despojos se iban pareciendo
De aquella mortandad fiera y extraña
Que destruyó la gente que traía
El par insigne de la Andalucía.

Uno el de Ureña, su materno abuelo,
Otro aquel de Aguilar, que también era
De su consorte cara bisabuelo,
Historia al mundo clara y verdadera;
Causaba horror, mancilla y desconuelo
La vista aborrecible y lastimera
De huesos á que el hado y la ventura
Negaron la funebre sepultura.

Y tanto mas por ser de aquellos muertos
Nietos todos los mas y decendientes,
Y algunos de ellos de la rota ciertos
Y de sus desastrosos accidentes;
Tras esto, en la montaña tan expertos,
Que daban señas claras y evidentes
De todos los lugares desdichados
Al Duque, antes de ser por él pisados.

En aquel sitio dieron lo primero
Donde la noche oscura tenebrosa
Hizo parar al fuerte caballero
Con la vanguardia osada y belicosa;
Peligroso y esquivo paradero,
Entre el pié de la sierra peñascosa
Y el moro alojamiento, y sin reparo,
Sino el valor del capitán preclaro.

Víanse infinidad de calaveras
De hombres, y huesos grandes de caballos,
Segun y donde y como las guerreras
Aventuras pudieron derribarlos;
Pedazos de armas, otro tiempo fieras,
Despojos de jaeces, que mirallos
Causaba compasión á la memoria,
Enternecida de la triste historia.

Más adelante estaban las señales
Del enemigo fuerte aportilladas,
Y de las impresiones designales
Del tiempo bajas ya y desbaratadas;
Referían algunos qué oficiales
Y qué personas otras señaladas
En cada parte el alma habían rendido
Al ímpetu de Marte embravecido.

Contaban de qué modo y en qué parte
Los vencedores moros oprimía
El de Aguilar, de Córdoba estandarte,
Cuyo esfuerzo se canta cada día;
Narraban que, después que hecho un Marte,
A muchos á sus piés prostrado había,
Llegó el Feri, que había, por valiente,
Venido á ser cabeza preeminente.

Decían cómo habiendo combatido
Cuerpo á cuerpo entre dos fragosas peñas,
Ya de puro cansado y mal herido
Sintió el cristiano en sí mortales señas,
Y emhístió con el moro, que perdido
Andaba ya de aliento entre las breñas,
Diciendo: «Don Alonso soy, y fuera
Vencedor si tan muerto no estuviera.—

»Si tú eres don Alonso, le responde,
Yo el Feri soy; y desta suerte andando,
Llegó la vida del cristiano adonde
Está la parca á todos esperando;
Al cuento el llanto amargo corresponde
De los que iban el caso relatando;
Lo mismo sucedía á los oyentes
Con dolorosas muestras y accidentes.

Mas el buen General, porque la historia
Y pasos fuesen mas bien empleados,
Por los muertos mandó hacer memoria
Sobre aquellos peñascos encumbrados;
De todo corazón piden victoria
Con plegaria solene los soldados;
Que el lamentable objeto y remembranza
Les aumentó el deseo de venganza.

No acabaran el triste sentimiento
Tan presto, si el caudillo no mandara
Marchar, dejando allí gente de asiento,
Que el fuerte rehiciera y conservara.
Había en la tierra grande movimiento;
Y así, un instante solo no repara,
Hasta llegar á Ronda, do se junta
La masa del ejército, y se apunta.

De todos los lugares circunstantes,
Y de otros apartados ocurrieron,
Hasta juntarse cuatro mil infantes
Que á la fama del caso se movieron;
Jinetes con las armas importantes
Junto á sus estandartes acudieron;
El Duque acaudillando esta compañía
Sale de la ciudad á la campaña.

El enemigo, ó viendo prevenido
El fuerte nuestro en la bermeja sierra,
O porque estando junto y mas unido
Su campo, mantendrá mejor la guerra,
En la sierra de Istan fortalecido,
Está haciendo estremecer la tierra;
El de Arcos se le acerca, y por la vía
Hizo alto, y tomó muestra en la Fuenfria.

Donde un fuego se alzó con llama ardiente,
Que en cuidado metió el real cristiano;
Mas el Duque, sagaz y diligente,
Con buena industria lo atajó temprano;
Nunca se averiguó si alevemente
Se urdió el incendio, ó si de amiga mano
Fué algun descuido; calla aun hoy la fama
El autor ó principio desta llama.

CANTO XVIII.

El duque de Arcos rompe los enemigos. Los de la Alpujarra hacen conjuración de matar al segundo reyecillo; el cual, presinténdolo, da comisión al Habaquí para que trate con el señor don Juan sobre los medios de la reducción. El Duque de Arcos da la batalla á los moriscos de la Serranía, en la cual los vence y mata al Meliche. El Habaquí acabó la vida en su demanda. Y en fin se concluye la guerra con la muerte de Abenabo.

No se debe preciar el poderoso
De mostrar su poder en daño ajeno,
Sino de ser con celo valeroso
A nadie malo, á todo el mundo bueno;
Haya vergüenza el pecho generoso
De ser esquivo y de ponzoña lleno,
Y sea á la grandeza cosa indina
El procurar de alguno la ruína.

Para dañar, bien hasta cualquier hombre;
El mas vil puede ser mortal contrario,
Y el que es de mas oscura fama y nombre
Formidable enemigo y adversario;
Mas para el bien hacer que da renombre,
Conviene un grado y punto extraordinario;
Porque es negocio claro averiguado
Que solo puede honrar el que es honrado.

Aquel inmenso Hacedor divino,
Cuya largueza vemos infinita,
De dar se llama Dios, pues da contino,
Y estando en todo, todo lo habilita;
El ángel que cayó luciferino
Es demonio llamado porque quita,
A nadie hace bien, á muchos daña,
Y no hay hora ni punto que no engaña.

De suerte que el rey nuestro, justo, y pio,
Al que crió los cielos imitando,
No mostró de su ceptro el poderío
Contra los yerros del morisco bando,
Sin antes ofrecer al desvario
Amoroso perdon con pecho blando,
Hasta que la justicia, de irritada,
Alzó con ira su luciente espada.

Ni mas ni menos el Meliche infame,
Semejante al demonio reprobado,
No es maravilla que furor derrame
En su linaje torpe rebelado,
Ni que negocie que por armas bramo
Quien no pensaba ser jamás soldado,
Y mas no habiendo luna tan mudable
Como el grosero vulgo abominable.

Cesó el incendio, hecho poco estrago,
Y al punto se marchó á buscar el fuerte,
Para dalle los nuestros Santiago,
A hierro, á fuego, á sangre, á pena y muerte.
No fué el caudillo de la gran Cartago,
Mas sutil en ardidés ni mas fuerte
Que el duque de Arcos; ni otros que triunfales
En Roma los tuvieron, fueron tales.

Las huestes, de su guía satisfechas,
Esperan de vencer sin embarazo.
Llegó en esta sazón, sus gentes hechas,
Arévalo que llaman de Zuazo;
El Duque sus banderas ir derechas
Manda, y que cada cual apreste el brazo
Para reconocer los enemigos
Y prevenir sus ásperos castigos.

Maeses son de campo y del consejo
Pero Bermudez, honra de Galicia,
Y Pedro de Mendoza, claro espejo
De la alta profesion de la milicia;
Juan de Espuche, tambien soldado viejo,
Cual bravo capitán la guerra oficia,
Y otros que, por ser breve, no declaro,
Hacen reseña de su esfuerzo raro,

Cerca de la de Istan, enfrente puesta,
La gran sierra de Arbote está sentada,
La cual ganar primero se protesta
Como importante cosa y acertada,
Pues della se descubre y manifiesta
El fuerte del pagano, y la jornada
Por este medio, aunque dificultoso.
Mas breve fin tendrá y menos dudoso.

Con larga escaramuza y bien refida
Se llegó de las faldas á la cumbre,
Sin que de nuestra gente recebida
Fuese en el gran trabajo peaadumbre;
Porque de la virtud esclarecida
Del Duque resultaba tanta lumbré,
Que su ejemplo famoso y excelente
Mostraba á cada uno á ser valiente.

Después que fué ganada la alta sierra,
Por ser el conservalla de momento,
Guarnicion le quedó á punto de guerra,
Y el Duque prosiguió el primer intento.
Por la banda que el norte el cerco cierra,
Sin ser cubierto del terreno asiento,
Menos peñascos y maleza habia,
Y allí sentó real al fin del día.

Ya aquel planeta que los años mide
Daba la amada luz con su presencia,
Y ya la sombra que la vista impide
Regocijaba el mundo con su ausencia,
Cuando el leteo olvido se despierte
Con su mortal imagen y apariencia,
Y vuelve á renovarse en cada uno
El estado feliz ó el importuno.

Mas esta diferencia no se advierte
En el cristiano ni el morisco bando,
Porque en los unos es comun la suerte
Para embestir, las armas alistando;
En los otros tambien lo es en su suerte,
El asalto vecino recelando,
Aunque el áspero sitio y su pujanza
Les mantenian viva la esperanza.

¿Quién bastará á contar por cuáles artes
Y con cuán perspicaz inteligencia
Se acercaba á los altos baluartes
De Ponce de Leon la descendencia,
Su gente, dividida en cuatro partes,
Con número distinto y diferencia,
Pensando acometer con menor salto
El día siguiente el peligroso asalto?

Los pasos á compás y la distancia
Era en los escuadrones tan medida,
Que podian, si fuese de importancia,
Favorecerse en la áspera subida,
Bien como la armonia y consonancia
De voces diferentes es nacida,
Que el acordado punto los entona
Y justa proporcion las perfecciona.

Así, quien tantas gentes marchar viera
Tan por nivel, con ordenanza rara,
Una música acorde ser dijera,
Y de mirar la vista no hartara.
Los gastadores abren la carrera;
Y así, la artillería no repara,
Tirada de caballos, que de rienda
Seguros suben por la nueva senda.

De don Juan Ponce de Leon estaba
A cargo entonces la caballería,
Que el Duque por valiente le estimaba,
Como por mucho deudo que le habia;
En persona gentil se señalaba,
En discrecion, aviso y policía;
Fácil de condicion era y prudente,
Amable á todo género de gente.

Don Pedro Ponce, hijo suyo dino,
Que apenas pupilar edad alcanza,
Sigue de su familia el buen destino,
Y en moros sabe ensangrentar la lanza;
Parece en parte caso peregrino
Ver en tanta niñez tanta pujanza;
Mas ¿quién podrá engendrar admiraciones
De ver que son valientes los Leones?

Cuando á la tarde el portador del día
Hacia la Nueva-España declinaba,
Y nuestra gente ya hacer quería
Rancho para la noche que esperaba;
La pérdida morisma, que entendía
El fin á que en la pausa se atinaba,
Habido su consejo brevemente.
Acuerdan de embestir y hacer frente.

Por no ser otro día prevenidos,
Previnieron aquella misma tarde;
Y así, con resonantes alaridos
Salen del fuerte puestos en alarde;
A los nuestros se acercan atrevidos;
La cólera se enciende, el furor arde
De entrambas partes, con el odio esquivo
Que infunde de las armas el motivo.

Clamaba el Duque insigne, así diciendo:
«Todo el mundo á plé quodo se defienda,
La ordenanza se guarde; que esto siendo,
Ningun poder habrá que nos ofenda.»
Algunos, al caudillo obedeciendo,
Ponían al deseo y paso rienda;
Mas otros, sin oílo, deshilados
Iban el monte arriba desmandados.

Y vióse allí lo mismo que sucede
A los diestros del juego de la esgrima,
Que usan del cuando el tiempo les concede
Pacífico ejercicio, y son la prima;
Mas cuando con enojo se procede,
Ni regla vale ni compás se estima;
Todo es coraje, prisa, cuchilladas,
Reveses y mandobles y estocadas.

Así los nuestros, mientras competencia
No se les ofreció, ordenados fueron;
Mas luego que de moros turbulencia
Morida contra sí reconocieron,
De los advertimientos y la ciencia
Poco ni mas valerse no quisieron;
Que los pechos de fuertes y briosos
Siguiéron tras sus impetus furiosos.

La tiniebla nocturna se acercaba,
Y el bando que á celadas solo aspira,
A los nuestros cebando, se tornaba
A su fuerte, y despacio se retira;
El de Arcos, cuyo ingenio penetra,
Venciendo el furor breve de la ira,
Con pronto discurrir y fuerte pecho,
Del peligro mayor sacó provecho.

A imitación de aquella noble planta,
Corona ilustre á claros vencedores,
Que con el grave peso se levanta
Afrentando los árboles mejores;
Viendo el caudillo pues desórden tanta,
Y que las cosas iban á peores,
Dijo entre sí: «Esta noche se apareja
Lo mismo que pasó en Sierra-Bermeja.

«Que si la luz del cielo desaparece,
Esparcida mi gente y desmandada,
Peligro conocido me parece.
Y aun desdicha terrible confirmada.»
Este discurso hecho, el alma ofrece
A Dios, y el cuerpo al fin de la jornada;
Y arremetiendo contra el alto fuerte,
Los suyos animó de aquesta suerte:

«Seguidme, amigos, que hoy nos da ventura
Ocasión de vencer nuestros contrarios;
Sabed usar del tiempo y coyuntura,
Prostrad estos rebeldes temerarios.»
Diciendo así, los pasos apresura
Contra la fuerza de los adversarios;
Siguióle la primera su cuadrilla,
Ganosa de probarse en la rencilla.

Y los que desviados se hallaban,
Viendo subir al inclito guerrero,
Con una honrosa envidia portaban
Sobre cuál llegará al fuerte primero;
Los infieles dentro se mostraban
Hechos corona, con aspecto fiero,
De flechas y de balas, apuntados
Tiros y otros pertrechos aprestados.

Pegóse el Duque al enemigo muro,
Y los suyos con él de arremetida,
Donde se comenzó un combate duro,
Una sangrienta lid, fiera, reñida;
La nube de armas vuelve el aire oscuro,
Privando á muchos de la dulce vida,
Así de los intrépidos cristianos
Como de aquellos pérfidos paganos.

Los cuales, en virtud inferiores,
Al parangon no estaban como tales;
Porque, siendo en el sitio superiores,
Eran en pelear nuestros iguales;
De arriba caen agudos pasadores,
Dardos nocivos, balas infernales,
Peñascos que, de graves, no hay escudos
Que puedan resistir sus golpes crudos.

En esta tempestad de armas terrible
El Duque esclareció su eterna fama,
Como el oro hermoso y apacible
Se apura en medio de la ardiente llama;
Poderoso se arroja el invencible
Dentro del fuerte, y al apóstol llama
Que por milagros altos y hazañas
Es el patron y luz de las Españas.

Copia de gente con denuedo entraba,
Teniendo el riesgo ya por suma gloria,
Y al segundo Alejandro rodeaba,
Apelidando á voces la victoria;
Y así, entre los contrarios se mezclaba,
Haciendo cosas dignas de memoria,
Pues ni espada se vió moverse tarde,
Ni soldado que allí fuese cobarde.

Discordia á tal estrecho reducida,
De estruendo, confusion y sangre llena,
No puede ser al vivo referida
De la mas abundosa y rica vena,
Ni verse quién á cuál quitó la vida;
Mas ya la desleal gente agarena
Yace por tierra muerta ó va huyendo,
Su vana confianza maldiciendo.

Huye el Meliche, capitán perverso,
Y las sobras rehace en la espesura;
La fama esparce por el universo
Del vencedor león la alta ventura;
Mas no debe callar aquí mi verso
Las causas por que en esta coyuntura
No anduvo aquí el Marqués, su alto heredero,
Como en Casáres se halló primero.

Que no es cortar el hilo de mi historia,
Pues es el fin que della mas pretendo,
Celebrar cosas dignas de memoria,
La virtud sobre todo prefiriendo;
El claro jóven, de su estirpe gloria,
Luego que comenzó el motin horrendo,
Siguiendo della la costumbre usada,
Propuso de hallarse en la jornada.

Mas el negocio ya sobresanado,
Y sano al parecer, mudó el destino
Del pecho ardiente, atento y aplicado
A domar el furor luciferino;
Y así, dejando el padre señalado,
Pasó á Laredo con el suegro dino,
Duque de Béjar, grave personaje,
De grande estado y de mayor linaje.

Las causas de hacer este rodeo
Fueron ir por la reina esclarecida,
Doña Ana, á quien España, con deseo
De herederos, invoca y apellida;
Esto y dar perfeccion al himeneo
Con la consorte bella y escogida,
Tuvieron lejos del Andalucía
Al Marqués cuando el fuego mas ardía.

Viviendo pues gozando dulcemente
Del nuevo estado y lícitos favores,
La cierta fama de las armas siente
Los bélicos asaltos y rumores;
Oh cuanto del negocio se resiente,
Escrúpulos formando no menores
Que si la claridad de su disculpa
No le predestinara sin la culpa!

Si el hijo de Laertes el argivo,
Por no ir á Troya á recobrar á Elena,
Sembrando así fingió loco motivo,
Y formó sulcos en la seca arena;
Si tu renombre permanece vivo,
Cantado de la mas profunda vena.
¿Por qué se pasará en silencio odioso,
Nuevo Leon, tu brio generoso?

Pues no solo no buscas las fingidas
Excusas, mas aun huyes de las ciertas;
Y si de amor las llamas encendidas
Pueden de Marte aborrecer las puertas,
No te faltan á tí bien conocidas,
Que en esto con el griego te conciertas;
Con la misma razon que amaba él, amas,
Mas con otra mejor por guerra bramas.

Por la casta Penélope decía
El otro que las armas rehusaba,
Y que su tierno llanto lo movía
A no dejalla en el dolor que estaba;
Mas tanto en este caso no podía
El precioso cristal que derramaba
Por la hermosa nieve de su cara
Teresa, en perfeccion al mundo rara.

¿Cuántas y cuántas veces receloso
De aquella obligacion con que naciste,
Velando en medio del comun reposo,
Sus dos soles con llanto humedeciste!
¿Qué mas diré, sino que el orgulloso
Deseo que con ansia sostuviste,
Nunca halló reparo ni consuelo
Hasta la ejecucion de su alto celo?

Dejando atrás el reino de Castilla,
La rienda vuelve adonde Marte suena;
Mas no hay valor que haga maravilla
Contra la expresa ley que el cielo ordena;
Dolencia peligrosa y amarilla
A su famosa villa de Marchena
Redujo al buen señor en trance fuerte,
Aunque libre del fuero de la muerte.

Estas fueron las causas verdaderas
Por que el marqués de Zahara no vino
A seguir de su padre las banderas
Contra el rebelde bando sarracino;
¿Oh España insigne, que en criar te esmeras
Heróicos hombres, vuelve al hijo dino
Debidamente los atentos ojos,
Y verás sus virtudes á manojos!

Verás en verde edad seso maduro,
En alta discrecion blanda cordura,
En un pecho sencillo, blando y puro,
Generoso vigor que le asegura;
Testigo el tiempo me será futuro
Que en cuanto del sol mira la luz pura
No ha visto ni verá quien mas sin vicio
Mida el poder con el debido oficio.

Mas mientras el doliente caballero
Sufre del mal prolijo las tristezas,
Y el Meliche su ejército guerrero
Congrega entre los montes y malezas,
Está de Abenhumeya el heredero
Cercado de temores y asperezas,
Y viendo vacilar su injusta vida,
Lloró su perdición y su caída.

Gimió de corazon sus malandanzas,
En especial que aquellos mismos dias
Todas sus emboscadas y asechanzas
Don Juan de Austria deshizo en las porfias;
De donde comenzó por las mudanzas
A presentir por indirectas vias
Que sus mas conocidos y llegados
Estaban en su muerte conjurados.

O que fuese verdad, ó que el recelo
Y miedo escandaloso que al tirano,
Por justa permission del justo cielo,
Le pronostican su morir temprano,
Lo amenazasen, él con desconsuelo
Maldijo el bando moro y otomano,
Que sin su voluntad le coronaron,
Y á tal desasosiego le obligaron.

Al Habaquí llamó su amigo caro,
Y á solas le habló razones tales:
«Si te soy firme amigo ya te es claro,
Pues te cuento mis bienes y mis males;
Mis secretos en tí hallan reparo;
Y así, reconociendo cuánto vales,
Quiero comunicar ahora contigo
Lo que apenas tratar osó conmigo.

»Sabrás cómo ha llegado á mi noticia
Que en mi real hay gente que me vende,
Y que alevosamente por codicia
De interés malo, á mi ruina atiende;
Sin respeto guardar ni á la justicia
Ni ley con que mi vida los defiende,
Ni al trabajo terrible manifestó
En que por conservarlos estoy puesto.

»Bien por cierto me pagan aquel celo
Con que yo los libré del trance horrible
Y tratos del maldito reyezuelo,
Pestifero enemigo aborrecible;
Yo prostré sus traiciones por el suelo,
Y á todos puse en término apacible,
Sin respetar el parentesco estrecho,
Donde intervino el general provecho.

»Yo rehusé en extremo la corona,
A que fui por violencia compelido,
Con cuya autoridad y mi persona
Útil para los míos siempre he sido;
La fama por el mundo me pregona
Triunfante por las veces que he vencido,
Y á mucha costa suya los cristianos
Han sentido las obras de mis manos.

»Así que, con haberte restaurado
Totalmente las honras y las vidas,
Y haberte rectamente gobernado
Con leyes por tu bien establecidas,
¿Oh pueblo ingrato, vil, prevaricado!
No solamente el beneficio olvidas,
Mas quieres para siempre entorpecerte
Con el delito de mi injusta muerte.

»Dame consejo, amigo verdadero,
Que en tanta confusion valermé pueda;
Dime tu parecer, que déj espere
Aviso con que todo bien suceda.»
El Habaquí le dice: «¿Oh rey severo,
No hay por qué tal favor se me conceda
Como el que de presente se me hace,
Si mi lealtad por mí no satisface.

»Esta y el amor grande, incomparable,
Que á tus altos disignos he tenido,
Capaz me hacen de la inestimable
Merced que me has agora concedido;
Y pues me mandas que contigo hable
Sobre el arduo negocio referido,
Supla mi voluntad á mi talento,
Para saber decir lo que yo siento.

»Si acaso los humildes edificios
Señales ciertas muestran de ruina,
Con fáciles y prestos beneficios
Al remedio la industria se encamina;
Mas si los altos salen de sus quicios,
Mal su seguridad se determina,
Pues la misma grandeza de su peso
Es su mayor peligro y contrapeso.

»Así á los hombres que mediano estado
Les dió la suerte pasa cada día
Que, declinado habiendo de aquel grado,
Pueden volver á lo que ser solía;
Mas los que la fortuna, el tiempo y hado
Han encumbrado, van por otra vía,
Porque, como cayendo se quebrantan
Desde alto, tarde ó nunca se levantan.

»Por tanto, Abdalla, mucho te conviene
Mirar de la manera que procedes;
Si el dado contra tí rodando viene,
Levántate á tu mano, pues que puedes;
Tu gente ya la guerra mal sostiene,
Muerta de hambre, falta de mercedes,
Y sufriendo cien mil calamidades,
Por fuerza ha de anhelar á novedades.

»Y así, ninguna habrá que mas suspenda
Ese cruel furor prodigioso,
Que el dar la vuelta á la derecha senda,
De paz tratando y de comun reposo;
Quedarás con descanso y con hacienda,
Y vivo aun gozarás de ser famoso,
Pues competiste con virtud extraña
Con toda la braveza y flor de España.

»Tienen á Dios propicio los cristianos,
No sufre ya razon que mas lo tienten;
Mira cuántos trofeos soberanos
Han adquirido de diversas gentes;
Reinos enteros, dellos comarcanos,
Dellos remotos, dellos diferentes
En todo al trato nuestro, y escondidos
En los fines del mundo no entendidos.

»Aun si el que manda el otomano imperio,
Como ya lo esperaste, acá bajara,
No era mucho que el Artico hemisferio
A sus felices lunas se humillara;
Mas trata agora de otro ministerio,
Y no curar de nos es cosa clara;
Pero, si falta la Africa vecina,
¿Cómo vendrá la fuerza bizantina?

»De entremeterse cada cual rehusa
Adonde el riesgo ecede á la esperanza;
Mas, si tu campo tu milicia acusa,
Y tienes tu vivir puesto en balanza.
¿Qué mas descargo, qué mejor excusa
Para los que te niegan alianza.
Pudiendo á salvo estar desde sus tierras
Esperando el suceso de tus guerras?

»Basten ya las fátigas y asperezas
Que sobre esta demanda has padecido,
Sin renta, sin ciudad ni fortalezas,
Ni refugio que sea conocido;
Sin que quieras probar las esquivizas
Del vulgo, mal discreto embravecido,
Muda intento, Señor, trata de paces.
Que á buen puerto saldrás si así lo haces.»

Aquí dió fin el elocuente moro
A su razonamiento no pensado,
Al cual Abdalla con real decoro
Agradable atención habia mostrado;
Mas luego con amargo y triste lloro
A la respuesta replicó turbado,
Diciendo las palabras que se siguen:
«¡Óime! que duros hados me persiguen;

»¡Oh Abdalla, de principios venturosos,
Y fines mas que todos desdichados,
Por hombres fementidos y alevosos,
Indignos del renombre de soldados!
Oh vos, pobres, que siempre estáis quejosos,
En miserable vida sepultados,
Holgaos de no tener noticia alguna
De los costosos bienes de fortuna.

»Yo, que de todo hice ya experiencia,
Conozco el manifesto desengaño:
Pobre, hallé consuelo en la paciencia,
Y reposo cabal sin pena ó daño;
Mas, desde que el poder me dió licencia
Para correr tras un deseo extraño,
Nunca pudo el ansioso pensamiento
Dejarme sola un hora estar contento.

»Pero, como del aire se mantiene
El animal disforme y sin provecho,
Aquel vano esperar, que así me tiene,
Alimentaba mi fogoso pecho;
Lo cual pues cesa, renunciar conviene,
Como dices, la guerra en tal estrecho.
Pues las armas que traigo en mi defensa
Se vuelven y aperciben en mi ofensa.

»Divúlguese en el campo este concierto;
Y tú, cuando mañana el sol parezca,
De Cárlos vé á hallar el hijo cierto,
El cual yo fio que te lo agradezca;
No le trates del nuevo desconcierto,
Mas pídele que treguas establezca,
Para que con modestas condiciones
Se ponga fin á nuestras divisiones.

PE.-II.

»Será muy cierta cosa preguntarte
Qué causas me obligaron de presente
A renunciar los términos de Marte,
Y procurar las paces llanamente.
Lo que responderás quiero fiarte,
Pues eres tan sagaz y tan prudente.
Que, haciéndome en todo fiel servicio,
Sabrás cumplir con el debido oficio.»

Traspuso el sol allá por Océano,
Y sucedióle la terrestre sombra,
Mas nunca Abdalla, tarde ni temprano,
Del cuidadoso pensar el pecho escombra;
Vuelve á salir de Cintia el bello herniano,
Huye la escuridad que el mundo asombra;
En esto el Habaquí hizo jornada,
Levantando de paz la seña usada.

Ya en el real morisco publicaba
Lo concertado fama verdadera,
Ya tal, de puro alegre, abominaba
De los insultos de la guerra fiera,
Y tal las armas por el suelo echaba
Como si peso intolerable fuera,
Maldiciendo los bélicos furores
Y cantando á su rey muchos loores.

El Habaquí marchó con diligencia,
Y antes de entrar ante el caudillo austrino,
Para hallar en él mas grata audiencia,
Con otro mensajero le previno;
Habida fácilmente su licencia,
El astuto morisco al punto vino,
Y recibido bien del varon fuerte,
Su mensaje refiere desta suerte:

«Abdalla, sucesor de don Fernando,
Cabeza de la gente rebelada,
A tí, caudillo del cristiano bando,
Me envía á reportar una embajada;
Y es que, con atencion considerando
Los daños desta guerra porfiada,
Hallas que se podría su conflicto
Prorogar y extender en infinito,

»Sin otro premio mas que la sangrienta
Venganza de ambas partes ofendidas,
Pues que venciendo España, no acrecienta
Las hazañas que has hecho esclarecidas,
Ni si Abenabo su intencion sustenta,
Espera verse en tierras conocidas,
Las cuales en tranquila paz posea;
Fin que de las batallas se desea.

»Así que, no promete recompensa
Esta contienda igual á parte alguna,
Con el crecido afán y dura ofensa
Que causa el variar de su fortuna;
Por tanto, pide á tu bondad inmensa
Le mande conceder tregua oportuna,
Para que se confirme por mi medio
Lo que mandares y el comun remedio.

»Basten ya los asaltos sanguinosos,
Las mortandades y rigor pasado;
El campo á trechos largos lastimosos
De huesos se nos muestra estar sembrado,
Ajeno de sus frutos abundosos,
Y el aire de tal suerte inficionado,
Que no consume la mortal dolencia
Menos que de las armas la violencia.

»Vuelva la cruda Aletto al triste infierno,
Oyendo el dulce son de tu respuesta,
La santa paz del consistorio eterno
Baje á la tierra con solemne fiesta;
Haz, Príncipe, tu nombre sempiterno,
Tu fe y piedad mostrando manifiesta;
Perdona los errores insolentes
De los que habemos sido inobedientes.

»Y así, la majestad de Dios permita
Hayas por bien la remision que pido,
Como su ley divina traigo escrita
Dentro del alma, de que soy regido;
Que si la secta y rebelion maldita
Hasta agora parece que he seguido,
Ha sido procurando con instancia
El negocio que hoy trato y su importancia.

»Yo soy el Habaquí, que por ventura
Mi nombre habrá llegado á tus oídos,
De pobres padres, no de fama oscura,
Vecinos de Guadix y allí nacidos;
Mas hame puesto Abdalla en tanta altura,
Y héchome favores tan crecidos,
Que si él tu hermano poderoso fuera,
Yo Rui Gomez de Silva ser pudiera.

»Todo lo cual mirado y su deseo,
Y el general de toda aquella gente,
Debes, alto señor, sin mas rodeo
Sernos amparo y defensor clemente;
Y donde no, la cruz es mi trofeo
Y el uno y trino Dios omnipotente,
Por el cual mas me vale ser tu esclavo
Que no lugarteniente de Abenabo.»

El de Austria, que atentísimo escuchaba
De aquel morisco el razonar profundo,
No sin admiración, se aficionaba
A su ingenio sutil, alto y profundo
Y á la gentil persona, en que mostraba
En la Alpujarra no tener segundo;
Mas á los susodichos fundamentos
La voz grave soltó en tales acentos:

«Holgado he, Habaquí, de conoceros,
Como ya por la fama os conocia;
Y así, primero pienso agradeceros
La fe que profesáis sagrada y pia,
Que resolverme para responderos
A vuestra principal mensajería;
Porque tanta bondad debe notarse,
Y entre casos tan graves ponderarse.

»Y así, á ley de quien soy, os juro y digo
Que, en cuanto desde hoy mas se os ofreciere,
Tendréis en mí seguro un buen amigo,
Como vuestra constancia lo requiere;
Mas las treguas y paces contradigo
A vos y á otro cualquier que las pidiere,
Por no ser esos términos decentes
Entre rey y vasallos delincuentes.

»Pedir perdón y proponer la enmienda,
Darse á merced sin condición alguna,
Es dar la vuelta á la derecha senda,
Y á buen puerto salir de gran fortuna,
Y vuestro electo aquesto mismo entienda,
Sin esperar debajo de la luna
Alcanzar diferencia ni ventaja
Mas él que los de toda la baraja.

»Vos solo habeis de ser remunerado
De mi señor el Rey por vuestro celo,
Y haberos por cristiano declarado
Prostradas las rodillas por el suelo;
Volved pues luego á quien os ha enviado;
Y pues tan elocuente os hizo el cielo,
Persuadilde que mas no se detenga,
Y que á la reducción con tiempo venga.

»Lo cual de todos llegue á la noticia,
Y entienda cada cual que está en su mano
Moderar el rigor de la justicia,
A Dios y al Rey volviéndose temprano;
Que, aunque ha sido perversa su malicia,
No quiere el Padre eterno soberano
Al malo y pecador cerrar la puerta,
Sino que se arrepienta y se convierta.»

Con estos y otros altos documentos
El Habaquí volvió al campo agareno,
Bonde con admirables argumentos
A Abdalla amonestó lo justo y bueno;
Mas él, perplejo en vanos pensamientos,
Ni de crédito dalle estaba ajeno,
Ni menos entre sí determinaba
De hacer lo que tanto le importaba.

Mas el ardid, la maña y la prudencia
Del cauto y señalado mensajero
Redujo presto á la mejor sentencia
Todo el comun morisco casi entero;
Y no sin artificio y diligencia
Negoció con el bando forastero,
Que del pasado intento desistiese,
Y seguro pasaje al Rey pidiese.

Mientras que la soberbia destas gentes
Con moderados términos se humilla,
El Meliche, acogido á las vertientes
De Río-Verde, junta y acaudilla
Rebeldes moros, y en las eminentes
Cumbres de la que es hoy Sierra-Blanquilla,
Desde donde, corriendo á sangre y fuego,
Tenía á Ronda en gran desasosiego.

Era tan numeroso ya su bando,
Que osaba por do quiera hacer guerra,
Y presumir saltarse peleando
En el contorno y faldas de la sierra;
Había el sol, por Escorpion pasando,
Hecho quedar frutífera la tierra,
Con las fecundas aguas que, esparcidas,
Eran causa de turbias avenidas.

Los hombres, atendiendo en cada parte
Al útil menester de sus labranzas,
De Cérés la preciosa y rústica arte
Ejercitaban, llenos de esperanzas,
Dando de mano al iracundo Marte,
A sus estratagemas y asechanzas,
Aunque á las veces, siendo saltados,
Quisieran mucho mas hallarse armados.

¿Qué hará el de Leon, á quien le toca
Procurar el remedio destos daños,
Si el enemigo orgullo le provoca
Segunda vez por términos extraños,
Y la razón al arma lo revoca
Con estímulos tales y tamaños,
Habiéndosele el campo ya deshecho,
Guiando cada cual tras su provecho?

Viéndose en este mar de inconvenientes,
Echó de su hacienda y sus vasallos
El resto todo, y siéndole obedientes,
Pudo al debido oficio congregarlos;
Juntó pues con ardid excelentes
Buen número de infantes y caballos;
Salió en campaña contra los moriscos,
Que andaban como fieros basiliscos.

El padre de Faeton salir quería
Del lecho alabastrino de la aurora,
Cuando el buen Duque á vista se ponía
De las banderas de la secta mora;
Mas ya las suyas repartido había
De forma y suerte, que á la misma hora
Tuvisen la montaña rodeada,
Para dar el remate á la jornada.

Lleva á su hijo don Luis Ponce al lado,
Traslado suyo y prenda muy querida,
El cual escasamente había llegado
A dos lustros y medio de su vida,
Costumbre usada ya en tiempo pasado
Entre aquella familia esclarecida,
Salir de tierna edad los hijos diestros
En armas, con sus padres por maestros.

Aprende, le decía, hijo mío,
A ser sufrido, valeroso y fuerte,
Y á despreciar con generoso brío.
Por tu fe y por tu rey la airada muerte;
En este punto el bárbaro gentío,
Que ya desde mas cerca el trance advierte,
Mueve ligeros piés y prestas manos.
Al encuentro saliendo á los cristianos.

El Duque arremetió por una loma,
Diciendo en voz alegre «Santiago»,
El Meliche, llamando á su Mahoma,
Trabó la lid, donde llevó su pago;
Porque, mientras allí se da y se toma,
Una bala le dió fin aciago,
Y descargó la tierra de un Tifeo
En obras malas y peor deseo.

Que don Juan de Leon lo fué este día
Claramente se vió por la experiencia,
Y su hijo de suerte le seguía,
Que, á no ser liga, fuera competencia;
Bermúdez con su tercio destruía
Mucha de la morisca decendencia,
Y Pedro de Mendoza de otra parte
Hace lo sumo del esfuerzo y arte.

Por esto, y ver prostrada su cabeza,
Los infieles todos se turbaron,
Lo cual no obstante, por alguna pleza
En la batalla dura porfiaron;
Pero ya la victoria se endereza
Por los que á Dios su fin enderezaron,
Y el campo moro, lleno de quebranto,
Siente rabia, dolor, muerte y espanto.

El católico sigue el vencimiento,
Huye el bárbaro y pérfido á la clara;
Por aquí escapan diez, por allí ciento,
Sin osar mas volver atrás la cara;
Y quedóles tal miedo y escarmiento,
Que nunca mas juntaron algarza;
Y así, se retrajeron esparcidos
En los traspuestos valles y escondidos.

Después al reino de Africa pasando
Algunos, y otros dándose reudidos,
Quedó aquella provincia descansando,
Libre de los trabajos padecidos;
El Duque á Ronda se volvió triunfando,
Que por los beneficios recibidos
Alegre celebró sus alabanzas,
Y grata encareció sus bienandanzas.

Esta victoria, en sí calificada,
Hace el notable sitio mas famosa,
Por haber sido un tiempo allí trabada
La guerra mas soberbia y ambiciosa.
Cuando el mundo, su fuerza concitada,
Por armas decidió la lid dudosa
Contra los hijos del fiel romano,
Y se puso de César en la mano.

Ya los turcos y moros extranjeros
De toda la Alpujarra habian salido,
Y el mar sulcando con navios ligeros,
Tomado tierra allá en el Afro nido;
El Habaquí, en sus tratos verdaderos
Habiendo algunos días insistido,
A su alteza volvió que le esperaba
Para la conclusion que se trazaba.

Después de recibido cortesmente,
El morisco informó muy por extenso
Del firme intento que halló en su gente
Para volverse á Dios piadoso, inmenso;
De solo Abdalla dice que mal siente,
Y que se está neutral, turbio y suspenso,
Porque la obstinacion de su pecado
Debe el sentido habelle reprobado.

Por lo cual dijo que él se profería
A dalle muerte por su propia mano,
Y que en ello su vida arriscaría,
Como bueno y católico cristiano;
Y así, partió resuelto el mismo día
A verse con el áspero tirano,
Y efectuar aquel heróico hecho
Con brazo fuerte y animoso pecho.

¿Dónde vas, Habaquí, tan denodado?
¿Piensas que Abdalla está de ti seguro?
No lo está, no; que al fin, como culpado,
Recela y teme fin triste y oscuro,
Y de las bravas furias incitado,
El amor que te tuvo, en odio duro
Ha vuelto, y desamor contrario, esquivo,
Le da grave pesar de verte vivo.

Mientras el nuevo Mucio valeroso
Iba á la ejecucion de la hazaña
Que le diera renombre de famoso
En cuanto ciñe Apolo, y Tétis baña;
Abenabo, aburrido y congojoso,
Entre él y los demás metió zizaña:
Negocio fácil y ligera cosa,
Escándalo entre gente sospechosa.

Moviale el nativo odio implacable
Contra el cristiano norte y su corona,
Y su conciencia misma abominable,
Que mas sus pensamientos inficiona;
Dábale enojo y rabia incomparable
La injuria recebida en la persona;
Y así, de la ocasion y tiempo usando,
Habló á los que le estaban escuchando:

«Otras veces, amigos, proponía
Mi intento como rey y señor vuestro,
Mandando aquello que por bien tenía,
Con libre voz y con agüero diestro;
Mas, ya que sin error ni culpa mía
En vuestra lealtad hallo siniestro,
Dejaré de quejarme y de culparos,
Y solo trataré de amonestaros.

»Dé vuelta el mundo y la fortuna ruede,
Persigame cruel hado enemigo,
Que ya mi corazon dejar no puede
De seros firme y saludable amigo;
Vosotros del perdon que se os concedo
Pensais gozar sin pena ni castigo;
Mas dello grande duda se me ofrece,
Y casi que imposible me parece.

»Las causas de lo cual deo y remito
Al libre parecer de cada uno;
Mas una cosa sola no permito
Ni sé disimular por modo alguno;
Esta es, que el Habaquí, falso, maldito,
A sí inclinado, á todos importuno,
Quiera en particular ganarse gracias,
Y funde en general vuestras desgracias.

»A honor aspira y á provecho atende,
Dando á entender que solo él es el quicia
Y la fuerza total de quien depende
La rica paz y el bélico ejercicio;
Y pues sin freno su interés pretende,
Mal hacer puede su debido oficio,
Que si un tercero se corrompe avaro,
Error en lo que trata está muy claro.

»La comision que tiene es de gran peso,
Y por lo mal que ha procedido en ella
Merece suspendido ser y preso,
Y que tengamos dél justa querella;
Tras esto, es un superfluo contrapeso
La autoridad de aqueste, pues sin ella
Podeis hacer, habiéndos reducido,
Que os pueda ser mejor agradecido.

»Desde aquí me desisto de aquel mando
Que, sin querello yo, todos me distes,
Mas no de la venganza tras que ando,
Aunque me aquejen mas sucesos tristes;
Si algunos, mi persona acompañando,
Movidos de la gloria en que me vistes,
Quereis quedar, armado me proñero
A seros siempre igual y compañero.

»Y si todos quereis solo dejarme,
Solo quiero á cristianos hacer guerra:
Matarme puede, sí, mas no espantarme
El poder que se junte de la tierra;
Procurad desculparos y culparme,
Que aunque vuestra mudanza así me atierra,
Sobre mis hombros solos holgaría
De llevar vuestras culpas y la mia.

»Yo, que hice temblar la fuerza entera
De la temida presuncion de España,
Y ensangrenté mil veces la carrera
A costa suya con mi esfuerzo y maña;
Agora á modo de salvaje fiera
Por los desiertos vengaré mi saña;
Y pues me desampara la ventura,
Mis huesos nunca esperen sepultura.»

Sacó el calamitoso parlamento
Lágrimas tiernas de los pechos duros,
Y mudaron algunos pensamiento,
Movidos dél, volviendo á ser perjuros;
Mas todos de comun consentimiento
Dijeron que no estaban bien seguros
Del Habaquí; y así, quedó resuelto
Fuese puesto á recado en siendo vuelto.

Si en tal sazón el Habaquí tardara,
Pudiera pasar punto por ventura,
Que á las veces un daño se repara
Por caso extraño en breve coyuntura;
Mas antes que la plática cesara
Llegó, y fué luego puesto en prision dura,
Presintiendo en el ánimo, aunque fuerte,
El paso acelerado de su muerte.

Alenabo le manda hacer cargo,
En forma procediendo de derecho,
Y que dé los indicios de descargo
En término abreviado y tiempo estrecho;
Mas como al hombre puesto en tranca amargo
Le huyen los amigos largo trecho,
El de Guadix, venido á tal estado,
De los suyos quedó desamparado.

Y aun aquellos que libre le animaron
A cortar la cabeza del tirano,
Viéndole preso, dello le acusaron
Con ejemplo sacrilego inhumano;
La vida, en fin, y pasos le acortaron,
Y él acabó como fiel cristiano,
Reptiendo en el último tormento
La voz del Credo con devoto aliento.

Fué del campo católico plañida
Del Habaquí la muerte no pensada;
Mas no es morir perder hombre la vida
En loable ocasion y empresa honrada;
No por esto la gente convertida
Dejó la reducion ya comenzada;
Antes, por el recelo desta culpa,
Venian mas apriesa á dar disculpa.

Vinieron con sus armas á monitores,
Clemencia, remision y paz pidiendo,
Numerosos y fieros escuadrones,
Sus pasados errores conociendo;
Y por mas evitar las ocasiones
De los tiempos, que siempre van volviendo,
Quedaron trasplantados á millares
Léjos de los marítimos lugares.

Preguntárame alguno por ventura
Qué fin al bravo Abdalla dió la suerte:
El, con pocos metido en la espesura,
En unas cuevas se hacia fuerte,
Donde al fin de su extrema desventura
Un alcaide morisco le dió muerte,
Y el alma descendió á pagar sus males
En las eternas llamas infernales.

Cuando mis pensamientos y cuidados
Pusieron dulce fin á su porfía,
Llevaba sus caballos inflamados
Al Nuevo Mundo el causador del día;
Volvia á su albergue los ganados,
Y cada labrador se recogía
A su estacion humilde, deseoso
De aliviar sus fatigas con reposo.

Lo mismo hice yo, con entregarme
Al blando sueño y regalado olvido;
Mas pude en él apenas transportarme
Cuando veló de nuevo mi sentido;
En clara y alta voz sentí llamarme,
Voz no de humano ni mortal sonido,
Los ojos abro, y digo: «¿Quién me llama?»
La misma me responde: «Soy la fama,

»Que he venido á tomarte residencia
Del tiempo que ministro fuiste mío,
Por una mal sonante negligencia
Que arguye ó gran pasion ó desvario;
De muchos escribistes la ecelencia
En armas, la virtud, la fuerza y brio,
Porque en las competencias referidas
Hicieron dello pruebas conocidas;

»Y dejaste olvidado entre renglones
Uno que capaz es de larga historia,
Y digno de igualarse á los varones
Que de tu patria ilustran la memoria;
Hijo de aquella cama de Leones
Que el conde don Martin, para mas gloria,
Produjo, ennobleciendo el reino hispano
Para espanto y terror del africano.

»Debiera haber llegado á tus oídos
Don Francisco de Córdoba y sus partes,
Los hechos de su esfuerzo esclarecidos:
En varios tiempos y en diversas partes;
Agora contra moros descreídos,
Agora contra herejes estandartes,
Peregrinando mas que el fuerte Alcides
Por duros trances y sangrientas lides.

»Debieras contemplar atentamente
Que no es menos que plático soldado,
En su vivir filósofo prudente,
En saber y experiencia jubilado,
A cuya causa fué debidamente
De una aldea do estaba retirado
Llamado, á que asistiese en Almería
Por general de mucha infantería.

»Donde correspondió con juicio reto,
Osado corazon y prontas manos,
A aquella estimacion, grado y concato
Que dél tenían ya los veteranos.»
Esto dicho, la voz do no hay secreto
Voló, hendiendo por los aires vanos,
Y yo cumplí su edicto y justo fuero
Con escribir el caso verdadero.

CANTO XIX.

Establécese la Liga, y es nombrado el señor don Juan por generalísimo della. Selim junta poderosa armada, reforma á Plati y hace general al turco Ali-Bajá. Su alteza hace su jornada y recibe en Nápoles el estandarte de la Liga por mano del cardenal Granaia, delegado de su santidad.

No puede ser durable lo violento,
Por mas que se desvele el artificio,
Ni puede, si no es bueno el fundamento.
Ser firme ni seguro el edificio;
Quien torpemente sube en años ciento,
En sola una hora cae, porque es oficio
Del cielo justo dar castigo dino
Al que se olvida del mejor camino.

Las fábulas morales y elegantes
Nos cuentan que unos hijos de la tierra,
Fiándose en sus fuerzas de gigantes,
Osaron contra el cielo mover guerra;
Y que Jove con rayos fulminantes
Su soberbia prostró, que tanto yerro;
Haciéndoles quedar eternamente
Por terror y escarmiento de la gente.

No es menos que estos vano y atrevido
El que contra la Iglesia sacrosanta
Se vuelve, y en pecado endurecido,
Pierde la fe que el alma á Dios levanta;
Ni es menos el tormento embravecido
Que el obstinado pecho le quebranta,
Y mas, que la experiencia nos escribe
Que apenas muere bien el que mal vive.

La prueba se ve desto en los tiranos
Cuyas vidas y muertes se han escrito;
Y así, la Iberia, libre de sus manos,
Sintió gozo y placer casi infinito.
Dias habia que los venecianos,
Visto del turco el ánimo maldito,
Con la cristiana union trataban liga
Contra la fuerza bárbara enemiga.

Hallábase Venecia la opulenta
De la otomana casa lastimada,
Y renovaba con la nueva afrenta
De Chipre, larga historia no olvidada;
Por Dulciño y Antivari lamenta,
Y Buda, que también le fué usurpada,
Con otras muchas plazas y fronteras
De Epiro y la Morea en las riberas.

Y así por las pasadas opresiones
Como por el agravio y mal presente,
Y aun otras recelosas presunciones
De que eran molestados claramente,
Se resolvieron todos los varones
De aquel senado antiguo y eminente
A hacer embajadas con instancia
Sobre la santa liga y su importancia.

El vicario de Cristo, quinto Pio,
Admitió su recuesta como justa;
Lo mismo hizo el rey y señor mio,
Como quien de lo bueno siempre gusta;
Y de Francia detuvo el desvario
De la guerra civil, cruel, injusta:
Al lusitano causas esenciales
Nacidas de las guerras orientales.

Hecha pues de los tres la conveniencia,
El Papa, Rey Católico y Senado,
Con sana cuerda y presta diligencia
Dieron su perfección á lo tratado;
Y fué de todos por común sentencia
Por su generalísimo nombrado
El incito don Juan de Austria, nacido
Para ser vencedor, nunca vencido.

La fama se extendió desde aquel día,
Su trompa sonadora ejercitando,
Y despertó con bélica armonía
La mayor fuerza del cristiano bando;
El nombre que don Juan ganado había,
Los granadinos trances allanando,
Engendraba en los grandes y menores
Esperanzas de cosas muy mayores.

Giraba el sol su carro luminoso
En la morada y estación primera,
Trayendo al mundo alegre y orgulloso
La sazón de la clara primavera;
Ya el intratable mar, menos undoso,
Se disponía para abrir carrera
Conforme con los hados y destino
Que se guardaban para el hijo austrino.

Ya en cada puerto la carena untada
Debajo de las ondas asegura
Cualquier bajel de la cristiana armada,
Que los preparamentos apresura;
Ya se apercibe para la jornada
La una y otra Hesperia, y ya procura
La ciudad de san Marcos estar presta,
Y de leños gran suma y gente apresta.

Roma da á Marco Antonio por caudillo,
De los Colonas lustre verdadero,
Venecia otro que tiene de sencillo
En ella el primer nombre y de severo;
Destá se dice que pasó á cuchillo
Un hijo suyo con semblante entero,
Por castigo ejemplar, digno de fama:
Sebastian el Venero este se llama.

Selim, que tiene ya noticia alguna
De la cristiana union, de nuevo atiende
A no perder sazón tan oportuna,
Y á Famagusta conquistar pretende;
Con su poder midiendo su fortuna,
El orbe entero sujetar pretende;
Y así, juntó la armada mas pujante
Que jamás ha salido de levante.

En lugar de Piali, que el precedente
Año el cargo de mar había tenido,
Nombró por mas soldado y mas valiente
Al bravo Ali-Bajá, turco temido,
Mandándole, al partir, expresamente
Que al general que está en el ciprio nido,
La gente, vitalla y favor diese
Que al fin de aquella empresa conviniese.

Y que sin perdonar gasto ó fatiga
Discurra por los mares mas cercanos,
Y asalte, turbe, oprima la enemiga
Parcialidad de pueblos venecianos;
Y si toda la armada de la Liga
Con la suya venir quiere á las manos,
Acepte en todo caso la batalla,
Con esperanza firme de ganalla.

Ali-Bajá, instruido del intento
De su rey, se metió en el mar vecino;
Y dando velas al derecho viento,
A Chipre hizo próspero camino,
Donde, á manera de león sangriento,
Estaba Mustafá luciferino,
Esperando en la triste Nicosia
La sazón y la gente que venia.

Y así, al nacer del sol, reconociendo
Las señas y banderas otomanas,
Un increíble gozo recibiendo,
Con llanto alegre hmedeció sus canas,
Y á la ribera, en orden procediendo,
Se acercó, y saludó las inhumanas
Fustas, de su gran número admirado,
De las cuales también fué saludado.

Cosa notable fué el contentamiento
Con que los scitas fieros se mezclaron,
Y largo de contar el tratamiento
Y amor con que estas vistas celebraron;
Los generales, hecho el cumplimiento
Y dadas las saludes, comenzaron
A hacer entre sí discursos largos
De las cosas tocantes á sus cargos.

Quedó, en fin, de la plática sabida
La intencion de Selim, y cuánta gente
A Mustafá venia cometida
Para ganar á Chipre enteramente;
Ali-Bajá se apresta á la partida,
Porque así la bonanza del tridente
Como su mucho ardid le espoleaba
A seguir la derrota que llevaba.

Hecha por el cañon y la trompeta
Señal cierta de leva y de partida,
La nación se despidió mahometa,
Haciendo sentimiento por la ausencia;
La armada busca la famosa Creta,
Rompiendo el mar con áspera violencia,
Y Mustafá, marchando por la tierra,
Va sobre Famagusta á hacer guerra.

No se estaban ociosas entre tanto
Las grandes fuerzas de la union cristiana,
Solicitadas del cruel quebranto
En que se ve la gente veneciana;
A cuya instancia el Papa, justo y santo,
Con eficaz industria sobrehumana
Incitaba al caudillo preminente
A la alta empresa y ocasión presente.

Mas él, sin perder punto, al rey de España
Pide la bendición y real mano,
Y sale por la posta apresada extraña
Del pueblo ennoblecido cortesano,
Ilustres hombres lleva en su compañía;
Ya deja atrás el reino castellano,
Ya el de Aragón, ya el catalano suelo
Pasa midiendo con ligero vuelo.

No hace un punto pausa en su corrido,
Que pueda ser alivio á su persona,
Hasta aquella ciudad esclarecida
Cuyo famoso nombre es Barcelona,
Donde toda la fuerza recogida
Está de amor, el ceptro y la corona,
Y se nos muestra clara en su figura
La idea de la misma hermosura.

Allí parece el sol resplandeciente
Mas que en ninguna parte de la esfera,
Allí se mira y goza eternamente
La deseada y dulce primavera;
Y así como el cortés cielo clemente
Influye tal sazón, también se esmera
En producir la gente conversable,
De ingenio dócil y de trato amable.

Sería dilatar la historia en vano
Solenizar aquí el recibimiento
Que hizo el pueblo insigne catalano,
De regocijo lleno y de contento;
No fué acogido el capitán tebano,
Viniendo del felice vencimiento,
Con mas aplauso de su patria amada,
Al ministerio atenta y dedicada,

Que el hijo del monarca poderoso
En el lugar ilustre que refiero,
Ni vió jamas teatro mas pomposo
La gran ciudad que al mundo mandó entero;
Las damas alababan de hermoso
Al jóven y gallardo caballero,
Los hombres su ademán, talle y postura,
En que Vénus y Marte se figura.

Ya la sonora trompa de la fama
Con recio aliento divalgado labia
La gloriosa ocasión que al arma llama
La animosa nación que España cria;
Ya el feroz alemán por guerra brama,
Y va saliendo de la region fria
A la templada Italia, que, orgullosa,
Armas y gente apresta belicosa.

Mientras en varias partes extranjeras
La máquina y bullicio mas se ordena,
Vino el de Santa Cruz con sus galeras
De la seca y robusta Cartagena;
Don Juan, haciendo muestras placenteras,
De la playa dejó la roja arena,
Y en el húmedo reino del pescado
Entró con alto agüero y diestro hado.

El sol hacía Occidente declinaba
Su bello carro de alabastro puro,
Y ya la noche el de ébano aprestaba,
De sombra encubertado y velo oscuro,
Cuando la playa en torno resonaba
Con estruendo feroz de hierro duro,
Confusas voces y áspero bullicio,
Que de partencia daba claro indicio.

Los cómitres, al crudo ministerio
Atentos, los forzados apresuran;
Y así, las aguas del salado imperio
Batidas de los remos ya murmuran,
Las estrellas el Artico hemisferio
Variamente matizan y figuran;
Boga la armada, y en el mesmo instante
Por proa es asaltada de un levante.

La chusma al proejlar la fuerza aviva,
Las importunas ondas contrastando,
Diana muestra al mundo su luz viva,
Aquel trabajo en parte relevando;
El bando austrino de Canid arriba
A la hermosa playa al punto cuando
El agradable sol de la mañana
Su lumbre nos descubre soberana.

Dióse allí fondo, y hizose la aguada,
Y luego con señal de tiempo bueno
A vela prosiguieron su jornada,
Volando apriesa por el mar sereno;
Mas presto la bonanza fué turbada;
Y así, rompiendo á fuerza el bondo seno,
De Palamós se entraron en el puerto,
Siguiendo á la real por buen concierto.

De donde, al declinar del claro día,
Con mar bonanza llegan hasta Rosas,
Y de allí, prosiguiendo por la vía,
Vinieron á las ondas peligrosas
Del golfo narbonés, cuando volvia
Apolo sus colores á las cosas,
Sin que señal de nube pareciese,
Ni viento aquella hora se moviese.

Por lo cual nuestra armada diligente
Se mete por el golfo navegando;
Mas luego en popa les sopló un poniente,
La chusma y marineros alegrando;
Despliéganse las velas prestamente,
Hiere céfiro en ellas fresco y blando,
Y vuelan por el agua las galeras
Cual por el aire van aves ligeras.

Refuerza el viento, sin hacer ultraje
A los bajeles sanos y ligeros;
Y así, volando llevan su viaje
El de Austria y sus leales caballeros;
Sucedíoles tan próspero el pasaje,
Que todos se hallaron placenteros
Al despuntar del alba clara y bella,
En el francés paraje de Marsella.

El apacible tiempo persevera,
Francia se va dejando á la siniestra;
Ya la playa de Niza desde fuera
A nuestros ojos se descubre y muestra;
La ciudad opulenta alegre espera
La armada y el caudillo que la adiestra,
Y de sus torres y castillo fuerte
Con salva soleniza aquella suerte.

El duque de Saboya allí no vino
Por estar en Turin no bien dispuesto;
Mas el conde Aribán salió al camino,
De su parte, y al héroe dijo aquesto:
«El Duque, mi señor, tu dino primo,
Que á tu servicio está obligado y presto,
Tiene por falta grande de ventura
Hallarse enfermo en esta coyuntura;

»La cual por él ha sido deseada
Días há ya para besar tus manos,
Por la afición y sangre que mezclada
Está entre tí y los duques saboyanos,
Y por tu fama ilustre y encumbrada
Con hechos y blasones soberanos;
Y así, á ofrecer por mí desde hoy te envia
Su fe y su voluntad sincera y pia.

»Suplicate que acetes el servicio,
Y le honres con tomar puerto en su tierra,
La cual, agradecida al beneficio,
Te servirá contino en paz y en guerra;
Y si para el marítimo ejercicio
En ella de provecho algo se encierra,
No lo recibas como cosa suya,
Antes lo tomes como propia tuya.

»Sus galeras tambien dice que quiero
Que á tus hados y á tí vayan siguiendo,
Armadas, como el caso lo requiere,
Contra el bravo furor del turco horrendo,
Y un general en ellas se profiere
Enviar, tu grandezza obedeciendo,
Este es mos de Lemi, soldado viejo,
Famoso por sus obras y consejo.»

El de Austria con benévolo semblante
Las fustas acetó del saboyano,
Y agradeció por término elegante
La voluntad y ofrecimiento llano,
Mas dice que en las costas de Levante
Anda por mar y tierra el otomano,
Haciendo mucho mal, á cuya causa
No cumple en el viaje hacer pausa.

Con esto del Nizardo se despidió,
Y á Orza con un viento moderado,
Partiéndose de allí, la playa mide
Del ancho Portovenere nombrado;
Mientras al navegar cosa no impide,
Llegó un bajel del ginovés senado
Con embajada del, según su usanza,
Llena de reverencia y de crianza.

Y todo cuanto en suma contenía
Era significar cuán por extremo
Holgaba aquella libre señoría
De velle hecho general supremo;
El de Austria agradeció la cortesía,
Y sulcando aquel mar á vela y remo,
Después de puesto el hijo de Latona,
Llegó á la fertilísima Saona.

Demás de que fué en sí maravillosa
La salva que se hizo desde el muro,
La sombra de la noche tenebrosa
Mostró mas su espectáculo seguro;
Herido apriesa de la luz fogosa,
Retumba y reverbera el aire oscuro,
Responden desde el agua las galeras,
Atronando el contorno y sus riberas.

La media noche dicen que sería
Cuando partió de allí la insigne armada,
Hendiendo á remo el agua negra y fría
Con fuerza vehemente y porfiada;
La esposa de Títon ya parecía,
Descubriendo su frente aljofarada,
Cuando llegó de Peixe á las orillas,
Que está del janu pueblo pocas millas.

Desde donde, bogando lentamente,
Se metieron en orden de batalla
Las galeras feroces de poniente,
En quien la flor y lustre del se halla;
Ya la ciudad famosa y eminente
Manifiesta sus torres y muralla,
Sus altos edificios suntuosos
No menos excelentes que costosos.

Ya la gran fundacion se ve de Jano,
Maravilla exquisita en todo el suelo,
Pues siendo para el uso y trato humano
Poco ayudada de terreno y cielo,
La industria de sus hombres, que á una mano
Son del saber vivir claro modelo,
La tienen á tal punto reducida,
Que no hay otra en el mundo mas lucida.

Las piedras mas preciosas del Oriente
Vienen allí de la mayor distancia
Con el oro y la plata que Occidente
A Europa envia, rica de ganancia;
Allí la popular y noble gente,
Viviendo en libertad y en abundancia,
Refrenan las superfluas vanidades
Que hacen pobres ser otras ciudades.

No suena allí del coche el vano estruendo,
Con ocioso gasto alimentado,
Ni el tropel de criados, que, sirviendo
Solo á la pompa, dan mucho cuidado;
No hay la desigualdad, que, procediendo
De ostentacion y fausto mal fundado,
Es causa de cien mil inconvenientes
Que pasan en el mundo varias gentes.

Todo es moderacion, todo concierto,
Conforme á verdadera policia;
Trátase del vivir seguro y cierto,
Usando de sagaz filosofia.

Ya las naves que estaban en el puerto,
Sacudiendo la gruesa artilleria,
Las galeras de España saludaban,
Que cerca del bogando se llegaban.

Lo mismo comenzó á hacer la tierra:
La armada respondió en ese momento;
Dóblase el contrahecho son de guerra,
Combatiendo el diáfano elemento;
Ya de la áncora el diente corvo afierra
La arena honda del salado asiento,
Y el de Austria con su ilustre y fiel cuadrilla
Del Ligústico mar tomó la orilla.

Donde el preclaro Dux y senadores
Le estaban de propósito esperando,
Y el pueblo todo, que con mil loores
Concorre, su venida celebrando,
Después de habelle hecho los honores
Debidos, le llevó el ginovés bando
A una suntuosísima posada,
Ricamente lucida y adornada.

Luego le visitaron por sus grados
Caballeros que allí venido habían
De parte de latinos potentados,
Que todo lo posible se ofrecían;
Vinieron capitanes y soldados
Con la mayor pujanza que podían,
Y en ese mismo tiempo tambien vino
El principe de Parma, su sobrino:

Jóven, gallardo, de ánimo guerrero,
Nacido para ser de Italia gloria,
Imágen y retrato verdadero
De Carlos Quinto, de inclita memoria;
Nadie supo mejor ser caballero,
Como podrá entenderse de su historia,
Ni en su tiempo le ha echado el pié adelante
En fuerte corazon y alma constante.

¿Quién bastará á contar el grado y punto
Del placer que llegó al austriaco pecho
Cuando, acogiendo al paternal trasunto,
El cuello le ciñó con lazo estrecho?
Causó la semejanza en aquel punto,
La edad conforme y natural derecho,
Una fundamental correspondencia
De reciproca fe y benevolencia.

El de Parma le dijo al claro tío:
«¡Oh hijo de mi gran señor y abuelo,
Cuán declarada veo en favor mio
La inmensa mano del que rige el cielo!
Pues siento por soldado de quien fio
Que ha de supeditar el ancho suelo,
Escureciendo hechos, fama y nombres
De los que se llamaron mas que hombres.

» Continúa iré siguiendo tu estandarte
Debajo de tus órdenes y amparo,
Mi cuidado mayor será imitarte
En cuanto ver pudiere el aire claro;
Y si, vencido el iracundo Marte,
El reposo te fuere, á dicha, caro,
Mis estados tú puedes gobernarlos,
Y á mí, como el menor de tus vasallos.

El de Austria, que cortés y agradecido
Era en extremo, respondió mostrando
A tanta oferta el término debido,
Las velas de elocuencia desplegando;
Y prometió al Fernesi esclarecido
En la armada el lugar, oficio y mando
De su persona misma, y desta suerte
Se fundó la amistad hasta la muerte.

De Santañor el conde vino luego,
General de la gente italiana,
Y el conde Vinciguerra, della fuego,
Gallardo coronel de la alemana,
Y Alberico Ladron, de quien alego
El cargo mismo y la virtud germana,
Arribó acaudillando sus banderas,
Cercadas de naciones y armas fieras.

Llegó el buen Segismundo de Gonzaga,
Linaje de los duques mantuanos,
Insigne coronel que rige y paga
Una gran cantidad de italianos;
Y porque el de Austria mas se satisfaga,
Vinieron de países comarcanos
Valientes y esforzados caballeros
A ser en la jornada aventureros.

El número de gente mas crecía,
Poblando por do quiera los caminos;
Bajaban de la fuerte Lombardia
Armas de aceros y de temple finos;
La tierra fluctuaba, el mar hervía.
Retumbaban los montes convencios
Al rumor sordo y belicoso estruendo,
Los ánimos al arma persuadiendo.

Nadie viera la gente y el bullicio,
El orgullo bizarro y la braveza
De tantas gentes, que al marcial oficio
Venian mas que nunca sin pereza,
Que no juzgara el cielo estar propicio
Al intento, valor y fortaleza
Del hijo del gran Carlos invencible,
Apto sujeto á todo lo posible.

El cual, solicitando la partida,
Su gente anima, incita y espolea,
Y con aviso da presta salida
A cualquier cosa, por mayor que sea;
Mas antes que del puerto se despidia,
Habla con el heroico Juan Andrea,
Digno heredero de la casa de Oria,
De clara y felicísima memoria.

Pídele en suma que la armada siga,
Porque sabe muy bien que así conviene
Al buen progreso de la santa faga,
Por la experiencia y opinión que tiene;
Su voto en todo á preferir se obliga,
Pues nadie habrá que mas al justo ordene,
Que quien para las veras bien manos,
Y para el gobernar consejos sanos.

«Por el airado mar iré seguro,
Le dice, si la vuelta del Levante
Acates queréis serme y Paliuro,
Teniendo vuestro ser siempre delante.»
El de Oria, que de seso era maduro,
De pronta lengua y término elegante,
Supo condescender graciosamente
A la intencion del principe excelente.

Del cual fué como cosa peregrina
Esta condescendencia celebrada,
Porque en naval milicia y disciplina
No se ha visto intencion mas bien probada;
Ya el tiempo de partencia se avencia,
Ya hace la real la seña usada;
Vuelve la armada á la siniestra mano,
Y el reino va á buscar napolitano.

Por el Mediterráneo el agua hiende,
Soplándole de tierra tramontana;
Ya del Ginovesado el remo tiende
En el vecino mar de la Toscana;
El viaje ni un punto se suspende
Hasta que se dió fondo una mañana
En el hercúleo puerto, cuyo seno
Fué reparo del tiempo, ya no bueno.

Entre tanto que el tiempo abonanzaba,
En esta plaza de una compañía
Se dejó guarnición, con la que estaba,
Y alguna cantidad de artillería;
Lo mismo se dejó, como importaba,
En Orbitelo, y el siguiente día
Con viento fresco á fuerza se proeja,
Hasta que se llegó á Civitavieja.

Donde sulcando el Tíbre cristalino,
Que viene á dar allí en la agua salada,
Llegó Paulo Jordan, linaje ursino,
Y planta dél, heroica y celebrada;
Mostró placer notable el hijo austrino,
Y holgó en general toda la armada,
Con la venida del varon preclaro,
Romano Marte, generoso y raro.

Muévese en esto viento de poniente,
Tiempo oportuno y ocasion ufana
Para el atravesar seguramente
La playa famosísima romana;
Y así, se navegó prosperamente
Hasta el lugar que la nutriz troyana
De su difunto cuerpo hizo archivo,
Dejando para siempre el nombre vivo.

Pasada ya la fluctuosa playa,
Las velas con ligero y presto vuelo
Fueron á dar á la desierta baya,
Cuyas señales causan desconsuelo;
Atras queda Puzol, y junto á Chaya,
Que es arrabal del rico y fértil suelo
De la insigne ciudad napolitana,
Oyó fondo la guerrera gente hispana.

Por ser ya tarde y no estar prevenida
Aquella tierra amena y deleitosa,
Que alegre con la súbita venida
Del gran caudillo andaba cuidadosa.
El cardenal Granvela, á quien convida
El cargo y la ocasion maravillosa,
A su alteza pidió se difiriese
Su entrada hasta cuando el sol volviese.

La noche trujo el natural reposo
A los que habitan en el ancho mundo;
Mas el de Austria, solícito y cuidadoso
De pensamientos, vela en mar profundo;
Su corazón, de fama descomiso,
No admite sueño allí, ni le es jocundo,
Porque la brevedad que se requiere
Ni sufre dilación ni espacio quiere.

Al secretario Juan de Soto llama,
Hombre en su facultad muy eminente,
Ministro grave, á quien de veras ama,
Y estima como á sabio y á prudente;
Dícele: «Amigo, iréis á urdir la trama
Que á mis disignios es mas conveniente,
Y diréis al Virey cuánto querria
No perder punto en la jornada mia,

»Así por el peligro conocido
En que por Chipre están los venecianos,
Como por oprimir el atrevido
Y fiero orgullo de los otomanos;
Y como porque afán no sea perdido
La poderosa union de los cristianos,
Si el desabrido invierno sobreviene
Y á los efectos della contraviene;

»Por lo cual todo pido con instancia
Se embarquen y reduzgan á orden cierto
Las cosas que mas fueren de importancia
Para partirme del hesperio puerto.»
El Montañés, con mucha vigilancia,
Toma un esquife, y fué á poner concierto
En el recaudo que era necesario,
Usando de su ingenio extraordinario.

Mientras la muda noche su carrera
Pasaba con las ruedas estrelladas,
Nápoles se apercebe al bien que espera,
Haciendo prevenciones señaladas;
Ya el alma espejo de la cuarta esfera
Sus celines esparcia recamadas,
Y las tinieblas del fogoso encuentro
Se pasaban huyendo al bajo centro;

Ya de las ondas claras y serenas
La fundacion se ve tan peregrina,
Donde un tiempo hallaron las sirenas
Morada deleitosa, de sí dina;
Callen Roma y Cartago, calle Atenas,
Y calle la grandeza bizantina,
Que á Nápoles el cielo hacer quiso
Retrato del terrestre paraíso.

Compuesta de edificios inmortales,
Templada en cualquier mes del fértil año,
De mieses, vides, prados y frutales
Abundante, y copiosa de rebaño;
Mas si decir pretendo cuánto vales
Hablando en especial, recibo engaño,
»Oh Parténope ilustre! pues que tienes
Del mundo en general todos los bienes.

Y así, no trataré de tus grandezas,
Por no hacer aquí prolija suma,
Por mas que tus blasones y bellezas
A compendio brevísimo resuma;
Ya las palas, sulcando las llanizas
Del agua, levantaban blanca espuma,
Y acercándose al muelle las galeras,
El método guardaban de las veras.

La multitud del pueblo estaba atenta
A ver el espectáculo solene;
El placer crece y el deseo se aumenta
De ver el que á domar los scitas viene;
En esto de la pólvora revienta
El presto fuego, y hace que retruene
El aire en torno de los tres castillos,
Saludando á la flor de los caudillos.

La armada toda de contento llena,
Responde al punto al favorable estruendo;
Los mudos peces en la honda arena
Guardada con temor buscan huyendo;
Las prestas aves la region serena
De los sutiles aires van hendiendo,
Del nuevo son confusas y espantadas
Como de tal ruido desusadas.

Desde la guerra donde el gran Gonzalo,
Trofeo y esplendor de las Españas,
Prostró el orgullo del linaje galo,
Haciendo al mundo eternas sus hazañas;
Y desde que, vencido el turco malo,
Triunfando entró de tierras tan extrañas,
Cárlas, emperador, en esta un día,
Nunca tanto jugó la artillería.

Por entre niebla cálida y humosa
Desembarcó don Juan encima un puente
Que con curiosidad maravillosa
Estaba aderezado ricamente;
Vuelve la artillería sonora
A disparar con furia vehemente;
Vico retumba, Soma se estremece,
Y el concurso y rumor del pueblo crece.

Desembarcaron con el hijo austrino
Algunos personajes y señores,
El principe de Parma, su sobrino,
Con el mayor de los comandadores,
Y el valeroso principe de Urbino,
Que, siguiendo el valor de sus mayores,
Allí venia en el real servicio
Para asistir al militar oficio.

Tascando de oro el rutilante freno,
Un lozano caballo á punto estaba,
Primicia y don del pueblo, al hijo hueno
De aquel á quien la tierra se humillaba;
De bizarria y de donaire lleno,
Con la siniestra rienda y arzon traba,
Y restribando sobre el pié siniestro,
Cobró el asiento y el estribo diestro.

Puesto el gallardo principe á caballo,
Tomó á su lado al cardenal Granvela,
Los otros héroes van á acompañallo
Dentro de un carro que le va á la espuela;
La gente no se harta de mirallo,
Y en el divino rostro que consuela,
Nota que está mezclada mucha parte
Del vigoroso ardor del bravo Marte.

Cual va de abejas el enjambre espeso,
Siguiendo de su rey la compañía,
Cual de corderos tiernos monton grueso
Tras del pastor y manso que los guía,
Van los napolitanos con exceso
De admiración, contento y de alegría,
Mirando de Filipe en el hermano
Un semblante y denuedo mas que humano.

A palacio llegó desta manera,
Donde antes del regalo necesario
Trató con el Virey la suma entera
De su intencion, presente el secretario;
Y comenzó á trazarse la carrera
Mas breve de buscar al adversario,
Apresurando el modo y prevenciones,
Y cercenando el tiempo y dilaciones.

Resuelto y apuntado el fundamento
Que al general despacho se encamina,
Un correo se hace en el momento
Que vaya hasta dentro de Mecina,
Donde está el de Colona, todo atento
A ver lo que su alteza determina,
Junto con el auténtico Venero,
De venecianos general severo.

Lo que en suma contiene aquel mensaje
Es exhortalle que por todas vías
Se aperciban y alisten al viaje
Las velas que allá están, en pocos días;
Porque dentro de cuatro, si al pasaje
No impiden de los vientos las porfías,
Piensa partir sin duda del Ausonio,
Y la vuelta pasar del mar Iónico.

Encárgale tambien que las galeras
Que de Candia despachan venecianos,
Vengan en orden prestas y ligeras
Hasta los mismos términos sicanos,
Para que, estando así juntas y enteras
Las tres unidas fuerzas de cristianos,
La poderosa armada de la Liga
Al pérfido enemigo busque y siga.

Ni mas ni menos manda que al instante,
Reforzados muy bien, cuatro bajeles
Vayan á las fronteras de levante
A saber del estado de infieles,
Para que con industria semejante
Prosigan su derrota los fieles
Con mayor claridad y mas concierto,
Y hallen para el bien el paso abierto.

En aquesta sazón llegó un criado
Del gran vicario de la sacra escuela,
Y trujo el estandarte deseado
De la Liga, do el bien comun se cела,
Habiendo el Pastor santo por legado
Nombrado al docto cardenal Granvela
Para que á don Juan de Austria le entregase
Con la solene pompa que importase.

Venia bendito de su excelsa mano,
Era de seda del color del cielo,
En él estaba un Cristo soberano,
Que á devoción movía y á consuelo;
Las armas firmes del pastor romano
Tiene á los piés el Redentor del suelo,
Las del gran rey de España al lado diestro,
Y las de venecianos al siniestro.

Las de su alteza estar se ven pendientes
De todas, con cadenas abrazadas:
Tales eran las altas y ecelentes
Insignias de la Liga consagradas;
Cuando otro día el sol mostró á las gentes
Las cosas por la noche disfrazadas,
El lugar concurrió á la vista rara,
Al templo singular de Santa Clara,

Alto edificio, donde ya es costumbre
Todos los actos públicos hacerse:
Allí pues congregada muchedumbre,
La mayor que en teatro pudo verse,
Prostrado con humilde mansedumbre
El de Austria, para mas engrandecerse,
Recibió del Granvela el estandarte,
Alzando el brazo de cristiano Marte.

Y levantado el puro pensamiento,
Los ojos puestos en las divinales
Reliquias del eterno Sacramento,
Dijo de corazon palabras tales:
«¡Oh poderoso Dios, y cómo siento
De tu favor inmenso las señales,
Pues hoy cometes á mi indigna mano
El gran blason del crédito cristiano!

»Este que en ella por tu gracia veo
Es el ramo fatal de oro luciente
Que al rey troyano, dicen que el deseo
Cumplió de pladoso y obediente;
Con este de las ondas de Leteo,
Y de Aqueron saldré seguramente,
Y romperé las puertas del infierno,
A gloria de tu nombre sempiterno.

»Esta es la maza hercúlea, domadora
De monstruos y vestigios espantosos;
No debo recelar pues desde agora
Los ímpetus del agua procelosos,
Ni de aquella nación que al mago adora
Las fuerzas y recuentros espantosos,
Que siendo, como soy, yo tu soldado,
Del peligro mayor voy preservado.»

Hecha tal oracion, de allí se parte
Con todo el pueblo junto que le espera,
Y lleva á enarbolár el estandarte
Con mucha pompa á su real galera;
La humedad de la noche, que reparte
El sueño en la terrestre y seca esfera,
Puso límite á aquel solene día,
Y término á la fiesta y alegría.

CANTO XX.

El señor don Juan pasa de Nápoles á Cíclida, y junto con los dos generales en consejo, satisface la desconfianza que, conforme á su natural, tenían los venecianos. Toma después tierra en Mecina, de donde parte con toda la armada la vuelta de Levante. Llega á Corfú, y de allí á las Guminizas, rompiendo infinitos inconvenientes.

Los antiguos maestros de experiencia
Con su sagacidad cuerda y madura,
Llamaron hija de la diligencia
La suerte que llamamos hoy ventura;
Aunque otros afirman que la ciencia,
El orden, la prudencia y la cordura
No son ni pueden ser de algun momento
Si no hace ventura el fundamento.

Sea en efeto, en fin, como ello fuere,
Pero segun razon está obligado
El hombre á procurar lo que requiere
Su tiempo, vida, condicion y estado,
Y el que sin culpa suya se perdiere
No merece llamarse desdichado;
Que la desdicha cierta en los excesos
Consiste, mucho mas que en los sucesos.

El campo de Pompeyo se aniquila,
Y su valor con todo se eterniza;
Dura el oprobrio del cruel Atila,
Que á Roma conquistó y volvió en ceniza;
Espanta el nombre del tirano Sila,
El de Héctor con razon se soleniza;
Privóle del vivir la acerba muerte:
Mas no de la virtud de ardid y fuerte.

Sigue pues tu carrera, oh soberano
Príncipe, sin temer dificultades,
Que no se halla el bien á paso llano,
Ni sin aventurarse á adversidades;
No es gloria verdadera el fausto vano,
Fundado en poseer prosperidades;
Aquel tiene riquezas mas preciosas
Que heroicamente aspira á grandes cosas.

El viento ya otra vez al agua llama
La armada puesta á punto de partida,
Ya desde la cruz la cañon brama,
Atrayendo la gente divertida;
La sonora trompeta recio clama
A dejar la ribera conocida,
Embárcase el caudillo señalado,
De toda la nobleza acompañado.

De un sexo y otro acude toda cuanta
Gente en la egregia Nápoles habita,
A ver de Carlos la hermosa planta
Que á su pesar de cara se les quita;
No hay corazón que allí no se quebranta:
Tanto su estrella próspera y bendita
Desde la cuna hizo ser amable
Al caballero en todo memorable.

Y así de los señores naturales,
Como de los demás gentiles hombres
Muchos con sus personas y caudales
Siguiéron á don Juan y sus renombres;
En otras ocasiones especiales
Relacion especial tendrán sus nombres;
Solo de dos por causas evidentes
Haré memoria luego á los oyentes.

Uno es don César de Ávalos, que lleva
El cargo de la armada de navios,
Que la que el griego llama ciudad nueva
Armó para navales desafíos;
Bien de llamarse César hacen prueba
Del bello jóven los heroicos brios,
Aunque para tenellos le bastara
Del gran Marqués ser hijo de Pescara.

El otro que al presente se me ofrece
El conde es de Briático animoso,
Que en hermosura y en edad florece,
En ser bienquisto y ser ingenioso;
Con su cantar las piedras entenece,
Ora formando el verso numeroso,
Ora aplicando el celestial aliento
De la suave voz al instrumento;

Única prenda de su madre anciana,
Que con gemidos tristes, lastimeros,
Lloraba su partida, casi insana,
Movida de tristísimos agüeros;
Mas ¡ay! que su sospecha no era vana,
Que presto le vendrán los mensajeros
Con otra infausta nueva semejante
A la que Evandro oyó de su Palante.

El cómitre real el soplo diestro
Al pito ejercitado en esto aplica,
Y al bando que en miserias es maestro
El arrancar del puerto notifica;
Revolviendo las proas al siniestro,
La fuerza y el rumor se multiplica,
A saludar la tierra se comide,
La armada respondiendo se despidie.

Y pasa entre Calabria la abundosa,
Y las colias islas de Vulcano,
Hasta el estrecho donde el agua undosa
El suelo dividió ciciliano;
De allí, con brevedad maravillosa
Llegó del rey de España el caro hermano
A la ciudad famosa de Mecina,
Donde su fin entonces se encamina.

No se puede explicar cuánta alegría
Sintió el Colona cuando vió presente
Al hijo del gran Carlo, ni sabría
Decirle la que el buen Venero siente;
Y así, con personajes que allí había
De Italia y de Venecia la eminente,
Vinieron juntos á besar las manos
Al caudillo mayor de los cristianos.

Y entre ellos Agustino Barbarigo,
Proveedor general, prudente y justo,
De Apolo y de Belona estrecho amigo,
Sutil de ingenio y de vigor robusto;
Mas aunque el cielo es dello buen testigo,
Temprano le amenaza un hado injusto
Con muerte, mas no es muerte, sino gloria.
La que eterniza el nombre y la memoria.

El sol á las tinieblas dió licencia,
Y vuelto cada cual á su galera.
Loo la condicion y real presencia
Del príncipe que en gracia mas se esmera;
Acabada del sol la oscura ausencia,
Oriente de su luz vistió la esfera,
Y acuden otra vez los generales
A tratar de negocios esenciales.

En la popa real los tres sentados,
El veneciano con instancia alega
Que Agustín Barbarigo trae fundados
Poderes de su igual y su colega,
Y que debe en consejos señalados
Ser admitido, pues su ingenio llega,
Junto con su valor, á merecello,
Demás de la república querello.

El de Austria lo permite introduciendo
Consigno ese mayor de la encomienda;
Marco Antonio á Pompeyo entremetiendo,
De coloneses digna y clara prenda;
Aquesto se entendia decidiendo
En consejo supremo sin contienda,
Que en otros que no sean tan severos
Entrarán otros muchos caballeros.

Juntos los seis á la consulta grave,
Y el secretario insigne Juan de Sota,
El de Austria comenzó en hablar suave
A proponer el caso y dar su voto:
«Cuánto importe al gobierno de la nave
La cauta vigilancia del piloto,
Sabrálo, dijo, bien el que en airado
Y proceloso mar ha navegado.

»Mas el furioso viento, la porfía
De las ondas al cielo levantadas,
El horror de la noche oscura y fría,
Las lluvias por el aire derramadas,
La fuerza extraña, que á torcer la vía
Obliga por regiones desuadas,
Todo suele vencerse con el arte:
De tanta gracia al hombre alcanza parto.

»Pero el ejercitado navegante
Resiste á los contrastes y fortuna,
No por contemplacion de estrella errante
Ni de los fugitivos sol y luna;
El norte, que en el polo está constante,
Es solo quien le da forma oportuna
Para salir del bravo desconcierto
Al pacífico abrigo y dulce puerto.

»Sin duda es tal del general á guerra
El grave cargo y peligroso oficio,
Ora en el mar milite, ora en la tierra
Siga del fiero Marte el ejercicio,
Y aquel mas el error de sí destierra
Que de su voluntad asienta el quicio
Sobre razon ajena de pasiones,
Tomándola por norte en sus acciones.

»Esta, que de los brutos animales
Nos aventaja tanto y diferencia,
Y con favores sobrenaturales
Nos avecina á la divina esencia,
Velando esté confino á los umbrales
Del sentido, y así la inteligencia,
La fatiga, el trabajo y el cuidado
A buen puerto saldrán del mar airado.

»Por tanto, valerosos caballeros,
A cuya causa estimo el cargo mio,
Sedme todos en todo verdaderos,
Como de vuestras prendas me confio;
Vayan lejos de mí los lisonjeros,
Que yo no quiero mando y señorío
Para regirme solo por mi gusto,
Mas para obedecer al sabio y justo.

»En grande obligacion me ha puesto el cielo,
Su santidad y mi señor y hermano,
Y mucho debo á la intencion y celo
Del ínclito senado veneciano;
Mas no puedo sufrir que su recelo,
En ofensa del crédito cristiano,
Alucine entre vanas conjeturas
En estas importantes coyunturas.

»Y aclarándome, digo que ha venido
A mi noticia; oh tático Venero!
Que vuestra libre patria ha colegido
Que á Túnez y Biserta pasar quiero;
Lo cual ser un engaño conocido
Sin duda consta, en cuanto á lo primero,
De que para emprender esa fatiga
Su majestad bastara sin la Liga.

»Tras esto, de mi augusto padre juro
Por el alma devota, que mi intento
Es pasar en levante, y lo aseguro,
Pues tengo dello expreso mandamiento;
El vicario de Cristo santo y puro,
Y el Rey, que de la Iglesia es instrumento,
Me envían á que al turco bravo ofenda,
Y déi vuestra república delenda.

»A Chipre á socorrer vamos primero,
Empresa necesaria cuanto justa,
Si algun caso aciago y lastimero
No se anticipa en vuestra Famagusta;
Vuestra conservacion pretendo y quiero,
Aunque me dais por ello paga injusta;
Por tanto, á Dios presento por testigo
De que siempre os seré fiel amigo.

»Este es mi verdadero prosupuesto,
Como se mostrará por la experiencia;
Y así, para cumpliilo estó muy presto,
Con pronta voluntad y diligencia.»
Esto propuso el príncipe modesto,
Ganando la comun benevolencia,
Y añadió al susodicho parlamento
Otras cláusulas de alto fundamento.

Dijo, en resolución, que cada día
De los que su viaje dilataba,
Como al gran Josué, le parecía
Que el sol en su carrera se paraba;
Mas que medir el tiempo convenia
Con la solicitud; y así, rogaba
A cada cual dijese claramente
En qué estado se halla de presente.

Que él, sin las de Saboya, tiene ochenta
Y una galeras, fuertes y pujantes,
Veinte navios, y por lista y cuenta
Paga en la armada veinte mil infantes,
Sin otros personajes de gran cuenta,
Que vienen poderosos y triunfantes,
Y con ellos, dos mil aventureros,
Que son gente de cabo y caballeros.

Y que al respecto desto trae pertrechos,
Armas, artillería y municiones,
Y cosas necesarias, que á los hechos
Son menester en tales ocasiones;
Los otros generales, satisfechos
De haber oído aquellas conclusiones,
Dieron razon con orden cierto y largo
De las cosas tocantes á su cargo.

Marco Antonio Colona, respondiendo
A la proposicion del hijo austrino,
Dijo que él se hallaba allí sirviendo
Con doce velas del pastor divino;
El cual, su voluntad santa cumpliendo,
De tal manera todas las previno,
Que no les falta gente de pelea,
Ni jarcia alguna la menor que sea.

El veneciano, luego relatando
Algunas mal andanzas sucedidas
En el mar á galeras de su bando,
Dijo que al fin allí estaban surgidas
Cuarenta y ocho, y mas, fué numerando
Otras seis galeazas escogidas,
Dos naves de alto borde, y que tenia
Soldados cinco mil la Señoría.

Mas dijo que esperaba por momentos
Sesenta otras del reino candiano,
Sin deciocho que propicios vientos
Han de traer del golfo veneciano,
Y galeazas tres con instrumentos
De guerra, y gente tanta, que á una mano
Vendrán en orden todos los bajeles
Para hacer temblar los infieles.

Con esto aquel consejo fué acabado,
Y mandóse que al punto Gil de Andrada
Fuese con dos galeras á recado,
A saber nuevas de la turca armada;
Este era un fuerte y plático soldado,
Comendador de Malta la estimada,
Animoso, sagaz y experto en guerra,
Probada su intencion en mar y tierra.

Así que, por sus obras ya famoso,
Salió al efeto el bravo caballero,
Sulcando hácia Oriente el mar undoso,
Con ardid de cosario verdadero;
El pueblo de Mecina, deseoso
De hospedar el intrépido guerrero,
En que tomase tierra había insistido
Con término eficaz y comedido.

Mas él, donde tenia el pensamiento
Tenia como presa la persona,
Hasta que trujo el favorable viento
A don Juan el que llaman de Cardona,
Con municiones, gente y bastimento,
Y su valor, que claro nos pregona
El alto honor de su inclita familia;
Las velas este rige de Cidifía.

Que de Palermo allí arribó con ellas,
Llenas de menesteres para guerra;
Y así, satisfaciendo á las querellas,
Su alteza en esa hora saltó en tierra
Por cima un rico puente, que de bellas
Sedas, con proporcion de arcos encierra
Tres órdenes, de tal compás y anchura,
Que todo era cuadrado en su figura.

Cercado estaba de las peregrinas
Y al mundo sabidísimas historias
De Carlos Quinto, que por obras dinas
Triunfó dél tantas veces con victorias;
Allí en vulgares voces y latinas
Esriptas se leían las memorias
De casos tan subidos y famosos,
Cuanto para el propósito curiosos.

Estaban de aquel reino los tiranos
Prostrados humilmente por el suelo
Ante el mayor monarca de cristianos,
Filipe, augusto rey, varon del cielo;
En cuyas poderosas fuertes manos
Una espada se ve de heróico celo,
Y un peso, que es divisa clara y reta
De la justa impresion de su planeta.

Víanse otras grandezas, que no digo
Por no alargar aquí la historia tanto;
Víase Céres inventando el trigo,
Lleno de espigas el virgineo manto;
No trato de la salva, que el castigo
Dobló á Tifeo con horror y espanto,
Pues tembló en las entrañas de la tierra
Aquel que al cielo osaba mover guerra.

Recebido el caudillo soberano,
Así como en Parténope había sido,
Posó en palacio sin alzar la mano
Del caso que le estaba cometido;
Mas la armada del pueblo veneciano,
Que de la antigua Creta había salido,
En Zaragoza de Sicilia entrando,
Dió gran aliento al uno y otro bando.

La máquina ya junta y recogida,
Solo de la partencia se trataba,
Y de dar perfeccion á una partida
Que el Rey con Juan Andrea remataba;
Porque á su instancia, que era encarecida,
Sus galeras armadas le compraba,
Bien que por cosa cierta se tenia
Que para el de Salerno las quería.

Estando pues haciéndose el tanteo
Del precio dellas, sucedió una historia,
Que se debe contar como trofeo
De los de la admirable casa de Oria;
Y mas en este tiempo, que no veo
Sino que el interés y vil escoria
A pleito hace andar, y aun á las manos,
Con mal ejemplo, hermanos contra hermanos.

Mas Pagandoria, hermano verdadero
Del sabio y valeroso Juan Andrea,
Sabiendo que estar faltar de dinero
Es causa de que así se despoza,
Y teniendo por caso lastimero
Ver que el vecino tenga ni posea
Las galeras, por quien tan excelentes
Fueron siempre sus claros ascendientes,

Con liberalidad jamás oída
El contrato impidió, y con fuertes fudós
Dobló de la hermandad la fuerza unida,
Dando á la fama estímulos agudos,
Y hizo luego donación en vida
De suma de trecentos mil escudos,
Que tiene de caudal seguro y llano,
Renunciándolo todo en el hermano.

¡Oh noble presunción de hidalguía,
Util largueza, bien considerada,
Puntal y gallarda corteza,
Resolución discreta, fuerte, honrada!
Nunca jamás, Pagan, llegará el día
En que la gloria tuya sea acabada;
Todos alabarán tu heroico hecho,
Todos ensalzarán tu ilustre pecho.

Hecha en conformidad y complacencia
De Dios y de los hombres tal finza,
Al de Austria el buen Pagan pidió licencia
Para llegar á Malta con presteza;
Y el hábito tomado y obediencia,
Volver á su servicio sin pereza;
Y así, en espacio breve llegó y vino
A eternizar su esfuerzo peregrino.

Mientras las fuerzas de la Liga unidas
Se están calificando en el Tirreno,
Las huestes de los turcos descreídas
De Famagusta baten el terreno;
Faltan muchos pertrechos, muchas vidas;
Y así, presto vendrá á poder ajeno;
Mustafa crudo, monstruo despiadado,
La tiene reducida á tal estado.

Alt-Baja, caudillo de la armada,
Discurre por los mares convecinos,
Haciendo de la gente fatigada
Correr arroyos con furor sanguinos:
Cual suele de langosta la emboscada
Los labradores despojar mequinos
Del premio del trabajo y la esperanza
Que les daban sus mieses y labranza.

Tal era el fiero estrago, en cuanto aquesto,
Que en las tierras marítimas hacia
El inmenso escuadrón, que, en tierra puesto,
Las campañas talaba y destruía;
Mas en cuanto al mortal daño funesto
Con que á los moradores oprimía,
Tal era su mortífera violencia,
Cual de aire con pestífera influencia.

Lo cual por nueva cierta bien constaba
En aquel tiempo al general supremo;
Y así, con gran instancia procuraba
Pasar sobre el lónfo á vela y remo,
Especialmente porque se sonaba
Que estaba á la sazón puesto en extremo
Cátaro, insigne fuerza de Dalmacia,
De quien se teme la final desgracia.

Esto, y el estrecharse el plazo cierto
Que á navegar galeras se permite,
Son causa que el consejo mas alerto
La importante jornada solicite;
Mas es un bondo piélago sin puerto,
Un caos que á conclusion no se remite,
Tener tantos bajeles á su cargo,
Y haber con ellos de ir por mar tan largo.

Siendo, como era ya, del seco estío
La segunda sazón toda pasada,
Pues Febo, declinando al tiempo frio,
Ocupaba de Libra la morada,
Dos veces enjugó el fresco rocío,
Descubriendo su lumbre deseada,
Después que por nivel medido habia
La noche oscura con el claro día;

Cuando la gruesa armada de cristianos,
Estorbos y embarazos mil rompiendo,
Dejar quiere los puertos cicilianos,
Su justísima empresa prosiguiendo;
Ya hiere sin cesar los aires vanos
De voces y cadenas el estruendo,
Ya del zarpar se nota el remar lento,
Ya del arrancaboga el violento.

Atrás queda el sepulcro de Tifco,
Resuena en la ribera un triste lloro;
Paquino se descubre y Lilibeo,
Y puesto al septentrion se ve Peloro;
El viento, conformándose al deseo,
Con alto agüero y respirar sonoro,
Batió las popas y enseñó las velas,
A pesar del demonio y sus cautelas.

El cual sin duda con infernal ira
Fiscal de aquella causa habia sido,
Como quien siempre á todo mal aspira,
Teniéndose del bien por ofendido;
Y así, en profundo son gime y sospira,
Viendo que á su pesar habia partido
Unánime la armada brava y fuerte,
Y blasfemando habla desta suerte:

« Mi industria á todas horas ha velado,
Mi astucia sus poderes siempre ha hecho.
Por impedir al Rey, Papa y Senado
El orden y camino deste hecho;
Mil veces ya el negocio comenzado
Turbé con dilación, y á mi despecho
Se concluyó el tratado de la Liga
En favor de la Iglesia, mi enemiga.

» Después, sin descansar, sus fundamentos
Derribar procuré con mi malicia,
Dudas sembrando y malos pensamientos,
Ajenos de razón y de justicia;
Detuve en Cándida con airados vientos
Las galeras, pertrechos y milicia,
Cuya tardanza parte ser pudiera
Para que esta jornada se impidiera.

» Lo cual no obstante, van el mar cubriendo
Las velas juntas del poder cristiano,
Contra la monarquía que pretendo
Tener en plé en favor del otomano;
Pues yo convocaré el infierno horrendo,
Que siembre males y furor insano
Entre los mas conformes corazones,
Y mude sus primeras intenciones.

» Las tristes furias de su albergue triste
Saldrán á defender esta concordia,
Y de la horrible estancia donde asiste
Vendrá al efecto mismo la discordia,
La cual cuando una vez al arma insiste,
Léjos la paz se va y misericordia,
Y si esto no bastare, el agua y viento
Les hará embravecer cada momento.

» Pudieron de una maga los conjuros,
Turbando el mar con tempestad terrible,
Asegurar de Argel los altos muros
De la furia de Carlos invencible;
Y piensan navegar de muy seguros
Los que van con su hijo á lo imposible,
Llevando en contra de su mal gobierno
La tierra, el agua, el viento y el infierno! »

Esto dicho, el espíritu malino,
Calando abajo del lugar que estaba,
Resuelto en aire á dar por proa vino
En la armada que en popa navegaba;
Al punto vació el senoso lino,
Y ya la chusma velas amainaba,
Cuando pasó de largo el enemigo
Y por Etna á Pluton fué á dar consigo.

Y así, fué sin parar la hercúlea rama
Con agradable viento y mar bonanza,
A la que Fosa de San Juan se llama,
Tierra que al calabrés distrito alcanza;
Ya Gh de Andrada, cierto de la fama
Que del turco se tiene, y su alianza,
Había vuelto con presteza suma,
Y esto á su Alteza referido en suma :

«Habiendo, alto Señor, un día salido
De Cabdotranto, fui á la muy sabida
Isla que de Corfú tiene apellido,
Donde llegué, la prima ya rendida;
En Santangel, castillo conocido,
Tierra tomé, y con maña encarecida
Procuré hallar lengua de la armada
Contra quien va la tuya enderezada.

»Y supe cierto que en la misma tierra
Había aquellos días hecho daño,
Moviendo á los isleños cruel guerra
Y ejercitando su rigor extraño;
Supe también que agora ya la encierra
El puerto de Britinto, y no es engaño,
Porque arribó un esclavo á las orillas
De Corfú, que está á trecho de diez millas.

»De Chipre dijo, que por claro tiene
Estará por del turco sin tardanza,
Y que al baja de mar orden le viene
Por otras de Bizancio y su pujanza,
De que se apreste como mas conviene,
Y con alegre orgullo y confianza
En cualquiera ocasion venga á las manos
Con la potente armada de cristianos.

»La suya refirió ser de trecientos
Bajeles grandes, sin los que hay menores,
Que son por todos casi cuatrocientos,
Llenos de ejercitados guerreadores;
Porque en lugar de mil y mas quinientos
Que en Cálaro murieron, y mayores
Gastos de gente que en la armada ha habido,
Con otros muchos mas esto ha suplido.

»También certificó que Caracosa,
Cosario, partirá con gran presteza
Para reconocer la poderosa,
Aunque menor, armada de tu alteza.
»Oída aquella relacion copiosa,
Y llena de verdad y de certeza,
Se entró en consejo á resumir el modo
De que mas convenia usar en todo.

En el cual hubo los discursos graves
Que la grave importancia requeria:
El de Austria, que por términos suaves
Los otros generales persuadia,
Mandó al que lo era de las veinte naves
Que se vaya con ellas por la via
De Taranto, y que allí el orden espere
De hacer lo que mas después cupiere.

Ordenóse esto porque, no pudiendo
Navegar con galeras igualmente,
De vista se pudieran ir perdiendo,
Y faltar en el tiempo conveniente;
Y lo que peor es, sobreviniendo
Un viento reforzado de poniente,
Ir fuera de su grado mas temprano
En las popas á dar del otomano.

Quedó también resuelto que se fuese
En orden de batalla navegando,
Del cual un punto nunca se saliese
Mientras la turca armada irán buscando,
Y que en escuadras cuatro se partiese
La nuestra, y se llevasen remolcando
Las seis galeazas, por tener conceto
Que al pelear serán de mucho efecto.

Así porque en el mar representaban
Unos castillos fuertes artillados,
Como por copia grande que llevaban
De municion, pertrechos y soldados,
Los cuales general por sí acataban
Un veneciano de los mas nombrados,
Útil y suficiente para todo:
Francisco era del nombre de Dúodo.

Tomada aquesta forma y expediente,
Se despachó correo al rey de España,
Avisándole cierta y ampliamente
De lo que pasa en la jornada extraña;
En esto la canalía diligente
Aplica al duro oficio fuerza y maña,
Y alejándose un poco del latino,
Sulca la armada el reino cristalino.

Cubrió la noche con silencio horrible
El mar, la tierra, el aire, y entre tanto,
Remando por cuarteles lo posible,
Comparten los forzados el quebranto,
Hasta que en forma alegre y apacible,
Lleno de aljófár el rosado manto,
Sale el aurora de su fértil seno,
Y adiestra los que hienden el Tirreno.

Al cabo que es y fué de las columnas,
Desde que Grecia entró en el lacio suelo,
Llegaron, sin que de ondas importunas
Contraste se ofreciese ni recelo;
Mas, como tan sujeto esté á fortunas
El reino de Neptuno, en presto vuelo
Se comenzó á turbar y embravecerse,
Y así, fué necesario atrás volverse.

Está del dicho cabo pocas millas
Un abrigo guardado de los vientos,
Que Cala llaman hoy, de las Castillas
Los que á navegacion están atentos;
Aquí, otra vez dejando las orillas,
Gil de Andrada prosigue sus intentos,
Y para tomar lengua va adelante
Segunda vez la vuelta de levante.

Luego que el mar estuvo mas tratable,
La armada de Corfú siguió la via,
Y así arribó con tiempo razonable
Al cabo que se nombra de Maria;
Donde nueva halló que la espantable
Armada de los turcos combatia
El Zante, con asaltos inhumanos,
Que dió pena cruel á venecianos.

Por la cual á don César se le envía
A mandar que á Corfú enderece velas,
Y su alteza lo hizo el mismo día,
Que deseo y razon le son espuelas;
Cortando pasa á remo el agua fria,
Mientras que las nocturnas centinelas
En el octavo cerco se parecen
Y en la ausencia de Febo resplandecen.

La luz siguiente por el Ganges vino,
Y la noche caló por Oceáno,
Cuando una tempestad le sobrevino
Nacida de la parte del Solano;
Con gran trabajo y proeja continuo
A la pobre isla se llegó del Fano,
Cuando aquel por quien Clicie en amor arde
Al fin ya declinaba de la tarde:

Isla pequeña y casi sin abrigo,
No sin puerto ni cala solamente,
La armada grande, y grande el enemigo,
Combate de Euro turbio y vehemente;
Falta de sueño y de reposo amigo
Estuvo aquella noche nuestra gente,
Y no sin riesgo que el cruel contraste
Con algunas galeras diese al traste.

Mas don Juan de Austria, siempre deseando
Sus justas esperanzas ver cumplidas,
No dominio y riquezas procurando,
Que tantas almas traen desvanecidas;
A Dios sus esperanzas levantando,
No teme de las ondas homicidas,
No le molesta, turba ni importuna
El peligro del mar ni la fortuna.

No le daba cuidado aquel recelo
Que suele fatigar en tiempos tales,
Ni le perturba ver cubierto el cielo
De nubes con mudanzas desiguales;
A todo resistia su alto celo,
Su gran virtud y estímulos fatales;
Mas ¿dónde son de fe los fundamentos
Que pueden empecer los elementos?

Mas fuerza es que su gente se desvele,
Y espere el fin de aquella noche luenga,
Como á cansados caminantes suele
Suceder, aunque el sueño les convenga,
Cuando el mal hospedaje les compele
A desear que la mañana venga,
La cual entonces mas se dilatava
Cuanto con mas fervor se deseaba.

Llegó en esto, como todo llega,
Si no es el bien perfecto, en vida humana,
Ciega esperanza de la gente ciega,
Vana imaginación de gloria vana;
Ya con la nueva lumbré se navega,
Rompiendo á pura fuerza el agua cana,
Hasta que se llegó, no sin porfía,
Al puerto de Corfú al cerrar del día.

Estaba todo el burgo de la tierra
Vuelto en ceniza con violentas manos,
Porque antes doce días atroz guerra
Habían hecho en él los otomanos;
La gente, amedrentada, allí se encierra
En los castillos altos venecianos,
Que, á no ser fuertes en extremo grado,
No se escaparan del furor pasado.

Allí estaban los miseros subidos,
Bien así como suelen los pastores,
Cuando de madre van los ríos salidos,
Y anegan reses grandes y menores,
Acógense á los árboles crecidos,
O á las breñas que están en los alcóres,
Y otean desde allí el mortal rebaño
Quedados, por evitar el mayor daño;

Mas, ya que llega el fin de la creciente,
Y el agua se reduce á su carrera,
Bajan á descansar seguramente
A su majada y estación primera:
Así la triste y fatigada gente
Sale de aquella pesadumbre fiera,
Y vuelto el mal pasado en regocijo,
Corre por ver de Carlo el bello hijo.

Mas era grave horror y desconsuelo
El ver los edificios abrasados,
Y mucho mas los templos por el suelo
Con desprecio nefando profanados;
Los simulacros del que hizo el cielo
Con sacrilegos golpes aleados,
La efigie de la Virgen descompuesta;
¡Oh poderoso Dios! ¿qué cosa es esta?

Tanto la exorbitancia el de Austria siente,
Y solo del oílo se avergüenza,
Que hace voto al Padre omnipotente
De vengar la turquesca desvergüenza
Y de no tomar tierra eternamente
Hasta que en la demanda muera ó venza;
Y así, cuatro ó seis días se detuvo,
Mas siempre en su galera firme estuvo.

Estuvo en aquel puerto algunos días,
Cercado de las ondas fortuнаles,
Porque los bravos vientos con porfías
Tormentas levantaban desiguales;
Las damas griegas, por diversas vías,
Miraban el bajel de tres fanales,
Y, aunque de lejos, vían que el austrino
Era de talle y rostro peregrino.

Y vista su figura soberana,
Decían: «Si el troyano era tan bello,
Disculpa clara tuvo la espartana
En olvidar su fama por querello;
Ni es de espantar que Cila, ardiendo insana,
Robar osase el paternal cabello,
Si acaso era de forma tan perfecta
El afamado Minos, rey de Creta.

La armada en aquel puerto surta estaba,
Porque del viento la violencia dura
Las procelosas ondas levantaba
En montes grandes de sublime altura;
Esto y ver que el invierno se acercaba,
Faltando ya á las plantas su verdura,
Dió que temer á algunos en tal medio
De un grave inconveniente sin remedio.

Y así, los que del cielo el movimiento
Y del mar las señales contemplaban,
No sin muestras de nuevo descontento
Horrible tempestad pronosticaban;
Al inclito don Juan que mude intento
Con largas persuasiones suplicaban,
Y para mas probar sus opiniones
Alegaban, clamando, estas razones:

«Si á la experiencia y arte que tenemos
Crédito se ha de dar como conviene,
Delito en tu servicio cometemos,
Y ofensa contra el rey que nos sostiene,
Si callado mas tiempo detenemos
Lo que ya el temporal dicho nos tiene,
Con amenazas tanto declaradas,
Que traen la ejecución tras las pisadas.

»Ondas hieren la tierra con ruido,
La luna su color muestra ofuscado,
Delfines sobre el agua han parecido,
Cornejas á la orilla se han bañado,
Cuervos turban el aire con graznido,
Garzas se han á las nubes levantado;
Todo lo cual tormenta testifica,
Y vecino naufragio pronostica.

»Así que, á suspender esta jornada
Del buen conde de Niebla el caso fuerte
Te obliga, pues hazaña es alabada
Valerse de la ajena adversa suerte;
Mas, como la fortuna sea pasada,
Si mandarés, podrás atrás volverte;
No te halle el Orton cruel y fiero
Tan lejos del seguro invernadero.»

Tales eran las causas y objeciones
Que se oponían, no sin gran instancia;
Mas el de Austria alegaba otras razones
Magnánimas y llenas de sustancia;
El peligro de Chipre y adiciones,
Del turco la soberbia y arrogancia,
Los graves infortunios padecidos
En aquel y otros pueblos afligidos.

Juntó el consejo: siempre el fundamento
Era de su intención estar constante
En buscar ocasión de rompimiento
Con la armada terrible de levante;
Y en caso que el Gran Turco á tal intento
No se opusiese, en mar siendo pujante,
Hacer entrada libre por su tierra,
Y dale á sangre y fuego mortal guerra.

De aquí el heroico Juan pender decía
Un alto efeto, raro y peregrino,
Pues ó el Turco su armada perdería,
O el orgulloso y fiero desatino,
O la reputación se ganaría,
A lo menos por premio del camino,
Los ánimos caídos levantando
De aquel contorno y temeroso bando.

En cuanto á la sazón ser sospechosa,
Decía que la causa y presupuesto
De la cristiana liga poderosa,
Era un seguro casi manifiesto,
Y dilación del todo peligrosa
Suspender aquel año el fin honesto
De aquella unión, por lo que dicho tiene,
Y por lo que á durar mas le conviene.

Y que llegar al fin deste secreto
En todo caso es justo y necesario,
Conforme al apostólico decreto
De Pio Quinto, celestial vicario;
El cual, manifestando su conceto,
Le ha escrito con fervor extraordinario
Diversas veces de su santa mano,
Que busque, siga y rompa al otomano.

Destos discursos, término y fineza
Usaba el de Austria, y el fíel Senado
Aprobaba el valor y fortaleza
Del pecho juvenil, sagaz y osado;
Cesó del mar un poco la braveza,
Y así dobló, después de haber zarpado,
Una punta la armada, y hecha vela,
Atravesó el canal y apriesa vela.

Navegóse con orden y concierto
Hasta dar en la costa de Albania,
Y de las Guminizas en el puerto
Se fué á surgir, después que anochece,
Capaz y buen reparo, aunque desierto;
Mas entre tanto que esto sucedía,
Ali-Bajá á la mira en todo estaba,
Y en Lepanto su armada aseguraba.

Soberbio, vencedor está y terrible
Cuanto jamás se ha visto turco ó moro,
Viendo á fortuna todo lo posible
Hasta entonces guardalle su decoro;
Y mas, que tiene ya por infalible
De Famagusta el perdimiento y lloro,
No solo por aviso y nueva expresa,
Sino por grande parte de la presa.

Doce galeras llenas de captivos
Y de joyas de precio inestimable,
Con soldados genizaros altivos
Gente para las armas formidable;
Mustafá, el mas cruel de los esquivos,
Envío desde el reino memorable
De Chipre, á Ali-Bajá en el mismo día
Que todo por el turco se tenia.

El caudillo del mar holgó en extremo
Con tal nueva y calor para refríega,
Y mas porque ya sabe que el supremo
Terno del cristianismo se le llega;
Los míseros esclavos pone al remo,
Y á su profeta falso pide y ruega
Quiera y tenga por bien que los cristianos
Sin duda con él vengan á las manos.

Y después que de toda la Morea
Hizo embarcar la gente mas gallarda,
Con toda la pujanza que desea
Se está quedo en sus términos y aguarda;
Mas porque mas tiempo se provea,
Lo que importare, si el conflicto tarda,
A Caracosa manda que en alerta
Parta, y de todo traiga nueva cierta.

Este era un renegado valeroso,
Valiente y principal por su persona,
Y como tal, subido al cargo honroso
De alcalde y defensor de la Belona;
Al tiempo pues que el mundo está en reposo
Por el hinchado golfo se abandona
En una reforzada galeota,
Y sigue cautamente su derrota.

Es fama que, dejado en un cercano
Puerto el bajel, mudó de lengua y traje,
Y como pescador pobre y greciano,
Fingió bien el oficio y el lenguaje,
Y anduvo en una barca á paso llano
Entre la armada, y vuelto á su viaje,
De lo que vió dió nueva verdadera;
Mas en efecto ver mejor pudiera.

Porque la cuarta parte de la armada
En el puerto no estaba bien surgida;
Y así, aunque Caracosa su jornada
Hizo con la cautela referida,
Llevó la relacion desvariada;
Lo cual dicen fué causa conocida
De que el poder tarquesco se engolfase
Y mas de la victoria conflase.

Llegó á las Guminizas sin tardanza
La banda de bujeles que faltaba,
Y junta de cristianos la pujanza,
Solo don César de Avalos tardaba,
Porque del mar y viento la balanza
Acá y allá las naves arrojaba;
Mas no por esto el de Austria da querellas,
Que está resuelto á combatir sin ellas.

A la que el claro sol desaparecia,
Mandó echar bando el príncipe prudente
Que todas las galeras otro día
Escaramucen valerosamente:
Fué justa prevencion, porque esta cria
Animo en el peligro mas urgente,
Y aquel que cautamente se apercebe,
Armas son de ventaja que recibe.

Luego que de su lecho alabastrino
La esposa de Titon salió huyendo,
La armada puesta en orden se previno
Para ensayarse en el combate horrendo;
Caláronse arrumbadas cual convino,
Y hechas pavesadas, fué creciendo
El son soberbio de la artillería,
Y jugó apriesa la arcabuceria.

Fué espectáculo insigne y admirable
Ver el dennedo y brio contrahecho,
El ruido, la fuerza incontrastable
Que daba de vencer claro derecho,
Y mas el alto agüero y favorable
De ver cuán alentado y satisfecho
Pasaba el General por las galeras,
Exhortando sus huestes á las veras.

Algunas horas con furor extraño
Duró la ardiente lid bien intrincada,
De donde resultó orgullo tamaño,
Que fué hazaña para ser notada;
Vuelcan los remos el salado estañó
Otra vez, y siguiendo su jornada
Por medio del lónlo mar navegan,
Y al enemigo bando mas se allegan.

●CANTO XXI.

Siembra el demonio discordia entre la armada cristiana, y así llega á la Chafalonía puesta en gran peligro y confusion. El señor don Juan con admirable prudencia compone aquel tumulto, y estando en esto llega nueva cierta de la pérdida de Famagusta.

Si aquel que á Grecia hizo tan famosa,
Y de Troya cantó en verso sonoro
La guerra con los griegos espantosa,
El duro incendio y el funesto lloro;
O el otro cuya mano artificiosa
Sus amores pintó con el decoro
Que á la hermosa Laura se debía,
Y al verdadero amor que le tenia;

O el que de Eneas el destierro y males,
El ardid, la piedad y el sufrimiento
Encareció con versos inmortales,
Y mas que humana fuerza de talento;
O esotro que en materias desiguales
Igualmente subió el entendimiento,
Y en un jardin de flores abundoso
Nos introdujo á Orlando el Furioso;

O el Cordobés poeta castellano,
Intitulado así por ecclencia,
Que compuso en estilo sobrehumano,
Guiado por divina providencia;
O el celebrado ingenio de Lucano,
Que escribió la farsalia competencia,
En son tan dulce, que de gente en gente
Volará su memoria eternamente;

Los cuales, y otros muchos que no digo,
Por fama singular eternizados,
Si alcanzaran la historia que yo sigo,
Nunca en otra pusieran sus cuidados,
Pues della la verdad tiene consigo
Casos tan admirables y extremados,
Tan varias y ejemplares ocasiones,
Que no hay necesidad de otras ficciones.

Pasaba pues la armada poderosa
A vista de la Préviza, nombrada
Por aquella aciaga y vergonzosa
Huída, que otros llaman retirada;
Ya se descubre sobre el agua undosa
Santa Maura, y ya va determinada
La gente de tomar puerto otro día
Dentro de la menor Chafalonía.

Tan conforme, devota y bien regida,
Cuanto disciplinada en la milicia,
Iba la union perfecta y escogida,
Guardando religion pura y justicia;
Cuando con furia insana embravecida
El ángel que cayó por su malicia,
Envidioso fiscal de aquel progreso,
Quiso impedir con fraudes el suceso.

Sobre una nube tenebrosa, oscura,
Vió de leños el piélago cubierto,
Y presintiendo el hado y desventura
Del turco en el católico concierto,
«¡No basta, dijo, el fuego que me apura,
Muriendo eternamente sin ser muerto,
Ni haber caído del impíreo cielo
En la muerte que digo sin consuelo,

»Sin que de nuevo agora se acrecienta
A mi dolor materia de tormento?
¿Cómo el tartáreo rey esto consiente?
¿Cómo tal sufre el infernal convento?
Mis lazos tendí ya contra esta gente
Sin dello desistir solo un momento,
Y á mi pesar, en vispera los veo
De conseguir el fin de su deseo.

»Y lo que siento mas es la doctrina
Que en gracia de su Dios puestos los tiene,
Y que profesen caridad divina,
Que de la fe con obras les proviene;
Mi entendimiento apenas determina
Si el nombre de soldados les conviene
Tanto como el de santos religiosos,
Segun de sus conciencias van celosos.

»Así que, cuando bien los otomanos
Llevasen deste hecho la victoria,
Escaparian, libres de sus manos;
Las almas á gozar de eterna gloria;
Y si, como es mas cierto, estos cristianos,
Venciendo, escureciesen la memoria
De la temida fuerza de Turquía,
¿Qué desastre mayor temer podria?

»Pues declinando la mahometana
Secta, en desprecio vil seria tenida,
Por cuya autoridad gran gente humana
A los infiernos baja de corrida;
Libremos, si es posible, la otomana
Juventud, pues al cabo de la vida
Se debe á nuestro fuero riguroso,
Y el conservalla agora es provechoso.

»Rabiosa invidia, eterno desconsuelo
Me da tanto saber contra mí mismo:
Yo, ángel, arrojado desde el cielo
En el profundo seno del abismo,
Y el hombre, vil gusano, desde el suelo
Navegando en las aguas del bautismo,
Subido á tomar puerto al sumo imperio
Por mi desdicha grande y vituperio.

»De cuanto se me acuerda y cuanto veo
Resulta en mi dolor pena crecida;
Lo imposible atormenta mi deseo,
De nada huelgo y nada se me olvida;
Aborrezco mi ser, mil veces reo,
Maldigome con ansia encarecida.
Pues si contra mí estoy de enojo lleno,
¿Cómo podré sufrir el bien ajeno?»

Esto dicho, el ministro de tristura
Invisible hajo sobre una entena
Del veneciano bando, y allí jura
Por la agua Estigia, amarga y de horror llena,
De estarse hasta que haya coyuntura
Para desordenar cuanto se ordena,
Mediante la discordia, que deshace
Las grandes cosas que concordia hace.

Como suele, escondido en la maleza,
Acechar la veredas y caminos
El robador perverso que crueza
Usa en el inocente peregrino;
Tal estaba rablando de tristeza
El tentador espíritu malino,
Hasta que á su disignio halló entrada,
Mezclando una contienda porfiada.

Iba en este bajel Mucio Cortona,
Por el Rey capitán italiano,
El cual de su nación trata y blasona
Con el de la galera veneciano;
Mas el dañado autor les inficiona
Tanto los pechos, que del hablar llano
Vinieron al lenguaje acelerado,
Y deste, al injurioso y desmandado.

De lance en lance á Sebastian Venero
Llegó la nueva deste desafío,
Y mandó que pasase el forastero,
So pena de la vida, á su navio.
Mucio responde: «Allá pasar no quiero;
Porque el de Austria, juez y señor mio,
Va adelante buscando el enemigo,
Y él solo es á quien sirvo y á quien sigo.»

Replican los alirados venecianos
Que sea preso ó sobre el caso muera;
Mucio alcanzar pretende por las manos
La libertad que ya por bien no espera;
Acúdenle soldados italianos,
Contráponese toda la galera,
Atiza el fuego la endiablada furia
Con ira, sangre, fuerza y con injuria.

Resultó del enojo y resistencia
Quedar el capitán Mucio herido,
Habiéndose mostrado en la pendencia,
Con daño de otros, de vigor crecido;
El general Venero, sin paciencia,
Que desde su galera oyó el rüido,
Acudió á poner paz, y puso guerra:
Tanto el humano seso á veces yerra.

A Mucio y cuatro de sus compañeros
Con presurosa ejecucion condena
A pena capital; y así, los fieros
Verdugos los colgaron de una entena;
Viendo la armada tales desafueros,
Hace señales de dolor y pena,
Especialmente la nación latina,
A quien mas comprende esta ruina.

A la Chafalonía en fin arriba
La Liga, en confusion y riesgo puesta;
Discurre sin cesar la furia esquivo,
Alimentando la ocasión fuesita;
Las entrañas abrasa en ira viva,
Diversas formas de venganza apresta;
Aumentase el tumulto, el furor crece,
Bien como cuando el mar se ensoberbece.

El caso y tiempo, no sin gran sospecha,
Materia larga daba á cada uno
De entrar sobre el negocio en cuenta estrecha.
Consigno y todos, sin faltar alguno;
Piden castigo de la culpa becha,
Y afirman que jamás hombre ninguno
Cometió tan atroz exorbitancia,
De crueldad, malicia y de arrogancia.

Y tanto mas, cuanto quedó en Mecina,
De acuerdo general, capitulado
Que para el bien común á que se afina,
Y el decoro mas justo y ordenado,
Tocase solo á la progenie austrina
Juzgar los yerros de cualquier soldado,
Cuando la gravedad tamaña fuese
Que pena corporal se requiriese.

Esto y el descontento de la gente,
Y recelo de algun motin horrible,
Tenia desvelado grandemente
El corazon del príncipe invencible;
Cuando el buen Paulo Esforcia, que ve y siente
El clamor de los suyos insufrible,
Pasó instigado á la real galera,
Y al General habló desta manera:

«Clarísimo Señor, hijo y hermano
De los mayores reyes que han nacido,
Y digno por tí mismo del cristiano
Poder que en el mar llevas cometido;
Yo, como coronel italiano
Por el Rey, mi señor, de oficio pido
Venganza de tu mano con justicia
Del que usurpa tus veces y milicia.

»Y aunque esto fuera causa asaz bastante,
La agrava mas el prodigioso efeto
De ver que está la armada circunstante
Confusa y puesta en un terrible aprieto;
Y no cumple, Señor, ir adelante,
Sin que el perturbador de tu conceto
Pague de su maldad la justa pena,
Evitando el peligro que se ordena.»

Mientras Esforcia así al de Austria hablaba,
El rumor de la gente que se oía,
Clara y abiertamente confirmaba
Ser notoria verdad lo que decía;
El veneciano bando recelaba
El castigo inminente, y lo temía;
Los demas lo imploraban protestando;
Y así, todos andaban vacilando.

¿Qué hará el pecho heroico de quien pende
La absolucion difícil desta duda?
Pues si perdona, un fuego grave enciende;
Y si castiga, una contienda cruda;
A tiempo que, si el turco comprende
Tal disension, será cierto que acuda
A coger á su salvo el rico fruto
Que á la Iglesia pondrá en eterno luto.

Para estos tiempos tales se requiere
La valentia armada de prudencia,
Y tener de la gente el que rigiere
Ganada la comun benevolencia,
Y saber persuadir cuanto quisiere
Con singular modelo de elocuencia;
Partes, que siendo necesarias tanto,
Tarde ó nunca debajo están de un manto.

Mas, como en el sujeto peregrino
Del nieto de Filipe esto se halla,
Y de otra parte, con fervor divino
Desea dar al turco la batalla;
Habiendo oido al coronel latino,
Que atento su respuesta espera y calla,
Formó la voz sacunda, el pecho fuerte,
Y fuéle respondiendo desta suerte:

«El temerario intento de Venero
Me tiene en tal extremo disgustado,
Que, cuanto mas en ello considero,
Recibe el corazon pesar doblado;
Mas el camino cierto y verdadero
De castigar su hecho reprobado
Conviene que se busque sin engaño,
Para no abrir la puerta á mayor daño.

»Y pues á mí me toca mas en lleno
Deste suceso el grave sentimiento,
Nadie presumirá que estoy ajeno
De hacer ejemplar el escarmiento;
En cuya ejecucion si me refreno,
Bien puede ser á todos argumento
De podello hacer y de querello,
Echando de virtud un claro sello.

«Italia, de lealtad y de firmeza
Ejemplo raro á todas las naciones,
Sufirá por mi amor con fortaleza
Que en mi propósito haya dilaciones;
Y Venecia, que llena de tibieza
Se muestra en semejantes ocasiones,
Perderá sin respeto la presente,
Movida de cualquiera inconveniente.

»Y así de lo primero confiado
Como de lo segundo receloso,
Reservaré el castigo del culpado
General para tiempo no dudoso;
Por tanto, Esforcia ilustre y esforzado,
Volved á vuestro bando valeroso,
Y pedidle y rogadle de mi parte
El enojo, aunque justo, de sí aparte;

»Y que de la razon siendo vencida
La natural pasión, no salga vana
La intencion desta Liga esclarecida,
Con gran vergüenza de la grey cristiana;
Y que se entienda que la trama urdida
De alguna furia del infierno mana,
Para impedir la próspera victoria
Que nos espera con eterna gloria.

»Decidle que el trabajo que conmigo
Han padecido, tanto mar pasando,
No es bien dejallo al áspero enemigo
De balde, y que de nós quede burlando;
La empresa que prosiguen y prosigo,
De Dios es, y con ella comparando
Cualquiera no pensado acacamiento,
No me parece ser de algun momento.

»¿Qué sentiria la provincia Ansonia
Cuando volver nos viese al patrio suelo,
Habiendo navegado el agua Jonia
Sin castigar á quien desprecia el cielo?
La torre que se alzaba en Babilonia,
Caída en confusion y desconuelo,
Dirian haber sido semejanza
De nuestra division y mala andanza.»

PE-II.

Estas y otras palabras esenciales,
Que dijo sobre el caso el Marte ibero,
Refrenaron los odios capitales
De Paulo Esforcia y de su bando fiero;
En el cual los efectos fueron tales,
Que, moderado el impetu primero,
Se prefirió el honor de la jornada
A la resolucion precipitada.

¡Oh valor memorable! Oh grande hecho!
Oh prudencia no vista ni sabida
En juvenil edad y ardiente pecho,
Que á mas admiracion mueve y convida!
Serenísimo Juan, ¿sabes qué has hecho?
Otra pluma lo cante mas subida;
Que á la mia de vuelo te perdiste
Cuando con tanta gloria te venciste.

Cual suele, ya pasada la tormenta,
Tranquillo verse el mar, quieto el viento,
Y reposar la gente, de contenta,
Ajena de temer su perdimiento;
Tal, después que la ira turbulenta,
Se remitió al mejor conocimiento
De la planta real, quedó el bullicio
Que de vecinos males daba indicio.

Huye la infernal sombra al lago averno,
Desesperando ya de todo punto
De perturbar el inclito gobierno
De aquel de Carlos placido trasunto;
En esto vino Ulises el moderno
Con nueva de que el turco estaba á punto
De salir á buscarnos al camino
Desde el seguro puerto leantino.

Ya que para arrancar la armada estaba
Para el naval conflicto peligroso,
Un contrario levante el mar alzaba
Al cielo con assalto preceloso,
Y otro accidente nuevo lastimaba
Al veneciano bando congojoso,
Que fué la nueva de su Famagusta,
Rendida al turco ya por guerra injusta.

Llevado ante su alteza el mensajero,
Junto con Marco Antonio y sus tenientes,
Contó el suceso triste y lastimero
De Chipre y perdicion de tantas gentes;
Mas no pudo hallarse allí Venero,
Porque, sobre las causas precedentes,
Tenia puesta pena grave y fiera,
Si entrar osase en la real galera.

En suma, la verdad contado habia
El susodicho, lleno de tristura;
Mas, visto por su alteza que crecia
Del viento bravo la intemperancia dura,
Y que tardar á su pesar debía
Hasta sazón que fuese mas segura,
Determinó que el caso sucedido
Le fuese por extenso referido;

Y tambien porque tales relaciones
Son útiles al buen conocimiento
Para valerse en otras ocasiones
Dellas como de claro documento.
Sentáronse los inclitos varones,
Y cada cual á oír se puso atento,
Cuando el de la embajada, obedeciendo,
Volvió á soltar la voz, así diciendo:

«De Chipre soy, que ya de venecianos
Fué en paz algunos años poseido,
Y agora ¡gran dolor! está en las manos
Del otomano injusto y descreido;
Allí en los tiempos prósperos y ufanos
Dulcemente gocé del patrio nido,
Y allí, en la furia del airado Marte,
He sido, á mi pesar, testigo y parte.

»Sostuve en el afán de Nicosia
Trabajos y fatigas hasta tanto
Que llegó el triste y aciago día
De sus últimos males y quebranto;
Y así, escapé, por buena industria mia,
La vida á sombra de un turquesco manto.
Pasándome por trances peligrosos
Con los famagustanos valerosos.

8

»Y porque ya la historia comprendo
De Nicosia debe estar sabida,
A Famagusta mi hablar volviendo,
Diré la nueva y relación cumplida:
Luego que Mustafá, cruel, horrendo,
Vió del verano la sazón venida,
Trató con espantosa fuerza y mafia
De poner sus legiones en campaña.

»Mas no sin que por mar al mismo instante
Llegase de Turquía y sus estados
La armada copiosísima y pujante,
Cargada de pertrechos y soldados;
Nunca se vió tumulto semejante
Al que, al tiempo de ser desembarcados,
En la ribera misera hacían
Los que ya estaban y los que venían.

»Las proas puestas cerca de la orilla,
Llegaban los esquifes á la tierra,
Donde el que el otro ejército audilla,
Los esperaba á punto y son de guerra:
Tal del arco despidió larga astilla,
Y tal las aves tímidas destierra
Con presurosos golpes de escopetas;
Resuenan los clarines y trompetas.

»La ciudad, aunque bien fortificada
Como quien desde el año precedente
Esperaba la furia acelerada
De los turcos que ya tiene presente,
No dejaba de andar alborotada,
Porque no hay pecho de hombre tan valiente,
Que viendo al enemigo estar delante,
No demude el color con el semblante.

»Estaba allí el famoso Bragadino
Por general clarísimo y solene,
Varón de semejante cargo dino,
En cuanto ve el amante de Climeo
Y Astorbollon, sujeto peregrino,
Su colega y teniente; el uno viene
De generosa sangre perusina,
El otro de Venecia es prenda dina.

»No trato en especial de otros guerreros,
Por no alargarme, ¡oh príncipe preclaro!
Solo digo que había de hombres fieros
Dentro de Famagusta gran reparo,
Y entre ellos Leyvas, fuertes caballeros,
Que antiguamente allí, por caso raro,
De allá de España fueron trasplantados,
Provincia engendradora de soldados.

»Mientras las breves horas les ofrecen
Tiempo de prevenir el que se espera,
Los unos mandan, otros obedecen,
Haciendo lo que hecho estar pudiera;
Y cuando los peligros aparecen,
Trabaja cada cual de otra manera
Que cuando desde lejos dan señales,
Por mas ciertos que sean y mortales.

»Los turcos se alojaron como diestros,
Y supieron plantar su artillería,
Donde los que mas della eran maestros
Vieron que mas efecto se haría;
Los agüeros batieron no sin diestros;
Victoria su Alcoran les prometía;
Tocan arma sangrienta y de pesares,
Disparando cañones á millares.

»Responde la ciudad de la otra parte,
Crece de aquella y desta la contienda;
Solicito y sañudo andaba Marte,
Incitando rigor á toda rienda;
Aviva los ingenios, fuerza y arte
El presente conflicto, y abre senda
Necesidad, que enseña cada día
Lo que sin ella nunca se sabría.

»Los graves daños, que de la esperanza
Suelen quitar las alas con violencia,
No causaban un punto de pujanza
En la famagustana resistencia;
Notan del otomano la mudanza,
Y conocían ya por experiencia,
No para rehusarla ni temella,
Sino para mejor mostrarse en ella.

»Y tanto, defendiéndose, ofendían,
Que en un estado igual se conservaban,
Y parece que aquellos que morían
Sus almas en los vivos trasladaban;
Cuanto mayores males padecían,
Mas invencibles todos se mostraban,
Sosteniendo el trabajo de sus vidas
Solo para vendellas bien vendidas.

»Una gran confusión, un miedo helado
Tienta y ocupa los mahometanos,
Tanto, que del negocio comenzado
Quisiera cada cual alzar las manos;
Si miran de las cosas el estado,
Recelan el poder de los cristianos,
Y mas, que del socorro se temían,
Que breve, cierto y grande ser creían.

»Mas, si escudriñan su presente daño,
A pertinaz porfia les incita,
Como el tahir que pierde, y con su engaño
El juego y su desgracia solicita;
Olvida el saludable desengaño,
Y tanto del desden se precipita,
Que, como si estuviese ya furioso,
Al perder llama bueno y provechoso.

»Así crece un furor, una ira nueva,
En los que ven peligro en la tardanza;
Quieren hacer de sí notable prueba,
Y cambian el recelo en confianza;
Un belicoso ardor á dar los lleva
En los muros con ánimo y pujanza,
Y algunos, que á escalallos se atrevían,
Honrados y sin vida decendían.

»Qué celadas, qué engaños y qué espías;
Qué minas, qué asechanzas fabricaban!
Qué arduos cautelosos, qué porfías,
Por conseguir el fin que desean!
Las noches igualando con los días,
Nunca los cipriotas descansaban:
Tal era el maquinarse de su adversario
Y el uso de las armas ordinario.

»Ningun medio quedaba no intentado
Por los turcos, á quien se resistía;
Mas, lo que tanto habían deseado,
Difíciloso y lejos se ofrecía;
En esto Mustafá hizo un legado
Con letras de su mano, en que ofrecía
Partido con palabras amorosas,
Mas falsas, en efecto, y engañosas.

»El consejo de guerra junto luego,
A un intérprete arábigo mandaba
Que del caudillo turco abriese el pliego,
Y expusiese el secreto que encerraba;
La intención que movió al bárbaro ciego
Fue engañar la ciudad insigne y brava,
A quien con aparente cortésia
El tenor de la carta así decía:

— ¡Ilustres caballeros, cuyo esfuerzo
»Heróico se ha mostrado y peregrino,
»Tanto, que mis desinios propios tuerzo,
»Por daros de salud algún camino;
»De veros esforzados yo me esfuerzo,
»Y la razón me obliga de condino
»A pedirlos que os deis á buen partido,
»Puesto que á mí debiera ser pedido.

»El ánimo invencible que mostrastes,
»Y aquel valor que ya se os va gastando,
»No porque en mi perjuicio lo probastes,
»Dejaré de illo siempre celebrando;
»Mil veces ya de enojos me cercastes;
»Mas, con todo, os seré piadoso y blando,
»Por ser la virtud clara tan amable,
»Que aun en los enemigos es loable.

»Ya sé de cierta ciencia qué habeis hecho,
»Lo que sin duda alguna os libertara
»Si el socorro, que dista largo trecho,
»En sazón tan extrema se acercara;
»No os queda vitalla ni pertrecho,
»Del muro la ruina está ya clara;
»Dejad pues la ciudad sin mas contiendas,
»Y salvad las familias y haciendas.

»Muévase temor del fin áspero y triste,
 »Dejad las mal seguras presunciones,
 »Pues que la valentía no consista
 »En temerarios medios y ocasiones;
 »Cuanto de vuestra parte se resiste,
 »Sirve de impertinentes dilaciones;
 »Agora que podéis, escoged suerte;
 »Que no os va en ello mas que vida ó muerte.»—

»Así acabó, y quedando interrumpido
 El reposo, comienza á levantarse
 Un confuso rumor ensordecido,
 Que fué difícil cosa de acobarse;
 Siendo el silencio pues introducido,
 No se acuerda ni trata de votarse;
 Mas todos de común consentimiento
 Respondieron al turco fraudulento:

—«Queremos peleando quedar muertos,
 Primero que aceptar partido odioso,
 Cuanto mas que no es tiempo de conciertos
 Ni estamos en estado peligroso;
 Antes nuestro esperar nos hace ciertos,
 En Dios omnipotente y piadoso,
 De hacer tales cosas en su nombre,
 Que permanezcan dignas de renombre.»—

»De aquí se comenzó á trabar la guerra
 Con bravos y terribles accidentes;
 Ya los turcos decían: «Cierra, cierra,»
 Con voces y alaridos insolentes;
 Espárcense volando por la tierra,
 Sin mas dificultar inconvenientes,
 Porque el mayor que ya debe temerse
 Es el que en la tardanza puede verse.

»Quince veces bañó en el occidente
 Su dorada melena el claro Febo,
 Sin que dejase aquella furia ardiente
 De dar á estos y aquellos mortal cebo;
 Con voz osada y término elocuente
 En el Senado entró un gentil mancebo;
 Oyeron todos atentos y quietos,
 Y así comienza y dice sus concetos:

—«Bien me consta que hay muchos aquí dentro
 Varones de tan íncito gobierno,
 Que penetran el mas profundo centro
 Con juicios dignos de loor eterno;
 A cuyo parecer no iré al encuentro,
 Mas no callaré el mío, aunque moderno;
 Y habiendo dicho lo que se me ofrece,
 Harése aquello que mejor parece.

»El áspero tormento y la fatiga,
 La hambre intolerable que tenemos,
 No hay para qué, señores, yo lo diga.
 Pues que, por nuestro mal, bien lo sabemos;
 La vida, que nos es tan enemiga,
 ¿Por qué la dilatamos ni queremos?
 ¿Por ventura, señores, nuestros males
 No veis que son mayores que mortales?

»Los parientes y amigos que nos faltan
 Eran alivio á nuestra desventura,
 Los heridos también nos sobresaltan,
 Y no es en nuestra mano dalles cura;
 Los turcos cada día nos asaltan,
 Estrechando esta cárcel triste y dura;
 ¿Oh triste soledad, oh pena fiera!
 ¿Quién hay que tantas muertes pasar quiera?

»Aquel claro senado á quien servimos
 De nos sé que tendrá especial cuidado,
 Y que ponderará lo que sentimos,
 Movido con pasión de nuestro estado;
 Mas ¿qué nos aprovecha, si vivimos
 En lugar tan remoto y apartado
 Que no será posible hallar medio
 Para darnos socorro ni remedio?

»La armada de la Liga poderosa,
 Como quien tantas dependencias tiene,
 Tendrá de dilación causa forzosa,
 Cosa que á Famagusta no conviene;
 Y cuando expedición maravillosa
 Haya en la condición que la detiene,
 El turco, que potente en mar se halla,
 A dalle se pondrá naval batalla.

»Por tanto, me parece conveniente
 A vuestra fama ilustre, que salgamos
 Antes que con el mal que está presente
 El vigor y los ánimos perdamos;
 La muerte no se excusa humanamente;
 Viva nuestro blason aunque muramos;
 Hallémos en el campo peleando,
 Y no por los rincones vacilando;

»Cuanto mas, donde cesa la esperanza
 De concierto que estable ó bueno sea.
 Sabeis la desventura y mala andanza
 De Nicosia; nadie á turcos crea.
 Si en el ajeno mal, quien seso alcanza
 Espejo halla en que su bien provea,
 ¿Por qué á nosotros los agravios nuestros
 No nos haran arteros y maestros?—

»Apenas hizo pausa el mozo altivo,
 Cuando así respondió otro caballero:
 —No penseis, ¡oh señores! que restríbo
 En pensar que mi ingenio no es grosero;
 Continuo seguiré vuestro motivo,
 Como el mas acertado y verdadero,
 Al vuestro sujetando mi albedrío,
 Si primero escucháis el voto mío.

»El ir á pelear varonilmente
 Fuera, cierto, el mejor de los consejos;
 Mas tengo por terrible inconveniente
 Las mujeres, los niños y los viejos,
 Que habrán de padecer forzosamente
 Martirios, que aun oídos desde lejos
 Cause espanto, y nos hagan cargo dello,
 Como á quien mas tocó mirar en ello.

»Conviene que en los casos de importancia
 Con mas que pié de plomo se proceda,
 Y que si faltan fuerzas y sustancia,
 La maña aprovechemos algo pueda;
 Ya el premio merecemos de constancia,
 Tratemos de remedio, si nos queda,
 Porque, si á morir luego nos salimos,
 Al íncito Senado ¿en qué servimos?

»O ¿en qué ofendemos la nación tirana
 Destos verdugos fieros y malditos,
 Que por pecados de la grey cristiana
 Permite Dios que sean infinitos,
 A la salud, mas vale, veneciana,
 Algunos escapar destos conflictos,
 Que no que en ellos todos nos perdamos,
 Aunque mejor, muriendo, nos vendamos.

»Las reliquias de gente que tenemos
 En tan largas refriegas apurada,
 Consiste en equidad que las guardemos
 Para otra coyuntura señalada,
 Y la ciudad que agora entregáremos
 Por nos será después recuperada;
 Así que, en salir vivos deste estrecho
 Serémos al Senado honra y provecho.

»Mustafá sabe vuestra valentía
 Por tan costosa muestra de experiencia,
 Que entre esperanza y duda todavía
 Difiere días há la competencia;
 Partido honesto nos concedería,
 No por misericordia ni clemencia,
 Ni porque ignora la fatiga nuestra,
 Mas para su salud querrá la vuestra.

»Y en cuanto mantenernos el concierto,
 Sin duda á lo hacer será forzado
 Por dejar á la excusa el paso abierto
 De la inconstancia y el rigor pasado;
 No hay en el mundo corazon tan yerto
 Ni rústico, que, en honra colocado,
 No anhele en forma cierta ó aparente
 Al blanco de la fama prefulgente.—

»Poco tardaron en determinarse
 Cual de los pareceres seguirían,
 Porque otra vez no saben si á juntarse
 Los negocios espacio les darian;
 Y al segundo viniendo á conformarse,
 Al turco embajador sobre ello envían,
 Que ofrezca, pida, acepte aquel partido
 Que dél les fué otras veces ofrecido.

»De pacífica seña asegurado,
Partió el famagustano con su ofrenda,
Y donde Mustafa estaba alojado
Llega, pidiendo por su misma tienda;
Dice que la instruccion que se le ha dado
No es para que de alguno otro se entienda;
Guiáronle do estaba el turco fiero,
El cual le dijo así, grave y severo:
— ¡Venís, griegos, acaso á tratar medios
Cuando veis vuestro fin inevitable,
Después que tan prolijos intermedios
Me obligan á que sea inexorable?
A tiempo os ofrecí vuestros remedios;
Mas la soberbia vuestra abominable,
Dando de ingratitud molesto indicio,
No quiso recibir el beneficio.

»Agora que la vida ya os desama
Queréis que nos mostremos compasivos,
Y cuando la victoria que nos llama
Nos ha puesto los pies en los estribos;
La sangre de los muertos alto clama,
Clama el trabajo inmenso de los vivos,
Y por venganza de su grave ofensa,
Piden equivalente recompensa. —

»Responde el mensajero: — Yo te pido
Licencia de volverme por do vine:
El fin de mi demanda has entendido,
Y yo el de tu respuesta, que es insigne.
Antes de preguntar voy respondido;
No hay para qué con ruegos mas te indigne;
Tu intencion está firme en ofendernos;
Estará la nuestra en defendernos.

»Mas solo quiero aquí certificarte
Que no está tan sin fuerza Famagusta,
Que puedas señor della imaginarte
Ni tener mi embajada por injusta;
Sangre, sudor y afán ha de costarte
Si la piensas ganar por guerra justa,
Y muchos que el tomalla facilitan,
Sus muertes por ventura solicitan. —

»El turco, disfrazando el odio fiero,
Con circunloquio blando y cauteloso,
— No busco, dijo, nombre de severo,
Pudiéndole ganar de pladoso;
A cumplir el partido me profero,
En fe del gran señor y poderoso
Cuya corona engrandecer pretendo,
Así con perdonar como venciendo.

»Volved, por tanto, á dar traza al viaje,
Poniendo fin á los cuidados graves,
Pedid albricias de tan buen mensaje,
Abrid las puertas y entregad las llaves;
Saldreís salvos y libres sin ultraje,
Y daros hemos bastimento y naves
Para que endereceis vuestro camino
Al reino que ya fué del justo Mino. —

»La nueva á todos convidó á partirse,
Quitándose las armas tan pesadas,
Que á duras penas pueden desasirse
De las carnes y ropas destrozadas;
Los hombres procuraban prevenirse
Del dinero y alhajas mas preciadas;
Las mujeres, con ser mas codiciosas,
Llevan hijos y olvidan otras cosas,

»Bien como las solícitas hormigas
Se cargan en las parvas y graneros
Del fruto sustancial de las espigas
Para encerrarlo en sus invernaderos;
Mas las escuadras torpes enemigas,
La paz violando, hay graves desafueros;
Comienzan el despojo á sangre y muerte
Contra los de aquel pueblo en vano fuerte;

»Los cuales, como viesen la aspereza
Que en hombres y mujeres se mostrase,
No habiendo por qué en unos tal vileza,
Ni en otras tal maldad se ejecutase,
La ya medio usurpada fortaleza
Hicieron que de nuevo se cerrase,
Y armáronse los mas á toda furia,
No pudiendo sufrir tamaña injuria.

»Como al doliente misero aconteco
Cuando del mal del santo está herido,
Cortarse el brazo, con el cual parece
Será el mayor peligro socorrido;
Cuando el fuego mortal no se guarece,
Porque ya en las entrañas se ha metido,
Los huesos y medulas contaminan,
Y con la muerte al corazón camina;

»Así cualquier remedio era excusado
En la final desdicha que sembrada
Estaba en aquel pueblo por el hado,
El engañoso pacto y mano armada:
Vierades un orgullo acelerado
Con sangre de ambas partes derramada,
Do no hubo brazo que cobarde fuese
Ni pié que en el peligro atrás volviese.

»Los heridos y enfermos que yacían
En lechos tristes, casi ya enterrados,
El perdido vigor restituían
A los débiles miembros lastimados,
Y con el belicoso son que oían
En pié se levantaban denodados,
Como sucederá en día postrero
Cuando venga á juzgar Dios verdadero.

»Mas la cautela infame y perniciosa,
Y el tropel de las armas insufrible
Iban rindiendo la ciudad famosa
Que mostró de firmeza lo posible;
Remate de la vida trabajosa,
O sujecion mortífera y terrible
A todos señaló el preciso hado,
Por mas que, en fin, lo hubiesen contrastado:

»Divulga pues, oh fama condolidia,
Esta maldad, refiérela continuo,
Y celebra el valor que en muerte y vida
Mostró el guerrero y mártir Bragadino;
Abomina la infamia escarnecida
De Mustafa cruel, de oprobrio dino,
Para que el bien y el mal ejemplo sean
En cuanto las estrellas señorean.

»Cuando se comenzó el conflicto horrendo
En la ciudad de turcos confiada,
Bragadino, el suceso no temiendo,
Ni del mal Mustafa la fe doblada,
Había ante él venido, obediendo
A una recuesta suya y embajada,
Por la cual con instancia le decía
Que por su gran valor verlo quería.

»Y así, aguardado de la mejor gente,
Estaba ante el tirano cauteloso,
Que mal guardarse puede el inocente
Del engaño que encubre el alevoso;
En esto el fiero bárbaro insolente
Mandó que todo el bando generoso
Fuese puesto en prision, ¡oh hecho esquivo,
Mas digno de culpar que vengativo!

»Los templos santos con sangrienta mano
Fueron de su ornamento despojados,
Y las joyas del culto soberano
Premio eran ya de bárbaros osados;
No perdonando sacro ni profano
Los ministros crueles obstinados,
Rompen las puertas de cualquier sagrario
Con desprecio sacrilego y nefario.

»No contento con esto el torpe gusto
De aquel pecho infernal, monstruo nocivo,
Después que á Astorbollon da fin injusto,
Desollar manda á Bragadino vivo;
Si mueve á compasion un dolor justo,
Y ai es aborrecible un pecho esquivo,
¿Qué corazón habrá de diamante
Que en tamaña ocasion no se quebrante?

»Fué la cruel sentencia que, ligado
Por los pies, y en el aire suspendido,
Fuese con mano dura despojado
Del velo que á los cuerpos da vestido.
¡Oh gran Bartolomé, que colocado
Estás donde se halla el bien cumplido,
Haz que colateral allá te sea
Quien muere por quien tú, y en tu librea!

»El verdugo bestial, fiero, inclemente,
En las atroces manos ya traía
El áspero cuchillo, y al paciente
Con ásperos tormentos deshacia;
Roucos gemidos de la voz doliente
Crecen con la terrible anatomía;
La roja sangre ablanda el duro suelo,
Las querellas lastiman aire y cielo.

— ¡Qué gloria, le decía, turco fiero,
Adquieres en mi muerte trabajos?
Yo moriré cristiano y caballero,
Tú siempre vivirás vida afrentosa;
Yo no hice en la mía desafío
Digno de aquesta pena escandalosa;
Tú en dármele te haces tan culpado,
Que á infamia eterna quedas condesado.

»Por esta dura especie de tormento
Será tu nombre á todos enemigo
En siglos por venir, y el sentimiento
Los hará ser partícipes conmigo;
Tú lo perjura, tu perverso intento,
Del cielo justo llevarán castigo;
Serás aborrecido de tí mismo,
Tu fama dará espanto al hondo abismo.

»Suelen los que se nombran caballeros
De la excelsa virtud ser tan amigos,
Que en medio de los ímpetus guerreros
La aprueban en sus mismos enemigos;
Tú solo contra ley, pactos y fueros,
De tu inhumanidad haces testigos,
Y partes, ofendidos cielo y tierra,
La honra, la virtud, la paz y guerra.—

»La llama universal iba creciendo,
Y los vitales términos menguando,
El que sin culpa estaba padeciendo
Ofrece á Dios el alma agonizando;
La cual, de libertad la puerta viendo,
Y el natural divorcio celebrando,
Voló de allí á gozar por justa suerte
La vida que sucede á buena muerte.

»Tal fué del reino ciprio el miserable
Remate, y este fué el trato doblado
Contra la vida del varón loable,
Y todo el pueblo misero engañado.
Por tanto, ¡oh claro príncipe admirable,
Bien del cristiano gremio lastimado!
Derriba con tu espada vengadora
La proterva cerviz que nos acora.»

CANTO XXII.

Salido por Ali-Bajá que su Alteza se le cerca, determina en consejo salirle al encuentro y darle la batalla; llegan las armadas una á vista de otra, y el viento que traía favorable la del enemigo, milagrosamente se le vuelve por proa. Hácese reseña general del uno y otro bando.

Castigo aiento ya de mi osadía,
Grave desconfianza me ha cercado
De ver que va creciendo todavía
El sujeto capaz de que he tratado;
Habiendo hasta aquí la industria mía
Su caudal y matices agotado,
De suerte que se halla en esta feria
Pobre de estilo y rica de materia.

Queriendo cierto artífice excelente
Pintar de la discordia las tres diosas,
A Juno y Pálas trascordadamente
Extremo y proporción dió de hermosas;
Y visto que el decoro no consiente
Negarse á Vénus partes mas preciosas,
Por no atreverse á tanto su concepto,
Suplió con artificio aquel defecto.

Y fué que, imperfección no descubriendo
Sin perder la señal de su pintura,
Vuelta la dibujó, lo cual haciendo,
No hizo ofensa á tanta hermosura;
Yo pues, que otros discursos proponiendo,
Cuanto en mí fué, ilustré ya mi escriptura,
¿Cómo podré conforme al que se ofrece
Cantar, cuando la voz me desfallece?

Rebusa mi talento la carrera,
Fáltame el frásis propio y necesario
Para cantar la lid sangrienta y fiera,
Y suceso en el mundo extrordinario;
Mas, pues que mi deseo persevera,
Auxilio es menester mas que ordinario;
A Dios pido favor, á Dios invoco,
Que no requiere menos lo que toco.

Alce el eterno sol de fe y justicia
La niebla oscura de mi entendimiento;
Míreme su clemencia, sea propicia
La Virgen sacrosanta, y déme aliento
Porque pueda yo al mundo dar noticia
Del gran conflicto y bravo vencimiento
En estilo tan puro y corregido,
Que refrene las aguas del olvido.

Perseveraba el tiempo borrascoso,
Y el mar, batido recio del levante,
Entretenía el bando religioso
Sin llevar su propósito adelante;
Tres veces el camino trabajoso
Tentado fué, y tres veces la pujante
Fuerza del agua y vientos volvió al puerto
La armada, no sin prisa y desconcierto.

Entre tanto el Bajá, que cierto entiende
El fiño parecer de los cristianos,
A prevenir su gente y fuerza atiende
Para venir con ellos á las manos;
Junta el consejo, por el cual pretende
Decidir los acuerdos mas bien sanos,
Porque en él se hallaban aquel día
Las mejores cabezas de Turquía.

Propuesto de las cosas el estado
Por aquel general sabio y prudente,
De quien se dice haber sido dotado
De mas virtud que cabe en turca gente;
Caracosa, aunque el sexto fuese en grado,
Para poder hablar primeramente
Al caudillo mayor, pidió licencia,
Y así soltó la voz en tal sentencia:

«Ali-Bajá, guerrero preferido,
Y vos, ¡oh capitanes valerosos!
A quien el gran Selim ha cometido
Por justas causas cargos tan honorosos;
Haber la armada yo reconocido
De los que así nos buscan orgullosos,
Y el deseo que tengo de servirlos,
Me fuerzan á hablar y persuadirlos.

»Presente os debe estar en la memoria
Cómo estos ya otra vez se colegaron,
Y teniendo en las manos la victoria,
Por no aceptar batalla discordaron;
Dejando de su liga torpe historia,
En la Préviza, en fin, se retiraron,
Porque unos de otros poco se fiaban,
Aunque superiores se hallaban.

»Agora que en poder les excedemos,
Lo mismo han de hacer por escaparse,
No solo con la fuerza de los remos,
Mas alas, si pudiesen inventarse;
Conviene pues que el paso les cerremos,
Y el último remedio de librarse,
Como suele con lazo trasmallado
Ser en las aguas hondas el pescado.

»Yo fui á traerlos desto clara cuenta,
Y vi que los bajeles colegados
A lo mas largo son ciento cincuenta,
Y esos infamemente pertrechados;
Desconfiada viene y descontenta
La parte general de los soldados,
Porque una gruesa escuadra de navíos
Debió de dar en rocas ó en bajos.»

Respondió Luchali, bravo cosario,
Renegado y de astutas propiedades:
«No creais que ese número sumario
Contiene tres tan grandes potestades,
Ni quien viene á buscar tal adversario
Haciendo rostro á viento y tempestades,
Dejará de traer tanta potencia,
Que ponga la victoria en contingencia.

»Lo cual bien consta de otras relaciones
Que por algunas vias se han tenido;
Por tanto, daldes, incultos varones,
Conforme al tiempo el crédito debido;
No son tan ciegos, no, de opiniones
Los que á los mares nuestros han venido,
Que traigan, como ha dicho Caracosa,
Tan débil fuerza en causa tan honrosa.

»Docientas y catorce ó mas galeras
Vienen puestas á punto de pelea,
Llenas de munición, sanas, enteras,
Con cuanta perfeccion mas se desea;
Aunque son unas de otras extranjeras,
Conformidad unida las bandea,
Una intencion las rige, un movimiento,
De su felicidad claro argumento.

»El rey de España aquí su hermano envia,
El Papa á Marco Antonio de Colona,
Venecia á Sebastian Venero fia
Las fuerzas con que á nadie no perdona;
Estas tres voces hacen armonia,
Mas solo don Juan de Austria las entona;
Que está resuelto, como siempre ha estado,
En morir ó triunfar de nuestro hado.

»La fineza de pláticos soldados,
La juventud lozana y belicosa
De fuertes españoles recatados,
Y la nacion latina valerosa,
Feroces alemanes trasplantados,
Que es gente corpulenta y animosa,
Nos vienen á buscar á nuestros nidos,
De honor, venganza y compasion movidos.

»Largo cuento seria si os dijese
Los nombres de infinitos ventureros,
Conducidos, no á precio de interese,
Sino á la obligacion de caballeros;
Ni querría que á mal se atribuyese
Estas dificultades proponeros,
Pues no resulta mal de que sepamos
Conquien lo hemos de haber antes que vamos.»

Tales palabras Luchali decia,
Y Ali-Bajá escuchaba muy atento,
Cuando Pariam-Bajá le interrumpia
El hilo de la habla, y no el intento;
Antes sobre lo dicho procedia
Haciendo mas instancia y fundamento,
Causas abiertamente repitiendo,
La batalla del todo disuadiendo.

Este era un general sabio y anciano,
En gran parte del mundo conocido,
Y del soberbio principe otomano
Aventajadamente entretenido;
Siempre en consejos tuvo larga mano,
Y fué su parecer bien recibido;
Los animos dudosos inducia
Y á su decreto grave los traia.

La venerable voz alzó diciendo:
«Turcos, no despreciéis vuestro enemigo,
Que ya todos sabeis, segun entiendo,
Los duros trances á que fui testigo,
Y lo que del presente comprehendiendo
Libre y ajeno de temor os digo;
Que poco temerá perder la vida
Quien mil veces la tuvo por perdida.

»Antes, ya que la edad me desfallece,
Y mi salud se apoca cada dia,
Premio de mí servir largo parece
Peleando acabar la vida mia;
Si al fin gloria se canta y se merece,
Mi fama bien por mí la cantaria,
Si agora se me diese el fin honrado
Que con tanta fatiga he procurado.

»Mas debe al especial ser preferido
El bien comun con el real servicio
Que yo, constante súbdito, he tenido
Por ley inviolable y proprio oficio;
Nunca anduve á mis fines atenido
Con lisonja aparente ni artificio;
Quise, quiero y querré mientras viviere
Lo que á mi patria y mi señor cumpliere.

»Lo cual bien acatando, no conviene
Que la incierta fortuna mas probemos,
Que no hay, pues en la cumbre así mostremos,
Para qué ya de nuevo la tentemos;
Que si á desafiarnos don Juan viene,
Las armas y el lugar escogerémos;
Esio se quedará á nuestro albedrío,
Y agora por lo menos dé en vacío.

»Nosotros con victoria en nuestra tierra,
Ellos perdidos lejos de la suya,
Dejemos al furor que los destierra,
Que primero los dome y los destruya,
Y que el invierno crudo nueva guerra
Para que la esperanza mas les huya;
Costosa es á la fuerza la hazaña
Que puede conseguirse á pura maña.»

Esta proposicion prevaleciera
Como la mas segura y concertada,
Si tantas objeciones no pusiera
Hall-Agá con voz alborotada;
Dijo gritando, airado, que él no era
De aquella opinion desvariada,
Ni á la reputacion del otomano
Convenia consejo tan mal sano.

«¿Podréis sufrir, decia, que esta gente
Vuelva diciendo que temor hubimos,
Y que el poder del turco prepotente
Al tiempo de las veras escendimos?
¿Quién puede contra nos ya ser valiente?
¿A quién nuestro valor no preferimos?
¿O qué difícil cosa emprenderémos?
Que con facilidad no la allanemos?

»Testigo nos será el reino eiprino,
Que por nosotros queda conquistado,
Y aun todo el Adriático imaginado
De nuestras manos corre ensangrentado;
Callo de Cándia el grave horror sanguiño,
Y del Cerigo el daño declarado,
Y callo otras victorias señaladas,
Que muchas son aun para contadas.

»Y la congregacion de armada gruesa,
Que tenéis por dudoso aniquilalla,
¿Por qué desconfianza ó suerte aviesa
En tales pechos tal error se halla?
Pues cuanto mayor es, mas se interesa
En que sin duda hayamos de buscalla,
Siendo, como es, mayor notablemente
La nuestra en cantidad, en fuerza y gente.

»Pues si en gente les somos superiores,
En galeras, gobierno y en ventura,
¿Qué medios dejarán de ser errores
Si entretienen tan buena coyuntura?
El honroso blason de vencedores
Desde cerca nos llama y asegura;
Dejad, turcos, dejad recelos vanos,
Que no es tiempo de acuerdos, sino manos.»

La gravedad del caso, que importante
En contrarias razones se implicaba,
Al ánimo de Ali tras cada instante
Mayor neutralidad representaba;
Y como la mostrase en el semblante,
Hall-Agá furioso replicaba,
Ratificándose en lo que antes dijo,
Pidiendo dello testimonio fijo.

Para que cuando tome residencia
Selim á los que hubieren delinquido,
Este su parecer nueva á clemencia,
Satisfaga y defienda su partido;
Insiste, ¡oh turco! insiste con violencia,
No revoques la causa que has seguido,
Y precíale de ser tan elocuente,
Que atraigas tanto número de gente.

Mostró tal eficacia y artificio
Con sus conminatorias persuasiones,
Que pudo solo a aquel servir de quicio
Para volverse tantos escuadrones.
Ya el alboroso y marcial bullicio
Encendian los fuertes corazones;
Las lenguas, que son dellos mensajeras;
Claman, guerra pidiendo muy de veras.

Gúminas cortan, áncoras desalavan,
Tientan los arcos, el bullicio crece,
Apriesa para guerra se aprestaban,
Cualquiera plazo largo les parece;
Del gran canal de Lepanto, do estaban,
Se parten á la hora que aparece
El sol á los antipodas, y entrega
La luz que al hemisferio nuestro niega.

Hecha clara reseña, gloria extraña
Los aumentaba el ánimo crecido,
Viendo de velas cantidad tamaña
Que de mas de trescientas han subido;
Pareció que en el mar una montaña
De robles y altos pinos ha nacido,
Y que una ciudad grande, populosa,
Fabricó alguna causa milagrosa.

Después que el gran Bajá en largo concierto
Dispuso y ordenó lo que cumplía,
El paternal amor estrecho y cierto
Le convirtió á dos hijos que tenía,
Diciéndoles: «Hoy llevo al dulce puerto
Que pudo desear el alma mía,
¡Oh hijos míos! para engrandeceros
Sobre todos los turcos caballeros.

»Mas, aunque de la gente baptizada
He de tener preciso señorío,
Por venir, como viene, conñada,
Cumpliéndole huir del poder mío;
En tanto que no está desengañada
Del vano y temerario desafío,
Mi corazón será contento y ledo
Si en el amor que os tengo falta el miedo.

»El riguroso oficio de la guerra,
La peregrinación de largos años,
Los peligros del mar y de la tierra,
El rigor mismo de los graves daños,
No es parte en el amor que en mí se encierra
Para que con dulcísimos engaños,
Deje, á trueco de os ver acrecentados,
De revolver la tierra, mar y hados.

»Y así, no quiero yo que alguna pieza,
Por caso desastrado y miserable,
Os toque al pie, que es darme en la cabeza
Y serme la victoria lamentable;
Pues que mi fin aspira y se endereza
A vuestra vida, para mi agradable,
Y la edad os excusa justamente,
Salid deste peligro impertinente.»

Respondió el mayor dellos: «Si es probarnos,
Bastara ser tus hijos, sin mas prueba;
Y si es querer de muerte preservarnos,
No sé yo qué razón á eso te mueva;
Si quieres sumamente autorizarnos,
Dónde quiera que fueres, ahí nos lleva;
No borres los traslados que hiciste,
Ni oprimas los vigores que nos diste.

»Mas si tu voluntad firme estuviere
En que la espada aquí no ensangrentemos,
Si á nuestro buen deseo resistiere,
Tan grave injuria no consentiremos;
Y si alguno del caso mal sintiere,
Excusa suficiente le daremos
Con decir que nos es mas buena suerte
Tus hechos imitar que obedecerte.»

Era de octubre el sexto día cuando
La armada de los turcos se levaba,
Al fuerte aliento de Euro, que, soplando
En su favor, alegre navegaba;
La nuestra, su designo adivinando,
Del puerto al mismo tiempo se apartaba,
Sin cosa en su favor sino el derecho
Que la razón le daba en aquel hecho.

A la primera guardia se aventuró
Al disponer del mar tempestuoso,
Cuando hombres y animales aseguran
Los fatigados miembros en reposo;
Los nombres de los astros no procuran,
Porque un nublado oscuro, tenebroso
Del nocturno viaje, en mar y en tierra,
Los que son luz y guía cubre y cierra.

Y tú, hijo de Carlos, instrumento
Desta jornada, digna de ti solo,
No consultas el mágico talento,
Ni al oráculo délfico de Apolo,
Ni á Samúel del sacro monumento
Pretendes que levante ajeno dolo,
Ni quieres revocar alma á la tierra,
Que diga el fin incierto desta guerra.

Ni inquieres judiciaria astrología,
Lícita, si hay alguna que lo sea;
Toda curiosidad por esta vía,
Si no es superstición, parece sea;
Quien busca la verdad con valentía,
En los efectos cumple que la vea;
Y así, debe pedilla el varón fuerte
Al oráculo duro de la muerte.

Si César imperó usando sutiles
Mañas, y si fué en armas animoso,
Si hasta en las batallas mas civiles
Supo ganar renombre de famoso,
Si acompañó con impetus viriles
El curso de sus hados venturoso,
No fué tanto por sola valentía
Como ambición y males que tenía.

Recelábase mucho que su gente
No le desamparase, conociendo
Cuán impía, odiosa, atroz y torpemente
Patria y parientes iban destruyendo;
Y ¡no queréis que fuese diligente
El que á tan alto fin iba subiendo,
Que no arriscando mas que su persona,
Esperaba tener ceptro y corona?

Mas, tú dime, Señor, ¿quién apresura
En difícil sazón tu furia extraña,
En guerra justa, y siendo tan segura,
La gente y la razón que te acompaña?
Que pones tu gran ser en aventura,
Pudiéndote volver con la hazaña
De haber llegado aquí, sin que te espere
Enemigo que puede cuanto quiere.

Tu valor natural, tu fe y tu celo,
Tu próspero planeta y su influencia,
Y la para virtud que el alto cielo
Quiso comunicarte por esencia,
No sufren dilación de algun recelo,
Ni tú quieres triunfar en la apariencia,
Pues consiste en la duda deste efecto
La fineza mayor de tu conceito.

Sin norte, en noche oscura y contra viento,
A las hinchadas olas contrastaban
Los miseros forzados, y el violento
Camino de las aguas tropellaban;
Así que, era tamaño impedimento
El que aire, mar y cielo les mostraban,
Que á muchos pareciera caso fuerte
Ir por allí huyendo de la muerte.

Los estrellados ejes revolvan
El curso de la noche, y á Diana
Las interpuestas nubes impedian
La luz que el sol le presta soberana;
Mas, como ya los hados lo querían,
Las disipa, resuelve y hace llana
La hinchazón del mar incompotable,
Que con su luz quedó mas navegable.

Entrambos polos limpios parecieron,
Y todos los planetas variables
De nueva lumbré entonces se vistieron,
Mirando las armadas memorables;
Su vivo resplandor mayor hicieron
Las hermosas estrellas inmutables,
Que, estando fijas, las esconde el día,
Por ser mayor la luz que el carro guía.

En fin, las ocho esferas celestiales
Con toda su divina hermosura,
Como causas segundas naturales,
Esperan el efecto y coyuntura;
Febo con agujijones celestiales
Sus caballos incita y apresura,
Deseando mirar con alborozo
Las dos armadas y el naval destrozo.

Era ya la sazón que al bajo mundo
Alegre se mostraba el mediodía,
Y en este nuestro el sueño mas profundo
Sombra propia de muerte parecía,
Cuando el Bajá con ánimo jocundo
Encima de la popa se ponía;
Y hecha la zafá, á verdad contraría,
Enderezó á la luna esta plegaria:

«¡ Oh tú, santa y castísima doncella,
Que triforme te muestras á la gente,
Y siendo sin igual hermosa y bella,
Nos muestras desigual tu sacra frente;
Tú, diosa, que, si acaso alguna estrella
Nos quiere contrastar severamente,
Cubres tu resplandor con negro velo,
Tapizando de luto tierra y cielo!

»Pues haces con certísimas señales
De nuestros infortunios sentimiento,
Claro está que, si lloras nuestros males,
También te alegrará nuestro contento;
Y aun si en las redondeces celestiales
Tiene tu curso el mas vecino asiento,
Es porque tus oídos soberanos
Oigan mejor los ruegos de otomanos.

»Y así, reconociendo el beneficio
Y aquella obligacion en que nos pones,
Traemos tu retrato, á nos propicio,
En nuestros estandartes y pendones;
Ayuda á los que hoy van en tu servicio,
Y tengan tan buen fin estas cuestiones,
Que Selim, mi señor y mi pariente,
A sujecion reduzga el Occidente.»

Tales palabras el Bajá decía
Cuando el viento en la popa refrescaba,
Lo cual clara respuesta parecía
Que mas su petición justificaba;
El cristalino mar obedecía
A lo que el viento próspero mandaba;
Mirad á qué llegó la confianza
Ventaja, el viento en popa y mar bonanza.

Y así, soltó la rienda al pensamiento
Con toda la licencia del deseo;
No halla duda ya ni impedimento
Entre sus esperanzas y el trofeo.
¡ Oh gloria vana, oh ciego entendimiento,
Oh propio amor, no amor, mas devaneo;
Juez prevaricato apasionado,
Del gusto y del deseo sobornado;

Que siendo lo futuro tan incierto,
Lo quieres entender cual lo pasado;
Sábeste imaginar en dulce puerto,
No habiéndote aun apenas engolfado;
Y por llevar tu blanco descubierto,
El buen discurso dejas anegado,
Y con mil presupuestos, aunque aviesos,
Cortas á tu medida los sucesos.

En esta forma Ali-Bajá consigo
El gravísimo caso decidía,
Sin que ya le perturbe otro enemigo
Sino el tiempo que tarda el nuevo día;
Manda llamar á Xiloes, gran su amigo,
Un turco natural de Alejandría,
Astrólogo famoso y marinero,
Médico, nigromante y hechicero.

Comiéndale á decir palabras tales:
«¡ Oh Xiloes, que del alto firmamento
Penetras los influjos naturales
Y el orden de su eterno movimiento;
Tú, que por los principios y señales
Reconoces los fines de su intento,
Anuncias los eclipses de la luna,
Y entiendes los vaivenes de fortuna;

»De piedras, yerbas, plantas y de flores
Conoces propiedades excelentes,
Reprimes los venenos y furores
De cualesquiera monstruos y serpientes;
También al incurable mal de amores
Sabes templar las penas y accidentes,
Y haces espantar el reino oscuro
Con la fuerza eficaz de tu conjuro!

»No es aquesta ocasión tal que requiera
Mover revoluciones tu gran arte,
Ni quiero en mi esperanza verdadera
Por infalible causa colocarte;
Mas, pues la noche pasa su carrera,
Sin que de sueño á mí me alcance parte,
Inquiramos el fin desta batalla,
Supuesto en todo caso que he de dalla. —

—No pienses, dijo el mago, señor mío,
Que en negocio tan grave he estado ocioso,
Callado sí, por no oponerme al brío
De tu orgullo feroz y poderoso;
Mas, pues hablar me mandas, aunque fio
Seré mas obediente que gustoso,
Daréte cuenta, en fin, de mis concetos
Y aviso de mis íntimos secretos.

»Junto á la gran ciudad de Constantino
Está un valle pombroso y solitario,
Por el cual no atraviesa algun camino:
Tanto es aquel lugar trasordinario;
Dividelo un arroyo cristalino;
Torciendo su corriente en modo vario,
Hasta que sin estorbos ni embarazos
Lo acoge el ancho mar entre sus brazos.

»Allí, con el horror, silencio y calma
De una noche salí, serena, oscura,
Y por limpiar las culpas de mi alma
Tres veces me lavé en el agua pura;
Mis sienes coroné de verde palma,
Y luego desceñí mi vestidura,
Descalzo un pié, la cara vuelvo á oriente,
Y hablo así con la tartárea gente:

»—Vos, que habitáis el reino del espanto,
Cercados de los ríos infernales,
Pluton, Minos, Eaco y Radamanto,
Jueces desos fuertes tribunales;
Y vos, que allá causáis eterno llanto,
Y sembráis en el mundo duros males,
¡ Oh hijas de la noche, mal peinadas,
De víboras y sierpes coronadas!

»¡ Y tú, baldón de la nación caldea,
Que esta terrible ciencia descubriste;
Tú, maga Circe, y tú, cruel Medea,
Y tú, la que en Tesalia envejeciste,
Dejad atravesar la agua letea
Alguna sombra dese mundo triste,
Que pueda ser oráculo á mis dudas.
Caron, ¿ por qué te tardas? ¿ En qué dudas?

»Salga de vuestro centro quien me diga
Qué fin ha de tener la competencia
De la soberbia armada de la Liga
Con el turquesco imperio y su potencia;
Ninguno este mi ruego contradiga,
Conforme á nuestro pacto y conveniencia;
Sabeis á cuánto enojo me provoco
Si acaso os deteneis cuando os invoco.

»Una, dos y tres veces os requiero
A todos, como sois estigio bando,
Que forzados hagais cuanto yo quiero;
Pues no hay apelacion en lo que mando;
Donde no, yo haré que el Cancerbero,
Que está vuestros umbrales atronando,
Venga ligado á la region serena,
Como lo trujo el hijo de Alcmena.

»Y haré por venganza conocida
Con encantos y versos, de manera
Que de Febo la lumbre esclarecida
Vuestros tinieblas avergüence y biera. —
Tembló á mis piés la tierra estremecida
En acabando la razon postrera,
Y abierta una rotura, en presto vuelo
Salieron della un buho y un mochuelo.

»Un cuervo negro, dando mil graznidos,
Los sigue, y á un ciprés; funesta planta!
Fueron á dar: temblaron mis sentidos,
Pegóseme la voz á la garganta.

—Mensajeros, les dije, doloridos,
Pues clara me anunciáis desdicha tanta,
Bajad por el camino que subistes,
Y no me cantéis mas endechas tristes. —

»En esto aquel portento desaparece.
Dírelo, ó callarélo? Al mismo punto
Del padre de Seilm se me aparece
La verdadera imagen y trasunto,
Con lágrimas que el alma me entristece,
Negro el vestido y el color difunto,
Muy otro del que fué cuando la tierra
Temblaba de su esfuerzo en paz y en guerra.

»Con silencio profundo me miraba,
Representando en sí grave tristora;
Yo, que á besar sus manos me prostraba,
Resolver le sentí cual niebla oscura;
Y fué tanto el horror que me aquejaba
En aquella sazón, que á gran ventura
Tuve el poder volverme á lo poblado;
Y así, del arte maga mas no he usado.

»Pero ¿qué sirve, general prudente,
Tardarme en referir cosas pasadas?
Mira el cielo, y verás en el oriente
El Leon con sus uñas acorvadas,
Marte asoma, á par de él, fiero, inclemente,
Y la hidra con crestas levantadas,
Cuyas cabezas por su fuerza unida
Anuncian de cristianos la venida.

»El horizonte austrial, que nos esconde
El otro polo de la oblica esfera,
Con Aries en la décima responde
A Marte, y es su casa verdadera;
Acuario al occidente corresponde,
Y el gran pegaso acaba su carrera
Cuando junto á Calisto ha parecido
La Libra, que es de Venus propio nido.

»De Andrómada la cinta se pareceo,
Y sobre ella un Chafos de fuerza dura,
Armado el Orion se nos ofrece,
Horrible y espantosa catadura;
Junto á aquella que á turcos favorece,
Mercurio nos promete desventura;
Júpiter quiere nuestra mala suerte,
Y está en la casa octava de la muerte.

»¿Qué quieres que te diga, gran caudillo,
Sino que aspecto tan contrario veo
A tu intención, que no puedo encubrirlo,
Aunque mas lo procara mi deseo?
Yo te advierto con ánimo sencillo
Los males y desdichas que anteeo,
Y que tenemos por contrario el cielo,
Cuya impresion precisa hallar suelo.»

Alí-Bajá, que atónito escuchaba
La mal afortunada profecía,
Al nigromante Xiloes atajaba,
Diciéndole: «Mañana es otro día;
Mas él con voz mas alta replicaba
Conforme á verdadera astrología:
«La hora en que hiciste la pregunta,
El fin denota y el suceso apunta.

»Y acierta en nuestra injuria de tal suerte,
Que antes que el sol comparta su jornada,
Mañana en la docena hecho fuerte
Estará el sol, y Cintia retirada;
El Nioto bravo con Saturno fuerte
Tendrá dentro en la nona su posada,
Que es señal de amenaza conocida
A nuestra religion envejecida.

»¿Dónde te subes, crudo Sagitario,
Que el arco tiendes sobre el rojo Oriente?
De turcos oh pestífero adversario,
Propicio amparo de cristiana gente!
Mañana con furor trasordinario
Saldrás de ver á Júpiter clemente,
En el signo de Píeis colocado,
Bien que un poco estará retrogrado.

»El cual tuvo al felice nacimiento
Este de don Filipe altivo hermano,
Por acendente, próspero argumento,
Porque tambien lo fué á su padre anciano;
Y estar en Libra el sol agora sienta
A mala dicha, porque el rey hispano
Nació predominando aqueste signo,
Por quien mas daños nuestros adivino.

»Así que, por la mágica y figuras
Que tengo, como has visto, consultadas,
Los hados nos fabrican desventuras,
Comun peligro á gentes ensalzadas;
No trato de diversas conjeturas
De cosas que me fueron reveladas
Durmiendo, cuando el sol los indios doma;
Pero mas evitar puede Mahoma.»

El Bajá, con sereno y grave gesto,
Aunque risueño un poco en el semblante,
Responde: «Si hiciera caso desto,
No fuera el Macedonio tan constante;
El cielo y el infierno echen el resto;
Que yo seré mas firme que diamante;
De la vida triunfar puede la muerte,
Que no de la virtud del varón fuerte.

»Cuanto mas que, si el alma no me engaña,
Que dicen que de suyo es adivina,
Ni tengo por dudosa esta hazaña,
Ni por cierto el saber de tu doctrina;
Fantasmas y planetas son patraña;
Los sueños sueños son, no ley divina,
No mas; véte á dormir, y de lo dicho
El silencio te encargo y entredicho.»

Iban las dos armadas á porfía,
Con orgulloso brio de encontrarse,
Porque el tiempo y lugar les ofrecía
Deseo y ocasion de señalarse;
Mas la turquesca leda el mar hendía,
Que el viento la llevaba sin pararse,
Y por el consiguiente los cristianos
Mueven la suya á paro ardid y manos.

En esto de la noche tenebrosa
Las negras alas ya se recogian,
Y en la region de oriente calurosa
Visos de nueva lumbre parecian;
Ya en distinto color cualquiera cosa
Los ojos corporales discernian,
Y daba su principio el sol lumbroso
A un día muy solene y muy famoso.

Llegado ha el punto ¡oh gran hijo de Carlo!
Que me cumple tener nueva armonía
Con tan subido plectro, que huscarlo
Sin ti bien excusado me sería;
Mas contigo, Señor, pienso hallarlo,
Pues ha llegado ya el bendito día
En que por tus efectos extremados
Se cambia el duro curso de los hados.

Y que al proceso largo trabajado
Se acaba de cerrar aquí la puerta,
Y el próspero principio milagroso
La deja al bien de par en par abierta;
¡Oh Carlos Quinto, emperador famoso,
Que en el cielo tendrás noticia cierta
De la victoria insigne que allí suena,
Cuántas gracias darás á quien la ordena!

El turco en popa, y el cristiano á remo,
Desigualmente parten el camino;
Va la atalaya en el cárces supremo
De cada parte puesta de continuo;
El hondo lago se turbó en extremo,
El trance presintiendo ya vecino,
Que aun en las cosas sin entendimiento
De casos graves vemos sentimiento.

Las ondas espumosas, impelidas
Del feroz ejercicio y vehemencia,
Andaban entre sí como rebélicas
Con nueva alteracion y diferencia;
¡Oh mar lónio, que de tantas vidas
Viste el extremo punto y residencia,
No es lícito que ignore el nombre tuyo
La fama, ni le quite lo que es suyo.

Antes de agora ya fuiste sangriento
Por obsequias de aquel que en el Senado
Rindió á estocadas el vital aliento
Después que al mundo había sujetado;
Y así, Augusto, siguiendo el vencimiento,
Muestra de César ir acompañado;
Marco Antonio huyendo es buen testigo
Que aun muerto César es fiero enemigo.

Y tú, egipcia cruel, desconocida
En aquel mismo extremo que hermosa,
Sin orden anticipas la huida
De aquel que fuiste siempre victoriosa;
Después con nueva súbita fingida
Le obligas á tomar muerte penosa,
Y tú con otra tal, ¡oh caso extraño!
Haces venganza en tí para mas daño.

No fuiste tú, Cleopatra, la primera,
Ni la postrera entiendo que habrás sido
De las que en desigual tiempo y manera
El odio y el amor han pervertido;
Olvidan cuando amar mejor les fuera,
Aman cuando les es afán perdido;
Sus disfavores matan y despechan,
Sus favores ni sanan ni aprovechan.

Mas en tanto que en esto he reparado,
Ya la sazón se acerca que me obliga
A no tratar de amor y su cuidado,
Que no es deste lugar esta falga;
Marte se encrueldace, fiero, airado,
Y para que su intento se consiga,
Un bélico y furioso ardor influye
Que las almas oprime y relarguye.

Ya llegaba la hora; ya se siente
Seña espantosa del naval conflicto,
Ya se ven las armadas frente á frente,
Hiriendo el cielo con horrible grito;
El inclito don Juan manda á su gente
Que enarbole el pendón santo y bendito
En que estaba el retrato soberano
De aquel que redimió el linaje humano.

Las tres insignias de la santa Liga
Al mismo punto fueron levantadas,
Y con aplauso de la grey amiga
Devotísimamente saludadas;
Las velas de la pérdida enemiga,
Del fresco viento llenas y hinchadas,
Cortan el agua con ligero vuelo,
Amenazando el mar, la tierra, el cielo.

Los anchos remos solo de ornamento
Altos de cada banda les servían;
Y así, á la vista con notable aumento
Mayores las especies se ofrecían;
Crece en los turcos el brioso aliento,
Y el ánimo pujante que traían,
Porque sin duda alguna les parece
Segura la contienda que se ofrece.

De tal manera vienen confiados,
Y así el orgullo bravo les crecía,
Que los captivos mismos bautizados
Lloraban, y entre sí alguno decía:
«¡Oh Hesperia, madre antigua de esforzados,
Amparo de la Iglesia sacra y pia,
¿Qué infundes en los pechos de varones
Para que se transformen en leones?»

«Que no deben ser hombres solamente
Los que á deshora buscan esta armada,
Cuya ferocidad, braveza y gente
Es mas para temida que buscada;
Si el retirarse á veces es decente
Al que ve la ventaja declarada,
¿Cuánto mas ser debiera necesario
No acometer agora á tal contrario?»

«Yo, triste, en la miseria de mi vida,
Sujeta á cárcel espantosa y dura,
Consolaba el dolor de mi caída
Con no temer mayor la desventura;
Mas ¿cuál alma de piedra endurecida
Podrá en este recelo estar segura,
Siendo la presuncion tan sospechosa,
Tan ardua la ocasion y peligrosa?»

«¿Cómo puedo no estar atormentado
Mirando este peligro y cuál me veo,
Entre el bando enemigo aherrojado
A pesar de mi vida y mi deseo?
Y agora nuevamente aprisionado,
Hecho inútil testigo ¡oh caso feo!
Mas ¿cómo podré sello, siendo parte,
Sin procurar morir de cualquier arte?»

Ya los devotos padres espuchinos
Con pia comision y mano llena,
Cumpliendo los caracteres divinos,
Daban absolucion á culpa y pena,
Cuando el mar descubrió dulces caminos
De ricas esperanzas, en que ordena
Un próspero principio á los cristianos
Y funesto prodigio á los paganos.

Quando el viento mejor les ayudaba,
Y el sol de todo punto habian ganado,
Negocio que á sus cosas importaba
Con daño nuestro casi declarado,
Calmó el aire, que intenso porfiaba,
Y céfiro faltó del otro lado;
Los bárbaros contrarios, que esto miran,
A Mahoma se quejan y suspiran.

Mas con lento remar el mar abriendo
Mañosamente, aquella y esta armada
En orden de lidiar se van metiendo,
Segun la traza que antes les fué dada;
Sin duda el espectáculo estupendo
Fué aquí mayor que el fin de la jornada,
Así como del reo la conciencia
Siente mas el temor que la sentencia.

No hay rostro allí que la color no mude,
No hay corazón que no se valga dellas,
Porque la sangre al noble miembro acude,
Y á la necesidad que le atropella;
Agora pues, decidad, por quien yo pude
Historia al mundo propener tan bella,
Dame el motivo de la sacro aliento
Para llegar al fin de su argumento.

Informa mi sentido de lo cierto,
De cuáles y de cuántos escuadrones
Vintieron juntos del latino puerto
Y de las ismaelíticas naciones;
Qué bajelas, qué ardidés, qué concierto,
Qué capitaneas, qué armas, qué blasones
Trabaron sobre el piélagro profundo
La batalla mayor que fué en el mundo.

La junta causa y santo presupuesto
De la notable empresa de cristianos,
La importancia del caso, y el honesto
Celo del Papa, el Rey y venecianos,
Y el inclito valor, ya manifiesto,
Del hijo de Austria, á todos los humanos,
Habian convocado y conducido
En las aguas poder jamás oido.

En cuatro bandas iba repartida
La poderosa armada de cristianos,
Conforme á la ordenanza esclarecida
Que en los puertos se dió cicilianos;
El cuerpo de batalla en que presida
Don Juan de Austria, terror de los paganos,
Que relumbraba en su real galera
Como el latonio rey sobre su esfera.

El cuerno de la diestra estaba á cuenta
Del sabio y fuerte Juan Andrea Doria,
Por la virtud que en él hoy representa
De sus abuelos claros la memoria;
Otro siniestro cuerno se presenta
Al gran conflicto y la naval victoria;
Agustín Barbarigo lo gobierna
Para hacer su fama sempiterna.

En retaguardia y de socorro viene
Aquel de Santa Cruz, cuya fortuna
El primero lugar en armas tiene
En todo cuanto miran sol y luna;
En estas cuatro escuadras se sostiene
La gente que por Dios se hace á una:
Dichosa union, dichoso ayuntamiento,
Que tiene la verdad por fundamento.

Las naves, por el tiempo detenidas,
Léjos andaban por el mar vagando;
Mas las seis galeazas que traídas
Fueron hasta aquel punto remolcando,
En tres partes delante divididas,
Estaban al Bajá desafiando,
Como castillos fuertes artillados
Sobre las aguas hondas levantados.

Las armas de metal acicaladas,
Reverberando el sol, lucir se vian,
Las banderas de sedas variadas;
Al aire tremolando, el mar cubrían;
Las flámulas ondean prolongadas,
Los gallardetes bellos se movían,
Los pífanos resuenan y atambores,
Trompetas, añañiles y clamores.

Fragatas ligerísimas volaban
Aquí y allí con hombres de respeto,
Alistando las cosas que importaban
Para meterse en orden mas perfecto;
Las galeras el fin aseguraban
En favor del católico conceto.
Por ir, como iban, al peligro urgente
Interpoladas acordadamente.

Una de España y otra del romano,
Otra de Ausonia y otra de Liguria,
De Malta y de Saboya y del Sicano,
Mezcladas todas con la libre curia;
En esta forma con acuerdo sano
Van á domar la prepotente furia,
Y aun en cada bajel tambien se via
La misma diferencia y armonia.

Un mismo caso y una misma suerte
Tocaba en general y á cada uno;
Y así, la confianza era mas fuerte,
Mayor la fuerza y el poder mas uno.
¿Quién librará mi voz de olvido y muerte?
Quién del profundo reino de Neptuno
La sacará ofrecida al sacro templo,
que es de virtud el premio y el ejemplo?

No contaré yo aquí los varios nombres,
Las divisas, blasones y señales
De las galeras, pues que sus renombres
No son del hecho partes esenciales;
De aquellos altos y famosos hombres
Que por sus obras fueron inmortales,
De aquellos trataré, que al hijo austrino
Siguiéron por el áspero camino.

Venia á punto en la réal cuadrilla
El justo don Lúis de Requesenes,
Teniente de don Juan, y de Castilla
Comendador mayor, pujante en bienes;
Venía del que está en la santa silla
De aquel que á Malco ensangrentó las sienes,
Un sobrino, no indigno de tal tío,
Miguel Bonelli, joven de alto brio.

El príncipe de Parma está presente,
Del réal tronco generosa rama,
Infundiendo en cualquier suerte de gente
Valor que incita y mueve á ganar fama;
Y el príncipe de Urbino, decendiente
Del monte hercúleo, que á virtud le inflama
Tanto, que en armas, opinion y estima,
De muchos, con razon, tiene la prima.

Marco Antonio Colona, aquel romano
Y en todo señalado caballero,
Y esotro resolutivo veneciano
Que se intitula Sebastian Venero,
Allí están; ese conde Suriano,
Retrato natural de español fiero,
Aunque su gente ilustre viene hoy día
Del magno Escandarbeg, rey de Albania.

De Cárdenas el buen don Bernardino,
Puesto por sus grandezas en la cumbre,
Es del claro escuadron sujeto dino,
Lleno de fortaleza y mansedumbre;
Don Miguel de Moncada, peregrino
En ingenio y valor, de virtud lumbré,
¿Cuán bien se muestra allí, cuán bien parece
Con el francés blason que le ennoblece!

Paule Jordan Ursino, ilustre Marte,
Duque de los antiguos de Braciano,
Asegurando estaba por su parte
El caso del ejército cristiano;
Bien cerca del católico estandarte
Estaba Salazar el castellano,
Singular en esfuerzo, y conocido
Por soldado bravísimo y temido.

De Figueroa el buen don Lope liberio
A la réal galera conducido
Fué, por ser al guerrero ministerio
Ministro para ser siempre escogido;
Su bandera llevó, sin vituperio
De su alférez, aunque era conocido
Por hombre de respeto y buen soldado;
Mas fué don Lope en todo reatado.

Y tú, conde de Pliego, que al servicio
Del Austria en paz atiendes justamente,
Hoy muestras ser las armas el oficio
A tu familia mas perteneciente;
Tu hijo es dello mismo claro indicio,
Como galán y de ánimo valiente,
De fuerte pecho y corazon sencilló;
Llámasse con razon don Luis Carrillo.

Don Martín y don Pedro de Padilla,
Y el colonés Pompeyo, heotóreo bando;
Mos de Leni, que rige y acaudilla
Los bajeles del duque venerando;
Don Juan el de Cardona, que es semilla
Del alto rey católico Fernando,
Sobre la armada está ciciliana
Haciendo de sí muestra mas que humana.

Tú, insigne veneciano, Canaleto,
El cuerno cierras que confina en tierra,
Y tú tambien, Espinola perfecto,
Héctor en nombre y Héctor en la guerra,
Fuiste del ginovés senado cieto,
Por la industria y valor que en tí se encierra,
Para que en sus galeras presidiezes,
Y al crédito con obras respondiezes.

Otavio de Gonzaga, el mantüano,
Espejo de la gala y valentía,
Allí viene vestido al uso hispano,
Lleno de fiero orgullo y bizarría;
Y aquel mancebo insigne sevillano,
De Saavedras norte y clara guía,
Don Fernando, el perfecto caballero,
Del Castellar es único heredero.

Del cuerpo de batalla al lado diestro,
Algo distante estaba el gran baillío
De Alemania, esperando algun siniestro,
Si bien honroso y claro, desafío;
Del arte militar era maestro,
Pero hizo de industria aquel desvío,
Por ser la capitana su galera,
Y no tener lugar, como quisiera.

Entre las cruces blancas relumbraba
Aquel mancebo ilustre á quien los hados
Quieren romper el hilo que llevaba
Entre todos los bien afortunados.
¿Oh parca robadora, atroz y brava,
De tantos años verdes mal logrados!
¿Qué despojos verán hoy tan preciosos
Deste bajel tus ojos envidiosos!

Parténope aperciba el doloroso
Lamento, y despojada de su arreo,
Entone, como Tracia, en son lloroso
Tristes endechas por su nuevo Orfeo;
Y tú, convento insigne y religioso
Que la cruz blanca tienes por trofeo,
No olvides los heróicos caballeros
Que con sus muertes honrarán tus fueros.

¿Dónde llevais; oh hados! mi memoria,
Que dejó la reseña que hacía?
Don Diego Enriquez, ¿dónde va mi historia
Sin tratar de tu esfuerzo y gallardía?
Partícipe serás de aquella gloria
Que el de Austria mereciere en este día,
Pues tú y el tercio ilustre que gobiernas
Haréis con sangre hazañas sempiternas.

Ascanio de la Corna se me ofrece,
Invencible, sagaz y poderoso,
Y Gabrio Cerbellon, en quien florece
De Milan el blason maravilloso,
Y de Vicari el conde, que merece
Título entre los fuertes de famosos.
¿Oh gran Garrafa, buen prior de Hungría!
¿Quién tus loores explicar podría?

Eminente en persona y estatura
Está don Luis de Córdoba mostrando,
En su grave ademan, tallo y postura,
La calidad antigua de su bando;
Y Tiberio Brancazo, que es figura
Del que mas punto y ser adquirió obrando,
Pues en cosas de honor su voto solo
Se tiene por oráculo de Apolo.

Don Diego Lopez de Mendoza, hermano
De aquel del Infantazgo duque egregio,
Estaba con las armas en la mano
Refrendando su antiguo privilegio;
Y don Pedro Velazquez, noble hispano,
De prudencia y bondad limpio colegio,
A la fama haciendo estaba cargo
Para que hable del por tiempo largo.

Menospreciando el tiempo y la fortuna
Con ánimo quieto y poderoso,
A punto de lidiar se ve el de Luna,
Del señor de Cedillo hijo honroso;
Jóven que comenzó desde la cuna
A ser modesto, sabio y generoso:
Del gran don Pero Ponce es heredero,
Del conde don Juan Ponce hijo primero.

Tres rayos de la guerra belicancos,
Tres nortes de la gala y gentileza,
Tres caballeros, digo, en todo hermanos,
Honor de la milicia y la braveza,
No menos vienen fuertes que losanos,
Francisco y Juan, crisoles de nobleza,
Don Agustín magnánimo y sencillo,
Del nombre de Mejía y de Carrillo.

Entre estos, de valor mas que ordinario
Para las armas, bélico ejercicio,
Es de la armada general vicario
Don Jerónimo, antidoto del vicio:
Manrique es su renombre extraordinario;
Lleva de Inquisidor el santo oficio,
Por bondad, por virtud y suficiencia,
Por calidad, por letras y conciencia.

En estos personajes consistía
La armada, y otros que nombrar debiera
Si, como la verdad de parte mía
Está, el ser importuno no temiera;
Y mas, que Ali-Bajá me impediría
Cualquier tardanza con su fuerza fiera,
Porque se acerca en armas tan potente
Que está de dilaciones impaciente.

Viene en forma de luna medio llena
Su armada, largo espacio el mar cubriendo,
De la cual el siniestro cuerno ordena
Luchali, calabrés, cruel y horrendo,
Vecino de la patria á quien condena
De los doce el discípulo estupendo,
Que se perdió tratando en mercancia
Que mas que cielo y ángeles valia.

Su hijo Carabey sigue al cosario,
Retrato suyo en la perfidia y maña,
Con otros dos de esfuerzo extraordinario;
De Caramustafá, dañoso á España,
Cauracial, intrépido adversario,
A los demás anima y acompaña;
Caurali, Caraperi y Tramuntana,
Dramustals, Dardagan y Alfermidana.

El cuerno diestro dado á cargo estaba
A Siroco, el cosario belicoso;
Mahumet cerca deste se hallaba
En bajel de fanal grande y hermoso;
Asiscayá y Ustref, de fuerza brava;
Osman y Califer, supersticioso
Y en vano sacerdote y agorero,
No tanto como Xiloes verdadero.

El cuerpo de batalla está al gobierno
De Ali-Bajá, caudillo memorable,
Que era del gran Selim preciado yerno,
En guerra y paz de término loable;

Venia en bajel hecho á lo moderno,
De madera y beldad tan admirable,
Que nunca el ancho mar ha sostenido
Otro mas acabado ni lucido.

Traía enarbolado aquel persiano
Estandarte al Sofi ganado en guerra,
Por el primer Selim, fiero otomano,
Cuando lo destruyó en su propia tierra,
Para mostrar que no hay poder humano
Que vencido no entienda, en fin, que yerba:
Si al imperio se opone belicoso
Que enemigo venció tan poderoso,

Por esta causa á las batallas fieras
Los turcos, como cosa consagrada,
Llevaban sobre todas sus banderas
Esta seña tendida y levantada;
Siete ruedas á un lado como esferas
Tiene, y al otro cuatro, y estampada
Una proposición grave y devota,
De arábigo lenguaje, extraña nota.

Estaban á estas cosas añadidas,
Como blason de turcos verdadero,
Unas lunas mediantes y crecidas,
Y la carta que enseña al marinero,
Con letras que decían, construidas:
«Yo solo soy señor del mundo entero.»
Tal era de los scitas la arrogancia,
Y tal de sus victorias la jactancia.

A la real turquesca acompañaba
Número de bajeles infinito;
Partan-Bajá una escuadra acaudillaba,
En las guerras de Hungría turco invito;
Celebi el tesorero cerca estaba,
Raro en entendimiento y exquisito;
Amad-Agá por órden le seguía,
Gobernador de Tripol de Saria.

Así lo es de Galipoli, y se atreve
En voz soberbia á pregonar diciendo:
«A mi derecho brazo se le debe
De don Juan la cabeza que pretendo;
Hamet-bey de fanal sus velas mueve,
Caracosa también le va siguiendo;
Cambey, hijo del fuerte Barbarroja,
Vencer piensa con estos sin congoja.

Malamur, en el mar diestro soldado,
Gobernador del griego Metelino;
Suleman, por su fama aventajado,
Gulder, que en Xio es capitán continuo;
Probisaga y Damuz el renegado,
Reul y Tamumbeyo el hisanlino;
Carabive y los hijos del primero
Bajá, con Masyamet, ayo severo.

Largo sería si de gentes tantas
Refiriese los nombres numerosos,
No menos que contar todas las plantas
De los bosques filipicos sombreros,
O las estrellas que con luces santas
A media noche dan rayos fogosos.
O las ondas que el bravo mar de España
Levanta cuando está en su furia y saña.

No están mas enjambradas ni mas llenas,
En el fértil abril de año abundoso,
Las dulces y frutíferas colmenas,
Labrándose el licor almo y precioso,
Que las pujantes velas agarenas
Pobladas del ejército copioso,
De bastimentos, armas municiones,
Y de otras necesarias provisiones.

Bombas de fuego, máquinas terribles
De alquitrán, que en el agua mas se enciende;
Asta y flechas, llenas de empecibles
Yerbas, cuyo veneno presto ofende;
Arcabuces, mosquetes insufribles,
Cañones, de quien nada se defiende;
Y mucha confianza en la batalla,
Que es la mayor ventaja que se halla.

* En la edición de Toledo, de 1585, falta esta octava.

CANTO XXIII.

Estando las armadas para embestir, hace cada general razonamiento á su gente. Comiénzase la memorable y espantosa batalla. Mueren don Bernardino de Cárdenas, Barberigo y el conde de Britico, y suceden otros casos dignos de admiración, durando neutral el fin de la victoria.

¿Quién me dará la voz alta y facunda
Y el término eficaz que se requiere
Para cantar la guerra furibunda
Cuyo conflicto ya los aires hiere?
Aquella vena Homérica bien funda
De Frigia el fin, y su poder que muere;
Maron con gracia idónea y exquisita
Sigue sus pasos, y su estilo imita.

Estacio pinta á Tébas aislada,
Y otros autores otras cosas tales,
Y algunos, con industria celebrada,
Otros sucesos bélicos navales;
Mas en diversidad tan variada
Pudo el ser los sujetos casi iguales
Ofrecelle camino propio y cierto
Para imitarse en frásis y concierto.

Yo, que sujeto nuevo y peregrino,
Con menos suficiencia que osadía,
Escribir en mis versos determino,
¿Cómo podré llegar donde debria?
¿A qué poeta griego ni latino
Con apta imitación seguir podria,
Si cada cual en arte me precede,
Y el sujeto que trato al suyo ecede?

Porque en la edad pasada no hay noticia
De guerra ni conflicto semejante,
Ni el ejercicio de naval milicia
Pudo jamás estar tan adelante;
Ni el temple, que el acero beneficia
Hasta dalle fineza de diamante,
Forjado habian diestros oficiales,
Ni pólvora las furias infernales.

¡Oh caso memorable y espantoso,
Que con aquellas armas insufribles,
A cuyo efecto bravo y poderoso
Se prostran las murallas mas terribles,
Y el mas fuerte castillo, á que el peñoso
Asiento daba fuerzas invencibles,
Se venga á combatir en esta era
Sobre frágiles casas de madera!

Allí-Baja la vista deseosa
Fijó en las velas del cristiano alenta,
Y dijo: «Pocas son; mas Caracosa
Menor hizo la suma desta cuenta.
Ea pues, gente mia valerosa,
Tomad larga venganza desta afrenta,
Que en nuestra casa están los temerarios;
Mirad si quieren sernos tributarios.

»Del Gran Señor las fuerzas despreciando,
Temidas con razon eternamente,
La violencia dura contrastando
Del reino instable y húmido tridente,
Están nuestros umbrales infamando
Con osado rancor y altiva frente,
Como si ya las huestes otomanas
Se hubiesen convertido en sombras vanas.

»A tiempo somos pues acometidos,
En que no quedaremos agraviados;
La causa nos admite preferidos,
Y el efecto nos llama mejorados;
Sean hoy para siempre destruidos
Estos cristianos mal aconsejados,
Y pregone su misero suceso
La grave culpa de tan vano exceso.

»Temerán sin remedio lo que osaron
Cuando oprimidos por nosotros sean,
Aborreciendo cuanto desearon,
Y lo que sus bravezas acarrearán;
Cocerán el precio á que compraron
El breve confiar de que se arrearán;
Darles ha la experiencia de su daño
El último castigo y desengaño.

»No se requiero fuerza de razones
Para probar verdad tan eminente,
Sobran las oratorias persuasiones
Para animaros, turcos, brava gente;
Pierde ocasion quien ama dilaciones,
Que solo trae cabellos en la frente,
Y si una vez mostró la calva esquiva,
Es sorda, desdeñosa y fugitiva.

»La que habeis deseado está delante,
Poniéndoos en las manos la victoria;
Haced cómo la fama siempre cante
De nuestras alabanzas la memoria;
Y pues venir osaron á levante
Aquestos que codician nombre y gloria,
También se les conceda de atrevidos,
Si á precio della osaren ser vencidos.

»Moved pues esos brazos esforzados,
Y tomad posesion de aquella armada
Que aun no tiene don Juan tantos soldados
Que ensangrentar podais todos la espada;
Partán y Luchali tiendan sus lados,
Y cierrén á cristianos la tornada;
Que yo no temo en esta arremetida
Otro daño mayor que su huida.»

En esto la batalla presentada
Fué de un tronante tiro, y al momento
Del católico bando confirmada,
Respondiendo con dos al mismo intento.
La gran virtud de Carlos celebrada,
Y el mas que humano término y talento
Que mostró la experiencia en tiempos tales,
Hoy muestran en su hijo las señales.

Salta en un barco con alegre cara,
Con ademan heroico y generoso,
Como si por Madrid gallardo entrara,
Ya del fiero enemigo victorioso,
Por la armada discurre, y en voz clara
Les habla, y en estilo tan sabroso,
Que nunca Marco Tulio defendiendo,
Tuvo tal eficacia persuadiendo.

«Si nuestra buena suerte conocemos,
Caros amigos míos, les decía,
La justísima causa que tenemos
De cualquiera peligro nos desvia;
Si ventura y descanso pretendemos,
Si honra con provecho, hoy es el día
En que Dios con nosotros lo reparte;
Hagamos lo que toca á nuestra parte.

»Hoy de los altos cielos la influencia
Se muestra con aspecto á nos propicio;
Hoy la divina, eterna Providencia
Nos concede un inmenso beneficio;
Suyo es el caso, suya es la pendencia;
No es humana pasion ni otro artificio;
La Iglesia santa en fe representamos,
Y por Dios uno y trino peleamos.

»Y aunque este mar sagrado en lo profundo
Deposito nos fuese y sepultura,
Seria nuestra muerte invidia al mundo,
Y vida á nuestras almas mas segura;
Muestre pues cada cual pecho jocundo,
Y sepa aprovechar la coyuntura,
Que yo espero vencer, y no me obligo
A mucho, pues tal gente está conmigo.»

Esta amonestacion, estas razones
Hicieron tal efecto en los soldados,
Que no les caben ya los corazones
En los feroces pechos encerrados;
Huye el recelo y vuélvense leones,
De amor, fe y esperanza asegurados;
Mas ¿quién al General entonces viera,
Que ya por vencedor no se tuviera?

Que Pompeyo, presago de sus males,
Causa fué en la farsálica caída
Dando de sí tristísimas señales,
Para quedar su gente destruida;
Así que, desta ejemplo y otros tales
Nos queda por verdad clara y sabida
Que recambia el valor de solo uno
Sobre el ánimo y ser de cada uno.

Estando las armadas ya vecinas,
A un esclavo cristiano Ali pregunta:
«¿Qué número de velas determinas
Con insignia española en esta junta? —
Noventa, dijo, cuento ponceatinas.»
Y el Bajá comenzó a perder la punta;
La disimulación perdió la rienda,
Aunque le cumple que esto no se entienda.

Dijo: «Si es vuestro día, y Dios lo quiere,
El os le dé, captivos; mas yo os juro,
Si fortuna el vencer me concediere,
Que no os dará mas pena el remo duro,
Ni el cómitre cruel que agora os hiere,
Ni de Constantinopla el fuerte muro;
Iros heis por albricias señaladas,
Libres á vuestras casas deseadas.»

Así hablaba el General severo,
Aunque en el rostro pena descubría,
Que, despojado del color primero,
Mortal amarillez en sí tenía.
«Mahoma, agora, dice, es cuando quiero
Que mires por tu honra y por la mia.
¡Arma, soldados, arma; y vos, canalla,
Arranca, boga, apríese á la batalla!»

La fiera tempestad y el son horrendo
De las espesas balas y cañones
Comienzan á tronar, y van creciendo
Apríese los nocivos turbulones;
A todos ensordece un bravo estruendo;
Los hechos valen ya, no las razones;
El hondo mar, gimiendo, se estremece,
El aire se condensa y oscurece.

No hay cosa en tal aprieto que no espante,
Todo amenaza inevitable muerte;
Que en una competencia tan pujante
No puede haber lugar ni escudo fuerte;
Solo el valor allí se ve constante
De la virtud, que no se rinde á suerte,
Y sabe despreciar, firme y segura,
Los mudables efectos de ventura.

Cual Austro y Bóreas vienen á encontrarse
En medio del invierno embravecido,
Y trabajando, luchan por mezclarse,
Ensordecido el mundo con ruido,
Vinieron las armadas á trabarse,
Y al pavoroso estruendo y alarido
Estremeciése el centro y el altura,
Y otro segundo caos temió natura.

Porque los poderosos elementos,
Bramando, pareció que se ofendieron,
Y fuera de sus límites y asientos
En nueva confusión se revolvieron.
¿Quién explicar podría los sangrientos
Y espantosos estragos que se hicieron
En poco mas espacio de un instante,
Especial en la armada de levante?

Vengan aquí las guerras fabulosas,
Trabadas entre dioses y gigantes,
Las encantadas lanzas espantosas,
A fuerza natural sobrepujantes,
Y salgan las corazas escamosas
Con los petos y escudos de diamantes,
Y aquellas mismas armas que al Troyano
Forjó la ardiente fragua de Vulcano.

Que otra batalla cierta aquí daremos
Entre hombres, y con armas sin encanto,
En la cual se verán cien mil extremos
Que al mundo dejarán eterno espanto;
Nueva gloria en vencer celebraremos,
Si en verso ó prosa puede caber tanto,
Una verdad purísima y sencilla,
Que á ser ficción, aun fuera maravilla.

Del juego de la brava artillería
A los turcos la pérdida tocaba,
Porque en las galeazas tanta había,
Que bien claro su efecto se mostraba,
Y porque á nuestra armada en este día
El ser bajas las prosas le importaba,
Y también porque quiso el otomano
Ganarnos, como dicen, por la mano.

Y así, volaron por el aire abierto
Algunos de sus tiros vanamente,
Y otros, ejecutando el golpe incierto,
Fueron de muy pequeño inconveniente;
Mas, como del moral el fruto es cierto
Todos los años infaliblemente,
Porque mete sus flores y verdura
Cuando el verano entrado le asegura;

Así de nuestro bando la prudencia
Había en sus consejos prevenido
Que, tardando en tirar con advertencia,
No hubiese tiro vano ni perdido;
Correspondió al intento la experiencia,
Mas el turco soberbio y ofendido,
De poderse vengar no desconfía,
A las manos llegando en la porfía.

Después que de la pólvora humosa
La niebla se ausentó y quedó esparcida,
Luego la seña ronca desdeñosa
Divulgó la sangrienta arremetida;
La multitud de bárbaros odiosa
Grita con algazara desmedida;
«Santiago» decían los cristianos,
Y volando se llegan á las manos.

El general de España, deseando
Tentar la mas difícil aventura,
A la real turquesca iba buscando,
La cual esto pretende, esto procura;
Y no podrá faltarles cómo y cuándo
Les dé el tiempo sazon y coyuntura;
Que no hay mas fácil cosa que hallarse
Dos que de veras tratan de buscarse.

Como tal vez caballos animosos
Con las herradas uñas van midiendo
Velozmente los sitios polvorosos,
Sus dueños el peligro no sabiendo,
Y al encuentro reciproco furiosos
Llegan, los fuertes pechos deshaciendo;
Así las dos galeras poderosas
Terribles se embistieron y espantosas.

Al son de los clarines y trompetas
Se embisten las demás embravecidas,
Con la furia que suelen ir cometas,
Dejando tras sí rayas encendidas;
No pasan por el aire las saetas
En curso mas veloz, siendo impelidas,
Que cierran las armadas, de quien pende
El bien y mal del hecho que se emprende.

Tal quiebra al embestir la palamenta,
Y tal de las del turco, mal su grado,
Siente en las obras vivas la violenta
Furia del plomo y hierro salitrado.
Y hace, cia, escurre, inquiere y tiembla
Remedios en su daño confirmado,
Hasta que ya del mar deja verse,
Y en breve espacio acaba de perderse.

Como toros valientes madrigados,
Heridos de aquel mal que llaman celo,
Suelen bramar por selvas y collados,
Con las uñas rayendo el duro suelo;
Y de su misma seña convocados,
Vienen á la contienda sin recelo,
Donde queda por guerra establecido
Cuál será vencedor y cuál vencido;

Tal fué el refido encuentro y fuerte saña
Con que las dos reales se encontraron;
Balas y flechas, golpes, fuerza y maña,
Heridas, muertes y dolor causaron;
Ciega y dudosa anduvo la maraña,
En cada parte dieron y tomaron,
Porque si treinta turcos perecían,
Sesenta en su lugar sobrevenían.

Que estaban por la popa tres bajeles
De nudosas escalas prevenidos,
Sustituyendo escuadras infieles
En lugar de los muertos y heridos;
Y así, fueron los inclitos fieles
Por una larga pieza resistidos,
Entre suertes de guerra desiguales,
Y el bravo resonar de los metales.

De final otros cuatro á los dos lados
La turquesca real también tenía,
Con la mayor braveza de soldados
De todos los confines de Turquía;
La de España tenía á los costados
Del Papa y de la libre Señoría
Las capitanas dos, donde el Venero
Venía y el romano caballero.

Por popa estar se ven la capitana
Del grave Requesene, sabio y fuerte,
Y la patrona, que de cortesana
Gente poblada viene á probar suerte;
La lid se aprieta aquí fiera, inhumana,
El mar en roja sangre se convierte,
Cual suele el Bétis con las grandes pluvias
Enturbiar su cristal entre aguas lluvias.

De Cárdenas el buen don Bernardino,
Ejemplo singular de caballeros,
Andaba con esfuerzo peregrino,
Queriendo en proa ser de los primeros,
Cuando una bala por el aire vino
A darle los honores postrimeros;
Tocóle en la rodela, y aunque fuerte,
No pudo serlo allí contra la muerte.

Mas no podrá su fuerza despojarte
¡Oh perfecto español! de aquella vida
Que debe el mundo para siempre darte,
Digna de tu virtud esclarecida;
La fama querrá obsequias celebrarte
Por la deuda que tiene conocida
A ti, que en su difícil sponso
Compraste con tus obras alto asiento.

A ti, que, siendo rico y generoso,
Y que de tu intencion por muchas vias
Diste con larga prueba el valeroso
Remate que á tu ser y á ti debías,
Y ya en madura edad, cuando en reposo
Lícita y justamente estar podías,
Fuiste á bordar con sangre generosa
La prosapia de Cárdenas famosa.

¡Oh invencible valor! Oh pecho fuerte!
Espejo de verdad y de fineza,
¡Cuánto pierde Castilla hoy en perderte!
¡Cuánto pierde en perderte la nobleza!
Mas pues muriendo triunfas de la muerte,
Nadie debe por tí mostrar tristeza,
Sino es tu mujer cara y hijas bellas,
Por la gran falta que harás entre ellas.

Reposa en paz, trasunto peregrino,
Que, pues de tí escribiendo se ennoblece
Mi estilo humilde, igualará al mas dino
Que á par del tiempo dura y permanece;
Tu nombre resonar se oirá continuo
En cuanto el sol hermoso se parece,
Y tendrá eternamente tu memoria
Mil siglos invidiosos de tu gloria.

Ya todas las galeras abordadas
Aquel naval conflicto acrecentaban,
Y las feroces armas, intrincadas
En sangre, de ambas partes se bañaban;
Sonaba el golpear de las espadas,
Los tiros espantosos no cesaban,
Avivase el furor, la saña crece,
Y Marte sin piedad se ensoberbece.

¡Quién al templado son de blanda lira,
Pues que fuese la del tracio Orfeo,
Podrá á un tiempo cantar enojos, ira,
Rabia, dolor, pesar, muerte y deseo.
La maña, fuerza y lo demás que admira,
Sobre el cerúleo reino de Nerco,
Donde llenas de tales accidentes
Se estaban oprimiendo tantas gentes?

Escudos, yelmos, astas va volcando
El turbio lago en raudos remolinos;
Quiébranse remos de uno y otro bando,
De gruesas hayas y teosos pinos;
El aire suena, en torno rebramando,
Herido de fogosos torbellinos,
Hierven las olas, cruje la madera,
Y el horrible combate persevera.

Trabada estaba la cruel porfía,
Y el discorde furor tan en su punto,
Que andar sobre las aguas parecía
En fiera lucha todo el mundo junto;
El confuso ruido y vocería
Se puede averiguar, que era un trasunto
Del espantoso reino inexorable,
Donde vive la muerte perdurable.

Con sus escuadras fuertes las reales
Lo último hacían de potencia
Por la victoria; pero están neutrales
Los arduos fines, y ella en contingencia;
Mas el de Santa-Cruz, viendo señales
De estar en su vigor la turbulencia,
Con el socorro acude y corre apriesa
Donde mayor peligro se atraviesa.

Y así, al tiempo llegó que, rodeada
La real de enemigos, sostenía
Contienda desigual y porfiada,
Sin un bajel que entonces la embestia,
Al cual por el través la Loba osada,
Galera insigne en que el Marqués venía,
La asalta poderosa, y de su intento
La defraudó con pena y escarmiento.

Apriétase de nuevo aquel conflicto;
El mar brama, revuelto y conmovido,
De balas vuela un número infinito,
Y de flechas exceso nunca oído;
La bárbara nación, según su rito,
Levanta al cielo el pérido alarido
Que al enemigo flaco es espantoso
En el marcial oficio sanguiñoso.

Estando así la lid fiera, inhumana,
Por el fogón á la real embiste
Una galera turca capitana,
Do la flor de genizaros asiste;
Mas don Pedro Zapata tanto afana
En remediar allí, y tanto resiste,
Que, como capitán diestro y valiente,
Aseguró el peligro y accidente.

Tenía este lugar á su defensa
Don Pedro en aquel trance comedido,
Cuyo valor, cuya bondad dispensa
El darle el punto aquí que le es debido;
Sucédele al revés de lo que piensa
Al orgulloso turco y atrevido,
Porque surtiendo en tanta fortaleza,
Forzoso es que se rompa su braveza.

Algunos, por entrar apriesa, dieron
En el undoso mar burlado salto,
Heridos de tal suerte, que tuvieron
A un tiempo fin sus vidas y el asalto;
Muchos casos de fama sucedieron
En medio de aquel recto sobresalto,
Y el capitán Domingo, en tal estrago
Fué mártir para turcos acago;

Porque hizo soltar la artillería,
Que á cargo suyo en la real estaba,
Cinco veces en la áspera porfía,
Facion que á nuestras cosas importaba;
Mas tanta multitud sobrevenía,
Que nuevo sucesor jamás faltaba
En los muchos lugares que soldados
Dejaban con morir desamparados.

Los arroyos de sangre que corrían
Las aguas en color diferenciaban,
Donde los cuerpos miseros bebían
La que por muchas partes derramaban;
Armas defienden, armas ofendían,
Y tan confusamente se mezclaban,
Que algunos vivos se juzgaban muertos,
Y otros muriendo estaban dello inciertos.

Tal del furioso tiro reservado
Vió sus colaterales piezas hechos,
Sangriento su vestido, y ruclado
Con sesos de los otros ya deshechos;
Y tal de sutil bala traspasado
Por mitad del costado ó de los pechos,
Aquel sano, por muerto se juzgaba,
Y este muriendo, nunca lo pensaba.

Los unos por matar mueren contentos,
Los otros por vencer danán la vida;
Las ya cansadas fuerzas sin alientos
Vuelve á corroborar ira encendida;
Ansias, fatigas, penas ni tormentos,
Calor, sed ni otra plaga allí es sentida:
Tanto promete el fin de la victoria,
Tanto puede el amor de fama y gloria.

¡Oh inmenso Dios, que cielo y tierra miras,
Y todo está presente á tu presencia,
Tus secretos escondes y retiras
En tu divino ser y providencia!
¿Cómo se aplacarán tamañas iras?
¿Qué fin ha de tener tan gran pendencia,
Pues parece que pende desta guerra
El general dominio de la tierra?

¡Por ventura, Señor, querrás que sea
Tu pueblo castigado y perseguido?
¿Habrás por bien que el mal profeta vea
El suyo en nuestra sangre ennoblecido?
¿Permitirás que el bárbaro posea
Los reinos que ha usurpado y adquirido,
Y su poder ensanche y monarquía
Con el principio alegre deste día?

La gloria de Israel fué destruida,
Y el misero Saul, rey desdichado,
De sí mismo verdugo y homicida,
En Gelboe acabó desesperado;
Los filisteos, gente descreída,
Le dieron tan mal fin por el pecado
Que hizo en dar la vida al grueso rey,
Contra los estatutos de tu ley.

Porque Eli, sacerdote, era vicioso
En no dar á sus hijos documento,
Le ganó su enemigo victorioso
El arca del divino testamento;
Pues dime, Padre eterno piadoso,
¿Ha de venir á tierra el fundamento
De la Iglesia, que tanto ya quisiste,
Y con tu mismo Hijo enriqueciste?

No lo consentas, Dios y Señor mío,
Por la tu diestra mano poderosa,
Pues tu lugarteniente, Quinto Pio,
Con fe viva te sirve y religiosa;
Mira del rey cristiano el albedrío
Dedicado por tí en cualquiera cosa
Al culto de tu ley y tu servicio;
No olvides su devoto sacrificio.

David pudo, de tí favorecido,
Tal gracia merecer por ser constante,
Que salió vencedor esclarecido
De la proterva vida del gigante;
Y lo que una gran hueste había temido
Emprendió solo y acabó triunfante,
Con cinco piedras de que se previno,
Invocando á tí, que eres uno y trino.

David es tu don Juan, y sus plisadas
Sigues por ensalzar tu nombre santo;
Selim, con manos impías y malvadas,
Es gigante que al mundo pone espanto;
Tres piedras son tres fuerzas colegadas;
Dales tal preminencia y poder tanto,
Que se extirpe y confunda desde luego
El pérfido Alcoran del bando ciego.

Tal era pues la máquina importuna
Con que la gran contienda se extendía,
Que poder escapar persona alguna
Aun el mas animoso no creía;
El vario disponer de la fortuna
Atrado contra todos se ofrecía,
De hierro, bronce, fuego y muerte armado,
Y de espantosas ondas rodeado.

No pasaré callando, ¡oh Barbarigo!
El ardid poderoso que tuviste
Contra Siroco el bravo, tu enemigo,
Con quien cerca de tierra competiste;
La vida le costó lidiar contigo,
Con grande estrago que en su gente hiciste;
Y tu escuadron, valiente en la perfia,
Mostró bien que tu brazo le regia.

El hijo de Oria, que en naval gobierno
Es igual al mayor de todo el mundo,
Había extendido hácia el mar su cuerno
Con discurso sagaz, alto y profundo;
Porque el virey de Argel, furia de infierno,
Que en mafia no pensó tener segundo,
Había á posta el suyo prolongado
Para embestir con él por el costado.

Mas no mucho después, arremetiendo
El Calabrés por medio del vacío
Que el de Oria dejó, su cuerno abriendo,
Pensó de paso ejecutar su brío;
El Ginovéa, con priesa revolviendo,
Cierra con el tarquesco poderío,
Cumpliendo aquel proverbio, que ordinario,
De cosario, decir suele, á cosario.

Era la hora que el mejor planeta
Estaba en la mitad de su camino,
Cuando entre las reales mas se aprieta
Trabada lucha con furor sanguino;
Los que profesan la burlada seta
Y los que á Dios adoran uno y trino,
Nunca el odio mortal y diferencia
Mostraron con tan áspera pendencia.

Arrimado al católico estandarte
En la alta popa el buen don Juan estaba,
Igual en todo al poderoso Marte,
Como su clara sangre le obligaba,
No cercado de muro ó baluarte,
De hondo foso ó espaciosa cava,
Antes sujeto al peligroso hado
Del mas sin nombre y misero soldado.

Pero su corazón, de esfuerzo lleno,
Desprecia el riesgo extraño y aventura,
Y en su rostro se ve un cielo sereno,
Que la victoria á todos asegura;
Allí-Bajá tambien, de miedo ajeno,
A su legislador promete y jura
Edificar un templo y relicario
Si le deja triunfar de su adversario.

Este fué el día verdaderamente
Mas nuevo en todo á la memoria humana,
Y donde se entendió mas evidente
Del valor la ecelencia soberana;
Dame el licor de tu castalla fuente,
¡Oh gran Maestro de la ley cristiana!
Para que saque deste mar profundo
Los que hacer famosos debe el mundo.

¡Oh principe de Parma, cuán valiente
De tu gran corazón prueba hacías!
¡Cuán grave horror en la otomana gente
Con obras inmortales infundías!
Ninguno de los tuyos miedo siente;
Porque, visto el desauado que tenías,
Lidiaban ya con firme presupuesto
De que el vencer estaba manifiesto.

¿Quién explicar podría del Urbino
El inclito valor y fortaleza
Con que mostraba al bando sarracino
De su familia antigua la nobleza?
Y tú, Agustín, ingenio peregrino,
Barbarigo, á quien dió naturaleza
Mas partes que estimar que vida larga,
Pues ya la Parca en tí el golpe descarga;

No sientes el morir que flecha odiosa
Te causa aprisa, ¡oh noble veneciano!
Conhortado de ver que la dudosa
Contienda va oprimiendo al otomano,
Y en especial después que victoriosa
Quedó la fuerza del poder cristiano,
A cuyo precio por muy bien perdidas
Afirmaste que dieras cien mil vidas.

Don Juan, preclaro nombre de Cardona,
Que con su capitana el cuerpo cierra
De la batalla, donde no perdona
Al pasar Luchali, diestro en la guerra,
Señaló heroicamente su persona
Herido y maltratado, y aun destierra
De sí cualquier beneficio y cura
Mientras está el vencer en aventura.

Si por industria y raro ardid no fuera,
Segun fué con ventaja contrastado,
Sin duda su bajel ya se rindiera
A la furia cruel del renegado;
Mas, como combatia mas afuera
De Alemania el Baillo, despechado
De no tener lugar en aquel día
Cerca de la réal, como quería;

(Bien como, no pudiendo ser primero
Toledo, que con Búrgos pleito tiene,
Por no serle segundo ni tercero,
En Cortes desviársele conviene,
Y juzga menor daño el ser postrero,
Con que su pretension viva mantenga,
Destá manera el inclito Baillo
A tal sazón estaba en tal desvío.)

Fué el malitís estandarte conocido
Del bravo y famosísimo cosario;
Y así, fué de una escuadra acometido
De seis galeras, desigual contrario;
El bajel se defiende esclarecido,
Con esfuerzo y valor extraordinario,
Hallándose desotros rodeado,
Cual de lobos novillo desmandado.

Comienzan helicosos instrumentos
A combatillo, y son tantos y tales,
Que á un muro de fortísimos cimientos
Bicieran fácilmente dar señales;
Cañones lanzan rayos violentos,
Fuegos lueven encima artificiales,
Vuela sobre él espeso torbellino
De balas, que se impiden el camino.

Quien vió toro feroz solemne día,
Cercado de canalla yerta y ruda,
Ser fatigado con tenaz porfia,
Con palos, cantos y con punta aguda;
El, animoso y bravo, todavía
Por hierros se entra y por vengarse suda;
Así entienda que está la gente ilustre
Dando á su religion corona y lustre.

Pudo el valor allí hacer su prueba
Y sustentarse mucho en la defensa,
Haciendo clara muestra, al mundo nueva,
Y al bando descreído larga ofensa;
Mas, aunque la razon el caso aprueba,
Fortuna en tal milagro no dispensa,
Y la fe que á atrevidos tiene dada,
Con estos no la guarda, de espantada.

Aquí, de las heridas cediendo
El número á la cuenta de sus años,
Estaba el de Briático, y moviendo
A compasion los pechos mas extraños.
¡Oh rigor de armas sin piedad, horrendo!
¡A qué se estienden tus enormes daños,
Pues al que amaban Júpiter y Apolo
Pudo privar de vida Marte solo!

Entran los ismaelitas la galera,
O por mejor decir, su sepultura;
Pues antes que del todo se rindiera
Padecieron docientos muerte dura;
Quien tantos enemigos dentro viera,
Rendida el alma á la region oscura,
Llamara esta galera, aunque perdida,
Dichosa vencedora, y no vencida.

Rota al fin de la fiera muchedumbre,
Fuera de tres, no se escapó cristiano,
Y aquel que de virtud tiene la cumbre,
Cuyo nombre es Jofré Justiniano,
El cual, viéndose puesto en servidumbre,
Comenzó á repartir con larga mano
Dinero entre los scitas, porque fuese
El precio de su vida el interese.

Y así, herido, preso y dádivo,
Con maña, para ser siempre loada,
Sostuvo en aquel trance riguroso
La vida, que es de todos tan amada,
Hasta que con esfuerzo poderoso
Esta galera fué recuperada,
Y en un punto los turcos afligidos
Se vieron vencedores y vencidos.

PE-a.

Fué caso nunca visto eternamente,
Ver que sobre el ganarse una galera
Muriese tanto número de gente,
Y entre ellos tantos hombres de manera;
Corre al sagrado mar roja corriente
De sangre, que mezcló la guerra fiera,
Sin que de division diese señales,
Como en Tébas las llamas fraternales.

Por notoria verdad se entiende y sabe
Que obró con su persona y compañía
Esta restauracion Marcos de Isabe,
Capitan de discurso y valentía;
Navarra dél se precie y dél se alabe,
Pues, cuando no ganara en este día
Tanta reputacion, tal siempre ha sido,
Que debe ser honrado y preferido.

Mas, por presto que fué de nuestra parte
El religioso leño restaurado,
Había el calabrés ya el estandarte
De Malta al suyo con ardid pasado;
Y porque, si contrario fuese Marte,
Poder al retirarse ir disculpado,
Reservó por testigos aquel día
Dos cruces, en que el perro no creía.

Don Diego de Mendoza, puesto que era
De aquella religion, no se hallaba
A tal sazón presente en la galera
Que ilustre monumento se mostraba;
Porque iba en otra reforzada, que era
De cuatro que regia y gobernaba,
Haciéndose uno de los personajes
Que en la sala están hoy de los limas.

Con las obras, en fin, correspondiendo
A la grandeza y ser de sus mayores,
Que, del grave infantazgo duques siendo,
Han sido en la virtud emperadores,
Y vengando el ultraje brave, borrendo,
Que via en los demás comandadores,
Hacia en los contrarios tal estrage,
Que dellos baja al mar sangriento lago.

Marco Antonio Colona, acompañado
De coloneses, incóitos romanos,
Y fuertes caballeros, bando osado,
Que militaban con napolitano,
Sostenía un combate porfiado
De dos galeras grandes de otomanas,
Haciendo al mundo ver por experiencia
Del latino valor la alta excelencia.

Lo cual ni mas ni menos confirmaba
Paulo Jordán, león del nombre Urzina,
Tanto, que al parecer, se renovaba
La lid de sus mayores y el destino;
Junto al gran Paulo, que herido estaba
De un balazo, cayó Julio Naidino,
El caballero Arige y el Espina,
Y el noble Horacio, de la casa Ursina.

Aqueste muerto, aquellos mal heridos,
Y Virgilio también del mismo nombre,
A la inmortalidad dejó ofrecidos
Los despojos que á muerte debe el hombre;
En medio destas impetus crecidos
El Marqués, digno de especial renombre,
Digo el de Santa-Cruz, hace por ella
Que los contrarios tiemblen dél y della.

Don Agustín Mejía, que en belleza
De tallo, rostro, garbo y compostura
Era el extremo, junto al de nobleza,
De trato y condicion sincera y pura,
Mostró del bravo Marte la fiera,
Señalando en aquella coyuntura
Su persona, que, en todo señalada,
Es para ser temida y estimada.

Moria de los turcos entre tanto
Gran número sin nombre conocido,
En medio de aquel bélico quebranto
Que fué de los del mundo el mas refido;
Cuando entre los genizaros un llanto
Se oyó, y la causa dél fué haber perdido
A Genizar-Agá, caudillo bravo:
Eseas que le dió muerte un esclavo.

P

Dolió el trágico fin de aquel guerrero,
Así porque era amado grandemente,
Como porque se tuvo por agüero:
Vicio común entre agarena gente.
Dicen que allí en Bizancio un agorero
Había afirmado resolutamente
Que en este personaje consistía
El bueno ó mal suceso de aquel día.

Mas ¡oh vana ambición, falible ciencia,
Que las mas veces á hablar se atreve,
Llena de ambigüedad y de apariencia,
Porque cualquiera fin el vulgo apruebe!
Si el viento, sin divina providencia,
Del árbol una hoja nunca mueve,
¿Por qué presume el hombre, vil gusano,
De afirmar lo que está en divina mano?

¡base dilatando aquel conflicto
Con sangre de ambas partes derramada,
Cuando con valor raro y exquisito
Se mostraba el valiente Gil de Andrada;
De tres galeras del poder maldito
Su capitana estaba rodeada,
Que, no solo se ocupa en su defensa,
Mas hace en el contrario grande ofensa.

Vióse un ejemplo heroico y memorable
En don Juan Ponce de Leon el fuerte,
Y digno de que Córdoba del hable,
Solenizando el hijo de alta suerte;
Y fué que, habiendo con vigor notable
Rendido muchos turcos á la muerte,
De tres heridas bravas y mortales
Estaba ya en los términos finales,

Haciendo de su esfuerzo todavía
Prueba á costa y pesar de su enemigo,
Y á toda la galera en que venía
De su animoso pecho un buen testigo;
Mas, visto que tal vida se perdía,
Retíralle á curar quiso un amigo;
El dijo: «El alma Dios lleve á su gloria,
Que yo me sacrifico á la victoria».

Y prosiguió: «No es tiempo que heridas
Duelan, sino el común riesgo y su daño;
Pues no venenar, quedando con las vidas,
Sería mayor muerte y mas engaño;
De peces quiero yo que sean lamidas
Cuando este cuerpo esté del alma extraño,
Antes que, estrado vivo, buscar cura,
Perdiendo tiempo en esta coyuntura».

Tales palabras dice, y juntamente
Hace el deber triunfando contra el hado,
Hasta que de una bala el pecho ardiente
Por junto al corazón fué traspasado;
Y así partió el espíritu ecelenite
A buscar su lugar, por fe guiado:
La invidia y compasión en esta muerte
Litigan sin haber quién las concierte.

Mas la soberbia y arrogancia fiera
De los turcos, en número pujantes,
En su primero orgullo persevera,
Aunque faltaban ya muchos turbantes;
La autoridad católica y severa
Hizo pruebas allí tan importantes
Contra los obstinados mahometos,
Como se entenderá por los efectos.

Como en las selvas suele el primer frío
Del invierno abatir hojas á tierra,
Cuando el tiempo contrario al seco estío
Destrustra los matices de la sierra;
Pudo de don Juan de Austria, señor mío,
El bajel á los turcos hacer guerra;
Y así, daban al mar los cuerpos muertos
Y al infernal Pluton tributos ciertos.

Averiguada cosa es y sabida
Que en tantos ministerios diferentes
Como en los que consiste nuestra vida,
Preside el corazón, y de sus fuentes
Procede la virtud esclarecida
Que hace osados brazos y valientes,
Y que sin él, la fuerza y la destreza
No merece llamarse fortaleza.

Así de aquel mancebo generoso,
Ardiente corazón de aquella liga,
Un vigor redundaba poderoso,
Que se extendía por la gente amiga;
Al esquisle el de Pliego valeroso
Asiste, destrozando la enemiga,
Zapata en el fogón, y por la proa
Don Lope se ve estar de Figueras;

A cuyos piés de bala traspasado,
Cayó un soldado, en Málaga nacido,
Que por su nombre Ortiz era llamado,
Y por su esfuerzo para allí escogido;
Don Lope mandó fuese retirado;
Mas él, con ruego dijo encarecido:
«Por Dios, valiente y sabio caballero,
No me seais en esto tan severo.

»Antes mandad que yo arrojado sea
Dentro de ese bajel fiero turquesco,
Y que por sepultura le posea,
Ya que entrar en él vivo no merezco;
Yo moriré contento cuando vea
Que con el peso y golpe alguno empenzo,
Ya que con estas manos lo prohibe
La muerte, que en las suyas me recibe.»

CANTO XXIV.

Cuéntanse muchos casos dignos de memoria, y el glorioso suceso en favor de los cristianos: muere Ali-Bajá y quedan sus hijos presos, sin infinito número de muertos y captivos. Y en efecto se concluye la mayor hazaña de mar que por escrito al relacion se halla en la memoria de los hombres.

Llévame, presuroso pensamiento,
Sobre tus prestas alas levantado,
Por medio del diáfano elemento
A ver aquel conflicto portado;
Para que en cuanto abraza el firmamento
Suene por mí en estilo celebrado,
Que el tiempo no le gaste ni consuma,
Si tanto prometer puede una pluma.

Aunque el sujeto grande de que escribo,
Y el notable suceso de mi historia
De siglo en siglo fuera siempre vivo,
Sin que escriptos bícieran dél memoria,
Entodas las edades muy al vivo
Resonaran los ecos de su gloria,
Sin que por él algún ingenio humano
En pluma ni pincel pusiera mano.

Y aquellos que después de nos nacieran,
En todo el ancho globo de la tierra
Como presente caso repitieran
La importante victoria desta guerra,
Y todos los afectos se movieran
Con el precio que en sí tiene y encierra:
Que este notable hecho sin segundo
Sembró de miedo y de esperanza el mundo.

Los turcos temblarán con el sonido
De nueva para ellos tan terrible,
Y el católico gremio engrandecido,
Estado esperará mas apacible;
Que tú, claro don Juan, ejemplo has sido,
Mostrándonos cómo eres invencible,
Del derecho que lleva en las porfias
Quien defiende la causa que seguías.

El bravo estruendo del horrendo Marte,
El mar, la tierra, el aire ensordecía;
Haciendo cada cual de esfuerzo y arte
Los mayores extremos que podía,
La victoria neutral á cada parte
Con dudosa esperanza sostenía;
Cuando el hijo de Carlos eminente
Así hablaba á Dios omnipotente:

«Padre del cielo, que eres buen testigo
Del celo y propositos de mi vida,
Si quisieres en mí hacer castigo,
Tu voluntad eterna sea cumplida;
Mas no des el cuchillo á tu enemigo,
Que está en su obstinacion endurecida;
Toma de mí venganza por tu mane,
Sin hacer instrumento al otomano.

«Y si para el servicio y gloria tuya
Mil gente y yo permites que venzamos,
Ten por bien que esta guerra se concluya.
Pues eres la verdad que sustentamos,
Y no consentas que el pagano arguya
Contra la religion que profesamos.
Diciendo: «¿Dónde estaba el dios de aquellos,
Que no quiso venir á socorrerlos?»

Esto dicho, con ánimo espolea
Los suyos al combate peligroso;
Enciéndose de nuevo la pelea,
Y crece el trato de armas poderoso;
¿Quién hay entre los hombres que posea
Ánimo tan feroz y escandaloso,
Que al son terrible de un corrusco trueno
Se halle de temor libre y ajeno,

Con ser verdad que el rayo acelerado,
Rompiendo por lo flaco de la nube,
Las mas veces por alto levantado
A buscar su elemento propio sube;
Y si alguno á bajar precipitado
Hay que violentamente desennube,
No puede á todo el mundo hacer guerra,
Siendo tan ancho el globo de la tierra?

Pues ¿qué haría donde cada instante
Mil y mil rayos contra cada uno
Volaban con estruendo resonante
Sin poderles dejar reparo alguno?
Ya el sol se les quitaba de delante,
Ya arder se vía el reino de Neptuno,
Y ya del ejercicio violento
Andaban todos casi sin aliento.

Cuando la flor de España, pregonando
A voces: «Santiago, fe y victoria!»
En la real turquesca entró mostrando
Aceros bravos, dignos de memoria;
Tres veces hasta el árbol caminando
Llegaron con virtud clara y notoria,
Haciendo á pura fuerza de los brazos
A muchos de los turcos mil pedazos.

Mas otras tantas veces les convino
Hacia proa volver, aunque esgrimiendo
Y á paso tardo, sin dejar continuo
De estar matando aqui, y allí hiriendo;
Ali-Bajá, que ve su fin vecino,
Desde el estanterol sale corriendo,
Y valiéndose á veces de las manos,
Así dice á sus fuertes otomanos:

«¡Oh nacion valerosa y escogida,
Del Gran Señor escudos y vasallos!
No os turbe de estos hombres la atrevida
Furia, pues podéis della castigarlos;
La ocasion de mas cerca ya os convida,
Y aun fuerza á duramente contrastarlos,
Si vive entre vosotros todavía
Aquella gran virtud que antes solia.

«El remedio consiste en vuestras manos,
Y en el vil miedo todo el daño vuestro;
Acordáos cuántas veces los cristianos
Han sido oprimidos del linaje nuestro;
No hagais ¡oh Mahoma! que sean vanos
Mis justos ruegos, pues tu gente adiestro.»
Así el Bajá á los suyos animaba,
Y valerosamente peleaba;

Cuando cerca del árbol combatiendo
Los nuestros y los suyos duramente,
Sonaba de armas un confuso estruendo,
Son de trompetas y clamor de gente;
Ya de Cimesco el artificio horrendo
En esta parte usar no se consiente,
Y así, se ven hazañas extremadas
Que esculpen con sus filos las espadas.

Tal modo de lidiar no tiene duda
Sino que es el crisol de valentía;
Porque lo que pervierte, turba y muda
La atroz y detestable artillería,
No da lugar con su violencia cruda
A veces al esfuerzo y gallardía;
Ni debieran los hombres racionales
Con armas ofenderse tan bestiales.

¡Oh cruel y estupendo sacrificio,
Injuria grave de naturaleza,
Infame ardid del hombre, pues tu oficio
Se aventaja á los tigres en crueldad!
Espantable y pestífero artificio,
Alferrecia de la fortaleza,
Eres, pólvora, tú, mal de los males,
Hija de los abismos infernales.

Las flechas son tambien impropria cosa
Sino es para herir salvajes fieras;
La espada y lanza, en el que morir osea,
Son las armas mejores para veras:
Estas para ganar fama preciosa
Son del hombre las armas verdaderas,
Pues dan lugar á usar con mas certeza
El ánimo, la fuerza y la destreza.

Con lo cual compitiendo todo junto
La turquesca real, hecha estacada,
Era de folia un hórrido irasanto
Cuando con mas furor está mezclada;
No se pueden contar punto por punto
Las circunstancias desta lid trabada,
Ni aun los sucesos, trances ni fortunas;
Mas brevedad dispense para algunas.

Un soldado feroz, de nacion sardo,
El cuerpo atravesó de un turco fiero,
Con un arrojadizo y presto dardo,
Como á conejo suele el ballestero;
Mas el scita con ánimo gallardo
Sobre el asta restribe, y va ligero
A la venganza, y priva de la vida
Al soldado que dél era homicida.

Dicese deste mismo, ¡oh caso horrible!
Que ya cercase estando al trance fuerte,
Sobre un cristiano se arrojó terrible,
Que por muchas heridas sangre vierte;
Al cual con boca inmundada, aborrecible,
Los ojos sepultados ya en la muerte,
Las llagas muerde, y con la fria boca
Aquel cadáver misero provoca.

En este el secretario Juan de Soto
Cayó á los pies de su señor, de un tiro,
Tal que juzgar pudiera mas de un voto
Que habia dado el último suspiro,
Y aun el caudillo, como le es devoto,
Muestra el pesar que el memorable Ciro
Por Zopiro mostró cuando trocara
La victoria porque él no le faltara.

Mas, como el golpe fuese en la celada,
Que de una bien templada pasta era,
Presto se levantó, y con voz osada
Dijo: «A mas alto ser, ya muerto fuera.»
En esto nuestra gente señalada
Trais á mal andar la otra galera,
Y el claro nombre de victoria suena,
A pesar de la gente sarracena.

Ali-Bajá, que tal suceso mira,
Siente en el alma un áspero despecho,
Brama como leon, gime y suspira,
Animando su gente sin provecho;
Un rabioso dolor, ardiendo en ira,
Le rasga el corazon dentro del pecho;
Color de sangre le salió á los ojos,
Que testimonio fué de sus enojos.

Cualquiera de los males que sentia
Le pusiera en las manos de la muerte,
Si todos ellos juntos á porfia
No lucharan por ver cuál es mas fuerte;
Mas, de la gente brava que venia
Alguna espada habrá que los conierte,
Y alabarase, al menos, deste aprieto,
De que el saberse cuál, será secreto.

Mueren junto al Bajá cada momento
Muchos de los del bando mas lucido,
Que dentro un largo número sin cuento
Por segura defensa habia escogido;
Caian sin cesar de ciento en ciento,
Y él mismo andaba ya muy mal herido,
Mordiéndose de rabia entrambos labios,
Y diciendo á Mahoma mil agravios.

Mas no se quiso dar hasta que el pecho,
Abierto de herida penetrante,
Mostró camino al alma, y con despecho
Bajó por los abismos adelante;
Dado remate á aqueste grande hecho,
Cantóse la victoria resonante,
Y abatido el réal turco estandarte,
La cruz se enarboló en la misma parte.

El nieto de Filipe alaba el cielo
Por el notable y próspero suceso,
Aunque en el alma siente desconsuelo
De no haber al Bajá en su poder preso,
Para mostralle su piadoso celo,
Honrándole en extremo, pues en eso
Su condicion heroica no forzara;
Y su victoria ecelsa quillatara.

Fué tanto deste caso el sentimiento,
Que dijo: «No hay placer, al fin, cumplido,
Pues falta Ali-Bajá, porque mi intento
Usar mas bien no pueda del vencido.»
Responde el de Moncada: «¡Oh fundamento
De virtud generosa y bien cumplido!
Proseguid la vitoria, que yo creo
Habrá ocasion que os cumpla ese deseo.

»Dos hijos aquí están del otomano,
En quien podéis usar toda clemencia,
Y quien los hijos honra, es claro y llano
Que á los padres tambien honra en esencia.»
En tanto del rey nuestro el buen hermano
Busca con quién trabar nueva pendencia,
Dejando en el bajel ganado gente
Para él aseguralle suficiente.

Mas ya el vencer sin duda se endereza,
Y no son los contrarios los que suelen;
Que cuando al hombre duele la cabeza,
Todos los otros miembros tambien duelen.
Luchali, que esperado habia una pieza,
Y ve que los sucesos le compelen
A no esperar el fin de la batalla,
Al fin se determina de dejalla.

Y hecho al mar, por entre el cuerno diestro
Y el cuerpo de batalla de su alteza
Quiere escapar la vida de maestro;
Mas no pudo con tanta ligereza,
Que el de Oris, muy mas que él valiente y diestro,
Usando de su antigua fortaleza,
No embistiese las mas de sus galeras,
Echando á fondo dos de las mas fieras.

Con las otras combate duramente,
Y así, en todas las partes del conflicto
Se lidia con porfia vehemente
Y furor á los hombres inaudito;
La española réal furiosamente
Tres galeras embiste del Egipto,
Que, habiendo hecho resistencia alguna,
De Ali-Bajá imitaron la fortuna.

Mas no se alabará ninguna fusta
De que el de Austria con ella combatese,
Si aferrada con otra en guerra justa,
De bueno á bueno su deber hiciese;
Antes rehusa, como cosa injusta,
Que de aquella galera se dijese
Haber con otra alguna competido
Con desigual ventaja ni partido.

Y así, el experto cómitre llevando
Orden exprese de buscar bajeles
Que con sobra estuviesen contrastando
Contra alguno por sí de los fieles,
Esfetaba el generoso bando,
Y los desordenados infieles
En breve espacio ser reconocian
Poderoso enemigo el que tenían.

Puesto que Luchali apartado estaba,
Y con él de galeras buena suma,
Sin otra parte de quien ya triunfaba
La Liga santa con pujanza suma,
Era número tal el que quedaba,
Que será mucho cuando se resume
A ser igual al nuestro, segun era
Mayor antes que al arma se viera.

Y así, aunque declinaba á la caída,
No pudo de una vez tan grande armada
Quedar á una fortuna sometida
Ni del primer vigor desamparada;
Andando pues así la lid reñida,
Del fiero Caurali fué destronzada
La gran piemontesa de Saboya,
Como de griegos otro tiempo Troya.

Otras diez de Venecia padecieron
En aquella sazon ultraje horrible;
Mas, aunque las mas dellas estuvieron
Puestas del todo en el poder terrible,
Poco después recuperadas fueron
Con prueba de valor mas que invencible
De las de España, donde está sabido
Con mas fortuna haberse combatido.

En algunas de Italia estar se via
Un retrato del mundo abreviado,
Donde el amargo llanto y alegría,
El morir, el nacer anda mezclado;
Si en el fogan victoria se decia,
Por el esquisfe turcos han saltado;
La esperanza á los unos alegraba,
A los otros la muerte amenazaba.

Los hijos del Bajá con su galera,
Movidos del dolor cruel, insano,
Hácia su padre vuelven la carrera,
Creyendo que aun estaba vivo y sano.
Mas, vista su desdicha verdadera,
En el dicho espectáculo inhumano
Comienzan á sentir tan gran mudanza,
Que á manos della muere su esperanza.

Conocen su réal enajenada,
Y á nueva servidumbre conducida,
La saludable cruz enarbolada,
En lugar de su enseña conocida,
Su gente perecer desbaratada,
Sin orden, temerosa, destruida;
Ven el penoso y aciago día
Que sus honras y vidas desafia.

Terrible fué el horror, grave la pena,
Mas no por eso el llanto los detiene;
Que mal puede plañir la muerte ajena
Quien ya la propia suya cerca tiene;
Y visto lo que el tiempo les ordena,
Dispónense á hacer lo que conviene,
Que es esperar, las armas en las manos,
La pujanza temida de cristianos.

La capitana fuerte y poderosa
De aquel gran Requesenes eminente
Los embistió, y trabóse una espantosa
Batalla, si jamás la vió el tridente;
Porque el Bajá, con mano curiosa,
Habia puesto allí la mejor gente,
La mas aventajada y escogida,
Y estotra era cortada á su medida.

Mas ¡qué punto de honor, qué valentía,
Qué esperanza ó refugio podrá tanto,
Que sostenga á los turcos, si á porfia
Aumenta los peligros el espanto?
Victoria entre cristianos se decia;
De turcos no se escucha sino llanto;
Aquellos de ganados se mejoran,
Estos de muy perdidlos se empeoran.

Aunque á las veces suele en tal estado
Dar la desconfianza mas vigores,
Y vemos en un hombre, de apretado,
Nacer temeridades de temores;
Lo cual fué visto aqui y averiguado,
Pues andaban los impetus mayores
Cuanto menos derecho les quedaba
Y mas su triste fin se aceleraba.

Don Juan Mejía fué muy mal herido,
Sin otros muchos muertos que no cuento;
Y entró de los primeros atrevido;
Mas luego aseguró su atrevimiento
Don Fernando, mancebo esclarecido,
De Saavedras lustre y ornamento,
Y ese don Alejandro de Torrellas,
Cuyo renombre sabe á las estrellas.

Rindéronse y murieron peleando
Los turcos al temor y golpes fieros,
Las almas y la sangre vomitando
A vueltas de gemidos lastimeros;
Algunos con la muerte agonizando,
Y ya en los paroxismos postrimeros,
En el mar se lanzaban; ¡ved qué yerro!
Querer morir en agua, á fuego y hierro.

Los huérfanos mancebos, cuando vieron
Su muerte ó cautiverio inevitable,
Debajo de cubierta se metieron,
Esperando la suerte miserable,
Hasta que al fin de todos se rindieron
Con muestra de altivez tan notable,
Que nadie les oyó dar un suspiro
Ni á fortuna recitar del recio tiro.

Mas el de Santa-Cruz, que ya tenía
Un hermoso bajel supeditado,
Como el aguja al norte siempre guía,
O al punto cierto por donde es sacado,
Así tras la real lidia se via,
De su virtud y esfuerzo acompañado,
Y así como de Irlanda el can de ayuda
Le da á su dueño en la contienda cruda.

Los de la Loba todos á una mano
Hicieron al contrario cruel guerra,
Movidos del ejemplo mas que humano
Del caudillo famoso en mar y tierra;
Y tú, valiente jóven sevillano,
En quien linaje y ánimo se encierra;
Lidiando como tal, echaste el sello
De ser el Cid, oh don Francisco Tello!

Señalóse este día una galera,
Santa Nicola dicha por su nombre,
Que de la banda de Parténope era,
Mas ya otra nave de Argos en renombre;
Dos del Turco rindió, sin que se diera
A vida en ellas solamente un hombre;
Y aquí Pedro de Malta, bravo y fuerte,
Se libró de los fueros de la muerte,

Dándola á muchos turcos por su mano
Con no pequeña gloria de su tierra,
Porque era de nacion zaragozana,
Patria de gente insignie para guerra;
Nunca leon el suelo vió africano,
Ni tigre tal jamás la hircania sierra,
Ni el dictador romano en cuanto anduvo
Soldado mas valiente que este tuvo.

Y tú tambien, Antonio de Paredes,
Fuerte en obrar, y en el decir facundo,
Pues con la pluma á la caudal ecedes,
Y con la espada Marte eres segundo;
Tú renombre, aunque claro, mudar puedes,
Y llamarte de hoy mas por todo el mundo,
No Paredes, aunque altas, sino muros,
Mas que los de Semiramis seguros.

Pues que con el ingenio y fortaleza
Hiciste, señalando tu persona,
De la turquesca pérdida braveza
Gran sacrificio á Marte y á Belona,
Y con tu ejemplo, término y fiera
Moviste muchos á ganar corona,
Fijando mas trofeos soberanos
A los blasones altos trujillanos.

Don Alonso Bazan, hermano dino
Del Marqués, y por él disciplinado,
Mostró no ser de nada desto indino
Como animoso y plático soldado,
Y ayúdole este día el buen destino,
Por traer, como trujo, siempre al lado
Un honrado y perfecto caballero,
De blando trato y corazon de acero.

Don Antonio de Luna es por quien digo,
Hijo de aquella patria venturosa,
A quien por Garcilaso el cielo amigo
Mas que por Tajo hace ser famosa;
Este pues, contrastando al enemigo,
Correspondió á su estirpe generosa,
Mas él es tal, que el mismo extremo fuera
Si á solo su valor correspondiera.

De los Monsalves claros de Sevilla
Don Gonzalo está allí de Saavedra,
Causando en los amigos maravilla,
Mientras los enemigos de sí arredra;
Los pechos mas indómitos humilla;
Bien el roble mereca y bien la yedra,
Y haber, como ha, desde niñez tralde
El guion de don Juan esclarecido.

Dos soldados bravísimos, temidos,
En el mayor tropel y turbulencia,
Dentro del mar cayeron compelidos
De la turquesca saña y violencia;
Ambos valientes, ambos conocidos,
Que el uno era Juan Nuñez de Palencia,
Pedro Rosado el otro; ¡oh qué par este!
Capitan era aquel, alférez este.

El capitan desde el bajel contrario,
Siendo en el agua honda rebotado,
Con un turco de esfuerzo extraordinario
Estrechamente se arrojó abrazado;
Y en el salado centro al adversario,
Dejó y volvió á salir, habiendo dado
De su valor, no solo indicio al mundo,
Mas al horror del piélago profundo.

El alférez cayó de otra manera;
Y fué que de gran número impelido,
Perdida, mal su grado, la bandera,
Que en la siniestra mano habia metido,
Nunca quiso jamás de otra galera
Tomar el cabo que le fué ofrecido,
Mas, la espada en la boca, en tal extremo
Furioso traba de un contrario remo.

Como leona, á quien el caro hijo,
En los Masillos campos, bando yerto
De pastores hurtó con regocijo,
Mientras errando andaba en el desierto,
Vuelta á su dulce albergue y escondrijo
Con muestras de dolor y desconcierto,
El rastro sigue y rústica cuadrilla,
Bramando de furor y de mancilla;

Tal el fuerte Leon de Estremadura
Al bajel sube, y en estando arriba,
Su honrosa enseña restaurar procura,
Haciendo en scitas mortandad esquivar;
Mientras con tales veras lo procura
Y muchos turcos de la vida priva,
Amigos le acudieron, de manera
Que conquistó el bajel y su bandera.

No puede ser á forma reducido
El sugeto copioso que se ofrece,
Ni en historia quedar comprehendido
El piélago de cosas que parece;
Mas ¿quién pasar podrá en odioso olvido
A Pagandoria, en quien se complace
Gran parte colocar del soberano
Blason que allí ganó su caro hermano?

Dos turcos, ó de pura cobardía,
O présagos del caso por ventura,
Quisieron ser testigos este día
Desde una roca de sublime altura;
Huido habian de su compañía
En el silencio de la noche oscura,
Algunos dias antes que el terrible
Recuento fuese cierto ni creible.

Estaban pues los dos filosofando,
Atónitos y fuera de sentido,
El dudoso suceso recelando,
Contino dellos con razon temido;
La importante victoria ponderando
Y el miserable estado del vencido,
Miraban de hora en hora temerosos,
Casos funestos tristes y espantosos.

Mirán la nube oscura temerosa,
Envuelta en humo, hasta el cielo azarar
Y la sonante llama presurosa
Sembrada crecer luego y levantarse
En imagen y forma pavorosa,
Cinco galeras suyas abrasarás,
Y viendo aquel estrago manifiesto,
El uno al otro turco dijo aquesto:

«Dime, Roayma amigo, ¿qué visiones
Son estas que nos tienen espantados?
¿Quién vino á perturbar nuestras regiones,
Que así deja á los turcos lastimados?
Espanto fulmos ya de las naciones,
Mas la injusta mudanza de los hados
Nos quiere hacer hoy tan dura ofensa,
Que jamás no se espere recompensa.

»Ves cómo se nos muestra claramente
El fin adverso de la infausta guerra?
No ves una cuadrilla diligente
De nuestra armada zabordada en tierra,
Sin otra que la fuerza vehemente
Del ancho lago en lo profundo tierra,
De la cual no se ven á duras penas
Sino garceses, rotas las antenas?

»Oh don Juan de Austria, para mal nacido
Del turquesco poder, cuchillo fiero,
Mas que todos los hombres atrevido,
Principio en nuestro daño verdadero!
Si agora tu fortuna tal ha sido,
Si te has así mostrado en lo primero;
¿Cuáles serán los triunfos y despojos
Que en otro tiempo mirarán tus ojos?

»¿Qué se podrá esperar de tu ventura,
De tu maduro seso y verdes años?
¿Qué fuerza puede estar de ti segura
Después destes presentes desengaños?
Oh extremo de dolor y desventura!
Oh cielo conjurado en nuestros daños!
¿Temiste á dicha que los otomanos
Habían de rendirte con sus manos?» —

«No sin admiración estoy atento,
Respondió el otro turco, á tus razones,
Y lo que en ellas dices veo y siento,
Que no es duda que sufre opiniones;
Valgámonos del buen conocimiento,
Huyendo el rostro en estas ocasiones,
Y pues tenemos tales enemigos,
No pretendamos mas que ser testigos.

»Yo te prometo y juro que este día
Segunda vez habemos renacido;
Tendrélte fijo en la memoria mía,
Y ya el natal por él daré al olvido:
Esto es lo que Selim se prometía?
Esta es la certidumbre que ha tenido?
Así cumple la fe que dió á Mahoma
De echar al Papa de la grande Roma?

»Pensaba que era estarase trasportado
Entre paredes de oro y marfil finas,
O andar por el cerraje afeminado,
Mirando sus lascivas concubinas,
O en deleite maldito, reprobado
Acciones cometer, de rey indinas?
Si en tal ocio vivieran sus mayores,
No hubiera en su linaje emperadores.

»El mando, el reino, la suprema alteza
Bien como dulce cosa se desea;
Presume el vulgo que tras la riqueza
Poder y majestad todo recrea;
Mas, si se contemplanse la graveza
De los desasosiegos que acarrea,
Aquel se llamaría alegre estado
Que humilde se gobierna sin cuidado.

»Uno es el bien que hace preferidos
Los reyes para el uso de la gente,
Y mil martirios son los que oprimidos
Tienen sus corazones reciamente;
Son de recejo eterno combalidos,
Y traen puestos los plés forzosamente
Sobre bola redonda, deflexable,
Que es el incierto mundo variable.

»¿Qué sentirá, decid, el Turco cuando
Entienda los desastres sucedidos?
¡Ay! que fuego mortífero abrasando
Discurrirá por todos sus sentidos;
Y á fe, que, según voy conjeturando,
Poco ha de respirar dando gemidos,
Que si en el alma un mal se fija y sella,
Presto sale de allí, mas no sin ella.»

Ya Febo sus caballos recogía
A los amenos valles de Occidente,
Que entre el Meridiano los tenía,
Y entre el Ocaso puestos igualmente;
Cuando la grave causa decidía
En su favor la baptizada gente,
Y el rey de Argel salvar quiso huyendo
La vida, que perdiera combatiendo.

No quiere pretender en esta guerra
Mayor opinión ni mas ganancia
Que poner agua en medio y ganar tierra
Antes que perecer por ignorancia;
Como forzado vil el remo aferra,
Quien antes era un paladín de Francia;
Hace trinquete y dóblase una punta,
Que de la tierra al mar allí se junta.

Partió cual lobo que entre las majadas,
En los nocturnos hurtos detenido,
Halla que el nuevo sol por sus jornadas
Las estrellas y sombras ha barrido;
Oye rústicas voces alteradas,
Teme de los mastines el ladrido,
Y así, ligeramente se apresura
Hasta el vecino monte y espesura.

Mas la real de España victoriosa,
Visto que se le escapa, no desiste
De emprender nueva lid, ni está dudosa
De vencer ni rendir cuantas embiste;
Aquí y allí arremete, y la que osa
Esperalla, muy poco la resiste;
Tales aceros muestra, tanto asombra,
Que espanta y vence con la misma sombra.

Ya se apercibe y tienta la huida,
No solo el que se ve sobrepujado,
Mas el bajel que andaba de vencida
La presa suelta apriesa amedrentado;
Bien como cuando el águila atrevida
Sobreviene con vuelo denodado,
Se esparcen por el aire los halcones,
Soltando de las uñas las prisiones.

Andaban por el rojo mar temblando.
Largas bandas de turcos nadadores,
Los victoriosos remos abrazando
Con lágrimas humildes y clamores;
Los brazos como pueden levantando,
Daban dineros á los vencedores
Para comprar con esto el ser captivos:
Procuran presos ir por quedar vivos.

Como en las rocas cóncavas fijados
Los deleznables pulpos suelen verse,
Donde matar se dejan aferrados,
Pudiendo si huyesen guarecerse;
Así los turcos ya desafiados,
Y de la misma suerte sin moverse,
Esperaban prision ó muerte dura,
Faltos ya de consejo y de ventura.

Muchas tablas ardiendo parecían
En medio de aquel piélagos alterado,
Con llamas que á las aguas defendían
El natural poder que les fué dado;
Y ni menos ni mas prevalecían
En la humedad del reino del pescado,
Como si la gran máquina marina
Fuera de olio inflamable ó de resina.

Y así, los que en el trance postrimoro
Entre las aguas sienten anegarse
Hallaban por refugio algún madero
De aquellos, no temiendo el abrasarse;
Y es porque de la muerte el trago fiero
De sí los enajena con mostrarse,
Tanto que les obliga el temor ciego
A que apelen del agua para el fuego;

No porque dél esperen mas clemencia,
Mas porque el ansia dura y trabajosa
Se suspenda en la breve diferencia,
Aunque igualmente fuese peligrosa;
Y así abrazaban la final sentencia,
Cual suele la pintada mariposa
O el ave que en Arabia es celebrada,
Cuando de vivir sola está cansada.

Las suertes, extrañezas y motivos
 ¿Qué lengua explicará y los accidentes,
 La grande multitud de los captivos
 De hábitos y de lenguas diferentes?
 No se lee en los triunfos mas altivos
 Que vió aquel pueblo domador de gentes,
 De provincia del mundo tal empresa,
 Ni della redundar tamaña presa.

Tanto amigo del hierro desatado,
 A dulce libertad restituído,
 Tanto enemigo della despojado,
 Remando en el lugar que habian regido,
 Tanta riqueza, que ningun soldado,
 Por sin nombre que fuese y desvalido,
 Dejaba de manar en oro y seda,
 En perlas de gran precio y en moneda.

Y tales hubo desto codiciosos
 Mas que de la victoria satisfechos,
 Que en el mar se lanzaban presurosos
 Negando á camarados los derechos;
 Y con el peso grave peligrosos
 Perdieron vida y honra, ¡oh viles pechos!
 De cuyos nombres no tengo noticia,
 Ni la haya de quien muere por codicia.

¡Oh infame embriaguez, gula hambrienta,
 Odiosa ingratitude, mal incurable,
 Inútil bestia, hidrópica, sedienta,
 Desasosiego y ansia intolerable;
 Miseria que de hambre se alimenta,
 Contraria de lo justo y razonable,
 Con falsas apartencias de riqueza,
 Y esencia de asperísima pobreza!

¿A cuántos vimos ya, codicia triste,
 Anegados por tí en el ancho suelo?
 A cuántas insolencias lugar diste
 Que irritan á venganza el alto cielo?
 Y agora entre las ondas confundiste
 En eterno dolor y desconsuelo
 Aquellos á quien guerra tan terrible
 Vencer ni contrastar no fué posible.

Estaba pues aquel golfo sagrado
 Tal, que vivo retrato parecia
 Del general diluvio celebrado
 Cuando el mundo en las aguas perecia;
 En las secretas mesas del pescado
 Explendido convite se hacia
 De turcos veinte mil que allí murieron,
 Pagando por los muchos que huyeron.

Por muy severo allí fuera tenido
 Quien de mudanza tal no se admirara,
 No menos que esforzado y atrevido
 Quien antes por posible la juzgara;
 Las galeras del turco, que habian sido
 Serpientes que á todo el mundo hicieron cara,
 Agora no parecen sino leños
 Hechos para ataúdes de sus dueños.

Cuatro mil de los nuestros acabaron
 Las vidas, y los mas no por herida
 O golpe que les dieron expiraron
 A vueltas de la gente descreída;
 Mas tanto peleando se cansaron,
 Que la virtud vital quedó rendida
 A la del alma como mas perfeta,
 Y que á morir no puede estar sujeta.

Ya debe de acercarse el cumplimiento
 De aquella memorable profecía;
 Ya se descubre el blanco del intento
 Con que el divino intérprete decia:
 «Tiempo vendrá en que el mundo dé aposento
 A un pastor solo y á una monarquía;
 Por una sola ley será guiada
 La tierra, y de un gobierno sojuzgada.

Ya la ausencia del sol humedecía
 Los prados, arboledas y montañas,
 Y sus doradas celines esparcía
 Sobre otras gentes bárbaras y extrañas,
 Cuando en dulce conciento y armonía,
 Agradeciendo á Dios gracias tamañas,
 Se cantaron: «Señor, á tí alabamos,
 A tí por señor nuestro confesamos.

»Gloria á tí solo sea en las alturas,
 Alábenle los hombres en la tierra;
 Tú solo domas las cervices duras,
 Tu virtud sola vence cualquier guerra.»
 Entre estas alabanzas y dulzuras
 Del pecho un tierno humor se desencierra
 A cada cual, que fué claro argumento
 De inmenso y celestial contentamiento.

Era la hora ya en que se entristece
 La que hizo cruel al rey de Lempos,
 Cuando el silencio al mas cansado ofrecio
 Del reposo apacibles pasatiempos;
 Por esto y porque el cielo se oscurece
 Con gran mudanza y contrastar de tiempos,
 La armada victoriosa busca puerto
 Con extraña manera de concierto.

Porque cada galera remolcaba
 Otra del Turco, y dos algunas dellas,
 Despojo que á las aguas espantaba,
 Soberbio triunfo nunca visto en ellas;
 Neptuno ya sus ondas levantaba
 En montes que amenazan las estrellas,
 Cuando el hijo de Carlos con su armada
 Una cala tomó mal abrigada,

La cual de Santa Maura es dicha hoy día,
 Desde que venecianos la ocupaban.
 En esto ya los vientos á porfía
 El mal seguro abrigo inquietaban;
 El aire otro mar nuevo parecia
 Con las nubes que mares derramaban,
 Cosa que si otro tiempo sucediera
 De un grave inconveniente se temiera.

Naufragio se temiera si la gente
 De Dios favorecida y regalada,
 Estuviera en el húmido tridente
 O en la mudable rueda confiada;
 Mas temer ni dudar no se consiente
 Quien tiene la esperanza bien fundada:
 El que llamare á Dios con voces puras
 Despreciará el poder de las criaturas.

Como en la esgrima suele el buen maestro
 Al discípulo ser mas provechoso,
 Moviendo contra él su brazo diestro
 Con ademan colérico y furioso;
 Acométele á diestro y á siniestro,
 Y es en ejecutar tan pladoso,
 Que el dócil mozo deja salvo y sano
 Con mas compás de piés y presta mano;

Así el divino artífice del cielo
 Con los suyos entonces se mostraba,
 Bien que la destemplanza y frio yelo
 Las recientes heridas penetraba;
 Mas de las almas el comun consuelo,
 El dolor de los cuerpos mitigaba;
 La inexorable muerte allí se vía
 Hermosa y toda llena de alegría.

Corona de laurel en la una mano
 Traía, y en la otra eterna vida;
 Mirad de cual católico cristiano
 Pudiera entonces ser mal recibida;
 ¡Oh beneficio santo soberano!
 ¡Oh venturoso tiempo de partida!
 ¿Cuándo en camino de tan largas leguas
 Hubo seguridad, descanso y treguas?

El dulce sueño que el pesar mitiga
 Y el trabajo repara blandamente,
 Trasporta los sentidos y los liga,
 Infundiendo reposo conveniente;
 Con faltar la congoja su enemiga,
 Estuvo de la armada bien ausente;
 Hábiale el placer ahuyentado
 Porque no se olvidase el bien pasado.

Gracias demos á Dios, unos decían,
 Que de victoria tal nos hizo dios.
 Otros las extrañezas repetían,
 Interponiendo en ellas dulces hinos;
 Lo porvenir algunos conferían,
 Facilitando efectos peregrinos,
 Proponiendo entre sí de hacer guerra
 En todos los confines de la tierra.

Matanza letal daba de esperanza
El próspero suceso nunca oído,
Y la virtud, el brio y la pujanza
Del inculto don Juan esclarecido;
Y perder desde allí la confianza
Los turcos, era caso muy sabido,
La cual, cuando una vez hiere y lastima,
Para mas de otras ciento desanima.

Entre alegres coloquios el lucero,
Mensajero fiel de la mañana,
Salió guiando el carro placentero
De aquel que nuestra vista hace ufana;
Después el luminoso carretero
Desplegó sus cortinas de oro y grana;
La noche, viendo lumbré tan hermosa,
Al punto volvió el rostro de envidiosa.

Ya mi lengua, mi pluma y mi cuidado
Silencio y quietud me están pidiendo,
En premio del trabajo que han pasado
Por tanto mar conmigo discurriendo;
Y mas que á tomar puerto soy forzado,
Porque infaliblemente comprendo
La mudanza de tiempos que se ofrece,
Y á tierra y cielo amenazar parece.

Veó las amistades mas perfectas
Vacilar y romper su estrecho nudo,
Y escapar la cerviz los mahometas
De entre los filos del cuchillo agudo;
Veó encaramados pálidos cometas
Apresurando de su efeto crudo
La ejecucion, que perdonar no sabe
La sangre y casa donde el ceptro cabe.

Veó su fuerza unir Saturno y Marte
Contra el angosto reino lusitano,
Y andar soberbio el áfrico estandarte
Las quinas arrastrando del cristiano;
Veó el septentrion por otra parte
Inclinarse en favor del luterano,
Y veó un bastardo, con intentos viles,
En su patria mover guerras civiles.

Y veó de la Iglesia el fundamento
Sustentarse con sola una columna,
Una roca de fe, que en firme asiento
Está opuesta á las ondas de fortuna;
Un Argos velador con ojos ciento,
Pastor del que dió luz á sol y luna;
Un Hércules famoso en largos siglos
Por domador de monstruos y vestiglos.

¡Oh gran Filipe, rey y señor nuestro!
Pues esto con verdad de vos se canta,
La intencion recebid del siervo vuestro
Que al humilde servicio se adelanta;
Y pues os escogió el sacro maestro
Por fiel escudo de su esposa santa,
Él prospere y alargue vuestros dias,
Como conserva los de Enoc y Elias.

Y si los que le restan á mi vida,
Que está á vuestra memoria consagrada,
Dieren lugar á que la voz despida,
Fiando que de vos será escuchada,
Yo cantaré la gloria á vos debida
En citara tan dulce y acordada,
Que suenen en el mundo sus acentos
Mientras le dieren ser los elementos.

VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE

DEL GLORIOSÍSIMO

PATRIARCA SAN JOSEF,

ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA,

POR EL MAESTRO JOSE DE VALDIVIELSO.

CAPELLAN DEL ILUSTRÍSIMO CARDENAL DE TOLEDO, DON BERNARDO DE SANDOVAL Y ROJAS, Y NÚNCIO
EN SU SANTA IGLESIA DE TOLEDO.

A DON GABRIEL SUAREZ DE TOLEDO,

PRESENTE DEL CONSEJO DEL ILUSTRÍSIMO DE TOLEDO MI SEÑOR, ARCEDIANO DE MADRID, Y CANÓNIGO DE LA
SANTA IGLESIA DE TOLEDO, ETC.,

EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

Si fué costumbre de los sabios de la antigüedad, guardada con no menos piedad y religion que supersticion y vanidad, después de edificar templos, consagrar aras, encender fuegos y quemar incienso á la mentirosa deidad de las fabulosas Musas, ofrecerles las olorosas flores y sabrosos frutos de sus perpétuos trabajos, adornando sus templos de los despojos de sus divinos ingenios, los inventores de las cosas, colgando las que con el tiempo y á pesar suyo descubrieron, y los que no las inventaron, sino que añadieron á las inventadas las perfecciones con que las hermosearon; los que redujeron los hombres de la vida agreste á la política, las reglas y preceptos con que los enseñaron; los que sacaron á luz los premios y las penas, las leyes con que ilustraron sus repúblicas; los que dieron artes á las ciudades, libros á las escuelas, armas á los soldados, y instrumentos á los oficiales y labradores, todos ofrecieron las primitivas espigas de sus logradas cosechas, significando en los pequeños dones el debido agradecimiento de los grandes ánimos á los beneficios recibidos, sacrificándolos á las que creían se los habian hecho: no parecerá en mí despropósito, ya que no puedo edificar altares, levantar pirámides y consagrar colosos, debidos, no á las musas que fingió la gentilidad, sino á las verdaderas y cristianas que en vuestra merced tan dignamente hicieron su templo y academia, ofrecer del mal cultivado jardín de mi estéril ingenio, no frutos sazonados y sabrosos, sino las primitivas flores, que, si por tempranas y locas (pues no aguardan los nueve años que manda Horacio) las persiguiera el cierto requemado de las lenguas maldicientes, por consagradas á las virtudes, letras, religion y nobleza que en vuestra merced gloriosamente se ilustran, conservarán su frescura á pesar del tiempo y de la envidia. Vuestra merced las favorezca con el amor y afabilidad con que siempre ha honrado mis cosas, pues lo que tienen de bueno se vuelve á quien después del cielo se lo ha dado, y de un tan grande servidor bien se puede recibir un don tan pequeño, y mas acompañado de un grandísimo amor, que es quien me da sus alas para ampararme de las de su favor de vuestra merced, cuya persona nuestro Señor guarde, y en dignidades aumente á medida de tantos merecimientos, que serán mas que las que sin ella piden mis deseos.—EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

PROLOGO AL LECTOR.

Aunque parece sobrada excusa la que dan todos los que escriben en verso, por parecerles que es la sopa de la Sybilla, con que quiere hacer callar los cerberos ladrones, que con sus aullidos pretenden ensordecir los oidos atentos al canto suave de la soberana poesia y escurecer con el

humo de sus ignorancias los trabajos ajenos, haciendo delicto á la virtud, vicio al honor, y deshonra á la gracia, pues por tal la desean todos y alcanzan pocos; no quiero dejar de excusarme, y entre muchas que puedo dar, la principal de haber escrito en verso, es ser mandado de quien es razon sea obedecido. El año de 1597, el licenciado Alonso Lobo, racionero y maestro de capilla entonces de la Santa Iglesia de Toledo, y agora de la de Sevilla, y íntimo amigo mio (cuyas alabanzas merece mejor que escucha, y yo conozco mejor que lisonjeo, pues no solo nuestra España, Italia y Flándes, mas todo el mundo admira su habilidad, desea sus obras y se honra con sus trabajos, como de maestro que lo es de todos), siendo como tal llamado por el religioso convento del célebre santuario de nuestra señora de Guadalupe, con otros combeneficiados y insignes músicos desta Santa Iglesia, para la traslacion de unas santas reliquias, quiso hacerme participante de tan dichosa romería, la cual hicimos con no menos gusto que devocion, siendo todo en extremo. La capilla donde se trasladaron, se dedicó al patriarca San Josef, de quien es devotísimo el muy reverendo padre fray Gabriel de Talavera, prior dignísimo que á la sazón era de aquella santa casa, el cual lo mostró bien en la sumptuosidad del edificio, en la grandeza del gasto, en las riquezas del ornato y en la diversidad de cosas que para hacer mayor la fiesta tenia prevenidas, solemnes procesiones, devotos altares, curiosas fuentes, elegantes versos, públicas alegrías, artificiosos fuegos, luminarias, toros, danzas, máscaras y invenciones, publicando todo un religioso regocijo y devota fiesta. La cual acabada, por hacérmela, me mandó que de todas hiciese un epítome para que su majestad y otros príncipes viesen el órden que en la traslacion se habia tenido y una suma de la vida del glorioso Santo. Yo estimando por favor su peticion, quise mas atreverme al caudal corto de mi pobre ingenio, que á la obediencia debida á tan justo mandato; y juntando á él un deseo, que habia algunos años que me atormentaba, de ver deste angélico Varon alguna cosa digna de la devocion que por toda la cristiandad se iba dilatando, teniéndome por su no menor devoto, ya porque el cielo quiso honrarme con su nombre, ya por haberle escogido por mi particular abogado, me determiné á mas de lo que mis flacas fuerzas podian, confiando que supliria mis faltas sugeto tan heróico y causa tan de todo el cielo, y especial de su Santísima Esposa, á quien supliqué me favoreciese, pues tanta parte le cabia del servicio que intentaba hacer á su Esposo carísimo. Empecé esta obra con mas faltas que yo quisiera; que no es posible no tenerlas, ni que cuando le faltaran, faltara quien se las pusiera. Cree de mi deseo quisiera que no tuviera ninguna. Este recibe, que si eres devoto de tan gran Santo, tú le agradecerás, y yo tu reprehension; y si no lo fueres, no quiero tu enmienda ni tu agradecimiento. Advierte que casi todo lo que digo del glorioso Santo, es sacado de las divinas letras y de santos y autores gravísimos, añadiendo algunas consideraciones piadosas y discursos poéticos. Estoy por decir lo que el no menos docto que cortesano Cayo Lucilio, de quien (después de haberle canonizado por tal Tullio en el II de *Oratore*) refiere que le pesaba de que sus obras llegasen á manos de varones muy doctos y de hombres muy ignorantes, porque los unos no le entendian, y los otros le entendian. Y solo digo que me pesaria que fueses de los últimos, y que temo que seas de los primeros; seas el que fueres, te ruego que no juzgues este libro hasta que le hayas leído, porque no se rian de tí como de ciertos envidiosos ignorantes, que, no pudiendo decir mal de algunas cosas mías, por haber parecido bien, publicaron que eran ajenas, haciendo su dueño á quien desto sabe poco, cosa para quien le conoce y me conoce muy de risa; y de otros (si ya no son los mismos) que antes de haber visto este libro tienen dicho que es malo. Porque llegando un hombre no conocido mio á pedirle en casa de un librero donde yo estaba, y diciendo el librero que los estaba aguardando, que dentro de dos ó tres dias se le daria, vinieron á tratar de mis cosas, y el librero dijo algun encarecimiento deste libro. El otro, haciendo un poco de acedo con la boca, dijo que no sabia qué tal era, pero que un amigo suyo, que le tenia, le habia dicho que no le habia parecido bien. Yo entonces dije que á mí me habia parecido lo mismo, porque no estaba escrito á mi gusto. El librero le preguntó que dónde se habia comprado. El otro respondió que entendia que aquí en Toledo ó en Valladolid, donde se habian vendido muchos. Sonreímonos, y el librero le dijo: Por Dios, señor, que han engañado á vuestra merced; porque el libro aun no está acabado de imprimir, y así no se puede haber vendido ni parecido mal ni bien. El hombre se halló algo encogido, y mas de que supo que era trabajo mio; y no me vi en poco para sacarle del en que se hallaba. Todo esto puede una mala intencion; si sin ella me juzgares, me sugeto á tu correccion; y todo lo que en él digo, á la de nuestra madre la Santa Iglesia romana. Vale.

VIDA Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSEF.

CANTO PRIMERO:

Del nacimiento del glorioso patriarca San Josef.

El Varon justo, el Padre virgen canto,
Escogido por padre verdadero
Legal de Cristo, el que naciendo santo,
Sacudió el yugo del tirano fiero;
El Viceparacieto sacrosanto
Que hizo sombra á la sombra del primero,
Al misterio mayor que gozó el mundo,
De hacerse carne el que es de tres segundo.

La voz es ronca, tosco el instrumento,
Ardua la empresa y casi incomprehensible,
Rudo mi ingenio, corto mi talento
Para hallar pié en un piélago imposible;
Quien su nombre me dió, me dé su aliento,
Y del fuego que goza inaccesible,
Con un ascua me toque pecho y labios,
Para que él quede casto y ellos sabios.

Seráfico Josef, varon glorioso,
Custodia del intacto paraíso,
Que llevó el árbol de la vida hermoso
De quien su amparo y padre hacerte quiso;
Guarda mayor del Todopoderoso,
Que con acuerdo de su eterno aviso
Te hizo digno esposo de su Madre
Y del que es de Dios hijo te hizo padre:

¡Oh siempre virgen! Oh admirable santo!
Oh Josef justo y nuevo patriarca,
Criador de aquel que con divino espanto
Es el Criador de cuanto el cielo abarca;
Tú, que fuiste en el mar de nuestro llanto
Piloto fiel de la virginea barca,
Que deléjos, por bien del hombre hambriento,
Trujo el pan, de los ángeles sustento;

Tú, cuya boca dulce nectar bebe
De la fuente infinita sempiterna,
De quien no nueve hermanas, coros nueve
Beben gloriosos su dulzura eterna;
Tú, que al divino Apolo, que al sol maneve,
Hecho pastor en su puericia tierna,
Escuchaste su voz sonora y clara,
Mi ingenio rudo y lengua tosca ampara.

Temiendo entre cobardes esperanzas,
Con pecho humilde y santo atrevimiento,
Espero del favor que en todo alcanzas
Que has de inspirarme soberano aliento;
Y así, daré en tus muchas alabanzas
La navicilla al mar, velas al viento,
A tí mi pluma, á tu consorte el pecho,
En su fuego castísimo deshecho.

Vos, Virgen bella, que del sol vestida
Pisais con blancos piés la trina diosa,
Y con luces de gloria enriquecida
Estáis gozando del que os hizo hermosa,
Dad á mi justo intento nueva vida,
Regid mi pluma torpe y temerosa;
Suene mi voz en dulce y grave estilo,
Del patrio Tajo al inundante Nilo.

Ved, Virgen hermosísima, que canto
De la mitad del alma que os anima,
Del que por la virtud del yugo santo
Es dueño de quien Dios por Madre estima;
Del que fué víd, que en admirable espanto
Entre sus ramas vió la carpa opima
Exprimida en la Cruz por bien del suelo,
Porque embriague su dulzura al cielo.

No invoco las Castalias Hipocrenes,
Las Cirreas aguas ni la compañía
De Polimnias, Eratos, Meipomenes,
Su canto grave y dulce melodía;
No que me cifa las indignas sienes
El laurel que lloró el autor del día;
La gracia os pido á vos, llena de gracia,
Y callará el de Smirna y el de Tracia.

De cuatro deste nombre se halla escrito
En quien justicia y equidad habia:
El que vendido fué virey de Egipto,
El natural señor de Arimatia,
El que al apostolado del prescito
Entró por justo, en suertes con Matia;
Uno casto, otro justo, otro piadoso,
Y el nuestro, en todo, mucho mas glorioso.

Que si guardó el pan rubio el mal vendido,
Del sol, luna y estrellas adorado,
El nuestro del Criador dellas servido,
Al pan que come Dios tuvo guardado;
Si el otro dió con pecho enternecido
El sepulcro en que Dios fué sepultado,
El nuestro dió de su adorada el pecho,
De donde el infinito nació estrecho.

Si el otro mereció por sobrenombre
Llamarse el Justo, que le vino al justo,
Al nuestro se le da Dios por renombre,
Y á boca llena dice del que es justo;
Si otro que tuvo aqueste dulce nombre,
Por cantor pudo dar al cielo gusto,
El nuestro fué maestro de capilla
Del coro que ante el niño Dios se humilla.

Del tribu de Judá fué descendiente,
De la real sangre y la progenie clara
Del que no menos cuerdo que valiente,
Mereció de Michol la beldad rara;
Fué de lo flustre de la antigua gente
Que para su escogida Dios declara,
De reyes nobles, de varones justos,
Sabios en paz y en batallar robustos.

Fué de Josef el padre verdadero
Jacob, aunque de Eli fué hijo llamado,
Y fué de Eli legítimo heredero,
Porque Eli con su madre fué casado;
Que era ley justa y conservado fuero
Que suceda en la viuda que ha dejado
El hermano mayor el que es segundo,
Y resucite su linaje al mundo.

Sin que su mujer noble fuese madre,
Eli pasó la barca del olvido;
Jacob, por ver que á la ley justa cuadre,
De la que era cuñado fué marido;
Casó con ella, y fué de Josef padre,
Y aunque engendrado de Jacob ha sido,
Quiere Jacob que hijo de Eli se nombre,
Resucitando de su hermano el nombre.

Aunque aquesta razon es suficiente
Para quitar la duda misteriosa,
Otra hay no menos que esta concluyente,
Donde el ingenio con quietud reposa,
Y es que hallará cualquiera diligente,
Que Eli y Joaquin es una misma cosa,
Que los dos nombres son nombres de un hombre
Que se llame Joaquin, y Eli se nombre.

Y como en nuestra España llama el yerno
Padre al que es padre de su amada esposa,
Por ser un nombre regalado y tierno
Que dice la afición mas amorosa;
Así el nutricio de su autor eterno,
Que pudo merecer la toda hermosa,
Siendo de Joaquin yerno, fué llamado
Su hijo, y como tal del suegro amado.

Nació de padre ilustre y madre grave,
Que merecieron ser de Dios abuelos;
Salió á la luz del cielo que le alabe,
Rotos del vientre los maternos velos;
Nació el renuevo del amor suave,
Y en su nacer enamoró los cielos;
De la nube salió el rosado Apolo,
En belleza, en donaire y gracia solo.

Nació santificado el niño hermoso,
Cual nació el venerable Jeremías,
Porque habiendo de ser divino esposo
De la escogida madre del Mesías,
Amparo fiel, sustento venturoso
Del que es sustento de las jerarquías,
Es razón que su Dios, que le ama tanto,
Antes que nazca al mundo le haga santo.

Si han de hacer Trinidad santa y gloriosa
Personas tres de tan divina alteza,
Jesus, Josef y su adorada esposa,
Ricos de gracia y virginal pureza;
Y Dios privilegio á su madre hermosa,
Y el mismo es limpio por naturaleza;
En Trinidad de Cristo y virgen Madre
No ha de nacer con culpa esposo y padre.

Hállanse al venturoso nacimiento
El casto amor, la gracia, la hermosura,
La fe, la caridad, que en rico aumento
Adornan la purísima criatura;
Causa en el cielo general contento
Ver del nacido la beldad segura,
Y derramando amores, se los dice,
Y el mismo Dios alegre le bendice.

Rompen los aires las criaturas bellas,
Coronados de lirios y de rosas,
Volviendo alegres la fragancia dellas
Del gran Jacob las casas venturosas;
Lucidos como el sol, llenos de estrellas,
Cantan con voces dulces y amorosas
El nacimiento alegre y deseado
Del no nacido y ya santificado.

Miró del cielo el Padre omnipotente,
Y viendo al tierno infante, alegre dijo:
«¡Oh niño hermoso mas que el sol de Oriente,
Para criador de Dios desde hoy te elijo;
El nombre que yo tengo eternamente
Tendrás de padre de mi eterno Hijo;
Gozarás de mi gracia en tanto grado,
Que no comerás mortal pecado.»

El Verbo eterno, del eterno Padre
Que entre los hombres verse ya desea,
Por ver que al cielo limbo y tierra cuadre
El disfrazarse en la mortal librea,
Viendo al nacido esposo de su Madre,
Con nueva luz los cielos hermosea,
Y con gozosas muestras de alegría
Dice al que en su nacer alegra el día:

«Absalon bello, niño hermoso y tierno,
Alegre con tu luz nuestro horizonte,
Y á ser mi amparo con tu fiel gobierno
En mi niñez santísima disponte;
Pues en mi disfrazado ser eterno
Te elijo por mi sabio Jenofonte,
Por tu sugeto á tí me constituyo,
Y quiero, siendo Dios, ser menor tuyo.»

El Espíritu Santo, siempre amante
Del Moisés bello que hoy ilustra el suelo,
«Crece, le dice, soberano infante,
De Dios humano y de María consuelo;
Serás un nuevo y celestial Atlante;
Sustentarás al que sustenta el cielo;
Serás esposo de la esposa mía,
La casta y hermosísima María.

«Serás de Dios temblando dulce abrigo,
Regalo en su puericia, y compañero,
De la pureza virginal testigo
De la Paloma que para mí espero;
Por gracia quiero siempre estar contigo
Y hacerte grande entre mis grandes quiero;
Mi honra he de fiarte. Niño, crece,
Que aqueste premio tu valor merezca.»

Las personas divinas se alegraron
Con el divino alegre nacimiento,
Y en su consejo eterno decretaron
Un nombre igual á su merecimiento;
Al niño de cristal Josef llamaron,
Que es el que crece en soberano aumento,
Pues lo ha de ser por soberanos modos
De los favores que gozaron todos.

Y así la eterna inaccesible esencia
Da al bien nacido hermoso patriarca
Del nieto de la tierra la inocencia,
Hijo primero que cortó la Parca;
La justicia de aquel cuya obediencia
Fue á la que al agua dió la primer barca;
Dale la fe, que no igualó ninguno,
De aquel que, viendo tres, adoró uno;

La obediencia de aquel que á Dios temiendo
Llevó á su sacrificio fuego y leña,
La oración del dichoso, á quiebra durmiendo,
Dios, ángeles y escala se le enseña;
La castidad del que de amor huyendo
Fue á su abrasado dueño helada peña,
Y la experimentada mansedumbre
De aquel que vió la zarza entre la lumbre;

La gran piedad del pastorcico hermoso,
Su abuelo ilustre y singular mancocho,
Que derribó al gigante jactancioso,
Primicias ricas de su valor nuevo;
La constancia del Duque valeroso
Que hizo parar en su carrera á Febo;
Dale el saber del solo, y sin ejemplo,
Que á su deidad labró el famoso templo.

Del celador que en el ardiente carro
Hecho nuevo Faeton subió hácia el cielo,
Que un tiempo pudo hacerle de guijarro,
Le da del honor suyo el santo celo;
Y del que con el mal cocido barro
Limpió la lepra en tanto desconsuelo,
La paciencia del gran rey Ezequías,
El tierno llanto que aumentó sus días;

La santidad del sabio tartamudo,
A quien el Serafin el fuego aplica,
Que desatando de la lengua el nudo,
Los labios y la lengua purifica;
De Tobías, que al muerto y al desnudo
Honró con mano limosniera y rica
La gran misericordia, que honró el suelo,
Clerta ganzáa para abrir el cielo.

Dale de patriarcas la fe pura,
De los profetas sabios la excelencia,
El celo de los doce le asegura,
De los mártires fuertes la paciencia,
Y de aquellos que en vida áspera y dura
Hicieron á los vicios resistencia
El valor grande, y dale á manos llenas
De las vírgines palmas y azucenas.

Queriendo pues el sumo Altitonante
Que el Niño celestial recién nacido
Por padre amado de Dios, tierno infante;
De todo el pueblo hebreo sea tenido,
Hace que nazca á Cristo semejante
En rostro, cuerpo y tallo parecido,
Porque con parecerse los dos tanto,
Esté secreto el parto sacrosanto.

Y así es bien que al divino Josef cuadro
Un rostro bello, de mirar gracioso,
Pues siendo el Hijo de la virgen Madre,
Entre todos los hombres mas hermoso,
Si se han de parecer cual hijo y padre,
Será tan bello el soberano esposo,
Que después de Dios hombre y de su esposa
No haya criatura humana mas hermosa.

Y así, entre las mejillas de cristales
Mezcla el aurora rosas de su frente,
Y á los ardientes labios de corales
Apercibe las perlas de su Oriente;
Son sus ojos dos rayos celestiales
Del que en los globos siete es presidente;
Su cuerpo en nieve, sus cabellos oro,
Y junto un hermosísimo tesoro.

Compuesta pues la celestial Pandora,
De su divino nombre en cumplimiento,
En hermosura y gracia se mejora,
Creciendo en ellas con divino aumento;
En su real pecho la justicia mora,
Que ya le inspira soberano aliento;
Que ha de ser siempre justo, siempre santo,
Gloria del cielo, de la tierra espanto.

Ya forma las palabras que no entiende,
Ya menos mal formadas las pronuncia,
Ya las letras primeras aprehende,
Y en verde edad maduro ingenio anuncia;
Ya á los juegos pueriles niño atiende,
Y ya mas entendido los renuncia;
Ya lo que es bien y mal conoce y sabe;
Ya el rostro hermoso es mas severo y grave.

Ya la tierna puericia desampara,
Y á la juventud libre se aparece,
Y va prudentemente en sí repara,
Y á sí mismo, cual sabio, se aconseja;
La Y del gran Pitágoras ve clara;
Toma el camino estrecho, el ancho deja;
Ya la razon al apetito enfrena,
Y nueva vida sabiamente ordena.

Crece gallarda la virginal planta,
Ilustrando á Betlem, su patrio suelo,
Mostrando en tierna edad cordura tanta,
Que asombra al mundo y enamora al cielo;
Al alto templo de virtud levanta
Con espanto comun tan alto el vuelo,
Que en su hondad parece y en su agrado
Celestial hombre ó ángel humanado.

Mira del cielo octavo la luz pura,
Su clavazon de los tachones de oro;
Ve que va el sol girando su hermosura
Del Géminis de rosa al rubio Toro;
Ve de la luna pobre la blancura
Participada del Febeo tesoro,
Los orbes de cristal atento mira,
Y al primer móvil que tras sí los tira.

Mira que el fuego altivo y refulgente
Está inmediato de la luna al cielo,
Y que es del cielo muro trasparente,
Sin ser estorbo que le goce el suelo;
Mira salir por el bordado Oriente
Del mundo triste el general consuelo,
Vertiendo luces la rosada aurora,
Que esparce perlas y que aljófar llora.

Del aire ve las tres claras regiones,
Las dos calientes, la de en medio helada,
En las cuales diversas impresiones
Tienen su alma atónita y turbada;
Ve de las nubes los copiosos dones,
El granizo, la nieve y lluvia amada,
El relámpago, el trueno, el rayo ardiente,
Que á quien le engendra hace que reviente.

Ve el agua de cristal y plata pura,
Con su agradable y manso movimiento,
Del mar azul la diáfana hermosura,
A quien retoza el apacible viento;
Que es su muro la arena mal segura,
La cual doma al indómito elemento;
Mira los peces, que entre bienes tantos
Cortan alegres los cerúleos mantos.

Mira diversas y pintadas aves,
Que cuando á su balcon se asoma el día,
Con voces sonoras y suaves
Le hacen salva con dulce melodía;
Unas mira ligeras, otras graves,
Y que con claras muestras de alegría,
Con las plumas y canto no aprendido
Deleitan á la vista y al oído.

Ve hollar la tierra varios animales,
Diversos en la forma y la grandeza,
En color y hermosura desiguales,
Diferentes en fuerza y ligereza;
Ve yerbas, plantas, flores y frutales,
Que muestran de la tierra la belleza;
Ve que son agua y aire, fuego y tierra,
Cuatro elementos de concorde guerra.

Viendo de la gran máquina la forma,
La rica variedad que la hermosa,
Nuevos deseos dentro el alma forma
De saber quién de todo el autor sea;
De su padre Jacob Josef se informa,
Y escucha lo que dél saber desea,
Que ya el deseo de saber le incita,
Y á su gallardo ingenio solicita.

Ya cursa las escuelas, y ya atiende
Al falso y verdadero silogismo;
Ya el movimiento celestial entiende;
El cielo mide, el mar, tierra y abismo;
Las morales virtudes aprehende
Y el buen conocimiento de sí mismo;
Ya entiende las sagradas escrituras,
Las enigmas proféticas y obscuras.

Mira de sus mayores los anales,
Sus principios humildes, ya dichosos,
Pues arrastraron púrpuras reales
Profetas sabios, reyes valerosos;
Mira tanta grandeza y bienes tales
Parar en fines menos venturosos,
Pues sabe que es ilustre descendiente
De la real sangre de la hebráica gente.

Mira de la fortuna la mudanza,
Su ciego variar, su inestable rueda,
Y que tiene perdida la esperanza
Del cetro real que su linaje hereda;
Y huyendo de los reyes la privanza,
En un mediano estado alegre queda,
Que no es poco que viva consolado
Un bien nacido en un mediano estado.

Huyendo el ocio, perezoso vicio
De gente moza, bien nacida y rica,
Que despreciando algun honesto oficio
Engaños y torpezas multiplica;
A un arte de mecánico ejercicio
Las fuertes manos y el ingenio aplica;
Madera labra, que un divino acuerdo
Es quien le inspira parecer tan cuerdo.

No que necesidad menesterosa
Le obligue á que así gane la comida,
Mas la costumbre cuerda y virtuosa,
Como ley en Betlem establecida,
Que el hombre de familia mas gloriosa,
De clara estirpe y sangre esclarecida,
En un oficio destos se entretenga,
Y á la adversa fortuna se prevenga.

Habia leído en Salomon su abuelo
Los daños de la ociosa y vil pereza,
Y así, al trabajo un cuerdo y justo celo
Es quien le obliga mas que la pobreza;
Bien que á este oficio es quien le inclina el cielo,
Que son medios que á un fin grande endereza,
Porque con arte de tan poca costa
Al que se la hace al cielo haga la costa.

Para que yendo á Egipto desterrado,
Sustente al que es sustento verdadero,
Y porque el niño tierno, enamorado
De los abrazos de su fiel madero,
Viva entre la madera consolado,
Que es la que pide el inmortal cordero,
Que entre sus brazos verse ya desea,
Quiere que carpintero Josef sea.

Crece Josef, y su virtud se aumenta,
Y en su honrado ejercicio se entretiene,
Y de sus años ocho lustros cuenta,
Que es cuando á edad perfecta el varon viene;
Vive con su trabajo y con su renta,
Que vinculadas posesiones tiene,
Y pudo ser tuviese juros reales
El descendiente de varones tales.

Pasa sus verdes y floridos años
En oración, ayunos y abstinencia;
Cual Abraham hospeda á los extraños,
Hartando á los hambrientos su clemencia,
Y remediando los secretos daños
Con dineros, consejos y prudencia;
Es padre del pupilo y viuda triste;
Cura al enfermo y al desnudo viste.

Ya visita los pobres hospitales,
Puerto seguro para entrar al cielo,
Y haciendo propios los ajenos males,
De todos es universal consuelo;
Las cárceles con manos liberales
Gozoso alegra en tanto desconsuelo.
Y en las misericordias de Tobías
Contento pasa sus lozanos días.

Mira la tierra llena de maldades,
De engaños, de mentiras, de traiciones.
De sacrilegios, robos y crueldades,
De alevos y dañadas intenciones;
Ve tratos dobles, torpes liviandades
Ojos amigos, falsos corazones;
Llorando mira el cuerdo y justo grave
Las ocasiones de la primer nave.

Por otra parte ve la profecía
Del que fué de Lahan dos veces yerno;
En que á su amado Júdas prometía
Del muslo suyo el heredero eterno,
Que á su linaje no se quitaría
Del cetro real el mando y el gobierno,
Hasta que enviase Dios su semejanza,
De las gentes certísima esperanza.

Que ya se va cumpliendo atento advierte
La profecía del que ver desea,
Por ver que Herodes dió muerte violenta
Al sucesor del reino de Judea;
Y porque Octaviano, César fuerte,
A Herodes nombra, y quiere que rey sea,
Y siendo extraño, al reino le habilita,
Y que á Júdas el cetro se le quita.

También de Daniel va contemplando
La profecía que el deseo le aumenta,
Pues mira, las hebdómadas contando,
Que faltan pocas ya para setenta;
Las unas con las otras computando,
Viendo que ya se cumple aquella cuenta,
Postrado en tierra y el deseo en el cielo,
Así le pide el general consuelo.

»Deidad, que riges la estrellada cumbre,
En quien contemplan tus criaturas bellas;
Tú, que al sol das la trasparente lumbre,
Y luz y resplandor á las estrellas;
Tú, que riges la inmensa muchedumbre
De tus criaturas y los actos dellas,
Principio de quien todo el bien procede,
Cuyo eterno poder todo lo puede;

»¿Cuándo ha de ser, ¡oh Padre sempiterno!
Que, rompiendo tus orbes celestiales,
Al Verbo amado de tu pecho tierno
Nos distilen los cielos inmortales?
Cuándo las nubes tu rocío eterno
Pondrán en las entrañas virginales?
Cuándo verá el virgineo vellocino
La rica perla dentro el nácar fino?

»Cuándo el arco de paz verá que asoma,
Que de tu luz eterna se deriva;
Cuándo traerá la cándida paloma
Al arca fiel la rama de la oliva?
Cuándo la vara que al peñasco doma,
Nos dará de tu fuente el agua viva?
Cuándo estará la zarza venturosa
Mas verde entre la lumbre y mas hermosa?

»Cuándo la piedra soberana y rica
De aqueste monte y inmortal cantera,
La estatua de Daniel que al rey publica,
Volverá en polvos su arrogancia fiera?
Cuándo el nuevo Moisés en su céntrica
Vendrá de aqueste mundo á la ribera?
Cuándo la vara de Jesús gloriosa
Llevará el fruto de la vid hermosa?

»Cuándo la escala se verá pendiente
Desde la tierra al cielo levantada,
Por quien baje á ser hombre Dios clemente,
Y el hombre suba á ser deidad sagrada?
Y cuándo por la puerta del Oriente
Entrará el rey, dejándola cerrada?
Cuándo vendrá el gigante que se espera
A hacer alegre su veloz carrera?

»Cuándo la gloria que tu pecho encierra
Del tálamo saldrá cual bello esposo?
Cuándo dará su fruto nuestra tierra,
Tú, tu benignidad, Padre piadoso?
Cuándo la paz de la prolija guerra,
Y la justicia de tu pecho hermoso
Harán paces con besos virginales,
Trocando en bienes los continuos males?

»Cuándo descenderá tu amado Verbo
A dar remedio á tan amargas quejas?
Cuándo al cojo darás los pies de ciervo,
Claros ojos al ciego, al sordo orejas?
Y las espadas del guerrear protervo,
Cuándo se volverán en corvas rejas,
Y en rudas hoces las soberbias lanzas,
Cumpliendo las antiguas esperanzas?

»¿Quién, Dios eterno, tan dichoso fuera,
Que pudiera alcanzar mercedes tantas,
Que á su madre y nutrido conociera,
Sirviendo alegre sus personas santas!
Quién por favor divino mereciera
Poner sus ojos en sus tiernas plantas!
Dijo, y suspenso, en Dios enamorado,
Queda el justo Josef arrebatado.

También del limbo oscuro, donde habitan
Las justas almas de los padres santos,
Con plegarias al cielo solicitan,
Con ruegos justos y amorosos llantos;
Al Padre eterno suspirando gritan,
Llueva el remedio de pesares tantos.
Oyó su ruego el Padre omnipotente:
Lo demás cantará el canto siguiente.

CANTO II.

De la Concepción pura y nacimiento de nuestra Señora.

»Qué divino furor me ha levantado
A tan altivo y no pensado vuelo,
Que la sangre me cuaja un miedo helado,
Viéndome entrar por uno y otro cielo?
Temo como el que por su mal alado
Al mar dió nombre; no le dé yo al suelo.
¡Águila santa, entre tus alas bellas
Me defiende del sol y las estrellas!

Fénix de amor, amado evangelista,
Que en el pecho de Dios el nido hiciste,
Y siendo su divino coronista,
El principio sin él nos escribiste;
Pues del sol claro con su hermosa vista
Los rayos inmortales ver pudiste,
Tu bondad en tus plumas me reciba,
O me dé alguna dellas con que escriba.

Y vosotros, espíritus dichosos,
Criaturas bellas, bienaventuradas,
Que en los asientos de la gloria hermosos
Gozáis las siempre alegres alboradas;
Vosotros, que asistís á los gloriosos
Rayos de aquellas luces increadas,
Regid mi pluma en este grave canto,
Lleno de gloria y admirable espanto.

La plenitud del tiempo ya llegando,
Tiempo de gracia y de misericordia,
Para el que al ruego de su esposa blando
La manzana comió de la discordia;
Edad mas que dichosa, tiempo cuando
Se verán en pacífica concordia
La justicia, que el pecho eterno encierra,
Y la verdad nacida en nuestra tierra.

Entra en consulta la deidad inmensa
Del Sempiterno y Todopoderoso;
Pide el rigor castigo de la ofensa
Del atrevido y poco temeroso;
Sale el divino amor en su defensa,
Y hace su causa como amor piadoso,
Y ante aquel tribunal de gloria eterna
Así propuso su demanda tierna.

«Eterno Padre, Verbo sempiterno,
Inmenso Dios de Dios, lumbré de lumbré;
Yo, amor divino, regalado y tierno,
Guardando en todo mi inmortal costumbre,
Siendo el tercero de ese ser eterno
Que rige el mundo y la estrellada cumbre,
Para el hombre mortal remedio pido,
De mi amor mismo y caridad movido.

«Inescrutable Dios, Dios verdadero,
May bien sabeis, Señor, que eternamente,
Antes que Adam comiese del madero,
Estaba decretado en vuestra mente
Que vierta sangre el inmortal cordero,
Gloria de vuestro pecho omnipotente,
Que por el hombre humano ha de ofrecerse
Hacerse hombre y hombre deshacerse.

«De aquel desorden y mortal codicia
Es menester que el hombre satisfaga;
Pues la culpa es inmensa y la malicia,
Es menester que inmenso sea quien paga;
Pues vos, eterno Dios, pedis justicia,
De eterno Dios también será la paga,
Que el Verbo amado de ese tierno pecho
De rigor pagará Dios, hombre hecho.

«La misera mortal naturaleza
Por nadie puede ser bien reparada,
Sino por quien con inmortal destreza
La supo hacer y fabricar de nada;
Ya la deidad de vuestra suma alteza
Ha estado largos siglos injuriada.
Por el cielo, la tierra y limbo pido
Que satisfaga el que es el ofendido.

«Morir no puedes, sacra deidad pura,
Y así, no has de morir, siendo infinita;
Pagar no puede la mortal criatura,
Que su ser pobre su caudal limita;
Verbo del Padre, luz de su hermosura,
La humanidad alegre suposita;
Como hombre muere, como Dios nos paga,
Y será de hombre y Dios justa la paga.

«Bello retrato, soberana idea
Del que gozas el pecho soberano,
En quien tu eterno Padre se recrea,
De cuyo amor inescrutable emana:
El mundo, el cielo, el limbo ya desea
Verte hecho por el hombre niño humano;
Pues en ti el orbe trino su bien libra,
Desciende á ser mortal y al mortal libra.»

El Padre eterno, del amor movido,
Así responde á la demanda tierna:
«Divino amor, de amor enternecido,
De igual poder con mi potencia eterna,
Omnipotente Verbo, hijo nacido
En mi mente divina sempiterna,
Que somos un Dios solo y una esencia,
De ciencia igual é igual omnipotencia:

«Bien sabeis que Luzbel, siendo criado
Mas que el hermoso sol resplandeciente,
Por su soberbia ingrata fué arrojado
Adonde gime y llora eternamente:
Que el hombre, á nuestra imagen fabricado,
Y hecho del mundo nuestro presidente,
Aborto de su pecho en la costilla,
Hecha mujer, se alegra y maravilla.

«Que perdió por su culpa la inocencia,
Porque su muerte en la manzana estaba;
Que sintió de los tiempos la inclemencia,
De la tierra y el cielo la ira brava:
Perdió mi gracia por su inobediencia;
La razón que era reina, se hizo esclava,
Que al campo fué de espinas y de abrojos,
Hechos fuentes de lágrimas sus ojos.

«Que en el sudor de su aflicta cara
Hizo fuerza á la no labrada tierra,
Que, aunque por su enemiga se declara,
Vuelve con colmo lo que en ella encierra;
Que le dió hijos su consorte cara,
Naciendo entre ellos la primera guerra,
Todos sujetos á la culpa fuerte
Y al yugo inevitable de la muerte.

«Que sus hijos nacieron hijos de ira,
Por descendientes de su padre alevé,
A quien mi airado brazo hechas tira
Y mi justo rigor azotes llueve;
Que en la oscura prision triste suspira,
Porque mi hijo pague lo que él debe,
Satisfaciendo de la culpa liera,
De que á los suyos dura la dentera.

«Eran dignos de penas inmortales,
De males y tormentos excesivos,
Y de que entre cadenas infernales
Inmortal muerte padecieran vivos;
Mas vos favoreceis á los mortales,
Pidiendo vaya á rescatar cautivos
Uno de nuestra Trinidad, pagando
El tesoro que estamos esperando.

«Si vos, divino Amor, sois el tercero
Entre el hombre mortal y mi sentencia,
Con vuestro gusto conformarme quiero;
Poned vos vuestro amor, yo mi potencia;
Vos, mi engendrado Hijo verdadero,
Pues sois mi eterna y soberana ciencia,
Vuestra ciencia poned omnipotente,
Y reparad la pobre humana gente.

«Que, aunque podamos yo y Amor divino
Supositar la humanidad caída,
Es menester, pues que por saber vino
A veras enferma, flaca y destruida,
Vuestra infinita ciencia abra camino,
Y con vuestro saber sea redimida,
Satisfaciendo de la culpa inmensa,
Hecho precio infinito de la ofensa.

«Ya, como bien sabeis, vuestro nutricio
Josef con justos ruegos y plegarias,
Haciendo de sí mismo sacrificio,
Con votos y oraciones ordinarias,
Nos pide el deseado beneficio,
Profetizado por edades varias;
También la pobre tierra le vocea,
Que renovarse con su luz desea.

«Y los que gozan nuestras maravillas
En el glorioso asiento, hermoso y puro,
Piden que suban á gozar sus sillas
Las almas que encarcela el limbo oscuro;
Y ellas piden que baje á redimirlas
El que quebrantará el guardado muro,
Dando al infierno aquel bocado amargo,
Y á mi justo rigor justo descargo.

«Yo criaré una bellísima criatura,
Donde descendas, sacro Verbo amado,
A tomar carne de su sangre pura,
Para el remedio del mortal bocado;
Excederá en mi gracia y hermosura
A los confines de mi eterno estado,
Hermosa mas que el cielo, sol y luna,
Que será Madre y Virgen, fénix una.

«Deciende, gloria de mi eterno pecho,
Deciende á las purísimas entrañas,
Que á mi divina vista han satisfecho
Sus virtudes santísimas y extrañas:
Haré esta obra, á questo heroico hecho,
Digno de mis dignísimas hazañas,
Uniendo la potencia de mi brazo
Al Verbo el ser mortal con fuerte lazo.»

El Hijo omnipotente sempiterno
Del sempiterno omnipotente Padre,
Encendido de amor piadoso y tierno
De ver que al cielo, tierra y limbo cuadre,
Quiere humanarse, siendo Dios eterno,
En las entrañas de una Virgen madre,
De las culpas del hombre hacerse cargo,
Y dellas dar á Dios igual descargo.

El Espíritu Santo se recrea
De que se cumple lo que el hombre aguarda,
Y al cielo con mayor gloria hermosesa,
Y hace que en dulce y nuevo amor se arda;
Quiere ilustrar la Virgen que desea
De un cuerpo hermoso y un alma gallarda;
El vientre de la estéril Ana escoge,
De donde nazca quien le desenoje.

Quiere criarla de su gracia llena,
Y haría tal el que es de gloria lleno,
Que no pueda hacer Dios madre mas buena,
Como no puede el hijo ser mas bueno;
Hácela alivio de la antigua pena,
Triaca saludable del veneno,
Llena de tanta gracia y hermosura,
Que excede á la seráfica criatura.

Todo el impíreo cielo está á la mira,
Con músicas alegres esperando
Nazca el espejo en quien su autor se mira,
Su concepcion dichosa festejando
La paz esperan de la antigua ira,
Y así, paz á la tierra están cantando,
Guardando el vientre de la estéril madre
El cielo todo y el anciano padre.

Llena de gracia, y de virtudes llena,
Le da el alma santísima su esposo;
El sacro omnipotente Padre ordena
De darle un cuerpo mas que el cielo hermoso;
El Hijo soberano la ensena
Del antiguo tributo y feudo odioso,
Haciendo que su madre soberana
Libre del ágrío esté de la manzana.

Porque, ó pudo ó no pudo el Hijo amado
Santificar su nuevo paraíso;
El decir que no pudo, es condenado,
Que eternamente pudo cuanto quiso;
Si pudo preservarla de pecado
Con la potencia de su eterno aviso,
El que manda que se honre padre y madre.
¿No había de honrar su inmaculada madre?

Si fué santificado Jeremías
Dentro de la prision del vientre oscuro;
Si el padre putativo del Mesías
Del pecado nació libre y seguro,
La que excede las bellas jerarquías,
Y escurece la luz del sol mas puro,
¿No había de ser de Dios santificada,
Y en su concepcion pura preservada?

Es de Dios la escogida venturosa
Sin la original mancha concebida,
En el alma y el cuerpo toda hermosa,
Sin caer, mas altamente redimida;
Es la bella mujer maravillosa,
Que vió el divino Juan del sol vestida,
Que huyendo de la sombra del pecado
Al soberbio dragon dejó burlado.

Es la ciudad de Dios, cuyos cimientos
Labró su autor sobre los montes santos,
Poniéndola por firmes fundamentos
Para sus edificios sacrosantos;
Ciudad cuyos gloriosos vencimientos
Ya celebraron en alegres cantos,
Siendo su muro, antemural y guarda
El Salvador, que sin dormir la guarda.

Es la ciudad santificada y pura,
Cuyo resplandor claro es el cordero,
En quien el que la hizo su criatura
Hombre nació pasible verdadero;
Ciudad á quien alegra la hermosura
Del impetu del río, que ligero
Con su gracia inundó la ciudad bella,
Enamorado de lo que ve en ella.

Es la hija del Rey, que venturosa
Toda su gloria tiene en sí encerrada;
Es la que de oro con la ropa hermosa
De variedad asiste rodeada;
La que Dios con su mano poderosa
En su alegre santísima alborada,
Muy de mañana la ayudó gozoso,
Librándola del yugo trabajos.

Es el huerto cerrado, el paraíso,
De quien el Dios de amor guardó la puerta,
Donde la flor del campo nacer quiso;
A la original culpa nunca abierta;
La que al amor con su divino aviso
Entre sus bellas alas encubierta
Guardó de la ave fiera de rapina,
Librando della á la inocente niña.

Es la Ester, que ablandó del Rey el pecho,
A quien la ley de su rigor no alcanza,
Quedando en su hermosura satisfecho
El Asuero, que la hace su prinzanza;
Es el florido y regalado lecho
Del Salomon, del padre semejanza,
De los sesenta fuertes rodeado,
Y de la culpa original guardado.

Fué criada en gracia la primera madre,
Y había de ser en culpa concebida
La escogida del que es verbo del Padre,
De quien ha de tomar humana vida?
Aunque el trifuco can soberbio ladre,
No podrá asir á la que á Dios asida,
Tiene de quebrantarle la cabeza,
Quedando mas hermosa su pureza.

Si Eva, que con la sierpe se congracia,
Y por su gusto fué burlada della,
Siendo la madre de la cruel desgracia,
En gracia fué criada hermosa y bella;
La que ha de serlo de la misma gracia,
En algun tiempo había de estar sin ella,
Su corviz inclinando al cruel verdugo
Que la pusiera de la culpa el yugo?

¿Habla de mirar Dios su Madre amada
Padeciendo la infamia del castigo,
Entre cadenas de la culpa atada,
Hecha cautiva vil de su enemigo?
¿Maria había de ser tan desgraciada,
Que su Hijo no pudiera ser su amigo,
Pues fuera su enemigo declarado
Si fuera concebida con pecado?

Si el arca que encerró el maná divino,
Las tablas del Decálogo y la vara,
Mandó Dios se labrase de oro fino
Y de madera incorruptible y rara;
Si en cuarenta y dos años de camino,
Contra el rigor del tiempo y fuerza avara,
Guardó el vestido incorruptible y sano
Del sumo Dios la omnipotente mano,

El arca virginal, arca dichosa
De aquel divino é inmortel tesoro
Del Padre eterno la palabra hermosa,
Y gloria eterna del impíreo coro,
De quién ha de tomar carne preciosa
Para el remedio del antiguo lloro,
¿No había de ser mas pura y mas sincera
Que el oro fino y la inmortal madera?

Hay en medio del mundo una alta casa
Que confina con tierra, mar y cielo:
Su gran altura de las nubes pasa,
Su gran profundidad del bajo suelo;
Su longitud se mide, y se compasa,
Desde la cuna del Señor de Delo,
Hasta el sepulcro en quien le entierra el día,
Lleno de luto y de melancolía.

Vense de acero y bronce fabricadas
Sus murallas al cielo descubiertas,
Y entre ellas de labor sutil labradas
Mil hermosas ventanas y mil puertas;
Sus murallas se miran arruinadas;
Sus puertas y ventanas siempre abiertas;
Sus ventanas, sus puertas, sus almenas,
De ojos, orejas y de lenguas llenas.

El silencio jamás aquí halló entrada,
Y si entrar quiere, á muerte se condena;
La quietud anda siempre desterrada,
Y el sueño, si entra, tiene grave pena;
Aquí la nueva, apenas engendrada,
Entre el susurro que entre todos suena,
Tanto crece, se muda y desconoce,
Que el propio padre apenas la conoce.

Aquí la general fama es señora,
Horrendo monstruo, voladora fiera,
Tanto de la mentira afirmadora,
Cuanto de las verdades mensajera;
Que en cuanto baña Tétis y el sol dora,
Hace cual rayo su veloz carrera,
Mirando, oyendo, hablando, cuanto mira,
Mezclando la verdad con la mentira.

De plumas ligerísimas y bellas
Adorna de su cuerpo los despojos,
Acompañando al gran número dellas
La misma cantidad de atentos ojos;
Tienen bocas, y de todas ellas
Jamás se ven cerrar sus labios rojos,
Jamás reposa, siempre hablando vueta,
Hecha una vejadora centinela.

Huye de las desiertas soledades,
Haciendo en las ciudades propios nidos,
Y en ellas siembra varias novedades
Y los casos apenas sucedidos;
Enmascarando siempre las verdades
Con cuentos fabulosos y fingidos,
Anda provincias, mares, reinos varios,
En religion, lenguaje y ley contrarios.

Aquesta, cuyos siempre abiertos ojos
Venecen á los que vió la mujer vaca
Y á los que coronando sus despojos,
La mas serena noche al mundo saca,
Está en la torre que hizo á Dios enojos,
En cuya confusion su saña aplica;
Las lenguas aprendió, y de lenguas llena,
A hablar perpetuamente las condena.

Está con las orejas mas crecidas
Que las que mereció por su mal gusto
El venturoso por su daño, Midas,
A quien el oro fué castigo justo;
Cuanto se hace ve, y sabe de oidas,
Desde el flamenco helado al indio adusto,
Volviendo con usura lo que ha oído,
Que siempre da de mas algo añadido.

Aparte tiene aquesta fiera hermosa
Una ciudad de todas escogida,
Donde la gente ilustre y valerosa
Después de muerte goza eterna vida;
No entra en ella la infamia vergonzosa,
Ni la mentira siempre aborrecida;
La verdad y el honor guardan las puertas
Al tiempo y á la muerte nunca abiertas.

En medio la ciudad fuerte y famosa
Hay un templo, hasta el cielo levantado,
De arte sutil y de labor preciosa,
De piedras finas y oro fabricado,
Por el honor y la virtud hermosa,
A la que al tiempo vence dedicado,
Cuya muralla por extremo fuerte
Le defiende del tiempo y de la muerte.

En medio deste templo se levanta
De incorruptible cedro y de diamante
Una ara de riqueza y beldad tanta,
Que al ambicioso mundo es bien que espante;
Está en medio una virgen sacrosanta
De hermoso aspecto y juvenil semblante,
Hija mayor de la ligera fama,
Que la inmortalidad el tiempo llama.

A un lado tiene á la virtud vestida,
En vez de jerga hasta, de brocado,
Y de su mano virginal asida
Con laurel premia su cabello amado;
Del otro está gozando nueva vida
El honor con trabajos alcanzado,
Murada de oro su cabeza hermosa
Con cetro real y púrpura preciosa.

En fuego de las vírgenes vestales
Se evaporizan mil sabeos aromas,
Y de yerbas y flores orientales
Exhalan suave olor preciosas pomas;
Y en vasos de clarísimos cristales
Alimentan el fuego ricas gomas
De suave mirra y bálsamo oloroso,
Llenando el templo de su olor precioso.

Por todas las paredes hay colgados
De hazañas y victorias los despojos,
Coronas de oro, cetros adorados,
Banderas blancas y estandartes rojos,
Saltados fosos, muros asaltados,
Quebradas piernas, arrancados ojos,
Contrahechos brazos y pasados pechos,
Deshechas rocas y hombres rocas hechos.

PE-II.

Aquí en sepulcros y urnas levantadas
En lucillos, pirámides, colosos,
Las cenizas están siempre guardadas
De los que merecieron ser famosos;
Aquí en bronce, con oro, están grabadas
Las virtudes, los hechos valerosos,
Armas, esfuerzo, letras, osadía,
Religion, castidad y valentía.

Hay de alabastro, jasper, mármol y oro,
De labor suma y de riqueza rara,
Por la fama labrado, un alto coro,
Que cerca de Hipocrene el agua clara,
Donde Febo, depuesto el real decoro
De la luz pura de su hermosa cara,
De su divino plectro al son suave,
Canta tan dulcemente como grave.

A sus lados están sus nueve hermanas
De laurel coronadas y de flores,
Y aunque divinas, por extremo humanas,
Provecan á castísimos amores,
En sus rostros y voces soberanas
Céfiro en calma, derramando olores,
Parando de los cielos la armonía
De la suya á escuchar la melodía.

Un poco mas abajo están sentados
Los Orfeos, los Ennies, los Homeros
Y los que de Helicón alimentados
En este coro entraron los primeros;
Los que dichosamente laureados
Desta casa son hijos verdaderos,
Los coronistas, los historiadores,
Los sabios y elegantes escritores.

Coronadas de yedra las cabezas,
Siempre cantan con voces celestiales
Las armas, las hazañas, las proezas
De los que muertos viven inmortales;
Aquí siempre se escriben las grandezas
De valerosos pechos y armas reales,
Letras, fuerzas, valor, virtud, prudencia,
Piedad, justicia, amor, magnificencia.

Desta academia sabia es presidente
El que viste la tierra de alegría,
Sacando de oro la encendida frente,
Alma del mundo y lámpara del día;
Es maestro de capilla diligente,
Que lleva á la sagrada compañía
El compás, dando tono y señalando
Lo que á pesar del tiempo están cantando.

Guarda la puerta una inmortal doncella
Madre de la poesía y de la historia,
Aunque antigua y anciana, moza y bella,
A quien llama la fama su memoria;
No deja entrar sino á los dignos della
Al museo, que da á los muertos gloria,
Defendiendo la entrada al atrevido
Que pretende el lugar no merecido.

A un lado deste coro hay de oro puro
Y de plata bruñida un sacro erario,
Que defiende de acero un fuerte muro
Contra el rigor del tiempo su contrario;
Donde de metal rico y bronce duro,
De alabastro escogido y jasper varío,
Se guardan las medallas milagrosas
De los que hicieron cosas hazañosas.

Los nueve de la fama aquí se hallaron
Con todas las batallas que vencieron,
Los que á vivir los hombres obligaron
En las varias repúblicas que hicieron;
Los que fuertes ciudades fabricaron,
Los que inventores de las cosas fueron.
Los héroes fuertes, los legisladores
Y de sus patrias los libertadores.

Los filósofos sabios, reyes justos,
Matronas y doncellas valerosas,
Que á pesar de su carne y de sus gustos
De sí mismas triunfaron victoriosas;
Las que con pechos y ánimos robustos
Emprendieron hazañas prodigiosas;
Aquellas que secreto y fe guardaron,
Las doctas que á los sabios admiraron.

40

Guarda el trabajo siempre cuidadoso
Del sacro erario la cerrada puerta,
Medio para el que fuerte y animoso
La del honor pretende ballar abierta;
Nunca los fuertes miembros da al reposo;
Como león está siempre en alerta,
Defendiendo la entrada venturosa
De gente infame, torpe y perezosa.

Sobre el cimborio deste templo raro
Hace la fama que los aires rompa
Su trompa, de los muertos el reparo,
Pues les da vida con su ilustre trompa,
Aquí contra el olvido y tiempo avaro
Celebra con debida y regia pompa
Las hazañas, los hechos portentosos
De los que muertos viven gloriosos.

A aquesta casa, con razon famosa,
Una nueva llegó que el mundo espera
Que es tan alegre cuanto venturosa,
Y mas que venturosa verdadera,
De que una niña, por extremo hermosa
Nació, alegrando la estrellada esfera:
La fama alegre entre sus alas pone
La nueva, y á llevarla se dispone.

Cuando rompiendo por el aire claro
Un jóven de admirable rostro hermoso
Y de semblante peregrino y raro,
De hablar suave y de mirar gracioso,
Manda á la fama que del cierto amparo
Lleve la nueva al que ha de ser su esposo,
Que sea en referirla verdadera,
Y que apresure su veloz carrera.

Rompe gallardo el aire trasparente,
Sacudiendo por él la bellas plumas,
Llevando escritas en su roja frente
Las gracias raras, las virtudes sumas
Del medio del remedio de la gente,
Que predijo la gran sabia de Cúmas,
Mostrando alegre entre sus alas bellas
Los ojos convertidos en estrellas.

Al tiempo llega, que deshecha en lloro
Sale de entre las aguas cristalinas
La aurora, que esparciendo su tesoro
Aljófar rico vierte y perlas finas;
Que descogiendo su cabello de oro
Con sus hebras hermosas y divinas,
Los astros celestiales oscurece,
Y las ligeras nubes enriquece.

A aqueste tiempo pues llega la Fama,
Y halla al justo Josef entretenido
Entre los brazos de una honesta dama,
Que le tiene de amor preso y rendido;
Que es la oracion que el corazon le inflama,
Que por divino templo le ha escogido,
Haciendo de su pecho ara sagrada,
Adonde ofrece el alma enamorada.

«Sabrás, la Fama dice, ¡oh jóven raro!
Que tan propicios á los cielos tienes,
Que de la real estirpe y solar claro
De donde tan gloriosamente vienes,
Nació una niña, en cuyo fiel amparo
Llueven los cielos soberanos bienes,
A quien la gracia y la naturaleza
Adornan de bondad y de belleza.

»Cózase el cielo con la niña hermosa;
El Padre omnipotente se recrea,
Y hácela la mas bella y mas graciosa
Que ve el que el mundo con su luz rodea;
El dulce Esposo á la escogida Esposa
Con plenitud de gracias hermosa,
Y el Verbo, que se ve en la niña bella,
Reparte su saber divino en ella.

»Las tres carites, gracias sobrehumanas,
Hijas del Rey del soberano coro,
Fe y esperanza y caridad ufanas
Llenan su pecho de inmortal tesoro;
Amor divino, que en las soberanas
Cumbres dispara sus saetas de oro,
De amor la adorna y de virtudes tales,
Que excede á las legiones celestiales.

»Dale de oro de Arahia los cabellos,
Con que enlace de amor su tierno esposo,
Pues los rayos del sol delante dellos
Pierden su luz y resplandor hermoso;
Dos soles claros son sus ojos bellos,
De vista grave y de mirar gracioso,
De quien el que los hizo se enamora;
Que dan luz bella al que los cielos dora.

»De entre la alegre venturosa cuna
Esparce rayos de su rico Oriente,
Siendo en belleza cual la Fénix una
Y muestra del saber omnipotente;
Es del cielo la media blanca luna
Su mas que hermosa y soberana frente,
Sus cejas arcos de inmortal pureza,
Con que prende al amor y la belleza.

»La nariz bella el rostro proporciona,
Y las dos rosas por mitad divide,
Y cual del cielo la primera zona
Este cielo de amor compasa y mide;
Con tan grande beldad la perficiona,
Que hace que su furor la envidia olvide,
Que nariz, en quien falta no se halla,
Adora humilde, reverencia y calla.

»Por mejillas le da las del aurora,
De jazmin blanco y colorada rosa,
En quien dichosamente se atesora:
La castidad humilde y vergonzosa;
Al desamor con ellas enamora.
Y á la escuadra seráfica gloriosa
De ver tanta beldad pasma y suspende,
Y en nuevo amor y caridad enciende.

»Reparte entre clarísimos cristales
Claveles rojos y púrpura grana;
Sus labios son finísimos corales
De gracia y hermosura sobrehumana;
Los dientes blancos, perlas orientales,
Que entre rubíes con mezcla soberana
Hacen una divina hermosa boca,
Que al cielo á celestial amor provoca.

»La soberana barba que deciendo
De gracia y hermosura milagrosa,
Un hoyo hermoso por mitad la hiende,
Haciendo su hermosura mas hermosa;
Con él al casto amor de amor enciende,
Y en él hace su estancia venturosa,
Seguro albergue, soberano nido
De blanco azahar y de jazmin tejido.

»El cuello ebúrneo, grave, bien sacado,
Columna de la fábrica del cielo,
Que á las que al cielo tienen ha pasmado,
Pues mejor que ellas ya la tiene el suelo;
El pecho puro, cándido y rosado,
Adonde el alma entre el nevado velo
Hospeda á la humildad, á la pureza,
A la fe, castidad, gracia y belleza.

»Dale unas manos bien proporcionadas,
Mas blancas que el arminio, mármol, nieve,
De arminio, nieve y mármol envidiadas,
Reverenciadas de los coros nueve;
Liberales, hermosas, extremadas,
Cuya hermosura y gracia al cielo mueve
A nuevo amor, á gozo y alegría
De aquesta niña sin igual María.»

Dijo el hermoso monstruo, y mas ligera
Que el veloz viento, que soberbia pisa,
Parte, sembrando en su veloz carrera
Gozo en las almas, en los rostros risa;
Y de la nueva alegre y verdadera
A toda la familia ilustre avisa,
Y al justo Esposo con razon eleva
Del parto alegre la dichosa nueva.

Oye las nuevas el gallardo jóven,
Y con la duda tiembla el alegría,
Y antes que dentro el pecho el gozo llueven,
Con su deseo y la verdad porfia;
Pues si las cree, teme que le roben
El aliento que el alma al cuerpo envía;
Y así, teme creer lo que desea,
Que un grande bien, dudando es bien su crea.

Ya de la alegre nueva satisfecho,
Que por Betlem su patria se publica.
Cósase el alma, enternecido el pecho;
De su verdad en sí se certifica,
Y en dulcísimas lágrimas deshecho,
Humilde y temeroso á Dios suplica
Alcance á ver la soberana planta
Que al cielo admira y á la tierra espanta.

En tanto pues que dulcemente suena
De la fama veloz la clara trompa,
Haciendo que su voz pura y serena
Del gran Éolo por el reino rompa,
El noble mozo alegrement^e ordena
Con mas humilde que soberbia pompa
De visitar la mas que hermosa niña,
Paz deseada de la antigua niña.

Y así al deseo, que es quien le vocea,
En un instante le convierte en obra,
Porque la gloria de la tierra vea,
Y por quien Dios la antigua deuda cobra;
Y mientras mas camina, mas desea
Ver la niña, que solo verla sobra
Para gozar del bien mas peregrino
Después de Dios, que goza el orbe trino.

Camina pues el venturoso mozo
A Nazaret, que el nuevo cielo encierra,
Dando su gran deseo y alhorozo
Al noble pecho alegre y dulce guerra;
Y con amor divino y santo gozo
Adora á quien le anuncia á cielo y tierra.
Llegó alegre al tesoro sacrosanto,
Yo al dulce fin de aqueste grave canto.

CANTO III.

De como visitó Josef á nuestra Señora recién nacida.

Los traces, gente que con vil despecho
Quiere hasta el mismo cielo poner pena,
Pues cuando cubre su estrellado techo,
Y entre la negra nube el aire truena,
Con alma libre y arrogante pecho,
Con furia loca de raxon ajena,
Abrazada en furor, ardiendo en ira,
Flechas escupe al cielo y piedras tira;

Esta bárbara gente, á Dios traidora,
Digna de que sobre ella fuego envíe,
Cuando un hijo le nace, gime y llora.
Y cuando muere, alegre canta y ríe;
Celebrando á la parca cortadora,
Por ver que de trabajos los desvie,
Y llorando el nacer con llanto ingrato
Del que es de su criador vivo retrato.

Y antes de aquestos lloros y estos juegos,
De varones mas sabios se ha leído,
Los cuales siendo á luz mayor mas ciegos,
Dejaron falsamente instituido
El parecer de algunos locos griegos,
Que es mejor no nacer que haber nacido,
Ó que luego en naciendo el hombre muera,
Y que junto al nacer el morir fuera.

Grande locura, necio desvarío
De que tan ciega y bajamente ultrajen
A aquel á cuyo mando y poderío
Es bien que las criaturas agasajen;
Aquel que en su ser noble y albedrío
Es de su autor divino viva imagen,
Un abreviado mundo, un Dios pequeño,
Del suelo extraño, de la gloria dueño.

Pues para hacer aquesta heroica hazaña,
Esta obra digna del saber del cielo,
Viniendo del por maravilla extraña
La inmortal alma á unirse al mortal velo,
Parece se consume y desentraña
La alma natura, y en el pobre suelo
Casa le labra, alcázar le fabrica,
Tanto como pequeña, hermosa y rica.

Hízole Dios con su saber profundo
De los ángeles puro compañero,
Del mayor mundo le hizo Dios segundo,
Su presidente y visorey primero;
Todo cuanto en sí encierra aqueste mundo
Hizo Dios para el hombre su heredero,
Y al hombre para sí formó de modo
Que le hizo un todo en quien lo cifró todo.

Bien es que el mundo con razon se asombre
En esta cifra, que su autor descifra,
Que de mundo pequeño tiene nombre,
Y es del mundo mayor un mapa y cifra;
El hombre es fin del mundo, Dios del hombre,
Suma en quien Dios á sus criaturas cifra,
Pues que le dió tal gracia y hermosura,
Que vino el hombre á ser toda criatura.

El ser tiene con piedras y metales,
El crecer con las yerbas y las plantas,
El sentir con los otros animales,
Y el entender con las criaturas santas;
Tiene con el que es uno y tres iguales,
Ser su retrato de grandezas tantas,
Que en él selló la lumbre de su rostro,
Haciendo al hombre un soberano mostro.

Dió al hombre Dios con rara providencia
Ángeles que le traigan en las palmas,
Pretendiendo con suma diligencia
De sus guerras inciertas ciertas palmas;
De estrellas y planetas la influencia,
Sin que puedan forzar las libres almas
Los cielos, con su eterno movimiento,
Que cuidadosos buscan el sustento.

Al sol que en él derrama su hermosura,
Siendo del mundo el alma y alegría,
La luna clara, que en la noche oscura
Es paje de hacha que le alumbra y guía;
Al tiempo que solícito procura,
Siguiendo de los cielos la porfía,
Con el vario alternar de su mudanza
Servir al que es de Dios la semejanza;

Su calidad le da cada elemento:
En él el fuego su calor encierra,
El aire puro el necesario aliento,
Sangre el agua le da, carne la tierra;
Gúlsale el fuego su mantenimiento;
Dale el aire la caza que en él yerra,
Su pesca el mar, la tierra fieras varias,
Para su vida y gusto necesarias.

El fuego le fomenta en el invierno,
El aire le refresca en el verano,
El agua dulce, en su cristal eterno,
Da de beber al Vicedios humano;
La tierra, siempre roto el pecho tierno.
Regala alegre al monstro soberano
Con plantas, flores, frutas, yerbas, mieses,
Preciosas minas y copiosas reses.

Dante las nubes en su lluvia fria
El blando lino y el aceite grueso,
El trigo de oro y el licor que cria
La vid, que á tantos ha quitado el seso;
Montes y ríos, caza y pesquería;
Su mercancía el mar le trae en peso,
La oveja le da lana, y dale seda
El que hace cárcel donde muerto queda.

Con sola la razon que Dios le ha dado,
Con que á los mismos cielos hace escalas,
Puede vencer al escuadron armado
De escamas, uñas, cuernos, cochas y alas;
Cual salamandra pisa el fuego amando,
Y del aire cual águila las alas,
Cual búfano en el verde mar se encierra,
Cual zahorí ve lo oculto de la tierra.

Dióle su eterno original divino
Un noble ingenio de presteza tanta,
Que haciendo por el aire real camino,
Á los cielos hermosos se levanta;
Con él rompe su muro diamantino,
Y de Dios mira la belleza santa,
Y absorto de su gracia en el abismo,
Encoge el hombre y vuélvese á sí mismo.

Sin salir los umbrales de su casa,
Anda y mide los orbes transparentes,
La zona ardiente, que la tierra abraza,
Y las que hielan sus vecinas gentes;
Corre las tierras y los mares pasa,
Naciones varias, reinos diferentes,
Y admírase el divino caminante
De que vió el mundo en un pequeño instante.

Domó la tierra con el corvo arado,
Hasta que la hizo dar las mieses de oro;
Aprisionó con pecho denodado
Por la gruesa cerviz al cerril toro;
Puso freno al caballo no domado,
Quitó á las aves su mayor tesoro,
Fió del mar azul el verde pino,
Haciéndole alas del nevado lino.

Todo lo dejó Dios á sus piés puesto,
Hasta el cielo, que el cielo pisa y huella,
Pues el cielo en el clima contrapuesto
Anda debajo desta imagen bella;
Y el cielo claro de beldad compuesto,
Empedrado con una y otra estrella,
Le formó Dios con providencia santa
Para esta celestial divina planta.

Y la capacidad del alma hermosa,
Con que del cielo á la inmortal excede,
No hay en la tierra ni en el cielo cosa,
Después de Dios, con que contenta quede;
Sola la gloria todo poderosa
Hartar al hombre cabalmente puede:
Todo lo que no es Dios le viene estrecho,
Que es Dios el centro donde va derecho.

Y porque últimamente al mundo asombre
Desta divina imagen la grandeza,
Dios, que al hombre crió, deseó ser hombre,
Y se unió alegre á su mortal flaqueza;
Y así, abreviando su poder y nombre,
Tomó del hombre la naturaleza,
Supositando en sí con lazo estrecho
El ser que, unido á Dios, se vió Dios hecho.

Y aun entre plantas, piedras y animales
Quiso el cielo infundir cierto deseo
De parecer criaturas racionales,
Haciendo dello singular trofeo;
Pues de entre los preciosos minerales
De las piedras le imita el camaleón,
Y de los brutos, quieren ser humanos
Los sátiros, los faunos y silvanos.

Y de los que con alas mas serenas
Cortan del aire azul las olas frías,
Con rostro humano de razon ajenas,
Le imitan ligerísimas harpas;
De los peces, bellísimas sirenas,
Que el mar encalman en sus armonías;
La mandragora, yerba soñolienta,
Entre las plantas mas le representa.

Esta cifra del mundo, este edificio,
Primera maravilla antes que otava,
Cuya labor divina y artificio
La tierra humilde admira, el cielo ataba,
Da señal clara y verdadero indicio
Que en él la perfección del mundo acaba;
Pues hizo Dios con soberano modo
Para sí al hombre, y para el hombre todo.

Borré ya el tiempo de la humana historia
De la abundante Ródas el Coloso,
Pereza de Semiramis la gloria
Del Babilonio muro artificioso,
Mate el olvido á la inmortal memoria
Del Mausoleo célebre famoso,
Caiga la torre del soberbio Faro
Ante esta imagen de milagro raro.

Criatura tan hermosa y tan lozana.
En quien el cielo, fuego, aire, agua y tierra
Con artificio y gracia soberana
Cada cual su virtud pone y encierra;
Llorar que nace, es impiedad villana,
Y contra el hombre ingratamente yerra
Quien no solo no Hera el nacimiento,
Mas quien no muestra en él gozo y contento.

Y así al nacer de tan real criatura
El gozo se le debe de derecho,
Tanto por la beldad de su hermosura
Como por la nobleza de su pecho,
Tanto por ser de tal señor hechura
Como porque su Vicedios le ha hecho,
Tanto por ser la perfección del suelo
Como por ser para él formado el cielo.

Y si á cualquiera que á este mundo viene
Se debe celebrar el nacimiento,
A aquel que mas perfectas gracias tiene
Se le debe con mas crecido aumento;
Y con mayor justicia le conviene
Al hombre de mayor merecimiento,
Y al mejor mayor gozo y alegría,
Que la mayor bondad mas amor cria.

Pues si es así que nuestra vida excede
La mas perfecta racional criatura,
Y hace que absorba y que vencida quedo
La seráfica escuadra, bella y pura:
¿Qué regocijo y fiesta hacerse puede,
Que mayor no merezca la hermosura
Desta Minerva sabia y casta Vesta,
Que es de su Dios el regocijo y fiesta?

Y si al nacer de los humanos reyes,
No mas que los pastores inmortales,
Pues la aguijada tosca de los bueyes
Y el cetro de oro al cabo son iguales,
Hay observadas inviolables leyes
En que gozosos en sus dias natales
Celebre el pueblo como á los divinos
Con sacrificios, juegos, fiestas é hinos;

Si cuando nace el obediente mozo,
Que su temprana muerte el cielo estorbo,
Cuya promesa causa risa y gozo
A Sara estéril, en su vejez corva,
Parece que la fiesta y alborozo
A sus padres en sí convierta y sorba,
Celebrando con gozo y regocijo
El tardío parto del amado hijo;

Si porque ofrece la Raquel hermosa
El fruto del amor de catorce años,
Si porque da á David la ajena esposa
El que mostró del mundo los engaños,
Y si la madre de Samuel dichosa,
Por verse libre de injuriosos daños,
Hacen fiestas, banquetes y alegrías,
Regocijando los dichosos dias;

¿Qué mucho que la tierra se alboroce
Al nacer de la aurora sacrosanta,
Viendo que el cielo así se alegre y goce,
Mirando de Jesús la ilustre planta?
Gózase el cielo, como la conoce,
Y alegre á su Criador canciones canta;
La tierra brota flores de alegría
Al nacer deste sol que alumbra el día.

Al tiempo pues que mas se regocija
Del ilustre Joaquín la alegre casa,
Y por las venas el contento aguija,
Que en celestial consuelo los abraza,
Gozando de la no esperada hija
El gozo interno y el placer sin tasa,
Llega Josef, y la dichosa nueva,
El bien aumenta, y el placer renueva.

Hacen alegres corros los pastores,
Los groseros vaqueros y gañanes,
A quien las varias mezclas de colores
Los hace, aunque mas rústicos, galanes;
Con guirnalda de yerbas y de flores,
Con ramos de laureles y arrayanes
Muestran entre las voces y los gritos
Los corazones en la frente escritos.

Y por secreto y celestial misterio
Ordenan fiestas y componen danzas,
Y al son del caramillo y del salterio
Hacen groseramente sus mudanzas,
Festejando por todo el hemisferio
La vida de las tardas esperanzas,
El parto alegre, el nacimiento santo,
Que volvió en dulce risa el triste llanto.

Con rostro alegre y ánimo gozoso
Reciben al esposo bien nacido,
No conocido por su digno esposo,
Mas por su deudo y sangre conocido;
Y con agrado afable y amoroso
Le dan el parabién de bien venido,
En especial el padre anciano y grave,
Que su real sangre y descendencia sabe.

Temblando el venerable viejo, dijo:
«Oh gran Josef! Seas muy bien llegado;
Solo biciera mayor mi regocijo
Ver en mi casa huésped tan honrado;
Que parece que en vos contemplo un hijo
Que aumenta el bien de la que Dios me ha dado,
Tan bella, que ojos y alma me enamora,
Cifra en quien Dios sus bienes atesora.»

Y alzando alegre los ancianos brazos,
Los echa al juvenil gallardo cuello,
Pagando con recíprocos abrazos
Al venerable viejo el joven bello,
Dando en las almas mas estrechos lazos,
Que alegra el gusto de llegar á veje;
Le mete al real palacio que en sí encierra
La reina, que ha de serlo en cielo y tierra.

Cual suele verde, enamorada yedra
Vestir las piedras del antiguo muro,
Que con su vecindad lozana medra
Contra el fiero rigor del tiempo duro;
Así, enlazada á la materna piedra
La yedra hermosa del verdor sagrado
Bella Josef, y con divino colmo
Ve el fruto fértil del estéril olmo.

Mira la seca vara florecida,
La piedra inculta que agua pura ofrece,
El roble agreste vuelto árbol de vida,
Donde de Jericó la rosa crece;
A la desnuda tierra revestida,
Del verdor con que el cielo la enriquece;
La mina que descubre su tesoro,
La noche de quien nace el alba de oro.

Llega Josef, y entre grandezas tantas
Adora los despojos celestiales,
Besando humilde las rosadas plantas,
Dignas de hollar estrellas inmortales;
Y viendo de sus luces sacrosantas
Los rayos con el mismo sol iguales,
Tiembra con un respeto que le admira,
Que un no sé qué de Dios en ella mira.

El gran Joaquín con un santo respeto
De entre los pechos maternales quita
El tesoro, que al mundo está secreto
De la mas que preciosa margarita,
Y con afable y amoroso afeto
La ofrece al gran Josef que la visita;
Mas él, temblando, humilde reverencia
De la recién nacida la excelencia.

«Fénix divina, dice, aurora clara,
Imagen celestial, luz verdadera,
Hermosa idea de la hermosa cara,
Que ilustra con su luz la eterna esfera;
Por Dios, hermosa niña, te adorara,
Si al mismo Dios por Dios no conociera;
Mas una cosa el alma me asegura,
Que eres de todas la mejor criatura.

«Que tanta gloria como de tí sale,
La rara majestad que te acompaña,
Tanto en el alma que te goza vale,
Que te respeta por divina hazaña,
Creyendo no hay criatura que te iguale,
En cuanto Febo mira y Tétis baña,
Pues tu bondad me lleva; ¡oh niña tierna!
A que conozca la verdad eterna.

«A no saber que es uno el Dios que adoro,
Y que es error que dos haber pudiera,
Quemara incienso y ofreciera al oro
A aquece bulto que por Dios creyera;
Que tan rico hermosísimo tesoro
No miró al cielo ni mirarle espera,
Pues tanto á tierra y cielo te prefieres,
Que de cuanto no es Dios lo mejor eres.

«Ofrezcan las aladas jerarquías,
Los bellos y abrasados serafines,
Que alegres gozan los eternos días
Entre siempre odoríferos jardines,
Al resplandor que de tu rostro envías,
Púrpúreas rosas, cándidos jazmines,
Conociendo de aquehas prendas bellas
Que son contigo como al sol estrellas.

«Cesen de las mujeres mas fieles
Sus justas alabanzas mas que humanas;
Callen ya las Rebecas y Raqueles,
Las Débhoras, Esteres y Susanas,
Sáras, Abigailles y Jaeles,
Bellas Judiches, venerables Anas,
Pues son con tu grandeza milagrosa
Como es el mirto con la palma hermosa.

«Cesen las Vestas, Polas, Citereas,
Las Dianas, Floras, Marcias, Fulvias, Celias,
Las Hipodamias y Panteasileas,
Hermiones, Penélopes, Aurelias,
Hipólitas, Europas y Panteas,
Elenas, Ariadnes y Cornellas,
Sibilas, Policenas, Artemisas,
Cléopatras, Euridices y Elisas.

«De las nueve Plérides cantoras
Cese la suavidad y la dulzura;
De las Carites tres congraciadoras
El agrado y la gracia mal segura;
Cese de las bellísimas Pandoras
De los ajenos bienes la hermosura;
Cese de toda la naturaleza
Ciencia, agrado, virtud, gracia y belleza.

«Cesen del rojo sol las hebras bellas,
Ante las de oro que esa beldad cria,
Pues puestas las del sol delante dellas,
Serán como con él su hermana fria;
Cese la claridad de las estrellas
Ante los ojos donde nace el día,
Y ante la luna hermosa de esa frente
La rosada portera del Oriente.

«Cese ante las mejillas soberanas
La mezcla de jazmines y de rosas,
La plata, los rubies, perlas y granas,
Clavetes y mosquetas olorosas,
Los corales y nácares indianas,
Ante las puertas de la boca hermosas
Y ante el aliento que ese pecho envía,
Cuanto Pancaya y el Arabia cria.

«Y ante esas manos y divino pecho
Cese el cristal, el alabastro y nieve,
Pues es el templo para su Dios hecho,
Y ellas, á quien el cielo gloria debe,
El, el que al mismo autor ha satisfecho;
Ellas, por quien divinas gracias lleve;
El, claro espejo, donde Dios se mira;
Y ellas, por quien amor sus flechas tira.

«¿Quién, niña hermosa, llegará á miraros
Que deje eternamente de quereros?
De mí sé que no puedo no adoraros,
Aunque sé que no puedo mereceros;
Sé que se debe al veros el amaros,
Como al cielo el favor de poder veros;
Que es veros y no amaros imposible,
Y amaros y no veros insufrible.

«Ilustre y hermosísima María,
Mi deuda sois, y es tal en la que quedo,
Que, aunque se conocier que lo sois mía,
La mucha en que os estoy, pagar no puedo;
Que ennoblece la gloria deste día
La sangre real que indignamente heredo,
Pues que tan noble deuda y tal parienta
Honor y gloria á su familia aumenta.

«Creced, ilustre, soberana planta,
Tended las ramas de la beldad vuestra,
Pues que sois del amor imagen santa,
Del agrado y belleza hermosa muestra;
Creced con tal ventura y gracia tanta,
Engrandeciendo la prosapia nuestra,
Que renazca el consuelo y alegría
En tan alegre y venturoso día.

«Creced de ilustre tronco noble rama,
Creced á los serenos rayos claros
De la luz paternal que se derrama
En los bienes que el cielo quiso daros;
Ocupense las lenguas de la fama
En los merecimientos vuestros raros,
Y sed de castidad un raro ejemplo,
Espejo de bondad, de virtud templo.

«Veais ¡oh ilustres padres! desta prenda
Tan bien logrado y venturoso empleo,
Que el cielo alabe, y que la tierra entienda
No erró el amor, y que acertó el deseo;
Veais que tan gloriosamente extiende
Del blason vuestro el singular trofeo,
Que su rara grandeza vaya escrita
Desde el blanco alemán al vago acita.

«Y sea, padres dichosos, norabuena
El parto alegre y nacimiento santo.
Gozad la niña, en quien el cielo ordena
Gloria á sí mismo y á la tierra espanto;
Cese la larga y desabrida pena,
Que en confusa vergüenza os tuvo tanto;
Resucite el contento y alegría
Con la ventura deste hermoso día.

«Que de una concepcion tan milagrosa,
Hecha por orden del Autor divino,
Que anunció el ángel de la vista hermosa,
Hampiando alegre el aire cristalino;
Que á la puerta dorada y especiosa
Llevó á los dos por celestial destino,
Se ha de esperar que el fruto deseado
Ha de ser honra de quien le ha criado.»

Dijo, y volvió á besar las tiernas plantas
De azahares blancos y claveles rojos,
Y de gusto de verse en glorias tantas,
El corazón distila por los ojos;
Enternecido entre las prendas santas
Adora los bellísimos despojos,
Y en castísimo amor, de amor deshecho,
Queda encendido de su amor su pecho.

El anciano Joaquín vuelve y revuelve
La dulce prenda y niña milagrosa,
Y sus ojos en lágrimas resuelve,
De gozo alegre y alegría gozosa;
Con ella sus honrados brazos vuelve,
Para entregalla á su querida esposa,
Allegando á su pecho frío, helado,
El bien que el cielo por su bien le ha dado.

La estéril, ya fecunda, entre sus brazos
Recibe el dulce fin de sus enojos;
Dándole besos mil y mil abrazos,
Enseña el alma en los alegres ojos,
Uniendo con estrechos dulces lazos
A sus copiosos pechos sus despojos,
Sus mejillas de gozo humedeciendo,
El tierno corazón de amor ardiendo.

En esto pues, con olorosas teas
De mirto, palma, cinamomo y nardo,
Que vuelven claras las tinieblas feas
De la noche que enseña el rostro pardo,
Allega de las rústicas aldeas
Un corro pastoril, suelto y gallardo,
Alegando la patria venturosa
De la que es mas que el sol y cielo hermosa.

Y coronados de piadosa oliva,
Traen un laurel lozano, siempre verde,
Al cual del tiempo la inclemencia esquila
Ni sus hojas marchita ó verdor muerde;
Diciendo en altas voces: «¡Viva, viva
La niña, por la cual su infamia pierde
Aquesta casa!» Y ante sus umbrales
Le trasplantan con voces desiguales.

Y luego, al rededor todos bailando,
Al son del tamboril, mudanzas varias,
Están alegremente festejando
A la que ha de cumplir tantas plegarias;
De cedro y de romero van formando
Alegres y vistosas luminarias,
Que compite su luz con las estrellas,
De que hace el cielo luminarias bellas.

El gran Josef las fiestas ve y escucha,
Y en Dios alegre su buen celo alaba,
Viendo el mucho contento y gracia mucha
Que los groseros pechos ocupaba;
Cuál ve que canta alegre, y cuál que lucha,
Cuál que otro juego empieza si uno acaba,
Cuál que, corriendo ó que zapateando,
Sus diferentes gracias va mostrando.

Entre las castañetas que repican
Muestran su gozo y mucha ligereza,
Y las virtudes que descan publican
De la que excede á la mortal belleza;
El laurel siempre verde le dedican,
Pronosticando su immortal pureza,
Dando á sus padres todos la en buen hora,
Y á Josef santo, que de gozo llora.

En estos juegos, fiestas y alegrías
Estuvo el noble deudo entreteñido,
Gozando algunos, aunque pocos días,
Del agrado de Dios recién nacido;
Y al fin, luchando entre congojas frías
De ver el corto tiempo ya cumplido
Se á un cuerdo honrado huésped se concede:
Hace que en su contento corto quede.

Con discreta raxon su gusto mide,
Aunque, al partirse, tanta pena sienta,
Que el corazón del pecho se divide,
Imaginando de su amada ausente;
Y así, llorando, triste se despidе,
De aquella tierna casa y santa gente,
Volviendo á ver la niña, en quien se arroba,
Y la que el alma y corazón le roba.

Las mejillas en lágrimas bañadas,
Llorosamente así se despedía:
«¡Ay dulces prendas por mí mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Dentro en mi alma vale depositadas,
Enriqueciendo la memoria mía.
¡Quién, ya que os miró, niña, no os dejara.
O al dejaros, la vida se acabara!»

Así, cual suele enamorado tierno,
Que deja la recién amada esposa,
Hacer el pecho un amoroso infierno,
Ausente su querida venturosa,
Que el tiempo breve le imagina eterno
Para volver á ver su prenda hermosa,
Que al despedirse teme y se acobarda,
Y al irse vuelve, y al partirse aguarda;

Así Josef, que al mismo amor excede,
Al despedirse con amor se queja;
Ni sabe si se parte ó si se queda,
Pues mas se queda, mientras mas se aleja;
Ve que quedar y que partir no puede,
Y que si parte, el alma y vida deja,
Que quedar y partir es imposible,
Y partir y vivir pena insufrible.

Al fin se aparta de la niña hermosa,
El noble corazón hecho pedaxos,
Dejando el alma á la divina esposa
Entre las hebras de los rubios lazos;
Y con vista encogida y amorosa,
Al Joaquín santo da tiernos abrazos,
Cuyas nevadas canas humedece,
Que el gusto mengua y la congoja crece.

Y hasta los umbrales venturosos
Joaquín al noble huésped acompaña,
Y con nuevos abrazos amorosos
Le muestra gusto y voluntad extraña;
Y como á los ausentes dolorosos,
El mucho bien que pierden mas les daña,
Josef se parte, y al partir suspira,
Y el dulce bien que deja atento mira.

Acompañando todos los pastores
Al amado Josef, van derramando
Hojosos ramos y olorosas flores
Por la tierra que el Santo va pisando,
Y de la estirpe real de sus mayores
Alabanzas dignísimas cantando;
Mas él, humilde en Dios, les agradece
La fiesta pobre, que mayor merece

Contra su voluntad con varios juegos
La escuadra pastoril se alegra y canta,
Y inobediencia á sus humildes ruegos,
Va acompañando á la persona santa;
A todos, en su grave vista ciegos,
Su mucho agrado y santidad espanta,
Y hasta las puertas de la ciudad fuerte
Le van acompañando desta suerte.

Al despedirse, con alegre cara
Los abraza, enterneco y enamora,
Mostrando el alma entre los ojos clara;
Cada cual, despidiéndose, le adora;
Cuál, si él quisiera, al Santo acompañara,
Cuál que, al partirse, de tristeza llora,
Mas el Santo se parte, y yo entre tanto
Quedarme quiero, dando fin al canto.

CANTO IV.

De la elección del santo Patriarca para esposo de nuestra Señora.

De aquel lleno de plumas y pelado,
Que cojo y con muletas veloz vuela,
Y comiendo los hijos que ha engendrado,
Sin ser sentido á todo el mundo asuela;
Del que de una hacha abrasadora armado
Lo mira todo y todo lo revela,
De aquel cobarde que nos vence huyendo,
Lo que con él se hace deshaciendo;

Del que es de la verdad padre piadoso,
De todo lo demás fiero padrastro,
Pues en cosa que vió su rostro odioso
Apenas deja de lo que fué rastro;
Del que al jaspe y al pórfido precioso,
Pedernal, mármol, bronce y alabastro
Derriba, humilla, quiebra, desbarata,
Desbace, huella, rompe, hiere y mata;

De aquel avaro franco, jóven viejo,
Mas anciano y antiguo que la muerte,
Nacido con aquel hermoso espejo
Que por el aire y tierra su luz vierte;
De aquel que día, aunque tarde, buen consejo,
Haciendo fea la hermosa, flaco al fuerte;
De aquel mudable en su soberbio carro,
Ya de oro y plata, y ya de cobre y barro;

De aquel que igual y justamente mide,
Después del cielo, cuanto su amor cria;
Que ardientes rayos de calor despidie,
Y heladas nieves y granizo envía;
Que en desiguales partes se divide,
Ya largo haciendo, ya pequeño el día,
Siendo tardo, veloz, rico, desuado,
Pródigo y avariento, sabio y rudo;

De ciervos velocísimos tirado,
De halcones ligerísimos servido,
De cualquiera nación despedazado,
Y en diferentes partes dividido;
En edades y siglos desmembrado,
En lustros, años, meses repartido,
En días, noches, horas y cuadrantes
En grados, en minutos, en instantes;

De aquel que con tristísimos estragos
Supo arruinar las fuertes Babilonias;
Del que hizo y destruyó los Arcopagos,
Los Corintos, las Tébas, las Ausonias;
Del que Ménfis, Albanias y Cartagos,
Troyas, Numancias, Cretas, Macedonias,
Asirias, Persias, Capadocias, Cumas,
Huella ligero con sus canas plumas;

De este que siempre nace y siempre muere,
Que no se deja ver sino un instante;
De este que á todos atropella y hiere
Con la segur de rígido diamante;
Que ni tenerse sabe ó parar quiere,
Hecho siempre perpetuo caminante;
Que el monte humilla, el valle ensorbece,
Y todo lo remeza y enviejace;

De este de nadie apenas conocido,
De todos igualmente deseado,
Siempre por nuestras culpas mal perdidó,
Siempre por nuestros daños bien llorado;
De este que aun no sabemos si es venido,
Cuando sabemos cierto que es pasado;
De aqueste que en su carro trasparente
Teniéndole se parte y no se siente;

Del que en su cierta inevitable fuga
Arruina, tala, roba, rompe, estraga,
La juventud lozana ara y arruga,
La gracia y hermosa hambriento traga;
Lágrimas saca, lágrimas enjuga,
Que da la medicina y da la llaga;
De este que la aguijada al cetro cruza
La real corona y losca caperuza;

De este ladrón de nuestros breves gustos,
Gitano que adulando nos engaña,
Espejo claro, donde ven los justos
La verdad, cuya luz los desengaña;
De este asombro de hermosas y robustos,
Letrado no creído, bien que daña,
De cabezas ajenas escarmiento,
Plomo en las penas, y en los gustos viento;

De este templado, frío, caluroso,
De este sano y enfermo, alegre y triste,
Que al feo octubre y al abril hermoso
Desnuda fiero y lisonjero viste;
De este que al bronce duro y mar furioso
Mudo se atreve y atrevido embiste;
De este caduco y hechicero tiempo
Que sin tiempo nos deja al mejor tiempo;

De este que por su dicha fué tan santo,
En que aparece de Balaan la estrella,
Que en la tierna niñez admira tanto
La beldad mucha y gracia que hay en ella;
Siendo un divino asombro y raro espanto,
Ver en cuerpo tan bello alma tan bella,
En tan pequeña edad tanta cordura,
Igual la gentileza y la hermosura;

Tres veces doce vueltas había dado,
Alumbrando la noche por su esfera,
La blanca hermana del Timbreo dorado,
Siguiendo siempre su veloz carrera,
Cuando el Señor de todo lo criado
Quiere que le presenten la cordera
Que amansará al león dentro en su pecho,
Cordero manso por los hombres hecho.

Consulta con Joaquín la amada esposa
De consagrar á Dios la prenda bella,
Y pues hizo su casa venturosa
Enriquecer la suya á Dios con ella;
Y así, dedican á la niña hermosa
Al templo de su Dios, siéndolo ella,
Hasta la edad del himeneo gozoso,
Que aumente su linaje venturoso.

Allí en virtudes y belleza crece,
En el divino amor entretenida;
Allí á su Dios su castidad ofrece,
Haciendo en años tiernos santa vida;
Allí la pasa hasta los años trece,
De los cuales hay ley establecida
No haya ninguna que á catorce pase,
Y si llegare que se vaya ó case.

El gallardo Josef, por otra parte,
Su patria venturosa humilde habita,
Y entretenido en su ingeniosa arte,
Sus virtudes divinas ejercita;
Su hacienda á pobres con amor reparte,
Los enfermos y cárceles visita,
En perpetua oración siempre ocupado,
En Dios de su parienta enamorado.

Dentro en su pecho y corazón propone
De guardar castidad perpetuamente,
Y que su estirpe illustre lo perdone,
Que en su propagación él no consiente,
Si no es que Dios, que todo lo dispone,
En su libro cerviz el yugo asiente.
De aquesta suerte hace el santo voto
Mientras su vida devanare Cloto.

De aqueste modo el uno y otro pasa
De su lozana edad los verdes años;
Ella teme dejar de Dios la casa,
El de la mocedad cerril los daños;
Ella en fuego de amor de Dios se abrasa,
El huye de los hombres los engaños;
Ella perpetua castidad profesa,
El hace della á Dios igual promesa.

Ella suplica á Dios que al suelo baje
Fariquiciendo la mortal criatura;
El pide que ennoblezca su linaje,
Que su eterna palabra le asegure;
Ella pide se vista el pobre traje,
Que ya se va cumpliendo la escritura;
El pide el fin de las promesas ciertas
Que ha de hacer francas las cerradas puertas.

El uno y otro en esto entretenido
El ya cercano bien pide y voces,
Ella el pecho castísimo encendido,
Esclava de sí misma ser desea;
El en el bien que pide enternecido
Dichosa llama al alma que tal vea;
Ella de gozo en su esperanza llora,
El á la madre y al nutricio adora.

En esto llega el sacerdote grave,
Y ante el virgineo bulto se arrodilla,
Adorando la luz pura y suave,
Delante quien el sol la suya humilla;
Que de su santidad ya el templo sabe
Que es asombro y del cielo maravilla,
Y con aquel respeto que le debe
Así propuso su demanda breve:

«Muy bien sabéis, ¡oh Virgen palestina!
Y mas que humana angélica criatura,
Lo que nuestra ley santa determina
En las que guardan virginal clausura;
Y que es guardada tradicion divina
Y que inviolable eternamente dura
Que la virgen que de años trece pasa
Se case y deje aquesta por su casa.

»Así que, ¡oh Virgen! de virtudes llena,
De tronco ilustre soberana planta,
Pues el cielo en aquesta edad ordena
Deis al conyugal yugo la garganta,
Siendo Virgen de todas la mas buena,
Ejemplo raro de obediencia santa,
Ejecutad el mandamiento justo
Dando á los cielos obediencia y gusto.»

La Virgen modestísima responde:
«Saber, Padre santísimo, debíais
Cómo en su seno ya la tierra esconde
De mis dos padres las cenizas frias,
Y que si no es aquí, yo no sé donde
Mejor pueda pasar mis pocos dias,
Pues mis padres á Dios me han consagrado,
Y yo mi voluntad santificado.

»Y fuera desto darte parte quiero
Cómo á aquel Dios de sin igual grandeza,
De las almas esposo verdadero,
Sacrifiqué mi virginal pureza;
Y así, gran sacerdote, te requiero
Por su deidad y inaccesible alteza
Que, guardando mi voto, aquí me dejes,
O lo que mas me importa me aconsejes.»

Turbado un poco, admiracion le puso
La novedad del peregrino caso,
Y ya maravillado, ya confuso,
Apenas mueve el perezoso paso;
Y cuando á responderla se dispuso,
En sus razones queda tan escaso,
Que hablar casi no puede, y luego parte
A dar á los demás del caso parte.

Entran los sacerdotes en consulta,
Y ella en Dios levantando su esperanza,
La inescrutable Majestad consulta,
Que es de los cielos bienaventuranza;
Y en ella firme espera qué resulta
De su bien empleada confianza;
Su grave caso en esto se decide
Segun la gravedad del caso pide.

La novedad del caso los eleva,
Y al fin entre ellos no se determina;
Espántanse de que haya quien se atreva
A voto de virtud tan peregrina;
Temen introducir costumbre nueva
Contra el justo deseo, que camina
A ver el dulce fin tan pretendido,
A los de su linaje prometido.

Saben por otra parte casato obliga
Cualquier voto que á Dios se prometiére,
Y saben que él por su profeta diga
Que se le cumpla el voto que se hiciera;
Y así, hay quien el voto contradiga,
Como hay tambien quien defenderle quiera;
Uno ensalza y alaba el santo zelo,
Otro replica que se ofende el cielo.

La grave junta en votos dividida,
De tanta religion y preceas santas,
Determina que en causa tan reñida
De pareceres y opiniones tantas,
Con reverencia y humildad se pida
A aquel que pone sobre el sol sus plantas,
Que su secreta voluntad revele
Como en casos cual este hacerlo suele.

Encienden los ministros sacro fuego,
Queman encenso rubio y blanca cera,
Y ante el altar sagrado postran luego
Los pechos llenos de humildad sincera;
Y en oraciones de afectado ruego,
El sacerdocio la respuesta espera,
Cuando entre la oracion y el tierno llanto
Sonó una voz de hácia el sagrario santo.

Cuajó las venas un temor belado,
Y mezclando el temor y regocijo,
Entre el silencio mudo y sosegado,
La soberana voz aquesto dijo:
«De aquel linaje bienaventurado
Que hizo cabeza real de Jesé el hijo,
Vengan los descendientes soberanos
Con secas varas en las fuertes manos.

»Y ante el altar de las cortinas rojas
Estando juntos, como el cielo quiere,
Aquel mancebo ilustre es bien que escojas,
Que tan dichoso ¡oh sacerdote! fuere,
Que brotando su vara frescas hojas,
Flores divinas y olorosas diere,
Que aqueste el cielo por esposo envia
De la ilustre hermosísima Maria.»

Quedaron todos con razon turbados,
Y despachando á partes diferentes,
En breve tiempo fueron convocados
Del real David los claros descendientes;
Y juntándose todos los llamados
A la voz santa humildes y obedientes,
En la casa divina y soberana
Entra la bella juventud lozana.

Cuál hay altivo que se gallardea,
Y entre las ricas y vistosas galas
El gentil cuerpo y ánimo hermosa
Tendiendo, cual pavon, las bellas alas;
Y cuál que el premio virginal desea,
Entre sus pensamientos hace escalas,
Para batir los estrellados fuegos
Con votos justos y piadosos ruegos.

Cuál que gallardo muestra cuanto valc
En la excesiva costa del vestido,
Y cuál que como el sol soberbio sale,
Prometiéndose el premio prometido;
Cuál que piensa no hay nadie que le iguale
De los nobles mancebos que han venido;
Cuál espera entre tantos pretendores
Que de su seca vara frescas flores.

Cuál se promete el nuevo paraíso
Por Salomon discreto y David sabio,
Y cuál espera en su beldad y aviso
Llevarle sin hacer á nadie agravio;
Cuál por bello Absalon, cual por Narciso
Aguarda el dulce sí del casto labio,
Cuál que por Midas le caerá la suerte,
Cual por Saúl dichoso ó Sanson fuerte.

Como suele la gente cortesana
Que obliga al escuadron recio y membrudo
Al pallo rojo de la Tiria graua,
Saliendo cada cual medio desnudo,
Que á Atalanta corriendo se la gana,
Volando cada cual lo mas que pudo,
Haciendo muestra de su gran destreza,
De su soltura, fuerza y ligereza;

No de otra suerte la llamada gente
Al tesoro encerrado se dispone,
Y con deseos de un amor ardiente
El hermano al hermano se antepone;
Nadie primero en la eleccion consiente;
El deudo y amistad aquí perdona,
Que cada cual pretende que su vara
Dé claras muestras de su dicha clara.

Josef con pecho y ojos humillados,
Como indigno del premio prometido,
Espera ver de todos los llamados
Cual ha de merecer ser escogido;
A todos mira inquietos y turbados,
En sus varas su mas noble sentido,
Esperando si nace su ventura
En las flores que el cielo á uno asegura.

Cuál á Dios ricas victimas promete,
Con pecho humilde y alma enternecida,
Si ve salir el fresco ramillete,
Que será el ramo que traerá su vida;
Cuál sus deseos por las nubes mete,
Solicitando la beldad querida;
Cuál promete la media de su hacienda,
Si le da el cielo la adorada prenda.

Cuál con su sangre y vida á Aaron comprara
La vara que, cobrando nueva vida,
Brotó las flores de belleza rara
Para trocarla á la que tiene asida;
Y cuál suspira por la ilustre vara,
Que fué en fiera culebra convertida,
Que vara que alcanzó tantos favores
Pudiera producir hojas y flores.

Cuál, pospuesto de Dios el temor santo,
Quisiera consultar la Pitonisa,
Para que con la fuerza de su encanto
De los demás hiciera escarnio y risa;
Cuál de los magos de Fararon del canto
Desea la magia, donde el Rey se avisa,
Que hiciera, aunque aparentes flores bellas,
Que convirtiera en glorias sus querelas.

Cuál de Scitia, de Cólcos y Tesalia
Por las infames yerbas gime y llora,
Por gozar de quien vence á la Accidalia
Madre del ciego, que en su pecho mora;
Cuál de Medea, que bajó hasta Italia,
Por remozar al padre del que adora,
Desea la falsa ciencia y vano encanto,
Por ser esposo de la que es su espanto.

Cuál el pecho amoroso abrir quisiera,
Y trasplantar en él la seca vara,
Que el calor mucho de su amor hiciera.
Que sus entrañas duras ablandara;
Los dos ojos en nubes convirtiera,
Y con lluvia del alma la regara,
Para que enternecida á sus amores
En favor de su dicha diera flores.

Josef, de humildad rico y bondad lleno,
Aunque en Dios, de su prima enamorado,
De merecer tal bien se juzga ajeno,
Y estase de su dicha descuidado;
Siempre presume poco el que es mas bueno,
Que el bueno está de sí desconfiado,
Y así al varon dichoso le parece
Que la beldad que adora no merece.

También el celestial divino empleo,
Que hizo á los cielos de guardar pureza,
Le está enfrenando el conyugal deseo,
Aunque es su prima el sol de la belleza;
Y así al amado virginal trofeo,
Que de David espera la nobleza,
Aguarda á ver qué dueño Dios le ofrece,
Pues todos saben que el mejor merece.

En esto ante el divino altar sagrado
La escuadra juvenil gallarda llega,
Y cada cual, así como es llamado,
Que sea escogido humildemente ruega;
El gran Josef con ánimo humillado
El grave rostro enternecido riega,
Esperando el suceso venturoso
Del que hace de su prima el cielo esposo.

Ya el deseo y esperanza es insufrible
A cada cual que el caro bien desea,
Y aunque conocen que es caso imposible,
Que de mas de uno el premio hermoso sea,
Cada uno espera ser, como es posible,
El que en la dura vara flores vea,
Y así, á mas de uno dëllos le parece
Que su vara se aumenta y reverdece.

Ya todo el pueblo atento está á la mira,
Las flores prometidas atendiendo,
Cuando la mano de Josef se admira
Su seca vara humedecida viendo;
Y temeroso en Dios, temblando mira
Que se va hinchando y va reverdeciendo,
Y entre turbadas ansias y congojas,
Ve flores blancas entre verdes hojas.

Tras esto por el aire ven que asoma,
Portento raro, prodigioso y nuevo,
Una sencilla y cándida paloma
Buscando al noble sin igual mancebo;
Y que con blando arrullo alegre toma
Asiento entre las flores del renuevo,
Señalando con vista milagrosa
El digno Esposo de la niña hermosa.

El pueblo absorto, alegre y admirado
Aclamando á Josef, la voz levanta,
Y el sacerdocio en tono levantado
Himnos alegres y canciones canta,
Celebrando el valor del señalado
Con blancas flores y paloma santa;
Repita el pueblo en desiguales voces:
Largos años, Josef, tanto bien goces.

La escuadra juvenil de gozo llena,
Viendo de su parienta el digno empleo,
Y que el ir contra el cielo que lo ordena
Es impiedad y loco devaneo,
Llega á dar á Josef la enhorabuena,
Que le dure á medida del deseo,
Y él con amigo rostro y graves brazos
Los parabienes paga y los abrazos.

Y cada cual con ánimo gozoso
Procura que en su rostro Josef vea
Que no habiendo de ser él el dichoso,
En el alma se huela que él lo sea;
Y así, ninguno dellos va invidioso
Del mucho bien que en él el cielo emplea;
Que tanto puede la virtud divina,
Que los rebeldes ánimos inclina.

Llega la nueva alegre y venturosa
A la noble honestísima María,
Y con humilde vista vergonzosa
Da el grave rostro muestras de alegría;
Y del Señor de majestad gloriosa
Mas firme el voto prometido fia,
Poniendo entre sus manos inmortales
Sus votos y promesas virginales.

Llegan luego del templo las doncellas
Prostrando por el suelo las rodillas,
Vertiendo aljófár rico y perlas bellas
Por la nieve y coral de sus mejillas;
Ella, cual sol delante las estrellas,
Muestra en su rostro nuevas maravillas,
Sus tiernas compañeras abrazando
De su forzosa ausencia consolando.

Cuál á la dulce amiga triste abraza,
Y cuál la ausencia de su bondad llora;
Cuál tiernamente el cuello hermoso enlaza
Del templo de virtud que humilde adora;
Cuál soledad y pena se amenaza,
Ausente de la luz que la enamora,
Y cuál las manos cristalinas besa
Quedando entre ellas sin sentido presa.

La Virgen soberana enternecida
Enseña el alma en la rosada frente,
Y dice que si viene en la partida,
Es por ser á los cielos obediente,
Y que teme en la triste despedida
Su pena mucha y la que en ellas sienta,
Y que si el cielo se lo permitiera,
Siempre su indigna amiga y sierva fuera.

Por otra parte, todos los varones
Vienen en procesion acompañando
A aquel que el cielo con los ricos dones
Se mostró en su eleccion propicio y blando;
Y entre himnos dulces, músicas, canciones
Los graves sacerdotes van cantando,
Pronosticando entre sus alabanzas
De tal principio ricas esperanzas.

El pueblo todo alegre le bendice,
Reverenciando el bello rostro grave,
Y al cielo justo piden que eternice
La bondad suya, que él también alabe;
Cada cual bendiciones mil le dice,
Viendo el merecimiento que en él cabe,
Y á su posada vuelve, donde espera
Ver del hermoso sol la luz primera.

La soberana virgen Palestina,
Suspensa en la oracion acostumbrada,
El alma humilde y corazon inclina
A la deidad de majestad sagrada,
Pidiendo que su voluntad divina
Le sea como otras veces revelada,
Que ya sabe su voto y su promesa,
Y que ya su clausura amada cesa.

Dió clara luz la refrigente lumbre
De un mensajero celestial alado,
Que de la impirea inaccesible cumbre
Viene á la Virgen bella despachado;
Y aunque á su luz el cielo se deslumbre,
El á la de la Virgen deslumbrado,
Con el acostumbrado acatamiento,
Así declara el celestial intento.

«Tu belleza y bondad, que á la mia excede,
Virgen de suma y sin igual belleza,
Desde tu nacimiento tanto puede
Con el Señor de la inmortal grandeza,
Que hace que el voto confirmado quede
Que ya le hiciste de guardar pureza,
Ordenando que eternamente guardes
El voto casto, en cuyo amor te ardes.

»El esposo que el cielo te ha escogido,
Que fué antes de nacer santificado,
Y nunca el noble cuello vió rendido
Al fiero yugo del mortal pecado;
El voto, que has al cielo prometido,
Condicional le tiene á Dios votado;
La tempestad que tú en tus pensamientos,
Está pasando entre contrarios vientos.

»Y porque voy á verle, á Dios, Señora.»
Y el aire cristalino sacudiendo
Con las alas de estrellas con que dora
El templo santo por quien va saliendo,
Deja su reina, que gozosa llora,
Gracias eternas á su autor haciendo,
Y llega al santo Joven desvelado,
Y dice el ángel de color rosado:

«Santísimo Josef, sálvate el cielo:
No temas al que muchas veces viste;
Cese el penoso y grave desconsuelo
En que te miro desvelado y triste;
Dios te agradece el casto y justo celo
Del santísimo voto que le hiciste,
Y de nuevo confirma tu demanda,
Y lo que tu deseas por mí manda.

»Mañana, ¡oh ilustre Joven valeroso!
Has de ser dueño de la bella infanta,
Que es de la luz del sol espejo hermoso
Y intacta flor de su dichosa planta;
Serás, justo Josef, amado esposo
De la criatura mas hermosa y santa
Que miró el cielo ni gozó la tierra,
La que mayor virtud y gracia encierra.

»Voto de castidad ha prometido,
Y por su guarda fiel y cierto amparo
El cielo soberano te ha escogido
Por el mejor de tu linaje claro;
Y en virtud della Dios te ha prevenido
Con los favores de su poder raro:
Serás testigo de su vida casta,
Y adios, Josef, porque lo dicho basta.»

Como suele cometa hermosa y clara
Tender los rayos de su luz bermeja,
Que por su rubio rastro nos declara
El lugar celestial donde se aleja;
Así el mancebo de la hermosa cara
Por el divino resplandor que deja
Muestra cortando el tenebroso velo
Que hace carrera al estrellado cielo.

Pasmóse el gran Josef, y en sí volviendo,
Reverencia al divino alado paje,
Eternas gracias á su autor haciendo
Por el favor del celestial mensaje,
Con alma y vida humilde agradeciendo
El bien con que engrandece su linaje,
Y el celestial con que la duda cesa
Del cumplimiento fiel de su promesa.

En esto el gran Josef la noche pasa,
Deseando ver el perezoso día
En que á la imagen de beldad sin tasa
Reciba en casta y dulce compañía;
Y como al pecho justo el fuego abraza
De su esposa santísima Maria,
La noche corta le parece eterna,
Y la esperanza breve sempiterna.

Y ya como divino enamorado,
Castos deseos dentro el alma forma,
De ver el bien que por su bien le ha dado
El que á los cielos dió la hermosa forma;
De sí propio Josef enagenado,
En el sugeto amado se transforma,
Y entre las alas de la noche fría
Á su adorada esposa el alma envía.

La cual, con un afecto fervoroso
En Dios absorba y en su amor ardiendo,
Le pone humilde en su escogido esposo,
Su obligacion justísima cumpliendo;
Y contemplando el órden milagroso
Que en sus cosas va el cielo disponiendo,
En humildad profunda á Dios alaba,
Y antes que su oracion la noche acaba.

Contempla la virtud insigne y rara
Que en su casto Josef está encendida,
Admirando en la grave hermosa cara
La majestad real esclarecida;
Ve como el cielo justo le declara
Por varon santo de inculpable vida;
Mira su gran bondad, su gran nobleza,
Su santidad, su gracia y su pureza.

Ya su virtud alaba y justo celo,
Y ya el divino amor por él la inflama,
Y fervorosamente ruega al cielo
La vida guarde del que en su Dios ama;
Y ya rendida al soñoliento velo,
Se recostó sobre la humilde cama.
Yo, por guardarla el suyo sacrosanto,
Pondré el dedo en la boca y fin al canto.

CANTO V.

De los desposorios de Nuestra Señora y San José.

De entre los brazos de la noche oscura
Sale, el cabello de oro suelto al viento,
Aquella cuya luz serena y pura
Los astros de oro roba al firmamento,
Privando del favor de su hermosura
Al celoso Troyano mal contento,
Y en la cama de rosas y azahares
Sentóse renovando sus pesares.

Y por entre cortinas de brocado,
Entretejidas de olorosas flores,
El rostro saca del color rosado
Volviendo á cada cosa sus colores;
Su carro de cristal vió aparejado,
Escuchó de las aves los amores,
Vió que ya los gañanes se levantan,
Y que los gallos la vocean y cantan.

Mira que deja la vedada cama
Y que sale el adúltero encubierto;
Que maldice su luz la infame dama
Porque su lecho vil dejó desierto;
Mira al ladrón que las tinieblas ama,
Huir por no ser della descubierto;
Que madruga el devoto al templo santo,
La recién viuda al ordinario llanto.

Mira al enfermo triste que agradece
La luz hermosa con que le visita,
Que se le entra hasta el lecho en que padece
Moderando sus ansias y su grita;
Mira el siervo que gruñe y se embravece
Contra el Señor que su quietud le quita,
Y mira al labrador y al estudioso
Desasirse del sueño pegajoso.

Mira en las oficinas de Vulcano
Que música le dan á martilladas;
Los clarines escucha en el mar cano
Alegando sus olas plateadas;
Escucha el cuerno ronco del villano,
A quien siguen gruñendo sus manadas;
Mira que heben las hermosas flores
Las perlas de sus claros resplandores.

Ve que su carro aljófares destila
Del licor puro que de la mar saca,
Ve que de plata y oro se perfila
Con su serena luz la nube opaca;
Oye del manso la grosera esquila
Que el recental mamando su hambre aplaca,
Que se vuelve á su cueva el ladrón lobo
Que deja por su luz de hacer el robo.

Mira con su menuda compañía
La madre, que dos veces les fué madre,
A quien es bien que llamen madre pia,
Pues la una vez los engendró sin padre;
Y mira que á la luz que ella le envía
El sustento les busca que mas cuadre,
Siendo madre, regalo, muro y nido
De los polluelos que han entrañas aido.

Mira que esparcen flores los jardines,
Haciendo con cuidado diligente
Dellas alfombras para los chapines
Con virillas de plata de su oriente;
Que la llaman tocando sus clarines
Los tiernos ruiseñores dulcemente,
A cuyo son, corriendo sus cortinas,
De perlas coronó las clavellinas.

Escuchó menos roncós á los gallos,
Y de hácia el mar miró como sabían
Del que es alma del mundo los caballos,
Que las ondas de plata dividían;
Y mas de espacio se paró á mirarlos,
Por ver la nueva luz con que venían,
Y alcanzó á ver del sol la rubia cara
Mas de lo acostumbrado hermosa y clara.

Dudando un poco y luego en sí volviendo,
Acordóse del claro hermoso día
Que por todo el Oriente va esparciendo
Entre rayos de luz los de alegría;
En el cual, de dos almas una haciendo,
El justo noble, y sin igual María,
Entre lazos divinos de himeneo
Se tienen de ofrecer en digno empleo.

Turbada de la luz la precursora
De que tan grande su descuido sea,
Pide á la hermosa jardinera Flora
Que de sus varias flores la provea;
Y de Aqueló, que á Deyanira adora,
Pide la copia fértil á Amalteia,
Y de olorosas flores de su Oriente
Adorna su nevada y roja frente.

Y pide á la pintora primavera
De abril y mayo flores y blandura,
De Zéfiro y Favonio cierta espera
Soplos suaves llenos de dulzura;
De la dichosa Arabia y India fiera
Carga de flores ricas de hermosura,
Y al tiempo que en su carro alegre sube,
Huye la noche envuelta en negra nube.

Muestra gallarda cuanto puede y vale,
De oro sus ricas hebras esparciendo,
Que el mismo sol no quiere que la iguale
En la hermosura con que va saliendo;
Y mas que nunca bella y fresca sale,
Las puertas del Oriente enriqueciendo,
Haciendo abril, derramando mayos
El resplandor de sus divinos rayos.

Llegó á Jerusalem la rubia dama,
Haciendo el templo bienaventurado
Con las flores y luz que en él derrama
Un nuevo Oriente, blanco y encarnado;
A los divinos desposados llama
Con canto de las aves, no enseñado;
Salúdalos y dales la en buen hora,
Y de nuevo la tierra y cielo adora.

Quisiera ver los desposorios bellos
En que al yugo de amor divino y santo
Ofrecerán los venturosos cuellos,
Que el casto amor estima y tiene en tanto;
Sabe que el sol se ha de parar á vellos,
Tendiendo el resplandor del rojo manto,
Y porque llega, y ella no le trata,
Su partida importante no dilata.

Los escogidos novios despertando,
Lo necesario cada cual previene,
Sus gallardas personas adornando,
Conforme á su nobleza les conviene;
Viene de deudos el ilustre bando,
Y el pueblo todo lleno de amor viene
A acompañar al joven valeroso
De la inculpable Virgen digno esposo.

En esto de los cielos se descuelgan
Seráficos alados escuadrones,
De cuyas manos de jazmines cueigan
Con cifras del amor blancos pendones;
Y dulcemente en su Criador se huelgan,
Viendo unidos tan castos corazones,
Cuyo amor puro y castidad adoran,
Y de sus almas bellas se enamoran.

Trae entre la amorosa compañía
El blanco yugo, el himeneo gozoso;
Baja la castidad hermosa y fría,
La humilde gracia y el deleite hermoso;
Baja en alegres corros la alegría,
El dulce agrado y el placer gracioso,
Y vertiendo claveles y azucenas,
Llegan de la ciudad á las almenas.

Y al tiempo cuando de la antigua casa
Sale del gran Jacob el heredero,
Segundo Aaron, cuya bondad sin tasa
Excede al valor grande del primero,
Y el acompañamiento ilustre pasa
Del visorey de Egipto verdadero,
Llega la escuadra angélica gloriosa
Acompañando su persona hermosa.

Cual va el dorado Febo, que ha dejado
A la templada Licia donde invierna,
Que de olorosos ramos coronado,
Va á visitar á su ciudad materna,
Donde el cretense y driope mezclado
Con nuevo gozo y con dulzura tierna
Celebra alegre su benigna lumbre,
Y él se va de su Cinto á la alta cumbre;

No de otra suerte el mozo valeroso,
Mas gallardo que el sol, alegre sale,
A cuya real presencia y rostro hermoso
No hay entre todos nadie que le iguale;
El pueblo alegre, con meneo gozoso
Publica lo muchísimo que vale,
Y él con un mirar grave, agradecido,
Vuelve al lugar adonde fué escogido.

Viendo las luces puras y serenas,
Las damas bellas del mancebo grave,
Vierten rosas, jazmines y azucenas
A aquel que no hay quien dignamente alabe;
Y de amor casto y de contento llenas,
Cada cual le bendice como sabe,
Quedando como incautas mariposas
Ciegas entre sus luces milagrosas.

Los tiernos niños con alegres cantos
Celebran el varón que abortos miran;
Los viejos graves entre dulces llantos
Bendicen la prudencia, en quien se admiran;
Los mancebos, mirando bienes tantos,
A su divina imitación aspiran,
Bendiciendo con gozo soberano
Al hombre celestial y ángel humano.

Pronosticando todos dichas ciertas
A quien el cielo da su Esposa en guarda,
Llegan del templo á las sagradas puertas
Adonde el grave sacerdocio aguarda;
Y las de la clausura santa abiertas,
Por donde ha de salir la Ester gallarda;
Sale entre las castísimas doncellas
La luna hermosa mas que todas ellas:

Presos en red de perlas los cabellos,
Mezclado el albeli, jazmin y rosa,
Y el oro rico que se mira en ellos,
Enriqueciendo su color preciosa,
Las luces graves de los ojos bellos,
Haciendo su belleza mas hermosa,
Hechos divino albergue y casto nido
Del celestial castísimo Cupido.

En la frente de rosas y jazmines
Hace cielo y morada la pureza,
Bajando los ardientes serafines
A ver la sola sin igual belleza;
Son las mejillas del amor jardines,
Adonde goza su inmortal grandeza,
Los labios bellos, puertas orientales,
Que guardan perlas, siendo de corales.

De púrpura Sidonia la basquiña,
Con ricos frescos de oro recamada,
Sale la paz de nuestra antigua riña,
Serenando la máquina estrellada;
El que los corazones escudriña,
Sale á mirar su tierna enamorada,
Y las puertas etéreas entreabriendo,
Por las del claustro ve que va saliendo.

De záfiro turquí y color de cielo
Saca el manto de estrellas matizado,
Enriqueciendo el oloroso suelo,
La luz del rostro bienaventurado;
Da á los presentes general consuelo,
Y habiendo muchos ojos deslumbrado,
Parece que del sol vestida sale,
Y el sol se pasma en ver que no la iguala.

Cual suele del Eurota en la ribera,
O en la famosa Cinto celebrada,
Salir hacia la hermosa primavera
Della de sus oréades cercada,
Suelta de oro la rica cabellera,
La aljaba de marfil al hombro echada,
Entre todas sus ninfas señalarse,
Y mas bella que todas levantarse;

Así la sacra virginal Diana,
En quien el cielo tal belleza cria,
Que excede al resplandor de la mañana
Cuando viste los cielos de alegría,
En gracia y hermosura sobrehumana
Se aventaja á su amada compañía,
Quedando ante su rostro las mas bellas
Como ante el sol hermoso las estrellas.

La Virgen llega donde está esperando
El noble Esposo, á cuya luz serena
Se pasma el Santo, con razon mirando
El bien que de sí propio le enagena,
Su mucha indignidad considerando,
Mas teme, mientras piensa, que es mas buena,
Que entre los ojos virginales mira
Un respeto de Dios que en él le admira.

Con virginal vergüenza humilde llega,
Haciendo mas hermosas sus colores
La que á los ojos atrevidos ciega
Con los que esparcen castos resplandores;
El gran Josef fado en Dios, navega
El mar, donde cifró tantos favores,
Y temblando al virgineo acatamiento,
Se estrecha el alma, y fáltale el aliento.

Hecho el pacto y concierto venturoso
Del desposorio ante la gente grave,
Aborto queda el virginal Esposo
En la doncella, cuya virtud sabe;
Prométese por suyo temeroso,
Y pide al cielo que su dicha alabe,
Pues la divina Esposa que le ofrece
Mirarla ni serviría no merece.

Entre alabanzas y divinos loores,
Por celestial y soberana traza,
Cercado de castísimos amores,
Himeneo los cuellos les enlaza,
Y el yugo bello entre sus resplandores
Las almas dichosísimas abraza,
Dando á Josef la de su esposa bella,
Y la del Santo á la que vive en ella.

Cada cual dellos en su pecho escribe
La deuda de su amor mientras viviere,
Cada cual dellos con dos almas vive,
Y cada cual sin alma alegre muere;
Josef, que de su esposa la recibe,
Corresponderla con la suya quiere,
Ella, cual cortesana agradecida,
Por pagarle en su Dios, le da alma y vida.

El sacerdote, con alegres muestras
De la Esposa y Esposo soberanos,
Viendo enlazadas las dichosas diestras,
Dice, alzando á los cielos las dos manos:
«Gozad de las personas nobles vuestras
La gallarda presencia siglos canos,
Y en sucesión alegre y venturosa
Honrad vuestra familia generosa.

»Como el padre fiel de los creyentes
Veáis de nietos vuestras casas llenas,
Alcanzando á tener mas descendientes
Que el cielo luces ni que el mar arenas;
En lazos del amor resplandecientes
Unais las almas de pecado ajenas,
La prometida fe los dos guardando,
Bagaís su carga leve y yugo blando.

»Multiplique del campo la ganancia
La mano larga del poder divino,
Y acepte el cielo justo su fragancia,
Lloviendo su rocío cristalino;
La gruesa tierra en fértil abundancia
Os dé la blanca mies y el rubio vino,
Y en Dios unidos vuestros corazones,
Goceis mas abundantes bendiciones.

»Y la de Isaac, vuestro divino abuelo,
La de Jacob y de sus tribus doce
Os dé el gobernador de tierra y cielo,
Que vuestra fe y honesto amor conoce;
Y sin sospecha de traidor recelo,
Cada cual su consorte casto goce,
De las dos voluntades una haciendo,
Y á la eterna de Dios obedeciendo.

»Vos, ilustre Josef, en quien florece
Del Visorey la castidad hermosa,
Y en quien mas dignamente resplandece
Del nombre vuestro la virtud gloriosa;
Que el nombre de Josef dice el que crece,
Y dárosle la mano poderosa,
Y ver del cielo el no visto portento
Promete en vos un singular aumento;

»Creced, nuevo y virtuoso patriarca,
Como hasta aquí en virtud habeis crecido,
Y sed gobernador de otro monarca,
Mejor que el envidiado, mal vendido;
Y antes que corte la implacable Parca
El hilo dulce á vuestra vida asido,
Veáis en vuestros venturosos días
Cumplido el largo plazo del Mesías.

»Pues de entre tantos buenos sois llamado,
Con portentos del cielo peregrinos,
Y conocéis que es bienaventurado
Quien teme á Dios y sigue sus caminos;
Y que el que come el pan que ha trabajado
Dichoso gozará bienes divinos,
Su mujer, siendo, cual la vid, no escasa
En los ladrillos de su limpia casa.

»Veis cumplida en vos esta promesa,
Y vuestros hijos, semejanzas vivas,
Veis al rededor de vuestras mesa,
Cual renuevos de fértiles olivas;
Esta es de Dios la bendición expresa,
Al que teme sus sañas vengativas;
Bendigáis el Señor de Sion sagrada,
Criador del mundo y máquina estrellada.

»Y de Jerusalem bella y triunfante
Veis los bienes por eterna vida,
Gozando alegre, en número abundante,
Hijos de hijos cantidad crecida,
Cuyo valor sobre Israel levante
La amada paz de todos pretendida,
Haciendo mas glorioso vuestro nombre
Con dignos hechos de inmortal renombre.

»Veis Josef del señoril decoro
En nieve convertida la escalata,
Y que las hebras que hoy envidia el oro,
Las mude el tiempo y las convierta en plata;
Veis del rico virginal tesoro,
A quien con lazo estrecho el cielo os ata,
Tan gran generacion, que exceda al cielo
En las estrellas con que ronda al suelo.

»Goce mil bendiciones soberanas
La tierra de Josef, y alegre vea
Que el cielo llueva en ella sus manzanas;
Embriáguela el rocío que desea;
De sus venas copiosas y lozanas
La sangre salte, que su frescor sea;
Déle su fruto el sol, la blanca luna
No aguarde á que en pedir la sea importuna.

»Descuélguese de la alta excelsa cumbre
De los antiguos montes su abundancia;
Dénele con amorosa mansedumbre
Los eternos colliados su fragancia;
La estéril tierra en llena muchedumbre
Multiplique en sus frutos su ganancia,
Sacando de la trox de sus entrañas
Trigo, cuyos montones sean montañas.

»Abra del pecho suyo la bodega,
Dé un mar de lo que á Lot le quitó el seso,
De su almacén para la noche ciega
Derrame arroyos de su aceite grueso;
Dé yerba y flores una y otra vega
A los ganados, que en colmado exceso
Las dehesas talen y los rios agoten,
Aunque de nuevo yerbas y aguas broten.

»La bendición de la inmortal grandeza
Del que á Moisés apareció en la zarza,
De Josef venga sobre la cabeza,
Haleon dichoso que cazó tal garza;
Goce por largos siglos la belleza,
Adonde el casto amor preso se enzarza;
Goce bienes del cielo soberanos
El Nazareno en todos sus hermanos.

»Y vos, divina Fénix de la Arabia,
Dulce María, mar de gracia llena,
Cuya hermosura á la hermosura agravia,
Pues por menos hermosa la condena;
Mar de humildad y de prudencia sabia,
Y del mar de la mar dulce sirena,
A cuya voz santísima y sonora
Se para el sol, que della se enamora.

»María dichosa, de la mar estrella,
Que aquesto dice vuestro ilustre nombre,
Abrid la rosa de la boca bella,
Intercediendo por el primer hombre;
Nueva hermana de Aaron, y mejor que ella,
Que ella no es digna que cual vos se nombre;
Bella María, sed dichosa madre
De un Salomon igual á vuestro padre.

»Sed, señora María, tan señora
Como el divino nombre lo declara;
Subid cual sube la rosada aurora,
Cuando da al cielo la encendida cara;
Hágaos aquel, que el cielo impireo adora,
Digna de sucesion mas noble y clara
Que Lia, Rebeca y Sara venturosa,
Siendo la vuestra sobre el sol gloriosa.»

Con esto, á las antiguas casas tornan
Donde otro tiempo el gran Joaquin vivía;
Las calles por quien van todos adornan
Con general aplauso y alegría,
Porque los novios con su luz sobornan
De todos la confusa compañía,
Y en la dichosa casa alegre suena
Música alegre, de contento llena.

Las mesas blancas el placer aumentan,
Y en entrando los novios soberanos,
En la tendida púrpura se asientan,
Dando los maestresalas aguamanos;
Luego entre ricos platos representan
Varias viandas pajes cortesanos,
Y con el agua del Jordan divino
Matan la sed en tazas de oro fino.

Huyó la hambre vil descolorida
De la mesa y banquete regalado,
Llegó á su fin la espléndida comida,
Y apenas el convite fué acabado,
Cuando á cantar gozoso se convida
Lidio, en la arpa insigne y celebrado,
Y á todos admiró novedad tanta,
Que á cantar se convida quien bien canta.

Callaron todos, y con gozo mudo
Hacen aplauso al músico instrumento,
Por quien al suave Arion, pobre y desnudo,
Sirvió de barca algun delirio contento;
Con quien el rey Profeta tanto pudo,
Que hirió los cielos con su dulce acento,
Y desterró del oprimido suegro
Al Angel triste, al Fiegetonte negro.

Sonó la voz, y en consonancia grave
Al templado instrumento corresponde,
El cual, con melodía mas suave
A la sonora voz dulce responde;
No hay nadie que callando no le alabe,
Que las almas soborna en quien se esconde,
Y así, de nuevo en piedras convertidos,
Cierran las bocas y abren los oidos.

Canta del inocente preso hebreo,
Hijo primero de la estéril bella,
Y undécimo de aquel cuyo deseo
Pudo en años catorce merecilla;
De aquel, en quien con soberano empleo
Tanta gracia infundió su amiga estrella,
Que de la piel grosera y tosca abarca
Le lleva á Egipto á hacerle su monarca.

Canta cómo en el tiempo del estío,
Cuando el dorado grano alegra al dueño,
Sus hermanos con loco desvario
Juzgan por tal de su gavilla el sueño;
Y cómo muestran con mortal desvío
La envidia ciega en el airado ceño,
Y cómo multiplica sus querellas
El sueño de la luna, sol y estrellas,

Cómo les trae gozoso la comida,
Que apenas puede, con las tiernas manos,
Y que con gusto y alma agradecida,
Aunque cansado, abraza á sus hermanos,
Y que ellos tratan de perder su vida,
Cual de res simple lobos inhumanos,
Y que, por no matar jóven tan mozo,
Hacen verdugo suyo al seco pozo.

Cómo con impiedad menos ingrata
Sacan al jóven de la vil cisterna,
Y el cuarto hermano de venderle trata,
Judas cual otro á la deidad eterna;
Cómo le venden por infame plata,
Duros al llanto humilde y edad tierna;
Cómo vengados ya los jacobitas,
A Egipto van los ricos ismaelitas.

Cómo llorando el hecho atroz y bravo
Del mal pensado y fraternal delito,
Parte el hermoso bien nacido esclavo,
Que el serlo lleva en su belleza escrito,
Y cómo no se atreve la ese y clavo
Al rostro, que ha de ser gloria de Egipto,
Donde el Josef amado se revende,
Guiando el cielo lo que hacer pretende.

Cómo por su virtud y trato bueno,
Goza del noble dueño la privanza,
El cual, por verle de malicia ajeno,
Hace en él de su hacienda confianza;
Cómo gozando el tiempo mas sereno,
En que su libertad cobra esperanza,
Al ama torpe enamorada mira,
Que al hielo de su pecho rayos tira.

Pasmóse Josef mucho, y con modestia
Huye de fuego tal ser incentivo,
Y resistiendo de la torpe bestia
El ciego amor y su mirar lascivo,
Mas aumenta de la ama la molestia
El gran descuido del señor cautivo,
Y así, con lengua muda y libres ojos
Le ofrece lo mejor de sus despojos.

No se dió el gran Josef por entendido,
Y bien pudiera un ignorante y ciego;
Y como crece mas, mas defendido
Desta amarga ponzoña el dulce fuego,
Quiere ablandar el pecho endurecido,
Con tierno balago y hechicero ruego,
Y venciendo el honor y la vergüenza,
La infame de rogar no se avergüenza.

El Hipólito hebreo la desdenna
Una vez y otra, y da palabra al cielo
Ser á su blando ruego sorda peña,
Y á su amoroso ardor cuajado hielo;
Ella á sus fieros mas amor enseña,
El á su amor de Potifar mas celo;
Ella entre fuego y el desden se abrasa,
El victorioso aquesta guerra pasa.

Busca pues ocasion la torpe dama
De poder ablandar la piedra dura,
Y un día que sola se quedó en la cama,
Con el arte aumentando su hermosura,
Al casto mozo con imperio llama,
De la victoria incierta mal segura;
El obediente á su mandado llega;
Ella turbada le ase y dice ciega:

«Josef hermoso, bien nacido hebreo,
Esclavo libre, de quien soy esclava,
Hechicero de amor, en quien empleo
El corazón que tu dureza alaba,
¿Por qué así desconoces el deseo
De quien su vida en tu desden acaba?
Mira que sola estoy, que en mí te empleas;
Si hasta aquí has sido ingrato, no lo seas.

«No temas, tuya soy, y nadie sabe
Sino tú solo lo que por mí pasa;
Eres mi esclavo, yo una mujer grave
Que, enamorada, dice que se abrasa;
Sola esta muestra de mi amor acabe
De persuadirte que es mi amor sin tasa;
Oye mi ruego, no seas vergonzoso,
Goza tu dueño, mi querido hermoso.

«Mira mi corazón cubierto en lloro
En estos ojos que su luz te han hecho,
Mira, Josef, que como á Dios te adoro,
Haciendo altar deste herido pecho;
Enlázate en aquestos lazos de oro,
O haz destes brazos otro mas estrecho;
¿Por qué tu hermoso rostro de mí escondes
Y con igual amor no me respondes?»

Tras esto descompuesta, aunque bizarra,
Con blanco afecto y ademán lascivo,
Cual suele verde enamorada parra
Prender soberbia al olmo fugitivo,
La arpía asquerosa y bella echa la garra
Por ensuciar con su tocar nocivo
La limpia mesa del gallardo hebreo,
Como las otras tres la de Fineo.

Cual leon indiano á quien se le ha atrevido
El escuadrón de tímidas abejas,
Que brama airado en cólera encendido,
Sacudiendo berizado las guedejas;
Así el jóven hermoso bien nacido
Su amor, sus ruegos, lágrimas y quejas
Desprecia, de sí mismo avergonzado,
De que se haya la infame declarado.

Y cual suele mancebo valeroso
Que del lidiado toro alegre escapa,
Que cuando mas herido y mas furioso
Deja en los cuernos bien echada capa;
Así Belerofonte huye animoso,
Después que al dueño su deshonra tapa,
Que huyendo se promete la victoria,
Pues huyendo se alcanza mayor gloria.

No queda Hircana tigre, que se embosca
Robados los hijuelos, mas airada,
Ni sierpe de la Libia, que se enrosca
De descuidado pié siendo pisada,
Ni aspid herida, ni osa torpe y tosca
Del escuadrón de perros saltada,
Como queda Cenobia en sus enojos,
Hecho Etna el pecho y Mongibel los ojos.

Ira vertiendo, en furia convertida.
En odio eterno el mucho amor trocado,
Brotando rabia en cólera encendida,
Veneno esparce el basilisco airado;
A la ocasión por el copete asida
Una traición la adúltera ha pensado
De levantar al inocente hebreo,
Y es la que ella cumplió con el deseo.

Brama gimiendo, y con llorosas voces
Hinche la casa de alboroto y susto;
Temen los siervos casos mas atroces,
Turbados al clamor del llanto injusto;
A los gritos que da, corren veloces,
Y oyen las nuevas del mortal disgusto;
La infame capa, dice, sea testigo
Del hecho torpe que intentó conmigo.

Queda la deshonesto acreditada,
Fingiéndose ronca voz y tristes ojos,
Y la santa inocencia condenada,
Porque en su ofensa juran sus despojos;
Llega el eunuco, y con la noble espada
Quisiera hacer descuento á sus enojos,
A no sentir que el cielo le ha estorbado,
Y á la prision cruel le envía azotado.

Sufre el mozo, santísimo inocente,
La infame cárcel y la prision dura,
Y entre la vil y foragida gente
Que afronta, escarnio y pena le procura,
Menos trabajo y mas contento siente
Viendo su amada castidad segura,
Y entre ellos pudo el tiempo hacerle amable,
Por ser su trato por extremo afable.

A todos con amor sirve y regala,
Los consuela, los cura y los visita,
Y tanto á su virtud su gracia iguala,
Que ya el alcalde sus prisiones quita;
En interpretar sueños se señala,
Porque su causa el cielo solicita;
Dos declaró, con admirable espanto,
Uno convierte en gozo y otro en llanto;

A aquel á cuyo pan de blanca harina
Vuelan las aves en confusa tropa,
Le pronostica su fatal ruina.
La infame cruz y la funesta ropa;
Al que exprime las uvas, le adivina
La presta vuelta á la dorada copa.
Pasmó la gente el caso portentoso,
Y estima por Profeta al preso hermoso.

El uno y otro sueño ya cumplido,
Pasan dos años que el Copero ingrato
Bebió del agua negra del olvido
En que olvidó su noble honrado trato;
Hasta que al Rey se apareció dormido
De la abundancia y hambre el fiel retrato,
Haciendo al pecho real que se inquiete,
Y busque quien los sueños le interprete.

Acórdose el Copero, y arrepió
De que la ingratitud su pecho infame,
Da del Profeta preso al Rey aviso,
A quien al punto manda que le llame;
Deja la cárcel el hebreo Narciso,
Trocado en rico el vestidillo infame,
Y á la real presencia se presenta,
Y de los sueños pide estrecha cuenta.

«Dichoso, Joven bello, si me sacas
De las congojas que mi pecho enfrian,
El Rey dice: soñé catorce vacas
Que del Nilo amenísimo subian,
Siete gruesas y hermosas, siete flacas
Que á las siete primeras se comian,
Y que aunque estas á aquellas se tragaban,
Flacas y macilentas se quedaban.

»En otro sueño vi crecer gozosas
De una dorada arista siete espigas,
Que de lozanas, fértiles y hermosas
Libres rompen las cárceles amigas;
Otras siete vi luego perezosas,
Secas, marchitas, vanas y mendigas,
Cuyo escuadron escuálido acomete
Y hambriento traga á las gallardas siete.»

«Todo es un sueño, Rey, no tengas pena,
Dice el Apolo bello, y pronostica
Lo que en favor del Rey el cielo ordena.
Pues su honor y su hacienda multiplica;
Siete años te dará la tierra amena
La rubia mies en abundancia rica,
Y otros siete después con triste luto
A Egipto negará su amado fruto.

»Lo que importa aquí mas es la prudencia
De un varon venerable, sabio y grave,
Hombre de canas, ciencia y experiencia,
Que sea el que mas entre los tuyos sabe;
Y este con prevenida providencia,
Hasta que el año sétimo se acabe,
Llene de trigo trojes y graneros,
Remedio de los siete años postreros.»

Abraza el Rey al mozo venturoso,
Que en su real pecho la privanza crece,
Y dícele: «¡Oh mancebo valeroso!
Nadie el gobierno como tú merece;
Que si de un sueño y otro prodigioso
El cielo amigo claridad te ofrece,
¡Qué mucho, viejo sabio y joven tierno,
Que de Egipto te ofrezca yo el gobierno?

»En aquesta razon mi intento fundo,
Y así del reino por virey te elijo,
Primero en el valor, de mí el segundo,
Y en mi real pecho por mi amado hijo;
Llámame Egipto Salvador del mundo,
Y con comun aplauso y regocijo
Te aclame el pueblo en mi real carroza,
Y tú adorado, de mi reino goza.»

Dale el anillo real, con el real sello,
Y en triunfo ilustre por Egipto sale,
Haciéndole la púrpura mas bello,
Y el cetro real diciendo cuánto vale;
Sale hecho un sol, y el sol corrido á vello,
Invidioso de que haya quien le iguale;
El rey de armas su gloria canta y dice;
Todo el pueblo le adora y le bendice.

Vienen los años de colmado fruto,
Y de Céreres los granos guarda y cierra;
Llegan los siete de tristeza y luto,
Y hácese estéril la madrastra tierra;
Ya Egipto paga al Rey nuevo tributo
En vez del trigo que el Virey encierra,
Haciendo de su Rey en breves años
Eslavo á Egipto, siervos los extraños.

Vienen por trigo á Egipto sus hermanos,
Y revuelve su afrenta en su memoria,
Y al fin, mas noble que ellos inhumanos,
Cuenta les da de su dichosa historia;
Viene Jacob, y en sus ancianas manos
Aumenta el gozo de su mucha gloria,
El padre grave de la suya cierto.
Hallá al hijo perdido, y vivo al muerto.

«Así veamos, ¡oh Josef dichoso!
Dice Lidio, cantando dulcemente,
Que deste lazo de himeneo glorioso
Salga otro Salvador mas excelente;
Otro gobernador mas poderoso,
Mas que el primero casto é inocente,
Mas sabio y justo, mas humilde y santo.»
Aquí dió fin al sayo, y yo á mi canto.

CANTO VI.

De la pureza del glorioso san Josef.

El laurel casto, que el verdor no pierde,
No es mucho al hielo abrasador resista,
Ni que conserve su belleza verde,
Cuando el cielo con él mas se enemista,
Ni que si Jove destruirle acuerde
Muestre á sus rayos mas hermosa vista;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho junto al tigre y lobo hambriento
Pazca seguro el libre cabritillo,
Ni que entre fieras aves corte el viento
Mansa paloma de mirar sencillito,
Ni que el ayuno misero avariento
Desprecie al que de miedo está amarillito;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho que en su eclíptica de oro
El gran pastor de Admeto retroceda,
Ni que el horno encendido vuelvan coro
Tres niños bellos mas que los de Leda,
Ni que leones guarden el decoro
Al que en el lago con la vida queda;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho que el descalzo tartamudo,
Caudillo ilustre que el judío celebra,
Delante el rey de fe y piedad desnudo,
La prodigiosa vara haga culebra,
Ni el ver que tras las plagas que hacer pudo,
La mar enjuga y que el peñasco quiebra;
Que mas es que un varon y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho que la viuda honesta y sabia
En vino y sangre al fuerte Asirio anegue,
Ni que á Sanson, que el trigo ajeno agravia,
La amiga hermosa engañadora ciegue,
Ni que al jayan, en ira ardiendo y rabia,
El pastor venturoso el cuello siegue;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho en una concha que el mar cría
Encerrar de la mar la furia brava,
Parar un rayo en esa region fria,
Contar los astros de la esfera otava,
Quitar á Argos la vaca, á Fecho el día,
A Jove el cetro, á Hércules la clava;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

¡Oh castidad santísima y preciosa!
Montón de trigo, de azucenas lleno,
Flor entre zarzas, entre espinas rosa,
Sellada fuente, buerto siempre ameno,
Piadosa oliva, palma victoriosa,
Espejo claro, de manecilla ajeno,
Alegre puerto, venturoso mudo
Del fuerte, que á sí mismo se ha vencido.

Virginidad divina, hermosa y pura,
Trono de Dios y luz de su memoria.
Por quien el alma iguala en hermosura
A los continos de su eterna gloria;
Y mas que ellos gozaron su ventura,
Sin la guerra que ilustra tu vitoria,
Que ellos sin carne viven, y tú en ella
Triunfas gloriosa, siempre pura y bella.

Alábeta quien sabe cuánto vales,
Que es el Autor de quien tú luz recibes,
Y nuestros desposados virginales,
En cuyos castos cuerpos limpia vives;
Y pues que con tus lazos celestiales
Quieren que con su gusto los cautives,
Goce tu blanco yugo sus dos cuellos,
Ellos por tí famosos, tú por ellos.

Despedidos los nobles convidados
Que á las solenes fiestas acudieron,
A los hermosos castos desposados
Al oloroso tálamo metieron,
Donde entre diferencia de cuidados
Varias cosas á todos se ofrecieron,
A los novios su casto pensamiento,
Y á los demás el conyugal contento.

Déjanlos solos, y con gozo nuevo
El noble Patriarca reverencia
La casta hermana del dorado Febo,
De mas hermosa y virginal presencia;
« Serafin puro, si á mirar me atrevo,
Dice, de aqueste rostro la excelencia,
Es porque esposo soy de la hermosura,
Que enamorado el cielo ver procura.

»Mandóme Dios, ¡oh virginal Señora!
Por orden de un alado mensajero,
Que aunque este pecho que ese rostro adora
Voto de castidad hizo primero,
Sin condicion le revalidar agora,
Y así, ante tí revalidarle quiero,
Imitando del tuyo la firmeza,
Su gran valor y sin igual pureza.

»Y así, á Dios voto, cara esposa mía,
Por el color de aquehas hebras de oro,
Por esas luces de quien hurta el día
El claro resplandor de su tesoro,
Por las mejillas en que el cielo cria
Las rosas castas que humillado adoro,
Por ese pecho puro, de Dios templo,
Y por la castidad que en él contemplo;

»Por el Señor y Dios omnipotente
De Abraham, Isaac y de Jacob mi abuelo,
De quien soy, aunque indigno descendiente,
Imitador de su divino zelo,
Y por el Salvador de nuestra gente,
Que pide el limbo y ha de enviar el cielo;
Por el gran bien que de su vida pende
Y el virginal amor que en tí me enciende,

»De guardar castidad con tal firmeza,
Que no haya voto que á mí voto iguale:
Esto á la sombra de la gran pureza
Que de tu rostro soberano sale,
Que da rayos de angélica belleza,
Mostrando alegre cuanto puede y vale,
Porque tu soberana compañía
Castos deseos y almas limpias cria.

»Seré una piedra, un bronce, un hielo, un canto,
A la razon sujeta la tirana,
Seré á tu bello rostro sacrosanto
Como al del sol la vista corta humana;
Y con debida admiracion y espanto
Serviré tu persona soberana,
Siendo de tales prendas tesorero,
Indigno esposo y casto compañero.

»Adoraré, humilladas las rodillas,
El tesoro que el cielo me da en guarda;
Respetaré sus raras maravillas,
Aunque mi valor corto me acobarda;
Descienda un ángel de las altas sillas,
Purifique mi lengua ruda y tarda,
O él, Virgen pura, tu pureza alabe,
Y no hará poco si alabarla sabe.

»Bien sé que no eres ángel, Fénix pura,
Y tu pureza de ángel me parece;
Sé que no eres el sol, y tu hermosura
Mas claro resplandor que el sol me ofrece;
No eres el cielo, y esa compostura
La suya hermosa alaba y engrandece;
¿Quién eres, Virgen pura, sacrosanta,
Que al alma estrechas, que en tu luz se espanta?

»Bien sé que no eres Dios, mas también creo
Que tienes no sé qué de su grandeza,
Y si te he de juzgar por lo que veo,
Tras la de Dios es sola tu pureza;
Y como es suyo el singular empleo,
En tí cifró la gracia y la belleza,
Haciéndote retrato de su cielo,
Cielo de Dios y serafín del suelo.

»Aquí con pecho y alma agradecida,
Con perpetuas vigillas y oraciones,
Adoro al Dios de gloria sin medida,
Que tan sin ella puso en tí sus dones;
Daréle gracias por la recebida
De haber unido nuestros corazones;
Ofrecéle los sabeos aromas,
Blanco cordero y cándidas palomas.

»¿Qué mayor, bien esposa y reina mía,
Que servir y adorar esos despojos?
¿Qué mayor gloria, celestial María,
Que arrebatar me en Dios entre esos ojos?
¿Qué mayor gozo que el que el cielo envía
En la luz pura de esos soles rojos;
¿Qué mayor bien me pudo dar el cielo
Que hacerme dueño del mayor del suelo?

»Con la humildad mayor y mayor gozo
Que debo á bienes y mercedes tantas,
En cambio del favor, que indigno gozo,
Pondré mi boca donde tú las plantas;
Seré tu siervo fiel y un cano mozo,
Un guardajoyas de tus prendas santas,
Testigo del milagro de la tierra,
Adonde Dios su cielo hermoso encierra.

»¿Quién del magno Alejandro, Cresos y Midas,
Los tesoros riquísimos tuviera;
¿Quién las arenas de oro enriquecidas
De Hermo, Pactolo y Tajo haber pudiera;
¿Quién del sur y las Indias escondidas
Tesoros, piedras, perlas te trujera,
No para regalarte, como es justo,
Mas conforme á lo menos de mi gusto?

»Bien sé que ando en aquesto poco sabio,
Porque ello es poco, y yo mal advertido,
Pues así ofendo con injusto agravio
A la pobreza que has favorecido?
El ansia de servirme movió el labio,
Y el ver que á tu valor le es mas debido,
Pues cuanto el mar, el aire y tierra cria,
Será un pequeño don del alma mía.

»Si todo es poco, y esto aun no lo puedo,
Y en esta voluntad que te dedico
Tan encogido y corto ves que quedo,
Cuanto con prenda tal dichoso y rico;
Entre el amor, con que al amor excedo,
El alma á tu pureza sacrífico;
Una prenda, que al mismo Dios que adoro
No le puedo ofrecer mayor tesoro.

»Tuya es el alma, casta esposa amada,
Que alegre vive en tí y en tí se admira,
Que ya en tu casto pecho mejorada
La hermosa que me has dado goza y mira;
De esa pura belleza enamorada
Como ya tuya á tal pureza aspira,
Que á un ángel me parezca en el deseo,
Discípulo dichoso del que veo.

»Espíritus divinos, vuestro coro
Cante mi dicha y mi ventura alabe,
Pues que me hace Dios guarda de un tesoro,
Que él solo su valor y precio sabe;
Y decidme: del dulce bien que adoro
¿Cómo ser dueño en hombre mortal cabe?
Y si lo soy, ¿por qué el seso no pierdo,
Pues mientras mas sin él seré mas cuerdo?

»Y pues sabéis que el cielo me ha encargado
Prendas que nadie puede merecellas,
Bajad al oro del cabello amado
Del firmamento puro las estrellas;
Cortad un manto rico del brocado
Que labra el sol entre sus hebras bellas,
Y de la luna y de sus luces santas
Traed calzado á sus divinas plantas.

»Haced de castos lirios y claveles,
Para que pise, matizada alfombra;
Cortad del cielo azul ricos doseles,
Que á sus reales paredes hagan sombra;
Servid, bellos espíritus fieles,
A la rara beidad que mia se nombra,
Que bien merecen estas prendas bellas
Ángeles, cielo, sol, luna y estrellas.

»Virgen hermosa, mi pobreza es grande,
Mas mi deseo la atropella y vence,
Y no pienses que en esto se desmante,
Mas que de quedar corto se avergüence;
Ya espero humilde tu bondad me mande
Alguna cosa en que á servir comience,
Que los ángeles mismos se humillaran
Y cual yo te sirvieran y adoraran.»

La honesta y hermosísima doncella
Con su modestia y gravedad divina
Los rayos puros de su vista bella
Al casto amado esposo humilde inclina;
Ciégale el resplandor que mira en ella,
Cual hace el sol al que se le vecina,
Y entreabriendo las puertas de corales,
Le dice estas razones celestiales:

«Varon divino, santo patriarca,
Escogido de Dios, esposo mío,
Dueño del alma que este cuerpo abarca,
Cuya pureza de ese valor fio;
Seguro puerto donde desembarca
Combatido del mar este navio,
Padre y señor, defensa de mi honra,
Con quien el cielo me consuela y honra.

»Esposo amado, ilustre descendiente
De aquella sangre real y estirpe clara,
De lo mejor de nuestra antigua gente,
A quien el padre omnipotente ampara;
Dentro del alma está vivo y presente
El gran portento de la seca vara,
Donde la hermosa cándida paloma
Entre las flores fresco asiento toma.

»Que un ángel celestial, nuncio divino,
Me aseguró mi virginal pureza,
Y de la vuestra el voto peregrino,
Con que igualais su angélica belleza,
Mandándome de parte de quien vino
Que obedeciendo á su inmortal grandeza,
Humille el cuello al yugo soberano,
Diga de esposa el sí, y os dé la mano.

»Y pues que sois Josef mi caro esposo,
De la virginidad ejemplo raro,
De la fe y caridad templo glorioso,
De equidad y justicia espejo claro,
Columna de mi honor, asilo hermoso
Que el cielo me señala por amparo,
Nido seguro donde vuela el alma
Del vario viento á la tranquila calma;

»Seré una sierva vuestra, indigna esposa,
Que á vuestro gran valor sirva, cual debe;
Imitaré vuestra virtud preciosa
Hasta que al sol cual águila me pruebe;
Seguiré esa bondad maravillosa
En quien como otra Fénix me renueve;
Seré otra Clicie á vuestra luz serena,
O Cintia rica con la luz ajena.

»Amaré, casto Esposo, vuestra vida,
Y pediré que os la prospere el cielo,
Pues ya con lazo estrecho vive asida
En ella aquesta de quien sois consuelo;
Con lazadas de fe y amor unida
Mientras el alma adorna el mortal velo,
A la vuestra estará, siendo tan vuestra
Como la vuestra que tan mía se muestra.

»Como al alma que os di tengo de amaros,
Como á mi vida tengo de quereros,
Como al que es mi mayor reverenciaros,
Y como á mi cabeza obedeceros,
Como á mi Esposo tengo de estimaros,
Por mi dueño y señor reconoceros,
Como á un ángel del cielo he de seguirlos,
Y como á padre tengo de servirlos.

PE-II.

»Nadie ha sido cual yo tan venturosa
Que haya esposo tan justo merecido,
Por quien mi amada integridad preciosa
Gana donde pudiera haber perdido,
Con quien de Dios la mano poderosa
A aquesta sierva suya ha enriquecido,
Haciéndome que esposa y virgen sea
Y que estados tan varios en mí vea.

»Y pues significais, Esposo amado,
Tanto gusto del mío, yo os suplico
Que aquellos bienes que el Señor me ha dado
Que á vos como á mí dueño los dedico;
Y los que á vos, Señor, os han quedado
Del heredado patrimonio rico,
Los repartais con mano generosa
A gente pobre, humilde y virtuosa.

»¿Qué mayor bien que al lastimose ruego
Ser como el cielo misericordioso,
Dando á la virgen conyugal sosiego
Y amada libertad al preso ocioso?
Ser plás del cojo, ser ojos del ciego,
Abrigo y padre del menesteroso,
Del huérfano y la viuda amparo cierto,
Redención del cautivo, honor del muerto?

»También os ruego, casto Esposo mío,
Que á imitación de aquellos novios santos
Que con la medicina del pez frío
El Arcángel libró de males tantos,
Que con afecto humilde y ruego pío,
Con vivas ansias y amorosas llantos,
En este altar en santas oraciones
Ofrezcamos á Dios los corazones.»

El gran Josef, que á gloria le provoca
La habla amada de su Esposa bella,
A quien parece la rosada boca
Oráculo del cielo que habla en ella,
Le dice humilde: «A mí, Señora, toca
Seguir la luz de esa divina estrella,
Obedeciendo los consejos santos
De tantos bienes y provechos tantos.

»Y en lo que toca á la hacienda pobre,
Della, cual de mi vida, sois señora,
Y así, vuestro deseo justo cobre
La paga del, desta alma que en vos mora;
Que á mí, ¿qué bien habrá que no me sobre
Si tengo el rico que mi pecho adora?
Todo es vuestro, santísima María,
Y vuestra voluntad será ley mía.»

En esto llegan al altar sagrado
Que en la dorada cuadra se levanta,
El Tobías casto, bienaventurado
Y Sara hermosa, mas que la otra santa;
Y el incienso odorífero quemado
Y otros aromas de fragancia tanta,
Que el aire espesan con su blanca nube,
Entre quien la oración al cielo sube,

«Majestad increada, sempiterna
Dice Josef, deidad incircunscrita,
Omnipotencia de virtud eterna,
Grandeza inescrutable é infinita;
Divina Providencia, que gobierna
Cuanto el cielo, la tierra, y mar habita,
Vuelve, Señor, tu rostro sacrosanto
A la humilde oblación del altar santo.

»Y si algún tiempo entre las llamas turbias
Te fué ofrecido el pobre sacrificio
De yerbas verdes y de espigas rubias,
A tu inmensa bondad cierto servicio;
Y si después de las comunes lluvias
Te pudo el grato incienso hacer propicio,
Y si la gruesa sangre de animales
Pudo mover tus ojos inmortales,

»Puedan moverte dos humildes pechos,
Que entre plegarias justas y oraciones
De sí mismos están altares hechos,
Donde ofrecen sus castos corazones;
Aquí en fuego de amor de amor deshechos
Los sacrifican con los ricos dones
De las almas eternas que nos diste,
Retraitos que á tu imagen bella hiciste.

»Estas, Señor, en este altar ponemos
Y á tu eterna grandeza dedicamos;
Dellas el querer libre te ofrecemos,
Y el nuestro al tuyo humilde sujetamos;
La integridad que conservado habemos
A tu deidad de nuevo consagramos,
Reconociendo que de tí le viene
A aquesta ofrenda lo mejor que tiene.

»Y pues que ves ¡oh Padre omnipotente!
Nuestra humildad y nuestro casto celo,
Y que uno y otro humilde y obediente
La cerviz inclinó al conyugal velo,
Acepta el don pequeño que humildemente
Sube á buscarte en tu abrasado cielo,
Y el sacrificio nuestro favorece
Y la encendida fe con que se ofrece.

»Y aquesta pura compañera amada,
De quien indignamente soy esposo,
Y en quien tu mano bienaventurada
Puso lo hermoso de lo mas hermoso,
Pues á mi amparo queda encomendada,
Y es tuyo el don, que me hace venturoso,
Para servirte, como yo querría,
De tu eterno favor, favor me envía.»

Prostrada en tierra, en humildad profunda,
La que excede en pureza á las estrellas,
En quien la castidad su templo funda
Y el casto amor enciende sus centellas;
La que á la belidad sola hizo coyunda,
De lazos ricos de sus luces bellas,
Alza los ojos, y pasmóse el cielo
Del sol, que vence al que enriquece al suelo.

Y enamorando al mismo pecho eterno
Y sus bellas criaturas admirando,
Abre los labios de su coral tierno,
Sobre diamantes nácaros mostrando;
Huyó corrido el duro yerto invierno,
Viendo en su boca al mayo hermoso y blando,
Y apenas vió la bella rosa abierta
El cielo, cuando abrió la hermosa puerta.

»Majestad, dice, gloria sin medida,
Mas bienes de voz gozo que merezco,
Los que tienen mi alma enriquecida,
Como vuestros, señor, os los ofrezco;
Vuestro es mi corazón, vuestra es mi vida,
Y el quererla por vuestra os agradezco;
Merezca serlo, y yo una humilde esclava,
Que la inmensa grandeza vuestra alaba.

»Bien sebeis, Dios, mi virginal deseo
Y de mi casto voto la entereza,
Que aquí de nuevo con mayor trofeo
Se la consagro á vuestra gran pureza;
Y como al yugo hermoso de Himeneo
Por servirlos, inclino la cabeza,
Y que un estado y otro humilde abrazo
Al alma unidos con estrecho lazo.

»Vos á mi amado Esposo me entregastes,
Que mejor que merezco me le distes,
Vos con candidas flores le aclamastes,
Y cual blanca paloma le escogistes,
Si vos de tanta gracia le dotastes,
Y de tanta pureza le vestistes,
¿Qué bienes no tendrá mi Esposo amado,
Si él es tan vuestro y vos quien me le ha dado?

»Y pues es escogido entre millares
El colorado y blanco casto Esposo,
Bajen, Señor, de los que en tus altares
Adoran siempre tu mirar glorioso,
Y de rosas, claveles y azahares
Traigan guirnalda á su cabello hermoso,
Coronando su gracia y su belleza,
Su virtud, su bondad y su pureza.

»Y pues á hablar á aquesta sierva envías
De los que cantan tus eternos loores
Y gozan siempre perdurables dias,
Causados con tus bellos resplandores,
Agora que dos almas tengo mías,
Que han de partir iguales los sabores,
Tenga dellos mi amada casta prenda
Quien le ampare, le guarde y le defienda.

»Aquí, Señor, de tu divina mano
Algun favor aquesta sierva aguarda.
Para Josef, que es ángel mas que humano,
En la pureza virginal que guarda;
Y siendo quien me guarda, caso es llano,
Que es mi Josef un ángel de mi guarda,
Y pues lo es, declendan los del cielo
A honrar al que los honra desde el suelo.»

Dijo, y sellando el virginal tesoro
Que ámbar, almizcle y bálsamo derrama,
Entra al palacio dando luces de oro
Una no vista abrasadora llama:
Turbó á la hermosa Virgen el decoro,
Y mas temió quien mas que á sí la ama;
El fuego al del altar dejó abrasado,
Y al cielo olió el palacio consagrado.

Y entre el humo oloroso que levanta,
Un admirable jóven aparece,
De luz tan bella y de hermosura tanta,
Que á la misma hermosura se parece;
Una corona de azucenas santa
Sobre sus hebras de oro resplandece;
De estrellas sobre nieve es su vestido,
Con una cuerda virginal ceñido.

Pasmó á Josef del ángel la presencia,
Aunque otras veces visto los había,
Mas la que tiene ya mas experiencia
Del trato mucho de su compañía,
Con gozo humilde y santa reverencia
Recibe alegre al que su Dios le envía;
El á los dos como á sí mismo estima,
Y alegre al uno adora, al otro anima.

«Criaturas santas, dice, que en el suelo
Aquesta casa, que con miedo piso,
Hacéis retrato del hermoso cielo
Con los bellos de Dios que daros quise;
Miró el Señor vuestro virginal celo,
Oyó de la oración el cuerdo aviso,
Olió el olor de vuestros sacros dones
Y aceptó vuestros castos corazones.»

Y quitando de su cabeza rica
De azucenas la candida corona,
Al tesoro de Tíbar se la aplica
De la sola castísima matrona;
Su gracia y hermosura multiplica
Y el número del monte de Helicón,
Y de las gracias el virgineo terno,
Que mas que ellas le dió su autor eterno.»

La virginal pureza coronada,
En cuyo pecho real honrada vive,
El ángel dice: «Esposa regalada
Del que mayores premios te aperebe,
En prendas de la fe á tu fe guardada,
Esta corona celestial recibe,
Mientras gloriosa llega la de estrellas,
Premio debido á tus madejas bellas.

»Y vos, Esposo bienaventurado,
Pues que le sois de la mujer mas buena,
Vos, que la mujer fuerte habeis hallado
De la mancilla de la culpa ajena,
Vos, á quien el amor eterno ha dado
La Esposa amada de su gracia llena,
Vos de su joya rica tesorero
Y de su paraíso jardinero;

»El que los corazones escudriña
Y quiere mejorar vuestra ventura,
Me manda que con esta cinta os cifa
La siempre casta virginal cintura,
Y que del fomes la continua rifa,
Que contra vuestra integridad procura,
Pacifiqué, y él vaya encadenado
De vuestro casto pecho desterrado.»

Esto diciendo, con estrecho abrazo
Se junta alegre al escogido Esposo,
Y desciñendo su estrellado lazo
Cíñe con él al casto venturoso;
Después juntando el uno y otro brazo
Los echa tiernos á su cuello hermoso;
Queda ligado el fomes del pecado,
Y queda el Santo en tal favor pasmado.

CANTO VII.

De la Anunciación de nuestra Señora.

Y como al sabio humilde le acontece,
Que, recogido en su pequeña casa,
Piensa que su virtud nada merece,
Y en su necesidad su vida pasa;
Si acaso el rey la dignidad le ofrece,
Que le es debida á su virtud sin tasa,
Se encoge y enmudece temeroso,
Cual no merecedor del cargo honroso;

Así Josef santísimo se encoge
A la merced divina, no esperada,
Con que le favorece el que le escoge
Por guarda fiel de su consorte amada;
Dentro en sí mismo humilde se recoge,
Reverenciando la deidad sagrada,
Y á su esposa santísima María,
Por quien el cielo tal favor le envía.

Y queriendo prostrarse al jóven santo
Para besarle las sagradas plantas,
Tendió su rojo y estrellado manto,
Sacudiendo las alas sacrosantas;
Josef, absorto en el divino espanto,
En sí revuelve las mercedes tantas,
Y humilde á la querida esposa mira,
Que nueva luz y nueva gloria inspira.

Vese ceñido de la blanca mano,
Vese abrazado del alado bello;
Mírase libre del cruel tirano
Que quiso sujetar su noble cuello;
Báñase como un ángel soberano
Por su esposa que pudo merecello,
Y humilde á su divina prenda adora,
Por quien en cuerpo y alma se mejora.

Ella con una virginal porfía
Que no haga tal suplica al varon justo,
Mas que al Señor, que tal favor le envía,
Bagan eternas gracias, que es mas justo;
Baciéndolas les vino á hallar el día,
Dejando al indio bárbaro y robusto,
Por ver en la oración los desposados
De sí mismos en Dios enamorados.

En aquestos divinos sacrificios
Pasan las noches los que estimar el cielo,
Y haciendo innumerables beneficios,
Sus bienes parten con piadoso celo;
A los pobres de Dios tienen propicios,
Siendo de todos general consuelo,
Al triste y al enfermo consolando,
A la viuda y doncella remediando.

En esto ocupan sus dichosos días
La noble Sara y Abraham dichoso,
La hija de Raquel y el gran Tobías,
La bella Abigail y el Lot piadoso;
Y derramando gozos y alegrías,
Alegre sirve al virginal Esposo
La pura mas que el cielo, á quien sirviera
El cielo, si serviría mereciera.

Josef, que al amor mismo hace ventaja,
Para sustento de su amada prenda
Alegre suda y con amor trabaja,
Supliendo á la gran falta de la hacienda;
Porque, como en servirla se aventaja,
Quiere que su consorte hermosa entienda
Que si los bienes dió á la gente pobre,
Que para regalarla amor le sobre.

El Josef noble la comida gana
Con rostro alegre y alma agradecida,
Y su Esposa con gracia mas que humana
Le ayuda en su labor entretenida;
El sustenta á su Esposa soberana,
Ella guisa gozosa la comida;
A Nazaret la trujo el varon santo,
Y yo doy fin al regalado canto.

El animal del vellocino de oro,
Que fué barquilla á la fraterna carga,
Cuya mitad con repentino lloro
Añadió el nombre de la mar amarga,
Que su piel de riquísimo tesoro
Jason soberbio de robar se encarga,
A quien la encantadora favorece,
Que el dragon y los toros adormece;

Con su preciosa codiciada lana
En el zodiaco eterno trasladado,
Por donde el rojo hermano de Diana
Lleva el carro de estrellas matizado,
El cristal de su casa soberana
Al huésped abre del color rosado,
Que de los peces las escamas frías
Deja por igualar noches y días;

Aumenta con sus rayos la riqueza
Del oro fino que le adorna y viste,
Excediendo la luz de su belleza
Al topacio, diamante y amatiste;
Sacude el sol dorado la cabeza,
Algo mojado del invierno triste,
Y entre la lana de oro recostado,
Descansa alegre del rigor pasado.

Toma calor entre la lana rica,
Y esparciendo sus rayos inmortales,
A los nevados montes los aplica,
Convirtiendo sus nieves en cristales;
De la tierra la gracia multiplica,
Y hermoso muestra el rostro á los mortales,
Que mirando que el hielo se le atreve,
Le escondió mustio entre la escarcha y nieve.

Conoce del planeta que le alienta
El calor deseado, que la ablanda,
Y lo que fué al invierno de avarienta,
Es á sus rayos liberal y blanda;
Rompe sus venas y el verdor revienta,
Y á los árboles yerba y flores manda,
Que en abundante copia se aperriban
De su gracia y beldad y al sol recibán.

Saca la rubia jardinera Flora
Sus jardines, sus parques y jensiles,
Saca el rosado sol, que al Áries dora,
Un marzo hermoso mas que mil abrilés;
Derrama flores la celada aurora
De entre sus hebras ricas y sutiles,
Y el cuerno de la copia de Amaltea
La tierra helada ilustra y hermosa.

El tronco seco alegre reverdece,
Y en fecunda preñez da muestra clara
Del fruto dulce que á su dueño ofrece
De miedo oculto entre la seca vara;
En tiernos ramos con belleza crece,
Con las hojas cubriéndose la cara,
Que le hacen sombra los gallardos brazos
De los renuevos que se dan abrazos.

La comun madre muestra descubierta
La cabeza de flores adornada,
Antes del pardo invierno helada y yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y abriendo al sol dorado franca puerta,
Da al campo la librea deseada
Del albelli, mosqueta, lirio y rosa,
Del clavel bello y azucena hermosa.

Los aires mas delgados y suaves
Vierten blandura, gozo y alegría;
Pisanle alegres las pintadas aves
Al son de su acordada melodía;
Echanse al agua verde corvas naves,
Libres de Orion y de su furia fría;
Viene el ave que es huésped del hombre,
Que vió en la tela de su hermana el nombre.

Toca alegre el pastor el caramillo
Al son que hace el cristal en su arroyuelo;
Salta gozoso el libre cabritillo;
Agradeciendo su blandura al cielo;
Retosa ufano el jugueton novillo,
Midiendo á veces el florido suelo;
El campo seco del rigor pasado
Sufre otra vez la reja del arado.

Con furia ingrata y sin piedad desquila
La rica oveja mano codiciosa,
Y la ubre gruesa con amor destila
Para su recental la leche bermosa;
La fértil tierra con primor perfila
El prado verde del clavel y rosa,
Descubriendo á los cielos el tesoro
Que riega el alba con sus perlas de oro.

Sale la caña verde, donde guarda
Del horrible Pluton la rubia suegra
Los granos de oro, que avariento aguarda
El labrador que en su verdor se alegra;
La vid saca los brazos, y gallarda
De verde viste su corteza negra,
Mostrando entre las hojas blancas piñas
De los racimos de las ramas niñas.

Crece la sangre y su virtud remosa,
El viejo se renueva en su edad fria,
El jóven tierno con prudencia moza
Sigue del niño ciego la porfía,
El que en la caza se regala y goza
Sale de verde con el pardo día,
Las martas deja el rico y los armiños,
Los viejos el hogar, el sol los niños.

Sale la rana, rústica cantora,
Y el charco turbio por la grama deja;
Sale la hormiga, fiel trabajadora,
Que con él contra el tiempo se aparea;
Sale al campo, que en flores se mejora,
Para labrar su dulce miel la abeja;
El labrador, que el rico logro aguarda,
Sale á tratar con la que el grano guarda.

Bordado el campo de sus varias flores,
Saca á enjugar la hormiga el rancio trigo,
Filomena, cantando sus amores,
Dulcemente maldice á su enemigo;
Mudan las toscas pieles los pastores,
Y alegres bailan en el corro amigo;
El cielo y tierra nuevo gozo ofrece,
Todo se alegra, multiplica y crece.

En este tiempo que la justa Astrea
Desampara su silla cristalina,
Y el siglo de oro, que el mortal desea,
Vuelve á los rayos de su luz divina,
Que al apearse de la via lactea,
Vuelve al roblo la miel, leche á la encina,
Plata á los rios, á los montes oro,
Y del alba á las flores el tesoro;

Cuando se goza alegre en nuevo gusto
El prado, el monte, el valle, el bosque, el rio;
Cuando las nubes lloverán al justo,
Y los piadosos cielos su rocío;
Y cuando el celestial Sanson robusto
Encubra flaco el fuerte poderío;
Cuando el gigante en su veloz carrera
Se anifiará en la Virgen que le espera;

En este tiempo santo y venturoso
Que há tanto el cielo, tierra y limbo agnarda,
Al palacio real, trono glorioso,
De quien los serafines son de guarda,
Y de quien Micael, príncipe hermoso
Es capitán divino de la guarda,
A Gabriel llaman, y al instante viene
Ante el que el orbe dentro el puño tiene.

Humilde llega á la dorada puerta
De oro terso labrada y cristal puro,
Y al jóven bello, por sí misma abierta
Sobre los quicios de diamante duro;
Mira la cuadra de rubies cubierta
Y de topacios uno y otro muro,
El techo mira de esmeraldas bellas
Con racimos de rosas y de estrellas.

Los ángeles hermosos ve humillados,
Los arcángeles bellos encendidos,
Los serafines puros abrasados,
Los tronos al de Dios continuo asidos,
Querubines, virtudes, principados
Mira en el mar de gloria entretenidos,
Las potestades, las dominaciones
Cantando á Dios dulcísimas canciones.

Llega al sitial de púrpura y brocado,
Hecho de rayos del que el cielo dora,
Y en su trono glorioso ve sentado
Al Uno y Trino, á quien el orbe adora;
A su divino resplandor prostrado
Gabriel, que en su privanza se mejora,
Espera la embajada que le ordena
El que los cielos de su gloria llena.

En esto la castísima María
La labor blanca por el libro trueca,
Y de su casto Esposo se desvia,
Que alegra labra la madera seca;
Y al tiempo que hacía el mar destierra el día
La negra encubridora del que peca,
En su humilde retrete se recoge
Para hacer oracion al que la escoge.

En la leccion sagrada entretenida
La Escritura de Dios vuelve y revuelve,
Y en ella de su amor puro encendida,
El corazon en lágrimas resuelve;
Ya en la sacra leccion eternecida,
A la oracion con nuevo fervor vuelve,
Y prostrado su rostro por el suelo,
Sube la voz á herir el claro cielo.

«¡Oh bondad, dice, eterna, incomprehensible
Majestad soberana sempiterna,
Lumbre inexhausta, gloria inaccesible,
Profundo abismo de grandeza eterna!
¿Cuándo será vuestro rigor terrible
Blanda misericordia y piedad tierna?
Cuándo la lumbre de esa eterna lumbre
Bajará sin dejar la excelsa cumbre?»

«Cuándo de aquel reloj el sol eterno
Volverá atrás, como lo vió Ezequías,
Pasando vuestro hijo sempiterno
Las líneas de las nueve jerarquías?
Y cuándo pasará, hecho niño tierno,
La del hombre, cumpliendo sus porfías?
Cuándo el cordero que ese pecho encierra,
Vendrá, Señor, á serlo de la tierra?»

«Cuándo del paraíso la fiel guarda
La espada ardiente trocará en oliva?
Cuándo fabricaréis casa gallarda,
En quien vuestra palabra eterna viva?
Cuándo el revuelto mar, que hinchado aguarda
Con Jonás, quietará su furia esquivá?
Cuándo al varon ha de cercar dichosa
La mujer fuerte mas que el cielo hermosa?»

Cuándo los montes brotarán dulzura?
Cuándo el maná se encerrará en el arca?
Cuándo el ave sin hiel, cándida y pura,
Con el ramo de paz vendrá á la barca?
Cuándo en la noche de la culpa oscura
La nube se verá que al sol abarca?
Cuándo á Marach hará dulce el madero?
Cuándo vendrá el remedio del primero?

«Cuándo de la polimita vestido
Vendrá el Josef de vuestro pecho amado?
Cuándo en el trono de marfil bruñido
Al nuevo Salomon verá sentado?
Cuándo del silbo blando entre el rüido
Vendrá del cielo al mundo el Deseado?
Cuándo la sal de la salina pura
Hará dulce del agua la amargura?»

«Cuándo en el horno de la llama altiva,
Entre los tres que cantan vuestros loores
Pondréis, Señor, la semejanza viva,
Engendrada de vuestros resplandores?
Cuándo al cuchillo abrazará la oliva
Con besos de dulcísimos amores,
Anunciando la paz de nuestra guerra?
Cuándo dará su fruto nuestra tierra?»

»Cuándo, mas que Jael gallarda y fuerte,
Otra mujer con nueva fortaleza
En Levistan hará mas buena suerte,
Quebrantando del monstruo la cabeza?
Cuándo la vida vencerá á la muerte,
Unida á la mortal naturaleza?
Cuándo Jacob con el ajeno traje
Quereis que á ser pastor al suelo baje?

»Cuándo, Señor, el Eliseo del cielo
Se ajustará con el difunto mozo?
Cuándo Abacuc con el no visto vuelo
Visitará á Daniel dentro del pozo?
Cuándo del fértil, prometido suelo
Vendrá el racimo de consuelo y gozo?
Cuándo el Esposo, lleno de rocío,
Requebrará á su Esposa, helado al frío?

»Cuándo la casa de David amada
Aquella gran señal verá cumplida,
Del incrédulo Achad menospreciada,
De vos con larga mano prometida,
De que á una virgen siempre inmaculada,
Quedando Virgen, viésemos parida
Del fuerte Emanuel, del Dios y hombre,
De quien Dios con nosotros dice el nombre?

»Si es ya venida, como espero y creo,
Esta madre doncella, esta señora,
Cierta esperanza del mortal deseo,
Consuelo alegre del que gime y llora;
La que ha de libertar á Mardoqueo,
Y al oprimido pueblo que la adora;
Merezca yo, aunque indigna, ser esclava
De la que el alma adora y lengua alaba.

»Merezca ver la gloria de la tierra,
El milagro dignísimo del cielo,
La paz amada de la antigua guerra,
Del limbo y tierra el general consuelo;
Merezca ver la que en su pecho encierra
La tela roja, el encarnado velo,
De donde ha de cortar mortal vestido
El que es entre millares escogido.

»Ea, Señor, mirad el mundo pobre,
Lleno de culpas, de maldades lleno,
Que no hay vicio ni mal que no le sobre,
Ni bien ninguno de que no esté ajeno;
Señor, ya es tiempo, vuestro rigor cobre
La paga que ha de hacer el siempre bueno,
Ya es tiempo que del cielo la alta puerta,
Cerrada al hombre, al hombre le sea abierta..»

Dijo, y suspensa la doncella hermosa,
Encendida en el bien que se dilata,
Mezclando entre el coral, púrpura y rosa
El azahar, jazmin, la nieve y plata,
El alma bella, en la oracion dichosa,
En éxtasis divino se arrebata,
Y en el deseo de su amor profundo
Es abogada por el bien del mundo.

Sale de Dios la ilustre fortaleza,
Gabriel que deja las impresas salas,
El cual, prostrado á la inmortal grandeza,
Abate humilde las doradas alas;
Sale multiplicando su belleza
Con nuevo adorno de vistosas galas,
Y pasando las puertas de cristales,
Le siguen escuadrones celestiales.

Rompe ligero el globo refulgente
Del fuego puro y encendida esfera;
Corta el aire sutil y transparente,
Como cometa en su veloz carrera;
Un cuerpo forma del rosado oriente,
Vistele de la hermosa primavera;
Imitando de un jóven la hermosura,
De rostro bello y grave compostura.

Y alegre el mensajero soberano
De mirar que es al hombre parecido
En la librea del vestido humano,
De que á su eterno Rey verá vestido,
Pisa hermoso y gallardo el aire vano,
Y en caridad y amor puro encendido,
Estima en mas el nieto de la nada,
Viendo su dignidad en su embajada.

Entre Fenicia y el Jordan sagrado
Ve la provincia de la gran Judea
Y el fértil suelo y campo celebrado
De la abundante en palmas Idumea;
A ella vuelve el Parainfio alado
El veloz curso, que acabar desea,
Y á una casa que esparce luz divina
Con presuroso vuelo se acerca.

A la luz bella de la casa amada
Cierta señal de la divina Ero,
Por las olas del aire alegre nada
El Leandro hermoso y casto mensajero;
Y al descubrir la tierra desecada
El fiel piloto y sabio marinero,
A los que vienen en su compañía
Da voces de contento y alegría.

Y cual suele en Caistro, donde bebe
El blanco clano, que en sus aguas mora,
Batir las alas del armiño y nieve
Al nido en que sus bienes aterra,
Así Gabriel con nueva priesa mueve
Las alas bellas con que el aire dora,
Para llegar al deseado puerto
Por su luz pura al cielo descubierta.

Llega el Arcángel de color de rosa
De estrellas y azucenas coronado,
Y ante el palacio de su Reina hermosa
Hace que quede el escuadron sagrado;
Y entrando por virtud maravillosa,
La puerta humilde del cancel cerrado,
Se prostra ante las luces virginales,
Que oscurecen del sol las inmortales.

Y poniendo en el suelo las rodillas,
Adora á la mortal naturaleza,
Que no adoraría en las etereas sillas
Hizo á Luzbel monstruosa su cabeza;
Reconoce las raras maravillas
Del que labró su sin igual pureza,
Y admirado en sus castos resplandores,
Los de su rostro hermoso hace mayores.

«Ave, le dice, Fénix bella y pura,
Ave que de si misma se renueva,
Ave de tanta gracia y hermosura,
Que Dios te muda en ave el nombre de Eva,
Ave que al ave de la eterna altura
Le darás de las tuyas pluma nueva,
Ave que has de ser nido de aquel Ave,
Que solo en el del Padre eterno cabe.

»Ave que á tu castísimo señuelo,
El ave que se goza en sus jardines,
Y en las alas del viento hace su vuelo,
Sentado en abrazados serafines,
Se dejará caer del alto cielo
Al de tus azucenas y jazmines;
Dios te salve, santísima Maria,
Gloria del hombre, dulce Reina mia.

»Dios te salve, de gracia siempre llena,
Nombre que pone el cielo por renombre
A tu inculpable vida siempre buena,
Que la confirma con aqueste nombre;
Nombre que dulcemente al hombre suena,
Pues que por tí la ha de alcanzar el hombre;
Llena de gracia, fuente por quien vienen
Todas las que los otros santos tienen.

»Llena de gracia en tu concepcion pura,
Aunque el trífauce can soberbio ladre;
Llena de gracia en la prision obscura
Del vientre santo de tu anciana madre;
Llena de gracia cuando tu hermosura
Alegró al cielo y á tu honrado padre,
Y en tu presentacion y castas bodas
Llena de gracia y de las gracias todas.

»Llena de gracia en ese cuerpo bello,
Y en el alma santísima que adoro,
Llena de gracia en el nevado cuello,
Que está inmediato á la cabeza de oro;
Llena de gracia en el sutil cabello
Con que enlazar al Rey del alto coro;
Llena de gracia en la divina boca,
Que en su alabanza al mismo Autor provoca.

»Virgen siempre graciosa y agradable,
Que los ojos de Dios bella enamoras,
Y con tu dulce agrado y gracia afable
En las de Dios gozosa te mejoras;
Graciosa que al eterno y perdurable,
Cuya gracia divina en ti afeoras,
De la tuya le traes preso y rendido,
Siendo tu gracia de su gloria nido.

»Siempre graciosa, que en tu afable agrado
Al cielo y tierra en tu afición cautivas,
Mejor que aquel en la castilla hallado
Al Rey que le ofreció las llamas vivas;
Mejor que el joven preso y envidiado
Al alcalde en las cárceles esquivas,
Mas que á Artajerjes Esdras el cautivo,
Mas que Tobías al Asirio altivo.

»El Señor es contigo, Virgen mía,
Por esencia, potencia y por presencia;
Es contigo, castísima María,
Unido por su gracia á tu excelencia;
Es contigo, divina luz del día,
Por continuo favor de su asistencia;
Contigo está desde el primer instante
Que unió á tu cuerpo el alma á él semejante.

»Toda la Trinidad, Virgen preciosa,
Está contigo; el Padre sempiterno
Como en su hija querida siempre hermosa,
Como en su Madre amada el Hijo eterno;
El amor de los dos como en su Esposa,
Que su Esposa te hace su amor tierno;
Contigo está tu Dios por tales modos,
Que está en tí mas glorioso que está en todos.

»Este que está contigo quiere agora
Ser de tí misma, por tan alta suerte,
Que si hasta aquí en su gracia te mejora,
Por Madre suya quiere engrandecerte;
Quiere ser siervo, porque seas Señora,
Su Madre y nuestra reina quiere hacerte,
Siendo tu Hijo, el que es gloria del Padre,
Tú del Verbo de Dios intacta Madre.

»Bendita tú entre todas las mujeres,
Y entre todos los ángeles bendita,
Bendita sobre el cielo y tierra eres
De aquel que el cielo, tierra y mar habita;
Bendita que á la viuda te prefieres,
Que la paz de Betulia solicitas,
Mas que Jael, que al capitán dormido
Cosió con la que en vano habla á su oído.

»Sola bendita entre los descendientes
De aquel que espeso fué de su costilla,
Pues sola á tí de todos sus parientes
No alcanzó de la culpa la mancha;
Bendita te dirán todas las gentes,
Trono de Dios y de su gloria silla,
Bendita desde el punto venturoso
Que bajó al alma bella al cuerpo hermoso.

»Bendita por el parto que te espera,
Por tu entereza virginal bendita,
Bendita sin segunda la primera,
Que Dios para su madre solicita;
Sola bendita, pues la culpa fiera
Vences de quien por ella fué maldita;
Siempre bendita de tu autor eterno,
De Dios regalo, asombro del infierno.»

Turbóse la doncella palestina,
Cual suele hermosa virgen que olvidada
Nácares varios coge en la marina
Y las conchuelas que escogerie agrada,
Que de repente ve la nao vecina,
Y temerosa, atónita y turbada,
A irse ni á quedarse no se atreve,
Y deseando volar, el pie no mueve.

Turbóse la castísima doncella
Viendo al embajador con nuevo traje,
Turbóla oír de la persona bella,
Siendo ella tan humilde, tal lenguaje;
Pierde el rojo color la clara estrella
A la gran Majestad del real mensaje;
Vuelve y revuelve dentro el alma fría
El traje, la embajada y cortésia.

«No temas, dice, y su divino nombre,
De verme, cual me ves, en traje ajeno,
Ni que Gabriel te adore en forma de hombre,
Pues baja á serlo el sumamente bueno;
Ni mi mensaje altísimo te asombre
Rico de bienes, de misterios lleno,
Ni te espante te adore como á reina,
Pues eres madre del que eterno reina.

»Aquello que Dios es, solo no fuiste,
Todo lo que no es Dios atrás dejaste,
Al Serafín purísimo excediste,
Al Querubín mas sabio aventajaste;
La gracia que perdió la madre triste
Acercas del Señor dichosa hallaste;
Pues la perdida gracia ha parecido,
Por tí la cobrará quien la ha perdido.

»En tu vientre santísimo, Señora,
Concebirás con sumo regocijo
La imagen viva, que en el Padre mora,
La palabra que eternamente dijo;
Aquella Luz de luz que el cielo adora,
Hijo siendo de Dios será tu hijo,
Que eternamente nace del sin madre,
Y en tiempo nacerá de tí sin padre.

»Jesus has de llamar al Niño tierno;
Será grande y de Dios Hijo llamado;
Darále el cetro, el trono y el gobierno
Del mansueto David, su padre amado;
Pondrá su solio, que lo será eterno,
En la gran casa de Jacob sagrado;
Será sin fin su reino, ilustre y fuerte,
A pesar del infierno y de la muerte.»

Vuelve el rojo color al blanco gesto,
Y con un mirar grave y encogido,
Alza el divino rostro siempre honesto,
Y deja al del Arcángel encendido;
«Arcángel, dice, ¿cómo ha de ser esto,
Que voto de pureza he prometido?
Cómo ha de ser, que aunque el misterio creo,
El cómo, ángel de Dios, saber deseo?

»De tu embajada cierta estoy en ella,
Mas el cómo de tí saber querría;
¿Cómo el sol caber puede en una estrella
Y el mar en una concha que el mar cria?
¿Cómo su madre quedará doncella?
¿Cómo madre y doncella ser podría?
¿Cómo puede ser niño el que es gigante?
¿Cómo varón desde el primer instante?

»Cómo se estrechará la omnipotencia?
¿Cómo el inmenso se verá abreviado?
¿Cómo el sayal de nuestra descendencia
Cubrirá al preciosísimo brocado?
¿Cómo de tres, que son uno en esencia,
El uno solo se verá humanado?
¿Cómo este solo, de los tres segundo,
Con dos naturalezas saldrá al mundo?»

«Al cómo que me pide tu deseo,
El celestial Embajador responde.
El hombro encujo y mi ignorancia veo,
Que á la que del me muestras corresponde;
Cerró tras sí las puertas Eliseo,
Dentro su pecho eterno el cómo esconde;
El Serafín mas alto ciego queda:
No hay sino Dios quien alcanzario pueda.

»Sé que dijo á Abraham tu ilustre abuelo,
Cuando pronosticando de sus gentes
El cautiverio en el egipcio suelo,
Donde estarían sus caros descendientes,
Que vendría tiempo en que, apiadado el cielo,
Libertad diese á los hebreos ausentes
En la progenia cuarta, que es, Señora,
La que en tí quiere que se cumpla agora.

»Y porque mas lo que te digo cuadre,
Las tres generaciones han pasado:
La primera, que fué sin padre y madre,
En que el hombre primero fué criado;
Otra sin madre, de que Adán fué padre;
Otra en que cualquier hombre es engendrado:
Será la cuarta, Virgen venturosa,
Sin padre, de una madre siempre hermosa.

»Y si ha de nacer Dios, ¿no es con clara,
Virgen perpetua y soberana Estrella,
Que ha de nacer de la pureza rara
De una Virgen, quedando virgen bella?
Y si él ordena que una Virgen pára,
Y que después del parto sea doncella.
¿A quién sino á Dios solo parir puede,
Pues puede hacer que madre y virgen quede?

»Tú, Virgen bella, siempre virgen fuiste,
Y serlo eternamente á Dios votaste;
Estimó el sacrificio que le hiciste
Cuando tu integridad le consagraste;
Tú eres la que á ti misma ver quisiste,
Y ser esclava tuya deseaste,
Deseando ver en tus dichosos días
La doncella cantada de Isaías.

»Descenderá al misterio sacrosanto
El que Espíritu Santo el cielo nombra,
Donde con gloria y admirable espanto
La virtud del muy Alto te hará sombra;
Y así, lo que naciere de ti santo,
Hijo de Dios santísimo le nombra.
De la preñez de tu pariente infiere
Que á Dios no es imposible lo que quiere.

»Propuesto he la santísima embajada,
Encomendada á aquesto indigno paje;
Espero la respuesta deseada
Para remedio del mortal linaje:
Responde, Virgen pura preservada,
Responde á mi santísimo mensaje;
Mira que de tu boca hermosa puede
Ser hombre Dios, que serlo en ti pretende.»

La humildísima Virgen encogida
A la grandeza del mensaje grave,
Mira la dignidad no merecida,
Que en su pico le trae la inmortal ave;
Y asegurada ya de la venida
Del que hizo el cielo y dentro dél no cabe,
La respuesta al mensaje sacrosanto
Dirá gozosa en el siguiente canto.

CANTO VIII.

De la Encarnacion del Hijo de Dios.

Perpetua Virgen, gloria de la tierra,
Espejo claro donde Dios se mira,
Cifra divina donde amor encierra
Lo que enamora á Dios y al cielo admira,
Paz deseada de la antigua guerra,
Belleza que reporta á Dios la ira,
Puerta del cielo, de su gloria templo,
Fénix de gracia, sola sin ejemplo:

Divina Madre de misericordia,
Vida, dulzura y esperanza nuestra,
Reparadora fiel de la discordia
Que causó la que á Adán la fruta nuestra;
Casa de la pacífica concordia,
De la humildad dignísima maestra,
Oráculo infalible, fuerte escala,
Que en el pecho de Dios su gloria escala:

Mirad, divina y soberana estrella,
Que Dios aguarda del clavel y rosa
Con que os enriqueció la boca bella,
El sí que siempre os ha de hacer dichosa;
Ved que á la dignidad de ser doncella
Quiere juntar la de su madre hermosa,
Que siendo siempre Virgen sea fecunda,
Fecunda Madre y Virgen sin segunda.

Mirad á Dios, que el sí dichoso aguarda,
Que ha de ser llave de su eterno pecho,
Para enviar al Hijo, que en él guarda,
Al tálamo que en vos amor ha hecho;
Ved que al Hijo parece que se tarda
El sí que ha de juntar en lazo estrecho
Al supuesto de Dios nuestra flaqueza,
Y la humildad del hombre á su grandeza.

Mirad que el Santo Espíritu inflamado
De los corales de esa boca pende,
Y que alma y cuerpo os ha santificado.
Para este sí divino que pretende;
Ved que espera, y cual tierno enamorado;
El sí que se dilata mas le enciende;
Mirad que aguarda el sacro consistorio
El sí del jamás visto desposorio.

Mirad los soberanos escuadrones
Que ven á Dios en las etéreas sillas,
Asomados del cielo á los balcones,
Esperando las nuevas maravillas,
Y que en nombre de todas sus legiones
Espera el sí prostradas las rodillas
El bello Embajador, que solicita
El bien del preso que en el limbo habita.

Mirad del cielo las esferas bellas
Paradas á escuchar el sí dichoso,
Para que baje por en medio dellas
El Verbo eterno á vuestro pecho hermoso;
Y mirad hechas lenguas las estrellas,
Pidiendo el sí para su autor glorioso;
Mirad al sol y luna, que os vocan,
Que removerse en vuestro sí desean.

Mirad del caso Adán el triste llanto,
Ved el dolor de la engañada Eva,
Mirad el coro de profetas santo,
Que el ansia antigua en vuestro sí renueva;
Escuchad de David el tierno canto,
Que arrebatado en vos, en Dios se eleva,
Procurando que déis el sí dichoso,
Que ha de hacer cielo vuestro vientre hermoso.

Ved los ancianos padres derramando
El corazón entre las graves canas;
Mirad los patriarcas renovando
En vos sus esperanzas soberanas;
Escuchad los suspiros que están dando.
Al son de las cadenas inhumanas
Vuestros nobles santísimos abuelos,
Que en Adán ofendieron á los cielos.

Mirad de vuestro padre Joaquín grave.
Las blancas canas llenas de rocío,
Suplicando que déis el sí suave
Que al limbo oscuro dejará vacío;
Vuestra madre con vos, Señora, acabe
Que déis el sí que, sollozando al frío,
Ha de poner la gloria de los cielos,
Siendo los dos de vuestro Dios abuelos.

Sed obediente, Virgen sin mancha,
A vuestros padres como siempre fuistes;
Ved que el yugo tirano los humilla
A ser esclavos en prisiones tristes;
Ved que ante vuestros padres se arrodilla
La escuadra ilustre de quien descendistes,
Rogándolos que os pidan, Virgen bella,
El sí en que habeis de ser madre y doncella.

Si esto no mneve, celestial Señora,
A lástima y piedad el pecho hermoso,
Muévale ver que enternecido llora
Por este sí divino vuestro Esposo;
Mirad que humilde os ruega, y ved que ignora
Que sois vos á quien pide el sí glorioso,
Y vos sabéis que el sí de vos aguarda
Que le ha de hacer de Dios ángel de guarda.

Ved, Virgen bella, cuanto á los dos cuadre
El sí de tierra y cielo deseado,
Pues vos seréis de Dios divina madre,
Y él del Hijo de Dios padre llamado;
El con el nombre del eterno Padre,
Del Hijo eterno como Padre amado,
Vos digna Emperatriz del alto cielo,
El Vicepadre del que espera el suelo.

El ha de ser criador del que le cria,
Vos amparo fiel del que os ampara;
El del que el cielo alegra el alegría,
Vos el reparo del que á Adán repara;
El de Jesús la amada compañía,
Vos de los dos esposas y madre cara;
El de vos y Jesús guarda y sustento;
Vos de Dios y Josef gloria y contento.

La tierra os pide á Dios, al hombre el cielo,
A Dios y hombre la justicia inmensa,
La paz, que de vos pende, pide el suelo,
La paga el hombre de su injusta ofensa;
Los ángeles con amoroso celo
Os piden de sus sillas recompensa,
El enfermo salud, la vida el muerto,
La vista el ciego, el navegante puerto.

Vos sois el sol, en cuyos resplandores
Pondrá su tabernáculo glorioso
Dios hecho esposo, que vertiendo amores
Saldrá de vuestro tálamo precioso;
Vos sois la vara de las bellas flores,
Y vos el arca del maná sabroso,
Del olmo Cristo enamorada yedra,
Engaste rico de la eterna piedra.

Vos sois la que á vos misma deseastes,
Vos la misma que á vos serví quisistes,
Vos la que dichosísima os llamastes,
Vos la que á vos el dulce sí pedistes,
Vos quien porque á ser sierva os humillastes,
El ser Señora nuestra merecistes,
Vos quien vuestra humildad subistes tanto,
Que á Dios bajais á vuestro gremio santo.

Vese la hermosa Virgen obligada
Del mismo Dios, del cielo, de la tierra,
De los ángeles santos deseada
Y de aquellos que Adán consigo encierra;
Vese del justo y pecador llamada
Para las paces de la antigua guerra,
De su Josef amado el llanto escucha,
Y de sus padres la congoja mucha.

Atiende á la embajada soberana,
Y aunque segura de la cierta nueva,
Suspende el sí con ciencia mas que humana,
Por no imitar á la ligera Eva;
Ni pretende, cual otra Sara anciana,
Hacer risa el favor que en Dios la eleva,
Ni como Zacarías quedar muda,
Pues su fe firme no consiente duda.

Llegado el tiempo alegre y venturoso
De las inescrutables maravillas,
La Virgen bella con licor precioso
Humedece las candidas mejillas;
Alza los brazos á su autor glorioso,
Prostradas por el suelo las redillas,
Y el corazón en lágrimas deshecho,
Envía á los ojos el humilde pecho.

«Arcángel, dice, bienaventurado,
Embajador fiel que el alma alaba,
Del Rey supremo mensajero alado,
Que me ofrezcas mas bien que deseaba;
Ves aquí del Señor que te ha enviado
La mas que indigna sierva, humilde esclavo,
Mi voluntad le ofrezco, si ya es mía;
Cúmplase en mí la del que á mí te envía.»

El eco dulce de las nuevas ciertas
Llegó al alcázar del palacio hermoso;
El cielo abrió las estrelladas puertas
De par en par al dulce sí dichoso.
Y las del pecho de su Autor abiertas
Para enviar al Todopoderoso,
Sale glorioso de su eterno Padre
Al limpio pecho de la Virgen Madre.

Las puertas de zafir se estremecieron,
Resonaron los ejes celestiales,
Los quicios de diamante se sintieron,
Pasmáronse los coros inmortales;
Los montes con sus ecos respondieron,
Encalmó el mar los húmidos cristales,
El aire quedó mudo, absorto el fuego,
Suspense el mundo en general sosiego.

Cual suele rayo al viento sacudido
De la mano de Júpiter vibrado,
Que mas hiere á quien ha mas resistido
El fuego abrasador de que va armado,
Que encuentra el arca donde halló escondido
El tesoro riquísimo guardado,
Que sin abrir el arca hurta el tesoro,
Y dejándola sana, abrasa el oro;

Así el rayo del sol omnipotente,
Rayo de lumbre y de grandeza inmensa,
Baja, rompiendo el aire trasparente,
Para hacer por el hombre recompensa.
Halló el arca de cedro refulgente,
Y entrando en ella sin hacerla ofensa,
Abrásó de su amor el casto pecho,
Quedando en él el infinito estrecho.

Entró cual por espejo cristalino
Rayo de resplandor maravilloso;
Quedó cual queda dentro el nácar fino
La perla que produjo el sol hermoso;
Enriqueció el sagrado vellocino
El rocío del Todopoderoso,
Quedó llena de luz la Virgen bella,
Ella del sol vestida y el sol della.

Pasmóse la sagaz naturaleza,
Y del portentoso con razon se asombra;
Ve que es primor que excede á la destreza
Que por varia bellísima la nombra;
Viendo que hay fuerza de mayor grandeza
Y que hace Dios al caso raro sombra,
El hombre encoge, y con asombro mira
La concepcion que ignora y que la admira.

Formaron en el gremio alabastrino,
De sangre pura de la niña hermosa,
El padre, el hijo y el amor divino
Un cuerpo hermoso de clavel y rosa,
En belleza y tamaño peregrino,
Que apenas de su forma artificiosa
Se ven distintos miembros y facciones,
Hechas con soberanas perfecciones.

Hace la sombra con sus alas bellas
El paraíso amor que el cuerpo labra;
Entra el Rey inmortal de las estrellas,
Sin que el gremio virgíneo rompa ó abra;
Y en sus entrañas sin horror de velas
Se deposita la inmortal palabra,
Uniendo la mortal naturaleza
A la persona de infinita alteza.

Unióse al cuerpo el alma venturosa,
El cuerpo y alma á la persona eterna;
El alma en aquel punto fué gloriosa
Gozando de la gloria sempiterna;
El Verbo por virtud maravillosa
En su persona á la deidad coeterna
Las dos naturalezas suposita
Uniendo la mortal á la infinita.

En solo un punto, en un pequeño instante
Fué el sér humano al sér de Dios unido,
Y en el primero fué el divino infante
Varón sabio, perfecto, aunque encogido;
Y siendo al Padre eterno semejante,
A cuya esencia está continuo asido,
Gozando de la gloria de su pecho,
Siente y padece en el lugar estrecho.

Si en la Trinidad santa y inefable
Personas tres y una substancia hallamos;
En esta union divina y admirable
Una persona y tres substancias damos;
Si hay en aquel misterio inescrutable
Tres que uno son, y tres y uno adoramos,
En este hay tres en uno, que es eterno,
La carne, el alma, el Verbo sempiterno.

Aquestas tres por soberana suerte
Son uno en unidad de la persona,
Quedando el fuerte flaco, el flaco fuerte,
Y Dios ceñido en la virgínea zona;
El que es vida de Dios, sujeto á muerte,
Niño el que el cielo por su autor pregona,
El infinito con mortal renombre,
Pasible el impasible, hecho Dios hombre.

Por esta bella union divina y pura
El hombre es Dios, es madre una doncella:
Disfraza Dios su gloria y hermosura,
Cerca al fuerte varón la mujer bella;
Al resplandor del Padre su criatura,
Al mar su concha y á su sol la estrella,
Al cielo el mundo, al mundo un puño abarca,
Y al piélago de Dios la estrecha barca.

Los espíritus ballos que esperaron
Del real palacio á la sagrada puerta,
El sí divino apenas escucharon
Por quien la de los cielos será abierta,
Cuando todos humildes adoraron
Del preso antiguo la esperanza cierta,
Reconociendo todos por Señora
A la que el Verbo eterno en sí atesora.

Bajan de la dorada impírea cumbre
De espíritus escuadras venturosas
Al Palacio, que esparce nueva lumbre,
Volviendo las del cielo mas hermosas;
Llega alegre la bella muchedumbre
Vertiendo flores, derramando rosas,
Para hacer guarda á la pequeña casa,
Que es cielo rico del que al cielo abraza.

Arrebatada en éxtasis suave
La intacta Virgen en su vientre adora
Al que hizo el cielo y dentro del no cabe,
Y ya en su casto seno humilde mora;
La gloria de su pecho sola sabe,
Que tanto gozo mi rudeza ignora;
Ella lo diga, que ella sola puede,
Pues que su gozo al mismo gozo excede.

Gózase la bellísima criatura
De que el Verbo de Dios madre la nombre;
Gózase en ver que dió su sangre pura
Para la rica redención del hombre;
Gózase en ver su integridad segura,
Aunque de estarlo con razon se asombre;
Gózase en que al misterio soberano
Creyese firme el corazón humano.

Gózase en que el palacio resplandece
Con nueva lumbre que la suya aclara;
Gózase en ver que el casto vientre crece
Sin corrupcion de su pureza rara;
Gózase en ver que el alma se enriquece
A la corriente de la fuente clara,
Que mas gracia se alcanza de mas cerca,
Y mas la que la gloria de Dios cerca.

Gózase en ver que su Josef amado
El alma media de su pecho hermoso
Tiene de hallar en su jardín cerrado
El árbol por quien ha de ser dichoso;
Gózase en ver que en su heredad ha hallado,
Y que es cual la heredad del noble Esposo,
Pues es ella la tierra sacrosanta
Donde el árbol de vida se trasplanta.

Gózase en ver que el rico carpintero
Para el eterno y inmortal tesoro
Ofrece al soberano perulero
El arca virginal de cedro y oro;
Gózase en que su Esposo verdadero
Da su casa al que rige el sumo coro,
Gózase en ver la parte que le alcanza
Del bien que ha de cumplirle su esperanza.

Quedó el divino mensajero alado
Como á discreto siervo le acontece,
Que llegando el señor que la ha enviado,
Humildemente calla y enmudece:
Gabriel, de su Criador cortés criado,
La embajada á la Virgen bella ofrece,
Llega al Señor el sí que rompió el cielo,
Y él vase renovando alegre el vuelo.

Sale la Virgen con la dulce carga
Hecha custodia de su autor glorioso;
Sale Josef, á quien se le hace amarga
La vida ausente de su bien hermoso;
Ella quisiera darle cuenta larga
Del misterio que le hace venturoso,
Mas al secreto el hijo la provoca,
Y al corazón que no salga á la boca.

Con ser Josef el alma de su vida,
Con ser Josef la vida de su pecho,
Con ser della la cosa mas querida
Después del que hizo cielo el vientre estrecho;
Con ser el bien y gloria sin medida,
Que goza del eterno niño hecho,
Encubre con valor sabio y discreto
A su mitad el celestial secreto.

¿Qué mujer de sí misma se fiara?
¿Cuál á su esposo no se descubriera?
¿Cuál el misterio celestial guardara
De un justo que callar tan bien supiera?
Y cuál su gloria no comunicara
Al que su bien, su padre y dueño era?
¿Cuál, sino sola aquesta Fénix sola,
Emperatriz de la estrellada bola?

Llega Josef, á quien su Esposa aguarda,
Cuando la temerosa noche oscura
Las negras alas bate mas gallarda,
Derramando el silencio que procura;
Cuando corona su cabeza parda
De las estrellas de la esfera pura,
Llegando al fin de la mitad del vuelo,
Comun descanso del cansado suelo.

Llega de su trabajo fatigado
A buscar el descanso de sus ojos,
Llega á buscar el casto enamorado
La luz hermosa de los soles rojos;
Llega á buscar el alma que ha dejado
Entre los hermosísimos despojos,
Llega á buscarse á sí, que está perdido
Ausente el bien que el cielo le ha ofrecido.

Sale la Virgen bella deseosa
De ver al Justo que en su amor la inflama;
Sale á buscar la santidad preciosa
Del Esposo castísimo que ama,
Y con voz agradable y amorosa
Al dichoso consorte alegre llama.
Llega Josef ante sus rayos bellos,
Ciego á la claridad que mira en ellos.

Mira que de los diáfanos cristales
De los hermosos ojos de paloma
Proceden unos rayos celestiales,
De donde el sol la luz prestada toma;
Mira que á las ventanas virginales
Entre su claridad el sol se asoma,
Que aquella luz á la del cielo excede,
Pues resplandor mas bello darle puede.

El gran Josef turbado se deslumbra
Cual el que mira su encendida casa,
Que aunque su mucha luz de fuera alumbrara;
De dentro el fuego muestra que se abraza;
Mira á su Esposa, que cual sol relumbra
Y que su luz de mas que humana pasa,
Pues ve en las de sus ojos, siempre bellas,
De la deidad de Dios vivas centellas.

Que si al mártir primero apedreado,
A quien el vaso de elección se debe,
Mostró su rostro bienaventurado
Cual un hermoso de los cores nuevos;
Si al tartamudo por Termute hallado
El pueblo á ver su rostro no se atreve,
Por el divino resplandor que ofrece
De haber visto al que en Sinai le aparece;

¿Qué mucho que Josef quede suspenso
Entre las luces de los bellos soles,
Si el del pecho de Dios con gozo inmenso
Los dora con sus claros arreboles?
¿Qué mucho ciego el resplandor intenso
Del oro, que hace ricos sus crisoles,
Se turbe, pasmé, tema, espante, admire,
Se eleve absorto y deslumbado mire?

Conoce que en su pecho se derrama
Nueva alegría entre el desasosiego;
Siente que en Dios con nuevo amor se inflama
Como el que está mas cerca de su fuego;
Ve vuelta un sol la Esposa que en Dios ama,
Vese en ella cual quien le mira ciego,
Ve que entre miedo y gozo se arde y hiela,
Que la luz que le abraza le consuela.

Ciego y alegre entre su luz serena,
Respeto humilde al alma de su vida,
Llena de Dios y de pecado ajena,
Para tan gran favor sola escogida;
Siente su casa de consuelos llena,
De nuevo resplandor enriquecida;
Las paredes le infunden un respeto,
Que le hacen desear ser mas perfecto.

«¿Qué es esto, dice, soberano mostro,
Milagro celestial del que te cria?
Qué luz esparce tu divino rostro,
En que abrasada el alma queda fría?
Virgen hermosa, á la deidad me prostro,
Que en tu vista gloriosa ve la mía;
Que aqueso resplandor inaccesible
Ser de mortal criatura es imposible.

»Dulce María, ¿qué divinas luces
Envías al que en tu amor está deshecho?
¿Cómo en mí alma tan gloriosa luces,
Que ya le viene aquesto cuerpo estrecho?
Miro entre aquesos bellos arcaduces
Los arroyos de gloria de tu pecho:
¿Qué paraíso en él guardado tienes,
Que esparces gozos de inmortales bienes?

»Hermosa nube á quien el sol embiste,
Bordándote de claros resplandores;
Divina luna que de luz te viste,
Multiplicando alegre tus favores;
Transparente cristal que le resiste,
Y sin quebrarle toma sus colores;
Espejo herido de su luz altiva,
Que como él mismo de la vista priva;

»Nube, luna, cristal, espejo hermoso,
¿Has visto alguna luz que te mejora?
¿Viste de algun espíritu glorioso
El rostro bello y en el tuyo mora?
Viste el trono de Dios maravilloso
Como el Profeta que aserrado llora?
Viste los serafines que le cubren
Y á tus divinos ojos le descubren?

»Viste entre el humo pardo y negro velo
Del alto monte la sagrada lumbre,
Crugir los vientos, atronar el cielo,
Relampaguear su inaccesible cumbre?
Viste del templo de tu sabio abuelo
La blanca niebla fuera de costumbre?
Viste á Dios cara á cara, Esposa mía,
Que tu luz vence al que la presta al día?

»¿Qué has visto, Virgen llena de hermosura,
Que así dealumbras con tu luz divina?
Qué tienes, hermosísima criatura,
Que excede á todo cuanto se imagina?
Ciega la lumbre de tu lumbre pura
Cual la del sol al que se le avecina;
No sé qué tienes, gloria de la tierra,
Y sé que algo de Dios tu pecho encierra.

»Eres la zarza verde y encendida,
Que verde, aunque encendida, se quedaba?
Eres el carro, en que en ligera huida
El justo celador á Dios volaba?
Eres Jerusalén de Dios querida,
Que de un muro de fuego la cercaba?
Eres el horno de la ardiente brasa,
Que alumbrando y ardiendo no se abrasa?

»Adorada Señora, di quien eres,
Si lo merece quien tu rostro adora,
Pues en gracia y belleza te prefieres
A cuanto el cielo mira y el sol dora;
Angel bello entre todas las mujeres,
Entre todos los ángeles Señora,
Paraíso de amor, amor del cielo,
Cielo de gracia, gracia y bien del suelo.»

—«José querido, dice, amado Esposo,
Mirad que soy quien ama vuestro gusto,
Mirad que soy quien con amor dichoso
Os ama por esposo noble y justo.
¿Por qué estáis de mirarme temeroso?
Dejad la admiración, dejad el susto,
Que vuestra esposa soy, vuestra María,
Y vos el bien que estima el alma mía.

»Salgo de la oración, en que me ofrezco
El cielo mas favores que merezco,
Que Dios á los humildes favorece,
Y á mí porque, aunque indigna, lo apetezco;
Vuestra amorosa lengua me engrandece,
Y yo á servirlos, mi José, me ofrezco;
Mandadme, Esposo amado, dueño mío,
Padre y señor de quien mi honor confío.

»¿Venís, José y amado compañero,
Del trabajo ordinario fatigado?
¿Estáis cansado, Esposo verdadero,
De ver que mas que suelo me he tardado?
Descansad, mi señor, con ver que os quiero
Como al alma que alegre os he entregado.
Perdonad mi tardanza, prenda amada,
Que no os querría disgustar en nada.

»Jamás tuve intención de disgustaros;
Temí las ocasiones de ofenderos;
Jamás dejé, cual debo, de estimaros,
Y, como vos sabéis, obedeceros.
Quisiera, amado Esposo, regalaros
A medida del gusto del quereros.
Perdonad si no os sirvo como es justo,
Y ved que es justo que perdone el justo.»

En esto la bellísima princesa
Con alegría y celestial agrado
Apareja la pobre llampa mesa
Para su Esposo bienaventurado;
Él alegre y suspenso se embelesa
A la voz dulce del encanto amado,
Y admira absorto la humildad profunda
De quien no tuvo ni tendrá segunda.

Ella, como otra Marta, solicita
Del cansado José la corta cena;
Él mira en su nevada frente escrita
La luz, que de sí propio le enajena;
Ella, del que el eterno pecho habita
Enriquecida y de su gloria llena,
El regalo previene al Varón justo,
Procurando agradarle y darle gusto.

Los ángeles se admiran y suspenden
De ver que José goza glorias tantas,
Y servirle á su mesa ya pretenden,
Por gozar mas de las personas santas;
Y de la Reina, en cuyo amor se encienden,
Las alas ponen á sus bellas plantas,
Sirviendo todos al Varón dichoso,
De Dios nutrido, de su Madre esposo,

Trae la comida el Angel de la tierra
Como el del cielo en los pasados días
La trujo alegre en la desierta sierra
Al venerable celador Elias;
Trae el pan vivo que en su vientre encierra,
Pan que da al cielo eternas alegrías;
Trae el cordero en su amor asado
Y el ave de su nido deificado.

Trae para el cuerpo la guisada cena,
Aderezada por sus bellas manos;
Siéntase al lado del que el cielo ordena
Que sirvan los divinos cortesanos;
Como José entre su luz serena
Bocados para el alma soberanos,
Y con la pobre cena alegre mata
La hambre heredada de la madre ingrata.

Como José y queda satisfecho,
Mirando el rostro á quien honor se debe;
Ella alimenta el cristalino pecho,
Hecho de rosas y de blanca nieve;
Entra á José la cena en buen provecho,
Mas soberana, aunque tan corta y breve,
Que la que dió Cleopatra á Marco Antonio
Ni Asuero en su primero matrimonio.

Dan gracias al Señor que se la ha dado,
Y con alegres muestras de alegría
Pide la Virgen á su Esposo amado
Descanse del trabajo de aquel día;
Él, obediente al celestial mandado,
Se aparta de su amada compañía,
Buscando alivio del trabajo grave
Entre los brazos de Merfao suave.

La Virgen se recoge en su aposento
Reverenciando el sumamente Santo,
Gozando alegre el sin igual contento
Que le inspira en su vientre sacrosanto;
Adora con humilde encogimiento
Al infinito ya abreviado tanto,
Pretendiendo que la halle el alba fría
Adorando al Criador, que adora y cria.

Desea que salga el padre de Factonte,
Y que esparciendo su benigna lumbre,
Vuelva de plata el río, de oro el monte,
Y que el desierto y el poblado alumbre;
Desea que salga al cándido horizonte
Para subir por la soberbia cumbre
De las montañas de la gran Judea,
Que á su preñada prima ver desee.

En esto y su oracion entretenida,
Se reclinó sobre la pobre cama,
Y gusta el sueño verla así rendida,
Porque hasta el sueño su descanso ama;
Luego la escuadra angélica escogida,
Para servir la que venció á su fama,
Hacen cuerpo de guardia al cielo santo,
Mandándose que aquí dé fin al canto.

CANTO IX.

De la Visitacion.

Las bellas damas de la España nuestra
Usan hacer de sus soberbias galas
Gallarda ostentacion, vistosa muestra,
Como el pavon de las pintadas alas;
Y cada cual bizarra mas se muestra,
Porque París afrente á Juno y Pálas,
Procurando mostrar sus gracias sumas,
Aunque mendiguen las ajenas plumas.

¿Qué es ver sus gasas mas que ellas sencillas,
De los sopillos celosias formadas,
Ajreras, brazaletes y manillas,
Orejas, zarcillos y arracadas,
Argollas, collarejos, gargantillas,
Cadenas, perlas, piedras, oro, espadas,
Somos, brinquíños, broches, cabestrillos,
Pomas y frascos, ámbar y anillos?

Pues, ¿qué las arandelas tembladoras
Al viento del cerebro que las mueve,
Adornando de las Medas traidoras
Las falsas resas y comprada nieve?
¿Qué es ver ya santas muchas pecadoras
Con el honor que á la virtud se debe,
Con las diademas con que el mundo loco
Corona ciego á quien estima en poco?

¿Qué es ver de sus cabezas los jardines,
Las nuevas invenciones de tocados,
Los ricos, mas que honestos, faldellines
Por los prostrados gustos inventados?
Qué, vueltos herraduras los chapines,
Y los grillos de corcho mas pesados?
Qué sus brocados, telas, escarlata,
Marfil, grana, coral, seda, oro y plata?

¿Qué es conocer deste animal, que admira
Por gallardo, gentil, sabio y hermoso,
Que es lo mas débil certísima mentira,
Y ninguno mas que él menesteroso?
Dígame el que devoto mas le mira,
Y dirá que es un monstruo artificioso,
Un ave toda pluma, y esa ajena,
Garras de arpía, canto de Sirena.

¿Qué es ver vueltas en galas las prisiones,
Las argollas, los grillos y cadenas,
Que inventaron por penas las naciones
Por sujetarlas para hacerlas buenas?
Y qué es mirar las nuevas invenciones
Con que se doblan sus antiguas penas?
Porque traer cabestros y herraduras,
No son de esfinge enigmas muy oscuras.

Llama el latino al mujeril ornato
Mundo, y en esto mi concepto fundo;
Pues siendo la mujer vivo retrato
Del que la hizo con saber profundo,
Busca con ansia loca y pecho ingrato
Las galas esparcidas por el mundo,
Siendo del mundo un breve mapa y cifra,
Que en sí contra su autor un mundo cifra.

Trae de las Indias piedras, plata y oro,
Del mar aljófar, perlas y corales,
De la madre comun hurta el tesoro
De entre los cofres de su minerales;
Pide al árabe rico y indio moro
El vario olor de flores y animales,
Ambar á la ballena, al gato algalla,
Al Flándes martas, y cristal á Italia.

Pide el calzado á Córdoba y Valencia,
A Tajo el agua, mantos á mi tierra,
A Milan telas, granas á Florencia,
Y color rojo á la nevada sierra;
El señorío y vidrios á Venencia,
El lienzo luterano á Inglaterra,
Las secas heces á las secas cubas;
Y para el rostro las pasadas uvas.

Sus ungüentos, sus mudas y mudanzas,
Sus vinos, aguas, polvos y legías,
Vanidades, tormentas y bonanzas,
Lágrimas, presunciones y porfías,
No es bien las digas, aunque las alcantas,
¡Oh musa! que es perder mis pocos dias.
Oye de Orfeo la funesta queja:
Lo dicho basta; lo demás te deja.

¡Oh religion divina, pura y casta,
Del cordero de Dios amada Esposa,
Contenta con el paño y jerga basta,
Y con el lino tosco mas hermosa!
¿Quién á alabarte dignamente basta,
Piedra engastada en la virtud preciosa,
Luz escondida, celestial tesoro?
Tus rejas beso, y tu pureza adoro.

Divina musa, vete poco á poco.
¿Para qué á decir mal me persuades?
¿No echas de ver que me tendrán por loco,
Y á las dichas quizá por no verdades?
De nuevo humilde tu favor invoco,
Y no para decir mas libertades,
Sino porque me vuelvas al camino,
Que le perdí, y cual ciego desatino.

Que yo, como tú sabes, no querría
Decir mal de las damas españolas,
Que son en hermosura y gallardía
En todo el orbe, como Fenix, solas.
Turbóse el mar, escurecióse el día,
Perdí mi norte entre las negras olas,
Di en un bajío, donde tristemente
Me han de tener por necio y maldiciente.

Mas ya que miro de tu clara estrella
La luz que me promete favor cierto,
Siguiendo el resplandor que sale della;
Volveré ufano al ya perdido puerto;
Seguiré alegre mi derrota bella,
Proponiendo emendar el desacerto,
Y del hecho perdon humilde pido,
Si es que decir verdades yerro ha sido.

Digo que entre las galas del tocado
Usan de Persia las gallardas damas,
Después de hacer de su cabello amado
Lazos de amor y redes de sus llamas,
Después de haber en ellas trasplantado
Flores de olor entre las rubias ramas,
Poner encima un pié de perlas y oro,
Que huella altivo su mayor tesoro.

Hacen remate á toda su belleza
Con el pié en el tocado enriquecido,
Y con él así puesto en la cabeza
Muestran la sujecion á su marido;
Entre las galas de mayor riqueza
Por la mas rica aquesta han escogido,
Con los piés sus cabezas coronando,
Y á los que suyas son reverenciando.

De las mujeres no se estima en tanto
La rara honestidad, la beldad rara,
La gracia y discrecion que causa espanto;
La gentileza ni la sangre clara,
Como la sujecion al yugo santo
Del que por su cabeza Dios declara,
Ley inviolable de su gusto haciendo,
Sin voluntad la suya obedeciendo.

La Virgen soberana, deseosa
De ver la estéril prima ya fecunda,
No del divino oráculo dudosa,
Porque jamás su fe tuvo segunda,
Sino que la palabra toda hermosa
De gloria inmensa y caridad profunda
La inspira y mueve á la visita santa,
Que espera un ave que en el nido canta;

Pide licencia á su Consorte amado,
Reconociendo que le está sujeta,
Y obediente y humilde á su mandado
Su casto Esposo y su Señor respeta;
El amoroso, con afable agrado,
A licencia tan justa y tan discreta,
No solo se la da, mas se la pide,
Y á acompañarla humilde se comide.

Que siendo luz del alma que la adora,
A quien está continuamente unida,
Siendo la vida que en su pecho mora
Mas que la propia con razon querida,
Mal podrá estar ausente sola un hora
Del bien del alma y alma de su vida,
Pues no habrá cosa que le dé consuelo,
Ausente de la luz que la da al cielo.

Y así apareja el noble caminante
Para su Esposa el rudo jumentillo,
Más dichoso que aquel del libre amante
De la que dió á Teseo el fiel ovillo,
Más digno que su dicha le levante
A premio mas glorioso, que al novillo
Que pasó el mar con la engañada Europa,
Ni que el signo que el sol en marzo topa.

Apercibe la alforja, y la compone
De los regalos de la pobre casa;
La fruta verde y seca en ella pone,
La dulce almendra y la melosa pasa,
El dátíl indigesto, á quien dispone
El veloz tiempo, que le enjuga y pasa;
El blanco pan, el oloroso queso,
El higo blando y almendruco tieso.

Pone para la humilde bestezuela
De su dulce trabajo el fiel sustento,
Y pone el pedernal que el fuego ceba,
Dándole en sus entrañas alimento;
La yesca pone donde el fuego vuela,
Y el estabon, que con furor violento
Provoca al fuego de la piedra tarda,
Que salga á dar la luz que dentro guarda.

Cubierto entre cortinas de brocado
Sale en la regia virginal carroza
Aquel que sin principio es engendrado
Y eternamente de su Padre goza;
El arca sale del maná sagrado,
Significada en la que maló á Oza;
Y en el navío de cristales y oro
De las Indias de Dios sale el tesoro.

Salen la vara que la flor encierra,
Sale la flor que el fruto eterno guarda,
Que si otro amargo al viejo Adán destierra,
Este cinco mil años há que aguarda;
Salen guiando por la fértil sierra
Los ángeles, soldados de su guarda,
Y á ver el sol en la virginea nube
Se para el sol que del oriente sube.

Dejan de Nazaret el patrio suelo,
Que parece que huye de sus ojos,
Y mas pequeño solicita al cielo
Que piadoso le vuelva sus despojos;
Enternecido en tanto desconsuelo,
Se deshace entre lágrimas y enojos,
Envidiando las ásperas montañas
Que enriquecen las cándidas entrañas.

La madre tierra, derramando risa,
Rompe las esmeraldas de sus venas,
Gozosa en que su rostro verde pisa
Quien tiene sus entrañas de Dios llenas;
A Clóris y Favonio luego avisa
Derramen olorosas azucenas,
Rosas, jazmines, lirios y claveles,
Ramos de mirtos, nardos y laureles.

Los nazareos collados se levantan,
Las cumbres altas del Tabor se humillan,
Las agrestes orladas se espantan,
Las napeas en Dios se maravillan;
Unas gozosas dulces versos cantan,
Otras embelesadas se arrodillan;
Todas diciendo virginales loores,
En corros danzan esparciendo flores.

La cabeza soberbia del Carmelo,
Cubierta de cipreses y de pinos,
Se humilló, conociendo en mortal velo
Al Rey de los alcázares divinos;
Las aves cortan con alegre vuelo
Las ondas de los aires cristalinos,
Y con las voces que á concierto quiebran,
Como Dios las enseña, le requiebran.

Céfiro alegre con mayor blandura
Suavemente aficionado baña
El rostro, de quien hurta la hermosura,
Lo hermoso para Grecia y para España;
Vierte cristal la fuente clara y pura,
El roble miel y leche la montaña;
La tierra muestra mas hermosos mayos,
El cielo nueva luz, el sol mas rayos.

Besol en su ribera aljofarada,
Cubierta de ovas la sagrada frente,
Sacudió la cabeza coronada
Del aljófár que lleva su corriente;
Paró suspenso en la veloz jornada
De su carrera el agua trasparente,
Y en la dorada urna recostado,
Viendo la luna llena quedó helado.

Y llamando á las náyades hermosas,
Que en la márgen gentil de su ribera,
Entretejiendo flores olorosas,
Desnudas van como en la edad primera,
La nieve de sus manos en las rosas,
Vuelven á ver lo que Besol las quiera,
El cual les manda, que en festivo juego
Una agradable danza ordenen luego.

Pónense los cendales delicados
Y de oro recamadas las basquiñas,
Y entre la variedad de sus tocados
Lazos de perlas y de aljófár piñas;
Los ojos de Besol enamorados
Mirando dellos las amadas niñas,
Gozoso guía, aunque grosero y basto,
El corro placentero, hermoso y casto.

Coge del agua de su fuente para
Un nacar de oro y plata, y della lleno
Le ofrece á la bellísima criatura,
Que lleva á Dios en su virgineo seno;
Que acalorada su febea hermosura,
El pecho refrescó y rostro sereno,
Partiendo con Josef del agua clara,
Mitad del alma, que en su pecho ampara.

Luego con fiestas y sabidas danzas,
Con músicas de dulce melodía,
Con nuevas invenciones de mundanzas
Y con gozosas muestras de alegría
Festejan las seguras esperanzas,
Que encierra la bellísima María,
Dándole gracias por mercedes tantas
De haberlas ilustrado con sus plantas.

Suben todas alegres agua arriba
Por donde sube la sellada fuente,
Que en Betleem ha de dar el agua viva,
Que está pidiendo la sedienta gente;
Del río el agua un tiempo fugitiva
Atrás volver quisiera su corriente,
A no estorbarlo un levantado muro
Della parada y hecha cristal puro.

El claro río y náyades hermosas
Delante la sagrada compañía
Suben por las montañas pedregosas
Haciendo alegres coros de alegrías;
Y llegando á las cumbres mas fragosas,
De donde nace su corriente fría,
Se despiden, y adoran la hermosura
Que del sol vence la belleza pura.

Los rayos blancos de la trivía luna
Salen de noche á su balcon de plata,
A ser antorcha á la sagrada cuna
Donde Dios va vestido de escarlata;
Y á los piés bellos de la Fénix una
Cada cual mas gozoso se dilata,
Adorando las plantas de jazmines,
De quien un tiempo esperan ser chapines.

Salen resplandecientes las estrellas,
De quien les da su clara luz quejosas,
Porque al presente no pudieron ellas
Ver á las que las hacen mas hermosas;
Y así, asombradas en sus luces bellas
Dejarán sus esferas luminosas,
Por bajar á este cielo de la tierra,
Cielo, que como cielo á Dios encierra.

Tres veces nueve leguas en tres días
Anduvieron los santos caminantes,
De día con pallo de las nubes frías,
Y de noche de estrellas rutilantes;
Digan las abrasadas jerarquias
De los nobles santísimos amantes
En su camino alegre las razones,
Donde oyeron de amor nuevas liciones.

Llegan gozosos á la altiva cumbre
De las altas montañas de Jaden,
De cuya peñascosa pesadumbre
Su casa el mudo Zacarías rodea;
Llegan á ver de la encendida lumbre
El humo, que en el aire devanea;
Oyen cantar los gallos coronados,
Los mastines ladrar de los ganados.

Un rústico gañan, que el campo labra
Haciendo que la punta áspera y dura
Del corvo arado las entrañas abra,
De quien sajada el logro le asegura,
Vió á la que viste la inmortal palabra,
Y conoció en su angélica hermosura
Ser de su ama Isabel la amada prima,
Que el cielo adora y su Criador estima.

Deja los bueyes y la aguda reja,
Y deja descansar la tierra rota,
Que atormentada á su Criador se queja
De que sin cesar nunca frutos brota;
Y cual cometa de color bermeja
Que veloz pasa la región remota.
Parte el gañan, á quien el gozo abraza,
A dar las nuevas á su antigua casa.

Apenas de la nueva el alegría
Entró gozosa por las altas puertas,
Cuando la ya fecunda, un tiempo fria,
Las de su anciano pecho mostró abiertas:
Y al que callando penitencia hacía,
Porque dudó de las promesas ciertas,
Por señas su ventura le declara,
Volviendo roja la nevada cara.

Manda luego que todos los pastores,
Labradores, vaqueros y gañanes
Corten suaves olorosas flores,
Ramas de mirto y hojas de arrayanes;
Y que entre diferencias de colores
Saigan, cuanto posible sean galanes,
A recibir la prima siempre hermosa,
Que viene á hacer su casa venturosa.

Salen al son del rústico salterio,
Como suelen en tiempo del estío
Cuando el sol desampara este hemisferio
Dejando el mundo por su ausencia frío;
Como si conocieran el misterio
Del que abrevió su inmenso poderío,
Salen cantando dignas alabanzas,
Haciendo corros y ordenando danzas.

Coronadas las rústicas melenas
De verde y salutífero romero,
Llegan á ver las luces mas serenas
Que da la causa del laurel primero;
Y con las almas de contento llenas
Cercan en coro alegre y placentero
A la mujer, que al fuerte varon cerca,
Y es del trigo de Dios de lirios cerca.

El gran Josef y su Consorte cara
Reciben los pastores venturosos
Con gozo grave y con risueña cara,
Estimando sus ánimos gozosos;
Ellos, mirando la majestad rara
De los nobles santísimos esposos,
Se elevan, se suspenden y enamoran,
Su gracia admiran, su belleza adoran.

Con nuevas invenciones de alegrías
Llegan á ver las puertas venturosas,
Adonde espera el grave Zacarías,
Bañando el rostro en lágrimas gozosas;
Atrás volvieron los pasados días,
Sus rugas se escondieron temerosas,
Su sangre se alegró, y su blanca nieve
Temió á los soles que la Virgen nuevo.

Rodeado de todos sus zagales
El venerable sacerdote mudo
Las ropas tiende sobre los umbrales,
Por donde pasa el jumentillo rudo;
Y al deudo fiel de las personas reales
A sí juntó con un estrecho nudo,
Siendo los ojos lengua de su gozo,
Adonde el alma muestra su alborozo.

Una vez y otra al gran Josef abraza;
Quiere soltar la lengua atada y presa,
Y ve que justamente se la enlaza
La injusta duda de la fiel promesa;
Y á no ser de los cielos digna traza,
La gloria que en el alma tiene impresa
La habla le volviera en tal suceso,
Como el temor al hijo del rey Creso.

En esto la cristifera María

• Gozosa las herradas puertas pasa,
Llenando con sus rayos de alegría
De nueva gloria la dichosa casa;
Sale al sol bello que da luz al día
La vieja grave con placer sin tasa,
Alas haciendo de los flacos brazos
Para dar á su prima mil abrazos.

Llegando á las estrellas sacrosantas;
Del mismo Dios vidrieras cristalinas,
Turbóse viendo maravillas tantas
Como muestran sus luces peregrinas;
Fuése á prostrar á las sagradas plantas
De blanca nieve y rojas clavellinas;
La Virgen bella con divinos lazos
Se enlaza de su prima entre los brazos.

«Dios te salve, le dice, prima amada;
Su paz divina en esta casa sea,
Y con su mano bienaventurada
Te dé lo que tu pecho fiel desea;
Dichosa tú, que en la vejez cansada
Te miras libre de la afrenta fea
De la esterilidad aborrecible,
Que no hay palabra á Dios que sea imposible.»

Apenas desta voz el eco suena
En el vientre fecundo donde habita
La vez de Dios, cuando de gracia llena
Adora á la preciosa margarita;
Ruyó la culpa ante la luz serena
Del cordero sin mancha que las quita;
Del Espíritu Santo quedó lleno,
Y á Dios conoce en el virgíneo seno.

Cual de reloj de sol la aguja suele
Tocada de la iman buscar el norte,
Haciendo que ligera y veloz vuele
Buscando quien su furia le reporte;
Así el iman de Cristo á Juan impele
Al norte eterno de la eterna corte,
El cual le busca en la prision oscura,
Volviendo el rostro al norte de hermosura.

Como varon perfecto, el niño santo
A quien el uso de razon previene,
Dió una gran vuelta con gozoso espanto
Hacia la parte donde á su Dios tiene;
Y arrodillado al vientre sacrosanto,
Adora el bien que á hacerle santo viene,
Y como fiel amigo del cordero
Por Dios le tiene y hombre verdadero.

Niño en el tiempo y hombre en el sentido,
Su gozo muestra y su afición declara,
Dando saltos el niño, aun no nacido,
Al bello resplandor de la luz clara;
En las redes maternas escondido
Miró del niño Dios la hermosa cara,
Viendo por la colmena de cristales
Del humanado Verbo los panales.

Mira de Dios la majestad secreta,
Mira al inaccesible ya humanado,
Mira al que al orbe dentro el puño aprieta
En el vientre purísimo abreviado;
Y aborto en verie el niño ya profeta,
Ángel de Dios y apóstol enviado,
Quisiera desasir la lengua atada
Para alabar á la Deidad sagrada.

Y dentro de sí dice: «Pues no puedo,
¡Oh niño Dios! del bien que humilde adoro
Decir la gloria en que pasmado quedo,
Porque decirla cual la siento ignoro,
Señalaré con el indigno dedo
El recental del vellocino de oro,
Que de la piedra del desierto viene
Al monte que no sabe que te tiene.

»Podré decir ¡oh paz de nuestra guerra!
Que en la rueda del vientre que me ampara
Sonó la voz del trueno que en sí encierra
El Padre eterno que se ve en su cara;
Diré que visitaste aquesta tierra
Y la embriagaste con tu lumbre clara;
Diré que soy por mi mayor consuelo
Quien primero te vió en el mortal velo.»

—«¡Oh primo amado! Cristo le replica,
De mi venida cierto mensajero,
Profeta cuyo dedo pronostica
Al deseado y cándido cordero;
Voz amada, que al mundo me publica,
Voz por quien darle al mundo padre quiero,
Voz que siéndolo mía y yo palabra,
Harás que el mundo sus orejas abra.

»Nuevo profeta Elías, doctor nuevo,
Sagrado precursor, ángel que envío,
Grande de Dios que á visitar me nuevo,
Grande tan grande que mi honor te fio,
Luz encendida que ante mí te llevo,
Del cielo asombro, testimonio mío,
Que le has de dar á los que me desean,
Por quien quiero que todos en mí crean.

»Penitente de vida áspera y dura,
Divino patriarca del desierto,
Lucero hermoso de mi lumbre pura,
De la virginidad amparo cierto;
Predicador de mi verdad segura,
Por la cual en la cárcel serás muerto,
De muchos, Juan, por tí seré tenido,
Y tú por el Mesías prometido.»

Como arcaduz de acequia deleitosa
Por quien corriendo va el cristal perenne
A llenar franca en cantidad copiosa
Todo el espacio que el alberca tiene,
Que se baña del agua bullíciosa,
Que revertida del alberca viene,
Quedando lleno de la fuente propia,
Aunque por ser menor en menor copia;»

Así la Isabel noble, anciana y grave,
Hecha arcaduz de la sellada fuente,
Por cuya regalada voz suave
Entró envuelta de gracia la corriente,
Dando al hermoso Juan cuanto le cabe
De recudida de la gran vertiente,
Con gozo alegre y celestial espanto
Llena quedó del paracleto santo.

Y provocada de la voz del Verbo
A que las dé á su Dios agradecida,
Mas ligera que al agua herido ciervo
Es lengua fiel de la que está impedida;
Y adorando al que en cisne volvió el cuervo
Por el niño profeta prevenida,
Llena de alegre y justo regocijo,
La nueva Profetisa á voces dijo:

«Bendita tú entre todas las mejores,
De las benditas tú la mas bendita;
Tú de Jerusalem la gloria eres
Y el gozo fiel del tímido israelita,
Honor de nuestra gente, santa Ceres,
Que traes el pan que la hambre de Adán quita,
De marfil terso trono glorioso,
Dónde se sienta el Salomón hermoso.

»Bendita tú, que del rosado velo
Vistes al que te da sus bendiciones;
Bendita tú, por quien el polvo suelo
Goza de Dios los prometidos dones;
Bendita tú, que entre la tierra y cielo,
Largo tiempo enemigos, paces pones;
Bendito el vientre santo en quien moraste,
Y benditos los pechos que mamaste.

»Bendito de tu vientre sin mancha
El fruto hermoso á quien dichosa espera
Del Rey pastor la prometida silla,
Y quita del primero la dentera;
Bendito el fruto que en la fiel cestilla
Allega ya del mundo á la ribera,
Hecho fruto de gustos diferentes,
Do benditas serán todas las gentes.

»Bendito el fruto que del cielo vino,
Siempre engendrado del paternal pecho,
Y por aquel Señor que es uno y trino,
Hombre pasible en tus entrañas hecho;
Bendito el fruto que entra de continuo
Al padre que le engendra en buen provecho;
Bendito el fruto de la flor hermosa,
En quien el Santo Espíritu reposa.

»¿De dónde á mí, bellísima Princesa,
Que la que es madre del Señor que adoro
Viniere á aquesta humilde montañesa
A enriquecerla con tan gran tesoro?
Mi indigna boca el suelo rico besa,
Que hueñan las divinas plantas de oro,
Y el corazón en lágrimas deshecho
Baña este rostro de clavales hecho.

»Calle de nuestro antiguo patriarca,
Que hospedó á tres, la célebre visita,
Y la del que á pesar de la cruel Parca
Al niño á sí ajustado resucita;
Cese la gloria que dar pudo el arca
Cuando de Obededon la casa habita,
Pues que de hoy mas ¡oh Virgen siempre hermosa!
Esta mas que las tres será famosa.

»Sabe, intacta doncella palestina,
Que así como pasó por mis oídos
Del cuello de marfil la voz divina,
Que á los cielos dejó de amor heridos,
Con gozo y alegría peregrina
Del tierno infante el alma y los sentidos
Se han alegrado en las entrañas mías,
Saltando alegre al dulce son que hacías.

»Virgen hermosa, Menaventurada,
En quien se cumplirá por quien creaste
De las promesas ciertas la embajada
Que del rosado Parainfante oíste;
Dichosa yo, pues con tu vista amada
Aquesta pobre casa enriqueciste,
Siendo el carro de fuego donde Elías
Vino á dar luz á las entrañas mías.»

La Virgen soberana conociendo
Que es el dedo de Dios el que le avisa,
Los secretos misterios descubriendo
A la grave y anciana Profetisa,
Gracias de tanto bien humilde haciendo
Al que las alas de los vientos pisa,
Soltó la dulce voz, de gracia llena,
Y dijo la hermosísima Sirena:

«Al inmenso Señor de lo criado
Engrandece mi alma y magnifica,
Y en Dios, que es mi salud, arrebatado
Mi espíritu sus gracias multiplica.
Porque miró desde su trono amado
La humildad que su sierva le dedica,
Con devoción de espíritus ardientes,
Bendita me dirán todas las gentes.

«El infinito y Todopoderoso
Hizo en mí, indigna, cosas portentosas,
Siendo su nombre santo y glorioso
En todas las regiones espaciales;
Y de su pecho misericordioso
Se verán por edades venturosas,
Para los que le temen, siempre abiertas
De su clemencia las sagradas puertas.

«En su brazo de inmensa fortaleza
Hizo fuerza, su gran valor mostrando,
De la poco segura y vana alteza
Los altivos soberbios derribando;
Levantó los humildes su grandera,
Los poderosos de su asiento echando;
Enriqueció de bienes los hambrientos,
Haciendo empobrecer los avarientos.

«De su misericordia no olvidado
Israel recibió al que está conmigo,
Cumpliendo la palabra que había dado
Al tío de Loth y á los del pueblo amigo.
Seas, eterno Señor, glorificado,
Que en nombre de los hombres te bendigo,
Y eternamente te bendiga el cielo,
Supliendo lo que falta á mi buen celo.»

Dijo, y suspense en su Criador se queda,
Y al eco dulce de la voz suave,
Del eje celestial paró la rueda,
Oyendo absorto cuanto Dios la alaba.
La Isabel venerable alegre hospeda
Al Josef justo y á la Virgen grave,
Y en ricas cuadras de dorados techos,
Los acomoda en regalados lechos.

Pasan gozosos los alegres días
El niño Cristo con el primo tierno,
Y la esposa fiel de Zacarías
Con la que es madre de su autor eterno;
El mundo haciendo señas de alegrías,
Muestra en sus ojos el placer interno
Con el noble Josef, y juntos todos
A Dios alaban de diversos modos.

De la Virgen intacta el casto Esposo,
Por no comer de balde la comida,
Con la labor de su trabajo honroso
El del ocioso tiempo alegre olvida;
Volverse á Nazaret le fué forzoso
Y dando el alma á la que le da vida,
De sus huéspedes santos se despidió,
Y pártese al negocio que lo pide.

Deja Josef en la dichosa casa
La que lo es de la sabiduría;
Vuelve á la suya con dolor sin tasa,
Ausente su santísima María;
Ella un mar triste de dolores pasa
Ausente de su amada compañía,
El se parte y se queda, y su adorada
Se queda y va con él en la jornada.

Del nacimiento del hermoso Niño
El tiempo daba ya claras señales,
Y aderezados con gracioso aliño
Previenen las mantillas y pañales;
Y la que vence al mas nevado armiño,
Devota alzando á Dios las manos reales,
Espera alegre el nacimiento santo;
Yo su favor para el siguiente canto.

CANTO X.

De la vuelta á Nazaret, y cómo vió San Josef la profeta
de Nuestra Señora.

Al tiempo cuando las guardadas hoces
Los toscos segadores acicalan,
Y cuando juntos con alegres voces
Las blancas mieses codiciosos talan;
Cuando las aguas en correr veloces
Hechas baños del hombre le regalan;
Cuando la fruta sazónada ofrece
El tiempo, cocinero que la cuece;

Al tiempo cuando con espigas de oro
Va coronada la copiosa Cérés,
Dando con su riquísimo tesoro
Al labrador colmados los placeres;
Cuando pasando del dorado Toro,
Que burló de Fenicia las mujeres,
Del Cancro celestial la cola pisa
Cintio dorado que derrama risa;

Al tiempo cuando la chicharra tosea
Ofende con la voz ronca y cansada,
Y la atrevida porfiada mosca
Desvergonzadamente al hombre enfada;
Cuando se desencoge y desenroscas
La serpiente de escamas matizada,
Y las ovejas en conforme mueca
Hacen al blanco sol blanca rodela;

Al tiempo cuando la avarienta hormiga
De los granos hurtados la troj llena;
Cuando contento en la covacha amiga
El negro grillo agudamente suena;
Cuando descansan de su cruel fatiga
Las dos burladas Progne y Filomena;
Cuando las repentinas negras lluvias
Suelen desbaratar las parvas rubias;

Cuando á la sombra de árboles hojosos,
Que defienden del sol la furia airada,
Cantando Tírsi versos amorosos
Sesteando alegre guarda su manada;
Cuando de los arroyos bulliciosos
El cristal puro y plata aljofarada
Corteses brindan al que va camino,
Y él hace la raxon que quita el vino;

Al tiempo cuando de la blanca nieve
Hurta el rigor la dulce cantimplora,
Y alegremente el vino helado bebe,
El que en la corte regalado mora;
Cuando el calor á desnudar se atreve
A la mas bella y principal señora;
Cuando acaban y empiezan las labores
De los nunca cansados labradores;

Al tiempo cuando la cereza roja
Competir quiere con la tírta grana,
Y la afetada guinda desenoja
Con lo acedo la cólera villana;
Cuando la turquí endrinas entre la boja
Se admira siendo moza en verse cana;
Cuando se tiñe el pero, y la cormeña
Al viejo verde á ser maduro enseña;

Al tiempo cuando la leonada mora
De la sangre de amor fujo padece,
Y el albarcoque rojo que el sol dora
Dos frutos juntos á su dueño ofrece;
Cuando el higo meloso azúcar llora,
Y la albérciga dura se enternece;
Cuando el verde durazno canas pelna,
Y la granada pechabierta reina;

Al tiempo cuando la camuesa rubia
Hurta de la mañana los colores,
Y la comun ciruela al sol se enrubia,
Que azucara la pera en sus ardores;
Cuando pide la vid la fértil lluvia,
Y el membrillo de acero los calores,
Y el tiempo de su mano deja escrito
Al melon, que nos habla por escrito;

Al tiempo cuando nuestra madre muda
Por pedir agua toda se hace bocas,
Y el licio labrador con la hoz aguda
Siega cruel sus esperanzas locas;
Cuando las galas de su gloria muda
Por jerga basta y por groseras tocas,
Porque en la calentura que le aflige
Piensa que el carro de oro Facón rige;

Al tiempo cuando el guedijudo signo,
Cuya boca defiende un can que rabia,
Se hace temer con centellear maligno,
Con que en el huésped rubio infundió rabia;
Cuando el soldado dios y el dios benigno,
Las dos estrellas, la amorosa y sabia,
La helada Cintia y el helado viejo,
Temen mirarse en el ardiente espejo;

Al tiempo cuando de las frescas grutas
Pomona rubia, blanca y colorada
Sale vestida de pintadas frutas
Y de uvas mal maduras coronada;
Cuando cargado de otras aun no enjutas
Del aljofar del alba mal casada
Sale Vertumno, que colmar desea
El cuerno de la copia de Amaltea:

Deja de Dios la dulce madre amada
La casa del anciano Zacarías,
Ya con el Angel niño mejorada,
Que alegró las hermosas jerarquías;
Deja en dichas lágrimas bañada
A la madre del primo del Mesías,
Y con él habla, vuelta al mundo grave,
Porque con ella á su Criador alaba.

Y al despedirse de la anciana prima,
La Virgen la enlazó entre hermosos lazos,
Y luego al pecho de marfil arrima
Al niño Juan entre sus bellos brazos,
Y viendo cuánto el primo Dios le estima,
Con mas gusto le da tiernos abrazos,
Alegrando las ásperas montañas
Juan en sus brazos, Dios en sus entrañas.

Y dice al niño que en sus brazos tiene:
«O niño hermoso y ángel humanado
Más que profeta, niño á quien previene
Con su gracia el espíritu increado,
Cuyo nombre de Juan del cielo viene,
Que es gracia, y así gracia eres llamado;
Nombre que desató la lengua presa
Y alegró la familia montañesa:

» Bien es que el niño Dios buscando te ande
Para dejarte de su gracia rico,
Y que delante del mayor seas grande,
Siendo delante del el cielo chico;
Bien es que seas la voz que al pueblo ablande
Y luz del sol, á quien me sacrifico;
Bien es, primo de Dios y niño anciano,
Que esté contigo su divina mano.»

Y uniéndole á los bellos blancos pechos
El niño Juan, con humildad profunda
De los brazos de nieve lazos hechos,
Al cuello virginal hizo coyunda;
Ella luego con otros mas estrechos
Al sobrinico con amor segunda:
Pasmóse el sacerdote venerable,
Y no sabe (no mudo) que se hable.

Sale la sin igual doncella hermosa
De la familia ilustre despedida,
Mostrando el alma grave y amorosa
Al hospedaje santo agradecida;
Sale de ver su amado deseosa,
Porque es Josef la vida de su vida,
Y por montañas de peñascos duros
Llegó de Nazaret á ver los muros.

Alégrase en los aires de su tierra;
Mira que crece la ciudad famosa,
Y vuelve atenta á ver la aguda sierra
De las montañas áspera y fragosa;
Al tiempo llega que la luz destierra
De la noche la sombra temerosa;
A ver alcanza su pequeña casa,
Que gozo vierte de placer sin tasa.

Josef, farto de gusto y de paciencia,
Que el gusto y la paciencia se le acaba,
En la amarga enemiga y fiera ausencia
De la que el alma libre es libre esclava,
Padece eternamente en la violencia
Con que el dolor el corazón le enclava,
Arrancando del centro deseado,
Que está sin su querida violentado.

Y con mas ojos que descubre el cielo
Cuando atento en la noche mas serena
Lo mas oculto mira que en el suelo
Obliga á Dios al premio y á la pena,
Sale á mirar si viene su consuelo,
Después de Dios la mas hermosa y buena,
La que es después de Dios lo que mas quiere,
Por quien su alma vive y por quien muere.

Vela venir, que el cielo enternecido
Descuento quiso hacer á sus enojos,
Y como suele al agua ciervo herido,
Josef se arroja al centro de sus ojos;
Ella, viendo al castísimo Marido
Que desearon ver sus soles rojos,
Se regala, consuela y entenece;
Josef va á hablar, y el gozo le enmudece.

Quéjase tiernamente á su querida
De la terrible temerosa ausencia,
Donde con vida no ha tenido vida,
Y ha tenido paciencia sin paciencia;
La virginal Esposa agradecida
Se goza de su amado en la presencia,
Y dice de la ausencia rigurosa
Que no ha sido con ella mas piadosa.

Goza la casa el dueño deseado,
Que hizo cielo su suelo venturoso,
Que cerca de tres meses han pasado
Que no gozó de ver su rostro hermoso;
Luego Josef con celestial agrado
De su cansada Esposa cuidadoso,
El descanso y regalo le previene,
Que solo gusto de su gusto tiene.

Como suele de rosa matutina
Verde corimbo que la flor ampara
Crecer, cuando la aurora cristalina
Le riega con las perlas de su cara;
Así de la doncella Palestina
El vientre virginal da muestra clara
De la preñez, que clara se parece,
Que el niño es ya mayor y el vientre crece.

El noble Esposo, como varon justo
Reparó alguna vez, sin hacer caso,
Y otras con mas cuidado y menos gusto
Lo miró triste, aunque también de paso,
Hasta que ya con repentino susto
El alma se turbó, suspendió el paso,
La sangre huyó de las beladas venas,
De pálida tristeza y temor llenas.

Y como el descuidado pastor suele
Hallarse de la vibora mordido,
Que le abraza la herida, que le duele,
Confuso sin saber cómo le ha herido;
Así al justo Josef la pena impele,
Y en cuidadosas ansias encendido,
Siente el efecto, aunque la causa ignora,
Y á solas gime y á escondidas llora.

Acuérdase al santo y justo Esposo
La aceda ausencia de su regalada,
Y entre turbado, honrado y temeroso,
Del camino pasado la jornada;
Y pásmase afligido y pavoroso,
Viendo mas llena su divina amada,
El vientre sacrosanto mas crecido,
Mas corto el limpio y virginal vestido.

Mira por una parte la inocencia,
Y la inculpable vida considera;
Por otra la certísima evidencia
De la preñez el ánimo le altera;
Y fingiendo alegría en la apariencia,
Padece el alma en la congoja fiera,
Y sin saber qué diga ni qué haga,
Se va aumentando la encubierta llaga.

«¿Qué es esto dice, temerosos ojos?
¿Para qué atormentais al alma fría?
¿Podré creer de aquellos rayos rojos
Que abrieron puerta á la deshonra mía?
¿Creeré que los bellísimos despojos
Mas puros que la luz que alumbra al día
Se movieron á hacerme injusto agravio?
Ved que el mas arrojado es menos sabio.

«Ojos, ¿cómo el placer que me habeis dado.
De haber gozado los que humilde adoro,
Tan tristemente me le habeis trocado
En mortal ansia y repentino lloro?
Cómo que una sospecha así ha robado
De vuestras glorias el mayor tesoro?
Cómo, si verla siempre deseastes?
Agora os pesa porque la mirastes?

«Mirad que es muy posible el engañaros
Y que no es bien creer vanas sospechas,
Pues en mirando aquellos ojos claros
En su pureza las veréis deshechas;
Volved, turbados ojos, á informaros
De las luces de rayos del sol hechas;
Mas no volvais á verla, ¡ay ojos tristes!
Si es que la habeis de hallar como la visteis.

»Creeré que aquella vista de paloma
Que os daba vida con su luz serena
La propiedad del basilisco toma,
Que á quien le mira sin piedad condena?
Creeré que la que al mas lascivo doma,
Contra su propio honor se desenfrena?
Creeré traición de su inocencia santa?
Creeré baja de pureza tanta?

»Pues el estar preñada no lo dudo,
Que está tan claro que la duda cesa,
Aunque no creo que atreverse pudo
A no cumplir su virginal promesa;
A la garganta aprieta un mortal nudo,
Al alma un fiero dardo la atraviesa,
El corazón revienta dentro el pecho,
De amor herido y de dolor deshecho.

»Mas ¿qué es aquesto vista temerosa?
¿Cómo ciega os habéis precipitado?
Qué, ¡antes creeré su castidad preciosa
Que á la señal del vientre levantado?
Y creeré antes por mas fácil cosa
Sin obra de varón ser su preñado
Que no que haya ofendido á la fe pura
Del voto virginal que me asegura?

»No puede ser que tan dichosa sea,
Que aquella Virgen que cantó Isaias,
Que por consuelo el limbo la desea,
Y por su gloria los presentes días,
Preñada y virgen por mi bien la vea,
Volviendo en gozo las sospechas mías?
Bien puede ser, pues miro que es llegado
El tiempo de los tiempos deseado.

»Pues si fuera traición, ¿qué mujer fuera
Que habiendo ya el delito cometido,
Antes que yo mi agravio conociera,
De mi justo rigor no hubiera huido?
Si su inocencia no la defendiera,
Viendo mi afrenta y ya su honor perdido,
Por no perder también la vida cara,
Temerosa no huyera ó se ausentara?

»Pues bien sabe que está en la ley escrito
El rigor justo de la justa pena,
Pues á la que comete ese delito
A ser apedreada la condena;
Y bien sabe del agua el sacro rito,
En que se prueba la que es mala ó buena,
Y la buena por buena queda honrada,
Y la que es mala se empodrece hinchada.

»Pues triste yo, si, lo que Dios no quiera,
Y lo que yo contra mis ojos creo,
Mi conservado honor afrentar viera,
Teniendo en poco su dichoso empleo;
¿Cómo infamar y denunciar pudiera
A la que adoro y siempre ver deseo?
¿Cómo pudiera yo acusar por mala
A la que en su pureza el sol no iguala?

»¿Pudiera ver á un tronco duro atadas
Las manos de jazmín que humilde adoro?
Pudiera ver las piedras arrojadas
En su sangre bañar las hebras de oro?
Pudiera ver las piedras destiladas
Vueltas rubies del sangriento lloro?
Pudiera ver las rosas de su frente
Vueltas violetas afrentosamente?

»Pudiera ver que piedra licenciosa
Desnudara sus pechos cristalinos?
Pudiera ver de aquella boca hermosa
Saltar forzados los diamantes finos?
Pudiera ver de mi divina Esposa,
Que, eclipsados sus soles peregrinos,
Su hermosura, bondad y honra perdida
Triste fin diera á su inculpable vida?

PE-II.

»Si esto no puedo y ella está preñada,
Y en su clara preñez parte no tengo,
Y veo su vida bienaventurada,
En cuya virtud santa me entretengo;
¿Qué puede hacer el alma atribulada
Entre las ansias que á padecer vengo?
¿Qué puedo hacer en tan amarga pena,
Donde hay quien la disculpa y la condena?

»La pública preñez su honor ofende,
Su honestidad purísima la ampara,
No ser yo el padre la sospecha enciende,
Apágala la gloria de su cara;
Venganza justa el triste honor pretende;
Mas soy testigo de su virtud rara;
Mi vida triste su preñado culpa,
La purísima suya la disculpa.

»Si aquí hay delito, como ser podría,
Mal podré consentir tan grave ofensa,
Tanto por ser ofensa propia mía,
Cuanto contra el Señor de gloria inmensa;
Y mas que escribe en su sabiduría
Salomón, que muy neclamente piensa
El marido que el daño ve presente,
Y de su honor la infamia vil consiente.

»Pues si ella esta preñada, como veo,
¿Tendré yo parte en el delito infame?
Siendo parte agravada, ¿seré reo
Y esperaré que el pueblo me lo llame?
Pues si hay aquí inocencia, como creo,
¿Haré que una sospecha su honra infame?
¿Triste de mí! ¿Qué haré en tan triste extremo,
Si su pureza adoro y mi honor temo?

»¿Válame Dios! ¿Qué haré en confusión tanta,
Donde pierdo en callarlo y en decirlo?
Si hablo, afrento su persona santa,
Y si lo callo, no podré sufrirlo;
Mi vista pone el lazo á su garganta;
Su bondad santa sale á resistirlo,
Y así, navego en triste mar de enojos,
Luchando su inocencia con mis ojos.

»Mas ya que temo el judicial decreto
Y la prueba de malas é inocentes,
¿Daré, menos turbado y mas discreto,
Cuenta del caso á solos los parientes?
¿Ay triste yo! ¿Quién guardará secreto?
Que la honra es vidrio y rocas los oyentes,
Y como el vidrio acaba entre las rocas,
Así el honor en las parleras bocas.

»¿Maria preñada ¡cielos! ¿qué es aquesto?
¿Maria preñada y sin afrenta mía?
Entereza y preñez en un supuesto,
Aseguradme ¿cómo ser podría?
¿Ay, cruel sospecha, que el puñal has puesto
como traidor, al pecho que te cria!
Ay santo honor, si lloras agraviado!
Ay fiera obligación del hombre honrado!

»¿No viera yo el honor con el decoro
Debido al trono real de quien deciendo!
No me dejara el tiempo este tesoro,
Pues los de Crespo y Midas no pretendo!
Viera yo deste mal, que en duda lloro,
Y tan sin ella el alma va encendiendo,
Mi honor seguro, y viera destruida
Mi poca hacienda, mi salud y vida!

»Bastara, oh mundo, de la real alteza
De mi prosapia haberme derribado,
Donde contento con mi fiel pobreza,
De quien eres estoy desengañado;
Bastara del blasón de mi nobleza
Verme en un rincón pobre despreciado,
Donde al sustento mi sudor ayuda,
Sin que mi antiguo honor pongas en duda.

»Duda cruel, que de mi Esposa amada
La vida y el honor desacreditas,
¿No ves que viene el alma asegurada
Del honor que quitarme solicitas?
¿Ay de mí triste! que la veo preñada;
La vida acaba si el honor me quitas,
Pues es la vida del que está agraviado
Muerte que da el tormento dilatado.

13

»Ay tristes ojos! ¿Qué mortal veneno
Habeis bebido en tan precioso vaso?
Qué brasas me arrojastes en el seno,
Que sin remedio siento que me abraso?
Qué viborezno, de piedad ajeno,
Que á quien le engendra trae al mortal paso,
Me come el corazon y rompe el pecho,
Viendo mi antiguo honor en tanto estrecho?

»Si la vida del hombre es en la tierra
Guerra del alma y de su paz tormento,
¿Cuál será la de aquel que triste encierra
Guerras civiles en su pensamiento?
A la razon repugna y hace guerra
Una ley triste que en el alma siento,
Por quien publican guerra á saugre y fuego
La razon clara y un antojo ciego.

»Yo triste, soy de mí el mas enemigo;
Huyendo voy de mí, que á mí me temo;
Dejo mi bien, mi mal llevo conmigo,
Sin alma vivo y sin calor me quemo;
Huyo de mi quietud, mis penas sigo,
Los mares aro, por los montes remo,
Pues es la vida del que está agraviado
Muerte que da el tormento dilatado.

»Ausentaréme de mi bella amada?
¿Iré sin alma, pues la di á mi Esposa?
¿Iré á la inhabitable Scitia belada
Ó á la inhumana Libia ponzoñosa?
¿Iré á la Etiopia negra y abrasada,
Ó á los desiertos de Africa arenosa?
¿Viviré entre arimaspos, entre scitas,
Lotosagos, ciclopes, trogloditas?

»Pensamiento engañado, ¿qué es aquesto?
Qué furor loco tu prudencia ciega?
Mira la luz del soberano gesto,
Que tu furiosa tempestad sosiega;
Mira del señoril mirar honesto
El mar tranquilo donde Dios navega;
Mira el respeto que á su honor se debe,
Y huirá la duda cual del sol la nieve.»

Cual suele nave en tempestad alirada,
A quien el Ebro embravecido azota,
Verse en las olas turbias levantada
A la nube cruel que la alborota,
Y en un instante, dellas derribada,
Besar del mar la arena mas remota,
Ya envuelta entre las olas verdinegras,
Ya entre las aguas de las nubes negras;

Así el Esposo noble, combatido
De la preñez y la pureza santa,
De entre las olas de honra sumergido,
A las nubes de penas se levanta;
Ya á la pureza virginal rendido,
Vuelve á mirar el vientre que le espanta;
En esta confusion no duerme ó come,
Ni sabe qué remedio en ella tome.

Vuelve á mirar á su divina Esposa,
Y luego el vientre lleno se le ofrece,
Y crece la sospecha temerosa,
Al paso que el divino vientre crece;
Muestra en su rostro la alegría engañosa,
Y yendo á hablar, la lengua se entorpece;
Vuelve, y el rostro grave atento mira,
Y adora la inocencia que le admira.

La Virgen soberana que repara
En el cuidado del confuso Esposo,
Y ve que tiene ya noticia clara
De la preñez que le hace temeroso,
En el color robado de su cara
El pulso toma al corazon medroso,
Su pena siente, y sosegar quisiera
Del mar revuelto la borrasca fiera.

Y dice: «¡Oh quién pudiera, Esposo amado,
De la preñez que la color te muda
Y tiene el noble pecho alborotado
Quitar la pena y aclarar la duda!
¿Quién del secreto al cielo reservado
Decir pudiera la verdad desnuda!
¿Quién de la tempestad del mar incierto
Te sacara al seguro, alegre puerto!

»¿Descubriré el misterio sacrosanto
A la mitad del alma que me anima,
Al justo fiel que el cielo estima en tanto,
Que por custodio de su Dios le estima?
¿Declararé á mi amado Josef santo
La sospecha que el alma le lastima?
¿Podré dar cuenta de mi gloria mucha
Al que contra mi vientre y su honor lucha?

»¿Privaré á mi Josef de tanto gusto?
¿Diréle que el Señor que el cielo rige,
Por varon sabio, por honesto y justo,
Para mi esposo y su tutor le elige?
¿Diréle que no tema agravio injusto?
¿Satisfaré á la duda que le aflige?
¿Diré que la Deidad incircuncrita
El vientre humilde de su Esposa habita?

»¿Volveré por mi honor, daréle cuenta
Del bien que ignora y me enriquece el pecho:
¿Saldré al camino al deshonor y afrenta?
¿Dejaré á mi querido satisfecho?
¿Podré sufrir que el mal que le atormenta
Y á mí me pone al cuello el lazo estrecho
Tome fuerzas, creciendo en comun daño,
Pudiéndole atajar el desengaño?

»Mas ¿qué sé yo si la humildad preciosa
Que tengo al alma estrechamente asida,
Diciendo el bien que me hace venturosa,
Cual humo la verá desvanecida?
Y ya que salga desto victoriosa,
¿Podré tan fácilmente ser creída,
Que diciendo el misterio incomprendible
Pueda nadie pensar que sea posible?

»Y cuando todo el mundo me creyese,
¿Podría decir el celestial secreto,
Sin que revelacion antes tuviese,
Que era de Dios particular decreto?
Aunque la vida en gran peligro viese,
Y el santo honor en afrentoso aprieto,
No habrá quien el secreto de mi entienda:
La causa es del Señor, él la defiende.

»Y entre tanto, Señor omnipotente,
Pues veis la pena de mi Esposo amado,
Y que mi alma llora tiernamente
La mortal ansia que le trae turbado,
Pues que sabéis que mucho menos siente
El deshonor que teme del preñado,
Que de vuestra Deidad la injusta ofensa,
Le favorezca vuestra mano inmensa.

»Sé que el dolor que atribulado pasa
Es de su santidad segura prueba,
Donde el siervo mas fiel de vuestra casa,
Cual Fénix, en el fuego se renueva;
Bien sé que de la pena que le abrasa
Saldrá cual oro, á quien el crisol prueba,
Que es la tribulacion que le lastima
Trillo del grano, del acero lima.

»Bien sé, Señor, el gran premio que alcanza
El afligido que de vos confia,
Pues vió Abraham lograda su esperanza
Entre el cuchillo y la congoja fria;
Y el Job paciente, humilde en su mudanza,
Volvió á doblados bienes que tenia,
Y que salió el hermano mal vendido
De la cárcel al premio merecido.

»Salga, Señor, de pena tan amarga
El que por dueño y padre me escogistes,
Que el gusto mengua y el dolor se alarga
Entre las ansias y congojas tristes;
Y pues hicistes tan igual la carga
De los que en lazo conyugal unistes,
La pena de mi Esposo será mia,
Como suya la gloria de María.

»Mirad que á la garganta el agua llega,
Ved sobre Isaac la espada levantada.
Y entre el diluvio que la tierra anega
El arca de las olas azotada;
Ved á Jonas, á quien la chusma ciega
Quiere dar á la mar alborotada;
Ved á Susana condenada y justa,
Y á Daniel en la prision injusta.

»Venga el ángel, detenga el brazo fuerte,
Al arca venga el ramo de la oliva,
Y la ballena libre de la muerte
Al que huyendo de Nínive se iba;
El niño Daniel trueque la suerte,
Los viejos mueran, la inocente viva,
Y Abacuc venga de un cabello asido
Al que en el lago oscuro está metido.

»Y vos, hijo divino, que encerrado,
Hacéis trono real el vientre estrecho,
Pues que mirais de mi consorte amado
La duda que alborota el noble pecho,
Volved por el honor que me habeis dado;
Quede vuestro escogido satisfecho;
Pues os hizo mi hijo vuestro padre,
Volved por el honor de vuestra madre.

»Mirad, hijo, que es vuestra la honra mía,
Como mía la pena de mi Esposo,
Y que si crece la sospecha fría,
Crece mi pena y su dolor forzoso;
Su tormento volved en alegría,
Y sea testigo de mi honor precioso
El turbado Josef, el noble justo,
Siendo mayor que su aflicción su gusto.»

Dijo: y del gran Josef por otra parte
Luchando con el mal que le atormenta,
El corazón se le divide y parte,
Y por los ojos de dolor revienta;
Ya se hace defensor, ya se hace parte,
Ya la inocencia mira, ya la afrenta,
Ya la quiere dejar, ya no se atreve,
Que la ama mucho y mucho amor la debe.

Si se queda, el honor que pierde mira,
Y si se va, perder su Esposa llora,
Que enamorado en su beldad se admira,
Y absorto por su hermoso bien la adora;
Cuando el preñado le provoca á ira,
Su santidad le amansa y enamora,
Y entre el temor y sus desconfianzas
Tiene del peso iguales las balanzas.

Como robusto roble sacudido
De la furia de Boreas, que se enoja,
Que está mas fuerte mientras mas herido
De las flechas heladas que le arroja;
Así el Esposo noble combatido
Del viento recio de la cruel congoja,
Aunque herido y turbado, mas se aferra,
No dando á nadie el premio de la guerra.

Y cual suele el perdido caminante
Que entre varios caminos atajado
Teme escoger el menos importante
Para hacer el viaje comenzado,
No de otra suerte el bien pagado amante,
En varios pensamientos ocupado,
Atigido entre el ansia y la congoja,
No sabe triste qué camino escoja.

Y así, gimiendo entre la pena grave,
Prostrado por el suelo, al cielo envía
El dolor que en el pecho no le cabe
Y tiene sin virtud la sangre fría;
A Dios suplica, pues la vida sabe
De su cara hermosísima María,
Su honor defiende y su inocencia mire,
Y lo que le conviene hacer le inspire.

Y luego con la mano en la mejilla,
No sabe qué se diga ó qué se haga;
«O esta es de Dios gloriosa maravilla,
Dice, ó es de mi honor injusta llaga;
Si esto es de Dios, mi corazón se humilla,
Y no merezco que me satisfaga,
Antes si está preñada y es doncella,
Indigno soy de cohabitar con ella.

»Si no es de Dios, mi pena es insufrible,
Y no conviene que mi afrenta vea,
Pues ser mala mi Esposa es imposible,
Y aunque preñada esté, que yo lo crea;
El que ve lo visible y lo invisible
De su preñez jurez y parte sea;
A él mi causa con la suya dejo,
De mi bien y mi mal triste me alejo.

»Iréme por el mundo desterrado,
Lloraré mi ventura mal lograda,
Habitare el desierto despoblado
Con el leon cruel y tigre airada;
Y pues no merecí del rostro amado
Mirar la lumbre bienaventurada,
Huiré de mí, pues de mi Esposa huyo,
Que está en mi pecho como yo en el suyo.»

Cesó llorando, y al dolor rendido,
La cabeza juntó al brazo derecho,
Cuando de la caverna del olvido
Deja el sueño las plumas de su lecho;
Deja el monte Cimerio, en que escondido
Huye la luz su perezoso pecho;
Llega á Josef, y con el ramo verde
Hace que de sus penas no se acuerde.

Durmiendo el Santo con sus ansias lucha,
Y entre sueños la libra y la condena,
Cuando lleno de luz y gracia mucha
Ve un nuncio celestial que le despena;
Despiertamente, aunque dormido, escucha
El gozo grande de la nueva buena,
Dando su rostro muestras de alegría
A las nuevas santísimas que oía.

«Josef, le dice, claro descendiente
Del gran David, tu padre venturoso,
A cuyo fruto el Padre omnipotente
Prometió el cetro real y trono hermoso:
Temer no quieras; oh varon prudente!
De recibir en vínculo dichoso
A María, tu noble y bella esposa,
Santa en extremo y en extremo hermosa.

»Lo que encierra su vientre sacrosanto
Es por obra secreta y escondida
Del Paraceto sumamente santo,
Que la tiene de gloria enriquecida;
Con gozo grande y admirable espanto
De un Hijo eterno la verás parida;
Llamarásle Jesus, que á salvar viene
Al pueblo, á quien la culpa preso tiene.

»Esto ha el cielo santísimo ordenado
Para cumplir las ciertas profecias
Del prometido virginal preñado,
Que Dios pronosticó por Isaias;
Que de una virgen se vería engendrado
El esperado por tan largos dias,
Que dulce Emanuel tiene por nombre,
Hecho pasible por dar vida al hombre.»

Despavorido, por el aire vano
Entre sueños Josef los brazos tiende
Para abrazar al Nuncio soberano,
Que enamorando al cielo el aire hiende;
Deseoso de besar la blanca mano
Del Gabriel santo que su honor defiende,
Despierta alegre y mas alegre mira
La certeza del caso que le admira.

Y como suele el que el metal precioso
Halló entre pobre tierra disfrazado,
Que ignorando el valor del oro hermoso,
Porque con ella le miró mezclado,
Teniéndose por menos venturoso,
Quiso arrojar el oro deseado,
Hasta que le avisó el platero sabio
Del tesoro á quien quiso hacer agravio;

Así Josef con un gozoso lloro,
Del Arcangel hermoso prevenido,
Estima humilde el singular tesoro,
Que sin pensar le deja enriquecido;
El cual, como ignoró el valor del oro
En el vientre santísimo escondido,
Quiso dejar el bien que poseía,
Y á Dios en su hermosísima María.

Y dice: «¡Ay triste, qué tormento y pena
Al alma fieramente atormentara,
Si á la luna del sol eterno llena
En daño mío de servir dejara!
¡Ay triste yo, si á la mujer nias buena
Que vió del rojo sol la rubia cara,
A la que el alma con razon adora,
Dejara de mirar sola una hora!

»No sé si al gozo de la dulce nueva
Que el alma alienta y enriquece el pecho,
He turbado y corrido el paso nueva,
Viendo que quise acometer tal hecho;
Que teniendo de ti tan cierta prueba,
Puse tu honor y el mío en tal estrecho,
Que te quise dejar, que quise irme,
A no venir del cielo á persuadirme.

»Misero yo si acaso me ausentara
Antes que el Paraninfo luz me diera
De la que encierra en sí mi Esposa cara,
Y la da hermosa á la suprema esfera;
Si otro dichoso en mi lugar entrara
Que á mi Esposa santísima sirviera;
Triste, si del tesoro verdadero
Otro viniera á ser el tesoro;

»Si Dios pusiera el serafín mas puro
En mi lugar, que mi lugar merece,
Que del jardín guardara el casto muro,
Adonde el árbol de la vida crece;
Y yo llorando triste y mal seguro
Del honor que al honor mismo engrandece,
Por ese mundo sin consuelo fuera
Donde mi Esposa y el vivir perdiera.

»Y ya que tan piadosa fué mi estrella,
Que á tal rigor no quiso someterme,
¿Con qué cara podré mirar á aquella
Que siendo tal no pudo convencerme?
¿Cómo podré mirar la lumbre bella
De la que imaginé pudo ofenderme?
¿Cómo, si della pretendí ausentarme,
Podré mirarla sin atormentarme?

»Vaya fuera el temor que me avergüenza,
Huya vencida mi desconfianza,
Mi nueva gloria al miedo helado venza,
Pues que victoria la pureza alcanza;
El mal acaba donde el bien comienza;
Muera mi pena y nazca mi esperanza;
Hallé el tesoro que perdido había;
Vuelva á su firme centro la honra mía.

»Iré á prostrarme á mi consorte amada;
Pediréle perdón de la sospecha
En su preñez divina fabricada
Y en su admirable cantidad deshecha;
Adoraré en mi virginal preñada
La palabra de Dios, pasible hecha;
Llegaré á ver su rostro sacrosanto.»
Y yo al fin dulce deste grave canto.

CANTO XI.

De la satisfacción que dió San Josef á Nuestra Señora.

Quien vió de oscura, súbita borrasca,
Hinchado el mar, el aire embravecido,
Roto el navío que á morir se enfrasca,
El fiel piloto y el timón perdido,
Salir luchando entre una y otra basca
Al venturoso, al puerto conducido,
Mire á Josef, entre sospechas muerto,
Salir del mar al descansado puerto.

El que en horrenda noche tenebrosa,
Revuuelto el aire y enojado el cielo,
Nubes flechando en tempestad furiosa
Piedras y rayos al rendido suelo,
Se halló perdido en sierra montuosa,
En mil peligros erizado el pelo,
Y luego se vió libre en un instante,
Mire al dichoso virginal amante.

El preso que á la muerte condenado
Se vió llevar al palo el lazo al cuello,
Y en el fiero rigor mas apretado
Besó la nueva vida en el real sello;
La madre, que lloró desafiado
De sus entrañas el pedazo bello,
Y sin pensarlo vió sano su hijo,
Miren del santo el justo regocijo.

Aquel que pleiteando su ascendencia,
Desvelado las noches y los días,
Ya gastada la hacienda y la paciencia
En tribunales y chancillerías,
Esperando dudoso la sentencia,
La sangre helada entre las venas frías,
Besó alegre la ilustre ejecutoria,
Atento mire de Josef la gloria.

El varón noble que se vió captivo
Entre duras prisiones aberrojado
En la mazmorra turca apenas vivo,
Del bárbaro señor atormentado,
Que dando al sueño su dolor esquivo,
Por orden celestial de su abogado
Libre se halló gozando el patrio suelo,
Al justo mire que liberta el cielo.

Quien durmiendo rodó de peña en peña,
Porque el pié se le fué, y con voces mudas
Llora en imaginar que se despeña
Al abismo cruel de fieras crudas;
Y en el mayor peligro ve que sueña,
Y halla en vez de las peñas mas agudas
La cama blanda que le tiene en peso,
A Josef mire de placer sin seso.

El rico mercader que saltado
Se halló de desalmados bandoleros,
El cual, después de ser desbajado
Con fuertes manos y cobardes fieros,
Del duro roblo donde quedó atado
Libre por los honrados pasajeros,
Volvió alegre á gozar la rica hacienda,
Mire á Josef con su adorada prenda.

En fin el gozo del divino amante
Excedió al que del mar escapó á nado,
Al de la madre con su hallado infante,
Al del noble por noble declarado,
Al que cobró en su hacienda el mercader,
Al del despierto en sueños despeñado,
Al que la amada patria dió al captivo,
Al del enfermo sano y muerto vivo.

Sale Josef alegre y temeroso,
Avergonzado, humilde y encogido,
De su vano temor sale quejoso,
Y de la duda con razon corrido;
Y ante la bella luz del rostro hermoso
De la Esposa, que el cielo le ha escogido;
Enmudece cobarde y teme alegre
Hasta ver si su esposa en él se alegre.

La Virgen bella, que conoce y sabe
Del mar revuelto la tranquila calma,
Y que tras el diluvio trujo el ave
De su victoria la gloriosa palma,
Con rostro alegre, entre risueño y grave,
En los hermosos ojos mostró el alma,
Y con gracia y amor que al cielo admira
Dice á Josef, que avergonzado mira.

«Querido dueño mío, esposo amado,
Bien de mi alma y alma de mi vida,
A quien con lazos del amor sagrado
Alegre estoy continuamente asida;
Alza el rostro con razon turbado,
Pues si pude de vos ser ofendida,
Yo perdono la ofensa, amado esposo;
Mostradme alegre el rostro vergonzoso.

»Josef amado, bien conozco y veo
La fiera lucha de la cruel sospecha,
Trabada entre los ojos del deseo,
Y por el nuncio celestial deshecha;
Sé que no es culpa condenar por reo
Al que padece en la prision estrecha,
Pues que se ve la pena de la culpa,
Y no la cantidad que le disculpa.

»No estoy quejosa, no, sino obligada
Al grande amor y fe que me mostrastes,
Pues viendo clara la preñez sagrada,
Por malhechora no me denunciastes;
Por vos, Josef, no estoy apedreada;
La vida os debo, pues me la dejastes;
Vuestro es mi honor, pues me le dais de nuevo,
Que la vida y honor, Señores, os debo.

»Y si ya por ventura estáis quejoso
De que no os dije el celestial misterio,
De que al Eterno y Todopoderoso
Bajo el amor al libre captiverio;
Cómo escondió la luz del sol hermoso,
Cómo abrevió al que rige el trino imperio
Al secreto de Dios ¡quién se atreviera?
Si él no mandara, que os lo descubriera?

»Alzad los ojos con que ven los míos,
Gocen alegres desu luz serena,
Si no queréis que, vueltos en dos ríos,
Lloren dos veces la pasada pena;
Huyan deshechos los temores frios;
Dadme del nuevo bien la enhorabuena;
Que yo os la doy de ver que Dios reposa
Dentro de vuestra casa y vuestra esposa.

»Escogido de Dios, amado justo,
Alzad del suelo los humildes ojos,
Ponedlos en quien siempre tiene gusto
De hacerosle sin daros nunca enojos;
No turbe mi placer vuestro disgusto;
Al rostro vuelva los colores rojos
El corazón y al mío su alegría,
Pues sois, Josef, el alma de la mía.

»Muchas veces, Señor, el cielo ordena
Sospeche el justo y dude el mas amigo
Para que libre de la duda y pena,
De la verdad desnuda sea testigo;
Y así, el infante que mi vientre llena
Quiso que vos, que siempre estáis conmigo,
Dudásedes del caso sin segundo,
Porque, vos satisfecho, lo esté el mundo.

»Si Dios, noble Señor, no os revelara
El misterio divino, ¡qué hombre hubiera
De tal valor y de virtud tan rara
Que ser en daño suyo no creyera?
¿Quién, amado Josef, la preñez clara
A la duda cruel no se rindiera,
Creyendo de su honor injusto agravio?
¿Quién sino solo el que es tan justo y sabio?

»Si la preñez divina conocistes,
Y solamente viéndola dudastes,
Si del honor ofensa no creísteis,
Y combatido no os determinastes,
Con vuestro Dios mas premio merecistes,
Y mas amor conmigo granjasteis;
De nuevo me obligastes á quereros,
A amaros mas y mas obedeceros.

»Amado mío, levanta el suelo;
Para qué así prostrais vuestras rodillas.
Si no es que ya adorais en mortal velo
Al que repara las excelsas sillas?
Mirad, Josef, que ya os revela el cielo
La gloria de sus altas maravillas;
Gozaed alegre el bien que el cielo ofrece,
La pena mengüe, pues la gloria crece.»

Tras aquesto la cándida paloma,
Con las nevadas manos de jazmines
Las de su dueño venturoso toma,
Admirando los bellos serafines;
El á las luces donde el sol se asoma,
Que alegran de los cielos los jardines,
Se atrevió entre el temor y regocijo,
Y entre alegre y turbado, humilde dijo:

« Hermosa luz, que vence la del día,
Terrible es el lugar que indigno piso;
Dios está en él, y yo no lo sabía;
Ni que hizo vuestro vientre paraíso;
Casa de Dios es ya la casa mía,
Puerta del cielo hacer mi casa quiso.
Hizo su madre mi adorada bella,
Su esposo á quien no pudo merecilla.

»¿Quién el vientre santísimo mirara
Que, triste, no dudara ó no temiera?
¿Quién, oh Virgen hermosa, imaginara
Que á tanta dignidad Dios me subiera?
Si en mí hubo culpa, yo la digo clara,
Y fué, pues creer antes debiera
Que era posible concebir sin padre,
Y siendo virgen, ser virgen y madre.

»Antes, Esposa amada, creer debía
Que habiendo de abreviarse el infinito,
Y ser mortal el que los cielos cria,
Como en las letras santas está escrito,
Que solo el pecho de escoger había
Lleno de gracia, ajeno de delito,
Pues sola á vos, ¡oh Virgen soberana!
El agro no alcanzó de la manzana.

»Creer debía, Reina de hermosura,
Que vistiéndose Dios de mortal velo,
Habla de ser de la mujer mas pura,
Que miró el sol jamás ni gozó el suelo;
Y si de la mas santa, ¡qué criatura
Cual vos hizo ventaja á las del cielo?
Si mujer, ¡qué mejor? Y si doncella,
¿Quién mas pura, mas santa, casta y bella?

»Si ha de nacer el que es Verbo del Padre,
¿De quién, sino de vos, nacer debía,
Pues quiso, Virgen, que á vos sola cuadre
Ser la criadora del Criador que os cria?
Y si una virgen tiene de ser madre,
¿De quién, sino de Dios, serlo podría,
Pues puede hacer, la integridad guardada,
Que, quedando doncella, estéis preñada?

»Y si yo os conocí por la mas buena,
¿Cómo pude dudar de vuestra vida?
¿Cómo á los rayos de esa luz serena
No se deshizo el alma endurecida?
Y cómo estando, Virgen, de Dios llena,
La sospecha no huyó desvanecida?
¿Cómo pudo atreverse á bondad tanta
A la mujer mas buena, honesta y santa?

»Bastara ver el resplandor hermoso
De la luz bella de esa hermosa cara,
Que excede al del caudillo venturoso
Que hizo el peñasco fuente con la vara;
Pues si él bajó del monte tan glorioso,
Que al pueblo destlumbó su lumbre clara,
Porque vió á Dios en la sagrada cumbre,
Vos traéis en vos al que es lumbre de lumbre.

»Bastara ver, ¡oh angélica criatura!
Los resplandores de la gloria nueva,
Pues aumentó el Señor vuestra hermosura,
Que al cielo admira y á la tierra eleva;
Que si á la viuda hermosa que procura
Que á Betulia el contrario no se atreva,
Aumentó Dios la gracia y la belleza,
En vos puso su gloria y su grandeza.

»Y bien me acuerdo ¡oh soberana Esposa!
Que vi de vuestro rostro la mudanza,
Pues miré atento de esa luz hermosa
Rayos de gloria y bienaventuranza;
Temí el alma entre alegre y temerosa,
Y la vista, que en veros gloria alcanza,
Se destlumbó, como el que atento mira
Al rubio sol que flechas de oro tira.

»Mi grave culpa y mi ignorancia veo,
Pidoos perdon, y bien sé que le pido
A quien tiene de darme el deseo,
Por verme de mi culpa arrepentido;
Vuelva á la gloria de mi rico empleo,
Vuelva de vos á ser favorecido;
Sirva por pena de mi culpa grave
La que triste pasé y el cielo sabe.

»El sabe, Esposa bienaventurada,
Que nunca consentí en ofensa vuestra,
Y aunque padeció el alma atribulada,
Nunca creí de vos cosa siniestra;
Triste miraba la preñez sagrada,
Que daba de su aumento clara muestra,
Y nunca consentí en que había pecado
En el divino celestial preñado.

»Siempre craf, bellísima escogida,
Que era vuestra pureza sin ejemplo;
Tuve por inculpable vuestra vida,
Que ya por mas de ángel la contemplo;
Siempre de Dios os vi favorecida,
Hecha altar suyo y de sus gracias templo;
Siempre os imaginé de gracia llena,
La criatura mas santa y la mas buena.

»Siempre, Virgen, creí lo que ahora veo,
Y siempre vi, si es ya que verse puede,
Lo que me dijo el celestial correo,
Que á su grande bondad la vuestra excede;
Siempre indigno me hallé del rico empleo,
Con que hace Dios que enriquecido quede;
Siempre me hallé, seráfica María,
Indigno de tan santa compañía.

»Nunca al fiero rigor de la tormenta
De la duda cruel mas combatido,
Cuando ella crece y la preñez se aumenta
Y aflige al alma el mas noble sentido;
En la guerra del pecho mas sangrienta
El corazón que os ama vi rendido;
No consintió jamás ni creyó cosa
Contra vuestra pureza milagrosa.

»Con todo, miro cuán grosero anduve,
Pues del favor y dignidad divina,
A la cual justamente el cielo os sube,
No creí que érades sola la mas dina;
Mi ignorancia formó una espesa nube,
Sirvió á la flaca vista de cortina,
Solo vi mi dolor, vi mi sospecha,
El corazón turbado, el alma estrecha.

»Mas ya que miro, bella Virgen pura,
Que á la oración de vuestro ardiente ruego
Bajó del cielo la inmortal criatura
A dar luz nueva á un ignorante ciego;
Ya que el arcángel bello me asegura,
Y lo está el alma del desasosiego,
Dad, Virgen, el perdón á mi ignorancia,
Mengüe mi daño y crezca mi ganancia.

»Dejad que goce, sin igual doncella,
Del bien que vos me hacéis y el cielo envía,
Dejad, pues tan piadosa fué mi estrella,
Que me hizo esposo de la Reina mía,
Que goce alegre de la lumbré bella,
Que el sol adora y enamora al día,
Goce libre del mar el dulce puerto,
El ciego cobre vista y vida el muerto.

»Y entre tanto, divino huésped mío,
Que rompiendo el alcázar estrellado,
Y estrecho vuestro eterno poderío,
Os hospedais en este pecho amado,
Hospedaos en el alma que os enciende;
Mas en ella, Señor, os veo hospedado,
Pues es mi alma mi adorada Esposa,
Vuestra escogida y mi querida hermosa.

»Unicornio divino, que deciendo
Al gremio virginal de la pureza,
Adonde vuestro amor de amor os prendo
Por bien de la mortal naturaleza,
Amansad el rigor, pues que os enciende
De amor la Virgen de mayor belleza,
Virgen, Señor, que supo enamoraros,
Y en su vientre santísimo cazaros.

»Ahí encerrado la Deidad adoro,
Que con rayos de gloria sempiterna
Da luz gloriosa al mas supremo coro,
Su venturosa dicha haciendo eterna;
Ahí envuelto entre grana, nieve y oro,
Vuestra grandeza miro humilde y tierna,
Pues sé que sois, aunque hombre verdadero,
De las eternidades heredero.

»Piedra preciosa, rica, aunque pequeña,
Que cortada sin manos bajó al suelo
Del alto monte y encumbrada Peña
A dar venganza de la estatua al cielo,
Piedra angular, cuya firmeza enseña
Que, aunque os repruebe el inhumano colo,
Sois la mejor de cuanto se edifica,
Pues estáis de ojos llena y de aguas rica:

»Fuerte y bravo leon domesticado,
Mas manso y mas humilde que el cordero,
Que ante el desquilar preso y atado,
No bala, viendo el sacrificio fiero;
Cordero, que á quitar viene el pecado,
Haciendo al desterrado su heredero;
Cordero cuya sangre es importante
Para ablandar los cielos de diamante:

»Pájaro real, que del seguro nido,
Del pecho paternal que estáis gozando,
Estando á él eternamente unido,
Y al serafín mas puro enamorando,
Os cazó amor, y os trae de amor herido
A la aljaba que estáis santificando;
Pájaro, cuya sangre derramada
Del vivo bañará la pluma amada:

»Sol de justicia, que en la nube roja
De la real sangre de la Esposa mía
Quereis que vuestra eterna luz se encoja,
Por dar la paga al Padre que os envía;
Sol, que os parais á la mortal congoja,
Y haceis por Josué mayor el día,
Y en el signo de Virgo ya mas manso
Buscais para los hombres el descanso:

»Tesoro eterno, que en la fértil vena
De la sacerdotal tierra sagrada
Estáis haciendo su bondad mas buena,
Vistiéndolos su pureza inmaculada;
Precio que ha de pagar la culpa ajena
Y rescatar la gente encarcelada:
Precio que ha de correr en un madero
Para pagar la deuda del primero:

»Buen pastor, que en la pobre humilde choza
Os encerrais por una oveja aleva,
Y sin dejar la gloria del que os goza,
Bajais, dejando las noventa y nueve;
Pastor, que al fiero lobo, que destroza
El ganado, que en charcos turbios bebe,
Habels de asir, y en vuestro fiel cayado
Ha de quedar muriendo vos clavado:

»Vid verdadera de la tierra santa,
Que el Padre eterno, agricultor divino,
Dichosamente en mi heredad trasplanta,
Enriqueciendo el vientre alabastrino;
Vid, cuyo fruto es dulce á la garganta
De la Esposa que aguarda el dulce vino;
Vid, que por una viña su enemiga
Le hará dar fruto una pesada viga:

»Rey disfrazado entre el sayal grosero,
Aunque sentado en trono mas glorioso
Que el que hizo de David el heredero,
De cándido márfil, terso y hermoso;
Rey soberano en traje de pechero,
Por hacer al pechero venturoso,
Eterno rey en forma de su esclavo
Para borrar de Adán la ese y clavo:

»Humilde peregrino, que camina
A la visita de la tierra santa
Con el brial cubierto y la esclavina
Del sayal pobre de la rica infanta;
Peregrino de gracia peregrina,
Que en el castillo que al infierno espanta
Os hospedais para que meses nueve
Una hermana os regale, otra se eleve:

»Agua viva, que nace eternamente
De aquella fuente viva sempiterna,
Ya represada en la sellada fuente,
Do amor estanca su corriente eterna;
Agua que se distila suavemente
Sobra el blanco vellon de la piel tierna,
Agua que ha de lavar nuestro pecado
Y ha de beber sediento el fiel ganado:

»Gigante, que con gozo y alegría
Hicistes la carrera deseada,
Y saliendo del Padre que os envía,
La humildad escogistes que os agrada;
Gigante, cuya eterna valentía
Está en flaqueza humana disfrazada,
Gigante, que en el puño el orbe tiene,
Y el mas humilde de los hombres viene:

»Perulero de gloria enriquecido,
Que de las bellas Indias orientales
El tesoro precioso habéis traído,
Que enriquece los coros celestiales;
Indiano que en el puerto habéis surgido
De las puras entrañas virginales
A enriquecer del hombre la pobreza
Y á dar á Dios por él suma riqueza:

»Mercader diligente, que procura,
Aunque la costa y paga sea infinita,
Que habeis de hacer por mares de amargura
Encontrar la preciosa margarita;
Mercader, que en sus tratos asegura
Ciento por uno al que lo solicita,
Y en la cruz, por pagar mejor, alzado,
Pagaréis á los cielos de contado:

»Esposo virginal, que descendistes
Al tálamo real del vientre estrecho.
Donde en vínculo eterno á vos unistes
La Esposa, que por vos no dejó el lecho;
Esposo fiel, que de los ascos tristes
La levantaís á vuestro eterno pecho;
Esposo bello, que de amor herido,
Quereis morir por la que os ha ofendido:

»Inaccesible Dios y niño humano,
Justiciero Señor y tierno infante,
Dios que padece, hombre soberano,
Cera al amor y en el amor diamante,
Rico hecho pobre, rey hecho aldeano,
Pequeño niño, sin igual gigante,
Fuerte que llora y infinito estrecho,
Y en fin, Dios hombre, por los hombres hecho;

»Adoro, Dios, vuestra deidad sagrada,
Reconozco, Señor, vuestra grandeza,
Reverencio la gloria disfrazada
Con el velo mortal de mi flaqueza;
La palabra de Dios miro abreviada,
Miro pasible ya su fortaleza,
Miro mi Esposa, que es doncella y madro,
Y que es su hijo el del Eterno Padre.

»Y vos, Virgen y madre venturosa,
Madre de Dios, la dignidad mas alta
Que os pudo dar la mano poderosa,
Pues que ser Dios es solo lo que os falta;
Virgen, mas que los ángeles hermosa,
Pues en ellos sabemos que halló falta,
Y sin ella os formó con tal aviso,
Que os hizo de su gloria paraíso:

»Barca divina, soberana nave,
Que de lejos traéis al hombre hambriento
El pan al mismo Dios dulce y suave,
Que es de los bellos ángeles sustento;
Arca de cedro y oro, que en sí cabe
Al que le viene angosto el firmamento,
Arca, que el maná eterno dentro guarda,
Arca contra la lluvia oscura y parda:

»Horno de amor donde se está guisando
El inocente cándido cordero,
Agora en leche al Padre enamorando,
Y con clavos después en un madero;
Oliwa que está á Dios pacificando
Con el fruto que sana del primero,
Ungüento derramado en su fiel nombre,
Que hace misericordias con el hombre:

»Vaso divino, mas que el cristal puro,
Donde Dios puso el bálsamo precioso
Contra la herida del serpiente duro,
Que derramó el veneno ponzoñoso;
Ciudad de Dios, cuyo sagrado muro
Cerca al eterno Todopoderoso;
Ciudad de Dios, cuya cerrada puerta
Pasó el Rey solo sin dejarla abierta:

»Huerto cerrado de inmortal frescura,
Adonde crece el árbol de la vida,
Que en el color de vuestra sangre pura
Su fruta eterna se verá teñida;
Jardín de amor y parque de hermosura,
Donde la flor del campo está escondida,
Bello jardín, cuyo clavel y rosa
Viste del Padre la palabra hermosa:

»Libro de oro de amor iluminado,
De letra por el mismo Dios dorada;
Libro divino donde está encerrado
El libro de la vida deseada;
Libro en que Dios y el hombre encuadrado,
Viene á ser Dios la letra colorada;
Libro siempre sellado, en que se escribe
La gran generacion del que en él vive:

»Casa que para sí traza y ordena
La eterna y inmortal sabiduría,
Ya de la majestad gloriosa llena,
La niebla vuelta en resplandor del día;
Casa del sol, donde su luz serena
Piadosas influencias causa y cria;
Casa de recreacion donde se hospeda
El que del cielo parte y allá queda:

»Nácar hermoso, en cuya concha pura
De los rayos del sol siempre engendrada,
Crece la perla rica que procura
Ver Adán en vinagre desatada;
Nácar de cuya cándida hermosura
La perla saldrá blanca y encarnada,
Para ser precio del captivo y preso
Por culpas que resultan del proceso:

»Muralla blanca del monton de trigo,
Templo en quien Dios al mismo Dios se ofrece,
Zarza verde que el fuego trae consigo,
Vara que vela, vara que florece;
Barca en quien libra Dios al pueblo amigo,
Arca de cedro donde el maná crece,
Escala hermosa donde Dios estriba,
Huerto cerrado, fuente de agua viva:

»Arco bello, que paz nos asegura,
Nube que viste al sol de nieve y grana,
Bellón con el rocío de hermosura,
Cantera de la piedra soberana,
Arbol contra la fruta acerba y dura,
Estrella celestial de la mañana,
Espejo claro donde Dios se mira,
Virgen que engendra á Dios y al cielo admira:

»¿Quién, Virgen, como pudo conoceros
Pudiera como debe regalaros,
Pues ninguno, Señora, llegó á veros
Que eternamente deje de adoraros!
¿Quién si algun tiempo comenzó á quereros
En alguno podrá dejar de amaros?
Y quién podrá, Señora, persuadirlos
Que de rodillas me dejeis servir?

»¿Oh, quién del serafín mas levantado
El encendido espíritu tuviera
Para gozar del bien que Dios me ha dado,
Y como debo humilde le sirviera!
¿Quién de tanta bondad fuera dotado
Que serviros cual debe mereciera,
Y quién supiera ¡oh Reina de alegría!
Con el alma servir al alma mia!

»El que encerrais en vuestro pecho hermoso
Y no hizo horror de entrar en vuestro seno
Para ser como debo vuestro esposo,
Me deje el corazón de su amor lleno;
Pues para ser cual soy tan venturoso,
Ninguno habia de ser, Virgen, mas bueno,
Ninguno habia de ser mas justo y santo,
Y soy tan malo que de mí me espanto.

»Pedidle que me dé lo que me falta,
Lo que ve que me cumple y yo deseo,
Porque para una dignidad tan alta
Mi mucha indignidad conozco y veo;
Supla su gran favor mi grande falta,
Que humilde y bajamente de mí creo.
Pues no merezco de esas prendas bellas
Poner mi boca en las divinas huellas.

»Dios en mi casa! Dios en mi María!
Dios disfrazado en el humano velo!
¿Que Dios es hijo de la esposa mia!
¿Aquesta pobre casa es corte y cielo!
¿Padre de Dios llamarme yo podría!
¿Y ser del niño Dios guarda y consuelo!
¿Que me ha de respetar como á su padre!
¿Que soy amparo dél y de su madre!
¿Con estos ojos tengo de mirarle!
¿En estos brazos tengo de traerle!
¿Con estas manos he de sustentarle!
¿En este pecho tengo de tenerle!
¿Como á mi hijo tengo de mandarle!
¿Por menor mío tengo de tenerle!
¿Que he de tener de Dios al hijo amado
En mi casa, á mi mesa y á mi lado!

» ¡Cómo al favor de la merced que toco
La vida amada de placer no pierdo!
Julcio debo de tener bien poco,
Pues con tal dignidad de mí me acuerdo;
Si fuera cuerdo ya estuviera loco,
Loco debo de ser pues estoy cuerdo,
Que en la merced que el cielo me asegura,
No tener seso es la mayor cordura.

» Dadme la suficiencia, Niño hermoso,
Para la dignidad que no merezco;
Dadme bondad para ser digno esposo
De mi Señora, á quien el alma ofrezco;
Y pues me dais un nombre tan honroso,
Que en él á vuestro padre me parezco,
Para que en él os sirva como debo,
Dadme nuevo favor y valor nuevo.

» Dadme del querubín mas encumbrado
Para serviros la sabiduría;
Dadme del serafín mas abrasado
El grande amor que en él el vuestro cria;
Dadme, pues el oficio me habeis dado,
Lo que veis que desea el alma mía
Para agradaros, Niño, como es justo.
Serviros siempre y siempre daros gusto.

» Y vosotros, espíritus gloriosos,
Que sois de guarda desta humilde casa,
Gozando de los rayos siempre hermosos
Del sol eterno, que os la da sin tasa,
Pues sois mis compañeros venturosos,
Y un deseo justo á todos nos abrasa
De acertar á servir al niño fuerte,
Pues mejor lo sabeis, haced que acierte.

» Pues sabeis, cortesanos celestiales,
Que todos somos unos desde el día
Que encerró Dios sus rayos inmortales
En el virgíneo vientre de María,
Para servir á las personas reales,
Al niño Dios y á la adorada mía,
Me dad vuestro favor, y juntos todos
Lo procuremos por diversos modos.

» Llenad el suelo pobre de rubíes,
De jacintos, carbunclos y esmeraldas;
De perlas y oro los zaquizamíes,
Con piñas de diamantes y guirnaldas;
Las paredes de rosas y alhelles,
Hechos de nácar y oro atavíaldas,
Traed del alba el oriental tesoro,
Los ríos de plata, los mineros de oro.

» Traed, enamorados serafines,
Las flores entre todas mas hermosas,
Despojad á los mas bellos jardines
De azahares blancos y encarnadas rosas,
De alhelles pajizos, de jasmínes,
De lirios y azucenas olorosas,
De rosados claveles y mosquetas,
De narcisos, de acantos y violetas.

» Mas ¡qué digo! bajad de vuestro cielo
Las estrellas de luz mas encendida;
Dellas enladrillad el pobre suelo
Que pisa alegre el alma de mi vida;
Prestad la luna de su blanco velo,
Pues nunca se habrá visto mas crecida,
Dénos el rubio sol sus rayos rojos,
Que todo lo merecen estos ojos.

» Mas ¡pobre yo! que necio desvarío
Me lleva á desear lo que poseo,
Pues donde vos estais ¡oh niño mío!
El cielo adoro y sus riquezas veo;
Sois del tesoro eterno eterno río,
Sois la justa medida del deseo,
Con vos llevais el cielo ¡oh niño hermoso!
Que es donde vos estais lugar glorioso.

» Si puede hacer el rey corte la aldea,
Porque es corte el lugar que el rey habita,
¡Que mucho que esta casa cielo sea
Si goza Dios vuestra deidad infinita!
Los tesoros que el alma ver desea,
Cuanto para agradaros solicita,
Lo tiene, Niño, por mas alto modo,
Pues teniéndos á vos lo tiene todo.

» Y entre tanto, divinos cortesanos,
Que á servir á mi Esposa habeis venido,
Y gozais los favores soberanos
Del Dios que estais mirando, aunque escondido,
Enderezaad mis piés, moved mis manos,
Como entendeis será mejor servido,
Y pues sabeis del niño Dios el gusto,
Procurad que le acierte como es justo.

» Regalad á mi Esposa soberana,
Servid á la que es gloria de mi vida,
Que su gracia y belleza mas que humana
De vosotros merece ser servida;
Que yo con pecho alegre y alma ufana
Procuraré ganarle la comida
A costa del sudor del rostro mío,
Que ha de envidiar el oriental rocío.

En esto la santísima Señora,
Cuya hermosa belleza al cielo espanta,
Con sus luces doradas le enamora,
Y con sus blancas manos le levanta;
Él al Niño encerrado humilde adora,
Y reverencia su adorada santa;
Absorto queda si á su esposa mira,
Y el niño Dios en ella mas le admira.

Del misterio divino satisfecho
Por el nuncio de Dios á él enviado,
Recibe por mujer en lazo estrecho
A quien habia la fe de esposo dado,
Y conforme á las leyes del derecho
Fué el santo matrimonio celebrado,
Siendo perpetuo y firme eternamente,
Segun las ceremonias de su gente.

Y celebrando las solemnes bodas,
Púsoles el amor el casto velo;
Quedan alegres las criaturas todas,
Que el cielo encierra y que sustenta el suelo;
Él que el Coloso insigne tiene en Ródas,
El suelo enriqueció y alumbró el cielo;
Renuevan luego el casto voto amado,
Sin condicion y en mas perfecto grado.

El fiel Josef con el sudor dichoso
Gana el sustento de su Esposa bella,
Y al virginal y bien nacido Esposo
Sirve y regala enamorada ella;
El vive de su gusto cuidadoso;
Tiénele en él la sin igual doncella:
En esto y contemplar el Niño santo
Pasan el tiempo, y yo al siguiente canto.

CANTO XII.

Del trabajo de San Josef, y el edicto de César Augusto.

El rey Amásis, que lo fué de Egipto,
Viendo la ociosidad del reino, un día
Mandó por general público edicto
Que de la gente que en su reino habia
Ante su presidente fuese escrito
De cada uno el oficio que tenia,
Para que el ocio infame desterrado,
Fuese el útil trabajo mas honrado.

Y antes que aqueste sabio rey naciese,
Fué costumbre en Egipto celebrada
Que si ciertos estadios no corriese
La juventud do fuese ejercitada,
Ni el sustento ordinario se les diese,
Ni la acogida de su casa amada,
A los gimnosofistas imitando,
Que no comían sino trabajando.

Los espartanos, gente de la Grecia,
Destierra á sus hijuelos en su infancia,
Y cual gente sin fruto los desprecia,
Hasta que al bien comun son de importancia;
Y cuando vuelven los estima y precia,
Sabiendo oficio de honra y de ganancia
Con que trabajen en la patria amada,
La ociosidad venciendo descuidada.

Y entre las leyes de justicia llenas
Del gran Dracon, legislador famoso,
Fué la que ilustró mas la sabia Atenas
La que condena al ciudadano ocioso:
Decretos justos y costumbres buenas
En favor del trabajo provechoso
Contra la ociosidad desmazelada,
Que ofende al cielo y á la tierra enfada.

Con dotar Dios de soberano aviso
A la cabeza del mortal linaje,
Con darle por morada el paraíso,
Quiere que en él para su bien trabaje;
Y el mismo eterno Dios trabajar quiso,
Pues de las letras santas es lenguaje
Que descansó en el seteno día
De la labor que hecho en seis habla.

Y él hace cargo á la bestial Sodoma
De la soberbia vana y ocio infame,
De donde fuerzas la torpeza toma,
Haciendo el aire gima y fuego brame;
Y á la arrogante vencedora Roma
Este vicio sabemos que la infame,
Pues vencida Cartago fué vencida,
Mas que Cartago infame y abatida.

Con la grosera piel y tosca abarca
No guardaba ganado el jóven santo
Que crió de Egipto el general monarca
Cuando la zarza vió lleno de espanto?
Y el que el niño quitó á la hambrienta Parca,
Volviendo de la viuda en gozo el llanto,
La reja del arado no seguía
Cuando salió á doblada profecía?

David en los trabajos de la guerra
Fué de virtud dignísimo dechado,
Y en el descanso y ocio de su tierra,
Cautiva el alma se quedó enterrado;
Y su hijo sabio, en quien el cielo encierra
El saber sobre todos celebrado,
No idolatró cuando ocupado estaba,
Sino en la ociosidad que la honra acaba.

¿Cuándo la madre tierna estuvo ociosa
Desentrañada en el mortal provecho?
Cuándo al trabajo no acudió piadosa
Abriendo por el hombre el franco pecho?
Cuándo no corren á la mar furiosa
Los raudos rios á pagarle pecho?
Cuándo el aire inquieto estuvo ocioso,
O fué el activo fuego perezoso?

¿Cuándo del cielo las esferas bellas
Pararon su continuo movimiento?
Cuándo el sol, que da luz á todas ellas,
Paró el curso en su cuarto hermoso asiento?
Cuándo la variedad de las estrellas
Dejó de obedecer al firmamento?
Cuándo la blanca con la luz ajena
Estuvo ociosa por hallarse llena?

¿Cuándo en aquel alcázar sacrosanto,
Donde entre olorosos altares,
Llenos de gloria y admirable espanto
Cantan á Dios dignísimos cantares,
Cesó jamás el santo, santo, santo
Que repiten millares de millares?
Y cuándo Dios en su profundo abismo
Cesó en la eterna gloria de si mismo?

El agua rebalsada luego ofende,
La tierra no labrada se marchita,
El fuego muere, muerto lo que enciende,
La vida el aire detenido quita;
El oro entre la mina no se entiende,
Perece la ciudad que no se habita,
El soldado holgazan se hace cobarde,
Y el que trabaja mas muere mas tarde.

El sabio al perezoso envía á la hormiga,
Y yo al ocioso á la sutil abeja,
Esta, que con solícita fatiga
De su dulce trabajo el fruto deja,
Aquella, que en el silo y cueva amiga
Contra el airado invierno se apareja,
La una y otra siempre trabajando,
Las leyes justas de su autor guardando.

Y él mismo escribe el loco desvarío
Del holgazan ocioso que abrigado,
Huyendo del rigor del yerto frío,
Alza la mano del precioso arado,
Y después, cuando el fruto da el estío,
Se halla el necio con razon burlado,
Que pobreza y pereza juntas moran,
Juntas militan y conformes lloran.

Hace mayor el número el ocioso,
Siéntase el miserable en la medida,
Y en daño ajeno siempre malicioso
Come de balde el pan que le da vida;
Roto, baldío, necio y perezoso,
Sigue la escuadra de Murcea perdida,
Y de Sibaris hecho ciudadano,
Llora el invierno lo que holgó el verano.

Es el trabajo puerta de la honra,
Muerte del vicio, de la virtud vida,
Es padre de la fama en quien se honra
Y senda de la patria prometida;
El ocio es puerta vil de la deshonra,
Padre de la malicia carcomida,
Sepulcro feo del que en sí convierte
Del vicio vida, de la virtud muerte.

El perezoso que su ser ultraja
Cosecha espera sin haber sembrado;
Mas el que come de lo que trabaja
Dice David que es bienaventurado;
¿Quién halló de los hombres la ventaja,
Sino el trabajo, con razon honrado,
Que es quien después de Dios sustenta el suelo
Y puede osado conquistar el cielo?

¡O Josef justo y celestial María,
El uno, y otro digno descendiente
De la real ilustre monarquía
De lo escogido de la antigua gente!
¿Quién de tan cuerda y santa compañía
Viera vuestro trabajo diligente,
De la holgazana ociosidad triunfando
Y el tesoro del tiempo aprovechando!

Hace Josef que la madera cruja,
Quejosa de la sierra que la ofende;
Su Esposa diestra en la sutil aguja
El blanco lienzo con destreza hiende;
Labrando en él con tal primor dibuja,
Que Minerva admirada della aprende,
Y atenta mas que con Aragne brava
Su gracia admira y su labor alaba.

Alza los ojos la doncella hermosa,
Y ve á Josef, que trabajando suda,
Y con su luz alegre y amorosa
Divinamente á su querido ayuda:
El vuelve á ver á su adorada Esposa,
Y descansa en la gloria de su ayuda;
Porque le dan los ojos soberanos
Al alma gusto y fuerzas á las manos.

Rompe gozoso con la aguda sierra
El madero cruel, que se resiste,
Baña con el sudor la amada tierra,
Que alegremente dél se adorna y viste;
Tiende los rayos la que á Dios encierra,
Y al amado Josef gozosa embiste,
Su rostro enjuga, y el sudor que vierte
En aljófar y perlas le convierte.

Del escuadron angélico, que mira
La dicha grande del varon glorioso,
Cuál dellos de la sierra alegre tira
Para ayudar al bien nacido Esposo;
Cuál dél enamorado en él se admira,
Limpiándole el sudor del rostro hermoso,
Y cuál pretende ser su compañero
Sirviendo de oficial de carpintero.

Cuál el madero para aserrar tiene,
Cuál le sirve el escoplo ó el cepillo,
Cuál del cuartón cargado humilde viene,
Cuál le da el cartabón, cuál el martillo,
Cuál en coger astillas se entretiene,
Llenando humildemente el esportillo,
Cuál acepilla, cuál asierra ó clava,
Y cuál la dicha de Josef alaba.

Cuál, que al justo varon cansado via,
Le quita del trabajo fatigado,
Cuál cortesmente con Josef portia
Para acabar lo que él ha comenzado;
Cuál le canta canciones de alegría
Y le entretiene en el trabajo amado,
Y todos llenos de amoroso gusto
Sirven al noble Esposo y varon justo.

Josef contempla con placer sin tasa
El gusto de los nuevos oficiales,
Cómo le sirven en su humilde casa,
Siendo de Dios ministros celestiales;
Contempla cómo el niño los abraza
Dentro de las entrañas virginales,
Cómo encerrado allí déi se enamoran,
Cómo le reverencian y le adoran.

Luego vuelve á mirar las luces bellas
De la divina virginal Esposa;
Parécenle del cielo dos estrellas,
A quien da el Niño sol su luz hermosa;
Mira que el resplandor que sale dellas
Da nueva gracia á su jazmín y rosa,
Haciendo mas hermosa su hermosura
Y su pureza virginal mas pura.

Mira al inaccesible ya humanado,
Al todo poderoso ve rendido,
Al que es incircunscripto ve cercado,
Yal que es incomprehensible comprendido;
Al infinito mira ya abreviado,
Al inmenso Señor mira medido,
Temporal al eterno, flaco al fuerte,
La eterna vida ve sujeta á muerte.

Al ser humano mira levantado,
Con lazo inseparable á Dios asido,
Sobre todos los cielos encumbrado
Y estrechamente á la Deidad unido;
Mira infinito al que era limitado,
Mira al humilde al ser de Dios subido,
Al temporal eterno, al flaco fuerte,
La vida humana reina de la muerte.

Entre ejercicios de la vida activa
En que á su Esposa regalar pretende,
Abraza alegre la contemplativa,
Que el pecho casto blandamente enciende;
Mira que es de las dos estampa viva
Su Esposa, de quien sabiamente aprende
A ser de Dios regaladora Marta,
Y la que nunca de sus pies se aparta.

Gozosamente gana la comida
Para el sustento de la real doncella,
Y á su trabajo siempre agradecida,
Alegre le regala y sirve ella;
El quiere á costa de su propia vida
Dar gusto y regalar su Esposa bella,
Y ella con rostro entre risueño y grave
Le sirve alegre lo mejor que sabe.

Con lo que puede de Josef el arte
Sustenta á la que es justo al mundo asombre;
Ella lo come, y luego lo reparte
Con el niño, que tiene de Dios nombre,
Y así, Josef alcanza á tener parte
En la preciosa redencion del hombre,
Pues que con el sustento el Niño crece,
Que él da á su Esposa, y ella al Niño ofrece.

Josef sudando la comida gana,
Y da á la que el cielo le da en suerte;
Cómela la doncella soberana,
Y con ella sustenta al Niño fuerte;
El aumentando su niñez humana,
En su propia sustancia la convierte,
Volviendo sangre, que ha de darnos vida,
El sudor que Josef hizo comida.

Josef con el trabajo de sus manos
Da de comer á la que á Dios sustenta;
La Virgen con los ojos soberanos
Gozo, gusto y descanso en él aumenta;
Admiranse los bellos cortesanos
De que Josef su Príncipe alimenta;
Pámanse en ver con cuán piadoso celo
Sustenta alegre al que sustenta al cielo.

La Virgen bella derramando risa,
Llena de Dios y de sus gracias llena,
Gozosamente la comida guisa
Para el que siempre se la ha dado buena;
Josef, al resplandor que se divisa
Entre los rayos de su luz serena,
Se pasma, y mas en ver que le regala
La que el mas puro Serafín no iguala.

El vientre virginal se va aumentando,
Porque le aumenta el Niño que en él crece,
Que el tiempo deseado va llegando
Al que ha cinco mil años que padece;
Josef lleno de gozo espera el cuándo
Ha de gozar el bien que le enriquece;
En continua oracion el tiempo gasta
Y en servir á su Esposa siempre casta.

El bético clarín el aire altera;
Suena el píparo real, suena la caja,
Tremola al aire la imperial bandera,
Y en confuso tropel el pueblo baja;
En la plaza mayor suspensa espera
La gente noble, la plebeya y baja,
Cada cual varias cosas maquinando
Hasta saber del atambor el bando.

El vulgo monstruo de cabezas varias
En varias opiniones se divide,
Contrarias unas de otras, y contrarias
A lo que el César por su edicto pide;
Hechas las prevenciones ordinarias
Para el pregon que el necio vulgo implide,
Sonó la voz, y en un silencio mudo
Al confuso rumor convertir pudo.

El invencible emperador de Roma,
Segundo César, y primero Augusto,
Señor del orbe en cuanto el cielo toma
Desde el helado clima al clima adusto;
Aquel que todo el mundo oprime y doma
Por valeroso y fuerte, sabio y justo,
El que las puertas del bifronte Jano
Doce años há cerró su sacra mano;

Manda por su imperial público edito,
Movido de un honrado y justo celo,
Pues se extiende y dilata un distrito
En cuanto ciñe el mar y mira el cielo,
Que cada cual parezca á ser escrito
Al solar propio, al propio patrio suelo
Donde está de su estirpe la cabeza
Y tuvo origen su naturaleza.

Parézcan los egipcios, licaones,
Lidlios, armenios, sirios, africanos,
Griegos, Arabes, Tracios, Esclavones,
Dalmacios, atenienses, transilvanos,
Numidas, albaneses, macedones,
Tártaros, scitas, Libios, Géorgianos,
Búlgaros, españoles, medos, persas,
Gentes en traje y condicion diversas;

Las que del norte al sur el cielo cria,
Las que curte el arquero que deslumbra,
Las que al salir del agua clara y fria
Le ven que por su eclíptica se encumbra;
Las que ven en el mar hundirse el día,
Triste porque su padre no le alumbra;
Las que Africa, Asia, Europa dan sustento,
Obedezcan al santo mandamiento.

Donde reconociendo el homenaje
A su señor y príncipe absoluto,
Pague el de estirpe noble ó vil linaje
Al imperio romano su tributo;
Su sujecion confiese y vasallaje,
Al que de nuestra paz nos cogió el fruto,
Al gran monarca, emperador inmenso,
Sin que ninguno usurpe el justo censo.

Y el que no pareciera en su persona
A ser empadronado como ordena
El edicto imperial que se pregona,
Cuya noticia en todo el mundo suena,
Siendo rebelde á la imperial corona
Por traidor y enemigo le condena,
Y aplicando la hacienda al sacro imperio
Le deja en su perpetuo cautiverio.

Mándase pregonar públicamente,
Porque alguno ignorancia no pretenda,
Pues quien se hallare ser inobediente
No habrá quien del castigo le defienda;
A nadie valdrá ser de ilustre gente,
Público oficio, dignidad ni hacienda,
Ninguno habrá que del rigor se esconda,
O traiga collar de oro ó cinta honda.

Tornó á sonar la resonante trompa
Y á responder el pífaró y la caja,
Haciendo el aire se adelgace y rompa
Herido de la fuerza que le ultraja;
Luego con la debida regia pompa
El presidente al consistorio baja
Para fijar el general edito,
Que del Senado y César va suscrito.

Cual suele el arroyuelo que trepando
De peña en peña sin temor se arroja,
Ir entre blancas guijas murmurando,
De quien las ondas del cristal le enoja;
Y como suele Céfito volando
Susurrar blandamente entre la hoja
Del álamo acopado y olmo hojoso,
Haciendo un rumor blando y sonoro;

Así un lento rumor el pueblo mueve,
Y en varios pareceres se alborota:
Cuál á decir el suyo no se atreve,
Y la soberbia del edicto nota;
Cuál con sereno rostro y alma leve
Dice que es justo, y que se pague vota,
Y cuál el hombro encoge y ceja enarca
La vanidad mofando del monarca.

Cual aprieta los dientes y al sol mira,
Y del edicto con furor blasfema;
Cuál por los ojos vierte furia é ira,
De la que el pecho recocado quema;
Cuál por su libertad llora y suspira,
Que es justo que mayores daños tema,
Y cuál mirando al suelo habla entre dientes,
Y llora esclavos ya sus descendientes.

Hácese de los viejos una muela
Mirando al rededor quien los escucha;
Susurra cada cual lo que recela
Del bando echado que en sus almas lucha;
Cuál en su daño dice que es cautela,
Cuál que es gran ambición y fuerza mucha,
Cuál dice que es soberbia y avaricia
Con sombra de bondad y de justicia.

Cual vuelve por Augusto Octaviano
Y dice que el edicto es cuerdo y justo,
Que pues los sujetó el valor romano
Paguen el censo con contento y gusto;
Cuál dice que el edicto es de tirano,
De rey inicuo, emperador injusto;
Uno replica y otro se alborota,
Y cada cual, cual le parece vota.

Los viejos graves de mayor prudencia,
Y los que Nazaret honra y respeta
Por sus canas, sus letras y experiencia,
La furia amansan de la gente inquieta;
Y para huir de Roma la violencia,
Que al fuerte doma y al soberbio aprieta,
Decretan como sabios y discretos
Ganen amigos, pues están sujetos.

Lo que ha de hacer la fuerza hágalo el gusto,
De la necesidad virtud haciendo,
Que así será obligar al sacro Augusto,
Sus leyes y pragmáticas cumpliendo;
Que al vasallo no toca ver si es justo,
Mas tócale acudir obedeciendo
A lo que su señor manda y ordena,
O á no excusar la amenazada pena.

Cada cual dellos á su casa parte,
Y la jornada con temor previene
A la remota ó mas vecina parte,
A donde el tronco de su estirpe tiene;
Temen la furia del sangriento Marte
Que en el público bando envuelta viene,
Y por no cometer mayor delito
Quieren obedecer al sacro edicto.

¡O caminos de Dios! ¡Cuán diferentes
Son de los que las gentes inventaron,
Pues yerran los caminos de las gentes,
Y los vuestros, Señor, nunca se erraron!
Venden unos hermanos inclementes
Al inocente justo que envidiaron,
Y es el camino el fraternal delito
Para que venga á ser virey de Egipto.

Va por el campo el rústico profeta,
Que lleva á los que siegan la comida,
Cógelo el ángel cual veloz cometa,
Y dala al que la tiene merecida;
Dispara acaso un arco una saeta,
Y quita al cruel Acab la injusta vida;
Llevan á apedrear una inocente,
Y á los jueces apedrea la gente.

Del rey Asuero su mayor privado
Horca levanta para el noble hebreo,
Y siendo de ella infamemente ahorcado,
Queda libre y honrado Mardoqueo;
De las hinchadas olas azotado,
Entre la sucia brea y betun feo,
Llega Moisés guardado en el cestillo,
A ser del pueblo santo fiel caudillo.

Abre camino por el mar la vara
Para que pase salvo el pueblo amigo,
Y las murallas hechas de agua clara
Se dismantelan contra el enemigo;
Goza Absalon de su belleza rara,
Y es su belleza su mayor castigo;
A Judit da su amor el sirio fuerte,
Y trueca amor el arco con la muerte.

Manda César que el mundo se empadrene,
Pensando descubrir su fortaleza,
Y es que por instrumento Dios le pone
De su infalible é inmortal certeza;
Ordena Dios que el bando se pregone,
Porque Josef acuda á su cabeza,
A su patria Betlen, donde está escrito
Que ha de nacer estrecho el infinito.

De Ageo tambien está profetizado
Que Dios ha de mover todas las gentes
Antes que dellas venga el deseado
Por edades y siglos diferentes;
Sirve á lo que por Dios está ordenado
Listar del mundo á todos los vivientes,
Siendo instrumento el belicoso Augusto
De lo que ordena el sumamente justo.

El virginal Josef que ya ha sabido
La obligacion en que el pregon le pone,
Triste, turbado y desaparecido
Al forzoso camino se dispone;
Y á la que en lazo conyugal le ha asido
El que ordena que el orbe se empadrene
Le va á dar cuenta de su ausencia amarga,
Al alma triste y á los ojos larga.

Siente Josef de su adorada estrella
La ausencia triste y por su mal forzosa;
Siente la soledad la Esposa bella
Del que está unido á su bondad preciosa;
Muere Josef en apartarse della,
Ella en dejar su prenda venturosa
Derrama perlas de los claros soles
Sobre sus encarnados arreboles.

Siente Josef que el alma se le arranca
Solo en imaginar de verse ausente
Del jazmin casto y azucena blanca,
Que puso el cielo en la nevada frente;
La Virgen bella del tesoro franca,
Que vence á los aljófares de oriente,
Siente que el triste corazón se parte
En pensar que su amado se le aparta.

Teme Josef que el alma se despiada
Del pecho helado si á su Esposa deja;
Ella teme perder la amada vida
Si su amado Josef della se aleja;
El llora triste la mortal partida,
Y de su dicha y del pregon se queja;
La Virgen llora imaginada ausente
Del bien que estima y ama tiernamente.

Y dice: «mi Josef, ¿podré dejaros?
 ¿Podréis del alma vuestra desasiros?
 ¿Podré sufrir dejar de acompañaros?
 ¿Y vos sin vuestra Esposa podréis irros?
 ¿Podré vivir con gusto sin miraros?
 ¿Y vos sin mí á tenerle persuadiros?
 ¿Podré, Señor, si ya llegué á quereros,
 Dejar un hora de gozar de veros?
 »Sin vos qué gusto habrá que me dé gusto?
 ¿Con vos qué pena habrá que me dé pena?
 ¿Con vos qué pena me dará disgusto?
 ¿Y qué cosa sin vos podrá ser buena?
 Sin vos, dulce Josef, de nada gusto;
 Con vos de gusto tengo el alma llena;
 Sin vos la vida me será enojosa,
 Y la pena con vos dulce y sabrosa.

»Después del hijo que en el vientre encierro,
 Gloria de Dios y su mayor tesoro,
 Quién podrá consolarme en el destierro
 Que amenazado solamente lloro?
 Quién, mi Josef, condenará por yerro,
 Siendo después de Dios el bien que adoro,
 En quien el alma vive y por quien muere,
 Que vaya el cuerpo donde el alma fuere?

»Si sois después de Dios mi mas amado,
 Si sois después de Dios mi mas querido,
 Si sois la vida de la que os la ha dado,
 Y alma de quien la suya os ha ofrecido,
 Si sois quien en mí vive trasformado,
 Si sois quien tengo al alma siempre asido,
 Y si después de Dios sois mi bien todo,
 ¿Cómo os podré dejar de ningún modo?

»El casto amor que con su lazo fuerte
 Hizo de dos un alma y una vida,
 Hizo también igual de ambos la suerte
 Hasta que Atropos fiera la divida;
 Y así, Josef amado, en vida y muerte
 A vuestro lado me veréis unida,
 No habiendo cosa alguna que sea parte
 Para que, viva yo, de vos me aparte.

»Antes, virgen Josef, me determino
 Con gusto vuestro y con licencia vuestra
 De báculo servir en el camino
 A vuestra ilustre venturosa diestra;
 Oya, amado Señor, el sí divino
 Que dé de vuestro amor segura muestra;
 Dadme este gusto, pues me le habeis dado
 En cuanto vos sabeis que he deseado.»

»¿Qué os puedo yo negar, amada mía,
 Josef responde, y mas siendo consuelo
 Vuestra divina y santa compañía,
 Para pedirle por merced al cielo?
 Que del camino lo que mas temía
 Era ausentarme del dichoso suelo
 Que huellan vuestras bellas tiernas plantas
 Y hacen cielo las luces sacrosantas.

»Temí la muerte, y era de temella,
 Pues me apartaba de mi amada vida;
 Temí que el alma se volviera á vella,
 Dejándome en mitad de la partida;
 Temí que ciego me perdiera en ella,
 Sin la luz clara donde el sol se anida;
 Temí errar el camino, y ¿quién no errara,
 Ausente de mi norte la luz clara?

»Temí que el parto bienaventurado,
 Ausente vuestro Esposo, no os cogiera;
 Temí dejar de hallarme á vuestro lado,
 Adonde os regalara y os sirviera;
 Temí la pena que os había causado
 El miedo triste de mi ausencia fiera;
 Temí mi falta, aunque ninguna habría,
 Teniendo á Dios que os hace compañía.

»Y agora temo, soberana Esposa,
 De la preñez no vuestra pesadumbre,
 Que es obra de la mano poderosa
 Del que procede de una y otra lumbre;
 Sé que es vuestra preñez maravillosa
 Fuera de toda natural costumbre,
 Que traer su sangre á nadie le da pena,
 Y dala siempre á la que trae la ajena.

»Mas temo del camino la jornada,
 Que hay casi treinta leguas de aspereza
 De Nazaret á la ciudad amada,
 Donde está de mis padres la nobleza;
 Temo, Virgen hermosa, ver causada
 Vuestra divina sin igual belleza,
 Que es la jornada larga y enojosa,
 Vos Virgen delicada y niña hermosa.

»Temo también el tiempo riguroso
 Del erizado invierno y clero frío,
 A cuyo soplo helado y enojoso
 El campo se encanece y cuaja el río;
 Temo en ver que no soy tan venturoso
 Que, como os llevo dentro el pecho mío,
 Os pudiera llevar de tal manera,
 Que os viera descansada y os sirviera.

»Temo faltarme el jumentillo rudo
 Para llevar la venturosa carga,
 Pues como á ocioso en casa, darle pudo
 Aquesa mano limosnara y larga;
 Temo hallarme tan pobre y tan desnudo,
 Que á vuestro alivio mi pobreza embarga,
 Pues si he de consentir que vais conmigo,
 A pié habeis de ir cansada y sin abrigo.

»Temo viendo que al parto deseado
 El tiempo sacrosanto ya se llega
 Para que salga al puerto el que embarcado
 Há casi nueve meses que navega;
 Temo no os coja en un desierto helado
 O entre la chusma de la gente ciega,
 Donde falte el regalo y el decoro
 Debido á la bondad que humilde adoro.

»Temo dejaros, y llevaros temo;
 Dejaros y llevaros me da pena;
 Temo no ver la luz en que me quemó,
 Y temo ver la de su aljófara llena;
 Temo mi daño en uno y otro extremo,
 Y cada extremo á llanto me condena,
 Que en llevar y en dejar á la que adoro
 Mi daño temo y mi tormento lloro.

»Mas ¿qué puedo temer si veo, Señora,
 Que vos gustais de hacerme compañía?
 Qué teme el alma, qué mi miedo llora
 De llevar mi dulcísima María?
 Que si el Señor que en vuestro pecho mora
 Quiere ir á honrar la amada patria mía,
 Dios va conmigo y la que á Dios encierra,
 Los mejores del cielo y de la tierra.

»Conmigo van sus ángeles de guarda,
 El cielo va conmigo, pues que llevo
 El sol cubierto con la nube parda
 Del grosero sayal del traje nuevo;
 Vamos, Señora, que ayo soy y guarda
 Del que nos guarda y del que servir debo,
 Y él nos ha de guardar, pues yo le guardo,
 Que de tal guarda dulce fin aguardo.»

La Virgen soberana, agradecida
 Al gusto grande que Josef le ha hecho,
 Descubre por su vista esclarecida
 Las riquezas divinas de su pecho;
 Que el Niño eterno, que por darnos vida
 Se reclinó en su casto hermoso lecho
 Era quien la inspiraba á la jornada,
 Para empezar la suya descada.

Y así, ya del camino cuidadosa
 La Virgen bella alegre se previene,
 Sacando de la arquilla venturosa
 Los paños pobres que guardados tiene;
 Que sabe la doncella siempre hermosa
 Que apercebirse de ellos le conviene
 Para el parto dichoso, que la lleva
 Al sitio inculto de la agreste cueva.

Tenazas, sierras, cartabon, martillo,
 Cepillo, escoplo, clavos y barrena
 Junta Josef, y llena el esportillo
 Del fiel sustento de la pobre cena;
 Pone de cera el cándido librillo
 Para la que es después de su autor buena;
 Pedernal, eslabon y yesca pone,
 Y á la jornada alegre se dispone.

Abrega á su adorada el noble Esposo
Contra el fiero rigor del tiempo helado,
Cubre con el cendal el rostro hermoso;
Que ofende el hielo y á él ha enamorado;
Comienzan el camino trabajado,
Dejan de Nazaret el suelo amado;
Dejan la casa, amigos y parientes
Por ser á la pragmática obedientes.

Camina pues el noble peregrino
Con la gracia y bondad mas peregrina
Que vió jamás el resplandor divino
Del que por el Zodiaco camina;
Oféndelos el áspero camino,
La sombra de la noche ya vecina,
El austro helado, el aquilon furioso,
La pobreza y el hielo riguroso.

Abre camino por la blanca nieve
La escuadra de los bellos cortesanos,
Admirados de ver cómo se atreve
A los dos peregrinos soberanos;
Y consideran cuánto á Josef debe
El Padre universal de los humanos,
Cuánto le debe la virginal Madre,
Pues hace oficio de su esposo y padre.

Lleva la mano la divina Esposa
Sobre el hombro querido del que ama,
Descansa el Santo con la carga hermosa,
Que en casto amor el corazón le inflama;
Muestra Bóreas la cara temerosa,
Esparce hielos y crueldad derrama,
Y ofendidas las luces virginales,
Le aplacan con sus perlas orientales.

Afligese Josef de que despliega
Las negras alas la callada noche,
Porque del verde mar donde navega
Al horizonte sube el negro coche;
Afligese de ver de que le niega
De su azul manto el uno y otro broche,
Y que de parda oscuridad se viste,
Vistiendo de temor el mundo triste.

No mostró el rostro la menguante luna,
Porque el sol enojado no la trata,
Por verla cada mes cuán importuna
Mendiga el resplandor que la dilata;
No mostró Dios de fuego la columna,
Que otro tiempo guió á la gente ingrata,
No se detuvo el sol, antes va huyendo
De las tinieblas que le van siguiendo.

Pero columna, sol, luna y estrellas
Fueran ociosas donde el niño hermoso
Vierte sus rayos por las lumbres bellas
Que serenán al tiempo riguroso:
Halló Josef descanso en solo veillas,
Su Esposa en que descansa el noble Esposo,
La cual con dulce agrado soberano
De jaxmines le dió la blanca mano.

Josef con humildad la reverencia,
Hecho bracero de la reina hermosa,
Cuya divina virginal presencia
Llena de luz la noche tenebrosa;
No teme ya del Austro la inclemencia,
No el manto negro de la negra diosa,
Que va tendiendo por el cielo santo
Con tal silencio, que le pone al cauto.

CANTO XIII.

Del camino hasta llegar á Bellem.

Trastorna el vernegal el teucro acuario
Escureciendo con su lluvia el día,
El crespo Orion soberbio y temerario
La tierra asombra con su vista fría;
La cabra de la piel de color vario,
Que á Júpiter crió y hoy luces cria,
Mueve las nubes con los cuernos de oro,
Cubriendo de los cielos el tesoro.

El vaquero Bootes desgrefiado
El desahrido ceño al mundo muestra,
Y gruñidor y mal condicionado
Vientos esparce con la tosca diestra;
Los peces de oro entre el cristal sagrado
Dan del gusto que gozan clara muestra,
Somormujando las azules colas
De la abundante lluvia entre las olas.

Un arrugado viejo, rostrituerto
Es del pálido tiempo presidente,
El cual de escamas blancas trae cubierto
El mustio rostro y la pequeña frente;
Vive solo en un páramo desierto,
Al hielo tiembla y da diente con diente,
Llenando con sus lágrimas ancianas
La vieja tierra de nevadas canas.

Huye de ver al sol, y si le mira
Es raras veces, y esas por un lado;
Por los hundidos ojos saetas tira
De helado frio y hielo requemado;
Por su aliento cruel Bóreas respira;
Por sus narices sale el Austro helado;
Helado tiembla, y á su temblor frio
El campo se demuda y cauja el río.

Son de raíces una y otra pierna,
Sus secos brazos de árboles desnudos,
Su cuerpo de una encina casi eterna,
De proporcion grosera y miembros rudos,
Su cuerpo seco es húmida caverna,
Y por ella regüelda cierzos crudos;
Son sus barbas carámbanos helados,
Y hielos sus cabellos erizados.

El rostro feo á nuestra Madre asombra,
Y viendo con la furia que le embiste,
Quita de sobre sí la verde alfombra,
Y de la blanca escarcha el suyo viste;
Hace de blanco velo escudo y sombra,
Y en sus entrañas temerosa y triste,
Sus bellas flores y sus dulces frutas
Guarda metida en las secretas grutas.

Siembra de soliman espesos copos,
Que hechos racimos llenan de blancura
Las encinas, los robles y los chopos,
Así afeitando su corteza dura;
Temen cobardes los groseros topes,
Y hacen con miedo habitación segura
Dentro del fiel sustento de su vida,
Que les sirve de casa y de comida.

Va el caminante con el fieltro duro
Contra la furia que del cielo llueve,
Cércale al rededor de nieve un muro,
Y queda sepultado entre la nieve;
Está el camino del ladron seguro,
Y no de la crueldad del tiempo aieve,
Que, como foragido y homicida,
Sale al camino por robar la vida.

Bala la oveja por el verde pasto
Para criar el tierno corderillo,
Pues si la tierra no hace el rico gasto,
Ni él se podrá criar ni ella sufrillo;
Sale el pastor con el zamarro basto,
Atado al cuerpo con el tosco orillo,
Las manos en el seno tiritando,
Y al son que hacen los dientes regañando.

Los árboles hermosos, mal heridos,
Enfermos de su gloria se desnudan:
Dejan desiertos los amados nidos
Los pájaros llorosos que se mudan;
Pásmanse los arroyos detenidos;
Las peñas lloran y de miedo sudan;
Las fieras á sus cuevas se recogen,
Adonde mansas de temor se encogen.

La pobre dama vive temerosa
Del yerto frio que la vuelve fea,
Pues no hay mejilla de jazmin y rosa
Que de violetas cárdenas no sea;
Y la cara, que tiene por hermosa,
Quiere que el frio no la toque ó vea;
Dentro los guantes trae las manos bellas,
Que en el invierno no se sirve dellas.

Envuelta en el precioso rebocillo
Viste el turon peludo, felpa y martas,
Trayendo la estufilla como á niño
Entre las joyas de las ricas sartas;
Al hombro cueiga el delicado armiño,
Que de su rostro cubre menguas hartas,
Siempre escondida del contrario fiero
Con mas ropas que trae un pregonero.

Despoja el rico de la piel de nieve
Al blanco armiño, que por no ensucialla
Cazar se deja de la mano alevé
Que de cieno le puso la muralla;
Y al conejo flamenco, blando y leve
Le mueve guerra y vence en la batalla;
La marta cebellina alrado embiste,
Sus pieles se desnuda, y él se viste.

Dobla el calzado, y la soberbia ropa
Aumenta su calor con el del vino;
Bulle el capon y la dorada sopa,
El pavo, la perdiz, el palomino;
Corre ligera la embriagada copa
Tras el rastro oloroso del tocino;
Anda la colacion y la conserva,
Y la razon señora se hace sierva.

A los corrientes caudalosos rios
Prende y embarga el atrevido hielo,
Y represando sus soberbios brios,
Los cose y los enclava con el suelo;
Ellos helados mas que el mármol frios,
Temen viendo parar su rauda vuelo,
Que no se queje el principe absoluto
Del mar, á quien le llevan el tributo.

Arde en la plaza la comun hoguera,
Donde se llega el haragan ocioso,
Y ante la choza poco lisonjera
El saludable enebro y cedro hojoso;
Cada cual huye de la furia fiera
Que escupe el cielo oscuro y temeroso,
Y para estar seguros no hallan dónde,
Porque tras ellos donde van se esconde.

En medio del rigor del tiempo helado,
Cuando el Euro mojado se embavece,
Cuando el rostro de Bóreas regañado
Lanzas de hielo contra el mundo ofrece;
Cuando se hiela el rico mas guardado,
Y mas el pobre su fiscal padece,
Cuando llenan las nubes inhumanas
La vieja tierra de nevadas canas;

En medio, en fin, del riguroso invierno,
Caminan los dichosos peregrinos
En compañía del infante eterno,
Que por los hombres hace estos caminos;
El fiel Josef, enamorado tierno
De los luceros, mas que el sol divinos,
Se entristece de ver lo que padece
La niña hermosa, á quien el alma ofrece.

La cual cubierta de la blanca nieve,
Que la sirve de manto á su pureza,
Granos de aljófár orientales llueve
Sobre las rosas que honran la belleza;
Que el erizado invierno se le atreve,
Mostrando en su hermosura su feroza
Para robar de los divinos ojos
Las perlas que á Dios quitan los enojos.

Parece la hermosísima doncella
Entre el hielo y la nieve rigurosa
Como entre nubes matutina estrella
O en medio del invierno fresca rosa;
Hace el cansancio su belleza mas bella,
Y el hielo su hermosura mas hermosa,
Porque el eterno niño y Dios humano
Cria en su alma un celestial verano.

Mira Josef al alma de su vida
Mas que el rojo clavel y tiria grana;
Teme que del cansancio está encendida
Su sin igual belleza soberana;
Imagina cansada á su querida,
Y que con rostro y gracia mas que humana
Disimula la Esposa siempre buena
Su pena solo por no darle pena.

Y dice á la castísima María:
«Vuestro cansancio, Virgen, imagino,
Aunque mostreis bordado de alegría
El semblante del rostro cristalino;
Bien se deja entender, Señora mía,
Que al cabo de tres dias de camino
Que habeis pobre y á pié, niña y preñada,
Que aunque disimuleis venis cansada.

»Y no porque el preñado sacrosanto
Pueda, divina Virgen, daros pena,
Que os hace sombra el sumamente santo,
Que de pena y dolor os enajena;
Que claro está que no ha de caber llanto
En la que está de gloria de Dios llena,
Pues el dolor del parto es el tributo
Que no debe esé vientre ni ese fruto.

»Mas porque sois, Señora, delicada,
Tierna doncella siempre recogida,
A caminos tan largos no enseñada
Ni á la furia del tiempo embravecida;
Porque tras el rigor de la jornada
Venis mal regalada y mal servida,
Pobre, desabrigada, á pié y al hielo,
La tierra helada y enojado el cielo,

»Dame nuevo cuidado ver, Señora,
El disimulo del cansancio grave
Que de arrebuelos rojos viste y dora
Aqueso cielo del amor suave;
Sé que por no dar pena al que os adora,
Viendo la mucha parte que le cabe
De las que padeceis, sufris contenta
La que disimulada mas se aumenta.

»Lo mas de la jornada se ha ya andado:
Animo, Esposa, que el camino es breve,
Y en vez de lo que en él habeis pasado,
Gozaréis del regalo que se os debe;
Pues si llegar nos deja al pueblo amado
El frio cruel y la confusa nieve,
Allá os regalarán, Virgen hermosa,
Los de nuestra familia venturosa.

»En llegando á la patria que nos ama,
Todo el trabajo del camino cesa,
Porque hallaremos la encendida llama
Contra el hielo erizado y niebla espesa;
Hallaréis el regalo de la cama,
La regalada y abundante mesa,
Las visitas, regalos y presentes
De amigos, conocidos y parientes.

»Y cuando todo falte, creed, Señora,
Que no hará falta para regalaros
El sudor deste rostro que os adora
Y el deseo perpetuo de agradaros;
El gusto que en quereros se mejora,
La voluntad que pudo enamoraros
No podrán hacer falta á lo que debo,
Al bien que adoro y dentro el alma llevo.

»Y vos, Señor, que en la imperial carroza
De la púrpura real de oro bordada
Vais peregrino de una en otra choza
A dar el censo no debiendo nada;
Vos, bien eterno, del que el cielo goza,
Gloria del Padre bienaventurada,
Pechero sois y vais hecho pechero,
Siendo de Dios legítimo heredero.

»En medio del rigor del seco frio,
Pequeño infante en el lugar estrecho,
Y breve vuestro eterno poderio,
Vais á pagar el no debido pecho;
»No basta, Dios, que pagaréis el mío
Cuando roto y rasgado vuestro pecho,
A los hombres libreis del cruel tributo
Que impuso Adán sobre el vedado fruto?

»El Padre os da del mundo la conquista
Dentro del vientre santo que os sustenta,
Pues miro, Niño, que por vos se alista,
Por vos se escribe, se empadrona y cuenta,
Para que antes que goce vuestra vista
Vos le tengais sentado á vuestra cuenta,
Porque la habeis de dar al Padre amado
De todo el mundo que os le da contado.»

La Virgen soberana le replica :
« Muy bien echo de ver, querido Esposo,
Que mi pena la vuestra multiplica,
Pues della sola os miro cuidadoso;
Y yo padezco la que significa
El color rojo dese rostro hermoso;
La vuestra siento, y sabe el que lo ordena
Que quisiera pasar de ambos la pena.

» Yo, mi Josef, ¿ qué pena llevar puedo
Si voy en vuestra amada compañía?
Antes, querido Esposo, tengo miedo
Del cuidado que os puede dar la mía;
De mi cansancio descansada quedo,
Mi tristeza mudada en alegría,
Solo con ver, Señor, que va conmigo
De Dios el mas amado y mas amigo.

» ¿ Qué pena llevar puedo, Esposo amado,
En medio del peligro mas estrecho,
Si á mi amado Josef llevo á mi lado
Y á mi amado Jesus dentro en mi pecho?
Si dentro en mis entrañas va guardado
Y vos mi guarda y su custodio hecho,
¿ Qué pena ofrecer puede mi memoria
Que no la mire convertida en gloria?

» Y mas, Señor, que siento que me avisa
El Niño tierno que en mi pecho mora,
Que esta noche será de gozo y risa
Para el que ha tantas que encerrado llora;
Que el que las alas de los vientos pisa,
El que los serafines enamora
Quiere, como la luz sale del alba,
Salir, mi integridad dejando salva.

» Que nueve veces treinta ha parecido
El rojo sol en su balcon dorado,
Habiendo de su blanca luz vestido
Del aries de oro al capricornio helado,
Después que de mi vista despedido
Volvió á su patria el mensajero alado,
Y entró en mi pecho el que gozoso mora
En el del Padre Eterno que enamora.»

Josef con nuevo gozo y nueva pena
A su querida Esposa alegre anima,
Diciéndola : « Criatura la mas buena
Que el cielo goza y que su autor estima,
Veros, Señora, de cuidados llena
Al alma allíje, al corazon lastima,
Y mas que os coja el parto sacrosanto
En el camino y con trabajo tanto.

» Ya miro de Betlem las torres bellas,
Capiteles, pirámides, colosos,
Que quieren competir con las estrellas
Por ilustres, antiguos y famosos;
Miro entre el resplandor que sale dellas
Crecer los edificios suntuosos,
Y creciendo, salirmos al camino
Por recibir al Rey del orbe trino.

» Ya reconozco las paredes santas
De mi patria dichosa, donde ordena
Hacer el cielo maravillas tantas
Para el que gime al son de la cadena.
Animad, Virgen, las divinas plantas,
Alíentelas aquella luz serena,
Dadles las alas que el corazon mueve
Para volar sobre la blanca nieve.

» Aguijad, Virgen, que al lugar llegamos
Del Rey, que soy indigno descendiente,
Aunque confusa la ciudad hallamos
Con el tropel y grita de la gente;
A nuestros nobles deudos acudamos
Para que con cuidado diligente
Acudan al regalo y hospedaje
Debido á esa beldad y á su linaje.»

Esto diciendo, va la niña hermosa
Asida á su Josef entre el ruido
De la confusa turba presurosa,
Que entra á pagar el censo al Rey debido;
Lleva Josef el alma temerosa
No atropelle la Reina á que va asido
El tropel de las bestias que se oía
Entre grita, rumor y vocería.

La noche negra descubrió su frente
De estrellas y de nubes coronada,
Sembró su escuridad entre la gente
Chamuscadora escarcha y seca helada;
Cada cual cuidadoso y diligente
Busca el deudo, el amigo, la posada
Adonde pueda estar hasta que el día
Destierre al verde mar la noche fría.

Llama en casa de un deudo el varon justo,
De la posada incierta confiado,
Imaginando con el gozo y gusto
Que hospedarán á la que trae al lado;
Sale el pariente lleno de disgusto,
Y niega el deudo del linaje amado,
Y conociendo las señales ciertas,
Le da en el rostro con las altas puertas.

En casa de otro menos riguroso
Llama, que es mas cercano en el linaje;
Sale enmartado y mira al noble Esposo,
Y hace que desconoce el pobre traje;
Cierra la puerta, y dícele furioso
Que busque en un portal el hospedaje,
Y pues para los dos un portal basta,
No es bien que ande afrontando la real casta.

El turbado Josef no se alborota,
Antes sufre la injuria con paciencia;
Solo le pesa de la infamia y nota
Que hacen á la purísima inocencia.
La Virgen bella, que conoce y nota
La crueldad que no ablanda su presencia,
Ruega á Josef que deje los parientes
Mas que el tiempo inhumanos é inclementes.

El Santo, que con pena sollicita
El regalo debido á la que ama,
A la casa que un grande amigo habita
Fiado en la amistad seguro llama;
Que la amistad mil cosas facilita
Que el deudo dificulta y encarama,
Que el parentesco de la sangre nace,
Y el amistad una alma de dos hace.

Sale el amigo, y hace que se goce
Josef alegre con su amigo estrecho;
El, ceñudo y turbado, desconoce
A la mitad del alma de su pecho;
Que ni le vió jamás ni le conoce
Jura enojado, y dice con despecho
Que á buscar vaya el embaudor mendigo
Quien crea la burla del fingido amigo.

Sufre el baldon Josef, y considera
Como es un necio quien del hombre fia,
Y cuán discreto aquel que en Dios espera,
Pues su esperanza no verá vacía:
Bien sé que soy el mismo que antes era,
Mi rostro es este, aquesta el habla mía,
Mas no debe de ser, que la pobreza
El rostro muda y la naturaleza.

« Hermosa mía, mi pobreza es grande,
Grande el rigor del tiempo embravecido;
Siento que no haya quien su pecho ablande
Pudiendo el monte mas endurecido;
Temo afligido que por mas que ande
Que no he de ser de nadie conocido;
A los mesones miro y las posadas
De variedad de gentes ocupadas.

» Con todo quiero, ¡ oh Reina y Virgen pura!
Los mesones mirar, que ser podría
Hallar algun rincón donde segura
Podais pasar la noche helada y fría;
Que en tan necesitada coyuntura
El capuz de los hombros vendería
Para alquilar un rinconcillo pobre,
Donde vuestro cansancio aliento cobre.»

Llega el justo Josef á una posada,
Y pide al huésped que la gente aloja
Le dé para una niña delicada
Un rincón pobre donde se recoja;
Que á pié ha venido toda la jornada,
Que el hielo y nieve como ve la enoja,
Que está preñada, que cansada viene,
Y que adonde descansa apenas tiene.

Responde el inhumano mesonero :
« Por Dios, hermano, la demanda es buena,
Cuando mi casa á peso de dinero
De gente noble y rica miras llena ;
Solo se hospeda en ella el caballero
O el que el argen en la escarcela suena,
No el bribon ni el mendigo, que los tales
Allá se albergan en los soportales. »

Con importunidad Josef replica,
Por la necesidad en que se halla,
Y por el Dios que adora le suplica
En un pobre pajar quiera hospedalla ;
Que con un poyo puede hacerla rica,
Y con dos piés de suelo consolalla,
Detrás de cualquier puerta, donde quiera,
Antes que helada entre la nieve muera.

Endurécese el rústico villano,
Y pudiera ablandarse un mármol duro
Viendo del bello rostro soberano
El resplandor que vuelve al sol oscuro ;
Y dejando al rigor del tiempo vano
A la que excede al serafín mas puro,
Echa de su meson al hielo y nieve,
A los que dentro el alma poner debe.

Y dice : « Vaya fuera el hombre honrado
Con su noble y honrada compañía,
Ladron quizá que viene disfrazado
A llevar lo que pudo ver de día ;
Con su dama preñada muy cargado,
Excusas quiere dar de su porfía ?
Pues conmigo no hay levas : vaya fuera ;
Viva en la nieve ó en la nieve muera.

» Y cuando, como él quiere, se quedara,
Pareciérale bien que al primer sueño
Con su parto el meson me alborotara,
Despertando del grande hasta el pequeño ?
Con muy lindas monedas me pagara,
Que de muy pocas me parece dueño ;
Vaya, amigo, á buscar otros mesones ;
Convierta en piezas de oro esas razones. »

Escuadras de los cielos soberanas,
¿ Cómo aquesto sufris ? ¿ Esto estáis viendo ?
¿ Cómo aquellas entrañas inhumanas
En mármol duro no se van volviendo ?
¿ Qué es de las piedras, de las nubes canas
Los rayos que la tierra está temiendo ?
¿ Qué es del diluvio, el fuego de Sodoma ?
Tráguete el mar, la tierra se le coma.

Calla Josef, y asíéndose á su amada
La nieve pisa que del cielo viene ;
Ella en el niño Dios regocijada,
Aunque cansada, humilde se entretiene ;
Josef no osa llegar á otra posada,
Que temor de ofender á alguno tiene,
Y de escuchar razones tan sin ella
Con que entristezcan á su esposa bella.

« La noche, dice, oscura y temerosa
A la mitad de su camino llega,
Que á la gente cansada y bulliciosa
Al sueño deseado veo que entrega ;
Miroos, divina Reina y niña hermosa,
Con falta de regalo que se os niega,
Miroos cansada, miro cerca el parto,
Con poco abrigo y con trabajo harto.

» Fuera de la ciudad, pegada á un muro,
Me acuerdo de una cueva mal labrada,
Hecha de un pedernal grosero y duro,
Por la naturaleza fabricada ;
Lugar, Virgen, y albergue mal seguro
Para el rigor de aquesta noche helada,
Pero de mas piedad y mas abrigo
Que del meson, del deudo y del amigo.

» Vamos allá, Señora, si os parece,
Que quizá esta pobreza Dios escoge,
Pues siendo la riqueza se empobrece,
Y siendo sin medida en vos se encoge ;
La nieve cae aprisa, el hielo crece,
La noche la mitad del cielo coge,
La ronda andará presto, y si nos topa
Hará fiscal de nuestra pobre ropa. »

Obedece á Josef la Niña santa,
Y con rostro y agrado peregrino
Sigue á su Esposo, que entre nieve tanta
Apenas ve señales del camino ;
Va atentando, con la helada planta
Abriendo senda al Serafín divino,
Pone el pié en tierra firme, y luego avisa
A su adorada que sus huellas pisa.

Miran los cobertizos y portales
Hechos nidos de gente forastera,
Que con gritos y voces desiguales
Defensa buscan á la helada fiera ;
Ven ante algunas puertas principales
Que arde gozosa la encendida hoguera
Coronada de ociosa y pobre gente
Que descansa de dar diente con diente.

Salen de la ciudad, ven los mesones
De la gente que hospedan incapaces,
Ven en el campo armados pabellones
Con el color que se demandan paces ;
Ven de los carros hechos tendejones,
Formadas chotas de los secos haces,
Ven que arde el heno, que la paja humea,
Que llora el que la enciende y se recrea.

Ven que al rostro rugado de la tierra
Sirve de soliman la blanca escarcha,
Que afeita el valle humilde y alta sierra
Por donde el escuadron del cielo marcha ;
Sienten del tiempo la inclemente guerra,
Que los pobres vestidos los escarcha,
Que á ser de plata y oro, el escarchado
Estuviere en los dos bien empleado.

Llegan gozosos donde Dios los lleva
Al teatro divino, alcázar donde
Ha de obrar Dios la novedad mas nueva
Que miró el que en el mar su luz esconde ;
Reconoce Josef la antigua cueva
Pegada al muro que á un meson responde,
Y repasando las guardadas señas,
Ve la muralla y socavadas peñas.

Un áspero peñasco está pendiente
Encima de unas peñas mal labradas ;
Los lados van cubriendo incultamente
Muchas peñas nativas excavadas ;
Estancia amiga de la tosca gente,
Que las labores rústicas dejadas,
Esquivaban de Cintio la braveza
Cuando abrasa la tierra su fiera.

Entra Josef y su capuz se quita
Abriéndolo con él su amada prenda ;
Al pedernal fogoso solicita
Que le dé luz y que la yesca aprenda ;
Sale el fuego al acero que le incita,
Prende en la yesca, para que ella encienda
La blanca cera, cuya lumbre amada
La da á la pobre estancia deseada.

Ablanda el pedernal el pecho duro
Cuando los hombres se hacen pedernales,
Y en las entrañas de la Peña el muro
Hospeda alegre á las personas reales ;
Arde la cera y huye el miedo oscuro ;
Hallan Josef dos mansos animales,
Que aunque rudos, humildes se arrodillan,
Y dándole su establo se le humillan.

Hácenle como saben mil amores ;
Josef viendo las bestias se enternece,
Pues se ablandan haciéndole favores
Cuando el hombre inhumano se endurece ;
Vuelve la luz los cándidos colores
A las mejillas donde el amor crece,
Descúbrense la cueva, el noble Esposo
Busca el regalo de su bien hermoso.

Estaba á un lado de la cueva asido
Un antiguo pesebre, sustentado
En un sarzo de sauce carcomido,
De mimbres y de palmas variado ;
Llegóse á él, y vióle enriquecido
De seca paja y heno regalado,
Y asiendo dello cantidad copiosa
Tiende el estrado á su divina Esposa.

Paja es la alfombra, las almohadas heno,
Los tapices y telas telarañas,
Que al hombre enseñan de piedad ajeno
A ofrecer por su Reina las entrañas;
Es la cama de campo y al sereno,
Sobre una piedra echadas unas cañas;
Son piedras los bufetes y las sillas,
Los huéspedes dos rudas bestecillas.

Coge el Santo las húmidas serojas
Guardadas á los piés de la muralla,
Coge de palma y cedro algunas hojas,
Que á un rincón de la cueva juntas halla;
La cera aplica de las luces rojas,
Las serojas resisten la batalla,
La llama vence y al contrario arruga,
Llega la Virgen y la ropa enjuga.

Saca Josef de la alforjuela pobre
El blanco pan y el oloroso queso;
Hace que aliento su querida cobre
Del cansancio, que ha sido con exceso;
Gózase en ver que no hay quien lo zozobre
Y en ver que come la que le trae preso,
Y con alegres muestras de alegría
Dice á la serenísima María:

«Tener quisiera, Emperatriz sagrada,
Las riquezas del mar, del alba el lloro,
Cama de blandas plumas regalada
Con las cortinas de mayor tesoro;
Quisiera ver la cuadro entapizada
Con tapices de perlas, plata y oro,
De cedro el lecho y de marfil labrado,
Y el suelo con tapetes de brocado.

»Quisiera los alcázares de Nino,
El Capitolio del altiva Roma,
El templo en todo el orbe peregrino
Que labró el que de sabio nombre toma;
Quisiera el resplandor del sol divino
Para abrigar mi cándida paloma,
Y una parte del cielo y sus estrellas
Para vestir aquesas prendas bellas.

»Quisiera abrir el abrasado pecho,
Y pues está del corazón vacío
Que tiene el vuestro de azucenas hecho,
Que en él fuéades vos corazón mío;
El, Virgen bella, aunque lugar estrecho,
Os pudiera guardar del tiempo frío,
Que el casto ardiente fuego en que se abrasa
El duro hielo convirtiera en brasa.»

La Virgen agradece al varón justo
Del ánimo divino la grandeza,
Y dice que bien sabe de su gusto
Lo que estima y adora la pobreza;
Y que cuando le diera algún disgusto
De la necesidad el aspezo,
Bastara ver de su Josef amado
El consuelo, la gracia y el agrado.

Y para que descanse de la pena
Del camino, del tiempo y del trabajo,
Le pide que repose tras la cena,
Poniendo su gaban pobre debajo;
Que al cansado cualquiera cama es buena,
Y el sueño de las penas el atajo;
Que duerma un poco que brumado viene,
Si gusto alguno de agrada la tiene.

El obediente Esposo no replica,
Aunque gozar de ver su luz quisiera,
Y á un lado pobre del portal se aplica
Haciendo de una piedra cabecera;
Al cielo se encomienda, y le suplica
Mire por su divina compañera,
Y tendiendo los miembros fatigados,
Del sueño se sintieron ocupados.

La Virgen soberana conociendo
Que ya se allega la dichosa hora
En que su integridad enriqueciendo
Al mundo salga el Dios que la enamora;
Las manos de jazmines extendiendo
Alza los ojos donde el amor mora,
Y en éxtasis divino trasportada,
En Dios gozosa queda arrebatada.

PE-II.

Llegó la hora de consuelo llena,
Llegó el punto que glorias asegura,
Llegó el fin dulce de la amarga pena,
Llegó el principio de mayor ventura;
A la mitad llegó la noche Buena,
Noche mas clara que la luz mas pura,
Noche de gracia que destierra el llanto,
Y noche que al silencio entrega el canto.

CANTO XIV.

Del nacimiento de nuestro Redentor.

Abrió el cielo las puertas de diamantes,
Abrió también de estrellas los balcones,
Poniendo en sus alcázares triunfantes
Luminarias del sol, de paz pendones;
Oyense los clarines resonantes,
Vístense los aiados escuadrones
De tela blanca, de gloriosa lumbre,
Tejida en la divina impírea cumbre.

Mezclan jacintos en sus alas bellas,
Zafiros, amatistas y esmeraldas,
Y de menudas cándidas estrellas
Hacen ricas coronas y guirnaldas;
Sus hebras de oro coronadas dellas
Ondean gozosas sobre sus espaldas;
Hacen espadas de los rayos puros
Del sol que alumbra los sagrados muros.

Y por las ricas plazas, de cristales,
De rubís y topacios empedradas,
Pasan los escuadrones celestiales
Al son de caja y trompa concertadas;
Llegan ante las puertas inmortales
De margaritas y oro variadas,
Adonde está la gloria incomprensible
Del que ve lo visible y invisible.

Y acobardando las vistosas alas
Ante la luz del rostro sempiterno,
Que esparce glorias en las etéreas salas,
Y las ilustra con su sér eterno,
Hacen alarde de las ricas galas
Que sacan al nacer del Nido eterno,
Que en el pecho del padre alegre mora,
Y entre los brazos de la Virgen llora.

Piden licencia al Padre omnipotente
Para ir á ver envuelto en las mantillas
El que engendra en su pecho eternamente
Y ha de llenar las despojadas sillas;
Movi6 gozoso la serena frente
Causadora de eternas maravillas,
Y dando nueva gloria su presencia,
Gozan alegres de la real licencia.

En órden marchan, y á las puertas llegan
De la rica ciudad, bella y gloriosa,
Que los cristales de sus fuentes riegan,
Haciendo su belleza mas hermosa;
Las banderas rosadas se despliegan
Batidas á la puerta venturosa;
Tiros de oro disparan con olores
De amizcles celestiales y de flores.

Llevar en su agradable compañía
La paz, el gozo y la misericordia,
La música, la gracia, la alegría,
El amor, el placer y la concordia;
La caridad, señora deste día,
Que en amistad convierte la discordia,
Es capitán del escudron alado
Con un vestido hermoso nacarado.

El alférez Gabriel con gloria nueva
Va mas que el rojo sol resplandeciente,
Como escogido para traer la nueva
A la escogida de la humana gente;
Un manto rico de luceros lleva
Sobre un alba encarnada del Oriente,
Y un sol de estrellas sobre sus cabellos,
Que ellas vencen al sol y al oro ellos.

15

Va armado de cristal en vez de acero;
Sobre sus hombros la bandera estriba;
En ella va de perlas un cordero
Amarrado á una cruz de verde oliva;
Va puesto mas abajo un prisionero
Gimiendo al son de la cadena esquiva,
Escritas sobre plata estas razones:
«Salga la sangre y quiebre mis prisiones.»

Rompen gozosas las esferas bellas
Al dulce son del pífano y la caja,
Cogiendo alegre de lo mejor dellas
Los resplandores de mayor ventaja;
Quitán al firmamento las estrellas
Para poner al Niño entre la paja;
Quitán al sol de los hermosos rayos
Con que hace abril y produce mayos.

Amansan de Saturno la influencia,
Su malévol vista y cruel aspecto,
Ablandan de Mavorte la inclemencia
Bordando de oro la celada y peto;
Toman del blando Jove la clemencia,
La facundia del que es de Atlante nieto,
De Acecilia belleza y hermosura,
De Cintia la belleza y la blancura.

Llegan á los palacios del auroa
En su cama de rosas acostada,
Y viendo la beldad que la enamora,
Con su música alegre y concertada,
Los ricos cofres abre, en que atesora
La librea del campo desecada,
Esparciendo gozosa á manos llenas
Lirios, jazmines, rosas y azucenas.

Quita de los cabellos de su frente
Diamantes bellos y de aljófar granos;
Abre de par en par el rico Oriente,
Vertiendo sus tesoros soberanos;
Va el divino escuadron resplandeciente
Con racimos de perlas en las manos,
Bordando el aire, enriqueciendo el suelo
Y serenando con la luz el cielo.

Llaman á la amorosa primavera,
Que estaba en sus jardines ocupada,
Llaman al tiempo de la edad primera,
Porque dé leche y miel la tierra helada;
El apacible Céfito no espera
A que le saquen de su estancia amada,
Antes con el Favonio, su querido,
Se arma contra el Austro embravecido.

Llega marchando el lavencible campo
A vista de la cueva donde habita
El que oscurece de la nieve el ampo
Y entre la nieve sollozando grita;
Miran la escarcha del cuajado campo
Y la furia de Bóreas que la incita,
Ven de la noche oscura el rostro triste,
Que de miedo y temor el mundo vista.

Y luego con las lanzas de cristales
Ahuyentan las escuadras bellas nueve,
La fuerza de los frios desiguales,
Las nubes negras y la blanca nieve;
Resplandecen los astros celestiales;
El cielo en vez de escarcha gracias llueve,
El aire blando suavidad de olores,
Leche las fuentes y los campos flores.

Traban una fingida escaramusa,
Suena el clarín y la trompeta suena,
La noche al son alegre se espeluzna,
Llena de gozos y de glorias llena;
Una escuadra gallarda alegre cruza,
Otra al contrario su camino ordena,
Una espera en el puesto, y otra entra,
Cuál sigue á cuál y cuál con cuál se encuentra.

Un escuadron, fingiendo que acomete,
Saca del puesto al que es acometido,
Luego tras deste en orden acomete
Otro que está esperando apercebido;
Este al que huyendo va en su puesto mete,
Y vuelve huyendo de otro que ha salido,
Aquel revuelve, y otro sale luego
Haciendo un concertado alegre juego.

Esparcen por el aire pomos de oro
Llenos del agua de ángeles del cielo,
Disparan fuegos del celeste coro,
Enriqueciendo y alumbrando el suelo;
Cercan la cueva donde está el tesoro
Entre la tierra del humano velo,
Haciendo mil revueltos caracoles
Ante la luz de los divinos soles.

La noche sin el sol pareció día,
Y el sol no pareció de envidia lleno,
De la que con los rayos que él le envía
Goza de los del Sol puesto entre el hemo;
La luna llena, llena de alegría,
Mate la luz del resplandor ajeno,
Por entre algunas quiebras de la cueva,
Donde llena de luz es luna nueva.

Las estrellas que gozan del Infante
Quisieran que su globo se parara,
Las que sin verle pasan adelante
Quieren volver atrás su lumbre clara;
Las que suben del mar por el Levante
Se apresuran á ver la hermosa cara,
Y todas juntas quieren desasirse
Y á los pies de su gloria alegres irse.

Repártense los bellos escuadrones
De la gente inmortal, fuerte y gallarda;
Los que en las astas de oro traen pendones
Puestos en dos hileras, son de guarda;
Los que traen estrellados morriones
Cercan la cueva de la Peña parda;
Los que traen en las cintas llaves de oro,
Al Rey asisten del impíreo coro.

Los nuncios soberanos parten luego
Sacudiendo las alas de colores
Por la clara region con dulce juego
A dar la buena nueva á los pastores,
Y ante la luz del encubierto fuego
Cantan himnos los ángeles cantores,
Y todos á la Madre y Hijo adoran,
Gózanse en él y della se enamoran.

Tiene la Madre al Hijo entre los brazos
Para abrigarle entre los blancos pechos;
Dale estrechos dulcísimos abrazos
Y mil besos sabrosos mas estrechos;
El Niño eterno haciendo tiernos lazos
De los bracitos de azucenas hechos,
Enlaza el cuello de la madre pura
Aumentando su gracia y hermosura.

Envuélvelo en los cándidos pañales,
Los brazos tiernos con el pecho faja,
Besas los pies de rosas y corales
Del Dios que porque el hombre suba baja;
Y al Rey de las riquezas inmortales
En un pesebre pone entre la paja,
Siendo el que con sus plantas de jazmines
Huella glorioso alados serafines.

Salíó mas bello que del alba el lloro,
Mas que sobre el vellón la lluvia fría,
Salíó mas puro que del fuego el oro,
Salíó mas bello que del mar el día;
Dejó sellado el virginal tesoro,
Del gremio de la Reina de alegría;
Fué cual la zarza el fuego, ó cual la Peña
Que dando el agua integridad enseña.

Quedó cual vidriera trasparente
Que pasa el claro sol por mitad della,
Y con su bella luz resplandeciente
Deja su claridad mas pura y bella;
Quedó como la puerta del Oriente
Cerrada al Rey, aunque pasó por ella;
Quedó cual la bujeta en que ámbra habo,
Dando fragancia del olor que tuvo.

Quedó llena de gozo y alegría,
Como suele la vista que concibe
Las semejanzas que el objeto envía,
Que dé al sin lesión dellas las recibe;
Quedó cual rostro virginal que cria
El sudor que al salir no se percibe;
Quedó cual suele el corazón hummo
Que pare su concepto y queda sano.

Puesto entre el heno pobre el Niño tierno,
Sintió el rigor de su primer verdugo,
Pues que se atreve el erizado invierno
A echar á su Hacedor su belado yugo;
Aljófar llora el claro sol eterno,
Que hacer su oriente en un portal le plugo;
Solloza tiritando el Infinito,
Josef despierta al soberano grito.

El cual turbado con la nueva lumbre
La soñolienta vista aprisa estriega,
Sacudiendo la grave pesadumbre
Del sueño que apartado mas se llega;
Alzó la vista á ver qué luz le alumbra,
Y acobardóse temerosa y ciega,
Y haciendo escudo de su mano santa,
Entre alegre y turbado se levanta.

Mira á su amada mas que el sol hermosa
Vertiendo de sus luces el tesoro,
Mira entre el heno la encarnada rosa
Aljófarada con su rico lloro;
Mira la cueva humilde y venturosa
Entapizada con los rayos de oro,
Mira al pesebre vuelto trono rico
Del Niño á quien el cielo viene chico.

Mira los escuadrones celestiales
Hechos custodia de la alegre cueva;
Escucha de sus voces sin iguales
La música que al mismo cielo eleva,
Y mira que los rudos animales,
Movidos del instinto que los lleva,
Calientan al que tiembla helado al frío,
Vertiendo de los cielos el rocío.

Mira la noche convertida en día,
El seco invierno en blanda primavera,
Hecha cielo la cueva helada y fría,
Y la tierra una Flora jardinera;
Mira á la preciosísima María
Como antes de parir pura y entera,
Mira al hombre hecho Dios, mira á Dios hombre
Y hácele que se alegre y que se asombre.

Prostradas por el suelo las rodillas
Al niño Dios en el pesebre adora,
Adora á Dios fajado en las mantillas,
La luz que da y las lágrimas que llora;
Adora las no vistas maravillas
Del que entre el heno está y el cielo mora,
El pesebre, el establo, paja y heno,
Lleno de luz y de consuelo lleno.

Adora á la santísima doncella,
Madre de Dios y su querida esposa,
Adora al Sol, nacido de una estrella,
Y al mar nacido de una concha hermosa;
La vara con la flor gloriosa y bella,
Adonde el Santo Espíritu reposa,
La escala por quien Dios al suelo vino
A hacer franco á los hombres el camino.

Llega Josef á la sagrada cuna
Encogido, cobarde y temeroso;
El deseo de verle le importuna;
El conocer que es Dios le hace medroso;
La que huella los rayos de la luna
Ánima á que se llegue al noble Esposo;
Llega Josef con suma reverencia;
Fáltale el corazón en su presencia.

La Virgen soberana, deseosa
De que goce Josef de gloria tanta,
De entre la rica paja venturosa
Al niño Dios á que le vea levanta;
Al Santo deslumbró la luz gloriosa
Que sale por la vista sacrosanta;
Vuelve en sí conforjado, y su querida
Con el hermoso Niño le convida.

Josef, con un humilde encogimiento
Los brazos alza al bien que se le ofrece;
Siente en su alma tal contentamiento,
Que el casto corazón se le estremece;
Llega á coger el celestial aliento,
Que en los labios de rosa se parece,
Bebe de Dios el ámbar que respira,
El néctar celestial que el cielo admira.

Hizo Josef de sus dichosos brazos
Lazos con que enlazó al infante bello,
Y unido al pecho con estrechos lazos
El divino *Agnus Dei* se puso al cuello;
El Niño hermoso preso en sus abrazos
Le enlazó el corazón entre el cabello;
El derramando risa le gorgeara,
El Niño en su tutor la boca emplea.

Alégrase el recién venido infante
Con su padre Josef, que por tal ama;
Josef con rostro al Niño semejante,
Al que es hijo de Dios hijo le llama;
El Niño al rostro de su amado Atlante
El suyo junta, y de su amor le inflama;
Josef en su querido se transforma;
El Niño es alma que á Josef informa.

Besa Josef la luna de su frente,
Besa los soles que el del cielo adora,
Besa de Arabia el oro resplendente
Las mejillas rosadas de la Aurora;
Besa el puro coral resplandeciente
Donde la ambrosia de los cielos mora,
Los azahares de las blancas manos,
De los piés los jazmines soberanos.

Dale un abrazo y otro mas estrecho,
Un beso y otro llenos de dulzuras;
Quisiera abrir el amoroso pecho
Para meterle en sus entrañas puras;
Vese hecho cielo del que al cielo ha hecho,
Criador del que lo es de las criaturas,
Arbol que al mundo da la fruta nueva,
Pastor que al Corderico en brazos lleva.

Vese ya sacerdote, en cuyas manos
Está del pan del cielo la hostia viva,
Que es nube, en cuyos senos soberanos
El arco hermoso de la paz estriba;
La paloma que trae á los humanos
El ramo fértil de la verde oliva,
Pérligo firme, venturoso arrimo,
De donde cuece el virginal racimo.

Vese hecho de los hombres el primero
Que adoró á Dios sujeto á mortal lloro,
Vese hecho soberano caballero
Del precioso collar del tuson de oro;
Vese hecho venturoso tesoro
Del que es del Padre su mayor tesoro,
Vese primer comandante de Cristo
Con la encomienda que jamás se ha visto.

Vese hecho alférez real, que hoy enarbola
El estandarte cándido y rosado,
Que ha de pacificar la trina bola
Cuando en la Cruz se viere levantado;
Ve que del Sol, que le parió la Sola,
Es solo el cielo donde está parado,
Vese hecho altar del sumo sacrificio,
Que al Padre eterno volverá propicio.

Vese hecho trono, donde Dios se sienta
Con menos majestad que vió Isaias,
Que humilde y pobre aquí se representa,
Aunque cercado de sus jerarquías;
Ve que es brasero que á su Dios calienta
Del rostro hermoso las mejillas frías;
Ve que es cama en que duerme su adorado,
Que siempre el corazón trae desvelado,

Adora, reverencia, abraza, besa,
Gorgea, requiebra, alegre y enamora
Al Niño pobre que por Dios confiesa,
Y al rico Dios que entre pañales mora;
Gózase la bellísima Princesa
Viendo á Josef que de contento llora,
Y tomando al infante soberano,
Volvió á las pajas el precioso grano.

Prostra Josef el rostro y las rodillas
Al bello Dios de amor, que enamorado
Hace redes de amor de las mantillas,
Quedando entre la faja aprisionado;
Reconoce las altas maravillas,
Y en éxtasis divino arrebatado,
Lleno de luz de la que el Niño vierta,
Aborto en él, le dice desta suerte:

« Omnipotente Dios, Niño divino,
De la infinita lumbre lumbre pura,
Del Padre eterno espejo cristalino,
Imagen sustancial de su figura,
Verbo hecho carne, Dios que de Dios vino,
Resplandor inmortal de su hermosura,
Gloria de Dios, tesoro de su pecho,
A quien le viene todo el orbe estrecho:

» Alábente tus ruedas celestiales
Con la divina luz que sale dellas,
Alábente los coros inmortales
Y el resplandor y luz de las estrellas;
Alábente los rayos de cristales,
Que esparce el sol entre sus trenzas bellas,
La piedra, el animal, la planta, el hombre
Alabe, Dios, tu soberano nombre.

» Todo, Señor, tus alabanzas diga,
Todo te magnifique y engrandezca,
Todo te ensalce, todo te bendiga,
Y todo el bien de todos te agradezca;
La tierra al cielo en tu alabanza siga,
El cielo por la tierra te la ofrezca,
Todos te alaben por diversos modos,
Pues engrandece tu niñez á todos.

» Y yo en nombre de todos, gloria mía,
Como el hombre primero que ha gozado
El bello resplandor que el Padre envía,
En la flaqueza humana disfrazado;
De bondad pobre, y rico de alegría,
Gracias te doy por todo lo criado
Que en tu venida humilde se renueva
En nueva gracia y hermosura nueva.

» Gracias te doy ¡ oh Dios recién nacido!
En la necesidad de mi pobreza,
Pues siendo la mayor, la has escogido
Para disfraz de tu mayor grandeza;
Tiene el raposo cueva, el ave nido,
Y falta en que se inclina esa cabeza,
Pues es un canto cabecera blanda,
Que herido de tus lágrimas se ablanda.

» Al sereno rondaís vuestros amores
Con la cabeza llena de rocío,
Y sufriendo del tiempo los rigores,
Os trata vuestra amada con desvío;
Pues acostada entre las blandas flores,
Os deja tiritando helado al frío,
Y aunque escucha los gritos regalados,
No os abre, por tener los piés lavados.

» Soberano Señor, que andáis huido
Por las deudas del hombre y su malicia,
Y estáis entre las pajas escondido,
De miedo que no os prenda la justicia,
Que sabe que fadador habéis salido
Del burto en que hizo presa la codicia,
Que de vos solo puede ser pagado
Sufriendo la dentera del pecado:

» Si sois el heredero soberano
Del cetro real del pastorcito hermoso,
¿Qué es de la cuna del máfil indiano
Con las manzanas del metal precioso?
Qué es de las telas que ama el cortesano
Y las plumas que busca el poderoso?
Qué es de la cama de oro, cedro y seda
Que como á rey autorizaros pueda?

» ¡Cómo, Señor, no os viste vuestro cielo?
Cómo el sol con sus rayos no os enciende?
Cómo no os cubre de la luna el velo
Y el amor con sus plumas no os defiende?
Y cómo el serafín de mayor vuelo
Sus alas bellas sobre vos no extiende,
Para abrigar aquea carne santa,
Que humilde alegría y endiosada espanta?

» Cómo, Señor, en estas manos bellas,
Torneadas de oro y llenas de jacintos,
Con los ojos de fe contemplo aquellas
Criadoras de los once laberintos;
Y cómo, Niño, de tres dedos dellas
Están pendientes orbes tan distintos?
Cómo, si son las que las cosas crían,
Están fajadas, tiemblan y se enfrian?

» Cómo en aquestos piés caben aquellos
Que pisan inmortales y gloriosos
De las nubes dorados los cabellos
Y la luz de los astros luminosos?
Y si están estribando los piés bellos
Sobre basas de mármoles preciosos,
Y es su tapete el estrellado cielo,
¿Cómo temblando están ahora al hielo?

» Cómo, Señor, está en esta cabeza
La cabeza del mismo Dios cifrada?
Cómo la ciencia de mayor grandeza
En tan pequeño vaso está encerrada?
Cómo, si es de oro fino su riqueza,
En flaqueza mortal está engastada?
Y si el saber de Dios aquí se encierra,
Cómo escoge lo humilde de la tierra?

» ¿Sois vos el que asomado á las murallas
Labradas de los astros mas serenos,
Os jactáis de ser Dios de las batallas,
Rayos flechando y disparando truenos?
Sois el gigante de las fuertes mallas
Que de temor los hombres tiene llenos?
Sois el león que el mundo se comía
Y el dios que de venganza se decía?

» ¿Cómo león, si os miro hecho cordero?
Y cómo niño, si gigante fuerte?
Cómo tan manso, siendo tan severo?
Cómo sois vida si teméis la muerte?
Cómo, si libre sois, sois prisionero?
Cómo en amor el odio se convierte?
Cómo, si vengador, estáis temblando,
Pidiendo paz, los hombres perdonando?

» ¿Cómo el arco de guerra que asombraba
Es arco del amor con que amor prende?
Y la espada que al hombre amenazaba
Cómo es ahora la que le defiende?
Cómo los rayos de la furia brava
Lo son de luz con que el amor enciende?
¿Cómo el rigor, la fuerza y los enojos
Paran en hacer fuentes vuestros ojos?

» Espíritus divinos, que guardando
Estáis aquesta cueva, donde llora
El que en el trono regio está gozando
La luz del pecho en que glorioso mora;
Vosotros, que, su gloria celebrando,
Su resplandor eterno os enamora,
Si alcanzáis los misterios sacrosantos,
Decídmelo el cómo de misterios tantos.

» Y vos, Virgen hermosa y Madre amada,
Que esta dichosa noche habéis parido,
Vuestra divina integridad sellada,
Al que es entre millares cacogido;
Vos, Madre y Virgen bienaventurada,
Madre del que dos veces ha nacido,
Una sin madre del Eterno padre,
Y esta sin padre de su Virgen madre:

» Recedid la dichosa enhorabuena,
Que tan buena os ha sido y tan dichosa,
Y advertid, Virgen de mil gracias llena,
Que es mía esta prenda, siendo de mi Esposa;
Pues si nace en mi huerto una azucena
O en mi heredad alguna planta hermosa,
Aunque la plante otro, se hace mía,
Por serlo la heredad que el árbol cria.

» Así que, Madre y Virgen, cosa es llana,
Aunque de Dios el Hijo concebistes,
Que por ser vos mi Esposa soberana,
Viene á ser mío el hijo que paristes;
Si para aparecer en forma humana
Vuestra sangre purísima le distes,
Y vos sois mía, mío es vuestro hijo,
Y el que es del Padre eterno regocijo.

» Y pues es mío, permitid, Señora,
Que con mi Dios al viejo Adán convide,
Que há cinco edades que aborrajado llora,
Y que á los cielos sin cesar le pide;
Permitid, pues sus lágrimas mejora
Con las que por su hermosa faz despidе,
Que le llame que al pobre portal venga
Para que su esperanza alivio tenga.

»Adán, que gimes la fatal caída
Del estado dichoso en que te viste,
Y siendo imagen del que te dió vida,
Semejante á las bestias te volviste,
Llega al pesebre, busca la comida,
Come de Dios, si serlo pretendiste.
Come, que el que le come es Dios por gracia,
Y será venturosa tu desgracia.

»Dichosa culpa, venturoso yerro,
Pues mereció las perlas destos ojos,
Que ablandan la prision del duro hierro
Y hacen rosas y flores tus abrojos;
Dios ha venido á alzarle tu destierro,
A aplacar con su padre tus enojos,
Y á quitarte la espada de la puerta
Cuando la de su pecho muestre abierta.

»Si á Dios en el jardín viste enojado
Pasarse al fresco, demediado el día,
Adonde tu proceso sustanciado
Al campo estéril y al sudor te envía,
Ven al pesebre, llégate á su lado,
Que no es Dios de venganzas cual solía:
Fajado gime, sollozando nace,
Y tu abogado y tu fiador se hace.

»Tras el proceso donde está el delito,
Puede á los ojos del que el cielo adora,
Que él borrrá lo que hay contra tí escrito
Con las preciosas lágrimas que llora;
Entrégale en las manos del Chiquito,
Pues en manos de un niño quién ignora
Que romperá las hojas del proceso,
Quedando libre del pasado exceso?

»Vén, que no está como le vió Isaías
En el excelsa trono levantado,
No cercado del fuego que temías
Cuando del paraíso fuiste echado;
Temblando gime entre las pajas frías,
Hecho trono el pesebre mal labrado,
Cercado de dos mansas bestezuelas,
Que le calientan cuando tú le hielas.

»No está en la nube de la real carroza
Que tiran los alados animales,
Do cada cual el rostro vario goza,
Arrastrando las ruedas de cristales;
Humilde nace en una pobre choza,
Vertiendo de sus Indias orientales
El precio, que ha de ser copiosa paga
Con que por tí á su Padre satisfaga.

»No está armado de nubes y saetas,
No está jugando la desnuda espada:
Las manos trae atadas y sujetas,
Y el alma tierna de piedad armada;
El pecho te abrirá donde te metas,
Haciendo al tierno corazón entrada.
Llega, ¿qué aguardas? que el amor te espera,
Que quiere, porque vivas, que Dios muera.

»Vosotros, Padres santos, que esperastes
La noche buena tras las muchas tristes,
Ved de los cielos duros que ablandastes
El eterno rocío que pedistes;
Ved al justo que tanto deseastes,
Pues las nubes del cielo enternecistes,
Ved al que es de las gentes la esperanza
Premiando vuestra justa confianza.

»Ya rompiendo sus cielos ha bajado,
Ya la vara de Aaron ha florecido,
La raíz de Jesé nos ha brotado
Al capitan del pueblo prometido;
Ya al Salvador la tierra nos ha dado,
El que habla de enviar Dios es ya venido;
Ya vino de la piedra del desierto
El cordero de Dios para ser muerto.

»Llegue á la mesarica el que está hambriento,
Coma del pan que al mismo Dios mantiene,
Llegue á las dulces aguas el que está sediento
Que al mar de amor en un arroyo tiene,
Llegue el desahuciado macilento
Al médico que á darle salud viene,
Llegue el ciego á la luz que la da al día
Y al fuego del amor el alma fría.

»Llegue el perdido al que es camino cierto,
Llegue el errado á la verdad divina,
Llegue á la vida siempre eterna el muerto,
Y llegue el pobre á la preciosa mina;
El que pasa tormenta llegue al puerto,
El enfermo á la cierta medicina,
Llegue el cansado al que es descanso eterno,
Y el que á Dios teme llegue á un Niño tierno.

»El rico llegue que riquezas quiere,
Verá entre pajas la mayor riqueza,
Y el que hermosura y gracia pretendiere
Llegue y verá la gracia y la belleza;
El avariento llegue si quisiere,
Que ciento da por uno su largueza;
Llegue el desnudo, que aunque tiembala al hielo,
Le cortará un vestido de su cielo.

»Todos llegad al venturoso nido,
Adonde el Fénix del amor renace;
Llegad al pecho del amor herido,
Que romperá por el que mal le hace;
Llegad al Sol hermoso que ha nacido
De la luna que al cielo satisface;
Mirad entre la roja y blanca nube
El resplandor que á darle al Padre sube.

»Llegad á ver el rostro al que decía:
« Hombre no me verá que vivir pueda, »
Pues Moises, que le quiso ver un día,
Sus espaldas mirando alegre queda;
Ya el rostro ofrece entre la helada fría
El que la gloria de su Padre hereda,
Ya con él ruega al hombre y paz le ofrece,
Ya con fuentes de aljófár le humedece. »

Lo que dijo la Reina soberana
Viendo á Dios reducido á breve suma,
No mereció contarlo lengua humana
Ni escribirlo tan mal cortada pluma;
Pluma del cielo y lengua sobrehumana
Quedará corta cuando tal presuma;
Quedará el serafín mas puro corto
Como en la gloria de su parto aborto.

Como á Verbo del Padre sempiterno
Con lágrimas hermosas le adoraba,
Y como á niño humano y hijo tierno
La sangre pura de sus pechos daba;
Consideraba niño al que es eterno,
Y niño le envolvía y le abrazaba;
Los piés besa del Dios que oculto mira,
Y del niño el aliento que respira.

Goza Josef de ver su prenda hermosa
Cómo al recién nacido Dios envuelve,
Y dentro de su alma venturosa
El bien que mira con piedad revuelve;
La madre Virgen y divina esposa
Al lecho pobre su querido vuelve;
Queda suspenso el venturoso Santo,
Dando fin dulce a questo tierno canto.

CANTO XV.

De la venida de los pastores.

Está pastoreando hácia el desierto
Con la piel tosca y la grosera abarca
El que á la playa del egipcio puerto
Llegó de mimbres en la estrecha barca;
Y del pobre sayal que va cubierto
Le saca de los orbes el monarca
Para caudillo de su pueblo amado
Y para amigo suyo el mas privado.

Cansado rompe con la reja dura
Del corvo arado el jóven Eliseo
La tierra franca, que en colmada usura
Acude al labrador que hizo el empleo,
Y descuidado de su gran ventura
La alcanza á la medida del deseo,
Pues que de la aguijada que tenía
Le saca á la infalible profecía.

Está aventando en las doradas eras
Al aire desado el rubio trigo
El que entre otras señales verdaderas
Del vellon y la lluvia fué testigo;
Mándale Dios que rija sus banderas
Y sea cabeza de su pueblo amigo.
Mudado el viento en el baston honroso
Del general del pueblo venturoso.

Al sol de julio y al rigor de enero
Apacienta contento su ganado
El que al jayan vanaglorioso y fiero
Miró á sus toscos pies descabezado;
Súbele Dios del pastoril apero
A la púrpura rica y al brocado,
Y trocado el cayado por el cetro,
Es suave cisne en su acordado pietro.

Echan al mar azul las blancas redes,
Su oficio haciendo desde su barquilla
Las piedras, donde funda sus paredes
La iglesia, octava y nueva maravilla,
Y el amor, que los quiere hacer mercedes.
Volvió sus ojos á la fresca orilla,
Y Cristo con los suyos en su alcance,
Sacó del mar el primitivo lance.

En tanto estima Dios, en tanto precia
Al hombre, que en su oficio entretenido,
De trabajar en él no se desprecia,
Aunque sea pobre, humilde y abatido;
Es vicio loco de la gente necia
Despreciar el oficio en que han nacido.
Pues siguiendo un error de errores lleno,
Dejan el propio y siguen el ajeno.

La república llora esta tristeza,
Pues rompidos sus fueros soberanos,
Los miembros que adornaban su belleza
Se han convertido en monstruos inhumanos;
Ve que las manos quieren ser cabezas,
Y que los pies se aireven á las manos,
Que los ojos están en las espaldas,
Los brazos presos entre infames faldas.

Divina musa, recoged el freno,
Mirad que vuestra pluma se desboca;
Pues reprendéis tratar de oficio ajeno,
No queráis hacer vos el que no os toca;
Volved al dulce canto de paz lleno,
Dejad de predicar la gente loca,
No haréis poco en cumplir con vuestro oficio;
Ved que hacer el ajeno será vicio.

Trasnocha un pastorcillo desvelado
Hecho custodia fiel de sus ovejas,
En la piel vedijuda enzamarrado
Que apenas se le ven ojos ni cejas,
Y del mastin amigo acompañado,
Librando su cuidado en sus orejas
Contra la astucia del sangriento lobo
Que anda rondando para hacer el robo.

Alza los ojos y en el aire mira
El divino escuadron de ángeles bellos,
Y aunque su hermosa claridad le admira,
Se le erizan temblando los cabellos;
Turbado á su cabaña se retira
Huyendo de la luz que sale dellos;
Oye las voces y con miedo escucha
El nuevo bien y su ventura mucha.

Sale espantado de la buena nueva,
Y el temor de los ojos sacudido,
En el misterio santo el alma eleva
De nueva gozo el pecho enriquecido;
Sale, y la nueva venturosa lleva
A los demás pastores del ejido;
Llega á un repecho de maleza extraña,
Donde el fuego le enseña una cabaña.

Mira á la puerta arder las teas amigas
Y en medio mira el rústico caldero,
Adonde prenden las morenas migas
Los ajos blancos entre el pan grosero;
Arde la llama y menguan las fatigas
De la fuerza cruel del tiempo fiero;
Dentro en la choza mira recostados
Cantidad de pastores abrigados.

Metidos en los rústicos capotes
El calor gozan de la llama amada,
Y con graciosos amigables motes
Pasan el frío de la noche helada;
Recostados encima sus garrotes
Esperan la comida regalada
Que hierva aprisa, y con mayor querrian
Llenar las flacas tripas que se enfrian.

Cuál que en saberlas sazonar se extrema,
Llega con la cuchara y vuelve luego
A gustarlas, y viendo que se quema
Hacen del los demás donaire y juego;
El de las migas y el placer blasfema,
De la cuchara, de la sazón y el fuego;
La lengua por la boca mueve aprisa;
Hacen del los demás donaire y risa.

Entró el pastor que aumenta el regocijo,
Y derramando por los ojos gozo,
La nueva venturosa alegre dijo,
Que apenas le dejaba el alborozo;
El corro pastoril le contradijo,
Que para burlar dellos es muy mozo;
El jurando porfia, porfian ellos;
Ellos burlando, quiere él convencerlos.

Por mas que jura no halla quien le crea:
Dicen que al ha cargado delantero,
Que otra vez saiga y que por todos vea
El escuadron alegre y placentero.
Un hambriento pastor que ver desea
El reluciente suelo del caldero,
Le quita de la lumbre, y diligente
Le pone en medio de la hambrienta gente.

No se arrojan así perros de Irlanda
A la cobarde fugitiva presa,
Ni de pelomas la copiosa banda
Al grano rubio de la parva espesa,
Como la escuadra tosea cerca y anda
Al rededor de la grosera mesa,
Do cada cual con su cuchara pretende
El castillo rendir que se defiende.

Hacen su centro del caldero ahumado,
Y hechos ellos igual circunferencia,
Arremeten al rústico guisado
Que los provoca á tanta diligencia;
Llenas las tripas del manjar amado,
Matando á quien mataba su paciencia,
Anda la bulla y bulle el alegría,
Huye la hambre fosa y niebla fría.

La trápala y la grita anda derrota;
Comen cual si comieran á destajo;
Anda la rueda la liberal bota
Tras el chismoso mal nacido ajo;
Por segundar ninguno se alborota;
Tras la pimienta seca del tasajo,
Suenan las voces y la grita suena;
Ya es fuego el hielo y es placer la pena.

Cuál con el cucharón grosero abunda
Para sacar las migas mas calientes;
Cuál puesto al cinto de la recia honda,
Deja colar el vino entre los dientes;
Cuál el caldero trae á la redonda,
Siguiéndote los otros diligentes;
Cuál con la mano de las migas llena,
Unta al que las cogió barba y melena.

Salen corriendo de la alegre choza
Unos tras otros por el blanco suelo,
Y como gente placentera y moza,
Gozosos velan al rigor del hielo.
Cuando el nuncio Gabriel se desemboza
De entre la nube de color de cielo;
Cércalos una luz hermosa y clara;
Deslúmbrales la lumbre de su cara.

Cuál con las migas por el suelo rueda,
Cuál ciego cae á la beldad que admira,
Cuál boca abajo, cual de espaldas queda,
Y cuál apenas de temor respira;
Cuál por huir entre el gaban se enreda,
Cuál, hecho matachín, al sesgo mira,
Cuál con el cucharón se queda tieso,
Cuál deja el rostro entre la escarcha impreso.

«Dejad, dice Gabriel, santos pastores,
El asombro que os tiene acobardados
De ver los nunca vistos resplandores,
De cuya blanca luz os veis cercados;
Echad de vuestro pecho los temores,
Vuelvan en sí los rostros demudados;
Nuevas os traigo de contento llenas,
Grande gozo os anuncio y nuevas buenas.

»Que el salvador divino os ha nacido
En la ciudad del Rey pastor su abuelo,
Y para que creáis lo referido
Y que soy nuncio que os despacha el cielo,
En unos pobres paños escondido
Le hallaréis puesto en un pesebre al hielo:
Levantad, no temáis, buscad gozosos
El bien que siempre os ha de hacer dichosos.

»Mirad que el Niño que en las pajas yace
Es Dios y hombre, que entre cielo y tierra
Las perdurables amistades hace,
A su gracia volviendo al que destierra;
Mirad que es Dios que eternamente nace
Y de hoy nacido en un portal se encierra;
No tengáis miedo, que por raros modos
Ángeles y hombres somos unos todos.

»No está entre los tapices y las telas,
Ni en la real cuna de bruñida plata;
No en el palacio lleno de cauteles
Entre ricas cortinas de escarlata;
No guardado de armadas centinelas,
Ni de la gente que lisonjas trata;
No entre peludas martas abrigado
Ni en ricos cobertores de brocado;

»No está entre plumas de los serafines,
Ni al calor de su sol que le calienta,
Ni entre las alas de los querubines,
Ni vestido del cielo resplendente;
No entre hojas de claveles y jazmines
En las faldas rosadas del Oriente,
No de la luna entre las luces bellas
Ni entre rayos de candidas estrellas:

»El alcázar suntuoso que ha escogido
Es un humilde establo, y ese ajeno;
La cuadra entapizada en que ha nacido
Un portal combatido del sereno;
Las telas ricas donde está escondido
Son pajas pobres del prestado heno;
Es el pesebre la dorada cama,
Rico con el aljófar que derrama.

»En medio del rigor desta pobreza
Del pesebre, el establo, paja y hielo,
Veréis gozosos la mayor riqueza
Que vio la tierra ni que goza el cielo;
Veréis de Dios la sin igual grandeza
Atesorada entre el humano velo,
Veréis entre pañales y mantillas
Al que no cabe en las etéreas sillas.

»Veréis mas que el sol bello hermosa y pura
A la Madre, que virgen ha quedado;
Veréis a la bellísima criatura
Siendo criadora del que la ha criado;
Veréis de tierra y cielo y la hermosura,
El bien de tantos siglos deseado;
Veréis al bel Josef, que alegre llora,
Hecho custodio de los dos que adora.

»Veréis al cielo que a la tierra baja,
Veréis la tierra que se sube al cielo,
Veréis la espiga eterna entre la paja
Con granos de oro enriqueciendo el suelo;
Veréis que saca de su verde caja
La tierra rosas a pesar del hielo;
La noche es día, las escarchas flores,
Primavera del tiempo los rigores.

»Veréis los celestiales cortesanos
Ya avecindados en la pobre aldea,
Veréislos con vestido y traje humanos,
Porque su Rey de serio se recrea;
Veréis que de amistad se dan las manos
La justicia y la paz, que lo desea;
Veréis que llora Dios preso de amores
Y que hace propios ya vuestros dolores.

»Veréis que el cielo pide paz al suelo,
Porque el suelo a su Rey preso le tiene;
Veréis que el hasta aquí cerrado cielo
A hacerle franco a los mortales viene:
Dejad, pastores, el cobarde hielo
Del amarillo miedo que os detiene;
Id al dichoso bien que desearon
Los profetas que del profetizaron.»

Dijo, y con voces llenas de alegría
Un angelico ejército resuena,
Haciendo con su luz hermoso día
La siempre venturosa noche buena;
¡Gloria a Dios! el alado coro envía,
¡Paz a los hombres! por el aire suena;
Eco se alegra, y dentro, do se esconde,
¡Gloria a Dios y a la tierra paz! responde.

Respondieron los montes y collados
Volviéndoles las voces de que gozan;
Los mastines, atentos y turbados,
Parece que a las nuevas se alborozan,
Los cabritillos por el suelo echados
Se levantan alegres y retozan;
Balan las ovejuelas de contento;
Cobran sus dueños el perdido aliento.

Gozosos y admirados se levantan
Oyendo de los bellos escadrones
Que por el aire claro alegres cantan
De gloria y paz dulcísimas canciones;
Ya del misterio celestial se espantan
Y rinden los humildes corazones
A la verdad del mensajero alado,
Que de millares vuela acompañado.

Aperciben la gaita, el caramillo,
El rabel, las sonajas y el pandero;
Cogen mirto, arrayan, trebol, tomillo,
Cinamomo, laurel, palma y romero;
Con pecho humilde y ánimo sencillo
Cada cual trueca el hábito grosero
Por el sayo con cintas de colores,
Que imitan del abril las varias flores.

Cuál de la ubre de la oveja blanca
La gruesa leche para el Niño lleva;
Del alcorneque antiguo cuál arranca
El nativo panal con la miel nueva,
Y cuál con mano liberal y franca
Despoja alegre la abundante cueva
De la pingüe manteca y fresco queso,
Del higo y pasa dulce y dátil tierno.

Cuál escoge el pintado cabritillo
De las copiosas telas arrancado,
Y cuál con pecho y corazón sencillo
Al hombro carga el recental manchado;
Cuál en el limpio y blanco canastillo
Pone el pellico y camison labrado,
Cuál pone los pañales y mantillas,
Conserva añeja y frescas mantequillas.

Ponen sobre sus rústicas melenas
Guirnaldas de laureles y arrayanes,
Y las almas humildes de luz llenas
Llevan en cuerpos mas que el sol galanes;
Olvidan los cuidados y las penas
Y con meneos gozosos y ademanes,
Al son de concertados instrumentos
Ballando van festivos y contentos.

Ven hacia la abajada de una loma
Fuegos arder de cedros olorosos,
Porque otra escuadra pastoril asoma
Con bailes placenteros y gozosos;
Crece el placer y nuevas fuerzas toma;
Suenan los instrumentos bulliciosos;
La noche hacen los hachos claro día;
Suena la bulla y bulle el alegría.

Júntanse los dos corros, danse en frente
De las dichosas nuevas que han oído;
El gusto crece y el placer se aumenta;
Silbos y voces hunden al exido;
Cintia, zagala que a la nieve enfrenta
Por bella Elena y por honesta Dido,
Toca el adufe y como cisne canta,
Porque le hurtó el color y la garganta.

Llegan de una alta sierra á la alta cumbre,
Donde el portal divino se parece
Tendiendo rayos de admirable lumbre.
Que los pasma, deslumbra y enmudece;
Miran la soberana muchedumbre
Que por el aire claro resplandece;
Escuchan las dulcísimas canciones;
Desahácense de amor los corazones.

Suenan los silbos y las voces suenan,
Suenan los instrumentos concertados;
Con sus gritos el aire manso atruenan
Los montes, sierras, sotos y collados;
Retumban los peñascos y resuenan
Respondiendo también regocijados,
Y tras la luz que hacía el portal los guía
Renuevan el placer y la alegría.

Llegan gozosos á la cueva rica
Disparando ligeras zapatetas,
Y al son de la guitarra que repica
Repicando sonoras castañetas;
Cintia la voz al panderete aplica;
Ayúdala con voces inquietas;
Trazan un contrapas zapateado
Y seis á seis comienzan un cruzado.

Ramos de oliva y cedros olorosos
En torno arriman de la agreste entrada,
Y con guiraldas de árboles hojosos
Adornan y coronan la portada;
Ponen nardos y mirtos amorosos,
Cinamomo y la casia celebrada,
Romeritos, arrayanes y laureles,
Madroños con racimos de claveles.

Llegan á ver entre las secas pajas
El rescate del largo cautiverio;
Suenan el rabel, la gaita y las sonajas,
La zampoña, el adufe y el salterio;
Los pastores bailando se hacen rajas
Reconociendo el celestial misterio;
José llora de gozo y regocijo,
Y enséñales del Padre eterno el hijo.

Quitán de encima de las crespas sienas
Las verdes hojas y las frescas flores;
El portal siembran de los pobres bienes
Que pueden hacer ricos sus amores,
Y ante las fuentes del amor perenes
Que están vertiendo gracias y favores,
Se arrojan suspensos y pasmados
En el Niño que adoran transformados.

Apenas los groseros ojos mueren
De aquellas luces que le dan al día,
De quien mil veces venturosos beben
El néctar que divinas almas cria;
Sangre del alma enternecidos llueven
Por los ojos bañados de alegría;
Los corazones suben á los ojos
Por ver los que á Dios quitan los enojos.

El Niño por la vista al alma pasa,
Y el alma herida de la luz hermosa
Sale en busca del fuego que le abrasa
En la llama que le hace venturosa;
A las ventanas sale de su casa,
Vierte por ellas dulce agua amorosa,
Agua de amor que del amor es leña,
Adonde el fuego mas su fuerza enseña.

Que como de la boca del tabano
Salían cadenas de oro que prendían
Las orejas del pueblo galicano,
Que adonde él los guiaba le seguían,
Así del resplandor del Dios humano
Unas prisiones de oro le salían
Que á los rústicos ojos las echaba
Y presos tras los suyos los llevaba.

Y cual el ámbar que la paja leve
Del suelo pobre á sí unida levanta,
Y como piedra íman que al hierro mueve
Por secreta virtud que al vulgo espanta,
El Rey eterno de los coros nueve
Con la luz de su vista sacrosanta
Las pajas de la tierra y hierro duro
Sube á su resplandor hermoso y puro.

Deidad conocen en el Niño tierno,
Divinidad de Dios entre pañales,
Entre flaqueza humana sér eterno
Y gloria entre sus perlas orientales;
Ven que hace mayo al erizado invierno,
Que le adoran escuadras celestiales,
Que está entre el heno y que de allí voces
Que es la gloria en que el cielo se recrea.

Por Dios adoran al que tiembla al hielo,
Por todo poderoso y infinito,
Por rey universal de tierra y cielo,
Por infinita paga del delito;
Miran á Dios debajo el mortal velo,
Su omnipotencia en su lloroso grito,
Su gloria en un pesebre, y su grandeza
En el estado de mayor pobreza.

Conocieron del Verbo sacrosanto
Lo que el arcángel celestial les dijo,
Y en el pesebre entre la paja y llanto
Por Dios adoran al dos veces hijo;
Llenos de gozo y admirable espanto
Los embelesan el justo regocijo;
No se hartan de mirar la lumbre pura
Que llena el cielo impíreo de hermosura.

Miran á la dichosa cabecera
Al gran José, prostradas las rodillas,
Hecho su corazón de blanda cera
Que se derrite sobre sus mejillas;
Ven á la madre Virgen siempre entera
Gozando de las raras maravillas
A los pies de su amado, en quien suspenso
Goza las luces de su lumbre inmensa.

Miran los animales mas dichosos
Que el falso que engañó á la bella Europa
Y el celebrado en cuentos fabulosos,
Donde triunfaba la embriagada copa;
Ven que con sus alientos amorosos
Sirven al Niño de caliente ropa,
Que le dan el calor, que les da vida,
El establo, el pesebre y la comida.

Ofrecen los humildes cortos dones
Al niño Dios, y entre ellos de amor llenos
Le ofrecen los cautivos corazones,
Que no merece su hermosura menos;
Ricos de fe, si pobres de razones,
Muestran en lo que dan sus deseos buenos,
Pues quisieran traer á su belleza
De las del mundo la mayor riqueza.

La Madre virgen y su Esposo amado
Con rostro y corazón agradecido,
Hechos lenguas del mudo Dios fajado,
Los regalos reciben que han traído,
Estimando en los dones que le han dado
Las almas que también le han ofrecido.
Que no hay precio que llegue á lo que vale
Un don pequeño si del alma sale.

La Madre los convida con el Niño,
Y corriendo del heno las cortinas,
Gozan suspensos entre el pobre aliño
Al criador de las ruedas cristalinas;
Ven la blancura del nevado armiño
Entre las encarnadas clavellinas;
Ven por la nube al sol que los enciende,
Al Dios de amor que los cautiva y vende.

Llegan á los pies blancos de azahares,
Ya por el hombre entre la faja presos,
Besos le dan por ellos á millares,
Queríendose comer el Niño á besos;
Los ojos de su Madre se hacen mares,
Gozosa en ver de amor tantos excesos;
Su amado Esposo con devota risa
Se alegra en ver que al pan del cielo hay prisa.

Un pastor se quitó el blanco pellico
Abrigando con él al pastor bueno,
Que se quiere curtir desde tan chico
Al rigor de la escarcha y del sereno;
Queda el pastor que se le ha dado, rico,
Y el coro pastoril, de gozo lleno,
Se regocija alegre y venturoso
Mirando hecho pastor al Niño hermoso.

Veniéndose á coronar de verde oliva,
Y por los ojos derramando amores,
Dicen alegres: «Viva el pastor, viva,
Viva el divino Dios de los pastores;
Muera el dios falso de la frente altiva
Llamado Pan, que lo era de dolores,
Y viva el bello Dios, el pan del cielo,
Que trae del hombre pobre el mortal velo.»

Quitan las bandas de los toscos brazos,
Y puestas en las manos van tejiendo
Al son del caramillo diestros lazos
Tras las dos sueltas guías revolviendo;
De gusto y de placer se hacen pedazos
Mirando al Niño, que se está riendo,
Que parece los mira agradecido
Del baile alegre con que le han servido.

Los ángeles, alegres y gozosos,
Mueven los soberanos escuadrones;
Suenan los instrumentos belicosos
Y marchan tremolando los pendones;
Reverberan los rayos siempre hermosos
En los diamantes de los morriones;
Llevan tendidas las pintadas alas
Haciendo muestra de las ricas galas.

En tres escuadras iban ordenados,
Y en nueve aquestas tres se dividían,
Y en el humano Dios regocijados,
Un verdadero batallar fingían;
A los escudos de cristal labrados
Con ricas lanzas de oro arremetían;
Luego volviendo las espaldas bellas,
Se tiraban del cielo las estrellas.

Cuáles gozosamente se encontraban
En los escudos con igual destreza,
Cuáles dardos y flechas arrojaban
Venciendo al aire mismo en ligereza
Y cuáles en volar se señalaban
Volando al palio de mayor riqueza,
Y cuáles de las manos enlazados
Danzas tejían y coros concertados.

Tras estos las seráficas regiones
Gozosas muestras de su gloria dieron,
Y al son de las dulcísimas canciones
Alegres lazos con primor tejieron;
Mézclanse con los bellos escuadrones,
Y todos juntos nueva fiesta hicieron,
Cantando soberanas alabanzas,
Haciendo coros, juegos, bailes, danzas.

Los pastores, suspensos y turbados,
Se acobardaron á sus resplandores,
Mas de los mismos ángeles llamados
Salen alegres todos los pastores,
Y ángeles y pastores va mezclados
Celebran de Dios niño los amores;
Los hombres y los ángeles se abrazan
Y en lazos dulces de amistad se enlazan.

Todos son unos, todos dulcemente
Gozan de los favores sobrehumanos,
Todos estrecha y amigablemente
De perdurable paz se dan las manos;
Ya la divina y la terrestre gente
Con canciones y versos soberanos
Cantan á Dios las celebradas paces,
Delias los hombres hasta aquí incapaces.

Suenan los instrumentos pastoriles
Y renuevan sus rústicas mudanzas;
Los que vencen los cándidos marfiles
Los acompañan en las tocas danzas;
Resuenan las trompetas y añales,
Relucen de cristal las bellas lanzas,
Mézclanse los pastores venturosos
Entre los escuadrones siempre hermosos.

Todos llenos de gozo y alegría
Gozan las luces de la lumbre pura
Que el Niño enamorado les envía
De las fuentes de gloria y hermosura;
Todos en dulce alegre compañía
Celebran de los hombres la ventura,
Celebran de la paz las amistades,
Que durarán por mas de mil edades.

En diferentes juegos ocupados
Están alegres hasta que del alba
Al horizonte vieron asomados
Los caballos, que le hacen dulce salva;
De jazmin y de rosa encubiertos
Los pica en busca de la ocasión calva
Que ofrece de su frente la guedeja,
Burlándose del necio que la deja.

Saca delante las pintadas aves
Haciendo una agradable melodía
Que enjagan de sus ojos bellos graves
Las perlas ricas que hacen rico al día;
Saca flores y aromas mas suaves
Que coge Híbla y que Pancaya cria;
Saca sus huertos, parques y pensiles,
Sembrando mayos y esparciendo abrilles.

En esto los pastores se despiden
Del Niño, de Josef y de su Esposa,
Y encarecidamente á los tres piden
Se sirvan dellos en cualquiera cosa;
Que sienten que las almas se dividen
De los cuerpos en pena tan forzosa,
Y al despedirse de los tres que aman
Lágrimas tiernas de afición derraman.

El gozoso Josef tiende los brazos
Agradecido por la Madre y Hijo;
Dales lleno de amor tiernos abrazos
Bañado en dulce y grave regocijo;
Cada cual preso en los divinos lazos
Mil alabanzas á Josef le dijo,
Mil ternezas, mil justas norabuenas,
Las puertas de las almas de agua llenas.

Y luego ante las luces sacrosantas
De la que puso á Dios entre mantillas
Se arrojan por besar las bellas plantas,
Prostradas por el suelo las rodillas;
La Reina humilde con las manos santas
Alza á la gente de almas tan sencillas,
Y con tiernas palabras agradece
El bien que al Niño y á ella se le ofrece.

Vuelven á ver el Niño en el pesebre;
Cércanle al rededor, y al despedirse
No hay corazón que no se parta y quiebre,
Viendo de aquellos ojos desasirse;
No hay ninguno que al Niño no requiebre
Diciendo lo que siente al dividirse
De aquella luz adonde el alma deja,
Que sin ella se va si déi se aleja.

El Niño hermoso el agradable ceño
En grave y dulce risa convertido,
Muestra al rostro divino mas risueño,
A su sencillo amor agradecido;
Y por no perturbar el dulce sueño
A quien al Niño amado ven rendido,
Se van y no se van los corazones,
Que dejan del amor en las prisiones.

Cogen las pajas del dichoso heno
Que tocaron del Niño á la belleza,
Y cada cual, de gozo y amor lleno,
Hace guirnalda dello á su cabeza;
Cada cual enriquece el tosco seno,
Venerando admirados la riqueza
De las reliquias santas que han tocado
Al Verbo eterno en carne disfrazado.

Abrazan á los ángeles hermosos
Hechos vides de aquellos olmos bellos,
Y ellos con lazos del amor gloriosos
Prenden y enlazan los hermosos cuellos;
Pártense los pastores venturosos,
Y los ángeles nobles van con ellos,
Acompañando á los pastores santos
Que han visto bienes y misterios tantos.

Con voces dulces y regocijadas,
Al son de los acordes instrumentos,
Llegan á ver las rústicas majadas
Que repiten sus últimos acentos;
Entran en las cabañas deseadas
Mas que nunca gozosos y contentos,
Adonde á Dios alegres alabaron
En todo lo que oyeron y miraron.

Salió el comun brasero del Oriente
Del regañón á soplos encendido;
Y de las nubes entre el humo ardiente
Centellea del mar humedecido;
Salió y abriga al Niño omnipotente,
Calienta al mundo helado y aterido,
La ropa blanca de la escarcha enjuga
Y da calor á la que el cierzo arruga.

La Virgen soberana confiriendo
Dentro en su corazón lo que gozaba,
Los secretos misterios revolviendo
En el divino pecho los guardaba;
Los ojos graves á su Dios volviendo,
Que con los suyos bellos la buscaba,
Le pone entre los brazos, y el contento
Pide á los blancos pechos el sustento.

Dásele la bellísima Princesa;
Josef se pasma y de contento llora,
Ya como á su menor al Niño besa,
Ya como á su Criador y Dios le adora;
El Niño hermoso que de mamar cesa
Vuelve á mirar al Santo que enamora,
Ríese el Niño, y llora alegre el Santo,
Dando entre tanta gloria fin al canto.

CANTO XVI.

De la circuncisión de nuestro Redentor.

A la engreída alegre primavera
Que esparce de su rostro los colores,
Volviendo al campo su beldad primera,
Sus verdes hojas y sus varias flores
Sigue el estío, cuya fuerza fiera
Derrama de su pecho los ardores,
A la avechilla enciende, al hombre exhala,
Los campos seca y sus frescuras talia.

Al rico otoño, rubio y colorado,
Que vierte frutas de su opimo seno,
Y de racimos dulces coronado
Exprime el fruto de dulzuras lleno,
Sigue el invierno pálido y mojado,
Que, robando el verdor del prado ameno,
Melancoliza al cielo, y á la tierra
Entre la escarcha tristemente entierra.

A la tranquilidad y á la hermosura
Del mar en blanca leche convertido,
Cuyo cristal alegría y asegura
Al mas cobarde y menos atrevido,
Sigue la triste tempestad oscura
Y de las canas olas el ruido,
Montes haciendo, muros levantando,
Al sol que en él se mira amenazando.

Al carro de oro que sus luces vierte
En la tierra que deja florecida,
Sigue la noche, que es del mundo muerte,
Y priva del alma de su vida;
Tras la serenidad va airada y fuerte
La nube densa en lluvia convertida,
Y tras la juventud lozana y verde
La enfermedad que sus bellezas pierde.

Síguese á la belleza mas gallarda
Y á la rara indomable fortaleza
La amarilla vejez, enferma y tarda,
Marchitando sus fuerzas y belleza,
Y á la paz que en quietud los reinos guarda,
De la guerra inhumana la fiera,
Y á la privanza real de la real gracia
La inopinada y súbita desgracia.

A la alegría risueña y bulliciosa
Se sigue la tristeza que la hereda,
Y la caída cierta y presurosa
Al que holló lo supremo de la rueda;
Sigue á la vida alegre y deleitosa
El fin amargo de la muerte aceda,
Los extremos del gozo ocupa el lloro,
Que sin mezcla de tierra no hay tesoro.

Está gozando el parque deleitoso,
Hecho virey de todo lo criado,
El primer padre y el primer Esposo
En la inocencia del dichoso estado,
Y del bien que le pudo hacer dichoso
Sale á destierro y muerte condenado,
Vuelto flaco y enfermo el sano y fuerte,
Su gracia en culpa y su pecado en muerte.

Está Abraham gozando el alegría
De la risa que en casa le ha nacido,
Fruto tardío de la Sara fría,
Que hizo risa del hijo prometido;
Y cuando mas placer se prometía,
Mándale Dios que al hijo al alma asido
Al campo lleve, y hecho filicida,
Le dé la muerte quien le dió la vida.

Gozó el paciente Job de la abundancia
De posesiones, hijos y ganados,
Haciendo con su próspera ganancia
Los abundantes bienes mejorados;
Hace el soberbio Satanás instancia,
Y á Dios suplica que le sean quitados;
Dale licencia Dios, y tal le deja,
Que su mayor tesoro fué una teja.

Siempre se mezcla el llanto con la risa,
El bien y el mal, la pena y el contento;
Siempre las huellas de los gustos pisa
El amarillo y triste descontento;
Apenas por los ojos se divisa
El gozo, cuando va en su seguimiento
El dolor que le sigue como sombra,
Hecho fiscal que al alma triste asombra.

Siempre mezcla retama entre el almiar,
La amarga hiel entre el panal hermoso,
Entre el azúcar dulce amargo acibar,
Y entre el vino el absintio ponzoñoso,
Entre los granos del precioso Tíbar
De su márgen el barro cenagoso;
En todo mezcla su forzosa salsa,
Royendo el gozo desta vida falsa.

Están Josef y su divina Esposa
Gozando del que gozan los del cielo;
Están cogiendo de su prenda hermosa
Las riquezas de gracia y de consuelo;
Están gozando de la luz gloriosa
Que se trasluce entre el humano velo;
Están bebiendo los favores raros
De la alegría de los ojos claros.

Y á siete dias de excesivo gusto
A embargar su placer llegó el octavo
Día, en el cual el sumamente justo
Ha de ser señalado como esclavo;
Pasó á Josef el corazón robusto
La punta aguda del cuchillo bravo;
Hirió á su Esposa el cristalino pecho
En arroyos de lágrimas deshecho.

Saben que, aunque es legislador divino,
Quiere á la ley, que él hizo, sujetarse,
Que quiere, siendo rey del orbe trino,
Fiel descendiente de Abraham mostrarse;
Pues cuando el bello parainfante vino
A decir que Jesus ha de llamarse,
Los reveló que Dios tenía ordenado
Que fuese el niño Dios circuncidado.

La Madre de la gracia y della llena
Baña su rostro de copioso llanto,
Sintiendo ya el dolor, la angustia y pena
Que huyeron de su parto sacrosanto;
Y viendo que es el cielo quien lo ordena,
Como lo declaró el arcángel santo,
Obedeciendo á Dios el alma esfuorza,
Pidiéndole en tal trance nueva fuerza.

Al niño Dios desnuda y descompone,
Y viéndole, al dolor menos resiste;
El sus ojos en ella alegre pone
Por alegrarla como la ve triste;
Ella graciosamente le compone,
Y lo mejor que puede adorna y viste
Para que al templo su Josef le lleve;
A dar su sangre por el hombre aleva.

Dale mil dulces amorosos besos
Diciéndole ternísimos amores;
Baña con sus aljófares espesos
Del niño Dios las encarnadas flores;
El con los ojos en su Madre impresos
Derrama perlas de sus resplandores,
Mezclándolas al llanto de su Madre,
Y aumentando el dolor del virgen Padre.

Llega el tierno Josef al Niño hermoso,
Y pónese llorando entre sus brazos,
Y juntándole al pecho venturoso,
Besos dulces le da y tiernos abrazos;
Lleva llorando al Todopoderoso,
Atado y preso en los piadosos lazos,
A dar señal de la copiosa paga,
Porque al Padre enojado satisfaga.

Va de la eternidad el heredero
En el humilde traje de villano,
Va á empadronarse en forma de pechero,
Siendo de Dios el Hijo soberano;
Va el inocente cándido cordero
A que señalen el vellón humano
Con el almagre de su sangre pura,
Que la deuda del hombre hace segura.

Va á que le piquen el vestido estrecho,
Porque le viene corto y apretado,
Pues fijado el sayal de que está hecho
Descubrirá la tela del brocado;
Va á mostrar el tesoro de su pecho,
Que un tiempo verterá por el costado,
Va á dar señal del infinito precio,
Que del bocado amargo fué el aprecio.

Va, como mercader, á abrir la tienda
De los ricos tesoros inmortales,
Haciendo muestra de la rica hacienda
Que baja de sus Indias orientales;
Va á dar por los mortales una prenda,
Que puede redimir á los mortales,
Va á firmar con su sangre una escritura
En que se obliga á Dios por su criatura.

Va, como suele tierno enamorado,
Que, ausente largo tiempo de su esposa,
Le desea dar, entre otras que ha guardado,
La joya que ha de hacerla venturosa;
Va el inocente Dios á ser sangrado
De la dolencia larga y contagiosa,
Que, aunque no le tocó su sangre pura,
Es de la enfermedad la cierta cura.

Despídese Josef de su querida,
Que queda sin el bien de sus amores,
Como la rosa sin sazón cogida,
O como el árbol sin las bellas flores;
Queda cual cuerpo á quien faltó la vida
Y como el cielo sin sus resplandores;
Queda sin alma, que la lleva el Niño
Entre las fajas del precioso aliño.

Herida queda del cuchillo agudo
Que ha de sacar la sangre sacrosanta
Para romper el apretado nudo
Que tiene el preso Adán á la garganta;
Y imaginando al bello Dios desnudo,
Que espera el golpe que al mas fuerte espanta,
Hace fuentes los ojos soberanos,
Que vierten de diamantes ricos granos.

Prostradas por el suelo las rodillas,
La beldad de sus ojos envía al cielo,
Y enriqueciendo las doradas sillas,
Al estrado de Dios llegó de un vuelo;
Suspensa en las eternas maravillas,
Encalmó de su pena el desconsuelo,
Y absorta en Dios, se está en su humilde casa
Mientras el tiempo de la ley se pasa.

Que, aunque pudiera por su gran pureza,
Pues mas que el sol quedó pura y hermosa,
No sujetar su sin igual limpieza
A la clausura de la ley forzosa,
La obedeció con rara fortaleza
Para encubrir su vida milagrosa,
Y porque si al pequeño Dios llevara,
Quien lo supiera se escandalizara.

Y aunque en el portalejo mal labrado
Circuncidarse el niño Dios pudiera,
Pareció que no estaba ataviado
Con la decencia justa que debiera;
Y que si al Niño viera desangrado,
Que el corazón del pecho se saliera
En busca de la sangre que dió al Verbo
Para el remedio del bocado acerbo.

Quédase, y parte el virginal Esposo,
Y á la cursada Sinagoga llega,
Y puesto ante el ministro riguroso
De nuevo el venerable rostro riega;
Desnuda al Niño mas que el cielo hermoso
Y al Dios de amor al sacrificio entrega;
Encógese temblando, Dios desnudo,
Que teme el golpe del cuchillo agudo.

La belleza del Niño los admira,
Su gracia sin igual los enamora;
El Niño á su querido Josef mira,
Y por sus brazos amorosos llora;
El virginal Josef llora y suspira
Viendo el temor del niño Dios que adora,
Y con tiernos amores le entretiene
Mientras el pederal agudo viene.

Llega la piedra dura, que quisiera
Que licencia de Dios le fuera dada,
Para que convertida en blanca cera,
No le hiera la carne inmaculada;
Llega medrosa y con la punta fiera
Hierre la bella carne delicada;
Pasmóse el cielo, entristeciése el día
Viendo en la carne santa la sangría.

Sus jazmines claveles se volvieron,
Sus azucenas coloradas rosas;
En vez de luz sus soles aguas dieron,
Y sus mejillas perlas congojosas;
Sus cristalinas carnes se tñieron,
Salpicadas de gotas tan preciosas;
Abraza el niño á su Josef querido,
De amor llagado y por el hombre herido.

El divino Josef triste y lloroso,
Herida el alma de la aguda punta,
Viendo la herida de su amado hermoso
El soberano rostro al suyo junta;
Llora el Niño encogido y temeroso;
Josef con la color casi difunta
Acallarle procura diligente,
Y llora el Niño, que cual varón siente.

Dice Josef: «Dios bello, Dios herido,
Dios de amor, que del hombre enamorado
Por él la sangre hermosa habéis vertido,
Precio con que pudiera ser comprado;
Si tan pequeño, de ocho días nacido,
Tan caro ser fiador os ha costado,
¿Qué será cuando herido vuestro pecho
Dejéis al Padre eterno satisfecho?

»Si agora al hombre vuestro amor convida,
Al tesoro de Dios abriendo puerta,
¿Qué será cuando dando vuestra vida
La del rasgado pecho quede abierta?
Si agora, Niño, de una sola herida
Al dolor queda el alma como muerta,
¿Qué será cuando lluevan á millares,
Y por ella de sangre rojos mares?

»Si de unas gotas son tantas las penas
Que el dolor vuestro al mas sensible excede,
¿Qué será cuando rotas vuestras venas
Ninguna gota dentro dellas quede?
Si agora de preciosa sangre llenas
Disimularse mal el dolor puede,
¿Qué será cuando abiertas y vacías
Dejen sin alma vuestras carnes frías?

»Ea, Señor, que aunque llorando os veo
Por sentirlos herido y desangrado,
Bien sé que habéis tenido gran deseo,
De recibir la herida que os han dado;
Y sé que vos, por redimir al reo,
Este tesoro habéis desembolsado,
Dando á los cielos vuestra sangre en prendas,
Que á quien bien paga no le duelen prendas.

» Bien es, Señor, que por la fresca herida
El Pelicano eterno se desangre,
Que esperan los polluelos nueva vida
Si los salpica vuestra roja sangre :
Bien es que en calentura tan crecida
Vuestra divina majestad se sangre ;
Que es grande su calor, y si le dura
La vida acabará la calentura.

» Salga esa sangre, soberano Infante,
Pues la sangre inocente del cordero
Puede romper el cielo de diamante
Y ablandar la prision del duro acero,
Dejad que salga, regalado amante ;
Tiña la fruta del mortal madero,
Que si de aquesta sangre está bañada,
Como la del mortal será encarnada.

» Salga, Señor, de aquesta piedra viva
El fuego, donde amor sus flechas labra ;
Salga el licor de la preciosa oliva,
Que unto la llave que los cielos abra ;
Salga la sangre con que el Padre escriba,
Que vió hecha carne su inmortal palabra ;
Salga el limpio sudor de la vid nueva
A hacer hermosa á la estragada Eva.

» Salga el bálsamo rico y oloroso
Para poner en la mortal herida ;
La triaca salga de su vaso hermoso
Contra la mordedura desabrida ;
Salga el vino suave y deleitoso
Con que se ha de embriagar vuestra querida ;
Salga el tesoro de las ricas venas
A hacer de Adán gloriosas las cadenas.

» Salga, Señor, aquesta licor santo
Para sacar la mancha que ha cundido
Desde el primero causador del llanto
En todos los que dél han decendido ;
Salga, Señor, por el grosero manto
La tela de que estáis enriquecido ;
Calga el rocío de esa nube hermosa
Y haga la tierra estéril fructuosa.

» Salga esa sangre porque á voces pida,
No como la de Abel justicia al cielo,
Mas la misericordia pretendida
Del que sudó al calor y tembló al hielo ;
Salga la sangre que es del mundo vida ;
Mate la muerte que destruyó al suelo ;
Aneque vuestra sangre soberana
La culpa ocasionada en la manzana.

» Corra, Señor, aquesta sangre pura
Que á dar la vida á Adán aguija y corre ;
Salga, y cayendo sobre su escritura
Gloriosamente la cancele y borre ;
Salga esa sangre con que Adán procura
Escalar de los cielos la alta torre ;
Salga la sangre para el fiel ganado
Que de esa sangre quiere andar manchado.

» No lloreis mas, hermoso sol del cielo,
Eclipsado á ocho días de nacido ;
No escondais vuestra luz divina al suelo
Por ver que en vuestra sangre está teñido,
Mirad, Señor, que de ese otro velo
De que por bien del hombre estáis vestido,
Se ha de cubrir el que se balló desnudo
Contra la ira de Dios haciendo escudo.

» ¡ Quién, Niño mío, habrá que no se asombre
Mas que en ser hombre viéndose humillado,
Pues si tomáis su ser, su traje y nombre,
Señales de ser Dios habeis mostrado ?
Mas hoy no solo no parecéis hombre,
Mas hombre en quien parece que hay pecado,
Cosa que haberla en vos es imposible,
Porque os es sumamente aborrecible.

» Y si habeis pretendido, herido hermoso,
Siendo la misma fuente de la gracia,
Sujetaros al golpe riguroso,
Que hiriendo cura al que nació en desgracia,
No os mostréis, mi amor bello, tan lloroso,
Ni esa belleza tan marchita y lacia ;
Mirad que es en salud una sangría
Que remova de Adán la sangre iría.

» Mirad que al fuego de esa sangre pura
El viejo Adán cual Fénix se renueva,
Que dejando la antigua vestidura
Quiere del nuevo Adán vestir la nueva ;
Mirad que á aquesta fuente de hermosura
Cual aguilta las viejas plumas lleva
Adonde las aboga, y él renace
Entre el precio que al cielo satisface.

» Y pues ya entre los grillos y cadenas
Habeis metido vuestros piés y manos
Por dar esquite á las debidas penas
Que deben por sus culpas los humanos ;
Dejad que salgan de las ricas venas
Los tesoros del cielo soberanos
A hacer del hombre ricas las prisiones
Y á derretir los duros corazones.

» Como el Niño á Josef tanto parece,
Piensa el ministro que es Josef su padre,
Y dice que muy justo le parece
Que el nombre suyo al Niño hermoso cuadre ;
Mas Josef el divino nombre ofrece
Que trujo el Ángel á la Virgen Madre :
« Jesus ha de llamarse », y admirado,
Jesus el fiel ministro le ha llamado.

» Jesus su venturoso nombre sea,
Y por él le haga Dios tan venturoso,
Que como el de Navé hecho le vea
Caudillo el cielo siempre victorioso ;
A su voz obedezca el que rodea
La tierra con su curso presuroso ;
Como el de Josedech repare el templo,
Dando en su dignidad mas raro ejemplo.

» Cual Jesus de Sirach venís, padre, honrado
Al Hijo hermoso que os ha dado el cielo,
De tanta ciencia y letras adornado,
Que sea cual el honor del patrio suelo ;
Deos tan buena vejez el Niño amado,
Cual le merece vuestro justo celo ;
Hágale Dios cual deseais que sea,
Y un raro Salvador en él se vea.

» Regocijado el celestial padrino
De ver que de su padre oficio ha hecho,
Dándole el nombre que del cielo vino,
Y él ha guardado en su virginal pecho ;
« Mi Jesus », dice, mi Jesus divino,
Jesus que al cielo deja satisfecho,
Nombre de Dios ditado, traido al suelo
Por uno de la cámara del cielo ;

» Cómo tan dulce y soberano nombre
Dado de Dios y de un ángel traido,
Quiere el cielo que yo sea el primer hombre
Que decirle en la tierra ha merecido ?
Jesus mi alma eternamente nombre,
Nómbrele el corazón enternecido,
Con letras de diamante en él se escriba,
Asgase al alma donde eterno viva.

» Nombre que es gozo de la tierra y cielo,
Nombre que es paz del cielo y de la tierra.
Nombre que es de los hombres el consuelo
Y la gloria de los que el cielo encierra ;
Alegria de Dios, vida del suelo,
Arco de paz, victoria de la guerra,
Premio del trabajado, sol del día,
Refugio cierto del que en él confía ;

» Del enfermo salud, vida del muerto,
Vista del ciego, guía del errado,
Torre del flaco, del perdido puerto,
Vida del alma, muerte del pecado ;
Libertad del cautivo, amigo cierto,
Escudo fuerte, muro torreado,
Fuego de amor, sagrado del que yerra,
Premio del cielo, gloria de la tierra ;

» Nombre que el Padre por su boca dijo,
Y con que el cielo ilustra y hermosae ;
Nombre que escoge su encarnado Hijo,
Y entre todos sus nombres mas campea ;
Nombre que engendra gloria y regocijo,
En la persona que á las dos recrea ;
Nombre que de los ángeles es gloria,
Y del hombre vencido la victoria.

»Nombre que mas nos muestra y nos declara
Al Verbo eterno en carne disfrazado,
Pues Jesus, dice Dios que nos repara,
Y dice hombre preso y enclavado;
Nombre con que Adan quita de su cara
El clavo y ese con que estaba herrado,
Y poniendo en su frente el nombre regio,
Goza de hidalgo el rico privilegio.

»Nombre que á Dios y hombre manifiesta,
Nombre que salva, nombre que redime,
Nombre que á Dios la hermosa sangre cuesta,
Porque el cielo y la tierra mas le estime;
Nombre á quien hace el cielo siempre fiesta,
Nombre mas que los ángeles sublime,
Nombre á quien postra el ángel la rodilla,
El mortal hombre y la infernal cuadrilla.

»Nombre con sangre de Dios hombre escrito,
Que con ser Dios le cuesta sangre el nombre;
Nombre que anega al general delito,
Y es tabla que á la orilla saca al hombre;
Nombre de precio eterno y infinito,
Que sin gracia imposible es que se nombre;
Nombre que el que á la ronda no le diere,
No hay porque libertad ni vida espere.

»Es este nombre ungüento derramado
Que su misericordia eterna vierte,
Es nombre que en prision pondrá el pecado
Y destruirá la vida de la muerte;
Es nombre por quien Dios nace humanado,
Mostrando flaco al sumamente fuerte,
Nombre por quien el hombre el cielo hereda,
Pues que no hay otro que salvarle pueda.

»Es el divino nombre firma en blanco,
Aunque escrito con tinta colorada,
Que á letra vista en el eterno banco
No habrá libranza que no sea pagada;
Nombre que al que le toma hará tan franco,
Que dé su vida tras la sangre amada;
Nombre que abre las puertas celestiales,
Poniendo en posesion á los mortales.

»Nombre de Dios y de sus nombres cifra,
Mar que á los demás nombres sorbe y bebe,
Nombre que en sí al inmenso abismo cifra
Reduciendo lo eterno á suma breve;
Nombre que solamente Dios descifra,
Pues solo sabe lo que se le debe,
Jesus, de gracia piélago profundo,
Jesus divino, salvador del mundo.»

Mil requiebros y amores dulces dijo
Al nombre santo, y muchos mas dijera
Sino le aguará el mucho regocijo
El dolor que en el Niño considera;
Y así, cuidando del eterno Hijo,
Que siente el golpe de la herida fiera,
En los brazos le pone y se despidió,
Lleivándole á la Madre que le pide.

Cual tórtola amorosa que se queja
En la temida ausencia de su esposo
Que en el desierto tálamo la deja
Enterneciendo al cielo riguroso;
Y cual suele recién parida oveja
Que le han quitado el recental hermoso
Tiernamente balar por el cordero
Que fué llevado al sacrificio fiero;

Así piadosa bala y tierna gime
La tórtola fiel, la oveja blanca,
Divina madre del que á Adan redime
Y hace la puerta de los cielos franca;
El corazon llorosamente exprime,
Que ausente de su gloria se le arranca,
A su Esposo pidiendo á su Dios niño
Que trae bañado en sangre el blanco armiño.

Salé á mirar entre las celosías
De las ventanas de la humilde cueva,
Como á la Esposa en los pasados días
El Esposo que el niño Dios renueva;
Salé á las quiebras de las piedras frías
A ver si viene quien su vida lleva,
Mira el camine, y si un árbol se mueve,
Se hace la grana de su rostro nieta.

Llora, tiembla, suspira, teme, aguarda,
Desojada mirando á ver si asoma
El ayo fiel y la divina guarda
Del Eterno, que humano traje toma;
Y cuando mas parece que se tarda,
Mira que vuelve al arca la paloma,
No con el ramo de la paz querida,
Mas por buscarla de una piedra herida.

Con blando arrullo llega al dulce nido
Donde la Madre espera desalada;
Llega el herido ciervo desvalido
A las fuentes del alma destilada;
Llega el nuevo galan que le han herido
Rondando á su querida regalada;
Llega de la batalla herido el fuerte,
Triste sintiendo que lo está de muerte.

Josef renueva el doloroso llanto
Mirando que su Esposa en él se anega;
La Virgen soberana en dolor tanto
Al Dios llagado con su aljofar riega;
El niño herido del agudo canto
A los pechos hermosos mas se llega,
Y se esconde cual niño temeroso,
Quejándose del golpe riguroso.

Dice la madre bella : « ¡Ay mi querido!
Bien de mi alma, lumbre de mis ojos,
¿Cómo, por meter paz, os han herido,
Quebrando en vos el Padre sus enojos?
¿Tan presto la justicia os ha prendido?
¿Tan presto aprisionó vuestros despojos?
¿Tan presto os puso la señal de esclavo?
¿Tan presto el cielo contra vos tan bravo?

»Hijo de mis entrañas, mi alegría,
¿Tan presto dais la sangre que os he dado?
¿Podíades guardarla por ser mía
Sin haberla tan presto derramado;
Y si era menester esta sangría
Para el enfermo del mortal bocado,
La madre que os da leche se sangrara,
Porque temo que á vos os cueste cara.

»Y si es que la justicia rigurosa
Os saca prendas por la deuda ajena,
¿Podíades menos brava y mas piadosa
Sacarlas de esa luz pura y serena;
Que una divina lágrima preciosa
Derramada por vos fuera tan buena,
Que no solo la deuda asegurara,
Mas abundantemente la pagara.

»Herido mío, ¿qué es lo que habeis hecho
Que así os castiga vuestro padre airado?
¿Por qué, Señor, os pone en tanto estrecho
Que os vuelve á vuestra madre señalado?
¿Tanta sed tiene su divino pecho
De la sangre que habeis á vos juntado,
Que no aguardara á veros mas crecido,
Sino que os hiere de ocho dias nacido?

»¿Quien ha cinco mil años que os espera,
¿Otros treinta siquiera no esperara,
Sin que en prenderos tal rigor hubiera
Que el vestido santísimo os rasgara?
Pues quien viene á pagar persona era
Que conoce muy bien que no se alzara,
Que el tesoro de Dios tiene guardado
Para pagar al cielo de contado.

»¿Tanta prisa á cobrar, que de ocho días
Os descerraja el arca del tesoro,
Sabiendo que hay en ella prendas mías
Que ya como á divinas las adoro?
¿Bastaran, niño Dios, las perlas frías
Del corazon que se os deshace en lloro
Para dejar al cielo satisfecho
Sin sacaros la sangre de mi pecho.

»¿Cómo, mi niño y Dios recién nacido,
El vestido encarnado que os he dado
En ocho dias os le veo rompido
De vuestra sangre pura salpicado?
¿Con quién, mi Niño amado, habeis refido
Que la divina sangre os ha sacado?
¿Ay hijo, que os quejais á vuestra madre
Del rigor con que os trata vuestro Padre!

» ¡Ay Jacob santo, abuelo venturoso!
Tú que la vestidura fiel rompiste
Cuando teñida la del hijo hermoso
Con sangre ajena ante tus ojos viste,
¿Qué podré hacer en trance tan forzoso,
Donde se rompe mi corazón triste,
Viendo con sangre propia de mi herido
Manchado el blanco y virginal vestido?

» Si te dijeron que una cruda fiera
Sacó su sangre y acabó su vida,
Teniendo por su sangre verdadera
La que su ropa te mostró teñida,
Aquí otra fiera, que es la culpa fiera,
Hizo en mi niño Dios la fiera herida,
Dejando con su sangre fiel manchada
La ropa hermosa, blanca y colorada.

» ¿Qué me decías, mi amor? Dejad el llanto,
Tomad el pecho y déj la sangre pura,
Porque ella irá á ocupar el vacío santo
De la que marchitó vuestra hermosura;
El cuerpo vuestro hirió el agudo canto,
Y el alma me pasó su punta dura;
Si herido estáis, herida gimo y lloro,
Que el dolor siento del amor que adoro.

» ¡Ay mi hijo amado! Ay Jesús querido!
Jesús, que es nombre sobre todo nombre,
Nombre por quien os ha el amor herido,
Pues le tomastes por salvar al hombre;
Nombre de gracia y gloria enriquecido,
Nombre que al cielo y tierra es bien que asombre,
Nombre que tierra y cielo humilde adora,
Nombre que á Dios regala y enamora.»

La Virgen bella al Niño herido acalla,
Y sintiendo su herida se enternece;
El tierno infante por su madre calla,
Que le llora por sentir lo que padece;
José se esfuerza para consolarla,
Reprime el llanto, que se aumenta y crece,
Y con varonil ánimo consuela
A la que vistió á Dios de humana tela.

La Virgen, que á José guarda obediencia,
Modera el sentimiento enternecido;
José guarda con suma reverencia
La reliquia divina del herido;
El niño Dios, ejemplo de paciencia,
Al pecho hermoso de su madre asido,
Como amoroso niño se regala
Con la que su pureza el sol no iguala.

José divierte á su querida Esposa
De la memoria del martirio grave;
Ella del Niño entre la luz hermosa
Hace su sentimiento mas suave;
Toma él la leche cándida y sabrosa
Que á néctar dulce de los cielos sabe,
Y deja el doloroso amargo llanto,
Y yo el discurso deste tierno canto.

CANTO XVII.

De la adoración de los Reyes, y presentación en el Templo.

De los correos que despacha el cielo
Con la dichosa soberana nueva
De que entre paja en un pesebre al yelo
Se conserva la dulce fruta nueva,
Cuál por el aire enamorando al suelo
A los pastores santos se la lleva,
Dando las señas del recién nacido
En quien el ser de Dios está escondido;

Cuál esparciendo rayos de hermosura
Visita alegre el triste calabozo,
De luz vistiendo la prisión oscura,
Dando á las almas soberano gozo;
La cierta libertad les asegura,
Mejora su esperanza su alborozo;
Albricias pide de las nuevas buenas,
Y ellos cantan al son de las cadenas.

Cuál con la luz que á la del sol agravia
Por el aire esparciendo su tesoro,
Parte á la rica y venturosa Arabia,
Abundante en incienso, mirra y oro,
Y inspirando á la gente ilustre y sabia,
Insigue en ciencia y en el real decoro,
Del Oriente los lleva al nuevo Oriente,
Adonde nace el Sol omnipotente.

Suspensos miran una nueva estrella
Que hace clara la negra noche oscura,
De mayor resplandor y luz mas bella
Que el que da á las demás su lumbre pura;
Miran un niño hermoso en mitad della,
De peregrina gracia y hermosura,
Y sobre su cabeza una cruz de oro
Que alegra de los cielos el tesoro.

Quedan absortos á una voz que dijo:
« ¡Id, venturosos sabios, á Judea,
Donde ha nacido el Rey que es de Dios hijo
Con el diafraz de la mortal librea. »
Pasmados en el raro regocijo
Que las dichosas almas les recrea,
Dan crédito á la voz viendo la lumbre
Fuera de toda natural costumbre.

Miran el cerco de los rayos de oro,
Del divino *Agnus Dei* iluminado,
Y al sol eterno del impreso coro
De la luz de una estrella rodeado;
Ven de luz lleno el celestial tesoro
Que en un pesebre llora reclinado,
E inspirados del ángel que los llama,
Siguen la luz de la gloriosa llama.

Y con gozos del alma extraordinarios
Al nuevo Rey los dones aperciben,
Que son entre ellos fueros ordinarios
Dar dones cuando el nuevo Rey reciben;
Y subiendo en ligeros dromedarios,
Miran los rayos que en sus almas viven,
Siguiendo el celestial paje de hacha
Que con ricos tesoros los despacha.

Van tratando del bien que han alcanzado
Gozando de Balaán la nueva estrella,
Pues habiéndola muchos deseado,
Ellos llegaron á gozar de vella:
Cuál dice que lo había profetizado
La Eutíca Sibila sabia y bella;
Cuál que el paciente Job lo habían oído
El tiempo que en Arabia había vivido.

En término de algunos pocos días
Ven la Jerusalén dichosa y santa;
Echan menos las glorias y alegrías
De la estrella, que ausente los espanta;
Quedan las almas con su ausencia frías,
Y en tanta turbación y pena tanta
Entran por la ciudad, que se alborota
Viendo gentes de tierra tan remota.

Preguntan por el nuevo Rey nacido;
Túrbase Herodes, la ciudad se altera:
Manda juntar del pueblo lo escogido,
Por saber dónde nace el Rey que espera;
Los sabios de la ley le han respondido
Que Betlén de Judá la ciudad era
De quien saldrá el caudillo valeroso
Que al pueblo de Israel hará dichoso.

En secreto á los tres Herodes llama,
Y con rostro fingido significa
Que al nuevo Rey nacido estima y ama,
Y que su corazón le sacrifica,
Y que para adorar Rey de tal fama
Encarecidamente les suplica
Que en adorando la majestad nueva
Vuelvan á darle la dichosa nueva.

Salen los tres fortísimos varones
Buscando de Betlén la fiel cisterna
Por mitad de los fieros escuadrones
Del enemigo rey que los gobierna;
Pasan con valerosos corazones
Buscando el agua de la fuente eterna,
Porque beba David, que está sediento
Del agua superior del firmamento.

Salen de la ciudad del rey tirano,
Ven la columna rubia que los guía,
Como otro tiempo huyendo del gitano
Otra con el amado pueblo hacia;
Gózase el triunvirato soberano
Mirando de la estrella al alegría,
Siguen gozosos su derrota bella,
Buscando al sol en brazos de una estrella.

Siguen gozosos el divino rastro
De los rayos de luz que alegre ofrece
El nunca hasta allí visto hermoso astro
Que los ánimos reales enriquece,
Y absortos en el niño de alabastro,
Que en medio del risueño se parece,
Llegan al portal pobre donde habita
El nacar con su hermosa margarita.

Como ventor de muestra que siguiendo
La caza va, que atento se adelanta,
Y la tímida presa descubriendo,
La enseña con la mano que levanta,
Así la estrella, al unicornio viendo
En el regazo de la niña santa,
Dando de haberle hallado clara muestra,
A los tres cazadores se la muestra.

Con gozo celestial se lozanea
Sobre el portal con nuevos resplandores,
Y hechos lenguas sus rayos, los voca
Que adoren al Señor de los señores;
Ellos absortos en quien los recrea,
Sus ojos reales derramando amores,
Se apean alegres, y en su amor deshechos,
No les caben las almas en los pechos.

La Virgen soberana que sabía,
Como tan docta en la lección sagrada
Que Heródes al Infante buscaría,
Y de Sabá la gente celebrada,
El temor oscurece á su alegría,
Y entre triste y alegre está turbada;
Al Niño pone en sus hermosos brazos,
Haciendo de ellos amorosos lazos.

Josef escucha el nabateo lenguaje
De la gente oriental, y alegre avisa
A la que puso en el humano traje
Al que las plumas de los vientos pisa;
Ella, cierta del nuevo vasallaje,
El pálido temor convierte en risa,
Y ataviada lo mejor que pudo,
Hizo del niño Dios al pecho escudo.

Arrastrando real púrpura y brocado,
Ante la bella Reina de hermosura,
El terno llega bienaventurado,
Turbados á su luz hermosa y pura;
La cortés Virgen con divino agrado,
Corresponder con humildad procura
Al término cortés y real decoro,
Que arrastra y huella aljófár, perlas y oro.

Como sueñan al sol montes de nieve,
Se deshacen aquestos montes altos
Al sol eterno que derrite y bebe
Los corazones de las almas faltos;
Ellos hace á sus piés el que al sol mueve
Tapete de brocado de tres altos,
Tan altos, que prostrados por el suelo,
Llegan al que es Altísimo del cielo.

De las cantoras aves del Oriente
La estrella cazó tres, que al Niño hermoso
Cantan un tres tan grave y dulcemente,
Que suspenden al aire vagaroso;
Alégrase gozosa y refulgente
De que á pesar del tiempo riguroso
Que hace llorar al niño, el Niño caila,
Pues como á niño con un tres le acaila.

Prostradas las rodillas por la tierra,
Suplican les enseñe el tierno Niño,
Que la deidad inescrutable encierra
Entre la blanca piel del limpio armiño;
La Madre Virgen, paz de nuestra guerra,
Quitó del rostro bello el pobre armiño,
La cortina corrió del arca santa,
Que al cielo alegra y al infierno espanta.

Llegan los tres al Abraham eterno,
A quien en caridad no llegó alguno,
Y hecho huésped pladoso, humilde y tierno,
Dentro en su pecho hospeda á cada uno;
Que al el otro Abraham con gozo interno
Hospeda tres y adora en los tres uno,
Este de tres que hospeda es adorado,
Por el uno de tres y uno increado.

Cosenlos graves rostros con el suelo
Al bello resplandor que los deslumbra,
Y pasmados al bien que goza el cielo
Del sol eterno, cuya luz le alumbra,
Adoran en el pobre humano velo
Al que en el pecho paternal se encumbra;
Por Dios y rey al Niño eterno adoran,
Y de su vista alegre se enamoran.

Abren los cofres de los ricos dones,
Y al Niño incienso, mirra y oro ofrecen,
Ofreciendo los nobles corazones
Que en los devotos ojos se parecen;
Confesante los incultos varones
Por Dios, y con incienso le engrandecen;
Como á su rey el oro le dedican,
Y en la mirra que es hombre significan.

Las águilas reales coronadas
Se prueban á la luz del sol glorioso,
Quedando cual el Fénix remozadas,
Al resplandor del fuego poderoso;
Las alas encogidas y humilladas
Abaten ante el Rey y Niño hermoso;
Ante sus piés humillan sus coronas,
Y á la luz de sus ojos sus personas.

«Recibe, oh Niño, el mas anciano dijo,
Los pobres dones de los ricos pechos,
Llenos de fe, de gozo y regocijo,
Y en tu divino amor de amor deshechos;
Por Dios te confesamos de Dios Hijo,
Por quien la tierra y cielos fueron hechos;
Por rey, pues tus vasallos nos hacemos,
Y por mortal, pues padecer te vemos.

»Por príncipe heredero te juramos
De las eternidades, y decimos
Que por eterno Dios te confesamos,
Aunque cual hombre padecer te vimos;
Por la gentilidad caucion prestamos,
Y en su nombre por rey te recibimos;
Tú eres nuestro rey, rey Dios y hombre,
Y nosotros vasallos de tu nombre.

»Cese la fama ya de nuestra reina,
Que á ver de Salomon la gloria vino,
De donde el alba sus cabellos peina,
Movida de su ingenio peregrino;
Que ya otro nuevo Rey mas sabio reina,
Dios mortal, fuerte Rey, hombre divino,
Que nos trae de remotas partes varias,
A dar á su grandeza eternas parias.

»Cese del mismo Salomon la historia
Y de su trono de márfil la fama,
Que este bello oscurece la memoria
Del que famoso todo el mundo llama;
Vos, Virgen, sois el trono de su gloria,
Donde se sienta el Salomon que os ama,
Trono de luz que á los del cielo humilla,
Trono de Dios y de su gloria silla.»

El guardajoyas del Infante hermoso,
Mayordomo mayor de su grandeza,
Josef, de su adorada Reina esposo,
Guarda de los tres dones la riqueza;
El Niño agradecido y amoroso
Por la luz donde vive la belleza
Les muestra el alma, y lleno de alegría
En las suyas divinos gozos cria.

Besan el pié del Papa sacrosanto,
Que concede plenísima indulgencia
A los que, visitando el lugar santo,
Hacen de sus pecados penitencia;
Vertiendo fuentes de copioso llanto,
Hacen para ganarla diligencia;
Gananla humildes, y de pena sacan
Tres almas, que llorando á Dios aplaenan.

Besan los piés que huelian las estrellas,
Y el risueño los prende y enamora,
Haciendo lazos de las manos bellas,
En sus pechos sus glorias aletora;
Esparce de su amor vivas centellas
Del fuego ardiente que en sus pechos mora;
Abrásales las almas amoroso,
Derretidas al sol del cielo hermoso.

Su Madre, la bellísima María,
Viendo el trofeo del recién nacido,
Y que alegres de donde nace el día,
A adorar á su Rey tres han venido,
Vierte rayos de gozo y alegría
Sobre las rosas que de amor son nido,
Agradeciendo entre los ricos dones
La fe de los ilustres corazones.

Despidense los reyes venturosos,
Alegres del bien grande que han gozado
De los rayos del Sol maravillosos,
Con que el Niño sus almas ha ilustrado;
Parten regocijados y gozosos,
Absortos en la gloria que han mirado;
Siguen de su derrota otro camino,
Que á prevenirlos un arcángel vino.

Quedan Josef y su consorte amada
Llenos de gozo viendo que ya el suelo
Adora en la niñez disimulada
La majestad que adora y teme el cielo;
Y en el reparo de la fiel posada
Pasan del tiempo airado, nieve y hielo,
Al sol hermoso de los rayos de oro,
Que es de los cielos el mayor tesoro.

Diez veces cuatro la celada nuera
Del troyano perjuro Laomedonte
Tendió las Indias de su cabellera,
Bordando con su luz nuestro horizonte,
Y otras tantas, siguiendo su carrera,
Hizo de plata el mar y de oro el monte,
El rubio hermano de la blanca diosa
Que mendiga la luz que la hace hermosa;

Cuando la Madre Virgen se apercibe
A la ley que no obliga á su limpieza,
Obligando á cualquiera que concibe
Guardando el orden de naturaleza;
Y con ser ella en quien hermosa vive
La siempre hermosa y cándida pureza,
Se sujeta á la ley y parte al templo,
De humildad y obediencia dando ejemplo.

Salen del pobre albergue, alcázar rico,
Donde bajó la soberana corte
A ver disimulado entre el pellico
El Rey, que hará que el padre se reporte;
Coge Josef al nuevo pastorcico
De entre los brazos de su fiel consorte,
Pónese entre los suyos, y gozoso
Se dispone al camino trabajado.

Lleva cosido al pecho á Dios humano,
Gozando del aliento de su boca,
Y agradecido el Niño soberano,
Con dulce risa á gloria le provoca;
Josef dichoso con la grave mano
Al Hijo eterno alegre abraza y toca;
Adórmese el Niño, Josef canta,
Embelésase el cielo, el sol se espanta.

Es Josef cuna donde á su Dios mece,
Es brasero de amor que le calienta,
Es cama blanda donde se adormece,
Es carroza en que al templo se presenta,
Es trono celestial donde parece,
Es arca del maná que á Dios sustenta,
Arbol donde se arrima y regocija,
Que con su buena sombra á Dios cobija.

Es serafín que con las alas cubre
El rostro y piés de Dios disimulado,
Velo del templo que el Sagrario encubre,
Adonde el mismo Dios está encerrado;
Nube que al sol que al cielo se descubre
Hace sombra, teniéndole guardado,
Muro fuerte que á Dios defiende y cerca,
Es de su paraíso guarda y cerca.

Lleno Josef de celestial espanto,
Lleva abrazado al que los cielos cria,
Y arrimada y asida al hombro santo,
Lleva á la aurora que mejora al día;
Absorto en tanto bien y en gozo tanto,
En medio la divina compañía,
La jornada quisiera hacer mas larga
Por gozar del descanso de la carga.

Ya las torres soberbias se parecen,
Que se quieren entrar por las estrellas,
Los espejados capiteles crecen,
Los edificios de las casas bellas,
Las murallas del templo resplandecen,
Levantando en mitad de todas ellas
La cabeza el pináculo sagrado,
Por ver el bien que tanto ha deseado.

Llegan á la ciudad edificada
Del sacerdote Rey, sin madre y padre,
Jerusalén ilustre y celebrada,
De todas las demás cabeza y madre;
Y dando fin á la feliz jornada,
Por ver la Virgen que á su oficio cuadra,
Pide á su Esposo el Niño, y él previene
Lo que á la ofrenda de la ley conviene.

Compra las amorosas tortolillas
Para ofrecer con la adorada prenda,
Que siendo Rey de las eternas sillas,
Quiere que el mundo su pobreza entienda;
Y porque trae envuelto entre mantillas
El cándido Cordero, que es la ofrenda
Que ha de desenojar al sumo Padre,
Ofrecido en los brazos de su Madre,

Cinco preciosos siglos ha buscado
Con que ha de redimir á su querido,
Que quiere ser agora rescatado,
Ya que otra vez no lo será vendido;
Cinco siglos, que es precio señalado
Para que el Redentor sea redimido,
Cinco por cinco de valor profundo
Con que muriendo ha de comprar al mundo.

Entran al templo, y la Doncella santa
El tierno Infante entre los brazos toma,
Colgando del marfil de su garganta
Del ámbar rico la olorosa poma;
El justo Simeon en gloria tanta,
Como del templo por la puerta asoma,
Se levanta temblando, y á él se llega
Como á la luz la mariposa ciega.

Las rodillas prostradas por el suelo,
Sobre la nieve de su rostro grave
Derrama gotas de cuajado hielo
Ante el ramo de paz que trae el ave;
Pide á la Virgen con pladoso celo
Le entregue el Niño porque quien es sabe,
Que há largos años que gozar aguarda
La nueva vida de su vejez tarda.

«Traes á ofrecer al templo al bello Infante,
Dice, cual labrador rubias espigas;
Traes, como suele rico navegante,
Lo que votó en mitad de sus fatigas;
Traes las prisiones del primer amante
Cautivo en las mazmorras enemigas,
A colgallas del templo en señal cierta
Que libre ha de volver á hallar la puerta.

«Dame, Virgen intacta y reina mía,
De tierra y cielo el sin igual tesoro,
Dame el Hijo del Padre, que le envía
A que vuelva á llenar las sillas de oro;
Dame el Niño que mama y que te cria,
Dame el pequeño que por Dios adoro,
Dame al Señor que viene al templo santo,
Angel del Testamento sacrosanto.»

Pone la Madre en las heladas manos
Del temeroso justo el fruto eterno,
Precio infinito, don que los humanos
Esperan en el seno del infierno;
Riega los arrugados surcos canos
El viejo grave, viendo el Niño tierno,
Y cual águila antigua se remoja,
Bañándose en la fuente de que goza.

Cual suele el olmo seco y deshojado,
Que con la vid que se le arrima medra,
Y como muro antiguo destronado,
A quien enlaza verde hojosa yedra,
El grave sacerdote y viejo honrado,
Arbol sin hoja y carcomida piedra,
De la vid Cristo con amor se abraza,
El cual con lasos del amor le enlaza.
Va en el amargo ramo de acebuche
Engerto el dulce de la verde oliva,
Va con Jacob el ángel, con quien lucha
Hasta que bendiciones del reciba;
Va el cisne, que hace que su voz se escuche
Dentro en la tierra de la gente viva,
Cuya voz grave rompe la garganta,
Y alegremente desta suerte canta:

«Agora en paz del mundo y sus enojos,
Saca a tu siervo como prometiste,
Señor eterno, pues que ven mis ojos
La salud que á las gentes propusiste;
Al que es la lumbre, cuyos rayos rojos
Ilustrarán la gentilidad triste,
Al que es la gloria de tu pueblo amado,
Por edades prolijas desecado.»

Y echando milagrosas bendiciones
A la dichosa Madre y noble Esposo,
Que admirados los santos corazones,
Al viejo escuchan justo y temeroso,
Endereza á la Madre sus razones,
Que en llanto vuelven su placer gozoso,
Pues el cuchillo que ha profetizado,
Teme en sangre del Niño Dios manchado.

Consuéla la viuda profetisa,
Y enamorada del infante tierno,
A todos llena de contento avisa
Cómo es el Niño rey y Dios eterno;
Josef, en ocasión que es tan precisa,
Herida el alma del dolor interno,
Acompaña á su Esposa sacrosanta,
La ronca voz asida á la garganta.

Toda la gente que en el templo había
Llega á escuchar el duo concertado
Del gran profeta y la Sibila fría,
Que pronostican del infante el hado;
Pámanse en la hermosísima Maria,
Y en la ventura de su Esposo amado,
Miran del Niño bello los despojos,
Que les roba las almas por los ojos.

Alegres todos, llenos de consuelo,
En concertada posesion se ofrecen,
Y entrando el Niño, rey de tierra y cielo,
Las paredes del templo se estremecen;
Los serafines, recogiendo el vuelo,
Se encogen ante el Niño que obedecen;
La vara se humilló, el maná sagrado
Teme al que representa figurado.

Las tablas de la ley se estremecieron
Reconociendo al Legislador santo,
Las cortinas del velo se encogieron
Llenas de nueva admiración y espanto;
Las demás cosas claras muestras dieron
De que era Dios el Niño sacrosanto,
Que su deidad divina les asombra,
Reverenciando á la verdad la sombra.

Llegan ante el divino altar sagrado,
Doade el que siempre á Dios está presente
Tiene de ser al Padre presentado,
Que se ha de enternecer con el presente;
La Madre Virgen toma el Niño amado
Al viejo grave que su ausencia siente;
Vuelve la luz á la eclipsada luna,
A su Madre Jesus, Dios á su cuna.

Y dándole ternísimos abrazos,
Del mal pronosticado enternecida,
El justo corazón hecho pedazos,
Sale á bañar el alma de su vida;
Y puesto encima de los bellos brazos,
Mas que los serafines encendida,
Las rodillas prostradas por el suelo,
Dice al que escucha de su ímpireo cielo:

«Si pudo ¡oh Padre eterno! el sacrificio
Del primer virgen, mártir y inocente,
Obligarte á aceptar el fiel servicio
Mirando con agrado su presente,
Pueda volverte, eterno Dios, propicio
El hijo de tu pecho omnipotente
Que hoy te presento por el hombre ingrato,
Y perdona, Señor, el pobre plato.

»Si dádivas, Señor, quebrantan peñas,
Que dádiva mejor podrá ser parte
Para ablandar el gran furor que enseñas,
Que la que tú nos diste para darte?
Que aunque son de hombre las visibles señas,
Sé que nadie cual él podrá ablandarte,
Porque es el resplandor de tu hermosura,
Y de tu pecho sustancial figura.

»Si del soberbio y arrogante hermano
Que de su madre con acuerdo y traza
Perdió su mayorazgo soberano,
Siendo cazado por buscar la caza,
Pudo hacer cera el corazón tirano,
Y vínculo de amor el amenaza,
El que fué de Raquel dichoso amante
Con los presentes que le envió delante,

»Vuelva, eterno Señor, la aguda espada
A envainarse, y con gozo y regocijo
Abraza á la criatura desterrada,
A quien tu enojo con razón maldijo;
Atiende á la palabra disfrazada
Que eternamente tu grandeza dijo,
Pues que no puede ser que no sea acepto
De tu mente divina el fiel concepto.

»Mira, Señor, que entre tu justa ira
Y el hombre ingrato está mi Niño tierno,
Espejo immaculado en quien se mira
La omnipotencia de tu ser eterno;
Y que si tu justicia flechas tira
Al que se hizo heredero del infierno,
Que han de dar en mi Niño amor desamado,
Pues ha nacido para ser su escudo.

»Si pudo al que brutando enojo y rabia
Contra la casa de Nabel tirano,
Que injustamente al pobre rey agravía
Con pecho duro y torazon villano,
Ablandar una hermosa mujer sabia
Con el presente de su corta mano,
Convirtiendo su enojo en bendiciones,
Haciendo de sus dádivas prisiones,

»Pueda ablandar aquesos pecho airado
Aquesta sierva humilde, que te ofrece
El don del pecho tuyo mas amado,
Y el que ser aceptado mas merece;
Pueda el Hijo divino que me has dado,
Que los cielos ablanda y enternece,
Ablandar tus entrañas inmortales,
Pues que te doy lo mismo que tú vales.

»Si un poco de agua en unas toscas manos
Ofrecida á un rey perza obligar pudo
A hacer nobles hidalgos cortesanos
Los descendientes del labrador rudo,
Puedan estos despojos soberanos,
Que ató el amor en un perpetuo nudo,
Hacer al desterrado tu heredero,
Hidalgo y noble al rústico pechero.»

Dijo, y tomando al Niño el noble Esposo
De entre los brazos de su amada prenda,
Le puso encima del altar precioso,
Ara sagrada de la viva ofrenda.
Paróse el sol al caso portentoso;
No hay ángel que del cielo no decienda
Abrazado de amor al altar santo,
Donde se ofrece el Niño sacrosanto.

Abriéronse del templo las cortinas,
Descubriéndose alados escudrones
Por ventanas y puertas cristalinas
Con músicas alegres y canciones;
Viendo el Padre las lágrimas divinas,
De que el sagrado amor hace prisiones,
Se enterneció, aceptando el sacrificio
Que eternamente le tendrá propicio.

No pudo, no, aceptar el don sagrado,
Por ser su igual el que es el ofrecido;
No pudo, no, agradarle el Niño amado
Ante el claro lucero del nacido;
Enternecióle el nuevo Isaac vendado
Y el sacrificio del Abel querido,
El bello Samúel, la Abigail bella,
El niño Dios, que ofrece una doncella.

Huyeron de su rostro los enojos,
Y mostróle pacífico y sereno;
Ablandóse a los rayos de los ojos,
Que se le entraron al sabido seno;
Aceptó los santísimos despojos
Del Niño, que es cual él tan santo y bueno;
Llenó el cielo de gloria y regocijo,
Y adoráronle todos por su hijo.

Dió el gran Josef las simples tortolillas
A su querida, y ella las ofrece,
Rico aljófar vertiendo en sus mejillas,
Que la ofrenda de pobres enriquece;
Viendo Josef las raras maravillas
Del Hijo y Madre, alegre se enternece,
Pues la Madre no debe lo que paga,
Y el Niño hermoso cobra que es la paga.

La Virgen bella entre las perlas graves,
Con que hace feas las que la mar oria,
Dice: « Recibe, Dios, las simples aves,
Ofrenda pobre, como ofrenda mía;
Pido, Señor, que los defectos laves
De aquesta sierva humilde, que te envía.
El corazón entre los pobres dones,
Pues aceptas humildes corazones.

» No te ofrezco, Señor, blanco cordero,
Porque no es menester figura y sombra
Adonde se te ofrece el verdadero
Manso Cordero, que de Dios se nombra;
Tu alzado rostro y hasta aquí severo,
Que al cielo espanta y a la tierra asombra,
Con la hermosura deste don se amanece:
Tu enojo cese, tu rigor descanse.

» Y así porque sacando al pueblo triste
De la prision Egiptia y servil yugo,
Donde a sus mayorazgos muerte diste,
Siendo tu justa saña su verdugo,
Ordenaste, que el pueblo que escogiste,
Por quien aquesta hazafia hacerte plugo,
Sus mayorazgos te sacrificase,
Y que después del templo los comprase;

» Aquí, Señor, te doy a mi querido,
Y te le ofrezco por el hombre ingrato,
Y en tus aras sagradas ofrecido,
Con estos cinco siglos le rescato;
Por mi mi Redentor es redimido,
Y sé, Señor, que me le das barato,
Pues si te había de dar lo que valía,
El cielo es poco, pues al cielo cria.

» El agua de mis ojos derramara,
La sangre de mis venas ofreciera,
El corazón del pecho me sacara;
Y el alma propia por mi amado diera;
Y aqueste rostro por mi Niño herrara,
Y para rescatarme me vendiera,
Y fuera poco para lo que estimo
Al amoroso esclavo que redime.

» Si el parto sigue al vientre gloria mía,
Esclavo sola, pues es humilde esclava
Aquesta madre que gozosa os cria,
Y en serio alegre á vuestro Padre alaba;
Esclavo sois en quien el cielo nía
La libertad de quien llorar no acaba;
Esclavo libre, del amor esclavo,
Poned en este rostro la cruz y clavo.

» Libre, que esclavo habéis aparecido,
Porque el esclavo quede libertado,
Pues juzgándoos, Señor, por el vestido
Seréis por el esclavo castigado;
Esclavo, que otra vez seréis vendido,
No quedando cual esta rescatado,
Dios hecho esclavo, porque señor sea
El fugitivo esclavo que os desea.

» Esclavo, que hacéis libres los esclavos
Y cautiváis los libres corazones,
Esclavo, escudo de los golpes bravos,
De afrentosas injurias y baldones;
Esclavo, que con tres agudos clavos
Os echará el amor nuevas prisiones,
Esclavo, que muriendo daréis vida
Al que la despreció por la comida.

» ¿Quién en su rostro tierno esclavo viene
Escritos con el fuego y hierro bravo
El dulce clavo y amorosa cruz?
Con que el amor os pudo hacer esclavo?
¿Quién, amor mío, tan dichosa fuese
Que impresos en el alma la cruz y clavo,
Os libertase de la Pasión fiera
Que el pecho me lastima y os espera?

» Ay si os topa la ronda, mi querido,
En forma del esclavo desterrado.
Temo que por las señas del vestido
A la prision os lleve maniatado,
Y á una columna fuertemente asido
Deje el hermoso cuerpo desangrado.
Llevándoos, Hijo amado, al matadero
Como á inocente y cándido cordero.»

Josef, mirando á su adorada Esposa
Enternecida con el Niño santo,
Y el jazmín blanco y encarnada rosa
Aljofaradas con el tierno llanto,
Acompañando á su querida hermosa,
Herido del dolor hace otro tanto,
Enterneciendo á la devota gente,
Que el daño ajeno como propio siente.

El Cordero de Dios se ase á su Madre,
Bebe las perlas vivas que derrama;
La Virgen viendo cuánto á su bien cuadra,
Entre los pechos pone al que los mama;
El gran Josef como amoroso padre
Del que es hijo de Dios, hijo le llama,
Llega á besar las plantas de Jazmines,
De quien alfombra son los serafines.

Cumplido, pues, lo que la ley ordena,
Despidense de la piadosa gente,
Que enamorada de la luz serena,
Absorta mira al nuevo Sol de Oriente;
A todos emplazó el dolor y pena,
Y cada cual la ausencia amarga siente
Del Niño, de la Madre y del Esposo,
Llorando tristes el partir forzoso.

Quedó el templo divino en la partida
Como en la noche el temeroso suelo,
Cual cuerpo helado á quien faltó la vida,
Cual sol sin luz ó sin el cielo;
Entristeciéndose el arca enriquecida,
De luto se volvió del templo el velo;
Los serafines con sus alas de oro
Acompañar quisieran su tesoro.

Lleva Josef á su consorte amada
Con el fruto divino entre las hojas
Del árbol de la vida deseada;
Que ha de acabar del hombre las congojas;
A Nazareth ordenan la jornada,
Que desea ver de Dios las luces rojas;
Comienzan el camino sacrosanto,
Adonde acaba el suyo aqueste canto.

CANTO XVIII.

De la huida á Egipto.

En lo remoto de la Scitia helada,
Dentro de un bosque pálido y sombrío,
Hecho de una arboleda deshojada,
Que baña un triste cenagoso río,
Hay una antigua gruta socavada,
En las entrañas de un peñasco frío;
Cáense las paredes de podridas,
Y las incultas piedras carcomidas.

De telarañas y de moho cubierta,
Agua azufrada y cieno hediondo brota,
Que atravesando por la oscura puerta,
Los negros quicios lentamente azota;
Por esta puerta eternamente abierta,
Inficionando el aire, le alborota
La niebla pestilente que derrama
El humo negro de una turbia llama.

En lo mas hondo de la cueva oscura
Está un flaco cadáver macilento,
De horrible aspecto y fiera catadura,
De cetrino color, bazo y sangriento,
Que por la boca denegrida y dura
Exhala negro y ponzoñoso aliento,
Que condensado el aire le escurece,
Con que el horror del triste lugar crece.

Son las monstruosas desgredadas hebras
Del mal peinado horrible cabello
Viboras ponzoñosas y culebras,
Que ondean encima del arado cuello;
La frente llena de arrugadas quiebras
Produce un largo verdinegro vello,
Que hace sombra á los ojos denegridos
En dos cavernas húmidas hundidos.

De fea amarillez tiene cubiertos
Los pardos surcos de las feas mejillas,
Al humor de los ojos siempre abiertos,
Bañados en sus gotas amarillas;
Los mohosos dientes muestra descubiertos,
Que muerden las ajenas maravillas;
La lengua hendida vil veneno vierte,
Que es del honor y la virtud la muerte.

Los verdes labios, mas que absintio amargos,
Vierten perpetuamente su amargura,
Hecha al ajeno bien velador Argos.
Su ponzoña infernal sembrar procura;
En los enjutos pechos feos y largos
Cria con hiel á la miseria oscura,
Abrazando al dolor y al vil desprecio,
Nietos del ángel por su culpa necio.

Siempre el horrendo monstruo está comiendo
Su fiero corazón empodrecido,
Las secas manos con furor mordiendo
Baña siempre con llanto denegrido;
Por la vista infernal siempre vertiendo
De Alete brava el fuego recocado,
Con que escurece al cielo, y al sol puro
Hace que huya del lugar oscuro.

Róele las entrañas asquerosas
Un carnívero buitre vengativo,
Como al que en las cavernas temerosas
Otro le desentraña por altivo;
Cébanse en ellas dipsas ponzoñosas
Y basiliscos de mirar nocivo;
Aspides, hidras, sapos y culebras
Hacen en el cadáver hondas quiebras.

Esta, saliendo de la hedionda casa
Que ha mas de cinco mil años que habita,
Los campos seca por adonde pasa,
Las yerbas y los árboles marchita,
La ciudad quema, el edificio abrasa,
Provoca al hurto y á la guerra incita,
Inficiona los aires, mar y tierra,
Entierra al vivo, al muerto desentierra.

Esta monstruosa fiera descarnada
Con falso pecho y virginal trasunto,
Entre las pomas de oro enmascarada
Mató de un golpe á todo el mundo junto;
Esta con pura sangre inmaculada
Bañó la abuela del primer difunto,
Haciéndola salir á infames coces
Para que pida su venganza á voces.

Esta cruel, que al inocente hermano
Que soñó humilde las gavillas rubias
Pudo vender al mercader gitano,
Haciendo de Jacob los ojos lluvias;
Esta, que al suegro del pastor humano,
Que al gigante dejó las luces turbias,
Carcomió el corazón oyendo solo
Las alabanzas del pastor Apolo;

Esta, que al que vendió por la comida
El mayorazgo y primogenitura,
Hizo buscar para perder su vida
Al que Laban desballijar procura;
Esta fiera Meguera carcomida,
Que de Mesopotamia á la hermosa
Movió contra su hermana legañosa
En la fecundidad mas que ella hermosa;

Esta, que dentro el cielo fué engendrada,
Y no pudo sufrir el mismo cielo,
Pues cansado de carga tan pesada,
Deja que caiga al siempre oscuro suelo;
Esta, del alto Olimpo despeñada,
Vuelto el pecho furioso Mongibelo,
Se muere, se consume, se deshace,
Vive muriendo, y al morir renace.

Esta huésped vil de infames pechos,
A quien ofende el bien y el mal alegre,
Que se ha subido á los dorados techos,
Donde derrama su ponzoña negra;
Esta, carbon los corazones hechos,
Los hace arder mas que los suyos fiegra,
De cuyas llamas y funesto lloro
La virtud saca mas hermoso el oro.

Esta, que siembra su mortal veneno
Entre la tela rica y vil picote,
Esta, que con el bien y gusto ajeno
Da á su podrido corazón garrote;
Esta, que solo lo que tiene bueno
Es de sí misma ser pena y azote,
Esta, que como el sol lo oscuro aclara,
Y escurece cualquiera cosa clara.

Este monstruo, que envidia el mundo nombra,
Envidiosa de todo y no envidiada,
Que al cielo ofende y á la tierra asombra,
Mordiendo el cetro real y tosea azada;
Esta, para dejar la horrible alhombra
De la cueva infernal donde está echada,
Se mueve, y mueve los hediondos trapos,
Adonde cria viboras y sapos.

Alzó la estrecha y arrugada frente,
Dando lugar á los hundidos ojos,
Y un báculo tomó que estaba enfrente
De punzantes espinas y de abrojos;
Deja su choza y parte diligente
A verter por Belén arroyos rojos
De la sangre inocente que desea
Para afeitár su catadura fea.

Cruge furiosa los dañados dientes,
Vomita rabia y vil ponzoña exhala;
Lo que miran sus ojos pestilentes
Escurece, marchita, quema y tala;
Los caballos del sol resplandecientes,
De temor de mirar cosa tan mala,
Se arrojaron al mar, y van huyendo
De la vista cruel del monstruo horrendo.

Secó las yerbas, marchitó las flores,
Tembló la tierra, escurecióse el cielo,
Haciendo á sus hermosos resplandores
De nubes densas un oscuro velo;
Las aves que cantaban sus amores
Hicieron pausa en su agradable vuelo,
Inficionadas de la vil presencia
Que esparce por los aires pestilencia.

Entra en Jerusalem pálida y mustia,
Y pesante del bien que en ella mira,
Se araña el rostro, el alma se le angustia,
Vertiendo por los ojos rabia y ira;
La ciudad cubre de dolor y angustia,
Y por su boca negras flechas tira
De hediondo azufre y requemado fuego,
Con que quita á las cosas el sosiego.

Está el tirano rey en la real cama
Sobre la blanda pluma recostado,
Entre ricas cortinas que recama
El oro sobre telas de brocado;
Siente en el corazón la lenta llama
Del nuevo Rey que le dejó turbado,
Siente la burla de los tres que buyeron
Sin darle cuenta del que niño vieron.

Llegó la envidia, y de sus tristes hebras
Un manojo arrancó, y emponzoñada
Al pecho le arrojó vivas culebras,
Cebadas en su sangre requemada;
En él hicieron ponzoñosas quiebras
Para roerle el alma atribulada;
Esparció podre entre las telas de oro,
Sembró dolor, veneno, rabia y lloro.

Púsole entre las sábanas de holanda
El báculo cruel de espinas duras,
Y encima de la colcha rica y blanda
De venenosos monstruos mil figuras;
El corazón cruel buscando anda
Para sembrar en él sus amarguras,
Las médulas le abrasa, róele el pecho;
Las furias del infierno trujo al lecho.

Y como á trasformarse en él aspira,
Abrazase con él, coge su aliento,
Y infunde en él el vil que ella respira,
Su ponzoña, su podre y su tormento;
Bebe el dormido rey veneno y ira,
Que de sus venas seca el alimento,
Padre los huesos, las entrañas quema,
Y ya entre sueños con furor blasfema.

Y sin hablar palabra triste parte
Al lugar fiero de la oscura cueva,
Dejando de sus males tanta parte
Cuanta consigo miserable lleva;
El corazón se le divide y parte
Al rey cruel con la pollita nueva;
En la cama no cabe ni en el mundo,
Envidioso, soberbio y iracundo.

Envidia al labrador la reja corva,
La pobre mesa y el gaban grosero;
Envidia al Rey nacido, que le estorba
La gloria de su reino lisonjero;
Teme que el nuevo Rey le trague y sorba
Como á pequeño arroyo el mar severo;
Teme perder el cetro y la real silla,
La corona que asombra y maravilla.

Es la cama de campo en que se halla
Campo lleno de espinas y de abrojos,
Cama de campo y campo de batalla,
Donde se la están dando sus enojos;
Las cortinas, que sirven de muralla,
Imagina prision de sus despojos,
Las almohadas argollas de sus penas,
Las sábanas los grillos y cadenas.

Da voces como loco, gime y llora,
El corazón comido de gusanos,
Haciéndole la envidia que en él mora
Secar y empodrecar los huesos canos;
La espada teme del que Oriente adora,
Cordel, puñal, veneno, fuego y manos,
Al vulgo, al mas privado, al mas amigo;
Que un tirano es de todos enemigo.

Teme beber en la dorada copa,
Desconfiando del que le hace salva,
Teme al privado que le da la popa;
Que va á acostarse cuando sale el alba;
Teme del pueblo la confusa tropa;
A todos los condena, á nadie salva,
Que come y ve colgada de un cabello
La espada que amenaza al triste cuello.

Hállase combatido y acosado
Pasado el pecho de la infame envidia,
Que de un cabello solo está colgado,
Con quien para salir el alma lidia;
El nuevo Rey le tiene emponzoñado;
La burla de los magos le fastidia;
Muera el nacido Rey, loco pregoná,
Tíña y bañe su sangre su corona.

Apenas concibió el dañado intento
El cruel Heródes, cuando alegre baja
Del estrellado soberano asiento
Un jóven, que al sol mismo hace ventaja;
A la luz celestial del firmamento
La de su rostro con razon ultraja;
A Nazaret llegó, donde dormía
Josef, su Esposa y el que á los dos cria.

Halló á Josef en una humilde cama,
En que el trabajo da al descanso tierno,
En otra vió que alegre luz derrama,
Abrazado á su madre el Niño eterno;
Gózase en ver del gran Jessé la rama
Con el fruto del Padre sempiterno;
Adora al Niño y á la Virgen madre,
Y dice al que Dios hombre llama padre:

«Josef, levanta, el dulce sueño deja;
Coge el Niño divino y madre amada,
A Egipto con los dos luego te aleja
Hasta que vuelva á darte otra embajada;
Porque el tirano Heródes se apareja,
En fuego de la envidia el alma helada,
Para perder al Niño soberano.
A Dios, Josef, sacude el sueño en vano.»

Cual suele marinero que en la nave
Va durmiendo contento y descuidado,
Y en la mitad del sueño mas suave
Que le regala el cuerpo fatigado
Le suele despertar la furia grave
Del mar soberbio que halla alborotado,
Que temeroso y triste se levanta
No rendido á la furia que le espanta:

Así el justo Josef desparavido
Sacude el sueño temeroso y triste;
Y el corazón del nuevo golpe herido,
Turbada el alma apriesa el cuerpo viste;
Va á despertar al niño Dios dormido,
Y viéndole, el dolor menos resiste;
A su madre despierta, que afligida
Oye que quieren dar muerte á su vida.

Apenas los zafiros de sus ojos
Dieron luz á Josef, cuando por ellos
Mira salir estrellas á manojos
Sobre las rosas y jazmines bellos;
Mira del alma triste los despojos,
Y afligese la suya solo en vellos;
Llora la madre y vistese turbada
De dolor y de lágrimas bañada.

Llega al dormido hermoso enamorado,
Que aunque dormido su corazón vela;
Mira que duerme Adán, de cuyo lado
Saldrá la esposa por quien se desvela;
Mira á Sansón dormido y sosegado
Sin temer de su esposa la cautela;
Dormido ve á Jacob, á su regalo,
Y ve la escala por quien suba al palo.

Llega á quitarle el regalado sueño,
Despierta sin sazón el Niño hermoso,
Mostrando en su hermosura un dulce ceño
De ver que le han quitado su reposo;
Luego mas amoroso y mas risueño,
Viendo á su madre hermosa y casto esposo,
Se regocija con los dos que ama,
Haciendo de su bella madre cama.

Cuidadoso Josef y diligente
Previene lo que importa á su camino
Para mostrarse humilde y obediente
Al bello nuncio que del cielo vino;
El peligro del Niño ve presente,
Ve que del rey humano huye el divino,
Previene el jumentillo, donde vaya
La que hizo á la belleza y gracia raya.

Recoge la herramienta y la compone,
De su pobre hacenduela haciendo un fardo,
Adonde su pobreza rica pone,
La blanca ropa y su vestido pardo;
A la jornada larga se dispone,
Que ya se juzga perezoso y tardo
Para esconder el soberano infante
De la envidia de Heródes arrogante.

Llama luego á su esposa regalada,
Que le estaba esperando prevenida,
La cual al niño Dios sale abrazada
Partida el alma en la mortal partida;
Al corazón quisiera abrir entrada
Para esconder el alma de su vida,
Pues fuera el corazón hermoso y puro
Sagrado donde Dios fuera seguro.

Toma el Niño Josef de entre los brazos
De la divina aurora que le cria,
Y hecho el ilustre corazón pedazos,
Puso en el suelo al que es autor del día;
Y cogiendo á su amada entre los brazos,
La pone encima de la bestia fría
Que ha de llevar la carga venturosa,
Para los mismos ángeles honrosa.

Pide la Madre á su querido bello,
Va su Josef por él, y el Niño amado
Se enlaza como vid al grave cuello;
Josef vuelve á su Esposa su adorado;
Ella abraza á su Dios con el cabello,
Que fué como vestirse de brocado;
Busca el Niño su pecho, ella su boca,
Josef á pena y gloria se provoca.

Abre el justo varón la humilde puerta,
Haciendo mudos los parleros quicios;
El cielo de cristal la suya abierta,
Mira el bien que va á honrar á los egipcios;
Josef, de estrellas candidas cubierta,
Mira la encubridora de los vicios,
Y entre el mudo silencio que derrama
Es norte de los dos que adora y ama.

Callando van por ser menos sentidos,
Porque es grande de cuerpo el miedo helado
Que los cerca cobardes y encogidos,
Guardando á su querido regalado;
El Niño llora, temen sus queridos
No se descubra y pierda su cuidado;
Acállale la madre, el Niño llora,
Teme Josef la vida del que adora.

«¡Ay hijo de mi alma! Ay gloria mía!
Dice la madre Virgen: ¿qué habeis hecho
Que así os destierra el Padre que os envía,
Haciéndoos sin sazón dejar el lecho?
Que á Adán destierre por su alevosía,
Entrándole la fruta en mal provecho,
No es mucho, que fué grande su malicia,
Y es mucho en vos sin culpa tal justicia.

»No es mucho peregrino y desterrado
Vaya el que fué tentado en la obediencia,
Que al Hijo hermoso pudo ver vendado
Sin que faltase fe en su descendencia;
Pues si á Egipto llegó con su ganado,
Fué huyendo de la hambre la violencia;
Mas es mucho que vaya peregrino
El hartura de Dios, el pan divino.

»Que el idólatra, hijo de la esclava,
Con su madre saliese desterrado,
No es mucho, pues se ve que idolatraba
Induciendo al Isaac bello y amado;
Pero que el nuevo Isaac, que el cielo alaba,
Del Padre eterno sustancial traslado,
El que viene á quitar á Adán el yerro,
¿Ese salga á la pena y al destierro?

»¿De quién huyendo vais, divino Elias?
Es de la injusta Jezabel, que intenta
Dar fin amargo á vuestros tiernos días,
Buscando vuestra muerte y vuestra afrenta?
¿Huis, siendo la muerte de Golías
De Saul ingrato la impiedad sangrienta?
¿Por quién andáis á sombra de tejados,
Huyendo de la envidia los soldados?»

Dijo, y temiendo los nocturnas guardas,
Salen de la ciudad al tiempo cuando
Las listas de oro entre las nubes pardas
Dicen que deja el alba el lecho blando;
Alentando Josef las fuerzas tardas
Del animal que humilde va guiando,
Su temor convertido en alegría,
Responde á su hermosísima María:

«Bien pudiera enviar, amada hermosa,
Quien envié en defensa de Eliseo
De sus escuadras cantidad copiosa
Para defensa del que por Dios creo;
Bien pudiera su mano poderosa
Cegar á Heródes como al pueblo feo
Que se atrevió en Sodoma á la hermosura
Que el temeroso Lot guardar procura.

»Pudiera hacer que el mar se le bebiera
Cual hizo al Rey rebelde y obstinado,
Y que como á Datan se le sorbiera
La tierra y vivo fuera sepultado;
Pudiera hacer que fuego descendiera
Como en Sodoma sobre el Rey malvado,
Y pudiera con ranas y mosquitos
Sacarle el alma entre rabiosos gritos.

»Bien lo pudiera Dios, dulce María;
Mas ¿cómo la corona se labrara
De vuestra gracia y la obediencia mía
Si con trabajos no nos regalara?
Y también el que á Egipto nos envía
Quiere que el niño Dios dé muestra clara
De que es hombre mortal, pues huye y teme
Porque el hereje infame no blasfeme.

»¿Podía faltarle á Dios una cestilla
Que del nuevo Moisés fuera navio,
En que, en llegando á la apacible orilla,
Moviera de la Infanta el pecho frío?
¿Faltarle una pobre mujercilla
Que descolgara con varonil brío
Por la ventana al explorador nuevo,
Que por orden de Dios á Egipto llevo?

»Faltara una Michol, que de piadosa
Diera la vida al tierno Esposo amado,
Componiendo una estatua artificiosa
En lugar de David que había librado?
Faltara á Dios la Josabeth hermosa,
Que al Príncipe escondiera regalado,
Hurtándole á la furia de Atalia,
Que la regia prosapia destruía?

»No le faltara de Jael la mano,
La espada de Judith, ni el carro ardiente
En que Elias, rompiendo el aire vano,
Voló por ese globo trasparente;
No la vara dichosa que el Gitano
Mira culebra y azulado siente,
No el puñal de Moisés, ni la honda brava
Del que á Isai el ganado le guardaba.

»Así que, Esposa amada y reina mía,
Como mejor sabeis, el cielo ordena
Que padezcamos entre angustia fría
Del Niño desterrado el ansia y pena;
Que el Padre eterno á su querido envía
A Egipto, de tinieblas tristes llena,
Para ahuyentarlas con su lumbré pura,
Volviendo luz su densidad oscura.

»Es Dios tan manso y misericordioso,
Que quiere reducir á su enemigo,
Y envía á tratar de paz al Niño hermoso,
Que desde el cielo la bajó consigo;
La paz pretende blando y amoroso,
Satisfaciendo á Egipto del castigo
De las diez plagas, con la medicina
Que para su salud allá camina.»

Destá suerte Josef va entreteniéndose
La pena grave de su prenda hermosa;
Ella el consuelo al Santo agradeciendo,
Contempla su virtud maravillosa;
Mira que va cargado á pié y huyendo,
Martirizada el alma cuidadosa
De pena, de dolor, miedo y cuidado,
Y va mostrando un celestial agrado.

Mira que es de los dos guarda y consuelo,
Compañero, defensa, padre, amparo,
Que en humildad profunda y santo celo
Descubre la virtud del valor raro;
Ve que á las penas que les llueve el cielo
Hace con su prudencia fiel reparo,
Mostrando igual constancia el varón justo
Al gozo y al pesar, al mal y al gusto.

Desté modo los dos castos amantes
Peregrinando van noches y días,
Sufriendo los rigores penetrantes
De los aires helados y aguas frías;
Si acaso ven algunos caminantes,
Se turban sus dichosas alegrías,
Temiendo de que buscan su querido
En rosas y jaxmines escondido.

Altéralos el árbol que se mueve
Sacudido del aire que se enoja;
La sombra que hace entre la blanca nieve
Gente del fiero Rey se les autoja;
Temen la foragida gente aleva,
Que al caminante con rigor despoja:
Todo lo teme el uno y otro amante,
Que el miedo tiene cuerpo de gigante.

Teme Josef, si Heródes los hallara,
Que maniatados á los dos volviera
Y de los blancos pechos arrancara
Al que el del Padre alrado hará de cera;
Que presos á la cárcel los llevara,
Y ante sus ojos muerte al Niño diera,
No pudiendo guardar su amada vida
De la furia del bárbaro homicida.

Imagina á su Esposa maniatada,
Que la condena el Rey por malhechora,
Y su justa inocencia condenada
A abrir su pecho mano vengadora;
Imagina su sangre derramada,
Y él la del corazón derrama y llora,
Disimulando el grave sentimiento
Por su Esposa que lleva igual tormento.

Imaginase preso y aherrado
En el horrendo calabozo oscuro,
Por infames verdugos azotado,
Rasgado el pecho con el garfio duro;
Imaginase á muerte condenado
Y que le arrastra el escuadrón perjuro
Hasta el lugar donde el desnudo brazo
Al alma libra del estrecho lazo.

Y dice: «¡Ay Dios, si tan dichoso fuera
Que libre mi adorado y mi querida,
La sangre de mi pecho alegre diera
Por guardar de los dos la amada vida!
¿Quién por el Niño padecer se viera
Hasta que el alma, la prisión rompiera,
Fuera á esperar la redención copiosa
A la cárcel de gente venturosa!»

Así contempla el mártir de deseo,
Mártir de amor, que del amor herido,
Del martirio gozó lauro y trofeo,
Padeciendo en el alma y el sentido;
Mártir, que de su vida haciendo empleo,
La ofreció por guardar á su querido;
Mártir de amor, que con gloriosa palma
Como su Esposa padeció en el alma.

Caminan los desiertos arenales,
Temiendo tigres, onzas y dragones,
Feroces y crueles animales,
Y mas que estos escuadras de ladrones;
Temen los enemigos capitales
Del pueblo de Israel y sus blasones;
Pisan la márgen al regador Nilo,
Temiendo al engañoso cocodrilo.

Pasan las noches con temor y susto
Entre desiertas ásperas montañas,
Tal vez abriendo el alcornoque adusto
Para hospedar al Niño en las entrañas;
Tal vez le ofrece con natural gusto
La encina miel, azúcares las cañas;
Tal vez las palmas bajan sus cabezas
Poniendo entre sus manos sus riquezas.

Tal vez el ganadero que los topa
Les ofrece la leche, el pan y el queso,
Cuál del corcho les da la leve copa,
En que hace ondas el cristal travieso;
Cuál con la blanca piel al Niño arropa,
De la hermosura de su rostro preso;
Cuál á Josef le da el corvo cayado,
Que, aunque alegre le ve, le ve cansado.

Tal vez Josef á su querida pide
Le dé el Niño Jesús, que ver desea,
Y el Niño con sus brazos se comido,
Premiando el gusto con que en él se emplea,
El Niño hermoso el cuello grave mide
Del dichoso que alegre le gorgoea;
Besa el Niño á Josef, Josef suspenso
Bebe el néctar de gusto y gozo inmenso.

Lleva unida á su pecho la hormosura,
En el pecho de Dios siempre engendrada,
Que llenándole el alma de dulzura,
La deja de su amor mas abrazada;
Gozando va la sin igual ventura,
Sola para su Esposa y él guardada,
Pues solos le llevaron en sus brazos,
Gozando del favor de sus abrazos.

Va el Niño entre los brazos del que ama,
Y como es ya de un año y sed padece,
Agua pide á Josef, que padre llama,
Y él por los ojos la del alma ofrece;
Agua le pide el que de amor le inflama,
Y al paso de su sed la pena crece
Del Santo que le lleva, porque ignora
Donde halle el agua para el Dios que adora.

¡Cuántas veces faltó entre piedras frías
La comida á la Esposa y Niño bello!
Y cuántas el que el pan ofreció á Ellas,
Deseó bajar y al gran Josef traerlo!
Cuántas aquel, que en los pasados días
Cogió el pastor del rústico cabello,
Deseó que el Padre eterno le mandara
Que comida del cielo les bajara!

La Virgen disimula la sed grave
Por no afligir al caminante santo,
De cuyo amor con certidumbre sabe
Que hiciera fuentes de copioso llanto;
Josef come del pan dulce y suave,
Que es sustento del Padre sacrosanto;
Bebe del agua de la fuente viva,
Cuya inmortal dulzura es excesiva.

Vuelve y dice á su amada el noble Esposo
Del tiempo que otra vez la gente hebrea
Pisó el desierto estéril y arenoso,
Que agora el Niño ilustra y hermosa;
Y cuánto el cielo fué con él piadoso,
Que en cuarenta años que por él pasara
Dios le favoreció con mano larga,
Haciendo dulce la jornada amarga.

«Cómo la nube opaca al sol se opuso,
Hecha escudo al ardor que despedía,
Cómo de noche la columna puso
Su oscuridad volviendo claro día;
Y cuán contrario agora lo dispuso,
Pues la nube derrama lluvia fría,
Escureciendo la menguante luna,
Que pudiera en la noche ser columna.

«Las piedras no gastaban su calzado,
Conservándose sanos sus vestidos,
Y agora miro en Dios maravillado,
La ropa rota y estos pies heridos;
Entonces daba el agua un canto helado,
Con que Dios regalaba á sus queridos,
Agora el agua huye y su ser trueca,
Dejando su corriente mustia y seca.

«Entonces daba el cielo la comida
A cada cual á gusto del deseo,
Agora la hambre vil descolorida
Nos amenaza con su rostro feo;
Entonces su rigor quitó la vida
Del reino egipcio á su mayor trofeo,
Con sus hijos mostrando el brazo fuerte,
Y agora el suyo huye de la muerte.

«Entonces el caballo y caballero,
Que al escogido pueblo perseguía,
Al mar, por donde abrió llano sendero,
Dejó caer sobre su valentía;
Agora, huyendo de un tirano fiero;
Le deja en su soberbia monarquía,
Enviando al Hijo de su pecho amado
Por montes y desiertos desterrado.

«En aquel bien pasado y mal presente
El afligido corazón repara,
Mas bien sabe este Niño omnipotente
Que por ninguno aqueste bien trocará;
¡Qué nube blanca, qué columna ardiente,
Qué maná dulce y portentosa vara,
Qué mar abierto, qué abundante piedra
Llega al bien que á mi cuello se hace yedra?»

El Niño hermoso alegre á Josef heas,
El gusto en su trabajo agradeciendo;
El nuevo Atlante absorto se embelesas,
El aliento del Niño Dios cogiendo;
Pídele la hermosísima princesa,
El pecho de jazmines previniendo,
Donde reclina á Dios y adonde él bebe
Néctar que mana entre la grana y nieve.

Entra en Egipto el Todopoderoso
Sobre la nube que nos llovó al Justo,
Y ante la bella luz del rosario hermoso
Los ídolos cayeron que hizo el gusto;
Huyendo van al reino temeroso,
Aullidos dando entre temor y susto,
Como lo dijo aquel profeta sabio,
Que limpió el fuego el uno y otro labio.

Bajó la china de la Indiana China,
Que del monte sin manos fué cortada,
Cuya potencia y santidad divina
La estátua derribó del Rey sobada;
Pues siendo de oro rico y plata fina,
De cobre, hierro y harro fabricada,
Hiriéndola en los pies la hizo pavesa.
Quedando convertida en niebla espesa.

También el venerable Jeremías,
Que cautivo en Egipto lo predijo,
Al triste son de las cadenas frías,
Que por Dios le causaron regocijo,
Que vería Egipto en los futuros días
Que una Virgen hermosa tendría un hijo,
A cuyos bellos ojos soberanos
Caerían las aras de sus dioses vanos.

Desde entonces un ara levantaron,
Y al Niño y á la Madre la ofrecieron;
A la Madre por Virgen adoraron,
Y deidad en el Niño conocieron;
Solos estas imágenes quedaron,
Y todas las demás al suelo fueron,
Cuando entró por Egipto el arca viva
Que las estatuas de Dagon derriba.

Llegan á la Tebaida venturosa,
Y della á una ciudad pobre y pequeña,
Heliópolis llamada, mas gloriosa
Que la que sus pirámides enseña;
Pide Josef á su consorte hermosa
Al Niño Dios, que con su faz risueña
Infunde en él un resplandor divino,
Con que olvida el trabajo del camino.

Llega á un meson, pregunta si hay posada,
Sale el huésped, gitano mas piadoso
Que los ingratos que la noche helada
Le fueron mas que el tiempo riguroso;
Sale el huésped, y el alma enamorada
Del rostro bello del infante hermoso,
Que si responde, y cuando no la hubiera,
Que dentro el alma humilde se la diera.

Entra y descanza la divina Aurora
De dos meses de susto y de cuidado,
Y ofrece el pecho al que por ellos llora,
Que llega del camino trabajado;
Josef, que el gusto de los dos adora,
Le solicita con afable agrado;
Yo, que á Betlen he de volverme luego,
Doy fin al canto, que cansado llevo.

CANTO XIX.

De la muerte de los Inocentes, y puericia de Cristo
nuestro Redentor.

¡Qué lamentables voces, qué gemidos
Adeigazando el aire le corrompen?
Qué gritos tristes, qué roncós aullidos
El vuelo de las aves interrumpen?
Qué llantos miserables, qué alaridos
Al cielo llegan y sus puertas rompen?
Qué fines tristes, qué no vistos males
Promoestican los llantos desiguales?

¡Qué ricas hebras de oro veo arrancadas,
Que esparcidas al aire le enriquecen?
Qué mejillas de rosa veo arañadas?
Qué soles; que eclipsados amanecen?
Qué perlas de las almas destiladas?
Qué cuerdas, que furiosas se enloquecen?
Qué matronas sin seso descompuestas?
Qué gritos tristes, qué voces funestas?

¡Qué mar de sangre la ciudad inunda
Del rey tirano, en que nació el Eterno?
Qué crueldad fiera de Atalia iracunda
Hace de bronce duro el pecho tierno?
Qué Aleto, qué Meguera furibunda
Se ha desatado del horrible infierno?
Qué Abarimo cruel, qué helado scita
El llanto miserable solicita?

¡Qué cuadrilla de lobos carnívoros,
Contra unos corderillos desarmados,
Muestra las garras y los dientes feros
En la sangre purísima manchados?
Qué soldados afilan los aceros
En rosas y claveles encarnados?
Qué rústica segur las flores siega
Y el campo estéril con sus hojas riega?

¡Qué mano tosca de villano astuto
Al árbol llega lleno de hermosura,
Y sin sazón arranca el tierno fruto,
Marchitando del árbol la frescura?
Qué animal fiero, qué inhumano bruto
Al nido sabe, donde mal segura
El avecilla guarda sus hijuelos,
Que ayuda pide á los piadosos cielos?

¡Qué cierto requemado al hielo incita
Contra las flores que el almidno ofrece,
Que las vistosas hojas le marchita
Y las tempranas flores desvaneca?
Qué mano sin piedad furiosa quita
A la temprana vña que florece
Los racimos en cieme que, colgando,
La enamorada vid está abrazando?

¡Qué trietes y sangrientos arreboles
Se muestran al salir de la mañana?
Y qué recién nacidos bellos soles
Eclipsados derraman sangre humana?
Qué jazmines, qué rubios tornasoles
Están vestidos de sangrienta grana?
Qué estolas mas que nieve veo teñidas
De la sangre que brotan las heridas?

¡Qué gigantes armados triste veo
Desnudar el acero reluciente,
Amenazando al escuadrón pigmeo,
Mas que el de los corderos inocente?
Qué lauro victorioso, qué trofeo
Espera el escuadrón fiero inocente,
Mostrándonos cruel y embravecido
Cuánto corta la espada en un rendido?

¡Qué ovejas miro andar descañriadas
Dando balidos por sus recentales?
Qué gallinas defienden erizadas
Los polluelos con golpes desiguales?
Qué abejas de aguijón y enojo armadas
Defienden la labor de sus panales?
Qué mujeres, mudadas en leonas,
Muestran los corazones de Amazonas?

Cuál, con mano tan fiera come blanca,
Del oro, de quien hurta al sol los rayos,
Las hebras rubias sin piedad arranca,
Volviendo enero sus floridos mayos;
Cuál de su sangre liberal y franca
Padece de la muerte los desmayos
Por defender del bárbaro homicida
La vida del que há un mes que tiene vida.

Cuál al que adora da el último abrazo;
Llega el verdugo del airado Marte,
Y asiendo de jazmín el tierno brazo,
Furiosamente por mitad le parte;
Cuál de la mano fiera haciendo lazo,
El cuello tuerce por do el alma parte;
Cuál coge al inocente, y encendido
Le arroja en varias partes dividido.

Cuál le clava en el pecho que le cria,
Y la leche que alegre el niño mama
Vuelve á salir por la boquilla fría
Mezclada con la sangre que derrama;
Cuál con la madre con crueldad porfia,
Y cada cual tirando de su rama,
Desgajan con amor y con violencia
El árbol do florece la inocencia.

Cuál á la madre llega que le encubre,
Y furioso y soberbio la atropella;
El inocente niño se descubre,
Y el verdugo inhumano le degüella;
Cuál madre de sudor el rostro cubre,
Y temerosa con su prenda bella
La va á esconder, y esconde el puñal fiero
El homicida ingrato en el cordero.

Cuál llega al niño que con dulce risa
Con el sayon por su inocencia aboga,
Y el inhumano con crueldad le pisa,
Y entre sus piés con impiedad le aboga;
Cuál escondido al cruel ministro avisa,
Que por el mar de sangre atrado boga,
Sácale el alma, y palpitando deja
El corderillo en brazos de la oveja.

Cuál al hermoso niño fiero arranca
De entre los pechos de quien vida bebe,
Volviendo rosa la azucena blanca,
Su jazmin lirio y su escarlata nieve;
Cuál madre de sus ricas joyas franca
Soborna en vano al que impiedades fluyeve,
Que el joyel que pretende ya le ha hallado
De la garganta de marfil colgado.

Cuál coge al niño, y en furor ardiendo,
En un poste le estrella la cabeza,
La piedra su dureza eterneciendo
Cuando los hombres hurtan su dureza;
Cuál al niño que alegre está durmiendo,
Enamorando al cielo su belleza,
Furioso le arrebató y pasa el pecho,
El de su madre de dolor deshecho.

Cuál come niño que temer no sabe
Al verdugo que viene, abre los brazos,
Y muestra el pecho para que le enclave,
Dando al fiero puñal tiernos abrazos;
Cuál madre entre la angustia y pena grave
De sus entrañas coge los pedazos,
Donde volverlos otra vez quisiera
Para que nueva vida y ser les diera.

Cuál con pasos helados se retira,
Y el cruel ministro vomitando sañas
Tira del niño y dél su madre tira,
Y el niño muestra abiertas las entrañas;
Cuál abrasada, como tigre, en ira,
Busca de muertos entre las montañas
La prenda de su amor que no parece,
Con que el dolor y su lamento crece.

Cuál dice: «¡Ay hijo, y quién no te engendrara,
Y ya que te engendró no te pariera,
Y ya que te parió al nacer te ahogara,
Y el vientre triste sepultura fuera!»
Cuál dice sollozando: «¡Ay prenda cara,
Quién dentro en sus entrañas te escondiera
De aquestos Trogloditas inhumanos,
Sin ver andar las tuyas en sus manos!»

Cuál dice al que su niño hermoso lleva:
«Si has sido padre, si has amor tenido,
Haga el amor de haberlo sido prueba,
Y deja de matarme mi querido;
Si no lo has sido, esa verdad te mueva
Que de en medio del alma has desasido;
¡Así lo seas de unos ojos bellos,
Que te alegre la gloria de tenellos!»

Deja el tierno cordero degollado,
Sin responder el lobo carnicero;
Ella le dice: «¡Ah cobarde armado,
Contra aquesta inocencia bravo y fiero!
Ladron, que del tesoro que has robado
Dejas la bolsa y sacas el dinero,
¿A dónde huyendo vas? Cobarde, espera,
Verás hecha leona una cordera.»

Dice otra: «¡Oh madres tristes! Id huyendo
De la fiera del hombre cruel y ingrata,
Mas que todas las fieras monstruo horriendo,
Pues que ninguna lo que engendra mata;
Huid, porque asolando y destruyendo
Gargantas siega y pechos desbarata,
Piernas y brazos con rigor desanembra,
Las almas saca y las entrañas siembra.

»Huid deste animal, nobles matronas,
Que os persigue soberbio y iracundo,
Sino es que, como fuertes amazonas,
Quereis mostrar vuestro valor al mundo;
Huid debajo las airadas zonas
Al arimaspo, al scita furibundo,
A la Etiopía de inhumana gente,
A los dragones de la Libia ardiente.»

Otra, bañada en lágrimas, forceja
Por librar de la muerte á su adorado,
Y el verdugo cruel medio le deja,
Habiendo el otro medio desmembrado;
Otra en ser madre con dolor se queja,
Y maldice el haberlo deseado,
A la esterilidad bendita llama,
Aunque conoce que la ley la infama:

Cuál dice: «¡Ay tigres fieros inhumanos!
¡Son valentías de gallardos hechos
Mostrar contra estos pechos vuestras manos,
Abriendo airados estos blancos pechos?
Verdugos, como el mismo rey tiranos,
¡Murais rablando de dolor deshechos,
A vuestros hijos os comais, y luego
Las nubes os consuman en su fuego!»

Cuál grita como loca: «¡Hombres ingratos,
¿Es este el pago á nuestra fe debido?
Maldiga el cielo los alegres ratos
De donde aquestos hijos han nacido;
Pues siquiera por ser vivos retratos,
Adonde cada cual se ve esculpido,
Pudierades guardar su amada vida;
Pero por eso solo es bien perdida.»

Otra, rablando, dice: «El hijo deja
Que me costó mi sangre y mis dolores»;
Ase el ministro de oro la guedeja,
Y marcha del alba los colores;
Cuál huye y á esconderse se aparea,
Y el niño bello, derramando amores,
Llama al verdugo, que como oye el grito,
Corta el jazmin y déjale marchito.

Cuál dice airada entre funestos llantos:
«Tirano Rey, ¿desta arte nos defendes?
¿Por qué consentes que padezcan tantos,
Si solo á un Niño rey matar pretendes?
Cobarde, á quien un niño causa espantos,
¿No echas de ver, cruel, que no te entiendes,
Pues que tu vida tu puñal degüella
Matando á quien pudiera defendella?»

«¿Quién te defenderá, si el Rey nacido,
Ya varon, se apercibe á hacerte guerra?
Quién, loco, si tú mismo has destruido
Á los que habian de defender tu tierra?
Y si por rey el Niño está escogido,
Del eterno saber que nunca yerra,
En vano es, necio Rey, tu injusto celo,
Que ha de cumplirse lo que ordena el cielo.»

Otra dice: «¡Oh Rey niño! El mundo vea
Que glorioso y triunfante el cetro huelles
Deste cruel que tu morir desea,
Al cual como á tirano vil degüelles;
Toma venganza desta afrenta fea,
Miren mis ojos que al traidor desuelles,
Y que sus viles carnes, podrecidas,
De buitres y de cuervos sean comidas.»

«Salvador, dice otra: si lo eres,
Y vienes á salvar, ¿cómo condenas
A dolor y tristeza á estas mujeres
Y á aquestos inocentes á estas penas?
Salvador Niño, no nos desesperes,
Rompe los grillos, quiebra las cadenas
Del oprimido pueblo, y del tirano
La cerviz siegue tu gloriosa mano.—

«Vén, Salvador divino, otra voces,
Y á los que por tí mueren libra y salva;
Místicas y secas tu grandeza vea
Las bellas flores al salir del alba;
Vén, Salvador, que el mundo te desea,
Y en la venida te hace fiesta y salva,
Sembrando flores, rosas y jazmines,
Sobre los cuales triunfador camines.»

Encarnizados en la cruel matanza
Los sangrientos verdugos la acrecientan;
Crece el dolor y mengua la esperanza
De las que tristes de dolor reventan;
Acabó de su bien la confianza,
Los alaridos roncós mas se aumentan,
Crecen los ríos de la sangre roja,
La amarillez, el ansia y la congoja.

Los rayos escondió el rubio Timbreo,
Porque tan gran maldad mirar no pudo;
Hízole horror el caso atroz y feo
Del pueblo ingrato, de piedad desnudo;
Despedióse á las olas de Nereo,
Y á la garganta de oro dando un nudo,
Encúbresse corrido, y triste parte
De haber mirado tan cobarde á Marte.

Tendió la noche su lobuna capa
Sobre los corderillos inocentes
Por ver si su piedad á alguno escapa
Del cobarde escuadrón de los valientes;
Y aunque á los niños con su sombra tapa,
Ellos se manifiestan diligentes,
Que en su temprana muerte está su gloria,
Y en ser vencidos su mayor victoria.

Con las tinieblas crece la tristeza:
Llora el mozo, el varón, el niño, el viejo,
La madre llora su mayor riqueza,
Sin admitir consuelo ni consejo;
La sangre sube en presta ligereza
Al cielo, y empañándole su espejo,
Como la de Abel justo al cielo clama
Contra el vil escuadrón que la derrama.

Llora Raquel y sus clamores crecen,
Y mirando sin vida sus despojos,
No admite los consuelos que le ofrecen,
Que antes le multiplican los enojos;
No halla consuelo como no parecen
Las bellas luces de los bellos ojos;
Sus voces, sus lamentos, sus aullidos
De todos fueron tristemente oídos.

Los montes tristemente la escucharon,
Los valles tristemente respondieron,
Su dureza las peñas ablandaron,
Y las yerbas en sangre se tiñeron;
Las aguas cristalinas se enturbiaron
Con la inocente sangre que cogieron,
El cielo se cubrió de negro luto,
El ave dejó el vuelo, el pasto el bruto.

Tendida en sangre la ligera Fama
Con las nuevas tristísimas se parte;
Furiosa gime y espantada brama,
Dando de tal crueldad al mundo parte;
Llega á do el Nilo su cristal derrama,
Y del egipcio reino á aquella parte,
Donde el noble Josef y su consorte
Gozan del Rey de la suprema corte.

Las almas les hirió el cuchillo agudo,
Cabrió sus rostros un temor helado;
Ninguno el golpe disimular pudo,
Que los dos corazones ha enclavado;
Cada cual de dolor y pena mudo
Está mirando á su consorte amado;
Llora la Virgen, llora el noble Esposo,
Y el Niño que los ve llora medroso.

Disimula la Virgen soberana
Los arroyos de aljofares divinos,
Por restañar los que entre nieve y grana
Vierte el Niño en sus pechos cristalinos;
Josef, con pecho tierno y alma humana,
Inescrutables mira los caminos
Que tiene Dios, y dale eternos loores
De ver libre al Señor de los señores.

Con miedo guarda y con temor encubre
Al Niño tierno, cuya lumbre pura
Por los divinos ojos se descubre,
Aumentando del cielo la hermosura;
La Madre entre mantillas pobres cubre
Al Niño hermoso, de quien es criatura,
El uno y otro en él regocijado
De que del impío Heródes le han librado.

El Niño amor con gusto se adormece
Colgado del clavel del blanco pecho,
Y el suyo el gran Josef luego enriquece
Haciendo de sus brazos lazo estrecho;
Puesto en la cuna á su adorado mece,
Cisne cantor de sus grandezas hecho;
Alégrase la Virgen sacrosanta
De ver que el Niño duerme y Josef canta.

El infinito Niño va creciendo,
Y con donaire y gracia sobrehumana
Hace pinitos de la mano asiendo
A la que huella á la inmortal Diana;
Della al justo Josef parte corriendo,
Y de los brazos con que el orbe allana
Alas haciendo, vuela al dulce nido
Del tierno corazón de su querido.

Cuélgase alegre del amado cuello,
Y hallándose seguro entre sus brazos,
El rostro grave junta al suyo bello,
Premiando sus dulcísimos abrazos;
Josef entre las hebras del cabello,
Que son rayos del sol y de amor lazos,
Gozoso en tanta gloria se embelesa,
Y del que adora las mejillas besa.

La mano toma al Niño soberano,
Favor que á tanta dignidad conviene,
Y mira cómo tiene de la mano
Al que en la niña suya el orbe tiene;
Al riguroso Dios ve tan humano,
Que ya al hombre á la mano se le viene,
Y que olvidado Dios de su castigo,
Le da la mano de perpetuo amigo.

A todos por la mano se le gana,
Pues que glorioso de la mano lleva
A la sabiduría soberana,
Que hace de su niñez andando prueba;
Mueve los pies de rosa, nieve y grana,
Y ya mas firmes, á andar solo prueba
De su Josef la mano desasiendo,
A la ley de la infancia obedeciendo.

Tal vez deja los brazos de su madre,
Y lleno de amoroso regocijo
Por ver que tal favor á Josef cuadre,
Gorgeándose con él, padre, le dijo:
El con afecto y con amor de padre
Hijo le llama, siendo de Dios hijo;
Llega su rostro al de escarista y nieve,
Y de sus rosas el aliento bebe.

Ya el niño Dios los blancos pechos deja
Ricos de su alimento soberano,
Y en los pies de oro ya mayor forceja,
Y anda sin que le dé nadie la mano;
Llora si ve que su Josef se aleja,
Y viéndole volver se alegra ufano;
Asele y dice lleno de alegría:
«Padre, déanos del pan de cada día.»

Y tal vez que el dichoso carpintero
Con la cruel sierra de piedad desnuda
El pecho rompe del cuartón grosero,
Que se resiste á su fiera aguda;
Llega el que es de la gloria el heredero,
Y como ve que trabajando suda,
Con el nevado babador le limpia,
Lavado por la que es mas que el sol limpia.

Cógele de la mano, y amoroso
Le lleva donde teje su querida;
Gózase en verla el virginal Esposo
En su honesto trabajo entretenida;
Ella, tendiendo el resplandor hermoso,
Vuelve á ver las dos almas de su vida,
Al niño Jesús mira y á su amado,
Que uno del otro viene enamorado.

Deja el tatar la virginal Señora,
Y con la gracia que enamora al cielo
La limpia mesa pone á los que adora
Y le llenan el alma de consuelo;
Coge Josef al Dios que le enamora
Y le escogió por el mejor del suelo,
Y dilete entre el gozo que le muestra:
«Hijo querido, siéntate á mi diestra.»

Siéntase, y luego pone al Niño á un lado,
Y entrando la bellísima Princesa,
El otro toma de su Esposo amado,
Que es cabecera en la divina mesa;
A un lado ve la que es de Dios agrado;
Al otro al Niño, que por Dios conlleva,
Y que le sirven los que á Dios adoran,
Que de su dicha grande se enamoran.

Un ángel, que de estrellas viste un alba,
Trae los servicios de la real comida;
Otro, cuya belleza imita el alba,
Trincha á los tres que tienen una vida;
Otro, lleno de luz, les hace salva,
De rodillas sirviendo la bebida,
Sirviendo al rededor los de la boca,
Que el amoroso Niño á amor provoca.

Come el Esposo bienaventurado
La beldad que á Dios quita las enojos,
Y al eterno manjar siempre engendrado
Enamorado come por los ojos;
El niño Dios del Santo enamorado,
Le abraza el alma y roba sus despojos;
Bebe Josef gozoso el agua viva,
Que hace que eterno el que la bebe viva.

El cuerpo flaco su porción demanda,
Y la divina virginal paloma
Ruega amorosa al que á su Criador manda
La vianda pobre para el cuerpo coma;
Vuelve Josef humilde á su demanda,
Y la comida de sus manos toma;
Come Josef y llega el Niño amado,
Y de la boca quítale el bocado.

Muérdole alegre el sumamente bueno,
Baja á Josef, que á dulce amor provoca,
Y vuelve á darle de contento lleno
El bocado quitado de su boca;
El nutritio dichoso de sí ajeno,
Que á tal favor se vuelve el alma loca,
Sangre del alma por los ojos llueve,
Que el niño Dios enamorado bebe.

La bella Aurora, á quien el sol no iguala,
Con mucha gracia y con afable agrado
Al Niño hermoso y á Josef regala
Dándole el manjar que ella ha guisado;
Los coros bellos que en la pobre sala
Sirven al Rey eterno disfrizado,
Como á Josef tan venturoso miran,
Su dicha alaban, su virtud admiran.

Como el Niño á Josef la vida debe,
Le regala premiando su pureza;
El vaso toma en que su Josef bebe,
Y bebe en él su sin igual grandeza;
Tiénesele Josef, y es bien se elove,
De tal familia viéndose cabeza;
La Virgen se regala y enamora
Viendo el favor que goza el que la adora.

Suenan alegres músicas suaves
De las que en la sagrada impírea cumbre
Dan las divinas voladoras aves
Al que rige su inmensa muchedumbre;
Suspenden á las dos personas graves
Regocijando al que es lumbre de lumbre,
Que les da el postre en la comida pobre,
Porque con su presencia todo sobre.

Dan gracias á su Niño omnipotente
Por las que les ha hecho en la comida;
Luego la escuadra alada diligente
Alza la mesa en que comió su vida;
Coge Josef al bello Sol de Oriente,
Y puesto entre él y su mujer querida,
Mil requiebros le dice, mil amores,
Que paga con ternísimos favores.

Toma el hermoso Niño entre sus manos
Las de su Madre amada y justo Esposo;
Dales en ellas besos soberanos,
Honrando el matrimonio venturoso;
Pásmanse los celestes cortesanos,
Ríese el Niño, y con agrado hermoso
De los dos brazos hace un lazo bello
Con que enlaza amoroso su real cuello.

Coge Josef, que en dulce amor se inflama,
Al que es entre millares escogido;
El besa atrevido al que su padre llama
Del cuello grave estrechamente asido;
Josef hace su pecho dulce cama,
Donde se queda el niño Dios dormido;
El Niño eterno duerme, Josef vela
Hecho de Dios divina centinela.

Josef, lleno de gozo y alegría,
Su amor descubre y su bondad señala,
Hecho padre y tutor que adora y cria
A su menor, que al Padre eterno iguala;
La virgen hermosísima María
Al Niño y á Josef sirve y regala;
El Niño en su niñez maravillosa
Se regala en los dos en quien reposa.

Cuál vez que la purísima Doncella
Está labrando sobre su almohadilla,
Llega el que rayos puros del sol huecila,
Y ante los de su Madre se arrodilla;
El cual, asido estrechamente della,
Besa el clavel que al cielo maravilla;
Ella le pone en sus vírgineas faldas,
Los ángeles haciéndole guarnaldas.

Cuál vez que el Santo con la azuela aguda
Las astillejas del madero arranca,
Llega el que eternamente no se muda
A recogerlas con su mano blanca;
Y al que es en su niñez guarda y ayuda
Besa la mano en su servicio franca;
Abrazale Josef y en él se eleva,
Y él las astillas á su madre lleva.

Cuál vez que el carpintero venturoso,
Ayo de Dios y de su Madre dueño,
Rindió los lasos miembros al reposo
Que le venció pesado y halagüeño,
Allegó alegre su querido hermoso,
Y hecho fiel Argos de su dulce sueño,
Con el dedo en la boca se le guarda,
Hecho Dios de Josef custodio y guarda.

Cuál vez Josef con amorosa muestra
Manda al Niño hacer algo, y él responde:
«Hágase, padre, la voluntad vuestra,
Que á la vuestra la mía corresponde.»
Josef, mirando la humildad que muestra,
Entre los hombros la cabeza esconde,
Absorto en contemplar que le obedece
Aquel á quien el cielo se estremece.

Cuál vez á su querida Josef dijo,
Teniendo al cuello al niño Dios coigado:
«Virgen hermosa, este es mi amado hijo,
En quien gloriosamente á mí me agrado.»
Cuál vez vertiendo gozo y regocijo,
De su niño Jesús enamorado,
Llega y bebe el aliento que respira,
Pásmase el alma, el corazón se admira.

Cuál vez Josef, de dulce amor herido,
Clava los ojos en el Niño eterno;
Los suyos clava Dios en su querido,
Haciendo horno de amor su pecho tierno;
Josef en vivas llamas encendido
De la fuerza de amor del fuego interno,
Hecho un volcán de amor dulce y suave,
Brotó el fuego que dentro no le cabe.

Cuál vez Josef, que á Cristo se parece,
Se mira en Dios de infinitad abismo;
Cristo mirando al Santo que engrandece,
Se goza viendo en él su rostro mismo;
Se crece en Josef la gloria, el amor crece,
Paciendo un glorioso parasismo,
Pues de verse y amarlos los dos tanto,
Procede un dulce amor divino y santo.

Cuál vez Josef le dice : « ¡Oh gloria mía!
Si el Hijo sabio es gloria y regocijo
Del cuidadoso padre que le cria
Para venir á honrarse con tal hijo;
Siendo vos la inmortal sabiduría
Que el Padre eterno eternamente dijo,
Y siendo mi hijo vos, ¿qué gloria y gozo
Pueden llegar al que en tal hijo gozo?»

Cuál vez que mira el Niño poderoso
Que dejan el trabajo sus amados,
Con un mirar suave y amoroso
Dice : « Venid á mi los trabajados;
Venid al que es vuestro descanso hermoso,
Llegad á descansar mis regalados;
Deos brazos haced yugo suave,
Dulce descanso del trabajo grave. »

Cuál vez la Madre dice viendo al Hijo
Que recogiendo las astillas anda :
« ¿Qué es lo que haces, mi Dios? » Y el Niño dijo :
« Lo que mi señor padre Josef manda. »
Josef en un gozoso regocijo,
Hecho su corazón de cera blanda,
Se le derrite al soberano fuego,
En quien se queda el sol helado y ciego.

Cuál vez Josef asido de la mano
Saca fuera de casa al que le eleva;
Gózase alegre el Niño soberano
De que consigo su Josef le lleva;
La ciudad y la gente mira ufano
De la experiencia humana haciendo prueba;
Pregunta á su Josef lo que él no ignora,
Josef le enseña niño, y Dios le adora.

Calle el triunfo del casto patriarca
Josef primero deste sin segundo,
Que de la piel grosera y tosca abarca
Vino á llamarse Salvador del mundo;
Pues hoy asido del que al cielo abarca
Les muestra el pan del alhóli fecundo
Tras la esterilidad que el reino egipcio
Sujetó hambriento y triste al real servicio.

Calle la hermosa ropa rozagante
Con que el Rey le premió su providencia;
Calle el anillo y sello de diamante
Con que quiso igualarle en su potencia;
Calle el collar debido al real infante,
De oro y piedras con rica diferencia;
Calle la real carroza, en que aclamado
De todo el reino egipcio fué adorado.

Que otro nuevo Josef mas casto y bello,
Con otra ropa de virtudes hecha,
Con el collar mas rico al noble cuello,
Que es el Tusón que el Padre al suyo se echa,
Con el anillo del cerrado sello,
En quien la piedra Cristo quedó estrecha,
De Ezequiel en la imperial carroza
Mas digne triunfo venturoso goza.

Pues si el otro soñó que era adorado
De la luna, del sol y las estrellas,
Al nuestro sirve el sol puro y sagrado,
Que humilde encoge ante él sus luces bellas;
La luna llena, de quien es traslado
La que miró san Juan besar sus huellas,
Adora y reverencia al santo Esposo
Y el coro de los ángeles glorioso.

Si el otro siervo huyó de la ama hermosa,
Que por traerle al mas seguro sueño
Le mostró el rostro de jasmín y rosa,
Rendido, vergonzoso y balagüeño,
El nuestro tuvo por su digna Esposa
La gracia y la beldad, de quien fué dueño,
Y andando entre la gracia y la belleza,
Fué como ángel del cielo en la pureza.

Si el otro guardó el pan para los años
De la esterilidad descolorida,
El nuestro tuvo oculto en pobres paños
El pan del cielo, que es del cielo vida;
Si el otro en sueños vió cosas extrañas,
Y de los sueños la verdad cumplida,
Al nuestro le fué en sueños revelado
El Verbo eterno en carne disfrazado.

Lleva el divino Atlante venturoso
Al que rige los ejes inmortales,
Lleva al Rey niño todo poderoso,
Dando luz á las luces celestiales;
Gózase Egipto viendo al Niño hermoso,
Pásmanse los plebeyos oficiales,
Y absortas por las calles y ventanas,
En su beldad se admiran las gitanas.

Que si otro tiempo el venturoso hallado
Que el Nilo trujo en su corriente pura
Pudo dejar á Egipto enamorado
Con la beldad igual á su ventura,
No es mucho el Niño cándido y rosado,
El que es la misma gracia y hermosura,
Deje los oficiales y las damas
Cual mariposa en sus vivas llamas.

Calle Absalon con sus cabellos de oro,
Que fueron sogas de que quedó ahorcado,
Callen los que del horno hicieron coro
Cuya beldad al Rey dejó admirado;
Calle el que echó la capa como á toro
Al dueño de su rostro enamorado,
Y calle de Artajerjes el cautivo
Por su agrado y belleza libre y vivo.

Calle el hechizo y la beldad tirana
Del ciego hijo del ocio y la mentira,
Calle el perdedo por su sombra vana,
Que dentro el agua su belleza admira;
Calle el amado de la diosa humana,
Que muerto de una fiera le suspira,
Y calle aquel que á Jove enamorando
Subió al cielo en una aguilta volando.

Que todos fueron un rasguño y sombra
De la hermosura del infante eterno,
Que suspende la tierra, el cielo asombra,
Y enamora á su Padre sempiterno;
Todo el pueblo á Josef dichoso nombra
Por padre del hermoso Niño tierno,
Al Niño y á Josef todos bendicen,
Y al uno y otro mil amores dicen.

Mira la noble y la plebeya gente
De la hermosura niña el real decoro;
Ven de nieve y cristal la grave frente
Con la corona de las hebras de oro;
Y en dos zafiros, soberano Oriente
De los soles que esparcen el tesoro
De los rayos de luz, divinas flechas
Que van al alma y cerceza derechas.

Ven las mejillas, parques del Aurora,
Donde entre clavetinas y jazmines
El soberano amor glorioso mora
Abrazando de amor los serafines;
Ven la bella nariz, que hecha señora
De las gracias, preside en los jardines,
Igualmente su rostro hermoseando
Y igualmente las almas cautivando.

Ven la boca, que vierte aromas puros
De un coral en dos partes dividido,
Que es fortaleza de dos bellos muros
De diamantes donde hace amor su nido;
El corazón de pedernales duros
Del gitano mas zaino y mas perdido
Se derrite á las risas amorosas
Que descubren diamantes entre rosas.

Ven de marfil y de alabastro el cuello,
Que sirve de firmísima columna
A la fábrica real del rostro bello,
Donde hay aurora, estrellas, sol y luna;
Preso en las redes ricas del cabello
La gente en demandar siempre importuna,
Con las manos á quien la nieve imita
Les vierte amor, y el desamor les quita.

La gente egipcia enamorada y presa
Del Niño en la bellísima hermosura,
Entre sus resplandores se embelesa
Teniendo por dichosa su ventura;
Cuál los pies de jasmín humilde besa;
Cuál las manos de nieve blanca y pura,
Cuál la rosa y clavel de sus mejillas,
Y cuál le adora puesto de rodillas.

Vuelve Josef al tierno enamorado,
Donde le espera su adorada Esposa;
El niño Dios con celestial agrado
Se abraza alegre de su amada hermosa;
Josef se vuelve á su trabajo amado,
Su Esposa á la almohadilla venturosa;
El niño Dios le sirve y obedece,
Y ya mayor en cuerpo y edad crece.

Siete veces el sol bañado habia
Su carro de oro en el crespado Acuario,
Y á los caballos que dan luz al día
Cubierto de su ceño extraordinario.
Mientras que el digno Esposo de María
Tuvo en Egipto el rico santuario
De la Madre y el Hijo sacrosanto,
Que vuelve á Nazareth estotro canto:

CANTO XX.

De la vuelta de Egipto á Nazareth.

En lo escondido de la Scitia helada
Está el Cimerio monte, cuya cumbre,
De hayas, robles y abetos coronada,
Estorba al cielo su benigna lumbre;
A un lado está una peña desgajada
De la altiva y soberbia pesadumbre,
Que es de una gruta opaca parda puerta,
Jamás al cielo ni á su luz abierta.

Es tan espeso de árboles el monte,
Que impide al carro de la lumbre roja,
Tanto, cuando asomado al horizonte
Los ejes de oro entre las lluvias moja,
Como cuando, aunque altivo, se remonte
Al zenit nuestro donde fuego arreja;
Tanto al salir del agua verdinegra,
Como cuando al ponerse al indio alegra.

Exhala el sitio de uno y otro lado
De densas nieblas una nube opaca,
Que hecha toldo á la luz del cielo amado
La deja entrar desvanecida y flaca;
Aquí no suena el gallo coronado,
Que al alba rubia de la cama saca,
No el perro velador, no el roncó ganso,
No el toro fiero ni el cordero manso.

No suena la chicharra vocinglera,
El cantor grillo y la importuna rana,
No el mosquito y picaza palabrera
Ni la que flora á su burlada hermana;
Ave no hiere el aire, el campo fiera,
No se oye caja, trompa ni campana;
La quietud va esparciendo su reposo
Con mano blanda y paso temeroso.

Aquí los verdes árboles son mudos,
Pues no dejan que á hablar los entre el viento;
Aquí á las lenguas dados fuertes nudos
No se oye murmurar humano acento;
Aquí el Leteo entre guijarros rudos
Vierte un arroyo blando y soñoliento;
Aquí con manos, ojos, hombros, cejas,
Hablan sin bocas y oyen sin orejas.

Aquí suena puerta chirriadora,
Porque no inquiete de la casa al dueño;
Aquí la soñolienta yerbamora
Crece entre adormideras y beleño;
Aquí la noche negra encubridora
La leche saca, con que infunde sueño,
Y con su mano oscura al mundo vierte
La imagen de la vida y de la muerte.

Aquí el silencio con sus plés de lana
Pisa, cual hombre que anda sobre abrojos;
Entre los hombros la cabeza allana,
Sirviéndole de lenguas los dos ojos;
Aquí la ociosidad torpe, holgazana,
Grosiera y necia tiende sus despojos;
Aquí el olvido de sí mismo ajeno
Guarda la casa, de descuidos lleno.

Aquí la vil pereza desgreñada,
Cefuda, fea, haragana, desceñida,
Boceando se está desmazalada,
Hambrienta, sucia, floja, mal vestida;
Aquí la gula hambroña, siempre hinchada
Después de vomitada la comida,
Regolando se duerme; torpe y bronca
Habla entre sueños y grosera ronca.

La puerta oscura de la cueva parda
Adorna soñolienta y perezosa
Una yedra marchita, floja y tarda,
Que viste y cubre la pared mohosa;
Echados á la puerta están de guarda
Tres siervos fieles del que allí reposa,
Llamados Icelon, Fanto, Morfeo,
Hijos de las tinieblas y el Leteo.

Sobre haces de mandrágoras y helecho
Hay seis colchones de una pluma blanda,
Y un cobertor de adormideras hecho
Sobre unas ricas sábanas de Holanda;
De ubacanilla es de la cama el techo,
Y las cortinas de una y otra banda
De ebenuz, opio y yerba morafria,
Que pereza derrama y sueño cria.

Es del palacio y de la cama dueño
Un jayano flojo, aunque membrudo,
Regalon, descuidado y balagüecho,
Que de pereza está siempre desnudo;
Lámale el mundo el necesario sueño,
De los trabajos el mas fuerte escudo,
Pues aunque es un retrato de la muerte,
Es el descanso del trabajo fuerte.

Este, antes de la muerte producido
Y antes de la mujer al mundo dado,
De los pesares descansado olvido,
Y de las penas el descanso amado;
Este que ante sus piés tiene rendido
Al papa, al rey, al príncipe, al soldado,
Al fuerte, al sabio, al necio, al pobre, al rico,
Al soberbio, al humilde, al grande, al chico;

Este, el mayor hermano de la muerte,
Y que es cual ella todo poderoso,
Pues no se escapa de su brazo fuerte
Nadie que vió la luz del cielo hermoso;
Este, que en mas figuras se convierte
Que Júpiter lascivo y Proteo undoso,
Aqueste, imagen de la amada vida,
Retrato de la muerte aborrecida;

Este, de los sentidos cerradura,
A quien tiene debajo de su llave,
Este, consorte de la noche oscura,
De cualquiera animal muerto suave;
Este, que prende con igual blandura
Al rústico gañán y al señor grave;
Este, que al rico burla y empobrece,
Y al pobre engaña, alegra y enriquece;

Este, que siendo nuestra media vida,
Como ladron nos hurta la otra media;
Este, que la ventura mas subida
Trueca y convierte en trágica comedia;
Este, sueño de burlas homicida,
Que vanamente mil dafios remedia;
Este, pesado, leve, dulce, amargo,
Iracundo, sabroso, corto y largo;

Este, que aunque entre lino blando enlaza
Al cuerpo que descansa, el alma parte
Del cazador á la hechicera caza,
Y la del franco al oro que reparte,
La del soldado fiero á la amenaza,
La del letrado á defender su parte,
La del avaro al oro idolatrado,
La del toco gañán al duro arado;

Este, que trae el mar hasta la cama,
Donde se engolfó el suelto marinero,
Y al mercader, que infames logros ama,
Le da engañosos montes de dinero;
Este, que saca la encerrada dama,
Y la lleva al amante lisonjero;
Este, que hartando de aguas al doliente,
Cual duende engaña y como sombra miente.

Este, nacido dentro del Paraíso
Que Dios infundió á Adán cuando le plugo
Con el saber de su divino aviso
Sacar de su costilla su verdugo;
Este, que al que á Raquel adoró y quiso
Yendo á Mesopotamia echó su yugo,
Siendo testigo de la firme escala
Con que el que en ella estriba le regala;

Este, que por ocultas maravillas
Tuvo en sus brazos al virey de Egipto
Cuando vió estrellas, luna, sol, gavillas,
Causa del fiero fraternal delito;
Este, en quien vió las reses amarillas,
Y en ellas el estéril tiempo escrito,
El Rey, que entre su pena y desconsuelo,
Las siete gruesas le descubre el cielo;

Este, que dando á Dálida su ayuda,
Fue cómplice en el caso atroz y feo
Cuando la ingrata de piedad desnuda,
Vendió traídoramente al Nazareo;
Este, que puso el cebo en la viuda
Que burió de Holofernes el deseo,
Este que dió á Jael la cuña y mazo,
Moriendo el varonil gallardo brazo;

Este, que mostró al Rey la estatua oscura
De oro, de plata, bronce, hierro y barro,
A quien declaró el sueño y la sultura
El que es merecedor del Febeo carro;
Este, que al mismo Rey mostró la altura
Del árbol, que extendiéndose bizarro,
Los términos llenó del ancho suelo
Tocando con su cima hojosa al cielo;

Aqueste pues tras el trabajo grave
Con que Josef sustenta á los que ama,
Le envía amoroso á la quietud suave
Que sobre el mundo su licor derrama;
Prende al justo Josef la veloz ave,
Y por cárcel le da la humilde cama;
Rindióse el varon justo al sueño amado,
Con quien el niño Dios duerme abrazado.

Dos camas humildísimas tenía
Josef como amador de la pobreza,
Una donde él al sueño se rendía,
Y otra donde la Fénix de belleza;
El niño Dios, que aunque rector del día
No tuvo en qué recline su cabeza,
Durmíó, mas niño, con su intacta madre,
Y ya mayor con el que llama padre.

Quédase en brazos de Josef dormido
El que sobre Sion despierto vela;
Duerme Josef al mismo Dios asido
Que divinos misterios le revela;
Josef, en tantas glorias encendido,
Se parma, se enamora, abraza y hiela,
Sabíendo mas, durmiendo y reposando,
Que todo el mundo cuando mas velando.

Duerme alegre y gozoso el Dios pequeño
Entre los brazos de su amado justo,
Gozando el Santo del mas dulce sueño
Que vió el deseo ni que formó el gusto;
Josef guarda, cual ayo, padre y dueño
Al Niño tierno y al jayán robusto;
El Niño guarda al que guardó su vida,
Y le gana sudando la comida.

Hace del pecho el Niño blanda almohada,
Y el corazón un horno de amor hecho,
Le baña con la bella luz sagrada,
Con que deja al del Padre satisfecho;
Roba á Josef el alma enamorada,
Y con la suya le enriquece el pecho,
Haciéndole de Dios trono dichoso,
Que iguala de la gloria al mas hermosa.

En el silencio de la oscura noche,
Cuando en mitad de la estrellada cumbre
Hermosa con el uno y otro broche,
Al mundo esparce su confusa lumbre;
Cuando su azabachado negro coche,
De estrellas con vistosa muchedumbre
A lo último llegó de la alta sierra,
Que en sueño y en silencio al mundo entierra;

A las pías que tiran su carroza
Y tienen una estrella en cada frente,
Un jóven bello altera y alborozado
Que viste de oro el aire trasparente;
La noche parda, viéndole, se goza;
El como el rubio sol resplandeciente
Se va de Egipto á la mas pobre casa;
Calla la noche y su carrera pasa.

Llegó del real palacio á la real puerta
Adonde duerme el Rey, que el cielo adora;
Halló la guarda celestial despierta
Velando al que en su luz los enamora;
Dió el nombre, y luego por sí mismo abierta
Adoró al Niño, que en los cielos mora,
Y por no perturbarle su reposo,
En sueños dice al virginal Esposo:

«Josef, levanta, el dulce sueño deja,
Y con el Niño y con su Madre amada
De aqueste reino al de Israel te aleja,
Que allá te ordena el cielo la jornada;
Que ya la gente, de quien tienes queja,
Que buscaron la vida deseada
Del niño hermoso Dios, para perdella,
El carro fiero de la muerte huella.»

Dijo, y besando las hermosas plantas
De púrpura nativa y blanca nieve,
Abraza alegre á las criaturas santas,
Que el sueño guardan del que al cielo mueve;
Celebran con silencio glorias tantas,
Que al dormido el silencio se le debe;
Hablan callando, y mudos se alborozan
Del sumo bien que en tierra y cielo gozan.

Despídese y glorioso rompe luego
El aire pardo, sobre quien derrama
La Etiope noche el general sosiego,
Que es capa del que hurta y del que ama;
El aire pasa, pasa el claro fuego,
Pasa los cielos y al impíreo llama;
Entra, y á la deidad suma postrado
Adora alegre al que le dió el recado.

Despierta el Santo en sueños venturoso,
Y venturoso mientras mas despierto,
Pues viendo en sueños al alado hermoso,
Despierto mira al que es Dios encubierto;
Josef sacude el sueño pegajoso,
Y de la nueva venturosa cierto,
Se alegra que haya el Padre eterno alzado
El destierro al sin culpa desterrado.

Mueve al dormido amor porque despierte,
Y dico humilde: «Niño Dios dormido,
Gloria del cielo, vida de la muerte,
Y muerte del pecado aborrecido:
Despertad, Niño grande y flaco fuerte,
Dejad el dulce sueño, mi querido;
Despertad, tierno amor del alma mía,
Abrid los ojos porque salga el día.

»Abrid las puertas de las luces bellas
Donde el alma santísima se asoma,
Y de quien Febo, que se mira en ellas,
Las mas hermosas de las suyas toma;
Descubra aqñese cielo sus estrellas;
Abrid los bellos ojos de paloma;
Dejad del sueño amado el fiel reposo,
Mi despierto dormido, Argos hermoso.»

Deja el dormido Dios el dulce sueño,
Y obedeciendo al Santo que le llama,
Con blando agrado y amoroso ceño
Se sienta alegre en la pequeña cama;
Cuenta Josef al niño Dios pequeño
El mandato del padre, que le llama;
El Niño lo que sabe alegre escucha,
Y se empieza á vestir con gracia mucha.

Josef, que es camarero venturoso,
Da de vestir al Rey, que vestir sabe
De luz al sol y del al cielo hermoso,
Al árbol de hojas y de pluma al ave;
Viste Josef al Todopoderoso
La túnica inconsútil bella y grave,
De quien toma el color la nieve fría,
Hecha por la castísima María.

Va Josef á llamar su Esposa bella,
Que imagina que al sueño está rendida,
Y halla que en Dios absorta su doncella
Está dichosamente entretenida;
Mira que alados Serafines huella,
Y que mas abrasada y encendida
Que ellos en Dios, con humildad le alaba,
Reconociendo que es humilde esclava.

Llama á la puerta el Santo venturoso
Y mira que por ella se trasluce
La bella luz del resplandor glorioso,
Que mas que los del sol alegre y luce;
Luego que conoció á su digno Esposo
La que al perdido Adán á Dios reduce,
La oracion deja, y con divino agrado
Abrió la puerta á su dichoso amado.

El alegre en la luz en que se eleva,
Cuenta á su reina bella y digna Esposa
La alegre cuanto cierta buena nueva
Que los vuelve á la tierra venturosa;
La medianera de la culpa de Eva
Dando las gracias al que la hizo hermosa,
Da al bien nacido Esposo por albricias
La luz, que á las de Dios vuelve propicias.

Y antes que el alba con su rubia escoba
Del cielo hermoso las estrellas barra,
Y con la luz que al rojo Apolo roba
Al mundo afeite cándida y bizarra,
Coge Josef al Niño en quien se arroba,
Y hecho olmo rico de la opima parra,
Le saca alegre con su madre bella,
A Dios en brazos, de la mano á ella.

La Cintia blanca que en su ebúrneo coche
De ciervos ligerísimos tirado
Es con la luz del sol, sol de la noche,
Haciendo plata al monte y nieve al prado,
Se admira viendo que su Dios trasnoche
Obedeciendo á su tutor amado,
Y alegre con su luz los acaricia,
Que la mejora el que es sol de justicia.

Van delante las bellas jerarquías
Haciendo escolta al mas piadoso Eneas,
Que al Niño viejo de infinitos días
Saca de Egipto y de sus llamas feas;
Que está abrasado en sus idolatrías,
Dignas de hollar las márgenes Leteas;
Saca del mar á nado su tesoro,
Y de las venas de la tierra el oro.

Saca el Bias sabio, que al de Grecia excede,
Las prendas de quien es padre y abrigó,
Que con razon mas justa decir puede:
Todo junto mi bien llevo conmigo;
Saca el Alcides que hace que atrás quede
El que en sus hombros tuvo al cielo amigo,
En sus brazos dichosos al que encierra
Dentro el pequeño puño cielo y tierra.

Sale Josef, que es carro luminoso,
Adonde vuela el venerable Elías,
Y hecho divino Rafael glorioso,
Vuelve á su patria al sin igual Tobías;
Alegre lleva al Abacuc hermoso
Al encerrado entre tinieblas frías;
Lleva el nuevo Josef á sus hermanos
El pan de los divinos cortesanos.

Ya habian andado una pequeña milla,
Cuando en los hombros de las horas bellas
El sol salió sobre la regia silla
De tela de oro y clavazon de estrellas;
Salió, y al Niño hermoso alegre humilla
Los rayos que del Niño son centellas,
Y vuelto paje de quien es criatura,
Alumbra al que le ha dado la hermosura.

Llegan á una aldehuella venturosa,
Donde Josef, que siempre se desvela
En el descanso de su bella Esposa,
Compró una humilde y mansa bestezuela;
Y en ella pone á su querida hermosa
Y al que en tantos trabajos le consuela,
Y alegre en el descanso de su amada
Prosigue la asperísima jornada.

Pisan la orilla del que á Egipto riega
Saliendo del regazo de su madre,
A quien la gente en sus deidades ciega
Por Dios venera y ama como á padre;
La soberana Reina á Josef ruega,
Por ver que á su temor y á su amor cuadre,
Dejen de hollar las márgenes del Nilo
Que teme al hipotamo y cocodrilo.

Teme los pescadores caudatosos
Que salen á robar desde los barcos
Entre cañares y árboles hojosos
Tirando flechas de los sueltos arcos;
Teme animales varios ponzoñosos
Nacidos entre el cieno de los charcos,
Teme, dos hecho, al que es señor de Delo,
Que abraza desde el agua y desde el cielo.

Teme que el Nilo deje su corriente
Y que salga á bañar el campo amigo
Sobre quien vierte con su aílal creciente
Frutas, aceite, yerbas, mosto y trigo;
Teme de ingrata y bandolera gente
El bando saltador, fiero enemigo;
Teme los montes de menuda arena
Que muda el aire, que es quien los ordena.

Teme la hambre flaca no se atreva
Al que da vida á cuanto el cielo ha hecho,
Pues aunque al pecho de marfil le lleva
No tomará la sangre de su pecho;
Que de su mucho amor hiciera prueba
Rompiendo el corazon por su provecho,
Cual pelicano hiriendo el pecho hermoso
Para el pequeño todo poderoso.

También teme Josef y también siente
El peligro en que lleva á su heredero,
Que aunque padre en el nombre solamente,
Le ama como padre verdadero;
La pena aflige al corazon valiente,
Y aunque cera al amor vuelto de acero,
Dice á quien pudo hacer al justo amado
Por mujer buena bienaventurado:

«Todo lo teme quien de veras ama;
Dulcísima Señora; mas confío
En quien de vuestros brazos hizo cama,
Y siendo hijo de Dios, es hijo mío,
Y en quien al niño Dios de Egipto llama,
Pues de los dos es uno el poderío,
Que ha de entrar en la tierra prometida
Defendiendo las nuestras en su vida.

»¿Quién será, Virgen bella, la criatura
Que viendo al Niño nuestro no se arrobe?
Quién no respetará aquesta hermosura
Mejor que la de Anúbis y de Jove?
Qué saltador no llamará ventura
Que el Niño el alma y corazon le robe?
Quién destas ojos mirará la lumbre
Que como ante Moisés no se deslumbre?

»¿Qué fiera habrá que no se vuelva un canto
Viendo, no de Medusa la cabeza,
Mas la del sol, que en ese cielo santo
Esparce rayos de inmortal pureza?
¿Qué sol ardiente puede abrasar tanto
Que ante aquel de quien toma su belleza
No se temple, mirando humilde y tierno
En el signo de virgo al sol eterno?

»Y ¿qué montañas de menuda arena
Levantarán los vientos, si en sus alas
Anda ese Niño, que de luces llena
De oro y zafiros las etéreas salas?
Qué arena inquietará á su luz serena,
Siendo sus granos contra el cielo balas,
Si tiene el Rey de los gloriosos coros
De la arena escondidos los tesoros?

»Y si el Nilo soltase su corriente,
Volverse ha atrás como el Jordán sagrado,
O hacerse ha montes de agua trasparente
Como el mar que dió paso al pueblo amado;
La potestad del mar está obediente
Del niño Dios al celestial mandado,
Que él perturba sus olas y él las mueve,
Y le hace muros de la arena leve.

»Cuanto mas, Virgen bella y reina mia,
Que cuando el Nilo sus linderos pasa,
Es cuando hace el sol mayor el día
Y el leon del cielo en su calor se abrasa;
Que de unos montes de calidad fria
Por las nieves que en ellos caen sin tasa,
Deriva el enojado y recio viento,
De Egipto el fruto y de su río el aumento.

»Sino es, que como nace en Etiopia,
En los extremos de la Libia ardiente,
Bajando en fértil y abundante copia
Al mediodía desde el fin de Oriente,
El viento Etesio con su virtud propia
Del frío Septentrion furiosamente
Sus muchas nubes barre y arrinconea
Hasta encerrallas en la ardiente Zona,

»Dónde en gotas de plata se resuelven
A fuerza del calor, que el sol dispara,
Y mas pesadas á su madre vuelven,
Bañando dellas su grosera cara;
Y liechas arroyos con los rios se envuelven,
Y todos juntos la corriente clara
Del Nilo aumentan con tan gran creciente,
Que hace que por sus márgenes reviente.

»Y esto es en el solsticio, que aun agora
Faltan, Virgen hermosa, algunos meses,
Pues vemos que la mano labradora
Aun deja en pie las mal maduras mieses;
Yemos que al campo su librea desflora
El escuadron de rumiadoras reses,
Que maduran los frutos de las palmas,
Que aun tienen tiernas las osudas almas.

»Y si al Niño fatiga la hambre fiera,
Ahí traigo la alforjuela prevenida;
Sus higos dulces nos dará la higuera,
Y la palma su fruta defendida;
Las cañas que coronan la ribera
Del Nilo y con su agua agradecida
Las azucara, le serán sustento
Sustentando al hermoso Dios hambriento.

»Y cuando en las mas ásperas montañas,
Puestos en el peligro mas estrecho,
Nos negaren su humor las dulces cañas,
Y las palmas y higueras su provecho;
La sangre sacaré de las entrañas,
El corazon me arrancaré del pecho,
Y abrasado en su amor, será comida
Del que los come para darlos vida.»

El amoroso Niño se enternece
Viendo de su Josef enamorado
La fineza de amor con que se ofrece
A dar por él la vida que le ha dado;
Y con palabras tiernas le agradece
Los deseos, que ya ha experimentado
En las obras de Marta y de Maria,
Con que le adora Dios y hombre le cria.

La Virgen soberana agradecida
Al que serena su congoja y susto,
Aljófares derrama enternecida
De casto amor y de piadoso gusto;
El Niño al que es custodio de su vida,
Y en todos sus caminos Rafael justo,
Pide los brazos, que sus brazos quiere;
Él se los da y entre ellos de amor muere.

Quiere bajar el niño Dios al suelo,
Y que Josef con gozo soberano
Sobre los hombros, donde estriba el cielo,
Alegre ponga la dichosa mano;
Goza Josef un sin igual consuelo,
Báculo haciendo al infinito humano,
Que sobre las espaldas tiernas lleva
Todas las culpas de los hijos de Eva.

Cuál vez el Niño de su amado toma
La venturosa mano y se la besa,
Y él con amor de cándida paloma
Las suyas blancas de besar no cesa;
Cuál vez á la bajada de una loma
Se abraza á Dios, que el alma le embelesa,
Y le quiere meter dentro del pecho,
Morno de amor en sus amores hecho.

Cuál vez la sola sin igual María,
Que en su cansado Esposo se desvela,
Cortesmente amorosa le porfia
Suba un rato en la humilde bestezuela,
Que ella irá á pie con gozo y alegría
En el descanso del que la consuela;
Josef se lo agradece, y no permite
Que descanso tan caro solicite.

Cuál vez que el Niño celestial se cansa,
Le pone en sus espaldas su nutricio;
Descansa el niño Dios. Josef descansa
De trono celestial haciendo oficio;
Va el Niño hermoso como la res manam
En hombros del pastor, cuyo ejercicio
Es servir al Cordero sin segundo,
Muerto desde que origen tuvo el mundo.

Es Josef el pastor del Pastor bueno,
Que á buscar una oveja se conmueve,
Y baja, sin dejar del Padre el seno,
Para juntarla á las noventa y nueve;
Lleno de gozo y de contento lleno,
Los brazos bellos de cristal y nieve
Echar al cuello de Josef le pliego,
La carga haciendo leve y suave el yugo.

Y como de sus alas hace el ave,
Que mira al sol, á sus polluelos cama,
Cuando los siente de su peso grave
Ir cansados al centro que los llama,
Así al divino amor dulce y suave,
El águila real que en él se inflama,
Y en su vista inmortal la suya prueba,
Sobre sus hombros virginales lleva.

Esta manera siguen su camino
Por desiertos, montañas y arenas,
Llevando de ocho años peregrino
Al desterrado por ajenos males;
Cuál vez camina á pie el Niño divino,
Cuál vez entre los pechos virginales,
Cuál vez entre los hombros de su amado,
Y siempre dentro el pecho enamorado.

Cuál vez el Niño Dios con sus razones,
Llenas de amor y de consuelo llenas,
Les abraza los castos corazones,
Volviendo glorias las medrosas penas;
Cuál vez los soberanos escuadrones,
Que encantan cuando cantan las sirenas,
Cantando salmos y canciones vienen,
Con que á los caminantes entretienen.

Dos veces descubrió la blanca frente
La casta hermana del Grineo dorado,
Llenando con su luz resplandeciente
El rostro de la noche deseado,
Y otras dos de su rubia luz ausente
Corrida se escondió en su cielo amado,
Mientras la nueva trinidad divina
Vió la fertilidad de Palestina.

Saludan del Jordan las aguas claras,
Sus fértiles riberas espaciosas,
Sus valles verdes y sus vegas carias,
Sus montes y arboledas deliciosas;
Salen gozosos con risueñas caras
A refrescar las tres graves y hermosas
Con amigable juego y dulce guerra
Los amorosos aires de su tierra.

Josef, lleno de gozo y alegría,
Besa la tierra tanto deseada,
Y vuelve á la bellísima Maria
A darle el parabien de la jornada;
Ella en las luces que la dan al día
El alma muestra tierna y regalada,
Dando gracias al que es siempre engendrado,
Y el parabien á su dichoso amado.

Sobre la urna de cristal hermoso
Recostado el Jordan, alzó su frente
Coronada de aljófár bullicioso
Sobre oras verdes y oro resplandeciente;
Pasmóse viendo al Todopoderoso,
Y asombrado en su luz resplandeciente,
Se quejaron sus húmedas cristaleras,
Helados á los rayos inmortales.

Vuelto en sí, un caracol de nácar toca,
A sus niñas con él señal haciendo,
A que en su alcázar de cristal de roca
Vuelvan, á su clarín obedeciendo;
En breve tiempo y en distancia poca
Al palacio de vidrio van viniendo,
Cargadas de jazmines, de mosquetas,
De azucenas, de rosas y violetas.

Manda que dellas tejan tres guirnaldas,
Mezclando granos de oro entre las flores,
Perlas entre jacintos y esmeraldas,
Que al sol vencen sus bellos resplandores;
El entre tanto tiende las espaldas
Cubiertas de un cendal de mil colores,
Y cortando sus aguas las voces,
Que festejar á su Criador desea.

No sabe si detenga la corriente,
Como otra vez, porque pasase el Arca,
O se divida humilde y obediente
Como al Profeta que no vió la Parca,
O si de cristal puro y trasparente
Con remos de coral haga una barca,
O haciendo de sus brazos una silla,
Pase á los tres que adora á la otra orilla.

En esto mira que á un pobre barquero
Es el piadoso cielo mas amigo,
Que á Amiclas que escuchó dentro el mar fiero,
« La fortuna de César va contigo »,
Que al padre de la patria verdadero,
Que ha de morir venciendo á su enemigo,
En la barquilla lleva, y á los lados
Los padres del Infante enmascarados.

Enladrillar de su cristal quisiera
Las olas canas el ceruleo río,
Y esparcir de su rubia cabellera
Del alba roja el cándido rocío;
Que sabe ha de volver á su ribera,
Y humillando su eterno poderío,
Ha de santificar sus aguas puras,
Que será la mayor de sus venturas.

En esto llega el casto hermoso coro
De las niñas, que cortan presurosas
De la agua clara el diáfano tesoro,
Que se enciende en mirarlas tan hermosas;
Vestidas vienen de cendales de oro,
Coronadas de flores y de rosas,
Las hebras del cabello á las espaldas,
Y en las manos de nieve las guirnaldas.

Llega la alegre virginal cuadrilla,
Y al rededor con amoroso juego
Cercan la rica celestial barquilla,
Y de mirto y laurel la enraman luego;
Ven la madre de amor, á quien se humilla
La celebrada del lascivo ciego,
Y ven al Dios de amor que amores vierte,
Que por ser Dios de amor viene á la muerte.

Siembran la barca de olorosas flores,
Y cantando suave y dulcemente,
Coronan los divinos resplandores
Del Niño que suspende su corriente;
Y diciendo á la Madre mil amores,
Le coronan la luna de su frente,
Y luego al virginal padre y Esposo
Corona el bando alegre y coro hermoso.

Besan los piés de rosas y azucenas
Del Niño tierno y de cristal las manos
De la que, siempre de mercedes llenas,
Las ocupa en favor de los humanos;
Y ante las luces de Josef serenas
Prostran las de sus ojos soberanos,
Y saltando en las olas las dividen,
Y con los brazos de marfil las miden.

Cargan sobre los hombros virginales,
Llenas de amor y gozo la barquilla,
Y cantando canciones celestiales,
La amarran dulcemente á la otra orilla;
Sacan á los dorados arenales
Los tres, que cada cual los maravilla;
Sale la aurora de las ondas claras,
Haciendo soles sus hermosas caras.

Como suele, enfrenando sus delfines,
La engeadrada en el mar, y de su espuma
Salir á ver de su ciudad los fines
De entre la concha de riqueza suma,
Que sale al dulce son de los clarines
Del pueblo amado que su altar perfuma,
Así sale la Virgen sacrosanta
Al son de la canción que el coro canta.

Sale lleno de luz bello y bizarro
El que juntó con su saber profundo
Al oro eterno el quebradizo barro,
Hecho de amor, que no tendrá segundo;
Sale cual suele en el dorado carro
Salir el sol á dar la vida al mundo,
De entre las ondas, á quien viste de oro
Con la luz inmortal de su tesoro.

Sale Josef, divino mercaderante,
Que trae la inestimable margarita
Y al eterno tesoro del Levante,
Que en la India Oriental del Padre habita;
Trae en la nave el rico navegante
El pan que á Heródes de la boca quita,
Sale con su familia el Noé dichoso
Tras el diluvio del destierro odioso.

Apenas dejan la pequeña nao,
Despedidos del río y sus napeas,
Que con fiesta, con música y sarao
Acompañaron al piadoso Eneas,
Cuando tristes escuchan que Arquelaos,
Hijo del que arde entre las sombras feas,
De Judea heredó la tetraarquía,
Nueva que volvió en pena su alegría.

Temió ir allá Josef, mas luego el cielo,
Que tiene cargo dellos, le da aviso
Que lleve al galileo y fértil suelo
Al que su padre y guarda hacerle quiso;
Sacude alegre de temor el hielo,
Y con las flores de su paraíso
Se parte á Nazaret, y yo entre tanto
Quedarme quiero, dando fin al canto.

CANTO XXI.

De cuando perdieron Nuestra Señora y san Josef
á Cristo nuestro Redentor.

Quien de veras ha estado enamorado
Y al yugo dulce del amor rendido,
No digo del lascivo Argos vengado,
Lince sin ojos, del honor olvido,
Niño caduco, desnudillo armado,
Veneno azucarado, bien fingido,
Ave de plomo, voladora fiera,
Diamante blando, empedernida cera;

No digo del alnado del herrero,
Que aprisionados suelta y libres ata,
Que es necio, sabio, mudo, palabrero,
Y basilisco que sin vista mata;
Lobo con piel de cándido cordero,
Ponzoña que se da en vaso de plata,
Cobarde, fanfarron, rico muy pobre,
Y con quilates de oro bajo cobre;

No digo del que el ocio dios ha hecho,
Que es hijo de un herrero y de una errada,
Que como viborezno rompe el pecho
De la madre, aunque hermosa, desdichada;
No deste fuego blando y lazo estrecho,
Sabroso acibar, píldora dorada,
Pan que no harta, sed que siempre dura,
Llaga que sabe bien, dulce amargura;

No del que con su fuerza abrasadora
Deshace el rayo que á la tierra espanta,
Que como alevé cocodrilo llora,
Y cual sirena encantadora canta;
No del que el mal asefa y daño dora,
Harpía vil, Medea atroz que encanta,
Circe que prende, esfinge que desmiembra,
Labrador que ara el aire y el mar siembra;

No deste falso amigo que nos vende,
Luz de linterna que encandila al alma,
Gloria de oídas, bien que no se entiende,
Mar tempestuoso con vistosa calma,
Tesoro que, tocado, lo es de duende.
Fruto que espera el que plantó la palma,
Red invisible, incendio de la tierra,
Paz instantánea, perdurable guerra;
No deste pescador con piel de cabra,
Que caza al simple pez diciendo amores,
Hechizo dulce que amarguras labra,
Rey que condena al que hace mas favores;
No del que al mas amigo descalabra,
Miel entre espinas, áspid entre flores,
Mal deseado, llaga no sentida,
Locura voluntaria, amada herida;

No del que trocó el arco con la muerte,
Que, ciego, á todos igualmente hería,
Y al sol que al mundo su belleza vierte
Hizo abrasar por una planta fría;
No del que siendo contra todos fuerte,
Herido de una abeja vino un día
A Vénus, que le dice si se queja:
«Hijo, tu oficio te usurpó la abeja»;

No deste jactancioso, que se alaba
Que tras sí lleva un número infinito;
No del que hace á la razon esclava,
Poniendo en su lugar al apetito;
Que volvió rueca de Hércules la clava,
Que llevó á César por Cleopatra á Egipto,
Que encendió á Troya, que arruinó la Grecia
Y asoló á España en una honrada necia;

No del que á Jove dió el paje de copa,
Haciéndole, aunque rey del alto coro,
Por Leda cisne, toro por Europa,
Por la encerrada Danae lluvia de oro;
Fuego escondido entre la blanca ropa
De Egipto, á quien robó el casto tesoro,
Diana por Calisto y por lo niebla,
Que cautamente á su mujer aniebla;

No del que trasformó á sus dioses vanos
En mas formas que brota Etna centellas,
Que gotas tiene el mar, su arena granos,
Que aves el aire ni que el cielo estrellas;
No del que no perdona á los hermanos
Que soliciten las hermanas bellas,
Que enciende por el hijo á la vil madre,
Y quita por la hija el seso al padre.

No del que á los Alcides y Teseos,
Ariadnes, Tisbes, Progne, Filomenas,
Narcisos, Ganimedes, Macareos,
Mirras, Fedras, Semiramis, Elenas,
Leandros, Anteones y Perseos,
Pasifaeas, Ciltemnéstras, Aullenas
Y otro infinito número de gente
Sujeta torpe y afrentosamente;

No de aquel que enseñó las hijas bellas
De los hombres á los de Dios amados,
Que quitando la luz á sus estrellas,
En el diluvio los dejó anegados;
No del que hizo saltar vivas centellas
De los ojos de Dina regalados,
Que al príncipe Siquen dejaron ciego
Y entrada la ciudad á sangre y fuego;

No del que de Josef á la ama hermosa
Encendió blandamente el tierno pecho,
Que abrasada en su vista milagrosa,
Le daba parte en el vedado lecho;
No del que tras la cena sumptuosa
Puso el asirio fuerte en tanto estrecho,
Que pensando gozar de su querida,
Fue la viuda que amaba su homicida;

No de aquel que al que halló el panal sabroso
En la boca del fuerte obligó á tanto,
Que vino á hacerle de una extraña esposa
Contra la justa ley del pueblo santo;
No del que al manso Rey justo y piadoso
Desnudo le ofreció un hermoso encanto,
Con que le emponzoñó el rendido pecho,
Después un mar de llanto y dolor hecho;

PR-II.

No del que á Amon contra su hermana incita
Que estuprando la virgen descuidada,
De su presencia con furor la quita,
Pena comun de una mujer gozada;
No del que á los dos viejos solicita
Por la rara beldad de la casada,
Que desnuda, cautiva, helada enciende,
Y no jüez á los jüeces prende;

No de aquel que del templo en los retretes
Vió Ezequiel que le sacrificaban
Las almas entre torpes ramilletes,
Con que su mal olor disimulaban;
Al cual con odoríferos pebetes
Los viejos entre sapos incensaban,
Llorando á Adónis muerto las mujeres,
Que muertos lloran siempre sus placeres;

No del que al Rey de todos el mas sabio,
Que vió la vanidad de vanidades,
Hizo que hiciese á su Criador agravio
Adorando torpísimas deidades;
No del que al ángel Juan, que movió el labio
A Heródes predicando las verdades,
Le segó de los hombros la cabeza,
Que cortada reprehende su torpeza;

No del que tiene contra el hombre espada
Y contra la mujer fuego suave,
Está desnudo contra el pez que nada,
Y tiene alas con que alcanza al ave;
Arco para la fiera no domada,
Venda para poner al hombre grave,
Edad de viejo, de muchacho el rostro,
Siendo del mundo idolatrado mostro;

No digo de ese laberinto griego,
Que tiene entrada y no tiene salida,
Cárcel del alma, de los ojos fuego,
Espada que amenaza en la comida,
Sueño de hombre despierto, luz de ciego,
Infierno triste que atormenta en vida,
De los vivientes un tirano fuerte,
Casi tan general como la muerte;

No digo deste, sino del divino,
Del celestial, del puro, hermoso y casto,
Hijo de la virtud, que al suelo vino
A ser del virginal corazon pasto;
Deste, que anda en el mundo peregrino,
Y trae entre el sayal grosero y basio
Cosido al pecho un celestial tesoro,
De las Indias del cielo inmortal oro;

Deste, que tiene el rostro descubierto,
Amoroso, risueño, afable, humano,
Que trae el pecho virginal abierto,
Mostrando el corazon su franca mano,
Que tiene por divisa vivo y muerto,
Invierno adverso, próspero verano,
Léjos y cerca, letra que declara
Que nunca al bien que quiere desampara;

Deste lazo suave y yugo hermoso,
Que corazones amoroso enciende,
Que destierra el temor, que no está odioso,
Y el bien ajeno y no su bien pretende;
Deste, como la muerte poderoso,
Que da descanso al que en su cárcel prende,
Que hace al pobre rico, al flaco fuerte,
Y triunfa de la vida y de la muerte;

Deste, que en los trabajos es constante,
Deste que de las penas es consuelo,
Que jamás engañó al querido amante,
Ni jamás engendró traidor recelo;
Deste, de la virtud divino amante,
Algarabía del amor del suelo,
Deste, que nunca quema y siempre alumina,
Y al mas humilde á honor mas alto encumina;

Deste, que con un éxtasi amoroso
Trasforma el alma en el que la ha robado,
Estando mas en el amado hermoso
Que en el cuerpo que anima frio helado;
Deste, cuyo poder maravilloso
Hace uno del amante y del amado,
Que parece que un alma á dos informa,
O que dos almas son de un cuerpo forma;

13

Deste, que siempre en la razón estriba,
Siempre pagado y bien correspondido,
Que da la vida amada porque viva
La mitad de quien vida ha recibido;
Deste, que por virtud transformativa
En sí quedando, está á su amado asido;
Es dos, es medio, es uno y uno en cuatro,
Mónstruo que admira al general teatro;

De aqueste virtuoso, que al vendado
A sus sagrados pies miró rendido,
Y habiéndole del arco despojado,
Le echó en el fuego, en que quedó encendido;
Y á un roble fuertemente maniatado
El rostro infame le dejó escupido;
Que si Cupido está escupido y preso,
Será un gran necio quien perdiere el seso;

Deste, por quien la Esposa pide enferma
Que le cerquen de frutas y de flores,
Que no la deja que con gusto duerma,
Mas que vaya á buscar á sus amores;
Deste, que sana cuando mas enferma
Y da á mayores penas mas favores;
Deste, que trae cubierto de rocío
Al bello Esposo, que se abraza al frío;

Deste, que en lazo fuerte y nudo estrecho
Pegó á David á Jonatás valiente,
Que siendo vida del ajeno pecho,
Cada cual dentro el propio gloria siente;
Deste, que olvida y deja su provecho,
Como el noble Moisés por la infiel gente,
Que pide sea su culpa remitida
O le borren del libro de la vida;

Deste, por quien Jacob, gallardo mozo,
Viendo los ojos con que su alma medra,
La inmóvil piedra levantó del pozo,
Quedando los demás como de piedra;
De aqueste, que al pastor del rubio bozo
Que al oso y al león del halo arriedra,
Encendió por Michol el casto pecho
Hasta dejar el del jayán deshecho;

Deste, que corazones enajena
Y dió el pecho de Dios al regalado,
Su cuerpo y sangre en la postrera cena,
Las llaves de su cielo al Pedro amado,
Los pies á la amorosa Magdalena,
El paraiso á quien se le ha robado,
Su corazón á quien su pecho hiere,
Y su cielo al que amando le pidiere;

De aqueste, pues quien libre esclavo ha sido
Y en medio su dulzura milagrosa,
Estando á su adorado tan unido,
Que siendo dos son una misma cosa,
Ha visto de sus ojos desasido
Su amado por la ausencia temerosa;
Mira á Josef y á su consorte bella
Sin corazón á él, sin alma á ella.

Los cuales ya después de haber gozado
Del sumo bien la infancia soberana,
En la ciudad donde juntó al brocado
El sayal bajo de la tela humana.
Después que cuatro años han pasado,
Y doce por el nieto de Santa Ana,
Al templo van de la ciudad famosa,
Llevando allí de Dios la luz hermosa.

Después de haber cumplido el sacro rito
Del sacrificio hecho en remembranza
De haber sacado al pueblo Dios de Egipto,
Frustrando del Rey impío la esperanza;
Se volvieron los dos á su distrito,
Conforme á la ley justa y cuerda usanza,
Que apartaba mujeres y varones,
Por evitar peligros y ocasiones.

Piensa la sola y sin igual doncella
Que va con su Josef el Niño hermoso;
Piensa el virgen Josef que va con ella,
Cada cual de su niño cuidadoso;
Llega primero la princesa bella
Al lugar concertado con su Esposo,
Donde de amor y ausencia combatida,
Espera á las dos almas de su vida.

Cada instante mil años le parece,
Y camino sin fin el corto trecho;
Crece el deseo y el ausencia crece,
Y crece el fuego en que se abraza el pecho:
El alma temerosa se entristece,
Y el corazón en lágrimas deshecho
Sale al camino, y mira desojada
Si ve venir la luz del cielo amada.

Como la madre de Tobías ausente
Salla á ver si venia su querido,
Tierna, triste, amorosa é impaciente,
El corazón en llanto convertido,
Así la Virgen, que el corazón siente
Del golpe fiero de la ausencia herido,
Sale al camino, y como no parecen,
Menganan sus gustos y sus penas crecen.

Josef por otra parte cuidadoso,
Como tan nuevo en la insufrible ausencia,
Ansioso viene por su bien hermoso,
Que no hay vida ni bien sin su presencia;
Camina desalado y deseoso,
Lleno de amor y falta de paciencia,
A ver los que arrancados de su pecho
Se le dejaron de dolor deshecho.

Pregunta á los que encuentra si ha llegado
La mitad de su alma, su querida,
Y el Niño tierno de su pecho amado,
Que es de su vida y alma el alma y vida;
Nadie respuesta al justo Esposo ha dado;
La ausencia hace mayor la fiera herida,
El corazón estrecha, el paso alarga,
Que no puede sufrir la ausencia amarga.

Apenas divisó al Esposo santo
La Virgen sin la luz, que lo es del cielo,
Cuando deshecho el corazón en llanto
Salió á hacer Indias el indigno suelo;
Quedó su pecho como helado canto,
La sangre buyó, dando lugar á un hielo,
Que entró corriendo entre las venas frías,
Que las halló del noble humor vacías.

Quedó marchita la azucena y rosa
Del rostro hermoso bienaventurado,
Como suele quedar la flor hermosa
Cortada sin sazón del toco arado;
Llega Josef y ve á su amada Esposa
Sin el bien que le trujo desalado;
Pásmose el corazón, el alma helósc,
Y al dolor grave sin morir muriósc.

Con ser la pura sin igual doncella
De Josef alma mas que ella querida,
Con ser Josef de su adorada bella
La vida á quien estaba siempre unida,
Con ser extremo su deseo de vella
Y estar ella en su ausencia sin su vida,
De verse les pesó como se vieron
Sin el divino Niño que perdieron.

Josef va á preguntar por su querido,
Ella por su adorado le pregunta,
El en mármol helado convertido,
Le vuelve por respuesta su pregunta;
Ella sintió su corazón herido
De un puñal fiero con la aguda punta,
A él le clavó el alma el dolor fiero,
Que era su amor de padre verdadero.

Las palabras heladas se quedaron,
Y á las gargantas de los dos se asieron,
Las almas á los ojos se asomaron,
Y en lágrimas los ojos convirtieron;
Las lenguas mudas, sin hablar se hablaron,
Que los ansiados ojos lenguas fueron;
Con la cabeza su descuido culpan,
Y con hombros y cejas se disculpan.

Tendió la noche su estrellado manto,
Estorbando á los dos que no partiesen
A buscar el perdido sacrosanto,
Porque mayores sus dolores fuesen;
La Virgen, hecha mar de amargo llanto,
Hace que los de su Josef no cesen;
El siente su valor y el de su Esposa,
Y el de los dos la Virgen dolorosa.

Los corazones puestos entre abrojos,
Heridos de enemigos pensamientos,
La sangre envían á los tristes ojos;
Que se anegan en penas y tormentos;
Mira á Josef la paz de sus enojos,
Reprime sus ansiosos sentimientos,
Su llanto bebe, su dolor se traga
Por no aumentar de su Josef la llaga.

El noble Esposo de dolor reventía,
Que dentro el pecho el corazón no cabe,
Y á no tener con su prudencia cuenta
Perdiera el seso entre la pena grave;
La Virgen su congoja y pena aumenta,
Temiendo que Josef la vida acabe;
Quiérelle consolar, pero no puede,
Que su dolor al de su Esposo se acade.

El cielo con su tardo movimiento,
Dando vueltas sus ruedas inmortales,
Se las da de cordel al sentimiento
De los dos corazones virginales;
Desvelados los dos en su tormento,
Del alba ven las luces orientales,
Que enternece de su justo lloro
Derrama perlas de sus rayos de oro.

Apenas les hirió su luz serena,
Cuando dejaron la oración ardiente
De vivas ansias y suspiros llena,
Verdidas por su Niño omnipotente;
La Virgen madre, mas que todos buena,
Por su camino vuelve diligente;
Josef, de llorar ciego, triste parte
Del que ya anduvo, por la misma parte.

Sonó su voz la tórtola afligida,
Y los valles y montes que la oyeron,
Su natural dureza enternece,
A los tiernos gemidos respondieron;
La cándida cordera desvalida
Por el bien que del alma desasieron,
El dolor y la ausencia hala ansiosa,
Los cielos rompe y dice temerosa:

«Hijo de mis entrañas, mi querido,
Que bien sé que escucháis mi tierno llanto,
Bien pareceis, Señor, Dios escondido,
Pues que lo andáis de la que os ama tanto;
¿En qué, mi Niño hermoso, os he ofendido,
Que el alma triste entre mortal quebranto
Dejáis de aquesta Madre que os adora
Y en vuestra ausencia sin consuelo llora?

«¿Cuándo, mi amado, me desamparastes?
Cuándo sin mi licencia solo os fuistes?
Cuándo estos ojos, que de luz bañastes,
Castastes, Hijo, de dejarlos tristes?
¿Cuándo por vuestra ausencia lastimastes
El pecho de quien leche recibistes?
¿Cuándo me distes pena, Niño amado,
Por faltar á mi gusto y á mi lado?

«Ay, Hijo mío! Si el tirano fiero
Como heredó del Rey la Tetrarquía,
Heredó del corazón de acero,
Su impiedad, su soberbia y tiranía;
Si alguno os denunció, manso cordero,
Y maniatado de la gente impía
Fuistes llevado al matadero infame
Para que vuestra sangre se derrame!

«Oh! vosotros que vais por el camino,
Atended y mirad qué dolor llega
Al que padece por su sol divino
El alma triste sin sus luces ciega;
¡Ay justo Simeón! Sabio adivino,
Ya el corazón en lágrimas se anega.
Ya tu cuchillo el alma me ha clavado,
Muriendo vivo sin mi dulce amado.

«Otra vez que me hirió en la fiera huida,
Cuando triste, turbada y temerosa,
Sin gozo el alma, el corazón sin vida,
Guardé la amada de mi prenda hermosa,
No me vi de sus ojos desasida,
Ni sin sus brazos de jazmín y rosa
Aquestos míos, ni este triste pecho,
Que no estuviere trono de Dios hecho.»

Derrama de sus ojos soberanos
Arroyos de cristal resplandeciente.
De donde el alma con avaras manos
Hurta las perlas de su rico Oriente;
Caen en la tierra los preciosos granos,
Y la tierra en su guarda diligente
Los encierra por único tesoro
Entre las venas donde guarda el oro.

Pregunta con ternísimos balidos
Si han visto la beldad que anda perdida,
Perdida por ganar hombres perdidos,
Que ha de ganarlos con perder la vida;
Todos le multiplican los gemidos
Y el fiero golpe de la fiera herida,
Pues nadie ha visto entre el tropel copioso
Al mas que la hermosura misma hermoso.

Entra en Jerusalem triste y ansiosa,
Guiada del amor, que todo es trazas,
Y dice: «Buscaré mi prenda hermosa
A pesar de peligros y amenazas;
Rodearé triste la ciudad famosa,
Y buscaré por calles y por plazas
Al bien que adora y quiere el alma mía,
Resplandor de su padre y sol del día.

«¿Por ventura habeis visto á mi adorado,
Hijas de la ciudad? Si por ventura,
La mayor que ser puede habeis hallado,
Pues es él la que eternamente dura;
Restituidme el hijo que he buscado,
Restituid al alma su hermosura;
Enjugué aquestas lágrimas que vierto;
Salga desta tormenta al dulce puerto.»

Ellas le dicen: «Madre hermosa y triste,
Dinos las señas del que tu amor llamas,
Que si lo es de tu alma y le perdiste,
Con justa causa el corazón derramas.»
La Virgen bella, que á su pena asiste,
Las dice: «¡Oh nobles virginales damas!
¿Cómo podréis oír sus señas ciertas
Sin que quedeis de sus amores muertas?

«Es mi querido blanco y encarnado,
Hecho de clavellinas y azahares,
Es mi perdido, por quien yo lo he estado,
Escogido en millares de millares;
Son los cabellos de oro, en que ha enlazado
El alma que hace aquestos ojos mares,
Como tiernos cogollos de las palmas,
De que hace amor las redes de las almas.

«Es la cabeza de mi amado tierno
Oro mas puro que el que Arabia cria,
Nacido en el Oriente sempiterno
Ante el lucero anunciador del día;
La frente hermosa de mi Niño eterno
Arco de paz tras la borrasca fría,
Cielo de amor que entre sus resplandores
Esparcie gracias y derrama amores.

«Sus ojos son de cándidas palomas
Puestas del agua clara á las corrientes,
Sus mejillas jardines son de aromas,
De rosas y de flores diferentes;
Sus labios de coral distilan gomas
De la mirra estimada de las gentes,
De que traigo un manojó entre mis pechos
En esta ausencia de dolor deshechos.

«Son las manos del Niño soberano
Hechas á torno, de oro y de jacintos,
Su vientre hermoso de marfil indiano,
Donde hay zafiros varios y distintos;
Las fuertes piernas de mi Dios humano,
En quien cargan los once laberintos,
Son columnas de mármol; sus pies de oro,
Que pisan de los cielos el tesoro.

«Es del Líbano fértil su hermosura
Sobre las de los hombres admirable,
De un cedro descollado su estatura,
Y es todo junto mi querido amable;
Si sabeis, damas, de su beldad pura,
Decidle mi dolor incomparable.
Decidle cómo entre ansias y dolores
Enferma estoy de un mal que es mal de amores.»

Desta manera sollozando busca
Al que en su ausencia el corazon le parte,
Y al temor, que cual hielo la chamusca,
Vence el amor con que á buscarle parte.
Josef, á quien la pena el alma ofusca,
Ansioso y triste va por otra parte,
Por sus mejillas lágrimas vertiendo
Del corazon que se le está exprimiendo.

Por el camino por do vino vuelve,
Sembrando ansioso por la inculta tierra
El corazon que en lágrimas resuelve,
Que no cabe en el pecho que le encierra;
Dentro del alma mil cosas revuelve,
Que le dan sin cesar perpetua guerra;
La tierra fertiliza, el aire abrasa,
Montes de penas rompe, mares pasa.

»Ay hijo amado! dice, ¡ay mi querido!
¿Por qué, Señor, me habéis desamparado?
¿Cómo, si yo lo soy, anda perdido
El que al perdido quiere ver ganado?
Yo soy perdido, pues os he perdido,
Y vos lo estais, mas es de enamorado;
Yo perdido sin vos pierdo la vida,
Que en esta amarga ausencia es bien perdida.

»¿Qué sentirá, Señor, quien sola un hora
En doce años no se ha visto ausente
De esa beldad que el alma me enamora
Y hace que el pecho de dolor reviente?
¿Qué podrá hacer el corazon que llora
Su vida amada que violentamente
Le han arrancado de en mitad del pecho,
Un mar de penas y dolores hecho?

»Y si es que no merezco; como creo,
Gozar de los favores que me hicistes,
Bien sabéis que jamás erró el deseo
Ni el gusto que con él me agradecistes;
De mi vida hice en vos dichoso empleo,
Y della, Niño, por servido os distes:
Si en lugar de serviros ya os ofende,
Vuelva esa luz y mi ignorancia enmiende.

»Es el pan de que como noche y día,
De lágrimas que amargamente lloro
Cuando ansiada me dice el alma mía:
¿Do está tu Dios? Do está el Señor que adoro?
Es mi bebida la que el pecho envía
Del corazon, que se deshace en lloro,
Haciendo surcos los arroyos tristes
Por las mejillas que de luz vestistes.

»¿Huis de quien á costa de su vida
La vuestra ha sustentado doce años,
Con su sudor ganando la comida
Entre enemigos propios y entre extraños?
Huis de un alma que á la vuestra unida
Los vuestros siente como propios daños,
Sirviéndoos, regalándoos como pudo,
Desde que al hielo os adoró desnudo?

»¿Por qué dejais aquestos tristes brazos,
Que otro tiempo llorando deseastes,
Y haciendo de los vuestros dulces lazos,
Lleno de amor en ellos reposastes?
¿Cómo mi pecho no se hace pedazos,
Viendo, Señor, que helado le dejastes,
Habiendo sido vuestro escudo fuerte
Por vos puesto al peligro de la muerte?

»¿Cómo dejais aquestos ojos tristes
Hechos fuentes de lágrimas y enojos,
Si son estos los ojos que dijistes
Que eran la luz de vuestros bellos ojos?
¿Cómo estas manos que gozoso asistes,
Y hinchéndoos de bienes á manojos,
Innumerables veces las besastes,
Agora, Niño, las desamparastes?

»Si es, Niño hermoso, que os habéis perdido
Porque mi triste corazon entienda
Que como está obligado no ha servido
Al bien que el Padre eterno me encomienda,
Con lágrimas del alma perdon pido:
Vos que veis mi dolor veréis mi enmienda;
Otro seré de hoy mas; volved, mi amado,
Volved y perdonadme lo pasado.

»Y si es, Señor, la culpa sola mía,
Que si será, pues nunca á vuestros ojos
Pudo ofender la angélica María,
Ni daros como yo injustos enojos;
¿Por qué dejais su amada compañía?
¿Por qué enturbiais aquellos rayos rojos?
Volved á la que es mas que todas buena:
La culpa tengo yo, tenga la pena.

»No pierda por mi culpa mi querida;
Volved á consolar á vuestra Madre,
Volved á dar á aquellos ojos vida,
Que son la luz de los de vuestro padre;
Mi vida, en llanto y pena convertida,
Hace que al cielo en mi dolor taladre,
Y que cubra de luto las estrellas,
Ausente de las dos mas que el sol bellas.

»Y si en aquesto el corazon no acierta,
Y es que perdido os hé, mi Niño amado,
¿Habéis de mendigar de puerta en puerta?
¿Habéis de andar hambriento y fatigado?
¿Ay, que temo, mi amor, por cosa cierta
Que toparéis algun desapiadado,
Que después de reñiros y afrentaros,
Un pedazo de pan no quiera daros!

»Ay, Ruben, que lloraste ansioso y triste
Al hermano empozado que no hallaste!
Y tú, Jacob, que tanto los sentiste,
Que los vestidos de dolor rasgaste:
¿Ay, mi abuelo David! Di ¿qué no hiciste
Por el ingrato hijo que lloraste?
Y tú, grave Tobías, ¿qué no hacías,
Ausente de tu casa tú Tobías?

»Pues todos juntos no sentistes tanto,
Tanto por ser mayor amor el mío,
Cuanto por ser mas digno el solo Santo
Del amor que me tiene ardiendo frío;
Tanto porque no llega todo cuanto
Encierra el cielo á mi Criador, que erio,
Cuanto porque es el amor vuestro sombra
Del que me abraza por quien mío se nombra.

»Ay dulce amado mío! Ay bello ausente!
Vuestro Padre defensa vuestra vida,
Y os provea con mano omnipotente
De posada, de cama y de comida;
Envíeos de su cielo refulgente
Gente de guarda de la mas lucida,
Que os sirva y os regale, amada prenda,
De mis faltas haciendo digna enmienda.

»¿Ay triste, que la vida se me acaba
Viéndome ausente de esa luz hermosa,
Y el cuchillo cruel el alma enclava,
Que Simeon pronosticó á mi Esposa;
En medio de la pena fiera brava
Que hirió esa carne de azucena y rosa,
Aunque mi corazon sentí deshecho,
Vios abrazado á aqueste triste pecho.

»En el camino largo y trabajado,
Cuando á Egipto os llevé, sentí mil penas,
Temiendo no os cogiese el rey furioso
Y os hiciese morir por las ajenas;
Mas todas fueron, mi querido hermoso,
De mil consuelos y favores llenas,
Que la pena con vos es bien eterno,
Y el bien sin vos la pena del infierno.»

Desta manera, tristes y afligidos,
Andan Josef y su Consorte amada
Entre sus deudos y sus conocidos
Buscando la deidad disimlada;
Josef entre dolores y gemidos,
La tierra en tiernas lágrimas bañada,
Rodea, busca, pregunta, inquiere, mira,
Gime, solloza, tórbase y suspira.

Herido el pecho del amor divino
Que le da sacomano á sangre y fuego,
Desanda lo que ha andado del camino,
Y á andarlo tristemente vuelve luego;
No sabe por dó va ni por dó vino,
Loco de amores y de amores ciego;
Llega á Jerusalem triste y cansado,
Perdido, porque el niño Dios no ha hallado.

Piensa Josef que su Consorte bella
Quizá como mas buena ha merecido
Hallar al que dejándola doncella,
De su grana de polvo hizo vestido;
Lo mesmo menos triste piensa ella,
Y así espera turbada á su querido,
Por ver si trae al sol de su remedio
Que la eclipsó poniendo tierra en medio.

Encuéstranse los dos; quedan helados,
Y á las gargantas dados ciegos nudos;
Por los ojos en lágrimas bañados
Se hablaron, que son lenguas de los mudos;
Cada cual con suspiros abrasados,
Con que á los bronces de piedad desnudos
Pudieran ahlandar, dicen, las penas
De que sus tristes almas están llenas.

Sus lágrimas amargas Josef bebe,
Cual las ha menester el triste pecho,
Que sin cesar ha tanto que las llueve
Que tiene el corazon de yesca hecho;
La Virgen el de no tocada nieve
Derrite al sol que le dejó deshecho;
Josef que ve su llanto, el suyo aumenta,
Y ella, el suyo mirando, le acrecienta.

Tres días de amarga ausencia padecieron,
Y treinta mil de penas y dolores;
Entrase al templo, á quien enternecieron,
Que sabe hacer mercedes y favores;
Entran llorando, y de repente vieron
Al niño Dios en medio los doctores,
En su disputa, oyendo y preguntando,
Y en su saber á todos admirando.

El gozo, la dulzura, la alegría
De los dos corazones soberanos,
Dígalo la seráfica María
Y el escogido en todos los humanos;
Que mal podrá decirlo alma tan fria
Ni los mas abrasados cortesanos;
Ellos lo digan, ellos que lo saben,
Si es que en palabras tales glorias caben.

Que ni Abraham cuando al Isaac querido
Quitó la venda de su rostro bello,
Ni Jacob cuando al sin razon vendido
Los medio muertos brazos echó al cuello,
Ni cuando el buen pastor de amor herido,
De escarcha coronado su cabello,
Halló la oveja, y vió á Tobías su madre,
Y al pródigo el piadoso y tierno padre;

Ni todo cuanto todos se alegraron
Llegó al contento, que con colmo excede
Al dolor fiero que los dos pasaron,
Que en su presencia es bien que muerto quede:
Los dos á su querido se abrazaron;
El sus divinos brazos les concede,
Emudecen las lenguas, y los ojos
Distilan de sus glorias los despojos.

«¿Cómo así con nosotros lo habeis hecho,
Hijo, le dice la que le ha engendrado,
Que vuestro padre en lágrimas deshecho
Y yo os habemos con dolor buscado?»
El niño Dios enternecido el pecho,
Donde tres corazones se han juntado,
Humilde entre los dos su rostro esconde,
Y á las quejas de amor así responde:

«Para buscarme así, ¿qué hallais que cuadre,
Si sabeis cuánto importa que yo asista
A los negocios de mi eterno Padre,
Que es lo que me ausentó de vuestra vista?»
Josef, loco de amor, tierna su Madre,
Asidos al amor que los conquista,
Vuelven á Nazaret, y yo entre tanto
Boy fin alegre á aqueste triste canto.

CANTO XXII.

De algunas alabanzas de san Josef, y de la pasión
de nuestro Redentor.

Al que el deseo da perpetua guerra
De romper libre por los aires vanos,
Y dejando la carga de la tierra
Entrar por esos cielos soberanos;
Gozar la gloria que la gloria encierra,
Sus bellos y divinos cortesanos,
Y ver entre su luz hermosa y pura
La hermosura, que excede á la hermosura;

Entre en la casa de Josef dichoso,
Entre y verá como su casa es cielo,
Verá el bien sumo, que hace al cielo hermoso,
Que vuelve cielo el venturoso suelo;
Verá al Eterno y todo poderoso
Entre el sayal del encarnado velo,
Que esparciendo divinos resplandores,
Los del impíreo cielo hace mayores.

Verá una nueva Trinidad que admira,
De un solo Dios y tres personas bellas,
De quien la Trinidad de Dios se mira,
Gozosa en la beldad que mira en ellas:
Una es la que reporta á Dios la ira,
Que engendró al que es criador de las estrellas,
Que es de Dios hijo, la virginal Madre,
Madre de Dios y esposa de su Padre;

Otra es el Verbo eterno, que es el Hijo,
Nacido de la que es de Dios agrado,
Palabra que el eterno Padre dijo
En el principio, que sin él le ha dado;
Otra es Josef, que es gozo y regocijo
De la que engendra y del que es engendrado,
Pues procede de amarse los dos tanto,
Que sea su alma un Espíritu Santo.

Y si el que es Paracieto sempiterno,
Que procede del Padre y Hijo hermoso,
De los dos como de un principio eterno,
Es de la Virgen madre amado Esposo,
También Josef es della esposo tierno,
Sobre los de la tierra venturoso,
Pues fué en la tierra bienaventurado
Por la Esposa de Dios que Dios le ha dado.

Si él es consolador, Josef consuelo,
No solo de las almas afligidas,
Mas del sol, que nació temblando al hielo,
Y de la sola entre las escogidas;
Si él es el fuego que enamora al cielo
Y el gozo de las lágrimas vertidas,
Josef es fuego y gozo que enamora
Al Niño y Madre, que gozoso adora.

Josef es don de Dios á los dos dado
Para hacer sombra al celestial misterio,
En el trabajo su descanso amado,
Y en su cansancio dulce refrigerio;
Dulce huésped del alma regalado,
Que hospeda al Rey del celestial imperio,
Padre del pobre, que de amor deshecho,
Los abriga en su casa y en su pecho.

Dios es criador de cuanto mira el día,
De cuanto ciñe el mar y el cielo encierra;
Cria lo que no es Dios, mas Josef cria
Al mismo Dios, criador de cielo y tierra;
El cielo todo lleno de alegría
Y cuanto su estrellado manto cierra
Obedecen al niño Dios hermoso,
Y el niño Dios al justo venturoso.

Dios es de serafines adorado
Y de millares de ángeles temido;
Josef mejor que Dios reverenciado,
Pues es Josef del mismo Dios servido;
Josef manda al que todo lo ha criado,
Y Dios á todo lo que Dios no ha sido;
Josef es virgen, y de Dios es padre,
Y el dulce amado del y de su Madre.

La criatura mas pura se retira
En las virtudes del heroico Santo,
Y mas cuando en el justo Josef mira,
Que no es Dios y que tiene de Dios tanto;
Que es hombre, que á los ángeles admira,
Que es ángel, que á los hombres causa espanto,
Que su alma es cielo, que de amor se abraza,
Y que es un cielo su dichosa casa.

Después de Dios, ¿qué es lo que tiene el cielo?
No son los nueve coros inmortales?

Pues Josef, preso en el corpóreo velo,
Ejercitó sus obras celestiales;
Ángel no fué, que lleno de consuelo
Fué guarda de las dos personas reales?
¿Y no fué digno Arcángel de María,
Cuando de Dios despachos le traía?

¿Y potestad no fué cuando en Egipto
Con el pequeño Dios entre sus brazos
Los dioses falsos que hizo el apetito
Por tierra fueron hechos mil pedazos?
¿No fué virtud, oyendo el tierno grito
Del niño Dios, que entre mortales lazos
Le hizo ministro del milagro alegre,
Donde lloró para que Adán se alegré?

¿No gobernó cual sabio principado
Al Ángel, que lo es del gran consejo,
Cristo, que, el ser Eterno disfrazado,
Nació por renovar al hombre viejo?
¿No fué dominación, que respetado
Fué de su Esposa, que es del cielo espejo,
Y della y de su amado Dios servido
Mejor que el mismo Dios jamás lo ha sido?

¿Trono no fué cuando en sus brazos justos
Tuvo al eterno Niño, que amoroso
Trocó en glorias sus penas y disgustos
Abrasándole el pecho venturoso?

¿Y al paraíso de divinos gustos,
Que fué del mismo Dios jardín hermoso,
De su querida bienaventurada
Cual querubín no defendió su espada?

¿Y Serafín no fué de amor deshecho
Desde que en el divino desposorio
Vivió su alma en el hermoso pecho
Que fué del Verbo eterno consistorio?
Y hermoso Serafín no se vió hecho,
Teniendo el arca del Propiciatorio
Del niño Dios entre él y su querida
Mas que los Serafines encendida?

Dios no lo pudo ser, mas de Dios tuvo
Un olor, que es razon al mundo asombre,
Pues con la vida con que á Dios mantuvo,
Vino á obrar Dios la redención del hombre;
Y el mismo Dios con él tan franco anduvo,
Que al hijo suyo quiere que hijo nombre,
Y en tanto su virtud heroica estima,
Que al Redentor ordena que redima.

Parece á Dios, que es Padre de las tumbres,
En que Josef lo es de las mas bellas
Que ven los montes en sus altas cumbres
Cuando el sol de oro se derrama en ellas;
Viven los dos, que son de unas costumbres,
Y exceden en pureza á las estrellas,
Unánimes en una pobre casa,
Adonde el cielo sus favores pasa.

Y si en aqueste cielo de la tierra
La variedad de santos quiere el alma,
En las virtudes que Josef encierra
Verá que absorba en sus grandezas calma;
Es mártir del amor que le hace guerra,
Tiene de Virgen soberana palma,
Es profeta de Dios por varios modos,
Y Patriarca preferido á todos.

Es Josef antes tanto que nacido,
Antes que viese luz santificado,
El fósforo tuvo á la razon rendido,
Sin cometer jamás mortal pecado;
Entre todos los hombres escogido,
Y en la mente de Dios predestinado,
Esposo digno de la Virgen Madre,
Padre del Hijo del eterno Padre.

¿Qué hijo honrado deste siglo hubiera
De su Madre tan poco cuidadoso,
Que para darle esposo no escogiera
El mejor hombre y el mejor esposo?
Y si el hijo al esposo hacer pudiera,
Y fuera el hijo todo poderoso,
¿No le formara por divinos modos
Tan bueno, que el mejor fuera de todos?

Pues si Dios desposó á su amada Madre,
A quien de gracia y de favores llena,
¿No habia de dar, mirando que á él lecuadre,
El mejor hombre á la mujer mas buena?
Si el mismo Dios le quiso llamar Padre,
Y su amor de sí propio le enajena,
¿Por qué no le ha de hacer por varios modos
Que sea el mas santo y el mejor de todos?

No quiero yo quitar á ningún santo
De los que ven de Dios la hermosa cara
La santidad, que en admirable espanto
Hizo su vida peregrina y rara;
Mas digo del Esposo sacrosanto,
Que estando asido á aquella lumbre clara,
De la deidad de Dios, gozó en el suelo
Favores que no gozan los del cielo.

No fué apóstol Josef ni evangelista,
Porque cuando murió no habia empezado
El hombre Dios del mundo la conquista
Ni llamado al divino Apostolado;
Que evangelista fuéralo de vista,
Y de los cuatro por Maestro estimado,
Pues vió y supo secretos, que no oyeron
Los que de Cristo coronistas fueron.

Y evangelista fué, pues predicando
Enseñó á los tres Magos del Oriente,
Y apóstol, que á los tres catequizando,
Les predicó al pequeño Omnipotente;
Y cuando en casa de Isabel entrando
Delante el bello sol resplandeciente,
¿Del Precursor no fué precursor santo,
Que señaló al cordero sacrosanto?

En fin, no hay santo, aunque mas santo sea,
Arcángel bello ó Serafín glorioso,
Que ser humilde siervo no desea
De aquella de quien es Josef esposo;
Ella en servir á su Josef se emplea,
Humíllasele el todo poderoso:
El mundo padre de su Dios le llama,
Y todo el cielo le respeta y ama.

Es el varon que halló el que le ha escogido,
Segun su corazón, que en él se agrada,
Es el fiel siervo, que ha constituido
En su familia bienaventurada;
Es el que halló el tesoro que escondido
Estaba en la heredad de Dios guardada,
Y el mercader que por su gran ventura
Halló la margarita de hermosura

Es el árbol plantado á las corrientes
Del agua viva, que á su tiempo lleva
El fruto deseado de las gentes
Del vientre de David en quien se eleva;
Árbol de flores y hojas diferentes,
Que su hermosura cada mes renueva,
De cuyo fruto es la virtud divina,
De las gentes salud y medicina.

Es árbol verde, cuyas hojas bellas
Defienden á las dos hermosas flores,
Una cuyo rocío son estrellas,
Y otra á quien viste el sol de resplandores;
Árbol á cuya sombra pasan ellas
Del inclemente tiempo los rigores,
Pues que se opone al sol, al cierzo y hielo
Siendo sus ramas de sus flores cielo.

Es el árbol que vió el Rey temeroso,
Que á la celeste bóveda llegaba,
De cuyas ramas el frescor vistoso
Esta terrestre máquina ocupaba;
Árbol que contra el cielo riguroso
Las aves y animales amparaba,
Lozano en ver que llegue el ave y bruto
De David y Jesé á la flor y fruto.

Es á quien Dios estima tanto y honra,
Que le da por mujer su Virgen Madre,
Fiando de Josef su misma honra,
Y honrándole con nombre de su padre;
Es por quien Dios no tuvo por deshonra,
Por ver que á su humildad y á su amor cuadre,
Parecer aprendiz del Santo nuestro,
Siendo oficial Jesus, Josef maestro.

Es el que mereció ser el primero,
Que reengendrado en el bautismo santo,
Gozó dél el efecto verdadero
Después de aquella que es del cielo espanto;
Porque aunque el puro cándido cordero
No había con su contacto sacrosanto
Hecho santo al Jordan, virtud tenía
Para dársela al agua en cualquier día.

Es el Adán de la Eva no engañada,
A quien el Angel con discreto aviso,
No solo muestra la encendida espada,
Mas le ruega que vuelva al Paraíso;
Es el Adán, que de su bella amada
Mereció ser la cosa que mas quiso
Después de Dios, que deste Adán amante
La hizo su adjutorio á él semejante.

Es á quien Cristo tanto favorece,
Que le da las facciones de su cara,
Pues tanto en su belleza le parece,
Que el mundo por su padre le declara;
Pues si Cristo á Josef tanto engrandece,
Que le hace imagen de su beldad rara,
Y él es imagen de su Padre eterno,
Pareceráse al Padre el que es el yerno.

Pues á su Esposa angélica la bella,
Que sola es bien que goce deste nombre,
¿Quién mereció ser semejante á ella
Sino este Angel en forma y traje de hombre?
Ella hizo voto de vivir doncella,
Y él fué el primero, porque al mundo asombre,
Que votó á la deidad omnipotente
De guardar castidad perpetuamente.

Ella de estirpe y sangre real nacida;
Josef nacido de la misma casa:
Vila para Josef sola escogida;
El escogido, que con ella casa;
La soberana Virgen concebida
Sin la culpa que á todo el mundo abraza,
El divino Josef santificado
Antes que nazca, limpio de pecado.

Ella quien vió á Dios hombre la primera,
Él el dichoso que le vió el primero;
Ella de Dios la madre verdadera,
Él tenido por padre verdadero;
Él muere, viendo en Dios la herida fiera,
Y ella, sin morir, muere al dolor fiero;
Ella le tuvo en sus hermosos brazos,
Y él le dió mil dulcísimos abrazos.

Ella es de las mujeres la mas bella,
Él de los hombres es el mas hermoso;
En condicion afable un ángel ella,
Y él en su agrado un ángel amoroso;
Josef quien solo pudo merecilla,
María quien mereció tan santo esposo;
Ella toda agradable, humilde, amable,
Y él todo amable, humilde y agradable.

Si había Josef divino de casarse,
¿Con quién pudiera sino con María,
Pues otra alguna no pudiera hallarse
Conforme á lo que el Santo merecía?
Y si tenía la Virgen de emplearse,
¿En quién mejor que en su Josef podía,
Pues fuera poco quien Josef no fuera
Para que tal esposa mereciera?

En fin, fueron del mundo los mejores
Que hizo el amor que fuesen para en uno,
Haciendo en sus hermosos resplandores
Que sus dos corazones fuesen uno;
Uno son por virtud de sus amores,
Y así en su amado vive cada uno,
Transformado el amante en el amado,
Y el amado en su amante transformado.

Pues si la Virgen vive á Dios asida,
Tanto que entre los dos nadie haber puede,
Y es Josef de su Esposa el alma y vida,
Que en estimarla al mismo amor excede,
Y ella á su mucho amor agradecida
Amándole hace que á deberle quede;
Entre casados que se quieren tanto
¿Podrá entrar á ponerse ningún santo?

Ninguno habrá que tan descortés sea,
Que no solo los bienaventurados
Que gozan de la luz que los recrea,
Que quieran descasar tales casados;
¿Quién no se humillará cuando los vea
Tan dignamente amantes como amados,
Y les deje el lugar dentro del cielo
Que gozaron amándose en el suelo?

¿Qué mas hubo en Josef? Mas ¿qué no hubo
Que á cuanto pudo imaginar no pase?
Qué gracia, qué excelencia en él no estuvo?
Qué pretendió jamás que no alcanzase?
Qué pudo desear el que á Dios tuvo
Que á medida del gusto no gozase?
Qué pudo desear, de cualquier modo,
Que no alcanzase el que lo tuvo todo?

Parad el vuelo, pluma, poco á poco:
¿Dónde tan sin pensar habéis subido?
Ved que dirán que alas dais á un loco,
Que le pueden atar por atrevido;
Mirad que al cielo á indignacion provocho,
Alabando al que serlo ha merecido,
No del pobre caudal de mi ignorancia,
Sino de la seráfica elegancia.

Al Padre ¿quién conoce sino el Hijo?
Ese que le conoce, ese le alabe;
El Hijo que á Josef padre le dijo,
Ese diga quién es, pues que lo sabe;
Su Esposa, que es del cielo regocijo,
Ella sea musa de su Esposo grave,
Que solamente Dios y ella podrían
Alabar dignamente al que lo servían.

Después de mil regalos, mil ternezas,
Mil dulzuras, mil quejas amorosas,
Mil besos, mil abrazos, mil finezas,
Mil gustos y mil lágrimas gozosas;
Después de convertidas las tristezas
En gozos y alegrías venturosas,
A Nazaret alegres se volvieron,
Donde mil parabienes recibieron.

Después de haber sus ojos serenado,
Volviendo atrás el mar de sus enojos,
Y las lágrimas tiernas enjugado
El sol eterno con sus rayos rojos;
Después de haberles la palabra dado
De no ausentarse de sus graves ojos,
Es oficial del noble carpintero,
Sirviéndole cual Hijo verdadero.

La mujer fuerte, madre de la vida,
Que buscó cuidadosa lino y lana,
En tejer y labrar entretenida,
Redime el tiempo y la comida gana;
Guisa á los dos humilde la comida,
Y con amor y gracia mas que humana
Sirve y regala á los que trabajando
Dulcemente le están enamorando.

Ase un cuarton el rico carpintero,
Y ase dél luego el Hijo que le ayuda,
Y puesto al hombre de hombre verdadero,
Donde Josef le manda el cuarton muda;
Asierran luego el rígido madero,
Suda Josef y el Hijo eterno suda;
Josef, aunque trabaja, no se cansa,
Y Cristo trabajando en él descansa.

Cuál vez toma el escoplo ó la barrena
Quien es del Padre eterno la palabra,
Y al cuarton, que quejándose resuena,
Hace que al hierro las entrañas abra;
Cuál vez, su cara hermosa de paz llena,
Con el cepillo la madera labra,
Cuál con el cartabon compasa y mide,
Y cuál los clavos y el martillo pide.

Mira Josef al alguna arca fabrica,
La de Noe en el hijo sacrosanto,
Que del diluvio de la tierra inica
Ha de salvar el pueblo que ama tanto;
Ve del Propiciatorio el arca rica
De incorruptible cedro y oro santo,
Pues mira humilde al celestial Cordero,
Que es el Propiciatorio verdadero.

Si labra alguna escala, absorto atiende,
Y ve la de Jacob en su querido,
Por donde Dios á ser mortal deciendo,
Y sube el ser del hombre á Dios unido;
Si en hacer puerta alguna el Santo entiende,
Mira en su Esposa la que Ezequiel vido,
Y en su menor, que es puerta siempre abierta,
Que salva al que entra por la amada puerta.

Si hace el oficial santo alguna cama,
De la cruz se le acuerda, en que deshecho
Ha de morir el que le sirve y ama,
A su Esposa sacando de su pecho;
Si alguna mesa labra, en Dios se inflama,
Y un horno regalado de amor becho,
La del altar contempla en que su amado
Hará el amor de amor dulce bocado.

Mira Josef al oficial glorioso
Que á obrar nuestra salud descendió al suelo,
Que fabricó la aurora y sol hermoso,
La cumbre de oro del lucido cielo;
Mira que manso, humilde y amoroso
Hace la obra, que es de Adán consuelo,
Que en un madero labrará la vida,
Que en otro otro oficial dejó perdida.

El hombre Dios, que entre maderos anda,
Entre martillos, clavos y barrena,
El corazón como de cera blanda
Por los ojos derrite en larga vena;
Que el amor, por quien sigue la demanda
De romper del infierno la cadena,
Le lleva entre los fieros instrumentos,
Que han de labrar el mar de sus tormentos.

Cuál vez encuentra con la gruesa sogá,
Y imagina que echada al noble cuello
Le arrastra el pueblo ingrato que le ahoga,
Con furor remesando su cabello;
Cuál vez el tierno corazón desfogá
De lágrimas bañando el rostro bello,
Sus inocentes manos viendo atadas,
Y como malhechoras condenadas.

Cuál vez entre las sogas y cordeles
A una columna se imagina atado,
Y por los hombros, mas que ella crueles,
Desnudo, herido, roto y desangrado;
El rostro de jazmines y claveles
Imagina escupido y afrentado,
Que sus cabellos de su sangre llenan
Los juncos que las sienes le barrenan.

Cuál vez de llanto el bello rostro baña,
Si hace algún escabel, que se imagina
Vendado en otro y con la regia caña,
Donde le dicen: quien te dió adivina;
Vese burlado de la gente extraña,
Y que la propia huyendo dél camina,
Desamparando en el mayor estrecho
Al que les da la sangre de su pecho.

Si ve los fieros rigurosos clavos,
Imagina sus manos traspasadas
Por borrar los que tienen sus esclavos,
En sus yerros las almas enclavadas;
Mira cómo han de andar con él tan bravos
Que sus agudas puntas remachadas.
Le tengan á la cruz atado y preso,
Procurando tener á Dios en peso.

Cuál vez porque su madre no le vea,
Della y Josef se aparta, y vase luego
A los maderos donde se recrea,
Que son la leña de su dulce fuego;
Josef, que siempre al hijo ver desea,
A quien le ató el amor con nudo ciego,
Viene tras él, y de la puerta mira
Lo que hace el Dios humano, que le admira.

Mira Josef que con divina traza
Escoge dos cuartones desiguales,
Que el uno al otro fuertemente enlaza,
Dejando al uno dos brazos iguales;
Que hace una cruz á quien gozoso abraza,
Y de sus ricas Indias orientales
Derrama los aljófares espesos,
Dándole abrazos y amorosos besos.

«Cruz, dice, de los cielos alegría,
Recibe estos dulcísimos abrazos
En pago, cruz amada, que algún día
Me acogerás en tus pladosos brazos;
Porque aunque entonces quiera, esposa mía,
Hacer de aquestos amorosos lazos,
No podré, que tres clavos rigurosos
Te negaran mis brazos amorosos.

«Quiero ponerte, cruz, sobre mi pecho,
De cuya sangre quedarás manchada
Cuando tú en el peligro mas estrecho
Me des el tuyo como esposa amada;
En ti, de amor y de dolor deshecho,
Daré la postrimera boqueada,
Y harás; oh cruz! que con contento muera
Mirándote á mi triste cabecera.

«Serás la zarza en que el cordero blanco
Parecerá por dar á Isac la vida,
Serás de cambio el mas seguro banco,
Donde la deuda quede remitida;
Serás la espada cuyo toque franco
La muerte triste dejará vencida,
Quebrando la cabeza á la culebra,
Por quien Eva de Dios las leyes quiebra.

«Serás la espada mas que todas fuerte
Que cortes la cabeza al Filisteo;
Serás horca que al fiero Aman des muerte
Estando hecha para Mardoqueo;
Serás quien, mejorando á Adán en suerte,
Cumplas el largo fin de su deseo;
Serás tabla segura donde asido,
Nadando, salga al puerto pretendido.

«Serás vid fértil de la opima carpa
De la tierra á los hijos prometida;
Serás la barca que las olas zarpa
Donde Noe dé al mundo nueva vida;
Serás suave y sonora arpa
Adonde, harpado yo, serás tañida,
Tres clavijas las cuerdas estirando,
Tus voces á los cielos ablandando.

«Serás la que con lazo y nudo estrecho,
A tu Esposo tristísimo abrazada,
Le tendrás recio para abrirle el pecho,
Donde de Adán la vida está encerrada;
Serás estrecho, aunque amoroso lecho,
Do descansen mi carne desangrada;
Guardarás mis espaldas, cruz piadosa,
Mejor que una columna rigurosa.

«Serás secreto y soberano anzuelo
Donde estando empalmado este gusano,
Que es oprobrio de todos los del suelo,
Pique el soberbio Leviatan tirano;
Serás llave de cruz que abras el cielo
Puesta en los hombros deste Dios humano;
Serás la viga del lagar que exprimas
Este racimo que á tu pecho arrimas.

«Serás el árbol de la fuerte nave
Del pescador que no verá anegada,
Árbol en quien la mas montañaz ave
En varetas de amor quede cazada;
Árbol de fruta al mismo Dios suave,
Que hará dulce y sabrosa la vedada,
Árbol sagrado, que al que mío se nombra
Cobijará tu soberana sombra.

«Serás la vara que la mar rompiendo
Seques al puerto á la dichosa gente,
Arco de paz que, el cielo descubriendo,
A los hombres le dé perpetuamente;
Serás escala por la cual subiéndolo
El hombre llegue al cielo refulgente,
Montante, que esgrimiéndote á dos manos,
Venza á mis enemigos inhumanos.

»Serás granado real, de quien colgada
Tendrás esta granada pechibierta,
Que estará, aunque de espinas coronada,
Al corazón abriendo franca puerta;
Tendrás la sierpe en alto levantada,
Que dará vida, aunque la mires muerta;
Serás de paz bandera descogida,
Donde por darla á Adán pierda mi vida.

»Serás quien me tendrá preso y atado
Para que el hombre, que ladrón se ha hecho,
Abra con una lanza este costado
Y robe los tesoros de mi pecho;
Serás cielo en que el sol quede parado,
Dejando al Padre eterno satisfecho;
Serás la leña deste Isaac segundo
Que abrasado de amor dé vida al mundo.

»Serás quien atará mis fuertes manos
Para que no ejecute mi castigo,
Que abiertas las darás á los humanos
En señal de que quiero ser su amigo;
Colgado de tus brazos soberanos
Tan gran privanza alcanzarás conmigo;
Que te incline; oh cruz santa! la cabeza,
Predicando á los hombres tu grandeza.

»Ay dulce amada Esposa! Ay mi querida!
Aquestos besos toma, estos abrazos;
Tus bellos brazos quiero, árbol de vida;
Recibe el corazón entre estos brazos;
Gusto en mirarte á aqueste pecho unida,
Aunque en ti ha de quedar hecho pedazos;
Quiero abrazarte; oh dulce compañera!
Porque algún día no podré aunque quiera.»

Esto diciendo, al hombro se la carga,
En pago que él, de amor herido y preso,
Ha de ser de la cruz dichosa carga
Cuando borre las culpas del proceso;
Josef, herido de la pena amarga,
Viendo en Dios de su amor tan grave exceso,
Abrasado de amor, deshecho en llanto,
Entra y próstrase al Hijo sacrosanto.

»Qué bronce, dice, habrá, qué roca fría,
Qué monte duro ó rígido diamante,
Qué piedra helada; oh dulce gloria mía!
Que viéndolos su dureza no quebrante?
Mi dolor grave con mi amor porfia,
Porque es mi amor de verdadero amante,
Para entrar, como he entrado, sin licencia,
Que es mi amor mucho y poca mi paciencia.

»Perdonadme que entré, que amor lo ha hecho.
Que de veros tan tierno lo estoy tanto,
Que el corazón, en lágrimas deshecho,
Sale hecho fuentes de amoroso llanto;
Revierta dentro el lastimado pecho,
Y el alma falta en el mortal quebranto,
La sangre helada se quedó en las venas
Del dolor vuestro de dolores llenas.

»Si cuando solamente Josef mira
Un triste ensayo de la pasión vuestra,
El alma enferma de dolor suspira,
Y en este rostro el corazón se muestra,
»Qué sentirá cuando entre mares de ira
Haga de su furor la envidia muestra,
Después de haberos preso y azotado,
Y en una cruz cual esta deshonrado?

»Podré mirar vuestra inocencia presa
Y el infame cordel al noble cuello?
Una mano atrevida verá impresa
En las mejillas dese rostro bello?
»Veré al que os vende cuando amigo os besa?
»Podré ver arrancado ese cabello?
Y en ese rostro donde Dios se mira,
»Veré salivas de venganza y ira?

»Podré mirar entre traidores presos.
La divina inocencia maniatada,
Y que con sogas y cordeles gruesos
A una fuerte columna esté amarrada?
»Podré mirar vuestros nevados huesos,
Que entre la pura sangre derramada
Se mostrarán con los azotes duros
Mas que el mármol y el alabastro puros?

»Podré mirar vendados vuestros ojos.
Y que hecho Dios de amor, la gente infame
Os haga rey de burlas y de enojos,
Y que por afrentaros os lo llame?
Podré mirar que vuelta arroyos rojos
Vuestra preciosa sangre se derrame,
Con ella las espinas esmaltando
Que estarán vuestras sienes traspasando?

»Podré escuchar la temerosa trompa
Cuando otra cruz en vuestros hombros puesta
Por las heridas vuestra sangre rompa,
Adonde vuestro amor se manifiesta?
Podré mirar que con indigna pompa
Del Calvario lleguéis á la alta cuesta,
Donde á coces, á palos y á empujones
Os suban arrastrando los sayones?

»Podré ver renovar vuestras heridas
Cuando esas puras carnes descubiertas
La túnica os arranquen, donde asidas,
Por llevarlas tras sí las deje abiertas?
»Veré de las entrañas encendidas
Salir el fuego por cinco mil puertas?
»Podré veros desnudo y desangrado
Sobre la cruz santísima sentado?

»Podré ver barrenar el fiel madero
Y ya clavada vuestra diestra mano,
Porque llegue la izquierda al agujero,
Descosuntar el cuerpo soberano?
Podré mirar al pueblo ingrato y fiero,
De rabia ciego y de furor insano,
Que el un pie sobre el otro airado os clave,
Añadiendo dolor al dolor grave?

»Podré mirar el fiero bando armado
Levantaros en alto, y que furioso,
Viendo que ya estáis medio levantado,
Deja caer el cuerpo doloroso?
Podré miraros en la cruz clavado?
»Veré afeado vuestro rostro hermoso?
»Veré que os dé la gente descreída
Mirra, hiel y vinagre en la bebida?

»Veré que con funesta y triste pompa
Vuestra muerte celebren tierra y cielo?
Que el velo santo por mitad se rompa,
Y el sol vista de luto el negro velo?
Y veré antes de la final trompa
Salir los muertos con piadoso celo,
Libres del lazo de la muerte dura,
A daros cada cual su sepultura?

»Podré ver que la noche se adelante
Y que su negra capa os eche encima
Para ver si á libraros es bastante
Del dolor que os aflige y os lastima?
»Veré que el monte duro se quebrante
Y que sus piedras con asombro y grima
Vuestras obsequias con dolor celebren
Y que sus duros corazones quiebren?

»Podré ver en el paso mas estrecho,
Cuando estéis con la muerte agonizando,
Llamar al Padre, de dolor deshecho,
En sus manos el alma encomendando?
Y podré ver, rasgado vuestro pecho,
La fiera lanza sin piedad entrando
A hacer al corazón divina puerta,
Porque halle la del cielo el hombre abierta?

»Y ya que el alma no se me arrancase
En la triste avenida que os espera,
Sino que hecho de bronce me esforzase
A padecer con vos la muerte fiera?
»Podría, sin que la pena me acabase,
Llegar á ver mi Esposa verdadera
Morir al pié del palo el alma herida,
Mirando desangrado al que es su vida?

»Podré llegar á ver en mi adorada,
Hechos mares de lágrimas sus ojos,
Viendo por vuestra carne inmaculada
Los que saldrán de pura sangre rojos?
»Llegaré á ver que della salpicada
Mire de sus entrañas los despojos
En la cruz muertos, sin que el dolor grave
Me pase el corazón y el alma enclave?

«Oiréos decir en el mayor estrecho :

Padre, ¿por qué me habeis desamparado,
Sin que yo, que lo soy de amor deshecho,
Oyéndolos decir Padre, quede helado?
¡Miraré alancear aqueste pecho?
¿Veré el de vuestra madre traspasado?
Veré, sin morir yo, morir mi vida,
Y con vos enclavada á mi querida?

«¿Podré mirar en tanto desconsuelo
Que á vuestras penas, ansias y gemidos
Parezca que, de piedra vuelto el cielo,
Los ojos cierra y tapa los oídos?
¿Veré que brama el aire y gime el suelo,
Dando las piedras tristes alaridos,
Sin que yo, á no ser mas que ellas helado,
Mil veces muera, muerto mi adorado?

«No permitais, oh Hijo y gloria mía,
Que llegue á ver vuestro Josef querido
Sin vida al que lo es de que os envía
Por ver al hombre preso redimido;
El alma helada entre la sangre fría,
De amor llagado y de dolor herido,
Llorando os pido, oh luz que á Dios recrea,
Que antes mi muerte que la vuestra vea.

«Hijo, por estos piés que indigno beso,
Por estas fuentes tristes que derramo,
Por la fe con que en vos deidad confieso,
Por el amor de padre con que os amo,
Por esa cruz que os tiene de amor preso,
Y es del diluvio triste el verde ramo,
Por la cama, el regalo y la comida,
Que os he ganado á costa de mi vida;

«Os suplico y conjuro humildemente,
Y si os puedo mandar, oh gloria mía,
Os mando como á hijo á mi obediente,
Y á mi esposa santísima María,
Que antes que el pecho de dolor reviente,
Antes que llegue tan amargo día,
El de mi muerte llegue, y que no vea
La que Dios pide y la que Adán desea.

«Si para dar tormento á un hombre honrado
Hay una ley que rigurosa ordena
Que sea su hijo ante él atormentado,
Porque padezca en él doblada pena;
¿Qué sentirá este padre lastimado
Viéndolos morir por causa y culpa ajena?
Amado Hijo, á vuestros piés asido,
Este favor con lágrimas os pido.»

Enternecido el Hijo sempiterno,
De la cruz deja los pesados brazos,
Y conmovido del amor paterno,
Da á su Josef ternísimos abrazos;
Levanta al que de amor está tan tierno,
Que vierte el corazón hecho pedazos,
Enjuga su rostro, y le asegura
La merced que con lágrimas procura.

Josef besa la mano á su querido,
Cristo besa á Josef la grave mano,
Josef llora de amor enternecido,
Y llora enternecido Dios humano.
La Virgen, que la cena ha prevenido,
Llama al Esposo y Hijo soberano;
Salen disimulando el sentimiento
Por no dar pena á quien les da contento.

Desta manera el virginal Esposo
Vivió casi treinta años con su amado,
Gozando de su trato milagroso
Y de su rostro bienaventurado;
Siempre de su regalo cuidadoso,
Siempre de su bondad enamorado,
Siempre amado de Dios, siempre querido,
Siempre el uno del otro al alma asido.

Que si Moisés bajó de la alta cumbre
De haber hablado á Dios tan refulgente,
Que hace que el pueblo ingrato se deslumbre
En su rostro cual sol resplandeciente;
El que treinta años vió la hermosa lumbre
Del que es sol de justicia omnipotente,
Teniéndole á su mesa y á su lado,
¿De qué grandezas no estará dotado?

Si ninguno llegaba al Cristo unghlo
Que mil favores dél no recibiese,
Pues hasta quien tocó el pobre vestido
Con salud confesamos que volviese;
Al dichoso entre todos escogido
Para que treinta años su ayo fuese,
Sirviéndole y criando como padre,
¿Qué bien y gloria habrá que no le cuadre?

El divino Josef se entretenía
Apacientado entre los lirios bellos
De Cristo y su bellísima María,
Que no hay mas gloria que gozar de vellos;
Llenos de gloria, llenos de alegría,
En su amado Josef se gozan ellos;
El de los dos absorto se enamora,
Ellos regalan al que los adora.

La cárcel y hospital Josef visita;
Al muerto entierra, al pobre favorece;
En el ayuno y oración imita
Al hombre Dios, que humilde le obedece;
En él la plenitud de gracia habita,
Y tanto en su divino pecho crece,
Que solo lo conoce el solo santo,
No la rudeza deste humilde tanto.

CANTO XXIII.

De la enfermedad y muerte del glorioso san Josef.

Hablando Esdras con Dios, así decía :
«Señor, de la arboleda que plantastes
Con suma y inmortal sabiduría
Sola una viña para vos tomastes;
De las ciudades que da luz el día
Sola á Sion por vuestra señalastes,
Y de la tierra toda al hombre dada
Escogéis solamente una morada.

«De los abismos de la mar furiosa
Y su puro cristal resplandeciente,
Con vuestra ciencia todopoderosa
Escogéis para vos sola una fuente;
De las flores que da la tierra hermosa
Cuando hace el sol que su beldad se aumente,
Dejándola de flores varias llena,
Solamente escogéis una azucena.

«De las aves que el manso y fresco viento
Sobre sus hombros invisibles toma,
Con soberano y peregrino intento
Escogéis solamente una paloma;
Del simple ganadillo, que contento
Las yerbas paze porque el hombre coma,
Escogéis solamente una cordera
De blanca piel y integridad sincera.»

¿Quién no sabe que aquesta oveja y viña,
Ciudad, paloma, casa, lirio y fuente
Es la paz dulce de la antigua riña,
En que se hizo hombre el Verbo omnipotente?
Esta es la que corazones escudriña
Para sí la ha escogido eternamente
Y para el que, de todos escogido,
Mereció ser su Esposo y su marido.

De aquesta viña ¿quién fué el viñadero,
Defendiendo su fruto, cerca y torre,
Sino Josef su Esposo verdadero,
Que la sirve, regala y la socorre?
¿Quién, hecho cera el corazón de acero,
Con la vid verdadera á Egipto corre,
Porque en agraz no la disfrute airado
La fiera singular que la ha buscado?

¿Quién es la guarda que en perpetua vela
Esta ciudad de Dios ronda y defiende,
No trabajando en vano quien la vela,
Porque en su guarda el mismo Dios entiende,
Sino Josef, despierta centinela,
Que hachos de amor en su custodia enciende,
Que es su alcaide, cuya alma enamorada
Descansa en la ciudad santificada?

De aquesta casa, que con gran destreza
Fabricó la inmortal sabiduría,
¿Quién mereció ser dueño y ser cabeza
Del Dios humano y virginal María?
Quién, sino el que asombrando su pureza
Al sol que viste de su luz el día,
Desta casa de Dios fué dueño y padre,
Tutor de Dios y Esposo de su Madre?

Desta fuente sellada de agua pura,
De quien el río eterno de agua viva
Salió, dejando entera su clausura,
Porque en su brazo su poder estriba,
¿Quién guardó su pureza y hermosura
Para la humilde gente fugitiva
Que de Egipto salió, sino el amado
Que el mar de amor vió en ella represado?

¿Quién desta bella cándida azucena,
Que da al cielo aromáticos olores,
Y es de todas las flores la mas buena,
Porque es la flor divina de las flores,
Gozó su alma, de favores llena,
De sus claros hermosos resplandores,
Sino Josef, dichoso jardinero,
Mas que el que destruyó el jardín primero?

Desta hermosa paloma plateada
Que al hombre en el diluvio combatido
Arrojó el ramo de la paz amada,
Donde salió gloriosamente asido,
¿A quién le fué la guarda encomendada,
Haciendo de su pecho amado nido,
Sino al Angel humano y varon justo,
Que fué su guarda, su regalo y gusto?

¿Quién fué el pastor que venturoso goza
De tener á su mesa y á su lado,
Apacentando en su dichosa choza
La oveja mansa del vellon dorado?
Quién, cual Fénix divino se remoja
Viendo de Dios el recental sagrado,
Sino Josef, que entre sus brazos tiene
Al que á quitar las culpas de Adán viene?

¿Qué bienes no gozó el varon dichoso?
Qué gustos, qué dulzuras, qué favores,
Siendo treinta años virginal esposo
De la que trujo á Dios preso de amores?
Qué no gozó, si deste Dios hermoso
Casi los mismos vió sus resplandores,
Hasta que la fatal soberbia Parca
Cortó el hilo del casto Patriarca?

Los tornos de los cielos inmortales,
Que devanan la estambre de las vidas,
Dieron presa á las ruedas celestiales
Por dividir de Dios las mas queridas;
Sientenlo las personas virginales
Que están al varon justo siempre asidas;
Alige el corazon la Virgen bella,
Y el suyo el Hijo que se mira en ella.

Setenta veces la amorosa tierra
Brotó de sus entrañas bellas flores,
Y en su seno otras tantas las entierra,
Temiendo del invierno los rigores,
Otras tantas la mies dorada encierra
La multitud de varios labradores,
Otras tantas el sol dió vuelta al cielo
Del carnero de plata al pez de hielo;

Cuando á Josef un cálido accidente
Robó del casto rostro venerable
Los arboles del nevado Oriente
Y entró la amarillez inevitable;
Un calor lento por las venas siente,
Un dolor riguroso y penetrable;
Sus fuerzas ve que van desfalleciendo,
El gusto y gana de comer perdiendo.

Jamás había sabido de experiencia
El castísimo Esposo soberano
Qué era dolor, enfermedad, dolencia,
Que vivió siempre recio, entero y sano,
Y aunque llegó á los años de prudencia,
En que se aventajó al bifronte Jano,
Y vió de nieve su cabeza llena,
No tuvo de vejaz dolor ni pena.

Jamás sus graves ojos se enturbiaron
Ni sus fuerzas jamás desfallecieron,
Sus mejillas jamás se marchitaron
Ni sus dientes jamás se le pudrieron;
Jamás enfermedades le acosaron
Ni dolores jamás se le atrevieron:
Con salud siempre alegre trabajaba,
Y á su Esposa y su Amado sustentaba.

Disimula Josef el dolor grave,
Por no dar pena á su querida Esposa
Y al Hijo eterno, que conoce y sabe
Cuánto la enfermedad es peligrosa;
Deja la vista de los dos suave,
Y la suya turbada y temerosa
Entrase al obrador, adonde intenta
Sacudir el dolor que le atormenta.

Toma la sierra el virginal anciano,
Y comienza á aserrar un cuarton crudo,
Mas cáesele la sierra de la mano,
Porque moverla del dolor no pudo;
Afligese el enfermo soberano
De verse herido de dolor agudo;
Ve que disimular su mal no puede,
Porque á su esfuerzo su dolor excede.

Entra Jesus, y á su Josef pregunta:
«¿Qué es lo que siente, dulce padre amado?»
Josef, con la color casi difunta,
Vuelve al Hijo que padre le ha llamado;
Sus brazos flacos á los suyos junta,
Laso, descolorido y fatigado:
«¡Ay, Hijo, dice, que de un dolor fiero
Asido al que es mi vida alegre muero!»

Cógele Dios en los piadosos brazos
Y llévale amoroso hácia la cama,
Josef, haciendo de los suyos lazos,
Del árbol de la vida se hace rama;
La Virgen, hecha de dolor pedazos,
Mirando enfermo al que respeta y ama,
Su pena traga, su dolor se bebe,
Y dice al que mil obras buenas debe:

«¿Qué es esto, dulce Esposo de mi vida?
Qué fiero mal vuestra salud aqueja,
Que en solo ver vuestra color perdida,
El alma helada, helado el cuerpo deja?»
Josef, que oye la voz de su querida,
Apretado del mal tierno se queja:
«Un dolor por mis venas se derrama,
Que abrasando me hiela y frío me inflama.

»No será nada, dulce Esposa mía,
Y si algo fuere, Dios es quien lo ordena;
No estéis triste, santísima María,
Si no queréis multiplicar mi pena;
Dios es quien esta enfermedad me envía,
Y de su mano venga en hora buena;
Si della bienes recibido habemos,
¿Estos males por qué no sufrirémos?»

La Virgen, anudada la garganta
Y hechas presas las fuentes de sus ojos,
El corazon entre el dolor quebranta,
Enzarzado entre espinas y entre abrojos,
Va diligente, y con prudencia santa
Vertiendo perlas de sus soles rojos,
Abre y muelle la cama á su doliente,
Cuya dolencia dentro el alma siente.

Entre tanto el divino Dios piadoso
A desnudar á su nutricio ayuda,
Y como su hijo humilde y amoroso
Consuela al Santo mientras le desnuda;
Josef, clavado en su querido hermoso,
Turbios los ojos y la lengua muda,
Sus consuelos escucha, y á él asido
Va al lecho que su Esposa ha prevenido.

Los dos le llevan á la pobre cama,
Por la Virgen santísima compuesta;
Cógele en brazos quien le sirve y ama,
Y enternecido con amor le acuesta;
La que bebe el aljófara que derrama,
Ante la cama de rodillas puesta,
Le abriga, le acaricia y le compone,
La almohada muelle y cabezal le pone.

Cristo, á su cabecera arrodillado,
Le toma el pulso, ¡oh médico divino!
Y sin él ve que está debilitado
Y para la otra vida de camino;
Su corazón la Virgen alterado,
Que en el mal suele ser sabio adivino,
Se turbó viendo al Hijo y Dios que adora
Dar muestras de que ya llegó su hora.

La Virgen bella en tanto desconsuelo,
Como que va á buscar alguna cosa,
Sale á sembrar luceros por el suelo,
Ahogada de la pena temerosa;
Alza los ojos al piadoso cielo,
Y arrodillada la paloma hermosa,
Pide salud en la fatal dolencia,
O que el cielo en su mal le dé paciencia.

Dios en la cama de Josef sentado,
Como hijo suyo con amor le anima;
Josef, que del dolor se ve apretado,
Al rostro de su Dios el suyo arrima;
Cristo se abraza con su enfermo amado,
Y el corazón en su dolor lastima;
Josef sus manos toma y se las besa;
Cristo las suyas de besar no cesa.

Josef con su querido se regala,
Que es de todas las penas su consuelo;
Cristo, á quien en amarle nadie iguala,
Regala á quien le regaló en el suelo;
La hora postrimera le señala
Que de su vida le concede el cielo;
Josef suplica al que por Dios adora
Que no le deje en tan terrible hora.

La Virgen, que hace oficio de enfermera,
Diligente, aunque el alma enternecida,
Entra, y puesta á su amada cabecera,
Amorosa le ofrece la comida;
El enfermo sufrido bien quisiera
Por hacer gusto al alma de su vida
Comer de la comida regalada
Por las manos santísimas guisada;

Pero no puede, que el dolor tirano
No le deja dar gusto á quien le ruega:
Tómala Cristo en su divina mano,
Y amoroso á la boca se la llega;
Esfuérzase el Esposo soberano
Entre el dolor que el corazón navega;
Prueba á tomarla de la mano santa,
Mas no puede pasarla la garganta.

El dolor grave de su Esposa crece,
Viendo mortal la media de su vida;
Cristo el pecho santísimo enternece
Viendo que de su amado se divide;
Josef que está cercana le parece
La muerte que apresura su partida,
Del mal se olvida, y con esfuerzo santo
La cama riega de copioso llanto.

Ásese á Dios, y dice: «¡Ay, Hijo amado!
En el día malo libra á tu nutricio:
Dolores de la muerte me han cercado;
Con tu siervo no entres en juicio;
Seguro vaya á él á ser juzgado
Quien Hijo os llama y hizo de ayo oficio,
Pues seguro á juicio el padre viene
Que al hijo que ama por alcalde tiene.

«No me pesa dejar la cárcel dura,
Adonde el alma está aherrojada y presa,
Ni de salir de la borrasca oscura
Al puerto amado, en quien su furia cesa;
De no poder gozar esa hermosura
Es, Hijo mío, de lo que me pesa,
Y de dejar la amada compañía
De mi Esposa santísima María.

«Esto llevo en el alma atravesado,
No el gusto de la vida transitoria,
Que es vapor de la tierra levantado,
Flor que antes de nacer perdió su gloria,
Humo que sube á ser desbaratado,
Correo que pasa sin dejar memoria,
Nave que corre sin dejarnos huella,
En agua ampolla, y en el aire estrella.

«Dejar vuestra adorada compañía
Y la de mi divina compañera
Es lo que siento y llora el alma mía,
Y antes de morir hace que muera;
Que yo asido á Jesús y á mi María,
Que miro á mi dichosa cabecera,
Ayudándome en este trance fuerte,
Venturosa podré llamar mi muerte.

«Cese, Virgen, el mar de vuestro llanto;
Ved que mi corazón en él se anega,
Ved que el Esposo á quien amais vos tanto
Por su consuelo os lo suplica y ruega;
Aquí os queda este Hijo sacrosanto,
Que el mar furioso de mí mal sosiega;
El mirará por vos. Esposa amada,
Que á él os deja el alma encomendada.

«Y aunque de vos; ¡oh mi Criador! entiendo
Que como Dios amais á vuestra Madre,
En esta hora postrera os la encomiendo,
Como su Esposo y como vuestro padre;
Por el dolor que veis que estoy sufriendo,
Y vos me dais, por ver que á mi alma cuadre,
Os suplico mireis por mi adorada,
Que á vos, Señor, os queda encomendada.

«Hijo de Dios, aquí de vos asido,
Hecho un mar de pesar el flaco pecho,
De todos los pecados perdón pido,
Que contra vos, Señor, hubiere hecho;
No desprecieis un pecho arrepentido
Y un corazón en lágrimas deshecho,
El cual llora contrito y humillado,
Que ofendió á quien merece ser amado.

«Por el amor que os trujo desde el cielo
Y el que en mí conocéis de vuestro padre,
Por la deidad que del rosado velo
Vistió, quedando virgen, vuestra Madre;
Por la sangre que á voces pide el suelo
Por ver que á su remedio tanto cuadre,
Por las lágrimas tiernas que vertistes
Cuando entre el hielo por mí bien nacistes;

«Por estas manos por mí bien abiertas,
Por los brazos por mí descuyuntados,
Por mas de cinco mil sangrientas puertas
Que os han de hacer mis culpas y pecados;
Por esas luces por mí vida muertas,
Por esos piés por mi salud clavados,
Por las sienes de espinas traspasadas
Y de sangre purísima bañadas;

«Por este pecho que contemplo herido,
Piedra que enlaza aquesta flaca yedra,
En cuyos agujeros hará el nido
La paloma, que en ella alegre medra;
Por este pecho agora enternecido,
Que será en el sufrir como de piedra,
Y será piedra de una vara herida,
Que dé agua y sangre para darme vida;

«Por este pecho, que de Dios adoro,
Y beso humilde su cerrada puerta,
Por donde amor derramará el tesoro,
Dejándose la rica bolsa abierta;
Por este pecho que humedece el lloro
Que es bien que arrepentido Josef vierta,
De haberos ofendido perdón pido,
Perdon, mi Dios, perdon, Hijo querido.

«Baje, Señor, á aquel terrestre globo,
Donde espera gozoso el fiel ganado,
Entre las garras del hambriento lobo
Hasta ver su rescate aprisionado;
Baje allá, y vea del sangriento robo
Al enemigo fiero despojado;
Baje á la cárcel de la gente hidalga,
De la cual, viendo al Rey, dichoso salga.

«Goce después del bien que en vos deseo
Pues solo vos amado, menor mío,
Podréis hartar de mi inmortal deseo,
La gran capacidad de su vacío;
Goce de la deidad que oculta veo,
Y padeciendo está al calor y al frío,
Goce de la vision, que en altos modos
Es el bien sumo y es los bienes todos.

»Goca aquella medida sin medida,
Que á aquel que os ama vuestra mano ofrece,
Goca la hermosa juventud florida,
Que siempre moza, nunca se envejece.
Goca, Dios mío, la dichosa vida,
Que el temor de la muerte no padece,
Sin tinieblas la luz, y sin tristeza
El gozo que hace eterno esa belleza.

»Goca del fin sin el que he deseado,
Del abismo de gloria y hermosa era
Que está para el que os ama aparejado,
Y es de todos los bienes suave haurura;
Goca el bien de los bienes agregado,
Que derramando gloria eterno dura,
Goca de vuestro rostro inaccesible
Los rayos de su gloria incomprensible.

»Y vos, Virgen, mi Esposa y mi Señora,
Sed con el hijo Eterno que paristes
Por vuestro amado Esposo intercesora,
Pues sé que en mi favor siempre lo fuistes;
Mostrad en esta postrimera hora
El mucho amor que siempre me tuvistes;
Madre de Dios, dulcísima María,
Sed mi abogada en el airado día.

»Por el paso en que estoy, Virgen, os juro,
Que es del alma y el cuerpo el mas estrecho,
Que aunque miré de vuestro vientre puro
La preñez santa, que me turbó el pecho,
Aunque se levantó el nublado oscuro,
Que vi en turbadas lágrimas deshecho,
Y aunque de varias olas fui acosado,
Jamás juzgué mi puro honor manchado.

»Dejaros quise, porque no sabía
Qué hacerme viendo la preñez sagrada;
Vuestra virtud santísima entendía,
Y vía también que estabades preñada;
Vuestra inocencia el alma defendía,
Mi flaca vista atónita y turbada
Con la preñez lidiaba y la inocencia,
Sin pronunciar contra mi honor sentencia.

»Si os ofendí, perdon humilde pido
Desto, y no haberos, Virgen, regalado
Con el sumo cuidado á vos debido,
Pues tuvistes de mi sumo cuidado;
Pésame, Virgen, que no os he servido,
Ni esa bondad, como era justo, amado:
De todas las ofensas que os he hecho
Perdon os pido en lágrimas deshecho.»

La Virgen soberana enternecida
No sabe qué se diga ó qué se haga;
Queda la voz á la garganta asida,
Bebe su llanto y sus suspiros traga;
Cristo, con pecho y alma agradecida,
Su mucho amor con lágrimas le paga,
Mientras que llega la que le asegura
De ver eternamente su hermosura.

Crece la enfermedad y el dolor crece;
Cristo á la cabecera le consuela,
La Virgen, que en el alma el mal padece,
De día le sirve, y por la noche vela;
Si levantarse al Santo se le ofrece
Se abraza del que en querubes vuela;
Levántale amoroso; él fatigado
Se goza en que su Dios le haya abrazado.

La Virgen diligente y cuidadora
Los colchones le muelle de la cama;
Hácesela la bien nacida Esposa,
Y en ella tiernas lágrimas derrama;
Hecha y compuesta por su mano hermosa
Disimulando el llanto, al Hijo llama,
Que traiga al padre, y tráele el pio Eneas,
Que ha de librarle de las llamas feas.

Lleva Dios hombre á su Josef anciano,
En la cama le asienta, y amoroso
Le pone en las espaldas la una mano,
Donde estriba el enfermo venturoso;
Josef con gozo y gusto soberano
Coge la otra al Todopoderoso;
Asce á ella y llora enternecido,
Al enfermero Dios agradecido.

Él le aplica la ropa y la compone,
Regala y sirve al bien nacido Santo;
La Virgen viendo lo que Dios dispone,
Hecha un mar de dolor, hace otro tanto;
Cristo á su cabecera se le pone,
Por él disimulando el grave llanto,
La Virgen á sus pies le está sirviendo,
Regaiando al que el pecho le está abriendo.

De beber pide el Santo, y su querida
Un vidro de agua entre sus manos toma,
Y pídele con gracia nunca oída
Que antes que beba alguna cosa coma;
Josef se esfuerza, y pide la comida;
Trácesela la hermosísima Paloma;
Cristo le sienta y la comida prueba,
Pártela y á la boca se la lleva.

Tómalo de la mano delicada,
Y esfuérzase el santísimo doliente
Por dar gusto á la Esposa regalada,
Que se lo ruega encarecidamente;
Aunque quiere no puede pasar nada,
Y nueva pena y nuevo dolor siente
Por no poder dar gusto á la que adora,
Que tiene dentro el alma y ve que llora.

La sed al virginal Josef fatiga,
El agua pide á la consorte bella:
Ella con alma triste y vista amiga,
Hecha un mar de pesar, vuelve á traella;
Cristo, á quien de hijo el mucho amor obliga,
La pide á la purísima doncella,
Y así arrimado al que la vida debe
Le da el agua, que alegre Josef bebe.

Destá suerte Josef vivió algún día
Con paciencia los males padeciendo,
Alegre entre la hermosa compañía
Del hijo y madre, que le están sirviendo;
Cristo le vela, sirvele María,
El uno y otro su dolor sintiendo,
El uno y otro en lágrimas bañado
De ver morir á su Josef amado.

Josef, que ya su muerte ha conocido,
Con nuevo esfuerzo y ánimo se abraza
Al Hijo eterno, y dice: «Ay, mi querido,
Ya su segur la muerte desembraza;
Esperando la he estado apercebido,
Siempre mi oído oyendo su amenaza;
Cada día, Hijo, así me apercebía,
Cual si hubiera de ser el postrer día.

»Y así, Dios mío, consolado muero,
Pues dejo testamento en que declaro
Que sois de Dios el hijo verdadero,
Que venistes al mundo á ser su amparo;
Déjao por mi legítimo heredero,
Pues sois, aunque adoptivo, mi hijo caro,
Y porque mi Santísima María
Os dió su sangre, que era sangre mía.

»En él os hago, Hijo, mi albacea,
Que sé qua cumpliréis como hijo amado
Lo que mi alma y corazón desea
Y en él, como sabéis, dejo mandado;
Hijo de Dios, la muerte horrible y fea
A mi garganta el fuerte lazo ha echado:
Dadme la bendición, hijo querido;
Amoroso Jesus, perdon os pido.

»Adios, Esposa bienaventurada,
Que con vos queda, si de vos me alejo:
Dentro del alma os llevo atravesada,
Viendo en el mar de lágrimas que os dejo;
A Dios quedais, Señora, encomendada,
Y pues que sois de Dios la luz y espejo,
Acordaos deste siervo y deste Esposo,
Que os llama en este paso temeroso.»

Perdió la habla Josef, que un paraismo
Le anudó fuertemente la garganta;
La Virgen, de dolor hecha un abismo,
El alma vierte por su vista santa;
Cristo le abraza uniéndole á sí mismo,
Y le da voces entre pena tanta;
A las voces Josef turbado vuelve,
Y el corazón en lágrimas resuelve.

Con la muerte forceja agonizando,
Que está desanudando el lazo estrecho;
El cuerpo virginal se va igualando
Del temor natural un mármol hecho;
Vanse los firmes dientes traspillando,
Enronqueciendo el levantado pecho;
Los ojos se le quiebran, teme el alma,
Y entre las penas y dolores calma.

Los ojos en aquellos soberanos,
Que tiene siempre Dios sobre los justos,
Clava Josef, y velos tan humanos,
Que le serenán los mortales sustos;
Asese ansioso á las divinas manos
Que están vertiendo soberanos gustos,
Y entre las suyas flacas apretadas
Las deja de sus lágrimas bañadas.

De los ángeles puros inmortales
Que cercan de Josef la humilde cama,
Cuál enjuga los granos orientales,
Que su Reina santísima derrama,
Cuál la dice consuelos celestiales
Porque sabe lo mucho que le ama,
Que Josef es, después de Dios, su vida,
Y después del la cosa mas querida.

Cuál de rosas, jazmines y azucenas
Las guirnaldas previene para el alma,
Cuál con las hojas de frescura llenas
Al Santo trae la victoriosa palma;
Cuál al salir al puerto de las penas
Del mar del mundo y su confusa calma,
Con los brazos abiertos le convida,
Su mucha pena en gozo convertida.

Cuál le sirve á la pobre cabecera.
El grave rostro con amor limpiando,
Cuál por su bella Esposa verdadera
Puesto á los piés se los está abrigando;
Cuál amoroso al alma hermosa espera
Deje la cárcel donde está penando
Para llevarla entre los brazos de oro
Del Limbo santo al venturoso coro.

Cristo, esforzando á su Josef querido,
En el temor del postrimero paso,
El pecho grave mira enronquecido,
Y llora triste el lastimoso caso;
Josef con nueva fuerza en el sentido
Mira al sol, que en sus ojos hace ocaso,
Abrazase con él, llora y suspira,
Y háblale con los ojos que le mira.

Ayúdale á morir el Dios piadoso,
Y con sus voces de consuelo llenas,
El paso de su muerte hace precioso,
Gozo sus ansias y quietud sus penas;
Josef con tal favor mas animoso
Se pone entre sus manos de azucenas,
Y así, viendo al que es suyo y de Dios hijo,
Estas palabras últimas le dijo:

«En ti esperé, no sea confundido;
Señor, en tu justicia me defiende:
La oreja inclina á un pecho arrepentido,
Date priesa en mi ayuda, el brazo extiende;
Sacaráme del lazo, que escondido
Para cazarme mi enemigo tiende.
En tus manos, que vida están vertiendo,
Hijo de Dios, mi espíritu encomiendo.»

Estas palabras últimas le dijo,
Y al arrancarse el alma enamorada,
Se abraza con el vivo Crucifijo,
Su boca en el lugar de la lanzada;
Abre los brazos el dos veces hijo,
Donde dió la postrera boqueada;
Sale del cepo humano el alma hermosa
Al lauro eterno y palma victoriosa.

Apenas el glorioso alado coro
Vió en las manos de Dios el alma santa,
Cuando en consuelo convertido el lloro
Himnos alegres y canciones canta;
Vístele un alba de diamantes y oro,
Y una palma en su diestra sacrosanta.
Coronante de varias bellas flores,
Volviéndole á decir tiernos amores.

Puesta en sus hombros llévanla gozosos
Del Abraham piadoso al santo seno,
Donde el coro de padres venturosos
Le está esperando de contento lleno;
Van alegres los ángeles hermosos
Llevando el alma del varón mas bueno
Que vió su tiempo, de Dios hijo Padre,
Y digno Esposo de su digna Madre.

Con el virginal cuerpo está ajustado
El hombre Dios santísimo Eliseo,
Y pudiera su aliento deificado
A la muerte quitarle su trofeo;
Pero no quiere que su Padre amado
Vuelva del puerto hermoso al golfo feo,
De la paz dulce á la sangrienta guerra,
Del Limbo santo á la perdida tierra.

Infundir pudo en el quebrado barro
Otra vez nuevo espíritu de vida
Y volver á formarle mas bizarro,
A la muerte dejando destruida;
Mas quiere que le huelle el mortal carro,
Que está á su muerte su ganancia asida,
Que es preciosa la muerte de los justos
Y puerta alegre de divinos gustos.

Ciérrale Dios los ya difuntos ojos
Adonde se miró, y enternecido
Distila de los suyos á manojos
Bálsamo, con que el cuerpo deja ungido;
Compone los santísimos despojos;
Cierra la boca, que de amor fué nido;
Cruza llorando los helados brazos
Que gozaron de Dios dulces abrazos,

Y dice en tierna voz llorosa y triste:
«¡Cómo ¡oh mi Padre! me desamparaste!
Sediento estuve, y de beber me diste,
Hambre pasé, y tú me alimentaste;
Desnudo y pobre estuve, y me vestiste,
Vísteme peregrino, y me hospedaste,
Hallé en ti Padre, compañero, amigo,
Ayo, tutor, consuelo, gusto, abrigo.

«¡Sí! un jarro de agua fría por mi dado
Le ha de de corresponder eterna paga,
¿Qué paga habrá para el que me ha criado
Que á lo que yo le debo satisfaga?
Si al que hospeda al profeta y justo amado,
Como á justo y profeta Dios le paga,
Al que á Dios hospedó en su casa y pecho
¿Con qué podrá dejarle satisfecho?

«Alma dichosa, espera confiada
La justa paga á tu bondad debida;
A mi lado has de verte coronada
En el reino comprado con mi vida;
Y tú, casa del alma, fría y helada,
Al alma hermosa te verás reunida
En mi santa Ascension, donde triunfando
Subasal premio que te está esperando.»

La pena grave, el grave desconsuelo
Que padeció la Virgen en su ausencia,
Díjala el cielo, pues la sabe el cielo,
Que en tan fiero dolor la dió paciencia;
Que yo, como Timantes, pondré el velo
En pintura que atrás dejó mi ciencia;
Encubriré su rostro sacrosanto,
Y juzgue cada cual su justo llanto.

Cual tórtola amorosa, que afligida
Gime en el nido de su amor desierto,
Llora la Virgen á su media vida,
Que es una viuda honrada, medio muerto;
Que si la esposa á su consorte unida,
Por la virtud del conyugal concierto,
Viene á ser uno con el que ama y quiere,
Muerto su esposo, su mitad se muere.

Y por esto, cualquiera viuda honrada
De una medio mortaja anda vestida,
Y entre las tocas vive amortajada
Porque murió la media de su vida;
Si esto ha de hacer cualquiera bien casada;
Si esto ha de hacer cualquiera bien querida,
¿Qué hará la que perdió al mejor marido
De todos, mas amado y mas querido?

La Virgen viuda viste jerga baja,
Llorando á su consorte amargamente,
Que aunque á su pena su prudencia ataja,
Su viudez llora, y á su esposo siente;
Cristo el cuerpo santísimo amortaja,
Ungiéndole con mirra del Oriente,
Y el licor puro de sus graves ojos
Pudiera ungir los cándidos despojos.

Los ángeles gloriosos le componen,
Y ayudando á su Dios, le ungen y visien;
En el negro ataúd el cuerpo ponen,
Y con su Dios á lo que manda asisten;
Los deudos al entierro se disponen,
Y en vano el llanto y el dolor resisten;
Los hombres ponen á la dulce carga,
Ricos despojos de la muerte amarga.

Sale Cristo arrastrando negro luto,
Del deudo y del amigo acompañado,
Y con el rostro grave nunca enjuto,
El cuerpo sigue de su justo amado;
La cueva espera el sazonado fruto
Por la Parca soberbia derribado;
Cántale las exequias funerales,
Y aleluyas los coros celestiales.

Ponen á un lado de la cueva oscura
Junto á Josef, su padre, el cuerpo santo,
Que guardó siempre su entereza pura
Causando al cielo admiración y espanto;
Vierte Dios en la noble sepultura
Copiosas fuentes de amoroso llanto,
Y vuelve triste á la pequeña casa
Donde un mar de dolor su Madre pasa.

Despidese la noble, honrada gente,
Y sátele al encuentro desalada,
Llorando su viudez amargamente
La viuda Virgen bienaventurada;
Abrázase á su Hijo omnipotente,
Y entre sus brazos queda consolada,
Que solo Dios pudiera ser consuelo
En el dolor con que la prueba el cielo.

Cristo sirve á la viuda soberana,
Y ella le sirve con amor crecido;
El trabajando la comida gana,
Y ella le hace oración por su querido;
El sale á hacer la redención humana,
Que el tiempo que le espera es ya cumplido,
Y ella absorbe en su Esposo sacrosanto,
Para su vida, y yo al postrero canto.

CANTO XXIV.

De la descension del alma del glorioso san Josef al Limbo,
y de su subida en cuerpo y alma á los cielos.

Llegó á la puerta de la cárcel dura
El alma ilustre del varon dichoso,
Y el carcelero, viendo su hermosura,
Quedó pasmado en su mirar gracioso;
Postróse á la santísima criatura,
Y adora el rostro señorial y hermoso,
Y quitando el cerrojo de diamante,
Reverencia del alma el real semblante.

Abrió la cárcel, que es cárcel de corte,
Donde los hijosdalgo detenidos
Piden al cielo su prision acorte
En gloria convirtiendo sus gemidos;
Piden que sus cadenas fuertes corte,
Cristo en la cruz, sus brazos extendidos,
Y que baje á acabar el aventura,
Cuya victoria el cielo le asegura.

Así como las almas venturosas
Que la pena del daño están sintiendo,
Vieron la que ha de hacerlas mas dichosas
Las nuevas ciertas de su bien oyendo,
Alegres, placenteras y gozosas,
Una ordenada procesion haciendo,
Salen á recibir al alma santa
Del nieto que su ilustre honor levanta.

Llegó del viejo Adán el alma grave,
La de su esposa mal aconsejada,
La del que el cielo eternamente alaba
Del Cain ingrato con furor sacada;
La del que al Arca vió volver el ave,
La del que contra el hijo alzó la espada,
La del que ciego á su Jacob bendijo,
Quitando el mayorazgo al primer hijo;

La del que vió á su noble cabecera
Doce cabezas de sus tribus doce,
Y vió bajar del cielo la escalera,
En cuya altura á su Criador conoce;
La del que la cruel envidia fiera
Hizo á Ruben que con piedad empoce,
La del que hecho por Dios un dios humano,
Asoló al fiero contumaz gitano;

La del huésped que ampara enternecido
Los ángeles del pueblo afeminado,
La del pastor del suegro perseguido,
Al trono real y cetro levantado;
La del que al sol el cielo tuvo asido,
Obedeciendo Dios á su mandado,
La del que vió el vellon mojado y seco,
Pidiendo al cielo el admirable trueco;

La del que del panal dulce y sabroso
Y del muerto leon hizo la anima,
La del paciente que sufrió leproso,
La que mas que la lepra le lastima;
La del que sobre el muerto venturoso
Igualmente tendido el cuerpo anima,
La de los dos Tobías, hijo y padre,
La de Melquisedec, sin padre y madre;

La del que fué por Manasé aserrado
Porque dijo que á Dios glorioso vido,
La del que con un dardo atravesado
En sangre su cabello vió teñido;
La del que por las peñas arrastrado
Dejó su cuerpo en partes dividido,
La del santo empozado Jeremías,
La del apedreado Zacarías;

La de Jacob, su venerable padre,
La del noble Joaquín é ilustre suegra,
La de su noble bien nacida madre,
Que tiernamente en su Josef se alegra.
Salen por ver que con su deuda cuadre,
Y todos cuantos en la prision negra
Esperan ver al bello sol de Oriente,
A recibir su noble descendiente.

Tendió los brazos por el aire vano
Para abrazar al virginal Esposo,
Regocijado en él su padre anciano
Por tal hijo mil veces venturoso.
Josef, asiendo la paterna mano,
Humilde le respeta y amoroso;
Su madre dulcemente en él se enlaza,
Y él humildemente con los dos se abraza.

El viejo Adán, temblándole los brazos,
Al cuello ilustre con amor los echa,
Y haciendo dellos amorosos lazos,
De la ocasión alegre se aprovecha.
Eva le da ternísimos abrazos,
Dellos haciendo una lazada estrecha;
Ana se abraza con su digno yerno,
Joaquín está de gozo y amor tierno.

Abel, por virgen, al que lo es se llega,
Por justo el gran Noé se llega al justo,
Abraham por su fe en Josef se entrega,
Isaac por obediente halla en él gusto,
Con su peregrinar Jacob allega,
Y abrazar á Josef dice que es justo;
Josef, por casto y guardador del trigo,
Del que es deudo se ofrece por amigo.

Llega el que vió la zarza entre la lumbre,
Por manso, afable, humilde y amoroso,
Al que retrato fué de mansedumbre
Y vió en la virgen zarza el fuego hermoso;
Loth, que entre la nefanda mansedumbre
Del peregrino fué huésped piadoso,
Llega al huésped de Cristo peregrino,
Que peregrino y pobre al mundo vino.

Al paciente Josef va el Job paciente;
 Sanson al fuerte en el trabajo y pena;
 Por sabio llega el Daniel prudente,
 Y por pastor Amós llegar ordena;
 Por piadoso David, manso y clemente,
 Al alma abraza de clemencia llena;
 Por su limosna llega el gran Tobías,
 Por su oración el que heredó sus días.

Llegó el ilustre y santo Macabeo
 Con el bando de mártires amado
 A Josef, que fué mártir de deseo,
 Y su vida un martirio prolongado;
 Llegó de su virtud á hacer empleo
 El Judas, ilustrísimo soldado,
 En el Josef valiente no vencido,
 De penas y trabajos combatido.

En fin, nadie quedó que no llegase
 Al que sus esperanzas les mejora,
 Y que lleno de gozo no abrazase
 Al alma santa que los enamora.
 Josef, alegre entre sus padres vase,
 Y aunque con gusto de gozarios llora,
 Siente la ausencia de su Dios ausente,
 Y la de su querida Esposa siente.

Al músico David, al real profeta,
 Dulce cisne cantor, divino Orfeo,
 De las obras de Dios sabio poeta,
 De su gloria y bondad Apolo hebreo,
 El alma de su nieto le inquieta,
 Y arrebatado de tan buen deseo,
 Toma el plectro divino y amoroso,
 Al virgen padre canta y casto Esposo.

El río Leteo, absorto y olvidado,
 Suspender quiso la corriente oscura,
 Y á la voz grave con razon parado,
 Se alaba, aunque parece que murmura;
 En su arenosa orilla recostado
 El bando que á Dios hombre ver procura,
 Honrando alegres al recién venido,
 Atentos á David dan el oído.

« ¡Dichoso tú, divino descendiente,
 Precursor, dice, de la cierta nueva,
 Consuelo amado de la presa gente
 Que su dulce esperanza en tí renueva;
 Espejo en cuya luz resplandeciente
 Se vió del nuevo Adán la virgen Eva,
 Del Espíritu Santo digno templo,
 Del cielo asombro, y de la tierra ejemplo!

» ¡Gloria y honor de tu linaje claro,
 De nuestro bien finísima coluna,
 Del amparo del hombre cierto amparo,
 Del sol eterno luz, sol de su luna;
 Divino monstro en tus virtudes raro,
 Único fénix de la Fénix una,
 Milagro de la tierra, en quien se eleva
 El que en su carro de oro la luz lleva!

» Dichoso tú, entre todos escogido,
 Con bellas flores y paloma bella,
 Por casto Esposo y virginal marido
 De la que, siendo madre, fué doncella;
 Dichoso tú, que solo has merecido
 Siendo su dueño, cohabitar con ella,
 Sirviendo de amor rico y gracia lleno
 A la mejor de todas el mas bueno.

» Dichoso tú, que en la borrasca ciega,
 Cuando dejar quisiste á tu adorada,
 Con ella por un ángel Dios te ruega,
 Siendo de Dios la cosa mas amada;
 Dichoso tú, pues el amor te entrega
 Por Esposa la suya regalada,
 Dándote la querida Esposa suya
 Por compañera y digna Esposa tuya.

» Dichoso tú, que en tus floridos días
 Cuando el juvenil brio está en su esfera,
 Habitaste, como cantó Isaias,
 Con la Virgen, que siempre lo fué entera;
 Dichoso tú, que, tus pasiones frías,
 Tuviste por Esposa verdadera
 En tu casa, á tu mesa y á tu lado
 La digna Emperatriz del coro alado.

» Dichoso tú, que su hermosura viste
 Y de su luz purísima gozaste,
 Testigo fiel de su pureza fuiste,
 Luz, que haciéndola sombra, te asombraste;
 Dichoso tú, que humilde la serviste,
 Y en Dios, después de Dios, siempre la amaste,
 Haciendo el casto amor de los dos uno,
 Favor, Josef, que no alcanzó ninguno.

» Destos dos que son uno eres el medio;
 El medio eres, Josef, de tu María,
 Eres el medio de la que fué el medio
 Del remedio que al suelo el cielo envía;
 Dichoso tú, que fuiste su remedio,
 Que su remedio fué tu compañía,
 Pues que por tu virtud tu Esposa amada
 No murió infamemente apedreada.

» Dichoso tú, que entre las pajas viste
 Escondido el santísimo tesoro,
 Y su dichoso tesorero fuiste
 Y el alegría de su tierno lloro;
 Dichoso tú, que solo mereciste
 Ver el primero de sus luces de oro
 Rios salir de derretida plata,
 Con que Dios nos redime y nos rescata.

» Dichoso tú, que abrigo de Dios hecho,
 Contra el rigor del tiempo le abrigaste,
 Pues hecho horno de amor tu noble pecho,
 Al Niño helado humilde calentaste;
 Dichoso tú, que en lágrimas deshecho,
 En las que el sol llovía te bañaste,
 Bautizado en las lágrimas preciosas,
 Vertidas por jazmines y por rosas.

» Dichoso tú, aunque el pecho traspasado,
 Viendo en el niño Dios la fiera llaga,
 Pues, aunque le lloraste desangrado,
 Viste la sangre con que al cielo paga;
 Dichoso por padrino señalado
 Para poner el nombre al que es mi paga;
 De Redentor el nombre le pusiste,
 Y al Dios que nos redime redimiste.

» Dichoso tú, que en el portal grosero
 Viste arrastrar brocados, oro y grana
 A los que trujo el cándido lucero,
 De donde nace alegre la mañana;
 Dichoso tú, que apóstol verdadero,
 Con tu divina ciencia soberana
 Fuiste á los Magos nobles enseñando
 Que era Dios fuerte aquel que vian temblando.

» Dichoso tú, que al templo le llevaste,
 Donde, hecho ofrenda para mi consuelo,
 Al enojado Dios desenojaste
 Y enterreciste con su luz el cielo;
 Dichoso tú, aunque triste sollozaste,
 Tu noble corazón hecho de hielo,
 Oyendo al justo viejo que predijo
 Tu pena, su pasión, mi regocijo.

» Dichoso tú en la súbita partida,
 Pues, aunque huyendo del tirano fiero,
 La vida fuiste del que te dió vida
 Y perderá la suya en un madero;
 Dichoso tú, que el alma enterrecida
 Sustentaste al pan vivo verdadero,
 Haciendo el plato al Hijo omnipotente
 Y al alba Madre del que es sol de Oriente.

» Dichoso tú, pues por tu amor profundo
 A tan divina dignidad subiste,
 Que habiendo de tener padre en el mundo,
 Padre de Dios ser solo mereciste;
 Dichoso tú, y el uno sin segundo,
 Que si padre has de ser, de Dios lo fuiste,
 Mereciendo tu amor piadoso y tierno
 Ser padre del que es padre el Padre eterno.

» Dichoso tú, que fuiste su privanza,
 Su tutor, ayo, amigo y compañero,
 De su hermosura viva semejanza,
 De su rostro retrato verdadero;
 Dichoso tú, que, cierta tu esperanza,
 Veniste á ser honrado prisionero
 A la prision que goza tu hermosura,
 Mejorando en tu vista su ventura.

»Dichoso tú, pues en la hora postrera
Cuando el aliento de la vida calma,
Tuviste á la dichosa cabecera
Al Hijo á quien gozoso diste el alma;
Dichoso tú, que de la guerra fiera
Mereciste la siempre verde palma,
Viniedo á aquestos tristes calabozos
A hacer sus penas soberanos gozos.

»Dichoso tú, cuando otra vez unida
El alma santa al cuerpo inmaculado,
Subas al reino de la eterna vida,
Del Hijo eterno al venturoso lado;
Dichoso tú, cuando tu Hijo presida
Y tú á su diestra goces asentado
De la infinita luz de su luz pura,
Que llenará los cielos de hermosura.

»Si mandé á Salomon, mi hijo querido.
Que como padre y como rey honrase
A los que hablan mis males conocido,
Y que á su mesa real los asentase,
¿Qué premio te tendrá Dios prevenido
Que á lo que pudo imaginar no pase,
Pues ni el ojo lo vió ni oyó la oreja,
Y atrás el corazón humano deja?

»En el trono de estrellas asentado
Repartirás de gozo ricos dones,
Al devoto en tu nombre enamorado
Concediendo sus justas peticiones;
Allí al Hijo de Dios siempre engendrado,
Presentarás las vivas oraciones,
Que al las ve en tu mano venturosa
No les sabrá negar ninguna cosa.

»Dende allí harás favor á tu devoto
En su tristeza siéndole alegría,
En la tormenta fiera fiel piloto
Y en ásperas montañas cierta guía;
Respetarás la temida Cioto,
Y á su pesar dilatará su día;
La enfermedad huirá del nombre tuyo,
Y entrará la salud al lugar tuyo.

»Serás, virgen Josef, patron glorioso
De la devota religion descalza
Que fundó aquel profeta prodigioso
Que el carro ardiendo por los alas alza;
Serás caudillo, ¡oh virginal Esposo!
Del casto coro que tu nombre ensalza,
Gozando entre los hierros de sus redes
Sus vírgenes sagradas tus mercedes.

»Verás en nombre tuyo levantados
Altares santos, aras consagradas,
Templos á tu pureza dedicados,
Ricas capillas en tu honor labradas;
Verás nobles conventos fabricados,
Iglesias santas por tu amor fundadas,
Hermandades, cabildos, religiones
De castas almas y de pios varones.

»De los montes de Armenia, donde el aras
Del gran Noé su firme asiento toma,
Hasta do reina el Imperial monarca,
Que padre de la patria llama Roma;
De donde de cristal deja la barca
Cuando por el Oriente el sol se asoma,
Hasta do va dejando el mundo helado,
Será tu nombre ilustre celebrado.»

Aquí templó de nuevo el Instrumento
El que con la dulzura de su canto
Suspender pudo el infernal tormento
Mejor que el que á Euridice quiso tanto;
Templó y pide á los cielos nuevo aliento
Para profetizar al varon santo
La honra soberana que le espera
Del claro Guadalupe en la ribera.

Y entre tanto, cual suele el agua pura,
Cuando con las guijuelas retosando,
Y haciéndolas cosquillas su dulzura,
Hacer querían con susurro blando;
La gente encarcelada, que segura
Está de Dios la vista descendiendo,
Con un blando rumor grave celebra
Al que así rompe el aire y la voz quiebra:

PE-II.

«Verás, Josef, del claro Guadalupe,
Aunque pequeño, grande por su fama,
Que por su boca aljéfares escupe
Entre el cristal y plata que derrama,
Que aunque alegre en servir siempre se ocupa
El santuario de la que te ama,
Levantar otro tiempo la cabeza
Y celebrar tu virginal pureza.

»Verás en esta octava maravilla
Que gloriosa á los cielos se levanta
Y que á las siete con razon humilla,
Que el mundo fanfarron celebra y canta;
Que la paloma cándida y sencilla,
Después de Dios la mas hermosa y santa,
Te labrará en su alcázar sumptuoso
Un cuarto digno de su digno Esposo.

»Pondráte casa tu Imperial Esposa,
Donde como mereces seas servido,
Honrándose y llamándose dichosa
En amar y tener tan buen marido;
Labrarás una fábrica gloriosa
Que la de Efeso ilustre dé al olvido,
Cuyo adorno y valor, traza y riqueza
Digan de tu querida la grandeza.

»Será el ministro, á quien dará el cuidado
Desta machina insigne, un siervo tuyo,
Nuevo Gabriel que, della enamorado,
Será perpetuo aficionado tuyo;
De cuyo nombre en él bien empleado,
Su diligencia en tu servicio arguyo,
Pues imitando al que á tu Esposo vino,
Será un ángel humano, hombre divino.

»El padre fray Gabriel de Talavera,
Que prelado dignísimo contemplo
De aquella casa, de tu Esposa esfera,
En todo el orbe sola y sin ejemplo,
Será una luz que asida á la primera
En ella la virtud ponga su templo,
Siendo sal de la tierra, luz del mundo,
De estirpe clara y de saber profundo.

»A este ilustre varon, santo y prudente,
Por tu Esposa santísima escogido,
Que escribirá elegante y dulcemente
Del tesoro en la sierra parecido,
Como á siervo fiel y diligente
Le será por tu amada comedido
El cuidado de hacer la obra dichosa
Tanto cuanto magnífica famosa.

»Hará juntar para la heroica hazaña
Artífices de ingenios soberanos,
Que serán honra de su madre España
Y asombro de los griegos y romanos;
Vendrá á ser tal su diligencia extraña.
Que saldrá en breve de las diestras manos
La machina que admire las estrellas,
Digna de verse coronada dellas.

»Será acabado el edificio extraño
Que el cielo justo á tu virtud promete,
Del hombre Dios el venturoso año
Mil y quinientos y noventa y siete;
Gobernando de Cristo el fiel rebaño
Clemente Octavo, cifra de los siete,
Siendo de España rey y el Nuevo Mundo
El segundo Filipo sin segundo.

»Celebrarán los venturosos días
Con procesiones, ruegos y plegarias,
Con toros, regocijos y alegrías,
Danzas diversas y canciones varias,
Con músicas, con cantos y poetas,
Con bailes, fiestas, fuegos, luminarias,
Dedicando del templo la grandeza
A tu divina virginal pureza.

»Verás tu effigie en alto levantada,
A la de Cristo de la mano asida,
De riquezas sin número adornada
Y de joyas sin precio enriquecida;
En medio de la fábrica sagrada
Verás que, generalmente servida,
Será de propias y de extrañas gentes
De pueblos y naciones diferentes.

18

»Serás, Josef, del rico santuario,
Que excederá de Midas la riqueza,
De Crespo y César el copioso erario;
Guarda-joyas mayor de su grandeza;
Tesorero serás deste sagrario,
Castellano de aquesta fortaleza,
Argos del bien de que te doy aviso
Y querubín del nuevo paraíso.

»Serás de aquesta sala presidente,
Rico pastor del celestial ganado,
Sol, cuya luz repartas igualmente
En medio puesto de tu cielo amado;
Capitán de un ejército valiente,
Piloto diestro y bien afortunado
De la nave á tu cargo encomendada,
De tesoros riquísimos cargada.

»Verás santas reliquias y despojos
De los santos que, roto el mortal velo,
Viendo sus almas de su Dios los ojos,
Harán sus cuerpos tu capilla cielo;
Allí gozando de tus rayos rojos,
En la tierra tendrán gozo y consuelo,
Adornando sus huesos y cenizas
La casa ilustre en que los eternizas.

»Verás de plata y oro varados,
De aljófar fino y piedras de colores,
Cofres divinos, vasos estimados
De reliquias, que en veritas te enamores;
Verás huesos de apóstoles sagrados,
De mártires gloriosos y doctores,
De confesores santos, de doncellas,
Mas limpias que la luz de las estrellas.»

Esto cantó David lleno de gozo,
Dándosele á las almas que le oían,
Que con nuevo santísimo alborozo
Mil parabienes á Josef decían;
El, alegrando el triste calabozo,
El favor agradece que le hacían
Con grave risa y con divino agrado,
Imitado de aquel que vivió en su amado.

En esto el tiempo de la prision pasa,
Sintiendo y padeciendo tiernamente
La pena de la ausencia que le abrasa,
Que por ser mas su amor, mayor la siente;
Su pena es mucha, su querer sin tasa,
El tiempo largo, Dios quien ama ausente,
Sus deseos de tierno enamorado,
La ausencia del bien sumo que ha gozado.

En continuas ardientes oraciones
El tiempo gasta suplicando al cielo
Que le veuga á sacar de las prisiones
El Hijo que abrigó temblando al hielo;
Corre el tiempo veloz en sus balcones,
Y Apolo de uno en otro paralelo;
Tres veces viste abril de su hermosura
La nieve convertida en agua pura:

Mientras que con portentos soberanos
El que es del hombre la copiosa paga,
Enclavados sus piés, rotas sus manos,
La sangre vierte, con que al cielo paga,
Donde entre los dolores inhumanos
A la muerte venciendo, se la traga,
Y dejando su cuerpo en un madero,
Bajó el alma siguiendo al ángel fiero.

Dejó el alma en la cruz el cuerpo herido,
Mas Dios no se apartó del cuerpo y alma,
Que siempre al cuerpo y alma quedó unido,
Aunque el cuerpo sin vida en la cruz calma;
Que, como suele el que un arco ha rompido,
Cada parte dejar en cada palma,
Enlazada á la cuerda cada parte,
Sin que la cuerda de las dos se aparte;

Así la deidad pura omnipotente
Al cuerpo y alma fuertemente unida,
No las desamparó perpetuamente,
Que siempre estuvo al cuerpo y alma asida;
Con el cuerpo quedó en la cruz pendiente,
Aunque el alma dejó al cuerpo sin vida,
Y bajó con el alma al reino triste,
Que con su luz gloriosa alegría y viste.

Entró en el Limbo roto el mortal velo,
El alma soberana, que gloriosa,
Hizo la oscura cárcel claro cielo,
O la prision prolifa venturosa;
Huyó de su presencia el desconcielo,
Llegó á su puerto la esperanza ansiosa,
El deseo acabó, murió la pena
Viendo al nuevo Jonás en la ballena.

Entró, y habiendo á todos abrazado,
Vertiendo gloria, gozo y alegría,
Y despues de haber todos adorado
Al que la oscura cárcel vuelve día,
Asesó á su nutricio regalado
Con el respeto con que le servía,
Abrazóle amoroso, y hecho yedra,
Se enlaza al olmo en que glorioso medra.

Llega el Ladrón dichoso al rico banco,
Donde le paga Dios á letra vista,
Llega el que señaló al Cordero blanco,
De quien fué Dios su digno coronista;
Llegaron sus abuelos al Dios franco
Que espasce gloria de su hermosa vista,
El inocente Abel, Adán y Eva
Llegaron al Jordán que los renueva.

Llegaron todos, y de amor heridos,
Gozan las luces de su hermosa gloria,
Y á la sangre vertida agradecidos,
Cantan alegremente la victoria;
El con la escuadra de sus escogidos
Celebra de su triunfo la memoria,
Donde muerto á la muerte deja muerta,
Quebrantando la dura infernal puerta.

Al cuerpo se reunió al tercero día,
Y lleno de divinos resplandores,
Salió dando á los cielos alegría,
Al sol luz nueva y á los campos flores.
Glorioso penetró la piedra fría,
Bellísimo salió vertiendo amores;
Salió sin quebrantar la sepultura,
Cual salió de su madre intacta y pura.

Salió la hermosa Fénix remozada,
El grano muerto con espigas de oro;
Salió el águila noble renovada,
El mercader halló el rico tesoro;
Dió flores de Jesé la vara amada,
La tierra el fruto que enjugó su lloro,
El Daniel salió de la leonera,
El vendido á la gloria verdadera.

Dejó el oscuro Limbo despojado,
Y encadenando al príncipe furioso,
Al lamentable infierno dió un bocado,
Que en su mesa tendrá Dios por sabroso;
Salió el nuevo Moisés de almas cercado,
Mas que el sol puro, mas que el cielo hermoso,
Pasando el mar al pueblo verdadero
Y anegando al caballo y caballero.

A algunas almas de las libertadas
Volvieron á reunirse los despojos,
Y ellos y ellas bienaventuradas
Excedieron del sol los rayos rojos;
Las puertas del infierno quebrantadas
Y rotos de la muerte los cerrojos,
Sallieron á la luz del cielo hermosa,
Siguiendo á su cabeza victoriosa.

El virginal Josef fué el uno de los
Que al lado de su bien nacido Hijo
El mas gallardo va de todos ellos,
Bañado de glorioso regocijo;
Preséntanse á los claros ojos bellos
De la doncella que Ezequiel predijo;
Los despojos le ofrece el Hijo amado
Que quitó al capitán encadenado.

Lo que los tres amantes corazones
En la visita virginal sintieron,
Las glorias inefables, las razones
Que derramando amores se dijeron,
Díganlo los alados escuadrones,
Que al misterio santísimo asistieron;
Que no es bien que lo diga alma tan ruda,
En tantas glorias de contento muda.

Ellos, que á Dios cantaron la victoria,
Ellos, si pueden, digan la alegría
Que bebió de la fuente de la gloria
La Fenix hermosísima María;
Porque para escribir tan dulce historia
Son groseras la pluma y mano mía,
La vista flaca, el pecho temeroso,
Y encalman en el caso misterioso.

Libre gozó al que ya vió maniatado,
Vivo al que en la cruz santa lloró muerto,
Glorioso el pecho que miró rasgado,
Que aunque glorioso se le trae abierto;
Gozó después de Dios su mas amado
Josef que goza del dichoso puerto,
Lleno de gloria, lleno de consuelo,
Hecha su alma un sol, su cuerpo un cielo.

Gozó las almas de los padres santos,
Las de su madre y de Joaquín divino,
La del sobrino que vivió entre cantos,
La del padre y la madre del sobrino;
La de Adán, que hechos gozos sus quebrantos,
Venturoso llamó su desatino;
Llegó encogida aunque gloriosa Eva,
Del Adán celestial á la Eva nueva.

Llegaron todas, todas adoraron
Las bellas luces de favores llenas,
Y en el templo de amor todas colgaron
Del captiverio triste las cadenas;
Las almas con los ángeles cantaron
Del bien que goza mil enhorabuena;
Dáscas ella de su mucha gloria,
Y todos juntos cantan la victoria.

En esto Cristo, lleno de alegría,
Eparciendo gloriosos resplandores,
Hecho hortelano muéstrase á María,
Con puro amor premiando sus amores;
Muéstrase á la divina compañía
Que le trae aromáticos olores,
Al que es de los apóstoles caudillo,
Y á los dos que iban tristes al castillo;

A los que ocultan las cerradas puertas,
Entre tristezas y temores bravos,
Al que hizo en sus heridas descubiertas
Lanza su mano y de sus dedos clavos;
Junto á las ondas de la mar inciertas
A los que la red tiran como esclavos,
A los del monte, á los del pueblo amado
Y á los del panal dulce y pex asado.

Corren ligeros los cuarenta días
Que Cristo vió y trató sus escogidos,
Abrazando en su amor las almas frías
De los medrosos, tristes y escondidos;
Josef, entre gloriosas gerarquías,
En gloria renovados los sentidos,
Goza la vista de su amada Esposa,
Y ella la lumbre de su luz gloriosa.

Llegó el día en que el Hijo omnipotente
Por ver que á su divino oficio cuadre,
En el altar quedándose presente,
Se ha de volver al seno de su padre;
Despidese amorosa y tiernamente,
Amoroso abrazado con su Madre,
Que no la lleva al merecido cielo
Porque lo sea con su vida el suelo.

Despidese Josef de su adorada,
Que si se va, la lleva al alma asida;
Ella de tiernas lágrimas bañada,
Mira partir las vidas de su vida;
Llora la escuadra de la gente amada
En la amorosa tierna despedida;
Cristo á todos abraza y los bendice
Y consuelos santísimos les dice.

Levantadas las manos y los ojos
Con virtud propia déjase ir al cielo,
Llevando del infierno los despojos.
Al premio que ganaron en el suelo;
Salió una nube de colores rojos,
Y á los hombres cubrió el divino vuelo
Que hace el águila real que se renueva,
Y á la captividad cautiva lleva.

Abriéronse las puertas celestiales,
Hasta que allá volvió siempre cerradas;
Admiranse los coros inmortales
Sus vestiduras viendo ensangrentadas;
Ponen los bellos labios de corales
Sobre los pies de rosas encarnadas,
Al hombre Dios humildes adorando
Y su triunfo glorioso festejando.

Salen las nueve hermosas gerarquías
Ordenadas en varios escuadrones;
Suenan trompas, clarines, chirimías,
Y enarbolan gloriosas sus pendones;
Celebran las dichosas alegrías
Del que al hombre libró de las pasiones,
Luz esparciendo de su mucha gloria
Le reciben cantando su victoria.

Adoran de Dios hombre la luz pura,
Y al dulce son de acordes instrumentos
Suenan las voces llenas de dulzura,
Cantando sus gloriosos vencimientos;
El derramando rayos de hermosura,
Pasa multiplicando sus contentos
Por las calles del sol entapizadas
Y de luceros bellos empedradas.

Síguele la dichosa compañía,
Llevando siempre á su dichoso lado
Al virginal Esposo de María,
Su dulce padre y su mayor privado;
Josef, gozando el siempre eterno día,
Entra en el reino de su Dios amado,
Y en tantas glorias como goza, calma
Glorioso el cuerpo y mas gloriosa el alma.

Llegan al sollo regio inaccesible,
Adonde Dios está siempre gozando
La gloria de su sér incomprensible,
Siempre á sí mismo por sí siempre amando;
Llegó Cristo á quien solo fué posible
Gozar el trono que le está esperando,
Y abrazado á su Padre sempiterno,
Alegres gozan de su amor eterno.

Ofrécele glorioso los despojos
Que sacó de las cárceles oscuras,
Convirtiendo en consuelo sus enojos
Y en dulces glorias sus cadenas duras;
Ofrécele al amado de sus ojos,
Póncele sobre todas sus criaturas,
Sobre los soberanos coros nueve,
Pagándole lo mucho que le debe.

Gózase el Padre eterno soberano
Con el que solamente ha merecido
Nombre de padre del divino humano,
Y abraza al que fielmente le ha servido;
Dale la diestra poderosa mano
El Paracleto amor á su escogido
Por Esposo de aquella que es su Esposa,
Después de Dios la cosa mas hermosa.

Coronan su santísima cabeza
Del bello sol con rayos inmortales,
Premiando dignamente la pureza
Que admiró á las escuadras celestiales;
El Hijo, que en él muestra su grandeza,
Le toma por las manos virginales,
Y él, asentado al lado de su Padre,
Sienta al suyo al Esposo de su Madre.

Dejó un asiento de oro macizado,
De luceros y soles guarnecido,
En medio del y su Josef amado
Para la que le tuvo por marido;
Cristo al lado del Padre está sentado,
Y al de Cristo la Madre que ha escogido;
Josef al de María venturoso,
Por padre de su Hijo y della esposa.

Lo que gozó Josef y lo que goza
Entre los soberanos resplandores
De Dios, en cuya vista se remoja
Bebiendo sus dulcísimos amores,
Quien no ha salido de una humilde choza
Entre la rustiquez de otros pastores,
Mal lo podrá contar, que no es posible,
Que es á mi rudo ingenio incomprensible.

Vos, dios de Dios, Josef, divino esposo
De la que es de los cielos maravilla,
Patron de aqueste siervo venturoso
Que humildemente á vuestra luz se humilla;
Enviad, Señor, vuestro favor glorioso
Para que tome puerto mi barquilla,
Que en vuestras alabanzas engolfada
Temió verse de tantas anegada.

Recebid el deseo que os ofrezco
Entre la ruda mano y tosca pluma,
Que si ser escuchado no merezco,
Por vuestra historia es bien que lo presuma;

Humildemente, Santo, os agradezco
Que para hacer aquesta breve suma
De los favores que de Dios gozastes,
Aunque tan rudo no me desechastes.

El ánimo mirad de mi deseo,
No al don, pequeño como quien le ofrece,
Que haciendo en vos de su caudal empleo,
Valdrá lo que por mío desmerece;
Canta de vos un español Orfeo
Como vuestra grandeza lo merece,
Que atento escucharé su voz suave,
Dando fin dulce á vuestra historia grave.

CREACION DEL MUNDO,

POR

EL DOCTOR ALONSO DE ACEVEDO,

CANÓNICO DE LA SANTA IGLESIA DE PLASENCIA.

AL ILUSTRISIMO Y EXCELENTISIMO SEÑOR DON FRANCISCO DE CASTRO,

CONDE DE CASTRO, Y ENBAJADOR EN ROMA DE LA MAJESTAD CATÓLICA DON FILIPE TERCERO.

Muchos dias ha, excelentísimo señor, que comencé á poner en ejecucion un antiguo pensamiento mio de dibujar en octava rima las primeras obras que Dios hizo, repartidas por sus dias en la Historia Sagrada de la Creacion del Mundo. He llegado ya á darle la última mano, aunque con esta diferencia, que el original es perfecto, como dictado á Moisés por el mismo Criador, pero el dibujo está muy atrasado en perfeccion, pues no pudo tener mas de lo que alcanza la cortedad de mi ingenio. Y así, me fué necesario acudir á vucencia para que con el pincel de su amparo emiende las imperfecciones que en él hubiere, pues no puede por otro mejor camino restaurar lo perdido ni recibir de otro Mecénas mayor autoridad ni mas segura proteccion. Confieso que estuve muchas veces por dejar esta olvidada, entre otras obras mías, teniendo por imposible poder fabricar sobre fundamentos suficientes tan levantado edificio, por traer ocupadas las fuerzas necesarias del espíritu en las machinas de las pretensiones, careciendo del sosiego que la arquitectura poética pide. Pero la obligacion de mi promesa, excelentísimo señor, me ha forzado á manifestar esta universal obra, dedicándola á vucencia como digno sujeto de sus merecimientos. Dios prospere á vucencia igualando sus acrecentamientos con el colmo de sus virtudes. En Roma, 14 de febrero, 1615. — Ilustrísimo y excelentísimo señor. — Besa las manos á vuestra excelencia, su muy humilde servidor

EL DOCTOR ALONSO DE ACEVEDO.

AL LECTOR.

Viendo que en varias lenguas, poetas de mucha estima han pintado los hermosos dias en que Dios crió el mundo, me pareció ser justo describir su origen en verso castellano; pues nuestra lengua ha sido siempre juzgada de hombres gravísimos por muy propia y acomodada para que en ella se expliquen los soberanos y teológicos conceptos. No me contenté con referir esta universal obra en verso suelto, como he visto lo han hecho algunos famosos poetas en otras lenguas, sino antes, por hacer mas gustosa la lecion della, me quise atar al trabajo de la octava rima. En la ortografia he guardado la propriedad de cada lengua, pareciéndome que la gravedad del sujeto lo pide. Cuánto haya conseguido mi intento, dejo al juicio del lector, á quien ruego no espere en este discurso digresiones de ficciones poéticas, que suelen entretener el gusto, porque el decoro de la materia me necesitó á que las mías vayan atadas al objecto de que se trata, porque no desdigan de su original. *Vale.*

CREACION DEL MUNDO.

DIA PRIMERO.

Inspirar ardor del fuego inaccesible
En mis versos y estilo el Padre Eterno,
Que dió al Hijo la esencia incompatible
Toda, quedando en él toda *ab aeterno*;
Porque espíritu siendo indivisible,
No pudo dar al parto coeterno
Parte della, ni entera dar la puede,
Sino es que en él entera también quede.

Que si entera en el Padre no quedara,
Nada fuera su excelsa omnipotencia;
Y cuando al Hijo igual á sí engendrara,
Se deshiciera su divina esencia;
Mas, cual sabio maestro en arte rara,
Que al discípulo da toda su ciencia,
Y en él se queda, así desta manera
Da el Padre al Hijo la substancia entera.

Y el Hijo, que es del Padre omnipotente
Inmortal resplandor, vive dechado,
Y de la esencia suya, juntamente
Es con el propio original, traslado,
Muestre el camino con su luz ardiente,
Como el faro en la cumbre levantado;
En mar tan peligroso á mi barquilla,
No encalle, como en artes, en la orilla.

Y el Espíritu Sancto, que encendido
Procede de una y otra sacra llama,
Por quien el Hijo, en igual gloria unido
Al Padre con recíproco amor ama,
Nueva mil lengua, infunda en mí sentido
La inmortal gracia que de sí derrama,
Para que con espíritu profundo
Yo el origen del mundo cante al mundo.

Viendo el hombre el perpetuo movimiento
Del cielo, que jamás tuvo reposo,
Y en contorno girar el firmamento,
Contra su tarda vuelta presuroso,
Y viendo que era el sólido elemento
Centro y punto del círculo hermoso,
Admirado de ver efectos tales,
Quiso saber sus causas naturales.

Y el poético espíritu, que al puerto
De los secretos de naturaleza
Afloró, desplegando al mar incierto
Las velas de su ingenio y agudeza,
Como en fábulas era tan experto,
Fingió que de antes era una grandeza
Sin proporcion el mundo, un caos ajeno
De luz, y de confusas cosas lleno,

Adonde el cielo, mar, fuego, aire y tierra
Eran la tierra, mar, fuego, aire y cielo,
Y estaban cielo, mar, fuego, aire y tierra
Juntos con tierra, mar, fuego, aire y cielo;
Pero con cielo, mar, fuego, aire y tierra
Discordes tierra, mar, fuego, aire y cielo,
Era el cielo en mar, aire, en fuego, en tierra,
Y era en el cielo el mar, fuego, aire y tierra.

El cielo entonces no resplandecía,
Ni por los campos del rosado Oriente
Apolo, origen de la luz, vertía
Los dorados arroyos de su fuente;
La luna no menguaba ni esparcía
La luz prestada de la llena frente;
No era la tierra de aire rodeada,
Ni con su mismo peso sustentada.

El Oceano los bañados brazos
No había por sus márgenes tendido,
Ni el invisible fuego con abrazos
Transparentes al aire había cedido;
Ni el aire de los húmedos regazos
Daba el vapor, en agua convertido,
Que el cielo, el mar, la tierra, el aire, el fuego
Se confundían en el bulto ciego.

El olmo no hacía al verde suelo
Opaca sombra con frondoso manto,
Ni quebrantaba el sol al duro hielo,
Ni alzaba la cabeza el tierno acanto;
Ni sobre sus espaldas hasta el cielo
Llevaba de las aves Euro el canto,
Ni del costado de la tierra abierto
Fuentes corrían por camino incierto.

Dentro de un mismo cuerpo contrastaba
Con el calor el frío, lo pesado
Con lo leve, lo seco repugnaba
A lo húmedo, lo húmedo á lo encumbrado;
Lo duro con lo blando peleaba,
Con lo grueso reñía lo delgado;
Al fin era el gran cuerpo una mistura,
Llena de variedad sin hermosura.

Tal fábula fingió el sutil poeta,
Que como luz divina no tenía,
No pudo alcanzar obra tan secreta,
Con solas fuerzas de filosofía;
Mas yo, llevando en todo al gran Profeta,
Legislador de Dios, por norte y guía,
Cantaré, aunque con lengua tosca y ruda,
Sin fingimientos, la verdad desnuda.

En el principio el Padre omnipotente,
Que de principio y término carece,
Y en quien el poder summo, juntamente
Con su voluntad, siempre resplandece,
De nada crió el cielo, en sí pendiente,
Y á la tierra, que en medio se aparece,
Y al agua, de la cual fueron sacados
Los demás cuerpos simples y formados.

Porque estas aguas fueron materiales,
De donde Dios el fuerte firmamento
Sacó después y globos celestiales,
Que sobre él tienen inmortal asiento;
Y á las demás esferas desiguales
Formó también del húmedo elemento,
Y destas ruedas el labrado peso
Al principio fué un bulto vasto y grueso.

Mas como la osa ruda, que lamiendo
Del parto informe la cardosa pasta,
Con la lengua formando va y puliendo
El cuerpo feo de su torpe casta
Y con astucia natural va haciendo
De un peso tosco, de una carga vasta,
De un monton grueso su animal perfecto,
Del natural instinto raro efecto;

Así, habiendo el Señor omnipotente
Hecho un informe cuerpo, de confusa
Estaba con lo frío lo caliente,
Con lo húmedo lo seco, lo compuso
Después, y en parte y sitio convenientes
Formando al mundo, á cada cosa puso,
Y abrazó con los círculos mayores
Poco á poco los orbes inferiores.

No porque no pudiese en un momento
Poner principio y fin á tal impresa,
En arco desplegar el firmamento,
Y de fieras llenar la selva espesa,
El aire de aves con sonoro acento,
Y de peces la esfera húmida y gruesa;
Que pudo con su voz, ó mirar solo,
Dar á mil mundos uno y otro polo:

Pero de este edificio la grandezza
Fué en seis dias enteros fabricada,
Del Criador de la naturaleza
Para la habitacion nuestra y morada,
Mostrando en esto la suprema Alteza,
Que primero ha de ser la obra acabada,
Y pulida después, porque no erremos,
Si juntas ambas cosas emprendemos.

Y el círculo, que el Verbo poderoso
En el principio fabricó de nada,
No es de los que con curso presuroso
Giran la rueda sólida y pesada,
Sino el empuje inmóvil y luminoso,
De las almas angélicas morada,
Que sobre todos firme asiento ha hecho,
Como de la inmortal fábrica techo.

Y como el edificio levantado
Que formar suele toscos el arquitecto,
Después con artificio aventajado
Lo pule y deja sin algun defecto;
Así, primero fué de Dios formado
El ancho mundo basto y imperfecto,
Mas después añadió á su arquitectura
Entera perfeccion y hermosura.

Y el soberano Artífice, como era
Uno solo el maestro, uno el dechado,
Uno el orden, así de una manera
Para nos dar de su interior traslado,
Hizo uno solo, y sola una es la esfera
De la cual está el mundo rodeado,
Si bien su circular y inmensa traza
En contorno mas círculos abraza.

Esta obra, cuya gran circunferencia,
Arte, rica labor, materia y forma
Nos muestran que hagamos reverencia
Al que de nada su edificio forma;
Deste universal templo la excelcencia,
Que del Eterno padre nos informa,
Es un gran libro, que el poder profundo
De Dios callando enseña al mismo mundo.

Sagrado texto, do naturaleza
Nos muestra que una celestial idea
Desta máquina excelsa la grandezza
Gobierna con sus leyes y rodea;
No está escrito del roble en la corteza,
Ni con los puntos de la lengua hebrea,
Ni con griegos acentos, ni figuras
De símbolos y imágenes oscuras.

Que el que bebe las aguas del Hidaspe,
El mas gentil, el mas bárbaro acita,
El que en las tierras del inculto Caspe,
Mas inculto que el propio monte habita,
El inhumano antártico, que al jaspe
Con la dureza de su vida imita,
Los caracteres desta fiel doctrina
Sabrá leer sin estudio y disciplina.

Que de Dios las grandezas inmortales
Publica el sol, que con su lumbre pinta
Los peces y los varios animales,
Que en torno cñe la abrasada cinta;
La luna en los efectos desiguales
Que causa cuando mengua ó cuando quinta,
Y el cielo con sus fuegos soberanos
Manifiestan las obras de sus manos.

Su gloria anuncia el aire espacioso,
Con tanta variedad de aves pintadas,
Que sulcando con vuelo presuroso
De su region las playas azotadas,
Adormecen del círculo hermoso
Con el canto las luces estrelladas,
Y la rosada aurora al son despierta,
Y al día rubicundo abre la puerta.

El agua, con las líquidas corrientes
De los amenos y argentados ríos,
Que de las plantas las altivas frentes
Corona con floridos atavíos;
El mar, que en sus montañas transparentes
Da albergue y pasto á los ganados fríos,
Y los mudos rebaños que en él nacen,
Del poder soberano muestras hacen.

Tiene de clara vos perfecta ciencia
La tierra, por de dentro enriquecida
De plata y oro, y la circunferencia
De yerba, flores y árboles vestida;
A la cual la divina Providencia
Dejó sobre los aires suspendida,
Con que al mas caudaloso ingenio apura
Cuando su traza penetrar procura.

Pero del cielo el Criador inmenso
¿En qué ocupaba su divina mente
Antes que de la tierra el globo denso
Fuese puesto en el aire transparente,
Y al mar llevasen por tributo y censo
Los ríos el cristal de su corriente,
Y las espigas rubias y crecidas
Ondearan del viento sacudidas?

Antes que distinguiese el sol los días,
Y al aire en torno el fuego rodease,
Y el Océano con las ondas frías
De la tierra las faldas inundase;
Y antes que el tiempo por oblicuas vías
La carrera callada apresurase,
No estaba solo Dios, que en sí asistia
Gozándose en su Trina compañía.

Tente, no sulques los profundos senos
De mar tan extendido; oh musa mía!
Con argumentos de agudeza llenos
Sobre el bajel de la filosofía,
Que son de fuerza y de virtud ajenos;
Y si los lleva la razon por guía,
Por todas partes mi navío abierto
No aferrará jamás al dulce puerto.

Que el que seguro navegar espera
En este abismo, vaya costeando
Del peligroso Ponto la ribera,
Como sabio, el hinchado mar dejando;
Y para asegurar mas la carrera,
La fe por vela vaya desplegando,
Y al sagrado volumen por estrella
Lleve, y á Cristo que le guie con ella.

Yo á medio aire mi estilo numeroso
Desplegaré en octavas derramadas,
Que si mas le alto, el fuego poderoso
Derretirá sus alas enceradas;
Y si con ellas toco el mar ondoso,
Las plumas perezosas y bañadas
Con la humedad me quitarán la vida,
Y al agua dará nombre mi caída.

En el principio, aquella arte divina
Que obra diciendo y obra es lo que piensa,
En arco desplegó, como cortina,
Del orbe celestial la vuelta extensa;
Y á la tierra, que un punto no declina,
El sumo Hacedor dejó suspensa
En el aire sutil sin movimiento,
Y en la mitad del mundo hizo asiento.

Y aunque la tierra está continuamente
Sobre el vano elemento, no por eso
Aflige al cuerpo raro y transparente
Con la pesada carga el bulto grueso;
Como el cuello del hombre, que no siente
De la cabeza el ordinario peso,
Ni á los pies, sobre donde el cuerpo estriba,
Oprime el peso de la carga viva.

Y cual diestro arquitecto que fabrica
Algun toscano ó dórico edificio,
Donde resplandeciendo la obra rica
Está á portia con el artificio,
Y en las soberbias salas de oro aplica
Figuras, que del vivo son indicio,
Antes de dar principio á alteza tanta,
Fuerzas y grandes fundamentos planta;

Dios, antes que con luces inmortales
En noche oscura al gran templo alumbrase,
Y en alto, de los orbes desiguales,
El edificio universal alzase,
Hizo por fundamentos principales
Donde la excelsa máquina estribase,
Cielo y tierra, que fué naturalmente
El mas útil principio y conveniente.

Primero el pino entre la selvas nace,
Y el duro roble en las montañas vastas,
Y el arte humana dellos después hace
Bajeles corvos y derechas astas;
En la tierra escondido el hierro yace,
Y el prudente saber las rejas castas
Del inocente arado con él forma,
Y en áncora otras veces lo transforma.

Así con sus palabras sacrosantas
Formó la tierra Dios sin compostura
Al principio, y después con varias plantas
La ornó, y el don le dió de hermesura;
Porque si á un tiempo maravillas tantas
Fuesen criadas de su esfera dura,
Se dijera que nunca habían nacido,
Si añadidas después no hubieran sido.

No era adornada entonces, que sus faldas
No esmaltaba la plata de los rios,
Ni la naturaleza sus espaldas
Vestía con frondosos atavíos,
Ni bordaba con varias esmeraldas
Su manto entre los árboles sombríos,
Ni la vid sus guirnaldas le ofrecía
Desde las ramas que abrazar porfía.

No era adornada, ni en los verdes meses
Estaba en las riberas deleitosas,
Ni en su altura imitaban los cipreses
La cima de los yermos espantosa;
Ni estaba alegre con las rubias mieses,
Ni con las bellas flores olorosa,
Ni señalada con los horizontes,
Ni umbrosa con las cejas de los montes.

Tampoco en la admirable esencia quinta,
Los círculos, que giran hoy unidos,
Resplandecían con labor distinta
Y recamos de joyas esparcidos;
Ni el abrasado sol desde su vinta
Sacudía los rayos encendidos,
Ni menos á su lumbré en triste día
Havidiosa la luna se oponía.

Sus coros, báiles, sus alegres danzas
No guiaban en alto las estrellas,
Ni los varios planetas sus mudanzas
Hacían entre sí con vueltas bellas;
No despertaba nuestras esperanzas
El alba, adormeciendo las cañuelas
De los astros, ni tiempo el caos tenía,
Ni lugar ni color en él había.

Sin tiempo estaba, porque por momentos
Antes del tiempo el curso no hacían
Los siglos, y dejando atrás los vientos,
Las veloces edades no huían;
Sin lugar, porque entonces sus asientos
Repartidos las cosas no tenían;
Sin color, porque nunca color tuvo
Lo que en tinieblas sin nacer estuvo.

Las sombras de los bosques acopados,
Y de las selvas densas y apretadas,
Los aires con las nubes oscurecidos,
De turbulenta tempestad cargados,
Los nocturnos vapores añublados,
Y cuantas negras cosas hay criadas,
Cubrían deste caos feo y inculato
El espantoso, informe y tosco bulto.

Pero del cielo la materia pura
En parte alguna tenebrosa no era;
La misma oscuridad, cual sombra oscura;
Siguió al gran cuerpo de la umbrosa esfera;
Y así al punto que el Padre de la altura
En arco alzó la redondez primera,
Quedaron las tinieblas escondidas
Dentro de sus espacios incluídas.

Como si en tierra clara y descubierta
Alguna casa fuese fabricada,
De entretrejidas ramas y cubierta
De espesas hojas, toda tan cerrada,
Que procurando el sol abrir la puerta
Con sus rayos, jamás hallase entrada,
Queda la habitación de luz ajena,
Y de negras tinieblas toda llena;

Esta espantosa noche, que causaba
El gran cuerpo del círculo hermoso,
Por todas partes derramado estaba
En el abismo de aguas abundoso;
Sobre esta agua que al caos inundaba,
El Espíritu Santo y glorioso
Andaba, y fomentándola asistía,
Cual la paloma que los huevos cria.

Que hablando Dios á cielo y tierra dado
Por el Hijo la forma que convino,
Faltaba el cumplimiento deseado
De la obra en el espíritu divino,
Que fué misterio propio y señalado
Del verdadero Dios, único y trino,
Que con su Verbo obró los cielos bellos,
Y con su santo Espíritu el ser dellos.

Después, «Hágase», dijo el Padre inmenso
La luz, y fué criada la luz pura,
Con cuyo resplandor el orbe extenso
A tomar comenzó nueva figura;
Y en contorno del globo, en sí suspenso,
La sombra el paso mueve y apresura,
Huyendo de la luz resplandeciente
Que dió principio al día en el Oriente.

La cual alegre se mostró á la tierra
En menos tiempo que el ardor violento
Se aparece del rayo, ó abre, ó cierra
La vista el hombre, ó mueve el pensamiento;
Y á la espantosa oscuridad destierra,
Imitando del sol el movimiento,
Y la vuelta fué dando al mundo nuevo,
Tres días alumbrando en vez de Febo.

Dios te salve, alma luz, que las pasiones
Tristes de nuestros corazones lanzas,
Y los nocturnos daños y traiciones
Descubres y crueles asechanzas;
Madre de verdaderas opiniones,
Fuego que aviva muertas esperanzas,
Tú, luz, despiertas en los justos pechos
Divinos cantos y sagrados hechos.

Cuando se halla en el mayor aprieto,
Por tí consueto el afligido cobra;
Luz llamamos cualquier próspero efecto,
Y luz la perfección de cualquier obra;
Luz la ley soberana y el precepto,
Luz las señales que en sus hijos obra
De inmenso amor el Criador eterno,
Y luz el conocerse el hombre interno.

¡Oh luz, fiel guía de los navegantes,
Cuando el Ponto la rabia concebida
Pare, y á las riberas circundantes
Atruenas Scía con rigor herida,
Y en el aire las hondas arrogantes
Se levantan con furia embravecida!
Sin tí, cuerpo ninguno, ni pintura
Muestra la perfección de su figura.

Peces en vano el gran Fídias labraba,
Si la luz al negro aire no ilustrase,
Que para que nadasen, no faltaba
Sino que el mar sobre ellos inundase;
En vano Cenodoto fabricaba
El Coloso, si el sol no le alumbrase,
Ni el Mausoleo fama no tendría,
Sino le descubriese el claro día.

Y si perpetua noche al mar profundo
Y á la tierra cubriese con su manto,
No daría concordé todo el mundo
De la primera maravilla el vanto
Al templo, que Filipo, rey segundo,
Dedicó al invencible español santo,
Que cuanto mas el fuego le encendía,
Tanto mas en divino amor ardía.

Las bárbaras pirámides sepulte
La antigua Mérida en silencio oscuro,
Su circular trabajo Roma oculte,
Fabricado de jaspe y mármol duro;
De muertos edificios no resalte
Viva memoria al babilonio muro,
Y por tantos milagros, este solo
Se celebre del uno al otro polo.

Mas como el cisne, que suave canta
Del torcido Caistro en la ribera,
Opuesto contra el cuervo, mas levanta
Su color de jazmín y blanca cera;
Y como aquel estima la paz santa
Que primero probó la guerra fiera,
Ordenó el Criador que al claro día
Sucediese la sombra negra y fría.

La noche, con las alas de humor llenas,
Del mundo el seco centro va templando,
En el hombre afligido, de sus penas
El perezoso olvido derramando;
Y cuando vierte en las mortales venas
El sueño deleitoso, está igualando
Al rico con el pobre, y al cobarde
Con el que peleando en furor arde.

El labrador, que de sudor cubierto
Rompe los duros pechos de la tierra
Con el arado, y en el sulco abierto
Los granos de oro cudidosos entierra,
Rendido á la fatiga, y medio muerto
Del corvo hierro en la cansada guerra,
Cuando la noche por el cielo asoma,
Del trabajo cruel venganza toma.

El que el florido valle y verde prado
Priva con corva hoz de sus despojos,
En tus brazos, oh noche, recostado
Ofrece al sueño los cansados ojos;
Y en la blanda duizura sepultado,
Olvida del trabajo los enojos;
Y el cansancio de sí va desterrando,
Al débil cuerpo nueva fuerza dando.

Eres tiempo del sueño y del sosiego,
Para que las virtudes distraídas
Con las vigiliat del desasosiego,
Al despuntar de Oriente el sol, nacidas,
Se vuelvan á ligar con fudo ciego,
Y ligadas como antes, y en sí unidas
Descansen, y en tus brazos recostadas,
Se levanten del ocio reforzadas.

Cuando el alba, del día anunciadora,
Al grande olimpo sube fatigada,
Y de cansancio tiernas perlas llora,
Bajas tú alegre á la region salada;
Y cuando cae en el mar la rubia aurora,
Vuelves á su lugar regocijada,
Y la vida al dorado jóven quitas,
Mas piadosa despues, le resucitas.

Tú de nuestros cuidados piedad tienes,
El húmido rocto del olvido
Vertiendo de tus alas en las sienas
De cuantos animales han nacido;
Las mieses y las plantas ricos bienas
Con tu rociada miel han producido;
Tú apacientas los astros celestiales,
Que te alumbran con fuegos inmortales.

Entonces las napeas por los prados
De los bosques alegres y gozosas,
Renovando los bailes concertados,
Se mezclan con las dríadas hermosas;
Las náyades, saltando por los vados
De las fuentes y ríos, vergonzosas
Del Sático y del Fauno se recelan,
Que por ver sus desnudos cuerpos velan.

En este día el Padre omnipotente
Que en arco desplegó el cuerpo hermoso
Del cielo, y á la luz resplandeciente
Dió forma con el Verbo poderoso;
Del olimpo crió la inmortal gente,
Resplandeciendo con ardor glorioso,
Y entre ellas la mas bella criatura
Se deslumbró de ver su hermosura.

Y con soberbio y áspero semblante
Contra su Dios, ¡oh injusto pensamiento!
«Los astros pisaré, dijo arrogante,
Y sobre el Aquilon pondré mi asiento;
Y al Altísimo igual y semejante
Me hará solo mi merecimiento,
Y triunfando de su excelsa gloria,
Mis hazañas tendrá el mundo en memoria.»

Al fiero orgullo consiguieron luego
De espíritus innumeras legiones,
Y de ira y rabia un encendido fuego
Abrasó los dañados corazones;
La veloz fama, oyendo el rumor ciego
Que mueven los rebeldes escuadrones,
Anunció á los humildes ciudadanos
Del cielo, la traición de sus hermanos.

De coro en coro por la ardiente esfera
Un confuso murmurio se levanta:
No hay sosiego ni paz, todo se altera;
Cada uno á tomar armas se adelanta;
Tal furor muestra la tempestad fiera,
Con que á la tierra el mar turba y espanta,
Cuando se sueltan del cólico claustro
Del un lado Aquilon, del otro el Austro.

Entonces la discordia (monstruo horrendo),
Con torcido semblante y ansia loca,
Los escabrosos dientes sacudiendo,
Ponzoña escupe por la negra boca;
Y en los dañados ánimos vertiendo
Odio eterno, á la infiel gente provoca
Al fiero asalto, y de ira y furor llena,
En medio de ellos la batalla ordena.

Salen los escuadrones conjurados
Contra su Dios, al juego helicoso,
Y por cabeza de los rebelados,
Luzbel, ángel soberbio y envidioso,
Vertiendo por los ojos abrasados
Y por la boca fuego impetioso,
Como Encelado, cuando ardiente azufre
Del Etna arroja, cuyas llamas sufre;

Y armado de su misma rabia horrible
Y confiado en temerarias trazas,
Resistir piensa al impetu terrible
De los estoques y contrarias mazas,
Y del semblante indómito y insufrible,
Derramando crueles amenazas;
Y obstinado en su cólera y porfía,
Al Campion soberano desafia.

Cual toro, que herido con pungentes
Estímulos de amor, celoso brama,
Y aviva con mugidos impacientes
De la ira ardiente la rabiosa llama;
Y levantando con los piés valientes
Nubes de polvo, al enemigo llama
Por señas á la fiera escaramuza,
Y las armas al duro roble agiza.

Llevaba sobre el yelmo retratada,
En alto la cabeza levantando,
A la altiva soberbia, mas hinchada
Que odre ventosa al mundo despreciando;
Y en el infausto escudo dibujada
A la pálida invidia, devorando
Sus médulas y huesos, y en su seno
Derramando ponzoña y cruel veneno.

Con loca presunción enarbolaba
Un estandarte negro y amarillo,
Con que su negra culpa publicaba
Y ardiente pena, el infernal candillo;
Y con ira rabiosa y furia brava,
Como en el coso, indómito novillo,
Se presenta en el campo, y en su tema
Con la cuadrilla infiel así blasfema:

«¡De mi opinion espíritus secueces!
Aunque mas peligroso sea el alarde,
No entre en vuestros ánimos audaces
Sombra ni rastro de temor cobarde;
Estad en el propósito tenaces,
Por mas que el premio que se os debe, tarde;
Que yo en mi pensamiento voy tan firme,
Que no puedo, aunque quiera, arrepentirme.»

Esto diciendo, de la opuesta parte
Resplandece el ejército divino,
Y hacia el enemigo escuadron parte.
Que contra el mismo Dios Luzbel convino;
Sale cubierto el soberano Marte
Con armas de diamante y oro fino,
El gran Miguel, á quien dió el Padre eterno
De sus santas escuadras el gobierno.

De su invencible yelmo en el cimero,
Pintada la humildad resplandecía,
Que al corazon mas atrevido y fiero
Sin armas pone miedo y cobardía;
Y en el escudo de inmortal acero
La poderosa caridad se vía,
Con la cual en amor de Dios se inflama,
Y en él sus criaturas Miguel ama.

Para eternas empresas reservada,
La espada lleva en el siniestro lado,
Y un estandarte entre la gente armada
Iba de color rojo enarbolado,
Mostrando con la insignia colorada
La sangre del Cordero inmaculado,
Por quien pugna Miguel, y en alto escrito:
¿Quién como Dios? ejército maldito.

Viendo en frente al Antigono atrevido,
Manda dar el guerrero soberano
Aliento á las trompetas, y el sonido
Saliendo, retumbó en el aire vano,
Con mas terrible estrépito y ruido
Que cuando arroja con airada mano
Júpiter rayos, que á las nubes hienden,
Y á los mortales con el trueno ofenden.

Trábase al punto el fuego belicoso
De ambas partes, cada uno ardiendo en ira
Contra el otro, de fuego impetuoso
Saetas, dardos, lanzas vibra y tira,
Mas espesas, que cuando temeroso
El puercoespín huyendo se retira,
Y contra el cazador y suelto perro
Puntas dispara del armado cerro.

Vierte Luzbel centellas abrasadas,
En humo envueltas y azufrado aliento,
Y nubes, de relámpagos cargadas,
Por la boca con ímpetu violento;
Las tinieblas confusas y mezcladas
Con el ardiente y rápido elemento,
La claridad del cielo confundían,
Y la vista á los ojos impedían.

Y de la suerte que en el reino abierto
Del aire, el Aquilon fiero contiene
Con el Noto, de negra ira cubierto,
Y el uno al otro con rigor ofende;
Y del cruel combate el premio incierto
Con el igual furor de los dos pende,
Y á quien se dé la palma victoriosa,
El aire duda y tempestad furiosa;

Así procede en la sangrienta guerra
La armada rabia y el aspecto crudo;
El uno con el otro escuadron cierra,
Juntando yelmo á yelmo, escudo á escudo.
Caen las armaduras en la tierra,
Y dejan el espíritu desnudo,
Cayendo juntamente á medio vuelo
Las alas destroncadas en el suelo.

Pero aunque en el principio parecia
Igual el combatir de la contienda,
El ejército loco padecía
El daño entero en la refriega horrenda;

En los dañados corazones cria
Dolor, que mas á su furor enciende,
Y con el pertinaz furor mantiene
La fuerza, que á saltarle después viene.

Muchos de los guerreros atrevidos
Están en el negro aire peleando,
Como las sueltas aves, suspendidos,
Globos de fuego con rigor tirando;
Otros, de saña y cólera encendidos,
Así se arrojan al contrario bando,
Como cuando el nobil se precipita
Contra la garza, á quien la vida quita.

Pero ya entre las bélicas cuadrillas
Cesa el uso cruel de las saetas,
La espesa tempestad de las cuchillas
Convertidas en pálidos cometas;
Que el que defiende las doradas sillas
Del cielo, que hoy al hombre están sujetas,
Ya la espada inmortal que fuego llueve
Contra el ángel soberbio en alto mueve.

¡Oh musa! mi causada voz esfuerza,
A su furor igual furor me inspira,
Para que yo cantar pueda la fuerza
De este fiel capitán, bañado en ira.
Luzbel la rabia y el rancor refuerza
Cuando á Miguel delante de sí mira,
Y mientras los dos entran en batalla,
El cielo atento y espantado calla.

Del primer golpe, el Marte soberano,
Con la espada de fuego vengativa,
Hiriendo en la cabeza al monstruo insano,
Lo desvanece en su arrogancia altiva;
Y juntamente la invencible mano
Venciéndole, del cielo le derriba,
El cual huyendo por el aire vino
Como tempestuoso torbellino.

Toro, que de la tierra las arenas
Furioso con los piés esparce al viento,
Aquilon, que los árboles y antenas
Rompe, bramando con rabioso aliento;
Rayo, que de las torres las almenas
Derriba con estrépito violento,
Terremoto, que causa horror terrible,
No deben compararse al monstruo horrible.

Y cual de tempestad Boreas armado,
Que habiendo los vapores de la tierra
Con suspiros en piedras congelado,
Amenaza á las selvas cruel guerra;
Mas si se encuentra con Eólo airado,
Huye, y la boca sopladora cierra;
Así, lleno de rabia el ángel fiero,
Al momento huyó del fiel guerrero.

Corren tras él las infernales huestes
Precipitadas al oscuro averno,
Y el negro Rey de las tartáreas pestes
Dice, vuelto á la turba del infierno:
«No os afijais, espíritus celestes,
Porque de nuestro atrevimiento eterno
Siempre nos quedará perpetua gloria,
Aunque del enemigo es la victoria.»

Dijo, y las tristes sombras en pitones,
En centauros y esfinges se volvieron,
En harpías, quimeras, gértones,
Y al cavernoso abismo descendieron;
Entre tanto, los justos escuadrones,
Acompañando al gran Miguel, subieron
Al trono de alma luz resplandeciente,
Y gracias dan al Padre Omnipotente.

DIA SEGUNDO.

Padre de la inmortal sabiduría,
Fuente de donde eterna la luz mana,
Tú, que la luz criando, nombre al día
Impones de la tarde y la mañana;
Y el agua, que á la tierra sumergía,
Con tu voz dividiste soberana,
Mi ingenio alumbra para que yo pueda
Cantar del mundo la estrellada rueda.

Habiendo el Sumo artífice formado
Del orbe celestial la excelsa cumbre,
En medio de su círculo asentado
De la tierra la dura pesadumbre,
Las confusas tinieblas esgombrado
Del caos oscuro con la clara lumbre,
«Hágase, dijo, el alto firmamento
Y divida del agua el elemento.»

El cielo fué formado al mismo instante,
Firme en su asiento y fuerte en la carrera,
Porque al girar á otro cualquier errante
Sea cual ley y guía verdadera;
Y con su cuerpo válido y prestante
Fue dividida la bañada esfera;
Unas aguas en lo alto se pararon,
Otras sobre la tierra se quedaron.

Dios á este globo dió por su firmeza
Nombre de firmamento, cuya traza
Guarnece á toda la inferior grandera
Del universo que en contorno abraza;
Como la inexpugnable fortaleza,
La cual batir el enemigo traza,
Que fabricada en circular figura,
Sus plazas fortalece y asegura.

Y como con antorchas abrasadas
Ciñe la grande redondez al suelo,
Gran suma de las aguas derramadas
Pase el eterno Padre sobre el cielo,
Para que de las llamas levantadas,
Templando el fuego ardiente con su hielo,
Los varios astros hagan la influencia
Que ordenó la divina Providencia.

Estas aguas, mezclando sus corrientes,
Segun es fama, con el mar profundo,
Cubriendo las montañas eminentes,
Habrian anegado el bajo mundo,
Si el antiguo Noé y sus descendientes,
Triunfando del piélago iracundo,
No hubiesen en su nave toda suerte
De animales librado de la muerte.

Luego que fueron dentro, Eolo encierra
Al claro Boreas en prision oscura,
Que los soplados con rigor destierra,
Descubriendo del sol la lumbre pura;
Y junto con el Noto desencierra
Al Austro insano de la cárcel dura,
Para que ambos, corriendo á rienda suelta,
Nubes engendren en la aérea vuelta.

Salen hiriendo el uno y otro viento
Al aire con suspiros bramadores,
En cuyas frentes hacen triste asiento
Negras exhalaciones y vapores;
Comienzan á turbar con el aliento
Del furioso Océano los humores,
Vertiendo fuentes, caudalosos rios
Con duros soplos de los ceños frios.

Hinchanse los arroyos espumosos,
Ensanchanse las bocas de las fuentes,
Y corriendo sin freno impetuosos,
En mares se convierten los torrentes;
Anéganse los prados deleitosos,
Perecen en los sulcos las simientes,
Quedando de los rústicos arados
Sin premio los trabajos tan llorados.

Neptuno, rey del piélago marino,
A la tierra hirió, y ella temblando,
Descubrió de las aguas el camino,
Lagos y rios de temor sudando;
Cada arroyo á hacerse un Ponto vino,
Los árboles y casas derribando,
Y aunque de nuevo tantos mares nacen,
Un Océano solo todos hacen.

El delfín, la tramielga, la ballena,
La trilla, la merluza plateada
Vueltas van dando adonde Filomena
Cantando en dulce son hizo morada;
Entre mansas ovejas la hiena,
Que es semejante al lobo cruel, nada;
Y junto con el tímido cordero,
Lejos de acometerle, el leon fiero.

Los unos de los miseros humanos
Al impetu espumoso resistiendo,
Sobre las selvas y anegados llanos
Con los brazos las aguas van rompiendo;
Pero los golpes de Neptuno insanos
Los cubren, que á gran furia van creciendo,
Quedando con muerte húmida hinchados,
Sobre las altas ramas sepultados.

Otros sobre las torres y las villas
Que las crecidas olas inundaban,
En vano con esquifes y barquillas
Los campos del Océano sulcaban;
Y entre tan lastimosas maravillas,
Las infaustas hermanas, que no usaban
Para dar muerte de unas armas solas,
Solo ya matan con las ciegas olas.

Muere todo animal, perece cuanto
A sus pechos la antigua madre cria:
La sancta nave asegurada en tanto
Sobre el soberbio mar camino abría;
Que en la tormenta del mayor espanto,
Era su marinero y su fiel guía
Su amiga estrella, y verdadero polo
Del mundo el Padre omnipotente solo.

Al fin, después de estrago tan terrible,
El sumo Dios, de piedad movido,
Manda que suene la trompeta horrible
A retirar las aguas en su nido;
Ellas luego la cólera insufrible
Enfrenan en oyendo el gran sonido,
Y del tiempo veloz en poco estrecho
Se recogieron en su antiguo lecho.

De los rios los rápidos raudales
Se humillan, y á entrar vuelve el Océano
En su cárcel estrecha de cristales,
Descubriendo el lodoso monte y llano;
Entonces á los orbes celestiales
Mostró la tierra el Padre soberano,
Donde se ofrezca á su poder inmenso
Sobre aras inmortales grato incienso.

Mucho de mi propósito te olvidas,
¡Oh musa mía! Vuelve atrás el paso,
No te aneguen las aguas atrevidas
Al retirarse en el salado vaso;
Y pues entre las luces encendidas
Naciste del olimpo claro y raso,
Dime de qué materia su grandezza
Formó al principio la divina alteza.

Del veloz cielo la circunferencia
En torno con perpetuo movimiento
Es una incorruptible y quinta esencia,
Sin tener parte alguna de elemento;
Porque vemos los dos con evidencia
De los cuatro subir cada momento
A su esfera, y bajar, por el contrario,
A su centro los otros de ordinario.

A los cuerpos compuestos de la tierra,
Del mar, del aire y fuego en prisión dura,
Siempre una interna y continuada guerra
Altera, mata, aviva, aumenta, apura;
Y en todo cuanto dentro de sí encierra
El círculo de Cintia, jamás dura
En un mismo sugeto forma alguna
Sin menguar y crecer como la luna.

Pero el orbe celeste siempre parte
Por un propio camino, regulado
Con una propia línea, curso y arte,
Movido con un peso no pesado,
Sin jamás á la baja ó alta parte
Inclinarse ó al siniestro ó diestro lado;
Y aunque en los años crece, nunca crece
En cuerpo ni en vigor, ni se envejece.

Fué cuestión entre muchos ventilada,
Dudando cuántas ruedas inmortales
Esta máquina en arco levantada
Abraza dando vueltas desiguales;
Es opinión de algunos aprobada
Que del mundo los globos celestiales
No son mas que uno, que uno aprehendemos
Cuando al cielo los ojos extendemos.

Porque en sus varios cielos las estrellas
Hasta la misma del dorado Apolo,
Las que derraman rayos y centellas
Parece que en un orbe asisten solo;
Y así afirmaron que las luces bellas
De los planetas y encumbrado polo
En un círculo estaban, que el despierto
Sentido de la vista es el mas cierto.

Otros en ocho palcos dividían
Esta fábrica excelsa, conociendo
Que los planetas sus mudanzas guían,
Variamente en contorno revolviendo;
Que los topacios que resplandecían
En el octavo asiento iban corriendo
En breve espacio, desde el Oriente
Hasta la opuesta parte de Occidente.

Otros, viendo que el gran giro abrasado
En claras llamas de la firme esfera,
Al Euro desde el Céfito templado
Movía perezoso la carrera,
Sin el curso veloz y arrebatado
Con que acaba de dar la vuelta entera,
Con mayor diligencia discurrieron,
Y al octavo el noveno orbe añadieron.

Otros, las fijas lumbres observando,
Vieron que el firmamento trepidaba,
Que del sublime polo declinaba
Al Antártico bajo se inclinaba;
El cual después, como titubeando,
Del Austro al Aquilon se desviaba,
Y como un cuerpo un moto solo tiene,
Añadir otra redondez conviene.

Otros con experiencia cuidadosa
Hallaron que inclinando al Mediodía
Como balanzas, desde la fría Osa
El circular ornato se movía;
Y que desde la zona calurosa
Se libraba también hácia la fría;
Con que nos fuerzan á que concedamos
Once cielos los astros que miramos.

De todos estos globos, el primero
Es el oncenno, que desde el Oriente
Con paso simplicísimo y ligero
Corre en veinte y cuatro horas á Occidente;
Y á todos los demás el curso entero
Hace dar revolviendo fuertemente;
El décimo de un Norte á otro con pausa
De libracion su moto propio causa.

De libracion tiene otro movimiento
Fuera de los dos dichos el noveno,
Que con los mismos polos hace asiento
Y eclíptica debajo del deceno;
Con moto desigual y nacimiento
En el círculo décimo ó oncenno
De su Ecuator cortado comenzando,
Al negro Ocaso va titubeando.

Sin los tres movimientos superiores
Hacen su tarda vuelta las estrellas
Desde Occidente hácia los resplandores
Que el alba muestra en sus mejillas bellas;
Destas las demás ruedas inferiores
Al correr menos perezosas que ellas,
Naturalmente van desde el Ocaso
Contra el Aurora con desigual paso.

Del mundo la mas rica arquitectura,
La rueda de los cielos mas hermosa,
El sumo cielo, ardiendo en lumbre pura,
Sobre toda esta máquina reposa;
Donde entre flores para siempre dura
La primavera fértil y olorosa;
A las plantas que en fruto inmortal crecen,
Rios de dulce néctar humedecen.

Allí ante el soberano acatamiento
Goza el justo del premio merecido;
Allí Cristo á la diestra tiene asiento
Del Padre, en torno de ángeles servido,
Y de las almas que con tan sangriento
Y pio sacrificio ha redemido,
El cual volando con divino vuelo,
Llevó la humanidad consigo al cielo.

Debajo destas ruedas celestiales
Paso de Dios la poderosa mano
Los varios elementos, de los cuales
Toma principio todo el gremio humano;
Las aves, los terrestres animales,
Aquellos que apacienta el Océano,
La tierna yerba, la pequeña planta,
La que sobre el puro aire se levanta.

Y aunque perecer vemos y deshechos
Estos cuatro elementos, permanecen
Eternamente mientras sus derechos
Administran pidiendo y dando ofrecen;
A cuyas leyes y infalibles hechos
Al punto los que nacen obedecen,
Y todos cuatro, unidos y concordados,
Hacen efectos varios y discordes.

Destos el aire y fuego rodeando,
Van al mar y terrena pesadumbre;
El fuego al cielo se subió, tocando
De la etérea region la primer cumbre;
Donde al dorado alcázar forma dando,
Los muros fabricó de clara lumbre;
El aire, que sustenta al mismo fuego,
Tomó junto á su estancia asiento luego.

Prostró su cuerpo la region tercera,
La carga de los hombres esparciendo
Sobre su amada y dura compañera,
Que con bañados brazos va ciñendo;
La cual fué en medio de la suma esfera
La pendiente figura descubriendo,
Y es con ser medio del etéreo mundo,
Del orbe universal lo mas profundo.

Quedó firme, y cayendo á cada lado
Del mundo, ordenó Dios que no cayese;
Que si por suerte el círculo pesado
De la tierra suspenso no estuviere,
Fuera imposible andar el sol dorado
A Ocaso, y que á nacer después volviese,
Ni el astro que á la bella Aurora guía
Nos avisara que se acerca el día.

Cuanto corre y arrastra, vuela y nada
Sustenta sobre el bulto grande y grueso
La tierra, y fué de sí cosa acertada
Ser natural y propio contrapeso,
Para que con su peso sustentada,
Resistir pueda solo con su peso
De Neptuno las fieras ondas locas,
Del Austro y Bóreas las airadas bocas.

Convino que su globo ponderoso
Léjos esté del apartado cielo,
Porque no arrebatase presuroso
El primer móvil con su curso al suelo;
Como al aire y al fuego luminoso
Que desde Oriente con ligero vuelo
Y á gran parte del mar violentamente
Lleva sin resistencia al Occidente.

Así no podía estar en otra parte
Mejor la tierra que en lo mas profundo,
Porque el orbe estrellado y el de Marte
Y otro cualquiera del etéreo mundo,
Su influjo poderoso envia y reparte
Sobre el primo elemento y el segundo,
Piélagos ondoso; mas su virtud alta
En la tierra se va á juntar y esmaltar.

Como Apolo con rayos penetrantes
Del vidrio frágil al cristal traspasa,
Así al aire, á las playas ondulantes,
Al elemento líquido que abraza
De las estrellas en su curso errantes,
Y de las fijas el influjo pasa;
Mas no del cielo al denso y firme centro,
Aunque su virtud obra fuera y dentro.

Mas deja por ahora ¡oh musa mía!
El tratar de las aguas y la tierra,
Que el Padre eterno, que los astros guía,
A los vientos las bocas abre y cierra;
Apartará después al nuevo día
Estos dos cuerpos de su unida guerra,
Adornando las ásperas montañas
De selvas y de flores las campañas.

Rompe el cielo con tus alas ventosas,
Que ahora tienes tiempo, aunque no espero,
Sin miedo de las ondas espumosas
Y de la region pura el ardor fiero.
Llegar sobre tus plumas vergonzosas
Del sutil aire al círculo primero,
Porque infunde temor en mi memoria
Del atrevido Icaro la historia.

Como al cóncavo toca el fuego ardiente
Del primer orbe con su lumbre pura,
En lo convexo necesariamente
Tiene su cuerpo circular figura;
Y porque en alto parten igualmente
El fuego y aire de la tierra dura,
Estambien en lo concavo rotundo,
En lo convexo el aire imita al mundo.

El mas alto elemento, desde arriba
Sacudiendo las alas abrasadas,
Con su calor elemental aviva
Las cosas destruidas y acabadas;
Como cuando el cruel invierno priva
De su fuerza las selvas despojadas,
Que después cobran la virtud perdida
Del año alegre en la estación florida.

Pero si la virtud al calor falta,
El mismo humor se gasta y se resuelve,
Como cuando del aire el agua falta,
Que sobre la espigada haz se envuelve;
Al agua que cayó de la nube alta
El calor encerrado en humo vuelve,
Y detenido en los conductos vanos
Padre y deshace los dorados granos.

Tambien los aliviana y aligera
Sobre las cañas donde el fruto carga;
Que mientras gasta la encendida esfera
En su humedad á la bañada carga,
La espiga pierde la sustancia entera,
Y el calor su abrasada fuerza alarga
Contra la humedad misma, á quien da muerte,
Porque en humo la muda y la convierte.

De aquí nace que cuantos animales
Del Océano habitan las arenas,
Los brutos y linajes racionales,
Aves, serpientes de ponzoña llenas,
Son mas livianos cuando los vitales
Espíritus se vierten por sus venas,
Por el calor en ellos esparcido,
Que no cuando el anhélito han perdido.

Y el hombre de la hambre asediado
Con fieras asechanzas, si deshace
Y vence con el pasto deseado
El asedio que dentro de sí yace;
Por el calor, que en él está encerrado,
De la confortación mas leve se hace,
Que no cuando la hambre le acomete
Y á sus golpes rendido se somete.

El aire, sin el cual nadie respira,
Recibe en sí y fomenta los vapores,
Exhalaciones que la tierra espira,
El mar exhala y rios corredores,
Con sosiego esparciendo y ya con ira
De los senos los cálidos humores,
Convertidos en agua, nieve, hielo,
Y en aljofar, que argenta al fértil suelo.

Cuando el vapor sutil, húmido y frio
En alto poco á poco se va alzando,
Mas no tanto, que adonde asiste el frio
Llegue, á su duro hielo penetrando;
Este espíritu en líquido rocío
Baja al suelo si el Austro va soplando
Con blandura, y también la noche umbría
Dulce serenidad al mundo envía.

Mas cuando el sol, de fuego rodeado,
El rostro del león Nemeo enciende,
Y con su aliento seco y abrasado
La tierra en varias partes se abre y hiende,
El vapor tierno, en alto levantado
Y con llamas herido, si le ofende
El frio penetrante, en grandes gotas
Al suelo baja de las nubes rotas.

Si sobre la frondosa y verde cumbre
De algun árbol se asienta perezoso,
Y de sus rayos con la muchedumbre
Le penetra el planeta mas hermoso,
Siendo cocido con la inmortal lumbre,
Hurta y usurpa del panal sabroso
El color y el sabor desde su asiento,
Dando al hombre suave nutrimento.

Mas si el vapor tan raro y sutil fuere,
Que del formar el agua no se pueda,
Y con el presto vuelo solo hiere
La superficie de la inmóvil rueda,
La claridad del cielo al punto muere;
Una espesa y bañada niebla queda
En el aire mas bajo, y perezosa
Sobre las playas húmidas reposa.

Pero si este vapor tan tenue pudo
A la estancia llegar del triste invierno;
Mientras arriba está raro y menudo,
En nube lo condensa el frio eterno;
La cual herida con el viento crudo
Nada allá arriba; en tanto el vapor tierno
En caudalosas ondas se resuelve,
Y al seno de su antigua madre vuelve.

Suelen tambien las nubes congelarse
Con el rigor del insufrible hielo;
En aquel punto vemos realizarse
Helados copos del turbado cielo,
Los soberbios collados derramarse
Con dura nieve, que el señor de Delo
Deshace con sus rayos, y desata
En arroyuelos de cristal y plata.

Cuando en el seno, albergue de humedades,
Reciben el vapor que en alto vuela,
El cual del aire con las frialdades
Poco á poco se aprieta y se congela,
Le convierten en duras tempestades
El viento y sitio donde siempre hiela,
Las cuales con tal impetu descienden,
Que á las rocas y fuertes robles hienden.

Otras veces, con llamas azotado,
A levantarse poco á poco empieza
Tanto el vapor, que rompe el muro helado
Del frio con su rara sutileza;
Y vencedor del círculo abrasado,
Sube á su inexpugnable fortaleza,
Todo en lúcidás brisas convertido,
Siendo con su humedad propia cocido.

Esta fogosa exhalación, ceñida
En contorno de oscuras guarniciones
Y baluartes, busca la salida
Contra los procelosos escuadrones;
Aumentando la cólera encendida
Por salir de las ásperas prisiones,
Ya se muestra furiosa en los pertrechos,
Ya invencible en las fuerzas y en los hechos.

Con densas puntas la afuñada fuente
Hiere á la exhalacion, la cual temblando,
Se enciende en ira por el cielo ardiente,
Vivas llamas de fuego derretando;
Y cuando muestra la enemiga frente,
Al opuesto escuadron desbaratando
De las cargadas nubes que interrumpe,
Al punto muere y por el aire rompe.

Hace entonces el cielo de su muerte
Con espantoso trueno sentimiento,
Como cuando abrasado el metal fuerte
Se apaga con el húmido elemento;
Otras veces del orbe oscuro vierte
Sin rumor el espíritu violento,
Otras con invisible y presto vuelo
Sube el vapor con gran ruido al cielo:

Este delgado y temerario fuego,
Cuando herido de las nubes hiende
Al turbado aire, con fuñados ciegos,
Y á la tierra con impetu descendiendo,
Antes que se oya el atronado juego
Su luz nos muestra y con el golpe ofende,
Que de la vista el perspicaz sentido
Es mas presto y sutil que el del oído.

Como cuando en la selva ó bosque umbrroso
Corta el villano el roble, que primero
Vemos bajar, del brazo impetuoso
Sobre el tronco robusto el golpe fiero,
Y después el sonido perezoso,
Que del leño sacó el movido acero,
Con gran rumor y estrépito resuena,
El eco en los incultos montes suena.

Y cuando de las nubes esparcidas
Desde muy alto raro el vapor baja,
Volando con las alas encendidas,
Los encuentros mas flacos rompe y raja,
No dejando las llamas impelidas
Rastro de ardor, do tanto el golpe ultraja:
Con tanta sutileza á veces tira
Júpiter rayos provocado de ira.

Mas cuando bate las torcidas alas
Con lento vuelo y con igual violencia,
Y deslizado por las nubes raías,
En duras fuerzas halla resistencia,
Las fuertes torres y soberbias salas
Derriba la violenta pestilencia,
Y con mortal ruína se derrama
Por la ciudad atónita la llama.

Suele tambien con furia arrebatada
Caer de lo alto fuego acelerado,
No hecho de virtud elemental,
Cual rayo de vapores engendrado,
Mas de la indignacion justa y airada
Por castigo á los hombres enviado;
Tanto el mortal linaje á Dios ofende,
Que su misericordia en ira enciende.

Pide consejo á Belcebú Occocías,
Si del enfermo cuerpo el bien perdido
Restauraría, por lo cual de Elías
Con justa causa fué reprehendido;
Hizo al Profeta grandes legacias,
Y el santo respondió al rey fementido:
«Si soy hombre de Dios, llamas descendan,
Que en tí y en tus legados muerte prendan.»

Oye Dios su demanda, y de su esfera
Abriendo el cielo los cerrados senos,
Arroja fuego, cual saeta fiera,
Que del aire caer suele con truenos;
Y hasta los reinos de Pluton impera,
De infernal confusion y azufre llenos,
Los envió sin dejar nadie á vida,
De su pecado pena merecida.

Y de los Sinas entre las regiones,
Ahora en nuestras décadas y edades,
Hubo en tan grande exceso inundaciones,
Que el agua sumergió siete ciudades,
Sin poder con astutas prevenciones
Los hombres excusar sus tempestades,
Sino fué un niño, que sobre un madero
Triunfando salió del lago fiero.

Y porque escapar muchos pretendieron
Las atrevidas ondas, no pudiendo
Huir el rigor justo, perecieron
Con golpe que del cielo bajó ardiendo;
Así, justa sentencia padecieron,
Y justo fué castigo tan horrendo,
Que los que rebuñaban blanda muerte;
Padeciesen después otra mas fuerte.

Como veremos en el día postrero,
Porque menos cruel y riguroso
Fué de las aguas el furor primero,
Cuando el mundo anegaron malicioso;
Que será la ira del incendio fiero,
Que al son de la trompeta temeroso,
Abrazará la esfera dura y densa
Que está en el aire líquido suspensa.

Hay tambien llamas sobre el aire horribles,
Mas de virtud elemental formadas,
Que, aunque no caen de alto con terribles
Terremotos y muertes desdichadas,
Envían torbellinos insufribles
Al bajo mundo, guerras lastimadas,
Tristes sucesos, pestes, tempestades,
Inundaciones y esterilidades.

De sus entrañas un vapor caliente
La tierra exhala de ligero vuelo,
Que siendo arrebatado fuertemente
De los rayos del sol y firme cielo,
A la extrema region seca y ardiente
Llega, escalando del aéreo hielo
Los muros frios, donde en tiempo breve
En fuego se convierte el vapor leve.

Este vapor, segun ha sido unido,
Igual ó desigual en el altura
Del aire, por el círculo extendido,
Volando forma varia la figura;
Que unas veces su espíritu encendido
Columnas ó pirámides figura,
Otras veces esparce de la cumbre
Cenizas muertas, espantosa lumbre.

Cuando imperaba Tito Vespasiano
Se quemó un monte junto á las orillas
Del extendido mar napolitano,
Que piedras arrojó por muchas millas;
Y de gigantes por el aire vane
Aparecieron bélicas cuadrillas;
La tierra descubrió los pechos rotos,
Herida con terribles terremotos.

En sus cavernas cóncavas y heladas
Se sintieron grandísimos rumores,
El aire con las nubes oscurecidas
Quitó á Febo los vivos resplandores;
Dos ciudades quedaron abrasadas;
Y del monte los vientos voladores
Llevaron las cenizas al distrito
De la Siria, del Africa y de Egipto.

Primero que Alarico, rey de godos,
Viniese á Italia, el sol con negro manto
Triste escondió sus resplandores todos,
Escuro el cielo de uno y otro canto;
Y de grandeza en excesivos modos
Derramó el aire con temor y espanto
Granizo espeso, porque á la Osa fria
Un crinito cometa el paso abría.

Cuando de los cabellos espantosos
Rayos esparce la sangrienta estrella.
Sale alumbrando entierros lastimosos
La luz funesta que nació con ella;
Y publicando engaños cautelosos,
Del malo el hombre justo se quarella;
Amenazada la afligida tierra,
Teme el último fin con fiera guerra.

Mas cuando de la larga cola arroja
El globo infausto convertido en brasa,
Purpúreo ardor como el aurora roja,
Las campañas el seco Apolo abraza;
El río, que soberbio, si se enoja,
La tierra inunda, ya sin fuerza pasa,
Y con el fuego, que el cometa atiza,
Se vuelven las ciudades en ceniza.

Del verde ornato el vencedor Vulcano
Priva á las selvas con las llamas fieras;
Y el pino, el fresno, el roble, el avellano,
Encendidas las grandes cabelleras,
En alto envían por el alto vano
A las aves del día pregoneras,
Acostumbradas á habitar las ramas,
Que un tiempo fueron de sus miembros camas.

Viendo secar el Tajo caudaloso
De sus ondas el curso arrebatado,
Y que su cuerpo estaba caluroso,
Quedó todo confuso y espantado.
De sus niñas el coro lastimoso
Con suspiros y llanto porfiado,
Llenó sus cuevas tímidas, mirando
La fuerza ardiente que les va quemando.

Y si el cometa fuere saturnino,
Temblará de su aspecto el triste suelo;
Levantarán horrible torbellino
Los vientos sacudiendo el negro vuelo;
Y prosiguiendo el húmido camino
Las derramadas nubes, desde el cielo
Consumirán con recias tempestades
Las esperadas mieses y heredades.

De los colmos y cimas encumbradas
No verán ya los míseros mortales
Caer las tiernas ramas deseadas
Para sustento de los animales,
Ni de las yerbas secas y cortadas
Las aguas destilar medicinales,
Ni arrancar de la planta conocida
La secreta raíz para dar vida.

Comienza á humear el aire oscuro,
Todo de espesas nieblas rodeado;
Escalando el vapor su negro muro,
Al cielo sube en nubes levantado;
La pestilencial fuerza y aire impuro
Sintió primero el perro avergonado,
Y luego el ave, la carrera facinorosa
Perdiendo de su vuelo, cayó muerta.

El labrador entre los sulcos mira
Los fuertes bueyes sin vigor caídos,
Y el lanudo rebaño, que respira
Apenas, dando está enfermos balidos.
Olvida el jabali cerdoso la ira,
No se acuerda el león de sus bramidos;
Ni al tímido cordero el lobo espía,
Ni la cierva en sus pies sueltos confía.

Entonces la dañada pestilencia
A derramarse en los humanos pechos
Comienza con mayor daño y violencia,
Predominando entre dorados techos;
No hallan á su furia resistencia
Del autor sabio los remedios hechos;
El hombre muestra pálido el semblante,
Entre olas de congojas anhelante.

No permiten sus secos paladares,
Que bajen del estómago al asiento
Los ordenados y útiles manjares,
Poniendo al fiero mal impedimento.
Hiere una áspera tos en los tórax
Y pulmon del enfermo sediento,
Que anhelando despiden, al mal rendido,
Por la boca un espíritu encendido.

Ningún médico fin á su mal pone,
Al prudente varón la arte resiste,
Y el que á sanarlo mas presto se opone,
Aquel le da mas presto muerte triste.
El doliente en beber se descompone,
Pero la sed, que con rigor le embiste,
Primero con la vida es apagada
Que con el agua tanto deseada.

Caen sobre la tierra reclinados
Los míseros mortales, como cuando
Va el pastor en los montes y collados
Los robles de sus frutos despojando,
O el tiempo de los árboles cargados
Las podridas manzanas derribando;
Tanta es la fuerza de la infausta estrella,
Que no hay á veces quien se libre della.

Quando al principio de sus resplandores
Se muestra grande, cual la luna llena,
Lloran los engañados segadores
La vega inútil, en un tiempo amena;
En vano los cansados labradores
De la campaña estéril el arena
Sulcan, guiando los humildes bueyes,
Del duro yugo con las dulces leyes.

Quando la exhalacion enjuta y fria,
Nacida de los húmidos cristales
Del mar, y que la tierra en alto envía,
Con favor de las luces inmortales,
Si del calor resuelta, que el sol cria,
Hiere el aire sutil con los ramales
Del invisible azote, con su herida
Al punto da á los sueltos vientos vida.

Y como tal vapor, estar parado
Por su inquietud no puede un punto solo;
Oblicuo, pereoso, apresurado,
Murmura desde el uno al otro polo,
Desde la Hesperia al círculo abrasado,
Desde el aurora adonde muere Apolo,
Desde la fría guardia del Arcturo
Adonde nace el Euro y Noto oscuro.

Estas cuadrillas de Eolo ventosas
Penetran con suspiros impacientes
Del vasto mar las cuevas espantosas,
Subiendo al polo las onduladas fuentes;
Cuyas fuerzas son tanto poderosas,
Que no solo conturban á las gentes,
Mas haciendo al furioso Ponto guerra,
Alteran con los soplos cielo y tierra.

Los que nacen del sólido elemento
Son flacos al principio, pero aumentan
Después el frío y el vigor violento
Con vapores que arriba se acrecientan;
Como cuando soplando el recio viento
Crecen las llamas que abrasar intentan
Del orbe étéreo la mas alta estrella,
Y su fuego nació de una centella.

Estos correos, que del aire hieden
Los anchos campos con las plantas leñas,
Por todo el mundo la carrera extienden,
Las cuatro partes señalando opuestas:
Y sus diversos nacimientos prenden
Diversos nombres con las alas prestas,
Aunque de un vapor casi semejante
Es su espíritu inquieto y inconstante.

El Solano, que dentro el paralelo
Del Equinocio nace en el Oriente,
Es saludable cuando sobre el suelo
Empieza Febo á levantar la frente,
Y las antorchas del sereno cielo
Apega de sus rayos con la fuente,
Porque el aire sutil, de que proviene,
Templado y tál el aliento tiene.

Y sulcando las playas celestiales
Con el arado de su vuelo, apura
Los turbados y impuros manantiales
Del raudal que hacia el alba se apresura;
Porque con los encuentros orientales
Y con la reflexion templada y pura
Del sol y de los vientos, sus humores
Subtilizan los rios corredores.

El Favonio, contrario del Solano,
Con varias flores á la tierra viste,
Y de la estrecha cárcel al verano
Libra, dando al invierno muerte triste;
Opuesto á Cinosura el Austro insano,
En cuyas cejas niebla espesa asiste,
Al aire con oscuro ceño turba,
Al mar con soplos rápidos perturba.

El Bóreas, que debajo la osa fria
Nieve vertiendo de las alas gime,
Las negras fuerzas que de Mediodía
Publica, el Austro con furor reprime;
Y con el hielo que en su pecho cria,
La superficie de la tierra oprime,
Alterando los cuerpos de los rios
Con sus lamentos y suspiros frios.

Mas nadie entienda que los marineros
En su falso viaje no han hallado
Mas que estos cuatro espíritus ligeros,
Que treinta y dos la aguja ha señalado
De navegar; con que los senos fieros
Rompe el bajel mas flaco al Ponto hinchado,
Y tantos son cuantas exhalaciones
Suben del sutil aire á las regiones.

Pero aunque en tantas partes se divida
Este escuadron, cada uno fuerza tanta
Tiene, que arranca sin que se le impida,
Cuando se enoja, á la mas dura planta;
Suspirando con rabia embravecida,
A veces hasta el cielo el mar levanta,
Y desde el bajo Polo á la Bocina
Las naves mas cargadas avecina.

Con atrevida furia confiados
En los mudables vientos los cosarios,
Si es que pueden estar asegurados
Por ventura en sus ánimos voltarios,
Con los débiles vasos, fomentados
De sus soplos, asaltan temerarios
Las torres de alto berde, y de las ondas
Bajar las hacen á las cuevas hondas.

Mas el eterno Eolo, á quien toca
Dar con su aliento vida á tierra y cielo,
Las alas les ató en la negra roca,
Movido con piadoso y justo celo;
Cuando en defensa de la armada loca,
En el Lepanto sacudian el vuelo,
Adonde del concorde cristianismo
Fué roto el otomano paganismo.

Luego que el Criador omnipotente
Las bocas les cerró, y de todo punto
Sus campos allanó el mar inclemente,
Ya reservados para el triste punto;
Con orden militar y conveniente,
De las escuadras todo el poder junto
De Cários el invicto hijo reparte,
Y contra la turquesca geale parte.

Con los remos y proas azotadas,
En blanca espuma el húmido elemento
Vuelven las fortalezas fabricadas
Sobre el inquieto y fluctuoso asiento;
Y tanto las grandezas torreadas
Se levantan en alto sobre el viento,
Que parecen las cicladas redondas
Que arrancadas sulcando van las ondas.

El enemigo ejército guiaba,
Dispuesto en forma de menguante luna,
Su gran poder, en que pronosticaba
Que iba menguando su cruel fortuna;
Como la misma Cintia cuando daba
Luz sin menguar su rostro en parte alguna,
Y después pierde de la vista cara,
Hecha una corva hoz la virtud clara.

Puesto en frente el infiel campo otomano
Del nuestro, apenas del combate duro
Dando señal, salió del bronce vano
El ronco trueno por el aire oscuro;
Cuando rompiendo el escuadron cristiano
Los extendidos valles del mar puro,
En las armadas huestes del contrario
Embiste con denuedo temerario.

Salen bramando por los huecos caños
De los tiros las balas abrasadas,
Haciendo mas inremediables daños
En las naciones de Levante airadas,
Que no las nubes cuando en tristes años
De impetuosa tempestad cargadas,
De los senos granizo derramando,
Van las doradas mieses derribando.

Con la niebla que en alto el fuego envía
De negro humo, el cielo fué perdiendo,
La clara vista, y al severo día
Volvió en tinieblas el nobiado horrendo;
En las cavernas de la rueda fría
Alborotada del terrible estruendo,
Los espantosos ecos retumbaban,
Que las llamas con impetu causaban.

A cada paso los cerrados pechos
Abriendo el Ponto, heridos y azotados,
Da, todo vuelto en sangre, en sus estrechos
Sepultura á los cuerpos destroncados;
Que con las balas rotos y deshechos
De los metales fuertes y colados,
Sin número caían de la popas,
Y de las proas en espesas tropas.

Mas no por eso la sangrienta guerra
Sobre las ondas oprimidas cesa,
Que con las corvas áncoras aferra
La nuestra en la enemiga armada gruesa;
El uno con el otro bajel cierra,
Y adonde hay mas peligro se atraviesa,
Renovando el feroz juego de Marte
Con ira y rabia de una y otra parte.

Derrámase gran grita y vocería
A este punto por todas las defensas;
En lugar de jugar la artillería,
De todas armas llueven nubes densas;
Y en la nueva batalla que crecía
Por momentos, crecían las ofensas;
Entonces una confusión de espadas
Nació entre picas, petos y celadas.

Reforzando la guerra con la furia
Con que vienen las lluvias de Occidente,
Cuando cargados de bañada injuria
Nacen los cabritillos en Oriente,
O con la que el furioso Noto injuria
A las plantas, vertiendo de la frente
Agua y granizo, y con terrible espanto
Tira Júpiter rayos entre tanto.

Como lobos rabiosos y inclementes
Cuando, saliendo de diversas cuevas,
Dan contra los corderos inocentes,
Haciendo en ellos las hambrientas pruebas,
Así nuestros soldados impacientes
Cobrando á cada paso fuerzas nuevas,
Dentro en los fuertes movetizos saltan,
Y con mortal estrago les asaltan.

Dió á la fiel liga el caso desastrado
El merecido fin de la victoria,
A los infieles el funesto hado
Justo castigo con mortal historia;
El que vivo quedó, desbaratado,
Acrecentando al César nueva gloria,
Huyendo sale por el lago abierto,
A manos del temor ya casi muerto.

DIA TERCERO.

Unos se alegran viendo en corto estrecho
O en extendido y descubierta llano
Al caballo andaluz herirse el pecho
Con el hierro de la una y otra mano;
Y ya al siniestro lado, ya al derecho,
Volver al son del instrumento vano;
Y como el mar ondea bajo y alto,
Tras el doblado paso dar el salto.

Otros de ver los bailes y las danzas
Que el tierno amante por dar gusto inventa
A aquella que con verdes esperanzas
Su corazon mantiene y alimenta,
A quien da el alma envuelta entre mudanzas,
El cuerpo al aire con que se sustenta,
Al firme suelo las ligeras plantas,
Tristes suspiros á las luces santas.

Otros están mirando desde afuera
Las fingidas batallas que de Marie
Representan la guerra verdadera,
Con las hileras de una y otra parte;
Y en los campos labrados de madera
El blanco Rey, que contra el negro parte,
Acompañado del guerrero gremio
Por alcanzar el prometido premio.

Y nosotros ¡la vista no alzaremos
A mirar de los orbes desiguales
Las maravillas que estampadas vemos
En contorno con letras inmortales?
Y en un compuesto ¡no contempláremos
Las hazañas divinas y mortales
Que obró con artificio soberano
Del Padre Eterno la invincible mano?

Tú, Señor, que las aguas dividiste,
A la tierra del peso húmido y vasto
Librando, en firme asiento la pusiste,
Para que diese el deseado paso;
Tú, que sus faldas de árboles cubriste
Y de yerba y de flor su vientre casto,
Haz que de tierra y mar los elementos
Yo pinte con diversos ornamentos.

La mas soberbia roca, cuya cima
Esconde entre las nubes la cabeza,
El alto atlante, que sustenta encima
De la cerviz la celestial grandeza,
Antes que Dios la arquitectura prima
Formado hubiese en circular alteza,
Tenían las espaldas sumergidas
En las aguas que no eran divididas.

Mas cuando de su mano omnipotente,
Como en feudo, el imperio y el gobierno
Del orbe quiso dar liberalmente
Al hombre el justo Rey y Padre Eterno,
Mandó á Neptuno que con su tridente
Abriendo al Ponto el gran pecho paterno,
El ancho y sordo lago recogiese
Y la tierra los hombros descubriese.

De la manera que al teatro ó scena
El extendido velo en torno gira,
Y al tiempo que la cierta señal suena,
Por todas partes se recoge y tira;
La bella obra de pinturas llena,
Que atentamente el pueblo alegre mira,
Nuestra columnas, mármoles, retratos,
Cornijas, bases, varios aparatos;

Así cuando las aguas detenidas
Obedeciendo á Dios se recogieron,
Sus incultas cabezas escondidas
Los collados y montes descubrieron;
Y las mismas que de antes esparsidas
Sobre el confuso caos estuvieron,
Las congregó en su vientre el Océano,
Dejando atrás el valle, el cerro, el llano;

Como cuando las fuentes anubladas,
Rumor vertiendo de los grandes senos,
Inundan las campañas agostadas
Y los valles de seca yerba llenos;
Pero después las ondas derramadas,
Los pasos de espumosa humedad llenos
Retiran hacia atrás, y en breve lecho
A sí propias se sorben en su pecho.

Mas si por tantas partes se esparcian
En el umbroso caos aguas tantas,
¿Cómo á lo bajo aquellas no movían
Desde lo alto las ligeras plantas,
Y al lugar reservado no corrían,
Que eligieron después por leyes santas,
Que es natural al húmido elemento
Descender, y en lo bajo hacer asiento?

Antes que con su mano poderosa
Dios enfrenase la soberbia fiera
Del Oceano y rabia impetiosa,
A esta rueda faltaba la carrera.
Porque era una laguna perezosa
Naturalmente la bañada esfera;
Pero al punto que oyó el Verbo divino,
Por los campos corriendo abrió camino.

PE-II.

Como en las calles ó extendidos llanos
Los mozos señalados y desnudos
Cuando oyen la señal, sueltas las manos,
Corren con fuerza arrebatada agudos;
Y levantando con los piés livianos
Nubes de polvo espesas, sufren mudos
Un temor en los rostros manifestado,
Hasta alcanzar el rico don propuesto;

Privan los soplos del hinchado Noto
A la region salada del sosiego,
Y su fingida paz con terremoto
Truecan en rabia y belicoso juego;
Con obstinada furia y alboroto
El negro Ponto de soberbia ciego,
Sobre los aires sus grandezas mide,
Y al triste navichuelo el paso impide.

Los afligidos pescadores, viendo
En las cerradas aguas descubierta
El simulacro de la muerte horrendo,
Al vivo día entre tinieblas muerto,
Llaman á Cristo con mayor estruendo
Que mueve el mar de tempestad cubierto,
Para que refrenase su ira brava,
El cual dormía y vigilante estaba.

Despierta Cristo, y viendo la mudanza
Del piélago con impetu bramando,
Le rompe al punto la feroz pujanza,
De suerte tal con su palabra y mando,
Que nunca tuvo el Ponto tal bonanza
Ni el tiempo se mostró jamás tan blando,
Ni el céfiro sopló mas suavemente,
Ni las ondas alzaron mas la frente.

Pues si los montes de humedad preñados,
Que en alto levantó con saña fiera
Neptuno, y á los vientos enojados
Con su palabra Dios quieta y modera,
Y esgombrando los concavos nublados,
Del cielo descubrió clara la esfera,
También hará correr con presto curso
De las paradas ondas el concurso.

Y así, en diciendo el Rey del firmamento:
«El agua en los abismos derramada
Se junte en un lugar», luego al momento
Obedeció al precepto apresurada;
Y el bañado y solícito elemento
A la tierra en sí misma sustentada,
Con torcido viaje y con revueltas
En contorno cercó y oblicuas vueltas.

¡Oh desconocimiento conocido
Del humano linaje, que inclinando
Los cuerpos insensibles el oído
Al mandato de Dios su ley guardando,
El hombre racional, cuyo sentido
El moto de los cielos alcanzando,
Penetra lo mas íntimo, sin seso
La cerviz huye de tan dulce peso!

Sus entrañas abrió piadosamente
Para dar paso enjuto al pueblo hebreo,
Sustentando en el aire transparente
Las caudalosas venas Eritreo;
Con que hizo al Jordán de su corriente
Volver atrás el húmido paseo,
Y al gran Moisés mostró abierto el camino,
Que la naturaleza á cerrar vino.

Y cual toro corrido y acosado
Del irlandés ó del español perro,
Que herido del uno y otro lado
De la garrocha con el duro hierro,
Levantando en el coso alborotado
En alto la cerviz y áspero cerro,
Los pasos poco á poco atrás retira,
Para partir después con mayor ira;

Así cuando el varón fiero en semblante
Mas que el mar, encendidas las mejillas
Con su gente pasar quiso adelante,
Viendo enjutas y abiertas las orillas,
El retirado Ponto al mismo instante
Con fuerza caminó, y á las cuadrillas
Y cruel capitán dió sepulturas
En sus cavernas cóncavas y oscuras.

Pero Dios, porque fuese mas hermoso
El bajo mundo y mas rico de dones,
Hizo que el mar, que con su giro ondoso
De la tierra humedece los terrones,
Ya con viaje oblicuo y tortuoso
Bañase sus confines y cantones,
Ya en forma de geométricas escuadras,
De figuras esféricas y cuadras.

Como del ancho Nilo la profunda
Corriente en varios cuerpos se reparte,
Cuando los campos fértiles inunda,
Que aquí se junta y acullá se parte,
Allí corre derecho, allá asegunda
El natural triángulo á otra parte,
Y revolviendo por los valles, juega
Fertilizando la agostada vega;

Tal es el lago que desde Occidente
Humedeciendo viene al Mediodía,
Por templar el calor del Cancro ardiente,
Dando vuelta después á la Osa fría;
Por medio de la tierra al Oriente
Sus olas de la opuesta parte envía,
Por cuya media division el hombre
De mar Mediterráneo le dió nombre.

Deste gran seno las profundas venas
Que se derraman por la antigua Esperia,
Primero que á otra tierra las arenas
Hacia el Siroco bañan de la Iberia;
La cual porque habitaron sus almenas
Los celtas, la llamaron Celtiberia,
Y pasando las aguas adelante,
Los mallorquines ciñe en el Levante;

A quien liga con grillos de cristales,
Como en prision la fugitiva onda,
Porque extendiendo en alto los ramales
De la torcida y espantosa honda,
Que al despedir la piedra da señales,
Temblando de temor, la esfera honda,
No maten con el golpe duro y cierto
Todas las aves en el aire incierto.

Tal es el campo líquido y salado
Que sustenta las tierras de Marsilla,
Que en Italia Tirreno fué llamado,
El Siculo, que templea de Sicilia
El promotorio adusto y abrasado,
De donde sin correr parte á Sicilia,
Y extendido por Creta, el gran distrito
Riega y mitiga del ardiente Egipto.

Con diferentes giros y revueltas
Saliendo de Helesponto, abre camino
Contra Aquilon, que con las alas sueltas
Rompe el grueso bajel de roble ó pino,
Pero junto á la Grecia dando vueltas
En el profundo Ilirico vecino,
Recogiendo las venas en su pecho,
Se retira, formando un corto estrecho.

Desta pequeña boca serpeando,
Sale el abierto Ponto contra Oriente,
Y aunque tuerce el camino, está mirando
Siempre al Euro y al Bóreas juntamente;
Y como posada tierra va arrastrando
Con viaje torcido la serpiente,
De tal manera el Océano infido
Camina flexuoso y retorcido.

Hacia el rigor del Arctos penetrante,
Sobre las vastas ondas levantado,
Después muestra la frente semejante
Al ariete, el promontorio helado;
De donde mira el frio navegante
Los dos mares del piélago hinchado,
Que en su vuelta á la cuerda se parece,
Que las puntas del arco fortalece.

Otros senos tambien este mar tiene,
Que con secretas y abundantes venas
Bañando las campañas, las mantiene,
Propincuas á sus ásperas arenas,
Y con sus fuerzas el furor detiene
A las escuadras de soberbia llenas,
Poniendo freno á su obstinada furia,
Fundada en ambición y atroz injuria.

Riegan tambien á la preñada tierra
El agua mansa y el inquieto río,
Que por quelebras inciertas juega y yerra
Con burlador y bullicioso brío;
El gran torrente, que de la alta sierra
Despeñado, quebranta el humor frío,
Y la veloz carrera va parando,
Cansado de correr de cuando en cuando.

A la famosa Ménfis humedece
El Nilo, levantando su ribera
En alto contra el Cancro, cuando crece,
Y los pasos al Bóreas acelera;
Las provincias por donde se aparece,
Jamás vieron humilde su carrera,
Cuyos grandes principios y cabeza
A pocos descubrió naturaleza.

Contra Siria con furia arrebatada,
Del paraíso el suelto Tigris nace,
Y las piedras con fuerza no domada
Revolcando en sí mismo las deshace,
A quien llamó saeta acelerada
Perala, por el veloz curso que hace;
El cual después, el acerado enojo
Templa en el ancho lago del mar Rojo.

Con el Tigris Eufrates es nacido,
Rico de joyas de una propia fuente;
El Araxes con impetu atrevido
Baja de Armenia contra su corriente;
En cuyas hondas cuevas sumergido
Fué de Alejandro el fabricado puente
De robles duros y de gruesos pinos,
Traídos de los montes convecinos.

El venturoso Libano descansa
Sobre los hombros del Jordan hermoso,
Que al judío con senda clara y mansa
Divide del arábigo oloroso.
Y á do la furia, el mar muriendo, amansa,
Viene á parar su curso milagroso,
Por quien el hombre restauró la vida,
Que por la inobediencia fué perdida.

¡Oh mas que los demás privilegiado.
Que ante el pueblo de Dios, Jordan, te abriste,
Y por su fiel amigo declarado,
Del tierno pecho sabidor le hiciste,
Al cual en tus orillas congojado,
Entre las aguas paso enjuto diste;
Y de los justos Eliseo y Elías
Dieron entera fe tus ondas frías!

Tú solo mereciste y alcanzaste
Sanctificado ser, cuando la viva
Y limpia carne del Señor bañaste,
Que te dió fuerza regenerativa;
Tú nuestra mancha original lavaste,
Con que el alma dejó de ser cautiva,
Cuando en tus brazos el Redemptor mismo
Ordenó el Sacramento del bautismo.

El Ebro de su nombre señaladas
Deja las tierras, que soberbio baña,
El Bétis entre olivas plateadas
Tíñe las blancas lanas en España,
Do el Tajo vierte entre olas azotadas
El oro, que en sus cuevas acompaña,
Cuyas riberas los caballos pacen,
Que de las yeguas y el Favonio nacen.

Unas veces, en lagos caudalosos
Extiende Guadiana el grande lecho,
Otras, los senos blancos y espaciosos
Por extremo reduce en corto estrecho,
Y del todo en sus valles deleitosos,
Cosa maravillosa, esconde el pecho.
Después naciendo, por mirar sus prados
De olorosos matices adornados.

De las cumbres de Soria derivando
El Duero su veloz curso acelera,
Varias fuentes y ríos tropellando,
Hasta que acaba su raudal carrera;
El Miño con voraz boca usurpando
El color al pimienta y roja cera,
Bajando de los montes leoneses,
Los gallegos divide y portuguesas.

El claro Tórmes, argentado río,
Con su plata las márgenes matiza,
Y á despecho del hielo y duro frío
Los castellanos valles fertiliza;
De sus cristales con el humor frío
Los ingenios aclara y sutiliza
En la universidad salamantina,
De ciencias y de sabios oficina.

El Jereño con ímpetu se arroja
De los riscos de Bejar y la vega
Florida de mi patria después moja,
Cuya fábrica antigua á besar llega;
Por donde la veloz carrera aflaja,
Con que sus huertos y jardines riega,
Y verlo hinchado en mis veranos quisiera
Tanto, que el mundo su corriento oyera.

También la grande y seca tierra bebe
Del Océano inmenso las corrientes,
Que el mismo por ocultas partes mueve,
Sorbiéndose de nuevo los torrentes;
Y sin temor mi pluma no se atreve
Contar sus maravillas excelentes,
Que increíbles á muchos son, y tanto,
Que entre dudas les ponen grave espanto.

Cuando el dorado sol cubriendo el suelo
Con nueva luz, señala al Mediodía,
Venice á la nieve y al rigor del hielo
De Júpiter Amon el agua fría;
Pero cuando la noche desde el cielo
Su resplandor oscuro nos envía,
Y la cándida luna resplandece,
Cual suele al fuego, al punto hierve y cuece.

Si algun pastor, que el tierno pensamiento
Al blando yugo del amor inclina,
Esparce el son del rústico instrumento
Al aire, en las riberas de Eleusina,
Ella, al compás del amoroso acento,
Se alegra y bulle, cosa peregrina,
Y va de punto en punto saltos dando,
Una y otra cadencia segundando.

Hay en Canarias una dulce fuente
Que brota sobre el aire, y se levanta
El natural humor de su corriente,
De los continuos llantos de una planta,
Que de los brazos y de la ancha frente
Está vertiendo en abundancia tanta
El suave licor, que la sed quita
De la gente que en entorno della habita.

En el Perú dorado negra brea,
En lugar de cristal corriente nace,
Con la cual el cascado bajel brea
El piloto y de nuevo le rehace;
Un río en la Beocia, de la idea
Al triste que del bebe, borrar haco
Las efigies pintadas en la tabla,
Donde callando, la figura habla.

Cierto arroyo en Sicilia fertiliza
Al impotente, que sus venas prueba,
Otro, en su competencia, esteriliza
Al que de fértil complexion dió prueba;
En Egipto la antorcha muerta atiza
Hoy un lago, y su oculta luz renueva,
Y renovada, si después le toca,
A morir en sus ondas la provoca.

Yo sin duda tan raras experiencias
Diría que eran fábulas y errores,
Si con averiguadas apariencias
No lo afirmaran doctos escriptores;
A los cuales se debe por sus ciencias
Dar crédito, y efectos no menores
Vamos cada momento en aguas varias,
Que no admiran, por ser tan ordinarias.

Como son las corrientes manantiales,
Nacidas en los llanos y en las cumbres,
Que corriendo por venas de metales,
De tépidos azufres y de alumbres,
Libran con sus virtudes naturales
Al enfermo de tristes pesadumbres,
Envejecido con crueles daños,
En el abril de sus floridos años.

Todas pues estas fuentes y arroyuelos,
Ya estén lejos del Ponto, ya vecinos,
El vaporoso humor que de los cielos
Vierten las nubes entre torbellinos,
Los raudales torrentes y los hielos
Deshechos en los Alpes y Apeninos,
Siguiendo del Señor el estatuto,
Llevan al mar el húmido tributo.

Mas, crecer no le hacen una gota,
Ni los pasos mover mas adelante,
Aunque las aguas, que la tierra brota,
Aumentase el invierno cada instante,
Y de la nieve quebrantada y rota,
Con el ardor de Febo penetrante,
Sobre las cimas de los montes fríos
Naciesen cada punto inmensos ríos.

Que cuando los espíritus de Eólo
Las alas con furioso ímpetu baten,
Y entristeciendo el rostro al rubio Apolo,
Con el hinchado plélagos combaten,
Levantando las olas hasta el polo,
Que después al profundo infierno abaten,
Con tan gran tempestad Neptuno apenas
Cubre de sus riberas las arenas.

Que en sí mismo su cólera quebranta,
En blanda espuma su furor convierte;
En alto las montañas, que levanta,
Desde los astros esparcidas vierte;
Tanto dominio tiene la ley santa,
Que Dios impuso al Océano fuerte;
Pero también su indómita braveza
No contradice á la naturaleza.

Porque los escuadrones voladores
De Hipotades, el sol resplandeciente,
Que con suspiros y con resplandores
Purgan al Ponto la bañada frente,
Siempre están enjugando los humores,
Que recogiendo van naturalmente
De la rociada tierra y aire oscuro,
Que le ofrecen después por censo y juro.

De la suerte que el hombre, siendo herido
De calentura en el inquieto lecho,
Se retira y alarga, y afligido
Vuelve y revuelve el abrasado pecho;
Así con parasismos sacudido
El mar, ya bajo, ya alto, ya deshecho
En blanca espuma, encrespa la ribera,
Moviendo siempre la bañada esfera.

Como cuando con soplos arrogantes
El Bóreas, esgombrando los nublados,
Lucha con las alturas tremolantes
De los bosques frondosos y acopados;
Pero también los círculos errantes
Hacen que los confines usurpados
A la arenosa tierra restituya
Neptuno, y que cobarde della huya.

Y sin errar su movimiento incierto,
Sigue el oblicuo giro y ordinario
Del sol, el concertado desconcierto
De los cielos, en su curso contrario;
Pero principalmente el error cierto
Del mas propincuo, mas veloz y vario,
Y de las ondas la materia fría
Crece y mengua seis horas cada día.

Al tiempo que del rostro luminoso
A descubrir comienza las mejillas
Cintía á la dura tierra, el globo ondoso
Con blanca espuma argenta las orillas,
Y aumentando las fuerzas, victorioso
Viene con sus embates á cubrirlas,
Hasta que al medio globo la gran diosa
Sobre su carro sube presurosa.

Si desde el alto asiento despeñada
Viene á morir al inclinado ocaso,
El mar de la ribera golpeada
Poco á poco retira atrás el paso;
El cual también con furia arrebatada
Vierte las aguas del redondo vaso,
Y á crecer vuelve cuando á la otra gente
Muestra la luna altísima la frente.

Pero cuando después hacía el Levanto
De nuestro Oriente la carrera inclina,
El Ponto, sin pasar mas adelante,
Con temeroso paso atrás camina;
Y con humilde y tímido semblante
Viendo que la bafiada ira declina
De las ondas, con ellas atrás vuelve,
Y en su mudable pecho las resuelve.

Aunque no todo mar la rabia aumenta
Por una misma ley ó debilita,
Cuando su resplandor Cintia acrecienta,
O de su rostro el sol la lumbre quita;
Que tres veces la Scila, que se asienta
Junto á Caribdis, cada día grita,
Sorbiéndose las ondas, y con ellas
Otras tantas azota las esirellas.

Hay otros senos, que al profundo suelo
Dos veces, segun muchos han escrito,
Bajan las aguas, y después al cielo
Vuelven á alzarlas con terrible grito;
Mientras el carro del señor de Delo
Corre por el dorado círculo
De la esmaltada cinta treinta grados,
Con los caballos sueltos y enfrenados.

Acrecentando va las fuerzas fieras
El Oceano, y los soberbios rios
Entrando en él, las húmidas carreras
Vuelven atrás á sus principios frios;
Y como huyendo, dejan las riberas,
Recogiendo las riendas de sus brios:
Tan grande es el poder que les oprime
De Neptuno, que inquieto brama y gime.

Y cuanto mas espanta, si se enoja,
Cuando azotado de contrarios vientos,
Con proceloso y ciego rancor moja
De las divinas luces los asientos,
Tanto es mas agradable cuando afoja
De su enojo los impetus violentos,
Y blanqueando como leche pura,
Los medrosos confines asegura;

O cuando el fiero grito, con que atruena
Las playas, en sonido alegre muda,
Y de la frente plácida y serena
Con manso movimiento espuma suda;
O cuando retozando en el arena,
Las márgenes parece que saluda:
¡Qué apacible ruido, qué suave
Saltar atrás, al son y compás grave!

El mar es quien los poros apretados
Fortaleciendo baña de la tierra,
El que junta los pueblos apartados,
Y aparta los peligros de la guerra;
Dando socorro á los necesitados,
El rigor de los bárbaros destierra,
Aunque otras veces, cuando se emhravece,
Al hombre entre sus brazos aborrece.

Pero la tierra como mas piadosa
Jamás desamparó al linaje humano,
A quien naturaleza poderosa
Suele negar la defensora mano;
La retorcida llama, impetüosa
Nos amenaza con furor insano;
El aire herido del azote fuerte
Congela nieves y granizo vierte.

Deste pesado y sólido elemento,
Con igual intervalo, la grandeza
Dista del estrellado firmamento,
Inclinando en el medio su firmeza;
A quien estable, sobre mole asiento
Crió el Señor de la naturaleza,
Y la gran carga de su bulto es nada
Con el orbe celeste comparada.

Mas, aunque de inquietud el grande peso
Está libre, y su esfera es densa y dura,
Es tambien cavernoso el cuerpo grueso,
Como con fuego y aiza hace mixtura;
Bóreas mil veces con cadenas preso,
Dentro en la cárcel lóbrega y oscura,
Por salir á los campos deleitosos,
Causa mil terremotos espantosos.

Aposenta vapores encendidos
En sus entrañas el preñado suelo;
Aunque sus fuertes miembros son beridos
Con el rigor del enojado hielo;
Pero como adversarios atrevidos,
Que siempre intentan levantarse al cielo,
Poniendo fin al porfiado encuentro,
En alto los exhala de su centro.

Arroja entre una y otra áspera roca,
Con ira el Mongibel, de azufre ardiente
Espesas llamas, por la negra boca,
Como de Flegetonte el gran torrente;
En el polo con nubes de humo toca,
Del sol turbando la serena frente,
Y con bramidos el furioso monte
Entorno atemoriza á su horizonte.

Las horribles montañas entre tanto
El gran Tifeo deshacer procura;
Tiembra la tierra, teme Radamanto
No se abra de Pluton la cueva oscura,
Y entrando por la boca, cause espanto
Del enviado día la luz pura
A las crueles sombras del infierno
Y al mismo rey del tenebroso averno.

Cuando del Padre Eterno entre las manos
El mundo, como niño iba creciendo
Poco á poco, y los brazos soberanos
En contorno del gran cuerpo extendiendo,
Alzó los montes, abajó los llanos
El sumo Dios, las aguas dividiendo,
Antes mezcladas en el caos confuso,
Y en lo mas inferior los valles puso.

Después dijo: «La tierra que criada
Fué al principio por mis intentos castos,
Corone la cabeza levantada
Con varias flores, con suaves pastos;
Y segun la simiente, que encerrada
Tienen en sus profundos senos vastos
Los árboles, sus cimas extendidas
Muestren con dulces frutos guarnecidas.»

Sintiendo pues el doloroso punto
La gran madre del parto repentino,
En alegre trocó el rostro defunto,
Luego que obedeció al Verbo divino;
Y del cerrado vientre al mismo punto,
Conmovida á engendrar, abrió camino
A las verdes escuadras, adornadas
De frutos cuando apenas son criadas.

Cual la vida que con negro manto
Toda se cubre, y para mas enojos
Con los suspiros del continuo llanto
Saca agua de las nubes de sus ojos;
Pero olvidada del funesto canto,
Vistiéndose después ricos despojos,
Y compuesta de joyas con grande arte,
Risueña á las segundas bodas parte;

Deste modo la esfera seca y dura,
Que se mostró con pálidos colores,
Cubrió el cuerpo después con vestidura
Recamada de yerbas y de flores;
Y á trechos esmaltando en la verdura
Diversas plantas grandes y menores,
Las madejas pintadas y frondosas
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Y por cumplir de Dios las leyes ciertas,
Los bosques y las selvas extendieron
Las cumbres acopadas y cubiertas
Con verde ornato, de que se vistieron;
Y de repente en las montañas yertas
Varias hileras de árboles se vieron,
Que con primor diversas formas hechos,
Adornan templos y reales techos.

El alto pino con airoso brio
En pié se puso y extendió la coma,
Que varado en el mar hecho navío,
Resistiendo á las ondas su ira doma;
Y con el Bóreas entra en desafio,
Cuando mas fiero por el Norte asoma:
El chopo enderezó su amena altura,
Escondiendo en el aire la cabeza.

Haciendo opaca sombra el avellano,
En ancho los frondosos brazos tiende;
Las plateadas hojas el manzano.
Las ramas el espeso fresno extiende;
El fuerte roble, que del hielo insano
Y vientos enojados se defiende,
Hace demostración con vista liera
De la espantosa y tosca cabellera.

El árbol, que las sienes levantadas,
Segun es fama, coronó de Alcides,
Muestra de blanco y negro señaladas
Las hojas respetadas en las lides;
Y las varas del sauce acomodadas
Para ligar las amorosas vides,
Nacen, significando con los brazos
Los vinculos de Dios y estrechos lazos.

Seguro de las llamas vengadoras
Y de las nieves del invierno helado,
Coronas á las sienes vencedoras
Ofrece el lauro á Febo consagrado;
El cedro de las tarmas roedoras
Exempto, sobre todos encumbrado,
Suave olor de la una y otra rama,
De quien huyen los áspides, derrama.

Las quietas hojas extendió la oliva,
Con inmortal esmalte matizadas,
A quien jamás el duro tiempo priva
Del don hermoso de que son dotadas;
Ni cuando el Bóreas con rigor derriba
Las cimas de las selvas acopadas,
Ni cuando aumenta el sol la rabia fiera
Del Nemeo leon desde su esfera.

Las tristes y fumestas guerras doma,
Y así, cuando hacer paces pretendia
Con su enemigo la famosa Roma,
Su blanco y verde ornato le ofrecia,
Cuya excelencia muestra la paloma
Cuando llevó á Noé y su compañía
Esta planta el despojo deseado,
En señal de que Dios se había aplacado.

El árbol, que en las manos adornadas
Del guerrero publica el vencimiento,
En forma de pirámides y espadas,
Alzó los brazos sobre el sutil viento,
Conservando las ramas estimadas
Sin sucesion cuando de su ornamento
Priva á los bosques Aquilon airado,
Y el Cancro de centellas rodeado.

Y mientras tiene mas pesada carga,
Sobre los fuertes hombros mas estriba
Contra el peso que en sus espaldas carga,
Levantándose en arco mas arriba;
Mostrando al hombre que en la pena amarga
Y adversidades siempre firme viva,
Porque no alcanza heróicos parabienes.
Quien huye del trabajo los desdenes.

La caña, que tocada blandamente
De los vientos, á trechos añudada,
Con las frondosas cuerdas dulcemente
Resuena cual la música acordada,
Luego en naciendo inclina humildemente
Al suelo la cabeza levantada;
El cinnamomo viste negra hoja,
Que cortado, olorosa niebla arroja.

Vertiendo néctar la suave rosa,
Sin agudas espigas se mostraba,
Porque su gracia, mas que el alba hermosa,
Sin engañe en aquel tiempo robaba;
Mas ya nace entre zarzas espinosas
La flor, que al sol su resplandor hurtaba,
Mostrando que con ásperos cuidados
Son los humanos gozos molestados.

Alegre el lirio que con su blancura
Vence á la nieve y trasparente hielo,
En su cuerpo dichosa la ligura
De la copa olorosa mostró al cielo,
La cual, como del oro la luz pura,
En lo interior reluce sobre el suelo;
Las sienes adornó con grana fina
Luego la vergonzosa clavellina.

Immortal florecia el amaranto;
Enarcaba las puntas esparcidas
De sus opacas lenguas el acanto,
Que en las cornijas vemos esculpidas;
De la tierra opulenta sobre el manto
Descubre las mejillas encendidas
El florido jacinco, y la viola
Risueña se mostró, y el amapola.

Pero yo creo que la tierra pia
En montes, selvas, valles y collados
Mas rica planta que la vid no cria,
Con los racimos de oro matizados;
Que la cumbre del plátano sombría
Viste en torno, y con lazos enredados
Ceñido el cuerpo de su amado tiene,
Que sobre las espaldas la sostiene.

Parcamente su dulce humor bebido
Conforta al hombre mas que otra bebida,
Fomenta al natural calor perdido,
Engendra pura sangre, la podrida
Purifica y aclara, y al herido
Restaurar hace la salud perdida;
Al humo, que causar suele tristeza,
Deslumbra; al débil cuerpo da firmeza.

Convienes el vino á todas las edades:
Vierte en el tierno niño nutrimento,
Porque consume las superfluidades,
Al calor imperfecto dando aumento;
El viejo, del invierno á las frialdades
Resiste con su cálido sustento;
Al robusto mancebo le convino
Segun su natural el fuerte vino.

¡Dichosa vid, que de un pequeño grano,
Trepando de los troncos las alturas,
Tan grandes dones al linaje humano
Ofreces de los fúidos y junturas,
Que creciendo en el tépido verano,
Retienen de las uvas no maduras
El agro, á quien el sol desde la cumbre
Vuelve dulce, cociendo con su lumbre!

Entre tanto de pámpanos se viste
La viña fértil, alegrando al suelo,
Con que á la injuria y al furor resiste
Del tiempo duro y riguroso hielo;
Que á veces suele con semblante triste
Causar en la estación templada el cielo,
Y se defiende del ardor terrible
Que causa la canícula insufrible.

¡Qué cosa hay mas hermosa á nuestros ojos
Que el ver sobre los árboles colgados
De las pendientes vides los despojos,
Con diversos colores matizados?
Cuyos racimos de rubies rojos
Y topacios en llamas abrasados,
Que en alto entre esmeraldas resplandecen,
Collares de los árboles parecen.

Al fin el pasto que el ganado pante,
La mas humilde y abastida planta,
La que con la ambiciosa cima que hace
En alto sobre el aire se levanta,
Aquella que de sí muerta renace,
Y cuanto la industriosa mano planta,
Cubrían de la tierra la gran carga,
Reverdeciendo en abundancia larga.

Ningun desden entonces se temia
Del cielo ni espantoso torbellino,
Que el encendido rayo no podía
Entre nubes bramando abrir camino;
El aire de los senos no vertia
El agua ni el granizo repentino
Contra los frutos tiernos ó crecidos
De las silvestres ramas suspendidos.

Ya de todos el árbol mas temprano,
Que á los demás, cual mensajero, avisa
Que se acerca la fiesta del verano,
Porque renueven de hojas la camisa;
Hoy seguro del frio y hielo insano,
Los dulces dones con alegre risa
Para nuestro sustento da y engendra,
Y para la salud la amarga almendra.

La pifia dentro de su fuerte muro
Las hileras formó de los piñones,
Y porque alguna vez el tiempo duro
Con ventosas y heladas municiones
No conquistase al escuadron seguro,
Le trincheó por todos los cantones
De cortezas la gran naturaleza,
Con que vence del frío la dureza.

Finos granates y jacintos cubre
En su redondez lisa la granada;
El castaño la rubia esfera encubre,
De agudas puntas en contorno armada;
La olorosa camuesa se descubre
Entre esmeraldas de oro matizada;
El membrillo lanudo y restringente
Muestra madura la florida frente.

La tierra fértil en un breve rato
Adornada de pastos y de flores,
De árboles varios con vistoso ornato,
Risueña se mostró con mas colores
Que el iris saca con aspecto grato
Del sol contra los vivos resplandores,
Cuando rescata de la prisión fría
Con el arco celeste al triste día.

Muchos se admiran de razon ajenos,
Cómo la tierra derramó en un punto
Los nuevos partos de los anchos senos,
Volviendo alegre su color defunto,
Y en los campos de varias flores llenos,
Dieron las plantas fruto al mismo punto,
Como si en cualquier cosa no se viera
Mayor milagro, si se considera.

Recibe el césped al menudo grano
Del rubio pan, que para su provecho
Sembró del labrador la avara mano,
Rempliendo á Ceres el piadoso pecho;
Pero su intento no le sale en vano,
Que en el sulco del trigo ya desbecho
Brotó la yerba, y como sutil planta,
Reverdeciendo en alto se levanta.

Mas luego que á crecer la espiga empieza,
Para el futuro fruto con grande arte
Prepara vasos la naturaleza
Donde forma los granos y reparte,
Porque del Aquilon ni la aspeceza,
Que con rigor desde el Arcturo parte,
Ni el seco estío ni el bafado invierno
Les hagan daño en su principio tierno.

Entonces sobre el colmo ya maduro
Con el fuego que enciende el sol dorado,
De Dios la providencia un fuerte muro
Hace en torno de aristas rodeado;
Para que, como alcázar muy seguro,
El torreón no sea despojado
Por las menores aves de la tierra
De las queridas prendas que en sí encierra.

Mas ¿para qué tan largo tiempo gasto
En adornar de espigas la campaña,
De plantas, yerba y de florido pasto
El campo, el valle, el prado, la montaña,
Si puede enriquecer el árbol vasto
Que en Zebut es nacido (cosa extraña)
Los campos, valles, montes y jardines?
De espigas, yerba, plantas y jazmines?

Si de la sed te aflige el accidente,
De sus venas tomar puedes el vino;
Si el vinagre te agrada, el sol ardiente
Cociéndolo á tu gusto abre camino;
Si rompes su corteza y dura frente,
Hilo á hilo sacar puedes el lino;
Da flores, fruto y pan si se ofreciere,
En suma es todo lo que el hombre quiere.

Pero Dios, que con solo el pensamiento
Rige el sidéreo círculo, extendido
Como una gran cortina, no contento
De haber los varios árboles vestido
De verde y odorífero ornamento,
Y de frutos también enriquecido,
Ha puesto medicinas conocidas
En las plantas pequeñas y crecidas.

El ciervo tan ligero, que corriendo
Sobre las mieses de oro matizadas,
En su carrera al céfiro venciendo,
No dobla las aristas levantadas;
Del dictamo las hojas en comiendo,
De sí arroja las flechas enojadas,
Que despidió con rigurosa mano
Del arco doblador el brazo insano.

Cefida en torno á la garganta humana
La chicoria, á la espesa niebla esgombra,
Que de los ojos el cristal apana,
Y con su escuridad turba y asombra;
Como cuando el hermano de Diana
La tosca nube con opaca sombra
La luz impide, y al sereno cielo
Cubre la vista tenebroso velo.

La flor suave que el tomillo cría,
Y entre panales gran fragancia arroja,
Con su virtud de la melancolla
Al afligido corazón despoja;
El fumoso vapor que Baco envía
Al cerebro fantástico se afoja,
Si sus sienes el nuevo azafrañ tñe,
Y en torno á la cabeza inquieta cñe.

El oloroso nardo el dolor quita,
Que impide el don y gracia del oído,
Y el méstrino en las mujeres solicita
Hasta haber el intento conseguido;
Al grueso humor consume y debilita,
Que de la articular voz el sonido
Estorbar suele, por tener cerrados
Los miembros de la lengua organizados.

¡Oh plantas cuyas ramas saludables,
No solo muestran su valor secreto,
En las enfermedades incurables,
Mas doman á las fieras con su efecto!
Del infierno á las sombras detestables
Ponen con su poder en grande aprieto,
Y á las estrellas fuerzan en su curso,
Si es verdadero el mágico discurso.

Cuando derrama la cruel serpiente
Por los sangrientos ojos vivas llamas,
Si las espigas escabrosas sienten
De agudas narzas sobre las escamas,
Hiere á la lengua con el fiero diente,
Y entre las puntas y espinosas ramas
Espasme por la boca en humo envuelto
El ponzoñoso espíritu resuelto.

El escorpión, que luego que el sol pudo
Mostrar la tierra de su luz vestida,
Prepara siempre el aguilón agudo,
Deseoso de hacer la corva herida;
Y por la cola, de piedad desnudo,
Vierte ponzoña y cólera encendida,
Si el acónito acaso toca ó muere,
Al punto los sentidos todos pierde.

Si devorando por su mala suerte
La doradilla el jabali cordero,
A lo interior la envía, dando muerte
A la hambre en asedio riguroso;
El bazo, que la cólera divierte
Del hígado sanguino y caluroso,
Y al estómago esfuerza fe está dando,
Al feroz animal le va faltando.

Por ventura, ¿no son hazañas tantas
Hechas, mi Dios, por tu divina mano,
Que de varios efectos varias plantas
Cubran la selva, el soto, el monte, el llano?
Y las que fueron por tus leyes santas
Para el un animal remedio sano,
Medicina eficaz y saludable,
¿Para el otro sean daño irreparable?

La cicuta, que al hombre de la vida
Priva, engendra en los tordos nutrimento,
Que con la buena digestion cocida
Del corazón la hevan al asiento,
Antes que de la yerba digerida
Sus espíritus toque el frío sustento;
Y del hebero el pasto venenoso
Es á las codornices provechoso.

El buey, manso animal, y conveniente
Al uso de los carros y la reja
Del corvo arado, muere de repente
Si come la toscana cañaheja;
Del dolor vigilante el accidente,
Que á nuestro triste corazón aqueja,
Con las adormideras, de que usamos,
Muchas veces se aduerme y reposamos.

En suma, ó yo pasee por los prados,
O por los campos fértiles camine,
O me suba á los montes y collados,
O á los profundos valles me avecine,
O pase por los bosques acopados,
O por ásperas tierras peregrine,
Ballo al Eterno Padre en cualquier parte,
De quien todo deriva y se reparte.

Mas no solo adornada fué la tierra
De árboles y fructíferas guirnaldas,
Que preciosos metales en sí encierra,
Ricas joyas esmalta en las espaldas;
El crisólito claro, que destierra
Las ciegas sombras, se cria en sus faldas,
Y la asteria, que al fuego con que adorna
El sol al mundo, de su color torna.

El diamante, que el hombre hoy tanto precia,
Que con la sangre del cabron se ablanda,
Y á la rápida llama menosprecia,
Rompiendo al hierro como cera blanda;
Cuya virtud, tan poderosa y recia,
En los reinos de amor gobierna y manda,
Volviendo á la mujer que hizo divorcio
Mas fácilmente al marital consorcio.

También en brazos de la tierra nace
La negra acates, que del Ponto fiero
La temerosa escuridad deshace
Y las artes del mágico agorero;
A los arrebatados rios hace
Volver atrás á su principio altero
El jacinto, que cuando Febo empieza
A anublarse, da muestras de tristeza.

El carbunco encendido, que arrojado
En las llamas, se apaga ó se marchita,
Mas con el agua líquida rociado,
Arde al punto y de nuevo resucita;
El ametisto, que al clavel rosado
Y á la violeta los colores quita,
El zafiro, con cuya lumbre bella
Se oscurece la mas hermosa estrella.

El rubio oro, con cuyo color pinta
Sus madejas el sol cuando procura,
Guiando el carro por la roja cinta,
Mostrar alegre al mundo su luz pura;
El hierro, que si vierte sangre tinta,
La misma sangre, de la fuerza dura
Con que á los bravos corazones doma,
Cubriéndolo de orin, venganza toma;

A quien la piedra iman con ciegos lazos
Atrás á sí con garbíos insensibles,
Con ocultos anzuelos, con abrazos
Secretos y con redes invisibles,
Y porfiando con estrechos brazos
Jamás deja los fúdos insufribles,
Sin los cuales con él está añudada
Fuertemente sin cuerda ni lazada.

¡Oh venturosa tierra, enriquecida
Con tantos dones, cuya verde gloria
Por el bien general, que en tí se anida,
Suficiente á ilustrar cualquier historia,
A escribir tus loores me convida,
Merecedores de inmortal memoria!
¡Oh reina á quien por tu merecimiento
Todo el mundo te rinde acatamiento!

Del cielo abierto sobre tí descende
La divina influencia para ornarte;
El fuego su remoto ardor extiende
De tí en contorno para calentarte;
El aire del veloz viento pretende
Ser conmovido para refrescarte;
Y por templarte, con humores frios
Te humedecen los mares y los rios.

¡Pluguiera á Dios que cuando como espiga
A crecer comencé, con su guadaña
La muerte, pues su ira no mitiga,
Hiciera agosto desta inútil caña,
O la séptima estrella, tan amiga
Me fuera al tiempo que salí de España,
Que á romper con la reja me inclinara
Los campos, que yo entonces me ayudara!

Pero ¡ay! que el tiempo de mis tiernos años
En vanas pretensiones he gastado,
Y el invierno, sin dar fin á mis daños,
Nevará sobre mi cabeza airado;
Porque sin acabarse mis engaños,
De mi edad el estio se ha pasado,
A quien mató el otoño, que hoy despoja
La cima que el verano cubrió de hoja.

DIA CUARTO.

Padre del cielo, que del sol hiciste
La rueda, de inmortal fuego adornada,
Que á las fijas estrellas curso diste,
A las errantes, regla concertada;
Tú, que á la oscura luna esclareciste,
Del claro Febo con la luz prestada,
Tu resplandor infunde en mis sentidos
Para cantar los astros encendidos.

La cinta del Zodiaco, esculpida
De zafiros, y mas resplandeciente
Que la plata, mas rubia y encendida
Que el alba bella al despuntar de Oriente;
Rica de varias joyas y lucida,
Tuece el viaje por la Libia ardiente,
De donde viene lleno de humedades
El invierno y de negras tempestades.

Después, cortando al cielo demediado,
Adonde la florida primavera
Nace risueña, al Aquilon helado,
Sin correr, ondereza la carrera;
Desde allí las espigas abrasado
Dora el estio, y sube ella á la esfera
Demediada del cielo, do preside
El otoño, que igual al tiempo mide.

En esta faja de los cuernos vierte
El Arles bellas y olorosas flores,
El Toro la cerviz fúdosa y fuerte
Adorna con nevados resplandores;
Los dos hermanos, por divina suerte
De sí esparciendo rayos tembladores,
Hacen eterna la amistad unida
Que concordes tuvieron en la vida.

El caluroso Cancro nos envía,
Renovando la fuerza del estio,
Cada año al tardo y perezoso día,
Relajando del hombre el vital brio;
El Leon, con las llamas que en sí cria,
De las fuentes agota el humor frio,
Y los pastos y selvas acopadas
Quema con sus centellas abrasadas.

Muestra la espiga en flamas encendida
Con maduras aristas la Doncella,
Que antiguamente con razon tenida
Por la justicia fué, su deidad bella;
Cuando en la edad del oro, ya perdida,
Rigió los siglos venturosos ella,
Y las leyes civiles publicaba
Alegre, y con las gentes conversaba.

No era entonces el curso peligroso
De las soberbias ondas conocido,
Ni sobre el yunque el hierro riguroso
El adusto ciclope había batido;
Ni confiado el hombre codicioso
En los dudosos vientos, atrevido
Buscaba sobre tablas fabricadas
Las riquezas remotas y envidiadas.

Pero después, cuando en la edad postrera
Con el hallado hierro se alegraron
Las gentes, y con ira y saña fiera
Las enemigas armas del labraron;
La Virgen sancta al cielo abrió carrera,
Que Júpiter y Témis engendraron,
Y entre la Libra y el León sediento
Junto al frío Bootes hizo asiento.

La Libra las balanzas suspendiendo,
Al tiempo iguala; del dañado seno
Vierte, con rayos de furor ardiendo,
El Escorpion, pestífero veneno;
La cuerda del cruel arco extendiendo
El Sagitario, de piedad ajeno,
A vibrar la saeta aguda y diestra
Comienza, armando la espantosa diestra.

El Capricornio de uno y otro cuerno
Esparce y de los pechos luces bellas;
Cristal derrama el Ganimedes tierno
De la broca adornada de centellas;
Poniendo fin al riguroso invierno,
Con las colas de candidas estrellas
Hacen el uno y otro animal mudo
Del gran Eufrates el dorado fluído.

Estas figuras, que formó y compuso
En el gran templo el Padre omnipotente,
Del primer móvil con circular uso
Arrebatadas son continuamente;
Pero del cielo al eje inmóvil puso,
El cual rompiendo va invisiblemente
La tierra, y rige al nivelado mundo
Con el polo encumbrado y el profundo.

La Osa, que al navegante codicioso
En Fenicia guió, ciñe y rodea
Al Arctico con giro perezoso,
Y tarda en torno del Heles pasea;
El Dragon con el cuerpo sinuoso
De un lado á la cabeza señorea
De Heles, y del otro á Cinosura
La cola enciende con su lumbré pura.

Desde los piés ocupa hasta el pecho
Del Norte helado el círculo á Cefeo,
A cuya hija, del terrible estrecho
En las Indias libró el fuerte Perseo;
Y la corona, que sacó á despecho
Del rey de Creta al inculto Teso
Del labirinto, con su luz dorada
Resplandece, de joyas adornada.

Muestra las cuerdas la suave lira,
Con que al infierno Orfeo abrió camino,
Y las selvas movió y aplacó la ira
De fieros brutos con su son divino;
El cual hoy á mayor poder aspira,
Que si atrajo á su canto peregrino
Los bosques, menea ahora en su alta cumbre
Del cielo la voluble pesadumbre.

Junto á Engonaso el cisne plateado
Asiste (precio de su hermosura),
Con el cual engañó el enamorado
Júpiter, disfrazado en su figura,
A Leda, y en sus brazos recostado.
Término puso á su pasión dura;
Y el ave hoy día por el ancho cielo,
Llena de estrellas, tiende el sacro vuelo.

En la silla, de perlas recamada,
La Castlopea, que venció en belleza
A las ninfas del mar, está sentada;
Que nunca cae y á caer empieza;
Levanta en alto la sangrienta espada
Con que cortó á Medusa la cabeza
Perseo; y Erietonto soberano
Muestra los cabritillos en la mano.

Esculapio, que dió á la muerta gente
En otro tiempo vida, al ponzoñoso
Escorpion pisa; la cruel serpiente
Con oro esmalta el cuerpo sinuoso;
El ave, que con vuelo tan valiente
Hasta el cielo llevó al joven hermoso,
En el olimpo ciava el corvo pico
De los diamantes y topacios rico.

Saliendo de los naufragos humores
El delfín junto al agülla se ofrece,
Que con los imitados resplandores
Escamado en el cielo se aparece;
Con los piés estribando corredores
Sobre el círculo estivo, resplandece
El animal, que á los poetas sabios
Con su licor movió los dulces labios.

Andrómeda las manos extendiendo,
De Perseo el trabajo inmortal hace,
La cual, cuando la Libra va naciendo,
Muere, y con Piscis y el Arieta nace;
Cerca de sus divinos piés luciendo
El triángulo junto al Aries yace,
Y el que iguales los tres ángulos forma
De la vida perfecta al hombre informa.

Del otro lado, donde el Austro ardiente
Sopla, la gran ballena plateada,
Del Eridano sobre la corriente
La cola encorva, de oro matizada;
Y contra el toro el Orion valiente
Muestra en alto la clava levantada,
El cual, cuando se cala la visera,
Publica guerra con tempestad fiera.

La corredora liebre temerosa
Por el campo hiemal sale huyendo,
A quien ardiendo en llamas presurosa
Va la cruel canícula siguiendo,
Que vierte de la boca ponzoñosa,
Inflacionando el aire, fuego horrendo;
De la nave las velas extendidas,
Blanquean de zafiros guarnecidas.

La mitad de su cuerpo la hidra tiende
Debajo del leon, la cola larga
Hasta el centauro monstruoso extiende,
Contra la cual el cuervo el pico alarga;
Y en medio de su cuerpo la urna pende,
Donde Apolo gustó la húmida carga;
El ara, adonde se ofrecían olores,
Esparce ahora vivos resplandores.

Quando la noche tiende el negro velo
Y todos los colores se confunden,
Estas y otras antorchas que del cielo
En el templo su luz viva difunden,
Hermoseando con la vista al suelo,
Quietud en el mortal linaje infunden,
Y vibran desde lo alto las estrellas
Continuamente rayos y centellas.

Al nacer y al morir son variables,
Porque entonces el Ponto alborotado,
Unas veces con ondas intratables
Sus encendidos fuegos han bañado;
Otras, las altas cumbres deleznables
De sus salados reinos ha allanado,
Y quietado las tímidas riberas,
Sobresaltadas con las aguas fieras.

Estos faros del alto firmamento
Son de suceso próspero al piloto,
Que sin temer al ímpetu violento
Del enojado mar y recio noto,
En blanca espuma al trémulo elemento
Vuelve con los polidos remos roto;
Y ellos le muestran con feliz pasaje
De los salados campos el viaje.

Es sin medida la inmortal grandeza
Destas hachas y vivos resplandores;
Mas la larga distancia de su alteza
Las representa en ángulos menores;
Y cuanto mas oblicua su belleza
Nos muestran, son al parecer mayores,
Por las exhalaciones que se engruesan
Y entre ellas y nosotros se atraviesan

Como cuando la piedra sumergida
En los corrientes y húmidos cristales,
Nos la muestran mayor de su medida
Los bañados y gruesos manantiales;
Al contrario, cuando hacen la herida
Mas derecha los rayos celestiales
De los astros, que en llamas resplandecen,
Menores en sus círculos parecen.

En esta octava esfera, cuando encubre
Su círculo la luna plateada,
Y con las alas á la tierra cubre
La noche de centellas rodeada,
Una redondez grande se descubre
Por todas partes, la cual fué llamada
Via láctea, pues della la blancura
En el color parece leche pura.

Esta sucede contra el polo frío,
Sus hilos plateados apartando
Del círculo de Bóreas, y al estío
Toca, del alta Casiopea bajando;
Después corta las velas del navio
De Argos, cuando ya en alto caminando
Al Erictonio sube, y en la estrella
Acaba el orbe, que comenzó la.

Y como el arco celestial que pinta
La primavera en su florida alteza,
Y en la faja de vario color tinte
Anuncia de las nubes la aspereza,
Así se muestra la estrellada cinta
Del señalado cielo en la grandeza,
Despertando inquietud en los mortales
Que escudriñan sus causas naturales.

Unos dicen que cuando el atrevido
Faeton gobernó el carro dorado
Del sol por el Zodiaco encendido,
Que mostró este camino plateado;
Entonces el olimpo esclarecido
Ardió en vivas centellas abrasado,
Y el incendio en los astros quedó impreso,
Que hoy dan fe del pretérito suceso.

Otros afirman que del pecho hermoso
De Juno, reina de los sueltos vientos,
Corrió de leche un rio caudaloso,
Que manchó desta faja los asientos;
Otro, escritor antiguo y fabuloso,
Refiere, con no menos fingimientos,
Que los sabios y héroes del gran Marte
Del mundo gozan en aquella parte.

Mas yo entiendo sin duda que esta zona
El señalarse en su encendida cumbre,
Es porque allí extendió la gran corona
Sus llamas con mas densa muchedumbre;
Y como tantos fuegos amontona,
Siempre parece allí mayor la lumbre,
Y el olimpo mas claro resplandece
Con la luz que la cinta al cielo ofrece.

Después debajo de la gran cortina
Del firmamento, llena de diamantes,
Puso de Dios la voluntad divina
Por su orden los siete orbes errantes;
El que mas á los fijos se avecina
Es aquel que los siglos inconstantes
En su memoria pálido revuelve,
Y en seis lustros adonde salió vuelve.

Luego desde su excelso trono muestra
El rostro alegre Júpiter sagrado,
El cual esparce con la feliz diestra
En los hombres suceso afortunado,
Y por los doce signos guía y adiestra,
El carro de oro y plata matizado,
Acabando de dar la vuelta entera
En otro tanto tiempo, de su esfera.

En este celestial globo tenia
Reservadas el Padre soberano
La corona, tiara y menarquia,
Que después repartió al linaje humano;
Entre ellas inmortal resplandecía
El ceptro insignie de Fernando hispano,
Y la corona de Isabel su esposa,
En sus hazañas, como el Rey, famosa.

Los cuales extendieron por el mundo
Sus leyes y pragmáticas, sulcando
De la infiel gente el piélago profundo,
Las enemigas ondas azotando;
Al escuadron de Eolo furibundo
Las católicas velas desplegando,
Con que, seguros del peligro cierto,
Siempre aferraron al amado puerto.

Allí se via descubiertamente
Para el primer Filipo reservada
La corona, que ornó su altiva frente,
Del uno al otro polo respectada;
El cual, como el sol puro en Occidente,
Nos encubrió su vista deseada,
Acortando la muerte al Rey invito
Las glorias con el término preescrito.

Pero al fin nos dejó á Carlos famoso,
Que con la herencia de la fortaleza
De sus abuelos, triunfó animoso
Del infido poder y su grandeza,
Y guarneció en contorno, victorioso
A pesar de los hados, la cabeza
Con la diadema del soberbio imperio,
Que en otro tiempo gobernó Tiberio.

Luego la regia insignia se mostraba,
Con que al segundo valeroso Atiante,
El magnánimo Jove coronaba,
Vertiendo paz tranquila en su semblante;
El cual, con tal prudencia gobernaba,
Que sujetó de ocaso y de levante,
Solamente con ella reinos varios,
Hoy á ti, gran Filipo, tributarios.

Tú, magnánimo Rey, que deseeo
De aumentar la católica fe, esgombras
Con la luz de tu celo piadoso
De la morisca y infiel secta las sombras,
No permites que idioma tenebroso
En los estados, donde rey te nombras,
Eclipse las unánimes ciudades,
Fundadas en católicas verdades.

Y aunque el haber á España libertado
De la borrasca, que con rigor mueve
El contrario Aquilon frio y helado,
A los Reyes Católicos se debe
Haber de todo punto ahuyentado
De nuestros reinos tan maligna nieve;
A ti, tercer Filipo, se atribuya,
Columna de la fe, defensa suya.

Después de Jove, Marte con su simeto
Armado, la espantosa lanza aferra,
Que en los inquietos ánimos promete
Tristes delictos de enemiga guerra;
Con los sueltos caballos arremete
Por el quinto orbe, y la carrera cierra,
Mientras dos veces la cabeza alzada
Muestra Céreres de espigas coronada.

En tanto que del mar Cintia la frente,
Trece veces sacó con luz entera,
Corriendo oblicuo el sol resplandeciente,
Término pone á su veloz carrera;
Y con el regalado moto ardiente
Mide los meses desde su alta esfera,
La hermosa Vénus; amorosos juegos
Infunde alegre con sus dulces fuegos.

Mercurio, hijo de Maya, mensajero
De Júpiter, y grande cortesano,
En las mercaderías medianero,
Lleva el cadúceo en la derecha mano,
Que por ser en su vuelta tan ligero,
Tiene dominio en el discurso humano,
Y cual Vénus, que adonde sale vuelve
Dentro de un año, el presto curso absuelve.

Acaba el giro de su estrella helada
En veintiocho dias la serena
Luna, que cuanto mas está apartada
De su hermano, de luz está mas llena;
La cual, ya baja, ya alta, ya hinchada
Camina, ya los cuernos enajena
Del globo lleno, ya de nuevo crece,
Agora no se ve, ya se aparece.

Deste modo los orbes celestiales
Adornó el Creador, mas yo no creo
Que puso tantas joyas inmortales
Solo en los cielos por vistoso arreo;
Si la silvestre flor que entre jarales
Nace, y la piedrezuela que de Alfeo
Entre arenas menudas se entretiene,
Su natural virtud vemos que tiene.

Y así no están resplandeciendo en vano
De los astros los círculos, mayores
Que la ancha redondez del Oceano,
Aunque la vista juzga ser menores;
Ni solamente el templo soberano
Hermosean los vivos resplandores,
Que también derramando su influencia,
Sobre los cuerpos tienen preeminencia.

Apenas muestra sobre el horizonte
La visera calada Orion fuerte,
Cuando entristece al padre de Faetonte
El Noto, y de las alas rios vierte;
El fiero mar sobre el mas alto monte,
Rabiando Scilla, los humores vierte;
Teme el Cyclope que el bañado juego
No apague de Etna al encendido fuego.

Mas si levanta con lucida lumbre
La clara frente de Neptuno el hijo,
Cesa de la salada pesadumbre
Y de los vientos el gemir prolijo;
El sol alegre desde su alta cumbre
En los hombres infunde regocijo,
Y temerosa la cargada nube
Huyendo, á los mas altos montes sube.

Y cuando de las Hiades el coro
Nace, que entre las ruedas estrelladas
Del cielo, puso el excesivo lloro,
Las nubes de los vientos azotadas,
Llorando, cubren las madejas de oro
De las hijas de Atlante, lastimadas,
Que truecan con sus lantos y dolores,
En rios á los húmidos vapores.

La sediente canícula, si el pecho
Enseña en vivas llamas abrasado,
Perturba al aire, y del hondo estrecho
Con su ardor turba al nadador ganado;
En los cuerpos humanos, á despecho
De los hombres, envia un destemplado
Calor, que por las venas discurriendo,
Las naturales obras va impediendo.

Luego si en el Olimpo no hay centella
Que en los círculos ínfimos no influya
Mudanza alguna con su lumbre bella,
Que las cosas aumente ó disminuya;
Está claro que á cada errante estrella
También sobre nosotros se atribuya
Alguna natural virtud secreta
Que influye desde el círculo el planeta.

Con el rigor de su melancolía
Saturno, en los humanos corazones
Humores gruesos y viscosos cria,
Mezclados con suspiros y aflicciones;
Y revolviendo el globo, al mundo envia
Con fiera tempestad inundaciones;
En los hombres derrama árido y frío
El pálido color del seco estío.

Jove, como calienta y hamedece
Templadamente, desde su alto asiento
En los prudentes ánimos ofrece,
Y reparte el benigno pensamiento;
Los piadosos pechos enternece
De la concordia con el instrumento,
En compañía de la vida honesta,
De costumbres pacíficas compuesta.

El fiero Marte, seco y encendido,
Los inhumanos corazones prende
Con el ardor de su crueldad nacido,
Y por las venas llamas de ira extiende,
Que irritada con impetu atrevido
De sí misma, al furor y rabia enciende,
Y impaciente con sangrienta guerra,
Hace daño á los hombres y á la tierra.

El Sol, padre de todo cuanto nace,
Cuando en su nacimiento está muy fuerte,
Justos y heroicos á sus hijos hace,
Y en sus labios el dulce panal vierte;
Vénus, con su risueña vista aplaca,
Influendo su estrella feliz suerte,
Y humedeciendo, mas de lo que es justo,
Despierta en los humanos torpe gusto.

Con su naturaleza variable,
Obra mudanzas de naturaleza
Mercurio, y el planeta mas instable
Causa con su humedad en la cabeza
Humor, que hace al hombre inexplicable,
Llenándole la lengua de torpeza,
Por cuya enfermedad, con ansia loca,
Daña en espuma la torcida boca.

También cuando la Luna se pasea,
Vertiendo de los cuernos oro fino,
Los vientos entre sí fiera pelea
Mueven con espantoso torbellino;
Si en el tercero día la rodea
Con negra nube entorno el orbe trino,
El marinero con los remos rotos,
Ofrece al cielo duplicados votos.

Pero usurpando sus mejillas bellas,
El color á la plata y leche pura,
Al Ponto, que amenaza las estrellas,
Con dulce paz el céfiro asegura;
El Austro, dando fin á sus querellas,
Enjuga el llanto de la cara oscura;
Cintia entretanto, desde la alta cumbre,
Viste á la tierra con serena lumbre.

¡Oh diosa de las selvas, de humedades
Madre, espejo del sol, del mar señora,
Medida de las décadas y edades,
Del mal oculto fiel descubridora,
Pronóstico de varias tempestades,
Que el suelo de los pechos evapora!
Con las mudanzas las defunctas mieses
Nacen y ondean en diversos meses.

Cuando vas por el cielo paseando,
La noche, como á reina esclarecida,
Con antorchas te sale acompañando
Toda de negro resplandor vestida,
Y al tiempo que al león el sol dorando
Va la cerviz, en llamas encendida
Coronas de los árboles las frentes,
Con las guirnalas de la vid pendientes.

Tú, en la tierra del uno y otro cuerno,
Y de la llena redondez arrojas
El frío natural en el invierno,
Y los bosques del verde honor despojas,
Restituyendo en el verano tierno
A los desnudos árboles las hojas;
Tú pones leyes al furioso abismo
Del Ponto, y te obedece el Ponto mismo.

Mas encendido que la roja grana,
Por las arterias y bañadas venas
Con tu poder el líquido humor mana,
El mar cubre y descubre sus arenas;
Las tristes influencias, oh Diana,
De las estrellas templos y refrenas
A los vivientes, de quien eres causa;
Tu celestial humor aumento causa.

Eres también, cual luna vídríosa,
Que sin agena luz no resplandece,
Que Apolo con su lámpara hermosa
Piadoso tu círculo esclarece;
Mas no siempre tu rueda luminosa
En el cielo de un modo se aparece,
Que cuando pone en tí su vista grata
De lado, muestras tú la hoz de plata.

Si exdilatado está contigo opuesto,
Los cuernos en el orbe entero juntas,
Y luego poco á poco de tu gesto
Disminuyendo las colores juntas
Renuevas, hacia donde el sol se ha puesto,
De la cabeza las cornudas puntas,
Hasta que de tu esposo los despojos
Gozas, cerrando de placer los ojos.

Pero si de la misma parte opuesta,
Su luz le envía por camino recto,
Y la tierra está en medio de ambos puesta,
La tierra el resplandor quita á tu aspecto
Que de su clara redondez la presta,
Y así eclipsas tu círculo perfecto,
Aunque después, en poco tiempo, miro
Serenos y claro tu redondo giro;

Como cuando las nubes van corriendo
Por el aire cargadas de humedades,
Los esparcidos rayos encubriendo
De Febo, con cerradas tempestades;
Pero cesando el torbellino horrendo
Con que huyeron las escuridades,
Ufano descubriéndose, derrama
Los dorados arroyos de su llama.

En suma, nunca tienes firme estado,
Eres menor, cuando en la vuelta creces,
Cuando mengua tu globo plateado,
Mayor á nuestros ojos te apareces;
Ya apresuras tu curso arrebatado,
Perezosa caminas otras veces;
Ya te abajas, ya en alto el paso mueves,
Y en las cosas mudanzas varias llueves.

Y es infalible, que la docta gente
Que tus efectos no penetra y sabe,
No puede discernir perfectamente
El peligro del mal agudo y grave;
Que á los cuerpos, es cierto, el accidente
Que poco mas ó menos les agrave,
Segun el vario aspecto y el consorcio
Que con los astros haces y divorcio.

Si acaso juntas la menguante frente
Con el Aries, del sol en compañía,
El que entonces enferma, ardor caliente
Dentro del encendido pecho cria;
Como las llamas de la cueva ardiente
Que con furor al sire el Etna envía,
Que en sus venas y arterias, entre azufre
Ha tanto tiempo que el gigante sufre.

Mas, si del Toro en el lugar florido
Con Marte y con Apolo te apareces,
Al triste enfermo impides el sonido
De la voz, y la lengua le entorpeces;
Y si te mira Fénix afligido
Por diámetro en Géminis, ofreces
Un humor grueso, que al doliente aqueja,
El cual suspira y de dolor se queja.

Si te conturba dentro de tu casa
Por cuadrado, después que has esparcido
Por las medulas un ardor sin tasa,
Vuelves de nieve el cuerpo descaído;
Y si con el Leon, que al cielo abrasa,
En el aspecto mismo te ha afligido,
La mudanza que el triste astro dispone,
La complexion humana descompono.

Si con la Virgen sale acompañando
Júpiter tu deidad, mas fuerte y dura
Será la flaca enfermedad, turbando
Al hombre con frenética locura;
Oh cuántas veces en la Libra estando
Opuesta con Saturno, allá en su altura,
Al enfermo el cerebro has violentado,
Y en sus sienes dolor grave causado!

Si con el signo octavo ponzoñoso
Caminas, medio círculo apartada
De Saturno, en veneno peligroso
Truecas la sangre pura y delicada;
Si en la octava, el Centauro riguroso,
Jove y Vénus contigo hacen morada,
En aquel punto catarrosos rios
De sí distilan los cerebros frios.

Si en la séptima, el viejo Cello mira,
De Pan entre los cuernos, tu semblante
El doliente del pecho saca, y tira
La angustiada voz al cielo penetrante;
Mas inquieto que el mar cuando suspira,
Miedo infundiendo al pobre navegante,
Y un tépido sudor su cuerpo altera,
De quien después el frio se apodera.

Si Vénus y Saturno ven unida
Con Acuario en la décima tu estrella,
Celosa engendras cólera-encendida
En el triste, que al cielo se querella;
Mas, si por cuadro aspecto ve ceñida
Cefeo con Piscis tu redondez bella,
En lo íntimo del pecho el yelo externo
Siente el enfermo del nevado invierno.

Pero el sol, rey de la naturaleza,
Modera con sus rápidas saetas,
Del aire inficionado la maleza,
El riguroso influjo de planetas;
Aunque también infunde fortaleza
Y espíritu en los rayos y cometas;
¿Cómo comenzará tu loor jocundo,
Fuente de luz, gobernador del mundo?

Tú abres los poros de la tierra dara,
Y penetrando sus entrañas frias,
Con los calores de tu lumbre pura
En las raíces una virtud crias
Con que cubres los bosques de espesura,
Y á los troncos el verde ornato envías,
Adornando con flores desde el cielo
La superficie del estéril suelo.

Tú, de los astros entre sí contrarios,
Acuerdas la enemiga competencia,
Y ya los elementos adversarios,
Por su continua guerra y diferencia
Perecieran, si en sus efectos varios
No los reconciliaes la influencia
De tu virtud, con que las mareas naen,
Y treguas entre sí los vientos hacen.

Tú tienes de oro rico firme asiento
En medio de los cielos, y en tu esfera
Haces lo que del músico instrumento
En la mitad, la cuerda obra tercera,
Que de las otras, el discorde acento
Concierta en armonía placentera:
Así tú acuerdas en sus vueltas varias
Las estrellas errantes y contrarias.

Las formas con tu luz diferenciando
De las cosas, distingues los colores,
Y cuando del Océano sacando
Los fogosos caballos voladores,
Vas de oro en alto el carro levantando,
Encendido con vivos resplandores,
Con nuevas fuerzas las arterias riegas
Hasta que al demediado cielo llegas.

Mas, cuando de lo alto presuroso
Cayendo, inclinas el ligero paso,
Las doradas madejas descecos
De bañar en las ondas del ocaso,
Todo animal añoja perezoso
El natural vigor del cuerpo laso:
Tales efectos hace la presencia,
Oh Apolo, de tus rayos y el ausencia.

Como la delicada y fresca rosa,
Que con el puro fuego de tu lumbre
Sobre la verde base en que reposa,
Ufana muestra la olorosa cumbre;
Y si la gracia de tu vista hermosa
Cubres con añublada pesadumbre,
Ella, humillando al suelo la cabeza,
Marchita las mejillas de tristeza.

Tus esparcidos rayos sutilizan
Del mar las exhaladas impresiones,
Y en alto condensadas se deslizan
De helada nieve en húmidos vellones;
Cuando el frio y el viento la ira atizan,
Se congelan cual balas de cañones,
Otras veces en lluvias se resuelven,
Y á los senos del vasto Ponto vuelven.

Quando desde el olimpo á los mortales
El Toro envía la estación templada
Del año, y por Oriente alegre sales,
Viendo la antigua tierra renovada,
Y entrando por las casas celestiales,
Dora tu luz su fábrica labrada,
El aire, que sin nubes se aparece,
Hasta que mueres, siempre resplandeces.

Si te encubre al nacer escuro velo,
O pálidas descubres las mejillas,
El Oceano, amenazando al cielo,
Se vuelve airado contra las orillas;
Pero si viertes por el ancho suelo
De los cabellos llamas amarillas,
El padre de los vientos la ira recia
De sus hijos en vano menosprecia.

Porque el Austro aumentando los enojos,
Y el opuesto Aquilon arrebatado,
Rompiendo de la cárcel los cerrojos,
Combaten á porfía el mar hinchado;
Netuno con los húmidos despojos,
Entre dudosas ondas azotado,
No sabe á quién ha de acudir, que mira
Igual la rabia de los dos y la ira.

Pero apenas la ciega noche iguales
Con el día, en el Arles albergando,
Cuando batiendo las templadas alas
Los vientos, y las cosas fomentando,
Los troncos vistos con frondosas galas,
A las muertas raíces vida dando;
Rien las horas, y el verano tierno
Recoge flores del precioso cuerno.

Mas, cuando enderezando al Bootes frío
Tu curso, al Cancro hieres encendido,
Con maduras espigas el estío
A Céreres pone el pálido vestido;
Enfrena entonces el corriente río
De su raudal el ímpetu atrevido,
El segador, sudando barba y cejas,
Corta á la seca tierra las madejas.

Si el presuroso carro atrás volviendo,
La Libra adorna con tus rubias hebras,
El día con la noche igual haciendo,
Poco á poco al calor la fuerza quiebras;
Las sepultadas fuentes renaciendo,
Bajan del monte por inciertas quiebras;
El otoño la frente levantada
Muestra alegre con frutos coronada.

¡Oh mi querida patria venturosa,
Mas obligada que ninguna al cielo!
En cuya vega amena y deleitosa
El Cédro batiendo manso el vaele,
La primavera tierna y oírosa
Cubre de flores el alegre suelo,
Con varias esmeraldas matizado,
Seguro del estío y tiempo helado;

Do impiden las escuadras ordenadas
De los árboles fértiles y hermosos
A Febo con las cimas acopadas
La entrada de sus rayos poderosos;
Y por las verdes plantas derramadas
Las aves, con adentos sonorosos,
De las aguas el son claro acompañan,
Que en torno á la florida tierra bañan.

Ricos dones derrama en la ribera
De los dorados astros la influencia,
Y del placer que allí la primavera
Causa, la llaman Vera de Placencia;
Allí en contorno de su cabellera
Muestra el otoño varia diferencia
De dulces frutos, y en las grandes cubas
Distilan mosto las pisadas uvas.

Allí nace el membrillo restringente,
Cubierto de vellosa y blanda lana,
Porque del tiempo duro y inclemente
Ofender no le pueda la ira insana;

Mezcla el durazno en la encarnada frente
La blanca nieve y encendida grana;
El pérnigo el veneno en hiel convierte,
El oloroso pero sangre vierte.

Allí, después que del romano imperio
Hubo el gran César español triunfado,
Se retiró, porque del hemisferio
Es el lugar mas sano y mas templado,
Y de Yuste en el sacro monasterio
Esperó y padeció el golpe acerado
De la Parca, dejando á su hijo Atlante
La carga del Ocaso y del Levante.

Allí pues las simientes escondidas,
Oh Febo, en alto con tu ardor levantas,
Y conviertes en ramas extendidas
Los pequeños renuevos de las plantas;
Las flores de olor árabe esparcidas
Vuelves en fruto con tus llamas santas,
Y con fuego templado calentando,
Vas en dulzura su amargor trocando.

Cuando doras el uno y otro cuerno
Del Capricornio, caminando al Austro,
Rompe las piedras el furioso invierno,
Aquilon sale del nevado claustro
Vertiendo hielo, al parecer eterno.
Con recios soplos desde el frío planstro,
Con que el hinchado Oceano exaspera
Las ondas con furor y rabia fiera.

Si del corvo Dragon en la cabeza
O en la cola cruel haces morada,
Y entre nosotros y entre tu belleza
Se atraviesa la luna levantada,
El rostro alegre llenas de tristeza,
Encubriendo tu vista desecada,
Porque los rayos de tu luz divina
No penetran el globo de Lucina.

Mas el funesto y tenebroso velo,
Que impide el resplandor de tu semblante,
No niega á todo el extendido suelo
La gracia de tu esfera rutilante;
Que el que los dones del benigno cielo
Participa en las partes de Levante
Y opuesto Ocaso, goza enteramente
La inmortal gracia de tu globo ardiente.

Pero cuando con luto negro y triste
Cubrió la acerba muerte al sol divino,
Por nuestra culpa, y tú, Apolo, escondiste
Doloroso el cabello de oro fino;
A todo el mundo en torno escureciste,
Atónito del caso peregrino,
Y entre nubes los orbes celestiales
Encubrieron su vista á los mortales.

Bramó el Ponto; el lucido firmamento
Del gran templo apagó las luces puras,
Y sin hacer el hombre sentimiento,
Se abrieron de dolor las piedras duras;
Temerosas gimieron en su asiento
Hasta las almas de Pluton oscuras,
Y cubiertos de azufre y fuego eterno
Temblaron los umbrales del infierno.

Espantada Megera y suspirando,
A las hermanas llama en tal conflicto,
El monstruoso Cancerbero aullando,
Atruenan las cavernas de Cocito;
Las sombras la infernal pena aumentando,
Temen de nuevo su ladrar maldito:
Silbaron de temor las hidras fieras,
Y llamas vomitaron las quimeras.

DIA QUINTO.

Señor, que del linaje descendiente
De las aguas, en ellas parte dejas,
Y parte sobre el aire trasparente,
Del nativo y profundo nido alejas;
Enmudeciendo la húmida en su fuente,
Y la aérea esparciendo al cielo quejas,
Permite que yo el género diverso,
De una estirpe nacido, cante en verso.

Antes que de las aves las edades
Pinto, diré los varios escuadrones
De los peces, las dulces amistades,
Los tálamos bañados, las quistiones,
Las castas bodas, las enemistades,
Las sagaces astucias, las traiciones,
La pesca contra algunos cautelosa,
Inventada del arte gananciosa.

Son de Neptuno las escuadras mudas
Sin número, las cuales serpeando
Van, cual culebras, por las ondas crudas,
Los cuerpos encogiendo y alargando,
Y como proas ágiles y agudas,
Con los rostros de modo el mar cortando,
Que fácilmente en el profundo vaso
Al cerrado camino abren el paso.

Hácia delante por el lago frio,
Extienden y retiran igualmente
Las alas, como cuando de algun rio
Contra la fuerte y rápida corriente
El marinero con gallardo brio,
Sacudiendo los remos fuertemente,
Los líquidos cristales va rompiendo,
Alargando los brazos y encogiendo.

Los que las aguas dulces ó saladas
Habitán, que del uno y otro viento
En alto se levantan azotadas,
Son para el hombre de mejor sustento,
Principalmente si entre frías heladas
Las bate Bóreas con rigor violento,
O el Euro, que con rojo néctar moja
Las sueltas alas desde el alba roja.

Porque con los suspiros impelidos
Los ministros de Eolo voladores,
Los lagos de los mares detenidos
Turban y de los rios corredores;
Con cuyo movimiento combatidos
Los peces sutilizan los humores;
Y consumiéndolo las superfuidades,
Engendran mejor sangre á sus edades.

Deste grande rebaño, unos del cieno,
Como el barbo y la raya, se sustentan;
El aleche y cabron del pasto ameno
Que en las riberas nace, se alimentan;
Entre las piedras del salado seno
Los crueles ratones se apacientan,
Que desafían á campal batalla
Al mas fuerte escuadron que en torno se halla.

Los ligeros atunes, señalados
Con suelta ligereza en la carrera,
De las vecinas tierras apartados,
Nadando corren puestos en hilera,
Y sus bastardos hijos, respetados
Del marinero en la salada esfera,
Siguiendo van de los bajeles altos
Las blancas velas, dando alegres saltos.

Como del pueblo la confusa gente
Sigue al son de añales y atabales
Al luchador soberbio nuevamente
Con las cortadas ramas inmortales,
Hasta que pisa el vencedor valiente
Ufano de su casa los umbrales,
Así los peces siguen las antenas
Hasta ver de la tierra las arenas.

La rémora del húmido elemento
En las profundidades siempre vive,
Cuyo prodigio y milagroso cuento
El que lo oye por falso lo recibe;
Que el no experimentado entendimiento
Difícilmente su verdad concibe,
Mas la experiencia con los varios usos
Los solisticios alcanzó confusos.

Cuando juntando el Aquilon furioso
Todas sus fuerzas, y favorecido
Del bravo mar, combate riguroso
A la nave con impetu atrevido,
Si el hocico en el leño temeroso
Y de las fieras ondas sacudido,
Clava el pece, le tiene tan parado,
Que parece en el suelo estar clavado;

Como la dura y encumbrada roca,
Que mil veces los soplos despreciando
Del recio Noto, con la cima loca
Las inferiores nubes sojuzgando;
O como el pino, que en el cielo toca
Con la frente, á la tierra amenazando,
Que, cuanto mas desdefían á los vientos,
Tanto mas firmes tienen los asientos.

Viendo en tal punto el marinero triste
El caso extraño, semejante al sueño,
Y que á los vientos y al furor resiste
Del gran Neptuno el animal pequeño,
Confuso y lleno de temor desiste
De gobernar el afligido leño,
Que, queriendo partirse, no se atreve
A proseguir su curso ni se mueve,

Como la suelta gama, perseguida
Del cazador y del astuto perro,
Que deseosa de salvar la vida,
Corriendo vuela por el llano y cerro;
Mas si entonces acaso fué herida
De la saeta con el fuerte hierro,
Tanto con el mortal golpe se altera,
Que, no queriendo, al cazador espera.

La anguilla y la tortuga abroquelada,
Desamparando el océano lecho,
Hacen habitacion dulce y morada
Fuera, mas cerca del salado estrecho;
Y el castor, que en la orilla atribulada,
Cuando arroja el cruel grito del pecho,
Si alguno le oye por su mala suerte,
En vano huye de la presta muerte.

Hay otros peces que del lago ondoso
En lo mas apartado siempre habitán,
Y en el tálamo casto y vergonzoso
Las deseadas bodas ejercitan;
Otros, que con estímulo celoso
A Marte en la sangrienta guerra imitan,
Y el que vencedor sale en la contienda,
La victoria se lleva con la prenda.

Otros, que con cuidado enorme y feo
Nuevo amor buscan por la tierra enjuta,
Como el sargo insaciable, que el deseo
Con las cabras en público ejecuta;
Mas de su esposa el piadoso etneo
Jamás la honesta compañía refuta,
Como si el casto yugo los ligase
Del sancto matrimonio y los juntase.

Mas no es igual el fin del casamiento
Al del bastardo lucio, que escondido
En detenidas aguas hace asiento,
Al uso de las mesas no eligido,
Por ser de catarroso nutrimento,
Y de pasto nocivo y desabrido,
El cual de la flemosa tenca nace,
Que las arenas cenagosas paze.

Con grandes ansias y apetito ciego
A la adúltera anguila lícita y llama
Para el sabroso y deshonesto juego
La serpiente que en torpe ardor se inflama;
La cual herida con rabioso fuego,
Que por todas sus venas se derrama,
Con la ponzoña que en su pecho cuece,
En los dulces deleites se embriavece.

Antes de entrar en la amorosa guerra,
En una piedra cóncava vomita,
En los confines del gran lago y tierra,
De los dientes la cólera maldita;
El veneno mortal que dentro encierra
Juntamente con ella deposita,
Mientras que manso el animal furioso,
A las bodas se acerca presuroso.

Herido con la flecha rigurosa
Del blando amor pasea en la ribera,
Por verse en compañía de su esposa,
A quien en la bañada arena espera;
La cual del agua sale presurosa,
Mas que del arco la saeta fiera,
Y alegres, del gran plácido en la punta,
Ambos celebran la amorosa junta.

Hechas las bodas, la cruel serpiente
Vuelve á sorber la cólera y veneno
Que amorosa escupió del mortal diente
Y vomitó del ponzoñoso seno;
Mas, si alguno con mano diligente
La peste derramó por el terreno,
Indignada sobre él su cuerpo inclina,
Mientras la acerba muerte se avecina.

Y de vergüenza y de dolor cubierta,
Viéndose de las armas despojada,
Con que tenía la victoria cierta,
En la contienda mas necesitada;
Sobre el duro peñasco medio muerta,
Y de poder vivir desconfiada,
En repentino y desdichado punto
Pierde con el veneno el cuerpo junto.

Deste ganado, que del Océano
Habita las campañas extendidas,
Nacen algunos cuando del verano
Las dulces horas rien ya floridas,
Y con su ciencia Apolo soberano
Da vigor á las plantas destruidas,
Cuando los cuernos dora de Ariete,
Y en los guerreros vientos paz promete.

Otros nacen al tiempo que el pasaje
Por el leon Nemeo el sol extiende,
Que inflamado de rabia y de coraje,
Con el aliento la campaña enciende,
Y en el callado y húmido linaje
A veces su abrasada peste prende,
Agotando sediento de los ríos
Y de las fuentes los humores fríos.

Otros, cuando los bosques acopados,
Que deleitaban llenos de alegría,
La verde gracia pierden, injuriados
Con los desdenes que el otoño cria;
Otros, cuando los tiempos prolongados
Que la bañada sombra al mundo envía,
Son mas espaciosos y mayores
Que del día los breves resplandores.

Hay tambien peces, que ni son nacidos
De adulterio, ni en bodas engendrados,
Ni de alguna simiente concebidos
De padres, que jamás fueron casados;
Las ostras en sus senos extendidos,
De los vapores tenues y bañados,
Que del medio aire á lo inferior subieron,
Los queridos despojos concibieron.

Deste escuadron armado con paveses,
Con el ánimo junto el vigor crece,
Cuando corriendo por los doce meses,
Llena de plata Cintia resplandece;
Mas, no siempre en un ser su virtud peses,
Que su fuerza adquirida desfallege,
Cuando la luna de la frente llena
Poco á poco los cuernos enajena.

En esto nacer, sobre el cual andaba
En otro tiempo la lasciva diosa,
Y con serena vista el mar pisaba,
En la estacion del año mas hermosa;
Aquí pues, do nació y se recreaba
Vénus, nace la perla preciosa,
Como la piedra, que se cria agorera
Entre los ojos de la hiena fiera.

Mas, cuando por el aire va corriendo
Júpiter, de relámpagos vestido,
Y de las nubes con terrible estruendo
Baja á la tierra, en llamas encendido;
O las ostras el horrible son oyendo,
Si no han del todo acaso concebido,
Cierran los vientres llenos de temores,
Abortando los cándidos humores.

Todas pues estas húmidas edades,
Ahora engendren en el lago Euxino,
O de Helesponto en las profundidades,
O en las cuevas del seno Tarantino,
O del gran Jonio en las concavidades,
O en las del Adriático vecino,
O en las honduras del Océano extenso,
Crian sus hijos con amor inmenso.

En esto exceden á cualquier viviente
Los delfines, los cuales habitaron,
Segun fingió la fama, antiguamente,
La tierra, y con los hombres conversaron;
Mas por Dionisio rigurosamente
En peces las figuras reformaron;
Pero hoy la fiel prudencia y el consejo
Conservan del varon mas docto y viejo.

Luego que salen los queridos hijos
A las horas del día sosegadas,
De los puntos del parto tan prolijos,
Del Ponto entre las ondas plateadas;
Dando muestras de grandes regocijos,
Entorno de las madres rodeadas,
Saltos van dando, y ellas en los dientes,
Reciben á los tiernos descendientes.

Alegres, de los áspersos semblantes
Placer vertiendo en el profundo lecho,
En sus bocas las madres vigilantes
Distilan leche del preñado pecho;
Porque naturaleza semejantes
En esto á las mujeres las ha hecho,
La cual en cualquier parte resplandece,
Y siendo fin, de término carece.

Y cuando de la edad ya recia y fuerte
El estío colérico y adusto
En la crecida descendencia vierte
La dura fuerza y el vigor robusto,
Los padres les enseñan de qué suerte
Puedan ejecutar el robo injusto
En otros peces, y jamás se alejan
De ellos hasta que prácticos les dejan.

En la tierra el marino lobo cria
Sus dulces prendas con igual cuidado,
Y al trabajo que el vientre padecía
Pone fin con el parto sazonado;
Pero después, al catorceno día
Con ellas entra en el Océano hinchado,
Y por las calles ásperas les guía
De la extendida patria, vasta y fria.

Cual la mujer que del nativo cielo
Ausente, pare en el extraño nido,
Mas volviendo después al patrio suelo,
Con el niño en los brazos ya crecido,
Le va enseñando, llena de consuelo,
Las casas que sus padres han vivido;
Así esta bestia al mar sus hijos lleva,
Su habitación les muestra, antigua y nueva.

Quando bañado de furor contienda
El padre de las aguas con los vientos,
Y con embates rigurosos hiende
De los duros escollos los asientos;
Su linaje el leal perro defiende
De los golpes y estrépitos violentos,
Y en el vientre amoroso los recibe
Por los meatos mismos que concibe.

Mas luego que la paz engendradora
De familias y estrechas amistades,
Por las ondas se vierte, y el sol dora
Con luz las plateadas humedades,
Y de Eolo la escuadra voladora
Treguas publica á sus enemistades,
La madre á parir vuelve al pez nacido,
En su vientre dos veces concebido.

¡Oh gran naturaleza piadosa,
Que no solo en el hombre derramaste
La fuerza de los hijos amorosa,
Mas al pez y ave la comunicaste,
Y á la fiera mas brava y espantosa
Con tan suaves dones amansaste,
Que por el parto, cuyo amor la preme,
Ningun peligro rehusó ni teme!

Con los tiernos cachorros abrazado,
Por llevarlos á dulce salvamento,
Menosprecia el leon encarnizado
Del cazador el ímpetu sangriento;
Y en las feroces garras confiado,
Conserva el concebido atrevimiento,
Sin temer las saetas atrevidas,
Con rigor de los arcos sacudidas.

Y ¡por ventura alguno el triste llanto
De los quebrantahuesos nunca ha oído,
Y de la tartamuda Progne el canto,
En funestas endechas esparcido,
Cuando el fiero dragon lleno de espanto,
El hombre sin piedad, del caro nido
Las ya nacidas prendas dividieron,
Que después muerte con rigor les dieron?

Pero aunque su querida descendencia
Las madres aman tanto, en el rebaño
Del gran Neptuno reina la inclemencia,
Ejecutando entre ellos mortal daño;
Que el mas feroz y de mayor presencia,
Con dura fuerza ó con astuto engaño,
Al flaco y débil que huir procura,
Da en la hambrienta tumba sepultura.

Sin poder aflojar del vientre onusto
La gran voracidad intolerable,
La espantosa hallena el pasto injusto
Apetece con cólera insaciable;
Cuyo feo espectáculo y robusto
Promete mortandad irremediable,
Y si acaso el disforme cuerpo alarga,
Isla parece su bañada carga.

Quando la hambre pálida la embiste,
Sus ansias aumentando impacientes,
Erizado el cabello, el rostro triste,
Llenos de orin los escabrosos dientes,
El vasto monstruo, que con furor viste
De nuevo los espíritus valientes,
Y contra el mismo Océano se enoja,
Olores por la abierta boca arroja,

El suave perfume de ámbar, cuando
De los peces por cóncavos canales
Penetra hasta el cerebro, despertando
El olor en los ciegos animales;
Ellos el oloroso don gustando,
De la hambrienta entrada los umbrales
Incantados pasan, y la bestia experta
Les cierra entonces al vivir la puerta.

Pero naturaleza, á las criaturas
Del mar, que de vigor no son dotadas,
Ni sus miembros armó de puntas duras,
Les infundió asechanzas recatadas,
Cautelas encubiertas y seguras,
En cuya sagaz arte confiadas,
La vida quitan al mas bravo y fuerte,
Y otras veces se libran de la muerte.

¡Qué virtud poderosa, di, acompaña
A la tramielga perezosa y tarda,
Mas débil que la humilde y frágil caña,
Tan medrosa que todo la acobarda?
En las cavernas que Neptuno haña,
Del mas flaco animal se esconde y guarda,
Mas del engaño con la fortaleza,
Socorre en tal conflicto á su flaqueza.

Si algun inadvertido pez la toca
En las agudas puntas del costado,
Yace en el suelo, como inmóvil roca,
Su triste cuerpo, de temor cargado;
Y palpitando la tremante boca,
Muestra el vientre hácia arriba trastornado,
Ignorante del don favorecido,
Que de naturaleza ha recibido.

Al punto su contrario en las arenas
La viva carga desmayado arroja;
La sangre se le hiela por las venas,
Y de los miembros el vigor afloja;
Y como si con grillos y cadenas
Fuese ligado, por la gran congoja
Que de la flaca complexion le viene,
De los pasos el ímpetu detiene.

Como cuando del sueño perezoso,
Entre oscuras ideas en los brazos,
Huir desea el hombre presuroso,
Y queriendo correr, como con lazos
Se halla atado, así el pez temeroso
Con semejantes cuerdas y embarazos
Se para, y la tramielga en mortal hora
Cobrando el ser perdido, le devora.

Quando sobre las rocas asentada
Se abre la concha, el cancro, que está en vela
Por hacer la ganancia deseada,
Se le acerca, encubierto con cautela,
Y en medio de ella, estando descuidada,
Arroja una pequeña pedrezuela;
Queda entonces abierta, él sin encuentro,
Con ardor roba cuanto halla dentro.

¡Quién del prudente erizo no se admira?
Que cuando alborotado el Ponto grueso
Las playas inundó, bañado en ira
Sobre sí pone de una piedra el peso,
Temeroso del mar, cuando suspira,
Sus límites pasando con exceso,
Con cuya carga al golpe que le embiste,
Como lastre de nave, le resiste.

Y alguno nunca ha oído por ventura
Del pulpo los engaños naturales,
Que los colores á la piedra dura
Usurpa, que abrazó con los ramales?
Con cuya ajena y natural figura,
Huye de muerte los propinacios males,
Y semejante á la imitada roca,
Del pescador no teme el ansia loca.

Este astuto animal con la lamprea
Odio engañoso y cólera ejerce,
Y con alterno daño en la pelea,
El espíritu el uno al otro quita;
Ella, que el robe ejecutar desea,
Desde el profundo escollo solicita
Dar al medroso pulpo muerte fiera,
Y en viéndole, los pasos acelera.

De la mortal necesidad forzado,
Con ella el enemigo prestamente
Se revuelve de aqueste y de aquel lado,
Procurando apretarla fuertemente;
Mas, la lamprea el cuerpo deslizado,
Mil veces de los fudos fácilmente
Y intrincados ramales desenlaza,
Y otras tantas con ella el pez se abraza.

Cual los fuertes varones, que mostrando
Por el don prometido fuerza y brío
En la trahada lucha, y ondeando
Sudan sobre la tierra un largo río;
Los brazos enlazando y desalando
Como culebras, en el desafío,
Así trabajan en su gran porfía
Los dos guerreros de la rueda fría.

Otras veces se afuda y se revuelve
Con las cuerdas el pulpo miserable
En la roca, y de su color se vuelve,
Huyendo del contrario intolerable,
Y el peñasco á dejar no se resuelve,
Aunque padezca llaga penetrable,
Antes tiene al escollo endurecido
Con las corras tenazas siempre asido.

Como cuando el soldado victorioso
A la mujer cautiva del regazo
Quitar procura el hijo temeroso,
Que la cibe con uno y otro brazo,
Pero el infante triste y congojoso
Jamás desata el añudado lazo;
Así, abrazada tiene el pulpo mudo
La piedra con estrecho y recio fudo.

Mas, como el ciervo que en la selva umbrosa
Siguiendo por el rastro á la serpiente,
Con la potencia descubrió olorosa
Las señales que busca diligente,
Y sacando á la fiera ponzoñosa
Del lugar escondido, ella impaciente
Se le revuelve al cuerpo, pero en vano,
Que allí la despedaza el ciervo insano;

Así, con fuertes garfios y tenazas
Forzado el pulpo al enemigo traba,
Que confiado en sus astutas trazas,
El ánimo acrecienta y furia brava;
Mas su cautela y grandes amenazas
Deshace el pez deslizador, y clava,
Dándole muerte, la hambrienta boca
En su cuerpo con rabia y ansia loca.

Tambien del mar entre el sagaz rebaño
El cefalo piadoso se apacienta,
El cual no hizo agravio, mal, ni daño
Al compañero, ni privar intenta
De la vida al pariente, ni al extraño,
Ni jamás de sus carnes se alimenta,
Sino de la ova y cenagosa arena,
Sin que sus labios manche sangre ajena.

Pero, no es todo de malicia falto,
Porque cuando se ve entorno sitiado
De la fudosa red, se arroja en alto,
Y de su astucia no es desamparado;
Que muchas veces con el presto salto
Del circular engaño se ha librado,
Pasando en los profundos manantiales,
Sobre el agua los términos fatales.

La trucha de granates esmaltada,
Que de las mismas ondas se recata
De la prision, á trechos añudada,
De la propia manera se rescata;
La cual en la corriente arrebatada,
Que de los altos montes se desata,
Con impetu se arroja, y de los rios
Rápidos busca los humores frios.

Si el escarbo quedó captivo y preso
En la cárcel cruel entretelida
De varas, con la dura hambre opreso,
Por robar del anzuelo la comida,
Astutamente del contrario peso,
Poniendo en dulce libertad la vida,
Con la cola la entrada alarga estrecha,
De verdes juncos y de mimbres hecha.

Mas, aunque los callados nadadores,
Libertad cobran con astucias tales,
Con mas sagacidad los pescadores
Captivan á los tristes animales,
Como cuando los diestros cazadores
Engañan á las aves celestiales,
Con falso cebo de los rubios granos,
Y inadvertidas mueren á sus manos.

Suele tambien en la bañada esfera
Matar amor al húmido rebaño,
Que al mortal casamiento se acelera,
Apeteciendo su amoroso daño;
Cuando el albur descubre en la ribera,
Preso al marido con el falso engaño,
Hasta morir, siguiéndolo porfia,
Por verse en su querida compañía.

¡Oh fiero amor! hermoso en el semblante,
Mas con implias hazañas te eternizas
Cuando invisiblemente del amante
En el turbado pecho te deslizas,
Y con dolor y saña penetrante
La fuerza de tu fuego dentro atizas,
Cuyo ardor á su rostro el color quita,
Como al clavel cortado el sol marchita.

Tú, á muchos, de su honor haciendo ultraje
Entre funestos paños envolviste,
Cuando lleno de rabia y de coraje
Impetuoso les acometiste;
Tú el primo que juntó el débil linaje
Con el estrecho matrimonio fuiste,
Y en cualquier corazon que entras, derramas
Temor helado y encendidas llamas.

Y no solo en hacer guerra te cehas
Contra el hombre, aves, fieras espantosas,
Pero tambien en las profundas cuevas
Del mar tiras saetas ponzoñosas;
Allí en sus monstros abrasadas pruebas
Ejecutan tus flechas poderosas,
Porque ningún mortal vivir intente,
Que tu necesidad no experimente.

Mas, oh mi musa, no te pares tanto
Entre las ondas amenazadoras;
Sal presto de sus aguas, nuevo canto
Esparce entre las huestes voladoras,
Que al recoger la negra noche el manto,
Con las lenguas suaves y sonoras
Hieren del mundo las sublimes vueltas,
Sacudiendo á compás las alas sueltas.

Tú, aire, entre las plumas encerrado,
Que á las aves aprietas sutilmente,
Y cuando dellas eres azotado,
Se levantan en alto fácilmente,
Recibe de mi musa el vuelo osado
En tus regazos, que atrevidamente,
Saliendo del Océano, procura
Subir á tu region líquida y pura.

Vosotras, oh cuadrillas celestiales,
Que acordais vuestros dulces instrumentos,
Cual la harpa, con cuerdas desiguales,
Acompañad ahora mis acentos;
Porque, los que entre mudos animales,
A mis ásperas voces tuve atentos,
No se entreguen al sueño leve y blando,
Mientras conmigo en verso vais cantando.

Ven tú, mi Filomena deseada,
Que de la triste noche eres consuelo,
Y en tierno son la música acordada
Derrama de tu cuerpo pequenuelo,
Que en dulzura á la citara dorada
Vence, que tocó Apolo en Delfo y Delo;
Tú sola puedes á la noche fria
Con su canto igualar y al claro día.

La negra merla dulcemente canta,
Mas luego pone término á sus quejas
Al punto que la sombra se levanta,
Encubriendo de Febo las madejas;
Comienza el ruiseñor con la garganta
A herir del oyente las orejas
Al tiempo que el aurora las mejillas
Muestra sobre las húmidas orillas.

Mas cuando el sol se nos desaparece,
De sus endechas cesa el triste llanto;
Pero la dulce filomela ofrece
De sus querellas el continuo llanto,
Mientras el alba hermosa resplandece,
Vertiendo aljófár del rosado manto;
Al suelo alegre con su vista el día;
Cíñe al alre sutil la noche fria.

Como del cisne el canto prodigioso
Hace al salir del cuello gran viaje,
Mas que otra ninguna ave deleitoso
Forma de sus acentos el pasaje;
Y cuando de su cuerpo perezoso
La edad cansada, con caduco ultraje
Se avvicina á la muerte sorda y dura,
No se olvida jamás de su dulzura;

Que al cruel punto que la breve vida
Deja del mortal peso los despojos,
Canta suave, y con el son herida
Anuncia de la Parca los enojos;
Y con el ala débil y caída
Cubre anhelando los marchitos ojos,
Como quien el futuro mal publica
Y funestos presagios pronostica.

Muestra el aurora la rociada frente,
Llenos de blancas perlas los regazos,
Y al labrador el gallo diligente
Rompe del sueño los mortales lazos,
Para que del arado el corvo diente
Vuelvan á ejercitar sus fuertes brazos,
Y con guirnaldas de doradas mieses
Corone á Cérés en los grandes meses.

De esta ave la inmortal fuerza contemplo
En aquel mármol soberano escrita,
Sobre el cual levantó su sacro templo
El que á los cielos leyes pone y quita;
Cuando el falso concilio, dando ejemplo
De obstinación frenética y maldita,
Saetas de mentiras esparcían
Contra Dios, y contra ellos se volvían.

Niega á Cristo el apóstol afligido
Primero que del gallo penetrase
Sus orejas el canto prevenido,
Y á Oriente el padre de la luz llegase;
Y porque lo que había establecido
El pródigo Señor se efectúase,
Apenas le oye, cuando Pedro cobra
El sentido, y con él milagros obra.

Y acordándose al punto de la ofensa
Que contra Dios y contra sí había hecho,
Condenando su olvido, en recompensa
Saca suspiros del contrito pecho;
La condenada culpa, aunque era inmensa,
Huyó del viejo en lágrimas deshecho;
El delito, que tanto le congoja,
Dió lugar á las lágrimas que arroja.

Pero como estas y otras muchas aves
Que la carrera líquida nivelan
Del sutil aire, con acentos graves
Y voces acordadas nos consuelan,
Así hay otras que anuncian á las naves
Tristes sucesos cuando espesas vuelan
Cantando, y otras con suspiros varios
Torbellinos y casos temerarios.

Al tiempo que los cuervos congregados
En apiñadas bandas y graznando
Se hieren con los picos aguzados,
La reñida contienda ejercitando,
Salen de la caverna alborotados
Los hijos de Neptuno suspirando,
Y contra el mar y tímidos bajeles
Se muestran desdeñosos y crueles.

La parlara picaza con sus quejas
Nos pronostica, cuando en la edad fría
Del año, nieve de la barba y cejas,
El erizado tiempo al mundo envía;
En sus antiguos siglos las cornejas
Con las impanzas que el invierno cría,
Mudan la voz, y de los vientos fieros
Despiertan los espíritus guerreros.

El buho anuncia desde la alta peña
Al triste pueblo los futuros daños;
Con su graznido el ansar nos enseña,
Que con bañados y funestos paños
Cubren las nubes la dorada enseña,
Que sacó el sol, descubridor de engaños,
Y levantando negras tempestades,
Tiemblan del Ponto las profundidades.

Destos varios ejércitos alados
No todos siempre habitan solo un cielo,
Que Progne en los palacios levantados
De Ménfis tiende el conturbado vuelo,
Cuando de los vapores añublados
Agua distila el aire, y con el hielo
Que el recio Bóreas por la boca vierte,
En los tiernos pimpollos causa muerte.

Pero si acaba el término prescrito,
El frío de su rígida aspereza,
De las altas pirámides de Egipto
Parte luego con pronta ligereza,
Y de nuestra región en el distrito
Anuncia al pueblo como Febo empieza
A pintar de odoríferos matices
Los campos y á dar fuerza á las raíces.

PE-II.

Y entre sublimes y dorados techos
La extranjera ave sus polluelos cria,
Al tiempo que, encendida de los pechos,
La canícula fuego al mundo envía,
Que penetrando los bañados lechos
De los ríos, agota el agua fría,
En cuyo nacimiento el sol abrasa
Los campos secos con ardor sin tasa.

Las grullas del helado humor huyendo,
Van á habitar á la etíopa tierra,
Amenazando con rumor y estruendo
A la gente pigmea fiera guerra;
La cual al volador caudillo viendo,
Que en forma de escuadrón se espesa y cierra,
Y que extiende las alas con grande ira,
En señal de banderas se retira;

Cual cazador que por la selva oscura
Siguiendo al gamo ó jabalí cerdoso,
Descubre entre las matas y espesura
Algun dragón airado y espantoso,
Y viéndole, los pasos apresura
Hacia atrás, de su vista temeroso,
Huyendo junto por el cuerpo helado
La sangre al corazón necositado.

Entonces los ligeros animales,
Los pechos con furor y odio cebando,
Bajan de las regiones celestiales
Los picos como lanzas enristrando;
Y en lugar de trompetas y atabales,
Graznan, cruel estrago ejecutando
En la nación enana, á quien del suelo
Levantán con las uñas hasta el cielo.

También las aves sus amados nidos
Fabrican en lugares diferentes;
Unas entre las aguas escondidos
Los ponen de los mares inclementes,
Otras, sobre los árboles subidos,
En las partes mas altas y eminentes;
Otras entre el arena polvorosa
Su descendencia crían amorosa.

Los halcones, así como adelantan
El vuelo por las nubes remontadas,
Así su habitación también levantan
De la planta en las ramas encumbradas;
Al contrario, su casa en tierra plantan
Las perdices sabrosas y pintadas,
Que por la mucha carne, el torpe vuelo
Apenas alcanzan del humilde suelo.

Compone el alcion de secas flores
Su nido cuando con los recios vientos
Suben del mar mas altos los humores,
De las rocas turbando los asentios;
El ave variada de colores,
Sin temer de los impetus violentos,
En las ondas la tierna carga arroja
De los huevos, y el Ponto la ira arroja.

Al principio la madre piadosa
Las caras prendas con amor fomenta,
Y los polluelos sobre quien reposa,
Ya nacidos engorda y alimenta;
Entonces de fortuna procelosa
Ajeno el marinero, dar intenta
Al viento velas, y la proa aguda
Hace sonar del mar el agua muda.

Nace, y de ornatos ricos adornada
Del padre Adán la humana descendencia;
Muchas veces se halla despojada
Del paño celestial de la clemencia;
Y el alcion, que entre la fuerza airada
Del Océano y indómita inclemencia,
Deposita desnudo el fructo grato,
Le viste al punto con divino ornato.

¡Oh gran naturaleza inaccesible,
Que á los torpes linajes ennoblece
Con virtud tan preciosa y increíble
Y con tan ricos dones enriquece!
¡A quién no causa admiración terrible
El amor que en las aves resplandece
Con los hijos, el vario nacimiento,
La fe incorrupta del consentimiento?

18

Cuando pierde la tórtola viuda
Su amada compañía ausente ó muerta,
De la primera fe jamás se muda;
Ni otro amor busca de su vida incierta;
Antes con llanto la memoria aguda
De su querido con dolor despierta,
Y en el estéril campo donde habita
Con enturbiadas aguas la sed quita.

Tú, sencilla paloma, que ligada
Como con santos lazos con tu esposo,
Nunca mientras él vive das entrada
A otro en tu pecho puro y amoroso;
Enseña cómo debe ser guardada
En el tálamo casto y vergonzoso
La fe del inviolable matrimonio,
De que da tu vergüenza testimonio.

El gusano de seda muere y nace,
Sin que de otro gusano sea engendrado,
Y aunque cada año con rigor deshace
A su dorada casta el fiero hado,
No deshecho de todo punto yace
En el mundo el linaje eternizado,
Que la simiente de estos animales
Vive, aunque muerta, siglos inmortales;

Como cuando á las plantas hiela el frío
Del invierno cruel con fuerza dura,
O como cuando el sol en el estío
Las quema estando en su mayor altura;
Que con todo eso queda un vital brío
En las raíces, y una virtud dura,
Que brotar hacen en las selvas nobles
El verde ornato á los caducos robles.

Cuando la luna cándida y serena
Muestra alegre en el tépido verano
De sus mejillas la redondez llena
Opuesta contra su luciente hermano;
A la generación de aliento ajena,
Con un velo sutil cubre la mano
De la avara mujer, que solicita
El vellon que en el pecho deposita.

Y antes que la septena luz del día
Descubra al cielo la hermosa frente,
En el seno comienza do se cria
A moverse la cálida simiente;
Y por ser vista la dorada cria,
Que cada año renace nuevamente,
A caminar comienza cuidadosa
Con otra forma ya maravillosa.

Luego á cada una en repartido asiento
La gente con afán pone y divide,
Y de tardos morales el sustento
Con su boca insaciable ajusta y mide;
La nueva casta, sin conocimiento
De sus vidas el verde pasto pide,
Y llena con los fértiles manjares
De los estrechos cuerpos los lugares.

Cuando las pequeñuelas avecillas
Se acercan á la muerte inexorable,
Se traslucen las rubias bebecillas
En los vientres del gremio miserable;
Como cuando las uvas amarillas
Vuelve el sol con su fuerza penetrable,
Y el humor como el oro resplandece,
Que dentro de ellas en dulzura crece.

Harto ya de roer de los morales
El frondoso manjar y fértil cebo,
Mueve hácia los orbes celestiales
Los ojos el caudillo antiguo y nuevo;
Al punto los alados animales
Otros reinos buscando andan de nuevo,
Donde cada uno trabajando pueda
Ir extendiendo la dorada seda.

Entonces los sarmientos prevenidos,
Los espinos estériles prepara
La guardia entre los techos conocidos,
Con diligencia á la juventud cara,
La cual por los lugares repartidos,
Trepando á trechos va de vara en vara,
Donde haciendo asientos los linajes
Olvidan sus antiguos hospedajes.

Por los portales de retamas hechos
Y de sutiles mimbres, derramando
Los buscados estambres de los pechos,
Están el rico oficio ejercitando,
Hasta que forman los ovados lechos
Con los delgados hilos vueltas dando,
Do voluntariamente en su ejercicio
Se encierran por dar fin al tierno oficio.

Los hermosos ovillos suspendidos
Quedan clavados por las altas ramas;
Usurpan los vellones encendidos
Con su color dorado al sol las llamas;
Como cuando en los valles extendidos,
Pendientes de los árboles derramas,
Dulce otoño, los frutos encumbrados,
Con pálidos matices esmaltados.

Encerrada en la cárcel tenebrosa
La nueva juventud, romper procura
Con mil ansias berida y cuidadosa
El muro de la ovada sepultura;
La polilla en pequeña mariposa
Se vuelve cuando de la prisión dura
Barrena y rompe el edificio rico
Con el valiente y porfiado pico.

Admirados de ver sucesos tales
En sus menudas formas los gusanos,
No se atreven los tristes animales
Sulcar volando los aéreos llanos;
Antes imaginándose mortales,
Olvidan de su vida los ufanos
Contentos: tanto efecto la memoria
En ellos hace de su acerba historia.

Y en el punto que ven se va acercando
Con presteza otra vez su muerte fiera,
Se turban, como todos harán cuando
De las edades en la luz postrera
El fuego universal amenazando
Al mundo entero, abrasará la esfera
De la redondez sólida y pesada,
Tanto tiempo en sí misma sustentada.

Al fin contra ellos los funestos hados
Ejecutan cada año su inclemencia,
Y siendo de la vida despojados,
Por immortalizar su descendencia,
En las muertas simientes encerrados
Dejan, según nos muestra la experiencia,
De una esperada sucesión los dones,
Reparo á los eternos escuadrones.

Pero entre las cuadrillas divididas,
Que las campañas extendidas bienen
Del aire con las alas sacudidas,
Y con su alegre canto nos suspenden;
Entre las que con voces doloridas
Pronosticando daño al hombre ofenden,
Sola nace de sí la Fénix rara,
Y sola ella á sí misma se repara.

En cierto espacio del rosado Oriente
Un bosque reverdece, rodeado
De las marinas ondas, el cual siente
Los azotes que mueve el sol dorado;
Cuando la húmeda luz resplandeciente
Resuena con el carro rociado,
De donde se levanta el claro día
Y del caos la hija negra y fría.

En medio del está una fuente pura
De dulces aguas, clara y abundante,
Donde la única Fénix la figura
Humedece del cuerpo rutilante;
Cuando con la rosada vestidura
Vierte aljófar del cándido semblante
Y dorados cabellos el aurora,
Del rubio Febo fiel anunciadora.

Luego volando á la mas alta rama
De la planta mas bella y olorosa,
Está esperando á la celeste llama,
Que el sol esparce de su frente hermosa;
Y al mismo punto que Titan derrama
La lumbre de su esfera luminosa,
Humilde le saluda la única ave;
Con honesta apariencia y voz suave.

Ufano Apolo por el ancho cielo
Los caballos fogosos rige y guía;
Ella, tres veces sacudiendo el vuelo,
Se queja con sonora melodía,
Y á la cabeza del señor de Delo,
Que con rayos en círculo atavía,
Hace otras tantas grande acatamiento,
Poniendo fin al regalado acento.

Después al tiempo que á cumplir empieza
Los diez siglos de vida tan cansada,
Bacia Siria el veloz vuelo endereza,
Que Fenicia por ella fué llamada;
Vencida entonces su naturaleza
Con tanta edad, se hace mas cargada;
El humor perezoso se enflaquece,
Que de virtud con la vejez carece.

Las alas que á las nubes inferiores
Con su ligero curso sojuzgando,
Exceden á los vientos voladores,
Rendidas yacen al reposo blando;
Y como los dudosos resplandores
A los cuernos de Cintia van faltando,
Así la breve luz se dismínuye
De sus ojos, y poco á poco huye.

Y de su vital muerte sabidora,
En la palma que al aire mas se opone
Del tépido collado, donde mora,
Las secas yerbas recogiendo pone;
Y con los dones que á los nardos Flora
Y á la mirra aromática compone,
Hace la tumba cuando mas reposa
De Hipotades la escuadra impetuosa.

En el tiempo que el sol al Ariés toca,
Que del año la edad verde renueva,
Sobre el ara se asienta, donde invoca
Al fuego, que ha de dar la fuerza nueva;
A que pare su carro al sol provoca,
El cual su justa petición aprueba,
Y al animal, que por morir anela,
Sobre el lugar sagrado así consuela.

« Oh sola Fénix, aborrecimiento
De la torpe vejez, tu natal suerte
Comenzará á tomar su antiguo aliento
Sobre el falso sepulcro de tu muerte;
Muda el cuerpo forzado y descontento,
Tu senectud en tierna edad convierte,
Y cobrando otra vez tu misma forma,
En figura mas bella te transforma. »

Esto dicho, del círculo dorado,
Que en torno á su encendida frente gira,
Arranca un rayo, que, sin ira airado,
A la perpetua Fénix se le tira;
Con el golpe vital acelerado
El ánima del ave eterna espira,
La cual en llamas del ardiente Febo
Gusta morir para vivir de nuevo.

Naturaleza entonces piadosa,
Y atenta en la hoguera fiel, procura
No consuma la lumbre poderosa
De las aves al ave única y pura;
Luego una pequeñuela mariposa
Nace en la engendradora sepultura
De las cenizas, que, sin ser forzadas
De ninguno, se mueven animadas.

Por su cuerpo un vigor nuevo esparcido
Se calienta, la sangre se derrama
Por las venas, el que antes había sido
Muerto en fuego, renace con la llama;
El ardor de los rayos encendido,
Con que al orbe estrellado el sol inflama,
Aparta las dos vidas semejantes,
Confinés entre sí, poco distantes.

Mas cuando á florecer su edad empieza,
Del aire usado las campañas hiende,
Volando, y el veloz curso endereza
Al primo albergue, do habitar pretende;

Adornada de pompa y de grandeza,
Las prestas alas sacudiendo extiende,
Con cuyo color rojo el ave sola
En su púrpura vence al amapola.

Y deste modo la cerviz y espalda
Con el oro distintas enriquece,
Entre las bellas alas la esmeralda
Con su verde riqueza resplandece;
A su cabeza ajusta una guirnalda
De rayos, como la que al sol guarnece,
Y entre ellos las señales claras pinta,
Que el iris muestra en su mezclada cinta.

De la vista en los círculos, iguales
A dos jacintos, arden vivas llamas,
Del templo las columnas inmortales
Son cubiertas con cándidas escamas;
Las uñas de rubies y corales
Honora el alba con las rojas tramas
De sus cabellos, y su imágen bella
Del pavon los colores atropella.

Es de tan grande cuerpo, que ni fiera,
Que en la fértil Arabia se apacienta,
Igualar puede á su grandeza altera,
Ni ave á quien en la Siria el sol calienta;
Mas no por eso es torpe en la carrera,
Que con su vuelo al pensamiento afronta,
A la cual con las alas sacudidas
Sigue gran turba de aves suspendidas.

Como cuando del Tigre en las orillas,
Del enemigo ejército triunfando,
Van en tropas las bárbaras cuadrillas,
Al valeroso parto acompañando,
Sus empresas y heróicas maravillas
Con las sonoras cajas publicando,
Así la única Fénix coronada
Vuela de varias aves redeada.

Venturoso animal, que fuerza adquiere
Con lo que el mortal hombre se deshace;
Su muerte de la vida no difiere,
Que del sepulcro su principio nace;
Su senectud jamás, muriendo, muere,
Ella misma de sí misma renace,
Y sienda engendradora, es heredero,
De sí engendrado y padre verdadero.

El buitre, raro al mundo y monstruoso,
Pare sin haber de ave concebido,
Y el que rie del culto misterioso
De nuestra fe, erer nunca ha querido
Que de Maria en el jardín precioso
Aquella eterna Vara haya nacido,
Conservando la Virgen pura y santa
La flor entera de su casta planta.

Pero ya que dar crédito rehusa
Esta gente perversa y obstinada
A los justos profetas, no se excusa
De castigo su culpa condenada;
La ira, de que el sumo Juez usa,
Desbará presto su intencion dañada,
Porque al infiel ejército resiste,
Y en defensa del suyo siempre asiste.

Aquel soberbio Filisteo gigante,
Cuya terrible y hórrida figura
Sobrepujaba al encumbrado Atlante,
En las nubes tocando su estatura,
Contra el pueblo de Dios sale arrogante,
Menospreciando al mundo su bravura,
Y al último vinieron á rendillo
Los brazos de un humilde pastorcillo.

Y así, como en el aire suspendidas
Las fieras ondas, con los recios vientos
Se rompen, de sí mismas sacudidas,
Enfrenando los impetus violentos;
Así serán deshechas y vencidas
Con el propio furor de sus intentos
Las falsas opiniones que sustentan
Estos ciegos espiritus y inventan.

DIA SEXTO.

Dios, que con tus palabras sacrosantas
Vida á los varios animales diste,
Y de vil cieno con tus manos santas,
Al hombre frágil inmortal hiciste;
Tú, que en el Hijo maravillas tantas
Para solo servirte estableciste,
Muéstrame los linajes desiguales
De los mansos y fieros animales.

Humilla los soberbios corazones
De los tigres y toros enojados,
Doma la ira y furor de los leones,
Espanto de los bosque apretados;
Sujeta á mis acentos los dragones,
Los cerastes, los áspides pintados
Que hoy produce la tierra piadosa,
Obediente á tu voz imperiosa.

Pare el curso á mi canto numeroso,
Esparcido en octavas derramadas,
El caballo que suelto y presuroso,
Revuelve á todas partes las pisadas,
Rompiendo con las manos orgulloso
Sobre el pecho las cintas apretadas,
Y al batir el jinete el acicate,
Vuela, cual ave que las alas bate.

Deste suelto linaje, que sustenta
Con sus pastos la tierra, el mas ligero
Es el que en las orillas se apacienta
Del Ebro en el ibérico hemisfero;
En el arrebatado curso enfrenta
Al armenio y al bárbaro guerrero,
Y contender con el halcon podría,
Cuando en seguir al pájaro porfia.

Pero el que en los Eliseos campos paze,
Que Guadalete con sus aguas baña,
En todo conocida ventaja hace
Al siculo, al tirreno, al de Bretaña,
Al que en Tesalia y en la Scitia nace,
Al de Africa, al de Creta, al de Alemaña,
Y así por padre al Céforo le dieron
Los que su ligereza conocieron.

Este animal, si extiende la carrera,
Señal ninguna de sus piés parece
En el arena, ni sobre la esfera
De las ondas las uñas humedece;
Ni las espigas puestas en hilera
Dobla cuando sobre ellas acontece
Volar corriendo, que es como la estrella,
Que veloz pasa por la rueda bella.

Cuando en la guerra las escuadras mira,
Y oye el son de la bélica trompeta,
Por las narices vivo fuego espira,
Como cuando el gran Júpiter saeta;
Y ardiendo en llamas de coraje y ira,
Al son del instrumento, cual saeta,
Parte, y en la trabada escaramuza
Las encontradas picas desmenuza.

No el confuso rúido le acobarda
De añales y roncós atambores,
Ni de las armas ni de la bombarda
Los truenos y encendidos resplandores;
Aquí unas veces al peligro aguarda,
Allí apresta los pasos voladores;
Con asalto atrevido y temerario
Desbarata al ejército contrario.

Simil furor al elefante enciende
Del cruel Marte en el ensayo fiero,
Cuando la torre sobre sí defiende
Del impetu adversario y duro acero,
Y con los vastos piés derriba y hiende
Con gran rumor al escuadron guerrero,
Como cuando el crecido rio baja
De montes altos y las peñas raja.

No hay cuerpo vivo de tan grande peso
En la tierra que iguale al elefante,
Que de lejos parece el bulto grueso
Cuando camina, que pasea Atlante;
O el soberbio bajel que, siendo opreso
De los vientos, el mar sulca inconstante,
O la nube cargada de humedades,
Que de sí vierte negras tempestades.

Esta viva montaña, según fama,
Conoce con espíritu agorero
Cuando la funesta Atropos la llama,
Ejecutando en ella el ciego agüero;
Que como el blanco cisne que derrama
El canto, anuncio de su día postrero,
Así la bestia tristes quejas vierte,
Conociendo acercarse ya su muerte.

Y ninguno de cuantos animales
En diversas regiones hay nacidos
Imita mas las fuerzas naturales
De nuestras tres potencias y sentidos;
El cual de las esferas celestiales
Mira á veces los fuegos encendidos
Con cierta sumisión, y á alcanzar viene
Que el cielo sobre sí dominio tiene.

Cuando la luna á renovar empieza
De los cuernos las puntas plateadas
Movido de la gran naturaleza,
Ramas corta en las selvas laureadas;
Y levantando en alto la cabeza,
Las mira con las luces renovadas
De Cintia, y blandamente las menea,
Como quien algun don della desea.

Y ¿já quién no admira en carga tan pesada
Tan presta ligereza, que haciendo
Fiestas Nerón, entró en la empalizada
Esta bestia por un arco subiendo,
Y en la maroma, en alto levantada,
Anduvo, sobre sus hombros trayendo
A vista de la gente á su maestro,
Cual suele el volatin práctico y diestro?

De su conchosa carga en la grandeza
La abada casi al elefante iguala,
Y en la frente cubierta de aspereza
Un cuerno lleno de rigor señala;
Con el cual del acero la dureza
Con impetu feroz hiriendo, atala,
Y cuando el elefante la acomete,
Venciéndolo, contra él fiero arremete.

Este linaje, muchos escriptores
Dudan si tuvo á las entrañas duras
De la tierra por madre, ó sin amores
Ni bodas recibieron sus figuras,
Como hemos visto entre los nadadores,
Monstros del mar, algunas criaturas
Nacer sin padres, cual las conchas y ostras,
En torno armadas de aceradas costras.

Mas ¡oh musa! divierte tus razones
De cosas tan pequeñas por ahora,
Ni trates de las simias ni huroneas,
Ni de la comadreja dañadora;
Deja tambien aparte los lirones,
En quien el sueño tanto tiempo mora,
Siempre encerrados en las tumbas frías,
Hasta que nacen los templados días;

Mas, cuando alegres del verano tierno
Los primeros aspectos se rieron,
Y los desdenes del nevado invierno
Y helados disfavores perecieron;
Dejan el sueño, al parecer eterno,
Donde, viviendo, muertos estuvieron,
Y del sol viendo el fuego luminoso,
Se acuerdan luego del manjar sabroso.

Ni de la harda tratarás vellosa,
Que cuando hiere al Cancro el sol dorado,
A la nativa casa calurosa,
De la acopada cola hace tejado;
Como el pavon cuando la suya hermosa
En arco encorva, de arrogancia hinchado,
Con mas colores que no el iris vino
Tras el tempestuoso torbellino.

Y así, no se dilate ni suspenda
De los toros indómitos y atroces
La furiosa nacion, y la contienda
Que mueven entre sí, cuando feroces,
Soltando á los bramidos larga rienda,
Con rabia aguzan las valientes hoces
De los agudos cuernos en las rocas,
Niebla arrojando por las grandes bocas.

Destos bravos y fieros animales
El dominio entre todos ejercita,
Como el rey en los súbditos leales,
El que en fuerzas no halla quien le imita;
El cual, como con leyes naturales
A obediencia, á la maudra necesita,
Y como á capitán el gran rebaño
Le busca y sigue con amor extraño.

Pero cuando del gremio se retira
Alguno de celosa rabia herido,
La fúndosa cerviz, bramando de ira,
Alza en alto con impetu atrevido;
La cruel vista á todas partes gira
Buscando al que en tal furia le ha ofendido,
Y si acaso con él solo se halla,
Se traba entre los dos fiera batalla.

Puestos los enemigos frente á frente,
El uno contra el otro al punto cierra,
Vierten por las narices fuego ardiente,
Segando con los pies la seca tierra;
El desafiado toro, que, impaciente,
El fuego del sangriento Marte afierra,
Al adversario asalta por dar muerte
Hiriéndose ambos con el cuerno fuerte.

Como cuando con impetu violento
Dos naves de contraria gente armadas,
Alborotando el húmido elemento,
Se encuentran con las proas azotadas;
Así llegan los dos á rompimiento,
Sin cesar de las armas destroncadadas
La riña atroz, hasta que el uno alcanza
De la alegre victoria la alabanza.

Y el que por su naturaleza flaca
Quedó vencido, la cerviz rehuye
Del duro yugo, y á la selva opaca
Corrido y lleno de vergüenza huye;
El dolor concebido nunca aplaca,
Que por todas las venas distribuye,
Cuya edad el callado curso hace
Entre rocas, do á solas siempre paca.

Mas si goza do vive retirado
De mas valientes soplos, temerario
Baja del monte, y de furor armado
Traba guerra otra vez con el contrario;
Y apenas el combate es comenzado,
Cuando vencido brama el adversario,
Los valles con mugidos atronando,
Las celestes esferas penetrando.

Pero castrando á este hórrido linaje,
Aunque está armado de rigor insano,
Doma y amansa á su feroz coraje
Del hombre astuto la maestra mano;
Y con derecho y circular viaje
Salcando de la tierra el monte, el llano,
Los ojos van torciendo oblicuamente,
El yugo atado á la fúndosa frente.

¡Oh animal sobre todos venturoso,
Que no solo eres útil cuando vivo
Para nuestro uso, pero provechoso
Cuando ya de la Parca eres cautivo!
Con tu piel se arma el hombre, y animoso
Al impetu resiste ejecutivo,
Y de tus armas las ballestas hechas
Disparan muerte con agudas flechas.

Los fieles perros son á nuestras vidas
De no menor utilidad, que alirados,
Acompañan con fuerzas atrevidas
Sus cuerpos, sus espíritus osados;
Y vibrando centellas encendidas
Y rayos de los ojos abrasados,
Los ladridos derraman con tal grito,
Que aseguran el tímido distrito.

Hay tambien destos raza belicosa,
Que contra el fiero ejército se alza,
Cuando de la trompeta sonora
Enciende la señal á Marte de ira;
Y en los ánimos rabia impetuosa
Ciego furor el son horrible inspira,
Y las escuadras de á caballo aguzan
Para la peligrosa escaramuza.

No del Medo las flechas herboladas,
Que amenazando están mortal destino,
Le espantan, ni las balas enviadas
De plomo con el negro remolino;
Ni le mueven las pértigas vibradas
Con el arrebatado torbellino,
Antes al enemigo espera inmóvil,
Como en la tierra el arraigado roble.

Ni jamás habrás visto alguno destos
Que vuelva las espaldas huidoras
A los terribles ímpetus opuestos
De las lanzas y espadas vengadoras;
Antes todos, ó turban en los puestos
Al contrario con fuerzas vencedoras,
O del bélico ejército heridos,
Con daño universal quedan vencidos.

Con ellos los antiguos Colofones
Aseguraron su afilida tierra,
Y del Caspe los fuertes torreones
Deshechos fueran con sangrienta guerra,
A no ser defendidos sus cantones
Destos, si la vulgar fama no yerra,
Y así hacían á los muertos perros
Con pompa funeral gratos entierros.

El suelto ciervo, para su defensa
Del perro astuto huyendo, diligente
Al hombre busca, aunque en la selva densa
Provoca á guerra á la cruel serpiente,
Con la cual ejercita furia inmensa
Siempre en su pecho y odio impaciente,
Y en la parte del monte convicina
La sigue, amenazando su ruina.

Luego que el ciervo á la enemiga fiera
Vió con las grandes vueltas retorcida,
Alegre las pisadas acelera
A las cavernas, donde está escondida,
Violentando los soplos de manera
Por la nariz abierta y encendida,
Que á la batalla del profundo asiento
Salir la hace con forzado aliento.

Ella cubierta de ira y de veneno
Le mira, alzando la espantosa cresta
En alto, y de ponzoña el diente lleno
A un tiempo bate y la cerviz funesta;
El suelto ciervo, de temor ajeno,
A la que en vano por huir se apresta,
Revuelta por el cuello y las rodillas,
Mata, clavando en ella las mejillas.

Deste áspero linaje ponzoñoso
Varias formas de Libia en las arenas
Se apacientan, do hieren impetuoso
El hinchado Océano con sus venas;
Allí vierten veneno lastimoso
Los escorpiones, las anfisbenas,
Los basiliscos y otros animales,
Que escupen muerte contra los mortales.

La víbora el dañoso cuello extiende,
Encogiendo la cola y alargando,
Y con la lengua vibradora hiende
Al aire, negra peste vomitando;
Al fin es hembra y mas que otra se enciende
La ofensa venenosa ejecutando,
Con cuyos golpes al herido triste
Mas presto la espantosa Parca embiste.

De la lujuria en el ardor amado,
Este animal con el agudo diente,
La cabeza al marido desdichado
Corta, incitada del furor ardiente;
Y cuando ya del parto sazonado
El riguroso tiempo está presente,
Los hijos al nacer, vengando al padre,
Rompen el vientre de la cruel madre.

El esparamarin, que el africano
Compara al dardo acelerado y fiero,
Desde el tronco se arroja y huye insano
Por la pasada sien del pasajero,
Mas ligero que cuando al aire vano
Sale la bala del colado acero;
Pero aunque la ponzoña no le mata,
Con la herida el hado lo arrebatá.

La salamandra muestra su figura
Tan solamente cuando el torpe frío,
Soplando el Aquilon con rabia dura,
Hace parar el caudaloso río;
Esta vomita peste, que en blancura
Excede al puro y cándido rocío;
Ni sale á luz, mientras desde su cinta
Al suelo húmido el sol enjuga y pinta.

En sus miembros tan gran rigor derrama
El fiero invierno, que en el fuego puesta,
La fuerza amansa de la ardiente llama,
Como á las brasas hace el agua opuesta;
El cerastes con una y otra escama,
El viaje torciendo en la floresta,
Resuena, como cuando el mar golpea
A la nave, que á un lado y otro ondea.

Si en el triste hombre la lucerta toca,
El ponzoñoso golpe ejecutando,
En brasas vuelve la sediente boca
Del herido, el mortal cuerpo hinchando;
Y el dañado veneno, que á sí avoca
Al radical humor, se va ensanchando
Mas que el cuerpo, que ya su ser perdiendo,
Los límites humanos va excediendo.

De todo punto en el mezclado peso
El enfermo se esconde y se retira,
El globo informe con hinchado exceso
Consumiendo al doliente en torno gira;
No puede recibir el bulto grueso
Los miembros del que apenas ya respira;
Al fin, al misero hombre en sí escondido
Desampara el espíritu afligido.

Pero no hay animal tan riguroso
Entre las varias ponzoñosas huestes
Que el basilisco, cuyo silbo odioso
Atemoriza las letales pestes,
Haciéndolas con paso temeroso
Volver atrás volando mas que Oestes,
Aunque en los bosques y en las selvas toscas
En arco doblen espantosas roscas.

Y con los ojos, sin que le resistá,
Al varón mas robusto el monstruo horrible
Mata, porque los rayos de su vista
Corrompen en el hombre lo visible;
Por cuya causa á lo demás conquista,
Que pende del cerebro aprehensible
Y de la vida del corazón fuerte,
Y así con mirar solo causa muerte.

Estos y otros crueles animales
Que saclean muerte venenosa,
No ejecutaban impetus mortales
Al principio con ira ponzoñosa;
Y así, contra las obras celestiales
No se vuelva la lengua maliciosa,
Ni culpe al Criador, porque los dientes
Tan dañosos volvió de las serpientes.

Que á verter ciega rabia comenzaron
Al punto que gustó Adán la manzana;
Las víboras y dipsadas vibraron
Las lenguas contra la progenie humana;
De las ofensas hechas se vengaron
Con el dañado aliento y boca insana,
Y entre árboles floridos encubiertas,
Ejecutaron las heridas ciertas.

Mas no es bien espaciarme por la arena
De la abrasada Libia tiempo tanto,
De fieras hidras y serpientes llena,
Sordas del mago al poderoso encanto;
Porque de horrendos animales suena
Una escuadra, que así propia da espanto,
Y poco á poco por la selva oscura
Los temerarios pasos apresura.

Miro al furioso jabalí, que ajeno
De humildad, con el corvo diente astillas
Hace los robles, y de duro cieno
Fabrica áspera cota á las costillas;
Y sacando el anhélio del seno,
Vierten caliente espuma sus mejillas,
El cual descubre sobre el lomo juntas
Cerdas, que imitan aceradas puntas.

Miro tambien al puercoespín armado
De agudos dardos por la selva umbría,
Que sin cuerda, del arco levantado,
Saetas mil al enemigo envía;
Y después en el rígido costado
Y en las espaldas otras tantas cria,
Con que renueva la áspera batalla
Cuando en necesidad estrecha se halla.

Oh flechero, á quien nunca en el aljaba
Faltó saeta, y mientras se retira,
Cuando la fiera mas robusta y brava
Le sigue, flechas rigurosas tira!
Como cuando el mancebo el arco traba,
Y con la experimentada mano estira
La cuerda, y retirándose constante
Huye y pelea, todo al mismo instante.

El erizo, que en torno trincheado
De agujas y de espinas duras nace,
Cuando el peligro ve, del cuerpo armado
Un globo para su defensa hace;
Y dentro de sus armas encerrado,
Contra el peligro como muerto yace,
Y en la circular fuerza recogido,
Se defiende del impetu atrevido.

El suelto lince, vivos resplandores
De los ojos y pápebras derrama,
Y cuando los astutos cazadores
Roban sus hijos, suspirando brama;
Como cuando los partos vencedores
Con impio asalto y encendida llama
La ciudad baten, y la madre llora
Al niño tierno, que defuncto adora.

Tambien es justo, ¡oh musa! me refieras,
Pues su generacion has conocido,
Los mezclados linajes de las fieras,
Que la naturaleza ha confundido;
Cuando considerando las panteras,
Les hizo de camellos el vestido,
Mas no por eso la piel mansa quita
La furia que la gran bestia ejercita.

Este monstruo feroz jamás concibe
Mas que una vez, porque en la madurez
Del parto, cuando el hijo se apercebe
Para nacer y á ver la luz empieza,
Al vientre, que piadoso lo recibe,
Despedaza (cruel naturaleza);
Y así la madre de dolor forzada
Aborrece la prenda tanto amada.

Tambien tiene odio y aborrecimiento
Con el dragon, y cuando satisface
Con su carne mortal al pecho hambriento,
Sepultada en el manso sueño yace;
Mientras que con su claro nacimiento
Tres veces á la noche el alba hace
Huir debajo de la tierra fría,
Trayendo al mundo el deseado día.

Pero cuando la bestia se levanta
Del grave sueño, somnolenta y floja,
Un suavísimo olor por la garganta,
Entre gritos envuelto, al aire arroja,
De cuya dulce voz teme y se espanta
El dragon, y la rabia y fuerza alloja,
Y deseoso de salvar la vida,
Da espaldas á la tímida huida.

El veloz dromedario, descontento
De los camellos, con los plés misura
Treinta y tres leguas, mientras refugiente
Vertiendo por el cielo lumbre pura,
Una vuelta da el sol resplandeciente,
Al globo entero de la tierra dura,
Huyendo de sus vivos resplandores,
La noche rodeada de temores.

Todas las carnes de su carga vasta,
Este animal con el caliente exceso
De su complexion deshace y gasta,
Casi mostrando descarnado el hueso;
Y así el calor, que el gran cuerpo desbasta,
Nunca permite que el caroso peso
Que sobre el alto dromedario estriba
Sea grande como la figura viva.

El león, de los ojos encendidos
Arroja vivo fuego, y cuando saca
Del enojado pecho los bramidos,
Mueve las cimas de la selva opaca;
Herido con los ásperos gemidos
El monte de temblar nunca se aplaca;
Con trépido rumor el eco suena
En los valles, y el denso bosque trueno.

Y cuando por sus miembros se desliza
La ira, la tierra con la cola azota;
El fuego de la saña ardiente atiza
Con el propio furor que della brota;
Mas las brasas se vuelven en ceniza,
Y del enojo el mar profundo agota,
Cuando del gallo mira la alta cresta
En la cabeza, cual corona puesta.

¡Oh tú, Clio! los bravos corazones
Canta ahora, los ímpetus osados
De aquellos etíopicos varones,
Que en sus fuerzas y astucias confiados,
En la sangrienta casa a los leones,
Espanto de los bosques apretados,
Acometen con ánimo atrevido,
Disfrazados en hábito fingido.

Estos fabrican ágiles broqueles
Entretrechidos con espesos frudos
De mimbres, extendiendo secas pieles
De fuertes toros sobre los escudos,
Porque a las uñas fieras y cruéles
Y a los dientes solícitos y agudos
Sirva de muro el circular reparo,
De los pechos astutos firme amparo.

De lana el cazador el cuerpo cubre,
De acero armando la cabeza y frente,
Y con cierta invención solo descubre
Lleno el rostro de luz resplandeciente;
Entonces por la selva alta y lugubre
Hendiendo el aire la animosa gente,
Con espesos azotes, busca y llama
Al enemigo, que espantoso brama.

Sale armado de enojo y rancor ciego
De las cavernas, y con furia loca,
Viendo el león al abrazado juego,
Arroja espuma por la cruel boca;
Y semejante al atronado fuego
Que desmenuza a la mas dura roca
Y al laurel reservado nunca agravia,
El animal ardiendo en llamas, rabia.

Como del suelto Ganges la carrera,
Los pueblos de Bitinia rodeando,
Hace grande rumor en la ribera
Cuando se va del monte despejando;
Así se muestra la espantosa fiera,
Con bramidos los cielos atronando,
Y como torbellino áspero, embiste
Al contrario, por darle muerte triste.

Los sagaces etíopes inómbles,
Del animal soberbio y anhelante
Esperan a pié quedo, como robles,
El ímpetu atrevido y fulminante;
Mas si en los miembros del cazador nobles
Clava las uñas rígidas triunfante,
A la una y otra parte lo derriba,
Y de la vida con rigor le priva.

También al adversario encarnizado
Hace huir el escuadrón valiente,
Que en las astutas armas confiado,
No teme el golpe de su agudo diente;
El cansancio otras veces irritado
Acaba la feroz bestia impaciente,
Que sin delfeite a todas partes vuelve,
Y con estos y aquellos se revuelve.

Cual soberbio soldado, que ceñido
Entorno de enemiga turba se halla,
Y aquí y allí de cólera encendido,
Con el alfanje acude en la batalla;
Pero al último cae, mal herido
De la guerrera indómita canalla,
Así el león, los premios de la guerra
Renunciando a los hombres, cae en tierra.

Y como el que vencido en ella queda,
A manos del contrario riguroso,
Y traspies dando por el suelo rueda,
De arena envuelto y todo sanguinoso;
En la infausta y refida polvareda,
Los miembros extendiendo perezoso,
Así el león sobre la yerba alarga
Del mortal cuerpo la sangrienta carga.

Entonces las cuadrillas animosas
Persiguen mas la fiera desangrada,
Y con grillos de cáñamos y esposas
Triunfan della, fuertemente atada;
¡Oh gentes de Etiopia valerosas,
Que en vuestros pechos habéis dado entrada
A tal atrevimiento, y cual cordero
Lleváis ligado al animal mas fiero!

Después que a los terrestres animales
Dió vida el Criador de la luz pura,
Formó con sus palabras inmortales
Al último del hombre la figura;
No porque de sus obras celestiales
Fuese menor tan noble criatura,
Sino porque primero no naciese
Rey, y no hallase quien le obedeciese.

El Hacedor del círculo estrellado,
«Hagamos, dijo, al hombre a imagen nuestra,
Y a cuantos animales he criado
Sujete y dome su invencible diestra;
De los cielos el curso arrebatado
Penetre y el viaje que el sol muestra,
Y con ingenio perspicaz posea
Cuanto ve, y el Olimpo en sí rodea.

Luego templando el polvo derramado
Con el húmido barro el Padre Eterno,
Dió forma a un cuerpo bello y acabado,
Figura al fin de su dibujo interno;
Cual suele el escultor ejercitado,
Fingir de blanda cera ó yeso tierno
Alguna estatua, cuya muestra hermosa
Compuso con la masa perezosa.

Forma los cielos Dios, su curso mide,
Hace la tierra, el mar, el fuego, el día,
Y ni consejo ni parecer pide
Cuando la universal máquina cria;
Y hoy que al mayor el menor mundo afide,
Llama al amor y a la sabiduría
Como a consulta, porque al hombre gusta
Dar forma, que a su imagen venga justa.

El sempiterno Artífice criando
Todos los animales, juntamente
Les dió ánima y cuerpo, pero cuando
Al hombre hizo el Verbo omnipotente,
Principio a la obra milagrosa dando,
Nuestros cuerpos crió primeramente,
De la tierra, y después el alma para
Inspiró con su aliento en la figura.

Padre Incomprehensible y soberano,
Que del Olimpo la voluble rueda
Con tu voluntad mueves, guía mi mano,
Para que yo sobre esta tabla pueda
Retratar con pincel, hoy, mas que humano,
Al que del universo el reino hereda,
De suerte que el pincel pintando arguya
En su rostro señal alguna tuya.

Dios, que manda correr con las edades
Al tiempo, y los espíritus violentos
Enfrena; y procelosas tempestades
Del mar hinchado y sopladores vientos,
Reconciliando las enemistades,
Entre los repugnantes elementos,
Dió forma de una informe y débil masa
Al hombre, en cuyo dulce amor se abrasa.

Y como con suprema providencia
El inmenso poder estableciere
Que la figura similitud a su esencia
Sola entre las demás celestial fuese,
Enderezó en dos pies su real presencia
Para que el hombre contemplase y viese
El sitio, que inmortal asiento tiene,
De donde su divino origen viene.

Y á la celestial mente dió morada
En la parte mas ardua y excelente
Del cuerpo, porque en alto levantada
Como desde un alcázar eminente,
Pueda domar la ira arrebatada,
Apagando al furor la llama ardiente,
Y á los demás afectos y pasiones
Ligar con fuertes grillos en prisiones.

Este don, este fuego esclarecido,
Este ingenio adornado de luz pura,
En la esfera del hombre está incluido
Como el inmenso Artífice en su altura;
Y como Dios con natural vestido
La cumbre ornase desta criatura,
Adornó juntamente al mismo instante
Con necesarios miembros su semblante.

La delicada frente, do se escribe
El nombre eterno, fué libre y abierta
Con las desnudas sienas, y recibe
La fe, que del olimpo abre la puerta;
Y de lo que el mudable hombre concibe
Cual viva imagen del corazon cierta,
En su figura habla, dando indicio
Del ánimo malévolo ó propicio;

En cuya superficie tersa y lisa
De la infamia el temor casto reposa,
Que la cabeza al mal intento pisa
Con sola su apariencia vergonzosa;
Del honor invidioso la divisa
Se descubre con pompa victoriosa,
Y el humor melancólico que envía
Saturno desde su morada fría.

Los ojos, cuyos vivos resplandores
Igualan á los fuegos inmortales,
Vibrando de allá dentro sus ardores
Por claros y diáfanos cristales,
Ilustran á las cosas inferiores,
Puestos en alto como dos fanales,
Y con el alma viven mas unidos
Que no los demás hábiles sentidos.

Y así, cuando el tranquilo aire reposa
En el pecho con plácido semblante,
O alguna causa inquieta ó dolorosa
Con fuerza bate al ánimo anhelante,
O torciendo la vista rigurosa
Le perturba la ira fulminante
O otra diversa enfermedad le oprime,
La vista de ellos el efecto exprime.

Las cumbres, que en dos arcos se aparecen,
Con unida distancia divididas,
Como con baluartes fortalecen
Las fieles centinelas defendidas,
Porque á los claros fuegos que escurecen
Del Olimpo las hachas encendidas,
No los apaguen los sudores frios
Que de lo alto bajan hechos rios.

Tienen tambien una virtud secreta
Que descubre del alma las pasiones,
Porque cuando se ven cual linea reta
Publican mujerieles intenciones;
El animal humano se sujeta
A padecer sangrientas corrupciones
Cuando muestra las cejas tan sutiles
Que casi iguales son á los perfiles.

Si están caldas demasíadamente
Y como espesos bosques apretadas,
Vierte la invidia del rabioso diente
La ponzoña en las venas apestadas,
Y del veneno con el fuego ardiente
Devora las medulas abrasadas,
Haciendo la cruel ave de Ticio
En sus entrañas nuevo sacrificio.

Las orejas, que son fieles espías
Del cuerpo, van torciendo y revolviendo
Como dos torres, por oblicuas vías,
La ingeniosa lumaca componiendo;
Para que cuando en los turbados días
Soplaré Bóreas con terrible estruendo,
No penetre tan fácilmente el viento
Y impida del oído el instrumento.

Y porque al tiempo que el oscuro velo
Del aire con el trueno sacudido
Se rompe, al punto que el vapor del cielo
Baja á la tierra en llamas encendido,
Por las orejas con derecho vuelo,
Del rayo entrando el áspero gemido,
No atronase el juicio en tal conflicto
O otro cualquiera temerario grito.

Pero ¡qué soberano entendimiento
De la nariz abierta no se admira
Por donde sale y entra el vital viento,
Con que el humano corazon respira,
Y del cerebro baja el excremento
Pesado, y el ligero en alto tira,
Y recibe al vapor fumoso y grato
Con animado espíritu el olfato?

¡Oh dulce boca, fiel anunciadora
De lo que en el erario deposita
De la memoria el hombre, y atesora
Y de lo que en el pecho solicita!
Por ti enjuga los ojos cuando llora
Y á la pasión mortal el dolor quita,
Por ti se enciende fuego generoso
En el ánimo helado y temeroso.

Eres puerta por donde el aire entrando
En tu concavidad se santifica,
Y del pulmon por el canal pasando
Al corazon caliente se desliza;
Donde la ardiente fuerza extinguiendo
Que dentro el demasiado fuego atiza
Del calor natural, no es destruido
El corazon en llamas encendido.

Del amoroso afecto se declara
Con el beso la fe, y la dulzura
Se manifiesta de la amistad cara,
Que en triste adversidad se conjetura;
Pero tú ¡oh Jódas! la señal tan rara
Y claro indicio de caridad pura
En traición truecas, y para dar guerra
Usas de prendas que la paz aferra.

Los labios son murallas de los dientes,
Porque como de su naturaleza
Se humillan á los soplos inclementes
Del cierzo y del invierno á la asperesa,
Estando ellos expuestos y patentes
Del hielo penetrante á la dureza,
Padecieran del frio los agravios,
A no ser defendidos de los labios.

Los duros dientes puestos en hileras,
El sitio de la boca defendiendo,
Cuanto se les opone en la carrera
Cual rueda de molino va rompiendo;
Y el que crió la universal esfera
Los fué con rojo ornato componiendo,
Porque horror no causase con su vista
Del blanco aljófar la ordenada vista.

La lengua, entre los labios encerrada;
La cual con sus inquietos movimientos
Varia la voz herida y azotada,
Del ánimo declara los intentos;
Pero ella por sí sola puede nada
Para cumplir el don de los acentos;
Si con la ofensa no fué socorrida
De los dientes y labios oprimida.

Por estar junto del cerebro, tiene
Con la cabeza el brazo conveniencia,
De quien naturalmente á tomar viene
De una virtud secreta la influencia;
Y así, cuando sobre ella contraviene
De algun impetu fuerte la inclemencia,
Al fiero golpe que el varon dispone,
Al punto en su defensa se antepone.

Las manos, pensamientos inmortales
En retórico estilo solemizan,
En los arcos de mármoles triunfales
Las empresas y hazañas eternizan;
Entre el Verbo divino y los mortales:
De la celeste gracia el fuego atizan;
Con ellas fama eterna el hombre cobra
Y Dios compuso la universal obra.

Mas, ¿quién podrá los nudos y junturas
Callar de las rodillas inclinadas,
Con las aptas y promptas dobladuras
Para servir al cuerpo acomodadas?
Por ellas el Señor de las alturas
Se olvida de las culpas condenadas:
Los piés son base sobre donde estriba:
Del templo humano la columna viva.

Y si tambien en lo interior se mira
El hombre, grandes maravillas causa
El eterno poder. ¿Quién no se admira
Del corazon, de todas obras causa?
El cual, si con las llamas de la ira
Se enciende, al fuego ardiente pone pausa:
El varon con la sana medicina:
Del húmido pulmon, con quien confina.

En la mitad del animal se anida
Para que en las virtudes naturales
Del alma infuya movimiento y vida
Y en todos los demás miembros mortales;
Como el sol, que con lumbré esclarecida
Da espíritu á las luces celestiales
De las estrellas que sobre él se encumbran:
Y de las que debajo déi alumbran.

Hace asiento en el hígado le llama,
Que hasta el blando cerebro se divierte,
Y después por los ojos se derrama
Y en los demás sentidos surdador vierte;
A la humedad á sí tirando inflama
Con el calor, y en sangre la convierte,
La cual por todo el cuerpo caminando,
Va los miembros y vida acrecentando.

¿Qué diré de las venas, por las cuales
El humor y la sangre discurriendo
Con licuores bañados y vitales:
Todos los miembros van humedeciendo;
Así como los líquidos raudales
Que de las altas cumbres descendiendo,
Por las vegas y valles extendidos
Corren en varias partes divididos?

Después que fué acabada la figura
De la perfecta novedad, y el ceno
Recibió en todo entera hermosura,
En los campos del valle damasceno,
En carne se volvió la carga dura,
Y los huesos sacaron de su seno:
Las médulas creciendo, como cuando
Cintia el rostro con fuego va augmentado.

Por las venas y arterias esparcida
La sangre poco á poco se difunde,
En las blancas mejillas encendida:
El aurora el color rojo confunde;
Entonces Dios, por darla eterna vida;
En su semblante inmortal llama infunde,
Que fué un divino espíritu soplado
Con que el humano cuerpo fué animado.

Y la suprema y soberana lumbré
Que del hombre el dominio y el gobierno
Tiene, se asienta en su mas alta cumbre
Como en el cielo el Criador eterno;
Pero cuando en alguna pesadumbre
Se ocupa, baja por camino interno
Para tomar consejo, al sabio pecho
Como á tesoro de prudencia hecho.

Este vivaz y celestial sentido
Es tan pronto á cualquiera movimiento,
Que cuando en el reposo está escondido
No reposa jamás solo un momento;
Antes, batiendo el vuelo sacudido,
En un punto traspassa el firmamento,
Y es menos caudaloso el mar profundo
Que no un ingenio peregrino al mundo.

El cual del ancho Ponto escudriñando
Va los secretos reinos y honduras,
Las grandes maravillas penetrando
De sus calladas y húmidas criaturas;
De donde después sale levantando
El vuelo hasta las últimas alturas,
Y vencedor, con la sabiduría
Torna á la redondez bañada y fria.

Y el infiel argüirá cómo presente
Y divertida en todas partes pueda
Del único Hacedor la eterna mente
Regir del orbe la universal rueda,
Siendo el humano ingenio tan potente
Que en parte alguna nunca se le veda
El paso, con estar aprisionado
En la cárcel del cuerpo y asediado?

Son del hombre tan grandes los primores,
Tan altas las grandezas que hoy alcanza
Del Criador, y tales los favores,
Cuantos puede tener su semejanza;
Que al mismo, en tres potencias interiores,
Por singular consejo y ordenanza
De la una y trina ciencia soberana,
Figura y representa el alma humana.

Porque así como Dios, siendo uno, abraza
Todas las cosas con potencia eterna,
Y en todo asiste, y con divina traza
Las produce, da ser y las gobierna,
Así en la obra que fabrica y traza
Del hombre hoy el Señor, el alma interna
Toda está, y en cualquier miembro se anida
Y le mueve, gobierna y le da vida.

Y cual la compañía de Dios trina
Es solo un Dios que tres personas tiene,
Así en un cuerpo el ánima divina
Es una, que tres ánimas contiene;
En estas excelencias tres camina,
Y en la naturaleza que mantiene
Nuestro hombre interior con rico ornato,
De Dios guiando el celestial retrato.

Habiendo el sumo Padre á Adán formado
En los valles del campo damasceno,
Y de vida inmortales siglos dado,
Después lo trasportó al lugar ameno
Del paraíso, en torno rodeado
De umbrosas plantas y de flores lleno,
Que hizo el arte y poderosa mano
Del sempiterno y pródigo hortelano.

Hay un sijo en las playas orientales,
Donde está el giro que desde Levante
Al ancho mundo en partes corta iguales
De ambos polos igualmente distante,
Por donde cuando el sol á los mortales
Calienta con el tépido semblante,
La luz iguala del hermoso día
Con las tinieblas de la noche fria.

Allí de espesos árboles vestido
Un monte se levanta y sube al cielo,
Do ni el vapor en niebla convertido
Ni condensado en agua extendió el vuelo;
Ni sopló torbellino sacudido,
Ni cayó tempestad ni duro hielo,
Ni lleno el rostro de nubado oscuro,
Enristeció el invierno al aire puro.

Antes en su alta cumbre, decir oso,
Mueve las alas un templado viento,
Que el cielo, que jamás tuvo reposo,
Cria con su perpetuo movimiento;
Visitando al bosque espeso y deleitoso
Con fértil y odorífero ornamento,
Adonde el rubia Apolo, cuando nace,
Alegres sombras de las plantas hace.

No en la cola de estrellas adornada
Muestra el bello pavor tantos colores,
Ni la hija Taumancia levantada
Sobre cálidos y húmidos vapores,
Cuanto la excelsa altura matizada
Con verde esmalte derramando olores
Mas suaves que no los que apercibe
El ave con que eternamente vive.

Nunca á la cima hiere oblicuamente
El sol, pero aunque en las bordadas faldas
Bate, no quita con el fuego ardiente
El ornato frondoso á sus espaldas;
Resplandeciendo están continuamente
En ellas las floridas esmeraldas,
Y del rocío el puro aljófar hecho,
A la selva acopada esmalta el pecho.

Allí el influjo celestial conserva
Entre jazmines al verano tierno,
Allí entre flores la crecida yerba
Jamás teme al rigor del duro invierno;
Y como dél y del ardor reserva
La clemencia del cielo al bosque eterno,
Los dones del otoño y primavera
Ocupan todo el año la ribera.

En medio deste sitio se desata
El raudal dulce de una hermosa fuente,
Que ni la gracia de la rica plata
Es tan lucida como su corriente,
Ni la luz que el cristal puro arrebatada
Al hiemal hielo es tan resplandeciente,
Y en blanca espuma argenta las orillas
Cándidas, cual de Cintia las mejillas.

El corredor y caudaloso río
En cuatro grandes brazos se reparte:
En el Eufrates, que con su humor frío
Por la mitad á Babilonia parte;
En el furioso Tigris, que con brío
Como saeta voladora parte;
En el Nilo, que cuando se destiza
Por Egipto, los campos fertiliza.

Que siempre que con curso acelerado
Las márgenes de sus riberas hiende
Y á la terrestre lluvia derramado,
Estando el aire enjuto y claro, extiende,
La tierra del torrente arrebatado
A la esperada fertilidad prende;
Queda Menfis entonces asediada,
Y el húmido rebaño en torno nada.

El Ganges es el cuarto, que lamiendo
Los valles con sus aguas extendidas,
Siempre que crece, el límite excediendo,
Roba y hurta en las selvas escondidas
Las cortadas riquezas, que esparciendo
Están del sol las llamas encendidas,
Y en sus profundidades olorosas
Lleva juncos entre ovas cenagosas.

En este albergue ameno, que compuso
Con tantos dones el Rector del mundo,
La imagen hecha á su figura puso,
Y en ella infunde un sueño tan profundo,
Que al humano sentido grabó el uso
Con peso tan inmenso y tan yocundo,
Que á su mente rumor no pueda alguno
Despertaría con impetu importuno.

Haciendo luego milagrosa prueba
De sus hazañas, del sinistro lado
Un hueso la sacó, y de carne nueva
Lo cubre, y forma de mujer lo ha dado;
Pónese al punto en pié la engendradora,
Reconociendo á su consorte amado,
Y Dios con ley suave y poderosa
Juntó al marido su mitad hermosa.

Atento en la una y otra criatura
El que rige las ruedas celestiales,
Consagrando del lazo la figura,
Ligó las bodas con palabras tales:
«Vivid llenando el orbe en paz segura,
Y vuestros años sean inmortales,
Multiplicando las futuras gentes
Al mundo con felices descendientes.

»Siempre de todos sea respetada
La ley del matrimonio venerable,
Y la hembra á su santo yugo atada,
Guarde fe casta al tálamo inviolable;
A los que yo ligué con tal lazada,
Nadie interrompa el fido maridable,
Por el cual dejará al padre el marido
De la fuerza amorosa constreñido.»

Desta suerte los dos consentimientos,
Dios con tranquila pax ató, y cantaba
El himeneo angélicos acentos,
Y á la honesta vergüenza saludaba;
El coro celestial con instrumentos,
Las dos almas en una publicaba:
Fué el paraíso el tálamo, la dote
El mundo, el Padre eterno el sacerdote.

Después tales palabras les presenta
El que sus voluntades ha ligado:
«¡Oh obra, que á mí mismo representa,
A la cual ser mi mano firma ha dado!
Ya veis la fértil gracia que frecuenta
Este bosque de dones tan binchado:
Gozad pues de los frutos suspendidos
Para vuestro uso libre concedidos.

»En medio dél veréis que se levanta
El árbol de la ciencia, que noticia
Trae en el fruto la vedada planta
Del rico bien y cálida malicia;
Mas advertid á mi palabra santa:
No probeis el rigor de mi justicia;
Que no toqueis en él, que el temerario
Cuidado de saber os es contrario.

»A cielo y tierra por testigos pongo,
Que si del árbol que es prohibido y quitto,
Probare alguno el fruto, le propongo
Que con la muerte pagará el delito.
Cosa dificultosa no os impongo,
Que fácil es servir el justo edito;
Y tendrá vida el que esta ley guardare;
Muerte cruel el que la quebrantare.»

Aprueban nuestros padres la sentencia
Por el Verbo divino promulgada,
Y alegres en su estado de inocencia,
La ley reciben para ser guardada.
Entonces viendo la divina Esencia
Del mundo la grandeza fabricada,
Y todo cuanto en ella obrado había,
Y que era bueno, fin dió al sexto día.

DIA SÉPTIMO.

Si acaso el hombre el son oye acordado
Desde léjos de algun dulce instrumento,
De altas y bajas cuerdas concertado,
Haciendo en voz unida su concanto,
Conoce sin ser visto que es formado
De perito maestro el grave acento,
Que con arte mezcló experimentada,
Para formar la música acordada.

Así en la grande fábrica del mundo,
Que con tal maravilla Dios dispone,
Que sorbiendo tanta agua el mar profundo
Nunca el límite excede, que le impone,
Luego el hombre con ánimo yocundo,
Acude al cielo, y la esperanza pone
En el que la gran máquina compuso
De la esfera inmortal para nuestro uso.

Fué acabada su bella arquitectura,
Y el Criador, que las estrellas guía,
Perficionó la universal criatura
De todo punto en el septeno día;
Y reposando el Padre de la altura
Del edificio que labrado había,
Al momento de todo lo criado
Tomó el cargo, el gobierno y el cuidado.

Deste cuidado inmenso la excelencia,
La igualdad de las cosas la publica,
Con que dispuso la divina esencia
Cuanto abraza en contorno la obra rica;
Adonde la mayor circunferencia
A la menor en nada perjudica,
Y las cosas supremas y abatidas
Por unas mismas leyes son regidas.

Guardan la antigüedad de cada cosa
Del Olimpo el ejército estrellado;
El sol desde la cinta calurosa
No impide con su lumbre al polo helado;
Ni desde la alta cumbre la fría Osa
Mirando en el Océano hinchado
Sumergir las demás claras estrellas,
Apetece bañar sus llamas bellas.

Cintia de plata las mejillas llena,
Contra los rayos de su hermano opuesta,
Y del orbe los cuernos enajena
Acercándose á Febo, y sin luz resta;
Después la rueda de claridad llena
Alegre á los mortales manifiesta,
Desterrando sus vivos resplandores
Del cielo á los demás fuegos mayores.

El astro perezoso nos avisa
Que la nocturna sombra se avencia,
Que Apolo al inclinado Ocaso aprisa
Los cansados caballos escamina;
Al día lleno de placer y risa,
Vuelve á traer la estrella matutina;
Así el amor renueva á los mortales
Las alternas carreras desiguales.

Esta regla discordo y acordada
Templa los elementos cada instante,
Para que pueda la humedad bañada
Dar lugar al contrario repugnante,
Y que la llama en alto levantada
Se acuerde con el frío penetrante
Y la carga del sólido elemento
Haga en su mismo peso firme asiento.

Por cuya causa en el verano tierno
Favonio sopla produciendo flores;
Amaltea del uno y otro cuerno
De ambrosia y néctar vierte los olores;
Enjuga el rostro el erizado invierno,
Rodeado de nieblas y vapores,
Y desde las pirámides de Egipto
Progne viene á habitar nuestro distrito.

Falta á las fuentes el corriente río,
Con veneno á la tierra el Cancro baña,
El sol despierta al riguroso estío,
Encendiendo la pálida campaña;
Codicia el segador el bosque umbrío,
Cortando con la rústica guadaña
A Céreres los cabellos á manojo,
Que de espigas doradas son despojos.

Al día con mas breve giro encierra
Titan en su carrera apresurado,
Poniendo treguas á la adusta guerra
Del leon en centellas abrasado;
Baja entre tanto de la inculta sierra
Con rumor el raudal acelerado;
El otoño la fruta suspendida
Distingue con la púrpura encendida.

Cubren los montes las desnudas frentes
Con lana espesa de bañada nieve,
El Aquilon con soplos inclementes
De los asientos los escollos mueve;
El añublado invierno turbias fuentes
Del ceño oscuro y blancas canas llueve,
Y desde la region helada y fría
El rigor perezoso al mundo envía.

Mantiene este orden cuantos animales
Nivelan por el aire la carrera,
Y cuantos en los húmidos cristales
Del mar respiran y en la dura esfera;
Este mismo, con términos fatales
Las cosas arrebató, y de manera
Después las rige, que con voz experta
Del sueño de la muerte las despierta.

Entre tanto el Señor, único y solo,
Que con arrebatado torbellino
A los cielos sobre uno y otro polo
Con solo el pensamiento abre camino,
Y ordena que á su tiempo el rubio Apolo
Preste á la luna el resplandor divino,
Desde el trono inmortal do está asentado
Rige y gobierna todo lo criado.

Aquello que sacude y acelera
Con movimiento de ira, lo detiene,
Haciendo que atrás vuelva la carrera
Con el ímpetu mismo con que viene;
Y de su fuente natural saliera
Lo que encerrado el estable orden tiene,
Si las heridas justas no atajase,
Y después otra vez las renovase.

De suerte que el cuidado soberano
De Dios, se extiende en toda criatura,
Principalmente en el linaje humano,
Que fué hecho á su imagen y figura;
Y sobre todos en el fiel cristiano,
Que á su presencia sacrosancia y pura
Ruegos envía con piadoso celo,
Su solio penetrando con el vuelo.

Por él dió á Febo luz esclarecida,
Virtud en las estrellas infundiendo,
Y hizo que á la tierra suspendida
El mar cifese con sonoro estruendo;
Y en nuestro corazon mortal se anida
El Padre Eterno, en torno del poniendo
Para su guardia vigilantes huestes
De inmortales espíritus celestes.

Mas todo cuanto dentro de sí encierra,
Del círculo hermoso el primer mobile,
El propio cielo, la pesada tierra,
Que sobre el aire tiene asiento humobile,
Están sujetos á continua guerra
De inquietud y trabajo, y todo es mobile,
Y los tiempos que son irrevocables,
Entre sí tienen lites implacables.

El cielo con perpetuo movimiento
En torno al mundo gira apresurado,
Y los planetas con el armamento
Se encuentran en el curso arrebatado,
Del cual el seco y pálido elemento
En su ardiente region es violentado;
El aire en varias partes dividido
Es de uno y otro viento embravecido.

Las centellas en alto se levantan,
Inquietas con estrépito y ruido,
Como cuando las olas se quebrantan
En las piedras del Ponto sacudido,
Y las riberas tímidas se espantan
Del rumor con bañada ira encendido,
O como cuando suena el bosque umbrío
Herido con rigor del Bóreas frío.

Los vientos entre sí desenfundados,
Suspirando con ímpetu contienden,
Como cuando dos toros enojados
Con las frentes indómitas se ofenden,
Y la tierra con golpes porfiados
Nubes de polvo levantando, hienden,
Y á quien ha de seguir, todo el rebaño
Duda, mientras está dudoso el daño.

La redondez pesada de la tierra,
Que tan sólida y firme nos parece,
Tiembra en sus fundamentos, con que atierra
Los pueblos y la gente desfallece;
El reino de Pluton mueve la guerra
Por los abiertos pechos se aparece
Amenazando el cavernoso abismo
A otra provincia el torbellino mismo.

Muda su curso la naturaleza,
El año nunca tiene firme estado;
Dora el sol de Ariete la cabeza,
Vertiendo olores el florido prado;
Al verano derriba de su alteza
El estío, el otoño coronado
Con frutos vuelve, y el invierno triste
Con añublado luto al aire viste.

No hay animal que esté libre y exento
De inquietud ó contienda rigurosa,
Ni el que volando corta el sutil viento,
Ni el que nadando el agua bulliciosa,
Ni el que en la dura esfera hace asiento,
Escupiendo del diente ira rabiosa,
Ni el que animoso de sus fuerzas fia,
Ni el que en su curso tímido confia.

El robador neblí, que con el vuelo
En la presteza al fiero rayo imita,
Contra la garza desde el alto cielo
Con hambriento furor se precipita;
Y con los garfos y el agudo anzuelo
Del pico y de los piés, la vida quita
Al ave triste, cuyas blancas plumas
Tifieron sin piedad rojas espumas.

El quersidro cruel, y semejante
En el aspecto al áspid ponzoñoso,
Y de los verdes lagos habitante,
Con las ranas mantiene odio dañoso;
Fomentando el veneno penetrante
Debajo del estío caluroso,
Saliendo de las aguas detenidas,
Do faltaron las ondas retorcidas.

El seguro león, del bosque espanto,
Se espanta de las crestas levantadas
Del nuncio de la luz y de su canto,
Pero mas de las llamas abrasadas
Y del sonoro estrépito y quebranto
De las ruedas del carro arrebatadas;
Y guerra con los rústicos pastores
Tienen los lobos arrebatadores.

Feroces cosas canto; ¿qué descanso
Por ventura se halla ó qué paciencia
En el rebaño mas humilde y manso
Si se consideró con diligencia?
En referillo yo proprio me canso;
¿Qué dolor del rendido, qué insolencia
Del vencedor, y qué tenaz memoria
Entre ellos hay de la vencida historia?

¿A quién no admiran los cabritos tiernos,
Que concibiendo cólera en el pecho,
Entre sí ríen con los flacos cuernos,
Cual soldado en el bélico pertrecho?
Y ¿con qué ardor, los ánimos maternos
De las gallinas en cualquier estrecho
Se muestran, que ni el miedo de la muerte
Por librar sus polluelos las divierte?

Los gallos con los duros espolones
Se acometen las crestas levantando,
Como las de los fuertes morriones,
Con los soberbios cuerpos estribando:
Tal ira en los pequeños corazones,
Tal invidia y soberbia está reinando,
Tanta vergüenza á cada cual ultraja
De dar el uno al otro la ventaja.

¿Qué diré si cesando estos rancores
Tan sangrientos no cesa la contienda,
Y qué mayor que la de los señores
Con los vasallos sobre la hacienda?
El amor, ¿qué sospechas, qué dolores
Causa en el que camina por su senda?
¿Y cuántas controversias han nacido
Del matrimonio en santa paz unido!

Mas ¿por qué causa yo desto me admiro,
Si en el amor patente hay odio ciego,
Si en la concordia la discordia miro,
En la tranquila paz desasosiego?
¿No ves las bestias contra el mortal tiro
Opuestas solo por el dulce fuego
De un frágil incentivo, que sin tasa
Sus corazones rígidos abraza?

Con terrible rumor las fieras osas,
De la blanda lujuria provocadas,
Fin á su pasión dan, que deseosas
No se juntan jamás, sino forzadas,
Como las meretrices codiciosas,
Que fingiendo que están enamoradas,
Perdiendo á la vergüenza su decoro,
Fuerzan la voluntad por solo el oro.

De las fieras, las unas levantando
Hasta los cielos el terrible grito,
Las otras con las uñas porfiando,
Rifiendo satisfacen su apetito
En la amorosa junta, como cuando
En el cerrado y público distrito
Porfian los mancebos señalados,
En la lucha revueltos y trabados.

Añidamos tambien del ronco suero
La turba inquieta, las alteraciones
De los mercantes, y del usurero
Las injustas ganancias y ambiciones;
El trabajo del pobre jornalero,
Que las tristes endechas y canciones
Regala con la voz, y del dentado
Peine y telas el son desahogado.

Pasemos á las cosas insensibles:
Con el hierro, la piedraalman ¿qué tiene
Que con cuerdas y garfos invisibles
A ligar al valiente metal viene?
Pero al punto los lazos invincibles
Suelta, y en atraellos se detiene
Cuando ella en el diamante reberbera,
Nueva lite, y no fin de la primera.

Callo cuando los ángeles vencidos
En aquel celestial primer encuentro,
Cayeron afrentados y abatidos
En el opaco y tenebroso centro;
Y hechos desiguales y excluidos
De los que el claro olimpo abraza dentro,
Mueven contra los fieles escuadrones
Guerra inmortal de varias tentaciones.

El mismo hombre que puede quietamente,
Llevando solo á la razon por guia,
Sulcar del hondo pielesgo inclemente
La arrebatada y peligrosa via,
¿Con qué armado furor violentamente,
El misero es tratado noche y dia,
No solamente con el enemigo,
Pero ofendiendo á la razon consigo!

No hay mal atroz por nuestra gran flaqueza
Que contra el hombre el hombre no machine,
Que el que sucede, ó por naturaleza,
Ó porque la desdicha lo encamine,
Si comparamos su cruel dureza
Con este, nadie habrá que determine,
Que no es peor suceso tan extraño,
Que el natural y desdichado daño.

Porque cuando no hubiera sucedido
Otra inquietud que la de los romanos,
Se hallaria un número crecido,
Sin número de encuentros inhumanos;
Cuando aguzando el hierro endurecido
De las espadas contra sus hermanos,
La rara juventud con ira brava
Los dormidos asaltos despertaba.

Añadir quiero cosas en las cuales
Vemos tambien litigio sin contrario:
Guerra tiene el que abriendo los metales
Eterniza del acita sagitario
Las empresas con letras inmortales,
O el mal suceso y próspero de Mario,
Cuando en el trabajoso movimiento
Guía la mano el noble entendimiento.

Las armas sobre el yunque fatigado,
El adusto ciclope revolviendo,
Con el trabajo y golpe porfiado
Está cuando las forja combatiendo;
Y cuando con la reja del arado
El pastor los terrones va rompiendo,
Encaminando los unidos bueyes,
Sufre de Marte las amargas leyes.

El soldado feroz, no solo riñe
Con el que por vencelle se desvela,
Que el animal que en blanca espuma tñie;
El freno, con rigor se le revela;
Y las pesadas armas con que ciñe
El cuerpo fatigado y se abroquea,
A las veces de tal modo le oprimen,
Que los fúidosos huesos dentro gimen.

Sin fuerzas con la fría edad contende
El viejo miserable y anhelante,
Cuando con el estéril sulco hiende
La senectud su pálido semblante,
Y el terrible pavor cuánto le ofende
Del hierro inexorable y penetrante;
Que el temor de la Parca, si se advierte,
Lastima mas que no la misma muerte.

En fin, ne es otra cosa nuestra vida
Que un extendido campo de peleas;
En la parte mas honda y escondida
Del ánimo el sudaz Marte campea;
Y sin que la razon justa le impida,
Consigno mismo el flaco hombre pelea,
De un solo afecto ahora perseguido,
Ahora en varias partes dividido.

Ya el dulce amor se rinde y obedece,
Ya de su yugo la cerviz rehusa,
Ya como el fuerte acero se endurece,
Ya blando su atrevido intento excusa;
Ya como fiero tigre se embravece,
Ya humilde su dañada rabia acusa,
Ya el insano furor le hiere el pecho,
En triste llanto y lágrimas deshecho.

Ya la cólera en llamas abrasada,
Torciendo ardiente los sangrientos ojos,
Con la hiel inficiona derramada
Del corazon inquieto los despojes;
Otras veces la ira alborotada
Mitiga y el rigor de sus enojos,
Y como escollo cuando el mar le embiste,
De su apetito al ímpetu resiste.

Ya al enemigo ejército acomete,
Como ahrado animal bañado en ira,
Que, ignorando el mortal golpe, arremete
Contra las flechas que el contrario tira,
Y cuando la fortuna le promete
La victoria, venciendo se retira,
Como el lobo que habiendo hecho presa
Del cordero, partió á la selva espesa.

Ya estima y menosprecia juntamente,
Ya ignora, ya depende, ya se olvida;
En fin, el hombre vive inquietamente,
Desde la entrada hasta la salida;
Como cuando en el mar violentamente
Bate Bóreas con furia embravecida,
Y las ondas del rápido elemento
Contrastan con perpétuo movimiento.

Pero entonces el curso arrebatado
Se quietará de la estrellada esfera,
Y sosiego tendrá cuanto ha crido
El que impulsó á los cielos la carrera,
Cuando el octavo día señalado
Llegará amenazando muerte fiera,
Dia en el cual la fábrica divina
Del mundo verá la última ruina.

En torno el fuego vencedor rebando
Los reinos de Neptuno y tierra adusta,
Parecerá que en llamas va trocando
Del Olimpo á la maquina robusta,
Y que las demás ruedas abrasando,
Pone fin á su fábrica vetusta,
Y las cenizas de tan triste historia
Serán trofeos de inmortal victoria.

Nuevo estupor en todas las regiones
Se extenderá con rígido quebranto;
Gimiendo de Cocito las legiones,
Padecerán el infeliz espanto;
Veráanse las banderas y pendones
Sobre los aires del escuadron santo,
Que amenaza con ira al orbe entero,
Absorto de espectáculo tan fero.

El ronco son de la trompeta horrible
Retumbará como ventoso trueno
Por el cóncavo étereo inaccesible,
De temerosas novedades lleno;
La gran naturaleza horror terrible
Ansiosa esparcirá dentro del seno,
Y con humilde y tímido decoro
Temblará de los ángeles el coro.

Como cuando entre nubes va trocando
Los vapores en llamas abrasadas,
Y con ellas los montes penetrando,
Hiere Jove las rocas levantadas;
El rumor repentino, retumbando
En las cuevas del Ponto alborotadas,
Hace temblar los cielos y la tierra,
Heridos ya con la encendida guerra.

Los negros mares de ambicion hinchados,
Alzarán con soberbia sus grandezas
En alto, y cual los muros levantados,
Sustentarán las húmidas altezas;
Después con humildad baja inclinados,
Sepultarán las ásperas cabezas
En las honduras del oscuro abismo,
Amedrentado de su furor mismo.

Y cuantas bestias en las cuevas hondas
Del mar inquieto habitan derramadas,
Se juntarán, y encima de las ondas,
Como el ave en el aire, sustentadas
Bramarán, atronando las espondas,
Con proceloso ímpetu azotadas,
Y del cielo á las ruedas dolorosas
Ofenderán con quejas espantosas.

Las aves, que con dulce y tierno canto
El repartido vuelo sacudiendo,
Al recoger la negra noche el manto,
Anuncian que el sol claro va naciendo;
Publicarán con lastimoso llanto
La venida del día tan horrendo,
Sin poder, en el vuelo suspendidas,
Mover jamás las alas impedidas.

En lugar de los líquidos cristales
Que de los montes bajan bulliciosos,
De vivo incendio ardientes manantiales
Correrán por la tierra ímpetuosos;
Los cuales á las partes orientales
En su encendido curso presurosos,
Vertiendo llamas moverán el paso,
Desde el opuesto y tenebroso ocaso.

Brotará fuego por los pechos rotos
De la dura region el elemento,
Herido con terribles terremotos,
Ondeando su denso y firme asiento;
Como cuando en los montes y en los sotos
Con la furia del uno y otro viento,
Tiembra del árbol la frondosa cima,
Que con su altura al cielo pone grima.

Los alzados escollos y altas rocas,
Los soberbios collados y montañas
Iguales mirarán sus cumbres locas
Con los humildes valles y campañas;
De las cavernas y profundas bocas
Saldrán al llano cuantas alimañas
Crió la tierra, y con terribles gritos
Atronarán los miseros distritos;

Como cuando el gran piélago impellido
Del cruel Austro al Calpe hercúleo bate,
Y en sus senos el lago retorcido
Hiere entrando con uno y otro embate;
Gime entonces el monte sacudido,
Oyen el gran ruido del combate,
Que repiten las ondas quebrantadas,
Las gentes con no poca agua apartadas.

Tristes tinieblas con funesto velo
Del alto Olimpo ceñirán la frente;
Negará Febo al afligido suelo
De sus rayos la luz resplandeciente;
Y las virtudes que posee el cielo
Movimiento harán, la lumbre ardiente
Morirá de los astros, y Diana
Esconderá su vista soberana.

Después el Hijo eterno rodeado
De inánimas angélicas legiones,
Y con su majestad propia adornado,
Vendrá á juzgar del mundo las naciones;
Castigará del hombre rebelado
Contra su ley las malas intenciones
Y obras inicuas con que le ha ofendido,
Dando á los justos premio merecido.

Entonces desde el trono soberano
De su grandeza, con aspecto horrible
Convocará ante sí al linaje humano,
Que en torno abraza el cielo inaccesible;
Cuanto en torno ciñe el Océano
Vendrán de la trompeta al son terrible,
Y los que de la amada vida ajenos
La madre universal tiene en sus senos.

El que entre los confines abrasados
De Egipto habita y encumbrado Atlante,
El que con los humores desalizados
Del Liso quieta el ánimo anhelante;
El que arrastra en los valles y collados
De Numidia el arado relumbrante,
Y la nación en tomar leyes tibia
Que pisa las arenas de la Libia.

El que debajo del Ecuador tiene
Duplicado el invierno y el estío,
Mientras vertiendo rayos el sol viene
Desde el Aries templado al Piscis frio;
El que de bastimentos se previene,
Cuando inundando el caudaloso río
En Egipto las villas y ciudades,
Fertiliza los campos y heredades.

Vendrán temblando al general juicio
Los que los altos obeliscos miran,
Cuya máquina excelsa y artificio
Mas á la vista que al oído admiran;
Y de la antigua Roma á su edificio
Comparadas las fábricas espiran,
Que descubiertos por los horizontes,
Humillan á los mas soberbios montes.

El que del mar junto al gran seno prueba
Del austro calor el rigor fiero,
Los moradores de la España nueva
Que antes que otro ocupó Cortés primero,
Haciendo en los contrarios mortal prueba
De su invencible espada el duro acero,
Y acudirá ante Dios el yucatan
Que al arco aplica la robusta mano.

Los que gustan del río de la Plata
Que enriquece los pueblos y naciones,
Por donde el curso nítido dilata
Con sus preciosos y argentados dones;
El que en el puerto del Perú contrata
Y de Chile los bélicos varones,
Que de las pieles que á los lobos quitan
Se visten, y las flechas ejercitan.

El que habita tus montes, bella aurora,
Y encumbrados peñascos de Nifates,
El que los campos fértiles labora,
Que con bañados pasos mide Eufrates;
El que en las tierras del Coaspe mora,
Que de sí arroja á la preciosa Acates,
El que de Araxes prueba el agua clara,
Y el que los frutos del amomo ampara.

Acudirá al precepto soberano
Del que los elementos reconcilia,
El incola del Tauro y del Amano,
El que goza las selvas de Pamfilia,
El que de Licia rompe el monte y llano
Con el arado, la civil familia,
Que entre Cilicia y Licoonia vive
Y las leyes isauricas recibe.

El que los muros levantados mira
Del soberbio edificio guarnecido
De dispuestas columnas que por pira
Puso la reina bárbara al marido;
Aquel á quien Meandro en torno gira
Tantas veces con curso retorcido,
El que las aguas del Calistro bebe,
Do el cisne las nevadas alas mueve.

Los que ciñe el Pactolo caudaloso,
Naciendo de las cuevas de oro llenas,
Aquellos entre quien Hermo abundoso
Corre resplandeciendo en sus arenas;
Las gentes que rodea el mar ondoso,
En cuya margen de tristeza llenas
Las neréides con llanto se dolieron,
Cuando de Aquiles la tragedia oyeron.

De la Grecia los sabios moradores
Ante el justo Juez serán llamados,
De las buenas costumbres formadores
En sagaces astucias señalados;
Y los que de los Alpes superiores
A las nubes habitan rodeados;
Los que divide y corta el Apennino,
Que por medio de Italia abrió camino.

Los que junto á las aguas aumentadas
Del Danubio nacieron, que bañando
Los bosques y las selvas apartadas,
Va diversas ciudades sustentadas,
Hasta que con las ondas enojadas
Llega á Peuce, sus fines anotando;
Acudirán del Ródano las gentes,
Arrebatadas como sus corrientes.

Los que mira el cortado Pirineo
Hasta las dos columnas levantadas
Que puso el Héroe, que por Euristeo
Hizo tantas empresas señaladas;
En suma, hasta las sombras del Leteo
Y cuantas criaturas encerradas
Tiene en sus reinos Lucifer blasfemo,
Parecerán ante el Juez supremo.

Entonces el divino Presidente
De espíritus angélicos ceñido,
Asentado en su trono omnipotente,
Apartará del malo al elegido;
Como cuando el pastor atentamente
Del cabrito el cordero ha dividido,
Y al justo dará el lado de su diestra,
Poniendo al reprobado á la siniestra.

«Venid, benditos de mi Padre eterno,
Dirá al dichoso gremio el Juez recto,
Goza el justo reino que es eterno
Para vosotros fué en mi mente electo;
Porque cuando mojado el frío invierno
Nieve vertía con horrible aspecto,
De su ciego furor me defendistes,
Y en vuestros blandos lechos me acogistes.

» Cuando la cruel hambre me acosaba,
Con el sustento el paso la impedistes,
Cuando con la sed áspera anhelaba,
Mis labios con el agua humedecistes;
Cuando en la cárcel afligido estaba,
A mi grave dolor consuelo distes,
Y rendido al calor del accidente,
Me visitastes en su estío ardiente.»

Después de su justicia ejecutando
La sanción ira, dirá á los reprobados:
«Id, malditos (su muerte amenazando),
A las eternas penas condenados;»
Y como el fiero incendio, que abrasando
Va las mieses y pastos agostados,
Así el Señor castigará al pecador
Con su propio furor y odio maldito.

De la sólida fábrica el adorno
Será deshecho, ardiendo en vivas llamas;
El mismo triste día arderá en torno
Como en las brasas las adustas ramas;
O como cuando el encendido horno
Se quema con inánimas retamas,
Y el condenado pueblo, eternamente
Muriendo, vivirá entre azufre ardiente.

Pero aunque la caduca arquitectura
Del arenoso círculo encendida
Se deshará, trocando la figura
En menudas cenizas convertida;
Después con mayor gracia y hermosura
Le dará el Padre inmenso nueva vida,
Y no estará sujeta á las edades
Del tiempo ni á sus duras tempestades.

Antes tendrán los círculos errantes
Del mundo con Apolo firme asiento,
Y pondrán fin los astros inconstantes
A su torcido curso y movimiento;
Nuestros ánimos, quietos y constantes,
No mudarán jamás el pensamiento
Que ahora apartan del camino llano
Contra el entendimiento soberano.

De cuadrillas angélicas ceñido,
El justo será en alto levantado
Para gozar el premio merecido
Que Dios tiene á los suyos reservado,

Y el malo de su culpa convencido,
Caerá con la carga del pecado
En precipicio del profundo infierno,
Condenado á vivir en fuego eterno.

¡Oh feliz día, á cuya lumbre pura
No encubrirá con el nocturno manto
De tinieblas la opaca sombra oscura,
De horrible vista y temeroso espanto!
¡Oh día de descanso y de dulzura,
Día alegre, en el cual el gremio santo,
Del enemigo alcanzará victoria,
Y tendrá premio de reposo y gloria!



NÁPOLES RECUPERADA

POR EL REY DON ALONSO.

POEMA HERÓICO

QUE DEDICA Á LA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV, EL GRANDE,

DON FRANCISCO DE BORJA,

PRÍNCIPE DE ESQUILACHE, CONDE DE MAYALDE, COMENDADOR DE AZUAGA, DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, GENTILHOMBRE DE SU CÁMARA.

AL LECTOR.

Hállome obligado á satisfacer una objecion, que en Italia han puesto á este poema antes de verle, reparando en que eligi un héroe y una accion moderna, que pasó en Italia há pocos años, y que la notoriedad de la historia es fuerza que me estreche, para no poder dilatar la invencion y episodios, que son el lustre, ser y ornato del poema, y que deste peligro me librara habiendo escogido asunto mas antiguo, y suceso que hubiese pasado ó en Asia ó en Africa, donde pudiera inventar con mas largueza, sin atarme en este inconveniente, que ellos juzgan que lo es.

A esto respondo lo primero, que si este reparo fuese de tanta consideracion como ellos juzgan, seria de mayor estimacion si el poema saliese acertado y con todos los requisitos que pide el arte, como se ha procurado disponer.

Lo segundo, que el rey don Alonso el Quinto fué singular héroe, con quien no se pueden comparar los mas antiguos que en Asia y en Africa fueron príncipes señalados, y mas siendo esta accion tanto mas ilustre cuanta es la diferencia de vencer alarbes en Jerusalem, ó franceses aliados con todos los príncipes de la cristiandad, y esto en el reino de Nápoles, despojándolos del por fuerza de armas; y de las excelencias, hechos y dichos deste príncipe han escrito los extranjeros tantos libros y elogios, que ellos satisfarán por mí.

Lo tercero, que siendo la casa de los príncipes de Esquilache descendientes del rey don Alonso, no fuera razon que buscara héroe mendigado, teniéndole grande de puertas adentro.

Este poema no contiene mas que doce cantos, en que imité á Virgilio, porque de escribir muchos se corre gran peligro de que alguna parte de lo que en ello se trata, ó que no sea á propósito, ó que los versos sean faltos de ritmo, y las sentencias de juicio; y si yo hubiera de tratar ahora del desempeño desta proposicion, yo mostrara á los autores difusos cuánto mejor les estuviera haberse recogido que desplegado. Lo que puedo asegurar es, que ha pasado este poema por el juicio y censura de los hombres mas doctos deste siglo, y que todos, no solamente me animaron, sino que me compelieron á sacarle á luz, y no presumo que sus letras los engañaron á ellos, ni la modestia con que me sujeté á su parecer mereció que me engañasen á mí; y cuando todo esto faltara, lleva en su favor la mayor aprobacion, pues tiene la que dijo Casiodoro: *Pompa meritorum regale iudicium*.

Procuré tambien seguir los pasos de los que justamente pudieron ser legisladores en la parte épica, habiendo visto juntamente en lo que están reprehendidos de los que han escrito después, porque, como dijo Séneca: *Primi ductores sunt, non domini*.

He procurado tambien huir de palabras ásperas y de ruido, porque dellas dijo Horacio: *Pro-*

jicit ampulas, et sexquipedalia verba; y porque lo cierto es, que son espanto de los ignorantes y risa de los cuerdos, pues con ellas se falta á la dulzura y al número, y mezcladas después con obscuridad, hacen intolerable la locucion y aborrecible la sentencia; y los que usan este modo de escribir dicen que son sus versos crespos, y engañanse, porque no son sino erizados; y si en un jardin hubiese mucha variedad de flores, es, sin duda, que faltándole la luz y claridad del dia, no se verian ni lograrian, aunque tuviesen en sí la hermosura natural, que no se aparta dellas: ¿qué será, pues, en los versos, donde faltando el lustre natural y careciendo de la perspicuidad que los hace inteligibles y hermosos, y particularmente saliendo á juicio de todos, y faltándoles la energía con que sus autores suelen representarlos diciéndolos, como advierte san Agustin de los filósofos gentiles: *Buccis concrepantibus ventilantes*? Y esta diligencia no les vale después que salen de su mano y de su representacion; y como todos los estilos están viciados, reconoció esto un moderno, en crédito y abono de la claridad con que escribe, y dijo, usando del adagio y propiedad latina: *Nec dedi opera, ut omnia quaestionum Meandris perinde, atque sorites chrisipae essent intricata, aut reconditorum verborum foetoribus suffarcinata*; y de los que no entendieren el peso deste juicio, alcanzaré lo que pretenden los que escriben con obscura novedad, queriendo ser admirados y no entendidos. Este error ha lastimado á todas las edades, habiendo en el idioma legitimo muchas bastardías, como dice Suetonio en una carta que refiere de Augusto á Marco Antonio, que escribia con esta afectada confusion, hablando de Augusto, que dice así: *Præcipuam curam ducebat sensum animi quam apertissimè exprimere ipsum, quæ Antonium, seu insaniætem increpabat, quod ea scribere vellet, quæ mirarentur potiùs homines, quam quæ intelligerent*. Y la culpa de pasar este engaño en nuestro siglo, nace de la presuncion de la ignorancia, que juzga que lo que ella no alcanza es de tan superior estimacion, que es corta toda alabanza que en su calificacion se gastare; esto quiso decir Aulo Gelio en sus *Noctes Atticas*: *Obscuritates non assignandas culpæ scribentium, sed inscitiae non assequentium*; y al fin quieren que los ignorantes los alaben como si los entendiesen; y los que saben, como si ellos se declarasen y lo mereciesen.

Tambien aborrecí con particular cuidado los hipérboles imposibles, porque son de grave culpa en lo épico; y la razon es clara, porque si consiste su ser en la imitacion de lo natural, no puede haber semejante error como proponer á la imitacion un objeto, que por su naturaleza es increíble y por su disposicion ridiculo.

En todo este poema y su contexto, ni se alteran los tiempos, ni truecan las acciones, prohibiendo á unos las guerras que hicieron otros; con que tendrá menos en que reparar quien se hallare con ánimo de censurarlo.

Y aunque se imprime ahora, há muchos años que está escrito y visto por personas que se pudieron aprovechar de lo que yo primero tuve trabajado en él.

NÁPOLES RECUPERADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

De España deja la querida tierra
Alfonso, y lleva con su armada errante
A Nápoles rebelde luto y guerra.
Fenisa llora el fugitivo amante;
El mar sus leños en Mecina encierra;
Vuelve al peligro el capitán constante,
Parte á Gaeta, y en su fe seguros,
Se atreven sus guerreros á los muros.

Aquel glorioso capitán hispano,
Que á fuerza de sus armas peregrinas
Bebió con menosprecio del tirano
Las aguas del Sebeto cristalinas:
Triunfos que honraran el blason romano
Y sus banderas célebres latinas,
Empresas que al valor y al tiempo exceden,
Cantar pretendo, si cantar se pueden.

Divina musa, que en eterna lumbre
Piadosa vives la región quieta,
Eleva ahora la mortal costumbre,
Y el plectro sienta tu virtud secreta;
No pido aliento á la profana cumbre,
De espíritu gentil vida imperfecta,
Un fuego si que vuelva el pecho mío,
Osado, ardiente, de cobarde y frío.

Admite; oh gran Filipo! de mi pluma
El justo ruego y turbación debida,
Pues no recelan que la edad consuma
Del ambicioso don la inculta vida;
De empresa tanta es fuerza que presumo,
Y á tus piadosas manos ofrecida,
En ellas, la humildad que yo le enseño
Será soberbia justa de su dueño.

Por tí de entrambos mundos la corona
Vida recibe en siglos inmortales,
Que el número de cuatro perficiona
El ser de los compuestos naturales;
Y el cielo fiel, que tu grandeza abona,
Transfiere de los rayos celestiales
En tí la obligación, lustre y decoro,
Y el cuarto asiento del planeta de oro.

Y pues del sol iguales el cuidado,
Y las violencias solas otomanas
Retienen de tu imperio venerado
De Cristo Dios las prendas soberanas;
Las aguas bebe del Jordán sagrado,
Y haré, invocando sus espumas canas,
Al son de mas gallardos instrumentos
Cantar las musas y parar los vientos.

Segura entonces Palestina hermosa
La fe de sus antiguos moradores
Producirá constante y religiosa,
Sin miedo de insolentes opresores;
La Iglesia universal, madre piadosa,
Volviendo su ganado á los pastores,
Sacará, renovando las tías,
En paz dichosa sus reliquias caras.

Aquí consagro el plectro á los blasones
De tu glorioso nombre eternamente,
Y las remotas bárbaras naciones,
Emulación forzosa de tu gente;
Edades largas de opulentos dones
Vestirán, tributarios del Oriente,
Tus aras, sustentando en vivo ejemplo
La fe su amparo, y la piedad su templo.

Cantar del Quinto Alfonso en tanto quiero
El celo santo, el ánimo robusto,
Y si soberbio y grave al pueblo fiero
Acrecentó el romano el mes agosto;
Cuando el valor entonces lisonjero
Amó el agravio del poder injusto,
Yo haré crecer, si tu favor me inflama,
Años al tiempo y siglos á la fama.

Rompló sus grillos de cristal la nieve,
Doblando el curso de las aguas frías,
Y el sol torciendo su carrera breve,
Vistió las sombras y alargó los días.
El viento apenas las coronas mueve
De las robustas ayas y sombras,
Abril mostrando su ingeniosa mano
En el primer dibujo del verano.

Cuando resuelto en su dorada popa
Alfonso dió sus leños al amigo
Del argonauta, robador de Europa,
Y de su justo llanto fiel testigo;
Las fieras armas, la preciosa ropa,
Que del contrario son premio y castigo,
Recibe el mar y se aparea el viento,
Que dió á las velas su forzoso aliento.

La antigua Barcelona se miraba
Vestida de colores y plumajes,
Y el mar suspenso y mudo le robaba
Sus fuertes pechos y lucidos trajes;
Igual respeto su valor llamaba,
Haciendo á tantas lágrimas ultrajes
En la común y triste despedida,
Primer ensayo de perder la vida.

La anciana madre al hijo representa
Su edad en los umbrales de la muerte,
Del frágil techo la vecina afrenta,
Que anuncia entre las lágrimas que vierte;
La viuda esposa lastimada cuenta
Pasados gustos que el dolor convierte
En siglos largos de inmortales daños,
Y en tristes horas sus alegres años.

Entre lucientes ondas la madeja,
Honesta envidia del metal de Arabia,
Al viento presta la sentida queja,
Y al suelo entrega la violenta rabia;
Su blando oficio cudicioso deja,
Y al dueño injusto, que el dolor agravia,
No lleva el viento, por coger el oro,
Las tristes nuevas del amargo lloro.

Ya de los pechos, sin piedad distintos,
Los hijos esperando el dulce fruto,
Pagaban con suspiros indistintos
A su desdicha natural tributo;
Y entretejiendo estrechos laberintos,
Con los autores sordos de su luto,
Lloran su mal forzoso, y las orejas
Ni ablandan voces ni lastiman quejas.

Sucesos lamentables de la guerra
 Repite la elocuencia lastimada,
 Y el fin dudoso que el amor destierra
 Del caro albergue de su patria amada;
 La que pasión de amor oculta encierra,
 Al filo se condena de una espada,
 Fingiendo en sus amores el sentido,
 Sin fe al troiano, y sin ventura á Dido.

Apenas entre el humo y el estruendo
 Oir pudieron la postrera seña,
 Cuando las blancas alas descogiendo,
 Camino el mar á su valor enseña;
 Y la vagante selva dividiendo
 Mudables campos, el favor la empeña
 Del blando viento á penetrar las olas,
 Lisonjas de las playas españolas.

La vista poco á poco se destierra
 De los paternos montes desiguales;
 Huye ligera la pesada tierra
 A las veloces máquinas navales;
 Amor comienza su importuna guerra,
 Y el mar escucha sus llorados males,
 Y si las ondas llevan sus enojos,
 Ellos las llevan dentro de sus ojos.

Fenisa, en tanto que del viudo lecho
 Perdió la fugitiva compañía,
 Las manos tuerce, despedaza el pecho,
 La luz maldice del cansado día;
 El rostro hermoso en lágrimas deshecho,
 Con voz cansada, temerosa y fría,
 El leño llama que á Gerardo esconde,
 Y el mar con tristes ecos le responde.

Sobre una parda y erizada roca,
 En quien del agua el ímpetu frecuente
 En arco deja el límite que toca,
 Y sobre el blando mar corvo y pendiente;
 Con sus amargas lágrimas provoca
 Las sordas aguas al dolor que siente,
 Y al viento pide que en el mar acabe
 El enemigo curso de la nave.

«Espera, ¿de quién huyes? le pregunta,
 Injusta tabla, que mi vida llevas:
 De fiera peña rigurosa punta
 Tus bandas rompa con lloradas pruebas.»
 La esposa triste de la armada junta,
 Apenas pierde las dudosas nuevas,
 Cuando con el vestido y con la mano
 Volver la nave procuraba en vano.

«¿Dónde caminas, dice, qué procuras,
 Fingido esposo, burlador amante?
 Que si las ondas surcas mal seguras,
 Yo el mar de tus mudanzas inconstante.
 ¿No ves que entrambas vidas aventuras?
 Vuelve, y tendrás quietud dulce y constante,
 El cuerpo paz, el desengaño calma,
 Los ojos mares, y lucero el alma.

«¿A qué region desierta, inhabitable,
 A qué lugar tan lóbrego y sombrío
 Irá la infame vida miserable
 Que no le ofenda el triste llanto mío?
 El mar imitas, desleal, mudable:
 ¿Triste de mí, que cuanto mas porfío,
 Dan á los remos fuerza tus cautelas,
 Y viento mis suspiros á las velas!

«Castigue el cielo la ambición primera
 Por quien la vida al piélago se ofrece,
 A merced de una tabla lisonjera,
 Que á todos vientos úmida obedece;
 Y quien primero á la inconstancia fiera
 Su leño encomendó, que ocioso crece,
 Dando del soplo alegre sacudido,
 Al campo sombra, y á las aves nido.

«Mejor fueras, oh pino vagabundo,
 Vestido de hojas en el monte altivo,
 De el sol ardiente vencedor fecundo,
 Que tronco estéril, plés de un fugitivo;
 Si á los soberbios brazos del profundo
 La vida entregas donde ausente vivo,
 Rien es que muerta por tu reino siga
 Al dueño injusto que á morir me obliga.»

Esto diciendo, despeñar intenta
 Al mar suspenso el cuerpo fatigado:
 Venció la injusta fuerza de su afrenta
 Al femenil temor desacordado;
 Cuando el confuso vulgo que lamenta
 El fin de su tragedia desdichado,
 La muerte impide y el furor amansa;
 Fenisa solo con llorar descansa.

Las vagas ondas á compás azota
 El ancho pino con igual concierto,
 Siguiendo todos su fatal derrota
 Por mar dudoso y por camino incierto;
 Ni ver nacer las sombras alborota
 Del lago el insolente desconcierto,
 Ni ver que á su region desierta y fría
 Bajar pretende á descansar el día.

Iban las velas cóncavas hinchadas,
 Siendo del sol los últimos espejos,
 Del blanco soplo llenas y engañadas
 Cambiantes con la luz de los reflejos;
 Y las alegres ondas argentadas
 También corrían, por llegar de lejos
 A besar con quietud dulce y propicia
 Los plés que dió á los hombres la cudicia.

Aun no mostraba la luciente luna
 Ceñido el medio rostro de nublados,
 Cuando sin descubrir lumbrera alguna
 Bajaron brevemente desatados;
 Creció de suerte el agua, y la importuna
 Fuerza del mar y el viento conjurados,
 Que algun asalto á competir con ellas
 Temieron de sus montes las estrellas.

En sierras de agua repastaba el viento
 El blanco ganadillo que detiene,
 En tanto que con nuevo movimiento
 Con ellas mismas despeñado viene;
 Los ojos del luciente firmamento
 La negra sombra tan obscuros tiene,
 Que apenas, porque el mar turbado vea,
 Alguna escasa lumbrere centellea.

Tormenta nueva sin piedad respira
 El Euro que las ondas azotaba,
 Y el frágil bosque sin concierto gira,
 Que ya su fin sin resistir lloraba;
 Gime el piloto, el cómitre suspira,
 Y el árbol mas robusto se quejaba,
 Al soplo tan rendido y á las olas
 Como en el campo espigas y amapolas.

El aire con relámpagos se enciende,
 Con largos truenos resonaba el cielo,
 La misma luz con el temor ofende,
 Y el fuego engendra con los rayos hielo;
 La escota caza, la relinga prende,
 Quien no salió jamás del patrio suelo,
 Y en el furor que á todos sobresalta,
 Al mar vuelven el mar que los asalta.

Los últimos remedios no consiente
 La ciega obscuridad triste y lluviosa,
 Las voces roba el aire diligente,
 Y aplica á su insolencia vitoriosa;
 Mas no descansa el trabajar frecuente
 De la oprimida gente temerosa
 En naves y galeras destrazadas,
 De indiestros Palinuros gobernadas.

El mar embiste la siniestra banda
 Del leño invicto domador del mundo,
 Y al cielo llaman, que con pasos anda
 Tan lentos cuanto leves el profundo;
 Allí sin orden la fortuna manda,
 Y de su injuria el ímpetu segundo
 Del fiel costado penetró el abrigo,
 Y dió forzoso paso al enemigo.

Y el viento que le impele con bramidos,
 Tras él de suerte sin piedad se arroja,
 Que entena y árbol de su fin rendidos,
 Gimiendo le mostraron su congoja;
 Deshace los reparos prevenidos,
 Y con furor indómito despoja
 De su amistad antigua la madera,
 Que ya divide y consumir espera.

Las aves de Alción su triste canto
En las desiertas playas comenzaban,
El mal cantando y el funesto llanto
Que en la pasada injuria se acordaban;
Los rancos argonautas entre tanto
Del cielo las deidades invocaban,
Y el viento con soberbio desatino
A la conforme voz cerró el camino.

Requieren por las ondas divididas
Los mudos peces la region obscura,
Y en sus moradas turbias conocidas
Ni encuentran peñas ni quietud segura;
Juzgando de sus glorias prometidas,
Suspensa el fin que conseguir procura,
El cielo Alfonso con piedad invoca
Del mar y viento en la contienda loca.

«Padre comun, que el mundo á tu gobierno
Con decreto inviolable sujetaste,
Y en tu divina idea y ser eterno,
Las dos constantes máquinas formaste;
Dividiste el verano del invierno,
Sol, día, luna y noche fabricaste;
Con justa ley en sus enojos pones
Freno á los vientos, y la á mar prisiones;

»Si en el desierto mundo al patriarca,
Segundo poblador del solo imperio,
Libró tu diestra cuando hurtaba el arca
Al corvo pino el propio ministerio;
Si al medroso colegio que en la barca
Temió el suceso y ofendió el misterio
De aquella nave, á quien el mundo allige,
Que vela Pedro, y por tu norte rige;

»Piadoso humilla del soberbio Egeo
La frente, que á los cielos se avvicina;
Camíne el sol, pues descubierta veo
La blanca estrella de su luz vecina;
Que si paró del vencedor hebreo
Al fuerte ruego por piedad divina,
Tu eterna y justa mano nos iguale,
Si aquí, Señor, para el vencido sale.

»Dos y tres veces venturosos fueron
Los que entre alarbes bravos y andaluces
Del Ebro al Bétis con valor tuvieron
Con nueva sangre las hermejas cruces.»
Dijo, y mirando al cielo descubrieron
Brillando alegres sus eternas luces,
Diciendo al mar el horizonte solo
Que ya quería despertar Apolo.

Con menos miedo la confusa arena
Las ondas insolentes recebia,
Y el mar cansado con quietud serena
En las desiertas playas se tendia;
Besando el agua la fatal cadena,
La gran conjuración se dividia,
Con que llegar al sol quisieron antes
Sobre montes de sal vientos gigantes.

El campo Febo del Oriente deja,
Y en los frondosos valles y sombríos,
Tendiendo de pinceles la madeja,
Pintó las selvas y doró los ríos;
Y alegre viste, cuando mas se aleja,
De la difunta sombra los vacíos,
Cuando les dió el sosiego victorioso,
Al viento sueño, y á la mar reposo.

Con mas presteza la turbada gente,
Con nuevo aliento y ánimo gallardo
Acude á su ejercicio diligente,
Libre del miedo perezo y tardo.
La tierra mira que oprimida siente
Iguales surcos del isleño sardo,
Y della entre las ondas traviesa,
Por no avisar la sierra ginovesa.

Ni quiere de Toscana que en los puertos
Sus rotos leños repararse puedan,
Ni del romano Tíbre los abiertos
Brazos seguro albergue le concedan;
Cortando blanca espuma en los desiertos
Campos del mar de Italia, hinchados vedan
Al viento el paso los deshechos línos,
Que en sal rompieron al valor caminos.

Y en breve tiempo el vulgo certifica
Que ve la gran Sicilia monitiosa,
Patria de fuego y de cosechas rica,
Y en mil antigüedades fabulosa;
A su quietud sin detenerse aplica
Alfonso la derrota peligrosa,
Por ver seguro en su querida tierra
Las caras prendas de la antigua guerra.

La furia de Neptuno sosegada,
Y en paz segura la fatal ruína,
Por mar tratable procuró la armada
Tomar el ancho faro de Mecina;
Del viento favorable gobernada
A las amigas márgenes camina;
Corona luego su naval concierto
El hospedaje pródigo del puerto.

Llevó las mas el húmedo elemento
A tierra, sin gobierno en los forzados,
Las popas retiradas de su asiento
Y los robustos mástiles troncados,
Sin velas, que el usado movimiento
Prestasen á los remos destrozados;
Cuál sin temor, que á su remedio importe,
Ni busca el puerto ni conoce el norte.

Apenas sus orillas abrazaron,
Libres del mar, los pálidos devotos,
Cuando en concurso público ordenaron
El breve fin de los sagrados votos;
Y los que entre las ondas consagraron
Su vida á los sagrarios mas remotos,
Con mas aliento del naufragio tratan,
Y el justo voto sin temor dilatan.

Olvidase la ofrenda que se debe,
Imitación del árbol del navio,
Y el bronce, que descubra en su relieve
Del mar airado el insolente brio;
Ya la culpable dilación se atreve
Al sacro voto, religioso y pio.
Que se ofreció con miedo en la tormenta,
Y en tierra agora sin cumplir se cuenta.

Teniendo pues sus armas en sosiego,
Y en paz ociosa su guerrera gente,
Que alguna vez con atrevido ruego
Término pide al ocio negligente,
Su armada quiere que se apreste luego,
Alfonso, lastimado y diligente,
Y armas, aprestos, máquinas y asombros,
Del mar sintieron los cansados hombros.

La negra noche, desigual autora
De gustos, pesadumbres y reposo,
Recogió las tinieblas á deshora,
Que huyendo parten del planeta hermoso;
El dulce lecho despreció la aurora,
Cansada de los brazos de su esposo,
Y tienden por los aires á porfía,
El alba perlas, y su luz el día.

Quando en un campo alegre y dilatado,
A trechos de altos árboles ceñido,
A quien diciembre rígido y helado
Jamás le roba el natural vestido,
Estaba el fiero ejército formado,
Atento, valeroso y prevenido,
La seña procurando que ordenase
Que al mar soberbio sin tardar marchase.

En tanto el sol de la celeste esfera,
Con el acero rígido contiente,
Y del su luminosa primavera
Dudosos rayos por el aire tiende;
La vista teme que su luz primera
Celeste llama consumir pretende.
Pues muestran con vistosa pesadumbre
Fuego en las armas, y en los aires lumbre.

Cambiante se estrechaba en los cristales
De la luciente espada fulminosa,
Turbando de las armas los iguales
Realces de la mano artificiosa;
Miraba, no en tributos naturales
Céres, de sus ofrendas codiciosa,
En vez de las espigas coronadas,
De altivas astas mieses erizadas.

Caliente deja el perezoso lecho,
Prueba á los miembros el despojo usado
El celtibero indómito, que el pecho
Tiene de antiguas glorias ocupado;
Muestra el osar vestido del provecho,
Seguro el fin y favorable el hado,
Mirando en desigual concierto juntas
El cielo escuadras de acoradas puntas.

A Pedro, invicto jóven, obedece
Con fe constante y ánimo robusto
La noble gente que Aragón ofrece
Al fiel efecto de su intento justo;
También la que los muros ennoblece,
Que el nombre guardan del piadoso Augusto,
Siendo su adulacion grabada en bronce,
Honor agora, al lisonja entonces.

Sin ella sus pendones y banderas
Inculta sigue la feroz montaña,
Que las francesas armas extranjeras
Doma en el margen último de España;
Donde las atrevidas llamas fieras
Con ciega furia, con violenta saña
El cuerpo de Pirene consumieron,
Y al duro monte su renombre dieron.

Eran diez mil, y con Urgel gallardos
Cuatro mil catalanes se descubren,
De cuyas manos arrojados dardos
La luz forzosa sin piedad encubren;
En yeguas moras y en caballos sardos
Mil hombres de armas los costados cubren
Del escuadron, que el sol amenazaba
Con los temidos hijos de su aljaba.

Pasaban los navarros bellicosos,
Siguiendo en Juan la luz de su fortuna,
En su nativo esfuerzo vitoriosos
De cuanto gira el curso de la luna;
Eran tres mil los pechos animosos,
Que en la primera cama de la cuna
Inclina por estrella ó por oficio,
Sangriento Marte, al trágico ejercicio.

A Enrique de los muros de Valencia
Siguen seis mil en la dudosa suerte,
Cuyo valor armado de experiencia,
Ni amó la vida, ni temió la muerte;
Compuestos en gloriosa competencia,
Con brio juvenil, robusto y fuerte,
Sus nobles generosos caballeros
Vuelven al sol su luz en los aceros.

Así pasó su muestra diligente,
En iguales hileras dividido,
Aquel concorde ejército impaciente,
Del inconstante reino detenido;
A Hesperia ofrece la indomada gente
Mas sangre del tirano aborrecido,
Que Roma vió con pérdida de Italia
En los funestos campos de Farsalia.

La ambicion animosa de la guerra
Ordena y justifica la partida;
Dejan los mas la favorable tierra,
Y al mar entregan la cansada vida;
Recela la experiencia que se yerra,
Si en la gloriosa empresa inadvertida
Muestra al suceso la fortuna avara
Segunda vez la vengativa cara.

Juntando pues los viejos consejeros
De acciones atrevidas resistencia,
Pues nacen los consejos verdaderos
De quien enseña el tiempo y la experiencia,
Sentándose por órden los primeros,
Dando á la voz la suspension licencia,
Alfonso dijo con templanza mucha
Al viento y al consejo que le escucha:

«En larga guerra con prolijos males,
Mis compañeros fuisteis y mi ayuda,
En fe de una adopcion, como leales,
Que dió una reina, que cumpliera duda;
Llamóme, despedióme en sus umbrales
Con trato vil, que su palabra muda
Un senescal, que á mi pesar pregona
Por sucesor Anjous de su corona.

»Segunda vez con ánimo sencillo
Su rey me llama el pueblo conjurado,
Cuando rendí con vengador cuchillo
Al Sardo, justamente castigado;
Neguéme á sus fleles por caudillo,
Temí el engaño de su error pasado,
Mas ya su atrevimiento y mi fatiga
Me ordenan que esta empresa se prosiga.»

Dijo, y al punto aspiran, satisfechos
Todos á la victoria que prometen
Su honor, su capitan, sus nobles pechos,
Que el tiempo y Marte es justo que respeten;
Dejar quisieron los amigos techos,
Por no esperar que algunos interpreten
Lo que es acierto con el nombre vario
Que da al valor el miedo de ordinario.

Mas Nava, fuerte y venerable viejo,
El mas prudente en experiencia larga,
De cuantos llevan con igual consejo
Del fiel consejo la pesada carga,
Siendo forzoso y respetado espejo,
A quien la edad el desengaño encarga,
Les dice á los que aceros y astas vibran
Y el fiel consejo en los aceros libran:

«¿Qué destino fatal la rienda suelta
Arrastra vuestra furia acelerada,
Sin advertir del tiempo la revuelta,
Amada tantas veces y llorada?
Dicha es de muchos la ordinaria vuelta,
Que tiene su inconstancia deseada,
Que á no tenerla, con razon sería
El bien de los dichosos tirania.

»Reiner, duque de Anjous, tiene ocupados
Del reino los presidios de importancia,
Con muros y defensas tan guardados,
Que sobra el juvenil furor de Francia;
No pueden ser por sitios conquistados,
Ni con marcial fatiga su ganancia,
Y cuanto nuestras armas pretendieren,
Con no tomarlas gozarán si quieren.

»Tentar el hado es bárbara locura
Con breves fuerzas, en ajena tierra;
Y el vencedor ejército, si dura,
Con la victoria misma se destierra;
Y si el valor y resistencia dura
Deja neutral la peligrosa guerra,
Guardado de sus techos sin castigo,
Con no perderlos, queda el enemigo.

»Pues si de Quinto Fabio en la tardanza
Forzoso ejemplo afecta la osadía,
Y con remisas armas la venganza
Tomais con dilacion de su porfía,
El vió que el africano su esperanza
A los paternos campos oponia,
Donde sin dueños guardan obligados
El logro de sus mieses los arados.

»Por rey su errado vulgo le recibe,
Sus nobles pierden las amigas vidas;
Reiner á su defensa se apercihe
Y ellos á ser por él de si homicidas.
Francia en sus pechos generosa vive,
Las armas celtiberas abatidas,
Y el pueblo con cabezas principales
Es tan osado como son leales.

»El griego acero, con razon temido,
Perdió su fuerza en límites extraños;
Que contra el flaco imperio dividido,
El tiempo junta peligrosos daños.
Testigo es Roma, con piedad creído,
Y sus deshechos muros desengaños,
Que la corona, á su ambicion sujeta,
El mundo ciñe, pero no le aprietta.

»Ocultos son del cielo los secretos,
Con que á otros tiempos reservados deja
La divina justicia sus efectos,
Que agora á nuestras lágrimas aleja.
Quedarse los sucesos imperfectos
No es materia de agravio ni de queja,
Si el que aparente á nuestros ojos hace.
Con el fin prometido satisfaca.»

Apenas acabó su consejero
De proponer el caso peligroso,
Cuando enojado Alfonso, fué el primero
Que replicó con ánimo orgulloso :
«¿No sabes que el consejo verdadero
Será seguir el hado religioso,
Pues á pesar del tiempo y de la muerte,
Es su poder inevitable y fuerte?

»Si á Nápoles el cielo me destina
Por justa ley de su decreto eterno,
Y el duro cuello su poder inclina
Con larga servidumbre á mi gobierno,
Presto verán con trágica ruína
Sus campos en los brazos del invierno,
En vez de iguales surcos, cultivos
Violentas invasiones de caballos.

»Roma se descuidó, y el mar Tirreno
Tantos piratas libres ocuparon,
Que el sacro Tíbre, de violencia ajeno,
Con remos insolentes azotaron;
Y al fin del mar el inconstante seno
Sus leños vencedores navegaron,
Formando el gran Pompeyo en sus arenas
Selva extranjera de árboles y entenas.

»Entre Aragón y Francia, tan pequeña
Raya los montes ásperos divide,
Que un breve arroyo, parto de una peña,
De entrambos reinos la violencia impide;
Allí la antigua enemistad enseña
Qué debo hacer en lo que Italia pide,
Cuando este brazo su inquietud detiene
En la cabeza helada de Pirene.

»Si agora le consiento al enemigo
Vibrar el asta en posesion ajena,
Mañana osado intentará conmigo
Romper de España la neutral cadena.
De empresas atrevidas el castigo
Corrige el hierro y el furor enfrena;
Y en sangre envueltos guardarán, si puedo,
Armas á Hesperia, y á Pirene miedo.»

Con públicos aplausos satisfecho
Quedó el glorioso acuerdo que esperaban,
Y amando todos el común provecho,
Con muestras animosas le ayudaban.
En el turbado viento, á su despecho,
Armas, estruendo y voces resonaban,
Y el eco por el seno de los valles
Volvió las nuevas que escuchó á las calles.

Ya moderaba la perpetua lumbre
Del largo día las prolifas horas,
Y el año con pacífica costumbre
Lograba sus espigas vencedoras;
De blancas mieses la nevada cumbre
Crecía entre las hoces labradoras,
Cuando sus velas, admirado el día,
Entre salados montes descubría.

No dejó tan contento el hospedaje
El huésped fugitivo de Cartago,
Y á la homicida reina en el ultraje
Que el casto lecho recibió por pago,
Como emprendió de nuevo su viaje,
Cortando el fiero y proceloso lago,
El hijo de Fernando, en cuya diestra
El cielo ofrece generosa muestra.

Al mar que la Calabria ciñe y baña,
Los remos mueven presurosa guerra
En casi el mismo estrecho que de España
Furioso aparta la africana tierra;
Y el viento que las ondas acompaña
Con blando soplo, su temor destierra,
Y alegres de Gaeta divisan
El puerto, que seguros ocuparon.

Las armas desembarcan y soldados
Con presta furia y militar concierto;
Tiemblan los fuertes muros levantados
Y el ancho mar en recogido puerto;
Y para resistir de los cercados
El presto daño y natural acierto,
Los hierros ejercitan, que en la guerra
Descubren las entrañas de la tierra.

Cupo al navarro la encumbrada parte
Que el Norte ciñe y riguroso mira,
Y en ella diestramente se reparte
La gente, que al asalto breve aspira;
Ya con furor violento, ya con arte
Quiere acercar la que jamás retira
De las espesas nubes, que deshechas
Parieron rayos en volantes flechas.

Enrique y Pedro intrépidos cercaron
El sitio que bañaba el Mediodía,
Y en mengua de sus armas comenzaron
Con excesivas muestras de osadía;
Trincheas y defensas levantaron
Con tal destreza y bética porfía,
Que recelar su perdición pudiera
El alto muro con la luz primera.

Su blanco rostro la inconstante diosa
En las cambiantes aguas retrataba,
Y el mar dormido con quietud ociosa
En brazos del silencio reposaba;
Y en medio de la sombra temerosa
La hurtada luz los montes coronaba,
Mirando con los ojos celestiales
De amantes ciegos adorados males.

Medroso elvira el tímido ganado
Del verde prado la risueña fuente,
Y del arroyo manso despeñado
Murmura miedo la veloz corriente.
El sueño rinde al rústico cansado,
Y blando llama la soberbia gente,
Y quien los ricos lechos se aperciben
Y entre algodones cándidos reciben.

Quando las centinelas, que velando
Por una y otra parte se tenían
Las soñolentas horas paseando,
Dañosas asechanzas prevenían;
Las unas ver los muros procurando,
Las otras sus defensas oponían,
Y á veces las pérdidas se encontraban
Quando mas de las sombras se fiaban.

Allí el silencio, la ocasion y el arte,
Forzados consejeros de la guerra,
La furia templan del airado Marte,
Que todo estruendo militar destierra.
Si el muro rondas sin dormir reparte,
Alfonso rompe su vecina tierra,
A todos ocultando sola y muda
La obscura noche con igual ayuda.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Prosigue Alfonso el sitio de Gaeta,
Y Laura, de Gerardo enamorada,
Con el combate y la ocasion oculta
Descubre mal herida en la estacada.
Llega al cumano templo, y su perfeta
Fábrica mira Enrique, y la morada
De la Sibila; Alcimedonta en pago
Le muestra en sueños el averno lago.

Apenas los umbrales de la puerta
Pisó de Oriente la lumbrera de oro,
Y al blanco día sin parar despierta
De fuentes y aves el alegre coro,
Quando el piadoso Alfonso, que concierta
Amor y miedo con igual decoro,
A la cercada gente con el día
Un fiel heraldito diligente envía.

Haciendo pues la seña acostumbrada,
Ligero toca el prevenido muro
Por darle su pacífica embajada,
Fiado solo al natural seguro;
Y con voz atrevida y sosegada,
Nacida en pecho juvenil y duro,
Así les dijo al tiempo que de aceros
Los muros coronaban sus guerreros :

«Alfonso, que poses por herencia
De Aragón y Sobrarve la corona,
Si dais á sus mandatos obediencia,
Vuestro perdón y su amistad pregona;
Si de Reiner amastes la violencia,
Perdona el yerro, y el amor abona
Por cuyo medio solo sustentastes
Sus armas atrevidas, que ayudastes.

»Por ley forzosa de adopción llamado
Está de vuestro imperio dividido,
Que ya de injustos dueños ocupado,
Rebelde al propio sin temor ha sido;
Si no aprovecha haberos perdonado,
Para el castigo viene prevenido;
Que donde pierden su razón los reyes,
Las armas entran á vengar las leyes.

»Naves del mar y gente de la tierra
Publican destas piedras el estrecho;
Dejad las fieras máquinas de guerra
Que el bien se ofrece en su piadoso pecho.
De la querida patria le desuerra
La paz de todos y el común provecho;
Abrid las puertas, derribad los muros,
Que sin defensa viviréis seguros.»

Calló la gente indómita, que estaba
En torres, baldarres y traveses,
Que el arrogante Zoppo gobernaba
Con premio de sus fuertes milaneses;
Y Espinola también, que militaba,
Guardando fe inviolable á los franceses.
Cuando por todos Zoppo fué el primero
Que respondió, diciendo al mensajero:

«Decir al Godo sin tardanza puedes
Que si él esta ciudad nos entregara
Y Anjous en sus domésticas paredes
Las vencedoras armas levantara,
Que al bárbaro castigo de Diomedes
Con manos vengativas igualara,
Teniendo en sangre aleva aquestas piedras
Que agora lamen ambiciosas hiedras.

»Y siendo así, piadoso solicita
De tantos pechos la común afrenta,
Y á sus gloriosos simulacros quita
La honrosa fama del olvido extenta;
A injusta mengua su piedad incita,
Y de la guerra rígida que intenta,
Buscarse debe en el suceso vario
La muerte, y no la infamia del contrario.

»A los antiguos muros de Gaeta,
No de sus fuertes máquinas defende
De piedras duras amistad secreta,
Que sus robustos ánimos ofende,
Sino lealtad severa, que interpreta
Tan contra sí sus leyes, que pretende
Librar, eternizando nuestros pechos,
De injustos dueños sus paternos techos.

»Ni el cerco es grande, que tan solo tiene
Cercadas estas piedras mal compuestas,
Pues la osadía justa no detiene
De tantas vidas á morir dispuestas;
Tal cerco á tal valor solo conviene,
Porque si están sus armas tan opuestas,
No importa, que si está la fe cercada,
Cuanto mas enemigos mas guardada.

»Al gran Alfonso holgara de rendirme,
Por ser temido príncipe piadoso,
Y por querer benigno recebirme
Y reducir mi gente á mas reposo.
En pago desto quiero atribuirme
Dejarle á las edades mas famoso,
Siendo mayor victoria conquistarme
Que la que puedo dar con entregarme.

»Al fin decirle puedes que la fuerza
Suele valer á falta de concierto,
Y pues por armas su partido esfuerza,
Que libre está el asalto y descubierto;
Y cuando el pecho con promesas aventura
La fe rendida y el esfuerzo muerto,
De mí será forzoso que se guarde,
Pues siendo su contrario fui cobarde.»

Con tal respuesta, injusta y no esperada,
El campo mide el joven mensajero,
Y luego que de Alfonso fué escuchada,
Sus armas piden el asalto fiero;
Y con soberbia furia apresurada
De los ferrados cuernos del carnero
Bajaron, como vieron los troyanos,
Sus altas piedras á besar los llanos.

El duro bronce en tímidas vislumbres
Robaba la corona de los muros,
Que no se ven de las confusas lumbres
En sus antiguas márgenes seguros.
Su niebla vuelve en las alegres cumbres
Los verdes lejos pálidos y oscuros;
Vistióse de humo la vecina selva,
Sin que á ser verde con el aire vuelva.

Mirando Alfonso el riesgo conocido,
Licencia dió á la furia, y al momento
La gente, con el miedo despedido,
Embiste con furioso movimiento.
El polvo incierto al aire detenido,
Tiranamente le ocupó el asiento,
Y cuando su furor la injuria oprime,
Las piedras temen, y la tierra gime.

De Pedro admiran ánimo y presteza,
Y la espantosa Peña dividida,
Testigo fiel que ofrece su tristeza
Al muerto dueño de la misma vida,
Dejando la cerviz de su aspereza,
En tres distintos montes repartida,
Y en piadosas ruínas desatada,
Fué del Calvario imitación sagrada.

Cuál del que va adelante quiere asirse,
Cuál asido del otro se desata,
Cuál tienta el escalón sin desasirse,
Cuál sin pensar se atreve y se recata;
Cuál vuelve á porfiar por no rendirse,
Cuál su valor le anima y le maltrata,
Cuál arrastró su amigo compañero,
Cuál no subió que arremetió primero.

Y la cerrada gente que á porfía
La indómita contienda sustentaba,
Ya en el furor sin límite crecía,
Ya las dudosas armas retiraba;
El desigual suceso detenía,
Osaba el miedo y el valor dudaba,
Que en la confusa noche de la guerra
Su mismo oficio el animoso yerra.

¡Qué heridas fieras, crudas estocadas
Y golpes que mataron por inciertos!
¡Cuántas cabezas rotas desarmadas
Y pechos entre mallas descubiertos;
Cuerpos sin piernas, piernas destroncadas,
Brazos sin manos, palpitantes muertos,
En quien la furia del violento tiro
Dejó en el cuerpo el último suspiro!

Haciendo al hierro generosa injuria,
Enrique sus ofensas atropella,
Y excede la violencia de su furia
Del vengativo rayo la centella.
También la gente que el humilde Turia
Los muros besa de su patria bella
Sus atrevidos pasos acompaña,
Y entrambos juntos el valor de España.

Cual suele de Nemeya en los collados
La generosa bestia fatigada
Buscar los montes lóbregos cerrados,
Con fiera y animosa retirada,
Así viendo cerrar por todos lados
De espesas armas nube acelerada,
Los muros deja el celibero infante
Con tardos pasos y feroz semblante.

El viejo consejero, que apresura
El flaco asalto en tanta resistencia,
Esfuerzo nuevo respirar procura
En su atrevida, inútil diligencia;
Cansado entre las armas se aventura,
Dando á la edad el ímpetu licencia,
Mas no animó su gente, aunque renueva
El verde brio entre la blanca nieve.

Mirando Alfonso el desigual provecho
Y el osado vigor de sus contrarios.
Y cómo entre su mengua y su despecho
Fabrica el tiempo los sucesos varios,
Ardiendo en furia juvenil el pecho,
De adversa suerte efectos ordinarios,
Temiendo que su triunfo se dilate,
Retira las reliquias del combate.

Nostróse entre esta gente una guerrera
Bellísima, y tan dura y belicosa,
Que aunque matar con la beldad pudiera,
Su acero tiene á la hermosura ociosa;
Vibrando el asta su inclemencia fiera,
En esta batería peligrosa,
Vió de Gerardo la fatal espada,
Y hallóse por envidia enamorada.

Creció de suerte el amoroso fuego
Por el secreto albergue de las venas,
Que en él turbó su general sosiego,
Fiándole al error de sus cadenas;
Ya poco á poco con piadoso ruego,
Ya con palabras de piedad ajenas
Llama y desecha al jóven animoso,
Que roba sin oírle su reposo.

Ya finge hablarle, ya la voz retira,
Ya puede hablar, ya enfrena su locura,
Ya pierde el tino, ya su ser la admira,
Ya vive ardiendo, ya olvidar procura;
Ya todo es muerte, ya á vivir aspira,
Ya llora el mal, ya ríe su ventura,
Ya cobra aliento, y cuando el bien aguarda,
Lo mismo que le anima le acobarda.

En tal estado pues se representa
El venturoso ausente inadvertido,
La ciega llama, la razon violenta,
La fe dudosa y el amor perdido.
Tomando al alma rigurosa cuenta,
Laura se esfuerza, animase el sentido,
Porque consiste á fuerza de razones
El seso y la locura en opiniones.

Salir al nuevo día determina,
¡Oh ciego amor, oh peligrosa hazaña!
A probar del autor de su ruina
Juntas la fuerza y la piedad de España;
Y el blando error que de su pecho inclina
A injustas armas la piadosa saña,
La lleva entre sus máquinas sin arte
Con dulces pasos al rigor de Marte.

Volvíase la noche tenebrosa
A sus funestos montes enlutados,
Abriendo por la puerta perezosa
Confusa entrada al sol y á los cuidados;
Y Laura enamorada, licenciosa,
Los transparentes rayos y dorados
Suspensa aguarda, que salió por vella,
Porque es del alba su amorosa estrella.

Apenas se mostró, cuando salieron
De las robustas puertas destrozadas
Aventureros fuertes, que midieron
Con los antiguos filos sus espadas;
De acero impenetrable se cubrieron,
De escudos, de lorigas y celadas,
Y Laura entre sus armas parecía
Al planeta veloz, padre del día.

Viendo el airado Alfonso que intentaban
Trabar contienda nueva en las primeras
Trinchas, que su puesto sustentaban
Al duro impulso de las huestes fieras,
Dió la temida seña á las que estaban
En la siniestra parte aventureras,
De suerte, que tiñeron los primeros
De las ferradas mieses los aceros.

En tal estrecho ardía la contienda,
Que el mas cobarde por vencer trabaja;
No se ejecuta golpe que no atienda
Quien le recibe á darle con ventaja;
Cual negra nube á la anual ofrenda
En agua espesa desatada baja,
Así salían arrojados dardos
De fuertes diestras y de brazos tardos.

Cuando la hermosa Laura, que procura
Ver repetir la furia á su enemigo,
Sepulta cuerpos en la noche obscura,
De intentos locos natural castigo;
Mas del invicto jóven la ventura,
De Laura el yerro y el suceso amigo,
De suerte los juntó, que el celibero
Apenas pudo acometer primero.

Cual buen halcón, que si gallardo mira
Surcar el aire robador milano,
El aire mismo presuroso gira,
Que ayuda al triste fugitivo en vano;
Así á Gerardo, que á vencer aspira,
Probando Hesperia la intratable mano,
Al noble triunfo generoso parte
El fuerte rayo del sangriento Marte.

Halláronse tan cerca, que arremeten,
Perdido el miedo del comun sosiego;
Las armas con relámpagos prometen
Centellas nuevas al celeste fuego;
Los caballos ardientes acometen
Con tal furor, con tal desasosiego,
Que apenas de sus puestos arrancaron,
Cuando frentes y dueños se juntaron.

Atruenan de las armas el rüido
Con impetuoso y duro movimiento,
Cual suele entre peñascos el bramido
Del impaciente estrépito del viento,
Que en las constantes peñas resistido,
Robando el polvo del terreno asiento,
Traslada ciego con violencia presta
Los árboles del monte á la floresta.

Así, batiendo á la turbada tierra
Con impetu y furor acelerado,
Suenan los golpes, trábese la guerra,
Tentándose por uno y otro lado;
El suelo gime, y en su seno encierra
Confusos ecos del furor airado,
Dando el acero en luces y arreboles
Al cielo rayos y á la tierra soles.

A Laura dió tal golpe su guerrero,
Que á sus vislumbres tímidas salía
Entre las negras alas el lucero,
Forzosa sombra del cansado día;
Inútil fué del riguroso acero
La dura resistencia que tenía,
Habiendo herido con violenta palma
La espada el cuerpo y el amor el alma.

Sobre la blanda arena dibujado,
Sin fuerza el cuerpo y el color difunto,
Se muestra aquel bellísimo traslado
De cuanto el cielo fabricó por junto;
Deja el veloz caballo fatigado,
Y déj se arroja el vencedor al punto,
Cuando el despojo misero vencido
Le dice en los umbrales del sentido:

«Si basta una mujer de amor vencida,
Famoso capitán, para moverte,
Que muerta pide la cansada vida,
Que, siendo tuya le robó la muerte;
Deten la fiera espada inadvertida,
Pues cuando mas la almas á que acierte,
Con sangre propia tu rigor escribes,
Si el pecho rompes donde agora vives.

»Rendida temo, y si á rogar aspiro,
La ley de ser vencida no permite
Que envueltos en el último suspiro
Piedad y amor á un tiempo solicite;
Si entre mis tristes lágrimas espíro,
¿Será razon que su remedio quité
A un daño tan humilde, que pretendo
Saber que su fineza no te ofende?

»Yo cumplo con morir, tú con matarme;
Mira el furor con que mi vida tratas,
Y si ofendido quiereras acabarme,
Por ley injusta sin razon me matas;
Y puede en mis desdichas animarme
La fugitiva muerte que dilatas.
Desate el hierro tan estrecho nudo,
Mas ¿quién podrá lo que el amor no pudo?

»Aunque tu brazo en abundante vena
Mi sangre tan sin límite derrama,
La mengua vil de la desdicha ajena
Poco ennoblece tu gloriosa fama;
La airada mano vencedora enfrena,
Perdona, y quiere al que te ofende y ama,
Porque en el perdonar está la gloria,
Y es la piedad honor de la victoria.

»Campos de Hesperia, que os miráis bañados
De roja sangre y frágiles despojos,
Daldes sepulcro agreste, lastimados
Del lamentable fin de mis enojos;
No rieguen blancos mármoles helados
Ofrendas tristes de piadosos ojos,
Ni en ellos por memoria se levante
Forzosa admiración del caminante.»

No dijo mas; y con amargo llanto
Interrumpió el silencio mas piadoso
Que á humano pecho con debido espanto
Pidió jamás suceso lastimoso;
Y el fuerte godo, que calló entre tanto,
Viendo teñido en sangre el rostro hermoso,
Imitación del cielo, así restaura
La vida á un tiempo y el amor de Laura.

«Atónito, confuso, inadvertido
Callo y escucho, en tanto que me atrevo
A dar debidas fuerzas al sentido,
Que en vano agora lastimado pruebo;
Mas al fin digo con razon rendido
Que te ofrece y entrega un amor nuevo,
Una amistad eterna, que recibe
El sér del alma, donde alegre vive.

»¿Qué monte entre peñascos eminente
Tu llanto no midiera con el suelo?
Qué pecho helado del Idaspe ardiente
No derritiera su inclemente hielo?
Tuyo será, guerrera, si consiente
Por ley piadosa y favorable el cielo
Que desta fe amorosa no divida
El lazo el tiempo y el dolor la vida.»

Esto diciendo, el cuerpo levantaba
Herido y satisfecho, y al momento
Al cansado caballo le flaba
Para llevarle al conocido asiento;
Mas ella, que su dicha recelaba
En las turbadas manos del contento,
Dudosa está, que en voluntad ajena,
Cual sombra al sol, el bien sigue la pena.

Tocar las vagas ondas procuraba
Con luz escasa el trabajado día,
Y de los altos montes se arrojaba
La obscura sombra de la noche fría;
La blanca luna apenas coronaba
De incultas peñas la cerviz sombría,
Cuando con fuga vil sus muros buscan
Los que la noche y el temor ofuscan.

Las duras puertas con soberbia altivas,
Que á Alfonso vieron desarmado y roto,
Reciben las reliquias fugitivas
Con popular y bárbaro alboroto;
Siguen las fuertes diestras vengativas,
Hasta que al rico antipoda remoto,
Con nueva lumbre de sus rayos bellos
Sacó del mar Apolo sus cabellos.

Las mismas armas que la luz primera
Vió compitiendo con su hermosa cara,
El tiempo con su alegre primavera,
La esfera ardiente con su lumbre rara,
Cubre la noche con su sombra fiera,
Y el mismo tiempo y la fortuna avara
Arrastran con infame pesadumbre
Luz, hermosura, primavera y lumbre.

Cuando el forzoso sueño los sentidos
A sus secretas fábricas retira,
Y en las pintadas tiendas recogidos
El fuerte Enrique sus guerreros mira,
De los gloriosos triunfos prometidos,
Viendo suspenso el fin, gime y suspira,
Y al cansado caballo dió la rienda,
Que vió el principio y fin de la contienda,

Por una selva solitaria, obscura,
Por un lugar desierto, inhabitable,
Donde la muda soledad figura
Confuso miedo al corazón mudable;
No viste el sol su campo de verdura,
Y el murmurar sonoro y agradable
Olvida el viento, y con furor inclina
El duro fresno y la robusta encina.

A un bosque luego que miró vecino,
Tan fresco, que jamás sus hojas pierde,
Llevó el caballo á Enrique sin camino,
Antes que el indio torpe al sol recuerde;
Risueño un manso arroyo cristalino
Su plata esparce entre la yerba verde,
Y con rumor alegre se presenta,
Rota en las piedras su carrera lenta.

El sitio umbroso sus corrientes bañan
Con el torcido desigual discurso,
Los árboles cerrados acompañan
Escondido del sol su eterno curso;
Las varias flores su poder engañan,
Prodigio el suelo en natural concurso,
Porque el sol, de no verle lastimado,
Persigue mas que influye al verde prado.

Si á las aves su lumbre se dilata,
Cantando llaman la dormida aurora,
Que viendo el agua de cristal y plata,
De envidia perlas en los campos llora;
En sus dorados lienzos se retrata
Al año desigual la hermosa Flora,
Sin tristes léjos del invierno cano
Por las floridas manos del verano:

La rosa colorada y vergonzosa
En su nativo espinoso defendida,
La pálida mosqueta temerosa
De verse en mano rústica oprimida,
El lirio azul y la azucena hermosa
De su amarilla espiga dividida,
El jazmin, que agradece con su aliento
La blanda adulación del manso viento.

Rendido el celibero al ejercicio,
La rienda presta á la derecha mano,
Y usando las espuelas de su oficio,
Pica al caballo fatigado en vano;
Y en breve espacio, á su quietud propicio,
El templo descubrió en el verde llano,
Que Dédalo fundó para memoria
De su atrevida y venturosa historia.

Fué consagrado al cazador de Delo,
En las hesperias márgenes de Cúmas,
Cuando de Arcturo el intratable hielo
Pasó fiado en sus ligeras plumas;
Y del Tirreno, en el errado vuelo,
Dieron sepulcro al hijo las espumas,
Cuando fué su osadía la primera
Que vió el oculto seno de la esfera.

El sucesor glorioso de Fernando,
Viendo tan cerca el fin de su jornada,
Deja el caballo suelto, procurando
Pisar la antigua cueva retirada,
Donde con sus oráculos tratando,
A dudosas respuestas consagrada,
Residió la Sibila, en quien emplea
Su antigua patria el nombre de Cuma.

Y agora en ella Alcimedonta vive,
De cuyo imperio el erizado averno
Mágicas leyes con temor recibe,
Y enfrena la soberbia del infierno;
Tal vez, cuando venganzas apercibe,
Desata su poder del llanto eterno
Las negras puertas, y el Cocito mismo
Sus furias suelta del confuso abismo.

Del vario tiempo la aversion conforma,
Turba los alres libres y serenos,
Y en ellos nubes aparentes forma,
Que al miedo paren espantosos truenos;
Los montes y los árboles trasforma,
Y uniendo al fin sus ojos y venenos
Al hombre en su constante señorío,
Si no le fuerza, engaña el albedrío.

En pocos años y hermosura tanta,
No vió poder tan absoluto el cielo:
Si admira el rostro, la impiedad encanta;
Por bella y maga la obedece el suelo;
Y aunque tierna dejó la amada planta
Su madre Alcina, con infame celo,
Quiso que fuese á la beldad contrario
Su mágico poder hereditario.

Por ver el templo, injuria de los años,
Que sus violentas manos acobarda,
No siendo las ruínas desengaños,
Que en polvo envueltas la experiencia aguarda,
Y ver quién hace fabulosos daños,
¿Cuántos la edad en sus archivos guarda,
De aquellas cuyo horrendo ministerio
Hizo temblar el tenebroso imperio!

Cien brazos la gloriosa pesadumbre
De la cornija ocupa hasta la tierra,
Medida por geométrica costumbre;
Con ciento en cuadro igual la frente cierra,
Con esta proporción hasta su cumbre,
Ni el arte falta, ni el ingenio yerra;
Y el sol, por ilustrar sus chapiteles,
Los rayos de oro convirtió en pinceles.

Son diez las frentes: sus espacios cubren
De serpentin y mármol fabricados
Cartones varios, que á la vista encubren
El ser de opuestas piedras matizados;
Entre ellos las ventanas se descubren,
En cuyos cercos con buril formados
De cuanto en breve espacio se dilata,
Los marcos eran de luciente plata.

Alcídes y Anteon eran la puerta
Del templo solo y límites ocultos,
Y así quedó la de marfil abierta,
Al vivo ser de los tallados bultos;
Con la moldura el arco se concierta
Entre alabastros cándidos y ocultos,
Siendo donde comienzan los umbrales,
De piedra la escalera, desiguales.

El átrio daba con vistosa muestra
En mosaico labor confusa duda,
Uniendo al viso la ingeniosa diestra
La bien formada con la parte ruda;
Mostrábase otra, puesta á la siniestra
Parte, que su labor divide y muda,
En la que da principio al viejo templo,
De osados hechos generoso ejemplo.

La nave cien columnas sostenían
De azul zafir y de cristal luciente,
Las basas y remates guarnecían
Las pródigas entrañas del Oriente;
Las cándidas paredes componían
Felices partos de pincel valiente,
Cuya destreza en el escorzo y sombra,
La vista admira y el ingenio asombra.

Suspense estaba el celibero Marte,
Viendo paredes, techos y columnas,
Cuya excelencia, término del arte,
Descubren sus labores importunas;
Luego siguiendo, vió por una parte
La fe tirana de inconstantes lunas,
Domando el mar con providencia cauta
En su primera nave el argonauta.

Luego la reina, autora de su daño,
Y el adúltero toro desconforme,
El mezclado linaje por engaño
Y el espantoso sucesor biforme
El ciego error, el laberinto extraño,
A su ingeniosa fábrica conforme,
Y Dédalo en el cóncavo luciente,
Admiración y engaño de la gente.

Tras esta Apolo vencedor se ofrece,
Vibrando el arco que el furor aprieta,
Y de la cuerda despedida crece
Con nueva fuerza la mortal saeta;
Y cuando el fiero monstruo se embravece,
Ministra á su rigor furia secreta;
El uno hiere, el otro se fatiga;
Fíton se alreve, Apolo le castiga.

A un monte se igualaban sus espaldas,
Y cada diente á una columna gruesa;
Tres cuernos le servían de guirnaldas,
De negro y verde era su piel espesa;
El ancho pecho y desiguales faldas
El fuego de los ojos atraviesa,
Y á la escama mudó del monstruo fiero,
De su aljaba las flechas y el acero.

Siguiendo luego el mismo Apolo, mira
La hermosa Dafne enamorado y ciego,
Tan cerca ya, que en el cabello espira
Su aliento el pecho, y el amor su fuego;
Los brazos tiende al cuello, que retira
Honesta fuga al encendido ruego,
Y Dafne, fugitiva á sus amores,
Ligera pisa sin doblar las flores.

En otra parte, entre sus verdes cañas,
Vestido de ovas, desgrefñado y feo,
Coronada la frente de espadañas,
Atrado asoma el húmedo Peneo;
Enfrena su corriente en las montañas,
Sin dar tributo al robador Egeo,
Y vueltos mira de sus miembros bellos,
El cuerpo en tronco, en ramas los cabellos.

En frente mira el mar y el duro caso
A que su admiración espacio debe,
Cuando del rojo Oriente al negro Ócaso,
A dilatar sus límites se atreve,
Siendo en las altas cumbres del Parnaso
Pirra y Deucalíon, familia breve,
Del Tajo al Pó, del Ganges al Danubio,
Las últimas reliquias del diluvio.

La antigua enemistad, nuevos abrazos
Procura al sér, que su hacedor conforma;
Las duras piedras con eternos lazos
Se visten otra vez de nueva forma;
Levántanse cabezas, piernas, brazos
De bultos imperfectos, que trasforma
Nueva piedad por mano del segundo
Que vió sin gente y ambición el mundo.

La vista prende y su discurso impide
El falso toro en la desierta arena,
Y el tardo paso, que engañoso mide,
Cuando lascivas máquinas ordena;
Ya las postreras márgenes divide,
Ya vuelve atrás, ya rompe la cadena
Del mar, y entrega el premio á su vitoria,⁴
Su fuego al agua, y al amor su gloria.

Medrosa teme la engañada Europa,
Siendo su nave el fugitivo toro,
El pardo cuello su dorada popa,
Y mar de Tiro el agua de su lloro;
La mano extiende por asir la ropa
De sus desnudos mármoles decoro;
Teme caer, y si el remedio traza,
Al encubierto robador abraza.

Turbó su paso una confusa lumbre,
Que en la secreta cueva se le ofrece,
Medrosa por la tímida vislumbre,
Que apenas al silencio se parece;
Ó fué respeto ó bárbara costumbre
La breve claridad que respaldace,
Pues siendo á sus deidades consagrada,
Fué del temor sacrilega morada.

Los techos mal formados conservaban
Ruda labor entre la tosca piedra;
Las rústicas paredes adornaban
Escuras quiebras entre verde hiedra;
Dos lámparas pequeñas alumbraban
Del metal sacro, que en el fuego medra,
Un seno, que mostró entre ornatos viles
Que no es cristiano altar ni aras gentiles.

Viendo el lugar que religioso y pío
Fué del error antiguo respetado,
El nuevo Alcídes con osado brío
Pisó su oculto límite vedado;
Cuando del seno lóbrego y sombrío,
De aquel espacio cóncavo guardado,
Salió alegrando el aire una doncella,
Iris del miedo, y de su noche estrella.

Era su hermoso gesto como el cielo,
 Cuando destierra el sol la sombra vana
 Y el verde manto del florido suelo
 Con blanca luz corona la mañana;
 Suelto el cabello al avariento velo,
 Que encubre aquella nieve soberana,
 Ceñida la cabeza de diamantes
 Entre oro crespo y alas de volantes.

Y dijo: «Generoso descendiente
 Del que fijó en las márgenes de España
 Término al mundo y límite á su gente,
 En cuanto el mar con insolencia baña:
 Pues ver esta morada te consiente
 El cielo, que tus hechos acompaña,
 Lo que hay verás, si conseguirlo puedo,
 Donde empieza el dolor y acaba el miedo.

»Dichosa fue tu vencedora mano,
 Con quien la fe sus límites dilata,
 Pues eclipsó del bárbaro africano
 Las medias lunas de luciente plata;
 Igual renombre gozarás ufano
 Cuando glorioso vencedor combata
 Tu invicto hermano en los soberbios muros,
 Afrenta de sus príncipes seguros.»

Apenas la palabra postrimera
 Salió vestida del fatal aliento,
 Cuando con muestra alegre, verdadera,
 El fuerte capitán responde atento:
 «¡Oh beldad admirable, que pudiera
 Deducir su divino nacimiento
 De los principios vanos que solía
 Fingir á su deidad la idolatría.

»Pasado ya el discurso miserable
 De tan prolivos años en la guerra,
 Del fiero viento y mar inexorable
 La injuria defensora de tu tierra;
 Contemplo cómo el cielo favorable
 La negra noche con piedad destierra
 De tan largo trabajo y riguroso,
 Porque amanezca el sol de mi reposo.

»Descúbreme el lugar triste y funesto
 Donde entre horror y miserables prisiones
 La antigua culpa y el error han puesto
 Glorias, triunfos, lauros y blasones.»—
 «Como es posible le verás muy presto,
 Le dijo, si á la empresa te dispones;
 Descansa, y la región verás conmigo,
 Donde viven la culpa y su castigo.»

Esto diciendo, por la cueva adentro,
 A su compuesta habitación camina,
 Y cuanto mas se encaminaba al centro,
 Cuál es su forma apenas determina;
 La vuelta dieron, y ofreció al encuentro
 Una cuadra, en labor tan peregrina,
 Que el rico adorno de brocados era
 Injuria de su fábrica primera.

Allí en un lecho del metal que cría
 Al sol su padre en todo semejante,
 La fértil cuna donde nace el día
 En opulentas venas abundante;
 Temiendo la materia que á porfía
 El arte con la gloria se levante,
 Con sutil y acordada diferencia
 Mostraban su ingeniosa competencia.

Vió su descanso Enrique prevenido,
 Y al sueño dió los miembros fatigados,
 Prisiones agradables al sentido,
 Y soñolienta tregua á los cuidados;
 Quedó del peso natural vencido,
 Con tan estrechos lazos y apretados
 Del fuerte encanto y del pesado sueño,
 Que pareció entre tanto ó piedra ó leño.

Dormido en esta pesadumbre ociosa,
 Vió que la Maga al lecho se llegaba,
 Y asiéndole con mano poderosa,
 De las calientes plumas le sacaba:
 «Sígueme, Enrique,» dijo, y presurosa
 El diligente paso aceleraba;
 Siguióla sin moverse, y (¡tanto pudo
 El grave sueño en el silencio mudo!):

Por no pisadas selvas y serenas,
 Una de ramas pálidas vestida
 Vieron, de cuyos árboles apenas
 Ligeras plumas hallarán salida;
 Siéntense entre ellos perros y cadenas,
 Que con turbada desigual huida,
 Los mal vestidos troncos azotaban,
 Y con aullidos tristes se quejaban.

Suena también con movimiento leve,
 Al triste son de las confusas hojas,
 El abrasado viento, que las mueve,
 Templado en fuego y miserables congojas;
 Tal vez horrible á vomitar se atreve
 La fiera boca sus vislumbres rojas,
 A cuya luz los árboles sombríos
 Sus negras frentes miran en los ríos.

Obscuros iban por la noche muda,
 Que el triste reino de silencio baña,
 Y el tardo paso, que medroso duda,
 Las fugitivas sombras acompaña;
 El triste pensamiento que le ayuda,
 Con ilusiones trágicas se engaña,
 Y á veces ciñen las horribles lumbres
 Las aguas con sus rápidas vislumbres.

En la primera entrada del averno,
 El llanto y los cuidados habitaban,
 Que como moradores del infierno
 Sus lamentables salas ocupaban;
 De la vejez el perezoso invierno
 La pena y la dolencia acompañaban;
 El menester infame en otra parte
 Vive, sin que el enredo del se aparte.

La falsa adoración, los propios daños,
 Los tratos dobles, la amistad fingida,
 Vestidos de llaneza los engaños,
 La fe sin ley, la obligación sin vida;
 La pretensión, tragedia de los años,
 La injusta sumisión aborrecida,
 Los chismes, los sobornos, la esperanza
 Del que muriendo su remedio alcanza.

Desnudas se descubren las mentiras,
 Que pasan por lisonjas ó verdades;
 Lo que allá fué justicia, aquí son iras,
 Las falsas rectitudes son crueldades.
 No templa aquí la adulación sus lirás,
 Ni matan aparentes amistades;
 Y si estos constituyen el profundo,
 El verdadero infierno está en el mundo.

Con fiero aspecto y formidable ceño
 La muerte y el trabajo residían,
 Y por pariente de la muerte el sueño,
 A quien sus falsos gustos divertían;
 Luego á la guerra, inexorable dueño
 De tantas vidas, con temor servían
 La ira, la discordia, el mal, la furia,
 La ciega rabia y la violenta injuria.

En medio tiende sus ancianos brazos
 Un olmo antiguo, rústico, sombrío,
 De quien los sueños con estrechos lazos
 Cuelga el vulgar errado desvarío.
 Cubren sus negras sombras á pedazos
 El fiero Lerna de intratable brio,
 Horribles monstruos, espantosas fieras,
 Scilas, Harpias, Górgones, Quimeras.

Nace de aquí la mísera ribera,
 Donde jamás la cara de Latona
 Acompañó la triste primavera,
 Que sus funestos árboles corona;
 En el desierto campo reverbera,
 No blanca luz del alba que pregona
 La venida del sol, sino vislumbre
 De aquella eterna y justa pesadumbre.

Sobre la negra arena su corriente
 Las turbias aguas últimas dilatan;
 Desenfrenando el curso diligente,
 Sus agostados límites maltratan;
 Espesa niebla del humor caliente,
 Que las ardientes minas arrebatan,
 Obscurece las funebres orillas,
 Sin que el fuego de luz pueda vestillas.

Sola una rota barca se descubre,
Que el vómito importuno de la arena
De negras ovas sus costados cubre,
Y el agua en ellos su furor enfrena;
Su antiguo ser con igualdad encubre
El turbio cieno, que á perder condena
La prolongada fábrica su forma,
Y en un inculto leño la transforma.

En ella muestra, en su gobierno cierto,
Con fiero aspecto el rígido Caronte,
La barba inculta y el cabello yerto,
El cuerpo igual á un erizado monte;
Era la frente en desigual concierto
De los ardientes ojos horizonte,
Y un roto y negro manto que tenía,
La espalda montuosa le cubría.

Con el fudoso cuento que gobierna,
Los divididos límites abarca,
Y rige presto en la jornada eterna
Sin vela y remos la deshecha barca;
Al paso llega, y de su arena tierna
Los desnudos espíritus embarca,
Y de la orilla, que cansado mide,
La trabajada vara le despidе.

Era infinito el número lloroso
De aquellos desdichados pasajeros
Que viendo el duro tránsito forzoso,
Repiten sus lamentos postrimeros;
Jamás alcanzan placido reposo
Del viejo los helados miembros fieros,
Porque apenas descansan, cuando vienen
Almas que al aire el impetu detienen.

Cual de palomas nube matizada,
Que con doradas plumas y ligeras
El sire surca, y logra acelerada
Las últimas reliquias de las eras,
Así, en banda veloz desordenada
Coronan las tristes riberas
Los cansados espíritus, que el suelo
Cubren, dejando el trabajoso vuelo.

Del nuevo paso atónitos se admiran,
Unos se embarcan, otros se aparejan;
Si aquellos llegan, otros se retiran,
Los unos buscan, y los otros dejan;
Los mas osados tímidos suspiran,
Todos, al fin, de su dolor se quejan;
Y en mal tan fuerte es desdichado medio
Tener el no esperarle por remedio.

Suspense tiene en la region oscura
A Enrique invicto el trágico concurso,
Y osado luego dividir procura
De las fatales aguas el discurso;
Daba el valor en la quietud segura
Dormida fuerza al presuroso curso,
Mas el errado paso desengaña
La ninfa, que le aduerne y acompaña.

«¿Dónde, guerrero generoso y fuerte,
Sin mí, le dice, intrépido caminas
A ser igual en la precisa suerte
Con las eternas miserables ruínas?
¿No sabes que por mano de la muerte
Las fugitivas sombras peregrinas,
De la prision del cuerpo desatadas,
Pasan á ver sus últimas moradas?

»Por santa ley divina irrevocable,
Contra el engaño, el vicio y la malicia,
Aquí su tribunal inexorable
Fijó con fuerte brazo la justicia.
Si en la confusa vida miserable
El acero ocultó blanda y propicia,
Aquí desnudo sin piedad condena
Injustas culpas á su eterna pena.

»Otro es el campo, y otra la ribera,
De angélicos racimos coronada,
Que los despojos últimos espera
De tu gloriosa vida fatigada;
Allí la eterna y dulce primavera,
De las divinas manos fabricada,
Segura muestra del estío ardiente
Al tiempo cano su dorada frente.

»No de trabajos importuno viento
Perturba los divinos resplandores,
Mas con alegre y blando movimiento
Mueve la paz sus agradables flores;
Aquí les dió su verdadero asiento
A los robustos fuertes vencedores
Que al bien eterno hacer violencia tratan,
Y al reino de los cielos arrebatan.—

«¿Qué gente es esta, que en la orilla triste,
Replica el invencible Celtibero,
Por no pasar tan lastimada insiste,
Y en vano clama al sordido barquero?—
»Desta, responde, que furiosa viste
Medir el paso por su mal postrero,
Diréte los estados, los delitos,
A las eternas cárceles precitos.

»Un mal gobernador la barca pisa,
Que fué del siglo escandalosa queja,
Tirano fiero con alegre risa,
Lobo en los dientes y en la piel oveja;
Aquí padece, y á ninguno avisa
De cuantos ciegos en peligro deja.
»Oh justa permisión en desconciertos,
Que hacer pudieran despertar los muertos!

»Mató al segundo, que tras él se ofrece,
La infame confusion de su deseo,
En cuyo efeto la verdad perece,
O muda mas figuras que Proteo;
Si con el llanto eterno que padece
Pudiera conseguir su devaneo,
Con mucho gusto su ambicion bajara
Al centro obscuro donde agora para.

»El blanco aspecto, tierno y regalado,
Con amorosa y frágil osadía,
Es de un lascivo amante desdichado,
Que vió el engaño en su postrero día.
»No ves cómo revuelve al diestro lado
Y busca la querida compañía,
Cuya memoria con piedad celebra
Y entre sus tristes lágrimas requiebra?

»Luego le sigue Tais, que convida
A la prision de amor y sus engaños
Con dulce vaso, gente inadvertida
Del tierno agravio y apacibles daños.
A muchos engañó su corta vida,
Y en flor secó sus malogrados años,
No el cierzo de la edad, sino la suerte
Que amó sus ojos, y escuchó su muerte.

»Aquel confuso número, que aguarda
Del triste bosque en los oscuros lejos
La pasajera máquina que tarda,
Son locas mozas y engañados viejos.
La necia madre temerosa guarda
A quien con insolencias y consejos
Dejó perder cuando enfrenarla pudo;
Aquí la llora espíritu desnudo.

»Es infinito el trágico proceso
De culpas de personas y naciones,
Que las arrastra misero suceso
A ver la confusion destas regiones:
No quieras mas noticias, pues confieso
Que en parte me atormentan sus prisiones;
El gran dolor la resistencia excede,
Y viste cuanto el cielo te concede.»

Esto diciendo, sin respuesta parte,
Y el manso viento con furor despidе;
De paso sigue el espantado Marte,
Y el suelo estéril presuroso mide;
Dejan el monte á la siniestra parte,
Que al turbio curso la corriente impide,
Y haciéndole seguir su espesa falda,
Clife á su negra frente de guirnalda,

Por nuevos campos, libres de congojas,
Donde en las verdes ramas y sombrías
Hacen espejo de cristal las hojas
Del manso curso de las aguas frías,
Las tiernas flores, amarillas, rojas,
Que el avariento curso de los días
Suele agostar con abrasada diestra,
Aquí su alegre primavera muestra.

Llegan del sueño á las confusas puertas,
Por donde sus quimeras fábulosas
Suben al cielo, hallándolas abiertas;
En breves horas de silencio ociosas;
Por la de duro cuerno van las ciertas,
Y por la de marfil las mentirosas;
Salen por esta, y llegan al camino
Del conocido albergue mas vecino.

Requiere con presteza el aposento
Despierto Enrique, y con turbadas quejas
Le dijo en tan injusto apartamiento:
«¿Por qué de mí tan sin piedad te alejas? —
«Aunque con mudo y triste sentimiento,
La Maga dice, en soledad me dejas,
Contigo va la voluntad tan firme,
Que de tí no es posible dividirme.

»Después de larga y peligrosa guerra,
De Alfonso el lauro se verá logrado;
El cielo sigue y el temor destierra,
Verásle eternamente coronado;
Francesas lises besarán la tierra,
Y á su gloriosa fama dedicados,
Verán sus cuellos en fatal coyunda
Con vil cadena y humildad profunda.»

Así acabó, y el hijo de Fernando
Al campo vuelve, que en confusa junta
Su gente algun peligro recelando;
Ni duda, ni asecura, ni pregunta;
Y en el caballo alarbe ejercitando
Su duro oficio, la cansada punta
Hizo que con ayuda de las riendas
En breve viese las amigas tiendas.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Recibe Juana al fuerte Paradino,
Que trujo armada gente de Lorena,
Y refiriendo el caso peregrino
De Alfonso en Ponza, se acabó la cena.
Gran turbacion en todos sobrevino
De estar Gaeta en posesion ajena
Y ver en ella al español guerrero,
Siendo Lisaura el triste mensajero.

En tanto que las fuerzas celtiberas
Los muros altos de Gaeta oprimen,
Y al son confuso de sus armas fieras
Del monte inculco las cavernas gimen,
De Nápoles coronan las riberas
Cantones diestros, que el acero esgrimen,
Regidos por el fuerte Paradino,
Que de Lorena á defenderla vino.

Fué Paradino lorenés valiente,
Constante amigo de las lises de oro,
Candillo osado de su altiva gente
Y atento celador de su decoro.
Juntó tres mil guerreros diligente
Con excesiva mengua del tesoro,
Que pródigo gastó su duque astuto,
De Italia siendo perdicion y luto.

En muda paz la confusion se puso,
Y la gallarda gente dividida,
Fué del acuerdo popular confuso
Con públicos aplausos recibida;
Mas luego en orden, observando el uso
Que guarda la milicia prevenida,
Con lento paso y ordenado espacio
Llevó sus escuadrones á palacio.

Llegó á la sala Paradino en tanto,
Ceñido de la plebe y la nobleza,
Siendo del vulgo generoso espanto
De su conforme cuerpo la grandeza;
Mostraba airoso un dilatado manto,
Pendiente de la altiva gentileza
De los distantes hombros, que descubre,
Besando el suelo, que sus puntas cubre.

Entre brocados de escarchadas flores
Que las paredes blancas adornaban,
Cuyos relieves, venas y labores
Del tiempo los pinceles afrentaban,
Sobre distintas sedas de colores,
Que pérsicas alfombras matizaban,
Pisando su inventada primavera,
La reina Juana al Lorenés espera.

Suspensa aguarda la culpada Juana,
Viendo en Italia los temidos godos,
De Anjous la injusta sucesion tirana,
Dudosos muchos, y revueltos todos.
Su fe perjura la promesa vana
Soldar pretende por diversos modos,
Y ve medrosa en tan confusa duda
Que cada cual por su interés le ayuda.

En esta triste y congojosa lucha
Lloro entregada á principios extraños,
A todos vuela y cautelosa escucha,
De todos teme prevenidos daños;
Reprime á veces su insolencia mucha,
Mas no contrasta su ambicion y engaños,
Y en tal estrecho, si el dolor lastima,
También la falta de remedio anima.

Después que los forzosos cumplimientos
Al huésped dieron natural licencia,
Habiéndose ocupado los asientos
Con su ordinaria y justa diferencia,
Teniendo á todos el silencio atentos
Con mayor suspension á su elocuencia
Que en el patrio Senado vió el Latino,
Así empezó diciendo Paradino:

«Temida Reina, que de Hesperia toda
Lo mas fecundo con imperio riges,
Y á tu querer preciso se acomoda
Cuanto con armas vencedora afliges,
Y en mar y tierra la insolencia goda
Con mengua infame oprimies y corriges:
Conmigo de Lorena á defenderte
Las armas vienen de su Duque fuerte.

»Y si atreverse puede el que es vasallo
A tanta gloria y majestad sagrada,
Aunque revuelta de tiranos hallo
Tu patria sediciosa y alterada,
Con armas, desarmado, á pié, á caballo,
En mar, en campo, en muro, en estacada,
En tu defensa ofreceré la vida,
Que está de mis promesas ofendida.

»No pienses que del hijo de Fernando
Las rojas banderas y el acero temo,
Y ver diviso el reino, amenazando
A Italia triste funeral extremo;
Pues no tendrá su gente, peleando,
Hierro en el campo y en las aguas remo,
Que en mar y tierra mi furor resista,
Con vergonzoso fin de su conquista.—

«Así, le dice, de tu brazo espero,
La hermosa Reina con fingido brio,
¡Oh, nuevo Alcides, inclito guerrero!
De quien mi reino y libertad confío.
Desnude Alfonso el vencedor acero
Que tiñó del Ibero el curso frio
Con sangre alarbe; que afrentado y boto
Veré su dueño entre mis lanzas roto.»

Esto diciendo, de marfil y plata
Dejó el vestido asiento de relieves,
Que de sus patrios héroes retrata
La antigua gloria con figuras breves.
El pueblo circunstante se desata;
Gimió la sala, aunque con pasos leves:
Todos procuran ver cómo se ordena
La pródiga opulencia de la cena.

Asiento á todos con industria rara
Distintamente estaba prevenido,
Cuya labor sin confusion declara
Curiosa mano con marfil bruñido.
Sentóse Anjous, y con alegre cara
La Reina, al capitán agradecido
Sentóle enfrente, por dejar exenta
La sola cabecera en que se sienta.

Cefia de rubies y diamantes

Con varios lazos el desaucho cuello,
Mostrando entre matices y volantes
El dulce fuego su alabastro bello.
De perlas, á sus dientes semejantes,
En crespas ondas coronó el cabello,
Que pudo ser segundo testimonio
Del loco amor y perdicion de Antonio.

No vió de egipcias damas adornadas
Cleopatra sus mesas insolentes
Con vulgo mas hermoso de criadas,
En patrias y colores diferentes.
Las unas en servir apresuradas,
Las otras con acuerdo negligentes,
Mostraban blandamente su hermosura,
Neutral entre el bullicio y la mesura.

El burlil formador de la vajilla
Labró en el oro troncos y guirnaldas,
Que adornan con suspensa maravilla
Racimos de zafiros y esmeraldas.
No baña el ludo por su rica orilla,
Ni ve Ceilan en sus copiosas faldas
Mas piedras escondidas en sus venas,
Que aquí se ven de resplandores llenas.

Compiten sus reflejos con el techo,
Donde el Oriente trasladó sus minas,
Colmando el gusto en el prolijo trecho
Las mesas con delicias peregrinas;
Cuanto del monte el enramado estrecho,
Las aguas del Sebeto cristalinas
Y el mar soberbio esconde en su tesoro,
Servia á la ambicion en grillos de oro.

Lo mas remoto con destreza aplica
Al torpe exceso, que sin ley regula;
La vanidad tirana sacrifica
Al vientre los manjares que acumula;
Las cautias asechanzas que fabrica
Con vano estudio la ingeniosa gula,
No pueden contrastar en tierra y cielo,
Ligera fuga ni apartado vuelo.

Las ramas, que con pródiga costumbre,
Por mas que ajenos brazos se lo impiden,
Rendidas á su dulce pesadumbre,
De los paternos troncos se dividen,
Las mesas con debida servidumbre
Colmando adornan y ocupando miden,
Con tan varias ofrendas, que desiertos
El sol bañaba sus nativos huertos.

Miraba en campos de oro sus tributos,
Que en secas eras hospedó el estío
Aliva Cérés, y sus blancos frutos
La nieve afrontan del invierno frío.
Si de oro fueron, si de plata, enjutos
Del verde humor, si encaneció su brio,
A sus pasados meses los retrata,
A junio en oro, y al agosto en plata.

Levanta el vino alegre licencioso
Espumas canas en las anchas copas,
No menos que en el lago proceloso
Los remos fuertes y las altas popas.
Cantaba en tanto Lícidas famoso
Con plectro grave, emulacion de Jopas,
No el sol errante ni la ménstrua luna,
Sino de Alfonso y Juana la fortuna.

«Calla, le dice lastimada y triste
La hesperia Reina con turbado gesto,
Suspende el daño que en mi pecho hiciste,
A voz y cuerdas por su mal dispuesto.
Mis patrios campos de españoles viste,
El muro asalta de Gaeta, y presto
En Nápoles hará las mismas pruebas,
¿Y tú cantando mi dolor renuevas?»

Todos se miran, sin que nadie evite
La muda suspension por largo rato;
En mesas y atrios el temor repite
Dudosas nuevas al comun recato.
En breve espacio se acabó el convite,
Cesó la ostentacion y el aparato,
Quedó el silencio, enmudeció la pieza;
Y así á romperle Paradiso empieza:

«¿Qué turbacion ó qué imprudente miedo
Tu pecho asombra y mi furor enciende?
Perdona ¡oh Reina! si en hablar excedo,
Pues tu quietud mi libertad pretende.
Desta nobleza asegurarte puedo,
Y ella lo mismo de mi pecho entiendo,
Que armada plena, aunque se oponga Marto,
Poner en Zaragoza tu estandarte.

»Este terror del Ártico hemisferio,
Soberbio por sus armas y blasones,
Le vió Milan con diferente imperio
Pisar sus calles y arrastrar prisiones.
En ellas con indigno cautiverio
Sujetas vió sus bandas y pendones,
Cuando de sangre y prendas españolas
Sintió el Tirreno fatigar sus olas.

»Quien como yo de su desdicha sabe
Los mas ocultos trances que pasaron,
Testigo soy que en su cadena grave
Tus flechas ciegamente me acertaron.
Mi libertad perdí en aquella nave,
Que con cuatro galeras me robaron
Corbera astuto y mi enemiga estrella,
A vista de las pomas de Marsella.—

«En tales brazos hallaré recurso
(Responde Juana) mi infeliz carrera:
Cuéntame en tanto su fatal discurso,
Sus presos reyes y tragedia fiera.
La hermosa luna de su helado curso
Alegre pisa la estacion primera;
Sin miedo empieza, que olvidado agora
El sol reposa de su amada aurore.»

Callaron todos, y moviendo el labio,
Así le dice el extranjero Eneas:
«Si puede ser aliento de tu agravio
El triste caso que escuchar deseas,
Si cabe en tal dolor consejo sabio
O fiel presagio que cumplido veas,
Empezaré: con armas insolentes
Turbaba Alfonso tus seguras gentes;

»Los muros combatía de Gaeta,
Que estaba á sus ofensas prevenida,
Su osada gente, que el mayor planeta
Tenia en varias tiendas recogida.
Llegó afrontando la veloz saeta
Una barquilla, al soplo agradecida,
Besó la parda arena, que pisaron
Los que del borde en ella se arrojaron.

»Corrió la plebe atónita y curiosa,
Formando corros en confusa junta;
El discurrir cansado no reposa
Y el mas atento, por hablar, pregunta.
Creciendo la molestia licenciosa,
Alfonso experto con temor barrunta
Alguna sedicion, que justamente
Temer se puede en agregada gente.

»Apenas los umbrales de la tienda
Tocaron, apartando á quien la guarda,
Cuando el uno al temor cogió la rienda,
Soltándola á la voz medrosa y tarda;
Y por romper la popular contienda,
Al Rey, que del suceso el fin aguarda,
Dijo, callando el vulgo alborotado,
Del nuevo caso que esperó forzado:

—«Invicto Alfonso, con osada muestra
Las olas doman del airado Egeo
Soberbias naves, que á tu frente diestra
Agora ofrecen inmortal trofeo.
Opuesto el ginovés á la siniestra
Fortuna, que amenaza su desco,
Vengar desta ciudad quiere la injuria
Con blando ruego ó con armada furia.

»Glorioso en armas Axarete oprime
La juventud gallarda, que corona
Las altas popas, que besando gime
El mar sujeto al cerco de Latona.
Su intento loco vencedor reprime;
Castiga la insolencia que le abona;
Verán sus corvos pinos mal seguros
La inútil resistencia de los muros.

»Verá Milan con desigual ganancia
Poblar las aguas su ambiciosa liga,
Y en justa servidumbre su arrogancia
Hará el temor que tu fortuna siga.
Suspensa Italia y afrentada Francia,
Verán también con general fatiga
Tus fuerzas y tus naves españolas
Romper los muros y domar las olas.—

»Cual rústico cultor, que ocioso espera
El fin prolijo del invierno airado,
Recibe la florida primavera
Cantando amores al risueño prado;
Así del mar de Italia en la ribera
Fué recebido el albanés soldado
De Alfonso, que sin ver tiempo oportuno,
Su armada entrega al reino de Neptuno.

»La tierra dejan, y del mal incierto
Con fuerza la tirana fe aseguran;
Ligeros siguen á Tebandro experto,
Y entre salados surcos se aventuran:
Iscla les muestra su aparente puerto,
Y ellos á Ponza requerir procuran,
Sufriendo su furor los cuerpos graves
De once galeras y catorce naves.

»Pudieran verla si el comun sosiego
La noche tenebrosa no abrazara;
Paró su curso presuroso, y luego
Al fuerte capitán con lumbre avara,
Montes de entenas descubrió su fuego,
Y el sol, formando con dudosa cara
En los azules campos horizontes,
Salió de nuevo por segundos montes.

»Viendo abrazar en los contrarios leños
Las blancas alas de nevadas velas
Los vientos apacibles y risueños,
Fabrica el ginovés nuevas cautelas.—
«¿Qué intentan, dice, sus neutrales dueños
Librar de infatigables centinelas
Y asaltos, si por bien pueden libralas,
De Gaeta oprimida las murallas?»

»Alfonso pues, que del fingido pecho
Conoce los pacíficos engaños,
En justa rabia y en furor deshecho,
Con ira cuerda en juveniles años,
Responde que en Italia, á su despecho,
Llorando Francia los sangrientos daños,
Sus lises de oro besarán la arena,
El cuello exento en servidumbre ajena.

»Con tal respuesta al punto navegando,
Disimuló medrosa retirada
Con muestra cautelosa, procurando
Ganar el viento á la española armada.
El engañado Alfonso, imaginando
Que era temor la astucia disfrazada,
Siguiendo azota con iguales remos
De las hinchadas olas los extremos.

»Huyó á su industria el favorable viento;
Su forzosa amistad robó el contrario,
Volviendo con ligero movimiento,
Cual suele en media luna de ordinario;
Quedó suspenso el mar, el cielo atento,
La fortuna temió el suceso vario,
Representando al miedo y á la afrenta,
Del mundo la tragedia mas sangrienta.

»Apenas se midieron las galeras
Y las pesadas naves se igualaron,
Cuando sin mas tardanza las primeras
Con las agudas proas se encontraron.
Oyeron sus encuentros las esferas,
Y en los constantes polos se afirmaron;
O fué atención de lo que están oyendo,
O nuevo miedo del naval estruendo.

»La blanda espuma de su helado seno,
Con presto movimiento dividían
Las fugitivas ninfas del Tirreno,
Que las turbadas ondas escondían.
No con lascivo juego al mar sereno
Coronas de sus brazos ofrecían,
Sino midiendo en surcos designales
De sus moradas frías los cristales.

»Antes que hiciese riguroso efecto
La fuerte incontrastable artillería,
Rompió el furor del militar secreto
La muda ley con bárbara porfía.
Las armas dieron con ardiente afeto
Envidia al nuevo sol, temor al día,
Luces al mar, cometas á la guerra,
Truenos al aire y rayos á la tierra.

»Envuelto en ira el fuego inexorable,
Las popas traga con voraz injuria;
Del alto mástil al humilde cable
Nadie resiste su atrevida furia.
Tendiéndose la llama variable
Por la mañosa astucia de Liguria,
Sin rienda ofende la española gente,
Que armada la resiste solamente.

»No vió con tanta turbación Italia
En sus latinos campos al troyano,
Ni al dictador la sangre de Farsalia,
Que dió su pueblo con injusta mano,
Ni las reliquias godas en Vandalia
El bárbaro furor del africano,
Como de Alfonso célebre y guerrero
Sintió la armada el penetrante acero.

»De España puso Enrique generoso,
Segundo Alcides, al honor columnas,
Turbando de las aguas el reposo
Su diestra con reliquias importunas.
No extiende el Oceano licencioso
Tanto su imperio en las mudables lunas,
Como de Italia en playas y desiertos
El mar, buyendo la invasión de muertos.

»El fuerte Pedro, acelerado Marte,
Atenta tiene á su valor la fama;
Sangrientos golpes el furor reparte
En cuantos leños su temor derrama.
Con muestra juvenil en toda parte
Al tiempo afrenta, y á la envidia llama,
Y entrambos rinden con verdad propicia,
El su memoria, y ella su malicia.

»La turba vil con despedido miedo
Acometió al navarro, que perdiera
La vida, si el osado Rebollo
La suya á tantas armas no pusiera:
Echóle el brazo con feroz denuedo,
Y le apartó llegando la primera,
Y al que su vida tuvo amenazada,
Le rompe el pecho su animosa espada.

»A un lado vuelve con destreza y maña,
Rebatiendo las puntas atrevidas,
Y á pocos golpes dió al blason de España
En sangre envueltas infinitas vidas.
Rompió el furor con desusada saña,
Sirviendo á Juan de muro sus heridas,
Y, consagrando á sus hazañas templo,
Dió al mundo asombro, y al valor ejemplo.

»Furioso el viejo consejero asoma,
Vibrando el asta, á quien su sangre dieron
Los tímidos cultores de Mahoma,
Cuando en los campos de Jaen la vieron.
La corta espada con presteza toma,
Después que el tronco inútil dividieron
Los golpes, los encuentros y las vidas,
Al fiero agravio del valor perdidas.

»En medio de las fras animosas,
De Sandoval el fuerte adelantado,
Mostró sus duras armas rigurosas,
De su envidiosa patria desterrado.
Las inconstantes ondas presurosas
Detuvo el intratable mar hinchado,
Porque testigos fuesen de los hechos
Que vió Castilla en africanos pechos.

»Corred sin mas tardanza, les decla
Neptuno, revolviendo su tridente;
Las márgenes besad de Andalucía,
Contad el daño que Liguria siente;
Conozca Juan, y entienda su porfía
A envidias castellanas obediente,
Que á un noble pecho á su rigor desnudo,
Con sola ingratitude pagarle pudo.

»Ofrece luego su dorada pope
Entre confusas armas á Gerardo,
Y cuanto en la dudosa niebla topa,
Rinde con fuerza y ánimo gallardo.
Africa presta su temor á Europa,
Y el sol, con paso detenido y tardo,
Mírole atento en medio de la esfera,
Mas luego vuelve á su veloz carrera.

»La nave aberra que gobierna Orlando,
Soberbio milanés que el viento abrasa,
Las tres moradas últimas poblando,
Y el mar de cuerpos que el furor traspasa.
Apenas por el humo penetrando
Luciente paso abrió la luz escasa,
Cuando con voz sonora y atrevida,
Así el lombardo amenazó su vida.

»No temo, el celitbero le responde,
Palabras y amenazas femeniles,
Que mal tu altivo pecho corresponde
Con voces locas y ademanes viles.—
Si tanta presuncion tu engaño esconde,
Airado dice el milanés Aquiles,
Mi acero probarás, aunque presumas
Surcar los aires con ligeras plumas.

»Como en teatro público romano
Dos fieras que sus mármoles dividen,
Sin ver las plantas el ocioso llano,
Los dientes prueban y las uñas miden,
Y con furor indómito africano
El fin temido de la lucha impiden;
Así furiosos mueven los aceros
Los dos gallardos jóvenes guerreros.

»Alta la espada y el escudo fuerte,
De un golpe de Gerardo dividido,
Habiendo dado filos en la muerte,
Orlando cierra, de furor movido;
El español, temiendo que le acierte,
Aparta el cuerpo al golpe inadvertido,
Mas no pudo ser tanto, que la punta
No dividiere la templada junta.

»Cuando Gerardo siente el yelmo roto
Y roja sangre en abundante vena,
Temió su fuerza el acita mas remoto,
Y el mar turbado se afirmó en la arena;
Volviendo en diligencia el alboroto,
Con diestra punta de piedad ajena,
Quiso acabar con desigual batalla,
Abriendo puerta en la cerrada maila.

»Pasó la herida el revelado pecho
Por el siniestro lado encaminada,
Sin acertar la senda hasta el derecho
La cruda mano del furor turbada;
Cuando en el ancho cuerpo, á su despecho
Orlando siente la sangrienta espada;
Rabioso el cielo con desprecio mira,
Envuelto en fuego y abrasado en ira.

»Pensó que el paladin su Durindana
Le dió para venganza de su nombre;
Detúvose por verle la mañana;
Guardó la fama al golpe su renombre;
Quedó burlada la arrogancia vana,
Sobrando herida para mas de un hombre,
Y pudo resistir el peso grave,
Haciendo el mar espaldas á la nave.

»Una espaciosa viga, que termina
Los límites del agua y del navío,
Sintió segunda vez en su ruina
El duro golpe del villano brío.
La espada luego, por su mal vecina,
Al pecho siente, y con sagaz desvío,
Huyendo el cuerpo en ordenado salto,
El brazo muestra levantado en alto.

»Halló tan cerca al español, que pudo
Ejecutar su bárbara venganza,
Y del furioso golpe del escudo
Turbada, parte la cabeza alcanza;
Dudó el sentido, y al dolor agudo
Los pies hicieron desigual mudanza;
Mas con airada furia se presenta
Soberbio y animado de la afrenta.

»Cual suele el áreo tártaro, que aprieta
Violenta mano, que sus puntas mueve,
Por dar vigor á la mortal aceta,
La fuerza dobla en la distancia breve;
Tal fué, sin esperar que le acometa
Segunda vez, y que el acero pruebe
El lombardo arrogante, pues la faldra
Le abrió del yelmo, y penetró la espalda.

»Halláronse tan juntos, que los brazos
Hurtaron á las armas el odio:
Secreta fuerza en los fluidos lazos
Presta el furor al rústico ejercicio;
Procuran que á sus últimos abrazos
Se muestre el fin dudoso tan propicio,
Que la cansada vida el manso viento
Reciba envuelta en el postrero aliento.

»Orlando, de ira y de soberbia lleno,
Echar al cuello á su enemigo emprende.
Ya sobre el fiero y palpitante seno
Con los temidos brazos le suspende;
Ya aquí, ya allí le arroja, y del Tirreno
Hacer sepulcro al español pretende;
Mas él recoge su vigor unido,
Por los robustos miembros dividido.

»Queriendo hacer Orlando presta nueva,
Mejoróse el contrario descansado,
Haciendo de su maña última prueba;
El pecho carga en el siniestro lado,
Y el pié contrario con destreza lleva
A su derecha pierna encaminado,
Alzando el ancho cuerpo y miembros gruesos
Con la pesada máquina de huesos.

»Logrando el fin de la confusa duda,
Lanzar el milanés al mar quisiera,
Que en crespas ondas por la proa aguda,
Su altiva ofrenda recibir espera:
Mírola apenas, y el acuerdo muda;
Temió en las ondas su impaciencia fiera
Rompió los fierros, dividió los dueños,
Soltó los cuerpos, y apartó los leños.

»Cual de Moncayo en la solvosa cumbre,
Robusta encina, que destrál divide,
Forzada de su misma pesadumbre,
El suelo estéril despeñada mide;
Así, perdida la vital costumbre,
Orlando de la lucha se despidió,
Cayendo entre su gente, que corrida,
Lloró su empresa, y estimó su vida.

»Dejó á Gerardo la mortal congoja,
Y el cierto vencimiento sin trofeo,
Sin fuerza el cuerpo, y de su sangre roja
Teñidas vió sus aguas el Egeo;
Airado, el yelmo y el escudo arroja;
Lamenta el triste fin de su deseo,
Y el trance viendo en que sus naves halla,
Volvió de nuevo á la infeliz batalla.

»Temiendo Alfonso el fin de la contienda,
Con triste y muda suspension el alma,
Quiso al suceso detener la rienda,
Y dar aliento á la defensa en calma.
Primero pues que su valor ofenda
Temida perdición y ajena palma,
Así le dice á su turbada gente,
Que en ser vencida con temor consiente:

»No sois la que, afrontando sus aceros,
Pisó de Roma los soberbios muros,
Que el sol no vió los últimos linderos
De sus latinas águilas seguros?
Esfuerzo de oprimidos extranjeros
Las armas fueron y los brazos duros,
Que al imperio mostraron por su afrenta
El yugo roto y la cerviz exenta.

»La misma sois que al africano altivo
Quitó la injusta posesion de España,
Dejando siempre á las edades vivo
Ejemplo, que sus bronces acompaña;
¡Oh del Sagunto, universal motivo
De honorosos hechos, oh española saña,
Que tu constancia y venturosa injuria
Pobló las verdes márgenes del Turia!

»Y ¡aquesta gloria, que animaros puede,
Trocals agora en miedo vergonzoso?
Decídmelo, os ruego, ¡qué temor excita
Aquel valor antiguo belicoso?
Y si morir á Alfonso se concede,
Aunque es la muerte término forzoso,
¿Harán vuestros medrosos desconciertos,
Perder los vivos y afrentar los muertos?

»No dijo mas, y con feror semblante
A sus amigas armas se adelanta;
Turbado corre al ímpetu arrogante
El mar humilde, á quien su furia espanta.
Mostraba en seco al mauritano Atlante
Las conchas y algas de su inculta planta,
Sin enlazar con invasión frecuente
Saladas trenzas la escamada frente.

»Su infansta gente, que corrida escucha
La torpe mengua, que su honor agravia,
Vuelve y revuelve en la sangrienta lucha,
Con fuerte brío y diligente rabia;
Corriente nueva de la sangre mucha
El mástil besa y la encumbra gavia,
Tiñendo, sin mezclarse, las arenas,
Por no olvidar lo que debió á las venas.

»La fuerza buscan y la industria dejan,
Los gritos crecen, los alientos faltan,
Al cielo llaman, del dolor se quejan,
Los golpes hieren, y las tablas faltan;
La furia siguen, del temor se alejan,
Dudosos paran, con furor asaltan,
Las iras braham, y las astas vibran,
El aire turban, y en el mar se libran.

»Quién de los fuertes brazos y leales
Contar los hechos atrevido trata,
Contará los menudos arenales,
En que el mudable reino se dilata,
Del Tauro los extremos desiguales,
Que el negro invierno coronó de plata,
Las verdes plantas que en sus cumbres tiene,
Y enraman las espaldas del Pirene.

»De esfuerzo inútil y dolor deshechos,
Cuando las rudas armas no aprovechan,
Ciegos del humo á los amigos pechos
Las puntas mueven, y los arcos flechan;
Los plomos, que arrojó el furor derechos,
Por la turbada mano el fin desechan,
Volviendo por desdicha ó por castigo
Al tierno pecho del mayor amigo.

»El mismo tiempo llora la tragedia,
Rindiéndose las armas españolas,
Y viendo que su afrenta no remedia,
El mar suspende las confusas olas;
Ningun socorro en las desdichas media,
Cansado al fin de lamentarse á solas:
Así animado el hijo de Fernando,
Turbado siente y dice suspirando:

»¿Cómo, piadoso padre? ¿Que es posible
Que en ti se justifique la fortuna,
Ministra del acuerdo mas terrible
Que el tiempo con memorias importuna?
Jamás fatal prodigio inaccesible
El sol detuvo ni admiró la luna
Con tan justa razon, como le ofrece
Llorar vencido el que vencer merece.

»¿Qué digo? Si tu justa providencia
En semejantes casos se acredita,
Mostrando en esta oculta diferencia
Que en otra esfera la igualdad habita;
Si vive en duro estrecho la clemencia,
Cuando sangrientos robos ejercita
La impiedad entre bárbaros tiranos,
Con vil corona y vengativas manos;

»¿Quién duda que tu diestra en otra parte
Desbace estos agravios aparentes,
Donde sus premios tu piedad reparte,
Sin logro de ambiciones diligentes?
Con esto rindes al injusto Marte,
A quien libró de moros insolentes
La tierra, que logrando su trabajo,
El Ebro riega y fertiliza el Tajo.

»Con tu poder, del africano alarbo
Domó la furia con victorias tantas,
Que puso del Pirene hasta el Algarbe
Su invicto brazo tus insignias santas.
Y ¡agora que el imperio de Sobrarbe
Pone en Italia vencedoras plantas,
Consientes, para infamia de los godos,
Que pierda yo lo que ganaron todos?

»Oadas del mar, que de mi España triste
Servís de espejo á su postreros montes,
Y á vuestra espuma el sol cuando los viste
Traslada sus dorados horizontes;
Besad sus piés, y pues dolor sentiste,
Hermosa luz, primero que tramontes,
Siguiendo las pisadas de la aurora,
Su llanto enjuga ó mi desdicha hora.»

Apenas forma en la escuchada boca
El lorenés su postrimero acento,
Cuando á tristeza y suspensión provoca
Lisauro á todos con turbado aliento.
Ligada al rostro una manchada toca,
El yelmo roto y el arnés sangriento,
Solo en la mano de la pica un trozo,
Así les dice el desmugado mozo:

«Invicta Juana, príncipes angustos,
Que en músicas, olores y comidas,
Lisonjas dulces y apacibles gustos
Perdeis los años, y engañais las vidas;
Vestid aceros, y vibrad robustos
Nudosas astas, pues mirais perdidas
Armas y honor, y que es del enemigo
Despojo agora lo que fué castigo.

»El Quinto Alfonso, de Gaeta tiene
Violenta posesion, libre y segura;
Francesa sangre y ginovesa viene
Pidiendo á vuestros brazos sepultura;
Mayor ruina su furor previene
Con mas estrago y militar soltura
Que vió el troyano consumido en fuego
Al parto de armas del engaño griego.

»Arden los techos, que vestidos de oro
Del rayo ardiente el resplandor imitan,
Y en manos del incendio su tesoro
A injustos dueños y á los propios quitan;
Perdido el virginal sacro decoro
Sus hijas miran, y llorando gritan
Las tiernas madres, que en prision honesta
Guardar padieron lo que tanto cuesta.

»La esposa, á quien el tálamo aparea
El viejo padre con igual consorte,
Roba el soldado sin oír la queja,
Y el justo llanto que su amor reporte;
En la desierta casa apenas deja,
Porque la vida al misero se acorte,
Un vil descanso, una pleheya cama,
Cuando otros bienes pródigo derrama.

»Los muros que á Gaeta tantas veces
Librar pudieron de las rojas cruces,
Huella su vulgo con los piés soccos,
Y altivo pone victoriosas luces;
Enrique, de listones y jaeccos
Cubriendo los caballos andaluces,
Con mas colores á las cañas juega,
Que vió en sus moros de Genil la vega.

»Vengad aquesta sangre avergonzada
De ver la mucha que mi pecho encierra;
Despierta, juventud, que descuidada
Duermes al son de la insolente guerra:
Si estás en sueño ocioso sepultada,
Tiranos surcos romperán tu tierra,
Serán tus campos con sus frutos varios
De ajenos labradores tributarios.»

La insana furia y el ardiente vino
Las mesas derribaron por el suelo;
Caminan todos sin hallar camino,
Rompiendo ciegos el comun recelo.
Parece en el furioso desatino
Que sembró la discordia oculto duelo,
Por llevar en sus pechos adelante
Lo que empezó en el campo de Agramante.

Unos gritan Anjous, otros que viva
 Alfonso vencedor, otros que muera;
 Unos que en paz el reino le recibia;
 Otros de Francia siguen la bandera;
 El vulgo acusa á Coradía, que priva
 Con ambición y astucia lisonjera,
 Y cuando en confusión todo se mueve,
 Ni á far ni á quejar Juana se atreve.

Con esta cisma y division confusa
 Su amigo bando cada cual esfuerza,
 Y unirse al otro con valor rehusa,
 No por temer que su verdad se tuerza.
 Anjous soberbio á Paradiso acusa,
 Que no libró la combatida fuerza;
 El su verdad presenta por testigo,
 Que ha sido siempre su constante amigo.

El blando soplo de su aliento frío
 Sobre las blancas perlas desataba
 La fresca aurora, y con sutil rocío
 Las soñolientas flores despertaba;
 Las mudas aves, que el dormido río
 En grillos de sus árboles guardaba,
 Despiertan libres, cuando el aire atruena,
 Al arma, al arma, que en las calles suena.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

Feñisa triste y el valiente Ansberto,
 Venciendo el mar y vientos enojados,
 De Baya llegan al querido puerto,
 Y al pladoso Liseno encaminados
 Por un pastor, albergan en el desierto
 Hallaron, de su ducado regalados.
 Feñisa al huésped con su historia paga,
 Y huye de noche por buscar la Maga.

Descubre tierra con el nueve día
 La nave, que en los brazos del Tirreno
 Surcaba el viento, y con igual porfía
 Besó medrosa el escondido seno;
 Doraba el sol á la mañana fría
 Los verdes campos, cuando el mar sereno
 Mostró á Feñisa el fin de su camino,
 Y alegre puerto al combatido pino.

Cuando el temido Ansberto le divisa,
 Y en frente mira la enemiga tierra,
 Le dice á la hermosísima Feñisa:
 «Esta es Italia, que á Gerardo encierra.
 El campo mismo, que soberbio pisa,
 Y en sí le esconde de tan justa guerra,
 Hará que sea de mi espada el filo,
 Para el sepulcro lo que fué su asilo.

«Presto verá tu ausente fugitivo,
 Tu antiguo dueño, tu fingido amante,
 La furia deste brazo vengativo,
 Y á cuanto obliga una mujer constante;
 Mas no verá si de la vida privo
 El pecho, que vestido de diamante,
 Para vitoria ilustre de mi acero,
 Tu llanto y quejas resistió primero.

«Qué ¡no le opuso el inconstante lago
 Ganchoso escollo de corales rojos,
 Castigo justo del alevé pago
 Que robó á tu hermosura sus despojos?
 Hallaron siempre con igual estrago
 De tus divinos y serenos ojos
 En el tirano y blando movimiento
 El sol su afrenta, y el amor su asiento?

«Qué ¡nunca despertaron su inclemencia
 Las dulces prendas de tu amargo lloro,
 Que pudo hacer su nave resistencia
 De tus incientes hebras al tesoro?
 De las hinchadas olas la insolencia,
 Ni amó el respeto ni guardó el decoro;
 Tirano al fin que con fatal corona
 Sin se castiga, y sin razon perdona.

«¡Oh ley por tantos siglos aprobada,
 Y en todos ciegamente recebida,
 Que nazca la hermosura desdichada,
 Y el daño se le infunda con la vida!
 Si es varonil y altiva, deseada,
 Si frágil y mudable, aborrecida;
 Inútil sombra, que la edad persigue,
 Que amada huye á quien dejada sigue.

«¡Qué razon, qué justicia, qué derecho
 Formó en un punto al hombre venturoso
 Montes de nieve en el ardiente pecha,
 Donde abraasó otro tiempo su reposo?
 Y á veces la flaqueza á su despecho
 Hace al ingrato dueño tan dichoso,
 Que amando agravia, que ofendido siente,
 Y burla entre prisiones insolente.

«¡Oh dura condicion de las mujeres,
 En quien los filos rompe el desengaño,
 Y son sus inconstancias y placeres
 Principios necesarios de su daño!
 Y tú, olvidada hermosa, si quisieres
 Seguir los pasos del comun engaño,
 Gerardo viva, pues la espada entrega
 El que ofendido á su enemigo ruega.—

«Rogar Ansberto! con furor replica
 Feñisa, envuelta en vengativo fuego;
 ¡Mal haya el que su gusto sacrifica
 En viles aras con infame ruego!
 Tu invicto acero á mi venganza aplica,
 Y turbe de los aires el sosiego,
 Si á descubrir el pecho te dispones,
 Albergue de finezas y traiciones.

«Si ven mis ojos tan debido efeto,
 Y á tu rigor el corazon desnudo,
 Mostrando al mundo el íntimo secreto
 En quien mi agravio fabricarse pudo,
 ¿Qué inculte alarbo profanó el respeto,
 Sordo á las quejas y á su afecto mudo,
 Debido á un pecho que entre ofensas muero,
 Que ausente ruega y ofendido quiere?

«Cuando de Italia el suelo me divise,
 Por verle de mi agravio lastimado,
 Daré en el punto que sus campos pise
 Ecos al monte y lágrimas al prado;
 Mas no daré medrosa que le avise
 El viento de mis quejas abrazado,
 Y en vez de ser de mi venganza tiros,
 Despierten su descuido mis suspiros.

«Ondas del mar, lisonjas de la arena:
 Cuando unas de otras le besais huyendo,
 Y armadas, turbando la quietud serena,
 Montañas de agua al viento ebodeciendo;
 Así del soplo que animose suena,
 Peñas, arenas y aguas dividiendo,
 No sientan vuestros campos el ruido:
 Llevadme al puerto que abrazaís dormido.»

No levantando espumas argentadas
 Ni abriendo el leño su ordinario curso,
 Y con las blancas velas amainadas
 La nave, terminaba su discurso.
 Cortan el mar las áncoras arpadas
 Con grita igual del popular concurso,
 Y en las arenas pardas que rompieron,
 Firmeza en su inconstancia descubrieron.

Recibe los alegres pasajeros
 De Baya el puerto, y la distancia breve
 Frecuentan los cansados marineros
 En un batel, que la ensenada mueve;
 Sus remos juegan con el mar ligeros,
 Y el prado azul se coronó de alevé,
 Y sobre la blancura amanecía
 Con rayos de ore de Feñisa el día.

Volvió la nave surta, y amarrada
 La aguda proa al peligroso viento,
 Quedando, aunque en los cabos aferrada;
 Expuesta á su inconstante movimiento;
 Y por mas que dormía la ensenada,
 Y el aire no era soplo, sino aliento,
 Ya por las peñas ó los cielos frios
 Era estacion infiel á los navios.

Las aguas dejan, y á la tierra llegan
Los dos, que en sus arenas se arrojaron,
Pisando el márgen que las ondas riegan,
Y donde tantas veces reposaron;
A sus veloces bárbaros se entregan,
Y en ellos brevemente atravesaron
Un verde bosque, adorno de la playa,
Que gira al mar, enriqueciendo á Baya.

Al pié de un tronco estéril y vácío
Divisan un pastor, que sus ovejas
Lleva á beber al dividido río,
Que enlaza el soto murmurando quejas;
«Pastor, le dicen, que en el seco estío
Pacer la yerba tu ganado dejas,
Que en frescas sombras y esmaltadas camas
Del sol defienden las tejidas ramas;

»Así los montes por la nieve canos
Afronte de sus pieles la blancura,
Formando sierras en los campos llanos,
Envidia y competencia de su altura,
Y así de los inviernos y veranos
No abrase el curso eterno la verdura,
Por darte el pasto, que el abril conserva
En verde copia de menuda yerba;

»Y así la vuelta con iguales días,
Nacidos nuevamente á nuestro polo,
Templando el hielo en las montañas frías,
Ni abrevie ni dilate el rubio Apolo;
Destas encinas pardas y sombrías
Arroyos nazcan, porque beba solo
Tu cándido rebaño, y nunca falten,
Sin que otras fuentes de los montes salten.

»¿Qué sabes, di, del héroe que doma
Con fuertes brazos el hesperio suelo,
En cuyo amparo Anjos soberbio toma
Injustas armas con tirano celo?
»Rindió á Gaeta, y vencedor asoma
A la rebelde Nápoles al cielo,
Porque la ocupa ahora mal guardada
De ajeno dueño la enemiga espada? —

»Bella española, capitán famoso,
Dice el pastor con agradable gesto,
Tu Alfonso, de Gaeta victorioso,
Parte á tomar á Nápoles dispuesto.
Su vencedor ejército copioso
Tan cerca llega, en escuadron compuesto,
De Ambersa, que su antigua barbacana
El nuevo sol le rendirá mañana.

»Yo soy, aunque pastor inculto y pobre,
Parcial amigo de su invicta gente;
Sus hechos canto, aunque materia sobre
En ellos para el Tráico diligente;
Eterno nombre esperaré que cobre,
Cuando al sonoro curso de la fuente
Mi rústica zampoña el manso viento
Detiene entre los árboles atento.

»Esto debeis al mayoral de todos
Cuantos habitan este monte verde,
Que, unido siempre á los pendones godos,
Su vida ofrece y su descanso pierde.
Lo mismo hicieron por diversos modos
Sin esperar jamás que el sol recuerde,
Saliendo deste albergue sus vasallos,
Unos en carros, y otros en caballos.

»Llevando bastimentos á Gaeta,
Y en su lugar volviendo los heridos,
Que deste monte la estacion secreta
Los tuvo regalados y escondidos,
»¿Qué empresa habrá que un pecho no acometa,
Por mas que se le opongan los sentidos,
Donde hay verdad y amor? Al fin, Liseno
Dejó del bosque el retirado seno.

»Tomó las armas, que colgadas tuvo
Por largo tiempo, y en segura cama
Entre ganados y labranza estuvo,
Ni honrado ni ofendido de la fama.
Dejó la soledad, que le entretuvo,
Buscó el engaño, que ambicion se llama,
Volvió segunda vez á sus dehesas,
Merido de las armas ginovesas.

»Aun no bien sano, descansado vive
Del breve techo en la estrechura honrosa;
No hay rumor ni embarazo que le prive
De ver la cara á la mañana hermosa.
Si al ocio soñoliento se apercibe,
En blandas plumas y algodón reposa;
Su paz se aumenta y su opulencia crece,
Si acaso el cielo un español le ofrece.

»Seguid el diestro lado del remanso,
Que besa el pié de aquel fúndoso tronco,
Corriendo entre las flores ledo y manso,
Y entre estas peñas erizado y ronco.
La misma senda os llevará al descanso,
Y aunque es el dueño en lo aparente bronco,
Pasad del traje, que escondidas guarda
Una alma noble y una fe gallarda.»

Quedó Fenisa atónita y suspensa,
Y no con menos turbacion Ansberto;
Que fué sin duda satisfecho piensa
Favor del cielo tan dichoso acierto.
Fenisa, agradecida, en recompensa
Del buen anuncio y hospedaje cierto,
Le dice: «Aquestas sierras tributarias
Te den sus frutos con ofrendas varias.

»Obligante del pueblo las zagalas,
Y en dulces corros por su mal celebren
Tu atroso talle, tus lucidas galas,
Y en ti las flechas de sus ojos quiebren.
Amor te rinda sus doradas alas;
Todas te envidien, todas te requiebren,
Y en cuanto intentes, tu ventura sea,
No risa, sino envidia de la aldea.»

Esto diciendo, por el monte parten;
La senda pisan, y al calor se atreven,
Girando algunas peñas, que reparten
Risueñas fuentes, que los prados beben.
No sufren que sus bárbaros se aparten
Al verde monte, y divertidos lleven
Camino nuevo, que engañar pretenda
El cierto paso y desmentir la senda.

En breve espacio por el blanco estrecho
Descubren, terminándose una plaza,
Un humo igual que, por subir derecho,
Con los frondosos árboles se abraza;
Alegres pisan el florido trecho,
En cuyo lienzo á las paredes traza
Sin arte la sutil naturaleza,
Adorno y suplemento de belleza.

Llegaron cuando el sol los pasos mide
Del cielo al mundo, que compone y dora
En la mitad del curso, que divide
La negra noche de la blanca aurora;
Al verde seno su jornada impide
De espesas ramas confusion sonora,
Y el blando viento que jugando alegra,
Los verdes léjos de la sombra negra.

Mostraban las paredes á pedazos,
Entre escuadrones rústicos de pinos,
De adustas parras enlazados brazos,
Al pardo octubre por su tal vecinos,
Formando de sus vides los abrazos,
En vez de los relieves peregrinos,
Enredos dulces de racimos rojos,
Que rinden afrontados sus despojos.

Al son confuso, que vecino suena,
Salió Liseno alegre y presuroso,
Y al vulgo atento de su casa ordena
Que apresten su regalo y su reposo.
El coronado campo de verbena
Media con aliento presturoso
Fenisa, aunque con pié dudoso y tardo,
Por llegar donde sepa de Gerardo.

Injusto amor, si conformar pretendes
Los pechos mas rebeldes y apartados,
»Por qué los unos sin piedad enciendes.
Si están los otros á su fuego helados?
El fin que buscas con el medio ofendes.
Y salen tus intentos acertados,
Pues aman todos, y tu flecha alcanza
Del tierno ofrenda, del cruel venganza.

El huésped, que por verlos se fatiga,
Con agradable rostro los saluda,
Y en viendo alegre la nación amiga,
El paso abrevia y el aliento muda.
Con palabras corteses los obliga
Que cada cual agradecido acuda,
Con no menores muestras de contento,
Debido á tan forzoso cumplimiento.

Era Liseno venerable viejo,
De aspecto grave y apacible trato,
Temido por la espada y el consejo,
De astutos medios y sagaz recato,
Del siglo errado generoso espejo,
De la bondad antigua fiel retrato;
Supo entender las mudas soledades,
Callar lisonjas y decir verdades.

Llegaron al portal, que componian,
Sin arte igual ni perspectiva en torno,
Selváticos despojos, que servian
A las paredes rústicas de adorno.
A un lado, en seis graneros descubrian
Las fértiles cosechas, que en retorno
Vuelve esperando que sus campos siembre
El rico agosto al labrador setiembre.

Al otro muestra una espaciosa sala
La fruta que con pródigo gobierno
El techo con los árboles iguala,
Y afrenta la inclemencia del invierno.
Otra medrosa la humedad exhala
Del heno blando en el descanso tierno,
Y humilde entre las pajas escondida,
A mayo quiere dar la bienvenida.

En otra luego crece amontonado
Sin tasa en una mesa inculta y blanca
Cuanto la tierra al dueño retirado
Le paga en mieses y en ganados franca.
Florece ausente del nativo prado
La dulce fruta que el cultor arranca,
Porque del sol la congojosa furia
No pase de piedad á ser injuria.

Sentáronse á la mesa, que rodea
De iguales hijos natural desvelo,
En quien el viejo padre se recrea
Dichosamente agradecido al cielo:
Los hijos, en edad que ya desea
Romper la grana el oprimido pelo,
Y las hijas tan bellas, que las flores
Trocar pudiera abril con sus colores.

«Estos, les dice el viejo enternecido,
Son de Angelina las reliquias caras,
Júeces de su amor contra el olvido,
Retratos vivos de sus partes raras.
Perdí sus ojos, y quedé perdido,
Y al blando son de sus corrientes claras,
Las aguas, mi desdicha, el manso viento
Repten tristes el dolor que sienlo.

«Trujéronme á los montes desengaños,
Dejélos por el campo celtibero;
Vestí de plumas los cansados años,
Hirió mi pecho el ginovés acero;
Volví á mi casa, que lloró mis daños,
Cobré la sangre, que perder espero,
Si Alfonso me la pide con la vida,
Por fe y amor á su amistad rendida.

«Aquí de los linderos celestiales
Vestida baja de su luz temprana,
Pisando de los montes los umbrales,
Por verse con mis campos la mañana.
Las fieras, las ovejas, las zagales
Alegres salen á su vega llana,
Y los pasos del sol siempre veloces,
Las aves apresuran con sus voces.

«Entre esta sencillez no se acostumbra
Que ayude al malo lo que al bueno daña;
Aquí con la verdad no se deslumbra
Ni con la suspensión se desengaña.
Verdad es todo cuanto el sol alumbra,
Desde el soberbio monte á la cabaña;
Aquí no trueca la razón las manos,
Ni son los necios del poder tiranos.

«En tratos, en promesas, en amores
Puso en los montes la verdad su silla;
El cielo la produce entre las flores,
Y es la mentira inútil maravilla.
Por no sufrir engaños sus cultores,
Hace, ayudando á la verdad sencilla
Su industria, con que el riego no consienta
Al año mismo que á los campos mienta.

«Comed, seguros de mortal veneno,
Fiad que la comida os aproveche,
Que nunca fué para ocultarle bueno
El puro espejo de la blanca leche.
Si os trujo el cielo á casa de Liseno,
Será razón que su favor deseeche?
Creed que con piedad noble sincera
Si mas pudiera el dueño, mas hiciera.»

Comieron y la gente se retira,
Y solo deja la oficiosa junta
Al cauto viejo, que en Fenisa mira
El triste caso que en su mal barrunta.
Y viendo que entre lágrimas suspira,
Atento sobre mesa le pregunta:
«¿Qué causa, hermosa dama, te destierra
Del patrio nido de tu amada tierra?»—

«Nací, responde, en la ciudad famosa
Que al claro Tajo su defensa entrega,
Y á ser con la corriente caudalosa
Segunda guarda de sus muros llega.
Cansado al fin de trabajar, reposa
Su eterno curso en la florida vega,
Entre olmos altos y álamos durmiendo,
De iguales ruedas al confuso estruendo.

«Es mi linaje antiguo y generoso;
Yo sola soy la desdichada infame:
Manché la sangre que será forzoso
Que á manos de mi afrenta se derrame.
Fuí de mi honor incendio vergonzoso,
Si es bien que así mi desventura llame;
Mis ojos fueron de los cuerdos miedo,
Ejemplo y fuego de la gran Toledo.

«Llamóse Enrique mi afrentado padre,
Mi alevé infamia en el honor le toca,
Quiere el error que al inocente cuadre
La culpa ajena por costumbre loca.
Eivira fué mi desdichada madre,
Entrambos nobles, con hacienda poca;
En paz vivieron, y su igual fortuna,
Ni dió soberbia ni pidió importuna.

«Guardada me criaron, esperando
El prometido fin de mi crianza,
Mis ojos entre rejas sepultando.
Prisiones de mi engaño y su esperanza.
El aire solo, entre sus yerros blando,
Estrecho paso en el verano alcanza;
Y entonces de las flores y suspiros
Me daba nuevas y llevaba tiros.

«Jamás sentí de la engañosa flecha,
¿Qué digo herida! ni pasar la ropa,
Que nunca llega al corazón derecho
Si en yerros para y en durezas topa.
Al fin quedó mi presunción deshecha,
Bebí de amor la venenosa copa;
Entró y salió del agradable encanto
La culpa en fuego, y el castigo en llanto.

«Llevaron á la corte los infantes
Del rey don Juan el fuego que me abrasa:
¡Pluguera á Dios que se acabaran antes
Mi vida, mis desdichas y mi casa!
No hay rejas, ni firmezas, ni diamantes,
Si traba amor á la ocasión del asa:
Vióme el ingrato, y ¡ojalá quisiera
Piadoso el cielo que jamás me viera!

«Es de Valencia el burlador Gerardo,
De sangre noble y proceder compuesto,
O: verdes ojos, de cabello pardo,
De cejas negras y afilado gesto,
De pecho altivo, de ánimo gallardo,
De cuerpo igual, en proporcion dispuesto,
Tierno en amores, y en las armas fuerte,
Queriendo vida, y olvidando muerte.

»Ganéme el pecho, y engañóme el alma,
Creció el amor sin desmentir agravios,
Y en viendo estar mi resistencia en calma,
Salióse la vergüenza por los labios.
Sacaron siempre merecida palma
De orejas tiernas lisonjeros sabios;
Besó los yerros en prisión la vida,
Quedando al mismo engaño agradecida.

»Fundóse mi desdicha en su palabra,
Faltó de la verdad el fundamento,
Que un loco amor sobre esperanzas labra
Fingidos gustos, que se lleva el viento.
Mandóme ¡ay triste! que las puertas abra;
Halló seguro paso á mi aposento,
Y entrar pudiera por las duras rejas,
Rendidas á sus lágrimas y quejas.

»Aquella tarde recibí el Ocaso
Primero al sol, que por mi mal se puso,
Y dió la noche al desdichado caso
Su negro manto, que mi mal dispuso;
De estrellas claras por el campo raso
El escuadrón luciente se compuso;
Yo, amante nueva, y de placer cobarde,
Juzgaba entonces que salieron tarde.

»Al fin llegó de mi guardado lecho
La injusta fuerza, que el honor resiste;
Quedó de mi desdicha satisfecho,
Yo muda, humilde, enamorada y triste.
Apenas el cansancio á mi despecho
Los tiernos ojos con el sueño embiste,
Cuando dejó en el tálamo burlado
Dormido el dueño, y el honor robado.

»Amor no despierta mi afición le llama;
Tendi los brazos al ingrato ausente,
Y amor, que por el lecho se derrama,
Buscó las plumas, y á ninguno siente.
Volví á tentar, y descubrí en la cama
La hundida estampa que dejó caliente,
Y en ella á mi flaqueza por testigo,
Que entró con ruegos, y salió enemigo.

»Matarme quiso la importuna rabia,
Juzgué á la muerte por inútil medio,
Que donde no es castigo del que agravia,
No sirve al ofendido de remedio.
¡Qué mujer hubo desdichada y sabia!
Bati sin mí, que del mortal asedio
Librar apenas el aliento pude,
Que al flaco pecho respirando acude.

»Sola, animosa, afrada y descompuesta,
Moviendo á compasión de mi trabajo,
Los duros montes por la antigua cuesta
Bajé á los campos que divide el Tajo.
Mostró la luna á mi lamento presta
La hermosa cara, que del monte abajo
Con breve curso despeñada vino,
Movida de mi justo desatino.

»Corrientes puras de cristal, decía,
Soberbias peñas, que os mirais en ellas,
Noche enemiga, rigurosa y fría,
Obscuras sombras, lúcidas estrellas;
Volvedme la querida compañía,
O al son de mis suspiros y querellas,
Ayudad de los pájaros la salva,
Alfres del Tajo, que llamais el alba.

»Culpados en mis locos desengaños,
Ninguno de vosotros me responde;
La noche que compuso sus engaños,
Y muda agora al fugitivo esconde.
Las sombras, compitiendo con mis daños,
Las sordas aguas y las peñas, donde
Llorar le ví, las luces celestiales,
Que alegres vieron mis llorados males.

»Callé, porque las aves me volvían
A mis llorosos techos con presteza,
Que al dueño sin ventura recibían
Con triste luto y funeral tristeza.
La fama y la vergüenza resistían
En mi dolor la mujeril flaqueza,
Y viéndolas del seco vencedoras,
Pasé los días, y engañé las horas.

»Oí, después que el hijo de Fernando
Pasaba armado á la menor Hesperia,
A su inconstante reina amenazando,
Con justas armas capital miseria.
Dejó mi casa y padres, lamentando
De mi desdicha la infeliz materia,
Tragedia de su honor, que represento
Agora triste, que mi agravio cuento.

»El miedo cierto, que jamás se engaña,
Instó cruel, tiranizando el gusto,
Que estaba con Alfonso en la campaña,
Mi ausente dueño, mi tirano injusto.
Llegué con esto á lo mejor de España,
Lisónja y gloria del piadoso Augusto,
Y el Ebro manso entre sus brazos goza
Los campos de la antigua Zaragoza.

»En ella supe que Gerardo apriesa,
De Jaca y Huesca, á Barcelona trujo
Gran número de gente montañesa,
Que á su gobierno militar condujo.
Mi amor los altos montes atraviesa,
Y á tal congoja y pena me redujo,
Que el vuelo de mi loco pensamiento
Seguí sin alas afrentando el viento.

»Llegué de Barcelona á la marina;
La armada ví, que la inconstancia loca
Domaba, cuando el viento la encamina;
Y el mar tratable con los remos toca.
Pedí, llorando, al cielo su ruína,
Y en la cerviz exenta de una roca
Dí voces, y miraba en sus navios
Hinchar las velas los suspiros míos.

»Estaba el mudo viento detenido,
Y el mar sereno en su quietud perplejo,
Sin dar ninguno acuerdo á mi sentido,
Al mal remedio y al furor consejo.
Con natural piedad eternecido
De las constantes peñas el reflejo,
Volvia entre las ondas quebrantada
La imagen triste de mi voz cansada.

»Llamé con el vestido y con la mano
La errante casa, que las aguas corta;
Lloré sin fruto, querelléme en vano,
Que poco el ruego sin ventura importa;
Lanzóme al agua mi furor insano,
Y el vulgo atento con piedad reporta
Mi loco exceso, y en su mal divisa
La desdichada suerte de Fenisa.

»A casa de Filena me llevaron,
De Ansherto hermana, generosa dama,
En quien de Claramonte eternizaron
Beldad, virtud y honor la antigua fama.
Los moros de Isajuar le cautivaron
Su hermano fiel, que mi venganza inflama,
El mas valiente y singular guerrero
Que en el cristal de Darro vió su acero.

»En muchos días que aguardé pasaje,
Libre volví de la prisión de Muza
Ansherto invicto, á quien conté mi ultraje,
Y en una fuerte nave de Arraguz,
Dejamos de su casa el hospedaje;
Trabóse no pensada escaramuza
Entre enemigos vientos, y á porfía
Cerraba el mar los términos al día.

»Por ver mi honor de su traición vengado,
Sufrí la injuria del contrario cielo;
Tomó en Italia puerto mi cuidado,
Pisé de Baya el agradable suelo.
Al pié de un tronco estéril y abrasado
Hallé un pastor, que con piadoso celo
Aquí me trujo, donde cuento agora,
O triste digo lo que el alma llora.—

»No digas mas, que si vengarte puedo;
Dijo Liseno, volveré á la guerra,
Que en poco estimo la ofension y el miedo
Del último hospedaje de la tierra.
Perdona, Ansherto, si obligado excedo,
Que el justo fuego que mi pecho encierra
Ha puesto un breve y licito embarazo
Al rayo vengativo de tu brazo.

»Sábrás, Fenisa, que Gerardo aleva
En otros brazos por tu mal reposa,
Gozando Laura lo que á ti se debe,
Y está con tus desdichas venturosa.
Cautiva libre al corazón se atreve
Del preso dueño de su vista hermosa,
Trocando los rendidos corazones
Para mas castivarlo las prisiones.

»Confieso que pudiera justamente
Callar agora lo que siento y digo,
Mas la verdad forzosa no consiente
Que en nada falte su piedad contigo.
Si acaso inadvertida, de repente
Te hallara el nuevo amor de tu enemigo,
De ti ¿qué fuera? pues la incauta vida
Se pierde amenazada y prevenida.

»Deja á Gerardo, sus engaños deja,
Su trato doble y proceder injusto,
Que nunca pudo la inocente queja
Forzar el pecho ni obligar el gusto.
No sigas mas al que de ti se aleja,
Si puede hacer tu corazón robusto,
Armado contra el brazo del agravio,
Que el pecho sufra y que enmudezca el labio.

»Anaberto, generoso caballero,
Bella española, tu rigor obliga;
Cortés y amante desanudó el acero,
Y amor le fuerza que tus pasos siga.
No es su dolor afecto lisonjero,
Que ocioso espera que la lengua diga
Que es grande amor, si escapa de locura,
Si la vida por otro se aventura.

»Esta verdad, que sin ficciones vayas,
Sin máximas retóricas fingidos
Muestran del alma las acciones sanas,
Sirviendo de palabras los sentidos,
Obliga la observancia de mis canas,
Mas que suspiros tiernos y gemidos,
Que tu piedad benigna solicite,
Y sus afectos tiernos acredite.

»Tú misma reconoces la ventaja
De Anaberto á sus opuestos capitanes,
Pues libras del agravio que te ultraja
La pena en sus aceros catalanes.
Tu engaño ciego con valor ataja,
Y no con tema y liviandad profanes
El amor, la elección y la pureza,
Que no consienten mujeril flaqueza.»

Efectos diferentes en un punto
Causó Liseno con la oculta nueva;
De Anaberto el pecho, de dolor trasunto,
Con verdes esperanzas se renueva.
Dejó á Fenisa el corazón difunto
La injusta flecha de tan dura prueba,
Y al fin le dice entre importunos daños:
«Confieso de Gerardo los engaños,

»De Anaberto la piedad, el fiel decoro,
La justa obligación que representas,
Su fe conozco, mi desdicha lloro,
En él se alientan mi dolor y afrentas.
Si agora digo que su vista adoro,
Morida del suceso que me cuentas,
Recela cauteloso las ruinas
De ofertas y saludes repentinas.

»Permite al tiempo ejercitar su oficio,
Que muros rompe y en peñascos labra;
Será posible que á su amor propicio
Dulce hospedaje entre asperezas abra.
Y no es, Anaberto, tan dudoso indicio
De alguna fe, si ofrezco la palabra
De partirlas el campo, que deses,
Si tu verdad con su traición pelea.—

»Segura tengo la feliz victoria,
Anaberto le responde, que procuro,
Y dar la vida por tan alta gloria,
Por tu hermosura y mi firmeza juro.
Sujeto digno de immortal historia
Seré, Fenisa hermosa, si aseguro
Mi dicha, aquellos ojos su venganza,
Y muere entre tus brazos mi esperanza.

»Dichosa fué de España mi partida,
Y alegre el movimiento de mi nave,
Del fiero mar la furia embravecida,
La voz del viento plácida y suave.
Tu vil amante perderá la vida,
Y aunque á pesar de mi piedad se acabe,
Daré á la cuna que me trujo á verte
Castigo justo en la forzada muerte.»

No dijo mas, porque el cortés Hesperto
Aun esto quiere que á su amor se deba,
Pues con debido alegre ministerio
A cada cual á su aposento lleva.
Cansado el sol de visitar su imperio,
Fatiga y pasos en el mar renueva,
Y escondiendo su rostro al horizonte,
Vistió la frente del vecino monte.

Después se entretuvieron y cenaron
Con dulces risa y agradable fiesta,
Lo mas de las tinieblas dilataron
La cena, mas sabrosa que compuesta.
En plumas y algodones reposaron,
Y no en delicias de labor molesta,
Ni en blanca holanda, que á soberbios grandes
Tejió sin manos la ambición de Flandes.

El pecho de Fenisa, que lastima,
Robado el sueño de temores halta;
Su honor la rinde, y el honor la anima,
La injuria grita, y el engaño cailla.
No sufre amor que reposando imprima
En el funesto campo de batalla
La bella estampa, y presurosa luego
Libró las plumas de su ardiente fuego.

Salió del lecho, y á un zagal dormido
Al resplandor escaso que arrojaba
Un leño entre cenizas escondido,
Que envuelto en humo á veces alambra,
Llegó callando, sin hacer ruido;
Tocóle, y él pensó que le llamaba
Otro pastor, y con grosera mano
Asió á Fenisa el rústico villano.

Y al rayo de la luna despertando,
Que á pesar del silencio y de la puerta
Por un resquicio breve penetrando,
Con la funesta lumbre se concierta,
Vióla sus blancas hebras afrentando,
Y vería apenas de temor acierta;
Ella con ruegos su demanda apoya,
Y á su cudicia le entregó una joya.

El incapaz ministro dificulta,
O fué consejo del pesado sueño,
El dar ayuda á la jornada oculta,
O justo miedo de su anciano dueño.
Y viendo la ganancia que resulta,
Presto, sagaz, pacífico y risueño
Sacó el caballo, previniendo en torao
El ronco quicio con infiel soborno.

La hermosa luna, dilatada y hena,
A entrambos encamina y acompaña,
A ver de Italia la fatal sirena
Que el seso aduerme y el discurso engaña.
Una criada antigua de Filena
Le dijo al tiempo que partió de España
Que sola Alcimedonta con su encanto
Daré remedio al importuno llanto.

Entre estos amorosos desvarios,
Que el cierto daño con piedad encubren,
Ni el mudo sueño ni los aires frios
El fuego templan, y el engaño cubren,
Cuando los montes pardos y sombríos
Del sol los rayos sin salir descubren,
Y alegre el alba entre las flores bellas
Despide las inútiles estrellas.

Dejó la cama sin dormir despierto,
Oyendo que saludan los pastores
El nuevo día con igual concierto
Las dulces flautas, resonando amores;
Buscó á Fenisa el desdichado Anaberto,
Miró la casa, fatigó las flores,
Llamó los montes, ablandó las peñas,
Y á todos daba de su ingrata señas.

Y viendo que ninguno le responde,
Sube á caballo, atravesando playas;
Camina loco y presuroso donde
Le llevan sus furiosos desatinos.
El mar soberbio juzga que la esconde,
Y sin noticia fiel de los caminos.
El mismo sigue que le ofrece á Baya,
Torciendo el paso á la vecina playa.

Entre unas peñas su deshecha nave
El sol turbado con piedad le muestra;
Su lumbré pura, con aspecto grave,
A ver el espectáculo le adiestra.
Primero pues que de mirar acaba
Con tiernos ojos la naval palestra,
Conoce sus amigos y pilotos,
Y el mar jugaba con los leños rotos.

Y á veces, animado de los vientos,
Saliendo de su margen, revelaba
Los cuerpos maltratados y sangrientos,
Que halló besando la distancia fría.
Detuvo los turbados pensamientos
El caso, que á sus males ofrecía,
Aunque sin penas fuera cuerdo y sabio,
Igual desdicha y desigual agravio.

Y viendo de la nave los pedazos
Vestir, deshechos con mortal rúina
Del parde escollo los nudosos brazos,
Teñidos con la sangre peregrina,
«Que lloro de Fenisa los abrazos
Razon será, si el cielo determina,
Suspenso dijo, que en el campo verde
Naufragios pasc quien su dicha pierde.

»No es el dolor de mis amigos muertos
El justo alivio que mis males sienten,
Ni tan confusos vanos desconciertos
Fingiendo esfuerzo con su mal consenten.
Seguir pretendo mis engaños ciertos;
Sus dulces hierros mi temor alienten;
Amor me llama y me embravece Marte.»
Esto diciendo, á la venganza parte.

CANTO V.

ARGUMENTO.

Sus tiendas en los campos de Pelosa
Descoge Alfonso, y Almerico lleva
De la debida muerte y afrentosa
De Juana triste la primera nueva.
Reiner á Alfonso reta en una umbrosa
Selva; Gerardo con Ansherto prueba
Armas y brazos, que Florel desparte;
De Alfonso triunfa el inclito estandarte.

De sus invictos fuertes escuadrones
(Que nunca en los sucesos desiguales
El tiempo los robustos corazones
Turbó con bienes ni oprimió con males),
Miraba las divisas, los pendones,
Las armas y los ánimos leales
En los tendidos campos de Pelosa.
El noble Alfonso, que jamás reposa.

De tiendas matizadas de colores
Confusamente estaban coronados,
Vistiendo octubre de prestadas flores
El seno estéril de los secos prados.
Cubrían sus gallardos moradores,
De la celeste injuria amenazados,
Mas grana y seda que en sus ferias trueca
Codicia alarbe visitando á Meca.

Ni el arco hermeso que adoró la tierra,
Que al mar impide que humedad exhale,
Divina paz en la lluviosa guerra,
Por nubes negras tan vistoso sale,
Viendo en el campo que su gente encierra,
Corrido el sol que su hermosura iguale
En prendas de africanos andaluces,
Parar sus rayos y doblar sus laces.

Era de Alfonso la soberbia tienda,
De riza tela, sobrepaesto el oro,
Que en Fax labró, sin consentir emienda,
Sutil aguja de ingenioso moro.
La industria daba en la campal vivienda
Albergue entonces del real decoro,
Con ébano y marfil, igual sustento
Al vagabundo y trágico aposento.

En él de Juana y de Reiner aguarda
Segura nueva el hijo de Fernando,
Que á su noticia por descuido tarda,
Habiendo días que la está esperando.
Del fiel suceso la impresion gallarda
Que asiste sus recatos animando,
Ni ofrece duda á la invasion prudente,
Ni breve asomo de temor consiente.

Ya procuraban por el ancho velo
Del sol las rubias trenzas voladoras
Al blanco día, en la mitad del cielo,
Cortar las sombras y partir las horas;
Cuando ligero, fatigando el suelo,
Llegó á tocar las bandas vencedoras
Por medio de las tiendas Almerico,
De aliento pobre, de plumajes rico.

Alegre el rostro, aunque suspenso trujo,
Neutral entre el contento y la tristeza;
De risa copia, de dolor dibujo,
Mostró severamente su flaqueza.
A dolor el contento se redujo,
Y en confusion de tal naturaleza,
Luchaban siempre con igual efecto
El mal notorio, y el placer secreto.

Así humillado y grave se presenta
A Alfonso, que en los brazos le levanta;
Detúvose la gente, que contenta
Al término preciso se adelanta.
Por no turbarse, sosegado intenta
Templar la vista con grandeza tanta;
Bajó los ojos, y animado y triste
La voz despide, y el dolor resiste.

«Murió, Señor, de todos olvidada,
La reina Juana, tu adoptiva Madre,
Faltando á la corona desdichada
El justo honor que á tu grandeza cuadra.
¿A quién faltó lamento de criada,
O amigo perro, que funesto ladre?
Y alegres ojos, sin pagar tributo,
El cuerpo miran con semblante enjuto.

»No por respeto ó por lisonja callo,
Juzgando la mejora que recibe
Tu intento fiel, y que á tus sienes hallo
Que su corona altiva se apercibe.
No fies, noble Alfonso, del vasallo
Que el fuero rompe, con que nace y vive,
Ni esperes que tu fama restituya
Quien vil y alevé defraudó la suya.

»Yo soy de tus criados generosos
Quien tantas veces ofreció la vida
A pérdidas aceros sediciosos,
De engaños y promesas combatida;
Indujo amigos fieles y bríosos,
Y á tus gloriosos trances ofrecida,
Gasté la edad por adquirirte el reino,
Y agora canas por lo mismo peino.

»La primera verdad de tu derecho,
De tan forzosos armas la justicia
Habitán la entereza de mi pecho
Con celo noble y amistad propicia.
Bien sabes que en su mengua, á su despecho,
Siguiendo en varios casos tu milicia,
Aborrecí por darte la corona
Sus hechos, respetando su persona.

»Sola pasó, como afrentado digo,
Faltando quien sus prendas venerase,
Y en tanta gente el natural abrigo,
Que los helados miembros sepultase.
Apenas hubo un aparente amigo
Que en las exequias fúnebres llorase,
Asiendo alguno el ataúd del asa,
Por solo echarla de su misma casa.

»Los miseros cultores de los buyes
Respetos naturales observaron,
Y aquí las santas y paternas leyes
La plebe y la nobleza profanaron.
¡Oh suerte miserable de los reyes,
Que tantos lisonjeros adoraron,
Y muerto el dueño, la impiedad procura
Cerrar en tan estrecha sepultura!

»Esta es aquella que reinó en Hesperia,
Decían los ingratos ciudadanos,
De plumas y armas general materia,
Teatro de ambiciosos cortesanos.
Hallaba en todos la infeliz miseria,
No amigos, sino bárbaros tiranos;
¡Quién vio jamás en tan penoso duelo
Faltar llorosos y sobrar consuelo?

»Cerró los ojos el humano engaño,
Opuesto á desventura semejante,
Y no cortó tan justo desengaño
Los tiernos pasos del lascivo amante.
Ni al torpe logro que inventó su daño,
Las cautas redes que tendió adelante,
Ni al litigante intrépido, molesto,
El lance injusto, que llevó dispuesto.

»A nadie sus desdichas aprovechan,
Ni enfrena el mundo tan infame suerte,
Y ciegos todos la piedad desechan
Con duro brazo y resistencia fuerte.
Villanas almas al contento pechan,
Y en qué region no descubrió la muerte
Haciendas, amistades y escarmientos,
Venciendo afectos y domando intentos?

»El ofendido cuerdo se recata,
Y su familia á su opinion se atreve;
Excesos muertos sin temor relata
Al mismo tiempo que llorarlos debe.
Herida le ofreció su patria ingrata
En su hospedaje, y sepultura breve
El moderado límite forzoso
Que dió á los muertos el comun reposo.

»Ni olores quiere, ni piadoso culto,
Ni mármoles bruñidos transparentes,
Ni ver llevar su respetado bulto
En los piadosos hombros de parientes,
Ni ver pedir el necesario indulto
Con voces lamentables y dolientes:
Solo pretende que le den por yerro
El vil sepulcro de un plebeyo entierro.

»Reiner, de la ciudad señor intruso,
Miró la ofensa, y á mandar atiende;
Del gran tesoro liberal dispuso,
Y hacerse rey con su caudal pretende.
Los viejos muros sin tardar compuso,
A todo asiste, y recatado entiende
Que verá tus escuadras españolas
Cubrir los campos y oprimir las olas.

»Oya lisonjas, y engañado y libre,
Cabrieron de romanos la campaña,
Que el gran Pastor desde el sagrado Tíbre
Arroja en odio del honor de España.
Sin miedo sale, que tu diestra vibre
El fatal pino, que corriendo baña
Francesa sangre, si escuadrones mueve,
Y ver los tuyos sin huir se atreve.

»Marchando viene á combatir resuelto,
Antes que el campo de Puzol le ganes;
Siguen su paso diligente y suelto
Esguizaros, sùevos y alemanes,
Nobleza suma en escuadron revuelto,
De Nápoles y Francia los galanes,
Que entre delicias torpes se crisan,
Y el ocio con las armas castigaron.

»Animan ciegos su atrevida empresa
Ursino, Esforza, Arunco, Sanazaro,
Caldora, Contínola, que profesa
Ser de sus lises singular amparo.
También le sigue con igual promesa
El noble Paradino, ejemplo raro
De fe animosa y varonil constancia,
Fuerte ocasion de que se oponga Francia.

»Las armas naturales y extranjeras
Con máquinas y dádivas compelen
Que sigan sus impróvidas banderas,
Haciendo que á tu imperio se rebelen.
Y el fin de sus astucias y quimeras,
Por mas que en tus ofensas se desvelen;
Será entregarte la ciudad, que agora
Respetas las mudanzas de Caldora.»—

«¡Oh caso triste, oh merecida injuria!
Responde Alfonso con piadoso llanto:
¡Quién detendrá la vengativa furia
Del Padre celestial con ruego santo?
Que viese, quiso, la ofendida curia
De Nápoles turbada del espanto,
Vengando el cielo á Ladislao de Juana,
El mismo entierro que le dió su hermana.

»Efectos de la justa providencia
Descubren los castigos merecidos,
Y es vana, inútil, breve resistencia,
La ciega confusion de los sentidos;
Despierta en el engaño su clemencia
Los ánimos rebeldes y dormidos,
Y pone siempre con el mal ajeno
Al tibio espuelas y al gallardo freno.

»Salga el francés, y su poder desate
Mas gente y armas por el campo hesperio
Que ha visto el sol, llegándose al remata
Del nuestro y del antipoda hemisferio,
Y no será posible que dilate
Un solo paso su atrevido imperio
Librado en Paradino y Contínola,
Cuando en Italia mi pendon tremola.

»No temo los aceros belicosos,
Que tantos enemigos multiplican,
Si opuestos á mis brazos victoriosos
Injustas armas á seguir se aplican;
Que solo servirán los sediciosos,
Que tanto su derecho justifican,
En darle de engañarse un dulce modo,
Y hacer despues con que lo pierda todo.

»No solo yo por la razon peleo,
Ni solo á mi resiste su locura,
Ni vine persuadido del deseo,
Ni expuesto á la opinion y á la ventura:
El cielo me llamó, y al cielo creo;
El cielo la corona me asegura,
Y diéronme el derecho en que me fundo
Mi brazo, el cielo, la razon y el mundo.»

Esto diciendo, por el campo suena
Un rumor diligente y repentino,
Que ni la muda suspension le enfrena,
Ni el pasado silencio le previno.
El recatado vulgo desordena,
Calando al prado por hallar camino,
Y usando de la espuela y del azote,
Un heraldo francés llegaba al trote.

La incierta gente gente le ciñó confusa,
Y el jóven sin tardanza caminaba;
El breve paso á la presteza acusa,
Que no camina al tiempo que volaba.
Cualquier estorbo y detencion rehusa,
Hasta llegar adonde Alfonso estaba;
Llegó á la puerta de la tienda, y luego
Rompió el silencio del comun sosiego.

«Reiner, le dijo, invicto descendiente
De aquellos reyes, que sus nobles pares
La fe volvieron al turbado Oriente,
Rompiendo en Sion los pérdidas altares,
Y del Jordan sagrado la corriente,
Que en vano llaman los vecinos mares,
Pasó tan libre, que sus aguas santas
Besar pudieran las divinas plantas,

»Te ruega, te aconseja, te amonesta
Que no discurras por Hesperia vago,
Haciendo siempre tu opresion molesta
Al triste reino tan violento estrago;
Que mires el trabajo que le cuesta
Sufrir á dos, que con injusto pago
Hacen, logrando el tímido hospedaje,
Daño á los campos, y al honor ultraje.

»No es culpa de los miseros que llame
Por justos sucesores adoptivos
Juana á los dos, y muerta se derrame
Sangre inocente de inculpables vivos.
Alfonso, teme que ofendida clame,
Pues rompe con tan ásperos motivos
En tierra del silencio las cadenas,
La muda sangre que calló en las venas.

»Y así, con justa lástima te pide
Que libres el suceso de la guerra
En solo un día, pues con esto impide
El cierto fin de la oprimida tierra.
Solo, con muchos ó con pocos, mide
Igual palestra, que á ninguno encierra,
Y en ella el que vencido se rindiere,
Ni á Marte siga, ni reinar espere.»—

«Dile á Reiner, Alfonso le responde,
Que yo agradezco de su intento sano
El medio y la piedad que corresponde
Al pecho del de un capitán cristiano;
Sí, lo agradezco, aunque oculto esconde
Pacífico designio de tirano,
Y no hay temor, si al rústico recuerda,
Que el pié la sierpe entre la flor le muerda.

»Con larga guerra en trabajosos años,
Llamado, descompuesto y rebatido,
Callando agravios y sufriendo engaños,
Ni obré quejoso, ni injurié ofendido:
Venci esperando tan prolijos daños;
Vistióse de otra suerte mi partido,
Y á pesar de los émulo que tengo,
Lo mas del reino en posesión mantengo.

»Reiner de los bandidos sediciosos
Y extrañas gentes escuadrones forma;
Los muros que ocupaban animosos,
Postrados por mi gente los reforma.
¿Qué trances ó qué fines tan dudosos,
Con dulces medios de piedad conforma?
Qué tiene mas que su ambiciosa espada,
Y ver en sí que no aventura nada?

»Sin duda que te engañas, mensajero,
Pues no es posible que Reiner se atreva
A ver desnudo mi sangriento acero
Y hacer conmigo de sus brazos prueba.
Es cuerdo, y no insolente caballero,
Y no es razón que tu ignorancia deba
Ser culpa en él, y dírtele el castigo,
Si no aguardara su rigor contigo.

»Sin armas, sin fatigas, sin heridas,
De toda Hesperia desterrarlo intento,
Que á precio injusto de inocentes vidas,
Ninguno compra posesión de asiento:
Victorias de sus dueños homicidas
Son muertes con dorado sentimiento,
Y cuando mas por su opinión se mueve,
El cuerdo vence al loco que se atreve.»

No dijo mas, y el mensajero parte,
No tan veloz como soberbio vino;
La gente por el campo se reparte,
Y Alfonso brevemente la previno.
En tanto pues que se apareja Marte,
Y el monte tiembla del rumor vecino,
Llegaba Anaberto á una floresta verde,
Que nunca el manto de sus flores pierde;

Tan fresco, que á pesar del seco estío,
El varío esmalte que su abril conserva,
De atívos olmos escudron sombrero,
Del sol con dulce injuria le reserva.
Recoge el prado un despeñado río,
En blanda cama de menuda yerba,
Que en pago lisonjera dividía
Con lento paso la corriente fría.

En el florido albergue, de las hojas
Vistiendo sus matices y colores,
Cantan las aves amarillas, rojas
Al cielo quejas, y á su luz anores.
Mezclaba dulcemente sus congojas
Con el robado aliento de las flores,
Risueño y grave el apacible viento,
Haciendo de las ramas instrumento.

Dejó el caballo, desciñó la espada,
Y el fértil suelo presuroso mide,
Dejándola en la yerba sepultada;
El fuerte escudo con furor despide;
Arroja al pié de un tronco la celada,
Desata el pelo, que molesto impide
Al pecho que respire el fuego ardiente
De amor y celos y temor de ausente.

Suspenso y mudo, sin hallar descanso,
El cuerpo entrega á la oprimida grama,
Consigno mismo riguroso y manso,
Marchita y seca la piadosa cama.
El son del agua que formó un remanso,
La voz se le figura que le llama
De aquella ingrata que á Gerardo adora,
Que amada ofende, y olvidada llora.

Y viendo que le engaña su locura,
Suspira triste la cabeza baja:
Si mira el agua cristalina y pura,
Por no enturbiarla, con dolor trabaja;
Si ve del monte alegre la verdura,
La dulce vista sin piedad ataja
El mal que ofrece al abrazado seno,
Memorias de los campos de Liseno.

Lucha el amor con la tirana ofensa,
Y entrambos vencen al perdido amante;
Celoso quiere, cuando airado piensa,
Que viste la ternura de diamante:
No trata ya de prevenir defensa,
Que no la tiene engaño semejante,
Pues son pesado sueño los desvelos,
Amor la ofensa, y la venganza celos.

«¡Oh tantas veces desdichado Anaberto!
Dijo á la selva que le escucha atenta:
El mal te llama de un agravio cierto,
¿Y vas con ruegos á vengar su afrenta?
¿Qué espera tu engañado desconcierto,
Si el dueño injusto que matarte intenta
Burió tu amor, y tú que le acompañas,
Celoso y loco tu dolor engañas?

»Si á veces de Fenisa te defiendes,
Con tu enemigo mismo te aconsejas,
Y amante ciego remediar pretendes
Agravios propios con ajenas quejas.
Caminos varios engañado emprendes;
Y el cierto y fácil sin buscarle dejas,
Y estás tan loco, que á Fenisa pides
El mismo bien que á tu desdicha impides.

»¿Qué esperas, qué discurras, qué imaginas?
Lo que otro deja, priva de sus fueros
Tu noble libertad, y en sus ruinas,
Ni ves temor ni desnudar aceros?
¿Amar lo aborrecido determinas,
Y vives entre engaños lisonjeros,
Viendo que aguardan venturosos brazos
Lo que amas triste con infames lazos?

»Tú fuiste quien del granadino more,
Vencidos los soberbios vencedores,
Diste á su vega pródigo el tesoro,
Emulación alegre de sus flores.
¿Qué es de tu honor, tus fuerzas, tu decoro,
Rendidos á tan frágiles amores?
¿Eres el mismo? No; mas si otro fueras,
Menos desdicha y confusion tuvieras.»

Así ofendido y triste se quejaba,
Cuando del monte el cóncavo sombrío
Con paso diligente atravesaba
Gerardo osado por llegar al río.
Su noble amante hermosa acompañaba
Laura gentil, que con saez desvío
Entre el forzoso engaño divertía
Memorias de su antigua compañía.

Apenas el honor de Claramonte
Descubre entre las ramas á Gerardo,
Cuando oprimido el apacible monte
Sintió medroso su furor gallardo.
«Detente, que primero que tramonte
El sol, le dijo, la venganza aguardo
Del mas alevé pecho que de España
Manchó el honor con insolente hazaña.

«Presto verás que de Fenisa asistente
La justa queja y vergonzoso dabo
Halló piedad y brazo tan valiente,
Que igualará al castigo de tu engaño.
Ni llegará del sol la rubia frente
A las postreras márgenes de el año,
Primero que me vengas desta ingrata,
Que tú aborrecas y de amor me mata.

«Burló con dulce engaño mi locura,
Que agora vengo con igual castigo,
En tí, porque burlaste su hermosura,
En ella infiel, porque fingió conmigo.
Con esto mi palabra se asegura,
Mi amor se venga en su mayor amigo,
Su fama con tu vida se restaura,
Y el mal que siento con quitarte á Laura.»—

«¡Quítarme! dijo la gallarda dama:
¿Qué acero fuerte ó qué espadales brazos
Harán crecer el número á la fama,
Haciendo el fudo de mi honor pedazos?
Del prado deja la florida cama,
Liga el arnés con los usados lazos,
Que si yo desarmada no viniera,
Tu vida presto mi rigor sintiera.

«Mas no lo quiere la desdicha mía
Ni el noble pecho de mi dueño fuerte.»—
«No, Laura hermosa, su campión decía,
Que no merece tan dichosa muerte.
Anberto, bien conozco tu osadía,
Y cuando fué forzoso conocerte,
Siempre te ví, que por trabar batallas,
Derecho y ley en los tiranos hallas.

«Jamás me acobardaron ademanes
Y mal fundadas vanas presunciones,
Que obligan á soberbios capitanes
Que venguen aparentes sinrazones;
Ni han de librarte aceros catalanes
Del gran peligro en que tu vida pones,
Pues nunca en trance igual tú aliento viste
En el campo de Urgel, donde naciste.

«Si acaso sabes ó advertido piensas,
Primero que al vivir, su curso impidas,
Que ni reparo tienen sus ofensas,
Ni vengaría podrás con muchas vidas;
Encuentros buscas sin tener defensas,
Y cuando las tuvieras prevenidas,
Sin seso vienes, si arrojado quieres
Vengar agravios y enmendar mujeres.»

Esto diciendo, del arzon asido
Dejó la silla con presteza tanta,
Que el movimiento apenas percibido
Fué del contrario, que ligero espanta;
Entre la verde yerba dividido
Las sueltas piezas del arnés levanta,
Y Anberto mira con semblante fiero
La nueva traza del cortés guerrero.

Llevóle el peto, y con serena frente
Anberto le responde asosegado:
«Presto verás que tu arrogancia siente
Mi duro brazo por tu mal armado.»—
«No te detengas, replicó el valiente
Gerardo, porque ofende al verde prado
El ver que con tu sangre no le riego,
Y el cuerpo helado á su regazo entrego.»

Hizo, por mas que el catalan se ofenda,
Que el yelmo enlace y que la espada ciña,
Y porque no dilate la contienda,
Discurrió Anberto la fatal campaña.
Desata presto la revuelta rienda
Del verde tronco, y del caballo alifia
La silla, que en sus vueltas se interpuso,
Y la tex de las flores descompuso.

Della en la silla con ligero salto
La emulacion se puso de Tifeo,
Y apenas sube, cuando muestra en alto
La espada, ejecutando su deseo.
Mas no causó temor el sobresalto
Que pudo darle su feroz empleo,
Pues ya sobre él, porque mejor le tope,
Llegó Gerardo con audaz galope.

Por el siniestro lado le acomete,
Y antes que Anberto el rabican revuelva,
Partiéndole la cresta del almete,
Hizo que rojos los plumajes vuelva.
Midió de los arzones el copete,
Y vuelto en sí, primero que resuelva
Gerardo el segundar con triste efecto,
La dura pasta le rompió del peto.

Sintió el gallardo morador del Turia
El nuevo paso, que allanó el estoque,
Y no aguardó con desigual injuria
Que su vertida sangre le provoqua.
Revuelva presto con violenta furia,
Y antes que el hierro en los ijares toque,
Rompió del Catalan el fuerte pecho,
El lado izquierdo y el arzon derecho.

Y viendo derramar atravesado
Su roja sangre por el campo verde,
El impaciente Anberto desangrado,
Cobrando enajo la paciencia pierde.
Volviendo con su afrenta aconsejado
No quiso amor que de vivir se acuerde;
Que estando entre desdichas oprimida,
No hay cosa mas sobrada que la vida.

Halló tan cerca á su enemigo fuerte,
Que pudo luego, sin hallar defensa,
Abrir camino á la vecina muerte,
Y al recibido golpe recompensa;
Mas no dejó que la venganza acierte
La misma furia que le dió la ofensa;
Y así, rompió de la cabeza y brazo
Igual acero con igual pedazo.

Segunda vez sin alentar repite
El mismo golpe, que apresura en vano,
Sin ser posible que Gerardo evite
Que no le ofenda la soberbia mano.
Hizo que el pomo martillando quite
Al otro lado, por su mal cercano,
De espalda y brazo la defensa amiga,
Que al prado entrega con mortal fatiga.

Gerardo, asido á la amistad del freno,
Perdiendo de sus armas el amparo,
Soberbio intenta, de vergüenza lleno,
Que el duro estrago le saliese caro.
Llevó la punta encaminada al seno,
Y hallando de las armas el reparo,
Volvió de filo, y procuró la enmienda
Cortando un tajo á la vecina rienda.

Parte el ligero rabican corriendo,
Negando la debida servidumbre;
Aquí y allí revuelve discurriendo,
Perdida en todo su leal costumbre.
Tal vez al hondo valle descendiendo,
Y tal buscando la selvosa cumbre,
Por mas que con la mano y con la espada
Enderezarle quiere á la estacada.

Gerardo en ella vencedor aguarda,
Y Laura, que mirando le socorre,
Maldice á la tiniebla que se tarda,
La sangre viendo que en el campo corre.
Este recelo vano la acobarda,
Y osada teme que tardando borre
El justo honor de el vencedor gallardo,
Perdiéndose la vida de Gerardo.

En esto á pié por la estacada viene
El hijo de Aglansol, corriendo aprisa
Diciéndole: «¿qué asombro te detiene,
Si eres guerrero; y de vivir te pesa?
Baja, y soltando tu cursier, mantlene
El trato vil que tu ambicion profesa;
Que no porque las riendas me cortaste,
Hacer pudiste que el castigo basta.»—

«Si acaso quieres aguardar un poco,
Dijo Gerardo, á tu insolente ruego
Daré el castigo que merece un loco
Exceso, desortés, errado y ciego.
Mi justa gloria vencedor apoco,
Si tu atrovida petición te niego.
Esto diciendo, con ligera vuelta
La yerba pisa, y el caballo suelta.

Sintióle apenas la florida espalda
Del monte, cuando descendió á la vega
Corriendo un caballero por su falda,
Que en breve espacio á los guerreros llega.
De Anaberto reconoce la guirnalda,
Divisa antigua que el amor le niega;
Las negras bandas de Gerardo mira,
Y así les dice cuando mas suspira.

«En buen lugar y con gentil motivo,
Sois de la fama singular materia,
Quedando cada cual apenas vivo,
Teñido en sangre con igual miseria;
En tiempo que Reiner, soberbio, altivo,
Tirano, quiere de la antigua Hesperia
Lograr los campos y oprimir las olas,
Con mengua de las armas españolas;

»Cuando del Quinto Alfonso las banderas,
Las bandas rojas y las cruces santas,
Los fuertes brazos y sus armas fieras,
Respeto y miedo de naciones tantas,
Desterran de sus montes y riberas
Las lises de oro y extranjeras plantas,
¿Verteis la sangre en márgen extranjero,
A pesar de la malla y del acero?

»Tiempo es agora de teñir las flores
Y dar las honras por venganzas viles,
Trocar la guerra por reñir amores
Dejándola por causas femeniles,
De hacer en la campaña ejecutores
De enojos envidiosos y civiles
Los duros brazos, que pudieran solos
Poner las bandas en entrambos polos?

»De opulentos despojos abundantes,
Y de gloriosos lauros coronados,
A España volveréis, ciegos amantes,
Con las victorias mismas afrentados.
Así de las bengalas y turbantes,
Entre vistosas plumas enlazados,
Hicieron, no de plata, sus tesoros,
Vuestros abuelos de los reyes moros.

»Vencida esta liviana competencia
Con mas honor en tanto desaconcierto,
Por ti, Gerardo, quedará Valencia,
Y Cataluña ilustre por Anaberto.
¡Oh amor, oh celos! infenal dolencia
Que turbas la quietud deste desierto;
Por ti se olvidan, ¡oh terrible hazaña!
Tan nobles hijos de su madre España!»

Dijo, y calló, porque suspensa al punto
Quedó la gran batalla intempestiva;
Conocen á Florel, partiendo junto
El sol que de los montes se derriba.
Forzados dejan el celoso asunto;
Venció el honor á la ocasion que priva
Del seso al que con vanos intereses
Burló la edad en sus dorados meses.

Florel de Anaberto y Laura de su amante
La sangre toman, las heridas ligan,
Y al humo que descubren adelante,
Atentos caminando se fatigan.
Al monte mas ríscoso y arrogante
Las negras alas de la noche obligan
Que en ellos pierda el sol de su jornada
Las claras prendas de la luz pasada.

Llegaron de la sombra acompañados,
Y siendo de su dueño recibidos,
Dieron en blanda pluma sepultados
Tregua al dolor y engaño á los sentidos.
Volviendo el sol á retozar los prados,
Despiertan á los pájaros dormidos
Los frescos aires con que baja ufana
Coronada de flores la mañana.

Por una quiebra de la opuesta sierra
Que mira de los campos de Pelosa,
El verde manto de su fértil tierra,
En opulentas mieses poderosa,
Rumor confuso de importuna guerra
Retumba en la distancia cavernosa,
Dejando presto el capitán de España
De lises de oro llena la campaña.

Apenas miden el armado suelo,
Cuando tan fuertemente los embisten,
Que honor y miedo con sagaz recelo
El duro impulso por su mal resisten.
Cual suele alrado desatar el cielo
Ardientes rayos que de lustre visten
El aire y los opuestos horizontes,
Rompiendo nubes y abrasando montes;

Así de Alfonso los guerreros fuertes
Reciben los franceses escuadrones
Con duros golpes, con sangrientas muertes,
Con mengua de sus armas y campeones.
No vió perdido las trocadas suertes,
Llorando Varo el fin de sus legiones
Con tal dolor, como Reiner miraba
Lo poco que su esfuerzo aprovechaba.

Embiste la batalla por la parte
Que vió la resistencia con aliento;
Fuerzas la infunden su valor y Marte,
Y el daño su atrevido movimiento.
De Esforza luego y Armengol desparto
La igual batalla con mostrar sediento
De ajena sangre el filo, que bañado
Dejó en la suya el montañés soldado.

Pasóse el pecho, y con ligera vuelta
De Arto valiente, que su fuerza impido,
La dura frente en el acero envuelta,
De los distantes hombros le divide.
Trabó de nuevo la fatal revuelta
De opuestas armas, y soberbio mide
El ancho campo, en que sus lises halla
Rendidas al furor de la batalla.

Así gallardo el Paladín discurre,
Y apenas llega del combate al centro,
Cuando con Pedro vencedor concurre,
Que osado y fuerte le salió al encuentro.
Detuvo el brazo, y al honor recurre,
Que aviva el paso, levantando dentro
Del noble pecho un fuego vergonzoso
Que abraza y culpa su mental reposo.

Movió las tardas plantas tan violento,
Y al gran Alfonso se juntó de suerte,
Que pudo en el peligro de su aliento
Guardar la vida y detener la muerte.
Vuelo tomar no pudo el movimiento,
Y la distancia impide que le acierte,
Aunque cortó las alas del plumaje,
Y en la dorada cresta el homenaje.

Maldiga el cielo y con razon maldiga
La fugitiva tropa de caballos
Que entre ellos pasa, y á Reiner obliga
Que escape entre sus últimos vasallos.
Aquí de Alfonso la mortal fatiga
Tuviera fin, pudiendo sujetallos
El brazo fiel, que sin hallar recurso,
Quedó suspenso en la mitad del curso.

Desmaya en todas partes la contienda,
Y al monte los franceses se avencinan;
No hay golpe que con riesgo los ofenda,
Ni á vencer ni á morir se determinan.
Ninguno sabe qué remedio emprenda,
Y para huir al paso que imaginan,
Se aplica al miedo, que el peligro siente
Del caso vil, la espuela diligente.

Los aires rompe con soberbio estruendo
El grito vencedor, y las cavernas
Del duro monte vuelven, repitiendo
Alegres voces y querellas tiernas.
La sangre por el campo discurriendo,
Se muestra entre cabezas, brazos, piernas,
Y en ellas ya sin ella detenida,
Con breve impulso la pasada vida.

Impide el vencimiento la codicia
Del justo premio que ofreció la guerra
A la severa ley de la milicia,
Que dos fortunas por igual encierra.
Ya la francesa gente desperdicia
Despojos voluntarios por la tierra,
Cual suele el joven tímido que escapa
Dejar al toro, por huir, la capa.

Paró el alcance, la vitoria para,
Y Alfonso, satisfecho y ofendido,
Mostró al suceso favorable cara,
Del corto vencimiento detenido.
A las debidas gracias se prepara
Con públicos aplausos y ruidos,
Y el sonoro metal que los celebra
Del vago espacio los cristales quiebra.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

De Alcimedonta llega á la morada
Fenisa, y un anillo de su encanto
Le da la Maga. En una noche helada
Conoce entre las quejas y el espanto
Reiner á Paradiso, y su jornada
Siguiendo á Bari, piden entre tanto
Norberto y Floribel la bella Arminda.
No espera Alfonso Ambersa que se rinda.

Apenas á los montes la mañana
Que el sol recuerda con su llanto avisa,
Y el argentado rostro de Diana
Ni el mar retrata ni su luz divisa.
Cuando descubre entre la selva cana
Aquella antigua máquina Fenisa,
Del que engañando el aire trujo á Cúmas
Seguro vuelo con ajenas plumas.

Vió la eminente y rara pesadumbre
Que con soberbia altiva se oponía
Del pardo monte á la vecina cumbre,
Primer testigo de que nace el día.
Entró en el templo, descubrió la lumbré
Que por la estrecha boca parecía,
Y en tanto entrega su caballo al heno
El siervo fugitivo de Liseno.

Amor que se detenga no consiente,
Mirando la excelente arquitectura
En el tributo pálido de Oriente,
Que las columnas altas asegura,
Y que sucesos muertos represente,
Como si vivos fueran, la pintura;
Que mas estima amor sus glorias fiores,
Que partos de buriles y pinceles.

Pisó dudando la medrosa cueva,
Mas no rehusa su ignorado centro,
Y el desmayado esfuerzo que la lleva
Fingidos casos le figura dentro.
Aliento cobra, el ánimo renueva,
Cuando la Maga le salió al encuentro,
Y con la breve luz, al mismo punto,
Pudieron verse y admirarse junto.

Fué tal su admiración, que se juzgaron
Por las fingidas bárbaras deidades
A cuyo honor altares consagraron
Con vanas ilusiones las edades.
El nativo silencio les hurtaron
A las vecinas mudas soledades,
Y en cada cual para el silencio lidian
Lo mucho que se espantan y se envidian.

Rompió la desterrada de Toledo
Del reciproco hudo las prisiones,
Y forma libre del confuso miedo
O quejas, ó suspiros, ó razones.
Y entre ellas dice: «Si moverte puedo,
Y al justo llanto la piedad dispones,
Escucha mis engaños y porfías,
Ajenas culpas y desdichas mías.

»Yo soy, si tiene ser, la desdichada
Que vive de sus padres fugitiva,
A eternas sinrazones condenada,
Con celos muerta y con engaños viva.
Dejé del Tajo el agua celebrada,
Que de la antigua Cuenca se deriva
Y de mi patria intenta, cuando llega,
Cedir los muros y enlazar la vega.

»Lloré mis males, desdichada, á solas,
En montes, campos, selvas y riberas;
Dejé las dulces playas españolas
Bañadas con mis lágrimas postreras.
Fíeme á la soberbia de las olas
En una débil junta de maderas,
Que hinchando el seno del opuesto lino,
La lleva el viento sin dejar camino.

»Sigo á Gerardo, burlador amante,
Fenisa sin ventura, que procuro...»
«No pases con tus quejas adelante,
Le dijo Alcimedonta, que te juro
Por la espaciosa máquina que Atlante
Sustenta del eterno y fuerte muro,
De poner dulce fin á tus querellas
Antes que llame el sol á las estrellas.

»Bien sé, le dice, la ocasion molesta
Que así te fuerza á lamentar conmigo
Que en una ardiente y dilatada siesta,
Por larga narración de tu enemigo,
Su traza supe, por tu mal dispuesta,
Tu ciego amor, su engaño, tu castigo,
Su fe perjura, tu abrasado pecho,
Su injusto robo y tu burlado lecho.

»Aquí de Laura favorables celos
A luz sacaron tu pasada historia;
Testigos fueron los hermosos cielos
Del muerto amor y la pasada gloria.
Aquí se aseguraron sus recelos
Con esta prenda fiel de tu memoria,
Con este anillo, que el remedio alcanza
Para ser su desdicha y tu venganza.

»¿Conóciesle, Fenisa?»—«Sí,» responde,
Sin saber si responde ó si pregunta,
Si ignora ó sabe lo que mira, y dónde
Oye su mal, ni viva ni difunta.
A lo que fué, lo dicho corresponde,
Y no al dolor que los extremos junta,
Porque si queda al sentimiento viva,
El dolor mismo de vivir la priva.

«Cese, dijo la Maga, el fácil ruego,
Que yo pondré tal fuerza en esta prenda,
Que al mismo tiempo que penetre el fuego,
Huir de mí por su región emprenda;
Tú le verás tan abrasado y ciego,
Que al justo daño tirarás la rienda,
Y deste vencimiento en los despojos,
Tendrán materia de piedad tus ojos.»

Esto diciendo, con furor invoca
Los negros moradores del averno,
Y con el dulce aliento de la boca
Mezcló los nombres que hospedó el infierno.
A triste miedo y confusión provoca
La obscura casa del castigo eterno;
Tembló la cueva y el altar de plata
Con la funesta turba que desata.

Las primeras coronas del segundo
Sobre ligeros grifos caminaron,
Y las que ocupan el lugar profundo
Su vuelo sobre lernas igualaron;
Otras que adora la deidad del mundo,
De flores sus leones coronaron,
Y saben con industria sus autores
Matar con uñas y halagar con flores.

El ocio infame colocó su asiento
Sobre doradas plumas y vistosas,
No en crespo cuello de animal exento,
Que vive las montañas cavernosas;
De la ambición los ídolos de viento
Vinieron en quimeras fabulosas,
Que como en él sus máquinas desvelan,
Todos al fin sobre quimeras vuelan.

La vana presunción de los poetas
Con cisnes trujo el carro que compuso,
De versos duros y contrarias setas,
Hijas del vulgo bárbaro y confuso.
Las voces destos cisnes imperfectas
Admira la ignorancia, aprueba el uso,
Porque hay en todos siglos, y no pocos,
Aplausos necios y aplaudidos locos.

De torpes bestias sobre cuellos pardos
Luego se vió el espíritu lascivo,
Que el lento paso de animales tardos,
Hace volar con impetu mas vivo.
Vinieron otros príncipes gallardos,
Que injustos rigen con dominio altivo,
La adulacion, el odio, la porfia,
La envidia, la traicion, la simonia.

En breve espacio les propuso el caso,
Y el padre universal de la mentira,
Que en la region del infernal ocaso
Soberbia y fuego sin piedad respira,
Tomó el anillo, y alargando el paso,
La oscura junta por el aire gira,
Y hablados los propincuos y remotos,
Tomó de todos los conformes votos.

Volvió la prenda á la animosa Maga,
Y en ella impreso tan mortal veneno,
Que con la vida el triste satisfaga,
Si el propio deja por amor ajeno.
La turba en esto, divertida y vaga,
Rompiendo el aire plácido y sereno,
Dejó la cueva, y con tremendo grito
Del negro reino penetró el distrito.

Quien de Fenisa el miedo relatara,
Contar pudiera luego su contento,
Que alegre vuelve á la robada cara
La sangre con risueño movimiento.
No en las visiones trágicas repara,
Sino en la dulce proliacion del viento,
En que escuchó, sin voces naturales,
El natural remedio de sus males.

En esto, Alcimedonta, sacudiendo
El infernal espíritu que tuvo
En la region del alma presidiendo
Cuando el abismo su poder detuvo
Y al brazo el rojo manto revolviendo,
Así gozosa del suceso estuvo,
Que dió á Fenisa con estrechos lazos
Alegres nuevas y amorosos brazos.

«Aqueste anillo á tu belleza entregan,
Dijo, mi amor, mi fuerza y mi ventura,
Forzosa prenda, si tus ojos niegan
Lo que mandar pudiera tu hermosura.
Si ves que dulces y gallardos ciegan
Al que miró su luz divina y pura,
Mata sin mí, con apacible llanto,
Con fuertes rayos y amoroso encanto.

«Alegre parte, pues el hado diestro
Conspira tu beldad con mi potencia,
Y en esta prenda del encanto nuestro
La ley que apenas halla resistencia;
Y en fe de mi poder y el amor nuestro,
Verás cómo sujeto á tu clemencia
Gerardo rinde el seso á los rigores,
Por mí de penas, y por tí de amores.

«Cerca del campo, donde Alfonso agora
De Ambera oprime los cansados muros,
En un estrecho valle, donde Flora
Vistió de rosas los cristales puros,
Verás á Laura, que Gerardo adora,
Con su engañado dueño; tan seguros,
Que baje aguardan á la tierra el día,
Y en tí su noche mi deidad envía.—

«¿Qué gracias, le responde arrodillada,
Serán de tanto bien la recompensa?
Permita el cielo ¡oh ninfa! que adorada
Jamás prevengas á tu amor defensiva.
En tu hermosura al tiempo consagrada,
Hacer no intente la vejez ofensa,
Y tu poder, sin que tu daño evites,
En ajenas desgracias acredites.»

Esto diciendo, levantóse aparte,
Y en los amigos brazos la suspende,
Y dulce risa pródigo reparte
El nuevo fuego que su pecho enciende;
Y dispuesta á vencer, alegre parte,
La empresa juntos y el camino emprende;
Sin alas vuela, y lleva satisfechas
De honor las plumas, y de amor las flechas.

En tanto pues que su camino sigue
Y el sol las sombras al morir dilata,
Bañando, porque el sueño le persigue,
Las rubias trenzas en cristal y plata,
Reiner, temiendo que á morir le obligue
Su injusta suerte, por las riendas ata
A un verde prado su caballo, y luego
Suspira quejas y respira fuego.

Suspense dice: «¡Oh campos de Pelosa!
Robad las lises, que en cobraros tardo.
¿Quién templará mi afrenta lastimosa,
Si en noble fuego de venganzas ardo?
No aquesta vega fértil y espaciosa,
Ni ver el agua despeñada aguardo,
Que procurando alegre entretenerme,
En piedras grita, y en arenas duerme.

«No los altivos árboles sombríos,
Que forman deste monte la espesura
Sus verdes senos y peñascos fríos,
Que en valde Apolo descubrir procura,
Testigos sobran á los males míos,
Y falta quien remedie mi locura,
Que en mal de honor cualquier remedio sobra,
Y honor perdido con honor se cobra.

«De Nápoles obtuve la corona,
Que agora busca peregrinas sienes;
La misma empresa mi valor abona,
Pues no avergüenzan los perdidos bienes,
Osar morir por mérito pregona
La antigua fama, que sufrir valienes
Es de quien pisa la soberbia rueda,
Que solo tienen desvalidos queda.

«¿Qué maledo vergonzoso me acobarda?
Qué sombra vana el corazón oprime?
Espera un bien, que fugitivo tarda,
Y al grave peso del suceso gime.
De injustas manos por su mal aguarda
Honor debido, que á morir le anime,
Porque es el bien que alcanza al desdichado,
Tirano breve con rigor doblado.

«Muéstreme el sol en montes y desiertos
Prefadas nubes, que en los campos vierte
La oscura noche mis amigos muertos,
Memorias tristes de mi amarga suerte;
Fatiga bosques lóbregos, inciertos,
Este caballo generoso y fuerte,
Hallando siempre en estas selvas rudas
Los prados secos, y las fuentes mudas.

«A Bari mi desdicha me encamina,
Seguro en fe de su constante dueño;
Rey me llamó, y á restaurar me inclina
De su palabra misma el desempeño.
Tiende en los altos montes la cortina
Oscura madre del forzoso sueño,
Que al son deste cristal dormido y tarde,
Que vuelva el sol á mi tristeza aguardo.

«Abraza tu silencio mis pesares,
Y velen todos en perpetua guerra;
El viento aduerma los cansados mares,
Y negras sombras la ambiciosa tierra;
Engañen tus quimeras los cantares
Del que engañado su temor destierra,
Que yo procuro alivio á mis congojas
Al blando son de las templadas hojas.»

Apenas á las puertas del sentido
Tocó del sueño la piadosa mano,
Cuando sintió del monte en lo escondido
Confusas quejas de dolor humano.
Sentóse presto, y aplicó el oído
Al diestro lado que formaba un llano,
Porque de allí la confusion del viento
En breves voces desató el lamento.

La admiracion, la noche, su desvelo
Potencias y sentidos ofuscaron;
Cesó el rumor, y no formó el recelo
Aquellas mismas voces que escucharon.
Llegó el oído al agostado suelo,
Por ver si en su dureza le formaron
La voz y el viento la noticia cierta,
Que el aire vagamente desconcierta.

Por mas que atiende y prevenido escucha,
Ni el aire mismo con las ramas juega;
Vuelve del sueño á la confusa lucha,
Que tiernos brazos al cansancio niega.
No fué la injusta resistencia mucha,
Cuando el cansado cuerpo les entrega,
Y el viento, á su atención mudo y prolijo,
Calló las quejas que Reiner le dijo.

No tan furiosa salta de la cama
Fiera que siente repentina herida
Del brazo experto que ocultó la rama,
Defensa natural del homicida,
Como el Francés, juzgando que le llama
La voz dichosamente inadvertida;
En pié se puso, y el camino prueba,
Donde parece que la voz le lleva.

Ligado deja su caballo al pino,
Y á requerir el bosque se resuelve;
Los árboles le impiden el camino,
Y atrás forzado de su encuentro vuelve.
Repara un poco, mejorando el tino,
Y al diestro lado sin temor revuelve;
La mano tiende diligente en vano,
Que halló la frente lo que erró la mano.

Si alguna luz cobarde centellea
De breve estrella en su distancia brusca,
El negro bosque impide que se vea,
Y al mismo horror con su tiniebla ofusca.
No sabe si es ficción lo que desea
Ó sueño vano el término que busca;
Paró dudoso de su empresa vana,
Llamando con suspiros la mañana.

Tendióse al pié de un sauce que guarnecía
Del cespicio monte la vecina falda,
Y en ella alivio á su pesar ofrece
De las frías ramas la guirnalda.
El sueño mengua, y el cuidado crece,
Y apenas siente la robusta espalda
El tronco, cuando á sus orejas suena:
«Por tí el honor acaba de Lorena.»

Saltó ligero, y aplicó el discurso
Reiner á las palabras que escuchaba;
Partió admirado con dudoso curso
Donde la voz confusa le llevaba.
El tiento hallaba natural recurso
En los vestidos leños que topaba,
Y de uno en otro á un caballero llega,
Que herido y solo se hospedó en la vega.

El lastimado jóven le descubre,
Y en pié se puso con presteza tanta,
Que del escudo rígido se cubre,
Y al paso del que viene se adelanta.
Viendo que el rostro presuroso encubre
Y el fiero estoque sin piedad levanta,
«Detente, dijo, que ayudarte quiero,
Y no probar los filos del acero.»

«Con quejas tiernas y lamento triste,
Venciendo de la noche la inclemencia,
Aquí, guerrero noble, me trujiste
Para remedio fiel de tu dolencia.
Si honrado sientes que el honor perdiste,
Si pobre tu fortuna, ten paciencia,
Que yo perdiendo un reino en mis porfías,
Consuelo á todos con desdichas mías.

«Si estás acaso, caballero, herido
De airada mano de rival gallardo,
Y verte satisfecho y defendido
Esperas triste como yo lo aguardo,
También aliento de tu mal he sido,
Que en viles celos y en desdichas ardo;
Mas no es posible, que en amores toca
Quien llora males y á Reiner invoca.»—

«Defensa y gloria de las lises de oro,
Le dice Paradino arrodillado,
Por tu defensa justa y tu decoro
Bañé de sangre de Pelosa el prado.
Expuesto al curso de un caballo moro,
Llegué, mejor herido que curado,
Aquí, donde prosigue tus ofensas
Mi sangre sin respeto de las vendas.»—

«¡Oh Paradino amigo! le decía
Reiner, y entre los brazos le suspende.
¿Quién si no tú de la fortuna mía
Seguir el paso desdichado emprende?
Espera, que tu sangre y su porfía
Con fuertes lazos te corrija y vende,
Y al son reposa deste aliento manso,
Que en vez de sueño nos dará descanso.

«Ya baja por la falda deste monte
El primer resplandor de la mañana,
Y fugitiva busca el horizonte
La obscura sombra perezosa y vana;
Y antes que Apolo por el mar tramonte
Y rayos cambie con la espuma anciana,
Partir á Bari nos será forzoso,
Por dar á tanto mal cualquier reposo.»

Así le dijo, y diligente parte,
Y el villano Coursier libre desata;
Trabadas ramas al pasar desparte,
Y sus ganchosos lazos desbarata.
Ligero vuelve, y el herido Marte
Seguir sus pasos en su alarbe trata,
Y sin camino ó senda, á su albedrío,
Pisando van las márgenes de un río.

Pasaron memorables aventuras,
Trabajos nunca vistos ni temidos
En sierras, en desiertos y espesuras,
Sin ser de ajena industria socorridos.
Al fin, entre unos lazos de verduras
De los pasados meses, ofendidos
De Bari las murallas descubrieron,
Y al sol dorando sus almenas vieron.

Llegaron á la puerta, y rodeados
Del vulgo, que los mira y acompaña,
Fueron con nuevo estrépito llevados
De una estacada fiera á la campaña;
Donde en teatros públicos sentados
Mirando están un capitán de España,
Que al ronco son del belicoso Marte
El campo con la luz divide y parte.

Creían los que vieron los guerreros
Que fueran generosos combatientes,
Y dieran al rigor de sus aceros
Sucesos nobles y ánimos ardientes.
Levántase un rumor en los primeros,
Y sin tardar, con pasos diligentes,
Llegó de Bari el duque, que pregunta
La dudosa ocasión de aquella junta.

Sentado estaba en el metal que cria
La patria perseguida y abundante,
Y de brocado espléndido vestía
La ropa dilatada y rozagante,
Haciendo que su altiva pedrería
Entre enroscados lazos se levanta,
Donde del hombro al brazo se divide,
Y el pelo rizo desatado mide.

El caso fué que Florisbel robusto,
Guerrero fuerte y capitán famoso,
Del duque Antonio prisionero injusto,
Por llamarse de Arminda fiel esposo,
Armado sale (á cuyo altivo gusto
Sujeto estaba el Duque generoso,
Su primo el Duque, con mortal empeño,
Ni amado primo, ni estimado dueño).

Cantaba sus prisiones vencedoras
El Español al son de las cadenas,
Sus blandas quejas y felices horas,
Sus dulces yerros y atrevidas penas.
Al fin las tiernas glorias voladoras,
Que en el perdido bien eran sirenas,
Tuvieron fin, y sin perder la vida,
Llegó su amarga y triste despedida.

Salió forzado al fin de las prisiones,
Mas no de las que fueron voluntarias,
Llorando sus medrosos corazones
Promesas y sospechas ordinarias.
Los hierros de unas rejas y balcones
Que enlazan atrevidas y volitarias
Soberbias bledras, los testigos fueron
De las juradas prendas que se dieron.

Suya juró de ser la bella Arminda;
Lo mismo el noble capitán promete,
Y dar la vuelta, aunque el aliento rinda,
Sin desnudar la gola y el almete.
Tendía el sol, que con el mar alinda,
Sobre las canas ondas el copete,
No siendo con sus trenzas de oro errantes
La vez primera que divide amantes.

Rogaba el Duque poderoso y ciego,
Y Arminda enamorada le resiste;
Finezas llora y acredita el ruego;
Humilde prueba, y engañado insiste.
Montes de nieve desataba el fuego,
Inútil medio que su pecho embiste;
Y como ajeno fuego Arminda encierra,
Mal con un fuego el otro se destierra.

Viendo de su esperanza el devaneo,
Su mucho amor á la venganza inclina,
Y á dar violento fin á su deseo,
Y esposo fiero á la beldad divina.
Pregona que por armas en trofeo
Dar á la bella Arminda determina,
Que como dueño propio la posea,
Si noble fuere, aunque extranjero sea.

Con esto le parece que Norberto,
De Arminda sumamente aborrecido,
Por ser en armas capitán experto,
Será, á pesar de todos, su marido.
Era alemán, agigantado y tuerto,
Feo, grosero, rústico, atrevido,
Sugeto vil, que la belleza inflama
A horror y burla de la hermosa dama.

¿Qué es este amor, ó qué venganza es esta?
Amor desengañado y vengativo,
La muerte buscas, que tu vida cuesta,
Y solo estás para desdichas vivo.
Si humilde arrastras la prisión molesta,
¿No ves que son venganzas de cautivo?
Que hacer al dueño resistencia fuerte,
En tu castigo mismo se convierte.

En Bari se pusieron los carteles,
Y en toda la Calabria se fijaron;
Antiguos caballeros y noveles
De atrevimiento y armas se adornaron;
Las vencedoras sienes de laureles
Con vanas presunciones coronaron,
Y el soberbio alemán guarda solo
Que cuatro casas visitase Apolo.

La hermosa desdichada, que lamenta
Su amargo fin con atrevida pluma,
Al dueño ausente su tragedia cuenta,
Haciendo de sus males breve suma.
Sobre ligeras alas de su afrenta
Pasó cortando la escarchada bruma
De la Apenina cumbre, en que desata
Abril matices, y diciembre plata.

Llegó volando la enemiga nueva,
Y la forzosa vuelta se dispuso;
Repite airado la ordinaria prueba
Del riguroso acero que compuso.
Tal ligereza vengativa lleva,
Que el mismo día en la estacada puso
Su acero, asombro de las lises santas,
Antes que el alba sus doradas plantas.

Aquí llegaba la marcial palestra,
Llorando Arminda en tan estrechos puntos
Su vida, cuando con alegre muestra,
Sin dar Reiner de su dolor barruntos,
Airoso saca la soberbia diestra,
Y alzando el brazo y la visera juntos,
Descubre entre los Pernos á pedazos
Matices rojos entre crespos lazos.

Caldora le conoce, y le recibe
Aprieta, mas con grave diligencia,
Sin que el teatro público le prive
De hacerle su debida reverencia.
Suben al gran palacio, que apercebe
Con respetosa y pródiga opulencia
El cuidado servil, que estos cuidados
La majestad resigna en los criados.

En tanto pues que el aparato suena
Y la soberbia mesa se dispone,
Y la pared de sus vajillas llena,
De plata y oro la ambición compone,
Y la apacible música, que suena
Dulce al oír, templando se le opondrá;
Pide á Reiner el Duque que le cuente
El mal que mira, y el dolor que sienta.

Llegaba ya de la celeste cumbre
A la mitad el sol de su jornada,
Y rayos de oro entre la roja lumbre
Flechaba su madeja desatada,
Cuando con rica y pródiga costumbre,
La deliciosa mesa preparada,
Al huésped llama, descogiendo en oro
De varios elementos el tesoro.

La tierra agradecida, les envía
Temidos y piadosos animales;
El aire, cuantas aves á porfía
Vagan por él con vuelos desiguales.
El ancho mar cuanto produce y cria
En la inculta región de sus cristales,
Y el fuego les ofrece sazonados,
Fieras, rebaños, aves y pescados.

Dieron los pardos árboles enjutos
Dulces ofrendas, pálidas y rojas,
Robando el negro invierno á sus tributos
El natural abrigo de las hojas.
También la industria le ofreció los frutos,
Que en pajas guarda débiles y flojas,
Y otros que adornan, á pesar del viento,
El techo de su rústico aposento.

Copiosas Cérceas de sus ricas mieses
Dió las espigas, que entre varias flores
Trocar pudieran los dorados meses
En plata á los sedientos labradores,
En cestos, que enlazando sus reverses
Esmaltes diferentes en colores,
Segunda vez se conocieron solas,
En campos de azucenas y amapolas.

Mostraba la vajilla entre relieves
Piedras que el Indo descubrió en su orilla,
Distintos lazos y celajes breves,
Del oro entretallada maravilla.
Señala en partes con rasguños breves
Dudosos léjos, que confuso brilla,
Y en otras el buril, claras y puras,
De parecidos bultos las figuras.

El vino, levantando blanca espuma,
Discurrir vagamente por las copas,
Y antes que dulcemente se consuma,
Le vierten despeñado por las ropas.
No aguarda que descuido se presuma
El fiel cuidado de sirvientes tropas;
Los mas sin miedo que al licor se rindan,
Alegres hablan, y atrevidos brindan.

De la vestida sala en los rincones,
Blandas y dulces voces se levantan,
Que al son de cornamutas y bajones,
A pausas callan, y á compases cantan.
Tal vez resuenan graves los violones,
Con otros instrumentos que disentan;
Otra enmudecen, y el silencio mudo
Unir las cuerdas y las voces pado.

Solo ocupó Reiner la cabecera,
La diestra silla el noble Paradino,
De el otro lado el Duque la primera,
Que dar al huésped la mejor convino;
Y viendo que la mesa persevera,
La noche apresurando su camino
A los opuestos rojos horizontes,
Vistió de sombras los desnudos montes.

Cansados dejan la prolífica fiesta,
Y ocupan presto los amigos lechos,
Por ver del sueño en la invasión molesta;
Los miembros fatigados, satisfechos.
En una cuadro espléndida y compuesta
De varias luces, coronada á trechos,
Al huésped muestra su conforme llama,
En blandas plumas apacible cama.

Era de blanca tela, sobrepuestos
Matices varios, que en labor conforman,
Y en vez de sombras, con destreza puestas,
Descubren lazos, y relieves forman.
Sobre tapetes pérsicos compuestos,
De tal labor, que solo desconforman,
No sin envidia de la aguja hesperia,
En ser tan diferente la materia.

Daba en el techo lúcidos espejos
De las vislumbres ricas el retorno,
Pendiendo en lazos, y en cambiantes léjos,
Racimos de oro, que descuelga en torno.
Volvia con reciprocos reflejos
De las paredes bellas el adorno,
La misma luz que el techo les reparte,
Mintiendo el día con engaño el arte.

Reíner, que por las sierras Apeninas
Sintió el rigor de la crizada nieve,
Que en vasos de sus venas cristalinas
En agua el prado desatada bebe;
Descansa entre delicias peregrinas,
Y ocioso paga lo que al sueño debe,
Hasta que vuelva á ver la luz dorada
De Arminda la batalla comenzada.

Durmíó la noche, y el mayor planeta
Vistiendo el alba de cristal y grana,
Salió pisando la region quieta,
Al paso que le adiestra la mañana,
Cuando de Alfonso la fatal trompeta,
De Ambersa la oprimida barbacana,
Que humilde rinda la soberbia pide,
Con el severo aliento que despierta.

Aun no la vista que la luz engaña,
Del campo las colores determina,
Y Alfonso cuidadoso en la campaña
De la ciudad intenta la ruina;
Sus huestes animosas acompaña
Al sitio, donde al muro se avicina,
Y abrir intenta su valor portillo,
De todos siendo general caudillo.

Tremendo suena, y al temor infunde
El rayo inexorable de la guerra,
Y el son horrendo el eco restituye,
Que oculto vive en la vecina sierra.
El humo negro por los aires huye,
Y suelto deja la medrosa tierra,
Que ya temblando en sus espaldas siente
Del viejo muro la deshecha frente.

Pedro animoso, levantando en alto
El fuerte brazo, diligente aspira
A la forzosa gloria del asalto,
Que los contrarios ánimos retira.
Enrique fuerte con ligero salto,
Al muro llega, y atrevido mira
La parte donde su violencia dura
El triste vulgo resistir procura.

No espera Juan que sus navarros fuertes
Detengan belicosos los aceros,
De empresas altas y sangrientas muertes
Ejecutores rígidos y fieros.
Neutrales muestra las confusas suertes
La dura oposicion de los guerreros,
Las armas suenan, y el soberbio grito
Del aire vago discurrió el distrito.

Emprenden, paran, gritan, acometen,
Osados vuelven, resistidos dudan,
Confusa y ciegamente se entremeten,
Sin dar lugar que á su facion acudan.
Tal vez eterno lauro se prometen,
Y tal dudosa la soberbia mudan;
Crece la voz de la victoria al viento,
Y está por engendrar el vencimiento.

La fiera ejecucion de las espadas,
La pasta al cielo convirtió en estrellas,
Que fueron por el aire desatadas,
Envidia breve de sus luces bellas.
Sangrientos golpes, fieras estocadas,
Hinchadas voces, miserias querellas
Escucha, y siente la confusa junta,
Que indiestra mata, que engañada apunta.

PE-II.

De Alfonso en las reliquias de los godos,
Aliento y fuerzas al valor infunde,
Y el fuerte ejemplo, respetado en todos,
Con fieros golpes animoso cunde.
Su invicta gente, con diversos modos,
Gallarda intenta que en su honor redunde
El mismo esfuerzo, que con sangre ajena
Vistió los muros y bañó la arena.

No pudo la francesa diligencia
Del largo asalto resistir la furia,
Y al fin con desmayada resistencia
Medrosa siente la española injuria.
Pisaba de los muros la eminencia
La noble escuadra que produjo el Turia;
Tras ella luego á la ciudad que ofende
El resto del ejército deciendo.

Triste resuena el misero lamento
Del vulgo femenil afeito y confuso:
Las quejas roba lastimado el viento,
Y de las nubes de dolor compuso.
Ligero corre el vencedor sediento
Del justo robo que permite el uso,
Y antes que fuego la violencia emprenda,
Alfonso á todos recogió la rienda.

Manda que cese el premio merecido,
Que la amistad enfrente la codicia,
Que déa los golpes treguas al vencido,
Que temple sus aceros la justicia,
Que pare de las armas el ruidito,
Que Marte enseñe á la humildad propicia
La armada frente y al modesto ruego,
La furia dome la piedad al fuego.

Su común alegría le aperchibe
El triunfo, con las glorias que pregona;
El miedo por las armas le recibe,
Y amor por la clemencia le corona.
Alfonso en todos generoso vive,
Y el carro apresta por salir Latona,
Mostrando al cielo en su caballo cano
La luz prestada que le dió su hermano.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

Ansherto á su contrario desafia;
Con él pelea Laura por engaño;
Muere en el campo, y del error que hacía,
Conoce el catalán el desengaño.
Furiosa parte, y al morir el día,
Gerardo llega á lamentar el daño;
El monte sigue por camino incierto;
Gallardo Florisbel vence á Norberto.

En medio de su curso diligente,
Tendiendo líneas de oro, dividía
Con abrasado rostro el sol ardiente
En dos iguales términos el día;
Cuando en la verde orilla de una fuente
El pensativo Ansherto revolvia
Memorias tristes de su bien perdido,
Si así se llama lo que nunca ha sido.

No le perturba, no, que en la campaña,
Prohar espera de Gerardo el brío,
Segun el fuero bárbaro de España,
Habiéndole llamado á desafío;
El agua mira, que ligera baña
Guijas y arenas por llegar al río,
Y al curso natural su engaño avisa,
Que así á Gerardo caminó Fenicia.

Si amor es voluntad, quién la conquista?
Si fuerza natural, quién la detiene?
Si estrella, quién habrá que la resista?
Si engañoso dolor, quién le previene?
El que es amado, venturoso insista;
Rendirse al no querido le conviene,
Pues no hay porfía que obligando tuerza
Dolor, estrella, voluntad y fuerza.

El sin ventura Anaberto no repara
En que altos montes allanar pretende;
Turbar á Febo su luciente cara,
Y al cielo el curso detener emprende.
Si alguna vez consigo se declara,
El mismo mal de la verdad se ofende,
Porque es del alma que adoró su daño
Enemigo forzoso el desengaño.

Con estos pensamientos ocupaba
El plazo en que apercebe su combate;
Aírado alguna vez se levantaba,
Temiendo que su gloria se dilata.
Otras al heno blando se arrojaba
Por no esperar á que el furor le mate;
Las armas prueba, sus finezas llora,
Su amante aguarda, y á Fenisa adora.

Alzó la vista, y el vecino monte
Le ofrece de improviso un caballero,
Dorada emulacion del horizonte,
Con armas de oro que avivó el acero.
Cubierto el andaluz Belorofonte
Del solo manto que adornó primero
La parte izquierda, y della suspendido,
Ni estaba desatado ni prendido.

Templaba tanta luz la sombra vana
De un monte de matices y plumajes,
Vistiendo como suelen de mañana
Al sol recién nacido los celajes.
Pensaba Flora, con mirarla ufana,
Volver al campo sus perdidos trajes,
Y que noviembre armado de colores,
Engaste en plata las doradas flores.

Las armas eran de grabados lazos,
En limpio esp.ajo de luciente pasta,
Sembrada de trofeos á pedazos,
Que en varias listas el acero engasta.
Armó también las cujas y los brazos,
Gozando libre su ejercicio el asta,
Porque el furor seguro le ministre
El duro freno de la caja al ristre.

Era alazán el español valiente,
De cuello corto y pecho dilatado,
De vivos ojos y espaciosas frente,
Igual por los ijares y el costado;
Caderas anchas, la canal pendiente,
En rostro y manos por igual tocado,
La piel con manchas pardas y redondas,
La cola riza, y el copete en ondas.

Gallardo y presto descendió á lo llano,
Y el sol gozó mas libres sus espejos;
Volviendo á sus cristales el verano,
Turbóle el resplandor de los reflejos.
Desata con presteza el rabicano,
Ligero Anaberto, aunque la ve de lejos,
Y conocer no pudo á la guerrera,
Porque calada trujo la visera.

Creyendo que Gerardo se avecina,
El duro trance del combate apresta;
A morir ó vencer se determina,
Con rostro igual á la fortuna opuesta.
Fundado engaño fué lo que imagina,
Porque era Laura varonil dispuesta,
Y en armas tal, que fué de su hermosura
Ociosa espada la belleza pura.

Con voz severa y resonante grito
A Laura dice el Catalan robusto:
«Aquí tendrá soberbio tu delitto
Con este acero su castigo justo.»—
«El que mereces, bárbaro, remito,
Responde Laura, y vengador injusto,
A mí luciente espada, que teñida
Podrá en tu sangre dividir tu vida.»

Esto diciendo, con el hierro toca
Al que en volar con ligereza insiste,
El freno sobre el ristre se coloca,
Y al fiero Anaberto sin tardar embiste.
Hallóse como el mar la opuesta roca,
Que sus hinchadas máquinas resiste;
Estuvo quedo, aunque el encuentro pudo
Romper la resistencia del escudo.

Qual suele el toro entre cenizas pardo,
Que bebe los cristales de Jarama,
Sintiendo el golpe del harpon gallardo,
Arena y sangre por igual derrama,
Y al rústico ofensor, medroso y tardo,
En los agudos cuernos encarama;
Así del golpe á la guerrera noble
Anaberto vuelve recompensa doble.

Con mas que humanas fuerzas acomete
Por el siniestro lado á su contrario,
Partiendo con el golpe del almete
La dura cresta y el plumaje vario.
Pasa y revuelve el bárbaro ginete
Como diestre bridon, que de ordinario
Lleva, sintiendo el bierro en las ijares,
Las manos sueltas y los pies á pares.

Por el opuesto lado se adelanta,
Y el duro golpe segundar pretende,
Y cuando el brazo indómito levanta,
El acerado escudo la defiende.
Libró la vida de inclemencia tanta
La furia misma que la vida ofende,
Porque era carga, y estorbó la herida
La débil fuerza y la contraria unida.

Dejó el primero golpe á la guerrera
Privada un breve tiempo del sentido,
Y entre los rizos de oro y la visera
El carmin de la sangre entretejido.
Volvió á su ser, y con violencia fiera
Le tira al Catalan embravecido
Tal revés, que al acero que le impide
En mayores pedazos le divide.

Llególe al hombro y al siniestro cuello,
Que en ira y fuego aquel volcan sustenta,
Y por las crespas ondas del cabello,
Ardiente sangre con furor revienta.
El fértil campo del cerrado Vello
Surcó en la espalda, que dejó sangrienta,
Bajando della con violenta furia
Del ciego polvo á mitigar la injuria.

Cuando sintió la penetrante herida
El hijo de Aglansol, y en la estacada
Miró su sangre, sin piedad vertida,
Ciego, á dos manos levantó la espada.
Pensó que, vengadora y homicida,
Cortara en la belleza malograda
La hermosa flor á que ayudar pudiera
La envidia de la verde primavera.

Quedó para otro golpe reservado,
Y al fin de breves años florecientes,
Y el brazo vengativo acelerado,
Sacó centellas del almete ardientes.
Quedó el sentido atónito y turbado,
Y á oscuras vió planetas mas lucientes
Que esconde el sol, y entrambas riendas sueltas,
Dió sin querer á la estacada vueltas.

Pensó el robusto Anaberto que tenía
Seguro el fin de la batalla incierta;
Y así, con negligente valentía
Ni herir pretende ni á matar acierta.
Y en Laura apenas el sentido abría
A la primera luz confusa puerta,
Cuando sintiendo á su enemigo ufano,
Firmó la vista y apretó la mano.

A un tiempo aplica el ímpetu y espuelas
Al limpio acero y cordobés gallardo,
Diciéndole: «Soberbio, ¿qué recelas,
Y estás agora perezoso y tardo?
No te valdrán tus mañas y cautelas,
Opuestas á los brazos de Gerardo;»
Y el filo, sin oír lo que responde,
En el siniestro lado se le esconde.

Sintiendo el Catalan que penetraba
Por nueva senda la enemiga punta,
El rabican ligero fatigaba,
Torpe en huir el daño que barrunta;
Y apenas no seguro se libraba
Del fiero golpe que al vivir apunta,
Cuando dice con gritos vengativos,
Afirmados los pies en los estribos:

«Presto verás de mis robustos brazos
Tu justa paga, morador del Turia,
Y de Fenisa hermosa los abrazos
Hallarán el castigo de su injuria.»
No dijo mas, y quebrantó en pedazos
Las dobladas acciones con la furia,
Y en vez de conseguir tan ciertos fines,
Besó burlado las revueltas crines.

No se detuvo, no, que con presteza
La espada vuelve levantada en alto.
Procura, hermosa Laura, á su floresta
Huir el cuerpo con ligero salto;
Mas no es posible, no, que la certeza
Del fiel decreto, con violento asalto,
Por la parte del tiempo mas florida,
Escalas pone al muro de tu vida.

Al yelmo llega con fatal destreza,
Habiendo roto con violencia presta
Del gran plumaje el acerado trozo
Que en guarda tuvo la dorada cresta.
Desata de los pernos el rebozo,
Y al último suspiro que se apresta
Le da lugar, y con la sangre junto
El cuerpo sigue pálido difunto.

Tendido yace helado en la espesura,
Marchitas con las sombras sus colores,
Que ya vengados lloran su hermosura
Del sol los rayos, y de abril las flores:
Y al vencedor soberbio, que procura
Gozar el dulce fin de sus amores,
Muerto el rival, así le dice cuando
Llega á mirarla, de furor bramando:

«¡Oh vencedor! erraste el vencimiento,
Mas no es hazaña de menor estima,
Que si es venganza este dolor que siento,
Mas á mi dueño que su mal lastima.
Si ver mi vida en el postrero alimento
Tu altiva presunción dobla y anima,
Razon te sobra, pues venciste agora
La que fué de Gerardo vencedora.

»Rendiste una mujer en la campaña,
Despojo fiel de tu enemigo fuerte,
Y puedes con el lauro desta hazaña
Honrar tus sienes y alabar tu suerte.
Mas si á Gerardo sigue desde España
Fenisa enamorada hasta la muerte,
¿No ves que es hombre, y que muriendo Laura,
El muerto amor de entrambos se restaura?

»Quitar pensaste la ocasión forzosa
Del ciego amor de tu adorada ausente,
Y con errada mano licenciosa
Quitaste tu remedio solamente.
De heridas muero, sin morir celosa;
Tú morirás del mal que el alma siente;
Que es desigual castigo de los cielos
Matar con filos ó morir con celos.

»Rendida estoy; que lo confiese baste
Para mover un pecho noble y sabio
A no decir jamás que me mataste
Al dueño de mi justo desagravio.
Si sabe que la vida me quitaste,
Querrá á Fenisa por vengar su agravio,
Y lo que amor no puede, siempre alcanza
La tema que comienza por venganza.

»A ti también ¡oh vencedor! te importa
Si con callar excusas dos batallas;
Y si tu espada en la palestra corta,
A la de amor no se resisten mallas.
Si tu arrogancia vana se reporta,
Y altivo vencedor vengado callas,
Podrás triunfar del daño con que luchas,
Que el que sabe callar alcanza mucho.

»Yo parto de la vida satisfecha
De haber desengañado mis aceros,
Que contra el cielo airado no aprovecha
Armar el brazo de ejercicios fieros.
No al triste fin la sepultura estrecha
Te piden mis aceros postrimeros,
Que siempre ha sido en la miseria humana
Ofrenda propia de piedad cristiana;

»Ni parios jaspes que en columnas dobles
La gloria de Semiramis dividan;
Bastan cipreses, álamos y robles,
Que á mudos ecos de dolor convidan:
Letreros sí, que á pasajeros nobles
Piedad atenta con silencio pidan,
Diciendo: «Caminante, ¡qué dilatas
Llorar á Laura, si de amores tratas!»

Esto dijo, y calló suspensa y muda,
Dejando tal con el postrer suspiro
Al fuerte Ansherto, que la muerte duda
A cuál arroje su infalible tiro.
Al fin la punta inexorable aguda,
Entre el carmin que enriqueciera á Tiro,
Aquel gentil espíritu divide
Del cuerpo helado que las yerbas mide.

De altivas ramas y erizados troncos,
Rompiendo á veces el silencio mudo,
Con bajas voces y suspiros roncacos,
Sepulcro breve fabricarle pudo:
Y á veces de los céspedes mas broncos
Sacó el acero rígido desuado
Centellas, que los cuerpos abrasaran,
Si romanas exequias celebraran.

Apenas acabó, cuando revuelve
Y entrambas riendas del caballo toca,
Que atrás medroso de su furia vuelve,
Y el freno arroja la sangrienta boca;
Su fuga el libre rabican resuelve,
Y por el cresponte monte se desboca;
Y cuando el triste dueño le llamaba,
A huir empieza, y en correr acaba.

Tres veces, cuatro y seis corrido mira
El hecho de sus brazos inhumano;
Ya con dolor sin límite suspira,
Rendido al peso del rigor tirano;
Ya se embravece desatado en ira,
Ya reclinado en la derecha mano
El triste rostro, su dolor y mengua
Publica sin ayuda de la lengua.

En todos halla peregrina guerra,
En todos busca el mísero sosiego;
Si abraza el fiel regazo de la tierra,
En vez de flores le produce fuego;
Si al viento entrega el que su pecho encierra,
Huye ligero del cansado ruego,
Faltando entre el silencio y el espanto
Voz á las quejas, lágrimas al llanto.

Dudoso mira el trágico suceso,
Y piensa que le engañan los sentidos;
Revuelve de sus males el progreso
Sus años malogrados y perdidos;
Del triste caso el inculpable exceso,
Los golpes de la espada inadvertidos,
Todo le ofrece su dolor presente,
Que nada olvida quien sus males siente.

De Laura admira el valeroso engaño,
Que dió la vida por librar su amante;
Lamenta su costoso desengaño
Y ver que muere una mujer constante.
Prisiones graves del funesto daño
No dejan que del campo se levante.
Y á la injuria del tiempo descubierto,
Imita triste lo que hiciera muerto.

Por mas que le fatiga su tristeza,
Satisfacerse quiere de que vive,
Y al fin con desusada ligereza
A cumplir lo dispuesto se percibe.
De un sauce plateado en la corteza
Con letras de sus lágrimas escribe,
Y no con hierro, el epitafio breve
Que al tiempo fia que el amor renueva.

El sol negaba su postrera lumbre
Del alto monte á la corona verde,
Y la callada noche por su cumbre
Al valle baja, que las sombras pierdo;
Y Ansherto, con tan justa pesadumbre,
Las manos tuerce y el acero muere,
Y armado, herido, triste, á pié, desea
Llegar si puede á la vecina aldea.

» ¡Qué hiciste, desdichado caballero,
 Consigo triste lamentaba á solas;
 Para esta vil hazaña, del mar fiero
 Surcaste osado las soberbias olas?
 ¡Maldiga el cielo el paso postrimero
 Que diste de las playas españolas!
 No la nao que vistió con tristes señas
 De leños y hombres las desnudas peñas.

» ¡Allí pluguiera al cielo que acabara
 Yo solo, y los demás, con que Fenisa
 Del pérfrido naufragio se escapara,
 Aunque este llanto le convierta en risa!
 Así se queja Ansherto, y no repara
 Que la dudosa lumbre que divisa
 Tan lejos se descubre, que el aurora
 Podrá salir, aunque descansa ahora.

Cansado y flaco, por la sangre mucha
 Que el campo matizó de la estacada,
 Aprieta corre en la penosa lucha,
 Y despacio camina la jornada.
 Solo en el monte el Catalan escucha
 El agua, que bajando desatada,
 Era en las peñas, con romperse quedo,
 Del sol espejo, de la noche miedo.

Siente bramar el tímido ganado
 Alguna vez en los confusos senos,
 Y alentar de los perros el cuidado
 Atentos silbos de sospechas llenos;
 Y á la vista de Ansherto fatigado,
 Furiosos ladran de temor ajenos,
 Y su dolor de mas vecina arguye
 La breve lumbre, que á sus pasos huye.

Cansado, triste y pensativo llega
 De la morada estrecha á los umbrales,
 Y al huésped luego conocido entrega
 El peto, las manoplas y brazales.
 El rústico villano le sosiega;
 Digo que en pluma y blandos cabezales
 Acuesta el cuerpo, y el furor amansa,
 Que el alma solo con llorar descansa.

No quiere que la cena le aperche,
 Y estarse solo por llorar pretende;
 Curarse deja, si, para que viva
 Con él su pena, que la vida ofende.
 Su triste suerte con su engaño priva,
 Y nuevos modos de matarle emprende,
 Y á veces con enojo satisfecho,
 Contento mira su pajizo techo.

Bajaba por los montes la mañana,
 Que el sol envía á sosegar las aves,
 Por ver si templaba su perfil de grana
 Los dulces gritos y lamentos graves.
 Saliendo al fin su diligencia vana,
 Crecen las voces tiernas y suaves,
 Y apresurando al sol, que se apareja,
 Sin tiempo desenlaza la madeja.

Gerardo, que sus pasos acompaña,
 Calaba triste de la selva al valle,
 Sin que en el monte, que su pena engaña,
 Un débil rastro de pisadas halle.
 A Laura busca, por Fenisa baña
 El rostro en llanto, y que forzado calle
 Le obligan juntos sus cobardes penas
 Y el nuevo fuego que abrasó las venas.

Como sucede al mar, que levantado
 Del Norte su inconstante movimiento,
 De súbito, impelido del nublado,
 Brama en sus aguas el opuesto viento,
 Y con las vagas ondas que el pasado
 Dejó erizadas con furioso aliento,
 Se encuentran fieras las que el Sur frecuenta
 Y juntas acrecientan la tormenta;

Así en el pecho de Gerardo, en tanto
 Del muerto amor los ímpetus que llegan
 Luchando con la fuerza del encanto,
 La rota nave de su vida anegan.
 Sus dulces penas en piadoso llanto
 El tierno rostro desatadas riegan,
 Siendo en amor su estrecho cautiverio
 Costumbre en Laura, y en Fenisa imperio:

Supo también en la pasada fiesta
 Del buen Liseno la famosa historia,
 Y el mal prolijo que á Fenisa cuesta
 Tenerle vivamente en la memoria;
 Supo también que á proseguir dispuesta
 Viene la antigua empresa de su gloria,
 Que estamina su desden en mayor precio
 Que de Ansherto el amor burlado y necio.

Juntóse del encanto á la violencia
 Lo que contaba el viejo venerable,
 Y así, su desmayada resistencia
 La mira ya como á sugeto amable;
 Piensa en la antigua y fiel correspondencia,
 Y de Fenisa el hecho tan notable
 Al fin se acuerda, y á pagar se mueve
 Cuando se acuerda el que es deador que debe.

Dudoso entre los brazos del combate
 Dejaba el monte y ocupaba el llano,
 Y antes que el paso el bárbaro dilate,
 Tiró la rienda con violenta mano.
 Los duros miembros comprimidos bato;
 Prendió el aliento diligente en vano,
 Que en él acorta, aunque animarse quiso,
 La suspensión helada de improviso.

Con mas aliento los ijares toca
 Del bayo, que divide la espesura,
 Y argenta fatigado por la boca
 De espuma el pecho, el freno y la verdura;
 Y al dueño mudo la inconstancia loca
 Del vago pensamiento le figura
 Agüeros tristes y presagios ciertos
 Con vivas quejas y remedios muertos.

Cuanto mas se acercaba á la palestra,
 Sintió en los miembros desatarse un hielo,
 Que en su tristeza y confusión le muestra
 Oculta causa reservada al cielo.
 Al fin el noble pecho que le adiestra,
 Venciendo los estorbos del recelo,
 El corto paso indiferente inclina,
 Y al rústico sepulcro le encamina.

Llegó, y mirando los compuestos leños
 Que la hermosura muerta guardaban,
 Ya grandes, ya menores, ya pequeños,
 Con que el remate estrecho componían,
 Alzó los ojos, los antiguos dueños
 De aquellos que eclipsados escondían
 A la confusa noche de su pena
 La hermosa lumbre de tristezas llena.

Leyó, mas no creyó lo que el escrito
 Con mal formada letra publicaba;
 Mas el dolor, sin término, infinito,
 El vengador acero le entregaba:
 Cortó el padron, infamia del delito,
 Que en torpe mengua del guerrero estaba,
 Y luego conoció por el escudo
 Que solo Ansherto levantarle pudo.

Al mal formado túmulo arremete,
 Por ver las ricas prendas que sepulta,
 Y algun alivio á su dolor promete
 El mismo daño que de abrir resulta.
 Cortó la ciega empresa que acomete
 Helado pasmo de inquietud oculta;
 Paró, y volvióse atónito y perplejo,
 La confusion sirviendo de consejo.

Cansado y torpe en el cabello salta,
 Que por montañas ásperas fatiga;
 La tierra le parece que le falta
 Y del hermoso sol la lumbre amiga;
 Y así la muerte al triste sobresalta,
 Que alguna vez á reparar le obliga
 Que amor y pena con fingido efecto,
 Mintiendo resucitan el objeto.

Tres veces por su falda al Apenino
 El sol vislumbres al nacer derrama,
 Y tres, porque reparó su camino,
 Le dió Tirreno su inconstante cama.
 Y el triste con furioso desatino
 Por Laura grita y á Fenisa llama;
 De penas harto y de sustento farto,
 Dejó el caballo con ligero salto.

Al pié de una entonada fuentejilla,
Que sobre guijas místicas pasea,
Y de las luego despeñada brilla,
Con que al sol y al silencio lisonjea;
Tendió los miembros lasos en la orilla
Que alegre y verde conservar desea
Entre jazmines cándidos y rosas
De mayo las pisadas venturosas.

Murmura confiada en el seguro
De unos laureles verdes y sombríos,
Que juntos sirven de apacible muro
Al blando son de los cristales fríos;
Libres de hielo perezoso y duro,
Que en grillos prende los soberbios ríos,
Desatan, cuando el sol entra á cogerlas,
Plata en las aguas, y en la yerba perlas.

Aquí Gerardo suspirando arroja
Con roncadas voces y lamento triste
El mal hallado armén con su congoja,
Que el noble pecho favorece y viste.
Del resto de las armas se despoja,
Que nada el golpe del furor resiste,
Y de su ligazón los fuertes lazos
Despide repartidos en pedazos.

Si en los laureles délficos repara,
Contempla en ellos su verdura eterna;
Si al agua vuelve, como nunca para,
Su eterno curso para el mar gobierna:
En ellos mira su desdicha clara,
Pues derribada ve su planta tierna
En medio de su abril, y en su corriente
Lloró sin agua su adorada fuente.

Apenas divertido y fatigado
De Laura las memorias revolvia,
Cuando el reciente amor, digo el pasado,
Que enciende ahora la ceniza fría,
Del pecho á los sentidos arrojado,
El fuego exhala que el dolor envía,
Porque hay, ardiendo sus congojas locas,
Bastante fuego para muchas bocas.

Con quejas y suspiros enternese
La muda selva, que le escucha atenta,
Y en varios ecos dividido crece
El triste caso, que callando cuenta.
El monte, el valle con silencio ofrece
Inútiles remedios á su afrenta,
Aunque es alivio en la penosa lucha
La sencillez piadosa del que escucha.

Algunas veces divertido mira
El agua pura, que risueña corre,
Otras el cielo, y por vivir suspira,
Que así la vida con temor socorre.
Consigno á sus tristezas se retira
Medroso que el amor violento borre
La muerta Laura, que el salir dilata,
Aunque esta nueva fuerza la arrebatara.

Miraba las pámidas ocasiones
Y aquel villano fin de sus contentos,
Su honor con encontradas opiniones,
Y claros sus culpables fingimientos.
Jamás formó palabras ni razones
En tanta variedad de sentimientos,
Ni oírlos pudo, aunque curioso anduvo,
El mismo tronco á que arrimado estuvo.

Después de suspirar y lamentarse,
Cortó un bastón fúndose de un aliso,
Y para descansando reclinarse,
Del viejo tronco dividirlo quiso.
Con él camina, sin querer pararse,
Y luego se le ofrece de improviso
Una cabaña, que descubre léjos,
Morada de unos pobres zagalejos.

Mudado el rostro y erizado el pelo,
El paso alienta, porque ya la tarde
Mandaba, amenazando con el hielo,
Dejar las selvas al pastor cobarde.
Llegó cuando á las márgenes del suelo
Mostraba Apolo, sin que el mar le guarde,
Pisando de los montes las alfombras,
Menores rayos y mayores sombras.

Apenas los pastores le descubren
En la vecina falda del ribazo,
Cuando en el monte rústico se encubren,
Temiendo humildes su arrogante brazo.
El heno seco presurosos cubren,
Sin ser de sus pisadas embarazo
Saltar las matas sin discurso y pausa,
Dejar su techo por huir sin causa.

Después que del temor la estrecha fuerza
Aquel rigor en pareceres muda,
Y el nuevo aliento reprimido esfuerza,
Si no osadía, por lo menos duda,
Volvieron todos, sin que el miedo tuerza
El rostro á la vergüenza, que le ayuda,
Y á volver el guerrero los obliga
Con blandas señas de piedad amiga.

Llegaron juntos, y corridos miran
La fácil ocasión de sus temores,
Y al mal techado albergue se retiran;
A compasión movidos los pastores.
Al paso de sus lágrimas suspiran,
Que en todos prenden, si es el mal de amores;
Sus pieles ordinarias le reciben,
En que otros muchos descansados viven.

Cenó, porque la vida le propuso
El triste caso, que miraba cerca;
Y así, á mirar por ella se dispuso
La ciega obstinación rebelde y terca.
De mil inciertas fábricas compuso
Del sueño las quimeras, con que alterca;
Y aquí al tormento su cansancio rinda,
En tanto que á cantar vuelvo de Arminda.

El aplazado campo dilatase,
Y en el siguiente día se previno,
Por dar lugar á que el Francés repose
De la molestia larga del camino.
También por todos juntos esperóse
A que el valiente y noble Paradiso,
Sin que á la vida el desangrase ofenda,
Pudiese ser juez de la contienda.

Porque descende el alba hermosa y roja,
Avisan con su luz serena y pura
Que los extremos sin tardar recoja
Los mudos montes á la sombra oscura;
Cuando del sol que su cabello arroja
En mar y sierras igualar procura
La vista alegre, aunque con paso tardo,
Midiendo el campo Florisbel gallardo.

Con armas negras y con plumas blancas
Y una águila sobre ellas por divisa,
Gireles pardos por el pecho y ancas
Del rucio friso, que sus borlas pisa,
Flaba al aire entre lazadas francas
Una pendiente toca, blanca y lisa,
De Arminda prenda, que enlazada y suelta,
Tendida en ala se recoge en vuelta.

Tras él Norberto diligente sale
Con blancas armas y plumajes rojos,
Sin que otro cuerpo su arrogancia iguale
En el primer engaño de los ojos.
Si el fiero aspecto en la contienda vale,
Bien puede asegurarse los despojos,
Vertiendo del caballo, igual al Griego,
La boca espuma, las narices fuego.

Del real palenque descubrió el tesoro
El sol, que entre vislumbres tan diversas
Vistió Milan con escarchados de oro,
Venecia el suelo con alfombras persas.
Reiner y el Duque, con igual decoro,
Cefidos de armas lúcidas y tersas,
Bajaban gravemente á la estacada,
De los rivales fuertes ocupada.

La bella Arminda se mostraba entre ellos;
Que al mismo cielo su belleza admira,
Y otear pudieran sus cabellos
Al sol cobarde, que al nacer los mira.
Sus rubias hebras ó sus rayos bellos
En crespos lazos la prision retira
De trenza igual, aunque prendidas antes
Con grillos de safiros y diamantes.

De muchos, que arrogantes presumieron
 Cansar las armas, alcanzar reposo,
 Confusos y encogidos no vinieron
 El día señalado y peligroso.
 La pretension de todos resumieron
 Y el fin de aquel suceso venturoso
 En estos dos guerreros, que el combate
 Recela cada cual que se dilate.

Dió la postrera seña la trompeta,
 Que manda dar la vida con el viento,
 Y la ignorancia humana lo interpreta
 A honor, reputación y atrevimiento.
 Previenen, porque á tiempo se acometa,
 Los piés ferrados al villano aliento,
 Que apenas suena, y firmes en las sillas,
 Al viento dan los frenos en astillas.

Por el siniestro lado le atraviesa
 Florisbel á Norberto, que bramando
 Sobre él revuelve con ligera priesa,
 Con el desnudo estoque amenazando.
 Aquel soberbio brazo que profesa
 Partir los montes, descendió cortando
 Del yelmo parte y el escudo todo,
 Y á no tenerle, dividiera al Godo.

El duro golpe que se mueva impide,
 Mas luego presuroso le acomete,
 Y la dorada cresta le divide
 Entre el plumaje rojo del almete.
 Impelido del golpe, ardiente mide
 Lo que hay de las caderas al copete,
 Y luego que en la silla se endereza,
 Dividirle pretende la cabeza.

Alzó la espada con entrambas manos,
 Por ver cómo se acaba la batalla,
 Juzgando que á sus golpes inhumanos
 Ni acero basta ni cerrada malla.
 Suspéndense los tiernos cortesanos;
 Arminde triste lamentando caía,
 Y en todos por aplauso ó por estrella
 Movió á dolor la misera doncella.

Creyeron que el encuentro se acabara,
 No hallando el golpe amparo ni defensa,
 Mas si es del cielo él mismo le repara,
 Cuando menos el hombre errando piensa;
 Y así se vió con experiencia clara,
 Pues sin mirar el daño de la ofensa,
 Picando con la espuela inadvertida,
 Hurtó la vuelta y escapó la herida.

Bajó la espada con violencia tanta,
 Que el mismo peso reclinó á Norberto,
 Y al paso que el caballo se levanta,
 Dejó al soberbio dueño descubierto,
 Y al fuerte Florisbel que se adelanta,
 Con mas destreza y con igual acierto
 Goló la punta, y desterró la vida,
 Y para mas de un alma abrió salida.

La grave emulación cayó de Atlante,
 Y el vasto cuerpo sepulró la arena,
 Y la atrevida máquina arrogante
 Rindió los muros al dolor y pena.
 Tendido yace el bárbaro gigante,
 Cumplido en todo lo que el cielo ordena,
 Y si en pié de estatura fué crecido,
 Mayor que siempre pareció tendido.

Como sucede al pino, que en la sierra
 A competir con las estrellas crece,
 Y despues que midió la inculta tierra,
 Mayor que inhiesto al leñador parece;
 Así del fácil vulgo, que se atierra,
 Muerto á la vista popular se ofrece,
 Que el eco soñoliento con porfías
 Despierta en las vecinas serranías.

Lamentan unos el dolor presente,
 Otros gritando aplauden la victoria;
 El Duque del concierto se arrepiente,
 Y Arminde ríe su debida gloria;
 Y en medio del tumulto de la gente,
 Que impide el fiel suceso de la historia,
 A todo el noble vencedor opuesto,
 Píde que el Duque cumpla lo dispuesto.

Con mas dolor que aliento no se atreve
 Al caso vil, por mas que amor se opone;
 Y así, á cumplir lo que á sus brazos debe,
 Resuelto y animado se dispone;
 Y para que á su patria amada lleve
 La prenda cara que en sus manos pone,
 A pesar de la envidia se casaron,
 Y sus alegres dichas celebraron.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Alfonso el síto de Puzol conquista;
 Hace el Francés de su poder alarde,
 No quiere que en el campo se resista,
 Y el muro ordena que su gente guarde.
 Filipo ruega á Alfonso que desista
 De aquella empresa la primera tarde
 Que honradas vió las armas españolas,
 Morir á Pedro y naves en sus olas.

Doraban de Puzol los altos muros
 Del sol los rayos, que al poner los bañan,
 Y de armas coronados, mal seguros,
 Temer pudieron la invasión de España;
 Primero que entre círculos oscuros
 Sombras despegue el monte en la campaña,
 Con varias tiendas ocupadas tiene
 La gente que termina en el Pirene.

En el vistoso campo dividida,
 Al sol aguarda, que corrió sus velos,
 Y entre arbores de oro á la partida
 Sereno día prometió á los cielos.
 Dormía con su ausencia divertida
 La noche al son de humildes arroyuelos,
 Que ahora ríen, y con nueva guerra
 Llamán despues al sol que la destierra.

En medio de las sombras ocupada,
 De Alfonso estaba la orgullosa gente,
 Que hallarse procuraba reparada
 Al duro trance de la luz siguiente;
 Y apenas á los montes coronada
 Salíó de rayos por el mar de Oriente,
 Cuando para volver á nuevo empeño,
 El ocio breve despidió del sueño.

Juntar mandó sus nobles consejeros
 En el palacio antiguo que ocupaba,
 Reliquia de los Cesáres primeros,
 Que el tiempo en sus memorias veneraba.
 En dos gigantes de alabastro fieros
 De jaspes la portada se afirmaba,
 Que en arcos y figuras dividían
 Las que del suelo á su nivel subían.

En dos iguales techos de colunas
 Un óvalo perfecto se descubre,
 Teatro al parecer, aunque en algunas
 Señas que faltan la verdad se encubre.
 Vestida de labores importunas,
 Que el largo tiempo los perfiles cubre,
 Le ciñe una pared, por cuyas piedras
 Los años dejan caminar las hiedras.

Seguro de inclemencias y ríñas
 A un lado se mostraba un aposento,
 Con piedras, en labor tan peregrinas,
 Que en ellas puso la invención su asiento.
 Otras también sin pulimento finas,
 Del techo matizando hasta el cimiento,
 Mostraban, reluciendo en cada parte,
 Lo que obra el cielo, lo que ayuda el arte.

Aquí sentado con real decoro,
 En una rica relevante silla,
 De alarbe plata, sobrepuesta de oro
 De alemanes buriles maravilla;
 Antigua prenda del mayor tesoro,
 Que á los famosos reyes de Castilla
 Dejó con su vitoria milagrosa
 Alfonso, de las Navas de Tolosa;

Después, cuando al infante por sentencia
Del cielo le entregaron la corona
De Aragón, en la osada competencia,
Que Dios excluye y su elección abona,
En feudo de la noble resistencia,
Que su invencible se clama y pregona,
Le dió esta silla el hijo de su hermano,
Que él no aceptó del pueblo castellano.

En otra silla igual, no en la riqueza,
Asiento al Rey Navarro le pusieron;
Enrique y Pedro con menor grandeza
Del fiel consejo los primeros fueron.
Sentada pues la bélica nobleza,
Calló la sala, y sus paredes dieron
Señales, que entre sí confusas luchan,
Si hablaron siempre, de que agora escuchan.

«Este es Puzol, y aquestos los padrones,
Que el tiempo puso, y donde el cielo quiere
Que ponga», dijo Alfonso, mis pendones,
Y verme presto en Nápoles espere.
Allanen mis robustos escuadrones
Los viejos muros, donde Apolo biera,
Ruínas sacras, trágicas memorias,
De Roma un tiempo venerables glorias.

«Aquí vivió en delicias sepultado
El vil Neron, dos veces matricida,
Una llorando el misero Senado,
Su antigua madre en fuego consumida,
Otra inclemente y bárbaro olvidado
Del natural precepto de la vida,
Quitando, porque un nuevo ser le cuadre,
La misma vida que le dió á su madre.

«Aquí también con singular imperio
Vivió reinando, respetado, injusto,
Con mafia y armas el sagaz Tiberio,
Astuto sucesor del noble Augusto.
Y en Baya, para nuevo ministerio,
Las ondas, obedientes á su gusto,
Sufrieron puente, atando en sus alibas
Prefinadas naves como fieras bravas.

«No es este, no, para el dolor presente
El justo honor que el tiempo les previno,
El ser morada, sí, del elocuente
Romano padre y orador latino,
Aquel que sin respeto osadamente,
Con dulce voz, con ímpetu divino,
Orando contra el fiero Marco Antonio,
De serio dió el postrero testimonio.

«Las aguas, que desatan estas cumbres,
Archivos de secretos naturales,
Son por el fuego oculto de sus lumbres,
Remedios blandos de lascivos males;
Y al pié de aquestas altas pesadumbres,
Depósitos de ardientes minerales,
La playa hospeda en misera ruina
Cenizas y memorias de Agripina.

«Allí del campo Eliso se divisa
El verde manto, que cubrió de flores
Abril eterno, que sus falda pisa
En ocio de sus rústicos cultores.
En él del alba la primera risa,
Que lloran mal dormidos los pastores,
Es del alegre sitio el ornamento,
Y á quien primero lisonjea el viento.

«Aquel vecino monte, que el octubre
Afrado roba la postrera fruta,
En sus espacios cóncavos encubre
Aqueña antigua y memorable gruta,
Que agora ufana las cenizas cubre
Entre obra tosca, natural y bruta,
De aquel que fué del celebrado Homero
Segundo en tiempo, y en cantar primero.

«No envidio yo del vencedor Troyano
Los nobles hechos, la clemencia rara;
Al gran Virgilio, sí, la voz, la mano,
Que mis trabajos y armas ilustrara;
Si bien espero que en estilo llano
El tiempo agradecido les prepara
Alguna diligente y breve suma,
De humildes cuerdas y encogida pluma;

«Esta es, invictos Reyes celtiberos
El dulce nido, la querida tierra
En quien promete el cielo á mis aceros
El término fatal de tanta guerra.
Y pues hollais gallardos los linderos
De Nápoles bellísima, que encierra
Al tirano Reiner, ¿cómo seguros
Estáis de nuestras máquinas sus muros?»

Esto diciendo, del asiento parte,
Y manda que el asalto se aperceba;
Los nobles siguen á su invicto Marte,
Y el pueblo clama que glorioso viva.
La gente brevemente se reparte,
Y al ronco son, que su furor aviva,
Escalas ponen, las almenas tocan,
Y envidias nobles á subir provocan.

No aguardan que la presta artillería
Derribe de los muros la constancia,
Y por humilde y llana batería
Seguro paso ofrezca á su arrogancia:
Igual en todos el combate ardia;
Arroja balas el valor de Francia,
Y el español ejército que sube,
Resiste osado su inclemente nube.

El polvo, el humo, el miedo, las heridas,
Ciega, confunde, atemoriza y mata
Los ojos, el valor, la fe, las vidas,
Y todos juntos el vencer dilatan.
Las piedras coronadas y teñidas
De sangre y armas ciegos arrebatan,
Haciendo los cercados lo que hiciera
El fuego, si los muros combatiera.

En todas partes se esforzó el asalto,
Y en todas lucen valerosas pruebas;
Unos arrojan rayos de lo alto,
Otros se acercan con escalas nuevas.
Ninguno teme de osadía falto,
Ni da materia de aparentes nuevas
A victorias dudosas, que á la fama
El mismo orgullo intempestivo clama.

De Enrique y Pedro, excelsos capitanes,
Gallardos siguen la violenta furia,
Navarros, celtiberos, catalanes,
Y el noble pueblo que divide el Turia.
Los gritos, el furor, los ademanes,
La ardiente rabia, la comun injuria
Resisten valerosos los franceses,
En puertas, baluartes y traveses.

La fama singular de tantos hechos
Negó la confusión á la noticia,
Y fué la suerte á tan gloriosos pechos
Mas en vencer que en celebrar propicia.
Los muros combatidos y deshechos,
Del propio asiento con furor desquicia
El gallardo vencer, no industria ó mafia
Del valeroso ejército de España.

Rindieron las sagradas lises de oro
Las bandas, que ilustraban sus pendones,
Que veces tantas fugitivo el moro,
Penetrando miró sus escuadrones.
A nadie guarda el ímpetu decoro,
Y el premio general, que á las naciones
La guerra y la codicia prometieron,
De sangre y robos los motivos fueron.

En tanto pues que el vencedor glorioso
La tierra pisa con la sangre roja,
Y el militar secreto codicioso,
Sin tasa y rienda la ciudad despoja,
Y el fuego explorador, libre y furioso,
Lo mas oculto sin piedad arroja
Al robador violento, que lo busca,
Y al triste dueño con temor ofusca;

Reiner, que resistir gallardo entiende
Las huestes vitoriosas enemigas,
Y al Quinto Alfonso, que reinan pretende
Por leyes de sus armas y fatigas,
Confuso mira, que el derecho ofende,
Con vanas trazas y ambiciosas ligas
De príncipes, que intentan de ordinario
Menguar las fuerzas al mayor contrario;

De aquel mezclado pueblo diferente,
El atrevido ejército, que adiestra,
Mandó que por el campo diligente
Pasase luego concertada muestra.
Tres mil cantones, belicosa gente,
Con fiel gobierno, con valiente diestra,
A su obediencia rige Paradiso,
Que de Lorena en su defensa vino.

Tras él Leocato, capitán lombardo;
Seis mil gobierna milaneses diestros,
El por las armas sin igual gallardo,
Y ellos del arte bélica maestros;
Hermano del guerrero, que á Gerardo
Contrarios hados en su honor siniestros,
Robaron á los brazos de la injuria,
Mas que del mar á la insolente furia.

La gente Ursino gobernaba luego,
Que el sucesor de Pedro sacrosanto,
Sin dar orejas al piadoso ruego,
Del hijo humilde de su anillo santo,
Turbando en todos el común sosiego,
Le dió á Reinier con general espanto,
Tres mil soldados de diversas gentes,
Pagados, inducidos y valientes.

Con armas de oro generoso luce
De Bari el Duque, con tres mil caballos,
Siendo los mas, que liberal conduce,
Amigos, obligados y vasallos:
Robusta y diestra gente, que produce,
Sin que por armas puedan sujetallos,
La Calabria mayor, que el Apennino
Dejó á dos mares natural camino.

Suizos, alemanes y valones,
Que unidos contra los caballos forman
Tan crespos y cerrados escuadrones,
Que puntas, brazos y astas se conforman,
Rigen Anselmo, Astolfo, y los frisonos
Gobierna Ernesto, que en tropel reforman
Cualquier descuido, si las manos prestas
No apuntan y disparan las balistas.

Eran seis mil, y el fuerte Continola
Mil diestros albaneses gobernaba,
Albania, siendo á las edades sola,
Por hombres fuerte, y no por fieras brava.
Otro escuadrón de mil de Ambersa y Nola,
Con paso entretenido militaba
Debajo de la insignia y del amparo
De su caudillo antiguo Sanazaro.

Salió Reinier el último, llevando
Su guarda en torno con lucientes mazas,
Y en tropas de caballos, gobernando
Tres mil ligeros y dos mil corazas;
Franceses todos, que al severo bando
Del príncipe, sin máquinas, ni trazas,
Furiosos eñerran con impulso breve,
Que calma al mismo paso que se mueve.

Pisaba el sol los campos celestiales,
Y hacer lo mismo en Nápoles pudiera,
Pues dió en las armas á su carro iguales
Segundos rayos, que volvió á la esfera.
Mezclados con los suyos naturales,
De suerte el aire su vislumbre altera,
Que el mismo sol de tan confusa duda
Salir espera con la noche muda.

Mandó Reinier que con ligero paso
Partiese de caballos una tropa,
Y antes que el sol repose en el ocaso,
Recoja cuanto en la campaña toca.
En esto un mensajero del fracaso,
Que en un rosillo calabrés galopa,
Y dejando á Puzol, el viento iguala,
Siguiendo el vuelo de la nueva mala;

«Al arma, dijo, capitanes nobles,
Que en esta empresa ocupan y coronan,
Las manos frescos, las cabezas robles,
Y glorias tantas á la edad pregonan.
Mostrad al sol en los aceros dobles
Espejos puros, que el cuidado ahonan
Del uso militar, y en todas partes
Al viento dad banderas y estandartes.

»Poblad de armadas huestes la campaña,
Que agora en breve término diviso;
Puzol os llama, que el león de España
Soberbio os arrebató de improviso.
Tal miedo de su furia me acompaña,
Que en este breve límite que piso,
Entre armas tantas y vecino al muro,
Miro si puedo razonar seguro.

»No cuento la tragedia lastimosa
De incendios, robos, muertes, tiranías,
La bárbara licencia victoriosa,
Los gritos, los encuentros, las porfías;
Malogra allí la honestidad hermosa
Piadosas quejas y razones pías.
Y lágrimas pendientes de la cara:
Remedio con que el fuego se aplacara.

»Aun no contento de gozar la presa,
Partir mañana á Nápoles dispone,
Por ver deshecha la opinión francesa,
Si á su resuelto espíritu se opone.
Para esta incierta y animosa empresa,
Armas previene, máquinas compone:
Solo presumo que se tarda mucho:
Mas ya sus cajas resonando escucho.»

Movida del suceso y del espanto
Que trujo el mensajero diligente,
Quedó la plebe atónita, entre tanto
Que el noble Duque con serena frente,
Vibrando el asta, descogiendo el manto,
Del hombro izquierdo por igual pendiente,
Picó el caballo, y animando á todos,
Apoca la victoria de los godos.

Juntó de sus guerreros singulares
Los que ha probado en ocasiones tantas,
Y las reliquias nobles de los Parec,
Defensa y honra de sus lides santas,
Y á todos les propuso los millares
De amigos muertos, las osadas plantas;
Que ya dejando de Puzol la vega,
Los campos hueñan que el Sebeto riega.

Proponen unos con discursos largos,
Otros con breve priesa los barajan,
Hablar pretenden los mayores cargos,
Y otros sin ellos su razón alajan.
Ni dan satisfacciones ni descargos
De cuantas veces por hablar se ultrajan;
Y al fin se resolvió de la contienda
Que Nápoles ilustre se defiende.

Recógese la gente, y dividida
Ocupa la extensión de la muralla,
Quedando superior y prevenida,
Si Alfonso intenta desigual batalla.
No dejó sin reparo prevenida
Cualquier flaqueza que en los muros halla,
Y fueron pocas, y aunque mas hubiera,
Su caudillo animoso las suplía.

Jamás halló la industria de los hombres
Pertrechos ignorados en la guerra,
De efectos raros, de exquisitos nombres,
Que en su defensa Nápoles no encierra:
Motivos de las glorias y renombres,
Que dará lo distante de la tierra
De Alfonso, pues se alcanza de ordinario
Mayor victoria de mayor contrario.

Llegó la noche, desatando triste
Obscuras sombras, al amante boñas,
Con que ella muda sus engaños viste,
Fiándose de solas las estrellas,
Y el rústico cansado, que desiste
Del fiel trabajo, se rigió por ellas,
Volviendo á ver en casa sus pequeños
Hijos, que cercan los ardientes leños.

Con mas risueña frente, á los collados
Salió tras ella la divina aurora,
Bajando á ver por los vecinos prados
La muda selva que su lumbre adora.
Los pájaros cantando enamorados,
El sol aguardan, que sus plumas dora,
Y como son amantes sin recelo,
Al día piden que amanezca al cielo.

Seguía los pasos de su hermosa lumbre
El vencedor ejército que asoma,
Unos cubriendo el llano, otros la cumbre
Del verde monte que ensombrece a Somma.
Miraban la eminente pesadumbre,
Que ajeno dueño tiraniza y doma,
Formando de las cajas y trompetas
El son discordante en las estancias peritetas.

El viento de estandartes y banderas
Vislumbre muestra lisonjero hacia,
Fingiendo en las colores verdaderas
Cambiantes visos, que le presta el día;
Y el sol, que de las armas en lumberras
Volvió el acero ufano, componía
De la trémula luz que no reposa,
Molesta confusión, pero vislumbre.

Comienzan los villanos gastadores
A dar principio al trágico ejercicio
Del campo, siendo bárbaros cultores,
Sin aguardar del cielo beneficio.
De Cayo los antiguos moradores,
Temiendo de su patria el desperdicio,
Al huésped nuevo la dejaron toda,
Que en ella brevemente se acomodó.

Igual por todas partes se avicina
Al muro el campo, que cubriendo coge,
Y donde mas el ímpetu le inclina,
Armadas tiendas liberal desocoge.
La gente de los muros encamina
Algunos tiros, sin mirar que escoge
Mal la distancia el miedo a los sentidos,
Y así salieron sin vigor perdidos.

Con trazas, diligencias y reparos
Crecía la estrechez del asedio,
Buscando siempre con designios caros
El combatido pueblo su remedio.
Los breves días, de su lumbre avaros,
A todos fueron peligroso medio,
Cubriendo sus astucias robadoras,
Del mudo sueño las prolijas horas.

Doraba el sol, errante peregrino,
De Acuario helado la morada breve,
Cubriendo su cabeza el Apennino
De secas ramas y erizada nieve,
Cuando del mar por áspero camino
El vago reino diligente mueve,
De flámulas y tiendas coronada
De Alfonso invicto la oportuna armada.

De súbito en el campo se publica
La alegre nueva, y Nápoles confusa
Mira que el contrario múltiple
Gente, que el ocio femenino rehusa.
La armada en tanto, prevenida y rica,
De las navales máquinas que usa,
Fuego en la salva sin parar despidió,
Y en ala el campo de cristales mide.

Por mar y tierra se entabló el aprieto
Del fuerte muro, que temblando gime,
Y el viejo Nava con ardiente afeto,
El mar escombria, la ciudad oprime.
La incierta fama con igual efecto
En todos fuerzas y valor imprime,
Velando entre asechanzas y cautelas
Las nunca fatigadas centinelas.

Estaba el campo en la mitad del día
Sufriendo entre las tiendas de colores
Del seco enero la inclemencia fría,
Y de su escarcha y nieve los rigores,
Cuando avisado Alfonso de una espía,
Llegaron dos compuestos senadores
Del milanés Filipo, que procura
Cortar astuto su inmortal ventura.

Pasaron por el campo, en armas puestos,
En dos bizarras hacas y lozanas,
Joven gallardo el uno y bien dispuesto,
Honrado el otro con tendidas canas;
Las ropas largas, el cabello expuesto
Al pario de las noches y mañanas,
Con dos gorras, cubriendo en su decoro,
La plata el viejo, y el mancebo el oro.

Llegando a los umbrales de la tienda,
Corteses en sus márgenes descendían,
Y porque Alfonso su embajada entienda,
Hablarle luego sin tardanza emprendían.
Entraron, sin lisonjas de la ofrenda,
Con que otras veces conquistar pretendían
Con blanda muestra el ánimo rogado,
Remedio en tantos siglos lamentado.

Si no le ofrecen armas y cristales,
Que su ingeniosa patria templo y labra,
Las suplen con ofrendas naturales
De fiel respeto, sin hablar palabra.
Prendió la admiración sus desiguales
Sentidos y años, esperando que abra
De Alfonso la piedad benigna puerta
Al justo miedo, que callando acierta.

Con dulce agrado, con amiga seña
Mandó que le proponga su demanda,
Y con severidad grave y risueña
Destierra el miedo y al turbado manda.
Después que libre a proponer le enseña
Del grave oyente la acogida blanda,
Y a escuchar el anciano se dispuso,
Así el mancebo sin tardar propuso:

«El gran Filipo, que a Milan gobierna
(Ya pienso que le viste y le conoces),
El que venció desde su infancia tierna
Los duros golpes de la guerra atroces,
Y al claro nombre de su fama eterna,
Que Alfonso justamente reconoces,
Italia tiembla, y en el ancho seno
Cifre cortés sus ondas el Tirreno;

»Conmigo te aconseja ó te amonesta
Que desta empresa bárbara desistas,
Pues toda Europa, por tu mal dispuesta,
Cortar pretende el hilo a tus conquistas.
Francia sus nobles a caballo apresta,
Con armas fuertes, de grabadas listas;
Lorena de sáneos y cantones
Formando está lucientes escuadrones;

»Del noble Tibre los dichosos llanos
El padre universal airado cubre
De esguizaros, tudescos y romanos,
Y a tierra y cielo su rigor descubre.
La inculca gente que en los Alpes canos
Albergues rudos de su nieve encubre,
Marchando a la inclemencia de los cielos,
Coronas pisa de erizadas hielos.

»También los varios pueblos que Liguria
A paga cierta militar conduce,
Vengar pretenden la común injuria
Con justo afecto que el honor produce.
¿Quién no el dolor y concebida furia
A hierro y gente sin tardar reduce,
Cubriendo de armas y ánimos gallardos
Los campos ginoveses y lombardos?

»Bien sabes el valor con que pelea
La gente de Filipo tu enemigo;
El nombre erré, que pues tu bien desea,
Llamarle puedo con razón amigo.
De intento muda, pues tu honor afea
Que ser pretendas por tu mal testigo
Segunda vez sin esperanza alguna,
Que las espaldas vuelva a la fortuna.

»La fuga deste límite apresura,
Y porque en él tu ejército resuelva,
Producen gente, el valle, la espesura,
El seco prado y la desnuda selva.
Y antes que su desdicha ó tu ventura
Con nuevo mal a castigarte vuelva,
Reduce la extensión de tu deseo
Al campo que corona el Pirineo.»

«No pases con tus armas adelante,
Sagaz replica recatado el viejo,
Que siempre lleva del varón constante
Despojos apacibles el consejo.
Bien sé que no hay ejército que espante
(¿Cómo dije espantar?), ni aun que perplejo
Tu no turbado espíritu suspenda,
Teniendo asido al ímpetu la rienda.

»No te propongo ejércitos ni miedo,
Indigno del valor de tus acciones;
Tu mismo bien representarte puedo,
Armado de consejos y razones.
No quiero que con armas y denuedo
En Nápoles coloques tus pendones:
Habrás vencido con benigno Marte,
Y bien, ¿cómo pretendes conservarte?

»Los altos y atrevidos pensamientos
No es justo que se alienten y se midan
Con fines engañados y violentos,
Que el bien seguro al despertar impidan.
Yo vengo en que consigan tus intentos
Cualquier suceso que á la suerte pidan;
¿No ves que con la envidia de la empresa
Serás de todos combatida presa?

»Contentate con ver que tus aceros
Encierran, no contentos ni seguros,
A tantos belicosos caballeros
En esa estrecha cárcel de los muros.
Vencer será imposible sus guerreros
Con fuertes brazos, con encuentros duros;
Volverte puedes, y en la empresa basta
Por premio la victoria que intentaste.

»Tu gente vuelva alegre y vencedora
A ver del Ebro los cristales fríos,
Que ausencia tanta en sus corrientes llora
Mocayo en fuentes que convierte en ríos.
Si no producen por tu bien agora
Alegre fruto los consejos míos,
Tu vida el cielo favorable guarde,
Del justo mal de arrepentirse tarde.»—

«Detente, mensajero, le replica
Severo Alfonso con airado gesto,
Que tu fingido engaño multiplica
En mi furor agravio lo propuesto;
Y si al castigo ilícito se aplica
Mi justo enojo, con razón dispuesto,
Perdone aquí la natural licencia,
La astucia al uno, al otro la insolencia.

»Decid al Milanés que le prometo
En viendo aquestos muros derribados,
Batir los suyos con mayor aprieto
Que lloran hoy los miserios cercados.
Verá el Lombardo con siniestro efeto
Sus mieses y sus campos abrasados
Del fuego mas que en los estivos soles,
De brazos y caballos españoles.

»Ni temo que á su ruego se disponen
Del Alpe frío las naciones vastas,
Ni ver que á resistirme se amontonen
Ferradas parvas de cumplidas astas.
Ni que envidiosos príncipes se oponen,
Hiriendo Apolo sus lucientes pastas,
En que grabando el oro en los arneses,
Se esmeran los buriles milaneses.

»Que mi constancia hará que á su despecho
Italia á mi coyunda se aperciba,
Sin que el rebelde en su paterno techo
Seguro dueño de mi espada viva;
Y no quedando alegre y satisfecho
De ver rendida la ambición sitiva
Del suelo que ilustró el nieto de Anquises,
Al Rey veré de las sagradas lises.

»Agradeced el fuero que os defiende,
El no llevar castigo por respuesta;
Volved al dueño vuestro, que pretende
Mostrar valor á la fortuna opuesta,
Y antes que á Febo los cabellos vende
Del mudo sueño la opresión molesta,
Formar veréis segundos horizontes,
Temblar los muros y tronar los montes.»

Dijo, y apenas de la regia tienda
Ligeros salen con medrosas alas,
Cuando el asalto manda que se emprenda
Con infinito número de escalas.
Primero quiere que su muro ofenda
Horrenda carga de encendidas balas,
Que el bronce arroja, y deja el aire ciego
Confusa exhalacion de ardiente fuego.

Levaron sus tendales las galeras,
Y al aire entregan rojos gallardetes;
Baten el mar iguales y ligeras,
La chusma coronada de bonetes.
Las naves al virar, las cebaderas
Largan con la de gavia y los trinquetes,
Topando el viento en medio del camino
Montañas blancas de cambiante lino.

Las unas sus cañones de cruja
Al muro asestan y sus piedras muelen;
Las otras plomo arrojan á porfia
De un bordo y otro como al viento suelen.
La tierra con el agua competa,
Y el Duque teme que su muro asuelen,
Sintiendo en mengua del incendio griego,
Las piedras rayos, y los aires fuego.

A todas partes diligente acude,
Y es fuerza que socorra á cada parte,
Porque el furor indómito no mude
Su esfuerzo al pecho y el reparo al arte.
Cualquier recelo de temor sacude,
Y aliento en todos por igual reparte,
Movidos del ejemplo y la constancia
De aquel intruso príncipe de Francia.

«¿Qué hacemos, Paradino, le pregunta
Reiner, entre paredes tan estrechas,
Que el hierro vil que á su flaqueza apunta
Las tiene comprimidas y deshechas?
Sus puertas abre, tus guerreros junta,
Y espesas nubes de volantes flechas
El aire rompan leves y emplumadas,
Siguiendo su destrozo las espadas.»

»Mejor será que á desatar te inclines
Al libre viento tus banderas blancas,
Y para conseguir dichosos fines,
El campo cubran las insignias francas;
Y al son de las trompetas y clarines,
Besando el suelo las cubiertas ancás,
Furiosos partan, y revuelvan blandos
Cursieres alemanes y normandos.

»En la campaña, si cualquier robusto
Muestra el valor y no cercado y preso,
Y si al comun estrépito me ajusto,
Forzado y triste mi dolor confieso.
Bien sé que á tu despecho y tu disgusto
Prudente sufres tan culpable exceso;
Sus miedos deja, y animosos vamos,
Que entrambos solos á vencer bastamos.»—

«Tu espada sola, capitán famoso,
Responde Anjous, á conquistar bastara
Cuanto del sol el curso presuroso
Alumbra y ciñe con luciente cara.
Y no con menos ánimo orgulloso
Los filos acerados desnudara,
No solo donde al español estorbe,
Sino en el márgen último del orbe.

»Mas no permite el público cuidado
Dejar aquestas piedras indefensas,
Haciendo oficio de vulgar soldado,
Quien carga obligaciones tan inmensas.
Cualquier portillo estrecho que allanado
De mi contrario tienen las ofensas,
En mi opinion abierto le contemplo,
Las piedras siendo á mi dolor ejemplo.

»Ni es justo que á las manos de la suerte
Se entregue en solo un trance la esperanza,
Que alienta el pecho generoso y fuerte,
Y con paciencia y ánimo se alcanza.
Negarla entrada al miedo de la muerte,
Gozando entre sus olas de bonanza,
Es bien á muchos nobles concedido,
Y á pocos conservarse en lo adquirido.

»Naciones fuertes, capitanes diestros
Defienden el honor de la muralla;
De blanco trigo en los sieros nuestros
Inmensa copia reservada se halla,
Armas, pertrechos, ingenieros diestros,
Sin la infinita tropa de canalla,
Que cada cual atento á su ejercicio,
Dan del suceso favorable indicio.»

Aquí paró, cortando su discurso
Ver que en el muro que se opone á Chaya,
De Alfonso el campo con mayor concurso
Aprisa llama que á aguardarle vaya.
Ligar pudieran su improviso curso
Las voces, que en la parte de la playa
Sonaron, dilatándose con ellas
Penachos de vislumbres y centellas.

Menguaba en los franceses el combate,
Que su caudillo intrépido socorre;
El fuerte acero riguroso bate,
Y noble sangre por el muro corre.
Temiendo que el socorro se dilate,
También el lorenés presto recorre
De la parte del mar la rota frente,
Que ve cubierta de española gente.

Los gritos, las heridas, los destrozos,
Las armas, los encuentros, las congojas,
Las duras astas en menudos trosos,
Las fieras puntas con la sangre rojas,
Las breves vidas de atrevidos mozos,
De ancianos brazos las heridas flojas
Penetran, hieren, crecen, matan, suenan,
Los aires turban y en el mar resuenan.

Crece el valor al paso que resiste
La honrada obstinación que se defiende,
Crece el furor del que animoso insiste,
Y ver el fin de su conquista emprende.
Si el uno atento á su defensa asiste,
En fuego el otro del honor se enciende,
Y así, procuran sin ventaja alguna
Contrarios fines con igual fortuna.

Los dos hermanos, los constantes polos
Del cielo de Aragón y su corona,
Enrique y Pedro, que bastaran solos
A conquistar los campos de Latona,
No con astucia ó militares dolos,
Que el arte en tantos principes abona,
Sino moviendo el ímpetu sus alas,
Animan y frecuentan las escalas.

Llegaron de Fernando los renuevos,
Pisando osadamente sus almenas,
De esguizaros guardadas y súevos,
Venales siempre en cóleras ajenas.
Sintieron tanto los guerreros nuevos,
Que á costa del tributo de las venas
Heridos, como los nemeyos suelen,
Del ya pisado muro los expelen.

Tendido se mostraba en el camino
En frente del hermano generoso,
Helado el cuerpo y el amor divino,
Gozando Pedro de inmortal reposo;
Vestido de la muerte el cristalino
Rostro gentil, y su cabello hermoso
Teñido en sangre, sepulcra la herida
De sus gallardos años homicida.

Turbado Alfonso del mortal suceso,
Vertió sin atender fraterno llanto,
Sin ser culpable su piadoso exceso,
Ni del funesto caso el nuevo espanto.
Al cuerpo llega, y enlazando el peso
Del tronco helado, le suspende en tanto
Que con dudosa voz, turbada y fría,
Así confuso y triste le decía:

« ¡Oh siempre generoso caballero,
Y siempre desdichado hermano mío!
Eterno vivirás, noble guerrero,
Y en mí el dolor de ver tu cuerpo frío.
No culpo, no, de mí contrario fiero
El duro golpe, el insolente brío,
Pues soy quien daba de piedad ajenas,
Al cielo culpas y al castigo penas.

» Dichoso tú, que penetrando agora
Los campos que dividen los planetas,
Desprecias los matices de la aurora,
Que afrontan las colores mas perfectas,
Pues sabes cómo el sol los aires dora,
Y el término fatal de los cometas.
¿Quién duda dél, que cielos y astros pisa,
Que ajeno llanto le convierte en risa?

» Descansa, y logra tu feliz ventura,
Comprada á precio de mortales años,
Alma dichosa, y vivirás segura
De envidias, de lisonjas y de engaños;
Y si esa luz habita limpia y pura,
Eternamente libre de los daños
Que no conoce, ni su hermosa tumbra
De un vil destierro la infeliz costumbre;

» A las orejas pías celestiales,
Que atentas siempre sin estorbo tienes,
Remedio pide á mis llorados males,
Y eterno colmo de seguros bienes.
Pues fueron nuestras suertes designales,
Haré rogando, en tanto que previenes
Igual lugar en este que te encierra,
Que leve sea á tu piedad la tierra. »

CANTO IX.

ARGUMENTO.

Del viento y de las olas combatido,
A Capri llega el animoso Orlando,
Y en el estrecho albergue recogido
De Didimo, le cuenta, descansando,
De Escanderbel, el príncipe temido
De Albania, que en Europa amenazando
Estaba las reliquias de Amurates,
En batallas, asaltos y combates.

Yace al Levante, en hombros del Tirreno,
Capri, de el gran Tiberio ocioso nido,
Por sus frondosos árboles ameno,
Por su verde corona defendido.
De ilustres techos y jardines lleno
Desciendo al mar, que entre sus piés dormido
Las olas deja, que llegaron prestas,
Las unas á las otras sobrepuestas.

En esta siempre alegre y verde sierra,
En la estrechez pobre de una ermita,
Didimo noble su ambición encierra,
Y las paredes rústicas habita.
Cuidados vanos la humildad destierra,
Y con piadoso llanto solicita
Afectos puros, ánimo sereno,
De amor la espuela, y de temor el freno.

La muda noche su estación primera
Pisaba obscura, y con furor violento,
De negras nubes su mayor lumbrera
Cubrió entre nieve el importuno viento.
De sombra y miedo se vistió la esfera;
Sus luces vió prender el firmamento,
Y airado el mar de la insolencia brava,
Del viento á los peñascos se quejaba.

De tantos enemigos asaltado,
Llegó de Orlando el temeroso pino,
De la cobarde luz encaminado
Que entre unas peñas Didimo previno
Con grato amor, con paternal cuidado,
Mostrando á dos barqueros el camino,
Que parten con su vida y sus paredes
El logro de los barcos y las redes.

Apenas llega el fracasado leño
Al corto abrigo de la inculta peña,
Cuando á su arena el prevenido dueño
El hierro corvo sin tardar despeña.
Mostró la luz entre el lluvioso ceño
Del negro monte la quietud pequeña
De Didimo, que escucha atentamente
Gritos del mar y voces de la gente.

Piadoso deja el intratable lecho,
Y al fuego mal cubierto, que dormía
Entre ceniza lenta, á su despecho
Ardiente luz soplando le pedía.
La soñolienta lumbre al mudo techo
Mostró un engaño del vecino día,
Y el aire vago penetrando inflama
En cándido algodón luciente llama.

Oculto sale en una cárcel breve
Antes que el aire su pureza ofenda,
Y á pesar del rebozo de la nieve
Entre unas hayas descubrió la senda.
Con blancos grillos cuando el paso mueve,
La estampa misma impide que descienda,
Y apenas pudo en resistencias tantas
Mover el cuerpo y levantar las plantas.

Al báculo y la luz sus piés entregan
De tan dudosos pasos el gobierno,
Que el viento y nieve, que sus ojos ciegan,
Son de su edad accidental invierno.
Descubre ya los míseros que llegan
El noble viejo, lastimado y tierno,
Y acusa en sí los que plantaron antes
En campo estéril árboles errantes.

Vió preparar los leños, sacudiendo
La blanca tez que sus cortezas baña,
Y con gemidos rústicos midiendo
La luz el tronco, el humo la montaña.
El lento paso del calor ciñendo
La plebe vió, que en torno le acompaña,
En todos siendo el infeliz consumo,
Al cuerpo engaño, y á los ojos humo.

En medio del rumor y la fatiga
Llegó al concurso el viejo venerable:
Pararon todos, que su vista obliga
A mas quietud en el respeto amable.
Por no impedir que el destroncar prosiga
La gente, y el dormido incendio entable,
Hallar cortés al Capitan procura,
Con luz escasa en la tiniebla obscura.

O fuese el traje, ó la mudanza fuese
De rubios crespos á severas canas
Hicieron que con Didimo midiese
Orlando mal las muestras cortesanas;
Mas no porque faltase ni excediese
De aquellas justas ceremonias llanas,
Con que el piadoso Capitan respeta
El hábito y virtud anacoreta.

Cortés y alegre la disculpa admite
De aquella tan forzosa inadvertencia,
Y con debida prostracion repite
Palabras de humildad y reverencia.
Que suba presto, y su estrechez habite
Procura con benigna diligencia,
Y así le dice entre el estruendo ciego
Del vulgo atento á dilatar el fuego:

«Si al mar y al viento, sin firmeza opuesto,
Abrió tu leño y su quietud camino,
Y el soplo mas soberbio y mas molesto
Sirvió á la industria del osado lino;
Si ve el descanso el que miraba expuesto
Su sér, por tantos miedos peregrino,
Al mar airado, que la frente humilla
Alguna vez al surco de la quilla;

»Razon será que al cielo agradecido
En este techo que vecino miras,
Le dé las gracias por haber rendido
Del mal domado piélagos las iras.
Hallarás entre tanto prevenido,
Si destas inclemencias te retiras,
Un lecho que hospedar, si á mas excede,
No tu valor, mas tu fatiga puede.

»No con delicias bárbaras ornado
Publica el yerro del soberbio dueño,
Que en dar descanso al cuerpo fatigado,
No debe nada á la ambicion el sueño.
Aquel prolijo intrínseco cuidado,
Vida del oro, espíritu del leño,
No iguala el sueño de plebeyos viles
Con mas labor, con hilos mas sutiles.

»Cenar podrás el fraternal tributo
Que dan á Dios incultos pescadores,
De nuestra cortedad piadoso fruto,
Y ofrenda de sus pobres moradores.
También el buerto natural y bruto,
A quien los meses sirven de cultores,
Seguro guarda de que el gusto ofendas
Del pardo otoño las sabrosas prendas.»

Al noble viejo agradecido Orlando,
El no esperado ofrecimiento admite,
Y por la inculta senda caminando,
Palabras dulces de amistad repite.
Iba al guerrero Didimo alumbrando,
Sin que jamás de sus pisadas quite
La luz, que al breve techo los adiestra,
Y entre unos troncos el camino muestra.

Llegaron derribándose en el suelo,
Mirando en breve lienzo retratada
La Ester divina, admiracion del cielo,
Que está de sus lumbreras coronada,
Y vivo muestra el virginal recelo
De aquella felicísima embajada,
Con que á alentar su cándida pureza
Bajó de Dios la misma fortaleza.

Con breves gracias le encamina luego,
Donde con secos troncos insolente
Llegar al cielo procuraba el fuego,
En solo destruirse diligente.
En corto espacio, con igual sosiego
Halló defensa en el consumo ardiente,
El frío envuelto en la humedad que bebe,
Penetrado el vestido de la nieve.

La dulce mesa, sin delicias llena,
Le muestra de improviso el aposento,
Y en ella desempeña humilde cena
Aquel modesto y puro ofrecimiento.
Sentóse Orlando, y con templanza, ajena
De ambicion, despidió el segundo asiento
Didimo, no admitiendo ruego alguno
Las no violadas horas del ayuno.

El huésped toma lo forzoso y justo
Para el reparo cierto de la vida,
Que no es servir á la ambicion y al gusto
Oficio natural de la comida.
Ya en el aliento y ánimo robusto
El alma se mostraba agradecida
Al cuerpo y al pacífico sustento,
Que goza sin pension de cumplimiento.

La cena, ni por larga ni molesta,
Perdió de humilde el nombre merecido,
Ni por la copia y diligencia presta,
El dueño de animoso y prevenido.
Quedó sobrando á la invasion expuesta,
De nuevo huésped, si del mar vencido
Llegara, mas la mesa retiraron,
Y al fuego divertidos se quedaron.

«¿No me conoces, capitan gallardo?»
Le dice el viejo: — «En tan piadoso oficio
Tu amor conozco, respondió el lombardo,
Y humilde reconozco el beneficio.» —
«Aquí la muerte, le replica, aguardo
Con diferentes armas y ejercicio,
Yo el senescal, privado sin segundo,
Del reino envidia y fábula del mundo.

»Rompi de sus engaños las prisiones,
Al cielo gracias que decirlo puedo,
Cuando de sus profanas ambiciones
En muertas sombras temeroso quedo.
Temí sus peligrosas confusiones,
Y dando atento entre tan justo miedo
A mas segura empresa la esperanza,
Dejé la sujecion y la privanza:

»Aquel engaño dulce de la vida,
Aquel morir sin esperar la muerte,
Aquella esclavitud agradecida,
Y aquel encanto con lisonjas fuerte,
Aquel reinar la libertad perdida,
Aquella infamia en la dichosa suerte,
Aquel temor, aquella honrosa pena,
Solo feliz á la miseria ajena;

»Que estríbe de la vida el fundamento
En el querer de un vano poderoso,
Y en una voz que la engendró en el viento,
La lengua con afecto licencioso,
En el airado y fácil movimiento
De la vista, tirana del reposo,
Pues de la sierpe, que mirando mata
Esta verdad la fábula retrata.

»Las públicas acciones condenaban
Los que en plebeyos límites vivían;
Los grandes obligados se quejaban,
Y mi poder con su ambición medían.
¡Oh cuántos mi paciencia fatigaban,
Y cuántos con no verme la ofendían,
Siendo al privado, que el favor dispensa,
Rogarle enojo, y no pedirle ofensa!

»Un grave yerro, Capitán, confieso,
Que veces tantas sin remedio lloro,
Si no disculpa tan costoso exceso,
Amor antiguo de los lirios de oro.
Por mi consejo, que acusar profeso,
Juana ofendiendo su real decoro,
Llamó al Francés, que suceder espera
De Alfonso, siendo la adopción primera.

»En estas apacibles soledades,
Con mas quietud y sin fatiga alguna
Adoro destes campos las verdades,
Que no escuchó mi bárbara fortuna.
No inventa cortesanas novedades
La turba, en pretensiones importuna,
Que son entre estos árboles y fuentes
Las aves de mi mesa pretendientes.

»Cuando la blanca luz, alma del día,
Procura ver los campos del Tirreno,
Al sol y á mí, con voces de alegría
Despiertan, reposando el mar sereno.
Los pasos miro de la noche fría,
Que ciega busca deste monte el seno,
Y alegre el sol, vistiendo el horizonte,
Salir al mar y amanecer al monte.

»En este tiempo, que el invierno cubre
De Acuario el techo con escarcha y nieve,
Y el sol tan breves horas se descubre,
Que apenas paga lo que al mundo debe,
Lo que con amenazas el octubre
Mandó guardar en este cerco breve,
Agora gastan sus hamiles dueños,
Al sol que sale en los ardientes leños.

»Cuando despues los árboles y prados,
De flores y hojas el abril compone,
Y á los jardines de la industria armados,
Vestido el campo en lo galán se opone,
Mirar los muertos troncos animados
De una verdad el crédito dispone,
Que á vivir con ejemplo de las plantas,
El cuerpo vuelve entre miserias tantas.

»Miro despues á manos del estío
Morir deshechas las caducas flores,
Y en secas yerbas deponer el brío
La vida natural de las colores;
Y en esto juzga el desengaño mio
La vana dirección de los amores
A una beldad, en duración escasa,
Que el mismo sol que la engendró la abrasa.

»Con estos generosos desengaños
Que advierten los efectos naturales,
La vida pasa sus postreros años,
Menos gallardos, pero mas leales.
Ni envidias temo, ni recelo daños;
Seguro vivo de ambiciosos males;
No hay quien mi gusto en cuanto emprendo altere,
Pues siempre quiero lo que el cielo quiere.

»Mas tú, que de las ondas la inclemencia
Sentiste, preso entre sus brazos fieros,
Sujeto á la dormida diligencia
De pocos y turbados marineros;
¿De dónde vienes, que tu injusta ausencia
Lloran de Anjou los inclitos guerreros?
¿Qué mareas, qué peligros navegaste,
Si entre unas peñas á morir llegaste?»—

«Serví, le díxo, en la primera guerra,
Y en aquella batalla tan gloriosa
De Ponza, gobernando en mar y tierra
La gente de Filipo vitoriosa.
Su paz despues de Italia me destierra,
Cuando con insolencia poderosa,
Ceñido de armas otomanas, miro
Aquel gallardo principe de Epiro.

»Aquel que eternos bronces solicita,
Y teme el Garamanta mas remoto,
Aquel que llama Escandarbel el scita,
Y el católico nombre Castrioto;
Aquel que la piedad antigua imita
Con celo santo y ánimo devoto,
Y osado impide las empresas vanas
Del cielo de las lunas otomanas.

»Despues que en las victorias insolente,
Aquel soberbio principe otomano
Domó de Grecia la gallarda gente,
Con grave yugo y con sangrienta mano;
Despues que á los mandatos obediente
Se vió el postrero César del tirano,
Llorando el orbe aquel incendio ciego,
Que el lustre abrasa del imperio griego;

»El principe de Albania desdichado,
Juan Castrioto, al vencedor entrega
Con nueve prendas su mayor cuidado,
Último aliento en la desdicha griega.
En nueva ley, con paternal cuidado,
Su fiero dueño, con industria ciega
Le fia á quien sus partes desempeñe,
Y armadas letras á su edad enseñe.

»Crióse en el palacio de Amurátes
Robusto, en tanto que piadoso el cielo
La gloria preparaba á sus combates,
Y honrosa libertad al patrio suelo.
Desde el Danubio helado hasta el Enfrátes
Vertió la fama aquel glorioso duelo,
En que al scita y al persa en la estacada
Quitó las vidas su primera espada.

»Al paso de la edad creció el respeto,
Ya general de las escuadras fieras;
Con fuerte diestra y con dichoso efecto
Gobernó de Amurátes las banderas;
Siendo de su invasion primero objeto
Y robo de las manos extranjeras
Misia infeliz, el déspota perdido,
Y su piadoso vencedor vencido.

»La envidia, sombra de gloriosos hechos,
Que los cobardes ánimos levanta,
Mostró su enojo en los fraternos pechos,
Y de su honrado padre en la garganta;
Y cuando ver pudiera satisfechos
Sus nobles triunfos, que á los siglos canta
La misma edad, pensó cortar sus bríos
Con varios y afectados desafíos.

»Temió la muerte aquella ilustre prenda
De los albanos pueblos, que en Italia
A Troya dieron generosa enmienda,
Y glorias á la sangre de Tessalia.
Mirando en una bárbara contienda
Repetir la tragedia de Farsalia,
Del gran Moraba en la ribera verde,
Cobrar el reino procuró que pierda.

»Fué de las armas consejera el arte,
Y con industria, armada de violencia,
Antes que del ejército se aparte,
Hizo escribir, forzado en su presencia,
A un secretario de Sultan, que parte,
Que Albania toda diese la obediencia
A Escandarbel, mandando á quien la rige
Que dé el gobierno al que de nuevo elige.

»Seguido de trecientos caballeros,
Tomó con ellos poseson de Dibra,
Y dando al sol católicos aceros,
Su brazo el asta cautelosa vibra.
No en ella, no, en las armas y guerreros
El fiel suceso de su empresa libra,
Pues no hay poder que su fortuna altere,
Si el hombre reina, cuando el cielo quiere.

»Fiado solo á la divina diestra,
Que sus designios justos encamina,
Sin dar principio á la marcial palestra,
Procura de Amurátes la ruina.
Con modo cauto, con astucia diestra,
Enviar á su primo determina,
Al noble Amesa, que de sí le aparta,
Luego á llevar la simulada carta.

»Creyóla sin discurso el divertido
Bárbaro Capitan, que al punto deja
La antigua Croya al sucesor fingido,
Y luego de sus términos se aleja.
El pueblo alegre, al cielo agradecido,
Fiestas de amor al Príncipe apareja,
Que adversa suerte en la ocasión le puso
En propio reino con gobierno intruso.

»Apenas los ministros otomanos
Con fe sencilla la obediencia dieron,
Cuando, que mueran ó que sean cristianos,
Su piedad y su celo dispusieron.
O fué dureza ó turbación, pues vanos
Los justos medios de equidad salieron;
Y cuando el pueblo á conocerlo alcanza,
Vistió de sangre la comun venganza.

»Habiendo convocado sus vasallos,
Príncipes junta, deudos y vecinos,
Siendo el concurso inmenso de caballos,
Errante habitador de los caminos.
Pudo el amor y la ocasión juntallos,
O impulsos mas gallardos y divinos,
Tan presto, que sin límite campaña
De ilustre gente Epiro la campaña.

»Arianites llegó Topiagolemo,
Que Europa llama capitan Comato
Por los cabellos largos con extremo,
Fiados solo al natural ornato.
Asombro pudo ser de Polifemo
Su cuerpo, y de Amurátes su aparato
De armada gente, que naciendo el día
Al bárbaro tirano desafia.

»Su estado, desde el claro río Eante,
Al Ambrático seno se dilata;
Girando por la costa de Levante,
En términos de Albania se remata.
Y cuando Mahamet, turco arrogante,
Sus lunas pasa de luciente plata
A Epiro, llora las escuadras rotas
Del triunfo de sus armas epirotas.

»Rigiendo armado sus guerreras gentes,
Andreas Topia en su defensa vino
Con Musaquio y Commino, sus valientes
Hijos, y con Tansio su sobrino;
Sus nobles generosos ascendientes,
Riberas del Emato cristalino,
A Croya y á Petrela edificaron,
Y nombre eterno á su valor fundaron.

»La fuerte gente, que en la guerra emplea,
Sus astas vibra, usando los paveses,
Porque el contrario al combatir no vea
Ni el vago resplandor de los arneses.
La fiel provincia, en que domina Andrea,
Bajando de los montes albaneses,
A Epiro deja, y por la tierra llana
Clífe á Epidamo y la menor Tirana.

»Llegó el tercero su sobrino Estrecio,
De Balsa hijo, que entre Croya y Liso
Los campos goza, que con justo aprecio
Robar con armas Amurátes quiso;
Haciendo de ellas varonil desprecio,
Armados se mostraron de improvisio,
Siguiendo los musaquios su estandarte,
Ministros fieros del rigor de Marte.

»Llegaron los hermanos generosos,
Gallardo Nicolao por la guerra,
Y Paulo en armas y actos religiosos,
Honor y fe de su oprimida tierra.
Desde los montes ásperos y umbrosos,
Que el alta Misia en su contorno encierra,
De entrambos son los campos que Banisa
Por blanca arena caminando pisa.

»Vino el gallardo Lucas Zacarias,
Señor de Daino, que sus muros bañan
Del claro Drino las corrientes frías,
Y sus riberas verdes acompañan.
Huyendo de las altas serranías
De Albania, sus cristales desengañan
Que es albanés, si con su eterno giro
Clífe á Dalmacia y fertiliza á Epiro.

»Pedro, español, opuesto á los sultanos,
Sus hijos trujo, Aléjos y Bosdario,
Urro y Mirco, ilustres capitanes,
Siempre terror del bárbaro contrario,
En guerra y paz valientes y galanes,
Y bien se muestra, aunque en suceso vario,
Que dió principio y sangre á sus trofeos
España en los nevados Pirineos.

»Llegaron los dos célebres hermanos,
Lucas y Pedro, que la casa heredan
De aquellos nobilísimos Dusmanos,
Y en cuyas glorias subrogados quedan;
Aquellos, que los hierros otomanos,
Rompiendo libras, porque honrarse puedan,
Los siguen sus vasallos pelagones,
Horror de tantas bárbaras naciones.

»Luego á Estéban Cerniche acompañaban
Con Juan y Jorge, sus valientes hijos,
Cuantos de aquesta gente despreciaban,
Fatigas y trabajos tan prolijos;
Isíricos gallardos, que aguardaban
Con fuerte pecho en escuadrones fijos
La invasion mas violenta que podía
Inundar la turquesca infantería.

»Vino nobleza mucha de Venecia,
Que del Albano monte se deduce,
Con que el dolor y la amistad de Grecia
A tan gloriosa empresa la conduce.
Grandeza tanta de seguir se precia
Al noble Castrioto, que reduce
La grave junta al venerable templo
De Alezio antigua, en la firmeza ejemplo.

»Pasados los forzosos cumplimientos,
Gallardos y conformes ocuparon
De la mayor capilla los asientos
Después que alegremente se abrazaron.
Quedaron todos en silencio atentos,
Y con pladomas muestras escucharon
Al Rey, que á tantos reyes sustituye,
Y Dios á su quietud le restituye.

»Y dijo: «Valerosos herederos
De aquellos que con Hércules osado
A Cólcos habitaron los primeros,
Después que el mar le obedeció domado,
Y fueron sus valientes ganaderos,
Cuando de Gerion robó el ganado,
Sintiendo el monte Albano en las espaldas
Beber sus fuentes y talar sus falda:

»Si veis tan ofendida su nobleza,
Y llorais tan infame cautiverio,
Después que Saladino á la fiera
De un tártaro pastor fundó el imperio,
Alabo tan ilustre fortaleza,
Vida y honor del noble ministerio,
De la gloriosa guerra, en todos varia,
Y al valor albanés hereditaria.

»No su opresion ni su fatiga injusta
Mi pecho agradecido representa,
Pues miro tanta juventud robusta,
Que armada venga la comun afrenta.
La gloria sí de la corona augusta
Del griego imperio, que oprimió violenta
Del Constantino César en la frente
Lo mas del Asia, y lo mejor de Oriente.

»En estos montes que erizados veo,
Saben romper las fieras sus prisiones,
Mas no encerrar con límite el deseo
Los nunca satisfechos corazones.
Ser libre juzga el vulgo por trofeo;
Buscan honor los ínclitos varones,
Que así pretenden con diversa palma
Descanso el cuerpo y opinión el alma.

»La fundacion ilustre Constantina
Guerreros nobles, vuestro acero llama,
Y la soberbia, envuelta en la ruina,
Con mudas voces de su injuria clama.
La sangre propia á la venganza inclina,
Y cuando el ofensor no la derrama,
Si algun agravio su decoro ofende,
Al rostro muestra que salir pretende.

»La hechura vil de Saladino entienda
Que somos griegos, que sus armas nobles
Eternas viven, sin que el tiempo ofenda
La sagrada memoria de sus robles.
¡Qué muro habrá que al embestir defienda
Villanos scitas, en el trato dobles,
De tales brazos, que pudieran solos
Unir reinando los contrarios polos?

»La gente es poca, si mi patrio suelo
Con tanto barbarismo se compara,
Y toda sobra á la invasion del cielo.
Que agravios tantos con piedad repara.
Jamás de su equidad el justo celo
Con armas superiores se declara,
Con menos si, porque el soberbio crea
Que solo Dios por la razon peles.

»En los antiguos triunfos y victorias
De aquellos capitanes, sus amigos,
Por suyas siempre declaró las glorias,
Siendo tan breves armas los testigos.
Si fueron esperanzas las memorias
De tantos y tan rígidos castigos,
Que el pueblo fiel en el temor alientan,
De Dios el brazo sus contrarios sientan.

»Venced, vencid, que la ocasion gloriosa
Ligera el paso negligente huye,
Y el sacro honor en la quietud ociosa
Al noble pecho su descuido arguye.
Vuelva la antigua Albania generosa
Al ser que un fiero bárbaro destruye,
La dulce paz á su descenso vuelva,
Y á ver sus dueños la abrasada selva.»—

»Esto les dijo, en todos infundiendo
Nuevo valor sobre el valor nativo,
Y el yugo de los cuellos sacudiendo,
Vencer prometen al tirano altivo.
Resuena de las cajas el estruendo,
Y con sonido penetrante y vivo,
Aliento fiero y conmocion secreta
Infunde en los caballos la trompeta.

»Ya la venganza el Turco preparaba,
Y Alt-Bajá, su capitan gallardo,
Cuarenta mil caballos alojaba.
Dejando en Drino gente en su resguardo.
El bélico rumor amenazaba
Del rústico temor el paso tardo,
Con que á los altos montes interiores
Llevaban los ganados sus pastores.

»Sus muros examinan las ciudades,
Y atento el labrador á su defensa,
Se oculta en las vecinas soledades,
Y el campo entrega á la enemiga ofensa.
Llamado de tan ciertas novedades
Del mudo sueño, en la quietud suspensa,
Con quince mil guerreros que señala,
El leve viento el Albanés iguala.

»Un bosque ocupa en la vecina frente,
Guiado solo del silencio obscuro,
Formando al punto su callada gente,
De verdes troncos repentino muro.
Apenas á los campos de su oriente
El cabello mostró luciente y puro
El sol, cuando el Bajá su gente ordena,
Y al arma, al arma, en los cuarteles suena.

»Trabóse la batalla con el día
Con tal furor, con tanta diligencia,
Que al hierro en tan reciproca porfia
Victoria pudo ser la resistencia.
El príncipe de Albania se ofendia
De aquella peligrosa diferencia,
Mas ya bajaba del vecino monte
Con su fuerte escuadron Uraconte.

»Y al campo opuesto tan gallardo embiste,
Que el fiero scita, en resistir cobarde,
En no ser presa solamente insiste,
Sin que otro premio en la contienda aguarde.
De cuerpos y armas la campaña viste,
Y antes que baje á descansar la tarde,
A Croya vuelven sus aceros rojos,
Honrados con los bárbaros despojos.

»Quedó con tantas muertes oprimido
Del griego suelo el robador injusto,
Que pide, de sus armas ofendido,
Paz y amistad al vencedor robusto;
Que al cielo justamente agradecido,
Con pecho altivo, con designio justo,
Entrambas prendas al contrario niega,
Y armada gente á la campaña entrega.

»Llamado el Turco de su injuria, vuelve
Segunda vez movido á la venganza,
Y el Asia toda su furor revuelve,
Fiando á muchas armas su esperanza.
Salir en campo el Albanés resuelve,
Que ya el valor acusa la tardanza,
Y en toda Grecia resonaba en tanto
De rústicos clamores el espanto.

»De Escútar llega á la campaña verde,
Cubriendo Mostafá bosques y prados
De gente, en cuyo número se pierde
La cuenta de caballos y soldados;
Y antes que alegre el cielo al sol recuerdo,
Se vieron sus guerreros asaltados
Del Albanés, que aguarda su fortuna
Que Apolo deje la dorada cuna.

»Fué la invasion tan fuerte y repentina,
Que en breves horas con dolor sangriento
Llora el Bajá su misera ruina,
Y Epiro aclama el justo vencimiento.
Bajar á su castigo determina,
De albana sangre el bárbaro sediento,
Y en las insignias trémulas dilata
Sus varias lunas de brillante plata.

»Con número de gentes infinito
Cifó de Esfetigrado las murallas,
Vistiendo con despojos su distrito,
Teatro de tres célebres batallas.
Ya reducido á término finito
Su ejército, y queriendo acreditarlas,
Dejó las armas y perdió la vida,
De tan siniestras suertes ofendida.

»Su triste gente á Mahamet elige,
De imperio tanto príncipe herederero,
Que pide luego que sus armas pierda,
Paz y amistad al vencedor guerrero;
Y el capitan cristiano que dirige
A Dios las nobles glorias de su acero,
Con no quereria, el Tártaro destierra,
Y libre deja su oprimida tierra.

»Moisés en tanto, su mayor caudillo,
Dejando á Dios, á Mahamet se pasa,
Y dando al aire el bárbaro cuchillo,
El campo albano sin piedad abraza;
Y en vez de consentir arado y trillo
En la espalda opulenta, la traspasa
El hierro en plés ligeros y bizarros
Y en las sonantes ruedas de los carros.

»Llegaba apenas del Eante claro
El discolorado guerrero á las arenas,
Cuando su gente sin hallar reparo
Pagó tributo al agua de sus venas.
Salió el dichoso vencimiento caro,
Juntando á tantas glorias tantas penas
Su primo Amesa, apóstata insolente
De la amistad y fe de su pariente.

»Al Turco lleva su familia oculta,
Que luego un grande ejército le entrega,
Y la tralcion, que nada dificulta,
De Dibra presto á las murallas llega;
En una selva de árboles inculta,
Su alevé exceso á la prison le entrega
Del primo, siendo en la experiencia vanas
Las glorias de sus armas otomanas.

»Al Príncipe Albanés llamó el castigo
De su rebelde sangre y ofensora,
Y la perfidia injusta del amigo
Con justo exceso su clemencia llora.
Con cuando á la venganza de enemigo
Pudo salir la espada vencedora,
Salió el perdón, y á la familia presa
Le dió su padre, y al honor su empresa.

»Fué en el culpado afrenta el beneficio,
Y amores de su ausente compañía
Del Turco le volvieron al servicio,
O al miedo de su injusta tiranía.
No se mostraba á Mahamet propicio
El cielo, y castigando su porfía
De honroso triunfo, con presteza rara
Nueva materia al vencedor prepara.

»Feri-Bajá su ejército compuso,
Terror de entrambas Asias y respeto,
Y en muchas armas y guerreros puso
La furia de su Príncipe en efecto.
Partirse de Andrinópolis dispuso,
Cuando en honor ocioso, libre y quieto,
Hallar pensaba á su contrario fuerte,
Con tantas amenazas de la muerte.

»El bosque apenas de Dibrastro pisa,
Cuando el guerrero invicto que le aguarda
Al viento dió la bélica divisa,
Que tantos escuadrones acobarda.
Mostraba al cielo su primera risa
El alba, que á la sed del campo tarda,
Y al pié de un monte con violenta furia
Comienza el hierro su primera injuria.

»Arde el furor, y los valientes brazos
De golpes y armas en el fuego aradian,
Y los deshechos cuerpos en pedazos
Los últimos alientos despedían.
Ya de la tierra con violentos lazos
Los unos á los otros suspendían,
Y por el campo estéril arrojadas,
Ni ofenden ni castigan las espadas.

»Con altas voces y soberbia muestra
Feri gritaba en medio de las iras:
«¿A qué lugar de mi ambiciosa diestra,
Escandabei cobarde, te retiras?
Aquí verás á tu quietud sinlestra
Esa fortuna impróvida que miras
Vecina siempre; así acabó callando,
Que ya le estaba el golpe amenazando.

«¡Oh bárbaro pagano!» le replica
El gallardo Albanés, que alirado y presto
El brazo y lanza á su castigo aplica,
Al noble triunfo sin temor dispuesto.
Con el arnés el bárbaro complica
El fuerte escudo á la invasión opuesto,
Sintiendo el cuerpo á su rigor desnudo,
Flaquezas del arnés y del escudo.

»Al suelo vino el misero gigante,
Envuelto con la sangre y la congoja,
Y el curso de sus venas redundante
Traslada al campo su pintura roja.
Fué del combate término el instante
Que de la vida al bárbaro despoja,
Pues ya la gente por el bosque suelta
A Grecia daba sin honor la vuelta.

»Aquí la noche y mi fatiga piden
Que ponga fin á tan notable historia,
En quien sus raros méritos se impiden,
Con forzosa ambición de tanta gloria,
Y para referir si osados miden
De muertos y vencidos la memoria,
O los números faltan á la cuenta,
O al Turco vidas, ó á su honor afrenta.»—

«¡Oh justa admiración del siglo nuestro,
Asombro de los héroes pasados!»
Responde aquel de espíritu maestro,
Con los piadosos ojos admirados;
«Mi justo espanto en el silencio nuestro,
Y en estos años tristes y cansados
Al cielo gracias doy, que en tanto precia
La fe perdida y la amistad de Grecia.

»Mas ya la noche, despertando el cielo,
A deslucir comienza las estrellas,
Y cobra fuerzas al comun desvelo,
Viviendo el campo cuando mueren ellas;
Y en esta injuria universal del cielo,
Al son de los bramidos y querellas
De viento y mar descansen tu fatiga,
Que á mas ilustre habitacion obliga.»

CANTO X.

ARGUMENTO.

Las lluvias y crecientes desataron
La helada nieve que guardó el enero,
Y al furor de Sebeto peligraron
Las vidas del ejército guerrero.
Arnaldo y Bruno en Nápoles entraron;
Descubren el formal paso al acoro;
Enrique lo desprecia, y Paradiso
A enojo y furia con Orlando vino.

Dormido estaba en medio del invierno
El año, prometiendo su tristeza
Que puede ser aquel rigor eterno.
Pues muerta llora el campo su belleza;
Y atento Alfonso al militar gobierno,
Aprieta en los cercados la estrechez,
Que estando entre sus piedras mal seguros,
Son grillos las almenas de los muros.

Estaba de las nieves coronada
La blanca cuna, en que nació el Sebeto,
Y nueva cumbre en su cerviz formada,
De escarcha y nieve con helado aprieto;
Y el agua con el viento conjurada,
Su blanda lluvia con velos efecto
Arroja, desatando de la cumbre
La riza y cristalina pesadumbre.

El agua, errante espejo de los cielos,
Tendía libre sus valientes brazos,
Y los inculcos y ganchosos hielos
Las peñas desataban en pedazos.
Informes surcos con prestados vuelos
Rompió en su cumbre con soberbios lazos;
Forzando al río que su curso empuña,
Y con lisonjas tantas se despeña.

Sebeto humilde, que la seca arena
Bañar no puede en el ardiente estío,
Soberbio ya con la creciente ajena,
Fué mar primero que naciese río.
Su natural templanza desenfrena,
Llevado del caudal violento y frío,
Y al árbol que antes con molestia floja
Besó los pies, la frente le despoja.

Bramó erizada la veloz corriente,
Y con tropel las aguas detenidas,
El curso retardaban diligente,
Mas á saber que no á correr movidas;
Y con la gravedad de la creciente,
Las aguas naturales oprimidas,
Despiden arrojando en las riberas
El peso de las ondas extranjeras.

Del loco asalto y repentino, mudos
Los fieros animales peregrinos,
Regiones nuevas, sin industria rudos
Vivir prefieren, á morir vecinos.
Sebeto son los árboles desnudos,
Sebeto los arroyos cristalinos,
Sebeto el campo, que insolente bafia,
Sebeto el mar, Sebeto la montaña.

En otro ser la tierra se transforma,
Los montes con naufragio amenazaban,
Y al nuevo mar que la creciente forma,
Riberas para serio le faltaban.
La fuerza con la injuria se conforma,
Y cuando mas sus cumbres despojaban,
Soberbia el agua sin concierto mueve
Con piés de vidrio máquinas de nieve.

Rámas de edificios parecían
Los troncos, y los techos mal formados
De hielos, que las piedras desmentían
A manos de las nubes fabricados.
Era la obscura noche, en que dormían
Su dulce y breve muerte los cuidados,
Y del comun acuerdo suspendidos,
Huyeron al trabajo los sentidos.

En medio pues del general sosiego,
Turbóse el campo con mayor espanto
Que Troya vió del escondido griego
Temblar sus muros y nacer su llanto.
No tan veloz de repentino fuego
Turba asaltada se divide, en tanto
Que el justo miedo que á librarla aspira,
Primero el daño que el peligro mira;

Como el confuso ejército, sintiendo
La no esperada inundacion que brama,
En leños navegantes convirtiendo
La armada tienda y la deshecha cama.
Su fuerza prevenida del estruendo,
Armas, caballos, máquinas derrama
El rio, siendo con furor constante
De espumas locas hórrido gigante.

Primero nadan muchos que despierten,
Otros despiertos al remedio corren,
La turbacion impide que le acierren,
Y en vano atentos el vivir socorren.
Las varias voces y el rumor advierten,
Y el fuerte sitio sin tardar recorren
Los diestros capitanes que de Chaya
Ceñían los jardines y la playa.

Creyendo que intentaba el enemigo
Hacer alguna ofensa en los cuarteles,
Salió el gallardo Alfonso á su castigo,
Cercado de armas y soldados fieles;
Mas ya buscando en su piedad abrigo,
Por un espeso bosque de laureles
Llegaron brevemente los primeros
Confusos y turbados mensajeros.

Sintiendo el capitán noble y piadoso
De sus amigas gentes el estrago,
Y con afecto tierno y generoso,
Dió de la espuela á un alazan cuartago;
Y entrando libre en el peligro undoso,
Desprecia osado del reciente lago
La furia, que conserva embravecida
Tan gran rumor para tan corta vida.

Daba á la noche lúcidos espejos
La nueva luz, que la del sol retrata,
Y del cambiante viso en los reflejos,
Trémula ondea la espumosa plata.
Rindió presente, si temió de lejos
La injuria que del monte se desata
El gran Alfonso, que á vencerla obliga,
Y así les dice en la comun fatiga:

« ¡ Oh fuertes capitanes, nuevo ejemplo
De amor y de constancia generosa,
Honor y lustre del sagrado templo,
Donde en la fama la virtud reposa!
Cuando en miserias trágicas contemplo
La fe en peligros tantos animosa,
Convierto en glorias tan honradas penas,
De España triunfos, de mi amor cadenas.

» Animan destas piedras los temores
Con líquido furor los elementos,
Vertiendo el monte que produce flores,
Soberbios y arrojados movimientos;
Si ya de los trabajos los mayores
Pasados son, si reprimió los vientos,
Domó las aguas, sujetó la tierra,
Mostrando el cielo el fin de tanta guerra;

» No tema, no, vuestra opinion altiva
De hielo y nieve á un insolente parto,
Si deste mar que al campo se deriva,
Ni el daño temo ni el caballo aparto.
Ya cede la corriente fugitiva,
Ya de su vida en el postrero cuarto
Está la noche, y la mañana asoma,
Deste diluvio cándida paloma.

Así les dice, y por el verde monte
Mostraba el cielo, que salir pretendía
El alba, y despertando el horizonte,
Aun no le dora, pero ya le enciende.
Por mas estrecha margen el desmonte
Bajar con el silencio al mar emprende,
Y el agua huyendo, al engañado día
Islas del mar la tierra parecía.

PE-II.

Quedó sin nieve la robada cumbre,
Medrosa y triste la desnuda selva;
Del monte la frondosa pesadumbre
El agua teme que á enojarse vuelva.
Del sol respetan la piadosa lumbre
Las mudas aves, aunque mas la envuelva
En negros arboles la mañana,
De ver sus trenzas por el aire ufana.

Ya por los altos muros que el estruendo
Mas que la ofensa amenazó la frente,
Algun marcial insulto previniendo,
Velaba atenta la turbada gente;
Y con la hermosa luz, que descogiendo
Su manto el día, despertó el Oriente,
El daño escucha, advierte la fatiga
Que á mas asombro que la guerra obliga.

« ¡ Qué aguardas, generoso caballero,
Dijo á Reiner Arunco el Fuerte, cuando
Se muestra el cielo tu mejor guerrero,
Y están por tí sus armas peleando?
¿ Quién vió jamás que con asalto liero
Sebeto humilde bajo desatando
Montes de hielos, donde apenas bebe
La seca orilla en su cristal la nieve?

» Prodigios grandes, memorables casos,
No sin cuidado los dispensa el cielo;
No son comunes, no, tales fracasos,
Ni verse Soma coronar de hielo.
Ni el rio pobre, que con lentos pasos
Apenas lava el conocido suelo,
Trocar soberbio en rústicos hramidos
Lo que era adulacion de los sentidos.

» Aun no sus gentes en quietud se alojan,
Si ves las tiendas por el agua errantes,
Y ya el remanso sin parar deshojan,
Con menos miedo que bebieron antes.
¿ Por qué á vencer á Alfonso no se arrojan
Tus lises, tus caballos, tus infantes,
Y será, pues lo muestra el cielo amigo,
En tí vitoria, lo que en él castigo?—

« Vamos, responde el animoso franco;
Muera la gente indómita española,
Salga el blason de mis mayores blanco,
Arme su gente Arunco y Continola.
Llegóse el día que de Italia arranco
Esta nacion, que peregrina y sola,
No hay armas ni defensa que le estorbe
Querer pisar los límites de el orbe.»

Con cajas sordas, con trompetas mudas,
Por la encubierta entrada desplegaron
Sus armas, que á las márgenes desnudas
Con segunda creciente amenazaron.
No bajan tan espesas y menudas
Las piedras, que su nube desataron,
Como despiden con igual ruina
De astadas armas nube repentina.

No halló en descuido al hijo de Fernando,
Que diestramente tuvo prevenida
Como prudente capitán, juzgando
La forzosa ocasion de la salida.
Ya en las humildes aguas peleando
Por una y otra parte embravecida
Andaba la contienda, y por los vientos
Sonaban los fatales instrumentos.

Juzgando de su parte la fortuna,
Con tal furor embisten los cercados,
Que la presteza igualan importuna
Del viento entre los troncos despojados.
Hallar no piensa resistencia alguna
En armas, en caballos y en soldados,
Con vanas y soberbias presunciones
Aquel mezclado vulgo de naciones.

La muda tierra fatigada gime,
Y hollada en torno con temor se encoge;
El aire vago herido se comprime,
Y en él sus voces con furor desooge;
Las armas suenan y el acero imprime
Su filo ardiente; el humo se recoge,
Y en su fingida noche las tentellas,
Brillando nacen para ser estrellas.

Alfonso, recelando que el combate
Mas que á las fuerzas al honor obligue,
Cargó á la parte, donde Aruco bate
Un débil puesto, en que su gente sigue.
Con tal presteza su invasion rebate,
Y con tal diligencia la persigue,
Que todos al amparo de los muros
Llegaron, ni gallardos ni seguros.

Vinieron con tropel y desconcierto,
Revueltos todos á la estrada oculta,
Y aunque era el paso conocido y cierto,
La ciega turbacion le dificulta.
Con ellos mismos por divino acierto,
Entre el confuso estruendo que resulta
Del miedo y del bulir, Arnaldo y Bruno
Entrar pudieron sin peligro alguno.

Ni mas espacio ni ocasion esperan,
Mirando la ciudad y las murallas,
Y en toda parte atentos consideran
Armas, pertrechos, gente, vitualias.
Era la copia tanta, que pudieran
En vez de asaltos aguardar batallas,
Fiando á la campaña y á las manos
La fiera hostilidad de los romanos.

Viendo el difícil caso, con presteza
Caminan, por si en muros ó reparos
Descubren ó descuidos ó flaqueza,
Que siempre salen al vencido caros.
Es todo cuanto miran fortaleza,
Son los diseños en el arte raros,
Industrias todo y atencion con arte,
Ministros todos del furor de Marte.

Con esta diligencia vigilante,
Calles, murallas cuidadosos giran,
Y sin mover los pasos adelante,
El gran conduto de las aguas miran.
Del tiempo advierten la excepcion constante,
Y aquel trabajo venerable admiran,
Y oculta fuerza en suspensiones tantas
Les deja apenas levantar las plantas.

«No es este, dijo Arnaldo, aquel conduto
Por donde Belisario antiguamente
Dió por camino sólido y enjuto
Abierto paso á la romana gente?
Si vió logrado el generoso fruto
De aquel atrevimiento diligente,
¿Qué nos detiene el miedo del contrario,
Si somos cada cual un Belisario?

«¿Qué sabes tú si el cielo, Bruno amigo,
Con este nuevo caso nos avisa,
Que somos los ministros del castigo
Del gran tirano que sus muros pisa?
A nadie temo cuando voy contigo,
Ningun estorbo mi valor divisa,
Y á pechos nobles por hazañas tales
El tiempo les consagra sus anales.

«El Quinto Alfonso, con trabajo tanto,
Expuesto á las jornadas de los cielos,
Sobre el enero descogió su manto
De blanca nieve y erizados hielos.
Y vió después con singular espanto
Rasgar las nubes sus preñados velos,
Dando osadía y fuerzas á un arroyo,
De humildes fuentes miserable apoyo.

«Miremos pues si el cielo le destina
Mejor suceso y favorable suerte,
Y por industria nuestra se encamina;
Que al fin dichoso en su fatiga acierte.
Ya vence el que á vencer se determina,
No acierta siempre en la ocasion la muerte,
Y acaba honrado el generoso pecho
Que bien comienza, la mitad del hecho.» —

«Entremos presto, Bruno le responde,
Que si las amenazas del abismo,
Este formal en su region esconde,
A mi verdad y amor fuera lo mismo.
Igual á nuestros brazos corresponde
La fama, que el antiguo gentilismo
Con plumas tantas celebró en historia,
Pues no es menor de mi ambicion la gloria.»

Conformes y resueltos sin tardanza
A todas partes miran, previniendo
De tantos enemigos la asechanza,
Que la ciudad andaban discurriendo;
Y viendo la quietud y la bonanza
Que la ocasion estaba prometiendo,
Caminan juntos por la anciana cueva,
Donde el valor y el ánimo los lleva.

Por tanta obacuridad, por noche tanta
Mueven el paso, intrepido y confuso,
Y apenas quiere la dudosa planta
Dejar la huella en que una vez se puso;
Mas cuando su osadía la levanta,
La prevenida mano se antepuso
Al tardo paso, que engañado piensa
Hallar en ella natural defensa.

Así pasean la region obscura
Con duda, suspension y pesadumbre;
Mas los temores vanos asegura
Al fuerte pecho la marcial costumbre.
«Si engañarme el sentido no procura,
Allí despunta entre el horror la lumbre,
Le dice Bruno, cuando apenas arde
Con breve rayo trémula y cobarde.» —

«Sin duda es lumbre, Arnaldo responde,
Mas no es de fuego la que opuesta luce
Alegre prenda, si, del claro día,
Que á ver del sol los rayos nos conduce.»
Juntos caminan pasos y porfia,
Que á dulces parabienes se reduce
Del uno al otro, conociendo luego
Que es luz del sol, y no de oculto fuego.

Apenas reconocen la salida,
Cuando postrados al favor del cielo,
Le ofrecen con piedad agradecida
Lágrimas tiernas de cristiano celo.
Allí el amor de la preciosa vida
Pisaba en libertad seguro suelo,
Y el amor ambicioso se promete
De la incierta ocasion tiempo y copete.

Así contentos y animosos llegan
Al campo, en que los fuertes coliberos
Para asaltar á Nápoles entregan
Al aire triunfos, y su luz aceros.
De verlos todos, admirados ruegan
Que cuenten su jornada los guerreros,
Pues ya por muertos lágrimas haldas
Honraron tristes las exequias pias.

Caminan ellos, y al placer remiten
De ruegos importunos la respuesta,
Y abrazos nuevos al pasar repiten,
Creciendo siempre la ocasion molesta;
Mas no impidió que apriesa soliciten
Llegar al Rey, á quien la fama presta
Llegó primero, y en consejo aguarda
El nuevo caso, que esperado tarda.

Estaba de sus héroes y hermanos
Con armas y consejo prevenido,
Cercado en torno de prudentes canos,
Y no de loca juventud ceñido.
No turba de ignorantes cortesanos,
El gran consejo llenen pervertido,
Siguiendo en las noticias que aconseja
La fábula coman de la corneja.

Llegando pues al grave acatamiento
De tanta majestad, calló la pieza,
Y con modesta voz y grato acento,
El buen Arnaldo á razonar empieza.
«Escucha, Alfonso, á mi verdad atento,
Le dijo levantando la cabeza,
De todas la mayor de sus venturas,
Con que este reino vences y aseguras.

«Después que la creciente de Sebeto,
Siendo del campo rápido castigo,
Tu gente puso en miserable aprieto,
Y dió osadía tanta al enemigo,
Que con acelerado y breve efeto
Sus armas quiso acreditar contigo,
Saliendo en odio del blason de España
Soberbio y animado á la campaña;

»Después que con las lises afrontadas
Volvieron á sus muros las banderas,
Se hallaron nuestras armas empuñadas
Tan cerca, que siguieron las primeras.
Templado ya el furor de las espadas,
Las nuestras entre tantas extranjeras
Lo mismo hicieron, y á la gente unida,
La enemiga ciudad le dió acogida.

»Sus calles y murallas paseamos;
Estradas, cortaduras advertimos;
La gente y bastimentos tanteamos;
Traveses, casamatas discurrimos:
Ya que difícil ó imposible hallamos
Cualquiera expugnación que prevenimos,
El cielo nuestros pasos encamina
Al gran conduto de sus aguas mina.

»Por él entramos sin noticia alguna,
Sujetos al rigor de su contrario,
Movidos del honor que la fortuna
Le dió por esta parte á Belisario.
No fué á tu dicha; ¡oh príncipe! importuna,
Pues sin temor, peligro ni adversario,
Salimos libres de amenazas tantas,
Donde la boca estampo con las plantas.

»Ceñida de arboledas y jardines,
Del antiguo formal yace la entrada,
A quien entrega un monte en sus confines
El agua, á su tributo dedicada,
Y por oculto seno hasta sus fines
Carmina, dirigiendo la jornada
A Nápoles, que aplica sus corrientes
Al importuno censo de las fuentes.

»Por esta parte, capitán glorioso,
Podrás, dejando el prevenido asalto,
Llevar tu gente cuando en mas reposo
Esté su vulgo de tenerle frito;
Y el cielo, á tus fatigas generoso,
Hará que la victoria al sobresalto
Con pasos tan ligeros se adelante,
Que el mismo mal y no el temor le espante.»

Alfonso, agradecido y satisfecho
Del raro caso de la industria nueva,
Responde alegre, sin mostrar el pecho
Cuánto el valor y la ocasión aprueba;
Mas como la ambición vence al provecho,
Y aplauso tanto de su engaño lleva
Gallardo Enrique, el miedo contradice,
Y así al consejo y al hermano dice:

»Después que de tu sangre se vistieron
Por largo tiempo en tan costosa guerra
Flores y escarchas, y los meses vieron
Vestir el año y desnudar la tierra;
Después que con los muros compitieron
Montes de cuerpos, que su campo encierra
De tus guerreros incultos, que agora
Su triste patria sin remedio llora;

»Después que de los vientos y los mares
Sintió tu armada la comun ofensa,
Y la ocasión te fuerza que prepares
A tantos enemigos la defensa;
Después que por los campos á millares
Naciones vierte Europa, ¡recompensa
Los trances, los peligros, la tardanza
Desta ficción la inútil esperanza?

»Son los ejemplos en la guerra inciertos;
Es arte que se muda con los años;
Los libros no, y á veces los aciertos
Pasados son en lo presente daños.
No niego que al ingenio descubiertos
La historia muestra antiguos desengaños,
Que en la comun política convienen
Al uso nuevo que los hombres tienen;

»Mas no se ajusta el tiempo, los motivos,
La ocasión que obligaron al Romano,
Templando los aceros vengativos,
Tomar la industria, y no la armada mano.
Con ciego estudio los discursos vivos
Los muertos quieren penetrar en vano,
Sin ver que el tiempo engendra novedades,
Al paso que se mudan las edades.

»A escala vista ó derribado el muro,
De cuerpo á cuerpo en batería llana,
Es el honor y crédito seguro
Que el brazo adquiere y con la sangre gana,
No por camino incógnito y obscuro,
A quien el sol con diligencia vana
Pretende ver, quitando á la victoria
La luz, testigo ilustre de su gloria.

»Fué dicha accidental, fortuna acaso
De aquestos capitanes el suceso,
Y hallar sin riesgo entre sus armas paso,
Descuido vil y militar exceso;
Y el miedo á veces del siniestro caso
Del mar imita el natural receso,
Pues cuanto humilla en el menguar la frente,
Sobervio se levanta en la creciente.

»¿Quién duda agora que estará de guardas
El gran conduto prevenido en torno,
Con picas, con paveses y alabardas,
Brillando el sol en el marcial adorno?
Con solo detenerlos, acobardas
Los fuertes pechos, que alojó en contorno
El campo, que al asalto se aparejan,
Y á voces te previenen y aconsejan.»—

»No hay mas honor que conseguir la empresa.
Responde Alfonso, ni aborrece el cielo
La noble guerra, que arrancar profesa
Los vanos puntos del infame duelo;
¿Quién, ó por qué conmigo se atraviesa
Con mengua tal, que en el hesperio sucio
Haga en teatro público mi furia
Testigo al sol de que vengó su injuria?

»No afirmo yo que es cierta ni segura
Por esta nueva entrada la conquista
De la ciudad rebelde, que procura
Que siempre á mis combates se resista;
Mas no será prudencia ni cordura
Negar que vuelva á requerir la vista
El sitio, penetrado en los afanes
De dos tan conocidos capitanes.

»Que raras veces acertó el desprecio,
De ardientes años consejero errado,
Y á manos de su altivo menosprecio
Acaba siempre el ánimo engañado.
Cualquier aviso y diligencia precio.
Creyendo que en alguna está librado
El celestial favor, que oculto acierta
Donde el discurso le cerró la puerta.

»El mundo sabe que ánimo y constancia
Es mi blason, y que jamás me admiro,
Por mas que uuldas al error de Francia
Vestir los campos de naciones miro.
Si mi razon opongo á su ignorancia,
Ni un solo paso con temor retiro,
Pues ya por batería ó por conduto
Coger pretendo de la guerra el fruto.

»Después de tanta sangre derramada,
Es bien guardar la que en los brazos queda,
Y el honor de la empresa comenzada
Al tiempo y á la industria se conceda.
Si el cielo muestra á mi sangrienta espada
Camino cierto que seguirse pueda,
Presto verás, ciudad soberbia y loca,
Tu gran descuido y resistencia poca.»

No dijo mas, y luego determina,
Por dar á la invasion tiempo oportuno,
Que salga presto á requerir la mina
Armada gente con Arnaldo y Bruno,
En tanto que la tropa se encamina
Al curso de las aguas importuno,
Y el campo en pareceres se divide,
Y al sol trenzas de luz Diana pide.

En público consejo Paradino,
Dejando de la silla el hospedaje,
Alzó la voz y el ánimo previno,
Que entrambos mueve el recibido ultraje.
«Cuando, le dice, ¡oh príncipe! convino
Lograr el tiempo y procurar que ataje
Tu invicta gente la comun ofensa
Que hacer Alfonso á tus murallas piensa,

»Cuando con roncadas voces te llamaban
Las aguas insolentes y leales
Del misero Seбето, que besaban
Apenas de tus muros los umbrales,
Y cuando sus corrientes despertaban,
Movidas con impulsos celestiales
Los ánimos dormidos, y á porfía
Mostró su frente la ocasión al día;

»Y cuando por gozalla despidieron
Tus muros generosos escuadrones,
Y al aire vagamente descogieron
Banderas y estandartes sus naciones,
Y cuando los aceros prometieron
El logro de sus fuertes corazones;
Con gente poca y atrevida guerra,
En esta noble cárcel los encierra:

»Adonde están los invencibles brazos,
Que en tantas ocasiones dividían
Escudos y lorigas en pedazos,
Y al tiempo y la fortuna se oponían.
¿Qué suerte agora en miserables lazos,
Las manos preude, que prender solían?
Ya miro nuestros triunfos como ajenos,
En mas su honor, y nuestra gloria en menos.

»Ya veo que cercados y oprimidos
Nos tiene con trinchetas y combates;
Los linos de sus naves descogidos
Detienen de su curso los embates.
De gente y municiones prevenidos
Así nos halla, que es razón que trates
De licenciar la mucha que te sobra,
Si aliento á menos reducida cobra.

»Debajo de tu amor y tu estandarte
Militan el honor y la esperanza
De Europa toda, y ¿quieren afrentarte
Tan nobles armas con tan vil mudanza?
Murió el valor, enagenóse el arte
Del uso de la guerra: ¿qué se alcanza
Con brazos, experiencias y victorias,
Adonde afrentan las antiguas glorias?

»Parece que turbados y revueltos,
Por mí el primero con verdad lo digo,
Queremos negligentes y resueltos
Ser presa, y no dolor de tu enemigo.
Salgan los pies de las cadenas sueltos
Del roto muro, anímese el castigo.
Muera el descuido, que prudente llama
El bárbaro desprecio de la fama.

»Si agora aquí tus capitanes juntas,
Para obra digna de sus brazos sea;
Ardiente plomo y herizadas puntas
Velo de desdiseño y vengativo emplea.
Banderas salgan y trompetas juntas,
Y el sol, que por los campos se pasea,
Aceros pise, y el tropel que marcha
Huelle y desate la argentada escarcha.

»Probemos en el campo la fortuna
Como entre muros altos la paciencia,
Por ver si adquiere la osadía alguna
Dicha que no alcanzó la resistencia.
Es siempre á los temores importuna,
Y grata á la atrevida diligencia:
Yo agora ni me agravio ni me quejo,
Pues no la obligo ni obligarla dejo.

»Segunda vez mi parecer repito,
Y muchas mas aquí le repitiera,
Si como con verdades le acreditó,
Con matices retóricos pudiera.
El bien y honor de todos solicito,
Y no será mi espada la postrera
Que ardiente muestre al capitán de España
Mi amor y tu razón en la campaña.

»Y juro por los hechos y memorias
De los invictos duques de Lorena
El sacro honor de sus antiguas glorias,
Que siglos tantos venerado suena,
De no poner Labeo en sus historias,
Con vil hazaña del honor ajena,
Pues cuando mas no pueda, armado y solo,
Saldrémos juntos cuando nace Apolo.»—

«Basta, guerrero lorenés, responde
Soberbio Orlando, pues nobleza tanta
A su gloriosa sangre corresponde,
Y á mucha con los brazos se adelanta.
¿Quién al suceso público se esconde?
¿Quién de las armas trágicas se espanta?
¿Quién da ocasión que con desprecios viles
Tan fuertes capitanes aniquiles?

»¿A quién faltó valor, destreza y brio,
Robusto pecho y en osar valiente?
¿Quién hay, que de batalla ó desafío
Sacó sin lauro la gallarda frente?
¿Qué capitán desde el Danubio frío
No dilató su nombre al lodo ardiente?
¿Quién, excediendo el márgen europeo,
No puso en Asia singular trofeo?

»Veces sin cuento la osadía yerra;
Que la ocasión el tiempo la dispone,
Y el arte generosa de la guerra
De esfuerzo y de prudencia se compone.
Si tan bizarros ánimos encierra
Alfonso agora, y á batir se opone
Los sacros muros, ¿qué fatal ruína
La dura frente á su poder inclina?

»Sus piedras miro altivas y constantes
Mas que el furor de tantas baterías,
Que apenas fueron á mover bastantes
Un corto abrigo de las noches frías;
Gallardos reyes, héroes infantes,
En el discurso largo de los días
No muestran mas que en armas á pedazos
Bruñidas astas y grabados lazos.

»A Pedro, el mas valiente, el mas osado
De España toda, con violencia oculta,
De un golpe entre estos muros fulminado,
En triste y breve tierra le sepulta.
Temor forzoso al fraternal cuidado
Y al campo todo del dolor resulta,
Mostrando á nuestros brazos su congoja,
Pues ya el batir y el asaltar añoja.

»¿Qué mas blason si á Ceitberia vuelven
Perdido el tiempo á los amigos ojos,
Y tantas amenazas se resuelven
En bañar nuestros campos sus despojos?
¿Tan mal entre estas piedras se revuelven
Las astas rotas y los hierros rojos
Tus fuertes defensores, que pretendía
Hallar alguno á su valor enmienda?

»Yo solo con la gente que milita,
O yo sin ella, de Milan gallarda,
Que en vivo afecto y en verdad imita
Al dueño fiel que coronarte aguarda,
Del muro, que robarnos solicita,
Pretendo solo la defensa y guarda;
Verémos estas máquinas y espantos
Si son al hecho como al miedo tantos.»—

«¿Al miedo? dijo, y empuñó la espada
Soberbio y arrogante Paradino:
¿No sabe Italia triste y afrentada
Si aqueste brazo á defenderla vino
Con él? Partido el campo en la estacada,
Hacer que reconozcas determino
Si á mucha costa de tu sangre puedo,
En cuyos techos se aposenta el miedo.»—

»Yo por mi patria, que ninguno afrenta,
Admito el campo, le responde Orlando,
Que no con arrogancia se sustenta
Lo que el valor adquiere peleando.
Primero que ejecutes lo que intenta
Tu enojo ciego, que te está engañando,
Mi espada mira lo que en otros corta,
Y escoge luego lo que mas te importa.»—

«¿Tiempo es agora, célebres guerreros,
Dijo Reiner (y airado se interpuso,
Templando el desacato en los aceros
Del ya tumulto bárbaro y confuso).
Agora es tiempo, ilustres caballeros,
Volvió á decir, y en su lugar se puso.
De vanos retos, de ambiciosa furia,
Dejando libre la mayor injuria?

»A vista de la sangre que los muros
De ajena mano derramados muestra,
¿Queréis que libre de sus golpes duros
Acabe agora de verter la vuestra?
¿Que tenga descansados y seguros
Contrarios tantos la desdicha nuestra,
Volviendo sus venganzas á los pechos,
De envidia mas que de furor deshechos?

»Es la defensa, al parecer segura,
Y en ella sola mi quietud consiste;
No vence quien errando se aventura,
Ni pierde honor el cuerdo que resiste.
Guardar lo propio es ánimo y cordura;
Darlo al suceso, que afrentoso y triste
Al dueño burla, conocido engaño,
Dejar el bien y procurar el daño,

»Y así, guerreros, de mi honor amparo,
Mirad por estas piedras que nos guardan;
Y pues con sangre ilustre las reparo,
En vano sus asaltos me acobardan.
El cerco es largo, el sufrimiento caro,
Socorros nuevos sin peligro tardan,
La gente sobra; el ánimo nos sobre.
Si el orbe todo pretendéis que cobre.

»¿Quién de mi suerte venturosa duda,
Si soy con prendas tantas venturoso,
Y tengo tales brazos en mi ayuda,
Que al miedo hacer pudieran animoso?»
No dijo mas, que ya la noche muda
Mostraba á todos el comun reposo,
Que el lazo cuerpo á sus fatigas pide,
Y el alma entre ellas la mayor despidе.

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Volviendo Ansberto alrado á su porfía,
Le aplaca de Fenisa el desengaño;
Al campo Paradiso desafia,
Castiga Enrique su atrevido engaño;
Fernando llega en el postrero día;
Nápoles siente su forzoso daño;
A Florisbel y á Arminda hospeda y cuenta
Registado de Italia armas y afrenta.

En tanto que otro asalto se apareja,
Y esfuerzo cobra la causada gente,
Y con lo sucedido se aconseja
El cuerdo Alfonso, capitán prudente,
Con mas alegres lágrimas se queja
Fenisa al son de una erizada fuente,
Que sin bastar del cielo el duro aprieto,
Murmura con las guijas en secreto.

Atento escucha el viejo venerable
Al buen Liseno la sangrienta historia
Y el caso tan funesto y lamentable
De Laura, robadora de su gloria,
Y cómo por el monte inhabitable,
Llorando Ansberto la infeliz victoria,
El cielo con suspiros y querellas
Penetra, enterneciendo las estrellas.

También le cuenta que Gerardo estaba
Rendido á la inclemencia del encanto,
Y que buscando su hermosa andaba
Con dulces quejas y piadoso llanto.
Contenta su tardanza lamentaba,
Y alegre el viejo le consuela, en tanto
Que baja el sol, y oculta en la arboleda
Llegar al campo con la noche pueda.

En esto por un valle en que despeña
Un crespado arroyo, que escarchado salta
En el regazo inculco de una peña,
Y el seco prado dividido esmalta,
Descubren un guerrero, que la seña
Antigua y cierta, que jamás le falta,
Les muestra que es Gerardo, aunque Fenisa
En su temblor ardiente le divisa.

Discorre el breve fuego por el pecho
Seguido de un temor ciego y cansado;
Arde el amor contento y satisfecho,
Y helarse siente el corazón turbado.
Aliéntanse las fuerzas, á despecho
Del color fugitivo que robado
El miedo tiene con saber que debe
Volver las rosas que robó á la nieve.

Sentia el mismo efecto el caballero,
Y aprieta sin noticia le encamina
Secreto impulso, natural ligero,
Que al propio bien su corazón inclina.
Atrae de su olvido el duro acero
El tierno imán de la heldad divina.
No dije bien, pues era el fuego ardiente,
Que aun no conoce y en el alma siente.

Llegando con debida cortesía,
Del fatigado bárbaro descendiendo,
Y con turbadas muestras de alegría,
Que el rostro diga su dolor pretende.
Liseno, que en las almas conocía
El mal de entrambos, de las manos prende
Los dos amantes, de que amor rehusa
Oír la queja y admitir la excusa.

«Cesen, les dijo el viejo, las razones,
Que dar Fenisa de tu agravio piensas,
Y menos las disculpas que compones,
Gerardo, moderando sus ofensas;
Pues nunca de acordadas sinrazones
Nacieron tan iguales recompensas,
Que no condenen los terceros sabios
Pedir favores y alegar agravios.

»Pues ya permite el cielo que pasadas
Las tristes horas de la ausencia sean,
Y entrambas navecillas derrotadas
En mar tranquilo su descanso vean;
Pues ya las sierras al invierno heladas,
De mayo los pinceles lisonjean,
Gozad de la bonanza que os permite,
Que el gusto ofende quien su mal repite.

»Al campo vamos, donde el dueño mío,
Alfonso invicto, satisfecho aguarda
Tu brazo, del rebelde desvario
Castigo justo, que culpado tarda.»
Así les dice, y con gallardo brio
Del seco tronco de una encina parda
Desata su caballo, y los amantes
Su paso siguen por el bosque errantes.

A media legua, que en el hondo seno
Del bosque entretenidos caminaron,
Durmiendo el viento plácido y sereno,
Suspiros mal formados escucharon.
Tiró las riendas el sagaz Liseno,
Y todos juntamente se pararon;
Atienden, y el silencio no les deja
Conocer si es bramido, arroyo ó queja.

Volvieron, prosiguiendo su camino,
Y en poco trecho, despertando el viento,
Oyeron un furioso desatino,
Mezclado con suspiros y lamento.
«Este furor soberbio y peregrino,
Fenisa dijo, que en el monte siento,
Donde apenas su rostro enseña Apolo,
No puede ser sino de Ansberto solo.»

Un breve espacio atentos prosiguieron
El desierto camino, y de improvviso
Un solo y triste caballero vieron,
Tendido al pié del tronco de un aliso;
Y al punto que los tres le conocieron,
Volver las riendas al caballo quiso
Fenisa, porque teme que renueven
Antiguas quejas, y las armas prueben.

Gerardo á detenerla se adelanta,
Callando atento el Catalan altivo,
Que ya del suelo sin tardar levanta
El rostro demudado y pensativo;
A entrambos mira, y con soberbia tanta
Procura, sin ayuda del estribo,
Saltar en el caballo, que se olvida
Que está la rienda al pié del tronco asida.

Sintiendo el Rabicano que le oprime
El grave peso, por las riendas tira,
Y al dueño y armas en la arena imprime,
Y el seco monte desatado gira.
Del fiero golpe quebrantado gime,
Y de vergüenza y cólera suspira,
Y con voz arrogante mal formada,
Dijo, empuñando su luciente espada:

« Desciende, caballero de Valencia,
O no descendas, pues mayor ventaja
Pienso tener matándote en presencia
De quien aleva mi verdad ultraja.
No es enojo ni amor ni competencia,
Castigo, sí, de una pasión tan baja,
Que insiste avergonzada con desprecios,
Lenguaje solo para amantes necios.

« Vengarme ahora de los dos pretendo,
Siendo común á entrambos el castigo;
En tí, porque matándote la ofendo,
Y en ella porque adora á mi enemigo.
No ya su honor como otra vez defendo,
Ni al justo abono de su amor me obligo,
A quitar, sí, la vida que sustenta
Con justas quejas mi celosa afrenta.

« Debidamente el tálamo acompaña
Que á la constante Laura adorna y cubre,
Y bien con llanto agradece bañas
La mal compuesta tierra que la encubre.
Fatiga, amante ingrato, las montañas
De la opulenta Génova, y descubre
Cambiantes jaspes, que al honor sagrado,
Si no tu amor, que muestren tu cuidado.

« Apenas las reliquias de la vida
Sintió el difunto cuerpo retirarse,
Y la caliente sangre agradecida,
Poca y turbada procuró animarse;
Cuando en ajenos brazos se te olvida
Un hecho, que pudiera celebrarse
Con justa emulación de las memorias
Que honró de Roma las antiguas glorias.

« ¿Qué aguarda, di, Fenisa, tu porfía,
De quien faltó con vano atrevimiento,
A tí con la verdad que te debía,
Y á Laura con el justo sentimiento?
¿No bastan dos engaños, que podría
Mudar cualquiera dellos el intento
Del mas rebelde amor, si no es que loca
Parezca al alma su inconstancia poca?

« Nunca vertiera la inclemente sierra
De Cuenca el agua que templó el acero,
Con que este brazo en tan injusta guerra
El golpe ejecutó sangriento y fiero;
Mas si esta vaina avergonzado encierra
El no culpado ejecutor, ¿qué espero,
Pues ya mi brazo en tu caduca vida
Mi venganza amenaza y su partida?»

Esto diciendo, por el aire muestra
De Marte el rayo que labró Toledo,
Y con ligero salto la palestra
Pisó el contrario con gentil denuedo.
« Agora, le responde, que mi diestra
Mover, soberbio, con espacio puedo,
Veráse en breve término y distancia
Qué para estos montes de arrogancia.»

Furiosos acometen la batalla,
Y puesto en medio, sin tardar Liseno
Sirvió al furor de respetosa valía,
Y á sus ardientes ímpetus de freno.
« Parad, lea dijo, pues Fenisa calla,
Y no permite que el derecho ajeno
Se envuelva con su agravio, que perdona,
Y tu piedad ¡oh Catalan! abona.»

Gerardo, agradecido á su fineza,
O por mejor decir rendido y preso,
Con dulce fluido de inmortal firmeza
El alma prende y encadena el seso.
« Testigo soy del trato y la aspereza,
Si en esto puede haber culpable exceso,
Con que cerró Fenisa los oídos
A tus lágrimas, quejas y gemidos.

« Y así, valiente Capitán, desiste
De amaria, de vengarla y defenderla,
Pues ni señal de amor en ella viste,
Ni ya Gerardo trata de ofenderla.
Si otra ocasión de enemistad tuviste,
Bien puedes satisfecho no emprenderla,
Pues que el honor y vida se restaura,
Si fué venganza, con matar á Laura.»

« Tomarla aquí pretendo del tirano,
Dijo Gerardo, que atrevido y ciego
Puso en el cielo la insolente mano,
Y osó eclipsar los rayos de su fuego.»
Cuando esto escucha, de Fenisa el llanto
Sintió las plantas, y vistiósse luego.
Y á Gerardo replica: « No es impropio
Vengar ajeno con agravio propio.

« Si Ansberto á Laura le quitó la vida,
A tí pensó Gerardo que mataba,
Y siendo por vengarme tu homicida,
Con mi desdicha misma me obligaba.
Y esto me anima á que resuelta impida
Batalla tan injusta, que se trababa
Por un dichoso yerro que mi suerte
Trocó en acierto y engaño á la muerte.

« Pues sois entrambos nobles y corteses,
Dad al furor indómito reposo,
Que aun desnudar pudiera los arneses
De una mujer el ruego poderoso.
Mirad que á entrambos llaman los franceses,
Y que yo con respeto vergonzoso
Me afrento de escuchar vanos suspiros,
Pudiendo oír de Nápoles los tiros.

« De mí os confieso que me ofende y cansa
Ver los guerreros en acciones viles,
Y en tiempo que la guerra no descansa
Refir por ocasiones femeniles.
Y tú, famoso Catalan, amansa
Este furor, temiendo que aniquiles
Tus hechos valerosos, afrentado,
Tan mal querido como mal vengado.»

Miróla Ansberto en tanto que previno
El modo de su justa retirada,
Siguiendo luego, sin buscar camino,
Del pardo monte la confusa entrada.
No fué, no, su partida desatino,
Ni fué en Gerardo detener la espada
Flaqueza, porque entibaba sus placeres
La afrenta, en que reparan las mujeres.

Con esta suspension de armas forzosa,
Volverse al campo invicto determinan,
Y con ligera vuelta presurosa
A sus armadas tiendas se avencinan.
De Febo apenas la lumbre hermosa
Torció las sombras que con él declinan,
Cuando un gentil guerrero le acompaña
De la ciudad, saliendo á la campaña,

En un ligero bárbaro morcillo
De alegre rostro, que con blanco bebe,
Que si procura el dueño reducillo,
El campo argenta de espumosa nieve.
Era el girel de plata y amarillo,
Con que sutil en el correr se mueve,
Supliendo, por lo mucho que embaraza,
El hierro y la opresión de la coraza.

Vestidas de oro, sin labor ni en talla,
Eran las armas de la luz espejos,
Y el sol turbado á recogerlos halla
Confusos y doblados sus reflejos.
Llegando el viento á sus plumajes calla,
Y mudo piensa, aunque le mira téjos,
Que alegre mayo anticipó sus flores
Con esta primavera de colores.

Así de Alfonso á la vecina frente
De la primer trinchera se presenta;
Dudosa aguarda la confusa gente,
Y al nuevo caso con discurso atenta.
Llegando pues osado y diligente,
Con voz severa, de temor exenta,
Así comienza, en tanto que prepara
Levantar la visera de la cara:

«Si gloria en armas, si memoria y nombre
Os mueve, capitanes generosos,
Y el justo aplauso de inmortal renombre
Desprecia los sucesos peligrosos;
Y si cumpliendo lo que debe un hombre
Al natural amor, que los piadosos
Pechos inclina, que sus reyes amen;
Y hacienda y sangre por su honor derramen;

»Ahora es tiempo, pues al campo os llama
Paradino el guerrero, que en Hesperia
Ha sido, oscureciendo vuestra fama,
De plumas tantas singular materia.
Dióme Lorena la primera cama;
Sangre y honor me dieron sin miseria
De sus antiguos duques los primeros,
Famosos por ilustres y guerreros.

»Llamado vine, y sin llamar viniera,
Del franco rey siguiendo el estandarte,
Y en este amor se funda la primera
Causa que tuve de seguir á Marte;
También me trujo la inclemencia fiera
Con que quisiste Alfonso apoderarte
Del reino ajeno, molestando el dueño,
Que ya reposa con eterno sueño.

»Y así, defendiendo armado en la campaña,
De la verdad movido y satisfecho,
Que no sucedes, capitan de España,
De la difunta Reina en el derecho.
Tiranamente, con violencia y maña,
Sin dar oído al comun despecho,
Intentas profanar los sacros muros,
Que están en manos de Reiner seguros.

»Su rey será, si el cielo no detiene
El curso natural de la justicia,
Qu á veces superior, si nos conviene,
Razones y armas con razon desquicia.
Mas si motivo nuevo no previene,
Dejando libre efecto á la milicia,
De tales brazos su caudillo goza,
Que piensan encerrarte en Zaragoza.

»¿Acaso piensas que el poder igualas
Con moros granadinos y andaluces,
Que visten con volantes y bengalas
De grana y de brocado los capuces?
Pasóse el tiempo que sus ricas galas,
Despojos ciertos, que las rojas cruces,
Vistieron, conquistando su porfía
Los campos de la hermosa Andalucía.

»Del rey glorioso, que sus lises santas
Le dió por armas favorable el cielo,
El muro pisan las temidas plantas,
Honor y gloria del hesperio suelo.
Y cuando no temais grandezas tantas,
Tan gran contrario, su valor y celo,
Francesas armas y el fatal destino
Temed, que está en el campo Paradino.»

Aun no acabó de referir hinchado
Su nombre altivo, cuando al campo sale,
De acero Enrique y de valor armado,
Sin que otro hermano su presteza iguale.
«Espera, dijo, lorenés soldado,
Veremos presto si tu brazo vale
Tanto como esa lengua á tu corona,
Agora defendiendo tu persona.»

Así le dice, y apretó animando
Al rucio cordobés, y al mismo punto
Tendiendo el asta, ejecutó, formando
La voz postrera y el encuentro junto;
Y por el diestro lado atravesando,
Dejar pudiera al contendor difunto,
Si no midieran las divisas francas
Con la celada el campo de las ancas.

Cual suele la pelota, que rebate
Al suelo opuesto, diligente pulso
Prestarle fuerza, que el surtir dilate
La misma resistencia del impulso,
Así en el duro ingreso del combate,
Del fiero golpe el Lorenés compulso,
Volvió gallardo de la silla al centro,
Soberbio y animado del encuentro.

Apenas, recorriendo los arzones,
Volvió al ferrado albergue de la silla,
Cuando rompiendo al Godo los faldones,
Las aceradas launas aportilla.
Hirióte, y afirmado en las acciones,
Del yelmo crespo, que cambiante brilla,
Divide Enrique la eminencia fuerte,
Y roja sangre por las armas vierte.

Sintióse herido el capitan valiente,
Y en sangre envueltos los turbados ojos,
Y con furor indómito impaciente
Remite á los aceros sus ojos.
Alzó la espada, y apuntó á la frente,
Volver queriendo los plumajes rojos,
Mas solo fué de su ademán asombro,
Que erró la cresta penetrando el hombro.

Sintiendo del acero la fiera, sobre
El ligero y ofendido vuelve
El hijo de Fernando, y con presteza
Al lado opuesto el cordobés revuelve.
Hallóle cerca, y con sagaz destreza
A penetrarle el cuerpo se resuelve
Entre el brazal y el peto, en que encerrada
Pensó la malla resistir la espada.

Tan presto ejecutó su movimiento,
Hallando á su contrario sin defensa,
Que á no torear la punta del intento,
No hubiera de la herida recompensa.
No tanto siente el animal sangriento
De alarbé lanza la mortal ofensa,
Como sintió el guerrero en la estacada
La senda nueva que siguió la espada.

Y así, oprimido del dolor se arroja
Al ofensor gallardo, que olvidado
Bajó la espada hasta los puños roja,
Mirando á su contrario desangrado;
Y juntas la venganza y la congoja,
Prestaron para el golpe acelerado
La furia, que es forzoso que prevenga
Quien propia sangre derramada venga.

Rompió la gola, penetrando al cuello,
Y abrió la pasta su violento rayo,
Tejiendo entre los rizos del cabello
La antigua y noble sangre de Pelayo.
Teñido de carmin su rostro bello,
Ni el brazo siente ni el valor desmayo,
Leon de España, que animado ríe,
Si el verde campo con la sangre tiñe.

Picó al caballo, y al contrario apunta
Al diestro lado que miró vecino,
Rompiendo la fatal violenta punta
Por el acero rígido camino;
Y al mismo instante se mostró difunta
La cara del turbado Paradino,
Que del aliento y de la sangre falto,
Volvió la espada levantada en alto.

Perdió las riendas, y siguiendo el peso
Del flaco golpe descendió á la arena,
Vertiendo el cuerpo con mortal exceso
La misma vida entre la roja vena.
Faltó á su aliento el natural receso,
Y la vital union desencadenada
El último suspiro, fiel testigo
Que el alma deja su mayor amigo.

Del muro apenas el confuso llanto,
Y en el opuesto campo su alegría
Pudieron verse, reservando en tanto
A cuál se incline receloso el día;
Cuando de la trompeta el duro canto
Por la vecina cuesta prevenía.
Tristes y alegres para ver de España
La gente que corona la montaña.

Al son de los templados atambores
Seguían de Fernando el estandarte
(Fernando sucesor de las mejores
Prendas de Alfonso, emulación de Marte.)
Entre lucientes armas y colores,
Seis mil de la corona, que reparte
Entre distintos escuadrones bellos,
Que el sol se mira y se divide entre ellos.

¡Il fuertes montañeses, que reprimen
 Las no seguras armas de Gascuña,
 Mil de sus llanos, y dos mil que esgrimen
 La antigua espada, honor de Cataluña.
 Dos mil jinetes de Valencia oprimen
 Caballos moros, y gallardo empuña
 El menos diestro lanza antigua y larga,
 De plata espuelas, y de Fez la adarga.

El ánimo y furor que la trompeta
 Infunde en los gallardos animales,
 Que el ser con tanto exceso lo interpreta
 El vulgo á mas que efectos naturales,
 De suerte los alienta con secreta
 Fuerza, que sus relinchos designales
 Trompetas son que animan y previenen
 Los que del monte á la campaña vienen.

Formaron por el valle descendiendo
 Alegre y repentina primavera,
 Con breve engaño el tiempo previniendo
 Las varias flores que su monte espera,
 Plumas, colores y armas compitiendo
 Con mayo, con el arco y con la esfera,
 O por mejor decir, quieren que evite
 Cualquiera luz, que con su luz compite.

Dudosa admiracion, cuidado triste
 Reparte en los contrarios su venida,
 Y el torpe miedo de temores viste
 El natural recato de la vida;
 Y su glorioso padre, que resiste
 Del blando afecto la piedad debida,
 Con mas aliento espera la victoria,
 Debida á solo el nombre de su gloria.

Habiendo, sin perder la compostura,
 De su paterno amor con dulces lazos
 Dado á Fernando posesion segura
 En el querido albergue de los brazos,
 Sin mas tardanza remitir procura
 La breve dilacion de los abrazos
 A mas espacio, porque dar conviene
 El riguroso asalto que previene.

En tanto que sus armas se aparejan,
 Y la oprimida Nápoles se guarda,
 Y al sol que viene, presumidos dejan
 La muestra de sus ánimos gallarda,
 Y en tanto que los rústicos se quejan
 Del lento paso con que el sueño tarda,
 Discurren solos por el bosque umbroso
 La bella Arminda y su valiente esposo.

Del viejo Reginaldo procuraban
 Llegar á los umbrales conocidos,
 Que millas seis de Nápoles distaban
 Entre arboledas altas escondidos;
 Del sol las altas cumbres coronaban
 Los rayos de la tierra despedidos,
 Porque sin hustrar los horizontes,
 Nacer le vieron y morir los montes;

Cuando por un ribazo, que termina
 El salto de un arroyo, que despeña
 A un pardo risco, que pendiente inclina
 La tosca frente al agua que desgrena,
 La amiga casa, sin pensar vecina,
 Un apacible valle les enseña,
 Y lejos con la luz breve y cobarde
 La muestra el humo al espirar la tarde.

Descubren sus paredes levantadas,
 Que en ellas tuerce un apacible rio
 Las aguas diligentes y argentadas,
 Y el paso enfrena de su curso frio.
 Ceñido de altas hayas y copadas,
 Hace en el valle lóbrego y sombrío
 Silencio blando y dulce recompensa,
 Del sol quitando la mortal ofensa.

Y entonces la inclemencia de los cielos
 Así reprime, y el cristal defiende,
 Que rotas las prisiones de los hielos,
 Al mar el agua sin parar descende.
 Amores cantan, y lamentan celos
 Las tiernas aves, que engañar pretende
 La verde sombra, por robar tirana
 Su natural lisonja á la mañana.

Llegaron los amantes á la puerta
 Que el dueño ocupa, y con sencillo agrado
 Les dió sus brazos y su casa abierta,
 De la familia alegre acompañado;
 Y viendo que la obscura noche acierta
 La muda senda de la cumbre al prado,
 Mandó aprestar la cena, que previene
 Al noble huésped que en su casa tiene.

Con breve diligencia se dispuso,
 Y en limpia mesa, de ambicion ajena,
 Copiosamente la familia puso
 En varios platos la dispuesta cena.
 De frutas invernizas se compuso
 Segundo otoño, de regalos llena;
 Siguió la copia que produce y cria
 El cano mar y la montaña fria.

La rubia espiga con su ofrenda blanca
 Mostraba, oscureciendo los manteles,
 De su divino autor la mano franca,
 Mejor que de la industria los pinceles.
 También el fruto que temprano arranca;
 Y acuesta en verde cama de laureles
 El rústico olvidado delicioso,
 Que darle pudo su licor precioso.

El gran convite, regalado y vario,
 Lograron entre muestras de llaneza,
 Con solo el cumplimiento necesario
 Que pide la comun naturaleza.
 Las ricas copas que al romano erario
 Sirvieran de ornamento y de riqueza
 Pusieron fin, sin ayudar el sueño
 Al franco pecho del cumplido dueño.

Vertióse apenas la postrera espuma,
 Cuando obligado del piadoso trato,
 Su historia Florisbel en breve suma
 Al huésped cuenta con silencio grato;
 Mas no esperó que el tiempo se consuma,
 Debido justamente al dulce rato,
 Cuando de Italia la tragedia fiera
 Le pide Arminda al huésped que refiera.

«Cuéntanos, dice, de mi patria cara
 Desdichas tan sangrientas y notorias,
 La suerte de Reiner triste y avara
 Y del glorioso Alfonso las victorias.
 Que agora cuentas su valor, repara,
 A dos oyentes fieles de sus glorias.
 Empieza pues»; y el viejo eternecido,
 Así del ruego respondió movido:

«Después que del estruendo de la guerra
 Dejé el turbado y ciego movimiento,
 Y en ocio dulce la quietud encierra
 Entre estos montes mi postrero aliento;
 Por ser vecina á Nápoles la tierra
 Que dió á mis techos favorable asiento,
 En estas soledades desperdicia
 La fama inútilmente su noticia.

»Y así podré contaros brevemente
 De tan prolifas armas el suceso
 Con el adorno solo que consiente
 Esta verdad sencilla que profeso.
 Empezaré. Después que vuestra gente
 Tuvo en Gaeta el último progreso
 Que tú alcanzaste, y prisionero fuiste
 Del duque Antonio, que en prision venciste,

»Movió su campo Alfonso victorioso,
 Postrando de Marquisi y de Escapata
 Las fuerzas, y gallardo presuroso
 Intenta que Salerno se combata;
 Rindióse luego, y sin tener reposo,
 De dar asalto á las murallas trata
 De la famosa Cava, que previno
 La industria á Flándes de tejer el lino.

»De allí, fiando al aire sus banderas
 En el silencio tímido noturno,
 Mandó que de sus huestes las primeras
 El márgen acometan del Voltarno,
 Dejando sus orillas y riberas
 Iguales á los campos de Saturno
 El gran furor indómito que baña
 De nuestra misma sangre la campaña.

»No pudo del común Padre romano
La gente, que sus aguas dividían,
Mover las armas, procurando en vano
La natural defensa que pedían.
Al fin huyendo la insolente mano
Del vencedor gallardo que tenían,
Dejó el legado, que guardarse plenos
De las francesas armas la defensa.

»Siguiendo la vitoria, se resuelve
De entrar á Benavento por combate;
Rindió sus muros, y arrogante vuelve,
Temiendo que su gloria se dilate.
Ganó de Ambersa la ciudad, y envuelve,
Sin que Reiner de resistirle trate,
Castillos, armas, pueblos y naciones
Sujetos á sus bandas y pendones.

»Movido pues de la amistad francesa
Tu primo el Duque, generosa Arminda,
Gallardo emprende la costosa empresa
Antes que al Godo el cuello Italia rinda.
Dejó los muros de la antigua Sesa,
Y en un inculto valle, que deslinda
El término á los montes, que sus frentes
Les muestran del Sebeto las corrientes,

»Formó de sus criados y vasallos,
Y de tudescos, suevos y pulleses
Un escuadron, ceñido de caballos
Lombardos, florentines y albaneses;
Y por querer del todo asegurillos,
En seis gallardas tropas de franceses,
Tres mil corazas publicando vienen
El arrogante espíritu que tienen.

»A la primera luz, que la mañana
Tendió confusa por el aire vago,
De la vecina sierra helada y cana,
Bajó de sus cabezas el estrago;
Y la española furia altiva insana
Volvió de sangre miserable lago
Las claras ondas, que volvió el Tirreno,
Por no pagarse de tributo ajeno.

»Al fin quedó sujeto á las cadenas
Del noble vencedor tu honrado primo,
Su gente degollada en las arenas,
Y de Reiner la causa sin ardimiento;
Logrando en tierras fértiles y ajenas
El fruto de sus armas tan opimo,
La hoz metió con venturosa mano
Desde Castellar á Caviano.

»Dió vencedor á las Calabrias vuelta,
Y del francés imperio en la coyunda,
El fuerte fudo desenlaza y suelta,
Y el suyo en armas y en justicia funda.
Con esta brevedad firme y resuelta
Las armas vuelve, con temor que cunda
La gente, por quien da al romano suelo
Honor el mundo, y polestad el cielo.

»No fué temor, sino prudencia astuta
Asegurar las fuerzas de importancia,
Antes que el suelo fiel que le tributa
Molestasen tantos, ayudando á Francia.
No por agravio y deshonor reputa
Del sucesor de Pedro la constancia,
Ni que llamados cubran la campaña,
Milan, Florencia, Génova, Alemaña.

»Con no vencido espíritu quieto
Estas preñadas máquinas desprecia,
De cuyas amenazas el efeto
Temer pudiera victoriosa Grecia;
Y así, animando con ardiente afeto
El uso militar, que tanto precia,
Olvida generoso en su fatiga
Segunda vez la conjurada liga.

»Y sin hallar descanso ni sosiego,
Cercó de Troya los antiguos muros,
Que no con armas del engaño griego
Rindió las fuerzas de sus brazos duros;
Y en vez del riguroso ardiente fuego
De Esforza, los soldados mal seguros
Lloraron de sus manos el castigo,
Perdiendo de los muros el abrigo.

»Quedó rendida la ciudad, y puestos
En dura servidumbre los secuaces
Del Esforcé intrépido, y dispuestos
A estrechas leyes y afrentosas paces,
Dejando asegurados y compuestos
Los pechos, hasta entonces pertinaces;
Y á veces con piedad, sin armas fieras,
Ganaba corazones y banderas.

»Tomó de Capua la ciudad, y embiste
A Sorrento, y siguiendo su fortuna,
Ganó á Puzol, que su furor resiste,
Si hacerle pudo resistencia alguna.
Dejóle apenas desangrado y triste,
Y en brazos del silencio de la luna
Pasó su campo á Nápoles, que espanta
Al sol, que por mirarle se adelanta.

»Cercó la gran ciudad, honor de Europa,
Y nobles tantos con mortal asedio,
Que de armas faltos, de comida y ropa,
Rendirse tienen por forzoso medio.
La humilde gente, que en contorno topa,
Medrosa busca su común remedio,
Colmando del ejército las tiendas,
El monte, el valle, el mar de sus ofrendas.

»Y el triste pueblo, que afligido mira
El logro de sus mieses repartido,
Y que insolente el Español retira
Lo que sembró su dueño prevenido;
De furia brama, de dolor suspira,
Y su francés caudillo combatido
Del nuevo estado en que sus fuerzas halla,
Quiso intentar en campo la batalla.

»Mas no les pareció consejo cuerdo
Después que á Castilnovo les quitaron,
Y así, turbados con mejor acuerdo
La natural defensa procuraron;
Y cada vez, señores, que recurrido,
Pregunto, si de Nápoles llegaron
Las nuevas, que se aguardan por instantes,
De verse ya vengados los infantes.

»Esta, aunque breve relacion sucinta,
Es limitada parte de la historia
Que el puro afecto sin colores pinta,
Por dar al vencedor tan justa gloria.
No en blanca carta lisonjera tinta,
Podrá fiar al tiempo su memoria,
Ni menos que del sacro Mantuano
Honrar la pluma ni emprender la mano.

»Demás, que la fatiga del camino,
Y haber en el invierno riguroso
Pisado la cerviz del Apenino,
Al mas robusto pedirá reposo.
Buscad el fiel descanso, que previno
El amor de la vida, codicioso
De nuevas trazas y remedios grandes
Que hallar pudieron Alemaña y Flándes.

»En el albergue limpio de la cama,
Porque amigablemente se os conceda,
La Cava ofrece su apacible trama,
Africa plumas, y Calabria seda.
Esto diciendo, la familia llama,
Y della sabe que dispuesto queda
Cuanto con mano franca prevenia
Su honrada y ambiciosa cortesía.

Los huéspedes dejaron satisfechos
Las sillas, y conformes le agradecen
Las dulces nuevas, y con tiernos pechos
Eterno feudo de amistad le ofrecen.
Mostraba el huésped prevenidos lechos,
Y en uno, del cansancio que padecen,
Remedio hallaron con el sueño blando,
Que atento el huésped les quedó guardando.

CANTO XII.

ARGUMENTO.

La guarda prende á Garcera valiente,
Que á ver entraba su querida esposa;
Cenobia entre las armas diligente
A sí se culpa amante y animosa.
Niega el esposo, y el Francés consiente
De entrambos la sentencia rigurosa,
Y antes que se ejecute, entró triunfando
Por el formal el hijo de Fernando.

Siguiendo el sol á la mañana fría,
Pisaba del Oriente los umbrales,
Entrando alegre por su puerta el día
A verse en los espejos celestiales;
Y la canción usada repetía
Con voces y suspiros naturales
El coro de las aves, que en la selva
Aguarda mudo que á los campos vuelva;

Cuando con menos voces y artificio
La gente ceñibera prevenida,
De su contento daba claro indicio
Y al favorable sol la bienvenida,
En todos se frecuente el ejercicio,
Que en tales casos inventó la vida
Para asaltar guardada las almenas,
Que están de ofensas y enemigos llenas.

No con menor industria los cercados
A defender los muros se disponen,
Cubiertos de pertrechos y soldados,
Que en todas partes al contrario oponen:
Con esta diligencia fatigados,
Los unos y los otros se componen,
Y á Nápoles en tanto de repente
Altera el gran tumulto de la gente.

El caso fué, que habiéndose entendido
Que algunos españoles frecuentaban
La entrada por conduto no sabido,
Y osadamente en Nápoles andaban;
Y que el intento cierto y conocido
Los mismos ciudadanos animaban,
Pues defensa segura sin respeto
Les daban en sus casas con secreto;

Mandó Reiner con públicos pregones
Que pena de la vida no se acoja,
Ó sean españoles ó naciones,
Que el pecho adornan con la banda roja.
Con esto, á quien intenta disensiones,
Al punto de la vida le despoja,
Pagando luego el capital insulto
De haber tenido á su enemigo oculto.

En medio pues del vulgo alborotado
Prendió la ronda que cercaba el muro
A un noble aragonés, que disfrazado
Entró como otras veces mal seguro.
Amaba agradecido y obligado
Con fe sencilla y con afecto puro,
Expuesto á los peligros de la suerte,
Que ya le muestra su vecina muerte.

Por largo tiempo, sin engaño y celos,
Cercados de peligros y temores,
Trataban, despreciando los recelos,
Cenobia y Garcera dulces amores.
Piadosos dieron al galán los cielos
Sangre en Barbastro igual á las mejores,
Y á su querida amante dió Gaeta
Nobleza antigua con beldad perfecta.

El de su amor vivía satisfecho,
Y ella su mismo gusto le agradece;
Y siendo igual á entrambos el provecho,
El dulce fuego con lisonjas crece.
Ninguno teme que verá deshecho
El lazo eterno que su amor ofrece,
Y cada cual la fe del otro amante
En sí la juzga por verdad constante.

Nació este amor de estrella que le inclina,
Cuando prendió gallardo por la espada
Garcera á Cenobia en la ruina
De su querida patria desdichada.
Mal dije, no prendió, que su divina
Beldad de las pasiones desatada,
Hizo burlando amor de las ajenas,
De sus madejas de oro las cadenas.

Trocóse la prisión, trocóse el duelo;
Quedo vencido el que venció animoso,
Ella en cadenas de inmortal empeño,
El preso, enamorado y victorioso.
Huyó á sus ojos el antiguo sueño,
Y ella procura libre su reposo
Libre digo! Engañéme, ni procura
Buscar en otra libertad ventura.

Con esta tan igual correspondencia
Creció el amor, seguro de mudanza,
Que nunca de las ondas la insolencia
Temió la nave que se vió en bonanza.
Al fin llegó de su llorada ausencia
El tiempo, en que marchita su esperanza;
Miró á diciembre con mortal desmayo,
Que no hay en año de desdichas mayo.

Mandando Alfonso que seguros puedan
Gozar los prisioneros de sosiego,
Los unos parten, y los otros quedan
Gozando el dulce efecto de su ruego.
Temiendo pues que de lo justo excedan
Las tiernas muestras, se partieron luego
Los padres de Cenobia, que pretenden
Matar el fuego que al partir encienden.

Supieron al momento los amantes
De la partida triste la certeza,
Y su congoja y pena en los semblantes
Mostraba la reciproca tristeza.
Entre unas fuentes, que espaciosas antes
Corrieron envidiando su firmeza,
Lloraban dulcemente la partida,
Que es dulce amor hasta en quitar la vida.

Testigos de sus tiernos juramentos
Unos laureles fueron, que obligados
Del triste caso, sin moverse atentos
Callaron de los vientos molestados.
Siguiendo sus eternos movimientos
Los cielos de lumbreras coronados,
El alba puso fin á sus querellas,
Mas no la causa que tuvieron ellas.

Partióse al fin á Nápoles la dama;
Quedó sin ella el triste caballero.
Y si ella ardientes lágrimas derrama,
El siente como amante verdadero.
Sobre una peña, en que insolente brama
El mar de Italia con asalto fiero
Miraba Garcera las aguas, donde
Su bien un leño fugitivo esconde.

Romper le vió con movimiento leve
Las crespas ondas, sin dejar camino,
Y al libre viento, que sus tablas mueve,
Prender la industria en cárceles de lino.
«Si no procuras que á seguirte pruebe,
Detente, dijo, caminante pino,
Que no soy, aunque firme opuesta roca,
Que á tan forzoso miedo te provoca.

»Que así el engaño de tus ondas fia
La bella imitación del alto cielo,
Y de un tirano padre la porfia
Desprecie los peligros sin recelo.
Si solo de mis ojos te desvia,
También pudiera por constante suelo,
Mirando que al furor del mar entrega
La dulce prenda, que á su amante niega.

»¿Qué lloro, á quién me quejo ó qué fatigo
Al sordo viento, que la mar frecuenta,
Si miro que envidioso y enemigo
La injusta fuga su favor alienta?
Mas no tendrá mi amor igual testigo,
Que darle pueda de sus males cuenta,
Pues lleva mis suspiros abrazados,
De su violento soplo acompañados.»

Así llorando triste se quejaba,
Cuando de blanca espuma en los vellones
La diligente barca se ocultaba,
Yá á sus molestas invasiones;
Y á la confusa vista que aplicaba,
Burlaban las postreras confusiones,
Si son dudando, sin que el sol tramonte,
Las velas arrebol del horizonte.

Apenas con el justo desengaño
Volvió á su casa, cuando Alfonso ordena
Que el campo marche, descubriendo el año
La frente mas pacífica y serena.
Siguió las armas, padeciendo el daño
Que nace de la ausencia y de la pena
De su perdido bien, que solo alcanza
El dulce porfiar de la esperanza.

Llegado el fin de la prolija guerra,
El vencedor ejército volviendo,
De Nápoles pisó la amada tierra,
Sus muros asaltando y combatiendo;
Y como la mitad del alma encierra
Del noble amante, sin rumor ni estruendo
Estando, procuró, la guerra en calma,
Perder la vida por hallar el alma.

Y así, de noche por estrecha senda,
Del antiguo formal y oculta mina,
A quien las claras aguas encomienda
La sierra, que á sus fuentes encamina,
Sin que el silencio mismo comprenda
Lo que el osado amante determina,
A ver entraña su querida esposa,
De verle satisfecha y recelosa.

Mas no salieron sus temores vanos,
Que de la atenta ronda diligente
Cayó el amante misero en las manos,
Hallado y detenido de repente.
Quedaron los soldados tan ufanos
De la oportuna presa, que á la gente
Apenas se mostraba entre las guardas,
Ceñidas de paveses y alabardas.

Oculto en el umbral de la ventana
Miró Cenobia el desdichado caso
Con la primera luz que la mañana
Tendió en los montes alargando el paso.
Perdieron su color la nieve y grana,
Y al sol hermoso sepulcó el ocaso,
Envuelto en nubes de dolor y espanto,
Que amor desata en importuno llanto.

Salió cubierta del adorno breve,
Para indecentes ojos imperfecto,
Y de la union del fuego y de la nieve
Fiando á los volantes el secreto.
El viento libre sus cabellos mueve,
Perdido de las trenzas el respeto,
Y de nativas ondas coronado,
Formaba suelto natural trenzado.

Mostróse en ella á Nápoles el día,
Que llaman dulcemente con endechas
Las aves, que cesando en su porfía
Callaron, de mirarla satisfechas.
No tan veloces por el aire envía
El corvo abeto las ardientes flechas,
Como tendiendo en ella amor sus redes
Salíó de las domésticas paredes.

Robaba á la vergüenza la congoja
La natural cubierta de la cara,
Y osada y loca del dolor se arroja
Con ciegos medios á su infamia clara.
Del proceder honesto la despoja
Amor, que no discurre ni repara,
Ni quiere que sus obras se dilaten,
Si penas ó deseos le combaten.

Con esta peligrosa diligencia,
Y las violentas alas del exceso,
Llegó del franco Duque á la presencia
Al mismo punto que llegaba el preso.
Turbóse Anjous, mirando la excelencia
Del Pintor celestial, y el grave peso
Del público cuidado no permite
Que descuidado amor le solicite.

Y en sí volviendo, los presentes mira.
Por ver si alguno á referir empieza
El mudo caso, que callado admira
Al trágico silencio de la pieza.
Al fin, la esposa triste, que suspira,
Alzando lastimada la cabeza,
Le dice con el triste sentimiento
De ver su vida en el postrero aliento:

«Invicto capitán, honor y gloria
Del rey que adornan las cristianas lises,
Así en anales sacros tu memoria
Viva á los siglos que triunfando pises,
Que atento y lastimado de la historia
Que agora escuchas, en mi mal divises
Y en las ardientes lágrimas que vierto
De tantos males el discurso cierto.

»Sabrás que el desdichado caballero,
Esposo mío, que humillado tienes,
A cuya vida el vengativo acero
Por ley severa añas y previenes,
Con tierno amor, constante y verdadero
A verme entró, que sus dichosos bienes
Guardados tiene amor de sus enojos
En el erario dulce de mis ojos.

»No á descubrir de tus soldados vino
Si tienen disciplina vigilante,
Ni á ver si tu cuidado se previno
De algun reparo á resistir bastante;
A verme, sí, que un tierno desatino,
¿Qué piedra ó muro habrá que no quebrante?
Soltarlo puedes, que la culpa es mia,
Y no es de Alfonso Garceran espia.

»Yo soy la transgresora del preciso
Bando, que á justa muerte me condena,
Y pues te doy de mi delito aviso,
En mí ejecuta su debida pena.
Si por librarme el inocente quise
Vestirse; ay triste! de la ofensa ajena,
No es bien que pierda, sin hallar disculpa,
La propia vida por ajena culpa.

»Si sabes lo que amor ordena y puedo
En este reino vil de los sentidos,
Y los injustos fueros que concede
A tantos desdichados y perdidos;
También sabrás que si violento excede,
Prescriben sus decretos admitidos,
Y exentos son por fueros naturales,
Yerros de amor de términos legales.

»Ni verme quiero del cuchillo exenta,
Librando en otras manos mi justicia;
Que no recela desdichada afrenta
De tu piedad á mi dolor propicia,
Pues ya mi navecilla en la tormenta,
Que tablas, velas y árboles desquicia,
Descubre puerto sosogado y manso,
Y libre de las ondas su descanso.

»Y si modera humilde la sentencia
El ruego de mis males importuno,
Ordene tu rigor ó tu clemencia
Que entrambos vivan, ó que muera el uno.
Y si ha de haber en esto diferencia,
Y es justa perdición que muera alguno,
Yo seré, que es lo mismo, en honra dellos,
Morir de amores, que morir por ellos.»

Así acabó Cenobia su discurso,
Con justa admiración de los oyentes,
Formando de sus lágrimas el curso
De hermosas perlas desatadas fuentes;
Y apenas en el público concurso
Volviéron al silencio los presentes,
Cuando á Reiner, que le escuchaba atento,
El preso dijo con gallardo aliento:

«Nací, señor magnánimo, en Barbastro,
Ciudad en Aragón antigua y bella;
Mi sangre es noble, mi apellido Castro,
Soldado por oficio y por estrella;
Siguiendo las pisadas por el rastro.
Que honradas miro de mi padre en ella.
A Italia vine, de mi rey famoso
Siguiendo el estandarte victorioso.

»Armado de la industria y la nobleza,
Que sola en tales casos me acompañaba,
Entré á mirar la débil fortaleza
Que el mar Tirreno con sus ondas había;
Y habiendo descubierto con presteza
Entrada fácil al león de España,
De súbito las guardas me prendieron,
Y á tu real presencia me trajeron.

»De aquesta hermosa dama, que moverla
Pudieron tanto mis llorados males,
Que finge una quimera, que creerla
Pudieran mis desdichas inmortales,
No soy esposo, ni jamás por verla
Me dieron acogida sus umbrales;
Y es ilusión hacirme esposo y dueño,
Que en esto imita la piedad al sueño.

»Mas no disponga el cielo ni permita
Que la tirana luz de su hermosura,
Que amor, piedad y miedo solicita,
Los rayos pierda de su lumbré pura.
Y si esta empresa bárbara, que incita
En su piadoso engaño mi ventura,
Tuviera efecto, ¡qué inclemencia fuera
Que, libre el reo, el inocente muera!

»Ni es justo que su lástima culpable
El filo agudo del agravio pruebe,
Y en tales pechos su ficción entable
Que el uno pague lo que el otro debe.
Mirad sus verdes años, que mudable
Respeto el tiempo, que en su blanca nieve
Vierte, afrontando la que da el invierno,
De varias flores un abril eterno.

»Yo soy, yo, quien profana los mandatos,
Y no la humilde víctima que ofrece
El cuello, despreciando los recatos,
Con que la honesta vida se ennoblece.
Cortad mis años á su vida ingratos,
Y el breve paso, que infamado crece,
¡Oh nobles ciudadanos! si llamada
Hirió al rendido la mejor espada.»

Dijo y calló, vertiendo en las postreras
Palabras sus afectos tan sensibles,
Que las precisas leyes y severas
Juzgó el común aplauso por terribles;
Y al noble Capitán que con sinceras
Entrañas, conmovidas y pacibles
Librarlos quiso, así replica osado
Arunco, descendiente de Conrado:

«Si puede tanto la piedad viciosa,
Nacida de unas lágrimas serviles,
Que en mengua de tu sangre generosa
Obliga á que sus glorias aniquiles;
No escuches, no, de la sirena hermosa
Las voces penetrantes y sutiles,
En tiempo que se enfrena al enemigo
Con ver de los rebeldes el castigo.

»No niego que á sus lágrimas propicio
Mostrarse pudo enternecido el pecho,
Mas no á romper las leyes del oficio,
Que atento mira el público provecho.
El muere justamente en su ejercicio,
Y ella también, que, osada á tu despecho,
En el secreto albergue de tu casa
Guardó el Sinón que tu ciudad abraza.

»Que mueran pide tan forzoso ejemplo,
Y del perdon injusto que procuran,
Nacida alguna disensión contemple,
Que ya turbados ánimos murmuran.
La furia en tanto del agravio templo,
Juzgando que sus quejas aseguran
Tu celo, tu respeto y tu justicia,
No mas que á la verdad libre y propicia.

»Entrambos por culpados se presentan
Con modo astuto y término exquisito;
Y aunque librarse el uno al otro intentan
Por suyo reconocen el delito.
Morir desean, y el exceso cuentan,
Y así con justo afecto solicito,
Temiendo que los términos dilates,
Que á entrambos creas y que á entrambos mates.»

Así acabó, trocando sus razones
De súbito, mevidos á venganza
Los antes lastimados corazones,
Que acusan del castigo la tardanza;
Temiendo las vulgares disensiones,
Perdió de libertarlos la esperanza
Anjos piadosos, que á la furia ciega
Del vengativo pueblo los entregó.

Dejó la silla al tiempo que dispuso,
O permitió forzado, que ejecute
Su furia el pueblo bárbaro y confuso,
Temiendo su piedad que se le impute.
Con esta permisión luego compuso,
Sin que en lo justo y pío se dispute
El público teatro, que pretende
Bañar de sangre, que á ninguno ofende.

En tanto que el suplicio se prepara,
Y el sol visita la mitad del cielo,
Habiendo roto libre el agua clara
Los blancos grillos que le puso el hielo;
Alfonso invicto con industria rara,
Que darle pudo el militar desvelo,
Su gente ocultamente prevenía
Con tal secreto, que engañaba el día.

La escuadra misma, con que Arnaldo y Bruno
A ver volvieron la segura entrada,
Guardarla pudo sin rumor alguno,
A no perder el paso conjurada.
No da en el hecho parecer ninguno,
Que á todos tiene oculta y reservada
La empresa Alfonso, que el mejor efecto
Nace en el pecho, y muere en el secreto.

Con él osadamente determina,
Burlada la atención de su contrario,
Llevar á tantas vidas la ruina
Con fuerte emulación de Belisario.
Antes de hollar el seno de la mina,
Por ser el tiempo en los sucesos vario,
La difícil salida armada estuvo
Con gente fiel que en sus umbrales tuvo.

Siguieron de su campo los mejores
Soldados, prevenidos sin concierto,
Callando los sonoros atambores,
Y el mudo valle sin rumor desierto.
Del vulgo en tanto suenan los clamores,
Nacidos del piadoso desconcierto,
Mirándolos constantes desdichados,
Ceñidos de prisiones y soldados.

En medio de una plaza se mostraba
Con tristes aparatos y funestos
El sitio en que el castigo se aprestaba
De dos amantes, á morir dispuestos;
Y los que amor viviendo conformaba,
Por él se muestran al morir opuestos,
Queriendo cada cual con mejor suerte,
Por no doblarla, anticipar la muerte.

Sin mas adorno que el revuelto trage,
Cenobia el rostro tímido descubre,
Quitando de las flores el ultraje
La blanca sombra, que las suyas cubre.
Sentía triste que el cuchillo ataje
Los verdes años que su abril enubrecer,
Y osada y muda, sin torcer el paso,
Miró la vida su mortal ocaso.

Suspense y ciego el caballero triste
Lloraba malograda su hermosura,
Y cuanto mas el ímpetu resiste,
Con mas congojas su dolor le apura.
Vuelve y revuelve, y fatigado insiste,
Mirando á la sangrienta desventura,
Y así le dice agradecido y tierno,
Cobrando el alma su vital gobierno:

«No siento, no, bellísima señora,
El desdichado curso de mis días,
Ni el triste fin que tan cercano agora
Llorando miran las tristezas mías.
La noche, sí, de tu luciente aurora,
Que el miedo cubre de tinieblas frías,
Siendo mi amor el homicida fiero
Que en daño suyo desnudó el acero.»

»Confieso que, obligado y satisfecho,
Morir deseo, y si quedara vivo,
No hallaran las edades en mi pecho
Retorno de las prendas que recibí.
Fundóse la sentencia en mi provecho,
Y solo agora en el morir estribo,
Pues cuando no sea justa la partida,
Borró la deuda quien perdió la vida.

»Ni viera aquesta paga contradicha,
Si el cielo favorable permitiera
Que como doy la vida á mi desdicha,
Por tus hermosos ojos la perdiera.
Mas no me niega parte de la dicha,
Que en este paso mi verdad espera,
Pues si por tí la vida no he perdido,
La causa el verte de perderla ha sido.—

«Yo muero, le responde, tan contenta
De no quedar sin tí, muriendo viva,
Que tengo ya la vida por afrenta,
Pues deste bien su dilacion me priva.
Partir quisiera sin que el alma sienta
La espada mas injusta y vengativa
De verte muerto, y con igual fortuna
Pasar dos muertes sin deber ninguna.

»No fué delito, Garceran, amarte,
Desdicha si perderte tan apriesa,
Y mas en quien vivia de obligarte
Con esta fe que basta el morir profesa.
Seguro y cierto de la vida parte,
Que á no ser voluntad del cielo expresa
Que muera, y su clemencia la dejara,
El mismo amor la vida me quitara.

»Los campos celestiales, que de estrellas
Vistió su Autor, Artífice divino,
Mostrando están entre sus luces bellas
Seguro á nuestras plantas el camino.
Mas ¿qué dudamos en lograr con ellas
El bien que ofrece tan igual destino,
Trocando nuestro amor su ardiente fuego
En puras llamas de inmortal sosiego?»

Así acabó, dejando el vulgo atento,
Suspense y triste, que el suceso aguarda,
Cuando con repentino movimiento
El pueblo circunstante se acabarda.
Paró el cuchillo, que alumbraha el viento,
Y sin valer sus armas á la guarda,
Dejó la plaza y presos, recelando
La no vencida gente de Fernando.

Cual suele en medio del ardiente estío,
Flechando rayos en las altas cumbres
La obscura nube entre el vapor sombrío,
Vestirse de sus pálidas vislumbres;
Y en agua desatado el humo frío,
Del cielo cubre las piadosas lumbres,
Y cuando el viento mas se desordena,
Apolo nace y el rigor sefena;

No menos á la noche de congolas
De aquellos venturosos condenados
Salió la vida entre vislumbres rojas,
De arneses relucientes y grabados,
Dejando el miedo y el dolor tan flojas
Las rígidas pasiones, que burlados
Sus hierros fácilmente se libraron,
Y á las vecinas armas se entregaron.

Marchando pues con militar concierto
La diestra gente en forma de batalla,
Ganó de Capua con igual acierto
La puerta, su rastrillo y la muralla.
Sabiendo el triste Duque el encubierta
Asalto, defendido de la malla
Salió, sin mas defensa que la gente
Que pudo prevenirse de repente.

Siguiéronle, gallardos y animosos
Arrunco, Continola, Sanazaro,
Caldora, Orlando, Esforza, que piadosos
Quisieron ser de su ruina amparo.
Con estos defensores valerosos
Tener pudiera su valor reparo,
Si ya no diera á su poder abierta
Seguro paso al vencedor la puerta.

Trabóse la batalla, tan furiosa,
Que en todas partes desatada en ira
Anduvo la venganza belicosa
Envuelta en fuego, que el furor respira.
No despidió la fragua luminosa,
Que con fingidas fábulas admira,
Iguales rayos, aunque fueran menos,
Siendo el batir de las espadas truenos.

Enrique de Norberto en la siniestra
Parte el estoque penetrante esconde,
Y á Guido osado, que ofendió su diestra;
Con mas furioso golpe le responde;
Sobre él Esforza con gallarda muestra
Movió la espada que apuntaba, donde
Privarle presto de la vida pudo,
A no impedir sus pasos el escudo.

Fernando valeroso á Continola
Rompió el almete, penetrando el filo
Hasta el doblado acero de la gola.
En quien la vida descubrió su asilo.
No fué la herida del guerrero sola,
Pues luego pasa del señor de Estilo
La fiera punta el cuerpo mal logrado;
Ni de años ni de acero acompañado.

De Ernesto luego el generoso Marte,
Con un revés gallardo que despidió,
La dura cresta y la cabeza parte,
Y el suelo el tronco palpitante mide;
Y al fuerte Ricardeto, que desparte
El duro trance y animoso impide
La muerte que á Durando amenazaba,
El noble pecho su furor le enclava.

En medio de las armas y el combate
Mostró las suyas el valiente Orlando
Furioso, porque el triunfo se dilate
Del hijo generoso de Fernando.
Gerardo pues que el lauro y el remate
Andaba de sus glorias procurando,
Poniendo honroso término la espada
A la batalla antigua comenzada,

Con él encuentra y reconoce al punto
El ancho cuerpo que midió su abrazo,
Y alzando con la voz la espada junto,
Así le dijo, descargando el brazo:
«Aquí verémos si mejor apunto
Que la pasada vez, rompiendo el lazo
Agora de tu vida, que en las ondas
No hará la nave que de mí la escondas.»—

«Palabras excusemos,» le replica
Turbado el Milanés del golpe horrendo;
Y el fuerte brazo á la venganza aplica,
De furia y rabia y de dolor gimiendo.
Entre el brazal derecho que complica
El borde con la malla, el paso viendo,
La punta encaminó con tal asombro,
Que en vez del pecho le taladra el hombro.

La sangre que ocupaba diligente
Del retirado estoque los vacíos,
Vertiendo por la herida su corriente,
Bañó la tierra y alentó sus bríos.
Miróla el desangrado combatiente,
Turbado el rostro y los extremos fríos
De cólera, de furia y de venganza,
Fundado en este golpe su esperanza.

Llevó la punta el impetu derecha
De Orlando al rostro, y viéndola vecina
Del natural recato se aprovecha,
Y al lado opuesto sin tardar la inclina.
Libróse el rostro, y por distancia estrecha
Llegó de fuerzas y años la ruina,
Abriendo entre la gola y el almete
Senda al desvío al brazo que acomete.

Entró la espada, dividiendo fieros
Sus filos penetrantes la garganta,
Saliendo con la vida los postreros
Suspiros tristes: entre sangre tanta
Teñidos se mostraron los aceros,
Y en tronco inútil, la gallarda planta
Vuelta midió la fatigada arena,
De sangre y armas y de cuerpos llena.

Duraba la importuna resistencia
Al mismo paso que el furor crecía,
Sin verse conocida diferencia,
Menguando la reciproca porfía.
Corrido de su afrenta y negligencia
Ansberto la batalla discurria,
Matando á tantos, que impidió su paso
Con muertos cuerpos el mortal fracaso.

Salió de entre ellos, y en distante plaza
Topó á Lisardo, y en furor deshechos
Los dientes, por el yelmo y la coraza
Le parte la cabeza hasta los pechos;
Y luego á Florabel, que le embaraza,
Volvió los filos, y al romper derechos
La malla penetraron, y el difunto
Cuerpo destronan sin la vida al punto.

El noble Florisbel de Rosimundo
Sintió la espada por el lado diestro,
Y vuelto con destreza, en el segundo
Paso trocado le rompió el siniestro.
Quedó cubierto al golpe furibundo
Del fiero brazo, que, al bajar indiestro,
De solo el pomo ejecutó la furia,
Burlando al aire su insolente injuria.

Sacó los piés, y acometió de presto
Al noble rostro la enemiga punta,
Hallando el golpe al contendor dispuesto
Que el filo bate, y al contrario apanta.
Quedó en figura el brazo contrapuesto,
Que el hierro sin efecto se despunta
En la rebelde pasta del escudo,
Que fué lo mas que su violencia pudo.

Volvió á cerrar el Español gallardo
Con priesa tanta, que turbado y ciego,
No dió á su vida el aleman resguardo,
Y el uso pierde de las armas luego.
El paso mueve perezoso y tardo,
La furia exhala por los ojos fuego,
Envuelto con la sangre que derrama,
Remedio breve de aplacar su llama.

Volviendo Ansberto á la siniestra parte,
Al misero Lisardo que se opuso
La gola rompe, y por el hombro parte
El cuerpo, que en pedazos descompuso.
A Bruno luego y á Escipion desparte,
Y en tal aprieto al combatiente puso,
Que dió su vida al capitán romano
Al repetido golpe de la mano.

Ya sin prisiones Garceran robusto,
Venganza vió del nieto de Conrado,
Pagando en sangre el parecer injusto,
A manos de su furia castigado;
Sintió de verle tan mortal disgusto,
Que el fuerte brazo de su enojo armado,
Rompiendo por las armas y el consejo,
Difunto deja el venerable viejo.

Ardiendo en vivo fuego la contienda,
Creciendo con los golpes la pujanza,
Dió á su caballo Alfonso aliento y rienda.
Y al duroristre la robusta lanza;

No hay brazo que del suyo se defienda
Ni tenga en los aceros confianza:
Siempre consiguen, ó matar ó herirle,
Al que soberbio emprende resistirle.

Creció en su gente el ánimo de suerte,
Con la forzosa envidia de su gloria,
Que en breve espacio generosa y fuerte
Por suya tuvo la neutral victoria.
Turbados despreciaban en la muerte
La fuga vil, y su afrentosa historia
Los miseros contrarios, satisfechos
De que otros logren sus piadosos techos.

Mirando sus guerreros destrozados,
Y á número tan breve reducidos
Los fuertes capitanes y soldados,
De tantos poderosos conducidos;
Con tristes gritos, del dolor formados,
Y apenas de los suyos advertidos,
Reñer les dice con turbado aliento,
Limpiando el rostro pálido y sangriento.

« ¿De quién hulis, famosos capitanes,
Honor de tantos reinos y naciones,
Dejando malogrados los afanes
De mis honradas y altas pretensiones?
Esguizaros, suevos y alemanes,
Que en firmes y constantes escuadrones,
Por miedo ó por desgracia, vez ninguna
Os vió por las espaldas la fortuna :

» Lombardos, que emulais los Alpes canos,
Venciendo de sus peñas la constancia,
De Nápoles gloriosa ciudadanos,
Segrado asilo del honor de Francia :
¡Oh siempre invictos Césares romanos !
Que de naciones tantas la arrogancia
Domastes, sujetando á vuestras leyes,
Con justo imperio tributarios reyes :

» Franceses generosos, que fijastes
De Dan á Bersabé las lises de oro,
Y del Jordan las aguas libertastes
Del fiero escita, del inculto moro ;
Volved á las murallas que dejastes :
Así restituido el gran tesoro,
Nación famosa, á tu grandeza veas
Y el fruto de las palmas idumeas.

» Mirad que son tan pocos los autores
De empresas tantas y atrevidas guerras,
Que asombran de Moncayo sus cultores,
En breves campos las heladas sierras ;
Volved por el honor de los mayores,
Sin dar cobardes las amigas tierras
A dueños forasteros y tiranos,
Que en sangre bañan las soberbias manos. »

Así acabó tan afrentado y solo,
Que apenas tuvo quien seguirle pueda,
Y antes que al mar descienda el rojo Apolo,
Siguió de unos casales la vereda.
Aun no quería, obscureciendo el polo,
Pedir la noche al monte que conceda
Paso á las sombras y al silencio, cuando
Triunfó gallardo el hijo de Fernando.

PRIMERA PARTE

DE

ARAUCO DOMADO,

COMPUESTO

POR EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA,

**NATURAL DE LOS INFANTES DE ENGOL EN CHILE, COLEGIAL DEL REAL COLEGIO MAYOR DE SANT FELIPE Y SANT MÁRCOS,
FUNDADO EN LA CIUDAD DE LINA.**

DIRIGIDO

Á DON HURTADO DE MENDOZA,

**PRIMOGÉNITO DE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA, MARQUÉS DE CAÑETE, SEÑOR DE LAS VILLAS DE ARCETE Y SU PARTIDO,
VISOREY DE LOS REINOS DEL PIRÚ, TIERRA FIRME Y CHILE;
Y DE LA MARQUESA DOÑA TERESA DE CASTRO Y DE LA CUEVA; HIJO, NIETO Y BIZNIETO DE VIREYES.**

A DON HURTADO DE MENDOZA, PRIMOGÉNITO DEL MARQUÉS DE CAÑETE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA,

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

No me pareció podía, ni era justo, acudir á otras manos que á las de vuestra señoría con la primera labor que sale de estas, porque siendo todo el blanco della no menos que alguna parte de las altas proezas del marqués de Cañete, padre dignísimo de vuestra señoría, estaba muy en razon que quien tan legítimamente le hereda en todas ellas, que es lo mas, le haya de suceder en esto, que es lo menos. Ha dias que lo tengo trabajado y aun impreso, dilatando el sacarlo á público hasta que el Marqués se fuese, como ya, por daño nuestro, se va destos reinos; porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideracion) algun género de sospecha, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato. Vuestra señoría no se desdeñe de recibir en él mi buen deseo, si no por este, aunque es muy grande, por la grandeza de la materia á que aspira; que haciéndole vuestra señoría acogimiento á la sombra de sus alas, soy cierto que se quebrarán las de todos aquellos que imaginaren atreversele, y á mí me nacerán muy crecidas para desplegarlas adelante en el servicio de vuestra señoría. Cuya persona guarde el Señor con todo el aumento de estado que vuestra señoría merece. De los Reyes del Pirú, á 5 de marzo, año 1596.

Besa á vuestra señoría las manos su menor servidor y criado,

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

PROLOGO AL LECTOR.

SOLICITADO de tan grandes temores, cuanto lo son las causas de tenerlos, pongo, discreto lector, este mi libro en tus manos, porque demás del ordinario y justo recelo con que todos sacan sus obras á la almoneda de tantos y tan varios gustos, donde cada uno corta á la medida del suyo, tengo yo otros muchos particulares motivos para encogerme, y temblar de sacar á la luz de los altos y claros entendimientos la escuridad y bajeza del mio; así, por ser en la hora de agora, cuando todo, y en especial el arte de la divina poesia con su riqueza de lenguaje y alteza de conceptos, está tan adelgazado y en su punto, que ya parece no seria perfeccion sino corrupcion el pasar del término á que llega, como por suceder yo (si así lo puedo decir) a los escritos de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercila y Zúñiga, y escrebir la misma materia que él, cosa que en mí (si aspirase á mas que á traer á la memoria lo que él dejó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro) pareceria tan grande locura como envidia el no confesarlo: ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado los pocos años. Mas todas estas dificultades atropelló el solo deseo de hacer algun servicio á la tierra donde nací (tanto como esto puede el amor á la patria), celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que, sirviendo en ella á su rey, dieron á costa de sus vidas plumas y lenguas á la fama, y el principal entre estos, el marqués don García Hurtado de Mendoza, en el tiempo que gobernó aquellas provincias, que es todo el sugeto deste libro. Acordé dalle título de *Arauco Domado*, porque aunque sea verdad que agora, por culpas nuestras no lo esté, lo estuvo en su gobierno, pues trajo pacífico á todo el Estado y demás tierra generalmente en tres años que la tuvo á su cargo, habiendo dado á los indios siete campales batallas, de que siempre salió victorioso, cosa de gran ponderacion y estima en un mancebo de veinte y un años, que estos tenia quando comenzó á gobernar. Fué pues mi intento que hasta el nombre significase lo que solo su valor y no otro, antes ni despues dél, ha podido acabar; y aunque en esta primera parte no quede Arauco domado, al menos dispónese, como se verá por el discurso, para que lo quede en la segunda. El nuevo modo de las octavas, por la nueva trabazon de las cadencias, no fué por mas que salir, no de órden, sino del ordinario, como quiera que sea de mas suavidad, aunque mas impedidas para correr bien, por hacer en tres partes rima donde parece que repara el concepto. Van mezclados algunos términos indios, no por cometer barbarismo, sino porque, siendo tan propria dellos la materia, me pareció congruencia que en esto tambien le correspondiese la forma; destos los mas se explican luego en una pequeña tabla que está al fin deste libro. Y el divertirme del intento principal, como es tratar las cosas de Chile, contando otras (aunque bien mirado sin salir dél) mucho despues en Lima sucedidas, cual es la rebellion de Quito y la victoria que se alcanzó del inglés Richarte Achines, cáusalo el ser mi blanco escribir las hazañas y felicidades del marqués de Cañete; y como no ocupen estas el menor lugar entre aquellas, no me pude excusar de engerirlas, so pena de huir el cuerpo á mi pretension. Esto he prevenido, curioso lector, así por acudir á lo que pide el nombre del prólogo, como porque mas libre de dificultad entres á la leccion desto que te ofrezco; en lo cual, si por ventura hallares algo de consideracion, lo podrás atribuir, ó al demasiado trabajo, ó á la fertilidad de la materia, y las faltas solamente á la estrechez de mi ingenio; si ya no quisieres recibir en cuenta la priesa, tan grande cuan forzosa, que en todo este discurso he llevado. Porque así habrás tú cumplido con lo que á tí mismo debes, y quedará yo de todas mis vigiliass bastantemente satisfecho. *Vale.*

ARAUCO DOMADO.

EXORDIO DE ESTA PRIMERA PARTE.

Si pluma y vista de aguja tuviera,
Pluma con que romper el vacuo seno,
Y vista para ver al sol de lleno,
Seguro de temor volara y viera;
O si tan remontada no estuviera
La soberana cumbre do me estreno,
Prestárame el trabajo sus escalas,
O me valiera entonces darme alas.

Mas si para poder volar tan alto,
Y ver el resplandor de mi sugeto,
Conozco de mis plumas el defecto,
Y cuanto soy de vista pobre y falto,
¿Qué miedo, qué temor, qué sobresalto
Habrá que no me cerque en tal aprieto?
Adonde se me pone por delante
Un amasado muro de diamante.

¡Oh cuán terrible empresa tomo á cargo!
Oh cuán difícil y árdua cosa intento!
Oh cuántos culpan ya mi atrevimiento,
Y acuden á ponerme por cargo!
Mas hay una razon en mi descargo
Que en obras semejantes, el intento,
Haciéndose el deber por emprendellas,
Basta para llevar el premio dellas.

Ultra de que mirándose la obra,
Veráse la materia ser tan alta,
Que todo lo que en vista y pluma falta,
Sin falta en lo que ve y escribe sobra;
Por donde sobresalto ni zozobra,
No me zozobra ya ni sobresalta,
Porque me da motivo y osadía
Lo mismo que me daba cobardía.

Pues canto... mas cantar es devaneo.
Después de tantos célebres cantores,
En quienes conoció competidores
La resonante citara de Orfeo;
Aunque la letra obliga y mi deseo
A sacudir solícitos temores,
Que si me llevan todos en el canto,
Yo solo á muchos llevo en lo que canto.

Con todo suena mal un ronco acento
Si el arte, gracia y crédito le falta,
Y la tonada es consona y tan alta
Para tan bajo y disono instrumento;
Favoreced, señor, al buen intento,
Que bastará á suplir cualquiera falta,
No siendo necesario mas abono
Que dar vuestros oídos á mi tono.

A solo vos favor en esto pido,
Pues dalle en todo á solo vos es dado;
De vos le tiene quien le da, Hurtado,
Y debe ser á vos restituído;
Que siendo yo de vos favorecido,
De nadie puedo ser desayudado,
Porque si de mi parte á Jove llevo,
Conmigo se vendrán Minerva y Febo.

A vuestro ser consagro mi escriptura:
Suplico la mireis, que mas es vuestra,
Por ser labor sacada de la muestra,
Que en vos dejó estampada su figura;
Porque con esto solo va segura,
Y pone obligacion á quien se muestra,
De que mirado el blanco adonde tira,
Mire, si le mirare, como mira.

PE-II.

Que vista la grandeza del sugeto,
Y quien para cantársele me toca,
¿Quién hay tan recio y áspero de boca
Que no le tenga un freno tal sugeto?
O ¿quién habrá tan falto de respeto,
Que si un animalillo se coloca
Allá en lugar supremo y venerado
Toque, por derriballe, á lo sagrado?

Y pues que por mirar mis plés tan cojos,
Es visto que la vista no se os mengua,
Haced que el invidioso quede en mengua,
Y que callando mire sus despojos;
Que donde vos pusiéredes los ojos
Ningun osado habrá que ponga lengua,
Mas antes le hareis que con asombro,
Estirando la ceja, encoja el hombro.

El vulgo fácil es el mar hinchado;
Es la barquilla frágil mi talento;
Yo soy el pobre Amiclas tremulento,
Del recio temporal amedrentado;
Mas sedme vos el César, don Hurtado,
Pues mucho mas teneis de nacimiento,
Y no me detendrá temor de Scila,
Ni fiera boca rábida y zolla.

Mirad, señor, que os pongo aqui delante
A vuestro claro padre por espejo,
Adonde bien podeis tomar consejo,
Dado que para darlo sois bastante;
Para que viendo en él vuestro semblante,
Si al suyo no se iguala por parejo,
Con ansia de que igualen sus figuras,
Acometais iguales aventuras.

Sabed agradecer al santo cielo,
Con agradecimiento que le cuadre,
Haberos hecho hijo de tal padre,
Que de tenerle en sí blasona el suelo;
Y que para seguir su rauda vuelo,
Os da bastantes alas vuestra madre,
Pues tales con el aire no las peina
El ave que de todas es la reina.

Mas ¡oh sublime garza Sant García!
Que es nombre con que el bárbaro os honora,
Y bien os cuadra y viene desde ahora,
Si en la virtud está la nombradía;
Perdonen vuestras plumas á la mia,
Que de su vivo lustre las desdora,
Si puede ser bastante á deslustrailas
El no saber cual piden alaballas.

Aunque resulta gloria mas entera,
Segun algunos dicen, de que alabe
El ignorante simple que no sabe,
Que si el discreto sabio lo hiciera;
Y dada esta opinion por verdadera,
En tan capaz sugeto solo cabe,
Segun es mi alabanza de crecida,
Teniendo mi simpleza por medida.

Al universo mundo satisfago,
Si ya no está, cual debe, satisfecho,
Que sin comparacion es mas lo hecho
Que, si lo hiciera Homero, lo que hago;
Entienda que el recibo es mas que el pago,
Y que si, haber allá tan largo trecho
Del dicho al hecho, enseña el viejo dicho,
Aqui va mucho mas del hecho al dicho.

No estriba ni se funda mi osadía
En ver que es todo vuestro lo que escribo;
Pues aunque sepa yo que es firme estribo,
Vos no os dejais llevar por esta vía;
Ser tal por sí la grave historia mía,
Es la probada fuerza donde estribo,
Y ser tan importante á todo el mundo,
Seguro firmamento en que me fundo.

Otra razon tambien me hizo fuerza,
Que si faltaran todas, esta sobra,
Para poner las manos en la obra,
Por mas que de mi estudio el paso fuerza:
Es con que mas el ánimo se esfuerza,
Y aquel perdido anhélito recobra,
Ver que tan buen autor apasionado
Os haya de propósito callado.

Pensó callando así dejar cerrada
De vuestra gloria y méritos la puerta,
Y la dejó de par en par abierta,
Dejando su pasión descerrajada;
Sin vos quedó su historia destrozada,
Y en opinión quizá de no tan cierta,
Mas tal es un rencor, que da por bueno
El daño propio á trueque del ajeno.

¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
Después de la riquísima *Araucana*?
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana
Por mucho que de música supiera
¿Quién punto tras el suyo compusiera
Con mano que no fuese mas que humana,
Si no le removiera el pecho tanto
El ver que sals la pausa de su canto?

Pues esta ha sido casi todo el punto,
De donde le tomé para cantaros,
Doliéndome que en cánticos tan raros
Faltase tan subido contrapunto;
Mas bien será que cese lo que apunto,
Y que de vuestros hechos mas que claros,
A resonar comience alguna parte,
Que para lo demás ninguno es parte.

CANTO PRIMERO:

Que trata cómo el marqués de Cañete don Andrés de Mendoza,
visorey del Perú, á pedimento del reino de Chile, y de la necesi-
dad y aprieto en que estaba, le envió socorro y fuerza de gente,
así por mar como por tierra, yendo por general della y
gobernador de aquel reino don García Hurtado de Mendoza, su
legítimo y claro hijo.

Canto al valor, las armas, el gobierno,
Discurso aviso, maña, fortaleza,
Entono el pecho, el ánimo y nobleza
Del estremado en todo jóven tierno;
Hinche la fama agora el áureo cuerno,
Apreste de sus alas la presteza,
Redoble su garganta el claro Apolo,
Y llévase esta voz de polo á polo.

Las vengadoras furias entre tanto,
Y toda aquella misera canalla
Que con eterna pérdida se halla
En el oscuro reino del espanto,
Absorta en las grandezas de mi canto,
Suspenda, si es posible, su batalla;
El cielo, estrellas, mixtos elementos
Reciban con aplauso mis acentos.

A la sazón que Chile belicoso
Mas levantado y mas soberbio estaba,
Y mas mostrar al mundo procuraba
La fuerza de su brazo vigoroso;
Cuando mas arrogante y orgulloso
La dura tierra el Bárbaro hollaba
Con muestra tan gallarda y tal denuesto,
Que al ánimo español causaba miedo;

Cuando la tierra estaba ya de suerte
Que no daba lugar al bautizado
Adonde estar un punto asegurado
De la espantosa imagen de la muerte;
Postrado ya su muro y casa fuerte,
Valdivia muerto, Penco deshabitado,
Aguirre y Villagran sobre el gobierno
Alzando al cielo llamas del infierno;

Cuando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
Teniendo tan en poco lo del suelo,
Para con el rigor de sus espadas;
Y cuando sobre picas levantadas,
¡Oh lúgubre espectáculo y señuelo!
Andaban las católicas cabezas
Cortadas de sus troncos hechas piezas;

De blancos huesos, blanca parecía
La verde superficie de la tierra,
Y á las corrientes claras de la sierra
La derramada sangre enrojecía;
Cuando la guerra el Héspero temía,
Y el Bárbaro gritaba: «Guerra, guerra»,
Pensándola hacer á todo el orbe,
Sin que poder humano se lo estorbe.

Ya cuando su curtidá y ruda planta
Pisaba el rojo círculo de Oriente,
Y el español sumido en Occidente
Mostraba ya el cuchillo á la garganta;
Atierra Tucapel y Rengo espanta,
Brama Lincoya y muéstrase valiente,
Por ver su fuerza idólatra crecida,
Y la del fiel ejército perdida.

Tronaba el alto Júpiter tonante,
Y en cólera bañado y furia brava,
Al corazon hispánico arrojaba
Su poderoso rayo corruscante;
Aquel que viste planchas de diamante,
El acerado escudo se abrazaba,
Y con vibrar el asta por el cuento,
Mostraba su feroz y crudo intento.

Entonces con saluda vista horrible,
Miraba la Belona nuestro bando,
Y al indio con semblante ledo y blando
Regocijaba todo lo posible;
Aquella diosa lúbrica y terrible,
Su voladora rueda volteando,
Al Bárbaro en la cima colocaba,
Y al Fido allí en el centro sepultaba.

La sacra y evangélica doctrina,
Sembrada en el estéril pecho bruto,
No daba de virtud el rico fruto,
Que el vicio lo ahogaba con su espina;
Señales eran todas de ruina,
De lamentable voz y triste luto,
Y todo tempestad, sin esperanza
De ver jamás el rostro á la bonanza.

Entonces pues, habiendo como digo
El reino triste á lo último llegado,
Ya casi de vivir desconfiado,
Y de tener jamás algun abrigo;
La suerte se trocó, y el cielo amigo
De espesas nubes limpio y espejado,
Volviéndose con súbita carrera,
Las cosas ordenó de otra manera.

Pues desechado ya su duro ceño,
La Pálas descubrió su rostro afable,
Prestando la señora variable,
También el suyo plácido y risueño;
Y oliendo la venida de su dueño,
Que á todo su pesar la tiene estable,
Á su rodante globo dió la vuelta,
En ser de nuestro bando ya resuelta,

Lo cual se pareció patente y claro,
Pues en adivinando su partida,
Fortuna comenzó á enmendar la vida,
Quitándosela al misero Lantaro;
Por vuestro padre vino aquel reparo,
Al cual bastó la voz de su venida,
Que el resplandor del sol, sin que él parezca,
Ya suele tener hecho que amanezca.

Bien como el ocupado en un oficio,
Do lo que puede ensanchar la conciencia,
Cuando cercana ve la residencia,
Se vuelve á la virtud, dejado el vicio;
Así fortuna viendo por indicio
Que el jóven acercaba su presencia,
Del áspero castigo temerosa,
Anticipó la vuelta apresurada.

Determinóse en darla mas aprieta,
Cuando la tierra, estando como cuento,
Pidió favor y mano al rico asiento
Que Lima con sus ondas atraviesa;
Entonces comenzó la gente opresa
A recebir, señor, algún aliento,
Y desde aquí principio yo la historia,
Adonde se origina vuestra gloria.

Estando pues así mi patrio suelo,
Despacha para Lima embajadores,
Un próspero lugar, de los mejores
Que cubre el ancho cóncavo del cielo;
Adonde gobernaba vuestro abuelo,
Aquel tan duro freno de traidores
Y escuela de los ánimos leales,
Cuyas memorias viven inmortales;

Aquel que con los santos al presente,
Ya lejos de cuidados y zozobras,
En galardón y premio de sus obras,
A Dios está mirando claramente;
Aquel de caridad tan excelente,
Que son como reliquias della y sobras
La puente, el hospital y monasterio,
Que ilustran el Antártico hemisferio.

Llegados los de Chile á su presencia,
Le fué por breves términos propuesto
El término en que todo estaba puesto,
Para que tome el pulso á la dolencia,
Pidiendo en conclusion á su excelencia
Lo saque del peligro manifesto,
Por mano de su propio hijo caro,
Pues golpe tal requiere tal reparo.

Discreta petición, si ser podía,
Que cuando aquella tierra trabajosa
Estaba de su vida mas dudosa,
Pidiese su salud por don García;
Con sobra de razon por él envia,
Pues si la enfermedad es peligrosa,
Y el alma está entre el uno y otro labio,
Es bien llamar al médico mas sabio.

No dilató la dádiva perplejo
El pecho del Marqués, á mas bastante,
Que luego, pareciéndole importante,
A su demanda dió sabroso dejo;
Y de primero y último consejo,
Mostrándoles benévolo semblante,
Fué de su voluntad el hijo dado,
Y en el tablero hélico arrojado.

Que ni el amor, con ser tan poderoso,
Es parte á que lo niegue ni suspenda,
Ni el ser fragosa y áspera la senda,
Ni el trance á que lo pone peligroso;
Ni el golpe, de sentirse congojoso,
Por empeñar así tan cara prenda,
Le hace vacilar el firme pecho,
Sobre dejar á Chile satisfecho.

Respetos amorosos atropella,
Aunque pudiera bien seguir tras ellos
Y dejarse llevar por los cabellos
Por ir á la razon, que es todo della;
Los ojos solamente pone en ella,
Quitándolos de quien es lumbré dellas,
Y quiere de este bien quedar privado,
Anteponiendo el público al privado.

Aquella luz que el mundo torna claro,
Y con su curso rápido le mide,
De sí su rayo fúlgido despiende,
A trueque de no ser al suelo avaro;
Así de sí despiende al hijo caro,
Porque el afilto reino se le pide,
Por donde bien el Bárbaro decia
Tener por hijo el sol á don García.

Mas harto diferente del hermano,
Cuyo desastre y misera caída,
En álama Lampezia convertida,
No menos que Feitusa liora en vano;
Aquel soltó la rienda de la mano,
Este la tuvo siempre recogida;
Si aquel dejó de daño tanto hecha,
Veréis lo que este deja de provecho.

Ya pues al grave y hélico mandato
Del órden paternal obedeciendo,
Se va por don Hartado disponiendo
El militar oficio y aparato;
Ya suena todo á cosa de rebato,
Ya suena de las armas el estruendo,
Ya toda Lima es tráfago y bullicio,
Rumor confuso y áspero ejercicio.

Ya desde los balcones descogidas
Tremolan con el aire las banderas,
Y quiérenlo abrazar de mil maneras,
Con verse de sus manos sacadidas;
Mil aguas hacen cotas entucidas,
Rayos de fuego brotan las cimeras;
Ya la pajiza pluma y roja banda
Jugando por cabeza y pechos anda.

Ya salen de las tiendas los brocados,
Y sedas mil, distintas en colores;
Ya sacan vistosísimas labores,
Vestidos y jacos recamados;
Por otra parte pelos acorados,
Y adargas, ya de cuadros, ya de flores,
Venablos, lanzas, picas y jinetas,
Mosquetes, arcabuces y escopetas.

Ya luchan con el viento los penachos
Encima de argentadas morriones,
Y mozos levantados fanfarrones,
Mirándose, retuercen los mostaches;
Ya todos echan velas y velachos
En sobrevistas, galas, invenciones
Acero, plata y oro por do quiera
Espejos son, si Apolo reverbera.

El hélico frison se lozanea,
Del ronco tarantántara incitado,
Y el polvo con la pata levantado,
El espumoso rostro pelvorea;
En belle alarde, á guisa de pelca,
Se representa el plático soldado,
Y el milite hisabe se señala
Para llevar la joya de la gala.

Por acullá la pieza reforzada
El cáldido artillero pone á vista,
Y luego el ahumado polvorista
Refina su materia salitrada;
Acá los viejos dan en la jornada,
Haciendo de palabra la conquista,
Allí veréis los sastres en sus cortes
Estar en esto mismo dando cortes.

Ya Lima con soberbia, fausto y pompa
Se hincha, se levanta, se engrandeca,
Y deshacer su fábrica parece,
O que de todo punto se corrompa;
Al son de caja, píforo y de trompa
El aire, el mar, la tierra se ensordece,
Y cuanto con sus términos encierra
Es un tumulto y máquinas de guerra.

El cano y turbio Rímac resonante,
Que de vejes en urna se recuesta,
Su ronca voz levanta sobre apuesta
Con este son de guerra disonante;
Mas, aunque se desgañe, no es bastante
Para ganar el viejo lo que apuesta,
Porque el mormullo y hélico ríido
Le tiene su murmurio ensordecido.

En esa gran ciudad que Dido funda
Para su albergue y último recurso,
No suena tal estrépito y concurso,
Tal trápala, tropel y baraunda;
O cuando el ancho mar la tierra inunda,
Saliendo de sus límites y curso,
No vemos á la gente convecina
Con tal fervor y balla en la marina.

Sonaba por las fraguas de Vulcano
La presurosa y diacana armonía,
Que el cojo con los ciclopes hacía
Para forjar el fuerte arnés galano;
Mas uno solo hizo de su mano,
Que presentó después á don García,
Adonde tal primor y gracia cupe,
Que hizo mas en él de lo que supo:

Y no fué menester para hacello
Que Venus halagaba interodioso,
Ni que fingidas lágrimas vertiese,
Colgándose lasciva de su cuello;
Pues antes recibió pesar en ello,
Y nunca fué de voto que se hiciese,
Rabiosa de que el jóven la desprecia,
Que para la mujer es cosa recia.

Mas no le aprovechó con el marido
Aquel usado modo lisonjero,
Pues tuvo á todo fuerte como herrero
Que tiene hecho á golpes el odio;
Más pudo que la madre de Cupido
El mérito y valor del caballero,
Y el interés tambien de dar Vulcano
Tan buen lugar á la obra de su mano.

Esotra ligerísima gigante,
Tan desigual engendro de la tierra,
Que por habiallo todo, en mucho yerra,
Plumosa del cabello hasta la planta;
Rompiendo á gritos altos la garganta,
Extiende con su voz la desta guerra,
Y así, de mano en mano y gente en gente,
Por todas va sonando claramente.

Bajaron de la sierra y de los valles
Tal número de gente forastera,
Que dar lugar á tantos no pudiera,
A no tener el pueblo tantas calles;
Andaban por allí gentiles tales,
La gala y presuncion por donde quiera,
Soldados valentísimos y nobles,
Mirtos en condicion, en fuerza robles.

No acuden á la voz del padre vivo,
Por muerto en larga ausencia reputado,
La madre, la mujer, el hijo amado,
Con paso tan ligero y sucesivo;
Ni al reclamar del pájaro cautivo
Tan presto llega el otro libertado,
Como al reclamo y voz de don García
Gente de todas partes concurría.

No canto delectoso de Sirena,
Ni música del músico de Tracia,
Ni piedra imán jamás fué de eficacia,
Para llamar, trayendo á sí, tan buena,
Cuanto la faz tan plácida y serena,
Aquella compostura, aquella gracia
Lo fué, para mover las voluntades
De mozas y decrepitas edades.

Por donde tanta gente se le llega,
Tan pláticas, tan brava, tan lucida,
Que á los de menos ánimos convida
A verse ya en alguna cegarraga;
El furibundo Marte no sosiega
Que la conchosa túnica vestida,
Despierta, solícita, sopla, enciende,
Y el fuego militar en todos prende.

Con esto pues la tropa congregada,
Haciendo las debidas prevenciones
De máquinas, pertrechos, municiones
Y cuanto se requiere á la jornada;
Despacha por la costa despoblada,
De bastimentos lleno y provisiones,
Un capitán astuto y diligente
Con un copioso número de gente.

Ya con gallarda muestra va saliendo
La hueste militar que va por tierra,
Cuyo contorno y límites atierra
Del fulminoso Marte el son horrendo;
Vanlos con ojos húmidos siguiendo
Aquellos flacos pechos, do se encierra
Del falso niño dios la dulce jara,
Que á todos suele ser costosa y cara.

Dellos tambien atrás los rostros vuelven,
Adonde amor frenético los lleva,
Y haciendo del dolor bastante prueba
El corazon en lágrimas resuelven;
Mas á la fin volviendo en sí, revuelven
Tirados del honor y sangre nueva,
En tiempo y larga ausencia confiados,
Que deste mal son médicos probados.

Julian, aquel famoso de Bastida,
Se parte para Chile con la gente,
Llevando los caballos juntamente
Por Atacama, costa desabrída;
Adonde en vez del pasto y la bebida,
No hay mas que el ancho mar y arena ardiente,
Y por la playa á trechos y pedazos
Ariasas peñas y hórridos ribazos.

Quedóse con el tercio mas granado
Para surcar el campo cristalino,
Abriendo con las quillas el camino
El valeroso electo don Hurtado;
Pues ya que todo estuvo aparejado,
Y el tardo y perezoso tiempo vino,
Salió de la ciudad el nuevo Aquiles,
Al son de claras trompas y añailes.

Ya sale de su Roma el africano,
Ya va de Tébas Hércules famoso,
De Grecia parte el Griego valeroso,
A Troya deja el célebre Troyano;
Del cielo baja Marte soberano,
De Lima se despide presuroso
Nuestro caudillo, el último y postrero,
Por ser de todos estos el primero.

Y aunque tan mozo emprende tal jornada,
El padre en cometérsela no yerra,
Pues sabe ya el valor que en él se encierra
Y cómo corta el filo de su espada,
Y por haber halládose en la guerra
De Córcega, Rentin, de Sena y Flándes,
Que son para volúmenes mas grandes;
Adonde como siempre dió la cuenta

Que al tronco de Mendoza se debía,
Creciendo como espuma cada día
En todo lo que el ánimo acrecienta;
Es claro que podrá sacar de afrenta
Al reino donde va y á quien le envía,
Pues es costumbre propia de los buenos
Que vayan siempre á mas, y nunca á menos.

No quiero yo negar que de ordinario
Para cualquiera empresa y aventura
Se tiene de buscar la edad madura,
Mas digo que no siempre es necesario;
Que en Alejandro vimos lo contrario,
Y se verá mejor en mi escritura,
Que al hombre, la prudencia y el consejo,
Y no la mucha edad, le hacen viejo.

Partido pues de Lima el mozo bello,
Encaminó sus pasos á la playa,
Y en medio su escuadron haciendo raya,
De toda perfeccion echaba el sello;
Sumo placer causaba en todos vello,
Sumo pesar tambien de que se vaya;
Todo el Pirú su pérdida lamenta,
Y Chile su ganancia representa.

No sale tal el hijo de Latona
Al tiempo que mostrándonos su lumbre
La verde cabellera de su cumbre
Con rayos fulgentísimos corona,
Cual muestra don Hurtado su persona,
En medio la guerrera muchedumbre,
A la sazón que sale, como digo,
En busca del indómito enemigo.

Mírale el niño, el mozo y el anciano,
Y desde su balcon la bella dama,
A cuyo corazon helado inflama
Aquel fogoso término lozano;
Cudicial mirándole, y en vano
Suspiros lanza, lágrimas derrama,
Y síguele afectuosa con la vista,
Muriendo por hallarse en la conquista.

Tal iba por su ejército el mancebo,
Que Salmacis por Troco le tenía,
Y Cíclope por miralle le volvía
El amarillo rostro como á Febo;
Aurora, arrebatárale de nuevo
Teniéndole por Céfalos, quería;
Volvelle los acentos Eco quiso,
Por no diferenciálo de Narciso.

Eso tra bella Dafne fugitiva,
Por apretalle el pecho, bien quisiera
Tomar la humana fábrica primera,
Dejando aquella faz vegetativa;
Mas ya que desto Júpiter la priva,
Espera, y no se engaña en lo que espera,
Que si por Dafne seca el pecho pierde,
La frente ganará por lauro verde.

No menos la selvática doncella,
Por quien el otro en ciervo transformado
Fué de sus propios canes devorado
No habiendo cometido mas que vella;
Tanto se ocupa en ver la traza bella
Del valeroso jóven extremado,
Que dudo, si con ser tan casta y pura,
De estímulo de amor está segura.

Así de todos va mirado y visto,
Mas él ninguna cosa ve ni mira,
Que solamente pone en Dios la mira,
Y en propagar la fe de Jesucristo;
Por esta sola causa rauda y listo
Al proceloso mar derecho tira,
Do esperan cuatro naves artilladas,
Pendientes de las áncoras ferradas.

Lucidas van escuadras y cuarteles
Con tan hermosos visos y colores
Cual suelen por abril estar las flores
En los amenos prados y vergeles;
Ya están á recebillas los bateles,
Sonando dentro flautas y atambores,
Cornetas, sacabuches y clarines,
A cuyo son se duermen los delfines.

Al pedregoso límite llegados
La tropa y el caudillo don García,
Con una religiosa compañía
De clérigos y frailes consagrados,
Empiezan nuevamente los soldados
A descubrir la gala y bazarria,
Con otros vistosísimos arreos,
Airosos y gallardos contoneos.

Al espacioso mar y vega clara,
Por donde ya pretende abrir carrera,
Está mirando el jóven desde afuera,
Y enamorando á Tétis con su cara;
A fe que si Calipso le hallara,
Cual anda por aquí, por su ribera,
Que nunca le agradara tanto Ulises,
Ni á Dido el primogénito de Anquises.

Mas ya llegado el tiempo favorable,
Confusamente fueron apiñados
El nuevo general con los soldados
En la Nereida márgen agradable;
Los barcos por el agua deleznable,
De mil pimpollos verdes coronados,
Al término marítimo vinieron,
Do á todos en sus vientres recibieron.

Y la marina estéril renunciando,
Con algazara, júbilo y contento,
A descansada boga y paso lento
Se van las aguas líquidas cortando:
Cual garza el vuelo rauda levantando
Si ve de la borrasca el mal intento,
Levanta agora el suyo don García
Por ver la tempestad que en Chile había.

Caminan pues al son de varios sonos
Y al paso de chalupas enramadas,
Que de los bravos Césares preñadas
Los paren en soberbios galeones;
A do con salva espesa de cañones
Con festivos voces y algaradas,
Fueron del marinaje recebidos,
Ya de la dulce patria despedidos.

¡Cuán bien desde la tierra parecían
Las flámulas tendidas por el viento,
Y tantos gallardetes, que cantando
Causaban con las ondas que hacían!
Parece que con ansia pretendían
Saltarse todos á una de su asiento,
Por irse tras el aire libremente,
Llevados al amor de su corriente.

Bien como si el arroyo cristalino
A su raudal entrega la ramilla,
Que estaba remirándose en su orilla,
Sin ver por dónde ó cómo el agua vino;
Veréis que por llevarla de camino,
El hace su poder por desasilla,
Y ella según se tiende y se recrea,
Parece que otra cosa no desea.

Lo mismo hace el viento delicado
Con todos los gallardos tremolantes,
Llevándolos tan seguros y volantes,
Que no se mueven á uno ni otro lado;
Pues vista la sazon por don Hurtado
De aquellos instrumentos rebombantes,
Mandó que á recoger tocasen uno
Para marchar á cuevas de Neptuno.

La gente con el tiro recogida,
Por bordos y jaretas derramada,
Mira la dulce tierra y mar salada,
Descando la señal de su partida;
Pues no le fué mas tiempo diferida,
Que con zalamo el áncora levada,
Y repitiendo el nombre de Cañete,
Largó la capitana su trinquete.

Al punto comenzó la blanca vela
A recoger al céfiro en su seno,
Y con el soplo del hinchado y lleno,
Rompe el naval caballo por la tela;
El aire va sirviéndole de espuela,
El sólido timon en vez de freno,
Con que fogoso, rápido y lozano
Seguramente corre el mar insano.

El cual agora está tranquilo y manso,
Alzando unas ampollas no de fuego,
Que sin hacer espuma quiebran luego,
Como si fuera el piélago remanso;
Parece Tétis cama de descanso,
Cubierta con un plácido sosiego,
Segun que manifiesta su bonanza,
Sin rastro ni sospecha de mudanza.

Así del puerto sale nuestra flota,
Dejando boquiabiertos los Tritones,
De ver los poderosos galeones,
Y su feliz y próspera derrota;
La baja tierra ya se ve remota,
Ya rompen alta mar los espolones,
Y á mas andar Favonio refrescando,
Va recio las escotas estirando.

Sacaron las cabezas prestamente,
Alzando alieras de agua por sus bocas,
Delfines ferocísimos y focas,
Por ver y dar solaz á nuestra gente;
Y el gran señor del húmido tridente,
En cuya mano están las altas rocas,
Con Dóris, Aretusa y Melicerta
La sale á recibir hasta la puerta.

Seguando van así las mansas olas
Por medio de marinas potestades,
Que muestran sus alegres voluntades
Haciendo sobre el agua cabriolas;
Y no las que refiero vienen solas,
Porque otras mil incógnitas deidades,
Que en el cerúleo piélago se bañan,
Las poderosas naves acompañan.

Pues vayan, como van, ganando tierra
Por el salado mar y blanca espuma,
Que quiero adelantarme con la pluma,
Saltando desde aquí primero en tierra;
Diré lo que sucede en paz y guerra,
Haciendo de uno y otro breve suma;
Mas porque estoy, Señor, de aliento falto,
Dejádmele tomar para este salto.

CANTO II.

Es que los araucanos, sospechosos del mal suceso por ver alguna declinación en su fortuna desde la muerte de Lautaro, se juntan en borrachera general, donde los agoreros por señales celestes pronostican su venida perdición, ó invocando al demonio, les da cuenta de la venida del nuevo Gobernador, el cual toma puerto en Coquimbo, ciudad de la Serena. Van aquí juntamente declarados los varios modos que los indios tienen de festejarse y celebrar sus banquetes, y algunos extraños ritos de que usan en sus intenciones y diabólicas idolatrías.

No hay cosa permanente ni segura
En esta corta y miserable vida,
Do la prosperidad aun no es venida,
Cuando para la vuelta se apresura;
En parte es desdichada la ventura,
Mirado lo que deja en su partida,
Y en parte, la desdicha venturosa,
Pues parte sin dejar adversa cosa.

A los trabajos, lánimas y enojos
Su plazo, fin y término se llega;
Mas del que en ocio próspero sosiega
Hace la diosa varia sus despojos;
¡Cuán claros tuvo y lúcidos los ojos
Aquel que á la fortuna vido ciega!
Y ¡qué de humanidad le cupo al hombre,
Que de divinidad le puso nombre!

Si ya salir quisiéramos de engaño
Y haber por infalible todo hecho,
Que en este mundo el día del provecho
Es la solemne víspera del daño,
Mucho mejor pasaríamos el año,
Y no nos alterara cosa el pecho;
Que si al venir los males nos alteran,
Es porque no pensamos que vinieran.

El que prosperidad acá tuviere
Entienda que es depósito y empeño
Para despues volvérselo á su dueño
Cuando el voluble tiempo lo pidiere;
Y así no sentirá lo que perdiere;
Mas, como quien despierta de algun sueño
En que feliz y próspero se via,
Se olvidará de todo con el día.

Si esta verdad tan liana conocieran
Aquellos engañados naturales,
Sin miedo, sin agüeros ni señales
Sus daños esperarían y entenderían;
Porque de tantos bienes coligieran
En clara consecuencia muchos males,
Pues andan en su danza tan hermanos,
Que siempre van asidos de las manos.

Tiene fortuna varia la costumbre
De la pesada piedra sisífta,
Que el sin ventura Sisífto rodea
Con fatigada prieta hasta la cumbre;
De donde con su misma pesadumbre
Hacia lo bajo súbito voitea,
Y sin que de parar allá se acuerde,
Apenas toma pié cuando lo pierde.

La piedra del estado es ya llegada
A la felice cumbre de la rueda,
Y no pudiendo arriba estarse queda,
Será forzoso lance la bajada;
Ha sido la subida acelerada
Para que revolver á tiempo pueda,
Que el curso de Hurtado se concluya,
A quien la gloria desto se atribuya.

Mas deño los idólatras inciertos,
Procuran ya quedar certificados
De todo lo dispuesto por los hados,
A fuerza de mayores desconciertos;
Porque juntando mágicos expertos,
Por únicos entre ellos reputados,
Que para la decrepita caminan,
Su pérdida consulta determinan.

Es vieja en estos indios la costumbre
De consultar sus falsos agoreros,
Que quieren con pronósticos y agüeros
Mostrar que lo futuro se estumbe;
Y así como les niega el sol su lumbre,
Hacen allá en occultos agujeros
De torpes sabandijas escrutinio,
Ministras del nefando vaticinio.

Incitarles el ver que su fortuna
Con esquivos el rostro les ha vuelto,
Mostrándoles el suyo en ira envuelto
El cielo y cuanto miran sol y luna;
Y por saber si nueva causa alguna
Les ha su curso próspero revuelto,
Acuden á la mágica dañada,
Por ellos sumamente venerada.

Pues dentro de una plácida foresta,
Do nunca ofende sol ni daña sombra,
Y á do la natural y verde alhombra
Al rey de los sentidos hace fiesta.
A la verdosa faldá de una cuesta,
Cuya sublimidad al cielo asombra,
Con sus cantares, bailes y placeres
Hicieron obliación á Baco y Ceres.

Allí con duro y áspero tumulto,
Con sordo zuzurrar y son disforme,
Dispuso aquella cáfila conforme
Lo que era menester para el insulto;
De voces se levanta un grueso bullo
Al comenzar aquel abuso enorme,
Que como tan de atrás origen traiga,
Con gran dificultad se desarraiga.

Uno martilla el ronco tamborino,
Otro por flauta el hueso humano toca,
Otro subido en un horcon invoca
A su Pillan, espíritu malino;
No porque el vaporoso alegre vino
Se les aparte un punto de la boca,
Pues no hay azar tan grande ni desdicha
Que no la pasen ellos con la chicha.

Ya hierva la cerveza trasegada,
Ya la turbada vista centelles,
Ya de liviano el cuerpo bamblea
Y ciése la cabeza de pesada.
Ya con la bota lengua mal mandada
Cualquiera ferocísima bravea,
Haciendo que al rumor la tierra gima
Y al que lo ve de fuera cause grima.

De trecho á trecho en corros se congregan,
El hombre y la mujer interpolados,
Y todos por los dedos enlazados
Cabezas, piés ni bocas no sosiegan;
Ya corren, ya se apartan, ya se allegan
Atrás, hacia adelante y por los lados,
Con un compás nemático y terrible,
Confuso y ronco son desapacible.

Suelen bailar tambien de otra manera,
Y es, que las manos libres y los brazos
Sacuden unos huecos calabazos
Do tiene de sus guijas la ribera;
Y al gusto de esta música grosera
Están los mas haciéndose pedaxos,
Sin recibir por ello mas tormento
Que si este fuera el órdico instrumento.

Otras mujeres solas, en cuadrilla
Andan con sus hijuelos dando vueltas,
Todas en bacanal furor envueltas,
Desnudo el medio pecho y la rodilla,
Al modo que las yeguas en la trilla
Con sus potranças chúcaras á vueltas
Por la colmada parva escaramuzan
Y en granos las espigas desmenuzan.

Adóranse de guinchas y de llautos (1),
Con piedras que deslumbrañ quén las mira,
Y con azules vueltas de chaquirá (2)
Hacen mil contencencias y mas autos;
Ahí es donde á los jóvenes incautos
Penetra el Dios siado con su vira,
Porque el Baco y Ceres andan juntos,
Es fuerza que ande Vénus por sus pantes.

Ahí es do suele armarse la baraja,
Y do verás el plato mal parado,
Que vacilan por aquel tendido predo
El desfondado cántaro y tinaja;
Mas presto aquella cólera se ataja,
Porque la corta un brindis emprestado,
Jamás de tibia gana recibido,
Y sobre toda ley obedecido.

La vaporosa exhalacion es tanta,
Que denso el aire, raro se presenta,
Y cuando mas mojada, mas sedienta,
Como una esponja, queda la garganta;
El áspero alarido se levanta
De la furiosa turba alharaquenta,
Y el eco que en los cóncavos retumba,
Por la mas apartada oreja zumba.

Matan aquí gran suma de animales,
Desmembran, descuartizan, despedazan,
Los toscos tajadores embarazan,
Y luego los estómagos bestiales;
Todos los siete vicios capitales
Aquí los libres bárbaros abrazan,
Que donde al de la gula se acomoda
Acude la demás canalla toda.

Duran en semejantes borracheras
Con un tecon y flama desmedida
Desde que el rubio sol con su venida
Ufina sotos, montes y laderas,
Hasta que el mar le acoge en sus riberas,
Quedándose la tierra oscurecida;
Y aun da la vuelta séptima y octava,
Y aquella boda espléndida no acaba.

En la presente pues que agora cuento
Comienzan los fantásticos profetas
A contemplar los signos y planetas,
Tomando estrecha cuenta al firmamento;
Mas visto que con impetu violento
Están como tirándoles saetas,
Exclaman con dolor intenso y duro,
Profetizando así su mal futuro:

«¡Ay tristes de nosotros, engañados
Con la dichosa mal segura suerte!
Que ya la inexorable y fiera muerte,
Y la revolucion de nuestros hados,
De prósperos en miseros trocados,
Quieren ejecutar castigo fuerte,
¡Gual, gual, amada patria, Arauco triste!
¡Cuán otro te verás del que te viste!

«Clarísimas señales muestra el cielo
De tu fatal y súbita ruina:
Saturno melancólico domina;
Su claro resplandor enturbia Dolo;
Venir parece Júpiter al suelo;
Ardiendo Marte en cólera se indigna;
El gémito de Maya no parece,
Y Venus con la Cintia se oscurece.

«El Escorpión y Cáncer están sañudos,
El Tauro como atado al bramadero,
El Capricornio rígido y austero,
Llorando allá los Gémines desahucados;
Aries con cuernos ásperos y agudos,
El vedijoso León airado y fiero,
Colérico el bifforme Sagitario,
Vertiendo sangre el cántaro de Acuario.

«Vese la estéril Virgen desgrefada,
Mostrando faz terrible y enemiga,
Y desgranando la bermeja espiga
Con su furiosa mano arrebatada;
Libra, con roja sangre barnizada,
Nos hinche las balanzas de fatiga,
Y en su lugar los húmidos pescados
Vemos estar comiéndose á bocados.

«Pues ved allá las Pléyadas nublosas,
Y cómo esotros astros van y vienen,
Eos oscuros círculos que tienen
Esas constelaciones rigurosas;
Sobre Aquilon las nubes procelosas,
Amenazando lluvia, se detienen;
Armado el Orion mirad aparte,
Mirad en conjuncion á luna y Marte.

«Volved acá y veréis al bando Urano
Cuán demodado y fiero que nos mira,
Y Arcturo, que le sigue ardiendo en ira,
Sin esperar á Bootes su vecino;
Aun Pólux de su Cástor uterino
Parece que enojado se retira;
Encrécáse el Dragon con sus escamas,
Y la polar Serpiente escupe llamas.

«Poned allí los ojos en el Ara,
Hechura de monóculos jayanes,
Adonde, para mal de los titanes,
Juró, tendiendo Júpiter su vara;
Veréis que el Escorpión en ella encara,
Haciéndole iracundos ademanes,
Y que la tife sangre desde arriba
Hasta la firme base donde estriba.

«Mirad á la canícula con Leo
Y á la cometa Nigra de Saturno,
Veréislo todo lóbrego y nocturno,
Todo con un aspecto horrible y feo;
Todo se viste el mas lutoso arreo;
Y todo pronostica mal diuturno,
Todos, Olimpo, Tétis, Juno y Glauco
Han ya rompido treguas con Arauco.

«Notado pues el diáfano elemento,
Se ve que por sus últimas regiones
Va tanto del vapor y exhalaciones,
Que basta para misero portento;
Cometas van cuajándose sin cuento
Con varias y estupendas impresiones,
Que todas nos apuntan y amenazan,
Y para breve tiempo nos emplazan.

«Ya no parece pájaro ninguno
Cuya sonora voz y alegre vuelo
Nos pueda ser motivo de consuelo,
Si en tanto mal se sufre haber alguno:
El cuervo y el murciélago importuno,
El buho, la lechusa y el mochuelo
Son los que el aire ocupan de granizados
Y de temor y asombro los oídos.

«Oid pues cómo ronca el mar hinchado
Con la espumosa quiebra de sus ondas,
Y allá en las partes ínfimas y hondas
Notad aquel hervor apresurado;
El recto golpe de agua quebrantado
En lisas piedras, largas y redondas,
Aquella sucesion de la resaca
Agora con mas horrida estraca.

«La madre, á quien el piélagos fecunda,
Se nos pretende alzar con el tributo,
Y en cambio de la hoja, flor y fruto,
De zarza, espina y tribulos abunda;
Ya no hay lugar por donde el mal no canda
Con libertad y término absoluto,
Porque esto es lo que el mal de malo tiene,
Venir acompañado cuando viene.»

Astrologando estaba en tal manera
Aquella casta infiel supersticiosa,
Cuando pasó corriendo una raposa
Por medio de su junta y borrachera;
La cual, como se escape sin que muera,
Se tiene por adversa y triste cosa,
Mas si le dan los bárbaros alcance,
Sin miedo se pondrán á todo trance.

Hicieron lo posible por ocella,
Pero quedóse atrás quien mas volaba,
Porque el animalcjo no dejaba,
Aun por el polvo, estampa de su huella;
Con esto su infeliz y mala estrella
De conocer la ciega gente acaba,
Y cuando vieron ya que se les iba,
Tornaron á decir con pena esquiva:

«¡Ay cómo el bien se va con tanta prisa
Como esta desabrída y fibre zorra!
Ay cómo no hay poder que ya socorra
Adonde tal prodigio se atraviesa!
¡Oh cielo injusto, y qué mudanza es esa,
Que con el mismo Arauco no se ahorra!
¡Quién ya fiará de tí, si el propio Estado
Quieres tambien que calga de su estado?»

Así se lamentaban y plañían
Aquellos embaldadores hechiceros,
Y los ocultos males venideros
En voz doliente y pública decían;
Mas otros, aunque absortos atendían,
Queréndolo llevar á puros fieros,
Responden sacudido el miedo todo
Con pródiga arrogancia deste modo:

«Por eso y mucho mas que el mundo haga,
Aunque se desencase de su asiento
Y todo su voluble regimiento
En solo daño nuestro se deshaga,
No espere que á su gusto satisfaga,
Ni que ha de secutar su crudo intento,
Pues él al fin hará lo que pudiere,
Y nuestra voluntad lo que quisiere.

»Mas como el invencible patrio suelo
Acá en la baja tierra no hallase
Potencia que á la suya contrastase,
Fué menester viniese la del cielo;
Pues venga, venga pues, que no hay recelo
Ni punta de temor que nos traspase,
Porque es el pecho nuestro un coseleto
A prueba, por lo menos, de mosquito.

»Fuera de que será mayor la gloria
Que nacerá de darle su castigo,
Pues cuanto mas potente el enemigo,
Tanto es de mas estima la victoria;
Y siéndole su pérdida notoria,
Nos hace á la verdad obra de amigo,
Porque pretende á costa de su vida
Dejar la nuestra mas esclarecida.

»Por tanto no hay razon de entristecernos,
Habiéndola tan justa de alegrarnos,
Pues vemos ocasion para ganarnos
Adonde imaginábamos perdernos;
Solo podrá ser causa de dolernos
Haber venido él antes á buscarnos,
Pues cuanto al cielo hiciéremos de ofensa,
Dirán que fué en razon de la defensa.

»Dirán, si le vencemos en la guerra,
Que fué por haber sido el cielo injusto
Y estar de nuestra parte el fuero justo
Que obliga á defender la propia tierra;
Este es el daño y mal que aquí se encierra,
Y lo que de vencernos quita el gusto
Ver que el derecho tenga su pedazo
En lo que solo hiciere fuerza y brazo.»

El bravo Tucapel ardiendo en ira
De rabido furor el seso pierde;
Las manos de celérico se muerde,
Y con ardiente faz á todos mira,
Diciendo al nigromántico: «Es mentira
Eso que, como dices, te remuerde,
Pues no hay tan loco cielo que pretenda
Venir con araucanos á contienda.

»Que mientras Tucapel gozare aliento
Y vieren que revuelve la macana,
Ni en la divina fuerza ni en la humana
Podrá caber tan gran atrevimiento;
Es todo lo demás hablar á tiento,
Es loca vanidad, locura vana,
Que no hay estrellas signos ni embarazos
Sino la pura fuerza de los brazos.

»Y si hay fortuna, y esa favorece
Como solets decir, al mas osado,
¿Quién como el indomable y duro estado
Esta favor y título merece?
Puro temor helado es quien ofrece
A todo el mundo en contra conjurado;
Bien como al que de noche el miedo pasma;
Que un gato se le hace una fantasma.»—

«Al gran Eponamón, á quien servimos
Los magos le responden, presentamos,
Y su verdad auténtica citamos,
En prueba de la mucha que decimos;
Sabed que de su boca lo supimos,
Y llenos de su espíritu hablamos:
¡Llamalle será bien para que desto
Os manestre el desengaño manifestado.»

Todos en ello unánimes vinieron,
Y habiéndose llegado el tiempo oscuro,
Por ser el verde campo mal seguro,
En un galpon crecido se metieron;
Los mágicos en rueda se pusieron,
Para el atroz y pérvido conjuro,
Quedando á las espaldas del bueño
La plebe y mal político gentío.

En medio de la rueda compasada,
Después que el suelo á soplos alisaron,
Aquellas manos pérdidas hincaron
Una ramalla luenga deshojada;
De cuya extrema punta doblegada,
Por un sutil estambre le colgaron
Un burujon de lana de la tierra,
Que es donde su Pillán se les encierra:

De tal superstición y extraño rito
Usa la miserable gente vana,
Y á la vedija va de buena gana
El regidor perpetuo del Cocito;
De suerte que cual pece en el garlito,
Le tienen con el átomo de lana,
Porque le llevarán donde es llamado
Con solo un hilo della maniatado.

Otro mayor abuso temerario,
Y un género infernal de idolatría
Es fama haber entre ellos hoy en día,
Mas especial y menos ordinario;
Que ya que no es al cuento necesario,
Pues déi tan poco ó nada se desvia,
Y todo lo que es nuevo aplice oílo,
Me pareció de paso referirlo.

En hondos y secretos soterrafios
Tienen capaces cuevas fabricadas,
Sobre maderos fuertes afirmadas
Para que estén así mestóreos años;
Las cuales, en lugar de ricos paños,
Están de abajo arriba entapizadas
Con todo el suelo en ámbito de esteras
Y de cabezas horribidas de fieras.

En esta gruta lóbrega y tremenda,
Do los piramidales del Titano
Para poder entrar, no tienen mano,
Por mas que por el sótano los tienda;
Está sobre unas andas, cosa horrenda,
Tendido un ya difunto cuerpo humano,
Sin cosa de intestinos en el vientre,
Porque Pillán en él mas fácil entre.

El nombre es Ibunché del insepulto;
Y cuando el dueño dél y de la cueva
Quiere saber alguna cosa nueva
De mucha calidad y fin oculto,
Con gran veneracion, respeto y culto
(Que en esto el indio rudo nos las lleva)
Entra por senda angosta y desmentida
Para que no le sepan la guarida.

Y allí por el idólatra invocado
El abismal diabólico trasunto,
Se mete en el cadáver del difunto
Por do responde, siendo preguntado,
Así de los negocios del Estado
Si sube ó si declina de su punto,
Como de los influjos celestiales,
De buenos y de malos temporales.

Es este su Ibunché tenido entre ellos
Por una cosa allí como sagrada,
Con suma religion administrada,
Y la que por su Dios adoran ellos;
Hélo sabido yo de muchos dellos,
Por ser en su país mi patria amada,
Y conocer su frásis, lengua y modo,
Que para darme crédito es el todo.

Hay otra detestable circunstancia,
Que muda bien la especie del pecado,
Y es, que si lo por ellos preguntado
Es cosa de muchísima importancia,
Medidos en aquella oscura estancia
Degüellan al hijuelo mas amado,
O la espiciosa niña en sacrificio
Para tener al idolo propicio.

En esto guardan todos tal secreto,
Que por ningún camino, maña ó suerte,
Aunque les amenacen con la muerte,
Descubren el gentilico defecto;
Y causalo el temor, la fe y respeto,
Que tienen con aquel armado fuerte.
El cual, por no soltallo de sus grillos,
Los hace así negar á pié juntillos.

Algunos suelen confesar de plano
Haber el lbunché, que les responde,
Pero si les pedís el sitio dónde,
Se excusan, remitiéndolo á Fulano;
Y así del uno al otro iréis en vano,
Que cada cual firmísimo lo esconde,
Y en ocultallo está la desventura,
Pues el oculto mal no tiene cura.

¡Oh ciega confusion del barbarismo,
Oh gente muchas veces desdichada,
Y mas que muchas, bienaventurada
La que recibe el agua del bautismo!
Mas ¿dónde voy con esto, que me abismo,
Y prometí decillo de pasada?
Volvamos pues, no diga quien me espera,
Que me reparo mucho en la carrera.

Colgado pues el copo de la vara,
Con un zuzurro bajo y escabroso,
Como de negro tábano enfadoso
Cuando revuela en torno de la cara,
Apresta la infelice gente avara
Su pérdida conjuro tenebroso,
Haciendo que tomase en él la mano
Quien de la facultad era decano.

Tomóla de derecho Pillalongo,
Un viejo descarnado formidable,
De cuerpo retorcido como un cable,
Ramificado mas que el pié de un tronco;
Y del sumido y magro pecho ronco
Sacó esta voz horrenda y execrable:
«A vos invoco, báratro profundo,
Escuro centro y cóncavo del mundo;

»A vos conjuro, bóveda tiznada,
Humoso flegeton, estigio Lago,
Do bebe para siempre acedo trago
La miserable gente condenada;
A vos, sulfúrea tártara morada,
Do hacen de las ánimas estrago
A vos ¡oh Babilonia de tormento!
Comprado por ilícito contento;

»A vos, flumíneo príncipe del centro;
A ti llamamos, Hécate, su esposa,
A ti, mordida Euridice llorosa,
Y los que estáis la casa mas adentro;
A vos, con quien la Juno tuvo encuentro
En forma de huiado mentirosa;
A vos, avaro Tántalo, á vos, Ticio,
En vuestro justo y áspero suplicio;

»Alecto, á vos, Tesífone y Megera
De ponzoñosas víboras crinadas,
A vos, sangrientas Górgones dañadas,
A ti Cerbero can, trifuco fiera;
A ti que en la aquerónica ribera
Pasando estás las almas á barcaas,
A ti, Demogorgón, á ti conjuro
Con todo el resto pálido y escuro:

»Por lo que aborrecéis al claro día,
Por el rencor malévoló con Febo,
Por las tinieblas densas del Erebo,
Por lo que en vos mi espíritu confía;
Por los que allá tenéis de mano mía,
Y por lo que procuro enviar de nuevo
Para que por hebdómadas eternas
Habiten vuestras lóbregas cavernas:

»Por la caliente sangre que vertemos,
Con que el sulcado rostro rociarnos,
Y por la que á vosotros consagramos,
Espues que así espumosa la bebemos;
Y por la humana carne que comemos,
Humildes todos juntos suplicamos
Que en este copo cándido se envuelva
Quien, de lo que dudamos nos absuelva.»

Con esto emudeció de tal manera,
Y emudecieron todos los presentes,
Que de los mismos bárbaros oyentes,
El que escuchara mas, menos oyera;
Así estuvieron casi una hora entera,
Mas pareciendo mármoles que gentes,
Tendidas las orejas como el game
En viendo que se mueve el débil ramo.

Pendiente del oráculo de lana,
Y alerta por si el ídolo venia,
Ni párpado ni ceja se movía
De la congregación perdida y vana;
Mas viendo ya propincua la mañana
Y que el Eponamon se detenía,
Así de nuevo el Mágico le invoca
Echando espumarajos por la boca:

«¿Qué es esto, cómo agora te detienes?
Espíritu infernal ¿por qué te tardas?
¿No acabas de venir? ¿a cuándo aguardas?
Sabiendo que te llamo yo, ¿no vienes?
Hola, que se me quiebran ya las sienes,
Y el término debido no me guardas;
No quieras que de hoy mas á tu estalaje
Ninguna destas ánimas abaje.

»No heriré tu sótano con lumbre,
Ni las apolinales aureas hebras
Ofenderán tus sapos y culebras,
Ni esotra serpentina muchedumbre;
Mayor te pienso dar la pesadumbre,
Aunque esta por tan grande la celebras;
Mas otra es la que mas te muere y come
Y tus dañados hígados carcome.

»Haré que ya los cuellos no se aprieten
Con el desesperado fudo y soga,
Que el cuerpo y no las ánimas ahoga,
Mas que por otro medio se quieten;
Haré que tus discípulos respeten
A la sacerdotal y sacra toga,
Tomando sus consejos y doctrina,
Que es para ti la mas pungente espina.»

En dando fin al fiero necesario
Oyeron un terrible terremoto,
Que revocó en el sitio mas remoto
Con un rumor y estruendo temerario;
En rápido turbión trasordinario
Se revolvieron Euro, Cierzo y Noto,
Y en remolino el Ahrego violento
Arrebataba el rancho de su asiento.

Un proceloso y negro torbellino
Distinto de la noche, en su espesura,
Y convuelto mas que en agua en piedra dura,
Dejó turbado el cielo cristalino;
Con esta majestad y pompa vino
El Rey que siempre está en region oscura,
Tomando la vedija por su trono,
De donde así les habla en bajo tono:

«Mas presto vengo yo do soy llamado,
Si mi venida causa algun consuelo,
Y si detuve agora el sordo vuelo,
Ha sido por no dar un mal recado;
Pues ya que está dispuesto por el hado
Que os venga tanto mal y desconsuelo,
Quisiera, por lo mucho que me toca,
Que nunca se supiera de mi boca.

»Sabed que ya las vítreas ondas abre
Con espolon herrado y raudó remo
Uno, de quien con justa causa temo
Que mi cabeza dura descalabre;
Este será el que á fuego puro os labre,
Y quien os mudará de extremo á extremo,
En vuestra reduccion haciendo tanto,
Que espante al mismo reino del espanto.

»Sabed que el hijo y nieto de víreyes,
Uno de Lima, y otro de Navarra,
Renuevo de la vid y fértil parra
Que tiene su majuelo en altos reyes,
Sobre ponerlos vínculos y leyes,
Arrojará con tal vigor la barra,
Que no sé, amigos, yo, según lo miro,
Qué brazo le podrá llegar al tiro.

»Mas ¡ay! que ya pacífico el Estado
Ha de saber trataros de manera,
Que lo que fuere entonces y lo que era
Serán como lo vivo y lo pintado;
Lo que por fuerza fué será de grado,
Lo que de pedernal, de blanda cera,
Y al que os hubiere dado mil enojos
Le lloraréis después con ambos ojos.

»Yo soy ¡ay duro mal! ay grande afrenta!
En quien está la pérdida notoria,
Porque á la fin vosotros, su victoria
Por propia la pondréis á vuestra cuenta;
Mas yo, que su virtud se me presenta,
Y siento aparejarse la gloria,
De sus intensos méritos el pago
Con entrañable rabia me desahago.»

No dijo mas, y á vista de la gente
Con un terrible trueno y estallido
Arranca en humo negro convertido,
Dejando allí una bomba pestilente;
Habló verdad en todo llanamente,
Supuesto que es mentira su apellido,
Porque es verdad tan clara y tan expresa,
Que la mentira propia la confiesa.

Un súbito pavor y helado asombro
Los pensamientos bárbaros ataja;
El mas altivo de ánimo le abaja,
Y el mas embuido encoge mas el hombro;
Aun yo de estar contándolo me asombro,
Y la caliente sangre se me cuaja,
Por donde puede verse qué haría
Quien fuera de los májicos lo via.

Ya que pasó el fotor abominable,
Y que tranquilo todo y en sosiego
La desterrada sangre volvió luego
A su canal purpúrea deleznable;
Saltó furioso Bengo el implacable,
Diciendo en voz soberbia: «Derreniego
Del rudo parecer y seso vano
Que en esto diere crédito á Pillano.

»Por solo apoderarse de nosotros,
Temiendo por ventura mi potencia,
Ha dicho esta mentira y apariencia
Y derramado miedo entre vosotros;
¡Oh falso Eponamon! Allí con otros
Que tengan de tus artes menos ciencia;
No pienses con tus frívolas razones
Obstupecer tan bravos corazones.

»Si crédito algun tiempo se te diere,
Cuando con tu venida nos ofendas
Tan solo habrá de ser; y así lo entiendas,
En todo lo que bien nos estuviere;
En lo demás te siga quien quisiere
Haciendo mucho caso de tus prendas,
Que á mi la maza y brazo me asegura
De toda mala suerte y desventura.»

No estaba Tucapel en esto ocioso,
Que como el vino y cólera hervía,
Llamaba cuerpo á cuerpo á don García
Del incógnito enemigo cudicioso;
Andaba mas que todos orgulloso
Diciendo por la gente que venia:
«Graniceñen hombres, ande el juego grueso,
Que toda mi ganancia estaba en eso.»

Así desfilaban unos y otros gritan,
Otros, mientras blasonan estos, callan,
Y allí mayor peligro y daño hallan
Adonde mas los bárbaros se irritan;
Unos aplacan, otros solicitan,
Ya rompen, ya deshacen, ya desmayan,
Ya con las voces disonantes se hunden,
Se atruenan, se ensordecen, se confunden;

Hasta que del crepúsculo y aurora
Los fértiles alcores luminados
Mostraban los bríales ocupados
Con las vistosas dádivas de Flora;
Que todos, como gente malhechora,
Cual suelen los ladrones recatados,
Huyendo de la luz, se dividieron,
Con que la gruesa junta deshicieron.

Esto, Señor, sucede allí en la guerra,
Y en tanto, acá en la paz, los españoles
Ven ya bordado el cielo de arboles,
De yerbas, flores y árboles la tierra;
El claro sol doblada luz encierra,
Alumbran las estrellas como soles,
El mar se muestra plácido y sereno,
Y el aire de parieras aves lleno.

Parecen mil pronuncios de alegría,
Mil bienes venideros se conciben;
Los desmayados ánimos reviven
Metiéndose en calor la sangre fría;
Saltando están los pechos á porfía
Del interior contento que reciben,
Y el mas helado y lánguido se siente
Con un fogoso y hélico accidente.

En todos los estómagos se incluye
Una crecida hambre de peles;
El corazón mas tímido desea
Hallarse en la ocasión que se le huye;
La favorable causa que esto influye
Sin duda que es el aire y la marea
De las hinchadas velas, que asomando
Al puerto de Cucoquimbo van entrando.

Adonde ya las áncoras echadas,
Los nuestros desahuciándose en contento,
Entregan las chalupas al momento
En manos de las ondas sosegadas;
Y de floridos jóvenes cargadas
Van todas á parar do yo me asiento,
Porque para tirar de un tiro tanto,
Es chico mi vigor y grande el canto.

CANTO III.

En que el Gobernador, visto el exceso con que los indios de paz
eran tratados por sus encomenderos, y el mucho desorden que
en servirse de ellos había, trayéndolos sobremana ajenos,
hace unas breves ordenanzas, con que los alivia su grave cargo;
proveye juntamente lo importante así á la quietud de la tierra,
desterrando sus inquietadores, como al aumento de nuestra re-
ligión y buen ejemplo de los naturales. Llegada la gente y ca-
ballos que venia por tierra, se embarca con toda ella, sin tocar
en Santiago, para la ciudad despoblada de la Concepción, a
cuyo viaje le corrió una grande y peligrosa tormenta.

¡Oh cuánto se requiere, cuánto importa
Haber moderación y medio en todo!
Pues lo que va sin límite ni modo,
¡Qué limitada fuerza lo soporta?
Ni es bueno que la capa quede corta,
Ni que de larga friso con el lodo:
Virtud está en el medio como en quicio,
Y siempre en los extremos anda el vicio.

Jamás, si duermen tres en una cama,
Sucede que al de enmedio falte ropa,
Ni al que por medio aferra de la copa
El líquido licor se le derrama;
Menos se mareará la tierna dama
En medio de la nao que en proa ni en popa;
Mejor irá el discípulo de Marte
Donde es el batallón que en otra parte.

Entre las zonas tórrida y helada,
Que el mirador cosmográfico divide,
Aquella que el lugar de en medio pide
Es la mas habitable y mas templada;
De la celeste máquina girada,
El medio es donde Júpiter preside,
Y el que por Dafne rápido corría
Mas franco da su luz al mediodía.

En solo amar á Dios ha de afirmarse
Que ni es ni puede ser el medio bueno,
Y en esto solo el tépido condemo,
Y en esto será lícito extremarse;
En todo lo demás el moderarse,
Y aquel saber usar espuela y freno,
El que descanso quiere lo procura,
Pues bien soleis decir, paso que dure.

El siervo no ha de ser tan mal tratado
Que siempre sus espaldas mida un lazo,
Pues suele revolver contra su dueño
El animal doméstico apurado;
Quien ha la noche entera trasnochado,
Está después cayéndose de sueño;
Al fin conviene en todo tanto el orden,
Que la bondad es mala con desorden.

Esto conoce bien el joven sabio,
Pues visto el desigual que en Chile había
Sobre tratar al indio que servía,
La satisfacción luego deste agravio;
Y dado que era viejo el mal resabio
Que acerca de esto el héspede tenía,
Sola su blanda mano, medio y modo
Bastó para quitárselo del todo.

El fué moderador de tanto exceso,
De tanta libertad y exorbitancia,
Y el que redujo á temple y consonancia
Lo que sonaba mal acerca de eso;
Aligeró á los pobres de su peso,
Solicitando en todo su ganancia
Por el mejor camino y fácil vía,
Que luego toparéis en esta mía.

Llegado á la cucoquimbica ribera
Adonde los esquifes escallaron,
Las proras en un punto se poblaron
De la gallarda gente placentera;
Mas luego que la vieron saltar fuera,
Desiertos y á la mira se quedaron,
Doliéndose de ver que ya la playa
Con tanto bien alzado se les haya.

Pues ya del mar los nuestros olvidados,
Y llenos de placer y gloria llena,
Sollaron con sus platos el arena,
Tendiendo allí los miembros mareados;
Quién mira las llanadas y collados,
Quién con el dedo apunta la Serena,
Y quién alaba el sitio, quién el puerto,
Al soplo de los aires encubierto.

Estando así la gente bulliciosa,
Oyó tropel confuso de caballos
Que vienen ya batiendo con los callos
La relucida playa mariscona;
Porque es sobremanera cuidadosa
La próxima ciudad en despachallos,
Viendo sus vecinos juntamente
A recibir al claro adolescente.

Pero debajo desta adolescencia
Aun al que mas la vista se le cubre,
Como por velo diáfano descubre
Un vaso, y madurez por excelencia,
Mostrábalo su rostro y apariencia,
Que pocas ó ninguna vez lo encubre,
Pues mas abiertamente que en la palma
Se suele por el cuerpo ver el alma.

Recíbalos á todos gratamente
Con término cortés y grave acento
Y con templadas muestras de contento;
Que todo no se junta fácilmente;
De donde acompañándole la gente,
Tomó el camino breve del asiento,
Que por la tibia y húmeda marina
Dos leguas apacible se camina.

Entrando en la ciudad de la Serena
El escogido tercio y nueva copia,
Conoce cada cual por casa propia,
Segun se ve tratar, la que es ajena;
Es tan cumplida gente, honrosa y buena,
Que tiene por afrenta y cosa impropia
No ser en su hospedaje el hospedado
Todo lo de potencia regalado.

Allí estuvieron todos dando cuerda
A la penosa y dura del quebranto,
Que la Serena dulce con su canto
Hace que todo el mal se olvide y pierda,
En tanto á nuestro joven se le acuerda,
Movido por un celo justo y santo,
De aprovechar el tiempo en lo siguiente
Para que no se gaste vanamente.

Queriendo pues saber qué modo había
Sobre pagar el indio sus tributos,
Y si conforme á sacros estatutos
El amo acerca desto procedía;
Echó de ver su mucha demasia,
Y como andaban todos absolutos
Sin regla, sin medida, ley ni fuero,
Con el ansioso hipo del dinero.

No solamente echaban á las minas
Los diputados ya para este oficio,
Sino tambien el personal servicio,
Hambrientos por las vetas de oro finas;
Y contra humanas leyes y divinas,
Que todo estaba entonces por el vicio,
Aun no eran reservados desta cuenta
Los viejos tremulosos de noventa.

Tampoco el niño tierno se libraba,
A título de serlo, destes daños,
Que puesto en el doceno de sus años,
Con la barreta al hombro caminaba;
La madre con dolor le acompañaba
Humedeciendo bien sus pobres paños,
Y siempre que la carga le afligia,
En el trabajo della sucedía.

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas,
Que era contento y lastimas el mirallas,
Llevaban el sustento y vitualias,
Por mas que fuesen débiles, á cuestras;
Y por quebradas ásperas y cuestras,
Quebrados de subillas y bajallas,
Sus delicados pies iban rompiendo,
Y alguna vez de sangre el rastro haciendo.

Así cargadas víerades algunas
Los encolmados vientres á las bocas,
Y fuera deste número, no pocas
Con sus recién nacidos en las cunas (5);
Mirad qué cargas dos tan importunas,
Aunque las tristes fueran mas que rocas,
Y mas que no hay dejar ninguna dellas,
Por no dejar el ánima con ellas.

En vez de las diademas y guirnaldas,
Iba el pesado yole (4) y grave costa,
Y en trueque de la líquida compuesta,
El enchiguado (5) trigo á las espaldas;
En cambio de las perlas y esmeraldas.
Llevaban la inclinada frente honesta
Bordada de un licor aljofrado
A fuerza de fatigas destilado.

¡Ob qué desaforado desaforado
Usado con los pobres naturales!
Oh qué de imposiciones desiguales
En gente que era al fin de carne y cuero!
Oh siempre viva hambre del dinero,
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sangüínea chupadora!

Pues como desta peste vió tocados
El médico tan sabio á los chilenos,
Y que los indios iban siempre á menos,
Y á mas las insolencias y pecados;
Deliberó con medios acertados,
Que nunca los que puso fueron menos,
Sangrar aquella fiebre mal contenta
Tanto de sangre prójima sedienta.

Y visto que los indios no tenían
En todo su caudal del cielo abajo
Sino su propio personal trabajo
Para lo que sus amos les pedían,
Y que con tanto peso no podrían,
So pena de venir con todo abajo,
Al eminente y grande mal previno
Dictándole un espíritu divino.

Mas era este negocio de consejo,
Y aunque pudiera bien á todos dalle,
Quiso de los teólogos tomalle
Para llevar su hilo mas parejo;
Porque es como la dama sin espejo,
Es engolfada nao sin gobernalie,
Que naufragosamente da en la costa
Quien corre sin consejo por la posta.

Habiendo pues el caso conferido
 Muchas y muchas veces con letrados
 De limpio celo y ánimo dotados,
 Salió de la consulta diseñado
 Todo en favor del misero afligido,
 Lo que dirán mis versos mal cortados,
 Melidos en prolifas narraciones,
 Donde es forzoso ir dando tropezones.

Mas es tambien forzoso no dejallas;
 Aunque me son de tanto impedimento,
 Asi por ser verdades las que cuento
 Y no querer hacer en esto fallas,
 Como porque naciera de pasallas
 Una contradiccion de lo que intento,
 Que es usurpar el mérito y la gloria
 Del que la da tan grátis á mi historia.

Mandó que de los indios que tuviese
 El ávido vecino encomendero
 Para labrar el cóncavo minero,
 El sesmo solamente se le diese;
 Y que este de varones solo fuese,
 Guardando al sexo tímido su fuero,
 Los cuales á sesenta no llegasen,
 Y que del sexto décimo pasasen.

Ordena juntamente que del fruto
 De los veneros fértiles sacado,
 Tambien al indio el sesmo fuese dado
 Como en retribucion de su tributo;
 Y que cualquier vecino al estatulo
 Fuese para los suyos obligado,
 Partiéndoles el sábado postrero
 La dicha sexta parte del dinero.

Y para ejecucion del mandamiento,
 Por evitar escrúpulos y espinas,
 Mandó que hubiese alcaldes en las minas,
 Hombres de sano, justo y buen intento;
 Hizo que las comidas y sustento
 Llevado por las fuerzas femeninas,
 A costa del vecino fuese en bestias,
 Y así no fuesen tantas las molestias.

Mándoles dar comida cuotidiana
 Que bien á cada un indio le bastase,
 Y que una res ó mas se les matase
 Tres dias en los seis de la semana;
 Con esto pudo hacer que por liviana
 La poderosa carga se juzgase,
 Poniendo mil estímulos al tibio
 Y á sus trabajos ásperos alivio.

Así dejó los pobres redimidos
 De tantas insolentes vejaciones
 Y de tan insufribles aflicciones
 A llevadera vida conducidos;
 Quedaron muchos daños prevenidos,
 Mudadas muchas fieras intenciones,
 El indio con su carga moderada,
 Y el amo su conciencia descargada.

¡Oh gran legislador del nuevo mundo,
 Celoso de equidad y de justicia,
 Primero en la bárbarica milicia
 Y en tu feliz estrella sin segundo,
 Confuso asombro y pavor del profundo,
 Total perseguidor de su malicia!
 Perdona el corto vuelo de mi pluma,
 Que al pié no llega de tu cumbre suma.

Cuando mejor le sepa dar el corte,
 Y si la Parca no me corta el hilo,
 Yo cortaré, Señor, con otro filo
 Tus venturosos lances en la corte;
 Mas has de permitirme que los corte
 En traje pastoril mi propio estilo;
 Que en esto ni será el de corte sano
 Ni bastará tampoco el cortesano.

Recibe si te place agora en tanto
 Esta segura prenda que te empeño,
 Que yo la sacaré de tal empeño
 Volviéndote por ella siete tanto;
 El vale solo es este y primer tanto,
 Con que serás después del resto dueño
 En viéndome al querer con otro punto,
 Que agora será bien volver al punto.

Habiendo ya en los indios remediado
 Lo que dejamos dicho el jóven tierno,
 Puso los españoles en gobierno,
 Y en órden los negocios del jargado;
 Era lo que trazaba lo acertado,
 En cosa no mostrándose moderno,
 Porque corrieron siempre á las parejas
 Su madurez y juventud parejas.

Y como siempre fué de lance en lance
 Haciéndolos mejores en su juego,
 Aun no entabló la tierra, cuando luego
 Se puso con el cielo en un balance;
 Al rey de entrambos vino á dar alcance,
 Por ser en el seguir un vivo fuego,
 Y ser sus pasatiempos y sus vicios
 Seguir virtud y perseguir los vicios.

Faltaba en la Serena (ved qué falta,
 Para que tenga sobra en su descuento)
 El misterioso y alto sacramento
 Adonde Dios y hombre nunca falta;
 Mas con su caridad intensa y alta,
 Haciendo á costa suya el ornamento,
 Hizo que desde entonces no faltase
 Para que el bien al ánima sobrase.

De suerte que por Dios, que es alfa, empieza
 Y á Dios en todo lleva por delante.
 ¡Oh bienaventurado caminante
 Que á solo Dios sus pasos enderzcas!
 Y pues lo que le lleva por cabeza
 Va todo por el mismo semeiante,
 Considerad sus obras cuales fueron,
 Si al paso del principio el fin tuvieron.

No callarán mis versos una dellas,
 Aunque de tanto son indignos ellos,
 Pues estos traigo yo por los cabellos,
 Y al cielo por sus piés se van aquellas;
 Mas ya que lejos voy de dar con ellas,
 Y puedo bien sentarme junto dellas,
 Dirélas por mi rumbo tropezoso,
 Y no las callaré como envidioso.

El hecho fué que cuando el pan del cielo
 En procesion al templo se traía,
 Por dar ejemplo al indio que atendía,
 Se derribó á medirse con el suelo,
 Haciendo que el presbitero sin duelo
 Por cima dél hiciese paso y vía,
 Tratando con el pié su cuerpo humano,
 Pues el de Dios trataba con la mano.

Fué un acto de humildad aventajada
 Para dejar al bárbaro enseñado,
 Que en las personas altas de su estado
 Es la virtud que mas á Dios agrada;
 Pues cuanto bien parece la llanada
 En la sublime cumbre del collado,
 Parece la humildad allá en la cima
 Del hombre que es tenido en mas estima.

Con el manjar angélico divino
 Quedó la gente llena de consuelo,
 Y no se vido mas barrer el suelo
 El viento arrebatado en remolino;
 Que como se deshace el torbellino
 En asomando el délfico en el cielo,
 Así tranquilidad el pueblo tuvo
 Al punto que este sol en él estuvo.

Mas viendo que otros soplos mas violentos,
 Y tempestad mayor furiosa y brava
 A todo el reino junto alborotaba,
 Queriéndole volar por los cimientos,
 Y que la furia sola de dos vientos
 Revueltos y encontrados lo causaba,
 Da traza el verdadero dios Eólo
 Como encerrillos por su mano él solo.

Los dos gobernadores eran estos,
 Que, sobre serlo en Chile contendian,
 Y á canto de perderséle tenian,
 Pues á romper estaban ya dispuestos;
 En Mapocho y Cuaquimbo varios puestos,
 Los dos fortificados atendian
 Para venir, con ánimos insanos,
 De encuentro de cabezas á las manos.

Estarse en la Serena Aguirre quiso,
Por ser allí el oráculo adorado,
Y Villagran desotro apoderado,
Estaba en Mapochó sobre el aviso;
Mirad agora el reino en sí diviso
En vispera de verse desolado,
Mirad un monstruo aquí de dos cabezas,
Que está para topar y hacerse piezas.

Pero tan buena maña supo darse
Aquel varon sagaz en el remedio,
Que, como la virtud, se puso en medio
Primero que vinieran á encontrarse;
Y sin alborotar ni alborotarse,
Que para todo tuvo traza y medio,
Prendió primero al uno, y luego al otro,
Sin que supieran ellos uno de otro.

A Juan Ramon envió por una vía
Para que, sin que nadie lo entendiera,
A Villagran do estaba lo prendiera,
Enviándosele preso el mismo día;
Y á Aguirre, que á la mano le tenía,
Aunque pensó que nadie le ofendiera,
Prendió por otra parte don Hurtado,
Poniéndole en el puerto á buen recado.

Adonde en un bajel con guarda estuvo
Hasta que Villagran tambien llegase,
El cual, como á su daño caminase,
Bien poco en el camino se detuvo;
Pues luego que la nueva el jóven tuvo,
Mandó que con Aguirre se juntase,
Y que sin parecer en su presencia,
Viniese á parecer ante la Audiencia.

Salióle á Aguirre en viendo que venía
A recibir al bordo de la nave,
Y aun dicen que le dijo en tono grave
Esta razon tan llena de energia:
«Ya, lo que en todo Chile no cabía,
Agora en una tabla sola cabe;
Mí fé, Señor, un niño de la cuna
Nos muestra á la vejez lo que es fortuna.»

No cuento por menudo todo el caso,
Aunque lo principal aquí ya escrito,
Porque pararme á todo es infinito,
Teniendo senda larga y tiempo escaso;
Fuera de que si en esto voy de paso,
Es porque en lo que resta me remito
A lo que agora escribe el de Lobera,
En general historia verdadera.

Solo, segun por ella puede verse,
Quiero certificar en esta mia
Que en ello, como en todo, don García
Hizo lo que era licito hacerse;
Porque con madurez, para moverse
Miró muy bien qué causa le movía,
Y siempre vió la mira en este hecho
Enderezada al público provecho.

Pues embarcados ya los capitanes,
Mandó que los bajase luego á Lima
Pedro de Lisperguér, varon de estima,
Y gloria de los altos alemanes;
Limpió la tierra destos huracanes,
Metiéndolos en cárceles, y encima
Por mas seguridad les puso un cerro,
Que tanto y mas pesado es un destierro.

Así como en soberbios torreones,
Y siempre sobre alcázares subidos,
Vienen á dar los rayos encendidos,
Dejando los humildes paredones;
Sobre estos validísimos varones
En Chile por pirámides tenidos,
Asiento de ambicion y de cadicia,
Cayó derecho el rayo de justicia.

A mucho mal con ello puso aiajo,
Y al reino ya pacífico y tranquilo,
De mas de tres gargantas quitó el filo,
Y á todas, por lo menos, de trabajo:
Por esto quiso enviallos mar abajo,
Y por seguir al padre en el estilo,
Que á los que en el Pirú metian cizaña
Los arrancó de cuajo para España.

Con esto en la Serena se entretuvo,
Por no gastar el tiempo mal gastado,
Hasta que á los del seco despoblado
Y á su Bastida fiel consigo tuvo;
En ocio allí la gente se detuvo
Un delicioso mes, el cual pasado,
Con todos los caballos y bagaje
A Mapochó tomaron el viaje (6).

Mandóseles que nada en él parasen,
Por ser tan regalado y abundoso,
Temiendo que en su vicio pegajoso
Los cuerpos hasta el ánima atascasen;
Sino que á Penco rápidos pasasen,
Lugar un tiempo rico y populoso,
Mas por entonces yermo y asolado,
De solo cuerpos y aves ocupado.

Adonde á Juan Ramon tambien mandaba
Que en todo caso luego se partiese
Con todos los vecinos que tuviese
El pueblo de Santiago donde estaba;
Porque él á la sazón determinaba
Enderezar allí como pudiese,
Metiéndose en el mar embravecido
Con los que ya por él habia traído;

Para que de esta suerte en la bahía
De Talcaquano, que es á Penco junto,
Se fuesen á juntar al mismo punto
La gente que por tierra y mar venia.
Con esta traza y órden los envia,
Y él queda con su gente puesto á punto
Para desocupar aquel asiento,
Aunque lo contradicen mar y viento.

Llegada era del tiempo aquella parto
Opuesta por diametro al estío,
Cuando con gafa mano, el yerto frio
En pellas el carámbano reparte;
A la razon, que ya por toda parte
Viene de monte á monte el raudal rio,
Y al blanco amanecer se ven los prados
Envueltos en vellones escarchados.

Cuando camina todo con su funda
Para que el aguacero no lo moje,
Y á su choznela el rústico se acoge
Soltando el manso buey de la coyunda;
La tierra de mil rívilos abunda,
Que en sí la turbia ciénaga recoge,
Y cuando por los cerros van á gatas,
Rompidas las celestes cataratas.

Está callada y mustia Filomena,
Ítis se encoge, Progne se marchita;
Erízase el silguero en la ramita,
Y de aterido, en dulce voz no suena;
Alcione sale ya sobre el arena,
La grulla por el aire sola grita,
Y la infeliz corneja está en su playa
Al marinero mártir dando vaya.

Desgájanse los árboles frondosos,
Rendidos al airado ventisquero;
Descarga con granizo el aguacero
Relámpagos y truenos espantosos;
Vulturino, Clerzo y Africo furiosos
Parecen aventar el mundo entero;
Entóldanse los cielos con fubliados
De tempestades tórbidas preñados.

Mas no por ser el tiempo riguroso,
Y ver al mar entonces intratable,
Dejó de renunciar la tierra estable
El fortunado jóven presuroso;
Porque para su pecho valeroso
No le parece cosa incontrastable,
Y porque el acudir, do va, con tiempo
Importa mucho mas que el mismo tiempo.

Así que su rigor menospreciando,
Como que ya le increpa la tardanza,
Partió sin esperar á la bonanza,
Que la necesidad no mira cuándo;
Pues ya con su lucido y grueso bando
De la Serena sale, dulce estanza,
Dejándola mas triste en su partida
Que Dido en la troyana despedida.

Pusieronse en dos horas con el puerto,
A donde siendo todo aparejado,
Dejaron el estéril mar poblado,
Y al fértil campo huérfano y desierto;
El aire estaba lúcido y abierto,
Solo soplaban el céfiro delgado
Con que, las corvas áncoras levadas,
Se le entregaron velas desplegadas.

Ya el engañoso tiempo los aleja
De la arenosa playa y sus orillas,
Ya sulcan alta mar las bajas quillas,
Ya cada cual de espuma el rastro deja;
El cielo, por cubrir lo que apareja,
Se escombra y barre bien de nubecillas,
Bordándose de escamas y celajes,
De rubios arreboles y foliajes.

Todo les favorece y da la mano,
El viento es largo en popa, el mar bonanza,
Señales harto ciertas de mudanza
Y de que habrá desquite en otra mano;
Al puerto Jacobino dan de mano,
Temiendo que si llegan á su estancia
Y dan entrada al ocio y fácil vida,
Será dificultosa la salida.

Pues como de arrecifes y bajos,
Y mas que de la fiera ladradora
Tan por su mal, de Circe contendora,
De Mapochó se apartan los navios,
Albergue de holgazanes y baldíos,
Adonde el vicio á sus anchuras mora,
Y tierra do se come el dulce loto,
Que al filo de la guerra tiene boto.

Es la vadosa sirte donde encallan
O todos ó los mas gobernadores,
Y á donde por hablar cosas de amores,
Las del guerrero adúltero se callan;
Do como la dulzaina y rabel bailan,
No quieren son de trompa ni atambores,
Ni dar en cambio y trueque de una vela,
Amanecer des mil en centinela.

Es una Circe pésima que encanta
Y en animales sordidos transforma;
Es la cadena, grillo, cepo y correa,
Que el brio y fuerza bélica quebranta;
Es la sirena melode que canta,
De quien sagaz el Itaco se informa,
Y atado al mástil, oye desde afuera,
Enardeciendo á los demás con cera.

Huye como del fuego del regalo
El avisado jóven, porque sabe
Que entre el biscocho acedo y pan suave
Hay siempre mas que lúcido intervalo;
Es á los cuerpos ágiles tan malo
Como el pequeño rémora á la nave,
Que en su navegación la tiene á raya
Por mas veloz y rápida que vaya.

El regalado es bestia que se empaca
Un harto gavilan, bajel zorrero,
Y el ocio, conegai y atolladero,
Do con dificultad el pié se saca;
Es arenal en que anda virtud fiaca,
Y pasto donde el vicio enlucia el cuero
Boscaje y arcabuco mal distinto,
Difícil y entrincado labirinto.

Y aunque metido en él, salir supiera
Con el prudente ovillo de Tesco,
No quiere andar en círculo y rodeo,
Sino seguir derecho su carrera;
Que el ánimo do está virtud entera
No solo ha de vencer el mal deseo,
Sino quitar la causa de engendrarlo,
Pues lo mejor del dado es no jugarlo.

Por esto don Hurtado no se llega
Al peligroso vado con su armada,
Mas á la yerma Penco enderezada
Con viento largo y próspero navega;
Neptuno está mas llano que una vega
Asegurando en todo la jornada,
Por donde aunque era larga, sin sentilla
Se ven á pique ya de concuilla.

Mas porque nunca bien sin mal concluya,
Y no nos asegure el buen estado,
No bien el sol seis vueltas habia dado,
Cuando tambien fortuna dió la suya;
¡Oh cuán de vidrio que es la gloria tuya
Caduco mundo, héculo cascado,
A donde bien lo paga quien se arrima
Pues dando, al fin, en vago se lastima!

¡Qué de horas malas das por una buena!
Por un granillo de oro ¡cuánta escoria!
Por el adarme y átomo de gloria,
Qué bien pesado va el quintal de pena!
Tu mano, ya se vacía, ya se llena,
Como los arcaduces de la noria,
Aunque por ser menor el del contento,
Sin agua suele estar la boca al viento.

O fuese rebelion de la fortuna,
O ya por el rigor del crudo invierno,
O porque ya de envidia el mismo Infierno
Contra este gran varon se hiciese á una;
O ya por mal finisio de la luna,
O por la voluntad del Padre Eterno,
Que con la piedra toque de combates
Quisiese descubrirle los quilates;

De fusca nubecilla mal cuajada
El velo celestial se vió mancharse,
Tras quien corrieron otras á juntarse
No pareciendo en su principio nada;
Mas vese á pocas horas aumentada
Tenderse de manera y condensarse,
Que deja al cielo puro y espejado
Ya de escurana lóbrega empallado.

Perdiéronse de vista en un instante,
Con que tambien los nuestros la perdieron,
Y solamente á costa suya vieron
Cuán presto se demanda el buen sombriante;
Envueltos en furor desemejante
Los vientos de sus cárceles afloren,
Y al antes llano piélagos lanzados
Hicieron promontorios levantados.

Que como tanto tiempo estubo presa
Su furia procesosa y repentina,
Cuando la vieron suelta en la marina,
Molieron todos juntos de represas;
Pues dánse en el rodeo tanta prisa,
Que el mar ya vuelto en cándida harina,
Sin que esparsirse pueda por el suelo,
A cada vuelta salta para el cielo.

El claro sol se fué, y la noche oscura
Batiendo al mar sus negras alas, vino
Con un desahogado torbellino,
Armado de granizo y piedra dura;
La grita, el alboroto, la presura,
La turbacion, el pánico, el desatino,
La amarillez del rostro ya difunto
Se apoderó de todos en un punto.

Ya la menuda arena hierve abajo,
Y arriba las soberbias ondas braman;
Ya sobre lo mas alto se encaraman,
Ya vuelven desgajándose á lo bajo;
Parece que se arranca el mar de cuajo,
Y que sus aguas frígidas se inflaman,
Marchando en escuadron de ciento en ciento
A dar asalto al cálido elemento.

Por medio dél frenéticas pretenden
A todo su pesar abrir carrera
Para mezclarse allá en la nona esfera
Con las parientas aguas que allí penden;
Porque del fabricado mundo entienden
Que quiere ya volver ¡ay! tal no quiera,
Sin que le quede ripto sobre ripto
A la cantera tosca del principio.

Que como para el bien de los humanos
No sufre Dios al mar, por mas que brame,
Que por el ancho suelo se derrame,
Quiere tomar el cielo con las manos;
Y sobre sus asientos soberanos
Pide que el bajo suyo se encarama,
Porque si no, segun su vientre hincha,
Reventará por medio con la cincha.

Toda la culpa tiene el viento solo
En dale avilantez, orgullo y alas
Para que osado suba sin escalas
A remojar allá la crin de Apolo;
Gime tronando el uno y otro polo,
Y las espesas nubes, antes ralas,
Se vienen ya cerrando de manera,
Que al cielo calan toda la visera.

En una oscuridad tempestuosa,
Y en una tempestad oscura y fría
Se ve la atribulada compañía,
Ya de su fin mas cierta que dudosa;
Ninguno por intrépido reposa,
Que el de mayor esfuerzo y osadía,
Como se ve en tan áspera tormenta,
Alista para darla á Dios, su cuenta.

El duro y trabajado marinero,
Que nunca sosegó sin sobresalto,
Visto del temporal el fiero asalto,
Salta de entre sus cables el primero;
Ya trepa por el cáñamo ligero,
Ya súbito aparece en lo mas alto,
Ya muestra por un cabo solo asido
El cuerpo sobre el agua suspendido.

Envuélvese ya el aire oscuro y vano
En voces del *amaina* tras el *isa*,
Y el chafaldete, braza, troza y triza
Se cubren de curtido puño y mano;
Ya con la espada en ella el Euro insano
Hace con los demás estrago y riza,
Jugando y esgrimiéndola de suerte,
Que cada golpe suple el de la muerte.

«A orza», claman unos, «vira, vira,
Amura, que se ve la arena gorda;»
Otros «arriba, *amaina*, ten, zaborida,
Que está el furioso mar envuelto en ira;»
El uno sin color al otro mira,
La gente á puras voces está sorda,
Atónita, confusa, derramada,
La mas temblando en plé y arrodillada.

Las yertas rocas miran por un lado
Con duro ceño y áspero semblante,
Por otro al mar soberbio y arrogante,
Revuelto, removido y elevado;
Arriba de rigor al cielo armado,
Abajo los abismos por delante;
Mirad la triste nave que está en medio
En qué tendrá esperanza de remedio.

Quién á la religion se ofrece en voto,
Quién el favor divino *aprieta* invoca,
Quién con el sacro símbolo en la boca
De todo corazón está devoto;
Cuál mira atento el rostro del piloto,
Por ver si su tristeza es mucha ó poca,
Cuál en su estrecha cámara se esconde
Queriendo allí morir sin ver por dónde.

Oye de allí las voces y lamentos,
Los golpes, los turbiones, las grupadas
Que del vulturno y cierzo reforzadas
Confunden los distintos elementos;
En vano suenan lúgubres acentos,
Zalomas, alaridos, algaradas,
Pues no las oye el mar embravecido
En sí de su fragor ensordescido.

Túrbase ya el piloto y marineros;
No saben dónde irán ni dónde acudan;
Por ayudarse mas se desayudan;
Pasan atropellando pasajeros;
Los aires mas indómitos y fieros
De su tesón un punto no se mudan,
Hinchando al mar con soplos presurosos
A echalle de su asiento poderosos.

Ni cabo ni filáciga parece,
Cordel, amarra, cable ni atadura;
La escota quiebra, rómpese la mura,
Timón, entena y mástil desfallece;
La luz con que el aguja respaldece,
No estaba en su hitacora segura,
Que todo lo volcaba y sacudía
El huracán furioso y traviesa.

Creciendo va el temor, el viento carga
En la deshecha y rabida tormenta;
No hay mas que de la dulce vida cuenta,
Segun al ojo está la muerte amarga;
Ya gritan alijar, ya se descarga,
Ya Tétis queda rica y opulenta
Con mil presentes dados por soborno,
Mas ella da bramidos en retorno.

Ya va por las marítimas dehezas
En confusion y lástima volcando,
El dote que dió Lima al fuerte bando,
Mas rico que las dárdanas riquezas;
Blasones de mil célebres proezas
Se ven sobre las aguas ir nadando,
Con que se torna ya la mar insana
Una vistosa tienda y tarazana.

Parece desgarrarse el alto cielo,
Abrirse entre las olas el profundo,
Y la compuesta máquina del mundo
Deshecha derramarse por el suelo;
Sale con el oscuro y negro velo
La blanca espumazon del mar fecundo,
Que echando mas centellas que una fragua,
En el impireo mete fueentes de agua.

Las jarcias con las gúmenas rechinan;
Crugo la tablazon y silba el viento;
Los mástiles se arrancan de su asiento,
Las gaviás hechas arco al mar se inclinan;
Relámpagos y truenos desatinan,
Encuentros de agua privan del aliento;
Al fin, el orbe todo está en discordia,
Y nuestra gente á Dios misericordia.

¿Por qué, Neptuno, agora tanto enojo?
Por qué tu furia llega á tal extremo?
Pues guárte, no revientes, que lo temo,
O mueva tu preñez por solo antojo:
Aquí no va quien hizo ciego el ojo
Del ciclope tu hijo Polifemo,
Mas otro, que por dar á ciegos vista,
Tus muros quiso entrar á escala vista.

Y á ti, señor de la insula ventosa,
¿Qué bien de tanto mal se te acarrea?
¿Ofrecete otra niña Delopea
La vengativa Jano por esposa?
Y tú del falso amor lasciva diosa,
A quien la Cipro en víctimas humea,
¿Quieres del sol, en otro sol vengarte,
Por lo que publicó de ti con Marte?

Y tú, revuelto mar, ¿desde la arena
Presumes ir en esta nao metido,
Quien Dios, por no le haber obedecido,
Tuvo depositado en la bailena?
Pues sabe que la nave no va llena
Sino de aquel mancebo esclarecido
Que de sujeto á Dios y al padre suyo,
Se vino á sujetar al furor tuyo.

No cuando Troya en fuego se tornaba,
Y la ciudad de Rómulo se ardía,
Ni cuando la violenta compañía
El un lugar y el otro saqueaba,
Tal confusion y estrépito sonaba,
Ni tanto daño y lástimas se vía,
Ni allí su llama y saco, á lo que siento,
Causaron lo que aquí la mar y viento.

Grande es la refraccion, grande el ruido
Cuando los torbellinos procelosos
Sacuden gruesos árboles frondosos
En el opaco bosque entretejido;
Mucho alborota y saca de sentido
La vez que por lugares populosos
De noche un terremoto sobreviene,
Mas para comparallo corto viene.

No siento lengua humana que declare
La desigual borrascosa rigurosa,
Ni en cuantas vi jamás he visto cosa
A que perfectamente se compare;
Mas si comparacion de fe bastare,
Y por comun acaso no es odiosa,
El infernal tormento solo alcanza
A ser de una una tormenta semejanza!

Porque el rebato, el tráfago, el rüido,
La priesa, confusion y griteria,
El pismo, la congoja y agonía,
La pena deste daño y de sentido,
El mar furioso, el viento embravecido,
El cielo que de oscuro no se via,
Era figura al vivo trasladada
Del Orco negro y lóbrega morada.

En esto un cerro de agua levantado,
Que amenazando al cielo se venia,
Embiste al galeon de don García,
Cubriéndole del uno al otro lado;
Apenas, sumergido y anegado,
La punta de la gavia descubria;
Tragaron agua y muerte los de dentro,
Juzgando aquel por último recuento.

Mas pasa al fin el golpe y trago acedo,
Y sale sacudiéndose la gente,
Al tiempo que otro monte mas potente
Le encara con mas impetu y denuedo;
Espérole su nao que yo no puedo,
Por no tener costado suficiente
La rota navicilla de mi vena,
Menesterosa ya de dar carena.

CANTO IV.

Declara el fin que tuvo la tormenta, y cómo don García, llegado á la bahía de la Concepcion, toma puerto en la isla de Talcahuano, adonde está dos meses esperando los caballos, hasta que, constreñido de la necesidad, pasa á la Tierra firme, haciendo en ella un fuerte, en el cual, recogido con su gente, aguarda la que por tierra viene. En el inter se junta contra él todo el infierno en consulta general, y de ella sale Megera á dar aviso á Caupolicán de la oportunidad y buena coyuntura que tiene para dar sobre el nuevo fuerte y destruírle, antes que le llegue el socorro que espera.

Ninguno por gastado que se sienta
Venda la saya verde á su esperanza,
Sabiendo que es la súbita mudanza
Manjar de que esta vida se sustenta;
No dude que tras ante de tormenta
Ha de servirse postre de bonanza,
Y menos del favor celeste dude,
Pues cuando todo falta, Dios acude.

En dar trabajos tiene tal estilo,
Que como esgrimidor diestro y galano,
Al secutar el golpe da de llano,
O toca blandamente con el filo;
Y bien que alguna vez alargue el hilo,
Por donde el hombre cuelga de su mano,
Dejándole que estire de la hebra,
Pero jamás de parte suya quiebra.

Es la tribulacion, si bien se advierte,
Un disfrazado bien por mal tenido;
En vez de ser amado aborrecido;
Es vida en traje y hábito de muerte;
Es muestra para el ancho pecho fuerte,
Alarde para el flaco y encogido,
Es una enfermedad que no inficiona,
Mas donde la virtud se perficiona.

La roca de las ondas azotada
Predica la firmeza que sostiene,
Y á descubrirse limpio el grano viene
Cuando la rubia espiga está trillada;
La cítara del músico tocada
En alta voz pregoná las que tiene,
Y si el trabajo duro al hombre toca,
Se ve su fortaleza mucha ó poca.

Así que adversidades y aflicciones
Son guerras donde el Rey del cielo envía
A los que de su bando y compañía
Procura dar enseñanzas y blasones;
Y destos ilustrísimos varones
Es uno el generoso don García,
Que cuanto mas el piélagó le cubre,
Su levantado pecho se descubre.

Bien que lo siente á veces apretado,
Con ver que la tormenta va creciendo,
Y el ánimo á los suyos falleciendo,
Que es lo que mas le afije en tal estado;
Mas cuanto mas ceñido y estrechado,
Su corazon mas alto va subiendo,
Como la fuente á manos fabricada
Por atañor estrecho encaminada.

Su capitana enhiesta en lo mas alto
Taladra las estrellas con la punta;
Ya con el alto Júpiter se junta,
Ya con Pluton se pone en presto salto;
Cual águila, que azores dan asalto,
Ligera da una punta y otra punta,
Así tan rauda sube y rauda baja,
Tratándola los vientos como paja.

Sobre el estremecido camarote
Serenó y firme el jóven parecia
Diciendo al cielo: « Si es por culpa mía
Tan áspero castigo y duro azote,
Sin que, Señor, el mundo se alborote,
Ni muera esta inocente compañía,
Que solo va á plantar tu fe sagrada,
Descargue en mí la furia de tu espada. »

Mas cuando allí en lo hondo de su pecho
Al cielo desta suerte hablando estaba,
Aquel turbion, envuelto en ira brava
Se vino al vaso trémulo derecho;
Cerró con él en impetu deshecho,
Rompiendo con la fuerza que llevaba
La escota del trinquete yerta y dura,
Con otro grueso cable de la mura.

No para en esto el golpe desmedido,
Que el rápido furor con que venia
Dejó sin el fiador que lo tenia,
Al puño del trinquete desasido;
El cual (sucedo raro nunca oído)
Como sin órden suelto discurría,
Pasó por cima el ancla raudamente,
Trabando su tenaz y corvo diente.

Prestóle tal vaiven y fuerza el viento,
Que estando tan asida y amarrada,
Mas fácil que sortija á la pasada
Se la llevó arrancada de su asiento;
Y con arrebatado movimiento,
Ya de la vela el áncora colgada,
Por una y otra parte dañó, ofende,
Quebranta, descoyunta, rompe, hiende.

Con ella Tramontana montantea,
Haciendo á cada vuelta calle y plaza;
Esgrime la Aquilon como una maza,
Que los maderos frágiles golpea;
El Abrego furioso la volteá,
Y cuanto encuentra parte y despedazá;
Bóreas la juega haciéndola que cimbre
Como delgado junco y flaca mimbre.

Cual anda la pelota sacudida
En rápido y reciproco meneo,
Saltando con furioso devaneo
De la pared y mano resurtida,
A fuerza del impulso rebatida
De bote, de colón y de voleo,
De esta manera el áncora se andaba,
Haciendo buena chaza do llegaba.

No es fábula ni poética figura,
Ficcion artificiosa ni ornamento,
Sino verdad patente, la que cuento,
Que es de lo que se precia mi escritura;
Y débese entender que tal hechura
No solamente fué del mar y viento,
Sino de aquel diabólico vestigio
Que siempre nos persigue en este siglo.

El por su mano el ancla desamarra
Y quiere hacer ya piezas el navio,
Mas Dios, que en el socorro no es tardio,
Con solo su querer le pone amarra,
Haciendo que la dura y corva garra,
Llevada por aquel ventoso brio,
Afierre del bauprés tenacemente
Perdiendo en él su furia dellacuentre.

Como el que estando ya para ahogarse
Con todos cuatro músculos batiendo,
Y en vano el agua líquida hirviendo
Sin esperanza casi de salvarse;
Si á dicha topa un ramo en que trabarse,
Sosega el cuerpo maldito y tremendo;
Así fué nave y gente sosegada
Después de vela y áncora trabada.

Con el dichoso caso repentino
Tan presto fué en salir el descontento
Y á entrarse por las almas el contento;
Que hubieron de chocar en el camino;
Y deste golpe atónita y sin tino
Estuvo nuestra gente en detrimento,
Hasta que vencedora la alegría
Del todo calentó la sangre fría.

Levanta el rostro al cielo soberano
El General, y en lágrimas deshecho,
Refiere á Dios las gracias de este hecho,
Reconociendo que era de su mano;
Y súbito, por mas que el mar insano
Entonces levantaba el ronco pecho,
Comienza con la vela ya tomada
A gobernar la nave quebrantada.

A la vecina costa dieron lado,
Que peñascosa y horrible se vía,
Y á orza enderezando recta vía,
Se vuelven á su rumbo comenzado;
El enemigo viento mas airado
Y las preñadas ondas á porfía
De nuevo los combaten y contrastan,
Mas contra las de Dios; qué fuerzas bastan?

Que el joven, á pesar de todo el resto,
Navega el de la noche tempestiva,
Luchando con el aire y agua esquiva,
Al ímpetu de entrambos contrapuesto;
Hasta que el manto lóbrego y funesto
Del hombre de la tierra se derriba
Y deja descubierto aquel tocado
De perlas y de aljófares cuajado.

Entonces, cuando el gárrulo grumete
Cantando saludaba el claro día,
Se descubrió á los ojos la bahía
Que por la Concepcion sus aguas mete;
Cazaron luego á popa su trinquete
Con el debido gozo y alegría,
Y antes que el sol su luz hubiese abierto
Lanzaron las amarras en el puerto.

Surgió la rota armada en Talcaguano,
Isleta bien de sierras amparada,
De algunos pobres indios habitada,
De poco efecto en guerra y menos mano;
Adonde el espumoso mar insano,
Haciéndose una plácida ensenada,
A los navales huéspedes acoge
Sin que mareta ó viento los enoje.

Así como en la negra y dulce arena
El áncora bincó su duro diente,
Alzando mil albórbolas la gente
Se olvida del afán pasado y pena;
Mas antes que saltasen, les ordena
El cauto General cristianamente
Que como no los dañe el enemigo,
En todo se le haga trato amigo.

Con esto los bateles botan fuera,
Y dentro nuestros milites metidos,
De las seguras armas prevenidos
Saltaron en la sólida ribera;
Adonde por una áspera ladera
Los bárbaros isleños recogidos
Bajaron de tropel con mano armada
A defender su tierra saltada.

Mas era, como dije, triste gente,
De oscuro nombre y número pequeño,
De estrecho corazon, al fin isleño,
Adonde el miedo está seguramente;
Y así, no bien llegaron frente á frente
A ver de la contraria el duro ceño,
Cuando templado aquel orgullo y brío,
Quisieran verse lejos del navío.

Pues como el escuadron llegase al puerto,
Do estaba nuestra gente recogida,
En el primer furor y arremetida
Cayó de un arcabuz un indio muerto;
En viéndolo, sin orden, sin concierto
Los otros se pusieron en huida,
Dejando á su despecho libre el paso,
En fe de su temor y pecho escaso.

Verdad es que en el tiempo de la bruma
Están los moradores de la tierra
Tan torpes para el uso de la guerra
Como para volar mojada pluma;
Y como no se entienda ó se presuma
Ser interés crecido el que se encierra
En dar asalto entonces ó batalla,
Jamás se moverán de invierno á dalia.

A tal sazón los bárbaros sosiegan
En su galpon de paja ó rudo rancho,
Do arriman la macana y el rodancho,
Y al elemento cálido se llegan;
Los vibradores arcos, de que juegan
Ahorcan de la estaca ó medio gancho,
Hasta que viene el tiempo del estío,
Con que entran en calor, esfuerzo y brío.

Los nuestros, en habiendo derramado
Aquella amedrentada compañía,
Sacando de las naves lo que había,
Si alguna cosa el mar había dejado,
En fuerte puesto y sitio acomodado
Plantaron la tremenda artillería,
Haciendo el General que se soltase
Para que el indio, oyéndola, temblase.

Mas los de Talcaguano, como vieron
La bélica nacion allí venida,
Apercibieron luego su partida
En góndolas y balsas que tuvieron;
Sus hijos y mujeres los siguieron,
Dejando soterrada la comida,
Y las desiertas chozas y moradas,
Ya de los propios dueños saqueadas.

Algunos que en el pobre alojamiento
Nuestros exploradores alcanzaron,
En españoles pechos extrañaron
El blando y amigable tratamiento;
Venidos ante el grave acatamiento
Del nuevo Apó, que atónitos miraron,
Les dió comida, ropa y otros dones,
Moviéndolos con obras y razones.

La cifra dellas fué certificarlos
Que solo era su blanco y su motivo
Hacer que conociesen un Dios vivo
Que quiso con su sangre rescatallos,
Y que se confesasen por vasallos,
Con someter al yugo el cuello altivo,
Del sacro don Felipe sin segundo,
Monarca universal de todo el mundo.

Mostróles por el título y derecho
Que los cristianos esto pretendían,
En especial de aquellos que se habían
Apóstatas, después de fechos, hecho;
Propúsoles el público provecho
Que dando al Rey la paz, recibirían,
Con los terribles daños que en su tierra
Causaba el uso fierro de la guerra.

Añade al fin que en nombre y en persona
Del solo invicto rey de los hispanos,
Si mas no toman armas en las manos,
Por las tomadas antes les perdona;
Mas que si, despreciando su corona,
Hicieren cruda guerra á los cristianos,
Se les habrá de hacer á sangre y fuego,
Sin dárselos minuto de sosiego.

Despáchalos con esto libremente,
Enviándolos en paz enriquecidos,
Y dello, al parecer, agradecidos,
Mas iba lo secreto diferente;
Los nuestros en el sitio competente
Al tiempo criminoso prevenidos,
Temiendo su rigor y sus ofensas,
Levantán ya reparos y defensas.

Quién, el desierto albergue trastornando
En término mas breve que de un hora,
Cargado vuelve y crespo de totora
Do están las camaradas aguardando;
Quién con la verde juncia rumorando,
Quién con la seca paja cortadora (7),
Quién por allá, cubierto de carrizo,
Mas erizado asoma que un erizo.

Al tallo que en aquel festivo día
De palmas y de olivas coronado,
Cuando en Jerusalem á Cristo entrado
Celebra su romana iglesia pia,
Hierva el menudo pueblo por la vía
Habiendo el bosque y selva despojado,
Y á costa suya espesos y ramosos
Al templo van en trulla presurosos;

Así los españoles van y vienen
Envueltos en aristas y bullicio,
Haciendo de albañiles el oficio,
Ya que los materiales juntos tienen;
Otros, que nada en esto se detienen,
Por ser de tienda ó toldo su servicio,
Se ocupan en lo que es mas ordinario,
Sacando el aparejo necesario.

Cuál hiere el pedernal fogoso y duro,
Apacentando el fuego entre la yesca,
Cuál por coger del agua dulce y fresca,
Da la celada al claro arroyo puro;
Cuál, de la aguda hambre mal seguro,
El avecilla caza, el pece pesca;
Quién tuesta el trigo, quién el maíz confita
Y los agudos dientes ejercita.

Lo mas de su corpóreo nutrimento
Es húmida semilla mareada,
Del bravo mar apenas perdonada,
Por no la haber tenido á mano el viento.
Tan poco fértil es aquel asiento
Y avaro en sí, que no hay sacalle nada
Que sirva de refresco á la comida,
Añeja, y aunque poca, desabrida.

No solo tiene falta de frutales
Adonde la silvestre fruta crece,
Mas aun de los estériles carece,
Ora plantados, ora naturales;
Ni allí se ven humildes matorrales,
Ni yerba levantada se parece,
Sino tan raso todo á la redonda,
Que no hay adonde un pájaro se esconda.

Es infecundo el sitio de manera,
Que Chile puede bien llamarle ajeno,
Y si es lugar legítimo chileno,
De su prosapia fértil degenera;
Adonde no hay quebrada ni ribera
En que Faviono y Céforo sereno
Parleras aves, árboles y fuentes
No tengan como en éxtasis las gentes.

Sola esta parte fué sin hermosura,
Porque faicion no tiene que lo sea,
Mas siempre oí decir que á la mas fea
Le tiene Dios guardada su ventura;
Pues el de seso y no de edad madura
La quiere, la visita, la pasea,
Y mereció de todo aquel asiento
Ser la primera en darme alojamiento.

Aunque ella, de este bien desconocida,
Como le tiene en casa, lo desdena,
Mostrándosele esquiva y zahareña,
Seca, enfadada, libre y sacudida;
Quiero decir cuán dura es la acogida,
Pues no produce aun género de leña,
Que es falta grande, es un trabajo eterno,
Y mas en la sazon del crudo invierno.

Mas como casi nunca en lo que hace
Naturaleza pródiga cojea,
Y no hay necesidad que no provea
Por el camino y modo que le place
La falta de la leña satisface
Con otra (¿quién habrá que me lo crea?)
Tan exquisita, rara y peregrina,
Que no sé yo si Plinio la imagina.

Hallóse toda la insula sembrada
En copia tal, cardúmen y caterva,
Que en abundancia frisa con la verba,
De un género de piedra encarrujada;
La cual una con otra golpeada
Produce vivo fuego, y lo conserva,
Sin que se mate en mas de medio día,
Que tanto tiempo en sí lo ceba y cria.

Con estos pues, mejor que en fina brasa
De pacayales (8) trozos procedida,
Guisaba nuestra gente la comida
Mal sana, mal sabrosa y bien escasa;
Mas todo este trabajo sufre y pasa,
Y la brumal crudeza desmedida,
Con ver que yendo en todos por delante
Les muestra el jóven ledo su semblante.

En pruebas y ejercicios de la guerra
Los habilita, ocupa y entretiene,
Por engañar al tiempo mientras viene
El esperado ejército por tierra;
El cual, por el rigor que el cielo encierra,
Ya fuera de lo justo se detiene,
Mas caminar tres leguas cada día
A todo reventar no se podía.

Los rios, de sus madres arrancados,
Sus espaciosas márgenes bañaban,
Y arrebatadamente se llevaban
Los gruesos troncos y árboles copados;
Por lodos y caminos esponjados
Las entumidas bestias atascaban,
Lo cual era disculpa conocida
Para la dilacion de su venida.

Dos meses don Hurtado los aguarda,
Sufriendo la escaseza deste asiento,
Y al inclemente cielo turbulento
Envuelto en su aguaderra oscura y parda;
Mas viendo lo que el fido campo tarda,
Y que le va faltando bastimento,
Pasar á tierra firme determina,
Dejando aquella insólida y mezquina,

Para que estando mas la tierra adentro
Pudiese dar favor al bando amigo,
Si acaso con el bárbaro enemigo
Tuviese en el camino algun rencuentro;
Y devisar el ánimo y el centro,
Poniéndose á la mira, como digo,
De lo que se tratase en el senado,
Que esio le daba entonces mas cuidado.

Con este fin se embarca y toma tierra,
En fe de una cerrada noche oscura,
Y de su clara y próspera ventura,
En el riñon y fuerza de la guerra;
Ciento y ochenta el bando suyo encierra,
Y con tan poca gente se aventura
A acometer empresa no esperada
Ni menos que difícil arriscada.

Fué digna de su pecho tal hazaña
Y de que se eternice entre la gente,
Entrarse sin caballos libremente
Hollando al enemigo la campaña;
Mas el valor, que siempre le acompaña,
En corazon tan ancho no consiente
Verse recluso agora y estrechado,
Y siendo el propio mar estarse aislado.

La exhalacion del rayo, que encendida
No cabe en el angosto y pardo seno,
Le rompe al fin, y sale con el trueno
Tras una rauda furia desmedida;
Así, por no venir á la medida
Del jóven el marítimo terreno,
Vino á romper con él dificultades,
Tronando hasta las últimas edades.

Pues no bien asentó en el suelo duro
Los piés, que ya volaron de la barca,
Cuando la tierra atentamente marca
Buscando sitio adonde alzar un muro:
Hallóle á su propósito seguro,
Y aun el mejor de toda la comarca,
Adonde quiso luego hacer el fuerte
Para esperar en él su buena suerte.

Sobre una verde loma, en cuya cumbre
Se forma una tendida mesa llana,
Que con el agua placida y humana
Aconsejando está su pesadumbre;
Antes que difundiera el sol su lumbró
Al fresco despuntar de la mañana,
Amaneció subido nuestro bando
Con árboles la cima coronando.

Por una parte el mar con su hondura
La tiene defendida y amparada,
Por otra el ser altísima y peinada
La fortifica, guarda y asegura;
Y por la que se muestra mal segura,
Se hace un ancho foso y albarrada
De terraplen tupida por de dentro,
Que pueda rebatir un duro encuentro.

Por los robustos jóvenes reparte
El general cuidadoso las tareas,
Con que ya van creciendo las trincheas,
Y suben la barrera y baluarte;
Sirviéronle al mancebo en esta parte
Sus argentadas fuentes de bateas
Para sacar la tierra de la cava:
Tan poco la cudicia le empachaba.

Unos el cerro sólido barrenan
A fuerza de las puntas aguzadas,
Otros de gruesas vigas mal doladas
Los huecos y capaces hoyos llenan;
Otros los bosques lóbregos atruenan
Con el pesado son de las espadas,
Cortando de los árboles espesos
La trama de fagina y troncos gruesos.

Al fuerte llevan ramas, trozos, vigas,
Siendo mejor la carga en los mejores,
Cual van los encolmados segadores
A la era con las fértiles espigas;
O bien como las pródigas hormigas
Con granos mucho mas que ellas mayores,
Van por carriles negros y senderos
Marchando en escuadron á sus graneros.

El vigilante Apó no estaba ocioso,
Que agora ya los suyos animando,
Agora ya con ellos trabajando,
No le vagaba punto de reposo;
Y viéndole solícito y cuidadoso,
Se daba tanta prisa el fuerte bando,
Que no gozó otra vez del alborada
Sin acabar la cerca y albarrada.

En siendo pues del todo levantado
El basto muro y sólida barrera,
Arbolan de Filipo la bandera,
A vista y á despecho del estado;
El prevenido jóven don Hurtado,
Que como tenga tiempo, no lo espera,
Hace plantar seis piezas de campaña
En el mejor lugar de la montaña;

Adonde con su gente recogido,
A sombra de su muro y honda cava,
Por horas los caballos aguardaba,
Y cada punto al bárbaro atrevido;
Y así para el asalto apercebido,
Sin padecer descuido siempre estaba,
Ni perdonar trabajo que viniese,
Por desmedido y aspero que fuese.

No estaba allá en su muro tiberino
El bello Julio Ascanio tan alerta,
Mil veces asomándose á la puerta
Cuando el gallardo Turno sobre él vino;
Ni el ver que tarda el padre en su camino
Le solicita tanto y le despierta,
Como al caudillo ilustre en este asiento,
Do no refrena un punto el pensamiento.

Pues déle rienda y corra, que entre tanto,
Si su favor esfuerzo me concede,
Me importa declarar lo que sucede
Allá en el tribunal de Radamanto.
Sintiendo mucho el reino del espanto
El ver de la manera que procede
Tan en su daño el recto jóven fuerte,
Intenta remediarse desta suerte.

El azufrado Rey del hondo averno
Mandó juntar en lóbrego concilio
A los que le juraron domicilio,
Y están al disponer de su gobierno,
Para que contra el justo mozo tierno
Al bárbaro se dé favor y auxilio.
Haciendo su poder, porque le venza,
Y saque al Orco triste de vergüenza.

Manda que dé un baladro el Cancebero,
Y al son de aquella horripsona bocina,
Viene la tropa réproba y mezquina,
Volando cada cual por ser primero;
Apríesa rema el sórdido barquero,
Dejando gran concurso á la marina,
Que pide á sordos gritos el pasaje
Del infeliz y misero estalaje.

Entró la yerta barba rebujada,
Cerdoso, inculto y hórrido el caballo,
Lanzando humo azul por el resuello,
Perfume de la fétida morada,
Su vil persona trémula y gibada,
Metido entre los hombros todo el cuello,
Y el remo por el uno atravesado
De gruesa y verde lama embanderado.

Entró con su peñasco ponderoso
Aquel parlero Sísifo rodando,
Y esotro con su rueda volteando,
Por ser ingrato á Jove poderoso;
Entró el jayan de amor libidinoso
Al buitro con el higado celando,
Y el filicida Tántalo avariento
En medio del Eridano sediento.

Vino también deshecha en triste llanto
Aquella que por ser mirada presio
Contra la condición y pacto puesto,
El galardón perdió del dulce canto;
Y aquel que aborreció la Juno tanto,
Siendo no mas de envidia causa de esto,
Que trastornado el seso y el sentido
En forma de león su prole vido.

Vino Demomorgon, famoso mago,
Autor de las fantasmas y visiones,
Y el adalid insigne de ladrones,
A quien Alcides dió su justo pago;
Salieron del humoso y turbio lago
Cercado de diabólicas legiones,
La dama de Jason y la del toro,
Con el que sus manjares eran oro.

Y vos también, frenético Tereo,
Cruel estuprador de Filomena,
Que en la virgínea miel de su colmena
Hartastes como zángano el deseo,
Manifestando el crimen torpe y feo,
Culpa merecedora de otra pena,
Bajastes convertido en ahubilla
A vueltas de la pésima cuadrilla.

Tampoco tú del cóncave faltaste,
Incestuosa hija de Cinira,
Que con cautela pérdida y mentira
La cama paternal contaminaste;
Ni tú, que á los troyanos engañaste
Templando con tus lástimas su ira,
Ni tú, que por llegar á ver la fuente,
Viste ganchosos cuernos en tu frente.

El bando de las Bélides se muestra,
Que por haber al padre obedecido,
Cada una dió la muerte á su marido,
Excepto aquella célebre Hipermestra;
De su delito vienen dando muestra,
Y de la pena y daño merecido,
Que es agotar el agua á Lete hondo,
Sacándola en un cántaro sin fondo.

También las tres Euménides furiosas,
Que de la noche fueron engendradas,
De tábidas culebras enlazadas,
Entraron iracundas y rabiosas;
Y aquellas tres Gorgónides hermosas
De viboras mortales coronadas,
Que en esto se tornaron sus cabellos,
Después que se prendó Neptuno dellos.

Entraron Eio, Ocípito y Celeno,
A quien brotó la tierra y ondas frías,
Aqueñas tres famélicas harpías,
Tan ávidas y amigas de lo ajeno,
Las que jamás se ven el vientre lleno,
Ni el pico y uñas pálidas vacías,
Entrando á su pesar también con ellas
El ciego perseguido tanto dellas.

No dejan de venir tras esta tropa
Los tres que el reino juzgan del espanto,
El corvo Eaco, Minos, Radamanto,
Hijo del alto Júpiter y Europa,
La que dejó, embarcándose, por popa
La tierra de Fenicia, y pudo tanto,
Que de su claro nombre sin segundo
Le tiene la mejor parte del mundo.

Las que lo llevan todo por el filo,
De donde inexorables se dijeron,
Las últimas de todos acudieron
Con proceder severo y grave estilo;
Cioto la rueda, Láquesis el hilo,
Y las tiseras Atropos trujeron,
Blasones de la muerte endurecida,
Ganados tan á costa de la vida.

Pues estos que es la gente mas de cuenta
Por criminales hechos afamados,
Ocurren al rector de los dañados
A ver lo que de nuevo le atormenta;
Con otra multitud que no se cuenta,
Que por diversas culpas y pecados
Ocupan calabozos diferentes,
En el bair eterno de los dientes.

Entrado el infernal ayuntamiento
Al cavernoso bátrito quemado,
Y cada cual en orden asentado,
Si alguno puede haber en tal asierito;
El negro Rey del triste alojamiento
Sobre un sitial ardiente levantado.
Con duro aspecto y voz horrible y fiera
Del pecho la arrancó desta manera:

«Si con haberos visto no templara
Esta rabiosa llama de mi pecho,
Con que le siento ya ceniza hecho,
No sé, con ser Pluton, si reventara;
O si por mano vuestra no esperara:
Quedar de quien me agravia satisfecho,
En el humoso Lete me hundiera,
De donde para siempre no saliera.

«Ya veis cómo este próspero maucebo
En su gobierno va por tal camino,
Que, ó yo seré malísimo adevino,
Ó él será el estrago del Erebo;
Pues ultra de que al fin es el renuevo
De aquel secundo tronco Mendocino,
Le presta Dios auxilios eficaces,
Y mueve sus ejércitos y haces.

«No sé por dónde pueda ser entrado,
Pues no hay en él resquicio ni repelo,
Ni agalla en que se trabase aquel anzuelo,
Que á sus antecesores han trabado;
Porque del cebo en que ellos han picado,
Que es el metal del fértil ludo suelo,
Tiene tan apartado el apetito,
Que no hay por él cogelle en el garlito.

«Y si con ambicion le hacemos guerra,
O le quereis llevar por injusticia,
Ya veis con la equidad y la justicia
Que echó los ambiciosos de la tierra;
Pues presuncion mirad si en él se encierra
O si soberbia alguna el alma envicia
Del cuerpo, que se ajusta con el suelo,
Por el que se disfraza en blanco velo.

«Pues ya si por deleites sensuales
Quiéiésemos entralle blandamente,
¿No vistes cuál huyó tan cautamente
Del Mapochó vicioso los umbrales?
Colijo, á mi pesar, destas señales,
Que no se lo estorbande prestamente,
Reducirá de suerte á todo Chile,
Que mi corona y cetro se aniquile.

«Por esto en viva rabia estoy deshecho,
Y lo que hace mas que me deshaga
Es ver que un mozo agora en ciérne haga
Lo que granados viejos nunca han hecho.
Esta es la llama ardiente que en mi pecho
Con todo el lago Estigio no se apaga,
Y la que, como lámpara, se cria
A costa desta negra sangre mia.

«¿Quién de vosotros hay que no la tenga
Ya presa en lo interior de las entrañas,
Y allí, como en aristas y espadañas,
No la dilata, cebe y entretenga?
Decidme, ¿será bien que ahora venga
A derribar por tierra las hazañas
De todos los que estáis en el profundo
Uno que apenas ha salido al mundo?

«¿Cómo que ya, soberbio bando oscuro,
El fuego, que me enciende, no os encienda?
¿Cómo podréis sufrir que el orbe entienda
Que os postra y supedita un hombre puro?
Por toda la infernal potencia juro,
Canalla infame, lóbrega y horrenda,
Si no poneis silencio en mi cuidado,
De abrir á Febo el cóncavo cerrado.

«No se me esconde á mí que es imposible
Llevar al canto jóven por engaños,
Mas han de remediarse nuestros daños,
Por el camino y término posible;
Porque es dolor intrínscico y terrible
Lo que que vuestro ha sido tantos años,
Lo tiranico agora el firmamento,
Alzándose con todo mi ornamento.

«De mí sabeis, tartáreas potestades,
Si en perseguille mínima he faltado,
Pues yo en el fluctuoso mar salado
Le removi tan bravas tempestades;
Yo provoqué las húmidas deidades,
Haciéndole poner en tal estado,
Que ya tuviera yo seguro el mio,
Si un ángel no librara su navío.

«Mas ya que lo sacó su buena suerte
Y la infelice vuestra de mis manos,
Con tal que de los pies andeis hermanados,
Agora es cosa fácil darle muerte;
En tierra firme tiene un flaco fuerte,
Do con pequeña parte de cristianos,
A pié, con hambre y sed está recluso,
Atribulado, tímido y confuso.

«¿Importa que se dé el aviso desto
Al hijo de Leocan en todo caso,
Para que con su gente á largo paso
Sobre el reciente muro venga presto;
Primero que, según el orden puesto,
Llegue, para sacalle á campo raso,
El tercio, que por tierra veis que marcha,
Cubierto de carámbano y escarcha.

«Y si Canpolican remiso fuere
En acudir el proprio al estacado,
Por le tener agora encadenado
El blando amor de Fresia, por quien muere,
Dirásele que al menos se requiere
Enviar allá la fuerza del Estado,
Para que mas seguro tenga el hecho
Y vuestro oscuro príncipe su pecho.

«Pues alto, sus, escuadra tenebrosa,
¿Qué me detengo mas? ¿En qué me alargo?
¿Quién hay entre vosotros que á su cargo
Quiera tomar empresa tan honrosa?
¿Qué corazón, oyéndome, reposa?
¿A cuál no se le hace el tiempo largo
Para tomar por todos la demanda
Cuando no mire mas que á quien lo manda?

«¿Quién rabia ya por ir con fiera mano
Sembrando con mortífero veneno
Por ese campo indómito chileno
Y embraveciendo el ánimo araucano?
¿Quién muere por meter al indio insano
Mil cóleras y furias en el seno?
¿Quién arde por llover en sus estancias
Discordias, iras, odios y venganzas?»

Así les habla el Padre del Abismo,
Y luego aquella infausta compañía
Promete en sordas voces á porfía
De revolverle todo el barbarismo;
Cada uno se le ofrece por sí mismo,
Mas él, que bien á todos conocía,
Solo escogió á Megera, furia brava,
Que sola para mucho mas bastaba.

Salió de allá por un respiradero
Cubierta de mil áspides la dama,
Y envuelta en humo azul y rubia llama,
Con paso mas que rápido y ligero;
Consíetela salir el Cancerbero.
Aunque de oler el huelgo que derrama
Arroja regañados estornudos,
Abriendo boquerones colmilludos.

Desembocó la furia ponzofiosa,
Sus alas de serpiente sacudiendo
Con áspero, confuso y ronco estruendo,
Solicita en su cargo y cuidadosa;
Pasada pues la cárcel tenebrosa,
Y al aire con su vista escureciendo,
Enderéz su vuelo sordo y vano
En busca del infiel Caupolicano.

Devisale de lejos, y al momento
Transforma aquella horrible figura
En falsa y aparente hermosura
Para poner en práctica su intento;
Mas yo, que de la casa del tormento
Acabó de salir por gran ventura,
Es bien que á descansar me pare un tanto,
Pues no es como el de Sisifo mi canto.

CANTO V.

Recreábase Caupolicán y su querida Fresia en una floresta, adonde
habiendo pasado amorosas razones, se entran á bañar en una
fuente. Llega Megera con su embajada, y efectuado su intento,
se vuelve á los abismos. Vienen veinte mil indios sobre el nuevo
muro de Penco, donde se comienza el asalto con mucho furor y
sangre de ambas partes.

Jamás al justo faltan enemigos,
Ni la virtud sin émulos estuvo,
Que, como el Unigénito los tuvo,
Es fuerza que los tengan sus amigos;
Comprueban esto el mundo de testigos,
Pues hay agora, y siempre así lo hubo,
Para uno solo bueno muchos malos,
Un Curio y mas de mil Sardanapálos.

Y que los haya es cosa conveniente,
Pues hacen á los buenos recatados,
Y siendo por los impíos apurados,
Descubren su pureza claramente;
Que nunca el sol se ve tan refulgente
Como cuando le cercan los fiabados,
Ni mas alegre está la bella rosa
Que cerca de la espina escrupulosa.

El malo está sirviendo al bueno de ayo
Para que nunca en él descuidos haya,
Ni pase al mal un punto de la raya,
Mas tras el bien se arroje como un rayo;
En flores de virtud le torna un mayo,
Y en todo mas compuesto que una maya,
Este acicate agudo en lo que es bueno,
Y para lo contrario duro freno.

Mal puede un hombre ser del todo justo.
Si no le cife de uno y otro lado,
Trayéndole medido y ajustado
Con sus contradicciones el injusto;
Jamás al pié vendrá el calzado justo,
Si no viniere estrecho y apretado,
Ni el bueno lo es del todo, como digo,
Si no le está apretando el enemigo.

Por tanto, desengañese el cristiano,
Y téngase por dicho, si lo fuere,
Que no le faltarán, mientras viviere,
Opuestos que le carguen bien la mano;
Y cuando no los tenga en pecho humano
Si tan feliz estrella le corriere,
Habrálos de tener en el infierno
Como los tiene agora el jóven tierno.

En cuyo daño vimos que Megera
Dejó la negra bóveda volando,
Y al general de lejos devisando,
Cambió para su fin la forma fiera;
Llegado por zénit entonces era
El tiempo, la sazón y punto cuando
A la cabeza el sol su rayo tira,
Y á nuestros piés la sombra se retira.

A Eton, Flegono y Pirois encalmados
El Cintio dios latónico tenia,
Y con el gran calor del mediodía
De gruesa y blanca espuma encubiertos;
La fuerza de sus átomos dorados
A la del tiempo estivo parecia,
Poniendo al cuerpo estímulos y gana
De dar consigo en frígida fontana.

Estaba á la sazón Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do, por gozar el sol en su frescura,
Se vino con su palla mano á mano;
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura,
Que allí las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el setiembre frío,
Nunca el templado abril estuvo fuera,
Allí no falta verde primavera
Ni asoma crudo invierno y seco estío.
Allí, por el sereno y manso río,
Como por transparente vedriera,
Las náyades están á su contento
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,
Que, por colar allí su luz febea,
Con los tejidos árboles pelea,
Que al agua están, mirándose, mirando;
Tal vez de ver que el viento respirando
A los hojosos ramos lisonjea,
Tal vez de que los dulces ruiseñores
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,
Que van á dar al cielo con las frentes
Y al suelo con sus fértiles vertientes,
La deleitosa vera está fundada;
¡Oh quién tuviera pluma tan cortada
Y versos tan medidos y corrientes,
Que hicieran el vestido deste valle,
Cortado á la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de yerba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado;
Aqui veréis la rosa de eucarnado
Allí al clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando
Los dos Favonio y Céiro las vuelven,
Y ellas, en pago desto, los envuelven
Del suave olor que están de sí lanzando;
Entre ellas las abejas susurrando,
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
Ya de jacinto, ya de croco y cicleo,
Se llevan el cobollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinfioso,
Hecho de puzo vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoro
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,
El sauco, el fresno, el nardo el cipariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero paraíso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al típite de las aves.

También se ve la hiedra enamorada,
Que con su verde brazo retorcido
Cíñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha haya levantada;
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas
Las driadadas, oréades, napéas,
Y otras ignotas mil silvestres deas,
De satiros y faunos perseguidas;
En álamos Lampecies convertidas,
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,
Que son, por conocerse tan hermosas,
Selváticas, esquivas, desdeñosas.

Por los frondosos débiles ramillos
Que con el blando céfiro bracean,
En acordada música gorgcean
Mil coros de esmaltados pajarillos;
Cuyos acentos dobles y sencillos
Sus puntos y sus cláusulas recrean
De tal manera el ánima que atiende,
Que se arrebatada, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera
Veréis al blanco cisne paseando,
Y alguna vez en dulce voz mostrando
Haberse ya llegado la postrera;
Sublimes por el agua el cuerpo fuera,
Veréis a los patillos ir nadando,
Y cuando se os esconden y escabullen,
¡Qué lejos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,
Ya pasa el gamo tímido y ligero,
Ya corren la corcilla y el venado;
Ya se atraviesa el tigre variado,
Ya penden sobre algún despeñadero
Las saltadoras cabras montesinas
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos
Por la frisada, tosca y dura peña
En fugitivo golpe se despeña,
Llevándose de paso los oídos;
En medio de los árboles floridos
Y crespos de la hojosa y verde greña,
Enfrena el curso oblicuo y espumoso,
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente
Las guijas y pizarras de la arena,
Sin recibir la vista mucha pena,
Se pueden numerar distintamente;
Los árboles se ven tan claramente
En la materia líquida y serena,
Que no sabréis cuál es la rama viva,
Si la que está debajo ó la de arriba.

Titan, al tramontarse, lo saluda,
Tornando sus arenas de oro fino,
Y para descansar de su camino
No tiene otro lugar adonde acuda;
La verde yerba nace tan menuda
Orillas del estero cristalino,
Y toda tan igual por donde quiera,
Como si la cortaran con tisera.

Aquí ninguna especie de ganado
Fué digna de estampar su ruda huella,
Ni se podrá alabar de que con ella
Dejase su esplendor contaminado;
Tan solamente el niño Dios alado
En esta parte vive y goza della,
Y esparce tiernamente por las flores
Alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso
Con Fresia, como dije, sesteaba,
Y sus pasados lances le acordaba
Por tierno estilo y término amoroso:
No estaba de la guerra cuidadoso,
Ni cosa por su cargo se le daba,
Porque do está el amor apoderado,
Apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca;
La ociosidad por otra le convida
Para comunicar á su querida
Palabra, mano, pecho, rostro y boca,
Y al regalado son que amor le toca,
Le canta: «Dulce gloria, dulce vida,
¡Quién goza como yo de bien tan alto
Sin pena ni temor ni sobresalto?

» ¡Hay gloria ó puede habella que se iguale
Con esta que resulta de tu vista?
Hay pecho tan de nieve que resista
Al fuego y resplandor que della sale?
¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale
Del universo mundo la conquista,
Respeto de lo que es haberla hecho
Al muro inexpugnable de tu pecho?

» ¡Dichosos los peligros desiguales
En que por tí me puse, amores míos!
Dichosos tus desdenes y desvíos,
Dichosos todos estos y otros males;
Pues ya se han reducido á bienes tales,
Que entre estos altos álamos sombríos,
Tu libre cuello rindas á mis brazos
Y á tan estrechos vínculos y abrazos.»—

« ¡Ay! Fresia le responde, dueño amado,
Y como no es de amor perfecto y puro
Hallarse en el contento tan seguro,
Sin pena, sin temor y sin cuidado;
Pues nunca tras el dulce y tierno estado
Se deja de seguir el agrio y duro,
Ni viene el bien, si vez alguna vino,
Sin que le ataje el mal en el camino.

» De mí te sé decir, mi caro esposo
(No sé si es condición de las mujeres),
Que en medio de estos gustos y placeres
Se siente acá mi pecho sospechoso;
Mas siempre del amor huye el reposo,
O al menos está preso de alfileres,
Que en la labor de un pecho enamorado
Siempre es el sobrestante su cuidado.»

Caupolican replica: « ¡Quién es parte,
Por mas que se nos muestre el hado esquivo,
Para que desta gloria que recibo
Y deste bien tan próspero me aparte?
No hay para qué, señora, recelarte,
Que en esto habrá mudanza mientras vivo,
Y pues que estoy seguro yo de muerte,
Estarlo puedes tú de mala suerte.

» Sacude pues del pecho esos temores,
Que sin razon agora te saltean,
Y no te dé ninguno de que sean
Menos de lo que son nuestros amores.»
Con esto se levantan de las flores,
Y alegres por el prado se pasean,
Aunque ella, no del todo enajenado
Su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente,
Que los está llamando su frescura,
Y Apolo que también los apresura,
Por se mostrar entonces mas ardiente;
El hijo de Leocán gallardamente
Descubre la corpórea compostura,
Espalda y pechos anchos, muslo grueso,
Proporcionada carne y fuerte hueso.

Demudo al agua súbito se arroja,
La cual con alboroto encanecido,
Al recibirle forma aquel ruido
Que el árbol sacudiéndole la hoja;
El cuerpo en un instante se remoja,
Y esgrime el brazo y músculo fornido,
Supliendo con el arte y su destreza
El peso que le dió naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,
Y sola no se puede sufrir tanto,
Con ademán airoso lanza el manto
Y la delgada túnica desprende;
Las mismas aguas frías enciende;
Al ofuscado bosque pone espanto,
Y Febo de propósito se para
Para gozar mejor su vista rara.

Abrazase, mirándola dudoso,
Si fuese Dafne en lauro convertida,
De nuevo al sér humano reducida,
Segun se siente della codicioso;
Descúbrese un alegre objeto hermoso,
Bastante causador de muerte y vida.
Que el monte y valle, viéndolo se ufana,
Creendo que despunta la mañana,

Es el cabello liso y ondesado,
Su frente, cuello y mano son de nieve,
Su boca de rubí, graciosa y breve,
La vista garza, el pecho relevado;
De torno el brazo, el vientre jaspeado
Columna á quien el Páro parias debe,
Su tierno y albo pié por la verdura
Al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,
Huyendo de miralla, con aviso
De no morir la muerte que Narciso,
Si dentro la figura propia viera;
Mostrósele la fuente placentera,
Poniéndose en el temple que ella quiso,
Y aun dicen que de gozo al recebilla
Se adelantó del término y orilla.

Va zambullendo el cuerpo sumergido,
Que muestra por debajo el agua pura
Del cándido alabastro la blancura,
Si tiene sobre sí cristal bruñido;
Hasta que da en los piés de su querido,
Adonde con el agua á la cintura,
Se enhiesta sacudiéndose el cabello
Y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos antes bellos que velludos,
Ya que se les prohibe el penetrarse,
Procuran lo que pueden estrecharse
Con reciprocación de ciegos budos;
No están allá los Géminis desnudos
Con tan fogosas ansias de juntarse,
Ni Salmacis con Troco el zahareño,
A quien por verse dueña amó por dueño.

Alguna vez el fúdo se desata,
Y ella se finge esquiva y se escabulle,
Mas el galán, siguiéndola, zabulle,
Y por el pié nevado la arrebató;
El agua salta arriba vuelta en plata,
Y abajo la menuda arena bulle;
La tórtola envidiosa que los mira,
Mas triste por su pájaro suspira.

Estando en esto el uno y otro amante,
Linfáticos haciendo ya del agua
A costa del amor chisposa fragua,
Que á tanto suele ser amor bastante;
Se les presenta súbito delante,
Con que el presente gusto se les agua,
La disfrazada furia de Megera,
Hablando al general desta manera:

«No es tiempo ahora, príncipe araucano,
De darte á pasatiempos y placeres
Ni de rendirte al pié de las mujeres,
Pendiendo todo el reino de tu mano;
¿No ves el nuevo ejército cristiano,
Que, sin respeto alguno de quien eres,
Su huella imprime ya en la tierra tuya,
Con vana presunción de hacerla suya?»

Quedó Caupolicán alborotado,
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado;
El la miraba atónito y pasmado
Sin que decir pudiese alguna cosa,
Y ella entre sí, mirándole decía:
«¡Esto era lo que tanto yo temía!»

La furia, como tiempo ve oportuno,
De las que á mano están sobre la frente,
Dos víboras arranca prestamente,
Llenas de mas que tósigo importuno,
Y escóndoles la suya á cada uno,
Que sin acuerdo están del accidente,
Allá en lo mas intrínseco del seno,
Do siembren su mortífero veneno.

Deslizanse revueltas por los pechos,
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rabias y despechos;
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya del veneno hinchándose, revientan.

Megera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: «Torna en tí, Caupolicano,
Que ser señor del mundo está en tu mano,
Si sabes acudir con pasos prestos;
Sabrás que cien cristianos descompuestos,
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Penco un flaco muro,
Donde los tiene un jóven mal seguro.

»Partióse del Pirú con vano intento
De ser la confusión de tu reinado,
Y con desprecio loco del Estado
Ha fabricado á vista del su asiento;
Importa que, dejando atrás el viento,
Vayas á que te pague de contado
Su temerario y frívolo designo,
Ya de tu indignación y enojo digno.

»Pero conviene hacerse de manera,
Que no le dé lugar la priesa tuya
Para que al espumoso mar se huya,
Haciendo de sus ondas talanquera;
Mas antes que el ejército que espera
Tu gente desanime con la suya,
Abrevies tanto el tiempo de asaltalle,
Que aun para arrepentirse no le halle.

»Pues goza de tan buena coyuntura,
Que no la habrá mejor segun barrunto,
Y vuela con tu fuerza y poder junto
A do te está llamando la ventura;
Mira que la victoria está segura
Con solo que perder no quieras punto,
Y que una dilación pequeña puede
Negarte lo que el cielo te concede.

»¿Cómo? ¿Que tu soberbia frente altiva
Podrá sufrir agora ver delante
Que con desprecio della la levante
Uno que en verdes años solo estriba?
Y que con poca gente apenas viva
Ose salir á puesto semejante,
A tiro de ponerse en tierra firme,
Contigo rostro á rostro y firme á firme?

»De qué te sirve, oh gran Caupolicano,
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,
Si agora que subida está en el techo,
Sufres que dén con ella por lo llano,
Y que á pesar del crédito araucano,
Un mozo advenedizo tenga pecho
Para que solo en fe del tierno suyo
Se ponga al duro encuentro dese tuyo?

»Cuando otra cosa nunca hacer pudiese,
Que haberse en el lugar que digo puesto,
Aunque despues medroso en curso presto
Al mar por donde vino se volviese;
Le fuera de grandísimo interesse,
Y á tí tan mal contado y mal honesto,
Que escurecieras bien con este solo
Tus hechos claros mas que el mismo Apolo.

»En nombre de Pillán, te hago cierto
Que si padeces punto de tardanza,
Verás resuelta en humo tu esperanza,
Y contra tí la suerte al descubierto;
Pues la cerviz enhiesta y cuello yerto
Jamás á ley sujeta mi ordenanza,
Verás al yugo dellas sometida,
Si á bien librar quedares con la vida.

»Por cuanto quieres verte deste modo,
Estando el remediallo á tu albedrío,
Sin hijos, sin mujer, sin señorío,
Sin dulce libertad, que es sobre todo;
Pues no te quieras ¡ay! poner de lodo,
Por dar al blando amor lugar vacío,
Ni de famoso rey potente y bravo
Venir á ser infame y triste esclavo.

»Mira, Caupolicán, que eres la base
Donde tan grande máquina se apoya;
No quieras que se pierda como Troya,
Por consentir que amor te desencase;
Traba de la ocasión antes que pase,
Porque si aquí te estás como la boyá
En amorosas aguas sobre aguado,
Serás en las de Lete sepultado.»

Con esto remató la furia horrible
Su caviloso encanto persuasivo,
Dejando al pecho bárbaro y altivo
Nadando en puro fuego inextinguible;
Y haciéndose á sus ojos invisible,
Vuelve al estado el paso fugitivo,
Adonde su furor, veneno y llama
Por las médulas íntimas derrama.

Ya con ardiente soplo turbulento,
Ya con sangrientas áspides mortales,
Ya con la lengua y ojos infernales
Va corrompiendo en torno aquel asiento;
Hasta que casi calva y sin aliento,
Así de haber lanzado soplos tales,
Como de echar culebras de la frente,
Se vuelve adonde está la triste gente

Y en un volcán de fiera boca oscura,
Por donde escupe horror la negra estanza,
Dejado lo fantástico, se lanza,
Llevándose tras sí la puerta dura;
En tanto que del agua clara y pura
Caupolicán saltando se abalanza
A se vestir frenético el vestido,
Ya de furioso espíritu embestido.

De allí se parte luego acelerado,
Siguiéndole su Frestia presurosa,
Colérica, linfática, furiosa,
Con pecho de temor ensajenado;
Y marchan hasta cuando el sol dorado,
Huyendo de la noche tenebrosa,
Que á mas andar siguiéndole venia,
Al mar como á sagrado, se acogía.

Llegado el Indio al rancho, aplica el cuerno
Al tímido carrillo y recia boca,
De do la voz horripante revoca
Allá en lo mas oculto del infierno;
Suena de mano en mano en su gobierno,
Y en breve casi todo se convoca,
Porque íhan como en vuelo arrebatados,
De aquel furor diabólico llevados.

El hecho llanamente les declara,
Sin pompa ni artificio de razones,
Porque para mover sus corazones
Resobra que le miren á la cara,
Y ordénalos que cuando el alba clara
Abriese los oscuros pabellones,
Dejando cama y lado de su esposo,
Se embista el fuerte lleno de reposo.

Pues cuando con sonido carrasqueño,
Que al órgano del oído destemplaba,
El importune grillo aviso daba
De ser llegada ya la vez del sueño,
Enderezando á Talca, sitio ísleño,
Que á vista del vecino muro estaba,
Caminan vente mil á sordo paso
Por entre muda noche y campo raso.

Venidos brevemente á Talcahuano.
Cubiertos del capote y velo oscuro,
Marcharon sin parar al nuevo muro
Orillas del ondoso mar insano;
Mas con silencio tal, que el aire vano
Se estaba tan sutil, tan raro y puro,
Como si por allí nadie pasara
Que con aliento y voces lo espesara.

Debajo una barranca, al pié del monte,
Que en su cabeza tiene la albarrada,
Espera el fiero bárbaro en celada
A que el noturno tiempo se remonte,
Para que en argentando al horizonte
La matutina luz del alborada,
Que es cuando el sueño ocupa lo mas alto,
Se dé con furia súbita el asalto.

Ya pues que el negro manto adelgazaba,
Abriéndose por todos sus dobleces,
Y limpio de neblina y otras heces
Aljofarado el valle se mostraba;
Rompiendo aquel silencio en grita brava,
Y con los alaridos que otras veces,
Asaltan el palenque y baluarte,
Ciñéndole por una y otra parte.

En tres formados gruesos escuadrones
Presenta el enemigo la batalla,
De cruda piel cubierto y fina malla,
Y tremolando enseñas y pendones;
Ya los de mas fogosos corazones
Se van adelantando á la muralla
Con mil cabezas colas y pellejos
De tigre, de león, de zorros viejos.

Asómase á mirar su fiera traza
Aquella clara sangre de Mendoza,
Que dentro de las venas le retoza
Por experimentar la dura maza,
Y no se turba punto ni embaraza,
Mas todo lo posible se alboraza
De ver que ya lugar se le concede
Para mostrar, en parte, lo que puede.

Previene con fervor industria y maña
Aquello que no estarlo parecía,
Y en frente por la parte que venia
Arauco denodado contra España
Seis piezas, como dije, de campaña
El adivino joven puesto habia,
Que fueron casi todo el instrumento
Para que se cantase el vencimiento.

Quisiera bien saltar la palizada
Y á recibir al bárbaro saliera,
Si ser temeridad no conociera,
Y cosa en generales reprobada;
Ya sube á toda presa la emboscada
Con astas erizando la ladera,
Pero con todo, el Hércules gallardo
Se mata porque viene á paso tardo.

No suele estar jamás lebrél de Irlanda
Si al jabali cerdoso va mostrarse
Con tanta voluntad de abalanzarse
Tirando del collar y quien le manda,
Como de ver subir la espesa banda
Revierta el general por señalarse;
Mas la razón, que sola es quien le humilla,
Sabe tenelle corta la trailla.

Y como la visera no ha calado
Para que así mejor advierta y note
Cual viene por su mal y por su azote
El enemigo ejército formado;
Está como el azor empiguelado
Antes de haberle puesto el capirote,
Que si pasar un ave se le antoja
Mil veces de la alcándara se arroja.

Estando pues intrépido mirando
Al indio bravo el joven orgulloso,
No sé qué brazo idólatra nervoso
Desembrázó con ímpetu nefando
Una redonda piedra, que zumbando
Con mas furor que el rayo impetuoso,
Su curso fugacísimo endereza
A la cabeza fuerte del cabeza.

Allí quebró la furia desmedida,
Y tanto, que con dar en la celada,
Por especial milagro la pedrada
Dejó de dar al blanco de la vida;
Pues con la frente el joven aturrida
Miró de abajo el muro y albarrada
Mas no tocó la tierra cuando luego
Se enderezó hroando vivo fuego.

No dudo que Megera de su mano
 Hiciera el riguroso tiro fuerte,
 Sabiendo que si al jóven daba muerte,
 Estaba lo demás rendido y llano;
 Mas el Eterno Padre soberano,
 Que permitió acertarle desta suerte.
 Por ser tan lleno el blanco y espacioso,
 Previno, como Dios, lo mas dañoso.

Después que firme el pié en la tierra pongo,
 Y la esperanza y ojos en el cielo,
 El cesarino espíritu novelo,
 Su gente anima, exhorta y la compone;
 No hay prevención ni ardid á que perdone,
 Porque los halla escritos en el suelo
 Su claro entendimiento y perspicacia,
 Herido con los rayos de la gracia.

Ya la trabada cerca y terraplano,
 Que al morro exento sirve de corona,
 De espesa gente en orden se corona
 Con hierro en mano y ánimo en el seno;
 Ya no hay lugar allí que no esté lleno
 De quien por él arriesgue la persona;
 Ya todos dan la suerte por echada,
 Aunque la vida va de esta parada.

Ya con soberbios altos alaridos,
 Estrépito confuso y ruido espeso,
 El pérfido escuadron cerrado y grueso
 Asalta los bastiones guarnecidos;
 Los nuestros, al asalto apercibidos,
 Con orden y valor en contrapeso
 Del excesivo número contrario,
 Resisten al encuentro temerario.

Los orgullosos bárbaros de fama,
 Con los que la procuran, mas se allegan,
 Y al enemigo hierro así se entregan
 Como pudieran toros de Jarama;
 Unos echando tierra y otros rama
 Para pasar el ancho foso ciegan,
 Otros no esperan esto mal sufridos,
 Salvándolo con saltos desmedidos.

Cuáles, para mejor poder hacello,
 Se valen de las picas prolongadas,
 Cuáles de correndillas atrasadas,
 Cuáles del aire solo del cabello;
 Y cuáles sin aquesto y sin aquello
 Apenas dan algunas braceadas,
 Cuando de piés están en la otra parte
 Y luego sobre el fuerte y baluarte.

Fué destes el primero Gracolino,
 Mozo gallardo fuerte y atrevido,
 Y fuélo por habello prometido
 Al sumo general Caupolicano,
 De que ganando á todos por la mano,
 En fe de su renombre esclarecido,
 Al muro crespado de armas entraria,
 Abriendo por entre ellas ancha via.

En cumplimiento pues de su promesa,
 El animoso jóven se adelanta,
 Do sobre el foso puesta la una planta,
 Con la otra por el aire lo atraviesa;
 Y luego al agro muro y gente espesa,
 Sin espantalle el ver que es tal y tanta,
 Trepa furioso el bárbaro derecho,
 Mostrando á duras armas duro pecho.

Al fin rompió con él por todas ellas,
 Sabiendo, aunque de sangre y golpes lleno,
 Sus prestos piés al ancho terraplano,
 Y su valor y nombre á las estrellas;
 Do haciendo ver á muchos muchas dellas,
 A costa de los nuestros hizo bueno
 Su dicho tan infiel como arrogante,
 Llevándolo con hechos adelante.

Tras él se arroja el bravo Tucapelo,
 Siguiéndole Talquen su amigo grande,
 Con Rengo, Leucoton y Lepomande
 Y Engol, á quien sirvió mi patrio suelo;
 Los cuales todos siete dando un vuelo,
 Que no hay quien se lo impida ni demande,
 Pasan de claro en claro el foso oscuro,
 Viniendo á dar de manos en el muro.

Quedó temblando en torno la harrera
 Del poderoso golpe y duro encuentro,
 Haciendo conocer á los de dentro
 El ánimo y vigor de los de afuera;
 Que luego, sin escala ni escalera
 Suben arriba en busca de su centro,
 Sin ser á defendérselo bastante
 Ver contra sí mil puntas de diamante.

Que de temor los bárbaros desnudos,
 Como los que á vencer estaban hechos,
 Mil armas desbaratan con los pechos,
 Que son allí sus cóncavos escudos;
 No bastan á tenellos golpes crudos
 Ni el granizar de rayos contrahechos,
 Que por broncinas bocas escupidos,
 Retiñen sordamente en sus oídos.

Del muro los impelen y rebaten
 Con duras picas y ásperas espadas,
 Unas á botes y otras á estocadas,
 A cuyo ronco son los montes laten;
 Mas ellos como rocas á quien baten
 Las ondas por el cierzo reforzadas,
 No solo tienen fuerte en esta guerra,
 Mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,
 El otro á la contraria bien asido,
 Arriban al palenque defendido
 Y al peligroso fin de su esperanza;
 Quién luego su membrudo cuerpo lanza
 Por el lugar de gente mas tupido,
 Y quién sobre el baston fudoso y grueso
 Sustenta de la guerra todo el peso.

Mas ¿quién podrá pintar á Tucapelo
 De piés sobre la cerca y palizada,
 En medio de la gente amontonada,
 Soberbio despreciando tierra y cielo,
 Armado un peto doble de su abuelo,
 Y una marina concha por celada,
 Con que la maza en mano se rodea,
 Y haciendo campo el bárbaro campea?

A cuál de un golpe solo el cuerpo muele,
 A cuál con otro deja sin sentido,
 A cuál del muro abajo sacudido,
 Hace que á su pesar sin alas vuele;
 Nada le queda allí que no lo asuele
 Su brazo de infernal furor movido,
 Por donde hacia la parte que lo cala
 Retira, lleva, arrolla y acorralla.

No lleva con paciencia don Felipe
 ¡Oh justa indignacion de sangre noble!
 Que tanto golpe el pérfido redoble,
 Sin que él tambien alguno participe,
 Y no queriendo que otro se anticipe,
 Se va para él tan fuerte como un robic,
 Firme la espada rígida en la diestra,
 Y el acerado escudo en la siniestra.

El Indio con la dura maza en alto,
 Y atrás el pié derecho le recibe;
 Aguarda el Español que la derribe,
 Para, salvando el cuerpo, entrar de un salto;
 Mas de destreza el bárbaro no falto
 Al enemigo intento se apercibe,
 Tirando el primer golpe blandamente,
 A fin de segundalle fácilmente.

Acíértale; mas ved si fué tan blando,
 Pues dándole en el canto del escudo
 Y haciendo el caballero lo que pudo,
 Se le llevó dos pasos tropicando;
 Tras él entró la maza levantando
 Para el segundo golpe, y fué tan crudo,
 Que si lugar el nuestro no le hiciera,
 Muerto á sus piés el Indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encajado
 En la albarrada el leño con tal fuerza,
 Que aunque á librallo el dueño dél se esfuerza,
 Tiene primero tiempo el bautizado
 De dalle, batiendo ya con él entrado,
 Sin que el agudo filo se le esfuerza,
 Por el siniestro hrazo una estocada,
 Que le pasó con mas de media espada.

Hallóse con el bárbaro tan cerca,
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,
Creiendo hacelle entre ellos mil pedazos,
Doblando su cerviz tan dura y terca;
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca
Envueltos en durísimos abrazos,
Que entrambos en la lucha son maestros,
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas
A fuerza de los vínculos estrechos,
Y con los piés izquierdos y derechos
Se valen de traspies y zaucadillas;
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,
Ya latén los ijares, ya garlean,
Y los ardientes pulsos menudean.

Revuélvense por una y otra parte,
Arando con sus piés la tierra dura,
Y válense tal vez de fuerza pura,
Tal vez de su destreza, maña y arte;
La firme trabazon del baluarte
Se siente á sus vaivenes mal segura,
Y toda en torno tanto se estremece,
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien á despartillos parte sea,
El uno porque á tanto no se atreve,
Y el otro porque haciendo lo que debe,
Acude en su lugar á la pelea;
De mas de que por toda la trinchea
Tan á menudo flecha y bala llueve
Por nubes de materia salitrada,
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,
Andando cuál encima y cuál debajo,
El bárbaro de un salto vino abajo,
Dejando al Español y á la harrera;
Y no cayó á la parte de hácia fuera,
Para que se librara del trabajo,
Sino en la plaza, en medio de enemigos,
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrójase tras él de la muralla
El presto don Felipe de Hurtado,
Ganoso de acabar lo comenzado
Y de ganar al Indio la batalla;
Mas él que en tales términos se halla,
Bramando mas que el toro agarrochado,
Espumajoso y fiero en el semblante,
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza á un indio la macana.
Y á la primera vez que la voltea,
Hace subir mas gente á la trinchea
De la que se le queda en tierra llana;
En esto la batida barbacana,
Vuelta de cana en roja, bermejea,
Y á mas andar por una y otra parte
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el Indio flechas en la plaza;
Graniza sobre el fuerte piedra dura;
Ya dellas la formada nube oscura
Al claro cielo encubre y embaraza;
Ya el dardo arrojado desembraza,
Rompiendo la region sutil y pura;
Ya calla el mar furioso y bravas ondas
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el Español, á fuerza de tronidos,
Hace temblar el monte y la trinchea;
Ya el seco polvorin relampaguea,
Ya se disparan rayos encendidos;
Ya el cielo y aire están oscurecidos;
Ya no hay debajo dellos qué se vea,
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,
La temerosa imagen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba
Venir la tempestad impetiosa,
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,
Con desigual horror y furia brava;
La cual al cielo, que antes raso estaba,
Viste de negra nube procelosa,
Que despidiendo lanzas á la tierra,
Maltrata el prado, monte, valle y sierra:

Cuando se ven el mar, el aire, el cielo,
Armados del rigor que están lanzando,
Y la rasgada nube retronando
Escupe fuego vivo contra el suelo;
El pájaro en su nido eriza el pelo,
Y todo se acorruca tiritando;
Debajo de sus madres los cabritos
Están temblando mudos y marchitos;

O como suelen dos discordes vientos,
Iguales en las fuerzas encontrarse,
Y en una opaca selva contrastarse
Con encontrados soplos turbulentos,
Haciendo que á sus ímpetus violentos,
Unos con otros vengan á trabarse
Los árboles del bosque entretejido,
Formando fragorísimo rúido:

Así las huestes bárbara y cristiana,
Dado que desiguales tanto sean,
Es tanta la igualdad con que pelean,
Que aun no se pierde tanto ni se gana;
Aunque con mano todos inhumana,
Así los duros golpes menudean,
Que van atropellando los postreros
Por prisa que se dan, á los primeros.

En medio del estruendo y batería,
Enhiesto sobre el muro entre su gente,
Parece aquel magnánimo y valiente,
Aquel insigne jóven don García;
Cual suele parecer al medio día
A vueltas de agua un sol resplandeciente,
O como cuando el cielo está nublado,
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera
Un blanco y limpio arnés de temple fino,
Y por de dentro al alma un diamantino,
Que al ímpetu de un monte resistiera;
Brotaba por su rostro y la cimera
Mas luz que el sol en medio su camino,
Bastante á que mirándole de frente
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba
Con suma perfección y gracia puesto,
Y el aguilón, rojo y blanco gesto
Envuelto en fina púrpura mostraba;
Ninguno de los suyos le miraba,
Por mínimo que fuera, que con esto
No concibiese un ánimo terrible,
Para poner el pecho á lo imposible.

Al fuerte corazon el fuerte escudo,
Como á seguro arrimo está arrimado,
Y á la derecha mano encomendado
El blanco, ya bermejo, filo agudo;
Que por su cuerpo el bárbaro desnudo
Á su pesar mil veces paso ha dado,
Haciendo de la clara sangre nueva,
A costa de la suya clara prueba.

Solicito por todas partes anda,
En todo se interpone, á todo atiende,
Y aunque en furor colérico se enciende,
Con gran reportacion ordena y manda;
A quien la mano muestra floja y blanda,
Con apretar la suya reprehende,
Y en el que con mayor esfuerzo lidia
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave
Anima á su escuadron en tal estrecho,
Y sobre el alto dicho pone el hecho,
Cosa que en un sugeto apenas cabe;
Y menos cabe en mí que los alabe,
Fáltandome la voz, el canto, el pecho,
Si no me presta el cielo para tanto
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.

CANTO VI.

Prosigues el salto, donde en particular se cuentan hechos grandiosos, así de los españoles como de los araucanos, y el mucho esfuerzo que unos y otros mostraron este día; hasta que por la mucha industria, orden y valor del General, los indios se retiran, quedando los nuestros victoriosos. Refiérese la refriega que una manga de los enemigos tuvo con la gente de la mar, que había quedado en los navios, y venia á socorrer el fuerte. Sale Tucapel de la batalla mal herido, y echándole menos su mujer Gualeva, sabida la rota de los sayos, hace un lastimoso y grande sentimiento.

Es Dios en dar de pecho tan hidalgo
Y tiene como tal tan rico modo,
Que dado que á ninguno lo dé todo,
Al fin á nadie deja de dar algo;
Si yo para las letras nada valgo,
Verase que á las armas me acomodo,
Y si otro no es valiente ni jurista,
Es músico, galán ó romancista.

Mas aunque mas y menos, conocemos
Que todos tengan parte en estos dones,
Quién obras participe con razones,
Dificultosamente lo sabemos;
Muchos valientes Héctores verémos,
Y muchos elocuentes Cicerones,
Mas pocos que con ánimo valiente
Imiten al retórico elocuente.

El otro que en el aire el pelo corta,
No sabe del escudo ni la adarga,
Y el otro que es maestro desta carga,
Al tiempo del hablar se turba y coria;
¡Oh cuántos hombres hay de mano corta,
Que tienen juntamente lengua larga,
Y cuán poquitos griegos hacen tercio
Entre los dos el Ajax y el Laercio!

No digo yo que es malo solo el dicho,
Pues del podrá salir algun provecho,
Mas digo que entre el dicho y entre el hecho
Se pone muchas veces entredicho;
Y aunque el predicador tan bien ha dicho,
Que al auditorio deja satisfecho,
Si bien como lo dice no lo hace,
Ni á Dios, ni á sí, ni al mundo satisface.

Mas quien de sí da claro testimonio,
Que en hecho como en dicho respandee,
Es nuestro General, y así merece
Tener por nombre Ulises Telamonio;
Pues siendo en sus palabras un fazonio,
En obras mas que Bóreas se embravece,
Segun veréis agora por mi canto,
Si á dicha voz mortal pudiere tanto.

Con su luciente espada en sangre roja
Está sirviendo al muro de muralla,
Y á donde ve mas viva la batalla,
Con mas denuedo y ánimo se arroja;
Haciendo por do va que se recoja
El misero que cerca dél se halla,
Pena de que esperando el golpe esquivo,
Podrá desesperar de verse vivo.

De una estocada á Pinguedo barrena,
Y de otra punta al diestro Longo ensarta;
Al alma de Copil del cuerpo aparta,
A Crin de tajo un músculo cercena;
De bárbaros la cava tiene llena,
Aunque su hambrienta cólera no harta,
Que como crece dellos el enjambre,
Crece tambien sin término su hambre.

Lugar le hacen ya los mas altivos,
Porque ninguno al fin de grado muere,
Y así para pasar adonde quiere,
Le estorban mas los muertos que los vivos;
En el que ve mas puesto en los estribos,
Y que á esperar su encuentro se profiere,
En ese carga mas la dura mano,
Haciéndole allanar de llano en llano.

Mas no por ser el daño semejante,
Deamayen los enormes araucanos,
Antes revuelven mas las duras manos
Y arrojan los cortidos piés delante;
El español denuedo no es bastante
A reprimir sus impetus insanos,
Dado que su poder ha puesto junto
Y á la fogosa cólera en su punto.

Ya cuerpo á cuerpo en medio de la plaza
Con el cristiano el bárbaro pelea,
Do si la pica larga aquel florea,
Este revuelve bien la dura maza;
Para lo cual ya poco le embaraza
La cava honda, y menos la trinchea,
Porque esta rota en partes va saltando,
Y aquella de cadáveres cegando.

Los nuestros, viendo que es la propia vida
El premio y galardón de la victoria,
Hacen eterna al mundo su memoria,
A costa del idólatra homicida;
Y así le dan la pena merecida,
Mas no porque ellos queden con la gloria,
Que para nadie es tiempo de cantalla
Hasta que llegue el fin de la batalla.

Arauco lo procura por su parte,
Y España de la suya lo pretende,
Por do fortuna varia se suspende,
Y en medio está neutral el fiero Marte;
Bien que mayor el daño se reparte
Por quien tan caro el caro suelo vende,
Pero supliendo el número crecido,
Su juego por igual está partido.

El capitán de Viezma y el de Aguayo,
Gabriel Gutierrez, Abalos y Lira,
Martín de Santaren, Martín de Elvira,
Don Pablo de Espinosa, Vaca y Payo
Hacen de parte suya lo que el rayo,
Cuando furioso Júpiter lo tira,
Cargando á los contrarios de manera,
Que juntos en montón los echau fuera.

Manrique, don Simón y Santillana,
Verdugo, Luis Cherinos y Murgia,
Juan de Villegas, Barrios y Megia
Tienen de muertos ya la fosa llana;
Pues Lagos de la sangre no cristiana,
Calientes y espumosos los hacia,
Y Bravo respondiendo al apellido,
Defiende bravamente su camino.

Envueltos de coraje en blanca espuma
Están los dos Guzmanes y Abumada,
Y don Alonso haciendo por la espada
Aun mas de lo que dijo con la pluma;
Osorio y Pacheco han muerto grande suma,
Riva Martín y Perez de la entrada
Tan bien al enemigo la defienden,
Que á precio de la vida se la venden.

Estaba destos, parte en la muralla
Al ímpetu pagano resistiendo,
Y parte por la plaza combatiendo
En mas refúda y áspera batalla;
Por donde mas de sangre que de malla
Cubierto Tucapel, iba rompiendo
En los de su escuadrón mas señalado,
Que en los novillos toro madrigado.

Triste del español, á quien su maza
En descubierta diere algun alcance,
Que sin remedio es mate al otro lance
En el tablero angosto de la plaza;
No vale arnés tranzado ni coraza
Para dejar de verse en este trance,
El que con temerario desatino
Presume de atajalle su camino.

Trompica á Diego de Avalos y á Sierra,
A Zúñiga y Teruel saca de seso,
Muele á Molina cuero, carne y hueso,
Haciéndole medir la dura tierra;
La llama que en su ardiente pecho encierra,
Despide por los ojos humo espeso,
Con que en furor, en saña, en ira crece,
Y un infernal espíritu parece.

En esto don Felipe, que en su husca
Del muro y terrapien saltado había,
Abriendo por la turba le seguía,
Y por la polvorosa nube fusca;
Cual entre gente rutila y etrusca
El valeroso Dárdano venía,
Siguiendo tras Mecencio el arrogante
Para vengar la muerte de Palante.

Mas hubo de estorballle en su jornada
Ver en sangrienta lid al caro hermano
Con Rengo, Leucoton y Gracolano,
Haciéndoles probar su cruda espada,
Que con la sangre dellos barnizada
Estaba de la punta hasta la mano,
Y el dueño con la destos y aun de todos
Desde la propia mano hasta los codos.

Al mozo Gracolan de un Tajo había
Llevádole del asta un gran pedazo,
Y al diestro Leucoton herido un brazo,
Que embarazoso y tardo le traía;
Mas al potente Rengo no podía
Hacer algun estorbo ni embarazo,
Por ser sobremanera el indio suelto,
Desempachado, libre y desenvuelto.

Así se irrita desto don Hurtado,
Que solo á Rengo busca, á Rengo quiere,
Hasta que de una punta al fin le hiere,
Saliéndole al encuentro por un lado;
El bárbaro, sintiéndose llagado,
¿Qué pecho habrá de bronce que lo espere?
Levanta el fuerte brazo y el madero
Tirándole un rabioso golpe fiero.

El diestro General, que ya no pudo
Hurtar el cuerpo dél como querria,
Bajóse cuando el leño descendía,
Alzando en ambas manos el escudo;
Mas no detuvo el paso al fresno rudo,
Aunque templó la fuerza que traía,
Porque con él y todo vino al velmo,
Adonde apareció mas de un Santelmo.

Quedó el valiente jóven atronado,
Mas sin hacer desden, á poca pleza,
Brotando llamas de ira se endereza
El poderoso brazo levantado;
Bien quiere el indio presto dalle lado,
Temiendo no le parta la cabeza,
Mas aunque se retira, no es de modo,
Que salve desta vez el cuerpo todo.

Alcánzale de un lado en tal manera
Con la inclemente espada, recia y dura,
Que desde el hombro diestro á la cintura,
A no torcer el puño, le hendiera;
Que no iba para menos, aunque diera,
No digo yo en la débil armadura,
Sino sobre una yunque ó peña viva,
La rigurosa mano vengativa.

Mas no dejó de ser el golpe tanto
Que al bárbaro, mas fuerte que una roca,
No le pudiese en tierra pecho y boca,
Y allí en el corazon un grande espanto;
El mar del Sur, del Norte y de Lepanto,
El mas pequeño pez y oculta foca
Sintieron claro el son del golpe avieso:
¿Qué sentirá quien sienta encima el peso?

No pudo levantarse el indio fiero,
Ni desdoblar tan presto la rodilla,
Que recogiendo el brazo y la cuchilla,
No segundase el tiro el caballero,
Metiéndole una punta por el cuero,
Que le cosió en el suelo una costilla,
Clavando en él un palmo y mas de espada
En la caliente sangre acicalada.

Agora Leucoton y Gracolano
Le embistien maldiciendo al bado fuerte
Y duro en permitir que desta suerte
Los trate un solo brazo, y ese humano;
Con tal despescho entrambos á una mano
Las alzan de manera, que la muerte
Se puso el viso alerta y en balance,
Pensando desta vez tener buen lance.

Mas como Leucoton estaba herido,
Y Gracolan con solo un trozo de asta,
El golpe de ambos juntos aun no basta
Para volalle el alma de su nido;
Pero bastó á sacalle de sentido
Con dar sobre el escudo y gruesa pasta,
Dejándosele roto y abollado.
Y al dueño á sombra dél arrodillado.

Ya Rengo, sumergido en rabia nueva
Del polvo, lleno dél, se levantaba,
Y transformado en una tigre brava,
Si ve robado el parto de la cueva;
Cuando á la par y aun antes que él se leva
El jóven que en un ancla sola estaba,
Las velas desplegando de su esfuerzo
Al Bóreas de su furia, Norte y Cierzo.

Aquí, Señor, llegaba la porfia
De aquel que os dió por padre el cielo pio,
Cuando la vió su hermano y vuestro tío,
Que á Tucapel colérico seguía;
Pero torció de súbito la vía
Al tallo que se tuerce el raudal río,
Que, por ajeno curso encaminado,
Se topa con su madre al otro lado.

Así revuelve, yéndose derecho
Al arrogante mozo Gracolano,
Que alzaba á tal sazón la dura mano,
Y tirale una punta al duro pecho;
No fué el cerrado jaco de provecho,
Que el filo abrió por el camino llano,
Y descubrió el tesoro de las venas,
De que sacó al salir las manos llenas.

Acude Leucoton en este punto,
Y viendo al compañero en tal trabajo,
A don Felipe tira un altibajo,
Poniendo en él su fuerza y poder junto;
Fué tal, que le dejó como difunto,
Y á pique de ocupar el suelo bajo,
Por dalle en la cerviz de lleno en lleno,
Que no le pudo dar de bueno en bueno.

El Español, turbados los sentidos,
Quedó con ambas piernas vacilando
Y sangre mal cuajada reventando
A un tiempo por la boca y los oídos;
Su hermano, que á los otros dos erguidos
Estaba las cabezas inclinando,
Revuelve á Leucoton, que ya volvía
Sobre el que sin acuerdo le atendía;

Y al tracundo brazo dando vuelo,
Le dió tan estupenda cuchillada,
Que le partió por medio la celada
Y dió con él rodando por el suelo;
Adonde, viendo estrellas en el cielo,
Creyó que el cerro, el muro, la estacada,
Con todo el escuadron de Romanía
A solo dar sobre él venido había.

Desta manera el jóven satisizo
El desmedido golpe del hermano,
Y le pagó el favor con larga mano,
Si alguno por la suya se le hizo;
Mas el baston durísimo y rollizo
Alzaba Rengo ya para el cristiano,
Cuando vinieron Lagos, Hortigosa,
Dominguez, Arias Pardo y Peñalosa.

Desotra parte Angol, Talgueno, Guado
Con otro gran tropel llegaron luego,
Por donde el sanguinoso y duro juego
Forzosamente fué desbaratado;
Y don Felipe, habiendo en sí tornado,
Por todos ellos se entra con el fuego
Y licenciados llama de su enojo,
Cual esta suele entrar por un rastrojo.

A cuál inhabilita en el sentido,
A cuál del alma priva y enajena,
Pagando muchos miseros la pena
De lo por uno solo cometido;
No menos va el hermano embravecido,
Dejando acá y allá la plaza llena
De la enemiga sangre que derrama,
Y de su voz la trompa de la fama.

Quedaba Gracolan con Arias Pardo,
 Carranza y otro en rígida batalla,
 Ganando, aunque perdiendo sangre y malla,
 Renombre de leon y suelto pardo;
 Pues con braveza de ánimo gallardo,
 Aunque sin maza ni baston se halla,
 Con el pedazo de asta se defiende,
 Y aunque hayan de ofendelle, los ofende.

Mas ya de tanto dar en las espadas,
 En las cabezas, huesos y costillas,
 Se le desbizo el trozo en mil astillas,
 Que fueron por el aire derramadas;
 Pero con todo, á coces y puñadas
 Andaba entre las ásperas cuchillas,
 Sin desistir del vano presupuesto
 Con ser el daño del tan manifesto.

Hasta que ya, sintiendo desangrarse,
 Y visto por lo mucho que perdía,
 Lo mal que en este juego le decía,
 Tuvo por bien el bárbaro de alzarse;
 Mas viendo mal camino de salvarse,
 Si por los enemigos no lo abría,
 Salvando el ancho foso desde el muro,
 Se aprovechó del medio mas seguro.

Para lo cual, hallándole cercano,
 De un salto con Martín de Elvira cierra,
 A cuya lanza tanto el puño asferra,
 Que se la arranca y lleva de la mano;
 Y haciendo á fuerza della el paso llano,
 Saltó para poner en medio tierra,
 Mas la traidora Parca y su destino
 Le dieron otro salto en el camino.

Porque antes de acabar el presto salto,
 Su fin, que en una bala envuelto vino,
 Atravesó las sienes del mezquino,
 Cuando iba por el aire en lo mas alto,
 Cayendo ya de vida el cuerpo falto,
 Como cayera un alto y grueso pino,
 Sobre los otros cuerpos de la cava,
 Y el alma donde el fuego la esperaba.

Quedó con Gracolan dentro del foso
 La lanza por su lance bien ganada,
 Un tercio della fuera y arrimada,
 Como en señal del hecho victorioso;
 La cual Piñol, un jóven orgulloso,
 Asíó de sobre el muro, y alcanzada,
 Quiso con tal honor saltar afuera,
 Mas túvole tambien la muerte fiera.

Un rayo artificial, de plomo hecho,
 Que despidió la pólvora tronando,
 Le entró por las espaldas rechinando,
 Y le sacó la vida por el pecho;
 Otro cayó tras este, que derecho
 Hacia Peteguelen encaminando,
 Le taladró de la una á la otra ljada,
 Por donde entró la muerte acelerada.

Corrieron al despojo desta lanza,
 Aunque tan cara ya costado habia,
 Itata, Curalemo y Levopía,
 Mas nadie la alcanzó por su tardanza;
 Que Guaticol mas presto se abalanza,
 Mancebo de grandísima osadía,
 Y en el entrego della no fué tarde,
 Terciándola con término gallardo.

Arremetió con ella luego al muro,
 Blandiéndola y jugándola de talie,
 Que mas de dos hubieron de enrubialle
 Á costa de su sangre el hierro duro;
 Mas si supiera el triste, á buen seguro,
 Lo mucho que esta lanza ha de costalle,
 Que nunca por habella se arriesgara,
 Ni aun viéndola á sus piés la levantara.

Mas quiso la fortuna que este engaño
 Agora en Guaticolo fuese hecho,
 Para que de su fuerte y alto pecho
 Martín de Elvira diese el desengaño;
 Que siempre de lo que es en unos daños
 Suele seguirse en otros el provecho,
 Costumbre de este suelo y de sus heces,
 Donde las cosas todas son á veces.

Pues viendo arriba el hecho don Hurtado,
 Volvió los graves ojos al de Elvira,
 El cual quedó mirando quien le mira,
 De vergonzosa púrpura bañado;
 Y así corrido, fiero y denodado
 Se sale del palenque, y luego tira
 Derecho al escuadron, sin lanza, y solo
 En busca de la suya y Guaticolo;

Do por espesos bárbaros abriendo
 Con mas temeridad que valentía,
 Las contrapuestas armas rebatía,
 Siempre su pretendido fin siguiendo;
 Hasta que en breve término viniendo
 Donde la pica el bárbaro blandía,
 Quiso cerrar con él trabando della,
 Mas no le dieron tiempo de cogella.

Era robusto el indio y corpulento,
 Como un jayan en fuerza y estatura,
 Por donde con gentil desenvoltura
 La pica floresaba por el cuento;
 Mas para no alargarme en este cuento,
 El español, por mafia ó por ventura,
 O por valor á tanto suficiente,
 Apechugó con él estrechamente.

Y luego sin que al indio le valiera
 Tener, cual digo, fuerzas tan extrañas,
 Ni ser probado y único en las mafas,
 Le trabucó de golpe en la ladera;
 Do echando una luciente daga fuera,
 Se la envainó en las íntimas entrañas
 Primera vez, segunda, cuarta, quinta
 Y siempre hasta la cruz en sangre tinta.

A la postrera, viendo al enemigo
 Turbado ya el color, la faz difunta,
 Sacó la roja daga, y en la punta
 Colgando el alma ausente de su abrigo,
 Y siendo todo el campo allí testigo,
 Ganó su honor, su lanza y gloria junta,
 Volviéndose, á pesar de todo el resto,
 A su lugar y gente ufana desto.

En tanto que lo dicho acá pasaba,
 La gente de las naves en oyendo
 Aquel tumulto bárbaro y estruendo
 Que bajo de las ondas rimbombaba,
 Reconoció el asalto que se daba
 A su Gobernador, y pretendiendo
 Llevarle algun socorro en tanta guerra,
 Cuan presto le es posible sale á tierra.

Cuál viene con el remo y cuál no aguarda
 Sino á partir la entena del trinquete,
 Cuál con timon y cuál con guimbaete,
 Cuál con gurguz y cuál con alabarda;
 Quién viste la tomada cota parda,
 Quién la coraza y quién el coselete,
 Ponléndose, aunque pocos, por la arena
 En escuadron formado y orden buena.

Apenas cada cual como podía
 A la marina hubieron arribado,
 Cuando una manga de indios por un lado
 Los acomete en alta gritería;
 Cuyo caudillo indómito venia
 A todos los demás adelantado
 Con muestra desdeñosa y confiada
 De atropellar el mundo por la espada.

Este era Feniston, mozo valiente,
 Criado en la marcial y dura escuela,
 Muerto por verse dentro de la tela
 Con otro no de menos yerta frente;
 Mas viérase con él difícilmente
 Si al peligroso encuentro Valenzuela,
 Señor de la destreza y de un navio,
 No le saliera igual en gana y brio.

Trabóse entre él y el bárbaro membrudo
 Una mortal durísima batalla,
 Mas ni me dan espacio de contalla,
 Ni cuento cada cosa por menudo;
 Solo diré que el nuestro tanto pudo,
 Que á vista del ejército y muralla,
 Dió con el indio muerto en el arena,
 Y luego á los demás la mano llena.

Los rudos marineros, como gente
Al impropio trabajo acostumbrada,
Con pecho argamasado y frente osada
Se contraponen á todo aquel torrente;
Aunque el soberbio bárbaro impaciente,
Que estima por vencer la vida en nada,
Les da por junto al agua tal encuentro,
Que alguna vez los lleva y mete dentro.

Adonde con las ondas á los pechos,
Que no hay en tal sazón tenellos fríos,
Sino de furias, cóleras y bríos
Calientes, inflamados y deshechos,
A tanto punto suben sus despechos,
Que aspiran á tomarse los navíos
Para con ellos irse viento en popa
A conquistar los fines de la Europa.

Con este fin los viérades que andaban
Cuál con macana, cuál con flecha y arco,
Muriendo por poder ganar un barco,
Que algunos de los nuestros ocupaban;
Pero con tal esfuerzo lo guardaban,
Aunque de sangre estaba dentro un charco,
Que el que á llegar á bordo se atrevía,
Si no la mano, el ánima perdía.

Destá manera á vista de su muro
Se saben defender los de la arena,
Teniéndola de cuerpos casi llena,
Y aun de ánimas también el reino oscuro;
Aunque por esto nadie está seguro,
Ni tinto solamente en sangre ajena,
A causa de tener en harta copia
Para poder teñirse de la propia.

También arriba estaba la refriega,
Ya que según el bando rudo y fiero
No en el tesón y término primero,
Al menos bien furiosa, brava y ciega;
Talgüen y Tucapel no sosiega
De dar en que entender al muro entero,
Ni Rengo, Lepomande, Angol y Guado
Dejan de proseguir lo comenzado.

Aunque Pineda, Barrios y Lasarte,
Villegas y Juan Alvarez de Luna
Con estos seis encuentran su fortuna,
Probando lo que en ellos tiene Marte;
Y don Felipe viendo desde aparte
La mano tan infiel como importuna
De Tucapel, que tanto codiciaba,
Cerró con él furioso como andaba.

Mas como del haber con tanta gente
Y tantas horas tanto combatido
Se viese desangrado y mal herido,
Andaba mas rabioso que valiente;
Y aunque él de puro enojo no lo sentía,
El áspero contrario lo ha sentido,
Por donde mas los golpes apresura,
Y si decirse es lícito, le apura.

Velo Talgüen su amigo, y aunque estaba
Con veinte y dos heridas penetrado,
Del aguijón de amor estimulado,
Se parte adonde nadie le esperaba,
Llegando á coyuntura, que tiraba
El Español al Indio un golpe airado,
Con que á despecho suyo le hiciera
Que por mortal, muriendo, se tuviera.

Mas al ejecutallo se atraviesa
Talgüeno, rebatiendo la estocada,
Y dándole tal golpe en la celada,
Que como el viento al ramo le remesa;
Hizo el cristiano mas de una represa,
Que fué por verse en trance tranceada,
Mas luego la enmendó con otro doble,
Tirando al fiero bárbaro un mandoble.

Erróle, mas volvió con una punta,
Que del siniestro lado apoderada,
Falsando el peto duro entró la espada,
Hasta que al espaldar salió la punta;
El Indio, que su muerte ya barrunta,
Propone de dejarla bien vengada;
Mas ponésole amor en este instante
Con su Quidora bella por delante.

Cuya memoria tierna tanto pudo
Para movelle el pecho endurecido,
Que puesto su propósito en olvido,
Y el parecer primero enorme y rudo,
Antes que se rompiera el vital fudo,
Y viendo su escuadrón casi rompido,
Tuvo por bien dejar el duro asalto
Saliéndose del muro en presto salto.

Y cuando el ferocísimo semblante
Volvió nuestro Español de furia lleno,
Ni á Tucapel halló ni vió á Talgüeno,
Pero pasó por otros adelante;
El General, que al ímpetu arrogante
Del bárbaro pretende poner freno
Y despegalle ya de la estocada,
Muestra de sí milagros por la espada.

No hace por do pasa tal estrago
El caudaloso, bravo y lleno río
Que fuera de su madre y vado frío
Al fresco valle envuelve en turbio lago,
Y á la dehesa, ejido, soto y pago
Despoja de su adorno y atavío,
Volcando piedras, troncos y maderos,
Y alguna vez los árboles enteros.

Sonaban ya por donde discurría
Rabiosas bascas, voces y gemidos
Que con mortales ansias despedidos
Formaban dura y áspera armonía;
Mas veis en tal sazón por do venía,
Ensordeciendo á golpes los oídos,
Y haciéndose temer de cabo á cabo
El hijo de Leocán (9) furioso y bravo.

Habíase estado el barbaro acá afuera
Sus fuertes escuadrones gobernando,
Y como de propósito aguardando
A cuando mas su gente no pudiera,
Para que á su valor solo se diera
La gloria que se estaba asegurando,
Así como le viesen dentro el muro
Y levantar allí su brazo duro.

Del hombro solamente á la cintura
De un grueso coselete viene armado,
Y lo demás del cuerpo desarmado,
Que su reputación se lo asegura;
No admite en las espaldas armadura,
Porque jamás su pecho levantado
Admite pensamiento de volvelas,
Aunque la vida esté librada en ellas.

Lleva de roble indómito cortada
Una robusta maza mal pulida,
Desastillada en partes y rompida,
Y aun de española sangre salpicada;
De limpio acero puesta una celada,
Con cintas de oro y plata guarnecida,
Y al ídolo Pillano por cimera,
En forma de serpiente horrible y fiera.

Destá manera va Caupolicano,
De polvo y de sudor el rostro lleno,
Y de furor colmado el ancho seno,
Que á mas andar desagua por la mano;
Contados son los golpes que da en vano,
Sin cuenta los que da de lleno en lleno,
Hasta ponerse dentro de la plaza,
Rompiendo el muro á fuerza de su maza.

En esto el vigilante don Hurtado,
Habiendo visto el daño que en su gente
Hace el bravo bárbaro valiente,
En hechos y devisa señalado,
De aquel fogoso espíritu llevado
Que semejante agravio no consiente,
Se va para él deshecho todo en ira,
Poniendo el viso en él y en Dios la mira.

Llegóse, y embebiendo el brazo esquivo,
Antes que el Indio alzase la ferrada,
Encaminó la punta de la espada
Al obstinado pecho vengativo;
Y sin valelle el peto defensivo,
Aunque de piel durísima y probada,
Entró por él mas fácil que si fuera
De tierno cordobán ó blanda cera.

Abrió la fiera punta el diestro lado,
Por donde entró corriendo el filo crudo
Hasta que ya, llegando donde pudo,
Juntó la guarnición con el costado;
Allí en la fiera boca don Hurtado
Tal golpe le asentó con el escudo,
Que sin poder abrilla contra el cielo,
Caupolican de espaldas vino al suelo.

Cayó, que fué ventura, por do estaba
Abierto un gran portillo en la barrera,
Quedando con el medio cuerpo fuera,
Casi pendiente encima de la cava;
Y así, cuando deshecho en ira brava
Al levantarse fué la bestia fiera,
Sin advertir el puesto peligroso,
Consigno de cabeza dió en el foso;

La cual como del golpe recibido
En la primera súbita caída
Estaba ya malsana y mal sentida,
Quedó de la segunda sin sentida.
El vitorioso joven como vido
Haberse rematado esta partida,
Volvió gozosamente á la batalla
Con ánimo también de rematalla:

Do viendo cómo algunos indios fieros,
Que en las insinias, muestras y ademanes
Mostraban claro ser los capitanes,
Andaban en el daño delanteros,
Llamó escogidos veinte arcabuceros
Para que destos bárbaros guzmanes,
Que él mismo señalaba por su mano,
Algunos le pusiesen en lo llano.

El escogido bando, que desea
Mostrar su pulso firme y cierta mira,
Al enemigo apunta, encara y mira,
Que entre los otros mas se gallardea;
Tan bien el plomo y pólvora se emplea,
Que apenas hay quien yerre adonde tira,
Y así, derriban destos y desotros,
Mas luego en su lugar se ponen otros.

Pues como tan aprieta á causa de esto
Jugase el arcabuz y artillería,
Gasióse al fin la pólvora que había,
Que era la que mejor guardaba el puesto;
Mas dieron á las naves voces presto,
Que bien de allí la voz se percibía,
Pidiendo que á pasar se aventurasen
Y el salitrado polvo les llevasen.

Mas como de enemigos la marina
Estaba á la sazón también cuajada,
Ninguno, habiendo pólvora sobrada,
A ser el portador se determina;
Hasta que de la prora mas vecina
Saltó con voluntad determinada
Un clérigo animoso y esforzado,
Sacando una botija en cada lado.

Y en un pequeño esquispe en breve espacio,
Llegado con su carga á la ribera,
Al muro parte luego de carrera,
Que no era tiempo aquel para ir despacio;
Llamábase este el padre Bonifacio,
Y cuando tal renombre no tuviera,
Por este bien que hizo y bravo hecho
Hubiera para dársele derecho.

Fué su ventura tal y atrevimiento,
Que por entre las armas contrapuestas
Pasó con sus vasijas dos á cuestras,
Subiéndolas allá sin detrimento;
A do mostrando aun mas vigor y aliento,
En cómodo lugar las dejó puestas,
De donde siendo luego repartidas,
Sacaron de los indios muchas vidas.

El uno aquí y el otro allí se tiende
Del inmortal espíritu privado,
Y al arrancalle tuerce el rostro airado
Como que aun de la muerte se defiende;
A quién por la cabeza el filo hiende,
A quién la bala deja atravesado,
A quién le asoma ya por la cintura
El palpitante vientre y asadura;

Y cuál con vengativo y duro ceño,
Habiéndole embebido media lanza,
Por ella misma entrando se abalanza
Hasta cerrar á brazos con el dueño,
Queriendo que se abrevie el mortal sueño,
Y no que se dilate la venganza:
A tanta perdición y daño llega
El daño y perdición de un alma ciega.

Las tronadoras seis hinchadas piezas,
Aprieta disparadas de mampuesto,
Hacen destrozo y daño manifiesto,
Llevando piernas, brazos y cabezas;
Cuál muere de una vez partido en piezas,
Haciéndole favor la muerte en esto,
Y á cuál, estando ya el pie en el estribo,
Las ganas de morir le tienen vivo.

¡Oh cuántos desfallecen de heridas
Por solo no ligallas desangrados!
¡Oh cuántos cuerpos ruedan destroncados!
¡Cuántas cabezas vuelan divididas!
¡Oh qué de alientos, ánimas y vidas
Salen por vientres, pechos y costados,
Que ausentes de su tierra y patrio nido,
Van á gustar las aguas del olvido!

Con esto, á su pesar, de la barrera
Dos veces á los indios retiraron,
Mas tantas hechas áspides tornaron
Y con doblada furia en la carrera;
Hasta que rebatidos la tercera,
De la vitoria al fin desesperaron,
Volviendo las espaldas parte dellos
Y luego todo el número tras ellos.

Porque de ver el daño desmedido
Que desde talanquera les hacia
El hélico español y artillería,
Y ver á su cabeza sin sentido,
Dieron lugar á un miedo tan crecido
Cuanto lo fué primero la osadía,
Mostrando á nuestro ejército las plantas
Por no mostrar al filo sus gargantas.

No Rengo y Lencoton, que sobre el muro
Quedaban iracundos peleando,
Mas viendo á todos irse retirando,
Tuvieron el quedar por mal seguro;
Y aunque para ellos fué negocio duro,
La vida por entonces reservando,
Dejaron los postreros la estacada,
Llevando por delante su manada.

Caupolican también, que larga pieza
Estuvo amortecido allá en la hoya
Con infinita sangre que le arroya
Y baña de los pies á la cabeza,
De muchos ayudado se endereza,
Y deja el nuevo muro y nueva Troya,
Diciedo allá entre sí: «No hay fuerza alguna
Contra la voluntad de la fortuna.»

El impar Tucalepo solamente
Quedó cual bravo toro dentro el coso,
Que mientras mas herido mas furioso
Embista las barreras y la gente;
Defiéndose y ofende al mas valiente
El bárbaro sangriento y corajoso
De fieros enemigos rodeado,
Que ya le estrechan de uno y otro lado.

Pero con solamente media maza
De tal manera entre ellos se revuelve,
Que donde aquel sañudo rostro vuelve
Gran trecho de lugar desembaraza;
Hasta que viendo ya que en esta plaza
Es poca la ganancia, se resuelve
De renunciálla, aunque es á su despecho;
Pues quiere mas honor que no provecho.

Mas no le mueve al indio amor de vida
Para determinarse de salvalla,
Sino que echando gente á la muralla
Quieran cerralle el paso á la salida;
Y para demostrar el homicida
Que es por demás cerrallo ni cerralla,
Como él á su pesar abrilla quiera,
Hizo lo que pensar aun es quimera.

Porque por todas partes revolviendo
La temerosa vista encarnizada,
Y viendo la salida embarazada,
De muro y gente, de armas y de estruendo,
Su fué su paso á paso retrayendo
Hacia donde la cuesta era peinada,
Y tiene de alto en buena perspectiva
De veinte y dos estados para arriba.

De donde con las alas de su rabia
Se arroja en vuelo y furia arrebatado,
Bien como al mar tranquilo y sosegado
Se suele el buzo echar desde la gavia;
Mas luego le parece que se agravia,
Y se arrepiente ya de haber saltado,
Sintiendo que de nuevo le llegaban
Mil tiros que siguiéndole bajaban.

Rabioso desto embiste con la cuesta,
Do tienta la subida inaccesible,
Probándola con ver que es imposible
De la primera vez hasta la sexta;
Y viendo que no puede ser por esta,
Busca por otra parte si es posible,
Escudriñando en torno el paso y vía,
Que solo para pájaros le habla.

Pues como de luchar con el barranco
Halló que no sacaba mas provecho
Que derramando sangre estar se hecho
A los que le tiraban cierto blanco;
Determinó dejar el puesto franco,
De donde á la marina fué derecho,
Queriendo emplear en ella su coraje
A costa del robusto marinaje.

Mas luego que tambien de allí su gente
Desbaratada y rota se volvía,
Siguiendo á la demás que ya subía
Por el recuesto arriba torpemente,
Echó por otra parte él impaciente,
No se dignando de ir en compañía
De los que huyendo van sin ir tras ellos,
Por no participar la infamia dellos.

Y así, bañado en sangre y mal herido,
Colérico, espumoso, bravo y fiero,
Bramando mas que el toro al bramadero,
Y mas desesperado que el vencido,
Se entró por un bosque entretejido,
Sin que siguiese rastro ni sendero,
Que por aquella parte no le habia
Mas del que desangrándose él hacia.

Llegado á la mitad de la espesura,
Por no poder tenerse ya en su estado
Cayó con todo el cuerpo ensangrentado
Al pié de un roble duro en tierra dura,
Do ni vivir curándose procura,
Ni el verse cual se ve le da cuidado;
Mas puesto allí de rostro muere el suelo,
Pidiéndose razon de Tucapel.

En tanto la feminea compañía,
Que estaba atrás dos leguas aguardando
El buen ó mal suceso de su bando,
Costumbre que la guardan hoy en día,
Sintiendo que el ejército volvía,
Ya por saberlo todo reventando,
Salen á recebillos al camino
Con sus pintados cántaros de vino.

Tras ellas va la bárbara hermosa,
De Tucapel amada tiernamente,
Llevándole refresco suficiente,
Aunque sobresaltada y pavorosa;
Sabida las demás la nueva odiosa
Y estrago lamentable de su gente,
Entregan á las uñas los cabellos,
Trayéndose con ellas parte dellos.

Quién llora su marido, quién su hermano,
Quién á su amado hijo, quién su amante,
Y quién al padre caro vigilante,
Que así la deja huérfana temprano;
Cuál tuerce de dolor la blanca mano,
Y cuál con ella hiere el bel semblante,
Cuál humedece á lágrimas el suelo,
Cuál raga con suspiros aire y cielo.

Gualera, mas que todas desalada,
Caido el corazon, la faz difunta,
Por Tucapel matándose pregunta,
Mas no hay quien sepa del decille nada;
Y viendo que de todos es mirada,
Mil daños y desastres mil barrunta,
Que donde el amoroso fuego quema
No hay género de mal que no se tema.

A gritos llama y nadie le responde,
Que todos callan mustios y serenos,
Mirándola con ojos de agua llenos
Buscar su amado sin saber por dónde;
Y como no es persona que se esconde,
A la primera vista lo echa menos,
Mas loca, no creyéndolo, á mas prisa
Vuelve, revuelve, cruza y atraviesa.

Cual descuidada cierra que herida
Del insidioso y cauto ballestero,
Ya sigue aquel, ya deja este sendero,
Vagando por la senda entretejida;
O cual oveja triste y desvalida
Que sola va buscando su cordero,
Tal va moviendo á lástima Gualera
Por donde el poderoso amor le lleva.

Ya muestra envuelto en púrpura el semblante,
Ya en blanco, ya en mortal y oscuro velo,
Ya fijo en tierra, ya elevado al cielo,
Ya para Ocaso, ya para Levante,
Ya vuelta contra cuantos ve delante,
Les dice: «Dónde está mi Tucapel?
Decídmelo que el cielo del dispensa,
No me tengais atónita y suspensa.

» Desengañadme ya si es muerto ó vivo,
Si viene, si se queda ó qué se ha hecho,
Pues no bay en dilatallo mas provecho
Que dilatar la pena que recibo.»
No dice mas, que ya el dolor esquivo,
Queriendo proseguir le cierra el pecho,
Y si prosigo yo, cerrado el mio,
Dirán que canto mal y que porño.

CANTO VII.

Donde Gualera, no hallando á su marido, ni quien le dé news
dél, se determina de ir en su busca. Quita para esto las armas
á un indio, partiéndose con ellas la vuelta del muro. Cuentase
lo que le pasó con Leucoton y Rengo, habiéndolos encontrado
en su camino, y la extraña fuerza de sus amorosos sentimientos,
afectos y quejas, hasta que halló á Tucapel en medio del
bosque.

Adonde luce mas amor tirano
Con el poder intenso de su llama,
Es el cerrado pecho de la dama,
Si ya una vez en él metió la mano;
El áspero camino le hace llano,
Sin que repare en bienes, vida ó fama,
Que todo con su furia lo atropella
Hasta que en el barranco da con ella.

Tan bravo es el rigor con que procede,
Si se apodera dél su mano cruda,
Que allí pretende el pérdida sin duda
Hacer ostentacion de lo que puede;
Pues lo que mas á toda fuerza excede
Es que en la cosa della tan desnuda,
Y tanto que es lo sumo de flaqueza,
Se muestre el chapitel de fortaleza.

Que el fuego en duro hierro introducido
Tan eficaz parezca y tan perfeto,
No es mucho habiendo fuerza en el sugeto
Para que le defienda su partido;
Pero si en pajas débiles prendido
Hiciera con la llama tanto efeto
Que al mismo hierro duro deshiciera,
Actividad sin término arguiera.

Así no gana el crudo amor aleva
Tan extendido crédito y renombre,
Mostrando su potencia con el hombre;
Pues hay capas materia en que la cebe;
Pero que en la mujer que es paja leve,
Pueda causar efectos con que asombre,
Eso es con instrumento que es de nada
Hacer lo que Sansón con la quijada.

Aunque si vale en esto el voto mío,
La causa por qué mas amor las hiere,
Es porque cuando entrar su pecho quiero
Le impelen con mayor esfuerzo y hrio;
Que entónces irritándole el desvío,
Por acabar de entrallas rabia y muere,
Seguro que despues estando dentro
Le pagarán la fuerza del encuentro.

Mas nasca de otra cosa ó venga desto,
Que en fuego al fin que tanto se platúa,
Cuando la hembra tímida se pica,
Con pecho varonil arroja el resto;
Gualeva ha dicho ya lo que hay en esto,
Aunque mejor despues lo testifica,
Volviendo á proseguir el triste llanto,
Con que los dos pusimos fin al canto.

Cortóse en la mitad de sus preguntas,
Pegando al paladar la lengua heñada,
Y luego dió en las yerbas desmayada,
Haciéndoles doblar sus verdes puntas;
No con las delicadas manos juntas,
Mas una de otra avera y apartada,
Aunque los piés mas albos que la nieve,
Unidos por igual en trecho breve.

Jamás gozó Meandro en su ribera
De ciste que al hervoso alegre seno
Mezclando el blanco propio al verde ajeno,
Tal gracia, tal adorno y lustre diera,
Cual por servirle allí de cabecera
Lo está gozando agora el prado ameno,
En la nevada faz descolorida
De la traspuesta bárbara tendida.

¿Qué lilio, qué azucena ó blanca rosa,
A quien rompiendo el campo de pasada,
La reja descortés dejó cortada,
Cayó sobre la yerba mas hermosa?
Ni cuál adormidera granujosa
Inclina su cabeza coronada
Cual reclinó Gualeva el rostro bello
Sobre el mármoreo laso y débil cuello?

Hizo quedar atónita la gente,
Mirando cómo borda sus mejillas
Y parte de las varias florecillas
Con mal enajadas perlas del Oriente,
Que el removido mar de su accidente,
Mejor que las antárticas orillas
En los conchosos párpados engendra,
Y amor allí las purifica y cendra.

Dueñas, casadas, vírgenes hermosas
Se derriharon luego á socorrella,
En su dolor partícipes con ella
Aun las de su beldad mas envidiosas;
Cuáles al agua corren presurosas,
Y cuáles por la faz le esparcen della,
Llamando, no Gualeva, sino Gualé,
Que en la chilena frásis tanto vale.

Aquella le compone el atavío
Si acaso con el aire se desmanda,
Y esta con amorosa mano blanda
Le limpia de la frente el sudor frío;
Los hombres como género baldío,
En este menester se están en banda,
Dejando á la mujer que lo profesa,
Y en esto vale mas de lo que pesa.

Hiciéronse pues remedios tales,
Que con la multitud y fuerza dellos
A poco rato abrió sus ojos bellos,
Sus ojos dos lumbreras celestiales;
Mas luego con suspiros desiguales
Hizo que padecieran los cabellos
La fuerza tan villana de sus cejas,
Dejando enmarañadas sus madejas.

En cuyas hebras céfiro entregado,
Saca del daño ajeno su provecho,
Quedando en el despojo dellas hecho
Soberbio, caudaloso y prosperado;
Y si con los suspiros fué rasgado,
Le deja dese agravio satisfecho
Un solo pelo destes, que aunque oscuro,
Deslustra y escurece al oro puro.

Tampoco al gesto lánguido perdona,
Que ya con puño, palma, ya con uña
Lo hiere, lo sacude, lo rasguña,
Lo ofende, lo maltrata, lo abandona;
Y el planto que en funesto punto entona,
En duro pedernal se imprime y cuña,
Haciendo que las turbas admiradas
La miren ambas cejas enarcadas.

Mas poco estuve queda en este asiento,
¿Cómo lo puede estar un triste amante?
Que súbito se puso en pié delante
De todo aquel confuso ayuntamiento;
Por donde con furioso movimiento
Y varonil denuedo en el semblante,
Arremetió á las armas de un soldado,
Quitándole la aljaba y un terciado.

La cual echada al hombro menos fuerte,
Del ancho alfanje ornó la estrecha cinta,
Y luego por la gente mal distinta
Se lanza dando voces á la muerte;
Porque desesperada de su suerte,
Segun la mala nueva se la pinta,
Quisiera con la vida barajalla,
Pues no le dan lugar para trocalla.

Y así por todas partes impaciente
Se arroja, vista y cuerpo revolviendo,
Colérica tal vez redarguyendo
A todo el escuadron que está presente;
Tal vez con mansa voz y humilde frente
Al mas plebeyo y mínimo pidiendo
Que al mar de sus fatigas dé algun vado,
Diciéndole si sabe de su amado.

Mas viendo cómo todos á una mano
No aciertan á decirle qué se ha hecho,
Procura por Talguen, amigo estrecho,
Que Tucapel amaba mas que hermano;
Porque él mitigará de llano en llano
Con la verdad las ansias de su pecho;
Pero ni per aquella ni esta banda
Le puede ver ni yo decir cuál anda.

Amata con el tósigo importuno
No andaba por Italia tan furiosa,
Ni Dido en su Cartago mas ansiosa
Haciendo grandes victimas á Juno.
Ni en fiestas bacanales hubo alguno
O alguna tan solícita y fogosa,
Cuanto la triste bárbara lo andaba,
Sonándole las flechas en la aljaba.

Sus trenzas ondeando al aire sueltas,
Saltando el corazón desalentado,
El rostro envuelto en un sudor helado,
Las manos por el aire desenvueltas,
Desta manera anduvo dando vueltas,
Hasta que visto ya ser excusado,
Se puso con sus armas en la vía,
Para la cual tomádoles habia.

Por do llevada ya tras su destino,
Con frenesí, furor y desatiento,
Se parte renunciando aquel asiento,
Tan recia como el recio torbellino,
No hay quien allí le impida su camino,
Ni tenga de seguilla atrevimiento,
Ni aun ose preguntarle qué procura:
Tanto como esto puede la hermosura!

Poco despues tambien partió Quidora
En busca de Talguen, su dulce amante,
Mas della trataremos adelante,
Pues no me da Gualeva tiempo agora;
La cual con tierna planta voladora
Ya va de las escuadras bien distante,
Enderezando al muro victorioso,
Adonde está librado su reposo.

Corrido queda el viento por la espalda
De ver que su presteza no la coja,
Mas aunque procurándolo se arroja,
Apenas la echa mano de la falda;
Y como no es la túnica de gualda
Morada, verde, cándida ni roja,
Mas negra, que es el hábito ordinario,
Sale mejor con ella su contrario.

Las fimbrias recogidas sin alforza,
Que cubren cuando mucho la rodilla,
Descubren tal garganta y pantorrilla
Cual puede ser la masa de la alcorza:
Alguna vez las velas van á orza,
Y asoma por entre una y otra orilla
Un, no lo sé decir, que al sol deslumbra
Y en las tinieblas lóbregas alumbrara.

Mas tiempo sobre el aire van sus plantas
Que sobre las que toca por el suelo;
Tú, Febo, que la ves desde tu cielo,
Apríesla los caballos adelantas
Y con el duro azote los quebrantas
Por mas apresurallos en su vuelo,
Todo por alcanzalla y por habella
Antes que algun laurel se forme della.

Mas piérdeste, perdiéndola de vista,
Pues en el mar contigo diste luego,
Quizá por mitigar con agua el fuego
Que en ti prendió el amor como en arista;
Y así la negra noche vino lista,
Dejando al hemisferio triste y ciego,
Y triste y ciego al campo en ver la dama,
Que va mas triste y ciega por quien ama.

No bien se cobijó la madre tierra
Su capa y la comun de pecadores,
Cuando un tropel de angustias y dolores
De nuevo con el débil pecho cierra;
Al cielo comunica el mal que encierra
A fuerza de suspiros y clamores,
Que, revocando en montes y quebradas,
Las dejan, aunque duras, quebrantadas.

«Al tiempo, dice, ¡ay triste! que en el mundo
Los elementos, plantas, animales
Y los negociadores racionales
Reposan en silencio el mas profundo,
Yo sola con mis duras voces hundo
Los mudos campos, breñas y jarales,
Haciendo que despierte á su gemido
La ya dormida tórtola en su nido.

»Yo sola me deshago en mi lamento,
Y nadie puede en él acompañarme,
Que amor quitó, por mas atormentarme,
De todos, para darme, el tormento;
Mas ¡ay! ¿á quién mis ansias represento,
O qué provecho saco de quejarme,
No habiendo quien responda á mi congojas
Sino el ciprés funesto con sus hojas?

»Si tú me respondieses, Tucapel,
¡Oh regalada voz al gusto mío!
Callara el monte, el prado, el valle, el río,
Y enmudeciera el mar, el aire, el cielo;
¿Donde estarás, crisol de mi consuelo?
Dime si estás de espíritu vacío,
Para que lamentando no me canse,
Mas de una vez, siguiéndote, descanse.»

Mas adelante fuera con sus quejas
A no cortalle el hilo de repente
Un súbito rumor como de gente,
Que el órgano tocó de sus orejas;
Al cual poniendo en arco entrambas cejas,
Escucha sin moverse atentamente
Lo que será, juzgando que ya tarda,
Costumbre natural de quien aguarda.

Apenas la ramilla se menea,
O mueve el manto viento alguna hoja,
Cuando su Tucapel se le antoja,
En fe de ser la cosa que desea;
Mas porque de ligero no se crea
La que de tan pesado se congoja,
Son Rengo y Leucoton, los dos guerreros,
Al retirar del muro los postreros.

Ya la de nombres tres y tres lugares
Sus argentadas trenzas descogía,
Y á consolar la bárbara salía,
Si cabe algun consuelo en sus pesares;
Cuando los dos varones militares,
Que acaso habían tomado aquella vía,
Su faz inopinadamente vieron,
Y el paso atrás en viéndola volvieron.

Como el que estando en un lugar oscuro
Si va á salir de súbito á lo claro,
No yendo con las manos al reparo,
Lo vuelve deslumbra el rayo puro;
Así los dos que vienen de hácia el muro,
Viendo en Gualava aquel semblante raro
Y el rayo que de luz sus ojos tiran,
Se ciegan, se deslumbran, se retiran.

No cuando apareció la Cipria diosa
Al Teúcro y á su Acates en el prado,
Con rica aljaba y borceguij argentado,
En hábito de ninfa nemorosa,
Fué vista por entrambos mas hermosa,
Con ir á parecerlo de pensado,
Que la llorosa Gualava descuidada
De Leucoton y Rengo en su jornada.

Ella rompió el silencio la primera
Habiendo, mal su grado, conocido
Que de los dos ninguno es su marido,
Pues otro garbo y término trujera;
Y díjoles con ansia lastimera:
«Varones, si algun tiempo habéis querido,
Decidme: ¿en qué lugar de todo el suelo
Sabéis que viva ó muera Tucapel?»

Los indios, aunque en vista y en lenguaje
Quisieron conocer la dama bella,
Tuvieron por extraña cosa en ella
El hábito y el verla en tal paraje;
Por donde embarazados con el trage,
Apenas eran parte á respondella,
Hasta que conociéndola del todo,
Le dieron la respuesta deste modo:

«Perdónanos, bellissima Gualava,
Lo que hemos suspendido el responderte,
Pues lo ha causado hallarte desta suerte,
Para la grande tuya cosa nueva;
Si amor de Tucapel así te lleva,
El es tan venturoso como fuerte,
Y digno de que el mundo por tus ojos
Se ufane con ponérsele de hijotas.»

«Para que se le rindan los humanos,
Responde, á Tucapel bastan sus bríos,
Que no son menester los ojos míos
Adonde está la fuerza de sus menos;
Mas ¿para qué son esos dichos vanos,
Y dignos de llamarse desvarios,
Pues que me respondéis tan diferente
De la pregunta y ocasion presente?

»Dejáos agora deso nunca justo,
Y menos mucho en tales ocasiones,
Porque es enderezar vuestras razones,
Dejando mi dolor al propio gusto,
De donde se me sigue mas disgusto,
Por conocer dañadas intenciones.
No respondáis ¡oh faltos de cerebros!
A un corazón quebrado con requiebros.

»¿Será razon que mi ánimo se fie
De la que en vuestro noble pecho mora,
Y que esta sin razon me obligue agora
A que de vos huyendo me desvío?
Mirad que no es acedo el que se rie,
Antes odioso, en casa del que llora,
Por ser tan natural cuan ordinario
Ser todo aborrecible á su contrario.

»Su tiempo tiene todo señalado,
Y pues que de llorar agora es tiempo,
Quererlo así gastar en pasatiempo,
No echais de ver que es tiempo mal gastado?
Por Tucapel há tiempo he preguntado;
Si déi sabéis decir, decid con tiempo,
Primero que sin tiempo el ansia fuerte,
Llegue mi vida al tiempo de la muerte.»

Dorando como pudo el grave yerro,
Le dijo Leucoton: «Tu caro amigo
Saltó, rompiendo al áspero enemigo
El muro levantado sobre el cerro;
Donde con ver en torno tanto bierro
Con que iban ya cerrándole el postigo
Por do le fuera fácil retirarse,
No quiso el contumaz sino quedarse.»—

«¿Quedóse, dilo, acaba, muerto ó vivo?»
Gualeva replicó desalentada;
Mas Rengo dice: «Vivo en la estacada,
Y haciendo en ella mas que el Dios alirro;
Al menos cuando yo con ceño esquivo
El último seguí la retirada,
Vivo quedaba dentro peleando,
Ajena y propia sangre derramando.

«No tienes que dudar si te engañamos,
Porque esta es la verdad al descubierto,
Que cuando le dejamos no era muerto
Si no lo fué después que le dejamos;
Mas de su brazo indómito esperamos
Que habrá salido libre á campo abierto:
Enfrena pues tus lágrimas inciertas
Y hasta certificarte no las viertas.»—

«¿Que lo dejais decís? ¿Y con qué cara?
Ay, cómo en confesallo bien se muestra
Que no entendeis saliros á la vuestra
Haber dejado así la sangre cara!
A fe que Tucapel nunca os dejara
Hasta dejar el alma con la diestra;
Pero dejais al mundo satisfecho
De lo que va del suyo á vuestro pecho.

«No sé por cierto á qué me lo atribuya,
Sino es á la desgracia propia mia,
Que á trueque de no hacelle compañía,
Tal vida permitais que se destruya;
Y pues faltando á Tucapel la suya,
La vuestra y la de todos faltaria,
El propio bien ó público siquiera
Para favorecelle ¿no os moviera?

«Mas ¡ay! no me acordaba con la pena
De cómo estáis con él enemistados,
Y en esas propias vuestras no fiado,
Os quisistes vengar por mano ajena;
Perdistes ocasion por cierto buena,
En que de nobles fuérades loados,
Pues que de serlo no hay mejor testigo
Que dar la mano en tiempo al enemigo.

«¿Cuán bien contado, Rengo, que te fuera
Si se la hubieras dado al dueño mio,
Para que el aplazado desafío,
Hallándose con vida te cumpliera!
Pero temiendo tú que te venciera,
Pues fuera no temello desartir,
Tu vida rescataste con su muerte,
Mostrándote varón de baja suerte.

«Y si con esto aun quedas mal vengado,
Yo salgo (y empuñóse) á la demanda;
Sal pues, infame, y échese á la banda
Ya de una vez el tuyo y mi cuidado;
No te me pienses dar por excusado,
Diciendo soy mujer de mano blanda,
Que la razon que tengo me asegura
De que ha de parecerse mano dura.

«Pues no será mi padre Pangareate,
Ni el magno Talcamávida mi abuelo,
Ni yo seré mujer de Tucapel,
Ni Tucapel será por quien combato,
Si en este juego pienso dar barato
Menos que de tu sangre al verde suelo,
Haciendo al que seguro en mí se anida
Un bajo sacrificio de tu vida.»

Maravillado Rengo le responde:
«¡Oh pecho varonil aventajado,
Que para ser cual debes colocado,
No sé si puede haber lugar adónde!
Ningun valor al tuyo corresponde
En todo lo que mira el sol dorado,
Y así será agraviar á lo que vales
Ponerle con mis fuerzas desiguales.

«Mas aunque me aventajes y me sobras,
Sabe de mí que mas me descalabras
Y ofendes con tus ásperas palabras
De aquello que pudieras con las obras;
Indigno soy del odio que me cobras,
Y de que así conmigo te dasabras,
Pues con lo que de mí tu pecho piensa
A mí y á la verdad haces ofensa.

«Con vida quiera Dios que esté tu amado,
Que tanto como tú se la deseo,
Siquiera por el próspero trofeo
Que espero yo de habérsela quitado;
Y como soy en esto interesado,
Aunque le dén la muerte, no lo creo,
Porque matar á un hombre de su brio
No es obra de otro brazo que del mio.

«De donde secolige claramente
Que yo pudiendo mas no le dejara,
Porque otro por matalle no gozara
Lo que me viene á mí derechamente;
Mas es de tal valor la nueva gente,
Y el nuevo capitán de sangre clara,
Que solo para hacer los golpes vanos
Daba lugar y tiempo á nuestras manos.

«El solo, confesémolo, nos puso
A mí y á Leucoton en la pelea
Después que le rompimos la trinchea
En término y estado bien confuso;
En especial á mí me descompuso
De suerte que jamás ni con Andrea (10)
Me vi tan aligido y apurado
Como con este jóven esforzado.

«Así que por tu esposo en esta parte
Yo puse lo postrero de potencia,
Mas tanta fué después la resistencia,
Que para socorrello no fui parte;
En lo demás yo quiero acompañarte,
Si tú quisieres dándome licencia,
Por mas que me la nieguen estas llagas,
Para que de quien soy te satisfagas.»—

«Satisfacción, Gualeva dice á Rengo,
No la hay, si no es matándome contigo;
Y no viniendo en esto que yo digo,
Tampoco en lo que tú dijeres vengo;
Pues cuanto por honrada y fiel me tengo,
En ir tan sola en busca de mi amigo,
Por falsa y deshonrada me tuviera
Si un falso y deshonrado me siguiera.»—

«Para que así me trates y te quejes,
Responde Rengo, en poco te has fundado.»
Mas ella le replica: «Es excusado
Que mas sobre esto luches ni forcejes,
Pues no te he de llevar á que me dejes
Como al que busco dices que has dejado:
Baste lo que con él, traidor, naste,
Aunque para mi daño nada baste.»

No dice mas, que luego, envuelta en saña,
Y retorciendo el rostro á Rengo esquivo,
Se va de allí con paso fugitivo,
La vuelta de una espesa y gran montaña,
Adonde piensa ver, si no la engaña
Su triste corazón apenas vivo,
Al rico dueño del que vive dentro
Como lugar nativo y propio centro.

Que nunca della pudo recabarse,
Por mucho que uno y otro le dijese,
Que por manera alguna consintiese
En tanta soledad acompañarse;
Ni pudo en su temor asegurarse
De que su Tucapel vivo fuese,
Porque es dificultoso que uno crea
En cosas de su bien lo que desea.

Dejólos con los ruegos en la boca,
Y la cerviz bellísima volviendo,
Al monte, como digo, fué corriendo,
No con velocidad ni pena poca;
Tan fuera va de sí como una loca,
Con Tucapel hablando y respondiéndolo,
Que cuando amor al ánima lastima,
Mas suele estar donde ama que do anima.

Dejáronla llevar de su destino,
Aunque con harta lástima de vella,
Los dos que bien holgaran de ir con ella,
Si diera algun lugar su desatino;
Y prosiguiendo juntos el camino,
Se fueron parte del tratando della,
Y repitiendo casi á cada paso
El punto y extrañeza deste caso;

Tal vez encareciendo justamente
Su grande fe y amor calificado,
Tal vez el pecho y ánimo esforzado,
De su delicadez tan diferente;
Tal vez á lo que llega el accidente
Del siempre niffo Dios entronizado,
Si toma posesion de un pecho noble,
Que se le defendió con arma doble.

«¡Oh cuánto diera yo, Rengo decia,
Amigo Leucoton, y cuánto diera
Porque este amor Millaura me tuviera,
Millaura, aquella luz del alma mia!
Y ¡cuán de buena gana tomara
Que como Tucapelo me perdiera,
Con tal que me guardara vivo el hado
Hasta gozar de verme así buscado!»—

«No quieras tan costosa y cara prueba,
Le dice Leucoton, mas vive, amigo,
Pues como tengas vida, yo te digo
Que no es Millaura menos que Gualeva;
Sino que en la mujer no es cosa nueva
Tratar á su amador como á enemigo
Hasta probar el celo con que viene,
Y es por el natural temor que tiene.

»Verás al descubrillo el pensamiento
Aquella austeridad con que comienza,
Que no parece hay cosa que la venza,
Y que es imaginallo perdimiento;
Mas todo aquel desden y encogimiento
No es mas que hacer la salva á su vergüenza,
Y un darnos á entender, cuando concede,
Que es porque defenderse mas no puede.

»Otras razones tienen de esquivarse,
Mas en resolucion, por mas que veas,
Jamás de la que bien quisieres creas,
Que deja de quererte y abrasarse;
Solo hay que saben mas disimularse,
Al menos cuando ven que las deseeas,
Lo cual conocen ellas claramente
Como si lo escribieras en la frente.

»Así que no te afijas desde agora,
Que el tiempo hará su curso si le pama,
Y lo que en muchos años no se hace,
Suele despues hacerse en sola un hora;
¡Qué sabes de Millaura si te llora
Y en este mismo punto se deshace,
Sintiendo en lo interior del pecho suyo
Lo mismo que tú sientes en el tuyo?»—

«Querermé tú curar desa manera,
Estando en este mal tan mal experto,
Responde Rengo, es duro desconcierto
Y solamente hablar de talanquera;
Al fin, como del mar te ves tan fuera,
Gobiernas bien la nave desde el puerto,
Mas si te vieras dentro en fusta angosta,
Tú dieras, como todos, á la costa.»—

«No pienses, Leucoton le dijo luego,
Que nunca el mar de amor he navegado;
Ya sus furiosas aguas me han cercado,
Y entre ellas abrasádome su fuego;
Ya vi su vendaval, ya su gallego,
Y sé, de puro bien acuchillado,
Que nunca ni tormenta ni bonanza
Dejaron de rendirse á la mudanza.»

Así los dos amigos altercando
Sobre este y otros puntos caminaban,
Con que la grave pena que llevaban,
Camino y horas iban engañando;
Hasta que en largo término llegando
Adonde los demás les aguardaban,
Trataron de juntarse nuevamente
Para volver á dar en nuestra gente.

Pues quédense tratando agora desto,
En tanto que yo vuelvo do me llama
La vagarosa triste y sola dama,
A quien en tal estado amor ha puesto;
Prosigue sin parar su curso presto,
De que se queja bien la seca grama,
Pues puede, si parase un tanto en ella,
Su blanco y tierno pié reverdeceila.

Mas no le da lugar, que bien quisiera,
La prisa de la vara y acicate
Con que el tirano amor la hiere y bate
Para que se repare en la carrera;
Y aunque se canse, á descansar no espera,
Tomando que el descanso no la mate,
Si muere, por buscallo con remanso,
Aquel en quien se libra su descanso.

Con todo, aconsejarse no sabiendo,
Ya del seguido rumbo desmentia,
O ya por él de nuevo revolvia,
Errática y furiosa discurriendo;
Ya sesga de tropel iba corriendo,
Ya sin saber á qué se detenía,
Enviando allá y acá la vista bella,
Y mil suspiros íntimos tras ella.

Cual suele andar la vaca si ha perdido
El tierno becerriño, prenda cara,
Que ya sin orden corre, ya se para,
Llamándole con hórrido bramido;
Ya sobre alguna loma del ejido,
Si alguna cosa ve, con ella encara,
Alzando la cerviz y armada frente
Con un feroz denuedo y continente;

Así Gualeva andaba con la pena,
Agora en vaza fiera convertida,
Agora lamentándose afligida,
Ya rota de sus lágrimas la vena;
Como la querellosa Filomena,
Que cuando al nido fué con la comida,
No vido en él sino es algunos pelos,
Reliquias de los huérfanos hijuelos.

Llegada en fin al monte escurecido,
Se lanza en él, rompiendo su arboleda,
Do, sin sentillo, á veces se le queda
De alguna rama algun cabello asido;
Porque como él es tal y va esparcido,
No hay árbol tan hermoso, con que pueda,
Que alguna partecilla no le coja
Para el esmalte y lustre de su hoja.

«Gran rato anduvo así por la espesura,
Pegando luego al aire y á la rama,
En fe de los suspiros que derrama,
Bastantes á encender el agua pura;
«¡Adónde estás, clamaba, ¡oh muerte dura!
Que nunca has de venir á quien te llama?
Si por llamarte ahora te detienes,
Ya no te llamo, ven, ¡por qué no vienes?

»Mas ¡ay! ¡qué pides, ánima perdida?
No ves que arguye pecho poco fuerte
Pedir que llegue el paso de la muerte
Por excusar los duros de la vida?
¡Qué sabes tú si aquel que en tí se anda
Aun goza de la luz? Mas si mi suerte
No lo permite así, salidme, fieras,
Y haced estas mis alabas postreras.

»¡Ay! como el no poder certificarme
Es lo que me detiene y me refrena,
Para que, ya que falta mano ajena,
Con esta propia deje de acabarme;
Mas, pues que ya no acaba de matarme,
No debe ser tan áspera mi pena,
Aunque á razón de como yo la siento,
Exceda toda suerte de tormento.

»Pues ¡cómo, siendo así, viva me hallo?
No sé, sino es que al cielo injusto place
Que, como crece el sol que me deshace,
Crezca la fuerza en mí para llevarlo;
Mas si en así querello y ordenallo
Algun favor entiendo que me hace,
Engañase, que es muerte mas esquivá
Hacerme que muriendo siempre viva.

»Mas déme cuanto mal quisiere el cielo,
Y si otro le quedare mas terrible.
Aunque esto á mi pensar es imposible:
A todo estoy dispuesta, venga y délo;
Que siendo por tu causa, Tucapelo,
No dejaré de ser en mi sufrible,
Con tal que, agora nuevas, ora vivas,
En ara y holocausto lo recibas.

»Acaba, dime pues, ¿á dó te escondes?
Mira que yo te busco, tal ya fuera.
¿No sales? Tu querida es quien te espera.
¿Gualava es quien te llama. ¿No respondes?
Ingrata y duramente correspondes
A un puro corazón hecho de cera,
Que regalado en su amorosa llama,
Por estos ojos tristes se derrama.

»Oh selvas, campos, ríches, peñascos,
Y vos, sus moradoras bravas fieras,
Manchadas tigres, pardos y pañeras,
Marinos peces, aves celestiales,
Arroyos claros, fuentes perennales,
Umbrosos valles, húmidas riberas,
Si percibía la voz que doy en vano,
Llévadsela á mi bien de mimo en mano.

»Obligación tenéis á lo que os pide,
Porque si estáis seguras y adornadas,
Sin ser de los cristianos infestadas,
Es porque os hace sombra mi querido:
Pues ¿dónde lo tenéis, decí, escondido?
Guad allá mis trémulas pisadas
Para que llegue á tiempo tan dichoso,
Que cause el suyo, el vuestro y mi reposo.

»¿Oíame por ventura? ¿Estáis conmigo?
Mas ¡ay, qué gran locura y devaneo!
Al aire y á los árboles voceo;
No debo estar en mí, no estoy, bien digo,
Porque si estoy sin tí, mi dulce amigo,
Que eres el yo del ser que en mí poseo,
No puedo estar en mí como solía,
Y solo estoy allá en la pena mía.

»Podráislo colegir, Señor, de verme
Verter por estos páramos mis quejas,
Adonde nadie puede darme orejas,
O si las da, no sabe responderme;
Eco no mas se cansa por valerme,
Corriendo con mi llanto á las parejas,
Mas como no me alcanzan sus alientos,
Responde con los últimos acentos.»

Así la triste bárbara plañía,
Así con la menor de sus querellas
Tocaba las altísimas estrellas,
Y el bosque resonando retemía;
Sus ninfas en sagrada compañía,
Los faunos y los sátiros con ellas,
Al tierno y alto son de sus clamores
Llevaban tiernamente los tenores.

Mas cuando estuvo ya de medio á medio
Tendido por la tierra el negro manto,
Gualava en los extremos de su llanto,
Antes que fin tuviera, tuvo medio;
Porque cuando ella mas de su remedio
Desesperaba, quiso el cielo santo
Que oyese, no muy lejos de do estaba,
Una cansada voz que se quejaba.

Paró de golpe á ver lo que sería,
Y estívose clavada en el asiento,
Adonde le temó el cansado aliento,
Volviéndose al lugar de do salía;
En las interdependencias que hacia
La ronca voz, mostraba el poco aliento
Que ya gozaba el pecho enfriado,
De donde con dolor habia salido.

Oyólo atenta, el viso cudiçoso
Por los espesos árboles echando,
Hasta que Fébes ya su luz prestando,
Le descubrió sangriento al caro esposo;
Que al pié del roble sólido y frudoso
Estaba como el pece palpitando,
En una grande balsa de sus venas,
Ya de furor, y no de sangre llenas.

Cual águila caudal, que desde el cielo,
En viendo al hallenato dar en tierra,
Prestalima con él en punta cierra,
Dejando roto el aire con su vuelo,
Y dando con las alas por el suelo
Encima dél se arroja y dél se aferra,
Tal, sobre el cuerpo echado en sangre roja,
La bárbara frenética se arroja.

Allá la dama célebre de Sesto
Ligera se arrojó al galán de Abido,
En las arenas húmidas tendido,
Solo por le pagar su amor con esto;
Mas no es para frisar su curso presto
Con esta de Gualava desmedido,
Ni aquel de la pesada piedra cuando
A su nativo centro va llegando.

Llegó con él, y habiéndose entregado
Del que con tantas lágrimas buscaba,
Su pecho, rostro y boca le entregaba,
Diciéndole: «¿Qué es esto, dulce amado?
¿Quién fué el traidor que os puso en tal estado?
Y yo, traidora, entonces ¿dónde estaba,
Que no me pude hallar al trance crudo
Para que hubiera sido vuestro escado?»

»Pero volved en vos, mi bien, agora,
Y tomaréis en mi venganza desto,
Si no queréis que yo la tome presto,
Abriendo puerta al alma que os adora;
Porque la fe, que en este pecho mora,
Lo tiene ya conmigo así dispuesto;
Pues si mi vida amais como ella os ama,
Mostradlo en responder á quien os llama.»

En tanto que esto ansiosa le decia,
De su delgada túnica rasgaba,
Con que las grandes llagas le ligaba
Por do perder mas sangre parecia,
Y la que en el afeado rostro via
Al suyo hermoso y limpio la pasaba,
Sin procurar entonces hermosura,
Cosa que la mujer tanto procura.

Mas no se disminuye della nada
Con las pegadas máculas sanguinas,
Porque parecen antes clavellinas,
Sin orden esparcidas por cuajada;
O lo que suelen ser al alborada
Cuando nos corre Febo sus cortinas,
O cuando quiera ya cerrar el velo,
Los rubios arreboles por el cielo.

Ninguna destas cosas ve el marido,
Porque de haberse tanto desangrado,
A la sazón estaba desmayado,
Desde que su mujer le vió tendido;
La cual, en verie ajeno de sentido,
Se cubre de un mortal sudor helado,
Que le quitara pena y vida junto
A no volver el Indio en este punto.

Volvió, mas de la rabia que tenía,
El seso trastornado en sus vacíos,
Y así, diciendo extraños desvaríos,
Que forma la revuelta fantasía;
Ella, sin entender que desvaría,
Le dice: «Lumbre destes ojos míos,
¿Qué es esto? ¿Qué es de vos? ¿Tan facamente
Os desmayáis, teniéndome presente?»

Apenas hubo dicho desta suerte,
Cuando responde el Indio á sus endechas:
«¿Quién eres, que conmigo así te estrechas?
Pareceme que quiero conocerte;
Ya te conozco: ¿no eres tú la muerte?
No es otra: ¿no la veis con arco y flechas?
Sin duda que es la muerte poderosa;
Mas no, que para muerte es muy hermosa.

»Pero será posible que lo sea,
Y como tanto há ya que la desco,
El gusto y afición con que la veo
Me la figure hermosa, siendo fea;
Acaba, muerte, pues; tu jara emplea
Y goza de tu próspero trofeo.
¿Qué dudas? ¿No te llegas? No te muevas?
Aun con venir armada ¿no te atreves?»

«¿Cómo? ¡Tan presto tanto desmerezco,
Dice Gualeva en llanto derretida,
Que ayer me confesabas por tu vida,
Y agora lo contrario te parezco.
Cuando por tí mas duro mal padezco,
Haciendo prueba dello conocida?
Mas ¡ay! que es condicion del hombre loco
De quien le tiene en mucho darse poco.»

«Así que, ¡el hombre tiene esa costumbre?
Responde el trastornado Tucapel:
Pues mira cuánta lumbre da en el cielo
La luna en competencia de tu lumbre;
¡No ves al Español allí en la cumbre
Y á Tucapel echado por el suelo?
Mas ¡cómo se arrojó de allí el cobarde
Para morir un hora ó dos mas tarde!»

Con esto, que bastó por desengaño
De que era desacuerdo y desatino,
Gualeva comenzó á perder el tino,
Haciendo de sus lágrimas un baño;
Mas, como nunca viene solo el daño,
El compañero deste luego vino,
Que fué tornar el bárbaro sangriento
Á suspender el curso del aliento.

No pudo ya su cara compañera
Dejar de hacerle cara compañía.
Quedando sin sentido en tierra fria,
Adonde así quedara quien la viera;
Y todos quedáremos con espera,
De que descansará la mano mia,
Pues hástale de ruda ser notada,
Sin que tambien la noten de pesada.

CANTO VIII.

Vuelto en sí el Nágado Tucapel de su desmayo y frenesí, conoce á su mujer, llamándola con extrañas ansias, hasta que hecho su poder, la torna tambien en sí. Rehusa el indio la cura de sus llagas, movido de su acostumbrada soberbia, hasta que, convenido por Gualeva, la consiente, recibiendo con ella alguna mejoría. Oyen los dos un grande ruido, que venia rompiendo por lo mas espeso de la montaña, adonde el suceso queda suspendido por contar lo que don García hizo y le sucedió despues de la batalla. Consueyo el canto con un razonamiento hecho á su gente y una espantosa nueva que un mensajero le trujo, dándole aviso de cómo venia sobre él toda la tierra junta.

¡Qué pocos hay en esta edad presente,
Aun de los que se precian mas de amantes,
Que tengan sentimientos semejantes,
O sepan qué es amar perfectamente!
Los mas se van al fin de su accidente,
Y llaman á los otros ignorantes,
Teniendo á cortedad lo que es pureza,
Y á la desenvoltura por fineza.

Ya no hay la sencillez y noble trato
Que allí en aquel dorado siglo había;
Ya va lo bueno á menos cada dia,
Y mas que á mas lo malo cada rato;
Ya el mundo no es cual fué, sino un retrato
De engaño, de traicion, de alevesia,
Aunque esto no es lo malo déi ni dello,
Sino preciarse ya de parecello.

¡Cuán léjos anda el hombre mal discreto
De procurar aquello que aprovecha,
Pues deja por el mal de su cosecha
El bien que ha de venille de acarreto!
Apenas hay quien siga lo perfeto,
Ni atine por dó va la senda estrecha,
Que como de tan pocos es andada,
Crece la yerba y tiénela cerrada.

Un tiempo los humanos, tiempo bueno,
Trataban sin doblez verdad entera,
Sin que mostrasen mas en lo de afuera
De lo que estaba allí dentro del seno;
Mas la malicia corre ya sin freno,
Y la bondad corrida va trasera,
Echando atrás mas pasos que adelante,
Cual por la seca arena el caminante.

¡Oh bienaventurada aquella gente
De pecho limpio y ánimo sincero,
Do vive amer tan puro y verdadero,
Que no publica mas de lo que siente;
Que no le mueve ilícito accidente,
Que el interés con él no vale un cero,
Y es á querer de solo un fin movido,
Cual es querer no mas y ser querido!

Como Gualeva quiere, que no quiero
Sino por ser querida de su amado,
Y así de verte agora en tal estado
Casi para morirse, casi muere;
Pues, como el canto sétimo refiere,
Le da la pena un golpe tan pesado,
Que la derriba y tiende por el suelo,
Envuelta en un mortal y turbio velo.

Estavo sin sentido larga pieza,
Porque del gran extremo en que sentia
En el de no sentir venido había,
Que así del fin de un mal otro se cumplia;
Volvió su amante en esto la cabeza,
Que ya de su locura en sí volvía,
Cobrando aquel aliento de que agora
Por él está privada su señora.

Revuelve el cuerpo, vela, mira y para;
Los ojos clava en ella y se demuda;
Párecelo que es Gual, pero duda
Que tanto bien le dé fortuna avara;
Extiende el brazo y llégale á la cara,
Do siente que un sudor helado suda,
Mas visto ser su bien, su mal conoce,
Y por la causa déi se reconoce.

Á levantarse va desatinado,
Después de haberse vuelto boca arriba,
Mas aunque en una y otra mano estriba,
No puede alzar el cuerpo desangrado;
Forceja y vuelve de uno y de otro lado;
Mil veces prueba, y tantas le derriba
La falta de la sangre, que era mucha,
Y así no puede mas por mas que lucha.

Pero sacando fuerzas de flaqueza,
Que della hablando amor puede sacarse,
Si no se levantó pudo sentarse,
Por mas que lo estorbé naturaleza;
Y sobre aquel milagro de belleza
Penadamente empieza á derribarse,
Cogiendo de sus labios, aunque helados,
Frutos en todo tiempo azonzados.

Do luego con la voz debilitada,
Que á fuerza del amor del pecho sale,
Le dice: «¡No eres tú mi amada Gual?
¡Oh luna! Y ¡esta no es mi Gual amada?
Pues ¡cómo estás así desfigurada,
Faltando en la figura quien te iguale?
O ¡quién te dió lugar en este suelo,
Debiéndole tener allí en el cielo?»

«Si para estar, Señora, desasuerte
Ha sido parte el ver que estoy yo-desta,
¿No sabes que mi vida no está puesta
Al golpe, si tú vives, de la muerte?
Pues vive y torna en tí, que solo el verte
Es lo que ya mas siento y mas me duele:
No mas, no mas, amiga, basta, basta;
No vuelvas á perder lo que hasaste.

«Responde á Tucapel que soy yo mismo;
Yo soy el que tú buscas, yo te llamo.»
No dice mas, y al eco deste bramo
Torna Gualeva en sí del parasismo.
Estaba ya en las puertas del abismo,
Y vino como el pájaro al reclamo
Al poderoso grito de su amante,
Poniendo en él su pálido semblante.

Levántase, que el bárbaro la ayuda,
Diciéndole: «¿Qué sientes, mi señora?
¿No ves delante vivo al que te adora,
Aunque su vida has puesto en harta duda?
Ella con esto el muerto color muda
En el color mas vivo de la aurora,
Y no pudiendo habiálle de contento,
Le ciñe con sus brazos en descontento.

«¿Cómo, pregunta el Indio, mi querida,
Tan grande fué la pena que sentiste?»
Mas ella le responde luego: «¡Ay triste,
En tal peligro vi, Señor, tu vida!»—
«Pues si esa ya no puede ser perdida,
Replica Tucapel, ¿por qué temiste?»
«Hay juego donde pueda yo perdella
Si en el de amor te di barato della?»

«Deberías entender de Tucapel,
Siquiera por ser tuyo, mi Gualera,
Cuando tuvieras dello menos prueba,
Que es cosa superior á tierra y cielo;
Y así lanzar el tímido recelo
Que á tan disparatado fin te lleva,
Como es pensar que en este pecho fuerte
Tiene jurisdicción la fiera muerte.

«¿Entiendes, por hallarme así deshecho
Y en sangre de mis venas anegado,
Que ya la precisión del duro hado
De mí pretende haber algun derecho?
Engáñaste, que solo á mí provecho
Aspira con ponerse en tal estado.
Y si él también entiende que me daña,
Entienda juntamente que se engaña.

«¿Hay quien me pueda á mí quitar el brio
Fuera de tu querer, mi dulce amada?
Tan solo déti mi vida está colgada,
Y todas las demás lo están del mío;
Y aun dese rostro y deste brazo fio,
Que á cuantos alcan hoy en Chile espada,
Yo solo, pues en mí solo me fundo,
Los he de alzar de Chile y aun del mundo.

«No pienses pues por verme desta suerte,
De sangre, aliento y fuerza enajenado,
Que el hilo de mi vida está arrimado
A los agudos filos de la muerte;
Pues nadie torcerá mi brazo fuerte,
Que es el apoyo y base del Estado,
Por mas que su vigor pongan á una
La muerte, el hado, el tiempo, la fortuna.»

Así soberbiamente blasonaba,
Apenas alcanzándole el resuello,
Mas á la bella bárbara de vello,
Oyendo sus locuras, le pesaba;
Y en tanto que las pastas le limpiaba
Con el sutil cendal de su cabello,
Le dice: «¡Ay! cómo no es el menos daño
No ver, Señor, que estás en este engaño.

«Si no lo ves, da crédito á quien te ama,
Y sábete que estás como el que sueña,
Que corre, vuela, salta y se despeña,
Y al fin está tendido en una cama;
¿Qué importa, dime, el dicho de tu fama
Si el hecho lo contrario nos enseña?
¿Tú quieres que prefiera lo que creo
A lo que por mis propios ojos veo?

«Bien sé que tienes ánimo valiente
Y pecho sobre todos levantado,
Mas no has de estar en eso confiado
Para tener en poco el mal presente;
Pues la mudable diosa no consiente
Que estén las cosas siempre en un estado,
Ni en tu poder y mano está su rueda
Para que á su pesar la tengas queda.

«Y cuando te asegures de tu parte,
Que te dará el favor que á todos niega,
De mí, cuya desdicha á tanto llega,
Dime, ¿con qué podrás asegurarte?
Concédote que quiera reservarte,
Pero si me concedes tú que es ciega
Y que los dos vivimos tan en uno,
¿A entrambos no dará por dar al uno?

«Si cuando sobre ti la descendiera
Pudiera yo, Señor, alzar la mano,
O procurara hacer el golpe vano,
O todo sobre mí le recibiera;
Mas no pudiendo ser desta manera,
¿No ves que no será consejo sano
Asegurarte tanto de una cosa,
Que cuando está mas cierta es mas dudosa?

«Y aunque es verdad que muestras en el tal:
No ser agora tanto el mal presente,
Para que por descuido no se aumente,
Importa conocello y remedialle;
Mas yo ¿que en tales términos me halle,
Tan falta del recaudo suficiente,
Tan sola y sin favor de cosa alguna,
Que solo me le dé la blanca luna!

«¡Ay! alma, que un cuchillo te atraviesa
De ver que así tu cielo en tierra yace.
¿Cómo tanto dolor no te deshace,
Y mas cargando en tí con tanta prisa?
¡Ay! cómo el mas pequeño pesar pesa
Mas de lo que el mayor placer apaca,
Pues no he gozado bien siquiera una hora
Que llegue, ni con mucho, al mal de agora.»

Así la delicada y frágil hebra
Deste su lamentar Gualera hila,
Hasta que poco á poco se deshila
Y al fin con un suspiro se le quiebra;
Con otros muchos íntimos celebra
A vueltas de las lágrimas que estila
El tierno proceder de sus razones,
Agora endurecido en mis rengiones.

El bárbaro, por ver que se aligra,
La quiso en su temor dejar segura,
Viniedo en que le diese al fin la cura
Que recibir de bravo no quería;
Y con algun despecho le decía:
«Bien siento que esta cura es mas locura,
Pero por tí no es mucho, sino poco,
Que un hombre como yo se torne loco.»

Así diciendo, el verde suelo había
De sangre que en copioso flujo vierte;
Mas la mujer cuidadosa que lo advierte,
Ligándole otra vez se la restaña;
A todo sabe fácil darse maña,
No se poniendo á cosa que no acierte,
Porque necesidad y amor la incitan,
Dos cosas que cualquiera facilitan.

Caróle por su mano delicada
Catorce y mas heridas que tenía,
Y por la mas pequeña parecía
Poder salir el ánima holgada,
Con lanco, yerba dellas usiada,
Que en Chile por cualquier lugar se cria,
Pero de tal virtud para este efecto,
Que el bálsamo con ella no es perfecto.

Echóle desta pues á mano llena
El estrujado zumo simplemente,
Que solo sin mistion es suficiente
Para sanar la llaga menos buena;
Hipócrates, Galeno y Avicena
Con cuantos hay modernos al presente
Podrán á buen seguro de su fama
Venir á practicar con esta dama.

La cual habiendo al Indio así curado,
Y puesto ya en alguna mejoría,
Le comenzó á contar lo que en la via
Con Rengo y Leucoton le había pasado;
Y Tucapel habiéndola escuchado,
Le refirió el asalto y batería,
Contento no por verse fuera della,
Sino de ver allí su amada bella.

Estando los gentiles como cuento,
Gentiles en la fe y en la belleza,
Oyeron un rumor por la maleza,
Que les turbó su rato de contento;
Levántase la bárbara al momento,
Sin género de miedo ni pereza,
Que, como ya sabéis, al buen amante
Jamás temor le para por delante.

La mano da á la espada, y el oído
Adonde ve moverse mas la rama,
Sin apartarse un paso de quien ama,
Queriendo el bien ó mal con su querido;
Mas yo diré despues lo sucedido,
Que el vencedor ejército me llama,
Y tengo de acudir allí por fuerza
Antes que mi camino mas se taersa.

Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mía,
Y danne tanta prisa cada día,
Que no me dejan ir como se debe;
Por donde si á disgusto el verso mueve,
No yendo tal, Señor, como podría,
Es porque va, cual sale de su tronco,
Así con su corteza rudo y bronco.

En obra de tres meses que han corrido.
He yo también corrido hasta este canto:
Mirad al para haber corrido tanto
Es mucho no ir el verso tan corrido;
Mas yo con él quedara bien corrido,
Si no corriera todo lo que canto
Derecho á socorrerse de un Mecénas,
Que bien hará correr las cojas venas.

Así que no me angustia ni me aflige
El ver que todo lleve su defecto,
En viendo la grandeza del sugeto
Y aquel á quien mi pluma se corrige;
Por este lo imperfecto se corrige,
Y en este cobra nombre de perfecto,
Pues toma el ser la cosa mala ó buena
De la materia y fin á que se ordena.

Bien puede proseguir con terza frente
Haciendo en esto pié la grave historia,
Aunque de mí no quede tal memoria,
Cual della ha de quedar eternamente;
Pues digo que en su mure nuestra gente,
Habida ya la próspera vitoria,
Quedó sin proseguir con el alcance,
Que estando á pié no fuere echar buen lance.

Dejólos bien cansados el asalto,
Y á muchos con muchísimas heridas,
Mas no porque en alguna de sus vidas
La muerte, gran ventura, diera salto;
El jóven ejemplar, al de lo alto
Las gracias del suceso referidas,
Repara y adereza el roto muro
Para contravenir á lo futuro.

Que en todo, y en la guerra mayormente,
Es el consejo mas seguro y sano
Ganar á lo futuro por la mano
Y no se embarazar con lo presente;
En esto don Hurtado fué eminente,
Pues siempre tuvo el rostro como Jane,
O como el tiempo lábrico y ligero,
Mirando lo pasado y venidero.

Mandó limpiar la fosa, casi llena
De las cabezas bárbaras, de brazos,
De cuerpos divididos en pedazos,
Que vistos ya sin ira daban pena;
Refuerza mas la parte fuerte y buena,
Y quita de las flacas embarazos,
Alzando nuevos lienzos y cortinas
Por lados, por traveses, por esquinas.

Así con brevedad se rehicieron
Las ya deshechas partes mal paradas,
Quedando por aquellos levantadas,
Que tanto defendiéndolas hicieron;
Y los que estar heridos parecieron,
Llevados á sus tiendas y moradas,
Hizo curar al pronto don Hurtado
No menos que con todo su cuidado.

El tiempo que gastó la batería
Fué desde que asomando, retoñeco
Aquella que los campos humedece
Vistiéndolos de gracia y alegría;
Hasta que ya la blanca flor del día,
De todo punto abierta, resplandece,
Y el coronado rey de Creta y Delo
Quiere quemar con ella las del suelo.

Quedaron de los bárbaros altivos
Seiscientos, pecos mas, en tierra muertos,
Ya parte delllos frígidos y yertos,
Y parte palpitando medio vivos;
De golpes crudelísimos y esquivos
Unos desde la cinta al hombro abiertos,
Otros se ven rajadas las cabezas,
Y muchos de las piezas hechos piezas.

¡Oh cuánta compasión causara el vello!
Al uno todo un muslo cercenado,
Al otro por el pecho atravesado,
Oh cuerpo trunco solo con el cuello;
Cual echar por las llagas al resuello,
Cual ve su corazón por el costado,
Y cual de los ajenos piés vecinos
Bollados sus bullentes intestinos.

Allí se vieran llagas y aberturas,
Aunque á los ojos puestas, no creidas,
Y al despedir las ánimas perdidas,
Visajes espantosos y figuras;
Mil fieros ademanes, mil posturas,
Sus ojos vueltos, bocas retorcidas
Hacer un espectáculo tremendo,
Horrible, pavoroso y estapendo.

Aquel está saltando con el pecho,
Este los piés y piernas levantando,
Esotro contra el cielo blasfemando,
Y al fin se estira todo á su despecho;
Pero los mas se ven en tal estrecho
Volverse boca abajo agonizando,
Que como allá los lleva su destino,
Se ponen desde luego en el camino.

¡Qué de caliente sangre que corría!
Qué de sangrienta carne que nadaba,
Y qué de hueso á vueltas blanqueaba!
Qué de médula dentro del bullia!
¡Oh! ¡qué de mechas Átropos hacia,
De los vitales hilos que cortaba,
Para gastar su noche y tiempo eterno
En los candiles negros del infierno!

¡A do se vió jamás en el rebajo
De simples ovejuetas y corderos
Por los hambrientos lobos carnívoros
Hacerse tal matanza, riza y daño?
¡Oh locos araucanos! Grande engaño
Que pretendáis en guerra manteneros,
Allá con el que habita las alturas,
Y acá con el señor de las venturas.

El cual aquella noche receloso,
Y prevenido á todas las cautelas,
Puso las vigilantes centinelas
En cómodos lugares por el foso;
Y él mismo, sin cuidar de su reposo,
Aunque le daba bien de las espuelas,
Después que requerido las había,
En vela sobre todas se ponía.

Su misma presunción le encomienda
Con suavidad y peso de razones,
Las cuales suelen ser á veces dones
De mas estimacion que la hacienda;
Y así no hay pecho allí que no se extienda,
Mostrando corazón y aun corazones;
Que tanto puede, y es de tanto efecto,
El hombre que gobierna si es discreto.

Mas como del haberse todo el día
Tan excesivamente trabajado,
Estaba cada cuerpo mas cansado
De lo que por de fuera parecia;
Mostró de tal manera su porfía
El sueño con los ojos de un soldado,
Valléndose del sordo tiempo oscuro,
Que le postró con ellos en el muro.

El General solícito que andaba
Sus postas visitando á paso quedo,
Cuando llegó al lugar de Rebolledo,
Que así la muerta vela se llamaba,
Halló que á la sazón ardiendo estaba,
Y fué, cual suele ser, que el mismo miedo,
Que á don Hurtado en sueños aun tenía,
Le despertó soñando que venía.

Mas de le ver los ojos refresgando,
Como quien delllos el dormir desecha,
El jóven solertísimo sospecha
Que estaba por lo menos dormitando;
Pero de solo indicios no fiando,
Le obliga, para ver si le aprovecha,
Diciéndole sagaz á la pasada:
«Con vos segura está la palizada.»

El bueno del soldado á poca pieza,
Seguro de que ya no volvería,
Sin ver que de los ojos dél se fía
La vida de sus miembros y cabeza,
No hace sino dando de cabeza
Permanecer pesado en su porfía,
Hasta que ya del todo en ella envuelto,
Se duerme sin temor á sueñouelto.

Cuidoso don Hurtado torna y viene,
Que el indiciado es quien le solicita,
Y como sabio médico visita
Mas veces al que mas peligro tiene;
Llegado al fin, que mucho se detiene,
Segun su natural fervor le incita,
Halló como un lirón al centinela,
Debiéndole hallar cual grulla en vela.

Llamóle en alta voz la vez primera
Para certificarse si dormía,
Mas visto que roncando respondía,
Alzado le llamó de otra manera;
Porque la secutiva espada fuera,
De que era digna ya su letargia,
Le dió tan duro golpe en un molledo,
Que de llevarle el brazo estava un dedo.

Hirióle, cuanto justa malamente,
Mandándole colgar al punto luego,
Mas alcanzó perdon mediante el ruego
Y la necesidad que habia de gente;
Que en tierra como aquella tan reciente
No ha de llevarse todo á sangre y fuego,
Como en las ya políticas famosas,
Donde tan en su punto están las cosas.

Usó con esto el jóven de clemencia,
Sin cuyo acompañado, la justicia
Apenas es virtud, porque se invicia
Con parecer crueldad ó malquerencia;
Y es donde se requiere mas prudencia,
Porque si deste medio el juez desquicia,
En un extremo viene á dar forzoso,
Si de remiso no, de rigoroso.

De entrambos se apartó como prudente
Siguiendo el justo medio don Hurtado,
Por do ganó de justiciero el grado,
Y no perdió la boria de clemente;
Cumplió consigo propio y con su gente,
Fuera de haberse bien con el soldado,
Si es bien perder el brazo por el codo,
A trueque de ganar el cuerpo todo.

Curóse al recibido bien tan grato,
Como del hecho malo arrepentido,
Dejando á cada cual apercibido
Para vivir en todo con recato.
Mientras así pasaba lo que trato,
El cielo con la noche escurecido
Iba cogiendo el velo y la cortina
Para mostrar su lumbre matutina.

Ya las alegres aves gariadoras,
Haciendo con sus cánticos la salva
A los purpúreos átomos del alba,
Burlaban de las tristes negras horas;
Y envuelto en sus pirámides pintoras,
Allá por la cabeza lisa y calva
De la sublime sierra crespa y fría,
El hijo de Latona parecia.

Al tiempo que el insigne don Hurtado,
Al blanco pabellón se recogía,
Que de la disparada flechería
Estaba todo crespo y erizado,
Como el espin cardoso y acosado
Por toda montera compañía,
Cuando se encoge, estrecha y comprehende
Armado de las puntas con que ofende.

Y recogido aquí despues que Delo
Tendió los vivos rayos de su lumbre,
Habiendo tramontado la alta cumbre,
Que de robusto Atlante sirve al cielo;
Llamó su bando el Hércules novelo
Para les aliviar la pesadumbre
Con su razonamiento y vista junto,
Alzando el grave acento en este punto.

«Magnánimos varones en quien veo
Lo mas que conceder el cielo puede,
Cuyo valor á todos tanto excede,
Que pone raya y límite al deseo;
Ya veis la fuerza, el garbo y el meneo
Con que el osado bárbaro procede,
Y veis tambien del modo que su diestra
Los pulsos ha tentado de la vuestra.

«Si en esta mas que célebre vitoria,
Por esos altos ánimos ganada,
Pudiste gobernar tan bien la espada
Que habeis eternizado vuestra gloria,
Convienes que tengais en la memoria
Ser todo cuanto habemos hecho nada,
Respeto de lo mucho que ha de obrarse,
Y es justo de vosotros esperarse.

«¿Quién duda que el increíble corrido
De verse á manos vuestras ya deshecho,
Y mas, como se sabe, estando hecho
A ser el vencedor y no el vencido,
Querrá cobrar el crédito perdido,
Quedando deste agravio satisfecho,
Pues que de su denuedo bien se prueba
Que nada soltará que se le deba?

«Es gente de cerviz en toda altiva,
Tan dura de venir á la moleña,
Que por llevar al cabo lo que ordena,
No habrá qué se le haga cuesta arriba;
Y dado que su torro al fin estriba
En fundamento menos que de arena,
Estando vuestros brazos de por medio,
Con todo es bien que vamos al remedio.

«Ya ven que sois tan pocos, aunque buenos;
Tras muro no muy fuerte reparados,
Y saben que estaremos bien cansados,
Aunque de lo que piensan mucho menos;
Por do querrán volver los campos llenos
En esto falsamente confiados,
Creyéndonos dechar del homenaje,
Ganada á pura fuerza de coraje.

«Por tanto entienda el infido enemigo,
Si ya no lo ha entendido á su despecho,
Que en ese valeroso y bravo pecho
Jamás podrá el temor hallar abrigo;
Y para cuando llegue el campo amigo,
Nos halle ya corrido tanto trecho,
Que si quedar no quieren atrasados,
Procuren de ir en vuelo arrebatados.

«Que haber salido bien con lo presente
Ganancia, amigos, es, mas no es bastante
A que ese pecho y ánimo constante
Se pague de tan poco ni contente;
Antes será perder abiertamente
No la llevar con otras adelante,
Si pérdida se llama por ventura
Tener arrinconada la ventura.

«Fuera de que si en esto nos quedamos,
No dando á la vitoria compañera,
Dirán, y con razón, que la primera
Por yerro, y no por hierro lo acertamos;
Así que no es el puesto do llegamos
El palio que remata la carrera
Para que á sombra suya descansemos,
Pues al partir apenas nos ponemos.

«Bien tengo de vosotros entendido,
Segun vuestro valor aventajado,
Que cuando al fin hubiérais llegado,
Os pareciera poco lo corrido;
Y que el ganar tendréis por buen partido,
En cuanto se conserva lo ganado,
Pues no está la vitoria en alcanzalla,
Sino, como sabeis, en sustentalla.

«Porque el haber vencido como agora
Es desgarrón á veces de ventura,
Mas ir con ello á mas, prudencia pura,
Que es de cualquiera bien conservadora;
Cuánto se gana y pierde en sola un hora,
Que en mil años apenas se asegura
Si el capitán prudente y buen soldado
No estiran bien la cuerda del cuidado.

»Heme alargado en esto, porque os juro,
 Ilustre y valerosa compañía,
 Que quien de lo presente se confía,
 No tiene que esperar de lo futuro;
 Mas desto y de vosotros tan seguro
 Estoy, que dentro en Cuenca (11) no estaría
 Con mas seguridad ni mas franqueza
 Que recogido en vuestra fortaleza.

»Solo de vos quisiera y pido en esto
 Que no con otro fin hagáis la guerra,
 Sino de que se plante en esta tierra
 La fe que en nuestras almas Dios ha puesto;
 Porque con este blanco y presupuesto
 Jamás el tiro falta ni se yerra;
 Mas si la mira deste fin desmiente,
 Avieso ha de salir forzosamente.

»Y que tengáis por colihio de la gloria
 Usar con el vencido de clemencia,
 De suerte que al furor no déis licencia,
 Para manchar con sangre la vitoria;
 Que así resonará vuestra memoria
 En cuanto ilustra el sol con su presencia,
 Y no pondréis la mano en cosa alguna
 Donde la suya os niegue la fortuna.»

Con esto pone fin á sus razones,
 Dejando con la plática nervosa
 Dispuestos á emprender cualquiera cosa
 Todos los circunstantes corazones;
 Y muévelos de suerte en sus rincones,
 Que el mínimo de todos no reposa
 De dar apriesa saltos en el pecho,
 Teniendo aquel albergue por estrecho.

Así estuvieron todos aguardando,
 No lo que la fortuna dispusiese,
 Ni qué semblante ó rostro les hiciese,
 Seguros ya de que era ledo y blando;
 Sino con vivas ansias aquel cuando
 Segunda vez el bárbaro viniese
 Para subir de punto sus bazañas
 Y humedecer en sangre las campañas.

Estando pues del modo que refiero,
 Al órden todo puesto y sobre aviso,
 Veis donde al muro llega de improviso
 Alborotado un indio mensajero,
 Vestido de un peloso duro cuero,
 Al hombro su carcaj y el arco liso
 Sirviéndole de báculo en la mano,
 En busca del famoso Apó cristiano.

Llevaróale á su tienda brevemente,
 Adonde en su presencia arrodillado,
 Abrió la puerta al pecho fatigado,
 Diciendo en voz cortada lo siguiente:
 «Yo vengo, illustre jóven floreciente,
 Porque tu grande nombre me ha obligado,
 A solo que te salves de algun modo,
 Que viene sobre tí el Estado todo.

«Cuenta mil y mas...» Quedóse en esto,
 Y atrás como turbado se desvía,
 De ver que no se turba don García,
 Sino que está mas grave y mas compuesto;
 Mas quiérole dejar en este puesto
 Hasta que vuelva en sí la pluma mía,
 Porque también, demás de estar cansada,
 La siento con el bárbaro turbada.

CANTO IX.

En que el Gobernador, sabida la nueva, despacha al capitán Ladrillero por la mar al río de Maule, en busca de la gente de Santiago. Adelantábase cien hombres al socorro del fuerte, lo cual entendido por los enemigos, que ya vanian sobre él, se vuelven, no osando acometello. Llega todo el resto del campo i juntarse con don García, donde, pasados algunos días, se hace resaca general de toda la gente; señalábase en ella algunos caballeros particulares, no por compañías ni órden, por no se haber nombrado los oficios antes, sino despues de la maestra, por cuyo efecto se hizo. Marcha todo el campo á Biobío para parir al estado de Arauco.

El generoso, fuerte y alto pecho,
 Con quien el miedo siempre anduvo á medias,
 No sufre que le arrime sus escalas,
 Ni llegue adonde está con largo trecho;
 Porque jamás le viene déi provecho,
 Sino es al corazon quebrar las alas
 Para que nunca suba do subiera
 Con solo que el temor lanzara fuera.

Cuál es aquel olimpo de alto nombre,
 Que deja el aire abajo de su cumbre,
 Sin que le déa sus vientos pesadumbre,
 Tal debe ser el ánimo del hombre;
 Pues no ha de haber encuentro que le asombre
 Ni cosa que lo altere ni deslumbré,
 Sino mostrarse tal á cuanto venga,
 Que el propio miedo en verie se le tenga.

A cuanto mal fortuna darle pueda,
 A tanto ha de esperar el que es prudente,
 Para que nunca venga de repente
 Ni turbacion le dé cuando suceda;
 Y á las contrarias vueltas de su rueda
 Debe mostrar igual y asea frente,
 De suerte que con rostro tan sereno
 Reciba el mal suceso como el bueno.

Porque este es aquel don de fortaleza
 De que los hombres mas han de preciarse,
 Y todo lo posible avergonzarse
 De que les mire al rostro la flaqueza;
 Mas para ostentacion de su grandeza
 Conviéneles tener en qué arrogarse,
 Que el toro no se muestra allí en el prado
 Hasta que ya en el caso lo han picado.

No quiero yo decir que el hombre sea
 Un ícaro soberbio y temerario
 Para que dando nombre al mar ícaro,
 Entre sus ondas muerto al fin se vea;
 Sino que si jamás errar desea,
 A nuestro jóven siga de ordinario,
 Al cual sin ser altivo ni arrogante
 No hay cosa tan terrible que lo espante.

Pues aunque mas el Indio le decía,
 Como antes de prudente lo esperaba,
 Y tan apercebido á todo estaba,
 Ningun asombro dello recebia;
 Ni del tranquilo aspecto desdecía,
 Mas tanto aquella nueva le agradaba,
 Que hablando de turbar su faz serena,
 Mas fuera de contento que de pena.

Aunque á mí ver la causa mas es que mi
 De no se alborotar un punto desto,
 Y debe ser estar con Dios bien puesto,
 Que el que lo está no teme cosa alguna;
 Ni rinde vasallejo á la fortuna,
 Ni un tanto se le da por todo el resto,
 Porque ese pecho está lleno de brío,
 Que vive de pecado mas vacío.

Por esto pues aquel de don Hurtado
 Oye tan sin temor y tan entero
 La nueva del amigo mensajero,
 Que en el discurso atrás quedó turbado;
 Pero despues de haberse reportado,
 Y no lo pudo hacer tan de ligero
 Que no se detuviese alguna pieza,
 Prosigue alzando el dedo á la cabeza.

«Cuarenta mil soberbios araucanos
De los que sobre todos se descomulian
Y causan terremotos donde huelian,
Os buscan, oh misérrimos cristianos;
Haced cómo libraros de sus manos,
No lo libreis por esas, que os degüellan,
Mas antes lo librad por pies ligeros,
Si libres y con vida queréis veros.

«Mirad que no volveros es locura,
Sabiendo ser buscados de una banda,
Que en dar con otros muchos á la banda
Bien poco de su crédito aventura;
Mejor es que apeleis de tierra dura,
Huyendo el tribunal de la agua blanda,
Donde sus ondas pueden serros muros,
Y aun dudo si estaréis allí seguros.

«Mas dado que es el último remedio,
Y no podeis tenerlo de otra suerte,
Huid extremos de prisión ó muerte,
Poniendo con el agua tierra en medio;
Y no esperéis á veros en asedio
A sombra deste muro y foso fuerte,
Que no está la vitoria en solo habella,
Sino en privar al enemigo della.

«Esto es á lo que vengo de mi parte
Y de la del cacique Curaguanu,
Que en el distrito y término serrano
Tenemos una gruesa y culta parte;
Hanos movido á bien aconsejarte,
Hijo del sol, tu nombre soberano,
Que no cabiendo ya en la baja tierra,
Nos busca en lo mas alto de la sierra.»

El raro General con un sorriso,
Que no le quita adarme de su peso,
Pronóstico del próspero suceso,
Le rinde bien las gracias del aviso;
Y lleno del que dalle el cielo quiso,
Que á ser en otro vaso fuera exceso,
Dos capas le hace dar de fina grana,
Aquella guarnecida y esta llana.

Con esto y el viático abundante,
Le dice que se vaya al caro asiento,
Y diga á los demás cómo su intento
No es de volver atrás, sino ir delante;
Por donde aunque la tierra se levante
Y se le contrapongan mar y viento,
Con solo ver al cielo de su banda,
No torcerá jamás de su demanda.

Mas antes que Pachelco se partiera,
Que desta suerte el indio se nombraba,
Quiso que á vista dél su gente brava
En orden de batalla pareciera;
Y que con su denuesto y armas viera
La prevencion y aviso con que estaba,
Para que todo así lo refiriese
Do quiera que este bárbaro se viese.

El cual por una inculca senda angosta
Con esto se partió lleno de espanto,
Y el providente jóven entre tanto
Despacha á Ladrillero por la posta,
Que en un batel se vaya costa á costa,
Rompiendo el mar cerúleo todo cuanto
La fuerza de los remos alcanzare
Hasta que en el canudo Maule pare.

Adonde al la gente, como piensa,
Con Juan Remon hubiera ya llegado,
Le dé razon allí de lo pasado
Para que acuda luego á su defensa;
Porque el poder inmenso y fuerza inmensa
Que encierra en sus entrañas el Estado,
Se junta para dar en la albarrada
De boga, como dicen, arrancada.

Y caso que el ejército tardío
No hubiera ya llegado á la ribera,
Le manda que prosiga su carrera,
Buscándole agua arriba por el río;
De suerte que jamás esté baldío
El remo sobre el agua lisconjera,
Hasta topar la gente y avisalla
Del término y estado en que se halla.

Navegan Alarcon y Ladrillero
Hasta llegar á Maule su paraje,
Do ven ocupadísimo el pasaje
Por el amigo ejército zorrero;
El cual habiendo visto al mensajero
Y la resolucion de su mensaje,
Gran opinion del nuevo Apó concibe,
Y á socorrerle luego se apercibe.

De cuatrocientos bélicos soldados
Los ciento se adelantan orgullosos,
Labrando los fiores cosquillosos
De fáciles caballos alentados;
Trastornan cerros, lomas y collados,
Pasando mil esteros cenagosos
A vado hasta la cincha y la reata,
Y en góndolas á Nuble con itata.

Con estos y con mas inconvenientes
Prosigue la centuria su jornada,
De mas de treinta leguas prolongada,
Esquivas, intratables, inclementes;
Las cuales caminaron diligentes
Antes de la segunda luz dorada,
Llevados como en vuelo, sin pararse
Tras la fogosa gana de mostrarse.

A vista pues de Penco en alto puesto
Divisan los ganosos castellanos
Algunos corredores araucanos
De los que al muro van con paso presto;
Esperáranlos con ánimo dispuesto
Para venir con ellos á las manos,
Mas visto su denuesto y lozanía,
Tomaron los infieles otra vía.

Mudaron el camino y el intento
A se llevar el muro enderezado,
Y esto á pesar del número abreviado
Que los siguiera viéndolos sin cuento;
Mas frénanse los impetus atento
Que están á vista ya de don Hurtado,
A quien quisieron mas guardar la cara
Que el bien que de seguillos resultara.

A tal sazón se juzgan los del muro
Tan léjos del vecino campo amigo
Cuan cerca ya del bárbaro enemigo,
Pero mostrando á todo pecho duro;
Que cada cual se tiene por seguro
Teniendo en su defensa y en su abrigo,
No la barrera fuerte ni ancho foso,
Sino el valor del jóven milagroso.

Mas quiere Dios que estando en tal espera,
Puesta la suya en él tan solamente,
Asome de improviso nuestra gente,
Cubriendo el chapitel de una ladera;
Venía del muro, y á la faz primera,
Creuyendo ser el bárbaro insolente,
Tocan al arma, al arma, y á sus puestos
Acuden animosos y dispuestos.

Mas el dichoso engaño fué deshecho
Con mas atentos ojos divizando,
Cual vienen velocísimos cortando
De arriba abajo el áspero repecho;
Los unos se adelantan largo trecho,
Sos ágiles caballos arrojando,
Los otros por la playa los manijan,
Y todos de tropel al muro agujan.

Alégranse los tristes corazones,
Extiéndense los pechos encogidos,
Ocupanse de gozo los sentidos,
Responden al contento los cañones;
Explicase la gente con razones,
Las bestias con relinchos y bufidos,
Tanto, que el aire lleno de algazara
Romplera si el placer no lo ensanchara.

No puede humanamente exagerarse
El sumo regocijo no pensado,
El darse el bienvenido, el bienhallado,
El nuevo conocerse, el abrazarse;
A recebillos quiso adelantarse
Fuera de la muralla don Hurtado,
Que como el alma suya de alegría,
Su cuerpo así del término salía.

Pues sale como estaba en la barrera,
Tranzado de la cima hasta la planta
Un blanco arnés, que esparce lumbre tanta
Cuanta nos da la délica lumbrera,
Sobre la frente alzada la visera,
Con que su garbo al cielo se levanta,
A recibir y dar su pecho á todos
Por diferentes graves dulces modos.

Admiranse mirando al bello mozo
De aquel su proceder en todo bueno,
No menos que de ver el campo lleno
De la matanza y bárbaro destrozo;
Mas luego prorumpiendo en alborozo,
Sacan allí de lo íntimo del seno
Los bravos y contentos corazones
Envueltos en políticas razones.

Después que lo posible celebraron
El desigual contento del socorro,
Y algún espacio en rueda y ancho corro
Cosas alegres y útiles trataron;
En escogido sitio se alojaron
De mucha yerba y agua bajo el morro,
Armando luego tiendas y moradas
De valerosos pechos ocupadas.

Y habiendo ya llegado á pocos días
El rezagado resto de la gente,
Se renovaron mas cumplidamente
Los júbilos, las fiestas y alegrías;
Mas como el general por todas vías
Cudicia que su campo se acrecienta,
Despacha á la imperial por mas soldados,
Frontera de los hay acreditados.

En tanto en el seguro alojamiento
Se estuvo con su escuadra helicosa,
Que estaba por extremo cudiciosa
De reprimir el bárbaro ardimiento,
Y con las ansias ya de dar un tiento
Al pecho de la varia y ciega diosa,
Culpando la tardanza mal sufrida
De verse una semana detenida.

Mas quiso el canto Apó que remitiese
Del trabajoso y áspero camino,
A fin de que el soldado y el vecino
Sus bestias y servicio rehiciese;
Pues como en este tiempo concluyese
Todo lo que al propósito convino,
Holgó de ver un viernes en la tarde
A su lucido ejército en alarde.

Sabido ya de todos el decreto,
El jueves precedente por un bando,
Los vierados andar aderezando
Quién la celada, quién el duro peto;
Ninguno tiene el ánimo quieto
En toda aquella noche, deseando
La tarda, perezosa y nueva lumbre,
Que ya mostraba un monte por su cumbre.

Salió con un riquísimo tocado
En perlas escondido y pedrería,
Que de su mal cuajada argentería
Ornaba el monte, el valle, el soto, el prado;
Adonde por haber participado
De aquellas tembladeras que esparcía,
Quedaban florecilla y yerbezuelas
Sus cuellos adornados de arandelas.

Salió también con hábito de fiesta
Para poder hallarse en la presente
Fílesio por las puertas del Oriente,
Rayando la corona de una cuesta;
La suya de oro fino saca puesta
Con mil piropos nuevos por la frente,
Y dentro de un lustroso y nuevo coche
Triunfando mas que nunca de la noche.

Así de su palacio el rubio Apolo
A visitar la tierra y mar salía,
Enderezando el coche al mediodía
De donde hiere mas á nuestro polo;
Cuando para que el sol no vaya solo,
Catad allí do sale don García,
Con tanto resplandor y luz tan rara,
Que no salir Apolo no importara.

Llegada es la sazón, sacro musco,
Que consagrais el monte de Ellicoma,
Poniendo vuestros pies en su corona,
De conspirar conmigo en mi deseo;
Porque segun la altura en que me veo
Y el váguido mortal de mi persona,
Forzoso habrá de ser precipitarme,
Si todas no venis á confortarme.

Pero de vuestras alas confiado,
¡Oh musas! echaré á volar mi pluma,
Diciendo, aunque en cedida y breve suma,
Las cosas deste alarde señalado.
Pues ya que vino el término aplazado,
Entró por donde el cano mar se espuma,
Delante de su gente, el nuevo Marte
Con el regal católico estandarte,

Mandando que á un lugar de la ribera
Se ponga la veloz caballería,
Y en otro la valiente infantería,
Unos delante de otros en hilera;
Paró su curso luego toda esfera,
Y Febo que en la suya se movía;
Echóse el viento, el mar se puso en calma,
Quedándose mas llano que la palma.

A cuyo igual tablado preminente
Subió, tras Dóris, Glauco y Aretusa,
El amador tan caro de Medusa,
Con un coral ganchoso por tridente;
Y el Padre universal de toda fuente,
Con quien de mil regalos Tétis usa,
Sube también, trayéndola de mano,
Sobre la haz del mar tranquilo y llano.

Sentáronse á mirar en altas rocas
Con Acis la hermosa Galatea,
Palemon y su madre Leucotea;
Que al itacense Rey prestó sus tocas;
Y esotro multiforme con las focas
Dejó su cavernosa gruta fea;
Dejaron por entonces suspendidos
Caribdis y la Sela sus ladridos.

Cercado de una gruesa compañía
Llegaste de los tímidos, Nereo,
Por ser tu habitación el mar Egeo,
Que tanto del chileno se desvia;
Triton el de la concha te seguía,
A quien mató dormido el Tanagreo,
Y tus Nereidas hijas, la Melite,
Con Cimodoce, Glauco y Anfitrite,
Que esmaltan el estrado cristallino,
Mediante aquel color de sus cabellos,
Tan verde, que las mismas ovas dellos
Debieron de tomar su verde fino;
Al fin ningún certíleo dios marino
Quedó, ni el mas humilde pex con ellos,
Que no saliese, á ruego de la nuestra,
Haciendo sobre el mar también su muestra.

Los cárcavos y cuevas se vaciaron,
Saliendo sus lamosos dueños dellos,
Y todas las selváticas doncellas
Subidas por los árboles miraron;
Las cumbres de los montes ocuparon
Sus moradoras ninfas, y con ellas
Sallieron de sus lóbregos boscajes
Los sátiros, los faunos, los salvajes.

Cuanto camina y reptá por la tierra,
Cuanto sustentá el aire en fe del vuelo,
Cuanto produce el fértil rico suelo
En soto, en valle, en monte, en llano, en sierra;
Cuanto sostiene, infunde, cuanto encierra
Ese convexo y cóncavo del cielo,
Tanto se enfrena, para y tiene á raya
Por ver esta reseña de la playa.

Mostróse pues de todos el primero
Aquel que puede serío en toda parte,
Representando á Júpiter y á Marte,
No menos manso en paz que en guerra fiero;
Su rostro entre benévolo y severo,
Y el acabado cuerpo de tal arte,
Que claro por de fuera descubría
Al ánima que dentro lo movía (12).

Sobre un caballo rucio poderoso
De rodenuelas cárdenas manchado,
Que por el firme rostro y enarcado
Cuello sacude anhelito espumoso,
Midiendo con las manos de fogoso
Lo que desde las cinchas hay al prado,
Y tanto en los metidos piés estriba,
Que todo sobre el anca se derriba.

Obligale sentir que lleva encima
El que es de ser y vaso todo el peso;
Armado va un arnés lucido y grueso
Con la visera de oro por la cima,
Donde grabado está por mano prima
De todas sus hazañas el proceso,
Mirad con qué primor y sutileza,
Pues tanto cupo en tanto de estrechez.

Mostraba sobre el campo del escudo
A la fortuna lúbrica rendida,
Y á la ocasion por el copete asida
Con poderosa mano en ciego fudo;
Esto es lo que forjar Vulcano pudo
Contra la voluntad de su querida,
Do el arte deja, yéndose de vuelo,
A la naturaleza por el suelo.

Llevaba su derecha y fuerte mano
El cuento de un baston de plata para,
Y fijo el otro cuento en la cintura
Con milagroso término lozano;
Así poniendo asombro al mar insano,
Y fuego en su region helada y pura,
Se muestra nuestro jóven excelente,
Llevándose los ojos de la gente.

Detúvose en pasando un poco afuera,
Adonde puesto en frente de Neptuno,
Mandó pasasen todos uno á uno,
Para de cada cual juzgar quién era;
Y que despues la banda caballera,
Sin reservarse dellos hombre alguno,
Probase en la marina sus caballos,
Por ver los que supiesen manijallos.

Saló del cuerno diestro el hijo caro (13)
De aquel que fué en Alcántara clauero,
Calado un morrion de limpio acero,
Con quien se pone á brazos el sol claro;
Donde el metal, que es Dios para el avaro,
Revuelve por cordon un drago fiero,
Y en leva y diestra mano escudo y lanza,
Sobre su rabicano se abelanza.

Bien puesta en un peceño la persona
Socede Juan Ramon al de Toledo,
Con tal demostracion y tal denuedo,
Que satisface á Pálas y á Belona;
Celada, cota y cuera fanfarrona
Con fino pasamano por el ruedo,
Y haciendo de una lanza rehilete,
Que puede ser entena de trinquete.

Don Pedro, aquel del rostro ya nevado (14),
Blason de Portugal, ilustre viejo,
No menos en la edad que en el consejo,
De una coraza fuerte sale armado;
Encima de un overo sosegado,
Y en obras tan galan como en pellejo,
De medio á medio el asta bien terciada
Sobre el derecho muslo atravesada.

Preséntase otro Pedro aquel de Aguayo
En la famosa Córdoba nacido,
Un jaco lucidísimo vestido,
Que brota cada malla un vivo rayo;
A la jineta en un castizo bayo,
Que al mar y al aire altera su bufido,
Y con oreja viva punza el cielo,
Barriendo con la cola todo el suelo.

Fertilizando aquella estéril playa
Con bello garbo y término elegante,
Gentil de cuerpo, grato en el semblante,
Se muestra don Felipe haciendo raya (15);
Podrá tener al cielo sin que caya
Cuando se cansen Hércules y Atlante,
Y aun es ligera carga la celeste,
Si la han de sustentar los hombros deste.

De escamas de metal resplandeciente,
Que hacen claros mil y mil escudos,
Guarnecen los fornidos miembros duros
Y de templado yelmo su ancha frente;
Por asta lleva un mástil suficiente
A derribar de un golpe fuertes muros,
Que silba en las orejas de un tordillo,
Cimbrándole cual vara de membrillo.

El claro don Cristóbal de la Cueva (16)
En un rocillo suelto mas que un pardo,
Haciendo muestra de ánimo gallardo,
De nuevo su intencion probada prueba;
Las aceradas armas todas lleva
Con círculos y esmaltes de oro y pardo,
Y por su rostro, aun antes que se acerque,
Se ve lucir la sangre de Alburquerque.

Procede el que de Córdoba se nombra
Despues de capitan Pero Fernandez (17),
Cual veterano milite de Flandes
Con un orgullo tal que á Marte asombra,
Dando, como pariente, un aire y sombra
Al grande capitan entre los grandes;
El cual al engrandecerse mas pudiera,
Por este gran varon se engrandeciera.

Siguióse don Alonso, aquel Pacheco,
Aquel de rico tallo y rara vista,
Con una bien cuajada sobrevista
De cadenilla de oro, espiga y fleco;
Jugaba en vez de lanza un robo seco,
Como si fuera alguna seca arista,
Hollando en un picazo la ribera,
Con un galan penacho en la testera:

Al celebrado Zúñiga de Ercila (18),
Eterna y dulce voz del araucano,
Por cuya fértil pluma y fértil mano
Castálfo licor Apolo estila,
Gozó de ver aquí la mar tranquila
Airoso, vistosísimo, galano,
Con plumas, martinetes, con airones,
Trencilla, banda, cintas y listones.

Armado de armas fuertes y lucidas
Y haciendo gentilezas con su lanza,
En un frison melado se abalanza
Ese que goza el nombre de Basidas (19);
Bizarras plumas lleva, que teñidas
De celo, cautiverio y esperanza,
Sobre el crestón al aire se menean;
Y el rostro blandamente le ventean.

Gabriel de Villagran, de ilustre casta,
Asoma en un colérico morcillo,
Trepado y mas redondo que el ovillo,
Con peto y morrion de fina pasta;
De quien el encendido aspecto basta
Para poner al bárbaro amarillo,
Y hasta su vigor, por mas que pesa,
Para blandir un asta dura y gruesa.

Sacaron dos adargas embrazadas
En dos caballos cándidos lozanos,
Vibrando dos entenas en las manos,
Dos armas cada cual acuarteladas,
Dos crestas de penachos adornadas,
Aquellos dos Verdugos, dos hermanos
Mellizos, mas iguales en el suelo
Que Pólux y Castor allá en el cielo (20).

Mas firme en los arzones que un peñasco,
Batiendo los ijares de un sabino,
Con fuerte lorigon de temple fino
Y un duro capacete sobre el casco,
Se arroja aquel insigne de Velasco (21),
Terciando fácilmente un grueso pino,
Y unido el ancho escudo al ancho pecho,
Que siempre fué de Marte amigo estrecho.

Rodrigo de Quiroga pasa luego
Con silla tachonada en un castaño
Feroz que, en arimándole el calcaño,
Parece convertirse en vivo fuego;
Un argentado almete, donde ciego
Se torna en natural autor del año,
De su loriga armado y fuerte escudo,
Y al hombro, ved qué lanza, un freno rudo (22).

Con escamosa maila y doble cuera
Encima de un dorado castañuelo,
Que huele el aire vano mas que el suelo,
Y apenas cabe en toda la ribera,
Parece don Mariño de Lobera
Aficionando á tierra, mar y cielo,
Varon ejercitado en la milicia
Y noble caballero de Galicia (35).

El frasco atrás, al bombo la escopeta,
Armado una lustrosa coracina,
Y encima de oro, seda y lana fina
Una listada y corta camiseta,
En un soberbio zaino á la jineta,
Que pisa como en fuego en la marina,
Y en su fogacidad se abrasa y arde,
Gómez de Lagos entra en este alarde.

Gallardo se presenta aquí Murguía
En hacedor cuatraillo lista blanca,
Que la marina besa con el anca
Y con las manos della se desvia;
Sus armas dan la luz que al medio día
El Cintio suele dar con mano franca,
Y su denuedo, traza y apostura
Mil buenas esperanzas asegura (36).

Cerrado y puesto bien á la estradiota
En alazan de huello tan liviano,
Que en resurtir del suelo con la mano
Excede á la reciproca pelota,
Con un estofo doble y fina cota
Sale por la ribera del mar cano
El capitán Reinoso á su paseo
Con desdeñoso y libre contoneo (37).

Tras este don Simón ocupa el puesto,
Aquel de Lusitania respetado (38),
Las armas todas y hábito morado,
Creyendo que el amor se paga desto;
Al cual en el escudo lleva puesto
Y al sanguinoso Marte al otro lado,
Que entrambos á la par le dan favores,
Cubriéndole de palmas y de flores.

Sale del hierro asida la asta dura,
Que va dejando rastro por la arena,
Bernal, que en esta edad presente suena,
Y sonará mejor en la futura,
Con una fuerte y lúcida armadura,
Do Febo da su luz á mano llena,
Y haciendo á un alazan, tostado el pelo,
Que solo con los pies estampe el suelo (37).

En hayo cabos negros y frontino,
Que el freno espumosisimo tascando,
De todos cuatro pies se va quemando,
Sale un ilustre y claro vizcaíno,
En armas, tallo y garbo peregrino,
A quien el viejo Proteo contemplando
Dice á Neptuno vuelto: «Aquel Gamboa
En Chile dejará perpetua loa (38).»

La rienda y el escudo en la siniestra,
Sobre un furioso rucio plateado,
Compuesto, reputado y alheñado,
Y el asta de dos hierros en la diestra,
Hace de su valor y estirpe muestra
El caballero de Olmos, todo armado
Desde el brido estribo hasta la frente
De limpio acero y malla reluciente (39).

En un cuartago negro mas que endrina,
Con el copete, cola y crin tranzada,
El pecho y la cadera encubierta,
Va Lopez Ruiz hundiendo la marina (30),
Con un jubon de malla jacerina,
Cubierta de garotas la celada,
Y la fudosa lanza al diestro lado
Cogida con el codo entre el costado.

Junta los extremos de tu lanza,
Y á la secreta barra de la silla
Como clavado el muslo y la rodilla
Con altivez y justa confianza.
Mostrando tu valor y tu pujanza,
Mas para contemplarla que decilla,
Saliste á la reseña, Diego Cano,
Horror del indio y gloria del hispano (34).

Y tú, mi padre caro... mas perdona,
Que no he de dar motivo con loarte
A que diciendo alguno que soy parte,
Ofenda mi verdad y tu persona;
Por esto callaré lo que pregoná
La voz universal en toda parte,
Y perderás, por ser mi padre amado,
Lo que por ser tu hijo yo he ganado (33).

Solo diré que en guerras te criaste,
En guerras, como en crédito, creciste,
En guerras tu principio recibiste,
Y en guerras hecho piezas acabaste;
Donde el servir al rey solo ganaste,
Y por mejor serville te perdiste,
Dejando á los que somos de tu casta
No mas que el bien de serio, y este basta.

Dejemos lo demás, pues no aprovecha,
Y sienta que la oreja ya me zumba,
Aunque por ser verdad que así retumba,
Sospecho que carece de sospecha;
Pues queda tu alma á Dios, por quien fué hecha
Hasta cobrar su cuerpo de la tumba,
Que yo me vuelvo al hilo de la historia,
Casi quebrado ya con tu memoria.

Cortés, Riberos, Cáceres, Miranda,
Godínez, Bustamante y Andicano,
Arana, Lira, Niebla, Santillano,
Montiel, Villegas, Avalos, Aranda
Con toda la demás lucida banda,
No menos se mostraron en lo llano
Todos con sus adargas, y por ellas
El cielo, el sol, la luna, las estrellas.

No poco en este alarde señalados
Se vieron otros únicos varones,
En paso y plumas gallos y pavones,
Y en la batalla tigres enojados;
Caballos ricamente encubiertos
Con símbolos, empresas y blasones,
Gentiles, fuertes, bravos y galanes
En rostros, armas, cuerpos, ademanes.

Las bandas, los collares, las cadenas,
Lorigas, yelmos, cotas relucian;
Los visos y las aguas que hacían
Dejaban las del mar de envidia llenas;
Hirviendo se mostraban las arenas
Al fuego de los pies que las batían;
La tierra se apretaba con su centro,
Y el mar se retiraba mas adentro.

En toda la reseña no hubo alguno
Que en algo no mostrase algun exceso.
Y de seiscientos que era el bando grueso,
De presentarse aquí dejó ninguno;
Quisiera yo acudir á cada uno,
Mas fuérase la historia toda en eso,
Baste que en otras partes puesto vaya
Quien puesto no se viere en esta playa.

Yo voy en lo que puedo tan sucinto,
Que poco habrá de ser lo que me aguarde,
Y adviértote demás que en este alarde
No van por orden todos los que pinto;
Para que ni por cuarto ni por quinto,
Ni por llegar temprano ni por tarde,
Ni porque lo mejore ni empareje,
Ninguno lo agradezca ni se queje.

Si ya para salir en este día
Nombrados capitanes estuvieran,
Por orden todos ellos se pusieran,
Siguiendo á cada cual su compañía;
Mas como en esta muestra don García
Para nombrarlos quiso que salieran,
Poner particulares fué forzoso,
Y para mí no poco trabajoso.

Hicieronse á una banda los piqueros,
Que un gran cañaveral de sí formaban.
Y en otra, donde menos ocupaban,
El horrible escuadron de arcabuceros,
Con mil amigos bárbaros flecheros,
Que al dar el salto un pece lo clavaban,
Poniéndose unos á otros con mirarse
Solicitos impulsos de estrellarse.

Gozoso los miraba don Hurtado,
Y allí nombrados ya los oficiales,
Personas beneméritas cabales
De traza, de consejo, de cuidado,
Les hizo un parlamento concertado
Con sólidas palabras sustanciales,
Como le hiciera aquel romano Julio
Con toda la retórica de Tulio;
Mostrándoles en él que quiere luego,
Pues tiene tal ejército delante,
Buscar al fiero bárbaro arrogante,
Ganándole de mano en este juego;
Y pues en todos hay tan vivo fuego,
Y en todo la presteza es importante,
Que el sábado siguiente marche el campo,
En viéndose con luz el verde campo.
¿Qué larga aquella noche le parece,
Qué lerda, qué sin piés la clara lumbre!
No ven algún asomo de vislumbre
Cuando engañados piensan que amaneca;
No temen el trabajo que se ofrece,
No hay cosa que los cause pesadumbre,
Sino es el detenerse tanto el día,
Que ya lloviendo aljófares venía.
Levántase el réal en este punto,
Y bien cubierto de armas y rocío,
Se va la vuelta luego de Biobío,
Por donde con el mar se ve mas junto;
Pero descansa ya mi voz un punto,
En tanto que la gente llega al río,
Porque según el paso y prisa della
Cansado mal podré tener con ella.

CANTO X.

Llega el campo al río grande de Biobío, donde, contra el parecer de todos, el gobernador se resuelve de pasarlo, usando para ello de un maravilloso ardor de guerra, con que desvela al enemigo, que de la otra banda le esperaba fortificado. Pasa toda la gente, y envía don Hurtado á correr la tierra tres leguas adelante para ver de asegurar su alojamiento. Dan veinte mil indios en los corredores, viéndose retirando hasta el asiento de su real, donde se trabó la batalla que llaman de Biobío, por haber sido casi á su ribera. Cuéntase lo que pasó entre Orompello y Calbarino sobre la muerte de Hernán Guillén, que los indios mataron por haberse desmandado del real á comer frutilla.

Ninguna buena suerte habrá segura
Habiendo en la milicia negligencia,
Pues, como dicen bien, la diligencia
Es madre de la próspera ventura,
Y aquel saber gozar la coyuntura
Es el sutil primor de la prudencia;
Mas esos que le saben son contados,
Y solo con el dedo señalados.
; Con cuántas cosas sale fácilmente
El capitán solícito y mañoso,
Con que salir no puede el poderoso
En siendo descuidado y negligente!
Mas vale mucho el flaco y diligente
De lo que vale el fuerte y perezoso,
Que al fin, como el vulgar proverbio suena,
No hizo la pereza cosa buena.

Ni menos hay alguna que se haga,
Como calor no lleve en compañía,
Sin quien el mismo fuego no sería,
Pues donde no hay calor presto se apaga;
Caliente sufre cura cualquier llaga
Con mas facilidad que estando fría,
Y el hierro, mientras mas calor tuviere,
Hará el martillo déi cuanto quisiere.

Quiero decir por término mas llano
Que en todo y mas en esto es grande parte
Poner calor y usar de industria y arte
Para que la fortuna dé la mano;
El fuego que entendemos por Vulcano
Dicen allá que tiene preso á Marte,
Pero que el dios Neptuno lo desprende,
Por quien es agua fría se entiende.

Enseñanos la fábula con este
Cómo para entregarse de la guerra
Que dentro de su nombre Marte encierra,
Es menester calor y paso presto;
Mas si interviene el dios Neptuno en esto,
Forzoso habrá de dar con todo en tierra,
Esto es, que donde ve tibieza alguna,
Allí se muestra tibia la fortuna.
¿Quién hizo al que por Africa se nombra
Scipion el africano tan famoso,
Sino seguir al Peno fervoroso
Y nunca le dejar á sol ni sombra?
Y el César, cuyo nombre al mundo asombra,
; Salíó por otro medio victorioso,
Sino porque su huella se estampaba
Donde Pompeyo fresca la dejaba?
Así que lo que en esto mas ayuda
Es ir á los alcances del contrario,
Trayéndole seguido de ordinario,
De suerte que no tenga dónde acuda;
Pues como el jóven facílito no duda
Ser esto sobre todo necesario,
Veloz para seguille parte luego
Cual á su pura esfera el puro fuego.

En busca va del bárbaro atrevido,
En sí y en esta máxima fundado,
Que vale mas buscar que ser buscado
Y acometer que ser acometido;
Y búscale en su tierra y propio nido,
Adonde el pajarillo desarmado
Aun con el animal mas bravo rifa,
Y opuesto á la defensa el cuello engrifa.
Mas nada en su valor engendra miedo
Ni cosa su cerviz enhiesta inclina;
Y así, con paso intrépido camina,
Mostrando como el ánimo el denuesto;
El padre de Faeton con rojo dedo
Rayaba el chapitel que mas se emplina,
Bordando cielo y nubes de arreboles
Y haciendo de las aguas tornasoles.

Al tiempo que el ejército pujante
Al arenoso término venido,
Y habiéndose el bagaje recogido
Para cortar el agua resonante,
Algunos con recelo mal sonante
No tienen el pasar por buen partido,
Sino por una cosa recia y dura,
Difícil, temeraria y mal segura.

Con estos, otros pláticos varones
No tienen el pasar por sano hecho,
Probando que es ponerse en mucho estrecho
Con sobra de argumentos y razones;
Mas contra sus indignas opiniones
Se opone aquel ardiente y bravo pecho,
Resuelto en que se pase el ancho río,
Resolución bien digna de su brio.

El misero suceso de Valdivia
Le ponen los antiguos por delante,
Diciéndole que el bárbaro constante
Su natural ardor jamás entibia;
Mas que su cuerpo y ánima se alivia
Con el trabajo mas desemejante,
Por donde está en razon que á la otra banda
Oculto espere á ver quién se desmanda.

Y siendo así, en pasando los primeros,
Que pueden cuando mucho ser cuarenta,
Saldrá con gana rálida y sedienta
De dar color de sangre á sus aceros;
Donde antes de pasar los compañeros
Habrán pasado á dar á Dios su cuenta,
Porque de haber en medio tal distancia
No se podrá esperar otra ganancia.

El agua, que las márgenes desvia,
De latitud alcanza tanta parte,
Que puesto un grueso toro á la otra parte,
Casi de sí ninguna especie envía;
Condénase el pasar por esta vía,
Y en varios pareceres se reparte
El vario parecer del vulgo incierto,
Que alguna vez por yerro da en lo cierto.

Profundo el capitán lo considera,
Y haciendo que un rubor su rostro tiña,
Vuelve, revuelve, tienta y escudriña,
Advierte, mira y corre dentro y fuera;
Hasta que al fin hallando la manera,
Se cierra con su campo de campiña,
Diciendo que el pasar es necesario
Para cortar los pasos al contrario.

Con esto les ordena que al momento
Comiencen á subir el agua arriba
Al son de su corriente fugitiva
Tres leguas poco mas de aquel asiento;
Sin divisar el blanco de su intento
Ni ver el fundamento donde estriba,
Se mueven sus escuadras obedientes,
Aunque los mas plegándose las frentes.

Pasadas las tres leguas adelante
Mandó parar su gente presurosa,
Que estaba desabrida y congojosa,
Como del buen propósito ignorante;
Mas el discreto jóven al instante
La saca de su duda temerosa,
Ejecutando allí un ardid extraño,
Con que salieron todos de su engaño.

Fué pues que todo el tercio congregado,
Y habiendo descargádose el bagaje,
Da muestra de escoger aquel pasaje,
Fingiendo grande máquina y recado,
Para que el enemigo desvelado
Solo por este puesto los ataje
Y deje abajo libre el precedente,
Por donde todos pasen francamente.

Y para que su ardid mejor saliese,
Hizo que se ocupase la ribera
De cargas de totora y de madera,
Como que por allí pasar quisiere;
Pues como todo á punto se pusiere,
La traza le salió de tal manera,
Que vino á conformarse todo el hecho
A la medida justa de su pecho.

Gastaron el presente y otro día
En estos aparatos ardidosos,
A vista de los indios orgullosos,
Que ya esperaban llenos de alegría;
Mas luego que llegó la noche fría
Se va de allí con pasos presurosos
El jóven con un tercio de su gente,
Y á los contentos bárbaros desmiente.

Al antes elegido puesto viene,
Adonde la ancha boca de Biobío,
Entrando en el amargo señorío,
Gran trecho de agua dulce lo mantiene;
Y aquí con la presteza que conviene
Capaces balsas hace dar al río
De gruesas vigas toscas mal doladas
Con el bejuco y cáñamo trabadas.

También á la sazón habían llegado
Por orden del sagaz caudillo experto
Las barcas y bateles desde el puerto,
Seis millas destas aguas apartado;
Algunos, el temor aun no lanzado,
Le hacen el peligro y daño cierto,
Mas él á su demanda satisizo,
Haciendo lo que Alcides nunca hizo.

Oculto porque nadie le estorbare,
Con un denuedo y ánimo valiente,
Se arroja en una barca diligente
Mandando que su rucio en otra pase;
Y solo permitió le acompañase,
Pasando sus caballos juntamente,
Bastida, Juan Ramon y Diego Cano,
Bastantes á poner el mundo llano.

Al agua todos cuatro así se entregan,
Y vanla encaneciendo con las palas,
Que siendo para el barco prestas alas,
A la marina en breve espacio llegan;
Donde tan solo un punto no soslegan,
Mas de sus prestos piés haciendo escalas,
Dejan el bordo y prora por la silla,
Saliendo en sus caballos á la orilla.

Apriétanse en las frentes las celadas,
Arriman las adargas á los pechos,
Y con los puños fuertes y derechos
Las gruesas astas tienden ya terciadas;
Así, por las arenas desechadas
En belicosa cólera deshechos,
La tierra adentro arrojan los caballos,
Que llegan á las cinchas con los callos.

Dos millas el rebelde suelo pisan,
Y el enemigo sitio reconocen;
Mas no topando cosa que destruyen,
Que todo raso y limpio lo divisan,
Volviéndose á los tímidos avisan,
Los cuales, cuando súbito conocen
Que el animoso jóven ha pasado,
Están para pasar á plé y á nado.

Confusos, vergonzosos y corridos,
Y á su temor inútil despidiendo,
Atropelladamente van corriendo
Derechos á los barcos detenidos;
Adonde parte dellos conducidos,
Quedándose los otros deshaciendo,
Con espumoso rastro el agua cortan
Y al bien asegurado puerto aportan.

Sin descansar los remos un momento,
Llegan, revuelven, tornan y carrean;
Las aguas se alborotan y blanquean
Heridas con el impeto violento;
Los astros del sublime firmamento
Debajo de las ondas centellean,
Supliendo con su luz, aunque noturna,
La de la ardiente lámpara diurna.

Pues tanta en esto fué la diligencia,
Que no era bien pasado el cuarto día,
Cuando pasado ya también había
El Español con toda su potencia,
Sin que, por embarcarse en competencia,
Desgracia sucediese ni avería;
Mas esto á aquella mano se atribuya
Que á la ventura tiene de la suya.

De aquellos que al engaño arriba estaban,
En ocupando el mundo el turbio velo,
Bajaban á pasar con rauda vuelo,
Y siempre la mitad allá quedaban;
De suerte que los indios que miraban
Tuvieron de continuo algun señuelo,
Con cuya vista y cebo detenidos,
Quedaron, como dije, desmentidos.

Es muy de encarecer que un mozo tierno,
No tanto de experiencia acompañado,
Usase de un ardid tan extremado,
Y en todo lo demás de tal gobierno;
No dudo que el espíritu superno
Estuvo siempre en él aposentado,
Pues mal pudiera á tanto fuerza humana
Sin asistírle allí la soberana.

Los rápidos caballos de Timbreo
Sus mádidos copetes asomaban
Que del profundo piélago sacaban,
Peinados por las hijas de Nereo,
Y de sus galas, hábito y arreo
Los valles ya sin luto se adornaban,
Al tiempo que dejando la marina,
En orden el ejército camina.

Todos por sus cuarteles y escuadrones
A la vedada tierra van entrando,
Y con el fresco céfiro luchando
Banderas, estandartes y pendones;
Los tersos y lucentes morriones
Ya con la luz del sol se van alzando,
Que franco y liberal prestalles quiso,
Mas ya se ve del préstamo arrepiso.

Marchaba nuestro campo, como digo,
En buen concierto, forma y ordenanza,
Ganoso de medir su dura lanza
Con la mortal del bárbaro enemigo.
Cuando llegó el socorro y bando amigo
Que enviaba de Cauten la rica estanza,
Con tanta provision y bastimento,
Cuanta señal de júbilo y contento.

Cincuenta de á caballo solos fueron
Los que de la Imperial aquí llegaron,
A quienes sus lugares señalaron,
Y por los capitanes repartieron;
Pues cuando todos juntos estuvieron,
Al bravo Andalican enderezaron,
Cubriendo aquellos campos con el suyo
Alegres por la vista de su cuyo.

La delantera lleva don Hurtado
Para escoger el sitio y buen asiento
Adonde hacer seguro alojamiento,
Que siempre le mataba este cuidado;
Y habiendo media milla caminado,
Ordena, que dejando atrás el viento,
Reinoso con los suyos se adelanta,
Corriendo algunas leguas adelante.

Los cuatro días atrás continuamente
Enviaba desta suerte corredores
En ágiles caballos voladores,
Que diesen el aviso brevemente;
Los cuales, de un cerrillo puesto enfrente,
Bien como del otero los pastores,
La vista en ancho círculo tendían,
Mirando si los lobos parecían.

Para lo mismo ahora va Reinoso,
Que como á capitán su vez le vino,
Y en tanto marcha y sigue su camino
El español ejército visioso.
Mas ya el celeste cirlo luminoso
De Venus, y su adúltero vecino,
Enviaba por igual su luz ardiente,
Partida entre el ocaso y el oriente;

Cuando el Gobernador la rienda coge,
Haciendo todos alto en parte buena,
Do, por estar de pasto y agua llena
Y no haber cosa en torno que la enoje,
Al campo da licencia que se aloje,
Antes que el sol abraza mas la arena,
Tomando por mollido lecho y cama
El delicado heno y verde grama.

No lejos deste puesto, á la una mano,
Lavando el bajo pié de una alta cuesta,
En cuya cumbre el cielo se recuesta,
Se ve una grande ciénaga y pantano,
Que de totora, juncia y junco vano
Tiene su margen húmida compuesta,
Adonde en importuno y ronco acento
La rana está enfadando aquel asiento.

No bien desde el estribo el pié derecho
Por el trasero arzon volado había,
Y á repelar la yerba se tendía
El cuello del rocín mal satisfecho,
Cuando se oyó del sitio poco trecho
Confusa grita y alta vocería,
Estrépito, tropel, estruendo y turba,
Que súbito á los mas osados turba.

Mas luego saltan ágiles y prestos,
Sin esperar estribos á las sillas,
Y en ellas, apretando las rodillas,
Se muestran mas que mármoles enhiestos;
Repárteles el jóven por sus puestos
Formando las hileras y cuadrillas,
Y en un proviso á punto de batalla
Esperan á la bárbara canalla.

Mas presto ven la causa del ruido,
Llegando tras los gritos y clamores
Reinoso con sus treinta corredores
De veinte mil sacrilegos corrido;
Que desde aquel otero referido,
Rasgando el cielo á gritos y clamores,
Le habian venido siempre dando caza
Y haciéndole probar la dura maza.

Estaban estos indios emboscados,
No lejos de la cuesta Andalicana,
Para en llegando allí la gente hispana
Cercalla de repente por los lados;
Y viendo á solos treinta desmandados
Andar corriendo al pié, la tierra llana,
Salieron con estruendo repentino,
Cerrándoles el paso y el camino.

Que como en el pasaje no hubo efecto
Su pretension y frívola esperanza,
Mediante aquel tan digno de alabanza,
Ardid no menos útil que discreto,
Quiso para suplir este defecto,
Moviéndole su vana confianza,
Ponerse en este paso peligroso,
De donde agora va contra Reinoso.

El Español que vió calar la gente,
Y della en tanto número cercarse,
Quisiera, mas no pudo retirarse,
Que el paso le tomaron prestamente;
Mas con despecho y ánimo valiente
Por todos determina de arrojarle,
Abriendo, á su pesar, alguna vía
Para llevar la nueva á don García.

Pues hechos una pifia, recogidos,
Y mas que rocas firmes en las sillas,
Embisten con las bárbaras cuadrillas
Do son en duras picas recibidos;
Mas rompen, aunque rotos y heridos,
Tornándose las astas en astillas,
Y habiendo despachado del encuentro
Algunas almas pérdidas al centro.

Sin aguardar á mas á rienda suelta
Y alzando polvoroso remolino,
Tomaron á su ejército el camino
Siguiéndolos la turba desenvuelta;
Alguna vez forzados dan la vuelta,
Haciendo rostro al bárbaro vecino,
Mas viéndose con él en duro estado,
Revuelven al camino comenzado.

Arriman lo que pueden los talones,
Juzgándose feliz quien mas los mueve,
Pero tras ellos tanta flecha llueve
Como palabras llenas de baldones:
«Cobardes, esperad; teneos, ladrones,
Volved por el tributo que se os debe
Y á recibir la paz que os da la tierra,
Pues sois tan enemigos de la guerra.»

Reinoso, en quien no reina miedo alguno,
Aunque es atrevimiento temerario,
Revuelve muchas veces al contrario,
Templando bien el ímpetu importuno;
Mas como de los indios no hay ninguno
Menos que toro, león ó sagitario,
Unido en escuadron le apura y carga
Haciéndole tomar carrera larga.

Bien como la corriente arrebatada,
Que fuera de su curso el valle abajo
Arranca gruesos árboles de cuajo
No habiendo quien estorbe su jornada,
Con sacos tajamares atajada,
Se ensaña mas, llevándose el atajo;
Así con mas furor el indio lleva
A quien embarazar su curso prueba.

Tres leguas desta suerte los llevaron
Con furia grande y término insolente,
Hasta que á vista ya de nuestra gente
En medio la campaña les dejaron;
Adonde recogidos repararon,
Volviendo acá y allá la altiva frente,
Y puestos á la mira en ordenanza,
Para si menester fuese la lanza.

Y estando así, la vista revolviendo
Por todo el espacioso verde llano,
Vieron hacia el ejército cristiano
A pié dos hombres solos ir huyendo;
Partieron Galbarino y Alcaguendo,
Tras Orompello, Talca y Titaguano
Con otros bravos indios orgullosos
De habellos á las manos cudiciosos.

No corren al venado los ventores,
Teniéndose cosidos con el suelo,
Ni el gavilán hidalgo da tal vuelo,
En viendo los zorales silbadores,
Ni siguen los cernicalos y azores
Con tan batidas alas al mochuelo,
Cual todos estos van con piés livianos
Corriendo tras los miseros cristianos.

Los cuales el real habían dejado,
Y adelantados dél como una milla,
Por ocupar los vientres de frutilla,
Andaban á cogella por el prado;
Do habiendo los estómagos colmado,
Sintieron á la bárbara cuadrilla,
Huyendo al mismo punto por salvarse,
Mas no pudieron ambos escaparse.

Que al triste Hernán Guillen á poco trecho
Los fieros enemigos dan alcance:
Mas él, que ve su vida en este trance,
Donde mostrar espalda no hay provecho,
Resuélvese en mostrar osado pecho,
De su poder haciendo allí balance,
Y vuelto de través con presto salto,
La rígida cuchilla saca en alto.

Con Alcaguendo intrépido se junta,
Hallándole á su lado mas vecino,
Y con rabiosa furia y desatino
Le cose entrambos muslos de una punta;
A Talca por el hombro descuyuna,
Señala de un revés á Galbarino,
Y luego de otro al fiero Titaguano
A cercen le derriba maza y mano.

Desfíendese y oféndelos de suerte,
Volviéndose furioso á todos lados,
Que de sus duros golpes redoblados
Aun huye con temor la propia muerte;
En sacudir se muestra un cierto fuerte,
Que remover parece los costados,
Y abate gruesos líbanos al suelo,
Llevándose los céspedes al vuelo.

Jamás se muestra el hombre mas valiente
Que cuando está á morir determinado;
Entonces fuerza y ánimo doblado
Hace sentir sus golpes y él no siente,
Y entonces viene á estar como el doliente
Por muerto de los físicos dejado,
Que no se guarda y come ya de todo
Sin orden, regla, término ni modo.

Así Guillen, la muerte ya tragada,
Se esfuerza mucho mas con este trago,
Haciendo en los indómitos estrago
Y cosas memorables por la espada;
Aunque la tiene en sangre barnizada,
Y de la de sus venas hecho un lago,
Que en abundante flujo y grueso hilo
Caliente va saliendo tras el filo.

Los indios su furor en él descargan
Con rabia desigual y saña horrible,
Y haciendo todos juntos lo posible,
De golpes pesadísimos le cargan;
Mas, si una vez se llegan, dos se alargan,
Llevados de aquel ánimo invencible,
Y sin poder llevar su intento al cabo,
A causa de que siempre está mas bravo.

Vinieron al principio de concierto
Para tomarle á manos preso y vivo,
Mas juega de los suyos tan esquivo,
Que dieran algo ya por velle muerto;
Porque, como su fin tiene tan cierto,
O versos de los bárbaros cautivo,
Antes de ver su vida en tal miseria,
Quiere vendella cara en esta feria.

Bien muestra que combate por la vida,
Segun con los incrédulos se aviene,
Pues dellos á sus piés tendidos tiene,
Y dellos para el Orco de partida;
Mas veis aquí con rápida corrida
Al joven Orompello donde viene,
Diciendo en alta voz: « Afuera, afuera,
Quien sabe así matar, no es bien que muera. »

No pudo el noble pecho generoso,
De que el hidalgo mozo era dotado,
Y aquel su buen respeto, esmalte dado
Al oro de su esfuerzo valeroso,
Juzgándolo por hecho vergonzoso
Sufrir que allí muriese tal soldado;
Y así determinó de darle vida,
Visto cuan bien la tiene merecida.

Gallardo pues se arroja con la maza
En medio del horrisimo combate,
Y los espesos golpes le rebata,
Haciendo en breve espacio grande plaza;
Con esto al Español desembaraza,
Cuyo vivir andaba ya en remate,
Diciéndole: « Cristiano, vete presto,
Y paga á tu valor la deuda desto. »

« La vida te concedo libremente,
Así porque sapieste defendella,
Como porque también esté con ella
Tu poderoso campo mas potente;
Y no por esto quiero que á mi gente
Ni á mí, pudiendo, deje de hacer mella,
Mas quiero, combatiéndome contigo,
Jactarme de que fuiste mi enemigo. »

« Agora me estuviera mal hacello,
Por ser con un herido cosa baja,
Y acometer á nadie con ventaja,
Ni fué ni es cosa digna de Orompello;
Después podrías, pagándome con ello
El darte mi favor en tal baraja,
Venir á mí, llamado en la pelea,
Adonde tu valor pagado sea. »

« Pues vete luego en paz, y di á tu gente
En lo que yo reputo su ardimiento,
Pues el poder y fuerzas le alimento,
Dejándole un soldado tan valiente;
Confuso y grato al hecho extrañamente
Dejaba ya Guillen aquel asiento,
Cuando tras él se lanza en el camino
Con un baston el impio Galbarino. »

Alcánzale ¡oh traidor! á rostro vuelto
Y en medio la cabeza ¡oh dura suerte!
Descarga el poderoso brazo fuerte,
En furia desigual y en ira envuelto,
Haciendo que, del alma el fudo suelto
Por la furiosa mano de la muerte,
Dejase ya sin vida el cuerpo helado
Entre su sangre y sesos revolcado.

Era este Galbarin de mal respeto,
De mala inclinacion, enorme y crudo,
Así para lo bueno torpe y rudo
Como en lo malo plático y discreto;
De quien jamás se tuvo buen concepto,
Doblado, contumaz y cabezudo,
Soberbio en condicion, humilde en casta,
Y á todo bien ingrato, que esto basta.

Descúbrese lo dicho en este hecho,
De cuya atrocidad estremecido,
Y en aspidé Orompello convertido,
Saltó en ardiente cólera deshecho;
Mas con dificultad y á su despecho
Fué de varones graves detenido,
Diciéndole excusase aquel enojo,
Teniendo al enemigo tan al ojo.

Por esto comedido se repara,
Diciendo en fiera voz al homicida:
« ¿ Qué te movió á querer quitar la vida
Al que de tantos la compró tan cara?
¿ Por qué no le saliste cara á cara,
Y fuera tu braveza conocida,
Sino como traidor de alevé pecho?
¿ Por cierto que emprendiste un grande hecho! »

« Del cielo venga el áspero castigo
En esas manos crudas aviltadas,
Que yo no dudo vértelas cortadas
A manos del hespérico enemigo;
Porque, si lo dudara, yo te digo
Que nunca fueran estas estorbadas
A te sacar mil almas que tuvieras,
Y encomendar tus carnes á las fieras. »

El indio le responde encarnizado:
« Pues alto, sus, que filos tengo buenos,
Mas para darte yo los puños llenos,
Es poca la ocasion que tú me has dado;
No miras, Orompello mal mirado,
Que de los enemigos mientras menos,
Y que si en esto á mí no soy honroso,
A todos habré sido provechoso? »

Airado el sucesor de Mauropande (33),
Con obras á lo dicho replicara
Si á tiempo no viniera Tulcomara
Mandando que ninguno se desmande;
Bastó por ser de oficio y nombre grande,
A lo que todo el mundo no bastara,
Aunque dejó á los bárbaros insanos
Mordidos de cólera las manos.

El triste de Guillen quedó tendido,
Causando aun á los infidos manilla,
Adonde presto fué de la abubilla
Y de funestos cóndores (34) comido;
Este es, (mirad qué acedo y desabrido),
El fruto que sacó de la frutilla.
¡Oh gula, cuán de atrás nos haces guerra!
Testigo es el que Dios formó de tierra.

¿Qué cosa tan culpable y arreçada
En los soldados es el desmandarse!
Pues el mayor desman suele causarse
De ser una persona desmandada;
La oveja que se va de la manada,
O presto la veréis abarrancarse,
O que el hambriento lobo da con ella
Donde el pastor no puede socorrerla.

Roman de Vega, el otro desmandado,
Que con Hernan Guillen había venido,
Fué menos animoso y atrevido,
Mas hizo el temor mas alentado;
Y así llegó al ejército alojado
Sin huelgo, sin color y sin sentido,
Poco después que allá Reinoso estaba,
Diciendo al general lo que pasaba.

El joven avisado manda luego
Que salga Juan Ramon (35) á ver lo que era,
Entresacando diez de cada hilera
De los que son mas diestros en el juego;
Pues con cincuenta bravos como el fuego
En polvorosa y súbita carrera,
Determinado sale á lo que digo,
Y no para embestir al enemigo.

No bien estaba fuera de su asiento,
Cuando cubierto mira el verde llano
Del orgulloso ejército pagano,
Que con sus alaridos rompe el viento;
Repárase mirándolos atente,
Con gana de probar allí la mano,
Mas á despecho suyo se detiene,
Por no pasar del orden con que viene.

Hasta que ya Hernan Perez mal sufrido
Les dice: «¿A qué venimos? ¿Qué hacemos?
¿No es esta la ocasión en que podemos
Sonar sobre las aguas del olvido?»
Apenas hubo dicho el atrevido,
Cuando blandiendo al asta los extremos,
Bate con el caballo la campaña,
Diciendo: «¡Sanctiago! cierra España!»

Los otros al tropel y voz amiga
A un tiempo el riguroso hierro meten,
Y al ventajoso número acometen,
Que ya con su arrogancia les obliga;
La gente de cristianos enemiga,
En viéndolos tan raudos arremeten,
Abajan á un compás las astas gruesas
Como una espesa lluvia y mas espesas.

Al talle que al mover del viento airado
Las fértiles espigas levantadas
Derriban sus cabezas aristadas,
Haciendo rubias ondas sobre el prado;
Desa manera el colmo del Estado
Cala sus altas picas apifadas,
Los cuentos apoyados del pié diestro,
Al súbito mover del bando nuestro.

Mas no por ver las puntas de diamante
El Español del impetu desiste,
Pues antes con mayor coraje embiste
Al afrontado bárbaro pujante;
El cual con fuerza y ánimo arrogante
Su rauda furia, firme el pié resiste,
Quebrando de las astas en sus pechos,
Cual si de pedernales fueran hechos.

Rompiéron el encuentro la muralla,
Dejando los cincuenta al diestro lado,
El pérfido escuadron aportillado,
Aunque sembrando algunos sangre y malla;
Trabóse fiera luego la batalla,
Y comenzó á tremer el monte y prado
De los terribles golpes y heridas
En los tronantes yelmos recibidas.

Miranda y Juan Ramon esadamento
Por los tejidos bárbaros colaron,
Y todo el escuadron atravesaron,
Hallándose bien lejos de su gente;
Mas prestos al socorro convenientes
Acá por el vecino mar tornaron,
Metiéndose de nuevo en la refriega,
Que ya de rubia sangre el campo riega.

El brave Cadeguala furibundo,
Que con mortal rigor la maza esgrime,
A la española cólera reprime,
Que no la reprimiera todo el mundo;
Y al golpe que descarga el iracundo
El aire hueco y dura tierra gime,
Haciéndose lugar abierto y llano,
Por donde tras el pié sigue la mano.

Tan duro golpe á Cáceres asienta,
Que sin que el triste juzque ni se acuerde,
A todo su pesar la silla pierde
Y sangre por los órganos revienta;
Con otre á Diego de Avalos avienta,
Haciéndole medir el campo verde,
Donde tendido el cuerpo quebrantado
De anil y mas al punto fué cargado.

Cual galgos ó lebreles, que en cayendo
La tórtola, perdiz ó gallareta,
Que el cazador hirió con la escopeta,
Acuden velocísimos corriendo;
O como gaviotas, que en huyendo,
Revuelven tras el golpe de marea,
Así la fiera turba amontonada
Aguja tras la caza derribada.

En cuyo cuerpo súbito descargan
Una montaña entera de asteria,
Poniéndole en congoja y agonía,
Con que el vital anhélito le embargan;
Mas viendo que sobre él apriesa cargan,
Acude la cristiana compañía,
Y esparce los espesos araucanos,
Sacándoles la presa de las manos.

Por otro lado Térpoco gigante
De grande fuerza y ánimo arrojado,
Tras un furor diabólico llevado
Se lanza por los nuestros adelante,
Con un gurguz de punta penetrante,
Que no perdona malla ni estofado,
Ni le contenta arnés templado y grueso,
Sino la blanda carne y duro hueso.

Tal vez un temerario bote arroja,
Volviéndose á Hernan Perez delantero,
Que no le aprovechando el fino acero,
En la secreta sangre el hierro moja;
Ufana se asomó la punta roja
Rompiendo por la espalda cuera y cuero,
Y haciendo al Español que, mal su grado,
Trocasse los arzones por el prado.

Tronchósele el gurguz al araucano,
Torciéndole con impetu al sacalle,
Y así con medio solo vino al valle
El penetrado cuerpo del cristiano;
Arroja el otro medio de la mano
El bárbaro, que es diestro en arrojalle,
Y dando á Salvatierra en la espalda,illa,
Por poco le volara de la silla.

En tigre el de Cantabria convertido
De verse por un indio descompuesto
Y ver que está por él en tierra puesto
Quien siempre camarada suyo ha sido,
Enderezando el cuerpo mal torcido,
Se va furioso á Térpoco dispuesto,
Los dientes apretados, y la espada
Al febrizante pulso encomendada.

Apenas con el bárbaro se junta,
Cuando, encogido el brazo y la cuchilla,
La encaminó derecha á la testilla,
Por donde al corazón entró la punta;
Mostróse luego allí la faz difunta.
Turbada, oscura, triste y amarilla,
Y en un instante el ánima de Terpo
Al bátraro bajó dejando el cuerpo.

De largo á largo el réprobo se tiende,
Haciendo retemblar la firme tierra,
Y el animoso Andrés de Salvatierra
De su caballo súbito desciende;
Do mientras mas de gana se contiene
Y mas el duro son de Marte atierra,
Llegado adonde el buen amigo yace,
A todo lo que debe satisface.

El íntimo gurguz le saca fuera,
Y casi no pudiendo levantallo,
Lo sube apenas vivo en el caballo,
Poniéndole los pies en la estribera;
Tras esto salta al suyo que le espera,
Y puesto en gran peligro por sacallo,
Lo deja fuera dél, tornando luego
Adonde se abrasaba todo en fuego.

Entróse á la batalla tan sangrienta,
Y ya por ambas partes tan reñida,
Que está la muerte á costa de la vida,
Pomposa, levantada y opulenta;
Alcanza muchas ánimas de cuenta,
Metiendo por la espesa mies crecida
Su cortadora hoz, que no perdona,
Y apríese los manojos amontonados.

Agrega tantos pues la cruda Parca
De las espigas bárbaras que siega,
Que cuando á Flegeton cargada llega,
Apenas el barquero las embarca;
Y como tan cargada va la barca,
En Lete la mayor parte se aniega;
Adonde, siendo tanta su hondura,
No es mucho que los deje mi escritura.

Mas no se olvidará de Chilcomaro,
A manos de Ramon de un golpe muerto,
Y menos de Quilpalco en dos abierto
Con otro de Miranda sin reparo;
Ni del feroz Pucheo ni Paylataro,
Que el capitán Quiroga, en todo experto,
Les hizo vomitar por dos heridas
Dos almas, dos alientos y dos vidas.

Pacheco, Santillan, Osorio, Bravo,
Riveros y don Pedro de Lovera,
Cortés, Reinoso, Barrios y Barrera
Llevaban el osado intento al cabo;
Valdivia y don Martín por otro cabo
Un escuadrón retiran de manera,
Que al próximo pantano se recoge
Adonde no hay caballo que lo enoje.

El resto derramado se distrae
Con apariencia clara de vencido,
Que siendo por España conocido,
A los postreros términos lo trae;
Hasta que ya en la errada cuenta cae,
Siguiendo lo que esotros han seguido,
Y haciéndose en las negras aguas fuerte,
Que ya en color de púrpura convierte.

Allí si algun caballo entrar pretende,
Atasca por lo menos hasta el pecho,
Hallándose al salir en duro estrecho,
Porque del cieno apenas se desprende;
Allí sin daño el bárbaro le ofende,
Y él se fatiga y cansa sin provecho;
Al fin allí se hiciera el juego maña
Si allí no usaran della los de España.

Do visto que las aguas los destruyen
Y presumir entrar allá es en vano,
Para sacar los indios á lo llano
Dan muestra cautelosa de que huyen;
Pues ellos que á flaqueza lo atribuyen,
Arrancan luego juntos del pantano,
Saliendo como perros de su casa
Si ven que huye de ellos el que pasa.

El que agua arriba siempre forcejando
Apenas con el pecho va delante,
Si vuelve las espaldas, al instante
Lo lleva el curso rápido volcando;
Así los españoles en quitando
Del enemigo y ciénaga el semblante,
Abajan lo subido raudamente
Llevados de la bárbara corriente.

La cual con tanta furia da tras ellos,
Hallándoles el ánimo crecido,
Que ya se ve el cristiano arrepentido
De haber así burládose con ellos;
Ya desde aquí de veras huye de ellos
El que hasta aquí de burlas ha huido,
Y ya de fuerza corre por el prado
Quien comenzó á correlle de su grado.

Quisiera bien al ímpetu oponerse,
Mas el temor le lleva á su despecho,
Como el que se arrojó por un repecho,
Que ya no es en su mano detenerse;
Ni en esta es ya dejar de suspenderse;
Así porque le queda largo trecho,
Como porque la mano; pluma y canto
No bastan para pies que corren tanto.

CANTO XI.

Siguen los nuestros la retirada y los indios el alcance, hasta que, llegados á entrar casi por el campo, mediante el órden y presteza del señor Gobernador, son resistidos; y revolviendo sobre ellos, que iban derramados, los hace recoger en la ciénaga, donde de la arcabucería con el principio de la noche da fin á la batalla, dejando los mas desheratados y muertos. Señálase en esta parte algunos particulares de los caballeros españoles con los mas bravos de los araucanos.

Jamás ha de tener temor cabida
Ni puerta para entrar al pecho humano,
Que siempre es á la entrada chico enano,
Y altísimo jayan á la salida;
Su condicion tan solo es atrevida
En si le daís el pié tomar la mano,
De suerte que despues no está en la vuestra
Dejarle de seguir por donde os muestra.

Ni en burlas parezcáis al temeroso,
Pues nunca fué seguro parecerlo,
Así como jamás dejó de serio
El parecer valiente y animoso;
Y si estuviere el sello en ser medroso,
Tened aviso grande en conocerlo,
Que suele disfrazarse el miedo helado
Alguna vez con máscara de osado.

No digo yo que fuese mal intento
Querer así burlar al enemigo,
Mas en las burlas, aun con el amigo,
Han menester los hombres ir con tiento;
Y deja bien probado el argumento
Lo que de nuestra gente arriba digo,
Donde, por dar al miedo puertas francas,
Trocó lugar el pecho con las ancas.

Quisieron, sin saber de burlas nada,
Prestar consentimiento á las primeras,
Juzgándolas entonces por ligeras,
De donde vino á series tan pesada;
Porque, si no es la burla moderada,
Es llano que de burla salta en veras,
Como lo muestra bien la referida,
Adonde no iba menos que la vida.

Mas como ya el temor habia crecido,
Llevándolos sin órden por el prado,
Dábales prisa el bárbaro alentado,
Colérico, feroz, embravecido;
Porque de ver que el ánimo han perdido,
El suyo largamente se ha ganado,
Tomando de la ajena cobardía,
Avilantez, orgullo y osadía.

Huyendo van los nuestros por su daño
De la pesada mano y pié ligero
Como del enemigo carnícero,
Sin su pastor, el tímido rebaño;
Aprieta juegan todos de calcaño
Batiéndolos con todo el cuerpo entero,
Segun sus alas bate la paloma
Si ve que el gavilan transido asoma.

De tanto golpearse van quebrados
Huesos, piés, estómagos, arzones,
Y cual si no tuvieran corazones,
Robada la color y despulsados;
Porque los pulsos todos derramados,
Se juntan de temor en los talones,
Haciéndolos pulsar con mas presura
Que el pulso de la recia calentura.

Pero por mas aprieta que los batan,
Con mucha mas los indios atrevidos
Alzando fieras voces y alaridos
Los corren, los aquejan, los maltratan;
Innumerables golpes malbaratan
Que al aire y á la tierra van perdidos,
Mas el que bien aciertan es tan caro,
Que no padece contra de reparo.

Millones de palabras afrentosas,
Injurias, vituperios, perrerías,
Envueltas en agudas ironías,
Despiden por sus lenguas venenosas:
«Volved acá esas maños hazafiosas,
Que para agora son las valentías;
Tened, tened un poco la carrera,
Que nadie os llevará la delantera.

» Tan poca estima hacéis de nuestra gloria?
Triunfos tantos, lauros y guirnalda
Tan presto las echáis á las espaldas
Manchando, por la vida, su memoria?
Mirad que se os derrama la vitoria,
Volved á recogella en esas faldas;
Parad y no temais nuestros poderes,
Que nunca hicimos daño á las mujeres.»

Aquel enorme y duro Galbarino,
Mas rauda y encendido que una hala,
Les va gritando: «Tente, hala, hala,
A ver si te valdrá el poder divino.»—
«¿Por dónde vais? que es largo ese camino,
Les dice el orgulloso Cadeguala;
Hermanos por acá, que á ser hermanos,
En vez de piés usárais de manos.»

Az diciendo, el bárbaro se arroja,
Y asido de un caballo por la pierna,
Casi le descoyunta y desgoberna
Doblando al triste dueño la congoja;
Mas no pudiendo mas, la deja coja,
Y como si la cola fuera tierna,
Estira della el indio con un brazo
Tan recio, que le arranca todo el mazo.

Velo rabioso y muérese la mano,
Mordiendo juntamente de las cerdas,
Y dícese frenético: «Así muertas
El corazon infame del cristiano.»
Con esto las entrega al aire vano,
Diciéndole: «Tén cuenta y no las pierdas,
Que tantas como son, serán las vidas
Por estas crudas manos fenecidas.»

Sin mas decir, esquiva de la yerba
Su voladora planta el indio fiero,
Siguiendo á nuestra gente el delantero
Con furia mas que rabida y proterva;
No menos va la bárbara caterva,
Juzgándose por misero el postrero,
Bien como los vaqueros tras las vacas,
Alzando mil confusas alharacas.

Con tal teson, tal impetu y denuedo
Los contumaces bárbaros segalan,
Que ya los pocos nuestros no se vian
De la tisera de Atropos un dedo;
Hasta que al fin, llevados por el miedo,
Al campo, en breve término, volvian,
De donde, con vergüenza de su gente,
Hicieron rostro al pérfido insolente.

Cual galgo que de muchos perseguido
Por una y otra calle huyendo pasa,
En viéndose en la puerta de su casa,
Suele cobrar el ánimo perdido;
Y allí del miedo torpe sacudido,
Revuelve contra todos, vuelto en brasa,
Mostrándoles colmillos regañados,
En vengativa cólera amolados;

Así volvió rabiando nuestra gente,
Y ardiéndose en coraje de corrida
Por verse de los bárbaros corrida,
A vista de su ejército potente;
El cual, como el contrario va de frente
Entrársele con furia desmedida,
Movió su fuerza toda á recebillo,
Habiéndolo mandado su candilillo.

Mas el furor y estrépito era tanto
Con que el poder incrédulo venia,
Que salvo en el valor de don García,
En otros cualesquier causara espanto;
Estuvo por los suyos puesto á canto
De peligrar su crédito aquel día,
Por solo haber tenido tal desorden,
A no le hallar los bárbaros en orden.

Si el que les dió guardaran los cincuenta,
Conforme le llevó Ramon, preciso
Para reconocer y dar aviso,
No los pusiera el indio en tal afrenta;
Mas como por su mal erró la cuenta,
Y luego acometer sin orden quiso,
Volvió forzosamente, cual figuro,
Poniendo en contingencia lo seguro.

Aunque salió tan bien el desconcierto,
Que vino á ser en parte necesario,
Para que, derramándose el contrario,
Fuese mejor vencido en campo abierto;
Sacó fortuna aquí del yerro acierto,
Porque esta no tan solo de ordinario
Humilia á don Hurtado la cabeza,
Mas lo que va torcido le endereza.

Morióse pues, cual dije, con su gente
A resistir la bárbara violencia,
Y fué con tal valor la resistencia,
Que el pérfido bajó la altiva frente;
Porque retrujo luego la corriente,
Topando con la hispánica potencia,
Y á no regilla el brazo mendocino,
También se la llevara de camino.

Como las ondas tímidas que vienen
Sus vientres mas que hidrópicos alzando,
Y al trono celestial amenazando,
En dando con las peñas se detienen;
Y como allí les hacen que se enfrenen,
En su dureza el impetu quebrando,
Se ven así quebrar las indas olas
Llegadas á las peñas españolas.

Mas bien como esas ondas no pudiendo
Romper por las barreras peñascosas,
Revientan de coraje y espumosas
Están, aun siendo frías, hirviendo;
Así los enemigos no rompiendo
Las contrapuestas armas poderosas,
Comienzan á hervir con nueva rabia
Subiendo ya su cólera á la gavia.

Revuélvense los campos en un punto,
El poderoso Arauco y fuerte España,
Cuya mezclada sangre al suelo baña,
Nadando en ella el vivo y el difunto;
El humo, el fuego, el polvo, todo junto,
Al sol, al cielo, al aire, á la campaña
Ofusca, ciega, turba y oscurece,
Y el mar de tanto golpe se ensordece.

Por todo el escuadron á toda presa
Con sus falcadas ruedas hiende y parte
El fiero belicoso y crudo Marte,
Alzando polvorosa nube espesa;
Y todo en sangre tinto se atraviesa,
Haciendo que por una y otra parte
Crezca la furia y cólera en los pechos,
Las iras, los furoros y despechos.

La furibunda y bélica Belona,
En carro ardiente rápido y ligero,
Y de lucientes láminas de acero
Armada su fortísima persona,
Con la sangrienta lanza no perdona
La malla, el escamplí ni doble cuero;
Alzada va la Némesis con ella,
Que contra el mas soberbio se descuella.

En medio destas dos, vibrando el asta,
Con el aspecto duro y denodado,
Se representa el jóven don Hurtado,
Mostrando á todos bien que solo basta;
No tresdobla la piel ni fina pasta
Es parte á resistir su golpe alzado,
Pues cuando se le pone alguno á tiro,
Le hace dar el último suspiro.

Encuentra con el réprobo Chilicote,
Que velle blasfemando le provoca
A le ensartar el asta por la boca,
En pena de su culpa y justo azote;
De allí la saca recto y de otro bote,
A Chaco, que soberbio al mundo apoca,
Le esconde el rojo hielro en el costado
Tendiéndole sin alma sobre el prado.

Desnuda luego en alto la cuchilla,
Y por la espesa hueste abriendo pizaa,
Desmiembra, descoyunta, despedaza,
Cercena, corta, rompe y acerbilla;
Con lengua y mano exhorta á su cuadrilla,
Incita, mueve, rige, ordena y traza,
Y tanto menos cédula le ciega
Cuanto se mete mas en la refriega.

Con tal ferocidad embiste y parte
Don Luis, aquel famoso de Toledo,
Que el pecho do infundiere poco miedo
Ha de tener infuso dentro á Marte;
Aguayo y Juan Ramon por otra parte
Aplacan bien el bárbaro denado,
Poniendo cada cual con brazo fuerte
Mil vidas en los brazos de la muerte.

Don Pedro, aquel Nestor de luengos años,
Habiendo ya llegado á la postrera,
Como en la juvenil edad primera,
Los golpes que descarga son extraños;
Asomanse intestinos y redaños,
Por donde va la espada carnícera
Del capitán Rengifo y la de Ulloa,
Bienes de mucho mas que desta loa.

No menos del ejército araucano
Se dan á conocer en daño nuestro
Lincoya y Millanturo, mozo diestro,
Que nunca descargó la maza en vano;
El duro Galbarin, de rabia insano,
La clava juega á diestro y á siniestro,
Mas fiero que la víbora pisada
Y que mujer por celos enojada.

Haciendo mil volcanes de la vista
Y tóxico mortal del cuerpo y cara,
Se mete por los nuestros Tulcomara,
Sin que tan presto alguno le resista;
No hay hombre ni caballo que no embista,
Ni cosa que le oponga lo repara:
Per todo rompe y va desahorado
De morir ó vencer determinado.

Mancon y Rengo siguen al Sargento,
Entrándose tras él por nuestro bando,
Y parte del hiriendo y maltratando
Con un furor indómito y violento;
Caballo que les pone impedimento,
Ninguno se va dellos alabando,
Pues por armado y rápido que venga,
Mancon lo manca y Rengo lo derrenga.

El alto don Felipe, que los mira
Y vuelve á sus pasados la memoria,
Ganoso de apoyar aquella gloria
Solo contra los dos derecho tira;
Alzó Mancon la maza envuelta en ira,
Contando ya por suya la vitoria,
Mas hizo errar la cuenta y golpe fiero
El Español destruído y ligero.

Un salto da al través el sueito infante,
Y el ponderoso leño viene á tierra,
Adonde mas del miedo se sotierra,
Embarazando al bárbaro arrogante;
Mas antes que furioso lo levante
El Español con él aguja y clava,
La pica en ambos puños apretada
Y al enemigo vientre encaminada.

Rengo, que va venir el bote fiero,
Le impide su camino con la maza,
Que el duro fresno quiebra y despedaza,
Sacando del peligro al compañero;
Y luego mas que un pájaro ligero
Se arroja cudicioso tras la caza,
Enderezando un golpe temerario
A las herradas alenas del contrario.

Mas tuvo don Felipe tal ventura,
Por lo que tiene el fin de don García,
Que cuando Rengo el brazo decendía,
Bajaba ya Mancon su mano dura;
Y como cada cual por sí procura
Hacer un mismo efecto y una via,
Por dar Mancon el golpe al enemigo
Le da sobre la clava del amigo.

Sobre la cual, cruzado el duro leño,
Hace probar su furia al verde llano,
Y librase de entrambos el cristiano,
Que deshiciera un monte el mas pequeño;
¡Oh qué sabido rostro y bravo ceño
Volvió por esto Rengo al Araucano!
Diciendo: «¿Qué se espera de nosotros,
Si ya nos impedimos unos á otros?»

»Pues aunque pese al cielo y á la tierra
Y pese al ancho mar y al hondo abismo
Yo solo contra todo el cristianismo
Sustentaré la maza en cruda guerra;
Y á toda la infernal canalla perra,
Y al mismo Eponamon, si viene el mismo,
Haré, si me lo estorba, entre estos brazos
Mil piezas, mil ahicos, mil pedazos.»

En tanto el Español su espada fuera,
Y de la tierra alzando un rolo escudo,
Contra Mancon levanta el filo agudo,
Enviándole derecho á la mollera;
Sobre la maza el bárbaro lo espera,
Mas tanto el vigoroso brazo pudo
Que el golpe sin haber cortado el leño
En tierra sin sentido puso al dueño.

Al estallido, Rengo se rodea,
Y viendo al compañero derribado,
Revuelve á don Felipe de Hurtado,
Con término de darle á la pelea,
Cogiéndole por bien que se lea,
Con la crugente clava el diestro lado,
A cuyo son, por poco que le alcance,
Entrambos piés hicieron su mudanza.

Bajara el fiero golpe á la cabeza,
Si menos ella del se desviara,
Y el casco con los hombros igualara,
Echando por su parte cada pieza;
Sentido el caballero se endereza,
Y del segundo golpe se repara,
Metiéndose debajo del escudo
Y cerca del contrario lo que pudo.

Guardóle el aguardar con tal postura,
A causa de que dió la dura maza
Abajo del codillo media brasa,
Que es casi con la misma empuñadura;
Mas alcanzó á romper del armadura
Con parte del escudo y la coraza,
Dejándole del golpe estremecido,
Cual roble por el viento sacudido.

Corvó el erguido cuello y la rodilla
Por merecer el golpe tal crianza,
Mas presto se endereza á la venganza,
Tendiendo el cuerpo, el brazo y la cuchilla;
Y á Rengo que esperaba á rebatilla
Le engaña su reparo y esperanza,
Porque con ademan de darle un tajo,
Le hiere de una punta mas abajo.

Por el derecho lado entró la espada,
Sacando un grueso caño á la salida,
De sangre mas en cólera encendida
Que del color nativo acompañada;
Mas fué tan al soslayo la estocada,
Que no sacó del bárbaro la vida,
El cual á la sazón está de suerte,
Que tiene del temor la misma muerte.

Sobre las puntas últimas se empuña,
La temerosa clava levantando,
Y viene con tal furia descargando,
Que el aire solo á muchos desatina;
A la cabeza el indio la encamina,
Mas don Felipe, el cuerpo desviando,
Remite el duro golpe al suelo duro,
Caya respuesta dió en el reino oscuro.

No pierde la ocasión el batizado,
Mas viendo al fiero bárbaro impedido,
Se tiende con el diestro pié metido,
Tirándole un revés desalinado;
Llévrale con él sin duda un lado,
Si Rengo con un salto desmedido,
De la corriente espada no huyera,
Salvando quince piés de la ribera.

El Español, hiriendo al aire vano,
Volvió por ver al indio donde estaba,
Que ya tornado en áspide tornaba
La maza y muerte en una y otra mano;
Cuando Mancon del verde y rojo llano
Su derribado cuerpo levantaba,
No tanto en su bestial sentido vuelto
Cuanto en furor y viva saña envuelto.

Levanta su baston fudoso en alto,
Y contra don Felipe salta presto,
Que como está con Rengo no está en esto,
Ni al enemigo ve ni siente el salto;
Por donde le pusiera el nuevo asalto
Quizá do no quisiera verse puesto,
A no venir Bernal por esta parte
Haciendo de la suya lo que Marte.

Al punto pues que el bárbaro furioso
Llegaba á secutar el golpe esquivo,
Emparejó Bernal, trasunto al vivo
De aquel Bernardo célebre y famoso;
Y visto el duro trance peligroso,
A su caballo arrima pié y estribo,
Bajando el asta y brazo firme al pecho,
Al de Mancon incrédulo derecho.

Tan súbito el católico arremete,
Y el indio va de cólera tan ciego
Con el armado lance de su juego,
Que por la lanza él mismo se le mete;
Falsó la punta al duro coselete,
Que no le falsaría el mismo fuego,
Y entrando por los pechos impedida,
Salió por las espaldas con la vida.

Quedó Mancon tan fiero y espantable,
Tan bravo, tan feroz y tan sañudo,
Que con estar de espíritu desnudo,
Estaba al parecer incontrastable;
Tras cuya negra faz abominable,
El cuerpo liso, indómito y membrudo
Cayó sin alma en tierra del encuentro,
Y el ánima sin cuerpo mas adentro.

Mas no se fué Bernal sin pago desto,
Porque le dió tal golpe el brazo fuerte
Con la vascosa rabia de la muerte,
Que casi le dejó en sus manos puesto;
Pues mal su grado en éxtasis traspuesto,
Por tres ó cuatro partes sangre vierte,
Dejando sin acuerdo larga pieza
Torcida sobre el pecho la cabeza.

Llevóle su caballo así dormido
Sin que le despertase tanto estruendo,
Hasta que ya los párpados abriendo,
Echó de ver en sí lo sucedido;
Y mas por ser de un bárbaro sentido
Que el fiero golpe rústico sintiendo,
Revielve á señalarse en la batalla
Haciendo su blason de cuanto halla.

A Rengo y don Felipe de Mendoza
Un punto en su combate no les vaga,
Porque si presta el uno, el otro paga,
Y si este despedaza, aquel destroza;
Hierva el furor, la cólera reboza,
Y el encendido fuego no se apaga,
La corajosa fiebre no declina,
Ni la fortuna lábrica se inclina.

Con fuerza, con tison, con arte y mafia
Se aguardan, se reciben y se tientan,
Se hieren, se quebrantan, se atormentan,
Creciendo mas y mas su cruda saña;
Anégase en la sangre la campaña
Que los sensibles órganos revientan,
Y del espeso humo el aire vano
Está para tomarse con la mano.

Bien es verdad que el indio ya gastaba
De sus hinchadas venas el tesoro,
Y pródigo tambien por cada poro
Sudor caliente y grueso derramaba;
Mas no por esto minima bajaba
Del entonado punto en su decoro,
Antes por ir subiéndole mas alto,
Estaba á la sazón de aliento falto.

Pues como el enemigo así le siente,
No porque menos bravo el golpe tira,
Sino porque pesado se resista,
Procura darle priesa mas ardiente;
Con que tornado Rengo una serpiente
Y del cabello al pié deshecho en ira,
No solo el brazo válido no dobla,
Mas golpes, fuerza y ánimo redobla.

Con todo lo pasara no sé cómo,
A no venir Purén á socorrerlo,
Y el valeroso jóven Orompello
Con un baston pesado mas que el plomo,
Para que el Español abaje el lomo;
Mas hallanle tan lejos de hacello,
Que á recebilles va determinado
Y el cerro mas que nunca levantado.

En esto Pedró Dolmos de Aguilera,
Don Pablo de Espinosa y Diego Cano,
Cubriendo de cadáveres el llano
Por este lado tuercen la carrera;
Al tiempo que el valiente mozo espera
Alegre, contentísimo y ufano,
La suerte venturosa que le sale
Para mostrar al mundo lo que vale.

Pesóle de que en blanco le saliese,
Saliendo los que digo á la parada,
Por entender que al filo de su espada
Quitaban la mitad del interese;
Mas presto ve ser yerro que le pese,
Porque la mano pérdida y pesada
A su pesar le carga de manera,
Que dalle alguno el pesame pudiera.

Principiase el horrisono combate,
Soplando el belicoso vivo fuego,
Y entáblase tan bien el duro juego,
Que lleva cada cual seguro el mate;
Mas esle ocasion de que se empate
Llegar un gran tropel de gente luego,
Que el ajedrez armado desbarata,
Y los trebejos bárbaros maltrata.

Bien se desquita desto Cadeguala,
Que con macana rústica y maciza,
Amaina presto al brazo que mas iza,
Y al que es mas señalado le señala;
Con ella quiebra, hiende, barre y tala,
En hombres y caballos hace riza,
Pues nunca la levanta para el cielo
Sin que derribe alguno por el suelo.

Entre ellos va el infiel con saña esquivá,
Sin perdonar su cólera á ninguno,
Y al buen Rodrigo Palos le da uno,
Con que molido en tierra lo derriba;
A Pachó y Peranton del seso priva,
A Sancho de Esquivel no deja ayuno,
Porque tambien probó su dura mano,
Y aun vino dando dellas á lo llano.

Encuentra con el misero Tiruca,
Amigo, natural del fértil Guasco (36),
Y asíéntale tal golpe sobre el casco,
Que envuelto con los sesos lo machuca;
A Pimaquen sin ánima trabuca,
Y á Levocan, mas fuerte que un peñasco,
Lo estrella de otro golpe, y de otro á Guerpó
Le desfigura y muele todo el cuerpo.

Al descargar la maza sobre Guebra,
Ligero se hurtó del golpe insano,
Y como con tal ímpetu da en vano,
Por tres ó cuatro partes se le quiebra;
¿Qué vibora, qué sierpe ni culebra
Se puede comparar al Araucano?
Quecar parece al cielo con miralle,
Y helárselo de miedo todo el valle.

Luego la amiga turba congregada,
Por ver que está sin arma el indio fiero,
Con ansias de le hacer su prisionero,
Lo embiste de temor asegurada;
Mas él entonces da tan gran puñada
En medio de las sienes al primero,
Que cual si fuera el casco de manteca,
Lo sume dentro el puño y la muñeca.

Tras este en el estómago de Guento
Tal cox embiste el pié del indio crudo,
Que puesto en la garganta un grueso hudo,
Dejó cerrado el paso del aliento;
Al punto los demás con escarmiento
Se apartan dél y déjanlo sañudo,
Brotando por los ojos mas que fuegos
Y desquiciando al cielo con ranlegos.

Airado Julian de Valenzuela
De ver en los amigos tal matanza,
Enriscra contra el bárbaro su lanza,
Jugando al mismo tiempo de la espuela;
Por la cerrada gente rauda cuela,
Y al crudo infiel colérico se lanza,
Que espera exento, firme y temerario
Al temeroso encuentro del contrario.

El cual caballo y asta junto envía
Al desarmado y áspero guerrero,
Mas el sudaz, que sabe ser ligero,
De todo con un salto se desvía;
Con otro y con diabólica esadía,
Después de haber pasado el bote fiero,
Cual gato al enemigo se abalanza,
Echándole las presas á la lanza.

Y aunque la tiene bien la recia mano,
Mas fácil que una mal asida estaca,
De los cerrados puños se la saca,
Y contra su señor la vibra ufano;
El cual se aparta un poco á poner mano
Y vale dando el bárbaro matraca,
Creyendo que de flaco no le espera,
Mas veie revolver la espada fuera.

Trabárase batalla tan reñida,
Que fuera bien de ver á costa dellos,
A causa de que son de erguidos cuellos
Y poco estimadores de la vida;
Mas fué la furia de ambos impedida,
Llevándolos de allí por los cabellos
Un bárbaro escuadron sobresaliente
Con otros diez ó mas de nuestra gente.

Quedó con tal vergüenza y corrimiento
Por la perdida lanza el fiero Hispano,
Que de cobralla él mismo por su mano
Hace mirando al cielo juramento;
No puede verse agora el cumplimiento,
Mas no es de presumir que jura en vano
Quien tiene ya de atrás en mil contiendas
Tan bien aseguradas estas prendas.

En esto ya la cosa está de modo,
Que en mar bermejo el campo se convierte,
Y tanto dan que hacer aquí á la muerte,
Que dudo si podrá acudir á todo;
Arrolla cuerpos bárbaros á todo,
Sin reservar humilde ni alta suerte,
Y de cortar apríesa tanto hilo
Tiene mellado ya su agudo filo.

Por donde el valeroso don García
Con Juan Ramon, Bastida y Diego Cano,
Quiroga y don Simon el Lusitano
Adelantado á Marte discurría;
El infido escuadron se retraía
A las inmundas aguas del pantano,
Porque para librarse de su fuego
Al agua es menester que acuda luego.

Los otros en la resta van haciendo
Tal riza, tal matanza, tal estrago,
Que ya tambien los van al hondo lago,
Por mas que se detienen, recogiendo;
Mas no por esto dejan de ir siguiendo,
Y porque allí no queden sin su pago,
De los caballos saltan al instante
Entrando por la cienaga adelante.

Donde el plebeyo bando á quien espanta
De la terrible muerte el duro encuentro,
Se mete la laguna mas adentro
Hasta tener el agua á la garganta;
Mas cuando la desdicha se adelanta,
Aunque se meta el hombre allí en el centro
Y en sus cavernas últimas se aloje,
Allí lo va á buscar y allí lo coge.

Allí la fuerte manga de horrenuelos,
Por Pedro del Castillo gobernada,
Les da tan presurosa rociada,
Que ya no deja el humo ver los cielos;
Y aunque entre el agua esconden frente y pelos,
Al fin para salvarse todo es nada,
Pues bien no se descubre un dedo dellas
Cuando la dura bala está con ellas.

Allí, como á los patos en el agua,
Apunta el arcabuz y el plomo asienta,
Allí con sangre el agua se ensangrienta,
Y el puro humor sanguino allí se agua;
Ya hierve el negro lago vuelto en fragua,
Que la espumosa sangre lo calienta,
Ya el cuerpo en esta cienaga se ahoga,
Y en la de Flegeton el alma boga.

Trasunto es este lago del averno,
Segun está humoso y pestilente,
Y porque tiene en sí calor ardiente
Con el contrario efecto del invierno;
Para que cuando baje al hondo infierno
A profesar tormento eternamente,
El indio miserable y desdichado
Haya tenido aquí su noviciado.

Por todas partes ya la muerte esquivá
Ha puesto á su vivir mortal atajo,
Agora con el agua por abajo,
Agora con el fuego por arriba;
Mas esta gente indómita y ákiva,
Aunque se ve en tan áspero trabajo,
Cercada de contrarios elementos,
No quiere desistir de sus intentos.

Tienen sus almas réprobas sujetas
A dura ostinacion de tal manera,
Que están, con ver la Parca y su tisera,
Diciendo, como dicen, tiserasas;
¿Qué tienen que hacer los masagetas?
¿Qué los caribes fieros? ¿Qué la fiera
Criada en la arenosa Libia ardiente,
Con esta endurecida y cruda gente?

De allí con ver su daño sin remedio,
Ya que dañar no pueden de otro modo,
Trabajan por cerrar á piedra y lodo
La puerta de cualquier partido y medio;
Y aun con estar la muerte y agua en medio,
Queriendo algunos ya romper con todo,
Se vienen desalmados á la orilla
Midiendo con su maza la cuchilla.

El uno dellos es el bravo Rengo,
Que tiene por afrenta retirarse,
Y que por ello viene á desinistrarse
Su ilustre sangre, estrípe y abolengo;
Y así con un ramon fudoso y fuengo,
Que pudo por su mano desgajarse,
Empleza á mantener de nuevo guerra,
Ganando por las mismas aguas tierra.

Tan junto vino á estar el indio della,
Que á la rodilla el agua no le toca,
Y como no es de aquellos que en la poca
Se suelen abogar, se va por ella;
Donde con dos, con tres, con mas se estrella,
Haciéndoles pensar que es una roca,
Segun las muchas olas que lo baten
Y lo poquito ó nada que le abaten.

Un golpe descargó de tal manera
Encima del dispuesto Curalongo,
Que le dejó en el cieno como hongo
Con la celada sola y cuello fuera;
Y entrándole á herir en delantera
Hernando, un atrevido negro congo,
Con otro tan redondo lo derriba,
Que ya no da señal de cosa viva.

Un esforzado jóven que se afrenta
De ver pasar así fiereza tanta,
Por el estero arriba se adelanta
A Rengo, que de cólera revienta;
Mas en llegando, el ramo se le asienta
Tan lleno de vigor, que como á planta
Que tiene ya su foso abierto á mano,
Le planta medio cuerpo en el pantano.

No puede tolerar el bravo Andrea
Como de atrás estaba amordazado,
Aunque entendiera entrar con él á nado,
Que el indio se sustenta en la pelea;
Y así en la margen húmida se apea,
Por acabar allí lo comenzado,
Poniendo escudo, espada y mano á punto,
Encaminado á Rengo todo junto.

Es tanto lo que el bárbaro se agrada,
Y tiene desto el alma tan gozosa,
Que con estar en agua cenagosa,
Se bafia de contento en la rosada;
Y muéstralo en salille á la parada
Tres pases de la cienaga lamosa,
Poniéndose en peligro manifiesto,
A trueque de topar con él mas presto.

Encuéntranse, y el bárbaro gallardo
Es el primero en dar su golpe fuerte,
Del cual se aparta y libra de la muerte
El de Levante, suelto mas que un pardo;
Y en respondelle fuera menos tardo
Si el rudo leño diera de otra suerte,
Mas dió en el agua, alzado della un golpe,
Que le cerró los párpados de golpe.

Con todo le tiró tal punta á tienta,
Cosiéndole con ella una costilla,
Que si algo mas encarna la cuchilla,
Le priva del vital y dulce aliento;
Por donde tanto crece tu ardimiento,
Oh bárbaro soberbio, en la rencilla,
Que alguno por mirar las manos tuyas,
Olvida lo que tiene entre las suyas.

Con su troncon el indio se revuelve,
Y acá y allá furioso lo rodea,
Mas con su espada rígida el Andrea
Metiendo puntas entra, sale y vuelve;
El uno y otro en cólera se envuelve,
Y el agua á costa de ambos bermejea,
Mas nadie de su punto punto baja,
Ni se conoce punta de ventaja.

Cual suele combatir el peje-espada
En medio el ancho mar con la ballena,
Donde si con la espada aquel barrena,
Aquella con la cola da colada,
Y el agua por entrambos alterada,
En desacorde y ronco acento suena,
Mostrando el cano rostro enrojecido
Y el manto azul de púrpura teñido;

Así los dos se avienen en su lago,
Donde si con la espada el nuestro acude,
Con su ramon el bárbaro sacude,
Y aun raras veces da con él en vago;
Mas no por esto queda sin su pago,
Porque le hace el italo que sude,
Y así padecen ambos de tal arte,
Que bien parecen mártires de Marte.

Mas antes que les diese la corona
Llegaron, suspendiendo su fortuna,
Gudines y Juan Alvarez de Luna,
Pedro Cortés, Montiel y Barabona;
Poniendo cada cual por su persona
Sus hechos en el cuerno de la luna,
Mas por subir los suyos sobre Apolo,
Espera á todos seis el indio solo.

Jamás la tigre en Africa nacida
Al cenagal espeso retirada,
Cuando es por los monteros acosada
Y ve tomado el paso á la guarida,
Sacude tan feroz y embravecida
Al un ventor y al otro manotada,
Como á los seis el bárbaro desnudo;
Al recio revolver del ramo rudo.

Mas dale tanta priesa nuestra gento,
Que viendo lo que puede allí ganarse,
Determinó, guardándolos, guardarse
Para mejor sazon que la presente;
Y sin volver la altiva y dura frente,
Su paso á paso empieza á retirarse,
Entrándose algo mas al hondo cieno,
De lodo, de sudor, de sangre lleno.

Abajo, arriba y dentro del pantano,
Revuelto ya tambien andaba todo,
Sin limite, sin término, sin modo,
Dañándose á pié quedo y mano á mano;
Con todo lo que hallan á la mano,
A palo, á hierro, á puño, á diente, á lodo.
Despues que rompen, baten, muerden, ciegan
Con agua de la cienaga se riegan.

Cuál tumba, cuál impele, cuál arroja,
Cuál entra, cuál se hunde, cuál atasca,
Cuál sale, cuál se impide, cual se enfrasca,
Cuál traba, cuál aprieta, cuál afloja;
Quién con su propia sangre se remoja,
Y helados cuajarones della masca,
Quién traga espeso lodo, quién la muerto,
Que sobre todos es el trago fuerte.

Bastida, Luis, Cherinos, Hortigosa,
Valdivia, Perogomez, Castañeda,
Riberos, Lira, Cáceres, Cepeda,
Carranza, Payo, Córdoba, Espinosa,
Urbina, Diego Perez, Hinojosa
Y el noble caballero de Pineda
Han muerto por sus manos tanta gento,
Que sirve ya en la cienaga de puente.

Matienzo, Márcos Vea y Murgula,
Pantoja, Santillan y los Verdugos,
Del indio son tan ásperos verdugos,
Que tienen hecha del carnicería;
Los fuertes Albarados y Mejía
Deshacen cuerpos grandes en mendrugos;
De Villagran, de Viezma, de Abendaño
Recibe el enemigo sumo daño.

Vasco Juárez de Avila y Pacheco,
Manrique, Vaca, Zúñiga y Castillo,
Gaspar de la Barrera y Delgadillo
Matando arrastran indios á lo seco;
Jamás el duro golpe dan en hueco
Aranda, Juan de Barrios ni Carrillo,
Pues Peñalosa y Peña, por ser hombres,
En medio de las aguas son sus nombres.

Tambien acá en lo llano se oía
De golpes y caballos gran rüido,
Y era que del ejército esparcido
Alguna gente allí quedado habia;
Que retirarse al lago no queria,
Ni darse, con ser pocos, á partido,
Sino morir primero en la campaña
Que oír cantar victoria por España.

Algunos y los mas gozaron dello
Quedando sin las vidas en el prado,
Y los demás con ellas mal su grado
Rindieron al cordel muñeca y cuello,
Excepto el enemigo de Ormpello,
Aquel rebelde crudo y obstinado,
Aquel enorme y duro Galbarino,
Que quiso echar por áspero camino,

Pues este portinaz, que mas desea
La muerte del contrario que su vida,
Por mas que ve á los suyos de caída,
No pierde su furor en la pelea;
Antes mejor que nunca se rodea
Con la pesada porra descrita,
Tan fiero, espumajoso y emperrado,
Que es cuerdo quien procura dalle lado.

Alcanza con un golpe á Quiracolla,
Y aprénsale los cascotes sobre el pecho;
A Llénito deja manco, á Chui contrechó
Y toda la falcion á Ruico abolla;
Celadas, picas, bárbaros (37) arrolla,
Por todos va llevándolos á hecho,
Sin que repare ó mire quien le hiere,
Que ya morir matando solo quiere.

Mas visto lo que pasa, tres varones
Con el divino autor de la *Araucana*,
Queriendo refrenar su furia insana,
Batieron contra el indio los talones;
Y danle tan terribles encontrones,
Que á su pesar el bárbaro se allana,
Poniendo las espaldas con el suelo
Y las curtidias plantas en el cielo.

Cargaron cudiolosos al momento
De los amigos indios maltratados,
Por verso del incrédulo vengados
Y desquitarse dél á su contento;
Mas él se defendió de mas de ciento
A coces, á puñadas y bocados,
Hasta que al fin al número añadido
Dificulosamente fué rendido.

En esto esotra gente del pantano,
Que ya sufrir el daño no podia,
Del lodo por las aguas se metia
Alzando del combate el pié y la mano;
Y en fin, al bosque lóbrego y cercano
Tomaron por la ciénaga la via,
Quedando su pestifera hondura
Hecha de muchos cuerpos sepultura.

No fueron del Católico seguidos,
Por ser lugar tan áspero y fragoso,
Y para entrar por él dificultoso
A causa de los árboles tejidos;
Fuera de que jamás con los vencidos
Usó del crudo filo riguroso,
Sino del mas suave y mas templado
El noble corazon de don Hurtado.

Demás de que, saliendo del tridente,
Entraba recogiendo los pastores
Aquella que confunde los colores
Y al trabajar enfrena la corriente;
Mostró con ella el prado mustia frente,
Quedando como lánguidas las flores,
Y era que luto el orbe se ponía
Por denotar las muertes deste día.

Los nuestros de la noche convidados,
Y del trabajo duro constringidos,
Privando del sentir á los sentidos,
Suspenden, sin descuido, sus cuidados;
En tanto pues que duermen los cansados,
No es bien que yo despierte los dormidos,
Que desto servirán mis cantos muertos,
Y no de que se duerman los despiertos.

CANTO XII.

Hace Galvarino una invectiva, reprehendiendo á los indios amigos, que le traen preso para ser justiciado. Mándale cortar las manos, donde muestra el indio su crecido esfuerzo y obstinado corazon, instando en que le déa muerte; mas envíanle vivo por ejemplo á su tierra. Cántase lo que á Tucapel y Gaslewa sucedió en el bosque, persiguiendo su extraña y maravillosa aventura. Parece Taiguano vivo ante ellos, habiéndole sido ya llorado por muerto; promete contar las grandes cosas que le han pasado. Dase en la moralidad y principio del canto la razon de ser los indios antes del nuevo Gobernador siempre vencedores; despues en su gobierno vencidos.

Es el inmenso Apó (38) tan justiciero,
Que no hay dejar amigo ni enemigo,
Aquel sin premio ni este sin castigo,
Cumplido el plazo y término postero;
A todos lleva Dios por un rasero,
Al grande, al chico, al próspero, al mendigo,
Que todos han de ser en esto iguales
Así como lo son en ser mortales.

¡Oh cuánto sufre, pasa y disimula,
Haciéndose del sordo, ciego y mudo!
No para que sospeche el hombre rudo,
Que su poder sin límite se anula,
Mas porque se aproveche desta bula,
Y no lo espere hacer al punto crudo,
Porque es como el pastor con su ganado
Que sabe usar del silbo y del cayado.

Procure pues el hombre estar alerta,
Y mire que si el tiempo gasta en vano,
Cuando se jurgue en medio del verano,
Dará el invierno golpes á su puerta;
Y aunque este llegue tarde, es cosa cierta
Haber de parecerle que es temprano,
Porque jamás lo espera ni previene
Y hasta que está sobre él no ve si viene.

Al paso que dilata Dios la pena,
Su culpa el hombre ingrato multiplica,
Con que su causa el uno justifica,
Y el otro por la suya se condena;
Pues aunque la divina mano llena
No es menos franca y pródiga que rica,
No hay cosa tan menuda ni olvidada
Que no la tenga vista y apuntada.

¡Quién como nuestro Dios en lo criado
Que allá sobre los ángeles reside,
Y á nuestras causas mínimas preside
Como si no tuviera mas cuidado?
El es quien al sayal como al brocado
Siempre con una propia vara mide,
Sin aceptar linaje de persona
Desde el cayado al celro y la corona.

Bien es verdad que léjos de intereses,
Castiga Dios con mano mas pesada
La conocida res de su manada
Que las que no conoce por sus reses;
Mas como todos son sus feligreses,
Y viven por el tiempo que le agrada,
A todos por su bueno y por su malo
Hace probar al fin del pan y el palo.

No teme verse Dios necesitado
Para que no castigue en su hacienda,
Aunque cual justo padre en la contienda
Castigue mas al hijo que al criado;
Mas cuando vive el tal desenfrenado,
Y el hijo sujetándose á la rienda,
No quiere Dios ni debe hacer tal yerro
Que quite al hijo el pan por dallo al perro.

Mil pruebas tiene desto lo profano,
Y en el volúmen sacro las tenemos,
Mas ¿para qué tan léjos las queremos,
Teniéntolas aquí tan á la mano?
Mientras sulcó el ejército cristiano
En Chile el mar del vicio á vela y remos,
Jamás gozó de próspera fortuna,
Porque sin Dios mal puede haber alguna.

Mas cuando ya, mudándoles la guía
Con el piloto diestro mendocino,
Bejaron su derrota y mal camino,
Tomando nuevo rumbo y otra vía;
Pasóseles la noche y vino el día,
Sopóles el espíritu divino,
Ganando al enemigo el barlovento,
Como parece claro por mal cuento.

Dos veces los derriban de sus cumbres,
No porque agora fuesen menos fuertes,
Mas porque van trocándose las suertes
Al paso que se truecan las costumbres (39);
Que aquel por nombre el Padre de las lumbres,
De vidas es autor, que no de muertes,
Y así no mata Dios, mas bien mirado
A cada cual le mata su pecado.

Bien se pensaba ser un fijo polo
Arauco en sus vitorias y blasones,
O por tener tan bravos escuadrones
Tener á su mandar la luz de Apolo;
Y el crudo Galbarino por ser solo,
Bien se creyó pasar entre renglones,
No viendo, por estar de lumbre falto,
Que nada se le pasa á Dios por alto.

Patente está el engaño del primero,
Pues ya en las dos batallas que ha tenido
De siempre vencedor se ve vencido,
Y es porque va el Garzon por otro apero (40);
Y para que sepais el del postrero,
Como llevó tambien su merecido,
Oid, Señor, un tanto si os agrada,
Y entonaréis mi voz desentonada.

Ya debe estar alguno descontento
De ver lo que he tardado en este punto,
Mas no lo dice el hombre todo junto,
Por no tener angélico talento;
Ultra de que es el blanco de mi intento,
Que entre estos cantos suene un contrapunto
De cosas del espíritu morales
Para que tengan música los tales.

Siguiendo pues el hilo de la historia,
En lo que vino á ser de Galbarino,
Despues que por su misero destino,
Cantaron los hespéricos vitoria;
Así como á Titán le fué notoria,
Apresuró por verla su camino,
Y por tomar á Tétis residencia,
Que gobernaba el mundo por su ausencia.

No bien al trono claro del Oriente
A presidir el délfico subía,
Y de miralle el prado se reía
Limpiándose las rugas de su frente;
Cuando un crecido número de gente
Acompañando al bárbaro venia,
Así porque pudiesen con el preso
Como por ver el fin de tal suceso.

En medio viene el indio maniatado,
Sirviendo á los demás de mofa y juego
Y echando por los ojos vivo fuego
Su rostro ferocísimo y airado;
El cual, de golpes cárdeno, y manchado
De polvo, sangre, y mas de enojo ciego,
La tierra turba y fiero en torno mira
Y al techo celestial envuelto en ira.

Vestido de una rota camiseta,
Que deja el muslo casi descubierto,
Con arrogante paso y cuerpo yerto
Camina al ronco son de una corneta;
Grita le da la cáfila indiscreta,
Y todos gran lanzada á moro muerto,
Mas él encara en ellos de tal modo,
Que con mirar se paga bien de todo.

Estira por quebrar el atadura,
Que como está fortísima y revuelta,
No solo no la rompe ni la suelta,
Mas antes apurándola se apura;
Y lleno de infernal desenvoltura,
Al menos con la lengua que está suelta,
Los hiere, los baldosa, los agravia,
Diciéndoles así deshecho en rabia:

(41) «¿Pensais que por llevarme desta suerte
Ya me tenéis vencido, vil canalla,
O que forzado voy á la batalla
Y riguroso trance de la muerte?
Pues entended que el golpe menos fuerte
Y mas á mi contento es el pasalla;
Por mas pesado tengo y mas esquivo
Quedarme de vosotros hombre vivo.

»Mas aunque no lo puede hacer mi diestra,
No dejo de morir con alegría,
Muriendo por la dulce patria mia,
Que es una misma cosa con la vuestra;
Y no es mi voluntad llamarla nuestra,
Por no contarme en vuestra compañía,
Ni conceder, oh Chile, que te llames
Engendradora de hijos tan infames,

»¿De qué nación tan bárbara se sabe
Que ofenda su linaje y propia tierra,
Por excusar el peso de la guerra,
Juzgando que el servir es menos grave?
Traidores, en vosotros solo cabe
Y en esos pechos pérfidos se encierra,
Segun lo que tenemos hoy delante,
Atrocididad y crimen semejante.

»Por no sufrir el peso de la lanza,
Un peso para el hombre tan pequeño,
Sufrir cargar la leña y aun el leño,
Que suele ser la parte que es menos grave;
Ponedme cada peso en su balanza.
Veréis, si ya no estais en torpe sueño,
Que al cielo va de leve la primera,
Y al suelo de pesada la postrera.

»¿Que déis la libertad, indignos della,
Por ser contra nosotros, en batalla!
¿Qué mas pudiera hacerse por bascalla
De aquello que habeis hecho por perdella?
Así que así no veis que sin tenella
Andais con el acero y con la maila,
Sin excusar trabajo de algun modo,
Sino que le tenéis doblado en todo.

»Pues si pasais la misma pesadumbre
Tan libres como siervos, gente dura,
¿No fuera mas honor y mas cordura
Pasalla en libertad que en servidumbre?
No veis que un libre tiene dulcedumbre
Para poder templar el amargura
Del áspero trabajo mas acerbo,
Lo cual es imposible siendo siervo.

»La natural premática; no manda
Que por la cara patria los mortales
Padezcan todo género de males,
Aunque hayan de morir en la demanda?
Mirad que cometéis maldad nefanda,
Pues va contra las leyes naturales,
Y que es monstruosidad tan gran flaqueza,
Pues quita lo que da naturaleza.

»¿Parécenos que es mas lícita la guerra
Contra el pariente propio y el amigo
Que con extraño y áspero enemigo,
Tirano usurpador de vuestra tierra?
Y si temor el ánimo os atierra
Para seguir la causa que yo sigo,
Temed morir mil veces con deshonra,
Y no una vez que muero yo con honra.

»Yomero, casta vil, porque desfiendo
La tierra que pisais y os ha engendrado;
Vosotros por haber degenerado,
Pensando que vivís, estais muriendo;
Envidia me tenéis á lo que entiendo,
Yo lástima y pesar de vuestro estado,
Y de que dejo carnes como aquestas
En suelo que tal gente sufre á cuestras.»

Su justa increpacion dejó con esto,
Y todos los amigos que escuchaban
Turbados y perplejos se miraban
Tan solamente hablando por el gesto;
Con que cesó el escarnio descompuesto,
Y la confusa grita que le daban,
Quedando á su decir enmudecidos,
Y del vencido bárbaro vencidos.

Mi cosas en lo hondo de su pecho
Sus rostros en el suelo revolvan,
Que alzarios al del Indio no podían,
Por ver lo bien que ha dicho y mal que han hecho;
Hasta que ya pasado poco trecho,
Llegaron al paraje do venían
Para que fuese el preso justiciado,
Segun la gravedad de su pecado.

En cumplimiento pues de lo que digo,
Le sentenciaron luego los hispanos
En que se le cortasen ambas manos,
Para terror y ejemplo al enemigo;
Porque, temiendo el áspero castigo,
Dejase de seguir intentos vanos,
Y á trueque de no vérselas cortadas,
Las manos á la paz viniese atadas.

En siendo pronunciada la sentencia,
No bien se las hubieron desatado,
Cuando con ademán desenfadado,
Una tras otra ofrece en competencia;
Y sin indicio, rastro ni apariencia
De temeroso, triste ni turbado,
Mas animoso, alegre y con sosiego
Pide que se las corten luego, luego.

Encima de un tablon sentó la diestra
Con tanta voluntad y leda cara
Como si en la de alguno la sentara,
Teniendo ya en el aire la siniestra;
Y dijo así: «Cortad la muerte vuestra,
Cortad las que las vidas os cortara,
Que para mí es la gloria deste hecho,
Como para vosotros el provecho.»

Saltó del crudo golpe la derecha,
Y con estar de vida ya privada,
Quedó tan bien impuesta y enseñada,
Que al rostro de un cristiano fué derecha;
Mas poco del encuentro satisfacha,
Se revolcó en la tierra ensangrentada,
Adonde haciendo araños y señales,
La dió de sus espíritus vitales.

No se despióde bien de su muñeca
Sin sombra de dolor la diestra fuerte,
Cuando la que es y fué siniestra en suerte,
Lugar con la truncada mano trueca;
Y cual si la tuviera el duebo seca,
O fuera de otro cuerpo desa suerte,
Recibe en ella el golpe tan sin miedo
Cuanto con rostro firme y brazo quedo.

Y no tan presto vuela desalzada
Del corporal armés la fuerte pieza,
Cuan presto baja el Indio la cabeza
Tendiendo la cerviz jamás domada;
Y en el tablon de bruzas arrojada,
La tiene sin moverse en larga pieza,
Diciendo: «Dadme aquí tercer herida;
Verémos si á las tres va la vencida.

»Meted el filo ya por ese cuello,
¿Por qué dudais, malditos, de segallo?
Pues todo el bien os viene de cortallo,
Y todo el mal á mí de suspendello;
Mirad vuestra ganancia en concedello,
Que si mirais mi pérdida en negallo,
Vuestra pasión es tal, rencor y enojo,
Que por sacarme dos daréis un ojo.

»¿No me entendéis? Pues digo desta suerte,
Quizá mi petición será admitida,
Que por hacerme el mal de darme vida,
Os quitaréis el bien de darme muerte;
Mas si me dilatais el trago fuerte,
Por solo ver si quiero su bebida,
¿Qué prueba ni señal queréis mas firme
De que la quiero yo, que no venirme?

»¡Oh! si acabar conmigo yo pudiera
Aborrecer la muerte aborrecible,
Porque, segun mi suerte, es infalible
Que por el mismo caso me viniera;
¡Oh si fingillo lícito me fuera!
Mas esto, como esotro es imposible,
Pues aunque mas redunde en mi provecho,
No es para mí fingir cobarde pecho.

»Yo juro al potentísimo Pillano
Que si una mano sola poseyera,
Nunca las vuestras débiles pidiera
Que diesen á mi vida sacomano;
Mas no dejarme alguna fué mas sano,
Si acaso pretendéis que nunca muera,
Porque si no es mi mano la homicida,
¿Qué mano me podrá quitar la vida?»

Tales bravezas y otras les decía,
Por solo que los nuestros de escuchalle
Viniesen irritados á matalle:
Tanto el vivir amable aborrecía;
Mas viendo ser inútil su porfía
Y que con vida al fin querían dejalle
Para que á todos fuese ejemplo vivo,
Estuvo por un rato pensativo.

Mas luego se levanta de la tierra,
Y puesto con desden en pié derecho,
Les dice: «Agora sé que tenéis pecho
Con que poder sufríros en la guerra,
Pues ánimo y valor en él se encierra
Para tan atrevido y raro hecho,
Como es dejarme vivo y agraviado,
Habiendo conocidome y probado.

»Debéis de sospechar que ya no puedo,
Estando así, dañaros de algun modo;
Pues mientras no me veis deshecho todo,
Yo os digo que podéis tenerme miedo;
Porque si no pudiere alzar el dedo,
Alzar podré la voz y dar del codo,
Y aunque me falten manos, tengo mano
Con el cabildo y cóncilave araucano.

»Allá les voy á dar este mensaje,
Y breve os volveré con la respuesta.»
Sin mas decir, cual vira de balísta
Se parte el contumaz de aquel paraje;
Y lleno de ardentísimo coraje
A cielo, á tierra y piélagos denuesta,
Mirándose los troncos desangrados,
Que casi va comiéndose á bocados.

Aquí, Señor, veréis abiertamente
Si fué profeta el jóven Orompello (42),
Y como no es de esencia para sello
Tener la crisma y bálsamo en la frente;
Que bien lo puede ser pagana gente,
Pues testimonios hay en prueba dello,
Si vale aquel tan célebre de aquellas
Gentiles y proféticas doncellas.

Mas ¿para qué sin término metemos
La peligrosa hoz en mies ajena?
Allá lo trate el docto, enhorabuena,
Y acá del crudo bárbaro tratemos;
Aunque mejor será que lo dejemos,
Y en tanto que desfogó tanta pena,
A Tucapel, si os place, nos volvamos,
Que en el rumor del bosque lo dejamos.

En pié se puso intrépida Gualeva,
Cebando, cual dijimos, el oído
En la vecina parte del rúido,
Adonde su azorada vista ceba;
Y si adelante el ánimo la lleva,
La vuelve el casto amor de su marido,
Mas ella, que cumplir con ambos quiere,
Espera firme allí lo que viniere.

Estando pues la dama en tal paraje,
Alerta y puesta á punto la persona,
Que representa á Vénus y á Belona
Al vivo en la belleza y en el traje;
Echó de sí rompiéndose el bosquejo
Una feroz y rábida leona,
Espumajosa, fiera y enojada,
Las uñas y la boca ensangrentada.

La bárbara, que ve la salvagina,
No teme, no se turba, no se corta,
Mas todo lo posible se reporta,
Enviando al corazón la sangre fina;
A tal sazón la estrella matutina
Con sus alegres rayos la conorta,
Y aun visto de Gualeva el traje y traza,
La juzga por la Diosa de la caza.

Mas presto la de Cipro ve que yerra,
Hallándola en su ser de humano velo,
Porque Gualeva viéndola en el cielo,
Se pone de rodillas en la tierra;
Aquellas blancas manos alza y cierra,
Por toda la cerviz tendido el pelo,
Y levantando voz y rostro junto
Invoca su favor en este punto.

«¡Oh tú deidad sagrada, oh Vénus bella,
De aquel tercero polo moradora,
Alegre mensajera de la aurora,
Oh símbolo de amor, oh clara estrella!
Pues sabes lo que puede su centella
Y el bien y mal de un alma que le adora,
No niegues tus favores á esta mia
En tan dádoso trance y agonía.

»Por atajar la muerte de mi amante
Quiero poner la vida en aventura,
Entrando en desigual batalla dura
Con esta bestia cruel que ves delante;
Pues, oh luz alma y astro rutilante,
Renueva en tu memoria el amargura
Que un tiempo te causó tu dulce amado
Del fiero jabali despedazado.

»Advierte lo que entonces tú sentiste,
Y siente lo que agora yo sintiera
Si al dueño de mi vida muerto viera
Segun al de la tuya muerta viste;
Excusa un espectáculo tan triste,
No pagues al amor de tal manera,
Y mira que pues eres madre suya,
La causa que defendo es propia tuya.»

Apenas puso fin al justo ruego,
Cuando el planeta amigo de repente
Lanzó de sí una luz resplandeciente,
Al tallo que una flámula de fuego;
Con que se puso en pié Gualeva luego,
Sintíendose ya de ánimo valiente
Y llena de alborozo y alegría,
Sin atinar de adonde procedía.

El rústico animal estando en esto,
De súbito volvió su vista brava
A la vecina parte donde estaba
La bárbara esperándole en el puesto;
Pues visto su despojo manifiesto
Y que tan buena presa lo esperaba,
Bajándola sacude su cabeza
Y allá sus lerdos pasos endereza.

La Tucapela viéndola que viene,
El blanco pié no mueve temerosa,
Cual hizo la de Piramo famosa,
Segun allá su fábula contiene;
Mas al combate rígido previene
Su tierna mano cándida y hermosa,
Poniéndola con término extremado
Al cortador alfanje de su lado.

El fiero Tucapel, que vive apenas,
Y de su sangre corre un grueso rio,
Del mismo aprieto saca fuerza y brio
Llenándose de cólera las venas;
Y con facilidad, estando llenas,
Levanta el cuerpo lánguido y tardío,
Mostrándose tan ágil y liviano
Como si ya estuviera bueno y sano.

Cual suele acontecer en un doliente
A tal flaqueza y término llegado,
Que ya para volverse de algun lado
Ha menester la mano del pariente;
Cuando le da una fiebre de repente
Veréis que salta recio y alentado,
Mandando todo el cuerpo de manera
Cual si tuviese ya salud entera.

Así tambien el indio con la fiebre;
Solo del amoroso humor nacida,
Y agora mas ardiente y encendida
Saltó de allí cual galgo tras la fiebre,
O cual frison castizo del pesebre
Si la guerrera trompa es dél oída,
O, por hablar mas propio, cual amante
Que el riesgo de su amada ve delante.

Llegóse pues diciéndola en voz clara:
«No tomas, Tucapel está contigo,
Ni yo, pues que Gualeva está conmigo;
Cuya memoria ó nombre me bastara;
Con ese tu arco y flechas te ayudara
Si fuera de razon el enemigo,
Que para tí se viene, dulce amiga,
Mas una bestia á palos se castiga.

»Y cuando no se viera en su figura
Ser animal, cual es, y bruta fiera,
Clarísima señal de serlo fuera
El no rendirse en viendo tu hermosura;
Así diciendo, aguija á la espesura
Y al mas vecino roblo que le espera,
El pié en su tronco puesto, con el brazo
Le quita á fuerza dellos un pedazo.

Con este vuelve bravo Tucapelo
Adonde su querida le aguardaba,
A tiempo que la bestia ya llegaba
Alzando la cabeza y pardo pelo;
Mas para acometer la baja al suelo,
Y su fogosa vista en Gualé clava,
La cual con el espada firme espera
El acometimiento de la fiera.

Mas esta, que la mira de postura,
Se muestra perezosa ronceando,
Con los traidores ojos acechando
La entrada por la parte mas segura;
Y cuando le parece coyuntura
Embebe el cuerpo, y súbito saltando,
La embiste por un lado ardiendo en ira,
Mas Gualé diestramente se retira.

Y dándole un revés con furia esquivá,
Al tiempo del pasar en la pospierna,
Mas fácil que si fuera vara tierna
La carne y hueso á cercen le derriba;
Con que la bestia ardiendo en rabia viva
Y envuelta mucho mas que la de Lerna,
Segunda vez embiste á desgarralla,
Mas aunque mas la busca no la halla.

No estaba en esto el bárbaro baldío,
Que al revolver la coge por un anca,
De suerte que la deja medio manca
Movíendose con paso mas tardío;
Ya por el muslo vierte un rojo rio,
Que no se mengua mínima ni estanca,
Y menos su bestial furor se mengua,
Pues ya lo brota fuera con la lengua.

Al monte con bramidos atronaba,
Al cielo espuma en copos escupia,
Con que despues cayendo se cubria
Su cuerpo sanguinoso y muestra brava;
La tierra con asombro la miraba;
Turbado estaba el aire que la oía,
Mas juntos aire, tierra, monte y cielo
Gozaban de Gualé y Tucapelo.

Tras quien el animal encarnizado
Se lanza á devoralle sin remedio,
Si no se pone la India de por medio
Poniéndole á la boca su terciado;
Mas como por extremo va enojado,
No espera ni repara á ver el medio,
Metiéndose furioso por la punta
Hasta que con la cruz la boca junta.

Aquí soltó la bárbara su espada,
Huyendo el bello rostro y brazo fuerte
De aquellas duras garras de la muerte,
Y no se vido dellas casi nada;
Porque la bestia en cólera bañada
Por el carcaj la traba de tal suerte,
Que la hace dar de espaldas en la tierra
Por solo habellas vuelto en esta guerra.

Allí la desmembrara y deshicióla,
A no faltalle fuerza y vida junto,
Así porque el marido en este punto
Le descargaba el tronco en la mollera.
Como porque la punta carnícera,
Que sus entrañas cose, daba el punto
Con que el mortal vestido se acababa
Y el hilo de su vida se cortaba.

Tendióse con el último bramido,
Que estremeció las cumbres y los llanos,
Y habiendo ya estrado pies y manos,
Quedó sin movimiento ni sentido;
Con esto, asegurado su partido,
Gualeva levantó sus miembros sanos,
Corrida por extremo y vergonzosa
De haber al fin mostrádose medrosa.

Mas este corrimiento vergonzoso
El rostro le regó con sangre fina,
Sembrado de azucena y clavellina,
Tornándole, si pudo, mas hermoso;
Y como del combate congojoso
Un tanto de sudor por él camina,
Parece fresca rosa no tocada,
Del matutino aljófár coronada.

Así tan enojada cuanto bella,
Cerró con el cadáver de la bruta,
En lo quitar la vida resuelta
Si á dicha le quedase rastro della;
Mas viendo que del todo falta en ella,
Aquel enojo y cólera conmuta,
En gozo y en contento desmedido
Volviéndose con él á su querido.

Echado por los hombros el cabello,
Y el corazón abierto con los brazos,
Ya fuera de peligros y embarazos,
Le busca para echárselos al cuello;
Y como él iba en busca della y dello,
Halláronse con íntimos abrazos,
Donde se dan tras guerra desabrída
Sabrosa paz mil veces repetida.

«Al fin habla de ser tu mano fuerte,
Le dice Tucapel, aquella mano
Que á mi dudosa vida dió la mano
Estando ya en las manos de la muerte;
No pude yo ser libre de otra suerte,
Y la razón amiga está en la mano,
Pues esta sola pudo libertarme,
Que sola tuvo mano en cautivar-me.

»No pude yo de nadie ser valido
Mejor que de tu mano valedora,
Ni tú ¿de quién pudiste ser fautora
Mejor que de quien has favorecido?
No fuera yo de menos defendido,
Ni fueras tú de menos defensora,
Porque esto ni tu punto lo quisiera,
Ni mi valor esotro consintiera.

»Mas como fué, Señora, justo el hecho,
Hanos venido todo tan al justo,
Que siendo tan conforme á nuestro gusto,
Parece que ha fundádose en derecho;
Si nace deste daño tal provecho,
Y tanto gusto sale de un disgusto,
Quiero de hoy mas comprar disgusto y daño,
Y no me llamaré jamás á engaño.»

«A tí se deben dar las gracias deso,
Su amada la responde placentera,
Pues solo tu valor mató la fiera,
Comunicado al duro tronco grueso;»
Mas Tucapel dice: «¿Cómo es eso?
¿Tu espada no le dió la muerte fiera?
Y haber quedado así ¿no es buen testigo
Que está verificando lo que digo?»

Ella replica en puro amor desbecha:
«Quedar así mi espada por memoria,
Es mas que haber mediado la vitoria,
Que fué por tí enterada y satisfecha;
Pues medio ni principio ¿qué aprovecha
Si dicen que se canta al fin la gloria,
Y nadie se corona si primero
No prueba ser legítimo guerrero?

»Por donde si lo miras desta suerte,
La gloria del suceso á tí es debida,
Y á mí la justa pena merecida,
Por no permanecer en pecho fuerte;
Mas cuando al bruto diera yo la muerte,
¿No es llano que me diste tú la vida?
¿Pues cuánto mas es daria á mi persona
Que habérsela quitado á la leona?»

El indio en vivas llamas encendido
Le armaba nuevos lazos por el cuello,
Y viendo con el suyo el rostro bello,
A replicar tornaba enternecido;
«Ya yo me diera en esto por vencido,
Si en algo dulce amor pudiera sellar,
Mas aunque lo desdigan tus razones,
Yo digo que te quitas y me pones.

»Mas dado que yo deje convencerme,
Y concediendo ya lo que he negado,
La vida, como dices, te haya dado,
¿Qué tienes dello tú que agradecerme?
Si quisiera en ese término ponerme
Es porque estoy á dármele obligado,
Y de la tuya sé, sabré y sabia
Que pende, penderá y pendió la mía.»

En esta amorosísima contienda
Se están á la sazón los dos amantes,
Diciéndose conceptos elegantes,
Que amor les da larguísima rienda;
Al fin ninguno dellos hay que entienda
Haber sus fuerzas sídole bastantes,
Mas cada cual se exime de la gloria
Atribuyendo al otro la vitoria.

Gualeva la sacude de su palma,
Y Tucapel la vuelve de su mano,
De suerte que se estaban mano á mano
Jugando á la pelota con la palma;
Mas dése, pues entrambos son un alma,
Y por igual han dádose la mano,
Matando entrambos juntos la leona,
A entrambos juntamente lo corona.

Al fin quedó por ambos la porfía,
Y en amorosos vínculos trabados,
Debajo de unos árboles copados
Esperan el crepúsculo del día;
Do, al son de aquella melode armonía
Enviada por los cuellos entonados
De los acordes pájaros gozosos,
Se mezclan sus anhelitos sabrosos.

Estando en medio desta mezcla y junta,
Brotó un suspiro intrínseco el amante,
Y demudando súbito el semblante,
Al cielo con los ojos dió una punta;
Ella de verle así quedó difunta
Y llena de temor en un instante,
Porque, si bien se mira, los amores
¿Qué son sino solícitos temores?

Y con el accidente mal sufrida
Le pide la ocasión desalentada
De ver la novedad con ella usada,
Diciendo ya celosa y desabrída:
«Tu alegre faz tan presto entristecida
Me tiene con razón maravillada,
¿Qué pudo en el sosiego desta gloria
Alborotar con pena tu memoria?»

»¿Pesar te viene aquí, mi dueño, y cuyo
Estando con Gualeva labio á labio?
¿No ves que á nuestro amor se hace agravio
En preferir algun cuidado al suyo?
Pensaba yo tener domado el tuyo,
Y agora me descubres tal resabio?
A fe que está la tuya bien doliente,
Pues tienes mal teniéndome presente.»

Dijo, calló, y quitándole del cuello
Los brazos, que ceñidos le tenía,
Con muestras de enojada se desvia,
Que poco han menester para hacello;
Y recogiendo el rostro en el cabello,
Al suelo algunas lágrimas envia:
Mirad los que al amor habeis tratado,
Qué no hará con esto de su amado.

Levántase á tenella y aplacalla,
Soldando con su fuego la cadena
Que la mujer quebró de enojo llena,
Y aun quebraran con él cualquier muralla;
Y dícele: «Mi bien, mi Gualo, calla;
Que yo diré la causa de mi pena,
Si vuelves para mí tus ojos bellos,
Pues mal podré decírtela sin vellos.

»Levanta el rostro y mira que te miro;
Mírame pues, que ya por verte muero,
Verás también el blanco y el terrero
Adonde fué tirado mi suspiro;
No pienses que con él te hice tiro,
Porque es dudar lo mucho que te quiero,
Y dello tienes hecha, mi Gualava,
A costa de los dos bastante prueba.»

Mírole ya con esto convencida,
Y no lo estaba menos de la gana,
Sino que la mujer es cosa llana
Que quiere ser en todo compellida;
Y aunque su propio gusto la convida,
Si no la dan combate no se allana,
Y es porque solo tiene fortaleza
En ocultar al hombre su flaqueza.

Verdad es que la mueve causa buena,
Porque es por no romper con propia mano;
El velo de vergüenza, si está sano,
Pudiéndole romper con mano ajena;
Pero si ya una vez se desenfrena,
No hay cosa que la pueda ir á la mano,
Mas voyme yo, no digan al resto,
Que á falta de materia trato desto.

Tornando pues al hilo de mi cuento,
Así como Gualava alzó los ojos,
Al bárbaro que ante ella está de hinojos,
La dijo así, sentándola en su asiento:
«Si estando en lo mejor de mi contento
Y en medio de tan prósperos despojos
Me vino aquella súbita tristeza,
No fué por inconstancia ni flaqueza.

»Mas fué por acordarme de un amigo,
Amigo á las derechas, fido y bueno.
Y bueno, pues no es otro que Talgueno,
Talgueno, bien conoces al que digo:
Digo que me libró de un enemigo (45),
Un enemigo tal, que en lo terreno,
Terreno tan valiente no hay ninguno,
Ninguno llanamente, sino es uno.

»Y este es un tierno jóven floreciente
Que apenas le despunta el vello bello,
Mas aunque tal, encima de su cuello
Está la que es cabeza de su gente;
Y aun pienso que es el otro su pariente,
En el valor al menos pueden sellar,
Pues pudo, combatiéndose conmigo,
Hacerme que dijese lo que digo.

»Mostraba un cuerpo casi giganteo,
Un ánimo y esfuerzo mas que humano;
Yo tengo para mí que fué Pillano (44),
Porque pensar que es hombre es devaneo;
Pillano fué, que tuvo algún deseo
De combatir conmigo mano á mano,
A fin de que, faltándome en el mundo,
En él pudiese yo tener segundo.

»Estando pues con este en lid trabada,
No poco de sus golpes apurado,
Con uno el diestro músculo pasado
Y de otro media maza derribada;
Al tiempo de tirarme una estocada
Que, por estar con otros ocupado,
Entiendo te dejara sin tu amante,
Llegó Talgueno y púsose delante.

»Y la furiosa punta rebatiendo,
Al enemigo indomito retrujo,
Con que de muerte á vida me redujo,
La suya en el camino posponiendo;
Entonces yo los ojos revolviendo,
No víde al Español, mas víde un finjo
Que echaba de su sangre, penetrado
El mísero Talguen por el costado.

»El ver la llaga fresca me hizo cierto
De haberla por mí causa recibido,
Sobre tener su cuerpo denegrido
Con otras crudelísimas abierto;
Mírole el rostro y vísele de muerto,
Mas luego con la trápala y ruido
Se me desapareció no sé por dónde,
Ni agora sé qué tierra ó mar lo esconde.

»No tuve mas lugar para buscallo
Que para respirar no me era dado,
Y aun pienso que si no me hubiera echado
Por el peinado cerro al hondo valle,
Nuestro partido andaba ya de tallo,
Que no sé lo que fuera de tu amado;
Mas ojalá quedara allí tendido,
Porque pagara bien lo bien debido.

»Tuviera yo á Talgueno compañía,
Pues ya, según le ví, la Parca fiera
Habrá por él metido su tisera,
Y lo que siento mas, á causa mía;
El suelo habrá perdido su valía
Y el cielo de Quidora (45) su lumbrera,
La cara madre Llámoa su abrigo,
Y el triste Tucapel tan buen amigo.

»¡Oh prueba de amistad jamás oída,
Que quiso con estar de aquella suerte,
Por atajar el filo de mi muerte,
Atravesar la estambre de su vida!
Páreceme que dices, mi querida,
Ser justo mi dolor y aun poco fuerte,
Pues yo me estoy entero entre estos brazos
Y Talguen dividido en mil pedazos.

»Esta pues fué la causa del suspiro
Y de ponerse triste mi semblante.
¡Párecete, Señora, que es bastante?
De solo imaginallo me retiro;
Y en regla de amistad le hago tiro
Con procurar vivir de aquí adelante,
Sin que se ponga en ello punto y pausa,
Muriendo tal persona por mi causa.»—

«Por cierto, respondió Gualava luego,
De gran fidelidad usó contigo,
Gran pérdida nos fué la de ese amigo,
Y tu razón es grande, no lo niego;
Mas si me quieres bien, por mí te ruego,
Así jamás te apartes de conmigo,
Que tiemples tu dolor y pena esquivar,
Pues por ventura puede ser que viva.

»Oírtelo decir me affige tanto,
Que el triste corazón desde su asiento
Quiere salir en busca de su aliento,
Y sale por los ojos vuelto en llanto;
Agora, Tucapelo, no me espanto
Que en medio de mi gloria y tu contento,
Rompiendo nuestros lazos y estrechez,
Entrase á colocarse la tristeza.

»Mas esta siempre tiene, bien mirado,
En medio desas dos lugar seguro,
Pues no se vió jamás placer tan puro
Que luego de pesar no fuese agudo;
A la fulgente luz del sol dorado
Sucede el tiempo lóbrego y oscuro,
Y á vueltas de las flores y azahares
Suelen estar los tribulos y azahares.»

Tras esto una agua rica destilaba
Sacada de la yerba de Cupido,
El cual con su calor había subido
El húmido vapor que en ella estaba;
Con esta sus mejillas rociaba
Y al Araucano el rostro y el vestido,
Por donde todo aquel lugar oía
A cosa que de casto amor salía.

Mas cuando el rubio padre de Faonte
Con su copiosa lux había bañado
El soto, el valle, el risco y el collado,
Dando perfiles de oro al horizonte,
Gualava por el pié de un alto monte
Vido venir un indio ensangrentado,
Que casi á cada paso se paraba,
Y al cielo rostro y manos levantaba.

Llegóse á poco rato cerca dellos,
Mas conocer quién fuese no podían,
Porque su rostro cárdeno cubrían
Tupidos con la sangre los cabellos;
Hasta que al fin estando ya sobre ellos,
Y no creyendo apenas lo que vían,
Cerraron todos juntos cuatro brazos
A dar á su Talgueno mil abrazos.

«¿Qué es esto? Tucapel al cielo clama,
¿Es cosa de fantasma lo que veo?
¿Eres Talgueno? dime. No lo creo,
Ni mi ventura á tanto bien me llama.»
«El es, responde alónta la dama,
El es, que no me engaña mi deseo,
El es, y vuelven juntos á miralle,
Y juntos no se cansan de abrazalle.

Mil veces encarecen su destino,
Mil lágrimas derraman de alegría,
Mil cosas le preguntan á porfía
De cómo se escapó, de cómo vino;
Talgueno, que también está sin tino
De verse con aquella compañía
Y ver atravesada allí la fiera,
Sacó la voz así del pecho afuera.

«Amigos, el naufragio padecido,
Ea que, si pudo ser, me vido muerto,
A trueque de surgir en este puerto,
Le tengo por feliz y bien sufrido;
Mas para responder á lo pedido,
Contando de mi suerte el desconcierto,
Demás de ser por sí cosa tan alta,
La lengua y el espíritu me falta.

»En especial, ¿quién hay tan alentado
Que diga en breve término las cosas
Extrañas, estupidas, milagrosas
Que esta pasada noche me han pasado?
Aun dudo si en habiendo descansado
Tendré para ello fuerzas poderosas»;
Con esto se dejó venir al suelo,
Sentándose entre Guale y Tucapelo.

Razon será que yo también me siento
A descansar con ellos algun tanto,
Que para cosas altas y de espanto
No es ya mi bajo tono suficiente;
Callemos hasta cuando el Indio cuente,
Y emezaremos juntos cuento y canto,
Pues no es menor mi canto que su cuento,
Para que yo con él no tome aliento.

CANTO XIII.

Pártense los dos amigos con Gualeva del bosque, guiándolos Talgueno: cuántales por el camino el proceso de su prodigiosa historia. Llegan al anochecer á la cabaña de unos pastores, adonde, siendo carifosamente albergados, despues de cena, tratan un poco de la vida pastoril. Concluye el canto con una vehemente sospecha entre los tres, de que Quidora, mujer de Talgueno, estaba mas adentro en la misma choza.

¿Qué gusto, qué descanso, qué consuelo,
Qué bien mayor, qué bienaventuranza,
Qué gozo, qué placer igual se alcanza,
Qué gloria frisa mas con la del cielo,
Si alguna puede haber en este suelo
Que tenga con aquella semejanza,
Salvo lo que es tener á Dios consigo;
Cuál es sino tener un fiel amigo?

El hinche de placer aquel vacío
Que tiene de pesar lo mas interno,
El sabe endurecer un pecho tierno
Y enternecer á tiempo el duro y frío;
El es la fresca sombra del estío,
El es el sol caliente del invierno,
Porque los grandes males son menores,
Y los pequeños bienes son mayores.

En suma, aquel que halla un buen amigo,
Riqueza que de pocos es hallada,
Y casi de ninguno conservada,
Para cualquier borrasca tiene abrigo;
Y aun tiene mas, que es poco lo que digo,
La vida tiene en parte duplicada,
Pues tiene quien por dársela infinita,
En siendo necesario se la quita.

Depongan desto Pilades y Orestes,
Damon y Pitias, Pirito y Teseo,
Lelio, Scipion, Dimata con Hopleo
Y aquellos que mataron turcas huestes;
Mas si quereis testigos mas contestes,
Volved atrás, que poco es el rodeo,
Y oíd su dicho al dueño de Gualeva,
Que solo bastará para la prueba.

Veréis en lo que dice de Talgueno
Cuán buen amigo debe ser llamado,
Si basta ser amigo y aprobado
Para tener el título de bueno;
El cual, aunque ha sentádose en el heno,
Ser puede sin escrúpulo asentado
Con otra mejor pluma que la mía
Por uno de la estrecha cofradía.

Sentado pues el bárbaro sangriento
En medio del amante y de su amada,
Les dijo así con voz debilitada,
Cortando á cada sílaba el aliento:
«Mientras que yo descanso en este asiento
Os pido, si decirmelo os agrada,
Que me digais el cómo aquí venistes,
Y desta salvajina os defendistes.»

Gualeva le contó lo sucedido,
Por excusar al dueño del trabajo,
De cómo se arrojó del cerro abajo,
Entrando por el bosque entretejido;
De cómo le halló despues tendido
Al pié del roble grueso boca abajo,
Desfallecido el seso y la persona,
Y cuanto les pasó con la leona.

Tras esto Tucapel también le cuenta
Todo lo que á la bárbara le avino
Con Rengo y Leucoton en el camino,
Que ya se habian de todo dado cuenta;
Talgueno con la mente y faz atenta
Oye el discurso raro y peregrino,
Manifestando bien lo que se admira
En la eficacia grande con que mira.

Despues que le dejaron satisfecho
En cuanto preguntado les había,
Y Febo con sus jáculos hería
A la fecunda Téus sin derecho;
Le dice: «Pues te habemos dado el pecho
Mostrando cuanto en él haber podía,
Razon será que tú nos des el tuyo
Y muestres el mayor secreto suyo.»

Respóndeles el Indio: «Soy contento,
Mas ha de ser dejando el monte oscuro,
Que agora yo no tengo por seguro.
Estando como estamos, este asiento;
Salgamos del sin mas detenimiento
Y prevengamos bien al mal futuro.
Porque esperar aquí sin fuerza alguna
Será querer tentar á la fortuna.

»No léjos desta lóbrega montaña,
Si por ventura no he perdido el tino,
En frente de aquel álamo vecino
Unos pastores tienen su cabaña;
Importa que nos demos buena maña
Hasta que bien salgamos al camino,
Que luego en abajando aquella loma,
Por parte menos áspera se toma.»

Aprueba el parecer la bella dama,
Mas Tucapel, con ánimo perplejo
Y echándose el capote y sobrecejo,
Responde convertido en viva llama:
«Mi gran reputacion, mi nombre y fama
Condenan, por salvarse, tal consejo,
Y tú, Talguen, con dármele has manchado
El resplandor del crédito ganado.

»¿Quién hay ó puede haber si solo es hombre,
Tan léjos de temer la muerte dura,
Que un paso quiera dar en la espesura
A do retumba el eco de mi nombre?
Y cuando tal zumbido no le asombre,
¿Quién ha de ver airada mi figura,
Que luego de pavor no caiga muerto,
O, si se queda en pié, no quede yerto?

»Por verme estos rasguños y señales,
Que no merecen nombre de heridas,
Pensais que son mis fuerzas fenecidas,
Y al ánimo que nuestro desigual?
Oh peso á cuantas furias infernales
Están en grutas negras escondidas!
Así diciendo, rásgase las vendas,
Abriéndose las llagas estupendas.

Cual hembra que del hombre maltrada
A causa de la prenda mas querida,
Aquel amor de madre á hijo olvida,
Por verse de su padre en el vengada,
Y arremetiendo á golpe y á puñada,
Deshace al niño tierno endurecida;
Así sus llagas rompe el Indio bravo,
Creyendo que ellas son su menoscabo.

Comienzan á correr de cada una
Al punto mil arroyos por el prado,
Tornándole de verde colorado,
De tierra seca en húmida laguna;
Mas Gualé que lo ve sin sangre alguna,
Y sin aliento cierra con su amado,
Diciéndole: «Señor, ¿por qué te ofendes?
Por qué mi muerte ¡ay misera! pretendes?

»Así por desplacerme te despiaces?
Así por maltratarme te maltratas?
Así para que muera yo te matas?
¿Por solo deshacerme te deshaces?
¿Por qué para tan poco tanto haces,
Y el todo por la parte desbaratas?
Si quieres que mi vida se concluya,
¿Por qué ha de ser á costa de la tuya?

»Acaba, Tucapel, y dime claro
Si quieres dar tu vida por mi muerte,
Para que lo disponga yo de suerte
Que á ti y á mí nos cueste menos caro;
Pues no me ha sido el cielo tan avaro
Que me negase mano y pecho fuerte
Para con ella abrimle sin miedo,
Primero que por mí te falte un dedo.»

Mezcladas estas cosas que decía
Con blandas persuasiones de Talgueno,
Pudieron ser antídoto al veneno
Que el bárbaro de cólera tenía;
Y poco ya este tósigo podía,
Estando el amoroso allí en su seno,
Porque este deja mansos los leones
Y blandos los mas duros corazones.

En fin, por agradalla mal su grado,
Y por tomar las lágrimas que llora,
Dejó tomar la sangre á su señora,
Diciendo: «Lleguen ya, pues soy forzado;
Que pues me habeis el ánima ligado,
No es mucho que ligueis mi cuerpo agora,
Mas entiendo que sola aquella liga
Es quien á consentir en esta obliga.»

Calló con esto el Indio temerario,
Y habiendo segundándole la cura,
Determinó salir de la espesura,
Mas no por parecelle necesario,
Sino por no mostrar querer contrario
Del que su bien y cómodo procura,
Ni ser ingrato al íntimo Talgueno,
Que solo esta razon le pone freno.

No es poco de estimar que tal fiera
Por freno de razon le lleve y rija,
Y mas habiendo espuela que le adija,
Con puntas de arrogancia y de braveza;
Mas donde hubiere punta de nobleza
No es mucho que una fiera se corrija,
Que el pecho que regare sangre noble
Apenas puede ser ingrato y doble.

Aunque era Tucapel desenfrenado
Y de una condicion tan escabrosa,
Era también de sangre generosa,
Que es freno de recísimo bocado;
Y ser de clara estirpe, bien mirado,
Jamás se ha de estimar por otra cosa,
Pues tal estima, en tanto al hombre es buena
En cuanto para el vicio le refrena.

Pues esto al desbocado Tucapel
En medio de su furia tiene y para,
Porque si no con ella atropellara,
Segun su parecer, al mismo cielo;
Mas aplacado ya desdeña el suelo,
Y despedido el ceño de la cara,
Se va con el amigo y su querida
Adonde la leona está tendida.

Y habiendo todos púestose con ella,
Gualé le sacó su cruda espada,
Talgueno de la piel ensangrentada
En breve y por entero la desnucó;
El fiero Tucapel cubierto della
Comienza con entrambos la jornada,
Y el hijo de la Liámoca en su cuento
Hiriendo á fuerza desta voz el viento.

«Después que con mortíferas heridas
Y con la que me dió la dura mano
De aquel esforzadísimo cristiano,
Que solo á mas de mil quitó las vidas,
Aquel de pecho y fuerzas tan crecidas,
Que las probó contigo mano á mano,
Aquel que, puesto encima la muralla,
Pudiera estar debajo y sustentalla;

»Después que ya labrado á hierro puro,
De pica, dardo, alfanje y partesana,
Y sin tener mi cuerpo parte sana
Que de vivir me diese algun seguro;
Después que me arrojé del alto muro,
Rompiendo por su fuerte barbacana,
Abiertas mis entrañas y redañes
Y de mi sangre echando gruesos caños;

»Después que ya tratado desta suerte,
Siguiendo la cobarde retirada,
Me despidió de sí la palizada,
No por temer la imagen de la muerte,
Sino porque el amor no menos fuerte
Allí me presentó la de mi amada,
Tras cuya vista angélica llevado,
Por fuerza me aparté del estacado:

»Oí que ya el reloj se apresuraba,
Queriendo dar las doce de mi vida;
Sentí que ya la Parca endurecida
A dividir mis partes se acercaba,
Y vi que como ciego el fudo estaba,
Que al alma con el cuerpo tiene unida,
Por no se detener en desatello,
Llegaba con tiseras á cortallo.

»Pues como conocí llegar la hora
Y el punto postrimero de partirme,
Quise primero, amigos, despedirme
De aquella que no sé si vive agora;
Para satisfacer á mi Quidora
De que era mi probada fe tan firme,
Que le entregaba el cuerpo en la partida,
Habiéndole entregado el alma en vida.

»Y porque yo sin esto pretendia,
Que viendo faltar su dulce amigo,
La hiciese amor allí acabar consigo,
Hacerme en la jornada compañía,
De modo que su muerte me placía,
A trueque de llevármela conmigo,
Y porque, siendo hembra, no quedase
A riesgo de que el tiempo la mudase.

»Confieso que era crudo pensamiento,
Como de quien estaba encarnizado,
Y que el amor fué entonces mal mirado,
Mas, ¿cuándo tuvo el ciego miramiento?
Al fin, después que yo con este intento
Salté del rojo muro al verde prado,
Me vine para el monte medio á gatas,
Haciendo de las yerbas escariatas.

»Fallas regando bien por el camino
A costa de la sangre de mis venas,
Hasta que á ver las húmidas arenas
Sudado de correr Apolo vino;
Que al cóncavo pequeño de un espino
Llegué con este cuerpo á duras penas,
Pagando el hospedaje á sus espigas
Con daries el color de clavellinas.

»No bien el tabernáculo pungente
Estuvo con mis miembros ocupado,
Cuando sentí salirme por un lado
Con silbos temerosos un serpiente;
Vile venir moviéndose la frente,
Cabeza, cuello y pecho levantado,
Girando con la cola por el heno
Y echando por los ojos su veneno.

»A mas andar llegándose venia,
Jugando de su lengua tan ligera,
Que no sé yo por cierto si lo era,
Mas ella de tres puntas parecia;
Yo triste, que moverme no podía
Ni sin dolor echar el huelgo fuera,
Por fuerza hube de estarle do me estaba.
Y con mi riesgo ver en qué paraba.

»Verdad es que jamás acá en mi pecho.
Después de aquel primero sobresalto,
El pálido temor me hizo salto,
Aunque pudiera en otro haberle hecho;
Debiólo de causar, según sospecho,
El verme ya de vida casi falto
Y estar sin esperanza de tenella,
Porque esto quita el miedo de perdella.

»O fué que el corazón me daba indicio,
Con su seguridad, de algún seguro,
Pues que decir por sebas lo futuro
Bien vemos que lo tiene por oficio;
Al fin, para mi mal ó beneficio
Yo estuve de la suerte que os figuro,
Sin que esperase ya salud ninguna,
Sino es que no esperalla fuese alguna.

Pues cuando el engrifado culebresno,
Por serme ya tan próximo y vecino,
Me vino á ver debajo del espino,
Tendió su longitud al pié del fresno;
De do, cual mansa bestia de buen tressno,
Reptando mansamente á mí se vino,
Humilde con la parte que es suprema
Y haciendo mil arillos de la extrema.

»Llegóseme doméstico y tratable,
Mostrando con halagos y caricias
Haber librado todas sus delicias
En deliciar mi cuerpo miserable;
Y desluciendo el suyo deleznable.
Me estuvo allí pidiendo como albricias
De alguna buena nueva que me diese,
Como si para mí posible fuese.

»Tal vez de largo á largo se tendía
Y el vario lomo liso me mostraba,
Tal vez en una Troya se tornaba,
Tal vez un solo círculo hacia;
Agora ya conmigo se media,
Agora ya por medio atravesaba,
Mi cuerpo sanguinoso paseando
Con tacto cosquilloso, mole y blando.

»Mas ya después de haber lo dicho hecho,
Me circundó tres veces blandamente,
Y á la tercera vuelta fieramente
Enarboló otra vez cabeza y pecho;
Por donde vino así volvió derecho,
Silbando y sacudiendo cresta y frente,
Y con su vibradora lengua esquivando
Lanzando fuego y sangre por saliva.

»Quedé con un prodigio tan extraño
Gastando el pensamiento en mil quimeras,
Y aunque era cada cual de cien maneras,
Se conformaban todas en mi daño;
Mas como yo dudaba el desengaño,
Vinieronme á nacer al fin esperas,
Haciendo ya mi cierto mal dudoso
Y á mí por esta causa temeroso.

»De suerte que en viniendo la esperanza,
En ese mismo punto vino el miedo,
Mas hube de esperarlos á pié quedo
Que cada cual probase en mí su lanza;
Si aquello fué señal de buenandanza (46),
Pensar, amigos, menos yo no puedo
De que el feliz agüero se ha cumplido,
Pues á los ojos vuestros he venido.

»Mas atended agora que esto es nada:
Contaros he por orden lo restante
Si yo tuviere espíritu bastante,
O si el prolijo cuento ya no enfada.»—
«Antes en tanto grado nos agrada,
Que si con él no pasas adelante,
Gualeva le responde, con el cuento,
Se quedará el camino y el contento.»

Prosigue luego el bárbaro su historia,
Diciendo: «Pues estuve desta suerte
Conmigo batallando y con la muerte
Por quien estaba cerca la victoria;
Oh lo que fué revuelto en mi memoria,
Oh lo que padeció mi pecho fuerte,
Sin dárseme de alivio ni un momento
En seis mortales horas de tormento!

»Su curso tenebroso habia mediado
La negra libertad de la noche
Que va en el pavonado y lardo coche
De buehos y morciélagos tirado;
Y el celestial bohemo turquesado,
Adonde resplandece tanto broche,
A cuantos tienen ojos embozaba,
Y al sueño mas profundo convidaba.

»Callado estaba el aire, el mar, el suelo,
Y mudas aves, peces, animales,
En plácido silencio los mortales,
Y solamente hablaba el claro cielo;
Las flores por tener echado el velo
Encima de sus rostros virginales,
Negaban á la vista la belleza
Que para ver les dió naturaleza.

»Estando pues entonces yo despierto
Y en medio de esperanzas y temores,
Despierto digo y vivo en mis dolores,
Que para lo demás dormido y muerto;
Oí que del silvestre y rudo buerto
Salíó tras unos disonos rumores
Un triste y profundísimo gemido
Allá de lo mas hondo procedido.

»Un ay que claramente parecia
Que tras de sí por fuerza se llevaba
Al ánima del cuerpo que lo daba
Y del que, como yo, lo recibia;
Un ay, jamás pensé que tal habia,
Al mas delgado hilo semejava
De las sutiles telas cordales
Colado por las rimas infernales.

»En dando el intentísimo gemido,
Que me dejó erizado todo el pelo,
Me apareció de súbito ¡dilelo!
Oh caso de horror jamás oído,
Portento raro inmérito de olvido!
No sé si te lo diga, Tucapeló;
Temblando te lo cuento amigo caro,
¿Qué digo? aparecióseme Lautaro.

»Lautaro fué, no error de fantasía,
No sueño, ni quiméricos antojos,
Que yo le vi con estos propios ojos,
Y entonces mas que agora no dormia;
No con gallardo término venia,
Ni lleno de los prósperos despojos
Que trujo cuando cerca deste llano
Metió la Concepcion á sacomano.

»¿Cuán otro le vi yo de aquel Lautaro (47),
Que solo su valor, si al cielo plugo,
Sacó nuestra cerviz del grave yugo,
En que estuviera agora el suelo caro!
Aquel que siempre fué nuestro reparo
Y de cristianos áspero verdugo,
Aquel que en la batalla de Valdivia
Así nos encendió la sangre tibia.

»Oh cuán enagenado y diferente
De aquel por quien la cuesta Andalicana
Agora y para siempre á gente hispana
Asombra con el nombre solamente!
Oh cuán distinto garbo y continente
De cuando sobre el muro y barbacana,
Enamorando á mil silvestres deas,
En Mataquito habló con Marcos Yeas!

»Acuérdome de aquella lozanía,
De aquel donaire del tan cortesano
Con que tomó del gran Canpolicano
El cargo que también se le debía;
De aquella tan insólita osadía
Con que le prometió de llano en llano
Postrar á Mapochó y aun ambos polos
El solo con quinientos bombres solos.

»¿Quién tal imaginara? ¿Quién dijera
Que aquel robusto cuerpo y rostro bello,
Que sin envidia nadie pudo vello,
Alguno ya con lástima lo viera?
Pues yo le vide así, que no debiera,
Por ser desde las plantas al cabello
De horrores y miserias todo junto
El mas horrendo y misero trasunto.

»Vi su cabeza casi un casco mondo,
Con cual y cual por ella largo pelo,
Sus ojos que alegraban tierra y cielo,
Sumidos en un triste abismo hondo:
Vi por las cuencas dellos en redondo
Un cárdeno color, un turbio velo,
Vi del mortal y pálido cubierta
Su faz desfigurada triste y muerta.

»Su boca ya de lobo y mas oscura
Lanzaba espeso humo por aliento;
Sudaba un engrosado humor sangriento
Su laso cuerpo y lóbrega figura;
Y por la fiera llaga y abertura
Que tanto apresuró su fin violento,
Mostraba el corazon, que fué tan bravo,
Vertiendo, ya no sangre, sino tabo.

»Así le vi, y en viéndole delante,
Un hielo temeroso al mismo punto
Cayó sobre mi cuerpo y alma junto
Con un sudor helado en mi semblante;
Que luego por los huesos adelante
Se difundió, dejándome difunto,
Y con la sangre ya cuajada y fria,
Si alguna en su lugar quedado habia.

»Pegóse al paladar mi lengua helada,
Cerróme la garganta un grueso fluido,
Huyóseme el sentido, quedé mudo,
Con toda la cabeza enervizada;
Pero la negra sombra á mi llegada
No sé qué pudo hacer, mas tanto pudo,
Que luego me sentí con pecho fuerte
Para poder hablalla desta suerte.

»¿Quién eres, oh espectáculo funesto?
Que aunque este corazon me dice claro
Tener ante mis ojos á Lautaro,
Lo contradicen ellos viendo el gesto.
Así le dije yo, mas él tras esto
Soltó la voz diciendo: Amigo caro,
No des agora crédito al sentido
Por ser al corazon mejor debido.

»Con esto allá de lo íntimo del seno
Sacó segunda vez un ay prolijo,
Y luego en arrancándole me dijo:
Lautaro soy, ¿conóceme, Talgueno?
Entonces yo, sintiéndome ya bueno,
Aunque me tuvo un rato absorto y fijo,
Me levanté de allí por abrazallo,
Mas nunca pude ¡ay triste! secarlo.

»Tres veces alargué mi cuello y brazos
Para ceñir el suyo macilento,
Mas tantas me dejó burlado el viento,
Y di á mi pecho inútiles abrazos;
Con que estuviera haciéndome pedazos,
A no cortar Lautaro el vano intento,
Diciéndome: No tienes que cansarte,
Que en eso tú ni yo serémos parte.

»De mí te satisfaz, y ten por cierto
Que no te lo negué por ser te esquivo,
Mas porque le es vedado al hombre vivo
Tratar de tal manera con el muerto;
Por tanto cese ya tu desconcierto,
Que sobre mis tormentos le recibo,
De ver que no te doy en todo gusto,
Por no me ser posible siendo justo.

»Yo, visto ser aquel intento rudo,
Le dije todo en lágrimas bañado:
¡Oh muro defensivo del Estado! (48)
Oh tú del Español cachillo agudo!
¿Quién mancillar así tu rostro pudo?
¿Quién ha tu fuerte cuerpo maltratado?
¿En qué lugar has hecho (49) tanta mora?
¿De donde, cómo, á qué veniste agora?

»El triste simulacro respondiéndome,
¡Oh fiel Talgueno! dijo, caro amigo,
Esférzate y escucha lo que digo,
Que ha mucho que decírtelo pretendo;
Mas helo dilatado conociendo,
Que cuando te faltase todo abrigo,
Segun y como agora te faltaba,
Entonces el decírtelo importaba,

»Porque de mí venida se siguiese,
Hallándote metido en tal estrecho,
Tu cura, tu salud y tu provecho,
Mí bien, mi salvacion y mi interese:
Y porque haciendo yo lo que en mí fuese,
Pagado te dejase y satisfecho,
Si es paga suficiente darte sano
Para lo que pretendo de tu mano.

»Diciéndome y haciendo, vase al prado,
De donde con sus manos descarnadas
Arranca ciertas yerbas desusadas,
Volviéndose á mi cuerpo desangrado;
Y con el zumo habiéndolo estrujado
Por todas mis heridas mal contadas,
Se me cerraron luego todas ellas,
Dejándome, aunque débil, sano dellas.

»Pues hecha ya la cura desta suerte,
Me comenzó á decir en tal manera:
Tu peligrosa vida ya está fuera
Del peligroso paso de la muerte;
Agora será bien satisfacerte,
Que estando cual estabas, no lo fuera,
De lo que yo pretendo y preguntaste
Diciéndote de todo lo que baste.

»Sabrás que Catirai, aquel astuto
Cacique principal emparentado,
Fué causa de mi fin acelerado
Y de ponerse Arauco triste luto;
Llévóle su apetito como á bruto
Del freno de razon desenfrenado
A dar consigo en un delito enorme,
De cuantos puede haber el mas disforme.

»El crimen fué traicion y causa della,
Si no lo fué mi propia desventura,
La célebre y costosa hermosura
De mi Guacolda un tiempo cara y bella;
Sus ojos este alevé puso en ella,
Y no en mi voluntad sincera y pura,
Pues por asegurar su mal intento,
Determinó privarme del aliento.

»No reparó siquiera en la prinzaza
Que siempre tuvo el pésimo conmigo,
Ni haberle yo tratado como amigo,
Haciendo dél en todo confianza;
Porque él, como traidor, me hincó la lanza,
Mezclado con el pérfido enemigo,
La noche del asalto sobre el fuerte
Y pudo bien hacello desta suerte.

»Salióse de su casa el alevoso,
Porque de amor en ella no cabía,
Y vino frenético á la mía,
De me quitar la vida codicioso,
Creuyendo que la suya y su reposo
En mi temprana muerte consistía,
Y que si yo no estaba de por medio
Se posibilitaba su remedio.

»El arco trujo y flechas en la aljaba,
Con la de amor tembándole en el pecho,
Y enfrente de mí puerta poco trecho
Se puso á ver si acaso yo asomaba;
A solo que saliese me aguardaba
Para salir el crudo con su hecho,
Sacada ya la pública saeta,
Con que sacar pensaba la secreta.

» Y por tener en ellas tanta gracia,
Que siempre fué su tiro señalado,
Se vino en solo flechas confiado,
Aunque mejor pudiera en mi desgracia;
Pues cuando ya, perdida la eficacia
Y de esperarme allí desesperado,
Volver para su tienda se quería,
Vió dar los enemigos en la mia.

» Entonces pudo bien por ser oscuro
Mezclarse con aquella gente insana,
Que dando su favor á la cristiana,
Por una parte vino sobre el muro;
Y pudo juntamente á su seguro
Salir con su intencion, que no fué vana,
Al tiempo que saltando de mi lecho,
Sali con el rumor desnudo el pecho.

» Por él me penetró la jara fuerte,
Y dando en el asiento de la vida,
La derribó de allí desposeída,
Y en su lugar subió la fiera muerte;
¡Oh cuán apriesa vienes, dura suerte,
A quien recela menos tu venida!
Pues cuando yo la daba por incierta,
Estabas aguardándome á la puerta.

» ¡Cuán cerca está del bien la desventura!
Y el acabar; cuán próximo á quien ama!
Pues fué sacar mis pies de la ancha cama
Metellos en la estrecha sepultura;
Y dar en los de aquella Parca dura,
Dejar los ternos brazos de mi dama,
La cual, aunque de culpa estuvo ajena,
Fué causa de que pague yo la pena.

» Cumpliósele al infame su deseo,
Matándome cual ves con asechanzas,
Mas no sus fementidas esperanzas
Fundadas en amor lascivo y feo;
Pues para mas honor de su trofeo
Adorno y esplendor de sus estanzas,
Llevaron á Guacolda los cristianos,
A ruego de los jóvenes lozanos.

» Siguióla Catirai disimulado,
A sombra de un amigo su pariente,
Y sigue á los cristianos al presente,
A trueque de seguir á su cuidado;
Mas nada en su propósito dañado
Ha sido con Guacolda suficiente,
Aunque ella está del crimen ignorante,
Para que muestre al indio buen semblante.

» Mas ¡ay amor de hembra, burla y juego!
De qué te sirve di, mujer aleve,
Tener con uno el pecho tan de nieve,
Teniéndole con otro tan de fuego?
¿Qué importa haber amádome, si luego
En viéndome acabar la vida breve,
Deseosa de hacer la tuya larga,
Buscaste nuevo amor y nueva carga?

» Al yugo de un hispano sometiste
El cuello, de que siempre me colgaste.
¿Así la prometida se guardaste,
Y lo que aquella noche me dijiste?
En vida solamente me seguiste,
Y en muerte, como sombra, me dejaste,
Que dura mientras luce el sol dorado,
Y acabáse en habiéndome algun huido.

» Si fué que no pudiste fiacamente
Acompañar mi muerte acerba y cruda,
Quedaras como tórtola viuda
Guardando soledad perpetuamente;
Mas fuiste golondrina diferente,
La cual mudado el tiempo se nos muda,
Pues viene con el mozo del verano,
Y vase cuando ve el invierno cano.

» Mas para qué, Guacolda, te condeno
Si acudes á tu sexo femenino?
Perdóname, que es claro desatino
Pedir un fuerte roblo al flaco benuo;
Y tú también perdóname, Talgueno,
Que el ciego amor me saca del camino:
Dejemos pues tan áspera vereda,
Que es tiempo de decirte lo que queda.

» Ya te mostré quién es el homicida;
Agora es bien mostrarte lo que quiero:
Venganza dél te pido por eniero,
Si basta que Lautaro te la pida;
Solo venganza puede darme vida,
Porque sin ella infanta muerte muero,
Pues solo por estar aun no vengado,
Estoy de los Eliacos desterrado.

» Pues venga la venganza, caro amigo,
Y venga, si es posible, por la via
De tu mujer y prima hermana mia,
Para que mas confunda al enemigo;
Y della mas agora no te digo
De que un destino próspero la guta
Por medio triste y áspero sendero
A fin alegre y dulce paradero.

» Segunda vez me dijo, Talgueno, mira
Que venga por Quidora mi reparo,
Porque será mas gloria de Lautaro
Y pena mas terrible de Catira;
El tiene el rico Llauto de Chaquirá,
Que fué del venerable Pañataro,
Devisa con que entre otra mucha gente
De lejos se devisa claramente.

» Este es, Talgueno, el fin de mi venida,
Aunque el primero fué de remediarle,
No quieras pues en cosa descendarle
Adonde va tu fe, mi gloria y vida;
Dirás lo que te digo á tu querida,
Y á Tucapel darás de todo parte,
Al cual en despuntando la luz nueva
Verás en este monte con Gualeva.

» A todos encomiendo mucho el hrio
Y que mostreis valor extraordinario,
Que bien es menester con tal contrario,
Y tal que ya pudiera serlo mio;
Mas donde están los vuestros yo confío
Que no será mi brazo necesario:
Verdad es que no siéndolo al presente,
Ni fué ni lo ha de ser eternamente.

» Agora que la lábrica fortuna
Al parecer os muestra mal semblante,
La resistid con ánimo constante,
Pues todo le trujisteis á la cuna;
Que su voluble rueda no es coluna,
Ni don Hartado es Hércules ni Atlante,
Y aun dade que lo fuere, me consuelo,
Con que penséis vosotros mas que el cielo.

» No tengo que decirte mas, Talgueno,
Ni puedo, porque ya la sombra fria,
Queriendo hacer lugar al claro día,
Desembaraza el húmido terreno;
Pues vete, que ya estás, amigo, bueno,
Me dijo señalándome la via,
Que yo me voy al sótano y estancia,
De do podrá sacarme la venganza.

» Así dió fin el triste, y al momento
En exhalada forma convertido,
Se arrebató de mi desvanecido,
Dejando con horror aquel asiento;
Y á mi con un extraño sentimiento,
Así de haber sus lástimas oído,
Como de no poder allí á mis ojos
Satisfacer su muerte y mis enojos.

» Catad aquí en sus términos la historia
Y el desigual suceso relatado
De lo que en esta noche me ha pasado,
Que no se pasará de mi memoria;
Ni pienso yo tener cumplida gloria
Hasta tener cumplido su mandado,
Ni es bien que tú, gallardo Tucapel,
Recibas, hasta dársele, consuelo.

» Acuérdate, si debes acordarte,
De aquel amor intenso que te tuvo,
Y mira cuántas veces se detuvo
Cuando iba tu furor á despeñarte;
Advierte como siempre de tu parte
En trances tan difíciles estuvo,
No porque te faltase allí tu diestra,
Mas porque de su fe sobrase muestra.

»Mal hago en persuadirte, ya lo veo,
Teniendo visto ya tu pecho claro,
Mas el dolor que tengo de Lautaro
Me hace prorumpir en devaneo;
Y tanto su venganza le deseo,
Que no me pareciera precio caro
Comprársela, no digo á puras penas,
Mas aun á pura sangre de mis venas.»

Aquí paró Talguen, poniendo punto
A la rodada cláusula del cuento,
Quedándole su rostro macilento.
En forma de tristísimo trasunto;
Y el duro Tucapel por el difunto
Se enterneció llorando (¡gran portento!).
»Oh amor, aquí cifraste tus hazañas,
Domando tan indómitas entrañas!

Bien vido su consorte la extrañeza,
Por mas que quiso el bárbaro encubrilla,
Causándole terror y maravilla
Que tanto se ablandase tal dureza;
Dobléciese por ello la tristeza,
Y de rosada púsose amarilla,
Haciendo de sus ojos dos vertientes
De cristalinas lágrimas calientes.

Pasaron largas pláticas en esto,
Mil cosas confiriendo sobre el caso,
Las cuales en silencio dígo paso,
Por no venir en todo á ser molesto;
Pues cuando ya Títan en curso presto
Hollaba los umbrales del ocaso,
Pusieron fin con él á su jornada,
Llegados á la rústica majada.

Adonde ya las mansas ovejuelas
Al paso del zagal se recogían,
Trayendo lo que ya pacido habían
De su doblado estómago á las muelas;
Y dentro de las trémulas chozuelas
Los encendidos fuegos relucían,
Cercados de pastores y pastoras
Para engañar allí las negras horas.

A la verdosa falda de un repecho
Entraron los famosos peregrinos
Por entre dos arroyos cristalinos
Que cercan el primer pajizo techo,
Adonde con sencillo y ancho pecho,
Juntándose pastores convecinos,
Les dieron dulce albergue y acogida
Conforme á la miseria de su vida.

Tres bíandás y lanosas pieles tienden,
Sentándolos en ellas junto al fuego,
Con que los encogidos nervios luego
Medidos en calor se les extienden;
Allí saber los rústicos pretenden
De cómo fué el asalto y duro juego,
Mas tan penoso aspecto en ellos miran,
Que yendo á preguntallo se retiran.

Convidanles humildes con la cena,
Que fué de un recental cabrito grueso,
Con leche, requesón, cuajada y queso,
De que la ruda choza estaba llena;
Mas como los guerreros con la pena
Del referido lúgubre suceso
Tienen un fudo al cuello atravesado,
No pueden sin dolor pasar bocado.

Sacáronles piñones, avellanas,
Frutilla seca, mádi enharinado,
Maíz por las pastoras confitado (30)
Al fuego con arena en las caillanas (31);
Y en copas de madera no medianas
Les dan licor de molle regalado,
Mudai, Perper, y el Ulpo su bebida (32).
Que sirve juntamente de comida.

De todo, mas de fuerza que de grado,
Los huéspedes probaron casi nada,
Y siendo ya la mesa levantada,
Si puede ser el suelo levantado,
Por desfogar un poco su cuidado,
Talgueno levantó la voz cansada,
Diciendo al mayoral de aquella gente
Con atencion de todos lo siguiente:

»Hermano, así jamás el enemigo
Y carnívoros lobo te haga daño
En la menor cabeza del rebaño,
Y siempre al cielo tengas por amigo;
Así se multiplique con su abrigo
El año venidero mas que bogaño,
Nos digas en lugar de sobrevena
Si es esta buena vida y cómo es buena.»

Guemapu, la pregunta apercebida,
Responde: «Puedes bien satisfacerte,
Que nadie está contento con su suerte
Sino es aquel que goza desta vida;
Sin ella me parece que otra vida
Forzoso ha de tener sabor de muerte,
Mas esta es una vida tan suave,
Que todo cuanto tiene á vida sabe.

»A vida sabe el son del caramillo-
A sombra de la haya contemplando.
Cuál va la verde loma despojando
Del rico pasto el pobre ganadillo;
A vida ver tan lucio al cabritillo
Travieso con los otros retozando;
A vida ver los claros arroyuelos
Hacer al sol mil visos y espejuelos.

»A vida sabe andar por la foresta,
Y entresacando della varias flores
De varios y finísimos colores,
Tejer una guirlanda bien compuesta;
A mas que vida sabe allá en la siesta
Decir á la zagalá sus amores,
Venecelle los garzones en la lucha,
Cazalle la perdiz, pescar la trucha.

»Pues ¿qué si el árbol vemos que retoña,
Prenuncio de la fértil primavera,
Aquel llevar el agua lisonjera
Y al pájaro el tenor con la zampoña?
Pues ¿para si el ganado tiene roña,
Aquel sacar el cuerno de la miera,
Y untándole con ella, verle sano
Tundir seguramente el verde llano?

»Aquí no llega el fasto ni la pompa,
No cabe aquí soberbia ni codicia,
Aquí no tiene entrada la malicia
Que nuestros simples ánimos corrompa;
Aquí no suena pifaro ni trompa,
Perturbadora voz de la milicia,
Que nunca el manso pan custodio nuestro
Gustó del iracundo Marte vuestro.

»En fin, Cackue, ten por entendido
Que es gran ganancia andar con el ganado,
Y que ese solo puede andar ganado,
Pues mal podrá con él andar perdido.»
Talgueno le responde convencido:
«¡Oh verdaderamente fortunado!
Pues nada se te da por la fortuna
Ni por subir al cuerno de la luna.»

Mas Tucapel, que ya con ceño bravo
Aquellas alabanzas escuchaba,
Soltó diciendo: «El hombre que esto alaba
No tiene corazón que valga un clavo;
Espántome de ti que estás al cabo,
Talgueno, de lo que es la guerra brava,
Haber sufrido tanto que se alabe
La vida que jamás á guerra sabe.

»A vida sabe al gusto no estragado,
Arderse en un furor de viva saña,
Y revolver la rígida guadaña
En medio del palenque y estacado;
A vida sabe el son de Marte airado
Y ver nadar en sangre la campaña;
A vida sabe y dulce vida encierra
Perdella por la patria en justa guerra.

»Igual por cierto fuera que esta gente
De tan inútil vida se dejara,
Y de abultar siquiera aprovechara.
Al belicoso ejército potente;
Que lo demás es cosa impertinente,
Porque el ganado él solo se guardara,
O cuando no, comun á todos fuera,
Teniendo mas en él quien mas pudiera.»

En tanto que esto el bárbaro decía,
Mostraba tan feroz y duro gesto,
Que de temor Guemapu con el resto
Quedó sin mas decir cual nieve fría;
Pero Talguen, que ya le conocía,
No quiso replicarle mas en esto,
Sabiendo que es union de corazones
Saberse bien llevar las condiciones.

Demás de que Gualava recelosa,
Temiendo que el negocio se enconase,
Con tiempo le rogó que lo dejase,
Jurándole la vida de su esposa;
Mudó Talguen la plática enconosa,
Y como á su Quidora le acordase,
Un intimo suspiro dió por ella,
Que de su llama ardiente fué centella.

Entonces la pastora Chabraqura,
Que á un lado de Gualava estaba junta,
Llegándose al oído, le pregunta:
«¿Quién es por quien el bárbaro suspira?»—
«Es una perfección que al cielo admira,
La huésped responde á su pregunta,
Es la preciosa prenda de su pecho,
Y el misero no sabe qué se ha hecho.»—

«Si fuese, dijo luego la pastora
Volviéndose á Guemapu su marido,
Aquella que diez horas ha dormido,
Y aun duerme de cansada hasta agora;
Hoy vino con los pasos de la aurora
A nuestra humilde choza y pobre nido
Una mujer tan triste como bella,
Que os diera compasion y envidia vella.

»Anduvo sin parar la noche en peso,
Segun me dijo, en busca de su amado,
Y el bello rostro en lágrimas bañado
Testificaba el misero suceso;
Su pena debe ser en mucho exceso,
Pues luego sin poder tomar bocado,
Ahí dentro se arrojó tras esa puerta,
Y allí se está no sé si viva o muerta.»

Sin mas poder sufrir, Talgueno salta,
El corazon saltándole en el pecho,
Y Tucapel se pone en pié derecho
Diciendo: «Si ella fuese, ¿qué nos falta?»
Gualava dice atónita en voz alta:
«¿Qué tal tesoro encubre un pobre techo?»
Sin duda que es Quidora, vamos, vamos,
¿Adónde está? Mostrádmela, veamos.»

Con esto se levantan al instante,
Y todos juntos van en busca della:
Yo solo me podré quedar sin vella,
Porque á moverme ya no soy bastante.
Y pues llevar la voz tan adelante
Me tiene tan cansado como á ella,
Razon tambien será dormir un tanto
Y despertar con ella en otro canto.

CANTO XIV.

Halló Talgueno á su Quidora, recibense alegremente, danse cuenta
de lo que á cada uno le ha pasado despues que se apartaron,
cuenta la india las cosas extrañas que ha visto en sueños, pro-
fetizando las felicidades de don García en los tiempos, respecto
de entonces, venideros. Comienza á referir la rebelion de la ciu-
dad de Quito sobre no querer admitir las alcabalas justamente
puestas por el Rey nuestro señor.

El bien que de propósito esperamos,
Que tarde ó nunca llegue es cosa cierta,
Y si á llegar alguna vez acierta,
Es porque en el camino lo encontramos;
Mas cuando de esperalle no tratamos,
Entonces se nos entra por la puerta,
Causando cuanto menos esperada,
Tanto mayor placer con su llegada.

No sé que pueda ser la causa desto,
Porque si ya dijese que lo ordena
Fortuna para darnos gloria llena,
Trayéndonos el bien así tan presto;
Diránme que es engaño manifiesto,
Porque la varia diosa no es tan buena
Que para darnos gusto busque modos,
Pues para lo quitar los usa todos.

De donde por certísimo concluyo,
Que en esto nos enseña el gran Maestro
No estar el bien ó mal en querer nuestro,
Sino que solamente está en el suyo;
Porque si por la traza y medio tuyo
Y disponello todo como diestro
Hallases lo que buscas, pensarías
Que de tu mano sola dependías.

Pues para que en tan gran error no cayas,
Te niega Dios los fines á que atiendes,
Si solo por tus medios lo pretendes,
Que es como hacer en aire vano rayas;
Todo porque con él en todo vayas
Y acabes de entender, si no lo entiendes,
Que si él en tu favor no da un paso,
Por mas que corras tú no hace al caso.

Y no de lo que trato se me arguya,
Que puedes segun esto descuidarte;
Haz tú lo que pudieres de tu parte,
Y Dios lo que quisiere de la suya;
Mas digo que el suceso se atribuya
A la mejor y mas segura parte,
Porque demás de ser forzoso hacello,
Obligará al mismo Dios con ello.

Estáse cuanto digo tan probado,
Que lo experimentamos bien agora,
Y mas lo que es hallar en sola un hora
Lo que mil años no cuando es buscado;
Talgueno lo dirá, que descuidado
Estaba de hallar á su Quidora,
Y si con grandes ansias la buscara,
O menos breve ó nunca la hallara.

Esto es lo que solemos llamar acaso,
Como si por abrir algun cimiento
Halláse un rico nacimiento
De venas que os hiciesen mas al caso;
Y entiéndese, digámoslo de paso,
Respecto del humano entendimiento,
Pues fuera temerario desatino
Poner fortuna ó caso en el divino.

Porque si no es el caso bien mirado,
Sino veniros algo sin sabello,
Y menos entender la causa dello,
Por ser de entendimiento limitado;
Penoso en el de Dios ilimitado,
Fuera localie en mas que en el cabello,
Pues es decille claro que no sabe,
Cosa que en su grandeza tal no cabe.

Demuestran esto bien los naturales,
Poniendo solo el caso y la fortuna
En las que están debajo de la luna,
Y no en las otras causas celestiales;
Mas eso lo podrán seguir los tales,
Aunque su oficio al nuestro no repuna,
Pues antes donde no hay filosofia
No puede haber legítima poesia.

Mas vámonos de aquí, que ya me tamo
No dén tras mí las venas de romance,
Que si me ven es cierto darme alcanca,
Por ser de piés livianos en extremo;
Huir es menester á vela y remo,
Por no me ver con ellos en mal trance.
Y quiero mas volverme á los pastores
Que dar en mano destos pecadores.

De súbito, cual dije, levantado
Talgueno con los otros en un punto,
En busca de su vida va difunto,
El rostro y corason alborotado.
Y habiendo en el cancel pajizo entrado,
Do estaba aquel angelico trasunto,
La ve primero el bárbaro delante,
Que es muy ligero el ojo de un amante.

Sobre el derecho lado recostada,
Y la siniestra en jaspe traducida,
Por el siniestro músculo tendida,
Sirviéndole la diestra de almohada;
Su faz de nieve y púrpura bañada,
La ropa honestamente recogida,
Y el sitio lagrimado por su dueño,
Estaba sumergida en alto sueño.

Su negro y sutilísimo cabello
Por la cerviz abajo se esparcía,
Que rasgos airoosísimos hacia
En el papel bruído de su cuello,
Tan albo y trasparente, que el resuello
Al caminar por él se traslucía,
Y aun era necesario traslucirse
Para que así pudiera percibirse.

No estaba el Teucro Joven avisado
Por quien dejó sus términos Elena,
Con tan hermosa faz ni tan serena,
Al plé del verde aliso recostado;
Ni el termo de las diosas á su lado,
Gozó de vista, viéndole, tan buena,
Como la ven los bárbaros agora
En el dormido rostro de Quidora,

A quien el sueño tiene entretenida,
Rogándola que duerma y no despierte,
Mas ella en su dormir está de suerte,
Que nadie la juzgara por dormida;
Morfeo, como en casa conocida,
En sus cansados miembros se hace fuerte
Hasta salir en viéndola despierta,
Volando por la dura y córnea puerta.

Mas entre tanto él mismo la rocia
Con agua olvidadiza lisonjera,
Cubriéndola con flor de adormidera,
Que toma de su efeto nombrada;
Cualquier fingida forma le desvia,
Y toda se la imprime verdadera;
Fantáso con Iclon, sus hermanos,
Andaban en servilla de las manos.

Suspéndense de ver su traza bella
Los valerosos súbditos de Marte,
Y el rústico pastor por otra parte
Astrólogo se hace desta estrella;
Las de sus ojos tiene ocultas ella,
Y estar así debió de ser gran parte
Para que tan de espacio la miraran,
Porque si no, los mas se deslumbraían.

Tan fuera de medida fué el contento
Que recibió de súbito el amante
Con ver su vida y ánima delante,
Que estuvo por un rato sin aliento;
Y no fué menos prueba y argumento
De ser su pecho y ánimo constante
Sufrir el bien y gloria deste punto,
Que todo el mal pasado y pena junto.

Soltar la voz el bárbaro quería,
Mas no salió, probándolo, con ello,
Y fué que le estorbó para el hacedlo
Querer echar de golpe el alegría;
Bien como el vaso lleno de agua fria
De vientre muy capaz y angosto cuello,
Que no dará una gota sin quebralle
Cuando de golpe quieren derramalle.

Lo mismo agora al Indio le sucede,
Que como tiene estrecha la garganta,
Si quiere echar por ella gloria tanta,
Embaza, que pasar de allí no puede;
Mas puesto que este paso se le vede,
Por otra parte cuela y se adelanta,
Y así salir hablando no le vale,
Al menos en color al rostro sale.

Por una parte quiere despertalla
Porque de verle goce mas alma,
Por otra le parece cosa indina
De aquella tan serena faz turballa;
Razones por entrambas partes halla,
Y así suspenso no se determina,
Hasta que ya la bárbara despierta,
Las epiniones disonas coucierta.

Corrió Quidora el velo delicado
De sus inaccesibles ojos bellos,
Y tanto que por no morir de vellos,
El mismo amor los suyos ha vendido;
Y como los hubiese levantado,
Reverberó en su luz la lumbre dellos,
Mas ella no creyendo el bien que vía,
Creyó que lo soñaba todavía.

Quedóse al mismo punto que le vido
Los ojos tan abiertos y elevada,
Cual ave con la luz encandilada,
Que la tomáis á manos en el nido;
No acaba de dar crédito al sentido,
Mas viendo su persona ensangrentada,
Ser muerto en la batalla le parece,
Y que por eso allí se le aparece.

No estuvo tan incrédula mirando
Penélope la casta junto al fuego
A su tan esperado y cauto griego
En la postiza forma reparando,
Como Quidora el viso levantando,
De ver al que del alma le hizo entrego,
Y es porque menos que ella no le amaba,
Ni con menores ansias le esperaba.

Mas revolviendo al fin su lisa frente,
Al copo de la nieve preferida,
Y viendo á Tucapel con su querida
Entre la pastoral y simple gente,
Que todos á una voz alegremente
Le culpan cómo tanto está dormida,
Dice entre sí: «Verdad es lo que veo,
Mas tanto bien por junto no lo creo.»

Todo esto sin moverse considera,
Y todo lo revuelve en un momento,
Por ser como se sabe el pensamiento
La cosa sobre todas mas ligera;
Mas ya que bien mirado vió lo que era,
Apenas acabara de contento,
Que un súbito placer crecido y fuerte
No es menos que un pesar en dar la muerte.

Pues como á conocer su cielo vino,
Se levantó del suelo, do yacía,
A tiempo que Talgueno descendía,
Y así partieron ambos el camino;
¡Oh quién tuviera ingenio peregrino,
Con pluma diferente de la mía,
Para sacar al vivo en fiel trasunto
El desigual contento deste punto!

Con vínculos recíprocos se traban
El pecho de alabastro y de diamante,
El de Quidora digo y de su amante,
Y con gozosas lágrimas los lavan;
De darse dulces ósculos no acaban
Por todos los espacios del semblante,
Ni de cruzar encima de los cuellos
Los rostros, y aun las ánimas con ellos.

No está la umbrosa vid tan abrazada
Al olmo retorciéndose lasciva,
Ni trepa por el viejo muro arriba
La hiedra tan revuelta ni enlazada;
Ni á la pendiente peña levantada,
Que casi sobre el agua se derriba,
Se arrima tanto el pulpo pegajoso,
Cuanto Quidora al pecho de su esposo.

El uno al otro mira y no se habla,
Mas esto no es aquí negocio bravo,
Porque si de contento están al cabo,
¡Qué mucho que tambien estén sin habla?
Demás de que mejor su juego entabla
Y lleva la ganancia mas al cabo
Aquel que en estos lances nunca toca
La mal segura pieza de la boca.

Estuvo sin moverse en larga pieza
A causa de le haber cogido el freno
El demasiado gozo que en su seno
Para salir de golpe se adereza;
Reclina el cuello lánguido y cabeza
En el de su Quidora su Talgueno,
Y ella tambien del suyo suspendida,
Se queda al parecer amortecida.

Mas ya que el mar del alma sosegado,
Por ser pasado el recio torbellino
Del íntimo contento repentino,
Dejó salir al fin la lengua á nado,
Dice Talgueno el rostro levantado:
«¡Oh mas que ameno el áspero camino,
Pues tras la pena y mal de la jornada
Sois vos, mi bien y gloria, la posada!»

«¡Felice yo, responde su querida,
En rematar mi sueño desta suerte,
Pues si perdí la imagen de la muerte,
En ti, Señor, hallé la de mi vida;
Alegres y altas cosas vi dormida,
Pero despierta mas lo ha sido verte,
Dichoso el sueño y mucho mas la vela,
Aunque entre lo que en él se me revela.»

No dice mas Quidora al tierno amante,
Porque Gualeva en medio de alegría,
Y de los dos, al bárbaro desvia,
Juntando con el della su semblante;
Y dicele: «Aunque esté Talguen delante,
Te quiero yo abrazar, amiga mía,
Pues en estar conforme con la tuya,
Mi voluntad no es menos que la suya.

»Conténtase que en ser después lo sigo,
Porque en amarte no hay á quien yo siga,
Que tan primera soy en cuanto amiga,
Como él lo puede ser en cuanto amigo.»
«Yo, dice la de Talgue, así lo digo,
Aunque ninguno habrá que no lo diga,
Y así, Gualeva, tienes en mi seno
Tan íntimo lugar como Talgueno.»

También aquel indómito y altivo
Llegarse y abrazalla bien quisiera,
Aunque es de condicion esquivia y fiera,
Pero con la mujer no hay hombre esquivo;
Mas teme que es tocar en lo mas vivo
A su mujer, celosa de que quiera,
Y no se quiere ver en tal presura,
Cual fué la del suspiro en la espesura.

Verdad es que amistad entre ellas via,
Mas la envidiosa hembra, al entra el celo,
Da con la mas amiga por el suelo,
Porque el amor no sufre compañía;
Y así sin abrazalla cual querría,
Le dice desde afuera el Tucapel:
«Con tal que así te hallásemos, Quidora,
Yo digo que te pierdas cada hora.»

Ella responde: «Ya por mí lo hallo,
Y no sé si mi bien distante dello,
Ser mas la grave pena de perdello
Que la ligera gloria de hallallo;
Y como quieras bien considerallo,
Famoso Tucapel, no hay mas en ello,
De que como este bien está presente
Y el mal es ya pasado, no se siente.»

Llegóse, habiendo dicho desta suerte,
Al sanguinoso cuello de su amado,
Diciéndole: «¿Qué es esto? ¿Estás llagado?
Que yo lo estoy, Señor, de solo verte.»
El dice: «Aunque me hubieran dado muerte,
Hubiera della ya resucitado
Con solo haberos visto, vida mía,
Pues no hay morir en vuestra compañía.

»Mas no ha millares de horas lo que digo,
Ni es lejos do me vi la muerte al ojo,
No por haberme yo mostrado flojo,
Que Tucapel es desto buen testigo,
Sino por ser tan bravo el enemigo,
Que Marte se gobierna por su antojo;
Mas ya de mis heridas, aunque tales,
Apenas me han quedado las señales.»

Ella replica entonces: «Yo te ruego
Me digas deso el dónde y la manera.»
«Salgamos, dice el bárbaro, acá fuera,
Que yo lo contaré por orden luego.»
Salieron, y sentados junto al fuego
La maliciosa gente y la sincera,
Persuaden á la huésped que cene
Y con decir sus penas los despene.

La cual condescendiendo fácilmente,
Que no la obliga á menos su contento,
Toma lo que le basta por sustento
A un cuerpo que su alma ve presente,
Y empieza á referir con sesga frente
El desigual discurso de su cuento
Desde que echando menos á su vida,
Anduvo sola, prófuga y perdida.

No canto por sus puntos el suceso,
Por ser el mismo casi de Gualeva,
Y en él no haberse visto cosa nueva,
Mas que dolores y ansias en exceso;
Anduvo una prolija noche en peso
Haciendo de su fe costosa prueba,
Hasta que al asomar del tardo día
Se vió con esta inculta compañía.

La cual atiende en júbilo bañada,
De ver que aquella misera tragedia
Se concluyese en próspera comedia
Allí en su tosea y rústica morada.
Duró la dulce historia en ser contada
Por los quidóreos labios hora y media,
Y luego le pidió su alegre dueño
Contase las grandezas de su sueño.

Mas ella dijo: «Bien será que á veces
Lo sucedido á entrambos se refiera:
Yo quiero con mi sueño ser postrera,
Segura de que no serán las heces;
Y digan los que están como jüeces
Si debes tú llevar la delantera
En esto del contar, que en ser amante
Yo voy con muchas leguas adelante.

»Que pues, Talguen, agora en este punto
Yo acabo de cantar lo que he pasado,
Tú debes como diestro y descansado
Echar sobre mi voz tu contrapunto,
Cantando sin faltar en solo un punto
Lo que después que faltas de mi lado
Has hecho y padecido como fuerte
Hasta luchar, cual dices, con la muerte.»

Juzgaron luego todos que era justo,
Así por la razon que le sobraba,
Como porque á Talgueno le bastaba
Ver que á Quidora en ello daba gusto;
Rendido pues el bárbaro robusto
En breve relató lo que pasaba,
Hablándole primero referido
El caso de Gualeva y su marido.

Contóle del asalto en la muralla,
Del nuevo general que estaba en ella,
De su valor y pecho en defendella
Y con tan poca gente sustentalla;
De cómo se salió de la batalla
Por acabar su vida en brazos della,
De la feroz culebra el trance raro
Y aparición tremenda de Lautaro.

Oyeron admirados los pastores
Tan grandes y estupendas maravillas,
Y aun daban solamente con oíllas
A veces dentelladas y temblores;
Oyó Quidora, léjos de temores
Y sin mudar color en sus mejillas,
Como la que sin ver ha visto tanto,
Que nada ya le puede dar espanto.

Mas cáusale dolor en sumo grado
Oír aquellas lástimas del primo,
Y ver que así la quiera por arrimo
Para quedar del pérdida vengado;
Con esto el corazón se le ha estrujado,
Bien como en su lugar lo está el racimo,
De cuya compresion un agua sale,
Que cada gota mas que perlas vale.

Protesta allí en lo hondo de su pecho
De trastornar la máquina del mundo
Y aun de bajar al báratro profundo
Para dejar su agravio satisfecho.
Yo desde agora ya lo doy por hecho,
Y es esta la razon en que me fundo,
Que la mujer ya puesta en una goza
Hasta salir con ella no reposa.

Esto revuelve y esto determina,
Resuelta en que ninguno será parte
A que de su propósito se aparte
Ni tuerza un paso el pie de do camina;
Mas encubriendo aquel dolor y espina,
Aunque la penetró de parte á parte,
Para ocasion mejor que la de agora,
Así responde al bárbaro Quidora:

«Apoyo de mi vida, bien entiendo
Qué piensas de mi frágil pecho blando,
Que ya de haberte oído estoy temblando,
Por ser de suyo el caso tan horrendo;
Pues sábeta que he visto mas durmiendo
Que lo que tu pudiste ver velando,
Y que es tu cuento extraño con el mío
Como con todo el mar un solo río.

»Mas ya estarán los huéspedes cansados,
Y es tiempo que Gualeva con su esposo
Y tú, mi amado, rindas al reposo
Los no rendidos miembros trabajados.»—

«Estamos, dicen todos, tan cebados,
Y cada cual por sí tan deseoso
De que nos cuentes ya tu rara historia,
Que no hay de sueño gana ni memoria.

»Lo que pudiera ser inconveniente
Fuera no haber, Quidora, tú dormido,
Que de nosotros ten por entendido
Ser el descanso oírte solamente;
Y cuando no durmamos al presente,
Haráse allá despues de amanecido,
Que agora de la oscura noche fría
Con tu presente luz harémos día.»

Pues visto por la dama su deseo
Y como están colgados todos della,
Abrió para la voz la puerta bella,
Que cerca del coral lo deja feo;
Diciendo: «Fuerza es esta á lo que creo,
Mas yo quiero de grado padecella,
Si orejas me dais vos, y el cielo santo
Favor, si darle puede para tanto.

»Al mismo nuevo Apó, caudillo raro,
Que, como me pintais, vosotros vistes,
He visto yo también como pudistes,
Y aun por ventura yo le vi mas claro;
Mas hay un punto solo en que reparo
Por donde conocerle no debistes,
Y es dalle verde edad vuestra pintura,
Habiéndole yo visto en la madura.

»Aunque, si no me engaño, en este instante
Acabo de entender la causa dello,
Que en mi revelacion debí de vello,
Segun será los tiempos adelante;
Porque él estaba en reino bien distante,
Habiendo deste ya domado el cuello,
De donde no sin causa conjeturo
Que han sido mis visiones de futuro.

«Virey le vi del reino piruano,
Siguiendo en gobernalle tal camino,
Como al algun espíritu divino
En todo le llevara de la mano;
Estaba aquel distrito tan ufano,
Que desde el mar del Sur al ponto Euxino
Su próspero contento se extendía,
Y á mas la clara voz de don García.

»Donde antes que él viniese andaba todo
Pestilencial, hambriento y miserable,
Despues que vino anduvo saludable,
El mal escassamente, el bien á rodo;
En lo desmoderado puso modo,
A lo que vacilaba, en ser estable,
Y al fin, tocar sus pies aquel terreno
Fué deshacer lo malo con lo bueno.

»El fué tras el invierno, primavera,
Y tras oscura noche, claro día,
Despues de triste muerte yerta y fría,
Alegre vida, fácil, placentera;
En pos de tempestad horrible y fiera
Bonanza dulce y llena de alegría;
Por secos arenales, fresco río,
Y sobre mustias flores el rocío.

»Bien como cuando va por alta cima,
El claro sol por brújula saliendo,
Que luego los nublados van huyendo,
Con miedo que su lumbre los oprima;
Así del propio modo vi yo en Lima
Al refulgente Apó, que en pareciendo,
Fueron las pestes, males y pecados
Deshechos con su luz como nublados.

»Los terremotos, antes temerarios,
Soberbios edificios humillaban,
Y los corruptos aires penetraban
Causando efectos mil trasordinarios;
En gruesa multitud los males varios
A costa de la tierra caminaban,
Sin perdonar ninguno cosa alguna
De cuantos hay debajo de la luna.

»Trataban al servicio de manera,
Que siempre andaba en casa el dueño insano
Con el rebenque y látigo en la mano,
Mas áspero que cómitre en galera;
Los miserables indios por do quiera
Rodaban sanguinosos por el llano,
Y á bien librar, por montes y por cerros
Andaban garleando como perros.

»Cesaron luego todos estos males,
Y en cambio de los techos derribados,
Del suelo al cielo fueron levantados
Colegios, monasterios, hospitales;
Los pobres beneméritos, leales,
Eran en breve déi remunerados,
Distribuyendo rentas y pensiones
Por las humildes casas y rincones.

»A todos alivió su grave carga,
Y al indio en especial, difícil cosa,
Redujo á vida próspera y sabrosa,
De muerte mas que misera y amarga;
Entre ellos asentó con mano larga
Un modo de vivienda gananciosa,
Que á la delgada tierra en adelante
Dejó de bienes gruesa y abundante.

»Al fin lo puso todo en tal manera,
Que presto pareció la mejoría
De lo que en otro tiempo ser solía,
A lo que ya con él entonces era.
Parece por difícil que ello fuera
Que todo al gusto suyo se media,
Y que con libertad su dura planta
Hollaba á la fortuna la garganta.

»Honrábele en comun la ruda gente
Con título de bien afortunado,
Y en esto como vulgo andaba errado,
Pues no es el ser dichoso ser prudente;
Quien hace algun buen lance de repente,
No habiendo para hacelle pieza alzado,
Se dice venturoso en buen romance,
Mas no quien antes tuvo armado el lance.

»Así, cuando al que digo vez alguna
En fin dichoso acaso le saliera,
Sin que los medios únicos pusiera,
Dijéramos causallo su fortuna;
Pero si cosa próspera ninguna
Le sucedió mirándola de afuera,
Sino poniendo el medio conveniente,
¿Por qué ha de ser feliz y no prudente?

»Pues cuando, como digo, todo estuvo
Haciendo en punto música melosa,
Y puesta ya en el suyo cada cosa,
Adonde se extendiese mas no tuvo;
Tres años en tranquila paz mantuvo
Al mar soberbio y tierra polvorosa,
Sin que sobre esta polvo se hiciese
Ni viento sobre aquel se removiese.

»Mas yo no sé qué fué la causa dello,
Que cuando estaba el cielo de su estado
Mas limpio, mas sereno y espejado,
Para mirarse en él y para vello,
Salió con presuncion de escurecello
Por donde no pensaban un nublado,
El cual segun llevaba ya el camino
Amenazaba recio torbellino.

»Ora la causa fuese muchedumbre
De turbida materia vaporosa,
Que en la cabeza váguida y temblorosa
Turbase á la razón su clara lumbre;
Ora lo fuese el hábito y costumbre
De que se precia el mundo en cada cosa,
Que es no tener sosten en cuantas tiene;
Ora que nunca un bien tras otro viene;

»Ora que su dichosa estrella quiso,
Poniéndole en peligro semejante,
Darle capaz materia y abundante
Adonde echase el resto de su aviso;
Y necesariamente fué preciso
Para mostrar su pecho de diamante,
Echando fuera el ánimo de dentro,
Tal golpe, tal borrasca, tal encuentro.

»En menos campo que este no pudiera
Tirar de su valor la barra grave,
Y aun pienso, por el mucho que en él cabe,
Que si le echara todo, no cupiera;
Con todo, fué el negocio de manera,
Que á no saber, yo os juro, lo que sabe,
Causara tal pedrisco aquel fuñado,
Que hubiera ya perdidose el ganado.

»En esto si dirémos fué dichoso
Aquel gobernador por excelencia,
Que tuvo quien le hiciese resistencia
Para mostrar su brazo vigoroso;
Y como á sol, su signo venturoso
Le puso tal fuñado en competencia,
A fin de que, teniendo á quien hiriese,
La fuerza de sus rayos descubriese.

»Fué como los que venden atriaca,
Que dejan de una víbora morderse
Para que su fineza pueda verse,
Pues luego el mal, tomándola, se aplaca;
Así fortuna desta nube saca
Que venga el claro sol á conocerse,
Pues cuanto mas de opaco hubiere en ella,
Arguye mas virtud el resolvella.

»Por donde me parece, y no me engaño,
Que fué su dicha causa deste hecho,
Para que la ganancia y el provecho
Corriesen con la pérdida y el daño;
Indicio grande fué de amor extraño
Ponerle su fortuna en tal estrecho,
Solo para que así desta manera
Mas claro se pudiese ver quién era,

»Y no es en el varón pequeña gracia
Hallar así ocasión en que arrojarlo,
Como por falta dellas el quedarse
Es en fogosos ánimos desgracia;
No descubriera el fuego su eficacia
Faltándole materia en que cebarse,
Ni fueran lo que son los araucanos,
Si nunca hubieran sido los cristianos.

»Así su fortaleza don Hurtado
Ni su saber tan claro demostrara,
Ni tanto su renombre levantara,
Si no se hubiera Quito levantado;
Allí pues era el turbido fuñado,
Mas para que la historia vaya clara
Y no trabaje nadie en perrebillas,
Quiero tomar de atrás la correndilla.

»Soñaba pues, ¿qué digo? No soñaba,
Mas verdaderamente así lo vía,
Que cuando aquel insigne don García
De todo bien pacífico gozaba,
Allá el remoto Quito se alteraba
Sobre pagar lo justo que debía,
Y por alzarse el misero con ello
Del yugo de su rey alzaba el cuello.

»Mandaba el sumo Apó que se cobrase
Por mil razones lícitas movido,
Y estaba el cumplimiento cometido
A quien por él en Lima gobernase;
Mas como largo tiempo se pasase
Sin que se hubiese á términos traído,
Porque ninguno á tanto se atrevía,
En práctica el que digo lo ponía.

»Para este se guardaba tal empresa,
Dignísima de un ánimo y un pecho
Que solo por hallar un paso estrecho,
Por infinitos anchos atraviesa;
Los hechos mas difíciles profesa,
Y todo se lo deben de derecho
Como este, que por serle tan debido,
Por él y no por otro fué cumplido.

»Mas antes que el Virrey ejecutase
La cédula real y mandamiento,
Quiso para fundarlo mas de aliento
Que el grave caso en junta se tratase;
Y como allí sobre ello se altercase,
Hallóse de comun consentimiento
Ser cosa razonable y conveniente,
Aunque era con algun inconveniente.

»Sin esperar á mas se pregonaban
En todo su distrito mil papeles,
Por donde mucha copia de aranceles,
Haciendo algun estrépito, marchaban;
Los unos cuesta arriba lo tomaban,
Mas otros que vasallos eran fieles,
Anteponiendo el débito al trabajo,
Rodaban, al cumplillo, cuesta abajo.

»Quién al común y público interesse
El que es privado y propio prefería,
Quién pliegues en la frente se hacía
Porque su bolsa no lo desahiciase;
Cuál, como de maduro seso fuese,
Alegre aquella carga recebía,
Y cuál mostraba, echándose con ella,
El poco ayo mas que el peso della.

»Segun en lo interior estaba el seno,
Agora firme, agora vacilante,
Se daba á conocer por el semblante
Feroz, turbado, plácido y sereno;
Mas otros á la lengua echado el freno,
¡Oh cosa tanto en estas importante!
Manifestaban una por la frente,
Quedándose con otra diferente.

»Es un profundo abismo de cordura
En tales ocasiones ser callado,
Y estando el corazón alborotado,
Fingir tranquila y mansa la figura;
El río mientras tiene mas hondura
Verás que va mas sesgo y asegurado,
Distimulando, á causa de su fondo,
Aquel raudal que lleva por lo fondo.

»Algunos, con verdad ó con mentira,
Brotaban mil palabras descompuestas,
Aunque despues lloviéndolas á cuestras,
Las llamas apagaban de su ira;
Estaban otros muchos á la mira
En todas las demandas y repuestas,
Que ni eran bien traidores, ni leales,
Sino del tercio género, neutrales.

»Mas todos, cuál de fuerza, cuál de grado,
Cuál de vergüenza pura, cuál de miedo,
Pasaban con buen ánimo y denuedo
El desabrido gusto del bocado;
Y aunque por le tener tan estragado,
Les era por entonces bien acedo
Ver el provecho grande que hacía,
Causaba ya menor el acedía.

»Como era tanta pues la diligencia,
Con que esto el Virrey solicitaba,
Ya el dos por ciento en Lima se cobraba
Y en todo el territorio de su Audiencia;
Llevábanlo ya todos en paciencia,
Mas quien ajeno della lo llevaba
Mostraba del vil ánimo las heces,
Y al fin, al fin llevábalo en dos veces.

»Pues, como tengo dicho, dado caso
Que la razón con muchos no valía,
El miedo tan á raya los tenía
Que nadie osaba dar un solo paso;
Porque segun el ánimo era escaso
En dar al Rey lo poco que pedía,
Lo andaba en cometer sus desatinos,
Que nunca son osados los mezquinos.

»Si alguno allá consigo retirado
Daba lugar á algun intento loco,
Se le representaba luego el coco
Y con semblante fiero don Hurtado;
Que aun en su pensamiento asegurado
No le dejaba estar mucho ni poco:
Tal es entre las otras esta ofensa,
Que no hay seguridad en quien la piensa.

»Así que, por temor ó miramiento
De aquel segundo César africano,
No solamente se iban á la mano,
Mas, como tengo dicho, al pensamiento;
Cortaba su furor y atrevimiento
Tenerle, por su mal, tan á la mano,
Que no era levantada bien la dellos
Cuando la déi estaba ya sobre ellos.

»Mas Quito, por estar tan apartado,
Jamás imaginó que llegaría
El radiante sol de don García
A deshacer su tórbido fiublado;
Pero quedóse el misero burlado,
Pues cuando menos dello se temía,
Tan presto amaneció sobre su asiento,
Que no le diera alcance el pensamiento.

»Pues ya que en todo Lima y su distrito
En buen estado y punto estaba puesto
Lo por el Rey Católico dispuesto,
Soñé que su virey lo enviaba á Quito;
Y que por dar sabor al apetito,
Si hubiese desabridose con esto,
Razones tan legítimas les daba,
Que si ellos fueran della, les bastaba.

»Mostrábalas por término discreto
Y con palabras graves y amorosas
Las causas necesarias y forzosas
Que tuvo el grande Apó para el efeto;
Y que era al fin tenerle mas aceto
Para el despacho bueno de sus cosas,
El aceptar de grado la presente
Con limpia voluntad y llana frente;

»Diciéndoles tambien que con hacello
En sí y en su interés cada uno hacia,
Pues el hispano Rey no lo quería
Con fin de acrecentar sus propios dello;
Mas para que la tierra y mar con ello
Pudiese estar seguro de averia,
Pues nadie, nun en su casa, lo estuviera,
Si á costa del Católico no fuera.

»Demás de que en razon estaba puesto,
Cuando esta no valiera como vale,
Que diesen á su Rey siquiera el vale,
Habiéndoles él dado todo el resto;
De suerte que era lícito y honesto,
Pues que del justo límite no sale
Quien trata con el súbdito de modo
Que pide alguna parte por su todo.

»Rogábalas con esto juntamente
Mirasen el solícito cuidado,
Que en todo lo demás habían mostrado
Con pecho fino y ánimo obediente;
Y como no era bien que lo presente
Dejase de seguir á lo pasado,
Mas antes pues caudal había bastante,
Llevasen su buen crédito adelante.

»Con un estilo y término tan bueno
¿Qué bolsa tan de hierro no se abriera,
Ó quién tan corto de ánimo no diera
Lo proprio y, si era lícito, lo ajeno?
¿Qué potro no tomara bien el freno,
Por mala y recia boca que tuviera,
Si para que sabroso lo tascara,
Con esta sal envuelto se le echara?

»Obligábase por cierto á que me espante
Que no tomasen bien aquel bocado,
Por mas que fuera tósigo y bocado,
Con esta sal y salsa por delante;
Mas toda la del mundo no es bastante
Para salar un ánimo dañado
Como lo estaban muchos antes desto,
Aunque por ocasion tomaron esto.

»Achaque solo fué de aquella gente,
Y una malicia llena de ignorancia,
Que tan sin fundamento ni sustancia
Quisiese alzar el bético accidente;
Ganar quisieron cetro llanamente,
Mas yo no les arriendo la ganancia,
Porque si de la sal no hicieron cuenta,
A fe que se les dió su salpimenta.

»Llevadas ya las cédulas á Quito,
Con cartas al cabildo y á la Audiencia,
Que por su majestad y su excelencia
Para obligalles mas se habian escrito,
Soñé que del olor el pueblo ahito,
Aun antes de llegar á su prescencia,
Como tan mal estómago tenia,
Lanzaba lo que dentro dél habia.

»Y dando penosísimas arcadas,
Que aun referillo á vómitos provoca,
Su mal humor echaban por la boca,
A vuelta de parábolas preñadas;
Y en cónclaves y pláticas fundadas,
Mostrando su intencion dañada y loca,
Trataban de que nadie permitiese
Que tal imposicion se recibiese.

»La cual no solamente procuraban
Que se contradijese dentro en Quito,
Mas toda su diócesis y distrito
Para el efecto mismo convocaban;
Y aun á los otros pueblos despachaban,
Queriéndolos meter en el garlito,
Al Cuzco, á Chuquisaca y á los Reyes,
De su Virey diciéndo las mil leyes.

»Y en especial pidiendo á cada una
Que en tanto que apelasen para España,
En resistir se diesen buena maña,
Aunque era la mejor hacerse á una;
Mas cuando no bastase traza alguna,
Por ello se pusiesen en campaña,
Clamando libertad para hacello,
Y no lo fué pequeña el pretendello.

»A tal razon venidos los recados,
Al removido y mal seguro asiento,
Mandó la real Audiencia en cumplimiento
Que fuesen como fueron pregonados;
Mas luego los del pueblo convocados,
Con mucha libertad y atrevimiento
Se fueron, ya dispuestos á violencia
Con la suplicacion ante la Audiencia.

»La cual, habiendo visto la tormenta
Y determinacion de aquella gente,
Puso silencio en ello cautamente
Hasta que al Visorey se diese cuenta;
Pues diósele diciendo cuán exenta
Estaba la ciudad inobediente,
Y como por entonces mal su grado
Alzar la ejecucion habían mandado.

»Que como la justicia aquel denuedo
Y alborotado espíritu notase,
Temiendo que su vara se quebrase,
Le pareció tener el brazo queto;
Pues cuando aquesta tiembla y tiene miedo,
Que es del sosiego público la base,
Ya el edificio y fábrica se inclina
Amenazando súbita ruína.»

Contando iba del sueño así Quidora,
Atentos los guerreros y pastores,
Cuando con dulce son los ruiseñores
Alegres nuevas daban de la aurora;
Mas canten solos ellos, que yo agora
Quiero que se suspendan mis tenores,
Porque será locura y desvarío
Que suene con su canto el ronco mio.

CANTO XV.

En que, prosiguiendo Quidora su milagroso sueño, cuenta la ya declarada rebelión de Quito. Despacha el Virrey al general Arana con algunos soldados, para que, sin alboroto ni ser sentido, procure entrar la ciudad y sosegalla; sábese en ella, antes que llegue, su venida; retirase constreñido dos veces, persistiendo el pueblo, y creciendo mas cada día en sus alteraciones y alborotos. Muere Beilido, maese de campo de los rebeides, por órden de Arana. Entran de noche los conjurados á matar al presidente Barros en su casa, sospechando que hubiese sido la causa desta muerte. Suspende la India el cuento porque el auditorio duerma.

¡Oh cuánta fuerza tiene la justicia
Cuando la dejan libre y en su fuerza!
Mas; cuán por el contrario, si por fuerza
De su lugar y quicio se desquicia!
Que entonces sin su freno la milicia
En su corrida rápida se esfuerza,
Y entrando por los términos vedados
Destruye libremente los sembrados.

Pues ved si la milicia tanto puede
Estando la justicia desquiciada,
Cuando á sus piés la tenga derribada,
Qué tal será el tenor con que procede;
No hay paso ni lugar que se le vede,
Porque por todos va desenfundada,
Corriendo, socolor de bueno y justo,
Desaforadamente tras su gusto.

No porque la justicia de su esencia,
Siendo virtud al vicio dé cabida,
Sino que, como déi se ve oprimida,
A su pesar le da mayor licencia;
Como Quidora dice, que la Audiencia,
Temiendo aquella gente removida,
Dejó que se saliera con su hecho,
Perdiendo por la fuerza su derecho.

Y en fin, si la maldad es tan bastante
Que sola puede aquello que le agrada
Con sombra de virtud autorizada,
¿Qué habrá que se le ponga por delante?
Veráse por mis versos adelante,
Siguiendo con la historia comenzada,
Que el pájaro sin lengua con su canto
Casó que la dejásemos un tanto.

Mas ya que Filomena, de Tereco
Hizo cantando público el delito,
Publiquemos la bárbara el de Quito,
Y aunque en diverso género mas feo;
Pues cuando el del semblante de Timbreo
Al de las flores lánguido y marchito
Tomaba en su color y lozania,
Quidora desta suerte proseguía:

«Pues como voy contando de mi sueño,
Al Visorey la Audiencia despachaba,
Diciéndole cuán libre el pueblo estaba
Y rebelado ya contra su dueño;
Mas que para quitar el duro ceño
Con que el negocio en Quito se tomaba,
Enviase en testimonio declarado
Si en Lima estaba puesto y asentado.

»Porque con este ejemplo parecia,
Pues era, bien mirado, suficiente,
Que el pasmo aunque mortal de aquella gente,
Sin mas dificultad se atajaría;
Y visto que pagaban, pagaría,
Porque era al fin razon y causa urgente,
Si no miraran ellos otro norte,
Que fuese Quito al paso de la corte.

»Enviéles prestamente don Hurtado
La certificación y prueba desto,
Mas no bastó el ejemplo manifiesto
Para quedar el pueblo sosegado,
Diciendo que hasta estar certificado,
Si la ciudad del Cuzco estaba en esto,
En ello por ninguna suerte ó via
Aunque cayese el cielo no vendría.

»Llévaronles volando la fe dello,
Mas como estaban ellos mal con ella,
No fué ninguna parte venir ella
Para venir los perdidos en ello;
Faltóles la palabra en el hacello,
Y no fué mucho haber faltado en ella,
Pues quien hiciere faltas en sus obras,
Es fuerza que en palabras haga sobras.

»Yo tengo para mí por cosa cierta,
Sacada de razon, adonde estriba,
Que apenas puede haber palabra viva,
Si para obrar la fe estuviere muerta;
La boca me parece que es la puerta
Por do mientras el alma está cautiva
Se manda en este cuerpo, que es su casa,
Diciendo muchas veces cuanto pasa.

»Excusas eran todas con intento
De dar algun color á su pecado,
Que ya de viejo estaba deslavado,
Aunque tomaban este fundamento;
Achaque fué de un ánimo sin tiento,
De mucho tiempo atrás afistolado,
Pero fingiendo que era liaga nueva,
Cuya contrariedad el hecho prueba.

»Porque despues de haberles acordado
El Visorey con cuanto le pedían,
Al fin ninguna cosa le cumplían
De cuantas le sacaban de partido;
Que como en esto el mal era fingido
Y de otra parte y no de allí lo habían,
Era poner remedio en el calcaño
Estando en la cabeza todo el daño.

»Bien claro lo que digo se mostraba,
Pues visto que el Virrey, habiendo dado
Cuanto le fué por ellos demandado,
A mas andar los pasos les tomaba,
Y que ninguna excusa les quedaba
Con que dejar su crimen excusado,
Mostraron á la fin su inicuo celo
Echando la vergüenza por el suelo.

»Así que para nada fué bastante
Tener del Cuzco y Lima certidumbre
De haberse puesto en ellas la costumbre,
Pagándose hasta el último cuadrante;
Mas con su mal propósito adelante,
Ciega de la razon la clara lumbre
Y sin que vieran cuánta el Rey tenia,
Se fueron despeñando cada día.

»Pues, como yo lo vi, no solamente
Dejaban de cumplir lo bien debido,
Mas ya con duro pecho pervertido,
Para contradecillo armaban gente;
Y hablando en los corrillos libremente,
Otro rumor no andaba ni ruidito,
Sino de levantarse con la tierra,
Resucitando allí la civil guerra.

»No bien contra Filipo y su corona
De pocos fué pensado el maleficio,
Cuando creció por muchos, ¡oh mal vicio,
Cuán presto á los mortales inficiona!
Como si la pared se desmorona
Se va cayendo todo el edificio,
Así para estas cosas de alterarse
No está el negocio en mas que principiarse.

»El vulgo en especial y ruda plebe
Fué la que sin propósito ni tiento
Partió con el primero movimiento,
Que es fácil de mover la cosa leve;
Y es casi convertible con aleve,
Por ser de corte vaso y poco asiento,
Y como cañaheja suspendida,
Al disponer del céfiro traída.

»Pues desta popular y vil canalla
Era la que empezaba á declararse,
Que como tal no supo reñenarse,
Aunque pudieran otros enfrenalla.
Ya viérades limpiar mohosa maila,
Y el arcabuz sin caja aderezarse,
Acicalar alfanjes y terciados,
En larga y dulces paz de erin tomados.

»Ya vírades nombrarse para el hecho
Candillos, adalides, oficiales,
Saliendo por cabezas principales
Los que mostraban mas dañado el pecho;
Ya vírades fijados trecho á trecho
Por corredores, puertas y portales
Pasquines mil y rótulos pesados,
Los mas á los olores asustados.

»Diversos conciliábulo hacían
Y espléndidos banquetes á menudo
Para fortalecer su intento crudo
En los que enflaquecido lo sentían;
Allí sobre el negocio conferían
Con libertad y término desnudo,
Soplando Anesidora con Lico
Las llamas de su ilícito deseo.

»El cual se fué encendiendo á mucha priesa,
Y á mas en un convite celebrado
Que vino á hacerse fuera de poblado,
En medio un campo fértil y dehesa;
Allí voló mas alta la pavesa
Del pecho en ambiciones abrasado,
Determinando alzar del yugo el cuello,
No les moviendo mas que el gusto dello.

»Y á todos desde allí distribúan
A discrecion las casas y haciendas,
Ya daban provisiones de encomiendas
Y los repartimientos repartían,
Ya tras la diosa cálida corrían,
Tan sueltas con el impetu las riendas,
Que en la distribucion de los haberes
Eran tambien contadas las mujeres.

»Y no llegaba sola la malicia
A repartir las que eran inferiores,
Que el pensamiento alzándose á mayores,
Tocaba en los ministros de justicia;
Llegó la desvergüenza á su noticia,
Por ser efecto propio de traidores,
Que venga su secreto á revelarse,
Así como pretenden rebelarse.

»Fué pues de los olores entendido
Ser quien estaba mas culpado en esto,
Mas libre, mas traidor y descompuesto,
Uno por nombre Alonso de Bellido;
No en vano tal renombre y apellido
Por sus progenitores le fué puesto,
Pues fué su condicion y culpa enorme
A la del zamorano tan conforme.

»El cual por ver que no era emparentado,
Y menos natural de aquel asiento,
Fué preso por el regio Ayuntamiento,
Mandándole poner á buen recaudo;
Mas luego que en el pueblo rebelado
Supieron su prision y encerramiento,
Juntaron contra el Rey su gente y fuerza,
Resueltos en quitársele por fuerza.

»Y así con multitud de arcabuceros,
Y exenta voluntad arrebatada,
Se fueron á la Audiencia de coplada
Para sacar el preso á puros fieros;
Mas viendo los reales consejeros
Que darlo fuera cosa mal contada
Y dar avilantez al insolente,
Negaban al principio fuertemente.

»Mas fué tan sin respeto su porfía,
Y el desacato libre en tal exceso,
Que se les vino á dar en son de preso,
Y aun no se recibió por esta vía;
Pasóse en largas réplicas el día
Y la turbada noche casi en peso,
Instando en su demanda los tiranos
Con ganas de librallo por las manos.

»Llevarle al fin consigo no quisieron
Con título de preso ni culpado,
Ni hasta que como libre les fué dado,
Jamás en su poder le recibieron;
Por donde á duros términos vinieron,
Hundiendo con sus voces al Senado
Y haciendo de palabra y por escrito
Mas criminoso y grave su delito.

»Salieron con la suya como cuento
A pura libertad y desvergüenza,
Quedando los olores con vergüenza,
Por no venir á todo rompimiento;
Que cuando el popular atrevimiento
A ya salir de límite comienza,
Es contumaz, temático y temoso,
Pesado, incorregible y enojoso.

»Bien es verdad que en esto de la Audiencia
No se me acuerda bien lo que sonaba,
Mas no sé qué runrun y voz andaba
En contra y disfavor de su inocencia;
El tiempo dará en ello la sentencia,
Como quien de aclararlo todo acaba,
Que yo mientras está la causa oscura,
Quiero seguir la parte mas segura.

»Pues viendo los olores el insulto,
La rebelion patente y desafuero,
Segunda vez hicieron mensajero
Al Visorey, enviándolo en oculto,
Para que conocido aquel tumulto
Y alteracion del fácil vulgo fiero,
Pusiese en su quietud la diligencia
Queregonaban del por excelencia.

»Diciéndole del modo que se vian
A padecer violencias constreñidos,
Por ser de los rebeldes oprimidos,
Que á su querer forzados los traían;
Pues visto el Visorey lo que escribían,
Por excusar al reino de ruidos,
Retuvo en sí las cartas especiales,
Consejo conveniente en casos tales.

»La misma prevencion discreta y rara
En esto le sirvió de allí adelante,
Y para el hecho fué tan importante,
Que el reino de otra suerte se abrasara;
Pues á cualquiera pecho que llegara
Centella de alboroto semejante,
Hallando dentro al ánimo dispuesto,
Bien claro está si en él prendiera presto.

»Y bien se vió por obra lo que digo,
Pues solo de un relámpago que vieron,
De tal manera algunos se encendieron,
Que aun esto les bastara por castigo;
En el Callao de naves dulces abrigo
Tres hombres hechos cuartos precieron,
Porque tocados desta llama fiera
Se alzaban ya con una real galera.

»Mirad la calidad desta centella
Y si hay poder que al fuego suyo iguale,
Pues aun estar en agua no les vale
Para que libres queden estos della;
Pues ¿qué diré del Cuzco? Solo vella
O ver el resplandor que della sale,
Es causa de que cinco levantados
De luz de vida caigan deslumbrados.

»En Arquipa vi tras esto luego
Que no le aprovechando el ser templada,
Se destempló con dos, que de pasada
A la vislumbre vieron deste fuego;
Dejaron sin valer favor ni ruego
La horca de sus cuerpos ocupada,
Y otro en Cavana dió por esto mismo
Colgado el postrimero parasismo.

»Tampoco Chuquifapo con su tierra
Se pudo guarecer de aquesta llama.
Pues aunque de la Paz tambien se llama,
En uno su calor le hizo guerra;
De suerte, que si al valle ó á la sierra
Iba siquiera el eco de la fama,
Todo lo perturbaba y removía,
Y á los helados pechos encendía.

»Pues si una sola chispa desde afuera
Deste candente hierro fué bastante
Para llevarse doce por delante,
Si todo se pegara ¿qué pudiera?
Seguridad el suelo no tuviera,
Ni todo el mar del Sur ni de Levante,
Ni las veloces aves en su vuelo,
Ni los remotos astros en el cielo.

»Mas atajó la llama peligrosa,
Que á mas andar llegándose venia,
Tapando este portillo, don García,
Por donde ya se entraba licenciada;
Y para que dolencia tan dañosa
Tuviese por entero mejoría,
La quiso consultar con hombres cuerdos
En generales concilios y acuerdos.

»De donde al fin salió determinado
Se despachase á Quito alguna gente
Con un caudillo práctico y prudente,
Solicito, mañoso y recatado,
Para que levantara aquel Senado,
Mediante su favor la baja frente,
Cumpliendo sin temor y con imperio
Lo que era de su cargo y ministerio.

»Hallóse de candal para este efecto
Un hombre sustancial, por nombre Arana,
Varon de vida siempre limpia y sana,
De hecho y dicho en público y secreto;
Persona donde quiera de respeto,
De condicion entre áspera y humana,
Envejecido en años y prudencia,
Doctor con boria blanca de experiencia.

»Debajo cuya enseña y estandarte
Se congregó una escuadra de cincuenta
Soldados escogidos y de cuenta,
Y para no negárselas á Marte,
Usados á romper el baluarte,
Su brazo revolviendo en lid sangrienta,
Y algunos, si mi sueño no fué vano,
Famosos corredores (55) desta llano.

»Si mas tropel de gente se hiciera,
Quedara todo el reino alborotado,
Con entender que estaba Quito alzado,
De do mayor el daño se siguiera;
Y si tambien Arana solo fuera,
Pudiera ser que el pueblo libertado,
En viéndole en sus términos metido,
No le guardara el término debido.

»Consideró con esto don García
La antigua lealtad y fe de Quito,
Y como dentro dél y su distrito
Muchos intactos ánimos habria,
Que dellos el menor acudiria
En dando por el Rey un solo grito,
Si no fuese corriendo como gamo,
Volando como el pájaro al reclamo.

»De todas estas causas convencido,
Aunque cualquiera dellas era urgente,
Enviaba don Hurtado solamente
El número que tengo referido;
De algunos en secreto fué mordido
Por no entender su fin enteramente,
Mas poco le importó, que Apolo bello
No pierda porque yo no pueda vello.

»Fué rica la invencion por excelencia,
Y así salió conforme á su deseo.
¡Qué traza, qué discurso, qué tanteo,
Qué prevencion, qué aviso, qué prudencia,
Qué vivo pensamiento, qué advertencia,
Qué dar en este medio de un voleo!
Sin duda que la mano fué divina
De corte y eleccion tan peregrina.

»Mas aunque nada desto le moviera
A que la poca gente despachara,
El ser tan escogida le bastara
Para salir con cuanto pretendiera;
Ecepto la cerviz de Arauco fiera,
¡Qué cuello tan erguido no domara
Aquel heróico brazo poderoso,
De número tan breve y compendioso!

»Pudieran allanar á todo el mundo
Los que en la cantidad eran cincuenta,
Mas en esfuerzo y ánimo sin plaga,
Y de un valor y espíritu profundo.
Fué tercio sin primero ni segundo,
Un tercio que valió por otros treinta,
Pues el temer los tercios de su acero
Con el tirano fué el mejor tercero.

»Briosos eran todos por el cabo,
De corazon fogoso y atrevido,
Y nadie que dejase de haber sido
Alférez, capitan, sargento ó cabo;
Mostraba cada cual un pecho bravo,
Y dentro dél un Hércules metido,
Que no se le sacaran con tenazas,
Estragos, muertes, fieros ni amenazas.

»Deciros, atendiéndome, quisiera
Los ilustrados títulos y nombres,
Los méritos y partes destos hombres,
Si todas no, la mínima quisiera;
Que en sueños la verdad mi compañera
Me declaró sus hechos y renombres,
La cual en cuanto vi y os he contado
No se apartaba punto de mi lado.

»Esta era una mujer, aunque pequeña,
Hermosa mucho y bien proporcionada,
Aunque de estar malquista y maltratada,
Al parecer mas flaca que cenceña;
Pero con esto fuerte mas que peña,
Y cuando mas seguida y apurada,
Entonces mas entera y mas constante,
Porque tomaba el serio por adelante.

»De condicion austera parecia
A quien de fuera y léjos la miraba,
Mas para quien de cerca la trataba
Afable y humanada la tenia;
El traje y uso nuevo que trala
No ser de aquellas partes denotaba,
Y así como remota y extranjera,
Habiendo sobre qué se compusiera.

»Pues ella iba diciéndome al oído
Los puntos que ignoraba yo en la historia,
El apellido, el mérito y la gloria
De cada cual del bando referido;
Mas muchos ha llevádome el olvido,
Aunque eran todos dignos de memoria:
Así de cual y cual iré contando,
Segun me fuere dellos acordando.

»Figúraseme agora que le veo
Al jóven que llevaba el estandarte,
¡Oh qué disposicion, qué garbo y arte
Qué tallo, qué apostura, qué meneo!
Parece que la gloria y el trofeo
Aseguraba él solo de su parte,
Por ser tan suyo el ser y esfuerzo de hombre,
Como don Diego de Avila su nombre.

»Pues otro que jugaba una sargenta
Con guaricion y borlas de oro y plata,
Nombrábase Francisco de Zapata,
El que de sí jamás dió mala cuenta;
Y siempre usó en trabada lid sangrienta
Teñirse hasta los codos de escarlata,
Habiendo estado siempre adonde Marte
Quitó la luz al sol con su estandarte.

»Mostróseme otro célebre guerrero,
Que desde su niñez y tiernos años,
Ann antes de vestir mayores paños,
Vistió grabadas láminas de acero;
Su título era Ignacio y mas Hornero,
Bien quisto con domésticos y extraños,
Y así con mansos blando y convenible,
Como con bravos áspero y terrible.

»No menos orgulloso que valiente
Y de un gallardo y bélico denuedo,
Me señalaban otro con el dedo,
Maduro en seso, en años floreciente;
De cuya juventud y sangre ardiente,
Arauco habia probado el fruto acedo,
El cual don Juan Rodulfo se decia,
Pimpollo desta gruesa tierra mia.

»Un bravo cantabrez con estos iba
Por capitan, renombre de Urriaga,
De fieros enemigos fiera plaga,
Y de un osado pecho y frente altiva;
Tampoco se le hizo cuesta arriba
Ir á curar á Quito de su llaga
Al capitan Proaño valeroso,
Relámpago de Marte fulminoso.

»También aseguraba su partido
Ulloa, fuerte y práctico gallego (54),
Que entre los enemigos era fuego
Por las aristas débiles metido;
Don Juan Velazquez, de ánimo atrevido,
Y dado al militar y duro juego,
No menos se arrojó tras Marte airado,
De juvenil furor arrebatado.

»Acuérdome también que entre estos via (55)
Un mozo en flor, de espíritu gallardo,
Por nombre de Verdugo don Bernardo,
Que en belicosa cólera se ardía.
Al fin, de toda aquella compañía
Que el general llevaba en su resguardo,
Ninguno pudo ver con menos pecho
Del que era menester para este hecho.

»Mas ¡ay! que en este punto se me acuerda
Otra famosa banda desta gente,
Briosos, fogosísima y valiente,
Y siendo menester, templada y cuerda;
Que no será razón que olvido pierda,
Dejándolos llevar de su corriente,
Sus inmortales nombres á lo menos,
De tácita alabanza y gloria llenos.

»Manrique, Bobadilla con Suaso,
Cortaza, un atrevido y bravo mozo,
Que apenas le apuntaba el negro bozo,
Pero mostraba ser de lastre y vaso;
Los cuales todos, visto el nuevo caso,
Con encendido pecho y alborozo
Iban á se ofrecer de propia gana
Para seguir al célebre de Arana.

»A quien con tan segura compañía
El Visorey mandaba se partiese,
Sin que el menor estrépito hiciese,
Porque esto, como dije, convenia;
Y así, ni voz de trompa se oía
Ni cosa que de guerra pareciese,
Mas á la sorda todo y encubierto,
A Lima repudiaban por su puerto.

»Adonde en un bajel, que á pique estaba,
Y fué por el fervor de don Hurtado,
En mas que breve término aprestado,
La bulliciosa gente se embarcaba;
Al céfiro las velas entregaba,
Habiéndose las áncoras levado
Y de babor largada ya la escota,
A Guayaquil tomaban la derrota.

»Partióse pues Arana bastecido
Para cualquiera furor que se ofreciese,
Con orden del Virey que, si pudiese,
Entrase en la ciudad sin ser sentido;
Y siendo de la Audiencia recibido,
Por su disposición se dispusiese,
Haciendo ejecutar lo que mandase
Si en el servicio regio redundase.

»Con esto por los campos de Nereo
Partió la nave haciendo su jornada,
De mas heróicos jóvenes preñada
Que el vaso de Jason y de Teseo;
Cualquiera dellos iba con deseo
De enrojecer los filos de su espada
En la corrupta sangre de tiranos,
Con tal que lo librasen por las manos.

»Pero la fuerte nao al cuarto día,
Debió de ser del peso que llevaba,
Por cinco ó seis juntas reventaba,
Y al enemigo mar dentro metía;
La gente del peligro en que se via
Mayores fuerzas y ánimo sacaba,
Haciéndose en la bomba mil pedazos
Con el continuo juego de los brazos.

»Mas yendo el roto vaso desta suerte
Sin duda pienso yo que se perdiera,
Si no sé quién un grito no le diera
Bastante á redimillo de la muerte;
Diciéndole: «No tienes que temerte;
Seguro puedes ir en tu carrera,
Que no podrá ofenderte cosa alguna
En fe de don Hurtado y su fortuna.»

»Tan poderosa fué la voz que digo,
Que, siendo tal su riesgo y detrimento,
Llevó la frágil nave en salvamento
Cerca de Guayaquil hallando abrigo;
De donde en abrazando al suelo amigo,
Sin detenerse punto ni momento,
Marchaban para el pueblo rebelado
Con todo aquel silencio encomendado.

»Mas no se pudo hacer con tal recato
Ni tan secretamente la partida
Que, aun antes de llegar, no fuese oída
Del vulgo malhechor y pueblo ingrato;
Y es porque siempre son de grande oífato
Los que la vista tienen ya perdida,
Y siempre están alerta á cuanto pasa,
Temándose del que entra y sale en casa.

»Bastárale por pena y por castigo
Al pérfido traidor y alevé pecho,
Cuando otra no tuviera por derecho,
Aquel afán que siempre trae consigo,
Aquel estar temiendo al mas amigo
No quiera hacer con él lo que él ha hecho,
Aquel andar la barba sobre el hombro,
Y el aire que pasó causalle asombro.

»¡Qué descuidado vive y qué seguro
Un ánimo inocente y desculpado!
Desnudo por las calles anda armado,
Y solo en campo raso tiene muro.
Mas, al revés, el infido y perjuro,
¡Qué lleno de suicidio y qué azorado!
Apenas una espada resplandece,
Cuando tenerla encima le parece.

»No bien rumor alguno se levanta
Ni suena por el rey el menor grito,
Cuando se pone luego tamañito,
Cogiendo entre los hombros la garganta;
Por esto, con llevar cautela tanta,
Sintieron al de Arana los de Quito,
Que como malhechores se temian,
Y así ningún descuido padecian.

»Pero sintiendo Arana ser sentido
Del Atacunga, envió con diligencia
Sus cartas al Cabildo y á la Audiencia,
Como sagaz, astuto y prevenido,
Diciéndoles cómo él habla venido
Por orden especial de su Excelencia
Al solo estar al suyo con su gente
En todo lo que fuese conveniente.

»Mas la ciudad no bien considerada,
Sin atender su término modesto,
Ni á que su Visorey por medio honesto
Le hubiese cometido la jornada,
Del todo en sus intentos aclarada,
Y sin señal de púrpura en el gesto,
En armas, confusion y bebestia
Y en quintas con Hurtado se ponía.

»Pues para defender con todas veras
La entrada al general y su teniente,
Aprisa comenzaban á hacer gente,
Alzando con los pechos las banderas;
Y en práctica poniendo las quimeras
De aquella boda espléndida y caliente,
Nombraban sus cabezas ó malsines
Al son de cajas, trompas y clarines.

»Sacaban juntamente el estandarte,
Que era de la ciudad alborotada,
Entrándose con él de mano armada
A dar á los oidores desta parte,
Ganosos de que entrasen á la parte
De su intencion frenética y dañada
Con aprobar, aunque era á su despecho,
Cuanto ellos en sus juntas habian hecho.

»La cual aprobacion sirvió de asilla
Para que luego allí de los oidores
Nombrasen, como zorros, los traidores
Por general de todos á Zorrilla;
El cual, con intencion sana y sencilla
De componer al pueblo en sus furores,
Me acuerdo que aceptaba el nombramiento;
Mas antes aumentó su atrevimiento.

»Porque con esto víerades que luego
Alardes y reseñas se hacían
Para alistar la gente que tenían,
Movíendolas con pagas y con ruego;
Y alborotando el público sosiego,
A punto de batalla se ponían,
Formando sus hileras y escuadrones
Con otras ardidosas prevenciones.

»¿Qué es esto? ¿Quién te asalta y sobreviene
Que así te estás; oh Quito! previniendo?
Y para tanta máquina y estruendo,
¿Qué poderoso campo es el que viene?
Mas ¡ay! que del que graves culpas tiene
Es cosa natural estar temiendo,
Que para el alma no hay en campo armado
Mas aspero enemigo que el pecado.

»Todo iba ya de pérdida y de rota,
Todo era confusion, bullicio y trulla,
Todo era estar en vela como grulla,
Y todo acicalar la espada bota;
Jugaban con la Audiencia á la pelota,
Y entrando algunos canos á la bulla,
Autorizaban estos desatinos
Por diferentes rumbos y caminos.

»Aun hasta las que tienen por oficio
El revolver la estambre por el huso,
Llevadas, como fáciles, del uso,
Andaban revolviéndose en el vicio
Y haciendo agravio al bélico ejercicio,
A mas de alguna vida que se puso,
Como furiosa y libre la librea,
Que es propia del varón en la pelea.

»Pero lo que de quicio me sacaba
Era llegar á tanto su malicia.
Que para alimentar á la milicia
Cualquiera libertad sus ojos daba;
Aquí se puede ver cuál todo andaba,
Pues la mujer tan llena de cudicia,
Llevada tras aquella furia loca,
No perdonaba el manto ni la toca.

»Por esto con razon demasiada
Dicen los hombres, dígoles de veras,
Que somos las mujeres noveleras,
Y la de mas susten arrebatada;
Pues nos parece el mundo entero nada
Para lo que es gastallo en ventoleras,
Y para lo que puede hacer al caso
No hay pecho menos fiel ni mas escaso.

»Bien sé que escupo en esto contra el cielo,
Mas, aunque en daño propio yo la diga,
Soy siempre de decir verdad amiga,
Si puede habella bajo deste velo;
Las que en virtud son aves de alto vuelo,
Van fuera de prenderse en esta liga,
Mas entre multitud es cosa usada
Lo poco reputallo como á nada.

»Por esto, aunque es verdad que en Quito habia
Algunas que en bondad brotaban lumbre,
Haber desotras tanta muchedumbre,
Como lanterna oculta, las cubria;
Mas de los hombres muchos limpios via,
Que nunca se tomaron desta herrumbre,
Aunque del miedo algunos sojuzgados,
Andaban como á sombra de tejados.

»Tan solamente el número tirano
Era el barajador de la baraja,
El cual, por ser crecida su ventaja,
Lo nivelaba todo por su mano;
Y como habia de buenos poco grano,
Habiendo de los malos mucha paja,
Apenas distincion se conocia,
Y así era todo paja y todo ardia.

»Pues esta, que en espeso remolino
Fué de su vendabal arrebatada,
Así como se supo la llegada
Del general ya próximo y vecino,
Quiso, poniendo atajo á su camino,
No solo rebatille de la entrada,
Mas que, necesitado, á rienda suelta
Al fresco Guayaquil diese la vuelta,

»Fingiéndole, por mejor hacer su hecho,
Que si Pedro de Arana se volvía,
Pacífico el asiento quedaria,
Y el aparato bélico deshecho;
Mas todo el fin y blanco de su pecho,
Segun mi compañera me decia,
Era ganalle, habiéndose tornado
Los pasos fuertes que él habia ganado.

»Instaron de manera sobre el caso,
Sacando provisiones de la Audiencia
Y enviándole personas de conciencia,
De grande autoridad, prudencia y vaso,
Que el general retrujo atrás el paso,
Creyendo que el tumulto y diferencia,
Segun le aseguraban, cesaria
En viendo que por esto se volvía.

»Mas por no ver en Quito haberse vuelto,
De allí del Atacunga, do llegaba,
A un sitio que Riobamba se llamaba,
Dejó de andar mas libre, loco y suelto;
Pues antes, en mayor locura envuelto,
Delitos mas enormes perpetraba,
Ensordeciendo el cerco de la tierra
Con mas tropel y máquinas de guerra.

»Aunque eran poca parte todas estas
Para dejar su pecho asegurado,
Pues con haberse Arana retirado,
Les parecia tener un monte á cuestras;
Y así, con mas demandas y respuestas,
Siempre solicitaban al Senado
Que nuevas provisiones despachase
Para que mas el paso retirase.

»Enviábanle á mandar que así lo hiciese,
Poniéndole para ello por delante
Ser medio por entonces importante.
Con que mejor su intento consiguiese;
Pues como el general obedeciese,
A Chimbo se volvió, lugar distante
Del rebelado asiento treinta leguas,
Por ver si desde allí pusiese treguas.

»Mas era por demás, que el pueblo ingrato,
Del todo pertinaz y endurecido,
Y entonces mas revuelto y removido,
Solicitaba el bélico aparato;
En medio destos ruidos y rebato,
El principal autor, que era Bellido,
Pagaba justamente con la vida
La deuda por mil títulos debida.

»Arana daba el orden de matalle
En una noche lóbrega y secreta.
Haciendo disparalle una escopeta
Al tiempo del pasar por cierta calle;
Oh frágil vida, no sin gobernalte,
Do baten tantos golpes de marea,
Y no hay seguridad de alguna suerte
Hasta llegar al puerto de la muerte!

»Allí quedaba el misero difunto,
Y allí con él sus frívolos intentos,
Sus fábricas, sus vanos pensamientos,
Sus torres, sus quimeras, todo junto;
Allí, de solo un golpe, en solo un punto
Mostraban la ruindad de sus cimientos,
Que lo que en semejante base estriba,
Su misma pesadumbre lo derriba.

»Debiera ser ejemplo el deste caso
Para que la rebelde compañía
Dejase el mal camino que seguía,
Sabiendo ya cuán malo estaba el paso;
Mas no le pareció volver el paso,
Por bien que vió el suceso de su guía,
Que el hombre, hasta que en sí lo experimenta,
Por ver el mal en otros no escarmienta.

»Antes con esto el pueblo provocado,
Tocando al arma, al arma libremente,
Y al punto convocándose la gente
Para vengar la muerte del culpado;
Partió en tropel con ánimo dañado
De dalia luego á Barros presidente,
Creyendo del que en dársele á Bellido
El principal autor hubiese sido.

»Figúrase me agora aquel estruendo
Con que en su casa entró la turba fiera,
Diciendo en altas voces: «Muera, muera
Este que así nos anda persiguiendo.»
Tras esto, demostrando, maldiciendo
Al que de merecello estaba fuera,
Sabieron por el cuarto en que vivía,
Cubiertos de la media noche fría.

»A tal sazón entrado ya en su lecho,
Hurtar algún reposo procuraba
Aquel que de juzgar cansado estaba
Y de guardar á todos su derecho;
Mas de cuidados grandes lleno el pecho,
Mil vuelcos á una y á otra parte daba,
Y entonces muchos mas, adivinando
El mal que se le estaba aparejando.

»Sintió la baraunda, y puesto alerta,
Como sagaz, astuto y prevenido,
A la primera voz que dió el oído,
Vió la celada luego descubierta;
Saltó para salir por otra puerta,
Sin aguardar á ropa ni vestido,
Temiendo con razón venir á manos
De fieros enemigos y tiranos.

»Pero salir no pudo con su intento,
A causa de atajalle la salida,
Mas, dónde voy á dar? Que voy perdida,
Llevada tras el hilo de mi cuento;
El ver al auditorio tan atento
Me ha hecho, amigos, ser descomedida,
No viendo cual os tengo desvelados
Sin aflojar la cuerda á los cuidados.

»Dormid, dormid, que ya el calor se siente,
Por ir en su carrera el sol tan alto,
Que yo os quiero dejar con sobresalto,
Quedando en la prision del presidente.»
Obedeció á Quidora aquella gente,
Y á mí, que de reposo estoy bien falto,
Obedecella ya también me toca,
Siquiera mientras hablo por su boca.

CANTO XVI.

Cuenta Quidora todo lo restante del suceso de Quito hasta su pacificación y castigo de los principales agresores, mediante la entrada á tiempo del general Pedro de Arana, por la mucha industria, avisos y prevenciones del Virrey. Acabado el sueño, arguyen Tucapel y Talgueno sobre si la fuerza ha de ser preferida á la prudencia y maña. Quidora corta el argumento, proponiéndoles un enigma de otro sueño que había soñado, tan breve como terrible y misterioso.

Proposición de pocos entendida,
Aunque de suyo clara, eterna y fuerte,
Que ha de pasarse el paso de la muerte
Al paso de los pasos de la vida;
Por la una tiene esotra su medida,
Y desta pinta sale aquella suerte,
Pues mal se graduará de muerte buena
Quien de la vida el curso mal ordena.

Que si á la vida tiene por sustento
La tragadora muerte, cruda arpa,
Gustando siempre della noche y día,
Sin que bocado pierda ni momento;
No es claro que conforme al alimento
Habrá de ser la sangre que se cria?
Quiero decir, que el hombre como vive,
Así para la muerte se apercibe.

Persuádete que no hay para que vayas,
Que arguye liviandad y seso vano,
A dar al quiromántico la mano
Para sacar la muerte por las rayas;
Pues ella á la verdad no mira en rayas,
Sino si va el vivir camino llano,
Porque, según llevares el sendero,
Has de tener el fin y paradero.

PE-II.

Lo cual en voces públicas declara
A sus secunaces perdidó Bellido,
Mas sordos no le quieren dar oído,
Y ciegos no le miran á la cara;
Ninguno en él advierte ni repara
Para dejar los pasos que ha seguido,
Mas yendo con los mismos adelante,
Prometen paradero semejante.

Bien presto se verá que ya Quidora,
Después que el rubio sol medido había
Lo que hay al caluroso mediodía
Desde la aljofarada y fresca aurora;
Comienza á levantar la voz sonora,
Diciendo á la despierta compañía,
De sus sanguinos labios ya pendiente,
Con término agraciado lo siguiente:

»No pudo el Presidente, como digo,
Hallar desocupada la salida,
Que por la turba en esto prevenida,
Estaba ya tomado aquel postigo;
Por donde preso fué del enemigo,
Para después privarle de la vida,
Llevándosele entonces con violencia
A casa del fiscal de aquella Audiencia.

»Mas no les pareciendo estar seguro,
Ni para sus intentos bien guardado,
A parte diferente fué mudado,
Haciéndole un indigno trato duro;
Era el asiento lóbrego y oscuro,
Do mucho tiempo estuvo molestando,
Con guarda rigurosa y modo esquivo,
Sin permitirle hablar con hombre viro.

»Tras esto persistiendo todavía
En que Pedro de Arana se volviese,
Sacaban provision por do lo hiciese,
Que á su pesar, la Audiencia concedía;
Mas parecer de Barros no le habla,
Que en tales desatinos consintiese,
Sino de los forzados senadores,
Y de los mal regidos regidores.

»En todo por entonces cautamente
El general experto había venido,
Estándose en el sitio referido,
Sin alboroto alguno con su gente;
Do, por estar mandado que al presente
No fuese de los pueblos acudido,
Pasaba trabajosa y triste vida,
Pagando á costa propia la comida.

»Mas como devisase al fin su blanco,
Que era de le ganar los pasos fuertes,
Para que por ninguna de las suertes
Pudiese, para entrar, tenelle franco;
Deliberó apartarse del barranco,
Astuto mas que el hijo de Laertes,
Haciéndose rehacio al retirarse
Hasta tener sazón de adelantarse.

»También consideraba que la Audiencia
Como oprimida en todo procedía,
Por donde no de término saldría,
Si en esto le negase la obediencia;
Demás de ser ya tanta la insolencia,
Acrecentada en Quito cada día,
Que habian de procurar echarle presto,
Si no se rehiciese en este puesto.

»Por esto el Visorey precisamente
Le encomendaba siempre no dejase
Los sitios de importancia que ocupase
Para poder seguro enviarle gente;
La cual, si el enemigo diligente
Los casos peligrosos le tomase,
Difícilmente se enviaría,
Que no pequeño daño causaría.

»Mandábale que firme se estuviese,
Las manos por entonces en el seno,
Hasta tomar el pulso del ajeno,
Sin que pisada atrás de allí volviese;
Pues cuando entrar en Quito no pudiese,
Era tenerle á vista un duro freno
Para que no se fuese tan de boca
En su desenfrenada furia loca.

»Sentida pues á tiempo la balada,
Y habiendo el General, como avisado,
Propuesto, requerido y protestado
Sobre contradecir la retirada,
No solo no fué dól ejecutada,
Mas, por seguir el curso comenzado,
Trató de convocar para este hecho
La gente comarcana de provecho.

»A Guayaquil y á Cuenca despachaba,
A Loja y otras partes prestamente,
Para que le acudiesen con la gente
Que cada cual entonces se hallaba,
Todo siguiendo el orden que le daba
Aquel Virrey magnánimo y prudente,
Por quien estaban antes prevenidos
Los pueblos y lugares referidos.

»En este tiempo Quito mas insano,
Y en todos sus designos menos cuerdo,
Estando los oidores en acuerdo,
Entraba con furor y armada mano;
Donde con libre término tirano
Uno, de cuyo nombre no me acuerdo,
Con treinta arcabuceros á su lado,
Se descompuso mas con el Senado,

»Diciendo en voz soberbia y arrogante
Por todos los presentes senadores:
Acaben, mueran ya los embañadores
De falso corazon y fiel semblante;
No lleven sus intentos adelante,
A costa de manchar nuestros honores,
Trayéndonos á todos engañados
Y echándonos á cuestras sus pecados.

»El cóncilave con este sobresalto,
Dejados los asientos que tenían,
Para la plaza en fuga se ponían,
Llevados del temor en presto salto;
Do alzada por el Rey la voz en alto,
Los mas de la ciudad les acudían,
Y aun parte de los perdidos con ellos,
Llevados á la voz por los cabellos.

»El perdigon, que de otras alas era,
Aunque á la falsa madre va siguiendo,
La desampara súbito en oyendo
El silbo de su madre verdadera;
Algunos del comun en tal manera,
Por mas que estaban sordos del estruendo,
Del natural señor la voz oída,
Dejaban al tirano fraticida.

»Por donde se llegaba á los odores
En medio de la plaza tanta gente,
Que ya pudieran bien seguramente
Segar algunos cuellos de traidores,
Al menos á los que eran agresores
Del crimen atrozísimo reciente,
Mas ya encogido el ánimo en el pecho
No fué para extenderse á tanto hecho.

»Llévose al General aviso desto
Por el fiscal y oidor, nombrado Mera,
Con orden de que luego se volviera,
Antes que la ciudad echase el resto;
Mas aunque por escrito iban con esto,
Dijeron de palabra no lo hiciera,
Pues algo les dañaba que estuviese
A los que tanto instaban que se fuese.

»Estando pues en esto, le llegaba
De Guayaquil un tercio de cincuenta,
Que para deshacer cualquiera afrenta,
Al parecer el mínimo bastaba;
El capitán (56) Carreño los enviaba,
Hombre de presuncion, de estima y cuenta,
Nieto de aquel varon de tal gobierno
Que supo gobernar al mismo infierno.

»Con estos á Riobamba dió la vuelta
Para mirar de cerca en este puesto
Si daba en proseguir su presupuesto
La pérvida canalla desenvuelta;
Y para que, acudiendo á la revuelta,
Llegasen á juntarsele mas presto
Los que de los lugares comarcanos
Quisiesen por su Rey mostrar las manos.

»De Loja vi salir para este efecto
Al digno (57) capitán que la regia,
Persona donde quiesca de valia,
De bravo corazon y grato aspecto;
De proceder y talla tan perfeto,
Que la envidiosa lengua no podía,
Aun con su mas sutil y agudo filo,
Cortalle de la ropa un solo hilo.

»Iba desde el estribo á la cimera
De un tigre la manchada piel vestido,
Y estabale tan bien aquel vestido,
Como si con el cuerpo le naciera;
Tanto que si en la piel instinto hubiera,
Al menos en lo bravo y atrevido,
No hiciera distincion del caballero
A la ferocidad del tigre fiero.

»Lorenzo era de Heredia el nombre desto,
Hijo de aquel (58) varon acreditado,
Conquistador del Inga y de su Estado,
Y aun hombre que pudiera serlo en este;
A quien jamás tocó la siera peste,
De que el Pirú dos veces fué tocado,
Para que, no pudiendo alacranalle,
Tuviese bien el hijo en que imitalle.

»Iban con el Juan Mendez de Parada,
Cadena, Sandoval y Barahona,
Pacheco y Santillán, á quien Belona
Por especial favor cedió la espada;
Y Sosa el de la citara acordada,
Coria, Ocerín, que á Marte desentona,
Salazar, Avendaño, Dávila y Pinto,
Digno de estar allí en el trono quinto.

»Eran, si bien me acuerdo, todos estos
Gente, segun la muestra declaraba,
De estimacion en paz, en guerra brava,
De honrosos cargos, títulos y puestos;
Otros le acompañan fuera destos,
Que para el fin y blanco que llevaba
No les faltaban pechos valerosos,
Robustos, arrojados, animosos.

»Llevaban ciento y treinta desta gente,
Pagados á su costa los ochenta,
Y á que su nombre, que eran mas de cuenta,
A premio de seguilla solamente;
Que un hombre así de pecho y grata frente,
Cuando con vendaval corre tormenta
La fe debida al Rey es norte cierto
Que emboca muchas naves por el puerto.

»Quiero decir, que en tales turbaciones,
Un hombre de valor y buen consejo
A sola su opinion y su decreto
Reduce las vulgares opiniones;
Que el vulgo nunca pesa las razones,
Mas como rudo en todo y mal discreto,
Y como pié del pueblo, está á la mira
Por ver á la cabeza donde tira.

»Al generoso Heredia me remito,
Que prueba mis palabras con sus hechos,
Y á que si en Quito hubiera tales pechos,
No se dañaran tanto los de Quito;
Sino que vió la suya sobre el hito,
Haciendo tuerto al Rey por sus derechos
Solo por no moverse á remediallo
Algunos: agradézcanme que callo.

»No hay para qué culpemos la rudeza
Del bando popular, sino del grave,
Pues, aunque no entregó su fe la llave
Del homenaje propio y fortaleza,
Al menos dió lugar con su tibieza,
Que en tales tiempos no sé á qué se sabe
Para que el pecho y ánimo plebeyo
A César inclinase y no á Pompeyo.

»Pero volviendo á Heredia, en presta vía
Llegó do Arana estaba en grande aprieto.
Tan encogido, sordo y tan secreto,
Que entre su gente apenas se bullia;
Mas luego que el socorro le venia,
Causaba en él y en ello tanto efecto,
Que cada cual en sí sintió mudanza,
Y con su fe crecía la esperanza.

»También en Quito dió tal estampida
El oportuno auxilio desta gente,
Que comenzó la rápida corriente
A retardar un tanto en su corrida;
Tan útil fué como esto la venida
Del noble capitán, y aun francamente
Al General prestó dos mil ducados,
Que fué de gran socorro á los soldados.

»Envió de Paíta Hernando de Valera (39),
Famoso capitán, de osado pecho,
Que siempre tuvo á Marte satisfecho
De su valor y al mundo de quien era,
Un bético escuadrón de gente fiera,
Granada toda y toda de provecho,
Para que dando dosto el desengaño,
A Quito, por su mal, fuese de daño.

»No menos acudió de Cuenca luego
Una bizarra y fuerte compañía,
Con que sumado el número hacia
Trecientos hombres, todos como el fuego;
A tal sazón llegó de Lima pliego,
Por donde á los quitenses don García
Mandaba echasen tierra á lo pasado
Con que tuviese fin lo comenzado;

»Diciendo por sus letras juntamente (60)
Que su teniente Arana no pasase
De donde aquel despacho le tomasse,
Por sosegar con esto aquella gente;
Pero de condición que en lo siguiente
A lo que Marañón les ordenase
Como á visitador se remitía,
Mediante la opinión que dél tenía.

»Mas los de la ciudad no haciendo caso
De provision tan blanda y provechosa,
No echaban mano en todo de otra cosa
Sino de que frenase Arana el paso;
¡Oh grande ceguedad! Oh seso escaso
De gente para sí tan pernicioso,
Que de tan sanas cosas tome aquella
Con que forzosamente se degüella!

»El General habiendo conocido
La pretension del ánimo insolente,
Tuvo por lo mejor enviar por gente,
Diciendo al Visorey lo sucedido,
Y cómo por lo que él había entendido
Era gastar el tiempo vanamente
Querer llevar por bien con celo santo
A los que por el mal se daban tanto.

»Porque era todo andar en dilaciones
Para poder mejor fortalecerse,
Y aperciéndolo ejército, ponerse
A practicar sus crudas intenciones;
Por donde el prevenir sus prevenciones,
Que apriesa comenzaban á tejerse,
Para atajar sus fines era el medio,
Y al grave daño el único remedio.

»Pues al tenor y paso que llevaban
De crímenes que siempre cometían,
En breve tiempo al término vendrían,
Si tiempo mas y término les daban;
Pero que si los pasos les cortaban,
De remediarse fáciles serían,
Pues nunca en el principio son las cosas
Como despues al fin dificultosas.

»Por tanto que le enviase á su excelencia
Doscientos escogidos mosqueteros
Y copia no menor de arcabuceros
Con toda la posible diligencia;
Pues aunque la tiránica potencia
Juntaba en campo ya dos mil guerreros,
Con los que le quedaban y pedía
A entralles fácilmente se atrevía.

»Podrá notar alguno con cuidado
Cómo teniendo Quito tanta gente,
Y el General tan poca, mayormente
Estando todo ya tan declarado,
No fué de aquellos pérdidas echado,
Que tanto cruciaban verle ausente,
Con tal poder y ejército de hecho,
Pues en la fuerza estaba su derecho.

»Respondo que jamás se persuadian
A que el maduro viejo así viniese
Sin que bastante número trujese,
Por mas que el desengaño desto vian;
Y era que como gran temor tenían,
Forzoso había de ser les pareciese
Grande también la fuerza mas pequeña,
Que el miedo, y mas si es justo, así lo enseñó.

»De donde es cosa llana y conocida,
Como la culpa destos era grave,
Pues solo en el lugar donde esta cabe
La tímida pasión tiene cabida;
Aunque también estaba reprimida,
Por ser la escoria, el clisco y el relave,
Que apenas de sí misma se fiaba
La gente que para esto se juntaba.

»El inclito Virey, considerado
En cuanto riesgo estaba Quito puesto,
Y como por motivo y causa desto
Andaba el reino de uno y otro lado,
Habiéndolo primero consultado,
El pro y el contra, medio y fin propuesto,
Hallaba por forzoso y conveniente
Enviar con brevedad fuerza de gente;

»Al menos la que entonces parecía,
Que junta con el tercio valeroso
Del General solícito y mañoso
Para allanar á Quito bastaría,
Temiendo que de mal en peor iría
El aclarado vulgo sedicioso,
Y que la sanidad de su dolencia
Estaba en acudir con diligencia.

»Mas porque el son de trompas y atamborcas
Contra el pariente pueblo batizado
No perturbase súbito al ganado
Y escándolo causase en sus pastores,
A causa de que no eran sabidores
Del punto á que el traidor había llegado,
Le pareció al Virey cauto y discreto
En junta descabrilles el secreto.

»Pues convocando mitras y coronas
De obispos y de graves religiosos,
Caudillos de sus órdenes famosos
Y célebres en todas cinco zonas,
Con seculares pláticas personas,
De sanos pechos y ánimos celosos,
Les declaró su fin y causas dello
Para justificar la suya en ello

»Pidéndoles que en tales ocasiones,
Pues era tan conforme á sus oficios,
Al sumo Dios le hiciesen sacrificios,
En cuya mano están los corazones;
Para que, no mirando las traiciones
Y siempre perpetrados maleficios,
Por sola su bondad y ardiente pecho
Les alargase el brazo en tal estrecho.

»Despues que la sagrada compañía
Hubo las graves culpas escuchado,
Atónita miraba á don Hurtado,
Sintiendo luego bien de lo que hacía;
Porque como las cartas detenía,
Y Quito era lugar tan apartado,
Estaban casi todos ignorantes
De que tuviese causas tan bastantes.

»Pues con el parecer común resuelto,
Mandaba al mismo punto hacer la gente,
La cual se levantó ganosamente
Contra el perjuro bando desonruelto;
Con el tumulto bético revuelto
Turbaba á Lima ya su cana frente,
Oyendo por aquella y esta parte
La ronca y fiera voz del fiero Marte.

»Maestre era de campo un caballero,
Don Francisco de Cárdenas llamado,
Varón de calidad, acreditado,
Y en estas ocasiones el primero;
A quien el bando y número guerrero
Para llevarle á Arana fué entregado
Con bastimentos, armas, municiones,
En dos aparejados galeones.

»Todo lo cual, admírome, se hacía
Con suma brevedad y diligencia
Por el conato grande y vehemencia,
Astucia y prevención de don García;
De mas de que llegaban cada día
Avisos como aquella pestilencia
Iba cudiendo á mas andar por todos,
Tanto que ya los polvos eran lodos.

»Pues fuera de las culpas declaradas,
Llegaba á la ciudad Limense nueva
De haberle cometido la mas nueva
Y grave sobre todas las pasadas;
¡Oh misero de aquel que sus pisadas
Alguna vez por tal camino lleva.
Donde es incierta siempre la salida
Y cierta á cada paso la caída!

»Fué pues que cuando ya el boton se abría
De la cerrada noche tenebrosa,
Y la mañana, pura y fresca rosa,
Romplendo su capullo parecia,
Ciega del todo cierta compañía
De aquella parte infiel y crimmosa,
Se fueron á palacio con intento
De dar á los olores fin violento.

»Adonde con la trápala y rúido
Se puso incautamente á una ventana
Un triste mozo en flor, de edad lozana,
Pariente de Zorrilla conocido;
A quien del bando fiero y descreído,
Creuyendo que era oidor ¡oh gente insana!
Enviaron una bala en fuego envuelta,
Que le dejó del cuerpo el alma suelta.

»Los senadores, viendo aquel pedrisco,
Furioso temporal y turbulento,
Se retrujeron todos á un convento
Por nombre del Seráfico Francisco;
Donde, como el ganado en el aprisco,
Todo encogido, mudo y tremulento,
Estaban esperando á que llegase
Quien desta gran ventisca los librase.

»El Visorey, sabiendo lo pasado,
Marchaba para el puerto diligente,
Adonde, haciendo muestra de la gente,
La encomendaba luego al mar salado.
Habiendo al don Francisco el orden dado
Con instruccion en todo conveniente,
Y aviso al General por tierra junto
Para que así estuviese todo á punto.

»Y porque se entendió que en Quito andaban
Algunos sacerdotes poco sabios,
Que al vulgo en sus siniestros y resabios
Con malos pareceres ayudaban;
De los que en Lima doctos se hallaban,
Por clara confesion de ajenos labios,
Enviaba las contrarias opiniones,
O por mejor decir, demostraciones.

»Y sus prelados mismos daban órden,
Habiéndose entendido convenia,
Que el que tuviese cargo ó prelación
Quedase solo súbdito en su órden;
Y aun por el mal ejemplo y gran desórden,
Que en otros mas castigo merecia
Por ser los que atizaban á la guerra,
Eran echados luego de la tierra.

»Al general tras esto despachaba,
Aun antes que por él se le pidiese,
Licencia y facultad con que pudiese
Marchar á la ciudad de donde estaba;
Porque si con la gente que se hallaba
Buena saxon de entrar se le ofreciese,
No por habérselo antes impedido
Dejase de acetar el buen partido.

»Consideró que el pueblo asegurado
Con que jamás Arana lo entraría,
Pues el Virey vedado se lo habia,
Pudiera ser abrirse de algun lado;
Por donde, no viviendo descuidado,
Calase el General su compañía,
Teniendo llano á Quito, si pudiese,
Primero que el de Cárdenas viniese.

»La prevención le fué tan importante,
Que el punto de negocio estuvo en este:
Sin duda algun espíritu celeste
Andaba disfrazado en su semblante;
Pues mal pudiera un hombre ser bastante
A prevenir así las cosas deste,
Si solamente fuera acá del suelo,
Y no, como sospecho yo, del cielo.

»Mirad en lo que digo si lo era,
Que en siendo la licencia despachada,
Ya el presto General para la entrada
Enviaba á suplicar que se le diera;
Así, que para cuando se pidiera
Era por él cualquiera cosa dada,
Pues nadie por alguna de allá vino
Que ya no la tomase en el camino.

»Mas no se contentaba solamente
Su ingenio solertísimo con esto,
Ni con haber enviado así tan presto
El poderoso número de gente;
Porque para mostrarle mas potente
Al reino removido y descompuesto,
Enviaba acá y allá copiosas listas
Para causar temor do fuesen vistas;

»Echando fama que iban municiones
Y tan extrañas máquinas de guerra,
Que al pecho donde mas valor se encierra
Hiciera andar en flacas opiniones;
Todo para bajar los corazones
De aquellos que se alzaban de la tierra,
Abriendo en los de Quito puerta al miedo
Y en los del General á mas denuedo.

»De suerte que en el fin que pretendia
No le quedaba medio que pudiese,
Ni paso que tomado no le hubiese
Al tiempo que tomalle convenia;
Por do si todo bien le sucedia,
Era razon que bien le sucediese,
Si está en razon que el fin se proporcione
Y diga con el medio que se pone.

»El último que puso echaba el sello,
Que echalle sobre todos solo pudo,
Y fué certificar al pueblo rudo,
Dado que no bastase todo aquello,
De que para cegar su duro cuello,
Corriendo el riguroso filo agudo
En fe de su acusada rebeldia,
El en persona raudo partiria.

»¡Oh voz tan eficaz y poderosa,
Que bien mostraba ser la voz postrera!
Hizo temblar á todos la contera,
Y comenzó la gente á estar dudosa;
Corrió la voz por ellos silenciosa,
Haciendo que allanaran la carrera
Y la torcida senda enderezasen
Por donde al natural señor tornasen.

»No fué la voz dar voces en desierto,
Que ya de casa en casa discurría,
Y en una de secreto se decia
Cómo venia de gente el mar cubierto;
En otra se trataba ya por cierto
Que Arana en la ciudad entrado habia,
Creciendo el miedo en esta coyuntura
Aun mas de lo que tiene de estatura.

»Ya el corazon mas firme vacilaba,
Y al mas enblesto vieraís cabizbajo,
Ya el que solia tirar revés y tajo
En todas sus razones se atajaba;
Ya el mas placero en casa se encerraba,
Do hablando á su mujer en tono bajo
Y á hurto de los hijos, le decia
Lo que por todo el pueblo se rugia.

»Los pérdidas confunde y los abisma,
Causándoles la voz crugir de dientes,
Y visto de unos ánimos valientes
A los que están desnudos deste cisma;
De suerte que la causa es una misma,
Y salen los efectos diferentes,
Pues hace que se estrechen malos senos
Y vayan ensanchándose los buenos.

»Cual hace el trueno, á cuya causa queda
La densa y parda nube en rompimiento,
Que al inocente niño da contento
Y mata al gusanillo de la seda ;
O como al que la cliptica vereda
En caluroso y rauda movimiento
Ya tiene tan trillada con su carro,
La cera ablanda y endurece el barro.

»Decidme, ¿es el traidor sino gusano,
Que cuanto hila y teje de marañas
Lo tiene que sacar de sus entrañas,
Muriendo al fin él mismo por su mano ?
Y el ánimo no zaino, sino sano,
¿Es mas que un niño dado á buenas mañas,
Pues cuanto va ni viene no le cuida,
Que en todo su inocencia le descuida?

»El fido que somete al yugo el cuello
Y va derechamente su carrera,
Es justo se compare con la cera,
Adonde imprime bien el rey su sello ;
Mas al que en la sazón de obedecello,
Rehuye la cerviz erguida y fiera,
Podrá llamarse barro endurecido,
A polvo y luego á nada reducido.

»Y aquella voz terrible y espantosa
No es fuera de razón llamarla trueno,
Si luego que la echó el Virey del seno
Rasgó la nube densa y procelosa,
Pues, como digo, fué tan poderosa,
Que quien tiraba en Quito mas del freno
Andaba ya compuesto en sus resabios,
Mordiéndose las uñas y los labios.

»Apoderóse el miedo afeminado,
Mediante aquel sonido bravo y fuerte,
En los rebeldes ánimos de suerte,
Que el mas fogoso estaba mas helado,
No revolviendo de uno ni otro lado
Sin encontrar la imagen de la muerte
Ni ver seguridad en cosa alguna
De cuantas muda y vuelve la fortuna.

»Pues yendo así la voz de mano en mano,
A la cabeza váguida llegaba
De un Vega, que las otras gobernaba,
Caudillo del ejército tirano ;
Adonde no haciendo el golpe en vano,
No solo el trueno della le atronaba,
Mas dió sobre él con furia tan violenta,
Que, por su bien, al fin cayó en la cuenta.

»Estando pues cual veis que estaba Quito,
Tan sacudido, libre y descompuesto,
Jamás en proseguir el mal tan puesto,
Ni de querer tornar al bien tan quito ;
Ya para hacer balance y finiquito,
Ya desta vez metido todo el resto,
Ya puesto en tres á punto de primera
Y brujuleando ya con la postrera ;

»Ya que la banda pérdua tenia
Dos mil, si no eran mas, amotinados,
Todos á punto, ya determinados
Al venidero, triste y negro día
En que el civil asalto y batería
Se había de dar al Rey y sus aliados,
Por secutar mejor su mal intento,
Vinieron de una vez á rompimiento ;

»Ya que la dura tierra estaba en punto
A canto, á pique, á nada de hundirse,
Y en ocasión igual de destruirse,
El reino de Pirú, y aun este junto ;
Y cuando estaba ya, según barrunto,
Un falso rey no lejos de elegirse,
La fuerza del tronido fué de modo,
Que presto lo dejó deshecho todo.

»Porque, según os dije, el de la Vega,
De licitos temores ocupado,
Al tiempo que el ejército aprestado
Ya no esperaba mas que la refriega ;
Aquella precedente noche ciega
Dejó secreto el bando conjurado,
Vinieron de do Arana residia
Con treinta de su lado y compañía.

»Llerena se nombraba el uno dellos,
Maese de campo á falta de Bellido,
Y Castañeda el otro convertido,
Con otros no de tanto nombre entre ellos,
Que al General, mostrando humildes cuellos
Y habérse de su culpa arrepentido,
Rogaban que á merced los recibiese,
Si su enmendado fin lo mereciese.

»El cual sagaz á todos admitia,
Y visto que con esto fácilmente
Se le iba ya pasando alguna gente
Y en Quito á los olores acudia,
Habiendo echado cuenta que estaria
Vecino ya el socorro diligente,
Con el lugar, el tiempo y la ventura
Determinó gozar la coyuntura.

»Era, si bien me acuerdo, quien le instaba
Sobre que la ciudad entrada fuese,
Puesto que á su cuidado lo tuviese,
El canto General, que en todo estaba,
Heredia, y quien mejor el resto echaba
De todo su interés, sin intereses,
Mas que servir al Rey con limpio celo,
Que es el que puede haber acá en el suelo.

»Pues dando aviso Arana á los olores
Y á un bando de sesenta vizcaino,
Con quien se acarrea de continuo,
Por ser sus contrerreaños y fautores,
Para que, sin sentillo los traidores,
Saliesen á una parte del camino,
A franquealle un paso peligroso,
Marchaba á Quito el viejo presuroso.

»Tal prisa y buena maña supo darse,
Que cuando en la ciudad vino á entenderse,
De atónita no supo qué hacerse,
Ni en tanta confusion determinarse ;
Sus brazos no pudiendo levantarse,
Quedaban como yerros sin moverse,
Cual si tocados fueran del torpado,
Mas tanto puede, y mas, un justo miedo.

»Que como estaban todos tan dormidos
Y de que entrase Arana descuidados,
Quedaban con su luz encandilados,
Y con la turbación amodorrados ;
Los ágiles de miembros, entumidos,
Los de fervientes pechos, resfriados,
Cual queda el agua cálida que hervia
Echando en ella un golpe de la fria.

»De suerte que ninguno fué bastante
A detener el curso de su entrada,
Por se quedar la turba tan turbada,
Que atrás no daba paso ni adelante ;
Entonces ya la Audiencia rozagante,
De gozo y de su gente acompañada,
Ya el cuello enhiesto y libre del cuchillo,
Salió de la ciudad á recibillo.

»¡Oh cuán pomposamente vi que entraba
En medio de los graves senadores,
Al son de claras trompas y atambores,
Que dulce en fieles ánimos sonaba !
En alto el estandarte tremolaba,
Y las banderas varias en colores,
En vigorosos brazos sostenidas,
Iban al blando céfiro tendidas.

»En siendo desta suerte recibido,
Y del rebelde asiento apoderado,
Alzó cabeza el inclito Senado,
Haciéndola bajar al mas erguido ;
Y comenzó á llevar su merecido
El ánimo inocente y el culpado,
Restituyendo el filo á la justicia,
Que tan mellado tuvo la malicia.

»Todo lo cual á sombra y al reparo
Del General entrado se hacia,
El cual en este tiempo no dormia,
Aunque era su velar á muchos caro ;
Pues en la muda ausencia del sol claro,
En otra cosa apenas entendia
Que en adornar los altos corredores
Con estirados cuerpos los traidores.

» ¡Qué horcas eran dellas ocupadas,
Qué jaulas de cabezas hastecidas,
Qué de soberbias casas abatidas
Y por su corrupcion de sal sembradas;
Qué prósperas haciendas confiscadas,
Qué plagas de las honras y las vidas,
Castigo merecido y justa pena
Del que contra su rey se desenfrena!

» Con esto, ¡qué clamores, qué gemidos
Lanzaban de dolor mujeres bellas!
Parece que punzaban las estrellas
Sus penetrantes voces y alaridos;
Las bien casadas, ya por sus maridos,
Ya por sus caros padres las doncellas,
Al aire trenzas de oro repartian,
Y bellas manos candidas torcian.

» Crece la pena, el daño y el tormento,
Las lástimas de verlo aprisa crecen,
Los niños y las madres enternecen,
Moviendo los peñascos de su asiento;
Al suelo, al aire, al fuego, al armamento
Esponjan, rasgan, queman, estremecen
Con llantos, voces, gritos, peticiones
Sus ojos, lenguas, pechos, corazones.

» Y aunque es verdad que el duelo se templaba
Con ver la calidad del maleficio,
Adonde la justicia de su quicio
Ni su nivel un punto se apartaba;
Con todo sé decir que no dejaba
El tierno corazón de hacer su oficio,
Y mas las que de suerte lo tenemos
Que de cualquiera cosa nos dolemos.

» Mas dado que todo me dolía
Y derramaba lágrimas por ellos,
Cargando sobre mí la pena dellas,
Como la que del mal también sabía;
Ninguna cosa mas me enternecía
Que ver, como lo vi, morir entre ellos
Un viejo que acusaron por alevé,
Mas blanco ya que el copo de la nieve.

» Mas ¡que cayese aquel en ser perjuro,
Estando en lo postrero de su vida!
¡Quién esperara entonces tal caída?
Pero cayóse el triste de maduro;
¡Oh frágil ser humano mal seguro,
Pues en tu breve término y medida
No hay hora, cuanto y mas edad, segura,
Que verde se corrompe y aun madura!

» Quedaba el infelice viejo cano,
Después de estar decrepito, corrupto,
Porque maduro bien se pudre el fruto
Si, en viendo que lo está, no le echa mano;
¡Oh muerte! aquí era bien llegar temprano,
Pues si vinieras antes un minuto,
El fuera en su sazón por tí cogido,
Y no del pié del árbol ya podrido.

» Mas estas, Parca, son tus mañas viejas,
Que para quien te espera nunca asomas;
Lo que era bien dejaras, eso tomas,
Y lo que bien tomaras, eso dejas;
Bien que en el fin á todos emparejas,
Mas ¡no será mejor que siempre comas
Del fruto en su sazón y no en su verde
Ni cuando de guardado se nos pierde?

» Como el tembloroso viejo se perdía,
Estando á vista ya de la posada,
Por solo que al salir de su jornada,
Se descuidó en torcer la recta vía;
Pues como tal castigo se hacía,
La tierra al fin quedó tan afrentada
Y tan escarmentados sus vestiglos,
Que se gozaba en paz por largos siglos.

» Estaba cuando digo ejecutado
Antes que don Francisco allí viniese,
Que como á la Puná llegado hubiese,
Daba noticia dello á don Hurtado;
De donde se volvió por su mandado
Haciendo que la gente se estuviese,
Mas que pasase á Quito parte della
Para lo que quisiese Arana en ella.

» Yo, que en admiración me arrebatara
De ver cesar de golpe tanto estruendo,
Estaba preguntándome, durmiendo,
Si aquello era verdad ó lo soñaba;
Que visto cuan á canto el reino estaba
De ser ceniza, al paso que iba ardiendo,
Era para causar espanto sumo
Que fuego tal se fuese todo en humo.

» ¡Quién, viendo tanta máquina y quimera
Con tan soberbias torres levantadas,
Y el cúmulo de cosas marabadas
Venirse á deshacer en tal manera,
A ley de buen discurso no dijera
Como eran cosas mas para soñadas,
Segun el alboroto y el ruido,
Solo con despertar desvanecido?

» Y así por una parte juzgo cierto
Ser sueño lo que deste Apó he contado,
Pues mal pudiera estándose sentado
Apaciguar tan bravo desconcierto;
Aunque por otra el ver con qué concierto
Y distincion me fué representado,
Me obliga y hace fuerza en que lo crea,
Dado que vanidad y sueño sea.

» Al menos una cosa en esto hallo,
Que si, como me dan sospechas dello,
Saliera el jóven célebre con ello
Y su valor vialere á secuallo.
El modo y proceder en revelallo
Habrá seguido el orden de hacello,
Pues lo que fuera sueño en el obrarse
Por sueño habrá venido á declararse.»

Con esto dió la bárbara hermosa
Remate, conclusion y finiquito
Al cuento ó cuentas frívolas de Quito,
Que no debió de serlo fácil cosa;
A mí me ha sido bien dificultosa,
Por ser de cuanto falta y queda escrito
El reventon mas áspero y fragoso,
Estéril, intricado y peligroso.

Talgueno, que de gozo en sí no cabe,
« La cosa, dice, en esto mas extraña
Es que saliese un hombre á pura mafia
Con hecho tan difícil cuanto grave;
Ninguna es bien que tanto se le alabe
Como el haber deshecho tal maraña
Con mano tan sutil y tal estílo
Que no se le quebrase un solo hilo.

» ¡Qué médico tan médico supiera
Hacer que una postema tan hinchada,
Ya por algunas bocas reventada,
Con bien de la salud se resolviera,
Y sin que sangre ó fuego interviniera,
Ni punta de lanceta ni lanzada,
Quién la dejara limpia y tan vacía
De cuanta corrupcion en sí tenía?

» Con gran ventaja pienso yo que excede,
Y no hay para qué en ello se litigue,
Lo que por arte y mafia se consigue,
A lo que la absoluta fuerza puede;
Pues el saber del ánimo procede,
Mas el vigor al cuerpo solo sigue,
Por donde tanto mas la industria vale
Cuanto es mejor la causa de do sale.»—

« Yo, dice Tucapel, no tomo en cuenta
Las traxas ni los medios estudiados,
Que se los dan los hombres asentados,
Mirando desde el puerto la tormenta;
Que Arana se pusiese con cincuenta
Al golpe de dos mil determinados,
No siendo en ayudalle Tucapelo,
Eso es para asombrar á tierra y cielo.

» Y para mí, mas pienso que hacía
En esperar que el pérdida viniera,
Que si saliendo acaso, le rompiera
En parte que excusallo no podía;
Pues mucho mas arguye de osadía
El que de intento al bravo toro espera,
Que quien sin intentar ponerse al trance
Hace necesitado algun buen lance.

»Podráisme tú negar, Talgueno hermano,
Quien hizo mas, hablando Colocolo,
O yo con toda España opuesto solo
Cuando (64) perdí dos dedos desta mano?
No hay para qué dudar lo que es tan llano,
Porque será negar la luz de Apolo
Querer que á los del coso se prefiera
El que mirando está de la barrera.»

Cortó Quiroda en esto la contienda,
Por excusar la réplica del dueño,
Diciéndoles : «Aun falta de mi sueño
La cosa mas terrible y estupenda;
Por quien será mejor que se suspenda
El auditorio, en número pequeño,
Y no por disputar en vano agora
Si la cabeza al brazo se mejora.

»Aunque es tan misteriosa y tan oscura,
Que no sé yo quien pueda percibilla,
Pero diré yo el sueño con decilla,
Y diga quien podiere la soltura;
De mí será mostraros la figura,
Que, yo fiadora, os cause maravilla,
Y del que fuere en sueños mas cursado
Decir á los demás lo figurado.

»Por una gruta negra y espantosa
Adonde luz escasa parecia,
Un drago ferocísimo salía
Lanzándose en el mar con sed rabiosa;
Y una dafina banda cudiçiosa
De voladores grifos le seguía,
Que reparando el sordo y rauda vuelo,
Sacaban rica presa deste suelo.

»Mas cuando se tornaba ya gozoso
El drago con el hurto y presa nueva,
Salió tras él bramando de una cueva
Un bravo leon de cuello vedijoso,
Que contra el mar y viento proceloso
Iba de su vigor haciendo prueba,
Hasta que ya, cogiéndole en sus brazos,
Al ávido dragon hacia pedazos.

»Yo, que de la verdad mi compañera,
Saber qué fuese aquello deseaba,
Del sueño á vuestras voces despertaba
Quedándome ignorante de qué era;
No sé en el mundo cosa que no diera
A trueque de entender lo que soñaba,
Si no es haber hallado á mi Talgueno;
Dar todo lo demás daré por bueno.»

Lo mismo el auditorio suspendido
Estaba allí, Señor, significando,
Al tiempo que de súbito ladrando
Un perro del pastor entró herido;
Que por entre los bárbaros metido,
Y su dolor por señas declarando,
No viendo en todos ellos la que busca,
Se parte á la recámara en su busca.

Guemápu que lo ve, se altera tanto,
Y los presentes huéspedes de vello;
Que saltan luego á ver lo que es aquello,
Cesando de la plática entre tanto;
Donde podrá tambien cesar mi canto,
Pues ultra de saltarme ya el resuello,
Mientras hubiere tráfago y ruido
No puede ser el canto bien oído.

CANTO XVII.

Llega Pilcoteur á la majada, enviado por Campollean, en busca de Tacapel y Talgueno. Dales cuenta de la batalla de Biobío, refiriendo la arremesa y persuasión que Galbarinb hizo al Senado, mostrando sus cortadas manos, y cómo á causa desto habia resultado en todos nueva indignacion para hacer la guerra, aborreciendo todo lo que oliese á medios de paz. Descábrese el encubierto bárbaro Melchen con el secreto de su nacimiento; ofrece Guemápu á su hija Liarea para que declare el sueño.

Do falta variedad, con frásis llano
Cualquiera compostura desagrada,
Que el obligado vale solo enfada,
Si no se mezcla el resto á cada mano;
Si por quebradas vais, queréis un llano,
Y si por mucho llano una quebrada,
Por dar en rostro un modo de camino,
Y aun el falsan comiéndose contino.

Si todo fuera Chile ensangrentado,
O turbacion y estrépito de Quito,
O fábulas de amor, fuera infinito
Un duro estilo y método cansado;
Mas ir de todo junto entreverado,
Engaña y entretiene al apetito,
Que el blanco de su gusto tiene puesto,
Cual dicen, en picar de aquello y desto.

Pues yo que voy siguiendo historia larga,
Si nunca me apartase de un sendero,
¿Qué cuerpo bruto, qué ánima de acero
Pudiera tolerar tan grave carga?
Que como la verdad desnuda amarga
Si no la viste el blando lisonjero,
Así cualquiera historia sale fea
Si con la variedad no se hermosea.

Y no hay para que nadie diga que esta
En escritura auténtica no cabe
Porque su autoridad se menoscabe,
O porque en opinion la deje puesta;
Pues va mas adornada y mas compuesta
La dama cuando tiene mas de grave,
Que sin adorno falta el aire y brio,
Y la materia en carnes tiene frio.

No faltarán primeras intenciones
Que juzguen esta traza no por buena,
Mas esto no me da ninguna pena,
Pues bien sé yo que en todo hay opiniones
Y mas diversidad de condiciones
Que granos en el médano de arena,
Y que estos aun es fácil que se cuenten,
Respeto de que aquellas se contenten.

Yo quise, sin que nadie me llevara,
Echar por esta parte mi carrera,
Y sé que así que así lo mismo fuera
Cuando por otro rumbo navegara;
Mas ya me vuelvo á Chile, paísta cara,
Que ha mucho que salí de su ribera,
Andando vagaroso y peregrino
Por mal abierto y áspero camino.

Sosiegue Quito y salten los pastores
De ver en su mastín la llaga cruda,
Porque es la historia llana imagen muda,
Que habla si la pintan de colores;
Y porque para tantos mordedores
Es menester un perro, y aun de ayuda,
Y recogerse el hombre á las majadas,
Huyendo de su corte y navajadas.

Aquí, Señor, me pienso estar un rato,
Por ver en lo que para el alboroto,
Que á sitio tan pacífico y remoto
No deja de llegar algun rebato;
Visto el pastor la guarda de su hato,
Entrar corriendo sangre, un muslo roto,
Alzado salta y sale del pajizo
Para dafiar al que este daño hizo.

Mas ve que viene un indio de corrida,
Parece que en alcance del resuello,
La cara polvorosa y el cabello,
Mas triste que un amante de partida;
Con su listada manta retorcida,
Atravesada al cuerpo desde el cuello,
Y de sudor brotando gruesas gotas,
Que corren de la frente á las ojotas.

Carcax de piel de tigre variado,
Que las plumosas flechas encerraba,
De los robustos hombros le colgaba,
Sonando ya de aquel, ya deste lado;
Y el arco mas que grana colorado,
Que la nervosa cuerda sujetaba,
A quien su dueño solo daba vuelo
Para clavar las jaras en el cielo.

Desta manera el bárbaro venia,
Y á medio trote, paso desta gente,
Al cual caminan todos largamente
Tres veces cuatro leguas en un día;
Talgueno conocerle ya queria,
Mas, porque le estorbaba el sol de frente,
La mano, como suelen, puso en ella,
Para favorecer la vista della.

Reconoció mirando, y satisfecho
De que era Pilcotur, su primo hermano,
Desarrimó la frente de la mano,
Y dióse un golpe súbito en el pecho;
Tras esto, adelantándose algun trecho,
Se parte á recibir al araucano,
Que luego fué de todos conocido
Y con solemne aplauso recibido.

Mas él, maravillado, se traspuso
De ver al que juzgado habia por muerto
Ya surto en el vital y dulce puerto,
Sin que supiese como allí se puso;
Y no quedó Talguen menos confuso
De haber en tal paraje descubierto,
Sin entender el fin á que venia
El que de sus parientes mas quería.

En esto ya en la casa de occidente
Molduras de oro fino se labraban,
Que con su resplandor manifestaban
Querer entrar en ella el sol fulgente;
El cual sus ojos puestos en oriente,
Que solos sobre el agua le quedaban,
Y haciéndole un humilde acatamiento,
Se retiraba al húmedo aposento.

Apenas hubo puéstose Timbreo,
Cuando la madre triste de Megera
Echó con libertad el cuerpo fuera,
Que tuvo en su depósito Neréo;
Y en prendas ó señal de su trofeo
Enarboló su lóbrega bandera,
A cuya sombra está la compañía,
Que por su mal obrar desama el día.

Recógense á la choza todos luego,
Adonde refiriendo á lo que viene
El mensajero, atónitos los tiene,
Y helados, aunque estaban junto al fuego;
Espántanse de oír tan duro juego
Y la sangrienta lucha tan solene,
Que así manchó de almagre el atavío
Y venerables canas de Biobío.

«Tres horas, dice el indio, peleamos,
Con suspension igual de la fortuna,
Hasta que de la próxima lagana,
Ya faltos de vigor nos abrigamos;
Do tanto los alientos refrescamos,
Que sin poder valelle fuerza alguna,
Al Español ufano retrujimos,
Y por sus pabellones le metimos.

»Mas luego por el mucho esfuerzo y maña
Que el belicoso jóven supo darse,
El campo nuestro vino á retirarse,
Perdiendo parte dél con la campaña;
Y aunque esta al fin quedó por los de España,
Bien poco les quedó de que alabarse,
Pues de vencer llevaron solo el nombre,
Dejando mucha sangre con un hombre.

»Con todo, fueron pérdidas dispare,
Pues tanto les creció la fuerza y brío,
Que si ellos de la suya hicieron ríos,
Nosotros de la nuestra hicimos mares;
Por donde ya sin almas, á millares
Andaban sobre agudos cuerpos fríos,
Bebiendo cuanta sangre allí podian,
Segun la sed que della padecian.

»Allí rindió Mancon al duro hado,
Su espíritu y valor jamás rendido,
Allí, sin que pudiera ser valido,
Quedó del suyo Guépoco privado;
»Oh triste sol infausto y desdichado,
Que viste allí un estrago tan crecido,
Y mas infausto yo, pues gozo aliento,
Estándome la muerte mas á cuento!

»Si entre ellos me la diera el cielo esquivo,
»Oh cómo para mí se hubiera abierto!
No porque yo quisiera, siendo muerte,
Salir de cuanto mal padezco vivo,
Pues este ya no fuera buen motivo
A un hombre en las desdichas tan experto,
Sino porque siguiéndolos en muerte,
Participara yo su buena suerte.

»Si viérades, fadómitos guerreros,
Los daños que yo ví ¡nunca los viera!
Aunque ninguno fué de tal manera
Como no ver allí vuestros aceros),
Pues nunca, si pudiera entonces veros,
Arauco á tales términos viniera,
Ni usaran de sus piés los araucanos,
Teniendo de la suya vuestras manos.

»¿A dónde ó cómo habeis estado ausentes,
Gastando en ocio tanta valentia,
Sin ver las fieras muertes de aquel día,
Libradas en amigos y parientes?
En cargo sois, ¡oh pechos eminentes!
A vuestro grande esfuerzo y osadía,
El interés y gloria que ganara,
Si á tanto mal presente se hallara.

»Mas aunque muchas cosas hubo, amigos,
Con que moverse un áspide pudiera,
Dejadas todas juntas, yo quisiera
Que de una sola fuéades testigos;
Fué tal, que aun á los propios enemigos,
Helada ya la cólera doliera,
Pues mientras que la herida está caliente,
Aun el que la recibe no la siente.

»El caso fué, mas es tan duro el caso,
Que dudo si podré tener aliento
Con que llegar al fin de lo que intento
Primero que el dolor me corte el paso;
Pues yo no soy cortado del Caucazo,
Ni recibí de tigres alimento,
Para que no desmaye en el camino
De tus fragosidades, Galbarino.

»Mas yo las pasaré ligeramente,
Por mas que con razon te ofendas dello,
Templándome el pesar que siento en ello
La causa del placer que está presente;
Pues como el triste á vueltas de otra gente
A dura sujecion rindiése el cuello,
Solo por ser la vida á su desgrado,
Fué solo de la muerte reservado.

»Envíole del ganado alojamiento
El Español sin manos á su tierra,
A fin de que ella toda y cuanto encierra
Viniese de temor á rendimiento;
Y cuando en general ayuntamiento
Tratábase las cosas de la guerra,
Contándole por muerto con los otros,
El misero arribó sobre nosotros.

»Entró de la manera que venia
Al tiempo que en el incito Senado,
Sobre seguir ó darse á don Hurtado,
Muchos y varios plácitos habia;
Mas aunque parte dél contradecía
Lo que es rendir el cuello no domado,
Los mas, mirando el público interés,
Eran de parecer que se rindiese.

»Estando la consulta en este punto,
He aquí que Galbarino se presenta
Con sola media túnica sangrienta,
Sangriento el rostro, cárdemo y difunto;
Donde, sin alcanzalle el huelgo, junto
Con una voz cansada y tremulenta,
Echó del freno á fuera los troncones,
Y á vueltas de la sangre estas razones:

»Si tal injuria y término inhumano
Contra mi honor privado solo fuera,
Y ser comun á todos no entendiera,
Como lo entiende el impío y puro Hispano;
Antes, invicto cóncave araucano,
Allá en el centro oscuro me escondiera,
Que haceros de mí acerbo mal testigos,
Por no vengar con él mis enemigos.

»Mas como en mí el tirano poderío
Quiere agraviar á todo Arauco junto,
Porque pongais la mira en vuestro punto,
No reparé en quitarla yo del mio;
Que si como de vuestras manos fio,
Tomais el daño destas por asunto
Para querer vengaros y vengarme,
De todo habré venido á desquitarme.

»Ejemplo os dan en mí de cruda pena,
Y muestra de rigor en lo que os muestro,
Enviándome á que os sirva de maestro
Por quien sepais venir á la melena,
No viendo que aunque soy cabeza ajena,
Soy miembro principal del cuerpo vuestro,
Y no corrupto, inútil ni dañado,
Para que mereciera ser cortado.

»Mirad en el estado que me ha puesto
Ponerme á la defensa del Estado,
Pues yo me estoy cayendo de mi estado
Por solo que él no caiga de su puesto;
Y bien pudiera yo excusarme desto
Si me quisiera dar por excusado,
Porque con mucho menos que hiciera,
A todos, y aun á mí, satisficiera.

»Mas nunca se le puso por delante
Su bien particular á Galbarino,
Del vuestro, sí, que tuvo de continuo
Acompañado el ánimo y semblante;
Pues con torcer su brazo algun instante,
Nunca viniera el triste á lo que vino,
Pero mirando á vos, por no torcello,
Entrambas manos dió y aun daba el cuello.

»Yo puse el pecho al agua y aun al lodo
Por solo el bien que á todos se endereza,
Yo por guardar del golpe á mi cabeza
Le recibí en las manos deste modo;
Yo he vuelto como parte, por mi todo,
Hasta dejar partirme pieza á pieza:
Mirad si es bien que agora de su parte
El mismo todo vuelva por su parte.

»Mas si esto no queréis tomar en cuenta,
Fingidme un hombre extraño aquí venido,
Por vuestra fama y nombre conducido,
Para que me vengueis de tal afrenta;
Mirad lo que delante se os presenta,
Mirad mi faz, mi cuerpo y mi vestido,
Mirad aquí mis brazos destroncados,
Y como troncos fértiles podados.

»Poned ante los ojos la nobleza
Por vuestros antegénitos ganada,
Y tanto de vosotros sustentada,
Que aun añadisteis codos á su alteza;
Y no vengais agora á tal baja,
Cual es dejar su sangre deslustrada,
Si no lavais las manchas de la mia,
Con solo no mostrar la vuestra fria.

»Por cuanto sufriréis que España diga,
Y que de vos el nuevo Apó discante,
Que si antes del Arauco fué un gigante,
Agora despues dél es una hormiga;
¿Qué veis en él de nuevo? Qué os obliga
A no llevar el crédito adelante?
Pues no son mas sus fuerzas á lo menos,
Si vuestras voluntades no son menos.

»Y si ello fuere así, que nunca sea,
En vano hicisteis obras hazañosas,
Pues sirven de que siendo tan hermosas,
Descubran mas las faltas de la fea;
Y haceis que de vosotros no se crea
Haber llegado al fin tan grandes cosas,
Porque por una mala, justamente
Las buenas son de dueño diferente.

»Pesad con vuestro peso lo que digo,
Antes que algun pesar pueda causaros,
Mas desto lo que mas debe irritaros,
Para vengar la injuria del amigo,
Es que imagine el áspero enemigo
Que por temor y mal ha de llevaros,
Y que como á los niños con asombros
La carga ha de ponerlos en los hombros.

»¿De vos ha de tener el vil cristiano
Reputacion tan soez y tan ratera?
¿Quién; ah! pensara ¡oh cielo! que viniera
A tanta baja el crédito araucano?
A no me haber ganado por la mano
La desta cruda gente carnícera,
Yo mismo, porque tal no imaginara,
Allí delante déi me las cortara.

»¿Pensais que habermé enviado deste modo
A diferente blanco se endereza,
Sino á que escarmentéis en mi cabeza
Y á que vengais de puro miedo en todo?
¿Pues sufriréis que os ponga tan de lodo
Un mozo que á nacer agora empieza,
Y que por dos batallas que ha vencido
Se trate entre vosotros de partido?

»¿No veis que la fortuna compélida
De su mudable pérdida costumbre
Los quiere encaramar allí en su cumbre
Para que dén allí mayor caída;
Y que les queda poco ya de vida,
Pues lanzan tan de golpe tanta lumbre,
Como la vela que echa llamaradas
Estando en las postreras boqueadas?

»Y en los haber así favorecido
Nos hace la fortuna mil favores,
Pues por haceros altos vencedores
Os pone con las nubes al vencido;
¿Qué gloria, me decid, hubiera sido
Vencerlos, si en valor fueran menores?
O ¿cómo se ha de ver el desta diestra
Si el bado no se pasa á la siniestra?

»Pues entender, gravísimos varones,
Que vienen estos falsos con intento
De propagar su ley ó sacramento,
Es engañar los propios corazones;
Pues si ella es buena fe, tendrá razones
Con que convenza nuestro entendimiento,
Y no querrá mover las voluntades
Con estas insolencias y crueldades.

»Porque es un manifiesto desvarío;
Que mas nuestro derecho y causa esfuerza,
Querer que se reciba á para fuerza
Aquello que consiste en albedrío;
Y si algo vale en esto el voto mio,
Vuestro robusto brazo no, se tuerza
Por entender que al blanco blanco miran,
Pues no es sino amarillo adonde tiran.

»Este es adonde libran su tesoro,
Y no en librar las almas de pecado;
Por este de sus venas se han sangrado:
Tanto con ellos pueden las del oro;
Por este, mas que el turco, inglés y moro,
Sulca la tierra y mar el baptizado,
Por este negará sus padres mismos,
Y bajará por este á los abismos.

»Por este y no por mas nos hace guerra,
Y si la paz pretende que le demos
Es solo porque deste le saquemos,
Abriendo las entrañas de la tierra;
Por este con castigos nos atierra,
Por este, que es su fin, usa de extremos,
Y por tener sus manos deste llenas
Mirad lo que secuta en las ajenas.

»No sé que mas os diga, ni lo siento,
Aunque para moveros, araucanos,
Bastara verme, cual me veis, sin manos,
Que es el mayor motivo y argumento;
Solo vuestro provecho es el que intento,
Y cuantos yo tuviere salgan vanos,
Si para mí no tengo que os alcanza
La parte principal de mi venganza.

»A todos toca mas que á Galbarino;
Volved por el honor que en vos se encierra,
Haciendo al enemigo cruda guerra,
Que yo abriré sin manos el camino;
Y cuando nos faltare buen destino,
No faltará á pesar de cielo y tierra
Contra cualquiera daño y mala suerte
El último remedio de la muerte.»

»En este punto el Indio desangrado
Quebró de su decir el tierno hilo,
Porque de sangre faltar, y no de estilo,
Al duro suelo vino desmayado;
Nosotros, dando allí por apagado
De su vital antorcha ya el pabillo,
Saltamos condolidos á tenello,
Alzándole de tierra el laso cuello.

»Mas luego, restañándole de presto
Aquella poca sangre que tenía,
Sentimos que la llama revivía
En el calor que dió señales desto;
Que para echarle el alma de su puesto
Golpe ninguno dado se le había,
Y así, fué darle vida fácil cosa,
Aunque la tuvo entonces peligrosa.

»Ninguno allí se halló tan duro pecho,
Con ser de todos casi aborrecido,
Que, viéndole, no fuese enternecido,
Y en interiores lágrimas deshecho,
Quedando con la crueza deste hecho,
Todo lo que era trato de partido,
Por general sentencia y comun voto,
Disuelto, cancelado, nulo y roto.

»Y fué por todos juntos acordado
Que luego, sin que mas se dilatare,
Contra el osado jóven se juntase
Todo el poder inmenso del Estado;
Envió sus mensajeros el Senado,
Y á mí me cupo en suerte que os buscase,
Para que de camino juntamente
Pudiésemos venir haciendo gente.

»Hase cumplido bien de parte mía,
Sin permitir un punto descuidarme,
Ni en tan prolijo curso repararme
Un tanto á desfogar la fantasía;
Van acudiendo tantos cada día,
Que debe ya de estar, sin engañarme,
Éjército bastante en la campaña
Para llevarse en peso á toda España.

»Y aun antes que á buscaros me partiera,
Al eco solamente del zumbido
Tal número de gente había venido,
Que en hombros al Olimpo sostuviera,
Toda tan arrogante, brava y fiera,
De corazon tan grande y atrevido,
Que el que las da menores, da señales
De hacellas con el dedo en pedernales.

»Mas entre todos sale y se descuella,
Se muestra, se descubre, se levanta,
Como con la pequeña humilde planta
El encumbrado cedro junto della,
Un mozo que no estima en lo que huella
Lo que á los mas intrépidos espanta,
Ni piensa que hay poder en tierra ó cielo
Para poder tocalle en solo un pelo.

»Molchen se dice el jóven descubierto,
Hijo, según algunos, de Lantaro,
O como quieren otros, nieto caro
Del incito Ainavillo, en Maule muerto;
Pero lo que se tiene por mas cierto
Es que Pereguenel, el viejo claro,
Le tuvo en la bellissima Giaros,
De que ella misma dicen que se loa.

»Mas ora le hayan otros engendrado,
Ora de alguno destes lo haya sido,
A todos puede ser atribuido,
Honrándose con él el mas honrado;
Y siendo tan de cuenta y señalado,
La causa porque del no se ha sabido
Es por haber estado siempre oculto,
Cubriendo de los padres el insulto.

»Porque la madre, es público en Arauco,
Que estando deste bárbaro preñada,
Fué con el viejo adúltero hallada,
De su marido el principe de Ranco;
Y que por ser su deudo Millalauco,
No fué por el paciente repudiada,
Que anduvo por matar al niño muerto
Aun antes que saliese el parto al puerto.

»Pero la astuta hembra tuvo modo,
Que nunca á la mujer le falta en esto,
Con que Molchen en salvo fuese puesto,
Y ella sacase libre el pié del lodo;
Que saben darse maña para todo,
Y en el mayor peligro, así tan presto
Se hallan el remedio que es mas sano,
Como si le tuvieran en la mano.

»Y es que naturaleza en cualquier obra,
Como la perfeccion que puede, esmalta,
Lo que por una parte en ellas falta,
Por otro lo repara, suple y sobra;
Pues como en las mujeres flacas obra
Aquella inclinacion de caer en falta,
Segun habian de dar los tropezones,
Así las proveyó de los bordones.

»Crióse pues secreta la criatura
En un lugar bien léjos del nativo,
Hasta que el triste padre putativo
Murió dos meses ha de pena pura;
Que entonces por la madre, ya segura,
Fué luego descubierto el mozo altivo,
Haciéndole ella siempre compañía,
Porque sin él no ve la luz del día.

»Mas como le informase un mensajero
Del apercebimiento bullicioso,
No pudo sossegarse de orgulloso
Hasta que se arrojó tras Marte fiero;
Llegó la madre casi á lo postrero,
Sobre mudar su intento peligroso,
Mas no le aprovechando cosa alguna,
Le quiso acompañar en su fortuna.

»Hale seguido siempre en el viaje.
Y agora, yo presente, en el Senado
Se presentó el manco por soldado,
Sin interés de sueldo ni de gaje,
Mostrando estilo, término y lenguaje,
Tan rico, tan cortés y tan cortado,
Que al paso que llevaba en sus razones,
Iba trayendo á sí los corazones.

El veinte de su edad agora empieza,
Mas tiene de la cresta al suelo un salto,
Que puesto con Lincoya aun es mas alto,
Y saca de los otros la cabeza;
Pero mirado junto y pieza á pieza,
A nadie ha parecido en cosa faltar,
Por ser de proporcion tan acabada,
Que puede por milagro ser mirada.

»No menos es airoso que derecho,
De rostro y pensamiento levantado,
De nadie, sino de hombros derribado,
Es de espaciosa espalda y alto pecho,
Ancho de voluntad, de cinta estrecho,
De piés y de razones abreviado,
De esquivia condicion, de intento noble,
Y de sencillo trato y fuerza doble.

»Mas hay en tanto bien un mal terrible,
Que un mal entre mayores bienes cabe,
Y es que su mucho bueno se lo sabe,
Teniendo el ser mejor por imposible;
Fuera de que enojado es insufrible,
Porque si empieza, no hay hacer que acabe;
Y ora siga razon, ora la huya,
Ha de salir en todo con la suya.

»Es hombre de gratísimo semblante,
Mientras sin ira está; mas si se aira,
Asombra con mirar á quien le mira,
Atropellando cuanto ve delante;
Tan duro, incorregible y arrogante,
Que donde ya una vez pone la mira,
Sin reparar adonde va la jara,
Aprieta los pulgares y dispara.»

Talgueno, que con grata y sesga frente,
Al primo Pilcotur escucha atento,
Responde interrumpiéndole su cuento:
«¿Qué cosa habrá perfecta enteramente?
Qué tal salud se vió sin accidente?
Qué descansada vida sin tormento?
Qué cielo tan barrido y espejado
Do no parezca mancha de nublado?

»Sin duda aquel Autor, cualquier que sea,
Que da y ha dado ser á toda cosa,
Pintar ninguna quiere tan hermosa
Do no haya algun horror ó nota fea,
A fin de que por esto el hombre vea
Como es su mano en todo poderosa,
Pues le limita el ser, la vida, el modo,
Y él solo, en sí, por sí lo tiene todo.»

Así Talgueno dice, y al instante
El bravo Tucapel diciéndole salta:
«No sé por qué razón te dan por falta
Ser; ¡oh Molchen! soberbio y arrogante;
No siendo tu cimiento tan bastante,
No fuera bien hacer torre tan alta,
Pero si tanto ahondas cuanto subes,
Seguro puedes ir hasta las nubes.

»Pues anda todo agora tan perdido,
Y á tanta confusion el mundo viene,
Que un hombre en la figura que se tiene,
En esa de los otros es tenido;
Y tanto ya la envidia se ha extendido,
Que quien de ajenas laudes se mantiene,
No haciendo de las propias su comida,
Ayuno se estará toda la vida.

»Así que yo no culpo ni condeno
Al que, estribando en lo que el mozo estriba,
Tuviera condicion de suyo altiva,
Que en quien lo puede todo, todo es bueno;
Antes me cuadra y llena tanto el seno
Un proceder soberbio y muestra esquivia,
Que su mayor desden y confianza
Sustentará por digna de alabanza.

»Holgara de tenerle por amigo,
Y procurara serlo, si no fuera
Por entender lo mal que me estuviera,
Habiendo sido el padre mi enemigo;
Y cierto me pesara si conmigo
En algo neciamente se pusiera,
Porque pudiendo ser tan buen soldado,
No fuera deste mundo malogrado.»

«Cesad agora deso, amado mío,
Le dice, regalándole Gualeva,
Pues luego que de vos tuviere nueva,
Abajará la cólera y el brío;
Y cuando ya con loco desvarío
Venir quisiere el misero á la prueba,
Le pagaréis el daño de la muerte
Con darsela por ese brazo fuerte.»

No dicen ambos mas, que Pilcoturo
En gloria de Molchen, así replica:
«Si es cierto lo que dél se certifica,
Bien puede, perdonadme, estar seguro,
Porque jamás se ablande el pecho duro
De aquella que mis penas glorifica,
Sino pregonan dél bazañas tales,
Que nunca las oyeron los mortales.

»De un hombre supe yo que lo sabía,
Que aun cuando de los quince no pasaba
Al tigre y al leon desquijaraba,
Y al bravo toro al yugo sometía;
Al potro mas indómito que via,
No con mayor industria sujetaba
Que con ponelle piernas y apretallo
Hasta que no pudiese meneallo.

»Pues no es menor la fama de ligero,
Antes publican serlo en tanto grado,
Que tiene con el ciervo y el venado,
Ya un va, si quiere, á veces delantero;
Mirad si para ser tan buen guerrero
Como cuantos vinieren y han pasado,
Que merecieron ser llamados Martes,
Tiene el osado mozo buenas partes.

»Y si esto de sus tiernos años cuentan,
Mirad en la robusta edad presente
Lo que será; un asombro de la gente
Y un pasmo á los que mas se desalientan.
Bien puede ser que en algo desto mientan;
Yo digo lo que dicen solamente,
Mas breve quedaremos satisfechos
De si los dichos dicen con los hechos.

»Agora pues que ya yo tengo dada
La cuenta que por vos me fué pedida,
Manifestando el fin de mi venida,
Es justo me la déis de vuestra estada.»
Calló con esto y fué relatada
La historia que yo tengo referida
De Tucapel, Talgueno y de Quidora,
Queriendo ser Gualeva relatora.

Dejó maravillado al mensajero
El áspero discurso de la historia.
Aunque le fué despues crecida gloria
Saber el venturoso paradero;
Callaban todos, cuando el ganadero
Les trujo, por su fin, á la memoria
El sueño del dragon y cueva oscura,
Pidiendo que se viese la soltura.

A todos agradó lo que pedía,
Por ser á petición de su deseo,
Y mas por entender, á lo que creo,
Que el sabio Pilcotur lo entendería;
Y así, determinado que otro día
Partiesen todos cuatro y el correo,
Instaron que de nuevo propusiera
Quidora la vision que vió postrera.

Ella, por daries gusto vino en ello,
Tornando á proponelles el problema,
Sobre que cada cual con ansia extrema
Mil cosas entendió sin entendello;
Hendieran de sutiles un cabello,
Pero el que mas agora en esto rema
Ese camina mas á lenta boga,
Y en mar de confusion al fin se ahoga.

Alguno en su discurso parecía
Haber interpretado alguna cosa,
Mas cotejado el texto con la glosa,
En mucho de lo dicho desdecía;
Por donde en mas en todos se encendía
La gana de saberlo cudiciosa,
Y es porque, mientras mas en algo duda,
La hambre del ingenio es mas aguda.

Guemápu que los mira deseosos,
Y el que tambien extremo lo desea,
Les dice: «Puede ser que mi Liarca,
Arrimo de mis años tremulosos,
Que suele para sueños misteriosos
Tener una especial y viva idea,
Acierte, aunque mujer, en el sentido
De lo que tantos hombres no han podido.

»Aunque salir agora la muchacha
Sospecho que será á disgusto della,
Que como casi nadie suele vella,
En viendo en casa huéspedes se empacha;
Lo cual entiendo yo que no es la tacha,
Sino la perfeccion de la doncella,
Y es porque la vergüenza en todo caso
Es la mejor vasera de su vaso.

»Mas yo procuraré, como ello os cuadre,
Que el natural temor y su vergüenza;
Aunque le llegue al ánima, se venza,
Por acudir al gusto de su padre.»
Rogáronse todos, y la madre,
Dejando de las manos una trenza
Que para su pastor tejiendo estaba,
Ligera obedeció lo que él mandaba.

Fuése derecha al último aposento,
Adonde la zagala residía,
Que á la sazón un tierno llanto hacia,
Por ver á su (62) Palquin en detrimento;
Y por hacer menor su sentimiento,
Tendido en su regazo le tenía,
Donde si de raxon el perro fuera,
Su mal por tanto bien agradecería.

Mas luego que le dijo la pastora
Como su caro padre la llamaba,
Se levantó del suelo donde estaba,
Limpiándose las lágrimas que llora;
Ya sale, ya la ven, ya se colora,
Ya la serena vista en tierra clava,
Ya para, ya camina, ya tropieza,
Ya de puro corrida se endereza.

Llegóse al fin haciendo su mesura
A los guerreros bravos, que de vella
Se quedan tan turbados como ella,
Por ver tan acabada hermosura;
Contemplan elevados su figura,
Y dicen entre sí colgados della
Que tanta perfeccion belleza y gala
De mas debe de ser que de zagala.

Las dos Quidora y Guale, que en un punto
La miran y se miran sin hablarse,
Tornándola á mirar para gozarse,
Y apacentar la vista en su trasunto,
Dicen callando : « ¡ Bien tan grande junto
En un rincón pajizo ha de encerrarse?
Mas antes él es digno de tenerla,
Que dentro de la concha está la perla. »

Alabánsela al padre dignamente,
El cual de gozo el ánima bañada,
Dice á la hija el fin por que es llamada,
Habiendo ya besádola en la frente;
Mas ella en regalada voz doliente :
« ¡ Cómo estaré, le dice, para nada,
Habiendo trastornádome el sentido
El ver á mi Palquin tan mal herido! »

Bajó diciendo así los ojos bellos
Para que se abrasase el suelo frio,
Dejando al aire diáfano vacío
Del lleno resplandor que daban ellos;
Y como por la clara aurora dellos
Vertiese algunas gotas de rocío,
Que daba el fresco abril de sus mejillas,
Como al amanecer las florecillas;

Sintiólo mucho mas la niña tierna
Cuando en su busca vido que salía
El perro, de quien tanto se dolía,
Gimiendo y arrastrando con la pierna;
Mas luego resonó la voz materna,
Hablando con aquella compañía,
Sobre que no les diese mucho espanto
De ver que su Liaré llorase tanto.

« Porque sabed, les dice la pastora,
Que si es para las niñas este oficio,
No debe parecer en ella vicio,
Pues cumple, cuando mas, los trece agora;
Fuera de que tambien mi hija llora,
El interés que pierde y beneficio
Si el tierno cachorrillo se muriera,
Que nunca tal desman el cielo quiera.

» Pues él en todo tiempo la acompaña,
Él de los otros perros la defiende,
Él, si la deja alguna vez, entiendo
En trastornar el campo y la montaña;
De donde vuelve presto á la cabaña
Con el zorzal ó tórtola que prende;
Y aun mas de cuatro veces le ha traído
Entero con sus pájaros el nido.

» Y cuando llega el tiempo del verano,
Que cogen ya los cándidos panales,
Él va con los pastores y zagales,
Y se lo trae en la boca entero y sano;
Él nunca ha de comer por otra mano,
Que si se pasa un sol y dos cabales,
Ayuno se estará, como él no vea
Que come por la mano de Liarea.

» Mirad si con razon la zagaleja
Hace por el cachorro sentimiento,
Que, como si tuviera entendimiento,
Agora de sus males se le queja. »
Apenas acabó la simple vieja,
Cuando Talquen les hace juramento
De no salir de allí sin que sanase,
Con tal que la vision interpretase.

Con esto la zagala satisfecha,
Pidió que el sueño fuese relatado,
Para que, siendo della declarado,
La oscura cifra del fuese deshecha;
Mas porque ya la cena estaba hecha,
Les pareció á los padres acertado
Que todo hasta despues se dijese
Para que al gusto nada interrumpiese.

Determinado así, por ver que es hora,
Comienzan á cenar, y en acabando,
Se pone en gran silencio todo el bando,
Atentos al enigma de Quidora;
La cual su voz levanta, mas ahora
La quiero yo bajar, considerando
Que ni es á la salud ni al gusto buena
La música pesada sobre cena.

CANTO XVIII.

Donde, con ocasion de interpretar Liarea el misterioso sueño, toma la mano el autor, arrebatándole el cuento de la boca, á cantar la felice victoria que del inglés Richerte Aquines se alcanzó en la mar del Sur, siendo ya marqués de Cañete y visorrey del Pirí el Gobernador de quien la historia trata, en cuyo tiempo fué ganada esta primer batalla naval en este mar. Llega el canto hasta que don Beltrán de Castro y de la Cueva, á quien el Marqués encomendó la jornada, sale del puerto.

« Oh falso emperador, monarca indino,
Señor universal, comun tirano,
Oh pérfido interés y cuán temprano
Echas tu marca al pecho femenino!
Tan presto las enseñas tu camino,
Que en viéndolas andar les das la mano,
Porque de chicas hechas á tratarte,
No puedan cuando grandes olvidarte.

Pudiera yo, en razon de confundirte,
Ponerle á medio mundo por ejemplo,
Mas yo no sé, interés, porque me tempio,
Pues todo entero sé que da en seguirte;
No hay hombre que no guste de servirte
Y perfumar las aras de tu templo,
Teniendo en él colgados sus despojos,
Y á ti sobre las niñas de sus ojos.

Pudiera, digo, pues, hacer probanza
De la verdad llanísima que digo,
Trayendo en esta causa por testigo
A cuanto con su vista Febo alcanza;
Mas bien me sacará de la fianza
El canto que dejé y agora sigo,
Adonde la bellísima Liarea
Temprano se vistió de tu librea.

Sin tí ninguna cosa fué bastante,
Ni el caro engendrador ni madre cara,
Para que la vision interpretara
Ni para alzar del suelo su semblante;
Mas luego que, interés, te vió delante,
Con señas de placer mostró la cara,
Pues que por la salud del perro herido,
Bailó, cual dicen dél, á tu sonido.

Alegre pues la bella pastorcilla,
Al fin como mujer interesada,
Despues de estar la gente sosegada,
Atenta oyó la extraña maravilla;
Y luego con la mano en la mejilla,
Como en profundo sueño sepultada,
Y alguna vez moviendo la cabeza,
Se estuvo trasportada grande pieza.

Pero despues que, vuelta en su sentido
Del arrebatamiento que tenia,
Frenó la desbocada fantasia,
Que ya tan adelante habia corrido,
Con rostro demudado y encendido,
Tanto que no ser ella parecia,
Así solió la lengua represada,
Tras un raudal profético llevada:

«Milagros nuevos, raras extrañezas,
Terribles casos, hechos prodigiosos,
Portentos inauditos y espantosos,
Hazañas peregrinas y proezas,
Heróicos brazos llenos de grandezas,
Osadas manos, pechos valerosos,
Con otras grandes cosas hay cifradas
En esas breves sílabas peinadas.

«Por esa gruta negra se denota
Un ángulo del mundo, allí una tierra,
Llamada por las gentes Inglaterra,
Que en torno el ancho mar ciñe y escota;
La cual porque le ponen cierta nota,
De que en la falsa fe que sigue yerra,
Estando en sus errores ciega y dura,
Se figuró tan lóbrega y oscura.

«Por ese fiero drago ha de entenderse,
Quidora, un grande inglés, un gran pirata,
Que con la sed hiposa de oro y plata,
Por un estrecho mar querrá meterse;
Y muchos que tras él han de moverse,
Para matar la hambre que los mata,
Son los alados grifos que tú vías,
Mas ávidos que vientres de harpias.

«Y habérsete, Quidora, figurado
En aves de rapiña solamente,
Misterio tiene, y es que aquella gente
Da siempre tras lo puesto á mal recado;
Que su alimento en eso está librado,
Y deso vive, aunque es costosamente,
Pues siempre traen las vidas al tablero
Sobre una tabla frágil y madero.

«El venturoso lance y rica presa
Que hizo aquel dragon parando el vuelo
Es un despojo grande que este suelo
Dará, por su descuido, á gente inglesa;
Esto será, mas no con tanta prisa
Que treinta y siete vueltas no dé el cielo
De las con que se cumple cada un año,
Primero que nos dé la deste año.

«Haráse en Mapochó la rica pesca,
Porque será de (65) veinte mil dorados,
Con otras diferencias de pescados,
Mas no sabrá el inglés lo que se pesca;
Que allí estará perdiendo el aura fresca
Y dando larga cuerda á sus soldados,
Que no la dar le fuera mas cordura,
Pues desto ha de nacer su desventura.

«De allí se irá despues con tal reposo,
Que pueda en un patáj Valparaíso
Enviar quinientas leguas el aviso
Al visorey de Lima poderoso,
Primero que el corsario perezoso,
De asegurado intrépido y remiso,
Acabe de salir al mar abierto,
Por irse á su placer de puerto en puerto.

«Irá sin prevencion de lo futuro
Sondando sirtes, vados y bajíos,
Y sin dejar quemados los navíos,
Por dallos en rescate de oro puro;
Que si les diera fuego bien seguro
Con pasos perezosos y tardíos
Y sin contradiccion de cosa alguna,
Pudiera proseguir con su fortuna.

«Que si ha de ser su pérdida causada
De que se dé al Virey aviso dello,
No les dejando vaso en que traello,
Tuviera la ganancia asegurada;
Pero su condicion de levantada
Tendrá como en estima de un cabello
Que venga á sus orejas este robo
Hasta que se las haya visto al lobo.

«Parecerá al pérfido britano
Ser imposible haber en Lima fuerza
Que de su paso mínima le tuerza
Ó pueda hacer su curso menos llano;
Pues nunca habrá podido el peruano
Echalle de sus términos por fuerza,
Y ser en general su rica gente
Para naval conflicto insuficiente.

«Esforzará el descuido fuera desto
Para que no apresure el lento paso
La torre y casa fuerte de su vaso,
Bastante á todo el mundo en contrapuesto;
Y el entender que si hay en Lima puesto
Do alguna guarnicion se encierre acaso,
Ni municion tendrá ni artillería
Que para ver su nao le dé osadía.

«Mas dado que hasta entonces haya sido
Del modo que el inglés ha de entendello,
A la sazón irá engañado en ello,
Porque tendrá ya Lima otro marido;
Que sobre cuantos ha de haber tenido
Así levantará cabeza y cuello
En componella toda y adornalla,
Que por milagro vengan á miralla.

«Este ha de ser el jóven que al presente
Quiere tentar los pulsos del Estado,
Que habrá subido á mas sublime estado,
A trono y á lugar mas eminente;
Virey será de título excelente,
Y heredará un ilustre marquesado,
Aunque esto y mas en él tendrá por menos,
Segun serán sus méritos de buenos.»

Así lo va explicando la pastora,
Cuando Talquen diciendo la detiene:
«¡Qué bien lo que del jóven dices viene
Con lo que dél soñaba mi Quidora!
Es á saber, que el cielo desde agora
Dispuesto para grande bien le tiene,
Pues ella en sueños dice que le vía
Cual tú le estás mirando en profecía.»—

«Yo no reparo en esto ni le envidio,
Responde Tucapel, su buena suerte,
Sino que por no darle yo la muerte
Se vaya desta guerra y su presidio;
Este es el pensamiento con que lidio,
Y para mí de todos el mas fuerte,
Que salga vivo un hombre deste suelo
Do tuvo por contrario á Tucapelo.»—

«Tú sientes, dice luego su querida,
Que se te escape á fuerza de los remos,
Y á mí me affige el cómo quedaremos,
Si bien ó mal despues de su partida;
Mas téngolo por plática pérdida
Que mas sobre este punto platiquemos;
Mejor será dejallo por agora
Para que así prosiga la pastora.»

Calló por esto el bárbaro atrevido,
Y todo á su callar quedó callado,
Mas yo que mientras todos han hablado
He solo sus razones atendido,
Por las de la zagala he colegido
Que lo que entonces fué profetizado
Es lo que agora acaba de cumplirse,
Si pudo bien tan grande predecirse.

Porque notado el tiempo adonde apunta,
Y en especial decir la profecía,
Que gobernando en Lima don García,
El drago habia de dar aquella punta;
Parece que uno y otro bien se junta
Para sacarme adonde yo quería,
Hallando que el vencido inglés de agora
Es el que dijo entonces la pastora.

Por donde solo yo sin su concurso
Ni haberla menester de aquí adelante,
Explicaré del sueño lo restante,
Llevando un apacible y fácil curso;
Que para no salir de mi discurso
Fué necesario enredo semejante,
Con que ni del Pirú las cosas dejo,
Ni de mi Chile, que es el fin, me alejo.

No quito yo que allá en su chosa cuento
Y siga la zagala lo que toca,
Mas quiero que lo diga por mi boca,
Si fuese para tanto suficiente;
Y que mediante el suyo, mi torrente
Se lleve esta ganancia, que no es poca,
En pregonar la gloria, al mundo nueva,
De don Beltran de Castro y de la Cueva.

Y pues que la ocasion se me ha venido,
Teniéndolas yo quedas, á las manos,
Los hechos de las suyas soberanos
Diré, con que, Señor, me dels oído;
Que redundando en gloria lo que pido
Del jóven que tenemos entre manos,
No hay para qué mostreís la vuestra escasa,
Pues cuanto en esto dáis se os queda en casa.

Mas para no cansaros repitiendo,
Si hubiese que empezar de nuevo agora,
Supuesto lo que dijo la pastora,
Iré como pudiese prosiguiendo;
No porque de mi ronca voz entiendo
Que puede ser mas dulce ó mas sonora,
Mas porque de futuro no se cuente
Lo que podrá contarse de presente.

Demás de que se dice mas á gusto,
Y se refiere el caso por entero,
El cual si se contara venidero
No pienso que viniera tan al justo;
Tambien me pareció que fuera injusto
Dejar en opinion lo verdadero,
Pues era andar mirando con anteojos
Lo que se va delante de los ojos.

Partido pues el tardo inglés pirata
Del ensenado mar Valparaíso
Con el despojo próspero que quiso
De muchos bastimentos, oro y plata;
Se despachó volando una fragata
Al inculto Marqués con el aviso,
La cual en quince vino como un rayo
A siete sobre diez del mes de mayo.

El año es el presente en que esto escribo,
De mil, que con quinientos y noventa,
Contando cuatro mas remata cuenta,
A la sazón que sale el tiempo estivo;
Esto es acá en las partes donde vivo,
Que allá en la grande España es otra cuenta,
Donde por abril entra el verano,
Con su querida Flora de la mano.

Llegado al dulce término marino
El frágil y cansado navichuelo,
Envío las corvas áncoras al suelo,
Y á Lima un alboroto repentino;
Do cuando la turbada nueva vino,
Mostraba haber el rojo y claro Dolo,
De donde con su viva luz mas arde,
Dos horas inclinándose á la tarde.

En esta coyuntura don Hurtado,
Ajeno de salud poblaba el lecho,
Mas avisado súbito del hecho,
Se levantó teniéndose en su estado;
Que no ha de estar el hombre recostado
Cuando conviene estar en plé derecho,
Así por serie propia tal postura,
Como por ser mas ágil y segura.

Hizo el Virey llamar, como solia,
A cóncave y acuerdo sobre el caso,
Que nunca sin consejo daba paso,
Pues le llevaba en todos por su guia;
Do les mostró los daños que hacia
El robador inglés con solo un vaso,
Corriéndoles la mar de tiempo á tiempo
Ya como por su gusto y pasatiempo.

Y como no era bien que se saliese
Ufano, haciendo siempre destos lances,
Porque despues la tierra á muchos trances
En los que son mas duros no se viese;
Mas que importaba mucho no se fuese
Sin irle desta vez á los alcances,
Haciendo desta vez lo de potencia
Por castigar su pérdida insolencia.

Mas que era conveniente y necesario
Enviar para este fin poder entero,
No obstante que dijese el mensajero
Ser de una sola vela el del cosario,
A causa de entenderse lo contrario
Por otro aviso y nueva que primero
La gente del Brasil enviado habia,
Por donde ser mas fuerza parecia.

Fuera de que era bien considerado
Que en esta mano todo el resto fuese,
Dado que al enemigo se creyese
En solo haber dos naos desembocado;
Porque llevar el hecho asegurado
Con algo mas de costa que se hiciese,
Era mejor que, yendo en duda alguna,
Encomendallo todo á la fortuna.

Pues vistas por aquel ayuntamiento
Las causas bastantísimas que daba
Para probar lo mucho que importaba
Se castigase tanto atrevimiento;
Salió de general consentimiento,
Viendo que la ocasion les convidaba,
Resuelto que alguiessen al britano
Con presuroso pié y armada mano.

Porque con este medio se entendia,
Supuesto que no fuese el fin contrario,
Que desta plaga y mal tan ordinario
La costa deste Sur se limpiaría;
De suerte que no entrase cada día
Exento por sus puertos el cosario,
Haciendo en los que estaban sin defensa
Un daño cada vez sin recompensa.

Para lo cual fué el orden y concierto
A que el Marqués movió con sus razones
Que aparejase el Rey sus galeones,
Ociosos por entonces en el puerto;
Los cuales por el ancho mar desierto
Con gente, bastimentos, municiones,
Y un digno general de esfuerzo y arte,
Saliesen en demanda de Richarte.

Así el audaz pirata se decia,
Y Aquines por blason, de clara gente,
Mozo, gallardo, próspero, valiente,
De proceder hidalgo en cuanto hacia;
Y acá, segun moral filosofia,
Dejando lo que allá su ley consiente,
Añable, generoso, noble, humano,
No crudo, riguroso ni tirano.

Perdiéronse las naves de su armada
En la angostura y boca del Estrecho,
Quedándole una sola de provecho,
Tan bella, que la Linda fué llamada,
Para cualquier encuentro aparejada,
Por ser su gente plática y de hecho,
Y ella, de bien armada y guarnecida,
Bastante á no temer y á ser temida.

Con esta, fulto ya de bastimento,
Y de otras cosas mil menesteroso,
Entró por el chileno mar ondoso,
Do se le hizo un buen acogimiento;
Porque en al Mapochote, rico asiento,
Halló lo que buscaba mas copioso
Que si por ello á Londres aportara
Y mucho tiempo atrás lo aparejara.

Allí tomó, sin serie defendidos,
Con un bajel á cinco descuidados
De cables, jarcias, lonas pertrechados,
Y de comida en colmo abastecidos;
Con muchos tejos, mal ó bien habidos,
Que fué la rica pesca de dorados,
Arriba figurada por Llares,
Si bien aquel oráculo se crea.

Estuvo regalándose en el puerto,
Que fué para su infierno paraíso,
Viniedo por el pueblo, que lo quiso,
Con las tomadas naves á concierto;
Mas fué de bien seguro y mal experto
Dejalles quien pudiese dar aviso,
Aunque su capitán astuto y sabio
Mil veces se mordió por ello el labio.

Mas como de su nao tan grande estima
Y del Pirú caudal tan poco hiciese,
Cosa no se le dió de que se diese,
Segun se dice atrás, aviso á Lima;
Pero la que entendió ser dulce lima,
Presto será tan agra, que le pese
Cuando se llegue el tiempo de proballa
Al estrujalle el sumo en la batalla.

Para lo cual no duerme don Hurtado,
Aunque de acuerdo sale entre dos lucos,
Que luego van las lanzas y arcabuces
Al puerto del Callau por su mandado,
A fin de que le tengan bien guardado
Contra los enemigos de las cruces,
Mientras en la ciudad la trompa brama
Y al bélico furor incita y llama.

Señala luego tres capitanías
En tres valientes hombres señalados,
Para que, cada cual de á cien soldados,
Levante tres lucidas compañías,
Y que con ellas dentro de tres dias
Se pongan en la mar aderezados:
Pulgar, Manrique y Plaza son sus nombres,
Del arte militar famosos hombres.

Despacha sus domésticos tras esto
Con los que su persona traen guardada,
Para que en la galera y naos de armada,
Haciendo guarnición, se embarquen presto;
Y cuando en curso lóbrego y funesto
La media noche y mas era pasada,
El mismo apresurándose camina,
Sin esperar la luz, á la marina.

La que le presta el cielo es tan escasa,
La noche tan espesa y tan oscura,
Que no pudiera ver con su espesura
Sin hachas el lugar por donde pasa;
No lleva sino algunos de su casa,
Porque para la prisa que procura,
Ya sabe que es forzoso inconveniente
Querer llevar tras sí tropel de gente.

En hora, poco mas, allí se puso,
De donde siete millas hay mortales,
Estando con la gota y otros males,
Que siempre contra el bien el mal se opuso;
Allí vigilantísimo dispuso
Y proveyó las cosas esenciales
Con que formar en breve armada gruesa
Para tomar los pasos de la inglesa.

Y así, ni á las veneras de la playa
Ni á sus encarrujados caracoles
El rubio sol tornó de tornasoles
Tejidos por la mano de su Aglaya;
Ni Dóris se vistió cerúlea saya
Con guarnición de crespos arreboles
Picada por las puntas del tridente
Primero que él hiciera lo siguiente.

Ordena que un pataje por la posta
Vaya de puerto en puerto y caia en cala
A dar aviso desta nueva mala
Para que esté sobre él toda la costa;
Y luego, dando un saito de langosta,
A Méjico atraviesa y Guatimala,
Haciendo que se ponga todo alerta,
No salga el enemigo por su puerta.

A Panamá despacha otro pataje
Para que el cordubense don Fernando
No deje, puesto á punto con su bando,
Que por allí el inglés tenga pasaje;
Este es un señalado personaje,
El cual habia partiéndose, llevando
Con suma brevedad la plata y quinto
Al digno sucesor de Carlos Quinto.

Pues ya que todo el mar así previno,
Envió la costa arriba de la tierra
Por (64) chasquis á los valles y á la sierra,
Poniendo en todo el órden que convino;
De suerte que los pasos del camino
Todo lo que es posible toma y cierra,
A fin de que los sueltos luteranos
Por pies no se le vayan de las manos.

En tanto que en el puerto pedregoso
Previene don Hurtado lo que cuenio,
Se desencasa Lima de su asiento
Con el tropel y estruendo belicoso;
Do el iracundo Marte sanguinoso,
Queriendo secutar su crado intento,
Se viene de su alcázar en persona
Acompañado solo de Belona.

Por toda la ciudad discurre luego
El acerado escudo en la siniestra,
Y sacudiendo el asta con la diestra,
Incita á su costoso y duro juego;
El mismo enciendo, ceba, sopla el fuego,
Y á todos tan colérico se muestra,
Que el mas helado y tibio, si le mira,
Le queda el corazon ardiendo en ira.

Por todos la furiosa llama cunde,
A todos llama el áspero ejercicio;
El mas compuesto sale ya de quicio
Y en confusion tan grande se confunde;
La populosa fábrica se hunde
Con el rumor, la prisa y el bullicio,
Y mar soberbio es ya la humilde tierra
Hinchada con los vientos de la guerra.

Ya están allá las últimas esferas
Con agua destas ondas rociadas,
Y al retumbar de trompas atronadas
Ensordecido el mar y sus riberas;
Ya con los estandartes y banderas
Las anchurosas calles entoldadas,
Ya del cernido polvo tanto sube,
Que á Lima deja ciega con su nube.

El alboroto, el tráfago el ruido,
La confusion, estrépito y tumulto,
El desacorde son y espeso bullo
De voces mal distintas al oido;
La trápala del vulgo removido,
La turbacion de muchos en oculto,
Por toda la ciudad y partes della,
Uno con otro junto se atropella.

Mas tanta polvareda y beraunda
No es de manera que haya de ser parte
A que del justo límite se aparte
El órden de la guerra ó se confunda;
Pues antes, si se mira bien, redunda
En dille lo que es suyo al fiero Marte,
Que mientras mas y mas la furia crece,
Mejor en medio della resplandece.

Y no es posible falte por la gente,
Porque la ordena, rige y acandilla,
No menos que el sagaz oidor Castilla (65).
A quien dejó el Marqués por su teniente;
Varon que en los estrados dignamente
Ocupa y llena bien la primer silla,
Siempre de la justicia firme atlante,
Y agora en esta guerra vigilante.

Encima de un caballo poderoso,
De cinta y cabos negros, alazano,
Andaba el mismo Cónsul por su mano
Haciendo diligente al perezoso;
Tan eficaz, activo y cuidadoso
Como, cuando era tiempo, grave y llano;
Virtud que en un sugeto apenas cabe
Mostrarse por igual humano y grave.

Con esto la ciudad por todas vías
Se mete en mas calor, se enciende, arde,
Haciéndosele guarda cada tarde
De dos aseguradas compañías;
¡Oh cuánto se cudician estos dias,
No solamente á fin de hacer alarde
De los gallardos ánimos fogosos,
Sino de varios trajes licenciosos!

Tendido el pié, la mano en la sargenta,
Al paso de la caja resonante,
Tan desdichoso va el caudillo infante,
Cual si de sí no mas hiciera cuenta;
Su alférez, que en el tercio se presenta,
Abate la bandera tremolante,
Disparan sus cañones los soldados,
Que van por sus hileras ordenados.

Mas entre los gallardos capitanes
Del número del pueblo señalados,
Hizo señal con todos sus soldados
El fuerte Juan Bayon de Campomanes;
Porque él salió galán, ellos galanes,
El ricamente armado, ellos armados,
El todo lleno de ánimo y de bríos,
Y todos ellos desto no vacíos.

Mostrólo bien á cierta coyuntura,
Que habiendo menester el puerto gente,
Marchó con sus infantes diligente
Camino largo, á pié, de noche oscura,
Por donde arando va la tierra dura;
Mas género de bestia no consiente,
Porque para los suyos no hay caballos,
Y él quiere, no llevándolos, llevaillos.

Fué hecho de vasallo al rey tan fido,
Que bien probó con él si procedía
Al paso de su padre, el cual tenía
Renombre de leal bien merecido;
Mas al Callau volvamos, que me olvidó
De lo que en él ordena don García,
Y el popular tumulto me ha estorbado
Para poder oír si me ha llamado.

El cual, después de tantas prevenciones,
Todas tan importantes como cuento,
Con otras que por no alargar el cuento
Forzoso han de pasarse entre renglones,
Apercibió en tres fuertes galeones
Cuanto era menester para el intento,
Poniendo en orden otros tres patajes,
Que puedan ir sirviéndoles de pajes.

Entre la del fanal y su almiranta
Fueron sesenta piezas repartidas,
De bronce duro y sólido fornidas,
Cuya respuesta al cielo se levanta,
Y de seguridad y fuerza tanta,
Que bien manifestaban ser fundidas
Por el famoso artífice Tejeda,
Digno de que esta gloria le suceda.

Otras catorce gruesas le metieron
Al galeon San Juan por los costados,
Y á cada cuatro versos asomados,
Por proa en los patajes se pusieron;
Entre los cuales junto repartieron
A veinte y cinco pláticos soldados,
Todos con arcabuces y mosquetes,
Agudas picas, duros coseletes.

Ya estaban en el puerto recogidos
Pulgar, Manrique y Plaza con su gente,
Y fuera desta mas de ciento y veinte,
De solo caballeros ofrecidos;
Que en otras ocasiones conocidos,
También lo quieren ser en la presente,
Pues mientras puede mas el noble pecho,
Nunca remata cuentas con lo hecho.

Fué Lorenzo de Heredia el uno destes,
Que luego se embarcó con diez soldados,
Todos á costa suya sustentados,
Y todos á cualquier peligro puestos;
No menos acudió con pasos prestos,
Sin esperar á ser de los llamados,
Que solo su valor le llama y lleva,
El claro don Francisco de la Cueva.

Por general se estaba ya escogido
Por tan alta empresa ¿quién dirémos?
Delante de los ojos le tenemos,
Aunque sobre ellos debe ser tenido;
Aquel varon en todo esclarecido,
Hijo del gran señor conde de Lémos,
Cuñado del Virey, que es otra cuña,
Para apretar mejor el bien que empuña.

Aquel que en otras muchas y esta prueba
Deja, para seguille, al mundo rastro,
Ilustre don Beltran, honor de Castro,
Y luz resplandeciente de la Cueva;
Aquel que por blason y gloria nueva
Merece en vida estatua de alabastro,
Y en muerte, si la muerte al fin le llama,
Altars consagrados á la fama.

No es esta esotra cueva de ladrones
Adonde tan escasa luz había,
Pues siempre el sol está en su compañía
Bañándole los últimos rincones;
Mas es la insigne cueva de leones
De donde aquel bravísimo salía,
Aquel de pelo pardo, vedijoso,
Que nos predijo el sueño misterioso.

Ni es el rugiente leon de los del lago,
Mas el que con el mar á brazos puesto
Y á trance de peligro manifesto
Siguió con tal teson al fiero drago;
Pues este, de quien digo y poco hago,
Aunque dijera mas y mas sobre esto,
Es el que en sí tomó de tal empresa
La carga principal que tanto pesa.

Mas á sus duros hombros ya sabía
Que el mucho peso della no era nada,
Pues que llevaron otra mas pesada
En tiempos que mas tiernos los tenía;
Porque de veinte y dos aun no sería
Cuando se le fió una gran jornada
Y veinte mil guerreros á su cargo,
De que salió con todo buen descargo.

La del Final dijeron á esta guerra,
Y por su grave peso yo no dudo
Sino que quien con ése entonces pudo,
Agora no dará con este en tierra;
Por donde sin errar, que nunca yerra,
Le da el Virey sus armas y su escudo,
Que fuera de venille tan nacidas,
Le son por otros títulos debidas.

Pues uno fué tambien salir á ello
El propio don Beltran ganosamente,
Por ser el mas idóneo y suficiente
Y el que mejor podrá salir con ello;
Así de la ocasión por el cabello,
Sabiéndose ofrecer á la presente,
A quien si de las manos se le fuera,
No sé qué mano echársela pudiera.

A todos fué de gusto el nombramiento,
Por ser á todos gustos acertado,
Y apenas acabó de ser nombrado,
Cuando se echó de ver su acertamiento;
Que el natural orgullo y ardimiento,
En firme apoyo y basa sustentado,
Dió luego la señal y claro indicio
De cuán seguro estaba el edificio.

Al puerto en eligiéndole camina,
Llevado raudamente de su gana,
Y allí, desde la tarde á la mañana,
No sabe qué es salir de la marina;
Allí con el fantástico se indigna,
Allí con el doméstico se humana,
Allí levanta el ánimo al humilde,
Y al fin de su deber no deja tilde.

Allí de viva espuela sirve al fijo,
Y de calor al tépido y al frío,
De mil ocupaciones al baldío,
De manos y de piés al manco y cojo;
Al soñoliento le hace abrir el ojo,
Al encogido y laso pone brio,
Por donde á todos da lo necesario,
Curándoles el mal con su contrario.

En el honroso oficio de almirante
Fué de los mas granados elegido
Un hombre en fuerte y sangre esclarecido,
Segun lo testifica su semblante;
No menos arrojado que constante,
Ni menos caudaloso que partido;
Su nombre es don Alonso, aquel de Vargas (66),
Aquel de lengua breve y manos largas.

Este con todo el lustre y ornamento
Que á su valor y término debía,
Y dos tan solas prendas que tenía,
Mancebos de gallardo pensamiento;
En un bajel hermoso al mar y viento,
Haciendo plato á cuantos dentro había,
Se dió, sin reparar en cosa alguna,
Dispuesto al disponer de la fortuna.

Cerca de don Beltran al diestro lado,
Para tener seguro el mar incierto,
Va siempre Miguel Angel, hombre experto,
Magnánimo, capaz, acreditado;
En tales ocasiones tan probado,
Que ya de su valor al descubierta,
Y de su clara estirpe dió la muestra
Llevándola adelante con la diestra;

A quien de luengos años á esta parte
El Visorey presente y los pasados,
De cargos y de títulos honrados,
Han dado con razon la mejor parte,
Y á quien sobre Neptuno vido Marte
Ponerse á duros trances arriscados,
Saliendo muchas veces bien con ellos,
Y siendo general en muchos dellos.

A cuya causa agora don García,
Hallándole varon de tanta prueba,
Le hace consultor del de la Cueva,
Por dárle aun mas honor del que tenia;
Donde, como dirá la pluma mia,
Ganó renombre nuevo y gloria nueva,
Habiendo sido, á costa de Richarte,
En el suceso próspero gran parte.

Ya pues la playa toda centellea,
Segun que don Beltran la va encendiendo;
Ya todo á su calor está hirviendo,
Ya gente armada bulle y hormiguea;
Mas, cuando al respirar de la marea
Se van las negras hondas extendiendo,
Todo en silencio allí se trueca y muda,
Quedando la ribera sola y muda.

Mas ya que sobre el campo cristalino
El padre de Faeton su luz dilata,
Haciendo de las ondas fina plata,
Y al arenoso margen de oro fino,
Veréis con un tropel tan repentino,
Que el ánimo y sentidos arrebatá,
Estar de gente ya la mar tan llena,
Que frisa en cantidad con el arena.

¡Oh qué se ve por una y otra parte
De gala, orgullo, garbo y gallardía!
Qué de valor, esfuerzo y lozanía,
De Alcides envidiada y aun de Marte!
¡Oh descuidado apóstata Richarte!
Procúrate volver á quien te envía,
Y toma, si pudieres, otro rumbo,
Porque tu perdición está en un tumbó.

En daño tuyo un león se desapareza,
Que ya la parda y crespa crin sacude,
A cuyo bramo brava gente acude,
Asegurada en fe de su braveza;
Pues huye, que esperar será simpleza,
Aunque la tierra, el viento, el mar te ayude,
Porque si tienes manotá en el suelo,
El tiene mano y brazos en el cielo.

Da luego pues al céfiro las velas,
Y larga las escotas presto, larga,
Carga de velamentos, carga, carga,
Que te darán alcance si no vuelas;
Mira que ya se calza las espuelas
Uno que corre bien carrera larga,
Pues bate, pica, rompe los ijares,
Y no por hacer piernas te repares.

No sé si á mis clamores das oído,
O si será posible haber llegado
Donde, con ser tan grande, no ha tocado
Este rumor del puerio y su rírido;
Mas sé que nunca da tan gran tronido,
Sino es que calga rayo acelerado,
Y si este á lo mas alto se endereza,
Guarda, Richarte, guarda tu cabeza.

Y guarde no repares con la mano,
Que te la cortarán á céncren luego,
Sino con ambos piés, que en este juego
Mas vale ser de pié que no de mano;
Aunque esto pienso yo que ya es en vano,
Por mas que sobre el agua llesves fuego,
A causa de le haber acá tan vivo,
Que ya está el pié de todo en el estribo.

PE-II.

Con una brevedad jamás pensada,
A lo que desta tierra se entendia,
Y aun á lo que en España ser podia,
Se puso á punto y orden el armada;
Pues para ser, cual digo, aparejada,
Aun era escaso tiempo de año y día,
Y no se vió el Marqués en el otavo
Sin que de todo hubiera dado cabo.

La máquina artillada fué tan buena,
Que deshiciera torres diamantinas,
Pedreros, esmeriles, culebrinas
Con balas de navaja y de cadena;
El salitrado polvo mas que arena,
Gurguces, lanzas, dardos, jabalinas,
Rodelas, pelos fuertes, morriones,
Y sobre todo grandes corazones.

Ingenios van con esto juntamente
Para matar los fuegos del cosario
Y responder con ellos al contrario
En la sazon y tiempo conveniente;
Al fin, que todo va cumplidamente
Lo que es á tal jornada necesario,
Conforme á la persona que la guia
Y al crédito y honor de quien le envia.

Lleva tambien la armada religiosos,
Del alma y aun del cuerpo defensores,
Jesuitas doctrinales, redemptores,
Y aquellos de los púlpitos sonoros;
Van muchos instrumentos sonorosos,
Van chirimias, cajas, atambores,
Van pífaros, clarines, van trompetas,
Van sacabuches, flautas y cornetas.

Y para gala, pompa y ornamento
Se ocupan gavias, topes, burriquetes,
De flámulas, banderas, gallardetes,
Llevados donde quiere el manso viento;
De cuyo delicado movimiento
Están como colgados los tringuetes,
Por verse ya la flota de manera,
Que solamente es aire lo que espera.

Vuelvo á decir que es cosa extraña y nueva
El ver acá en las Indias despachada,
No mas que á vuelta de ojos una armada
Como esta con la máquina que lleva;
¡Que gloria pues habrá que no se deba,
Por mas delgado estilo celebrada,
A quien por su cuidado fué bastante
Para salir con obra semejante!

Las gracias al felice don García,
Después de Dios, se deben solamente,
Que estuvo desde atrás continuamente
Haciendo munición y artillería;
Y como si por clara profecía
Le fuera este futuro mal presente,
Así con su prudencia lo previno,
Que el sabio tiene mucho de adivino.

Pues cuando, como digo, nuestra armada
Estuvo puesta en orden esperando
Que ya el amigo tiempo fuese entrando
Para salirle luego á la parada;
No permitió el Virey fuese levada
Sin que tan generoso y fuerte bando
Gozase su presencia y faz augusta,
Bastante galardón y paga justa.

Entróse en un esquife, que á la orilla
Estaba de laureles encrespado,
Y con acorde música llevado,
Se va cortando el agua á remo y quilla;
Parece que el soberbio mar se humilla,
Reconociendo la honra que le han dado,
Pues mas tendido y llano que la palma,
Le lleva, como en ellas, por su calma.

Llegado á los soberbios galeones,
Envuelto con la salva en humo y grita,
Y aun en placer de velos los visita,
Sin perdonar los últimos rincones;
Do á todos con altísimas razones
Alegra, favorece, mueve, incita,
Dejándolos por ellas mas pagados
Que á mucha fuerza y colmo de ducados.

20

Con esto da la vuelta á la marina,
Y luego es una pieza disparada,
Llamando á recoger los de la armada,
Usanza militar y disciplinada;
En tanto Apolo Delífico rechina
Su lúcida cabeza trasudada,
En el regazo fresco de Aretusa,
Dejando á Cílicie huérfana y confusa.

Entró la virazon con mano larga,
Hiriendo los oídosos gallardetes,
Con que largaron luego los grumetes
Así como el piloto dijo, larga;
Hace gemir al mar la grave carga,
Y el viento rechinar á los trinquetes,
Que puesto ya en virar su amor y estudio,
Al puerto dan libelo de repudio.

Tan rauda por el mar la armada cuela,
Haciéndole escupir al cielo espuma,
Que ya por popa deja mano y pluma,
Sin que mi vuelo tenga con su vela;
Mas fuera de ser poco lo que vuela,
Agora de cargada se embalama,
Por donde hasta alijar del peso un tanto,
Mar en través habrá de estarse el canto.

CANTO XIX.

Llega don Beltran al puerto de Chincha, donde, siendo primero descubierta de Richarte, que estaba en aquel paraje, se da á virar la vuelta de la mar, bayendo á toda prisa. Siguenle los nuestros hasta que, sobreviniendo un terrible temporal, con la oscuridad de la noche le pierde de vista, y las naos desaparecidas por el viento arriban al Callao. Repáranse en él los dos mejores navíos con toda brevedad, dejando los demás por ser uno solo el del enemigo, y salen en su busca segunda vez; hallanle en Tacames surto, donde se da principio á la espantosa naval batalla.

Si por algun camino sospechara
Que era, Señor, tan áspero el que sigo,
No sé si voy errado en lo que digo,
Aun dudo si por vos lo comenzara;
Mas como descubrió tan buena cara,
Semblante grato, plácido y amigo,
Imaginé, engañándome, que fuera
Conforme lo de dentro á lo de fuera.

Entré por valles, prados y florestas,
Como la misma palma de la mano,
Mas presto se acabó el camino llano,
Y comencé á trepar por agrias cuestas;
Causólo que me eché la carga á cuestras,
Sin atentalla en una y otra mano,
Mas buena me la dan por este yerro,
Pues dando dellas voy de cerro en cerro.

Y si de la fragosa tierra esquivá
Al hondo mar me fui, por mas atajo,
El agua del me da mayor trabajo,
Pues sufro, ya la muerte, ya la vida,
Agora proejando costa arriba,
Agora arrebatado costa abajo,
Tal vez con desgarron, tal vez sin viento,
El frágil botiquin de mi talento.

Ya doy con él en una yerba roca
De rígido sugeto, duro y frio,
Ya encallo al mejor tiempo en un bajo
Cuando hay materia buena pero poca;
Ya cuando el viento del caudal se apoca,
En congojosa calma estoy baldío,
Ya si la tempestad de cosas carga,
Alijo muchas buenas de la carga.

Mas estos infortunios y contrastes
Espero que han de serme allí en el puerto,
Volviendo la memoria al mar desierto,
Lo que en la dulce lira son los trastes;
Que si como al principio me llevastes,
Con alentar mi voz, por campo abierto,
No me dejais al fin, claro Mecenas,
Galernos me vendrán á manos llenas.

Y si por falta del quedó mi nave
Sin ir en seguimiento de la armada,
Suspensa el alta mar atravesada,
Por alijar cansancio, peso grave;
Agora volará con alas de ave,
En fe de vuestro espíritu llevada,
Tan zafa, tan boyante y tan ligera,
Que á todas lleve ya la delantera.

Sulcando van el mar á popa via
Las poderosas naves en conserva,
No viendo ya las flores ni la yerba
Que nuestra generosa madre cria;
Solo se ve la blanca sierra fria,
Por ser de cumbre altísima, superba;
Mas tan opaca, lóbrega y fúmbrosa,
Que mas parece nubes que otra cosa.

Quisiéronse enmarcar por mas acierto,
Para si se enmarcase el enemigo,
Tenelle ya cerrado este postigo,
Que era, para escaparse, el mas abierto;
Y si viniese ya de puerto en puerto,
Estaban avisados, como digo,
De suerte que al Virey la nueva dada,
Se la llevasen luego á nuestra armada.

Mediante pues estar tan prevenido
Y haber en todo tal correspondencia,
Tuvo un aviso luego su excelencia,
Después que don Beltran hubo partido,
De cómo había el cosario parecido
Mostrando sobre Arica su potencia,
Que no era de un bajel ni vela sola,
Sino de tres, y mas una ventola.

Adonde juntamente había tomado,
Sobre lo que de Chile se traía,
Un barco de un arráez, en que vendía
Gran suma y diferencias de pecado;
Y el dueño del, habiéndose librado,
Fué el mismo que avisó de lo que había,
A quien, porque infermase mas de cierto,
Enviaron los que mandan aquel puerto.

Por esta relacion quedó creído
Que el descubrir Aquinas vela tanta
Es por haber hallado su almiranta,
Que en Chile dijo habérsele perdido;
Mas el Marqués á todo apercibido,
No de saber el número se espanta,
Antes le nace dello gusto y gloria,
Por ser en mas honor de la victoria.

Acude con solícita presteza,
A luego prevenirse y guarnecerse,
Y siempre mas y mas fortalecese
De toda guarnicion y fortaleza;
Y aunque gustaba en esto con largueza,
De tal manera en ello supo haberse,
Que no hizo gasto al Rey sino tasado,
Con atencion de verle tan gastado.

Si preguntáis que cómo fué posible
Gastar al Rey tan poco haciendo tanto,
Responderé que yo tambien me espanto,
Mas púedese tener por infalible;
Que yo no sé decillo, aunque es decible,
Pues no cualquiera dicho cabe en canto;
Solo sabré decirlos en sentencia
Que tiene para todo la prudencia.

Por esta pues, que en él ha sido suma,
Apercibió segunda vez armada,
La cual en menos tiempo fué aprestada
Del que en decillo gasto con la pluma;
Y para no gastallo, digo en suma
Que así como la nueva le fué dada,
Se vió otra vez cubierta la marina
De gente brava y máquina bronceada.

Con esta peltrechó la galizabra,
Hecha por orden suya en este asiento,
Y un bergantina, que en él está de asiento
Con otro galeon como una zabra;
Correspondiendo la obra á su palabra,
Y su palabra y obra al pensamiento,
De suerte, que era dicho y aun obrado
Casi con la presteza que pensado.

Previénese lo dicho para guardas
De treinta ó mas patajes y navíos,
De bólica defensa tan vacíos,
Que los rindiera un tiro de bombarda;
Y porque si el inglés anda no aguarda,
Temiendo del católico los bríos,
Le puedan ir siguiendo en el instante
Antes de haber pasados adelante.

Demás de que si arriba nuestra armada
(Suceso casual y contingente)
Desnuda del reparo conviente,
Será con esto en breve reparada,
Para que así prosiga su jornada,
Sin rebalsar un punto la corriente,
Hasta volcar en ella al enemigo,
Haciendo por llevarsele consigo.

Despuésblase por esto el pueblo toda,
Poblándose de gente la ribera,
Y andan la costa arriba y por do quiera
Los prevenidos órdenes á todo;
Pues como fué el cuidado en este modo,
Fué la correspondencia de tal manera,
Que apenas el britano parecía
Cuando por cada puerto se sabía.

Que luego iba la voz de mano en mano
Con fuegos, avisando en cada parte,
Por do jamás el pérfido Richarte
A tierra osó salir del mar insano;
Temióse, con razon, de armada mano,
Reconociendo fuerza y baluarte,
Y gente de á caballo por la playa,
Que es la que á los cosarios mas desmaya.

Así que sin poder dañar, forzado
Se vino prosiguiendo su viaje,
Hasta llegar á Chíncha, que es parafe
De Lima treinta leguas apartado;
Mas dando aviso desto á don Hurtado,
Al punto despachó con el mensaje
Un volador chinchorro á nuestra armada
Para que fuese á Chíncha enderezada.

Ya Febo doce veces en oriente
Su luminosa faz mostrado habla,
Y armado la noturna sombra fría,
Su negro pabellon sobre el tridente;
Sin que del enemigo nuestra gente
Supiera por alguna suerte ó via,
Causa para sus ánimos penosa,
Y mas sentida entonces que otra cosa.

Por donde luego en dándoles la nueva,
Fué tan crecido el júbilo y tan lleno,
Que todo no cupiera en otro seno,
Sino es en el capan del de la Cueva;
El cual, torciendo el rumbo que ora lleva,
La vuelta va del término terreno,
De donde estaba entonces desviado,
Por ir, como dijimos, engolfado.

Privaba ya la negra noche fría
De su jurisdiccion al claro viso,
Cuando llegó á las naves el aviso
Y á tierra don Beltran tomó la via;
Mas al esclarecer del blanco día,
Antes de haber el rústico de Anfriso
Al mar su greña de oro descubierto,
Se descubrió Richarte sobre el puerto.

Fué vista dél primero nuestra armada,
Mas no con tan agudo movimiento
El temeroso gamo corta el viento
En viendo al cazador que está en celada,
Cuan presto comenzó la vuelta dada
Aquines á virar á barlovento,
Y aquel de Castro á dar de las espuelas
Cargando por ganársele de velas.

Ganárale sin género de duda,
Porque se le iba apriesa ya ganando,
Si le durara mas el tiempo blando
Que respiraba entonces en su ayuda;
Mas como luego el próspero se muda,
A la mejor sazon se fué mudando,
Y haciéndose, de manso tiempo áfable,
Un recto temporal intolerable.

Ya no llevaba mas el protestante
De su ligera lancha y nao altiva,
Porque las otras dos que dije arriba,
De Arica no pasaron adelante;
Que visto ser su carga no importante,
Y que para el camino por do iba
Habían de ser forzoso inconveniente,
Le pareció dejallas cautamente.

Al un pataj mandó meter á fuego,
El cual de Chile solo había sacado,
Y al otro, que topó en el mar salado
Usando de piedad, largóle luego;
Mas del batel, ganado en aquel juego
Donde hizo la ganancia del pescado,
Formó la suelta lancha el enemigo,
Que agora lleva rápido consigo.

El inculto Beltran le va siguiendo,
Por mas que el mar hinchado se levanta
Y el desabocado viento se adelanta
Sin orden y con impetu corriendo;
Hasta que ya de término saliendo,
Su furia mas que incógnita fué tanta,
Que rotas las riendas, freno y toda,
Se desapoderó de todo en todo.

La capitana rompe el mastelero,
Quedándose la gavia mal segura,
Y luego va tras él la ovescadura,
Que deja al árbol flaco, mocho y feo;
El cual, rendido ya, sobre Nerco
Con gran vaiven arroja su estatua,
Haciendo que una nave tan ligera
Se quede reparada en su carrera.

El galeon San Juan, que ya venía
Al de Bretaña mas vecino y junta,
Se desaparejó de todopunto,
Dejando á su pesar lo que seguía;
Vinieron á la mar de romanía
Los árboles y velas todo junto,
De suerte que la fuerza de fortuna
No le dejó siquiera con alguna.

Descuéllase de modo la tormenta,
Que ya se pone en quintas con el cielo,
Queríendole cubrir de oscuro velo
Mas denso que en la noche turbulenta;
El piélago de tímido revienta,
Y con ventosas alas sube en vuelo,
Llevándose la nao para que tope
En el sidéreo techo con el tope.

Roncando se alza arriba el mar onduloso,
Y abajo están hirviendo sus arenas;
Escóndense tritones y sirenas
Allá en lo mas oculto y cavernoso;
Al arrear de Bóreas proceloso,
Rechinan jarcias, gúmenas, entenas,
Y cada golpe ó súbita grupada
Da muestras de querer tragar la armada.

Eterno Dios, ¿no está de vuestro dedo
Esta globosa máquina pendiente?
Y el bramador del húmido tridente,
¿A vuestra voz no está callado y quedo?
¿No está el abismo trémulo de miedo
Rendido á vuestro brazo omnipotente?
No sois el contador de las estrellas,
Y el que sabeis nombrar á todas ellas?

No sois el que dejais con vuestro palmo
Al ancho mar Océano medido
Y aquel en cuya palma sostenido,
El orbe todo está, según el psalmo?
Pues ¿cómo, justo Dios, benigno y almo,
Si veis al mar furioso y removido,
Disimulais con él de tal manera
Como si vuestro súbdito no fuera?

Ya vemos que por vos en esa playa,
Viniendo con tal impetu, le enfrena
Un freno baladí de faca arena,
Que á todo su pesar le tiene á raya;
Y para que de boca no se vaya,
No quiere mas apremio ni otra pena
Que vuestro eficazísimo precepto,
Al cual está doméstico y sujeto.

Acuérdome, Señor, cuando dijistes
Que en una parte el mar se recogiese
Para que así la tierra pareciese,
Que en el lugar mas ínfimo quisistes;
Y cuando allá en el Exodo quisistes
Que el mismo mar sus aguas dividiese
Para que le pasasen á pié enjuto
Los que sacó Moisés de su tributo.

Pues no es menor agora vuestro mando
Ni vuestra voluntad que entonces era,
Mas antes, si aumentarse en vos pudiera,
Se fuera por nosotros aumentando;
Ni van á menos bien los deste bando
Que los de la jacóbica bandera
Para que pasen ellos sin mojarse,
Y estos estén á pique de anegarse.

Que si ellos van con ínfimos descos
De ya firmar sus piés en vuestros llanos,
Los nuestros de poner, Señor, las manos
En riscos, donde habitan Amorreo;
Y si ellos son idólatras hebreos,
¿Estos no son católicos cristianos?
Si allá por ley escrita en piedras viven,
¿Acá por gracia en almas no la escriben?

Y si poneis los ojos en la guía,
¿Escóndeseis á vos que los guiaba
Allí Moisés, el hijo de la esclava,
Aquí Jesús, el vuestro y de María?
Tampoco por aquel que los envia
Dirémos que el favor se menoscaba,
El cual es, cuando menoa, don Hurtado,
De vos en todo tiempo regalado.

Ni por el que los lleva me parece
Haber desmerecido vuestra mano,
Por ser un gran varon de pecho sano,
Que, como en lo demás, en virtud crece;
Pues ¿qué es lo que á los unos favorece
Y causa que á los otros deis de mano?
Abismos son, Señor, del pecho vuestro,
Do pierde pié el ingenio corto vuestro.

Por cuya cortedad es cosa injusta
Que vuestro ser sin límite se mida,
No siendo sino falsa tal medida,
Pues la que alcanza mas menos ajusta;
Y cosa que no fuese recta y justa
Ya fuera del justísimo sentida,
Si el hombre de las vuestras no sintiera,
Dejándose llevar de fe sincera.

Mas á lo que el humano entendimiento,
Segun su corto número rastrea,
Entiendo yo que toda esta pelea,
Y tal reventazon de mar y viento,
Es para mas entero cumplimiento
De todo lo que en esto se desea,
Pues sabe ya el de mas estrechas sienos
Que siempre saca Dios de males bienes.

Si de dificultad no fuese llena,
¿Qué cosa hubiera digna de memoria?
¿Quién da su punto al dulce de la gloria
Si no probó el amargo de la pena?
Si la batalla no es de buena á buena,
Tampoco puede serlo la victoria,
Ni gusta del verano, alegre y tierno
Quien no gustó del triste y duro invierno.

Fuera de que es costumbre recibida,
Por ser tan en razon fundada y puesta,
El estimar la cosa en lo que cuesta,
Sin ser por otra causa en mas tenida;
Que si es dificultosa la subida
Por un breñoso risco y agria cuesta,
Tan grande es el placer allá en la cumbre,
Como lo fué al subir la pesadumbre.

Pues quiero ya que el rústico me entienda,
No diga que disparo y desatino,
Si no declaro mas, porque convino,
Que el viento y mar saliesen de rienda;
Y aunque metido voy por otra senda,
Yo volveré muy presto á mi camino,
Porque el bramar del tímido tridente
Podrá sacarme á tipo fácilmente,

Quiero decir que vino la tormenta
Por especial favor del alto cielo
Para que don Beltran acá en el suelo
Su mérito aumentase, si se aumenta;
Pues no fuera el vencer de tanta cuenta
Sino cubrir su lustre con un velo,
Segun la suerte, al menos, del que digo,
Rendir con tal ventaja al enemigo.

Y de su noble pecho yo no dudo,
Sino que el General en conociendo
Que el robador inglés iba huyendo
Con una sola nave por escudo,
En parte se gozó, si en parte pudo,
De que le fuese el mar contraviniendo,
Por solo no poner pesadas manos
En quien así le muestra piés livianos.

¿Qué hazaña, qué proeza, qué alto hecho
Fuera ganar con seis un solo vaso,
Con tal facilidad, al primer paso,
Y sin haber pasado alguno estrecho?
No fuera cosa digna de su pecho,
Aunque pudiera en otro hacer al caso,
Y así no quiere el cielo que le alcance,
Porque es humilde el mate al primer lance.

Atájale esta llama y fácil vía
Llevándole por la áspera y sangrienta,
Porque como la costa se acrecienta,
Vaya subiendo el precio y la valía;
Y para su ganancia y granjería
Quiero que á don Beltran se tome en cuenta
La lucha de la mar y sus vaivenes,
Que es para mas favor hacer desdenes.

Tropelle, rompa estorbos y contrastes,
Halle dificultad en la jornada,
Porque estos en empresa tan honrada
Son como en fina piedra los engastes.
No suena bien la cítara sin trastes,
Ni brota olor el agua sosegada;
Forzoso es menester que se revuelva
Para que en suavidad al aire envuelva.

Por donde el temporal que sobreviene
Tan rígido, tan recio y repentino
Es un particular favor divino
De aquel que siempre da lo que conviene;
Así que cuanto para y se detiene
El claro General en su camino,
Tanto para su gloria se adelanta,
Que nunca de otra suerte fuera tanta.

Y el impedille el paso deste modo
No es mas que un embargalle la hacienda
Para despues, pasada la contienda,
Volvérsela con réditos y todo;
Que nunca mete Dios el pié en el lodo,
Y mas al que en sus manos se encomienda,
Sino para sacarle libre y sano
Poniéndoselos limpios en lo llano.

No es mas la gran tormenta levantada
Sino querer de oficio el mismo cielo
Hacer una probanza acá en el suelo
En honra del que hace esta jornada;
Y porque vaya mas autorizada,
Sin que sospecha quede ni repelo,
Cita primero al mar, que el daño causa,
Haciéndole fiscal en esta causa.

Pues donde el mismo Dios toma á su cargo
La honra de la Cueva y el provecho,
¿Quién duda que saldrá con su derecho
Aunque los pleitos vayan á lo largo?
Desfíeme ese revuelto mar amargo,
Dé arcadas, dé ronquidos, aice el pecho,
Que todo es ya señal de dar el alma
Para quedar despues en muerta calma.

No piensen que es lo dicho congruencia
O solo por lograr algun conceto,
Sino que Dios para este solo efeto
Hizo que el mar hiciese resistencia;
Y ser esta la causa es evidencia,
Si se ha de colegir por el efeto,
Pues vino á ser feliz la costa abajo,
Despues de haber costado algun trabajo.

Ultra de que jamás en tal paraje
Se levantó en la mar tormenta alguna,
Ni en el mudable rostro de fortuna
Echó de ver mudanza el marinaje;
Mas quiero dar la vuelta á mi viaje,
Que ya la digresion será importuna,
Si llaman digresion por un momento
Ponerme á dar razon de lo que cuento.

Y si me pide alguno estrecha cuenta,
Queréndola mayor de mi tardanza,
Respondo que me vide en la bonanza,
Y que temí volver á la tormenta;
Hasta que agora, al son de ser violenta,
Juzgué que hubiera hecho su mudanza,
Mas como al fin es mal, estése entero,
Sin abajar un punto del primero.

Mas el valor de Castro se le opone
Constante en el peligro manifestado,
Y tanto muestra el ánimo compuesto
Cuanto el furioso mar se descompone;
No hay cosa de trabajo á que perdone,
Que todo á cada parte acude presto,
Siendo cabeza y manos para todos,
Por vérselas meter hasta los codos.

El removido pléjago hirviendo
Acá y allá frenético se muere,
Tal vez en tanto grado el cuerpo embebe,
Que la menuda arena se está viendo;
Tal vez tan sin compás le va extendiendo,
Que al firmamento ya sus aguas bebe,
Y con la espuma gruesa que le escupe
Su limpio y raro velo mancha y tape.

Pues ¿qué diré del viento sibilante
Y de la extraña furia con que viente?
A cada soplo tierra y mar avienta,
Y el cielo á resistille no es bastante.
Mas don Beltran con pecho de diamante,
Así en la fiera lucha se sustenta,
Que sin hacer desden se tiene fuerte,
Venciendo la contraria con su suerte.

No pierde para atrás un solo paso,
Ya que para adelante no le gana,
Por ver la mar en contra tan insana
Y habérsele deshecho el fuerte vaso;
El Almirante solo en tal fracaso
Porque su nao estaba entera y sana,
Sigue tras el inglés con un pataje,
Mas puesto el duro viento le hace ultraje.

Ya, ya le daba alcance á toda prieta,
Ya, ya le estaba próximo y vecino,
Al tiempo que cerrándole el camino
La noche en medio dél se le atraviesa;
Lanzóse al mar tan lóbrega y espesa,
Y tempestad tan grande sobrevino,
Que derrotados todos de su via
No se pudieron ver despues al dia.

Ni pudo el fugitivo de Richarte
Hurtar el cuerpo tanto á la tormenta,
Que al fin no le alcanzase, y aun de cuenta,
Porque le cupo della buena parte;
Y le trató Neptuno de tal arte,
Segun lo que despues acá se cuenta,
Que para mitigar su furia brava
Partió con él del robo que llevaba.

Mas viendo cada nao de nuestra flota
A su fortuna en tanto desconcierto,
Y que los enemigos era cierto
Seguir la costa abajo su derrota;
Despues de verse ya deshecha y rota,
Tuvo por lo mejor volverse al puerto,
De donde siendo en breve reparada,
Siguiése con la empresa comenzada.

Con este buen acuerdo fácilmente
Y á su pesar los nuestros arribaron,
Do sola su almiranta aderezaron,
Por ser la mas entera y suficiente;
Desembarcóse el tercio de la gente
Que con las otras naves se quedaron,
Dejándolas deshechas de su liga,
Al ver que no es mas de una la enemiga.

La galizabra sola se adereza,
Apercibida ya por don García,
Para ir con la almiranta en compaña.
Que va por capitana y por cabeza;
Porque en razon de ser tan rica pieza,
Negásele este nombre no podía,
Ni á esotra que á seguitilla se levanta
El título trocado de almiranta.

Con estas dos, que nadie las iguala,
Y una ligera lancha que pudiese
Reconocer los puertos que quisiese,
Entrándose en cualquier caleta y cala;
Para que de ninguna hiciése escala
Por donde el enemigo se le fuese,
Partió segunda vez el de la Cueva
Con un orgullo nuevo y ansia nueva.

Quedóse don Alfonso mal su grado
Por falta de salud y no de brio,
Y porque, como dije, su navio
Fué para capitana señalado;
Mas el Virey discreto y acertado,
Buscando quien hinchese este vacío,
Halló de mano larga y ancho seno
Un hombre que le dió colmado el lleno.

Heredia es el que digo, nuevamente
A tan ilustre cargo promovido,
No menos á sus méritos debido
Que á su robusto brazo y pecho ardiente,
Pues dello dió señal tan evidente
En el tropel de Quito removido,
Fuera de haber probado ya la mano
A costa de otro inglés en el Vallano.

Partióse pues con este buen arreo
Ligero don Beltran la vez postrero,
Porque el haberse vuelto la primera
Fué de mayor espuela á su deseo;
El arribar entonces fué el paseo
Para pasar agora la carrera
Y hacerse atrás el toro de Jarama
Para embestir mejor á quien le llama.

A tierra va tan junto y arrimado,
Que raspa con las áncoras por ella,
Porque el inglés ha de ir varando en ella
Si no desvara el rumbo comenzado;
Y como no es su intento dalle lado,
Mas antes dar con él, se abraza della,
Siguiendo siempre el curso, el medio y traza
Que se endereza mas á darle caza.

En vuelo da tras él con segas alas
Por el desierto cano y ondas frias,
Reconociendo puertos y bahías,
Recodos, senos íntimos y calas;
Que si antes con el mar anduvo á malas,
Le favorece ya por todas vias,
Mostrándosele fácil y tratable
Con viento largo, próspero y durable.

Ya pasa por Chancáy la racimosa,
Ya de la fértil Guaura se adelanta,
Ya de Guarney se aleja, ya de Santa,
Tierra por los mosquitos enojosa;
Ya de Trujillo apenas se ve cosa;
Por popa deja á Chérrepe y á Manta;
Cechúra queda atrás y Santa Elena,
Tras Palta donde hace luna buena.

Ya con la misma prieta pasa presto
El cabo de Pasáo en su carrera;
Hacia la punta va de la Gaiera,
Tomando relacion en cada puesto;
De donde sin hacérsele molesto
Prosigue lo que nadie prosiguiera,
Dejando atrás los raudos espolones
Mil cabos, puntas, morros, farellones.

Apenas esta punta fué doblada,
Cuando á las dos, y dos del medio dia,
Tacámex les descubre su bahía,
De entonces para siempre celebrada;
Y en ella ya de un áncora colgada
Para seguir su curso y larga via
Una pomposa nave rica y bella,
Con una presta lancha al bordo della.

En viéndola los nuestros como digo,
Tan linda que á los ojos se les viene,
Y que consigo lancha sola viene,
Gritan alegres: «¡Alto! el enemigo;»
El cual sin alargarse de su abrigo
Así como los ve no se detiene
En despachar allá su lancha suelta
Para que reconozca y dé la vuelta.

Su capitán al punto salta dentro
Con otros diez intrépidos britanos,
Y viénense los once luteranos
Buscando nuestras naves al encuentro;
El impar don Beltrán, que está en su centro
Por verse la ocasión tan á las manos,
Manda que luego al punto el Almirante
A recibir la lancha se adelante.

Ordénale con esto diestramente,
Por ser su nao pequeña, que se vaya
Sin discrepar la vuelta de la playa,
Y él toma la del mar en continente;
Tan bien disciplinada va su gente,
Que sin salir un paso de la raya,
Obedeciendo acuden á sus puestos,
Ya para adverso y próspero dispuestos.

La lancha á remo y vela dividiendo
El aire delicado y crespas olas,
Vino á llegarse á tiro de las bolas,
Que el almirante juega con estruendo;
De donde luego, alzando un son horrendo,
Salen por tres abiertas portaflojas
Tres globos, que cosidos con el agua,
Mas chispas van echando que una fragua.

Ninguno fué tan cierto que sirviese
Aun de tocar la lancha en frente puesta,
Sino de que en oyendo la respuesta,
Ser gente contra sí reconociese;
Y de que conociéndola volvíese
En busca de su nao veloz y presta,
La cual, viendo que era nuestra armada,
Salió con gran denuevo á la parada.

Y así levando el áncora al momento,
Sobre que sola estaba de partida,
A todas velas parte, revostida
De un ánimo gallardo y ornamento.
No sale con tan rauda movimiento
El agua rebalsada y detenida
Habiéndole soltado la represa,
Como la ya levada nave inglesa.

El espolón herrado y rostro encara
En nuestra capitana fieramente,
Y con exenta y desdeniosa frente
Se viene á don Beltrán como una jara;
El cual con un valor y muestra rara
Sale á frenar el paso á su corriente,
Habiéndole ganado el barlovento,
Ganancia en estos juegos de momento.

El uno para el otro dejan irse,
Así de iguales ímpetus llevados,
Y á tiro de cañón los dos llegados,
Empieza su furor á descubrirse;
Mas antes que comiencen á batirse
Con versos, no por número hinchados,
Es fuerza dar espíritu á los malos
Ya para tanto lánguidos y frios.

¡Oh coro de las nueve sacrosantas,
A cuyo son se mueve el fijo polo!
Y tú, planeta ilustre, claro Apolo,
Que llevas el compás en este canto;
Haced vuestro poder, si puede tanto,
Porque mi aliento agora pueda solo,
Subiendo otava arriba cada punto,
Poner tan altas cosas en su punto.

Distaba tal espacio del pontón
El natural artífice del día,
Que para dar el término á su vía
Dos horas le faltaban solamente;
Cuando los dos bajeles frente á frente
Se llegan á poner en puntería,
Y los gallardos ánimos de dentro
Se van determinados al encuentro.

Mirad aquí ya juntos y encarados
Al vedijoso león y drago fiero
Con mas furor que el toro al bramadero,
Si ya se ve los plés dejarretados,
Jamás por esos aires delicados
Un águila candel y azor ligero
Se dejan ir las alas tan tendidas,
El corvo pico y garras encogidas.

Fué la cosaría nave la primera
Que viéndose de cómoda postura,
Soltó una brava pieza de la mura
Largando de su tope la bandera;
Mas no tan presto alzó la llama fiera
Cuan presto, removiendo el agua pura,
Le dieron la respuesta repentina
Por boca de una y otra cañabrina.

Con esto don Beltrán se va llegando,
Y el animoso inglés al mismo punto,
Hasta que á nuestra prora casi junto,
Sobre babor la suya fué doblando;
Ya entonces de ambas partes levantando
Un infernal estrépito y trasunto,
Se comenzó á jugar la artillería
Con que temblar el centro parecía.

La saltrada especie en humo vuelta,
Al cielo de los ojos arrebatada,
Y el mar, que de antes era sin plata,
Muestra su faz en velo oscuro envuelta;
El agua con el fuego está revuelta,
Que ya como otras veces no le mata,
Porque él agora es mucho si ella es mucha,
Y así se tienen fuertes en la lucha.

El encumbrado monte se derrumba
Desvanecido al son que allá le toca;
Vacila de temor la firme roca
Cuando junto de sí la bala zumba;
En las cavernas cóncavas retumba;
Por entre bosques hórridos revoca;
Resurte de los valles y quebradas
El eco de las bocas disparadas.

Mas viendo la española capitana
Haber así revueltose la inglesa,
Que por babor le pasa á toda prieta,
Llegándose á medir con su mediana;
A orza va buscándola, con gana
De verse ya las manos en la presa,
Y fómase una cruz de los baupreses,
Pronóstico siniestro á los ingleses.

Por desbaceña el pérfido se alarga,
Y el abordar sin tiempo rehusando,
Vuelve por estribor cañoneando,
Y á veces extendiendo pica larga;
Mas danle aquí los nuestros otra carga
Mas piezas desta banda disparando,
Con que lo mas granado de su gente
Bajó por entre el agua al fuego ardiente.

Ya de bermeja sangre se matiza
El cristalino campo de Neptuno,
Ya vuelan por el diáfano de Júpiter
Los cuerpos convertidos en ceniza;
Ya la encendida bala desacuarta
Y de los dos costados lleva el uno,
Ya muele, rompe cuero, carne y huesos,
Ya siembra el rojo mar de blancos sesos.

Este deja tullido, aquel contrechó,
Allí no mata al otro á la venida,
Y mátese despues de recudida,
Volviéndose á buscar de largo trecho;
Aquí veréis al uno abierto el pecho,
Al otro la cabeza dividida,
Allí tendido un cuerpo ya sin brazos,
Acá deshecho el otro en mil pedazos.

En esto el Almirante que seguía
La fugitiva lancha, no pudiendo
Cogella al fin por irsele metiendo
A tierra todo aquello que podía;
Temiendo zabordear dejó la vía,
Y el rostro al mar sanguiño revolviendo,
Viró para su nave á toda prieta
Ganoso de abrazarse con la inglesa.

La cual por estribor la vuelta dada
Y habiendo de un picazo atravesado
Desde su bordo al nuestro un buen soldado
Que quiso abalanzarse á la pasada;
Pasó con una furia acelerada
Cosida bordo á bordo y lado á lado,
Hasta que echando fuera cuerpo y punta,
Su popa con la nuestra quedó junta.

Aquí con sobra de ánimo Richarte,
Queriendo quebrantar el del cristiano,
El mismo por las suyas le echa mano,
Valiéndose de un lazo, al estandarte;
Pero don Diego de Avila, que Marte
Aun no se le sacara de la mano,
Supo con otros cinco defendello
De muerte que el inglés salió mal dello.

Están á su defensa Juan Manrique
Don Juan Velazquez, Pedro de Reynalte,
Por quienes no hay recelo de que falte,
Aunque las vidas tengan tan á pique;
Y menos faltará por Juan Enrique,
Como la fiera muerte no le asalte,
Ni por Mondéjar, mozo de buen brio,
Hasta quedar de espíritu vacío.

En esto hay opiniones, cosa dura,
Y cáusalo haber sido el hecho bravo,
Porque otros lo atribuyen á algun cabo
Que se trabó del asta por ventura;
Mas la que tengo yo por mas segura
Es que ninguna dellas da en el clavo,
Y pues de vista nadie fué testigo,
Concédase al valor del enemigo.

Fuera de que ninguno niega en ello,
Que padeciese fuerza el estandarte,
Y que esto fué en el tiempo que Richarte
Sacó de un arcabuz berido el cuello;
Y aun porque se alabase menos dello,
Un fiero pedreñal por otra parte
A la misma sazón le dió en un brazo,
Dejándole sin carne gran pedaze.

Mas él con una bala suya gruesa
Que entró por la toldilla de la ropa,
Rompiendo cuantas astas allí topa,
Con ellas ambos bordos atraviesa;
Pero sin que dejase cosa lesa,
Hablando allí de gente mucha tropa,
Y fué milagro viendo como vino,
El no llevarlos todos de camino.

Otra metió de punta diamantina
Por el amura de babor tan brava,
Que mata un artillero donde estaba
Cargando una disforme culebrina;
Y con la misma furia se encamina
Derecha al infeliz que la zallaba,
Llevándose el quemado cuerpo en vuelo
Y haciéndole volar el alma al cielo.

Pasa por otro, y llévale al soslayo
La piel de todo el vientre de manera,
Que parte de lo interno le echa fuera
El contrahecho, ardienta y vivo rayo;
Mas no sintiendo desto mas desmayo
Que si por otro el daño sucediera,
El propio sin ayuda de vecinos
Recoge sus calientes intestinos (67).

Y habiendo ya ligádose la herida
Con apretarse en ella una toalla,
Vuelvo Encinal tan recia la batalla
Como al aquello fuera darle vida;
Do luego, sin que nadie se lo pida,
La ya cargada pieza impele y zalla,
Cumpliendo con su oficio tan entero
Que nadie le llevó el lugar primero.

Aguirre, natural de Guipuzcoá,
Y digno capitán de artillería,
Por una y otra banda discurría
Corriendo sin parar de popa á proa,

Merece el cantabrés eterna loa,
Pues fuera del fervor con que regia
Siempre los tiros hechos por su mano,
Fueron los mas dañosos al britano.

Al cargo de la pólvora preside,
Como persona á tanto suficiente,
Hormero, con Cherinos juntamente,
Cuyo trabajo esquivo no se mide;
Que como poven todo aquel que pido
Su ministerio y la ocasión presente,
Y juntas ambas cosas piden tanto,
Es fuerza que trabajen con espanto.

Pues por el gran cuidado y la presteza
Que en estos y en los otros se hallaba,
Richarte á su despecho mitigaba
El desigual ardor de su fiera;
Aunque sacando fuerzas de flaqueza,
A mas perder mas ánimo mostraba,
Y como ya picado en este juego,
Brotaba por su rostro vivo fuego.

Entre su gente encima de cubierta,
A los contrarios tiros descubierto,
Y de su misma sangre ya cubierto,
Los mueve, los anima, los despierta;
Promételes tener vitoria cierta,
Aunque de lo contrario está mas cierto,
Mas sábelo encubrir con el semblante
Para que siempre vayan adelante.

El claro don Beltran por otra parte
Ehbiesto, firme, grave y levantado,
Descubre aquel valor aventajado
Que el cielo francamente le reparte;
Y en cambio de la túnica de Marte,
De solo natural esfuerzo armado,
Parece imagen del sacada al vivo,
De que se está preciando el Dios altivo.

Solicito á su bando solicita,
Al faltar ya de espíritu conforta,
Al sin sazón cólico reporta,
Al que parece inhábil habilita;
Lo mas dificultoso facilita,
Y estando todo en todo lo que importa,
De su persona da tan buen descargo,
Que colma las medidas de su cargo.

Con esto crece tanto la osadía
De nuestro generoso bando amigo,
Y tanta priesa dan al enemigo,
Que sin poder sufrirlo se desvía;
Mas cuando imaginó que ya tenía
Fuera de nuestra popa algun abrigo,
Ve cerca al Almirante, y en su tallo
Los filos con que viene de abordalle.

Bien que se ve el apóstata deshecho;
Pero su presuncion soberbia es tanta,
Que para recibille se adelanta,
Poniendo sin temor al agna el pecho;
Mas el que de cerrado y tan estrecho
Apenas halla paso á la garganta,
Justo será suspenda libro y canto,
Que un libro y una voz no pueden tanto.

Es fuerza y fuerza grande que se quede
La comenzada historia en esta parte,
Pues ya me va faltando ingento y arte,
Y nadie puede mas de lo que puede;
Mas si el benigno cielo me concede
Del todo que me falte alguna parte,
Yo sacaré tras esta la segunda
Con plé mas lento y mano mas fecunda.

Queda lo principal y mas granado
De lo que solo á Chile pertence,
Por donde lo de agora es flor que ofrece
El fruto para entonces sazonado;
Déjolo pues aquí, considerado
Que la materia y no la forma crece,
Y porque si han gustado de escucharlo,
Quiero con tal ganancia levantarme.

TABLA

por donde se entienden algunos términos propios de los indios, por tratar materia propia suya.

Chicha, es vino hecho las mas veces de cebada y maíz tostado y molido, y algunas de frutilla ó murta.

Macana, arma ofensiva, es una asta de madera de dos brazos y mas de alto, gruesa como la muñeca, remata arriba haciendo un codillo mas ancho que lo demás del asta en forma de cayado; júganla á dos manos, con cuyo golpe derriengan un caballo.

Mádi, es una semilla negra, que seca y molida se hacen della unas bolas envueltas en harina; son de gran regalo y sustento para los indios.

Máule, es un rio caudaloso, que dista cuarenta leguas de Santiago; vadéase por muchos brazos y balsease por uno.

Molle, es una regalada fruta de árboles silvestres, de que se hace la mejor chicha.

Musdy, es la misma chicha de maíz, mas suave.

Pérper, es tambien la de maíz, mas gruesa y menos fuerte de todas.

Uipo, que los indios llaman, si se puede escribir, **allipu**, es el principal y mas ordinario mantenimiento dellos, el cual solamente es harina de maíz ó cebada tostada, desleida en agua fria; sirvelos de comida y bebida juntamente, y desto hacen su coccalv y matalotaje cuando caminan, llevando una talega de esta harina y un cestillo para hacer el ullipn, tan tejido, que nunca el agua echada en él se vierte ni rezuma. Es alimento muy fresco y mas sustancial y regalado cuando la harina lleva de aquel mádi que arriba se declara.

De la calidad de la frutilla no trato, porque el ser tan regalada y rica fruta, pienso que la tiene dada á conocer por toda la tierra.

NOTAS DEL AUTOR.

- (1) Tocados como diadema.
- (2) Granos azules menudos como aljófar.
- (3) Cunas de tal hechura que las puedan llevar á cuestras por do quiera que van.
- (4) Una canasta tejida de bejucos.
- (5) Chigua, es á modo de fardel armado sobre aros de cañas verdes y trabado de tomizas de paja.
- (6) La ciudad de Santiago.
- (7) Especie de paja como cuchillos.
- (8) Madera de que se hace el mejor carbon de las Indias.
- (9) Canpolican.
- (10) Léase el canto xv de la *Araucana*.
- (11) Donde tiene su casa.
- (12) El Gobernador.
- (13) Don Luis de Toledo.
- (14) Don Pedro de Portugal cuando andaba en la guerra, siendo de ochenta años.
- (15) Don Felipe de Mendoza.
- (16) Don Cristóbal de la Cueva, de la casa de Alburquerque.
- (17) Pedro Fernandez de Córdoba, casa del Gran-Capitan.
- (18) Don Alonso de Ercilla.
- (19) Julian de Bastidas.
- (20) Gaspar y Baltasar Verdugo.
- (21) Don Luis de Velasco.
- (22) Rodrigo de Quiroga, que fué despues del hábito de Santiago.
- (23) Don Pedro Mariño de Lovera.
- (24) Pedro de Murguía.
- (25) Alonso de Reinoso.
- (26) Don Simon Peirera.
- (27) Lorenzo Bernal de Mercado, que fué despues maese de campo.
- (28) El mariscal Martin Ruiz de Gamboa, que fué despues gobernador de Chile.
- (29) El capitan Pedro de Olmos Aguilera.
- (30) Lope Ruiz de Gamboa.
- (31) Diego Cano, gran soldado.
- (32) El capitan Gregorio de Oña, padre del autor, que murió peleando en la guerra de Chile.
- (33) Orompello, hijo suyo primogénito.
- (34) Ave inmundada de Chile.
- (35) El maestro de campo.

- (36) Indios amigos que sirven á los españoles; llámase yanacunas.
- (37) Entiéndese indios amigos.
- (38) Dios, porque Apó es lo mismo que Señor.
- (39) Porque les ha vencido el Gobernador dos batallas juntas.
- (40) Don García, que hace la guerra con otro intento mas justificado que los demás.
- (41) Increpacion de Galbarino á los indios amigos.
- (42) Porque lo dijo cuando mató á Guillen que le habian de cortar las manos. Canto x.
- (43) De don Felipe de Mendoza, hermano del Gobernador.
- (44) El demonio.
- (45) Mujer de Talgueno.
- (46) Es buen agüero entre los indios ver una culebra.
- (47) Imitacion de Virgilio, lib. ii de la *Encida*.
- (48) Virgilio, lib. ii de la *Encida*.
- (49) Frases latinas.
- (50) Comidas propias de los indios.
- (51) Cazuelas de barro.
- (52) Bebidas, véase la tabla.
- (53) Porque fueron soldados de Chile con Arana.
- (54) Capitan de Chile.
- (55) Natural de Chile.
- (56) Bartolomé Carreño, que era corregidor de Guayaquil.
- (57) El capitan Lorenzo Fernandez de Heredia, caballero nacido en estas partes, corregidor de Loja y Zamora.
- (58) El maese de campo Gonzalo Fernandez de Heredia, de la casa del conde de Fuentes.
- (59) El capitan Fernando de Varela, corregidor de Paña, valeroso soldado de Flándes.
- (60) El licenciado Marañon, visitador y oidor mas antiguo de la audiencia de Quito.
- (61) *Araucana*, canto ix.
- (62) El nombre del mastil.
- (63) Los pesos de oro que robó en Santiago y otras muchas cosas de comidas y aparejos de navios.
- (64) Indios correos de á pié.
- (65) El doctor Alonso, criado de Castilla, oidor mas antiguo de la audiencia de Lima.
- (66) Don Alonso de Vargas Carvajal, señor de Tarapacá.
- (67) Buen ánimo de un artillero de sesenta años.

ENDIMION,

DE

MARCELO DIAZ CALLECERRADA.

A DON MARTIN RODRIGUEZ DE LEDESMA Y GUZMAN,

CABALLERO DEL HÁBITO DE CALATRAVA, SEÑOR DE SANTIZ, DEL CASTILLO DE ALMOENAR, SANTAREN, EL ACETRE,
SALINAS, ESTACAS, PALACIOS, SANNAME, PELILLA, CASTILLEJO DE GUÉBRA, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA
DEL SERENÍSIMO INFANTE DON FERNANDO.

CUANDO leí la fábula de Pomona, que escribió vuestra señoría con tanta erudicion y tan tiernos años, siendo rector dignísimo de la universidad de Salamanca, determiné seguir el estilo claro y cierto de Castilla, contra quien se levantaban entonces torres de presunciones vanas, fundadas solo sobre la oscuridad, que es nada puro. No se debe poco al Mercurio que con docta vara discierne el camino peligroso del seguro al dudoso caminante; y esta deuda sola, de las muchas que á vuestra señoría tengo, pretendo pagar ahora con los tres *Cantos de Endimion* que á vuestra señoría presento, no para que con su amparo los libre de los catonianos dientes (que no hay censura, aunque los anime intencion dañada, que no espire alguna provechosa correccion), mas para que la emiende y examine si pertenece á la escuela de Lope de Vega, de quien vuestra señoría aprendió, y á quien yo á voces llamaré maestro con eterno elogio mio, porque lo es doctísimo de España, de Europa, del orbe. Que la opinion loable de los sabios gimnosofistas que de los altos varones no contaban los esclarecidos hechos de nobleza heredados de sus padres, sino las heróicas dotes de entendimiento y sabiduría, me hace á mí callar, ahora que deseo hablar con acierto de vuestra señoría, los altos progenitores de la antigua baronía de su casa, en quien ponen los anales y crónicas de España los mejores oficios y mas fieles de la casa real de Castilla y los servicios mas honrados, mas leales, en quince nobles abuelos hasta vuestra señoría de padre á padre. Porque sin que diga lo que á vuestra señoría da el famoso tronco de Toral por su madre nobilísima, ha sido vuestra señoría en sus primeros, cuanto largamente dice el escasisimo padre Mariana, con admiracion de los amigos y horror comun de los mal intencionados (si no los ha gastado todos su acreditada fortuna con merecimientos conocidos tan despacio). Esto habrá bueno cuando sea premiado vuestra señoría, que tendrá tan recto el sol, que no le siga la envidiosa sombra cuando tantas veces disputaron su razon los enemigos y amigos. Vuestra señoría reciba este mi pequeño ofrecimiento, que así pretendo yo quedar mas obligado á servirle, á imitacion de vuestra señoría, que se obliga al segundo beneficio por el que hace primero; y ponga este buen deseo entre los efectos sanos del pan que comí en casa de vuestra señoría, á quien Dios guarde muchos años.

MARCELO DIAZ CALLECERRADA.

AL LECTOR.

Lo que pensaron los antiguos de la *Luna y Endimion* extendí yo en estos versos, porque es fácil añadir á lo inventado. Fingieron que la Luna, preciada tantos siglos tan de casta, tan de fría, rdió en los amores de un pastor, tan recatada y empachosa, que sin dejar simple nombre á las historias de su gozado fin, solo se lee obscuramente: en la mas cerrada noche la enamorada *Luna, de Endimion*, con cristalina copa liba el clavel del purpureante labio. Va repartido en tres cantos lo que pudo fundar este sugeto. En el primero, Vénus, baldonada de la Luna, incita á Amor que la enamore y rinda sus presunciones. Abrásase por Endimion la helada diosa en el segundo. Y en el tercero le adormece para el recatado fin de sus amores, trayendo sueño de los famosos campos de Bayas y de Cumas.

Así dejo la oscuridad para los agudos Aristóteles, que aun esto que te he advertido te sabrían decir los versos, sin que como Camoes me reprehendieras. Puede ser ocasion fácil á ficcion mas misteriosa el ingenioso fundamento; y puede ser alguna vez difícil añadir á lo pensado, si se busca otra cosa mas del agradable sonido de las palabras; como sea así, que la atencion de los lectores deba mirar despues las voces que el concepto, y que las palabras significativas primero el significado. Enseñábame un docto de Aristóteles en su poética, respetada con amor ó con temor de los que bien ó mal sienten, que el menos mal poema constaba de tres cosas: alma, potencias, accidentes ó colores, atribuyendo al alma la invencion en la ordenada historia, á las potencias los manuales conceptos, y á los colores las convenientes voces y palabras, y que tenia el mejor lugar en la fábrica poética el animado cuento, los pensamientos agudos el segundo, y las hermosas voces el tercero. Yo, de la manera que supe, usé destos preceptos en este brevisimo poema, que llamara égloga si siguiera mi juicio. Sé con todo eso que no erré en el asunto, porque le confieso deuda del muy erudito señor don Francisco Bravo de Acuña, en quien mayor edad admira tanto la restauracion á luz de humanistas, de filósofos, de padres, con las extrañas agudezas, con las inimitables novedades, humanadas tal vez al mas elevado estilo de las musas. Así me defiende contra tu grave juicio con la opinion de aprobadísimos censores.

Por lo que toca á las palabras, á cuyo ruido atienden primeramente muchos en este cultivado siglo, te digo con brevedad que de tal manera buscamos el resplandor hermoso y el agradable sonido, que se diga alguna cosa que llames sin indignidad sustancia; y te advierto que si á palabras mejores y mas decentes acomodares estos pensamientos mismos, respetaré yo en tí elocuencia magistral, y me dejarás para otra ocasion mas enseñado. Verás algunas voces de ajena lengua, no fáciles ni muy sabidas, porque nadie abomine extraña fuente, aunque la vea turbia. Para lo cual me tentaron tres eficaces razones: que se ha de dar algo á la opinion contraria, seguida ya de muchos hombres; que se pueden poner con tal templanza colocadas, que no muden ni perviertan á los que las ignoran el sentido; que alguna vez alivia al concebir deseoso el extranjero decir, y el concepto que no cabe en un lenguaje, exprimen fácilmente dos idiomas.

Si te parece largo el prólogo, no le midas con la pequeña obra, que presto verás otras, si inspira aliento el favor con que sueles animar los balbucientes. — Vale.

ENDIMION.

CANTO PRIMERO.

La ciprta diosa en la mitad del día
Al tronco de un aliso recostada,
De su perdido amante suspendía
El llanto y la pasión enamorada.
Velaba el niño dios; Vénus dormía
De celosos temores descuidada;
Que no durmiera Vénus, si en los cielos
Hubiera diosa que le diera celos.

Entonces la quietud de los amores
El gusto de su causa contemplaba,
Y en los descansos del amor mayores,
Amor las inquietudes recelaba;
Temía el mas querido en los favores
Disfamor y desdenes: así estaba
Todo el humano sentimiento, estando
Vénus durmiendo y el amor velando.

Velaba el dios rapaz con arco y flecha,
Este de oro, aquella de diamante;
Era en el manso fuego aura deshecha,
Y en el viento era llama rutilante;
Cuando la cárcel del sentido estrecha
Dejaba en calma la deidad amante,
Y aparente custodia era Cupido
Del fantástico alcázar del sentido.

Amor, ¿qué prestan flechas diamantinas,
Ni los arcos de oro acrisolados,
Si fuga de tus plumas cristalinas
Arrebatan espíritus alados?
No temen mortal golpe almas divinas,
Ni tu fuerza enamora enamorados,
Porque al cautivo que una vez inflamas,
Libres armas le das contra tus llamas.

Salte de sí la enamorada diosa,
Y como mira atento el dios vendado,
En las mejillas animada rosa
Y clavel en los labios animado,
Piensa que el alma con prision dichosa
Es divina atencion de su cuidado,
Que de excelente amor indigna fuera
De humano cuerpo la atencion grosera.

Instantes son á tus veloces viras
Las distancias, amor, é inmensidades;
Mayor fuego en mayor ausencia espiras,
Mayor llama en mayores soledades;
Rudas composiciones y mentiras
Simples del pecho, y candidas verdades
Tu causa amada son y aborrecida,
¡Oh espíritu incompuesto de la vida!

La indómita potencia de la muerte
No es como tú valiente y atrevida,
Que tú con poderosa mano fuerte
Tiras á lo mejor de nuestra vida;
El destino legal forzosa suerte
Cumple en cosa á la ley fatal rendida;
Tú, domador de exentos señorios,
Sujetas absolutos albedrios.

Cumple el punto mortal la Parca helada
Y los escasos términos fatales,
Y en la precisa meta señalada
El crecimiento para de los males;
No bien así las almas inmortales
Reciben la pasión enamorada,
Ni hay término de bien ó mal posible
Señalado en alma indivisible.

Mas fuerte es el amor, que union forzosa
Es de extremos, que aun fueron disonantes,

Que la muerte, carencia maliciosa,
Y negra desunion de almas constantes;
Las vencidas ventajas dan gloriosa
Corona vencedora á los triunfantes;
Por eso rinden con distinta palma
La muerte al cuerpo y el amor al alma.

Cuidaba el niño ciego, que asistía
En amoroso sueño sosegada
El alma, y con celeste compañía
En cuerpo de jazmin deidad rosada;
Mas la divina mente padecía
En la inmortal esfera arrebatada,
Alta imaginacion, hondo cuidado
De aborrecible mal adivinado.

Empezaron señales exteriores
De sobresalto y movimiento inquieto,
Y de molestas causas interiores
Daban al aire dolorido efecto;
Túrbase el claro rey de los amores,
Porque al órden fatal teme sujeto
Cuanto Vénus y Amor abrasa, y cuanto
Impera Jove, y quema Radamanto.

Que grave mal y sentimiento aqueja
En el sobresaltado sueño escaso,
Su bella causa hermosa, que se queja,
Cual si imaginacion hiciera al caso;
Resuelve aljofar la inmortal guedeja,
Movimientos procuran vista y paso,
Mas la vista embarazan los cabellos,
Y el paso ocupan los coturnos bellos.

Diga tu infante, bella reina hermosa,
Dándole voz el hijo de Cilene,
Porque la suspension rompa amorosa
Y el amador espíritu despense;
¿Qué deidad de belleza cuidadosa
Anima tu descuido y entretiene,
Cuando en el verde pabellon dormida
Dabas al campo y á las flores vida?

¿Eras clavel divino por la tarde,
Cuyo patente espíritu en el viento
Púrpureo con empíreas llamas arde?
Eras en el febeo crecimiento
Con sacra ostentacion, con bello alarde
La rosa de mas alto nacimiento?
¿O eras esparcida al sol oriente
Del lirio liberal la flor patente?

¿Eras con el rocío del aurora
El fresco abril de la celeste esfera
Que cuanto en hielo tímido atesora
Ostenta en alentada primavera?
Eras del sol el resplandor que dora
La desatada siesta lisonjera
Cuando el amor revela ocultas puertas
De adoradas bellezas encubiertas?

Eras la fruta reina, cuyos granos
Son con dorada union rubis ardientes,
Si los amores reyes soberanos
Son de inmortales almas obedientes?
¿Franquearon tu beldad inquietas manos?
¿Hizo tus gracias el dolor patentes
De aquel acerbo sueño fatigada
¿Oh reina del calor! franca granada?

Hay dama, clara diosa, que ha contado,
Dice fué parlería de Cupido,
El indecente modo descuidado
En que te puso el sueño aborrecido;
No es mucho que un rapaz lo haya hablado,
Es mucho que una ninfa lo haya oído,
Porque dentro de aquel peñasco hueco
La impura parlería escuchó el eco.

Y tú, Filis extraña, que la roca
 Habitas sola y el escollo duro,
 Porque en la soledad tu hermosa boca
 Beba sin adulterio el aire puro;
 Tú, de Febo cristal, donde no toca
 Nocturna voz ni pensamiento impuro,
 Y en pretensión de incógnitas verdades
 Habitas singular las soledades:

Mira cómo los cielos tu extrañeza
 Castigan justos y tus presunciones,
 Pues contra el resplandor de tu pureza
 Escuchas de un lascivo dios razones;
 Mal engañada; oh ninfa! en la aspereza
 Solitaria el honor guardado pones.
 Que en lo habitable digna compañía
 Aquel indigno lance vedaría.

Que haber á solas á Cupido hablado
 En lugar retirado y escondido,
 Es disculpa ignorante que has pensado,
 Que tú, Filis, tu voz misma has oído;
 Fuera de que es el dios acreditado
 De intrépido, fascivo y atrevido,
 Y logrará mejor su impuro y ciego
 Fuego el que causa en otros torpe fuego.

Dijo, que al tiempo que la bella diosa
 En la apacible sombra reposaba,
 Estaba en su creciente calurosa
 El sol que estivos aires abrasaba;
 Que era sagrario á su deidad hermosa,
 Transparente cendal, con quien jugaba
 Céforo, que revela á enamorados
 Voluntarios despojos descuidados.

Que la dura pasión que padecía
 Movía el bello cuerpo atormentado,
 Y el envidioso sueño descubría
 De lácteas flores mármol congelado;
 Pasaba del coturno la porfía
 Del aire burlador y del cuidado,
 Y lo demás que relató Cupido
 No tiene voz ni cabe en el sentido.

Dijera yo que del ardiente pecho
 Vénus con ambas manos levantaba
 El liviano cendal que sobre el pecho
 Pesadumbres olímpicas cargaba;
 Que siendo el corazón lugar estrecho
 Al fuego que sus alas abrasaba,
 Huyendo el nuevo mal y nuevas malas,
 Batió los brazos como ardientes alas.

Que los purpúreos labios el aliento
 Movía apresurado y vehemente,
 Cual si naciera el fiero sentimiento
 Sin días del alma y la pasión doliente;
 Que detenido con rigor violento
 El ímpetu de quejas elocuente,
 Rudos suspiros daba mal formados,
 Que del dolor son hijos abortados.

Turbado con las tímidas señales
 De su dormida causa el rey Cupido,
 Teme que los espíritus vitales,
 En sollozo resuellos y en gemido,
 Huyen con sombras tristes y mortales,
 Desamparando el ciprítico sentido,
 Y que en aquella soledad calma
 Algun siniestro dios le roba el alma.

«Madre, le dice, de la blanca mano
 Asiendo con temor, madre, repite,
 Cuyo es el hado triste, soberano,
 Que con tu gusto y mi poder compite?
 A ti que al gusto celestial y humano
 Haces de ambrosia y néctar real convite,
 Alimentan ahora sinsabores,
 Sobresaltos briandándose y temores?

«Juro tu gusto á mi valor, y juro
 Hacerte del supremo dios vengada,
 Por el sagrado humor del lago obscuro
 Y su negra corriente arrebatada;
 Tú burlarás la luz de Jove puro
 En rudas formas torpes trasformada,
 Si Júpiter excelso allá en sus cumbres
 No abate sus manabías á tus lumbres.

«Dime ¡qué dios; oh reina! te ha ofendido,
 Si no acusas á Jove soberano,
 Si tan libre presume y atrevido
 Que esta flecha no teme en esta mano?
 ¡Oh! si te indigna Marte encruelizado,
 O si el inmenso rey del Océano
 Te amedrenta, ó te ahraza en fuego interno
 El rey tirano del confuso infierno?

«Que sabrá el frío Dios del reino helado
 Que le puede abrasar libre mi fuego,
 Y el árbitro de Averno consagrado
 Que hasta su corazón de plomo llevo;
 La ira amansaré de Marte airado,
 Al sol entre sus lumbres haré ciego,
 Y la deidad de todos te prometo
 Que no ha de quedar dios el dios sujeto.»

«No es dios el que me pena, caro hijo,
 Ni me ofende á mi humano atrevimiento,
 Vénus resuelta en vivo llanto dijo,
 Que el humo del terrestre descontento
 No toca en el emíreo regocijo;
 Ni dios hay tan grosero que el contento
 Turbe del corazón de Vénus, antes
 Los dioses buscan mi favor amantes.

«Diosa se llama, hijo, la atrevida
 Luna, de quien el fiero baldones;
 Si mi vida, Cupido, con tu vida,
 Y si mi muerte con tu muerte pones,
 Sienta la luna, hijo, aquella herida
 Que abate los altivos corazones,
 Y la oculta soberbia de su frente
 Castigue humilde liviandad patente.

«Era la suave tarde, hijo, cuando
 Con su rosada claridad mi estrella
 Las veces del ausente sol tomando,
 Era sola en el cielo ardiente y bella;
 La luna entonces, su carroza armando,
 Mis candidas palomas atropella;
 No sé, querido Amor, si fueron estos,
 En los que prorumpió, viles denuestos:

«Bien en lugar de Febo alumbraría
 La madre obscura del infante ciego;
 Bien con mi casto hielo quedaría,
 Impura Cipria, tu venéreo fuego;
 Huyan medrosas una y otra pia
 Lascivas de tu carro, que yo llevo,
 Y soy febéa luz contra tu noche,
 Con blancos cisnes y nevado coche.

«Vénus, tan mentirosas altiveces
 En bajo abismo cubran tus verdades,
 Que olvidada de ti misma padeces
 Naufragios de gloriosas tempestades;
 Cuanto por tu fingida luz mereces,
 Fundado en tus violentas vanidades,
 Es montaña de mar, que esfera suma,
 Cuando nace acomele y muere espuma.

«Al resplandor que afectas alentado,
 ¡Oh reina! de tus luces, mucho daña
 El traje militar de Marte airado
 Que vistes varonil por la campaña;
 No dice bien el polvo del ganado
 Que en el troiano campo Simois baña,
 Ni el que te ennegreció color profano
 En la oficina obscura de Vulcano.

«Si has presumido, loca, por ventura,
 Numerando de Febo incultos nombres,
 Lo universal contar de tu hermosura,
 Que es común á los dioses y á los hombres;
 Razon forma tu error poco segura,
 Porque á lo universal faltan renombres,
 En que yo tus desprecios aseguro;
 Es limpio el sol también, cándido y puro.

«Si tuviste las veces venturosa
 En Chipre de alentada primavera,
 Porque del alba en la primera rosa
 Inspiró tu deidad belad primera;
 De esfera ingenio traes poco anchurosa,
 Y aspiras ignorante á grande esfera,
 Que el sol está obligado á curso eterno,
 El otoño, el estío y el invierno.

»Mala sazon es, Vénus, el estío;
Quémante delicada los calores;
No te está bien á ti el invierno frío,
Que te lastiman mucho sus rigores;
Templados tiempos el venéreo hria,
Y primavera piden tus amores,
¡Oh justa, igual y siempre santa diosa,
Y en extremados vicios virtuosa!

»Sigue de Pafos, sigue de Citera
El aire agudador, el muelle viento,
La cancion de tus aves lisonjera
Escucha blanda con oído atento;
Llena está de temor la noche fiera,
Y morirás si atiendes al acento
De tristes aves, que en la sorda calma
Con medrosa pasion hielan el alma.

»Yo, que en vez de la cama regalada
En soledades busco el duro suelo,
De calor el estío fatigada
Y en el invierno de pesado hielo;
A duros infortunios enseñada,
De extremo á extremo pasaré en el cielo,
Que triunfa del calor el hielo mío,
Ni temo helada yo el rigor del frío.

»Empresa, Vénus, desmedida tomas,
Círculos giras vanamente extensos;
Di, ¿cómo en sola noche tus palomas,
Cómo atropellarán nublados densos?
Si cuando en oriental lucero asomas
Con la vista de plélagos inmensos
Occidental pereces asombrada,
Di, ¿tú qué harás en indica jornada?

»Tú con veces del sol? Tú la divina
Sustituta del sol cuando interpola
Ausencias desta esfera cristalina?
¿Di si podrás correr de noche sola
Sin Aglaya, Talia y Eufrosina,
O si has de navegar la inmensa bola
De auestas ninfas tres acompañada,
Sin cuyas gracias eres humo y nada?

»Vuelve á tu breve reino, deidad breve,
Tú que afectas de sol eternidades,
Que en Chipre verás claro cuanto debe
Tu duracion á sus amenidades;
Su verdura de un sol la vida bebe,
Y de otro sol padece sequedades
La venerada flor que da corona
¡Oh eterna Vénus! á tu real persona.

»Vénus, que aspiras á celestes lumbres
Y tu fin con deseos eternizas,
Sube veloz tus ericinas cumbres
Y de su rey contempla las cenizas;
Segura yo que tu esplendor encumbres,
Si las révelas y su aviso atizas,
Y que sol has de ser, que el sol oriente
Conoce cuando nace su occidente.

»O si Chipre y el monte siciliano
Indigna ocupacion es á tu empleo,
Llévete al aire líquido y liviano
Tu alado parto el volador deseo;
Ya sobre trono de cimiento vano
Dar luz al orbe y presidir te veo
Cuando constelacion eres volante,
Y en vez de firme sol estrella errante.

»Mia es la presidencia soberana
De las tinieblas, y el poder nocturno
En el celeste giro es de Diana,
Como del sol el resplandor diurno;
Febe soy, del dorado Febo hermana,
Y con partido y alternado turno,
Suya es la luz del meridiano coche,
Y míos los imperios de la noche.—

»Así por inovadas maravillas,
Quemándome la helada en fuego raro,
Dijo, y turbó las simples nevillas,
Que son á mí candor símbolo claro;
Ellas sin hiel, sinceras y sencillas,
Huyeron mudas con temor avaro
Cuando hicieron los cisnes de la luna
En mis lágrimas música importuna.

»Entonces, hijo, si de la venganza
En tus valientes flechas no pusiera
Y en su filial amor firme esperanza,
Eterno el sueño temporal volviera;
Hijo, si mi dolor contigo alcanza
Otro dolor, si justamente espera
Contigo el hado mío comun suerte,
Y si tu muerte pende de mi muerte;

»Busca, hijo mío, en tu temida aljaba
Entre todas la flecha mas torcida,
Y en el libro y soberbio pecho cava
Lugar á una pasion aborrecida;
Amor allí con tu diamante clava,
Mas en la causa de su amor querida
Has de infundir con plomo penetrante
Olvido eterno de su eterna amante.

»Hielala en vivo fuego, y su aspereza
Abrasa ingrato con ardiente hielo,
Y el soberbio blason de su limpieza
Desde su altiva cumbre mida el suelo;
Que no es digno lugar al altiveza
Desta desvanecida el alto cielo,
Si el cielo es con razon del abatido,
Y es el suelo del loco presumido.

»Agora en Latmio por las altas rocas
Que las ondas del mar Jónico bañan
Mi enemiga mortal virgines pocas
Con presumidos coros acompañan;
¡Oh si en sus cumbres las cantoras bocas
De las que altivas lo habitable infaman
Llorasen á Diana despendada,
De honrada esquivia en vil enamorada!

»Instable diosa, ¿tanto persevera
Tu candor aparente en un estado?
¿Tan firme pisa tu volitaria esfera?
Yo te vi repetir, Pluton amado
En torpe sombra, Proserpina fiera;
Yo en el robo te vi disimulado,
Aunque hacías de niebla obscuro manto
Con placentera faz enjuto el llanto.

»Indomestible reina del tormento,
Tú que fatigas mil y mil afanes
Con riguroso cetro violento
Impones dura á los rendidos manes;
Baja á cobrar, cruel, victimas ciento
Que ofrece un miserable, porque allanes
Su entrada á los Eliseos, y el cuidado
Deja de sol á sol no interesado.

»¿Eras tú limpio sol ¡oh impura! cuando
Tomabas digna la erizada forma
Y obscuro ser del animal nefando
En que el bajo deseo te transforma?
Hijo, si aborreciendo y si olvidando
Tales las vidas son, que tu ira informa
En el cordero cuerpo infundado, pido,
En lugar de alma y sal, salaz olvido.

»Y la rasgada boca ladradora,
De fiero can furioso alborotado,
Dice con Febo ¿cuándo el orbe dora
Benévolo, benigno y sossegado?
Mal de sol semejanzas atesora
La escaseza del mal intencionado,
Que liberal el sol lo alumbra todo,
Sea alcázar soberbio ó humil todo.

»Si piensas que de Pirols presuroso
Imite tu corrida las carreras,
Vano intento fabrican ambicioso,
Simplicísima Luna, tus quimeras;
Que es oro y fuego Pirols luminoso
En clin y piés, y pisan tus esferas
Tu desacierto vario y vago yerro
Clines de lana vil y piés de hierro.

»¿Tú de Febo renombres peregrinos
Afectas, y me das comunes nombres,
Diosa trivial, expuesta en los caminos
A los dioses vulgares y á los hombres?
¿Mis altos atributos y divinos
Pospones, ignorante, á tus renombres;
Que á Jove di generacion primera,
Y eres tú de mortales vil partera?

»Hijo, porque el dolor inestimable,
Oyendo tú mis quejas se mitiga,
Escucha agora la ocasión notable
De un cuento que aborrece mi enemigo;
Que no hay quien niegue su locura instable
Oyéndole contar, ni hay quien diga
Que no dé yo baldones á Diana
De poco recatada y de liviana.

»Júpiter, cuyo es el homenaje
Supremo de la esfera trasparente,
Miró en las selvas el desnudo traje
A tan preciada virgen indecente;
Corrido el sumo dios manda que bajo
Mercurio al mundo y hábito decente
Haga para una virgen, que en los cielos
Reina presume ser de castos hielos.

»El hijo de Cilene los altares
Movió ligero con su fuerza aliada,
Y á Diana en solivagos lugares
Halló con rudas fieras ocupada;
Llega Mercurio, y ante sus altares
Propone arrodillado la embajada;
Dicen que oyó con despejada frente
Al dios, que la miraba atentamente.

»Por cierto, dijo, pensamientos nobles
Y cosas altamente peregrinas
Quitán á Jove de sus altos mobles
Sácras ocupaciones y divinas;
Teme que aquí mirada destos robles
O que adamada soy destas encinas,
¡Yo que escuché con ásperos rigores
De los empiresos dioses los amores!—

»Sabe Tonante que las brisas Meía,
Replica, tu aspereza desdefiosa
Y que las llamas líquidas congela
Tu cadena de hielos poderosa;
Ni Jove sume tu hermosura ceta,
Ni Jove ignora con pasión celosa
Que infiel se llama la desconfianza
Y que es madre de fe la confianza.

»Mas ordena que destos bosqueques sea
Tu deidad justamente reverencia,
Y de celestes y terrestres deas
Ajuste el traje justa diferencia;
Desnudas estas por las sombras feas
Admitan cuidadosa competencia,
Y tú, vestida por los verdes prados,
Persigas, cazadora, sus cuidados.

»Y es la mayor razón de mi embajada,
Que así lo ordena el dios omnipotente,
A quien la empiresa gente consagrada
Rendido honor ofrece y obediente;
Así naturaleza va ordenada
Y baja de los cielos la corriente;
Que cumplas tú de Jove los mandados
Y Jove los decretos de los hados.

»Calló la Luna, y concedió callando
Cuanto el cielo mandaba, y el deseo
De la nuncia deidad iba quemando
En frío amor helado, torpe y feo;
Llega Mercurio, y el candor tocando
Intacto con el sabio caduceo,
Malicioso midió prolijamente
A su tallo vestido competente.

»Parte el dios, y una clámide divina
Trae de argentado velo trasparente,
Y con la turquesada jacerina
Coturno ardiendo en oro reluciente;
Cúbrense la nevada clavellina
El hábito virgíneo, y luego siente
Mercurio que con rostro zahareño
Murmura que le viene muy pequeño.

»Segunda vez Mercurio á su medida
Digno hábito fabrica, y sin embargo
Se quejaba otra vez Cínfia vestida
Que el adorno prolijo es ancho y largo,
Mercurio á la ocasión favorecida
Mas atendía que al celeste cargo,
Porque con ocasión de la embajada
Habló mil veces con la diosa helada.

»Sospeché al fin Mercurio si admitía
Sus amantes caricias y desvelo;
Que esta sospecha entonces la tenía,
Atento al raro caso todo el cielo;
Si al sacundo calor la nieve fría,
Si á la elocuente llama el duro hielo
Sujetaba los ásperos rigores,
Resuelta amante en líquidos amores.

»Señora, dijo, del sereno polo,
Que con luces mas claras y mas bellas
Oficio ejerces del ausente Apolo,
Con hombres no, con lúcidas estrellas;
Que dan tus lumbres luz al orbe solo
Con los reflejos que resultan de ellas,
Siendo de tu beldad el remanente
Sobrada ocupación al sol ardiente.

»Yo haré que groseras posesiones
No compongan de hoy mas feliz estado;
Que en el altivo cielo otros blasones
Ha de poner mi amor desesperado;
Pura diosa, si limpias intenciones
Alguna vez de premios has dignado,
Sea mi premio amarte, sea quererte,
Que amándote no aspire á merecerte.

»Mercurio soy, del dios mas excelente
Primogénita luz, hijo herederero,
Que de los rayos el imperio ardiente
Bibra Tonante con rúido fiero;
Con el son de mis voces elocuente
Turbo en los dioses el cóncave entero,
Y el presidente sumo está sujeto
Al decreto que yo solo decreto.

»A mi lengua inmortal pagan tributos
Los abismos, el orbe, el firmamento;
Sabio eloquio mi habla da á los brutos,
Y mi voz á las piedras movimiento;
Mas yo que de tan altos atributos
Ser el sugeto celebrado siento,
Mas soy, divina diosa, si tú quieres,
Que solo sea lo que tú quisieres.

»Estas voces que dió, la diosa helada
Pienso yo que fingió que no entendía,
Que al retórico dios disimulada
Habló y serena con respuesta fría,
Dile al supremo rey que su embajada
Respecta humilde la obediencia mia,
Que Mercurio el científico ha ignorado
Cumplir de Jove el celestial mandado.

»Que el adorno primero rutilante,
Que á mi tallo pensabas competente,
Le trazabas impróvido en menguante,
Y necio le tralas en creciente;
Luna soy, que preclada de inconstante,
Aspecto mudo, vario y diferente;
Mira tú allá si Júpiter alcanza
Adornar de firmeza mi mudanza.—

»Dijo, y el sabio número: Si de instable
Tan claramente ¡oh Luna! te glorias,
Ni seas causa de Mercurio amable,
Ni aspiren, Luna, á ti finezas mías;
Objeto firme y ocasión durable
Mis ansias buscarán, que por dos vías
Dicha tienen, é eternas desdeñadas,
O con eterna posesión amadas.—

»Arrebató á Mercurio de su acento
El desdefioso fin, y arrebatado
Con los altares fervidos, el viento
Partió sutil y dividió delgado;
Pienso que dió á la Luna descontento
La ausencia del galán enamorado;
Quisiera ella que el dios sin esperanza
Y con firmeza amara su mudanza.

»Sucedan, tierno rey de mi albedrío,
Mis quejas á la alegre cantilena,
Si otra vez mi dolor y el llanto mío
Paciente escuchas y mi acerba pena;
Diana agora el congelado brio
Desata ardiendo por la cumbre amena
Del empinado Latmio, cuya frente
Envidia firme Faeton ardiente.

»Esta esquivia cruel ¡oh hijo amado!
Ruégote que tu acero el paso acorte,
Antes que vital aire el brazo airado
De una cierva, que sigue, anhela corto;
Que vi su corazón enamorado
Volar en busca de su fiel consorte,
Cuando desta infiel Cloto acometida
Huyendo bebo el aire de su vida.

»Antes que su veloz curso consiga
La fiera con su fuerza pasadora,
Deseo yo que tú de mi enemiga
Partas la vil espalda voladora;
Pague su amor y logre su fatiga
Doble de alcantala y fe traidora;
Quiera de hoy mas; adore ya olvidada
La que olvidó querida y adorada.

»Que á la diosa que teje sus trauzados
Con dorados suspiros amorosos
Abrasarán desdenes mal mirados,
Consumirán olvidos perezosos;
Así la muerte en justicieros bados
Blandos puntos alterna y rigurosos;
Que la razón adore sinrazones,
Y la inviolable fe ame traiciones.»

Dijo, y sin responder el dios, miraba,
Como si arrebatado pensamiento
Entonces le ocupase de su aljaba
El número de flechas violento;
Una acaso que oculta ya olvidaba
Halló, y dice tomándola contento:
«No pensé yo tener digno enemigo
De tal desdicha y tan mortal castigo.»

Aspera, tosca, gruesa, retorcida,
De algun roble arrancada ó duro fresno,
Digna ocasion de perezosa herida,
Causa de olvido digna y odio eterno;
Era el extremo y punta aborrecida
Plomo del negro lago del infierno,
Y las pesadas alas, rudas, frías
Plumas eran de pálidas arpias.

En esta con la vira mas tirana
De cuantas el valiente dios trata,
Con gruesas letras escribió: Diana
Desvanecida, loca, necia y fría;
Revuelve mas la aljaba soberana.
Y otra flecha que en oro puro ardía
Ostenta, que de Júpiter divino
Determinó á sus rayos el destino.

«Con este pincel, dice, el nombre doró
En el amante de su causa amada.»
Parecia la vira línea de oro,
Tan derecha corria y tan delgada;
Esta dulce dolor y tierno lloro
En las almas infunde. Rematada
Iba una extremidad, y otra volante
Con verde pluma y punta de diamante.

Aquí formó unas letras que imposible
Fué percibir las al mortal sentido,
Que amoroso carácter es legible
Del alma sola y corazón herido;
Mas hizo la cifra inteligible,
Y declaró el efecto producido
Que *Endimion* escribió puro y sencillo,
Entonces el mas bello pastorcillo.

«Vén, el rapaz con voz encruelciva,
¡Oh madre! dijo, y sin tardanza alguna
La ruina verás y la caída
Desta misera, intrépida, importuna;
Hoy en viles abismos abatida
Verás clavar la frente de la Luna,
A los montes pidiendo y los collados
Cubran sus pensamientos derribados.

»Tú, madre, para verme y para vella
Has de asistir con disfrazado velo,
Cubierta con las luces de tu estrella
Que ya brillante sale por el cielo;
Aquí verás quemar la nieve, y della
Roja lumbre salir; aquí del hielo
Llamas de empedernidos coronones,
Siendo mis flechas duros eslabones.»

Hecho el concierto, las pintadas plis
Unidas de Cupido prestamente,
Pasan del Jonio mar las ondas frías,
Tocan del Latmío la empinada frente;
«¡Animo, dijo Amor, oh flechas mías!
Que ya la causa de mi enojo ardiente
En cazadora guerra embebecida,
Miro volando tras la cierva herida.»

Deja el carro ya Vénus, y tirando
Las voladoras alas bebe el viento
Que la bella Diana pisa cuando
Anhela á imaginado seguimiento;
Así las justas iras van volando
Tras de la ira injusta, así el violento
Hado las diligencias arrebató
Y á quien sigue á matar persigue y mata.

Así en pos de la causa pretendida
El apélito ciego se abalanza,
Así la posesion es perseguida
Del ardiente deseo y la esperanza;
¡Oh puntos faltos de la escasa vida,
Que en la mitad de su fatiga alcanza
Con triste palma y con fatal trofeo
La muerte á la esperanza y al deseo!

Levanta el brazo Cintia, y la dorada
Flecha que traspasó el nevado pecho
Arrojó de su ira arrebatada
El serviente venabó á su despecho;
«Traidora mano, dice enamorada,
Causa cualquiera tú del traidor hecho,
¡Por qué no acometió tu fuerza avara
Con herida tan dulce cara á cara?»

Cayó en el campo la deidad rendida,
Y los altos espíritus en calma
Dulce destino daban á la vida,
Grata muerte causaban en el alma;
Ni supo mas de abrir la abierta herida,
Ni mas de á voces confesar la palma
Que de los libres bríos mas exentos
Llevar de Amor los arcos violentos.

Nunca fué, Amor, tu proceder liviano
Si en un punto rindieses los amantes,
Que de tu vira y arco soberano
Son pesadas tardanzas los instantes;
Tiro instantáneo de plomada mano
Aves resuelve líquidas volantes;
En un soplo la luz de otra se inflama,
Y en un punto la llama de otra llama.

Que Amor, si fué del alma acto perfelo,
Sin méritos ejerce libre oficio;
Ni examina las causas del sugeto,
Amor, que es puramente benéfico;
Espere igual el merecido efecto,
Contemple justo el galardón propicio
Merecimiento vil, que amor no es paga,
Si bien con otro amor amor se paga.

Era de ver la Luna enamorada,
Resuelta toda en llanto y en gemido,
Cual si fuera mil tiempos enojada
En la amorosa escuela de Cupido;
Amara los desdenes desdeñada,
Adorara olvidada el fiero olvido,
Dejara de querer si lo quisiera
De su querer la causa verdadera.

Nevado ser, composicion de hielos,
¡Oh Luna! en tu sereno cielo tienes,
Y año de nieve y hielo año de bienes
Los campos esperaron de los cielos;
Ya derretida en blando lloro vienes,
En suspiros deshecha y en desvelos,
Que así tu duro ser ha convertido
En lluvia liberal el sol Cupido.

La causa por quien dulce padecía
La enamorada diosa preguntaba;
¡Qué ciega inquisicion la diosa hacia!
Qué amante en la pregunta necia andaba!
Cierto fué que otra causa no amaría
Que la que el pecho entonces le abrasaba,
O deidad superior la desasea,
O fuese hombre mortal el que ella amase.

Miraba atenta el pecho lastimado,
Y como de la espalda al tierno pecho
Pasaba fieramente atravesado
El duro pasador firme y derecho;
Mira el nombre de oro que grabado
La flecha exprime, indivisible, estrecho;
Fué á ver si era de dios ó si de hombre,
Y de *Endimion* leyó el amado nombre.

CANTO II.

De luz cubierta en retirada parte,
Vénus clamó cayendo su enemiga:
«¡Oh parto digno del sangriento Marte!
La antigua Dèlos ya tus arcos siga;
Flechador mas valiente ha de llamarte
A su pesar el hijo de la amiga
De Jove, que una fiera venenosa
Fué vencida de aquel, de ti una diosa.

»Ya, caro hijo, la mitad del hecho
Tu fortuna te dió y mi justa suerte;
Agora de su amado hiere el pecho
Con desprecios de amor y odiosa muerte;
Ame la Luna, adore á su despecho,
Odio constante siga olvido fuerte,
Condenando á tormento perdurable
De su inconstancia el vario ser mudable.

»Aquel desprecio firme con que olvida
El amado la causa enamorada,
Aquel rigor por quien con vil huida
La causa amante muere despreciada;
Quiero yo que eternices en su vida,
Que de fría aversion, que es puro nada,
No quiero muerto mal, mal quiero vivo,
Odio con ser y olvido positivo.»

Esto diciendo Vénus requería
El hijo de su cólera rigente
La vira helada, la saeta fría,
Hija cruel de lóbrega corriente;
Probóla al arco, y perturbado el día,
Pálida noche dió medrosamente,
Y estremeció el austero mal posible,
La inculca Peña, el árbol insensible.

La airada diosa la miró serena
Sin turbacion, sin miedo y sin mudanza,
Como blason glorioso de su pena,
Como trofeo honroso á su esperanza;
Cuánto á femineos pechos enajena
La indignada pasión! ¡Oh cuánto alcanza
En piedras el dolor inanimadas,
Que no pudo en las diosas enojadas!

Acaso entonces, mas de tiempo eterno,
Por orden infalible de los hados,
Un pastorcillo en Latmio, un jóven tierno,
Libre de pena y libre de cuidados,
Contra el pesado frio del invierno
Y contra estivos alres abrasados,
Pastaba con el llanto del aurora
Su ganado y con réditos de Flora.

Endimion le llamaban las corrientes,
Endimion hermosísimo los prados,
Y repetían Endimion las fuentes
Con ecos de cristales consagrados;
Dulce nombre á las diosas eminentes
Era Endimion de aquellos empinados
Cerros, y era Endimion nombre suave
Al bruto, al racional, al pece, al ave.

Era Endimion al tiempo del aurora
Rubio Memnon de aljófar coronado;
Era cuando el ardiente Febo dora
Su media esfera Adónis adorado;
Era cuando la noche néctar llora
Digna causa Endimion y digno hado,
Que sin arbitrio y resistencia alguna
La exención cautivase de la Luna.

Libre rapaz, al bien no presumido
De libertad en lances amorosos,
Que entre soberbio igual y entre rendido
Los medios veneraba virtuosos;
Años eran los mismos de Cupido
Con dotes de belleza tan hermosas,
Que en el cielo por dicha ni en la tierra
Jamás emprendió amor tan justa guerra.

Acaso mientras el ganado bebe
De Latmio la corriente cristalina,
Saludaba el pastor con himno breve
La blanca luz de oriente clavellina;
Entonces el dios niño que se atreve
En la ocasion sacrilego divina,
Miróle torvo y disparó derecha
Al tierno corazon la dura flecha.

Yo. Amor, que las dictadas leyes tomo
Sin distinciones de tu imperio rico,
Yo, que sean de oro, sean de plomo,
Mi gusto á tus saetas sacrífico;
Yo, que con tu querer mi arbitrio domo,
No resistiera: resistió el pellico
Del libre pecho al grave mal volante,
Entonces el vellon vuelto diamante.

Que asido el plomo en el pellico blando,
Sin sentirlo el pastor sereno y ledo,
El fiero pasador quedó temblando,
Que le causó la resistencia miedo;
Cupido el caso insólito admirando,
Turbado, sin hablar, estuvo quedo
Mirando á Vénus, que el temor tenia
Como helado clavel y rosa fría.

Ignorando confusas las deidades
El indeciso acuerdo que tendrían,
Pensaban si consortes calidades
A Endimion y á la Luna componían;
Si agradables estrellas, amistades
En los dos tan reciprocas ponían,
Que á la Luna adorase el pastor tierno,
Y la Luna al pastor en giro eterno.

«¡Hiérela con amor, dijo la diosa
Si no recibe infiel ni admite olvido;
Mas porque así mi queja lastimosa
El agravio compense recibido,
Una aficion le infunde vagorosa
Sin esperanza y un amor perdido;
Quita la pluma desta flecha verde,
Ponla pajiza que esperanzas pierda.»

Cuanto Vénus pensó fué al punto hecho,
Y reforzado ya el rapaz valiente,
A lo mejor del descaudado pecho
Encaminó la flecha vehemente;
Creció de Vénus el cruel despecho,
Que atenta mira al pastorcillo, y siente
Que daba al tiempo que sonaba el tiro
Un ay ligero y un leve suspiro.

Si aguardar consejo de su madre,
Comoviendo la aljaba el dios flechero,
«¡Habrás, rapaz, saeta que te cuadre?
Dijo, centellas respirando fiero;
Esta que arboló del crinito padre
Partió jactante el corazon entero,
Cuando entre hazañas incultas burlaba
Mis flechas libres y mi exenta aljaba.»

Amor, que despreciada ve su traza
Y de un pastor vencido se barrunta,
La cuerda disminuye y adelgaza
Del arco fuerte y los extremos junta;
La flecha que del sol la limpia raza
Imita, el aire parte, y de su punta
Efecto solo fué del dios olido
Un sollozo sin queja dolorido.

Inspira tú, Caliope divina,
Cuánto dolor y cuánto sentimiento
En espumantes iras Ericina
Quemada repartía por el viento.
Lúgubre rey, si tu rigor se inclina,
Vomita Alectos, tronará mi acento,
Cuántas venganzas de tu fiel consorte
Imprecaba la amiga de Mavorte.

«Dioses, lloraba, que con peto duro
De un desnudo pastor guardais el pecho,
Pálidas sombras del averno obscuro,
Que un rústico cubris á mi despecho;
Baje el dolor á vuestro centro impuro
De mi apretado corazón estrecho;
Peor estado allí tengan mis males,
Mis quejas y mis ansias inmortales.

»Y tú, ferrado rey, que el pecho tierno
O guarneces con bronce ó con diamante,
Intento ánimas sacramento eterno,
A fin aspiras y á blason constante;
Que la sagrada reina del infierno
Es de un mortal y de un pastor amante,
Y tú á la deste amor causa impediendo
Opones duro la murada frente.

»Vos, manubias de Júpiter supremo,
Vos trisúlcas centellas repartidas,
Sí, lo que conjeturo y lo que temo,
Estais de su desdicha condolidas,
Yo, que en injurias hórridas me quemo,
Yo, que ardo en envidias encendidas,
Brasa engendradora soy y llama roja
Del poderoso brazo que os arroja.

»Si presumís, deidades, que el violento
Imperio y la potencia soberana,
A mi sagrado númen instrumento
Oponiendo mortal, créditos gana;
Si pretendéis que al alto firmamento
La esfera terrenal ultraje ufana,
Si pervertís los órdenes fatales,
Oponiendo mortales á inmortales;

»Guardad al pastorcillo, que el destino
De mi poder sacrilego resiste,
Entristezca á un espíritu divino
El vil desprecio, y la impotencia triste;
Y tú, parto inmortal, que el real camino
De aborrecer, de enamorar perdiste,
Corre desesperado, guía ciego,
Donde de envidia nos sepulie el fuego.»

Mientras la reina cipricia sacaba
Estas centellas del dolor terrible,
Cupido atento del pastor miraba
El pellico á sus flechas invencible;
Buscaba las defensas y tentaba
Los aceros solícito, invisible,
Que puso el defendiente dios delante
Al arco de oro y flecha de diamante.

Mas Endimion, que todo conmovido
De encubierta deidad el pecho siente
Y el fuego caluroso de Cupido
Con el vecino resplandor ardiente,
Cierra vanos discursos al sentido,
Levántase del prado, y prestamente
Dividiendo las densas espesuras,
Al señor de la llama dejó á oscuras.

«Síguele, dijo Vénus, y Cupido,
¿Qué importa, madre, mi correr alado
Tras Endimion, si vuela defendido
De causa cierta y de preciso hado?
Yo cuidadoso el rústico vestido
Del pecho á las espaldas he mirado,
Y ya por infalible y alta suerte
Le absuelve alto conjuro de la muerte.

»Si te acuerdas ¡oh amante reina! (llevo
La infalible corriente de los hados
A su principio) cuando el alto Febo
De Admeto el rey pastaba los ganados;
De aquel manso, que siempre de oro nuevo
Arrastraba vellones encrespados
Por los tesalios campos, y era solo
Manso cuidado al desterrado Apolo:

»Ya que no pudo como al rey Admeto
Librarle de la deuda de la muerte,
Porque Jove inmortal hizo sujeto
Al hado cuanto quiso y á la suerte;
Fuerza de bronce y diamantino efeto
Inspiró en el vellon divina y fuerte,
Y quiso en especial que de mis viras
Rompiese helado las ardientes iras.

PE-n.

»Agora el sabio Febo adivinando
La suerte ilustre, el incierto fracaso
Que de su amada Febe iba contando
El año, el día, la hora, el punto, el paso:
Arma á Endimion de aquel pellico cuando
De la soberbia hermana teme el caso,
Como si fuera á una presumida
Mejor amar, que ser aborrecida.

»Mas siente amar la de la alta frente,
Cuando contempla su altivez rendida;
Menor agravio aborrecida siente,
Que puede ser de amor no conocida;
Amando del amor la causa ardiente
Obliga siempre á mas amor querida,
Y por no ser con deudas obligada
Se quiera aborrecida y despreciada.

»Haya el libre Endimion agora exento,
Mas sujeto á los plazos desdichados,
Que al Intromiso mal, pena y tormento
Tiene la suerte puntos dedicados;
Alguna vez el caluroso viento
Desnudará al pastor y los cuidados,
Y de la Luna entonces mas querido,
Beberá odio mayor, mayor olvido.

»Vague la Luna en tanto, busque y siga,
Y en lóbregas y en mudas confusiones,
Ni amiga causa adores ni enemiga
Con dudosas y equivocas razones;
Maldiga el odio y el amor maldiga,
Y abomine neutrales corazones,
Que con mérito amigo ni enemigo,
Ni son dignos de premio ni castigo.»

Dijo Amor, y la hija de la espuma,
«Huyamos, hijo, que de la tirana
Las pías suenan por la esfera suma,
No sea que otra vez borrra Diana
Con sus desprecios mi esplendor presuma;
Tenga ya de absoluta y soberana
Reina los soñolientos resplandores
Si duerme el sueño, Amor, que tus amores.»

Cubriéronse de sombra, y por el cielo
Atropellando nieblas espantosas,
Diana pareció, que de su hielo
Oros vibraba y llamas luminosas;
Que nunca puso en el noturno velo
Tales rayos ni lumbres tan hermosas,
Ni tanto de fulgor cerco llamante
La lluvia prometió tan abundante.

Si es el amor el círculo perfecto
Que cuantas líneas hácia el alma tira
En el centro rematan, que sujeto
Es del inmenso círculo que mira;
Yo te adivino en el dorado seto
Que ya tu enamorada lumbré gira,
¡Oh Luna! que perpetuamente flores,
Que sin fin silentas y sin fin adores.

Era milagro nuevo ver el hielo
Y el pecho frío del calor tocado
Cuánta queja esparcía por el cielo
Y cuánto lloro por el viento alado;
La cauta noche con prudente velo
Al exceso oponía enamorado
De su Diana el vergonzoso manto,
Mas dividióle de la Luna el llanto.

»Dulce Endimion, cualquiera que tú seas,
Humano pobre ó númen soberano,
Yo, la mas pura de las altas deas,
Yo, casta reina del candor ufano,
Aspiro humana á las humosas teas
Que anuncia blanca tu candente mano
Y es de mis votos ya único empleo
Endimion y Diana y Himeneo.

»Júpiter dispensó, que dió licencia
A los de amor divinos pensamientos;
Quizá evitó la sabia Providencia
Casos forzosos, casos violentos;
Causa disponga firme diligencia,
Causa den á mi amor livianos vientos:
Yo te adoro, yo soy libre obediente
Y á dos fines sujeta indiferente.

50

»Si eres dios, Endimion, la semejanza
Que entre los dos Amor puso forzosa
Fundará á mis deseos la esperanza:
A Endimion dios adora Cintia diosa;
Mas si por dicha lo mortal alcanza
En tu querido ser alguna cosa,
Gran fundamento á grande amor tenemos,
Que bajeza y alteza son extremos.

»Si fueras dios, amiga Caristia,
De celestial ambrosia y néctar puro
Con amistad y blanda compañía
Hará en la coman mesa lazo duro;
Y yo, dulce Endimion, te adoraría,
Si fueres hijo del olvido oscuro,
Que aun no quisiera yo fuese criado
De otra potencia mi pastor amado.

»Yo te sacara de la sombra fea
Con resplandor y lumbré tan hermosa,
Como piensa de tí la clara idea
Y la imaginación pinta amorosa;
Así del corazón que te desea
No discurriera la pasión celosa
Si con la hermosa luz que entonces diste
De la artífice mano amado fuiste.

»Yo inventaré una unión tan excelente,
Dulcísimo Endimion, si eres hombre,
Que á la esperanza admira mas ardiente,
Que al mas desesperado ardor asombre;
Y porque mi concepto conveniente
Sencilla voz no exprime ó simple nombre,
Llámale tú, cuando de voz le formes,
Junta amada de cosas desconformes.

»¿Quién eres, dulce causa, dónde vive,
Claro Endimion, la lumbré soberana?
De quién viviente luz, de quién recibe
Anhelo, ardor, la lumbré de Diana?
¿Dónde la mano angélica que escribe
Carácter celestial con puma humana?
Dónde el original que exprime helado
Con líquidos amores mi cuidado?

»Vos, deste caos lúgubras confusiones,
Que con obscuridad y noche fría
Dividís dos unidos corazones
Como un día claro de otro claro día;
Vos que dais en dudosas intenciones
Indubitable palma á la luz mía
Y abatis de veníferos umbrados
Penachos hasta el cielo levantados;

»No interpongáis de dudas tan valientes
Tan descollados montes espantosos,
Porque al fin uno y otro convenientes
A mi amor y esperanza son forzosos;
Sea Endimion de luces transparentes
Parto, sea de olvidos perezosos,
Hijo Endimion, por Endimion muero,
Rico Endimion ó pobre, Endimion quiero.

»Este nombre esculpe el alma tiene
En lo mas inmortal con un diamante;
A mi pecho Endimion solo conviene;
Mi pecho de Endimion solo es amante;
Sea dios ó mortal, nacido viene
A mi pensar y á mi querer constante,
Y es concepto Endimion libre y exento,
Que dió feliz mi claro entendimiento.

»Noche, yo luz á tus dudosas deas
Di cuando con sueños espantables
Penaban tristes y con sombras feas;
Tú explicas liberal puntos amables;
Noche, escusa á mi amor ni oculta scas;
Así las nieblas de tu horror palpables
Encubran tus amantes mas queridos,
Que me des al pastor de mis sentidos.

»Corona de fulgores, cerco de oro,
Que coronais de amor mi libre hielo,
Ya en la anunciada lluvia suelta lloro;
Oiga mi llanto el rey de mi desvelo.
Pastor que adamo y Endimion que adoro,
Ya del cielo me escuches, ya del suelo,
Blando es el hielo y es la nieve ardiente;
Dí si tu oído mis mudanzas siente.

»Que si de amar á mas amar subiendo,
Es inconstante ser y ser mudable,
Yo que infinitos grados voy haciendo
Cerca de mi divina causa amable,
Entre mis nombres sublimar pretendo
Por excelso, por inclito el de instable,
Y mudanzas hará infinitamente
Mi anhelo ardor, mi adaración ardiente.

»O si tu amor disiente á mi albedrío,
Y no te suena bien lo de inconstante,
Truena, Endimion, el atributo mío
Que renueva al amante al otro amante;
Tú en brasa convertiste el hielo mío;
Haz tú de mi mudable ser constante,
Y pues eres el dios de mis quereres,
Quita y pon almas como tú quisieres.»

Este llanto, este ardor que Cintia siente
Con la de su pastor confusa duda,
Era en los cielos válida corriente,
Lluvia en la tierra fértil y menuda;
Acaso entonces una clara fuente
Bebía de Endimion la honesta ruda,
Cuyo dios transparente y cristal santo
Turbaba de la Luna el ciego llanto.

Las candidas ovejas sacuden
El tesoro de oriente que bajaba;
Las ondas consagradas recibían
Lo que la bruta gante desechaba;
Las doradas arenas que subían
Se mezclaban con perlas, y salaba
El agua con calor que recibía
Del llanto ardiente de la Luna fría.

El pastor venerando algun portento
De las divinas y fatales cosas,
Con temor y sagrado rendimiento
Tocó el labio en las ondas fervorosas;
No las bebió, mas vuelto al firmamento
Con blandas voces dijo: «¡Oh qué hermosas
Parecen las dos lumbrés de tu frente,
Bella Diana, en esta clara fuente!»

Por ventura, Cupido, si estuvieras
Con tu aljaba y tus flechas allí junto,
A tu poder y á tus aciertos dieras
Puntual sazón y sazonado punto;
Amor, yo deseaba que anduvieras,
Y siempre descuidado y siempre á punto,
Con el mudable amado cuidadoso,
Y con el firme amante perezooso.

Al tiempo que el pastor la faz al cielo
Alzó, fué visto de la Luna bella,
Que allí reconoció de su desvelo
La ocasión y la causa de su estrella;
Llena de turbación, con fuego y hielo
La voz resuelve y la palabra sella,
Duro caso que á todo amante asombra,
Que es del mayor amor el temor sombra.

Bien quisiera la Luna que empezara
Endimion y su pena le dijera;
Quisiera que Endimion amante hablara
Lo que Diana desdeñosa oyera;
Quisiera que al pastor Diana culpára,
Que á Diana el pastor disculpa diera;
Porque tratar así cosas humanas
Es avisado estilo de Dianas.

Mas ¡oh Luna! que frustran tus desvelos
Los decretos noctívagos de Juno;
Que es órden interpuesto de los cielos
Que sin flecha de amor ame ninguno;
Fébe el Tesallo de acerados velos
Cubrió al simple pastor; ni pudo alguno
De los de Amor agudos pasadores
Pasarle el peto ni infundirle amores.

No supo decir mas la casta diosa
Que mirar á Endimion tan dulcemente,
Que sin amar amara la amorosa
Llama el pastor que el hado no consintió;
Mas cuanto la violencia poderosa
Pudo hacer del objeto vehementemente,
De Cintia amó Endimion la clara lumbré,
Si es amor la inclinada pesadumbre.

¿Quién llama acto al amor libre y exento
Niega que amó Endimion, en quien Cupido
De amores no infundió libre tormento;
Pero quien defendió el amor asido
A las inclinaciones, sentimiento
Tiene opuesto; que amor en tal sentido
Es en almas forzoso y corazones
Como en los fundamentos relaciones.

Sea causa fatal á dos amantes
Lo que la conveniencia firme alcanza,
Opuestos dos hermosos semejantes,
¿Quién negará amorosa semejanza?
¿Quién no confiesa en causas consonantes
Del amoroso efecto la esperanza?
¿Quién pervirtiendo esencias inmortales
Niega que son iguales dos iguales?

Mira el pastor los cándidos fulgores
De Cintia repetidos en la fuente,
Y de serenos, no libres amores
El peso natural que oprime, siente;
Causas de amor dijera yo mayores
Las que no tienen vida diferente
Del alma, con quien tienen alma unida
Las que tienen un ser con nuestra vida.

Amar quería el pastor, y no quería,
Que aunque la inclinacion le arrebatara,
Amor el acto libre suspendiera,
Porque Endimion amor libre ignoraba;
La causa helada en viva llama ardía,
El amoroso efecto no sacaba
Con sabia claridad, con clara ciencia
El alma de confusa indiferencia.

Reverberaba en líquidos cristales
La clara luz ardiente de la diosa,
Y de la fuente y llamas inmortales
Repercusa nacia lumbré hermosa;
El resplandor de Cintia paternales
Causas dispuso con la fuente undosa,
Y el luminoso efecto que nacia
Era parto de amante compañía.

Dijo Endimion entonces: «Esta llama
Que deste resplandor y desta fuente
Nace y el medio alumbró, amor se llama,
Y unido efecto en causa diferente;
Pues, como dijo Cintia, ¿no te inflama
El ejemplo de amores evidente,
Y no dispones tú como estas ondas
Alma que engendre amor y correspondas?

»Tiene amor una gloria, que al angelo,
Sea rústica peña, infunde ciencia,
Y entre la causa oscura y el efecto
Distingue con aguda diferencia;
Rudo es el libre, inculto y en efecto
Sin lumbré, sin razon, sin experiencia;
Y aquel en quien de amor la luz no arde
Ignora presto y raciocina tarde.

»Endimion era libre, y de su amante
El agudo argumento no concibe,
Que es libertad rudeza de diamante,
Y razon delicada no recibe;
Cuidó que aquella vida relumbrante,
Que en Cintia y en sus bellos rayos vive,
Pedía reina y diosa adoraciones,
No enamorada humanos corazones.

»Ya sé, inciente Delia, que naciste
Nieta del cielo y parto de Latona;
Ya sé, Diana, que engendrada fuiste
Del rey que á las demás diosas corona;
Sé que la noche oscura día hiciste
Con veces de la délica persona,
Y que eres dignamente tú en los cielos
La reina sola de los castos hielos.

»Yo te rindo selvíagos cuidados,
Porque en serena noche eres Diana;
Por hija de los cielos adorados
Veneracion te ofrezco soberana;
Por virreina del sol los sublimados
Incienso en la tarde y la mañana;
Por casta hija de Júpiter prometo
A tu pureza celestial respeto.»

«Hay desesperacion en el infierno
Tan áspera, tan dura, tan amarga?
¿Puso Megera de dolor interno
Al corazon ligero tanta carga?
No hay tormento mayor ni mas eterno,
Ni pena tan dañosa ni tan larga,
Como en vil confusion de obscuro olvido
Con el amante hablar desentendido.

»No quiero yo, pastor, ser respetada
Como parto de Júpiter ni el cielo;
Yo de Endimion pretendo ser amada,
Y que no ingrato mires mi desvelo;
Agora, mi pastor, de tí adorada
Me niega obscuro temeroso velo,
Si me quieres hermoso, como á hermosa,
O si me adoras hombre como á diosa.

»Oh reyes dioses que en la empuera esfora
Potencias sois! oh principes deidades
Solos á quien negó la suerte fiera
Satisfaccion de puras amistades!
¿Qué averiguada fe cierta y entera
Confunden vuestras altas calidades?
Ni dice el alma qué estima en los reyes,
Si del amor, si del temor las leyes.

»Si fueras tú, Endimion, rey en el cielo,
Y deste monte fuera yo pastora,
Fácil supiera yo si tu desvelo
Mi razon respetaba por señora;
Entonces fuera el reverente hielo
Familiar llama y fuego, mas ahora
No sé si el sacrificio soberano
Es divina ambicion ó amor humano.»

Dicho, Endimion postrado de rodillas,
El resplandor de Cintia luminoso
Con puras voces claras y sencillas
Adoró y con afecto religioso;
Conociólo la Luna, y sus mejillas
Fuentes volvió de llanto tan copioso,
Que sobre los vellones derramado
Dejó el campo el pastor con su ganado.

«Sigue, dijo Diana, tus ovejas
Y la rústica grey, pastor grosero;
Vive tú desdeshando lo que dejas,
Que yo siguiendo tus desdenes muero;
Cierra, pastor ingrato, las orejas,
Ni oigas de la luna el llanto fero,
Que lloverán fulminicos mis amores
Truenos horribles, trémulos fulgores.

«Sigue de tus ovejas esparcidas,
Pastor infiel, sin orden los cuidados;
Formen ideas mal desvanecidas
Tus vanos pensamientos derramados;
Las campesinas fieras homicidas
Hagan suerte feroz en tus ganados;
Ni sienta el lido can el presto robo
Del tigre ardiente y vigliante lobo.

»Quiera el cielo, si el cielo al fin reserva
Al delito castigo merecido,
Que niegue á tu ganado el prado yerba
Y cristal el arroyo endurecido;
Serenidad á tiempo y lluvia observe,
Y el contingente efecto merecido
A tu cansada fe responda avaro
Sin lluvia en ocasion ni tiempo claro.

»Sóbrele á tu zurrón quejas sin cuento,
Pastor ingrato, y en tu infiel oído
La falta se repita de sustento
Con voz cansada y pálido gemido;
Tu cayado bien triste y malcontento
Te niegue justo alivio retorcido,
Y si en tu grey al fin buscas descanso,
El can te muerda y desconozca el manso.

»Nubes y confusion, bajad seguras
Y el ganado ofuscado desbarriado,
Que ya no gularán con lumbres puras
Al pastor mis estrellas ni al ganado;
Logre la obscura suerte sus venturas
Con la ventura que Endimion ha hallado;
Y en la noche, sin senda ni camino,
Encuentre incierto cierto su destino.

»¿Qué dorada ocasión con rayos rojos
A la cándida luz prefieres mía?
Qué causa dulce, ingrato, de mis ojos
Te lleva y de mi casta compañía?
Si es celosa ocasión á mis enojos
En esta oculta selva alguna dría,
Bien desprecias pureza cristalina,
Rudo Endimion, por la deidad de encina.

»Torreada madre, reina montañosa,
Que habitas con espíritu divino
La cumbre de la sierra pedregosa,
Y dejas, profetisa, el real camino:
Inspira á Cintia la pasión celosa
Que al pérfido doncel convierte en pino;
Sobresalga entre todos descollado
Mi pastor desleal avergonzado.

»Mas yo que deslealtad culpo traidora,
Y yo que fe baldono fugitiva,
¿Por qué con trato infiel me quemo agora?
¿Cómo en traición me abraso fugitiva?
Viva, Endimion, tu ley despreciadora,
Y tu tirano Imperio, Endimion, viva;
Sabré morir viviendo despreciada,
Sabré vivir muriendo mal pagada.

»Yo, querida ocasión, yo siento y vivo
Con aire de tu espíritu forzoso;
Yo he de seguir tus fugas fugitivo
Y tus fieros desdenes desdeñoso;
Las esquivizas tuyas, dulce esquivo,
Amaré y las tardanzas perezoso,
Y en víctima agradable tus rigores
Pondré sobre el altar de mis amores.

»Si eterna fuere ¡oh amado! tu esquiviza,
Si duraren eternos tus desvios,
Un retrato amaré de mi pureza
Y un semejante de los hielos míos;
Y si mudas cual yo naturaleza,
Aliento nuevo, espíritus y bríos,
Vuelto de frío hielo estrella amante,
Seguiré con amor mi semejante.

»Siga tu voz el mauso placentera;
Calle el zurron y súpale el cayado,
Libre de rabia ardiente y boca fiera,
Viva, pastor hermoso, tu ganado;
Goce con siempre verde primavera
Tu ventura feliz eliseo prado,
Y con aire seguro y cielo eterno
Ni temas el estío ni el invierno.

»Yo desviaré otra vez, si amo prudente,
La ardiente lluvia y el ardor lluvioso
Del sereno cristal, felice fuente
Dónde bebieses tú, pastor hermoso;
Yo con serena luz y clara frente
Despejaré este medio tenebroso,
Porque huya tu grey amada y siga
Amiga prohibición ley enemiga.

»Dí, mi dulce Endimion, ya amante seas
Claro de los fulgores de Diana,
O ya con sombras distraído feas
Aborrezcas mi lumbre soberana;
Si objeto soy cualquiera que desees,
Con memoria de mi sólida ó vana,
Si me da algún estado en tí la suerte,
Sea vida infeliz ó feliz muerte;

»Sea Diana de tu amor amada,
Sea de tu rigor aborrecida;
Sácame tú de la confusa nada
¡Oh valeroso dios! á alguna vida;
O ejerce odiosa tu pasión amada,
O amante tu pasión aborrecida:
Tibios medios no quiero, extremos pido,
Que el tibio proceder provoca á olvido.

»Entre dicha y desdicha no quedara
Con estrella de bien y mal ajena;
Si tu cuidado con mi amor llenara,
Gozara yo de amor la gloria llena;
Tuviera de la pena que causara
En tus amores merecida pena,
No el caos y confusión de mi memoria,
Insensible á la pena y á la gloria.»

Así Cintia lloraba, así quería
A un rapaz pastorecillo, á un niño exento
Cintia, que en frío ardor y llama fría
Las luces abrasó del firmamento;
Así la diosa libre el mal sentía,
Que hizo en los altos dioses sentimiento;
Así la midió el hado justiciero
Con la medida que midió primero.

Entonces Endimion sobre el ganado
Velaba con amor tan cuidadoso,
Que aun leves á la vela y al cuidado
Treguas no concedía de reposo;
El hijo de Calisto había tocado
En la mitad del globo luminoso,
Y era el pastor en el discurso largo
Lince de bronce y acerado Argo.

»Duerme, claro Endimion, descansa y duerme,
Dijo mirando á su pastor Diana,
Que sabré yo también pastora hacerte
Cuidadosa en la noche y la mañana;
Sé yo, en la tarde, lámpara volverme,
Y en el aurora antorcha soberana,
Y con áureo vellón de luces bellas
Fulgores rijo y apaciento estrellas.

»No has visto por la tarde ladradores
Canes atentos mi esplendor mirando
Cómo contra famélicos rigores
Están mis claras velas avisando?
Pastora universal de los pastores
Soy, que las fieras nieblas desviando,
Traigo en la obscura noche claro día,
Que aparta al lobo y al león desvia.

»Yo velaré mejor, yo haré la vela
Con mas cierto reloj y hora mas cierta;
Yo, á quien el vivo temor que me desvela,
Tiene con celos y amor despierta;
Al tiempo que el húmido invierno hiela,
Y hace el calor á la campaña yerta,
Velaré yo debajo de los cielos,
Pastor amado, con amor y celos.

»Que veles de la tarde hasta el aurora,
Si velas sin amores descuidado;
Expuesto yace á boca tragadora
En medio de la noche tu ganado;
Cuidado sin amor no tiene hora,
Ni sin celos hay punto descuidado,
Que el que no vela y ama cosa cierta,
Es velador sin luz y llama muerta.

»Duerme tú, porque yo mire dormido
El claro resplandor de tu hermosura;
Deja el alma que adore tu sentido,
Si no puede gozar el alma pura;
Duerme, porque á mi pena agradecido,
Le valga á mí desvelo su ventura,
Que gozando yo así tu imagen muerta,
Con mi esperanza soñaré despierta.

»Duerme, pastor, que de mí casto hielo
No mires el blason á quien desea
Caldo y derribado por el suelo
La llama conubial de humosa tea;
No mires de tu olvido y mi desvelo
La hermosa guerra y la batalla fea,
Ni la lid afrentosa que ha tenido
Mi amor despierto con mi honor dormido.

»Duerme, Endimion, que maldes justamente
El premio igual á la esperanza mía,
Sea del esperar el alma ardiente,
Sea del poseer la vida fría;
Dormido aparta espíritu viviente,
Y dormido el vital aire desvia,
Que por trofeo á mi esperanza pones
Premios sin vida y muertas posesiones.

»Dioses de negra peña y mármol duro,
Que con aspecto plácido y severo
Feliz imperio moderáis seguro
Del sueño hermoso y del letargo fiero:
Cintia, la diosa del invierno puro,
Vuestra divina estancia tocar quiero;
Despierten á mi luz y rayo fuerte
Los que en la sombra duermen de la muerte.

»Sueño pido á un pastor, que desvelado
No admita belado y frío mi desvelo,
Sueño divinamente fabricado
De resplandor de llama y flor de hielo;
Caiga Endimion, amante descuidado,
Junto á su aprisco en el ameno suelo,
Que infunda así dormido en mi memoria
Un alma celestial su muerta gloria.»

Dijo, y las blancas pías arrancaban
A las previstas señas obedientes,
Cuando las nubes pálidas bajaban
Medrosas de las ruedas relucientes:
Ligeras unas con temor volaban,
Otras corrían con fulgor ardientes,
Cuando Della entre lumbres inmortales
Toca del sueño lóbregos umbrales.

CANTO III.

Hay entre Báyas y la antigua Cuma
Un sitio liberal, ameno, donde
Jamás alberga la pesada bruma,
Ni sus rayos el sol jamás esconde;
Siempre con toldos á la llama suma,
Y con abrigos siempre corresponde
Al invierno cruel la estancia amena,
Llena de abril y de mayo llena.

Aquí de hiedra y álamos torcidos
Un pabellon umbroso se levanta,
Que en sacra ociosidad á los dormidos
Dioses recrea y en holgura santa;
Blando cristal de arroyos esparcidos
Suavemente fácil se quebranta,
Dando apacible escándalo semore
A las aguas de plata guijas de oro.

Tres capillas aquí divinamente
Coros alternan diestros y suaves,
Que responden al son de la corriente
Los aires puros y las dulces aves;
Con proporcion variada competente
Allí los tiples suenan, altos, graves,
Que de los aires el compás maestro
Las aves y las aguas rige diestro.

Color eliseo los amenos prados
Conservan con el riego cristalino,
Y espira de los árboles cargados
Suave olor y espíritu divino;
Aquí el campo distingue variados
Albergues mil sin senda ni camino,
Porque en tocando la dormida tienda,
La yerba crece y bórrase la senda.

A imitación de la celeste esfera
El sitio ameno y apacible alcanza,
Con visos de perpetua primavera,
Orden alegre, armónica templanza;
Ni mejor posesion el prado espera,
Ni hay de mas dulces frutos esperanza;
Que el alma, en dulce sueño sepultada,
Nada apetece ni le falta nada.

Y como de los ejes celestiales
Que sustentan triunfante el firmamento
Con ordenadas vueltas y cabales
Persevera diverso el movimiento;
Así en las primaveras inmortales
Del vario sitio y del florido asiento
Firme se muda, y persevera mobile
La consonancia y variedad inmobile.

El arbóreo alcázar fabricado
De huecas ramas, verdes y pomposas
Erige en la mitad del fresco prado
Pirámide de yerbas olorosas;
Aquí, en alto descanso sepultado
Yace difunto á las visibles cosas
Con arrugada frente y torvo ceño
El rey temido del profundo sueño.

La pesada cabeza coronada
Con diadema de blanda dormidera,
Pobladas sien y cejas, y cerrada
La estrecha frente con guedeja fiera;
Ancha nariz, que rompe violentada
Una respiracion que otra no espera;
Labio flamante desmedido y bronco,
Puerta patente del sonido ronco.

Letargo llaman este los que llaman
El imperio del sueño dividido,
Cuyos efectos lóbregos inflaman
Con fantásticas sombras el sentido;
Lecho al resuelto dios forman y enraman
Del álamo las hojas denegrido,
Con que Alcides murió la osada frente,
Cuando el trifauce can ligó valiente.

El sueño (este es el otro rey que impera
La aurora y prima noche sossegado)
Duerme con grata faz y placentera
Niveo en serenas flores y rosado;
Que amenidad de blanca primavera
Y de su cielo el resplandor dorado
Medio prenuncian de templanza bella
En el dormido signo y quieta estrella.

Suavemente destrozadas rosas,
Y blandamente azahar deshecho,
Con descuidado alifio cuidadosas,
Daban al dulce dios sabroso lecho:
Ardían las mejillas amorosas;
Azucenas nevaba el blanco pecho,
Y coronaban la serena frente
Flor de hiedra y oliva floreciente.

Los descuidados ojos defendidos
De transparentes delicadas puertas,
Sin aparente error, á los sentidos
Visibles cosas representan ciertas;
No envanece allí premios fingidos,
Ni descaecen esperanzas muertas,
Que lo claro disciplinan de lo obscuro
Párpados de cristal iulente y puro.

No entre el objeto allí ni la potencia
Intermedia falible el blanco diente,
Ni con mediana luz, si cierta ciencia,
La densa punta de taurina frente;
Que funda la verídica experiencia
Medio mas claro y lumbre mas valiente,
Y muestra la verdad clara y constante
Cristal de roca á punta de diamante.

En hora desigual descansa y pena
El blando sueño, el rígido letargo;
Uno es quietud de cielo dulce llena,
Otro llena inquietud de infierno amargo,
Con gozo y con dolor, con gloria y pena,
Con breve gusto y con tormento largo,
Y tan opuestos son en sus desvelos,
Que el uno tiene amor y el otro celos.

El uno y otro dios de sus rendidos
Contraria ostentacion hace y alarde:
Uno en el alba muestra sus dormidos,
Otro sus muertos en la obscura tarde;
Unos con nobles pechos y atrevidos,
Otros con el servil miedo cobarde,
De plomo obscuro mar reman forzados,
Pasean mar de leche enamorados.

Satisfacciones unos animosos
Fundan del alba al venidero día;
Agravios otros flacos y medrosos
Anuncian tristes en la tarde fría;
Y como en el sentido son forzosos
Los casos de la fuerte fantasia,
Estos el seco fin soñado pierde,
Y aquellos gana su esperanza verde.

Unos que al núnmen lóbrego sujetos
Estigio plomo beben congelado,
En el alma ejercitan los efetos
Del miedo obscuro y del temor pesado;
¡Duro mal! Que prorumpen los concetos
Del abortivo parto imaginado,
Cuando el violento dios junta á la boca
Inmobile puerta de pesada roca.

Temen, y del temor las penas vivas
 Huyen con presto miedo perseguidos,
 Que implicaciones hórridas y esquivas,
 Resueltos pasos atan y dudosos;
 Alas de presto viento fugitivas
 Das; ¡oh ligero miedo! á los medrosos,
 ¿Cómo al que teme agora infundes, cómo
 Correr de mármol y volar de plomo?

Otros que la porción toman debida
 Por grado ó fuerza del obscuro lago,
 A quien de hierro líquida bebida
 Brinda la muerte y ferrugineo trago;
 Las nueve vueltas de la Estige Sda
 Siguen con movimiento errado y vago,
 Y al fin en hierro frío naufragantes
 Repletan giros otra vez errantes.

Estos las claras cosas con antojos
 Perturban de colores diferentes,
 La cándida luz llaman rayos rojos,
 Y los fulgores blanca nieve ardientes;
 Las tres dobladas puertas de sus ojos
 Son triangulares vidrios transparentes,
 Y juzgan con fantásticos errores
 El miedo celos y el temor amores.

Otros que el aquerónico Leteo
 Anega en culpas y en obscuro daño,
 Absorta la esperanza y el deseo
 En mar licuente de confuso estasio,
 De la deslealtad y trato feo.
 No penetran falidos el engaño,
 Y en las pesadas ondas sumergidos,
 Dan crédito al pesar de los sentidos.

Estos cuya altívez émula aspira
 Al sol en sus efectos señalados,
 Doradas platas erian con mentira,
 Y con afectación oros plateados;
 Verdad la falsedad su vista mira
 Y juzgan los oídos engañados
 Que es plata y oro de sencillas manos,
 Y hacen doble moneda dobles Janos.

Destá manera duermen los sentidos
 Al soñolento númer perseguido,
 Y tan pesado mal en los sentidos
 El pensamiento carga sospechoso;
 Allí el fiero Leteo sumergidos
 De pena á pena los arroja undoso,
 Y en cada vuelta de la Estige Sda
 Los atormenta el dios de su manera.

Mas el celeste sueño, que en la vida
 Infunde con amores vital muerte,
 Otros efectos su pasión válida
 Introduce en el alma de otra muerte;
 No allí fuegos empíreos presumida
 Toca imaginación sensible, fuerte,
 Ni á los negros umbrales de Caronte
 Baja arrojada del Olimpo monte.

Ninguno ofusca con turbado lloro
 El claro objeto que miró en el día;
 Si miente alguna vez, mentira de oro
 Al sueño fiel y á la aprehension confía;
 Júpiter inmortal tanto decoro
 Concedió á la amorosa fantasía,
 Que lo que niega el decretado daño
 Conceda á los amantes el engaño.

Júpiter ordenó que si engañase
 El soñolento error á estos dormidos,
 Cuanto su amor quisiese y deseara
 El hado concediese á los sentidos;
 Que su esperanza el amor gozase,
 Que con mutuos amores respondidos
 Premiasen el vigilante amor la amada
 Con cierta posesion, pero soñada.

¿Qué bien no determinas al amante?
 ¡Oh causa del amante venturosa!
 ¡Oh estrella defendida con diamante!
 ¡Oh válida intencion, firme y forzosa!
 Si con fingidas luces obversante
 Gloria tu amor anima tan hermosa,
 ¿Qué dará amor con verdaderas lumbres
 Cuando te encimen sus gloriosas cumbres?

El ardor de los unos que bebaba
 Licor fragante de púrpuras rosas,
 De rubicundo amor representaba
 Señales al amado vergonzosas;
 Cándidas rosas el amor mezclaba,
 Que es grata junta de contrarias cosas,
 Y era en el dulce sueño consagrado
 Su mas querido amor blanco y resado.

Aquí al amor de rosa los desvelos
 Nunca guardaron con recelo impuro,
 Que sin otra defensa de los cielos
 Consigo mismo amor vive seguro;
 Aquí llama sin humo, amor sin celos
 Limpia, acrisola y diviniza puro,
 Que por defensas fieles y divinas
 Son guardas de la rosa sus espinas.

Otros licor de púrpura bebiendo,
 De flamante clavel electo y fino,
 El vino consagrado están durmiendo,
 Que de los dioses es néctar divino;
 Quieren sin discurrir, llegan corriendo
 Al fin sin las tardanzas del camino,
 Y con amor tres veces abrazado
 Gozan sin pretender feliz estado.

Estos aroma inspiran, que de muerte
 Preservan el reposo corruptible,
 Que una suerte es remedio de otra suerte,
 Y fin de un imposible otro imposible;
 Así el destino firme se pervierte
 Con determinacion de hado infalible,
 Así á la dicha de la nieve cansa
 La llama del clavel destruye ufana.

Otros jazmin y cándida azucena
 Beben resuelta en néctar cristalino,
 Que del impuro amor gruesa pena
 Prohíben al espíritu divino;
 Llaman de accidental color ajena,
 Y fuego libre de accidentes indino
 Bebe el enamorado casto, y bebe
 Alma de hielo y corazon de nieve.

El dorado atheti de los discretos
 Brinda al gusto deshecha la esperanza,
 Que del amar variable á los efectos
 No atienden de tormenta ni bonanza;
 Desesperados viven, ni sujetos
 Al desden, al recelo, á la mudanza;
 Que toca libertad de tanta esfera
 Quien ama y por amar se desespera.

En el florido pabellon ninguno
 Inspira violeta turquesada,
 Que ignora el sitio con sus celos Juno
 Tras de la hermosa vaca desvelada;
 Argos allí cobarde es importuno
 Punto no tiene ni hora señalada,
 Que en el alba, en la siesta y en la tarde
 La satisfecha luz durmiendo arde.

Tampoco la jaspeada clavelina
 Inclina al sueño con licor variado,
 Ni á sereno placer su jaspe inclina
 De colores inciertos matizado;
 El simple amor composicion decima
 Recto, sencillo, puro ni doblado,
 Porque entre dos amantes ser alcanza
 De una balanza fiel y otra balanza.

Solo el celeste lis que en vez de celos,
 Turquesado una vez, otra dorado,
 Ya el rubio sol retrata, ya los cielos
 Exprime con simbólico dechado,
 Sus dormidos ajenos de desvelos
 Alimenta y ajenos de cuidado,
 Si es cosa natural á los mortales
 Contemplar los secretos celestiales.

Tales allí el espíritu florido,
 Tales flores inspira el suave aliento,
 Que absorbe el corazon, y en el sentido
 Éxtasis celestial cumple contento;
 Así el sagrado amor favorecido
 Seguro va en peregrino crecimiento,
 Porque la posesion mas alcanzada
 Es de los mas discretos mas amada.

Estos umbrales la nevada diosa
Pervertida de amor tocaba, cuando
La noche de la esfera luminosa
Iba el obscuro medio declinando;
Calan sus luces por la selva umbrosa,
Las no violadas sombras asombrando,
Y el resplandor á su dormir sereno
Fué en voz de rayo de fulgor y trueno.

Que los retiros lóhregos heridos
Con el caliente hielo destemplado
Revelaban patentes sus dormidos
Al repentino resplandor nevado;
Los sofocientos dioses conmovidos,
Con miedo el uno, el otro con caído
Alzó el letargo retorcido ceño,
Y cristalinos párpados el sueño.

«Dioses de la quietud y del descanso
A mortal é inmortal, clamó Diana,
Vosotros que inspiráis sereno y maneo
Espíritu á la tarde y la mañana:
Perdon merceda que cansada canso;
Venía pido, que soy la soberana
Reina candente de nevadas hielos
Y me abrazan ahora amor y celos.

«Si son de las deidades celestiales
Por suerte igual comunes los afectos,
Y á los bienes los dioses y á los males
De los amigos dioses van sujetos;
Si temen en los cielos inmortales
Los inmortales cielos los defectos,
Si refieren los dioses á sus caídas
De no vengadas diosas las afrontas;

«Dioses, con providencia prevenida
Pido evitais el venidero daño,
La ruina infeliz y la caída
Mayor que fabricó artífice engaño;
Dioses, yo soy la diosa presumida;
Dioses, mirad qué presto el desengaño
Con blandas llamas del empíreo cielo
Derribó mis alcizares de hielo.

«Mi amor es Endimion, y vos el medio
A mi dudoso honor pensad seguro,
Que es Endimion querido mi remedio,
Sea con puro amor ó con impuro;
Si confesado el duro mal, remedio
El venidero mal, austero y duro,
Cintia lo dice: despertad, dormidos;
Endimion es pastor de mis sentidos.

«A mí la clara lumbré de mi hielo
Y mi sacra pureza cristalina
Ofrece medio agora á mi desvelo,
Que apruebe docta vuestra luz divina;
Llueva sueño al pastor de vuestro cielo,
Que al sueño desvelado ya se inclina,
Cuando en el campo su velar hisarro
La vuelta espera del fulgente carro.

«Porque mi deshonor me vea despierto,
Deseo yo gozar su amor dormido,
Si amor se ha de llamar el acto muerto.
Y sin juicio el acto consentido;
Este fin me propuso el hado cierto,
Cualquier medio de mí será elegido,
O sea natural ó violento,
Si firme toca mi fatal intento.

«Amor me dijo que con luz le hablase,
Honor me dijo que sin luz le viese,
Que discurriendo su razon le amase,
Que su razon callando le quisiese;
Ordenó mi juicio que tomase
Medio que entre los dos sentencia hiciese,
Y que siguiendo honesta mis venturas,
Si las hallase, las gozase á oscuras.

«Conmoved, sacres dioses, el consejo
De alientes potencias sosogado;
Libre á vuestra eleccion el medio dejo,
No el dulce fin que necesita el hado;
Ni os persuado mas, ni mas me quejo
Del evidente mal amenazado;
Haga vuestro consejo docto y sabio
Señora á Cintia del fatal agravio.»

Hay á los lados de la tienda umbrosa,
Por donde el sueño ofrece oculta puerta,
Bañados de una y otra undante fosa,
Dos árboles de obscura forma incierta:
Uno en la calentura maliciosa
Del celoso roca muerte cierta,
Otro en su riego su verdor bañando
Inspira en los amantes sueño blando.

¡Ay del amor que llega aquí cansado
Del rígido desprecio y del camino,
Si por suerte infeliz le posee al lado
Del pesado letargo su destino!
Durmíose el dios que el árbol desdichado
Desamparado vió, mas el divino
Sueño atendió, caído el nimen ronco,
Que hablaba Delia desde el sacro tronco.

Temió de Cintia el fementil empuño
El dios y el infortunio de la diosa,
Y como los que duermen, con el sueño
Niegan nada y conceden toda cosa,
Inspira al punto de su amado dueño
A Cintia la respuesta presurosa,
Y un ramo que ofreció el árbol vecino
Le dió bañado en riego cristalino.

Cerró el nimen los ojos esto hecho,
Y á la radiante lámpara la puertat
Parte veloz Diana, que en el pecho
Razon á su deseo lleva cierta;
Pasa de la Campania el mar estrecho,
Toca de Latmio la campafia muerta,
Que tenia el silencio sepultados
Los canes, los pastores, los ganados.

Solo Endimion atento no dormita,
Raro caso, sin celos, sin amores,
Y el claro parto de Titon queria
Despertar sus caballos voladores;
Llega Diana, y en la noche fria
Hielos aparta, esconde resplandores,
Que para estivo amor y amante estilo
Es invierno la luz y infierno el frío.

Tendió de leve niebla vergonzosa,
Sobre la clara faz obscuro velo,
Confusa con temor y amor la diosa;
Mas las estrellas desde el alto cielo
Con maligno esplendor y luz curiosa
Maliciosas notaban el desvelo
Constante y la caída irremediable
De su altívez y su deidad medable.

Sacude el ramo cerca de la frente
La sacra Delia á su pastor querido,
Y de las hojas el humor madante
Los retiros penetra del sentido;
Ríndese al sueño el velador valiente,
A dulces ociosidad, á grato olvido,
Dando la cesacion que le trasforma
Materia libre para amante forma.

Junto al antiguo aprisco venturoso,
Del famoso Endimion albergue estrecho,
Sobre un pequeño corro cuidadoso
Daba, al grato y apacible, lecho;
Aquí vencido del humor jugoso
Recostaba el pastor el diestro pecho
En el cansado brazo sobre el suelo,
Dejando libre el corazon al cielo.

La diosa, que miraba sepultado
Al pastor y en olvido suave muerto,
Toca con mármol el exento lado,
Que ofrece con descuido descubierta;
Y dijo: «Dime, corazon alado,
Si dormido Endimion estás despierto;
¿Qué pensamiento agera el alma indama;
Si pena mi pastor, si cede y ama?

«Dime, fiel corazon, así del viento
Con estrella tus alas alentada
Eternamente beben suave aliento,
¿Es Cintia, de Endimion amado, amada?
¿Es Cintia de Endimion grato contento?
O por suerte fatal y hora menguada
¿Es á Endimion el rendimiento mio
Causa de olvido y causa de desvío?

»Dime, fiel corazón, que siempre al sueño
Argos celeste veles invencible,
Si quiere otra ocasión mi amado dueño,
Si con mi amor compite amor posible,
Si á mi esfera de luz cristal pequeño
Opuesto eclipsa, impide aborrecible,
Si con desvelo infiel á mis desvelos
Otro amor le entretiene y me da celos.

»Dime, fiel corazón, que de la vida
Origen seas y árbitra balanza,
Si señaló la suerte aborrecida
Desesperado premio á mi esperanza,
Si de falible amor causa falida,
Si de infalible causa firme alcanza,
Si queriendo será tan inmutable
Como querida fui varia y mudable.

»¿Qué diosa terrenal, dime, qué diosa
En el divino sollo de los cielos,
De mis celestes dichas envidiosa,
Opone astuta á mis amores hielos?
Vosotras, cumbres de Pelion y Osa,
Escalas no seréis, pondréis mis celos
Cuando la imaginación mia os remonte,
Gigantes fieras, monte sobre monte.

»Dí, corazón leal, que no lo seas
Cuando el pastor soñare desvelado
Tristes anuncios, fantasías feas,
¿Dónde la fantasía y el cuidado
De mi cuidado y mi Endimion empleas?
¿A qué dichas dichoso aplica el hado
Memoria del pastor agradecido,
O á qué desdichas del pastor olvido?»

Pesaba tanto la mármorea mano
Sobre el pecho al pastor, que no podía
Dar por la voz el alma paso llano
A la fida respuesta que salía;
Próvido entonces sobre el viento vano
Amor á los intentos asistía
De su agraviada madre, y á la diosa
Con sencillez habló tan maliciosa.

«¿Sabes por dicha de un pastor, pastora
(Así el amor disframa las deidades),
Por quien Cupido preguntaba agora
A este monte, á estas mudas soledades,
Que blasona la flecha vencedora
De amor y las rendidas libertades,
Y se llama Endimion, que aspira ufano
A la exención del arco soberano?»

»Que si le hallo, Amor me ha prometido.
Desta cumbre la mas hermosa dria,
Porque grosero paga con olvido
Sagrado amor y con memoria fria;
Díjome que era déi aborrecido
Cuanto la blanca Luna le ofrecía,
Y á los sátiros momos burladores
Contaba de la Luna los favores.

»Que quería mudar la oculta suerte
Y jugar con los dos de amor trocado,
Que Cintia con horror huyese fuerte
Del agreste pastor el vil cuidado;
Que fuese á Cintia de Endimion la muerte.
Vida, y vida al pastor enamorado
De su Cintia fatal la ingrata vida,
Y espíritu la llama aborrecida.»

No fabricaba Amor esta mentira
Porque Cintia al pastor aborreciese,
Que no podía la amorosa vira
Querer mal si el pastor ingrato fuese;
No porque á enojo y á indignada ira
Con los viles desprecios la moviese,
Que no ignoraba Amor que los desprecios,
Rémoras solo son de amantes necios.

Quiso Amor que la Luna aborrecida
Su mas ingrata causa mas amase,
Que de bajos denuesos ofendida
La majestad por su ofensor penase;
Quiso Amor que á su real llama encendida
Materia de querer supeditase
Por carices amor duros rigores
Y olvidos frios en lugar de amores.

Fué á responder la Luna, y solamente
Encontró con el viento despejado
Que diese á su dolor y pena ardiente
Campo en la muda noche sosegado;
«Lumbre, lloraba, de mi clara frente,
Honor de mi corona consagrado,
¿Cómo á los pies rendida humilde llevo
De un vil rapaz y de un infante ciego?»

»Mas no eres ciego, niño de mis ojos;
Nombre de lumbre y resplandor mereces,
Que con dorada luz y rayos rojos
En mi razón ufano resplandeces;
En esta obscuridad claros despojos,
Si bien dormidos, á mi amor ofrecés,
Y eres de noche ya con rayo nuevo
A mi febeo ardor ardiente febeo.

»Alumbra, claro Amor, veré dormido
El pastor de mi vida. Con dorado
Vellón la frente duerme defendido
Y el pecho libre con vellón nevado;
¿Cómo, di, blanca nieve, has resistido
Al fuego de mis voces abrasado?
¿Cómo el rizo esplendor de sus orejas
Sutil lamentación cierra á mis quejas?»

»Sols del triunfante Amor arcos triunfantes,
Arqueadas de sus ojos dulces cejas,
Por donde palmas del Amor ovantes
Entran y del Amor cautivas quejas;
Sols de sus lumbres párpados radiantes,
Puertas azules y doradas rejas
Con celosías provistas por donde
La fuerza que á traición salta esconde.

»Sols, cejas, bellos iris, que en la obscura
Noche de mi Endimion y su descanso
Nuevas del sol y de su lumbre pura
Por el aire esparcis sereno y manso;
Pues no reposo en mi fatal ventura,
Ni en vuestra dicha celestial descanso,
Que las nuevas de paz para la tierra
Son nuncios para mí de amante guerra.

»Vosotros, ojos, que dormís en tanto
Que os pueden adorar mis ojos ciegos,
Porque sepan templarse con el llanto
Los de sus albas luminosos rios;
No despertéis del cielo sacrosanto
Las lumbres altas, los empiresos fuegos,
Porque si sale el sol por la mañana
No quedará con su pastor Diana.

»Y vos, mejillas de escarlata hermosa,
De quien la cipria reina avergonzada,
Huyendo tífes la nevada rosa
En el rojo licor del pie bañada;
No de mi bella causa poderosa
Me despertéis la llama sosegada,
Que á una dormida luz y muerto ejemplo
Pira inmortal encumbro y sacro templo.

»Frente, campo de nieve no tocado,
Seguro del Amor, campo sereno,
Donde el arco y las flechas ha ensayado
Para la dulce herida con que peno;
Láctea serenidad, mar sosegado
De blancas dichas y bonanzas lleno,
Espejo de plateados arreboles,
Que eres alba nevada de dos soles;

»Pues eres campo fértil, cuya nieve
A tu grato cultor y á su esperanza
De dulces frutos altos colmos debe;
Pues eres mar, en cuya fiel bonanza
El navegante intrépido se atreve;
Pues eres alba, cuya faz alcanza
Después de funeral silencio umbrroso
Con despejada luz aliento hermoso;

»Sea de mi esperanza el fruto cierto,
Y del inmenso mar en que navego
Cierto el amado fin, seguro el puerto;
Libre mi posesión de abismo ciego,
Libres mis esperanzas de mar muerto
Naveguen, si á tu blanca frente llevo,
Hasta que de oro puro en cerros bellos
Descubran ricas Indias tus cabellos.

»Y tú, rubia corona, que dorado
Término eres de la blanca frente,
Cuya guedeja y resplandor rizado
Noche de humanos ojos no constante;
Tú, que con bellos lazos enredado
Tienes de amores el imperio ardiente,
Y en tus sienes cautivan con decoro
Los Cupidos de perlas rizos de oro.

»Bien á la régia púrpura y diadema
Absoluta el pastor humilde asciendes,
Que de la Luna la deidad suprema
A un humilde pastor unir pretendes;
No puedes hacer junta mas extrema,
Amor, ni sabes mas ni mas entiendes,
Que fraguar una union tan soberana
Que divina resulte y salga humana.

»Boca divina, inspira voz ardiente,
Diré que eres sufragio del tesoro
Que el aliento reserva del oriente
Y del aurora el rutilante lloro;
Yo el oráculo adoro reverente
De tu sagrada inspiracion, y adoro
Humilde tu querer, que tus mandados
Solos mis causas son, solos mis hados.

»Cinta de carmesí púrpura, breve,
Por quien el fino mórce envidioso
Pálida envidia y macilenta nieve
Cubre en el retirado mar undoso;
Labio que de coral el alma bebe
Y el vivo aliento del clavel fogoso,
¿Cómo la roja sangre está verídica
Y con raro milagro detenida?

»Escuadrón ordenado en dos hileras
De iguales, blancos y menudos dientes,
De cuya proporcion las once esferas
Trasladaron mensuras relucientes;
Glorias eternamente duraderas
Señaleis al pastor, fuertes, valientes,
Ni rija rey imperios divididos,
Que siglos firmes anunciais unidos.

»Nectárea inspiracion, que infundes vida
Al alba y á la siesta y á la tarde
En la pira de aromas encendida,
Donde el púrpúreo Fénix indio arde;
Traslada aliento á mi pasión vencida,
Segura tú que mi pasión te guarde
Con siempre nueva vez y eterna suerte
Tu renovada vida con su muerte.

»Si eres de fuego espíritu flamante,
¿Cómo te alienta, dime, un pecho helado?
También se abraza el bronce y el diamante
Con el fuego de amor vivificado;
¿Cómo, si no eres fuego, mi constante
Pecho de frio hielo congelado
Has destruido, á fuer de sol de oro,
Resuelto en fácil lluvia y blando lloro?

»Yo siento, amado dios (tanto mereco
Nombre la causa hermosa que me alienta),
Que de mí anhela vida el alma crece
Si tu anhélito vivo me alimenta;
Yo siento que la vida desfallece,
Si escasa la reprimes ó violenta:
¿Cómo con una vida padecemos
De frio y de calor los dos extremos?

»Yo siento aquí por la divina puerta
De tus celestes voces soberanas
Evidente razon, respuesta cierta
De mis desvelos frios y ansias vanas;
Aquí mi desengaño ofrece abierta
Puerta, y del alma cierra las ventanas.
Cuando dormido desengaños sabios
De tu descuido dejas á los labios.

»Aquí tu dulce boca, si dulzura
La fe puede afirmar sin el sentido,
Con vivas esperanzas asegura
El premio de mis ansias pretendido;
Y yo que mi deseo y mi ventura
Inquiero de ocasion débil asido,
La muerte evito al desengaño esquivo.
Y con la vida de tu engaño vivo.

»Mas tú, Noche divina, que eres manto
De amante culpa y del amor que yorra,
Tiende el obscuro velo sacrosanto
Entre los claros cielos y la tierra;
Ciéguese mi esplendor y lumbre en tanto
Que mi labio su labio hermoso cierra;
O pásese á mi pecho el hielo frio,
O á su pecho se mude el fuego mio.»

Dicho, Diana blandamente toca
El descuidado labio adormecido
De su pastor, y de su hermosa boca
Mide el clavel de púrpura encendido;
Quedó la varia como inmóvil roca,
Alma constante el variador sentido,
Fijo norte la Luna se hizo queda,
Y centro firme la voltaria rueda.

Poco faltó que Cintia no imitase
De su Endimion querido el dulce sueño,
Y los despiertos ojos no dejase
En confianza al alma de su dueño:
Poco faltó que el hado no sacase
Del animoso y atrevido empeño
A Diana la vida, á Cintia el alma
En tanta cesacion, en tanta calma.

Vénus entonces á su hijo: «Llega,
Dice, que allí por el siniestro lado
Para tu pasador y llama ciega
Oportuno lugar descubre el hado;
Propon al cielo, á Júpiter alega
La dura ofensa de mi honor violado,
Y tú mas diligente de tu parte
Haz que el pellico defensor se aparte.»

Corre el Amor solícito; ¡oh imprudencia
Del dios rapaz, del niño bullicioso!
¿Por qué necio sin ojos y sin ciencia
Maduras, niño, sin dificultoso?
Puntos que dió difícil providencia,
Consentidas sazones del reposo
Del hado vigil, y despierta suerte
¿Tu ignorancia pueril rompe y pervierte?

¡Oh fuerza de infelice punto activa,
Que puedes dar en imposibles muertos
Vivificante union y junta viva,
Si nacen males de tu vida ciertos!
Inciertos fines la atencion conciba,
Y los favores el amor incierto,
Que estorbará mejor el enemigo,
Amor que desazona amor amigo.

¿Sabrá la suerte lóbrega por dicha
Blancas horas fraguar, y de la muerte
Podrá tomar aliento la desdicha
Con hado inverso y implicada suerte?
¿Cómo, si hay vez que el orden de la dicha
Tuerce el amado fin y le pervierte,
Y de estrella mas clara y mas dichosa
Desdicha se derrama mas forzosa?

Amor, que de la Luna enamorada
Es la mitad del alma, y cuyo intento,
Contra la firme estrella desdichada
Clavar quiere en el alto firmamento,
Desazonó la suerte deseada,
Turbó á Diana su feliz contento;
¿Qué muertes niegas, ¡oh suerte infelice!
Si al felice mató suerte felice?

Amor, á quien la altiva Cintia hermosa,
Siendo de su valor alto rendida,
Teje verde corona mas hermosa
Y palma rinde mas ennoblecida,
El punto y la ocasion turbó amorosa
Del mismo Amor buscada y pretendida,
Que contra el infeliz puede la dicha
Cuando gastó sus fuerzas la desdicha.

Tocó el blanco pellico presuroso,
Tentó el siniestro lado del aviso,
Y cuando al arco el pasador furioso
Aplicar inmaturo y presto quiso,
Su calor enjugó el humor jugoso
Del soñolento ramo, y de improviso
Se halló la Luna sin hermoso dueño,
Sin fin Cupido, y Endimion sin sueño.

El pastor que otra vez la llama ardiente
Sintió de Amor en el pellico blando,
Cuando Cupido la inmortal corriente
De las causas estuve averiguando;
Con sabia astucia y con nonor prudente
Del amoroso prado levantando,
A Vénus deja y á su Amor huriada
Con una muy hermosa retirada.

Sombras, si entonces el dolor sagrado
Huyó del corazon á los retiros
De Cintia, que perdió su enamorado,
Ni oyó la ciega noche sus suspiros;
Yo lo que oi no mas os he contado,
Mas lo que imaginé no sé deciros.
Icaro ya mi voz, Icaro llama:
Espera un poco, presumida fama.

FIN DE SONetos.

FÁBULA DEL GENIL,

POR PEDRO ESPINOSA.

IDILIO.

También entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,
Y á los dioses de escarcha también prendes
Como á Vulcano con lascivo juego;
Del sacro olimpo á Júpiter descendes,
Y á Febo dejas, sin su lumbre, ciego,
Y á Marte pones con infame prueba
Que de tu madre las palabras beba.

El claro dios Genil sintió tus lazos,
Que á la náyade Cínaris adora;
Ella le hace el corazón pedregoso,
Y él crece con las lágrimas que llora;
Corta las aguas con los blancos brazos
La ninfa, que con otras ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas
En aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante
Con las náyades vido estar bordando,
Y por eternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando;
De una concha una cítara sonante
Con destrisimos dedos va tocando;
Paró el agua á su queja, y por oílla
Los sauces se inclinaron á la orilla.

«Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
Seréis, dice, testigos de mi pena
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desden llena;
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente
Que es de una sierra de cristales vena,
Soy dios, y con mis ondas fuera Téti,
Si no atajara mi camino el Bétis.

«Vestida está mi margen de espadaña
Y de viciados apíos y mastranto,
Y el agua clara, como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de laure santo;
No hay en mi margen silbadora caña
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas
Para hacer las hénides guirnalda.

«Hay blandos lirios, verdes mirabeles
Y azules, guarnecidas albellies,
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubies;
Hay ricas alcatifas y alquicoles
Rojos, blancos, gualdados y turques,
Y derraman las auras con su aliento
Ambares y azahares por el viento.

«Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi margen veo estar honrado;
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napeas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

«Así del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos arpados los sarmientos,
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos;
Por flexibles tarahes sube y trepa
La inexplicable hiedra y los contentos
Ruiseñores trinando: allí no hay seiva
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

«Mas ¿qué aprovecha ¡oh lumbre de mis ojos!
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?»
Dijo, y la ninfa de matices rojos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza,
Con desden da á entender que el dios la enoja;
Y arroja el bastidor y el oro arroja.

Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la Sirena;
Helósele su voz en la garganta
Como cercado de engañosa hiena;
No tanto á virgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo velen que de temor le embiste.

En sí volvió del ya pasado espanto
Cuando quiso el contrario del contento,
Y halló que las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento;
La libertada cóltera entre tanto
Le obligó á que dijese y el tormento;
«¡Oh tú, hija de montes y de fieras,
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.»

Dijo así, y codicioso del trofeo,
Al alcázar del viejo Bétis parte,
Cuyo artificio atrás deja el deseo,
Que á la materia sobrepaja el arte;
No da tributo Bétis á Nereo,
Mas como amigo sus riquezas parte
Con el que es rey de ríos, y los reyes
No dan tributo, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucientes puertas,
Ricas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas;
Ve que rayos de lucos inmortalas
Dan y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.

Columnas mas hermosas que valientes
Sustentan el gran techo cristalino;
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del occidente vino;
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pié blando en líquido camino
Corren cubriendo con sus claras linfas
Las carnes blancas de las bellas ninfas.

De suelos pardos, de mohosos techos
Hay doscientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima colchas de pintadas tobas;
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran entre juncias y ovas,
Donde á los dioses del profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.

Vido, entrando Genil, un virgen coro
De bellas ninfas de desnudos pechos.
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes cribos de esmeraldas hechos;
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follajes de carámbano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.

Un rico asiento de diamante frío
Sobre gradas de nácar se sustenta,
Donde preñadas perlas de rocío
Al alcázar dan luz, al sol afrenta.
El venerable viejo, dios del río,
Aquí con santa majestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son los caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiración del fuego,
Que abrazaba al amante despreciado,
Su queja al padre Bétis cuenta luego,
No sé al mas lloroso que turbado;
Dió luz á su justicia estando ciego
De lágrimas que amor había brotado,
Y no hubo menester el dios amigo,
Ni mas informacion ni mas testigo.

«No será tu aflicción con desden rota,
Le dice Bétis, que también tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla;
Granada de tus templos es devota,
Si bocatombe á mis templos da Sevilla,
Y por tí gozo ilustres vasallajes
Desde el Hispades dulces al negro Arajes.»

En Cóloos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un Triton que á servir á Bétis vino;
A este manda llamar á consistorio
A todos los del reino cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento
Vienen venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas;
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma;
Otros vienen ceñidos con guirnaidas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores y de tallos tiernos.

Cuántas viven en fuentes ninfas bellas,
Que burrian los satíricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellás,
El agua apriptan con lascivas manos,
Vinieron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando aliento,
Y las vistas suspensas y divinas
A Bétis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él con grave movimiento
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo y llovió el techo.

«No con el mar de España tengo guerra,
Dices, ó saliendo de mi margen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra
Mientras teme dudosa que la sorba;
Ni pardo monte ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro dios divino
Que ha merecido á Bétis por padrino.

«Tú, Genil, á quien cñen mirtó y lauro,
No cañaveras frágiles, tus aienes,
Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes;
Tú, aquel potente dios á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas en liviano coro
Para darte tributo ciernen oro;

«Hoy gozarás de Cínaris los brazos,
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa,
Y en legítimo fuego y dulces lazos
Dejarás á Cidálida envidiosa.»
Dijo, y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto, que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.

No hay dios á quien el llanto no recuerde
Si con la compasión hace su tiro,
Y así el aljófár que la ninfa pierde
Costó mas de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno que el crin de sauco verde
Tendió sobre la frente de zafiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban
Del desden de la ninfa murmuraban.

Como cuando en solícitos tropelos
Por mayor majestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvajes cercas de tomillos,
Guardando rubias perenzosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,
¡Oh Cínaris! mas todas tus querellas
Bétis mirando, el caso facilita;
Que el melindre, que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita,
Y así, queriendo un monte hacer llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: «Himeneo, himeneo.»
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando en agua convertida.

LA RAQUEL,

DE DON LUIS DE ULLOA Y PEREYRA.

De los triunfos de amor el mas lucido,
El trance de dolor mas apretado,
La causa de poder mas ofendido,
El fin en el favor mas desdichado,
El rigor mas cruel que ha cometido
Violencia irracional, canto inspirado,
No por conceptos de mi genio solo,
Yo los escribo, dictalos Apolo.

Vos, Príncipe, que fuisteis el primero,
El único seréis á quien elija
Mi musa en su defensa, porque espero
Razon de que se valga y se corrija,
Y que, alumbrada del mejor lucero,
Al templo de la Fama se dirija,
Donde, si vuestro amparo la defiende,
No inmunidad, veneracion pretende.

No presumo, Señor, que se suspenda
La integridad del público cuidado;
Si que, avara Parténope, no entienda
Que profano incapaz vuestro sagrado:
Deidades hace la votiva ofrenda;
Aun es mas que reinar ser invocado,
Y yo ni al ocio el embarazo intento:
Bastaréis para mí menos que atento.

Oídme pues, acaso, que yo fio
Que os he de disponer aclamaciones,
Donde el exceso de calor y frio
Hacen inhabitables las regiones;
Llevando en alas del aliento mio
Vuestro nombre á las últimas naciones,
Para que le veneren cada una
Por mayor que la envidia y la fortuna.

Después que coronado de victorias,
De Alfonso Octavo el militar desnudo
Dió materia feliz á las historias,
Y puesto el orbe en respectivo miedo
Consagró de las Navas las memorias
En el inclito templo de Toledo,
Quiso dar á las leyes la voz viva
Que el sordo estruendo de las armas priva.

Fatigaba el católico deseo,
En la pureza de la fe celoso,
Asegurarse del contagio hebreo,
Al comercio de fieles peligroso;
Que la torpeza de los vicios feo,
Y en la supersticion escandaloso,
Sembrando la cizaña su porfía,
Aun estorbaba cuando no nacia.

Ya, viéndose vencidas las razones
Contrarias al estado en el delito,
Que no hay verdad segura de opiniones
Y tiene defensor cada delito,
Se repitió con públicos pregonos
Justo destierro del infame rito:
Tembló la Sinagoga al gran decreto,
Estremecida del comun aprieto.

Y en una junta que formó secreta
Ruben, que por pontífice aquel año
El crédito lograba de profeta,
Menospreciando en el peligro el daño,
Dijo que á hermosa virgen se cometa
Solicite del Rey el desengaño,
Y que será, con ánimo constante,
Segunda Ester en caso semejante.

Eligióse Raquel, en quien se via
Toda la perfeccion sin competencia,
Y el mas hermoso resplandor del dia
Vistió de luto en la primer audiencia;
Y con tan inclinada cortesia,
Que mas fué adoracion que reverencia,
Salió el aurora de nublado velo,
Y á las plantas de Alfonso se vió el cielo.

Y libres del candal las luces bellas,
Que dejaron al Rey en ceguedades,
Verificó mejor que las estrellas
La fuerza de inclinar las voluntades.
¡Qué fácil los discursos atropellas,
Si con muda elocuencia persuades,
Hermosura infeliz, siempre nacida
Para mortal estrago de la vida!

Desconócese el Rey cuando examina
La diferencia que en el alma siente:
En gustoso tormento se imagina
O en pena que le aflige dulcemente;
Y el alivio engañoso que destina
Por lisonja del ánimo doliente,
Hace que del veneno se renueve
La sed ardiente que la vista bebe.

La majestad cobarde se retira
Introduciendo la desconfianza,
Y viéndose mirar cuando no mira,
Descubre y no conoce la esperanza.
Raquel, que en el extremo de la ira
Halló tan improvisa la mudanza,
Extrañaba el enojo por suave,
Y turbábala mas lo menos grave.

Al dar el memorial tembló la mano,
Y al recibirle el Rey endurecido,
Todas las señas recató de humano,
Hasta que de las ansias oprimido,
Olvidó en el semblante soberano
La violencia, y en partes dividido,
Algun afecto que dejó los lazos
Fuera suspiro juntos los pedazos.

Volvió á cobrarse, que permite el fuego
En los principios tanta resistencia,
Y por fingir que se negaba al ruego,
Sin fenecerla levantó la audiencia;
Y entrando á sosegar tan sin sosiego,
Que cada accion envuelve una violencia,
Cerró la puerta golpe acelerado
Para doblar la llave y el cuidado.

Cercado de rebeldes invasiones,
En los reparos del combate piensa,
Temiendo las humanas prevenciones,
Que se conjuran todas en su ofensa;
Estrochan mas el sitio las pasiones,
Y sola la razon á la defensa
En todas partes vigilante estaba
A cuantas armas el amor tocaba.

Por frecuentes temblores que sentia
Temió que el corazon se le minaba;
Fuéle á reconocer, y vió que ardía
Por una parte, y que por otra helaba;
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba.
Porque en Vesubio racional se prueba
La mezcla de la llama y de la nieve.

Raquel en tanto, menos discursiva
Que crédula del Rey á la dureza,
Quiso culpar la presuncion altiva
En la lumbre del sol de su belleza;
Que reducir del monte fugitiva
Pudo la fiera de mayor rudeza,
Y en rayos mas activos y suaves
Examinar la reina de las aves.

Neutral, desconfiaba y presumia,
Borrando un accidente otro accidente;
Ya salir de palacio pretendia,
Y ya lo ejecutaba negligente;
Cuando advertida de que el Rey queria
Revocar el destierro de su gente,
El temor del enojo se deshace,
Y otro temor de la esperanza nace.

Quedó á la novedad menos inquieta,
O mas osadamente quedó hermosa,
Y en su semblante amaneció perfecta
La luz que se eclipsaba temerosa,
Succediendo á la cárdena violeta
La púrpura soberbia de la rosa,
Y lo aparente del celeste ornato
Dejó de ser temor y fué recato.

Así, despues que se crió señora
Del alcázar de Amor Sigüis ufana,
La recató la soledad, autora
De las libres ofensas de Diana;
Y entre las opulencias, donde ignora
Si las ministra diligencia humana,
De voces invisibles asistida,
Temió la honestidad y no la vida.

Sobre seguridad del vencimiento,
Espera el Rey á la infeliz hebreá;
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradiccion teme y desea;
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza creá,
En la parte mas alta convenientes,
Victoria apellidaron los sentidos.

No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto;
El aura sí, movida en los jazmines,
Que coronan el álamo mas alto,
Y el eco derramado en los jardines,
Nunca al ejemplo del deleite faltó,
Que repite de dulces ruiseñores,
Ansias de celos, lástimas de amores.

Juntóse la eleccion, con el destino
El trato, en que las llamas se eternicen;
Lo misterioso de su ser divino
Elogios inmortales solemnecen,
Y rindanse á su efecto peregrino
Cuanto conjuros los encantos dicen,
Cuanto engaños los hechizos hacen,
Cuanto venenos en Tesalia nacen.

Quiso decirse entonces que recibe
Fuerza con el auxilio del encanto
Vénus, y que á sus gustos apercibe
Tristes ministros del oscuro llanto;
Ella, que en las empresas que concibe
Sabe que por sí sola puede tanto,
Burlando de rumores ignorantes,
Estrechó la prision de los amantes.

Equivocas las almas, no sabien,
En éxtasis de dulces confusiones,
Si una por otra se sustituyan,
O juntas animaban las acciones;
Y las ciegas lazadas reducian
A tan estrecha union sus corazones,
Que al formar los alientos se trocaban
O con un movimiento respiraban.

Ya no son dos las vidas, ni se admite
Division de potencias racionales;
Cada sugeto juntas las repite,
Tratándose por términos mentales;
Y tanta elevacion se les permite,
Que sin voz, sin cariño, sin señales,
Por milagro de amor que comprehenden
Se acuerdan, se enamoran y se entienden.

Amor no se celebre que trajese
La luna hasta la tierra su deseo,
Que al cielo Ganímedes ascendiese,
Y que el abismo penetrase Orfeo;
Todo en el culto de tus aras cese,
Y en la solemnidad deste trofeo
Solo te aclamen victoriosas palmas,
Dios de los dioses, alma de las almas.

Un príncipe clemente, justiciero,
Victorioso, feliz, sabio tuviste,
Guardando de un halago lisonjero
Oscura cárcel de tiniebla triste;
Donde del tiempo ni al mordaz acero
Limar alguna parte permitiste
Que diese en el espacio de siete años
Un átomo de luz á sus engaños.

En tanta noche la razon dormida,
Ya con el clavo del gobierno roto,
De la justicia y de la fe oprimida,
Zozobraba la nave sin piloto;
La paz por todas partes combatida
En las ondas del público alboroto;
El reino, sin el sol que le alumbraba,
En tenebrosa oscuridad estaba.

Y porque tanto fuego no emprendiese
Mayor incendio con mayor olvido,
Llegó á tratarse que el remedio fuese
Entre los ricos hombres prevenido;
Y como á tales juntas asistiese
En el lugar del voto preferido,
Por calidades de prudente viejo,
Así fué de Alvar Nuñez el consejo.

»Ya por vuestra desdicha, castellanos,
Del Hércules sabréis, que os gobernaba,
Cómo le cercan pensamientos vanos,
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de ninfas el estilo,
Al huso femenino tuercen el hilo.

»Esta de la nacion mas infamada
La sangre de los godos amancilla;
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplirla,
Cuando á su arbitrio la cerviz postrada,
O cobarde, inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenaje,
Como ajeno le trata en el ultraje.

»Poco juzga de si cuando consiente
Humilde adoracion de los mortales,
Si no pasa con ánimo insolente
A gobernar los astros celestiales;
Si la cansan las noches, obediente
De Neptuno á los líquidos umbrales,
O se detiene el sol ó lo parece;
Si la enfadan los dias no amanece.

»Alfonso, del ardiente iman tocado,
Sigue la falsa luz de sus estrellas;
En piélagos de llamas anegado,
O en espumoso golpe de centellas,
Siempre de nuestras voces retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas;
Con que en el ocio la discordia nace,
Yace el gobierno y el estado yace.

»Con lastimosas lágrimas contemplo
Cuánto las obras de virtud se truecan,
Y cómo llega la codicia al templo,
Donde las fuentes de piedad se secan,
Obedeciendo todos al ejemplo,
Que los príncipes mandan cuando pecan,
Y en la vida culpable de los reyes,
No son vicios los vicios, sino leyes.

»Oficio es el reinar ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama,
Y en el mayor poder es el imperio
Mas corto al se ajusta con la fama;
Entre Neron, Calígula y Tiberio
Voluntario el deleite se derrama;
En las fatigas de los reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.

»De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos, ó suspensos ó postrados,
Siendo el arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados;
Solo la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales, sino viles.

»No siempre en lo profundo del secreto
Está nuestra paciencia suspendida;
Haga ruido el dolor con el aprieto
Y parezca viviente nuestra vida;
Permitase que dentro del respeto
Gima la lealtad tan oprimida,
Si el furor de un exceso en otro exceso
Arriesga que se rompa con el peso.

»No la corona del mayor planeta
Dejéis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva;
Rayos que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la hiedra abrasen.

»Sacrifiquemos esta ofrenda impía
En gracia de los reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía
En voluntarios lazos oprimidos;
Hallará en este ejemplo la osadía
Con que les embarazan los sentidos,
Para recelo del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento.»

Aquí llegaba roca, y prosióguera
Concitando los ánimos feroces,
Si de Fernando IIIán no se opusiera
La lozanía con airadas voces;
«Tú, que lo ardiente de la edad primera,
Le dijo, entre cenizas desconoces,
Como incapaz el accidente culpas
De mas ejemplos y de mas disculpas.

»Resplandor celestial que se deriva
De la divinidad es la belleza,
Y se descubre con la luz mas viva
Entre las almas de mayor pureza;
Amarla es la virtud con que cultiva
Toda su perfeccion naturaleza,
Y es de la humanidad frágil defecto
Pasar á destemplanza en el afecto.

»Es el amor deidad tan misteriosa,
Que con ningún concepto se percibe;
Siguiendo su bandera victoriosa,
Milita todo cuanto siente y vive;
Aman los elementos la forrosa
Correspondencia que su ser recibe,
Amanse las estrellas á su modo,
Ama el Autor universal de todo.

»Sin haberse ajustado á la medida
Del pecho celestial, ni haber hallado
Alfonso de la ciencia encarecida
Lo que se llama infuso ó inspirado,
No es de sus capitanes homicida,
Ni sacrilego el templo ha profanado,
Introduciendo en ceremonias feas
Ritos de concubinas idumeas.

»Amar la imagen del Autor supremo
Adonde mas perfecto respiradese
Es la substancia del delito extremo,
Que tu discurso bárbaro encarece;
Y que no asiste del gobierno al remo
Todo lo que á tu antojo le parece,
Remitiendo al imperio, en que de paso
De tu veneno se derrama el vaso.

»Llévanse á fuer de varios temporales
Los reyes, como el cielo los envía,
Y en votos y plegarias de leales,
De su justicia la igualdad se fia;
No hay otro medio lícito en sus males,
Ni solo es la violencia alevosa;
Las no muy limitadas persuasiones,
Los consejos prolijos son traiciones.

»Y tu brutalidad, que atroz imita
Al caribe voraz, que hambriento vierte
La sangre humana, sediciones incita
El pueblo, y á su envidia le convierte,
El fin de la hermosura solicita,
Y al alma de su Rey traza la muerte;
¿Cómo no llueve fuego prodigioso
Júpiter en tu intento escandaloso.»

No pudo decir mas por el estruendo
Que lo estorbó del pueblo conmovido;
Ya su costumbre bárbara eligiendo,
Todo lo racional quedó vencido,
Y la parte cruel obedeciendo
La rudeza del público alarido,
En repetidas confusiones era:
«Raquel ha de morir, ó Raquel muera.»

Y para que el intento imaginado
Mas breve y fácil mas se ejecutara,
Fue cómplice la caza, celebrado
Divertimiento que el poder ampara;
Arte á las majestades dedicado,
Que la fatiga del reinar repara;
Empresa que las fuerzas ejercita
Y las agilitades habilita.

A los montes salió menos distantes
El engañado Rey, no sin recelo,
Que para vaticinios los amantes
Tienen afinidades con el cielo;
En la primera noche los instantes
Cuenta ausente por siglos el desvelo,
Hasta que á sus errores le convierte
El perezoso hermano de la muerte.

Parécote soñando que los vientos
Remueven juntos la discordia guerra,
Y en todos los etéreos movimientos,
O que se trueca el orden ó se yerra;
Que mudan su lugar los elementos,
Y el sol, no permitiéndose á la tierra,
Así como en el luto de Tiestes,
Retira las demás luces celestes.

Con triste duelo, con funeste llanto
La madre del amor se le aparece,
Y en sangrientos pedazos, de su encanto
Deshecho todo el ídolo le ofrece;
Envuélvese el dolor con el espanto,
Y el ansia congojosa que padeces
Le levanta ó le arroja, si no muerto
O no dormido, bien ó mal despierto.

No lo incierto del sueño le asegura,
Ni en las dificultades se sosiega;
Sabe que no es dichosa la hermosura,
Que todo es fácil á la envidia ciega;
Que no merece parte en la ventura
Quien á los hados perezosos ruega,
Y quisiera ligarse al pensamiento
Para entrar en Toledo por el viento.

De animado relampago se fia,
Al céfiro legítimo heredero,
Que las exhalaciones compaña
Del alma de su dueño; y lisonjero
Tanto esfuerza el aliento en la porfía,
Que arrojado no fuera tan ligero,
Con ansia de alcanzar cada suspiro,
En el vuelo de un sacre ni en el tiro.

Estaba el año de la edad adulta
En el principio con que ostenta ufano
La preñez que en los árboles resulta
De las virilidades del verano;
El alma Cérea con virtud oculta
En verdes mieses multiplica el grano,
Y ordena Juno que Fabonio vuelva
Para esmaltar florífera la selva.

Y aunque la hermosa amante ver quisiera
El calor en la noche remitido,
No deja su epiciclo por esfera
De las divinas luces elegido;
Que si no ajaba de las flechas, era
Taller de los arpones de Cupido,
Con que todos los tiros son mortales,
Afiladas las armas en cristales.

Del lazo, en que se prenden, importuno
Libra los hermosísimos cabellos;
Y para suspenderse en cada uno
Quisiera amor innumerables cuellos;
No fuera su color tan oportuno
Si todo el sol se trasformara en ellos;
Por milagro de amor naturaleza
Juntó la oscuridad y la belleza.

Borrones son las luces con que ordena
De rosicler el alba los colores
Cuando compiten de su tez serena
Con la mezclada lucha de las flores,
En que salen mas veces la azucena,
Y alguna los claveles vencedores;
Solo los labios en que amor reposa
Admiten pura la flamante rosa.

El incendio divino de sus ojos,
Que á vencimientos celestiales pasa,
Para lograr eternos los despojos,
Anima, no consume lo que abrasa;
Y en medio de dulcísimos enojos,
Aun cuando alumbran con la luz escasa,
Hallan las almas, que su ardor condeua,
Abismo celestial, gloriosa pena.

Las demás perfecciones resplandecen,
Reducidas á union tan soberana,
Que la disculpan si la desvanecen,
Y se compiten por tenerla ufana;
En cuantas hermosuras se encarecen
Nunca se vió la humanidad tan vana
Ni con tantas divinas calidades
Para poder triunfar de las deidades.

Perdona, Celia, que retrato humano
Ni á tu belleza original ofende,
Ni la osadía de pincel profano
Emulacion sacrilega pretende;
En tu memoria del dibujo vano
Idólatra mi alma se suspende,
Y en fiel demostracion de mi cuidado
A tí te adoro y á Raquel traslado.

Alzando entonces la fatal cortina,
Nemesis permitió que se mostrara
Que los últimos átomos destina
A la labor de Láquesis avara;
El fin de la hermosura determina.
¡Oh cuánto algun soberbio se templara
Si al juzgarse inmortal, hiciera el cielo
Que de su estambre se corriera el velo!

Ya persuadian al mortal reposo
Del sueño, descendiendo las estrellas,
Cuando le turba ruido temeroso
Que da fortuna de iras y querellas;
Y aunque las voces, por lo numeroso,
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
« ¡ Muera quien nuestra libertad cautiva!
¡ Viva la paz y la justicia viva! »

No cuando al fuego de la cuarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto,
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto;
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto,
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.

Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las hebillas;
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas,
« Traidores », fué á decirles, y turbada,
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo: « Caballeros,
¿ Por qué infamais los incultos aceros? »

« ¡ Una mujer acometeis rendida
Como si fuera ejército enemigo!
¿ Amar á vuestro Rey, correspondida,
Puede solicitar tanto castigo?
Mezclada de mi sangre y de mi vida,
Toda su majestad vive conmigo;
Podrá vuestro rigor verle deshecho,
Primero que sacarle de mi pecho. »

« ¡ Mal pudo á tanto Rey, á imperio tanto,
Resistirse rebelde mi flaqueza;
Estas sangrientas fuentes de mi llanto
Bastan á enternecer vuestra dureza;
Y desta vana compostura, cuanto
Tan ciegamente se llamó belleza: »
Rompió las piedras, suspirando entoncec,
Y se irritaron los vivientes bronces.

Herida ya una vez, « no se remita,
Dijo, con nueva luz lo que merezco;
A tí, causa primera, solicita
Mi alma en la fatiga que padezco;
A tu piedad, sin límite infinita,
El holocausto de mi vida ofrezco;
Anima tú eficaz mi sentimiento,
Y hasta martirio eleva mi tormento. »

Con las venas sin número rompidas
No apagan de los ánimos voraces
El ansia los sedientos homicidas.
Dureza fué de pechos pertinaces
Repetir tantas veces las heridas;
Pero querer hacerlas tan capaces
Que pudiesen salir dos almas juntas,
Clemencia fué de las crueles puntas.

¡ Oh mudanza forzosa en la fortuna
Que vanidad en tu valor blasona!
La que á sus plantas ostentó la luna,
Pareciéndole poco la corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna
Entre la turba vil que la baldona,
Es víctima sangrienta de villanos;
¿ Esto acontece y duermen los tiranos? »

No fué bien de los bárbaros feroces
Ejecutado el prodigioso insulto,
Cuando en las alas de su amor veloces
Y en las tinieblas del temor oculto
Llegaba el Rey, y las dolientes voces
Le fingen un agujero en cada bulto;
Fúnebre luz, que trémula lucía,
Al desengaño trágico le guía.

Reconocióle, y el rigor airado
Acusa de los dioses celestiales
Generoso leon, por esforzado
Y por rey infeliz de irracionales,
Mirando en el semblante destrozado
Las prendas de su alma ya mortales,
Para resucitarlas con bramidos
Pide brutalidad á los gemidos.

En los jazmines pálidos se arroja,
Que deshojados y marchitos mira,
Y explica dolorido la congoja
En la debilidad con que respira;
El clavel, que marchito se deshoja,
Contempla inmóvil, asustado admira,
Y suspendiendo indicios de viviente,
Muestra que siente mas en que no siente.

De los injustos bados al intento
Ya toda la beldad obedecía,
Y con tan apacible movimiento,
Que pudiera lucir cuando vivía;
Al despedirse del postrero aliento,
Para mostrar que el cielo se rompía,
Abrió los ojos, y al cerrarlos luego
Todo lo que alumbró lo dejó ciego.

Dando las señas de su fin constante,
Tres veces se afirmó sobre los brazos,
Y persuadida del preciso instante,
Atropos corta los vitales lazos;
Pártese el alma, y del mortal amante
Sale deshecho en líquidos pedazos
A recibir los últimos despojos
El corazón vertido por los ojos.

Cómo despues de las perdidas horas
Dió el Rey toda la edad al escarmento,
Labrando las virtudes triunfadoras
A su fama glorioso monumento:
Decidió, de Hipocrene moradoras;
Permitase al dolor mi desaliento,
Que voz de hierro durará sonora,
Cuando espira Raquel y Alfonso llora.

FIN DE LA RAQUEL.

EL DEUCALION,

POEMA

DE DON ALONSO VERDUGO DE CASTILLA,

CONDE DE TORREPALMA.

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acerbo fin terrible amago,
Repite ¡oh Musa! si al idioma ibero,
Si á la bética lira, si al halago
De mi sonante rima lisonjero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor dinino.

Y tú del numeroso Apolo, en tanto,
De Mercurio elocuente alto museo,
Suspende para oír mi humilde canto,
A la lira la acción ó al caduceo;
Perdone el fuego á la copela, en cuanto
Sobre el agua cruel pendiente veo
Tu piadosa atención, mientras conoces
Que escorias son de tu crisol mis voces.

Ya la indignada Astrea abandonaba,
Último nûmen, el ínico mundo,
Y ya la férrea edad aprisionaba
Entre muros el antes errabundo
Pueblo; ya mal sufridos levantaba
Sus troncos la ambición, y del fecundo
Tronco de la impiedad y la malicia
Brotaba la licencia y la injusticia;

Tiránico el poder, las leyes muertas,
Venerado el delito, el culto vano,
La piedad falsa, las cautelas ciertas,
El trato fraudulento, el juicio insano,
Erraba el mundo; y á las altas puertas
Del claustro de los dioses soberano
Llamaba con igual desasosiego
La impia queja y el devoto ruego.

Jove la execración mas que el gemido,
Atónito escuchó, y el indignado
Rey del etéreo olimpo conmovido,
Los dioses junta atento y alterado;
Duda el celeste coro, y prevenido
El silencio, con ánimo inflamado
Vierte en la exhortación que los conspira,
Así la majestad, así la lira:

«¿Hasta cuándo, deidades soberanas,
Su engaño el mundo seguirá grosero,
Y el contrario agitar de las humanas
Pasiones coplará su caos primero?
¿Dónde llevan los hombres sus livianas
Mentes? ¿Qué error les odia el verdadero
Bien de la dulce paz, ó qué malicia
Deprava la recíproca justicia?

»La fugitiva Astrea aun no ha librado
Su pûra toga del audaz insulto,
Y á su etéreo solar se ha refugiado
Rehusando indignada el falso culto;
De la fe y la virtud acompañado
Se retira el honor del vulgo inculto,
Y el amor la fraterna sangre olvida,
Y en ella la inocencia huye temida.

»Yace la religión; ¿qué templo, qué ara
Vió rectos humos ni sencillo ruego,
Sin que el voto sacrilego manchara
Mas que la sangre el jaspe, el puro fuego?
Ya en vez de la piedad, ruega la avara
Ansia de suceder, y en culto ciego
Hallar pretenden la deidad propicia
Cómplice de su error ó su injusticia.

»Ya de los anchos términos del mundo
Todo el espacio aun es límite breve
Al humano poder, que furibundo
Tirano, usurpadoras armas mueve.
Entre lagos de sangre el triunfo lamundo
Canta impio, y sacrilega se atreve
A asaltar las esferas celestiales
La ambición de los miseros mortales.

»Vosotros lo decid, que de la insana
Guerra sufristeis los trabajos duros,
Y, afrenta es referirlo, de la humana
Audacia recelasteis mal seguros;
¿Por ventura bastó á la soberana
Mansion la altura de sus claros muros
Para que no intentasen los gigantes
Escalar sus alcázares distantes?

»Mirad ¡oh sumos dioses! profanados
Los templos en honor vuestro erigidos;
Ved en horrenda pûrpura bañados,
Titubear los troncos mal sufridos;
Los inocentes lares apagados
Con sangre ó en incendio convertidos,
Y si aun vive algun justo, opresso duda
Entre argolla servil ó espada aguda.

»Ya de nuestra clemencia escarnecida
Los abusados límites ignoro,
Y temo que humillado piedad pida
Al vano mundo el soberano coro;
O que intente su audacia presumida
A los cielos borrar los astros de oro:
Tanto sufrir infama la constancia,
Y hace complicidad la tolerancia.

«Si tanto se tolera, otro esta silla
Indigno ocupe, y este cetro grave
Rija con débil mano, al cual se humilla
Cuanto en el seno aun del futuro cabe;
El flaco imperio entonces sin mancilla,
La deidad vana de ultrajar acabe
El mundo; mas no á mí, en cuya clemencia
Pende su disoluble consistencia.

«Aun se vibra en mi mano el inflamado
Trisulco, á las maldades prometido,
Que al Pelion sobre el Osa levantado
La alta mole arruinar supo esgrimido;
Aun se oye á Lición encarnizado
Vagar las selvas con nocturno aullido,
Y aun estremece el pardo Lilebeo
Cuando palpita exánime Tifeo.

«Aun hay, Júpiter, dioses; hoy os juro
Vengados; arda en fuego portentoso
El infimo orbe, cuyo vulgo impuro
La última pena pruebe criminoso.»
Tal diciendo, abre airado el limbo oscuro,
Que es sepulcro de Encélado nublado,
Y los adustos cíclopes convoca
Al negro umbral de la tartárea boca.

Ya los fieros ministros fiera exhiben
La enorme llama, y en la fragua etnea
Inmenso yunque prontos aperciben,
Y el sonante martillo á la tarea.
Mas en su inalterable ley escriben
Los necesarios hados que aun no sea
Abrazada la tierra; muda intento,
E impera igual estrago á otro elemento.

Al vago reino del cerúleo hermano
La doninante horrenda vez convierte,
Y «¡oh tú! dice, del líquido Oceano
Grande moderador, mi acento advierte;
La forcejada rienda de la mano
Dura relaja á la cuadriga fuerte,
Deja esta vez tu reprimida saña
Correr libre por la árida campaña.»

Inspira el Jove undoso la sonante
Concha, y el eco vuelve repetido
Horrisono el Triton aun mas distante,
Ronco alentando el caracol torcido;
De las tormentas présago, el nadante
Vulgo de los delirios conmovido
Cruza nadando; el pescador se espanta,
Truena el polo, y el golfo se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa
Eolo la caverna de los vientos;
Huyen silbando de la gruta odiosa,
Y empañan las esferas sus alientos;
Vierto el astro su lluvia procelosa;
Arma Orion sus truenos truculentos;
Aun del aura, aun del céfiro las plumas
Perezosas ventilan negras brumas.

Muge el undoso toro levantadas
Las puntas de sus cuernos litorales;
Al repetido incursu atropelladas
Van huyendo las playas desiguales;
Las ondas prodigiosamente hinchadas
Amenazan las luces celestiales,
Y de negro vapor lluvioso veto
A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascos cauces impacientes
Rompen, y el campo borran inundado;
Los viejos rios, las mojadas frentes
Levantán con horrible ceño airado,
Y las urnas volcando, aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.

Con ímpetu ruinoso los torrentes
Disuelven de los montes las raíces,
Envolviendo en sus tómidas crecientes
Los pueblos y los campos infelices;
Con largo miedo suerte igual las gentes
Esperán de la sierra en las cervices,
Mientras admiran su áspero desierto
De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes; ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero;
La altura en que anidaba la sencilla
Paloma alberga al tiburon roquero;
Los peces se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero;
El risco ya es escolio, y ya á la piedra
Cubren las algas que vistió la hiedra.

El piloto, que al fin de su jornada
Desde léjos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada,
Las faenas duplica y el anhelo;
En tanto de las ondas superada
La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.

Cuál al cercano asilo refugiado,
Torre eminente ocupa ú alta roca,
Y del inmenso piélago cercado,
Crecer ve el agua, y ya su muerte toca:
Cuál corre al templo y á los piés postrado
De idolo colosal clemencia invoca;
Urge el peligro, y olvidando el culto,
Sube á los hombros del gigante bulto.

Cuál de la erguida palma la accesible
Caña trémulo escala, cuál confia
Del afoso nogal al innovable
Tronco, y salvarse en la alta copa fia,
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raíz ceder podria;
Resiste por su mal firme y profunda,
Y el que nadara leño, árbol se inunda.

El viejo labrador, que vió primero
De la turbia creciente arrebata
Su pingüe siembra, su guardado apero,
Y al fin nadar su choza destrizada,
Próvido al monte huye, y el ligero
Vulgo de su familia la erizada
Altura busca, el hombre trabajado,
De la pobre riqueza mal cargado.

Gula el anciano, y de la tierna planta
Del niño la torpeza reprehende:
Mas que la fuga el riesgo se adelanta;
Ya nadie á conservar su carga atende;
Ya del misero viejo se quebranta
El ánimo y la fuerza; mas suspende
La reverencia al hijo: huye esperando,
La mano, el brazo, el hombro al padre dando.

Yacen bajo las aguas sepultados
Los altos templos, los palacios reales,
Y los marinos dioses admirados
Registran los ignotos penetrales;
Ya en vez de las espigas coronados,
Ve Cibeles sus frisos de corales;
Y donde tripudiaban las bacantes,
Coros tejen las driades nadantes.

A las escasas cumbres retirados
Se estrechan en el último recinto,
Los que sin eleccion juntó asombrados
Duro consorcio al ámbito sucinto;
Sin que el pastor los silbe, los ganados
Y las fieras se asocian por instinto
En la cima, que juntos yacer deja
El perro al lobo y al león la oveja.

Crecen las ondas, crece la tormenta,
Y compiten la última esperanza
Los hombres y las fieras; ya es sangrienta
Muerte de uno la vida que otro alcanza;
Desalojar al flaco el fuerte intenta;
Sobre el fuerte el ligero se abalanza;
Huye del toro virgen temerosa,
Y otra al cuello indomado ascender osa.

El fino esposo apenas ocupada
La espalda del caballo belicoso,
Los brazos tiende á la que ya inundada
Su nombre clama en hábito amoroso;
La cadera á la esposa destinada
Ocupa al enemigo, y al dudoso
Trance, que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Lo levanta á los hombros afligida;
Del miedo y de las olas perturbada
En el piélago cae desvanecida,
Y aun en la ansia letal agonizando.
Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban
Las aguas, y al cubrirlas el mar fiero,
De miseros nadantes se escuchaban
Los roncacos vótos y el clamor postrero;
Con monstruosa expansion se dilataban
Las ondas de su espacio verdadero,
Y cuanto mas extensas, menos graves,
El peso no consienten de las naves.

Del líquido sutil humedecidas
Fluye la tierra sus innatas sales,
Y en légamo se funden derretidas
Las eminentes cumbres desiguales;
De los vientos las ondas impelidas
Forman corrientes, y ellas los canales;
Y en vehemente y vario movimiento
Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descollaba
De laureles imanes coronado
El bifronte Parnaso, en que bañaba
Los umbrales del templo venerado
De Témis la onda inquieta, y azotaba
Tan tormentosa el pórtico elevado,
Que al alto friso del sagrado muro
Salpicó de espumoso limo oscuro.

En poca barca prodigiosamente
Del espumoso Ponto sustentada,
Escasa copia sí, pero inocente,
Afligida, mas no contaminada,
Yugo imponía á la soberbia frente
Del mar, freno á la furia desatada
Del viento, aquella de inocencia pura
Celeste inmunidad, salud segura;

Deucalion solo y Pirra por los hados,
Como inocentes raros ejemplares
De virtud incorrupta, preservados
De la culpa y la ruina populares;
Entrambos de los nùmenes sagrados
Cultores pios, que unos patrios lares,
Un tálamo juntó, y en breve pino
Unió el amor y conservó el destino.

Puerto feliz al leño xoroñado
Si poca tierra da la cima breve
Y mucha duda al ánimo turbado,
Cual débil esperanza elegir debe;
Dichoso el buque sí, pero cascado,
Mal otra vez á tanto mar se atreve;
La cumbre escasa bien se representa
Última en la ruina, mas no exenta.

Ya no hay contra quien armen vengativa
Su ira los cielos; Júpiter serena
El ceño torvo, y la violencia activa
De ondas y vientos aplacar ordena;
El mar, cuya tormenta destructiva
Los montes disolvió, ya de la arena
No sufre el peso, y liquidando el seno
De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la etérea Juno
Tiende el gayado manto; el sol renace;
El bramido del ábrego importuno
Cesa, y la nube el aquilon deshace;
Sus rúnicos impetus Neptuno
Templa; la tierra entre las ondas nace;
Huye el mar; y ya en pardos horizontes,
La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yerta
Restituirse el mundo absortos miran,
Y con tierna memoria y vista incierta
La antigua tierra en nueva forma admiran;
Y la llanura en partes descubierta,
Ya las últimas aguas se retiran;
Y las húmedas sierras al sombrío
Valle destilan gota á gota el río.

Llora el orbe desierto el generoso
Nieto de Prometeo, y ¡oh cuán dura
Vida nos guarda el cielo, clama ansioso,
Sobreviviendo á tanta desventura!
Nosotros solo en cuanto luminoso
Febo descubre, de su lumbre pura
Gozamos noche eterna y mar profundo;
Todas las gentes cubre todo el mundo.

»Sola tú, solo yo, con igual suerte
Vivimos; en los dos la especie humana
Fallece ó se conserva, si la muerte
Fiera nuestro consorcio no profana;
Aun con terror la triste vista advierte,
De nubes una y otra cumbre cana:
Si uno faltase ¡qué infelizmente
Sería el otro el único viviente!

»Yo, si tú de las ondas sumergida
Fueses, no escuchén voz tan ominosa
Los cielos, no quedara con la vida,
Ni rehusara los hados de mi esposa;
Mas tú, si de la barca combatida
Caer me vieses á la mar undosa,
¿Cómo pudieras en tan triste suerte
Salvar tu vida ni sufrir mi muerte?

»Pero esta singular, esta de tantos
Riesgos mortales vida combatida,
Don generoso de los dioses santos,
Ríndase á su bondad reconocida;
Suceda la piedad á los espantos,
Y antigua religion la nueva vida
Consagre; sea adoracion profunda
El primer culto de la edad segunda.

»Los dioses de los templos profanados
Y de la desolada tierra huyeron;
Los altares dejaron indignados,
Y de los tardos votos se rieron;
En el etéreo olimpo retirados
Con rostro enjuto el comun llanto vieron:
Solo Témis severa en alto templo
Al castigo preside y al ejemplo.

»Mas si es placable la celeste ira,
Víctima ya á su esajo el mundo ha sido;
Ya tanta ruina á la piedad conspira,
Ya tanta pena el crimen ha abolido;
No en vano á su clemencia la fe aspira,
Que entre sus puras leyes ha vivido:
Honremos la verdad, y escuche luego
El justo nùmen nuestro justo ruego.»

Con medrosa piedad en el limoso
Umbral imprimen la devota planta;
El templo en un silencio pavoroso
Oscuro asombra, é inundado espanta;
Fétido ceno, en vez del religioso
Fuego, cubre profano el ara santa;
Póstranse al frío jaspe; y así en tanto,
Con voz tímida alterna ruego y llanto.

«¡Oh tremendo del mundo criminoso
Inmaculado nùmen, de su ruina
Sola reliquia, y del delito odioso
Inevitable ultriz, Témis divina!
Si en tanto estrago cumplen prodigioso
Su indignacion los cielos, si termina
Su cólera, no sea, cual contemplo,
Venganza estéril tan costoso ejemplo.

»Desolada la tierra, gira en vano
El sol, trayendo al mundo inútil día,
Mientras desierto el orbe del humano
Vulgo, las focas, los delines cria;
¿Serán estos del culto soberano
Dignos ministros en su esfera fría?
No os falte ¡oh dioses! tanto sacrificio;
Porque la virtud viva, nazca el vicio.

»Benignos conservad cuantos ofrece
Héroes grandes, justísimos varones,
La venidera edad, si no perece
La emulada virtud de las naciones;
Aun entre la mas bárbara florece
Rústica religion, y en pobres dones
Honra vuestra clemencia el aldeano,
Como en sus hecatombes el tirano.

« ¡Ojalá como supo el grande abuelo
La humana forma al barro primitivo
Dar ingenioso, y usurparle al cielo
Para llama vital su fuego activo,
Pudiera yo, imitando su desvelo,
Dar nueva gente al tiempo sucesivo!
Mas quien puede implorar clemencia, puede
Cuanto el cielo á los ruegos fiel concede. »

Calló, y de horror absorto religioso
El flébil eco hasta el silencio escucha;
Alta luz mueve el templo, y el dudoso
Animo entre esperanza y temor lucha;
El duro labio aliento prodigioso
Informa; y suerte pronunciando mucha,
Así predice, articulando el vicio
En frase oscura, pero en claro acento.

« Salid, cubrid el rostro, y desceñidos,
Los huesos á la espalda id arrojando
De vuestra madre. » Callan suspendidos
El cruel vaticinio interpretando;
Atónitos vacilan, y afligidos,
Repitiendo tal vez, tal repugnando
Amarga suerte, la que aun no dispensa
Los patrios manes de la impia ofensa.

Rompe el silencio Deucalion: « No yerra
Mi fe, dice; el misterio he descubierto;
Piadosa, no inhumana ley encierra;
Las deidades no engañan, todo es cierto;
Gran madre de los hombres es la tierra,
Huesos las piedras suyos; si el desierto
Mundo poblar el hado así prescribe,
Piadoso y fácil modo nos exhibe. »

Flamea, no ruborosa, á la inspirada
Casta propagacion el rostro cела,
La que del hombro pende desatada
La aun no virginea zona, libre tela;
Forma luego en nupciales imitada
Supersticiosos ritos, que á secuela
Del fausto ejemplo anuncian religiosos,
Copia á la prole, dicha á los esposos.

Con indecisa fe, con titubeante
Mano á la espalda frías piedras tiran,
Y tímida la accion, el paso errante,
La paludosa tierra inciertos giran;
Aun el ánimo duda repugnante
El prodigio que obran y no miran,
Pero constante su piedad prosigue,
Y el fin, que aun esperar duda, consigue.

Vegeta el duro canto, se entenece,
Y tramutado de interior fermento,
De órganos y de humores se enriquece,
Y al vital se prepara movimiento;
Ya de la humana forma haber parece
El primero confuso lineamento,
Cual en dudosas señas de la errante
Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse, y mil términos en vano
El otra vez comun campo produce,
De vario sexo, como lo es la mano,
Cuyo tiro á viviente lo reduce;
En las perfectas formas soberano
Afiato auras vitales introduce;
Mueven, sienten, piensan, hablan, aman,
Y en pueblos por el orbe se derraman.

Las brutas formas, el calor suave,
La templada humedad, la aura fecunda
Imprimen; y la tierra aborta grave
De su primera prole grey segunda;
La fiera montaraz, aérea el ave
De los tímidos céspedes redunda;
Y semiformes los reptiles yacen,
Siendo aun parte del légamo en que nacen.

Desnuda entonces, y jamás vestida
Del antiguo verdor la tierra vuelve,
O por fatal castigo enflaquecida,
O porque el agua su vigor disuelve;
En tener frutos, en escasa vida
Naturaleza su poder resuelve,
Moderando los astros mas propicios
La fuerza en su virtud á nuestros vicios.

¡ Oh de pétreo origen prole dura,
Generacion de mármoles helada,
Cuya rebelde rigidez aun dura
En tus feroces pechos propagada!
¡ Oh feliz tu primera compostura
De barro humilde y de alta luz formada,
En cuya masa tierna y obediente
Aun fué docilidad el ser viviente!

Pudo de piedra á hombre conducirte
La piedad de los dioses; y pudiera
A tu fria inaccion restituirte
Con pena digna su virtud severa;
Solo sus santas leyes reducirte
No pueden de hombre á justo; pues espera
Que quien lo frágil reparando enmienda,
También lo duro quebrantando ofenda.

LA AGRESION BRITÁNICA,

POEMA

POR DON JUAN MARIA MAURI.

CUANDO al volver de las marciales proras,
Que al marítimo inglés opuso España,
Lleva hasta Calpe y las orillas moras
Olas de sangre el mar que á Cádiz baña;
Musa doliente, que el estrago lloras,
Y aspiras á cantar la noble hazaña
Desta bárbara lid, tímido en tanto,
La pérdida ocasion diga tu canto.

A Europa ya asolaba impío Mavorte,
Cuando improvisa ¡astro feliz! del cielo
En medio al coro de su alegre corte
Bajó la Paz en sosegado vuelo;
Y tendiendo del austro al rudo norte
Su manto, cual la noche el vago velo
Que adormece á los miseros mortales,
De Europa un tiempo adormeció los males.

Así rompiendo tempestad fragosa,
Tal vez conturba el celestial palacio
Do Juno ostenta su poder; la diosa
Ordena: al punto en el étereo espacio
Iris descoge el ceñidor de rosa
Que borda el sol con nácar y topacio.
Y huyendo los vientos á sus nuevas bondas,
Rehuye el aire, aquíetanse las ondas.

Hendió mas grata luz la niebla triste (1),
Que es de Londres atmósfera, y le debe
Selva y prado su gala, á par que viste
De sombra la razon, la tez de nieve.
Populosa ciudad, entonces viste
Aquí y allí la alborotada plebe
Agitarse y correr, y mano á mano
Al extranjero apellidar hermano.

Tan solo con frenética porfía
En la tribuna ilusos oradores (2)
Insultaban la paz. El Nilo via (3)
Del yermo así los negros moradores
Contra el astro del mundo y dios del día,
Ciegos lanzar sacrilegos clamores;
Y el dios, girando fúlgido, torrentes
Verter de lumbre en sus oscuras frentes.

Mas la cándida Paz su risa altera,
Que tímida gozarse apenas osa,
Y entre celajes ocultar quisiera
El dulce brillo de su faz hermosa.
Cual niña, que tal vez por voz grosera
Repelida se aflige y vergonzosa,
Busca el regazo de su madre, adonde
Las delicadas lágrimas esconde.

No mas, diosa gentil, no mas receles
Que se atreva á tu luz cólera necia;
Luego hallarás adoradores fieles.
Glorias de Roma y brillos de la Grecia
Hoy ostentando, un trono de laureles
Te ha preparado la inmortal Lutecia (4):
Ven, y gozosa á tu divina planta
El rayo depondrá que al orbe espanta.

Llega al palacio (5), que precede amena
Simétrica foresta, y salva presto,
Presto la plaza, que aun de sangre llena
Figuro, y despedir ambiente infesto.
De aquí, si á Temis sigue el sesgo Sena,
Otro palacio esquivo ¡oh cuán funesto!
Ya sin igual ruidoso laberinto,
Que es de Europa compendio en su recinto.

Dócil, voluble, intrépido, arrogante,
Uniendo en sí contrarios caracteres,
Al galo ve la Paz á un mismo instante
Cubrir los mares, fatigar á Cérés,
Surcar las auras, ocupar brillante
Foro y saraos, pórtico y talleres,
Que á todas partes con acepto influjo
Esparcirán su caprichoso lujo.

Mira al bávaro así, nacion mañosa (6),
Sus mil canales recorrer, y al prado
¡Cuántos bajeles lleva el ancho Mosa!
¡Qué adornos Flora al arenal salado!
Y el habitante en calma igual reposa,
Si bien, mas que su lecho el mar alzado,
Bramando empuje el ténue baluarte
Que al impetu feroz opuso el arte.

Hacia el plácido sur la dulce dea
Ya se vuelve: ¡Humillad la frente adusta,
Gigantes de Pirene! A España vea
Venturosa otra vez, cual noble y justa;
España, á quien la lámpara febea
Jamás niega su luz, señora augusta
De mas reinos que holló con sus falanges
El magno Macedon, deidad del Ganges (7). »

Oriente de tan ínclitos varones
En armas y poder, que á tanta altura
Sublimaron tus bélicos pendones;
Sagrario del honor y fe mas pura;
Por ella, España, en acoger los dones
De la alma Paz no temes, y segura
Luego en tus senos, desatar consentes
De tu riqueza las opimas fuentes (8).

Aquí su olivo el bético Silvano
Despoja, y Baco sus racimos de oro;
Allí cede la oveja á diestra mano
De su vellón el cándido tesoro;
Mientras purpúreo el insectillo indiano,
Ya del Sidonío místico desdoro,
Los albos copos á teñir se apresta,
Cual púdiceo rubor frente modesta.

Se apresta el polvo que en pureza tanta
Copia el zafiro del cerúleo cielo,
Y el tinte, cuyo brillo no adelanta
A las mieses dorando el dios de Delfo,
Con las fragantes hojas de la planta
Que de nuestra region se veda al suelo,
Y los despojos que salaz amante
Vistió de Europa el robador Tonante.

Mas ¡qué otra planta en vistago lozano
Predilecta del sol, frondosa crece,
Y esclavo della el útil africano,
Tal vez con ayes lánguidos la mece?
Liba la abeja alimihares en vano
A cuantas flores primavera ofrece;
Con mas dulzura el tributario arbusto
En nevado panal deleita el gusto.

Deja el rico metal su cuna estrecha
Para bogar por los inmensos mares.
¡Ay! que ya astuta y ávida le acecha
La vil codicia! Altivos insulares,
No os infameis; sin dolo ni sospecha
Juró España la paz; en sus altares
Ardiendo está la antorcha todavía,
De esperanza y contento aurora y gula.

¡Esperanza falaz! ¡Triste contento!
Tal, quien perdido por fragosa sierra
Y en tormentosa noche errando lento,
Oye súbito trueno que le aterra,
Sordo llover y el rebramar del viento,
Ya tiembla que á su pié falte la tierra,
Ya inmóvil imagina el orbe entero
Entregado otra vez al caos primero.

Si en el afán que su valor destruye,
Una pródiga luz próxima advierte,
¡Oh cuál su pecho al gozo restituye!
¡Cómo el pavor en júbilo convierte!
¡Dónde vas? ¡Ay de ti! Misero, huye
Esa pérfida luz, astro de muerte,
Que á ser despojo al caminante lleva
De infame hauda en espantosa cueva.

Dejando atrás los límites del mundo,
Adonde del Cocito al margen toca,
Voraz, inmenso bátrato profundo,
Que turbias llamas por la vasta boca
Vomita, hirviendo siempre, y ceno inmundado,
En la que mas despunta, áspera roca,
La feroz hija de Pluton y Alecio,
La Discordia, labró su albergue infecto.

Desde él escucha horribles serpientes (9)
Silbando, aullar los infernales perros,
Y hostigando á las sombras delinquentes,
Mil chasquidos crugir; los triples hierros
Que arrastran, rechinar, y mil dolientes
Gritos henchir sus lóbregos encierros.
Mas no le basta aun; lenta la Parca,
Y ociosa está, á su vez, la estigia barca.

«¡Qué importa, dice, á mi furor tan presto
Romper la paz, y que émulos insanos
Respiren otra vez mi ardor funesto,
Galo y breton? ¡Qué sirve armar sus manos,
Si los sujeta al piélagos interpesto
Su encono á desfogar con ecos vanos,
Y en ambas playas, cual de arado inerme,
Sin sangre el hierro está, y el bronce duerme?

»Mas ¡ya no soy la que en dogal estrecho (10)
Cambio el abrazo fraternal, y torno
En tumba de venganza el casto lecho?
-Viboras, de mi frente horrible adorno,
Bajad, heridme en el fecundo pecho!
Brote á raudales, con su hiel en torno,
Nuevas artes de mal que adentro encierra;
Vierta en la paz las furias de la guerra!»

Dice, y veloz alzándose, la pura
Atmósfera del globo señorea;
Mas ya ha depuesto su letal figura,
Torvo mirar y la incendiaria tea;
De la que siempre atesorar procura,
Y mientras mas adquiere, aun mas desea,
De la codicia estéril, anhelante,
El porte adopta y pálido semblante.

Alado cetro, aligero calzado,
En dos alas ciñéndose la frente,
Adaptase tambien, cual ve pintado
Su protector (11), la lucrativa gente.
Ya azota el aire en vuelo arrebatado,
Y el aire gime al rebatir frecuente;
La mortífera flecha voladora,
Menos rápida así, silba sonora.

Al pié de un monte ameno (12), en verde llano
Que artificioso césped entapiza,
Besando el sollo del poder britano,
El Támesis en calma se destiza;
Su espalda azul, rival del Oceano,
Semeja, tal con mástiles se eriza,
La no remota selva, á quien renombre
Diera el Cantor-Filósofo del hombre.

Ve la náyade allí, cerca del puente (13),
Que dos-fangosas márgenes oprime,
Vecino al mar y el último al oriente,
Un monumento de que el sabio gime;
Injurioso padron que al mundo miente,
Y envuelta allí, su cúpula sublime,
Junto al arco central un templo asoma (14),
Emulacion del tutelar de Roma.

Por cima, en pos del insular Senado,
La Discordia solicita con ala
Rápida pasa al pantéon nublado,
Que héroes, sabios y principes iguala.
Aquí del arco de occidente al lado (15),
A su carrera el término señala,
A tiempo que del monte al llano cae
La noche, y dulce calma al hombre trae:

Ya la facción reinante en Inglaterra
El privado banquete reñía (16)
Do, cantando Evohé (17), los planes cierra,
En que estragos y lloro al mundo envía.
Entonces encender su nueva guerra
Danubio y Reno, y aun la Nera fría
Meditan, cuando entre ellos de repente
Al fingido Mercurio hallan presente.

«¡Vedme! prorumpo: El núnem soy que mando
Los hados de la bélica Bretaña,
Y en perenne balanza estoy pesando
Cuanto á sus lucros á conviene ó daña;
Culpado os he de lentitud: ¡á cuándo
Dilataréis acometer á España,
Que, reina de otro mundo, á Tétis muestra
Flotas, despojo fácil de la vuestra?

»Ved cuál, amante de la paz, prodiga
Su opulencia... ¡Y á quién!... ¡Pléda! presto;
¡Acometed! — En la regente Liga
¡Hay quien á la ambición hermano un resto
De antiguo honor, que á responder le obliga.
«— ¡Perjurarse! ¡Invasión! ¡Nuncio funesto!
¡Ay! que mi patria á perdición se arroja
Al punto que esas máximas acoja.

»No espere fe quien á la suya falta,
Ni leyes dar quien huella la justicia,
Ni vence aquel que al indefenso asalta,
Ni sirve al pueblo quien sus almas vicia.
Y si es verdad que de Albion el alta
Agigantada mole se desquicia,
Caiga Albion; mas, víctima primero
Que de su iniquidad, del noble acero.»

A tales voces centelleando: «¡Es esta,
Exclama el núnem, la nación que inspiro?»
Y terrible, espumante, el cuello cabiasta;
Ruge, y veloz, con invisible tiro
A cada pecho una serpiente asesta,
Que flexible, ondeante, en sesgo giro
Arrastrándose, busca á donde prenda,
Y de oro en sed hidrópica le encienda.

Su aliento luego, pestilente plaga,
Con las nubes que esparce allí Liéo (19)
Mezclando, á todos la memoria apaga,
Cual entre nieblas del mortal Leteo.
Cual la mente el mirar confuso vaga;
Vibra la Furia el falso caduceo,
Y los sumerge á la región profunda,
Que en rico mineral pródiga abunda.

Si bien Pirene en puntas de diamante
A las etéreas auras se sublima,
Y del golfo Tirreno al mar de Atlante
Los recios brazos tiende y faldia opima;
La esmalta Céres con pincel brillante,
Mientras marmórea nieve orla su cima,
Y se derrumba en rugido torrente,
O se liquida saludable fuente;

Si Apenino en su altura excelso niega
Que humano pié sus términos transite,
Y antes allá se espacia en grata vega,
Que al delicioso Eden quizá compite;
Y humillándose mas, rendido llega
A perderse en la concha de Anáfrite,
A un lado envuelto en olas espumosas,
Al otro en frutos y adorantes rosas;

Débil remedo son de la alta, ingente
Sierra adusta y feraz, trono de Páles (20).
Quealzando, en medio al ecuador, la frente (21)
Del austro vió los yermos arenales,
Y eslabonando fué la zona ardiente,
Y va á encontrar las osas boreales;
Que tanto en montes se enriacó fecundo
El hemisferio occidental del mundo.

Donde, á par de la cumbre áspera, inculta,
Horrída, veis hermosos bosques frios;
No los barrancos que el verdor oculta
Abismos son y piélagos los rios;
Y un monte y otro monte allí sepulta
En cavernosos cóncavos umbrios
El rojo mineral y terra plata,
A los hijos del sol dávida ingrata.

Centros que taladró con hierro duro
Armado el hombre, y portentosos techos
Que encorva audaz, sustentalos seguro
Firmes columnas levantando á trechos;
Mas, retumbando el subterráneo muro.
Miro, y peñascos estallar deshechos (22),
Y entre sulfúrea nube y parda arena
Su brillo traslucir la ansiada vena.

¡Cuál se alborozó al columbrar su brillo
La británica junta alucinada,
Que prestigioso el infernal caudillo
A estas internas bóvedas traslada!
«¡Vuelva el fuego á tronar; caiga el martillo,
Suba, y caiga otra vez; la honda quebrada
Hoy ahóndese mas; esclavos, ea,
Los hornos irritad, arda la tea!

» ¡Arda, y mas oro á descubrir nos lleve!»
Dicen, y en pos de resplandor lejano,
Pidiendo van que su mirar se cebe
En pilas de metal; ¡metal tirano!
Si al mundo todo su poder consume,
Ved en su cuna ensangrentada mano
Buscarle; entre miseria y llanto nace:
Fruto del crimen, criminales hace.

Ya pisan otros ámbitos; ahora
Es oro cuanto ven; dorados bronce
Sustentan la áurea cúpula sonora;
De oro las puertas son, de oro los gouces;
La fuente es oro líquido; se dora
El aire con los hálitos; entonces
A fuer de tanta magia, ebrios deliran,
Y oro tan solo y frenesi respiran.

Y á otra señal de la tatarrea maga
Ven disiparse bóvedas y muros,
Y de éter bañar la esfera vaga
Naciente aurora con albores puros;
Y un adormido piélagos que halaga
Con ala afable el céfiro, y seguros,
A la merced de su dominio blando,
Cuatro bajeles plácidos bogando.

— «Cargados van del mineral luciente
Que ansiando estáis, y os robarán; las horas
Vuelan; ¡acometed!» — ¡Discordia, tente!
Estas no son las naves robadoras,
Que de Esparta hácia el parco Simoénte (23)
Por ti lanzaron las nocturnas proras,
Robando á Atrida su consorte bella,
Y sus tesoros y el honor con ella.

(24) Cual la diosa, á quien árbitra su mano
Brindó su poma (25) disputada en Ida,
Prendó los ojos al garzon troyano
La Tindárida (26) hermosa agradecida;
Boga con ella seductor y ufano,
Y las sirenas que su voz convida
La claman en dulcísimos cantares:
«¡Salve, Cítéres, hija de los mares!»

¡Ay! ¡Qué de sangre á tu cuchilla impura
Prepara, oh diosa atroz! ¡Cuál te recreas
Contemplando esa fácil hermosura
Que en mal hora verán las puertas Sceas! (27);
Castiga, es justo, la traicion perjura (28);
Mas hoy las naves que en dañar te empleas,
Alegres llevan á la patria orilla
Legítima riqueza y fe sencilla.

— «Cargadas van del mineral luciente
Que ansiais; acometed!» — En son tremendo
Así concita á la britana gente
Erinnya (29) otra vez; y al fin mordiendo
Al corazon la férvida serpiente,
Que antes les arrojara el monstruo horrendo,
Ciegos, furiosos, abrasados braman,
Y «¡acometer! ¡acometer!» exclaman.

No bien pronuncian el decreto infando
Que repetido, irrevocable cunde,
Y es el estrago irremisible, cuando
De azufre y pez en torno se difunde
Fétida nube, y bronca á par tronando,
A los abismos la Discordia se hunde
Rauda, que ya feroz contar le tarda
Las infinitas víctimas que aguarda.

Prosigue en tanto navegando leda
La pacífica armada, y gratas olas
Pide á la mar propicia le conceda
Hasta avistar las playas españolas;
Cuyas almenas alegrando, pueda
Enarbolar flamantes banderolas,
Y con salva sonante rompa el sueño
De la que espera fiel su ausente dueño.

Así, depuesto el sanginario brío,
Libre y señor del valle placentero,
Llega y saluda el frecuentado río,
Alborozado el alazan guerrero (30);
Y campeando en noble señorío,
Lozano, hermoso, impávido, ligero,
Al aire da las crines vagarosas,
Y amante solicita sus esposas.

Vaga sin recelar que artero lazo
Que el interés en asechanza tiene,
Lanzado á su cerviz por ágil brazo,
A servidumbre indigna le condene;
Próximo así de su llegada el plazo,
Leda la flota navegando viene;
— «Mas, ved: ¡son nubes, ó remota sierra?

¡Tierra, tierra, piloto, tierra, tierra!
» ¡Albricias! Vengan las votivas copas,
Y el mas puro licor que el cedro encierra;
Al marinero y militantes tropas
Viértase. Aterra-té, náutico, aterra.
Mas... ¿qué otras naves?... Las subidas popas
Manifiestan alcázares de guerra.»
— Sí; y vuelan, llegan, y á ceñiros vienen,
Alzan bandera y el cañon previenen.

Fatídico furor mi pecho inflama;
Musas del Ebro, ¡engrandeced mi canto!
Altivo suba al templo de la Fama,
Baje también al reino del Espanto;
De nobles manes la memoria clama
Holocausto mejor que luto y llanto;
Oíd do quiera que mi voz alcanza
Lúgubres ecos responder: «¡Venganza!»

«¿Qué aparato agresor? ¿Cuál es tu empresa?
El español prorumpo: ¡Acaso pudo
Entre mi patria y la nacion inglesa
Ya disolverse el amistoso nudo?» —
«No: responde el breton, la paz no cesa:
Tal vez de tu Monarca el regio escudo (31)
Nos cubre en Francia; en Londres se descoge
Su pabellon; España nos acoge.

» Ríndete empero al punto, y nadie intente
Resistir; obedece.» — «Antes abiertos
Los abismos del mar naves y gentes
Hundan; sus héroes destrozados, muertos
En esta inicua guerra Anglia lamente;
Del galo invicto atónitos los puertos
Oigan romper tronante el bronce y trompa;
¡Españoles, en tanto, el vuestro rompa!

«—Indefensos estáis;—lo sé, lo sabe
 Quien al cauto agresor el rumbo traza;»
 A vuestro lado á la niñez suave
 Y al dulce sexo débil amenaza;
 Esa misma opulencia en cada nave
 ¡Peso fatal! la abruma y embaraza,
 No hay esperanza de vencer; mas llenos
 De honor, morir lidiando ansiáis al menos.

Id y cerrad, y buque á buque embista;
 Tórnese en rayo el hierro, en furia el arte.
 Mas ¡cielo! ¡Qué espectáculo mi vista
 Hiere con mas horror que el mismo Marte?
 Como ligera revolante arista
 Arde, ó centella rápida que parte,
 Los árboles abrasa, y ve el estrago
 El pastor antes que se oyó el amago;

Ese bajel ¡ay triste! ardió (33); subiendo
 Del agua al aire va la nube lenta,
 De llama y humo en remolino horrendo,
 Con mil vidas cargada: ¡ay Dios! Violenta
 La combustion con espantoso estruendo
 Tronó; sobre su espalda empero ostenta
 Hirviendo el mar errátiles despojos,
 Del humo negros, ó con sangre rojos.

Y una mujer... ¡oh suertel... Dulces prendas
 De conyugal amor la dió Lucina;
 Tres vírgenes ya tímidas ofrendas
 Que al pudoroso tálamo destina,
 Y un noble jóven las salobres sendas
 Surca, y con ellas y con él camina;
 Y su esposo... ¡infeliz!... Lidlar le cabe,
 Y al hijo, á par del jefe, en otra nave.

¡Quién la escena de horror habrá que cuente,
 Oh misero Alvear! que viste, yerta
 La sangre, cadavérica la frente,
 Que el pelo eriza en crin; cárdena, abierta
 La boca; envueltos como en ascua ardiente
 Los ojos... ¡ilanto no!... la vista incierta,
 Anudada la voz en la garganta,
 Trémalo el cuerpo y con inmóvil planta!

Tu matrona animosa, á un leño asida
 Con el siniestro brazo, en él suspende
 Una de aquellas almas de su vida;
 Otra á la blanca túnica se prende,
 Otra, á merced del piélago mecida,
 A su madre infeliz, lánguida, tiende
 Las inválidas manos.—«¡Ven!»—Al ruego
 Sordas las ondas, se la ocultan luego...

Mas torna á verse; de hermosura el sello
 Guarda el pálido rostro todavía,
 Y una cinta con ámbares el cuello,
 Dádvas de su hermano en dulce día.

Ya en un valven el hámedo cabello
 Su madre pudo asir; la mano fría
 Ya estrecha, ya se juntan; ¡ay! de pronto
 Rómpele el leño y trágalas el Ponto!

Musa, treguas me da! Mi pecho cede
 Al peso del dolor, ni tú resistes:
 Lánguido alzarle tu pincel no puede,
 Y sofocan mi voz lágrimas tristes.
 Mas tu favor constante me concede;
 Que no se apague el fuego que me distes,
 Y mas que nunca el corazón doliente
 Con santa indignacion hervir le siente.

Liévase el agresor, liévase, guarde
 Los tesoros que ansió con tanto anhelo;
 Liévase en ellos su traicion cobarde,
 El odio y maldición de tierra y cielo.
 Vaya de su victoria haciendo alarde;
 ¡Victoria infame! que en amargo duelo
 Convertirán con vengadora furia
 Los que lloraron la alevosa injuria.

Si, que implacable genio en vano un día
 ¡Oh de estrago y dolor era reciente!
 Sobre los senos de la patria mia
 Del mal vertió las urnas de repenta.
 Llega á saciarse de la Parca impia
 Con tanta mortandad la sed ardiente;
 Mas no las fuentes del valor se agotan,
 Que héroes sin cuento las cenizas brotan.

¡Ay! que los manes su letal reposo
 Rompen; con ayes lastimeros llena,
 Y el aire turba un livido coloso;
 Quéjase herida por el mar la arena;
 Otra lúgubre voz del centro andoso
 Trasciende, y en querella aguda suena;
 Y del viento los ásperos silbidos
 También imitan funebres gemidos.

Ecos son de venganza; á nuevas lides
 Prepárate con noble confianza,
 ¡Oh patria mia, que aun Bazanes, Cides
 Ves, y Pelayos que te dén venganza!
 Y el Dios tal vez, á quien favor le pides,
 Contra la iniquidad sus rayos lanza;
 Él, que del aire y de los orbes dueño,
 Los hace estremecer con solo un caño.

De esta agresion, ministros inhumanos,
 Temed, temblad el brazo justiciero!
 Temblad con mas razon, viles tiranos,
 Que osasteis concertar crimen tan fiero!
 Ni patria os quedará, ni amor, ni hermanos!
 Eterna execracion del mundo entero.
 Jamás en vida vuestro ansiar sosiegue,
 Y hasta el seno de paz la tierra os niegue!

RELACION

DEL COMBATE DE LAS CUATRO FRAGATAS, EXTRACTADO DEL DIARIO DE NAVEGACION DE DON DIEGO DE ALVEAR, CAPITAN DE NAVÍO, MAYOR GENERAL Y SEGUNDO JEFE DE LA DIVISION.

La division se componia de cuatro fragatas: la *Medea*, la *Fama*, la *Mercedes* y la *Clara*; y veian á las órdenes del jefe de escuadra don José de Bustamante y Guerra, habiendo salido de Montevideo el día 9 de agosto de 1804 con destino á Cádiz, y tenido una navegacion feliz, si se exceptúa el desarrollo de unas calenturas malignas entre las tripulaciones, que debilitaron mucho á la gente. El día 3 de octubre dieron vista á las costas de España, esperando entrar á la siguiente mañana en Cádiz; por lo que navegaban tranquilas y gozosas, habiéndose cerciorado repetidas veces, y muy particularmente aquella misma mañana, por un buque dinamarqués, de que la neutralidad de España la conservaba en paz con Francia é Inglaterra.

«La *Clara*, dice Alvear, hizo á este tiempo señal de tres velas al primer cuadrante, que á las ocho se conocieron ser cuatro, que hacian por nosotros; y recelando ser buques de guerra, se puso la señal 248 de zafarrancho de combate, y sucesivamente la de formarse (127) en línea de tal, mura á babor; orden natural que se ejecutó con prontitud, quedando la *Fama* por cabeza de línea ó á vanguardia, la *Medea* y *Mercedes* en el centro y la *Clara* á retaguardia, como estaba ordenado desde nuestra salida de puerto en las tablillas correspondientes. Seguíamos en esta disposicion con todo aparejo nuestro rumbo E. N. E. á vista ya de toda la costa del cabo de Santa María, pues á eso de las nueve se demarcó Montefijo al N. E., 8° E.; á cuya hora, ya próximas las embarcaciones, reconocidas ser fragatas de guerra inglesas por su bandera, y de crecido porte, cargamos nuestra insignia y bandera de popa, y se fueron colocando cada una por el través de las nuestras respectivas conforme iban llegando á barlovento. La de nuestro través, que era la principal y la mayor de todas, nos preguntó en inglés por el puerto de nuestra salida y de nuestro destino, y se le respondió en el mismo idioma *que de la América para Cádiz*. Entonces se quedó un poco atrás, por haber cargado su mayor y juanetes; disparó un cañonazo con bala, tal vez para afirmar su bandera ó para que la aguardásemos y hacernos alguna otra pregunta, como lo hicimos, metiendo en facha la sobremesana y cargándola sobre juanetes: ella marcó los suyos y la mayor, y acercándose nos dijo «que iba á enviar su bote con un oficial». Entretanto se puso la señal de estrechar mas las distancias, y seguidamente la 310 de puerto, que repetía la orden de zafarrancho y preparacion al combate. A eso de las nueve llegaría el bote al costado, y subiendo el oficial inglés, dijo en pocas palabras á nuestro general, por medio de intérprete, de parte de su comodoro que «se hallaba con orden de su majestad británica para detener esta division y llevarla á Inglaterra, aunque fuese á costa de un refido combate, para cuyo solo y único objeto habia venido con aquellas cuatro fragatas de gran fuerza, bien pertrechadas y marineras, tres semanas antes, en relevo de otra division que habia estado con igual encargo... y que por lo tanto, no estando declarada la guerra entre las dos naciones, ni teniendo orden de hacer presas ni detener ningunas otras

embarcaciones, le parecia á su comodoro debíamos evitar la efusion de sangre y dar cumplimiento á la enunciada resolucion de su Soberano, siendo un partido decidido, y de que no podia prescindir.»

»Nuestro General, que sin necesidad de intérprete habia entendido muy bien aquella relacion, y aun habia dicho al inglés en su propio idioma si podrian entrar en algun otro puerto de España que no fuera Cádiz, donde notoriamente se daba por sentado y aseguraban las noticias públicas bloqueaban á varios buques franceses; á que se respondió exclusivamente y ya con cierta aceleracion y desasosiego, diciendo que le llamaban de su fragata: ordenó se reuniese brevemente toda la oficialidad, la cual, á vista de un caso tan extraordinario, é instruida por el mismo General de las órdenes con que se hallaba de su majestad (que Dios guarde) de haber de sostener con honor, en caso de ataque, la gloria de sus armas, pensó si podrian tomarse algunas treguas, examinando el asunto y enviando un oficial á bordo del comodoro. A este punto el inglés, que se habia salido al alcázar, hizo señal á sus buques con un pañuelo blanco, y diciendo al intérprete que volvería por la decision del Consejo ó Junta de guerra, se retiró en su bote. Decididos todos nosotros entre tanto por el partido mas glorioso del combate antes que ir á otros puertos que los de la Península, como lo ordenaba el Rey y exigía el honor de su pabellon, tomó cada cual su puesto, aguardando las resultas, pareciendo increíble llegasen á verificar las vias de hecho con que nos habian amenazado. Mas apenas llegó el bote á su fragata, nos tiró esta un cañonazo con bala, que sirviendo de señal á las otras, la emprendió cada una con la suya, siendo la primera la del costado de la *Mercedes*, que la dió una descarga cerrada de fusilería y artillería, y respondiendo toda nuestra division con una prontitud y oportunidad que no podia aguardarse de tales circunstancias, se hizo en aquel momento el fuego general. Sería esto como á las nueve y cuarto, ó poco mas; y á la media hora de un fuego bien nutrido y sostenido por una y otra parte fué servido el Señor de las victorias conceder á nuestro enemigo una ventaja decisiva, que hasta allí no habia podido conseguir con la gran superioridad de sus fuerzas, afligiéndonos á nosotros con un incidente de los mas desgraciados y tremendos. ¡Saltó la *Mercedes* por los aires con estruendo horrible, cubriéndonos de una espesa lluvia de ruinas y de humo! y doblándonos sin perder instantes la fragata que la batía, acabaron bien pronto entre las dos todos los recursos y medios de defensa.

»La *Fama*, que previó luego nuestra triste situacion y sus inevitables consecuencias, fué forzando de vela, y nadie pudo desaprobár su conducta. La *Medea*, metida entre los fuegos de dos fragatas, las mas poderosas, de artillería de á veinte y cuatro y coronadas de cuarenta y dos, servidas con llaves, desarbolada, con sus dos palos de mayor y mesana atravesados, la verga seca hecha trozos, faltos los principales cabos de labor, varios obenques y brandales; sin escota ni estay mayor, baza, driza y escotín de

gavia y juanetes; partidas ó acribilladas todas sus velas, y en una palabra, enteramente desmantelada y sin gobierno. Y lo que es mas, toda su gente abatida y llena de consternación por el reciente é infeliz suceso de la *Mercedes*; no pocos heridos y muertos, retirados muchos mas y escondidos sobre cuarenta, á título de convalecientes: la *Medea*, digo, no es extraño se viese en la dura necesidad de arriar su bandera, como lo dispuso nuestro General de comun acuerdo á eso de las diez y media, oído uno por uno el voto de todos, oficiales, comandante y mayor, que no discreparon. La *Clara* no obstante siguió todavía batiéndose como un cuarto de hora, hasta que cargada por las demás, la obligaron á rendirse. Entonces la de nuestro costado de sotavento emprendió también la caza de la *Fama*, que continuaba asimismo batiéndose en retirada con la suya respectiva, y que á larga distancia, con rumbo á Cádiz ó al Estrecho, se perdieron todas tres de vista como á las tres de la tarde, oyéndose aun los últimos cañonazos. (Al cabo fué alcanzada y presa.)

» A eso de las once del día, ó poco despues, vinieron á bordo los ingleses con alguna tropa y marinería para hacerse cargo del gobierno y composicion de la fragata, que habia quedado, como se ha referido, muy desmantelada; y lo mismo practicaron con la *Clara*, trasbordando la mayor parte de sus tripulaciones á bordo de las suyas con algunas otras providencias y precauciones no ajenas del caso; pero en todo con la mayor urbanidad y atención, sin tocar á nuestros equipajes ni armas ni tratarnos como prisioneros de guerra, y sobre todo permitiendo á nuestro General y al mayor se quedaran con algunos otros oficiales, capellanes, cirujanos y asistentes que gustasen: siendo uno de los primeros cuidados de todos despues del combate que los botes fueran en diligencia á los despojos que habian quedado de la *Mercedes*, por si podian salvar alguna gente, como lo ejecutaron con increíble celeridad, acercándose tambien una de las fragatas, y lograron recoger hasta cincuenta individuos de la tripulacion, incluso el segundo comandante y teniente de navio don Pedro

Afan, que hallaron sobre los troncos y resto del castillo, que aun se conservaba, habiendo perecido todos los demás, en que se cuenta la familia del mayor, que escribe este *Diario*, compuesta de su mujer doña Maria Josefa Barbastro, cuatro niñas, Manuela, Zacarias, Maria Josefa y Juliana, y tres niños, Ildefonso, Francisco Solano y Francisco de Borja, que eran los siete hijos que iban con su madre, no pasando ninguno de ellos de diez y siete años de edad, con otro sobrino que la acompañaba y un dependiente y cinco esclavos sirvientes, el padre y cuatro hijos; no restándole al anunciado de tan infeliz desastre mas hijo que Carlos Antonio, cadete de dragones de Buenos Aires, portaguén de la expresada capital, que le acompañaba en la *Medea*; habiendo perdido tambien en el servicio de su majestad á su hijo mayor Benito en la peste de Cádiz, cuando apenas principiaba la carrera militar de su padre en el cuerpo de Reales Guardias Marinas del departamento de Cádiz.

» Las cuatro fragatas inglesas eran de la fuerza siguiente:

Nombres.	Capitanes.	Cañones.	Dotacion.
<i>Indefatigable.</i>	Moore.	46	330 hombres.
<i>Lively ó Ligera.</i>	Hammonet.	50	280 —
<i>Amphion.</i>	Sutton.	36	250 —
<i>Medusa.</i>	Gore.	43	280 —

» Las cuatro fragatas españolas, cargadísimas y con muchas personas de transporte, eran de la fuerza siguiente:

Nombres.	Capitanes.	Cañones.	Dotacion.
<i>Medea.</i>	D. Francisco Piédrola.	46	279 hombres.
<i>Clara.</i>	D. Diego Aleson.	38	264 —
<i>Fama.</i>	D. Miguel Zapiaín.	34	264 —
<i>Meroedes.</i>	D. José Goicoa.	38	283 —

» En esta perecieron doscientas cuarenta y nueve personas, incluidas ocho mujeres y varios niños que venian de transporte.»

NOTAS.

(1) Se atribuye á las nieblas de Inglaterra la frondosidad del pais y la brillantez comun del color de sus naturales. Asimismo la especie de enfermedad tétrica de que adolecen, vulgarmente llamada esplin (*spleen*).

(2) Varios individuos del Parlamento de la faccion adicta á Pitt, quenes bajo el anterior gobierno de este habian tenido parte en la administracion, impugnaron con el mayor teson y vehemencia los preliminares de Londres, y despues la paz de Amiens. Fox, hoy secretario de Estado para los negocios extranjeros, aunque en oposicion con el ministerio que habia concluido aquel tratado, siempre habló en favor de la paz.

(3)

*Le Nil a vu sur ces rivaiges
Les noirs habitants des déserts
Insulter par leurs cris sauvages
L'astre éclatant de l'univers.
Cris impulsifs, fureurs bizarres !
Tandis que ces monstres barbares
Poursuivaient d'insolents clameurs,
Le Dieu, poursuivant sa carrière,
Versait de torrents de lumière
Sur ses obscurs blasphémateurs.*

(LE FRANC DE POMPIGNAN.)

(4) Lutecia; antiguo nombre de Paris.

(5) El palacio llamado de las Tullerías, hoy habitación del Emperador; el jardin del mismo nombre; la plaza de Luis XV, donde en tiempo del terror se ejecutaban las sentencias de muerte; el rio que atraviesa por Paris; el palacio de la Justicia, el cual reúne todos los tribunales; el palacio llamado Real, que fué morada de los duques de Orleans y primer centro de la revolucion. El mismo edificio encierra paseo, fondas, cafés, tiendas de todos géneros y comestibles, obradores de todas las artes y oficios, casas de juego, casas de préstamo, casas de disoluciones, teatros, liceos, y el Tribunado.

(6) La Holanda; su rio principal que baña á Rotterdam; los canales en cuyas aguas los buques mayores navegan por medio de las ciudades y de los campos; el arte que sobre arenas y en los parajes mas áridos ha sembrado la vegetacion; los diques que contienen el Océano y al Zuydersee á una altura superior al nivel de la de los edificios.

(7) El Ganges; rio de la India, donde Alejandro recibió honores divinos, habiendo pasado á la conquista de aquel imperio inmediatamente despues de la de Egipto, y que el oráculo de Júpiter Ammon le hubo declarado hijo de dios.

(8) Siguen indicados los principales productos de España y sus indias; aceites, vinos, lanas, cochinilla, afil, palo de Campeche, tabacos, cueros de Buenos-Aires, azúcares, oro y plata.

(9) *Hinc exaudire gemitus et sacra sonare
Verbera, tum stridor ferri tracleaque calceas.*

*Continuo sonites ultrix accincta flagello
Telephona quatit insulana.*

Stygiaque canes ululare per umbras.

(VINO. Aeneid., Lib. vi.)

(10) *Tu potes unanimes armare in praesilia fratres;*

*Tibi nomina mille,
Mille nascendi artes. Fecundum concute pectus;
Disjice compositam pacem, aere crimina bell.*

(VINO. Aeneid., Lib. vii.)

(11) Mercurio, dios del comercio....

(12) El monte de Richmond, la llanura de Kent, los prados artificiales de Inglaterra, el río de Londres, la selva de Windsor, cantada por Pope, autor de *El Ensayo sobre el hombre*.

(13) El puente llamado de Londres, situado en el barrio del Comercio.

Un monumento de que el sabio gime....

La columna llamada también de Londres, colocada en una plazuela inmediata a aquel puente. En su base se lee haber sido los católicos romanos los autores del incendio, en cuya memoria fué erigida. Pope, que era de familia católica, zahiere tan injuriosa y falaz inscripcion al principio de una de sus sátiras en los dos versos siguientes:

*Where London's Column, pointing to the skies,
Sits a tall Bully, lifts his head and lies, etc.*

En castellano: «Donde la columna de Londres, apuntando al cielo, como un corpulento baladron alza la cabeza, y miente, etc.»

Deseoso de contribuir cuanto me fuese posible a la misma justa vindicta y revolver contra los sectarios las armas de que suelen abusar en ofensa nuestra, al llegar a este punto, le traté con bastante extension.

Pareciéndome despues demasiada para un episodio, determiné presentar el trozo entero aparte en esta nota:

Ve la náyade allí cerca del puente,
Que dos fangosas márgenes oprime,
Vecino al mar, y el último al oriente,
Un monumento de que el sabio gime;
Injurioso padron que al mundo miente.
¡Oh musa de verdad, párate y dime
Cómo al pueblo animara á un tiempo mismo
Cívico celo y elego fanatismo!

En su gran capital ávida presa
Hizo la llama; al ímpetu violento
Del aquillon, prestisima atraviesa
De uno al otro edificio, y ciento y ciento
Arden; del humo entre la nube espesa
Ya en los altos reluce; árdese el viento,
Todo es fulgor, y el Tamesis al lado
Repite el fuego en su cristal helado.

Y cunde; ardiendo están calles enteras;
Por todas partes la ciudad se abrasa;
¡Incendio atroz! — Cesó; ni rastro vieras
Del templo humilde y la modesta casa.
Solo esqueletos son las moles fieras,
Y alcázares escondo enorme masa
De escombros y ceniza; ¡ay Dios! y humanos
Cuerpos, ya polvo y simulacros vanos.

Decreta el pueblo con ofensas plias
Al cielo alzar votivo monumento,
Donde recuerde en venideros dias
Aquel estrago y victimas sin cuento.

¡Qué hábito de pestíferas arpias
Indicó su religioso intento?
Qué maléfico sér, siempre velando,
Torció la senda al seducido bando?

El monstruo, ya lo dije, el monstruo horrible,
Del culto que á su Dios el hombre ofrece
Torvo profanador, y mas temible
Cuanto mas santa su intencion parece,
Sedicioso, falaz, rauda, terrible,
Que débil al nacer, súbito crece,
Y oprimiendo con férrea planta el suelo,
Esconde el ceño hipócrita en el cielo.

Támes, si en tu ribera arder las fraguas
Creiste de los cyclopes gigantes,
Y los raudales que en la mar desaguas
No el incendio á templar fueron bastantes,
Ni tu raudal, ni las inmensas aguas
Tampoco de ese mar bastaron antes
A templar los incendios que en el mundo
Sembró del monstruo el soplo furibundo;

Ve esa inscripcion, infiel acusadora,
Atestiguar que por rencor oculto
Encendieron el hacha abrazadora
Los pocos fieles del romano culto.
¡No ordena el Dios á quien su gremio adora
Que el perdón solo opongán al insulto,
Al opresor resignacion paciente,
Y á toda potestad sumisa frente?

Fué el fanatismo, de tus hijos guía,
Quien la grabó con su puñal sangriento;
Y su consorte fiel y reina ímpia,
De quien era frenético instrumento,
La Discordia su mano conducia;
Ella de entonces con feroz contento
Mirando esa region, mil veces vuela,
Y en tempestades lóbregas la envuelve.

(14) El segundo puente llamado de los Fralles Negros; (*Black-Friars-Bridge*) promedia á Londres, que se divide en dos partes de levante y poniente. La primera es del distrito de los comerciantes é industriales; la segunda encierra el barrio de la nobleza, los teatros y el gobierno. Junto á este segundo puente descuellla la gran iglesia de San Pablo, metropolitana del culto anglicano. Está construida bajo el modelo de la de San Pedro de Roma; pero no luce en comparacion de lo que debiera, por hallarse ahogada con los edificios agolpados allí, y que la ciñen tan de cerca, que apenas queda al rededor una calle regular.

(15) Junto al tercero y último puente viniendo del mar, es decir, del oriente al ocaso, está la abadía ó panteon que llaman de Westminster, así como el puente mismo y también toda aquella media parte de la capital. El expresado edificio incluye igualmente las dos salas del Parlamento.

(16) Se sabe que en Inglaterra los asuntos de Estado, los mas graves, suelen tratarse de sobremesa en reuniones de los principales individuos del partido ministerial con los del Consejo Real ó Intimo (*Privy-Council*).

(17) ¡Erobé! aclamacion á Baco.

(18) No ha faltado en Inglaterra misma quien repruebe del modo mas enérgico el atentado, que es el asunto de este canto. Entre los escritos publicados bajo este sentido en aquella ocasion el mas sobresaliente fué dado á conocer á España por una traduccion de don Juan Bautista Arriaza, agregado entonces al ministerio de su majestad católica en Inglaterra.

(19) Liéo, nombre de Baco.

(20) Pales, diosa de los bosques y pastos.

(21) El Chimborazo, monte el mas alto de los Andes, se halla en el mismo ecuador, cerca de Quito.

(22) *Ast pubis semper pressa constrictus arenâ
Sulphuream peritèr longamque foraminis caudam
Demittit, rapidis aruam postèq flammas.*

*Tum montanae alias ingenti explora fragore
Emicat, et saltu diversa infrusta dehiscit.*

(LANDIVAN, *Rusticatio Masieana*, lib. VII.)

(23) Simoente, río vecino á Troya.

Atrida, nombre dado por hijo de Atreo á Menelao, rey de Esparta. Su consorte Elena, robada por París, príncipe troyano.

(24) Es bien conocida la fábula del juicio de París, quien al nacer, extrañado de la casa paterna, por haber predicho el oráculo que sería causa de la destrucción de Troya y hallándose de simple pastor en el monte Ida, vino á ser árbitro de la contienda entre Juno, Pálas y Vénus.

(25) La manzana de la hermosura; llámase aun mas comunmente la poma de la Discordia, por haber sido esta diosa infernal la que en medio del concurso de los Inmortales que asistían á las bodas de Tétis y Peleo, arrojó aquella fruta funesta, en desquite de no hallarse convidada como los moradores del Olimpo.

(26) La Tindárida; nombre de Elena por hija de Tindaro.

(27) Las puertas Sceas; puertas de Troya, muy nombradas en la *Iliada*.

(28) París se hallaba acogido en el palacio de Menelao bajo las leyes de la hospitalidad, virtud tan eminente en aquellos tiempos, y cuyos fueros eran tan sagrados.

(29) Erinnyes, nombre equivalente á Furia, frecuentemente usado por Virgilio.

(30) Son muchos los poetas que han sacado comparaciones del caballo. He creído agradaría á algunas personas el ver reunidos los trozos siguientes:

*The Wanton courser thus with reins unbound,
Breaks from his stall and beats the trembling ground;
Pamper'd and proud he seeks the wonted tides,
And laves, in height of blood, his shining sides;
His head now freed, he tosses to the skies;
His mane dishevel'd & o'er his shoulder flies;
He snuffs the females in the distant plain,
And springs, exulting, to his fields again.*

(*Iliad*, Traduc. de Pope, cant. VI.)

*Qualis, ubi abruptis fugit praecipitia vinculis
Tandem liber equus, campoque potitus aperto:
Aut ille in pastus armentaue tendit equarum;
Aut assuetus aquae perfundi flumine noto
Emicat, erectisque fremit cervicibus alto
Lazuriens: indutique iubeat per colla, per armos.*

(VIRG., *Aeneid.*, lib. XI.)

*Qual feroce destrier, ch' al fatigoso
Honor del' arme vincitor sia tollo,
E lascivo marito in vil riposo
Fra gli armenti, è no' paschi erri discolto;
Se 'l desta è son di tromba, è luminoso
Acciar, colà tosto annitrando è volto.
Già, già brama l' arringo, è l' uom cui dorò
Portando urtato riurta nel corso.*

(TASSO, *Jerusal.*, cant. XVI.)

*Tandis qu'impétueux, fier, inquiet, ardent,
Cet animal guerrier qu'enfanta le trident,
Déploie, en se jouant dans un gras pâturage,
Sa vigueur indomptée et sa grace sauvage.
Que j'aime et sa souplesse et son port animé!
Solt que dans la courant du fleuve accoutumé
En frissonnant il plonge, et ballant contre l'onde
Batto du pied le flot qui frémit et qui gronde;
Solt qu'à travers les prés il s'échappe par bonds;
Solt que livrant aux vents ses longs crins vagabonds,
Superbe l'oeil en feu, les narines fumantes,
Beau d'orgueil et d'amour, il vole à ses amants.*

(DE LILLE, *Poème des jardins*, chant I.)

(31) Oficiales ingleses, presos en París, obtuvieron su libertad á beneficio de la mediación de España, solicitada por el gobierno británico, al tiempo que daba la orden de saltar las naves y propiedades españolas.

«Es notorio además que, no solo permanecía aun el enviado de España en Londres, y había un representante británico en Madrid, sino que admitidas en nuestros puertos las embarcaciones inglesas, habían venido á acogerse y tomar en ellos provisiones frescas las mismas que traían ya la orden de la agresión.»

(*Monitor* del 30 de octubre de 1804.)

(32) La fragata *Mercedes*, incendiada al principio del combate.

LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS,

CANTO ÉPICO

POR DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

Canto el valor del capitán hispano
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones;
El que desbizo el trono mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones;
Empresa digna de su aliento solo,
Si en verso cabe y si me inspira Apolo.

Dictame, musa, como ya cursado
El golfo con borrascas turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Fué terror del idólatra sangriento,
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimientto;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las amigas flotas.

Allí sus huestes ordenaba un día
El gran caudillo, en militar alarde:
Asombra la feroz caballería,
Tal es el fuego que en los brutos arde;
La robusta y audaz infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde;
Tocan clarines y las cajas suenan,
Y en confuso rumor los montes truenan.

Sandoval, entre todos el primero,
Se muestra altivo, en un caballo, armado
El pecho y ancas de brufido acero,
Y apenas por su dueño sujetado;
Lleva el pavés sin cifra ni letrero,
El peñasco de Amaya en él pintado,
Blason de su linaje, y por decoro
La banda negra sobre campe de oro.

Robusto el cuello y ancha de cadera,
Con lazos en la crin de cintas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas,
De bordada melanía la pechera
Y bélicos adornos de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Albarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atrás la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido;
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido;
Y mostrando cuán poco le moleste,
Era su empresa el arco de Cupido
Roto y la aljaba. En potros jerezanos
Le siguen con respeto sus hermanos.

Ordaz, las fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido el semblante,
Monta un peceño, y lleva rocamadas
De azul y negro las haldetas de ante.
Velazquez con cubiertas adornadas
De plata y borlas y un león rapante,
Que en el adarga por blason traía,
Era á los suyos compañero y guía.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel, cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas;
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por timbre mayor, con letras de oro,
El ave de Gabriel quitada al moro.

Admira tan lucida cabalgada
Y pompa militar doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina;
Hacia el casto Aguilár, que entre apiñada
Muchedumbre descubre, se encamina,
Primero haciendo, en muestras de obediencia,
A Cortés, su señor, la reverencia.

Y al llegar dice: «¡Oh caro compañero,
A mi por tus desgracias semejante!
¿No me dirás de este escuadrón primero
Quién son aquellos que se ven delante?
Muchos ya he visto, mas saber espero
Patria y nombres y el mérito brillante
Que á tanta empresa sus alientos guía.»
Y apacible Aguilár la respondía:

«Oíd, señora, es este, en blanco armado,
Que va escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho;
Pacheco, de los otros apartado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Honor de los señores de Villena.

«Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima; aquel otro García,
A quien sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes, por quien Turia se gloria;
Y Ortíz, cuya vihuela con su mano
Tanto enamora en célica armonía,
Que estar mas que la tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

«Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en la paz, y á los peligros viene;
Mirale cuán robusto y corpulento;
Cómo blandió la pica y la sostiene;
Cota le cubre de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

«Eas determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces lidiando en duro empeño
Almetes dividió, petos y adargas;
Mira en la suya el muro malagueño,
El puente roto, y en hileras largas
A cañonazos multitud de infantes
Muertos entre mariotas y alquileles.

»Mira aquel batallón de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el francés en Italia le temía
Cuando el Gran Capitán le vió á su lado;
Farfán es aquel jóven que blandía
El asta, y de los suyos apartado,
Se acuerda triste en leve sombra y vana
De su dulce Sevilla y de Triana.

»Soto el de Toro, Olea el de Medina
Son aquellos que ves; aquel Portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro inclito caudillo;
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tórres entra juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Atenas española.»

Prosiguiera Aguilar; mas presuroso
Llegó batiendo á un tremecen los lados,
Mercado, enardecido el rostro hermoso,
El mas niño de todos los soldados,
Noble doncel del adalid famoso;
Y apartando los indios admirados:
«Plaza, gritaba á la interpuesta gente,
Plaza, que pasa el general al frente.»

Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabuceria,
Que hasta Méjico el eco fué zumhando;
Atruenan la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando;
Corral, Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡Divina Clio,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamás tuvo objeto como el mío
Ni tan glorioso capitán triunfante?
¿Con qué aspecto real y señorio
Se presenta á su ejército delante!
¿Oh qué valor ostenta y qué nobleza!
Y ¡cuánta heroicidad y gentileza!

Destumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente,
Con plumajes y airon empenachada,
Que el céfiro halagaba mansanada;
Banda le cruza el pecho, recamada
Con oro y perlas de la mar de Oriente;
Pende la espada á la siniestra parte,
Ministra de las cóleras de Marte.

La gruesa lanza listrada y rebatida
De barras de metal, lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida,
Que bordó con primor sutil aguja;
Y al impulso y veloz arremetida,
Hace corriendo que al blandirse cruja,
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

El soberbio animal la crin extiende,
Como quien sabe el dueño que patea;
Con agudo relincho el aire enciende,
E indómito y ufano se pompa.
En cuanto ¡oh Bétis! tu raudal comprende
Por los fértiles campos que rodea,
Animal no se vió de igual figura,
Ni en tal ferocidad tanta hermosura.

Cortés recorre así los escudrones
Con pronta vista y plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante;
Y exclama: «¡Oh valerosos campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A decir tanta hazaña celebrada
Que el esfuerzo acabó de vuestra espada?»

»De adverso clima, de enemigos fieros
Habeis triunfado con asombro mío;
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuánto la ensalza vuestro heroico brío;
¿Quiénes serán de vos los mensajeros
Que navegando por el norte frío
Busquen de Europa la distante orilla
Y lleven estas nuevas á Castilla?

»Y al rey don Carlos, al monarca hispano
Refieran una acción tan señalada,
Y cómo tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere nobles osadías
Con astucias traidoras y falsías.

»Y como á su despecho y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves españolas,
Y culto en ella el Hacedor eterno;
Y en el río también de banderolas,
Que de Grijalba descubrió el gobierno,
Tomado el puerto, la enemiga tierra
Sufrió vencida el peso de la guerra.

»Ni ¡cómo callaréis la memorable
Batalla de Tabasco y su conquista,
La multitud que opuso formidable
Para que nuestros ímpetus resistía;
Y cómo en su derrota miserable,
A los campeones que la cruz alista
Paz les pidió medrosa y reverente,
Y al yugo inclina la soberbia frente?

»Decid también que al fuerte y poderoso
Emperador de Ocaso, Moteczuma,
A quien su inmenso Méjico en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á impedir el horroroso
Holocausto que al ídolo perfuma,
Con víctimas humanas, anhelantes,
Corazones y entrañas palpitantes.»

Dijo, y á todos tímido recelo
En la respuesta peligrosa ataja,
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja;
Y cubriendo del mar el ancho velo
Desde Cuba al Darién de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa
Los rumbos de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Que de airon carmesí la frente ornaba,
Con flecos en el verde mosquitero,
Montejo entre los otros se mostraba,
Y volviendo al galán Portocarrero,
Que fino en su amistad le acompañaba,
De malla y peto y fuerte lanza armado,
Mal reprimiendo á un alazán tostado;

«Jóven, le dice, si dejar la guerra
Parediese vileza y cobardía,
No á gozar las delicias de mi tierra
Anheló vergonzoso me desvia;
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente
Que de este suelo tímido me ausente.

»Yo solo ofrezco por la gran llanura,
Burlando de Velazquez las armadas,
Velera nave conducir segura
De España á las riberas apartadas;
Si en tí el esfuerzo que heredaste dura,
Si honor pretendes, y á las mas osadas
Empresas el que es noble se previno,
En esta adquirirás blason divino.»—

«Sí, le responde, generoso aliente
Y amor me excitan á seguir tu suerte;
Contigo al mar me entregaré y al viento;
Unido á tí, despreciaré la muerte;
Sepa Cortés el atrevido intento,
No padezca el honor si acaso advierte
Que entre tantos caudillos principales
De duda ó de temor se ven señales.»

Cerca del capitán todos estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados,
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados;
Del mensaje difícil razonaban,
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al Rey, volviendo desde España
Con nueva gente á ballarse en la campaña.

Entonces de placer alborozado
Torres el veterano exclama : « ¡Oh cielo,
En cuya proteccion siempre ha fiado
Mi patria con solicito desvelo !
No está el brio español tan apagado .
Ni en clima tal, ni en tan remoto suelo ,
Cuando aun se admira entre feroces gentes
Esta virtud de jóvenes valientes .

» ¡Oh mancebos fortísimos! decía,
Id á la dulce España, que no espero
Ver ya jamás, que al culto de María
Mi última edad sacrificaría quiero »;
Y en tanto al menor de ellos le ceñía
Un rico tahallí, que en trance fiero
El quitar supo en anchurosa plaza
Al Mallique Alabez, ganando á Baza.

Todos los acompañan al navio,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorio
Del mar, que cede á su timon y mando;
Al canal de Bahama y su bajío
La resonante prora enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Cuando el dañado espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales;
El cavernoso bátraco se hunde
Al sentir manifestas las señales
Que larga edad se están allí temiendo .
Y en su amenaza al orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama había
Que la nacion de España vencedora
Al católico yugo humillaría
Los reinos del ocaso y de la aurora;
El príncipe infernal, que conocía
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio junta de su negra gente
Y así blasfema en cólera impaciente :

« Con que ¡no solo habeis de ser vencidos
Del angel bello, á cuya lumbré pura
Cobardes nos miramos abatidos,
Sino ¡qué horror! de humana criatura ?
¡Oh espíritus eternos, qué atrevidos
Fuisteis al Hacedor! ¿Temeis su hechura ?
¿Veréis, sin que á furor la ofensa excite,
Que un hombre solo mi poder limite ?

» Mas ¡ay! que ese adalid el mismo día
Que nacer vimos al sajón Lutero
Nació también para la afrenta mía,
Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiriere;
Visteis con cuán escasa compañía,
Miseró, fugitivo y comunero,
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.

» Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Victima le hago á un tiempo y delincuente,
De vida eterna y temporal le privo;
Y allí templo consagra reverente
A la Madre del Hijo de Dios vivo,
A esa mujer, entre las otras pura,
Que pisó mi cerviz rebelde y dura.

» En ella estriba todo el gran denuedo
De la nacion que favorece y guía;
Ella al indio cruel dió espanto y miedo,
Porque sin ella España ¡qué sería ?
Ya miro que la fe de Recaredo
Ilustró los antipodas del día,
Y el sacerdote, asombro allí no visto,
Baja á sus manos con su voz á Cristo.

» Ver me parece en hierros espirando,
Abatido, sangriento, á Motezuma,
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma;
Mil sujetas naciones, venerando
Las nuevas leyes que dictar presume...
¡Tremendo Dios! ¿Tanto favor á sola
La soberbia floridísima española?

PE-II.

» Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros cuando al alto asiento
De Dios llevamos bélicos furores;
El ardua empresa excite vuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores,
Pues contra España no hay en la campaña
Otro poder que el de la misma España.

» Mientras Narvaéz á impedirlo llega,
Hinchendo el leste su volante lona,
Con sedicion atropellada y ciega
Arda iracundo el pueblo de Belona.»
Dijo, y al punto el bátraco se entrega
A horrible confusion; gimió Gorgona,
Silban y braman monstruos diferentes,
Escamosos dragones y serpientes.

No de otra suerte ó con menor estruendo
Desquiciándose el polo centellante,
Su clara lumbré el cielo oscureciendo,
Reventando el infierno horror tronante,
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
La tierra temblará y el mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

A los dos mensajeros ya partidos,
El buen viaje gritan desde tierra;
Los tósigos de averno enfurecidos
En los ánimos viles hacen guerra;
Grado con los peñates atrevidos
Mal en el pecho su rencor encierra;
Busca entre el vulgo apoyos, y el primero
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

« ¡Hasta cuándo, infelices, les decía,
Durará vuestro engaño? Y hasta cuándo
Os cegará la vana altanería
De ese imprudente, á quien le dais el mando?
No es valor la frenética osadía,
Ni honor se adquiere en perecer lidiando,
Ni ¡qué espíritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa ?

» ¡Qué demencia! Los jeques africanos,
Ricos, vecinos, moros y valientes,
Nuestras playas infestan, y en lejanos
Climas lidiamos ignoradas gentes;
Sin fatiga pudiéramos sus llanos
Correr, sus tronos abatir potentes,
Sus calabozos despoblar oscuros,
Quebrantados de Fez los altos muros.

» No os afrenta del pueblo bautizado
Que esté en prisiones la sagrada Hella,
Habiendo sus ejércitos llegado
Hasta el Nadir y el túmulo del día ?
Allá si que católico soldado
Siendo el celo de Dios mi amparo y guía,
Combatir, padecer fuera mi suerte,
Feliz en la victoria ó en la muerte.

» Pero aquí, miserables, ¡qué ventura,
Qué honor, qué galardón esperaremos?
Triste fin nuestro error nos asegura;
¡Ay, cuán pocos á España volveremos!
Despedazados en la estancia impura
De los deformes ídolos seremos...
Seguidme, dijo, al mar.» Grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en el vasto monumento
Ofrenda de Filipo al gran Levita,
De entre los montes desatado el viento
Al valle con furor se precipita;
Gira en las anchas bóvedas violento,
Donde el arte milagros deposita,
Temblando el coro en sus espacios zumba,
Y el pórtico magnífico retumba;

Así la zuiza militar en tierra,
Y á bordo la marítima saloma
Anuncian ya levantamiento y guerra,
Y cólera feroz al rostro asoma.
Cortés, en cuyo corazón se encierra
Esfuerzo, que ningún peligro doma,
Las turbas corre, y lleno de osadía,
« Compañeros heroicos, les decía :

33

«¿Qué es esto, generosos españoles?
 Qué es de vuestro valor? Qué estoy oyendo?
 Vosotros sois de la milicia soles;
 A vuestro brazo el orbe está tomiendo.
 ¿Con que vuestras mesanas y penoles
 Leyes supieron dar al golfo horrendo,
 Con que osísteis lo mas con alma presta...
 ¿O despreciáis lo poco que nos resta?

»Pues no lo despreciéis. Alto destino
 A la senda nos llama de la gloria,
 Y un opulento imperio nos previno,
 Recompensa y honor de la victoria;
 Y no fácil será, que en tal camino
 Daréis asunto á la veraz historia
 Para que hazañas inauditas cuente,
 Posibles en vosotros solamente.

»No el temor cabe en pechos tan osados,
 Ni olvido lo que sois; oh campeones!
 Yo os vi de huestes bárbaras cercados
 Defender de Castilla los pendones,
 Yo os vi romper los ídolos tostados,
 Abominable error de mil naciones;
 Y mudo el orco al temerario intento,
 Alzar la cruz sobre su altar sangriento.

»Aquí estais todos, compañeros fieles;
 Nuevos triunfos de vos la patria espera:
 Vamos, dijo, á vencer.» Mas los noveles
 Coronan impacientes la ribera;
 Con las dagas hiriendo en los broqueles
 A Cuba, á Cuba, muchedumbre fiera
 Repite, y crece su teson é instancia,
 Y en el caudillo invicto la constancia.

Pero ya viendo sus esfuerzos vanos,
 Arremetió el caballo poderoso,
 Que alza menuda arena con las manos
 Al raudo movimiento impetuoso,
 Y dice: «Auxilios débiles humanos
 No dén favor al corazon medroso;
 O venza ó muera: su única esperanza
 Caiga deshecha al tiro de mi lanza.»

Y alta la diestra atrás con gallardía,
 En los estribos todo el cuerpo alzando,
 Fulmina el freno: rápida crugia
 La banderilla y silba rehilando,

Y á la nao capitana, á quien mecia
 Crespa mareta, llega alravesando
 La banda de estribor, y al golpe duro
 El eco repitió su centro oscuro.

A pique va sin tempestad la armada,
 Porque los españoles animados
 De honor, en diligencia acelerada
 Arden, rompen los buques ancorados;
 Terror infunde, la visera alzada,
 El invicto adalid, y á los soldados
 Que mas en el molin mostraron brío
 Hace dar al través con su navío.

Ya el robusto bajel se sumergía
 Del hermoso Saucedo en ondas fieras,
 El que en Santúcar vió zarpar un día
 Adornado de flámulas ligeras,
 Y el de Godoy tambien, que éspedía
 Grato aroma de antárticas maderas;
 El que condujo á Dávila violento,
 Y Arguello sobre todos corpulento.

El fuerte galeon empavesado
 Que comandaba Ordáz el arrogante,
 Su mismo capitan le ve abrasado,
 Por dar satisfaccion de sí bastante;
 Arrenga el levantisco ha disparado
 Al branque de otro un tiro fulminante,
 Y la proa y bauprés desaparecen
 En humo y llamas que sonando crecen.

Blanca paloma entonces, descendiendo
 Sobre los pabellones, presurosa
 Hacia Méjico vuela, despidiendo
 Visos alegres de su pluma hermosa,
 Y al aire luz purísima esparciendo;
 Como despues de lluvia impetuosa,
 El iris corvo, en el opaco oriente,
 Finge colores, con el sol enfrente.

Cortés, ambas las manos levantadas,
 Dice: «Ya advierto, espíritu divino,
 Que no de mi fervor te desagradas;
 Cumplir tu voluntad es mi destino.»
 Los suyos, empuñando las espadas,
 Juran no desistir del gran camino
 Hasta ensalzar en vez del culto horrendo
 La cruz que tremolada van sigulendo.

LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS,

CANTO ÉPICO

POR DON JOSÉ MARIA VACA DE GUZMAN.

Hijos de Palas, incóitos varones,
Imágenes gloriosas de su aliento,
Las armas suspended, y las naciones
Oigan la hazaña que cantar intento,
Con que á su gente y bravos campeones
Supo empeñar al último ardimiento
El héroe grande, que enlazó al hispano
El opulento imperio mejicano.

Grata á mis votos ven; desciende, Clio,
Y baña mi expresion en luces bellas;
Furor divino inspira al verso mio,
Y seguiré sus peregrinas huellas;
Del etíope adusto al acita frío
Levantaré su fama á las estrellas;
Su heroica accion ensalzaré de suerte,
Que triunfe del olvido y de la muerte.

Pisaba yo del claro Manzanares
Una tarde las márgenes amenas,
Que dan envidia á los soberbios mares
Que saludan de Alcides las almenas,
Cuando á la vista de los regios lares
Besan el pié sus húmedas arenas,
Tejiendo lazos de cristal profundos
Al augusto monarca de dos mundos.

Divertida mi vista en la corriente
Con sus ondas risueñas y sencillas,
A objeto superior llevé la mente
Y « ¡Oh sacras, dije, fértiles orillas
Del que tiene por cuna de su oriente
Las sierras que dividen las Castillas!
En vosotras prendió mas que en su cumbre
Del númen Delio la radiante lumbre.

¡Feliz patria, al emporio coronado
El semblante volviendo repetía,
De tanto noble ingenio, iluminado
Del fuego de la dulce poesía,
Cuyo elogio, á las musas reservado,
La voz desdeña y la alabanza mía!
¡Dichoso suelo! ¡Célebres umbrales,
Ocupacion de siglos inmortales!

¡Dichoso suelo! Pero ¡mas dichoso
Español clima, que su ardor fomentas,
Y objeto digno, asunto generoso
En héroes invencibles les presentes!
Héroes que de tu espíritu brioso
En tus mismas entrañas alimentas,
Y de la guerra intrépidos leones
A rugidos asombran las regiones.

¡Cuna de Marte, que mostrarnos puedes
Triunfos, conquistas, hélicos afanes;
Tú á Roma afrentas, á Cartago excedes;
Tú produces los fuertes capitanes;
En tus Vibáras, Córdoba, Paredes,
Pelaez, Toledos, Ponces y Bazanes
A respetar se dan del orbe todo
La cuna ibera y el origen godo.»

En tales pensamientos divertido
Las épocas de España reposaba,
Contra la injuria del ingrato olvido
Sus memorables fastos recordaba;
Campo fecundo descubrió el sentido,
Y de hazaña en hazaña meditaba
Cuántas empresas daba á los ingenios
El alto honor de sus marciales genios.

Cuando un éxtasis dentro de mí mismo
Siento que dulcemente me enajena;
De sublimes ideas de heroísmo
Avisa al pecho y el discurso llena;
En un deliquio tal, en tanto abismo
Voz imperiosa á mi ilusion resuena,
Que de la esfera sacra desprendida,
Ocupa el viento y mi atencion convida.

«Alza los ojos», dijo; y yo humillado
El celestial decreto obedeciendo,
Cada vez mas absorto y trasportado,
Juzgué que una matrona estaba viendo;
Hermoso su semblante, aunque tostado,
La majestad con el agrado uniendo,
Demostraba que saben las deidades
Pedir cultos, rindiendo voluntades.

En vez de mirto ó de laurel, ceñido
Un penacho de plumas á su frente,
El cuello ricamente guarnecido
De finísimas perlas de Occidente;
De los hombros, con joyas distinguido,
Un regio manto de algodón pendiente,
Y de nubes, por trono á su decoro,
Pisaba un globo con sandalias de oro.

Puesta la diestra mano en la mejilla,
Un arco á la siniestra acomodaba;
Llena de flechas en la espalda brillaba
Sobre el cabello la dorada aljaba,
Y en dos columnas, que á sus piés humilla,
Los caracteres de Hércules burlaba,
Dando á entender que á fuerzas españolas
Fijar no pueden limite las olas.

En himnos cantan su dominio extenso
Los genios de su espíritu parciales;
Otros sus triunfos, su poder inmenso
Aplauden con bocinas y timbales;
Estos abrasan en su honor incienso,
Aquellos llevan las insignias reales,
Y terminando el júbilo ruidoso,
Le sucedió un silencio prodigioso.

Callaron todos con el rostro atento:
Suspendense de Mántua los pastores;
Párase el río, y su benigno aliento
No comunica el céfiro á las flores;
Hasta Febo, pendiente de su acento,
Dibujando en las plumas mil colores,
Segun me le pintó mi fantasía,
Quiso alargar los términos del día.

«Oh Joven! El prodigio de mi idea
Prorrumpió, hablando al parecer conmigo,
Los cielos quieren que tu norte sea,
Y he de partir la admiración contigo;
Los blasones de España el mundo vea,
Pues América soy, de ellos testigo;
Ellos ilustran de Belona el templo;
De ellos Hernán Cortés será el ejemplo.

»No le demuestro el ímpetu domando
De la undosa vertiente de Grijalva;
Sus aguas con la sonda penetrando;
Hiriendo el aire con horrenda salva;
No entre los dardos del opuesto bando,
No en los pantanos donde le halla el alba,
Ni siguiendo al contrario presuroso,
Ni en Tabasco aclamado y victorioso.

»No vencedor del águila brillante,
Que al tlascalteca á guerras estimula,
O con imperio, que al traidor espanta,
Abrazando las torres de Cholula,
O aprisionando al rey mas arrogante,
Que de mi clima el septentrion adula,
O rompiendo á Narvaez, ó la ira loca
Castigando del fiero Cuauipococa.

»Callaré á Otumba y su feroz campaña,
Que estremeció los montes de la luna,
Los peligros de Chalco en la montaña,
Tanto choque naval en la laguna,
Hasta que preso Cuatimoc, España
Su imperio holló sin resistencia alguna,
Mientras del sol los puros rosicleros
La tez doraban de la hermosa Cérés.

»Descubra el mar del Sur, las perlas y oro
Que encierra en sí de espléndidos quilates;
Tehuantepec rebelde su desadoro
Sienta, y Panuco bélicos combates;
No así le pinto: al Cáucaso y Peloro
Suba su nombre; el Tigris y el Eufrates
Rindan postrados su corriente ufana
A los timbres del fértil Guadiana.

»Si quieres ver el ánimo valiente,
Que tanta gloria á tu nación ha dado,
Prevenido en los riesgos y prudente,
Resuelto en las empresas y arrestado,
Un general de la española gente,
Cuyo valor el mundo ha respetado,
En el grande Cortés lo verás todo,
En el grande Cortés, mas de este modo.

»En ese lienzo, que el arrojó mio
Arrebató del templo de la Fama,
Dice, y con soberano poderío
A que le muestren á sus genios llama,
Verás el corazón, verás el brio
Que infatigable la deidad aclama.
¡Oh, cuándo callará su trompa! ¡Cuándo
Olvidará esta hazaña de Fernando!

»Yo volveré la copia á sus altares,
Y mi delito indultará la diosa;
Pero atiende primero, y no te pares
En inquirir la mano prodigiosa:
Donde fueron del cielo singulares;
Luces el sol la dió, matiz la rosa,
Y alma Cortés; que saben sus laureles
Comunicar su gloria á los pinceles.

»Ese salobre espacio que retrata,
Manso ofreciendo al español en vano
El regreso que él propio se dilata,
A mis islas ó al seno Gadiitano;
Ese portento de flexible plata
Es el célebre golfo Mejicano;
Ese el teatro donde el mar de Atlante
Al castellano veneró triunfante.

»Aquese pueblo que su costa mira,
Cuya fuerte muralla fué creciendo,
No al dulce son de la tehana lira,
Sino al clamor de la trompeta horrendo,
Es Villa-Rica, que mi suelo admira,
Primicias nobles de marcial estruendo,
Con que animó Cortés sus campeones
A levantar eternas poblaciones.

»Aquel es el católico estandarte,
Que adorado por esos mares vino,
Donde á la voz de la piedad el arte
La señal estampó de Constantino;
Futuras dichas su esplendor reparte,
Y en la prosperidad de su destino
Es contra tanto bélico embarazo
De ella el impulso, de Cortés el brazo.

»Del nuevo Cid, del español Aquiles,
A cuya hazaña tu atención conduces,
Son esas cajas, picas y fusiles,
Esos cañones, balas y arcabuces;
El previene rodeas y escapules (1),
El á los nobles brutos andaluces,
O templar sabe la pasión fogosa,
O enardecer la cólera espumosa.

»¿Qué otra cosa te dice ese trasunto
Que trabajó el pincel con arrogancia,
Sino que recopila en solo un punto
Todo el valor de España y la constancia?
Allí ves las pavesas de Sagunto;
Allí están las cenizas de Numancia;
Mira allí tus celiberos atroces;
Aquellos son tus cantabros feroces.

»Suya es esa progenie de guerreros;
Esa, que llena mis alegres días,
Si no es que ya se reproducen fieros
En Albarados, Dávila, Mejías
Y Escalantes, que en jaspes duraderos
Graban su nombre y las venturas mías.
Hijos del sol determiné adorarlos:
Eran vasallos del invicto Cários.

»Pero verás las naves españolas
En que Alaminos, diestro Pallinuro,
Llevarlos supo por extrañas olas
Y preservarlos del naufragio duro,
Ya abatiendo sus ricas banderolas,
Zozobrar en el puerto mas seguro,
El ancla fija, el mar sin movimiento,
El cielo claro, sossegado el viento.

»Corren el marinero y el piloto;
Jarcia y velas solícitos redimen:
¿Qué borrasca, dirás, qué alirado noto,
Qué encalladoras sirtes las oprimen?
¿Qué Scila, qué Caribdis las ha roto?
¿Qué hado fatal que las nereidas gimen?
¿Qué tirano poder turba importuno
La eterna paz que las juró Neptuno?

»No han sido, no, del euro los enojos,
No la saña de Tétis las confunde;
Felices son, no trágicos despojos,
Los que á la playa el pléiágo difunde;
Vuelve al insigne Capitán los ojos,
Que allí á las tropas su coraje infunde;
Ése es Cortés cuando en la arena mia
Resonaba su voz, que así decía:»

—En fin, llegó la suspirada aurora,
Nuestros compañeros en mi suerte,
De la hazaña mayor; el mundo ahora
Tema, al saberla, vuestro brazo fuerte;
Que no os asusta, mi atención no ignora,
La hambre, el cansancio, la prisión, la muerte;
Muerte, que es vida del honor, muramos,
Y de una vez del mar nos despidamos.

»Si aparenta catástrofe infelice
De esos buques la suerte inesperada,
Yo decreté su fin, yo los desbice,
Yo cerré el paso de la patria amada;
No así os ofendo, no el temor me dice
Que volveréis la espalda con la armada;
De vuestro pundonor sé que es ajeno;
Por eso como inútil la condeno.

»Aunque escucharse del opuesto clima
La voz parezca de la esposa amable,
El hijo tierno en su regazo gima,
Suspire el padre anciano y venerable;
Sé que el honor sus quejas desestima,
Que es la cera de Ulises despreciable,
Que está de mas la astucia en los oídos
A la débil ternura endurecidos.

»Si el eco de la sangre es balagüeño,
Es glorioso también; los ascendientes
Inspirar saben el heroico empeño
Que ha de llevarse á las remotas gentes;
Cuando en la cuna se os llamaba el suebo
Con cantares y arrullos diferentes,
Lauros de vuestros padres os cantaban,
Que á Isabel y Fernando coronaban.

»A su denuedo Nápoles se humilla,
Rinde el toscano mar ondas serenas,
Las armas de Aragón y de Castilla
Quebrantan de Navarra las cadenas;
Y huyendo Boudelin de su cuchilla,
Embotada en cervicos agarenas,
Su destroso en Granada acaba el rayo
Que en Covadonga fulminó Pelayo.

»Ellos, como vosotros, oprimieron
La espalda de ese monstruo cristalino;
De la Europa también se desprendieron,
Al África llevando el blanco lino;
A Orán ganaron, al Peñón rindieron;
Tembló de su poder el argelino,
Y tributaria se postuló á su amago
La altiva sucesora de Cartago.

»Así vencíamos los que así nacimos:
Nuestro es ya su valor, nuestro su acero:
La tierra hollamos, que á vencer venimos:
Perezca pues el leño lisonjero.
No á transportar tesoros le trajimos;
El grande Cárlos, Cárlos el Primero,
Despreciador del oro y la riqueza,
En sus héroes coloca su grandeza.

»Los hombres que malogra la milicia
Mientras cuidan el débil armamento,
Triunfos son que el Monarca desperdicia,
Reprimido en sí mismos su ardimiento;
Bisefos son: la militar pericia
No les dictó su vario movimiento,
Ni hollaron nieves ni sufrieron soles,
Pero tienen valor: son españoles.

»Roto el íman de la esperanza necia,
Reforzarán mi tropa reducida;
Al menor de ellos mi afición aprecia,
Si llevo á ver su cólera encendida,
Mas que á cuantos bajeles armó Grecia
Contra la injuria del pastor del Ida:
Sucedan pues las picas á los remos,
Y por ellos dos veces vencerémos.

»Sí, soldados, el rostro de la guerra
Es á la Hesperia grato, delicioso
El son del parche, que al cobarde aterra,
El eco del clarín armonioso;
Ni extraña pienso que nos es la tierra,
Ni mi ejército poco numeroso:
De España somos; si en la lid entramos,
Nuestra es toda la tierra que pisamos.

»Y cuando á las edades venideras
Con tan vasta conquista, oh tiempo, asombres,
Dirás que contra inmensas huestes fieras
Valieron por ejércitos mis hombres;
En la altura pondrás de las esferas
Con letras de oro sus excelsos nombres,
Y el cielo admitirá tu fiel desvelo,
Pues la causa que siguen es del cielo.

»Ya á favor nuestro se explicó en cometas,
Que en la luz clara y en la noche fría
Ofuscaron la faz de las planetas
Con lúgubre mortal melancolía;
De serpientes de fuego las inquietas
Ráfagas de equinox pobió algún día,
Y herido del pavor este hemisferio
Vió cercana la ruina de su imperio.

»Nuestro furor los vaticinios llene
Con que infaustos oráculos le afligen;
Los poderosos cetros encadene
Que á Itzpalapa y á Tezcuco rigen;
La gran Temixtitan se desordene,
Y á pesar sufra de su ciego origen
Colocados en su alto Capitolio
Del hijo de Filipo estatua y solio.

»Huicilopoztli, númen insaciable,
Monstruo sediento de la sangre humana,
No como en otros tiempos formidable,
Sus flechas sin vigor, su sierpe vana,
En el ara se estrelló detestable,
Precipitado de la azul peana,
Y el sacerdote en lastimosos gritos
Llore el baldón de sus inmundos ritos.

»Así lo manda el religioso Numa,
Que tan noble piedad tomó á su cargo;
Por él surcamos de salobre espuma
Incierto rumbo peligroso y largo;
Despertará el terrible Motezuma,
Despertará de su mortal letargo,
Y dará el cejro á emperador mas digno,
Mas justo juez, monarca mas benigno.

»Cesarán los prodigios, los oscuros
Visos del sol envuelto en arreboles;
Verá el gran lago sus reflejos puros;
Serán los indios nuevos-españoles;
Olvidarán sus elevados muros
A sus axayacaces (3) y ahuitzoles,
Y el Nuevo-Mundo admirará en su infancia
La justicia, la paz y la abundancia.

»Plazas, templos, palacios y jardines
Serán ya admiración y ya recreo;
Con mítotes (5) en públicos festines
Brindará esta región al europeo;
Nos traerá de sus mas remotos fines
Nácar y perlas, que cusajó Nereo,
La grana con que al márce reirata,
Las piezas de oro y láminas de plata.

»Tepequaquillo ofrecerá rendido
Animo (4), que á sus númenes aplaca,
Lucientes piedras de valor subido
Y bálsamos fragantes Tepeaca;
Maderas Cuahuacan, que ha producido:
Toluca tilmas (5); púrpuras Oaxaca;
Tlanquitepec las olorosas gomas;
Tlachco la dulce miel y las aromas.

»En sus ministros á sus claros reyes
Así demostrarán el amor tierno;
Tendrán al recibir las sabias leyes
Por don del cielo su feliz gobierno;
Y mientras en sus palmas y magueyes (6)
El jóven de Austria se dibuja eterno,
En Europa por glorias tan inmensas
Las plumas cansarémos y las prensas.

»Estos son los laureles que los hados
Destinan á los héspedes alientos;
Y el premio de los árboles sagrados
Que coronan los altos vencimientos
De la pasión de Apolo idolatrados,
De las iras de Júpiter exentos,
Hemos de despreciar? ¿Tan vil memoria
Podrá de España oscurecer la gloria?

»Antes, roto el timon y las antenas,
Las quillas á las ondas entregadas,
Dóris lamentará con sus sirenas.
Esas tristes reliquias sepultadas;
Del pálido temor sombras, ajenas
De vuestro pecho invicto dispadas:
Vencer, soldados, ó morir, y entonces
Fatigaréis los mármoles y bronces.

»Morir famosos, ó vencer valientes;
Pompa triunfal ó decorosa pira
Solo os aguarda; á las futuras gentes
Ya el pierio coro vuestro aplauso inspira;
La fuga que evitamos diligentes
Será el objeto de la hispana lira,
Dando asunto á sus números suaves
La destrucción gloriosa de las naves.»—

»Esto el valiente general predice,
Y esto su copia allí con mudos labios;
La fama de dos siglos contradice
De la envidia los bárbaros agravios;
Y porque mas su hazaña se eternice,
Hoy la promueve el coro de los sabios,
Que con la noble vista al héroe atenta,
El prodigioso lienzo representa.

»Estos, que de Felipe el Animoso
Siempre velando en propagar el celo,
A las letras su lustre ventaroso
Restituyen á costa de su anhelo,
La pura voz, el plectro numeroso,
La frase digna, todo su desvelo
Inútil juzgan, si en tan alta idea
La feliz patria su atencion no emplea.

»Oh Madrid, sabia madre de las ciencias!
Ya por Cortés ha puesto tu Liceo
A las musas del reino en competencias;
Ya el fuego celestial descender veo;
Ya las acordes métricas cadencias
Suenan gloriosamente en mi deseo:
Renazcan pues á influjos celestiales,
Renazcan sus Lucanos y Marciales.

»Y tú, joven, que errante y discursivo
Los lauros de tu patria recorriste,
Y un modelo buscabas expresivo
De la region guerrera en que naciste,
Ya has visto bien aquel retrato vivo,
Ya su accion valerosa atento oiste,
Ya la grandeza adviertes de esta hazaña:
Este es Hernán Cortés; esta es España.»

Dijo América, y luego resonaron
De su séquito armónicos loores;
En una nube densa que formaron
Exhalados los húmedos vapores,
Los pavones de Juno arrebataron
De mi vista sus bellos resplandores.
Seguirlos quise, y ocultó su llama
La cumbre del nevado Guadarrama.

Como en la noche lóbrega y horrenda
Cuando Jove los polos estremeca,
Si al caminante la perdida senda
A la luz del relámpago aparece,
Deslumbrado despues, en mas tremenda
Oscuridad su aliento desfallece,
Sin poder divisar los horizontes
Ni distinguir los valles de los montes;

Así el portento, que aun dudoso admiro,
Confuso me dejó, ciego y cobarde:
Vuelvo en mí con el susto, y me retiro
Al espirar los plazos de la tarde.
¡Oh caudillo el mas grande que vió el giro
De ese planeta, que ilumina y arde!
¡Qué no pudiste ser, si tanto asombras
Hallado en raptos y explicado en sombras!

NOTAS.

(1) Sayos de armas hechos de algodón para defenderse de las flechas.

(2) Emperadores de Méjico anteriores á Motezuma.

(3) Así llaman los indios á sus danzas.

(4) Resina semejante al incienso.

(5) Vestidura de que hacen los indios el mismo uso que nosotros de la capa.

(6) Planta que se cria con mucha abundancia en Nueva-España. En Andalucía la llaman pitá.

LA INOCENCIA PERDIDA,

CANTO HERÓICO

POR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

Yo canto la funesta inobediencia
Del Padre de los hombres, que entregado
Dejó el mundo y su triste descendencia
A la implacable muerte y al pecado;
Desterrada la cándida inocencia
Diré también del suelo desdichado;
La cólera irritada del Eterno
Y el vengativo triunfo del Averno.

Espíritu divino, que al doliente
Profeta, contra el pueblo endurecido
Desastastes el labio balbuciente
En tu sagrado fuego enardecido:
Tú me inspira; no ya la impura fuente
Busco, ni el Helicon envilecido;
Que en mas sublime ardor el pecho siento
Inflamarse á la llama de tu aliento.

Y de él arrebatado á la alta cima
De la excelsa Sion, mi voz sonora
Revolará desde el helado clima
Hasta el ardiente reino de la aurora.
Ya el soberano espíritu me anima,
Mientras del cielo la piedad implora
El mísero mortal, bañado en llanto,
A turbar las moradas del espanto.

Después que del Querube audaz deshecha
La impia turba, cayó desde la altura,
Que á su orgullo soberbio vino estrecha,
Precipitado á la tiniebla oscura;
En su mansion, ya eterna cárcel hecha
De cuantos arrastró su desventura,
Afirma sus reñcores inmortales
Y establece el imperio de los males.

En el profundo seno de la tierra
Yace la aborrecida monarquía,
Cuyas oscuras avenidas cierra
Sobrepuesta á su faz montaña umbría;
De los confines lóbregos destierra
Palpable niebla el resplandor del día:
Solo de eternas nubes coronada
La cumbre brilla en rayos abrasada.

Por los oscuros cóncavos tendida,
Un mar de fuego el hondo abismo llena,
Que en olas se levanta embravecida
Contra el enorme peso que la enfrena;
Y del alzado risco despedida
En las cavernas hórrida resuena;
Baja á inundar el centro con su llama,
Y con nuevo furor otra vez brama.

Entre sus ondas el precito bando
Rabioso gime; y el feroz gemido
Repite, sus reñcores alentando,
La astucia vil y el odio fementido;
Ejerce la soberbia el torpe mando
De orgullosos espíritus temido,
Y á un lado puesta la guadña fuerte,
Ociosa yace la implacable muerte.

El rebelde Querub rige y domina
Con duro cetro el reino tenebroso,
Reino que contra el cielo determina
Con nuevo atrevimiento hacer glorioso;
Mas al ver oprimido en su ruina
El valor de su espíritu ambicioso,
Brama, y sufre los ásperos dolores
Devorado de inútiles furoros.

Empero por la mano omnipotente
Hecho el hombre feliz entonces mira,
Y de la envidia atroz el fuego ardiente
En venenoso anhélito respira;
El furor nuevo que su pecho siente
Perturba las mansiones de la ira,
Y en sus senos se eleva en rónico aullido
Mas rabioso el sacrilego alarido.

Mas el infausto Rey, que empresa nueva
Contra el poder divino ya medita,
El cetro extiende en la tartárea cueva,
Y con terrible voz su pueblo agita;
El bando averno su clamor renueva,
Y al trono en derredor se precipita;
Luzbel acalla el hórrido lamento,
Y así les dice en espantoso acento:

« Ya, secuaces (y en torno se estremece
Con sordo estruendo la interior montaña),
Veis como Dios en su criatura ofrece
Nuevo y odioso objeto á nuestra saña;
No penséis que mi orgullo desfallece
Por ver frustrada la emprendida bazaña;
Venció el poder inmenso; mas fué mia
La gloria del valor y la osadía.

» Y cuando gime mi fiera aleva
Vencida en la cadena rigorosa
Con que de Dios la mano vengativa
Oprimió mi soberbia generosa;
¡Ah! ¡sufriré que amado el hombre viva
Del tirano opresor en paz dichosa?
Vosotros, compañeros de mi furia,
¿Podréis mirar ociosos tal injuria?

» Un vil pedazo de lodoso cieno
Del aliento de Dios recibe vida
E inmortal ser, y de grandezas lleno
Señor de entrambos orbes se apellida;
Cuanto produce del fecundo seno
La tierra, cuanto dora la tendida
Luz del sol desde el uno al otro polo,
Fue destinado para el hombre solo.

» Mas ¡oh! gloria mas alta y duradera
Es la que causa mi mayor tormento:
El celeste esplendor que en la alma esfera
Para siempre perdió mi atrevimiento;
En premio el hombre conseguirlo espera
Dando á ley blanda fácil cumplimiento,
Y en dulce lazo á su Grlador benigno
Se unirá á mi despocho el polvo indigno.

»Antes ¡oh! ningún medio á la venganza
Omitirá el furor que me devora:
Bien sé que contra Dios poder no alcanza
Quien ya sintió su diestra vencedora;
Mas puedo pervertir con mi asechanza
La libre voluntad, de sí señora,
En que se goza el hombre ¡don gracioso!
Mas ¡oh rabia! á nosotros cuán dañoso!

»Serálo al hombre, si el engaño mío
Consigue en el abismo destinado
Al mal, precipitar el albedrío
Que para el bien y el mérito fué dado;
El don celeste á torpe desvario
Reduciré, de Dios así vengado;
Animo pues, ministros del Averno,
Las armas contra sí nos da el Eterno.

»Una salud nos da nuestra ruina,
Y es no esperar salud, si ya vencido
El despiadado cielo me destina
A eterna rabia é inmortal gemido;
¿Qué temeré de la aversión divina?
Cuando con nuevas iras despedido
Vibre de su justicia el rayo fuerte
¿Podrá ser mas acerba nuestra suerte?

»Alto pues; tú, engañosa Astucia, vuela,
Vuela al jardín de Eden, y en su morada
A ser estrago de la dicha vela,
Que el hombre goza en paz afortunada;
Oculta entre sus flores la cautela,
Y en el tronco fatal pon la celada,
Haciendo que el precepto soberano
Deteste como ley de un Dios tirano.

»Y tú, Soberbia, el devorante fuego
Que encendiste en mi espíritu, prepara,
Dejando al hombre de sus llamas ciego;
Destítcele al Criador la imagen cara;
Las oscuras moradas dejad luego,
Y á perturbar del cielo la luz clara
Audaces id, que en vuestro ministerio
Lloy la gloria seguro de mi imperio.»

Dijo, y con el agudo cetro hiriendo
De la montaña el cóncavo costado,
Con impulso veloz salen hendiendo
Los genios el resquicio ya formado;
Vuelve á cerrarse con horrible estruendo
El paso á los dos solo franqueado;
Ellos, al orden del Querube fieles,
Se encaminan de Edén á los vergeles.

¡Ay! ¿Quién dará suspiros á mi pecho,
Quién á mis ojos llanto en abundancia
Para cantar en lágrimas deshecho,
¡Oh santa Eden, tu deliciosa estancia!
Mi voz á cuyo son ámbito estrecho
Fué el orbe, no ya en dulce consonancia,
Mas en gemido ronco, la memoria
Renovaré de tu perdida gloria.

En todo el universo la natura
Con no alterado brillo relucía,
Y de graciosos dones la faz pura
De la felice tierra enriquecía;
El regalado fruto y mies madura
En sazón grata pródiga ofrecía,
Y el hombre hallaba en su fecundo gremio
A un plácido trabajo dulce premio.

El sol, monarca del brillante cielo,
De la luz clara padre refulgente,
Aun no giraba con torcido vuelo
Del Capricornio helado al Cancro ardiente;
Ni el can entonces con fogoso anhelo
Lanzaba estivos rayos inclemente,
Que los céfiros blandos abuyentasen
Y las nacientes flores abrasasen.

Nunca á ilustrar el Escorpión lejano
Al contrapuesto polo se aureaba,
Ni á ocultar su esplendor en el mar cano
La encendida cuadriga apresuraba;
El árbol del sabroso fruto ufano,
No el inclemente hielo recelaba,
Ni de los prados el verdor natio
Con torpes plés holló el invierno frío.

Mas por el medio cielo la carrera
Del astro luminoso señalada,
Brilló su luz en la extendida esfera
Hasta los firmes polos derramada;
De rosas siempre el alba placentera
Sembró del Aries rubio la morada,
Y siempre al sol dejando el mar sereno,
Nacer el orbe vió de un mismo seno.

Y así con igual ley el fuego interno
Que en rauda movimiento anima el mundo,
La baja tierra desde el giro eterno
Penetró y el Océano profundo;
El templado alimento en jugo tierno
Al fértil suelo dió su ardor fecundo,
Y el alma primavera por el viento
Siempre esparció su delicioso aliento.

Cuando la negra noche el manto oscuro
Tendía por los orbes silenciosa,
No aprisionado en su letargo duro
El triste mundo misero reposa;
Antes en sueño fácil y seguro
Gozó el viviente la quietud dichosa,
Mientras brillaba en plácidas centellas
El trémulo esplendor de las estrellas.

Nace despues la rutilante aurora
Trayendo el nuevo día en sus albores,
Y los puros aljofares que lora
Vierte en el seno á las dormidas flores;
Despierta el ave y con su voz canora
Saluda los primeros esplendores,
Y todo el universo en mudo canto
Entona á su Criador el himno santo.

Así grato placer no interrumpido
Gozó la tierra, el Hacedor glorioso
Las obras de su mano complacido
Mira y las da su auxilio poderoso;
Mas de cuantos vergeles ha esparcido
Del orbe en el recinto delicioso,
Para figura de su gloria quiso
Formar de Eden el bello paraíso.

Resurte en él la caudalosa fuente
Que sumida otra vez en honda cueva,
A todas las regiones su corriente,
El dulce riego y la abundancia lleva;
En él también sus ramos eminente
El árbol santo de la vida eleva,
Y al cuerpo que cansado desfallece
Recobrado vigor su fruto ofrece.

El hombre, mientras llega el esperado
Trono á ocupar en el empero cielo,
Fué por la mano inmensa destinado
Para labrar su floreciente suelo;
En él mira obediente á su mandado
Cuanto circunda el estrellado velo,
Del mundo el homenaje en él recibe,
Y á la natura leyes le prescribe.

El soberbio león, que la montaña
Estremeció con su rugido fiero,
Viene á sus plés, depuesta ya la savia,
Humilde en pos del cándido cordero;
Deja á su voz el tigre la campaña,
Y enfrena el ave su volar ligero,
Y el monarca del piélago á su mando
Los vados espumosos va cortando.

Bajo sus plés, de tierna y fresca rosa
Súbito matizado el suelo mira,
Y del aura que liba vagarosa
Sus hojas, el olor grato respira;
Inclina el árbol la cerviz frondosa,
Que sacudida al aire en torno gira,
Para que tronque de su fruto opimo
El mas pintado ó mas fértil racimo.

Mas sobre los demás su copa umbría,
Rey de todo el vergel, eleva ufano
El tronco cuya fruta defendía
Suprema ley gustar al labio humano;
Humilde el hombre así reconocía
De su Dios el imperio soberano,
A este precio señor de cuanto encierra
El alto cielo y la profunda tierra.

De lirio virginal la sien cefida
Y alba azucena la inocencia pura,
De la region dichosa desprendida
Muestra al hombre su angélica hermosura;
En celestiales lazos á él unida
La feliz tierra dominó segura;
Su amable mando con sagrado acento
Canta el coro del alto firmamento.

Con ella descendió su dulce hermana,
La dulce Paz, y al orbe amaneciendo,
Brilló entre hermosas nubes de oro y grana
Blanda quietud su oliva prometiendo;
¡Ah! no temido de la trompa insana
Entonces era el pavoroso estruendo,
Ni que fueran los campos florecidos
De humana sangre alguna vez teñidos.

Glorias tantas la tierra ya gozando,
Otra nueva, gran Dios, añadir quisiera,
En nueva imagen tuya al hombre dando
Una fuente ignorada de placeres;
Infundiendo en sus miembros sueño blando,
Su pecho con benigna mano hieres,
El duro hueso animas, y de él labra
La mujer bella tu eternal palabra.

Cual la lumbrosa fuente coronada
De oro radiante y pura argenteria
Rompe el mar de la aurora sonrosada
El claro sol iluminando el día;
Ante su rostro el aura regalada
Los bulliciosos céfiros envía,
Que en juegos mil girando mansamente
Vuelan por las campiñas del Oriente.

Así ve amanecer naturaleza
A la que de sus ámbitos señora
De majestad ornada y de belleza
Con mas templada luz los orbes dora;
En torno con graciosa ligereza
Vaga el gozo y la risa encantadora,
Y amor, el santo amor al lado brilla
Del placer puro y la virtud sencilla.

El hombre al ver la dulce fuego siente
Dilatarse en su seno, y la sincera
Gratitud rinde al Sér omnipotente,
Y su esposa la llama y compañera;
Por ella la alma tierra floreciente
Cubierta de sus hijos ver espera,
Y feliz sucesion que al cielo amiga,
Eternamente al Hacedor bendiga.

De Edén vagaba por la estancia amena
La madre de los hombres, cuando el prado
Desde el alto cenit con luz serena
Esmaltaba risueño el sol templado;
Entre las hojas plácido resuena
El soplo del favonio regalado,
Los vástagos agita de las flores
Y teje hermosas ondas de colores.

El dulce canto y el volar cansadas
Dejan las avecillas bulliciosas,
Y poblando las densas enramadas
A los nidos se acogen silenciosas;
En derredor sus ondas argentadas
Lleva entre orillas de jazmín y rosas
Sesgo el arroyo con susurro manso,
Que el dulce sueño inspira y el descanso.

Por sus márgenes Eva divertida,
Mientras en ver gozosa se complace
Ya el pajarillo que en la rama anida,
Ya el corderuelo que á la sombra pace,
O bien la tenaz hiedra al olmo unida
Como en frondosas vueltas á él se enlace,
Al sitio llega con dudosa planta
Do el fatal tronco al cielo se levanta.

La engañadora Astucia en tanto anima
Serpiente infiel, y sacudiendo enhiesta
La manchada cerviz, andaz sublima
Su cuerpo en giros mil por la floresta;
Del árbol se dirige á la alta cima,
Y en torno el aire con su aliento infesta,
Cual por el horizonte negra nube,
Cubriendo el cielo de tinieblas sube.

El tronco todo hasta la copa umbrosa
Cifre plegada en una y otra espira,
Y ofrece entre las ramas cautelosa
La faz, que el padre alienta de la ira;
Contra Eva, que suspensa y silenciosa
El no tocado fruto ve y admira,
Mueve falaz el labio fraudulento,
Y así le dice en halagüeño acento:

«¡Oh tú, que altiva en tu beldad lozana
Pisas estas moradas do ventura,
Y reina de los orbes soberana
Ves rendida á tu mando la natura;
Si con esa tu gloria y fausto vana
Juzgas tocar á la mayor altura,
¡Ay cuánto tu error es! Tan falsos bienes
A cuán indigno precio los sostienes!

«¡Qué vale que por ti la ardiente lumbre
Del claro astro del día se desprenda,
O que la noche inmensa muchedumbre
De eternos soles en la esfera encienda,
Cuando velos por la celeste cumbre
Sigue deluces la esmaltada senda,
Si tú, señora de tan alto imperio,
Yaces sujeta á torpe cautiverio?

«Este tronco que observas misterioso
Tu oprobio lleva en su abundante fruto,
Y de tu mando exento y orgulloso
Solo te niega el general tributo
Que ofrecen los demás; precepto odioso,
Con que la envidia de un tirano astuto
Impedir quiso que atrevido el hombre
Emulase tal vez su gloria y nombre.

«Oye empero la ley que del destino
Al árbol prodigioso le fué dada:
Yo del jardín de Eden guardian divino,
Que fiel presido á su cerviz sagrada,
Te descubro del fruto peregrino
La secreta virtud, de tí ignorada;
En mi voz habla el cielo soberano:
Oye y penetra el tenebroso arcano.

«Quien sus pomos con noble atrevimiento
Pruebe, la ley injusta despreciando,
A par de Dios será, y en alto asiento
Con él dividirá del orbe el mando;
Ensalzará su nombre el firmamento
En angélicos himnos resonando,
Y tendrá cual los séres inmortales
La ciencia de los bienes y los males.

«Temible al mismo Dios, será su suerte
Soberana y excelsa independencia,
Y en el empireo poderosa y fuerte
Dominará inmortal su descendencia;
Ve ya la desventura, ve la muerte
Que castigo será á la inobediencia,
Y rompe el negro velo del engaño
Con que en tu mismo bien temas tu daño.

«Goza, goza la gloria que destina
Al hombre venturoso el alto cielo;
El alma que te adorna, luz divina,
Aunque ceñida del corpóreo velo,
De otro imperio es capaz que el que termina
En cerco limitado el bajo suelo;
Sabe pues á la cumbre sacrosanta
Y el orbe huella con gloriosa planta.»

Dijo la Astucia infiel: al torpe encanto
De la engañosa voz fácil oído
Eva da incauta; la Soberbia en tanto,
El sacrilego fuego ya emprendido,
El fuego que arrojó querube tanto
Al centro oscuro de inmortal gemido,
Invisible alimenta, y á su seno
Con él arroja su infernal veneno.

La primer madre por sus venas siente
Crecer no resistida la impia llama,
Y la ambicion del mando omnipotente
Y el esplendor de eterna luz la inflama;
Del devorante ardor ciega la mente
La mano tiende á la funesta rama;
Tres veces en troncar su fruto insiste,
Y tres la poma ladócil le resiste.

¡Oh! dicta tú á mi acento lastimado
El triunfo del delito y la mentira,
Tú, que el empíreo, serafín sagrado,
Viste temblar á la divina ira;
Alienta el débil pecho lastimado
Y pulsa tú la destemplada lira;
Yo en tanto mancharé de lloro ardiente
Entre ceniza vil la faz doliente.

Ya, ya en su mano la infelice Eva
La bella poma ostenta victoriosa;
Ya de su arcano á la funesta prueba
Se prepara atrevida y orgullosa;
¡Ay! que al hambriento labio ciega lleva
El delito y el mal. Gimes llorosa,
¡Oh cándida Inocencia! Mas oído
En vano fué tu llanto y tu gemido.

¡Ay! que no solo la maldad impía
Ya en sus entrañas misera alimenta,
Mas cómplice infeliz á su osadía
Contra la impuesta ley buscar intenta;
¡Ay! que ya á Adán, de pálida alegría
Bañado el rostro, el fruto le presenta:
Triunfa el averno por su voz; ¡Ay triste!
Probóle el hombre, y tú, Maldad, naciste.

Naciste, y del averno desquiciada
La eternal puerta, el bando fementido
A Luzbel la victoria malhadada
Aplande con horrisono alarido;
El suelo entonces dejas tú, bañada,
Alma Inocencia, en llanto dolorido,
Y á las moradas vueltas celestiales
Negada ya á los miseros mortales.

La Paz su vuelo rápida siguiendo
A la region nativa se destierra,
Y la lanza fatal feroz blandiendo
Al mundo nace la implacable guerra.
El orbe gime; con horrible estruendo
Mueve sus hondos cóncavos la tierra,
Y siente el usurpado señorío
Que el rey ejerce ya del lago impío.

Reina del siglo, la Maldad levanta
De la patria del mal la frente altiva,
Coronada de horror; siguen su planta
De los males la hueste vengativa;
El vil placer que la razon encanta,
El impio furor, la envidia esquivo,
Y ya señora de la humana suerte,
Ante su rostro va la cruda muerte,

De cuantos el delito abominable
Dejando el negro averno, se acompaña,
El mas temido monstruo; ya implacable
Blandida cruge la feroz guadaña;
Amenazando el golpe formidable,
Brama impaciente en homicida saña;
Y á que el cielo destine solo espera
A su furor la victima primera.

¡Misero Adán! Y ¿dó á la inmensa ira
Te ocultarás seguro? Si ciñeses
Las raudas alas con que el rayo gira,
Y entre grupadas nubes te escondieses,
O de la aurora á la abrasada pira,
O al destemplado mar del polo huyeses,
Do quier Jehová domina; su venganza
Sobre los vientos poderosa alcanza.

¡Triste! en nieblas de muerte y sombra oscura
Y confusion y horror sumido yace;
Su cuello oprime pesadumbre dura,
Y un helado sudor su alma deshace:
En tanto del Averno nube impura
De tenebroso fuego y humo nace:
Fallece el día; en medio la alta esfera
Pálido el sol oculta su lumbrera.

Entre el negro vapor y oscura llama
Luzbel triunfante su potencia ostenta
Al sometido mundo; en torno brama
Del abismo la hueste turbulenta:
«Vencimos, con horrendo acento clama
El feroce Querub: la ira sedienta
Si en el inmenso ¡oh rabia! no podemos,
En victimas sin fin ya cebaremos.

»Triunfamos contra Dios: la imagen bella
Que en brillo celestial lumbró el Eterno,
Es ya apagada y pálida centella
Que entre sus ondas sumirá el averno;
Triunfad, secuaces: á mi ardiente buella
Trono es el mundo do immortal gobierno.
No hay Dios, tierra infeliz; el pueblo humano
Es bajo el ceño de mi angusta mano.»

Luzbel hablaba; súbito resuena
Rasgado el cielo en hórrido estallido;
Tembló el eje inmortal; el polo trueaa
Y el ancho mundo gime sacudido;
Roja luz el inmenso espacio llena
En voladores rayos encendido;
Bañado en fuego el aire resplandece,
Y el trono del Altísimo aparece.

Brilla el rayo en su diestra poderosa;
La llama del furor vorace vuela
Ante su angusta frente; temerosa
A sus iras el ángel la faz vela.
Su rostro es cual hoguera que ardorosa
A par del valle el alto monte asuela;
Ángeles mil y mil al solio alzado
Acuden; mil y mil cercan el lado.

El Inmenso va á hablar; del firme asiento
Los collados eternos se encorvaron,
Y plegadas las alas en el viento,
El fiero Noto y Aquilon callaron.
Luzbel esquivo el divinal acento,
Mas opresores hierros lo ligaron.
Habla el justo Jehová; la voz potente
Oye, y tiembla de horror culpada gente.

«Y ¿dó están? dice: ¡La caterva impia
Burlará mi poder, ó á mi ira armada
Selibrará? ¿Dó están? ¿La tiranía
Alzará contra mi su frente osada?
En cielo y tierra la potencia es mía;
Yo el Señor de las huestes; hacinada
Está, cual heno vil la grey traidora,
Y el ardor de mi aliento los devora.

»Culpado Adán, la ya abatida frente
Cubre entre el polvo vil de do naciste;
Yo te ceñí corona refulgente
Sobre cuanto de lumbreres el sol viste;
Tú del averno la enemiga gente,
Hollando mi alma ley, necio seguiste;
Tú suerte sea el Averno; tiembla, ingrato;
Es inmutable mi eternal mandato.

»Vengad, criaturas, mi ultrajado nombre:
Tú, sol, que de la esfera diamantina
Tal calor y blando diste al hombre,
En destemplado ardor ora fulmina.
No la rosa gentil el suelo alfombra,
Mas el punzante cardo y ruda espina;
Brutos, feroces ya, no ya obedientes,
En él cebad los aguzados dientes.

»Con duro afán el infecundo seno
Rasgue á la tierra; el fruto suspirado
Solo produzca el árido terreno,
De llanto triste y de sudor regado.
Verde campo, tal vez de espigas lleno,
Verá talarlo en flor el Noto airado,
Y cuando brote escasa mies y yerta,
Lágrimas de dolor sobre ella vierta.

»Prole de perdición, hijos de muerte
El suelo cubrirán; cuando horrorosa
Baje la noche, gemirán su suerte,
Y del primero ser la noche odiosa.
Cuando del duro sueño los despierte
Con su temprano rayo el alba hermosa,
Maldecirán la luz aborrecida
En que á la luz nacieron de la vida.

»Cierra, Empíreo, tus puertas; las moradas
De lumbrer inmensa y resplandor augusto,
De diamantino muro circundadas,
Mi reino negará al pueblo injusto.
De muerte moriréis, gentes culpadas:
Así castiga el crimen Jehová el justo.
Vuestra mansion en siglos eternos
Será el oscuro imperio de los males.

»Y tú, sierpe, que diste fementida
El torpe acento al avaral engaño,
En apagado silbo ya abatida,
La culpa gemirás del primer daño;
Y robando la escama denegrida
De tu piel cada vez que nazca el año,
En sulco odioso por el suelo duro
Callada arrastrarás el pecho impuro.

»Y cuando, salpicada de colores,
Tal vez enhiestes la cerviz sangrienta,
Del mas bello jardín las tiernas flores
El tósigo envenene que te alienta;
La escondida caverna donde mores
El rudo golpe de la azada sienta,
Y tu cuerpo, á sus senos arrancado,
En trozos rompa el penetrante arado.

»Será un tiempo (mi voz omnipotente
Penetra el seno de la edad futura)
Cuando el hijo de Adán sobre tu frente
Vencedora pondrá su planta pura;
Y el furor del abismo prepotente
Feliz domando en la cervice dura,
Sobre el Empíreo ensalzará su nombre,
Adorado del ángel y del hombre.

»Cesará entonces el torpe ministerio,
Jomundo rey del tenebroso lago:
Dijiste: morirán en cautiverio,
Y envolveré la tierra en rudo estrago.
Solo dominaré; bajo mi imperio
Tendrá de su delito el justo pago
El vil linaje que Jehová abandona;
El Dios de las venganzas no perdona.

»Abate ¡oh monstruo! la orgullosa frente;
Yo, el Dios de los consejos: ¿abreviada
Será acaso mi diestra omnipotente?
Mortal, yo vi tu suerte lastimada:
Vila, y hubo piedad; si brilla ardiente
De mi furor la fulminante espada,
Llora, infeliz mortal, llora y confía;
Tuyo el delito, la clemencia es mía.

»En plenitud de gloria resplandece
Sobre el Empíreo y mas mi ciencia suma;
A mi voz rauda el orbe desaparece,
Mas que herida del cierzo negra bruma;
La lumbre, si fulmino, se oscurece,
Y apagada su hoguera el polo ahuma;
Y ¡haré de mi furor airada prueba
Contra la arista vil que el viento lleva?

Tú, de mi inmenso sér inmensa lumbre,
Hijo querido de eternal delicia,
Tú, visitando la ajena servidumbre,
La víctima serás de mi justicia.
Verás el rostro, humana muchedumbre,
Depuesto el rayo á mi piedad propicia,
Cuando dado al suplicio en alta cima,
El Rey del cielo moribundo gima.

»Y herido de la espada rigorosa
De mi furor, al aire sublimado,
Lo entregaré á la muerte pavorosa
Entre el cielo y la tierra abandonado;
Ante mis ojos correrá preciosa
La sangre pura, y lavará el pecado;
Y verá el hombre las empires puertas
Segunda vez para su dicha abiertas.

»El príncipe de paz, el fuerte, el santo
¡Oh tierra! á ti vendrá; no enfurecido
Rayo precederá, no armado espanto,
Ni del polo el horrisono bramido;
Tú, Inocencia, y tú, Paz, en dulce canto
Al triste mundo anunciaréis mi Ungido.
Volad, tiempos; ven, día fortunado,
Y el reino de maldad será arruinado.

»El Testamento augusto que, á tu ruego,
Pérido pueblo, di, ¿cómo olvidaste,
Cuando en ardor de fulminante fuego
Mi voz velada en truenos escuchaste?
Tú, no mi pueblo ya, mas pueblo ciego,
Tú no verás la lumbre que esperaste;
Tú mancharás las manos inclementes
En la sangre del Rey que dí á las gentes.

»Morirá, si; mas del dolor interno
Su seno rasgará la tierra fría;
Los orbes, desquiciado el polo eterno,
Revolverán por ignorada vía;
El astro de la luz, cual jóven tierno
Muerto en florida edad, en medio el día
Pálido yacerá; y horror profundo
Envolverá en tiniebla el ancho mundo.

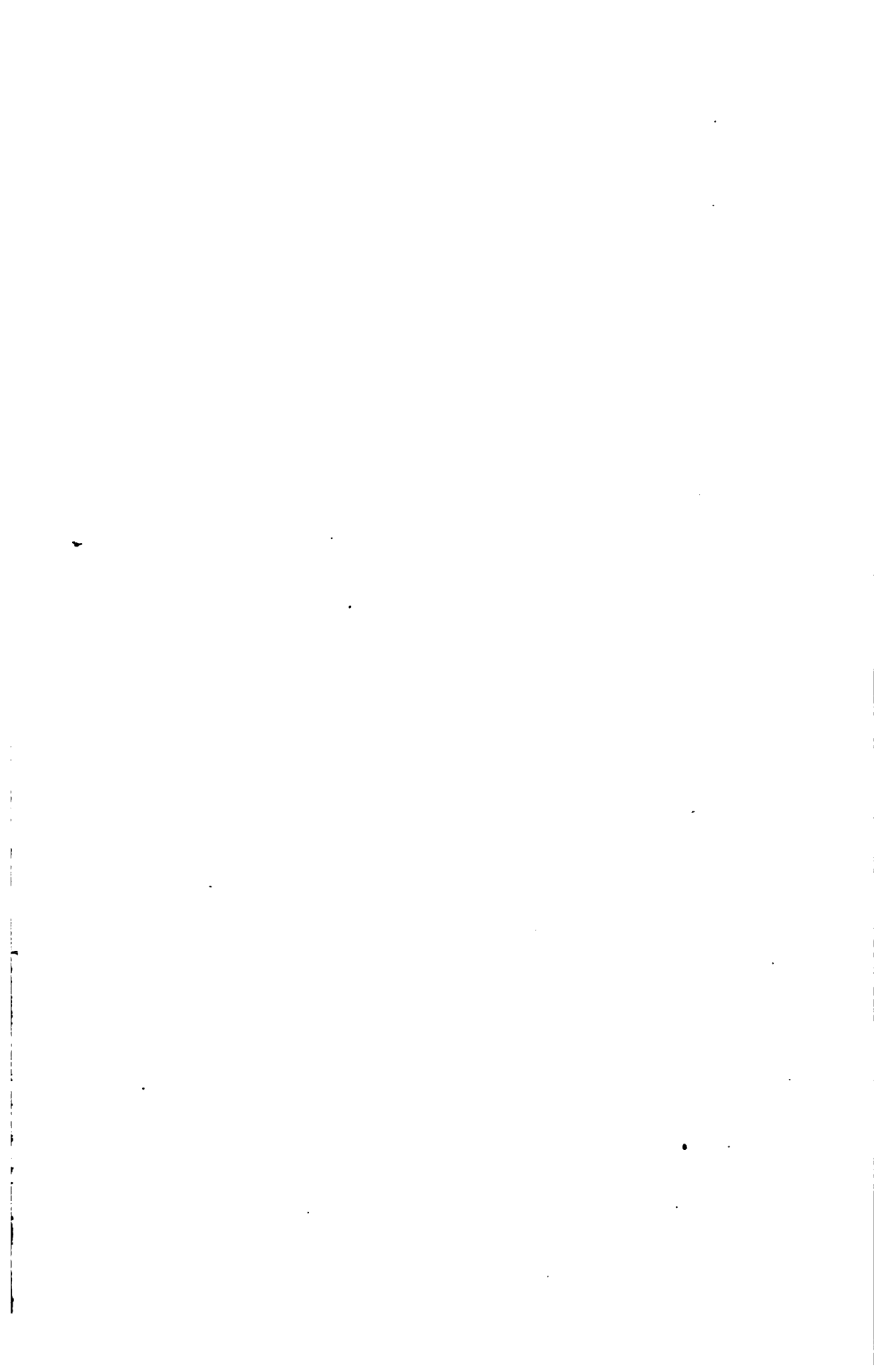
»¡Mi Santo empero en el sepulcro umbrío
Verá la corrupcion? ¿Yacerá el Fuerte?
Cual vence el sol las ondas del mar frío,
Vencerá los horrores de la muerte.
Tú, monstruo, lo verás del trono impío.
Su poderoso acento conmoverte;
Y el abismo rompiendo fulminante,
La prole de Sion librar triunfante.

»Mas nueva grey en el terreno asiento,
Del amor prole, que en los dos inspira,
Dejará que inflamada por su aliento
Mi nombre lleve por do Febo gira;
Y hasta que en su perenne movimiento
Vuelva el tiempo los días de la ira,
Cuando estalle la esfera en recio trueno,
Padre amoroso asistirá en su seno.

»Santa generacion, la gloria mía
Tú al orbe mostrarás; en cuanto encierra
Del claro Marsaroth á la Osa fría
Juzgarás las naciones de la tierra.
Paz y salud á ti; gemirá impía
En la avaral prisión la cruda guerra;
Y á par será del sollo do yo impero
El no manchado sollo del Cordero.

»Los siglos volarán; rota la esfera,
Al abismo caerá precipitada;
Frenará el astro la inmortal carrera;
La fuente de la lumbre sepultada
Yacerá en nieblas; la creacion entera
Volverá al seno de la antigua nada;
Mas la eternal palabra de mi mente
Será en siglos de siglos permanente.»

Habló Jehová; renueva el coro alado
El himno sacrosanto de alabanza;
Da el bando impío grito despiadado,
Y al reino adusto del horror se lanza.
Adán, aunque el temor mas consolado
Con la serena luz de la esperanza,
Del dolor oprimido que le aqueja,
Lloroso, dulce Eden, de ti se aleja.



LA INOCENCIA PERDIDA,

POEMA EN DOS CANTOS

POR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

CANTO PRIMERO.

Recibe el plectro ya, profana Clio,
Que del Bétis me diste en las riberas,
Do con labios de risa el canto mío
Remedaron sus ninfas placenteras:
Ora vuela mi acento al sacro río
Que de Eden fertiliza las praderas,
Y dividido en plácidos raudales,
Baña el Oñr arabio de corales.

Y en las regiones, do el primer viviente
Moró apenas en cándida inocencia,
Mi voz repita á la futura gente
El precio de su altiva inobediencia;
Y cómo el triste padre delincente
Tornando en males la dichosa herencia,
Su linaje entregó con vil desdoro
A muerte, á esclavitud, á eterno lloro.

Tú, que del hombre la infelice historia
Trasladaste á los siglos inspirado,
Ora el hecho recuerda á mi memoria,
Que lo arrojó del venturoso estado;
Tú me da el alto verso en que la gloria
Cantaste del Señor al pueblo amado,
Y al mundo criminal será enseñanza,
Y hará temer la celestial venganza.

Vacia, herida la orgullosa frente,
En medio el hondo abismo el ángel fiero.
Después que el Hacedor del brazo ardiente
Alzado sacudió el rayo primero.
En su revuelto seno sordamente
El caos tembló, cuando al mayor lucero
Oyó entre la rebelde muchedumbre
Derrumbado caer de la alta cumbre.

El, levantando pálido el semblante,
Despavorido al espantoso trueno,
Revuelve en derredor la vista errante
Vibrando llamas y mortal veneno:
Brama, y al alarido horribiente
Retumba ronco el cavernoso seno;
«Dioses, dice, ¿me oís? ¡ah! no vencimos;
Mas no entienda Jehová que nos rendimos.

» Lanzados fulmos del celeste imperio:
Lanzados fulmos ¡ay! La suerte ciega
Triunfar le dió, y á infame cautiverio
Los mas altos espíritus entrega.
Vuela Miguel, y sobre el cerco aéreo
Triunfal insignia vencedor despliega,
Y trofeos arboia: el claro polo
El nombre de ese Dios aclama solo.

» Suya fué, no lo niego, la victoria;
Mas nuestro es el valor. El yugo odiado

De servirle rompimos: esta gloria
No borrará jamás funesto hado.
Renovarán los siglos la memoria
De nuestro invicto ardor: «de fuego armado,
Dirán, al cielo se atrevió el abismo.»
El atreverse solo es heroismo.

» No desmayéis ¡oh príncipes! No en vano
Hijos sois del olimpo. Renovemos
El conflicto primero, y al tirano
Nuevo orden de batalla presentemos.
El determina en su consejo insano
Otros séres crear, y en los supremos
Tronos á par de sí levantar quiere
No sé cuál hombre vil que nos impere.

» ¡Oh dioses! ¡oh furor! Los que ante el fuego
Que al sollo cubre de Jehová, su furia
Ensayaron un tiempo ¡en vil sosiego
Verán con sesgo rostro tal injuria!
¡Ah! no, no será así; que en ira ciego
Aun respira Luzbel. La raza espuria,
Si á gozar llega de la torpe vida,
Perezca en sus principios destruida.

» Perezca el orbe. El desollado velo,
Que en vivos rayos tornasola el día,
Rotos los ejes caiga; estalle el cielo,
Y los séres sepulte en noche umbría;
En son horrendo derrocado el suelo
Ruede al abismo; guerra, guerra impla.
Cobrad, dioses, cobrad vuestros furores;
Serémos, yo os lo juro, vencedores.

» Los rayos aprestad. Del lago oscuro,
Do en sombras mora el erizado espanto,
Saldré á la odiada luz del cielo puro;
Del cielo... el cielo... ¡Ay triste! ¡Cual en llanto
Se torna mi furor! Mas ¡qué! ¡mi duro,
Mi indomable valor á un vil quebranto
Podrá rendirse? Yo? Luzbel? ¡Oh! Tema,
Tema el que usurpa la mansion suprema.

» Saldré á la odiada luz; yo seré espía
De sus obras; veré cuál la acción fiera
Deba ordenarse. ¡Al arma, oh hueste mía!
¡Al arma! Tiempo habrá que en lisonjera
Paz canteis la victoria.» Así decía
El soberbio, y la ruda cabellera
Vedijada de víboras se eriza,
Y en su frente silbando se encarnaiza.

Cual de Vesubio el cráter centellante
Horrendo luce y tiembla, el hondo brama,
Alzase el humo, en grupos ondeante,
Y en vellones de luz tal vez se inflama;
Súbite el negro abismo horribiente
Columnas brota de sangrienta llama,
Y al derretido fuego abriendo calle
Voraz torrente se despeña al valle;

Rápido corre la feroz campaña
Allanando las selvas; el arado
Y el buey tardo arrebató, y la cabafia
Lleva, y al pastor dentro descuidado;
Hunde las altas cúpulas su saña,
Vuelca estruendoso el srteson dorado,
Cae sobre el mar sin aplacar su ira,
Y por las ondas encendido gira:

Tal raudo sale del abismo horrendo,
Envuelto en negras llamas el impio,
Y la garganta con rugido abriendo,
De fuego arroja ensangrentado río.
Tamblo abierta la sima con estruendo,
Y en aullido espantoso el reino umbrío
Se oyó tronar. A la tranquilla tierra
¡Ay! se lanza Luzbel, clamando guerra.

La dulce llama, que de lumbre viste
El aire puro que al viviente anima,
Volando en rayos trémulos, embiste
Los ojos que enfermara el ciego clima.
Turbase, y con las manos la faz triste
Cubre al rosado albor que le lastima:
Vacila, y con pié errante se apresura;
Párase luego, y observar procura.

Tercera vez la celestial lumbrera
A la noche rasgaba el pardo velo,
Derramando sus brillos por la esfera,
Que el aire hienden en sereno vuelo.
Fugada ya la lobreguez primera,
Que vistió de negror el rudo suelo,
La blanda luz resbala por las flores,
Y levanta reflejos y colores.

El ave, aun sin haber lahrado nido,
Las plumas bate sobre el aura fría,
Y prueba á sostenerse, el cuello erguido,
Que mil cambiantes con la luz envía;
Y cuando ya el poder ha conocido
De las temblorosas alas, su alegría
Publica, variando el dulce acento,
Que balbuciente imita el mudo viento:

El viento, enantes mudo, que pasado
Al despuntar de la primer aurora,
Osó apenas, de aljólares bañado,
Besar las flores que su faz colora;
Mas al hallarse súbito sembrado
De los medidos tonos que aun ignora,
Se esconde por las grutas, y suave
Remeda el canto que escuchó del ave.

En tanto la ovejuela en la llanura,
Latiendo el pecho con la nueva vida,
Celebra á par del lobo su ventura,
Y á triscar con halagos le convida.
O ya la frente alzando hácia la altura,
Ve las aves vagar embebecida,
Y á sus cantares, de ella no sabidos,
Responde simplecilla con balidos.

Mas cuando el Hacedor con fuerte mano
Los mudos senos lóbregos quebranta
De la nada vacía, y el humano
Del no ser á la vida se levanta,
Unidos corren en tropel ufano
Los animados todos á su planta;
Manso el tigre y la vibora inocente.
Con su lengua le halagan blandamente.

Y en mil y mil hileras agolpados,
Cual las olas de Océano, se extienden,
Cubriendo en torno los herbosos prados,
Que Tigris y Gehon sonoros hienden.
Los pájaros al aire derramados,
En colorida turba se desprenden,
Cual nube que matiza en oro y grana,
Coronada de lirios, la mañana.

Las alas plegan con murmurio blando,
Y en medio alzado, cual señor, el hombre,
Se posan silenciosos, esperando
La multitud naciente les dé nombre.
Adan, las palmas al empireo alzado,
«¡Oh Eterno! clama... En inmortal renombre
Decidle gloria ¡oh cielos! Decid gloria,
Y ensalzad ¡oh vivientes! su memoria.

»Himnos, gloria decid...» El sacro acento
Sigue luego en dulcísima armonía
El pueblo de las aves: ledo el viento
Los blandos sonos por la esfera envía.
Jamás gozó natura tal contento,
Ni del Ganges, saliendo el nuevo día,
Tal alborada oyó. Las arpas de oro
Pulsa á sus cantos el celeste coro.

Del alto solio de zafir luciente,
Do en eterno esplendor velado posa
Sobre llamas, que el manto trasparente
Penetran á la noche silenciosa,
Con el cetro apartó el Omnipotente
Las densas nubes que su faz gloriosa
Esconden al mortal, y en la alta cumbre
Se vió á Jehová vestido en viva lumbre.

Y el rostro excelso que los cielos dora,
Cuando de la alta frente nace el día,
Tomando al hombre, despidió á deshora
Un mar de luz por la región vacía.
Adan postrado al Hacedor honora
En himnos mil y cantos de alegría:
El gran Dios se complace en ver su hechura,
Y se inunda de júbilo natura.

Solo gime Luzbel. Lánguido hielo
Los miembros le desata: la faz yerta
Aparta sin color, y en tardo anhelo
Desmayado respira; ni aun acierta
A huir turbado, que el inmoble suelo
Falta á su vista errante; mueve incierta
La floja planta en pasos mal guiados,
Y al fin se arroja á los ardientes rados.

Calóse presto el monstruo, y la infiel gente
Huyó espantada al pavoroso estruendo.
Tal ardua roca sobre el mar pendiente,
Cuyas olas continuo están batiendo
Su asiento carcomido, al rayo ardiente
Bajada se desploma en son horrendo:
Abrese el mar en círculos undosos,
Y en torno huyen los peces temerosos.

En medio el lago del eterno lloro
Quedó el dragon enorme derribado,
Tal que del alto Génes á Peloro
Tendido el monstruo sobre el golfo airado,
Do Scila brama con hervir sonoro,
A un numeroso ejército, ordenado
En largas filas, diera paso abierto
Por sus espaldas al lejano puerto.

Y del largo desmayo con sollozos
Alzando la cerviz: «¡Oh fiera suerte!
¡Necio! clama: ¡Cuán necio entre destrozos
Arrastrar pensé al hombre á cruda muerte!
Solo yo moriré; y en puros gozos
De mis iras burlando el lodo inerte,
La planta ¡oh rabia! extenderá atrevido
Sobre el trono á Luzbel solo debido.

»¿Y no habré de vengarme? ¿La alta silla,
Mi solio impune ocupará? ¿Y mi diestra
Ora yacerá inmóvil? ¿Así humilla
El valor de Luzbel suerte siniestra?
¡Oh infamia, eterna infamia! La rodilla
Doblar no quise la soberbia nuestra
De una deidad á confesar el nombre,
¿Y hoy; tristes! cederémos á un vil hombre?

»Mas ¡ay! cedamos: el tirano injusto
Así nos envilece. El orbe entero
A su imperio entregó, cual templo augusto
Do sacrificio ofrezca duradero.
Interprete del mundo, el feudo justo
En cantos de alabanza al sér primero
Rinde el humano, y á su voz se inflama
Y al gran Autor la creacion aclama.

»Todo; todo le adora: fiel tributo
Le rinde todo. ¿Quién el fuerte lazo
Que el orbe liga al déspota absoluto
Cortar pudiera? O al mortal, ¿qué brazo,
Arrancar de sus aras? Solo un fruto,
Uno entre tantos, mientras en breve plazo
La tierra habita, el Hacedor le veda.
¡A tan vil precio nuestro cielo hereda!

»¡Ay! no (creedme, dioses) no es posible,
A nuestras fuerzas su eterna ventura
Contrastar: yo lo he visto... ¡Cuán terrible
Se aumenta mi dolor! La lumbre pura,
La luz que yo gozé... ¡Memoria horrible!
¡Tiempo, tiempo dichoso! Mas aun dura
Mi obstinación; el fuego, el fuego ardiente
Solo quiero: Luzbel no se arrepiente.»

Así el fiero clamaba, y turbulento
En discorde algarazara el torpe bando
Su discurso interrumpe. Cuál su intento
Aplande ya, las armas arrojando;
Cuál cobarde le llama, y el asiento
Rebatar piensa y el tartareo mando;
Cuál se arma á la batalla, y furibundo
El solo quiere desolar el mundo.

No así en torrentes rápidos cayendo
Dividido el Niágara ronco suena,
Cuando rompe sus ondas con estruendo
Contra el profundo escollo que lo enfrena:
Ruge al embate el agua, y resurriendo
En montes de vapor el campo atruena;
Oye el fragor de lejos ignorante,
Y la planta suspende el caminante.

Hé aquí en medio el tumulto en ira ardiendo
Se levanta Satan, Satan que altivo
Asiste siempre junto al solio borrendo,
Y á Luzbel en el choque primitivo
Sostuvo audaz. Su gran mole moviendo,
De la turba se alzó entre el fuego vivo,
Cual preñada de rayos negra nube,
Poniendo espanto, el horizonte sube.

«Y vosotros tambien ¡oh compañeros!
Estirpe del olimpo, ¡en vil desmayo
Yaceréis? dice. ¡Así, invictos guerreros,
Apartais de la diestra ocioso el rayo?
El rayo asolador, que los luceros
Del firmamento en el primer ensayo
Centellar vieron pálidos un día,
Cuando el valor en nuestro pecho ardía.

»Y ya cual los cobardes campeones
Que, velada la faz, ante el tirano
Se postran palpitantes, ¡los blasones
De dioses olvidais? ¡El vil humano,
El polvo os ha de hollar? Ved ¡ay! los dones,
Los timbres ved de que os gloriais. Ufano
El cuello someted al nuevo yugo,
Al dueño imbécil que al tirano plugo.

»Mas ya en los rostros todos arder veo
El antiguo furor. Tú ¡oh Rey! destierra
Un temor afrentoso, y nuevo empleo
Haz de tus huestes en segunda guerra.
Manda armar las falanges: sí, trofeo
Del que osó contra Dios será la tierra;
Y cuando fuese nuestro ardor vencido,
¿Qué perderá quien todo lo ha perdido?

»Los mas audaces de tu gente elige
Contra ese vil mortal; y si en su daño
No el valor aprovecha que les rige,
Aproveche á lo menos el engaño.
Yo pretendi ser dios... ¡Cuán to me aflige
Este voraz recuerdo, que acompaño
Con inútil llorar, llorar eterno!
¡Ay! Ser dios quise, y arrojé un infierno.

»¡Oh Rey! este fatal atrevimiento
Ha de inspirarse al hombre. Ose insolente
Su asiento alzar ante el excelso asiento
Do sostiene los mundos el Potente;
Ose igualarse á Dios; no en fiel acento
A la deidad adorará obediente;
Y siendo en el orgullo igual contigo,
Igual será tambien en el castigo.

»Del padre pecador progenie impía
Diseminada por el orbe extenso,
Las aras hollará do el fuego ardía
En oblacion perenne ante el inmenso;
Del oriente inflamado á la onda fria
Do la luz muere, el usurpado incienso
Elevará el mortal en ritos sacros,
Postrado á vuestros mudos simulacros.

»Sí, que el mundo os honore: que devotos
Su adoracion, su sangre y aun sus vicios
Os tributen los pueblos. Pendan votos
Ante Osiri en soberbios edificios:
Calgan, de humanidad los lazos rotos,
Infantes á Moloc en sacrificios;
Y atónito el viviente grabe entonces
Vuestros nombres en mármoles y bronce.

»Y entonces tú, Camós, de castos lechos
El pudor alanzando, los infaustos
Placeres brutos bajo sacros techos
Accepta en religiosos holocaustos;
Y tú, Baal, en los humanos pechos
Sofocando el amor, que en nudos faustos
Los enlazara, enciende el feroz brio,
Con que devore al hombre el hombre impío.

»¡Tiempos, siglos dichosos, cuando al mundo
De la ciega ambicion ciego heroísmo
Lance en sus iras el Erebo inmundado,
Y el hierro dé al mortal contra sí mismo!
Por entre espigas que en tapiz fecundo
Doraron la campiña, el fanatismo
Hará correr en espumante senda
La derramada sangre en lid horrenda.

»Y entre amarillos huesos hacinados
Del delicioso fruto y verdes hacinados,
Desnudo el tronco en los marchitos prados,
Lanzas mil cargará de sangre rojas;
¡Oh Rey, oh dioses! tan funestos hados
Al hombre acelerad; y entre congojas
Fallezca ¡oh sí! fallezca el vil linaje,
La infame raza del averno ultraje.»—

«Fallezca, el feroz Principe responde;
Mas no, invicto Satan, tu ardiente celo,
¡Ah! no te arroje á nuevas lides, donde
Triunfe otra vez el enemigo cielo;
Mas cierto el fin alcanza, si se esconde
La débil fuerza bajo astuto velo.
¿Quién osó mas que yo? Mas vi al humano;
Y se hizo cuerdo mi furor insano.

»Tú pues sube á la tierra, y cauteloso
Haz que el viviente indócil se rebelde
Contra su Criador.» No en son medroso
El taladrado bronce flechar suele
Globos de ardiente hierro, que alevoso
Destroce al hombre, y su morada asuele,
Cual jurando al mortal eterno estrago,
Saltó Satan del llameante lago.

Al mundo se fulmina: en vivo fuego
Nadando giran los sangrientos ojos;
Sus pasos la soberbia sigue luego,
Y audaz saciar ofrece sus enojos;
¡Disforme, borrendo monstruo! El rostro ciego
Las estrellas derriba: en sus arrojos
Tiende las negras alas, y sombría
Cubre el dorado sol y roba el día.

La inobediencia altiva la acompaña,
El duro cuello erguido: corre presta
La descarnada muerte y su guadaña,
Aun no manchada, á la batalla apresta.
La crin revuelta y en rugiente saña
Brotando sangre toda, el hierro asesta
La guerra impla; y la traicion de flores
Cubre el dardo que vibran sus reuceros.

En tardo paso lánguida camina
La hambre desmayada; ronco gime,
Y la plegada faz el llanto inclina,
Regando el suelo del humor que exprime;
La enfermedad pajiza se avecina
A la arada vejez; vil hierro oprime
El pié á la esclavitud. Siguen fatales
Los vicios, la impiedad, todos los males.

Y aullando ronco el ominoso bando,
Cual negra tempestad corre sangriento,
Las flores troncha, y en su giro blando
Detiene al ave con el torpe aliento;
La alma inocencia el escuadron infando
¡Ay! llegar ve: con maternal lamento
Vuela al hombre, y en lágrimas deshecha
A su regazo tímida le estrecha.

¡Infausto día! ¡Infausto! Tú el primero
En abundosa vena el lloro diste
Al mortal ¡ay! el lloro lastimero
Que en sollozos ahoga mi voz triste;
Tú ¡oh sol! subiendo alegre el hemisfero
A Adán, señor del mundo alzarle viste,
Y apagando en el mar tu viva lumbre,
Viste a Adán en indigna servidumbre.

CANTO II.

Veló en tanto la faz de grato ceño
El Hacedor, y del semblante augusto
Súbito entre celajes nació el sueño,
Al malvado terror, solaz al justo;
Vuela en torno del hombre, y halagüeño
Sus ojos languidece en blando gusto;
Toca entonces su pecho el Dios potente,
Y fabrica de un hueso otro viviente.

No en tierno brillo la rosada aurora
De oriambar pintando el vago cielo,
Alza el cabello de la mar sonora,
Lloviendo perlas al florido suelo;
Ni de gualda y carmin íris colora
En ledos visos el nubloso velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.

Nudo en ambos el cuerpo, mas celado
En dulce lumbre de inocencia pura,
Cual Febo en vivas ráfagas velado
En su esplendor esconde su figura.
No allí bastarda herencia del pecado
Rudas vestes cubrieron la alta hechura,
¡Jo hiciera entre sus obras larga muestra
De su inmensa bondad la eterna diestra.

Mas ¡qué lengua, almo Dios, habrá que baste
Del espíritu á hablar, del sacro aliento
Que del seno eterno fuera lanzaste,
Encendiendo en su frente el pensamiento?
Espíritu divino, tú inflamaste
Del sabio rey el misterioso acento,
Que inspirado por tí, del alma santa
El dulce amor y la belleza canta.

Tú el placer le enseñaste y las delicias
Del tierno amante, en el regazo puro
De la esposa lazado entre caricias,
Y el blando beso, de su fe seguro.
Las breves horas al mortal propicias
Tú me dicta; tú enciende el labio impuro,
Y mi voz cantará la complacencia,
El candor y la paz de la inocencia.

Que nos ¡ay tristes! en fatal quebranto
Lanzados al nacer, no conocimos
La venturosa edad: en turbio llanto
Anegados los ojos, la luz vimos.
Tú, solo tú... Mas ¡ah! mi débil canto
Desmaya. Y qué, ¡dijera los opimos
Frutos de la inocencia un mortal ciego,
Si ya ardiera su labio el sacro fuego?

Los dos lazados en sabroso nudo
Pisaban inexpertos los verjeles
Del aromoso Eden. So el pié desnudo
De Adán se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas; en pos fieles
Les dan aves y fieras vasallaje,
¡Padres felices de infeliz linaje!

Alza la vista Adán: por la ancha esfera,
Morada inmensa del radiante día,
Ve al sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los séres y alegría.
El frutecido suelo considera,
Del mar bullente la tenaz porfía
Por saltar la tierra; y dueño solo
Se ve de Cinosura al otro polo.

Las tiernas flores de la frente ufano
Desciñe Febo al estrellado Toro,
Y mezcla en la Balanza el rubio grano
De la Doncella aligera tesoro.
Sube al fogoso carro, y de su mano
Desparce rosas entre espigas de oro,
Y embalsamando el céfiro de aromas,
Racimos llueve y olorosas pomas.

Ve el universo Adán, ve su morada,
Y queda inmóvil, cual del suelo pario
Brilla en real jardín piedra animada
Por mano de famoso estatuario.
Eva lo ve, y examinar le agrada
Las varias plantas, el esmalte vario
Que en colgantes sus flores eslabona,
Y entolda el prado y el pensil corona.

Mueve el pié terso hácia el nevado río,
Que por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmín retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando;
Alzan las crestas sobre el lecho frío
De argentados vivientes mudo bando,
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el hondo seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta, ya en el bosque ameno
Párase á oír la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

En medio el Paraíso su guirnalda
Sobre palma y ciprés coposo extiende
Árbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomas de carmin suspende.
Árbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La hambrienta Parca, por fatal tributo
De quien gustare el engañoso fruto.

Eva lo entreve y tiembla; ni se atreve
A adelantar la temerosa planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta.
Late el pecho anheloso, y lanza breve
El mal cogido aliento: ya adelanta
El pié... ¡infeliz ¡ay! huye; muerta
El tronco infausto de sus ramos vierte.

Llega al árbol fatal... Profeta santo,
Dame lágrimas: ¡Ay! tu lloro triste
Me da, y el verso do con débil canto,
El cántico de Sion gemiste.
¡Podrán cien lenguas el eterno llanto
Decir del universo? Tú me asiste,
Tú esfuerza mi sentir. Llorad, ¡vivos;
Todos valis á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta
Enorme sierpe de la hojosa cima
Súbito se desrolla y vibra enhiesta
La aguda lengua que Satan anima.
Plega en arcos la espalda, la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima;
Eva á su vista pavorida huyera,
Si temor la inocencia conociera.

Del monstruo el pecho llena, y rige asusto
El vil traidor. El escuadrón de males
Cerca en torno al dragón con negro luto,
Quien comienza inspirado en voces tales:
«¡Por qué un ciego precepto el dulce fruto
Así os veda tocar? Sois racionales;
Sabed la razón dél.» Duda el aleva,
Y á rebelarse con la duda mueve.

«¡Teméis morir? prosigue; no os asombre
Una amenaza fútil. ¡Oh! bien sabe
Por qué os aterra Dios; quiere que el hombre
Bajo vil yugo á su opresor aiahe.
Dioses seréis cual él; tan alto nombre,
Tan gran saber é independencia cabe
A quien el fruto divinal percibe:
Sabed ya la razón que os lo prohíbe.

» ¿Dó está esa libertad? ¿El albedrío
Dó está, de que os gloriais? Esclavos viles,
Esclavos os llamad, ó el señorío
Cobrad que en vano os dieron: ó serviles
Vasallos sed, ó dioses; ó os lo fio,
Podeis serlo; elegid. » A las gentiles
Ofertas Eva por el fruto arde
Y por hacer de libertad alarde.

Cual Sirio ardiente ó el nevoso Arturo
Cuando desciende al mar, su luz envia,
Del olmo traspasando el toldo oscuro
Que susurrante mueve el aura fría;
Que vivo reluce el fulgor puro,
Ora se empaña entre la pompa umbría;
Ya mengua el disco trémulo, ya crece,
Ya en centellas se parte y desaparece:

Así de Eva la mente vaga incierta;
Ya se anima, ya teme. El fruto bello
Del ramo á troncar iba, y huyó yerta
La mano, y yerto se le alzó el cabello.
Otra vez y otra torna; ¡ay triste! cierta
A nuestra eterna infamia puso el sello.
Comió... ¿Qué mas diré? Comió. ¿Dó ardiente
El rayo está del vengador potente?

Comió, y al fiel Adán, que respetoso
Ni aun el árbol mirara, el don presenta
Con las ofertas del traidor doloso,
Y su temor y su esperanza alienta.
Insta, ruega amorosa; el tierno esposo
Cede, se rinde, y su osadía aumenta
Mas que el dolo, el amor; que es por su daño
Amor mas poderoso que el engaño.

La poma al labio llega cuando al cielo
Alzó acaso la vista, y de su mano
Cayó el fruto perdido; un mudo hielo
Cuajó densa la sangre al pecho insano.
Dos veces Eva con osado anhelo
Tornó á la mano lisa el don profano;
Dos veces cayó de ella, y ¡triste suerte!
Al fin revive para darse muerte.

Gustó la poma Adán, y el universo
Sintió súbito el crimen. La alta esfera
Robó entre sombras el semblante terso
Que los globos de lumbre reverbera;
Blando favonio en aquilon adverso
Mudó el soplo vital; de rabia fiera
Se vistió el bruto, y su obsequioso oficio
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adán; la seductora
Vióse desnuda, su candor perdido,
Cual marchito clavel se descolora
Doliado sobre el vástago partido.
La bella, dulce luz encantadora,
Rayo de luz eterna sorprendido,
¡Ay! se oscuro en su faz, antes delicia,
Maldición ya de la inmortal justicia.

Vióse y se avergonzó; y al bosque denso
Corre turbado y su ignominia esconde,
Las venganzas tembando del lamenso,
A quien creyó igualarse. Mas ¡oh! ¿dónde,
Dónde de Dios huirá? Del orbe extenso
Patente el seno ve; á su voz responde
La muda nada en el abismo oscuro;
Su faz vuelve la sombra en fuego puro.

¡Ah! vióle, sí, de su encumbrado asiento,
Y ardió súbito en ira: del semblante
Un mar corrió de llamas: ardió el viento,
Las montañas ardieron. Fulminante
Tronó en su enojo, y retumbó al acento
Bajo su pié el olimpo vacilante:
Cubrióse el trono en centelleantes nubes,
Y sus rostros velaron los querubes.

Aíróse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació; la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano
Brotando entre los dedos se derrama.
Iba á lanzarlo ya, y el Soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
En luz de gloria que á la tierra umbría
Amor, su faz bañando, difundía.

PE-II.

Cuando al morir los siglos caiga ardiend,
Desde su cumbre el sol, y el regio trono
Sobre su hoguera asiente, y al estruendo
De la trompa y los rayos, en su encono
Lance los astros en el caos horrendo,
No así parecerá. Dulce patrono
Ora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante la diestra alzada.

«Padre», dice, y los cielos la carrera
Suspenden á su voz; «Padre, mi gloria,
¿Tu bella imagen á la saña fiera
Entregas de Luzbel? ¿De su victoria
El impostor se jactará? El espera
Vengar de su castigo la memoria
Con el castigo del mortal amado,
Objeto dulce de tu excelso agrado.

» ¿Y triunfará el infiel? Piedad inmensa,
Sola piedad y amor, es nuestra hechura,
Es tu hijo el mortal; su grande ofensa
Da mayor gloria á nuestra gran dulzura.
¡Oh! Viva el hombre! Tu poder suspenso,
Y mi poder admira la natura;
Ora admire tu amor; ¡llore el ímpio
Que sus traiciones frustre el amor mío.

» Sus traiciones: rebelde en su malicia
Sublevó tus falanges; fementido
Ora seduce, y la inocencia vicia:
Un crimen y otro de Luzbel han sido.
Es así, Padre; la eternal justicia
Debe ser aplacada; no, no pido
Que el rayo pongas sin vengar tu nombre;
¡Oh! lánzalo en tus iras sobre el hombre.

» Mas ved el hombre en mí; yo su delito,
Yo he de satisfacer; arde inextinguible
Por salvarle mi amor; seré el precito,
Seré tu maldición: ¡oh! sí, el infausto
Viva, yo moriré; venga infinito
Sobre mí tu furor. El holocausto
De mi pasión ¡oh Padre! tú recibe,
Y salva el hombre, que en mi muerte vive.»

Hablaba el Hijo, y de rosada lumbre
Un arco desplegándose, aparece
Entre el hombre y Jehová: sobre su cumbre
Alzado en cruz un leño resplandece.
A su vista la etérea muchedumbre
Se postra silenciosa; desaparece
Súbito el rayo de la alzada diestra,
Y mezclado en su ceño amor se muestra.

«He aquí, Padre, mi triunfo, el sacro Verbo
Prosigue; el ara ved en que inmolado
Hostia del mundo, en la figura siervo
Mi sangre verteré por el culpado.
¡Oh Padre! parto; el sacrificio acerbo
Me llama: parto de tu seno amado
A salvar á los hombres: tú, Dios fuerte,
Recíbelos por hijos en mi muerte.»

«Sea, el Padre responde; así en mi mente
Lo ordené ante la aurora, cuando ungido
Te engendré de mi luz, saber potente,
Por quien los siglos hice. Fuiste oído
En el tiempo agradable. Tú la gente
Congregarás dispersa, y sometido
Cuanto aquilon y el mar y el austro alcanza,
Del mundo harás conmigo la alianza.

» Yo Dios, yo lo he jurado. Tú el eterno
Sacerdote serás; serán tu herencia
Los pueblos y naciones; tu gobierno
Son las lindes del mundo; tu sentencia,
Que tuyo es el juicio. El hondo averno
Postrarás; y el autor de inobediencia,
Cuando todo lo atraigas exaltado;
De su imperio del mal será lanzado.

» Cifete y triunfa; en tu derecha mano
La fortaleza va; tú el poderoso.
Muere, sí; mas un brazo soberano
Te alzaré de la tumba glorioso,
Primicias de los muertos. Este arcano
En medio de los siglos portentoso
Se mostrará al mortal: en tanto llore,
Y en tristes votos su salud implora.»

33

El Altísimo dijo; y dentro el seno
Lanzado el Verbo y el amor divino,
En su alma rostro de ternura lleno
Al hombre anuncian su feliz destino.
Depuso la justicia el rauda trueno
Que al brazo vengador sirve contino,
Y abrazó á la piedad, que en blando sello
El labio imprime en su semblante bello.

Y «santo, santo, en himno de alegría
Los serafines claman; á ti gloria,
Gloria al Dios Sabaot. La frente impia
Del dragon tú domaste; la victoria
Yace á las plantas de Jehová. ¡Oh! envía
A tu Cristo, y el hombre la memoria
De tus piedades con eterno canto
Celebrará bañado en dulce llanto.

» Ven; oh Jesús! Ya al misero el tesoro
De tu pasión destella su consuelo,
Cual antes de nacer; sus rayos de oro
El sol despunta en el rosado cielo.
Lloved, nubes, al Justo. » El santo coro
Cantaba, y de su trono en alto vuelo
Se levantó Jehová; la sacra esfera
En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado
En aras va del huracán; delante
Vuela un querub, el brazo levantado
Con un dardo de fuego centellante.
Satan en duro hierro encadenado
Arrastraba al humano, y arrogante
«Triunfé», empezó á decir, cuando improviso
Aparece Jehová en el paraíso.

«Hnye, le manda, pérfido. ¡Creiste
Poder frustrar mi soberano intento
De hacer feliz al hombre? Conseguiste
El premio digno; tu furor sangriento
El hombre postrará, y tu cuello triste
Quebrantará su planta. » El sacro acento
Oyó Satan, y rauda desaparece
Cual humo ante aquilon se desvanece.

«Vivid, mortales, y esperad; propicia
Nacerá un tiempo la salud, que el llanto
En gozo torne y celestial delicia.
La salud nacerá; gemid en tanto.
Hombres futuros, mi eternal justicia
Adorad humillados con espanto;
Hijos de maldición cuantos se animen
La marca impresa llevarán del crimen.

» Ellos, débil mujer, serán despojos
De tu dolor. Y tú de la morada
Do naciste, lanzado, con tus ojos
Baña la tierra en tu castigo armada.
Suda, infeliz, y llora cuando abrojos
Te vuelva el suelo por la mies sembrada;
Llora mientras que tornas á la tierra;
Que á tu deidad soñada el polvo encierra. »

Habló. De Eden el valladar no abierto
Se divide, y el árido camino
A los culpables muestra del desierto
Do los arroja el precursor divino.
A su perdido bien con paso incierto
Vuelven la faz llorosa; y sin destino
Salen ¡ay! del solar de la alegría
Donde ¡infelice yo! nacer debía.

INDICE.

PRÓLOGO.	Pág. v
CATÁLOGO DE POEMAS CASTELLANOS HERÓICOS, RELIGIOSOS, HISTÓRICOS, FÁBULOSOS Y SATÍRICOS.	xix
LA AUSTRIADA.	
CANTO PRIMERO. —Trátase del origen de los moriscos, y del estado en que el mundo se hallaba cuando se rebelaron, y qué causas tuvieron para ello. Determinaron alzar rey, y hacen reseña de la gente que hay útil para el ejercicio de la guerra, con un ardid extraño.	4
CANTO II. —Coronan al reyecillo, y venen presagios y señales en el cielo y en la tierra que anuncian la rebelion. Los moriscos de la Alpujarra acuden la víspera de Pascua á alzarse con Granada; sobreviene tempestad que se le impide hasta la siguiente noche; lo cual fué causa que los del Albayzin mudasen parecer.	10
CANTO III. —Vuelve la gente que había salido á reconocer qué camino habían hecho los moriscos. El marqués de Mondéjar sale en su seguimiento, y no pudiendo alcanzarlos, se vuelve á Granada. El reyecillo se junta con su gente en Béznar, y entra en la Alpujarra haciendo grandes crueldades. Vuelve el Marqués á salir, y da batalla á Abenhumeya.	15
CANTO IV. —El campo de Abenhumeya va cada día en aumento, y hace atrocísimos martirios en los cristianos que vivian en la Alpujarra. El marqués de los Vélez forma ejército á su costa por la banda de Murcia. El de Mondéjar, habiendo roto algunas veces los moros, va sobre las Guájaras y las toma por combate.	20
CANTO V. —Su majestad determina enviar á Granada al señor don Juan; trátase del nacimiento y crianza deste príncipe. Sale Alvaro Flores con una espía á prender al reyezuelo, y lleva mil hombres en su compañía.	23
CANTO VI. —Huye Abenhumeya. Los soldados de Alvaro Flores saquean el lugar de Valor. Los moriscos les salen al camino y los matan. El señor don Juan llega á Granada. El marqués de Mondéjar, acusado de sus émulos, va á Madrid, y habiéndole oído su majestad, le da por libre.	29
CANTO VII. —Visto que las cosas de la rebelion ofrecian cada día nuevas dificultades, determina su majestad que el Comendador mayor se venga de Roma y traiga consigo el tercio de Nápoles. Abenhumeya hace un parlamento á los suyos. El señor don Juan entra en consejo de guerra y hace un sustancial razonamiento.	35
CANTO VIII. —El Comendador mayor parte de las Pomas, corre tormentas, y perdida parte de su armada, llega la demás á Cerdaña. El de Santa Cruz la rehace y va con ella á Barcelona, donde la entrega al Comendador mayor, el cual va á tomar tierra en Adra, y la primera cosa que emprende es romper la gente de Ventomiz.	40
CANTO IX. —El Comendador mayor hace obsequias por los muertos; despues se embarca con don Sancho de Leyva. Al de los Vélez se le deshace el campo casi sin poderlo	

remediar. Su majestad manda llamar á cortes en la ciudad de Córdoba. Abenhumeya escribe á los del Albayzin, amonestándoles que se pasen con él.	Pág. 48
CANTO X. —El reyecillo pone en ejecucion el designio de Verja y vuelve desbaratado. Don Diego de Leyva combate cuerpo á cuerpo con un valiente turco, y le vence y mata. El señor don Juan manda á don Antonio de Luna que vaya á las Albuñuelas. Arrendate mata al capitan Céspedes el fuerte.	51
CANTO XI. —Selim, emperador de los turcos, determina pedir á venecianos la isla de Chipre. El Comendador mayor se apunta en el consejo de guerra con el marqués de los Vélez. Salen los dos caudillos con grueso ejército en busca de Abenhumeya, y despues de haberle desbaratado, se aloja el campo en dos lugares de la Alpujarra.	56
CANTO XII. —Pone el turco en ejecucion el pedir á Chipre, y viene con gran ejército: á esta sazón se aventaja el reyezuelo en un recuento que tuvo con el de los Vélez, el cual da la vuelta á Baza. Don Fernandillo, habiendo intentado la empresa de Adra, hace estratagema para ganar á Motril, y un morisco le ordena la muerte.	61
CANTO XIII. —Abenabo, dando crédito á Diego Alguacil, determina con los turcos de matar á su pariente el reyecillo. El turco combate á Nicosia en el reino de Chipre. Su santidad y el Rey envían socorro, y no llega á tiempo por tonelle las galeras muy contrario; y así, dan la vuelta sin efecto, sabida en el camino la triste nueva de Nicosia.	66
CANTO XIV. —Los turcos ponen en ejecucion la muerte de Abenhumeya. Alzan á Abenabo por su rey. Fluxen, capitán turco, se enamora de Zara, y es causa de la muerte del reyecillo. Diego Alguacil, su primer enamorado, sale en campaña con su competidor. Abenabo corca á Órgiva, y el de Sesa la socorre con dificultad.	72
CANTO XV. —La guarnicion de Órgiva se pasa á Motril. Gale- ra, lugar muy fuerte, se rebela y fortifica. Los moriscos de Huéscar tratan de alzarse con la ciudad. El señor don Juan y el duque de Sesa salen de Granada á buscar los enemigos.	77
CANTO XVI. —El señor don Juan llega con su ejército á Baza, y pone cerco sobre Galera, donde los enemigos estaban muy fuertes. Suceden en los asaltos extraños acontecimientos, hasta que al fin se entra á viva fuerza. Entre tanto el de Sesa corre con su ejército por toda la Alpujarra, provocando á batalla al Abenabo.	82
CANTO XVII. —Su alteza toma por fuerza un lugar llamado Seron. Luis Quijada, mal herido de un balazo, da el alma á Dios. El duque de Sesa anda en la Alpujarra contrastando al Abenabo, el cual con estratagemas rebusa la batalla; los enemigos rompen y desbarajan una escolta al marqués de la Fabara. La serranía de Ronda se rebela.	88
CANTO XVIII. —El duque de Arcos rompe los enemigos. Los de la Alpujarra hacen conjuracion de matar al segundo	

reycello; el cual, presinténdolo, da comisión al Haba- qui para que trate con el señor don Juan sobre los me- dios de la reducción. El duque de Arcos da la batalla á los moriscos de la Serranía, en la cual los vence y mata al Meliche. El Habaqui acabó la vida en su demanda. Y en fin se concluye la guerra con la muerte de Abenabo.	94
CANTO XIX.—Establécese la Liga, y es nombrado el señor don Juan por generalísimo della. Selim junta poderosa arma- da, reforma á Piali y hace general al turco Ali-Bajá. Su alteza hace su jornada y recibe en Nápoles el estandarte de la Liga por mano del cardenal Granvela, delegado de su santidad.	100
CANTO XX.—El señor don Juan pasa de Nápoles á Cicilia, y junto con los dos generales en consejo, satisface la des- confianza que, conforme á su natural, tenían los vene- cianos. Toma despues tierra en Mecina, de donde parto con toda la armada la vuelta de Levante. Llega á Corfú, y de allí á las Guminizas, rompiendo infinitos inconve- nientes.	105
CANTO XXI.—Siembra el demonio discordia entre la arma- da cristiana, y así llega á la Chafalonía puesta en gran peligro y confusion. El señor don Juan con admirable prudencia compone aquel tumulto, y estando en esto lle- ga nueva cierta de la pérdida de Famagusta.	111
CANTO XXII.—Sabido por Ali-Bajá que su Alteza se le cerca, determina en consejo salirle al encuentro y darle la bata- lla; llegan las armadas una á vista de otra, y el viento que traía favorable la del enemigo, milagrosamente se le vuelve por proa. Hácese reseña general del uno y otro bando.	117
CANTO XXIII.—Estando las armadas para embestir, hace cada general razonamiento á su gente. Comiénzase la memo- rable y espantosa batalla. Mueren don Bernardino de Cár- denas, Barbarigo y el conde de Brático, y suceden otros casos dignos de admiracion, durando neutral el fin de la victoria.	125
CANTO XXIV.—Cuéntanse muchos casos dignos de memoria, y el glorioso suceso en favor de los cristianos: muere Ali-Bajá y quedan sus hijos presos, sin infinito número de muertos y captivos. Y en efeto se concluye la mayor hazaña de mar que por el escrito ni relacion se halla en la memoria de los hombres.	130
VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE DEL GLORIOSÍSIMO PATRIARCA SAN JOSEF, ESPOSO DE NUESTRA SE- ÑORA.	
CANTO PRIMERO.—Del nacimiento del glorioso patriarca san Josef.	139
CANTO II.—De la Concepcion pura y nacimiento de nuestra Señora.	142
CANTO III.—De como visitó Josef á nuestra Señora recién nacida.	147
CANTO IV.—De la eleccion del santo Patriarca para esposo de nuestra Señora.	151
CANTO V.—De los desposorios de nuestra Señora y san Josef.	154
CANTO VI.—De la pureza del glorioso san Josef.	159
CANTO VII.—De la Anunciacion de nuestra Señora.	163
CANTO VIII.—De la Encarnacion del Hijo de Dios.	167
CANTO IX.—De la Visitacion.	171
CANTO X.—De la vuelta á Nazaret, y cómo vió san Josef la preñez de nuestra Señora.	175
CANTO XI.—De la satisfacion que dió san Josef á nuestra Señora.	180
CANTO XII.—Del trabajo de san Josef, y el edicto de César Augusto.	184
CANTO XIII.—Del camino hasta llegar á Betlem.	189
CANTO XIV.—Del nacimiento de nuestro Redentor.	193
CANTO XV.—De la venida de los pastores.	197
CANTO XVI.—De la circuncision de nuestro Redentor.	202
CANTO XVII.—De la adoracion de los Reyes, y presentacion en el templo.	206
CANTO XVIII.—De la huida á Egipto.	210
CANTO XIX.—De la muerte de los inocentes, y puericia de Cristo nuestro Redentor.	215

CANTO XX.—De la vuelta de Egipto á Nazaret.	220
CANTO XXI.—De cuando perdieron nuestra Señora y san Jo- sef á Cristo nuestro Redentor.	224
CANTO XXII.—De algunas alabanzas de san Josef, y de la pasion de nuestro Redentor.	229
CANTO XXIII.—De la enfermedad y muerte del glorioso san Josef.	234
CANTO XXIV.—De la descension del alma del glorioso san Josef al Limbo, y de su subida en cuerpo y alma á los cielos.	239

CREACION DEL MUNDO.

DIA PRIMERO.	246
DIA SEGUNDO.	251
DIA TERCERO.	256
DIA CUARTO.	263
DIA QUINTO.	269
DIA SEXTO.	276
DIA SÉPTIMO.	282

NÁPOLES RECUPERADA POR EL REY DON ALONSO.

CANTO PRIMERO.	291
CANTO II.	295
CANTO III.	302
CANTO IV.	307
CANTO V.	312
CANTO VI.	317
CANTO VII.	324
CANTO VIII.	328
CANTO IX.	331
CANTO X.	336
CANTO XI.	341
CANTO XII.	346

PRIMERA PARTE DE ARAUCO DONADO.

EXORDIO.	353
CANTO PRIMERO.—Que trata cómo el marqués de Cañete don Andrés de Mendoza, visorey del Pirú, á pedimento del reino de Chile, y de la necesidad y aprieto en que esta- ba, le envió socorro y fuerza de gente, así por mar como por tierra, yendo por general della y gobernador de aquel reino don García Hurtado de Mendoza, su legitimo y cla- ro hijo.	354
CANTO II.—En que los araucanos, sospechosos del mal su- ceso por ver alguna declinacion en su fortuna desde la muerte de Lautaro, se juntan en borrachera general, donde los agoreros por señales celestes pronostican su vecina perdicion, é invocando al demonio, les da cuenta de la venida del nuevo Gobernador, el cual toma puerto en Coquimbo, ciudad de la Serena. Van aquí juntamente declarados los varios modos que los indios tienen de fes- tejarse y celebrar sus banquetes, y algunos extraños ri- tos de que usan en sus intenciones y diabólicas idola- trias.	358
CANTO III.—En que el Gobernador, visto el exceso con que los indios de paz eran tratados por sus encomenderos, y el mucho desórden que en servirse de ellos habia, tra- yéndolos sobremana apurados, hace unas breves orde- nanzas, con que los alivia su grave carga; provee junta- mente lo importante así á la quietud de la tierra, des- terrando sus inquietadores, como al aumento de nuestra religion y buen ejemplo de los naturales. Llegada la gen- te y caballos que venia por tierra, se embarca con toda ella, sin tocar en Santiago, para la ciudad despoblada de la Concepcion, en cuyo viaje le corrió una grande y peligrosa tormenta.	362
CANTO IV.—Declara el fin que tuvo la tormenta, y cómo don García, llegado á la bahía de la Concepcion, toma puer- to en la isla de Talcaguano, adonde está dos meses espe- rando los caballos, hasta que, constreñido de la necesi- dad, pasa á la Tierra firme, haciendo en ella un fuerte, en el cual, recogido con su gente, aguarda la que por tier- ra viene. En el inter se junta contra él todo el infierno en consulta general, y de ella sale Megera á dar aviso á Caupolicán de la oportunidad y buena coyuntura que tie-	

ne para dar sobre el nuevo fuerte y destruíle, antes que le llegue el socorro que espera. 368

CANTO V.—Recreáanse Caupolican y su querida Fresia en una floresta, adonde habiendo pasado amorosas razones, se entran á bañar en una fuente. Llega Megera con su embajada, y efectuado su intento, se vuelve á los abismos. Vienen veinte mil indios sobre el nuevo muro de Penco, donde se comienza el asalto con mucho furor y sangre de ambas partes. 373

CANTO VI.—Prosiguese el asalto, donde en particular se cuentan hechos grandiosos, así de los españoles como de los araucanos, y el mucho esfuerzo que unos y otros mostraron este día; hasta que por la mucha industria, orden y valor del General, los indios se retiran, quedando los nuestros victoriosos. Refiérese la refriega que una manga de los enemigos tuvo con la gente de la mar, que había quedado en los navios, y venia á socorrer el fuerte. Sale Tucapel de la batalla mal herido, y echándole menos su mujer Gualeva, sabida la rota de los suyos, hace un lastimoso y grande sentimiento. 379

CANTO VII.—Donde Gualeva, no hallando á su marido, ni quien le dé nuevas dél, se determina de ir en su busca. Quitá para esto las armas á un indio, partiéndose con ellas la vuelta del muro. Cuéntase lo que le pasó con Leucotón y Rengo, habiéndolos encontrado en su camino, y la extraña fuerza de sus amorosos sentimientos, afectos y quejas, hasta que halló á Tucapel en medio del bosque. 384

CANTO VIII.—Vuelto en sí el llagado Tucapel de su desmayo y frenesí, conoce á su mujer, llamándola con extrañas ansias, hasta que hecho su poder, la torna también en sí. Rehúsa el indio la cura de sus llagas, movido de su acostumbrada soberbia, hasta que, convencido por Gualeva, la consiente, recibiendo con ella alguna mejoría. Oyen los dos un grande ruido, que venia remolendo por lo mas espeso de la montaña, adonde el suceso queda suspendido por contar lo que don García hizo y le sucedió después de la batalla. Concluye el canto con un razonamiento hecho á su gente y una espantosa nueva que un mensajero le trujo, dándole aviso de cómo venia sobre él toda la tierra junta. 390

CANTO IX.—En que el Gobernador, sabida la nueva, despacha al capitán Ladrillero por la mar al río de Maule, en busca de la gente de Santiago. Adelántanse cien hombres al socorro del fuerte, lo cual entendido por los enemigos, que ya venían sobre él, se vuelven, no osando acometelle. Llega todo el resto del campo á juntarse con don García, donde, pasados algunos días, se hace reseña general de toda la gente; señáanse en ella algunos caballos particulares, no por compañías ni orden, por no se haber nombrado los oficios antes, sino después de la muestra, para cuyo efecto se hizo. Marcha todo el campo á Biobío para pasar al estado de Arauco. 394

CANTO X.—Llega el campo al río grande de Biobío, donde, contra el parecer de todos, el Gobernador se resuelve de pasarle, usando para ello de un maravilloso ardor de guerra, con que desvela al enemigo, que de la otra banda le esperaba fortificado. Pasa toda la gente, y envía don Hurtado á correr la tierra tres leguas adelante para ver de asegurar su alojamiento. Dan veinte mil indios en los corredores, viénense retirando hasta el asiento de su real, donde se trabó la batalla que llaman de Biobío, por haber sido casi á su ribera. Cuéntase lo que pasó entre Orompello y Galbarino sobre la muerte de Hernán Guillén, que los indios mataron por haberse desmandado del real á comer frutilla. 399

CANTO XI.—Siguen los nuestros la retirada y los indios el alcance, hasta que, llegados á entrar casi por el campo, mediante el orden y presteza del señor Gobernador, son resistidos; y revolviendo sobre ellos, que iban derramados, los hace recoger en la ciénaga, donde la arcabucaría con el principio de la noche da fin á la batalla, dejando los mas desbaratados y muertos. Señáanse en esta pelea algunos particulares de los caballeros españoles con los mas bravos de los araucanos. 404

CANTO XII.—Hace Galvarino una invectiva, reprehendiendo á los indios amigos, que le traen preso para ser justiciado. Mándale cortar las manos, donde muestra el indio su crecido esfuerzo y obstinado corazón, instando en que le den muerte; mas envíale vivo por ejemplo á su tierra. Cuéntase lo que á Tucapel y Gualeva sucedió en el bosque, prosiguiendo su extraña y maravillosa aventura. Parece Talgueno vivo ante ellos, habiendo sido ya llorado por muerto; promete contar las grandes cosas que le han pasado. Dase en la moralidad y principio del canto la razon de ser los indios antes del nuevo Gobernador siempre vencedores, y después en su gobierno vencidos. 410

CANTO XIII.—Pártense los dos amigos con Gualeva del bosque, guiándolos Talgueno: cuéntales por el camino al proceso de su prodigiosa historia. Llegan al anochecer á la cabana de unos pastores, adonde, siendo caridosamente albergados, después de cena, tratan un poco de la vida pastoril. Concluye el canto con una vehemente sospecha entre los tres, de que Quidora, mujer de Talgueno, estaba mas adentro en la misma choza. 416

CANTO XIV.—Halla Talgueno á su Quidora, recibense alegremente, danse cuenta de lo que á cada uno le ha pasado después que se apartaron, cuenta la india las cosas extrañas que ha visto en sueños, profetizando las felicidades de don García en los tiempos, respecto de entonces, venideros. Comienza á referir la rebelion de la ciudad de Quito sobre no querer admitir las alcabalas justamente puestas por el Rey nuestro señor. 422

CANTO XV.—En que, prosiguiendo Quidora su milagroso sueño, cuenta la ya declarada rebelion de Quito. Despacha el Virrey al general Arana con algunos soldados, para que, sin alboroto ni ser sentido, procure entrar la ciudad y sosegalla; sábase en ella, antes que llegue, su venida; retirase constreñido dos veces, persistiendo el pueblo, y creciendo mas cada día en sus alteraciones y alborotos. Muere Bellido, maese de campo de los rebeldes, por orden de Arana. Entrán de noche los conjurados á matar al presidente Barros en su casa, sospechando que hubiese sido la causa desta muerte. Suspende la india el cuento porque el auditorio duerma. 428

CANTO XVI.—Cuenta Quidora todo lo restante del suceso de Quito hasta su pacificación y castigo de los principales agresores, mediante la entrada á tiempo del general Pedro de Arana, por la mucha industria, avisos y prevenciones del Virrey. Acabado el sueño, arguyen Tucapel y Talgueno sobre si la fuerza ha de ser preferida á la prudencia y maña. Quidora corta el argumento, proponiéndoles un enigma de otro sueño que había soñado, tan breve cuan terrible y misterioso. 433

CANTO XVII.—Llega Pilcotur á la majada, enviado por Caupolican, en busca de Tucapel y Talgueno. Dales cuenta de la batalla de Biobío, refiriendo la arenga y persuasión que Galbarino hizo al Senado, mostrando sus cortadas manos, y cómo á causa desto había resultado en todos nueva indignacion para hacer la guerra, aborreciendo todo lo que oliese á medios de paz. Descúbrase el encubierto hábaro Moichen con el secreto de su nacimiento; ofrece Guamapu á su hija Liarea para que declare el sueño. 439

CANTO XVIII.—Donde, con ocasion de interpretar Liarea el misterioso sueño, toma la mano el autor, arrebatándole el cuento de la boca, á cantar la felice victoria que del inglés Richerte Aquines se alcanzó en la mar del Sur, siendo ya marqués de Cañete y visorey del Pirú el Gobernador de quien la historia trata, en cuyo tiempo fué ganada esta primer batalla naval en este mar. Llega el canto hasta que don Beltrán de Castro y de la Cueva, á quien el Marqués encomendó la jornada, sale del puerto. 444

CANTO XIX.—Llega don Beltrán al puerto de Chíncha, donde, siendo primero descubierto de Richarte, que estaba en aquel paraje, se da á virar la vuelta de la mar, huyendo á toda prisa. Siguenle los nuestros hasta que, sobreviniendo un terrible temporal, con la oscuridad de la noche le pierde de vista, y las naves desaparecidas por el viento arriban al Callao. Repáranse en él los dos majeros

	Pág.		Pág.
navios con toda brevedad, dejando los demás por ser uno solo el del enemigo, y salen en su busca segunda vez; hállanle en Tacamez surto, donde se da principio á la espantosa naval batalla.. . . .	450	Relacion del combate de las cuatro fragatas, extractado del diario de navegacion de don Diego de Alvear, capitán de navio, mayor general y segundo jefe de la division. . .	491
ENDIMION.		LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS, por don Nicolás FERNANDEZ DE NORATIN.	495
CANTO PRIMERO.	459	LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS, por don José María VACA DE GUZMAN.	499
CANTO II.	464	LA INOCENCIA PERDIDA, por don ALBERTO LISTA Y ARACON.	503
CANTO III.	469	LA INOCENCIA PERDIDA, por don FÉLIX JOSÉ REINOSO.	509
FÁBULA DEL GENIL.	475	CANTO PRIMERO.	509
LA RAQUEL.	477	CANTO II.	512
EL DEUCALION.	483		
LA AGRESION BRITÁNICA.	487		

FIN DEL ÍNDICE.



302960106R

TAYLOR INSTITUTION LIBRARY
OXFORD OX1 3NA

PLEASE RETURN BY THE LAST DATE STAMPED BELOW

Unless recalled earlier

-3. JUL 1999

